1

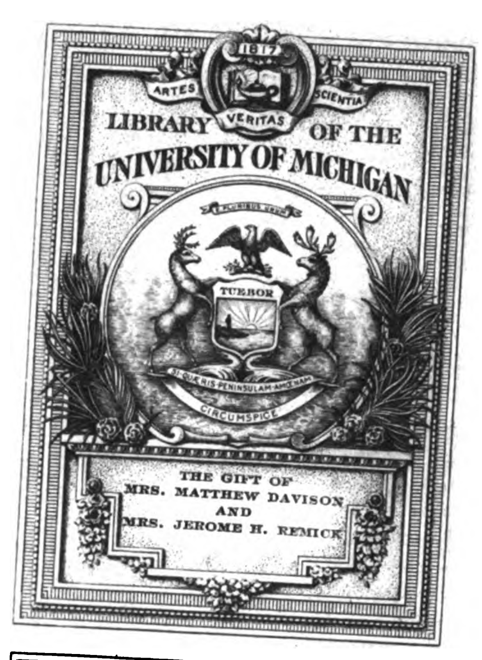
SAPOTE.

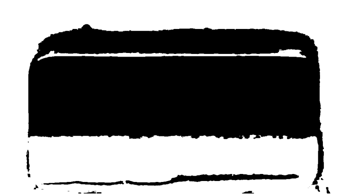
2

Historia antigua de Mejico

Francesco Saverio Clavigero,
Francisco Pablo Vázquez y Sánchez Vizcaíno




1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE
THE GIFT OF
MRS. MATTHEW DAVISON
AND
MRS. JEROME H. REMICK



HISTORIA ANTIGUA

DE

MEJICO

sacada de los mejores historiadores españoles,
y de manuscritos y pinturas antiguas de los indios

Traducida por

Francisco Pablo Vazquez

J.R.Navarro

Mejico 1853

PRÓLOGO DEL EDITOR.

Las generaciones que nos precedieron duermen bajo el polvo de los siglos, con sus crímenes y sus virtudes, con los recuerdos de su grandeza y con los monumentos de su genio. Las huellas que dejaron impresas en su peregrinacion por el mundo, casi están borradas por el soplo del tiempo, y apenas pueden marcarnos la ruta que siguieron nuestros antepasados. ¿Cómo, pues, nos aprovecharíamos de los ejemplos sublimes de virtud y heroismo, cuya imitacion debe ser la regla de nuestra conducta, si la historia con su antorcha brillante no iluminase las catacumbas en que duermen nuestros padres, mostrándonos los hombres y las cosas hasta en sus mas insignificantes pormenores? Y retrocediendo centenares de siglos, vivimos con ellos, los tratamos íntimamente y comprendemos el genio que destruye unos imperios y levanta sobre sus ruinas otros nuevos, que estudia la naturaleza y explica sus arcanos, que amontonando piedra sobre piedra y dando forma á los mármoles y bronces, lega á las generaciones venideras las pirámides de Egipto, los acueductos romanos, el coloso de Rodas. En nuestro suelo han pasado hechos para siempre memorables; y si en el viejo continente resuenan los nombres de César y Alejandro, de Tolomeo, de Milciades y de Brenno en los bosques y montañas de América, repite el eco los de Netzahualcoyotl, Xicotencatl, Guatimozin y Motezuma, junto á los de Colon, Cortés, Alvarado y Olid. Pero por una negligencia imperdonable, muy pocos han sido los que apreciando debidamente la importancia de estas cosas que tan de cerca nos tocan, han escudriñado los hermosos recuerdos depositados en las ruinas del Palenque y de Papantla, en los preciosos manuscritos de los aztecas.

Triste es la idea de que los extranjeros conozcan nuestra historia mejor que nosotros mismos, y de aquí nace la necesidad de que se extienda universalmente la historia antigua de Méjico. Este ha sido nuestro objeto al insertar en las columnas de la Biblioteca la historia de nuestro país. Hemos preferido la del ilustre veracruzano don Francisco Javier Clavijero, porque además de ser el

autor compatriota nuestro, es el que ha desempeñado mejor el arduo trabajo de reunir los datos oportunos para escribir la historia de su país.

La edicion que ofrecemos á nuestros suscritores tiene además otro mérito: presentamos la traduccion que de dicha obra hizo el excelentísimo é ilustrísimo señor Vazquez, obispo de la Puebla, cuyo nombre solo es una garantía para los literatos y para los amantes de nuestra historia. Este precioso manuscrito, que existia en poder del venerable cabildo de aquella mitra y que generosamente nos ha cedido y á quien lo cedió el señor traductor, lo hemos conseguido gracias á la eficacia del ilustrísimo señor obispo actual, y á la del señor doctor canónigo dignidad de la misma santa Iglesia don Antonio Haro, á quienes tributamos nuestra gratitud por el noble empeño con que han contribuido á secundar nuestras ideas para la publicacion de esta obra, tan interesante á los mejicanos.

Hemos dejado la carátula de la obra de que hablamos con la misma redaccion que tiene el original, y por lo que extrañarán nuestros lectores no encontrar en ella las títulos que honraban últimamente al señor traductor, sino aquellos que tenian en el tiempo en que se dedicó á este trabajo y cuya fecha ignoramos porque no consta en el original.

Méjico, setiembre 14 de 1853.

Juan R. Navarro.



A LA REAL Y PONTIFICIA

UNIVERSIDAD DE MEJICO.

Muy ilustres señores:

Una historia de Méjico escrita por un mejicano que no busca protector que lo defienda, sino conductor que lo guie y maestro que lo ilumine, debe sin duda consagrarse al cuerpo literario mas respetable de ese nuevo mundo, como el mas instruido en la historia mejicana, y mas apto para decidir del mérito de la tal obra y corregir los defectos que ella tenga.

Yo por mí tendria rubor de presentar á V. SS. una obra tan desaliñada y tan defectuosa, si no estuviera seguro de que la prudencia y la humanidad de V. SS. en nada son inferiores á su sabiduría. V. SS. saben muy bien cuán arduo es el asunto de mi historia y cuán difícil salir de él, principalmente un hombre reducido á un miserable estado por las tribulaciones, que se ha puesto á escribir á mas de dos mil y trescientas leguas de su patria, desproveido de muchos documentos necesarios, y privado de las confrontaciones que pudieran proporcionarle las cartas de sus compatriotas. Fácilmente reconocerán V. SS. leyendo esta obra, que ella, mas bien que historia, es un ensayo, una tentativa, un esfuerzo pero grande, de un ciudadano, que á pesar de sus calamidades se ha empleado en esto, por hacerse útil á su patria, y en vez de desaprobar sus yerros, compadecerán V. SS. al autor y le agradecerán el servicio que ha prestado á V. SS. en explorar un camino que por nuestra desgracia se ha hecho dificultosísimo.

Por lo demás, ¿quién se atreverá á comparecer con tan humilde presente delante de un cuerpo tan respetable, que habiendo sido desde su principio consumado y perfecto, ha continuado siempre aumentando su perfeccion?[1] ¿Quién no se verá sorprendido de un sagrado respeto al mirar en su aula mayor los retratos de los famosísimos sugetos que ilustraron así á la nueva como á la antigua España, ó al oir los nombres inmortales de Ve-

1 La Universidad de Méjico fué erigida por órden del emperador Cárlos V y con autoridad del papa Julio III el año de 1553, con todas las prerogativas y privilegios de la de Salamanca. Los primeros catedráticos fueron sapientísimos, como escogidos entre los literatos de España, que era entonces donde mas florecian las ciencias. Uno de ellos (el padre Alonso Veracruz, agustino) publicó en Méjico y en España algunas obras filosóficas y teológicas muy apreciables de los doctos. Otro (el doctor Carvantes) estampó en Méjico unos excelentes diálogos latinos. Los rápidos progresos de esta insigne Universidad se dan á conocer en el concilio tercero mejicano celebrado el año de 1585, el cual, á juicio de los hombres que lo entienden, es uno de los mas doctos entre los concilios provinciales y nacionales. En el dia hay en ella 23 catedráticos ordinarios de retórica, filosofía, teología, jurisprudencia canónica, civil, medicina, matemáticas y lenguas.

racruz, Ortigosa, Naranjo, Cervantes, Garifiana, Siles, Sigüenza, Bermudez, Eguiara, Miranda, Portillo, etc., que harian honor á las mas célebres academias de toda la Europa.[1] Bastaria para desalentar al autor el recordar los nombres de los doctores de esa Universidad que aun viven, y entre otros el del muy ilustre cancelario y jefe de ella, á quien sobre el mérito de su ilustre nacimiento, un ingenio sublime, una grande erudicion en letras sagradas y profanas y una piedad sólida, han elevado á los mas brillantes cargos en la de las letras y lo hacen dignísimo de la sagrada púrpura.

Pero dejando por ahora las alabanzas que son debidas á V. SS., porque acaso se calificarán de adulaciones por los que ignoran su relevante mérito, quiero quejarme amistosamente con V. SS. de la indolencia ó descuido de nuestros mayores con respecto á la historia de nuestra patria. Ello es cierto que en esta hubo muchos grandes hombres que se fatigaron en ilustrar la antigüedad mejicana y dejaron muchos preciosísimos escritos. Por otra parte, es cierto que antiguamente habia en esa Universidad un profesor de antigüedades encargado de explicar los caracteres y las figuras de la pintura mejicana, cosa que era de suma importancia para decidir en los tribunales los pleitos suscitados sobre la propiedad de algun terreno ó la nobleza de alguna familia indiana, y esto es puntualmente lo que me causa pena. ¿Por qué no se conserva aquel profesor tan necesario? ¿por qué dejan perecer unos escritos tan preciosos, y especialmente los del doctísimo Sigüenza? Por faltar el profesor de antigüedades no hay actualmento quien entienda las pinturas mejicanas, y por la pérdida de los escritos, la historia de Méjico dificilísima, por no decir imposible. Ya pues que esta pérdida no puede repararse, al menos que no se pierda lo que nos queda. Yo espero que V. SS., que son en ese reino los custodios de las ciencias, tratarán de conservar los restos de las antigüedades de nuestra patria, formando en el mismo magnífico edificio de la Universidad un no menos vital que curioso museo, en donde se recojan las estampas antiguas que se conservan ó las que se descubran en las escavaciones, las armas, las obras de mosaico y otras antiguallas de esta naturaleza, las pinturas mejicanas de toda clase que andan esparcidas por varias partes, y sobre todo, los manuscritos, así los de los misioneros y otros antiguos españoles, como los de los mismos indios, que se hallan en las librerías de algunos monasterios, de donde se podrán sacar copias antes de que los consuma la polilla ó se pierdan por otra desgracia. Lo que hace pocos años hizo un curioso y erudito extranjero[2] da á conocer lo que pudieran hacer nuestros compatriotas, siempre que á una gran diligencia y cuerda industria unieran aquella prudencia que se necesita para sacar esta clase de monumentos de manos de los indios.

Dígnense V. SS., entre tanto aceptar este mi trabajo como un testimonio de mi sincerísimo amor á la patria y de la suma veneracion con que me protesto afectísimo compatriota y humilde servidor.

Francisco Javier Clavijero.

Bolonia, 13 de junio de 1780.

1 De los hombres grandes de la Universidad mejicana hacen honrosa mencion Cristóbal Bernardo de la Plaza en la crónica de la misma Universidad que comprende desde el año de 1553 hasta el de 1583; el doctor Eguiara en la Biblioteca mejicana y en el prólogo de su teología; Pineda en la Biblioteca occidental, y otros muchos, autores así europeos como americanos.

2 El caballero Boturini.

PRÓLOGO.

La historia antigua de Méjico que he emprendido para evitar la fastidiosa y reprensible ociosidad á que me hallo condenado, para servir del modo posible á mi patria y nacion y para restituir á su esplendor la verdad ofuscada por una turba increible de modernos escritores de la América, me ha sido no menos fatigosa y difícil que dispendiosa. Pues pasando en silencio los grandes gastos que he tenido que hacer para proporcionarme de Cádiz, de Madrid y de otras ciudades de Europa los libros necesarios, he leido y examinado con diligencia todo cuanto se ha publicado hasta ahora sobre la materia; he confrontado las relaciones de los autores y he pesado su autoridad en las balanzas de la crítica; he estudiado muchísimas pinturas históricas de los mejicanos; me he valido de sus manuscritos leidos antes cuando estaba en Méjico, y he consultado muchos hombres prácticos de aquellos países. A estas diligencias podria añadir para acreditar mi trabajo, el haber vivido treinta y seis años en algunas provincias de aquel vasto reino, haber aprendido la lengua mejicana y haber tratado por algunos años á los mismos mejicanos cuya historia escribo. Mas no por esto me lisonjeo de poder dar una obra perfecta, pues á mas de estar desproveido de aquellos adornos de ingenio, de juicio y de elocuencia que se requieren en un buen historiador, la pérdida lamentable de la mayor parte de las pinturas mejicanas, en otra parte recordada y llorada por mí, y la falta de tantos manuscritos preciosos que se conservan en algunas librerías de Méjico, son obstáculos insuperables para todo el que quiera emprender semejante historia, principalmente fuera de aquellos países. Sin embargo, espero que sea agradable mi trabajo, no ya por la elegancia del idioma, ni por la belleza de las descripciones, ni por la gravedad de las sustancias, ni por la grandeza de los hechos que se refieren; pero sí por la diligencia en las averiguaciones, por la sinceridad en la narracion, por la naturalidad en el estilo y por el servicio hecho á los literatos deseosos de saber las antigüedades mejicanas, presentándoles reunido en esta obrilla todo cuanto precioso se halla esparcido en diversos autores, á mas de algunas cosas no publicadas hasta ahora.

Habiéndome propuesto la utilidad de mis compatriotas como fin principal de esta historia, la escribí primero en español; estimulado después por algunos literatos italianos que se mostraban excesivamente deseosos de leerla en su propia lengua, me encargué del nuevo y fatigoso empeño de traducirla al toscano; mas aquellos que tuvieron la bondad de apreciar mi trabajo, tendrán tambien la de disculparme.

Persuadido igualmente por algunos amigos, escribí el ensayo de la historia natural de Méjico que se lee en el libro primero, el cual creia yo no ser necesario, y muchos lo calificarán de importuno; mas para no salir demasiado de mi asunto, me esforcé á reducir á la historia antigua lo que digo de las cosas naturales, manifestando brevemente el uso que de ellas hacian los antiguos mejicanos. Por el contrario, á aquellos que son inclinados á la historia de la naturaleza, les parecerá este mismo ensayo qual está, demasiado compendioso y superficial; pero para satisfacer su curiosidad hubiera sido necesario escribir una obra muy distinta de la que he emprendido. Por lo demás, yo me habria excusado una gran fatiga si no me hubiera visto precisado á complacer á dichos ami-

gos, pues para escribir convenientemente aquello poco de historia natural, estudié las obras de Plinio, Dioscorides, Laet, Hernandez, Ulloa, Buffon, Bomare y otros naturalistas, no contentándome ni con lo que habia visto por mis propios ojos, ni con lo que se me habia informado por hombres prácticos en aquellos países y muy inteligentes.

Al escribir me he propuesto como principal objeto la verdad. Yo me habria fatigado menos y mi historia acaso seria mas agradable á muchos, si toda la diligencia que he puesto en averiguar la verdad, la hubiese puesto en hermosear mi narracion con un estilo brillante y elocuente, con reflexiones filosóficas y políticas y con hechos inventados por el capricho, como veo lo hacen no pocos autores de nuestro decantado siglo; pero á mí, como que soy enemigo jurado de todo engaño, mentira y afectacion, me parece que la verdad es tanto mas hermosa cuanto está mas desnuda. Al referir los acontecimientos de la conquista que hicieron los españoles, me aparto igualmente del panegírico de Solís que de la invectiva del ilustrísimo señor de las Casas, porque no quiero adular á mis nacionales ni tampoco calumniarlos.[1] Dejo los hechos en aquel grado de certeza ó verosimilitud en que los encuentro: en donde no puedo acertar con algun suceso por razon de la discordancia de los autores, como en la muerte del rey Motezuma, expongo sinceramente los diversos pareceres, pero sin omitir aquellas conjeturas que dicta la recta razon. En suma, he tenido siempre delante de los ojos aquellas dos santas leyes de la historia, no atreverse á decir mentira ni temer decir la verdad, y me lisonjeo en no haberlas quebrantado.

No dudo que habrá lectores tan delicados y melindrosos, que no podrán sufrir la dureza de tantos nombres mejicanos esparcidos por toda la historia; pero este es un mal que no puedo remediar sin exponerme á incurrir en otro defecto menos tolerable y muy comun en casi todos los europeos que han escrito sobre la América, esto es, alterar de tal manera los nombres por suavizarlos, que no es posible conocerlos. ¿Quién será capaz de adivinar que Solís habla de Quauhnahuac donde dice *Quatlabaca*, de Hueyotlipan donde pone *Gualipar*, ó de Cuitlalpitoc donde escribe *Pilpatoe*? Por esta razon he creido mas seguro imitar el ejemplo de muchos escritores modernos, los cuales siempre que citan en sus obras nombres de personas, lugares, rios, etc., de alguna otra nacion de la Europa, los escriben del mismo modo que se usa en la tal nacion, y ciertamente hay en ellas nombres tomados de la lengua alemana y de la ilírica mucho mas duros á los oidos italianos, por la mayor concurrencia de consonantes fuertes, que todas las voces mejicanas de que yo uso. No por esto rehuso los nombres ya alterados, en los cuales por ser generalmente conocidos, no hay peligro de errar. Así, escribo Méssico en lugar de México, Tlascalla en lugar de Tlaxcallan, y Motezuma en lugar de Moteuczoma.

Por lo que respecta á la geografía de Anáhuac, he puesto el mayor empeño en que sea exacta, valiéndome así de las noticias de aquel país que adquirí yo mismo en los muchos viajes que hice por él, como de los informes y escritos de otros; mas á pesar de todo, no lo he conseguido completamente, pues sin embargo de las mas activas diligencias, no he podido proveerme de las pocas observaciones astronómicas que se han hecho en aquellos mismos lugares. La situacion y distancias designadas por mí, así en el cuerpo de la historia como en la carta geográfica, no deben creerse con aquella precision y exactitud que se requiere en un geógrafo, sino á poco mas ó menos como puede hacerlo un viajero prudente que juzga á ojo. He tenido en mis manos innumerables cartas geográficas de Méjico así antiguas como modernas, y me hubiera sido fácil copiar aquella que mas me hubiera agradado, haciéndole algunas ligeras mutaciones para reducirla á la geografía antigua; pero entre tantas, no he encontrado ni una que no esté llena de errores, así con respecto á la longitud y la latitud de los lugares, como en lo que mira á la division de las provincias, curso de los rios y direccion de las costas. Basta para conocer el aprecio que se debe hacer de todas las cartas publicadas hasta ahora, el advertir la variedad que hay en ellas en órden á la longitud de la capital, sin embargo de que debe ser mas conocida que la de cualquiera otra ciudad del reino de Méjico. Esta variedad es nada menos que de catorce grados, pues por algunos geógrafos se pone aquella ciudad á los 264 grados de longitud de la isla de Hierro, por otros á los 265 y 266, y aun hasta los 278, ó tal vez mas.

No menos por hermosear mi historia que por facilitar la inteligencia de algunas cosas descritas en ella, he hecho grabar hasta veinte láminas. Los caracteres mejicanos y las figuras de las ciudades, de los reyes, armas, vestidos y escudos, del siglo, del año, del mes y del diluvio, están sacadas de varias pinturas mejicanas. La vista del templo mayor está copiada de la del conquistador Anónimo, corrigiéndole las proporciones de las figuras por las medidas que pone él mismo y añadiendo lo demás conforme á la descripcion de otros autores antiguos. La estampa del otro templo es copia de la que publicó Valadés en su *Retórica cristiana*. Las figuras de las flores y animales son en la mayor parte copia de las de Her-

[1] No pretendo hacer creer adulador á Solís ni calumniador al ilustrísimo Casas, sino solamente quiero decir que lo que escribe Solís, movido del deseo de engrandecer á su héroe, y el ilustrísimo de las Casas arrebatado del piadoso celo en favor de los indios, yo no podria escribirlo sin adular ó calumniar.

nandes. El retrato de Motezuma está hecho por la copia que publicó Gemelli del original que tenia Sigüenza. Los retratos de los conquistadores son copias de los que se ven en las Décadas de Herrera. Todas las otras figuras están dibujadas conforme á lo que hemos visto por nuestros ojos y á lo que refieren los historiadores antiguos.

A mas de esto, he querido poner antes de la narracion de los hechos una breve noticia de los escritores de la historia antigua de Méjico, así para hacer ver los fundamentos de la mia, como para honrar la memoria de algunos ilustres americanos cuyos escritos son del todo desconocidos en la Europa. Servirá tambien para manifestar las fuentes de la historia mejicana á quien quiera en adelante perfeccionar este mi imperfecto trabajo.

NOTICIA

DE LOS ESCRITORES DE LA HISTORIA ANTIGUA DE MEJICO EN EL SIGLO XVI.

Fernando Cortés. Las cuatro larguísimas cartas escritas por este famoso conquistador á su soberano Cárlos V, que contienen la relacion de la conquista y muchas apreciables noticias acerca de Méjico y los mejicanos, han sido publicadas en español, latin, toscano y otras lenguas. La primera de estas cartas se imprimió en Sevilla el año de 1522. Todas están bien escritas, y se ve en ellas modestia y sinceridad en las relaciones, pues no alaba sus propios hechos ni oscurece los de otros. Si él hubiera tenido el atrevimiento de engañar á su rey, sus enemigos, que tantas quejas presentaron contra él en la corte, no hubieran dejado de echarle en cara un delito como este.

Bernal Diaz del Castillo, soldado conquistador. La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* escrita por él, se imprimió en Madrid el año de 1632 en un tomo en folio. A pesar de lo imperfecto de sus relaciones y de lo inculto de su lenguaje, es muy apreciada esta historia por la sencillez y sinceridad del autor, que en toda ella se descubre. El fué testigo ocular de todo cuanto refiere; pero algunas veces no sabe explicar las cosas por razon de su falta de literatura, y algunas veces manifiesta haber olvidado los hechos, sin duda por haber escrito muchos años después de la conquista.

Alonso de Mata y Alfonso de Ojeda, ambos conquistadores y escritores de comentarios sobre la conquista de Méjico, de que se valieron Herrera y Torquemada. Los de Ojeda son mas extensos y mas estimados. Este tuvo mas trato con los indios y aprendió la lengua, como que fué encargado de atender las tropas auxiliares de los españoles.

El conquistador Anónimo: así llamamos al autor de una breve, pero muy curiosa y apreciable relacion, que se halla en la coleccion de Ramusio bajo este título: *Relacion de un gentil-hombre de Fernando Cortés.* No he podido adivinar quién haya sido este gentil-hombre, porque ningun autor antiguo hace mencion de él; pero sea quien fuere, él es sincero, exacto y curioso. No cuidando de los acaecimientos de la conquista, refiere lo que observó en Méjico en órden á templos, casas, sepulcros, armas, vestidos, comidas y bebidas etc. de los mejicanos, y nos describe la forma de sus templos. Si su obra no fuera tan compendiosa, ninguna se pudiera comparar con ella en lo que respecta á las antigüedades mejicanas.

Francisco Lopez de Gomara. La historia de la Nueva España, formada por este docto español sobre las relaciones que oyó de boca de los conquistadores y sobre los escritos de los primeros religiosos que se emplearon en la conversion de los mejicanos, impresa en Zaragoza en 1554, está bien escrita y es curiosa. El fué el primero que publicó las fiestas, los ritos, las leyes y el modo que los mejicanos tenian de contar el tiempo; pero en su historia hay errores originados de la poca exactitud de los primeros informes. La traduccion de esta obra al toscano, impresa en Venecia en 1599, tiene tantas erratas, que no puede leerse sin enfado.[1]

Toribio de Benavente, célebre franciscano español y uno de los primeros doce predicadores que anunciaron el Evangelio á los mejicanos, conocido vulgarmente por su pobreza evangélica con el nombre mejicano de Motolinia. Escribió en medio de sus apostólicas tareas la *Historia de los indios de la Nueva España*, dividida en tres partes. En la primera expone los ritos de su antigua religion, en la segunda su conversion á la fe cristiana y su vida en el cristianismo, y la tercera habla de su índole, de sus artes y de sus costumbres. De esta obra, que compone un grueso tomo en folio, se encuentran algunas copias en España. Escribió igualmente una obra sobre el calendario mejicano (que original se conservaba en Méjico) y otras no menos útiles á los españoles que á los indios.

Andrés de Olmos, franciscano español, de santa memoria. Aprendió este infatigable predicador las lenguas mejicanas totonaca y huaxteca, y de todas tres compuso gramática y diccionario A mas de otras obras trabajadas por él en provecho de los españoles y de los indios, escribió en español un tratado sobre las antigüedades mejicanas, y en mejicano las exhortaciones que hacian los antiguos mejicanos á sus hijos, de que doy un ensayo en el libro 7º de esta historia.

Bernardino Sahagun, laborioso franciscano es-

1 En la coleccion de los primeros historiadores de la América hecha por el señor Barcia é impresa en Madrid en 1749, se halla la Historia de Gomara; pero faltan en ella algunas expresiones de este autor en órden al carácter del conquistador Cortés.

pañol. Habiendo estado empleado mas de sesenta años en la instruccion de los mejicanos, supo con la mayor perfeccion su lengua y su historia. A mas de otras obras escritas así en mejicano como en español, compuso en doce tomos gruesos en folio un diccionario universal de la lengua mejicana, que contenia todo lo perteneciente á la geografía, religion é historia política y natural de los mejicanos. Esta obra, de inmensa erudicion y fatiga, fué mandada al cronista real de América residente en Madrid, por el marqués de Villamanrique, virey de Méjico, y no dudamos que hasta ahora se haya conservado en alguna librería de España. Escribió tambien la Historia general de la Nueva España en cuatro tomos, los cuales se conservan manuscritos en la librería del convento de franciscanos de Tolosa en Navarra, segun afirma Juan de San Antonio en su *Biblioteca franciscana*.

Alfonso Zurita, jurisconsulto español y juez de Méjico. Después de haber hecho por órden de Felipe II diligentes averiguaciones sobre el gobierno político de los mejicanos, escribió en español una *compendiosa relacion de los señores que habia en Méjico y de su diversidad; de las leyes, usos y costumbres de los mejicanos; de los tributos que pagaban, etc.* El original manuscrito en folio se conservaba en la librería del colegio de San Pedro y San Pablo de los jesuítas de Méjico. De esta obra, que está bien escrita, está tomada una gran parte de lo que hemos referido sobre este punto.

Juan Tovar, nobilísimo jesuíta mejicano. Escribió sobre la historia antigua de los reinos de Méjico, Acolhuacan y Tlacopan, después de haber hecho diligentes averiguaciones por órden del virey de Méjico don Martin Enriquez; de estos manuscritos se sirvió principalmente el padre Acosta para lo que escribió en órden á las antigüedades mejicanas, como él mismo lo protesta.

José de Acosta, famoso jesuíta español, bastante conocido en el mundo literario por sus escritos. Este grande hombre después de haber vivido algunos años en una y otra América, é informádose de hombres prácticos acerca de las costumbres de aquellas naciones, escribió en español la *Historia natural y moral de las Indias*, la cual se imprimió la primera vez en Sevilla en 1589, luego se reimprimó en Barcelona en 1591, y después fué traducida á varias lenguas de Europa. Esta obra está muy bien escrita, principalmente en lo que respecta á las observaciones físicas sobre el clima de la América; pero como es muy compendiosa y le faltan muchos artículos, hay algunas omisiones en órden á la historia antigua.

Fernando Pimentel Ixtlilxochitl, hijo de Coanacotzin, último rey de Acahuacan, y *Antonio de Tovar Cano Motezuma Ixtlilxochitl*, descendiente de las dos casas reales de Méjico y de Acolhuacan. Estos dos señores escribieron á peticion del conde de Benavente y del virey de Méjico don Luis de Velasco, cartas sobre la genealogía del rey de Acolhuacan y sobre otros puntos de la historia antigua de aquel reino, las cuales se conservan en el referido colegio de jesuítas.

Antonio Pimentel Ixtlilxochitl, hijo del señor don Fernando Pimentel. Escribió las memorias históricas del reino de Acolhuacan, de que se valió Torquemada y de donde está tomado el cómputo asentado en el libro 4º de mi Historia, del gasto anual que se hacia en el palacio del famoso rey Nezahualcoyotl, bisabuelo de aquel autor.

Tadeo de Niza, noble indio tlaxcalteca, escribió el año de 1548, por órden del virey de Méjico, la historia de la conquista, la cual suscribieron treinta señores tlaxcaltecas.

Gabriel de Ayala, noble indio de Texcoco. Escribió en mejicano los comentarios históricos que contienen la relacion de todos los acontecimientos de los mejicanos desde el año de 1243 de la era vulgar hasta el de 1562.

Juan Ventura Zapata y Mendoza, noble tlaxcalteca. Escribió en lengua mejicana la crónica de Tlaxcala, que contiene todos los sucesos de los tlaxcaltecas desde su arribo al país de Anáhuac hasta el año de 1589.

Pedro Ponce, noble indio párroco de Tzompahuacan. Escribió en español una *Noticia de los dioses y de los ritos del gentilismo mejicano*.

Los señores de Colhuacan. Escribieron los anales del reino de Colhuacan. Una copia de esta obra está en la referida librería de los jesuítas.

Cristóbal del Castillo,[1] *mestizo* mejicano. Escribió la historia del viaje de los aztecas ó mejicanos al país de Anáhuac, el cual manuscrito se conservaba en la librería del colegio de jesuítas de Tepotzotlan.

Diego Muñoz Camargo, noble mestizo tlaxcalteca. Escribió en español la historia de la ciudad y de la república de Tlaxcala. De esta obra se sirvió Torquemada, y de ella hay copias así en España como en Méjico.

Fernando de Alba Ixtlilxochitl, texcocano, descendiente por línea recta de los reyes de Acolhuacan. Este noble indio, versadísimo en las antigüedades de su nacion, escribió, excitado por el virey de Méjico, algunas obras eruditas y muy apreciables, y son las siguientes: Primera, Historia de la Nueva-España. Segunda, Historia de los señores chichimecas. Tercera, un compendio histórico del reino de Texcoco. Cuarta, Memorias históricas de los toltecas y otras naciones de Anáhuac. Todas estas obras, escritas en español, se conservaban en la librería del colegio de jesuítas de San Pedro y San Pablo de Méjico, y de ellas he tomado algunos materiales para mi historia. El autor fué tan cauto en es-

1 Mestizo se llama en América el que nace de español é india.

cribir, que para quitar toda sospecha de ficcion, hizo constar legalmente la conformidad de sus relaciones con las pinturas históricas que habia heredado de sus nobilísimos antepasados.

Don Juan Bautista Pomar, texcocano ó cholulteca, descondiente de un bastardo de la casa real de Texcoco. Escribió memorias históricas de aquel reino, de las que se sirvió Torquemada.

Domingo de San Antonio Muñon Chimalpain, noble indio de Méjico. Escribió en mejicano cuatro obras muy apreciadas por los inteligentes. Primera, Crónica mejicana, que contiene todos los acontecimientos de aquella nacion desde el año de 1068 hasta el de 1557 de la era vulgar. Segunda, Historia de la conquista de Méjico por los españoles. Tercera, Noticias *originales* de los reinos de Acolhuacan, de Méjico y de otras provincias. Cuarta, Comentarios históricos desde el año de 1064 hasta el de 1521. Estas obras, que me habrian sido muy útiles, se conservaban en la librería del colegio de San Pedro y San Pablo de Méjico, y tuvo copia de ellas el caballero Boturini, como de casi todas las obras de los indios que he mencionado. La Crónica se hallaba tambien en la librería del colegio de San Gregorio de los jesuítas de Méjico.

Fernando de Alvarado Tezozomoc, indio mejicano. Escribió en español una crónica mejicana hácia el año de 1598, la cual se conservaba en la referida biblioteca de San Pedro y San Pablo.

Bartolomé de las Casas, famoso domínico español, primer obispo de Chiapas y muy benemérito de los indios. Los terribles escritos presentados por este venerable prelado á los reyes Cárlos V y Felipe II en favor de los indios y contra los españoles conquistadores, impresos en Sevilla y después traducidos y reimpresos á competencia, en odio de los españoles, en varias lenguas de Europa, contienen algunos puntos de la historia antigua de los mejicanos; pero tan alterados y exagerados, que no puedo descansar sobre la fe del autor, aunque por otra parte muy respetable. El demasiado fuego de su celo difundió luz con humo, esto es, lo verdadero mezclado con lo falso,[1] no porque de intento solicitase engañar á su rey y á todo el mundo, pues que sospechar de él tal maldad, seria hacer injuria á su virtud, reconocida y respetada aun por sus enemigos, sino porque no habiendo presenciado lo que refiere de Méjico, se fió demasiado de los informes de otros, lo que haré ver en algunos lugares de esta historia. Acaso hubieran ayudado mucho mas á esta otras dos grandes obras no publicadas hasta ahora, que son: Primera, una Historia apologética del clima y de la tierra de los países de la América, de la índole, de las costumbres, etc., de los americanos sujetos al dominio del rey católico. Este manuscrito, en ochocientas treinta fojas, se conservaba en la librería de los domínicos de Valladolid en España, donde lo leyó Remesal, como lo testifica en su Crónica de los domínicos de Chiapas y Guatemala. Segunda, una Historia general de la América en tres tomos en folio, de la cual habia una copia en la librería del Sr. conde de Villaumbrosa en Madrid, donde la vió Pinelo, segun afirma en su *Biblioteca occidental*. Dos tomos de esta obra vió el referido autor en el célebre archivo de Simancas, que ha sido el sepulcro de muchos preciosos manuscritos de la América. Dos tomos igualmente habia en Amsterdam en la librería de Santiago Kricio.

Agustin Dávila y Padilla, noble é ingenioso domínico de Méjico, predicador del rey Felipe III, cronista real de América y arzobispo de la isla de Santo Domingo. A mas de la crónica de los domínicos de Méjico, impresa en Madrid el año de 1506, y la Historia de la Nueva España y de la Florida, impresa en Valladolid el año de 1632, escribió la historia antigua de los mejicanos, sirviéndose de los materiales recogidos antes por Fernando Durán, domínico de Texcoco; pero esta obra no se encuentra.

El doctor Cervantes, dean de la iglesia metropolitana de Méjico. El cronista Herrera alaba las Memorias históricas de Méjico, escritas por este literato; pero no sé de ellas otra cosa.

Antonio de Saavedra Guzman, noble mejicano. En su navegacion á España compuso en veinte cantos la historia de la conquista de Méjico, y la imprimió en Madrid, con el título español de *El peregrino indiano*, el año de 1599. Esta obra debe contarse entre las historias de Méjico, porque no tiene de poesía mas que el metro.

Pedro Gutierrez de Santa Clara. De los manuscritos de este autor se valió Betancurt para su Historia de Méjico; pero nada sé del título ni del mérito de la tal obra, ni aun de la patria del autor, bien que sospecho haya sido indio.

EN EL SIGLO XVII.

Antonio de Herrera, cronista real de las Indias. Este sincero y juicioso autor escribió en cuatro tomos en folio ocho décadas de la historia de Méjico, comenzando desde el año de 1492, y juntamente una descripcion geográfica de las colonias españolas en aquel nuevo mundo, la cual obra fué impresa la primera vez en Madrid á principios del siglo pasado, y después reimpresa en el año de 1730, como tambien traducida y publicada en otras lenguas de Europa. Aunque el principal intento del autor hubiese sido referir

1 El erudito Leon Pinelo aplica al Illmo. de las Casas lo que el cardenal Baronio dice de san Epifanio: Caeterum condenandum illi, si (quod aliis sanctissimis atque eruditissimis viris saepe accidisse reperitur) dum ardentiore studio in hostes invehitur vehementiore impetu, in contrariam partem actus, lineam videatur aliquantulum veritatis esse transgressus.

los hechos de los españoles, sin embargo, no omitió la historia antigua de los americanos; pero en lo que respecta á los mejicanos, copia por lo comun las noticias de Acosta y de Gomara. Su método, pues, como el de todos los rigorosos analistas, es desagradable á los afectos á la historia, pues á cada paso se interrumpe la narracion de cualquier hecho con la relacion de otros acontecimientos muy distintos.

Enrique Martinez. Autor extranjero, aunque de apelllido español. Después de haber viajado por la mayor parte de la Europa y haber residido muchos años en Méjico, en donde fué utilísimo por su gran pericia en las matemáticas, escribió la historia de la Nueva España, la cual se imprimió en Méjico el año de 1606. En la historia antigua camina por lo comun sobre las huellas de Acosta; pero en ella hay observaciones astronómicas y físicas importantes para la geografía y para la historia natural de aquellos países.

Gregorio García, dominico español. Su famoso tratado sobre el orígen de los americanos, impreso en cuarto en Valencia el año de 1607, y después aumentado y reimpreso en Madrid en 1729, en folio, es una obra de inmensa erudicion, pero casi toda inútil, pues poco ó nada ayuda para encontrar la verdad. Los fundamentos de las opiniones que trae sobre el orígen de los americanos, son por lo comun débiles conjeturas sobre la semejanza en algunas costumbres y en algunas voces de la lengua, las cuales se traen muchas veces alteradas.

Juan de Torquemada, franciscano español. La historia de Méjico escrita por él con el título de *Monarquía indiana*, impresa en Madrid por el año de 1614 en tres gruesos tomos en folio, y después reimpresa en 1724, es sin duda la mas completa, con respecto á las antigüedades mejicanas, de cuantas hasta ahora se han publicado. El autor residió en Méjico desde su juventud hasta su muerte, supo muy bien la lengua mejicana, trató á los mejicanos mas de cincuenta años, recogió un gran número de pinturas antiguas y de excelentes manuscritos, y trabajó en su obra mas de veinte años; mas á pesar de su diligencia y tales ventajas, se muestra muchas veces falto de memoria, de crítica y de buen gusto, y en su historia se descubren muchas groseras contradicciones, principalmente en la cronología, algunas relaciones pueriles y una gran copia de erudicion superflua, por lo que se necesita de mucha paciencia para leerla. Sin embargo, habiendo en ella cosas muy apreciables que en vano se buscarian en otros autores, me ví precisado á hacer en esta historia lo que Virgilio en la de Ennio, buscar las piedras preciosas entre el estiércol.

Arias Villalobos, español: su Historia de Méjico que comienza desde la fundacion de la capital, hasta el año de 1623, escrita en versoé impresa en la misma ciudad y en el citado año, es obra de poco mérito.

Cristóbal Chavez Castillejo, español, escribió por el año de 1632 un tomo en folio sobre el orígen de los indios y sobre su primera colonia en el país de Anáhuac.

Cárlos de Sigüenza y Góngora, célebre mejicano, profesor de matemáticas en la Universidad de su patria. Este grande hombre ha sido uno de los mas beneméritos de la historia de Méjico, porque formó á grandes expensas una copiosa y selecta coleccion de manuscritos y de pinturas antiguas, y se empleó con la mayor diligencia y teson en ilustrar las antigüedades de aquel reino. A mas de muchas obras matemáticas, críticas, históricas y poéticas compuestas por él, ó manuscritas ó impresas en Méjico desde el año de 1680 hasta el de 1693, escribió en español: 1º, la *Ciclografía mejicana*, obra de gran trabajo, en la cual por el cálculo de los eclipses y de los cometas notados en las pinturas históricas de los mejicanos, ajustó sus épocas á las nuestras, y sirviéndose de buenos documentos, expone el método que estos tenian para contar los siglos, los años y los meses. 2º, la historia del *Imperio chichimeco*, en la cual exponia que habia encontrado en los manuscritos y pinturas mejicanas relativos á las primeras colonias que pasaron de la Asia á la América y á los acontecimientos de las mas antiguas naciones establecidas en Anáhuac. 3º, una larga y muy erudita disertacion sobre la publicacion del Evangelio en Anáhuac, hecha, segun él creia, por el apóstol santo Tomás, valiéndose de la tradicion de los indios, de las cruces halladas y veneradas en Méjico y de otros monumentos. 4º, la genealogía de los reyes mejicanos, en la cual deducia la serie de sus ascendientes hasta el siglo VII de la era cristiana. 5º, las anotaciones críticas sobre las obras de Torquemada y de Bernal Diaz. Todos estos eruditísimos manuscritos, los cuales podrian prestar un grande auxilio á mi Historia, se perdieron por el descuido de los herederos de aquel docto autor, y solamente se han conservado algunos fragmentos en las obras de algunos escritores contemporáneos, como en las de Gemelli, Betancurt y Florencia.

Agustin de Betancurt, franciscano de Méjico: su historia antigua y moderna de Méjico, impresa en aquella capital el año de 1698 en un tomo en folio bajo el título de *Teatro mejicano*, no es, en lo que respecta á la historia antigua, mas que un compendio de la de Torquemada, hecho de prisa y escrito con poca exactitud.

Antonio Solís, cronista real de América. La historia de la conquista de Nueva España, escrita por este pulidísimo é ingenioso español, parece mas un panegírico que una historia. Su lenguaje es puro y elegante, pero el estilo algo afectado, las sentencias muy buscadas y las arengas compuestas á su arbitrio;y como que no busca-

ha tanto la verdad como la hermosura, contradice con frecuencia á los autores mas dignos de fe, y al mismo Cortés, cuyo panegírico emprendia. En los tres últimos libros de mi Historia tocaré ligeramente algunos descuidos de este célebre escritor.

EN EL SIGLO XVIII.

Pedro Fernandez del Pulgar, docto español, sucesor de Solís en el empleo de cronista. *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España* compuesta por él, se halla citada en el prólogo de la impresion moderna de Herrera, pero no la he visto. Es de creer que se hubiese dedicado á escribirla por enmendar los errores de sus antecesores.

Lorenzo Boturini Benaduci, milanés: este curioso y erudito caballero fué á Méjico el año de 1736, y deseoso de escribir la historia de aquel reino, hizo en ocho años que estuvo allí, las mas diligentes averiguaciones en órden á las antigüedades, aprendió medianamente la lengua mejicana, se amistó con los indios para conseguir de ellos las pinturas antiguas, y se proveyó de copias de los muchos apreciables manuscritos que habia en las librerías de los monasterios. El museo que formó de pinturas y de manuscritos antiguos, ha sido el mas copioso y mas selecto, al menos después de el del famoso Sigüenza, que jamás se ha visto en aquel reino; pero antes de poner mano á su obra fué despojado de sus bienes literarios por el demasiado celo de aquel gobierno, y mandado á España, en donde habiéndose purificado de toda sospecha contra su fidelidad y honor, pero sin obtener sus manuscritos, imprimió en Madrid en 1746 en un tomo en cuarto un ensayo de la grande obra que meditaba. En él se encuentran noticias importantes no publicadas hasta entonces, pero tambien algunos errores. El sistema de historia que se habia formado era demasiado magnífico, y por lo mismo algun tanto fantástico.

A mas de estos y otros escritores, así españoles como indios, hay algunos anónimos, cuyas obras son dignas de mencionarse por la importancia de su materia, las cuales son: 1ª, ciertos anales de la nacion tolteca pintados en papel y escritos en lengua mejicana, en los cuales se da razon de la peregrinacion y de la guerra de los toltecas, de sus reyes, de la fundacion de Tolan su metrópoli, y de otros acontecimientos acaecidos hasta el año de 1547 de la era vulgar. 2ª, ciertos comentarios históricos en mejicano de los acontecimientos de la nacion azteca, ó sea mejicana, desde el año de 1066 hasta el de 1316, y otros, igualmente en mejicano, desde el año de 1367 hasta el de 1509. 3ª, una historia mejicana en esta lengua, que acaba en el año de 1406, en la que se pone el arribo de los mejicanos á la ciudad de Tolan en el año de 1196, segun lo que digo en mi Historia: todos estos manuscritos estaban en el precioso museo del caballero Boturini.

No hago aquí mencion de aquellos autores que escribieron de las antigüedades de Michoacan, de Yucatan, de Guatemala y del Nuevo Méjico, porque aunque en el dia muchos crean que estas provincias se comprenden en Méjico, no pertenecian al imperio mejicano, cuya historia escribo. Hago mencion de los autores de la historia antigua del reino de Colhuacan y de la república de Tlaxcala, porque sus acontecimientos tienen por lo comun conexion con los de los mejicanos.

Si al numerar los escritores de Méjico pretendiera ostentar erudicion, podria poner aquí un catálogo muy largo de franceses, ingleses, italianos, holandeses, flamencos y alemanes que han escrito ó de intento ó por incidencia de la historia antigua de aquel reino; pero habiendo leido muchísimos con el designio de hacer uso de ellos en mi obra, no he encontrado que pudieran servirme sino los dos italianos Gemelli y Boturini, los cuales por haber estado en Méjico y proveídose entre los mejicanos de pinturas y de noticias particulares relativas á su antigüedad, han contribuido de algun modo á ilustrar la historia. Todos los demás ó han repetido lo que ya estaba escrito por los autores españoles mencionados por mí, ó han alterado los hechos á su arbitrio por herir con mas crueldad á los españoles, como neciamente lo han hecho el señor de Paw en sus *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*, y el señor de Marmontel en su romance de los *Incas*.

Entre los historiadores extranjeros de Méjico, ninguno es mas celebrado que el inglés Tomás Gages, al cual citan muchos como un oráculo, y no hay escritor de América mas descarado en mentir. Algunos se inclinan á esparcir fábulas por alguna pasion, como odio, amor ó vanidad; pero Gages miente solo por mentir. ¿Qué pasion ó qué interés pudo inducir á este autor á decir que los capuchinos tenian un hermoso convento en Tacubaya; que en su tiempo se erigió en Jalapa un obispado con diez mil ducados de renta; que de Jalapa fué á la Rinconada y de allí en un dia á Tepeaca; que en esta ciudad hay una grande abundancia de anonas y chico-zapotes; que esta fruta tiene un hueso mas grande que una pera; que el Desierto de los carmelitas está al Noroeste de la capital; que los españoles quemaron la ciudad de Tingues en la Quivira; que habiéndola reedificado, la habitaban en su tiempo; que los jesuítas tenian allí un colegio, y mil otras mentiras groseras que en cada hoja se encuentran y excitan en los lectores prácticos de aquel país, ó la risa ó la cólera?

Entre los modernos escritores de la América, los mas famosos y estimados son el señor de Raynal y el doctor Robertson. El señor de Raynal, á mas de los crasos errores en que ha caido por lo que respecta al estado presente de la Nueva España, duda de cuanto se dice de la fundacion de Méji-

co y de toda la historia antigua de los mejicanos. "Nada, dice, es permitido afirmar, sino que Motesuma regia el imperio mejicano cuando los españoles arribaron á la costa de Méjico." Ved aquí un hablar verdaderamente franco y de un filósofo del siglo XVIII. ¿Con que nada me es permitido afirmar? ¿Y por qué no dudar tambien de la existencia de Motezuma? Si es permitido afirmar esta porque se halla certificada por el testimonio de los españoles que vieron aquel rey, encontramos del mismo modo testificadas por estos otras muchísimas cosas pertenecientes á la historia antigua de Méjico, vistas por ellos mismos, y á mas confirmadas por la deposicion de los propios indios. Con que ¿ó se pueden afirmar aquellas cosas lo mismo que la existencia de Motezuma, ó tambien de esta se debe dudar? Si hay, pues, razon para no dar crédito á toda la historia antigua de los mejicanos, tambien la habrá para no darlo á la antigüedad de casi todas las naciones del mundo, pues no es fácil encontrar otra historia en que haya habido un número mayor de historiadores testigos que en la de los mejicanos, ni sabemos que por algun otro pueblo se haya publicado una ley tan rigorosa contra los historiadores mentirosos, como la de los acolhuas, referida por mí en el libro sétimo.

El doctor Robertson, aunque mas moderado que Raynal en la desconfianza de la historia, y mas proveido de libros y manuscritos españoles, cae sin embargo en mas errores y contradicciones, pues quiere introducirse mas en el conocimiento de la América y de los americanos. Por hacer perder la esperanza de tener una mediana noticia de las instituciones y costumbres de los mejicanos, exagera la ignorancia de los conquistadores y la ruina causada en los monumentos históricos de aquella nacion por la *supersticion* de los primeros misioneros. "A causa, dice, del celo desmesurado de los " claustrales, se perdió *totalmente* toda noticia de " los hechos mas remotos expuestos en aquellos " toscos monumentos, y no ha quedado ni *un solo* " vestigio concerniente á la polisía del imperio " y las antiguas revoluciones, á excepcion de " aquellos que provienen de la tradicion ó de al- " gunos fragmentos de sus pinturas históricas que " escaparon de la bárbara inquisicion de Zumár- " raga. Se ve claramente por la experiencia de " todas las naciones, que la memoria de las co- " sas pasadas no puede preservarse mucho tiem- " po ni trasmitirse con fidelidad por la tradicion. " Las pinturas mejicanas, que se suponen haber " servido como de anales de su imperio, son po- " cas y de significacion ambigua. Y así, en me- " dio de la incertidumbre de las unas y de la os- " curidad de las otras, estamos obligados á tomar " aquellas noticias que se pudieron recoger de " los mezquinos materiales que se encuentran es- " parcidos en los escritores españoles." Mas en todo esto se engaña este autor; porque, 1º, no son tan mezquinos los materiales que se hallan en los autores españoles, que no se pueda formar una razonable, aunque no muy completa historia de Méjico, como es manifiesto al que los consulte con imparcialidad; basta saber hacer la eleccion y separar el grano de la paja. 2º Ni para escribir tal historia es necesario valerse de los materiales esparcidos en los autores españoles, pues que hay tantas historias y memorias escritas por los mismos indios de que no tuvo noticia Robertson. 3º Ni son pocas las pinturas históricas escapadas de la inquisicion de los primeros misioneros, sino con respecto á la indecible abundancia que habia antes, como puede fácilmente conocerse en mi Historia, en la de Torquemada y otros escritores. 4º Ni menos son tales pinturas de significacion antigua, sino para Robertson y para todos aquellos que no entienden los caracteres y figuras de los mejicanos, ni saben el método que tenian para representar las cosas, así como son de significacion ambigua nuestros escritos para aquellos que no han aprendido á leer. Cuando se hizo por los misioneros el lamentable incendio de las pinturas, vivian muchos historiadores acolhuas, mejicanos, tepanecas, traxcaltecas, etc., los cuales trabajaron por reparar la pérdida de tales monumentos, como en parte lo consiguieron, ó haciendo nuevas pinturas, ó sirviéndose de nuestros caracteres, aprendidos ya por ellos, ó instruyendo de palabra á sus mismos predicadores en sus antigüedades, y así estos pudieron conservarlas en sus escritos, como lo hicieron Motolinia, Olmos y Sahagun. *Es, pues, absolutamente falso que se perdiese totalmente toda noticia de los hechos mas remotos.* Es falso tambien *que no ha quedado ni un solo vestigio concerniente á las antiguas revoluciones y á la policía del imperio, excepuando aquellos que provenian de la tradicion*, etc. En mi Historia, y principalmente en mis disertaciones, manifestaré algunos errores de los muchos que hay en la Historia del referido autor y en las obras de otros escritores extranjeros, de los cuales se podrian componer gruesos volúmenes.

No contentos algunos autores con viciar la historia de Méjico con errores, despropósitos y mentiras escritas en sus libros, la han alterado mas todavía con mentirosas imágenes y figuras grabadas, como son las del famoso Teodoro Bry. En la obra de Gages, en la historia general de los viajes del señor de Prevon y en otras, se representa una bella calzada hecha sobre el lago mejicano para ir de Méjico á Texcoco, que es ciertamente el mayor despropósito del mundo. En la grande obra titulada la *Galería divertida del mundo*, se representan los embajadores mandados antiguamente á la corte de Méjico montados á caballo sobre elefantes. Esto es sin duda un mentir magnífico.

PINTURAS.

No pretendo formar aquí un registro de todas

las pinturas mejicanas, ya de las sustraidas al incendio ejecutado por los primeros misioneros, ya por las hechas por los indios historiadores del siglo XVI de que se sirvieron algunos autores españoles, pues semejante numeracion seria no menos inútil que enfadosa á los lectores, sino solamente quiero hacer mencion de algunas colecciones cuya noticia puede ser útil á quien quiera escribir la historia de aquel reino.

1. *La coleccion de Mendoza*. Así llamamos la coleccion de sesenta y nueve pinturas hecha por el primer virey de Méjico don Antonio Mendoza, á la cual hizo añadir por personas inteligentes sus interpretaciones en lengua mejicana y española para mandarlas al emperador Cárlos V. El navío en que se mandaron fué apresado por un corsario francés y conducido á Francia. Las pinturas mejicanas vinieron á manos de Thevet, geógrafo del rey cristianísimo, de cuyos herederos las compró por una suma muy grande Hakluit, capellan entonces del embajador inglés en la corte de Francia. Llevadas á Inglaterra, fué traducida al inglés la interpretacion española por Locke (diverso del otro famoso metafísico del mismo nombre), por órden de Walter Raleig, y finalmente á peticion del erudito Enrique Spelman, publicada por Samuel Purchas en el tomo 3º de la coleccion. El año de 1692 dichas pinturas fueron publicadas en Paris con la interpretacion francesa de Melchisedec-Tevenot en el tomo 2º de su obra intitulada *Relacion de diversos viajes curiosos*. Las pinturas eran, como he dicho, sesenta y tres; las doce primeras contienen la fundacion de Méjico, los años y las conquistas de los reyes mejicanos; las treinta y seis siguientes representan las ciudades tributarias de aquella corona y la cantidad y calidad de sus tributos, y las quince últimas manifiestan una parte de la educacion de sus hijos y de su gobierno político. Pero es necesario advertir que la edicion de Tevenot está trunca y defectuosa, porque en las copias de las pinturas 11 y 12 se ven cambiadas las figuras de los años, pues se ponen las pertenecientes al reino de Motezuma II en las de Ahuitzotl, y al contrario. Faltan tambien las copias de las pinturas 21 y 22, y la mayor parte de las figuras de las ciudades tributarias. El padre Kicker reimprimió una copia de la primera pintura hecha por la de Purchas en su obra intitulada *Œdipus Ægyptiacus*. Esta coleccion de Mendoza la he estudiado con diligencia y ha producido ventajas á la historia.

2. *La coleccion del Vaticano*. El padre Acosta hace mencion de ciertos anales mejicanos pintados, que existian en su tiempo en la librería del Vaticano. No dudo que todavía existirán, supuesta la suma y laudable curiosidad de los señores italianos en conservar semejantes antigüedades; pero no he tenido proporcion de ir á Roma para buscarlos y estudiarlos.

3. *La coleccion de Viena*. En la librería imperial de esta corte se conservan ocho pinturas mejicanas: "por una nota, dice Robertson, que está en aquel códigо mejicano, aparece que fué un presente que Manuel, rey de Portugal, hizo al papa Clemente VII. Después de haber pasado á manos de diversos ilustres propietarios, cayó en las del cardenal Saxe-Eisenach, el cual lo regaló al emperador Leopoldo." El mismo autor pone en su Historia de la América copia de una de aquellas pinturas, en cuya primera parte se representa un rey que hace la guerra á una ciudad después de haberle mandado una embajada. Se ven en ella figuras de los tiempos y algunas otras de años y de dias; pero por lo demás, estando esta copia aislada y desprovista de colores y faltando en las figuras humanas las contraseñas que en otras pinturas mejicanas dan á conocer las personas, es no solo difícil, sino del todo imposible adivinar su significacion. Si el doctor Robertson hubiera publicado juntamente con aquella las otras siete copias que le mandaron de Viena, tal vez podriamos entenderlas todas.

4. *La coleccion de Sigüenza*. Este doctísimo mejicano, como que era muy dedicado al estudio de la antigüedad, colectó un gran número de selectas pinturas antiguas, parte compradas á grande precio y parte que le dejó por su testamento el nobilísimo indio don Juan de Alba Ixtlilxochitl, el cual las habia heredado de los reyes de Texcoco sus ascendientes. Las imágenes del siglo mejicano, la peregrinacion de los aztecas y los retratos de los reyes mejicanos, que publicó Gemelli en el sexto tomo de su *Vuelta al mundo*, son copias de las pinturas de Sigüenza, que vivia en Méjico cuando llegó Gemelli.[1] Las figuras

1 El doctor Robertson dice, que la copia del viaje de los mejicanos ó aztecas fué dada á Gemelli por don Cristóbal Guadalajara; pero en esto contradice al mismo Gemelli, el cual se protesta deudor á Sigüenza de todas las antigüedades mejicanas de que habla en su relacion. De Guadalajara no tuvo otra que la carta hidrográfica de la laguna de Méjico. "Mas como ahora, añade Robertson, pa-" rece opinion generalmente asentada y fundada, no sé so-" bre qué evidencia, que Carreri no salió jamás de Italia " y que su famosa vuelta al mundo es la narracion de un " viaje ficticio, no he querido hacer mencion de estas pin-" turas." Si no viviera en el siglo XVIII, en el que se ven adoptados los mas estravagantes pensamientos, me habria maravillado mucho de que tal opinion fuese generalmente asentada: de facto, ¿quién podria imaginar que un hombre que no hubiese jamás estado en Méjico, fuese capaz de hacer una relacion tan menuda de los mas pequeños acontecimientos de aquel tiempo, de las personas que entonces vivian, de sus cualidades y empleos, de todos los monasterios de Méjico y otras ciudades, del número de sus religiosos, y aun de los altares de cada iglesia y otras menudencias jamás publicadas? Por el contrario, para hacer justicia al mérito de este italiano, protesto no haber jamás encontrado un viajero mas exacto en referir lo que vió por sus propios ojos, pero no así en lo que supo por informes de otros

del siglo y del año mejicano son en sustancia una misma, que mas de un siglo antes habia publicado en Italia Valadés en su *Retórica cristiana.* Sigüenza después de haberse valido de las referidas pinturas para sus eruditísimas obras, las dejó en su muerte al colegio de San Pedro y San Pablo, de los jesuítas de Méjico, juntamente con su selectísima librería y sus excelentes instrumentos matemáticos. En ella ví y estudié el año de 1759 algunos volúmenes de aquellas pinturas, que contenian en la mayor parte las penas prescritas por las leyes mejicanas contra ciertos delitos.

5. La coleccion de Boturini. Esta preciosa coleccion de antigüedades mejicanas, secuestrada antes por el celoso gobierno de Méjico á aquel erudito y laborioso caballero, se conservaba en la mayor parte en el archivo del virey. Yo ví algunas de estas pinturas, que contenian algunos hechos de la conquista y algunos bellos retratos de los reyes de Méjico: el año de 1770 se publicaron en Méjico, juntamente con las cartas de Cortés, la figura del año mejicano y treinta y dos copias de otras tantas pinturas de tributos que pagaban algunas ciudades á aquella corona, una y otras tomadas del museo de Boturini. Las de los tributos son lo mismo que las de la coleccion de Mendoza, publicadas por Purchas y por Tevenot. Las de Méjico están mejor grabadas y tienen las figuras de las ciudades tributarias que no se encuentran en la mayor parte de las otras; pero por lo demas, les faltan á estas enteramente seis copias de las pertenecientes á los tributos, y hay mil despropósitos en la interpretacion de las figuras, ocasionados de la ignorancia en las antigüedades y en la lengua mejicana. Esto es necesario advertirlo, para que los que vean aquella obra impresa en Méjico bajo un nombre respetable, no por esto se fien y caigan en algunos errores.



ADVERTENCIA.

Siempre que hago mencion de pérticas ó toesas, piés y pulgadas, sin decir mas, se debe entender de las medidas de Paris, que siendo las mas generalmente conocidas, son por lo mismo menos expuestas á equivocaciones. La toesa de Paris (toesa) tiene seis piés de rey, cada pié tiene doce pulgadas y cada pulgada doce líneas. La línea se considera compuesta de diez partes ó puntos, para poder mas fácilmente explicar la proporcion de este pié con los otros. El pié toledano, el cual antonomáticamente es el español, y la tercera parte de una vara castellana, es respecto al pié de rey como 1240 á 1440, esto es, de las 1440 partes de que se considera compuesto el pié de rey, no tiene el toledano mas que 1240. Así, siete piés toledanos hacen cerca de seis piés de rey, ó sea una toesa de Paris.

En la carta geográfica del imperio mejicano nos hemos contentado con señalar las provincias y algunos pocos lugares, omitiendo muchísimos, y entre otros no pocas ciudades considerables, porque sus nombres son tan largos que no daríamos lugar á los de las provincias. Aquellas dos islas que se ven en el Golfo Mejicano, apenas distan milla y media de la costa; pero el grabador quiso representarlas mas distantes. Una de ellas es la que los españoles llamaron *San Juan de Ulúa*.



HISTORIA ANTIGUA DE MEJICO.

LIBRO PRIMERO.

Descripcion del país de Anáhuac, ó breve noticia de la tierra, clima, montes, rios, lagunas, minerales, plantas, animales y hombres del reino de Méjico.

El nombre de Anáhuac, que al principio se dió únicamente al valle de Méjico, por haber estado sus principales ciudades fundadas en las isletas y en las orillas de dos lagunas, habiendo tomado después una significacion mas amplia, se empleó para denominar casi todo aquel grande espacio de tierra que al presente es conocido con el nombre de Nueva-España.[1]

Estaba este vastísimo país dividido entonces en los reinos de Méjico, *Acollmacan*, *Tlacopan* y *Michuacan*, y en las repúblicas de *Tlaxcalan*, *Cholollan* y *Huexotzinco*, y en algunos otros Estados particulares.

El reino de Michuacan, el mas occidental de todos, confinaba por el Oriente y Mediodía con los dominios de los mejicanos, por el Setentrion con el país de los chichimecas y otras naciones mas bárbaras, y por el Poniente con la laguna de Chapalan y con algunos Estados independientes. La capital, *Tzintzuntzan*, llamada por los mejicanos *Huitzitzilla*, estaba situada sobre la extremidad oriental de la hermosa laguna de Pázcuaro. A mas de estas dos ciudades, habia otras muchas respetables, como las de *Tiripitio*, *Zacapu* y *Tarecuato:* todo este país era ameno, rico y bien poblado.

El reino de Tlacopan, situado entre el de Méjico y Michuacan, era de tan poca extension, que fuera de la capital del mismo nombre, no comprendia mas que algunas ciudades de la nacion tepaneca y los lugares de los *Mazahuis*, situados en las montañas occidentales del valle de Méjico. La corte de *Tlacopan* estaba en la ribera occidental de la laguna de Texcoco, cuatro millas al Poniente de la de Méjico.[1]

El reino de Acolhuacan, el mas antiguo y en otro tiempo el mas extenso, se redujo después á mas estrechos límites por las adquisiciones de los mejicanos. Confinaba por el Oriente con la república de Tlaxcala, por el Mediodía con la provincia de Chalco, perteneciente al reino de Méjico, por el Setentrion con el país de los huaxtecos, y por el Poniente terminaba en la laguna de Texcoco, y estaba igualmente estrechado por algunos Estados de Méjico. Su longitud del Setentrion al Mediodía era poco mas de doscientas millas, y su mayor latitud no pasaba de sesenta; pero en tan pequeño distrito habia ciudades bien grandes y pueblos muy numerosos. La corte de

1 *Anáhuac* quiere decir *junto al agua*, y de aquí parece derivarse el nombre de *Anahuatlaca* ó *Nahuatlacas*, con el cual son conocidas las naciones cultas que ocuparon las orillas de la laguna de Méjico.

1 Los españoles, alterando los nombres mejicanos ó adaptándoles á su lenguaje, dicen: *Tacuba*, *Oculma*, *Otumba*, *Guajuta*, *Tepeaca*, *Guatemala*, *Churubusco;* en lugar de Tlacopan, Acolman, Otompan, Huexotla, *Tepeacac*, *Quauhtemallan* y *Huitzilpochco*, el cual ejemplo iremos imitando cuanto convenga, para dispensar á los lectores la dificultad en pronunciarlos.

Texcoco, situada sobre la ribera oriental de la laguna del mismo nombre, quince millas al Oriente de la de Méjico, fué con razon celebrada no menos por su antigüedad y grandeza, que por la cultura y civilizacion de sus habitantes. Las tres ciudades de *Huexotla*, *Coatlichan* y *Atenco*, estaban tan inmediatas, que podian considerarse como otros tantos suburbios. La de *Otompan* era muy respetable, como tambien la de *Acolman* y *Tepepolco*.

La célebre república de *Tlaxcallan*, ó sea Tlaxcala, confinaba por el Poniente con el reino de Acolhuacan, por el Mediodía con las repúblicas de Chalollan y Huexotzinco y con el Estado de *Tepeyacac*, perteneciente á la corona de Méjico; por el Setentrion con el Estado de *Zacatlan*, y por el Oriente con otros Estados sujetos á la misma corona. Su longitud no llegaba á cincuenta millas, ni su latitud á mas de treinta. Tlaxcallan, la capital, de donde tomó el nombre de república, está situada sobre la pendiente del gran monte *Matlalcueye*, hácia el Noroeste, y cerca de setenta millas al Oriente de la corte de Méjico.

El reino de Méjico, aunque el mas moderno, tenia mucha mayor extension que todos los otros referidos reinos y repúblicas juntos. Extendíase por el Sudoeste y Mediodía hasta el mar Pacífico, por el Sur hasta cerca de Quauhtemallan, por el Oriente, á excepcion de los tres distritos de las tres repúblicas y una pequeña parte del reino de Acolhuacan, hasta el Golfo Mejicano; por el Setentrion hasta el país de los huaxtecos; por el Noroeste confinaba con los bárbaros chichimecas, y por el Poniente estaba estrechado para los dominios de Tlacopan y Michuacan. Todo el reino mejicano estaba comprendido entre los grados 14 y 21 de latitud setentrional y entre los grados 271 y 283 de longitud, tomada del meridiano de la isla del Hierro.[1]

La mas noble porcion de esta tierra, así por lo que respecta á su situacion ventajosa como por la poblacion, era el mismo valle de Méjico, rodeado de hermosas y verdes montañas, cuya circunferencia, medida por la parte inferior de los montes, es de mas de 120 millas. Una parte considerable del valle está ocupada por dos lagunas, una mayor de agua dulce y la otra menor de agua salada, que se comunican entre sí por un buen canal. A la laguna menor, por estar en la parte mas baja del valle, concurren todas las aguas que corren de las montañas. De aquí es que cuando por la extraordinaria abundancia de las lluvias superaba el agua el lecho de la laguna, fácilmente anegaba á la ciudad de Méjico, fundada en la misma laguna, como se vió no solo en el tiempo de la dominacion de los monarcas mejicanos, sino tambien en el de los españoles. Estas dos lagunas, cuya circunferencia no baja de noventa millas, representaban en cierto modo la figura de un camello, cuya cabeza y cuello era la laguna de agua dulce, ó sea la de Chalco, el cuerpo la laguna de agua salada llamada de Texcoco, y las piernas y piés los arroyos y rios que de las montañas corrian por la laguna. Entre ambas lagunas está la pequeña península de Itztapalapan que las separa. A mas de las tres cortes de Mejico, Acolhuacan y Tlacopan, habia en este delicioso valle otras cuarenta ciudades considerables, é innumerables villas y aldeas. Las ciudades mas grandes después de las cortes, eran: *Xochimilco*, *Chalco*, *Itztapalapan y Quauhtitlan*, las cuales en el dia apenas conservan una vigésima parte de lo que eran entonces.[1]

Méjico, la mas famosa de todas las ciudades del Nuevo Mundo y capital del imperio (cuya descripcion daremos en otro lugar), estaba, al modo de Venecia, edificada en algunas isletas de la laguna de Texcoco, en los 19° y casi 26 minutos de latitud setentrional, y en los 276 grados y 34 minutos de longitud, entre las dos cortes de Texcoco y Tlacopan, quince millas al Poniente de la primera y cuatro al Oriente de la segunda. De sus provincias, unas eran mediterráneas y otras marítimas.

§ 2º

PROVINCIAS DEL REINO DE MÉJICO.

Las principales provincias mediterráneas eran: al Setentrion las de los otomites; al Poniente y Sudoeste la de los matlatzinques; y cuitlatecos, al Mediodía la de los tlahuiques y cohuixcas; al Sudeste, después de los Estados de *Itzocan*, *Yauhtepec*, *Quauhquechollan*, *Atlixco*, *Tehuacan* y otros, las grandes provincias de los mixtecos, de los zapotecos, y finalmente, de los chiapanecos. Hácia el Oriente estaban las provincias de Tepeyacac, la de los popolocas y la de los totonacos. Las provincias marítimas del Golfo Mejicano eran la de Coatzacoalco y de Cuetlachtlan, que los españoles llaman Cotasta. Las provincias del mar

1 Solís y otros autores, así españoles como franceses é ingleses, dan mucha mayor extension al reino de Méjico, y el doctor Robertson dice: *que los territorios pertenecientes á los señores de Texcuco y de Tacuba, apenas cedian en extension á los del soberano de Méjico;* pero en mis disertaciones haré ver cuánto se han apartado de la verdad estos autores.

1 Las otras ciudades considerables del valle de Méjico, eran: *Mixquic*, *Cuitlahuac*, *Azcapozalco*, *Tenayocan*, *Otompan*, *Colhuacan*, *Mexicaltzinco*, *Huitzilopochco*, *Coyohuacan*, *Atenco*, *Coatlichan*, *Huexotla*, *Chiauhtla*, *Acolman*, *Teotihuacan*, *Itztapaloccan*, *Tepetlaoztoc*, *Tepecolco*, *Tizayocan*, *Citlaltepec*, *Coyotepec*, *Tzonpanco*, *Toltitlan*, *Xaltoccan*, *Tetepanco*, *Ehecatepec*, *Tequizquiac*, *Huipochtlan*, *Tepozotlan*, *Tehuilloyoccan*, *Huehoetoca*, *Atlacuihuallan*, etc. Véase mi disertacion sexta.

Pacífico eran las de *Coliman*, *Zacatollan*, *Tototepec*, *Tecuantepec* y *Xoconochco*. La provincia de los otomites comenzaba en la parte setentrional del valle de Méjico, y se extendia por aquellas montañas hácia el Norte hasta noventa millas de la capital. Entre todos los lugares habitados, que eran muchos, sobresalia la antigua y célebre ciudad de Tollan (en el dia Tula) y la de Xilotepec, la cual después de la conquista de los españoles, fué la metrópoli de la nacion otomite. Después de los lugares de esta nacion hácia el Norte y Noroeste, no habia otros habitados hasta el Nuevo Méjico. Todo aquel espacio de tierra, que es de mas de mil millas, estaba ocupado por naciones bárbaras que no tenian domicilio fijo ni obedecian á soberano alguno.

La provincia de los matlatzinques comprendia, á mas del valle de *Tolocan*, todo aquel espacio de tierra que hay hasta *Tlaximaloyan* (hoy *Taximaroa*), frontera del reino de Michuacan. El fértil valle de Tolocan tiene mas de cuarenta millas de longitud de Sur á Noroeste, y hasta treinta de latitud por donde mas se extiende. Tolocan, que era la ciudad principal de los matlatzinques, de donde tomó el nombre del valle, estaba, como lo está ahora, situada al pié de un alto monte, perpetuamente coronado de nieve, treinta millas distante de Méjico. Todos los otros lugares del valle estaban habitados parte por los matlatzinques y parte por los otomites. En las montañas circunvecinas estaban los Estados de *Xalatlachco*, de *Tzompahuacan* y de *Malinalco*, á no mucha distancia; hácia el Oriente del valle el de *Ocuillan*, y hácia el Poniente los de *Tozantla* y de *Zoltepec*.

Los cuitlatecos habitaban un país que se extendia mas de doscientas millas del Noroeste al Sudeste del reino de Michuacan hasta el mar Pacífico. Su capital era la grande y populosa ciudad de Mexcaltepec, sobre la costa, de la cual apenas subsisten las ruinas.

La capital de los tlahuiques era la amena y fuerte ciudad *Quauhuahuac*, llamada por los españoles *Cuernavaca*, cerca de cuarenta millas de Méjico hácia el Mediodía. Su provincia, la cual comenzaba desde las montañas meridionales del valle de Méjico, se extendia casi sesenta millas hácia el Mediodía.

La grande provincia de los cohuixques confinaba por el Setentrion con los matlatzinques y con los tlahuiques, por el Poniente con los cuitlatecos, por el Oriente con los yopes y con los mixtecos, y por el Mediodía se extendia hasta el mar Pacífico por aquella parte, donde actualmente está, el puerto y la ciudad de Acapulco. Estaba esta provincia dividida en muchos Estados particulares, como el de *Tzompanco*, *Chilapan*, *Tlapan y Teoitztla* (hoy *Tistla*), tierra en la mayor parte muy caliente y mal sana. *Tlachco*, lugar célebre por sus minas de plata, ó pertenecia á la dicha provincia ó confinaba con ella.

La *Mixtecapan*, ó sea provincia de los mixtecos, se extendia desde Acatlan, lugar distante ciento veinte millas de la corte, hácia el Sudeste hasta el mar Pacífico, y contenia muchas ciudades y villas bien pobladas y de comercio considerable.

Al Oriente de los mixtecos estaban los zapotecos, llamados así por su capital *Teotzapotlan*. En su distrito estaba el valle de *Huaxyac*, llamado por los españoles *Oaxaca ó Guaxaca*. La ciudad de *Huaxyac* fué después erigida en obispado y el valle en marquesado, á favor del conquistador don Fernando Cortés.[1]

Al Norte de los mixtecos estaba la provincia de *Mazatlan*, y al Norte y Levante de los zapotecas la de Chinantla, con sus capitales del mismo nombre, de donde sus habitantes fueron llamádos mazatecos y chinantecos. Las provincias de los chiapanecos, de los zoquis y de los quelenos, eran las últimas del imperio mejicano hácia el Sudeste. Las principales ciudades de los chiapanecos eran *Teochiapan* (llamada por los españoles Chiapa de Indios), *Tochtla*, *Chamolla* y *Tzinacantla*, de los zoquis *Tecpantla*, y de los quelenos *Teopixca*. En la pendiente y al rededor de la famosa montaña *Popocatepec*, la cual dista treinta y tres millas hácia el Sur de la capital, estaban los grandes Estados de *Amaquemecan*, *Tepoxtlan*, *Yauhtepec*, *Huaxtepec*, *Chietlan*, *Itzocan*, *Acapetlayoccan*, *Quauhquechollan*, *Atlixco*, *Chalollan* y *Huexotzinco*. Estos dos últimos, que eran mas considerables, habiendo sacudido el yugo de los mejicanos con el auxilio de sus vecinos los tlaxcaltecas, restablecieron su gobierno aristocrático. Las ciudades de Chalollan y Huexotzinco eran las mayores y mas bien pobladas de toda aquella tierra. Los cholultecas tenian la pequeña aldea de *Cuitlaxcoapan*, puntualmente en el lugar en que fundaron después los españoles la ciudad de los Angeles, que es la segunda de la Nueva España.[2]

Al Oriente de Chalollan estaban los Estados respetables de *Tepeyacac*, y mas adelante el de los popolocas, cuyas principales ciudades eran *Tecamachalco* y *Quechollac*. Al Mediodía de los popolocas estaba el Estado de Tehuacan, confinante con el país de los mixtecos; al Oriente la

1 Algunos creen que antiguamente no hubo en el lugar de Huaxyac otra cosa mas que un presidio de los mejicanos, y que esta ciudad se fundó por los españoles; pero á mas de que consta por la matrícula de tributos que Huaxyac era una de las ciudades tributarias de la corona de Méjico, sabemos que los mejicanos no acostumbraban establecer un presidio sino en los lugares mas poblados de las provincias sojuzgadas. Los españoles decian que fundaban alguna ciudad cuando ponian un nombre español á algun lugar de los indios y establecian en él magistrados españoles: no fueron otras las fundaciones de *Antequera* en Huaxyac y la de *Segura de la Frontera* en Tepeyacac.

2 Los españoles dicen: *Tuxtla*, *Mecameca*, *Izúcar*, *Atrisco* y *Quechula*, en lugar de Tochtlan, Amaquemecan, Itzocan, Atlixco y Quechollac.

provincia marítima de Cuetlachtlan, y al Norte la de los totonacos. Esta grande provincia, que era por aquella parte la última del imperio, se extendia por mas de ciento y cincuenta millas, comenzando desde la frontera de *Zacatlan* (Estado perteneciente á la corona de Méjico, y distante cerca de ochenta millas de esta corte) y terminando en el Golfo Mejicano. A mas de la capital *Mizquihuacan*, quince millas al Oriente de Zacatlan, estaba la bella ciudad de *Cempoallan* sobre la costa del golfo, la cual fué la primera ciudad del imperio donde entraron los españoles, y donde comenzó, como veremos, su felicidad. Estan eran las principales provincias mediterráneas del imperio mejicano, omitiendo entre tanto algunos otros Estados menores, por hacer menos enfadosa la descripcion.

Entre las provincias marítimas del mar Pacífico, la mas setentrional era la de Coliman, cuya capital, del mismo nombre, se hallaba en 19 grados de latitud y en 272 de longitud: continuando la misma costa hácia el Sudeste, estaba la provincia de *Zacatallan*, cuya capital era llamada con el mismo nombre. Luego la costa de los cuitlatecos, y después la de los cohuixcas, en cuyo distrito estaba Acapulco, en el dia puerto célebre por el comercio con las islas Filipinas, á 16 grados 40 minutos de latitud y 276 de longitud.

Confinaba con la costa de los cohuixques la de los yopes, y con esta la de los mixtecos, conocida en nuestros tiempos con el nombre de Xicayan. De ahí seguia la grande provincia de Tecuantepec, y finalmente, después la de Xoconochco. La ciudad de Tecuantepec, de la cual se derivó el nombre al Estado, estaba situada en una bella isleta, que forma un rio á dos millas del mar. La provincia de Xoconochco, que era la última y la mas meridional del imperio, confinaba por el Oriente y Sudeste con el país de Xochitepec, que no pertenecia á la corona de Méjico; por el Poniente con el de Tecuantepec, y por el Mediodía terminaba en el mar. Su capital, llamada aun Xoconochco, estaba situada entre dos rios á los 14 grados de latitud y 283 de longitud. Sobre el Golfo Mejicano estaban, á mas de la costa de los totonacos, la provincia de *Cuetlachtlan* y de *Coatzacoalco*. Esta confinaba al Oriente con el vasto país de *Onohualco*, bajo cuyo nombre comprendian los mejicanos los Estados de Tabasco y de la península de Yucatan, los cuales no estaban sujetos á su dominio. A mas de la capital, llamada tambien Coatzacoalco, fundada sobre la ribera de un gran rio, habia otros lugares bien poblados, entre los cuales merece particular mencion el de *Painalla*, por haber sido la patria de la famosa *Malintzin*, uno de los mas eficaces instrumentos de la conquista de Méjico. La provincia de Cuetlachtlan, cuya capital tambien tenia este nombre, comprendia toda aquella costa que hay entre el rio de Alvarado, donde termina la provincia de Coatzacoalco, y el de la Antigua,[1] donde comenzaba la de los totonacos. En aquella parte de la costa que los mejicanos llamaban Chalchicuecan, está al presente la ciudad y puerto de la Veracruz, el mas famoso de toda la Nueva España.

Todo el país de Anáhuac estaba, generalmente hablando, bien poblado. En la historia y en las disertaciones tendré ocasion de nombrar algunas ciudades particularres y dar alguna idea de la multitud de sus habitantes: subsisten aun casi todos los lugares habitados con los mismos nombres antiguos, aunque en parte alterados; pero todas las ciudades antiguas, fuera de Méjico, Orizava y algunas otras, se ven tan disminuidas, que apenas tienen la cuarta parte de los edificios y habitantes que antes tenian: hay muchas que solo tienen la décima parte y algunas que no conservan ni la vigésima. Pues hablando en general de los indios y comparando lo que acerca de su muchedumbre refieren los primeros historiadores españoles y los escritores nacionales, con lo que he visto con mis propios ojos, puedo afirmar que de las diez partes de los antiguos habitantes, apenas subsiste una al presente; efecto lamentable de las calamidades que han padecido.

§ 3º

RIOS, LAGOS Y FUENTES.

La tierra es en gran parte quebrada y montuosa, cubierta de espesos bosques y bañada de caudalosos rios, aunque no comparables con los de la América meridional. De estos, unos corren al Golfo Mejicano y otros al mar Pacífico. Entre los primeros, los de *Papaloapan*, *Coatzacualco* y *Chiapan* son los mayores. El rio de Papaloapan, que los españoles llamaron Alvarado por el nombre del primer capitan español que navegó en él, tiene su principal orígen en la montaña de los Zapotecos, y después de haber hecho un giro por la provincia de Mazatlan y recibido otros rios menores y arroyos, desagua por tres bocas navegables en el golfo, á distancia de treinta millas de Veracruz. El rio Coatzacualco, el cual tambien es navegable, desciende de la montaña de los Mixes, y atravesando la provincia de donde toma el nombre, desemboca en el mar cerca del país de Onohualco. El rio de Chiapan comienza su curso en la montaña llamada *Cuchumatanes*, que separa la diócesis de Chiapan de la de Guatemala, atraviesa la provincia de su nombre y después la de Onohualco, de donde va á la mar. Los españoles lo llamaron *Tabasco*, como tambien aquel espacio de tierra que une la península de Yucatan al continente de Méjico. Lla-

1 Damos á este rio el nombre español con que al presente es conocido, porque ignoramos el que le daban los mejicanos.

máronle tambien rio de Grijalva por respeto al comandante de la primera armada española que lo descubrió.

Entre los rios que corren al mar Pacífico, el mas famoso es el de *Tololotlan*, llamado por los españoles rio de *Guadalajara* ó *Rio Grande*. Toma su orígen de la montaña del valle de Tolocean, atraviesan el reino de Michuacan y la laguna de Chapalan, después va á bañar el país de *Tonalan*, donde al presente está la ciudad de Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, y después de haber hecho un curso de mas de seiscientas millas, desemboca en el mar á la altura polar de 22 grados. El rio de Tecuantepec nace de la montaña de los Mixes, y hecho un breve curso, desagua en el mar á la altura polar de 15 grados y medio. El rio de los Yopes baña el país de aquella nacion y tiene su desembocadura 15 millas al Oriente del puerto de Acapulco, formando por aquella parte la línea divisoria entre las diócesis de Méjico y Puebla.

Habia igualmente, y aun hay ahora algunas lagunas que servian no menos para hermosear el país que para facilitar el comercio de aquellos pueblos. Las lagunas de Nicaragua, de Chapalan y de Páscuaro, que eran las mas considerables, no pertenecian al imperio mejicano. Entre las otras son las mas importantes á mi Historia las dos del valle de Méjico, de que antes hice mencion. La de Chalco se extendia por el espacio de doce millas de Oriente á Poniente hácia la ciudad de Xochimilco, y de allí tomando la direccion hácia el Norte por otras tantas millas, se incorporaba por medio de un canal con la laguna de Texcoco; por su anchura no excedia de 6 millas. La laguna de Texcoco tenia 15 millas, y aun 17 de Oriente á Poniente, y algo mas de Sur á Norte; mas en el dia es menor su extension, porque los españoles han extraviado muchas aguas que corrian hácia ella. Toda la agua que va á ella es dulce en su orígen, y no se hace salobre sino á causa del lecho salitroso de la laguna donde se recoge.[1] A mas de estas dos lagunas grandes, habia en el mismo valle de Méjico y al Norte de esta ciudad otras dos menores, á las cuales dieron nombre las dos ciudades de *Tzompanco* y de *Xaltocan*. La laguna de Tochtlan en la provincia de Coatzacualco, es muy hermosa y sus riberas amenísimas.

Por lo que mira á las fuentes, hay tantas en aquella tierra y de tan diversa calidad, que merecerian una historia separada, principalmente si hubiesen de mencionarse las del reino de Michuacan; allí hay infinitos manantiales de aguas minerales, como nitro, azufre, vitriolo, alumbre, de las cuales algunas nacen hirviendo y tan calientes, que en pocos momentos se cuece en ellas cualquier fruto de la tierra ó carne de animales. Tambien hay aguas petrificadas, como las de Tehuacan, ciudad distante cerca de veinte millas de Méjico hácia el Sudeste, las de la fuente de Púcuaro en los Estados del conde de Miravalle, en el reino de Michuacan, y la de un rio en la provincia de los Quelenos.

Con la agua de Púcuaro se hacen piedrecillas blanquizcas, lisas y no desagradables al gusto, cuya raspadura tomada en caldo ó en atole,[1] son de los mas poderosos diaforéticos, y se usan con maravilloso efecto contra varias clases de fiebres.[2] Los ciudadanos de Méjico usaban en tiempo de sus reyes de la agua de la gran fuente de Chapoltepec, que por un buen acueducto, de que hablaré en otra ocasion, se conducia á la ciudad. Con motivo de mencionar las aguas de aquel reino, podria describir, si la condicion de mi Historia lo permitiera, los estupendos saltos ó cascadas de algunos rios[3] y los puentes formados por la misma naturaleza, principalmente el *Puente de Dios*. Así llaman en aquel país un vasto volúmen de tierra que pasa sobre el profundo rio de Atoyac, junto al pueblo de Molcaxac, cerca de cien millas de Méjico hácia al Sur, sobre el cual pasan cómodamente los carros y coches. Se puede creer que sea un fragmento de la montaña inmediata, arrancado por algun antiguo terremoto.

§ 4º

CLIMA DE ANAHUAC.

El clima de los países de Anáhuac es vario, segun su diversa situacion. Los países marítimos son calientes y por lo general húmedos y mal sanos. Su calor, que hace sudar aun en el invierno, es ocasionado de la suma depresion de la costa respecto á los países mediterráneos, ó de los montes de arena formados en las playas, como sucede en Veracruz mi patria. La humedad pro-

1 Mr. de Bomare en su Diccionario de historia natural, dice que la sal de la laguna de Méjico puede provenir de la agua del mar del Norte filtrada por la tierra, y para confirmar su opinion cita el *Diario de los sabios* del año de 1766; pero esto ciertamente es un error grosero, pues esta laguna está distante del mar 180 millas, á mas de que su lecho está tan elevado, que al menos tiene una milla de elevacion perpendicular sobre la superficie del mar. El autor Anónimo de la obra intitulada *Observaciones curiosas sobre el lago de Méjico*, que es puntualmente de la que hacen el extracto los diaristas de Paris, está muy distante de adoptar el error de Mr. de Bomare.

1 Atole llamaban los mejicanos á cierta harinada de maiz de que hablaré después.

2 Las piedrecillas de *Púcuaro* son poco conocidas. Yo he sido testigo ocular de sus maravillosos efectos en la epidemia de 1762. La dósis prescrita para los que tienen facilidad de sudar, es de dracma y media de raspadura.

3 Entre las cascadas es famosa la que hace el Rio Grande de Guadalajara en un lugar llamado Tempisque, 15 millas al Mediodía de aquella ciudad.

viene no menos del mar que de la agua que en abundancia desciende de las montañas que dominan las costas. En la tierra caliente no hay hielo, y muchísimos habitantes de tales regiones no tienen de la nieve otra idea que la que adquieren por la lectura de los libros ó por relacion de los forasteros. Las tierras muy elevadas ó muy inmediatas á las últimas montañas, que allí están enteramente cubiertas de nieve, son frias, y yo he estado en montaña que no dista de la capital arriba de veinticinco millas, en donde hay nieve y hielo aun en la canícula. Todos los otros países mediterráneos donde está la mayor poblacion de aquella tierra, gozan de un clima tan benigno y tan dulce, que no sienten el rigor del invierno ni los ardores del estío. Es verdad que en muchos de aquellos países hay con frecuencia hielos en los tres meses primeros de diciembre, enero y febrero, y tal vez suele nevar; pero la leve incomodidad que causa un tal frio, no dura mas que hasta que sale el sol; no se necesita otro fuego que el de sus rayos para calentarse en el invierno, ni de otro refrigerio en tiempo de calor que el de la sombra. El mismo vestido que cubre á los hombres en la canícula los defiende en el invierno, y los animales duermen todo el año á cielo raso.

Esta dulzura y benignidad del clima bajo la zona tórrida, es efecto de algunas causas naturales, enteramente desconocidas á los antiguos, que la creian inhabitable, y no bien entendidas de algunos modernos, por los cuales se estima poco favorable á los vivientes. La pureza de la atmósfera, la menor oblicuidad de los rayos del sol y la mas larga duracion de este planeta sobre el horizonte en el invierno, con respecto á otras regiones mas distantes de la equinoccial, concurren á disminuir el frio y á alejar todo aquel horror con que bajo de otras zonas se ve desfigurada la naturaleza. Se goza en aquel tiempo de la belleza del cielo y de las inocentes delicias del campo, cuando bajo las zonas frias, y aun por lo comun en las templadas, las nubes cubren el cielo y la nieve sepulta las bellas producciones de la tierra. No menores causas concurren á templar el calor del estío. Las copiosas lluvias que bañan frecuentemente la tierra desde mediados de abril ó de mayo hasta setiembre y octubre, las altas montañas siempre cargadas de nieve, esparcidas por diversas partes en toda la tierra de Anáhuac, los vientos frescos que entonces soplan y la menor detencion del sol sobre el horizonte con respecto á las regiones de la zona templada, trasforman el estío de aquellos felices países en alegre y fresca primavera.

Mas la benignidad del clima está contrapesada por las tempestades de rayos, que son frecuentes en el estío, principalmente en las inmediaciones de Matlalcueye, ó sea sierra de Tlaxcala, y por los terremotos que algunas veces se sienten, bien que con mayor espanto que daño. Unas y otros son efecto del azufre y otros materiales combustibles, depositados con mucha abundancia en las entrañas de la tierra. En cuanto á las tempestades de granizo, no son ni mas frecuentes ni mas grandes que en Europa.

§ 5º

MONTES, PIEDRAS Y MINERALES.

El fuego encendido en las entrañas de la tierra con la referida materia sulfúrica y bituminosas ha hecho en algunas montañas aberturas, ó sean volcanes, de donde se han visto algunas veces salir llamas, cenizas y humo. Cinco son en el distrito del imperio mejicano las montañas en las cuales en diversos tiempos se han observado estos espantosos fenómenos. El *Poyauhtecatl*, llamado por los españoles *volcán de Orizava*, comenzó á arrojar humo el año de 1545, y continuó por veinte años; pero después en mas de dos siglos no se le ha visto la menor señal de incendio. Este célebre monte, de figura cónica, es sin duda el mas elevado de la tierra de Anáhuac, y por su elevacion es la primera tierra que ven los navegantes que caminan hácia aquella parte á distancia de ciento y cincuenta millas.[1] Su cima está siempre cubierta de nieve y su falda de gruesos cedros, pinos y otros árboles de madera apreciable, y así por todas partes es hermosa su vista. Está distante de la capital mas de noventa millas hácia el Oriente.

El *Popocatepec* y el *Iztaccihuatl*, inmediatos entre sí y distantes de Méjico treinta millas al Sudoeste, son tambien de una elevacion que sorprende. El Popocatepec, al que por antonomasia dan el nombre de *volcán*, tiene una boca ó sea respiradero de mas de media milla, por el cual en los tiempos de los reyes mejicanos arrojaba con frecuencia llamas, y en el siglo pasado lanzó muchas veces una gran cantidad de ceniza sobre los lugares circunvecinos; pero en este siglo apenas se le ha observado algun humo. El *Iztaccihuatl*, conocido por los españoles con el nombre de *Sierra nevada*, ha arrojado tambien algunas veces humo y ceniza. Uno y otro monte tienen siempre cubierta la cima de nieve, la cual es tan abundante, que de la que se precipita en las barrancas inmediatas se proveen las ciudades de Méjico, Puebla, Cholula y otros lugares circunvecinos y los distantes de estos montes hasta cuarenta millas,

1 El Poyauhtecatl es mas alto que el Taide, ó sea pico de Tenerife, segun dice el padre Talandier, jesuíta, que observó uno y otro. Véanse las *Cartas edificantes*. De Popocatepetl dice Tomás Gages que es tan alto como el monte mas alto de los Alpes. Podria tal vez decir que algo mas, si hubiera calculado la elevacion del terreno en que se levanta esta célebre montaña.

en los cuales se consume todo el año en helados una cantidad increible.[1]

Los montes de Colima y de Tochtlan, muy distantes de la capital y mucho mas entre sí, han arrojado fuego algunas veces en nuestros tiempos.[1]

A mas de estas montañas, hay otras allí, las cuales aunque no son flamigerantes, son celebradísimas por su elevacion, como la de Matlalcueye ó sierra de Tlaxcala, la de *Nappateuctli*, que por su figura llaman los españoles el *Cofre*, ó sea baul, la de *Tentzon*, junto al pueblo de *Molcaxac*, la de Toluca y otras que como no son conducentes á mi intento, las paso en silencio. Todos saben ya que la célebre cordillera de los *Andes*, ó sean los *Alpes* de la América meridional, se continúa por el istmo de Panamá y por toda la Nueva España hasta perderse en los países desconocidos del Setentrion. La parte mas considerable de esta cordillera es conocida en aquel reino con el nombre de la *Sierra Madre*, principalmente en la Sinaloa y la Tarahumara, provincias distantes de la capital mil y doscientas millas.

Los montes de Anáhuac abundan de minas de toda suerte de metales y de una infinita variedad de otros fósiles. Los mejicanos las tenian de oro en los países de los cohuixcas, mixtecos, zapotecos y en algunos otros. Recogian por lo comun este precioso metal en grano entre las arenas de los rios, y los mencionados pueblos pagaban una cierta cantidad á la corona de Méjico. La plata se extraia de las minas de Tasco ó Tlachco (célebre desde entonces), de Tzompanco y otras; pero no era tan apreciada de ellos como de otras naciones. Después de la conquista se han descubierto tantas minas de plata en aquel país, principalmente en las provincias que están al Noroeste de la capital, que es del todo imposible enumerarlas. De cobre tenian dos especies, uno duro, del cual se servian en lugar del fierro para hacer sierras, pachas, azadones y otros instrumentos de guerra y agricultura, y el otro comun y flexible para hacer platos, ollas y otros vasos. Este metal abundaba mas que en otra parte en la provincia de Zacatula y en la de los cohuixques, así como en el dia en el reino de Michuacan. Sacaban el estaño de las minas de Tasco y el plomo de las de *Ixmiquilpan*, lugar del país de los otomites. Del estaño hacian moneda, como diré en su lugar, y del plomo sabemos que se vendia en los mercados; pero absolutamente ignoramos el uso que hacian de él. Tenian tambien minas de fierro en Tlaxcala, Tlachco y otros lugares; pero ó no las explotaron ó no supieron aprovecharse del metal. Tenian á mas de esto en Chilapa minas de mercurio, y en muchos lugares de azufre, alumbre, vitriolo, almagre, ocre, y de una tierra blanca muy semejante al albayalde. No sabemos el uso que hacian del mercurio ni del vitriolo; de los otros minerales se servian para sus pinturas y tintes. Del ámbar y del asfalto, ó sea betun de Judea, habia y aun hay mucha abundancia en las costas de ambos mares, y de uno y otro pagaban tributo al rey de Méjico algunos lugares del imperio. Del ámbar, el cual engastaban en oro, se servian solamente para ornato y gusto; del asfalto hacian uso en ciertas incensaciones, como veremos en otra parte.

Entre las piedras habia allí y hay diamantes, aunque pocos, esmeraldas, amatistas, ojos de gato, turquesas, cornerinas y unas piedras verdes semejantes á las esmeraldas y no muy inferiores, y de todas estas pagaban tributo al rey las provincias de los mixtecos, zapotecos y cohuixques, en cuyas montañas se encuentran las minas que las producen. De su abundancia, del aprecio que hacian de ellas los mejicanos y del modo que tenian para labrarlas, hablaré mas oportunamente en otro lugar. Los montes que hay en la costa del Golfo Mejicano, entre el puerto de Veracruz y el rio de Coazacualco, como tambien los de Chinantla y los de las provincias de los mixtecos, les proveian de cristal, y las ciudades de Tochtepec, Cuetlachtlan, Cosamaloapan y otras, estaban obligadas á contribuir anualmente con cierta cantidad para el uso de la corte.

No menos abundan aquellos montes de varias

1 La gabela impuesta sobre el hielo ó nieve que se consume en la capital, importaba en el año de 1746 hasta 15.522 pesos mejicanos; algunos años ascendia á mas de 20.000, y actualmente podremos creer que sea mucho mas.

2 Pocos años hace se publicó en Italia una relacion acerca del monte de Tochtlan ó sea Tustla, llena de mentiras curiosas, pero muy groseras. En ella se ven descritos los rios de fuego, los elefantes atemorizados, etc. No hago mencion entre los montes flamigerantes de *Jorullo*, ni de *Mamotombo* en Nicaragua, ni del de *Guatemala*, porque ninguno de estos tres estaba comprendido en los dominios mejicanos. El de Guatemala arruinó con terremotos aquella grande y bella ciudad el dia 29 de julio de 1773. Por lo que respecta al Jorullo, citado en el valle de Vreche en el reino de Michuacan, no era antes del año de 1760 mas que un pequeño collado, en donde habia una grande hacienda de azúcar; mas el dia 29 de setiembre de 1760 reventó con furiosos terremotos, que arruinaron enteramente así la hacienda como el lugar vecino, llamado Guacana, y desde entonces hasta ahora no ha dejado de arrojar fuego y piedras encendidas, con las cuales se han formado tres montes elevados, cuya circunferencia era ya de cerca de seis millas, segun la relacion que en el año de 1766 me hizo el caballero don Juan Manuel Bustamante, gobernador de aquella provincia y testigo ocular. Cuando reventó, las cenizas fueron arrojadas hasta la ciudad de Querétaro, distante de Jorullo 150 millas bien hechas. Cosa verdaderamente increible, pero pública y notoria en aquella ciudad, en donde un caballero me mostró la ceniza recogida por él en un papel. En la ciudad de Valladolid, distante sesenta millas llovia, la ceniza con tal abundancia, que era necesario barrer los patios de las casas dos ó tres veces al dia.

especies de piedras apreciables para el uso de la arquitectura, escultura y otras artes. Hay canteras de jaspe y de mármoles de diversos colores en los montes de Calpulalpan, al Oriente de Méjico, en los que separan los valles de Méjico y Toluca, hoy llamados *monte de las Cruces*, y en los de los zapotecos; de alabastro en Tecalco (actualmente Tecali), lugar vecino á la provincia de Tepeaca, y en el país de los mixtecos de tetzontli en el mismo valle de Méjico y en otros muchos lugares del reino. La piedra *tetzontli* es por lo comun de color rojo oscuro, bastante dura, porosa y ligera; une perfectísimamente á la cal y á la arena, y por lo mismo es mas solicitada que cualquiera otra piedra para los edificios de la capital, cuyo suelo es fangoso y poco firme. Tambien hay montes enteros de piedra iman, y entre otros uno muy grande entre Tcoitzitlan y Chilapa en el país de los cohuixques. Del *quetzalitztli*, vulgarmente conocido con el nombre de *piedra nefrítica*, formaban los mejicanos diversas figuras curiosas, de las cuales se conservan algunas en los museos de Europa. El *chimaltizatl*, que es una especie de escama ó espejo de burro, es una piedra diáfana blanquísima y fácilmente divisible en láminas sutiles, las cuales por medio de la calcinacion dan un hermoso yeso, y lo usaban los mejicanos para el blanco de sus pinturas. Hay tambien una infinita cantidad de yeso y de talco; pero no sabemos el uso que hacian de esta piedra. El *mezcuitlatl*, esto es, estiércol de la luna, es de la clase de aquellas piedras que por su resistencia á la accion del fuego, se llaman por los químicos *lapides refractarii*. Esta es trasparente y de color de oro algo colorado. Mas ninguna otra piedra era tan usual entre los mejicanos como la itztli, de la cual hay en abundancia en muchos lugares de Méjico. Es la piedra itztli semi-diáfana, de sustancia vítrea y por lo comun negra; pero tambien se encuentran blancas y azules. De esta piedra hacian espejos, cuchillos, lancetas, navajas de barba y aun espadas, como diré cuando hable de su milicia, y después de la introduccion del Evangelio se hicieron aras muy apreciadas.[1]

§ 6º

PLANTAS APRECIABLES POR SUS FLORES.

Sin embargo de que es tan abundante y rico el reino mineral de Méjico, todavía es mas copioso y vario el vegetal. El célebre doctor Hernandez, esto es, el Plinio de la Nueva España, describe en su Historia natural hasta mil y doscientas plantas propias de aquella tierra; pero siendo contraida su descripcion á las medicinales, apenas comprende una parte, bien que grande, de las que la próvida naturaleza ha producido allí para beneficio de los mortales. De las plantas medicinales haremos mencion cuando tratemos de la medicina de los mejicanos. Con respecto á las otras clases de vegetales, hay algunos apreciables por sus flores, otros por sus frutos, otros por sus hojas, otros por sus raíces, otros por su tronco ó su madera, y otros, finalmente, por su goma, resina, aceite ó jugo.[1] Entre las muchas flores que hermosean los prados ó adornan los jardines de los mejicanos, hay algunas dignas de mencionarse, ó por su singular hermosura de color, ó por su suavísima fragancia, ó por su extraordinaria figura.

El *floripundio*,[2] que por su tamaño merece el primer lugar, es una flor blanca, hermosa, olorosísima y *monopétala*, ó sea de una sola hoja; pero tan grande, que tiene ocho y aun mas pulgadas de largo y tres ó cuatro de diámetro en la parte superior. Penden muchas a un tiempo de las ramas en forma de campana; pero no enteramente redonda, porque su hoja, ó sea *corola*,[3] hace cinco ó seis ángulos en proporcionada distancia los unos de los otros. Se dan estas flores en un hermoso arbusto, cuyos ramos forman una cima redonda á manera de cúpula. Su tronco es tierno, sus hojas grandes, angulares y de un verde ceniciento. A las flores suceden unos frutos redondos y gruesos como las naranjas, y tienen dentro almendra.

El yoloxochitl[4] ó flor de corazon, es tambien grande y no menos apreciable por su hermosura que por su olor, el cual es tan fuerte, que una sola flor basta para llenar de suavísima fragancia toda una casa. Tiene muchas hojas glutinosas, por fuera blancas y por dentro algo coloradas ó amarillas, y de tal manera dispuestas, que abierta la flor y extendidas sus hojas, tiene la figura de estrella; pero cerrada se asemeja un poco al corazon, y por esto se le dió este nombre. El

1 La itztli es conocida en la América meridional con el nombre de *piedra del pavo*. El célebre Mr. Caylus, en una disertacion manuscrita vista y citada por Mr. de Bomare, prueba que la piedra obsidiana de que los antiguos hacian vasos llamados de murra, que estimaban mucho, era muy semejante á la piedra del pavo.

1 Adoptamos esta division (aunque imperfecta) de las plantas, porque nos parece la mas cómoda y mas conducente al propósito de nuestra Historia.

2 Floripundio. Datura arborea Linn.—Es planta indígena del Perú, de donde sin duda fueron trasladadas sus semillas á este suelo, en el que nunca ha producido ningun fruto, y se propaga por estacas y por raíces. Carece por la razon dicha de nombre mejicano.

3 Las hojas de color de que se compone la flor, se llaman *pétalos* por Fabio Colonna, y *corola* por Linneo para distinguirlas de las verdaderas hojas.

4 Yoloxochitl, Magnolia grandiflora Linn.—Es muy singular la fórmula que describe Hernandez, en este capítulo, para curar la esterilidad, asegurando ser un eficacísimo remedio el cocimiento de la flor del yoloxochitl, mezclado con otras plantas muy estimulantes que pueden conseguirse fácilmente en el dia.

árbol que la produce es muy grande, y sus hojas largas y ásperas.[1]

El *coatzontecoxochitl*[2] ó flor de cabeza de víbora, es de una hermosura incomparable.[3] Es compuesta de cinco pétalos ú hojas color de violeta en la parte mas interna, en el medio blanquizca y en el resto colorada; pero graciosamente manchada de puntos amarillos y blanquizcos. La planta que la produce, tiene las hojas semejantes á las del iris, ó sea espadaña; pero mas anchas y mas largas, y los pezones pequeños y delgados. Esta flor era una de las mas apreciadas de los mejicanos.

Oceloxochitl[4] ó flor del tigre, es grande, compuesta de tres hojas aguzadas y encarnada; pero hácia el medio variada de blanco y amarillo, y de algun modo representando las manchas de aquella fiera, de quien tomó el nombre. La planta tiene las hojas semejantes tambien á la de la espadaña y la raiz bulbosa.

Cacaloxochitl[5] ó flor del cuervo, es pequeña pero olorosísima y pintada de blanco, encarnado y amarillo. El árbol que produce estas flores se ve todo cubierto de ellas, formando en la extremidad de las ramas macetas naturales, no menos agradables á la vista que al olfato. No hay cosa mas comun que estas flores en la tierra caliente: los indios se sirven de ellas para adornar los altares, y los españoles hacen una conserva deliciosa.[1]

Izquixochitl[2] es una pequeña flor blanca, semejante en la figura á la rosa silvestre y en el gusto á la cultivada; pero mucho mejor por su fragancia. Se da en árboles grandes.

Cempoalxochitl ó *cempuasuchil*, [3] como dicen los españoles, es una flor trasplantada á Europa que los franceses llaman *clavel de las Indias*. Es comunísimo en Méjico, en donde la llaman *flor de los muertos*, y hay algunas especies diversas en el tamaño, en la figura y en el número de hojas de que se componen.

La flor que los mejicanos llaman *xiloxochitl*[4] y los mixtecos *tiata*, es toda compuesta de estambres sutiles, iguales y derechos, pero flexibles y largos cerca de seis dedos, que nacen de un cáliz orvicular muy parecido al de la bellota, pero diverso en el tamaño, en el color y en la sustancia. De estas hermosas flores unas son todas encarnadas y otras enteramente blancas, y el árbol que las produce es tambien hermosísimo.

Macpalxochitl[5] ó flor de lo mano, es semejan-

1 Hay tambien otro yoloxochitl olorosísimo, pero muy diverso en la figura.

2 Coatzontecoxochitl. Es una de las flores mas hermosas y fragantes de Nueva España; significa el término mejicano *flor de cabeza de culebra*, y se describió y dibujó con la mayor perfeccion por la expedicion botánica, dándola por entonces el nombre de *epidendrum pulcherrinum;* pero el mayor y mas atento exámen que se ha hecho últimamente de las plantas orchideas, á cuya familia corresponde la presente, podrá haber causado la variacion de su nombre, haciendo de ella un género nuevo por la diversa forma que presentan sus pétalos respecto de la que tienen las especies pertenecientes al epidendrum. No ha podido examinarse en Méjico, por ser propia de las tierras calientes y no traerla los indios á la capital, aunque se les ha encargado en muchas ocasiones.

3 Flos forma spectabilis, et quam vix quispiam possit verbis exprimere aut penicillo prodignitate imitari a Principibus Indorum ut natures miraculum valde expetitus et in magno habitus pretio. Hernandez, Historia natural de la Nueva España, libro 8, capítulo 8. Los académicos Linces de Roma, que comentaron y publicaron esta Historia de Hernandez el año de 1651 y vieron el dibujo de esta flor con sus colores hecho en Méjico, formaron tal idea de su hermosura, que la adoptaron como emblema de su doctísima Academia, llamándola *flor del lince*.

4 Oceloxochitl. Terraria Pavonia Linn. Tigridia... Jussieu.—Es tambien una flor hermosa, pero muy efímera, pues apenas puede mantener su belleza un solo dia: este defecto se suple por la abundancia con que brotan sucesivamente de una misma planta, adornando las jardines de Méjico casi toda la temporada de las aguas.

5 *Cacaloxochitl.* Plumeria rubra Linn. Es árbol bien formado y propio de tierras calientes, en donde se encuentran tambien otras especies y variedades del mismo género.

1 Se puede creer que el árbol del cacaloxochitl sea el mismo que Mr. de Bomare describe bajo el nombre de Trangipanier.

2 Izquixochitl. Por mas diligencias que practicó la expedicion botánica para averiguar qué planta era el izquixochitl, no pudo adquirir noticias ciertas de ellas aunque se daban á los indios las escasas señas que ministra de este árbol el doctor Hernandez: dice este autor que es hermoso á la vista, que la flor era buscada por todos á causa de su agradable olor, y muy digna de adornar los jardines reales, si no fuera propia de los climas calientes; que florece todo el año y que sus hojas y flores son parecidas á las del cidro: á pesar de todo lo dicho, no pudo hallarse en Cuernavaca cosa que se le pareciese, aunque la solicitó con empeño en dicha villa don Martin Sessé, director de la expedicion, en cuyos campos cultivados, dice Hernandez que crecia, como tambiem en los de Huastepec. Sin embargo de lo expuesto, hay poderosas razones para presumir que la planta en cuestion sea la *plumeria alba*, ó alguna otra especie de este género, por convenirle las notas que da Hernandez de ella, aunque lo contradiga la figura de Recho, que es imperfectísima, como la mayor parte de las que nos presenta en su compilacion, imperfecta tambien.

3 *Cempoxalochitl.* Tagetes enecta Linn.—Son varias y diferentes especies las que se cultivan con este nombre, ó con el vulgar sempasuchil en los jardines de Méjico, y todas se hallan descritas en la Flora mejicana inédita.

4 *Xiloxochitl.* Carolinea Prin‧eps. Es árbol de agradable aspecto y de flores grandes y hermosas, de color carmesí, aunque sin olor, con que adornan en Méjico los altares en tiempo de cuaresma.

5 *Macpalxochitl.* Chirostemon Pentadaetilon. Flor Mexic. Cheirostemon platanoides Humboldt.—De este precioso árbol, de que solo se conocia un individuo en el

te al tulipan, pero su pistilo representa la figura de un pié de pájaro, ó mas bien el de un mono, con seis dedos que terminan en otras tantas uñas. El vulgo español de aquel reino llama al árbol que produce estas flores tan curiosas, *árbol de las manitas*.

A mas de estas y otras innumerables flores propias de aquel país, en cuyo cultivo se deleitaban los mejicanos, se enriqueció la tierra de Méjico con todas aquellas que se trasplantaron á ella del Asia y de la Europa, como son azucenas, jazmines, claveles de diversas especies y otras muchísimas que compiten ahora en los jardines de Méjico con las flores americanas.

§ 7º

PLANTAS APRECIABLES POR SU FRUTO.

En cuanto á las frutas, es deudora la tierra de Anáhuac, en parte á las islas Canarias y en parte á España, de los melones, manzanas, melocotones, membrillos, albercoques, peras, granadas, higos, guindas del color de púrpura, nueces, almendras, aceitunas, castañas y uvas, bien que estas no faltaban absolutamente en aquella tierra.[1]

Por lo que respecta á los cocos, plátanos, cidras, naranjas y limones, estaba persuadido por el testimonio de Oviedo, Hernandez y Bernal Diaz, que los primeros se debieron á las islas Filipinas y las demás frutas á las Canarias;[2] pero sabiendo que muchos son de otra opinion, no quiero empeñarme en una disputa, que sobre no importarme, me haria separar del curso de la historia. Ello es cierto que estas plantas y todas las demás que han llevado allí de otras partes, han prendido felizmente y se han multiplicado tanto como en su propio país. Todas las tierras marítimas abundan de palmas de coco. De naranjas hay siete especies diversísimas, y de limones lo menos cuatro; otras tantas hay, y bien diversas, de plátanos.[1] El mas grande, que es el *zapalote*, tiene desde quince á veinte pulgadas de largo y hasta tres de diámetro. Es duro y poco apreciado; no se come sino asado ó cocido. El *plátano largo* tiene ocho pulgadas cuando mas de largura y una y media de diámetro. Su corteza es primero verde, después amarilla y en su madurez negra ó negrusca. La fruta es sabrosa y sana, se come cocida ó cruda. El *guineo* es mas pequeño que el otro, pero mas grueso, mas blando, mas delicioso y menos sano. Las fibras de que está cubierta la pulpa son ventosas. Esta especie de plátano se cultiva en el jardin público de Bolonia y lo he probado; pero lo hallé tan mal sazonado y tan desagradable por razon del clima, que podria estimarse por una especie distinta de aquella. El *domínico* es el mas pequeño pero el mas delicado. La planta tambien es mas pequeña que las otras. Hay en aquel reino bosques enteros muy grandes de plátanos,[2] como tambien de naranjas y limo-

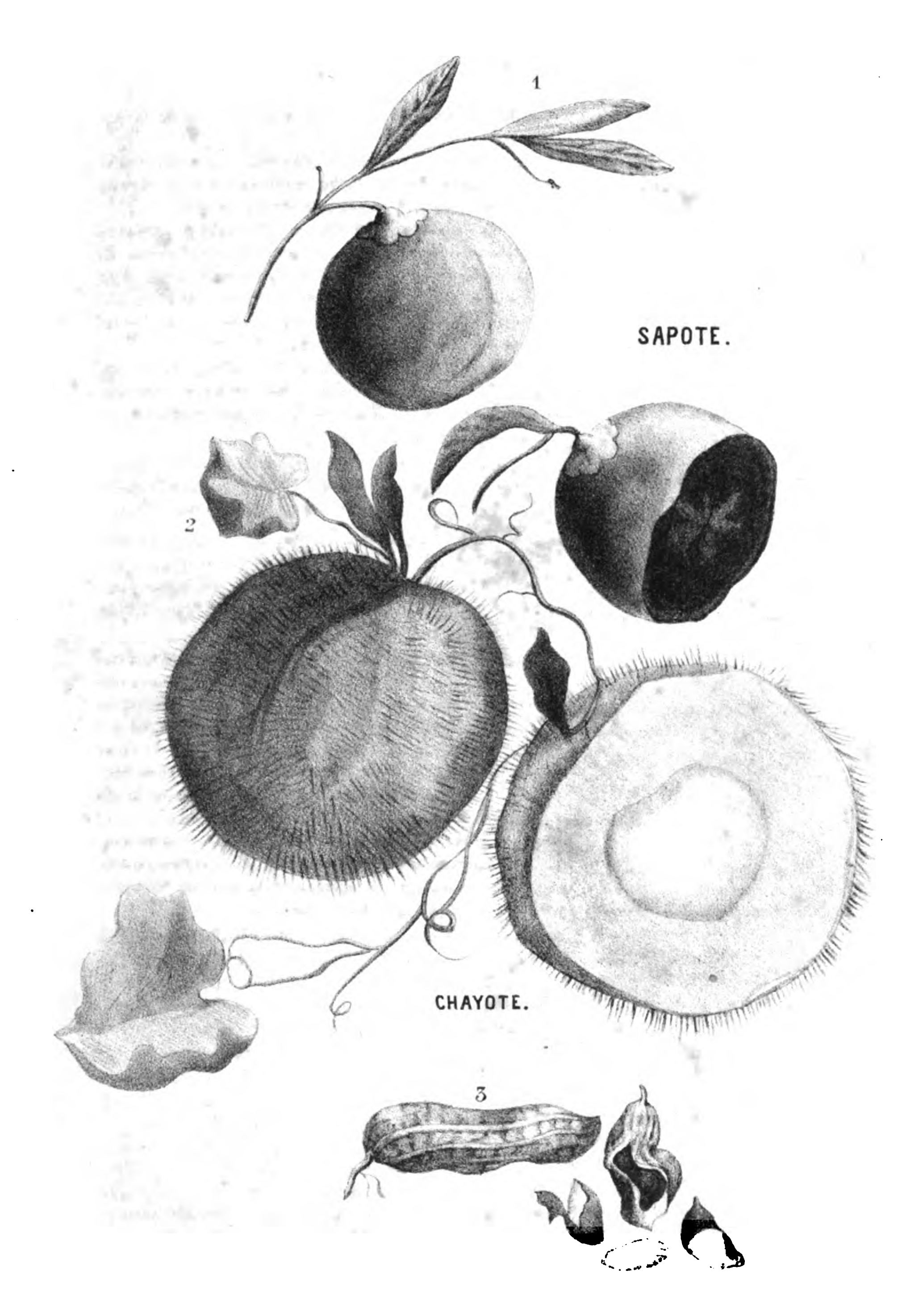
reino, que aun existe en Toluca, donde le llaman *árbol de manitas*, hizo una disertacion completa el catedrático de botánica, que se imprimió en Méjico, dando una razon histórica del árbol y exponiendo sus cualidades y virtudes. Ha sido muy difícil su propagacion por semillas, aunque se sazonan perfectamente; pero se ha conseguido multiplicarlo por acodos, y ya existen varios individuos que podrán conservar la especie en el reino de Méjico, pues se sabe en el dia que es bastante comun en los montes de Goatemala, de donde probablemente la harian trasplantar los emperadores mejicanos por la singularidad de sus flores.

1 Los lugares llamados Parras y Parral en la diócesis de la Nueva Vizcaya, tuvieron estos nombres por la abundancia de vides que en ellos se encontraron, de las cuales se formaron muchas viñas, que en el dia dan buen vino. En la Mixteca hay dos especies de vides silvestres originarias de aquella tierra; la una, así en los tallos como en la figura de las hojas, semejante á la vid comun, da una uva encarnada, grande y de pellejo duro, pero de un gusto dulce y agradable, el cual sin duda se mejoraria si se cultivara. La uva de la otra vid es dura, grande y de un gusto asperísimo; pero se hace de ella muy buena conserva.

2 Oviedo en su Historia natural, testifica que el primero que llevó el plátano de las islas Canarias á la Española el año de 1516, fué fray Tomás Berlangas, domínico, y que de allí fué trasplantado al continente de América. Hernandez en el libro III, capítulo 40 de su Historia natural, habla así del coco: Nascitur passim apud orientales, et jam quoque apud occidentales Indos. Bernal Diaz, en la Historia de la conquista, capítulo 19, dice haber sembrado en la tierra de Coatzacualco siete ú ocho pepitas de naranja; y *estos*, añade, *son los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva España*. En cuanto á los plátanos, se puede creer que de las cuatro especies que hay allí, una sola sea forastera; conviene á saber, la del que llaman guineo.

1 Los plátanos no fueron del todo desconocidos á los antiguos. Plinio citando la relacion que hicieron los soldados de Alejandro el Grande en todo lo que vieron en la India, hace esta descripcion: *Major et alia* (arbos) *pomo et suavitate praecellentior, quo sapientes indorum vivun. Folium avium alas imitatur longitudine cubitorum trium, latitudine duum. Fructum cortice emittit admirabilem succi dulcedine ut uno quaternus satiet. Arbori nomem palae pomo anienae. Hist. nat., lib.* 12, *cap.* 6. A mas de estas contraseñas propias del plátano, se añade que el nombre palan dado al plátano en aquellos tiempos remotos, se conserva hasta ahora en el Malabar, como testifica García del Huerto, docto médico portugués, que estuvo allí muchos años. Puede sospecharse que del nombre palan se haya derivado el de plátano, que tan mal le conviene. El nombre de bananas que le dan los franceses, es el que tiene en Guinea, y el de Musa que le dan los italianos, es tomado de la lengua arábiga. Entre algunos es llamado *fruta del paraíso*, y no ha faltado quien se persuadiera que fué puntualmente la fruta que hizo prevaricar á nuestros primeros padres.

2 *Plátano.* Quauhxilotl altera Hernandez. Musa paradisiaca y Musa sapientum Linn.—Todos los plátanos que crecen en Nueva España y en la Isla son variedades que pertenecen á las especies dichas; ambas son plantas híbridas



1... Zapote negro (*Tlalzapotl Hernz.*) *Dyospiros nigra*)
2... Chayote. (*Chayotli Hernz. Sicyos edulis Yaquin.*)
3... Cacahuate (*Tlalcacahoatl Hernz. Arachis hipogea Linneo.*)

Lit. de A. ...y Ca

nes, y en Michuacan se hace un comercio muy considerable de plátanos pasas, que son mucho mejores que las uvas y los higos. Las frutas, pues, indubitablemente originarias de aquella tierra, son las ananas, las cuales por ser á primera vista semejantes al fruto del pino, les llamaron los españoles, piña:[1] el mamei,[2] la chirimoya,[3] [4] la anona,[1] la cabeza de negro, el zapote negro,[2] el chico zapote,[3] el zapóte blanco,[4] el zapote amarillo,[5] el zapote de Santo Domingo,[6] el ahuacate,[7] la guayaba,[8] el capulin,[9] la guaba,

ó bastardas producidas por la Heliconia Bihai, que ministró el gérmen ó sexo femenino, ignorándose la planta masculina que fecundó una y otra. Todas las variedades carecen, como las especies de semillas, y se propagan en mucha abundancia por los renuevos ó hijos que nacen de la raíz. Es opinion comun de que el plátano no es propio de este suelo y que fué trasportado á él desde las islas de Barlovento, donde llaman bananas al fruto. El doctor Hernandez habla de esta planta en el tomo primero, página 293 de la edicion de Madrid, llamándola *Quauhxitotl altera* para distinguirla del árbol al que dieron los mejicanos el mismo nombre, y equivale al que se conoce en el dia por quagilote: este autor llegó á Nueva España á fines del siglo XVI, y halló muy extendido en ella el cultivo de dicha planta; dice, sin embargo, que se tenia por extraña en el país, y que habia sido trasladada á él por los indios y negros orientales.

Es necesario convenir en que era exótica á este suelo, por el hecho mismo de no tener nombre mejicano, pues el de *quauhxilotl altera* que le impuso Hernandez, da á entender bien claramente que se le dió este nombre por la semejanza del plátano con el quagilote, por ser imposible que los mejicanos confundieran en un género dos plantas tan diversas, que solo presentan alguna conformidad en el aspecto exterior del fruto.

1 *Piña. Matzatli* Hernandez. Bromelia ananas Linn. —A este género pertenecen tambien los tumbiriches blancos y rojos y el *mexocotl* de Hernandez, llamado vulgarmente tumbiriche de cajetes, que es la *Bromelia Acanga de Linn.* El nombre de ananas es de la isla de Haití, y el mejicano matzatli.

2 *Mamei. Tetzontzapotl*, Hernandez. Achras mammosa Linn.—Es árbol muy distinto del verdadero mamei, como se dirá mas adelante; el nombre mejicano *tetzontzapotl* que significa *zapote de color de tezontle*, tiene mucha propiedad, como sucede con la mayor parte de las denominaciones de este idioma.

3 Algunos escritores europeos de las cosas de América, confunden la chirimoya con la anona y la guanábana; pero son tres especies diferentes, aunque las dos primeras algo parecidas entre sí. Es necesario tambien guardarse de confundir las ananas con las anonas, mas distintas entre sí que la sandía y el melon. Mr. de Bomare, por el contrario, hace dos frutas de la chirimoya y cherimolia, siendo así que la cherimolia no es otra cosa que corrupcion del primero y legítimo nombre de aquella fruta. El ate tambien, que algunos ponen como fruta muy diversa de la chirimoya, es solamente una variedad de su especie.

4 *Chirimoya*, quauhzapotl Hernandez. Anona. Squamosa Linn.—No fué conocido por Hernandez el nombre de *chirimoya*, sino el indicado con el de texaltzapotl, que se daba tambien á dicha planta: el de anona es de la isla de Haití.

1 *Anona.* Illamatzapotl Hernandez. Anona veticulata Linn.—Es otra especie de chirimoya con la corteza mas lisa, señaladas y no salientes en ella las escamas.

2 *Zapote negro.* Tlaltzapotl, Hernandez.—Género nuevo que tiene mucha analogía con el diospiros de Linneo, segun el director de la expedicion botánica, y no se sabe el nombre que le habrán impuesto en la Flora mejicana. Recho en la edicion romana llama á este fruto tliltzapotl, que significa *zapote negro.*

3 *Chico zapote.* Xicotzapotl, Hernandez. Achras zapotilla Linn.—Le ha quedado á este fruto por corrupcion la denominacion de *chico zapote*, y es una especie del que llaman mamei el dia de hoy.

4 *Zapote blanco.* Cochietzapotl, Hernandez.—Género tambien nuevo que describió y dibujó la misma expedicion, ignorándose el nombre que tendrá en dicha Flora.

5 *Zapote amarillo ó borracho.* Atzapotlquahuitl Hernandez. Achras lutea Flora mexic.—Especie nueva descrita y dibujada en la citada Flora mejicana. Hernandez llama al fruto *atzapotl* y al árbol que lo lleva como queda expuesto.

6 *Zapote de Santo Domingo.* Tzapotl-Haitinus. Hernandez, ó mamei mammea americana.—Este es el verdadero *mamei* cuyo árbol propagó en el reino Bernardino del Castillo, como asegura Hernandez á la página 184 del primer tomo de la edicion madrileña, en donde le da el nombre de *zapote de Haití*, de cuya isla lo trasladó en Méjico dicho Castillo, y Hernandez lo hizo dibujar en el célebre jardin que tenia este militar en Cuernavaca.

7 *Ahuacate, ahuacatl* y *ahuacaquahuitl* Hernandez. Laurus persea Linn.—Ha principiado á propagarse en Valencia este árbol, y podrá prosperar tambien en Málaga y en otros países templados de España.

8 Guayaba, xalxocotl Hernandez. Psidium pomiferum Linn.—El nombre de guayaba vino de la isla de Santo Domingo; pero la planta era indígena de Nueva-España, en donde se cria tambien el psidium periferum de Linneo, que conserva igualmente el nombre de guayaba.

9 *Capulin, capolin* Hernandez. Prunus capulin Cavanilles.—Hernandez describe tres especies ó variedades de este fruto, el *xitomacapolin*, cuyo fruto era casi del tamaño de una ciruela, el *yelocapolin*, que era un poco menos, y el *totocapolin*, que era mas pequeño que los demás.

Es una especie de cerezo que dibujó y describió la expedicion botánica y la publicó anticipadamente el ilustre botánico don José Antonio Cabanilles, como lo practicó tambien con otras muchas plantas propias de la Flora mejicana.

El fruto es un poco desagradable al gusto; pero pudiera mejorarse infinito si se ingertase algunas veces, como se le ha indicado á varios agricultores que no han hecho caso de esta noticia.

ó cuaxinicuil,[1] la pitaya,[2] la papaya,[3] la guanábana,[4] nuez encarcelada,[5] las ciruelas,[6] los piñones, los dátiles, el chayote,[7] el tilapo, el obo, ó sea jobo, el nance, el cacahuate[8] y algunas otras cuya noticia no importa á los lectores italianos. Estas frutas en la mayor parte se hallan descritas en las obras de Oviedo, Acosta, Hernandez, Laet, Nieremberg, Maregrave, Pison, Barrere, Sloane, Jimenes, Ulloa y otros muchos naturalistas, y así no hablaré sino de las mas desconocidas en la Europa.

Todas las frutas de Méjico comprendidas bajo el nombre genérico de tzapotl, son redondas ó se acercan á la redondez, y todas tienen el hueso duro.[1] El zapote negro tiene la cáscara verde, sutil, lisa y tierna, y la pulpa negra, suave y dulcemente sabrosa, la cual á primera vista se parece á la de la cañafístola.[2] Dentro de la pulpa tiene huesos cubiertos de una tela y algo negros, de cosa de una pulgada. Es perfectamente redondo y tiene de diámetro desde una y media hasta cinco pulgadas. El árbol es de mediana elevacion, copado y las hojas pequeñas. La pulpa de esta fruta, helada y compuesta con azúcar y canela, es de un gusto delicado.

El zapote blanco, que por su virtud narcótica se llamó por los mejicanos *cochitzapotl*, es algo semejante al negro en el tamaño, figura y color de la cáscara, bien que la del blanco es de un verde mas claro; pero por lo demás son muy diversos, pues la pulpa de este es blanca y deleitosa, su hueso, que se tiene por venenoso, es grande, redondo, duro y blanco; el árbol es copado, mas grande que el del negro, y sus hojas tambien mayores. A mas de esto, el negro es propio de climas calientes, y al contrario el blanco, de frios y templados.

El chico zapote (en mejicano chictzapotl) es de figura esférica ó se acerca á ella, y tiene una y media ó dos pulgadas de diámetro. Su corteza es parda, su pulpa blanca rosada y los huesos negros, duros y aguzados. De esta fruta cuando está todavía verde, se saca una leche glutinosa y fácil de condensarse, que los mejicanos llaman *chictli* y los españoles *chicle*, que acostumbran mascar los muchachos y las mujeres, y en Colima hacian de ella estatuas y figuras curiosas.[3] El chico zapote

1 *Guava ó cuaxinicuile.* Quauhxonequilin Hernandez. Himenea courbaril Linn.—De las raíces de este árbol mana espontáneamente el *anime* copal, que los mejicanos del dia llaman impropiamente *sucino criollo*. Es una sustancia *sui generis*, entre gomosa y resinosa, muy estimada para barnices; es muy abundante en la provincia de Tehuantepec, donde la llaman *quapinole*, del árbol que denomina Hernandez *quauhpinole*, y á mi parecer es la misma planta que el *quauhxonequilin*, pues cotejadas ambas descripciones, se nota mucha conformidad en ellas; pero ni en una ni en otra se habla de la resina que se produce en la raíz; prueba muy concluyente para inferir que no la conoció el doctor Hernandez.

2 Pitaya *cactus*, pitahaja Linn.—Este nombre parece mas bien de la isla de Haití que mejicano; el doctor Hernandez supone no obstante que la planta era nativa de Tepexi, y la da el mismo nombre, que seguramente no podria ser el de los indios del país.

3 Papaya, carica papaja Linn.—Es árbol propio de la isla de Haití, como afirma Hernandez, aunque lo halló tambien en Yautepec, segun dice en la pág. 90, tom. 3.° de la edicion de Madrid; y pudo haber sido trasladada de dicha isla á este continente, porque no la da ningun nombre mejicano, y ciertamente no puede serlo el de papaya.

4 *Guanábana.* Es una especie de anona ó chirimoya de que se ha hablado anteriormente.

5 *Nuez encarcelada.* Es una especie nueva del Inglans de Linneo, la que no creee por Méjico para poder sacar la diferencia que hay entre esta planta y la del nogal comun.

6 *Prugne.* Las ciruelas de que habla Clavijero corresponden al género *spondias* de Linneo, y crecen en tierras calientes las dos especies, llamadas por el último *spondias mombin* y *sepondias*. Es fruta desagradable y muy diferente de las verdaderas ciruelas. Hernandez llama al árbol copalxochotl y la figura de Recho es malísima.

7 *Chayote*, chayotli Hernandez. Sicyos edulis Yaquin.—El célebre Yaquin lo describió en Cuba, donde lo llamaban chayote, y era muy abundante en Nueva España, segun dice Hernandez.

8 *Cacahuate*, *tlalcacahoatl*, Hernandez. Arachis hypogea Linn.—Es seguramente una equivocacion del padre Clavijero decir que no se produce ningun fruto de las flores del *cacahuate*, sino de la raíz. Es un axioma en botánica que la flor precede al fruto, y seria un fenómeno muy singular suponer un solo ejemplo sin esta circunstancia. Lo que de cierto y extraño en el caso presente es, que despues de fecundas las flores de esta planta, se alargan é inclinan hácia la tierra los cabellos, se introducen en ella y allí crece y se sazona el fruto en sus propias legumbres, cuya particularidad es tambien comun al *Lathymus* subterraneus y trifoliem subterraneum.

Este fruto fué trasportado á Nueva España por los españoles que pasaron á ella de la isla de Santo Domingo; era llamado por los naturales *manies*. Hernandez lo halló propagado en el reino con el citado nombre y dice ser indígena de aquella isla.

1 Las frutas de los mejicanos comprendidas bajo el nombre de zapotl, son el mamei, tetzontzapotl, la chirimoya, matzapotl, la anona, quauhtzapotl, el zapote negro, tliltzapotl, etc.

2 El Gemelli dice que el zapote negro tiene tambien el sabor de la cañafístola, pero esto es muy distante de la verdad, como saben todos los que lo han comido. Dice tambien que cuando esta fruta está verde, es veneno para los peces; pero es de admirarse que solamente al forastero Gemelli, que no estuvo diez meses en Méjico, fuese conocido tal efecto.

3 Gemelli se persuadió que el chicle era una composicion hecha de intento; pero se engañó, pues no es otra cosa que la simple leche de la fruta verde condensada al aire. El referido autor hace mencion de esta fruta en el tomo 6, lib. 2, cap. 10.

bien sazonado es fruta de las mas deliciosas, y en sentir de muchos, aun europeos, superior á todas las frutas de Europa. El árbol es mediano, su madera buena para trabajarse, sus hojas redondas y semejantes en el color y la consistencia á las del naranjo. Se da sin cultivo en la tierra caliente, en la Mixteca, en la Huaxteca, y en Michuacan hay de estos árboles bosques de doce y quince millas.[1]

El capollino ó *capulin*, como le llaman los españoles, es la cereza de Méjico. El árbol se distingue poco del cerezo de Europa, y la fruta es semejante en el tamaño, color y hueso, pero no en el sabor.

El nanche (ó nananche) es una pequeña fruta redonda, amarilla, aromática, sabrosa, con la pepita pequeñísima, que se da en árboles propios de la tierra caliente.

El *chayote* es una fruta redonda y semejante, en el erizo de que está cubierta, á la castaña; pero mucho mas grande y de un color verde mas oscuro. Su carne es blanca, que tira á verde, y en el medio tiene una pepita grande y blanca, semejante á la carne en la sustancia. Se come cocido juntamente con la pepita. Esta fruta se da en una planta enredadera y vivaz, cuya raíz es buena para comerse.

La nuez encarcelada es llamada así por el vulgo porque su almendra está estrechísimamente encerrada en un hueso durísimo. Es mas pequeña que la nuez comun, y en la figura se asemeja á la moscada. Su hueso es liso y su almendra es mas pequeña y de inferior gusto á la comun.[2] Esta se ha multiplicado mucho y hecho tan comun como en Europa, de donde se llevó.

La planta de *tlalcacahuatl* ó cacahuate, como le llaman los españoles, es sin duda una de las mas raras que hay allí. Es una yerba, pero muy espesa y abundante de raíces; sus hojas son algo parecidas á las de la verdolaga, pero menos gruesas. Sus flores son blancas, de las cuales no sale fruto alguno. Este lo da no en las ramas ni en el tallo como las otras plantas, sino adherido á los filamentos de las raices dentro de una vaina blanca, parduzca, larga, un poco redonda, rayada y áspera, tal cual se representa en la tercera figura entre las de las flores y frutos. Cada vaina tiene dos, tres ó cuatro cacahuates, los cuales tienen la figura de los piñones, pero mucho mas grandes y mas gruesos, y cada uno es compuesto como otras muchas semillas de dos partes, y tiene su punto de germinacion. Es comestible, de buen gusto, no crudo, sino un poco tostado. Si se tuesta mucho, toma un olor y un gusto tan semejante al café, que no es difícil engañar á cualquiera. Se extrae de los cacahuates un aceite que no es de mal gusto; pero se cree nocivo por demasiado caliente. Da una hermosa luz, pero fácil de apagarse. Esta planta progresaria seguramente en Italia. Se siembra en marzo ó abril y se hace la cosecha en octubre ó noviembre.

Entre muchísimas otras frutas que paso en silencio por abreviar mi descripcion, no puedo dejar de dar alguna ligera noticia del *cacao*, de la *vainilla*, de la *chia*, del *chile*, del *tomate*, de la *pimienta de Tabasco*, del *algodon* y de las semillas y legumbres mas usuales entre los mejicanos.

Del cacao[1] (nombre tomado del mejicano, *cacahuatl*) numera cuatro especies el doctor Hernandez; pero el *tlalcacahuatl*, el mas pequeño de todos, era el que mas comunmente usaban los mejicanos en su chocolate y en otras bebidas cuotidianas, pues las otras especies mas les servian de moneda para comerciar en el mercado, que de alimento. El cacao era una de las plantas mas cultivadas en la tierra caliente de aquel reino, y de él pagaban tributo á la corona de Méjico diversas provincias, y entre otras la de Xoconochco, cuyo cacao es excelente y mejor no solamente que el de Caracas, sino tambien que el de la Magdalena. La descripcion de esta célebre planta y la de su cultivo, se halla en muchos autores de todas las naciones cultas de la Europa.

La vainilla,[2] tan conocida y tan usada en Europa, se da sin cultivo en la tierra caliente. Los

1 Entre las absurdas mentiras de Tomás Gages, una es decir que en el jardin de San Jacinto (hospicio de los domínicos de la mision de las islas Filipinas, en un barrio de Méjico, donde estuvo alojado algunos meses), habia chico zapotes. Esta fruta no puede darse en el valle de Méjico ni en ningun otro país expuesto á la escarcha.

2 Hablo de la nuez encarcelada del imperio mejicano, pues que la del Nuevo Méjico es mayor y de mejor sabor que la comun de Europa, segun lo que me ha dicho un hombre digno de fe. Se puede creer que la del Nuevo Méjico sea la misma que la de la Luisiana llamada *pacana* ó *pacaria*.

1 *Cacao*. Cacaoaquahuitl Hernandez. Theobroma cacao Linn.—A los verdaderos botánicos que recorren las fértiles provincias de ambas Américas corresponde examinar cuáles sean las verdaderas especies y variedades de los cacaos que corren en el comercio. Linneo solo hace mencion de dos especies, el *theobroma cacao* y el *huasuma*. Hernandez llama al árbol que lo produce *cacaoatlquahuitl*, *cacahoacentli* al fruto, y á la semilla *cacahoatl;* hace mencion de cuatro especies, pero coloca entre ellas muy impropiamente el cacahuate, que como se ha visto, es planta muy diversa.

2 *Vainilla*. Epidendrum. Epidendrum Vanilla Linn.—Al vejuco que produce la vainilla llama Hernandez tlilxochitl por el color negro del fruto, aunque la denominacion significa flor negra; los mejicanos lo empleaban con el *mecaxochitl* (flor de soga), que es una especie de pimienta, y con el *xochinacaztli* (flor de nariz), que corresponde al género *unona*, para componer una bebida muy estimulante y afrodesiaca. Suele añadirse en el dia por algunos en el chocolate; pero el verdadero chocollatl que preparaban los indios en tiempo de Hernandez, se componia solo de partes iguales de semillas de *pochote* y de *cacao*.

antiguos mejicanos la usaron en su chocolate y en otras bebidas que hacian del cacao.

La chia[1] es la pequeña semilla de una planta hermosa, cuyo tallo es derecho y cuadrangular, las ramas extendidas hácia las cuatro partes y con simetría contrapuestas y las florecillas azules. Hay dos especies, la una negra y pequeña, de la que se saca un aceite excelente para la pintura, y la otra blanca y mas grande, de que se hace una bebida refrigerante. De una y otra usaban los mejicanos para estos y otros efectos que después veremos.

Del chile [2 3], el cual se usaba tanto entre los mejicanos como la sal entre los europeos, hay á lo menos once especies diferentes en el tamaño, figura y acrimonia. El *quauhchili*, el cual es fruto de un arbusto, y el *chiltecpin* son los mas pequeños, pero tambien los mas picantes. Del tomate hay seis especies distintas en el tamaño, color y gusto. El mas grande, que es el *xictomatel*[4] ó xitomate, como le llaman los españoles de Méjico, es ya comunísimo en la Europa, en España y en Francia con el nombre de tomate,[5] y en Italia con el de *pomo de oro*. El miltomatl[6] es mas pequeño, verde y perfectamente redondo. Cuánto se servian de ambos los mejicanos en sus comidas, se dirá después cuando se trate de sus alimentos.

El xocoxochitl,[7] vulgarmente conocido con el

1 *Chia*. Chichianten ó pequeña chian. Salvia hispánica Linn.—Hernandez hace mencion de varias chias, entre las cuales parecen tener mayor conformidad con la que se conoce en el dia la que llaman *chichianton*.

2 En otros países de América llaman al chile *axí*. En España *pimiento*. En Francia poivre de Guinee, y con otros nombres. En los lugares de Italia en que he estado, es conocido con el nombre de *peveronc*.

3 *Chile*. Chili capsicum annuum Linn.—Era necesario tener á la vista las once especies que dice Clavijero haber conocido los mejicanos, para decidir cuáles eran las especies verdaderas y cuáles las variedades. Hernandez habla tambien de once diferencias, y probablemente las tomaria de su obra Clavijero. Hay entre ellas algunas que no corresponden al género *capsicum*, y solo les dieron el mismo nombre por el sabor picante del fruto. Eran comunes las especies, tanto en Nueva España como en la isla de Santo Domingo; pero Hernandez no dice si fueron trasladadas á Méjico de aquella isla, y probablemente existirian en el reino, segun puede inferirse de los nombres, que son todos mejicanos, aunque no lo parezca el primitivo *chili*.

4 *Xitomate* ó *xictomatl*. Solanum Lycopersicon Linneo.

5 El *tomatl* de los mejicanos es nombre genérico de todos los frutos de aquella clase. Lo adoptaron los españoles de Europa y los franceses para significar el *xictomatl*, que es la especie conocida por ellos, y los españoles de Méjico para significar el miltomatl, que es el mas usual en aquel país.

6 *Tomate* ó *tomatl*. Physalis Angulata Linn.

7 *Pimienta de Tabasco* ó *xocoxochitl*. Mirtuy pimenta Linn.

nombre de pimienta de Tabasco porque abunda en aquella provincia, es mas grande que la pimienta del Malabar. Se da en un árbol grande, cuyas hojas tienen el color y lustre de las del naranjo, y las flores son de un hermoso encarnado y semejantes en la figura á las del granado, y de un vivo y agradabilísimo olor, de que tambien participan las ramas. El fruto es redondo y se da en racimos, los cuales siendo al principio verdes, se ponen después cuasi negros. Esta pimienta, usada en otro tiempo por los antiguos mejicanos, puede suplir por la del Malabar.

El algodon era por su utilidad uno de los frutos mas considerables de aquel país, pues suplia por el lino (aunque esta planta no les faltaba),[1] y de él se vestian por lo comun los habitantes de Anáhuac. Lo hay blanco y leonado, vulgarmente llamado *coyote* ó *cuapaxtli*. Es planta muy comun en la tierra caliente; pero mucho mas cultivada por los antiguos que por los modernos.

El fruto del *achiote*,[2] llamado por los franceses *rocon*, servia entonces para las pinturas de los mejicanos, como sirve ahora para la de los europeos. De la corteza del árbol se servian para hacer cuerdas, y de la madera para sacar fuego con la confricacion, al estilo de los antiguos pastores de la Europa. Esta planta está bien descrita en el Diccionario de Mr. de Bomare.

En cuanto á los granos y á las legumbres, Méjico recibió de la Europa el trigo, la cebada, el arroz, los garbanzos, los arvejones, las habas, las lentejas y otras; todas las cuales prendieron felizmente en las tierras convenientes á su naturaleza, y se han multiplicado tanto cuanto haré ver en mis disertaciones.[3]

Entre los granos, el principal, el mas útil y el mas usual, era el maíz, llamado por los mejicanos *tlaolli*, del que hay muchas especies diferentes en el tamaño, en el color, en el peso y en el sabor. Hay grande, pequeño, blanco, amarillo, azul, morado, encarnado y negro. Del maíz hacian los mejicanos su pan y algunos otros ali-

1 Encontróse en efecto el lino en Michuacan, en el Nuevo Méjico y en la Quivira en grande abundancia y de excelente calidad; pero no sabemos que lo cultivasen ni se sirviesen de él aquellas naciones. La corte de España, sabedora de las tierras que habia en el reino de Méjico propias para el cultivo del lino y del cáñamo, mandó al año pasado (1778) doce familias de la Vega de Granada para que se emplearan en este ramo de agricultura.

2 *Achiote* ó achiotl. Bixa Orellana Lineo.

3 El doctor Hernandez describe en la Historia natural de Méjico la especie de trigo que se encontró en Michuacan, pondera su prodigiosa fecundidad; mas los antiguos ó no supieron ó no quisieron servirse de él, apreciando mas, como lo hacen hoy, su maiz. El primero que sembró allí el trigo europeo fué un negro esclavo del conquistador Cortés, habiendo encontrado tres ó cuatro granos en un saco de arroz que se llevaba para provision de los soldados españoles.



MACPALXOCHITL O FLOR DE LA MANO.

([illegible])

mentos, de que hablaré en otra parte. El maíz fué de América á España, y de allí á otros países de la Europa, con grande utilidad de los pobres, bien que no ha faltado autor en nuestros dias que pretenda hacer á la América deudora del maíz á la Europa. Pensamiento verdaderamente el mas extravagante y el mas improbable que puede ocurrir al entendimiento de un hombre.[1]

La principal legumbre de los mejicanos eran los frijoles, de que hay mas especies y mas variedades que del maíz. La especie mas grande es la del *ayacotli*, la cual tiene el tamaño de una haba, y nace de una hermosa flor encarnada; pero la mas apreciada es la de ciertos frijoles pequeños, negros y pesados. Esta legumbre, en Italia poco conocida por mala, en Méjico es tan buena, que sirve no solo para sustento de la gente miserable, sino tambien para delicia de la nobleza española.

§ VIII.

PLANTAS APRECIABLES POR SU RAÍZ, HOJAS, TALLO Ó MADERA.

Por lo que respecta á las plantas apreciables por su raíz, por sus hojas, por su tallo ó por su madera, tenian muchísimas los mejicanos que les servian de alimento, como la *xícama*, el *camote*, el *huacamote*, el *cacomite* y otras, que ó bien les producian hilo para sus telas y sus cuerdas, como el *ictzotl* y algunas especies de *metl* ó *maguey*, ó los proveian de madera para sus fábricas y otras obras, como el cedro, el pino, el ciprés, el acebo, el ébano, etc.

La *xícama*,[2] llamada por los mejicanos catzotl, es una raíz de la figura y tamaño de una cebolla toda blanca, sólida, fresca, jugosa y sabrosa, la cual siempre se come cruda.

El *camote*[1] es otra raíz comunísima en toda aquella tierra, de la cual hay tres especies, una blanca, otra amarilla y otra morada. Los camotes cocidos son de buen gusto, principalmente los de Querétaro, que son dignamente apreciados en todo el reino.[2]

El *cacomite*[3] es la raíz comestible de la planta que da la hermosa flor del tigre, de que ya hablamos.

El *huacamote*[4] es la raíz dulce de una especie de yuca,[5] la cual se come cocida. La *papa*, que es una raíz trasplantada á la Europa y muy estimada en Irlanda y Suecia, fué tambien llevada á Méjico de la América meridional, su propio país, así como se llevaron de España y de las Canarias algunas otras raíces y ensaladas, como los nabos, los rábanos, las chirivías, los ajos, las lechugas, los espárragos, las coles y otras semejantes. De la cebolla testifica Cortés en sus cartas á Cárlos V, que se vendia en los mercados de Méjicos y así no habia necesidad para que se hubiese llevado de Europa. A mas, el nombre *xonacatl* que dan á la cebolla, y el de *xonacatepec* con que es conocido un lugar desde los tiempos de los reyes mejicanos, dan á conocer que esta planta era muy antigua en aquella tierra, y no trasplantada de la Europa.

El maguey,[6] llamado por los mejicanos *metl*,

1 Ved aquí las palabras de Mr. de Bomare en su Diccionario de historia natural. Palabra *trigo de Turquía*, maíz (ble de *Turquie*). *Se daba á esta planta curiosa y útil el nombre de trigo de la India, porque trae su orígen de las Indias, de donde fué trasportada á Turquía, y de ahí á todas las otras partes de la Europa, de la Africa y de la América.*—El nombre de *trigo de Turquía* con que es conocido en Italia, fué sin duda toda la razon de Mr. Bomare para adoptar semejante error, contrario al testimonio de todos los escritores de la América y á la opinion universal de las naciones. Los españoles de Europa y de América le llaman con el nombre de *maíz*, tomado de la lengua haitiana, que se hablaba en la isla hoy llamada Española ó de Santo Domingo.

2 *Xícama.* Catzotl dolichos bulbosus Linneo Rumph. —Esta denominacion no parece tampoco mejicana. Hernandez la da este nombre, aunque no dice de dónde proviene, y añade que los indios llamaban cotzotl á la planta y á la raíz, que usaban como alimento y medicina.—*C.*

1 *Camote.* Camotli convolvulus batatas Linn.—El nombre de batata es de la isla de Haití, de donde pasó á España con la planta que se llama batata de Málaga. El doctor Hernandez dice que se cultivaba mucho en Nueva España y que los indios la llamaban *camotli*.—*C.*

2 Muchos llamaban á los camotes *batatas* ó *patatas;* pero he huido de estos nombres, porque son equívocos é indiferentemente adoptados por los autores para significar los camotes y las papas, que son raíces muy distintas.

3 *Cacomite.* Cacomitl Hernandez. Sisyrinchium bermudiana Linn.—Aquí confunde Clavijero el cacomite con el *oceloxochitl* ó tigridia, de la que se habló al principio, siendo plantas muy diversas. El verdadero cacomite ó cacomitl de Hernandez, cuya cebolla comestible se vendia en su tiempo en las plazas, como sucede el dia de hoy en las de Méjico, corresponde al género sisyrinchium y puede reputarse por una variedad del género bermudiana, atendiendo al color de las flores, que en esta especie son amarillas mezcladas de azul, y en el que describe Hernandez en el tomo 1º página 443 de la edicion citada, son de color amarillo.

4 *Huacamote*, quauhcamotli, camote de madera Hernandez. Yatropha Manihot Linn.—Es la yuca de que hacen en las islas el pan de cazabe.—*C.*

5 La yuca es aquella planta de cuya raíz hacen el pan de cazabe en algunos países de la América.

6 *Maguey. Metl* Hernandez. Agave americana Linn. —Todas las variedades de que se extrae el pulque corresponden á esta especie: Hernandez las distingue con diferentes nombres y confunde entre ellas algunas especies del género bromelia, y de otras que conviniendo en el hábito, se apartan mucho del agave por su fructificacion.—*C.*

por los españoles *pita* y por muchos autores *aloé americano*, por ser en efecto muy semejante al verdadero aloé, es de las plantas mas comunes y mas útiles de Méjico. El doctor Hernandez describe hasta diez y nueve especies, mas distintas aun en la sustancia interior que en la forma y color de sus hojas. En el libro 7º de mi Historia tendré ocasion de exponer las grandes ventajas que los mejicanos sacaban de esta planta y el increible provecho que en el dia sacan los españoles.

El *ictzotl*[1] es una especie de palma de monte bastante alta, que por lo comun tiene el tronco doble. Sus ramas tienen la figura de un abanico y sus hojas la de una espada; sus flores son blancas y olorosas, de las que los españoles hacen buena conserva, y su fruto es semejante á primera vista al plátano, pero enteramente inútil. De las hojas hacian antiguamente y hacen aun en el dia esteras finas, y los mejicanos sacaban de ellas hilo para sus manufacturas.

No es esta la única palma de aquel país. A mas de la palma real, superior á las otras por la hermosura de sus ramas, de la palma de coco y de la de los dátiles,[2] hay otras dignas de que se mencionen.

El *quauhcoyolli*[3] es una palma de tamaño mediano, cuyo tronco es inaccesible á los cuadrúpedos, por estar todo armado de espinas largas, fuertes y agudísimas. Sus ramas tienen la figura de un hermoso penacho, entre las cuales se ven colgar en gruesos racimos sus frutos, redondos y grandes como las nueces comunes; y como están compuestas de cuatro partes, conviene á saber, una corteza al principio verde y después parda, una pulpa amarilla tenazmente adherida al hueso, un hueso redondo y durísimo, y dentro de este una almendra ó médula blanca.

La palma *izhuatl*[4] es mas pequeña y no tiene mas que seis ó siete ramas, pues cuando sale una nueva, se seca inmediatamente una de las antiguas. De sus hojas hacian espuertas y esteras, y en el dia hacen tambien sombreros y otras obras. Su corteza hasta la profundidad de tres dedos, no es otra cosa que un conjunto de membranas largas cerca de un pié, sutiles y flexibles, pero por otra parte fuertes, de las cuales uniendo muchas hacen algunos pobres sus colchones.

La palma *teoiczotl*[1] es todavía mas pequeña. El corazon de su tronco, que es fofo, está circundado de ciertas hojas de una sustancia particular, redondas, gruesas, blancas, lisas y brillantes, que parecen otras tantas conchas puestas unas sobre otras, de que antiguamente se servian los indios, y tambien en el dia, para adorno de los arcos de yerbas que hacen para sus fiestas.

Hay tambien otra palma que da los cocos de aceite,[2] así llamados porque de ellos se saca un buen aceite. El coco de aceite es una nuez, en la figura y en el tamaño semejante á la moscada, dentro de la cual está una almendra blanca, oleosa y comestible, cubierta de una película sutil y morada. El aceite tiene un olor suave; pero es muy fácil á condensarse, y entonces se convierte en una masa blanda y blanca como la nieve.

En cuanto á la excelencia, variedad y abundancia de maderas, no cede aquel país á ninguno del mundo, pues no faltando en él ninguna clase de clima, tampoco faltan los árboles propios de cada uno. A mas de los encinos, robles, acebos, pinos, cipreses, hayas, olmos, nogales, álamos y otros muchísimos comunes en la Europa, hay allí bosques enteros de cedros y ébanos, las dos especies de árboles mas estimadas por los antiguos: hay una grande abundancia de aloé ó linaloé en la Mixteca,[3] *tanpinceran* en Michuacán, de *caoba* en Chiapa, de palo gateado en Zoncoliuhcan (hoy Zongolica), de camote en los montes de Texcoco, de granadillo ó ébano encarnado en la Mixteca y otras partes; de *mizquitl* ó verdadera acacia de *tepehuaxim*,[4] de *copite*, de *jabin* de *guayacan*[5] ó palo santo, de ayaquahuitl,

1 *Ictzotl* Hernandez. *Yuca filamentosa* Linn.—De los hilos que se extraen de las hojas de este árbol ó palma, aseguran varios autores que está formado el ayate en que quedó impresa la imágen de nuestra Señora de Guadalupe.—*C.*

2 A mas de la palma de dátiles propia de aquel país, hay tambien la de Berbería. Los dátiles se venden en el mes de junio en los mercados de Méjico, Puebla y otras ciudades; pero á pesar de su dulzura, son poco buscados.

3 *Quauhcoyolli.* Es muy imperfecta la descripcion que hace Hernandez de esta palma, y no puede colegirse de ella el género á que corresponde. El mismo autor habla de otro árbol que tiene el mismo nombre, de cuyas semillas dice se hacen cuentas de rosarios, y no puede afirmarse tampoco á qué género corresponde: ¿será acaso el género de *sapindus?*—*C.*

4 *Izhuatl:* es desconocida esta voz en el dia, ni tampoco la anuncia el doctor Hernandez.—*C.*

1 *Teoiczotl.* Sucede lo mismo que con la antecedente; pero por las señas que da de ella Clavijero, deduzco con sobrado fundamento que sea el *cicas circinalis* de Lin.—*C.*

2 Cocos de aceite. *Cocos butiracea* Mutis.—*C.*

3 El linaloé de la Mixteca: el *tapinceran*, la *caoba*, el palo *gateado*, el palo *camote*, el *granadillo*, el *copite*, el *jabin*, el *tzopiloquahuitl* y *tzopelicquahuitl.* He visto algunas maderas de estos árboles, pero ninguna fructificacion. Los botánicos de la expedicion de Méjico recogieron ejemplares de varios, y los repusieron entre los demás vegetales guardados en los herbarios, é ignoro á qué género los habrán reducido.—*C.*

4 *Tepeguage* ó *tepeoaxim* Hernandez. *Dlimosa ferrea.*—Di este nombre á dicha planta por la dureza de su madera, y por conformarme con la denominacion vulgar de *quiebra-hachas* que le daban algunos mejicanos. Hernandez la llama *tepehoazim* y *tepemizquitl.*—*C.*

5 *Guayacan.* *Guajacum ofinale* Linn.— No tiene nombre en la obra de Hernandez, y lo cita únicamente para decir que la raiz de *olcacatzan*, que es una especie de

de oyametl,[1] de palo de zopilote y otras innumerables maderas apreciables por su incorruptibilidad, su dureza y gravedad,[2] por su docilidad ó facilidad para la talla, por la hermosura de su color ó por su fragancia. El *camote* tiene un hermosísimo color morado, y el *granadillo* un rojo oscuro; pero son mucho mas bellos el *palo gateado*, la caoba y el tzopiloquahuitl ó palo del zopilote. La dureza del guayacan es ya conocida en Europa, y no es menor la del jabin. El linaloé de la Mixteca, aunque diverso del verdadero aloé de Levante, segun la descripcion que hace de este García del Huerto[3] y otros autores, no es por esto menos apreciable por el suavísimo olor que despide, principalmente cuando está recien cortado. Hay allí tambien un árbol[4] cuya madera es preciosa, pero por otra parte de una naturaleza tan maligna, que causa hinchazon en el escroto á cualquiera que indiscretamente la maneja cuando está recientemente cortada. El nombre que le dan los de Michuacan, del cual no me acuerdo, explica exactamente aquel efecto. Yo no soy testigo del fenómeno ni menos he visto el árbol; pero lo supe por personas fidedignas cuando estuve en Michuacan.

El señor doctor Hernandez describe en su Historia natural cerca de cien especies de árboles; pero habiendo consagrado principalmente su estudio, como hemos dicho ya, á las plantas medicinales, omitió la mayor parte de los árboles que produce aquel fecundísimo terreno, y singularmente los mas considerables por su tamaño y por la preciosidad de su madera. Hay allí árboles de una altitud y grosor tan sorprendentes, que no son en nada inferiores á aquellos que pondera Plinio como milagros de la naturaleza.

El padre Acosta hace mencion de un cedro que habia en *Atlacuechahuayon*, lugar distante tres leguas de Antequera, ó sea Ojaca, cuyo tronco tenia de circunferencia diez y seis brazas, esto es, mas de ochenta y dos piés de Paris; y yo he visto en una casa de campo una viga de ciento y veinte piés castellanos de largo, ó ciento siete piés de Paris.

Se ven en algunas casas de la capital y de otras ciudades del reino, mesas grandísimas de cedro de una sola pieza. En el valle de Atlixco se conserva vivo hasta ahora un antiquísimo acebo [1] [2] tan grande, que en la cavidad de su tronco hecha por algunos rayos, caben cómodamente catorce hombres á caballo. Una idea aun mayor de su extension hace concebir un testimonio tan autorizado cual es del Exmo. Sr. don Francisco Lorenzana, arzobispo entonces de Méjico y actualmente de Toledo. Este prelado en las notas que puso á las cartas del conquistador Cortés á Cárlos V, impresas en Méjico el año de 1770, testifica que habiendo ido él mismo á observar aquel árbol tan celebrado en compañía del arzobispo de Guatemala y del obispo de Puebla, hizo entrar en la mencionada cavidad del árbol hasta cien muchachos.

Son ciertamente comparables con este famoso acebo las ceibas[1] que vi en la provincia marítima de Xicayan.

El grosor de estos árboles es proporcionado á su prodigiosa elevacion, y es sumamente deliciosa su vista en el tiempo en que están adornados de sus hojas nuevas y cargados de fruta, dentro

cocolmetl, poseia las mismas virtudes que el *guayacan* y zarzaparrilla para curar la lue venérea.

1 *Ayaquahuitl ó ayaquahuite: oyametl ú oyamel.*—Son especies de pino que corresponden al *pinus teda:* hay otra que se parece al *pinus strobus:* es tambien muy comun entre ellos el *pinus abies* ú *onte.*—*C.*

2 Plinio en su Historia natural, lib. 16, capítulo IV, no menciona otras maderas de mayor gravedad específica respecto de la agua sino estas cuatro: el ébano, el box, el larice y el alcornoque sin corteza; pero en Méjico hay otros muchos árboles cuya madera no nada en el agua, como el guayacan, el tapinceran, el jabin, el quiebra-hachas, etc. El quiebra-hachas es así llamado porque al trabajarlo no pocas veces se rompe la hacha por la dureza de la madera.

3 Historia de los simples, aromas, etc. de la India oriental.

4 *Hipomanl manzanilla.*—Ignoro, como el padre Clavijero, el nombre mejicano que los naturales de Michuacan daban al árbol que manejándolo recien cortado causaba inflamacion en el escroto; pero es conocido por los botánicos con el citado nombre, y su fruto, arrastrado al mar por los torrentes y rios, envenena á los peces que lo comen y á las personas que hacen uso de los mismos pescados, á los que en la Habana dan el nombre de pescado cihuato.—*C.*

1 El nombre mejicano de este árbol es *ahuehuetl*, y el vulgo español de aquel pais lo llama *ahuehuete;* pero los que quieren hablar con cultura le llaman sabino; pero en esto se engañan, pues el ahuehuetl, aunque muy semejante al sabino, no es sino acebo, como lo demuestra el doctor Hernandez en el lib. 3 cap. 66 de su Historia natural. Yo vi el acebo de Atlixco en el tránsito que hice por aquella villa el año de 1756; pero no tan cerca que pudiese formar idea justa de su grandeza.

2 *Ahuehuete. Ahuehuetl* Hernandez. *Cupresus disticha* Linn.—*C.*

3 *Ceiba.* Zaquanquahuitl Hernandez. *Bombax ceyba* Linn.—Dice Clavijero que los mejicanos llamaban á la ceiba pochotl y los españoles pochote; pero el árbol que Hernandez denomina *pochotl* es muy diverso del ceiba, como puede colegirse de su descripcion, que aunque imperfecta, se conoce fácilmente ser muy distintos. El mismo autor da tambien al pochotl el nombre de tlatlauhqui, y el tlatlauhqui de la edicion romana es una yerba parecida al frijol, y nada tiene que ver con el *pochotl.* El nombre *ceiba* es propio de la isla de Santo Domingo y corresponde al *zaquanquahuitl*, que algunos llaman impropiamente *pochotl*, cuyas semillas empleaban los indios en el chocolate, como se dijo hablando de la vainilla. El doctor Hernandez dice que son nutritivas en tanto grado, que vuelven inhábiles para el trabajo á los hombres que hacen uso de ellas por algun tiempo.—*C.*

de la cual hay cierta especie de algodon blanco sutil y delicadísimo. Se podrian hacer de él, como realmente se han hecho, telas tan suaves, delicadas y tal vez mas que de seda;[1] pero es difícil hilarlo á causa de la pequeñez de los hilos, á mas de que seria mas el trabajo que la utilidad, debiendo ser de poca duracion la tela. Algunos usan de este algodon para almohadas y colchones, los cuales tienen la particularidad de esponjarse enormemente con el calor del sol.

Entre muchísimos árboles dignos de memoria por su singularidad, que me veo precisado á pasar en silencio, no puedo omitir una cierta especie de higuera silvestre que se da en el país de los cohuixques y en otros lugares del reino. Es un árbol alto, grueso y sólido, semejante en las hojas y en el fruto al higo comun. De sus ramas, que se extienden horizontalmente, nacen ciertos filamentos, que tomando su direccion hácia la tierra, van siempre engrosando y creciendo, hasta que introduciéndose en ella, echan raíces y forman otros tantos troncos; y así, de una sola higuera se puede formar un bosque. El fruto de este árbol es enteramente inútil, pero su madera es buena.[2]

§ IX.

PLANTAS ÚTILES POR SUS RESINAS, GOMAS, ACEITES Y JUGOS.

Por lo que mira finalmente á las plantas que dan resinas, gomas, aceites ó jugos provechosos, es singularísimamente fecunda la tierra de Anáhuac, como lo reconoce Acosta en su Historia natural.

El *huitziloxitl*,[3] del que destila el bálsamo, es un árbol de mediana elevacion. Sus hojas son un tanto parecidas á las del almendro, pero mas grandes; su madera tira á colorada y es olorosa, y la corteza cenicienta, pero cubierta de una película algo colorada. Sus flores amarillas se dan en la extremidad de las ramas. Su semilla es pequeña, blanquizca y corva, y se da tambien en la extremidad de una cáscara sutil y de un dedo de larga. En cualquiera parte que se le haga una incision, principalmente después de las aguas, destila aquella nobilísima resina, tan estimada en la Europa y en nada inferior al bálsamo de la Palestina.[1] Nuestro bálsamo es rojo, negruzco ó blanco amarillo, pues de uno y otro escurre por la incision, de un sabor acre y amargo, y de un olor intenso, pero muy agradable. El árbol del bálsamo es comun en las provincias de Pánuco y de Chiapan y en otras tierras calientes. Los reyes mejicanos lo hicieron trasplantar en el célebre jardin de *Huaxtepec*, donde prendió felizmente; y se multiplicó mucho en todos aquellos montes. Algunos indios por sacar en mas abundancia el bálsamo, hecha la incision en el árbol le queman las ramas. La abundancia de estas preciosas plantas hace que no se sienta la pérdida de un gran número de ellas por no esperar la lentitud de la destilacion. No solamente recogian los antiguos mejicanos el opobálsamo ó lágrima destilada del tronco, sino que tambien sacaban el xilo bálsamo por la decoccion de las ramas.[2] Del *huaconex* y de la *maripenda*[3] sacaban tambien un aceite que equivale al bálsamo. El huaconex es un árbol de mediana elevacion y de madera aromática y dura, la cual se conserva incorrupta algunos años,

1 Mr. de Bomare dice que los africanos hacen del hilo de la ceiba el tafetan vegetable, tan raro y tan estimado en la Europa. No me admiro que sea tan raro, atendiendo á la dificultad que hay para hacerlo. El nombre ceiba es tomado, así como otros muchos, de la lengua que se hablaba en la isla de Haití ó Santo Domingo. Los mejicanos le llaman *pochotl* y muchos españoles pochote. En Africa tiene el nombre de *beten*. La ceiba, dice el referido autor, es el árbol mas alto de todos los conocidos hasta ahora.

2 Hacen mencion de esta higuera singular el padre Andrés Perez de Rivas en la Historia de las misiones de la Sinaloa, y Mr. de Bomare en su Diccionario, bajo los nombres de *figuier des Indes* (higuera de las Indias), *grand figuier* (grande higuera) ó *figuier admirable* (higuera admirable). Los historiadores de la India oriental describen otro árbo semejante á este, que hay en aquellas regiones.

3 Huitziloxitl Hernandez. *Miroxilon peruferum.*— Es muy abundante en los montes de Guatemala, de donde se extrae gran cantidad de bálsamo negro, que se comercia con mucha estimacion por toda Europa. Es tambien muy comun dicho árbol en los montes de Orizava y Córdoba; pero los indios de estas poblaciones no se han dedicado á la extraccion del bálsamo, que les daria mayor utilidad que la madera, estimada en toda Nueva España para la construccion de estantes, cómodas, roperos, canapés y otros muchos muebles. El doctor Hernandez habla de tres producciones preciosas que pueden extraerse de este exquisito vegetal, del bálsamo virgen que se saca por incision de la corteza, del que puede extraerse de las mismas cortezas y ramas tiernas machacadas y hervidas en agua para separar después de frio el bálsamo que sobrenada, y del aceite oleoso y balsámico que expone el mismo Hernandez haber sacado primero que otro alguno de las semillas machacadas y puestas en la prensa.—*C.*

1 El primer bálsamo que de Méjico se llevó á Roma, fué vendido á cien ducados la onza, como testifica el Dr. Monardes en la Historia de los simples medicinales de la América, y fué declarado por la silla apostólica materia idónea para el crisma, aunque sea diverso del de Palestina, como lo observa Acosta y otros historiadores de la América.

2 Se saca tambien del fruto del *huisiloxitl* un aceite semejante en el olor y el sabor al de las almendras amargas; pero de mas acrimonia y de un olor mas intenso, el cual es muy útil en la medicina.

3 Los nombres huaconex y maripenda no son mejicanos; pero sí lo son aquellos que usaban los autores que escribieron de esta planta.

aunque esté sepultada en la tierra. Sus hojas son pequeñas y amarillas, las flores son tambien pequeñas y blanquizcas y su fruto semejante al del laurel. Sacaban por destilacion el aceite de la corteza del árbol, después de haberla despedazado, puesta en agua natural tres dias y luego seca al sol. Sacaban tambien de las hojas un aceite de olor agradable. La maripenda es un arbusto cuyas hojas tienen la figura de un hierro de lanza, y el fruto es semejante á la uva y se da en racimos, al principio verde y después rojo. Sacaban el aceite por decoccion de los ramos mezclados con algun fruto.

El *xochiocotzotl*, vulgarmente llamado liquidámbar,[1] es el estoraque líquido de los mejicanos. El árbol es grande (no arbolillo como dice Pluche), sus hojas son en algo semejantes á las del acer, dentadas, blanquizcas por un lado y pardas por otro. Su fruto es espinoso y un poco redondo, pero polígono, con la superficie negra y los ángulos amarillos. La corteza del árbol es en parte verde y en parte leonada. Sácase por incision del tronco aquella preciosa resina que los españoles llamaron *liquidámbar*, y el aceite del mismo nombre, que es todavía mas oloroso y apreciable. Sácase tambien el liquidámbar por la decoccion de las ramas; pero es inferior al que destila el árbol.

El nombre mejicano *copalli* es genérico y comun á todas las resinas; pero especialmente significa aquellas que sirven para incienso. Hay hasta diez especies de árboles que dan esta clase de resina, distintas entre sí, no tanto en el nombre cuanto en la figura de las hojas y del fruto y en la cualidad de la resina. El *copal*[2] por antonomasia es una resina blanca y trasparente, que destila de un árbol grande, cuyas hojas se parecen á las de la encina; pero son mas grandes y el fruto es un poco redondo y algo encarnado. Esta resina es bien conocida en la Europa con el nombre de goma-copal y bien conocido tambien el uso que se hace, no menos en la medicina, que en los barnices. Los antiguos mejicanos los usaron principalmente en las incensaciones que hacian, ya por culto religioso á sus ídolos, ya por obsequio á los embajadores y otras personas de primer rango. En el dia consumen una gran cantidad en el culto del verdadero Dios y de sus santos. El *tecopalli* ó *tepecopalli* es una resina semejante en el color, olor y sabor al incienso de la Arabia, la cual destila de un árbol de mediano tamaño que nace en los montes, cuyo fruto es como una bellota, que contiene un piñon, bañado de un mucílago ó saliva viscosa, y dentro de ella una almendrita que se usa con utilidad en la medicina. Estos dos árboles, como todos los otros de esta clase en cuya descripcion no puedo detenerme, son propios de la tierra caliente.

La *caraña*[1] y la *tecamaca*,[2] resinas bien conocidas en las boticas de Europa, destilan de dos árboles mejicanos bastante grandes. El árbol de la caraña[3] tiene el tronco leonado, liso, reluciente y oloroso, y las hojas, aunque redondas, son semejantes á las del olivo. El árbol de la tecamaca tiene las hojas largas y dentadas, y el fruto encarnado, redondo y pequeño, pendiente de la extremidad de las ramas. Uno y otro árbol se dan en países calientes.

1 *Liquidámbar*. Xochiocotzotl Hernandez. *Liquidambar stiracifluas* Linn.—Es abundante en los montes de Jalapa, Orizava, Córdoba, y los indios de todos estos pueblos traen á Méjico con fecuencia el liquidámbar necesario para el consumo de la medicina, y lo distribuyen tambien en otras ciudades.—*C.*

2 *Copal*. Copalli amyny elemifera Linn.—Hay varias especies en el reino del género *amiris*, como dice Clavijero, y la expedicion botánica describió y dibujó todas las que pudo haber á las manos; pero no todas las resinas que designan los indios mejicanos con el nombre de *copal*, corresponden al citado género. Tampoco debe equivocarse con este copal el que dice el mismo autor ser muy conocido el uso que se hace de él en Europa para la medicina y para los barnices, pues es el mas usual en la medicina; es el que llaman *gumi elemi*, y el que sirve y es muy estimado para los barnices, es el *anime copal*, que se extrae de las raíces del *himenca* coubaril, como se ha dicho mas arriba, pues aunque el copal ó gumi elemi pueda gastarse en barnices como la trementina, es de muy poco aprecio, por ser quebradiza y de poca resistencia.

El xilobálsamo, el opobálsamo, el bálsamo gilea dense y el bálsamo de Meca, provienen de especies que corresponden al género *amiris*, y no hay ningun dato seguro para creer que los mejicanos extrajesen ninguno de estos líquidos de los copales que se conocen en Nueva-España, como supone Clavijero.—*C.*

1 *Caraña*. *Caragua* Hernandez. *Caranna* officinalis Linneo.—Este árbol, que describió y mandó dibujar en su lugar nativo don Martin de Sessé, director de la expedicion botánica de Méjico, debia haberse publicado con mas de cinco mil especies que se recogieron en este reino, en la Flora mejicana, que estaba ya arreglada para darse á la prensa, cuando se vió oprimida España con la irrupcion de los franceses, y no sabemos todavía si se hicieron dueños de estos trabajos, que hacian tanto honor á los españoles y á la munificencia de los soberanos don Cárlos III y don Cárlos IV, que costearon la expedicion y el establecimiento del jardin en esta capital.—*C.*

2 *Tecamaca*. *Tecamahaca* Hernandez. *Fagara octandra* Saquin.—Linneo dice que esta resina proviene del *populusalba;* pero Trew lo niega, y Saquin, que examinó las plantas de varias islas de Barlovento, afirma que se extrae del género citado.—*C.*

3 Los mejicanos dieron al árbol de la caraña el nombre de *tlahuelilocaquahuitl* (árbol del diablo), esto es, árbol de la maldad (no habeliloca como escribe Mr. de Bomare), porque supersticiosamente creian ser temido de los espíritus malignos, y ser eficaz preservativo contra la fascinacion. El nombre de tecamaca es tomado del tecomac ihiyac de los mejicanos.

El *mizquitl*[1] ó mezquite, como le llaman los españoles, es una especie de verdadera acacia, y la goma que destila es la verdadera goma arábiga, como testifica el doctor Hernandez y otros doctos naturalistas. El mezquite es un arbusto espinoso y cuyas ramas están confusamente dispuestas, y sus hojas, tenues, sutiles y apareadas ó que nacen de una y otra parte de las ramas, se parecen á las plumas de los pájaros. Sus flores son semejantes á las del abedul. Sus frutos son huesos dulces y comestibles que contienen la semilla, de la cual hacian antiguamente los bárbaros chichimecas una pasta que les servia de pan. Su madera es durísima y pesada. Estos árboles son casi tan comunes en Méjico como las encinas en Europa, principalmente en las colinas de los países templados.[2]

La *lacca*[3] ó goma lacca (como suele llamarse por los boticarios) escurre con tanta abundancia de un árbol semejante al mezquite, que quedan cubiertas las ramas.[1] Este árbol, cuyo tamaño es mediano y el tronco de color rojo, es comunísimo en las provincias de los cohuixques y de los tlahuiques.

La *sangre de drago*[2] destila de un árbol grande, cuyas hojas son largas y angulosas. Este árbol se da en los montes de *Quauhchinanco* y en el de los cohuixques.[3]

1 *Mezquite. Mizquitl* Hernandez. *Mimosa nilotica* Linn.—Es la *acacia vera* de los antiguos, de cuyo fruto se extraia el zumo inspisudo, que tuvo tanto uso en la medicina y que por falta de conocimientos lo pedian los farmacéuticos del reino á España, pudiendo enviar desde aquí la que pudiera gastarse en toda la península. Es muy conocido y abundante en todo el reino dicho árbol, y se recoge de la goma arábiga, que se produce espontáneamente y en mucha mayor cantidad haciendo algunas incisiones en el tronco.—*C.*

2 En Michuacan hay una especie de mezquite ó acacia que no tiene ciertamente espinas, y las hojas son muy sutiles; pero en lo demas conviene enteramente con el otro.

3 *Lacca croton lacciferum* Linn.—Es una goma resina que se produce sobre el citado arbusto y se encuentra tambien sobre otras varias plantas; pero no es producto vegetal, sino el nido que elabora un insecto que los naturalistas llaman *coccus lacca*. La goma laca de que habla Hernandez á la página 375 de la edicion ro mana, se produce sobre un árbol que los mejicanos llamaban *tzinacancuitlaquahuitl*, que equivale á la larga frase de *árbol* que lleva goma parecida al estiércol del murciélago: la figura que pusieron Liriecos es imperfectísima, y es imposible averiguar el género á que corresponde; pero se echa muy bien de ver que no pertenece al género *croton*. Sostiene Hernandez que la goma que se cria en dicho árbol no es elaborada por las hormigas, como era opinion comun en su tiempo, sino instilada de los ramos, en lo que pudo haberse equivocado, por no haber visto nunca las hormigas é ignorarse entonces que el insecto que la trabaja es muy pequeño, y que cubierto con esta sustancia es difícil de percibirse.

Es muy singular la noticia que da Hernandez de esta goma resina, diciendo de ella que se hacia una masa muy propia para sellar las cartas; pero que mezclándola con arena algo gruesa, machacándola y cociéndola toda para formar una tortilla, se ponia esta después al fuego para que se ablandara un tanto, y que después de enfriarse contraia tal dureza, que excedia la del hierro, la de las piedras y la de las piedras preciosas, y podian romperse con ella todas estas sustancias, asegurando que le constaba el hecho de propia observacion.—*C.*

1 García del Huerto en la Historia de los simples de la India, establece sobre la relacion de algunos hombres práct cos de aquel país, que la lacca se trabaja por las hormigas. Esta opinion ha sido adoptada por muchísimos autores, y Mr. de Bomare le hace el honor de creerla ya casi demostrada; pero cuán distante está de la verdad, se ve: primero, porque todas estas ponderadas demostraciones no son otra cosa que indicios equívocos y conjeturas falaces, como le será manifiesto á cualquiera que lea á los referidos autores. Segundo, entre todos los naturalistas que escriben sobre la lacca, ninguno ha visto el árbol sino el doctor Hernandez, y este docto y sincero autor afirma como indubitable, que la lacca es verdadera resina destilada del árbol que los mejicanos llamaron *tzinacancuitlaquahuitl*, y rebate como error vulgar la opinion contraria. Tercero, el país donde abunda la lacca es la fertilísima provincia de los tlahuiques, donde toda la fruta se da á la maravilla, y de ella se lleva á la capital en grandísima cantidad. Pues no podria hacerse una cosecha tan abundante de frutas, si en aquella tierra hubiera tantos millones de hormigas cuantos se necesitarian para la fábrica de una cantidad tan excesiva de lacca, pues los árboles son muchísimos y casi todos están llenos de ella. Cuarto, si la lacca es obra de las hormigas, ¿por qué la fabrican solamente en aquellos árboles y no en los de otra especie? La lacca se llamaba por los mejicanos *tzinacancuitlatl*, esto es, estiércol del murciélago, por no sé qué analogía que hallaron entre estas dos cosas.

2 *Sangre de drago. Pterocarpus draco* Linn.—Hay en Nueva España además de esta especie, otro arbusto que corresponde al género *croton*, del que se saca tambien por incision un jugo que inspisado al sol se convierte en una resina de color rojo con las mismas cualidades que la que se extrae del *pterocarpus draco:* Hernandez habla de cuatro especies que tenian el nombre de *ezquahuitl*, que quiere decir *árbol de sangre;* pero las descripciones son tan diminutas como las que se acostumbraban en aquel tiempo, y no puede asegurarse el género que puede corresponder á cada una: puede que la primera que describe diciendo que produce las hojas grandes y parecidas al *verbasco* ó *gordolobo*, sea la especie nueva del croton descrito en la Flora mejicana, porque sus hojas tienen mucha semejanza con las del *verbascum thapsus* de Linneo.—*C.*

3 Los mejicanos llaman la sangre de drago *ezpatli*, que quiere decir medicamento sanguíneo, y al árbol *ezquahuitl*, esto es, árbol sanguíneo. Hay otro árbol del mismo nombre en los montes de Quauhnahuac, que algo se le asemeja; pero este tiene las hojas redondas y encarnadas, la corteza gruesa y la raíz olorosa.

La *resina elástica*, llamada por los mejicanos *olin* ú *olli*, y por los españoles de aquel reino *hule*[1] destila del *olquahuitl*, que es un árbol de suficiente tamaño, cuyo tronco es liso y amarillo, las hojas muy grandes, las flores blancas y el fruto amarillo, que tira á redondo pero anguloso, dentro del cual hay almendras tan grandes como las avellanas, blancas pero cubiertas de una película amarilla. La almendra tiene un sabor amargo y el fruto se da siempre adherido á la corteza del árbol. El hule al destilarse del tronco herido, es blanco, líquido y viscoso; después se pone amarillo, y últimamente toma el color del plomo algo mas negro, que en adelante conserva. Los que lo recogen le hacen tomar en diversos moldes la forma que quieren segun el uso á que lo destinan. Esta resina condensada es entre todos los cuerpos sólidos el mas elástico que conocemos.

Hacian de esta resina los mejicanos sus pelotas, las cuales, aunque pesadas, saltan mas que las de aire. En el dia, á mas de este uso, se sirven como en Europa de la cera para hacer sombreros, botas, capotes y gabanes impenetrables á la agua. Del hule liquidado al fuego se saca un aceite medicinal. Este árbol se da en la tierra caliente, como en la de *Igualapan* y en la de *Mecatlan*, y es comun en el reino de Guatemala.[2]

El *quauhxiotl*[3] es un árbol mediano, cuyas hojas son redondas y la corteza algo roja. Hay dos especies subalternas; la primera da una goma blanca, la cual metida en agua la tiñe de un color de leche; la otra destila una goma algo roja, ambas utilísimas para la disenteria.

Entre esta clase de plantas deberian tener lugar el acebo, la *higuerilla*[4] (planta semejante á la higuera) y el ocote, cierta especie de pino muy aromático por el aceite que da, y el brasil, el campeche, el indaco y muchos otros por sus jugos; pero algunas de estas plantas son ya conocidas en la Europa, y de otras tendré ocasion de discurrir en otra parte.

Esta pequeña parte del reino vegetal de Anáhuac, que hasta ahora hemos expuesto, me aviva el dolor que siento al ver desaparecidos y perdidos en lo general aquellos exactos conocimientos de la historia natural que habian adquirido los antiguos mejicanos. Sabemos están aquellos bosques, montes y collados llenos de utilísimos y preciosos vegetales, sin encontrarse quien quiera fijar en ellos la vista para reconocerlos. ¿A quién no dolerá que de los inmensos tesoros que de dos siglos y medio acá se han sacado de sus riquísimas minas, no se haya destinado una parte para fundar academias de naturalistas, que siguiendo las huellas del famoso Hernandez, pudieran descubrir en bien de la sociedad aquellos preciosos dones que con tanta liberalidad ha dispensado el Criador?

§ X.

CUADRÚPEDOS DE MÉJICO.

No es menos desconocido el reino animal, á pesar de la diligencia que empleó en esta parte tambien el doctor Hernandez. La dificultad que hay en distinguir las especies, y la impropiedad en la nomenclatura, ocasionada de la analogía, ha hecho difícil y fatigosa la historia de los animales. Los primeros españoles, mas prácticos en el arte de la guerra que en el estudio de la naturaleza, en vez de conservar como hubiera sido mejor los nombres que los mejicanos impusieron á sus animales, llamaron tigres, lobos, osos, perros y ardillas, etc., á algunos animales de especie muy diversa, ó por la semejanza del color, de la piel ó de alguna otra señal exterior, ó por la conformidad de ciertas operaciones y propiedades. Yo no pretendo enmendar sus errores, ni menos ilustrar la historia natural de aquel vasto reino, sino solamente dar una ligera idea á mis lectores de los cuadrúpedos, de los pájaros, reptiles, peces é insectos que se alimentan en la tierra y agua de Anahuac.

Entre los cuadrúpedos, unos son nuevos y otros antiguos. Los nuevos (así llamo aquellos que en siglo XVI fueron trasportados á aquella tierra de las Canarias y de Europa), son los caballos, los burros, los toros, las ovejas, las cabras, los puercos, los perros y los gatos, todos los cuales se han multiplicado felizmente, y tanto cuan-

1 *Hule. Holquahuitl* Hernandez. Género nuevo que la expedicion botánica dedicó al benemérito individuo de ella don Juan del Castillo, y del que imprimió en Méjico una Mongraphia el catedrático de botánica don Vicente Cervantes, dándole el nombre de *castilloa elástica*.

2 En Michuacan hay un árbol llamado por los tarascos *tarantaqua*, de la misma especie del olquahuitl, pero diferente en las hojas.

3 *Quahxiotl* Hernandez. La planta que Hernandez describe con este nombre, pertenece, segun el director de la expedicion botánica don Martin de Sessé, al género *rhus*, especie nueva descrita en la Flora mejicana y muy comun en los montes próximos á Méjico cerca de San Angel: no se le ha visto nunca la goma de que habla Clavijero, acaso por hallarse en un temperamento frio; pero es muy astringente la hoja y el fruto, como las de *rhus coviaria* ó *zumaque*, y podria sustituirse muy bien por esta especie en el curtido de las pieles y en la medicina.—*C.*

4 *Higuerilla. Recinus communis* Linn.—No tiene nombre mejicano esta planta, ni habla de ella el doctor Hernandez, por lo que presumo ha venido de otras partes su semilla, y se ha extendido copiosamente por el reino. Sobre el arbusto de que habla Hernandez con el nombre de *hueipochotl* en el segundo tomo, página 361 de la edicion de Madrid, no dice mas sino que produce un fruto con tres semillas al modo del *ricinus;* pero Nardo Antonio Recho en la edicion romana, le nombra *hueipochotl*, y lo reconoce falsamente por especie de aquel género, pues no hay ninguna analogía entre las dos plantas.—*C.*

to haré ver en mi cuarta disertacion, contra ciertos filósofos del siglo que han tomado el empeño de persuadir la degradacion de todos los cuadrúpedos en el Nuevo Mundo.

De los cuadrúpedos antiguos, esto es, de aquellos que de tiempo inmemorial se hallaban en aquella tierra, unos eran comunes á ambos continentes, otros particulares del Nuevo Mundo, pero comunes al reino de Méjico y á otros países de la América setentrional ó de la meridional, y otros, en fin, propios solamente del reino de Méjico.

Los cuadrúpedos antiguos comunes á Méjico y al antiguo continente, son los leones, tigres, gatos monteses, osos, lobos, zorras, venados, así comunes como blancos,[1] gamos, cabras monteses, tejones, raposas, hurones, comadrejas, ardillas, *polatucas*, conejos, liebres, nutrias y ratones. Bien sé que el señor de Buffon niega á la América los leones, los tigres y los conejos; pero como quiera que su opinion, principalmente apoyada sobre el débil fundamento de la pretendida imposibilidad del tránsito al nuevo continente de los animales propios de la tierra caliente del antiguo mundo, está bastantemente impugnada en mis disertaciones, no es necesario interrumpir aquí el curso de mi Historia para rebatirla.

El *miztli* de los mejicanos no es mas que el leon sin guedeja de que habla Plinio[2] y muy distinto del leon africano, y el *ocelotl* no es diverso del tigre africano, como testifica el doctor Hernandez, que conocia estos y aquellos. El *tochtli* de Méjico es el mismo conejo del antiguo continente, y ha existido en él lo menos desde la formacion del calendario de los mejicanos, en el cual la figura del conejo era el primer signo de sus años. Los gatos monteses, mucho mas grandes que los domésticos, son muy feroces y temibles. Los osos son enteramente negros y mas corpulentos que los que se ven en Italia traidos de los Alpes. Las liebres se distinguen de las de Europa en que tienen las orejas mas largas, y los lobos en tener mas grande la cabeza. Ambas especies abundan mucho en aquella tierra. *Polatuca* llamo con el señor de Buffon al *quimichpatlan* ó raton volador de los mejicanos. Llamáronle *raton* porque se le parece en la cabeza, aunque es mas grande, y volador porque teniendo en su estado natural contenido y plegado el pellejo de los costados, cuando quiere dar un salto violento de un árbol á otro, extiende y alarga juntamente con los piés aquel pellejo á manera de alas. El vulgo español confunde este cuadrúpedo con la ardilla por su semejanza; pero son enteramente diversos. Las ratas fueron llevadas á Méjico en los buques europeos; no así los ratones, que siempre fueron conocidos de los mejicanos con el nombre de *quimichin*, el cual daban tambien metafóricamente á sus espías.[1] Las especies de cuadrúpedos que habia en el reino de Méjico comunes tambien á otros países del Nuevo Mundo, son el *coyametl*, *epatl*, algunas especies de *monos*, el *ayotochtli*, el *aztacoyotl*, el *tlacuatzin*, el *techichi*, el *tlalmototli*, el *techalotl*, el *amiztli*, el *mapach* y la *danta*.[2]

El *coyametl*, al que dan los españoles el nombre de *jabalí* por la semejanza con este animal, ó el de puerco montés, es llamado en otros países de la América *pecar*, *saino* y *tayasu*. Una glándula que tiene en una cavidad del espinazo, de donde destila con abundancia un líquido como suero y hediondo, indujo á los primeros historiadores de la América, y por estos á otros muchos autores, al error de que en ella se encontraban puercos que tenian el ombligo sobre el espinazo, y hasta ahora hay allí quienes lo crean así; sin embargo de que mas ha de dos siglos que se descubrió el error por la anatomía de aquellos animales. ¡Tan difícil así es desterrar las opiniones populares! La carne del *coyametl* es buena para comer, siempre que luego que sea muerto se le corte la glándula y se quite del espinazo todo aquel líquido hediondo, pues de lo contrario quedará infestada toda la carne.

1 Los venados blancos, sean de la misma especie ó de distinta de los otros venados, son indubitablemente comunes á ambos continentes. Ellos fueron conocidos de los griegos y de los romanos. El señor de Buffon nos quiere persuadir que la blancura de los venados es efecto de su esclavitud; pero hallándose en los montes de Nueva España, como en efecto se hallan, venados blancos que no han sido jamás esclavos de los hombres, ya no tiene lugar este pensamiento.

2 Plinio en el libro 8, cap. 16, distingue las dos especies de leon con guedeja y sin ella, y pone el número de leones de cada especie que presentó Pompeyo en los espectáculos de Roma.

1 Aunque en la lengua toscana se usan promiscuamente los nombres *topo* y *sorcio* como en la latina *mus* y *sorex*, siendo dos especies, como dice el señor de Buffon, la una mas grande y mas fiera, y la otra mas pequeña y mas doméstica, yo para distinguirlas doy á esta el nombre de *sorcio* (raton, en latin sorex), y á aquella el de topo (rata, en latin mus). Los españoles así las distinguen. El raton lo habia en América y la rata fué llevada de la Europa, la que en el Perú se llama *pericote*.

2 Algunos autores cuentan entre los animales del reino de Méjico al paco ó carnero peruano, al guanaco, la vicuña, la taruga (especie de oveja segun Terreros) y el perico ligero; pero todos estos cuadrúpedos son propios de la América meridional, y ninguno de la setentrional. Es verdad que el doctor Hernandez hace mencion del paco entre los cuadrúpedos de la Nueva-España, presenta su retrato y usa el nombre mejicano *pelonichcatl;* pero lo hizo porque llevaron del Perú algunos individuos de esta especie, á los que les pusieron nombre los mejicanos, así como describe algunos animales de las islas Filipinas, no porque jamás se hayan criado en el reino de Méjico ni se encuentren en país alguno de la América setentrional, sino tal vez llevado por algun individuo por curiosidad.

El *epatl*, llamado por los españoles *zorrillo*, es menos conocido en la Europa por la hermosura de su piel que por el insufrible hedor que despide cuando los cazadores lo persiguen.[1] [2]

El *tlacuatzin*, que en otros países tiene los nombres de churcha, sarigna y opossum, ha sido descrito por muchos autores y es muy célebre por la piel doble que tiene la hembra en el vientre desde el principio del estómago hasta el orificio del útero, la cual le cubre las mamilas y tiene en el medio una abertura, donde recibe los hijos después de haberlos parido, para tenerlos bien guardados y darles de mamar. Al andar y treparse por las paredes de las casas tiene extendida la piel y cerrada la abertura para que no puedan salirse los hijos; pero cuando quiere echarlos fuera para que comiencen á buscarse el sustento ó hacerlos entrar de nuevo para darles de mamar ó para sustraerlos de algun peligro, abre la entrada aflojando la piel, imitando la preñez mientras los lleva dentro, y el parto siempre que los hace salir. Este curioso cuadrúpedo es el exterminador de los pollos.

El *ayotochtli*,[3] que los españoles llaman *armadillo* ó *encobertado* y otros *tatu*, es bien conocido á los europeos por las láminas de hueso de que tiene cubierto el lomo, imitando la antigua armadura de los caballeros. Los mejicanos le dieron aquel nombre por la semejanza, aunque imperfecta, que tiene con el conejo cuando saca fuera la cabeza, y con la calabaza cuando se recoge bajo de su lámina ó concha; pero á ningun animal se parece mas que á la tortuga, aunque en algunas cosas sea un poco desemejante: podria dársele el nombre de cúadrupedo testáceo. Este animal, todas las veces que se halla perseguido en una llanura, no tiene modo de librarse de las manos del cazador; pero como ordinariamente habita en los montes, donde encuentra alguna pendiente, se encoge, se hace una bola, y rodándose por el declive, deja burlado al cazador.

El *techichi*, que tuvo antes el nombre de *alco*, era un cuadrúpedo de Méjico y de otros países de la América, el cual por ser semejante en la figura á un cachorrillo, fué llamado por los españoles *perro*. Era de un aspecto melancólico y enteramente mudo; de donde tuvo orígen la fábula extendida por algunos autores, que aun viven, de que enmudecian en el Nuevo Mundo todos los perros que se llevan del antiguo. La carne del techichi se comia por los mejicanos, y si creemos á los españoles que tambien la comieron, era de buen gusto y sustento. Los españoles después de la conquista no teniendo todavía vacas ni carneros, hicieron la provision de sus carnicerías de estos cuadrúpedos; así en breve consumieron la especie, sin embargo de que era numerosa.

El *tlalmototli* ó ardilla de tierra, llamado por el señor Buffon svizzero, es semejante á la verdadera ardilla en los ojos, en la boca, en la agilidad y en todos sus movimientos; pero es muy distinta en el color, en el tamaño, en la habitacion y en algunas propiedades. El pelo del vientre es todo blanco, y el resto blanco mezclado de pardo. Su tamaño es doble del de la ardilla y no habita como esta en los árboles, sino en las pequeñas cuevas que hace en la tierra, ó entre las piedras de las cercas que circundan los campos, en los cuales hace un daño considerable por el mucho grano que roba. Muerde furiosamente á quien se le acerca, y no es capaz de domesticarse; pero tiene por otra parte elegancia en su figura y gracia en sus movimientos. La especie de estos cuadrúpedos es de las mas numerosas, principalmente en el reino de Michuacan. El *techallotl* casi no se distingue de los dichos animales sino en tener mas pequeña la cola y con menos pelo.

El *amiztli* ó leon acuático, es un cuadrúpedo anfibio que habita en las riberas del mar Pacífico y en algunos rios de aquel reino. Su cuerpo tiene tres piés de largo y la cola dos. Su hocico es largo, sus piernas cortas y las

1 El señor Buffon numera cuatro especies de epatl, bajo el nombre genérico de *mouffetes*. Dice, pues, que las dos primeras, que él llama *coaso* y *conepata*, son de la América setentrional, y el *chincho* y *zorrillo*, que son las otras dos, de la América meridional. Yo no encuentro razon para creer que sean cuatro especies diversas, sino solamente cuatro razas de una misma especie. Los nombres que los mejicanos dan á las dos primeras razas, son *izquepatl* y *conepatl*, las cuales solamente se distinguen en el tamaño y en el color. El nombre de *coaso* ó *squass* tomado del viajero Dampier, que afirma ser comun en la Nueva España, no se ha oido jamás en aquella tierra. Los indios de Yucatan, donde estuvo el referido viajero, llaman aquel cuadrúpedo *pai*.

2 En muchas de las notas de esta obra, el señor traductor ha puesto al fin una *C.*, que nosotros interpretábamos por *Clavijero*, y suponiamos que era para distinguirlas de las de dicho señor traductor; pero como en algunas se contradice esta opinion, dejamos que los lectores formen el juicio que mejor les pareciere. Por una omision se dejó de poner la expresada *C.* en las notas 2 y 4, segunda columna, pág. 8; en las 4 y 5 columna primera, y 2, 3, 4 y 5 columna segunda, pág. 9; en la 2, primera columna, página 10; en las 1, 2 y 4, columna primera, y 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 9, columna segunda, pág. 11; en las 1, 3, 4, 5, 6, 7 y 8, columna primera, pág. 12; en la 2, columna segunda, pág. 13, y en las 1, 3, 4, 6 y 7, columna primera, pág. 14.—*Nota del editor.*

3 El *ayotochtli* es palabra compuesta de *ayotli*, calabaza, y de *tochtli*, conejo. El señor de Buffon numera ocho especies bajo el nombre de *tatons*, tomando su diversidad del número de las láminas y de las fajas movibles que los cubren. Yo no puedo decir cuántas especies haya en Méjico, pues he visto pocos individuos, y entonces como no pensaba escribir sobre este punto, no tuve la curiosidad de contar las láminas ni las fajas, ni sé que haya habido alguno que haya tenido este pensamiento.

uñas corvas. Su piel es apreciable por lo largo y suave del pelo.[1]

El *mapach* de los mejicanos es, segun el dictámen del señor de Buffon, aquel mismo cuadrúpedo que en Jamaica se conoce con el nombre de *ratton*. El mejicano es del tamaño de un tejon, de cabeza negra, de hocico largo y sutil como el del galgo, de orejas pequeñas, de cuerpo proporcionado, de pelo variado de negro y blanco, cola larga y con mucho pelo, y cinco dedos en cada pié. Sobre cada uno de los ojos tiene una fajilla blanca, y se sirve como la ardilla de las manos para llevar á la boca lo que quiere comer. Aliméntase indiferentemente de grano, fruta, insectos, lagartijas y sangre de gallinas, se domestica fácilmente y es muy gracioso en sus juegos; pero es pérfido como la ardilla y suele morder á su dueño.

La *danta* ó *anta*, *beori* ó *tapir* (pues tiene todos estos nombres en diversos países), es el cuadrúpedo mas corpulento de cuantos habia en la tierra del reino de Méjico[2] y el que mas se acerca al hipopótamo, no en el tamaño, sino en algunas señales y propiedades. La danta es del tamaño de una mula mediana. Tiene el cuerpo un poco encorvado como el puerco, la cabeza gruesa y larga, con un apéndice en la piel del labio superior, el cual alarga y encoge como quiere; los ojos pequeños, las orejas lo mismo y redondas, las piernas cortas, los piés anteriores con cuatro uñas y los posteriores con tres, la cola corta y piramidal, la piel muy gruesa y vestida de pelo tupido, el cual en edad madura es oscuro. Su dentadura es compuesta de veinte muelas y otros tantos dientes incisivos, y tan fuertes y aguzados y las mordidas que dan tan terribles, que se ha visto, como testifica el historiador Oviedo, testigo ocular, arrancar de una mordida uno ó dos palmos de piel á un perro de caza, y á otro una pierna entera con su muslo. Su carne es comestible[3] y su piel apreciable, pues es tan fuerte que resiste no solamente á las flechas, sino tambien á las balas de fusil. Este cuadrúpedo habita en los bosques solitarios de la tierra caliente, vecinos á algun rio ó laguinilla, pues vive igualmente en el agua y en la tierra.

Todas las especies de monos que hay en aquel reino, son conocidos de los mejicanos bajo el nombre general de *ozomatli*. Los hay de varios tamaños y figuras; unos son pequeños y singularmente graciosos, otros medianos como del cuerpo del tejon, otros grandes, fuertes, feroces y barbados, á los que algunos llaman *zambos*. Estos cuando están derechos, poniéndose sobre los dos piés, igualan alguna vez la estatura de un hombre. Entre los medianos hay de algunos que por tener la cabeza de perro, pertenecen á la clase de los cinocéfalos, bien que todos tienen cola.[1]

En cuanto á los hormigueros, esto es, aquellos cuadrúpedos tan singulares por la enorme extension de su hocico, por lo angosto de su cola y por su desmesurada lengua, de la cual se sirven para sacar las hormigas de los hormigueros, de donde tomaron el nombre, ni los he visto jamás en aquel reino, ni tampoco sé que los haya habido; pero creo que es de esta especie el *aztacoyotl*, esto es, coyote hormiguero, mencionado, pero no descrito por el doctor Hernandez [2]

Los cuadrúpedos mas propios de la tierra de Anáhuac, cuyas especies no sé que se encuentren en la América meridional ni en otros países de la setentrional sujetos á la corona de España, eran el *coyotl*, el *tlalcoyotl*, el *xoloitzcuintli*, el *tepeitzcuintli*, el *itzcuintepotzotli*, el *ocotochtli*, el *coyopollin*, la *tuza*, el *ahuitzotl*, el *huitztlacuatzin* y otros que tal vez no conozco.

El *coyotl* ó coyote, como lo llaman los españoles, es una fiera semejante al lobo en la voracidad, en la astucia á la zorra, en la figura al perro, y en algunas propiedades al *adive* y al *chacal*, por lo que algunos historiadores de Méjico lo adjudicaron ya á una, ya á otra especie; pero es indudablemente diverso de todos estos, como lo demostraré en mis disertaciones. Es mas pequeño que el lobo, y del tamaño de un mastin, pero mas enjuto. Tiene los ojos amarillos y centellantes, las orejas pequeñas, aguzadas y derechas, el hocico negro, las piernas fuertes, los piés armados de uñas gruesas y corvas, la cola gorda y

1 Cuento al *amiztli* entre los cuadrúpedos comunes á otros países de la América, porque parece que este es el que describe el señor de Buffon bajo el nombre *saricovienne*.

2 La danta es mucho menor que el *tlacaxolotl*, descrito por el doctor Hernandez; pero no sabemos que haya habido este gran cuadrúpedo en el reino de Méjico. Lo mismo debe decirse de los venados del Nuevo Méjico y de los cíbolos ó bisontes, mas grandes tambien que las dantas. Véase sobre esto mi cuarta disertacion.

3 Oviedo dice que las piernas de la danta son de muy bueno y gustoso sustento como estén veinticuatro horas continuas en el fuego.

1 El cinocéfalo del antiguo continente carece de cola, como todos saben. Habiéndose, pues, encontrado en el Nuevo Mundo monos con cabeza de perro y que tienen cola, el señor Buffon, en la division que hace de los monos, da justamente á los de esta clase el nombre de *cinocéfalos cercopitecos*, y distingue dos especies. Mr. de Buffon entre tantas especies de monos que describe, omite esta.

2 *Hormigueros* son aquellos cuadrúpedos que los italianos llaman *formicari* y los franceses *fourmiliers;* mas los osos hormigueros descritos por Oviedo, son sin duda distintos de los fourmiliers del señor Buffon, pues sin embargo de que convienen en alimentarse de hormigas y en la enormidad de la lengua y del hocico, con todo, se distinguen notablemente por lo que toca á la cola, pues los del señor de Buffon la tienen desmesurada y los de Oviedo carecen enteramente de ella. Es particularmente curiosa la descripcion que hace Oviedo del modo que tienen de cazar las hormigas.

pelosa y la piel variada de negro, pardo y blanco. Su voz participa del aullido del lobo y del ladrido del perro. El coyote es de los cuadrúpedos mas comunes en Méjico[1] y de los mas perniciosos á los rebaños. Asalta una manada, y donde no encuentra corderillo que robar, toma con los dientes una oveja por el pescuezo y apareado con ella y azotándola por detrás con su cola, la conduce á donde quiere. Persigue á los venados, y algunas veces asalta aun á los hombres. Al huir no hace otra cosa que trotar; pero este trote es tan vivo y tan veloz, que apenas puede alcanzarlo un caballo al galope. El *cuetlachcoyotl* me parece un cadrúpedo de la misma especie del coyote, pues no se distingue de este sino en tener el cuello mas grueso y el pelo como el del lobo.

El *tlalcoyotl* ó *tlalcoyote* es del tamaño de un perro mediano, pero mas grueso, y es á mi parecer el cuadrúpedo mas corpulento de cuantos viven bajo de la tierra. Se parece algo en la cabeza al gato, y al leon en el color y en lo largo del pelo. Tiene la cola larga y espesa, y se alimenta de gallinas y de otros animales pequeños, que caza en la oscuridad de la noche.

El *itzcuintepotzotli*, el *tepeitzcuintli* y el *xoloitzcuintli* eran tres especies de cuadrúpedos semejantes á los perros. El *itzcuintepotzotli* ó perro corcovado era del tamaño de un perro maltés, su piel era variada de blanco, leonado y negro. Su cabeza era pequeña á proporcion del cuerpo, y parecia unida á este inmediatamente, á causa de lo pequeño y grueso del pescuezo; sus ojos apacibles, sus orejas caidas, su nariz con una prominencia considerable en el medio, y su cola tan pequeña, que apenas le llegaba á media pierna; pero lo mas particular era una gran corcoba que tenia desde el pescuezo hasta al anca. El país donde abundaba este cuadrúpedo, era el reino de Michuacan, donde se llamaba *ahova*. El *tepeitzcuintli*, esto es, perro montés, es una fiera tan pequeña, que parece un cachorrillo; pero tan atrevida, que acomete á los venados y algunas veces los mata. Tiene el pelo largo, como tambien la cola; el cuerpo es negro; pero la cabeza, el cuello y el pecho, blancos.[2] El *xoloitzcuintli* es mas grande que los dos antecedentes, pues hay algunos cuyos cuerpos tienen hasta cuatro piés de largo. Su cara es de perro, pero los colmillos de lobo, las orejas derechas, el cuello grueso y la cola larga. Lo mas singular de este animal es carecer enteramente de pelo, á excepcion del hocico, en donde tiene algunas cerdas gruesas y retorcidas. Todo su cuerpo está cubierto de una piel lisa, suave y de color ceniciento; pero en partes manchada de negro y de leonado. Estas tres especies de cuadrúpedos se han extinguido enteramente ó no han quedado sino pocos individuos.[1]

El *ocotochtli* parece ser, segun la descripcion que hace el doctor Hernandez, de la clase de los gatos monteses; pero ciertas particularidades que añade dicho autor, hacen que tenga el aire de fábula, no ciertamente porque él quisiese engañarnos, sino porque algunas veces se fió demasiado de informes de otros.[2]

El *coyopollin* es un cuadrúpedo tan grande como un topo ordinario; pero tiene la cola mas gruesa y se sirve de ella en lugar de las manos. El hocico y las orejas son semejantes á las de un puerquecillo; las orejas son trasparentes, las piernas y los piés blancos y el vientre blanco y algo amarillo. Habita y cria á sus hijos en los árboles. Los hijos cuando tienen miedo se abrazan estrechamente de la madre.

La *tozan* ó *tuza* es un cuadrúpedo equivalente al topo de Europa, pero muy diverso. Su cuerpo, que es bien hecho, tiene siete ú ocho pulgadas de largo. Su hocico es semejante al del topo, las orejas pequeñas y redondas y la cola corta. Tiene la boca armada de dientes fuertísimos, y los piés de uñas duras y corvas, con las que cava la tierra y hace cuevas donde habita. Es la tuza perniciosísima á los campos por el grano que roba, y á los caminantes por las muchas cuevas ú hoyos que hace en los caminos, porque cuando por su corta vista no encuentra la primera cueva, se labra otra, multiplicando así las incomodidades y peligros á los que viajan á caballo. Cava la tierra con las manos y con dos dientes caninos que tiene en la mandíbula superior, mas grandes que los otros: al cavar pone

1 Ni el señor de Buffon ni el señor de Bomare hacen mencion del coyote, sin embargo de que su especie entre las de las fieras es la mas comun y la mas numerosa del reino de Méjico, y está bastantemente descrita por el doctor Hernandez, cuya Historia natural citan con frecuencia.

2 El señor de Buffon cree que el tepeitzcuintli es el gloton; pero en mis disertaciones impugno esta opinion.

1 Juan Fabri, académico de Lince, publicó en Roma una larga y erudita disertacion, en la cual se esforzó á probar que el xoloitzcuintli es lo mismo que el lobo de Méjico, engañado sin duda por el retrato original del xoloitzcuintli mandado á Roma juntamente con otras pinturas de Hernandez; pero si él hubiera leido la descripcion que este docto naturalista hace de aquel animal en el libro de los cuadrúpedos de la Nueva España, hubiera ahorrado la fatiga que tuvo en escribir aquella disertacion y los gastos que hizo para publicarla. El error de Fabri fué adoptado por el señor Buffon. Véanse mis disertaciones, en donde se impugnan otros errores de este grande hombre.

2 Dice el doctor Hernandez que cuando el *ocotochtli* hace alguna presa, la cubre con hojas, y después subido sobre un árbol inmediato comienza á dar aullidos, como convidando á los otros animales á comer de su presa, y que en efecto el último que come es el mismo *ocotochtli*, porque es tal el veneno de su lengua, que si comiera primero quedaria inficionada la presa y moririan al comerla los otros animales. Hasta ahora se oye esta fábula en boca del vulgo.

la tierra en dos membranas hechas á manera de bolsas que tiene debajo de las orejas, proveidas de los músculos necesarios para su contraccion y dilatacion. Cuando tiene llenas las membranas, las vacia sacudiendo el fondo de ellas con las manos, y vuelve después á cavar del mismo modo, sirviéndose de los dientes caninos y de las uñas en lugar de zapa, y de las membranas en vez de sacos ó de espuertas. La especie de la tuza es numerosísima; pero no me acuerdo haberlas visto jamás en los lugares en que habitan las ardillas de tierra.

El *ahuitzotl* es un cuadrúpedo anfibio, que por lo comun vive en los rios de países calientes. Su cuerpo tiene de largo un pié, el hocico es largo y agudo y la cola grande. La piel es variada de negro, pardo y oscuro.

El *huitztlacuatzin*[1] es el puerco-espin de Méjico. Es del tamaño de un perro mediano, al que se parece en la cara, aunque tiene el hocico partido; sus piés y piernas son bastante gruesas, y la cola proporcionada al tamaño del cuerpo. Todo este, fuera del vientre, la parte posterior de la cola y la interior de las piernas, está armada de plumas ó espinas huecas, agudas y largas de cuatro dedos. En el hocico y en la frente tiene cerdas largas y derechas, las cuales se levantan sobre la cabeza á manera de penacho. Toda la piel, aun la que está entre las espinas, está cubierta de un pelo negro y suave. Se alimenta solamente de frutas de la tierra.[2]

El *cacomiztle* es un cuadrúpedo muy semejante á la raposa en el modo de vivir. Tiene la figura y el tamaño de un gato comun; pero su cuerpo es mas grueso y el pelo mas largo, las piernas mas cortas y aspecto mas montaraz y feroz. Su voz es un grito agudo, y su comida las gallinas y otros animales pequeños. Habita y cria á sus hijos en los lugares menos frecuentados de las casas. De dia ve poco, y no sale fuera de su escondrijo sino por la noche á buscar su sustento. Así el cacomiztle como el tlacuatzin se hallan aun en las casas de la capital.[3]

1 Tlacuache de espinas.

2 El señor de Buffon quiere que el *huitztlacuatzin* sea el *coendú* de Guinea; pero el coendú es carnívoro y el huitztlacuatzin se alimenta de frutas; el coendú no tiene aquel penacho de cerdas que se ve en el huitztlacuatzin, etc.

3 Yo no sé el verdadero nombre mejicano del cacomiztle, y adopto el que le dan en aquel reino los españoles. El doctor Hernandez no hace mencion de este cuadrúpedo. Es verdad que describe uno con el nombre de cacomiztli; pero esto es un manifiesto error de imprenta ó de los académicos romanos que cuidaron de la edicion del Hernandez, pues debe escribirse *zacamiztli*. Este cuadrúpedo es de Pánuco, y el cacomiztle de Méjico; el zacamiztli habita en el campo, y el cacomiztle dentro de las casas de la ciudad. El zacamiztli tiene un brazo castellano de largo y el cacomiztle es mas pequeño.

A mas de estos cuadrúpedos, habia otros en el imperio mejicano, de los cuales no sé si se han de numerar entre los animales propios de aquella tierra ó entre los comunes á los otros países americanos, como el *itzcuincuani*, esto es, el que come los perros, el *tlalmiztli*, pequeño leon, y el tlalocelotl, pequeño tigre. De los otros, pues, que aunque no fuesen del reino de Mejico los habia en otros países de la América setentrional sujetos á los españoles, haré mencion en mis disertaciones.

§ XI.

PÁJAROS DE MÉJICO.

Mayor trabajo que los cuadrúpedos me darian los pájaros, si emprendiera la enumeracion de sus especies y la descripcion de su figura y de su carácter Su abundancia y variedad y excelencia, hicieron decir á algunos autores que Méjico era el reino de los pájaros, como la Africa el de las fieras. El doctor Hernandez en su Historia natural describe mas de doscientas especies propias de aquel país, y omite algunas dignas de mencionarse, como el *cuitlacochi*, la *zacua* y el madrugador. Me contentaré con recorrer algunas clases, añadiendo donde ocurra alguna particularidad. Entre las aves de rapiña hay allí cernícalos, buitres y algunas especies de águilas, halcones y gavilanes. A las aves de esta clase concede el mencionado naturalista superioridad sobre las de Europa Por la notoria excelencia de los halcones mejicanos, mandó Felipe II, rey de España, que cada año se le llevaran ciento á su corte. Entre las águilas, la mas grande, mas hermosa y mas celebrada es la nombrada por los mejicanos *itzcuauhtli*, la cual no solo caza los pájaros mas grandes y las liebres, sino que tambien acomete á los hombres y á las fieras. De los cernícalos hay dos especies; el que se llama *cenotzqui* es muy hermoso.

Los cuervos, llamados por los mejicanos *cacalotl*, no se emplean por lo comun en limpiar los campos de los cuerpos corrompidos, como hacen en otras partes, sino mas bien en robar el grano de las sementeras. El limpiar los campos es allí reservado principalmente á los zopilotes, conocidos en la América meridional con el nombre de pavos, por otros con el nombre de auras, y por otros, finalmente, con el impropísimo de cuervos.[1] Hay

1 El mismo doctor Hernandez no halló dificultad en hacer al zopilote una especie de cuervo; pero son estas aves muy distintas en el tamaño, en la figura de la cabeza, en el vuelo y en la voz. El señor Bomare dice que la *aura* y el *cousquauth* de la Nueva España es el tzopilotl de los indios; así el *coxquauhtli* como el *tzopilotl* son nombres mejicanos empleados por los indios, no para significar una sola ave, sino dos diversas. Algunos dan

dos especies de estas aves muy diferentes, la del zopilote propio y la del *cozcaquauhtli*. Una y otra son mucho mas grandes que el cuervo. Convienen las dos especies en tener el pico y las uñas corvas y en la cabeza en lugar de plumas una membrana arrugada con algunos pelos rizos. En el vuelo se elevan á tal distancia, que siendo tan grandes se pierden de vista, y principalmente cuando está para venir una tempestad de granizo, se ven girar en gran número bajo las nubes altas hasta desaparecer por la distancia. Se alimentan de cuerpos corrompidos, los que ven con sus perspicacísimos ojos ó perciben con su vivísimo olfato desde una grande elevacion, y de allí bajan formando con su majestuoso vuelo una gran línea espiral, hasta el cadáver de que quieren comer. Ambas especies son casi mudas. Se distinguen entre sí en el tamaño, en el color, en la abundancia y en algunas propiedades. Los zopilotes propios tienen las plumas negras, la cabeza, pico y piés pardos; andan frecuentemente en tropas y así pasan las noches sobre los árboles.[1] Su especie es muy numerosa y comun á todos climas. La especie del *cozcaquauhtli* es poco numerosa y propia de los países calientes. Es mucho mayor que el zopilote, tiene la cabeza y los piés encarnados, el pico blanco en la extremidad, y el resto de color sanguíneo. Sus plumas son pardas, excepto las del cuello y las de las partes inmediatas al pecho, las cuales son negras y algo rojas; sus alas son por debajo cenizas y por encima variadas de negro y leonado.

El *cozcaquauhtli* es llamado por los mejicanos *rey de los zopilotes*,[2] y dicen que concurriendo ambas especies para comer de un cuerpo corrompido, el zopilote jamás lo toca antes de que haya probado el cozcaquauhtli. Son los zopilotes aves utilísimas en aquel reino, pues no solamente limpian la tierra, sino que persiguen y destruyen los huevos de los cocodrilos en la misma arena donde los ponen las hembras de aquellos formidables anfibios, para que sean empollados por el sol; y así deberia estar prohibido con pena el matar estas aves.

De las nocturnas hay buhos, lechuzas, mochuelos y otras, á las cuales podian agregarse los murciélagos, bien que no pertenecen propiamente á la clase de las aves. Los murciélagos abundan en las tierras calientes y sombrías, en donde hay unos que con sus terribles mordidas sacan mucha sangre á los caballos y á otros animales. En algunos países muy calientes se hallan murciélagos muy gruesos, pero no tan grandes como los de las islas Filipinas y otras regiones orientales.

Entre las aves acuáticas quisiera numerar no solamente las *palmipedes*, que nadan y viven comunmente en el agua, sino tambien las *imantopedes* y otras pescadoras que viven por lo comun en las riberas del mar, de las lagunas y de los rios, y en el agua encuentran su alimento. En este órden de aves hay un número prodigioso de gansos, veinte especies á lo menos de ánades, algunas clases de garzas blancas y de otros colores, muchísimos cisnes, gavias, gallinitas, cuervos marinos, alciones, *martinillos ó martines pescadores*, pelícanos y otras. La multitud de ánades es tan grande, que algunas veces cubren los campos, y vistas desde alguna distancia, parecen manadas de carneros que están paciendo. Entre las garzas las hay cenicientas, blancas todas, y otras que teniendo las plumas del cuerpo blancas, las del cuello, la extremidad y parte anterior de las alas y una parte de la cola están hermoseadas de un color vivo de escarlata, ó de un bello azul. El pelícano ú onocrótalo, al que dan los españoles de Méjico el nombre de alcatraz, es muy conocido por la enorme papada ó vientre, como le llama Plinio, que tiene debajo del pico. Hay dos especies en Méjico, una que tiene el pico liso y otra dentado. No sé si como es conocida esta ave á los europeos, tambien es sabida su rara propiedad de socorrer á los individuos inválidos de su especie, de la cual se sirven algunos americanos para proveerse de peces sin fatiga. Toman vivo un pelícano, le rompen una ala, y atándolo á un árbol se esconden en un lugar inmediato, donde aguardan el arribo de los pelícanos con su provision, y luego que estos han echado de la papada los peces, se llegan inmediatamente, y dejando al prisionero una parte, se llevan lo demás.

Pero si es digno de admiracion el pelícano por su compasion para con los otros de su especie, no es menos admirable el *yoalquachilli* por las armas de que el Criador le ha proveido para su defen-

allí á una especie el nombre de *aura*, y á la otra el de *zopilote* ó el de *pavo*.

1 En los zopilotes se ve fallar aquella regla general de Plinio establecida en el lib. 9 cap. 19: *Uncos ungues habentia omnino non congregantur, et sibi queque predantur.* Solamente podrá ser verdadera cuando se entienda de las aves propiamente de rapiña, como son las águilas, los buitres, los halcones, los gavilanes, etc.

2 La ave que en el dia tiene en Nueva España el nombre de *rey de los zopilotes*, parece diversa de la que describo. El moderno rey de los zopilotes es del tamaño de una águila comun, robusto y de un aire majestuoso, de garras fuertes, de ojos vivos y bellos, de hermosas plumas, negras, blancas y leonadas: lo mas singular es una carnosidad de color de escarlata, que le circunda el cuello á manera de collar, y á modo de coronilla le cubre la cabeza. Así me lo ha descrito una persona hábil y digna de fe, que dice haber visto tres individuos de tal especie, y particularmente el que el año de 1750 se le mandó de Méjico al rey católico Fernando VI. Dice además que es verdadero el retrato de esta ave publicado en la obra titulada el *Gacetero americano*. El nombre *cozcaquauhtli*, que quiere decir águila con collar, conviene realmente mas á este que al otro. La imágen de esta ave que se ve en mis estampas, es copia de la del Gacetero americano.

sa. Es esta una avecilla acuátil de cuello largo y sutil, de cabeza pequeña, de pico largo y amarillo, de piernas, piés y uñas largas y de cola corta. El color de sus piernas y piés es cenizo; el de su cuerpo negro con algunas plumas amarillas hácia el vientre. Tiene en la cabeza un cerco pequeño ó coronilla de sustancia córnea, dividida en tres puntas agudísimas, y tiene otras dos por la parte delantera de las alas.[1]

Entre las otras clases de aves hay algunas apreciables por su carne, otras por sus plumas, otras por su canto ó por su voz, y otras, finalmente, por su instinto ó por alguna propiedad notable, que puede interesar nuestra curiosidad.

Por lo que respecta á las aves cuya carne es de sano y grato sustento, he numerado mas de setenta especies. A mas de las gallinas comunes trasportadas de las islas Canarias á las Antillas y de allí á Méjico, habia y hay gallinas propias de aquel país, las cuales por ser en parte semejantes á las comunes y en parte á los pavos, les llamaron los españoles galli–pavos y los mejicanos *huexolotl* y *totolin*. Estas aves, trasportadas á la Europa en recompensa de las gallinas, se han multiplicado excesivamente, con particularidad en Italia, en donde con respecto á su carácter y á su tamaño, le dieron el nombre de gallinacci;[2] pero ha sido mucho mayor la multiplicacion de las gallinas europeas en el reino de Méjico. Hay en grande abundancia pavos monteses, en todo semejantes á los domésticos, pero mas grandes, y en muchos países de carne mas gustosa. Hay perdices, codornices, faisanes, grullas, tortolillas, palomas y otras muchísimas aves de las apreciadas en Europa. El número prodigioso de codornices se podrá conocer por lo que diremos cuando tratemos de los sacrificios antiguos. Las aves conocidas allí con el nombre de faisanes, son de tres especies, diferentes de los faisanes europeos.[3] El *coxolitli* y el *tepetototl*, ambos del tamaño de un ganso y con un penacho en la cabeza, que abren y cierran á su arbitrio, se distinguen entre sí en los colores y algunas propiedades. El *coxolitli*, llamado por los españoles *faisan real*, tiene las plumas leonadas y su carne es mas delicada. El *tepetototl* se domestica tanto, que toma la comida de mano del dueño y le sale al encuentro cuando lo ve entrar en casa, haciendo demostraciones de alegría; aprende á tocar á la puerta con el pico, y en todo se muestra mas dócil de lo que se debia esperar de una ave propia de los bosques. Yo ví uno de estos faisanes que habiendo estado algun tiempo en un gallinero, aprendió el modo de pelear de los gallos, y peleaba con ellos erigiendo las plumas de su penacho como los gallos erigen las del cuello. Tiene las plumas negras y relucientes y las piernas y piés color de ceniza. Los faisanes de la tercera especie, llamados por los españoles *gritones*, son menores que los otros, y tienen la cola y las alas negras y el resto del cuerpo pardo. La *chachalaca*, cuya carne es tambien muy buena para comer, es del tamaño de una gallina. La parte superior de su cuerpo es parda, la inferior blanquizca, y el pico y los piés azules. Es increible el ruido que estas aves hacen en los bosques con sus gritos, los cuales, aunque semejantes á los de las gallinas, son mas sonoros, mas continuos y mas molestos. De tortolillas y palomas hay algunas especies, unas comunes á la Europa y otras propias de aquellos países.

Las aves apreciables por sus plumas son tantas y tan bellas, que daríamos un placer grande á nuestros lectores si pudiésemos representarlas á sus ojos con todos aquellos colores que hermosean sus plumas. Yo he contado hasta treinta y cinco especies de pájaros mejicanos sumamente hermosos, de los cuales algunos debo mencionar.

El *huitzitzilin* es aquel maravilloso pajarito que tanto celebran los historiadores de América por su pequeñez, movilidad, singular hermosura de sus plumitas, por lo tenue de su alimento y por lo largo de su sueño en el invierno. Este sueño, ó por hablar mejor, esta inmovilidad causada de la pesadez ó entorpecimiento de sus miembros, se ha hecho constar jurídicamente mas de una vez para convencer la incredulidad de algunos europeos; incredulidad verdaderamente originada de la ignorancia, pues la misma inmovilidad se ve en algunos países de la Europa en los lirones, erizos, golondrinas, murciélagos y en otros animales que igualmente tienen fria la sangre, bien que en ninguno otro sea tal vez tan larga como en el *huitzitzilin*, pues este pajarillo se conserva se algunos países privado de todo movimiento desde octubre hasta abril: se cuentan hasta nueve especies de *huitzitzilin* diferentes en el tamaño y en los colores.[1]

El *tlauhquechol* es una ave acuátil bien grande, que tiene las plumas teñidas de un hermosísimo color de escarlata, ó de un blanco algo rojo, ex-

1 En el Brasil hay una ave, tambien acuática, que tiene las armas semejantes á las del *yoalquachilli;* pero en lo demás es muy distinta.

2 Aquí en Bolonia se llaman *tocchi* y *tocchini*, y en otras partes *gallos de Indias*. Los franceses les llaman *dindés*, *dindons* y *coqs de Inde*.

3 El señor de Bomare cuenta entre los faisanes al *huatzin;* pero no sé por qué, pues esta ave mejicana pertenece á la segunda clase de aves de rapiña, como los cuervos, zopilotes y otras.

1 Los españoles de Méjico le llaman *chupamirto*, porque chupa principalmente las flores de una planta que allí es conocida con el nombre, en verdad muy impropio, de mirto. En otros países de la América les dan los nombres da *chupaflor*, *picaflor*, *tominejo*, *colibrí*, etc. Entre tantos autores que describen ese precioso pajarito, ninguno da mejor idea de la hermosura de sus plumas que el padre Acosta.

cepto las del cuello, que son negras. Habita en las riberas del mar y de los rios, y no come otra cosa mas que pescados vivos, sin tocar jamás carne muerta.

El *nepapantototl*, es una ánade montés que frecuenta la laguna mejicana, en la cual se ven reunidos todos los colores.

El *tlacuiloltotol* esto es, pájaro pintado, merece verdaderamente el nombre, pues sus hermosísimas plumas son variadas de encarnado, azul, morado, verde y negro. Tiene los ojos negros con el iris amarillo y los piés cenizos.

El *tzinizcan* es del tamaño de una paloma. Tiene el pico pequeño, corvo y amarillo, la cabeza y el cuello como la paloma, pero hermoseados con plumas verdes y relucientes; el pecho y el vientre encarnados, menos la parte inmediata á la cola, que es variada de blanco y azul; la cola por encima verde y por debajo negra, las alas en parte negras y en parte blancas, y los ojos negos con la iris amarilla y algo encarnada. Habita este hermoso pájaro en las tierras marítimas.

El *mezcanauhtli* es una ánade montés, del tamaño de una gallinita, pero de una hermosura singular. Tiene el pico medianamente largo y ancho, azul por encima y negro por debajo; las plumas del cuepo blancas, pero manchadas de muchos puntos negros. Sus alas son blancas y pardas por debajo, y por encima variadas de negro, blanco, azul, verde y leonado. Sus piés son amarillos que tiran á encarnado, la cabeza en parte parda, en parte leonada y en parte morada, con una bella mancha blanca entre el pico y los ojos, los cuales son negros. La cola es por encima azul, por debajo parda y en la extremidad blanca.

El *tlauhtototl* es muy semejante en los colores al tlacuitoltotol, pero mas pequeño. Las huacamayas y los cardenales, tan apreciados de los europeos por sus bellísimos colores, son muy comunes en aquel país.

Todos estos hermosos pájaros, y otros propios del reino de Méjico, ó trasladados á él de otros países vecinos, eran sumamente estimados de los mejicanos para sus particulares obras de mosaico, de que en otra parte haremos mencion. Del antiguo continente se llevaron los pavos reales; pero por poca curia de aquellos pueblos se han multiplicado muy poco.

Algunos autores que conceden á los pájaros mejicanos la superioridad en la hermosura de las plumas, se las niegan en el canto; pero todos cuantos hemos oido unos y otros, estamos muy seguros de que tal opinion no es dictada por la equidad, sino por la ignorancia, pues es mas difícil á los europeos oir que ver los pájaros mejicanos.

Hay tambien en el reino de Méjico jilguerillos y los celebrados ruiseñores, y á mas otras veintidos especies, á lo menos, de pájaros de canto, poco ó nada inferiores á aquellos; pero excede en mucho á todos los que conocemos el celebradísimo centzontli, nombre dado por los mejicanos para explicar la sorprendente variedad de sus voces.[1] No es posible dar una idea completa de la suavidad y dulzura de su canto, de la armonía y variedad de sus tonos y de la facilidad con que aprende á cantar cuanto oye. Remeda al natural no solamente el canto de los otros pájaros, sino tambien las diferentes voces de los cuadrúpedos. Es del tamaño de un tordo comun. El color de su cuerpo es por debajo blanco y por encima pardo, con algunas plumas blancas, principalmente cerca de la cola y de la cabeza; come cualquier cosa, pero se complace particularmente con las moscas, las que toma con demostraciones de gusto de los dedos de quien se las presenta. La especie del centzontli es por todas partes muy numerosa; mas sin embargo de que son tan comunes estos pájaros, se estiman tanto, que he visto dar por uno veinticinco pesos. Se ha procurado repetidas veces trasportarlo á Europa; pero no sé si se ha logrado, y estoy persuadido de que aunque llegase, no podria vivir sin grande detrimento de su voz y de su instinto, atendidas las incomodidades de la navegacion y la mutacion del clima.

Los pájaros llamados *cardenales* no son tan agradables al oido por la melodía de su canto, como á la vista por la hermosura de sus plumas, de color de escarlata, y de su penacho. La calandria mejicana canta tambien suavísimamente, y su canto se asemeja al del ruiseñor. Sus plumas son variadas de blanco, amarillo y pardo. Teje maravillosamente su nido con cerdas engrosadas y pegadas con no sé qué materia viscosa, colgándolo á manera de bolsa ó de saquillo de alguna rama de un árbol. El tigrillo, el cual tambien es apreciable por su música, tiene este nombre por sus plumas manchadas como la piel del tigre. El *cuitlacochi* es semejante al centzontli, así en el tamaño del cuerpo y color de las plumas, como en la excelencia del canto, del modo que el coztototl es muy semejante en todo á los canarios, trasportados a aquel país de las Canarias. Los gorriones mejicanos no se parecen á los verdaderos gorriones mas que en el tamaño, en caminar saltando y en hacer sus nidos en los agujeros de las paredes. Los mejicanos tienen la parte inferior del cuerpo blanca y la superior parda; pero cuando llegan á una cierta edad, tie-

1 *Centzontlatolc* (este es el verdadero nombre, y el de *centzontli* solamente se usa por abreviatura) quiere decir el que tiene infinitas voces. Los mejicanos usan la palabra *centzontli* (cuatrocientos) del modo que los latinos la de *mille* y la de *cexcenta* para explicar una multitud indefinida é innumerable. Conviene con el nombre mejicano el griego *polyglotta* que le dan algunos ornitologistas modernos. Véase lo que en órden al centzontli digo en las disertaciones.

nen unos la cabeza encarnada y otros amarilla.[1] Su vuelo es fatigoso, tal vez por la pequeñez de sus alas ó por la debilidad de sus plumas. Su canto es dulcísimo y muy vario. Hay una grande abundancia de estos que cantan, en la capital y en otras ciudades y pueblos del reino de Méjico.

No menos abundan en el país de Anáhuac los pájaros locuaces ó que imitan la locucion humana. Entre los mismos pájaros que cantan, hay algunos que aprenden algunas palabras, como el celebrado centzontli y el *acolchichi*, esto es, pájaro de espalda encarnada, al que por esta señal dieron los españoles el nombre de *comendador*. El *cehuan*, que es mas grande que un tordo comun, contrahace la voz humana; pero en un tono que parece burlesco, y sigue por largo trecho á los viandantes. El *tzanahuiei* es semejante á la urraca en el tamaño, pero muy diverso en el color; aprende á hablar, roba cautamente lo que puede, y en todo hace ver un instinto superior á aquel que comunmente se observa en otros pájaros.

Mas entre todos los pájaros que hablan, tienen el primer lugar los papagayos, de los que se numeran en Méjico cuatro especies principales, y son la *huacamaya*, el *toznenetl*, el *cochotl* y el *quiltototl*.[2]

La huacamaya es mas apreciable por sus hermosísimas plumas que por su voz. Pronuncia confusamente las palabras y su voz es gruesa y desagradable. Esta es el mas grande de los papagayos. El toznenetl, el cual es el mejor de todos, es del tamaño de una paloma; el color de sus plumas es verde, pero la cabeza y la delantera de las alas es en algunos encarnada y en otros amarilla. Aprende cuantas palabras y cantos le enseñan y pronuncia con claridad: remeda con naturalidad la risa y el tono burlesco de los hombres, el llanto de los niños y las voces de diversos animales. Del cochotl hay tres especies subalternas diferentes en el tamaño y en los colores, los cuales en todos son hermosos, y entre ellos es dominante el verde. El mas grande de la especie del cochotl es casi del tamaño del toznenetl; las otras dos especies, llamadas por los españoles *catarinas*, son menores. Todos aprenden á hablar, aunque no tan perfectamente como el toznenetl. El *quiltototl*, que es el mas pequeño, es tambien el menos idóneo para hablar. Estos pequeños papagayos, cuyas plumas son de un verde hermosísimo, andan siempre en tropas numerosas, ya haciendo un gran ruido en el aire, ó ya destruyendo los granos. Cuando están sobre los árboles se confunden con las hojas por razon de su color. Todos los demás papagayos andan por lo comun de dos en dos, macho y hembra.

Los pájaros madrugadores,[1] que podremos llamar *despertadores* y á los que los mejicanos han dado el nombre de *tzacua*, aunque no sean tan apreciables por la hermosura de sus plumas ni por la excelencia de su canto, son sin embargo de esto dignos de particular mencion por sus propiedades. Los madrugadores son entre los pájaros diurnos los últimos en tomar reposo por la tarde y los primeros en abandonarlo por la mañana y en anunciar la vuelta del sol. No dejan su canto ni sus juegos hasta una hora después de puesto el sol, y mucho antes de la aurora los vuelven á comenzar, y á ninguna hora se muestran tan alegres como mientras dura uno y otro crepúsculo. Cerca de una hora antes de la aurora comienza uno de estos pájaros desde las ramas de un árbol, en donde reposó por la noche en compañía de otros muchos de su especie, á llamarlos con voz alta y sonora, y repite en tono alegre muchas veces la llamada hasta que oye que uno ú otro le responde. Cuando están todos despiertos, hacen un ruido muy festivo que se oye desde muy lejos. En los viajes que hice por el reino de Michuacan, donde mas abundan, me fueron útiles, pues me despertaban á buena hora para hacer mi salida al despuntar el dia. Son estos pájaros del tamaño de los gorriones. Otra especie de tzacua, semejante en el tamaño, en los colores y en la fábrica del nido á la calandria, de que ya hablamos, es todavía mas admirable. Viven estos pájaros en sociedad, y cada árbol es para ellos un pueblo compuesto de una gran multitud de nidos, que se ven pendientes de las ramas. Una de estas tzacuas, que hace de jefe ó de guardia del pueblo, reside en el medio del árbol, en donde vuela con frecuencia ya á uno, ya á otro nido, y después de haber cantado un poco, vuelve á su residencia, y así visita todos los nidos, manteniéndose entre tanto las otras en silencio. Si alguna vez ve venir hácia el árbol algun pájaro de otra especie, le sale al encuentro, y con el pico y las alas se esfuerza á repelerlo; pero si ve que se acerca un hombre (ó cualquiera animal grande), se va gritando á otro árbol inmediato, y si entre tanto vienen otras tzacuas del mismo pueblo, va á encontrarlas, y mudando el tono de la voz, las obliga á retirarse; pero luego que ve cesar el peligro, vuelve alegre á la acostumbrada visita de los nidos. Estas cosas de la tzacua observadas por un hombre perspicaz, eru-

1 He oido decir que los gorriones de cabeza colorada son machos y los de cabeza amarilla las hembras.

2 El toznenetl y el *cochotl* se llaman por los españoles del reino de Méjico *pericos* y *loros*. El nombre huacamaya es de la lengua haitiana que se hablaba en la isla Española. Loro es palabra tomada de la lengua quichoa ó yuca, y *toznenetl*, *cochotl* y *quiltototl* de la lengua mejicana.

1 *Madrugador* quiere decir en español el que se levanta á buena hora. No habiendo pues en la lengua toscana una palabra equivalente á ella, usamos de la de *despertador*, que tambien le conviene; pero tal vez seria mas propio el de *pájaro crepuscular*.

dito y sincero,[1] me hacen creer que se podrian describir otras mas sorprendentes si se reiteraran las observaciones; pero dejando estos objetos tan agradables, volvamos la consideracion á otros terribles.

§ XII.

REPTILES DE MÉJICO.

Los reptiles de Méjico pueden reducirse á dos órdenes ó clases, esto es, á reptiles cuadrúpedos y reptiles *apodos* ó sin piés.[2] En la primera clase están los cocodrilos, los lagartos, las lagartijas, las ranas y sapos, y en la segunda todas las especies de serpientes.

Los cocodrilos mejicanos son lo mismo que los africanos en el tamaño, figura, voracidad, modo de vivir y en todas las otras propiedades que pertenecen á su carácter. Abundan en algunos rios y lagunas de las tierras calientes, y son perniciosos á los otros animales, y tambien á los hombres. Seria superflua la descripcion de estos feroces animales, pues tanto se encuentra escrito de ellos.

Entre los lagartos contamos á los *acaltetepon* y á la *iguana*. Los *acaltetepon*, conocidos por el vulgo español con el nombre muy impropio de escorpiones, son dos clases de lagartos semejantes entre sí en el color y en la figura, pero diferentes en el tamaño y en la cola. El mas pequeño tiene el tamaño como de quince pulgadas, la cola larga, las piernas cortas, la lengua encarnada, larga y hendida, la piel amarilla y áspera, con unos tumorcillos blancos esparcidos por todas partes que parecen perlas, el paso lento y el mirar feroz. Desde los músculos de las piernas posteriores hasta la extremidad de la cola, tiene la piel con listas amarillas atravesadas en forma de anillos. Su mordedura es dolorosa, pero no mortal como piensan algunos. Es propio de países calientes. De este mismo clima es la otra especie, y doblemente mayor, pues tiene, segun dicen los que la han visto, cerca de dos piés y medio de largo, y mas de un pié de circunferencia en el vientre y en la espalda. Su cola es pequeña y la cabeza y las piernas gruesas. Este lagarto es el azote de los conejos.

La iguana es un lagarto inocente, bien conocido en Europa por las relaciones de los historiadores de la América. Abunda en las tierras calientes y hay dos especies, una terrestre y la otra anfibia. Algunas son tan grandes, que tienen hasta tres piés de largo. Son velocísimas en su carrera y agilísimas para subirse á los árboles. Su carne y sus huevos son comestibles y alabados por algunos autores; pero la carne es perniciosa para aquellos que están infestados del mal venéreo.

De lagartijas hay innumerables especies, diferentes en el tamaño, en los colores y en las cualidades, pues unas son venenosas y otras inocentes. Entre estas se debe contar en primer lugar el camaleon, llamado por los mejicanos *quatapalcatl*. Este es semejante casi en todo al camaleon conocido; pero se distingue en carecer de cresta y en tener orejas, las cuales son grandes, redondas y muy abiertas. Entre las otras lagartijas inocentes no hay otra digna de mencionarse sino la *tapayaxin*,[1] así por su figura como por otros respectos. Es perfectamente redonda, cartilaginosa y se siente mucho frio al tocarla. El diámetro de su cuerpo es de seis dedos. Su cabeza es durísima y manchada de diversos colores. Es tan lenta y perezosa, que ni por sacudirla se mueve. Si se le hiere la cabeza ó se le comprimen los ojos, arroja de sí á la distancia de dos ó tres pasos unas gotas de sangre; pero por otra parte es animal inocente y muestra complacerse de ser manoseado. Se puede creer que siendo de un temperamento tan frio, tenga algun consuelo con el calor de la mano.

Entre las lagartijas venenosas la mas mala parece ser aquella que por ser tan rara le dieron los mejicanos el nombre de *tetzauhqui*. Esta es pequeñísima y de un color pardo, que en el cuerpo es amarillento y en la cola tira á azul. Hay otras que se creen venenosas y son conocidas por los españoles con el nombre de *salamanquesas* ó con el de *escorpiones* (pues el vulgo ignorante ha dado este nombre á algunos reptiles); pero yo estoy asegurado después de muchas observaciones, que tales lagartijas ó carecen enteramente de veneno, ó que si tal vez tienen alguno, no es tan activo como se cree.

Esto que decimos de las lagartijas se puede tambien decir de los sapos, pues jamás hemos visto ni oido desgracia alguna causada por su veneno, sin embargo de que en algunos países calientes y húmedos está la tierra cubierta de ellos. En semejantes tierras se encuentran sapos tan grandes, que tienen hasta ocho pulgadas de diámetro.

De las ranas hay en la laguna de Chalco tres numerosísimas especies, diferentes en el tamaño y en los colores y muy comunes en las mesas de la capital. Las de la Huasteca son excelentes, y tan gordas que pesan una libra española. Pero ni ví ni oí que hubiese en aquel reino las ranas

1 El abate don José Rafael Campoi, de quien haremos en otra parte el debido elogio.

2 Sé muy bien la diversidad de opiniones que hay entre los autores sobre decir qué animales deben comprenderse en la clase de reptiles; pero como yo no emprendo hacer una division exactísima de los animales, sino solamente presentarlos con algun órden á los lectores, tomo el nombre de reptiles en la significacion vulgar que tuvo entre muchos antepasados.

1 Véase la imágen de esta lagartija entre nuestras estampas.

de árboles, que son tan comunes, así en Italia como en otros países de Europa.

La variedad de las culebras es mucho mayor que la de los referidos reptiles, pues las hay grandes y pequeñas, de varios colores y de uno solo, venenosas é inocentes.

La que los mejicanos llamaron *cauauhcoatl* parece que ha sido la mas considerable por su grosor. Tenia de largo hasta tres toesas de Paris, y el grueso de un hombre regular. Poco menor era una de las *tlilcoatl* ó culebras negras, vista por el doctor Hernandez en los montes de Tepoztlan, pues siendo de aquel grosor, tenia de largo diez codos españoles, ó mas de diez y seis piés de Paris; pero en el dia difícilmente se encuentran culebras de tanto cuerpo, si no es en algunos bosques solitarios muy distantes de la capital.

Las culebras venenosas mas notables son el *ahueyactli*, la *cuicuilcoatl*, el coral ó coralillo, la *teixminani*, la *cencoatl* y la *teotlacozauhqui.*

La *teotlacozauhqui*, de cuyo género hay algunas especies, es la famosa culebra llamada de cascabel. Su tamaño es vario, así como sus colores; pero ordinariamente tiene de largo tres ó cuatro piés. Los cascabeles pueden considerarse como un apéndice de las vértebras, y son unos anillos sonoros de sustancia córnea, movibles y pendientes unos de otros por medio de las articulaciones ó coyunturas, cada una compuesta de tres huecesitos.[1] Suenan estos cascabeles siempre que se mueve la culebra, principalmente cuando se agita para morder. Es muy veloz para moverse, y por eso los mejicanos le llamaron tambien *ehecacoatl* ó culebra aérea. Su mordedura causa infaliblemente la muerte si no se ocurre prontamente con remedios, entre los cuales se cree eficaz el tener algun tiempo dentro de la tierra la parte ofendida. Muerde con dos dientes caninos que tiene en la mandíbula superior, los cuales son, así como en la vívora y en otras especies de culebras, movibles, huecos y agujerados en la punta. El veneno, esto es, un líquido amarillo, cristalizable y tan pernicioso, está contenido dentro de las glándulas que están sobre la base de aquellos dos dientes. Estas glándulas comprimidas al morder, arrojan por los canales de los dientes el fatal licor, y lo introducen por los agujeros en la herida y en la masa de la sangre. Con mucho gusto comunicariamos al público algunas otras observaciones hechas sobre esta materia, si la condicion de esta Historia lo permitiera.[2]

1 El doctor Hernandez dice que esta culebra tiene tantos años cuantos son los cascabeles; por cada año le sale uno; pero no sabemos si esto lo dice fundado en observaciones propias, ó mas bien en la fe de otros.

2 El padre Inamma, jesuita misionero de la California, hizo muchos experimentos sobre las culebras, los cuales confirman lo que hizo el señor Mead en las víboras.

La *ahueyactli* es poco distinta de la ya descrita; pero no tiene cascabeles. Esta culebra comunica, segun dice el doctor Hernandez, aquella especie de veneno que fué llamado por los antiguos *hemorrhoos*, con el cual el herido arroja sangre por la boca, narices y ojos; aunque pueda impedirse con algunos antídotos semejante actividad.

La *cuicuilcoatl*, así llamada por la variedad de sus colores, apenas tiene de largo ocho pulgadas y el grueso como el del dedo chico; pero su veneno es tan activo como el de la *teotlacozauhqui.*

La *teixminani* es aquella especie de culebra que Plinio llama *iaculum*. Es larga y delgada y tiene el lomo pardo y el vientre moraduzco. Se mueve siempre por línea recta y jamás á los lados. Se arroja de los árboles á los caminantes, y de esto tomó el nombre.[1]

Hay de estas culebras en los montes de *Quauhnahuac* y en otras tierras calientes; pero habiendo estado tantos años en el aquel reino, jamás supe que hubiese sucedido esta desgracia á algun caminante, y lo mismo puedo decir de los terribles efectos que causa el *ahueyactli.*

La *cencoatl*,[2] tambien venenosa, tiene cerca de cinco piés de largo y ocho pulgadas de circunferencia en donde es mas gruesa. Lo mas particular de esta culebra es el resplandecer en la oscuridad. Así el providente Autor de la naturaleza despierta de diversos modos nuestra atencion para defendernos de los males, ya por el oido con el rumor de los cascabeles, ya por los ojos con la impresion de la luz.

Entre las culebras inocentes, de las cuales hay mas especies, no podemos dejar de mentar la *tzicatlinau* y la *maquizcoatl*. La *tzicatlinau* es muy hermosa; tiene de largo mas de un pié y el grueso del dedo chico. Vive siempre en los hormigueros, y se halla tan bien con las hormigas, que muchas veces las acompaña en sus viajes y vuelve a su residencia. El nombre mejicano *tzicatlinau* quiere decir madre de las hormigas, y así le llaman los españoles; pero yo sospecho que toda la inclinacion de esta culebrilla a los hormigueros, no sea por otra cosa que por comerse las hormigas.

La *maquizcoatl* es del mismo tamaño, pero toda plateada y trasparente. Tiene la cola mas gruesa que la cabeza, y se mueve indiferentemente por la una y por la otra parte, sirviéndose de la cabeza por cola y de la cola por la cabeza. Esta culebrilla, llamada por los griegos amphisbeaena,[3]

1 Los mejicanos dan tambien á esta culebra el nombre de *micoatl*, y los españoles el de *saetilla:* uno y otro quiere decir lo mismo que el *iaculum* de los latinos.

2 Hay otras especies de culebras que por ser del mismo color, tienen el mismo nombre de cencoatl; pero todas inocentes.

3 Plinio en el lib. 8, cap. 23, da dos cabezas á la *amphisbeaena;* pero el nombre griego no significa sino el mo-

es muy rara, y no sé que se haya visto en otra parte que en el valle de Toluca.

Entre tantas especies de culebras que se hallan en los bosques poco frecuentados de aquel reino, no sé que hasta ahora se haya descubierto una especie vivípara, si no es el acoatl ó culebra acuátil, de la que se cree esto, pero no se sabe. Esta tiene de largo cerca de veinte pulgadas y una de grueso. Sus dientes son pequeñísimos; la parte superior de su cabeza es negra, las laterales azules y la inferior amarilla; su lomo serpenteado de negro y azul y el vientre todo de este último color.

Los antiguos mejicanos, los cuales se deleitaban en criar toda suerte de animales, y con la familiaridad habian perdido el horror natural, cogian en el campo una culebrilla tierna é inocente para criarla en casa, en donde bien nutrida, solia ponerse tan gorda como un hombre. La tenian dentro de una tina, de donde no salia sino para tomar su alimento de la mano del dueño, ó subida sobre las espaldas de este ó enroscada en sus piés.

Si de la tierra volvemos la consideracion al agua de los rios, de las lagunas y de los mares de Anáhuac, hallaremos en ella un número mucho mas grande de animales. Las especies conocidas de sus peces son ciertamente innumerables, pues de solos los que sirven al sustento del hombre, he numerado mas de cien especies, sin contar las tortugas, los cangrejos y los camarones, ni otros animales testáceos ó crustáceos. De los peces, unos son comunes á ambos mares, otros propios solamente del Golfo Mejicano, otros del mar Pacífico, y otros, finalmente, de los rios y de las lagunas.

§ XIII.

PECES DE LOS MARES, RIOS Y LAGUNAS DE ANÁHUAC.

Los peces comunes á ambos mares son las ballenas, los delfines, espadas, sierras, tiburones, manatís, mantas, lobos, puercos, bonitos, bacalao, robalos, pargos de tres especies, meros, pámpanos, sargos, palometas, rayas, chuchos, barbos, jorobados, dorados, voladores, guitarras, cabritos, esparos blancos y negros, agujas, picudas, sábalos, langostas, sollos y otros muchísimos, como tambien algunas especies de tortugas, pulpos, cangrejos, camarones, esponjas, etc.

El Golfo Mejicano, á mas de los referidos, tiene los esturiones, pescados rojos, escaros, lucios, congrios, doncellas, pastinacas ó frigones, pejes reyes, rodaballos, sapos, besugos, vermejuelas, gorriones, lanternas, dientones, lampreas, murenas, jibias, anchoas, carpas, anguilas, nautilos y otros.

El mar Pacífico, á mas de los comunes á ambos mares, tiene salmones, atunes, cornudos, barberos, lenguados, jilgueros, caballas curvinas, viejas, gatas, sardinas, ojones, lacertas, papagayos marinos, escorpiones idem, gallos idem, arenques, botetes y otros.

Los rios y las lagunas tienen pescados blancos de tres ó cuatro especies, carpas, sargos, truchas, salmonetes, bobos, robalos, barbos, dorados, curvinas, esparos, anguilas y algunos otros.[1]

La descripcion de estos peces, á mas de que nos separaria demasiado del curso de nuestra Historia, seria en la mayor parte inútil á los lectores italianos, y así nos deberemos contentar con decir algunas particularidades que puedan servir para la historia de los peces.

El tiburon pertenece á la clase de bestias marinas que los antiguos llamaron *caniculæ.* Es muy conocida su voracidad, como tambien su tamaño, su fuerza y su velocidad. Tiene dos, tres y algunas veces mas órdenes de dientes, no menos agudos que fuertes, y traga cuanto se le presenta, sea ó no sea comestible. Se ha encontrado alguna vez en su vientre una piel entera de carnero, y aun un cuchillo grande de carnicero. Acompaña con frecuencia los barcos, y ha habido tiburones que segun testifica Oviedo, han acompañado por el espacio de quinientas millas un buque que navegaba con viento en popa y á toda vela, dando vueltas con frecuencia al rededor de él por coger las inmundicias que se arrojaban al mar.

El manatí ó *quejumbroso*, como es llamado por algunos, es de una índole muy diversa de la del

vimiento indiferente por una y otra parte. En Europa se ha visto esta culebra de dos cabezas de Plinio, y hay quien haya dicho que la hay en el reino de Méjico; pero no sé que haya habido alguno que la haya visto, y si se ha visto, no debe ya considerarse como una especie regular, sino como un monstruo, así como la águila de dos cabezas, encontrada hace pocos años en Oajaca y de allí remitida al rey católico.

1 Habiendo entre los peces que he mencionado, algunos conocidos á los italianos y otros que no lo son absolutamente y por lo mismo carecen de nombre toscano, he observado al nombrarlos estas reglas: 1.ª á los peces conocidos les doy el nombre propio toscano, como *balena, delfino*, linguattola, razza, cheppia, sfitena, luccio, pastinaca, muggine, passera, acciuga, etc.: 2.ª á aquellos peces que aunque no tienen nombre propio en la lengua toscana, pueden sin embargo explicarse con nombre toscano equivalente al español ó mejicano, les doy un nombre de esta clase: así, digo biondella por bermejuela, colombella por palometa, rospo por sapo, colderino por jilguero, vecchia por vieja, pappagallo por cochomichin (nombre mejicano), etc.: 3.ª por lo que toca á los que no tienen nombre propio ni pueden explicarse con un equivalente toscano, uso de los mismos nombres españoles, pero acomodándolos al estilo de la lengua toscana, como pámpano, roballo, pargo, bobo, botetto en lugar de botete, ciuccio en lugar de chucho, etc.

tiburon y lo excede en tamaño. El mismo Oviedo testifica que algunas veces se pescan manatís tan gordos, que para trasportar uno se necesita un carro con dos pares de bueyes. Es vivíparo como el tiburon; pero la hembra en cada vez no pare mas que un manatí, bien que muy gordo.[1] Su carne es muy delicada y semejante á la de la ternera. Algunos autores colocan al manatí en la clase de los anfibios; pero erradamente, pues jamás sale á la tierra, sino que solamente saca la cabeza fuera del agua y una parte del cuerpo para coger las yerbas que están á la orilla de los rios.[2]

La manta es un pez plano pernicioso á los que pescan las perlas, del cual hacen mencion Ulloa y otros autores, y no dudo que sea el mismo de que habla Plinio, pero no bien entendido, bajo el nombre de nube ó nebbia.[3] Se puede creer que ha pasado de los mares del antiguo continente á los del nuevo, como parece que han pasado tambien otros peces. Es tan grande la fuerza que tiene en sus músculos esta bestia, que no solamente sofoca al hombre que abraza ó envuelve plegándose, sino que se le ha visto agarrar el cable de una balandra y moverla del lugar donde estaba amarrada. Tiene el nombre de *manta* porque cuando extiende su cuerpo sobre la superficie del mar, como lo hace repetidas veces, parece una colcha de lana que nada.

El pez–espada de aquellos mares es muy diverso del de el mar de Groenlandia. Su arma es mas grande y mas semejante á la verdadera espada de hierro, y no está situada, como en el de Groenlandia, en la parte posterior, sino en la anterior del cuerpo, como la de la sierra, la cual mueve á su arbitrio con suma fuerza y se sirve de ella como de arma ofensiva.

De las dos especies de sierras que hay en aquellos mares, la una es la vulgar conocida por Plinio y descrita por muchos naturalistas; la otra, del largo de un pié, tiene sobre el lomo una fila de dientes ó espinas que parecen una sierra, por cuyo motivo los españoles le dan este nombre, y los mejicanos el de *tlateconi*.

El *robalo* es una de las especies mas numerosas, y su carne es uno de los platos mas delicados, principalmente la del de rio. El doctor Hernandez cree que es lo mismo que el *lupus* de los antiguos, y el padre Campoi que el *asellus minor;* pero estas son conjeturas, pues son tan escasas las señas que de estos peces nos d. jaron los antiguos, que es imposible acertar con la identidad.

El corcobado fué llamado así por una joroba ó prominencia que tiene desde el principio de la cabeza hasta la boca, la cual es muy pequeña. La picuda tuvo este nombre porque la mandíbula inferior es mas larga que la superior.

El sapo es un pez horrible á la vista, negro, perfectamente redondo y sin escamas, cuyo diámetro es de tres á cuatro pulgadas. Su carne es gustosa y sana.

Entre las agujas hay una llamada por los mejicanos *huitzitzilmichin*, de tres piés de largo pero muy delgada. Tiene el cuerpo cubierto de unas laminillas en lugar de escamas. Su hocico tiene ocho pulgadas de largo, y lo es mas en la parte superior, al contrario de las otras agujas, á las cuales excede no menos en el gusto de la carne que en el tamaño del cuerpo.

El *bobo* es un pez muy excelente, y estimado por la bondad de su carne, de largo cerca de dos piés y de ancho cuatro ó seis pulgadas donde mas. El barbo de rio, conocido con el nombre de bagre, es del tamaño del bobo y de un gusto

1 El señor conde de Buffon conviene con el doctor Hernandez en decir que el manatí solamente pare uno en cada vez; pero otros dicen que dos. Puede creerse que suceda á la hembra del manatí lo mismo que á las mujeres, esto es, que siendo uno ordinariamente su feto, extraordinariamente pare dos ó tres. El doctor Hernandez describe así el coito de estos animales: *Humano more coit, foemina supina fere tota in littore procumbente, et celeritate quadam supervenient mare.* Nosotros no contamos al manatí, aunque vivíparo, entre los cuadrúpedos, como hacen algunos naturalistas modernos, porque todo el mundo entiende bajo el nombre de cuadrúpedo, un animal que anda en cuatro piés, y el manatí no tiene mas que dos, y estos informes.

2 El señor de Condamine confirma lo que decimos en órden á vivir siempre en el agua el manatí, y lo mismo habian dicho dos siglos antes Oviedo y Hernandez, ambos testigos de vista. Es verdad que Hernandez parece decir todo lo contrario; pero es evidentemente errata de imprenta que podrá conocer cualquiera que lea el texto. Es de notarse tambien, que el manat,í aunque sea propiamente marino, se halla frecuentemente en los rios.

3 *Ipsi ferunt (vinatores) et nubem quandam crassescere super capita, planorum piscium similem, prementem eos arcentemque a reciprocando, et ob id stilos praeacutos lineis annexos habere sese; quia nisi perfosseae ita non recedant caliginis et pavoris, ut arbitror, opere. Nubem enim sive nebulam (cujus nomine id malum appellant), inter animalia hand ullam reperit quisquam.* Plinio, Historia natural, lib. 9, cap. 46. La relacion que hicieron estos nadadores ó buzos de su nube, no es distinta de la que hacen los buzos de los mares de América de su manta, y el nombre de nube le viene bien, pues verdaderamente les parece una nube á los que debajo de ella están dentro del agua, y aun en el dia llevan los nadadadores cuchillos largos ó palos agudos, para libertarse de tal bestia. Esta observacion que se escapó á los intérpretes de Plinio, la hizo mi compatriota y amigo el abate don José Rafael Campoi, persona muy laudable, no menos por sus costumbres y honradez que por su elocuencia y erudicion, principalmente en latinidad, historia, crítica y geografía. Su muerte, muy sensible para nosotros, acaecida el dia 29 de diciembre de 1777, no le permitió concluir algunas obras comenzadas que hubieran sido muy útiles.

tambien exquisito, pero nocivo si antes no se desflema su carne con zumo de limon ó algun otro ácido, para quitarle cierta baba ó líquido viscoso que tiene. Los bobos, por lo que sabemos, se pescan solamente en los rios que desembocan en el Golfo Mejicano, y los barbos en los que descargan en el mar Pacífico ó en alguna laguna. El gusto de estas dos especies de peces, aunque tan delicado, no llega ciertamente al de los pámpanos ni al de las palometas, que son, no sin motivo, los mas estimados de todos.

La *curvina* es larga pié y medio, pero delgada, redonda y de un color morado negruzco. En la cabeza de este pez se encuentran dos piedrecillas blancas que parecen de alabastro, de pulgada y media de largo y de cerca de cuatro líneas de ancho, las cuales se creen eficaces contra la retencion de orina tomándose tres granos en agua.

El botete es un pez pequeño de cerca de cinco pulgadas de largo, pero desproporcionadamente gordo. Su hígado es tan venenoso, que en media hora con fuertes dolores y convulsiones, causa la muerte al que lo come. Cuando está todavía vivo sobre la playa, luego que siente que lo tocan, se hincha enormemente, y los muchachos tienen gusto en reventarlo de una patada.

El ojon[1] es un pez plano y redondo, que tiene ocho ó diez pulgadas de diámetro. La parte inferior de su cuerpo es enteramente plana, pero la superior es convexa, y en el centro, donde mas se levanta, tiene un solo ojo; pero tan grande como el del buey y provisto de los párpados necesarios. Despues de muerto queda siempre con el ojo abierto, causando algun horror á los que lo miran.[2]

El iztacmichin ó pescado blanco ha sido siempre apreciado en Méjico, y no es menos comun en el dia en las mesas de los españoles que antiguamente en las de los indios. Se distinguen tres ó cuatro especies. El *amilotl*, que es el mas grande y el mas apreciado, tiene de largo mas de un pié, y cinco aletas, dos sobre el lomo, dos á los dos lados del vientre y una debajo de este. El *xalmichin*, un poco mas chico que el anterior, me parece que es de la misma especie. El *yacapitzahuac*, el cual es el mas pequeño, no tiene mas que ocho pulgadas de largo y una y media de ancho. Todos estos peces son de escama, sabrosos y muy sanos, y de ellos están llenas las lagunas de Chalco, Pázcuaro y Chapala. La otra especie es la del *xalmichin* de Quauhnahuac, el cual no tiene escamas y está cubierto de una piel blanda y blanca.

El *axolotl* ó ajolote[1], es un pequeño lagarto acuático de la laguna de Méjico. Su figura es fea y su aspecto ridículo. Su largo es ordinariamente de ocho pulgadas; pero hay algunos otro tanto mayores. Su piel es blanda y negra, su cabeza larga, su boca grande, la lengua ancha, pequeña y cartilaginosa, y su cola larga. Desde el medio del cuerpo hasta la extremidad de la cola va en diminucion. Nada con sus cuatro piés, los cuales son semejantes á los de la rana. Lo mas particular de este pez es tener el útero semejante al de la mujer, y estar sujeto como esta á la evacuacion periódica de sangre, como consta por algunas observaciones que testifica Hernandez.[2] Su carne se come y es sana y tiene casi el mismo gusto que la anguila. Se cree particularmente provechosa á los éticos. En la misma laguna mejicana hay otras especies de pececillos, pero no tales que debamos detenernos en su descripcion.

Por lo que mira á las conchas, hay infinitas especies, y entre ellas algunas de una hermosura nunca vista, principalmente en el mar Pacífico. En todas las costas de este mar se ha hecho ya en diversos tiempos la pesca de la perla. Los mejicanos la hacian en la costa de Tototepec y en la de los cuitlatecos, donde tambien se pesca la tortuga. Entre las estrellas marinas hay una que tiene cinco rayos, y un ojo en cada uno. Entre las esponjas y litofitos hay especies raras y peregrinas. El doctor Hernandez nos presenta el retrato de una esponja cogida en el mar Pacífica, la cual tenia la figura de una mano humana, pero con diez ó mas dedos de color de arcilla, con puntos negros y listas encarnadas, y era mas callosa de lo ordinario.

1 Este pez, que solamente se puede coger en la California, ó no tiene nombre hasta ahora ó no lo sabemos, y así le hemos dado el de ojon, que parece convenirle.

2 El padre Campoi cree que el ojon es el uranoscopos ó callionimos de Plinio; pero este no dejó las señas de estos peces. El nombre uranoscopos, que ha sido el fundamento de aquella opinion, conviene igualmente á todos aquellos peces que por tener los ojos sobre la cabeza miran al cielo, así como las rayas y otros pescados planos.

1 El señor de Bomare no pudo acertar con el nombre de este pez. El lo llama *azalotl*, *ascolotl*, *axoloti*, y dice que los españoles le llaman *juguete de la agua;* pero los indios le llaman *axolotl* y los españoles no le dan otro nombre que el de *ajolote*.

2 El señor de Bomare encuentra dificultad en creer lo que se dice del *ajolote;* pero pues estamos seguros por el testimonios de aquellos que han tenido años á su vista estos animales, no debemos hacer caso de la desconfianza de un francés, que aunque docto en la historia natural, no ha visto jamás los ajolotes, ni aun sabe su nombre; principalmente no siendo la evacuacion periódica de sangre tan propia de las mujeres, que no la tengan tambien las monas. *Las hembras de los monos*, dice el mismo señor de Bomare, *tienen por lo comun menstruos como las mujeres.* Monos.

§ XIV.

INSECTOS DE MÉJICO.

Finalmente, descendiendo á los animales mas pequeños, en los cuales resplandece mas el poder y la sabiduría del Criador, podemos reducir las innumerables especies de insectos que hay en el reino de Méjico, á tres órdenes, esto es, volátiles, terrestres y acuátiles, aunque hay terrestres y acuátiles que después se hacen volátiles, y en uno ó en otro estado deben considerarse.

Entre los volátiles se cuentan los escarabajos, las abejas, abispas, moscas, mosquitos, mariposas y langostas. Los escarabajos son de dos especies, pero por lo comun inocentes. Hay unos verdes, á los que los mejicanos dieron el nombre de *mayatl*, con los cuales se divierten los muchachos por el mucho ruido que hacen al volar. Hay otros negros, hediondos y de forma irregular, llamados *pinacatl*.

El *cucuyo*[1] ó escarabajo luminoso, que es el mas digno de considerarse, ha sido mencionado por algunos autores; pero por ninguno, que yo sepa, descrito; tiene de largo mas de una pulgada, y está proveido de alas dobles, como los otros escarabajos volátiles. En la cabeza tiene un cornezuelo movible que le es muy útil, porque cuando por moverse sin cuidado se apoya sobre el lomo y queda impedido para el movimiento, se vuelve á su posicion natural por la accion del tal cornezuelo, metiéndolo y comprimiéndolo dentro de una membrana hecha á manera de bolsa, que tiene sobre el vientre. Junto á los ojos tiene dos membranillas, y otra mas grande en el vientre, delgadas, trasparentes y llenas de una materia tan luminosa, que su luz basta para leer cómodamente una carta y para alumbrar el camino á aquellos que andan de noche; pero nunca da mayor luz que al volár. Cuando duerme no la comunica, porque la cubre con otra membrana opaca.

Esta materia luminosa es una sustancia blanca, harinosa y viscosa, la cual conserva un poco su propiedad de alumbrar después de que se ha sacado del cuerpo del cucuyo, y con ella escriben algunos en los sombreros letras luminosas. Hay una grande abundancia de estos fósforos voladores sobre las costas del mar, y por las noches suelen formar en los montes inmediatos hermosos y brillantes espectáculos. Para cogerlos los muchachos no hacen otra cosa que mover en giro por la noche un tizoncillo: atraidos de esta luz los cucuyos, se les vienen á los casadores á las manos. No ha faltado algun autor que confundiese estos maravillosos insectos con las lucernillas; pero estas son mucho mas pequeñas y mucho menos luminosas, comunes en la Europa y frecuentísimas en el reino de Méjico.

Cuanto tiene de agradable la vista del cucuyo, tanto tiene de desapacible la del temolin. Este es un escarabajo grande, de color castaño que tira á rojo, con seis piés peludos y con cuatro dedos en cada uno. Hay dos especies de temolin; el uno tiene la frente armada de un cuerno ó antena, y el otro de dos.

De abejas hay á lo menos seis especies diversas. La primera es de las comunes de Europa, con las que convienen no menos en el tamaño, forma y color, que en la naturaleza, costumbres y cualidad de la miel y cera que trabajan. La segunda especie es de otras semejantes á las anteriores, pero que enteramente carecen de aguijon. De esta especie son las de Yucatan y Chiapas, que hacen la famosa miel de *estabentun*, la cual es clara, aromática y de un gusto superior á todas las especies de miel que conocemos. Las cosechas de esta miel son seis al año, una cada dos meses; pero la mejor es la que se coge por noviembre, por razon de que la sacan las abejas de una flor blanca semejante al jazmin y muy olorosa, que se da en setiembre y se llama en aquel país *estabentun*, de donde toma el nombre la miel.[1] La tercera especie es de ciertas abejas semejantes en la figura á las hormigas con alas; pero mas pequeñas que las abejas comunes y sin aguijon. Estos insectos, propios de los países calientes y templados, fabrican panales semejantes en el tamaño y en la figura á los panes de azúcar, y á veces mucho mayores que estos, pendientes de las rocas ó de los árboles, principalmente de las encinas. La poblacion de estos panales es mucho mas numerosa que la de las abejas comunes. Las ninfas de tales abejas son blancas y redondas, á manera de perlas, y se comen tambien. Su miel es parduzca, pero de un gusto delicado. Las abejas de la cuarta especie son amarillas, mas pequeñas que las comunes, y como estas armadas de aguijon; su miel es inferior á las anteriores. Las de la quinta especie son pequeñas é inermes; fabrican panales redondos en cavidades subterráneas, y su miel es ácida y amarguilla. La *tlalpipiolli*, que hace la sexta especie, es negra y amarilla, del tamaño de las comunes, pero inerme.

Las especies de abispas son á lo menos cuatro. La *quetzalmiahuatl* es la comun de Europa. La *tetlatoca* ó vagabunda es llamada así porque

1 El Diccionario de la lengua escribe cocuyo; pero nosotros, así en esta palabra como en otras que se encontrarán en el curso de esta obra, no hemos querido hacer alteracion alguna, y las dejamos tales como las escribió el autor.—*Nota del editor*.

1 La miel de estabentun es apreciadísima por los ingleses y franceses que arriban á los puertos de Yucatan: yo sé que los franceses del Guarico la han comprado algunos veces para mandarla de regalo á su soberano.

muda con frecuencia de habitacion y está siempre ocupada en acopiar materiales para fabricarla. Tiene aguijon, pero no hace miel ni cera. La *xicotli* ó jicote es una abispa gruesa y negra, menos el vientre, el cual es amarillo. Hace una miel muy dulce en los agujeros que abre en las paredes. Está armada de un fuerte aguijon y su herida es muy dolorosa. La *cuicalmiahuatl* tiene igualmente su aguijon; pero no sabemos si hace miel.

La quauhxicotli es un moscardon enteramente negro, menos la parte posterior, que es encarnada. Su aguijon es tan grande y tan fuerte, que no solamente taladra con él de parte á parte una caña de azúcar, sino tambien los troncos de los árboles.

Entre las moscas, á mas de las comunes, las cuales ni son tantas ni tan importunas como las de Italia en el estío,[1] las hay luminosas, como las lucernillas. La *axayacatl* es una mosca de la laguna de Méjico. De los huevos innumerables que estas moscas ponen en el junco ó espadaña, se hacen las gruesas costras que quitan los pescadores para vender en el mercado. Esta hueva, llamada *ahuauhtli*, se comia por los mejicanos, y en el dia es vianda muy familiar á los españoles, y tiene casi el mismo gusto que la hueva de pescado. Mas los mejicanos antiguos no solamente comian los huevos, sino tambien las mismas moscas, reducidas á masa y cocidas con salitre.

Los mosquitos, tan comunes en Europa, principalmente en Italia, abundan tambien en las tierras marítimas del reino de Méjico y en aquellos lugares en donde el calor, las aguas muertas y las arboledas fomentan su multiplicacion. En la laguna de Chalco hay infinitos; pero la capital, sin embargo de que está inmediata á ella, esta enteramente libre de tal molestia.

Tambien hay en las tierras calientes ciertas mosquitas que no hacen ruido al volar; pero su picadura causa una vehemente comezon, y si para libertarse de ella se rasca el herido la parte ofendida, fácilmente se hace una llaga.

En las mismas tierras calientes, especialmente en las marítimas, abundan las *cucarachas*, que son unos insectos gruesos, con alas, asquerosos y perjudiciales, porque infestan las cosas de comer, y principalmente el dulce; pero útiles por otra parte á las habitaciones, porque las limpian de las chinches. Se ha observado que los barcos que en el viaje de Europa á Nueva España van cargados de chinches, en su regreso están enteramente libres de estos pestilentes insectos, á causa de las cucarachas.[1]

Las especies de mariposas son mucho mas diversas y mas numerosas en el reino de Méjico que en Europa. Su variedad y hermosura no pueden representarse dignamente, ni los mejores pinceles son capaces de expresar la excelencia del diseño y colores que el Autor de la naturaleza empleó en la hermosura de sus alas. Algunos autores respetables las han celebrado en sus escritos, y el doctor Hernandez hizo retratar algunas para dar á los europeos alguna idea de su hermosura.

Pero no son comparables en número las mariposas con las langostas, que algunas veces caen sobre las tierras marítimas, oscureciendo el aire con densas nubes que forman, y destruyendo enteramente todos cuantos vegetales hay en el campo, como lo ví el año de 1738 ó 39 en la costa de Xicayan. En la península de Yucatan hubo hace poco una grande carestía por esta causa; pero en ningun otro país de aquel continente ha sido mas frecuente este terrible azote que en la California.[2] Entre los insectos terrestres, á más de los comunes, de los cuales no ocurre que decir cosa particular, hay algunas especies de gusanos, cientopiés, escorpiones, arañas, hormigas, escarabajos, *niguas* y la cochinilla.

De los gusanos unos son útiles y otros perniciosos: algunos servian de comida á los antiguos mejicanos, y otros para medicina, como el *axin* y el *polin*, de los cuales hablaremos en otra parte. El *tleocuilin* ó gusano ardiente tiene las cualidades de las cantaridas. Su cabeza es encarnada, el pecho es verde y el resto del cuerpo leonado. El *temahuani* es un gusano todo armado de unas espinillas amarillas y venenosas. El *temictli* es semejante al gusano de seda en sus operaciones, no menos que en sus trasformaciones. Los gusanos de seda se llevaron de Europa y se multiplicaron felizmente. Se hacian abundantes cosechas de buena seda, principalmente en la Mixteca,[3] en donde se comerciaba una cantidad consi-

1 La misma observacion en órden á las moscas fué hecha ya por Oviedo: *en las islas, dice, y en tierra firme, hay muy poquitas moscas, y á comparacion de las que hay en Europa, se puede decir que acullá no hay algunas.* Sumario de la Historia natural de las Indias, cap. 51. Es verdad que en Méjico no son tan pocas como dice Oviedo; pero generalmente hablando, no hay tantas ni son tan molestas como en Europa.

1 Estos insectos son tambien enemigos de los literatos, pues consumen de noche la tinta si no se cuida de tener bien tapado el tintero. Los españoles les llaman cucarachas; otros kakerlaques, otros dermestos, etc.

2 En la Historia de la California, que se publicará dentro de pocos meses,* se expondrán las prolijas observaciones hechas sobre las langostas por el señor abate don Miguel del Barco, el cual vivió mas de treinta años en aquel país, tan famoso como indigno de la fama que tiene. (Habla el padre Clavijero de la California antigua.—*Traductor.*)

3 Hay pueblos en la Mixteca que hasta ahora conservan la denominacion que entonces se les dió por razon de su comercio, como *San Francisco de la Seda y Tepexi de la Seda.*

* Publicada por nosotros hace poco tiempo.—*Nota del editor.*

derable; pero habiéndose visto después los mixtecos obligados á abandonarlo por razones políticas, fué descuidada la cria de gusanos, y en el dia son pocos los que se emplean en ella. A mas de esta seda comun, hay allí otra muy apreciable, blanca, suave y fuerte, que en algunos bosques de los países marítimos se encuentra en los árboles, especialmente en aquellos años en que son escasas las aguas; pero de esta solamente usan algunos pobres, por la poca economía de aquellos pueblos, ó mas bien por los agravios que tendria que sufrir el que quisiera emprender semejante comercio. Por otra parte, sabemos por las cartas de Cortés á Cárlos V, que en los mercados de Méjico se vendia seda, y hasta ahora se conservan algunas pinturas en papel de esta materia hecho por los antiguos mejicanos.

Los cientopiés se hallan algunas veces en los países templados, y mas frecuentemente en los calientes y húmedos. El doctor Hernandez dice haber visto algunos tan grandes, que tenian dos piés de largo y dos de grueso; pero semejantes insectos se habrán visto por aquel autor en algun país muy húmedo é inculto, pues nosotros, sin embargo de haber estado en muchos lugares de toda clase de climas, no hemos encontrado uno de tan desmesurado tamaño.

Los escorpiones son comunes en todo aquel reino; mas en los países frios y templados son por lo comun escasos y poco nocivos. En las tierras calientes y en aquellas en que el aire es muy seco, aunque el calor sea moderado, abundan mas, y es tal su veneno, que causa la muerte á los niños y terribles ansias á los adultos. Se ha observado que el veneno de los escorpiones pequeños y amarillentos es mas activo que el de los grandes y pardos, y que es mas funesta su picadura en aquellas horas del dia en las que mas calienta el sol.

Entre las muchas especies que hay allí de arañas, no podemos pasar en silencio dos singulares, la tarántula y la cazampulga.[1] Se da impropiamente en aquel país el nombre de *tarántula* á una araña muy gruesa, cuyo lomo y piernas están cubiertas de un pelillo negruzco, suave y delgado, semejante al de los pollos. Es propia de las tierras calientes y se encuentra no solamente en el campo, sino tambien en las casas. Es tenida por venenosa, y se cree vulgarmente que el caballo que al caminar pisa alguna, pierde inmediatamente la pesuña; pero jamás ha llegado á mi conocimiento un hecho particular que pueda confirmar esta opinion comun, sin embargo de que he estado cinco años en un país muy caliente, en donde abundan semejantes insectos. La cazampulga es pequeña y tiene los piés cortos, el vientre encarnado y del tamaño de un garbanzo. Es venenosa y comun en la diócesis de las Chiapas y en otras partes. No sé si es la misma araña que en otros países llaman *araña capulina*, porque tiene las mismas señales.

Las hormigas mas comunes en aquel país son de tres especies. La primera es de las negras y pequeñas, comunes á uno y otro continente. Otras son grandes y coloradas y armadas de un aguijon, con el que dan picaduras dolorosas, llamadas por los españoles *bravas*. Otras son tambien grandes y pardas, las cuales llaman los españoles *arrieras*, porque se ocupan continuamente en trasportar granos para su provision mucho mas que las hormigas comunes, por lo que son mas perniciosas á los campos. En algunos países se han multiplicado excesivamente por descuido de los habitantes. En la provincia de Xicayan se ven en la tierra por el espacio de algunas millas, fajas negras que forman las hormigas que van y vienen.

A mas de estas especies, hay otra particular en Michuacan, y tal vez en otras provincias. Esta es mas grande que las otras hormigas y tiene el cuerpo pardo y la cabeza negra. En la parte posterior tiene un saquito lleno de un licor muy dulce, del cual son muy golosos los muchachos, y creen que es miel fabricada por las hormigas, como la otra comun por las abejas; pero á nosotros nos parece que son mas bien huevos. El señor de la Barrere, en la Historia natural de la Francia equinoccial, hace mencion de semejantes hormigas encontradas en la Cayena; pero estas tienen alas y las nuestras no.

La *nigua*, en otros países llamada *pica*, es un pequeñísimo insecto, no muy desemejante á la pulga, el cual en algunas tierras calientes se cria entre el polvo. Se pega á los piés, y rompiendo insensiblemente la catícula, se anida entre ella y la cútis, y si no se saca prontamente, rompe tambien la cútis y pasa la carne, multiplicándose con una prontitud increible. No se siente por lo comun hasta que al agujerar la cútis causa una comezon intolerable. Estos insectos por su sorprendente multiplicacion, bastarian á despoblar aquellos países, si no fuese tan facil el precaverlos, ni fuesen tan prontos los habitantes en sacarlos antes que se multipliquen. Dios por su parte para que fuesen menores los males que causaran, les negó no solamente las alas, sino tambien aquella conformacion de piernas y aquellos músculos vigorosos que concedió á las pulgas para saltar; pero en los pobres, que por su miseria estan condenados á vivir en el polvo y á un habitual descuido de sus personas, se han multiplicado tanto estos insectos, que les hacen grandes cavidades en la carne y les causan llagas peligrosas.

Lo que las niguas en las habitaciones, hacen en el campo las garrapatas, de las cuales hay dos especies, ó mas bien dos clases. La primera es de aquellas ladillas, no menos comunes en el nuevo que en el antiguo continente, que se pegan a la piel de los carneros, caballos y otros cuadrúpe-

1 Yo sospecho que el nombre primitivo de esta araña sea *casapulga*, después corrompido por el vulgo, como sucede con frecuencia.

dos, y se introducen en sus orejas, y algunas veces en las de los hombres.

La otra se halla en abundancia sobre las yerbas de la tierra caliente, y de ellas pasa fácilmente á los vestidos de los caminantes, y de los vestidos al cuerpo, al cual se pega con tanta fuerza, por la particular configuracion de sus piés, que es difícil despegarla, y si no se hace prontamente, hace una llaga como la de la nigua. Al principio no parece mas que un puntito negro; pero con la sangre que chupa engorda de tal manera y con tanta prontitud, que en poquísimo tiempo se pone del tamaño de una haba, y entonces toma el color de plomo.[1]

La célebre cochinilla de Méjico, tan conocida y apreciada en todo el mundo por la excelencia del color que da, es un insecto propio de aquel país, el mas útil de cuantos sustenta la tierra de Anáhuac, en donde en tiempo de los reyes mejicanos se tenia un cuidado particular en criarlo.[2] El país en donde mas crece es la Mixteca, en la cual es el ramo mas considerable de su comercio.[3] En el siglo XVI se criaba tambien en Tlaxcala, en Huexotzinco y en otros lugares, y se hacia un gran comercio; pero los agravios que sufrian los indios (que han sido siempre los criadores de estos insectos) por la tiránica codicia de algunos gobernadores, los obligaron á abandonar tal negociacion, por otra parte muy prolija y molesta.

La cochinilla en su mayor aumento tiene el grueso y la figura de una chinche. La hembra es desproporcionada y lenta. Sus ojos, boca, cuernecillos ó antenas y sus piés, se ocultan de tal manera entre las arrugas de su piel, que no pueden distinguirse sin el auxilio del microscopio, y por esto se obstinaron algunos europeos en creer que era una semilla y no un verdadero animal, contra el testimonio de los indios que la criaban, y del doctor Hernandez, que la observó como naturalista. El macho es mas raro, y sirve uno para trescientas ó mas hembras. Es tambien mas pequeño y mas delgado que la hembra, pero tambien mas ligero y mas activo. Tiene en la cabeza dos cuernecillos con articulaciones, y en cada uno de estos, cuatro cerditas dispuestas con simetría. Sus piés son seis, cada uno compuesto de tres partes. En la parte posterior de su cuerpo se levantan dos pelos dos ó tres veces mas grandes que el animal. Tiene dos alas, de las que enteramente carece la hembra. Estas alas están fortificadas de dos músculos; el uno exterior que se extiende por toda la circunferencia de la ala, y el otro interior y paralelo al primero. El color interno es rojo, pero más oscuro en la hembra, y el externo rojo blanquizco. En la cochinilla silvestre el color interno es todavía mas oscuro, y el externo blanquizco ó cenizo. La cochinilla se cria en una especie de nopal ó higo de Indias, que crece hasta la altura de cerca de ocho piés, cuyo fruto es semejante á las tunas ó higos de los otros nopales; pero no se come como estos. Se alimenta de las pencas de este nopal, chupando el jugo con una trompeta que tiene en el pecho entre los dos primeros pares de piés. Así adquiere todo su aumento y produce una numerosa descendencia. La manera de multiplicarse que tienen estos preciosos insectos, la economía de los indios en criarlos y las diligencias que emplean para defenderlos de las lluvias, que les son muy nocivas, y de los muchos enemigos que los persiguen, se expondrán cuando hablemos de la agricultura de los mejicanos.[1]

Entre los insectos acuátiles, el *atetepitz* es un escarabajo palustre, semejante en el tamaño y en la figura á los escarabajos volátiles. Está provisto de cuatro piés y defendido con una cubierta dura. La *atopinan* es una langosta palustre de color oscuro, de seis dedos de largo y dos de ancho. La *ahuihuitla* es un gusano de la laguna de Méjico, de cuatro dedos de largo y del grue-

1 Oviedo dice que para despegar prontamente y sin peligro las garrapatas, basta untarse con un poco de aceite y después raerse con un cuchillo.

2 El cronista Herrera dice en la década 4, libro 8, cap. 8, que aunque los indios tenian la cochinilla, no le hacian aprecio, hasta que fueron instruidos por los españoles; ¿pero qué les enseñaron los españoles? ¿el criar la cochinilla? ¿cómo podian enseñar lo que enteramente ignoraban, y cuando en vez de insecto la creian semilla? ¿Les enseñaron tal vez á servirse de ella para teñir? Pero si los indios no se servian de ella para esto, ¿por qué tenian tanta fatiga en criarla? ¿por qué estaban obligados Huaxyacac, Coyolapan y otros lugares á pagar cada año veinte sacos de cochinilla al rey de Méjico, como consta por la matrícula de los tributos? ¿Cómo puede creerse que ignorasen el uso de la cochinilla aquellas naciones tan inclinadas á la pintura, y que no supiesen servirse de tales insectos, cuando sabian hacer uso del achiote, del indaco y de muchísimas piedras y minerales?

3 La cochinilla que viene cada año de la Mixteca á España excede de dos mil y quinientos sacos, como testifican algunos autores. El comercio que de ella hace la ciudad de Oajaca, importa anualmente descientos mil pesos. El señor de Bomare dice que á una cierta cochinilla se le da el nombre de *cochinilla mesteca* porque se cria en *Meteque*, en la provincia de Honduras; pero esto es un error. Llámase *Mixteca* porque viene de la Mixteca, provincia mas distante de Honduras que Roma de Paris.

1 Don Antonio Ulloa dice que el *nopal* en que se cria la cochinilla no tiene espinas; pero no es así, pues yo, que he estado cinco años en la Mixteca, siempre la ví en nopales espinosos. El señor de Rainal se persuade deberse el color de la cochinilla á la tuna ó higo encarnado de que se alimenta; pero este autor no se informó bien, pues ni la cochinilla se alimenta del fruto, sino de la penca, que es enteramente verde, ni aquel nopal da higos encarnados, sino blancos. Es verdad que puede criarse tambien en la de higo encarnado; pero no es esta la planta propia de la cochinilla.

so de una pluma de pato, leonado en la parte superior del cuerpo y blanco en la inferior. Pica con su cola, la cual es dura y venenosa. El *oculiztac* es un gusano palustre, negro; pero tostado toma el color blanco. Todos estos insectos eran comestibles entre los antiguos mejicanos.

Finalmente, omitiendo otros insectos cuyos nombres solos formarian una lista copiosísima, quiero terminar esta relacion con una especie de zoofitos ó plantas-animales que ví el año de 1751 en una casa de campo, diez millas distante de Puebla hácia el Oriente. Estos tenian tres ó cuatro dedos de largo, provistos de cuatro piés delgadísimos, y armados de dos cuernecillos; pero su cuerpo no era otra cosa que los nervios de las hojas, de la misma figura, tamaño y color que se veian en las otras hojas de los árboles, donde se hallaban estos insectos. El doctor Hernandes hace mencion de ellos bajo el nombre de *quauhmecatl*, y el Gemelli describe otro no enteramente desemejante, encontrado cerca de Manila.[1]

Con lo poco que hasta ahora hemos expuesto de la historia natural de aquel reino, podrá conocerse la diferencia que hay entre las tierras calientes, frias y templadas de que se compone el vasto país de Anáhuac. En las tierras calientes es mas pródiga la naturaleza; en las frias y en las templadas mas benigna. Las calientes son mas abundantes de minerales, hay mas fuentes en los montes, son mas amenas las llanuras y mas frondosos los bosques. En estas tierras se hallan las plantas mas útiles a la vida,[2] los árboles mas gruesos, las maderas mas preciosas, las flores mas bellas, las frutas mas deliciosas y las resinas mas aromáticas. En ellas son mas varias y mas numerosas las especies de los animales, y sus individuos mas hermosos y mas grandes, los pájaros de mas bellas plumas y de mas dulce canto; pero todas estas ventajas están contrapesadas con otras tantas incomodidades, pues en tales paises las fieras son mas terribles, los reptiles mas venenosos y los insectos mas nocivos. La tierra no padece los funestos síntomas del invierno, ni el aire está sujeto a la enfadosa mutacion de las estaciones. En la tierra reina una perpetua primavera, y en el aire un continuo estío, al cual se acostumbran fácilmente los habitantes; pero el incesante sudor de sus cuerpos y las abundantes y gustosas frutas con que en todo tiempo los regala aquella feraz tierra, los expone á algunas enfermedades no conocidas en otros países. Las tierras frias no son tan fecundas ni tan bellas; pero son mas sanas y sus animales menos perniciosos al hombre. En los países templados (al menos en muchos, como es el valle de Méjico) se gozan las ventajas de los países frios sin sus incomodidades, y algunas delicias de los calientes sin sus molestias. Las enfermedades mas comunes en los países calientes son las fiebres intermitentes, el es pasmo y la tisis, y en el puerto de la Veracruz de pocos años acá el vómito negro.[1] En los otros países los catarros, las fluxiones, la pleuresía y las fiebres agudas, y en la capital la diarrea. A mas de estas enfermedades ordinarias, suelen extraordinariamente experimentarse ciertas enfermedades epidémicas que parecen periódicas, bien que no es fijo ni regulado su período, como aquellas que hubo en el año de 1545, 1576, y en nuestros dias en los de 1736 y 1762. La viruela, llevada allí por los españoles conquistadores, no se ve en aquel país con tanta frecuencia como en la Europa sino pasado un cierto número de años, y entonces ataca á todos aquellos que no la habian padecido antes, haciendo en una vez todo aquel estrago que hace sucesivamente en Europa.

§. XV.

CARÁCTER DE LOS MEJICANOS Y DEMÁS NACIONES DEL PAÍS DE ANÁHUAC.

Las naciones que ocuparon esta tierra antes que los españoles, aunque diversas entre sí en el lenguaje y en parte aun en las costumbres, eran ciertamente casi de un mismo carácter. Las cualidades físicas y morales de los mejicanos, su índole y sus inclinaciones, eran las mismas que las de los acolhuas, de los tepanecas, tlaxcaltecas y otras naciones, sin mas diferencia que la que nace de la diver a educacion, y así, lo que dijéremos de los unos queremos que igualmente se entienda de los otros. Algunos autores, así antiguos como modernos, han emprendido hacer el retrato de estas naciones; pero entre tantos no he encontrado ni uno que en todo sea exacto y fiel. Las pasiones y las prevenciones con respecto á algunos autores y la falta de luces ó de reflexiones con respecto á otros, los han hecho servirse de colores muy distintos de los que deberian emplear. Lo que nosotros diremos está fundado sobre un serio y prolijo estudio de la historia de

1 Yo bien sé que los naturalistas no dan por lo comun el nombre de zoofitos sino á ciertos cuerpos marinos, que teniendo la apariencia de vegetales, tienen sin embargo la naturaleza de animales. Sin embargo, les doy tal nombre á estos insectos terrestres, porque les conviene con tanta y tal vez mayor propiedad que á los cuerpos marinos. En mi Física me parece haber expuesto con la mayor verosimilitud el mecanismo de la naturaleza en la generacion de estos insectos.

2 Es verdad que en las tierras calientes no se da por lo comun el trigo ni algunas frutas de Europa, como las manzanas, los albérchigos, las peras y otras; ¿pero qué es la falta de estos pocos vegetales comparada con la indecible abundancia y variedad de plantas, así fructíferas como medicinales, que se hallan en semejante países?

1 Ulloa y otros historiadores de la América describen el espasmo y el vómito negro. Esta enfermedad no era allí conocida antes del año de 1725.

aquellas naciones, sobre la íntima comunicacion de no pocos años con las mismas, y sobre las mas menudas observaciones hechas de su presente condicion, así por nosotros mismos como por otras personas imparciales Yo, por otra parte, no hallo en mí cosa alguna que pueda inclinarme en pro ó en contra, pues ni la razon de compatriota decide en su favor mi juicio, ni el amor de mi nacion ó el celo por el honor de mis nacionales, es capaz de empeñarme en acosarlos, y así diré sincera y llanamente lo bueno y malo que he reconocido en ellos.

Son, pues, los mejicanos de estatura regular, de la cual se desvian mas bien por exceso que por defecto, y de justa proporcion en sus miembros; de buenas carnes, de frente angosta, de ojos negros, de dientes iguales, firmes, blancos y limpios, de cabello espeso, negro, grueso y lacio, de barba escasa, y por lo comun de ningun pelo en las piernas, en los muslos ni en los brazos. Su piel es de color de aceituna.

No se encontrará tal vez ninguna nacion sobre la tierra en la cual sean mas raros los deformes. Es mas difícil hallar un corcovado, manco ó cojo ó un bizco entre mil mejicanos, que entre cien individuos de otras naciones. Lo desagradable de su color, la estreches de su frente, la escasez de su barba y lo grueso de sus cabellos, se equilibran de tal manera con la regularidad y proporcion de sus miembros, que tienen la medianía entre la hermosura y la fealdad. Su aspecto ni alegra ni ofende; pero entre las jóvenes mejicanas se encuentran muchas blancas y muy hermosas, cuya belleza se hace mas amable por la dulzura de su habla, por la afabilidad de sus modales y por la natural modestia de sus semblantes.

Sus sentidos son muy vivos, principalmente el de la vista, la cual conservan hasta la extrema vejez. Su complexion es sana y su salud robusta. Están enteramente libres de muchas enfermedades que son frecuentes en los españoles; pero en las enfermedades epidémicas, á las cuales de cuando en cuando está sujeto aquel país, ellos son las principales víctimas, en ellos comienzan y en ellos acaban. No se percibe jamás de la boca de un mejicano aquel pestilente aliento que suele ocasionarse en otros de la corrupcion de los humores ó de la indigestion de los alimentos. Son de complexion flemática; pero son muy escasas las evacuaciones pituitosas de sus cabezas y rara vez esputan. Encanecen y encalvecen mas tarde que los españoles, y no son muy raros entre ellos los que llegan á cien años; los otros casi todos mueren de enfermedades agudas.

Son al presente y siempre han sido muy sobrios en comer; pero es vehementísima su pasion por los licores fuertes. Antiguamente estaban contenidos dentro de su deber por la severidad de las leyes; en el dia la abundancia de tales licores y la impunidad de la embriaguez, hacen perder la cabeza á la mitad de la nacion; y esta es sin duda la principal causa de los estragos que en ellos hacen las enfermedades epidémicas, á mas de la miseria, en la cual viven mas expuestos á las malignas impresiones y mas privados de medios para corregirlas.

Sus almas son radicalmente semejantes en todo á las de los otros hijos de Adan, y provistas de las mismas facultades; ni jamas hicieron tan poco honor á su propia razon las europeos, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles encontraron á los mejicanos, muy superior á aquel en que los fenicios hallaron á los españoles, los griegos á los galos y los romanos á los germanos y britanos,[1] habria sido muy bastante para alejar semejante duda del pensamiento humano, si no estuviese empeñada en promoverlo la inhumana codicia de algunos malvados.[2] Sus ingenios son ciertamente capaces de todas las ciencias, como lo ha hecho conocer la experiencia [3] Entre los pocos mejicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el resto de la nacion empleado en los trabajos públicos y particulares, hemos conocido buenos geómetras, excelentes arquitectos y doctos teólogos.

Hay muchos que conceden á los mejicanos una grande habilidad para la imitacion; pero les niegan la de la invencion. Error vulgar que se halla desmentido en la historia antigua de esta nacion.

Sus almas son como todas las otras, sensibles á las pasiones; pero estas no obran sobre ellos con aquel ímpetu ni con aquel furor que en otros.

1 Don Bernardo Alderete en su libro *Del orígen de la lengua española*, quiere hacer creer que los españoles al arribo de los fenicios estaban mas cultos que los mejicanos al arribo de los españoles; pero esta paradoja ha sido bien rebatida por los doctísimos autores de la *Historia literaria de España*. Ello es cierto que los españoles en aquellos remotos siglos no eran tan bárbaros como los chichimecas, los californios y otras naciones salvajes de la América; pero tampoco tenian su gobierno tan bien regulado ni sus artes tan adelantadas, ni habian hecho, por lo que sabemos, tantos progresos en el conocimiento de la naturaleza, como los mejicanos al principio del siglo XVI.

2 Léanse las amargas quejas sobre esta materia hechas por el obispo Garcés en su carta al papa Paulo III, y por el obispo Casas en sus memoriales á los reyes católicos Cárlos V y Felipe II, y sobre todo, las humanísimas leyes hechas en favor de los indios por aquellos piadosísimos monarcas.

3 En nuestras disertaciones produciremos los dictámenes de don Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala, de don Juan Zumárraga, primer obispo de Méjico, y de don Bartolomé de las Casas, primer obispo de Chiapas, sobre la capacidad, el ingenio y las otras buenas cualidades de los mejicanos. El testimonio de estos prelados, tan respetables por su virtud, su doctrina y su práctica de indios, vale mucho mas que el de cualquier historiador.

No se ven ordinariamente en los mejicanos trasportes de la cólera, ni el frenesí del amor, que son tan frecuentes en otras naciones.

Son lentos en sus operaciones y tienen una flema increible en aquellos trabajos que necesitan de tiempo y de prolijidad. Son por otra parte pacientísimos en las injurias y en los disgustos, y muy agradecidos á cualquier beneficio que se les haga, como no tengan motivo de temer algun mal de la mano benéfica; mas algunos españoles no sabiendo discernir la tolerancia de la indolencia ni la desconfianza de la ingratitud, dicen como por proverbio, que los indios ni sienten agravios ni agradecen beneficios.[1] Esta habitual desconfianza en que viven con respecto á aquellos que no son de su nacion, los induce con frecuencia á la mentira y á la perfidia, y así la buena fe no tiene entre ellos toda aquella estimacion que se merece.

Son tambien naturalmente serios, taciturnos y severos, y se muestran mas celosos del castigo de los delitos que de la recompensa de la virtud.

La liberalidad y desprendimiento de cualquier interés son los principales atributos de su carácter. El oro no ha tenido entre los mejicanos toda aquella estimacion que goza entre otros.[2] Dan sin disgusto aquello que consiguen con suma fatiga. Este su desprendimiento de los intereses y el poco amor que tienen á los que los mandan, los hace rehusar aquellas fatigas á que están obligados por estos, y esta es puntualmente la tan exagerada pereza de los mejicanos.[3] Con todo, no hay gente en aquel reino que trabaje mas ni cuyas fatigas sean mas útiles ni mas necesarias.[4]

El respeto de los hijos hácia sus padres y el de los jóvenes hácia los ancianos, son innatos en aquella nacion. Los padres aman mucho á sus hijos; pero el amor que los maridos tienen á sus mujeres es menor que el que estas tienen á aquellos. Es comun, aunque no general, en los hombres, el ser menos inclinados á sus mujeres que á otras.

El valor y la cobardía en diversos sentidos, ocupan á competencia sus espíritus de tal manera, que es difícil decidir cuál de estas dos cosas prevalezca en ellos. Se avanzan con intrepidez á los peligros que les amenazan por causas naturales; pero basta para intimidarlos la mirada severa de un español. Aquella estúpida indiferencia respecto de la muerte y de la eternidad que algunos autores creen trascendental á todos los americanos, conviene solamente á aquellos que por su rudeza y falta de instruccion no tienen idea del juicio divino.

Su particular afecto á las prácticas exteriores de religion, degenera fácilmente en supersticion, como sucede á todos los idiotas de cualquier otro pueblo del mundo; pero su pretendida adhesion á la idolatría, es ciertamente una quimera formada en la acalorada fantasía de algunos ignorantes. Un ejemplo de algunos salvajes no es suficiente para infamar todo el cuerpo de la nacion.[1]

Finalmente, en el carácter de los mejicanos, como en el de cualquiera otra nacion, hay bueno y malo; pero lo malo se podria en lo general corregir con la educacion, como lo ha hecho ver la experiencia.[2] No es tan fácil encontrar otra juventud mas dócil para la instruccion, como tampoco se ha visto jamás una docilidad mayor que la de sus antepasados á la luz del Evangelio.

Por lo demás, no puede dudarse que los mejicanos modernos no son enteramente semejantes á los antiguos, así como tampoco se parecen los griegos modernos á aquellos que florecieron en tiempo de Platon y de Pericles. En los ánimos de los antiguos mejicanos habia mas fuego y hacian mayor impresion las ideas de honor. Eran mas intrépidos, mas ágiles, mas industriosos y mas activos; pero tambien eran mas supersticiosos y muy inhumanos.

---

1 La experiencia nos ha hecho conocer cuán agradecidos son los mejicanos á los beneficios que reciben cuando están seguros de la benevolencia y sinceridad del bienhechor. Su gratitud se ha manifestado muchas veces con públicas y estrepitosas demostraciones, que hacen clara la falsedad de aquel proverbio.

2 No hablamos de aquellos mejicanos que por su continuo comercio con los avaros, se han contagiado de la avaricia; pero aun estos son menos inclinados á los intereses que los otros avaros.

3 En lo que decimos en órden á la pereza, no comprendemos á las naciones salvajes que habitan en otros países del Nuevo Mundo.

4 En nuestras disertaciones expondremos las fatigas en que se ocupan los mejicanos. Por lo que decia el ilustrísimo señor Palafox, que cuando faltaran los indios debian acabar las Indias para los españoles.

1 Los pocos ejemplos de idolatría que pueden producirse son en parte excusables, pues no es de maravillarse que unos hombres rudos y privados de instruccion, no sepan discernir el culto idolátrico de alguna tosca figurilla de piedra ó madera, de aquel que se debe á las sagradas imágenes. Pero ¡cuántas veces la prevencion contra ellos habrá creido ídolos las que eran imágenes, bien que informes, de los santos! El año de 1754 observé ciertas imágenes pequeñas creidas ídolos y halladas en la cueva de un monte, y no dudo que eran figuras representativas del misterio del santo nacimiento.

2 Para conocer cuánto puede la educacion en los mejicanos, bastará saber la vida admirable que llevan las mejicanas en el colegio real de Guadalupe en Méjico y en los monasterios de capuchinas de la misma capital y de Valladolid de Michuacan.

LIBRO II.

De los toltecas, chichimecas, acolhuas, olmecas y otras naciones que habitaron antes de los mejicanos en la tierra de Anáhuac. Salida de los aztecas ó mejicanos del país de Aztlan, su patria: sucesos de su peregrinacion hasta el país de Anáhuac y su establecimiento en Chapultepec y en Colhuacan. Fundacion de Méjico y de Tlatelulco. Sacrificio inhumano de una doncella colhua.

La historia de la primera poblacion de Anáhuac está de tal modo oscurecida y envuelta en tantas fábulas (así como la de los otros pueblos del mundo), que no solamente es difícil, sino del todo imposible encontrar la verdad. Sin embargo es cierto, así por el testimonio venerable de los libros santos como por la constante y universal tradicion de aquellas gentes, que los primeros habitadores de Anáhuac descendian de aquellos pocos hombres que la divina Providencia sustrajo de las aguas del diluvio para conservar la especie humana sobre la tierra. Ni menos puede dudarse que las naciones que antiguamente poblaron aquella tierra, vinieron á ella de los países mas setentrionales de la América, en donde muchos años y siglos antes se habian establecido sus antepasados. En estos dos puntos encuentro acordes á todos los historiadores toltecas, chichimecas, acolhuas, mejicanos y tlaxcaltecas; pero no se sabe quiénes fueron los primeros habitadores, ni el tiempo de su tránsito, ni los acontecimientos de su viaje, ni de los primeros establecimientos. Algunos historiadores queriendo penetrar este caos prevalidos de conjeturas débiles, de vanas combinaciones y de ciertas pinturas sospechosas, se han perdido entre las espesas tinieblas de la antigüedad, adoptando por esto narraciones pueriles é insubsistentes.

§ I.

LOS TOLTECAS.

Hubo algunos autores que apoyados en la tradicion de los pueblos americanos y en el descubrimiento de huesos, cráneos y esqueletos enteros de tamaño desmesurado que en diversos tiempos y en algunos lugares de la Nueva-España se han desenterrado,[1] creyeron que los primeros habitadores de aquella tierra habian sido gigantes. Yo, á la verdad, no dudo de la existencia de ellos, así en este como en otros países del Nuevo Mundo;[1] pero ni podemos adivinar el tiempo en que vinieron, aunque tenemos razon para creerlo muy antiguo, ni podemos persuadirnos que hubiese habido una nacion entera de gigantes, como imaginaron aquellos autores, sino solamente algunos individuos extraordinarios de las naciones conocidas, ó tambien de otra mas antigua y enteramente desconocida.[2]

La nacion de los toltecas es la primera de quien nos han quedado algunas, aunque escasísimas noticias. Estos, desterrados, segun decian ellos mismos, de su patria *Huehuetlapallan*, lugar, por lo que conjeturamos, del reino de Tollan,[3] de donde tomaron el nombre, situado al Nordeste del Nuevo Méjico, comenzaron su peregrinacion el año I *Tecpatl* (pedernal) en 596 de la era vulgar. Se detenian en cada lugar á donde llegaban el tiempo que les sugeria el capricho ó la necesidad de proveer á la conservacion de la vida. Donde tenian por oportuno hacer una larga detencion, fabricaban casas y cultivaban la tierra sembrando maíz, algodon y otras plantas, cuyas semillas llevaban consigo para proporcionarse lo necesario. De este modo anduvieron vagabundos dirigiéndose siempre hácia el Medio-

1 Los lugares en donde se han encontrado esqueletos gigantescos, son *Atlancatepec*, pueblo de la provincia de Tlaxcala, Tezcoco, Toluca, *Quauhximalpan*, y en nuestros dias en la California, en un collado poco distante de Kada-Kaaman.

1 Bien sé que muchos filósofos de Europa, que se rien de los que creen en los gigantes, se burlarán tambien de mí, ó al menos se compadecerán de mi demasiada credulidad; pero yo no debo hacer traicion á la verdad por evitar la censura. Yo sé que entre los pueblos cultos de la América corria la tradicion de la existencia en aquellos países de ciertos hombres de una altitud y corpulencia desmesurada, y no me acuerdo que en alguna nacion americana haya memoria de los elefantes ó hipopótamos, ó de otros cuadrúpedos de semejante tamaño. Yo sé que se han encontrado cráneos humanos y esqueletos enteros de un tamaño sorprendente, por la deposicion de innumerables autores, y principalmente de dos testigos oculares mayores de toda excepcion, el doctor Hernandez y el padre Acosta, á los que no faltaba ni doctrina, ni crítica, ni sinceridad; y no sé que hasta ahora entre tantas escavaciones hechas en la Nueva España, se haya descubierto un esqueleto de hipopótamo, y lo que es mas, ni un diente de elefante. Yo sé que algunos de dichos huesos se han encontrado en sepulcros fabricados de intento, y no sé que se fabriquen sepulcros para enterrar hipopótamos ó elefantes. Todo esto y aun mucho mas deberia considerarse antes de decidir por aquellos autores que afirmaron sin dudar, que todas las osamentas descubiertas en la América eran de aquellos ó de no sé qué otros animales desmesurados.

2 Algunos autores del reino de Méjico dicen que los gigantes fueron muertos á traicion por los tlaxcaltecas; pero esta noticia, á mas de que no tiene otro apoyo que ciertas poesías de los mismos tlaxcaltecas, no se conforma con la cronología de los referidos historiadores, pues hacen á los gigantes muy antiguos y á los tlaxcaltecas muy modernos en el país de Anáhuac.

3 *Toltecatl* en mejicano quiere decir nativo de Tollan, así como *tlaxcaltecatl* nativo de Tlaxcala, *chololteccatl* nativo de Cholula, etc.

día por el espacio de 104 años, hasta que llegaron á un lugar, al cual le pusieron el nombre de Tollantzinco, distante mas de 50 millas hácia el Norte del sitio en donde algunos siglos después se fundó la famosa ciudad de Méjico. Marchaban en todo su viaje bajo las órdenes de ciertos capitanes ó señores, los cuales eran siete cuando llegaron á Tollantzinco.[1] No quisieron establecerse en este país, aunque de clima benigno y de terreno fértil, sino que apenas pasaron veinte años, se retiraron cuarenta millas hácia el Poniente, á lo largo de la orilla de un rio, donde fundaron la ciudad de Tollan ó Tula, del nombre de su patria. Esta ciudad, la mas antigua, por lo que se sabe, de la tierra de Anáhuac, y una de las mas célebres en la historia del reino de Méjico, fué la metrópoli de la nacion tolteca y la corte de sus reyes Principió su monarquía el año VIII *Acatl* (caña), esto es, el año 667 de la era vulgar del cristianismo, y duró 384 años. He aquí la serie de sus reyes con la expresion del año cristiano en que comenzaron á reinar.[2]

Chalchiutlanctzin en 667.
Ixtlilcuechahuac en 719.
Huetzin en 771.
Totepeuh en 823.
Nacaxoc en 875.
Mitl en 927.
Xuitzaltzin, reina, en 979.
Topiltzin en 1031.

No es de maravillarse que solamente ocho monarcas reinasen en poco menos de cuatro siglos, pues una estravagante ley de aquella nacion ordenaba que ninguno de sus reyes debia reinar ni mas ni menos de un siglo tolteca, el cual (como expondremos en otra parte) constaba de cincuenta y dos años. Si el rey cumplia el siglo en el trono, dejaba inmediatamente el gobierno y en su lugar se sustituia otro; pero faltando el rey antes del siglo, entraba en el gobierno la nobleza y gobernaba el resto del siglo á nombre del rey difunto. Sucedió esto en la reina Xuitzaltzin, la que habiendo muerto el año quinto de su reino, la nobleza gobernó los cuarenta y ocho años restantes.

§ II.

CIVILIZACION DE LOS TOLTECAS.

Fueron muy celebrados entre las naciones de Anáhuac los toltecas por su cultura y excelencia en las artes; por lo que en los siglos posteriores se daba el nombre de toltecas como testimonio de honor á los artífices mas insignes. Vivieron siempre en sociedad, congregados en ciudades bien ordenadas, bajo la dominacion de sus soberanos y la direccion de sus leyes. Eran poco guerreros, y mas dedicados al cultivo de las artes que al ejercicio de las armas. A su agricultura se reconocian deudoras las naciones posteriores del maíz, algodon, chile y otros frutos utilísimos. No solamente se ejercitaban en las artes de primera necesidad, sino tambien en las que sirven al lujo. Sabian fundir el oro y la plata, y hacerle tomar en el molde toda suerte de figuras. Trabajaban diestramente toda especie de piedras preciosas, y este fué puntualmente el arte que hizo mas célebre su nombre; pero nada podia hacerlos mas estimables entre nosotros, que el haber sido los inventores, ó al menos los reformadores del sistema del arreglo del tiempo, que adoptaron todas las naciones cultas de Anáhuac; lo cual supone, como después veremos, muchas observaciones y conocimientos exactos de astronomía.

El caballero Boturini[1] sobre la fe de las historias antiguas de los toltecas, dice que observando estos en su antigua patria Huehuetlapallan el exceso de casi seis horas del año solar sobre el civil, que estaba en uso, lo arreglaron con el dia intercalar, que le añadian cada cuatro años; lo cual hicieron ellos ciento y mas años antes de la era cristiana. Dice á mas de esto, que en el año 660, reinando Ixtlalcuechahuac en Tula, *Huematzin*, célebre astrónomo, convocó con beneplácito del rey á los sabios de la nacion, y con ellos pintó aquel famoso libro que llamaron *Teoamortli*, esto es, libro divino, en el cual con figuras bien claras se exponia el orígen de los indios, su dispersion después de la confusion de las lenguas en Babel, su peregrinacion por el Asia, sus primeros establecimientos en el continente de la América, la fundacion del imperio de Tula y sus progresos hasta aquel tiempo. Se describian los cielos, los planetas, las constelaciones y el calendario tolteca con sus cielos, las trasformaciones mitológicas, en las cuales incluian su filosofía moral, y los arcanos de la sabiduría vulgar envueltos entre los jeroglíficos de sus dioses, con todo lo que pertenecia á la religion y á las costumbres. Añade mas el referido caballero; que se veia notado en sus pinturas el eclipse solar acaecido en la muerte de nuestro Redentor en el año VII *Tochtli*,[2] conejo, y que habiendo algunos espa-

1 Los siete señores toltecas se llamaban: *Zacatl, Chalcatzin, Checatzin, Cohuatzon, Tzihuacoatl, Metzotzin* y *Tlapalmetzotzin.*

2 Hemos indicado el año en que comenzaron á reinar los monarcas toltecas, supuesta la época de su partida de Huehnetlapallan, la cual no es cierta, sino solamente verosímil.

1 En la obra compuesta por él é impresa en Madrid el año de 1746 bajo este título: *Idea de una historia general de la Nueva España, fundada sobre una gran copia de figuras, símbolos, caracteres, jeroglíficos, cánticos y manuscritos de autores indianos hallados nuevamente.*

2 Todas las personas que han estudiado en su fuente la historia de las naciones de Anáhuac, saben muy bien

ñoles doctos y versados en la historia y en las pinturas de los toltecas, confrontando su cronología con la nuestra, hallaron que aquella nacion numeraba desde la creacion del mundo hasta el tiempo del nacimiento de Cristo, 5199 años, que es puntualmente la cronología del calendario romano.

Sea lo que fuere de estas curiosas anécdotas del caballero Boturini, las que dejó al libre juicio de los lectores prudentes, ello es cierto é indubitable para todos los que han estudiado la historia de aquellas naciones, que los toltecas tenian noticia clara y distinta del diluvio universal, de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes, y aun conservaban los nombres de sus primeros progenitores, que del resto de las familias se separaron en aquella universal dispersion. Es igualmente cierto, como haremos ver en otra parte (aunque parezca cosa increible á los críticos de Europa, acostumbrados á creer á todos los americanos, cortados por una medida), que los mejicanos y todas las otras naciones cultas de Anáhuac tenian su año civil tan acorde con el solar por medio de los dias intercalares, como lo tuvieron los romanos después de la correccion de Julio César, y que tal exactitud se debió á las luces de los toltecas. Por lo que toca á la religion, eran idólatras, y por lo que aparece de la historia, fueron los inventores de la mayor parte de la mitología mejicana; pero no sabemos que usasen aquellos bárbaros y sanguinarios sacrificios que después se hicieron tan frecuentes entre las otras naciones. Los historiadores tezcocanos creyeron á los toltecas autores de aquel ídolo famosísimo que representaba al dios de las aguas colocado en el monte *Tlaloc*, del que hablaremos después. Es cierto que ellos fabricaron en honor de su querido dios Quetzalcoatl la altísima piramide de Cholula, y verosimilmente tambien las famosas de Teotihuacan en honor del sol y de la luna, que hasta ahora subsisten, aunque desfiguradas.[1] El caballero Boturini cree que los toltecas fabricaron la pirámide de Cholula por contrahacer la torre de Babel; pero la pintura sobre la cual apoya su error (muy comun en el vulgo de la Nueva España), es obra de un cholulteca moderno é ignorante, siendo toda un conjunto de despropósitos.[1]

que aquellas gentes acostumbran notar en sus pinturas los eclipses, los cometas y otros fenómenos celestes. Leyendo pues cuanto dice Boturini, tomé empeño en cotejar los años toltecas con los nuestros, y hallé que el año 34 de Cristo ó el 30 de la era vulgar, es el VII *Tochtli*. Esto lo he hecho por mera curiosidad, y no porque lo pretenda afirmar, ni porque crea las anécdotas de aquel autor.

1 Betancourt atribuye á los mejicanos la construccion de las pirámides de Teotihuacan; pero esto es evidentemente falso y contrario al dictámen de todos los otros autores, así americanos como españoles. El doctor Sigüenza parece que las cree obras de los olmecas; pero como no tenemos otro resto de la arquitectura de esta nacion para poder juzgar, y siendo por otra parte aquellas pirámides hechas sobre el gusto de la de Cholula, estamos inclinados á pensar que los toltecas fueron los arquitectos de todas, como lo dice Torquemada, y con él otros autores.

§ III.

DESCRIPCION DE LOS TOLTECAS.

En los cuatro siglos que duró la monarquía de los toltecas se multiplicaron considerablemente, extendiéndose por todas partes su poblacion en muchas y grandes ciudades; pero la estupenda calamidad que sobrevino en los primeros años del reino de Topiltzin, destruyó su poder y su felicidad. El cielo les negó por algunos años la lluvia necesaria á sus campos, y la tierra los frutos

1 La pintura citada por el caballero Boturini, representaba la pirámide de Cholula, con esta inscripcion mejicana: *Toltecatl chalchihuatl onacia ehecatepetl*, que él interpreta así: *Monumento ó piedra preciosa de la nacion tolteca, que con su cerviz va buscando la region del aire;* pero disimulando el modo incorrecto de escribir y el barbarismo *chalchihuatl*, cualquiera que esté tal cual instruido en la lengua mejicana, luego conocerá que no puede hacerse una interpretacion mas fantástica. Al pié de la pintura, dice el citado caballero, puso el autor una nota en la cual hablando á sus compatriotas, los amonestaba de esta manera: *Nobles y señores, ved ahí vuestra escritura, el espejo de vuestra antigüedad y la historia de vuestros antepasados, los cuales movidos del temor al diluvio, fabricaron este asilo para remedio oportuno en caso de ser amenazados otra vez de igual calamidad.* Mas para hablar la verdad, los toltecas habrian estado privados de sentido si por temor al diluvio hubiesen emprendido con tantas expensas y fatigas la fábrica de aquella portentosa pirámide, cuando tenian en los altísimos montes poco distantes de Cholula, un asilo mas seguro contra las inundaciones, y mucho menor peligro de morir de hambre. En el mismo lienzo se representaba, dice Boturini, el bautismo de *Ilamatenctli*, reina de Cholula, que le confirió el diácono Aguilar el dia 6 de agosto de 1521, juntamente con la aparicion de la Vírgen á cierto religioso franciscano que se hallaba en Roma, ordenándole que marchara para Méjico, en donde en un monte hecho á mano (esto es, en la pirámide de Cholula) debia colocar su imágen. Pero esto no es otra cosa que un tejido de sueños y de fábulas, pues ni en Cholula hubo jamás reyes, ni aquel bautismo, del que ningun autor habla palabra, pudo celebrarse el dia 6 de agosto de 1521, porque entonces se hallaba Aguilar con los otros españoles en el mayor calor del asedio de la capital, que siete dias después debia rendirse á los vencedores. De la pretendida aparicion de la Madre de Dios, no encuentro memoria alguna entre los historiadores franciscanos, los cuales en sus crónicas nada omitieron de cuanto ocurria en este género Hemos demostrado la falsedad de aquella relacion para hacer mas cautos en acopiar pinturas modernas á aquellos que en lo de adelante quisieren emprender la historia del reino de Méjico.

de que se sustentaban. El aire, infestado de mortal corrupcion, llenaba todos los dias de cadáveres la tierra y de consternacion los ánimos de aquellos que sobrevivian á la ruina de sus compatriotas. Así murió de hambre y de contagio una gran parte de la nacion. Murió tambien Topiltzin en el año II *Tecpail*, vigésimo de su reino, que verosímilmente fué el 1052 de la era vulgar, y con él acabó la monarquía de los toltecas. Los miserables restos de la nacion, pensando sustraerse de la comun calamidad, buscaron en otros países oportuno remedio a sus males. Algunos se dirigieron hácia Onohualco ó Yucatan, otros hacia Guatemala, quedando entre tanto en el reino de Tula diversas familias esparcidas en el gran valle donde después se fundó Méjico, en Cholula, Tlaximaloyan y en otros lugares, y entre ellas los dos príncipes hijos del rey Topiltzin, cuyos descendientes en el trascurso del tiempo emparentaron con las familias reales de Méjico, Tezcoco y Colhuacan.

Estas escasas noticias en órden á los toltecas, son las únicas que estimamos dignas de referirse aquí, omitiendo diversas narraciones fabulosas de que han hecho uso algunos historiadores.[1] Quisiéramos tener el *libro divino* citado por Boturini y por el señor don Fernando de Alba *Ixtlilxochitl* en sus apreciabilísimos manuscritos, para ilustrar mas la historia de esta célebre nacion.

§ IV.

LOS CHICHIMECAS.

Con la ruina de los toltecas quedó solitaria y casi del todo desierta la tierra de Anáhuac hasta el arribo de los chichimecas por el espacio de mas de un siglo.[2] Eran los chichimecas, como los toltecas que les precedieron y las otras naciones que vinieron después de ellos, originarios de los países setentrionales, pudiéndose con razon llamar el Setentrion de la América, lo mismo que el de la Europa, el semillero del género humano. De ambos se vieron salir como enjambres de abejas naciones numerosísimas á poblar los países meridionales. Su país nativo, cuya situacion ignoramos, se llamaba *Amaquemecan*, donde segun decian, se dominaron por muchos años[1] algunos monarcas de su nacion.

Era ciertamente singular, como se ve por su historia, el carácter de los chichimecas, pues á una cierta especie de civilizacion unian muchos rasgos de barbarie. Vivian bajo el mando de un soberano y de jefes y gobernadores depositarios de la suprema autoridad, con tanta sumision cuanta suele verse entre las naciones mas cultas. En ellos habia distincion entre la plebe y la nobleza, y los plebeyos estaban acostumbrados á reverenciar á aquellos á quienes el nacimiento, el mérito ó la gracia del príncipe exaltaba sobre su condicion. Vivian congregados en lugares compuestos, como se debe creer, de chozas miserables;[2] pero no ejercitaban la agricultura ni las artes, que son propias de la vida civil Vivian solamente de la casa, de las frutas y de las raíces que producia la tierra inculta. Su vestido eran las toscas pieles de las fieras que cogian, y no conocian otras armas que el arco y la flecha. Su religion se reducia al simple culto del sol, á cuya pretendida divinidad ofrecian las yerbas y las flores que encontraban en los campos. En cuanto á sus costumbres, eran menos ingratos y menos groseros que lo que exige el carácter de un pueblo casador.

§ V.

XOLOTL, PRIMER REY DE LOS CHICHIMECAS EN ANÁHUAC.

El motivo que tuvieron para abandonar su patria es incierto, como tambien lo es la etimología del nombre chichimecatl.[7] El último rey que

1 Dice Torquemada que en una fiesta de baile que celebraban los toltecas, se les apareció el diablo en figura gigantesca y con brazos muy grandes, y abrazándose con ellos en medio de la danza, los sufocaba; que después se dejó ver en la figura de un niño con la cabeza podrida y les causó la peste, y finalmente, que por persuasion del mismo diablo abandonaron el país de Tula. Mas este buen autor entiende literalmente ciertas pinturas simbólicas, en las que con tales figuras representaban la hambre y la peste que les sobrevino cuando se hallaban en el colmo de la felicidad.

2 En nuestra segunda disertacion nos oponemos á Torquemada, el cual no cuenta mas que once años de intervalo entre la ruina de los toltecas y la venida de los chichimecas.

1 Torquemada nombra tres reyes chichimecas de Amaquemecan, y al primero da 180 años de reino, al segundo 156 y al tercero 133. Véase lo que en nuestra segunda disertacion decimos en órden á la disparatada cronología de este autor. El mismo afirma como indubitable que Amaquemecan distaba 600 millas del sitio en donde está en el dia la ciudad de Guadalajara; pero en mas de mil y doscientas millas de país despoblado que hay mas allá de aquella ciudad, no se encuentra vestigio ni memoria del reino de Amaquemecan; por lo que creemos ser este un país no descubierto hasta ahora y mucho mas setentrional de lo que imaginaba Torquemada.

2 Torquemada dice que los chichimecas no tenian casas, sino que habitaban en las cavernas de los montes; pero en el mismo capítulo donde escribe esto, afirma *que la ciudad capital de su reino se llamaba Amaquemecan*. Manifiesta y grosera contradiccion; ó diremos que Amaquemecan era ciudad sin casas y daremos el título de ciudad á las cuevas de los montes. Este defecto es frecuente en este autor, benemérito por otra parte de la historia de Méjico.

3 Algunos autores se han fatigado en adivinar la eti-

habian tenido en Amaquemecan, dejó dividido el reino entre sus dos hijos Achcauhtli y Xolotl. Este último, llevando mal, como corrientemente sucede, la division de la autoridad, quiso probar si la fortuna le destinaba otros paises en donde pudiese mandar sin rival, ó viendo que los montes de su reino no eran suficientes para proveer de sustento al número, tal vez ya aumentado, de habitantes, determinó remediar á la necesidad con la oportuna partida. Tomada pues semejante determinacion por uno ú otro motivo, y habiendo hecho reconocer antes por sus exploradores una buena parte de la tierra meridional, salió de su patria con un grueso ejército de sus vasallos, que por amor ó por interés quisieron acompañarle.

En su viaje iban encontrando las ruinas de los lugares toltecas, y singularmente las de la gran ciudad de Tula, á donde arribaron después de diez y ocho meses. De este lugar se dirigieron hácia Cempoala y Tepepolco, distantes cerca de cuarenta millas hácia el Norte del sitio de Méjico. De allí mandó Xolotl al príncipe *Nopaltzin*, su hijo, á observar el país. Recorrió el príncipe las orillas de las lagunas, los montes que circundan al delicioso valle de Méjico, y habiendo observado el resto del país desde la cima de una alta montaña, tiró cuatro flechas hácia los cuatro vientos, en señal de la posesion que á nombre del rey su padre tomaba de toda aquella tierra. Informado Xolotl de la condicion del país, tomó la resolucion de establecerse en Tenayuca, lugar distante de Méjico seis millas hácia el Poniente, y distribuyó toda su gente en las tierras vecinas; pero por haber estado la mayor poblacion hacia el Poniente y hácia el Norte, tuvo después aquel espacio de tierra el nombre de *Chichimecatlalli*, esto es, tierra de los chichimecas. Los historiadores dicen que en Tenayuca se hizo la revista de la gente, y por esta razon se le dió el nombre de *Nepohualco* (lugar de cuenta), que quiere decir lugar de la numeracion; pero es enteramente increible lo que añade Torquemada, esto es, haberse hallado en la revista mas de un millon de chichimecas, y haber durado hasta su tiempo doce montes formados de las piedras que iban tirando al pasar la revista. Porque ni es verosímil que un ejército tan numeroso se pusiese en camino para un viaje tan largo, ni parece posible que un distrito tan pequeño pudiese sustentar á un millon de cazadores.[1]

Establecido el rey en el lugar de Tenayuca, que desde entonces destinó para su corte, y dadas las órdenes oportunas para la formacion de otras ciudades ó pueblos, mandó á un capitan suyo, llamado *Achitomatl*, que fuese á reconocer el orígen de ciertos rios que el príncipe habia observado en su expedicion. Achitomatl encontró en Chapoltepec (cerro del Chapulin), en Coyohuacan y en otros lugares, algunas familias toltecas, de las cuales supo la causa y el tiempo de su desolacion. No solo se abstuvieron los chichimecas de inquietar á estos miserables restos de aquella célebre nacion, sino que contrajeron alianza con ellos casándose muchos nobles con mujeres toltecas, y entre otros el mismo príncipe Nopaltzin se desposó con *Azcaxochitl*, doncella descendiente de *Pochotl*, uno de aquellos dos príncipes de la casa real de los toltecas que sobrevivieron á la ruina de su nacion. Esta humanidad fué útil á los chichimecas, pues con el trato de esta industriosa nacion comenzaron á gustar el maíz y otros frutos, aprendieron la agricultura, el modo de sacar de la tierra los metales y arte de fundirlos, como tambien el de labrar las piedras, hilar y tejer el algodon y otros, con los cuales mejoraron sus comidas, vestidos, habitaciones y costumbres.

No contribuyó menos al adelanto de los chichimecas el arribo de otras naciones civilizadas. Apenas habian corrido ocho años desde que Xolotl se estableció en Tenayuca, cuando llegaron[2] á aquel país seis personajes muy respetables, con un séquito considerable de gente. Eran estos de un país setentrional, vecino al reino de Amaquemecan ó poco distante de él, cuyo nombre no dicen los historiadores; pero nosotros tenemos razon para creer que fuese el país de *Aztlan*, patria de los mejicanos, y que estas nuevas colonias hayan sido aquellas seis tribus célebres de los nahuatlacos, de quienes hablan todos los historiadores del reino de Méjico, y de quienes nosotros tambien hablaremos dentro de breve. Es de creerse que Xolotl mandase á su patria el aviso de las ventajas del país donde se habia establecido, y que tal aviso esparcido entre las naciones circunvecinas, impeliese á muchas familias á seguir sus huellas para participar de su felicidad. Puede tambien pensarse que alguna carestía que hubiese afligido á los países setentrionales, obligase á tantos pueblos á buscar su alivio en las tierras meridionales. Sea lo que fuere de esto, los seis personajes venidos del Setentrion á Tenayu-

mología del nombre chichimecatl. Torquemada dice que este nombre es derivado de *techichinani*, que quiere decir chupador, porque los chichimecas chupaban la sangre de los animales que cazaban. Pero esta etimología es violenta, mayormente entre aquellas gentes, que no alteraban de este modo los nombres en su derivacion. Betancurt cree que se derivase de chichime, esto es, perros, porque con este nombre eran llamados por desprecio por las otras naciones; pero si esto hubiese sido así, ellos no se hubieran gloriado, como en efecto se gloriaban del nombre de *chichimecatl*.

1 Dice Torquemada que el país ocupado entonces por los chichimecas, tenia veinte leguas ó sesenta millas en cuadro.

2 Los nombres de estos seis personajes, eran: *Tecuatzin*, *Tzontehuayotl*, *Zacatitechcochi*, *Huihuatzin*, *Tepotzotecua* é *Itzcumcua*.

ca, fueron acogidos benignamente por el rey chichimeca, y entendida por él la causa de su viaje y el deseo de quedarse en aquel país, les asignó sitios donde poblasen con su gente.

Pocos años después arribaron tambien tres príncipes con un grueso ejército de la nacion acolhua, nativa de *Teoacolhuacan*, país vecino ó no muy distante del reino de Amaquemecan. Estos príncipes se llamaban *Acolhuatzin*, *Chiconquauhtli* y *Tzontecomatl*, y eran de la nobilísima familia *Citin*. La nacion era la mas culta y civilizada que hubo en aquel país después de los toltecas. Se puede comprender bien cuánto seria el rumor que causó en aquel reino semejante novedad y la inquietud en que puso á los chichimecas tanta multitud de gentes desconocidas; ni es verosímil que el rey les permitiese entrar en el país sin haberse antes informado de su condicion y del motivo de su venida. Hallabase entonces el rey en Tezcoco, á donde habia hecho trasladar su corte, ó fastidiado del sitio de Tenayuca, ó atraido de la ventajosa situacion del aquel nuevo lugar. Llegaron allí los tres príncipes, y presentados al rey después, de una profunda inclinacion y aquella ceremonia de respeto tan familiar á aquellas gentes de besarse la mano después de haber tocado con ella la tierra, le dijeron en sustancia estas palabras: "Nosotros, ¡oh gran rey! hemos venido del reino de Teoacolhuacan, poco distante de vuestra patria. Los tres somos hermanos é hijos de un gran señor; pero sabedores de la felicidad que gozan los chichimecas bajo la dominacion de un rey tan humano, hemos pospuesto las comodidades que teniamos en nuestra patria a la gloria de ser vuestros vasallos. Os suplicamos, pues, nos deis lugar en vuestra tierra feliz, donde vivamos dependientes de vuestra autoridad y sometidos a vuestros preceptos." Alegróse el chichimeca mas que por el aire señoril ó por el modo cortesano de aquellos nobilísimos jóvenes, por la lisonjera vanidad de ver humillados en su presencia tres príncipes atraidos de tan lejanas tierras por la fama de su poder y de su clemencia. Respondió con afabilidad a sus expresiones y ofreció corresponder a sus deseos; pero entre tanto que deliberaba sobre el modo de hacerlo, mandó á su hijo Nopaltzin que los alojase y tuviese cuidado de ellos.

Tenia el rey dos hijas casaderas, á las cuales desde el principio pensó casar con los dos príncipes mayores; pero no quiso descubrir su pensamiento hasta no estar informado de su índole y cierto de la voluntad de sus vasallos Luego, pues, que estuvo seguro de uno y otro, llamó á su presencia á los príncipes, que estaban algo cuidadosos de su suerte, y les manifestó su resolucion no solo de concederles establecimientos en su reino, sino tambien de casarlos con sus hijas, sintiendo no tener otra para que ninguno quedase excluido de la nueva alianza. Los príncipes le dieron gracias con particulares expresiones de gratitud, y ofrecieron servirle con la mayor fidelidad.

Llegado que fué el dia prefijado para los matrimonios, concurrió tanta multitud de pueblo á Tenayuca, lugar destinado para aquella gran funcion, que no siendo la ciudad bastante á contenerla, quedó mucha gente en el campo. *Acolhuatzin* casó con la mas grande de las dos princesas, llamada *Enetlaxochitl*, y *Chiconquauhtli* con la otra. El tercer príncipe lo hizo con *Coatetl*, doncella nacida en Chalco de padres nobilísimos, en los cuales se habia mezclado la sangre tolteca con la chichimeca. Las públicas fiestas duraron sesenta dias, en los cuales hubo luchas, carreras y combates de fieras, ejercicios proporcionados al genio de los chichimecas, y en todo se distinguió el príncipe Nopaltzin. Á ejemplo de las personas reales, aquellas dos naciones se fueron enlazando con matrimonios, hasta que de ambas no se hizo mas de una, que tomando la denominacion de la parte mas noble, se llamó *acolhua*, y el reino *Acolhuacan*, quedando el nombre de chichimecas para aquellos que apreciando mas el ejercicio de la caza que las fatigas de la agricultura, ó no sufriendo la subordinacion, se fueron a los montes que estan hacia el Setentrion y Noroeste del valle de Méjico, en donde entregandose enteramente al ímpetu de su bárbara libertad, sin jefes, sin leyes, sin domicilio y sin las otras ventajas de la sociedad, corrian de dia tras de los animales para cazarlos, y cansados se abandonaban al sueño en cualquiera parte que les cogia noche. Estos bárbaros mezclados con la nacion de los otomíes, los cuales seguian el mismo sistema de vida, ocuparon un espacio de tierra de mas de trescientas millas, y sus descendientes dieron que hacer por muchos años á los españoles después de la conquista de Méjico.

§ VII

DIVISION DE ESTADOS Y REBELIONES.

Concluidas que fueron las fiestas de las bodas, dividió Xolotl su reino en varios Estados y dió la investidura de ellos á sus yernos y a otros nobles de una y otra nacion. Concedió al príncipe Acolhuatzin el Estado de Azcapozalco, diez y ocho millas al Poniente de Tezcoco, y de él descendieron los reyes bajo el yugo de los cuales estuvieron los mejicanos mas de cincuenta años. A Chiconquauhtli confirió el de Xaltocan, y á Tzontecomatl el de Coatlichan.

Se aumentaba cada dia la poblacion, y con ella la cultura de los pueblos; al mismo tiempo iban despertando en sus corazones la ambicion y otras pasiones que por falta de ideas estaban adormecidas en el tiempo de la vida salvaje. Xolotl, el cual en la mayor parte de su gobierno habia dirigido á sus vasallos con dulzura y habia encon-

trado en ellos la mayor docilidad, se vió en los últimos años de su vida obligado á usar de severidad para reprimir la inquietud de algunos rebeldes, ya despojándolos de sus empleos, ya castigando con la muerte á los mas culpables. Estos justos castigos en vez de espantarlos, los irritaron de tál manera, que formaron el detestable designio de quitar la vida al rey, y no les faltó ocasion pronta para ejecutarlo. Poco antes habia el rey manifestado su voluntad de aumentar el agua de sus jardines, en donde solia divertirse, y muchas veces se echaba á dormir, cansado de los años ó atraido de la frescura y amenidad del lugar. Sabedores de esto los rebeldes, puesto un dique al riachuelo que atravesaba la ciudad, hicieron una zanja para conducir el agua á los jardines; pero para hacerlo esperaron al tiempo en que el rey solia dormir allí y entonces levantado el dique de la parte de la zanja, hicieron correr toda el agua de un golpe á los jardines para que quedase anegado. Lisonjeábanse que su delito jamás se descubriria, pues la desgracia del rey podria atribuirse á un accidente ó medida mal tomada por los vasallos, que sinceramente trataban de servir á su señor; pero se engañaron, y su golpe no surtió efecto, pues el rey tuvo aviso secreto de la conjuracion; pero disimulando que la sabia, se fué al jardin á la hora acostumbrada y se puso á dormir en un sitio elevado, donde no pudiese peligrar. Cuando vió entrar el agua, aunque estuviese ya manifiesta la traicion, continuó su disimulo por burlarse de sus enemigos: "Yo, dijo entonces, estaba bien persuadido que me amaban mis vasallos; pero ahora veo que me aman mucho mas de lo que yo pensaba. Yo queria aumentar el agua de mis jardines, y ved aquí mis vasallos me la han hecho venir sin ningun gasto. Conviene, pues, hacer fiesta por mi felicidad." Después mandó celebrar regocijos en su corte, y terminados que fueron, se trasladó á Tenayuca lleno de pesar y de indignacion y determinado á imponer un rigoroso castigo á los conjurados; pero allí fué atacado de una enfermedad mortal que calmó su cólera.

Conociendo la proximidad de su muerte, llamó á su presencia al príncipe Nopaltzin, á sus hijas, y á Acolhuatzin su yerno (pues los otros dos príncipes ya habian muerto), y les recomendó la paz entre sí, el cuidado de los pueblos que les estaban encomendados, la proteccion de la nobleza, y la benignidad para con todos sus vasallos: de allí á pocas horas, entre las lágrimas y sollozos de sus hijos, murió en edad muy avanzada y después de haber reinado en aquel país, por lo que parece, mas de cuarenta años. Era hombre robusto y valiente, pero de un corazon tiernísimo para con sus hijos y muy benigno para con sus vasallos. Su reino habria sido mas feliz si hubiese sido mas corto.[1]

Se esparció inmediatamente por todo el reino la noticia de la muerte del rey, y se dió pronto aviso á los principales señores para que pudiesen asistir al funeral. Adornaron el real cadáver con algunas figuras de oro y de plata, que los chichimecas instruidos por los toltecas habian comenzado ya á trabajar, y lo colocaron en una silla, hecha de goma copal y de otras materias aromáticas, y así estuvo cinco dias, mientras que llegaron los señores convocados para las exequias. Luego que se reunieron todos entre una multitud infinita de pueblo, fué, segun el uso de los chichimecas, quemado el cadáver y recogidas las cenizas en una urna de piedra durísima. Esta urna se mantuvo expuesta por cuarenta dias en una sala de la casa real, donde todos los dias concurria la nobleza á rendir á su difunto señor el homenaje de las lágrimas, y después se trasladó á una cueva inmediata á la ciudad, con las mismas demostraciones de dolor.

§ IX.

NOPALTZIN, REY SEGUNDO DE LOS CHICHIMECAS.

Luego que se concluyó el funeral de Xolotl, celebraron por espacio de otros cuarenta dias la exaltacion al trono del príncipe Nopaltzin con demostraciones de alegría. Al despedirse del nuevo rey los señores para restituirse á sus respectivos Estados, uno de ellos le hizo esta breve arenga: "Gran rey y señor: nosotros como súbditos " y siervos vuestros, vamos por obedecer vuestros preceptos á regir los pueblos que habeis " puesto á nuestro cuidado, llevando en nuestros " corazones el placer de haberos visto sobre el " trono, debido no menos á vuestra virtud que á " vuestro nacimiento. Protestamos que es un " bien incomparable el que tenemos en servir á " un señor tan alto y tan poderoso, y os suplicamos nos mireis con ojos de verdadero padre, y " nos protejais con vuestro poder para que estemos seguros bajo vuestra sombra. Vos sois á " un tiempo agua consoladora y fuego devorador, " y en vuestras manos teneis igualmente nuestra " muerte y nuestra vida."

Despedidos los señores, se quedó el rey en Tenayuca con su hermana *Cihuaxochitl* (flor de las mujeres), viuda del príncipe Chiconquauhtli. Era entonces, por lo que podemos conjeturar, de cerca de sesenta años y tenia ya hijos y nietos. Sus hijos legítimos, tenidos de la reina tolteca, eran *Tlotzin*, *Quauhtequihua* y *Apoposoc*. A Tlotzin, que era el primogénito, le confirió el gobierno de Tezcoco, para que fuese aprendiendo el arte difícil de gobernar á los hombres, y á los

1 Torquemada da á Xolotl ciento tres años de reino y mas de doscientos de vida. Veánse sobre esto nuestras disertaciones.

otros dos la investidura de los Estados de Zacatlan y Tenamitic.[1]

Un año se mantuvo el rey en la corte de Tenayuca ordenando los asuntos de su Estado, que no estaba ya tranquilo como al principio De allí se fué á Texcoco para tratar con su hijo de los medios mas oportunos que podrian tomarse para restituir el reino á su primitiva tranquilidad. Estando allí entró una vez en los jardines reales con su hijo y otros señores de su corte, y estando hablando con ellos, prorumpió inesperadamente en un amargo llanto, y preguntado por la causa, respondió: "Dos son las causas de " mis lágrimas; una la memoria de mi difunto " padre que se me aviva con la vista de este lu- " gar en donde solia divertirse, y la otra el co- " tejo que hago de aquellos felices tiempos con " estos dias amargos. Cuando mi padre plantó " estos jardines tenia súbditos mas pacíficos que " le servian con sinceridad en aquellos cargos que " les conferia, y ellos aceptaban con humildad y " gratitud; pero en este dia reina en todos la am- " bicion y la discordia. Me causa enojo el ver- " me precisado á tratar como enemigos á aque- " llos vasallos que alguna vez trataba en este mis- " mo lugar como amigos y hermanos. Tú, hijo " mio, añadió hablando á Tlotzin, ten siempre " delante de tus ojos la imágen de tu gran abuelo " y esfuérzate á imitar los ejemplos de pruden- " cia y de justicia que te dejo. Fortifica tu co- " razon con todo aquello que necesitarás después " para gobernar bien á tus vasallos." Después de que se consoló algun tanto con su hijo, se fué el rey á su corte de Tenayuca.

El príncipe Acolhuatzin, que aun vivia, creyendo estrechos los límites de su Estado de Azcapozalco, resolvió apoderarse del de Tepotzotlan, y en efecto, lo tomó por fuerza, á pesar de la resistencia que hizo Chalchiuhcua, señor de aquel Estado. Es de creerse que Acolhuatzin no emprendiese semejante violencia sin expreso consentimiento del rey, el cual acaso quiso vengar de aquel modo alguna ofensa recibida de Chalchiuhcua.

Algo mas sangrienta fué la contienda que de allí á poco se suscitó por intereses de muy distinta naturaleza. *Huetzin*, señor de Coatlichan, hijo del difunto príncipe Tzontecomatl,[2] quería casarse con Atotoztli, doncella hermosa y noble y nieta de la reina. La misma pretension tenia *Yacazozolotl*, señor de *Tepetlaoztoc;* pero este, ó porque estaba mas enamorado de la doncella ó porque era de un carácter mas violento, no contento con pedirla á su padre, quiso hacerse dueño de su hermosura por medio de las armas, y á este fin reunió un pequeño ejército de sus vasallos, á los cuales se unió *Tochinteuctli*, que habia sido señor de Quahuacan, y por sus crímenes habia sido despojado de él y confinado á Tepetlaoztoc. Sabedor Huetzin de tal atentado, le salió al encuentro con un número mayor de tropas, y le presentó batalla en las inmediaciononos de Texcoco, en la cual pereció alguna gente de Yacazozolotl con el mismo, y el resto del ejército fué deshecho. Tochinteuctli se salvó con la fuga, acogiéndose en la ciudad de Huexotzinco, del otro lado de los montes. Huetzin, libre de su rival, se hizo con beneplácito del rey dueño de la doncella y del Estado de Tepetlaoztoc.

Después de esta pequeña guerra entre los feudatarios, se movió otra mas considerable de la corona con la provincia de Tolantzinco, que se habia rebelado. Fué el mismo rey en persona con un grueso ejército; pero como los rebeldes eran muchos y estaban bien aguerridos, tocó algunas veces la peor parte al ejército real en los diez y nueve dias que duró la guerra, hasta que reforzado con nueva tropa mandada por el príncipe Tlotzin, fueron deshechos los rebeldes y castigados los jefes de la rebelion con el último suplicio. Su mal ejemplo, imitado por otros señores, experimentó la misma suerte.

Nopaltzin habia ya puesto el reino en tranquilidad cuando murió el célebre príncipe Acolhuatzin, primer señor de Azcapozalco, dejando el Estado á su hijo *Tezozomoc:* su funeral se celebró con grande magnificencia, interviniendo el rey con la nobleza de ambas naciones acolhua y chichimeca.

§ X.

TLOLTZIN, TERCER REY DE LOS CHICHIMECAS.

No tardó en morir el mismo rey después de treinta y dos años de reino, habiendo antes declarado sucesor en la corona á su primogénito Tlotzin. Las exequias se hicieron en la misma corte y con el mismo aparato y ceremonias que las del rey Xolotl, á quien fué semejante no menos en la índole que en la robustez y en el valor.

Entre otros señores que concurrieron á la exal-

1 Si se quisiera adoptar la cronología de Torquemada, seria necesario dar á Nopaltzin cuando subió al trono, 130 años de edad, porque cuando llegó con su padre al país de Anáhuac, tenia lo menos diez y ocho á veinte años, pues tuvo de él la comision de reconocer la tierra, los cuales unidos á 113 que segun Torquemada reinó Xolotl en aquel país, hacen 131 ó 133. Véase sobre esto nuestra disertacion 2.ª

2 Torquemada hace á Huetzin hijo de Itzmitl, y á este hijo de Tzontecomatl en el cap. 30 del lib. 1.º; pero en en el cap. 40 dice que Itzmitl fué uno de aquellos que vinieron con Xolotl de Amaquemecan: así, lo hace nacido antes que su padre Tzontecomatl, pues este era jóven cuando vino á Anáhuac, y no vino antes del año 47 del reino de Xolotl, como afirma el mismo autor. A mas de esto, en un lugar hace á Itzmitl mero chichimeca, y en otro hijo de un acolhua: ¿pero quién será capaz de numerar todas las contradicciones y anacronismos de Torquemada?

tacion del nuevo rey, estuvieron sus dos hermanos Quauhtequihua y Apopozoc, á los cuales detuvo un año en su casa real. Era Tlotzin de una índole tan benigna y amable, que hacia todas las delicias de sus vasallos. Todos los nobles buscaban pretextos para visitarle y gozar de la afabilidad y dulzura de su trato. A pesar de esta índole tan inclinada á la paz, tenia mucho cuidado de las cosas de la guerra, haciendo que sus vasallos se ejercitasen con frecuencia en las armas, y lo divertia en la caza; pero nada sabemos en particular de sus acciones ni de los acontecimientos de su reino en los treinta y seis años que ocupó el trono de Acolhuacan. Murió afligido de gravísimos dolores en Tenayuca. Sus cenizas se depositaron en una urna de piedra preciosa, la cual estuvo cuarenta dias expuesta á la vista del pueblo bajo un pabellon.

§ XI.

QUINATZIN, CUARTO REY DE LOS CHICHIMECAS.

Sucedió en el reino á Tlotzin su hijo *Quinatzin*,[1] tenido en *Quauhctihuatzin*, hija del señor de Huexotla. Su exaltacion se celebró con mayor solemnidad que la de sus antecesores, no en Tenayuca, sino en Tezcoco, en donde estableció su corte, y desde entonces hasta la conquista de los españoles, fué siempre aquella ciudad la capital del reino de Acolhuacan. Para pasar de la antigua á la nueva corte, se hizo conducir en una silla portátil ó litera descubierta, sobre los hombros de cuatro principales señores y bajo de un quitasol que llevaban otros cuatro. Hasta aquel tiempo todos los señores habian caminado siempre á pié. Este rey fué el primero á quien la vanidad le sugirió semejante especie de magnificencia, y este ejemplo fué imitado por sus sucesores y por todos los reyes y magnates de aquel país, esforzándose cada uno á exceder á los otros en el fausto. Emulacion muy perniciosa, no menos á los Estados que á los mismos príncipes.

Los principios de su gobierno fueron muy tranquilos; pero poco después se rebelaron los Estados de *Mextitlan* y *Tototepec*, situados en los montes que están al Norte de aquella capital. El rey, luego que tuvo el aviso, marchó con un grueso ejército, y mandó decir á los jefes de la rebelion, que si su valor era igual á su perfidia, bajasen dentro de dos dias la llanura de Tlaximalco, en donde en una batalla se decidiria su suerte; que si no, él estaba determinado á incendiar la ciudad, no perdonando á las mujeres ni á los niños. Los rebeldes, como estaban ya bien dispuestos, antes del término prefijado bajaron á la llanura para ostentar su valor. Dada allí la señal de la batalla, se combatió furiosa y obstinadamente por una y otra parte, hasta que la noche separó los dos ejércitos, dejando indecisa la victoria. Así continuaron por cuarenta dias en frecuentes luchas, no desmayando jamás los rebeldes, á pesar de las ventajas que todos los dias conseguian las tropas reales; pero conociendo finalmente por la mortandad y diminucion de sus soldados, su inminente ruina, se rindieron á su soberano, el cual castigando rigorosamente á los jefes de la rebelion, perdonó á los pueblos su delito. Lo mismo hizo con el Estado de Tepepolco, que tambien se habia rebelado.

Este espíritu de rebelion á manera de un contagio se iba difundiendo por todo el reino, pues apenas se habia sujetado Tepepolco, se declararon rebeldes Huehuetoca, Mizquict, Totolapa, y otras cuatro ciudades. Quiso el rey ir en persona con un buen cuerpo de tropas contra Totolapa y mandó contra las otras seis ciudades otros tantos cuerpos, bajo el mando de valientes y fieles generales; y fué tanta su felicidad, que en poquísimo tiempo y sin pérdida considerable, redujo á su obediencia todas las siete ciudades. Estas victorias se celebraron en la corte por ocho dias con grandes demostraciones de júbilo, y fueron premiados los generales y los soldados que mas se habian distinguido. Como el mal ejemplo de algunos Estados habia excitado á otros á la rebelion, así el infeliz éxito les sirvió de escarmiento en lo sucesivo para no maquinar mas novedades contra la debida subordinacion á su soberano; por lo que el resto de su gobierno, que segun dicen algunos historiadores fué de sesenta años, gozó Quinatzin de una grande tranquilidad.

Cuando murió este rey, se hicieron con él algunas demostraciones que jamás se habian hecho con sus antecesores, pues abierto el cadáver y extraidas las entrañas, lo prepararon con no sé qué composicion de aromas, para preservarlo por algun tiempo de la corrupcion. Colocáronlo después en una gran silla vestido con las insignias reales y armado de arco y flechas, y le pusieron á los piés una águila de madera y atrás un tigre, para significar su intrepidez y valor. En tal postura lo tuvieron expuesto al público por cuarenta dias, y después del acostumbrado llanto, lo quemaron y sepultaron las cenizas en una cueva de los montes inmediatos á Tezcoco.

Sucedió á Quinatzin en el trono su hijo *Techotlalla;* pero teniendo conexion los acontecimientos de este y de los siguientes reyes chichimecas con los de los mejicanos, los cuales habian ya en este tiempo (en el siglo XIV de la era vulgar) fundado su famosa capital, reservamos para otro lugar la relacion de tales acontecimientos, contentándonos por ahora con presentar á los lectores la serie de todos sus reyes, indicando por lo que se sabe el año de la era vulgar en que comenzaron su reino, para hablar después brevemente de las otras naciones que antes de los mejicanos llegaron á aquel país.

1 Este rey tuvo tambien el nombre de *Tlaltecatzin.*

REYES CHICHIMECAS.

Xolotl en el siglo XII.
Nopaltzin en el siglo XIII.
Tlotzin en el siglo XIV.
Quinatzin en el siglo XIV.
Techotlalla en el siglo XIV.
Ixtlilxochitl en el año 1406.

Entre este y el siguiente rey ocuparon el trono de Acolhuacan los tiranos Tezozomoc y Maxtla.

Nezahualcoyotl en el año 1426.
Nezahualpilli en el año 1470.
Cacamatzin en el año 1516.
Cuicuitzcatzin en el año 1520.
Coanacotzin en el año 1520.

No podemos asignar el año en que comenzaron á reinar los primeros cinco reyes, porque no sabemos cuanto tiempo reinaron Xolotl y Techotlalla; pero sí juzgamos verosímil que la monarquía chichimeca tuvo principio en Anáhuac hácia el fin del siglo XII, y que duró cerca de 330 años, hasta el de 1521 en que acabó juntamente con el reino de Méjico. Ocupáron el trono once reyes legítimos á lo menos y dos tiranos.[1]

Los acolhuas llegaron al país de Anáhuac á los principios del siglo XIII. Por lo que respecta á las otras naciones, es increible la diversidad de opiniones y la confusion de los historiadores sobre su orígen, número y tiempo en que aparecieron en Anáhuac. El grande estudio que he hecho por encontrar la verdad, no me ha servido de mas que de aumentarme la incertidumbre y hacerme perder enteramente la esperanza de saber en lo sucesivo lo que hasta ahora se ha ignorado: omitiendo desde luego las fábulas, diremos solamente lo que es cierto ó muy probable.

§ XII.

LOS OLMECAS Y LOS OTOMÍES.

Los olmecas y los xicallanques ó fuesen una sola nacion ó dos diversas, pero perpetuamente aliadas y unidas, fueron tan antiguas en el país de Anáhuac, que algunos autores los juzgaron anteriores á los toltecas. De su orígen nada se sabe,[1] ni nos dicen otra cosa las pinturas antiguas de aquellos pueblos, sino que habitaron el país circunvecino á la gran montaña Matlalcueye, y que echados de aquí por los teochichimecas ó tlaxcaltecas, se trasladaron á las costas del Golfo Mejicano.[2]

Los otomíes, los cuales componian una de las mas numerosas naciones, fueron verosímilmente de los mas antiguos en aquel país; pero se mantuvieron muchos siglos en la barbarie, viviendo dispersos en las cavernas de los montes y sustentandose de la caza, en la cual eran muy diestros. Ocuparon un espacio de tierra de mas de trescientas millas desde los montes de Izmiquilpan hacia el Noreeste, confinando hácia el Oriente y hácia el Poniente con otras naciones igualmente salvajes. En el siglo XV comenzaron, como diremos en otra parte, á vivir en sociedad, sujetos á la corona de Acolhuacan, obligados por la fuerza ó estimulados por el ejemplo de las otras naciones. Fundaron en el país de Anahuac y en el mismo valle de Méjico, infinitos lugares, la mayor parte de ellos, y especialmente los mas grandes, como los de Xilotepec y Huitzapan, en las inmediaciones del país que antes ocupaban; otros esparcidos entre los matlatzinques y los tlaxcaltecas y en otras provincias del reino, conservando hasta nuestros tiempos sin alteracion su primitivo idioma, aun en colonias aisladas y circundadas por todas partes de otras naciones. No por esto se ha de juzgar que toda la nacion se redujo entonces á la vida civil, pues una gran parte, y tal vez la mayor, permaneció juntamente con los chichimecas en la vida salvaje. Los bárbaros de ambas naciones, confundidos por los españoles bajo el nombre de chichimecas, se hicieron famosos por sus irrupciones, y no fueron enteramente sujetados por los españoles sino hasta el siglo XVII. Los otomíes siempre han sido reputados por la nacion mas grosera de Anáhuac, así por la dificultad que todos tienen en entender su idioma, como por su vida servil, pues aun en el tiempo de los reyes mejicanos eran tratados como esclavos. Su idioma es muy difícil y lleno de aspiraciones, que hacen parte en la garganta y parte en la nariz; pero por otra parte es competentemente copioso y expresivo. Antiguamente fueron celebrados por su destreza en la caza; en el dia comercian por lo general en telas ordinarias, de que visten los otros indios.

1 No contamos entre los reyes chichimecas á *Ixtlilxochitl II*, porque este mas bien que rey fué solamente gobernador de Tezcoco, creado por los españoles. Aun mas podria dudarse si Cuicuitzcatzin debia numerarse entre aquellos reyes, pues á pesar y contra el derecho de Coanacotzin, fué tambien intruso en el reino de Acolhuacan por Moctezuma, mediante las intrigas del conquistador Cortés; pero al menos Cuicuitzcatzin fué aceptado por la nacion, cuando aun no estaba sujeta á la dominacion de los españoles.

1 Algunos autores, entre ellos el célebre doctor Sigüenza, escribieron que los olmecas pasaron de la isla Atlándida, y que ellos solos vinieron á Anáhuac de la parte del Oriente, habiendo todas las otras naciones venido de la parte del Norte; pero enteramente ignoramos los fundamentos de esta opinion.

2 El caballero Boturini conjetura que los olmecas arrojados de su país se fueron á las islas Antillas y á la América meridional. Todo puede ser, pero no se sabe.

§ XIII.

LOS TARASCOS.

La nacion de los tarascos ocupó el vasto, rico y ameno país de Michuacan, en donde se multiplicaron mucho y fundaron muchas ciudades é infinitos pueblos. Sus reyes fuéron rivales de los mejicanos y tuvieron con ellos frecuentes guerras. Sus artefactos ó excedieron ó emularon los de las otras naciones; á lo menos después de la conquista del reino de Méjico, en Michuacan se hicieron las mejores obras de mosaico, y allí solamente se conservó hasta nuestros tiempos este arte tan apreciable. Los tarascos eran idólatras, pero no tan crueles en su culto como los mejicanos. Su idioma es abundante, dulce y sonoro. Usan con frecuencia la r suave. Sus sílabas constan por lo comun de una sola consonante y una vocal. A mas de las ventajas naturales de su país, tuvieron los tarascos la fortuna de tener por primer obispo á don Vasco de Quiroga, uno de los mas insignes prelados que ha producido la España, digno ciertamente de ponerse en paralelo con los antiguos padres del cristianismo, cuya memoria se ha conservado viva hasta nuestros tiempos y se conservará eternamente entre aquellos pueblos. El país de Michuacan, que es de los mas apreciables del Nuevo Mundo, fué agregado á la corona de España por la libre y espontánea cesion de su legítimo soberano, sin que costase á los españoles ni una gota de sangre, aunque es de creerse que el temor que les imprimió la reciente ruina del imperio mejicano, inclinase á aquel monarca á tal cesion.[1]

§ XIV.

LOS MAZAHUAS, MATLATZINQUES Y OTRAS NACIONES.

Los mazahuas fueron hacia mucho tiempo parte de la nacion otomí, pues este idioma y el de aquellos no son mas que diversos dialectos de una misma lengua; pero esta diversidad entre naciones tan celosas por conservar incorrupto su idioma, es una prueba clara de la mucha antigüedad de su separacion. Los principales lugares habitados por ellos estaban sobre los montes occidentales del valle de Méjico, y componian la provincia de Mazahuacan, perteneciente á la corona de Tacuba.

Los matlatzinques formaron un Estado considerable en el fértil valle de Toluca, y aunque hubiese sido grande antiguamente la fama de su valor, fueron no obstante esto sometidos por el rey Axayacatl á la corona de Méjico, como diremos en otra parte.

Los mixtecos y zapotecos poblaron los vastos países de su nombre al Oriente de Tezcoco. Los muchos Estados en que fueron divididos estos dos países, estuvieron mucho tiempo bajo algunos señores ó régulos de las mismas naciones, hasta que fueron conquistados por los mejicanos. Eran aquellas naciones cultas é industriosas; tenian sus leyes, ejercitaban las artes de los mejicanos, y usaban del mismo método de computar el tiempo y de las mismas pinturas para perpetuar la memoria de los acontecimientos, en las cuales representaban la creacion del mundo, el diluvio universal y la confusion de las lenguas, bien que mezclado todo con algunas fábulas.[1] Después de la conquista los mixtecos y los zapotecos han sido los pueblos mas industriosos de la Nueva España. Mientras duró el comercio de la seda, ellos fueron los criadores de los gusanos, y á su fatiga se debe toda la cochinilla que de muchos años á esta parte se ha llevado del reino de Méjico á Europa.

Los chiapanecos han sido, si queremos dar fe á sus tradiciones, los primeros pobladores del Nuevo Mundo. Decian que *Uotan*, nieto de aquel respetable viejo que fabricó la barca grande para salvarse él y su familia del diluvio, y uno de aquellos que emprendieron la fábrica del edificio alto que se hizo para subir al cielo, fué por expreso mandato del Señor á poblar aquella tierra. Decian tambien que los primeros pobladores habian venido de la parte del Norte y que cuando llegaron á Soconusco se separaron, yendo unos á habitar el país de Nicaragua y quedando los otros en el de Chiapan. Esta nacion, por lo que dicen los historiadores, no era gobernada por reyes, sino por dos jefes militares elegidos por los sacerdotes. Así se mantuvieron, hasta que por los últimos reyes de Méjico fueron sujetados á aquella corona. Hacian el mismo uso de las pinturas que los mejicanos y tenian el mismo modo de computar el tiempo; pero eran

1 Dice el caballero Boturini, que hallándose los mejicanos sitiados por los españoles, mandaron una embajada al rey de Michuacan para conseguir su alianza; que este reunió cien mil tarascos y otros tantos teochichimecas en la provincia de *Avalos;* pero intimidado por cierta vision que tuvo una hermana suya ya muerta y restituida á la vida, licenció el ejército y abandonó la empresa de socorrer, como queria, á los mejicanos. Pero toda esta relacion es un tejido de fábulas. 1°. Ningun autor de aquel siglo hace mencion, por lo que sabemos, de tal suceso. 2.° ¿Dónde estaban aquellos cien mil teochichimecas que tan pronto se reunieron? 3.° ¿Por qué reunió el ejército en la provincia mas distante de Méjico? ¿Quién ha visto jamás que el rey de Francia mande reunir sus tropas en Flandes para ir á socorrer alguna ciudad de España? La resurreccion de aquella princesa es una fábula compuesta sobre el memorable acontecimiento de la hermana de Moctezuma, de quien hablaremos en otra parte.

1 Véase sobre la mitología de los mixtecos la obra de fray Gregorio García, domínico, intitulada: *Orígen de los indios*, en el libro quinto, capítulo cuarto.

enteramente diversas las figuras con que representaban los años, meses y dias.

Por lo que respecta á los cohuixques, cuitlatecos, yopes, mazatecos, popolocas, chinantecos y totonacos, nada sabemos de su orígen ni del tiempo en que llegaron á Anáhuac. De sus costumbres particulares diremos alguna cosa cuando pueda servir á la historia de los mejicanos.

§ XV.

LOS NAHUATLACOS.

Entre todas las naciones que poblaron el país de Anáhuac, las mas célebres y las que mas figuran en la historia del reino de Méjico, son aquellas que vulgarmente fueron llamadas *nahuatlacos*. Este nombre, cuya etimología expusimos al principio de esta historia, fué dado principalmente á aquellas siete naciones, ó por decirlo mejor, á aquellas siete tribus de una misma nacion, que llegaron á aquel país después de los chichimecas y poblaron las isletas, la ribera y las inmediaciones de las lagunas de Méjico. Estas tribus fueron las de los xochimilcas, chálqueños, tepanecas, colhuas, tlahuiques, tlaxcaltecas y mejicanos. El orígen de todas estas tribus fué la provincia de Aztlan, de donde salieron los mejicanos, ú otra contigua á ella y poblada por la misma nacion. Todos los historiadores las representan como originarias de un mismo país; todos hablaban la misma lengua. Los diversos nombres con que son conocidas, fueron tomados de los lugares que fundaron, ó de aquellos en que se establecieron.

Los xochimilcas tomaron el nombre de la gran ciudad de Xochimilco, que fundaron sobre la orilla meridional de la laguna de agua dulce ó de Chalco. Los chalqueños de la ciudad de Chalco sobre la orilla oriental de la misma laguna, los colhuas de Colhuacan, los mejicanos de Méjico, los tlaxcaltecas de Tlaxcala, y los tlahuiques de la tierra donde se establecieron, la cual por ser abundante de almagre, se llamó Tlahuican.[1] Los tepanecas tomarian tal vez su nombre de algun lugar llamado *Tepan*[2] donde habrian estado antes de fundar la célebre ciudad de Azcapozalco.

Está fuera de duda que estas tribus no llegaron todas juntas á aquel país, sino en diversos tiempos y con el órden que hemos señalado; pero hay una gran variedad de opiniones entre los historiadores sobre el tiempo preciso en que llegaron á Anáhuac. Nosotros por las razones expuestas en nuestras disertaciones, estamos persuadidos de que las primeras seis tribus llegaron conducidas por aquellos seis señores que se dejaron ver en Anáhuac inmediatamente después de los chichimecas, y de que no hubo un intervalo de tiempo tan grande como cree el padre Acosta, entre su arribo y el de los mejicanos.

Los colhuas, confundidos por los mas de los historiadores españoles con los acolhuas por la semejanza de los nombres, fundaron la pequeña monarquía de Colhuacan, la cual se agregó después á la corona de Méjico por el matrimonio de una princesa heredera de aquel Estado con un rey mejicano.

Los tepanecas tuvieron igualmente sus régulos, entre los cuales fué el primero el príncipe Acolhuatzin, después de haberse casado con la hija de Xolotl. Sus descendientes usurparon, como diremos, el reino de Acolhuacan, y dominaron toda aquella tierra, hasta que las armas de los mejicanos aliadas con las del heredero legítimo de Acolhuacan, arruinaron juntamente con el tirano la monarquía tepaneca.

§ XVI.

LOS TLAXCALTECAS.

Los tlaxcaltecas, llamados por Torquemada y otros autores *teochichimecas* y considerados como una tribu de la nacion chichimeca,[1] se estable-

1 *Tlahuitl* es el nombre mejicano del almagre, y *tlahuican* quiere decir lugar ó país de almagre: los autores le llaman comunmente *tlahuichi*, y dicen haber tomado aquel nombre de un lugar de aquel país llamado *tlahuic;* pero á mas de que no sabemos que jamás haya existido allí tal lugar, el nombre parece poco conforme á la gramática mejicana.

2 Algunos autores les llaman *tecpanecas*. Uno y otro nombre es mejicano: *tecpanecatl* quiere decir habitante de palacio. *Tepanecatl* habitante de lugar pedregoso. Otros dan á este nombre otra etimología muy violenta.

1 Torquemada no solo dice que los tlaxcaltecas eran teochichimecas, sino tambien afirma en el libro III, capítulo 10, que estos *teochichimecas eran otomíes*. Si los tlaxcaltecas eran otomíes, ¿por qué no hablaban la lengua otomí? Y si alguna vez la hablaron, ¿por qué la dejaron por la mejicana? ¿Dónde se ha visto jamás que una nacion libre abandone su nativo idioma por adoptar el de sus enemigos? No es menos increible que los chichimecas fuesen otomíes, como aquí supone el referido autor, aunque en el libro I, capítulo 11, afirma lo contrario. ¿Quién obligó á los chichimecas á dejar su primitivo idioma? Aquel solamente que no conozca el carácter de aquellas naciones ni sepa cuán constantes son en retener su lengua nacional, será capaz de persuadirse que los chichimecas por la comunicacion y alianza con los acolhuas dejasen el otomí por el mejicano. Si los verdaderos otomíes no han alterado en tantos siglos su idioma, ni bajo la dominacion de los mejicanos ni bajo la de los españoles, ¿cómo puede creerse que los chichimecas mudasen enteramente su lengua, siendo dueños de aquel país y ocupando siempre el trono de Acolhuacan, desde Xolotl, fundador de aquel reino, hasta la conquista de los españoles? Yo ciertamente no dudo que la lengua propia de los antiguos chichimecas

cieron en el principio en Poyauhtlan, lugar situado en la ribera oriental de la laguna de Tezcoco, entre esta corte y el pueblo de Chimalhuacan. Aquí vivieron algun tiempo en grande miseria, sustentándose solamente de lo que cazaban, por falta de terreno laborío; pero habiéndose multiplicado y queriendo ampliar los términos de su territorio, se conciliaron la indignacion de las naciones circunvecinas. Los xochimilcas, colhuas, tepanecas y verosímilmente tambien los chalqueños, los cuales siendo sus confinantes, eran por lo mismo los mas perjudicados, se confederaron y armaron un ejército considerable para arrojar del valle de Méjico unos pobladores tan perniciosos. Los tlaxcaltecas, á quienes la conciencia de sus usurpaciones tenia siempre en vela, vinieron en buen órden á encontrarlos. La batalla fué de las mas sangrientas y memorables que se leen en la historia mejicana. Los tlaxcaltecas, aunque inferiores en número, hicieron tanto estrago en sus enemigos, que dejaron cubierto el campo de cádaveres y teñida con sangre una parte de la laguna, en cuya ribera fué el combate. Sin embargo de que salieron tan gloriosos de aquella batalla, determinaron abandonar aquel sitio, bien persuadidos de que mientras estuviesen allí, serian incomodados á todas horas por sus vecinos; y por esto después de haber reconocido todo el país por medio de sus exploradores, y no haber encontrado lugar donde establecerse todos juntos, acordaron el separarse, caminando una parte de ellos hácia el Mediodía y la otra hácia el Norte. Estos últimos, después de un corto viaje, se establecieron con permiso del rey chichimeca en Tollantzinco y en Quauhchinanco. Los otros caminando al rededor del gran volcan Popocatepetl por Tetela y Tochimilco, fundaron en las inmediaciones de Atlixco la ciudad de Quauhquechollan, y pasando algunos adelante, fundaron á *Amaliuhcan* y otros pueblos, y así se extendieron hasta *Poyauhtecatl* ó monte de Orizava, al que verosímilmente dieron este nombre en memoria del lugar del valle mejicano, que habian dejado.

Pero la mayor y mas respetable parte de la tribu, se dirigió por Cholula á la falda del gran monte Matlalcueye, de donde arrojó á los olmecas y á los xicallancas, antiguos habitadores de aquel país, y dió la muerte á su rey *Colopechtli*. Aquí se establecieron bajo de un jefe llamado Colhuacateuctli, procurando fortificarse para poder resistir mejor á los pueblos vecinos si alguna vez quisiesen atacarlos.

En efecto, no pasó mucho tiempo sin que los huexotzincas y otros pueblos, sabedores del valor y fuerza de los nuevos vecinos, temiendo que en lo sucesivo les fuesen perjudiciales, levantasen un grueso ejército para arrojarlos enteramente de todo el país. El golpe fué tan violento, que los tlaxcaltecas se vieron precisados á abandonar el lugar y retirarse á la cima de aquel gran monte. Hallándose allí en la mayor consternacion, imploraron por medio de sus embajadores la proteccion del rey chichimeca, y obtuvieron de él un grueso cuerpo de tropas. Los huexotzincas, no teniendo fuerzas bastantes para oponerse al ejército real, llamaron en su auxilio á los tepanecas, creyendo que no despreciarian tan bella ocasion de vengarse; pero estos, acordándose del trágico suceso de Poyauhtlan, aunque mandaron las tropas, fué con órden de no hacer daño á los tlaxcaltecas, á quienes dieron aviso de esto para que no los tuviesen por enemigos y estuviesen seguros de que aquella gente se mandaba solamente por engañar á los huexotzincas, y no turbar la armonía que habia entre ellos y los tepanecas. Con el socorro de los tezcocanos y con la pérfida pereza de los tepanecas, fueron derrotados los huexotzincas y obligados á volverse á su Estado cubiertos de ignominia. Los tlaxcaltecas, libres de tan grande peligro y hecha la paz con los vecinos, se volvieron á su primer establecimiento para continuar la poblacion ya comenzada.

Este fué el orígen de la famosa ciudad y república de Tlaxcala, eterna rival de los mejicanos y causa de su ruina. Al principio todos obedecian á un jefe; pero habiéndose después aumentado considerablemente su poblacion, quedó la ciudad dividida en cuatro cuarteles, llamados *Tepeticpac*, *Ocotelolco*, *Quiahuiztlan* y *Tizatlan*. Cada cuartel estaba sujeto á un señor, al cual tambien lo estaban todos los lugares dependientes de aquel cuartel, y así todo el Estado se componia de cuatro pequeñas monarquías; pero estos cuatro señores, juntamente con otros nobles de primer órden, formaban una especie de aristocracia respecto del comun del Estado. Esta dieta ó senado era el árbitro de la guerra y de la paz, á él le tocaba señalar el número de tropas que se debian armar y el general que debia mandarlas. En este Estado, aunque pequeño, habia muchas ciudades y pueblos grandes, en los cua-

fuese la misma de los acolhuas y nahuatlacos, esto es, la mejicana. Lo mismo me parece de las toltetas, digan lo que quieran otros autores, ni puedo persuadirme lo contrario después del mas diligente estudio de la historia. Sabemos á la verdad que los nombres de los lugares de donde salieron los toltecas y los chichimecas, y los de aquellos que fundaron en Anáhuac, de las personas de una y otra nacion y de los años de que se servian, eran mejicanos. Sabemos que toltecas y los chichimecas, y los chichimecas y los acolhuas desde el principio se comunicaron entre sí y se entendieron recíprocamente y sin intérprete. El hallarse la lengua mejicana difundida hasta Nicaragua, no puede atribuirse á otro principio que á la dispersion de los toltecas que la hablaban, pues no se sabe que los nahuatlacos penetrasen mas allá de Chiapan. Finalmente, no encontramos ni un solo argumento que confirme la opinion contraria, aunque es comun en nuestros historiadores.

les el año de 1520 se contaban mas de cincuenta mil casas y mas de quinientos mil habitantes. El distrito de la república estaba fortificado con fosos y trincheras por la parte del Poniente, y por la del Oriente con una muralla de seis millas; por la del Mediodía estaba naturalmente defendido con el Matlalcueye, y por la del Norte con otras montañas.

Los tlaxcaltecas eran guerreros, valientes y muy celosos de su honor y de su libertad. Conservaron mucho tiempo el esplendor de su república, á pesar de los contrastes que tuvieron que sufrir de sus enemigos, hasta que por haberse confederado con los españoles contra los mejicanos sus antiguos rivales, quedaron envueltos en la comun ruina. Eran idólatras, y tan supersticiosos y crueles en su culto como los mejicanos. Su númen favorito era *Camaxtle*, aquel mismo que reverenciaban los mejicanos bajo el nombre de *Huitzilopochtli*. Sus artes eran las mismas que las de las otras naciones vecinas. Su comercio era principalmente de maíz y cochinilla. Por la abundancia del maíz se dió á la capital el nombre de Tlaxcallan, esto es, lugar de pan. Su cochinilla era apreciada sobre todas las demás, y despues de la conquista proporcionaba todos los años á la capital una entrada de doscientos mil pesos; pero abandonaron enteramente este comercio por las causas expuestas en otra parte.

§ XVII.

VIAJE DE LOS MEJICANOS AL PAÍS DE ANÁHUAC.

Los aztecas ó mejicanos, que fueron los últimos pobladores del país de Anáhuac y son el asunto principal de nuestra historia, vivieron hasta cerca del año de 1160 de la era vulgar en Aztlan, país situado al Norte del seno de la California, por lo que parece, atendido el camino que hicieron en su peregrinacion y las confrontaciones hechas despues por los españoles en los viajes que hicieron por aquellos paises.[1] La causa de abandonar su patria probablemente seria la misma que tuvieron las otras naciones. Mas cualquiera que fuese, no será del todo inútil exponer al libre juicio de los lectores aquello que los mismos historiadores mejicanos cuentan sobre el orígen de tal resolucion.

Habia, dicen, entre los aztecas un personaje de grande autoridad llamado *Huitziton*, á cuyo parecer deferian todos en gran manera. Este se habia empeñado, no sé por qué motivo, en persuadir á sus nacionales la mutacion de país, y mientras meditaba en esta idea, oyó por casualidad cantar sobre las ramas de un árbol á un pájaro cuya voz imitaba la palabra mejicana tihui, que quiere decir vámonos. Le pareció esta una bella ocasion para obtener de sus nacionales lo que queria. Llamando desde luego á otra persona respetable, llamada *Tecpaltzin*, la condujo á aquel árbol donde solia cantar el pajarillo, y le dijo así: "¿No entiendes, amigo Tecpaltzin, lo "que este pájaro nos está diciendo? Aquel tihui "tihui que á cada hora nos repite, ¿qué quiere "decir sino que es necesario dejar este país y "buscar otro? Este es sin duda algun aviso de algun númen oculto que cuida de nuestra felicidad. Obedezcamos desde luego á su voz y no "queramos atraernos su indignacion con nuestro "desprecio." Asintió plenamente Tecpaltzin á la interpretacion de Huitziton, ó por el concepto que tenia de su sabiduría, ó porque él tambien estaba prevenido del mismo pensamiento. Estando ya de acuerdo estos dos personajes tan autorizados, no tardaron en atraer á su partido el cuerpo de la nacion.

Aunque yo no me fio de esta narracion, no me parece por otra parte enteramente inverosímil, pues no es difícil á una persona reputada por sabia, persuadir, por motivo de religion, cualquier cosa que quiera, á un pueblo ignorante y supersticioso. Mucho mas difícil seria el persuadirme de lo que dicen comunmente los autores españoles, esto es, que los mejicanos emprendieron aquel viaje por expreso mandato del demonio. Los buenos historiadores del siglo XVI y los que los han copiado, suponen enteramente indubitable el comercio continuo y familiar del demonio con todas las naciones idólatras del Nuevo Mundo, y apenas refieren algun acontecimiento de la historia del cual no lo hagan autor. Pero aunque sea cierto que la malignidad de aquellos espíritus se esfuerza por hacer a los hombres todo el mal que puede, y que algunas veces se les han aparecido en forma visible para engañarlos, principalmente á aquellos que no han entrado por el bautismo en el gremio de la Iglesia; con todo, no se puede creer que tales apariciones fuesen tan frecuentes ni su comercio con las referidas naciones tan franco como creen aquellos historiadores; porque Dios, que vela con amorosa providencia sobre sus criaturas, no concede á semejantes enemigos del género humano tanta libertad para dañar. No deben ciertamente admirarse los lectores que hayan leido en otros autores algunos acontecimientos de esta historia, si me encuentran en esto poco conforme con su credulidad; yo,

1 En nuestras disertaciones hablámos de estos viajes hechos por el Nuevo Méjico hácia al Nordeste. Betancurt hace mencion de ellos en la parte 2, trat. 1.°, cap. 10 de su *Teatro mejicano*. Este autor hace á Aztlan distante de Méjico 2.700 millas. Boturini dice que Aztlan es provincia de la Asia; pero no sé qué razones haya tenido para una opinion tan singular. En algunas cartas geográficas publicadas en el siglo XVI, se ve esta provincia situada al Norte del seno de California, y no dudo que esté hácia aquella parte, pero muy distante del referido seno, y así me parece verosímil la distancia señalada por Betancourt.

á la verdad, no estoy dispuesto á atribuir al demonio ningun efecto por solo el testimonio de algunos historiadores mejicanos, pues podian fácilmente caer en error, ó por las ideas supersticiosas con que estaban ofuscados sus entendimientos, ó por la supercheria de los sacerdotes, muy comun en las naciones idólatras.

Finalmente, el viaje de los aztecas, que es cierto, cualquiera que fuese el motivo de hacerlo, fué emprendido por ellos el año de 1160 de la era vulgar, segun lo que podemos conjeturar. Torquemada dice que observó en todas las pinturas antiguas de este viaje, representado un brazo de mar[1] ó rio grande Si alguna vez se hubiese representado en tales pinturas algun rio, este hubiera sido el *Colorado*, que desagua en el seno de California á los 32½ grados de latitud, pues este es el mas considerable de cuantos se encuentran en el camino que ellos hicieron Pasado desde luego el rio Colorado mas allá del grado 35, caminaron hácia el Mediodía hasta el rio Gila, donde permanecieron por algun tiempo, pues hasta ahora se ven las ruinas de los grandes edificios hechos por ellos sobre la orilla de aquel rio. De allí, volviendo á tomar el camino hacia el Sudeste, se detuvieron á la latitud de cerca de 29 grados en un lugar que dista mas de 250 millas de la ciudad de Chihuahua, entre el Nordeste y Norte. Este lugar es conocido con el nombre de *Casas-Grandes* á causa de un edificio muy grande que subsiste hasta ahora, el cual, segun la universal tradicion de aquellos pueblos, fué fabricado por los mejicanos en su peregrinacion. Este edificio está hecho segun el estilo de los del Nuevo Méjico, esto es, compuesto de tres pisos, y sobre ellos terrazo, y sin puerta en el piso inferior. La puerta para entrar en el edificio está en el segundo piso, y así, se necesita allí una escala. Así lo hacen los habitantes del Nuevo Méjico para estar menos expuestos á los asaltos de sus enemigos, poniendo solamente la escala para aquellos á quienes permiten el ingreso en su casa. El mismo motivo tuvieron sin duda los aztecas para hacer el edificio en aquella forma, pues se observan en él las señales de una fortaleza defendida por un flanco por un monte alto, y en el resto circunvalada de una muralla de cerca de siete piés de grueso, cuyos cimientos subsisten hasta el dia. Se ven en esta fortaleza piedras tan gruesas como las de los molinos; las vigas de los techos son de pino y bien labradas. En el centro de tan vasta fábrica hay un montecillo hecho de intento, con el destino, á lo que parece, de hacer en él la guardia y observar á los enemigos. En este lugar se han hecho algunas escavaciones y se han encontrado algunas piezas de loza, como ollas, platos, copas y algunos espejillos de piedra itztli.[1]

De este lugar, atravesando los montes fragosos de la Tarahumara y dirigiéndose hácia el Mediodía, llegaron á *Hueicolhuacan*, hoy llamado Culiacan, lugar situado sobre el seno de la California, á los 24 y medio grados, donde estuvieron tres años.[2] Es de creerse que fabricaron casas y chozas para su alojamiento, y sembraron para su sustento aquellas semillas que traian consigo, como lo hicieron en todos aquellos lugares en donde se detuvieron por algun tiempo considerable. Aquí formaron de madera una estatua que representaba á Huitzilopochtli, númen protector de la nacion, para que los acompañase en su viaje, é hicieron una silla de cañas y juncos para trasportarla, la cual llamaron *teoicpalli* (silla de Dios), y eligieron los sacerdotes que debian cargarlo sobre los hombros, que eran cuatro por vez, á los cuales pusieron el nombre de *teotlamacazque* (siervos de Dios), y al acto de cargarlo llamaron *teomama*, esto es, llevar á Dios á cuestas.

De Hueicolhuacan caminando muchos dias hácia el Oriente, fueron á *Chicomoztoc*, donde se detuvieron. Hasta aquí habian caminado juntas todas las siete tribus de los nahuatlacos; pero aquí se dividieron, y pasando adelante los xochimilcas, tepanecas, colhuas, chalqueños, tlahuiques y tlaxcaltecas, se quedaron allí los mejicanos con su ídolo. Estos dicen que la division se hizo por expreso mandato de su dios; pero nosotros nos persuadimos de que alguna discordia los separó. No se sabe la situacion de Chicomoztoc, donde se detuvieron los mejicanos nueve años; pero á mí me parece que es aquel lugar veinte millas distante de la ciudad de Zacatecas hácia el Mediodía, en donde hasta ahora se ven los res-

1 Yo creo que este pretendido brazo de mar no es otra cosa que la imágen del diluvio universal, representado en las pinturas mejicanas antes del principio de su viaje, como se ve en la copia publicada por Gemelli de una pintura que le mostró el célebre doctor Sigüenza. El caballero Boturini pretende que este brazo de mar sea el seno de la California, pues se persuade que los mejicanos pasaron de Aztlan á la California, y de allí atravesando este seno fueron á Culiacan; pero habiéndose encontrado las ruinas de los edificios fabricados en su viaje por los mejicanos sobre el rio Gila y en la Pimería, no en la California, no hay razon para creer que pasaron por mar, sino por tierra, á Culiacan.

1 Estas son las noticias que he adquirido de dos personas que han visto las *Casas-Grandes*. Se desearia un pormenor de su forma y tamaño; pero en el dia es muy difícil el observarlas, estando despoblado todo aquel país á causa de las furiosas correrías de los apaches y otras naciones bárbaras.

2 La detencion de los aztecas en Hueicolhuacan consta por el testimonio de todos sus historiadores, como tambien su separacion en Chicomoztoc. De su tránsito por la Tarahumara hay tradicion entre aquellos pueblos setentrionales. Junto al Nayarit se encontraron trincheras hechas por los coris para defenderse de los mejicanos en el viaje que estos hicieron de Hueicolhuacan á Chicomoztoc.

tos de un edificio muy vasto, que indubitablemente es obra de los aztecas en su viaje, porque á mas de la tradicion de los zacatecanos, antiguos habitadores de aquel país, siendo estos del todo bárbaros, que no tenian casas ni sabian hacerlas, no puede atribuirse aquella fábrica hallada allí por los españoles, sino á los aztecas. El haberse desde allí reducido á menor número por la desmembracion de las otras tribus, seria probablemente la causa de no haber emprendido los mejicanos en el resto de su viaje tales edificios.

Del país de los zacatecanos caminando hácia el Mediodía por Ameca, Cocula y Zayula, descendieron á la provincia marítima de Colima, y de allí á la de Zacatula, de donde volviéndose hácia el Oriente, subieron á Malinalco, lugar situado en los montes que circundan el valle de Toluca,[1] y después tomando el camino hácia el Norte, llegaron el año de 1196 á la célebre ciudad de Tula.[2]

En el viaje de Chicomoztoc á Tula, se detuvieron un poco en *Coatlicamac*, en donde se dividió la tribu en dos facciones, que en lo sucesivo fueron eternamente rivales y se causaron á competencia gravísimas incomodidades. Causaron la tal discordia, segun dicen ellos, dos envoltorios que maravillosamente aparecieron en medio del campo. Acercándose algunos al primero para reconocerlo, encontraron en él una piedra preciosa, sobre la cual hubo una grande contienda, pretendiendo cada uno obtenerla, como un don de su dios. Pasando después á desenvolver el otro, no encontraron mas que dos leños. A primera vista los despreciaron como una cosa vil; pero advertidos por el sabio Huitziton que les podian ser útiles para sacar fuego, los apreciaron mucho mas que la piedra preciosa. Aquellos que se apropiaron esta, fueron los que después de la fundacion de Méjico se llamaron tlatelolcos, por el lugar que fundaron inmediato á aquella ciudad; los otros, que tomaron los leños, fueron aquellos que tuvieron en lo sucesivo los nombres de *mejicanos* ó *tenochchi*. Pero esta relacion no es una verdadera historia, sino solamente un apólogo inventado para enseñar que en las cosas mas se debe apreciar lo útil que lo hermoso. A pesar de esta discordia, ambos partidos caminaron siempre juntos por el imaginario interés de la proteccion de su dios.[1]

No debe causar maravilla que los aztecas hiciesen tantos rodeos y caminasen como mil millas mas de lo que era necesario para llegar á Anáhuac, pues no se habian prefijado ningun término, buscando en varias partes un país donde poder gozar con ventaja de todas las comodidades de la vida. Ni es menos de maravillarse que en algunos lugares hiciesen fábricas grandes, teniendo, como es de creer, cada lugar donde se detenian por término de su peregrinacion. Algunos sitios les parecieron al principio oportunos para su establecimiento, que después abandonaron por la experiencia de incomodidades no previstas. Donde quiera que se detenian erigian un altar á su dios, y al marcharse dejaban los inválidos, y verosímilmente algunos otros que cuidasen de estos, y tal vez tambien algunos que cansados de tan largo viaje no querrian exponerse á nuevas fatigas.

En Tula estuvieron nueve años, y después once en otros lugares poco distantes, hasta que en el año 1216 llegaron á Zumpanco, ciudad considerable del valle de Méjico. *Tochpanecatl*, señor de esta ciudad, los recibió con singular humanidad, y no contento con franquearles un cómodo alojamiento y regalarlos abundantemente, aficionado á ellos por el trato continuo y familiar, pidió á los jefes de la nacion una doncella noble para mujer de su hijo *Ilhuicatl*. Los mejicanos, obligados con tan grande benevolencia, le dieron á *Tlacapantzin*, la cual inmediatamente se casó con aquel ilustre jóven, y de ellos descendieron, como veremos, los reyes mejicanos.

Después de que se mantuvieron siete años en Zumpanco, se fueron juntamente con el jóven Ilhuicatl á *Tizayocan*, ciudad poco distante de aquella, en donde Tlacapantzin parió un hijo, que tuvo por nombre *Huitzilihuitl*, y en el mismo tiempo dieron otra doncella á *Xochiatzin*, señor de *Quauhtitlan*. De Tizayocan pasaron á Tolpetlac y Tepeyacac, donde actualmente está la villa y celebradísimo santuario de la Vírgen de Guadalupe, lugares todos sobre la orilla de la laguna de Tezcuco y muy vecinos á Méjico, en los cuales se mantuvieron veintidós años.

Desde que comparecieron los mejicanos en aquel país, fueron reconocidos por órden de Xolotl, entonces reinante, el cual no teniendo que temer de ellos, les permitió establecerse donde pudiesen; pero hallándose en Tepeyacac muy incomodados por *Tenancacaltzin*, señor chichimeca, se vieron precisados á refugiarse á Chapoltepec, monte situado sobre la orilla occidental de la laguna, apenas dos millas distante de Méjico,

1 Consta por manuscritos del padre Juan Tovar, jesuita versadísimo en la antigüedad de aquellas naciones, que los mejicanos pasaron por Michuacan, y no pudo ser por otra parte que la de Colima y Zacatula, que entonces verosímilmente pertenecian al reino, como hoy á la diócesis coleiástica de Michuacan; porque si hubiesen hecho por otro camino el viaje á Tula, habrian pasado por Malinalco.

2 La época del arribo de los mejicanos á Tula el año 1196, está confirmada por una historia manuscrita en lengua mejicana, citada por el caballero Boturini, y en este punto de cronología están de acuerdo otros autores.

1 Está fuera de duda que la relacion de los envoltorios fué un mero apólogo, pues los aztecas sabian muchos siglos antes sacar fuego por medio de la confricacion de dos leños.

el año de 1245, reinando Nopaltzin, no Quinatzin, como dicen Torquemada y Boturini.[1]

Las persecuciones que sufrieron en este lugar por algunos señores, principalmente por el de Xaltocan, les hicieron despues de diez y siete años abandonarlo para proporcionarse un asilo mas seguro en *Acocolco*, lugar de algunas isletas en la extremidad meridional de la laguna. Aquí llevaron por el espacio de cincuenta y dos años la vida mas miserable del mundo. Se sustentaban con peces, con toda clase de insectos y raíces palustres, y se cubrian con las hojas de la planta *amoxtli*, que nace con abundancia en aquella laguna, por habérseles consumido enteramente sus vestidos y no encontrar allí modo de proporcionárselos nuevos. Sus habitaciones eran pobrísimas chozas, hechas de las cañas y juncos que produce la laguna. Seria enteramente increible que por tantos años hubiesen podido subsistir en un lugar tan incómodo y en una vida tan miserable, si no estuviese averiguado, tanto por el testimonio de sus historias como por los acontecimientos posteriores.

§ XVIII.

ESCLAVITUD DE LOS MEJICANOS EN COLHUACAN.

Pero aquí en medio de la miseria á lo menos eran libres, y la libertad les endulzaba en alguna manera sus incomodidades; pero el año de 1314 les sobrevino á las otras desgracias la de la esclavitud. Los escritores varían en órden á este acontecimiento. Unos dicen que el régulo de Colhuacan, ciudad poco distante de aquel sitio, no pudiendo sufrir que los mejicanos se mantuviesen en su distrito sin pagarle tributo, les hizo abiertamente la guerra, y habiéndolos vencido los hizo esclavos. Otros afirman que el mismo régulo les mandó una embajada diciéndoles que compadecido de la vida miserable que pasaban en aquellas isletas, les concedia un lugar mejor, donde viviesen con mas comodidad; que los mejicanos, que nada deseaban con mas ansia, aceptaron inmediatamente la gracia, y salieron gustosos de aquel sitio; mas luego que salieron, fueron asaltados por los colhuas y hechos prisioneros. Fuese de una ó de otra manera, lo cierto es que los mejicanos fueron llevados esclavos á Tizapan, lugar perteneciente al Estado de Colhuacan.

Después de algunos años de su esclavitud se encendió la guerra entre los colhuas y los xochimilcas sus vecinos, con tanta desventaja de los primeros, que en todos los encuentros les tocó siempre la peor parte. Afligidos los colhuas por tanta pérdida, se vieron obligados á servirse de sus prisioneros, á los cuales mandaron se preparasen para la guerra, pero no los habilitaron de las armas necesarias, ó porque se habian consumido en las batallas anteriores las que tenian, ó porque los dejaron en libertad de hacerlas como quisiesen. Los mejicanos, persuadiéndose que esta era una bella ocasion para conciliarse la gracia de su señor, se determinaron á emplear el último esfuerzo de su valor. Armáronse todos de palos largos y fuertes, cuyas puntas endurecieron al fuego, no solo para servirse de ellos contra sus enemigos, sino tambien para ayudarse en los saltos que debian dar de un césped á otro, si alguna vez fuese necesario, como en efecto lo fué, pelear en el agua. Hicieron cuchillos de itztli y adargas ó escudos de caña machacada. Se convinieron en no detenerse, cómo solian, en hacer prisioneros, sino contentarse solamente con cortarles una oreja, dejándolos ir sin otro daño. Con estas disposiciones salieron al campo, y mientras peleaban los colhuas y los xochimilcas en tierra ó por la orilla de la laguna, ó en el agua sobre las canoas, se arrojaron impetuosamente sobre los enemigos, sirviéndose en el agua de los palos: á cuantos encontraban les cortaban la oreja y la metian en un cesto que llevaban con este fin; pero cuando no podian hacer esto por la resistencia del enemigo, lo mataban. Con el auxilio de los mejicanos obtuvieron los colhuas una victoria tan completa, que los xochimilcas no solamente abandonaron el campo, sino que no teniendo valor para permanecer en su ciudad, se refugiaron á los montes.

Concluida la accion con tanta gloria, se presentaron, segun el uso de aquellas naciones, los soldados colhuas con sus prisioneros al general, porque no se estimaba entre ellos el valor de los soldados por el número de los enemigos que dejaban muertos en el campo, sino por el de los prisioneros que presentaban vivos al general. No puede dudarse que este fué un sentimiento racional y una práctica muy conforme á la humanidad. Si el príncipe puede vengar sus derechos y repeler la fuerza sin matar á sus enemigos, la humanidad reclama que á estos se les conserve la vida. Si queremos considerar la utilidad, un enemigo muerto no puede dañar, pero mucho menos puede servir, y de un prisionero se puede sacar mucha ventaja sin recibir daño alguno. Si miramos la gloria, mayor esfuerzo se requiere para privar á un enemigo solamente de su libertad, que para quitarle la vida en el calor de la accion. Fueron tambien los mejicanos llamados para mostrar los prisioneros; pero no presentando ni uno (pues cuatro que solamente habian hecho, los tenian escondidos con el fin que diremos), fueron vilipendiados como hombres cobardes por el general y los soldados colhuas. Entonces sacando los mejicanos el cesto lleno de orejas, "ved aquí, dijeron; por el número de orejas que os presentamos,

1 Si se creyese reinante entonces á Quinatzin, seria necesario que su reinado y el de su sucesor comprendiese un espacio de 161 años, y mucho mas, si se adoptase la cronología de Torquemada, el cual supone que Quinatzin reinó hasta el tiempo en que entraron los mejicanos en el valle de Méjico. Véanse nuestras disertaciones.

podeis sacar el de los prisioneros que podiamos haber traido si hubiéramos querido; pero no quisimos perder tiempo en atarlos por anticiparos la victoria." Con tal respuesta quedaron un poco amedrentados los colhuas, no menos por la astucia que por el valor de sus esclavos.

Restituidos los mejicanos al lugar de su residencia (que por lo que parece era entonces Huitzilopochco), erigieron un altar á su dios protector; pero queriendo ofrecerle alguna cosa preciosa en la dedicacion, la pidieron á su señor. Este les mandó por desprecio dentro de un trapo sucio de género ordinario un despreciable pájaro muerto con cierta inmundicia, el cual llevaron los sacerdotes colhuas, y puesto sobre el altar, se retiraron sin hablar palabra. Por grande que fuese el enojo de los mejicanos por una burla tan indigna, reservando para otro tiempo la venganza, pusieron sobre el altar en lugar de aquella inmundicia, un cuchillo de istli y una yerba olorosa. Llegado pues el dia de la dedicacion, quiso asistir á ella el régulo colhua con la nobleza, no por honrar la fiesta, sino por burlarse de sus esclavos. Los mejicanos comenzaron esta funcion con un solemne baile, en el cual se presentaron con los mejores vestidos que tenian, y cuando los circunstantes estaban mas atentos, sacaron los cuatro prisioneros xochimilcas, que hasta entonces habian tenido ocultos, y después de haberlos hecho bailar un poco, los sacrificaron sobre una piedra, rompiéndoles el pecho con el cuchillo de istli y sacándoles el corazon, que todavía caliente y palpitante, ofrecieron á su dios.

Este inhumano sacrificio, el primero de esta especie que sepamos haberse hecho en aquel país, causó tanto horror á los colhuas, que inmediatamente que estos volvieron á Colhuacan, determinaron dar libertad á aquellos esclavos tan crueles, que en lo de adelante podian ser muy perniciosos al Estado; por lo que *Coxcox* (este era el nombre del régulo) les mandó la órden para que saliesen inmediatamente de aquel distrito y se fuesen donde mas les agradase. Salieron gustosos los mejicanos de su esclavitud, y encaminándose hácia el Norte, se fueron á *Acatzitzintlan*, lugar situado entre ambas lagunas, llamado después por ellos *Mexicaltzinco*, cuyo nombre es lo mismo que el de *Méjico*, y se lo pusieron sin duda por el mismo motivo, porque se lo pusieron, como dentro de breve veremos, á su capital; pero no encontrando en aquel sitio la comodidad que buscaban ó queriendo alejarse mas de los colhuas, pasaron á Iztacalco, acercándose siempre mas al sitio donde hoy está Méjico. En Iztacalco hicieron un montecillo de papel, en el cual verosímilmente representaban á Colhuacan,[1] y pasaron una noche entera bailando al rededor de él, cantando su victoria sobre los xochimilcas y dando gracias á su dios de haberlos librado de la dominacion de los colhuas.

Después de haber estado dos años en Iztacalco, pasaron finalmente á aquel sitio de la laguna donde iban á fundar su ciudad. Encontraron allí un nopal nacido en una piedra, y sobre él una águila. Por esto dieron á aquel lugar y después á su ciudad el nombre de Tenochtitlan.[1] Dicen todos ó casi todos los historiadores del reino de Méjico, que esta fué puntualmente la señal que les habia dado el oráculo para la fundacion de la ciudad, sobre el cual cuentan algunos acontecimientos fuera del curso de la naturaleza, que omitimos porque son fabulosos, ó al menos inciertos.

§ XIX.

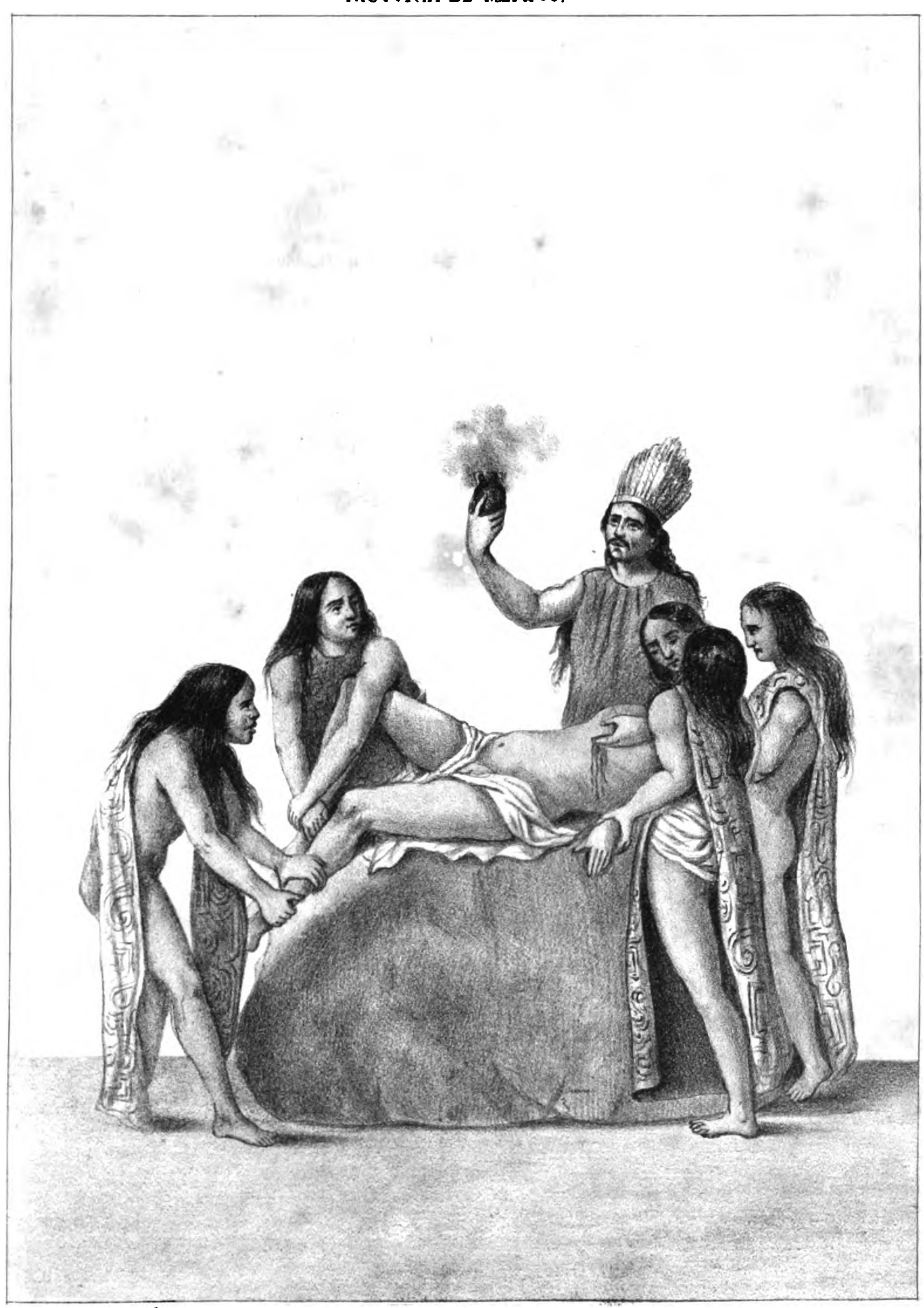
FUNDACION DE MÉJICO.

Luego que los mejicanos tomaron posesion de aquel lugar, edificaron una choza al dios Huitzilopochtli. La dedicacion de aquel santuario, aunque tan miserable, no se hizo sin derramamiento de sangre humana, porque habiendo salido un mejicano atrevido á buscar algun animal para sacrificarlo, se encontró casualmente con un colhua llamado *Xomimitl*, y viniendo después de pocas palabras á las manos á causa de su enemistad, lo venció el mejicano, y atado lo llevó á sus paisanos, los cuales lo sacrificaron inmediatamente, y con gran júbilo presentaron sobre el altar el corazon sacado del pecho; sirviendo tal crueldad no menos al desahogo de su indignacion contra los colhuas, que al culto sanguinario de aquella falsa divinidad. Al rededor del santuario fueron fabricando sus pobrísimas chozas de cañas y juncos, por no tener entonces otros materiales. Este fué el principio de la gran ciudad de Tenochtitlan, que con el tiempo debia ser la corte de un grande imperio y la mas grande y mas hermosa ciudad del Nuevo Mundo. Se llamó tambien Méjico (que es el nombre que después prevaleció), cuya denominacion, tomada del nombre de su dios titular, quiere decir lugar de *Mexitli* ó *Huitzilopochtli*, pues tenia ambos nombres.[2]

1 Los mejicanos representaban á Colhuacan en sus pinturas con la figura de un monte corcovado, y esto es puntualmente lo que significa el nombre.

1 Algunos autores, así españoles como de otras naciones, han alterado este nombre por ignorancia del mejicano, y así en sus libros se lee *Tenoxtitlan*, *Temistitan*, *Temihtitlan*, etc.

2 Hay una grande variedad de opiniones en los autores sobre la etimología del nombre Méjico. Algunos quieren que sea de *Metztli*, luna, porque vieron á esta representada en aquella laguna, como habia predicho el oráculo. Otros dicen que Méjico quiere decir en la fuente, por haber encontrado en aquel sitio una de buena agua. Pero estas dos etimologías son muy violentas, y la primera á mas de violenta es tambien ridícula. Yo creí en algun tiempo que el nombre fuese *Mexico*, que quiere decir



Lit. de Murguia y Cª

La fundacion de Méjico acaeció el año II *Calli*, correspondiente al año 1325 de la era vulgar, reinando en aquel país el chichimeca Quinatzin; pero no por haber mudado sitio los mejicanos mejoraron inmediatamente su fortuna, pues aislados en medio de la laguna, sin tierra donde sembrar ni vestidos con que cubrirse y en perpetua desconfianza de todos sus vecinos, llevaban allí una vida tan miserable como en los otros lugares donde habian estado sustentándose solamente de animales y de vegetales acuáticos. ¿Pero de qué no es capaz la industria humana impelida por la necesidad? La mayor que allí experimentaban los mejicanos, era la de la falta de terreno para sus casas, pues la isleta de Tenochtitlan no era suficiente para todos los habitantes. Remediaron esto haciendo estacadas en aquellas partes donde estaba mas baja el agua, las cuales terraplenaron con piedras y céspedes, uniendo á la isleta principal algunas otras mas pequeñas y poco distantes. Para proveerse de piedra, leña, pan y todo lo necesario para su habitacion, vestido y comida, se aplicaron con suma diligencia á la pesca no solamente del pescado blanco de que hemos hablado en otra parte, sino tambien de otros pececillos y algunos insectos palustres, que hicieron comestibles, y á la caza de innumerables especies de pájaros, que buscando su alimento en el agua concurrian allí. Con el comercio de esta caza con los lugares situados en la orilla de la laguna, adquirieron todo aquello que les faltaba.

Pero donde hizo el último esfuerzo su industria, fué en formar de los céspedes y del fango mismo de la laguna huertos sobre el agua (cuya extructura y forma expondremos en su lugar) donde sembraban maiz, pimiento, chia, frijol y calabazas.

§ XX.

DIVISION DE LOS TENOCHCAS Y TLATELOLCAS.

Así pasaron los mejicanos los primeros trece años, ordenando del modo posible su ciudad, y remediando su miseria con la industria y con el trabajo. Hasta este tiempo se habia conservado unida toda la tribu, a pesar de la discordia entre las dos facciones que se habian formado en el tiempo de su peregrinacion. Esta discordia, que se habia trasmitido de padres á hijos, vino finalmente á estallar el año de 1538. Una de las facciones no pudiendo ya soportar á la otra, tomó la resolucion de separarse; pero no siéndole posible alejarse tanto cuanto le sugeria su rabia, se fué hácia el Norte á establecer en una isleta poco distante, la cual por haber encontrado allí un gran monton de arena, llamaron *Xaltilolco*, y despues por el terraplen que hicieron allí llamaron *Tlatelolco*, nombre que hasta ahora ha conservado.[1] Los que se establecieron en esta isleta, la cual después fué unida á la de Tenochtitlan, tuvieron entonces el nombre de tlatelolcos, y los que quedaron en el primer sitio se llamaron tenochchi; pero nosotros les llamaremos mejicanos, como les llaman todos los historiadores.

Poco antes ó poco después de este acontecimiento, dividieron los mejicanos su miserable ciudad en cuatro cuarteles, asignando á cada uno su dios protector, á mas del de toda la nacion. Esta division subsiste actualmente bajo los nombres de San Pablo, San Sebastian, San Juan y Santa María.[2] En el centro de estos cuarteles estaba el santuario de Huitzilopochtli, al que cada dia tributaban mayor culto.

§ XXI.

SACRIFICIO INHUMANO.

En obsequio de esta pretendida divinidad hicieron en este tiempo un espantoso sacrificio que no se puede oir sin horrorizarse. Mandaron una embajada al rey de Colhuacan, suplicándole les diese alguna de sus hijas para consagrarla madre de su dios protector, significandole que esta era órden expresa de su dios para exaltarla á tan grande honor. El régulo, embriagado de la gloria que le esperaba con tener una hija deificada ó intimidado por la desgracia que preveia si rehusase obedecer la órden de un dios, concedió todo cuanto le pedian, principalmente no pudiendo sospechar lo que iba a suceder. Los mejicanos condujeron con grande júbilo á aquella noble doncella á su ciudad; mas apenas llegó, mandó el demonio, por lo que dicen los historiadores, que le fuese sacrificada, y después de muerta despellejada, y con su piel se vistiese alguno de los

en el centro del maguey; pero con el estudio de la historia me desengañé, y á la presente estoy ya seguro de que Méjico significa el lugar de Mexitli ó Huitzilopochtli, esto es, el Marte de los mejicanos, á causa del santuario fabricado allí; y así, Méjico entre los mejicanos es lo mismo que Janum Martis entre los romanos. Los mejicanos en la composicion quitan á los nombres de esta especie la sílaba tli; el co que se le añade es nuestra preposicion *in*. El nombre Mexicaltzinco equivale al lugar de la casa ó templo del dios *Mexitli*; y así en sustancia significa lo mismo Huitzilopochco, Mexicaltzinco y Méjico, nombres de tres lugares que sucesivamente habitaron los mejicanos.

1 Los antiguos representaban á Tlatelolco en sus pinturas con la figura de un monton de arena. Si esto hubieran sabido aquellos que emprendieron la interpretacion de las pinturas mejicanas, que juntamente con las cartas del conquistador Cortés se publicaron en Méjico el año de 1770, no habrian llamado á este lugar *Tlatilolco*, el cual nombre interpretan, horno.

2 El cuartel de San Pablo fué llamado por los mejicanos *Teopan* y *Xochimilca*, el de San Sebastian *Aztacualco*, el de San Juan *Moyotla* y el de Santa María *Cuepopan* y *Tlaquechiuchcan*.

jóvenes mas valientes de la nacion. Fuese esto una órden del demonio, ó lo que es lo mas verosímil, una cruel invencion de los bárbaros sacerdotes, todo fué ejecutado puntualmente. El régulo, convidado por los mejicanos á asistir al apoteósis de su hija, fué á ser uno de los espectadores de aquella gran funcion y uno de los adoradores de la nueva deidad. Fué introducido en el santuario, en donde al lado del ídolo estaba de pié derecho el jóven vestido con la ensangrentada piel de la víctima. Pero la oscuridad del lugar no le permitió ver lo que era. Le pusieron en la mano un incensario y un poco de copal para que comenzase su culto; pero habiendo visto con la luz de la llama que produjo el copal aquel horrible espectáculo que tenia delante, se le conmovieron de dolor las entrañas, y arrebatado de violentos afectos, salió gritando como un loco y ordenando á su gente la venganza de tan bárbaro atentado; pero no tuvieron el atrevimiento de emprenderla, pues infaliblemente hubieran sido oprimidos por la muultitud, y así se volvió á su casa el desconsolado padre á llorar su desgracia el resto de su vida. Su desventurada hija fué creada diosa y madre honoraria no solo de Huitzilopochtli, sino de todos sus dioses, y esto puntualmente significa el nombre *Teteoinan*, con el cual desde entonces en adelante fué reconocida y reverenciada. Tales fueron en aquella nueva ciudad los ensayos del bárbaro sistema de religion que expondremos en otra parte.

LIBRO III.

Fundacion de la monarquía mejicana: acontecimientos de los mejicanos bajo sus cuatro primeros reyes hasta la derrota de los tepanecas, y conquista de Azcapozalco. Proezas y acciones ilustres de Motezuma Ilhuicamina. Gobierno y muerte de Techotlalla, quinto rey chichimeca. Revolucion del reino de Acolhuacan. Muerte del rey Ixtlilxochitl y de los tiranos Tezozomoc y Maxtlaton.

§ I.

ACAMAPITZIN, PRIMER REY DE MÉJICO.

Hasta el año de 1352 habia sido aristocrático el gobierno de los mejicanos, obedeciendo toda la nacion á un cuerpo compuesto de las personas mas respetables por su nobleza y sabiduría. Los que la gobernaban cuando se fundó Méjico eran veinte,[1] entre los cuales el mas autorizado era *Tenoch*, como aparece por sus pinturas. La suma humillacion en que se hallaban, las incomodidades que sufrian de sus vecinos y el ejemplo de los chichimecas, tepanecas y colhuas, los excitaron á erigir en monarquía su pequeño Estado, no dudando que la autoridad regia daria algun esplendor á todo el cuerpo de la nacion, é imaginando que en el nuevo jefe deberian tener un padre que velase sobre el Estado y un buen general que los defendiese de los insultos de sus enemigos. De comun consentimiento fué elegido *Acamapitzin*, ó por aclamacion del pueblo ó por sufragio de algunos electores, en cuyo juicio se comprometiesen todos, como después se hizo.

Era Acamapitzin uno de los mas ilustres y mas prudentes personajes que entonces tenian. Era hijo de *Opochtli*, nobilísimo azteca,[1] y de *Atozoztli*, princesa de la casa real de Acolhuacan.[2] Por la parte del padre traia su orígen de Tochpanecatl, aquel señor de Zumpanco que tan benignamente acogió á los mejicanos cuando llegaron á aquella ciudad. Aun no se habia casado, y así inmediatamente deliberaron buscarle una jóven de las primeras casas de Anáhuac, y por lo mismo mandaron sucesivamente embajadas al señor de Tacuba y al rey de Azcapozalco; pero de ambos fué desechada su pretension con desprecio. Después sin perder la esperanza por tan ignominiosa repulsa, hicieron la misma súplica á *Acolmiztli*, señor de Coatlichan y descendiente de uno de los tres príncipes acolhuas, rogándole les diese por reina á cualquiera de sus hijas. Cedió Acolmiztli á sus ruegos y les dió á Ilancueitl su hija, la cual condujeron en triunfo los mejicanos, y con suma alegría celebraron las bodas.

§ II.

QUAGUANCHPITZAHUAC, PRIMER REY DE TLATELOLCO.

Los tlatelolcos, los cuales como que eran vecinos y rivales, habian estado siempre observando

---

1 Los veinte señores que entonces gobernaban la nacion, se llamaban: *Tenoch*, *Atzin*, *Acacitli*, *Ahuexotl* ó *Ahueietl*, *Ocelopan*, *Xomimitl*, *Xiuhcac*, *Axolohua*, *Nanacatzin*, *Quentzin*, *Tlalala*, *Tzontliyayauh*, *Cozcatl*, *Tezcatl*, *Tochpan*, *Mimich*, *Tetepan*, *Tezacatl*, *Acohuatl* y *Achitomecatl*.

1 Algunos historiadores dicen que Acamapitzin, el cual suponen nacido en la esclavitud de Colhuacan, fué hijo de Huitzilihuitl el viejo; pero no es verosímil, pues Huitzilihuitl, nacido en el tiempo en que los mejicanos estuvieron en Tizayuca, tenia lo menos noventa años cuando los mejicanos fueron conducidos esclavos; y así Huitzilihuitl no fué padre, sino mas bien abuelo de Acamapitzin. Torquemada hace á este rey hijo de Cohuatzontli; pero nosotros nos adherimos á la opinion del doctor Sigüenza, que con mayor crítica y diligencia que la de Torquemada, indagó la genealogía de los reyes mejicanos.

2 Es de maravillarse que Opochtli se casase con una dama tan ilustre en un tiempo en que su nacion estaba tan envilecida con la esclavitud; pero este matrimonio está confirmado por las pinturas de los mejicanos y colhuas, vistas por el doctísimo Sigüenza.

lo que se hacia en Tenochtitlan por emular la gloria de los mejicanos, y porque en algun tiempo no fuesen oprimidos por su poder, crearon tambien ellos su rey; pero no creyendo ventajoso que por entonces fuese de su nacion, sino mas bien de la de los tepanecas (á cuyo señor estaba sujeto el sitio de Tlatelolco, igualmente que el de Méjico), pidieron al rey de Azcapozalco alguno de sus hijos para que como monarca los mandase y ellos le sirviesen como vasallos. El rey les dió á su hijo *Quaquauchpitzahuac*,[1] el cual inmediatamente fué coronado primer rey de Tlatelolco el año de 1353.

§ III.

PENSIONES IMPUESTAS Á LOS MEJICANOS.

Es de sospecharse que los tlatelolcos al hacer tal demanda á aquel rey, así por adularle como por irritarle contra los mejicanos sus rivales, le exagerasen la insolencia de estos en crear un rey sin su permiso, pues pocos dias después convocó el mismo rey de Azcapozalco á sus consejeros y les habló así: "¿Qué os parece, nobles " tepanecas, del atentado de los mejicanos? Ellos " se han introducido en nuestros dominios y van " aumentando considerablemente su ciudad y su " comercio, y lo que es peor, han tenido el atre- " vimiento de crear rey á uno de sus nacionales " sin esperar nuestro permiso. ¿Pues si esto ha- " cen en los principios de su establecimiento, " qué puede creerse harán después, cuando se " hayan multiplicado y aumentado sus fuerzas? " ¿No es de temerse que en lo sucesivo en vez " de pagarnos el tributo que les hemos impuesto, " pretendan que nosotros se lo paguemos á ellos, " y que el régulo de los mejicanos quiera ser " tambien monarca de los tepanecas? Yo por " lo mismo juzgo necesario aumentarles de tal " modo las gabelas, que fatigándose por pagarlas " se consuman, ó no pagándolas sean incomoda- " dos por nosotros con otros males, y finalmente, " obligados á salir de nuestro Estado." Aplaudieron todos semejante resolucion; ni debia esperarse otra cosa, pues el príncipe que al consultar manifiesta su inclinacion, mas busca panegiristas que sigan sus deseos, que consejeros que iluminen su razon. Mandó pues el rey decir á los mejicanos, que siendo tan pequeño el tributo que hasta aquel tiempo le habian pagado, queria que de allí en adelante se duplicase; que á mas de esto debian llevarle no sé cuántos miles de piés de sauces y acebos para plantarlos en los caminos y en los jardines de Azcapozalco, y juntamente conducir hasta aquella corte un gran huerto, en donde estuviesen sembradas y ya nacidas todas las simientes usuales en Anáhuac.

Los mejicanos, que hasta aquel tiempo no habian pagado otro tributo que una cierta cantidad de peces y cierto número de pájaros acuatiles, se afligieron demasiado por estos nuevos impuestos, temiendo que sucesivamente se fuesen aumentando; mas sin embargo, hicieron todo cuanto les fué mandado, llevando al tiempo señalado, juntamente con la acostumbrada pesca y caza, los piés de árboles y el huerto flotando sobre el agua. Quien no haya visto los bellísimos jardines que hasta nuestros dias se cultivan en medio del agua y la facilidad con que se trasladan á donde se quiere, no podrá sin dificultad persuadirse que sea cierto este suceso; pero cualquiera que los haya visto, como yo y todos los que hayan navegado en aquella laguna, en donde los sentidos hallan el mas dulce recreo del mundo, no tendrá razon para dudar de la verdad de esta historia. Entregado el referido tributo, les mandó el mismo rey que el próximo año le llevasen otro huerto, y en él una ánade y una garza tapando ambas los huevos; pero en tal manera que al llegar á Azcapozalco comenzasen á nacer los polluelos. Obedecieron los mejicanos, y tomaron tan bien sus medidas, que el necio príncipe tuvo el placer de ver salir los polluelos de los huevos. Mandó después que para el otro año le llevasen á mas del huerto un venado vivo. Esta nueva órden era á la verdad mas difícil de ejecutar, pues para cazar el venado era necesario ir á los montes del continente, con evidente peligro de encontrarse con sus enemigos: sin embargo, la ejecutaron por redimirse de vejaciones mas grandes. Esta dura opresion de los mejicanos no duró menos de 50 años. Los historiadores del reino de Méjico afirman que los mejicanos en todas sus aflicciones imploraban la proteccion de su dios, y que este les facilitaba la ejecucion de las órdenes; pero nosotros somos de otro dictámen.

El pobre rey Acamapitzin tuvo á mas de estos disgustos el de la esterilidad de la reina Ilancueitl, y por esta razon se casó con Tezcatlamiahuatl, hija del señor de Tetepanco, de la cual tuvo algunos hijos, y entre otros á Huitzilihuitl y Chimalpopoca, sus sucesores en la corona. Tomó la segunda mujer sin dejar la primera; antes vivian las dos en tal concordia, que Ilancueitl se encargó de la educacion de Huitzilihuitl. Tuvo tambien, aunque no condecoradas con la cualidad de reinas, otras mujeres, y entre ellas una esclava, de la cual le nació *Itzcoatl*, uno de los mejores y mas celebrados reyes que hubo en Anáhuac. Gobernó Acamapitzin pacíficamente su ciudad, la cual era entonces todo su reino, por el espacio de treinta y siete años. En su tiempo se aumentó la poblacion, se fabricaron algunos edificios de piedra y se comenzaron los canales, que no menos sirvieron á la hermosura de la ciudad que á la utilidad de los ciudadanos. El intérprete de la

1 En el encabezamiento de este párrafo, página anterior, dice: *Quaguanchpitzahuac*; léase: *Quaquauchpitzahuac*.—N. del E.

coleccion de Mendoza atribuye á este rey la conquista de Mizquic, Cuitlahuac, Quauhnahuac y Xochimilco. ¿Pero quién podrá persuadirse que los mejicanos estuviesen para emprender la conquista de cuatro ciudades tan grandes, cuando apenas podian sostenerse en su propio establecimiento? Por lo que la pintura de esta coleccion que representa aquellas cuatro ciudades vencidas por los mejicanos, debe entenderse de estos en cuanto fueron tropas auxiliares de otros Estados, como poco después sirvieron al rey de Texcoco contra los de Xaltocan.

Poco antes de morir convocó Acamapitzin á los magnates de la ciudad y les hizo un breve discurso, recomendándoles á sus mujeres é hijos y el celo por el bien público. Díjoles que habiendo recibido de sus manos la corona, se las restituia para que la diesen á quien juzgasen deber ser mas útil al Estado, y protestó el sentimiento que tenia al morir, dejando á su nacion tributaria de los tepanecas. Su muerte, acaecida el año de 1389, fué muy sentida de los mejicanos, y sus exequias se celebraron con cuanta solemnidad permitia la miseria de la nacion.

Desde la muerte de Acamapitzin hasta la eleccion del nuevo rey, hubo, segun dice el doctor Sigüenza, un interregno de cuatro meses, lo cual no volvió á suceder jamás, pues desde entonces apenas pasaban unos pocos dias después de la muerte de un rey cuando se elegia otro. Esta vez pudo retardarse la eleccion, por haber estado la nobleza ocupada en regular el número de los electores, y establecer el ceremonial de la coronacion, que entonces comenzó á observarse.

§ IV.

HUITZILIHUITL, SEGUNDO REY DE MÉJICO.

Reunidos, pues, los electores, escogidos de entre la nobleza, el mas viejo de ellos habló de esta manera: "Mi edad me da ánimo para hablar " el primero. Es ciertamente grande, ¡oh no- " bles mejicanos! la desgracia que hemos tenido " en la muerte de nuestro rey; nadie hay que de- " ba llorarla mas que nosotros, que éramos las " plumas de sus alas y los párpados de sus ojos. " Semejante desgracia se hace mayor por el es- " tado calamitoso en que nos hallamos bajo la " dominacion de los tepanecas, con oprobio del " nombre mejicano. Vosotros, pues, á quienes " tanto urge el remedio de la presente calami- " dad, pensad en elegir un rey que cele del ho- " nor de nuestro poderoso dios Huitzilopochtli, " que vengue con su brazo las afrentas hechas á " nuestra nacion, que tome bajo la sombra de su " clemencia á los huérfanos, las viudas y los an- " cianos." Concluida esta breve arenga, dieron sus votos y salió electo Huitzilihuitl, hijo del difunto rey Acamapitzin. De allí salieron en órden, y yéndose á la casa del electo, le tomaron en medio, le condujeron al *tlatocaicpalli*, esto es, á la silla real ó trono, y habiéndolo hecho sentar, le ungieron en la forma que expondremos en otra parte, le pusieron en la cabeza la *copilli* ó corona, y uno á uno le prestaron la obediencia. Entonces uno de los mas respetables personajes levantó la voz entre todos y habló así al rey: " No os intimideis, ¡oh generoso jóven! por el nue- " vo cargo que os han dado de ser jefe de una " nacion encerrada entre los cañaverales y jun- " cos de esta laguna. Es ciertamente una des- " gracia el tener un reino tan pequeño estable- " cido en distrito ajeno, y gobernar una nacion " que siendo libre al principio, vino á ser tribu- " taria de los tepanecas. Pero consolémonos, " pues estamos bajo la proteccion de nuestro " gran dios Huitzilopochtli, cuya imágen sois y " cuyo lugar ocupais. La dignidad á la cual " habeis sido ensalzado por él, no debe serviros " de pretexto para el ocio ni la molicie, sino mas " bien de estímulo para el trabajo. Tened siem- " pre delante de vuestros ojos los claros ejem- " plos de vuestro gran padre, el cual no perdo- " nó fatiga alguna por el bien de su pueblo. " Querríamos, ¡oh señor! haceros presentes dig- " nos de vuestra persona; pero pues no nos lo " permite la fortuna en que nos hallamos, dignaos " recibir nuestros deseos y la fidelidad constan- " te que os prometemos."

Aun no se habia casado Huitzilihuitl cuando subió al trono, y así se pensó inmediatamente en darle mujer, y quisieron los nobles que esta fuese alguna hija del mismo rey de Azcapozalco; pero para no exponerse á una repulsa tan ignominiosa como la que tuvieron que sufrir en tiempo de Acamapitzin, acordaron hacer esta vez la peticion con las mayores demostraciones de sumision y respeto. Fueron, pues, algunos nobles á Azcapozalco, y presentándose al rey, puestos de rodillas, expusieron así su pretension: " Ved, gran señor, á vuestros piés á los pobres " mejicanos, esperando de vuestra benignidad " una gracia muy superior á su mérito; ¿pero á " quién deberemos ocurrir sino á vos que sois " nuestro padre y nuestro señor? Vednos pen- " dientes de vuestra boca y prontos á todas " vuestras insinuaciones. Os suplicamos con el " mas profundo respeto os compadezcais de nues- " tro amo y vuestro siervo Huitzilihuitl, encer- " rado entre los espesos cañaverales de la lagu- " na. El está sin mujer y nosotros sin reina. " Dignaos, señor, dejar salir de vuestras manos " algunas de vuestras piedras preciosas ó de vues- " tras hermosas plumas. Dadnos una de vues- " tras hijas para que venga á reinar en nuestra " tierra."

Estas expresiones, que son particularmente elegantes en la lengua mejicana, docilitaron de tal modo la voluntad de *Tezozomoc* (este era el nombre del rey), que inmediatamente dió á su hija *Ayauhcihuatl*, con indecible placer de las mejica-

nos, los cuales la condujeron en pompa á Méjico, y celebróse el deseado matrimonio con la acostumbrada ceremonia de anudar la extremidad del vestido de la esposa con la del esposo. Tuvo de esta el rey en el primer año un hijo, á quien impusieron el nombre de *Acolnahuacatl;* pero deseoso de ennoblecer á su nacion con nuevas alianzas, pidió y obtuvo del señor de Quauhnahuac una de sus hijas, llamada *Miahuaxochil*, de la cual tuvo á Motezuma *Ilhuicamina*, el mas famoso rey que tuvieron los mejicanos.

§ V.

TECHOTLALLA, REY DE ACOLHUACAN.

Reinaba entonces en Acolhuacan *Techotlalla*, hijo del rey Quinatzin. Los treinta primeros años de su reinado fueron muy pacíficos; pero después se rebeló contra la corona *Tzompan*, señor de Xaltocan, el cual viendo que sus fuerzas no eran bastantes para oponerse á su soberano, llamó en su auxilio á los Estados de Otompan, Mestitlan, Quahuacan, Tecomic, Quauhtitlan y Tepozotlan. El rey Techotlalla le prometió el perdon porque dejase las armas y se sometiese. Es de creerse que usase de tal clemencia por respeto á la nobilísima sangre del reo, pues era el último descendiente de Chiconquauhtli, uno de los tres príncipes acolhuas. Pero este, orgulloso con el número de tropas que tenia, desechó con desprecio la gracia. Irritado el rey, mandó contra los rebeldes un ejército, al que se unieron los mejicanos y los tepanecas, llamados por él. La guerra fué obstinada, y no pudo terminarse en menos de dos meses; mas declarada finalmente la victoria por el rey, Tzompan y todos los jefes de las ciudades rebeldes fueron castigados con el último suplicio, acabando en el mismo Tzompan el clarísimo linaje de Chiconquauhtli. Esta guerra, hecha por los mejicanos como auxiliares del rey de Acolhuacan contra Xaltocan y los otros Estados confederados, se ve representada en la tercera figura de la coleccion de Mendoza; pero el intérprete de esta pintura se engañó, creyendo á esta ciudad conquistada por la corona de Méjico.

Concluida la guerra, los mejicanos volvieron triunfantes á su ciudad, y el rey Techotlalla para precaver en lo sucesivo nuevas rebeliones, dividió su reino en sesenta y cinco Estados, dando á cada uno un señor que lo gobernase con subordinacion á la corona. De cada Estado sacó alguna gente para establecerla en otro, bien que quedando sometida al señor del Estado de que salia, queriendo así tener en freno á los pueblos por medio de la gente extranjera, y dependiente de otro que en cada uno ponia. Política á la verdad útil para impedir la rebelion, pero injuriosa á los súbditos inocentes y difícil para los señores que los gobernaban. A mas de esto, honró á algunos nobles con empleos respetables. Hizo a *Tetlato* general de las armas, á *Yolqui* alojador é introductor de embajadores, á *Tlami* mayordomo del real palacio, á *Amechichi* superintendente de la policía de las casas reales, y a *Cohuatl* director de los plateros de Ocoloco. Nadie trabajaba el oro y la plata para el servicio del rey sino los mismos hijos del director, que para este fin habian aprendido el arte. El alojador de los embajadores tenia bajo sus órdenes algunos otros oficiales colhuas; el mayordomo tenia cierto número de chichimecas, y el superintendente de la policía un número igual de tepanecas. Con tales providencias aumentó el esplendor de la corte y afirmó el trono de Acolhuacan, bien que no pudo impedir las revoluciones que breve expondremos. Estos y otros semejantes rasgos de política que se irán descubriendo en el curso de esta historia, harán conocer la injuria que hicieron á los americanos aquellos europeos que los calificaron de animales de otra especie, y aquellos tambien que los creen incapaces de mejora.

La nueva alianza contraida por el rey de Méjico con el de Azcapozalco y la gloria adquirida por los mejicanos en la guerra de Xaltocan, contribuyeron mucho, no menos al vigor de su pequeño Estado que al mejor tratamiento de sus personas, porque teniendo ya mayor libertad y extension en su comercio, comenzaron en este tiempo á vestirse de algodon, del cual carecian antes enteramente por su miseria, no vistiéndose de otra cosa que de telas gruesas de hilo de maguey ó de palma silvestre. Mas apenas comenzaron á respirar, cuando de la misma familia real de Azcapozalco salió contra ellos un nuevo enemigo y un perseguidor sanguinario.

§ VI.

ENEMISTAD DE MAXTLATON CON LOS MEJICANOS.

Maxtlaton, señor de Coyoacan é hijo del rey de Azcapozalco, hombre ambicioso, indómito y cruel, y por lo mismo temido aun de su mismo padre, habia llevado á mal el matrimonio de su hermana Aiauhcihuatl con el rey de Méjico. Disimuló algun tiempo su disgusto por respeto á su padre; pero en el año décimo del reinado de Huitzilihuitl, se fué á Azcapozalco y convocó la nobleza para exponerle sus quejas contra los mejicanos y su rey. Representóle el aumento de la poblacion de Méjico, exageró el orgullo y la arrogancia de aquella nacion y los fatales efectos que debian temerse de las disposiciones presentes, y sobre todo, se quejó de la gravísima injuria que le habia hecho el rey de Méjico en haberle quitado su mujer. Es necesario saber que Maxtlaton y Aiauhcihuatl, aunque hijos de Tezozomoc, eran nacidos de diversas madres, y tal vez semejantes matrimonios eran permitidos en-

toncos entre los tepanecas. O quisiese pues de verdad casarse Maxtlaton con su hermana, ó fuese, como es mas verosímil, un mero pretexto para ejecutar sus crueles designios, tomó en aquel congreso la resolucion de llamar á Huitzilihuitl para reprenderle su pretendida temeridad. Fué en efecto el rey mejicano á Azcapozalco; ni esto debe causar maravilla, pues no era cosa desusada en aquel tiempo el visitarse recíprocamente los señores, á mas de que en Huitzilihuitl habia la razon particular de ser feudatario de aquella corona, porque aunque desde el nacimiento de Acolnahuacatl hubiese la reina de Méjico obtenido de su padre Tezozomoc el relevar á los mejicanos de los impuestos á que por tantos años habian estado sujetos, quedó sin embargo Méjico en la condicion de feudo de Azcapozalco, y los mejicanos debian presentar cada año al rey tepaneca dos ánades en reconocimiento de su alto dominio.

Maxtlaton recibió á Huitzilihuitl en una sala de su palacio, y después de haber comido con él en presencia de sus cortesanos, que lo adulaban en sus proyectos, le hizo una severísima reprension sobre la injuria que pretendia haberle hecho en el matrimonio con Aiauhcihuatl. El rey mejicano le protestó su inocencia, diciéndole con la mayor humildad que ni él habria pedido jamás á la princesa, ni el rey su padre se la habria concedido si hubiese estado obligada con otro. Mas á pesar de la sinceridad de sus excusas y de la eficacia de sus razones, Maxtlaton le replicó indignado: "Bien podria yo sin escucharos mas, " daros aquí inmediatamente la muerte; así que- " daria castigada vuestra temeridad y vengado " mi honor; pero no quiero que se diga que un " príncipe tepaneca mata á traicion á su ene- " migo. Vete, pues, en paz, que el tiempo me " hará lograr alguna ocasion de tomar una ven- " ganza mas decorosa."

Se fué el mejicano lleno de ira y de rabia, y no pasó mucho sin que sintiese los efectos de la enemistad de su cruel cuñado. La verdadera causa de tal enemistad fué el temor que concibió Maxtatlon de que acaso debiese recaer en algun tiempo la corona de los tepanecas en su sobrino Acolnahuacatl, habiendo nacido de una hija del rey Tezozomoc, y así su nacion quedase sujeta á la mejicana. Por libertarse, pues, de este temor, tomó la bárbara resolucion de hacer morir á su sobrino, como en efecto sucedió, por las manos de ciertos hombres que quisieron con semejante crueldad conciliarse la gracia de su señor, pues jamás faltan á los potentados hombres venales que sean ministros de sus pasiones.[1] Tezozomoc no consintió en este crímen; pero ni tampoco demostró, por lo que sabemos, algun disgusto. En el discurso de esta historia se verá que el orgullo, la ambicion y crueldad de Maxtlaton, no toleradas, sino antes bien fomentadas por su indulgente padre, fueron la causa de su ruina y del exterminio de su nacion. Huitzilihuitl sufrió muy contra su voluntad un golpe tan doloroso; pero no se hallaba con fuerzas bastantes para vengarse.

§ VII.

TLACATEOTL, SEGUNDO REY DE TLATELOLCO.

En el mismo año (1399) en que sucedió en Méjico esta tragedia, murió en Tlatelolco el primer rey Quaquauhpitzahuac, dejando aquella ciudad considerablemente aumentada con buenos edificios, bellos jardines y mayor civilizacion. En su lugar fué elegido *Tlacateotl*, de cuyo orígen hablan con variedad los historiadores, pues algunos le creen tepaneca, como su antecesor, y otros acolhua, dado por el rey de Acolhuacan. La rivalidad que habia entre los mejicanos y tlaltelolcos, contribuyó muchísimo al engrandecimiento de ambas ciudades, procurando los unos exceder en todo á los otros. Los mejicanos por su parte habian emparentado con las naciones vecinas, aumentando su agricultura, multiplicando sus huertos flotantes en la laguna, y tenian tambien mayor número de canoas, con las cuales se habia aumentado su pesca y su comercio, y así pudieron celebrar su año secular I *Tochtli*, correspondiente al de 1402 de la era vulgar, con mayor aparato que todos los otros cuatro corridos después de su salida del país de Aztlan.

Reinaba tambien en este tiempo en Acolhuacan Techotlalla, ya decrépito; por lo que previendo la proximidad de su muerte, llamó á su hijo y sucesor Ixtlilxochitl, y entre otras instrucciones que le dió, le aconsejó que ganara los ánimos de los señores sus feudatarios, porque podria suceder que Tezozomoc, viejo astuto y ambicioso, que hasta aquel tiempo se habia contenido por temor, quisiese conjurarse contra el imperio. No eran vanos los temores de Techotlalla, como breve veremos. Murió finalmente este rey el año de 1406, después de un largo reinado, aunque no tanto cuanto dijeron algunos autores.[1]

---

1 No hay autor que exponga las circunstancias de la trágica muerte del tierno príncipe Acolnahuacatl, ni se puede concebir cómo pudieron los tepanecas ejecutar en Méjico semejante atentado, pero no por esto podemos dudar del hecho, pues lo vemos testificado por los historiadores nacionales, aunque entre los españoles haya alguno, como el padre Acosta, que se equivoque confundiendo esta muerte con la de Chimalpopoca, tercer rey de Méjico.

1 Torquemada y Bentancourt dan 104 años de reinado á Techotlalla; pero aunque no sea imposible el reinar tantos años, es enteramente inverosímil, ni podemos creer esto sin graves documentos, principalmente siendo su cronología disparatada en todo. Véanse nuestras disertaciones.

§ VIII.

IXTLILXOCHITL, REY DE ACOLHUACAN.

Después de celebradas las reales exequias con las ceremonias acostumbradas y la asistencia de los régulos y señores feudatarios de aquella corona, se celebró la exaltacion de Ixtlilxochitl. Entre los régulos estaba el de Azcapozalco, el cual inmediatamente manifestó que el difunto rey Techotlalla le tenia bien conocido, pues sin prestar obediencia al nuevo rey, se fué á su Estado para excitar á rebelion á los otros feudatarios. Convocó á los reyes de Méjico y Tlatelolco, y les dijo que habiendo muerto Techotlalla, que tantos años habia tiranizado aquel país, él queria poner en libertad á todos los señores particulares, de tal manera que cada uno gobernase su Estado con absoluta independencia del rey de Acolhuacan; que para conseguir un fin tan glorioso, necesitaba de su auxilio y confiaba en su valor, ya conocido á todas las naciones, que serian partícipes de la gloria á que aspiraba; y á fin de que el golpe fuese mas seguro, él haria entrar en la confederacion á otros señores, que sabia estar animados de los mismos pensamientos. Ambos reyes, ó por temor á la prepotencia de Tezozomoc ó por aumentar la gloria de sus armas, se ofrecieron á servirle con sus tropas, y lo mismo respondieron otros señores solicitados por él.

Entre tanto procuraba Ixtlilxochitl ordenar los negocios de su corte y conciliarse los ánimos de sus vasallos; pero reconoció, no sin grave pesar, que muchos se habian sustraido de su obediencia por someterse al pérfido Tezozomoc; y así para impedir los progresos de sus enemigos, mandó á los caciques de Coatlichan, Huexotla y otros Estados vecinos á la corte, que armasen sin dilacion cuantas tropas pudiesen. El mismo rey queria mandar en persona el ejército; pero fué disuadido por sus cortesanos, los cuales estimaron mas necesaria su presencia en la corte, pues en aquella turbulencia podrian algunos enemigos ocultos ó de una fidelidad equívoca, aprovecharse de su ausencia para apoderarse de la capital y precipitarlo del trono. Fué, pues, nombrado general del ejército *Tochinteuctli*, hijo del cacique de Coatlichan, y para sustituirle en caso de muerte ó de algun otro accidente, *Quauhxilotl*, señor de Ixtapallocan. Eligieron para teatro de la guerra el llano de Quauhtitlan, quince millas al Norte de Azcapozalco. Las tropas rebeldes eran mas numerosas, pero las del ejército real mas bien disciplinadas. Este ejército antes de ir á Quauhtitlan, desoló seis Estados de los señores rebeldes, así para debilitar á los enemigos como para no dejar atrás quien los pudiese perjudicar. La guerra fué de las mas obstinadas, equilibrándose la disciplina de los tezcocanos con el número de los tepanecas, los cuales en breve tiempo hubieran sido enteramente vencidos si no hubiesen sido reemplazados continuamente por nuevas tropas. Los confederados de los rebeldes destacaban con frecuencia gruesos cuerpos y los mandaban á hacer correrías en los Estados fieles, seguros de encontrar en ellos poca resistencia, por estar reunidas en Quauhtitlan casi todas las fuerzas de los tezcocanos. Entre muchos males que causaron, mataron á Quauhxilotl, señor de Ixtapallocan, el cual vuelto del campo de Quauhtitlan, murió con gloria, defendiendo valerosamente su ciudad. Se vió por lo tanto obligado el rey de Acolhuacan á dividir sus fuerzas, destinando para defensa de la ciudad una buena parte de la gente que de algunos lugares distantes le venia de socorro. Viendo Tezozomoc que en vez de ventajas que esperaba, cada dia se iban disminuyendo sus fuerzas y que su gente estaba impaciente por las fatigas y peligros de la guerra después de tres años de continua lucha, pidió la paz con intencion de acatar por una traicion oculta, lo que habia comenzado con fuerza manifiesta. El rey de Acolhuacan, aunque no podia fiarse de la fe del tepaneca, consintió sin embargo, sin exigirle aguna condicion, que le diese seguridad por lo sucesivo, porque sus tropas estaban tan cansadas como las de su enemigo.

§ IX.

CHIMALPOPOCA, TERCER REY DE MÉJICO.

Luego que se acabó esta guerra ó poco antes, murió en 1409 Huitzilihuitl después de veinte años de reinado, habiendo publicado algunas leyes útiles al Estado y dejando á la nobleza en posesion de la libertad que tenian de elegir al sucesor. Fué, pues, elegido su hermano Chimalpopoca, y desde entonces quedó, por lo que parece, establecida la ley de elegir alguno de los hermanos del rey difunto, y faltando estos, alguno de los sobrinos. Esta ley fué constantemente observada, como haremos ver, hasta la ruina del imperio mejicano.

Mientras Chimalpopoca procuraba afirmarse en el reino de Méjico, Ixtlilxochitl vacilaba en el de Acolhuacan. La paz que Tezozomoc le habia pedido, era un pretexto para dejarlo adormecerse, y entre tanto promover con mas eficacia sus designios. Cada dia veia engrosarse mas su partido, al paso que se disminuia el del tezcocano. Se halló este desventurado rey reducido á tal extremo, que no creyéndose ya seguro en la corte, andaba errante por los montes inmediatos, escoltado por un pequeño ejército y acompañado de los señores de Huexotla y Coatlichan, que le fueron constantemente fieles. Los tepanecas con el objeto de estrecharle mas, interceptaban los víveres que se llevaban á su campo; por lo que llegó á tal necesidad, que se vió precisado á pedir víveres á sus propios enemigos. ¡Tan fácil

así es precipitarse de la cumbre de la felicidad humana al abismo de la miseria!

Mandó, pues, á su sobrino, llamado *Cihuacuecuenotzin*, á Otompan, una de las ciudades rebeladas, para que suplicase á aquellos ciudadanos socorriesen á su rey con los víveres de que necesitaba y es amonestase que dejaran el partido de los rebeldes acordándose de la fidelidad que le habian jurado. Bien conocia Cihuacuecuenotzin el peligro de la empresa; pero prevaleciendo á su temor la nobleza de sus sentimientos, la fortaleza de su espíritu y la fidelidad á su soberano, obedeció inmediatamente: "Voy, señor, le dijo, " á ejecutar vuestras órdenes y á sacrificar mi " vida á la obediencia que os debo. No ignorais " cuánto se han alejado de vos los de Otompan " por adherirse á vuestro enemigo. Toda la tier- " ra está ocupada por los tepanecas y llena de " peligros; mi regreso es muy incierto. Pero si " yo perezco por vuestro servicio y si el sacrifi- " cio que os hago de mi vida es digno de algu- " na recompensa, os suplico que protejais á los " dos tiernos hijos que dejo." Estas palabras, acompañadas de lágrimas, enternecieron el corason del rey, el cual al despedirlo le dijo: "Nues- " tro dios os acompañe y os restituya salvo. ¡Ah! " tal vez á vuestro regreso hallareis ejecutado en " mí lo que temeis en vos, pues son tantos los " enemigos que solicitan mi muerte." Se fué Cihuacuecuenotzin sin dilacion á Otompan, y antes de entrar supo que estaban en aquella ciudad los tepanecas, mandados por Tezozomoc á publicar un bando; no por esto se intimidó, antes con ánimo intrépido se fué hasta la plaza, donde los tepanecas habian reunido al pueblo para publicar el bando, y después de haber saludado á todos cortesmente, expuso con libertad su embajada.

Los de Otompan se burlaron de él y escarnecieron su demanda; pero ninguno de ellos se atrevió á pasar adelante, hasta que un hombre vil le tiró una pedrada, excitando á los otros á darle muerte. Los tepanecas, que habian estado quietos y callados para observar lo que harian los de Otompan, viéndolos ya abiertamente declarados contra el rey de Acolhuacan y su embajador, gritaron diciendo: *Muera, muera el traidor*, acompañando los gritos con pedradas. Cihuacuecuenotzin arrostró al principio á sus enemigos; pero viéndose oprimido por la multitud y tentando salvar la vida por la fuga, fué muerto por una tempestad de piedras. ¡Hombre verdaderamente digno de mejor fortuna! Ejemplo memorable de fidelidad, que habria sido celebrado por los historiadores y los poetas, si el héroe en vez de ser americano, hubiese sido griego ó romano.

Los tepanecas se llenaron de vanagloria por un hecho tan inhumano y contrario al derecho de gentes, y protestaron á la multitud el grande placer que tenian de poder informar á su señor, como testigos oculares de la inviolable fidelidad de los de Otompan. Dijeron tambi n, que puntualmente habian sido mandados para intimarles la órden de no dar auxilio al rey de Texcoco, bajo la pena de proscripcion, y para exhortarlos á tomar las armas contra aquel rey y en defensa de su libertad. El señor de Otompan y los primeros hombres de la nobleza, respondieron que obedecian gustosos las órdenes del rey de Azcapozalco, y se ofrecieron á hacer cuanto pudiesen por favorecer sus intenciones.

§ XI.

MUERTE TRÁGICA DEL REY IXTLILXOCHITL Y TIRANÍA DE TEZOZOMOC.

Inmediatamente dieron aviso de este suceso al señor de Acolman, y este, que era hijo de Tezozomoc, lo hizo saber á su padre, el cual creyendo ser ya tiempo de poner en ejecucion su pensamiento, llamó á los señores de Otompan y Chalco, de cuya fidelidad confiaba mas y cuyos Estados estaban en una situacion muy oportuna á su intento, y les encargó levantaran, con el mayor secreto que se pudiese, un buen ejército y lo emboscaran en un monte inmediato al campo del rey de Texcoco; que de allí mandasen al campo real dos capitanes de los mas avisados y mas valientes, los cuales con pretexto de comunicar al rey algun importantísimo secreto, procurasen alejarlo cuanto les fuese posible de su gente, y entonces le matasen inmediatamente. Todo sucedió como el maligno príncipe lo habia pensado. Hallábase entonces el rey en las inmediaciones de Tlaxcala, no tuvo sospecha alguna de los dos capitanes que fueron á hablarle, y cayó incautamente en el lazo. El atentado se ejecutó á vista del ejército real, aunque á una pequeña distancia. Ocurrieron inmediatamente á castigar la temeridad de aquellos dos perversos capitanes; pero cargando el ejército de los conjurados, que era mas numeroso, fueron inmediatamente derrotados. Apenas se pudo salvar el real cadáver para hacerle las exequias, y el príncipe heredero, que fué testigo del trágico fin de su padre, tuvo que esconderse entre los matorrales para sustraerse del furor de los enemigos. Así acabó el desgraciado rey Ixtlilxochitl, después de siete años de reinado, en 1410.

Dejó algunos hijos, entre ellos á *Nezahualcoyotl*, heredero de la corona, tenido de *Matlalcihuatzin*, hija de Acamapitzin, rey de Méjico.[1] Estaba es-

1 Torquemada hace á Matlalcihuatzin hija de Huitzilihuitl; ¿pero cómo? El dice que este rey cuando subió al trono no tenia mas que 17 años, que no se habia casado, y que reinó 20 ó cuando mas 26 años. Por otra parte, representa á Nezahualcoyotl en la muerte de su pretendido abuelo en edad de poder ir á la guerra y de hacer negociaciones para asegurarse la corona, y así deberá decirse que Huitzilihuitl antes de contar 26 años de matrimonio, tenia ya nietos al menos de 20 años.

te príncipe dotado de un grande ingenio, de una magnanimidad incomparable, y era digno mas que cualquiera otro de ocupar el trono de Acolhuacan; pero no pudo por la prepotencia de Tezozomoc entrar en posesion del trono, que por tantos títulos le era debido, sino después de algunos años é infinitos peligros y contrastes.

El pérfido Tezozomoc habia preparado gruesos cuerpos de tropas, para que cuando los de Otompan y Chalco hubiesen ejecutado el golpe premeditado sobre la persona del rey, ellos cayesen sobre las ciudades de Tezcoco, Huexotla, Coatlichan, Coatepec é Iztapallocan, que habian sido las mas fieles á su señor, y las destruyesen á fuego y sangre. Los habitantes de aquellas ciudades que pudieron salvarse por la fuga, se fueron del otro lado de los montes á refugiarse entre los huexotzincas y tlaxcaltecas: todos los demás murieron defendiendo su patria; pero vendieron muy caras sus vidas, pues fué infinita la sangre que corrió de una y otra parte. Si se quiere buscar la causa de tantos males, no se encontrará otra que la ambicion de un príncipe. Pluguiese á Dios que fuesen mas raros en el mundo y menos violentos los estragos de las pasiones. La mal domada de un príncipe ó de un ministro, basta para inundar de sangre humana los campos, arruinar las ciudades, trastornar los reinos y poner en desórden á toda la tierra.

Satisfecha finalmente la crueldad del tirano con la opresion de sus enemigos, se hizo jurar rey de Acolhuacan en la ciudad de Tezcoco, concediendo á todos los que habian tomado las armas contra él, indulto general y libertad para volverse á sus casas. Dió en feudo la ciudad de Tezcoco á Chimalpopoca, rey de Méjico, y la de Huexotla á Tlacateotl, rey de Tlatelolco, por premio de los grandes servicios que le habian prestado en la guerra. En otros lugares puso gobernadores que le eran fieles y declaró á Azcapozalco corte y capital de todo el reino de Acolhuacan.

Halláronse presentes á esta funcion, aunque disfrazados, algunos personajes de los contrarios al tirano, y entre ellos el príncipe Nezahualcoyotl. El dolor y la rabia que este sintió, excitaron en él el ardor juvenil, y le habrian precipitado á una accion temeraria contra sus enemigos, si un confidente suyo que le acompañaba no lo hubiese disuadido, representándole las fatales consecuencias de su temeridad, y haciéndole ver cuanto mejor seria esperar del tiempo alguna ocasion mas oportuna para recuperar la corona y vengarse de sus enemigos; que el tirano estaba ya decrépito, y que su muerte, que no podria tadar mucho, mudaria enteramente el estado de las cosas; que los mismos pueblos vendrian á someterse á su legítimo señor, obligados de la injusticia ó de la crueldad del usurpador. En esta misma ocasion un oficial mejicano muy respetable (verosimilmente *Izcoatl*, hermano del rey y general de las tropas mejicanas), ó de propia autoridad ó por órden del rey Chimalpopoca, subió al templo que la nacion tolteca tenia en aquella corte, y habló así al inmenso pueblo que allí estaba: "Oid, chichimecas, oid, acolhuas, y todos cuantos " aquí os hallais; ninguno se atreva á hacer mal " alguno á nuestro hijo Nezahualcoyotl, ni per- " mita que otro se lo haga, si no quiere sujetar- " se á un rigoroso castigo." Este bando sirvió mucho para la seguridad del príncipe heredero, no queriendo nadie atraerse la cólera de una nacion que empezaba á hacerse respetar.

Poco tiempo después muchos de aquellos nobles que por sustraerse del furor de las tropas tepanecas se habian refugiado á Huexotzinco y Tlaxcala, se reunieron en *Papalotla*, lugar inmediato á Tezcoco, para deliberar sobre el partido que debian tomar en aquellas circunstancias, y todos se convinieron en someterse á los nuevos señores constituidos en las ciudades por el usurpador, así para librarse de tantas hostilidades, como para cuidar tranquilamente de sus casas y familias.

El tirano después de haber contentado su ambicion con la usurpacion del reino de Acolhuacan, y su crueldad con los estragos hechos, quiso tambien complacer su codicia con imponer gabelas á sus vasallos. Mandó que á mas del tributo de víveres y ropa que antes pagaban al rey, le pagasen otro de oro y piedras preciosas, sin advertir que estas gabelas servirian para exasperar los ánimos de sus vasallos, los cuales deberia mas bien conciliarse con la moderacion y la dulzura, para hacer mas segura la posesion de un trono establecido sobre la injusticia y la crueldad. Los nobles toltecas y chichimecas respondieron á los pregoneros, que ellos querian presentarse en persona al rey para hablarle sobre el asunto. Les pareció excesiva la altanería del tirano, y su conducta muy distinta de la moderacion de los antiguos reyes de quienes descendia. Por lo que acordaron mandarle dos oradores de los mas valientes que allí hubiese, uno tolteca y otro chichimeca,[1] á fin de que cada uno de ellos á nombre de su nacion le hiciese representaciones fuertes y eficaces. Fueron ambos á Azcapozalco, é introducidos á la audiencia del tirano, después de una profundísima inclinacion, habló antes el tolteca, por respeto á la mayor antigüedad de su nacion en aquel país, y representándole los humildes principios de los toltecas y las necesidades que sufrieron antes de llegar al esplendor y a la gloria de que gozaron por algun tiempo, y la miseria á que fueron reducidos después de su ruina, describió la lamentable dispersion en que los halló Xolotl cuando llegó a aquella tierra, y recorriendo los dos siglos posteriores, hizo una patética enumeracion de las incomodidades que ha-

1 El nombre del orador tolteca era Quathhuao, y el del chichimeca Tequiquiznahuacatl.

bian sufrido, para mover á compasion al tirano y libertar á su nacion del nuevo impuesto.

Apenas concluyó su arenga el tolteca, comenzó la suya el chichimeca: "Yo, señor, dijo, puedo " hablar con mayor confianza y libertad, pues soy " chichimeca y hablo á un príncipe de mi mis- " ma nacion, como que es descendiente de aque- " llos grandes reyes Xolotl, Nopaltzin y Tlotzin. " No ignorais, ¡oh gran señor! que aquellos divinos " chichimecas vuestros abuelos no hacian caso del " oro ni de las piedras preciosas. No se ponian " en la cabeza otra cosa que una guirnalda de yer- " bas y flores campestres, ni se adornaban con " otros brazaletes que con el horrible cuero en " el cual heria la cuerda del arco al disparar las " saetas. Sus comidas se reducian al principio " á carne cruda y á yerbas insípidas, y sus ves- " tidos á las pieles de los venados y de las fieras " que ellos mismos cazaban. Cuando los tolte- " cas aprendieron la agricultura, los mismos re- " yes trabajaban la tierra para excitar con el " ejemplo á sus súbditos al trabajo. La opulen- " cia y la gloria á que después fueron ensalzados " por la fortuna, no los hicieron jamas orgullo- " sos. Servíanse, sí, como reyes, de sus vasallos; " pero como padres los amaban, y se contenta- " ban con que los reconociesen con humildes do- " nes de la tierra. Yo, señor, no os presento es- " tos claros ejemplos de vuestros antepasados sino " para suplicaros humildísimamente no querais " exigir de nosotros mas que lo que nos exigian " vuestros mayores." Oyó el tirano una y otra arenga, y aunque le irritó el cotejo con los otros reyes, disimuló sin embargo su disgusto, y se contentó, despidiendo á los oradores, con firmar la órden publicada sobre el nuevo impuesto.

Entre tanto Nezahualcoyotl, siempre solícito, andaba por algunas ciudades procurando conciliarse los ánimos para colocarse sobre el trono. Pero por mas que le amasen sus vasallos y le quisiesen ver en posesion del reino, no se atrevian á favorecer abiertamente su partido por temor al tirano. Entre los vasallos mas inmediatos que lo abandonaron, fué el señor de *Chimalpan* su tio, y *Tecpanecatl*, hermano de su segunda mujer *Nezahualxochitl*, de la estirpe real de Méjico. Estando en tales negociaciones, llegó una tarde á una casa de campo de la provincia de Chalco, perteneciente á una señora viuda, llamada *Tziltomiauh*. Observó que allí habia un plantío de magueyes de donde sacaba la viuda pulque, no solamente para uso de su familia, sino tambien para vender, lo que estaba severamente prohibido por las leyes chichimecas. Inflamóse de tal modo de celo por las leyes de sus padres, que sin poderlo contener ni la adversidad de su fortuna ni otro algun respeto, allí inmediatamente con sus propias manos mató á la mujer delincuente. Accion verdaderamente inconsiderada y reprensible, en la cual tuvo mas parte el ardor de la edad que la prudencia. Este hecho causó un grande rumor en aquella provincia, y el señor de Chalco, que era su enemigo y habia sido cómplice en la muerte de su padre, procuró con diligencia haberlo á las manos; pero el príncipe previendo las consecuencias de su atentado, se habia ya puesto en seguridad.

§ XIII.

MUERTE DEL TIRANO TEZOZOMOC.

Habian corrido ya ocho años desde que Tezozomoc poseia tranquilamente el reino de Acolhuacan, inútilmente pretendido por Nezahualcoyotl, cuando unos sueños funestos lo pusieron en grande consternacion. Soñó que Nezahualcoyotl, trasformado en águila, le abria el pecho y le comia el corazon, y en otra vez, que este mismo trasformado en leon le arañaba el cuerpo y le chupaba la sangre. De tal manera se intimidó con estas trágicas imaginaciones que le causaba la misma conciencia de su injusticia y tiranía, que llamando á sus tres hijos *Tayatzin*, *Teuctzintli* y *Maxtlaton*, después de haberles expuesto los sueños, les encargó que cuanto antes dieran la muerte á Nezahualcoyotl; pero que lo hicieran con tante secreto, que nadie pudiera sospechar del autor de esta muerte. Apenas sobrevivió un año á estos sueños. Era ya tan viejo, que no pudiendo calentarse ni estar en una silla, era necesario tenerlo todo cubierto de algodon dentro de un gran cesto de mimbres hecho á manera de cuna; pero desde esta cuna, ó mas bien sepultura, tiranizaba al reino de Acolhuacan y pronunciaba oráculos de injusticia. Poco antes de morir declaró por su sucesor en el reino á su hijo Tayatzin y volvió á mandar la muerte de Nazahualcoyotl, conservando hasta el último suspiro sus perversos designios. Así acabó su larga vida este monstruo de ambicion, de perfidia y de injusticia, el año de 1422, después de haber tiranizado nueve años al reino de Acolhuacan y poseido muchísimos el Estado de Azcapozalco.[1]

Aunque á Tayatzin como sucesor de la corona perteneciese el dar las órdenes oportunas para el

1 Torquemada hace á Tezozomoc hijo inmediato del primer príncipe acolhua, y así lo hace reinar 160 ó 180 años; pero de la misma arenga que le hizo el orador chichimeca, nos consta que Tezozomoc era descendiente de Xolotl, Nopaltzin y Tlotzin. Pues la hermana de Nopaltzin casó con el príncipe Acolhuatzin, y así sus hijos eran primos de Tlotzin, hijo de Nopaltzin. En todo esto conviene Torquemada con nosotros. ¿Quién fué jamás llamado descendiente de su primo? Quien quiera leer la cronología de los reyes chichimecas en la obra de Torquemada, conocerá inmediatamente las equivocaciones de este autor. Puede ser que haya habido dos ó tres señores de Azcapozalco nombrados Tezozomoc; pero el que tiranizó á Acolhuacan fué cuando mas cuarto nieto del príncipe Acolhuatzin.

funeral de su padre, sin embargo, su hermano Maxtlaton, como mas atrevido y mas activo, se arrogó el derecho y comenzó entonces á mandar con toda autoridad como si estuviese ya en posesion del reino á que aspiraba, creyendo muy fácil el oprimir á su hermano, que era hombre poco ó nada práctico en el gobierno. Hizo Maxtlaton avisar á los reyes de Méjico y de Tlatelolco y á los otros señores, para que honrasen con su presencia y sus lágrimas las exequias de su comun señor. Nezahualcoyotl, aunque no llamado, quiso hallarse presente, para observar, como es de creer, con sus ojos la disposicion de la corte. Fué acompañado de un íntimo confidente y de alguna gente de comitiva, y entrado en la sala del real palacio, en donde estaba expuesto el cadáver, encontró allí á los reyes de Méjico y de Tlatelolco, á los tres príncipes hijos del tirano y á otros señores. Saludó a todos uno á uno segun el órden con que estaban sentados, comenzando por el rey de Méjico, y les presentó ramilletes de flores, conforme el uso de aquel país. Concluidos los cumplimientos, se sentó al lado del rey Chimalpopoca, su pariente, para acompañarlo en el duelo. Teuctzintli, uno de los hijos de Tezozomoc y heredero de su crueldad, creyendo esta una buena ocasion para ejecutar la inicua comision de su padre contra Nezahualcoyotl, la propuso á su hermano Maxtlaton. Mas este, aunque tuviese un corazon no menos inhumano, pero tenia mejor entendimiento: "Aparta, le respondió Maxtlaton, " aparta de la imaginacion semejante pensamien" to. ¿Qué dirian los hombres de nosotros, vién" donos maquinar la muerte de otro cuando " debiamos llorar la de nuestro padre? Dirian " que no es grande el dolor que deja lugar á la " ambicion y á la venganza. El tiempo nos hará " lograr alguna ocasion mas oportuna para cum" plir la determinacion de nuestro padre sin con" ciliarnos el odio de nuestros vasallos. Neza" hualcoyotl no es invisible. Si él no se esconde " en el fuego, en el agua ó en las entrañas de la " tierra, infaliblemente caerá en nuestras ma" nos." Esto sucedió el cuarto dia después de la muerte del tirano, en el cual fué quemado su cadáver y se sepultaron sus cenizas con extraordinaria pompa y solemnidad.

Al dia siguiente se restituyeron á sus ciudades los reyes de Méjico y Tlatelolco, y Maxtlaton comenzó luego con menos disimulo á descubrir su ambicioso designio de apoderarse del reino, mostrando con su arrogancia y atrevimiento que cuando no le bastasen sus astucias usaria de la fuerza. No tuvo valor Tayatzin para oponérsele, conociendo la índole atrevida y violenta de su hermano y la ventaja de tener este súbditos acostumbrados á obedecerle. Tomó desde luego el partido de irse á Méjico para conferenciar con el rey Chimalpopoca, á quien habia sido principalmente recomendado por su padre sobre tan arduo negocio. El rey le recibió con singulares demostraciones de afecto, y después de los acostumbrados cumplimientos, le dijo Chimalpopoca: *¿Qué haceis, oh príncipe? ¿no es vuestro el reino? ¿no os lo dejó vuestro padre? ¿por qué pues viéndoos injustamente despojado no os esforzais para recuperarlo?* *Porque poco importan*, respondió Tayatzin, *mis derechos si no me ayudan mis vasallos. Mi hermano se ha hecho dueño del reino y no hay quien le contradiga. Seria temeridad oponérsele sin otro poder ni otras fuerzas que mis deseos y la justicia de mi causa. Lo que no se puede con la fuerza*, replicó Chimalpopoca, *se suple con la industria. Yo os sugeriré un arbitrio para libraros de vuestro hermano y poneros sin peligro en posesion del trono. Excusaos de habitar en el palacio de vuestro difunto padre, con el pretexto de que allí se os aviva el dolor con el recuerdo de sus acciones y del amor que os tenia, y que por esto quereis fabricar otro palacio para vuestra residencia. Cuando este se haya concluido, haced una comida abundante y convidad á vuestros hermanos, y allí en medio de la alegría os será fácil con gente secretamente preparada el libertar á vuestro reino de un tirano y á vos mismo de un rival tan pernicioso y tan injusto, y para que mejor podais lograrlo, yo os ayudaré con mi persona y con todas las fuerzas de mi nacion.* A tal consejo no respondió Tayatzin sino con la tristeza de sus miradas, ocasionada del amor á la sangre ó de la vileza de la accion que se le proponia.

De todo este discurso fué testigo un criado de Tayatzin, el cual se habia quedado en un lugar en donde podria escucharlos á su arbitrio, y esperando hacer fortuna por medio de una traicion, se marchó por la tarde secretamente á Azcapozalco, fué en derechura al palacio, y obtenida audiencia de Maxtlaton, le reveló todo cuanto habia oido. Hallóse su ánimo á un tiempo combatido por la cólera, el temor y la congoja que excitó en él esta relacion; pero como hombre político que era y practicó en ocultar sus sentimientos, manifestó en su semblante que la despreciaba y reprendió severamente al delator su atrevimiento y temeridad en calumniar á tan respetables personajes, lo trató de ebrio y lo mandó á su casa á digerir el pulque. Pasó el resto de la noche deliberando sobre el partido que debia tomar, y determinó finalmente anticiparse á su hermano y hacerlo caer en sus redes.

§ XIV.

MAXTLATON, TIRANO DE ACOLHUACAN.

En la mañana del dia siguiente convocó al pueblo de Azcapozalco, y le dijo que no pudiendo él quedar en el palacio de su padre, porque este pertenecia al príncipe Tayatzin, y teniendo por otra parte necesidad de casa en aquella corte, en donde se pudiese alojar cada vez que por algun interés debiese venir de su Estado de Coyohua-

can, queria que le manifestasen el amor que le tenian, en la prontísima construccion de tal edificio. Fué tan grande la diligencia de los de Azcapozalco y tanta la multitud de operarios que concurrieron allí, que no habiéndose detenido Tayatzin en Méjico mas de tres dias, á su regreso á Azcapozalco encontró ya comenzada la fabrica. Le causó maravilla tal novedad, y preguntando la causa á Maxtlaton, le respondió que debiendo dejarle la casa real para no perjudicar á sus derechos, se fabricaba otra, en donde pudiese alojarse cuando viniese á la corte. Quedó satisfecho el bueno de Tayatzin con semejante respuesta, y fácilmente se persuadió de que Maxtlaton no pensaba ya en la usurpacion de la corona. Concluida en poco tiempo la fabrica, convidó Maxtlaton á comer á sus hermanos, a los reyes de Méjico y Tlatelolco y a otros señores. Tayatzin ignorando enteramente la traicion de su criado, no advirtió el lazo que se le tendia; pero Chimalpopoca, que era mas hábil y mas cauto, debió de sospechar la traicion y se excusó cortesmente de asistir. Llegado el dia señalado para aquella gran fiesta, concurrieron a la nueva casa los convidados, y cuando estaban mas distraidos en la alegria de la comida, y acaso tambien mas calientes por el pulque, que es la ocasion mas oportuna para semejantes delitos, entró de improviso gente armada, y cayó con tal violencia sobre el desventurado Tayatzin, que apenas abrió los ojos para mirar a los homicidas, cuando le fueron cerrados por la muerte. Se turbó todo el concurso con tan inesperada tragedia; pero los sosegó Maxtlaton exponiendo la traicion maquinada contra él, y protestándoles que en esto no habia hecho mas que prevenir el golpe que le amenazaba. Con estos y semejantes discursos mudó de tal modo los animos, que en vez de vengar la muerte de su legitimo señor, aclamaron por rey al pérfido tirano; pero si la injusticia lo exaltó al trono, esto fué para precipitarlo desde mayor elevacion. Mucho mas grande fue la cólera de Maxtlaton contra el rey de Méjico; pero no le pareció conveniente atentar contra su vida hasta que no se viese bien asegurado en el trono. Entre tanto desfogó su rabia con injurias contra su persona y con ultrajes á su dignidad.

§ XV.

INJURIAS HECHAS POR EL TIRANO AL REY DE MÉJICO.

Poco después de su intrusion en el reino, le mandó el rey de Méjico el presente que se acostumbraba hacer todos los años en señal de reconocimiento del alto dominio del rey de Azcapozalco. Este presente, que consistia en tres cestos de peces, cangrejos y ranas, y en algunas legumbres, fué llevado por personas respetables de la corte de Chimalpopoca con un buen discurso y con singulares expresiones de sumision y respeto. Maxtlaton mostró agradecerlo; pero debiendo, segun la costumbre de aquellas naciones, corresponder con algun regalo, y queriendo por otra parte vengarse, después de haber consultado con sus confidentes, hizo dar á los embajadores mejicanos para su rey un *cueitl*, esto es, una especie de enaguas, y un *huepilli*, que era una camisa mujeril, significando con esto que lo reputaba afeminado y cobarde; injuria la mas insultante á aquellas gentes pues nada apreciaban tanto como la gloria del valor. Fué ciertamente muy grande la incomodidad de Chimalpopoca, y hubiera querido vengar el ultraje; pero no podia.

Semejante desprecio fué inmediatamente seguido de una ofensa gravísima en el honor. Supo el tirano que entre las mujeres del rey mejicano habia una particularmente hermosa, é inflamado por esta sola relacion de malos deseos, determinó sacrificar a su pasion la honestidad y la justicia. Para conseguir su intento se valió de cierta dama tepaneca, encargándole que cuando visitara, como solia, á aquella señora mejicana, la convidase á ir a Azcapozalco para divertirse algunos dias. Siendo entonces tales visitas muy frecuentes, aun entre personas del primer rango y de diversas naciones, no fué dificil al depravado principe el lograr la ocasion que tanto deseaba para satisfacer su perversa pasion, no bastando a contenerlo ni las lágrimas ni los esfuerzos de aquella honesta señora empleados en defensa de su honor; y así se volvió a Méjico llena de ignominia, y traspasada del mas vivo dolor á quejarse con su marido. Este desventurado rey, ó por no sobrevivir á su deshonra ó por no morir a manos del tirano, se resolvió á dar fin a su amarga vida, muriendo sacrificado en honor de su dios Huitzilopochtli, como lo habian hecho ciertos pretendidos héroes de su nacion, creyendo que semejante muerte debia borrar la infamia recibida, y libertarlo del éxito ignominioso que temia de su enemigo. Comunicó esta resolucion á sus cortesanos, y estos la alabaron por las ideas estravagantes que tenian en materia de religion, y aun quisieron algunos de ellos hacerse participantes de la gloria de tan bárbaro sacrificio.

§ XVI.

PRISION Y MUERTE DEL REY CHIMALPOPOCA.

Legado el dia señalado para la religiosa tragedia, se presentó el rey vestido como representaban á su dios Huitzilopochtli, y todos los demás que debian acompañarlo se pusieron tambien los mejores vestidos que tenian. Se dió principio á la funcion con un solemne baile, y mientras duraba este, los sacerdotes iban sacrificando una á una aquellas desventuradas víctimas, reservando para el fin al rey. No era posible que el tirano ig-

notase semejante novedad; la supo, pues, anticipadamente, y para que su enemigo con la muerte espontánea no pudiese libertarse de su venganza, mandó un cuerpo de tropas á sorprenderle antes del sacrificio. Llegaron en efecto cuando apenas faltaban dos víctimas, después de las cuales debia ser sacrificado el mismo rey. Este infeliz príncipe fué preso por los tepanecas y conducido inmediatamente á Azcapozalco, en donde fué puesto en una especie de jaula de madera, que era, como diremos en otra parte, la cárcel que usaban aquellas naciones, bajo la custodia de una buena guardia. En este acontecimiento hay ciertas circunstancias que dificultan un poco el asenso; pero yo lo refiero del mismo modo que lo hallo en los historiadores del reino de Méjico. Es ciertamente de maravillarse que los tepanecas tuviesen el atrevimiento de entrar en aquella ciudad y cometer un atentado tan peligroso, y que los mejicanos no se armaran en defensa de su rey; pero la prepotencia del tirano pudo sin duda inspirar valor á los tepanecas é intimidar á los mejicanos.

Con la prision de Chimalpopoca se avivó en el corazon de Maxtlaton el deseo de apoderarse tambien del príncipe Nezahualcoyotl, y para obtenerlo mas fácilmente, lo hizo llamar con el pretexto de querer celebrar con él un convenio sobre la corona de Acolhuacan. El sagaz príncipe conoció inmediatamente la maligna intencion del tirano; pero el ardor de la edad, y el valor, ó sea temeridad de su espíritu, lo hacian presentarse con intrepidez á los mas grandes peligros. Al pasar por Tlatelolco visitó á un confidente suyo llamado *Chichincatl*, el cual le hizo saber que el tirano no solamente maquinaba contra su vida y la del rey de Tlatelolco, sino que queria tambien aniquilar, si pudiese, á toda la nacion acolhua. Con todo, sin intimidarse marchó para Azcapozalco por la tarde, y se fué en derechura á la casa de un amigo suyo. Por la mañana bien temprano fué á ver á *Chachaton*, gran favorito del tirano, y de quien era amado el mismo príncipe, y le suplicó que disuadiese á Maxtlaton de hacer alguna cosa contra su persona. Ambos se fueron juntos á palacio, y se anticipó Chachaton á avisar á su señor la venida del príncipe y á hablar en favor de este. Entró, pues, Nezahualcoyotl, y hechos sus cumplimientos, le dijo así: "Yo sé, señor, que habeis aprisionado al " rey de Méjico, y no sé si ya lo habeis hecho " morir ó si vive todavía en la prision. He oi- " do decir tambien que aun á mí me quereis " dar la muerte. Si verdaderamente es así, aquí " me teneis en vuestra presencia; matadme con " vuestras propias manos, para que se desahogue " vuestro enojo contra un príncipe no menos ino- " cente que desventurado." Al decir estas palabras le sacó de los ojos algunas lágrimas la memoria de sus desgracias: "¿Qué os parece? di- " jo entonces Maxtlaton á su favorito. ¿No es " digno de admiracion que un jóven que ape- " nas ha comenzado á gozar de la vida, busque " tan intrépidamente la muerte?" Y convirtiéndose al príncipe, le aseguró que nada maquinaba contra su vida; que el rey de Méjico no habia muerto, ni jamás lo haria morir, y procuró al mismo tiempo justificarse con respecto á la prision de aquel desventurado rey. Después mandó que el príncipe fuese alojado decentemente.

Sabedor Chimalpopoca del arribo del príncipe su pariente á la corte, mandó suplicarle que fuese á verle á la prision. Fué el príncipe, obtenido antes el beneplácito de Maxtlaton, y entrando en la cárcel le abrazó, manifestando ambos una gran ternura en sus semblantes y en sus expresiones. Le expuso Chimalpopoca la serie de sus desgracias, le manifestó las malignas intenciones del tirano contra ambos, y le suplicó que jamás volviese á la corte, pues infaliblemente lo haria morir su cruel enemigo, y la nacion acolhua quedaria enteramente abandonada. "Fi- " nalmente, le dijo, pues mi muerte es inevitable, " os suplico encarecidamente tengais cuidado de " mis pobres mejicanos. Sed para con ellos ver- " dadero amigo y padre. En señal, pues, del " amor que os tengo, aceptad este pendiente, " que fué de mi hermano Huitzilihuitl" Y quitándose del labio un pendiente de oro que tenia, se lo dió, y juntamente zarcillos y otras piedras preciosas que conservaba en la prision, y á un criado que acompañaba al príncipe le dió otras cosas. Después se despidieron con grande sentimiento, para que el detenerse mas en la visita no causase alguna sospecha. Nezahualcoyotl tomando el consejo que se le habia dado, salió inmediatamente de la corte y no volvió jamás á presentarse al tirano. Se fué á Tlatelolco, y tomada allí una canoa con buenos remeros, se marchó apresuradamente á Tezcoco.

Chimalpopoca quedó en su amarga soledad revolviendo pensamientos de afliccion. Cada dia le era mas intolerable la prision: no tenia ninguna esperanza de recobrar la libertad ni de ser útil á su nacion en el poco tiempo que le restaba de vida. "¿Si yo, decia, por fin he de morir, cuán- " to mejor y mas glorioso no será para mí el mo- " rir á mis manos, que no á las de un pérfido y " cruel tirano? Pues no puedo tomar de él otra " venganza, le quitaré á lo menos el placer que " tenga en la eleccion del tiempo y de la clase " de muerte con que debo acabar mis infelices " dias. Yo quiero ser dueño de mi vida, escoger " el tiempo y la manera de morir, y ser tambien " el ejecutor de mi muerte, para que en ella ha- " ya tanto menos de ignominia, cuanto menor in- " flujo tenga la voluntad de mi enemigo."[1] Con semejante resolucion, tan conforme á las ideas de

1 Estas últimas palabras de Chimalpopoca, referidas por los historiadores del reino de Méjico, se pudieron sa-

aquellas naciones, se ahorcó de un madero de la jaula, valiéndose, como es de creerse, de su propio ceñidor.

Con un fin tan trágico terminó su calamitosa vida el tercer rey de Méjico. No tenemos noticias mas precisas de su carácter ni de los progresos que hizo la nacion en tiempo de su reinado, el cual fué de cerca de trece años, habiéndose concluido el año de 1423, cerca de un año después de la muerte de Tezozomoc. Solamente se sabe de él que en el año undécimo de su reinado hizo llevar á Méjico una gran piedra para que sirviese de altar en el sacrificio ordinario de los prisioneros, y otra redonda y mas grande para el sacrificio gladiatorio de que hablaremos en otra parte. En la cuarta pintura de la coleccion de Mendoza, se representan las victorias de los mejicanos obtenidas en el reino de Chimalpopoca sobre las ciudades de Chalco y Tequisquiac, y el combate naval que tuvieron con los chalqueños, con pérdida de alguna gente y algunas canoas volcadas por los enemigos. El intérprete de aquella coleccion añade, que Chimalpopoca dejó muchos hijos tenidos de sus concubinas.

§ XVII.

PERSECUCION CONTRA EL PRÍNCIPE NEZAHUALCOYOTL.

Luego que Maxtlaton supo la muerte de su ilustre prisionero, montando en cólera por habérsele frustrado sus proyectos y temiendo que tambien Nezahualcoyotl pudiese libertarse de su venganza, resolvió de cualquier modo que pudiese, anticiparle la muerte, que hasta entonces no le habia dado, ó por no haberla podido ejecutar en la manera ordenada por su padre, ó porque se habia intimidado, como afirman otros historiadores, por ciertos vaticinios de los sacerdotes; pero su cólera estaba ya en estado de no contenerse por motivo de religion, y así dió órden á cuatro capitanes de los mas valientes, de buscar por todas partes á aquel príncipe y quitarle irremisiblemente la vida donde quiera que lo encontraran. Salieron los capitanes tepanecas con poca gente para que con el rumor no se escapase la presa, y se fueron en derechura á Tezcoco, en donde á su arribo jugaba Nezahualcoyotl á la pelota con un amigo suyo llamado *Ocelotl*. Este príncipe, en todos los lugares á donde iba para atraer los ánimos á su partido, se ocupaba en bailes, en juegos y en otras diversiones, para que los gobernadores de aquellos lugares, que por órden del tirano velaban sobre su conducta y observaban sus pasos, viéndolo empeñado en pasatiempos, se persuadieran que no pensaba ya en la corona y no cuidasen de observarlo. Así hacia sus negociaciones sin causar la mas ligera sospecha. En esta ocasion, antes de que los capitanes entrasen en su casa, supo el príncipe que eran tepanecas y que venian armados; por lo que sospechando lo que podia ser, dejó el juego y se retiró á las habitaciones mas interiores. Avisado, pues, por el portero que lo buscaban los tepanecas, mandó á Ocelotl que los recibiera y les dijera que estaria con ellos después que hubiese comido y reposado. No pareció á los tepanecas que por diferir el golpe debiesen perder la ocasion, y tal vez no se atrevieron á ejecutar la comision sin estar antes asegurados de que no habia dentro de la casa gente capaz de oponérseles, y así, después de haber reposado se pusieron á la mesa, y entre tanto que ellos comian, huyó el príncipe por una puerta secreta, y saliendo de la ciudad, caminó mas de una milla hasta Coatitlan, lugar pequeño de tejedores, gente toda fiel y amante á él, en donde se quedó por entonces escondido.[1] Los tepanecas, habiendo esperado un buen rato después de la comida, y viendo que ni el príncipe se dejaba ver ni su amigo Ocelotl, los buscaron por toda la casa sin encontrar persona alguna que les diese razon. Asegurados de la fuga, salieron inmediatamente á buscar por todas partes, y habiendo sabido por un campesino en el camino de Coatitlan que se habia refugiado á aquel lugar, entraron á él con mano armada, amenazando con la muerte á los habitantes si no manifestaban el fugitivo príncipe; pero con ejemplo raro de fidelidad, no hubo en todo el lugar quien lo quisiera descubrir, aunque algunos hubiesen sido muertos por esta causa. Entre los que sacrificaron su vida á la fidelidad, fué uno *Tochmantzin*, sobrestante de todos los telares de Coatitlan, y *Matlalintzin*, mujer noble. No pudiendo los tepanecas encontrar allí al príncipe, á pesar de sus diligencias y de la crueldad que usaron contra los habitantes, salieron á buscarle por el campo, y Nezahualcoyotl tambien salió por otra parte y tomó un camino opuesto al de sus enemigos; pero como estos le buscaban por todas partes, estuvo en gran riesgo de caer en sus manos, si no hubiera sido escondido por algunos campesinos dentro de un matorral de yerba de chia que estaba en el camino.

ber por la deposicion de las guardias que habia junto á la jaula ó cárcel.

1 Torquemada dice que el príncipe salió de su casa por cierta especie de laberinto que habia hecho, con tantos giros y enredos, que era imposible la salida á cualquiera que ignorase su disposicion, el cual secreto no sabian otros que el mismo príncipe y algunos de sus íntimos confidentes. No es á la verdad increible que él mismo diseñase la tal fábrica, pues fué admirable su ingenio y en todo mostró luces superiores á las de todos sus compatriotas.

§ XVIII.

NEGOCIACIONES DE NEZAHUALCOYOTL PARA OBTENER LA CORONA.

Libre el príncipe de semejante peligro, se fué á pasar la noche á *Tezcotzinco*, amena casa de campo, fabricada por sus antepasados para su recreo. Aquí lo esperaban seis señores que fuera de sus Estados andaban errantes por las ciudades del reino. Allí tuvieron aquella noche un consejo secreto y resolvieron solicitar el auxilio de los chalqueños, sin embargo de que habian sido cómplices en la muerte del rey Ixtlilxochitl. La mañana siguiente á buena hora, se fué el príncipe á Matlallan y á otros lugares, avisando á los de su partido que estuviesen preparados con sus armas al tiempo de su regreso. Dos dias empleó en estas negociaciones, y en la tarde del segundo se fué á Apan, donde lo encontraron los embajadores de los cholultecas, los cuales se ofrecieron á auxiliarle en la guerra contra el tirano. Aquí lo alcanzaron dos señores de su partido con la infausta noticia de la muerte de Huitzilihuitl, uno de sus favoritos, el cual fué puesto por el tirano en tortura, porque revelase ciertos secretos, y porque fiel á su señor no quiso descubrirles, acabó la vida en los tormentos. Con este disgusto pasó de Apan á Huexotzinco, cuyo señor era su pariente, el cual lo recibió con singular amor y compasion, y le prometió tambien auxiliarle con todas sus fuerzas. De allí se fué á Tlaxcala, en donde fué acogido magníficamente, y en esta ciudad se convinieron sobre el tiempo y lugar en que debian reunirse las tropas de Cholula, Huexotzinco y Tlaxcala. Cuando salió de esta última ciudad para ir á Capollalpan, lugar situado en la medianía del camino de Tlaxcala á Texcoco, iba acompañado de tanta nobleza, que mas parecia un rey que andaba divirtiéndose en su corte, que un príncipe fugitivo que buscaba el modo de recobrar su corona usurpada. En Capollalpan recibió la respuesta de los chalqueños, en la cual le decian que estaban prontos á servir á su legítimo señor contra el inicuo usurpador. Es de creerse que la crueldad é insolencia del tirano alejase de sí muchos pueblos, á mas de que los chalqueños eran muy inconstantes y fáciles á adherir ya á uno, ya á otro partido, como se hará ver en el discurso de esta historia.

§ XIX.

ITZCOATL, CUARTO REY DE MÉJICO.

Mientras el príncipe Nezahualcoyotl excitaba á los pueblos á la guerra, los mejicanos, hallándose sin rey y afligidos por los tepanecas, deliberaron poner á la cabeza de la nacion á un hombre capaz de reprimir la insolencia del tirano y vengar las gravísimas injurias que habian recibido de él. Reunidos pues para la eleccion del nuevo rey, un viejo respetable habló así á los otros electores: "Os ha faltado, ¡oh nobles mejicanos! " en la muerte de vuestro rey la luz de vuestros " ojos, pero teneis ciertamente la de la razon pa- " ra elegir un digno sucesor. No se ha acaba- " do en Chimalpopoca la nobleza mejicana; aun " quedan algunos excelentes príncipes hermanos " suyos, entre los cuales podeis escoger un señor " que os gobierne y un padre que os acoja. Fi- " guraos que por poco tiempo se ha eclipsado " el sol y se ha oscurecido la tierra, y que aho- " os vuelve la luz en el nuevo rey. Lo que im- " porta es que sin detenernos en largas conferen- " cias, elijamos un príncipe que restablezca el " honor de nuestra nacion, vengue las afrentas " que se le han hecho y la restituya á su prime- " ra libertad " Procedieron inmediatamente á la eleccion, y de comun consentimiento fué elegido el príncipe, *Itzcoatl* hermano por parte de padre de los dos reyes antecesores, é hijo natural de Acamapitzin tenido en una esclava. Cuanto podia desmerecer por la desgraciada condicion de la madre, tanto era digno por la nobleza y celebridad de su padre, y mucho mas por sus propias virtudes, de que dió muchos ejemplos en el empleo de general de las armas mejicanas, que habia ejercitado por el espacio de mas de treinta años. Era tenido por el hombre mas prudente, recto y valiente de toda la nacion. Puesto sobre el tlatocaicpalli ó silla real, fué saludado rey por toda la nobleza con singulares aclamaciones. Entonces uno de los oradores le hizo un razonamiento sobre las obligaciones de un soberano: "Todos, " ¡oh gran rey y señor! le dijo entre otras cosas, " todos estamos pendientes ahora de vos. Sobre " vuestras espaldas se sostienen los viejos, los " huérfanos y las viudas. ¿Tendreis ánimo pa- " ra dejar esta carga? ¿permitireis que perez- " can por las manos de vuestros enemigos los ni- " ños que andan á gatas por la tierra? Ea pues, " señor, comenzad á extender vuestro manto pa- " ra cargar sobre las espaldas á los pobres meji- " canos, los cuales se lisonjean de vivir seguros " bajo la sombra fresca de vuestra benignidad." Terminada esta funcion, se celebró la exaltacion del nuevo monarca con bailes y juegos públicos. No fué menos aplaudida de Nezahualcoyotl y de todo su partido, pues nadie dudaba que el nuevo rey debia ser aliado constante del príncipe su pariente, y esperaban grandes ventajas de su valor y de su pericia militar; pero á los tepanecas, á sus aliados, y principalmente al tirano, fué muy desagradable la tal eleccion.

Itzcoatl, el cual pensaba seriamente en remediar los males que su nacion padecia bajo la dura dominacion de los tepanecas, mandó una embajada al príncipe Nezahualcoyotl, para darle parte de su exaltacion y para asegurarle de su

determinacion de unirse á él con todas sus fuerzas contra el tirano Maxtlaton. Esta embajada, llevada por un sobrino del mismo rey, fué recibida de Nezahualcoyotl, después de haber salido de Capollalpan, á la cual respondió congratulándose con su pariente y aceptando y agradeciendo el auxilio prometido.

Todo el tiempo que el príncipe habia estado en Capollalpan, lo habia empleado en hacer los preparativos para la guerra. Cuando le pareció ser ya tiempo de poner en ejecucion sus grandes designios, salió con su gente y las tropas auxiliares de Tlaxcala y Huexotzinco, con la resolucion de tomar por asalto la ciudad de Tezcoco y de castigar á sus habitantes por la infidelidad para con él durante su adversa fortuna. Hizo alto con todo el ejército á vista de la ciudad en un lugar llamado Oztopolco. Allí pasó la noche ordenando las tropas y dando las disposiciones necesarias para el asalto, y la mañana siguiente marchó contra la ciudad; pero antes de llegar, los tezcocanos, temerosos del rigoroso castigo que les amenazaba, vinieron humillados á encontrarle, pidiendo perdon y presentándole para moverlo á compasion á los viejos invalidos, á las mujeres grávidas y á las madres con sus tiernos hijos en brazos, los cuales con amargo llanto y otras demostraciones de dolor le decian: "Tened piedad, " ¡oh clementísimo señor! de estos vuestos siervos tan atribulados. ¿En qué cosa os han ofen- " dido estos miserables viejos, estas pobres mu- " y estos inocentes niños? No querais arruinar " juntamente con los delincuentes á los que no " han tenido parte alguna en la ofensa que que- " reis vengar." Enternecido el príncipe con la vista de tantos miserables, concedió inmediatamente el perdon á la ciudad; pero al mismo tiempo destacó tropas, y mandó á sus jefes que entraran y mataran á los gobernadores y á los ministros establecidos por el tirano, y á todos cuantos tepanecas encontrasen allí. Mientras que en Tezcoco se ejecutaba este terrible castigo, las tropas de Tlaxcala y Huexotzinco destacadas del ejército, asaltaron con indecible furor la ciudad de Acolman, matando á cuantos allí encontraban, hasta en la casa del señor de la ciudad, que era hermano del tirano, el cual no teniendo fuerzas bastantes para defenderse, fué muerto por sus enemigos. En el mismo dia los chalqueños, auxiliares del príncipe, cayeron sobre la ciudad de Coatlichan, y la tomaron sin mucha resistencia, con la muerte del gobernador, que se habia refugiado á lo alto del templo mayor, y así en un solo dia redujo el príncipe á su obediencia la corte y dos ciudades considerables del reino de Acolhuacan.

§ XX.

AVENTURAS DE MOTEZUMA ILHUICAMINA.

El rey de Méjico, sabedor de los progresos de su pariente, le mandó otra embajada para congratularse con él y ratificar la alianza. Encargó esta embajada á un sobrino suyo, hijo del rey Huitzilihuitl, llamado *Moteuczoma* (vulgarmente Motezuma), jóven de mucha fuerza en el cuerpo y de invencible valor, al cual por sus inmortales acciones le dieron tambien el nombre de *Tlacaele* ú hombre de gran corazon, y el de *Ilhuicamina*, esto es, el flechero del cielo, y para indicarlo en las pinturas antiguas, representaban sobre su cabeza el cielo herido con una flecha, como se ve en las pinturas sétima y octava de la coleccion de Mendoza, y nosotros haremos ver entre las figuras de los reyes de Méjico. Este es aquel héroe mejicano que bajo el nombre de Tlacaellel celebra tanto el padre Acosta, ó mas bien el padre Tovar, de quien aquel autor tomó el elogio, aunque en algunas acciones que le atribuye se equivocó.[1] Bien conocian el rey y su sobrino cuán peligrosa era la empresa, pues el tirano por impedir los progresos de su rival y su comunicacion con los mejicanos, habia ocupado el camino; pero ni el rey se retrajo por esto de mandar la embajada, ni Motezuma dió muestra alguna de cobardía; antes por ejecutar mas prontamente la órden de su soberano, ni quiso ir á su casa á proveerse de lo necesario para su viaje, sino que inmediatamente se puso en camino, dando á otro de los nobles que debian acompañarlo, la comision de llevarle los vestidos necesarios para presentarse al príncipe.

Concluida felizmente su embajada, se despidió del príncipe para volver á Méjico; pero en el camino cayó en una emboscada que le habian dispuesto sus enemigos; fué hecho prisionero con toda su comitiva, conducido á Chalco y presentado á *Toteotzin*, señor de aquella ciudad y enemigo capital de los mejicanos. Este los hizo encerrar inmediatamente en una estrecha prision, bajo el cuidado de *Quateotzin*, persona respetable, ordenándole que no diera á los prisioneros otro alimento sino el prescrito por él, hasta que se determinase el género de muerte con que habian de terminar sus dias. Quateotzin estimando muy inhumana se-

1 No solamente se equivocó el padre Acosta ó el padre Tovar en la relacion de algunas acciones de nuestro héroe, sino tambien en lo que mira á su persona, pues creo diverso á Tlacaellel de Motezuma, siendo en realidad un solo personaje, llamado con dos y aun con tres nombres. Hace tambien á Tlacaellel sobrino de Itzcoatl y al mismo tiempo tio de Motezuma, lo que es evidentemente falso, pues se sabe que Motezuma era hijo de Huitzilihuitl, hermano de Itzcoatl, y así no podia ser sobrino del sobrino de Itzcoatl.

mejante órden, los proveia abundantemente á sus expensas. Mas el cruel Teteotzin pensando hacer un grande obsequio á los huexotzincas, les mandó los prisioneros para que si les parecia bien, los sacrificaran en Huexotzinco con asistencia de los chalqueños, ó en Chalco con asistencia de los huexotzincas. Estos, que siempre fueron mas humanos que los chalqueños, desecharon con indignacion la propuesta. "¿Qué razon hay, decian, " para privar de la vida á unos hombres que no " han cometido otro delito que ser fieles mensa- " jeros de su señor? Y aun en caso de que de- " biesen morir, no nos haria honor el matar á " los prisioneros de otro. Id en paz, y decid á " vuestro amo que la nobleza huexotzinca no quie- " re infamarse con acciones tan indignas." Con esta respuesta y con los prisioneros se volvieron los chalqueños á Toteotzin, el cual estando determinado á ganarse amigos con aquellos prisioneros, avisó al tirano Máxtlaton dejando á su voluntad la suerte de aquellos infelices, esperando calmar con esta lisonja el enojo que le habia causado con su perfidia y con su inconstancia en abandonar el partido de los tepanecas por el del príncipe Nezahualcoyotl. Mientras esperaba la respuesta de Maxtlaton, hizo encerrar á los prisioneros en la misma cárcel y bajo la custodia del referido Quateotzin. Este compadeciéndose de la desgracia de un jóven tan ilustre y tan valiente, llamó en la tarde anterior al dia en que se esperaba la respuesta de Azcapozalco, á un criado suyo de quien se fiaba mucho, y le mandó poner en libertad aquella noche á los prisioneros, y decir de su parte a Motezuma, que él se habia resuelto á salvarle la vida con riesgo evidente de perder la suya; que si por esta causa moria, como era de temerse, no dejase de mostrar su agradecimiento en la proteccion de los hijos que dejaba; finalmente, que no fuese por tierra á Méjico, porque seria otra vez preso por las guardias que estaban en el camino, sino que se dirigiese por Iztapallocan á Chimalhuacan, y allí se embarcase para trasladarse á su ciudad.

Ejecutó el criado la órden y Motezuma el consejo de Quateotzin. Salieron aquella noche de la prision, y cautamente se encaminaron hácia Chimalhuacan, donde se estuvieron escondidos todo el dia siguiente, y por no tener otra cosa que comer, se alimentaron de yerbas crudas: por la noche se embarcaron y con la mayor celeridad se trasportaron á Méjico, en donde fueron recibidos con particular júbilo, pues ya los creian muertos.

Luego que el bárbaro Teteotzin fué advertido de la fuga de los prisioneros, se encolerizó, y como no dudaba que Quateotzin hubiese sido el autor de su libertad, le dió inmediatamente la muerte, y lo hizo descuartizar, juntamente con su mujer y sus hijos, de los cuales se salvó un niño y una niña. Esta se amparó en Méjico, en donde fué muy honrada por respeto á su padre, que con pérdida de su vida habia hecho un servicio tan importante á la nacion mejicana.

Después de este disgusto tuvo Toteotzin otro no menor en la respuesta del tirano Maxtlaton. Este hallándose irritado contra los chalqueños por el auxilio que dieron á Nezahualcoyotl y el estrago que hicieron en Coatlichan, mandó á Toteotzin una reprension severísima, llamándolo hombre doble y traidor y mandándole poner sin dilacion á los prisioneros en libertad. ¡Premio digno de un pérfido adulador! No tomó esta resolucion Maxtlaton por favorecer á los mejicanos, á los que mortalmente aborrecia, sino solamente por despreciar el obsequio de Toteotzin y oponerse á sus deseos. Tan distante estaba de favorecer á la nacion mejicana, que jamas se habia empeñado tanto como entonces en arruinarla, y ya habia alistado tropas para dar un golpe decisivo sobre Méjico, y de allí pasar á reconquistar todo aquello que Nezahualcoyotl le habia quitado. Este príncipe, sabedor de los designios de Maxtlaton, se fué á Méjico para conferenciar con aquel prudente rey sobre el órden que debian observar en aquella guerra y las medidas que debian tomarse para desconcertar los proyectos del tirano, y se convinieron en unir las tropas tezcocanas á las de Méjico para la defensa de aquella ciudad, de cuya suerte parecia depender el éxito de la guerra.

Con el rumor de la inminente guerra se consternó de tal modo la plebe mejicana, que creyéndose incapaz de resistir al poder de los tepanecas, á quienes hasta aquel tiempo habia reconocido por superiores, se presentó en masa al rey para suplicarle con clamores y lágrimas que no emprendiera una guerra tan peligrosa, que infaliblemente causaria la ruina de su ciudad y de la nacion. *¿Qué quereis, pues, que hagamos*, dijo el rey, *para libertarnos de tanta calamidad? Que pidamos la paz*, respondió la plebe, *al rey de Azcapozalco, y nos ofrezcamos á servirle, y para moverlo á la clemencia sea conducido á su presencia nuestro dios sobre los hombros de los sacerdotes.* Fueron tantos los clamores acompañados de amenazas, que el prudente rey temiendo alguna sedicion popular, mas perniciosa que la guerra de los enemigos, se vió obligado á su pesar á condescender con la peticion del pueblo. Hallábase allí presente Motezuma, y no pudiendo sufrir que una nacion que tanto se preciaba del honor, se decidiese á un partido tan ignominioso, habló así á la plebe: "Por vuestra vida, ¿qué pensais? ¡oh " mejicanos! ¿Habeis perdido el juicio? ¿Cómo " se ha introducido semejante cobardía en vues- " tros corazones? ¿Os habeis olvidado acaso de " que sois mejicanos y descendientes de aquellos " héroes que fundaron esta ciudad, y de aque- " llos valientes hombres que la han conservado " á pesar de las contradicciones de nuestros ene- " migos? O cambiad, pues, de sentimiento ó re- " nunciad la gloria que habeis heredado de vues-

" tros antepasados." Y convirtiéndose después el rey: "¿Cómo, señor, permitís tan grande ig-" nominia en vuestro pueblo? Habladle otra vez, " y decidle que nos deje tomar otro partido an-" tes que ponernos tan necia y tan locamente en " las manos de nuestros enemigos."

El rey, que nada mas deseaba que esto, habló á la plebe recomendando el consejo de Motezuma, el cual fué bien recibido. "Pues bien, dijo " entonces el rey hablando á la nobleza; ¿quién " de vosotros, que sois la flor de la nacion, tendrá " valor para llevar una embajada al rey de los " tepanecas?" Comenzaron todos á mirarse recíprocamente, y no habia entre ellos uno que se atreviese á arrostrar el peligro, hasta que Motezuma con intrepidez juvenil se presentó diciendo: "Yo voy, pues si al fin debo morir, poco " importa que sea hoy ó mañana, ni puede en-" contrarse una ocasion mejor para morir con " gloria sacrificando mi vida en honor de mi na-" cion. Vedme aquí, señor, pronto á obedecer " vuestros preceptos. Ordenadme, pues, lo que " gusteis." El rey complacido de tan grande valor, le mandó que fuese á proponer la paz al tirano, pero sin consentir en condiciones ignominiosas. Partió inmediatamente el valiente jóven, y encontrando á los soldados tepanecas, les persuadió que lo dejaran llevar á su señor una embajada de suma importancia. Presentado al tirano, le pidió la paz á nombre de su rey y de su nacion, pero bajo condiciones honestas. El tirano respondió que era necesario deliberar con sus consejeros para dar al dia siguiente la respuesta decisiva; y habiéndole pedido Motezuma un salvo-conducto, no le dió otro que el que él mismo se buscase con su industria; por lo que inmediatamente se fué á Méjico, prometiendo volver al dia siguiente. La poca confianza y seguridad que tenia en aquella corte y la comodidad del viaje, que no era mas que de cuatro millas, serian sin duda las causas de no haber esperado allí la decision del tirano. Volvió, pues, á Azcapozalco al dia siguiente como habia prometido, y habiendo oido de la boca del tirano la resolucion de la guerra, usó con él de las ceremonias acostumbradas por los señores cuando se desafiaban; esto es, le presentó ciertas armas defensivas y le ungió la cabeza, y le ató plumas al modo que lo hacian con los muertos; y á mas de esto le protestó á nombre de su rey, que por no querer aceptar la paz que se le ofrecia, seria sin duda arruinado, juntamente con toda la nacion de los tepanecas. El tirano, sin mostrar disgusto por estas ceremonias ni por las amenazas que se le habian hecho, dió tambien armas para que se las presentaran al rey de Méjico, y advirtió á Motezuma para la seguridad de su persona, que saliese disfrazado por una pequeña puerta de aquel palacio. No hubiera el tirano cuidado tanto del derecho de gentes, si hubiese previsto que aquel mismo embajador por cuya vida tomaba empeño, debia ser el instrumento principal de su ruina. Motezuma se aprovechó del aviso; pero luego que se vió fuera de peligro, se puso á insultar á los soldados, reprendiéndoles su descuido y amenazándoles con su pronta perdicion. Los soldados se le avalanzaron para matarlo; pero él se defendió tan valerosamente, que mató uno ó dos hombres, y sobreviniendo otros, se retiró precipitadamente á Méjico, llevando la noticia de que estaba ya declarada la guerra y desafiados los jefes de ambas naciones.

§ XXI.

GUERRA CONTRA EL TIRANO.

Con esta noticia volvió á inquietarse la plebe, y ocurrió al rey para alcanzar de él el permiso de abandonar la ciudad, porque creia inevitable su ruina. El rey procuró confortarla y animarla con la esperanza de la victoria. *¿Pero si somos vencidos*, replicaron los plebeyos, *qué haremos? Si esto sucede*, respondió el rey, *desde ahora nos obligamos á ponernos en vuestras manos para que nos sacrifiqueis si gustais. Así será*, volvió á decir la plebe, *si sois vencidos; pero si obteneis la victoria, desde ahora tambien nos obligamos nosotros y nuestros descendientes á ser vuestros tributarios, trabajar vuestras tierras y las de los nobles, fabricar vuestras casas, y llevaros cada vez que vàyais á la guerra, vuestras armas y bagajes*. Celebrado este contrato entre los nobles y los plebeyos y cometido el mando de todas las tropas mejicanas al valiente Motezuma, dió el rey inmediatamente aviso al príncipe Nezahualcoyotl, para que viniese luego á Méjico con su ejército, como lo hizo un dia antes de la batalla.

No puede dudarse que los mejicanos ya habian fabricado en este tiempo calzadas sobre la laguna para la mas cómoda comunicacion de su ciudad con las del continente, pues de otro modo no pueden entenderse los movimientos y escaramuzas de ambos ejércitos; antes sabemos por la historia, que las tales calzadas estaban cortadas con fosos, sobre los cuales tenian puentes levadizos; pero ningun historiador nos señala el tiempo en que fueron fabricados.[1] Yo á la verdad me maravillo que en medio de una vida tan calamitosa hubiesen tenido ánimo los mejicanos para emprender y ejecutar una obra tan grande y tan difícil.

Al dia siguiente del arribo del príncipe Nezahualcoyotl á Méjico, se dejó ver en el campo el ejército de los tepanecas, muy numeroso y brillante, no menos por las láminas de oro de que iban

1 Yo creo que los mejicanos tendrian fabricadas en este tiempo las calzadas de Tacuba y Tepeyacac; pero no la de Iztapallapan, la cual es mas grande, y allí estaba mas profunda la laguna.

adornados, que por los hermosos penachos que llevavan en las cabezas, con los que parecia querer aumentar su estatura. Acompañaban su marcha con grandes aullidos, jactándose de una muy pronta victoria. Este ejército iba mandado por un famoso general, llamado *Mazatl*. El tirano Maxtlaton, sin embargo de haber aceptado el desafío, no quiso moverse de su palacio, ó porque creia envilecerse en combatir con el rey de Méjico, ó lo que es mas verosímil, porque temiese la fortuna de la guerra. Luego que los mejicanos advirtieron los movimientos de los tepanecas, salieron bien ordenados á recibirlos, y dada por el rey Itzcoatl la señal de la batalla con el sonido de un tambor que llevaba sobre la espalda, se atacaron con indecible furia ambos ejércitos, bien persuadidos unos y otros de que aquella batalla debia decidir su suerte. En la mayor parte del dia no se pudo conocer por qué parte se inclinase la victoria, pues lo que ganaban los tepanecas dentro de breve lo perdian. Pero poco antes de ponerse el sol, viendo la plebe mejicana las fuerzas de los enemigos aumentarse cada hora con nuevos refuerzos, comenzó á desmayar y á quejarse de sus jefes. *¡Qué hacemos, oh mejicanos!* se decian los unos á los otros; *será bueno el sacrificar nuestra vida á la ambicion de nuestro rey y de nuestro general. ¿Cuánto mas saludable no será el rendirnos confesando humildemente nuestra temeridad, para obtener el perdon y la gracia de la vida?*

Oyó el rey con sumo disgusto estas voces, y viendo que con ellas se desanimaba mas y mas su gente, llamó á consejo al príncipe y al general para pedirles su dictamen en órden á lo que convendria hacer para animar á la plebe, tan desmayada. *¿Qué?* respondió Motezuma; *pelear hasta morir. Si morimos con las armas en las manos defendiendo nuestra libertad, haremos nuestro deber. Si sobrevivimos vencidos, quedaremos cubiertos de eterna confusion. Vamos pues, vamos á morir.* Comenzaron ya á prevalecer los clamores de los casi vencidos mejicanos, entre los cuales hubo algunos tan viles, que llamando á sus enemigos les decian: *¡Oh! fuertes tepanecas, señores del continente, refrenad vuestra cólera, pues ya nos rendimos. Si os agrada, aquí á vuestra vista mataremos á nuestros jefes, para merecer de vosotros el perdon de la temeridad á la cual nos ha inducido su ambicion.* Fué tan grande la cólera que por semejantes clamores tuvieron el rey, el príncipe, el general y la nobleza, que allí inmediatamente habrian castigado con la muerte la vileza de sus cobardes soldados, si no hubiese sido por no facilitar á sus enemigos la victoria; y por lo mismo disimulando su disgusto, gritaron todos á una voz: *Vamos á morir con gloria*, y se arrojaron con tal ímpetu sobre los enemigos, que los desalojaron de un foso que habian tomado, y los hicieron volver atrás. Con esta ventaja comenzó el rey á animar á su gente, mientras el príncipe y el general hacian prodigios de valor. En el mayor calor de la accion se encontró Motezuma con el general tepaneca, que venia orgulloso por el terror que sus soldados habian causado á la plebe mejicana, y le dió un golpe tan fiero en la cabeza, que lo dejó muerto á sus piés. Se esparció inmediatamente por todo el campo el rumor de la victoria, con el cual tomaron mucho valor los mejicanos; pero los tepanecas de tal modo se consternaron con la muerte de su valiente general Mazatl, que al punto se desordenaron. La noche que sobrevino impidió á los mejicanos continuar sus progresos; por lo que unos y otros se retiraron á sus ciudades, los mejicanos llenos de valor é impacientes por no poder completar su victoria por la oscuridad de la noche, y los tepanecas desconsolados y melancólicos, aunque no enteramente desesperados de vengarse al dia siguiente.

Maxtlaton, muy afligido así por la muerte de su general como por la derrota de sus tropas, pasó aquella noche (la última de su vida) animando á sus capitanes, y representándoles por una parte la gloria del triunfo, y por otra los males á que se sujetarian si alguna vez fuesen vencidos; pues los mejicanos, que hasta aquel tiempo habian sido tributarios de los tepanecas, luego que quedasen victoriosos, obligarian á estos á pagarles tributo.[1]

§ XXII.

CONQUISTA DE AZCAPOZALCO Y MUERTE DEL TIRANO MAXTLATON.

Llegó finalmente aquel dia que debia decidir la suerte de tres reyes. Salieron ambos ejércitos al campo y comenzaron con extraordinario furor la batalla, la cual se mantuvo vigorosa hasta el mediodía. Los mejicanos, alentados, así por las ventajas conseguidas el dia antes, como por una firme esperanza de vencer, hicieron tan grande estrago en sus enemigos, que cubrieron el campo de cadáveres, los derrotaron, los pusieron en fuga, y los persiguieron hasta dentro de su ciudad de Azcapozalco, llevando por todas partes el terror y la muerte. Viendo los tepanecas que ni aun en sus casas podian libertarse del furor de los vencedores, huyeron á los montes, distantes diez y doce millas de Azcapozalco. El orgulloso Maxtlaton, que hasta aquel dia habia despreciado á sus enemigos y se creia superior á todos los reveses de la fortuna, viendo entonces en su corte á los mejicanos, oyendo el llanto de los vencidos, faltándole fuerzas para resistir y temiendo ser alcanzado en la fuga si la emprendia, tomó el

1 Por estas expresiones del tirano se puede creer que cuando él se apoderó de Azcapozalco por la muerte de su hermano Tayatzin, volvió á imponer á los mejicanos el tributo ya perdonado por su padre Tezozomoc.

partido de esconderse dentro de un *temazcalli*, especie de baño de que hablaremos en otro lugar; pero como los vencedores lo buscaron por todas partes, finalmente lo encontraron, y no bastando á ablandarlos ni los ruegos ni las lágrimas con que imploraba su clemencia, fué muerto á palos y á pedradas, y su cadáver arrojado al campo, para que fuese pasto de las aves de rapiña. Este fué el trágico fin de Maxtlaton, no habiendo cumplido todavía tres años de su tiranía. Así terminaron su injusticia, su crueldad, ambicion y perfidia, y las gravísimas injurias que hizo al legítimo heredero del reino de Acolhuacan, á su hermano Tayatzin y al rey de Méjico. Su memoria es odiosa y execrable en los anales de aquellas naciones.

Este memorable suceso, que cambió enteramente el sistema de aquellos reinos, hizo célebre el año de 1425 de la era vulgar, un siglo puntualmente después de la fundacion de Méjico.

La noche siguiente se ocuparon los vencedores en saquear la ciudad, arruinar las casas y quemar los templos, dejando en tal estado aquella corte, antes tan célebre, que no pudo restablecerse en muchos años. Mientras los mejicanos y los acolhuas recogian los frutos de su victoria, los tlaxcaltecas y huexotzincas destacados del ejército tomaron por asalto la corte antigua de Tenayuca, y al dia siguiente vinieron á unirse con aquellos para tomar la ciudad de *Cuetlahtepec*.

Los fugitivos tepanecas, hallándose en los montes reducidos á la mayor miseria, y temiendo ser allí sorprendidos por los vencedores, pensaron rendirse é implorar su clemencia, y para obtenerla mandaron al rey de Méjico un ilustre personaje acompañado de otros nobles de algunos lugares de la nacion tepaneca. Este embajador pidió humildemente al rey el perdon á nombre de sus compatriotas, le prestó obediencia y le prometió que le reconocerian todos los tepanecas por su legítimo señor y le servirian como vasallos. Se congratuló de su fortuna en medio de una ruina tan grande, por deber sujetarse á un rey tan digno y dotado de las mas excelentes cualidades, y finalmente, concluyó su razonamiento suplicándole encarecidamente les concediese la gracia de la vida y la libertad de volver á sus casas. Itzcoatl les acogió con suma benignidad, les concedió cuanto querian y les protestó recibirlos no como súbditos, sino como hijos, y se ofreció á hacer con ellos los oficios de un verdadero padre; pero al mismo tiempo les amenazó con el último exterminio, caso que se atrevieran á violar la fidelidad jurada. Después de esta gracia volvieron los fugitivos á sus cuidades para reedificar sus casas y cuidar de los intereses de sus familias, y desde entonces quedaron siempre sujetos al rey de Méjico, aumentando con su desgracia los ejemplos de las vicisitudes que á cada paso observamos en la felicidad humana. Mas no todos los tepanecas se redujeron inmediatamente á la obediencia del conquistador, pues los de Coyohuacan, ciudad y Estado considerable de la misma nacion, se mantuvieron por algun tiempo obstinados, como después veremos, en su primer partido.

El rey Itzcoatl, después de esta famosa conquista, hizo á los plebeyos ratificar el pacto ya celebrado con la nobleza; y así quedaron perpetuamente obligados á servirle, como siempre lo hicieron en lo sucesivo; pero aquellos que con sus clamores y lamentos habian intimidado á los otros en la batalla, fueron desmembrados del cuerpo de la nacion y del Estado de Méjico, y como viles y cobardes, desterrados perpetuamente. A Motezuma y á los otros que mas se habian señalado en la guerra, dió el rey la propiedad de alguna parte de la tierra conquistada, y otra asignó á los sacerdotes para su subsistencia; y después de haber dado las órdenes oportunas para hacer mas firme y estable su dominacion, volvió con su ejército á Méjico para celebrar con públicas alegrías la felicidad de sus armas y á dar gracias á los dioses por su pretendida proteccion.

LIBRO IV.

Restablecimiento de la familia real de los chichimecas en el trono de Acolhuacan. Fundacion de la monarquía de Tacuba. Triple alianza de los reyes de Méjico, Acolhuacan y Tacuba. Conquistas y muerte del rey Itzcoatl. Conquistas y acontecimientos de los mejicanos bajo su rey Motezuma I y Axayacatl. Guerra entre los mejicanos y tlatelolcos. Conquista de Tlatelolco y muerte de su rey Moquihuix. Gobierno, muerte y elogio de Nezahualcoyotl y exaltacion al trono de su hijo Nezahualpilli.

§ I.

RESTABLECIMIENTO DE LA FAMILIA REAL DE LOS CHICHIMECAS EN EL REINO DE ACOLHUACAN.

Luego que Itzcoatl se vió asegurado en su trono y en la pacífica posesion de Azcapozalco, para remunerar al príncipe Nazahualcoyotl por el auxilio que le habia prestado en la defensa de Méjico y en la conquista de la corte de los tepanecas, determinó auxiliarle él mismo en la recuperacion del reino de Acolhuacan. Si el rey de Méjico hubiera pospuesto la fidelidad y la justicia á la ambicion, no le hubieran faltado pretextos para apoderarse tambien de aquel reino. El tirano Tezozomoc habia puesto á Chimalpopoca en posesion de Tezcoco, y este, como señor, habia mandado en aquella corte. Itzcoatl, que habia entrado en todos los derechos de su antecesor, podia considerar aquel Estado como incorporado de algunos años atrás á la corona de Méjico. Habiendo pues por otra parte conquistado legíti-

mamente á Azcapozalco y sometido á los tepanecas, parecia que debia suceder en todos los derechos de los vencidos, los cuales así por la posesion de doce años como por la aceptacion de la mayor parte de los pueblos, podian tal vez creerse bastante justificados. Pero no haciendo caso de semejantes pretextos, pensó seriamente en poner á Nezahualcoyotl sobre el trono que por legítima sucesion le pertenecia y del que por tantos años habia estado privado por la usurpacion de los tepanecas.

Aun después de la derrota de estos, habia algunas ciudades en el reino, que no querian someterse al príncipe heredero por temor del castigo que tenian merecido. Una de estas era la ciudad de Huexotla, inmediata á la corte de Tescoco, cuyo señor *Huitznahuatl*[1] se habia obstinado en la rebelion. Salieron de Méjico las tropas aliadas, y caminando por el llano hoy llamado de *Santa Marta*, hicieron alto en Chimalhuacan, desde donde mandaron el rey y el príncipe á ofrecer el perdon á aquellos ciudadanos, si se rendian, amenazando entrar á fuego y sangre en la ciudad si persistian en la rebelion; pero los rebeldes, en vez de aceptar la oferta salieron en órden de batalla contra el ejército real. Poco duró la lucha; porque habiendo el invicto Motezuma hecho prisionero al señor de aquella ciudad, se pusieron en fuga las tropas rebeldes, y después pidieron humildemente el perdon, presentando, como soilan hacer, al vencedor las mujeres grávidas, los niños y los viejos, para moverle á compasion. Allanado finalmente el camino al trono de Acolhuacan y colocado el príncipe en él, fueron despedidas las tropas auxiliares de Huexotsingo y Tlaxcala con singulares demostraciones de gratitud y con una buena parte del botin de Azcapozalco.

§ II.

CONQUISTA DE COYOHUACAN Y OTROS LUGARES.

Después fué el ejército de los mejicanos y acolhuas contra los rebeldes de Coyohuacan, de Tlacuihuayan y Huitzilopocheo. Los de Coyohuacan habian procurado excitar los ánimos de todos los otros tepanecas á sacudir el yugo de los mejicanos. Cedieron á sus solicitaciones las dichas ciudades y otros lugares inmediatos; pero los demás intimidados con la catástrofe de Azcapozalco, no quisieron exponerse á nuevos peligros. Antes de declarar su rebelion comenzaron á maltratar á las mujeres mejicanas que iban á su mercado, y aun á los hombres que con cualquier motivo llegaban á aquella ciudad. Por lo que el rey Itzcoatl mandó que ningun mejicano fuese á Coyohuacan hasta que no se castigase la insolencia de aquellos rebeldes. Concluida pues la expedicion de Huexotla, fueron contra ellos. En las tres primeras batallas que dió, no consiguió otra ventaja que la de hacerlos retroceder un poco; pero en la cuarta, mientras los dos ejércitos combatian furiosamente, Motezuma con las tropas valientes, que habia puesto en emboscada, cayó con tal ímpetu sobre la retaguardia de los rebeldes, que los desordenó y obligó á abandonar el campo y á acogerse á la ciudad. Los persiguió sin embargo, y advirtiendo que querian fortificarse en el templo mayor, se anticipó á ocuparlo y quemó la torre de aquel santuario. Con semejante golpe se consternaron hasta tal grado los rebeldes, que dejaron la ciudad y huyeron á los montes que están al Mediodía de Coyohuacan; pero hasta allí fueron perseguidos por las tropas reales por mas de treinta millas, hasta que en un monte al Poniente de Quauhnahuac, cansados los fugitivos y privados de toda esperanza de defenderse, arrojaron las armas en señal de rendirse, y se entregaron á discrecion á los vencedores.

Con esta victoria quedó Itzcoatl dueño de todo el Estado de los tepanecas, y Motezuma lleno de gloria. Es digno de admiracion, dicen los historiadores, que la mayor parte de los prisioneros hechos en la guerra de Coyohuacan pertenecia á Motezuma y a tres bravos oficiales acolhuas, pues todos cuatro siguiendo el ejemplo de los antiguos mejicanos en la guerra contra los xochimilcanos; se habian convenido en cortar una mata de pelo á todos los que cogiesen, y en la mayor parte de ellos se halló esta contraseña.

Habiendo terminado tan felizmente esta expedicion y ordenados los negocios de Coyohuacan y de las otras ciudades sujetas, se volvieron ambos reyes á Méjico.

§ III.

MONARQUÍA DE TACUBA Y ALIANZA DE TRES REYES.

Pareció conveniente al rey Izcoatl poner á la cabeza de los tepanecas á alguno de la familia de sus antiguos señores, para que mas tranquilamente y con menos disgusto viviesen bajo el yugo de los mejicanos. Escogió para tal dignidad á *Totoquihuatzin*, nieto del tirano Tezozomoc. No se sabe que este príncipe hubiese tenido parte jamás en la guerra contra los mejicanos, ó por alguna secreta inclinacion que á ello lo desidiese, ó por aversion á su tio Maxtlaton. Izcoatl lo hizo venir á Méjico, y lo creó rey de Tlacopan ó Tacuba, ciudad considerable de los tepanecas y de todos los lugares que estaban al Poniente, comprendiendo tambien el país de Mazahuacan; pero Coyohuacan, Azcapozalco, Mixcoac y otras ciudades de los tepanecas, quedaron inmediatamente sujetas á la corona de Méjico. Se dió aquel

1 La ciudad de Huexotla la habia dado Tezozomoc al rey de Tlaltelolco, por lo que debe creerse que el tirano Maxtlaton se la quitó para darla á Huitznahuatl.

reino á Totoquihuatzin, bajo la condicion deservir con todas sus tropas al rey de Méjico cada vez que lo pidiese, asignándole á él mismo por esto la quinta parte de los despojos que se tomasen á los enemigos. Del mismo modo Nezahualcoyotl fué puesto en posesion del trono de Acolhuacan, bajo la condicion de socorrer á los mejicanos en la guerra, y por esto se le asignó la tercera parte de la presa, sacada antes que la del rey de Tacuba, quedando las otras dos terceras partes para el rey de Méjico. A mas de esto, ambos reyes fueron creados electores honorarios del rey de Méjico,[1] el cual honor se reducia solamente á ratificar la eleccion hecha por los cuatro nobles mejicanos, que eran los verdaderos electores. El rey de Méjico recíprocamente se obligó á socorrer á cada uno de los dos reyes cuando fuese necesario. Esta alianza de tres reyes, que firme é inalterable se mantuvo por casi un siglo, fué la causa de las rápidas conquistas que después hicieron los mejicanos. No fué este el único golpe magistral de la política del rey Itzcoatl; remuneró tambien ventajosamente á todos aquellos que se habian señalado en la guerra, no atendiento tanto al nacimiento ni á los empleos que obtenian, cuanto al valor acreditado y á los servicios hechos por ellos. Así la esperanza del galardon los animaba á las mas heróicas empresas, estando seguros de que su gloria y sus ventajas no dependian de ciertos accidentes de fortuna, sino del mérito de sus propias acciones. Esta política fué en lo general adoptada por los reyes posteriores con grande utilidad del Estado. Establecida esta famosa alianza, se fué Itzcoatl con el rey Nezahualcoyotl á Tezcoco para coronarle por su propia mano. Esta funcion se celebró con la mayor solemnidad el año de 1426. De allí se volvió el rey de Méjico á su corte, y el de Acolhuacan se aplicó con la mayor diligencia á reformar la suya.

§ IV.

REGLAMENTOS SINGULARES DEL REY NEZAHUALCOYOTL.

El reino de Acolhuacan no estaba tan bien ordenado como lo dejó Techotlalla. La dominacion de los tepanecas y las revoluciones acaecidas en aquellos veinte años, habian alterado el gobierno de los pueblos, debilitado el vigor de las leyes y corrompido en gran parte las costumbres. Nezahualcoyotl, que á mas del amor que tenia á su nacion, estaba dotado de singular prudencia, hizo tales reglamentos para la reforma del reino, que dentro de poco se vió mas floreciente que bajo el gobierno de cualquiera otro de sus antecesores. Dió nueva forma á los consejos establecidos por su abuelo. Confirió los empleos á las personas mas idóneas. Habia un consejo para las causas puramente civiles, en que á mas de otros asistian cinco señores que en su adversidad le habian sido constantemente fieles. Habia otro consejo para las causas criminales, que presidian dos príncipes hermanos suyos, de suma integridad. El consejo de guerra se componia de los mas famosos capitanes, entre los cuales tenia el primer lugar el señor de Teotihuacan, yerno del rey y uno de los trece magnates del reino. El consejo de las rentas reales constaba de los mayordomos del rey y de los primeros comerciantes de la corte. Tres eran los principales mayordomos que tenian cuidado de los tributos y de las otras rentas del rey. Estableció juntas á manera de academias para su poesía, para la astronomía, música, pintura, historia y artes divinatorias, y llamó á la corte á los mas famosos profesores del reino, los cuales se reunian en ciertos dias para comunicarse mutuamente sus luces y sus invenciones, y para cada una de las dichas ciencias y artes, aunque imperfectas, fundó escuelas en la corte. Respecto de las artes mecánicas, dividió la ciudad de Tezcoco en treinta y tantos departamentos, y á cada uno le asignó la suya con exclusion de las otras; y así en un lugar estaban los plateros, en otro los escultores, en otro los tejedores, y así los demás. Para fomento de la religion, fabricó nuevos templos, creó ministros para el culto de sus diócesis, les dió casas y les asignó rentas, así para su subsistencia como para los otros gastos que debian hacerse en las fiestas y en los sacrificios. Para aumentar el esplendor de su corte construyó grandes edificios dentro y fuera de la ciudad, y plantó nuevos jardines y bosques, que en parte se conservaron muchos años después de la conquista, y hasta ahora se ven algunos vestigios de aquella magnificencia.

§ V.

CONQUISTA DE XOCHIMILCO, CUITLAHUAC Y OTRAS CIUDADES.

Entre tanto que el rey de Acolhuacan se ocupaba en arreglar su corte, los xochimilcas, temiendo que los mejicanos quisiesen en lo sucesivo apoderarse de su Estado, como lo habian hecho del de los tepanecas, se reunieron en consejo para deliberar sobre los medios que debian emplearse para prevenir semejante desgracia. Algunos opinaron someterse voluntariamente á la dominacion de los mejicanos, debiendo ser al fin oprimidos por su poder; pero prevaleció el parecer de otros, que estimaron mejor el declararles la guerra antes de que con las nuevas conquistas

1 Algunos historiadores creyeron que los reyes de Tezcoco y Tacuba fueron verdaderos electores; pero de la misma historia nos consta lo contrario; ni en ella hay vestigio de que alguna vez interviniesen ni se hallasen presentes á alguna eleccion, como diremos en otra parte.

se hiciesen mas formidables. Luego que supo su resolucion el rey de Méjico, puso en pié un buen ejército bajo el mando del célebre Motezuma, y avisó al rey de Tacuba para que viniese con sus tropas. La batalla se dió en las inmediaciones de Xochimilco. Aunque fuese muy grande el número de los xochimilcas, pero no peleaban con el buen órden de los mejicanos, por lo que derrotados prontamente, se retiraron á la ciudad. Los mejicanos persiguiéndolos entraron en ella y pusieron fuego á las torres de los templos y á los otros edificios. No pudiendo los habitantes sostener el ataque, huyeron á los montes; pero habiendo sido aun allí cercados por los mejicanos, se rindieron finalmente. Motezuma fué recibido por los sacerdotes xochimilcas con música de flautillas y atabales, habiéndose desembarazado de tan importante expedicion en solo once dias. Inmediatamente fué el rey de Méjico á tomar posesion de aquella ciudad, que era, como hemos ya dicho, la mas grande del valle mejicano después de las cortes, donde fué reconocido y aclamado rey, recibió la obediencia de aquellos nuevos súbditos, y les ofreció amarlos como padre y tener cuidado en lo sucesivo de sus intereses.

La derrota de los xochimilcas no bastó á intimidar á los de Cuitlahuac; antes bien la ventajosa situacion de su ciudad, establecida en una isleta de la laguna de Chalco, les dió ánimo para provocar á la guerra á los mejicanos. Izcoatl quiso caer sobre ellos con todas las fuerzas de Méjico; pero Motezuma se ofreció á abatir su orgullo con menor número, y para esto levantó algunas compañías de jóvenes, principalmente de aquellos que se criaban en los seminarios de Méjico, y habiéndolos ejercitado en las armas é instruido en el órden y modo que debian observar en aquella guerra, dispuso un número proporcionado de canoas, y con tal armada marchó contra los de Cuitlahuac. Ignoramos enteramente las particulares circunstancias de esta expedicion; pero sabemos que después de siete dias fué tomada la ciudad y sometida á la obediencia del rey de Méjico, y que los jóvenes volvieron cargados de despojos y llevaron consigo un buen número de prisioneros que debian sacrificarse al dios de la guerra. Ni menos se sabe el año preciso en que se hizo esta guerra, como ni el tiempo de la de Quauhnahuac, bien que esta parece haberse hecho al fin del reinado de Itzcoatl.

El señor de Xiuhtepec, ciudad del país de los tlahuiques, mas de treinta millas al Mediodía de Méjico, habia pedido á su vecino el señor de Quauhnahuac una hija suya para mujer, y este se la habia concedido. Después la pretendió el señor de Tlaltexcal, y á este se la dió inmediatamente, despreciando la promesa hecha al primero, ó por alguna ofensa que este le hubiera hecho, ó por alguna otra causa que ignoramos. Gravemente resentido de tal afrenta el señor de Xiuhtepec, quiso vengarse; pero no pudiendo por sí solo á causa de la inferioridad de sus fuerzas, imploró el favor del rey de Méjico, prometiendo serle siempre amigo y aliado, y servirle cada vez que lo requiriese con su persona y su gente. Itzcoatl estimando justa la guerra y oportuna la ocasion de extender sus dominios, armó su gente y convocó á la de Acolhuacan y Tacuba. Se necesitaba ciertamente de un ejército tan grande, pues el señor de Quauhnahuac era muy poderoso y su ciudad muy fuerte, como lo experimentaron después los españoles cuando la sitiaron. Mandó Itzcoatl que todo el ejército asaltase á un tiempo la ciudad; los mejicanos por Ocuila del lado del Poniente, los tepanecas por Tlatzacapechco del lado del Norte, y los de Tezcoco, juntamente con los de Xiuhtepec, por Tlaquiltenanco, del lado de Oriente y Mediodía. Los de Quauhnahuac, confiando en la natural fortaleza de la ciudad, quisieron esperar el asalto. Los primeros á darlo fueron los tepanecas, los cuales fueron vigorosamente rechazados; pero sobreviniendo inmediatamente todas las demás tropas, se vieron obligados los habitantes á rendirse y sujetarse al rey de Méjico, al cual pagaron anualmente desde entonces tributo en algodon, papel y otras cosas, como después veremos. Con la conquista de aquella grande, amena y fuerte ciudad, que era la capital de los tlahuiques, quedó gran parte de aquel país bajo la dominacion del rey de Méjico, y de allí á poco se añadieron á esta conquista la de Quauhtitlan y Toltitlan, ciudades considerables, quince millas al Norte de Méjico; pero ignoramos enteramente sus circunstancias.

De esto modo, una ciudad que poco antes era tributaria de los tepanecas y no muy apreciada de las otras naciones, en poco mas de doce años se halló en estado de mandar á aquellos mismos que la dominaban y á los pueblos que se creian superiores. ¡Tanto así importa á la felicidad de una nacion el valor y la sabiduría de su jefe! Murió finalmente después de tan glorioso reinado y en edad muy avanzada el grande Itzcoatl, el año de 1436 de la era vulgar. Rey justamente celebrado de los mejicanos, por sus singulares dotes y por los incomparables servicios que les hizo; él sirvió á la nacion por mas de treinta años en el empleo de general, y la gobernó por casi trece como soberano. A mas de haberla librado de la dominacion de los tepanecas, ampliado sus dominios, repuesto á la familia real de los chichimecas sobre el trono de Acolhuacan, enriquecido á su corte con el botin de las ciudades conquistadas, y echado, en la triple alianza que estableció, los cimientos de su futura grandeza, la ennobleció tambien con nuevos edificios. A mas de otros, construyó después de la conquista de Cuitlahuac, un templo á la diosa *Cihuacoatl*, y de allí á poco otro á Huitzilopochtli. Los mejicanos celebraron sus exequias con extraordina-

ria solemnidad y con las mayores demostraciones de dolor, y colocaron sus cenizas en el mismo sepulcro de sus antepasados.

§ V.

MOTEZUMA I, QUINTO REY DE MÉJICO.

No tuvieron que deliberar los cuatro electores en la eleccion del nuevo rey, pues no sobreviviendo ya ningun hermano de los difuntos reyes, debia recaer la eleccion en alguno de los sobrinos de Itzcoatl, y ninguno ciertamente podria encontrarse mas digno que Motezuma Ilhuicamina, hijo de Huitzilihuitl, no menos por su virtud que por los importantes servicios hechos á su nacion. Fué, pues, elegido con general aplauso, é inmediatamente se dió cuenta de esto á los dos reyes aliados, los cuales no solamente ratificaron la eleccion, sino que tambien la celebraron con grandes elogios del electo, y le mandaron presentes dignos de su grandeza y de su estimacion. Después de las acostumbradas ceremonias y de las arengas gratulatorias de los sacerdotes, nobles y militares, se hicieron grandes festejos de comidas, bailes é iluminaciones. Pero antes de venir á la coronacion, ó por ley establecida de la nacion ó por su propia voluntad, salió á la guerra para coger de los enemigos los prisioneros que debian sacrificarse en esta gran funcion. Determinó que estos fueran de los chalqueños, para vengar las afrentas que habia recibido de ellos y el indigno tratamiento que le habian dado cuando volviendo de Tezcoco con el carácter de embajador, fué preso y conducido á la cárcel de Chalco. Fué, pues, en persona contra ellos, los desbarató é hizo muchos prisioneros; aunque no sujetó entonces enteramente aquel Estado á la corona por no diferir la coronacion. En el dia señalado para tal funcion, entraron en Méjico los tributos y los presentes mandados por los lugares conquistados. Iban por delante los mayordomos del rey y los recaudadores de las rentas reales, y detrás de ellos venian los cargadores, que traian los regalos divididos en tantos escuadrones cuantos eran los pueblos que los mandaban, y tan bien ordenados, que dieron un gran placer á los espectadores. Llevaban oro, plata, hermosas plumas, vestidos, infinita caza y una gran cantidad de víveres. Debe creerse, aunque no lo digan los historiadores, que concurrieron allí los dos reyes aliados con muchos otros señores forasteros y una inmensa multitud de todos los lugares del valle de Méjico.

§ VI.

ATROCIDAD DE LOS CHALQUEÑOS Y SU CASTIGO.

El primer cuidado que tuvo Motezuma luego que se vió en el trono, fué el de edificar un gran templo en la parte de la ciudad llamada por ellos Huitznahuac. Los reyes aliados, rogados por él para que lo ayudaran, le proveyeron de tantos materiales y operarios, que en breve se concluyó y dedicó la fábrica. En el tiempo en que esta se hacia, parece que sucedió la nueva guerra contra Chalco. Los chalqueños, á mas de las injurias hechas antes á Motezuma, provocaron nuevamente su indignacion con un cruel y horrendo atentado que merece la execracion de toda la posteridad. Sucedió, pues, que andando á caza dos príncipes reales de Tezcoco en los montes que dominan la llanura de Chalco, empeñados en tal diversion y distantes de su comitiva con solos tres señores mejicanos, se encontraron casualmente con una cuadrilla de soldados chalqueños, los cuales, creyendo hacer un gran servicio á las crueles pasiones de su amo, los hicieron prisioneros y los condujeron á Chalco. El bárbaro señor de aquella ciudad, que verosímilmente seria el mismo Toteotzin, por quien fué tan mal tratado Motezuma, sin miramiento alguno al alto carácter de los prisioneros y sin temor de los funestos efectos de su inhumana resolucion, los mandó matar á todos cinco, y para que no faltase jamás á sus ojos un espectáculo en que se pudiera deleitar su crueldad, hizo salar y secar los cadáveres, y después que estuvieron bien enjutos, los puso en una sala de su casa para que le sirviesen de sostener las teas de pino con que se alumbraba por la noche.

La fama de un acontecimiento tan horrible se esparció inmediatamente por toda la tierra. El rey de Tezcoco, á quien atravesó el corazon esta noticia, pidió socorro á los reyes aliados para vengar la muerte de sus hijos. Determinó Motezuma que el ejército tezcocano atacase por tierra á la ciudad de Chalco, mientras él y el rey de Tacuba con sus tropas lo atacarian por agua, y para conseguir esto reunió un número increible de canoas para poder trasportar tanta gente, y él quiso mandar en persona esta armada. Los chalqueños, á pesar de tan grande multitud de enemigos, hicieron una vigorosa resistencia, pues á mas de ser por sí guerreros, esta vez la desesperacion aumentó su valor. El mismo señor de aquel Estado, sin embargo de que era tan viejo que no podia andar con sus piés, se hizo llevar en una litera para animar con su presencia y con su voz á sus vasallos. Sin embargo, fueron enteramente derrotados, saqueada la ciudad, y el señor de ella castigado con el último suplicio por sus atroces delitos. La presa fué, segun el pacto hecho en tiempo del rey Itzcoatl, dividida entre los tres reyes; pero la ciudad con todo aquel Estado, quedó por entonces sujeta al rey de Méjico. Esta victoria, por lo que dicen los historiadores, se debió en gran parte al valor de Axoquentzin, jóven hijo de Nezahualcoyotl.

§ VII.

MATRIMONIO DEL REY DE ACOLHUACAN CON UNA PRINCESA DE TACUBA.

Este famoso rey, aunque desde su edad juvenil tuviese algunas mujeres y de ellas muchos hijos, á ninguna hasta entonces habia concedido el honor de reina, por ser todas ó hijas de sus vasallos ó esclavas.[1] Creyendo en este tiempo necesario el tomar una mujer digna de tan grande honor y que pudiese darle un sucesor en la corono de Acolhuacan, casó con *Matlalcihuatzin*, hija del rey de Tacuba, jóven hermosa y modesta, la cual fué conducida á Tezcoco por su padre y el rey de Méjico. Se hicieron por este motivo grandes festejos por ochenta dias, y después de un año nació de aquel matrimonio un hijo, al que llamaron Nezahualpilli, el cual fué, como veremos, heredero de aquella corona De allí á poco se hicieron allí mismo otras fiestas muy ruidosas por la conclusion de la fábrica del *hueitecpan* ó gran palacio, de cuya magnificencia fueron testigos los españoles. Estas fiestas, á las cuales asistieron tambien los dos reyes aliados, se terminaron con un abundantísimo banquete, á que fué convidada la nobleza de las tres cortes. En este banquete hizo Nezahualcoyotl que sus músicos al son de los instrumentos cantasen una oda compuesta por él mismo, la cual comenzaba, *Xochitl mamani in ahuehuetitlan*, cuyo asunto era recordar á los circunstantes la brevedad de la vida y de todos los placeres de todos los mortales, en la prontitud con que una hermosa flor se marchita. Los patéticos avisos de esta cancion sacaron lágrimas á los circunstantes, á quienes el amor de la vida hacia mas amarga la memoria de la muerte.

§ VIII.

MUERTE DE QUAUHTLATOA, REY DE TLATELOLCO.

Restituido después Motezuma á su corte, se vió precisado á oprimir á un enemigo que siendo muy vecino y casi doméstico, podria ser muy pernicioso al Estado. *Quauhtlatoa*, tercer rey de Tlatelolco, movido de la ambicion de extender sus dominios ó de la envidia de la felicidad de su enemigo y rival, habia ya querido quitar la vida al rey Itzcoatl y hacerse dueño de Méjico, y para conseguirlo, no siendo bastantes sus fuerzas, se confederó con otros señores vecinos; pero todas sus diligencias fueron vanas, pues Itzcoatl, sabedor de tal intento, se preparó oportunamente á la defensa y le hizo perder el ánimo. De aquí nació tal desconfianza y enemistad entre los mejicanos y tlatelolcos, que estuvieron algunos años sin comunicarse entre sí, á excepcion de algunos plebeyos que furtivamente iban á los mercados. Bajo el reinado de Motezuma volvió Quauhtlatoa á sus perversos designios; pero esta vez no quedaron impunes, porque estando avisado Motezuma, previno el golpe con un furioso asalto que dió á Tlatelolco, en el cual hizo morir á aquel inquieto régulo, aunque su ciudad no quedase entonces sujeta á la dominacion del mejicano. Los tlatelolcos eligieron por su rey al valiente *Moquihuix*, en cuya eleccion influyó sin duda el mismo rey de Méjico.

§ IX.

CONQUISTAS DE MOTEZUMA.

Viéndose ya libre Motezuma de este pernicioso vecino, marchó á la provincia de los cohuixques, al Mediodía de Méjico, para vengar la muerte que aquellos pueblos habian dado á algunos mejicanos. En esta gloriosa expedicion agregó á su corona los Estados de Huaxtepec, Yauhtepec, Tepoztlan, Yacapichtla, Totolapan, Tlalcozauhtitlan, Chilapan, distante mas de ciento cincuenta millas de la corte, Coixco, Oztomantla, Tlachmallac y algunos otros, y volviendo hácia el Poniente, conquistó á Tzompahuacan, dejando por entonces sujetos á la dominacion del rey de Méjico, así el gran país de los cohuixques, que habian sido los autores de aquellas muertes, como muchos otros Estados vecinos á él, que tal vez con semejantes insultos habian provocado su indignacion. A su regreso á la corte amplió el templo de Huitzilopochtli y lo adornó con los despojos de aquellos pueblos. Todas estas conquistas fueron hechas por él en los primeros nueve años de su reinado.

§ X.

INUNDACION DE MÉJICO.

En el décimo, que fué el de 1446 de la era vulgar, hubo en Méjico una grande inundacion causada por las abundantísimas lluvias, las cuales llevaron tanta agua á la laguna, que no pudiendo contenerse dentro de su lecho, rebosó y anegó en tal grado la ciudad, que arruinó algunas casas y no dejó ninguna calzada donde se pudiese andar á pié, siendo necesario para todo servirse de canoas. Motezuma, muy afligido por esta calamidad, ocurrió al rey de Tezcoco, esperando de su sabiduría que le sugiriese algun remedio. Este prudente rey fué de parecer que se construyese un gran dique para contener las aguas y prescri-

1 Nezahualcoyotl casó en su juventud, como hemos dicho ya, con Nezahualxochitl, la cual, siendo de la casa real de Méjico, era ciertamente digna del honor de reina; pero esta señora murió antes de que el príncipe su marido recuperase la corona que le habian usurpado los tepanecas.

bió las medidas y el lugar donde debia hacerse. Agradó á Motezuma el consejo y dispuso que se ejecutase con la mayor prontitud. Mandó á los de Azcapozalco, Coyohuacan y Xochimilco que le proveyesen de algunos millares de estacas gruesas, y á otros pueblos que le ministrasen la piedra necesaria. Convocó tambien para esta obra á los habitantes de Tacuba, Istapalapan, Colhuacan y Tenayuca, y los mismos reyes y señores eran los primeros en el trabajo; con cuyo ejemplo de tal modo se animaron los vasallos, que en poco tiempo se vió perfectamente acabada una obra que de otro modo apenas se habria concluido en algunos años. El dique tenia nueve millas de largo y once brazas de ancho y se componia de dos estacadas paralelas, cuyo espacio medio estaba terraplenado con piedra y arena. La mayor dificultad consistia en tener que trabajar dentro de la laguna, y principalmente en algunos sitios considerablemente profundos; pero fué superada por la industria del director y la constancia de los operarios. Fué ciertamente utilísimo este dique á la ciudad, bien que no fuese suficiente para libertarla del todo de inundaciones; ni esto debe causar admiracion, pues los españoles, sin embargo de que se valieron de ingenieros europeos, no pudieron asegurar enteramente aquella ciudad ni con el trabajo de dos siglos y medio ni con el gasto de algunos millones. Mientras se trabajaba en esta obra, se rebelaron los chalqueños; pero fueron prontamente reducidos á la obediencia, bien que no sin pérdida de algunos capitanes mejicanos.

§ XI.

HAMBRE EN MÉJICO.

A la calamidad de la inundacion sobrevino á poco la de la hambre, pues en los años de 1448 y 49 fué muy escasa la cosecha del maíz, por haber escarchado cuando todavía estaban tiernas las mazorcas. En el de 1450 tambien se perdió la cosecha por falta de agua. En el de 1451, á mas de haber sido el tiempo contrario, apenas habia grano que sembrar, por haberse consumido casi todo por la escasez de las cosechas anteriores; por lo que en 1452 fué tan grande la necesidad de los pueblos, que no bastando á socorrerlos la liberalidad del rey y de los señores, los cuales abrieron sus graneros á beneficio de sus vasallos, se vieron precisados á comprar lo necesario con su propia libertad. Motezuma, no pudiendo aliviar la miseria de sus vasallos, les permitió que se fuesen á otros países para proporcionarse el sustento; pero sabiendo que algunos se hacian esclavos por el alimento de solos dos ó tres dias, publicó un bando en el cual mandó que ninguna mujer se vendiese por menos de cuatrocientas mazorcas de maíz, y ningun hombre por menos de quinientas. Pero nada bastó á precaver los perniciosos efectos de la carestía. Algunos de aquellos que iban á buscar remedio á otros países, se morian de hambre en los caminos. Otros, que se vendieron en otros países, no volvieron ya á su patria. La mayor parte del vulgo mejicano se mantuvo como sus antepasados, con aves acuátiles, yerbas palustres, insectos y pececillos de la misma laguna. El año siguiente no fué tan malo, y finalmente, el de 1454, que fué año secular, hubo una cosecha abundantísima, no solo de maíz, sino tambien de legumbres y de toda suerte de frutos.

§ XII.

NUEVAS CONQUISTAS Y MUERTE DE MOTEZUMA.

Pero no pudieron los mejicanos gozar tranquilamente de su abundancia, pues les fué preciso salir á la guerra contra *Atonaltzin*, señor de la ciudad y del Estado de *Coaixtlahuacan*, en el país de los mixtecos. Era este un poderoso régulo, el cual no sé por qué no queria que pasara por sus tierras ningun mejicano, y á todos cuantos llegaban por cualquier motivo, les hacia todo el mal que podia. Motezuma, gravemente resentido por sus hostilidades, le mandó una embajada para saber la causa de semejante conducta, amenazándole con la guerra si no daba una conveniente satisfaccion. Atonaltzin recibió con desprecio la embajada, y haciendo poner delante de los embajadores una parte de sus riquezas: "Llevad, les di-"jo, este presente á vuestro rey, y decidle que "por esto conocerá cuánto es lo que me dan mis "vasallos y cuánto es tambien el amor que me "tienen; que acepto gustoso la guerra, en la cual "quedará decidido si mis vasallos han de pagar "tributo al rey de Méjico, ó los mejicanos á "mí." Inmediatamente dió aviso Motezuma á los dos reyes aliados de tan arrogante respuesta, y mandó un considerable ejército contra aquel señor, el cual bien preparado lo esperaba en la frontera de su Estado. Luego que se vieron los dos ejércitos, vinieron á las manos; pero los mixtecos se arrojaron con tal furia sobre los mejicanos, que los derrotaron y obligaron á abandonar la empresa.

Con la victoria se aumentó el orgullo de Atonaltzin; pero previendo que los mejicanos volverian con mas fuerza, pidió auxilio á los huexotzincas y tlaxcaltecas, los cuales se lo mandaron inmediatamente, alegrándose de tener ocasion para interrumpir la felicidad de las armas mejicanas. Motezuma, afligido por el infausto éxito de aquella guerra, pensó en restablecer el honor de su corona; por lo que en breve alistó un ejército numeroso y formidable, y quiso él mismo mandarlo, juntamente con los dos reyes aliados; pero antes de marchar tuvo noticia de que los tlaxcaltecas y huexotzincas habian asaltado á *Tlachquiauhco*, lugar de la Mixteca y dado la muerte á

toda la guarnicion mejicana que habia allí,[1] y quitado á los habitantes á unos la vida y á otros la libertad. Salió pues Motezuma lleno de cólera contra la Mixteca. Nada sirvió á Atonaltzin en esta ocasion ni su poder ni el auxilio de sus amigos. En el primer ataque fué enteramente derrotado su ejército y muertos muchos de sus soldados y casi todos sus confederados: los pocos de estos que se libertaron del furor de los mejicanos, murieron á mano de los mixtecos, vengando en ellos el mal éxito de la batalla. Atonaltzin se rindió á Motezuma, el cual no solamente se hizo dueño de la ciudad y del Estado de Coaixtlahuacan, sino que pasando adelante, se hizo dueño de Tochtepec, Tzapotlan, Tototlan y Chinantla, y en los dos años siguientes de Cosamaloapan y Quauhtochco. La causa de esta guerra fué la misma que ocasionó otras muchas, esto es, haber los habitantes de aquellos lugares dado la muerte en tiempo de paz á algunos comerciantes ó correos mejicanos.

Mas difícil y mas famosa fué la expedicion emprendida el año de 1457 contra Cuetlachtlan ó Cotaxta. Esta provincia, situada, como hemos ya dicho, en la costa del Seno Mejicano y fundada ó al menos habitada por los olmecas arrojados por los tlaxcaltecas, era muy poblada. Ignoramos ciertamente la causa de esta guerra; pero sí sabemos que los de Cotaxta previendo la tempestad que les amenazaba, llamaron en su auxilio á los huexotzincas y tlaxcaltecas. Estos, gravemente resentidos por las derrotas de Coaixtlahuacan y queriendo vengarse, no solo se ofrecieron á ayudarles, sino que tambien persuadieron á los cholultecas sus vecinos á entrar en la misma confederacion. Estas tres repúblicas enviaron tropas numerosas á Cotaxta para esperar allí á los enemigos. Motezuma por su parte dispuso un grueso y brillante ejército, en el cual se alistó la flor de la nobleza mejicana, acolhua, tlatelolca y tepaneca. A mas de otros personajes, estaban en aquel ejército *Axayacatl*, general, *Tizoc* y *Ahuitzotl*, todos tres hermanos y de la casa real de Méjico, los cuales sucesivamente ocuparon este trono después de Motezuma su primo. Tambien estaban en él los señores de Colhuacan y Tenayuca; pero el mas respetable por su carácter, era Moquihuix, rey de Tlatelolco, sucesor del desventurado Quauhtlatoa. Cuando salió este ejército de Méjico, aun todavía no se habia recibido la noticia de la confederacion de las tres repúblicas con los de Cotaxta; luego que lo supo Motezuma, mandó correos á sus generales con la órden de que no pasasen adelante, sino que se volviesen inmediatamente á la corte. Los generales entraron en deliberacion; unos eran de parecer que se debian obedecer sin réplica las órdenes del soberano; otros decian que no estaban obligados á sujetarse á una órden que causaria grave perjuicio á su honor, pues quedaria desacreditada y envilecida su nobleza si huian de pelear en una ocasion tan oportuna de manifestar su valor. Prevaleció, sin embargo, como mas seguro, el primer parecer; pero al querer marchar hácia á Méjico, les dijo el rey Moquihuix: "Vuélvanse, " pues, aquellos que tienen deseo de dar las es- " paldas al enemigo, entre tanto que yo con solo " mis tlatelolcos consigo el honor de la victoria." Esta resolucion de Moquihuix picó y encendió de tal modo á los otros generales, que determinaron arrostrar el peligro. Dióse finalmente la batalla, en la cual aunque pelearon valerosamente los de Cotaxta, quedaron vencidos con sus aliados. De estos quedó la mayor parte en el campo, y de unos y otros se hicieron seis mil y doscientos prisioneros, que poco después fueron sacrificados en Méjico en la fiesta de la dedicacion del *Quaxicalco* ó edificio religioso destinado á conservar las calaveras de las víctimas. Quedó entonces toda aquella provincia sujeta al rey de Méjico, el cual estableció allí un presidio para mantener aquellos pueblos en la obediencia á la corona. Tan grande victoria se debió principalmente al valor del rey Moquihuix, y hasta nuestros tiempos se ha conservado una oda ó cancion mejicana[1] compuesta entonces en su elogio. Motezuma, mas alegre por el éxito feliz de la guerra que ofendido de la desobediencia á sus órdenes, premió al rey de Tlatelolco, dándole por mujer á una prima suya, hermana de los referidos príncipes Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl.

Entre tanto los chalqueños se hacian cada dia mas merecedores de castigo, no solo por la rebelion, sino tambien por otros nuevos delitos. En este tiempo tuvieron la temeridad de hacer prisionero á un hermano del mismo rey Motezuma, que era por lo que creemos señor de Ehecatepec, juntamente con otros mejicanos. Semejante atentado cometido en una persona tan unida por la sangre á su soberano, parece haber sido un medio imaginado por ellos para sustraerse de la dominacion de los mejicanos y hacer á la ciudad de Chalco émula de la de Méjico, pues quisieron hacer rey de Chalco á aquel señor, y repetidas veces, aunque inútilmente, se lo propusieron. Viéndolos él obstinados en su resolucion, les dijo que aceptaba la corona que le ofrecian, y para que el acto de su exaltacion fuese mas solemne, queria que se plantase un árbol altísimo en la plaza del mercado, y sobre él se hiciese un mira-

1 No sabemos en qué tiempo se agregase Tlachquiauhco á la corona mejicana. En las pinturas de la coleccion de Mendoza en que se ponen los lugares principales conquistados por cada uno de los reyes mejicanos, no se hace mencion de Tlachquiauhco sino entre las conquistas de Motezuma II; pero este parece mas bien haberlo reconquistado.

1 De esta oda hace mencion el caballero Boturini, el cual la tenia entre otros manuscritos y pinturas de su apreciabilísimo museo.

dor, desde donde pudiese ser visto de todos. Se hizo todo como él pedia, y reuniendo á los mejicanos al rededor del árbol, subió al mirador con un ramillete de flores en la mano, y desde aquella elevacion, á vista de una inmensa multitud de pueblo, les habló así á los suyos: "Bien sabeis, "¡oh valientes mejicanos! que los chalqueños "me quieren coronar rey; pero no permita nues- "tro dios que yo haga traicion á nuestra patria; "antes bien quiero enseñarlos con mi ejemplo á "apreciar mas la debida fidelidad que la misma "vida." Y dicho esto, se precipitó del mirador. Accion ciertamente bárbara, pero muy conforme á las ideas que tenian los antiguos de la magnanimidad, y tanto menos reprensible que la de Caton y la de otros, celebrados por la antigüedad, cuanto fué mas noble el motivo y mas grande el ánimo del mejicano. Esta resolucion inflamó de tal manera la cólera de los chalqueños, que inmediatamente se arrojaron sobre los otros mejicanos y los mataron á lanzadas. La noche siguiente oyeron por casualidad el canto melancólico de un buho, y como hombres dados á la supersticion, lo creyeron un mal agüero de su inminente ruina. No se engañaron ciertamente en el presentimiento de su desgracia, pues Motezuma, grandemente irritado por su rebelion y por sus enormes atentados, publicó inmediatamente la guerra, é hizo encender fuego en las cimas de los montes en señal de la pena á que condenaba á los rebeldes. Después marchó con su ejército contra aquella provincia, é hizo en ella tanto estrago, que quedó casi despoblada. Muchísimos fueron muertos, y aquellos que salvaron la vida, huyeron á las cuevas de los montes que dominan la llanura de Chalco, y otros por alejarse mas del peligro, pasando del otro lado de los montes, se refugiaron en Huexotzinco y Atlixco. La ciudad de Chalco fué entregada al saqueo. Al furor de la venganza sucedió en Motezuma, como suele en los corazones nobles, la compasion de los afligidos. Publicó un indulto general para todos los fugitivos, y principalmente en beneficio de los viejos, de las mujeres y de los niños, convidándolos á volver sin temor á su patria: no contento con esto, mandó á sus tropas á recorrer los montes para recoger á aquellos desventurados que huyendo de los hombres habian buscado refugio entre las fieras. Así volvieron muchos, los cuales fueron distribuidos en Amaquemecan, Tlalmanalco y otros lugares; pero algunos ó por desconfianza del perdon ó por desesperacion, se abandonaron á la muerte en los montes. Una parte de la campiña de Chalco fué dividida por Motezuma entre los capitanes que se habian señalado mas en la guerra.

Después de esta expedicion conquistaron los mejicanos á Tamazollan, Piaztlan, Xilotepec, Acatlan y otros lugares. Con tan rápidas conquistas extendió tanto Motezuma sus dominios, que por el Oriente se extendian hasta el Golfo Mejicano, por el Sudueste hasta el centro del gran país de los mixtecos, por el Sur hasta Chilapa, y mas adelante, por el Poniente hasta el valle de Toluca, por el Nordeste hasta el centro del país de los otomíes, y por el Norte hasta el término del valle de Méjico.

Pero no por atender á la guerra descuidó este famoso rey lo que pertenecia al gobierno político y á la religion. Publicó nuevas leyes, aumentó el esplendor de su corte é introdujo en ella cierto ceremonial ignorado por sus antecesores. Edificó un gran templo al dios de la guerra, estableció muchos ritos y aumentó el número de los sacerdotes. El intérprete de la coleccion de Mendoza añade que Motezuma fué sobrio y particularmente severo en castigar la embriaguez, y que con su justicia, prudencia é integridad de costumbres, se hizo temer y respetar de sus vasallos. Finalmente, después de un glorioso reinado de veintiocho años y algunos meses, vino á morir llorado de todos el año de 1464. Sus exequias se celebraron con tanto mayor aparato, cuanto era mas grande la magnificencia de la corte y el poder de la nacion.

§ XIII.

AXAYACATL, SEXTO REY DE MÉJICO.

Antes de morir convocó á la primera nobleza de la corte y le hizo un razonamiento para exhortarla á la concordia y para suplicar á los electores que después de sus dias eligiesen á Axayacatl, estimándolo él por el hombre mas idóneo para promover la gloria de los mejicanos. Los electores ó por deferencia al parecer de un rey tan benemérito de la nacion, ó porque ellos mismos conocian el mérito de Axayacatl, lo eligieron, prefiriéndolo á Tizoc, su hermano mayor. Era Axayacatl hijo de Tezozomoc, el cual habia sido hermano de los tres reyes que precedieron á Motezuma, é hijo, como ellos, del rey Acamapitzin.

Después de las fiestas de la eleccion, salió el nuevo rey á la guerra para proveerse, al ejemplo de su antecesor, de las víctimas que debian sacrificarse en su coronacion. Hizo su expedicion contra la provincia de Tehuantepec, situada en la costa del mar Pacífico, cerca de cuatrocientas millas al Sudueste de Méjico. Los de Tehuantepec estaban bien preparados y aliados con sus vecinos para oponerse á las tentativas de los mejicanos. En la furiosa batalla que allí se dió, Axayacatl, que mandaba como general, simuló que huia para atraer á los enemigos á una emboscada. Los de Tehuantepec persiguieron á los mejicanos cantando ya la victoria, cuando de improviso se hallaron atacados por la espalda por una parte del ejército mejicano que salió de la emboscada, y por delante por los que huian y se volvieron contra ellos; por lo que atacados por una y otra parte, fueron derrotados enteramente:

dos que pudieron salvar la vida con la fuga, fueron perseguidos por los mejicanos hasta la misma ciudad de Tehuantepec, en la cual entraron estos á fuego y sangre, y valiéndose de la consternacion de aquellos pueblos, adelantaron su conquista hasta Coatulco, lugar marítimo y cuyo puerto fué en el siguiente siglo muy frecuentado de los buques españoles. De esta expedicion volvió Axayacatl rico de despojos y fué coronado con aparato extraordinario de tributos y de sacrificios de prisioneros. En los primeros años de su reinado se aplicó, siguiendo las huellas de su antecesor, á promover las conquistas. En 1467 reconquistó á Cotaxta y Tochtepec, que se habian rebelado. En 1468 obtuvo una completa victoria contra los de Huexotzinco y Atlixco, y restituido á Méjico, emprendió la fábrica de un templo, que llamó *Coatlan*. Los tlatelolcos fabricaron á competencia otro en su ciudad, que llamaron *Coaxolotl*, por lo que revivió entre estos dos reyes la discordia, la cual tuvo un éxito, como breve veremos, muy funesto á los tlatelolcos. En 1469 murió Totoquihuatzin, primer rey de Tacuba, el cual en mas de cuarenta años que gobernó aquel pequeño reino, fué constantemente fiel á los reyes de Méjico, y les sirvió muy bien en casi todas las guerras que emprendiéron contra los enemigos del Estado. Le sucedió en el reino su hijo Chimalpopoca, muy semejante á él, así en el valor como en la fidelidad.

§ XIV.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALCOYOTL.

Mucho mas sensible fué la pérdida que tuvieron los mejicanos el año de 1470 en la muerte del gran rey de Acolhuacan Nezahualcoyotl. Fué este rey uno de los mas famosos héroes de la antigua América. Su valor, el cual en su juventud fué mas bien temeridad, sin embargo de ser tan grande, fué ciertamente de las dotes menos relevantes de su alma. Su fortaleza y su constancia fueron verdaderamente admirables en aquellos trece años en que se vió privado de la corona y perseguido por el usurpador. Su rectitud en la administracion de justicia fué inflexible. Para civilizar mas á su nacion y corregir los desórdenes introducidos en el reino en el tiempo de los tiranos, publicó ochenta leyes, las cuales compiló después su clarísimo descendiente don Fernando de Alva Ixtlilxochitl en su manuscrito titulado Historia de los señores chichimecas. Estableció que ninguna causa, ni civil ni criminal, se pudiese prolongar mas de ochenta dias ó cuatro meses mejicanos. Cada ochenta dias habia una gran asamblea en el real palacio, á donde ocurrian todos los jueces y todos los reos. Las causas que en los cuatro meses anteriores no se habian concluido, se terminaban infaliblemente en aquel dia, y á los reos convencidos de cualquier delito, se les imponia inmediata é irremisiblemente la pena proporcionada á él en presencia de aquella numerosa asamblea. A diversos delitos prescribió diversas penas, y á algunos castigaba con sumo rigor, principalmente el adulterio, la sodomía, el hurto, el homicidio, la embriaguez y la traicion á la patria. Si creemos á los historiadores tezcocanos, hizo morir á cuatro de sus hijos por haber sido reos de incesto con sus madrastras.

Era por otra parte singular su clemencia para con los miserables. Estaba en aquel reino prohibido con pena de muerte el tomar cualquier cosa del campo ajeno, y era tan rigorosa esta ley, que bastaba robar siete mazorcas de maíz para incurrir en la pena. Nezahualcoyotl para proveer de algun modo á los caminantes necesitados sin detrimento de la ley, mandó que por uno y otro lado de los caminos reales se sembrara maíz y otras semillas, de cuyos frutos pudiesen usar los necesitados Expendia una gran parte de su renta en beneficio de los pobres, particularmente de los viejos, enfermos y viudas. Para impedir la destruccion de los bosques prescribió límites á los cortadores de madera, y prohibió el traspasarlos bajo de graves penas. Queriendo saber si esta órden se observaba exactamente, salió un dia disfrazado con un príncipe hermano suyo, y se fué á las faldas de los montes inmediatos, en donde estaban los límites prescritos por él. Aquí encontró un muchacho ocupado en recoger las astillas que habian quedado de las maderas cortadas, y le preguntó por qué no entraba en el bosque á hacer leña. Porque el rey, respondió el muchacho, nos ha prohibido traspasar estos límites, y si no lo obedecemos, nos castigará rigorosamente. Ni las instancias ni las promesas hechas por el rey fueron bastantes para inducirlo á la trasgresion. La compasion que le causó este pobre muchacho lo movió á extender los límites antes establecidos.

Tenia un gran celo por la fiel administracion de justicia, y para que ninguno con el pretexto de necesidad se dejase corromper por alguna de las partes litigantes, estableció que á todos sus ministros y jueces se ministrase por el real erario el sustento, el vestido y todo lo necesario segun el rango y la cualidad de las personas. Era tanto lo que anualmente gastaba en su familia y casa, en la subsistencia de los ministros y magistrados y el socorro de los pobres, que seria enteramente increible, y yo no tendria valor para escribirlo si no nos constase por las pinturas originales, vistas y examinadas por los primeros apostólicos religiosos que se emplearon en la conversion de aquellos pueblos, y confirmadas con el testimonio de un tercer nieto del mismo rey, el cual convertido á la fe de Jesucristo, tuvo en el bautismo el nombre de D. Antonio Pimentel.[1] Era,

1 El historiador Torquemada tuvo en las manos las referidas pinturas, como él mismo lo testifica.

pues, el gasto de Nezahualcoyotl, reducido á medidas castellanas, como sigue:

De maíz..............	4.900.300	fanegas.[1]
De cacao..............	2.744.000	fanegas.
De chile ó pimiento ordinario y de tomate....	3.200	fanegas.
De chiltepin ó pimiento pequeño y muy picante para las salsas.......	240	fanegas.
De sal...............	1.300	panes grandes.
De guajolotes ó pavos...	8.000	

Lo que se consumia de chia, frijol y otras legumbres no tenia número, ni tampoco de venados, conejos, ánades, codornices y otras aves. Ninguno podrá fácilmente concebir cuánta seria la multitud de los vasallos para juntar una cantidad tan grande de maíz y cacao; principalmente debiendo proveerse de este por el comercio con los países calientes, no habiendo en todo el reino de Acolhuacan terreno propio para el cultivo de esta planta. Medio año ó nueve meses mejicanos daban esta provision catorce ciudades, y otras quince la del otro medio.[2] A los jóvenes estaba encomendada la provision de las maderas, que se consumian en el real palacio en cantidad que sorprende.

Los progresos hechos por este célebre rey en las artes y ciencias, fueron tantos cuantos se pueden hacer por un grande ingenio que no ha tenido ni libros en que estudiar ni maestros de quienes aprender. Era hábil en la poesía de aquellas naciones, é hizo varias composiciones que fueron universalmente aplaudidas. En el siglo XVI eran célebres, aun entre los españoles, los sesenta himnos compuestos por él en alabanza del Criador del cielo. Dos de sus odas ó canciones, traducidas en verso castellano por su descendiente don Fernando de Alva Ixtlilxochitl, se han conservado hasta nuestros tiempos.[3] Una de estas fué compuesta por él algun tiempo después de la ruina de Azcapozalco. Su asunto es parecido al de aquella otra de que ya hicimos mencion, que es llorar la instabilidad de la grandeza humana en la persona del tirano Tezozomoc, el cual, á manera de un árbol grande y copado, habia prolongado por tantos países sus raíces y extendido sus verdes ramas hasta hacer sombra á toda la tierra del imperio; pero al fin, carcomido y destruido, cayó en tierra sin esperanza alguna de volver á su antiguo verdor.

Pero en nada se deleitaba tanto Nezahualcoyotl como en el estudio de la naturaleza. Adquirió tambien algunos conocimientos astronómicos con la frecuente observacion que hacia del curso de los astros. Se aplicó á conocer las plantas y los animales, y porque no podia tener en su corte aquellos que eran propios de diverso clima, hizo pintar al vivo en sus palacios todos los vegetales y animales de la tierra de Anáhuac: de estas pinturas da testimonio el célebre doctor Hernandez, que las vió y en parte se sirvió de ellas. Pinturas ciertamente mucho mas útiles y mas dignas de un real palacio, que las que representaban la abominable mitología de los griegos. Investigaba curiosamente las causas de los efectos que admiraba en la naturaleza, y esta continua observacion le hizo conocer la necedad de la idolatría. A sus hijos decia privadamente, que al adorar exteriormente los ídolos por conformarse con el pueblo, detestasen en su corazon aquel culto digno de escarnio, como dirigido á criaturas insensatas; que él no reconocia otro dios sino al *Criador del cielo*, y que no prohibia en su reino como queria la idolatría, por no ser vituperado de querer contradecir á la doctrina de sus mayores. Prohibió los sacrificios de víctimas humanas; pero advirtiendo después cuán difícil es apartar á una nacion de las ideas antiguas en materia de religion, volvió á permitirlo, pero mandando bajo de graves penas que jamás se sacrificasen otros que los prisioneros de guerra. Fabricó en honor del Criador del cielo una elevada torre de nueve pisos. El último era oscuro, con una pequeña bóveda pintada por dentro de azul y adornada con molduras de oro. Residian siempre en esta torre algunos hombres encargados de tocar en ciertas horas del dia unas láminas de metal finísimo, á cuyo sonido se hincaba el rey á hacer su oracion al Criador del cielo, y á honor suyo hacia un ayuno en ciertos tiempos del año.[1]

El sublime ingenio de este rey, excitado por el grande amor que tenía á su pueblo, ilustró de tal modo á su corte, que en lo sucesivo fué considerada como la patria de las artes y el centro de la cultura. Tezcoco era la ciudad donde se hablaba con mayor limpieza y perfeccion la lengua mejicana, donde se encontraban los mejores artífices y en donde mas abundaban los poetas, los oradores y los historiadores.[2] De aquí tomaron mu-

1 La fanega es una medida española de cosas secas, la cual comprende cerca de cien libras españolas de grano comun ó mas de 130 libras romanas.

2 Las catorce ciudades encargadas de la provision del primer medio año, eran Tezcoco, Huexotla, Coatlichan, Atenco, Chiauhtla, Tezonyocan, Papalotla, Tepetlaoztoc, Acolman, Tepechpan, Xaltocan, Chimalhuacan, Iztapalocan y Coatepec. Las otras quince eran Otompan, Aztaquemecan, Testihuacan, Cempoallan, Axapochco, Tlalanapan, Tepepolco, Tizayocan, Ahuatepec, Oztoticpac, Quauhtlatzinco, Coyoac, Oztotlatlauhcan, Achichillacachocan y Tetliztacac.

3 Estas dos odas de Nezahualcoyotl tenia entre sus preciosas antigüedades el caballero Boturini. Desearia yo tambien tenerlas para poderlas publicar en esta historia.

1 Todas las referidas anécdotas están tomadas de los preciosos manuscritos de don Fernando de Alva. Este, como cuarto nieto de aquel rey, pudo recibir muchas noticias de boca de sus padres y abuelos.

2 En la lista que hemos dado de los historiadores de

chas leyes los mejicanos y otros pueblos; por lo que podria decirse que Tezcoco habia sido la Atenas y Nezahualcoyotl el Solon de Anáhuac.

En su última enfermedad, habiendo hecho venir á su presencia á todos sus hijos, declaró por su heredero y sucesor en el reino de Acolhuacan á Nezahualpilli, el cual, sin embargo de ser el mas jóven de todos, fué preferido á los demás, así por haber nacido de la reina Matlazihuatzin, como por su notoria virtud y su singular talento. Encargó á su primogénito Acapipioltzin que ayudara con sus consejos al nuevo rey hasta que aprendiese al arte difícil de gobernar. A Nezahualpilli recomendó encarecidamente el amor á sus hermanos, el cuidado de sus vasallos y el celo por la justicia. Finalmente, para impedir cualquiera alboroto que pudiera ocasionarse con la noticia de su muerte, mandó se ocultase cuanto fuese posible al pueblo, hasta que Nezahualpilli estuviese asegurado en la pacífica posesion de la corona. Los príncipes recibieron con lágrimas los últimos avisos de su padre, y saliendo á fuera á la sala de la audiencia, donde los esperaba la nobleza, fué Nezahualpilli aclamado rey de Acolhuacan, declarando Acapipioltzin ser esta la voluntad de su padre, el cual, teniendo que hacer un largo viaje, queria antes nombrar á su sucesor. Dieron todos la obediencia al nuevo rey, y á la mañana siguiente murió Nezahualcoyotl, en el año cuadragésimo-cuarto de su reinado y casi el octogésimo de su edad. Sus hijos encubrieron su muerte y ocultaron su cadáver, quemándolo secretamente, como es de creerse, y en vez de hacerle las exequias, celebraron con fiestas y alegrías extraordinarias la coronacion del nuevo rey. Pero á pesar de sus diligencias, se esparció inmediatamente la noticia de su muerte por toda la tierra, y muchos señores vinieron á la corte á dar el pésame á los príncipes. Sin embargo, el vulgo quedó persuadido de que este gran rey habia sido trasladado á la compañía de los dioses en premio de sus virtudes.

§ XV.

CONQUISTA DE TLATELOLCO Y MUERTE DEL REY MOQUIHUIX.

Poco después de la exaltacion de Nezahualpilli fué la memorable guerra de los mejicanos con sus vecinos y rivales los tlatelolcos. El rey de Tlatelolco Moquihuix, no pudiendo soportar la gloria del mejicano, se valia de toda clase de medios para oscurecerla. Estaba casado, como hemos ya dicho, con una hermana del rey Axayacatl, que le habia dado Motezuma en premio de la famosa victoria obtenida sobre los de Cotaxta. En esta desventurada señora desfogaba continuamente su rabia contra el cuñado, y no contento con esto, procuró ocultamente aliarse con otros Estados que estaban descontentos con el yugo de los mejicanos. Estos fueron los de Chalco, Xilotepec, Toltitlan, Tenayucan, Mexicaltzinco, Huitzilopochco, Xochimilco, Cuitlahuac y Mizquic, los cuales se convinieron en atacar por la espalda á los mejicanos después de que los tlatelolcos hubiesen comenzado la batalla. Los de Quauhpan, los huexotzincas y los matlatzincas, cuyo auxilio tambien habia implorado, debian incorporar sus tropas á las de los tlatelolcos para la defensa de la ciudad. Supo la reina estas negociaciones, y ya por el odio que tenia á su marido, ya por el amor á su hermano y á su patria, avisó de todo á Axayacatl, para que precaviese este golpe, que habria hecho vacilar su trono.

Moquihuix, asegurado del auxilio de los confederados, convocó á los nobles de su corte para animarlos á la empresa. Alzó la voz en la asamblea un sacerdote viejo y respetable, llamado *Poyahuitl*, y á nombre de todos se ofreció á pelear valerosamente contra los enemigos de la patria; después para animarlos mas, lavó el altar de los sacrificios, y dió á beber aquella agua teñida con sangre humana al rey y á todos los capitanes, con la cual sintieron, segun dijeron, aumentárseles su valor, y yo no dudo que se les hubiese aumentado para ejercitar la crueldad. Entre tanto la reina, impaciente por el mal tratamiento que sufria é intimidada de los peligros de la guerra, dejó al marido y se fué á Méjico con cuatro hijos, para ponerse bajo la sombra de su hermano. Pudo hacer esto fácilmente, por la mucha inmediacion de aquellas dos ciudades. Una novedad como esta aumentó de tal modo el mutuo disgusto de los mejicanos y tlatelolcos, que donde quiera que se encontraban se injuriaban de palabras, se iban á las manos y se mataban.

Acercándose pues el tiempo de hacer la guerra, hizo Moquihuix, juntamente con sus capitanes y con muchos de los confederados, un solemne sacrificio en el monte menos distante de la ciudad, para atraerse la proteccion de los dioses, y allí se determinó el dia en el cual se debia declarar la guerra á los mejicanos. De allí á poco avisó á los confederados, para que estuviesen bien dispuestos á socorrerle luego que comenzase el ataque. *Xiloman*, señor de Colhuacan, queria acometer antes á los mejicanos, y después fingiendo fuga, provocarlos á que le persiguieran, á fin de que entonces los tlatelolcos los atacasen por la espalda. Al dia siguiente de esta embajada hizo Moquihuix la ceremonia de armar á sus tropas, y de allí se fué al templo de Huitzilopochtli para implorar su auxilio, en donde volvieron á tomar aquella abominable bebida que les dió Poyahuitl en el primer congreso, y todos los soldados pasaron uno á uno por delante del ídolo haciéndole una profunda reverencia. Apenas se concluyó esta ceremonia, cuando entró en la pla-

aquel reino, se ve que algunos de ellos fueron de la familia real de Tezcoco.

za del mercado una compañía de atrevidos mejicanos, matando á todos cuantos encontraban; pero ocurriendo inmediatamente las tropas tlatelolcas, los rechazaron y les hicieron algunos prisioneros, los cuales sin dilacion fueron sacrificados en un templo llamado *Tlillan*. Este mismo dia al ponerse el sol tuvieron algunas mujeres tlatelolcas el atrevimiento de entrarse en las calles de Méjico y quemar las escobas en las puertas de las casas, diciendo desvergonzadamente improperios á los mejicanos y amenazándoles con su pronta ruina; pero estos las trataron con el desprecio que merecian.

Aquella misma noche se pusieron sobre las armas los tlatelolcos, y por la mañana comenzaron al amanecer el ataque contra Méjico. Estaban en el mayor calor de la accion cuando llegó Xiloman con sus colhuas; pero viendo que el rey de Tlatelolco habia comenzado á pelear sin esperarle ni atender á su consejo, se retiró indignado, y queriendo hacer algun daño á los mejicanos, hizo cerrar algunos canales para impedir todo socorro que pudiera venirles por agua; pero luego fueron abiertos por órden de Axayacatl. Todo aquel dia se peleó con indecible ardor por una y otra parte, hasta que la noche obligó á los tlatelolcos á retirarse. Los mejicanos quemaron las casas de la ciudad que estaban mas inmediatas á Tlatelolco, porque tal vez les impedian para los combates; pero al aplicar el fuego, veinte de ellos fueron hechos prisioneros por los enemigos é inmediatamente sacrificados.

Axayacatl distribuyó aquella noche su ejército en todos los caminos que conducian á Tlatelolco, y al despuntar el dia comenzaron de cada parte á marchar hácia la plaza del mercado, que debia ser el punto de su reunion. Los tlatelolcos viéndose atacados por todas partes, se iban retirando hácia aquella gran plaza, para unir allí todas sus fuerzas y poder mas bien resistir; pero llegados á aquel lugar, se encontraron mas embarazados por su misma multitud. No eran ya bastantes las voces con que el rey Moquihuix desde lo alto del gran templo procuraba animar á los suyos. Los tlatelolcos eran heridos y muertos, y los que caian desfogaban su rabia contra el rey con improperios: "Baja de ahí, le decian, y toma, " ¡oh cobarde! las armas, pues no es de hombres " valientes estar mirando tranquilamente á los " que pelean y pierden la vida en defensa de la " patria." Mas estos lamentos causados por el dolor de las heridas y las angustias de la muerte, eran enteramente injustos, pues Moquihuix no faltaba á los deberes de general ni de rey, no debiendo el exponer su vida tanto cuanto los soldados, para poder ser mas útil á ellos con el consejo y con la voz. Entre tanto los mejicanos avanzaron hasta la escalera del templo, y subiendo por ella, llegaron hasta el atrio superior, en donde Moquihuix animaba á su gente y se defendia desesperadamente; pero un capitan mejicano llamado *Quetzalhua*, de un empujon lo echó por la escalera abajo,[1] y algunos soldados cogiendo sobre sus brazos el cadáver, lo presentaron á Axayacatl, el cual le abrió el pecho y le sacó el corazon. Accion horrible, pero ejecutada sin horror, por ser muy comun en sus sacrificios.

Así acabó el valiente Moquihuix, y con él la pequeña monarquía de los tlatelolcos, gobernada por cuatro reyes en el espacio de cerca de ciento diez y ocho años. Los tlatelolcos viendo muerto á su rey, luego se desordenaron, y procuraron salvar la vida con la fuga, pasando por un lado de sus enemigos; pero quedaron muertos en aquella plaza cuatrocientos sesenta, y entre ellos algunos oficiales de consideracion. Después de esta conquista se unió perfectamente la ciudad de Tlatelolco á la de Méjico, y no se consideró ya como ciudad distinta, sino como una parte, ó mas bien un suburbio de aquella corte, como lo es actualmente. El rey de Méjico mantuvo allí siempre un gobernador, y los tlatelolcos á mas del tributo que anualmente pagaban á la corona, de maíz, vestidos, armas y armaduras, estaban obligados á reedificar el templo de Huitznahuac cada vez que lo necesitase.

No sabemos si los de Quauhpan, los huexotzincas y los matlatzincas, que se habian confederado con los tlatelolcos, se hallaron efectivamente en esta guerra. De los otros aliados, dicen los historiadores que habiendo llegado al socorro de los tlatelolcos cuando ya estaba muerto Moquihuix y terminada la guerra, se volvieron sin hacer nada. Luego que Axayacatl se vió victorioso, condenó al último suplicio á Poyahuitl y á Ehecatzitzimitl, ambos tlatelolcos, por haber sido los que con mas calor habian animado á sus ciudadanos contra los mejicanos, y de allí á poco hizo morir á los señores de Xochimilco, Cuitlahuac, Colhuacan, Huitzilopochco y otros, por haberse confederado con sus enemigos.

§ XVI.

NUEVAS CONQUISTAS Y MUERTE DE AXAYACATL.

Para vengarse pues de los matlatzincas, nacion numerosa y de mucho poder, establecida en el valle de Toluca y aun no sujeta á los mejicanos, publicó la guerra contra ellos, y saliendo de Méjico juntamente con los dos reyes aliados, tomó en el tránsito los lugares de Atlapolco y Xalatlauhco, y después en el mismo valle conquistó á Toluca, Tenanco, Metepec, Tzinancatepec, Calimaya y otros lugares de la parte meridional

1 El intérprete de la coleccion de Mendoza dice que habiendo Moquihuix perdido la batalla, huyó á lo alto del templo y de allí se precipitó por no poder sufrir los improperios de un sacerdote; pero la relacion de los otros historiadores nos parece mas conforme al carácter de aquel rey.

del valle, quedando desde entonces la nacion tributaria de la corona de Méjico. Después de algun tiempo volvió á la misma provincia para conquistar la parte setentrional del valle, llamado hoy *valle de Ixtlahuacan*, y principalmente á Xiquipilco, ciudad y Estado considerable de los otomíes, cuyo señor, llamado *Tlilcuezpalin*, era famoso por su valor. Axayacatl, que tambien preciaba de lo mismo, quiso pelear con él en la batalla que presentó á los de Xiquipilco; pero el éxito fué muy funesto al mismo Axayacatl, pues recibió una herida grave en un muslo, y sobreviniendo dos capitanes otomíes, á muchos golpes lo arrojaron en tierra, y lo hubieran hecho prisionero si algunos jóvenes mejicanos, viendo á su rey en tan gran peligro, no le hubiesen valerosamente salvado la libertad y la vida. A pesar de una desgracia como esta, obtuvieron los mejicanos una completa victoria, é hicieron, por lo que dicen los historiadores, once mil setenta prisioneros, entre ellos el mismo Tlilcuezpalin y los dos capitanes que habian acometido al rey. Con esta gloriosa victoria agregó Axayacatl á la corona á Xiquipilco, Xocotitlan, Atlacomolco y todos los otros lugares de aquel ameno valle que le faltaban.

Luego que sanó Axayacatl de la herida, la cual, sin embargo, le dejó estropeada la pierna para todo el resto de su vida, dió un gran banquete á los reyes aliados y á los magnates mejicanos, en el cual hizo morir á Tlilcuezpalin y á los dos referidos capitanes otomíes. No parecia á aquellos hombres inoportuna la ejecucion de un suplicio entre las delicias de un convite, porque acostumbrados á derramar sangre humana, habian cambiado el horror natural en recreacion. ¡Tan grande es la fuerza de la costumbre y tan fácil á nuestros corazones el hacerse familiares los objetos mas horribles!

En los últimos años de su reinado, pareciéndole muy estrechos por la parte del Poniente los límites del imperio, salió de nuevo á campaña por el valle de Toluca, y pasando mas allá de los montes, conquistó á Tochpan y Tlaximaloyan, siendo desde entonces para lo sucesivo este lugar la frontera del reino de Michoacan. Después, volviéndose hácia el Oriente, se apoderó de Ocuilla y Malacatepec. La muerte, que le sobrevino en el año décimo-tercio de su reinado, que fué el de 1477 de la era vulgar, interrumpió el curso de sus victorias. Fué muy guerrero y severo en castigar á los trasgresores de las leyes publicadas por su antecesor. Dejó de algunas mujeres un gran número de hijos, entre ellos el célebre Motezuma II, de quien en breve hablaremos.

§ XVII.

TIZOC, SÉTIMO REY DE MÉJICO.

En lugar de Axayacatl fué elegido Tizoc, su hermano mayor, el cual habia servido el empleo de general del ejército.[1] No sabemos á dónde hizo su primera expedicion para proveerse de las víctimas necesarias para su coronacion. Su reinado fué breve y oscuro. Sin embargo, en la pintura décima de la coleccion de Mendoza, se representan catorce ciudades sometidas por él, entre las cuales están Toluca y Tecaxic, que por haberse rebelado contra la corona, tuvo necesidad de reconquistar, *Chillan* y *Yancuitlan*, en el país de los mixtecos, *Mazatlan*, *Tlapa* y *Tamapachco*. Torquemada hace mencion de una victoria obtenida por él sobre Tlacotepec.

§ XVIII.

GUERRA ENTRE LOS TEZCOCANOS Y LOS HUEXOTZINCAS.

En el tiempo de este rey fué la guerra entre los tezcocanos y los huexotzincas. Esta tuvo su orígen en la ambicion de los príncipes hermanos del rey Nezahualpilli, los cuales, aunque se mostraron contentos al principio en la exaltacion de su hermano menor, habiéndose después enfriado la memoria de su difunto padre y no pudiendo ya sufrir el verse sujetos á aquel á quien creian deber mandar por el derecho de la edad, maquinaron contra él una secreta conjuracion. Para la ejecucion de sus perversos designios, convidaron primero á los chalqueños, que eran los mas prontos para semejantes delitos; pero habiéndoles salido fallidos los medios de que se valieron, solicitaron para el mismo fin á los huexotzincas. Nezahualpilli, avisado de la conjuracion, aprestó sin demora un buen ejército y marchó contra los huexotzincas. El general de este Estado habia indagado todas las señas del rey Nezahualpilli para dirigir contra él todos sus golpes, y habia tambien prometido premios á cualquiera que se lo entregase vivo ó muerto. No faltó quien los hiciese saber al rey, por lo que este antes de entrar en la batalla, cambió sus vestidos é insignias con las de un capitan suyo. Este desgraciado oficial, habiendo sido creido el mismo rey, fué inmediatamente oprimido por la multitud y muerto. Mientras que se desfogaba su rabia contra él, Nezahualpilli cargó sobre el general huexotzinca, y le mató, no sin grande riesgo de haber sido él muerto por los soldados que vinieron á socorrer á su general. Los tezcocanos, los cuales habian padecido el mismo equívoco que los huexotzincas por no haber sabido el cambio de los vestidos, habian comenzado á desanimarse;

1 El padre Acosta hace á Tizoc hijo de Motezuma I, y el intérpetre de la coleccion de Mendoza lo hace hijo de Axayacatl; pero uno y otro son errores demostrados por los otros historiadores. Erró tambien el padre Acosta en el órden de los reyes, pues hace reinar á Tizoc antes de Axayacatl. Véanse sobre esto nuestras disertaciones.

pero conociéndolo, concurrieron á su defensa, y despues de haber derrotado á sus enemigos, saquearon la ciudad de Huexotzinco, y cargados de despojos se volvieron á Tezcoco. Nada dicen los historiadores del fin que tuvieron los príncipes autores de la conjuracion. Puede creerse que hubiesen sido muertos en la batalla ó se salvasen con la fuga del castigo que merecian. Nezahualpilli, el cual poco antes habia fabricado un nuevo palacio, hizo para dejar un eterno monumento de su victoria, construir un muro que abrazase tanto espacio de tierra cuanto era el que ocupaban los huexotzincas cuando ocurrieron á la defensa de su general, y dió á aquel lugar el mismo nombre del dia en que se obtuvo la victoria. Así procuraban hacer inmortal su nombre y la gloria de sus acciones aquellos que segun creen muchos, nada cuidaban de lo por venir.

§ XIX.

CASAMIENTO DEL REY NEZAHUALPILLI CON DOS SEÑORAS MEJICANAS.

Tenia ya entonces el rey de Tezcoco algunas mujeres de casas nobilísimas; pero á ninguna habia declarado reina, reservando este honor para aquella que queria tomar de la familia real de Méjico. Pidióla al rey Tizoc, y este le dió una sobrina suya hija de *Tzotzocatzin*. Celebráronse estas bodas en Tezcoco con mucha concurrencia de la nobleza de las dos cortes. Tenia esta señora una hermana dotada de singular hermosura, que se llamaba *Xocotzin*. Ambas se amaban tanto, que no pudiendo separarse, obtuvo la nueva reina de su padre el permiso de llevar consigo á Tezcoco á su hermana. Con la frecuente vista y el continuo trato, se enamoró tanto el rey de su bella cuñada, que determinó casarse con ella y exaltarla tambien á la dignidad de reina. Estas segundas bodas fueron, por lo que dicen los historiadores, las mas solemnes y las mas magníficas que se vieron en aquel país. Poco tiempo despues tuvo el rey de la primera reina un hijo llamado *Cacamatzin*, el cual fué su sucesor en la corona, y hecho despues prisionero por los españoles, murió desgraciadamente. De la otra tuvo á *Huexotzincatzin*,[1] de quien breve hablaremos, á *Coanacotzin*, el cual fué tambien rey de Acolhuacan, y algun tiempo despues de la conquista de los españoles lo hizo ahorcar el conquistador Cortés, y á *Ixtlilxochitl*, que se confederó con los españoles contra los mejicanos, y convertido al cristianismo, tomó en el bautismo el nombre y apellido de aquel conquistador.

1 El nombre de Huexotzincatzin fué dado sin duda á este príncipe con respecto á la victoria sobre los huexotzincas.

§ XX.

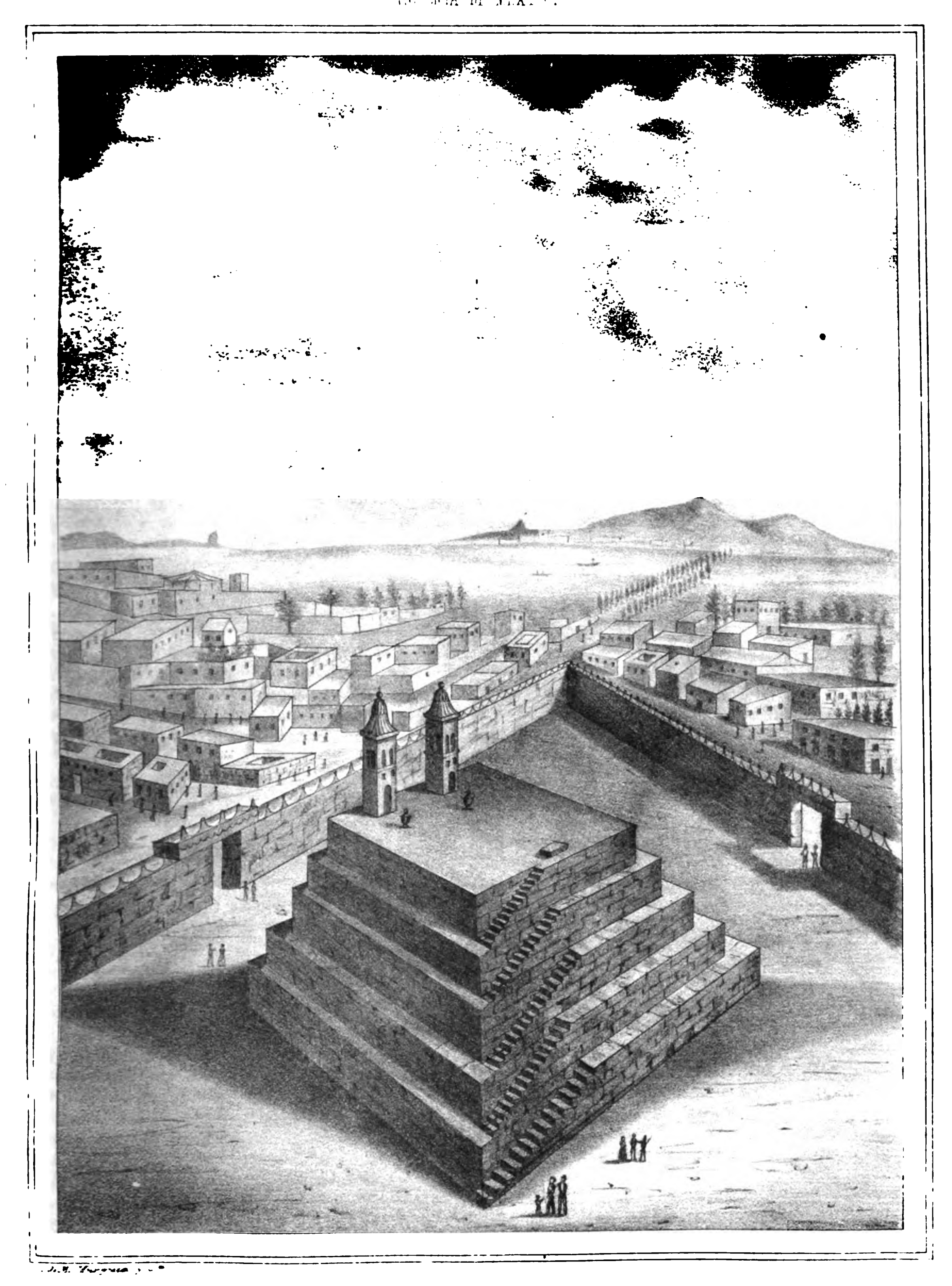
MUERTE TRÁGICA DEL REY TIZOC.

Mientras que Nezahualpilli procuraba multiplicar su descendencia, gozando de una gran paz y tranquilidad en su reino, maquinaban la muerte del rey de Méjico algunos de sus feudatarios. Techotlaya, señor de Ixtalapa, ó resentido por algun disgusto ó impaciente por la dominacion de Tizoc, concibió el depravado designio de atentar contra la vida de este, y no quiso descubrirlo á otro que al que consideró capaz de ponerlo en ejecucion. El y Maxtlaton, señor de Tlachco, se convinieron en el modo de ejecutar un crímen tan peligroso. Los historiadores no están acordes sobre este punto. Algunos dicen que se valieron de ciertas hechiceras, y que estas con sus hechicerías le quitaron la vida; pero esto me parece una fábula popular. Otros afirman que aquellas hallaron el modo de darle veneno. Sea lo que fuere del modo, ello es cierto que tuvo efecto su maquinacion. Fué muerto Tizoc en el año quinto de su reinado y 1482 de la era vulgar. Era hombre circunspecto, serio y severo como sus antecesores y sucesores en el castigo de los delincuentes. Como en su tiempo era ya tan grande el poder y la opulencia de aquella corona, emprendió fabricar al dios protector de la nacion un templo que en la grandeza y magnificencia excediese á todos los de aquel país, y á este fin habia preparado infinitos materiales, y aun comenzado la fábrica, cuando la muerte vino á trastornar sus designios.

§ XXI.

AHUITZOTL, OCTAVO REY DE MÉJICO.

Los mejicanos conociendo bien que no habia sido natural la muerte de su rey, quisieron vengarla antes de proceder á nueva eleccion. Sus averiguaciones fueron tan eficaces, que en breve descubrieron á los autores del atentado, y los ajusticiaron en la plaza mayor de Méjico, con intervencion de los dos reyes aliados y de la nobleza mejicana y tezcocana. Reunidos despues los electores para crear un nuevo rey, eligieron á *Ahuitzotl*, hermano de los dos reyes anteriores, el cual era ya general del ejército, pues desde el tiempo del rey Chimalpopoca se habia introducido la costumbre de no exaltar al trono á quien no hubiese antes servido en aquel empleo, estimando muy conveniente que diese pruebas de su valor aquel que debia ser jefe de una nacion tan guerrera, y que al mandar las tropas aprendiese el modo de gobernar el reino.



§ XXII.

DEDICACION DEL TEMPLO MAYOR DE MÉJICO.

El primer cuidado que tuvo el nuevo rey luego que se coronó, fué el de la fábrica del magnífico templo que habia determinado y comenzado su antecesor. Se continuó la obra con la mayor actividad, concurriendo un número increible de operarios, y se concluyó en cuatro años. Mientras que se trabajaba en esta obra, salió el rey muchas veces á la guerra, y todos aquellos enemigos que se hacian prisioneros, se reservaban para la fiesta de la dedicacion. Las guerras de estos cuatro años fueron contra los mazahuas, que habitaban pocas millas al Poniente de Méjico, los cuales se habian rebelado contra la corona de Tacuba, contra los zapotecos, trescientas millas al Sudueste, y contra algunos otros pueblos. Concluida la fabrica, convidó el rey á la fiesta de la dedicacion á los dos reyes aliados y á toda la nobleza de ambos reinos. El concurso fué el mas numeroso que jamás se vió en Méjico,[1] pues fueron á asistir á tan célebre funcion aun de los lugares mas distantes. La fiesta duró cuatro dias, en los cuales fueron sacrificados en el atrio superior del templo todos los prisioneros hechos en los cuatro años anteriores: no están de acuerdo los historiadores en órden al número de las víctimas. Torquemada dice que fueron setenta y dos mil trescientas cuarenta y cuatro. Otros afirman que fueron sesenta y cuatro mil y sesenta. Para hacer con mayor aparato tan horribles sacrificios, ordenaron las víctimas en dos filas, cada una de cerca de milla y media, las cuales comenzaban en las calzadas de Tacuba é Iztapalapa y venian á terminar en el mismo templo,[2] y luego que llegaban á este, eran sacrificadas. Concluida la fiesta, hizo regalos el rey á todos los convidados, en lo que debió erogar un gasto sorprendente. Esto sucedió el año de 1486.

En el mismo año Mozauhqui, señor de Xalatlauhco, á imitacion de su rey, á quien era muy aficionado, dedicó tambien otro templo poco antes edificado, y sacrificó tambien un gran número de prisioneros. ¡Tanto así era el estrago que hacia la cruel y bárbara supersticion de aquellos pueblos!

1. Algunos autores afirman que el número de personas que se hallaron en esta fiesta, ascendió á seis millones. Este número puede haber sido exagerado; pero no me parece enteramente inverosímil, atendida la gran poblacion de aquel país, la grandeza y la novedad de la fiesta y la facilidad de aquellas gentes en ir de un lugar á otro, estando acostumbradas á caminar á pié sin el embarazo de los equipajes.

2. Betancurt dice que la fila de prisioneros ordenada sobre la calzada de Iztapalapa comenzaba en aquel sitio, que hoy se llama *la Candelaria Malcuitlapilco*, y que por esta causa tuvo este nombre, pues Malcuitlapilco significa la cola, ó punta, ó extremidad de prisioneros. Esta conjetura es muy verosímil, y no es fácil encontrar otro orígen de este nombre.

El año de 1487 no fué memorable sino por un gran terremoto y por la muerte de Chimalpopoca, rey de Tacuba, á quien sucedió Tetoquihuatzin II.

§ XXIII.

CONQUISTAS DEL REY AHUITZOTL.

Ahuitzotl, á quien su genio guerrero no permitia gozar de la paz, salió de nuevo á la guerra contra los de Cozcaquauhtenanco y obtuvo una completa victoria; pero por haberle hecho una grande resistencia, fué con ellos muy severo y cruel. Después sometió á los de Quapilolla, y de allí pasó á hacer la guerra contra Quetzalcuitlapillan, provincia grande y poblada de gente guerrera,[1] y finalmente, contra *Quauhtla*, lugar situado en la costa del Seno Mejicano, en la cual guerra se señaló Motezuma, hijo de Axayacatl y sucesor de Ahuitzotl en el reino. De allí á poco los mejicanos, juntamente con los tezcocanos, fueron contra los huexotzincas, en la cual guerra se distinguieron por su valor *Tezcatzin*, hermano del referido Motezuma, y *Tliltototl*, noble oficial mejicano, que después fué general del ejército. No hallamos entre los historiadores ni las causas ni las circunstancias de tales guerras. Concluida la expedicion contra Huexotzinco, celebró Ahuitzotl la dedicacion de un nuevo templo, llamado *Tlacatecco*, en la cual fueron sacrificados los prisioneros hechos en las guerras anteriores; pero la alegría de esta fiesta fué turbada por el incendio del templo de Tlillan.

Así pasó este rey en continuas guerras hasta el año de 1496 en que se hizo la de Atlixco. La entrada del ejército mejicano en este valle fué tan improvisa, que el primer aviso que tuvieron los atlixqueños, fué el que recibieron por sus ojos al verlo entrar. Se pusieron inmediatamente sobre las armas para la defensa; pero no hallándose con fuerzas bastantes para resistir por mucho tiempo, pidieron auxilio á los huexotzincas sus vecinos. Cuando llegaron á Huexotzinco los embajadores atlixqueños, jugaba á la pelota su famoso capitan, llamado *Toltecatl*, en quien el gran valor en nada era inferior á la fuerza extraordinaria de su brazo. Luego que supo la novedad del ejército mejicano, dejó el juego para irse á Atlixco con las tropas auxiliares, y entrando des-

1 Torquemada dice que habiendo Ahuitzotl emprendido muchas veces la conquista de Quetzalcuitlapillan, no pudo jamás conseguirla; pero entre las conquistas de este rey representadas en la pintura 11 de la coleccion de Mendoza, está tambien aquella provincia.

armado en la batalla para ostentar su valentía y para manifestar el desprecio que hacia de sus enemigos, derribó con el puño al primer mejicano que se le presentó, y tomó las armas de este, con las cuales hizo grandes estragos. Los mejicanos no pudiendo superar la resistencia de sus enemigos, abandonaron el campo y se volvieron á Méjico cubiertos de ignominia. Los huexotzincas para renumerar el singular valor de Toltecatl, le hicieron jefe de su república. Esta habia estado sujeta á la dominacion de los mejicanos, cuyas armas habian provocado con sus insultos; pero como los conquistados no sufren el yugo del conquistador sino cuando no pueden sacudirlo, cada vez que los huexotzincas se hallaban con fuerzas bastantes para resistir, se rebelaban, y lo mismo sucedia en la mayor parte de las provincias sujetas por la fuerza de las armas á la corona de Méjico; por lo que era necesario que el ejército mejicano estuviese en un continuo movimiento para reconquistar lo que el rey perdia. Toltecatl aceptó el empleo que se le confirió; pero apenas pasó un año, se vió precisado á abandonar el empleo y la patria. Los sacerdotes y otros ministros de los templos, abusando de su autoridad, entraban en las casas de los particulares y se llevaban el maíz y los pavos que habia en ellas, y cometian otros excesos indecentes á su dignidad. Toltecatl quiso remediarlos; pero se pusieron sobre las armas los sacerdotes. El pueblo parte se adhirió á ellos y parte se opuso á sus violencias, y entre estas dos facciones se encendió una guerra, que como todas las civiles causó gravísimos males. Toltecatl cansado de gobernar á un pueblo tan indócil y temiendo perecer en la tempestad, se ausentó de la ciudad con otros nobles, y pasando por los montes se fué á Tlalmanalco. El gobernador de esta ciudad dió de esto pronto aviso al rey de Méjico, el cual hizo inmediatamente morir á todos aquellos fugitivos en pena de su rebelion, y conducir sus cadáveres á Huexotzinco para intimidar á los rebeldes.

§ XXIV.

NUEVA INUNDACION DE MÉJICO.

El año de 1496 pareciendo al rey de Méjico que por falta de agua se habia hecho difícil la navegacion de la laguna, quiso aumentarla con la del manantial de Huitzilopochco, de que usaban los de Coyoacan, y llamó á Tzotzomatzin, señor de ellos, para darle sus órdenes. Tzotzomatzin le representó que aquel manantial no era perpetuo, que algunas veces le faltaba el agua, y otras venia con tanta abundancia, que podria causar algun daño á la corte. Ahuitzotl, creyendo que las razones de Tzotzomatzin fuesen meros pretextos para excusarse de hacer lo que se le mandaba, insistió en su primera órden, y viendo que este repetia las dificultades propuestas, le despidió airado y después le mandó matar. Esta suele ser la recompensa de buenos consejos cuando los príncipes obstinados en algun capricho no quieren oir las sinceras representaciones de sus fieles vasallos. Ahuitzotl, no queriendo por ningun motivo abandonar su proyecto, mandó hacer un grande y amplio acueducto[1] desde Coyoacan á Méjico, y por él se condujo el agua con muchas ceremonias supersticiosas, pues algunos sacerdotes la iban incensando, otros sacrificaban codornices y ungian con aquella sangre los labios del acueducto, otros sonaban instrumentos de música y todos festejaban el arribo del agua. El sumo sacerdote llevaba el mismo vestido con que representaban á *Chalchihuitlicue*, diosa del agua.[2]

Con tan grande solemnidad llegó el agua á Méjico; pero no estaba lejos de cambiarse en llanto la comun alegría, pues habiendo sido extraordinariamente abundantes las lluvias de aquel año, se aumentó tanto el agua de la laguna, que anegó la ciudad, todas las calzadas estaban llenas de canoas y se arruinaron algunas casas. Hallándose un dia el rey en una habitacion baja de su palacio, entró en ella improvisamente en tal abundancia el agua, que apresurándose por el miedo á salir por la puerta, que era baja, se dió en la cabeza un golpe tan fuerte, que después de algun tiempo le causó la muerte. Afligido por los males de la inundacion y los clamores del pueblo, llamó en su auxilio al rey de Acolhuacan, el cual sin dilacion hizo reparar el dique que por consejo de su padre Nezahualcoyotl se habia hecho en el reinado de Motezuma.

Libres apenas los mejicanos del mal de la inundacion, tuvieron que padecer el año siguiente el de la escasez de granos, por haberse dado mal el maíz á causa de la mucha abundancia de agua; pero en este mismo año tuvieron la fortuna de descubrir en el valle de Méjico una mina de *tetzontli*, que ha sido tan útil para los edificios de aquella gran ciudad. Comenzó luego el rey á emplear esta especie de piedra en los templos, y á su imitacion los particulares en sus casas. A mas de esto, hizo derribar todos los edificios que amenazaban ruina y reedificarlos en mejor forma, aumentando notablemente la hermosura y la magnificencia de su corte.

1 Este acueducto fué enteramente desbaratado ó por el mismo Ahuitzotl ó por su sucesor, pues nada habia de él cuando llegaron á aquel país los españoles.

2 El padre Acosta testifica que la conduccion de la agua de Huitzilopochco á Méjico y las ceremonias hechas por los sacerdotes, estaban representadas en una pintura mejicana que habia en su tiempo (y tal vez estará todavía) en la Biblioteca vaticana.

§ XXV.

NUEVAS CONQUISTAS Y MUERTE DEL REY AHUITZOTL.

Pasó los dos últimos años de su vida en frecuentes guerras, como las de Ixquixochitlan, Amatlan, Tlacuilollan, Xaltepec, Tehuantepec y Huexotla en la Huaxteca. Tliltototl, general mejicano, concluida la guerra de Ixquixochitlan, llevó sus armas victoriosas hasta Quahtemallan ó Guatemala, mas de novecientas millas al Sudueste de la corte, en la cual expedicion hizo, segun lo que dicen los historiadores, prodigios de valor; pero ninguno refiere los hechos particulares de tan celebrado general, ni sabemos que todo aquel espacio de tierra quedase sujeto á la corona de Méjico.

Finalmente, el año de 1502 después de cerca de veinte años de reinado, vino á morir Ahuitzotl de enfermedad causada por la ya mencionada contusion en la cabeza. Era hombre muy guerrero y uno de los reyes que mas ampliaron los dominios de la corona. Cuando murió poseian los mejicanos casi todo lo que tenian al arribo de los españoles. A mas del valor, tuvo otras dos virtudes reales, que lo hicieron célebre entre sus nacionales, esto es, la magnificencia y la liberalidad. Hermoseó de tal modo á Méjico con nuevos y magníficos edificios, que ya era entonces la mejor ciudad del Nuevo Mundo. Cuando recibia los tributos de las provincias reunia al pueblo en cierto lugar de la ciudad, y personalmente distribuia víveres y vestidos á los necesitados. Remuneraba á sus capitanes y soldados que se señalaban en la guerra, y á los ministros y oficiales de la corona que le servian fielmente, con oro, plata, piedras preciosas y hermosas plumas. Estas virtudes fueron oscurecidas por algunos vicios, pues era tenaz, vengativo, y algunas veces cruel, y tan inclinado á la guerra, que parecia aborrecer la paz; por lo que el nombre de Ahuitzotl se usa proverbialmente aun entre los españoles de aquel reino, para significar un hombre que con sus molestias y vejaciones no deja vivir á otro.[1] Pero por otra parte era de buen humor, y se deleitaba tanto con la música, que ni de dia ni de noche faltaba esta diversion en su palacio, lo cual debia causar gran perjuicio al bien público, pues le robaba mucha parte del tiempo y de la atencion que debia emplear en los negocios del reino. No le ocuparon menos el ánimo las mujeres. Sus antecesores habian tenido muchas, pareciéndoles que tanto mayor se manifestaba su autoridad y grandeza, cuanto mayor era el número de personas dedicadas á sus placeres. Ahuitzotl, habiendo extendido tanto los dominios y aumentado el poder de la corona, quiso manifestar la superioridad de su grandeza sobre la de sus antecesores en el excesivo número de sus mujeres. Tal era el estado de la corte de Méjico al principio del siglo XVI, de aquel siglo tan fecundo en acontecimientos grandes, en el cual debia mudar de aspecto aquel reino y trastornarse todo el Nuevo Mundo.

1 Los españoles dicen: *N. es mi ahuizote; este es el ahuizote de N. á ninguno le falta su ahuizote*, etc.

LIBRO V.

Acontecimientos de Motezuma II, nono rey de Méjico, hasta el año de 1519. Noticias de su vida, de su gobierno y de la magnificencia de sus palacios, jardines y bosques. Guerra de Tlaxcala y acontecimientos de Tlahuicole, capitan tlaxcalteca. Muerte y elogio de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, y nuevas revoluciones de aquel reino. Presagios del arribo y conquista de los españoles.

§ I.

MOTEZUMA II, REY NONO DE MÉJICO.

Muerto Ahuitzotl y celebradas con magnificencia extraordinaria sus exequias, se procedió á la eleccion de nuevo soberano. No vivia ya ningun hermano de los reyes antecedentes; por lo que segun las leyes del reino, debia suceder al rey difunto alguno de sus sobrinos, hijos de sus antecesores. Estos eran muchos, pues de los hijos de Axayacatl vivian Motezuma,[1] Cuitlahuac, Matlatzincatl, Pinahuitzin, Cecepacticatzin, y de los del rey Tizoc, Imactlacuiyatzin, Tepehuatzin y otros cuyos nombres ignoramos. Fué elegido entre todos Motezuma, á quien para distinguirlo del otro rey del mismo nombre, se le dió el sobrenombre de Xocoyotzin.[2] A mas de su valor, manifestado en algunas batallas sirviendo el empleo de general, era tambien sacerdote, y muy respetado por su gravedad, circunspeccion y religion. Era hombre taciturno y muy medido así en sus acciones como en sus palabras, y siempre que hablaba en el consejo real, de que era miembro, se hacia escuchar con respeto. Se dió parte de la eleccion á los reyes aliados, y estos inmediatamente se fueron á la corte para hacer los cumplidos. Sabedor de esto Motezuma, se reti-

1 El autor de las anotaciones á las cartas del conquistador Cortés, impresas en Méjico el año de 1770, dice que Motezuma II fué hijo de Motezuma I. Este es un error grosero, pues sabemos por todos los historiadores, así españoles como mejicanos, haber sido aquel hijo de Axayacatl. Véase á Torquemada, á Bernal Diaz, al intérprete de la coleccion de Mendoza, etc.

2 El primer Motezuma era llamado por los mejicanos Huehue Moteuczoma, y el segundo Moteuczoma Xocoyotzin, nombres equivalentes al senior y al junior de los latinos.

ró al templo, como para protestarse indigno de tanto honor. Fué allá la nobleza para darle aviso de su eleccion, y lo encontró, segun dicen los historiadores, barriendo el pavimento del templo. Fué conducido con grande acompañamiento al palacio, en donde los electores le intimaron solemnemente la eleccion hecha en su persona para ocupar el trono de Méjico. De allí volvió al templo para hacer las acostumbradas ceremonias, y terminadas que fueron, recibió en el trono la obediencia de la nobleza y escuchó las arengas gratulatorias de los oradores. La primera fué la de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, la cual presentamos aquí á los lectores como la conservaron los mejicanos:

"La gran ventura, dijo, de la monarquía mejicana se manifiesta en la uniformidad de vuestra eleccion y en los singulares aplausos con que ha sido celebrada por todos. Tienen ciertamente razon para celebrarla, pues el reino de Méjico ha subido á tal grandeza, que para llevar tan gran peso no seria bastante ni menor fortaleza que la de vuestro invencible corazon, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos. Claramente veo cuán grande es el amor que el omnipotente Dios tiene á esta nacion, pues la ha iluminado para que supiese escoger aquello que mas le convenia. ¿Quién será capaz de persuadirse de que aquel que siendo particular habia ya registrado los senos del cielo,[1] ahora siendo rey no conozca las cosas de la tierra para la felicidad de sus vasallos? Quien ha manifestado en tantas ocasiones la grandeza de su ánimo, ¿no la tendrá ahora cuando mas que nunca la necesita? ¿Quién puede creer que donde hay tanto valor y tanta sabiduría habia de faltar el alivio á la viuda y al huérfano? Ha llegado sin duda el imperio mejicano á la cumbre de la autoridad, pues el Criador del cielo os ha comunicado tanta, que inspirais respeto á cuantos os miramos. Alégrate, pues, ¡oh tierra dichosa! que te ha tocado un príncipe que será tu amparo, y por su misericordia será el padre y el hermano de sus vasallos. Tienes en efecto un rey que no tomará ocasion de su superioridad para entregarse á la molicie, ni para estarse tirado en el lecho abandonado á los pasatiempos y á las delicias; antes en el mas dulce reposo le inquietará el corazon y le despertará el cuidado que tendrá de tí, ni encontrará gusto en el mas delicado manjar por el gran deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened valor y confiad en que el Criador del cielo, que os ha ensalzado á tan eminente dignidad, os dará fuerzas para llenar las obligaciones que le son anexas. Quien ha sido hasta ahora tan liberal para con vos, no os negará sus preciosos dones habiéndoos él mismo ensalzado al trono, en el cual os pronosticó muchos y muy felices años."

Escuchó Motezuma atentamente esta arenga, y se enterneció tanto, que queriendo por tres ocasiones responder, se lo impidieron las lágrimas, nacidas de un dulce placer, que tenia la apariencia de humildad; pero al fin habiendo contenido su llanto, respondió en pocas palabras, protestándose indigno del honor á que habia sido exaltado y dando gracias á aquel rey por los elogios con que le favorecia; y habiendo oido las otras arengas, se quedó en el templo para hacer el ayuno de cuatro dias, y de allí fué restituido al real palacio con grande aparato.

Pensó después hacer la guerra para proporcionarse las víctimas que debian sacrificarse en su coronacion. Tocó esta desgracia á los atlixqueños, que poco antes se habian rebelado contra la corona. Salió, pues, el rey de la corte con la flor de la nobleza, entre la cual fueron tambien sus hermanos y primos. En esta guerra perdieron los mejicanos algunos valientes oficiales; mas sin embargo, sujetaron á los rebeldes al antiguo yugo, y Motezuma volvió victorioso, llevando consigo á los desgraciados prisioneros de que necesitaba para su coronacion Celebróse esta funcion con tal aparato de juegos, bailes, representaciones teatrales é iluminaciones, y con tal abundancia y riqueza de tributos mandados por las provincias del reino, que fueron á verla aun forasteros jamás vistos en Méjico, y los mismos enemigos de los mejicanos, como los tlaxcaltecas y los de Michuacan, se disfrazaron para ser espectadores; pero habiéndolo sabido Motezuma, los mandó alojar y regalar con generosidad regia, é hizo aderezar algunas azoteas donde cómodamente pudiesen ver aquellas grandes funciones.

§ II.

MANEJO Y CEREMONIAL DEL REY MOTEZUMA.

La primera cosa que hizo, fué remunerar con el Estado de Tlachauhco los grandes servicios hechos á sus antecesores en algunas guerras por un famoso capitan llamado *Tlilxochitl*. Principio á la verdad feliz de su reino, si los progresos hubiesen correspondido á él. Pero apenas comenzó á usar de su autoridad, cuando manifestó el orgullo que hasta entonces habia tenido escondido bajo una bella apariencia de humildad. Todos sus antecesores habian acostumbrado conferir los empleos á los mas beneméritos y que les parecian mas idóneos para servirlos, honrando con ellos indiferentemente á los nobles y á los plebeyos, no obstante el solemne contrato celebrado entre la nobleza y la plebe en el reinado de Itzcoatl. Motezuma luego que tomó las riendas del gobierno, se manifestó de otro dictámen y desaprobó la conduc-

1 Esta expresion del rey Nezahualpilli parece significar que Motezuma se hapia ocupado en el estudio de la astronomía.

ta de sus antecesores, con el pretexto de que los plebeyos servian segun su cualidad y que en todas sus acciones manifestaban la bajeza de su nacimiento y educacion. Animado de esta máxima, despojó á los plebeyos de todos los empleos que obtenian, así en su real casa como en la corte, declarándolos incapaces de obtenerlos en lo sucesivo. Un prudente viejo que habia sido su ayo, le representó que esta resolucion podria enajenar de su persona los ánimos de la plebe; pero nada bastó para disuadirlo de la determinacion tomada.

Todo el servicio de su real palacio se hacia por personas principales. A mas de aquellas que siempre habitaban allí, las cuales eran muchas, cada dia por la mañana entraban seiscientas entre señores, feudatarios y nobles para hacerle la corte. Estos se mantenian todo el dia en la antecámara, á donde no se les permitia la entrada á los criados, hablando bajo y esperando las órdenes de su soberano. Los criados que acompañaban á estos señores eran tantos, que llenaban los tres patios del palacio, y muchos se quedaban en la calle. No era menor el número de las mujeres que allí habitaban, entre damas, criadas y esclavas. Toda esta multitud vivia encerrada dentro de una especie de serrallo, al cuidado de algunas nobles matronas que velaban sobre su conducta, pues era muy celoso aquel rey, y cualquier desórden que hubiese en palacio, por ligero que fuese, lo castigaba con rigor. De estas mujeres tomaba el rey para sí mismo aquellas que le agradaban,[1] y las otras servian para recompensar los servicios de los vasallos. Todos los feudatarios de la corona debian residir algunos meses del año en la corte, y al volver á sus Estados, dejaban en ellas á sus hijos ó hermanos como rehenes pedidos por el rey para asegurarse de su fidelidad, y así les precisaba á tener casa en Méjico.

Efecto tambien del despotismo de Motezuma fué el ceremonial que introdujo en la corte. Ninguno podia entrar en palacio, ó para servir al rey ó para tratar con él algun negocio, sin descalzarse antes en la puerta. A ninguno era permitido comparecer delante del rey con vestido soberbio, porque se estimaba falta de respeto á la majestad, y así los mas grandes señores (menos los inmediatos consanguíneos del rey) se despojaban de los vestidos ricos que llevaban, ó al menos los cubrian con otros ordinarios, para manifestar su humildad. Todos al entrar en la sala de audiencia y antes de hablar al rey, hacian tres inclinaciones, diciendo en la primera *señor*, en la segunda *mi señor*, y en la tercera *gran señor*.[2] Hablaban bajo y con la cabeza inclinada, y recibian la respuesta que el rey les daba por medio de sus secretarios, tan atenta y humildemente como si fuese un oraculo. Al despedirse ninguno volvia las espaldas al trono.

La misma sala de audiencia le servia para comer; la mesa era una gran almohada y la silla un escaño bajo. Los manteles, servilletas y tohallas eran de algodon, pero muy finos, blancos y limpios. La losa era de porcelana fina de Chollan; pero ninguna de estas cosas le servia mas que una vez, pues inmediatamente las daba á algunos de los nobles. Las tazas en que se le ministraba el chocolate y las otras bebidas de cacao, eran de oro ó de hermosa concha del mar, ó ciertos vasos naturales curiosamente embarnizados de que hablaremos en otra parte. Tenia tambien platos de oro; pero no se servia de ellos sino en el templo en ciertas fiestas. Las viandas eran tantas y tan varias, que los españoles que las vieron quedaron admirados. El conquistador Cortés dice que ellas llenaban el pavimento de una gran sala, y que se presentaban á Motezuma platos de toda suerte de caza, de pescados, frutas y yerbas de aquella tierra. Llevaban esta comida trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles bien ordenados; la presentaban antes que el rey se pusiese á la mesa é inmediatamente se retiraban, y para que no se enfriase, cada plato iba acompañado de un braserillo de mesa. El rey señalaba con una vara que tenia en la mano las viandas que queria, y todo lo demás se distribuia entre los nobles que estaban en la antecamara. Antes de sentarse le presentaban agua para lavarse las manos cuatro de sus mujeres, las mas hermosas de su serrallo, las cuales se quedaban allí en pié todo el tiempo que duraba la comida, juntamente con seis de sus principales ministros y el maestre-sala.

Luego que el rey se ponia á la mesa, cerraba este la puerta de la sala, para que ninguno de los otros nobles le viese comer. Los ministros se mantenian distantes de él y observaban un silencio profundo, menos cuando era necesario responder á lo que el rey les decia. Le ministraba los platos el maestre-sala y las cuatro mujeres, á mas de otras dos que le llevaban el pan de maíz amasado con huevos. Repetidas veces oia música al comer y se recreaba con los dichos burlescos de ciertos hombres deformes que mantenia por grandeza. Manifestaba un gran placer en oirlos, y decia que entre las burlas le solian decir algunas verdades importantes. Terminada la comida tomaba tabaco mezclado con liquidámbar en una pipa ó caña hermosamente barnizada, y con aquel humo se conciliaba el sueño.

Después de haber dormido un poco, apoyado sobre el mismo escaño, daba audiencia, en la cual escuchaba atentamente cuanto se le proponia, animaba á aquellos que por la turbacion no acertaban á hablar, y respondia á todos por medio

1 Algunos historiadores afirman que Motezuma tuvo á un tiempo ciento y cincuenta de sus mujeres preñadas; pero esto es enteramente increible.

2 Las palabras mejicanas son: *tlatoani*, señor; *notlatocatzin*, mi señor, y *hueitlatoani*, gran señor.

de sus ministros ó secretarios. Después de la audiencia se tocaba música, porque se deleitaba mucho en oir cantar las acciones gloriosas de sus antepasados. Otras veces se divertia en ver ejecutar varios juegos de que en otro lugar hablaremos. Cuando salia de su casa era conducido en los hombros de los nobles en una litera descubierta bajo un rico baldoquin y con un séquito numeroso de cortesanos, y por donde quiera que pasaba todos se paraban cerrando los ojos como si temiesen quedar deslumbrados con el esplendor de la majestad. Cuando desmontaba de la litera para ir á pié, extendian tapetes para que no tocase con los piés la tierra.

§ III.

MAGNIFICENCIA DE LOS PALACIOS Y CASAS REALES DE RECREO.

A tanta majestad correspondian tambien la grandeza y la magnificencia de sus palacios, de las casas de recreo, bosques y jardines. El palacio de su residencia ordinaria era un vasto edificio de piedra y cal, que tenia veinte puertas á la plaza y á las calles, tres grandes patios, y en uno de ellos una hermosa fuente, algunas salas y mas de cien aposentos. Algunas de las estancias tenian las paredes aforradas de mármoles y otras piedras apreciables. La viguería era de cedro, de ciprés y de otras excelentes maderas, bien trabajadas y talladas. Entre las salas habia una tan grande, que por lo que dice un testigo ocular y exacto,[1] podian caber en ella tres mil hombres. A mas de este palacio, tenia otros dentro y fuera de la capital. En Méjico, á mas del serrallo de sus mujeres, habia habitacion para sus consejeros y ministros y para todos los oficiales de su casa y corte, y tambien para alojar á los señores extranjeros que llegaban allí, y principalmente para los dos reyes aliados.

Tenia dos casas en Méjico para los animales; la una para las aves que no son de rapiña, y otra para las de esta clase, los cuadrúpedos y los reptiles. En la primera habia muchos aposentos y muchos corredores sostenidos sobre columnas de mármol, todas de una pieza. Estos corredores miraban á un jardin, en donde entre la frondosidad de una arboleda habia distribuidos diez estanques, los unos de agua dulce para las aves de rio, y los otros de agua salada para las de mar. En el resto de la casa estaban todas las otras especies de aves, las cuales eran tantas y tan diversas, que los españoles que los vieron quedaron admirados, y no podian persuadirse que faltase allí especie alguna de cuantas hay en el mundo. A cada una se suministraba aquel mismo alimento de que comia en el tiempo de su libertad, ó simientes, ó frutas, ó insectos. Solamente para las aves que se sustentaban de pesca, se gastaban cada dia diez pesos castellanos de pescados (como testifica el conquistador Cortés en sus cartas á Cárlos V), esto es, mas de trescientas libras romanas. Trescientos hombres, segun lo que dice el mismo conquistador, estaban empleados solamente en el cuidado de estas aves, fuera de sus médicos, que observaban sus enfermedades y les aplicaban los remedios oportunos. De aquellos trescientos, unos proporcionaban la comida, otros la distribuian, otros cuidaban de los huevos y del empollamiento, y otros, finalmente, desplumaban en cierta estacion á las aves, pues á mas del placer que el rey tenia en ver reunida tanta multitud de animales, se tenia principalmente cuidado de las plumas, así para las famosas imágenes de mosaico de que hablaremos en su lugar, como para las otras obras que de ellas se hacian. Las salas y los aposentos de esta casa eran tantos, que como testifica el referido conquistador, podrian haberse alojado en ella dos grandes príncipes con sus comitivas. Esta célebre casa estaba situada en el lugar en donde hoy está el convento grande de San Francisco.

La otra casa, destinada para las fieras, tenia un grande y hermoso patio enlosado por tableros, y estaba dividida en muchos departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de rapiña, desde la águila real hasta el cernícalo, y de cada especie muchos individuos. Estas aves estaban compartidas segun su especie, en muchas estancias subterráneas que tenian mas de siete piés de profundidad y mas de diez y siete de largo y ancho. La mitad de cada estancia estaba cubierta de buenas losas, y habia estacas clavadas en la pared para que pudiesen dormir en ellas y defenderse de la lluvia. La otra mitad estaba solamente cubierta de una celosía con otras estacas donde gozaban del sol. Para el sustento de estas aves se mataban cada dia hasta quinientos pavos. En la misma casa habia muchas salas bajas con un gran número de jaulas fuertes de madera donde estaban encerrados los leones, tigres, lobos, coyotes, gatos monteses y todas las otras especies de fieras, las cuales se alimentaban de venados, conejos, liebres, techiches y otros animales, y de los intestinos de los hombres sacrificados.

No solamente mantenia el rey de Méjico todas aquellas especies de animales que otros príncipes tienen por grandeza, sino tambien aquellos que por su naturaleza parecen exentos de la esclavitud, como los cocodrilos y las serpientes. Algunas especies de estas estaban dentro de cubas ó vasos grandes; los cocodrilos en estanques cercados con paredes. Habia allí igualmente muchísimos estanques para peces, de los cuales aun subsisten dos hermosos que hemos visto en el palacio de Chapoltepec, á dos millas de Méjico.

1 El conquistador anónimo en su apreciable relacion. Este dice mas, que habiendo entrado cuatro veces en aquel gran palacio y habiéndolo andado hasta cansarse, no pudo verlo todo.

No contento Motezuma con tener en su palacio toda suerte de animales, habia tambien reunido en ellos á todos los hombres irregulares que ó por el color del pelo, ó por el de la piel, ó por alguna otra deformidad en los miembros, se habian hecho singulares en su especie. Vanidad ciertamente próvechosa, pues aseguraba la mantencion á tantos miserables y los libraba de los insultos inhumanos de los otros hombres.

En todos sus palacios tenia hermosísimos jardines, en donde habia todas las especies de flores apreciables, de yerbas olorosas y de plantas medicinales. Tenia tambien bosques cercados de muros y proveidos de abundante cacería donde solia divertirse. Uno de estos bosques estaba en una isleta de la laguna, conocida ahora de los españoles con el nombre del *Peñon*.

De todos los referidos palacios, jardines y bosques, no ha quedado mas que el bosque de Chapoltepec, que han conservado los vireyes para su recreo. Todos los demás fueron destruidos por los conquistadores. Arruinaron los mas magníficos edificios de la antigüedad mejicana, ó por un celo indiscreto de religion, ó por venganza, ó por servirse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, talaron los bosques y redujeron á tal estado aquella tierra, que en el dia no se podria creer la magnificencia de aquel rey si no nos constase por el testimonio de aquellos mismos que la aniquilaron.

§ IV.

VIRTUDES Y VICIOS DE MOTEZUMA.

Así los palacios como todos los referidos lugares de recreo, se tenian sumamente limpios, aun aquellos donde jamás iba, pues no habia cosa de que mas se preciara que del aseo en su persona y en todas sus cosas. Todos los dias se bañaba, y por lo mismo habia baños en todos sus palacios. Todos los dias mudaba cuatro vestidos, y aquellos que dejaba una vez no los volvia á usar, sino que se destinaban para regalar á los nobles que le servian y para los soldados que se manejaban bien en la guerra. Todas las mañanas empleaba, segun lo que dicen algunos historiadores, mas de mil hombres en barrer y regar las calles de la ciudad.

En una de las casas reales habia una grande armería donde se guardaban toda suerte de armas ofensivas y defensivas de las que usaban aquellas naciones, y de estandartes y adornos militares. En la fábrica de estos arneses tenia el rey empleado un número sorprendente de artífices, como tambien para otras obras tenia muchísimos plateros, artífices de mosaico, trabajadores de marmol, pintores y otros. Un barrio entero era solamente de bailarines destinados á su diversion.

Su celo por la religion no era inferior á su magnificencia. Edificó algunos templos á sus dioses y les hacia frecuentes sacrificios, observando exactamente los ritos y las ceremonias establecidas. Tenia gran cuidado de que todos los templos, y principalmente el mayor de Méjico, estuviesen bien servidos y sumamente aseados; pero el vano temor de los agüeros y de los supuestos oráculos de aquellas abominables divinidades, le abatia enteramente el ánimo.

Celaba sumamente la observancia de sus órdenes y las leyes del reino, y era inexorable en castigar á les trasgresores. Repetidas veces tentaba por tercera persona con presentes la rectitud de sus magistrados, y si alguna vez hallaba alguno culpable, lo castigaba irremisiblemente aunque fuese de la mas ilustre nobleza.

Era enemigo implacable de la ociosidad, y para desterrarla todo lo posible de sus dominios, procuraba tener siempre ocupados á sus vasallos, á los militares en continuos ejercicios de guerra, y á los otros, ó en el cultivo de los campos, ó en la construccion de nuevos edificios, ó en otras obras públicas, y aun á los mendigos, para que no estuviesen enteramente ociosos, les impuso la obligacion de contribuir con cierta cantidad de aquellos inmundos insectos que son efectos de la suciedad y compañeros de la miseria.

Esta opresion en que tenia á sus vasallos y las excesivas cargas que les habia impuesto, su altanería y su orgullo y la demasiada severidad en castigar, le enajenaban los ánimos: pero por otra parte se conciliaba su amor con la liberalidad, así en proveer á las necesidades de sus pueblos, como en recompensar los servicios de sus capitanes y ministros. Entre otras cosas dignas de celebrarse con los mas grandes elogios y de ser imitada por todos los príncipes, destinó la ciudad de Colhuacan para hospital de todos aquellos invalidos que después de haber servido fielmente á la corona en los empleos militares ó políticos, necesitaban ó por su edad ó por su enfermedad de ser servidos. Allí á expensas del real erario se atendia á su sustento y curacion. Tales eran las cualidades en parte buenas y en parte malas del célebre Motezuma, que nos ha parecido oportuno presentar aquí á los lectores antes de exponer la serie de sus acontecimientos.

Al principio de su reinado hizo morir á Malinalli, señor de Tlachiauhco, por haberse rebelado contra la corona de Méjico; volvió á sujetar á su obediencia aquel Estado, y conquistó el de *Achiotlan*. De allí á poco se encendió otra guerra mas grave y peligrosa en la cual no fué tan feliz.

Entre tantas provincias conquistadas por los mejicanos á fuerza de armas, ó voluntariamente sujetas á ellos por temor á su poder, la república de Tlaxcala se habia mantenido siempre invencible, sin doblar jamás la cerviz al yugo, sin embargo de estar tan poco distante de la corte

del imperio mejicano. Los huexotzincas, los cholultecas y otros Estados inmediatos, que antes fueron aliados de la república, celosos después por su prosperidad habian irritado contra ellos á los mejicanos con el pretexto de que los tlaxcaltecas querian apoderarse de las provincias marítimas del Seno Mejicano y de que con su comercio con tales provincias cada dia aumentaban su poder y sus riquezas, y andaban inquietando los ánimos de los pueblos. El comercio de los tlaxcaltecas, de que se quejaban los huexotzincas, era muy justo y necesario, porque á mas de ser la gente de aquellas costas originaria en gran parte de Tlaxcala y considerarse los unos y los otros como parientes, los tlaxcaltecas tenian necesidad de proveerse de cacao, algodon y sal que les faltaba.

Sin embargo, movieron de tal modo los ánimos de los mejicanos las representaciones de los huexotzincas y de los otros rivales de Tlaxcala, que comenzando desde Motezuma I, todos los reyes de Méjico trataron á los tlaxcaltecas como á los mas grandes enemigos de su imperio, y mantuvieron siempre fuertes guarniciones en las fronteras de Tlaxcala, para impedirles el comercio con las provincias marítimas.

Los tlaxcaltecas viéndose privados de la libertad del trafico, y consiguientemente de adquirir las cosas necesarias á la vida, determinaron mandar una embajada á la nobleza mejicana (verosímilmente en tiempo del rey Axayacatl), quejándose del agravio que se les habia hecho por los siniestros informes de sus rivales. Los mejicanos, insolentes por su prosperidad, respondieron que el rey de Méjico era señor universal del mundo y todos los mortales sus vasallos, y como tales debian los tlaxcaltecas darle obediencia y reconocerle con el tributo á ejemplo de las otras naciones; pero si rehusaban someterse, perecerian infaliblemente, su ciudad seria del todo arruinada y su país habitado por otras gentes. A una respuesta tan arrogante y tan desabrida replicaron los embajadores con estas valientes palabras: "Poderosísimos señores: Tlaxcala no os debe " ningun tributo, ni desde que sus antepasados " salieron de los países setentrionales para habi- " tar esta tierra, han reconocido jamás los tlax- " caltecas á algun príncipe de esa manera. Ellos " han conservado siempre su libertad, y no estan- " do acostumbrados á la esclavitud, á la que vos " pretendeis reducirlos, antes que rendirse á vues- " tro poder, derramarán mas sangre que la que " derramaron sus mayores en la famosa batalla " de Poyauhtlan."

Los tlaxcaltecas afligidos por la arrogante y ambiciosa pretension de los mejicanos y sin esperanza de poderlos inducir á un razonable convenio, pensaron seriamente en fortificar mas sus fronteras para impedir cualquiera invasion. Tenian ya desde antes circunvaladas las tierras de la república con grandes fosos, y habian puesto sobre las fronteras buenas guarniciones, y después con las amenazas de los mejicanos extendieron sus fortificaciones, aumentaron las tropas de los presidios y fabricaron la famosa muralla de seis millas que impedia la entrada á los enemigos por la parte del Oriente, por la cual les amenazaba el mayor peligro. Muchas veces fueron acometidos por los de Huexotzinco, Clolollan, Itzocan, Tecamachalco y otros Estados inmediatos ó poco distantes de Tlaxcala; pero jamás pudieron quitar un palmo de tierra á la república, á consecuencia de la suma vigilancia de los tlaxcaltecas y del valor con que se opinian á los invasores.

Estaban refugiados en la tierra de Tlaxcala muchísimos vasallos de la corona de Méjico, principalmente de los hhalqueños y otomíes de Xaltocan que se salvaron de la ruina de su patria en las guerras ya mencionadas. Estos tenian un odio capital á los mejicanos á causa de los males que habian recibido de ellos, y por lo mismo parecieron á los tlaxcaltecas los hombres mas idóneos para oponerse vigorosamente á las tentativas de sus enemigos: no se engañaron, pues en efecto no hallaron en otros mayor resistencia los mejicanos que en aquellos prófugos, especialmente en los otomíes, de que se componia la guarnicion de las fronteras, los cuales sirvieron fielmente á la república y fueron remunerados por ella con brillantes empleos.

Todo el tiempo que reinaron Axayacatl y sus sucesores estuvieron privados los tlaxcaltecas de comercio con las provincias marítimas, por lo que faltó la sal al pueblo de tal manera, que se acostumbró á comer los manjares sin este condimento, y no volvió á usarla sino muchos años después de la conquista de los españoles; pero los nobles (al menos algunos) como tenian correspondencia secreta con algunos señores mejicanos, se proveian de todo lo necesario sin que lo supiese ni la una ni la otra plebe. Nadie ignora que en las calamidades generales los pobres son los que soportan todo el peso de la tribulacion, pues los pudientes hallan en su riqueza medio para precaverla, ó á lo menos para endulzarla.

No pudiendo pues Motezuma sufrir que la pequeña república de Tlaxcala rehusase prestarle la obediencia y la adoracion que le tributaban tantos pueblos, aun de los mas distantes de la corte, mandó al principio de su reinado que los Estados inmediatos á Tlaxcala dispusiesen sus tropas y acometiesen por todas partes á esta república. Los huexotzincas, confederados con los cholultecas, levantaron inmediatamente tropas bajo el mando de Tecayahuatzin, jefe del Estado de Huexotzinco; pero fiándose mas en su astucia que en sus fuerzas, tentaron antes con dones y con promesas atraer á los de Hueyotlipan, ciudad de la república, situada en la frontera del reino de Acolhuacan, y á los otomíes, que defendian las otras fronteras; pero ni unos ni otros quisieron

consentir, antes bien protestaron estar dispuestos á morir en defensa de su república. Por lo que los huexotzincas viéndose precisados á valerse de la fuerza, entraron con tal furia en las tierras de Tlaxcala, que no bastando á contenerlos la guarnicion de la frontera, avanzaron haciendo un gran estrago hasta *Xiloxochitla*, lugar distante solamente tres millas de la capital. Aquí les hizo gran resistencia *Tizatlacatzin*, célebre capitan tlaxcalteca; pero al fin murió oprimido por la multitud de enemigos, los cuales hallandose tan inmediatos á la capital, tuvieron tanto miedo á la venganza de los tlaxcaltecas, que de allí se volvieron precipitadamente á sus tierras. Este fué el principio de las continuas batallas y hostilidades que hubo entre aquellos dos Estados hasta el arribo de los españoles. No sabemos por la historia si esta vez se empeñaron en la guerra los otros Estados inmediatos á Tlaxcala; pudo ser que los huexotzincas y cholultecas no permitiesen á los otros tener parte en aquella gloria

Los tlaxcaltecas quedaron tan rabiosos contra los huexotzincas, que no queriendo ya contenerse dentro de su Estado para defenderlo, como habian hecho antes, salieron muchas veces á atacar á sus enemigos. Una ocasion les acometieron por la falda de los montes que están al Poniente de Huexotzinco[1] y los estrecharon de tal modo, que no pudiendo resistir los huexotzincas, pidieron auxilio á Motezuma, el cual inmediatamente mandó un ejército bajo el mando de su primogénito. Este ejército marchó por la falda meridional del volcan Popocatepetl, en donde se engrosó con las tropas de Chictlan é Itzocan, y de allí por Quauhquechollan entró en el valle de Atlixco. Los tlaxcaltecas, sabedores del camino que llevaban los mejicanos, determinaron prevenirles y acometerlos antes que pudiesen unirse con los huexotzincas. Fué tan improvisa la acometida, que los mejicanos fueron derrotados, y aprovechándose los tlaxcaltecas de su desórden, hicieron en ellos una gran mortandad. Cayó entre los muertos el mismo príncipe general, á quien tal vez se habia conferido tan importante cargo mas bien por añadir este honor al esplendor de su nacimiento, que por consideracion á su pericia en el arte de la guerra. El resto del ejército se puso en fuga, y los vencedores cargados de despojos se volvieron á Tlaxcala. Es de admirar que no hubiesen caida inmediatamente sobre la ciudad de Huexotzinco, pues debian haber esperado que al punto se rindiese; pero tal vez no fué tan completa su victoria, que no hubiesen muerto en la batalla muchos de ellos, y tuvieron por mejor gozar por entonces de los frutos de la victoria, para volver después con mayores fuerzas á la guerra. En efecto, volvieron; pero fueron rechazados por los huexotzincas, que se habian ya fortificado, y regresaron á Tlaxcala sin otra ventaja que la de haber destrozado los campos de Huexotzinco y Chollollan; por lo que llegaron aquellos pueblos á tal miseria, que se vieron precisados á buscar víveres en Méjico y otros lugares.

Por lo que mira al rey Motezuma, tuvo un indecible pesar por la muerte de su primogénito y por la derrota de su ejército, y así para vengarse hizo disponer inmediatamente otro ejército en las provincias circunvecinas á Tlaxcala, para bloquear á toda la república; pero los tlaxcaltecas previendo bien las hostilidades de los mejicanos, se habian fortificado extraordinariamente y aumentado por todas partes las guarniciones. Se combatió vigorosamente por una y otra parte; pero al fin fueron rechazadas las tropas reales, dejando no poca riqueza en las manos de sus enemigos. La república celebró con grandes festejos esta victoria, y remuneró á los otomíes, á quienes principalmente se debió, exaltando á los mas respetables á la dignidad de *teuctli*, la cual entre ellos tenia la mas grande estimacion, y dando por mujeres á los jefes de aquella nacion, algunas hijas de los mas nobles tlaxcaltecas.

No hay duda que si los reyes de Méjico se hubiesen empeñado seriamente contra los tlaxcaltecas, los hubieran finalmente sujetado á la corona, pues por grandes que fuesen las fuerzas de la república, aguerridas sus tropas y fuertes sus lugares, era con todo esto muy inferior en el poder y en las fuerzas á Méjico. Por lo que me parece muy verosímil lo que afirman los historiadores, que los reyes de Méjico dejaron de intento subsistir la república de Tlaxcala, distante de aquella capital apenas sesenta millas, habiendo conquistado las provincias mas distantes, así para que hubiera donde ejercitaran su valor las tropas mejicanas, como para tener principalmente donde proveerse con facilidad de víctimas para sus sacrificios. Uno y otro conseguian en los frecuentes asaltos que daban á los lugares de Tlaxcala.

Entre las víctimas tlaxcaltecas es muy memorable en la historia mejicana un famosísimo general llamado *Tlahuicole*,[1] en quien no se sabia qué era mas grande, si el valor del ánimo ó la fuerza extraordinaria del cuerpo. El *maquahuitl* ó espada mejicana con que peleaba era tan pesada, que un hombre de ordinaria fuerza apenas podia alzarla del suelo. Su nombre era el terror de los enemigos de la república, y donde quiera que se presentaba con sus armas, todos huian. Este, pues, en un asalto que dieron los huexotzincas á una guarnicion de otomíes, se puso incautamente en el mayor calor de la accion en un lugar pantanoso, en donde no pudiendo moverse tan ex-

1 La ciudad de Huexotzinco no estaba entonces donde está actualmente, sino mas arriba hácia el Poniente.

1 El acontecimiento de Tlahuicole sucedió verosímilmente en los últimos años del reinado de Motezuma; pero por la conexion que tiene con la guerra de Tlaxcala, nos pareció conveniente anticiparlo.

16

peditamente como queria, fué hecho prisionero, encerrado en una fuerte jaula, y después llevado á Méjico y presentado á Motezuma. Este rey, que sabia apreciar el mérito aun en sus enemigos, en vez de darle la muerte, le concedió generosamente la libertad de volverse á su patria; pero el arrogante tlaxcalteca no quiso aceptar la gracia, con el pretexto de que habiendo sido hecho prisionero, no tenia ánimo para presentarse con esta ignominia á sus paisanos. Dijo que queria morir, como los otros prisioneros, en honor de sus dioses. Motezuma viéndole tan renitente á volverse á su patria, y no queriendo por otra parte privar al mundo de un hombre tan famoso, lo estuvo deteniendo en la corte con la esperanza de hacerlo amigo de los mejicanos y servirse de él en beneficio de la corona. Entre tanto se encendió la guerra con los de Michuacan, cuya causa y circunstancias enteramente ignoramos, y Motezuma encomendó al mismo Tlahuicole el mando del ejército, que dirigió á Tlaximaloyan, frontera, como hemos ya dicho, del reino de Michuacan. Tlahuicole correspondió ventajosamente á la confianza que se hizo de él, pues aunque no pudo desalojar á los de Michuacan del lugar en donde se habian fortificado, hizo muchos prisioneros y les quitó una buena cantidad de oro y plata. Apreció Motezuma su servicio y volvió á concederle la libertad; mas rehusándola él como antes, le ofreció el empleo brillante de *tlacatecatl* ó general de las armas mejicanas. A esto respondió valerosamente el tlaxcalteca que no queria ser traidor á su patria y que su voluntad absoluta era morir, pero que fuese en el sacrificio gladiatorio, que como destinado para los prisioneros mas respetables, le seria á él mas honroso. Tres años se mantuvo en Méjico este célebre general con una de sus mujeres, que de Tlaxcala se habia ido allí para vivir con él. Es creible que los mismos mejicanos procurasen esto, para que les dejase una gloriosa posteridad, que ennobleciese con su valor á la corte y reino de Méjico. Finalmente, viendo el rey la obstinacion con que se negaba á cualquier partido que le hacia, condescendió con el bárbaro que él queria, y señaló dia para el sacrificio. Ocho dias antes comenzaron los mejicanos á celebrarlo con bailes, y cumplido el término, en presencia del rey, de la nobleza y de una inmensa multitud de pueblo, pusieron al prisionero tlaxcalteca atado por un pié en el *temalacatl* ó piedra grande y redonda, en donde se hacian tales sacrificios. Salieron uno á uno para pelear con él algunos hombres valientes, de los cuales mató, segun lo que dicen, ocho é hirió veinte, hasta que cayendo medio muerto en tierra por un fuerte golpe que recibió en la cabeza, lo llevaron delante del ídolo de Huitzilopochtli, y allí le abrieron el pecho y le sacaron el corazon los sacerdotes, y precipitaron el cadáver por la escalera del templo, segun el rito establecido. Así acabó este famoso general, cuyo valor y fidelidad á su patria lo hubieran elevado á la clase de los héroes si se hubiesen regulado por las luces de la verdadera religion.

En el tiempo en que se hacia la guerra contra los tlaxcaltecas, se padeció hambre en algunas provincias del imperio mejicano, causada por la sequedad de dos años. Consumido todo el grano que tenian los particulares, tuvo el rey ocasion de ejercitar su liberalidad: abrió pues todos sus graneros y distribuyó entre sus soldados todo el maíz que habia en ellos; pero no bastando este á remediar su necesidad, permitió, á imitacion de Motezuma I, que fuesen á otros países á proporcionarse su alimento. El año siguiente (1505) habiendo habido una abundante cosecha, salieron los mejicanos á la guerra contra Quauhtemallan, provincia distante mas de novecientas millas de Méjico hácia el Sudueste. Mientras se hacia esta guerra, causada verosímilmente por alguna hostilidad de los de Quauhtemallan contra los súbditos de la corona, se terminó en Méjico la fábrica de un templo erigido en honor de la diosa *Centeotl*, cuya solemnísima dedicacion fué celebrada con sacrificios de los prisioneros que se hicieron en esta guerra.

Por este tiempo habian ampliado la calzada sobre la laguna de Chapoltepec á Méjico y reedificado el acueducto que habia sobre la misma calzada; pero la alegría que tuvieron por la conclusion de esta obra, se turbó por el incendio de la torre de otro templo llamado *Zomolli*, causado por un rayo. Los habitantes de aquella parte de la ciudad, que estaba mas distante de este templo, y particularmente los tlatelolcos, no habiendo advertido el rayo, se persuadieron que este incendio habia sido excitado por los enemigos venidos improvisamente á la ciudad; por lo que inmediatamente se pusieron sobre las armas para defenderla y corrieron en tropas hácia el templo. Tuvo tal cólera Motezuma por aquella inquietud, persuadiéndose que esto habia sido un mero pretexto de los tlatelolcos para mover alguna sedicion (pues estaba en perpetua desconfianza de ellos), que los privó de todos los empleos públicos que tenian, y aun les prohibió que compareciesen en la corte; no bastando entonces á disuadirlo de tal resolucion ni las protestas que hicieron de su inocencia, ni las súplicas con que imploraron la real clemencia; pero luego que se apagó aquel primer fuego de su cólera, los restituyó á sus empleos y á su gracia.

Entre tanto se rebelaron á la corona los mixtecos y los zapotecos. Los principales jefes de la rebelion, á la cual se comprometieron todos los señores de ambas naciones, fueron *Cetecpatl*, señor de Coaixtlahuacan, y *Nahuixochitl*, señor de Tzotzollan. Antes de todo mataron á traicion á todos los mejicanos que habia en los presidios de Huaxjacac y de otros lugares. Luego que Motezuma tuvo noticia de tal rebelion, mandó contra ellos un grueso ejército, compuesto de

mejicanos, tezcocanos y tepanecas, bajo el mando del príncipe Cuitlahuac, su hermano y sucesor en la corona. Los rebeldes fueron enteramente derrotados, muchísimos de ellos hechos prisioneros con sus jefes y entregadas al saqueo sus ciudades. El ejército volvió á Méjico cargado de despojos, los prisioneros fueron sacrificados, y el Estado de Tzotzollan se dió á *Cozcaquauhtli*, hermano de Nahuixochitl, por haber permanecido fiel á la corona, anteponiendo la obligacion de vasallo á los vínculos de la sangre; pero Ceteopatl no fué sacrificado hasta que no descubrió todos los cómplices de la rebelion y los designios de los rebeldes.

Poco después de esta expedicion se suscitó no sé qué contienda entre los huexotzinqueños y los chololtecas sus vecinos y amigos, y cometiendo la decision á las armas, se dieron una batalla campal. Los chololtecas, como mas prácticos en el ejercicio de la religion, del comercio y de las artes que en el de la guerra, fueron inmediatamente vencidos y obligados á retirarse á su ciudad, hasta donde los persiguieron los enemigos; les mataron alguna gente y les quemaron algunas casas. Apenas obtuvieron esta victoria los huexotzinqueños, cuando se arrepintieron por el castigo que les amenazaba; y así para precaverlo mandaron al rey Motezuma dos personas respetables, llamadas *Tolimpanecatl* y *Tzoncoztli*, procurando justificarse y culpar á los chololtecas. Estos embajadores ó por hacer parecer mas grande el valor de sus ciudadanos ó por cualquier otro motivo, exageraron de tal modo la mortandad de los chololtecas, que hicieron creer al rey que todos habian perecido, y que los pocos que habian salvado la vida habian abandonado la ciudad. Motezuma, al oir esta relacion, se entristeció sumamente y temió la venganza del dios Quetzalcoatl, cuyo santuario, que era de los mas célebres y de los mas venerados de toda aquella tierra, creia profanado por los huexotzinqueños. Aconsejado pues con los dos reyes aliados, mandó á Chololllan algunos personajes de su corte para informarse bien de todo el hecho, y habiéndolo encontrado muy diverso de lo que le habian dicho los huexotzinqueños, concibió tal indignacion porque lo habian engañado, que inmediatamente despachó un ejército, mandando al general castigarlos rigorosamente si no se prestaban á darle una conveniente satisfaccion. Los huexotzinqueños, presintiendo la tempestad que iba á caer sobre ellos, salieron formados en órden de batalla á recibir á los mejicanos; pero el general de estos se adelantó hácia ellos para exponer su comision en estas palabras: "Nuestro señor Motezuma, que tiene su corte en medio de la agua, Nezahualpilli, que manda en las órillas de la laguna, y Totoquihuatzin, que reina al pié de los montes, me mandan deciros, que habiendo sabido por vuestros embajadores que vos habeis arruinado á Chololllan y muerto á sus habitadores, han tenido un grandísimo sentimiento, y se ven precisados á vengar tan grande atentado contra el venerable santuario de Quetzalcoatl." Los huexotzinqueños protestaron ser muy exagerada y falsa la relacion de sus embajadores, y por lo tanto no pudiendo ser autor de ella un cuerpo tan respetable como era el de la ciudad de Huexotzinco, se ofrecieron á satisfacer á todos los tres reyes con el castigo de los culpables. Después habiendo hecho venir allí á los referidos embajadores y cortádoles las orejas y las narices (que era la pena establecida contra aquellos que decian mentiras perniciosas al público), los entregaron al general. Así precavieron los males de la guerra, que de otro modo hubieran sido inevitables.

Muy diversa fué la suerte de los atlixqueños, que se habian rebelado contra la corona, pues fueron derrotados por los mejicanos y hechos muchos de ellos prisioneros. Esto puntualmente sucedió en el mes de febrero de 1506, cuando por haberse concluido el siglo, se celebraba la gran fiesta de la renovacion del fuego con mayor aparato y solemnidad que en el reinado de Motezuma I y que en los otros años seculares. Este, que fué el mas solemne, fué tambien el último que celebraron los mejicanos. En él se sacrificó un número muy grande de prisioneros, reservando otros para la fiesta de la dedicacion del *Tzompantli*, que era, como diremos en otra parte, un edificio inmediato al templo mayor, en donde se conservaban ensartadas las calaveras de las víctimas.

Este año secular parece haber pasado sin guerra; pero en el de 1507 hicieron los mejicanos la expedicion contra Tzollan y Mictlan, Estados de los mixtecos, cuyos habitantes huyeron á los montes para salvarse, y no tuvieron otra ventaja los mejicanos que la de hacer prisioneros á algunos pocos mixtecos que se habian quedado en sus casas. De allí se fueron á sujetar á los de Quauhquechollan, que se habian rebelado, en la cual guerra manifestó su valor el príncipe Cuitlahuac, general del ejército. Murieron en esta expedicion algunos valientes capitanes de los mejicanos; pero sujetaron á los rebeldes al yugo, é hicieron tres mil doscientos prisioneros, los cuales fueron sacrificados parte en la fiesta *Tlacaxipehualiztli*, que se hacia en el segundo mes mejicano, y parte en la dedicacion del santuario Zomolli, que después del referido incendio se habia reedificado con la mayor magnificencia.

El año siguiente salió el ejército real de los mejicanos, tezcocanos y tepanecas contra la remota provincia de Amatlan. En la marcha que hicieron por una altísima montaña, les sobrevino un furioso norte con nieve, que causó en el ejército una grandísima mortandad, pues algunos estando acostumbrados á un clima benigno y yendo casi desnudos, murieron de frio, y otros fueron oprimidos por los árboles que arrancó el

viento. Del resto del ejército, que debilitado continuó su viaje hasta Amatlan, murió la mayor parte en la batalla.

Estas y otras calamidades unidas á la aparicion de un cometa por aquel mismo tiempo en el cielo, pusieron en gran consternacion á todos aquellos pueblos. Motezuma, el cual era muy supersticioso para poder mirar con indiferencia semejante fenómeno, consultó sobre él á sus astrólogos; pero no sabiendo estos adivinar la significacion, la preguntó al rey de Acolhuacan, que era tambien inclinado á la astrología y á la divinacion. Estos reyes, aunque parientes entre sí y perpetuamente aliados, sin embargo, no vivian en mucha armonía desde que el rey de Acolhuacan mandó matar, como dentro de poco veremos, á su hijo *Huexotzincatzin*, no atendiendo á los ruegos de Motezuma, el cual como tio de aquel príncipe intercedió por él. Habia ya mucho tiempo que no se trataban con aquella frecuencia y confianza que solian; pero en esta ocasion el vano terror que ocupó el ánimo de Motezuma, lo movió á valerse de la ciencia del rey Nezahualpilli, por lo que le suplicó fuese á Méjico para deliberar entre sí sobre este asunto, que igualmente interesaba á ambos. Fué Nezahualpilli, y después de haber conferenciado prolijamente con Motezuma, fué de parecer, segun lo que dicen los historiadores, que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquellos reinos por el arribo de nuevas gentes. Pero no agradando esta interpretacion á Motezuma, Nezahualpilli lo desafió al juego del balon, que era muy usado aun entre los mismos reyes, y pactaron que si el rey de Méjico vencia el partido, el de Acolhuacan renunciaria de su interpretacion, teniéndola por falsa; pero si vencia Nezahualpilli, Motezuma deberia reconocerla por verdadera y abrazarla. Necedad verdaderamente ridícula de aquellos hombres, en creer dependiente la verdad de una prediccion de la destreza del jugador ó de la fortuna del juego; pero menos perniciosa que la de los antiguos europeos, que comprometian á la barbaridad del duelo y á la incertidumbre de las armas, la verdad, la inocencia y el honor. Quedó Nezahualpilli victorioso en el juego, y Motezuma desconsolado por la pérdida y por la confirmacion de tan funesto pronóstico. Sin embargo, quiso tentar otro camino, esperando hallar otra prediccion mas favorable que se contrapesara con la del rey de Acolhuacan y con la desgracia del juego. Hizo pues consultar á un famosísimo astrólogo, muy versado en las supersticiones de la divinacion, con la cual habia hecho tan célebre su nombre en aquella tierra y conciliádose tan grande autoridad, que sin salir de su casa era consultado como un oráculo por los mismos reyes. El, sabiendo sin duda lo que habia habido entre los dos reyes, en vez de dar una respuesta agradable á su soberano, ó á lo menos equívoca, como hacen por lo comun tales pronosticadores, confirmó la funesta prediccion del tezcocano. Si indignó tanto Motezuma con la respuesta, que en recompensa le hizo derribar la casa, quedando el infeliz adivino sepultado bajo las ruinas de su propio santuario.

Estos y otros semejantes pronósticos de la caida de aquel imperio se ven en las pinturas de los americanos y en las Historias de los españoles. Estoy muy distante de persuadirme que todo aquello que hallamos escrito sobre este asunto sea digno de nuestra creencia; pero no por esto se puede dudar de la tradicion que habia entre los mejicanos de que debian llegar á aquel reino nuevas gentes muy diversas de los propios habitadores, que se apoderarian de toda la tierra. No ha habido en el país de Anáhuac nacion alguna civilizada ó medio civilizada que no haya testificado la tal tradicion, ó con sus testimonios verbales ó con sus propias historias. No es posible adivinar el primer orígen de esta tradicion tan universal; pero en el siglo XV y aun en el XIV, después de que con la invencion de la aguja no temian ya los hombres perder de vista la tierra, y los europeos estimulados de la ambicion y de la insaciable hambre del oro habian comenzado á hacérseles familiares los peligros del Océano, aquel maligno espíritu enemigo capital del género humano, que gira incesantemente por toda la tierra espiando las acciones de los mortales, pudo fácilmente conjeturar los progresos de los europeos, el descubrimiento del Nuevo Mundo y una parte de los grandes acontecimientos que estaban para suceder allí, y no es inverosímil que los predijese á las naciones consagradas á su culto, para confirmarlas con la misma prediccion de lo futuro en la errónea persuasion de su pretendida divinidad; pero si el demonio pronosticaba las futuras calamidades para engañar á aquellos miserables pueblos, el piadosísimo Dios se las anunciaba para disponer sus espíritus al Evangelio. El suceso que voy á referir en confirmacion de esta verdad, fué público y ruidoso, acaecido en presencia de dos reyes y de la nobleza mejicana. Se halló tambien representado en algunas pinturas de aquellas naciones, y se mandó á la corte de España un testimonio jurídico.[1]

Papantzin, princesa mejicana y hermana del rey Motezuma, estaba casada con el gobernador de Tlatelolco, y después de muerto este, se quedó en el palacio hasta el año de 1509, en que tambien murió ella de enfermedad. Su funeral se celebró con la magnificencia correspondiente al esplendor de su nacimiento, asistiendo el rey su hermano y toda la nobleza mejicana y tlatelolca. Su cadáver fué sepultado dentro de un hoyo ó cueva subterránea que estaba en el jardin del mismo palacio, inmediata á un estanque donde solia bañarse, y la entrada de la cueva se cerró con una lápida poco pesada. Al dia si-

1 Véase á Torquemada en el lib. 2.° cap. 91, y á Betancourt en la partid. 3, trat. 1.°, cap. 8.

guiente dió á una niña de cinco ó seis años la gana de ir á la habitacion de su madre y á la del mayordomo de la difunta, que estaba del otro lado del jardin, y al pasar vió á la princesa sentada en las gradas del estanque, y oyó que la llamaba con la palabra *cocoton*,[1] de la cual usan hablando con ternura á los niños. La muchachuela no siendo capaz por su edad de reflexionar sobre la muerte de la princesa, y pareciéndole que iba á bañarse como solia, se acercó sin miedo, y aquella la envió á llamar á la mujer de su mayordomo. Fué pues á llamarla; pero la mujer sonriéndose y haciéndole caricias, le dijo: "Hija mia, Papantzin ya es muerta y ayer la han enterrado." Pero como la niña instaba, y aun le tiraba por el *huepilli* ó camisa mujeril, ella, mas por complacerle que porque creyese lo que le decia, la siguió; pero apenas llegó á vista de la princesa, fué sorprendida de tal horror, que cayó en tierra desmayada. La niña avisó á su madre, y esta con otras dos compañeras corrieron á dar auxilio á la mujer; pero viendo á la princesa se intimidaron en tal grado, que les hubiera sucedido lo propio si la misma princesa no las hubiese confortado, asegurándoles que ya estaba viva. Hizo llamar por medio de ellas á su mayordomo, y le encargó fuese á llevar esta noticia al rey su hermano; pero él no se atrevió á hacerlo, porque temió que el rey teniendo esta nueva por fábula sin examinarla, lo castigase con su acostumbrada severidad como mentiroso. Anda pues á Tezcoco, le dijo entonces la princesa, y suplica á mi nombre al rey Nezahualpilli que venga á verme. Obedeció el mayordomo, y el rey, informado por él, fué inmediatamente á Tlatelolco. Cuando llego aquí, la princesa habia entrado á una habitacion del palacio. La saludó el rey lleno de pasmo, y ella le suplicó que fuese á Méjico y dijese al rey su hermano que estaba viva y necesitaba verlo para descubrirle algunas cosas de suma importancia. Fué el rey á Méjico para cumplir la comision; pero apenas podia Motezuma creer lo que oia. Sin embargo, por no faltar al respeto debido á tan autorizado embajador, fué con él y con mucha nobleza mejicana á Tlatelolco, y entrando en la sala en donde estaba la princesa, le preguntó si ella era su hermana: "Soy, señor, respondió la princesa, vuestra hermana Papan, que antier habeis enterrado; estoy verdaderamente viva, y quiero manifestaros lo que he visto, porque os importa." Dicho esto, se sentaron los dos reyes, permaneciendo los otros en pié, admirados de lo que veian.

Entonces la princesa continuó hablando así: "Después que morí, ó si no quereis creer que haya estado muerta, después que quedé privada del movimiento y de los sentidos, me encontré improvisamente en una llanura grande, que por ninguna parte se veia el término. En medio de ella observé un camino, que después ví dividirse en varias sendas, y por una parte corria un rio grande, cuyas aguas hacian un ruido espantoso, y queriendo yo arrojarme al rio para pasar á nado al otro lado, ví delante de mí á un hermoso jóven de buena estatura, vestido con un hábito largo, blanco como la nieve y resplandeciente como el sol, con alas de hermosas plumas, y teniendo sobre la frente esta señal (al decir esto la princesa hizo con los dos primeros dedos la señal de la cruz), y tomándome por la mano, me dijo: *Detente, pues todavía no es tiempo de que pases este rio. Dios te ama mucho aunque tú no lo conoces.* Después me condujo por lo largo del rio, en cuya orilla ví muchísimos cráneos humanos y osamentas, y oí gemidos tan lastimosos que me movieron á compasion. Volviendo después los ojos al rio, ví á lo lejos algunos barcos grandes, y en ellos ciertos hombres de color y vestido muy diverso del nuestro. Eran blancos y barbados y llevaban estandartes en la mano y yelmos en la cabeza. *Dios*, me dijo entonces el jóven, *Dios quiere que tú vivas para que seas testigo de las revoluciones que están para suceder en estos reinos. Los gemidos que oiste entre aquellas osamentas, son las almas de tus antepasados, que están y estarán siempre atormentadas por sus delitos. Aquellos hombres que ves venir en los barcos, son los que con las armas se harán dueños de estos reinos, y con ellos vendrá tambien la noticia del verdadero Dios criador del cielo y de la tierra. Tú, luego que se haya acabado la guerra y promulgado el baño con que se borran los pecados, sé la primera en recibirlo y guia con tu ejemplo á tus nacionales.* Dicho esto, desapareció el jóven y yo me encontré restituida á la vida; me levanté del lugar donde yacia, quité la lápida del sepulcro y salí al jardin, en donde me encontraron mis domésticos."

Atónito quedó Motezuma al oir esta relacion, y con la mente turbada por una multitud de pensamientos, se levantó y salió inmediatamente para irse á su palacio destinado para el tiempo de duelo, sin hablar palabra á su hermana ni al rey de Tezcoco, ni á ningun otro de aquellos que lo acompañaban, aunque algunos aduladores por serenarlo procuraron persuadirle que la enfermedad que habia padecido la princesa le habia trastornado el cerebro. No quiso volverla á ver por no oir otra vez los melancólicos presagios de la ruina de su imperio. La princesa vivió después muchos años en sumo retiro y abstinencia. Fué la primera que en el año de 1524 recibió en Tlatelolco el sagrado bautismo, y se llamó desde entonces *doña María Papantzin.* En los años que sobrevivió á su regeneracion, fué un perfecto modelo de virtudes cristianas, y su muerte correspondió á su vida y á su maravillosa vocacion al cristianismo.[1]

1 Cocoton es lo mismo que niño, pero explica algo mas de ternura.

1 Este suceso de la hermana de Motezuma se atribu-

A mas de este memorable suceso, acaeció el año de 1510 el improviso y violento incendio de las torres del templo mayor de Méjico en una noche serena, sin poderse jamás adivinar la causa, y en el año antecedente una tan rápida y tan extraordinaria agitacion de las aguas de la laguna, que arruinaron algunas casas de Méjico, no habiendo habido ni viento, ni terremoto, ni otra causa natural á quien se pudiese atribuir tan raro fenómeno. Se dice tambien que en el año de 1511 se vieron representados en el aire hombres armados que peleaban entre sí y se mataban. Estos y otros semejantes fenómenos referidos por el padre Acosta, Torquemada y otros, se hallaron exactamente descritos en las historias mejicana y acolhua. No es, pues, inverosímil que habiendo Dios anunciado con semejantes prodigios el exterminio de algunas ciudades, como en parte nos consta por la Sagrada Escritura, y parte por el testimonio de Josefo, Eusebio Cesariense, Osorio y otros autores, emplease tambien la misma providencia en la turbacion general de un mundo entero, que es sin duda el acontecimiento mas raro y mas notable de todos cuantos se leen en las historias humanas.

La consternacion introducida en el ánimo de Motesuma por tan funestos prodigios, no lo apartó de los pensamientos de guerra. Muchas habian sido en el año de 1508 las expediciones de sus ejércitos, particularmente contra los tlaxcaltecas, huexotzinqueños y atlixqueños, y contra los de Icpatepec y Malinaltecpec, en la cual hicieron mas de cinco mil prisioneros, que después fueron sacrificados en la corte. En 1509 fué la guerra contra los de Xochitepec, que se habian rebelado. El año siguiente, pareciendo á Motesuma pequeño el altar de los sacrificios y no proporcionado á la magnificencia del templo, hizo buscar una buena piedra de tamaño desmesurado, y se encontró junto á Coyoacan. Después de haberla hecho pulir y esculpir curiosamente, mandó que fuese conducida solemnemente á Méjico. Concurrió mucho pueblo á arrastrarla; pero al pasarla por un puente de vigas que estaba sobre un canal á la entrada de la ciudad, con su enorme peso rompió las vigas y cayó en dicho canal, llevándose consigo muchos hombres, y entre ellos al sumo sacerdote, que la iba incensando. Sintieron mucho el rey y el pueblo esta desgracia; pero sin abandonar la empresa, sacaron del agua la piedra con sumo trabajo y la llevaron al templo, en donde fué dedicada con sacrificios de todos los prisioneros que estaban reservados para esta gran fiesta, que fué ciertamente de las mas solemnes que celebraron los mejicanos. Convocó á ella el rey la principal nobleza de todo su reino, é impendió grandes tesoros en los regalos que hizo á los nobles y á los plebeyos. Este mismo año se celebró tambien la dedicacion del templo *Tlamatzinco* y el de *Quaxicalco*, de que hablaremos en otra parte. Las víctimas sacrificadas en la dedicacion de estos dos edificios y en la del altar de los sacrificios, fueron, segun dicen los historiadores, doce mil doscientas y diez.

Para proveer de tan gran número de víctimas, necesitaba hacer continuamente la guerra. En 1511 se rebelaron los yopes y quisieron matar á toda la guarnicion de mejicanos que habia en Tlacotepec; pero habiendo sido descubierto oportunamente su designio, fueron castigados, y doscientos de ellos conducidos prisioneros á la corte. En 1512 marchó un ejército de mejicanos por el Norte contra los de Quetzalapan, y con pérdida de solos noventa y cinco hombres, hicieron trescientos treinta y dos prisioneros, que tambien fueron llevados á Méjico. Con estas y otras conquistas hechas en los tres años siguientes, llegó el imperio mejicano á su mayor grandeza, cinco ó seis años antes de su ruina, á la cual contribuyeron mucho las mismas rápidas conquistas. Cada provincia, cada lugar conquistado era un nuevo enemigo de los conquistadores, el cual, impaciente con el yugo á que no estaba acostumbrado, é irritado con la violencia, no esperaba mas que alguna buena ocasion para vengarse y restituirse á su primera libertad. La felicidad de un reino no consiste en la extension de sus dominios, como ni en la multitud de los vasallos; antes bien, nunca mas se acerca este á su fin, que cuando á causa de su vasta y desmesurada extension, no puede mantener la union necesaria entre sus partes, ni aquel vigor que se necesita para resistir á la multitud de sus enemigos.

No contribuyeron menos á la ruina del imperio mejicano las revoluciones que por este mismo tiempo hubo en el reino de Acolhuacan, causadas por la muerte del rey Nezahualpilli. Este célebre rey, después de haber poseido el trono cuarenta y cinco años, ó cansado del gobierno ú oprimido de la melancolía por los funestos fenómenos que habia observado, dejó las riendas del gobierno en manos de dos príncipes reales y se retiró á su palacio de recreo en Tezcotzinco, llevándose consigo á su favorita Xocotzin y pocos criados, dejando órden á sus hijos de no salir de la corte y esperar allí sus ulteriores disposiciones. En los seis meses que allí estuvo, se divertia con frecuencia en el ejercicio de la caza, y las noches se ocupaba en la observacion del cielo, y para esto habia hecho en la azotea del palacio un pequeño observatorio, el cual se conservó hasta el siglo siguiente, y fué visto por algunos historiadores españoles que hablan de él. Allí, no solo contemplaba el movimiento y curso de los astros, sino que conferenciaba con algunos inteligentes en la astronomía, pues habiendo estado siempre en aprecio este estudio entre ellos, se dedicaron mas á él después que fueron excitados con el

ye por Boturini á una hermana del rey de Michuacan. En el libro segundo hemos hecho mencion de las fábulas de que está llena la relacion de este autor.

ejemplo del gran rey Nezahualcoyotl y de su hijo y sucesor.

Después de seis meses de esta vida privada, volvió á la corte, mandó á su cara Xocotzin que se retirase con sus hijos al palacio llamado *Tepicpan*, y él se encerró en el de su ordinaria residencia, sin dejarse ver mas que de algunos de sus confidentes, con el designio de ocultar su muerte, á imitacion de su padre. En efecto, no se supo jamás ni el tiempo ni las otras circunstancias de su muerte. Solamente se sabe que murió en 1516, y que antes de morir mandó á los confidentes de quienes se servia que quemasen secretamente su cadáver. De esto provino que el vulgo, y aun algunos nobles, quedasen persuadidos que no habia muerto, sino que se habia ido al reino de Amaquemecan, donde tuvieron orígen sus antepasados, como repetidas veces habia dicho lo queria hacer.

Este rey en materia de religion fué del mismo sentimiento que su gran padre Nezahualcoyotl. Despreciaba en su interior el culto de los ídolos, aunque exteriormente se conformaba con el pueblo. Imitó igualmente á su padre en el celo por las leyes y en la severidad de la justicia, de que dió un raro ejemplo en los últimos años de su reinado. Habia una ley que prohibia con pena de muerte el decir palabras indecentes en el real palacio. Violó esta ley uno de los príncipes sus hijos, llamado Huexotzincatzin, á quien queria con preferencia á todos los otros, no menos por su índole y virtudes, que ya se manifestaban en su juventud, que por haber sido el primogénito entre los hijos tenidos de su favorita Xocotzin; mas las palabras del príncipe habian sido mas bien efecto de la inconsideracion juvenil que de intencion dañada. Lo supo el rey por una de sus concubinas, á quien habian sido dichas las tales palabras. Le preguntó si esto habia sucedido delante de otras personas, y habiendo sabido que se habian hallado presentes los ayos del príncipe, se retiró á una habitacion del palacio que estaba destinada para las ocasiones de luto. Allí hizo llamar á los ayos para examinarlos. Ellos, temiendo ser castigados severamente si ocultaban la verdad, la declararon sencillamente; pero al mismo tiempo se empeñaron en excusar al príncipe, diciendo que ni él conocia á la persona á quien hablaba, ni las palabras habian sido obscenas. Mas á pesar de sus representaciones, mandó inmediatamente que el príncipe fuese arrestado, y en el mismo dia pronunció contra él la sentencia de muerte. Se consternó por tan rigorosa sentencia toda la corte, se interpuso con ruegos y lágrimas la nobleza, y la misma madre del príncipe, confiada en el grande amor que el rey le tenia, se le presentó llorando, y para moverlo mas á compasion, llevó consigo á sus hijos. Pero ni razones, ni ruegos, ni lágrimas bastaron á ablandar al rey. "Mi hijo, decia, ha violado la ley. Si yo lo perdono, se dirá que las leyes no estan hechas para todos. Sabrán mis vasallos que á nadie se le perdonará la trasgresion, pues no la perdono al hijo que mas amo." "Ya que por tan ligera causa habeis echado de vuestro corazon todos los afectos de padre y de marido y quereis haceros el verdugo de vuestro propio hijo, ¿qué otra cosa os resta sino darme á mí tambien la muerte y á estos tiernos príncipes que os he parido?" El rey entonces con aspecto grave le mandó que se retirase, pues ya no habia remedio. Se fué la reina desconsolada á su habitacion, y allí en compañía de algunas damas que fueron á consolarla, se abandonó al llanto. Entre tanto, aquellos que estaban encargados del suplicio del príncipe, lo iban dilatando á fin de que resfriado con el tiempo el celo por la justicia, hubiese lugar al amor paterno y á la clemencia; pero conociendo el rey el intento de ellos, mandó que inmediatamente se ejecutase, como en efecto se ejecutó, con general desagrado de todo el reino y con gravísimo disgusto del rey Motezuma, no solo por el parentesco que tenia con el mismo príncipe, sino tambien por haber sido desatendidos los ruegos que interpuso á fin de que se revocase la sentencia. Después de que se ejecutó el suplicio, se encerró el rey en una sala por el espacio de cuarenta dias, sin dejarse ver de nadie, para dar allí todo el desahogo á su pena, é hizo tapar con pared la puerta de la habitacion de su hijo para quitarse de los ojos aquel incentivo de dolor.

Esta severidad en castigar á los trasgresores se contrapesaba con la compasion que mostraba de la miseria de sus vasallos. Habia en su palacio una ventana que miraba á la plaza del mercado, cubierta con una celosía, desde donde observaba sin ser visto la gente que allí concurria, y cuando veia alguna mujer mal vestida, la hacia llamar, é informado de su vida y de su necesidad, la proveia de lo necesario para ella y para todos sus hijos si los tenia. Todos los dias daba en su palacio limosnas á todos los inválidos y huérfanos. Habia en Tezcoco un hospital para todos aquellos que en la guerra habian perdido los ojos ó de cualquier modo se habian inutilizado para el ejercicio de las armas, y allí á expensas del rey eran sustentados segun su condicion, y muchas veces visitados por él. En estas obras expendia una gran parte de sus rentas.

El ingenio de este rey ha sido muy celebrado por los historiadores de aquel reino. El se propuso imitar, así en los estudios como en la conducta de su vida, el ejemplo de su padre, y en efecto le fué muy semejante. Con él, se puede decir, se acabó la gloria de los reyes chichimecas, pues la discordia que se suscitó entre sus hijos disminuyó el esplendor de la corte, debilitó las fuerzas del Estado y lo dispuso á su última ruina. No declaró Nezahualpilli quién debia sucederle en la corona, como habian hecho todos sus antecesores. Ignoramos ciertamente el mo-

tivo de este descuido, que fué muy pernicioso al reino de Acolhuacán.

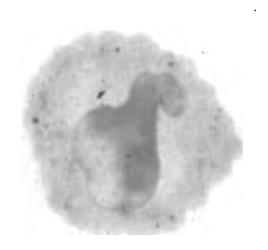
Luego que el consejo del supremo rey difunto fué asegurado de su muerte, se creyó en obligacion de elegir al sucesor á imitacion de los mejicanos. Se reunieron, pues, para deliberar sobre un asunto de tanta importancia y comenzando á discurrir el mas anciano y mas respetable de ellos, representando los gravísimos daños que podia traer al Estado la anarquía si se retardaba la eleccion; que él era de parecer que debia recaer la corona en el príncipe Cacamatzin, pues á mas de su prudencia y su valor, era el primogénito de la primera princesa mejicana con quien habia casado el difunto rey. Todos los otros consejeros adhirieron á este parecer, que era tan justo y de una persona tan respetable. Los príncipes, que en una sala inmediata esperaban la resolucion del consejo, fueron introducidos para que lo oyeran. Entrados que fueron todos, se dió la principal silla á Cacamatzin, que era jóven de veintidós años, y á los lados de él sentaron á sus hermanos Coanacotzin, de veinte, y á Ixtlilxochitl, de diez y nueve. Se levantó después aquel anciano que habia sido el primero en hablar, y declaró la resolucion del consejo, en la cual estaba comprometida la del reino, de dar la corona á Cacamatzin, atendido el derecho de la primogenitura. Ixtlilxochtitl, que era un jóven ambicioso y emprendedor, se opuso diciendo que si el rey hubiese muerto verdaderamente, él habria sin duda nombrado sucesor; que el no haberlo hecho era indicio indudable de que vivia, y estando vivo el legítimo soberano, era un atentado en los súbditos el nombrar sucesor. Los consejeros conociendo bien la índole de Ixtlilxochitl, no se atrevieron á contradecirle abiertamente, sino que rogaron á Coanacotzin que dijera su dictámen. Este príncipe alabó y confirmó la determinacion del consejo, y manifestó los inconvenientes que debian seguirse si se retardaba la ejecucion. Ixtlilxochitl le contradijo, tachándolo de ligero é inconsiderado, pues no advertia que en abrazar este partido favorecia los designios de Motezuma, que era muy inclinado á Cacamatzin y hacia diligencias para ponerlo en el trono esperando tener en aquel un rey de cera á quien pudiese dar la forma que le agradase. "No es racional, hermano mio, replicó Coanacotzin, el oponerse á una resolucion tan sabia y tan justa. ¿No advertís que cuando no fuese el rey Cacamatzin, á mí y no á vos se deberia la corona?" "Es verdad, dijo entonces Ixtlilxochitl, que si para la sucesion se debe considerar solamente la edad, la corona se debe á Cacamatzin, y faltando él á vos; pero si se tiene consideracion, como es justo, al valor, á mí me es debida mas bien que á vos ó á Cacamatzin." Viendo los consejeros que la cólera de los príncipes se iba encendiendo mas, impusieron silencio á ambos y disolvieron el congreso.

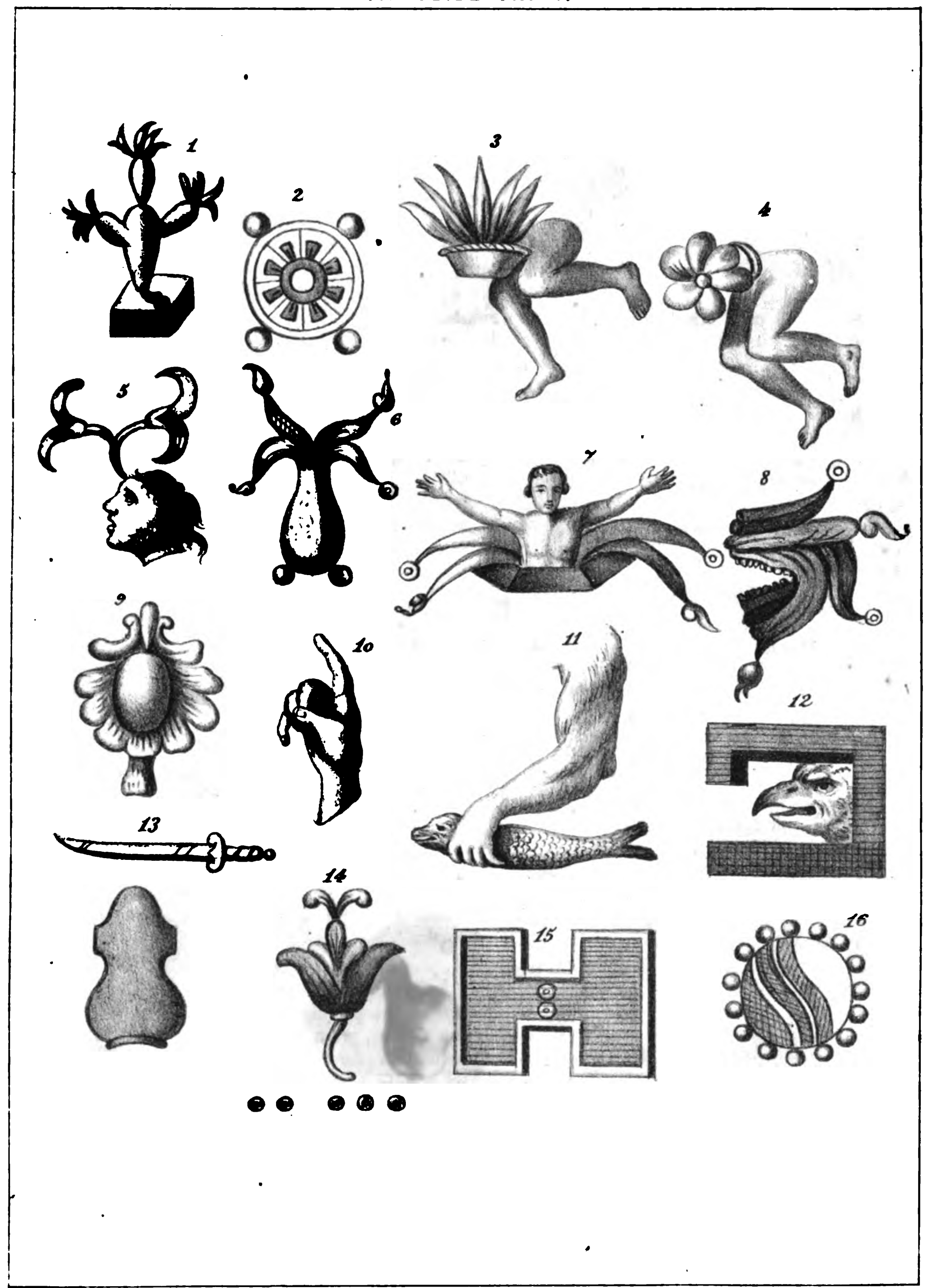
Los dos príncipes fueron á ver á su madre, la reina Xocotzin, para continuar su contienda, y Cacamatzin acompañado de mucha nobleza, se marchó inmediatamente á Méjico para informar á Motezuma de lo ocurrido é implorar su proteccion. Motezuma, el cual á mas del amor que le tenia, veia el derecho de este príncipe y el consentimiento de la nacion, le aconsejó que antes de todo pusiera en salvo el real tesoro, y le prometió componer la desavenencia con su hermano y emplear las armas mejicanas en su favor en caso de que no fuesen bastantes las negociaciones.

Ixtlilxochitl luego que supo la partida de Cacamatzin y previó las consecuencias de su recurso á Motezuma, salió de la corte con todos sus partidarios y se fué á los Estados que tenian sus ayos en los montes de Meztitlan. Coanacotzin dió inmediatamente aviso á Cacamatzin, para que sin dilacion se restituyese á Texcoco y se aprovechase de tan oportuna ocasion para coronarse. Cedió Cacamatzin al saludable consejo de su hermano, y se fué inmediatamente á aquella corte, acompañado de Cuitlahuatzin, hermano de Motezuma y señor de Iztapalapan, y de mucha nobleza mejicana. Cuitlahuatzin sin perder tiempo convocó la nobleza tezcocana en el *hueitecpan* ó gran palacio del rey de Acolhuacan, y les presentó al príncipe Cacamatzin, para que fuese reconocido por ellos por legítimo soberano. Lo aceptaron todos, y quedó entonces determinado el dia para la solemnidad de la coronacion; pero se impidió esta con las noticias que llegaron á la corte de que el príncipe Ixtlilxochitl bajaba de los montes de Meztitlan á la cabeza de un grueso ejército.

Este inquieto jóven luego que llegó á Meztitlan, convocó á todos los señores de los lugares situados en aquellas grandes montañas y les manifestó el designio que tenia de oponerse á su hermano Cacamatzin, bajo el pretexto de celo por el honor y por la libertad de las naciones chichimeca y acolhua; que era cosa indigna y muy peligrosa el obedecer á un rey tan dócil á la voluntad del de Méjico; que los mejicanos olvidándose de cuánto debian á los acolhuas, quedan aumentar sus inicuas usurpaciones con la del reino de Acolhuacan; que él por su parte estaba determinado á emplear todo el valor que Dios le habia dado, en defender á su patria de la tiranía de Motezuma. Con estas razones, sugeridas verosímilmente por sus ayos, inflamó de tal modo los ánimos de aquellos señores, que todos se ofrecieron á auxiliarlo con todas sus fuerzas, y en efecto, levantaron tantas tropas, que cuando el príncipe bajó de los montes, ascendia su ejército, por lo que dicen, á mas de cien mil hombres. En todos los lugares por donde pasaba era bien recibido, ó por temor á su poder ó por inclinacion á favorecer sus pretensiones. De Tepepolco mandó una embajada á los de Otompan, mandando que le prestasen la obediencia como á su propio







Lit de Murguia y Ca

rey; pero ellos respondieron que muerto el rey Nezahualpilli, no reconocian otro señor que á Cacamatzin, el cual habia sido aceptado pacíficamente en la corte y se hallaba ya en posesion del trono de Acolhuacan. Esta respuesta irritó á Ixtlilxochitl y lo hizo ir precipitadamente contra aquella ciudad. Los de Otompan le salieron al encuentro en órden de batalla; pero aunque hicieron alguna resistencia al ejército enemigo, fueron por fin vencidos y tomada por el príncipe la ciudad. Entre los muertos cayó el mismo señor de Otompan, y esto puntualmente anticipó al príncipe la victoria.

Este suceso puso en inquietud á Cacamatzin y toda su corte; por lo que temiendo que quisiese tambien el enemigo sitiar la capital, procuró fortificarse; pero el príncipe contento con verse respetado y temido, no se movió entonces de Otompan: mas, puso guardias en los caminos con órden de no hacer mal á nadie, no impedir el paso á los particulares que de la corte quisiesen ir á cualquiera otro lugar, y obsequiar á las personas de primer rango que transitaran por ellos. Cacamatzin viendo las fuerzas y la resolucion del hermano y creyendo menos malo el sacrificar una parte, aunque grande, del reino que perderlo todo, le mandó, con consentimiento de Coanacotzin, una embajada para hacer con él algun convenio. Mandó decirle que retuviese si queria todos los dominios de los montes, pues él se contentaba con el de la corte y de los Estados de los llanos; que queria partir tambien con su hermano Coanacotzin las riendas del gobierno; pero al mismo tiempo le suplicaba que dejara toda otra pretension y no perturbara ya la tranquilidad pública. Los embajadores fueron dos personajes de la sangre real de Acolhuacan, á quienes tenia un gran respeto Ixtlilxochitl. Este príncipe respondió que sus hermanos podian hacer todo lo que les agradase; que á él era grato el que Cacamatzin estuviese en posesion del reino de Acolhuacan; que él nada maquinaba contra ellos ni contra el Estado; que no mantenia aquel ejército por otro motivo que por oponerse á los ambiciosos designios de los mejicanos, los cuales habian acarreado gravísimos disgustos y sospechas á su padre Nezahualpilli; que si entonces se dividia el reino por el interés comun de la nacion, esperaba verlo otra vez unido; que sobre todo, se guardase de caer en los lazos del astuto Motezuma. No se engañó ciertamente Ixtlilxochitl en la desconfianza de Motezuma, pues en efecto, este rey fué el que puso al desventurado Cacamatzin, como veremos, en manos de los españoles, sin embargo del amor que le tenia.

Con el convenio hecho con el hermano, quedó Cacamatzin en la pacífica posesion de la corona de Acolhuacan; pero con sus dominios muy disminuidos, pues lo que habia cedido era una parte considerable del reino. Ixtlilxochitl mantuvo siempre á sus tropas en movimiento, y muchas veces se dejó ver con su ejército en las inmediaciones de Méjico, desafiando á Motezuma á pelear con él cuerpo á cuerpo. Mas este rey no se hallaba ya en estado de aceptar este desafío; el fuego que tuvo en su juventud se habia ya comenzado á apagar con los años, y las delicias domésticas le habian debilitado el ánimo: ni hubiera sido prudencia exponerse á esta lucha con un jóven tan resuelto, el cual con secretas negociaciones habia ya atraido á su partido una gran parte de las provincias mejicanas. Sin embargo, muchas veces pelearon los mejicanos con aquel ejército, quedando ya vencidos, ya vencedores. En una de aquellas acciones fué cogido un pariente del rey de Méjico, el cual habia salido á la guerra con la resolucion de hacer prisionero á aquel príncipe y conducirlo atado á Méjico, y así lo habia prometido á Motezuma. Supo Ixtlilxochitl esta arrogante promesa, y para vengarse, habiéndolo hecho atar y cubrir de cañas secas, lo hizo quemar vivo á vista de todo el ejército.

En el discurso de nuestra historia haremos ver cuánta parte tuvo este inquieto príncipe en la felicidad de los españoles, los cuales en este tiempo comenzaron á dejarse ver sobre las costas del Golfo Mejicano; pero antes de emprender la narracion de una guerra que puso en desórden á todos aquellos reinos, es necesario hacer conocer la religion, el gobierno, las artes y las costumbres de los mejicanos.

LIBRO VI.

La religion de los mejicanos, esto es, sus dioses, templos, sacerdotes, sacrificios y oblaciones; sus ayunos y su austeridad; su cronología, calendario y fiestas; sus ritos en el nacimiento de sus hijos, en los matrimonios y en lon funerales.

La religion, la política y la economía, son las tres cosas que principalmente forman el carácter de una nacion, y sin saberlas no se puede tener una completa idea del genio, inclinaciones y luces de pueblo alguno. La religion de los mejicanos, de que debemos hablar en este libro, era un conjunto de errores y de ritos supersticiosos y crueles. Tales debilidades del espíritu humano son inseparables de toda religion que tiene su orígen en el capricho ó en el temor de los hombres, como se ha hecho conocer demasiadamente aun en las naciones mas cultas de la antigüedad. Si se quiere hacer el parangon, como lo hacemos en otra parte, de la religion de los mejicanos con la de los griegos y romanos, hallaremos á estos mas supersticiosos y mas ridículos, y á aquellos mas inhumanos. Aquellas célebres naciones de la antigua Europa multiplicaban excesivamente sus

dioses por el bajo concepto que tenian de su poder, reducian á estrechos límites su imperio, los deshonraban con los mas atroces delitos, y manchaban su culto con las mas execrables obscenidades, las cuales fueron justamente reprobadas por los doctores del cristianismo. Los mejicanos creian menos imperfectos á sus númenes, y en su culto, aunque supersticioso, no intervenia ninguna accion contraria á la honestidad.

Tenian los mejicanos alguna idea, aunque imperfecta, de un Ser Supremo, absoluto é independiente, á quien reconocian debérsele adoracion y temor. No lo representaban en ninguna figura, porque lo creian invisible, ni lo llamaban con otro nombre que con el comun de Dios, que en su lengua es *Deotl*, mucho mas semejante en el significado que en la pronunciacion Altheos de los griegos; pero usaban de ciertos epítetos sumamente expresivos de la grandeza, del poder que concebian en él. Le llamaban Spalnemoani, esto es, aquel por quien se vive, y Tloque Nahuaque, aquel que todo lo tiene en sí. Mas el conocimiento y el culto de este sumo Ser se oscurecieron entre ellos por la multitud de númenes que inventó su supersticion.

Creian que habia un espíritu maligno, enemigo del género humano, á quien daban el nombre de Tlacatecolotl (buho racional), y decian que muchas veces se dejaba ver de los hombres para hacerles mal ó para espantarlos.

En órden á la alma racional, creian los bárbaros otomíes, por lo que dicen, que acababa juntamente con el cuerpo; pero los mejicanos y todas las otras naciones cultas de Anáhuac la creian inmortal. Pero el precio de la inmortalidad no lo reputaban tan propio de la alma racional que no se lo concediesen tambien á la de los brutos.[1]

Distinguian tres lugares para las almas separadas de los cuerpos. Creian que las de los soldados que morian en la guerra ó las almas de los prisioneros en poder de sus enemigos, y las de las mujeres que morian de parto, iban á la casa del sol, al cual imaginaban señor de la gloria, en donde tenian una vida extremadamente deliciosa; que todos los dias al salir el sol festejaban su nacimiento, y con himnos, bailes y música de instrumentos, lo acompañan hasta el zenit; que allí lo venian á encontrar las almas de las mujeres, y con el mismo festejo lo conducian hasta el ocaso. Si la religion no tuviera otro fin que el de servir á la política, como neciamente han imaginado algunos incrédulos de nuestro siglo, no pudieron aquellas naciones inventar un dogma mas oportuno para animar á sus soldados, que aquel que les aseguraba tan relevante premio para después de la muerte. Añadian que después de cuatro años de aquella vida gloriosa, pasaban los espíritus á animar nubes y aves de hermosas plumas y de canto dulce, quedando siempre libres para subir al cielo ó para bajar á la tierra á cantar y á chupar las flores. Los tlaxcaltecas creian que todas las almas de los nobles animaban después de la muerte aves hermosas y de canto y cuadrúpedos grandes, y la de los plebeyos, urones, escarabajos y otros animales viles. Por lo que se ve que el disparatado sistema de la trasmigracion pitagórica, que tanto se ha radicado y propagado en los países de Levante, tuvo tambien sus partidarios en los de Poniente.[1] Las almas de aquellos que morian ahogados, de rayo, de hidropesía, tumores, llagas ú otras semejantes enfermedades, como tambien las almas de los niños, á lo menes las de aquellos que eran sacrificados á *Tlaloc*, dios de la agua, iban, segun lo que decian los mejicanos, á un lugar fresco y ameno, llamado *Tlalocan*, donde residia aquel dios y donde abundaban de toda suerte de manjares delicados y placeres. En el recinto del templo mayor de Méjico habia un lugar en donde creian que en cierto dia del año asistian invisibles todos los niños sacrificados á Tlaloc. Los mixtecos estaban persuadidos que una grande cueva que habia en un altísimo monte de su provincia, era la puerta del paraíso, y por esta razon todos los señores y nobles se hacian enterrar junto á dicha cueva, por estar mas inmediatos á aquel lugar de delicias. Finalmente, el tercer lugar destinado para las almas de aquellos que tenian cualquiera otra muerte, era el Mictlan ó infierno, que era, segun lo que decian, un lugar oscurísimo donde reinaba un dios llamado *Mictlanteuctli* (señor del infierno) y una diosa llamada *Mictlancihuatl*. Creian, segun me parece, que el infierno estaba situado en el centro de la tierra;[2] pero no se persuadian que las almas padeciesen allí otra pena que aquella que tal vez les causaba la oscuridad de la habitacion.

Tenian los mejicanos, como todas las otras naciones cultas, noticia distinta, aunque alterada con fábulas, de la creacion del mundo, del dilu-

1 Eso que decimos en órden á la idea que tenian los mejicanos de la alma de los brutos, se verá por lo que diremos cuando discurramos de los ritos de sus funerales.

1 ¿Quién creeria jamás que un sistema tan rancio y tan improbable como el de la trasmigracion pitagórica, habia de promoverse por un filósofo cristiano en el centro del cristianismo y en el luminoso siglo XVIII? Y sin embargo, ha sido seriamente promovido poco tiempo hace por un francés, en un libro escrito en Paris bajo este título estravagante el año de 1440. A tales excesos conduce la libertad de pensar en materias de religion.

2 El doctor Sigüenza cree que los mejicanos situaban el infierno en la parte setentrional de la tierra, porque para decir *hácia el Norte*, decian mictlampa, como si dijeran hácia el infierno; pero á mí me parece mas bien que lo situaron en el centro de la tierra, porque esto quiere decir el nombre *Tlalxicco* que daban al templo del dios del infierno. Pudo ser que entre los mejicanos hubiese diversas opiniones en órden á la situacion de este lugar.

vio universal, de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes, y todos estos acontecimientos los tenian representados en sus pinturas.[1] Decian que habiéndose anegado los hombres con el diluvio, solamente se salvaron en un barquito, un hombre llamado *Coxcox* (á quien dan otros el nombre de Teocipactli) y una mujer llamada Xochiquetzal, los cuales, habiendo bajado á tierra junto á un monte llamado por ellos *Colhuacan*, tuvieron muchos hijos; pero todos nacieron mudos, hasta que una paloma desde la cima de un árbol les comunicó los idiomas; pero tan diversos, que ninguno era entendido por otro. Los tlaxcaltecas fingieron que los hombres escapados del diluvio quedaron trasformados en monos; pero poco á poco fueron recuperando la lengua y el discurso.[2]

Entre los dioses particulares adorados por los mejicanos, que eran muchos, aunque no tantos como los de los romanos, trece eran los principales y mayores, á honor de los cuales consagraron este número, como veremos. Expondremos en órden á estos y los otros dioses, aquello que hemos encontrado en la mitología mejicana, desentendiéndonos de las magníficas conjeturas y fantástico sistema del caballero Boturini.

Texcatlipoca. Este era el mayor dios que se adoraba en aquellos países, después del Dios invisible ó supremo Ser de quien hemos hablado. Su nombre quiere decir *espejo reluciente*, por el que tenia su ídolo. Era el dios de la providencia, el alma del mundo, el criador del cielo y de la tierra y el señor de todas las cosas. Lo representaban siempre jóven, para significar que no se envejecia jamás ni se debilitaba con los años. Se creia que premiaba con muchos bienes á los justos y castigaba á los viciosos con enfermedades y otros males. En los lados de los caminos habia sillas de piedra donde este dios pudiese descansar siempre que quisiera, y á ninguno era permitido sentarse en ellas. Decian algunos que habia bajado del cielo por una cuerda hecha de telas de araña, y habia perseguido y desterrado de aquel país á Quetzalcoatl, gran sacerdote de Tula, que después fué tambien consagrado dios.

Su principal ídolo era de teotetl (piedra divina), que es una piedra negra y reluciente, semejante al mármol negro, y estaba vestido de gala. Tenia aretes de oro, y del labio inferior tenia pendiente un canuto de cristal, dentro del cual habia una plumilla verde ó azul, que á primera vista parecia piedra preciosa. Sus cabellos estaban atados con una cadena de oro, de cuya extremidad pendia un arete del mismo metal con ciertos vapores de humo pintados en él, los cuales, segun su interpretacion, representaban las oraciones de los atribulados. Todo el pecho estaba cubierto de oro macizo. En ambos brazos tenia brazaletes de oro, en el ombligo una esmeralda y en la mano izquierda un abanico de oro orlado de hermosísimas plumas, y tan bien bruñido, que parecia un espejo, en el cual querian significar que él veia todo cuanto sucedia en el mundo. Otras veces para significar su justicia, lo representaban sentado en un escaño, circundado con un trapo encarnado, en donde estaban figuradas algunas calaveras y huesos de muertos, en la mano izquierda un escudo con cuatro flechas y levantada la derecha en actitud de disparar un dardo, el cuerpo teñido de negro y la cabeza coronada con plumas de águila.

Ometeutli y Omecihuatl.[1] Esta era una diosa y aquel un dios que fingian habitar en el cielo en una ciudad gloriosa y abundante de placeres, y desde allí velaban sobre el mundo y daban á los mortales sus inclinaciones; Ometeutli á los hombres y Omecihuatl á las mujeres. Contaban que habiendo tenido esta diosa muchos hijos en el cielo, dió á luz en un parto un cuchillo de pedernal, por lo que irritados los hijos, lo arrojaron á la tierra, y al caer nacieron de él mil y seiscientos héroes, los cuales sabedores de su noble orígen y viéndose privados de criados, por haber muerto todos los hombres en una gran calamidad,[2] resolvieron mandar una gran embajada á su madre, suplicándole les concediese el poder criar hombres que les sirviesen. La madre respondió que si hubiesen tenido pensamientos mas nobles y mas elevados, se habrian hecho dignos de vivir con ella eternamente en el cielo; pero pues les agradaba la habitacion de la tierra, fuesen á Mictlanteuctli, dios del infierno, y le pidiesen un hueso cualquiera de los hombres ya muertos, del cual rociándolo con su propia sangre, tendrian un hombre y una mujer, que después se multiplicarian; pero que se guardasen bien de Mictlanteuctli, pues dado el hueso, podria inmediatamente arrepentirse. Conforme á esta instruccion de la madre, fué Xolotl, uno de los héroes, al infierno, y obtenido lo que buscaba, se puso inmediatamente á correr hácia la superficie de la tierra; por lo que irritado Mictlanteuctli, corrió detrás de él; pero no pudiendo alcanzarlo, se volvió al infierno. Xolotl en la precipitada fuga tropezó, y cayendo se le rompió el hueso en pedazos desiguales. Los recogió y continuó su carrera hasta el lugar en donde lo esperaban sus herma-

1 Esto que decimos del diluvio está representado en la estampa que daremos después, la cual es copia de una pintura original de los mejicanos.

2 Quien quisiere saber lo que decian en órden á la creacion del mundo los mixtecos y otras naciones de la América, lea lo que escribe el padre Gregorio García, dominico, en su obra titulada *Orígen de los indios.*

1 Daban tambien á estos dioses los nombres de Citlallatonac y Citlalique por razon de las estrellas.

2 Estos pueblos creian que la tierra habia padecido tres grandes y universales calamidades, con las cuales todos los hombres habian perdido la vida, como diremos en otra parte.

nos, los cuales pusieron aquellos fragmentos en un barreño y los rociaron con sangre que se sacaron de algunas partes del cuerpo. Al cuarto dia se vió formado de ellos un niño, y continuando por otros tres dias el rociarlos con sangre, se formó tambien una niña, y ambos fueron entregados al mismo Xolotl para que los criase, el cual los nutrió con leche de cardo. De este modo creian se habia hecho esta vez la reparacion del género humano. De aquí tuvo orígen, segun lo que afirmaban, el uso de sacarse sangre de diversas partes del cuerpo, el cual fué, como veremos, tan comun entre aquellas naciones, y la desigualdad de los pedazos del hueso creian haber sido la causa de la diversidad de estatura en los hombres.

Cihuacohuatl (mujer serpiente), llamada tambien *Quilaztli*. Esta creian habia sido la primera mujer que tuvo hijos en el mundo, la cual siempre paria gemelos. Era estimada una gran diosa y decian que se dejaba ver muchas veces cargando sobre las espaldas un niño en una cuna.

Tonatiuh y Meztli, nombres del sol y de la luna, ambos divinizados por aquellas naciones. Decian, pues, que reparado y multiplicado el género humano, cada uno de los referidos héroes ó semidioses, tenia entre los hombres sus criados y partidarios y que no habiendo ya sol, por haberse acabado el que habia, se reunieron los héroes en Teotihuacan al rededor de un gran fuego, y dijeron á los hombres, que el primero de ellos que se arrojase al fuego tendria la gloria de ser el sol. Arrojóse inmediatamente un hombre mas intrépido que los otros, llamado Nanahuatsin, y bajó al infierno. Entre tanto estando todos en espectacion del suceso, hicieron los héroes una apuesta con las águilas, las langostas y otros animales sobre el lugar del cielo por donde estaba para nacer el nuevo sol, y no habiendo sido adivinado por estos animales, fueron inmediatamente sacrificados. Nació finalmente el sol por aquella parte que desde entonces se llamó Levante; pero apenas se levantó sobre el horizonte, se paró; lo que viendo los héroes, le mandaron decir que continuase su carrera. El sol respondió que no lo haria antes de ver á todos sus muertos. Con tal respuesta causó á los héroes igual indignacion que miedo; por lo que uno de ellos, llamado *Citli*, tomó el arco y tres flechas, y le tiró una; pero el sol inclinándose escapó el golpe. Le tiró las otras dos, pero no pudo tampoco acertarle. El sol entonces indignado volvió la última flecha contra Citli y se la clavó en la frente, de cuya herida murió luego. Los otros consternados por la desgracia del hermano y viéndose incapaces de prevalecer contra el sol, se resolvieron á morir por las manos de Xolotl, el cual después de haber abierto el pecho á todos sus hermanos, se mató á sí mismo. Los héroes antes de morir dejaron sus vestidos á los criados, y aun después de la conquista de los españoles se hallaron ciertas capas viejas conservadas por los indios con grande veneracion, porque las creian tenidas por herencia de aquellos antiguos héroes. Los hombres quedaron melancólicos por la pérdida de sus señores; pero á uno de ellos mandó Tezcatlipoca que fuese á la casa del sol, y de allí llevase la música para celebrar su fiesta, y le dijo que para este viaje, que debia hacerse por mar, se le formaria un puente de bayenas y de tortugas, y que siempre fuese cantando una cancion que él le dió. Decian los mejicanos que este habia sido el orígen de la música y de los bailes con que celebraban las fiestas de sus dioses; que del sacrificio que hicieron los héroes de las águilas, tuvo principio aquel que ellos hacian todos los dias de estas aves al sol; y de lo que hizo Xolotl con sus hermanos, los bárbaros sacrificios de víctimas humanas, que después fueron tan comunes en aquella tierra. Semejante á esta fábula era aquella que contaban sobre el orígen de la luna, esto es, que Tezcociztecatl, uno de aquellos hombres que concurrieron en Teotihuacan, imitando el ejemplo de Nanahuatzin, se arrojó tambien en el fuego; pero por haberse ya disminuido la llama no quedó tan luminoso y quedó trasformado en luna. A estos dos númenes consagraron aquellos dos famosos templos erigidos en la misma llanura de Teotihuacan de que hablaremos en otra parte.

Quetzalcoatl (serpiente armada de plumas). Este era entre los mejicanos y todas las otras naciones de Anáhuac el dios del aire. Decian que habia sido el sumo sacerdote de Tula, blanco, alto, corpulento, de frente ancha, de ojos grandes, cabellos negros y largos y barba tupida; que por amor á la honestidad llevaba siempre el vestido largo; que era tan rico que tenia palacios de plata y piedras preciosas; que era sapientísimo y prudentísimo, como lo manifestó en las leyes que dejó á los hombres, y sobre todo, que era hombre de vida austera y ejemplar; que cada vez que queria publicar en el reino alguna ley, hacia subir á un pregonero sobre el monte *Tzatzitepec* (monte de los clamores), inmediato á la ciudad de Tula, y la voz de este se oia hasta trescientas millas; que en su tiempo se daba tan grande el maíz, que una mazorca era la carga correspondiente á la fuerza de un hombre; que las cañas tenian el largo de un cuerpo humano; que no era necesario teñir el algodon, pues naturalmente se daba de todos colores, y de este modo era el tamaño y la abundancia de todos los otros frutos y simientes; que habia allí entonces una multitud increible de aves hermosísimas y de canto; que todos sus vasallos eran ricos, y para reducir muchas palabras á una, los mejicanos fingian tan feliz el pontificado de Quetzalcoatl, como los griegos el reinado de Saturno, al cual tambien fué semejante en la desgracia del destierro, pues cuando se hallaba en tanta prosperidad, queriendo Tezcatlipoca, no sé por qué causa desterrarlo de

aquel país, se le apareció en la figura de un hombre viejo, le dijo que los dioses querian que se fuese al reino de Tlapaya, y al mismo tiempo le dió una bebida, la cual tomó gustoso Quetzalcoatl por la esperanza de adquirir con ella la inmortalidad á que aspiraba; pero apenas la tomó, se sintió movido de tal deseo de ir á Tlapaya, que inmediatamente se puso en camino acompañado de muchos de sus vasallos, los cuales por todo el camino lo iban festejando con música. Decian que junto á la ciudad de Quauhtitlan apedreó á un árbol, en cuyo tronco quedaron clavadas todas las piedras, y que junto á Tlalnepantla estampó su mano en una piedra, la cual mostraban los mejicanos á los españoles después de la conquista. Habiendo llegado á Chollollan, le detuvieron aquellos ciudadanos y le encargaron el gobierno. Á mas de la honestidad de su vida y la dulzura de sus modales, contribuyó á la estimacion que hicieron de él los chololtecas, la aversion que manifestaba á toda suerte de crueldad, tanto que no podia sufrir el oir hablar de guerra. Á él, segun decian los chololtecas, fueron deudores del arte de la fundicion, en que después se aventajaron, de las leyes con que desde entonces en adelante se gobernaron, de los ritos y ceremonias de su religion, y tambien, segun lo que afirmaron algunos, de la ordenacion de los tiempos y de su calendario.

Después de haber estado veinte años en Chollollan, resolvió continuar su viaje al imaginario reino de Tlapalla, llevando consigo cuatro nobles y virtuosos jóvenes. En la provincia marítima de Coatzacoalco los despidió, y por su medio mandó decir á los chololtecas que estuviesen seguros que después de algun tiempo volveria para consolarlos y gobernarlos. Los chololtecas pusieron en las manos de estos jóvenes las riendas del gobierno por respeto á su amado Quetzalcoatl, fué consagrado dios por los toltecas de Chollollan y constituido protector especial de su ciudad, en donde á honor suyo fabricaron en el centro de ella misma un alto monte y en él un santuario, y otro monte con su templo le fué después dedicado en Tula. De Chollollan se propagó su culto por todo aquel país, en donde era venerado como dios del aire. Tenia templos en Méjico y otras partes, y algunas naciones, aun de las enemigas de los chololtecas, tenian en la misma ciudad de Chollollan templos y sacerdotes dedicados á su culto, y de todos los países iban á aquella ciudad á hacer sus devociones y á cumplir sus votos. Los chololtecas conservaban con mucha veneracion ciertas piedrecillas verdes bien esculpidas, que decian haber sido suyas. Los de Iucatan se gloriaban de que sus señores descendian de Quetzalcoatl. Las mujeres estériles se encomendaban á él para hacerse fecundas. Eran grandes y muy célebres las fiestas que le hacian, principalmente en Chollollan en el *Teoxihuitl* ó año divino, á las cuales presidia un rigoroso ayuno de ochenta dias, y espantosas austeridades ejecutadas por los sacerdotes consagrados á su culto. Decian que Quetzalcoatl barria el camino al dios del agua, porque en aquellos países precede ordinariamente el viento á la lluvia.

El doctor Sigüenza creyó que el Quetzalcoatl divinizado por aquellas naciones no habia sido otro que el apóstol santo Tomás, que les anunció el Evangelio. Promovió esta sentencia con exquisita erudicion en una obra[1] que como algunas otras sumamente apreciables escritas por él, tuvo la desgracia de perderse por el descuido de los herederos. En dicha obra hacia la confrontacion de los nombres de *Dídimos* y *Quetzacoatl*[2] de su vestido, doctrina y predicciones, y examinaba los lugares por donde anduvieron, los vestigios que dejaron y los portentos que sus discípulos publicaron. Como nosotros no hemos visto los referidos manuscritos, nos abstenemos de censurar esta opinion, á la cual á pesar del respeto que tenemos al sublime ingenio y á la gran literatura del autor, no podemos asentir de ningun modo.

Varios escritores de Méjico han estado persuadidos que algunos siglos antes del arribo de los españoles ya se habia predicado el Evangelio en la América. Las razones que tuvieron aquellos autores, son algunas cruces halladas en diversos tiempos y lugares,[3] que parecen trabajadas antes del arribo de los españoles, y el ayuno de cuarenta dias observado por muchos pueblos

1 De esta obra del Sigüenza hacen mencion Betancourt en su *Teatro mejicano* y el doctor Eguiara en la Biblioteca mejicana.

2 Betancurt en donde hace la confrontacion de los nombres Didymos y Quetzalcoatl, dice que este nombre es compuesto de *coatl*, mellizo, y *coctzalli*, piedra preciosa, y que significa mellizo precioso. Pero Torquemada, que supo perfectamente el mejicano y tuvo de los antiguos la interpretacion de estos nombres, dice que Quetzalcoatl quiere decir culebra armada de plumas. Efectivamente, *coatl* significa propiamente culebra, y *quetzali* pluma verde, y solamente por metáfora se aplican semejantes nombres al mellizo y á la piedra preciosa.

3 Entre las cruces son célebres la de Iucatan, la Mixteca, Querétaro, Tepic y Tianguistepec. De la de Iucatan hace mencion el Padre Cogollude, franciscano, en el lib. 2, cap. 14 de su Historia. De la de la Mixteca, el padre Burgoa, dominico, en su crónica, y el caballero Boturini en su obra. De la de Querétaro escribió un religioso franciscano del colegio de Propaganda de aquella ciudad, y de la de Tepic el docto jesuita Segismundo Tarabal, cuyos manuscritos se conservaban en el colegio de jesuitas de Guadalajara. La de Tianguistepec fué descubierta por el caballero Boturini y hace mencion de ella en su obra. Las cruces de Iucatan las adoraban los iucatenses por advertencia, segun afirmaban, de su gran profeta Chilam-cambal, el cual les avisó, que cuando de la parte de Levante llegaran á aquella tierra ciertos hombres barbados y los vieran adorar aquella señal, abrazasen su

del Nuevo Mundo,[1] la tradicion que habia allí del futuro arribo de gentes extrañas y barbadas[2] y las huellas humanas impresas en algunas piedras, que se creen ser del apóstol Tomás.[3] Jamás he podido persuadirme de tal opinion; pero el examinar semejantes monumentos requiere otra obra muy distinta de esta.

Tlaloc, por otro nombre Tlalocateuctli (señor del paraíso), era dios de la agua. Lo llamaban fecundador de la tierra y protector de los bienes temporales, y creian que residia en los montes altísimos donde suelen formarse las nubes, como los de Tlaloc, Tlaxcala y Toluca; por lo que con frecuencia se iban á aquellos lugares á implorar su proteccion. Cuentan los historiadores nacionales que habiendo llegado á aquel país los acolhuas en tiempo del primer rey chichimeca Xolotl, encontraron en la cima del monte Tlaloc un ídolo de este dios, hecho de piedra blanca muy ligera, en la figura de un hombre que estaba sentado sobre una piedra cuadrada con un lebrillo por delante, en donde habia resina elástica y toda suerte de simientes, y todos los años renovaban la misma oblacion en accion de gracias por las buenas cosechas que conseguian. Este ídolo era estimado el mas antiguo de cuantos habia en aquella tierra, pues fué colocado en aquel monte por los antiguos toltecas; estuvo allí hasta el fin del siglo XV ó principio del XVI, en cuyo tiempo Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, por conciliarse la benevolencia de sus súbditos, lo quitó de aquel lugar y colocó en él otro ídolo nuevo de piedra negra muy dura; pero habiendo sido desfigurado por un rayo y diciendo los sacerdotes que esto habia sido un castigo del cielo, fué restituida la estátua antigua, y allí se conservó en la posesion de su culto, hasta que habiéndose promulgado el Evangelio, fué reducido á pedazos por órden del primer obispo de Méjico.

Creian tambien los antiguos que en todos los montes altos residian otros dioses subalternos de Tlaloc. Todos eran llamados con el mismo nombre, y venerados no solo como dioses del agua, sino tambien como dioses de los montes. El ídolo de Tlaloc estaba pintado de azul y verde, para significar los diversos colores que se ven en la agua. Tenia en la mano una faja de oro serpenteada y puntiaguda, en la cual querian significar el rayo. Tenia templo en Méjico en el recinto del templo mayor, y los mejicanos le hacian algunas fiestas cada año, como veremos en otra parte.

Chalchicihcueje, por otro nombre Chalchihuitlicue, diosa de la agua y compañera de Tlaloc, era tambien conocida con otros nombres muy expresivos,[1] los cuales ó significaban los diversos efectos que causaban las aguas, ó las diversas apariencias y colores que forman con su movimiento. Los tlaxcaltecas la llamaban Matlalcucie, esto es, vestida de ropa azul, y el mismo nombre daban á la sierra altísima de Tlaxcala, en cuya cima se forman las nubes tempestuosas que ordinariamente se descargan sobre la ciudad de Puebla. Los tlaxcaltecas iban á hacer sobre esta cima sus sacrificios y oraciones. Esta es sin duda aquella misma diosa de la agua, á quien da el Torquemada el nombre de Xochiquetzal, y el caballero Boturini el de *Macuilxochilquetzalli.*

Xiuhteuctli (señor del año ó de la yerba) era entre aquellas naciones el dios del fuego, al cual daban tambien el nombre Ixcozauhqui, que explica el color del fuego. Era muy reverenciado en el imperio mejicano. En la comida le ofrecian el primer bocado de su alimento y el primer sorbo de su bebida, arrojando uno y otro en el fuego, y en ciertas horas del dia quemaban incienso en su honor. Cada año le hacian dos fiestas fijas muy solemnes, una en el décimo y décimo-octavo mes, y otra movible, en la cual se creaban los magistrados ordinarios y se renovaba la investidura de los feudos del reino. Tenia templo en Méjico y en algunos otros lugares.

Centeotl, diosa de la tierra y del maíz. Tambien la llamaban Tonacaiohua,[2] esto es, aquella que nos sustenta. En Méjico tenia cinco templos y se le hacian tres fiestas en los meses tercero, octavo y undécimo; pero de ninguna otra nacion fué mas reverenciada y celebrada, que de los totonacos, pues estos la veneraban como su principal protectora, y le edificaron un gran templo sobre la cima de un monte alto, en donde era servida por muchos sacerdotes dedicados única-

doctrina. De todos estos monumentos hablaremos en la *Historia eclesiástica del reino de Méjico*, si Dios se digna ayudar nuestros designios.

1 El ayuno de cuarenta dias nada prueba, pues igual mente observaban aquellas naciones los ayunos de tres, de cuatro, de cinco, de veinte, de ochenta, de ciento sesenta dias y aun de cuatro años, como despues veremos, y el de cuarenta dias no era seguramente el mas comun.

2 En el lib. V hemos expuesto nuestro dictámen sobre los presagios del arribo de los españoles. Si han sido ciertas las profecías de Chilam-cambal, pudo sin ser cristiano haber sido ilustrado por Dios para pronosticar el cristianismo, así como Balaam fué tambien ilustrado para anunciar el nacimiento de nuestro divino Redentor.

3 Como se hallan huellas humanas estampadas ó mas bien esculpidas en piedra, así tambien se hallan esculpidas pisadas de animales, sin poderse adivinar el fin que tuvieron aquellos que se tomaron el trabajo de esculpirlas.

1 Apozonalletl y Acuecuciotl significaban la hinchazon y la agitacion de las olas de la agua: Atlacamani, las tempestades excitadas en la agua; Ah io y Aiauh sus movimientos hácia una ú otra parte; Xixiquipilihui la alternada elevacion y depresion de sus ondas, etc.

2 Le daban tambien los nombres de Tzinteotl (diosa original) y los de Xilonen, Iztacacenteotl y Tlatlauhquicenteotl, mudando el nombre segun el estado en que se hallaba el maíz.

mente á su culto, y reverenciada de todas las naciones. Le tenian un amor grande, porque estaban persuadidos que no exigia víctimas humanas, sino que solamente se contentaba con sacrificios de tortolillas, águilas, conejos y otros animales como estos que le ofrecian en gran cantidad. Esperaban, finalmente, que ella los habia de librar de la tiránica servidumbre de los otros dioses que los obligaban á sacrificar un número tan grande de hombres. Pero los mejicanos se mostraban de otro dictámen, derramando mucha sangre humana en la fiesta de esta diosa. En el referido templo de los totonacos habia un oráculo de los mas afamados de todo aquel país.

Mictlanteuctli, dios del infierno, y Mictlancihuatl su compañera eran muy célebres entre los mejicanos. Creian que estos númenes residian, como hemos dicho en otra parte, en un lugar oscurísimo que habia en las entrañas de la tierra. Tenian templo en Méjico, en el cual les hacian una fiesta en el mes décimo–sétimo. Les ofrecian sacrificios y oblaciones nocturnas, y el ministro principal de su culto era un sacerdote llamado Tlillantlenamacac, el cual se teñia de negro para ejercer las funciones de su sacerdocio.

Ioalteuctli, dios de la noche, el cual por lo que parece era el mismo Mextli, ó sea luna. Otros creen que fuese el Tonatiuh, ó sea sol, y otros que fuese un númen distinto de estos dos. A este dios recomendaban á los niños para que les diese sueño.

Ioalticitl (medio nocturno), diosa de las cunas, á la cual tambien recomendaban á los niños para que tuviese cuidado de su conservacion, principalmente por la noche.

Huitzilopochtli ó Mexitli era dios de la guerra, el númen mas celebrado en los mejicanos y su principal protector.[1] De este númen decian algunos que era espíritu puro y otros que habia nacido de mujer, pero sin cooperacion de hombre alguno, y contaban de este modo el suceso. Vivia, dicen, en Coactepec, lugar inmediato á la antigua ciudad de Tula, una mujer inclinadísima al culto de los dioses, llamada *Coatlicue*, madre de Centzonhuiznahui. Un dia en el cual segun su costumbre estaba ocupada en barrer el templo, vió descender por el aire una bola formada de diversas plumas; la tomó y guardó en el seno, queriendo servirse de las plumas para adorno del altar; pero buscándola cuando acabó de barrer, no pudo encontrarla; de lo que quedó maravillada en extremo, y mucho mas cuando desde aquel momento se sintió grávida. Creció la preñez hasta ser conocida por sus hijos, los cuales, aunque de ningun modo sospechasen de la virtud de la madre, temiendo sin embargo la afrenta que sabian les habia de ocasionar el parto, determinaron impedirla con el parricidio. No fué tan secreta su resolucion que no la entendiese la madre, sumamente afligida por haber de morir á manos de sus propios hijos; pero improvisamente oyó una voz salida de su vientre, que le decia: "No tengas miedo, madre mia, pues yo te salvaré con sumo honor tuyo y gloria mia." Estaban ya para ejecutar su atentado los desapiadados hijos, conducidos é irritados por su hermana Coiolxauhqui, que habia sido la mas ardiente en la empresa, cuando nació Huitzilopochtli con un escudo en la mano izquierda, un dardo en la derecha, y un penacho de plumas verdes en la cabeza, la cara rayada de azul, la pierna izquierda adornada de plumas, y rayados tambien los muslos y brazos. Luego que nació hizo aparecer allí una culebra de pino, y mandó á un soldado suyo, llamado Tochancalqui, que con ella matara á Coiolxauhqui, como que ella habia sido la mas culpable, y él se arrojó sobre los otros con tal furor, que á pesar de sus esfuerzos, sus armas y sus ruegos, todos fueron muertos y sus casas saqueadas, cuyos despojos presentó á su madre. Este suceso puso en tanta consternacion á los hombres, que desde entonces le llamaron Tetzahuitl, espanto, y Tetzauhteotl, dios espantoso. Este dios, declarado que fué protector de los mejicanos, segun decian ellos, los condujo por tantos años en su peregrinacion y los estableció en el sitio en donde después se fundó la gran ciudad de Méjico. Allí le erigieron aquel soberbio templo que fué tan celebrado aun de los mismos españoles, en el cual cada año le hacian tres fiestas solemnísimas en los meses quinto, nono y décimo–quinto, á mas de aquellas que le hacian cada cuatro años, cada trece y en el principio de cada siglo. Su estatura era gigantesca y representaba á un hombre sentado en un banco azul de cuatro ángulos, de los cuales se veian salir otras tantas grandes culebras. Su frente era azul, pero toda la cara estaba cubierta con una máscara de oro, y otra semejante le cubria el cerebro. Sobre la cabeza tenia un hermoso penacho formado á manera de un pico de pájaro, en el cuello un collar compuesto de diez figuras de corazones humanos, en la mano derecha un baston serpenteado y azul, y en la izquierda un escudo en el cual habia cinco bolas de plumas dispuestas en cruz, y de la

[1] Huitzilopochtli es un nombre compuesto de dos, esto es, huitzilin, que es el nombre de aquel hermosísimo pajarito que llamamos *chupamirtos*, de que hicimos mencion en el lib. 1, y de opochtli, izquierdo. Se llamó así porque su ídolo tenia en el pié izquierdo plumas de aquel pajarillo. El caballero Boturini, como que no era muy inteligente en la lengua mejicana, saca este nombre de *Huitziton*, conductor de los mejicanos en su peregrinacion, y afirma que este mismo conductor no es otro que aquel dios; pero á mas de que semejante etimología es muy violenta, aquella pretendida identidad ha sido enteramente inaudita entre los mejicanos, los cuales cuando comenzaron su peregrinacion conducidos por Hiutziton, adoraban ya de tiempo inmemorial á aquel dios de la guerra. Los españoles no sabiendo pronunciar el nombre de Huitzilopochtli, lo llamaban Huichilobos.

parte superior del escudo se levantaba una banderilla de oro con cuatro flechas, que los mejicanos decian habérsele enviado del cielo para ejecutar aquellas acciones gloriosas que habian visto en su historia. Tenia el cuerpo circundado de una gran culebra de oro, y adornado de algunas figurillas de animales hechos del mismo metal y de piedras preciosas. Cada vez que determinaban hacer la guerra, imploraban su proteccion con oraciones y sacrificios. Entre sus dioses era aquel á quien se sacrificaba mayor número de víctimas humanas.

Tlacahuepan-cuexcotzin, dios tambien de la guerra, hermano menor y compañero de Huitzilopochtli. Su ídolo era venerado juntamente con el de su hermano en el santuario principal de Méjico; pero en ningun otro lugar tuvo mayor culto que en la corte de Tezcoco.

Painalton (veloz ó apresurado), dios de la guerra y vicario de Huitzilopochtli. Así como invocaban á este dios en las guerras que emprendian despues de una seria consulta, así invocaban á Painalton en los casos repentinos, como era un asalto improviso de los enemigos. Esto lo hacian corriendo los sacerdotes por todas las calles de la ciudad con la imágen de este dios, que se veneraba juntamente con las de los otros dioses de la guerra, llamándolo á gritos y ofreciéndole sacrificios de águilas y de otros animales. Todos los militares estaban entonces obligados á correr á las armas para la defensa.

Iacateuctli (el señor que guia), dios del comercio,[1] á quien hacian los comerciantes dos grandes fiestas al año en el templo que tenia en Méjico, una en el mes nono y otra en el décimo-sétimo, con muchos sacrificios de víctimas humanas y magníficos convites.

Mixcoatl, diosa de la caza y el númen principal de los otomíes, los cuales á causa de habitar en los montes, eran por lo comun cazadores. Tambien la honraban con particular culto los matlatzinques. En Méjico tenia dos templos, y en uno de ellos, llamado Teotlalpan, le hacian el mes décimo-cuarto una gran fiesta con muchos sacrificios de animales salvajes.

Opochtli, dios de la pesca. Lo creian inventor de las redes y de los otros instrumentos de pescar, por lo que era particularmente venerado de los pescadores, como su protector. En Cuitlahuac, ciudad situada en una isleta de la laguna de Chalco, fué tambien reverenciado Amimitl, dios de la pesca, el cual probablemente no fué distinto de Opochtli sino en el nombre.

Huixtocihuatl, diosa de la sal y célebre entre los mejicanos por las salinas que tenian poco distantes de la capital. Le hacian una fiesta en el mes sétimo.

Tzapotlatenan, diosa de la medicina, creian haber sido la inventora del aceite llamado *oxitl* y de otras medicinas utilísimas. La honraban anualmente con sacrificios de víctimas humanas y con himnos particulares que componian para alabarla.

Tezcatzoncatl, dios del vino, y por los efectos causados por este, llamado tambien con otros nombres.[1] Tenia templo en Méjico, en donde habia cuatrocientos sacerdotes consagrados á su culto, y en donde cada año hacian en el mes décimo-tercio una fiesta á él y á los otros dioses sus compañeros.

Ixtlilton (el que hace la cara negra) parece haber sido dios de la medicina, porque á su templo llevaban á los niños enfermos para que los curase. Los llevaban sus padres y les hacian bailar delante del ídolo (si se hallaban en estado de poderlo hacer), les sugerian las oraciones con que debian pedirle la salud, y después les hacian beber una agua que bendecian los sacerdotes consagrados á este dios.

Coatlicue ó Coatlantona era diosa de las flores. Tenia un templo en Méjico llamado Iopio, donde le hacian una fiesta los xochimanqui, ó sea compositores de ramilletes de flores, en el mes tercero, el cual puntualmente caia en la estacion de primavera. Entre otras cosas le presentaban ramilletes de flores hermosamente mezcladas. No sabemos si Coatlicue haya sido aquella misma que algunos fingian madre de Huitzilopochtli.

Tlazolteotl era el dios que invocaban los mejicanos para obtener el perdon de sus pecados y precaver la infamia que ellos podrian causar á los delincuentes. Los principales devotos de esta divinidad eran los hombres lascivos, los cuales imploraban su proteccion por medio de sacrificios y oblaciones.[2]

Xipe es el nombre que dan los historiadores al dios de los plateros,[3] el cual estaba en gran veneracion entre los mejicanos, porque estaban persuadidos que todos aquellos que se descuidasen en su culto debian ser castigados con algunas enfermedades, y particularmente con la sarna, apostemas y graves males de ojos y de cabeza. Señalábanse por lo mismo en la crueldad de los sacrificios, que le hacian en la fiesta que acostumbraban celebrar en el mes segundo.

Nappateutli (cuatro veces señor) era el dios

1 Iacateuctli era tambien llamado Xiacateutli y Iacacohuhqui.

1 Al dios del vino le daban tambien los nombres de Tecuechmecamiani, el que suspende, y el de Teatlahuiani, el que aniega.

2 El caballero Boturini afirma que Tlazolteotl era la Venus impúdica y plebeya, y Macuitlxochicuetzalli la Venus *pronuba;* pero lo cierto es que los mejicanos jamás atribuyeron á sus dioses aquellos vergonzosos excesos con que los griegos y romanos infamaron á su Venus.

3 Xipe nada significa, por lo que yo creo que los historiadores españoles no sabiendo el nombre mejicano de este dios, le dieron el de su fiesta Xipehualiztli, tomando solamente las dos primeras sílabas.

de los artífices de las esteras. Decian que era muy benigno y piadoso en perdonar las injurias que se le hacian, y muy liberal para con todos. Tenia dos templos en Méjico, en donde le hacian una fiesta en el mes décimo-tercio.

Omacatl era el dios de la alegría. Siempre que los señores mejicanos hacian algun gran convite ó tenian algun festejo público, llevaban del templo la imágen de este dios y la colocaban en el lugar de la fiesta, creyendo que se exponian á alguna desgracia si no lo hacian.

Tonantzin (nuestra madre) era, segun creemos, la misma diosa Centeotl de quien ya hemos hablado. Tenia un templo sobre un monte distante tres millas de Méjico hácia el Norte, y allí venian en tropas los pueblos para venerarla con un número sorprendente de sacrificios. En el dia está al pié del mismo monte el mas famoso santuario de todo el Nuevo-Mundo, dedicado al verdadero Dios, á donde concurren de los países mas distantes á venerar la celebérrima y verdaderamente prodigiosa imágen de la santísima Vírgen de Guadalupe, trasformándose en propiciatorio aquel lugar de abominacion, y derramando abundantemente el Señor sus gracias á beneficio de aquellos pueblos en el lugar bañado con tanta sangre de sus antepasados.

Teteoinan era la madre de los dioses, y esto quiere decir el tal nombre; pero porque los mejicanos se llamaban hijos de los dioses, le daban tambien el nombre de Tocitzin, esto es, nuestra abuela. Del orígen y apoteosis de esta pretendida madre de los dioses hemos hablado ya en el libro II, en donde expusimos la trágica muerte de la princesa de Colhuacan. Tenia esta diosa un templo en Méjico, en donde el mes undécimo le hacian una fiesta solemnísima. Los tlaxcaltecas le daban particular culto y las parteras la veneraban como á su protectora. Casi todos los escritores españoles confunden á Teteoinan con Tonantzin; pero han sido sin duda diversas.

Ilamateuctli, á quien los mejicanos hacian una fiesta en el dia tercero del mes décimo-sétimo, parece haber sido diosa de la vejez. Su nombre no significa otra cosa que señora vieja.

Tepitoton (pequeñito) era el nombre que daban los mejicanos á sus penates ó dioses domésticos y á los ídolos que los representaban. De estos idolillos debian tener en sus casas seis los reyes y caciques, cuatro los nobles y dos los plebeyos. En los caminos públicos se veian por todas partes.

A mas de estos dioses, que eran los mas notables, y otros que omitimos por no fatigar mas á los lectores, tenian doscientos y sesenta, á los cuales estaban consagrados otros tantos dias. Estos dioses comunicaban sus nombres á los tales dias, y son aquellos que se leen en los primeros trece meses del calendario.

Los mismos dioses de las mejicanos eran por lo comun los de las otras naciones de Anáhuac; solamente variaban en la mayor ó menor celebridad en algunos ritos, y tal vez en los nombres. El númen mas principal en Méjico era Huitzilopochtli, en Cholollan y Huexotzinco Quetzalcoatl, entre los totonacos Centeotl y entre los otomíes Mixcoatl. Las tlaxcaltecas, aunque rivales eternos de los mejicanos, adoraban, sin embargo, las mismas divinidades, y así su númen favorito era el mismo Huitzilopochtli de los mejicanos, pero bajo el nombre de *Camaxtle.* Los tezcocanos, como confederados, amigos y vecinos de los mejicanos, se conformaban casi en todo con estos.

Los ídolos que representaban aquellas pretendidas divinidades que se veneraban en los templos, en las casas, en los caminos y en los bosques, eran infinitos. El señor Zumárraga, primer obispo de Méjico, afirma que los religiosos franciscanos en ocho años habian hecho pedazos mas de veinte mil ídolos; pero este número es pequeño con respecto á los que solamente habia en la capital. La materia ordinaria de que se hacian, era el barro y algunas especies de piedras y de maderas; pero tambien los hacian de oro y de otros metales, y algunos de piedras preciosas. En un monte alto de Achiauhtla en la Mixteca encontró Benito Fernandez, célebre misionero domínico, un idolillo llamado por los mixtecos *el corazon del pueblo.* Este era una preciosísima esmeralda de cuatro dedos de largo y dos de ancho, en la cual estaba esculpida la figura de un pajarillo, y al rededor de ella la de una culebrilla. Los españoles que la vieron, ofrecieron por ella mil y quinientos pesos; pero el celoso misionero delante de todo el pueblo y con grande aparato, la redujo á polvo. El ídolo mas extraordinario de los mejicanos, era aquel de Huitzilopochtli que hacian de algunas semillas amasadas con sangre humana de que después hablaremos. Los ídolos eran por lo comun toscos y hórribles por las partes extravagantes de que los componian para representar los atributos y empleos de sus dioses.

Reconocian la pretendida divinidad de tales númenes con oraciones, genuflexiones y postraciones, con votos, ayunos y otras austeridades, con sacrificios y oblaciones, y con algunos ritos en parte comunes á otras naciones y en parte propios de su religion. Hacian sus oraciones comunmente de rodillas y con la cara vuelta al Oriente, y por lo mismo fabricaban en lo general sus santuarios con la puerta al Poniente. Hacian votos por sí mismos y por sus hijos, y era frecuente el consagrarlos al servicio de sus dioses en algun templo ó monasterio. Aquellos que tenian peligro tropezando ó resbalando en algun camino, hacian voto de visitar el templo del dios Omacatl y ofrecerle incienso ó papel. Se valian muchas veces del nombre de Dios para confirmar la verdad. La fórmula de sus juramentos era esta: ¿Cuix amo nechitta in Teteotzin? (¿pues qué, no me ve nuestro Dios?) Y nombrando al Dios principal ó á

algun otro á quien tuvieran particular devocion, se besaban la mano después de haber tocado con ella la tierra. Este juramento hacia gran fe en los juicios para purgarse de algun delito de que estuviesen acusados, porque estaban persuadidos de que no podia haber un hombre tan temerario que se atreviese á abusar del nombre de Dios con evidente peligro de ser castigado gravísimamente por el cielo.

No faltaron á la mitología de los mejicanos las metamórfosis ó trasformaciones. Entre otras contaban, que habiendo emprendido un hombre llamado *Iappan* hacer penitencia en un monte, tentado por una mujer cayó en adulterio, por el cual fué inmediatamente decapitado por *Iaotl*, á quien los dioses habian dado la comision de velar sobre su conducta, y por los mismos dioses fué trasformado en escorpion negro. No contento *Iaotl* con semejante castigo, lo ejecutó tambien en *Tlahuitzen*, mujer de Iappan, la cual fué tambien trasformada en escorpion rubio, y el mismo Iaotl por haber traspasado los límites de la comision, quedó convertido en langosta. Decian que la vergüenza de aquel delito era la causa de huir los escorpiones de la luz y esconderse bajo de las piedras.

Tenian los mejicanos y los otros pueblos de Anáhuac, así como todas las naciones cultas del mundo, templos ó lugares destinados al ejercicio de la religion, en donde se reunia el pueblo para dar culto á sus dioses é implorar su proteccion. Llamaban al templo *Teocalli*, esto es, casa de Dios, y *Teopan*, lugar de Dios, cuyos nombres después que abrazaron el cristianismo, dieron con mayor propiedad á los templos erigidos en honor del verdadero Dios.

La ciudad y el reino de Méjico comenzaron por la fábrica del santuario de Huitzilopochtli ó Mexitli, de donde tomó su nombre la ciudad. Este edificio fué entonces una pobre choza. La amplió Itzcaotl, el primer rey conquistador de aquella nacion, después de la toma de Azcapozalco; Motezuma I, su sucesor, fabricó un nuevo templo, en el que habia alguna magnificencia. Finalmente, Ahuitzotl construyó y dedicó aquel vasto templo, que fué delineado por su antecesor Tizoc. Este fué aquel templo que tanto celebraron los españoles después de haberlo arruinado. Quisiéramos que hubiese sido tanta su exactitud en las medidas que nos dejaron, cuanto fué su celo en destruir aquel soberbio monumento de la supersticion; pero es tan grande la variedad con que escribieron, que después de haberme fatigado en combinar sus descripciones, no he podido certificarme de las medidas, ni jamás habria podido formar idea de la arquitectura de este templo si no hubiese sido por la estampa que nos presenta á la vista el conquistador anónimo, cuya copia ponemos aquí, aunque en las medidas nos conformamos mas con su relacion que con la estampa. Diremos, pues, lo que hemos encontrado cierto por la prolija confrontacion de las descripciones de los cuatro testigos oculares, omitiendo aquello de que dudamos por la confusa relacion de los autores.[1]

Ocupaba este gran templo el centro de la ciudad, y comprendia, juntamente con los otros templos y edificios anexos á él, todo el sitio de la gran iglesia catedral, parte de la plaza mayor y parte tambien de la calle y edificios que están al rededor de ella. La muralla que circundaba en cuadro aquel lugar, era tan grande, que dentro de su recinto hubiera podido caber, segun lo afirma el conquistador Cortés, una poblacion de quinientas familias.[2] Esta muralla, hecha de piedra y cal, era muy gruesa, de ocho piés de alto, coro-

1 Los cuatro testigos oculares cuyas descripciones hemos combinado, son el conquistador Cortés, Bernal Diaz, el conquistador anónimo y Sahagun. Los tres primeros vivieron algunos meses en el palacio del rey Axayacatl, inmediato á aquel templo, y todos los dias lo veian. Sahagun, aunque no lo vió entero, sí una parte de él, y pudo reconocer el sitio que ocupaba. Gomara, aunque no vió el templo ni estuvo jamás en Méjico, tuvo en órden á él las confrontaciones de los conquistadores que lo vieron. Acosta, cuya descripcion copiaron Herrera y Solís, en vez del templo mayor describe otro muy distinto. Este autor, aunque por otra parte digno de fe, no estuvo en Méjico sino sesenta años después de la conquista, cuando nada habia quedado del templo.

En una edicion holandesa del Solís, se publicó una estampa infiel del templo mayor, la cual publicaron después los autores de la *Historia general de los viajes*, y se encuentra tambien en la edicion de las cartas del conquistador Cortés, hecha en Méjico el año de 1770; pero para que se vea el descuido de aquellos que hicieron esta edicion, cotéjese la tal imágen con la relacion de Cortés. Este en su primera carta dice (aunque hiperbólicamente) que el templo mayor de Méjico era mas alto que la torre de la iglesia catedral de Sevilla, y la referida estampa apenas muestra tener siete ú ocho toesas de alto. Cortés afirma que en el atrio superior del templo se fortificaron quinientos nobles mejicanos, y en el espacio que representa aquella estampa no podrian estar mas que sesenta ú ochenta hombres. En fin (omitiendo otras muchas contradicciones), Cortés dice que aquel templo constaba de tres ó cuatro cuerpos, y cada cuerpo tenia, como él habla, sus corredores ó terrazos, y en la estampa se representa todo de un solo cuerpo, sin tales corredores.

2 El conquistador anónimo dice que lo que habia en el recinto de la muralla parecia una ciudad. Gomara afirma que la muralla tenia de largo por cada banda un grandísimo tiro de ballesta. Torquemada habiendo dicho lo mismo que Gomara en el lib. 8, cap. 11, después en el cap. 19 afirma que el circuito de la muralla era de mas de tres mil pasos, lo cual es evidentemente falso. El doctor Hernandez en su prolija descripcion de aquel templo, que se conserva manuscrita en la biblioteca del Escorial, y de la cual se sirvió el padre Nieremberg en su Historia natural, da á cada lado de la muralla doscientas brazadas toledanas, que hacen cerca de ochenta y seis toesas.

nada de almenas hechas á manera de nichos y adornada de algunas figuras de piedra formadas á manera de culebras; por lo que le pusieron el nombre de *Coatepantli* ó muralla de culebras. Tenia cuatro puertas á los cuatro vientos cardinales. La puerta oriental miraba hácia una larga calle que conducia á la laguna de Tezcoco, las otras miraban á las tres principales calles de la ciudad, las mas largas y mas derechas, las cuales se continuaban con las fabricadas sobre la laguna que conducian á Iztapalapan, Tacuba y Tepeyac. Sobre las cuatro puertas habia otras tantas armerías abundantemente proveidas de toda suerte de armas ofensivas y defensivas, en donde en caso de necesidad iban á armarse las tropas.

La área ó atrio que habia dentro del recinto de la muralla estaba curiosamente empedrada de piedras tan lisas y tersas, que no podian moverse en ella los caballos de los españoles sin resbalarse y caer. En medio de la área se levantaba un vasto edificio cuadrilongo[1] todo macizo, cubierto todo de losas cuadradas é iguales, y compuesto de cinco cuerpos casi iguales en la altitud, pero desiguales en lo largo y ancho, pues los mas altos eran mas estrechos. El primer cuerpo ó base del edificio tenia de largo de Oriente á Poniente mas de cincuenta toesas, y de ancho de Norte á Sur cerca de cuarenta y tres.[2] El segundo cuerpo era casi una toesa menos largo y menos ancho de cada banda que el primero; el tercero tenia otro tanto menos que el segundo, y en la misma proporcion los otros; por lo que sobre cada cuerpo habia un espacio ó plano por donde podian andar al rededor del cuerpo siguiente tres y aun cuatro hombres apareados.

Las escaleras, las cuales estaban del lado del Sur, eran de piedras grandes y bien trabajadas, y constaban de ciento catorce escalones de un pié de alto cada uno. No era una sola escalera continuada como la representan los autores de la Historia general de los viajes y los editores de las cartas de Cortés en Méjico, sino que estaba dividida en tantos cuantos eran los cuerpos del edificio, al modo que se ve en nuestra estampa; y así pasada la primera escalera, no se podia ir á la segunda sin hacer un rodeo por el primer plano al rededor del segundo cuerpo; ni pasada la segunda se podia llegar á la tercera sin rodear del mismo modo por el segundo plano, y así en las demás. Esto puede entenderse mejor viendo la estampa que presentamos, la cual está formada conforme á la del conquistador anónimo,[1] aunque enmendada en cuanto á las dimensiones por la descripcion del mismo autor y otros historiadores.

Sobre el quinto y último cuerpo habia un plano ó plazueleta cuadrilonga (que nosotros llamaremos átrio superior), el cual tenia cuarenta y tres toesas[2] de largo y treinta y cuatro de ancho, y estaba tan bien enlosado como la área ó atrio inferior. En la extremidad oriental de tal plano se levantaban dos torres á la altitud de cincuenta y seis piés, ó poco mas de nueve toesas. Cada una estaba dividida en tres cuerpos, de los cuales el inferior era de piedra y cal y los otros dos de madera bien trabajada y pintada. El cuerpo inferior ó base era propiamente el santuario en donde sobre un altar de piedra de cinco piés de alto estaban colocados los ídolos tutelares. Uno de estos dos santuarios estaba consagrado al dios Huitzilopochtli y á los otros dioses de la guerra y el otro á Tezcatlipoca. Los otros cuerpos estaban destinados para guardar algunas cosas pertenecientes al culto de los ídolos y las cenizas de algunos reyes ó caciques que por devocion particular lo dejaban así dispuesto. Ambos santuarios tenian la puerta al Poniente, y ambas torres terminaban en una hermosísima cúpula de madera; pero no hay autor que explique la interior disposicion ni el adorno de los santuarios, como tampoco el grueso de las torres, por lo que aquel que representa nuestra figura no es enteramente cierto, sino puesto solamente por conjetura. Lo que podemos afirmar sin peligro de errar, es que la altitud del edificio, sin las torres, no bajaba de diez y nueve toesas, y con ellas pasaba de veintiocho. Desde esta elevacion se veia la laguna, las ciudades que estaban en su circunferencia y una gran parte del valle, y era, segun afirman testigos oculares, la vista mas hermosa del mundo.

En el atrio superior estaba el altar de los sacrificios ordinarios, y en el inferior el de los sacrificios gladiatorios. Delante de los dos santua-

1 Sahagun hace al templo perfectamente cuadrado; pero el conquistador anónimo, así en su descripcion como en la figura que nos dejó, lo representa cuadrilongo, como los de Teotihuacan, que sirvieron de modelo á todos los demás.

2 Sahagun da trescientos sesenta piés toledanos por cada lado al primer cuerpo; pero esta es la dimension de su longitud. Gomara le da cincuenta brazas; pero esta es la medida de su latitud. Trescientos sesenta piés toledanos hacen trescientos ocho parisienses, ó poco mas de cincuenta toesas. Cincuenta brazas ó estados hacen doscientos cincuenta y siete piés de París, ó casi cuarenta y dos toesas.

1 Una copia del retrato del templo hecho por el conquistador anónimo, se halla en la coleccion de Juan Ramusio y otra en la obra del padre Kirker, intitulada: Oedipus egiptiacus.

2 Sahagun, cuyas dimensiones adoptó Torquemada, no da al atrio superior mas que setenta piés toledanos en cuadro, que hacen diez toesas; pero no era posible que en tan estrecho espacio pudiesen combatir contra los españoles quinientos nobles mejicanos, como afirma Cortés, y mucho menos si damos crédito á Bernal Diaz, el cual dice que los mejicanos fortificados en aquel templo eran cuatro mil, fuera de las otras compañías que estaban arriba cuando aquellos nobles subieron á él.

rios habia dos braseros de piedra del alto de un hombre y de la figura de nuestros sagrados copones, en los cuales de dia y de noche habia fuego continuo, que atizaban y conservaban con sumo cuidado, porque temian si alguna vez se apagase sufrir los mas terribles castigos del cielo. En los otros templos y edificios religiosos comprendidos dentro del recinto de la referida muralla, habia hasta seiscientos braseros del mismo tamaño y figura, y por la noche cuando solian arder todos, formaban un gracioso espectáculo.

En el espacio que habia entre la muralla y el templo mayor, á mas de una plaza para los bailes religiosos, habia mas de cuarenta templos menores consagrados á otros dioses, algunos colegios de sacerdotes, algunos seminarios de jóvenes y niños de ambos sexos, y muchos otros edificios esparcidos por toda la circunferencia, de los cuales por su singularidad será necesario dar alguna noticia.

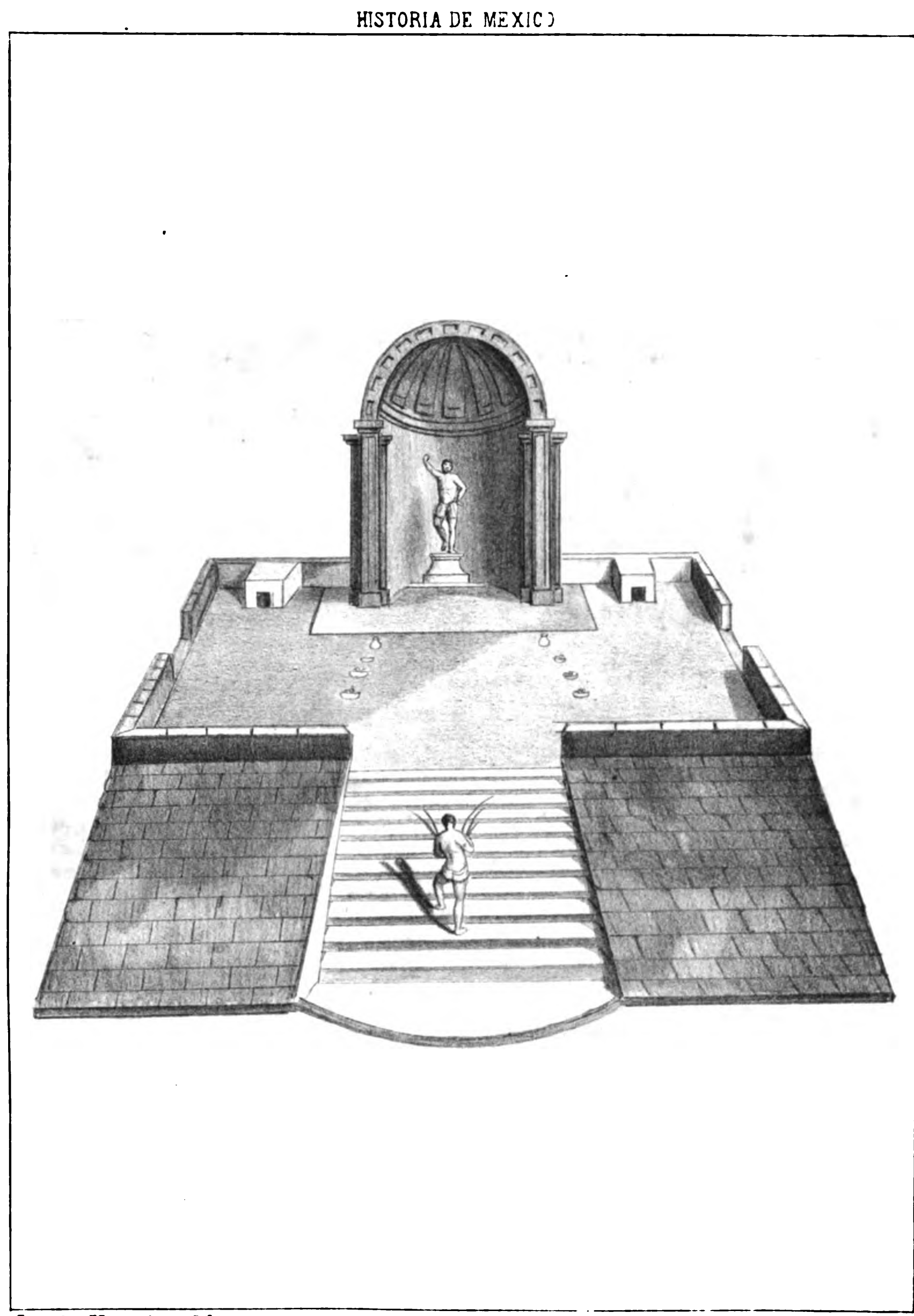
Entre estos templos los mas considerables eran los de Tezcatlipoca, Tlaloc y Quetzalcoatl. Todos, aunque diferentes en el tamaño, eran semejantes en la figura, y todos tenian su fachada mirando al templo mayor, siendo así que los otros templos que estaban fuera del recinto se construian con la fachada hácia el Poniente. Solamente el templo de Quetzalcoatl era distinto de los otros en la figura, pues siendo estos cuadrangulares, aquel era redondo. La puerta de este santuario era la boca de una enorme culebra de piedra armada de dientes. Algunos españoles que por curiosidad entraron en este diabólico templo, protestaron después el horror que sintieron al entrar. Entre los otros templos uno era llamado Ilhuicatitlan, dedicado al planeta Venus, donde habia una gran columna, y en ella pintada ó esculpida la imágen de aquel astro, junto á la cual le sacrificaban prisioneros al tiempo de su aparicion.

Los colegios de los sacerdotes y los seminarios contenidos en el recinto de los referidos templos, eran varios: en particular sabemos de cinco colegios ó monasterios de sacerdotes, y de tres seminarios de jóvenes; pero sin duda eran mas, pues era excesivo el número que allí habia de personas consagradas al culto de los dioses, como dentro de breve diremos.

Entre los edificios notables comprendidos dentro de aquel recinto, á mas de las cuatro armerías sobre las cuatro puertas, habia otra junto al templo Tescacalli (casa de espejos), así llamado por estar sus muros por dentro cubiertos de espejos. Habia otro templo pequeño llamado Tecizcalli, todo adornado de conchas, y tenia una casa anexa á donde en ciertos tiempos se retiraba el rey de Méjico á hacer sus oraciones y ayunos. A mas de esta habia una casa de retiro para el sumo sacerdote llamado Pojauhtlan, y otras tambien para los particulares. Tenian además un buen hospicio para alojar á los forasteros respetables que por devocion iban á visitar el templo, ó por curiosidad á ver la grandeza de la corte. Habia allí algunos estanques en los cuales se bañaban los sacerdotes, y fuentes de cuya agua bebian. En el estanque llamado Texcapan se bañaban muchos por voto particular hecho á los dioses. Entre las fuentes habia una que llamaban Toxpalatl, cuya agua se creia santa; la bebian solamente en las fiestas mas solemnes, y fuera de ellas á nadie era permido el tomarla.[1] Habia lugares destinados á criar las aves que se sacrificaban, y jardines donde se cultivaban flores y yerbas olorosas para el adorno de los altares, y tambien un bosquecillo en el cual artificiosamente se veian representados montes, rocas y peñas, y de allí salian á caza general, de que hablaremos en otra parte.

Tenian estancias destinadas á guardar los ídolos, los adornos y todas las cosas del templo, entre las cuales habia tres salas tan grandes, que al verlas quedaron admirados los españoles. Pero entre los edificios mas notables por su singularidad, eran una gran cárcel á manera de jaula, en donde tenian como aprisionados á los ídolos de las naciones conquistadas, y otros en los cuales conservaban las calaveras de los sacrificados, de los cuales algunos eran meros osarios en donde aquellas estaban amontonadas, y en otros engastadas en las paredes, formando con su disposicion y simetría algunas figuras, no tanto curiosas como horribles á la vista, ó ensartadas en varas con buen órden. El mas grande de estos edificios era llamado Hueitzompan: aunque no estaba dentro del recinto de la muralla, estaba poco distante de ella, enfrente de la puerta principal. Era este un vasto terraplen cuadrilongo y hecho á manera de media pirámide. En la parte mas baja tenia ciento y cincuenta piés de largo. Se subia por una escalera de treinta gradas al plano de arriba, en donde estaban paradas setenta y mas vigas altísimas, agujeradas de arriba abajo y apenas separadas entre sí cuatro piés. De los agujeros de una viga á los de la otra, habia atravesadas unas varas y en cada una de ellas ensartadas por las sienes cierto número de calaveras. En las gradas tambien de la escala habia entre piedra y piedra una calavera. Además de esto, habia de uno y de otro lado del edificio dos torres, hechas solamente, por lo que se veia, de calaveras y cal. Cuando alguna calavera llegaba á hacerse pedazos por la mucha vejez, los sacerdotes ponian otra reciente tomada de los osarios, para que jamás faltase el número ni la simetría. Los cráneos de las vícti-

1 La fuente Toxpalatl, cuya agua era muy buena, fué cegada cuando los españoles arruinaron el templo; se volvió á abrir el año de mil seiscientos ochenta y cuatro en la plazuela del Marqués, que hoy llaman el Empedradillo, inmediato á la catedral; pero no sé por qué causa la volvieron á tapar.



Lit. de Murguia y Cª

mas comunes se conservaban despojados de la piel; pero los de los señores y célebres capitanes se procuraban conservar con su piel, barba y cabellos, lo cual hacia mas espantosos aquellos trofeos de su bárbara supersticion. Eran tantos los cráneos conservados en este y otros edificios, que habiéndose tomado algunos españoles el trabajo de contar los que habia en las gradas del referido edificio y en las sartas de las vigas, encontraron ciento y treinta y seis mil.[1] El que quiera una noticia mas circunstanciada de los edificios que habia dentro del recinto de la muralla del templo mayor, puede leer en el Torquemada la relacion de Sahagun, y en la Historia natural de Nieremberg la descripcion que hizo el doctor Hernandez de los setenta y ocho edificios que allí habia.

A mas de estos templos habia otros esparcidos por los barrios de la ciudad. Algunos autores hacen subir el número de templos de aquella capital (comprendiendo, como es de creerse, hasta los mas pequeños) á dos mil, y el de las torres á trescientas sesenta; pero no sabemos que álguien los haya contado. Sin embargo, no puede dudarse que fueron muchos, entre los cuales siete ú ocho eran los mas grandes; pero sobre todos estos se elevaba el de Tlatelolco, consagrado tambien á Huitzilopochtli.

Fuera de la capital, los templos mas célebres eran los de Tezcoco, Chołollan y Teotihuacan. Bernal Diaz, el cual tuvo la curiosidad de contar las gradas de sus escaleras, dice que el de Tezcoco tenia ciento diez y siete y el de Chołollan ciento veinte. No sabemos si aquel famoso templo de Tezcoco haya sido el mismo de Tezcutzinco, tan celebrado por el Valadiz en su Retórica cristiana, ó sea aquella famosa torre de nueve cuerpos fabricada por el rey Nezahualcoyotl al Criador del cielo. El templo mayor de Chołollan, así como algunos otros de aquella ciudad, estaba dedicado á su protector Quetzalcoatl. Todos los historiadores antiguos hablan con admiracion del número de templos que habia en Chołollan. Cortés testificó al emperador Cárlos V haber contado desde la cima de un templo cuatrocientas y tantas torres, todas de templos.[2]

1 Andrés de Tapia, uno de los capitanes de Cortés, y uno de los que numeraron los cráneos, lo contó al historiador Gomara, como lo testifica en el capítulo 82 de su Historia de Méjico.

2 "Certifico á V. A. que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad (de Chołollan), y todas son de mezquitas." Carta á Cárlos V de 30 de octubre de 1520. El conquistador anónimo contó, segun lo que afirma, ciento noventa torres entre las de templos y palacios. Bernal Diaz dice que pasaban de ciento; pero es de creerse que estos dos autores contasen solamente las mas notables por su elevacion. Algunos autores posteriores escribieron que aquellas torres eran tantas cuantos los dias del año.

Subsiste hasta ahora la altísima pirámide fabricada por los toltecas, donde antes estuvo un templo consagrado á aquella pretendida divinidad, como en el dia está un devoto santuario á la Madre del verdadero Dios; pero á causa de su antigüedad se ha cubierto de tal manera aquella pirámide de tierra y céspedes, que mas parece un monte natural que un edificio. Ignoramos enteramente sus dimensiones; pero su circunferencia en la parte inferior no baja de una media milla.[1] Se sube á la cima por una escala formada en línea espiral al rededor de la pirámide, y yo subí á ella á caballo el año de 1744. Este es aquel famoso monte que creyó el caballero Boturini fabricado por los toltecas para salvarse en caso que sobreviniese otro diluvio como el de Noé, y sobre el cual se dijeron tantas fábulas.

Subsisten todavía hasta ahora los famosos edificios de Teotihuacan, tres millas al Norte de aquel lugar, y mas de veinte de Méjico hácia el Nordeste. Estos vastos edificios, que sirvieron de modelo á los pueblos de aquel país, eran dos templos consagrados el uno al sol y el otro á la luna, representados en los ídolos de enorme tamaño hechos de piedra y cubiertos de oro. El del sol tenia una gran concavidad en el pecho, y en ella la imágen de aquel planeta de oro finísimo. Del metal se aprovecharon los conquistadores, los ídolos se hicieron pedazos por órden del primer obispo de Méjico, y los fragmentos se mantuvieron en aquel lugar hasta fines del siglo pasado, y tal vez estarán allí. La base ó cuerpo inferior del templo del sol, tiene ciento veintiocho toesas de largo y ochenta y seis de ancho, y la elevacion de todo el edificio es correspondiente á su mole.[2] El de la luna tiene en la base ochenta y seis toesas de largo y sesenta y tres de ancho. Cada úno de estos templos está dividido en cuatro cuerpos, y otras tantas escaleras distribuidas del mismo modo que las del templo mayor de Méjico; pero al presente no se ven, á causa de haberse arruinado en parte y por estar cubiertas por todas partes de gran cantidad

1 Betancourt dice que la elevacion de la pirámide de Cholula era de mas de cuarenta estados, esto es, mas de doscientos seis piés parisienses; pero la medida de este autor es muy diminuta, pues sin duda pasaba aquella elevacion de quinientos piés.

2 Gemelli midió la longitud y latitud de estos templos; pero no tuvo instrumento para medir la elevacion. El caballero Buturini sí midió esta; pero cuando escribió su obra no tenia en su poder las medidas, bien que le parecia haber hallado en el templo del sol doscientas brazas castellanas de elevacion, esto es, ochenta y seis toesas: este autor dice que encontró huecos por dentro tales edificios; pero se habia olvidado de su figura cuando escribió que eran perfectamente cuadrados. El doctor Sigüenza observó curiosa y diligentemente estos célebres monumentos de la antigüedad tolteca; pero se perdieron sus preciosos manuscritos.

de tierra. Al rededor de los mismos edificios se ven muchos montecillos, que por lo que se cree, eran otros tantos pequeños templos consagrados á otros planetas y estrellas, y por estar todo aquel sitio lleno de semejantes fábricas religiosas, tuvo de los antiguos el nombre de Teotihuacan.

El número de templos que habia en todo el imperio mejicano, era muy grande. Torquemada se persuade que fuesen mas de cuarenta mil; pero yo creo que seria mayor mayor el número, si se quisieran contar tambien los pequeños, porque no habia lugar habitado sin templo, ni lugar un poco grande que no tuviese muchos.

La estructura de los templos grandes era en lo general como la del templo mayor de Méjico; paro tambien habia muchos de muy diversa arquitectura. Algunos consistian en un solo cuerpo piramidal y una escalera; otros en un cuerpo y algunas escaleras, como se ve en la estampa siguiente, la cual es copia de otra publicada por Diego Valadiz en su Retórica cristiana.[1] No contenta la supersticion de aquellos pueblos con tan grande número de templos construidos en sus ciudades, villas y aldeas, tenian muchos altares en las cimas de los montes, en los bosques y caminos, no solo para excitar por todas partes el culto idolátrico de los caminantes, sino para celebrar en los mismos altares ciertos sacrificios á los dioses de los montes y á los otros númenes campestres.

Las rentas del templo mayor de Méjico, como las de los otros templos de la corte y del imperio, eran gruesas. Cada templo tenia sus posesiones y tierras propias, y tambien sus operarios para trabajarlas. De allí se sacaba todo lo necesario para la manutencion de los sacerdotes, como tambien para la leña, que se consumia en notable cantidad en los templos. Los sacerdotes ecónomos de estos iban muchas veces á las referidas posesiones, y aquellos que servian en ellas se reputaban felices por contribuir con su trabajo al culto de los dioses y al sustento de sus ministros. En el reino de Acolhuacan aquellas veintinueve ciudades que proveian de lo necesario al palacio real, estaban tambien obligadas á proveer los templos. Es de creer que aquel espacio de tierra que tenia el nombre de Ieotlalpan (tierra de dioses) se hubiese llamado así por pertenecer á las propiedades de los templos. A esto se agregaba las infinitas oblaciones que todos los dias hacian espontáneamente los devotos, de toda suerte de víveres, y las primicias que ofrecian en accion de gracias por la lluvia oportuna y por los otros beneficios del cielo. Junto á los templos estaban los graneros, en donde guardadan las semillas y todos los víveres pertenecientes al sustento de los sacerdotes, y aquello que anualmente sobraba se distribuia á los pobres, para los cuales habia hospicios en los lugares grandes.

1 Diego Valadiz, franciscano, después de haberse empleado muchos años en la conversion de los mejicanos, vino á Roma, en donde fué hecho procurador general de su órden. De allí á poco publicó en Perugia su erudita y apreciable obra en latin titulada Retórica cristiana, dedicada al papa Gregorio XIII y adornada de algunas antigüedades mejicanas.

A la multitud de los dioses y de los templos de los mejicanos correspondia la de los sacerdotes, y en nada era inferior al culto supersticioso de sus divinidades la veneracion que tenian á sus ministros. El número prodigioso de sacerdotes que habia en el imperio mejicano, se puede conjeturar por aquel que habia en el recinto del templo mayor de Méjico, el cual ascendió, segun afirman algunos historiadores antiguos, á cinco mil. Ni esto debe causar admiracion, porque los sacerdotes consagrados en aquel lugar al servicio del dios Tezcatzoncatl, eran cuatrocientos. Cada templo tenia un buen número de sacerdotes, y así no reputaria por temerario á aquel que se atreviese á afirmar que el número de sacerdotes de todo el imperio mejicano no haya bajado de un millon. Contribuia mucho á la multiplicacion de semejantes ministros el sumo respeto que tenian al sacerdocio y al aprecio que hacian del empleo de servir al culto de los dioses. Los caciques consagraban á competencia á sus hijos por algun tiempo al servicio de los santuarios. La nobleza inferior los empleaba en las obras exteriores, esto es, en llevar leña, atizar y conservar el fuego de los braseros y en otras semejantes; persuadiéndose los unos y los otros que no podian aspirar á un honor mas grande que al de servir al culto de sus dioses.

Entre los sacerdotes habia algunos órdenes y grados. Los supremos jefes de todos eran los dos sumos sacerdotes, á quienes se daban los nombres de teoteuctli (señor divino) y hueiteopixqui (gran sacerdote). Esta eminente dignidad no se conferia sino á personas muy respetables ó por su nacimiento ó por su providad, ó por su inteligencia en las ceremonias de su religion. Los sumos sacerdotes eran los oráculos á quienes consultaban los reyes en los asuntos mas grandes del Estado, y sin su parecer no se emprendia guerra alguna. Ellos eran los que ungian á los reyes después de su eleccion y los que abrian el pecho y extraian el corazon á las víctimas humanas en los sacrificios mas solemnes. El sumo sacerdote en el reino de Acolhuacan era siempre, segun dicen algunos historiadores, el hijo segundo del rey. El de los totonacos era ungido con resina elástica mezclada con sangre de niños, y á esta llamaban uncion divina.[1] Del de Méjico lo afirman tambien algunos autores

De esto que hemos dicho se puede inferir que

1 El padre Acosta confunde la uncion divina del sumo sacerdote con la del rey; pero era enteramente diversa; el rey no se ungia con resina elástica, sino con cierta tinta.

les sumos sacerdotes de Méjico eran jefes de la religion solamente con respeto á la nacion mejicana, y no á las otras naciones conquistadas, pues estas aun después de haber sido sometidas á la corona de Méjico, conservaban independiente su sacerdocio.

El sumo se conferia por eleccion; pero no sabemos si los electores eran del cuerpo mismo de los sacerdotes ó eran los mismos que elegian al jefe político de la nacion. La insignia de los sumos sacerdotes de Méjico era un fleco ó borla de algodon pendiente del pecho, y en las fiestas principales se ponian vestidos magníficos, en los cuales se veian figuradas las insignias de aquel dios cuya fiesta celebraban. El sumo sacerdote de los mixtecos se ponia en las fiestas solemnes una túnica en la cual estaban representados los principales sucesos de su mitología, sobre ella un roquete blanco, y sobre todo una capa grande; en la cabeza llevaba un penacho de plumas verdes curiosamente entretejidas con algunas figuritas de sus dioses; de las espaldas le colgaba una borla de algodon y otra del brazo.

Después de esta suprema dignidad sacerdotal, la mas respetable era la del *mexicoteohuatzin*, la cual se conferia por los sumos sacerdotes. Su destino era velar sobre la observancia de los ritos y ceremonias, y sobre la conducta de los sacerdotes que tenian cuidado de los seminarios, y castigar a los ministros delincuentes. Para llenar todas las obligaciones de un cargo tan grande, tenia dos vicarios el huitznahuateohuatzin y el tepanteohuatzin. Este era el superior general de los seminarios. La insignia principal del *mexicoteohuatzin* era un saquito de copal que llevaba siempre consigo.

El tlatquimalolteuctli era el ecónomo de los santuarios, el ometochtli el primer compositor de los himnos que se cantaban en las fiestas, el epcoacuiltzin[1] el maestro de ceremonias, el tlapixcatzin el maestro de capilla, el cual no solamente componia la música, sino que presidia el canto y corregia á los cantores.

Otros eran superiores inmediatos de los colegios de sacerdotes consagrados á diversos dioses, cuyos nombres omitimos por no causar mas molestia á los lectores.[2] Llamaban á los sacerdotes, como llaman en el dia á los del verdadero Dios, *teopisqui*, esto es, guardia ó ministro de Dios.

En cada barrio de la capital (y lo mismo debe creerse de las otras ciudades grandes) habia un sacerdote principal, que era como párroco de aquel distrito, á quien tocaba ordenar las funciones y actos religiosos de aquel barrio. Todos estos párrocos estaban sujetos al mexicoteohuatzin.

Entre los sacerdotes estaban repartidos todos los ministerios de su religion. Los unos eran sacerdotes y los otros adivinos; estos compositores de himnos y aquellos cantores. Entre estos, unos cantaban en ciertas horas del dia y otros en las de la noche. Quién tenia cuidado de la limpieza del templo y quién del adorno de los altares. A los sacerdotes tocaba la instruccion de la juventud, ordenar el calendario, las fiestas y las pinturas mitológicas.

Cuatro veces al dia incensaban á los ídolos, esto es, al amanecer, al mediodía, al ponerse el sol y á la media noche. Esta última incensacion se hacia por el sacerdote á quien tocaba el turno y concurrian á ella los mas respetables ministros del templo. Al sol le hacian diariamente nueve incensaciones, cuatro en diversas horas del dia y cinco en las de la noche. Para las incensaciones usaban por lo comun del copal ó de alguna otra resina aromática; pero en ciertas fiestas se servia del chapopotli ó betun judaico. Los incensarios eran ordinariamente de barro; pero tambien habia algunos de oro. Todos los dias se tiznaban los sacerdotes (á lo menos algunos) todo el cuerpo con la tinta hecha con el ollin del ocotl, que es una especie de pino muy aromático, y sobre esta tinta se pintaban con ocre ó almagre, y todas las tardes se bañaban en los estanques que habia dentro del recinto del templo.

El vestido de los sacerdotes no era diferente del de el comun del pueblo, fuera de un velo negro de algodon que á manera de tafetan llevaban en la cabeza; pero aquellos que en sus monasterios hacian profesion de una vida mas austera, andaban vestidos todos de negro, así como los sacerdotes comunes de las otras naciones del imperio. Jamás se cortaban los cabellos, y así muchos los tenian tan largos, que les llegaban hasta las piernas. Los llevaban entrenzados con cordones gruesos de algodon y manchados con tinta, formando un volúmen pesado, no menos incómodo para llevarse que asqueroso y horrible á la vista.

A mas de la uncion ordinaria de la tinta, usaban de otra extraordinaria y mas abominable siempre que iban á hacer sacrificios sobre las cimas de los montes ó en las cavernas tenebrosas de la tierra. Tomaban una buena cantidad de insectos venenosos, como escorpiones, arañas y gusanos, y aun culebrillas, los quemaban en algun brasero del templo y molian las cenizas en un almirez, juntamente con ollin de ocotl, tabaco, la yerba ololiuhqui y algunos insectos vivos. Presentaban á sus dioses en pequeños vasos esta diabólica confeccion, y después se ungian con ella todo el cuerpo; así ungidos se atrevian intrépidamente á cualquier peligro, persuadiéndose que no podrian hacerles mal alguno ni las fieras de los bosques ni los mas nocivos insectos de la tierra.

La llamaban teopatli, esto es, medicamento

1 Torquemada llama á este sacerdote epqualiztli, y el doctor Hernandez epeaquacuiliztli; pero ambos sin duda se equivocaron.

2 Quien tenga curiosidad de saber los otros empleos y nombres de los sacerdotes, podrá leer el libro VIII de Torquemada y la relacion del doctor Hernandez que insertó el Nieremberg en su Historia natural.

divino, y la estimaban eficaz contra algunas enfermedades, y por lo mismo llevaban con frecuencia á los sacerdotes los enfermos y los niños para que los ungieran con ella. A los jóvenes que se criaban en los seminarios tocaba el coger estos animalillos, y así acostumbrados desde aquella edad con este ejercicio, le perdian todo el horror, haciéndose familiares con tales bestias. Ni solamente usaban de esta uncion los sacerdotes contra las enfermedades, sino que tambien se valian de soplos supersticiosos y ridículos, y de cierta agua que bendecian á su modo, especialmente los sacerdotes del dios Ixtlilton, la cual hacian beber á los enfermos.

Los sacerdotes se ejercitaban en muchos ayunos y austeridades; jamás se embriagaban, y así pocas veces bebian vino. Los sacerdotes de Tezcatzoncatl todos los dias después de terminado el canto con que celebraban á su dios, ponian en el suelo un monton de trescientas tres cañas, segun el número de los cantores, entre las cuales solo una era agujerada: cada uno tomaba al acaso la suya, y aquel á quien tocaba la caña agujerada era el único que bebia vino. Todo el tiempo que estaban empleados en el servicio del templo, se abstenian de llegar á toda otra mujer que no fuese la propia; antes bien afectaban una tal compostura y modestia, que cuando se encontraban con alguna mujer, fijaban los ojos en tierra para no verla. Cualquiera exceso de incontinencia en los sacerdotes era castigado rigorosamente. El sacerdote que en Teotihuacan era convencido de haber violado la castidad, era consignado por los sacerdotes al pueblo y de noche lo mataban á palos. En Iechcatlan estaba obligado el sumo sacerdote á estar siempre dentro del templo y abstenerse de todo acceso con cualquiera mujer, y si por su desgracia faltaba á cualquiera de estas obligaciones, era descuartizado irremisiblemente, y sus mienbros ensangrentados se presentaban para ejemplo al sucesor. Aquellos que por su pureza no se levantaban á los ministerios nocturnos del templo, les bañaban con agua hirviendo la cabeza ó les agujeraban los labios y las orejas, y si no se enmendaban de esta ó de cualquiera otra culpa, los zambullian en la laguna y los despedian del templo en la fiesta que hacian al dios de la agua en el mes sexto. Los sacerdotes vivian por lo general en comunidad, bajo algunos superiores que velaban sobre su conducta.

No era el sacerdocio entre los mejicanos por su naturaleza perpetuo. Habia algunos que se consagraban por toda su vida al ministerio de los altares; pero otros solamente por algun tiempo, ó por cumplir algun voto de sus padres ó por devocion particular. Ni tampoco era el sacerdocio anexo al sexo masculino, pues habia mujeres dedicadas al servicio inmediato de los templos. Ellas incensaban á los ídolos, cuidaban del fuego sagrado, barrian el atrio, preparaban la oblacion que diariamente se hacia de comestibles, y la presentaban con sus manos á los ídolos; pero estaban enteramente excluidas del ministerio de sacrificar y de la eminente dignidad del sacerdocio. Entre estas sacerdotisas algunas estaban desde su mas tierna edad consagradas por sus padres al servicio del templo; otras por voto particular, que hacian por motivo de alguna enfermedad, ó por conseguir de los dioses un buen matrimonio, ó por la prosperidad de sus familias, servian en tal ministerio uno ó dos años. La consagracion de las primeras se hacia de este modo. Luego que nacia la niña, la ofrecian sus padres á cualquiera dios, y avisaban al párroco de aquel barrio, y este al tepanteohuatzin, que era, como hemos dicho ya, el superior general de los seminarios. A los dos meses la llevaban al templo y le ponian en las manitas una escobita y un pequeño incensario de barro con un poco de copal, para significar el destino de ella. Cada mes se repetia la visita al templo y la oblacion, juntamente con la de algunas cortezas de árbol para el fuego sagrado. Cuando la niña llegaba á los cinco años, sus padres la entregaban al teopanteohuatzin, y este la ponia en algun seminario de niñas, en donde se instruia en la religion, las buenas costumbres y en los empleos propios de su sexo. A aquellas pues que entraban á servir por algun voto personal, les cortaban antes de todo el cabello. Unas y otras vivian en grande honestidad, silencio y retiro bajo sus superiores, sin comunicar jamás con hombres. Se levantaban algunas dos horas antes de la media noche, otras á la media noche y otras al despuntar el dia, para atizar y mantener vivo el fuego é incensar á los ídolos; y aunque en este ministerio concurriesen con los sacerdotes, habia alguna separacion de ellos, formando una ala los hombres y otra las mujeres, estas y aquellos á vista de sus superiores, para que no hubiese ningun desórden. Todas las mañanas preparaban las oblaciones de comestibles que habian de presentarse á los ídolos, y barrian el atrio inferior del templo, y el tiempo que les sobraba de estos y otros empleos religiosos, lo ocupaban en hilar y en tejer hermosas telas para los vestidos de los ídolos y adorno de los santuarios. Sobre nada se celaba tanto como sobre la continencia de estas vírgenes. Cualquiera delito en esta materia era irremisible: si quedaba enteramente oculto, procuraba el jóven delincuente aplacar la cólera de los dioses con ayunos y austeridades, porque temia que en pena de su culpa se le pudrieran sus carnes. Cuando la vírgen consagrada desde su infancia al culto de los dioses llegaba á los diez y siete ó diez y ocho años, en cuya edad por lo comun se casaban, sus padres le buscaban marido, y encontrándolo le presentaban al teopanteohuatzin en platos curiosamente embarnizados cierto número de codornices y una cierta cantidad de copal, de flores y comestibles, con un discurso bien formado, en el cual le daban gracias por su cuidado y

diligencia en la educacion de su hija y le pedian permiso para casarla. El teopantcohuatzin lo concedia con otro discurso, exhortando á la jóven á la perseverancia en la virtud y al cumplimiento de las obligaciones del matrimonio.

Entre las órdenes ó congregaciones que habia, así de hombres como de mujeres, consagradas al culto de algunos dioses particulares, es digna de mencionarse la de Quetzalcoatl. En los colegios ó monasterios de uno y otro sexo dedicados á este dios imaginario, se llevaba una vida singularmente rígida y austera. El hábito de los profesores era muy honesto; se bañaban todos los dias á media noche, y velaban hasta dos horas antes del dia, cantando himnos á su dios y ejercitándose en varias austeridades. Tenian libertad de ir á los montes á cualquiera hora del dia y de la noche, la cual se les concedia por el concepto de virtud en que estaban para con todos. Los superiores de los monasterios tomaban el mismo nombre de Quetzalcoatl, y tenian tanta autoridad, que á nadie visitaban, á excepcion del rey cuando era necesario. Estos religiosos se consagraban desde la infancia á su órden. Los padres del infantito convidaban á una comida al superior, el cual mandaba á alguno de sus súbditos. Este le llevaba el niño, y tomándolo en brazos, lo ofrecia con una oracion á Quetzalcoatl y le ponia en el cuello una cadena, la cual debia llevar hasta los siete años. Cuando el infantito cumplia dos años, le hacia el superior una pequeña incision en el pecho, la cual, así como la cadena, era una contraseña de su consagracion. Luego que el niño tenia siete años, entraba en el monasterio después de haber oido un largo discurso de sus padres, en el cual le advertian el voto hecho por ellos á Quetzalcoatl y lo exhortaban al cumplimiento de él, á las buenas costumbres, á la sumision á su prelado y á rogar á los dioses por sus padres y por toda la nacion. Esta órden se llamaba *tlamacazcaiotl* y los religiosos *tlamacazque*.

Otra órden habia consagrada á Tezcatlipoca, á la cual llamaban Telpochtiliztli ó juventud, por ser compuesta de jóvenes y niños. Se consagraban á ella tambien desde la infancia casi con las mismas ceremonias que los de Quetzalcoatl; pero no vivian en comunidad, sino cada uno en su casa; tenian en cada barrio de la ciudad un superior que los regia, y una casa en donde al ponerse el sol se reunian á bailar y cantar las alabanzas de su dios. Concurrian á este baile ambos sexos; pero sin el mas mínimo desórden, á causa de la vigilancia de los superiores y del rigor con que eran castigados los delincuentes.

Entre los totonacos habia una especie de monges dedicados á su dios Centeotl. Vivian en un gran retiro y austeridad, y su vida, quitada la supersticion y la vanidad, era verdaderamente irreprensible. En este monasterio no entraban sino hombres de mas de sesenta años, que fuesen viudos, separados de todo comercio con mujeres y de buena vida. Habia un número fijo, y cuando moria uno le sustituia otro. Estaban en tan grande estimacion estos monges, que no solamente eran consultados de las personas vulgares, sino tambien de la primera nobleza y del sumo sacerdote. Oian las consultas sentados sobre los calcañales, los ojos fijos en la tierra, y sus respuestas eran como oráculos, adoptados aun por los mismos reyes mejicanos. Se ocupaban en hacer pinturas históricas, las cuales se entregaban al sumo sacerdote para que las comunicase al pueblo.

Pero el empleo mas considerable del sacerdocio y la principal funcion de la religion de los mejicanos, eran los sacrificios que hacian para obtener alguna gracia del cielo ó tributarle gracias por los beneficios recibidos. Este es un asunto que con mucho gusto omitiriamos si lo permitiesen las leyes de la historia, por redimir á los lectores del disgusto que les causara la descripcion de tanta abominacion y crueldad, pues aunque apenas haya habido alguna nacion del mundo que no haya usado los mismos sacrificios, difícilmente se encontrará alguna que los haya llevado á un exceso tal cual veremos en los mejicanos.

No sabemos cuáles hayan sido los sacrificios de los antiguos toltecas. Los chichimecas estuvieron mucho tiempo sin usarlos, no teniendo al principio ni ídolos, ni templos, ni sacerdotes, ni ofreciendo otra cosa á sus dioses, el sol y la luna, que yerbas, flores, frutos y copal. No ocurrió á aquellas naciones la inhumanidad de sacrificar víctimas humanas, hasta que los mejicanos no borraron con su ejemplo las primeras ideas impresas por la naturaleza en sus ánimos. Lo que decian sobre el orígen de tan bárbaros sacrificios, ya está explicado por nosotros en otra parte, como tambien lo que se halla en su historia en órden al primer sacrificio de los cuatro primeros xochimilcanos hecho por ellos cuando se hallaban en Colhuacan. Es de creer que en aquel tiempo, en que los mejicanos estaban aislados en la laguna, y principalmente cuando estaban bajo el dominio de los tepanecas, seria muy raro el sacrificio de víctimas humanas, pues ni tenian prisioneros ni podian adquirir esclavos que sacrificar. Pero después que extendieron sus dominios y multiplicaron sus victorias, eran frecuentes los sacrificios, y en algunas fiestas eran muchas las víctimas.

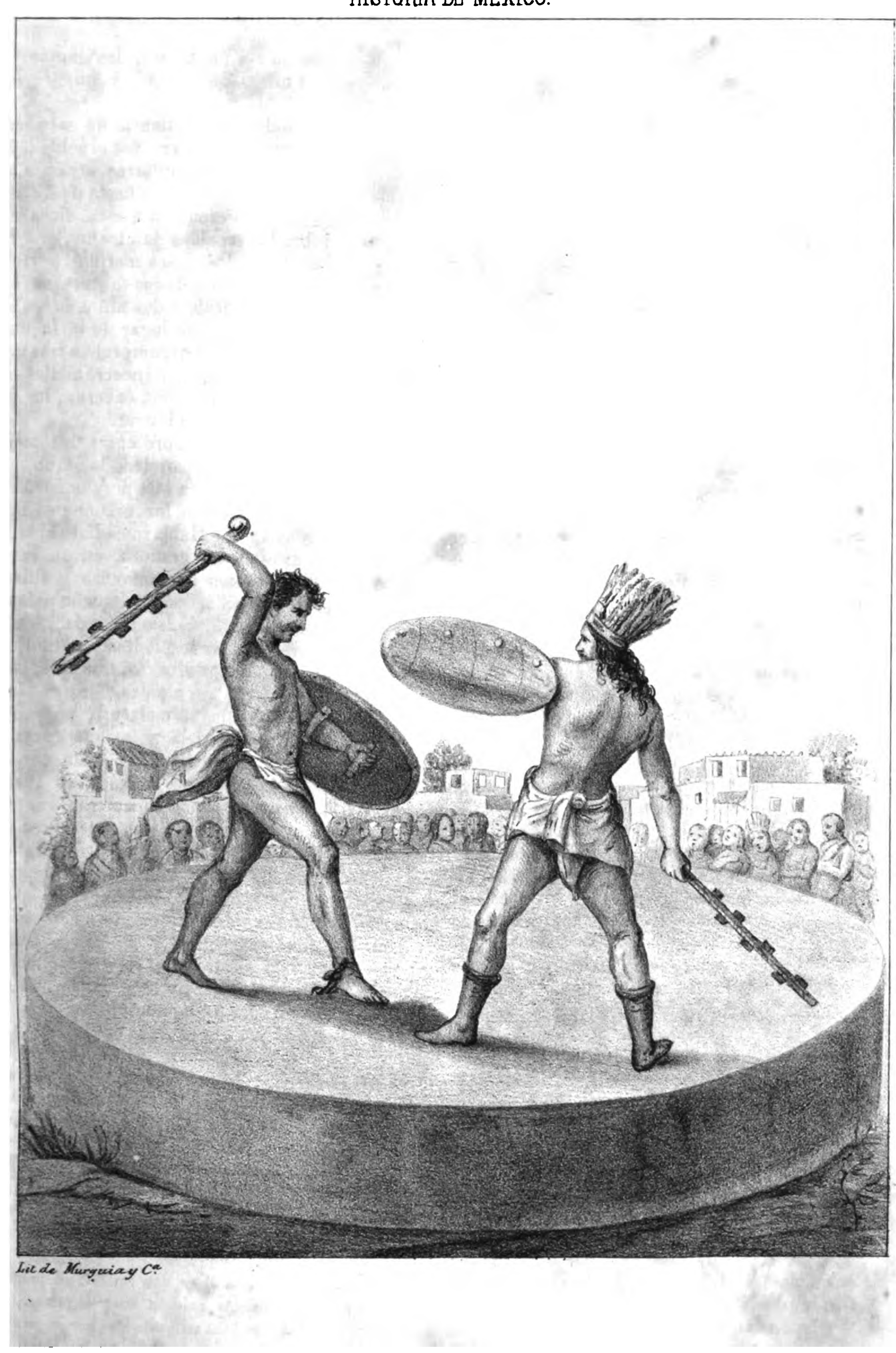
Los sacrificios variaban respecto al número, lugar y modo, segun las circunstancias de las fiestas. Por lo general morian las víctimas abierto el pecho; pero otras ahogadas en la laguna, otras de hambre encerradas dentro de las cavernas de los montes, y otras, finalmente, en el sacrificio gladiatorio. El lugar mas comun era el templo, en cuyo atrio superior estaba el altar destinado á los sacrificios ordinarios. El del templo mayor de Méjico era una piedra verde (verosímilmente

jaspe), por arriba convexa, de tres piés de alto, otros tantos de ancho y mas de cinco de largo. Los ministros ordinarios del sacrificio eran seis sacerdotes, entre los cuales el principal era el *topiltzin*, cuya dignidad era preeminente y hereditaria; pero en cada sacrificio tomaba el nombre de aquel dios á quien se hacia. Se vestia para esta funcion con un hábito encarnado semejante en la figura al escapulario ó paciencia de nuestros religiosos, y orlados con flecos de algodon; sobre la cabeza se ponia una corona de plumas verdes y amarillas, en las orejas zarcillos de oro y piedras preciosas verdes (tal vez esmeraldas), y en el labio inferior un pendiente de piedra turquesa. Los otros cinco ministros estaban vestidos con hábitos blancos de la misma figura, pero recamados de negro, y tenian los cabellos enmarañados, las cabezas ceñidas con fajas de cuero, las frentes armadas de ruedecillas de papel pintado de varios colores y todo el cuerpo teñido de negro. Llevaban los desapiadados ministros la víctima enteramente desnuda al atrio superior del templo, y después de haber señalado á los circunstantes el ídolo á quien se hacia el sacrificio, para que todos lo adorasen, la extendian sobre el altar destinado á tal funcion, cuatro sacerdotes le tenian los piés y las manos, y otro le contenia la cabeza con un instrumento de madera hecho á manera de culebra enroscada, que le metia en el cuello, y por ser el altar convexo, como hemos dicho arriba, quedaba la víctima arqueada, con el pecho y el vientre levantados, é impedida de todo movimiento. Se acercaba entonces el inhumano topiltzin, y con un cuchillo amolado de pedernal, le abria prontísimamente el pecho y le sacaba el corazon, que todavía palpitando, ofrecia al sol, y después lo arrojaba á los piés del ídolo: tomándolo de allí, lo ofrecia al mismo ídolo, y después lo quemaba, guardando con veneracion las cenizas. Si el ídolo era gigantesco y hueco, solian introducirle por la boca el corazon de la víctima con un cucharon de oro. Solian tambien untar con la sangre de la víctima, tanto los labios del ídolo como la cornisa de la puerta del santuario. Si la víctima era algun prisionero de guerra, luego que lo sacrificaban le cortaban la cabeza para conservarla en el osario, y arrojaban el cuerpo por la escalera al atrio inferior, en donde lo tomaba aquel oficial ó soldado que lo habia hecho prisionero, y lo llevaba á su casa para hacerlo cocer y guisar y dar con él un banquete á sus amigos. Si no era prisionero de guerra, sino esclavo comprado para el sacrificio, el dueño tomaba del mismo altar el cadáver para el mismo fin. Comian solamente las piernas, los muslos y los brazos, y el resto lo quemaban ó lo reservaban para sustento de las fieras y aves de rapiña que se criaban en los palacios reales. Los otomíes, después de haber dado muerte á la víctima, la descuartizaban y vendian los pedazos en el mercado. Los zapotecas sacrificaban los hombres á los dioses, las mujeres á las diosas y los niños á no sé qué pequeños númenes.

Este era el modo mas ordinario de sacrificar, con algunas circunstancias de mayor crueldad, como luego veremos; mas tenian otras especies de sacrificios, aunque raros. En la fiesta de Teteoinan, la mujer que representaba á esta diosa era decapitada sobre las espaldas de otra mujer. En la fiesta del arribo de los dioses morian las víctimas en el fuego. En una de las fiestas que hacian á Tlaloc, le sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogándolos en cierto lugar de la laguna. En otra fiesta del mismo dios compraban tres muchachos de seis ó siete años, y encerrándolos con abominable inhumanidad en una caverna, los dejaban morir de hambre y de horror.

Pero el sacrificio mas célebre entre los mejicanos era aquel que los españoles llamaron, no sin razon, *gladiatorio*. Era este muy honorífico, y no se destinaban á él sino los prisioneros mas acreditados por su valor. Habia inmediato al templo mayor en las ciudades grandes, en un lugar amplio capaz de contener una inmensa multitud de pueblo, un terraplen redondo, de ocho piés de alto, y sobre él una gran piedra redonda, semejante en la figura á nuestras piedras de molino, pero mucho mas grande y alta casi tres piés, bien bruñida y con figuras esculpidas. Sobre esta piedra, llamada por ellos temalacatl, ponian al prisionero armado de rodela y espada corta y atado por un pié. Allí salia á combatir con él un oficial ó soldado mejicano proveido de mejores armas. Cada cual puede considerar los esfuerzos de aquel desventurado por sustraerse de la muerte y los del mejicano por no poder su reputacion delante del gran pueblo que concurria á semejante espectáculo. Si el prisionero quedaba vencido, venia inmediatamente un sacerdote llamado chalchiuhtepehua, y muerto ó todavía vivo, lo llevaba al otro altar de los sacrificios comunes, y allí le abria el pecho y le sacaba el corazon, y el vencedor era aplaudido por la multitud y premiado por el rey con cierta insignia militar. Mas si el prisionero vencia á este y otros seis, que segun lo que afirma el conquistador anónimo debian sucesivamente pelear con él, se le concedia la vida, la libertad y cuanto le habian quitado y se volvia á su patria lleno de gloria.[1] El mismo autor refiere que en una batalla que dieron los chololtecas á sus vecinos los huexotzinqueños, el principal cacique de Chelollan se empeñó de tal modo en la accion, que habiéndo-

1 Algunos historiadores dicen que vencido el primer combatiente, inmediatamente quedaba libre el prisionero; pero nosotros damos mas fe al conquistador, porque no nos parece verosímil que á tan poca costa diesen la libertad á un prisionero que por su valor podia serles mas perjudicial y privasen á sus dioses de una víctima tan acepta á su crueldad.


Lit. de Murguia y Cª

se alejado de los suyos, fué hecho prisionero á pesar de su valor y conducido á Huexotzinco, y puesto sobre la piedra gladiatoria venció á los siete combatientes que se necesitaban para quedar libre; pero los huexotzinqueños previendo que por su extraordinario valor acaso les podria causar muchos males en lo sucesivo si le concedian la libertad, lo hicieron morir, contra la costumbre universal, por lo que quedaron eternamente infamados entre aquellas naciones.

En órden al número de víctimas que anualmente se sacrificaban, nada podemos afirmar, pues son muy varias las opiniones de los historiadores.[1] El número de veinte mil, que es el que se cree acercarse mas á la verdad, si comprende todos los hombres sacrificados en el imperio mejicano, no me parece excesivo; pero si se limita, como pretenden algunos autores, á solos los niños, á los sacrificados solamente en el monte de Tepeyacac ó en la capital, parece enteramente inverosímil. Ello es cierto que no habia número fijo de sacrificios, sino siempre proporcionados al número de prisioneros que se hacian en la guerra, á las necesidades del Estado y á la calidad de las fiestas, como se ven en la dedicacion del templo mayor de Méjico, en la cual la crueldad de los mejicanos excedió los límites de la verosimilitud. Pero no puede dudarse que siempre eran muchos, porque las conquistas de los mejicanos fueron rapidísimas, y en sus frecuentes guerras no procuraban tanto el matar á los enemigos, cuanto el hacerlos prisioneros para los sacrificios. Si á estas víctimas se agregan los esclavos que se compraban para el mismo fin y algunos delincuentes que eran condenados á expiar sus delitos en el sacrificio, hallaremos un número mucho mayor que aquel que pretendia el señor Casas, demasiado empeñado en libertar á los americanos de todos los excesos de que los acusaban los españoles.[2] Los sacrificios se multiplicaban en los años divinos, y mucho mas en los seculares.

Acostumbraban en sus fiestas los mejicanos vestir á la víctima con el mismo hábito ó insignias del dios á quien debia sacrificarse, y así vestida andaba por toda la ciudad pidiendo limosna para el templo, acompañada de una guardia de soldados para que no se escapase. Si acaso se huia, sustituia su lugar el jefe de la guardia en pena de su descuido. Solian dar de comer bien y engordar las víctimas, así como nosotros cebamos algunos animales.

No se limitaba á estos sacrificios la religion de los mejicanos; los hacian tambien de varias especies de animales. A Huitzilopochtli le sacrificaban codornices y gavilanes, y á Mixcoatl, liebres, conejos, venados y coyotes. Al sol ofrecian diariamente codornices. Todos los dias cuando estaba próximo á salir el sol, estaban en pié algunos sacerdotes en el atrio superior del templo, con la cara mirando al Oriente, y cada uno con una codorniz en la mano, y al asomar aquel planeta lo saludaban con música, y cortando las cabezas á las codornices, se las ofrecian. Este sacrificio era seguido de incensacion, acompañada de un grande estrépito de instrumentos de música.

Ofrecian tambien á sus dioses en reconocimiento de su dominio, varias especies de plantas, de flores, de piedras preciosas, de resinas y otras cosas insensibles. A Tlaloc y á Coatlicue ofrecian las primicias de las flores, y á Centeotl las del maiz. Las oblaciones que hacian á sus dioses, de pan, de algunas masas y de otras cosas guisadas, eran tan abundantes, que bastaban á saciar á todos los ministros del templo. Todas las mañanas se veian al pié de los altares innumerables platos y escudillas de comidas todavía hirviendo, para que su vapor llegase á las narices de los ídolos y fuese alimento de sus dioses inmortales.

Pero la oblacion mas frecuente era la del copal. Todos incensaban diariamente á sus ídolos, y así, no habia casa en donde no hubiera incensarios. Acostumbraban incensar hácia los cuatro vientos cardinales, los sacerdotes en el templo, los padres de familia en su casa y los jueces en sus tribunales, siempre que debian pronunciar sentencia sobre alguna causa grave, civil ó criminal. Pero la incensacion entre los mejicanos y las otras naciones de Anáhuac no solamente era un acto religioso para con sus divinidades, sino tambien un obsequio meramente civil á los caciques y á los embajadores.

La crueldad y supersticion de los mejicanos fueron imitadas por las naciones conquistadas por ellos ó vecinas á su imperio, sin mas diferencia que el ser menor entre estas naciones el número

1 El señor Zumárraga, primer obispo de Méjico, en su carta de 12 de junio de 1531 escrita al capítulo general de su órden congregado en Tolosa, dice que en aquella sola capital se sacrificaban anualmente veinte mil víctimas humanas. Algunos citados por Gomara afirmaron que el número de los sacrificados llegaba á cincuenta mil. Acosta escribe que habia dia en el cual en diversos lugares del imperio mejicano se sacrificaban cinco mil, y en alguno hasta veinte mil. Otros creyeron que en solo el monte de Tepeyacac se sacrificaban veinte mil á la diosa Tonantzin. Torquemada citando, aunque infielmente, la carta del señor Zumárraga, dice que anualmente se sacrificaban veinte mil niños. Por el contrario, el señor Casas en la impugnacion del sanguinario libro del doctor Sepúlveda, limita estos sacrificios á tan pequeño número, que apenas deja creer que fuesen diez, ó al mas ciento. Yo no dudo que todos estos autores erraron en el número; Casas por defecto, y todos los demás por exceso.

2 No se por qué el señor Casas, el cual en sus escritos se vale contra los conquistadores del testimonio del señor Zumárraga y de los primeros religiosos, se oponga á ellos tan abiertamente en cuanto al número de los sacrificios.

de tan abominables sacrificios é intervenir algunas circunstancias particulares. Los tlaxcaltecas en una de sus fiestas colgaban á un prisionero de una cruz alta y lo saeteaban, y en otra mataban á palos á otro prisionero atado á una cruz baja.

Eran célebres los inhumanos y espantosos sacrificios que cada cuatro años celebraban los de Quauhtitlan al dios del fuego. Un dia antes de la fiesta plantaban seis árboles altísimos en el atrio inferior del templo, sacrificaban dos esclavos y después les quitaban la piel y les sacaban los huesos de los muslos. Al dia siguiente se vestian dos sacerdotes respetables con aquellas pieles ensangrentadas, y tomando en la mano aquellos huesos, comenzaban á bajar con paso grave, pero al mismo tiempo con aullidos espantosos, por la escalera del templo. El pueblo, atropado al pié de este, decia en alta voz: "Mirad, ya vienen nuestros dioses." Luego que llegaban al atrio inferior, comenzaban, al son de los instrumentos de música, un baile que duraba casi todo el dia. Entre tanto, andaba el pueblo sacrificando un número tan grande de codornices, que algunas veces llegaban á ocho mil. Concluidos estos sacrificios, llevaban los sacerdotes á los seis prisioneros sobre los árboles, y atándolos en ellos se bajaban; pero apenas llegaban á la tierra los sacerdotes, cuando ya aquellas desgraciadas víctimas estaban sacrificadas por el pueblo con la multitud de flechas que les tiraban. Después volvian á subir los sacerdotes para descolgar los cadáveres y precipitarlos desde aquella elevacion; les abrian inmediatamente los pechos y les sacaban los corazones, segun la costumbre de aquellos pueblos. Así estas víctimas como las codornices, se repartian entre los sacerdotes y los nobles de aquella ciudad para los convites con que coronaban tan cruel y abominable fiesta.

Siendo ellos tan impíos para con los otros, no es extraño que fuesen para consigo mismos inhumanos. Acostumbrados los mejicanos á los sanguinarios sacrificios de sus prisioneros, se hicieron igualmente pródigos de su propia sangre, no creyendo bastante la mucha que derramaban de sus víctimas para apagar la diabólica sed de sus dioses. No pueden leerse sin horror las austeridades que ejercitaban, ó por castigo de sus culpas ó para prepararse á sus fiestas. Maltrataban su carne como si fuese insensible, y derramaban con tanta prodigalidad su sangre, como si fuese un líquido superfluo del cuerpo.

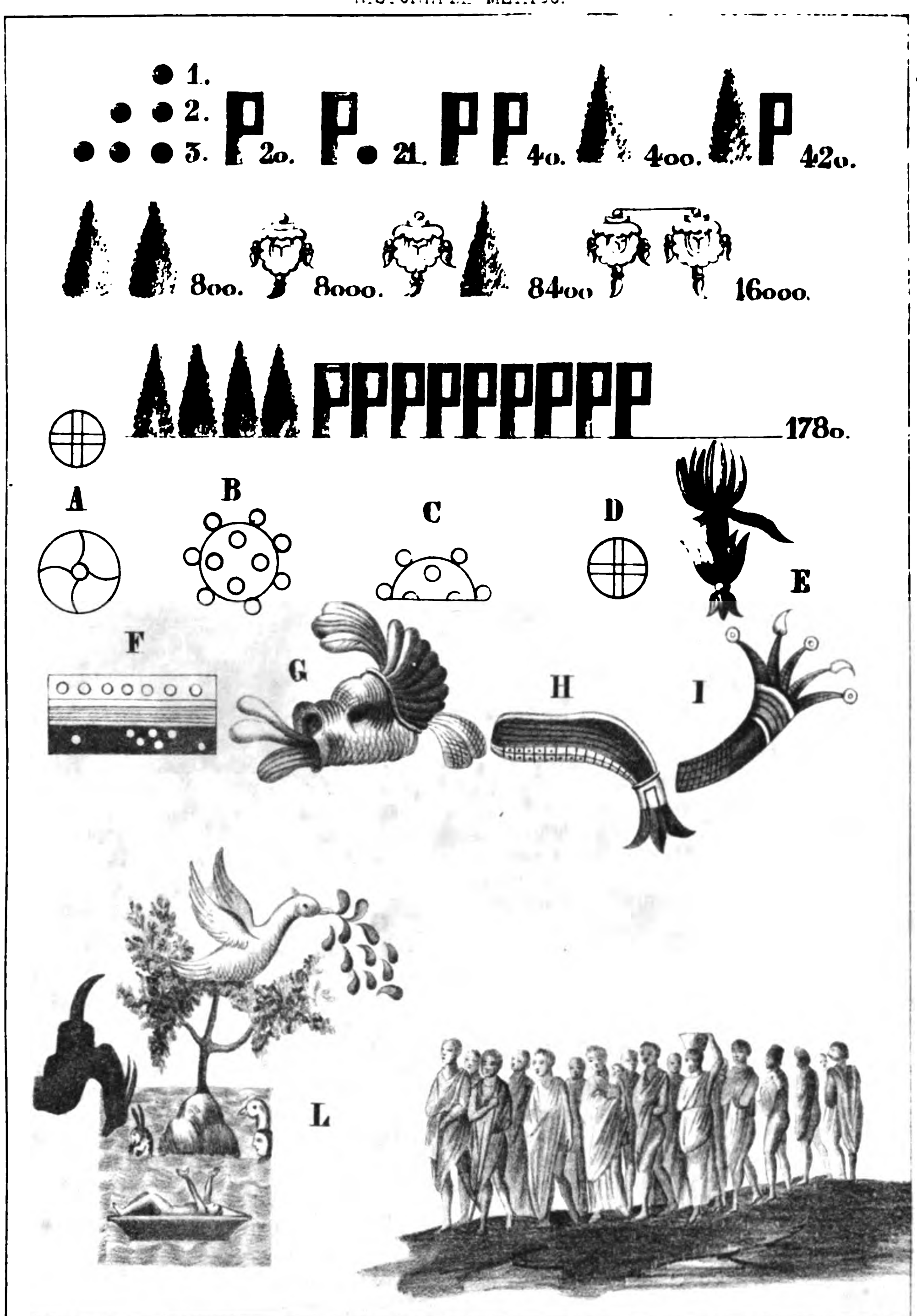
Era frecuente y de todos los dias la efusion de sangre en algunos sacerdotes, y á estos daban el nombre de *tlamacazqui*. Se picaban con agudísimas espinas del maguey y se agujeraban algunas partes del cuerpo, principalmente las orejas, los labios, la lengua, la carne de las piernas y de los brazos. Por los agujeros que hacian con estas espinas, metian pedazos de caña al principio sutiles, y en el progreso de la penitencia cada vez mas gruesos. La sangre que salia la recogian diligentemente en hojas de la planta *acxojatl*.[1] Prendian las espinas ensangrentadas en ciertas pajas de heno, las cuales exponian sobre las almenas de las murallas del templo, para manifestar á todos la penitencia que hacian por el pueblo. Aquellos que practicaban estas austeridades dentro del recinto del templo mayor de Méjico, se bañaban en un estanque que habia allí, el cual por tener el agua siempre teñida con sangre, se llamaba *Ezapan*. Era por lo general determinado el número de cañas que debian emplearse cada vez, las cuales después de haber servido una sola, se guardaban para testimonio de su penitencia

A mas de estas y otras austeridades de que luego haremos mencion, eran frecuentísimas entre los mejicanos las vigilias y los ayunos. Apenas habia fiesta para la cual no se preparasen con ayunos de mas ó menos dias, segun lo prescrito por su ritual. Su ayuno se reducia, por lo que podemos deducir de su historia, á abstenerse de la carne y del vino y á comer una sola vez al dia, lo cual hacian algunos al mediodía, otros después, y muchos se estaban sin comer nada hasta la tarde. Por lo general, acompañaban el ayuno con la vigilia y con la efusion de sangre, y en este tiempo no les era permitido el acceso á ninguna mujer, ni aun á la propia.

Los ayunos unos eran generales, á los cuales estaba obligado todo el pueblo, como á aquel de cinco dias que precedia á la fiesta de Mixcoatl, en el cual eran comprendidos hasta los niños, el de cuatro dias antes de la fiesta de Tezcatlipoca, y segun sospechamos, aquel tambien que se hacia al sol.[2] Para este ayuno se retiraba el rey á un cierto lugar del templo, donde velaba y derramaba sangre, segun la costumbre de su nacion. Otros ayunos no obligaban sino á algunos particulares, como el que hacian los dueños de las víctimas el dia antes de su sacrificio. Veinte dias ayunaban los dueños de los prisioneros que se sacrificaban al dios Xipe. Los nobles tenian, como el rey, una casa dentro del recinto del templo, con muchos aposentos en donde se retiraban á hacer penitencia. En una de las fiestas, todos los que tenian algun empleo público, después de haberlo servido de dia, se iban por la tarde á aquel retiro para el mismo fin. En el mes tercero velaban todas las noches los tlamacazqui ó penitentes, y en el cuarto los acompañaba en la vigilia la nobleza.

1 Acxojatl es una planta de algunos tallos derechos y de hojas largas, fuertes y dispuestas con simetría. Hacian de esta planta y hacen todavía buenas escobas.

2 El ayuno que se hacia al sol, se llamaba netonatiuhzahualo ó netonatiuhzahualiztli. El doctor Hernandes dice que se hacia cada doscientos ó trescientos dias. Nosotros sospechamos que fuese en el dia 1.° *Olin*, el cual caia cada doscientos sesenta dias.



Lito de Murguia y Cª

En la Mixteca, donde habia muchos monasterios, antes de entrar los primogénitos de los caciques en posesion de sus Estados, estaban por un año entero sujetos á una rigorosa penitencia. Llevaban con grande acompañamiento al primogénito á un monasterio, en donde despojado de sus vestiduras, le ponian andrajos manchados con *olli* ó resina elástica, le frotaban con yerbas pestilentes la cara, el vientre y las espaldas, y le daban una lanceta de itztli para que se sacase sangre. Lo obligaban allí á una rigorosa abstinencia, lo sujetaban á las mas duras fatigas y lo castigaban rigorosamente por cualquiera falta. Cumplido el año, era restituido á su casa con gran pompa y con música, después de haberlo lavado y limpiado cuatro doncellas con aguas olorosas.

En el templo principal de Teohuacan habitaban cuatro sacerdotes célebres por su vida austera. Su vestido era el de la gente pobre; su comida se reducia á un pan de maíz de cerca de dos onzas y á un vaso de *atolli* ó poleadas del mismo grano. Todas las noches velaban dos de ellos, empleando todo aquel tiempo en cantar himnos á sus dioses y ofrecerles incienso, lo cual hacian cuatro veces en el discurso de la noche, y derramar su propia sangre sobre los braseros del templo. El ayuno era continuo en todos los cuatro años que duraban en aquella vida, excepto el dia de fiesta que habia cada mes, en el cual podian comer cuanto quisiesen; pero para todas las fiestas se preparaban con la acostumbrada austeridad, agujerándose con espinas de maguey las orejas y pasando por los agujeros hasta sesenta pedacillos de caña de diferente grueso, en el modo que ya hemos dicho. Después de los cuatro años, entraban otros cuatro sacerdotes para llevar semejante vida, y si antes de llegar el término moria alguno de ellos, se sustituia otro, para que jamás faltase el número. Era tan grande la fama de estos sacerdotes, que eran venerados aun de los mismos reyes de Méjico; pero ¡infeliz de aquel que por su desgracia violase la continencia! porque si después de una diligente averiguacion se hallaba que era cierto el delito, moria á palos, se quemaba su cadáver y sus cenizas se esparcian en el viento.

Se veia á veces, con motivo de alguna calamidad pública, hacerse por los sumos sacerdotes mejicanos un ayuno extraordinario. Para efectuarlo se retiraba el sumo sacerdote á un bosque, en donde se mandaba hacer una choza cubierta de ramos siempre verdes, pues cuando los primeros se secaban, se sustituian otros nuevos. Encerrado en ella, privado de toda comunicacion con los hombres y sin otro alimento que maíz crudo y agua, pasaban nueve ó diez meses, y alguna vez un año, en continua oracion y frecuente efusion de sangre. Este ayuno no era obligatorio ni lo hacian todos los sumos sacerdotes, ni aquel que lo emprendia lo hacia mas que una vez en toda la vida; y para decir la verdad, no es verosímil que quedase con fuerzas para repetirlo, en el caso de sobrevivir á tan rigorosa y larga penitencia.

Era tambien muy afamado en aquel país el ayuno de los tlaxcaltecas en el año divino, en el cual hacian una fiesta solemnísima á su diosa Comaxtle. Llegado el tiempo de comenzarlo, convocaba á todos los tlamacaxqui ó penitentes, su jefe Achcauhtli, y haciéndoles una grave exhortacion á la penitencia, les advertia que si alguno no se hallase con fuerzas bastantes para practicarla, se lo hiciese saber dentro de cinco dias, porque si pasado ese término y comenzado una vez el ayuno faltase ó volviese atrás, seria tenido por indigno de la compañía de los dioses, le seria quitado el sacerdocio y secuestradas todas sus cosas. Después de los cinco dias que se concedian para deliberar, subia con todos aquellos que tenian valor para practicar la penitencia, los cuales solian ser mas de doscientos, al altísimo monte Matlalcueye, en cuya cima habia un santuario dedicado á la diosa de la agua. El Achcauhtli subia hasta la cima á hacer su oblacion de piedras y plumas preciosas y copal, y los otros se quedaban á la mitad de la subida, rogando á su diosa les diese fuerza y valor para la penitencia. Bajaban después del monte y se mandaban hacer cuchillos de itztli y una gran cantidad de varas de diferente grueso. Los artífices de estos instrumentos antes de hacerlos debian ayunar cinco dias, y si se rompia algun cuchillo ó vara, se tenia por mala señal y se atribuia á haber sido quebrantado el ayuno por algun artífice. Después comenzaba el de los tlamacaxqui, el cual no duraba menos de ciento sesenta dias. En el primero se hacian un agujero en la lengua para introducir en él las varas, y sin embargo de que fuese grande el dolor que sentian y mucha la sangre que arrojaban, se esforzaban á entonar cánticos á su dios, repitiendo tan cruel operacion cada veinte dias. Corridos los primeros ochenta del ayuno de los sacerdotes, comenzaba y continuaba por otro tanto tiempo el general del pueblo, del cual no se eximian ni aun los primeros jefes de la república. A ninguno era permitido en todo aquel tiempo el bañarse, ni comer el chile con que solian condimentar casi todas sus comidas. A semejantes excesos de crueldad eran llevadas aquellas naciones por su fanatismo.

Todo lo que hasta aquí hemos dicho no hace conocer tanto la religion de los mejicanos y los excesos de su execrable supersticion, como la relacion de las fiestas que hacian á sus dioses y de los ritos que en ellas observaban; pero antes de pasar adelante en esta materia, es necesario dar razon de la distribucion que hacian del tiempo, y del método que tenian en contar los dias, los meses, los años y los siglos. Lo que vamos á decir sobre este asunto ha sido prolijamente examinado y asegurado por hombres inteligentes y dignos por todos capítulos de la mayor fe, los

cuales se aplicaron con el mayor empeño á este estudio, examinaron diligentemente las pinturas antiguas y se informaron de los mejicanos y de los acolhuas mas bien instruidos. Nos protestamos particularmente deudores de estas luces á los religiosos apostólicos Motelinia y Sahagun (de cuyos escritos tomó cuanto tiene de bueno el Torquemada) y al doctísimo mejicano don Cárlos Sigüenza, cuyas opiniones hemos encontrado verdaderas por el exámen que hemos hecho de algunas pinturas mejicanas, en las cuales se ven claramente representados con sus propias figuras los meses, los años y los siglos.

Distinguian los mejicanos, los acolhuas y todas las naciones de Anáhuac, cuatro diferentes edades con ótros tantos soles. La primera, *Atonatiuh*, esto es, sol ó edad de agua, comenzó desde la creacion del mundo, y se continuó hasta aquel tiempo en el cual perecieron juntamente con el primer sol casi todos los hombres en una general inundacion. La segunda, Tlaltonatiuh, edad de tierra, desde la general inundacion hasta la ruina de los gigantes y los grandes terremotos con que acabó igualmente el segundo sol. La tercera *Ehecatonatiuh*, edad de aire, desde la destruccion de los gigantes hasta los grandes huracanes por los cuales acabaron con el tercer sol todos los hombres. La cuarta Tletonatiuh, edad de fuego, desde la última restauracion del género humano hasta que el cuarto sol y la tierra sean destruidos con el fuego. Creian que esta edad debia acabar al terminar alguno de sus siglos, y esta parece haber sido la causa de las estrepitosas fiestas que hacian en el principio de cada siglo al dios del fuego, como en accion de gracias por haber contenido su voracidad y prorogado el término del mundo.

En órden al cómputo del siglo, de los años y de los meses, tenian los mejicanos y las otras naciones cultas el mismo método que los antiguos toltecas. Su siglo constaba de cincuenta y dos años, distribuidos en cuatro períodos de trece años cada uno, y de dos siglos se componia una edad llamada por ellos Huehuetiliztli, esto es, vejez de ciento cuatro años.[1] Daban al fin del siglo el nombre de Toxiuhmolpia, que quiere decir vínculo de nuestros años, porque en él se unian los dos signos para formar una edad. Los años tenian cuatro nombres, que eran *Tochtli*, conejo; *Acatl*, caña; *Tecpatl*, piedra, y *Calli*, casa, y de ellos con diferentes números se componia el siglo. El primer año del siglo era I conejo; el segundo, II caña; el tercero, III piedra, y el cuarto, IV casa; el quinto, V conejo, y así continuaban hasta el año décimo-tercio, que era el XIII conejo, con el cual terminaba el primer período. Comenzaban el segundo con I caña, y seguian con II piedra, III casa, IV conejo, hasta completar con XIII caña. Igualmente el tercer período comenzaba por I piedra y acababa por el XIII piedra, y el cuarto comenzaba por el I casa y acababa, juntamente con el siglo, en XIII casa; y así siendo cuatro los nombres y trece los números, no habia un año que pudiese confundirse con otro. Lo cual mas fácilmente se podrá entender en la tabla del siglo que después daremos.

El año mejicano constaba, como el nuestro, de trescientos sesenta y cinco dias, porque aunque se compusiese de diez y ocho meses, cada uno de veinte dias, que hacen solamente trescientos sesenta, agregaban después del último mes cinco dias, llamados por ellos Nemontemi, esto es, inútiles, porque en ellos no hacian otra cosa que visitarse mutuamente. El año I conejo, primero del siglo, comenzaba á 26 de febrero;[2] pero cada cuatro años se anticipaba un dia el año mejicano, por razon del dia intercalar de nuestro año bisiesto; por lo que en los últimos años del siglo mejicano comenzaba á 14 de febrero, por razon de los trece dias que quitaban en el discurso de cincuenta años. Pero concluido el siglo, volvia á comenzar el año á 26 de febrero, como diremos luego.

Los nombres que daban á sus meses eran tomados de las operaciones y de las fiestas que en ellos hacian y de los accidentes de la estacion en que caian. Estos nombres se leen con alguna variedad en los autores, porque en efecto, eran varios, no solamente entre diversos pueblos, sino tambien entre los mismos mejicanos. Los mas comunes eran los siguientes:

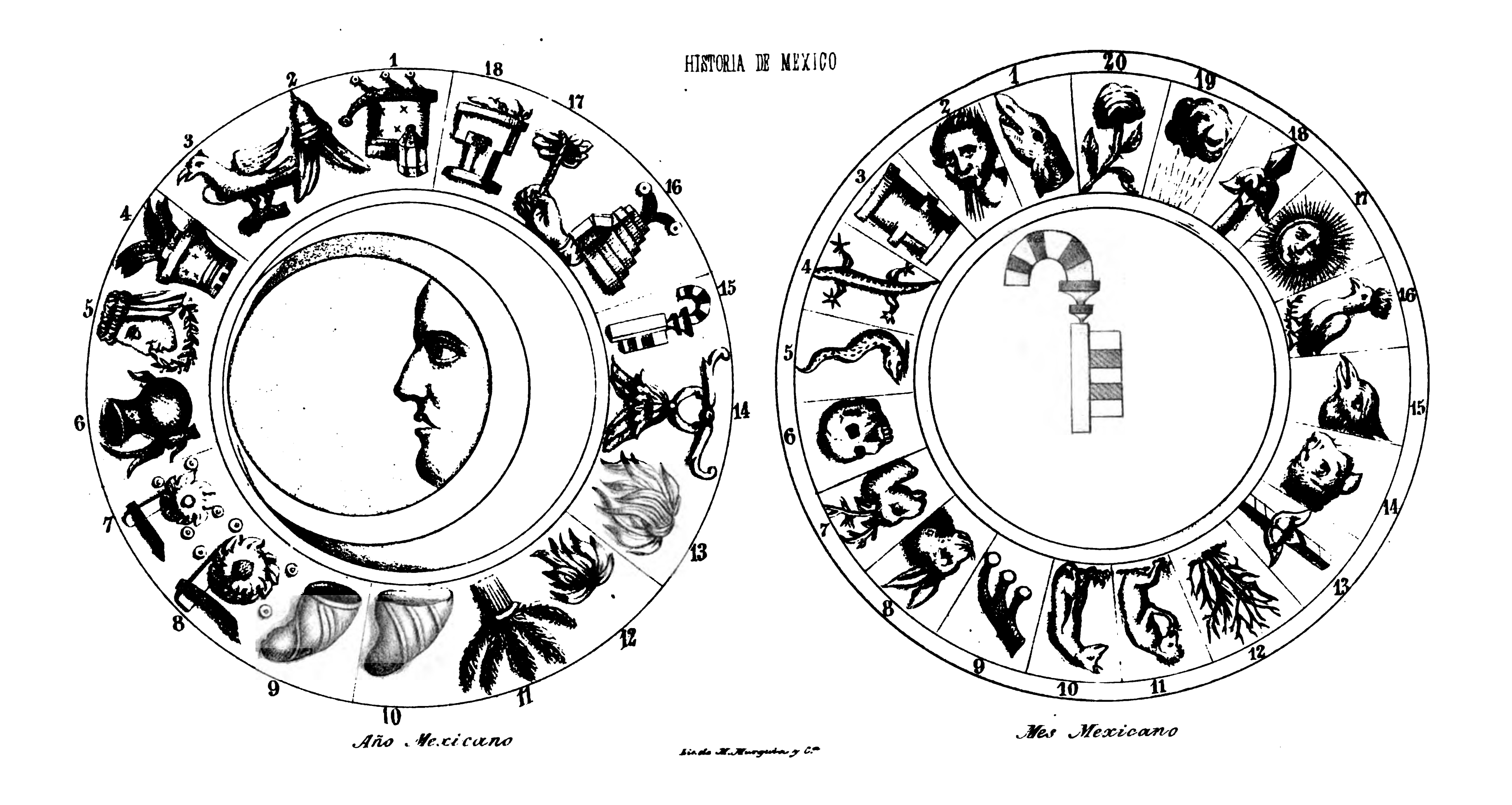
1 Atlacahualco.[3]
2 Tlacaxipehualiztli.
3 Tozoztontli.
4 Hueitozoztli.
5 Toxcatl.
6 Etzalcualiztli.

1 Algunos autores dan á la edad ó vejez el nombre de siglo y el de medio siglo al siglo; pero esto poco importa, porque no se altera en la sustancia el método de contar los años y la distribucion del tiempo.

1 El caballero Boturini afirma, contra la comun opinion de los autores, que no comenzaban todos los siglos por I conejo, sino por el I caña, ó por I piedra, ó I casa. Se engañó, sin embargo, porque los autores antiguos, mejor informados, y por las pinturas examinadas por ellos mismos, nos consta que el siglo mejicano siempre comenzaba por I conejo. Además, dice aquel autor que en cuatro siglos no se repetia jamás el mismo nombre ó carácter con el mismo número; pero ¿cómo es posible que no se repitiese en el discurso de doscientos ocho años, no siendo mas de cuatro los caracteres, ni mas de trece los números, como él mismo confiesa?

2 Son diversas las opiniones de los autores en órden al dia en que comenzaba el año mejicano. La causa de esta variedad fué sin duda la misma diversidad que resulta en nuestros bisiestos, en la cual acaso no reflexionaron aquellos autores. Pudo ser tambien que alguno hablase del año astronómico de los mejicanos, y no del religioso, de que nosotros hablamos.

3 Gontara, Valadiz y otros autores ponen por primer



Año Mexicano

Mes Mexicano

Lit. de M. Murguia y C.ª

7 Tecuilhuitontli.	13 Tepeilhuitl.
8 Hueitecuilhuitl.	14 Quechollí.
9 Tlaxochimaco.	15 Panquetzaliztli.
10 Xocohuetzi.	16 Atemoztli.
11 Ochpaniztli.	17 Tititl.
12 Teotleco.	18 Izcalli.

Sus meses se componian, como ya hemos expuesto, de veinte dias, cuyos nombres son estos:

1 Cipactli.	11 Ozomatli.
2 Ehecatl.	12 Malinalli.
3 Calli.	13 Acatl.
4 Cuetzpalin.	14 Ocelotl.
5 Coatl.	15 Quauhtli.
6 Miquiztli.	16 Cozcaquauhtli.
7 Mazatl.	17 Olin Tonatiuh.
8 Tochtli.	18 Tecpatl.
9 Atl.	19 Quiahuitl.
10 Itzcuintli.	20 Xochitl.

Aunque los signos ó caracteres significados por estos nombres estuviesen, segun el referido órden, distribuidos por los veinte dias, sin embargo, al contarlos no se tenia consideracion á la division de los meses ni á la de los años, sino á ciertos períodos de trece dias (semejantes á aquellos de trece meses en el siglo) que corrian sin interrupcion aun después de terminado el mes ó el año. El primer dia del siglo era I Cipactli, el II Ehecatl ó viento, el III Calli ó casa, y así hasta el trece, que era XIII Acatl ó caña. El dia 14 comenzaba otro período, contando I Ocelotl, tigre; II Quauhtli, águila, etc., hasta completar el mes con VII Xochitl, flor, y en el segundo mes continuaban contando VIII Cipactli, IX Ehecatl, etc. Veinte de estos períodos hacian en trece meses un siglo de doscientos sesenta dias, y en todo este tiempo no se repetia el mismo signo ó carácter con el mismo número, como puede verse en el calendario que luego daremos. En el primer dia del mes décimo-cuarto se comenzaba otro siglo con el mismo número de caracteres y con el mismo número de períodos que el primero. Si el año no tuviese á mas de los diez y ocho meses los cinco dias *Nemontemi*, ó si en estos dias no se continuasen los períodos, el primer dia del segundo año del siglo seria, como en el antecedente, I Cipactli, y del mismo modo el último dia de todos los años seria siempre Xochitl; pero continuándose, como en efecto se continuaba, en los dias *Nemontemi* el período de trece dias, de aquí se cambiaban los signos ó caracteres, y el signo Miquiztli, que en todos los meses del primer año ocupaba el sexto lugar, ocupa el primero en el segundo año, y por el contrario, el signo *Cipactli*, que en el primer año habia ocupado el primer lugar, tiene el décimo-sexto en el año segundo. Para saber cuál debe ser el signo del primer dia de cualquier año, hay esta regla general. Todo año *Tochtli* comienza por *Cipactli;* todo año *Acatl* por *Miquiztli;* todo año *Tecpatl* por *Ozomatli*, y todo año *Calli* por *Cozcaquauhtli;* dando siempre al signo del dia el mismo número del año, así como el año I Tochtli tiene por primer dia I Cipactli; así el II Acatl tiene el II Miquiztli y el III Tecpatl tiene III Ozomatli, y el IV Calli tiene IV Cozcaquauhtli, etc.[1]

Por lo que hemos dicho se ve el particular aprecio en que estaba entre los mejicanos el número trece. De trece años eran los cuatro períodos de que se componia el siglo, de trece meses era su ciclo de doscientos sesenta dias, y de trece dias los períodos de que hemos hecho mencion. La causa de esta estimacion fué, por lo que dice el doctor Sigüenza, el haber sido este el número de sus dioses mayores. Poco menos apreciado parece haber sido por ellos el número cuatro. Como contaban en su siglo cuatro períodos de trece años, así contaban trece períodos de cuatro años, y al fin de cada uno de estos períodos hacian fiestas extraordinarias. Ya hemos hecho mencion en otra parte del ayuno de cuatro meses, y del nappapohuallatolli ó audiencia general que debia hacerse cada cuatro meses.

Por lo que respecta al gobierno civil, dividian el mes en cuatro períodos de cinco dias, y un dia fijo de cada período se hacia la feria ó mercado grande; pero porque aun en lo político se regian por principios de religion, se hacia esta feria en la capital en los dias del conejo, de la caña, de la piedra y de la casa, que eran sus signos favoritos. "El año mejicano constaba de setenta y tres períodos de trece meses, ó ciclos de doscientos sesenta dias.

Es indudable que el sistema mejicano ó tolteca, en órden á la distribucion del tiempo, aunque á primera vista parezca embrollado, está muy

mes del año mejicano el de Tlacaxipehualiztli, el cual en nuestra tabla es segundo. Los autores de la edicion de las cartas de Cortés, hecha en Méjico el año de 1770, ponen por primer mes el de *Atemoztli*, que en nuestra tabla es el décimo-sexto. Pero el Motolinia, cuya autoridad es de mayor peso, pone, como nosotros, por primer mes el de Atlacahualco, y con él están conformes Torquemada, Betancurt y Martin de Leon, dominicano. Por no causar enfado á los lectores, omito las graves razones que tenemos para creer verdadera esta opinion.

5 Cozcaquauhtli es el nombre de un pájaro descrito por nosotros en el lib. I.° El caballero Boturini pone en lugar de este el temetlatl, esto es, la piedra de moler el maiz y el cacao.

1 El caballero Boturini dice que el año del conejo comenzaba siempre por el dia del conejo, y el año de la caña por el primer dia de la caña, etc., y no por los dias que hemos dicho; pero nosotros debemos dar mas crédito al Sigüenza, mucho mas instruido que Boturini en la antigüedad mejicana. El sistema de este caballero es fantástico y lleno de contradicciones.

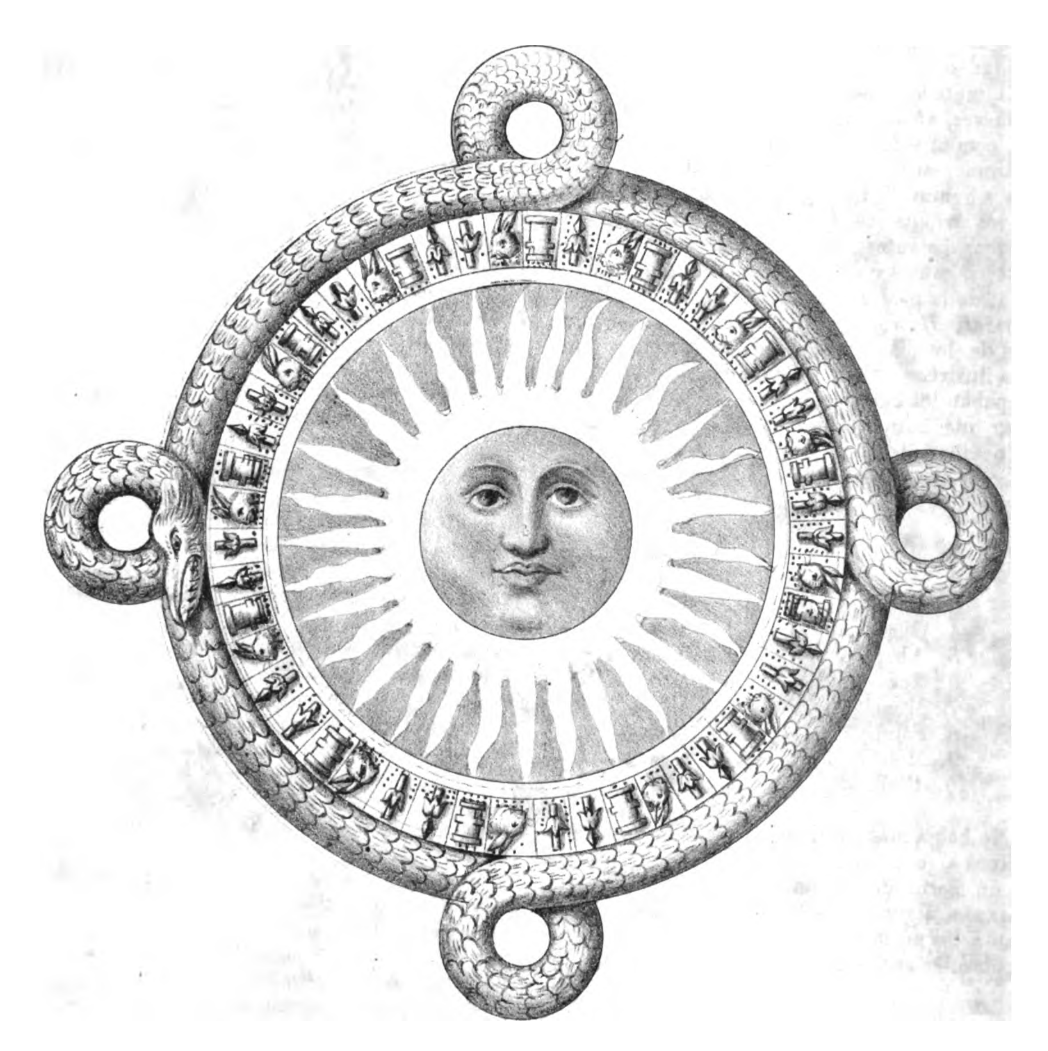
bien dispuesto; por lo que claramente se ve no haber sido obra de un pueblo rudo. Pero lo mas admirable en su cómputo y que ciertamente no parecerá verosímil á los lectores poco instruidos en la antigüedad mejicana, es que conociendo ellos el exceso de pocas horas del año solar sobre el civil, se sirvieron de dias intercalares para igualarlo; pero con esta diferencia respecto del método establecido por Julio César en el calendario romano, que no intercalaban un dia cada cuatro años, sino trece dias (sirviéndose aun para esto del número trece) cada cincuenta y dos años; lo que para regular el tiempo es lo mismo. Al acabar el siglo rompian, como en otra parte diremos, todas las esteras, temiendo que estuviese para acabar con él la cuarta edad del sol y todo el mundo, y la última noche hacian la famosa ceremonia del fuego nuevo. Después de que con este se habian asegurado, como ellos creian, de que los dioses les habian concedido un nuevo siglo, empleaban los trece dias siguientes en proporcionarse nuevas esteras, hacerse nuevos vestidos, aderezar los templos y las casas, y en hacer todos los preparativos para las grandes fiestas del siglo nuevo. Estos trece dias eran los intercalares, señalados en sus pinturas con puntos azules: no los contaban en el siglo ya completo, como ni en el siguiente, ni continuaban en ellos los períodos de dias que siempre iban numerando desde el primero hasta el último dia del siglo. Pasados los dias intercalares, comenzaban el nuevo siglo con el año I Tochtli, con el dia I Cipactli á 26 de nuestro febrero, como al principio del siglo precedente. No me atreveria á publicar semejantes anécdotas si no estuviese asegurado con la gravísima autoridad del doctor Sigüenza, el cual, á mas de su grande erudicion, crítica y sinceridad, fué el hombre que empleó mayor diligencia para aclarar estos puntos, ya consultando á los mejicanos y tezcocanos mas instruidos, ya estudiando sus historias y pinturas.

El caballero Boturini afirma que ciento y mas años antes de la era vulgar del cristianismo, corrigieron los toltecas su calendario, añadiendo, como nosotros hacemos, un dia cada cuatro años, y que así estuvo en uso por algunos siglos, hasta que los mejicanos establecieron el método ya dicho; que la causa del nuevo método fué el haber concurrido en un dia dos fiestas, la una movible de Tezcatlipoca, y la otra fija de Huitzilopochtli, y el haber los colhuas celebrado esta y omitido aquella; por lo que indignado Tezcatlipoca, predijo que con el tiempo habia de acabar la monarquía de Colhuacan, cesar el culto de los antiguos dioses y quedar los colhuas sujetos al culto de una sola divinidad jamás vista ni entendida, y al dominio de ciertos extranjeros que vendrian de países distantes; que sabedores de tal prediccion, los reyes de Méjico mandaron que cada vez que concurriesen en un mismo dia dos fiestas, se celebrase la fiesta principal, y la otra al dia siguiente, y que el dia que se acostumbraba añadir cada cuatro años, se omitiese por entonces, y después, cumplido el siglo, se añadiesen los tres dias omitidos; pero no me fio de esta relacion.

Dos cosas parecen verdaderamente extrañas en el sistema de los mejicanos; la una no haber regulado sus meses por el curso de la luna; la otra no encontrarse ningun carácter particular que distinguiese á un siglo de otro. Pero en cuanto á la primera, no dudamos que sus meses astronómicos estuviesen acomodados á los períodos de la luna, porque sabemos haber estado su año regulado por el curso del sol, y por esto sin duda usaron del mismo nombre Meztli para significar indiferentemente el mes y la luna. El mes ya mencionado por nosotros es puramente el religioso, de que se servian para la celebracion de sus fiestas y para la adivinacion; no el astronómico, del cual no sabemos otra cosa, sino que fué dividido por ellos en dos tiempos, esto es, en el de la *vigilia* y el *sueño* de la luna. Igualmente estamos persuadidos haberse empleado por ellos algun carácter para distinguir un siglo de otro, siendo esto tan fácil y tan necesario; pero no lo hemos podido encontrar en ningun autor.

La distribucion de los signos ó caracteres, así de los dias como de los años, servia á los mejicanos para sus pronósticos supersticiosos, prediciendo la buena ó mala ventura de los niños por el signo bajo del cual nacian, y la felicidad ó desgracia de los matrimonios, de la guerra y de las otras cosas por el dia en que se emprendian ó se ejecutaban; y para esto consideraban no solamente el carácter propio de cada dia y de cada año, sino tambien el dominante de todo período de dias ó de años, pues el primer signo ó carácter de cualquier período era dominante en todo él. De los comerciantes sabemos que cuando querian emprender algun viaje, procuraban comenzarlo en algun dia del período en que dominaba el signo Coatl, culebra, y con esto se prometian buena fortuna en su comercio. Aquellos que nacian bajo el signo Quauhtli, águila, creian deber ser mofadores y mordaces si eran hombres, y si mujeres, locuaces y descaradas. La concurrencia del año y del dia del conejo se estimaba la mas feliz.

Para representar el mes pintaban un círculo ó una rueda, dividida en veinte figuras expresivas de los veinte dias, como se ve en la que exponemos aquí, la cual es copia de una publicada por Valadéz en su Retórica cristiana, y es la única publicada hasta ahora. Para representar el año pintaban otra rueda dividida en diez y ocho figuras de diez y ocho meses, y frecuentemente pintaban dentro de tal rueda la imágen de la luna. La que nosotros agregamos aquí está tomada de aquella que publicó el Gemelli, la cual fué copia de una pintura antigua poseida



Il Siglo Mexicano

por el doctor Sigüenza.[1] El siglo se representaba en una rueda dividida en cincuenta y dos figuras, ó mas bien en cuatro figuras diseñadas trece veces. Solian pintar una culebra enroscada en el círculo de ella, indicando esta en los cuatro dobleces de su cuerpo los cuatro vientos cardinales y los principios de los cuatro períodos de trece años. La rueda que aquí presentamos es copia de otras dos, la una publicada por Valadiz, y la otra por Gemelli, dentro de la cual hemos hecho representar al sol, como hacian por lo comun los mejicanos. Otra vez explicaremos las figuras de estas ruedas para satisfacer la curiosidad de los lectores.

El método usado por los mejicanos en contar los meses, años y siglos, era, como ya hemos dicho, comun á todas las otras naciones cultas de Anáhuac, sin variar en otra cosa que en los nombres y figuras.[2] Los chiapanecos, los cuales entre los tributarios de la corona de Méjico eran los mas distantes de la capital, usaban en vez de los nombres y de las figuras del conejo, de la caña, de la piedra y de la casa, de los de *Votan*, *Sambat*, *Been y Chinax*, y en vez de los nombres de los dias mejicanos, los de veinte hombres ilustres de sus antepasados, entre los cuales ocupaban los cuatro referidos nombres el mismo lugar que entre los dias de los mejicanos tenian los nombres del conejo, de la caña, de la piedra y de la casa. Los nombres chiapanecos de los veinte dias del mes, eran los siguientes:

1. Mox.	11. Batz.
2. Igh.	12. Enoh.
3. Votan.	13. Been.
4. Ghanan.	14. Hix.
5. Abagh.	15. Tziquin.
6. Tox.	16. Chabin.
7. Moxic.	17. Chix.
8. Sambat.	18. Chinax.
9. Molo ó Mu.	19. Cabogh.
10. Elah.	20. Aghual.

No habia mes en el cual no celebraran los mejicanos algunas fiestas, ó fijas y establecidas para un cierto dia del mes, ó movibles por estar anexas á algunos signos los cuales no correspondian á los mismos dias todos los años. Las principales fiestas movibles eran, por lo que dice Boturini, diez y seis, entre las cuales la cuarta era la del dios del vino y la décima-tercia la del dios del fuego. Por lo que mira á las fijas, diremos, cuanto mas compendiosamente podamos, lo que basta para dar una idea completa de la religion y del genio supersticioso de los mejicanos.

En el segundo dia del primer mes hacian una gran fiesta á Tlaloc con sacrificios de niños comprados para este fin y con el sacrificio gladiatorio: no se sacrificaban de una vez todos los niños comprados, sino que poco á poco se iban sacrificando en el discurso de aquellos tres meses, correspondientes á los de marzo y abril, para impetrar de este dios la lluvia necesaria para el maíz.

En el primer dia del segundo mes, el cual en el primer año de su siglo correspondia al 18 de marzo,[1] hacian una fiesta solemnísima al dios Xipe, y los sacrificios que en ella se celebraban, eran de los mas crueles. Conducian las víctimas arrastrándolas por los cabellos hasta el atrio superior del templo, y allí después de haberlas hecho morir en el sacrificio ordinario, las despellejaban y se vestian de sus pieles los sacerdotes, queriendo hacer por algunos dias muecas con aquellos sangrientos despojos. Los dueños de los prisioneros sacrificados debian ayunar veinte dias, y después hacian grandes convites, en los cuales se comian las carnes de las víctimas. Juntamente con los prisioneros eran sacrificados los ladrones de oro ó de plata, condenados por las leyes del reino á tal suplicio. La circunstancia de desollar las víctimas dió á este mes el nombre de *Tlacaxipehualiztli*, esto es, desollamiento de hombres. En esta fiesta hacian los militares algunos ejercicios de armas y ensayos de guerra, y los nobles celebraban con muchas canciones los hechos gloriosos de sus antepasados. En Tlaxcala habia bailes, así de nobles como de plebeyos, vestidos todos de pieles de animales y adornados de oro y plata. A causa de estos bailes comunes á todos los órdenes de personas, daban, tanto á la fiesta como al mes, el nombre de Coailhuitl, fiesta general.

En el mes tercero, el cual comenzaba el dia 7 de abril, se celebraba la segunda fiesta de Tlaloc con el sacrificio de algunos niños. Las pieles de las víctimas sacrificadas á Xipe en el mes anterior, eran llevadas procesionalmente á un templo llamado *Iopico*, que estaba dentro del recinto del templo mayor, y depositadas en una cueva que allí habia. En este mismo mes los xochimanqui, esto es, los que comerciaban en flores, celebraban la fiesta de su diosa Coatlicue, y le presentaban ramilletes de flores curiosamente

1 Tres copias del año mejicano se han publicado. La primera la del Valadiz, la segunda la del Sigüenza, publicada por Gemelli, y la tercera la del Boturini, publicada en Méjico el año de 1770. En la del Sigüenza se ve dentro de la rueda del siglo la del año, y en la del Valadiz dentro de ambas ruedas la del mes. Nosotros las hemos separado para mayor claridad.

2 El caballero Boturini dice que los indios de la diócesis de Ojaca tenian su año de trece meses; pero habrá sido tal vez el astronómico ó el civil, no el religioso.

1 Siempre que expongamos la correspondencia de los meses mejicanos á los nuestros, se debe entender de los del primer año de su siglo.

compuestos. Antes de que se hiciese esta oblacion, á nadie era lícito oler las flores. Todas las noches de este mes velaban los ministros de los templos, y para esto hacian grandes fuegos; por lo que tuvo el mes el nombre de Tozoztontli ó pequeña vigilia.

El cuarto mes era llamado Hueitozoztli ó vigilia grande, porque no velaban en él, como en el anterior, solamente los sacerdotes, sino tambien la nobleza y la plebe. Se sacaban sangre de las orejas, de los párpados, de la nariz, de la lengua, de los brazos y de los muslos, para expiar las culpas cometidas por todos los sentidos, y ponian en sus puertas hojas de lirio teñidas con sangre, no con otro fin, por lo que se puede creer, que por hacer ostentacion de su penitencia. Así se preparaban para la fiesta de la diosa Centeotl, la cual celebraban con sacrificios de víctimas humanas y de animales, principalmente codornices, y con varios ensayos de guerra qua hacian delante del templo de esta diosa. Las doncellas llevaban al templo mazorcas de maíz, y despućs de haberlas ofrecido á aquella pretendida divinidad, las volvian á los graneros para que estas mazorcas santificadas preservasen á todo el grano de cualquiera insecto pernicioso. Este mes comenzaba el dia 27 de abril.

El quinto mes, el cual comenzaba el dia 17 de mayo, era casi todo festivo. La primera fiesta, una de las cuatro principales de los mejicanos, era la que hacian á su gran dios Tezcatlipoca. Diez dias antes se vestia un sacerdote del mismo hábito, y se adornaba con las mismas insignias de aquel idolo, y salia del templo con un ramillete de flores en la mano y un pito de barro que hacia un sonido muy agudo. Vuelta la cara hácia el Levante y después hácia los tres vientos cardinales, sonaba fuertemente el pito, y luego, tomando de la tierra con un dedo un poco de polvo, lo llevaba á la boca y lo tragaba. Al oir el sonido del pito todos se hincaban. Los delincuentes llenos de un extraordinario terror y consternacion, rogaban con lágrimas á aquel dios les concediese el perdon de sus yerros, y que no permitiese que fueran descubiertos á los hombres. Los guerreros le pedian valor y fuerza contra los enemigos de la nacion, grandes victorias y abundancia de prisioneros para los sacrificios, y todo el resto del pueblo haciendo aquella misma ceremonia de tomar y comer el polvo, imploraba con amargo llanto la clemencia de los dioses. El sonido del pito se repetia del mismo modo todos los dias anteriores á la fiesta. Un dia antes llevaban los caciques un nuevo hábito al ídolo, el cual le ponian inmediatamente los sacerdotes, y guardaban el viejo como reliquia en alguna arca del templo: adornaban el ídolo de particulares insignias de oro y de plumas hermosas, y quitaban la cortina que cubria siempre la puerta del santuario para que viesen todos los circunstantes y adorasen la imágen de su dios. Llegado el dia de la fiesta, concurria el pueblo al atrio inferior del templo. Algunos sacerdotes pintados de negro y vestidos del mismo hábito que el ídolo, lo bajaban sobre una litera, la cual ceñian los jóvenes y las vírgenes del templo con cuerdas gruesas compuestas de muchas sartas de maíz tostado, y ponian al ídolo una de estas sartas al cuello y una guirnalda sobre la cabeza. Esta cuerda, símbolo de la sequedad que ellos procuraban precaver, era llamada Toxcatl, el cual nombre se dió tambien al mes, por razon de esta ceremonia. Todos los jóvenes y las vírgenes del templo, como los magnates de la corte, llevaban semejantes sartas en el cuello y las manos. Después se ordenaba una precesion por el atrio inferior del templo, en donde estaban esparcidas flores y yerbas olorosas: dos sacerdotes incensaban al ídolo, que otros cargaban sobre los hombros. Entre tanto el pueblo estaba hincado azotándose en las espaldas con cuerdas gruesas y anudadas. Terminada la procesion, y con ella tambien la disciplina, volvian á colocar al ídolo en su altar y le hacian abundantes oblaciones de oro, piedras preciosas, flores, plumas, animales y viandas, las cuales le preparaban las vírgenes y otras mujeres que por voto particular iban aquel dia á servir al templo. Estas viandas se llevaban en procesion por las mismas vírgenes, conducidas por un sacerdote respetable, vestido con un hábito extravagante, y después las llevaban los jóvenes á las habitaciones de los sacerdotes para quienes eran destinadas.

Se hacia después el sacrificio de la víctima que representaba al dios Tezcatlipoca. Este era un jóven el mas gentil y mas bien hecho de todos los prisioneros. Lo cogian un año antes y en todo este tiempo estaba vestido con el hábito de tal ídolo; andaba libremente por toda la ciudad, pero escoltado siempre de una buena guardia, y era adorado por todos como imágen viva de aquella suprema divinidad. Veinte dias antes de la fiesta se casaba este jóven con cuatro hermosas doncellas, y en los cinco dias anteriores á ella, le hacian abundantes comidas y le concedian todos los placeres de la vida. El dia de la fiesta lo conducian con grande acompañamiento al templo de Tezcatlipoca; pero antes de llegar despedian á sus mujeres. Acompañaba al ídolo en la procesion, y llegada la hora del sacrificio, lo tendian en el altar y el sumo sacerdote le abria con grande reverencia el pecho y le sacaba el corazon. Su cadáver no era, como el de las otras víctimas, precipitado por la escalera abajo, sino conducido en brazos de los sacerdotes y decapitado al pié del templo: su cabeza se ensartaba en el Tzompantli, en donde estaban las calaveras de las víctimas sacrificadas á Tezcatlipoca, y las piernas y los brazos, cocidos y condimentados, se comian en las mesas de los caciques. Después del sacrificio se hacia un gran baile de los jóvenes colegiales y los nobles que concurrian á la

fiesta. Al ponerse el sol hacian las vírgenes del templo una nueva oblacion de pan amasado con miel. Este pan con no sé qué otra cosa, se ponia delante del altar de Tezcatlipoca, y estaba destinado para premio de los jóvenes que en la carrera que hacian por la escalera del templo quedaban vencedores, los cuales tambien eran recompensados con un vestido, y celebrados tanto por los sacerdotes como por el pueblo espectador. Se daba fin á la fiesta con despedir de los seminarios á los jóvenes y vírgenes que estaban ya en edad proporcionada para el matrimonio. Los jóvenes que quedaban los escarnecian con palabras satíricas y burlescas, y les tiraban manojos de juncos y otras yerbas, echándoles en cara que abandonaban el servicio de los dioses por los placeres del matrimonio, lo cual se les permitia por los sacerdotes como un desahogo de la edad juvenil.

En el mismo mes quinto se celebraba la primera fiesta de Huitzilopochtli. Fabricaban los sacerdotes una estatua de este dios de la estatura regular de un hombre. Le hacian la carne de la masa del *tzohualli*, cierta semilla comestible, y los huesos de la madera mizquitl ó espino; la vestian de tela de algodon y de maguey y una capa de pluma; le ponian sobre la cabeza un pequeño parasol de papel adornado de hermosas plumas, y sobre él un cuchillo ensangrentado de pedernal; sobre el pecho una lámina de oro, y en sus vestidos se veian algunas figuras que representaban huesos de muertos y la imágen de un hombre descuartizado; en lo cual pretendian significar ó el poder de este dios en las batallas, ó la terrible venganza que segun su mitología tomó de aquellos que conspiraron contra el honor y la vida de su madre. Ponian esta estatua en una litera fabricada sobre cuatro culebras de madera, la cual llevaban cuatro oficiales principales del ejército mejicano, desde el lugar en donde se formaba la estatua hasta el altar donde se colocaba. Algunos jóvenes formando un círculo y uniéndose entre sí por medio de ciertas flechas que cogian con las manos, unos por el mango y los otros por la punta, llevaban por delante de la litera una pieza de papel de mas de quince toesas de largo, en la cual verosímilmente estaban pintadas las acciones gloriosas de aquella pretendida divinidad, que iban cantando al son de los instrumentos músicos.

Llegado el dia de la fiesta, se hacia por la mañana un sacrificio de codornices, las cuales arrancadas sus cabezas, se arrojaban después al pié del altar. El primero que hacia este sacrificio era el rey, después los sacerdotes y finalmente el pueblo. De tan gran multitud de codornices una parte se guisaba para la mesa del rey y de los sacerdotes y el resto se reservaba para otro tiempo. Todos aquellos, que asistian á la fiesta, llevaban incensarios de barro y cierta cantidad de betun judaico, para quemar é incensar con él á su dios, y todas las brasas que se empleaban en esto, se ponian después en un gran brasero llamado por ellos tlexictli. Con motivo de esta ceremonia llamaban á esta fiesta "la incensacion de Huitzilopochtli." Seguia inmediatamente el baile de las vírgenes y de los sacerdotes. Las vírgenes llevaban el rostro teñido, los brazos adornados de plumas encarnadas, en la cabeza guirnaldas hechas de sartas de maíz tostado y en las manos ciertas cañas rajadas con banderillas de algodon ó papel. Los sacerdotes llevaban la cara pintada de negro, la frente armada de ruedecillas de papel, y los labios untados con miel; se cubrian las partes naturales con papel, y cada uno tenia en la mano un cetro, en cuya extremidad habia una flor hecha de plumas, y sobre ella un grupo de las mismas. Sobre el borde del brasero bailaban dos hombres llevando en las espaldas ciertas jaulas de pino. Los sacerdotes en el discurso del baile tocaban de cuando en cuando la tierra con la extremidad de los cetros en ademan de apoyarse en ellos. Todas estas ceremonias tenian su particular significacion, y el baile, con motivo de la fiesta en que se hacia, se llamaba toxcachochollа. En otro lugar separado bailaban los cortesanos y los militares. Los instrumentos músicos que en otros bailes ocupaban el centro, en este se tenian fuera y escondidos, de suerte que oyéndose el sonido no se viesen los músicos.

Un año antes se escogia, juntamente con la víctima de Tezcatlipoca, el prisionero que debia ser sacrificado á Huitzilopochtli, al cual daban el nombre de Ixteocale, que significa sabio señor del cielo. Ambos andaban juntos todo el año; pero con esta diferencia, que adoraban la víctima de Tezcatlipoca, pero no la de Huitzilopochtli. Llegado el dia de su fiesta, vestian al prisionero con un hábito curioso de papel pintado, y le ponian sobre la cabeza una mitra hecha de plumas de águila con un penacho en la punta. Llevaba en la espalda una pequeña red, y sobre ella un taleguillo, y con tal hábito se mezclaba en el baile de los cortesanos. Lo mas singular de este prisionero era que aunque debiese morir en aquel dia, esto no obstante, estaba en su arbitrio la hora del sacrificio. En donde le agradaba, se presentaba á los sacerdotes, en cuyos brazos, y no en el altar, le abria el sacrificador el pecho y le sacaba el corazon. Terminado el sacrificio, comenzaban los sacerdotes un gran baile, que duraba todo el resto de la jornada, con algunos intervalos que hacian para repetir la incensacion. En esta misma fiesta hacian los sacerdotes una ligera cisura en el pecho y en el vientre á todos los niños de ambos sexos nacidos un año antes. Este era el signo ó carácter con que la nacion mejicana se reconocia especialmente consagrada al culto de su dios protector, y esta es tambien la razon que tuvieron algunos autores para creer establecido entre los mejicanos el rito de la cir-

cuncision.[1] Mas sí tal vez los usaron los de Iucatan y los totonacos, pero no los mejicanos ni alguna otra nacion del imperio.

En el mes sexto, que comenzaba á 6 de junio, se celebraba la tercera fiesta de Tlaloc. Enramaban curiosamente el templo con juncos de la laguna de Citlaltepec. Los sacerdotes que iban á cogerlos hacian impunemente en el camino algunas hostilidades contra los viandantes con quienes se encontraban, despojándolos de todo cuanto llevaban hasta dejarlos algunas veces enteramente desnudos, é hiriéndolos si hacian alguna resistencia. Era tal la impunidad de aquellos sacerdotes convertidos en asesinos, que no solamente despojaban á los plebeyos, sino que tambien cogian los tributos reales á los recaudadores si por casualidad se encontraban con ellos, no pudiendo ni los particulares quejarse contra ellos, ni el rey castigarlos por semejantes excesos. El dia de la fiesta comian todos cierta poleada llamada por ellos etzalli, de donde el mes tomó el nombre de Etzalqualiztli.

Llevaban al templo una gran cantidad de papel pintado y de resina elástica, y con ella ungian así el papel como los carrillos de los ídolos. Después de tan ridícula ceremonia, sacrificaban algunos prisioneros vestidos con el mismo hábito de Tlaloc y de sus compañeros, y para llenar su crueldad, se iban en canoas los sacerdotes acompañados de un gran pueblo á un lugar de la laguna en donde habia entonces un remolino, y allí sacrificaban á sus dioses dos niños de ambos sexos ahogándolos, y con ellos tambien los corazones de los prisioneros sacrificados en aquella fiesta, para impetrar de sus dioses la lluvia necesaria á sus campos.

En esta misma ocasion privaban del sacerdocio á los ministros del templo que en el discurso de aquel año habian sido negligentes en su ministerio, ó habian sido cogidos en algun grave delito, no digno por otra parte de pena capital, y los castigaban con una pena semejante á la burla que hacen los marineros á aquellos navegantes que por primera vez pasan la línea, pero mas grave, pues de las repetidas inmersiones en el agua quedaban tan maltratados, que era necesario llevarlos á sus casas para curarlos.

En el mes sétimo, el cual comenzaba á 26 de junio, se celebraba la fiesta de Huixtocihuatl, diosa de la sal. Un dia antes de la fiesta habia un gran baile de mujeres, las cuales bailaban en círculo atadas á ciertas cuerdas de diversas flores y con guirnaldas de ajenjos en la cabeza. En el centro del círculo habia una mujer prisionera vestida con el mismo hábito del ídolo de aquella diosa. Acompañaban el baile con canto, y en uno y en otro eran precedidos por sacerdotes viejos y respetables. Continuaba el baile toda la noche, y la mañana siguiente comenzaba el de los sacerdotes y duraba todo el dia, interrumpiéndose algunas veces con sacrificios de prisioneros. Los sacerdotes bailaban decentemente vestidos, y llevando en la mano aquellas hermosas flores amarillas que los mejicanos llamaron cempoalxochitl, y algunos europeos alelíes de las Indias. Al ponerse el sol se hacia el sacrificio de la mu-

1 El padre Acosta dice que "los mejicanos sacrificaban en sus niños así las orejas como el miembro genital, en lo cual remedaban de algun modo la circuncision de los judíos." Pero si este autor habla de los verdaderos mejicanos, esto es, de los descendientes de los antiguos aztecas que fundaron la ciudad de Méjico, cuya historia escribimos, esto es absolutamente falso, porque después de la mas diligente inquisicion, no se pudo encontrar entre ellos el menor vestigio de tal rito. Se habla de los totonacos, los cuales por haber sido súbditos del rey de Méjico, son llamados mejicanos, por algunos autores, es verdad que hacian á los niños tal herida.

El sucio y mordaz autor de la obra intitulada *Recherches philosophiques sur les americains* (Averiguaciones filosóficas sobre los americanos), adopta la relacion del padre Acosta, y hace un largo discurso sobre el orígen de la circuncision, la cual cree haber sido inventada por los egipcios ó los ethiopes para perservarse, segun lo que él dice, de los gusanos que les nacen á los incircuncisos de la tórrida zona. Afirma que de los egipcios la aprendieron los hebreos, y que no siendo al principio mas que un remedio físico, fué después exaltada por el fanatismo á ser una ceremonia religiosa. Quiere á mas de esto hacernos creer que el calor de la tórrida zona sea la causa de tal enfermedad, y que para libertarse usaron de la circuncision los mejicanos y las otras naciones de la América. Pero omitiendo la falsedad de sus principios, su falta de respeto á los libros santos y su diligencia en desmenuzar cualquier asunto que tenga alguna afinidad con los placeres obscenos, por reducirme á lo que toca á mi historia, protesto no haber encontrado jamás ni entre los mejicanos ni entre las naciones sujetas á ellos, vestigio alguno de la circuncision, excepto entre los totonacos, ni haber tenido jamás noticia de tal enfermedad de gusanos en aquellos países, aunque situados todos bajo la tórrida zona; visitando con frecuencia por el espacio de mas de trece años toda suerte de enfermos. A mas de que si el calor es la causa de tal enfermedad, mas comun debia ser esta en el país nativo de aquel autor, que en los países mediterráneos del reino de Méjico, pues en estos es mucho mas templado el calor. No fué menor el yerro del señor Maller, citado por el mismo autor el cual en su Diatriba sobre la circuncision, inserta en la Enciclopedia, por no haber entendido las expresiones del Acosta, creyó que á todos los niños mejicanos cortaban enteramente las orejas y el miembro genital; por lo que admirado pregunta si podrian quedar muchos vivos después de tan cruel operacion. Pero si yo creyera lo que creyó el señor Maller, preguntaria mas bien: ¿cómo habia mejicanos en el mundo? Para que ninguno pues vuelva á tropezar leyendo los antiguos españoles historiadores de la América, necesita saber que cuando ellos dicen que los mejicanos ú otras naciones sacrificaban la lengua, las orejas ú otro miembro del cuerpo, no pretenden significar otra cosa sino que hacian alguna incision en aquellos miembros y se sacaban sangre.

jer prisionera, y se terminaba la fiesta con grandes convites.

Todo este mes era de grande alegría para los mejicanos. En él se ponian los mejores vestidos que tenian, eran frecuentes los bailes y las diversiones en los jardines, la poesía que cantaban era toda de amores ó de otros asuntos agradables. Los plebeyos iban á casa á los montes, y los nobles hacian ejercicios de guerra en el campo, ó en la laguna sobre canoas. Estas alegrías de la nobleza dieron á este mes el nombre de *Tecuilhuitl*, fiesta de los caciques, ó el de Tecuilhuitontli, fiesta pequeña de los caciques, por ser verdaderamente pequeña en comparacion de la del siguiente mes.

En el octavo, el cual comenzaba á 16 de julio, hacian una fiesta solemne á la diosa Centeotl bajo el nombre de Xilonen, porque como ya hemos dicho en otra parte, le mudaban el nombre segun el estado del maíz. En esta fiesta le llamaban Xilonen porque la mazorca del maíz, cuando está todavía tierno el grano, se llama xilotl. Duraba la fiesta ocho dias, en los cuales era casi continuo el baile en el templo de aquella diosa. El rey y los caciques daban en tales dias de comer y beber al pueblo. Se ponia este en filas en el atrio inferior del templo, y allí se les daba el chiampinolli, que era cierta bebida de las mas usuales entre ellos, y tamalli, esto es, cierta pasta de maíz hecha á manera de rabioles, y otras viandas de que hablaremos en otra parte. Se hacian presentes á los sacerdotes, y los caciques se convidaban mutuamente á comer y se regalaban oro, plata, hermosas plumas y animales raros. Cantaban los hechos gloriosos de sus antepasados y ponderaban la nobleza y la antigüedad de sus casas. Al ponerse el sol, después de concluida la comida del pueblo, hacian los sacerdotes su baile, el cual duraba cuatro horas, y por esto habia una grande iluminacion en el templo. El último dia era el baile de los nobles y de los militares, entre los cuales bailaba tambien una mujer prisionera que representaba aquella diosa, y después del baile era sacrificada juntamente con los otros prisioneros. Así la fiesta como el mes tenian el nombre de Hueitecuilhuitl, esto es, la gran fiesta de los caciques.

En el mes nono, cuyo principio era á 5 de agosto, se celebraba la segunda fiesta de Huitzilopochtli, en la cual á mas de las ceremonias ordinarias, adornaban con flores á todos los ídolos, no solamente aquellos que eran venerados en los templos, sino tambien á los que por devocion particular tenian en sus casas, por lo que se llamó el mes Tlaxochimaco. La noche anterior á la fiesta se empleaba en preparar las viandas, que al dia siguiente comian con sumo regocijo. Los nobles de ambos sexos bailaban puestos los brazos de los unos sobre las espaldas de los otros. Este baile, el cual duraba hasta la tarde, terminaba con el sacrificio de algunos prisioneros. Igualmente con sacrificios se celebraba en este mes la fiesta de Iacateuctli, dios del comercio.

En el mes décimo, que comenzaba á 25 de agosto, se hacia la fiesta de Xiuhteuctli, dios del fuego. En el mes anterior llevaban del bosque los sacerdotes un gran árbol y lo hincaban en el atrio inferior del templo. El dia antes de la fiesta le quitaban las ramas y la corteza y lo adornaban con papel pintado, y desde entonces en adelante era reverenciado como la imágen de Xiuhteuctli. Los amos de los prisioneros que se debian sacrificar en esta fiesta, se pintaban con almagre todo el cuerpo para contrahacer de algun modo el color del fuego y se ponian los mejores vestidos. Se iban al templo acompañados de sus prisioneros, y allí pasaban bailando y cantando con ellos toda la noche.

Llegado el dia de la fiesta y la hora del sacrificio, ataban los piés y las manos á las víctimas y les esparcian en la cara polvo de *iauhtli*[1] para que adormecido con ella el sentido, fuese para ellos menos doloroso el tormento. Después comenzaban el baile cada uno con su víctima á cuestas, y una á una las iban arrojando en un gran fuego encendido en el atrio del templo, y luego inmediatamente la sacaban con garfios de madera para completar el sacrificio en el altar y en el modo ordinario. Los mejicanos daban á este mes el nombre de Xocohuetzi, que significaba la madurez de los frutos. Los tlaxcaltecas llamaban al mes nono Miccailhuitl ó fiesta de los muertos, porque en él hacian oblaciones por las almas de sus difuntos, y al décimo Hueimiccailhuitl, esto es, fiesta grande de los muertos, porque en él se ponian luto y lloraban por la muerte de sus antepasados.

Cinco dias antes de comenzar el mes undécimo, cuyo principio era á 14 de setiembre, cesaban todas las fiestas. Los ocho primeros dias del mes habia baile, pero sin música ni canto, rigiendo cada uno sus movimientos por el propio capricho. Después de corrido el mencionado tiempo, vestian una prisionera con el mismo hábito de Teteoinan ó madre de los dioses, cuya fiesta celebraban, y la acompañaban muchas mujeres, principalmente las lavanderas, las cuales cuatro dias continuos trataban de divertirla y solazarla. Llegado pues el dia principal de la fiesta, conducian á esta mujer al atrio superior del templo de aquella diosa, donde la sacrificaban; pero no del modo ordinario ni sobre el altar comun en donde se sacrificaban las otras víctimas, sino que la de-

1 El iauhtli es una planta cuyo tallo tiene el largo de un codo, las hojas semejantes á las del sauce, pero dentadas, las flores amarillas y las raíces sutiles. Así las flores como las otras partes de la planta, tienen el mismo olor y sabor que el anís. Es muy útil para la medicina, y los médicos mejicanos la empleaban contra algunas enfermedades; pero tambien se servian de ella para algunos usos supersticiosos.

capitaban sobre las espaldas de otra mujer, y después la desollaban, cuya piel llevaba una jóven, con grande acompañamiento, á presentar al ídolo de Huitzilopochtli en memoria del inhumano sacrificio que hicieron sus antepasados de la princesa de Colhuacan; pero antes de presentarla, sacrificaban en el modo ordinario cuatro prisioneros, para significar, como es de creer, los cuatro xochimilcanos sacrificados en el tiempo de su cautividad en Colhuacan. En este mes se hacia la revista de las tropas y se alistaban los jóvenes que se destinaban al ejercicio de las armas, los cuales en lo sucesivo debian ir á la guerra siempre que fuese necesario. Todos los nobles y plebeyos barrian los templos, de donde tuvo este mes el nombre de Ochpaniztli, que quiere decir *barrido*. Se limpiaban y recomponian las calzadas y se reparaban los acueductos y las casas, en cuyas obras intervenian ritos supersticiosos.

En el duodécimo mes, el cual comenzaba á 4 de octubre, se celebraba la fiesta del arribo de los dioses, y esto quiere decir el nombre Teotleco, que daban al mes y á la fiesta. El dia 16 de este mes mejicano enramaban todos los templos y las esquinas de las calles de la ciudad. El dia 18 comenzaban á llegar los dioses, segun ellos decian, y el primero era el gran dios Tezcatlipoca. Extendian delante de la puerta del santuario de este dios una estera de palma, y en ella esparcian harina de maíz. El sumo sacerdote estaba en vela toda la noche anterior é iba con frecuencia á mirar la estera, y luego que reconocia huellas sobre la harina, estampadas sin duda por algun sacerdote engañador, comenzaba á gritar: "¡Eh! ha llegado nuestro gran dios." Todos los sacerdotes con mucho pueblo se iban á adorarlo y á celebrar su arribo con himnos y bailes que duraban el resto de la noche. En los dos dias siguientes, venian sucesivamente otros dioses, y en el dia vigésimo y último del mes, porque á todos los creian llegados, bailaban al rededor de un gran fuego muchos jóvenes disfrazados en algunas figuras de monstruos, y entre tanto iban arrojando prisioneros en el fuego, en donde morian consumidos en holocausto. Al ponerse el sol hacian abundantes comidas, en las cuales bebian mas de lo acostumbrado, creyendo que el vino con que llenaban sus vientres debia servir para lavar los piés de los dioses. ¡A tales excesos llegó la bárbara supersticion de aquellos pueblos! No era menos supersticiosa la ceremonia que hacian en los niños para preservarlos del mal que temian de uno de sus dioses, pegando con trementina muchas plumas á sus espaldas, brazos y piernas.

En el mes décimo–tercio, que comenzaba á 24 de octubre, se celebraba la cuarta fiesta de los dioses del agua y de los montes. El nombre de Tepeilhuitl con que se llamaba este mes, no significa otra cosa que la fiesta de los montes. Hacian ciertos montecitos de papel, sobre los cuales ponian algunas culebritas de madera ó de raíces de árboles, y ciertos idolillos ó muñecos llamados ehecatotontin, cubiertos de cierta pasta. Ponian á unos y otros sobre los altares y los adoraban como á imágenes de los dioses de los montes, les cantaban himnos y les ofrecian copal y viandas. Los prisioneros que se sacrificaban en esta fiesta eran cinco, un hombre y cuatro mujeres, y á cada uno se ponia un nombre particular, alusivos sin duda á algun misterio que nosotros ignoramos. Los vestian con papel pintado y untado de resina elástica y los llevaban sobre literas en procesion, la cual terminada los sacrificaban en el modo ordinario.

En el mes décimo–cuarto, que comenzaba á 13 de noviembre, se hacia la fiesta de Mixcoatl, diosa de la caza. Precedian cuatro dias de ayuno rigoroso y general con efusion de sangre, en los cuales se hacian flechas y dardos para provision de las armerías, y ciertas flechitas, las cuales con leña de pino y algunas viandas, ponian sobre los sepulcros de sus parientes, y pasado un dia las quemaban. Terminado el ayuno, salian los mejicanos y los tlatelolcos á una caza general en uno de los montes circunvecinos, y todos los animales que se cogian se llevaban con suma alegría á Méjico, en donde eran sacrificados á Mixcoatl. El mismo rey asistia, no solamente al sacrificio, sino tambien á la caza. Dieron á este mes el nombre de Quecholli, porque en este tiempo aparecia sobre la laguna mejicana aquella hermosa ave que entre ellos tenia este nombre, y muchos le llaman *flamenco*.

En el mes décimo–quinto, cuyo principio era á 3 de diciembre, se celebraba la tercera y principal fiesta de Huitzilopochtli y de su hermano, en la cual parece que el demonio (el cual se llama por un santo padre *Mono de Dios*), pretendia contrahacer en algun modo los augustos misterios de la religion cristiana. El primer dia del mes fabricaban los sacerdotes dos estatuas de aquellos dos dioses, de algunas semillas amasadas con sangre de niños sacrificados, y les ponian en lugar de huesos palos de espino. Las colocaban en el altar principal del templo, y toda aquella noche estaban en vela los sacerdotes. Al dia siguiente bendecian las estatuas y juntamente un poco de agua, la cual se guardaba en el templo para rociar con ella la cara del nuevo rey de Méjico y al general de las armas después de su eleccion; pero el general, á mas de ser rociado debia beberla. Luego que con la bendicion quedaban consagradas las estatuas, comenzaba el baile de ambos sexos, el cual, en todo aquel mes, duraba tres ó cuatro horas cada dia. En todo este mes habia grande efusion de sangre, y los cuatro dias anteriores á la fiesta, ayunaban los amos de los prisioneros que debian sacrificarse, los cuales eran escogidos oportunamente y llevaban los cuerpos pintados de varios colores. La mañana del dia vigésimo, en que se celebraba la fiesta, hacian

una grande y solemne procesion. Precedia un sacerdote llevando elevada en las manos una culebra de madera que llamaban Ezpamitl y era la insignia de los dioses de la guerra, y otro llevando un estandarte de aquellos que usaban en sus ejércitos. Detrás de ellos venia otro sacerdote que llevaba la estatua del dios Painalton, vicario de Huitzilopochtli. Luego venian las víctimas, luego los otros sacerdotes, y finalmente, el pueblo. Se encaminaba la procesion desde el templo mayor al barrio de Teotlalco, en donde se detenian para sacrificar dos prisioneros de guerra y algunos esclavos comprados: de allí se iban á Tlateloloo, á Popotla, á Chapoltepec, de donde volvian á la ciudad, y después de haber rodeado por otros barrios se regresaban al templo.

En este viaje de nueve á diez millas consumian la mayor parte del dia, y en todos los lugares donde se detenian, sacrificaban codornices, y tal vez tambien algunos prisioneros. Cuando llegaban al templo, ponian la estatua de Painalton y el estandarte sobre el altar de Huitzilopochtli, el rey incensaba las estatuas de granos y después se ordenaba otra procesion al rededor del templo, la cual concluida se sacrificaban los prisioneros y los esclavos que faltaban. Estos sacrificios se hacian al terminar el dia. Aquella noche velaban los sacerdotes, y la mañana siguiente llevaban la estatua de pasta de Huitzilopochtli á una gran sala que habia en el recinto del templo, y allí á presencia solamente del rey, de cuatro sacerdotes principales y de cuatro superiores de los seminarios, el sacerdote Quetzalcoatl, que era el jefe de los tlamacazqui ó penitentes, tiraba un dardo á la estatua, con que la pasaba de banda á banda. Decian entonces que ya estaba muerto su dios. Uno de los principales sacerdotes sacaba el corazon á la estatua y lo daba á comer al rey. El cuerpo se dividia en dos partes, una se daba á los tlatelolcos y la otra quedaba para los mejicanos. Esta volvia á dividirse en cuatro partes para los cuatro cuarteles de la ciudad, y cada una de ellas en tantas minutísimas partículas cuantos eran los hombres del cuartel. Esta ceremonia la significaban con la voz *Teoaudo*, que quiere decir ser Dios comido. Las mujeres no probaban de esta sagrada pasta, tal vez porque á ellas no tocaba el ejercicio de las armas. No sabemos si hicieron el mismo uso de la estatua de Tlacahuepan. Daban á este mes los mejicanos el nombre de Panquetzaliztli, que significa enarbolar el estandarte, por aquel que llevaban en la referida procesion. En este mes se ocupaban en renovar los límites y las cercas de sus campos.

En el mes décimo-sexto, que principiaba á 23 de diciembre, se hacia la quinta y última fiesta de los dioses de la agua y de los montes. Se preparaban á ella con su acostumbrada austeridad y con oblaciones de copal y otras resinas aromáticas. Hacian por votos ciertas figurillas de montes que consagraban á aquellos dioses, y ciertos idolillos de pasta de varias simientes comestibles, á los cuales, después de haberlos adorado, les abrian el pecho y le sacaban el corazon con una lanzadera, y después les cortaban la cabeza, contrahaciendo los ritos de los sacrificios. El cuerpo se dividia por cada cabeza de familia entre sus domésticos, para que comiéndolo se pudiesen preservar de ciertas enfermedades, á las cuales creian expuestos á aquellos que eran negligentes en el culto de aquellos númenes. Quemaban los vestidos que habian tenido puestos los idolillos, y guardaban escrupulosamente las cenizas en sus oratorios, como tambien los vasos en que los habian fabricado. A mas de estos ritos que se acostumbraba practicar en las casas, hacian en el templo algunos sacrificios de víctimas humanas. En los cuatro dias anteriores á la fiesta, habia un rigoroso ayuno, acompañado de efusion de sangre. Llamaban á este mes Atemoztli, que quiere decir, descenso de la agua, por la causa que luego diremos.[1]

En el mes décimo-sétimo, que comenzaba á 12 de enero, se celebraba la fiesta de la diosa Ilamateuctli. Escogian una prisionera que la representara, y la vestian con el hábito de su ídolo. La hacian bailar sola al son que le cantaban algunos viejos sacerdotes, y le permitian el entristecerse por la inminente muerte, cuando en las otras víctimas se tenia por mala señal. En el dia de la fiesta, al ponerse el sol, los sacerdotes, adornados con las insignias de varios dioses, la sacrificaban en el modo ordinario, le cortaban después la cabeza, y tomándola en las manos uno de los sacerdotes, comenzaba un baile, en el cual le seguian otros. Los sacerdotes daban una carrera por la escala del templo en esta fiesta, y al dia siguiente se divertia el populacho con un fuego no desemejante á los lupercales de los romanos, porque corriendo por las calles, daban con taleguillos llenos de heno á todas aquellas mujeres que encontraban. En el mismo mes se celebraba la fiesta de Miotlanteuctli, dios del infierno, con el sacrificio nocturno de un prisionero, y la segunda fiesta de Iacateuctli, dios de los mercaderes. El nombre Tititl que daban á este mes, significa el encogimiento que por este tiempo causa el frio.[2]

En el décimo-octavo y último mes, que comenzaba á 1º de febrero, se hacia la segunda fies-

1 Martin de Leon, dominico, quiere que *Atemoztli* signifique el altar de los dioses; pero el nombre del altar es teomomoztli, no atemoztli. El caballero Boturini pretende que el tal nombre sea sincopado de ateomomoztli; pero semejantes síncopes no se usaban entre los mejicanos; á mas de que la figura de este mes, que es la agua atravesada sobre las gradas de un edificio, explica claramente el descenso de la agua, significada por la voz atemoztli.

2 El dominico Leon dice que Tititl significa nuestro vientre; pero todos los que entienden el mejicano saben que el tal nombre seria un gran solecismo.

ta al dios del fuego. El dia 10 de este mes salia toda la juventud mejicana á la caza, así de fieras en los bosques, como de aves en la laguna. El dia 16 se apagaba el fuego del templo y el de las casas, y sacaban el nuevo delante del ídolo de aquel dios, al cual adornaban para esta fiesta de hermosas plumas y piedras preciosas. Los cazadores presentaban toda su caza á los sacerdotes, de la cual una parte se ofrecia en holocausto á los dioses y la otra se sacrificaba, y después se cocia y se guisaba para la nobleza y los sacerdotes. Las mujeres hacian oblaciones de tamalli, los cuales se distribuian entre los cazadores. Una de las ceremonias de esta fiesta era agujerar las orejas á todos los niños de uno y otro sexo para ponerles después zarcillos. Pero lo mas singular de ella era no hacer ningun sacrificio de víctima humana.

Tambien se celebraba en este mes la segunda fiesta de la madre de los dioses, en órden á la cual nada sabemos, á excepcion de la ridícula ceremonia de levantar por las orejas en el aire á los niños, creyendo que así habian de adquirir mayor estatura. Por lo que respecta al nombre *Izcalli* que daban á este mes, nada podemos afirmar.[1]

Después de cumplidos el dia 20 de febrero los diez y ocho meses del año mejicano, comenzaban el dia 21 los cinco dias Nemontemi, en los cuales no se celebraba ninguna fiesta ni se emprendia ningun negocio ó pleito, porque se creian infaustos. El niño, pues, que nacia en algunos de estos dias, si era hombre, tenia el nombre de Nemoquichtli, hombre inútil; si mujer, el de Nencihuatl, mujer inútil.

Las fiestas que se celebraban anualmente eran mas solemnes en el Teoxihuitl ó año divino, cuales eran todos los que tenian por carácter el conejo. Eran entonces mas numerosos los sacrificios, mas abundantes las oblaciones y mas solemnes los bailes, principalmente en Tlaxcala, Huexotsinco y Chalollan. Igualmente era mayor la solemnidad de las fiestas en el principio de cada período de trece años, esto es, en el I conejo, I caña, I piedra y I casa.

Pero la mayor fiesta y la mas célebre, no solamente entre los mejicanos, sino tambien entre todas las naciones de aquel imperio ó las vecinas á él, era la que se hacia cada cincuenta y dos años. La última noche de su siglo apagaban el fuego de sus templos y de las casas y rompian los vasos, las ollas y toda la demás loza, preparándose así para el fin del mundo, que temian podia llegar al terminar cada siglo. Salian del templo y de la ciudad los sacerdotes vestidos con varios hábitos é insignias de sus dioses, y acompañados de una inmensa multitud de pueblo se dirigian hácia el monte de *Huixachtla*, junto á la ciudad de Ixtapalapa, distante de la capital mas de seis millas. Regulaban de tal modo su viaje con la observacion de las estrellas, que pudiesen llegar un poco antes de la media noche á aquel monte, en cuya cima debia hacerse el nuevo fuego. Entre tanto quedaba el pueblo en un gran cuidado, esperando por una parte asegurar al mundo con el nuevo fuego un nuevo siglo, y temiendo por otra la total ruina de él si el fuego, por disposicion divina, no se hubiese encendido. Cubrian los maridos la cara á sus grávidas con hojas de maguey y las encerraban en los graneros, porque temian que convertidas en fieras los devoraran. Igualmente cubrian la cara á los niños y no les dejaban dormir, porque no se convirtieran en ratones. Los otros, que no habian ido con los sacerdotes, subian á las azoteas para observar desde allí el éxito de aquella gran ceremonia. El sacar el fuego en esta ocasion, tocaba privativamente á un sacerdote de *Coopolco*, uno de los barrios de la ciudad. Los instrumentos eran, como diremos en otra parte, dos leños, y el lugar donde se sacaba, era el pecho de algun valiente prisionero que sacrificaban. Luego que se encendia el fuego, todos á una voz gritaban de gusto; se hacia en el mismo monte un gran fuego para que fuese visto de lejos, y quemaban en él la víctima ya sacrificada. Todos á competencia iban á coger de aquel fuego sagrado para llevarlo con la mayor velocidad á sus casas. Los sacerdotes lo llevaban al templo mayor de Méjico, de donde se proveian todos los habitantes de aquella capital. En los trece dias siguientes á la renovacion del fuego, los cuales eran los intercalares que se interponian entre uno y otro siglo para ajustar el año al curso solar, se ocupaban en aderezar y blanquear los edificios, así públicos como privados, y en proveerse de nueva loza y de nuevos vestidos, para que así todo fuese, ó al menos pareciese nuevo al principio del nuevo siglo. El primer dia de aquel año y de aquel siglo, el cual, como ya hemos dicho en otra parte, era á 26 de febrero, á ninguno era lícito probar la agua hasta el mediodía. En la misma hora comenzaban los sacrificios, cuyo número era correspondiente á la grandeza de la fiesta. Resonaban por todas partes las voces de júbilo y las muchas enhorabuenas por el nuevo siglo concedido por el cielo. Las iluminaciones de estas primeras noches eran sorprendentes; las galas, los convites, los bailes y los juegos públicos eran los mas solemnes. Entre otros se hacian entre un inmenso concurso de pueblo y entre las mas singulares demostraciones de júbilo, el juego de los voladores, que en otra parte describiremos, en el cual eran cuatro los voladores y trece los giros que cada uno hacia en su vuelo, para significar los cuatro períodos de trece años de que se componia el siglo.

Cuanto hemos referido hasta ahora en órden á las fiestas de los mejicanos, manifiesta con ma-

1 Izcalli quiere decir: ved ahí la casa. Las interpretaciones de Torquemada y de Leon son muy violentas.

ıa claridad su carácter supersticioso; pero este ı muestra mas en la relacion que vamos á haır de los ritos observados por ellos en el naciiento de sus hijos, en sus matrimonios y sus fuerales.

Luego que salia á luz algun niño, la partera, spués de haber cortado el cordon umbilical y iterrado la secundina, lo lavaba diciéndole estas ılabras: "Recibe la agua, porque es tu madre diosa Chalchiuhcueye. Este baño te borre las anchas que sacas del vientre de tu madre, te mpie el corazon y te dé buena y perfecta vida." espués, dirigiendo á aquella diosa su oracion, pedia con semejantes palabras la misma gra-a, y tomando otra vez la agua con la mano deıcha, la soplaba y humedecia con ella la boca, ı cabeza y el pecho del niño, y bañándole desués todo el cuerpo, decia: "El Dios invisible esciendа sobre esta agua y te lave de todo peca-ɔ y toda suciedad, y te libre de la mala fortuı;" y convirtiéndose al niño, le hablaba así: ermoso niño, los dioses Ometeuctli y Omeciıatl te crearon en el lugar mas alto del cielo ıra mandarte al mundo; pero acuérdate que la da que comienzas es melancólica, dolorosa y ena de disgustos y de miserias; no podrás coer el pan sin fatigarte: Dios te ayude en las uchas adversidades que te esperan;" y acaba-ı esta ceremonia congratulándose con los pares y parientes del niño. Si este era hijo del y ó de algun gran señor, iban sus principales íbditos á congratularse con el padre y augurar na gran felicidad al niño.[1]

Hecho este primer baño, se consultaba á los livinos sobre la fortuna del niño, y para esto an puntualmente informados del dia y hora de ı nacimiento. Consideraban estos la cualidad ıl signo propio de aquel dia y la del dominanen aquel período de trece dias, y si habia nado á media noche, confrontaban los dos sig-ıs, esto es, el del dia que acababa y el del otro ıe comenzaba. Habiendo hecho sus observaɔnes, declaraban la buena ó mala fortuna del ño. Si esta era mala y si era infausto el quindia después del nacimiento, en el cual se acosmbraba hacer el segundo baño, se prorogaba esta ceremonia para otro dia mas favorable. Para este segundo baño, que era el mas solemne, convidaban á todos los parientes y amigos y á algunos muchachos, y si eran pudientes, hacian abundantes comidas y regalaban vestidos á todos los convidados. Si el padre del niño era militar, preparaba para esta ceremonia un pequeño arco, cuatro flechillas y un vestidito de la misma figura que aquel que debia llevar cuando fuese adulto. Si era labrador ó artesano, preparaba algunos instrumentos propios de su arte y proporcionados al cuerpo del niño. Si era niña, le disponian un vestidito conveniente á su sexo, un pequeño lienzo y algun otro instrumentito de tejer. Encendian un gran número de teas, y la partera tomando al niño, lo llevaba por todo el patio de la casa y lo colocaba sobre un monton de hojas de lirio, junto á un lebrillo de agua dispuesto en medio del patio, y allí desnudándolo le decia: "Hijo mio, los dioses Ometeuctli y Omecihuatl, señores del cielo, te han mandado á este triste y calamitoso mundo. Recibe esta agua que deberá darte la vida;" y después de haberle humedecido la boca, la cabeza y el pecho con fórmulas semejantes á las del primer baño, le lavaba todo el cuerpo, y refregándole cada uno de los miembros, decia: ¿Dónde estás, mala fortuna? ¿en qué miembro te has escondido? Vé lejos de este niño. Dicho esto, levantaba al niño para ofrecerlo á los dioses, rogándoles que lo adornaran de toda virtud La primera oracion se hacia á aquellos dos dioses, la segunda á la diosa de la agua, la tercera á todos los dioses y la cuarta al sol y á la tierra. Vos, sol, decia, padre de todos los vivientes, y vos, tierra, nuestra madre, acoged á este niño y protegedlo como hijo vuestro, y pues que nace para la guerra (si era militar su padre), muera en ella defendiendo el honor de los dioses, para que pueda gozar en el cielo de las delicias preparadas á todos los hombres valientes que por tan buena causa sacrifican su vida. Le metian después en las manitas los instrumentos del arte que debia ejercitar, con una oracion dirigida al dios protector de aquel. Los instrumentos del arte militar se enterraban en algun campo en donde se sospechaba que debiese el niño combatir en lo sucesivo, y los instrumentos mujeriles en la misma casa bajo el metatl ó piedra de moler el maiz. En esta misma ocasion se hacia tambien, si creemos al caballero Boturini, la ceremonia de pasar al niño cuatro veces por el fuego.

Antes de poner los instrumentos del arte en las manitas del niño, rogaba la partera á los muchachos convidados que le pusieran nombre, y ellos le imponian el que les sugerian los padres del niño. Lo vestia después la partera y lo ponia en el *cozolli* ó cuna, rogando a Ioalticitl, diosa de las cunas, que lo calentara y guardara en su seno, y á Ioalteuctli, dios de la noche, que lo hiciera dormir.

1 En Guatemala y otras provincias circunvecinas se ebraba el nacimiento de los hijos con mayor solemnidad ısperticion. Luego que nacia el hijo, se sacrificaba un ʼo. El baño se hacia en alguna fuente ó rio, en donde ɔian oblaciones de copal y sacrificios de papagayos. El rdon umbilical se cortaba sobre una mazorca de maíz y ı un cuchillo nuevo, el cual inmediatamente se arrojaen el rio. Sembraban los granos de aquella mazorca y dabas de ellos con suma diligencia como una cosa sada. La cosecha que se cogia de estos granos se divien tres partes: una se daba al adivino, de otra se hala papa al niño, y el resto se guardaba para que el misniño lo sembrase cuando estuviera en edad de poderlo er.

El nombre que se imponia á los niños se tomaba á veces del signo del dia en que habia nacido (lo cual era mas usado entre los mixtecos), como Nahuixochitl, ó IV flor, Macuilcoatl, ó V culebra, y Omecalli, ó II casa. Otras se tomaba de las circunstancias acaecidas en el nacimiento, como á uno de los cuatro jefes que gobernaban la república de Tlaxcala cuando llegaron los españoles, dieron el nombre de Citlalpopoca, esto es, estrella que humea, porque nació en el tiempo en que se veia un cometa en el cielo. A aquel que nacia el dia de la renovacion del fuego, le ponian el nombre de Molpilli, si era hombre; si mujer, el de Xiuhnenetl, aludiendo en uno y otro á las circunstancias de la fiesta. A los varones daban por lo comun nombres de animales, y de flores á las mujeres; en lo cual es de creer que atendiesen tanto á los sueños de los padres, como á los consejos de los adivinos. El nombre que se ponia á los niños era uno solo por lo general; pero ellos después solian adquirir con sus acciones un sobrenombre, como á Motezuma I dieron con motivo de su valor los de Ilhuicamina y Tlacaele.

Terminadas las ceremonias religiosas del baño, se hacian los convites, en los cuales procuraban hacerse honor segun sus facultades. En tales alegrías era permitido beber mas de lo acostumbrado, con tal que se contuviese dentro de la casa el desórden de la embriaguez. Las teas se tenian encendidas hasta consumirse, y se ponia gran cuidado en mantener el fuego todos los cuatro dias que pasaban entre el primero y el segundo baño, estando persuadidos que si alguna vez llegase á faltar, faltaria tambien la felicidad al niño. Estas alegrías se repetian cuando destetaban al niño, lo cual hacian por lo general á los tres años.[1]

Por lo que respecta á los matrimonios de los mejicanos, aunque en ellos, como en todas sus cosas, hubiese supersticion, pero nada intervenia que pudiera ofender la honestidad. Estaba severamente prohibido, segun lo que diremos en otra parte, no menos por las leyes de Méjico que por las de Michoacan, todo matrimonio entre personas unidas en el primer grado de consanguinidad ó de afinidad, menos entre los cuñados.[2]

Los parientes eran los que trataban el matrimonio, y no se ejecutaba jamás sin su consentimiento. Cuando el hijo llegaba á una edad capaz de sostener las cargas del Estado, la cual en los hombres era de veinte á veintidós años y en las mujeres á los diez y siete ó diez y ocho, buscaban una mujer conveniente y porporcionada para él; pero antes de emprenderlo consultaban á los adivinos, y estos habiendo considerado el dia del nacimiento del jóven y el de la doncella que querian darle, decidian de la felicidad ó infelicidad del matrimonio. Si por la combinacion de los signos declaraban infausta la alianza, se dejaba aquella doncella y se buscaba otra. Si por el contrario, pronosticaban felicidad, se pedia la doncella á sus padres por medio de ciertas mujeres llamadas por ellos cihuatlanque ó solicitadoras, que eran las mas viejas y respetables de la parentela del jóven. Estas iban por primera vez á media noche á la casa de la doncella, llevaban un presente á sus padres y se la pedian con un discurso humilde y discreto. Esta primera demanda era, segun el uso de aquella nacion, infaliblemente despreciada, por mas ventajoso que fuese el matrimonio á los padres de la doncella, y por mucho que les agradase, dando algunas aparentes razones para rehusarse. Pasando algunos dias, volvian aquellas mujeres á hacer la misma demanda, valiéndose de ruegos y de razones para obtener lo que querian, dando razon de las cualidades y bienes del jóven y de lo que habia de dar en dote á la doncella, é informándose tambien de lo que esta podria llevar. Esta vez respondian los padres que antes de resolver era necesario consultar á los parientes y examinar la voluntad de la hija. Aquellas mujeres ya no volvian, pues los mismos padres mandaban la respuesta por medio de otras mujeres de su parentela.

Obtenida finalmente una respuesta favorable y determinado el dia de las bodas, después de haber los padres exhortado á su hija á la fidelidad y á la obediencia á su marido, y á una tal conducta de vida que hiciese honor á su familia, la conducian con grande acompañamiento y música á la casa del suegro, y si era noble, la llevaban en una litera. El esposo y los suegros la recibian en la puerta de la casa con cuatro teas llevadas por otras tantas mujeres. Al llegar se incensaban mutuamente los esposos. El esposo tomándola por la mano la introducia en la sala

1 En Guatemala se hacian tambien demostraciones de alegría cuando el niño comenzaba á andar, y por siete años continuos se celebraba el aniversario de su nacimiento.

2 En el lib. 4, tít. 2 del tercer concilio provincial de Méjico, se supone que los gentiles de aquel nuevo mundo se casasen con sus hermanas; pero es necesario saber que el celo de aquellos padres no se limitaba á las naciones del imperio mejicano, entre las cuales no eran tolerados semejantes matrimonios, sino que se extendia tambien á los bárbaros chichimecas, á los de Pánuco y á otras naciones mas estragadas en las costumbres. No hay duda en que el concilio hablaba de aquellos bárbaros que por aquel tiempo (el año de 1585) se iban reduciendo al cristianismo, y no de los mejicanos ni de las otras naciones sujetas á ellos, los cuales muchos años antes del concilio se habian ya enteramente reducido. A mas de que en el intervalo de cuatro años que hubo entre la conquista de los españoles y la publicacion del Evangelio, se introdujeron en aquellas naciones algunos abusos jamás tolerados en tiempo de sus reyes, como lo testifican los religiosos apostólicos.

ó habitacion que habian preparado para el casamiento. Ambos se sentaban en una nueva y curiosa estera que habia en medio de la habitacion y junto al fuego que tenian encendido. Entonces un sacerdote amarraba una punta del huepilli ó camisa de la esposa, con otra del tilmatli ó capa del esposo, y en esta ceremonia hacian consistir esencialmente el contrato matrimonial. Daba después la mujer siete vueltas al rededor del fuego, y vuelta á su estera, ofrecia juntamente con su marido copal á sus dioses y se presentaban mutuamente dones. Seguia después la comida. Los esposos comian en la estera dándose mutuamente bocados, y los convidados en sus lugares. Cuando estos se habian calentado con el vino, el cual en semejantes ocasiones se bebia en abundancia, salian á bailar al patio, quedando los esposos en la habitacion, de la que en aquellos cuatro dias no salian jamás sino para las necesidades de la naturaleza, y para ir á media noche al oratorio á incensar á los ídolos y á hacer sus oblaciones de comestibles. Pasaban aquellos cuatro dias en oracion y ayunos, vestidos con hábitos nuevos y adornados con ciertas insignias de los dioses de su devocion, sin adelantarse jamás á alguna accion menos decente, pues creian inevitable el castigo del cielo. Sus lechos en aquellas noches eran dos esteras nuevas de junco cubiertas con pequeñas sábanas, con ciertas plumas en el medio y una piedra chalchihuitl. En los cuatro ángulos del lecho ponian cañas verdes y espinas de maguey, para sacarse con ellas sangre de la lengua y de las orejas en honor de los dioses. Los mismos sacerdotes eran los que igualaban los lechos para santificar el matrimonio; pero ignoramos el misterio de la piedra, de las cañas y de las plumas. Hasta la cuarta noche no se consumaba el matrimonio, persuadiéndose que seria infausto cuando se anticipase la consumacion. La mañana siguiente se bañaban y se vestian hábitos nuevos, y los convidados adornaban sus cabezas con plumas blancas, y las manos y piés con plumas encarnadas. Se concluia la funcion con dar vestidos á los convidados segun las facultades de los esposos, y el mismo dia se llevaban al templo las esteras, las sábanas, las cañas y los comestibles presentados á los ídolos.

Lo que hemos dicho en órden á los matrimonios de los mejicanos, no era tan universal en todo el imperio que en algunas provincias no interviniese alguna particularidad. En Ichcatlan el que queria tener mujer se presentaba á los sacerdotes, y estos lo conducian al templo, en donde en presencia del ídolo que allí se adoraba, le cortaban una parte de los cabellos, y después enseñándolo al pueblo, comenzaban á gritar: este quiere casarse. Después lo hacian bajar y coger la primera mujer libre que le venia á las manos, como si esa puntualmente fuera la que el cielo le destinaba. Aquella mujer que no lo queria por marido, evitaba el acercarse entonces al templo y ponerse así en la necesidad de casarse con él, por lo que este matrimonio no era particular sino por el modo de buscar la mujer.

A los otomíes era permitido antes de casarse el abuso con alguna mujer libre. Cuando alguno de ellos se casaba, si la primera noche encontraba en la mujer alguna cosa que le disgustase, podia al dia siguiente repudiarla; pero si en él se mostraba contento de tenerla, ya no podia dejarla. Ratificado así el contrato, se retiraban los esposos á hacer penitencia de los delitos pasados por veinte ó treinta dias, absteniéndose en aquel tiempo de muchos placeres de los sentidos, sacándose sangre y bañándose con frecuencia.

Entre los mixtecos á mas de la ceremonia de anudar á los esposos la punta de los vestidos, les cortaban una parte de los cabellos, y el marido cargaba un poco á la mujer sobre las espaldas.

La poligamia era permitida en el imperio mejicano. El rey y los caciques tenian muchísimas mujeres; pero es de creer que solamente con las principales observasen todas aquellas ceremonias, contentándose respecto de las otras con el rito esencial de los anudamientos de los vestidos.

Los teólogos y canonistas españoles que pasaron á Méjico inmediatamente después de la conquista, como que no estaban instruidos en las costumbres de aquellos pueblos, suscitaron dudas sobre sus matrimonios; pero habiendo después aprendido su lengua y examinado diligentemente este y otros objetos importantes, reconocieron por verdaderos y legítimos tales matrimonios. El pontífice Paulo III y los concilios provinciales de Méjico mandaron, conforme á los sagrados cánones y al uso de la Iglesia, que todos los que quisiesen abrazar el cristianismo, retenida la primera mujer con quien se hubiesen casado, dejasen todas las demás.

Finalmente, habiendo sido tan supersticiosos los mejicanos en todas sus acciones, se excedieron á sí mismos en los ritos funerales. Luego que alguno moria, se llamaban ciertos maestros de ceremonias funerales, los cuales por lo comun eran hombres viejos. Estos habiendo cortado muchos pedazos de papel, vestian con ellos el cadáver, y tomando una taza de agua, la derramaban sobre su cabeza, diciendo que aquella era la agua usada en tiempo de su vida. Después lo vestian con un hábito correspondiente á su condicion, á sus facultades y á las circunstancias de su muerte. Si el muerto habia sido militar, le ponian el hábito de Huitzilopochtli; si mercader, el de Iacateutli; si artesano, el del dios protector de su arte ó ejercicio. Aquel que moria ahogado era vestido con el hábito de *Tlaloc*, el que era ajusticiado por adúltero con el de *Tlazolteol*, y el ebrio con el de Tezcatzoncatl, dios del vino. Así es que llevaban, como dice el Gomara, mas vestidos después de muertos que cuando estaban vivos.

Les ponian pues entre los vestidos un jarro de agua que debia de servirles para el viaje al otro mundo, y les daban sucesivamente algunos pedazos de papel, exponiendo el uso de cada uno. Al darle el primero decian al muerto: con este pasarás sin peligro entre los dos montes que mutuamente se hieren. En el segundo decian: con este caminarás sin tropiezo por el camino defendido por la gran culebra. En el tercero: con este irás seguro por el lugar en donde está el cocodrilo Xochitonal. El cuarto era un salvo-conducto para los ocho desiertos, el quinto para los ocho collados, y el sexto para pasar sin lesion por el viento agudo, pues fingian deberse pasar un lugar llamado Iztehecayan, en donde soplaba un viento tan fuerte, que levantaba las piedras, y tan agudo, que cortaba como un cuchillo; por lo que quemaban todos los vestidos de que habia usado en vida, sus armas y algunos muebles, para que el calor de este fuego lo defendiese del frio de aquel terrible viento.

Una de las principales y mas ridículas ceremonias era la de matar un techichi, cuadrúpedo doméstico, como ya hemos dicho, semejante á nuestros cachorros, para que acompañase al difunto en el viaje al otro mundo. Le ataban una cuerda al cuello, creyendo esto necesario para pasar el profundo rio de *Chiuhnahuapan* ó de nueve aguas. Enterraban el *techichi*, ó tambien lo quemaban juntamente con el cadáver de su amo, segun el género de muerte que este habia tenido. Entre tanto que los maestros de ceremonias encendian el fuego en que debia quemarse el cadáver, los otros sacerdotes cantaban en tono lúgubre. Después de haberlo quemado, recogian en una taza todas las cenizas, y entre ellas ponian una piedra preciosa de poco ó mucho valor, segun la posibilidad del difunto, la cual decian deberle servir en lugar de corazon en el otro mundo. Enterraban esta taza en un hoyo profundo, y por cuatro dias continuos hacian sobre él oblaciones de pan y vino.

Estos eran los ritos funerales de la gente ordinaria; pero en las exequias de los reyes, y proporcionalmente en las de los caciques y personas de alto rango, intervenian algunas particularidades dignas de mencionarse. Cuando el rey se enfermaba, dice el Gomara, se ponia una máscara al ídolo de Huitzilopochtli y otra al de Tezcatlipoca, y no se les quitaba hasta que el rey no hubiese muerto ó curado; pero lo cierto es, como hemos dicho en otra parte, que el ídolo de Huitzilopochtli tenia siempre dos máscaras, no una. Luego que el rey de Méjico moria, se publicaba con grande aparato su muerte, y se avisaba para que asistieran al funeral á todos los caciques, tanto á los que se hallaban en la corte, como á los que habia en los lugares poco distantes de ella. Entre tanto ponian el real cadáver sobre bellas y curiosas esteras, y le hacian compañía sus domésticos. El cuarto ó quinto dia cuando ya habian llegado los caciques, llevando consigo vestidos ricos, hermosas plumas y esclavos que presentar para la solemnidad de las exequias, vestian el cadáver de quince ó mas hábitos finísimos de algodon de varios colores, lo adornaban de oro, plata y piedras preciosas, le suspendian del labio inferior una esmeralda, que debia servirle de corazon, cubríanle el rostro con una máscara, y sobre los hábitos le ponian las insignias del dios en cuyo templo ó atrio se debian sepultar sus cenizas. Cortábanle una parte de la melena, y juntamente con otra que le habian cortado en su infancia, la guardaban en una caja, para perpetuar, como ellos decian, la memoria del difunto. Sobre la caja ponian el retrato de este, hecho de madera ó de piedra. Después mataban al esclavo su capellan, que tenia cuidado de su oratorio y de todo aquello que pertenecia al culto privado de sus dioses, para que en el otro mundo lo pudiese servir en el mismo empleo.

Se hacia después la procesion fúnebre llevando el real cadáver acompañado de los parientes, de toda la nobleza y de las mujeres del difunto, las cuales con el llanto y con otras demostraciones semejantes significaban su congoja. La nobleza llevaba un grande estandarte de papel y las armas é insignias reales. Los sacerdotes iban cantando sin ningun instrumento músico. Al llegar al atrio inferior del templo salian los sumos sacerdotes con sus ministros á encontrar al real cadáver, y sin dilacion lo ponian sobre la pira que en el mismo atrio estaba ya preparada, de maderas olorosas y resinosas, con una gran cantidad de copal y otros aromas. Mientras ardia el real cadáver con todos sus vestidos, armas é insignias, iban sacrificando al pié de la escalera del templo un buen número de esclavos, así de los del difunto como de los que habian presentado los caciques. Entre los esclavos eran tambien sacrificados algunos hombres irregulares y monstruosos, de aquellos que en los palacios reales habia él reunido para su diversion, para que se la proporcionasen tambien en el otro mundo, y por la misma causa solian sacrificar algunas de sus mujeres.[1] El número de las víctimas era proporcionado á la grandeza del funeral, y eran tantas, que alguna vez, segun afirman algunos historiadores, llegaron á doscientas. No faltaba entre tantos sacrificados el techichi, pues se persua-

1 El padre Acosta dice (lib. 5, cap. 8) que en las exequias de los caciques se sacrificaban todos los de su casa. Pero esto es absolutamente falso y enteramente increible, pues si esto hubiera sido, en poco tiempo se hubiera acabado la nobleza mejicana. No hay memoria en la historia de Méjico de que jamás se haya sacrificado en la muerte del rey de Méjico alguno de sus hermanos, como quiere este autor. ¿Cómo es posible que llegasen á tal crueldad los mejicanos debiendo elegir entre los hermanos del difunto rey el sucesor, segun las leyes del reino?

dian que sin una tal guia no se podria salir de algunos peligrosos senderos que habia en el camino al otro mundo.

Al dia siguiente recogian las cenizas y los dientes que habian quedado enteros, buscaban con diligencia la esmeralda que le habian puesto en el labio, y todo junto era guardado dentro de la caja en donde habian puesto los cabellos, y colocaban esta en el lugar destinado para su sepulcro. En los cuatro siguientes dias hacian sobre él oblaciones de comestibles; en el quinto sacrificaban algunos esclavos, y otros en el vigésimo, cuadragésimo, sexagésimo y octogésimo. Desde entonces en lo de adelante no se sacrificaban ya víctimas humanas; pero cada año se celebraba un aniversario con sacrificio de conejos, mariposas, codornices y otras aves, y con oblaciones de pan, vino, copal, flores y ciertos canutos llenos de materia aromática que ellos llaman acaietl. Este aniversario se celebraba por cuatro años.

Los cadáveres por lo comun se quemaban; solamente se sepultaban enteros los de aquellos que morian ahogados ó de hidropesía, y de no sé qué otra enfermedad; pero ignoramos la causa de esta diferencia.

No habia lugar determinado para la sepultura. Muchos hacian enterrar sus cenizas junto algun templo ó altar, otros en sus campos, y otros en aquellos lugares sagrados de los montes en donde solian hacerse sacrificios. Las cenizas del rey y de otros caciques se colocaban por lo comun en las torres de los templos,[1] principalmente en las del mayor. Cerca de Teotihuacan, donde habia muchos templos, habia tambien innumerables sepulcros. Los de aquellos en que los cadáveres se sepultaban enteros, eran, segun lo que testifica el conquistador anónimo, que los vió, fosas profundas formadas con piedra y cal, dentro de las cuales ponian los cadáveres sentados sobre icpalli ó sillas bajas, con los instrumentos de su arte ó profesion. Si el sepulcro era de algun militar, metian un escudo y una espada; si era de alguna mujer, un huso, una lanzadera y un *xicalli*, cierto vaso natural de que después hablaremos. En los de los ricos ponian oro y joyeles, y á todos proveian de comestibles para el largo viaje que tenian que hacer. Los conquistadores españoles, sabedores del oro que contenian los sepulcros de los caciques mejicanos, escavaron algunos y encontraron en ellos sumas considerables de aquel precioso metal. Cortés dice en sus cartas, que en una entrada que hizo él en la capital cuando estaba sitiada por su ejército, hallaron sus soldados mil y quinientos castellanos,[2] esto es, doscientas cuarenta onzas de oro, en un sepulcro que habia en la torre de un templo. El conquistador anónimo testifica haberse hallado en la escavacion de otro sepulcro, del cual sacaron cerca de tres mil castellanos.

Los sepulcros de los antiguos chichimecas eran las cuevas de los montes; pero después que se instruyeron, adoptaron, así en esto como en otras cosas, los ritos y las costumbres de los acolhuas, las cuales eran casi las mismas que las de los mejicanos.

Los mixtecos conservaron en parte el uso antiguo de los chichimecas; pero en algunas cosas fueron singulares. Cuando se enfermaba alguno de sus caciques, se hacian oraciones, votos y sacrificios por su salud. Si curaba, se hacian grandes festejos. Si moria, continuaban hablando de él como si estuviese todavía vivo, y llevaban delante de su cadáver á uno de sus esclavos. lo vestian con los hábitos de su señor, le ponian una máscara sobre la cara, y todo aquel dia le tributaban todos los honores que acostumbraban hacer al difunto. A media noche llevaban cuatro sacerdotes el cadáver para sepultarlo en un bosque ó en alguna cueva, particularmente en aquella en donde creian estaba la puerta del paraíso, y al volver sacrificaban al esclavo, y juntamente con los ornamentos de su efímera autoridad, lo ponian en un hoyo, pero sin cubrirlo de tierra.

Cada año hacian una fiesta en honor de su último cacique, en la cual celebraban su nacimiento, mas no su muerte, de la cual no se hablaba jamás.

Los zapotecas sus vecinos embalsamaban el cuerpo del principal señor de su nacion. Aun desde los tiempos de los primeros reyes chichimecas estaban en uso entre aquellas naciones las confecciones aromáticas, para preservar por algun tiempo á los cadáveres de la corrupcion; pero no sabemos que fuesen muy frecuentes.

Lo que hasta ahora hemos dicho, es lo que sabemos de la religion de los mejicanos. La vanidad de su culto, la supersticion de sus ritos, la crueldad de sus sacrificios y el rigor de sus austeridades, hicieron mas claras á sus descendientes las incomparables ventajas que les trajo la dulce, pura y santa doctrina de Jesucristo, y los estimulará á dar gracias eternamente al Padre de las misericordias por haberles llamado á la luz admirable de su Evangelio, habiendo dejado perecer á sus antepasados entre las tinieblas del error.



1 Solís en su Historia de la conquista de Méjico, afirma que las cenizas de los reyes se depositaban en Chapoltepec; pero esto es falso y opuesto á la deposicion de Cortés, cuyo panegírico escribe, de la de Bernal Diaz y de otros testigos oculares.

2 Los plateros españoles dividen la libra de oro en dos marcos ó diez y seis onzas, ó en cien castellanos, y así una onza tiene seis y un cuarto castellanos.

LIBRO VII.

Gobierno político, militar y económico de los mejicanos, esto es, los reyes, caciques, electores, embajadores, dignidades y magistrados; juicios, leyes y penas; la milicia; agricultura, caza, pesca y comercio; los juegos, vestidos, alimentos y muebles; la lengua, poesía, música y bailes; la medicina; la historia y la pintura; la escultura y las obras de fundicion y de mosaico; la arquitectura y otras artes de aquella nacion.

En el gobierno, así público como doméstico, de los mejicanos, se descubren tales rayos de discernimiento político, de celo por la justicia y amor por el bien público, que serian del todo inverosímiles si no estuviesen confirmadas, tanto por sus mismas pinturas, como por la deposicion de muchos autores diligentes é imparciales, que fueron testigos oculares de una gran parte de lo que escribieron. Aquellos que neciamente pretenden conocer á los antiguos mejicanos en sus descendientes ó en las naciones del Canadá y de la Luisiana, calificaron de fábulas inventadas por los españoles cuanto vamos á decir de sus luces, leyes y artes. Pero nosotros para no violar las leyes de la historia ni la fidelidad debida al público, expondremos, sinceramente todo lo que hemos encontrado cierto, sin temor alguno á la censura.

La educacion de la juventud, la cual es el principal apoyo de un Estado y la que hace conocer mejor el carácter de cualquiera nacion, fué tal entre los mejicanos, que ella sola bastaria para confundir el orgulloso desprecio de ciertos críticos que creen hallarse encerrado dentro de los términos de la Europa el imperio de la razon. Pues en lo que diremos sobre esta materia, tendremos por guia las pinturas mismas de aquellas naciones y los autores mas ilustrados.

"Nada, dice el padre Acosta, me ha causado mas admiracion ni parecido mas digno de alabanza y de memoria, que el cuidado y el órden que tenian los mejicanos en la educacion de sus hijos." En efecto, es difícil hallar una nacion que haya puesto mayor diligencia en un artículo tan importante para el Estado. Es verdad que viciaban sus instrucciones con la supersticion; pero el celo que mostraban por la educacion de sus hijos, debe confundir el descuido de nuestros padres de familia, y muchos de aquellos documentos que daban á su juventud podrian servir de lecciones á la nuestra. Todos los niños mejicanos, aun los hijos del rey, eran criados por sus propias madres. Si por alguna enfermedad estaba impedida alguna, no se confiaba tan fácilmente á una nodriza sin informarse antes de la condicion de esta y de la cualidad de su leche. Los acostumbraban desde su infancia á sufrir el hambre, el calor y el frio. Cuando llegaban á la edad de cinco años, ó los entregaban á los sacerdotes para que los educasen en los seminarios, como es hacia con casi todos los hijos de los nobles y aun con los del mismo rey, ó si se educaban en sus casas, comenzaban desde entonces sus padres á instruirlos en el culto de sus dioses y á enseñarles las fórmulas de orar é implorar su proteccion. Los llevaban con frecuencia á los templos para aficionarlos á la religion. Les inspiraban horror al vicio, modestia en sus acciones, respeto á sus mayores y amor al trabajo. Los hacian dormir en una estera; no les daban otro alimento que aquel que exigia la necesidad de la vida, ni otro vestido que el que bastaba para defensa de la honestidad. Cuando llegaban á una cierta edad les enseñaban el uso de las armas, y si sus padres eran militares, los llevaban consigo á la guerra, para que se fuesen instruyendo en el arte militar y alejasen de sus ánimos el temor, acostumbrándose a los peligros. Si sus padres eran labradores ó artesanos, les enseñaban su propio ejercicio. Adiestraban á las niñas en hilar y tejer, y las obligaban á bañarse con frecuencia para que estuviesen siempre limpias, y generalmente procuraban que sus hijos estuviesen siempre ocupados.

Una de las cosas que con mas ardor recomendaban á los hijos, era la verdad en sus palabras, y si alguno era cogido en alguna mentira, le picaban los labios con espinas de maguey. Ataban los piés á las hijas muy inclinadas á irse á pasear. El hijo desobediente ó díscolo era azotado por sus padres con ortigas ó castigado con otra semejante pena, proporcionada, segun su modo de pensar, á la culpa.

El sistema de educacion que daban á sus hijos los mejicanos y el sumo cuidado que tenian de sus acciones, se pueden ver en las siete pinturas que se hallan en la coleccion de Mendoza, desde la cuarenta y nueve hasta la cincuenta y seis. En ellas se explica la cantidad y cualidad del alimento que se les ministraba, los empleos en que se ocupaban y las penas con que corregian sus faltas. En la pintura quincuagésima se representa un niño de cuatro años, el cual es empleado por sus padres en algunas cosas fáciles para irse acostumbrando al trabajo; otro de cinco años, que llevando un hacecillo á cuestas, acompaña á su padre al mercado; una niña de la misma edad que comienza á aprender á hilar, y otro niño de seis años, á quien ocupa su padre en recoger los granos de maíz y otras semejantes bagatelas que se hallan tiradas en la plaza del mercado.

En la pintura cincuenta y una se muestra un padre que adiestra á su hijo de siete años en la pesca, y una madre que ya hace hilar á su hija en la misma edad; unos muchachuelos de ocho años á quienes amenazan con el castigo si no hacen su deber; un muchacho de nueve años á quien su padre pica, para corregir la indocilidad, algunos miembros del cuerpo, y una muchacha de la misma edad á quien pica su madre solamente las manos; un muchacho y una muchacha

de diez años á quien azotan con una vara sus padres porque rehusan hacer lo que se les habia mandado.

En la pintura cincuenta y dos se representan dos muchachos de once años á los cuales, por no haberse enmendado con otros castigos, hacen sus padres que reciban por las narices el humo del chilli ó pimiento; un muchacho de doce años que en pena de sus faltas es tenido por su padre atado un dia entero en el estiércol, y una muchacha de la misma edad á quien hace su madre barrer por la noche toda la casa y parte de la calle; un muchacho de trece años, á quien hace su padre conducir una barquita cargada de juncos, y una muchacha de la misma edad moliendo maiz por órden de su madre; un jóven de catorce años empleado por su padre en la pesca y una muchacha ocupada por su madre en tejer.

En la pintura cincuenta y tres se representaban dos jóvenes de quince años, el uno consignado por sus padres á un sacerdote para que lo adiestrase en los ritos de la religion, y el otro al *achcauhtli* ú oficial de la milicia, para que lo instruyese en el arte militar. La cincuenta y cuatro hace ver á los jóvenes de los seminarios ocupados por los superiores en barrer el templo y en llevar ramos de árboles y yerbas para adorno de los santuarios, leña para los braseros, juncos para hacer sillas y piedra y cal para reparo del templo. En esta misma pintura y en la cincuenta y cinco se representan diversos castigos dados á los jóvenes delincuentes de los seminarios por sus superiores. Uno de estos pica con espinas de maguey á un jóven por no haber cumplido con su obligacion: dos sacerdotes ponen tizones encendidos sobre la cabeza de otro jóven por haberlo cogido en conversacion familiar con una muchacha, y á otro por el mismo delito le pican el cuerpo con estacas agudas de pino, y á otro le queman por desobediente la melena. Finalmente, en la pintura quincuagésima-sexta se ve un jóven que lleva la maleta de un sacerdote que va al ejército á alimentar á los soldados y á hacer ciertas ceremonias supersticiosas.

Se criaban los hijos con tan gran respeto á sus padres, que ya grandes y casados, apenas se atrevian á hablar delante de ellos. Las instrucciones, pues, y consejos que les daban eran tales, que no podemos dispensarnos de trascribir aqui algunas de las exhortaciones que les hacian, las cuales supieron de los mismos mejicanos los primeros religiosos apostólicos que se emplearon en su conversion, principalmente Motolinia, Olmos y Sahagun, los cuales aprendieron perfectamente [illegible] lengua y pusieron suma diligencia en averiguar [illegible] costumbres y usos.

"Hijo mio, le decia su padre, venido á la luz [illegible] vientre de tu madre como el pollo del huevo, y que creciendo como él te vas preparando [illegible] volar por el mundo, no sabemos por cuánto tiempo [illegible] el cielo el gozar de la piedra preciosa que en tí tenemos; pero sea el que fuere, tú procura vivir exactamente pidiendo continuamente á Dios que te ayude. El te crió y te posee. El es tu padre y te ama mas que yo; pon en él tu pensamiento y dirígele de dia y de noche tus suspiros. Reverencia y saluda á tus mayores, y ninguno sea despreciado por tí. Con los pobres y atribulados no seas mudo, antes bien dedícate á consolarlos con buenas palabras. Honra á todos, principalmente á tus padres, á quienes debes obediencia, temor y servicio. Guárdate de imitar los ejemplos de aquellos hijos mal nacidos, que á manera de brutos privados de razon, no reverencian á sus padres, ni escuchan su doctrina, ni quieren sujetarse á su correccion; porque cualquiera que quiera seguir sus huellas, tendrá un fin infeliz, pues morirá desesperado ó precipitado, ó será muerto y comido por las fieras.

"No te befes, ¡oh hijo mio! de los viejos y de los imperfectos. No te burles de aquel que veas caer en alguna culpa ó falta, y abstente de echárselo en cara, sino confúndete y teme no te vaya á suceder aquello mismo que en otros te ofende. No vayas á donde no te llaman, ni te metas en aquello que no te importa. En todas tus acciones y palabras procura demostrar tu buena crianza. Al conversar, no des á otro con la mano, ni hables mucho, ni interrumpas ó perturbes los discursos de otro. Si oyes á alguno discurrir neciamente y no te toca el corregirlo, calla; si te toca, considera antes lo que le vas á decir, y no le hables con arrogancia, para que sea mas agradable tu correccion.

"Cuando alguno habla contigo, óyelo con atencion, manteniéndote en una postura decente, no jugando con los piés, ni mordiendo la tilma con la boca, ni escupiendo mucho, ni mirando aquí y acullá, ni parándote con frecuencia si estás sentado, porque semejantes acciones son indicios de ligereza y de mala crianza.

"Cuando estés en la mesa, no comas precipitadamente, ni te irrites si alguna cosa no te agrada. Si al comer viene alguno, parte con él lo que hubiere, y cuando alguno comiere contigo, no fijes la vista en él.

"Al andar, mira por dónde vas, para que no te tropieces con alguno. Si ves venir á otro por la misma calle, desvíate un poco para hacerle lugar. No pases jamás por delante de tus mayores si no sea necesario ó ellos mismos no te lo ordenaren. Cuando comas con ellos, no tomes la comida ni la bebida primero, y sírveles cuanto conviene para procurarte su gracia.

"Cuando te den alguna cosa, recíbela con señales de gratitud. Si es grande, no por eso te vanaglories. Si es pequeña, no la desprecies ni te irrites, ni causes disgusto á aquel que te favorece. Si llegas á ser rico, no te insolentes ni hagas burla de los pobres, pues aquellos mismos dioses que negaron á otros las riquezas para dar-

telas, disgustados de tu orgullo te las quitarán para darlas á ctros. Susténtate con tu propio trabajo, pues así te será mas gustoso el alimento. Yo, hijo mio, te he sustentado hasta ahora con mis sudores, y en nada he faltado contigo á la obligacion de padre; te he proveido de todo lo necesario sin haberlo quitado á otros. Haz tú lo mismo.

"No mentirás jamás, porque la mentira es un gran pecado. Cuando sea necesario decir á alguno aquello que otro te contó, dí la verdad pura sin añadir nada. No digas mal de nadie. Calla lo malo que observes en otros si no te toca proveer de remedio. No seas novelero ni amigo de sembrar discordias. Cuando lleves alguna embajada y aquel á quien la llevas se irrita y habla mal de aquel que te mandó, no vuelvas á él con semejante respuesta, sino procura endulzarla y disimula cuanto es posible aquello que oiste, para que no se causen disgustos y escándalos de que después tengas que arrepentirte.

"No te detendrás mas en el mercado de lo necesario, pues en tales lugares hay mas ocasiones de incurrir en algun exceso. Cuando te ofrezcan algun cargo, haz cuenta que lo hacen por probarte, y así no lo aceptes inmediatamente, aunque te reconozcas mas apto que otro para ejercitarlo, sino excúsate hasta que seas obligado á aceptarlo: así serás mas estimado.

"No seas disoluto, porque se indignarán contra tí los dioses y te cubrirán de infamia: guarda continencia, hijo mio, pues eres jóven y espera hasta que llegue á buena edad la doncella que los dioses te han preparado para mujer: deja esto á su cuidado, pues ellos sabrán disponerlo todo como conviene. Cuando llegue el tiempo de casarte, no te atrevas á hacerlo sin beneplácito de tus padres, porque tendrás un éxito infeliz.

"No robarás jamás, ni te darás al juego, porque serás el oprobio de tus padres, debiendo mas bien honrarlos por la educacion que te han dado. Si tú fueres bueno, tu ejemplo confundirá á los malos. Esto no mas, hijo mio, basta para llenar las obligaciones de un padre. Con tales avisos quiero fortificarte el corazon. No los resistas ni los olvides, pues de ellos depende tu vida y tu felicidad."

Tales eran las instrucciones que frecuentemente sugerian é inculcaban á sus hijos. Los labradores y los comerciantes les daban otros avisos particulares concernientes á su profesion, los cuales omitimos por no causar enfado á los lectores; pero no puedo dispensarme de exponer una de la exhortaciones que hacian las madres á sus hijas, para dar á conocer mas su educacion y sus costumbres.

"Hija mia, decia la madre, nacida de mi sustancia, parida con mis dolores y alimentada con mi leche, yo he procurado criarte con el mayor cuidado, y tu padre te ha trabajado y pulido como una esmeralda, para que comparezcas á los ojos de los hombres como un joyel de virtud. Procura ser siempre buena, porque de otro modo ¿quién te querrá para mujer? Serás despreciada de todos. La vida es fatigosa, y es necesario dedicarnos con todas nuestras fuerzas para obtener los bienes que los dioses nos quieran mandar, y por lo mismo se necesita no ser perezosa ni descuidada, sino muy diligente en todo. Sé limpia y trabaja por tener bien ordenada tu casa. Lava las manos á tu marido y haz el pan para la familia. Por donde quiera que fueres, vé con modestia y compostura, no apresurando el paso ni riéndote con aquellos que encuentres, ni fijando en ellos la vista, ni volviendo ligeramente los ojos de una á otra parte, para que no tenga que padecer tu reputacion; sino responde cortesmente á cualquiera que te salude ó te pregunte alguna cosa.

"Empléate diligentemente en hilar, tejer, coser y bordar, porque así serás estimada y tendrás lo necesario para comer y vestir. No te des al sueño; huye de la sombra, de andar al fresco y de abandonarte al reposo, pues la delicadeza lleva consigo la pereza y otros vicios.

"En cualquiera ocupacion no pienses en cosas malas, sino mira solamente al servicio de los dioses y al alivio de tus padres. Si estos te llaman, no esperes á ser llamado dos veces, sino vé inmediatamente para saber lo que quieren, para que la tardanza no les cause disgusto. No dés respuestas arrogantes ni muestres repugnancia, sino que si no puedes hacer aquello que te mandan, excúsate con humildad. Si otra es llamada y no viene luego, ven tú, oye lo que se manda y hazlo bien. No te ofrezcas jamás á hacer aquello que no puedes. No engañes á ninguna persona, pues los dioses te están mirando. Vive en paz con todos, ama á todos honesta y discretamente, para que así seas amada igualmente de todos.

"De los bienes que tengas no seas avara. Si ves dar alguna cosa á otra, no sospeches mal, porque los dioses, de quien son todos los bienes, los distribuirán como les parezca. Si no quieres tener disgusto de otro, que ninguno lo tenga de tí.

"Huye las familiaridades indecentes con los hombres; no sigas los malos deseos de tu corazon, porque serás el oprobio de tus padres y mancharás tu alma como el agua con el fango. No te acompañes con las mujeres disolutas, con las mentirosas ni con las perezosas, porque infaliblemente te inficionarán con su ejemplo. Cuida de tu familia y no salgas fácilmente fuera de tu casa, ni te vean andar por las calles y plaza del mercado, pues en semejante lugar hallarás tu ruina. Considera que el vicio, á manera de yerba venenosa, trae la muerte á quien él domina, y una vez introducido en el alma, es dificil arrojarlo de ella. Si andando en la calle te encuentras con algun jóven atrevido y se te mues-

tra risueño, no le correspondas, sino disimula y pasa adelante. Si te dice alguna cosa, no hagas caso de él ni atiendas á sus palabras, y si viene detrás de tí, no vuelvas la cara á mirarlo para que no se inflame mas su pasion. Si así lo hicieres, él se cansará y te dejará ir en paz.

"No entres jamás sin motivo poderoso en casa de otro, porque no se diga ó se piense alguna cosa contra tu honor; pero si entras en casa de tus parientes, salúdalos con respeto y no estés allí ociosa, sino toma inmediatamente el huso para hilar ó haz aquello que ocurra.

"Cuando seas casada, respeta á tu marido, obedécelo y haz con diligencia lo que te mande. No te causes disgusto ni te muestres con él colérica ó atrevida, sino acógelo amorosamente en tu regazo aun cuando por ser pobre viva á tus expensas. Si tu marido te causa algun disgusto, no le des á conocer tu incomodidad cuando manda alguna cosa, sino disimúlalo por entonces, y después le dirás pacíficamente lo que te incomoda, para que con tu mansedumbre se serene y huya de disgustarte. No lo deshonres delante de otros, porque tú tambien quedarás deshonrada. Si alguno entrare en tu casa á visitar á tu marido, muestra que le agradeces su visita, y hazle todos los obsequios que puedas. Si tu marido es necio, sé tú discreta. Si no cuida de la administracion de los bienes, amonéstalo de su falta; pero si es enteramente inútil para atender á las cosas, carga tú con este cuidado, atendiendo con diligencia á las posesiones y no dejando jamás de pagar prontamente á los operarios. Guárdate de dejar perder alguna cosa por tu descuido.

"Abraza, hija mia, los consejos que te doy. Yo ya soy grande y tengo bastante práctica del mundo. Soy tu madre, quiero que tú vivas bien. Fija estos avisos en tus entrañas, pues así vivirás alegre. Si por no querer escucharme ó por desatender mis instrucciones te vinieren desgracias, tuya será la culpa y tuyo el mal. Nada mas, hija mia. Los dioses te prosperen."

No contentos los mejicanos con tales instrucciones ni con la educacion doméstica, todos mandaban á sus hijos á las escuelas públicas, que estaban junto á los templos, en donde por tres años eran instruidos en la religion y en las buenas costumbres. A mas de esto, casi todos, principalmente los nobles, procuraban que sus hijos fuesen educados en los seminarios anexos á los templos, de los cuales habia muchos en las ciudades del imperio mejicano, así para los niños y los jóvenes como para las doncellas. Los de los niños y los jóvenes eran gobernados por sacerdotes destinados únicamente á su educacion; los de las doncellas estaban bajo la direccion de matronas respetables, así por su edad como por sus costumbres. No habia ninguna comunicacion entre los jóvenes de uno y otro sexo, y cualquiera falta en esta materia se castigaba severamente. Habia seminarios distintos para los nobles y para los plebeyos. Los jóvenes nobles se ocupaban en los ministerios interiores y mas inmediatos al santuario, como barrer el atrio superior del templo y atizar y mantener el fuego de los braseros que estaban delante de los santuarios. Los otros se empleaban en conducir la leña que se necesitab para los braseros, y la piedra y cal necesaria para reparar los edificios sagrados, y en otros semejantes destinos. Unos y otros estaban bajo de superiores y maestros que los instruian en la religion, historia, pintura, música y en otras artes convenientes á su condicion.

Las doncellas barrian el atrio inferior del templo, se levantaban tres veces en la noche á quemar copal en los braseros, preparaban las viandas que diariamente se ofrecian á los ídolos y tejian algunas especies de tela. Se adiestraban en todos los ministerios mujeriles; por lo que á mas de alejar la ociosidad, tan peligrosa en la edad juvenil, se iban acostumbrando á los trabajos domésticos. Dormian en salas grandes á vista de las matronas que las gobernaban, las cuales nada celaban tanto en ellas como la modestia y compostura de sus acciones.

Cuando algun alumno ó alumna de los seminarios iba á reverenciar á sus padres (lo que sucedia de tarde en tarde), jamás iba solo, sino siempre acompañado de otros alumnos y de su superior. Después de haber por pocos momentos escuchado con humildad y silencio las instrucciones y avisos que le daba su padre, se volvia al seminario. Allí se mantenia hasta el tiempo del matrimonio, el cual en los jóvenes era, como ya hemos dicho, de veinte á veintidós años, y en las mujeres á los diez y ocho ó diez y siete. Cuando llegaba este tiempo, ó el mismo jóven pedia permiso al superior para irse á casar, ó lo que sucedia con mas frecuencia, los mismos padres lo solicitaban, dando antes gracias al superior por el cuidado que habia tenido en instruirlo. El superior al dar licencia, lo cual hacia en la fiesta grande de Tezcatlipoca, á todos los jóvenes y doncellas que habian llegado á tal edad, les hacia un discurso exhortándolos á la perseverancia en la virtud y al cumplimiento de las obligaciones del nuevo estado. Eran singularmente buscadas para mujeres las vírgenes educadas en los seminarios, así por razon de sus costumbres, como por la pericia que tenian en las artes propias de su sexo. El jóven que llegaba á la edad de veintidós años y no se casaba, se reputaba perpetuamente consagrado al servicio del templo, y si después de una tal consagracion, arrepentido de su celibato pretendia casarse, se hacia infame para siempre y no habia mujer que lo quisiese por marido. En Tlaxcala, aquellos que teniendo la edad para casarse rehusaban el matrimonio, eran trasquilados, lo cual entre ellos era un gran deshonor.

Los hijos aprendian por lo comun el oficio de sus padres y abrazaban su profesion. Así se per-

petuaban las artes en las familias con ventaja del Estado. Los jóvenes destinados para la magistratura eran llevados por sus padres á los tribunales, en donde iban aprendiendo así las leyes del reino, como la práctica y la forma judicial. En la pintura sexagésima de la coleccion de Mendoza se representan cuatro magistrados examinando una causa, y detrás de ellos cuatro jóvenes teteuctin ó caballeros que escuchan su deliberacion. A los hijos de los reyes y caciques principales, se daban ayos que velasen sobre su conducta, y mucho antes que pudiesen entrar en posesion de la corona ó Estado, se les conferia por lo comun el gobierno de alguna ciudad ó Estado menor, para que se adiestrasen en el arte difícil de gobernar a los hombres. Esto comenzó á usarse desde los primeros reyes chichimecas, pues Nopaltzin desde que fué coronado rey de Acolhuacan, puso á su primogénito Tlotzin en posesion de la ciudad de Tezcoco. Cuitlahuac, penúltimo rey de Méjico, obtuvo el Estado de Iztapalapan, y su hermano Motezuma el de Ehecatepec antes de subir al trono de Méjico. Sobre este fundamento de la educacion erigieron los mejicanos el sistema político de su reino, que debemos exponer.

Desde aquel tiempo, en el que los mejicanos, siguiendo el ejemplo de las otras naciones circunvecinas, pusieron a Acamapitzin a la cabeza de su nacion, revistiéndolo del nombre, del honor y de la autoridad real, establecieron que la corona fuese electiva, y para esto crearon algun tiempo después cuatro electores, en cuyo parecer sé comprometian todos los sufragios de la nacion. Estos eran cuatro señores de la primera nobleza, y por lo comun de sangre real, y de tanta prudencia y probidad cuanta se necesitaba para un cargo tan importante. Este empleo no era perpetuo; la voz electoral acababa en la primera eleccion que hacian, é inmediatamente se creaban nuevos electores, ó se elegian de nuevo aquellos primeros por votos de la nobleza. Si antes de morir el rey llegaba a faltar alguno de los electores, se elegia otro en su lugar. Desde el tiempo del rey Itzcoatl fueron agregados otros dos electores, que eran el rey de Acolhuacan y el de Tacuba; pero estos no tenian mas que el honor. Ratificaban pues la eleccion hecha por los cuatro verdaderos electores; pero no sabemos que concurriesen jamás á ninguna eleccion.

Para no dejar demasiada libertad á los electores y para impedir cuanto fuese posible los inconvenientes de partidos ó facciones, fijaron la corona en la casa de Acamapitzin, y después establecieron por ley que al rey muerto debiese suceder uno de sus hermanos, y faltando estos, uno de sus sobrinos, y no habiendo ninguno de estos, uno de sus primos; quedando al arbitrio de los electores el escoger entre los hermanos ó sobrinos del rey muerto, aquel que reconocieran mas idóneo para el gobierno, precaviendo con semejantes leyes algunos inconvenientes que hemos expuesto en otra parte. Esta ley se observó inviolablemente desde el segundo hasta el último rey. A Huitzilihuitl, hijo de Acamapitzin, sucedieron sus dos hermanos Chimalpopoca é Itzcoatl; a Itzcoatl su sobrino Motezuma Ilhuicamina; á Motezuma sucedió Axayacatl su primo; á Axayacatl sus dos hermanos Tizoc y Ahuitzotl; á este su sobrino Motezuma II; á Motezuma su hermano Cuitlahuatzin, y a este, finalmente, su sobrino Quauhtemotzin. Esto se verá mas claro en la genealogía de los reyes mejicanos, que después daremos.

No se atendia para la eleccion al derecho de la primogenitura. Esto se ve en la muerte de Motezuma I, en cuyo lugar fué elegido Axayacatl, preferido por los electores á sus dos hermanos mayores Tizoc y Ahuitzotl.

La eleccion del nuevo rey no se hacia sino después de haberse celebrado con pompa y magnificencia correspondiente las exequias del antecesor. Luego que se hacia la eleccion, se daba noticia á los reyes de Acolhuacan y Tacuba para que la confirmasen, y á los señores feudatarios que habian venido para asistir al funeral. Los dos reyes acompañados de toda la nobleza conducian al elegido al templo mayor. Precedian los señores feudatarios con las insignias propias de sus Estados, después los nobles de la corte con las de sus dignidades y empleos; seguian los dos reyes aliados, y detras de ellos el rey elegido, desnudo y sin otro vestido que el maxtlatl, esto es, aquel ceñidor ó faja larga con que cubrian sus pudendas, subia al templo apoyado sobre los brazos de los señores principales de la corte, en donde lo esperaba uno de los sumos sacerdotes acompañado de los personajes mas respetables del templo. Adoraba al ídolo de Huitzilopochtli tocando con la mano la tierra y llevándola después á la boca. El sumo sacerdote le teñia todo el cuerpo con una cierta tinta, y lo rociaba cuatro veces con agua bendecida segun su rito en la gran fiesta de Huitzilopochtli, valiéndose para esta aspersion de ramas de cedro, sauce y hojas de maiz, lo vestia con una capa en la cual se veian pintados cráneos y huesos de muertos, y le cubria la cabeza con otros dos velos, el uno negro y el otro azul, en los cuales estaban tambien representadas aquellas mismas figuras: le ataba al cuello una calabacilla en donde habia cierto polvo que creian eficaz preservativo contra las enfermedades, hechizos y engaños. Muy feliz seria aquel pueblo cuyo rey pudiese tener semejante preservativo. Le ponian después en las manos un incensario y un saquillo de copal para que incensase al ídolo. Concluido este acto de religion, durante el cual se mantenia el rey de rodillas, se sentaba el sumo sacerdote y le hacia un discurso, en el cual después de haberse congratulado con él por su exaltacion, le advertia la obligacion en que estaba para con sus súbdi-

se por haberlo exaltado al trono, y le recomendaba con ardor el celo de la religion, el de la justicia, la proteccion de los pobres, y la defensa de la patria y del reino. Seguian después las arengas de los reyes aliados y de la nobleza dirigidas al mismo fin, á las cuales respondia el rey con gracias, y ofrecimientos de trabajar cuanto le fuese posible por la felicidad del Estado. Gomara y otros autores que lo han copiado, afirman que el sumo sacerdote lo hacia jurar el mantener la antigua religion, observar las leyes de sus antecesores, hacer caminar al sol, llover las nubes, correr los rios y darse todos los frutos. Si alguna vez ha sido cierto que el rey hiciese un juramento tan estravagante, es de creerse que no quisiese obligarse á mas que á no desmerecer con su conducta semejantes beneficios del cielo.

Concluidas las arengas, bajaba el rey con todo su acompañamiento al atrio inferior, en donde lo esperaba el resto de la nobleza para darle obediencia y pagarle el tributo en joyas y vestidos. De allí era conducido á una habitacion que estaba dentro del recinto del templo, llamada Tlacateco, en donde lo dejaban solo por el espacio de cuatro dias, en los cuales comia una sola vez al dia; pero podia comer carne ó cualquiera otro alimento. Cada dia se bañaba dos veces, y después del baño se sacaba sangre de las orejas y la ofrecia á Huitzilopochtli, juntamente con copal, que quemaba en su honor, haciendo fervorosas y continuas oraciones para impetrar las luces de que necesitaba para gobernar sabiamente la monarquía. El quinto dia volvia al templo la nobleza para conducir al nuevo rey á su palacio, á donde venian los feudatarios para ser confirmados en la investidura de sus feudos. Se seguian después los festejos del pueblo, las comidas, los bailes y las iluminaciones.

Para coronarse después, era necesario, segun la ley del reino ó costumbre introducida por Motezuma I, que el rey ya elegido saliese á la guerra para proveerse de las víctimas que debian sacrificarse en tan grande fiesta. No faltaban jamás enemigos á quienes hacer la guerra, ya por haberse rebelado alguna provincia del reino, ya por haber sido muertos algunos comerciantes mejicanos, ya por haberse hecho algun insulto á los embajadores reales, de que se hallan algunos ejemplares en la historia. Las armas y las insignias con que el rey iba á la guerra, el aparato con que eran conducidos sus prisioneros á la corte y las circunstancias que intervenian en su sacrificio, se expondrán cuando se deba hablar de la milicia de los mejicanos; pero por lo demás, ignoramos enteramente las particulares ceremonias de su coronacion. El rey de Acolhuacan era el que le ponia sobre la cabeza la corona. Esta, llamada por los mejicanos copilli, era una especie de mitra pequeña, cuya parte anterior estaba levantada y terminada en punta y la parte posterior abatida y pendiente sobre el cuello, del mismo modo que se ve en la figura de los reyes, que daremos después. Era de varias materias, segun el gusto del rey, ó de láminas sutiles de oro, ó tejida de hilo de oro y figurado con hermosas plumas.

El hábito que ordinariamente tenia en palacio, era el xiuhtilmatli, esto es, una capa entretejida de blanco y azul. Cuando iba al templo lo llevaba blanco. Aquel con que se vestia para asistir al consejo y á otras funciones públicas, era diverso segun la cualidad y las circunstancias; uno para las causas civiles y otro para las criminales; uno para los actos de justicia y otro para los festejos. En todas estas funciones llevaba siempre la corona. Siempre que salia fuera, iba acompañado de un gran séquito de nobleza y precedido de un noble, que llevaba levantadas tres varas, parte de oro y parte de madera dorada, avisando con ellas al pueblo la presencia de su señor.

El poder y la autoridad de los reyes de Méjico fueron varias segun los tiempos. Al principio de la monarquía fué muy limitado su poder y verdaderamente paterna su autoridad, su trato mas humano y muy moderados los derechos que exigian de sus súbditos. Con la ampliacion de sus conquistas se fueron aumentando su riqueza, su magnificencia y su fausto, y á proporcion de la riqueza se aumentaron tambien, como por lo comun sucede, las gabelas de sus vasallos. Su orgullo los precipitó á traspasar los límites que el consentimiento de la nacion habia prescrito á su autoridad, hasta degenerar en el odioso despotismo que ya hemos visto bajo el reino de Motezuma II; pero á despecho de su tiranía, conservaron siempre los mejicanos el respeto debido al carácter real, menos en el penúltimo año de la monarquía, en el cual no pudiendo sufrir mas en su rey Motezuma tanto envilecimiento y cobardía y tan excesiva condescendencia con sus enemigos, lo vilipendiaron é hirieron con piedras y flechas, como después diremos. El fausto á que llegaron los reyes mejicanos, se puede conocer bien por lo que ya hemos dicho hablando del reino de Motezuma y por lo que diremos en la relacion de la conquista.

Los reyes de Méjico fueron emulados por los de Acolhuacan en la magnificencia, así como estos lo fueron por aquellos en la política. El gobierno de los acolhuas fué por lo comun el ejemplo de los mejicanos; pero con respecto al derecho de sucesion á la corona, fueron muy diferentes, pues en el reino de Acolhuacan, y lo mismo debe entenderse del de Tacuba, sucedian los hijos á sus padres, no segun el órden de su nacimiento, sino segun su cualidad, siendo siempre antepuestos los hijos nacidos de la reina ó mujer principal. Esto se observó desde el primer rey chichimeca Xolotl hasta Cacamatzin, á quien sucedió su hermano Cuicuitzcatzin por las intrigas de Motezuma y del conquistador Cortés.

Tenia el rey de Méjico, como el de Acolhuacan, tres consejos supremos, compuestos de hombres de la primera nobleza, en los cuales se trataban todos los negocios pertenecientes al gobierno de las provincias, á las rentas del rey y á la guerra, y por lo comun no tomaba el rey ninguna resolucion de importancia sin haber antes oido el parecer de sus consejeros. En la historia de la conquista veremos muchas veces á Motezuma deliberar con sus consejeros sobre las pretensiones de los españoles. No sabemos el número de miembros de cada consejo, ni los historiadores nos proporcionan todas las luces necesarias para aclarar este punto. Solamente nos han conservado los nombres de algunos consejeros, principalmente de los de Motezuma II. En la pintura sesenta y una de la coleccion de Mendoza, se representan las salas de los consejos con algunos de los señores que los componian.

Entre los muchos ministros y oficiales de corte habia un tesorero general que llamaban hueicalpixqui ó gran mayordomo, el cual recibia todos los tributos que de las provincias recogian los recaudadores, y tenia en pinturas la cuenta de la entrada y salida, como testifica Bernal Diaz que las vió. Habia otro tesorero para las piedras preciosas y para las cosas de oro, el cual era juntamente director de los artífices que las trabajaban, y otro para las obras de pluma, cuyos artífices tenian su oficina en el palacio real de las aves. Habia tambien un proveedor general de animales, el cual se llamaba hueyaminqui, y tenia cuidado de los bosques reales para que nunca faltase en ellos la caza, y de los palacios reales para que estuviesen proveidos de toda especie de animales. Por lo que respecta, pues, á los otros ministros y oficiales reales, hemos dicho lo bastante en donde hablamos de la magnificencia de Motezuma II y del gobierno de los reyes de Acolhuacan, Techotlalla y Nezahualcoyotl.

Para el empleo de embajadores se buscaban siempre personas nobles y elocuentes. Iban comunmente tres ó cuatro ó mas, y para hacer respetar su carácter, llevaban ciertas insignias por las cuales eran conocidos de todos á primera vista, especialmente un hábito verde hecho á manera de escapulario ó paciencia, que llevaban algunos de nuestros religiosos, del cual pendian algunos flecos de algodon. Llevaban los cabellos entretejidos con hermosas plumas, y pendientes tambien de ellos flecos de diversos colores. En la mano derecha llevaban una flecha levantada, con la punta hácia abajo, en la izquierda una rodela y pendiente del mismo brazo una red donde llevaban su viático. En todos los lugares por donde pasaban eran bien acogidos y tratados con aquella distincion que exigia su carácter, con tal que no dejasen el camino real que conducia al lugar á donde eran mandados, pues si se apartaban de él, perdian la inmunidad y los privilegios de embajadores. Cuando llegaban al término de su embajada, se detenian antes de entrar y allí esperaban hasta que la nobleza de aquella ciudad viniese á encontrarlos para conducirlos á la casa del público, á donde eran alojados y bien tratados. Los nobles los incensaban y les presentaban ramilletes de flores, y después que habian descansado los conducian al palacio del señor de aquel Estado y los introducian en la sala de audiencia, en donde los esperaban el mismo señor y sus consejeros estando todos sentados en sus sillas. Allí, después de haber hecho al señor una profunda inclinacion, se sentaban sobre los calcañales en medio de la sala, y sin decir una palabra ni alzar los ojos, esperaban hasta que se les hiciese señal de hablar. Hecha esta señal, el mas respetable de los embajadores, después de haber hecho otra inclinacion al señor, exponia con voz baja su embajada en una bien formada arenga, la cual escuchaban atentamente el señor y sus consejeros con las cabezas tan inclinadas, que casi tocaban con ellas las rodillas. Terminada la arenga, se volvian los embajadores á su alojamiento. Entre tanto, consultaba el señor con su consejo, y hacia saber á los embajadores su resolucion por medio de sus ministros, los proveia abundantemente de víveres para el viaje, les hacia á mas de esto algunos presentes, y salian á encaminarlos fuera del lugar aquellos mismos que los habian recibido. Si el señor á quien se hacia la embajada era amigo de los mejicanos, se tenia por un gran deshonor el no aceptar los presentes; pero si era enemigo, no podian los embajadores recibirlos sin órden expresa de su amo. No siempre se observaban todas estas ceremonias en las embajadas, ni menos se mandaban todas estas al señor de la ciudad ó del Estado, pues algunas, como veremos después, se mandaban al cuerpo de la nobleza ó al pueblo.

Los correos de que se servian con frecuencia los mejicanos, usaban diferentes insignias, segun la calidad de la noticia ó del negocio para que eran mandados. Si la noticia era haber perdido los mejicanos alguna batalla, llevaba el correo la melena suelta y enmarañada y sin hablar palabra á nadie, se iba en derechura al palacio, y medio hincado delante del rey, contaba lo que habia sucedido. Si la noticia era de alguna victoria obtenida por las armas mejicanas, llevaba los cabellos atados con una cinta colorada y el cuerpo ceñido con un paño blanco de algodon, en la mano izquierda una rodela y en la derecha una espada, la cual manejaba como si estuviese en actitud de pelear, demostrando con tales señales su júbilo y cantando los hechos gloriosos de los antiguos mejicanos.

Alegre el pueblo al verlo, lo conducia con semejantes demostraciones al real palacio. Para que la noticia llegase con mas prontitud, habia en los caminos reales del reino ciertas torrecillas distantes cerca de seis millas una de la otra, en donde estaban los correos prontos á toda hora á

ponerse á caminar. Luego que se expedia el primer correo, corria velocísimamente lo mas que podia hasta la primera posta ó torrecilla, en donde comunicaba á otro la embajada y le entregaba, si acaso las habia, las pinturas que representaban la noticia ó el asunto y les servian de cartas. Este segundo corria sin tardanza hasta la segunda posta: así en continua y jamás interrumpida carrera, se llevaba á una tan grande distancia el mensaje, que algunas veces hacia, segun afirman algunos autores, hasta trescientas millas en un dia. De este modo se hacia llevar todos los dias Motezuma II el pescado fresco desde el Seno Mejicano, distante por lo menos de la capital mas de doscientas millas. Estos correos se ejercitaban desde niños en la carrera, y para alentarlos á este ejercicio los sacerdotes, bajo cuya disciplina se educaban, premiaban siempre á los vencedores.

Por lo que mira á la nobleza de Méjico y de todo el imperio, estaba dividida en algunas clases, las cuales fueron confundidas por los españoles bajo el nombre general de caciques.[1] Cada clase tenia sus particulares privilegios y llevaba sus insignias propias; y así aunque fuese tan simple su vestido, se conocia inmediatamente el carácter de cada persona. Solamente los nobles podian llevar en los vestidos adornos de oro y piedras preciosas, y á ellos exclusivamente pertenecian desde el principio del reinado de Motezuma II todos los empleos brillantes de la casa real, de la magistratura y de la milicia, á lo menos los mas considerables.

El primer grado de nobleza en Tlaxcala, Huexotzinco y Chalollan era el de teuctli. Para obtenerlo era necesario ser noble de nacimiento, haber dado en algunas acciones prueba de un gran valor, tener cierta edad y una gran riqueza para los cuantiosísimos gastos que debian hacerse en la posesion de tal dignidad. Debia á mas de esto el candidato hacer un año de rigorosa penitencia, que consistia en un perpetuo ayuno, en frecuente efusion de sangre, en privacion de cualquier trato con las mujeres, y tolerar con paciencia los insultos, los oprobios y malos tratamientos con que era probada su constancia. Le agujeraban la ternilla de la nariz, para colgarle de allí ciertos granos de oro, que era la principal insignia de la dignidad. El dia de la posesion lo despojaban del hábito triste con que habia estado vestido en el tiempo de su penitencia, y lo vestian de la mas magnífica gala; le ataban los cabellos con una cinta de cuero teñida de encarnado, de la cual pendian hermosas plumas, y le colgaban de la nariz los granos de oro. Esta ceremonia se hacia por un sacerdote en el atrio superior del templo mayor, el cual después de haberle conferido la dignidad, le hacia una arenga gratulatoria. Después bajaba al atrio inferior, en donde asistia con la nobleza á un gran baile que allí se hacia, el cual era seguido de un magnífico banquete, que á sus expensas se hacia á todos los señores del Estado, á los cuales á mas de los innumerables vestidos que se les regalaban, se les preparaban con tal abundancia las viandas, que se consumian, segun lo que dicen algunos autores, mil cuatrocientos y aun mil y seiscientos pavos, muchísimos conejos, venados y otros animales, una increible cantidad de cacao en algunas bebidas, y las frutas mas exquisitas y delicadas de aquellas tierras. El título de teuctli se añadia como apellido al nombre propio de las personas exaltadas á esta dignidad, como Chichimeca Teuctli, Pil-Teuctli y otros. Precedian los teuctlis en el senado á todos los otros, así en el asiento como en el sufragio, y podian llevar detrás de sí un criado con un asiento, lo cual era tenido por un privilegio de sumo honor.

La nobleza mejicana era por lo comun hereditaria. Hasta la ruina del imperio se conservaron con grande esplendor muchísimas familias descendientes de aquellos ilustres aztecas que fundaron á Méjico, y hasta ahora subsisten algunas ramas de aquellas antiquísimas casas, pero por lo comun envilecidas por la miseria y confundidas entre la mas oscura hez de la plebe.[1] No hay duda que habria sido mas sabia la política de los españoles si en vez de llevar á Méjico mujeres de la Europa y esclavos de la Africa, se hubiesen dedicado á hacer de los mejicanos y de ellos mismos con los matrimonios una sola ó individua nacion. Haria aquí una demostracion de las ventajas que á ambas naciones les hubiera traido y de los males que de la contraria conducta se han originado, si la condicion de esta Historia me lo permitiese.

Sucedian en Méjico y en casi todo el imperio, menos en la casa real, como ya hemos dicho, los hijos á los padres en todos sus derechos, y no habiendo hijos, los hermanos, y faltando tambien estos, los sobrinos.

Las tierras del imperio mejicano estaban repartidas entre la corona, la nobleza, las comunidades y los templos, y en estos habia pinturas en

1 El nombre *cacique*, que quiere decir señor ó príncipe, fué tomado de la lengua haitiana, que se hablaba en la isla Española. Los mejicanos llamaban al señor tlatoani y al noble *pilli* y *teuctli*.

1 No puede verse sin dolor el envilecimiento á que se hallan reducidas muchas familias de las mas ilustres de aquel reino. Poco tiempo hace murió ajusticiado un cerrajero descendiente de los antiguos reyes de Michoacan: yo conocí en Méjico á un pobre sastre descendiente de una nobilísima casa de Coyoacan, á quien fueron quitadas las posesiones tenidas por herencia de sus ilustres antepasados. Semejantes ejemplares no han sido raros aun en las mismas familias reales de Méjico, de Acolhuacan y Tacuba; no habiendo sido bastantes para preservarlas de la comun desgracia las repetidas órdenes dadas á su favor por la clemencia y equidad de los reyes católicos.

las cuales distintamente se representaba lo que á cada una pertenecia. Las tierras de la corona estaban pintadas de color de púrpura, las de la nobleza de escarlata y las de los comunes de un amarillo claro. En ellas se conocian á primera vista la extension y límites de las heredades. Los magistrados españoles se sirvieron después de la conquista de semejantes instrumentos para decidir algunos pleitos suscitados entre los indios sobre la propiedad ó posesion de las tierras.

En las de la corona, llamadas por ellos tecpantlalli, reservado siempre el dominio al rey, gozaban el usufructo ciertos señores llamados tecpanpouhque ó tecpantlaca, esto es, gentes de palacio. Estos no pagaban ningun tributo, ni daban al rey otra cosa que ramilletes de flores y algunas especies de pájaros, que le presentaban en señal de vasallaje cada vez que lo visitaban. Pero tenian la obligacion de reparar y reedificar los palacios reales siempre que se necesitase, y de cultivar los jardines del rey, concurriendo ellos con su direccion y los plebeyos de su distrito con su trabajo. Tenian á mas de esto la obligacion de hacer corte al rey y de acompañarlo siempre que se dejaba ver en público, y eran por lo mismo muy estimados de todos. Cuando moria alguno de estos señores, entraba su primogénito en posesion de las tierras con todas las obligaciones de su padre; pero si iba á establecerse á otro lugar, las perdia, y entonces el rey las concedia á otro usufructuario, ó tambien dejaba la eleccion de él al arbitrio del comun en cuyo distrito estaban situadas las tierras.

Las que llamaban pillalli, esto es, tierras de los nobles, eran posesiones antiguas de estos, trasmitidas por herencia de padres á hijos, ó tambien eran mercedes del rey, en recompensa de servicios hechos á la corona. Los unos y los otros podian en lo general enajenar sus posesiones, pero no darlas ni venderlar á los plebeyos. Dije en lo general, porque entre estas tierras habia algunas concedidas por el rey bajo la condicion de no poderlas enajenar, sino de dejarlas en herencia á sus hijos.

En heredar los Estados se atendia al nacimiento de los hijos; pero si el primogénito era inepto para la administracion de los bienes, era enteramente libre el padre para poder instituir heredero á otro de sus hijos, con tal de que á los otros les asegurase los alimentos. Las hijas, á lo menos en Tlaxcala, eran incapaces de heredar, porque no viniese á sujetarse el Estado á algun extranjero. Fueron tan celosos los tlaxcaltecas, aun después de la conquista de los españoles, de conservar los Estados en sus familias, que rehusaron dar la investidura de uno de los cuatro principados de la república á don Francisco Pimentel, sobrino de Coanacotzin, rey de Acolhuacan,[1] casado con doña María Maxixcatzin, sobrina del príncipe Maxixcatzin, el cual era, como después veremos, el principal entre los cuatro señores que gobernaban aquella república al arribo de los españoles.

Los feudos comenzaron en aquel reino cuando el rey Xolotl dividió la tierra de Anáhuac entre los señores chichimecas y los acolhuas, con las condiciones feudales de una inviolable fidelidad, un cierto reconocimiento del supremo dominio y la obligacion de auxiliar al señor, cuando fuese necesario, con sus personas, bienes y vasallos. Los feudos propios eran pocos, por lo que me parece, en el imperio mejicano, y si queremos hablar con el rigor de los juristas, ninguno habia, pues ni eran por su naturaleza perpetuos, pues cada año necesitaban nueva confirmacion ó investidura, ni los vasallos de los feudatarios estaban exentos de los tributos que pagaban al rey los otros vasallos de la corona.

Las tierras que se llamaban Altepetlalli, esto es, de los comunes de las ciudades y de los pueblos, estaban divididas en tantas partes cuantos eran los barrios de aquella ciudad, y cada una poseia su parte con entera exclusion é independencia de los otros. Estas tierras de ningun modo se podian enajenar. Entre ellas habia algunas destinadas para proveer de víveres al ejército en tiempo de guerra, las cuales se llamaban Milchimalli ó Cacalomilli, segun la especie de víveres de que proveian. Los reyes católicos han asignado tierras a los lugares de los mejicanos[1] y han dado las órdenes oportunas para asegurar la perpetuidad de estas posesiones; pero en el dia muchos pueblos se hallan privados de ellas por la prepotencia de algunos particulares, auxiliada por la iniquidad de algunos jueces.

Todas las provincias conquistadas por los mejicanos eran tributarias de la corona y contribuian con frutos, animales y minerales del país, segun la tarifa que les estaba prescrita, y á mas de esto, todos los comerciantes pagaban una parte de sus mercancías y todos los artesanos un cierto número de sus obras. En la capital de cada provincia habia una casa destinada para almacen de los granos, vestidos y todos los efectos que recogian los recaudadores en los lugares de su distrito. Estos hombres estaban aborrecidos de todos por los males que hacian á los tributarios. Sus insignias eran una vara que llevaban en una mano y un abanico de plumas en la otra. Los tesoreros del rey tenian pinturas en donde estaban descritos los lugares tributarios y la cantidad y cualidad

1 Coanacotzin, rey de Acolhuacan, fué padre de don Fernando Pimentel, y este tuvo de una señora tlaxcalteca á don Francisco. Es de notarse que muchos mejicanos, principalmente los nobles, tomaron en el bautismo con el nombre cristiano algun apellido español.

1 Las leyes reales conceden á cada pueblo de indios el terreno que está al rededor hasta la distancia de seiscientas varas castellanas, que hacen doscientas cincuenta y siete toesas de Paris.

le los tributos. En la coleccion de Mendoza hay treinta y seis pinturas de esta clase,[1] y en cada una se ven representados los lugares principales de una ó de muchas provincias del imperio. A mas de un número excesivo de vestidos de algodon y una cierta cantidad de granos y plumas, que eran los impuestos comunes á casi todos los lugares tributarios, contribuian con otras muchas cosas diferentes, segun la naturaleza del país. Para dar alguna idea á los lectores, expondremos algunos impuestos de los contenidos en tales pinturas.

Las ciudades de Xoconochco, Huehuetlan, Mazatlan y otras de aquella costa, pagaban anualmente á la corona, á mas de los vestidos de algodon, cuatro mil manojos de hermosas plumas de diversos colores, doscientos sacos de cacao, cuarenta pieles de tigre y ciento sesenta aves de ciertos determinados colores. Huaxjacac, Coyolapan, Atlacuechahuajan y otros lugares de los zapotecos, cuarenta laminas de oro de cierto tamaño y grueso, y veinte sacos de cochinilla; Tlachquiauhco, Ajotlan y Teotzapotlan, veinte vasos de cierta medida llenos de oro en polvo. Tochtepec, Otlatitlan, Cozamalloapan, Michapan y otros lugares sobre la costa del Seno Mejicano, á mas de los vestidos de algodon, del oro y el cacao, debian contribuir con veinticuatro mil manojos de plumas de diversos colores y calidad, seis cadenas, dos de esmeraldas finísimas y cuatro de las ordinarias, veinte pendientes de ámbar guarnecidos de oro, y otros tantos de cristal, cien pequeñas tazas ó cantaros de liquidambar y diez y seis mil pelotas de hule ó resina elastica. Tepeyacac, Quecholac, Tecamachalco, Acatzinco y otros lugares de aquel contorno, cuatro mil sacos de cal, cuatro mil cargas de otatli ó cañas sólidas para emplearlas en los edificios, y otras tantas de las mismas cañas mas pequeñas para hacer dardos, y ocho mil de acajetl ó canutos llenos de materias aromaticas. Malinaltepec, Tlalcozauhtitlan, Olinallan, Ichcatlan, Qualac y otros lugares meridionales de países calientes, seiscientas tazas de miel, cuarenta grandes lebrillos de tecozahuitl ú ocre amarillo para la pintura, ciento sesenta hachas de cobre, cuarenta láminas redondas de oro de cierto largo y grueso, diez pequeñas medidas de azul fino y una carga del ordinario. Quauhnahuac, Panchimalco, Atlacholoajan, Xiuhtepec, Huitzilac otros lugares de los tlahuiques, diez y seis mil piezas ú hojas grandes de papel, y cuatro mil xicallis (vasos naturales de que después hablaremos) de diferente tamaño. Quahutitlan, Tehuillojocan y otros lugares inmediatos á ellos, ocho mil esteras y otras tantas sillas. Otros lugares contribuian con leña, otros con piedra, otros con un cierto número de vigas y tablas para los edificios, otros con cierta cantidad de copal, etc. Habia pueblos obligados á mandar á los palacios y bosques reales un cierto número de aves y de cuadrúpedos, como Xilotepec, Michmalojan y otros lugares del país de los otomíes, los cuales debian mandar cada año al rey cuarenta águilas vivas. De los matlatzinques sabemos que habiendo quedado sujetos á la corona de Méjico por el rey Axayacatl, les fué impuesta, á mas del tributo representado en la pintura veintisiete de la coleccion de Mendoza, la pension de cultivar para proveer de víveres al ejército real, un campo de cerca de setecientas toesas de largo y la mitad de ancho. Finalmente, para decirlo en una palabra, se pagaba tributo al rey de Méjico de todas cuantas cosas útiles se encontraban en el reino, así de la naturaleza como del arte.

Estas excesivas contribuciones, juntamente con los grandes presentes que hacian al rey los gobernadores de las provincias y los señores feudatarios, y los despojos de la guerra, formaban aquella gran riqueza de la corte, que causó tanta admiracion á los españoles conquistadores y tanta miseria á los desgraciados súbditos. Los tributos, que al principio eran muy ligeros, fueron después excesivos, porque con las conquistas se aumentó el orgullo y el fausto de los reyes. Es verdad que una gran parte, y tal vez la mayor de estas rentas, se gastaba en utilidad de los mismos súbditos, ya sustentando un gran número de ministros y magistrados para la administracion de justicia, ya premiando á los beneméritos del Estado, ya socorriendo á los necesitados, principalmente á las viudas, huérfanos y viejos invalidos, que eran las tres clases de gentes que merecian mayor compasion de los mejicanos, ya abriendo al pueblo en tiempo de carestía los graneros reales; ¿pero cuántos de aquellos infelices plebeyos que apenas podian pagar el tributo que les estaba impuesto, habrán sido oprimidos de la miseria por no llegar á ellos la beneficencia real? A los crecidos impuestos se agregaba el rigor con que se cobraba. Aquel que no pagaba el tributo era vendido como esclavo, para sacar de su libertad lo que no se podia de su industria. Para la administracion de justicia tenian los mejicanos varios tribunales y jueces. En la corte y en los lugares mas grandes del reino habia un supremo magistrado llamado Cihuacoatl, cuya autoridad era tan grande, que de las sentencias pronunciadas por él en lo civil ó en lo criminal, no se podia apelar á otro tribunal, ni aun al mismo rey. A él tocaba nombrar los jueces subalter-

1 Las treinta y seis pinturas son desde la XIII hasta la XLVIII. En la copia publicada por Thevenot faltan la XXI y la XXII, y en lo general las figuras de las ciudades tributarias. La copia publicada en Méjico el año de 1770 es mas diminuta, pues faltan en ella las pinturas XXI, XXII, XXXVIII, XXXIX, XLVII y XLVIII de la coleccion de Mendoza, á mas de los muchos errores que hay en ella en la interpretacion; pero tiene sobre la de Thevenot las ventajas de tener las figuras de las ciudades y de tenerlas todas grabadas en lámina.

nos y hacer rendir cuentas á los recaudadores de las rentas reales de su distrito. Era reo de muerte cualquiera que usase las insignias de él ó usurparse su autoridad.

Inferior á este, aunque muy respetable, era el tribunal de Tlacatecatl, el cual era compuesto de tres jueces, esto es, del tlacatecatl, que era el principal y de quien el tribunal tomó el nombre, y de otros dos que llamaban quauhnochtli y tlaiiotlac. Conocian de las causas civiles y criminales en primera y segunda instancia, aunque la sentencia se pronunciase á nombre de solo el tlacatecatl. Reuníanse todos los dias en una sala de la casa del público, que llamaban Tlatzontecoyan, esto es, lugar donde se juzga, en la cual habia porteros y alguaciles. Allí escuchaban con gran flema á los litigantes, examinaban diligentemente las causas y daban la sentencia conforme á las leyes. Si la causa era puramente civil, no habia apelacion; pero si era criminal podia apelarse al cihuacoatl. La sentencia se publicaba por el tepojotl ó pregonero, y se ejecutaba por el quauhnoctli, el cual era, como ya hemos dicho, uno de los tres jueces. Tanto el pregonero como el ministro ejecutor de la justicia, tenian grande aprecio entre los mejicanos, porque eran mirados como imágenes del rey.

En cada barrio de las ciudades habia un teuctli, lugar–teniente del tribunal de tlacatecatl, elegido anualmente por el comun de aquel barrio. Este conocia en primera instancia de las causas de su distrito, y diariamente iba al cihuacoatl ó al tlacatecatl, á advertirle todo aquello que ocurria y á recibir sus órdenes. A mas del teuctli, habia en cada barrio ciertos comisarios elegidos igualmente por el comun del barrio y llamados centetlapixque; pero estos, segun me parece, no eran jueces, sino solamente custodios encargados de observar la conducta de un cierto número de familias encomendadas á su cuidado y avisar á los magistrados cuanto ocurria en ellas. Bajo las órdenes de los teuctlis estaban los tequitlatoqui, esto es, ministros inferiores de justicia, que llevaban las notificaciones de los magistrados y citaban á los reos, y los topilli ó alguaciles, que hacian las prisiones.

En el reino de Acolhuacan estaba la jurisdiccion repartida en seis ciudades principales. Los jueces estaban en los tribunales desde comenzar el dia hasta la tarde. A la misma sala del tribunal se les llevaba la comida, y para que no se distrajeran de su empleo por atender á la manutencion de las familias ni tuviesen ningun pretexto para corromper á los jueces, tenian (como tambien en el reino de Méjico) sus posesiones y labradores que cultivasen sus campos; las cuales posesiones, perteneciendo al empleo y no á la persona, no pasaban á los herederos, sino á los sucesores en el encargo de magistrados. En las causas graves no podian sentenciar (al menos en la capital), sin dar cuenta al rey. En la corte cada mes mejicano ó cada veinte dias, se hacia delante del rey una reunion de todos los jueces para terminar todas las causas pendientes. Si por ser muy embrolladas no se podian concluir por entonces, se reservaban para otra reunion general y mas solemne que se tenia cada ochenta dias, y por eso se llamaba nappapoallatoli, esto es, conferencia de los ochenta, en la cual quedaban todas las causas enteramente terminadas, y allí, á presencia de toda aquella asamblea, se imponia el castigo á los reos convencidos. El rey daba la sentencia haciendo con la punta de una flecha una raya en la cabeza del reo pintada en el proceso.

En los juicios de los mejicanos las partes hacian por sí mismas sus alegatos; á lo menos no sabemos que allí hubiese abogados. En las causas criminales no se permitia al actor otra prueba que la de testigos; pero el reo podia purificarse con el juramento. En los pleitos sobre límites de las posesiones se consultaban las pinturas de las tierras como escrituras auténticas.

Todos los magistrados debian juzgar segun las leyes del reino que tenian expresas en las pinturas. De estas he visto muchas, y de ellas he sacado una parte de lo que diré en órden á esta materia. La potestad de hacer leyes en Tezcoco residia siempre en los reyes, los cuales hacian rigorosamente observar las que publicaban. Entre los mejicanos las primeras leyes fueron hechas, segun nos parece, por el cuerpo de la nobleza; pero después los reyes fueron los legisladores de la nacion, y mientras su autoridad se mantuvo en justos límites, celaban la observancia de aquellas leyes, que ellos ó sus antecesores habian promulgado. En los últimos años de la monarquía el despotismo las alteraba y las cambiaba segun el capricho. Recordaremos aquí aquellas que estaban en vigor cuando los españoles entraron en Méjico. En algunas de ellas se verá resaltar alguna prudencia y humanidad, y un gran celo por las buenas costumbres; pero en otras un excesivo rigor que degeneraba en crueldad.

El traidor al rey ó al Estado era descuartizado, y sus parientes que sabedores de la traicion no la habian descubierto á tiempo, eran privados de la libertad.

Estaba allí establecida la pena de muerte y de confiscacion de bienes contra cualquiera que se atreviese á usar en la guerra ó en cualquiera público festejo, las insignias de los reyes de Méjico, de Acolhuacan y de Tacuba ó las de Cihuacoatl.

Cualquiera que maltrataba á algun embajador, ministro ó correo del rey, era reo de muerte; pero los embajadores y los correos debian por su parte no desviarse del camino real, bajo la pena de perder su inmunidad.

Eran tambien reos de muerte los que causaban alguna sedicion en el pueblo, los que quitaban ó mudaban los límites puestos en los cam-

pos con autoridad pública, y tambien los jueces que daban una sentencia injusta ó contraria á las leyes, ó hacian al rey ó al magistrado superior una relacion infiel de alguna causa ó se dejaban corromper con dádivas.

Aquel que en la guerra hacia alguna hostilidad á los enemigos sin órden de los jefes ó los atacase antes que se hubiese dado la señal, ó abandonaba las banderas, ó violaba algun bando publicado en el ejército, era sin duda decapitado.

Aquel que en el mercado alteraba las medidas establecidas por los magistrados, era reo de muerte, la cual se le daba sin dilacion en la misma plaza.

El homicida pagaba con la propia vida su delito, aun cuando el muerto fuese un esclavo.

Aquel que mataba á la mujer, aun cuando fuera sorprendida por él en adulterio, era reo de muerte, porque segun decian, usurpaba la autoridad de los magistrados, á quienes tocaba conocer de los crímenes y castigar á los malhechores.

El adulterio se castigaba irremisiblemente con pena de muerte. Los adúlteros eran apedreados ó les aplastaban la cabeza entre dos piedras. Esta ley que prescribia el apedrear á los adúlteros, es una de las que he visto representadas en las antiguas pinturas que se conservaban en la biblioteca del colegio máximo de los jesuítas de Méjico. Tambien se ve en la última pintura de la coleccion de Mendoza, y de ella hacen mencion Gomara, Torquemada y otros autores. Pero no se reputaba adulterio, ó al menos no se castigaba el pecado del marido con alguna mujer libre ó no ligada con matrimonio; y así no obligaban á tanta fidelidad al marido cuanta exigian de la mujer. En todo el imperio se castigaba este delito; pero en algunos lugares con mayor rigor que en otros. En Ichcatlan la mujer acusada de adulterio comparecia delante de los jueces, y si las pruebas del delito eran convincentes, allí sin dilacion se le aplicaba la pena, descuartizándola y dividiendo los cuartos entre los testigos.

En Itztepec la infidelidad de la mujer era por sentencia de los magistrados castigada por su marido, el cual le cortaba la nariz y las orejas. En algunas partes del imperio era castigado con pena de muerte el marido que se unia con su mujer cuando constaba que ella le hubiese faltado á la fidelidad.

No era lícito el repudio sin permiso de los magistrados. Aquel que queria repudiar á su mujer, se presentaba en juicio y exponia sus razones. Los jueces lo exhortaban á la concordia y procuraban disuadirle la separacion; pero si él persistia en su pretension y parecian justas las razones, le decian que hiciese aquello que mejor juzgase, pero sin autorizar jamás con una sentencia formal el repudio. Si finalmente la repudiaba, no podia volverla á tomar ni ayuntarse con ella.

Los reos de incesto en el primer grado de consanguinidad ó afinidad, eran ahorcados, y todos los matrimonios entre personas unidas en tal grado estaban severamente prohibidos por las leyes, menos entre los cuñados, pues entre los mejicanos, así como entre los hebreos, habia el uso de casarse los hermanos del marido difunto con las cuñadas viudas; pero entre unos y otros habia una gran diferencia, pues entre los hebreos solamente habia lugar á un tal matrimonio cuando el marido habia muerto sin sucesion; entre los mejicanos se requeria, al contrario, que el difunto dejase hijos de cuya educacion se encargase el hermano, adquiriendo todos los derechos de un padre. En algunos lugares muy distantes de la capital solian los nobles casarse con sus madrastras viudas cuando sus padres no habian tenido hijos de ellas; pero en las cortes de Méjico y de Tezcoco y en los lugares mas inmediatos á ellas, se tenian por incestuosos semejantes matrimonios y se castigaban con severidad.

El reo de pecado nefando era ahorcado, y si era sacerdote, lo quemaban vivo. Entre todas las naciones de Anáhuac, menos entre los de Pánuco, se abominaba semejante delito, y por todas se castigaba con rigor. Sin embargo, algunos hombres malignos por justificar sus excesos, infamaron con este tan horrendo á todas las naciones americanas; pero por el testimonio de muchos autores imparciales y mejor informados, nos consta la falsedad de tal calumnia, que con mucha y muy reprensible facilidad adoptaron algunos autores europeos.[1]

El sacerdote que en el tiempo en que estaba dedicado al servicio del templo, abusaba de alguna mujer libre, era privado del sacerdocio y desterrado.

Si alguno de los jóvenes ó de las doncellas que se educaban en los seminarios, incurria en algun exceso contra la continencia que profesaban, se sujetaba á un rigoroso castigo, y aun á la pena de muerte, segun lo que afirman algunos autores. Pero por otra parte, no habia ninguna pena establecida contra la simple fornicacion, aunque fuese conocida por ellos la malicia de este pecado, y los padres exhortaban con frecuencia á los hijos á evitarlo.

A la alcahueta le quemaban en la plaza los cabellos con hachas de pino, y le embarraban la cabeza con la trementina del mismo árbol. Cuanto mas respetables eran las personas á quienes servia en semejante ministerio, tanto mas se aumentaban las penas.

Eran ahorcados por las leyes, así el hombre que se vestia de mujer, como la mujer que se vestia de hombre.

El ladron de cosas ligeras no tenia otra pena sino la de pagar aquello que habia robado. Si el hurto era grande, el ladron se hacia esclavo de

1 Véase lo que decimos en nuestras disertaciones contra el Averiguador, el cual ha renovado tan atroz calumnia contra los americanos.

aquel á quien habia robado. Si la cosa robada ya no existia ni el ladron tenia bienes con que satisfacer, era apedreado. Si robaba oro ó piedras preciosas, después de haberlo conducido por todas las calles de la ciudad, lo sacrificaban en la fiesta que los plateros hacian á su dios Xipe. Aquel que robaba un cierto número de mazorcas de maíz ó arrancaba del campo de otro un cierto número de plantas útiles, era hecho esclavo del dueño del campo;[1] pero á cualquier pobre caminante era permitido coger de las plantas de maíz ó de los árboles frutales que estaban plantados á la orilla del camino, cuanto necesitaba para quitar la hambre presente. Aquel que robaba en el mercado, era sin dilacion muerto á palos en la misma plaza. Igualmente era condenado á muerte cualquiera que en el ejército robaba á otro sus armas ó sus insignias.

El que encontrando á algun niño extraviado lo hacia esclavo vendiéndolo á otro como si fuese suyo, perdia en pena de su delito la libertad y los bienes, de los cuales se aplicaba la mitad al niño para sus alimentos, y con la otra mitad se pagaba el precio al comprador para restituir al niño á su libertad. Si eran muchos los delincuentes, todos se sujetaban á la misma pena.

A la misma pena de servidumbre y de pérdida de bienes estaba sujeto cualquiera que vendia las posesiones de otro que habia tomado en alquiler.

Los tutores que no daban buenas cuentas de los intereses de sus pupilos, eran irremisiblemente ahorcados.

A igual pena estaban sujetos los hijos que disipaban en vicios la herencia que habian tenido de sus padres, porque decian que era un gran delito despreciar las fatigas de sus padres.

El que usaba de hechicerías era sacrificado á los dioses.

La embriaguez en los jóvenes era delito capital; el hombre era muerto á palos en la cárcel, y la mujer apedreada. En los hombres de edad, aunque no se castigase con pena de muerte, sí con rigor. Si era noble, lo privaban de su empleo y de la nobleza y quedaba infame; si era plebeyo, lo tuzaban (pena para ellos muy sensible) y le arruinaban la casa, diciendo que no era digno de habitar entre los hombres el que espontáneamente se privaba del juicio. Esta ley no prohibia la embriaguez en las bodas y otros semejantes festejos, en los cuales era permitido el beber mas de lo acostumbrado dentro de la casa; ni comprendia á los viejos setuagenarios, á los cuales en consideracion á su edad, se les concedia el beber cuanto quisiesen, como consta de la pintura LXIII de la coleccion de Mendoza.

1 El conquistador anónimo dice que bastaba robar tres ó cuatro mazorcas para incurrir en la pena. Torquemada añade que tenia la de muerte; pero esto fué en el reino de Acolhuacan, no en el de Méjico.

Aquél que decia alguna mentira gravemente nociva, le cortaban una parte de los labios, y algunas veces tambien las orejas.

Por lo que mira al derecho mejicano sobre los esclavos, es de notarse que entre ellos habia tres suertes de estos. La primera, los prisioneros de guerra; la segunda, los comprados á precio, y la tercera, ciertos malhechores que en pena de sus delitos se les privaba de la libertad.

Pues los prisioneros de guerra eran por lo comun sacrificados á sus dioses. Aquel que en la guerra quitaba á otro su prisionero ó le daba la libertad, era reo de muerte.

La venta de un esclavo no era válida si no se hacia delante de cuatro testigos de edad provecta. Comunmente concurrian en mayor número, y se celebraba siempre este contrato con gran solemnidad.

El esclavo entre los mejicanos podia tener peculio, adquirir posesiones y aun comprar esclavos que le sirviesen, sin que el amo se lo pudiese impedir ni servirse de tales esclavos, pues la esclavitud no era otra cosa que la obligacion al servicio personal, y esta contraida á ciertos límites.

Ni tampoco era hereditaria entre ellos la esclavitud. Todos nacian libres aun cuando las madres fuesen esclavas Si un hombre libre empreñaba á la esclava de otro y esta moria en el tiempo de su preñez, aquel quedaba esclavo del amo de la esclava; pero si esta paria felizmente, así el hijo como el padre quedaban libres.

Los padres necesitados podian vender alguno de sus hijos para remediar á su necesidad, y á cualquier hombre libre era lícito venderse para el mismo fin; pero los amos no podian vender á sus esclavos sin el consentimiento de estos, á no ser que fuesen de collar. Los esclavos fugitivos, contumaces ó viciosos, eran dos ó tres veces amonestados por sus amos, los cuales para su mayor justificacion hacian tales amonestaciones delante de algunos testigos. Si con todo esto no se enmendaban, les ponian un collar de madera, y entonces podian venderlos en el mercado. Si después de haber mudado dos ó tres amos persistian en su indocilidad, eran vendidos para los sacrificios; pero esto sucedia raras veces. El esclavo de collar que huyendo de la prision á donde tal vez lo tenia su amo, se refugiaba al palacio real, quedaba libre, y aquel que le impedia tomar este asilo, perdia su libertad, en pena del atentado, menos el amo y sus hijos, los cuales tenian derecho para oponerse.

Las personas que se vendian á sí mismas, eran por lo comun los jugadores, por jugar el precio de su libertad; los que por su descuido ó por alguna desgracia se hallaban reducidos á la miseria, y las prostitutas por proveerse de vestidos para hacer figura, pues semejantes mujeres entre los mejicanos no buscaban por lo comun otro inte-

rés en sus desórdenes, que el de su mismo depravado placer. No incomodaba tanto á los mejicanos el hacerse esclavos como á los otros pueblos, porque no era tan dura la condicion de su esclavitud. Las fatigas de los esclavos eran moderadas y por lo comun benigno el trato de sus amos, los cuales cuando morian, comunmente los dejaban libres. El precio ordinario de un esclavo era una carga de vestidos de algodon.

Habia tambien entre los mejicanos una especie de esclavitud que llamaban huehuetlatlacolli, y era cuando una ó dos familias por su pobreza se obligaban á algun señor á darle perpetuamente un esclavo. Consignaban para esto á uno de sus hijos, y después de haber servido algunos años, lo tomaban por casarlo ó por algun otro motivo y le sustituian otro. Esto se hacia sin repugnancia del amo; antes por el contrario, daba por lo comun espontáneamente alguna cosa por el nuevo esclavo. El año de 1506, por causa de la carestía que hubo, se obligaron muchas familias á tal servidumbre; pero el rey de Acolhuacan Nezahualpilli los puso á todas en libertad por los inconvenientes que se experimentaron, y á su ejemplo hizo lo mismo Motezuma II en sus dominios.

Los conquistadores, los cuales se creian en posesion de todos los derechos de los antiguos señores mejicanos, tuvieron al principio muchos esclavos de aquellas naciones; pero habiendo sido informados los reyes católicos por personas doctas, celosas del bien público y bien instruidas de las costumbres de aquellos pueblos, los declararon á todos libres y prohibieron con graves penas el atentar contra su libertad, encargando en tan grave punto la conciencia de los vireyes, la de los supremos tribunales y gobernadores, ley justísima y digna del cristiano celo de aquellos monarcas, porque los primeros religiosos que se emplearon en la conversion de los mejicanos, entre los cuales habia hombres de gran doctrina, declararon después de un diligente exámen, no haberse hallado entre tantos esclaves ni uno solo de quien constase que hubiese estado justamente privado de su natural libertad.

Lo que hemos dicho hasta ahora es todo lo que sabemos de la legislacion de los mejicanos. Nos seria muy apreciable una instruccion mas completa en esta materia, especialmente en lo que respecta á sus contratos, sus juicios y últimas disposiciones; pero la pérdida lamentable de la mayor parte de sus pinturas y de algunos preciosos manuscritos de los primeros españoles, nos ha privado de estas luces.

Las leyes de la capital no han sido tan generalmente recibidas en todas las provincias sujetas á ella, que no hubiese en ellas una variedad considerable, porque así como los mejicanos no obligaron á los pueblos conquistados á hablar el lenguaje de la corte, así tampoco los obligaron á adoptar todas sus leyes. La legislacion mas conforme á la de Méjico era la de Acolhuacan; pero no tanto que no fuese diversa en algunos artículos y mucho mas rigorosa.

Segun las leyes publicadas por el célebre rey Nezahualcoyotl, el ladron era arrastrado por las calles y después ahorcado. El homicida era decapitado. El agente en la sodomía era sofocado en un monton de cenizas; al paciente le sacaban las entrañas y le llenaban el vientre de ceniza, y después lo quemaban. Aquel que con artes malignas causaba la discordia entre dos Estados, era quemado vivo atado á un árbol. Aquel que se embriagaba hasta perder el sentido, si era noble, era inmediatamente ahorcado y su cadáver arrojado en la laguna ó en algun rio; si era plebeyo, por primera vez perdia la libertad y por la segunda la vida, y habiendo preguntado uno al legislador por qué su ley era mas rigorosa con respecto á los nobles, respondió que el delito era tanto mas grave cuanto era mayor la obligacion de dar buen ejemplo. El mismo rey Nezahualcoyotl prescribió pena de muerte contra los historiadores que en sus pinturas publicasen algunas mentiras.[1] Condenó tambien á pena de muerte á los ladrones de las sementeras, declarando que bastaba para sujetarse á tal pena el robar siete mazorcas de maís.

Los tlaxcaltecas adoptaron en lo general las leyes de Acolhuacan. Entre ellos, los hijos que faltaban gravemente al respeto debido á sus padres, eran muertos por órden del senado. Aquellos que causaban algun mal al público, el cual no mereciese pena de muerte, eran desterrados. Hablando, pues, generalmente, entre todas las naciones cultas de Anáhuac se castigaban con rigor el homicidio, el hurto, la mentira, el adulterio y otros semejantes delitos contra la continencia, y en todas se ve ser cierto aquello que hemos dicho hablando de su carácter, esto es, que eran naturalmente inclinados (como son hasta ahora) al rigor, y mas diligentes para castigar el vicio que para premiar la virtud.

Entre las penas prescritas por los legisladores mejicanos contra los malhechores, parece haber sido la de horca una de las mas infames. La de destierro causaba tambien infamia, pues suponia en el reo un vicio contagioso. La de los azotes no se halló prescrita por las leyes, ni sabemos que la usasen sino los padres con los hijos y los maestros con los discípulos.

Tenian dos suertes de cárceles; una semejante á la nuestra, que llamaban teilpilojan, para los deudores que rehusaban pagar sus créditos y para aquellos reos que no merecian pena de muerte, y la otra mas estrecha, que llamaban quauhcalli, hecha á manera de jaula, para los prisioneros que debian sacrificarse y para los reos de pe-

1 De la ley contra los historiadores mentirosos testifica don Fernando de Alva Ixtlilxochitl, descendiente de aquel legislador en sus apreciables manuscritos.

na capital. Una y otra estaban siempre custodiadas por una buena guardia. A los reos de muerte se daba el alimento muy escaso para que comenzasen á probar anticipadamente la amargura de la muerte. Los prisioneros por el contrario, eran bien nutridos, para que compareciesen con buenas carnes en el sacrificio. Si por descuido de la guardia se escapaba algun prisionero de la jaula, el comun del barrio á quien tocaba el guardar á los prisioneros, estaba obligado á pagar al amo del fugitivo una esclava, una carga de vestidos de algodon y una rodela.

Habiendo, pues, hablado lo bastante del gobierno político de los mejicanos, es necesario decir lo que toca al militar. No habia entre ellos profesion mas estimada que la de las armas. El númen mas reverenciado por ellos era el de la guerra, al cual veneraban como protector principal de la nacion. Ningun príncipe era elegido rey si antes no habia dado en algunas batallas muestras de valor y pericia militar, hasta haber merecido el brillante empleo de general de ejército, y ningun rey era coronado hasta que no hubiese cogido con sus manos los enemigos que debian sacrificarse en las fiestas de su coronacion.

Todos los reyes mejicanos, desde Itzcoatl hasta Quauhtemotzin, que fué el último, pasaron del mando del ejército al gobierno del reino. Aun en la otra vida, las almas que ellos tenian por mas felices, eran las de los que morian con las armas en la mano por su patria. Por el grande aprecio en que estaba entre ellos el ejercicio de las armas, procuraban animar á sus hijos y endurecerlos desde la mas tierna edad á las fatigas de la guerra. Un concepto tan ventajoso de la gloria de las armas, fué el que formó aquellos héroes cuyas ilustres acciones hemos referido ya, el que les hizo sacudir el yugo de los tepanecas y erigir de unos principios tan humildes una tan ilustre y famosa monarquía; finalmente, el que amplió su dominacion desde las orillas de la laguna hasta las riberas de uno y otro mar.

La suprema dignidad militar era la de general del ejército; pero habia cuatro diversos grados de generales, entre los cuales el mas respetable era el de tlacochcalcatl,[1] y cada grado tenia sus insignias particulares. No sabemos si los otros tres grados estuviesen de algun modo subordinados al primero, ni tampoco sabemos los nombres, á causa de la variedad que hallamos en los autores.[2] Después de los generales eran los capitanes, cada uno de los cuales mandaba un cierto número de soldados.

Para recompensar los servicios de los soldados y para animarlos mas, inventaron los mejicanos tres órdenes militares, llamados Achcauhtin, Quauhtin y Ocelo, esto es, príncipes, águilas y tigres. Los mas estimados eran aquellos que en el órden de los príncipes se llamaban Quachictin. Estos llevaban los cabellos atados en la coronilla de la cabeza con una cuerdecilla encarnada, de la cual pendian tantos flecos de algodon cuantas habian sido sus acciones gloriosas. Este honor estaba en tanto aprecio entre ellos, que se gloriaban de él no solo los generales, sino hasta los mismos reyes.

De este órden fué Motezuma II, como afirma el padre Acosta, y tambien el rey Tizoc, como aparece en sus retratos. Los tigres se distinguian por una cierta armadura que llevaban, manchada á manera de la piel de aquellas fieras. Estos hábitos solamente se usaban en la guerra; en la corte todos los oficiales llevaban un vestido tejido de varios colores, que llamaban tlacquauhse. Todos los que iban por primera vez á la guerra, no llevaban insignia alguna, sino que iban vestidos con un hábito blanco y grosero de tela de maguey; y esto se observaba con tal rigor, que aun los príncipes reales debian dar pruebas de su valor para poder cambiar aquel vestido tan ordinario por otro mas precioso, llamado tencaliuhqui. No solamente en las insignias tenian las órdenes militares su distincion, sino tambien en las habitaciones que ocupaban en el palacio real cuando hacian la guardia al rey. Podian ellos tener alhajas de oro, vestirse del mas fino algodon y usar calzados mas decentes que los del pueblo bajo, lo cual no se permitia á los soldados hasta que no hubiesen merecido con sus acciones algun ascenso en la milicia. Habia un particular vestido llamado tlacatziuhqui, destinado para premio de aquel soldado que con su ejemplo alentaba al ejército desanimado á continuar vigorosamente la batalla.

Cuando el rey salia á la guerra, llevaba además de sus armas, ciertas insignias particulares; en las piernas ciertas medias botas compuestas de láminas sutiles de oro, en los brazos otras láminas del mismo metal y manillas de piedras preciosas; en el labio inferior una esmeralda engastada en oro; en las orejas, aretes tambien de esmeraldas; en el pescuezo un collar ó cadena de oro y piedras preciosas, y un penacho de hermosas plumas sobre la cabeza; pero la insignia mas expresiva de la majestad, era una preciosa obra de hermosas plumas que se extendia desde la ca-

1 Algunos autores dicen que tlacochcalcatl significa príncipe de los dardos; pero verdaderamente no quiere decir otra cosa que habitador de la armería ó casa de los dardos.

2 El intérprete de la coleccion de Mendoza dice que los nombres de los cuatro grados de generales, eran tlacochcalcatl, atempanecatl, ezhuacatecatl y tlillancalguio. El padre Acosta, en vez de atempanecatl, dice tlacatecatl, y en vez de ezhuacatecatl, ezhuahuacatl, y añade haber sido estos los nombres de los cuatro electores. Torquemada usa el nombre de tlacatecal; pero á veces hace á este grado inferior al de tlacochcalcatl, y á veces los confunde á ambos.

beza hasta el espinazo.[1] Generalmente los mejicanos tenian un gran cuidado de distinguir las personas, principalmente en la guerra, por las insignias.

Las armas, así defensivas como ofensivas, de que usaban los mejicanos y las otras naciones de Anáhuac, eran varias. Las defensivas, comunes á los nobles y á los plebeyos, á los oficiales y á los soldados, eran los escudos que llamaban ellos chimalli,[2] los cuales eran de diversas hechuras y materias. Algunos eran perfectamente redondos, y otros solamente en la parte inferior. Algunos eran hechos de otatli ó cañas sólidas y elásticas entretejidas con hilos gruesos de algodon y cubiertos de plumas, y los de los nobles, de láminas sutiles de oro, y otros eran de conchas grandes guarnecidas de láminas de plata ú oro, segun el grado que tenian en la milicia y segun sus facultades. Estos eran de un tamaño regular; pero habia otros tan desmesurados, que cubrian con ellos todo el cuerpo cuando querian, y cuando no era necesario servirse de ellos, los acortaban y los ponian bajo del brazo al modo de nuestros quitasoles, los cuales puede creerse que hayan sido de pieles de animales ó de tela encerada con hule ó resina elástica.[3] Por el contrario, habia otros escudos muy pequeños, menos fuertes que los hermosos y adornados de bellas plumas; pero estos no servian para la guerra, sino solamente para los bailes que hacian simulando una batalla.

Las armas defensivas propias de los oficiales, eran ciertas corazas de algodon del grueso de uno y aun de dos dedos, las cuales resistian bien á las flechas, y por esto los mismos españoles las usaron en la guerra contra los mejicanos. El nombre ichcahuepilli que daban los mejicanos á esta suerte de coraza, fué cambiado por los españoles en el de escaupil. Sobre tal coraza, la cual solamente cubria la caja del cuerpo, se vestian otra armadura, que á mas de la caja del cuerpo, cubria los muslos y la mitad de los brazos, como se ve en nuestras figuras de las armaduras mejicanas. Los señores solian llevar una gruesa capa corta de pluma sobre una coraza compuesta de algunas planchas de oro ó de plata dorada, con las cuales se hacian impenetrables no solo á las flechas, sino tambien á los dardos y aun á nuestras espadas, como testifica el conquistador anónimo. A mas de los arneses que llevaban para defensa de la caja del cuerpo, de los brazos, de los muslos y aun de las piernas, acostumbraban llevar encajada en la cabeza una de tigre ó de culebra, hecha de madera ó de otra materia, con la boca abierta y proveida de gruesos dientes para causar mas miedo, y formada con tanta propiedad, que segun lo testifica el referido autor, parecia querer vomitar al soldado. Todos los oficiales y los nobles llevaban un hermoso penacho sobre la cabeza, dándose la industria con semejantes añadiduras de hacer parecer mas alta su estatura. Los simples soldados andaban enteramente desnudos, sin otro vestido que el maxtlatl ó ceñidor con que cubrian las pudendas; pero fingian el vestido que les faltaba, con diversos colores con que se pintaban los cuerpos. Los españoles europeos, que se muestran tan admirados de esto y de otras costumbres estravagantes de los americanos, no reflexionan cuán comunes han sido semejantes costumbres en las antiguas naciones de la misma Europa.

Las armas ofensivas de los mejicanos eran las flechas, las hondas, las mazas, las lanzas, las picas, las espadas y los dardos. Los arcos eran de una madera elástica y difícil de romperse, y las cuerdas de nervios de animales ó de pelo de venado hilado. Habia algunos arcos tan grandes (como aun en el dia los hay entre algunas de aquel continente), que tenian mas de cinco piés de cuerda. Las flechas eran de varas duras armadas de hueso agudo, ó de una espina gruesa de pescado, ó de pedernal, ó de itztli. Eran agilísimos en tirarlas y diestrísimos en asestarlas, ejercitándose en esto desde niños y siendo animados con premios por sus maestros y por sus padres. Los tehuacaneros eran singularmente celebrados por la destreza en tirar tres ó cuatro flechas á un tiempo. Las cosas maravillosas que aun en nuestro tiempo se han visto hacerse por los taraumaros, los yaquis y otros pueblos de aquellas regiones que aun conservan el arco y la flecha, nos hacen conocer lo que hacian antiguamente los mejicanos.[1] Ningun pueblo del país de Anáhuac se sirvió jamás de flechas envenenadas, acaso porque querian coger vivos á los enemigos para sacrificarlos.

1 Todas estas insignias reales tenian sus nombres particulares. Llamaban á las medias botas cozehuatl; á los brazaletes matemecatl; á las manillas matzopeztli; á la esmeralda del labio, tentetl; á los aretes, nacochtli, y á la principal insignia de plumas, quachictli.

2 Solís pretende que el escudo no lo usaban otros que los señores; pero el conquistador anónimo, el cual vió muchas veces armados á los mejicanos y se halló en muchas batallas contra ellos, dice expresamente que las armas eran comunes á todos. No hay autor que hable con mas exactitud, que él de las armas de los mejicanos.

3 Hacen mencion de estos escudos grandes el conquistador anónimo, Diego Godoy y Bernal Diaz, todos tres conquistadores.

1 No seria creible la destreza de aquellos pueblos en tirar las flechas si no estuviese asegurada por la deposicion de un centenar de testigos oculares. Unidos algunos flecheros, tiran hácia arriba una mazorca de maíz y se ponen á saetearla con tal prontitud y habilidad, que no la dejan caer hasta que no le han quitado todos los granos. Tiran igualmente una moneda de plata no mayor que un julio, y la mantienen en el aire todo el tiempo que quieren.

El maquahuitl, llamado por los españoles espada, porque era la arma que allí tenian equivalente á la espada del antiguo continente, era un fuerte palo de cerca de tres piés y medio de largo y cuatro dedos de ancho, armado de uno y otro lado de ciertas navajas muy afiladas de piedra itztli, encajadas y fuertemente unidas al palo con goma laca,[1] las cuales tenian tres dedos de largo, uno ó dos de ancho, y del grueso de nuestras antiguas espadas. Era tan cortante esta arma, que sucedió, segun lo que afirma el padre Acosta, cortar enteramente la cabeza á un caballo de un solo golpe de ella;[2] pero solamente el primer golpe era temible, porque las navajas inmediatamente se quedaban sin filo. Llevaban esta arma atada con una cuerda al brazo, para que al dar los golpes no se escapase. La forma del maquahuitl se halla en algunos historiadores y puede verse en nuestras figuras.

Las picas de los mejicanos tenian en vez de fierro un gran pedernal; pero otras tenian la punta de cobre. Los chinantecos y algunos pueblos de Chiapa usaban picas tan desmesuradas, que tenian mas de tres toesas ó diez y ocho piés de largo, y de ellas se valió el conquistador Cortés contra la caballería de su rival Pánfilo de Narvaez.

El tlacochtli ó dardo mejicano, era una lanza pequeña de otatli ó de otra madera fuerte, con la punta endurecida á fuego, ó tambien armada de cobre, de itztli ó de hueso, y muchos tenian tres puntas para hacer con ellas tres heridas á un tiempo. Tiraban los dardos con una cuerda,[3] para retirarlos después de haber herido. Esta ha sido la arma mas temida de los españoles conquistadores, pues la solian tirar con tal fuerza, que pasaban á un hombre de banda á banda. Los soldados por lo comun iban armados á un tiempo de espada, de arco y flechas, de dardo y de honda. No sabemos si tambien para la guerra se valian de sus sierras, de que luego hablaremos.

Tenian tambien en la guerra estandartes é instrumentos músicos. Los estandartes, mas semejantes al signum de los romanos que á nuestras banderas, eran astas de ocho ó diez piés de largo, sobre las cuales llevaban las armas ó la insignia del Estado, hecha de oro ó plumas, ó de otra materia noble. La insignia del imperio mejicano era una águila en actitud de arrojarse contra un tigre; la de la república de Tlaxcala una águila con las alas extendidas;[1] pero cada una de las cuatro señorías que componian la república, tenia su insignia particular. La de Ocotelolco era un pájaro verde sobre una peña; la de Tizatlan una garza blanca sobre otra peña; la de Tepeticpac un lobo feroz teniendo algunas flechas en la mano, y la de Quiahuiztlan un quitasol de plumas verdes. El estandarte que cogió el conquistador Cortés en la famosa batalla de Otompan, era una red de oro, la cual habrá sido verosímilmente la insignia de alguna ciudad de la laguna. A mas del estandarte comun ó principal del ejército, cada compañía, compuesta de doscientos ó trescientos soldados, llevaba su estandarte particular, la cual no solo se distinguia de las otras por esta insignia, sino tambien por el color de las plumas que sobre las armaduras llevaban los oficiales y los nobles. El llevar el estandarte del ejército tocaba, á lo menos en los últimos años del imperio, al general, y los de las compañías, segun lo que conjeturamos, á sus capitanes: llevaban la asta del estandarte tan estrechamente atada á la espalda, que era casi imposible el arrancarlo sin hacer pedazos á aquel que lo llevaba. Los mejicanos lo llevaban siempre en el centro del ejército. Los tlaxcaltecas cuando marchaban sus tropas en tiempo de paz, lo llevaban en la vanguardia; pero en tiempo de guerra en la retaguardia.

La música militar, en la cual era mas el rumor que la armonía, se componia de tamboriles, de cornetas y de ciertos caracoles marinos que hacian un sonido agudísimo.

Para declarar la guerra se examinaba antes en el consejo la causa de emprenderla, la cual era por lo comun la rebelion de alguna ciudad ó provincia, la muerte dada á algunos correos ó comerciantes mejicanos, acolhuas ó tepanecas, ó algun grave insulto hecho á sus embajadores. Si la rebelion era de algunos jefes y no del pueblo, se hacian conducir los culpables para castigarlos. Si tambien era culpable el pueblo, se le pedia satisfaccion en nombre del rey. Si se sometian y manifestaban un verdadero arrepentimiento, se perdonaba su culpa y se exhortaban á la enmienda; pero si en vez de humillarse respondian con

1 Herrera dice que pegaban los pedernales á sus espadas con el jugo viscoso de una cierta raíz llamada cacotle, mezclado con sangre de murciélagos; pero ni usaban de pedernales en sus espadas, ni para pegar las navajas de itztli usaban mas que de la lacca, á la cual por no sé qué semejanza con el estiércol de los murciélagos, llamaban tzinacancuitlatl, y de este nombre sin duda procedió el error de aquel cronista.

2 El doctor Hernandez dice que con un golpe de maquahuitl se podia cortar á un hombre por medio, y el conquistador anónimo testifica haber visto en una batalla á un mejicano, el cual con un golpe que dió á un caballo en la barriga, le hizo salir los intestinos, y á otro que con un golpe igual dado á otro caballo en la cabeza, lo tendió muerto á sus piés.

3 El dardo mejicano era de aquella suerte de dardos que los romanos llamaban astile jaculum ó telum amentatum, y el nombre español amento ó amiento, de que usan los historiadores del reino de Méjico, significa lo mismo que el amentum de los latinos.

1 El Gomara dice que la insignia de la república de Tlaxcala era una grulla; pero otros historiadores mejor informados que él afirman que era una águila.

arrogancia y se obstinaban en negar la satisfaccion pedida ó cometian un nuevo insulto contra los mensajeros mandados por ellos, se ventilaba el negocio en el consejo, y tomada la resolucion de la guerra, se daban las órdenes oportunas á los generales. Tal vez los reyes, para justificar mas su conducta antes de emprender la guerra contra algun lugar ó Estado, mandaban tres diferentes embajadas. La primera al señor del Estado culpable, exigiendo de él una conveniente satisfaccion y prescribiéndole el tiempo en el cual debia darla, bajo la pena de ser tratado como enemigo; la segunda á la nobleza, para que persuadiese á su señor á sustraerse con la sumision del castigo que le amenazaba, y la tercera al pueblo para hacerlo sabedor de las causas de la guerra, y tal vez, segun lo que dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores y se exageraban por ellos con tanta viveza las ventajas de la paz y las incomodidades de la guerra, que se venia á alguna conciliacion. Solian tambien mandar con los embajadores el ídolo de Huitzilopochtli, prescribiendo á aquellos que causaban la guerra, le diesen lugar entre sus dioses. Si ellos se hallaban con fuerzas bastantes para resistir, despreciaban la proposicion y despedian al dios forastero; pero si no se reconocian en estado de poder sostener la guerra, recibian el ídolo y lo colocaban entre los dioses provinciales, y respondian á la embajada con un buen presente de oro y de piedras preciosas ó de bellas plumas, protestando su sumision al soberano.

Caso que se hubiese de hacer la guerra, antes de cualquiera otra cosa se daba aviso á los enemigos para que se preparasen á la defensa, estimando vileza indigna enteramente de hombres valientes, el atacar á los desprevenidos, y por lo mismo se mandaban antes algunos escudos, que eran una señal de desafío, y algunos vestidos de algodon. Si un rey desafiaba á otro, se agregaba la ceremonia de ungirlo y ponerle plumas en la cabeza por medio del embajador, como sucedió en el desafío del rey *Itzcoatl* al tirano Maxtlaton. Después mandaban las espías, á las cuales daban el nombre de quimichtin ó ratones, para que disfrazados fuesen al país de los enemigos á observar sus pasos, el número y la calidad de las tropas que se alistaban. Si desempeñaban su comision eran bien premiados.

Finalmente, después de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra y á los númenes protectores del Estado ó ciudad contra quien se hacia la guerra, para merecer su proteccion marchaba el ejército no formado en alas ni ordenado en filas, sino dividido en compañías, y cada una con su capitan y su estandarte. Cuando el ejército era numeroso se contaba por xiquipilli, y cada xiquipilli se componia de ocho mil hombres. Es muy verosímil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un tlaxcaltecal ó por otro general. El lugar en donde comunmente se daba la primera batalla, era un campo destinado para esto en cada provincia y llamado iaotlalli, esto es, tierra ó campo de batalla. Dábase principio á esta con un espantoso rumor (muy usado en la antigua Europa aun entre los romanos) de los instrumentos militares, de los clamores y de silbos tan grandes, que causaba miedo á cualquiera que no estuviera acostumbrado á oirlos, como testifica por propia experiencia el conquistador anónimo. Entre los tezcocanos, y tal vez entre otros pueblos, daba el rey ó el general la señal de la batalla con el sonido de un tamboril que llevaba cargado en los hombros. Su primer ímpetu era furioso; pero no se arrojaban todos de una vez, como publicaron algunos autores, pues acostumbraban, como consta de su historia, tener tropas de reserva para mayor necesidad. A veces comenzaban la batalla con flechas y otras con dardos y con piedras, y cuando habian consumido las flechas, usaban de las picas, las mazas y las espadas. Procuraban con suma diligencia el conservar la union de sus escuadrones, defender el estandarte y retirar los muertos y los heridos de la vista de sus enemigos. Habia en el ejército ciertos hombres que no tenian otro oficio que sustraer de la vista de los enemigos tales objetos, que hubieran podido avivar su valor y hacer mas insolente su orgullo. Usaban con frecuencia las emboscadas, agachándose entre los matorrales ó en agujeros hechos de intento, de que tuvieron mucha experiencia los españoles, y frecuentemente fingian huir para llevar á los enemigos empeñados en perseguirlos, á algun lugar peligroso, ó para cargarlos con nuevas tropas por la espalda. Su mayor esfuerzo en las batallas no era tanto el matar cuanto el hacer prisioneros para los sacrificios; ni se estimaba el valor de un soldado por el número de muertos que dejaba en el campo, sino por el de los prisioneros que después de la batalla presentaba al general, como hemos dicho en otra parte, y esta fué sin duda una de las principales causas de la conservacion de los españoles entre tantos peligros, y principalmente en aquella horrible noche en que salieron derrotados de la capital. Cuando algun enemigo ya vencido se esforzaba á salvarse por la fuga, lo descarretaban para que ya no pudiese escaparse. Cuando veian tomado por los enemigos el estandarte del ejército ó muerto á su general, todos huian, y entonces no habia fuerza humana capaz de contenerlos.

Terminada la batalla, celebraban los vencedores con grandes festejos la victoria y premiaban á los oficiales y soldados que habian hecho algunos prisioneros. Cuando el rey de Méjico cogia personalmente algun enemigo, de todas las provincias del reino le mandaban embajadas para congratularse con él y presentarle algun regalo. Vestian al prisionero de los mejores vestidos, lo adornaban de joyeles, y en una litera lo llevaban

á la corte, de donde salian á encontrarlo los ciudadanos con música y grandes aclamaciones. Llegado el dia del sacrificio, después de haber ayunado el dia antes el rey, como solian hacer los dueños de las víctimas, llevaban al real prisionero adornado de las insignias del sol al altar comun de los sacrificios, en donde era sacrificado por el sumo sacerdote. Este hacia con la sangre de aquel una aspersion hácia los cuatro vientos principales, y mandaba un vaso lleno de la misma sangre al rey, el cual hacia rociar con ella todos los ídolos que estaban dentro del recinto del templo mayor, en accion de gracias por la victoria obtenida contra los enemigos del Estado. Ensartaban la cabeza en un palo altísimo, y después de que se habia secado la piel del cuerpo, la llenaban de algodon y la colgaban en el real palacio para recuerdo de tan glorioso hecho, en lo cual tenia no poca parte la adulacion.

Cuando estaba para sitiarse alguna ciudad, el mayor aprieto de los sitiados era el de poner en seguridad á sus hijos, sus mujeres y los inválidos, por lo que oportunamente los mandaban á otra ciudad, ó tambien á los montes. Así salvaban á aquella débil gente del furor de los enemigos é impedian el mucho consumo de víveres.

Para la defensa de los lugares usaban de varias suertes de fortificaciones, como murallas y baluartes, con sus parapetos, estacadas, fosos y trincheras. De la ciudad de Quauhquechollan sabemos que estuvo fortificada con buenas murallas de piedra y cal, de cerca de veinte piés de alto y doce de grueso.[1]

Los conquistadores que nos describen las fortificaciones de esta ciudad, hacen mencion de algunas otras, entre las cuales fué celebrada la muralla que los tlaxcaltecas tenian fabricada sobre los confines orientales de su república, para defenderse de las invasiones de las tropas mejicanas que habia en los presidios de Iztacmaxtitlan, de Xocotlan y otros lugares. Esta muralla, la cual se extendia de un monte á otro, tenia seis millas de largo, ocho piés de alto, á mas del parapeto, y diez y ocho de grueso. Era hecha de piedra y de argamasa tenaz y fuerte.[2] No habia mas que una salida estrecha de cerca de ocho piés y de cuarenta pasos de largo, y este mismo era el espacio interpuesto entre las dos extremidades de la muralla inclinada una á la otra, y formando, como la de Quauhquechollan, dos semicírculos concéntricos. Lo cual puede entenderse mas fácilmente en la figura que presentamos á los lectores. Hasta ahora se ven algunos restos de la tal muralla.

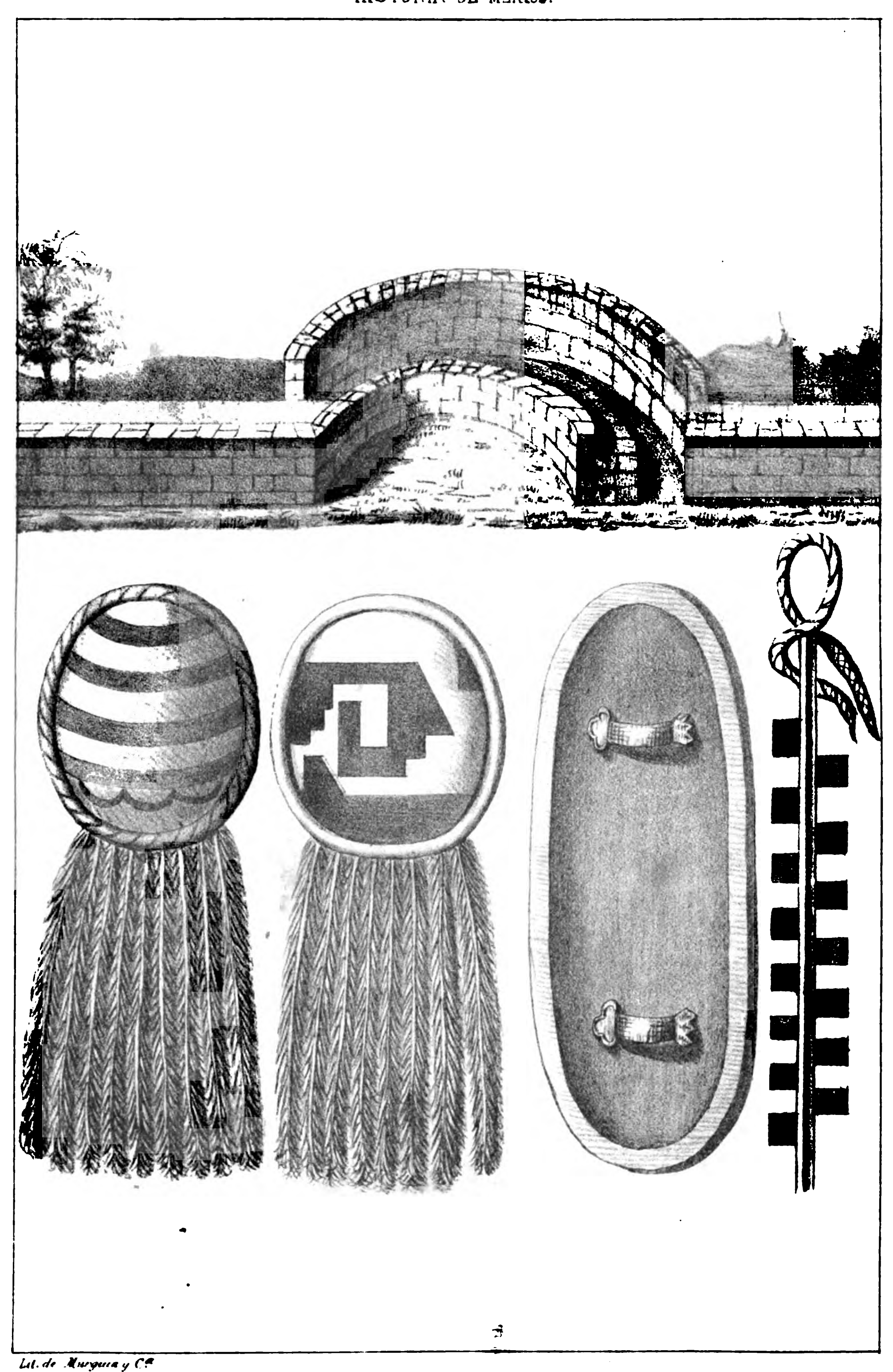
Subsiste hasta el dia una fortaleza antigua fabricada sobre la cima de un monte poco distante del pueblo de Molcaxac, circundada de cuatro murallas, puestas en alguna distancia una de la otra desde el pié del monte hasta la cima. En las inmediaciones se ven muchos pequeños baluartes de piedra y cal, y sobre un collado distante dos millas de aquel monte, se ven los restos de una antigua y populosa ciudad, de la cual no hay memoria entre los historiadores. Cerca de veinticinco millas de Córdoba hácia el Norte, está tambien la antigua fortaleza de Quauhtochco (hoy Huatusco), circundada de unas murallas de piedra durísima, en la cual no se puede entrar sino subiendo por muchas gradas muy altas y estrechas, pues así eran por lo comun las entradas de sus fortalezas. De este antiguo edificio, cubierto ya de matorrales por el descuido de aquellos pueblos, sacó pocos años hace un caballero cordobés algunas estatuas de piedra bien labradas, para adornar con ellas su casa. Junto á la antigua corte de Tezcoco se conservaba una parte de la alta muralla que circundaba á la ciudad de Coatlichan. Querria que mis compatriotas procurasen conservar estos pocos restos de la arquitectura militar de los mejicanos, pues han dejado perecer tantas otras cosas apreciables de su antigüedad.[1]

La corte de Méjico, bastantemente fuerte en aquellos tiempos por su situacion, se habia hecho inexpugnable á sus enemigos por la industria de sus habitantes. No se podia llegar á la ciudad sino por las calzadas fabricadas sobre la laguna, y para hacerlo mas difícil en tiempo de guerra, habian construido muchos baluartes en las mismas calzadas y las habian cortado con algunos fosos profundos, sobre los cuales tenian puentes levadizos, y para defender los fosos hacian buenas trincheras. Estos fosos fueron los sepulcros de tantos españoles y tlaxcaltecas en la terrible noche del 1º de julio de que después hablaremos, y los que tanto retardaron el vencer aquella gran ciudad á un ejército tan numeroso y tan ventajosamente armado cual fué el que Cortés empleó en el asedio; y si no hubiera sido por los bergantines, hubieran tardado mas en tomar la ciudad y les hubiera costado mas sangre. Para defen-

1 En el libro IX haremos la descripcion de las fortificaciones de Quauhquechollan.

2 Bernal Diaz dice que la muralla de los tlaxcaltecas era de piedra y cal, y de un betun tan fuerte, que era necesario usar de picos de fierro para deshacerla. Cortés, por el contrario, afirma que era de piedra seca. Nosotros en esto damos mas fe á Bernal Diaz, porque él protesta haber observado atentamente esta muralla, aunque como idiota, da el nombre de betun á la argamasa que usaban aquellas naciones.

1 Estas escasas noticias de algunos restos de la antigüedad mejicana, tenidas de testigos oculares y dignos de toda fe, nos persuaden haber todavía otras muchas de que no sabemos por el descuido de mis compatriotas. Véase lo que en órden á estas antiguallas decimos en nuestras disertaciones contra el señor de Paw y el doctor Robertson.



Lit. de Murguia y Cª

der por agua la ciudad tenian muchos millares de canoas, y continuamente se ejercitaban en este género de combates.

Pero las mas singulares fortificaciones de Méjico eran los mismos templos, y principalmente el mayor, que parecia una ciudadela. La muralla que circundaba todo el recinto del templo, las cinco armerías que habia allí proveidas de toda suerte de armas ofensivas y defensivas, y la misma arquitectura del templo, que hacia tan difícil la subida, dan á conocer claramente que en tal fábrica no tenia menor interés la política que la religion, y que al construirla no solo miraban á su superticion, sino tambien á su defensa. Nos consta por la historia que se fortificaban en los templos cuando no podian impedir á los enemigos la entrada en la ciudad, y desde allí los molestaban con flechas, dardos y pedradas. En el libro último de esta Historia veremos cuánto tardaron los españoles en tomar el templo mayor, en donde se habian fortificado quinientos nobles mejicanos.

El sumo aprecio en que estaban entre los mejicanos las cosas de la guerra, no los distraia de las artes de la paz. Primeramente la agricultura, que es una de las principales ocupaciones de la vida civil, fué de tiempo inmemorial ejercitada por los mejicanos y de casi todas las naciones de Anáhuac. Los toltecas se emplearon con diligencia en ella, y la enseñaron á los chichimecas cazadores. En órden á los mejicanos, sabemos que en toda aquella larga peregrinacion que hicieron desde su patria Aztlan hasta la laguna en donde fundaron á Méjico, cultivaron la tierra en aquellos lugares en donde se detuvieron algun tiempo, y se sustentaron de sus cosechas. Oprimidos después por los colhuas y los tepanecas y reducidos á la miserable isleta de la laguna, cesaron por algunos años de cultivar la tierra, porque no la tenian, hasta que enseñados por la necesidad y la industria, formaron campos y huertas movibles, y flotantes sobre las mismas aguas de la laguna. El modo que tuvieron entonces de hacerlos y que observan hasta ahora, es muy sencillo. Hacen un tejido de mimbres ó de raíces de algunas plantas palustres ó de otra materia leve, pero capaz por otra parte de sostener unida la tierra de la huerta. Sobre este fundamento ponen céspedes ligeros de aquellos mismos que nadan en la laguna, y sobre todo, el fango que sacan del fondo de ella misma. Su figura regular es cuadrilonga; el largo y ancho son varios; pero por lo comun tienen, segun lo que me parece, cerca de ocho toesas de largo, no mas de tres de ancho, y menos de un pié de elevacion sobre la superficie de la agua. Estos fueron los primeros campos que tuvieron los mejicanos después de la fundacion de Méjico, en los cuales cultivaban el maíz, el chile y otras plantas necesarias para su sustento. Después habiéndose excesivamente multiplicado con la industria de aquel pueblo, hubo allí tambien jardines de flores y yerbas olorosas, que se empleaban para culto de los dioses y delicia de los señores. Al presente se cultivan flores y toda suerte de hortaliza. Todos los dias del año al despuntar la luz se ven llegar por el canal á la gran plaza de aquella capital innumerables canoas cargadas de muchas especies de flores y yerbas cultivadas en aquellas huertas. Todas se dan allí admirablemente, porque el fango de la laguna es fertilísimo, y además no necesita de la agua del cielo. En las huertas mas grandes suele haber algun arbusto, y tambien una choza para acogerse el cultivador y defenderse de la lluvia y del sol. Cuando el amo de alguna huerta, ó como vulgarmente llaman, chinampa, quiere pasarse á otro sitio, ó para alejarse de un vecino pernicioso, ó para acercarse mas á su familia, se mete en su canoa, y por sí solo, si la huerta es pequeña, ó ayudado de otros si es grande, la estira á remolque y la lleva á donde quiere, juntamente con la choza y los arbustos. Aquella parte de la laguna en donde están estas huertas y jardines, es un lugar de recreo sumamente delicioso, en donde reciben los sentidos el mas dulce placer del mundo.

Luego que los mejicanos, sacudido el yugo de los tepanecas, comenzaron con sus conquistas á proporcionarse terrenos laboríos, se aplicaron con suma diligencia á la agricultura. No teniendo ni arado, ni bueyes ni otros animales que ocupar en el cultivo de la tierra, los suplian con su trabajo y con algunos instrumentos muy sencillos. Para zapar y cavar la tierra se valian de la coatl (en el dia coa), que es un instrumento de cobre con el mango de madera, pero diverso de la zapa y del azadon. Para cortar los árboles usaban su sierra igualmente de cobre, la cual era de la misma figura que la nuestra, sino que donde la nuestra tiene su ojo, en donde se mete el mango, aquella, por el contrario, se metia dentro del ojo del mango. Tambien tenian otros instrumentos de agricultura; pero el descuido de los escritores antiguos en este punto nos ha privado de las luces necesarias para emprender su descripcion.

Para regar los campos se valian de las aguas de los rios y de los arroyuelos que descendian de los montes, haciendo presas para contenerlas y canales para conducirlas. En los lugares altos ó en las pendientes de los montes, no sembraban todos los años, sino que las dejaban descansar hasta que hubiese en ellos muchos matorrales, los cuales quemaban, y con sus cenizas separaban las sales que las aguas habian robado. Circundaban sus campos con cerca de piedra ó setos de maguey, que son muy útiles, y en el mes Panquetzaliztli, que comenzaba, como hemos ya dicho, á 3 de diciembre, las reparaban si era necesario.

El modo que entonces tenian y que hasta ahora conservan en algunos lugares de sembrar el

maíz, es este. Hace el sembrador un pequeño agujero en la tierra con un palo, cuya punta está endurecida al fuego, y echa en él uno ó dos granos de maíz que toma de una espuerta que tiene colgada del hombro, y lo cubre con un poco de tierra, valiéndose para esto de uno de sus piés; pasa adelante, y á una cierta distancia, la cual es varia segun la calidad del terreno, abre otro agujero, y así sigue por línea recta hasta el fin del campo, y de allí vuelve formando otra línea paralela á la primera. Las líneas salen tan derechas como si se hubiesen hecho á cordel, y la distancia entre planta y planta tan igual por todas partes, como si se hubiese tomado medida. Esta manera de sembrar, apenas usada el dia de hoy por algunos indios, aunque mas lenta[1] es tambien mas ventajosa, pues se proporciona con mayor exactitud la cantidad de semillas á la fuerza del terreno, á mas de que casi nada se pierde del grano sembrado. En efecto, las cosechas en los campos cultivados de este modo son mucho mas abundantes. Cuando la planta del maíz llega á un cierto tamaño, le cubren el pié con un monton de tierra para que se nutra mejor y pueda resistir mas al impulso de los vientos.

En los trabajos del campo las mujeres ayudaban á los hombres. A estos tocaba zapar y cavar la tierra, sembrar, amontonar la tierra al rededor de las plantas y segar; á las mujeres deshojar las mazorcas y limpiar el grano; el escardar y desgranar eran ocupaciones comunes á unos y á otras.

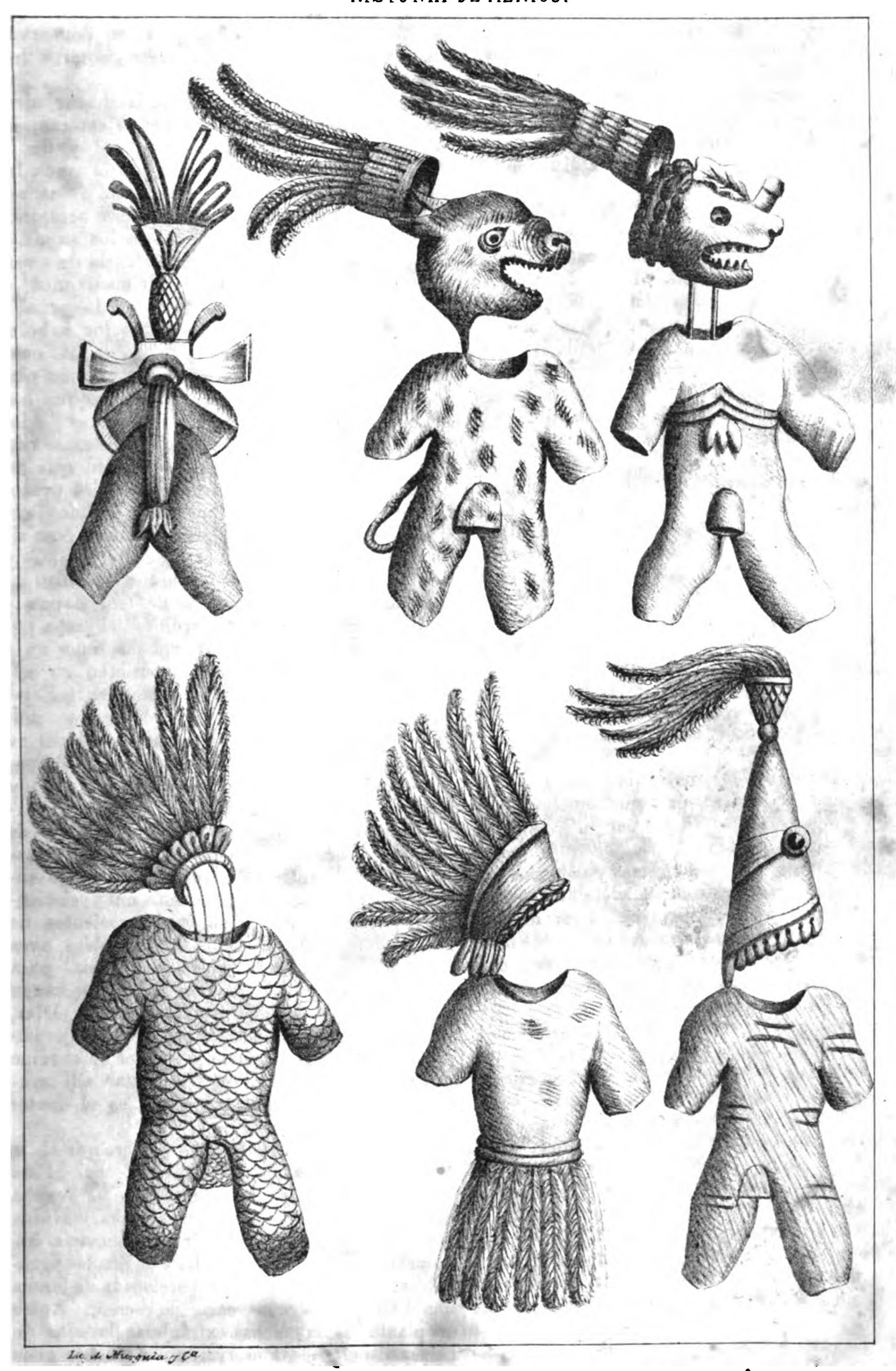
Tenian eras en donde deshojaban y desgranaban las mazorcas, y graneros para guardar las semillas. Estos eran cuadrados y por lo comun de madera. Usaban para ellos del *ojametl*, que es un árbol altísimo de pocas ramas y delgadas, de corteza sutil y lisa, y de una madera flexible, pero difícil de romperse y podrirse. Formaban estos graneros poniendo en cuadro unos sobre otros los palos redondos é iguales de ojametl, sin otro trabajo que el de una pequeña muesca en sus extremidades para ajustarlos y unirlos tan perfectamente que no dejaran paso á la luz. Cuando llegaba á la altura que querian, lo cubrian con una viguería de pino, y sobre ella fabricaban el techo para defender al grano de la lluvia. Estos graneros no tenian otra salida que dos solas ventanas, la una pequeña en la parte inferior, y otra mas grande en la superior. Algunos eran tan grandes que podian contener cinco ó seis mil y tambien mas fanegas de maíz. Hay actualmente semejantes graneros en algunos lugares distantes de la capital, y entre ellos algunos tan antiguos, que parece haberse fabricado desde antes de la conquista, y segun me dijo una persona muy inteligente en la agricultura, se conservan en ellos mas las semillas que en los graneros hechos al uso de Europa.

A la orilla de los sembrados solian hacer ciertas torrecillas de palos y de ramas, ó esteras, en las cuales un hombre defendido del sol y de la lluvia, hacia la guardia y cazaba con la onda las aves que concurrian allí á causar daño á las sementeras. Hasta ahora están en uso semejantes torrecillas aun en los campos de los españoles, con motivo de la mucha abundancia de aves.

Eran tambien los mejicanos inclinadísimos al cultivo de las huertas y jardines, en los cuales estaban plantados con bello órden los árboles frutales, yerbas medicinales y flores, de las cuales hacian grande uso, no menos por el sumo placer que tenian en ellas, como por el uso que habia allí de presentar ramos de flores al rey, á los señores, á los embajadores y á otras personas respetables, á mas de la excesiva cantidad que se empleaba, así en los templos como en los oratorios privados. Entre las huertas y jardines antiguos de que nos queda alguna memoria, han sido muy célebres los jardines reales de Méjico y de Tezcoco, de que hemos hecho mencion en otra parte, y los de los señores de Iztapalapan y de Huaxtepec. Entre los jardines del vasto palacio del señor de Iztapalapan habia uno cuya grandeza, disposicion y belleza pusieron en admiracion á los conquistadores españoles. Estaban en él compartidas en diversos cuadros muchas especies de plantas, que causaban placer no menos á la vista que al olfato, y entre los cuadros muchas calles formadas las unas de árboles frutales, y las otras de enrejados de flores y yerbas aromáticas. Lo regaban algunos canales de la laguna, por uno de los cuales entraban las canoas. En el centro del jardin habia un estanque cuadrado tan grande, que tenia mil y seiscientos pasos de circunferencia, ó cuatrocientos de cada lado, en donde habia innumerables aves acuáticas, y por cada banda tenia gradas para bajar hasta el fondo. Este jardin, de que hacen mencion como testigos oculares Cortés y Diaz, fué plantado, ó al menos aumentado y mejorado por Cuitlahuatzin, hermano y sucesor en el reino de Motezuma II. El hizo trasplantar allí muchos árboles peregrinos, como testifica el doctor Hernandez que los vió.

Mucho mas grande y mas célebre que el de Iztapalapan fué el jardin de Huaxtepec. Este tenia seis millas de circunferencia y se regaba por un hermoso rio que lo atravesaba. Habia plantadas en él y con buen órden y simetría innumerables especies de árboles y de plantas agradables, y fabricadas en proporcionada distancia una de la otra, algunas casas de recreo. Entre las plantas habia muchas extranjeras llevadas de países distantes. Conservaron por muchos años los españoles este jardin, en donde cultivaban toda suerte de yerbas medicinales proporcionadas

1 La lentitud no es tanta cuanta parece, pues los labradores, acostumbrados á un tal ejercicio, lo hacen con una velocidad que sorprende.



Armaduras Mexicanas

á aquel clima, para uso del hospital que fundaron allí, en el cual sirvió muchos años el admirable anacoreta Gregorio Lopez.[1]

No menos cuidado tenian de la conservacion de los bosques para surtimiento de maderas para quemar y fabricar, y de la cacería para recreacion del rey. Ya hemos hablado en otra parte de los bosques del rey Motezuma y de las leyes del rey Nezahualcoyotl concernientes al corte. Seria útil á aquel reino que subsistiesen semejantes leyes ó á lo menos que no hubiese allí tanta libertad en el corte, sin la obligacion de plantar otros tantos árboles, pues muchos anteponiendo su privada utilidad al bien público, cortan sin consideracion alguna los árboles tiernos para agrandar sus campos.[2]

En las plantas mas cultivadas por los mejicanos, las principales, después del maíz, eran las del algodon, el cacao y el metl ó maguey, la chia y el pimiento, por la grande utilidad que les proporcionaba. El maguey daba por sí solo cuanto era necesario á la vida de los pobres. A mas de hacer buenos setos para los sembrados, su tronco se usaba en lugar de viga en los techos de las chozas y sus hojas en vez de tejas. De estas hojas sacaban papel, hilo, aguja, vestido, calzado y cuerdas, y del abundantísimo jugo que da, hacian vino, miel, azúcar y vinagre. Del tronco y de la parte mas gruesa de las hojas cocidas bajo de tierra, sacaban una vianda no desagradable. En ella, finalmente, tenian una poderosa medicina para algunas enfermedades, y principalmente para las de la orina. Aun en el dia es una de las plantas mas apreciables y de las mas útiles á los españoles, como luego veremos.

Por lo que mira á la cria de animales, la cual es una ocupacion accesoria á la de la agricultura, aunque entre los mejicanos no hubiese pastores por faltarles enteramente los rebaños, se criaban sin embargo en sus casas innumerables especies de animales desconocidos en la Europa. Los hombres privados criaban techichi, cuadrúpedos semejantes, como ya hemos dicho, á nuestros cachorros, pavos de Indias, codornices, patos, ánsares y otras especies de aves. En las casas de muchos señores, peces, venados, conejos y muchísimas aves, y en las casas reales casi todas las especies de cuadrúpedos y de animales volátiles de aquellos países, y muchísimas de los acuátiles y reptiles. Puede decirse que en este género de magnificencia excedió Motezuma II á todos los reyes del mundo, y que jamás ha habido nacion que pueda igualar á los mejicanos en el cuidado de tantas especies de animales, como tampoco en el conocimiento de sus inclinaciones, de la comida conveniente á cada una y de todos los medios de su conservacion y propagacion.

Entre los animales criados por los mejicanos, ninguno otro es mas digno de recordarse que el nochiztli ó cochinilla mejicana, descrita por nosotros en el lib. I. Este insecto, tan apreciado en la Europa para el tinte, y principalmente para el de escarlata y el carmesí, siendo por una parte tan delicado y por otra tan perseguido por algunos enemigos, requiere mayor cuidado en los criadores que el que se quiere para los gusanos de seda. La lluvia, el frio y el viento fuerte les daña. Los pájaros, los ratones, los gusanos y otros animales le persiguen fuertemente y lo devoran; por lo que es necesario tener siempre limpias las plantas del nopal en donde se crian estos insectos, cuidarlas continuamente para ahuyentar los pájaros perniciosos, hacerles nidos de heno ó de moho en las hojas del nopal, de cuyo jugo se nutren, y quitarlos de las plantas juntamente con las hojas para ponerlos en las habitaciones. Antes de parir las hembras mudan la piel, y para quitar estos despojos usan de la cola del conejo, manejándola suavemente para no separarlos de las hojas ni hacerles algun mal.

En cada hoja hacen tres nidos y en cada uno ponen hasta quince cochinillas. Cada año hacen tres cosechas, reservando en cada una cierto número para la futura generacion; pero la última cosecha es menos apreciable, pues en ella son mas pequeñas las cochinillas, y vienen mezcladas con la raspadura del nopal. Matan en lo general la cochinilla en la agua caliente. Del modo de secarla depende principalmente la calidad de color que produce. La mejor cochinilla es la que se seca al sol. Algunos la secan en el comalli ó tiesto en donde cuecen su pan de maíz, y otros en el temascalli, ó sea hipocausto de que hablaremos en otra parte.

No hubieran podido los mejicanos recoger tantas especies de animales si no hubiesen sido tan diestros en el ejercicio de la caza. Usaban para esta del arco, las flechas, los dardos, las redes, los

2 Cortés en su carta á Cárlos V de 15 de mayo de 1522, le dice que el jardin de Huaxtepec era el mas grande, el mas bello y el mas deleitoso que jamás se hubiese visto. El Bernal Diaz en el capítulo 142 de su Historia, dice que este jardin era muy maravilloso y digno verdaderamente de un gran príncipe. El doctor Hernandez hace muchas veces mencion de él en su Historia natural, y nombra algunas plantas trasplantadas en él, y en otras el huitziloxitl ó árbol del bálsamo. El mismo Cortés en su carta á Cárlos V de 30 de octubre de 1520, le refiere que habiéndole suplicado al rey Motezuma hiciese en Malinaltepec una villa para aquel emperador, apenas habian pasado dos meses, estaban fabricadas allí cuatro buenas casas, sembradas sesenta fanegas de maíz y diez de frijol, plantados dos mil piés de cacao, y hechó un gran estanque, en donde se criaban quinientos ánsares, como en las casas mil y quinientos pavos de América.

2 Muchos lugares se resienten ya de los efectos de la perniciosa libertad de talar los bosques. La ciudad de Querétaro se proveia antes de las maderas necesarias para sus fábricas, del bosque que habia en el inmediato monte Cimatario. En el dia es necesario llevarlas de lejos, porque aquel monte está ya enteramente desnudo de árboles.

lazos y las cerbatanas. Las que usaban los reyes y señores principales, eran curiosamente esculpidas y pintadas, y aun guarnecidas de oro y de plata. A mas de la caza que hacian los particulares, ó para proveerse de carne ó por mera diversion, solian hacerse cazas generales ó establecidas por costumbre para proporcionarse un gran número de víctimas para los sacrificios, ó extraordinariamente mandadas por el rey. Se escogia para semejante caza un gran bosque, que por lo comun solia ser el de Zacatepec, no muy distante de la capital, y allí el lugar mas á propósito para tender un gran número de lazos ó de redes. Hacian entre algunos miles de cazadores un gran cerco al bosque de seis, ocho ó mas millas, segun el número de animales que querian cazar; pegaban fuego por todas partes al heno y á la yerba, y hacian al mismo tiempo un espantoso ruido de tambores, cornetas, gritos y silbos. Los animales espantados con el ruido y el fuego huian hácia el centro del bosque, que era punpuntualmente el lugar en donde estaban tendidos los lazos. Los cazadores se dirigian hácia el mismo sitio, y continuando siempre el ruido, iban estrechando el cerco, hasta dejar un pequeñísimo espacio á la cacería, y entonces todos se arrojaban contra ella con sus armas. De los animales unos eran muertos y otros cogidos vivos en los lazos ó en las manos de los cazadores. Era tan grande así la multitud como la variedad de los animales que se cazaban, que habiéndolo oido decir el primer virey de Méjico y no pareciéndole creible, quiso hacer por sí mismo la experiencia. Señaló para lugar de la caza un gran llano que hay en el país de los otomíes entre los pueblos de Xilotepec y San Juan del Rio, y mandó que aquellos indios la hiciesen del mismo modo que acostumbraban hacerla en el tiempo de su gentilismo. El mismo virey fué con grande acompañamiento de españoles al referido llano, en donde se le habia preparado alojamiento en casas de madera fabricadas de intento. Once mil otomíes formaron un cerco de mas de quince millas, y habiendo hecho todo lo que hemos dicho, concurrió tanta cacería en el llano, que lleno de admiracion el virey, mandó que se diese libertad á la mayor parte, como en efecto se hizo; con todo, se cazaron tantos animales, que no seria verosímil si no hubiese sido un hecho público y testificado por muchos, y entre otros por un testigo digno de la mayor fe.[1] Se mataron mas de seiscientos entre venados y cabras monteses, mas de cien coyotes y un número sorprendente de liebres, conejos y otros cuadrúpedos. Hasta ahora conserva aquel llano el nombre español que entonces se le puso de el Cazadero.

A mas del modo comun de cazar, tenian otros particulares y proporcionados á la naturaleza de los animales. Para coger los monos chicos, hacian en el bosque un poco de fuego y ponian entre las brasas una cierta especie de piedra llamada por ellos cacalotl (piedra del cuervo ó negra), la cual tiene la propiedad de reventar con grande estrépito cuando está bien encendida. Cubrian el fuego con tierra y esparcian al rededor un poco de maíz. Atraidas del grano, concurrian allí las monas llevando consigo á sus hijos, y mientras tranquilamente estaban comiendo, reventaba la piedra; huian espantadas dejando á sus hijos en el peligro, y los cazadores que estaban acechándolos, los cogian antes de que volviesen las madres á recogerlos.

Era tambien muy curioso el modo que tenian y tienen hasta el dia de cazar los ánsares. Hay, así en las lagunas del valle de Méjico como en otras de aquel reino, una prodigiosa multitud de ánsares, patos y otras aves acuáticas. Dejaban los mejicanos nadar en las aguas donde concurrian estas aves, algunas calabazas huecas, para que acostumbrándose á verlas, se acercasen á ellas sin miedo. Entraba el cazador en la agua ocultando bajo de ella todo el cuerpo y llevando la cabeza enmascarada con una calabaza, se acercaban los ánsares para picarla, y él, cogiéndolos por los piés los ahogaba, y de este modo cogia cuantos queria.

Cogian las culebras vivas, ó lazándolas con suma destreza, ó acercándose á ellas intrépidamente, las cogian por el cuello con una mano y con la otra les cosian la boca. Hasta ahora hacen este género de caza, y todos los dias se ven en las boticas de la capital y de otras ciudades muchas culebras vivas cogidas de este modo.

Pero nada es mas maravilloso que su perspicacia en perseguir las fieras por las huellas. Aunque no parezca estampada ninguna señal de las fieras por estar la tierra cubierta de yerbas ó de hojas secas que caen de los árboles, van detrás de ellas, principalmente si van heridas, observando con mucha destreza ó las gotas de sangre que van dejando en las hojas, ó la yerba cargada ó abatida por sus piés.[1]

Mas que á la caza eran los mejicanos inclinados á la pesca, por la situacion de su capital y la inmediacion á la laguna de Chalco, abundante de peces. En ella se ejercitaron desde que llegaron á aquel país, y la pesca les servia para proporcionarse lo necesario. Los instrumentos mas generalmente usados por ellos eran las redes; pero tambien se servian de los anzuelos, los garfios y las nasas.

Los pescadores no solamente los peces, sino

1 El padre Toribio de Benavente ó Motolinia.

1 Es todavía mas maravilloso lo que se ve en los taraumaros, los opatis y otras naciones mas allá del trópico perseguidas por sus enemigos los apachis, pues por el tocamiento y la observacion de las huellas de sus enemigos, conocen á poco mas ó menos el tiempo en que pasaron por allí. Lo mismo he oido decir que hacen los de Yucatan.

tambien solian coger los cocodrilos de dos modos diferentes. El uno era el de lazarlos por el cuello, el cual era, como testifica el doctor Hernandez, muy comun; pero el referido autor no expone el modo de hacer una accion tan atrevida contra una bestia tan terrible. El otro mode hasta ahora acostumbrado por algunos, es el mismo que usaron antes los egipcios contra los célebres cocodrilos del Nilo. Presentábase el pescador al cocodrilo llevando en la mano un fuerte palo con las dos puntas bien aguzadas, y al abrir aquella bestia la boca para devorarlo, le metia en las fauces el brazo armado, y queriendo cerrar la boca el cocodrilo, quedaba atravesado con las dos puntas del palo. El pescador esperaba hasta que se hubiese debilitado con la pérdida de la sangre, y entonces lo mataba.

La pesca, la caza, la agricultura y las artes, proporcionaban á los mejicanos algunos ramos de comercio. Este fué emprendido por ellos en el país de Anáhuac luego que se establecieron en las isletas de la laguna de Tezcoco. El pescado que cogian y las esteras que tejian del junco que da la misma laguna, lo permutaban por maíz, algodon, piedras, cal y maderas de que necesitaban para su sustento, vestido y edificios. A proporcion del poder que iban adquiriendo con sus armas, se aumentaba y ampliaba su comercio; y así estando al principio limitado á los contornos de su ciudad, se extendió después hasta las mas remotas provincias. Eran infinitos los comerciantes mejicanos que andaban incesantemente llevando de una ciudad á otra alguna mercancía para permutarla con utilidad.

En todos los lugares del imperio mejicano y de todo el vasto país de Anáhuac, habia mercado todos los dias; pero cada cinco habia uno mas grande y general. Los lugares poco distantes entre sí tenian este gran mercado en diversos dias para no perjudicarse los unos á los otros; pero en la capital se celebraba en los dias casa, conejo, caña y pedernal, que en el primer año del siglo era el tercero, el octavo, el décimo-tercio y el décimo-octavo de cada mes.

Para dar, pues, alguna idea de estos mercados, ó mas bien ferias tan celebradas por los historiadores de Méjico, bastará decir lo que era el de la capital. Este hasta el tiempo del rey Axayacatl, se habia hecho en una plaza que estaba delante del palacio real; pero después de la conquista de Tlatelolco, se trasladó á aquel barrio. La plaza de Tlatelolco era, segun lo que dice el conquistador Cortés, dos veces mas grande que la de Salamanca, una de las mas célebres de España;[1] cuadrada, y por todas partes rodeada de portales para comodidad de los comerciantes. Cada mercancía tenia su lugar señalado por los jueces de comercio. En un sitio estaban las cosas de oro y plata y las joyas, en otro las manufacturas de algodon, en otro las obras de pluma, y así de las demás, y á ninguno era lícito mudar el sitio; pero porque en aquella plaza, aunque tan grande, no podian estar todas las mercancías sin embarazar á los negociantes, habia la órden de dejar en las calles y canales inmediatos las mas groseras, como vigas, piedras y cosas semejantes. El número de comerciantes que diariamente concurria, era segun lo que afirma el mismo Cortés, mas de cincuenta mil.[1] Las cosas que allí se vendian ó permutaban eran tantas y tan varias, que los historiadores que las vieron, después de haber hecho una larga y prolija enumeracion, concluyen con decir que es enteramente imposible el referirlas todas. Yo sin apartarme de su relacion trataré de decirlo en pocas palabras para excusar molestia á los lectores. Se llevaban á aquella plaza para venderse ó cambiarse todas las cosas del imperio mejicano ó de los países circunvecinos que podian servir á las necesidades de la vida, á la comodidad, á las delicias, á la vanidad ó á la curiosidad de los hombres;[2] innumerables especies de animales, así vivos como muertos, toda suerte de comestibles que se usaban entre ellos, todos los metales y piedras preciosas que conocian, todas las drogas y simples medicinales; yerbas, gomas, resinas y tierras minerales, como tambien los medicamentos preparados por sus médicos, como bebidas, confecciones, aceites, emplastros, ungüentos, etc., y toda suerte de manufacturas y obras de hilo de maguey, de palma silvestre y de algodon, de plumas, de pelos de animales, de madera, de piedra, de oro, de plata y de cobre. Se vendian tambien esclavos, y aun canoas enteras cargadas de excremento humano para curtir las pieles de los animales. Se vendia, finalmente, en aquella plaza todo aquello que hubiera podido venderse en toda la ciudad, pues no habia otras tiendas, ni cosa alguna se vendia fuera del mercado sino los comestibles. Allí concurrian los olleros y joyeleros de Chalollan, los plateros de Azcapozalco, los pintores de Tezcoco, los canteros de Tenalocan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuitlahuac, los fruteros de los países calientes, los artífices de esteras y asientos de Quauh-

1 En tres ediciones de las cartas de Cortés que yo he visto, se lee que la plaza de Tlatelolco era dos veces mas grande que la ciudad de Salamanca, debiendo decir que la de la ciudad de Salamanca.

1 Aunque Cortés afirma que concurrian diariamente en la plaza de Tlatelolco mas de cincuenta mil almas, parece que debe entenderse del mercado grande de cada cinco dias, pues el conquistador anónimo, que habla mas distintamente, dice que diariamente concurrian de veinte á veinticinco mil, y en los mercados grandes, de cuarenta á cincuenta mil.

2 Cualesquiera que lea la descripcion del mercado hecha por Cortés, Bernal Diaz y el conquistador anónimo, echará de ver que no hay exageracion alguna en lo que digo de la variedad de las mercancías.

titlan y los cultivadores de flores de Xochimilco.

Su comercio se hacia no solo por permuta, como dicen algunos autores, sino tambien por verdadera compra y venta. Tenian cinco especies de verdadera moneda, aunque ninguna acuñada, que les servia de precio para comprar lo que querian. La primera era cierta especie de cacao diferente de aquel que usaban en las bebidas cotidianas, el cual giraba incesantemente por las manos de los negociantes, como entre nosotros el dinero. Contaban el cacao por xiquipilli (este valia, como ya hemos dicho, ocho mil), y para no tener el trabajo de contar cuando la mercancía era de mucho valor, contaban por talegas, estimándose cada una de estas por tres xiquipilli, esto es, de veinticuatro mil almendras. La segunda especie de moneda eran ciertas pequeñas telas de algodon, que llamaban jatolquachtli, casi únicamente destinadas para adquirir las mercancías de que necesitaban. La tercera especie era el oro en grano contenido dentro de plumas de pato, las que por su trasparencia dejaban ver el precioso metal que encerraban, y á proporcion de su hueco, eran de mas ó menos valor. La cuarta, que mas se acercaba á la moneda acuñada, era de ciertas piezas de cobre en figura de T, la cual se empleaba para cosas de poco valor. La quinta, de que hace mencion Cortés en su última carta al emperador Cárlos V, era de ciertas piezas sutiles de estaño.

Se vendian y permutaban las mercancías por número y por medida; pero no sabemos que usasen del peso, ó porque lo creyesen expuesto á fraudes, como dijeron algunos autores, ó porque no les pareciese necesario, como afirmaron otros, ó porque aunque lo usasen no lo supieron los españoles.[1]

Para impedir los fraudes en los contratos y los desórdenes en los negociantes, habia ciertos comisarios que andaban continuamente por el mercado observando cuanto sucedia, y un tribunal de comercio compuesto de doce jueces residentes en una casa de la plaza y encargados de decidir todos los pleitos suscitados entre los negociantes y de conocer en todos los delitos cometidos en ella. De todos los efectos que se introducian en el mercado, se pagaba un tanto de contribucion al rey, el cual por su parte se obligaba á hacer justicia á los comerciantes y á hacer indemnes sus bienes y personas. Rara vez se veia un robo en el mercado, así por la vigilancia de los ministros reales, como por la severidad con que inmediatamente se castigaba. ¿Pero qué admiracion es que el hurto se castigase en donde no se perdonaban menores desórdenes? El laborioso y sincerísimo padre Motolinia, refiere como testigo ocular, que habiendo tenido dos mujeres una contienda en el mercado de Tezcoco y habiendo una de ellas atrevídose á poner las manos en la otra y á hacerle una poca de sangre con admiracion del pueblo, que no estaba acostumbrado á ver semejante exceso en aquel lugar, fué inmediatamente condenada á muerte por el escándalo. Todos los españoles que se hallaron en aquellos mercados los celebraron con singulares elogios, y no encontraron palabras suficientes para explicar la bella disposicion y el órden admirable que habia allí entre tan gran multitud de negociantes y mercancías.

Los mercados de Tezcoco, Tlaxcala, Chollan, Huexotzinco y otros lugares grandes, se hacian del mismo modo que el de Méjico. Del de Tlaxcala afirma Cortés que concurrian á él cada dia mas de treinta mil negociantes.[1] Del de Tepeyacac, que no era de las ciudades mayores, testifica el ya celebrado Motolinia haber sabido que veinticuatro años después de la conquista, cuando ya habia decaido el comercio de aquellos pueblos, no se vendian en el mercado de cinco dias menos de ocho mil gallinas europeas, y que otras tantas se vendian en el mercado de Acapetlayocan.

Cuando los comerciantes querian emprender algun viaje largo, hacian un convite á los comerciantes antiguos que por su edad ya no estaban hábiles para viajar, y á sus parientes, y les exponian su intento y el motivo de querer ir á países tan distantes.

Los convidados alababan su resolucion, los alentaban á seguir las huellas de sus antepasados, principalmente si aquel era el primer viaje que hacian, y les daban algunos consejos para su buen manejo. Por lo comun caminaban muchos juntos para mayor seguridad. Llevaba cada uno en la mano un palo negro y liso, que segun decian ellos, era la imágen de su dios Iacateuctli, con la cual se creian seguros entre los peligros del viaje. Luego que llegaban á alguna posada, unian y ataban juntos todos los palos y les daban culto, y á la noche se sacaban dos ó tres veces sangre en honor de aquel dios. Todo el tiempo que el comerciante estaba ausente de su casa, su mujer y sus hijos no se lavaban la cabeza aunque se bañasen, sino cada ochenta dias, así para demostrar su pesadumbre por la ausencia de él, como para atraerse con semejante mortificacion la proteccion de sus dioses. Cuando al-

1 El Gomara creyó que los mejicanos no usaron del peso porque lo ignoraron; pero no es verosímil que una nacion tan industriosa y tan práctica en el comercio, no supiese el modo de discernir el peso de las cosas, cuando entre otras naciones americanas menos advertidas que los mejicanos, se hallaron, segun lo que afirmael mismo autor, romanas para pesar el oro: ¿cuántas cosas de la antigüedad americana ignoramos por no haberse hecho oportunas y diligentes averiguaciones?

1 Lo que dice Cortés en órden al número de negociantes que concurrian al mercado de Tlaxcala, deberá tal vez entenderse del mercado de cada cinco dias, como hemos dicho del de Méjico.

guno de los comerciantes moria en el viaje, se mandaba en derechura la noticia á los comerciantes mas viejos de su patria, y estos la comunicaban á sus parientes, los cuales inmediatamente hacian una estatua informe de pino que representara al difunto, y ejecutaban sobre ella todas las ceremonias fúnebres que hubieran hecho sobre el mismo cadáver.

Para comodidad de los comerciantes y de otros viajeros habia caminos públicos, los cuales se tenia cuidado de reparar cada año pasada la estacion de la aguas. Tenian tambien en los montes y en los lugares desiertos, casas fabricadas de intento para posada de los mismos viandantes, y en los rios tenian puentes, canoas y otras máquinas para pasarlos. Sus canoas eran cuadrilongas y planas por debajo, sin quilla, ni palos, ni velas, ni otro instrumento para conducirlas que los remos. Su tamaño era vario. Las mas pequeñas apenas podian llevar dos ó tres personas, y las mas grandes mas de treinta. Muchas eran formadas de un solo tronco de árbol ahuecado. El número de las que andaban continuamente por la laguna mejicana, pasaban, segun lo que afirman los historiadores antiguos, de cincuenta mil. A mas de las canoas se valian para pasar los rios de una máquina particular llamada balsa por los españoles de América. Esta era un tablado cuadrado de cerca de cinco piés de grande, compuesto de otatli ó cañas sólidas atadas estrechamente sobre calabazos grandes, duros y huecos. Se sentaban en esta máquina cuatro ó seis pasajeros de una vez, y eran conducidos de un lado á otro del rio por uno, dos ó cuatro nadadores, los cuales tomando con una mano un ángulo de la máquina, nadaban con la otra. Todavía está en uso semejante máquina en algunos rios distantes de la capital, y yo pasé en ella un rio crecido de la Mixteca el año 1739. Es segura en donde la corriente de la agua es igual y tranquila; pero peligrosa en los rios rápidos é impetuosos.

Sus puentes eran de piedra ó de madera; pero aquellos, segun parece, eran muy pocos. El mas singular era aquel al que dieron los españoles de aquellos países el nombre de hamaca. Esta era un tejido de ciertas sogas ó lazos naturales de un árbol, mas flexibles que los mimbres, pero tambien mas gruesos y mas fuertes, llamados en América bejucos, cuyas extremidades ataban á los árboles de uno y otro lado del rio, quedando el tejido ó red suspenso en el aire á manera de columpio.[1] Hasta ahora se ven en algunos rios semejantes puentes. Los españoles no se atreven á pasar por ellos; pero los indios pasan con tanta confianza é intrepidez como si caminasen por un puente de piedra, no haciendo caso de las undulaciones de la hamaca ni de la profundidad del rio. Pero por otra parte, puede decirse que siendo los antiguos mejicanos buenos nadadores, no tenian necesidad de puentes sino cuando por la rapidez de la agua ó por el peso de la carga que llevaban no podian pasar á nado.

Nada nos dicen los historiadores de Méjico del comercio marítimo de los mejicanos. Es de creerse no haya sido de consideracion, y que sus canoas, que se veian costear por uno y otro mar, hayan sido por lo general de pescadores. En donde se hacia mayor tráfico por agua era en la laguna mejicana. Toda la piedra y madera para los edificios y para el fuego, el pescado, la mayor parte del maiz, de las legumbres, de las frutas, de las flores, etc., se llevaba por agua. El comercio de la capital con Tezcoco, Xochimilco, Chalco, Cuitlahuac y las otras ciudades situadas sobre la laguna, se hacia por agua, y por esto habia aquella sorprendente multitud de canoas de que ya hemos hecho mencion.

Lo que no se trasportaba por agua se llevaba á hombros, y por esto habia infinitos hombres de carga, llamados tlamama ó tlameme. Acostumbrábanse desde niños á este ejercicio en que debian ocuparse toda su vida. La carga regular era de cerca de sesenta libras, y el camino que hacian cada dia era de quince millas; pero tambien hacian viajes de doscientas y de trescientas millas, caminando muchas veces por balsas y montes fragosos. Estaban sujetos á tan intolerable fatiga por la falta de bestias de carga, y aun en el dia, con todo que abundan tanto semejantes bestias en aquellos países, se ve frecuentemente á los mejicanos hacer largos viajes con una buena carga á los hombros. Trasportaban el algodon, el maiz y otros efectos en los petlacalli, que eran cajas hechas de cierta especie de cañas y cubiertas de cuero, las cuales siendo ligeras, defendian lo bastante la mercancía de las injurias del sol y de la agua. Son tambien todos los dias muy usadas para los viajes de los españoles, los cuales les llaman corruptamente petacas.

No era embarazo para el comercio de los mejicanos la multitud y variedad de las lenguas que se hablaban en aquellos países, porque la mejicana, que era la dominante, se entendia y se hablaba por todas partes. Esta era la lengua propia y natural de los acolhuas y de los astecas,[1] y

1 Algunos puentes tienen las sogas tan tirantes, que no undulean, y todos tienen su arrimo hecho de las mismas sogas.

1 El caballero Boturini dice que la excelencia de la lengua que llamamos mejicana, fué causa de que la adoptasen los chichimecas, los mejicanos, y los teochichimecas, dejando su lenguaje nativo; pero á mas de que esta opinion es enteramente opuesta á la de todos los escritores y de los mismos indios, no se encuentra en la historia ningun vestigio de semejante cambio. ¿En dónde se ha visto jamás una nacion dejar su nativo idioma por adoptar otro mejor, y especialmente una nacion tan tenazmente apegada como la mejicana y todas las demás de aquellos países á su primitivo lenguaje?

segun lo que hemos discurrido en otra parte, tambien la de los *chichimecas* y *toltecas*.

La lenga mejicana, de que queremos dar alguna idea á los lectores, carece enteramente de las consonantes B, D, F, G, R y S, y abunda de L, X, T, Z, Tl y de Tz; pero siendo la l tan familiar á esta lengua, no hay palabra alguna que comience por tal consonante. Ni menos hay palabras de terminacion aguda, si no es la de algunos vocativos. Casi todas las palabras tienen la penúltima sílaba larga. Sus aspiraciones son moderadas y suaves, ni jamás se necesita servirse de la nariz para la pronunciacion.

Sin embargo de la falta de aquellas seis consonantes, es una lengua abundantísima y sumamente expresiva, por lo que ha sido apreciada y elogiada de todos aquellos europeos que la han aprendido, hasta ser estimada por muchos superior á la latina y aun á la griega;[1] pero yo, aunque conozco las singulares ventajas de la lengua mejicana, no me atreveré jamás á compararla con la griega.

De la abundancia de esta lengua tenemos una buena prueba en la Historia natural del doctor Hernandez, pues describiéndose en ella mil doscientas plantas del país de Anáhuac, mas de doscientas especies de aves y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de insectos y de minerales, apenas se encontrará alguna cosa que no tenga su nombre propio; ¿pero qué maravilla es que abunde de voces significativas de objetos materiales, cuando casi ninguna le falta de aquellas que se necesitan para explicar las cosas espirituales? Los mas altos de nuestra religion se hallan bien explicados en mejicano, sin que jamás haya sido necesario servirse de voces extranjeras. El padre Acosta se admira que habiendo tenido los mejicanos noticia de un ente supremo, criador del cielo y de la tierra, no hubiesen tenido igualmente en su lengua voz para significarlo aquivalente al Dios de los españoles, al Deus de los latinos, al *Theos* de los griegos, al *El* de los hebreos y al Alá de los árabes, por lo que los predicadores se han visto precisados á servirse del nombre español. Pero si este autor hubiese tenido algun conocimiento de la lengua mejicana, hubiera sabido que lo mismo vale el Teotl de los mejicanos que el Theos de los griegos, y que no hubo otra causa para introducir la voz española *Dios*, que la demasiada escrupulosidad de los primeros predicadores, los cuales, así como quemaron las pinturas históricas de los mejicanos porque las tuvieron por sospechosas de alguna supersticion (de lo que se queja justamente el mismo Acosta), del mismo modo rechazaron tambien el nombre mejicano Teotl, porque se habia usado para significar los falsos dioses que adoraban.

¿Pero no hubiera sido mejor seguir las huellas de san Pablo, el cual hallando en la Grecia usado el nombre Theos para significar ciertos depravados númenes mas abominables que los de los mejicanos, no obligó á los griegos á adoptar el *El* ó el Adonay de los hebreos, sino que se sirvió del mismo nombre griego, haciendo que de allí en adelante se usase para significar un Ser Supremo, eterno é infinitamente perfecto? En efecto, muchos hombres sabios que han escrito después en mejicano, se han servido sin escrúpulo del nombre *Teotl*, así como todos se valen del Ipalnemoani, del Tloque, Nahuaque y de otros nombres significativos del Ser Supremo que daban los mejicanos á su Dios invisible. En una de nuestras disertaciones daremos una lista de los autores que han escrito en mejicano de la religion y de la moral cristiana, otra de los nombres numerales de aquella lengua, y otra de las voces significativas de cosas metafísicas y morales, para confundir la ignorancia y la insolencia del averiguador,[1] el cual tuvo el atrevimiento de publicar que los mejicanos no tenian voces para contar arriba de tres, ni para explicar las ideas metafísicas y morales, y que por la dureza de la lengua mejicana no habia habido jamás español alguno que supiese pronunciarla. Daremos por lo tanto las voces numerales de la misma lengua, con las cuales podian contar los mejicanos hasta cuarenta y ocho millones á lo menos, y haremos ver cuán comun ha sido entre los españoles esta lengua y cuán bien la han sabido los que han escrito en ella.

Faltan tambien á la lengua mejicana, como á la hebrea y á la francesa, los nombres superlativos, y como á la hebrea y á la mayor parte de las lenguas vivas de la Europa, los nombres comparativos, y se suplen con ciertas partículas equivalentes á aquellas que se usan en tales lenguas. Abunda mas que la toscana de diminutivos y aumentativos, y mas que la inglesa y que cualquiera otra lengua conocida por nosotros, de nombres verbales y abstractos, pues casi no hay verbo del cual no se formen muchos diferentes verbales, y apenas hay nombre ó sustantivo ó adjetivo de que no se formen abstractos. No es menor la abundancia de verbos que la de nombres, pues de cada verbo nacen algunos otros de diferente significacion. *Chihua* es hacer; chichihua, hacer con diligencia ó frecuentemente; chihuilia, hacer á otro; chihualtia, mandar hacer; chihuatiuh, ir á hacer; chihuaco, venir á hacer; chiuhtiuh, andar haciendo, etc. Podriamos decir mucho sobre esta materia, si nos fuese permitido el traspasar los límites de la historia.

El modo de hablar el mejicano es vario, segun la condicion de las personas con quienes se habla ó de quienes se habla, añadiendo á los nombres, á los verbos, á las proposiciones y á los ad-

1 Entre los panegiristas de la lengua mejicana, ha habido algunos franceses y flamencos, y muchos tudescos, italianos y españoles.

1 El autor de la obra titulada: Averiguaciones filosóficas sobre los americanos.

verbios, ciertas partículas que denotan respeto. Tatli quiere decir padre; amota, vuestro padre; amotatzin, vuestro señor padre. Tleco es subir; pues si yo mando á un criado mio que suba á algun lugar, le digo solamente *xitleco;* pero si se lo suplico á alguna persona respetable, le diré ximotlecahuy, y si quiero manifestarle mayor sumision y respeto, maximotlecahuitzino. Esta variedad que hace tan cortesana la lengua, no por este la hace difícil de hablarla, porque está sujeta á reglas fijas y fáciles; ni hay lengua que yo sepa mas metódica y regular.

Tienen los mejicanos, así como los griegos y otras naciones, la ventaja de componer una palabra de dos, tres ó cuatro simples; pero lo hacen con mayor economía que los griegos, pues cuando estos usan en la composicion casi enteras las voces, los mejicanos las truncan quitando sílabas, ó á lo menos algunas letras. Tlazotli significa apreciado, amado; mahuitztic, honrado ó reverenciado; teopixqui, sacerdote, voz tambien compuesta de *teotl*, dios, y del verbo pïa, que es tener, guardar ó custodiar. Tatli es padre, como hemos dicho. Pues para unir estas cinco palabras en una, quitan ocho consonantes y cuatro vocales, y dicen, por ejemplo, notlaxomahuizteopixcatatzin, esto es: mi apreciado señor padre y reverenciado sacerdote, anteponiendo el no, que corresponde al pronombre *mio*, y añadiendo el *tzin*, que es partícula reverencial. Tal palabra es familiarísima á los indios al hablar á los sacerdotes, y principalmente al confesarse, la cual, aunque tan grande, no es de las mas largas, pues hay algunas, las cuales por causa de las muchas voces de que se componen, tienen hasta quince ó diez y seis sílabas.

De tales composiciones se valen para dar en una palabra la definicion ó descripcion de cualquiera cosa. Lo cual puede conocerse en los nombres de los animales y plantas que se hallan en la Historia natural del Hernandez y en los de los lugares que se leen á cada paso en nuestra Historia. Casi todos los nombres impuestos por ellos á los lugares del imperio mejicano, son compuestos y explican la situacion, ó la cualidad ó alguna accion memorable acaecida en ellos. Hay en ella muchas locuciones tan expresivas, que son otras tantas hipotiposis de las cosas, y particularmente en materia de amor. Finalmente, todos los que han aprendido esta lengua y ven su abundancia, su regularidad ó sus hermosísimas expresiones, son de parecer que tal lenguaje no pudo haber sido el de un pueblo bárbaro.

En una nacion que poseia un lenguaje tan hermoso, no podian faltar oradores y poetas. En efecto, estas dos artes fueron muy ejercitadas por los mejicanos, aunque estuviesen muy distantes de conocer todas sus perfecciones. Aquellos que destinaban para oradores, eran niños instruidos en hablar bien, y aprendian de memoria las mas famosas arengas de sus mayores trasmitidas de padres á hijos. Su elocuencia se empleaba principalmente en las embajadas, en los consejos y en las arengas gratulatorias que se hacian á los nuevos reyes. Aunque sus mas célebres arengadores no puedan compararse con los oradores de las naciones cultas de la Europa, no puede negarse que sus razonamientos eran graves, sólidos y elegantes, como se reconoce por los restos que nos han quedado de su elocuencia. Aun en el dia, cuando se hallan reducidos á tanta humillacion y desproveidos de la educacion antigua, hacen en sus juntas razonamientos tan justos y tan bien entendidos, que causan admiracion á los que los oyen.

El número de sus arengadores fué menor que el de sus poetas. En sus versos cuidaban del metro y de la cadencia. En los restos que nos quedan desu poesía, hay algunos versos en los cuales entre las palabras significativas, se ven entremetidas ciertas interjecciones ó sílabas que carecen de toda significacion, y solamente usadas, por lo que aparece, para ajustarse al metro; pero eso tal vez era un abuso de sus poetastros. El lenguaje de su poesía era puro, ameno, brillante, figurado y adornado de frecuentes comparaciones, tomadas de las cosas mas agradables de la naturaleza, como flores, árboles, arroyuelos, etc. En la poesía era en donde mas usaban de la composicion de las voces, las cuales llegaban á ser frecuentemente tan largas, que una sola hacia un verso de los mayores.

El asunto de sus composiciones poéticas era vario. Componian himnos en alabanza de sus dioses y para alcanzar de ellos los bienes que necesitaban, los cuales cantaban en los templos y en sus bailes sagrados. Otras eran poemas históricos, que contenian los acontecimientos de la nacion y las acciones gloriosas de sus héroes, los cuales cantaban en los bailes profanos. Otras eran odas, que contenian alguna moralidad ó instruccion útil á la vida. Otras, finalmente, eran poesías amatorias ó sobre algun otro asunto agradable, como la caza, las cuales cantaban en los festejos públicos del mes sétimo. Los compositores eran por lo comun los sacerdotes, los cuales las enseñaban á los niños, para que cuando llegasen á mayor edad las cantaran. En otra parte hemos hecho mencion de las composiciones poéticas del célebre rey Nezahualcoyotl. El aprecio que para con este rey tenia la poesía, movió á sus súbditos á cultivarla y multiplicó los poetas en su corte. De uno de estos se cuenta en los anales de aquel reino, que habiendo estado condenado á muerte por no sé qué delito, hizo en la cárcel una composicion, en la cual se despedia del mundo, tan tierna y tan patética, que los músicos de palacio, que eran sus amigos, le aconsejaron que la cantara al rey; la oyó este y se enterneció en tal grado, que concedió la vida al reo. Acontecimiento raro en la historia de Acolhuacan, en la cual no se leen sino ejemplos

de la mayor severidad. Quisiéramos tener aquí algunos fragmentos de los que hemos visto de la poesía de aquellas naciones, para poder satisfacer mas á la curiosidad de los lectores.[1] No solamente la poesía lírica tenia aprecio entre los mejicanos, sino tambien la dramática. Su teatro, en el cual se representaban semejantes composiciones, era un terraplen cuadrado al descubierto, situado en la plaza del mercado ó en el atrio inferior de algun templo, y competentemente alto para que los actores fuesen vistos y oidos por todos. El que habia en la plaza de Tlatelolco, era de piedra y cal, segun lo afirma Cortés, de trece piés de alto y de treinta pasos de largo por cada lado.

El caballero Boturini dice que las comedias mejicanas eran excelentes, y entre las antigüedades que él tenia en su curioso museo, habia dos composiciones dramáticas sobre las célebres apariciones de la Madre de Dios al neófito mejicano Juan Diego, en las que se advertia una singular delicadeza y dulzura en las expresiones. Yo no he visto ni una composicion de esta naturaleza, y aunque no dudo de la delicadeza del lenguaje usado en ellas, jamás podré creer que sus comedias fuesen formadas segun las reglas del drama, ni dignas de los magníficos elogios de aquel caballero. Mucho mas digna de fe y mas conforme al carácter de aquellas naciones es la descripcion que de su teatro y representaciones nos dejó el padre Acosta cuando recuerda aquellas que se hacian en Chollollan en la gran fiesta del dios Quetzalcoatl. "Habia, dice, en el atrio del templo de este dios, un pequeño teatro de treinta piés en cuadro curiosamente encalado, el cual enramaban y aderezaban con toda la policía posible, cercándolo todo de arcos hechos de diversidad de flores y plumería, colgando á trechos muchos pájaros, conejos y otras cosas apreciables,[2] donde después de haber comido se juntaba toda la gente. Salian los representantes y hacian entremeses, haciéndose sordos, arromadizados, cojos, ciegos y mancos, viniendo á pedir sanidad al ídolo, los sordos respondiendo adefecios y los arromadizados tosiendo; los cojos cojeando decian sus miserias y quejas, con que hacian reir grandemente al pueblo. Otros salian en nombre de las sabandijas, unos vestidos como escarabajos y otros como sapos, y otros como lagartijas, etc.; y encontrándose allí, referian sus oficios, y volviendo cada uno por sí, tocaban algunas flautillas de que gustaban sumamente los oyentes, porque eran muy ingeniosas: fingian asimismo muchas mariposas y pájaros de muy diversos colores, sacando vestidos á los muchachos del templo en aquestas formas, los cuales subiéndose en una arboleda que allí plantaban, los sacerdotes del templo les tiraban con cerbatanas, donde habia en defensa de los unos y ofensa de los otros, graciosos dichos con que entretenian los circunstantes; lo cual concluido, hacian un mitote ó baile con todos estos personajes y se concluia la fiesta; y esto acostumbraban hacer en las mas principales fiestas."[1] Esta descripcion del padre Acosta nos hace recordar las primeras escenas de los griegos, y no dudamos que si el imperio mejicano hubiese durado un siglo mas, su teatro hubiera sido reducido á mejor forma, así como el de los griegos se fué mejorando poco á poco.

Los primeros religiosos que anunciaron el Evangelio á aquellas gentes, viéndolas tan inclinadas al canto y á la poesía y advirtiendo que en sus composiciones usadas antes en el gentilismo habia supersticion, compusieron en mejicano muchos cánticos en alabanza del verdadero Dios. El laborioso franciscano Bernardino Sahagun compuso en puro y elegante mejicano é imprimió en Méjico trescientos sesenta y cinco cánticos, uno por cada dia del año, llenos de los mas devotos y tiernos sentimientos de religion,[2] y aun por los mismos indios fueron compuestos muchos en elogio del verdadero Dios. El caballero Boturini hace mencion de las composiciones de don Francisco Plácido, gobernador de Azcapozalco, en alabanza de la bienaventurada Madre de Dios, y cantadas por él en los bailes sagrados que con otros nobles mejicanos hacia delante de la famosa imágen de la Vírgen de Guadalupe. Aquellos celosos franciscanos tambien hicieron en mejicano algunas composiciones dramáticas de los misterios de la religion cristiana. Entre otras fué celebrada la del juicio universal, que compuso el infatigable misionero Andrés de Olmos é hizo representar en la iglesia de Tlatelolco, asistiendo á ella el primer virey y el primer arzobispo de Méjico con un gran concurso de la nobleza y del pueblo mejicano.

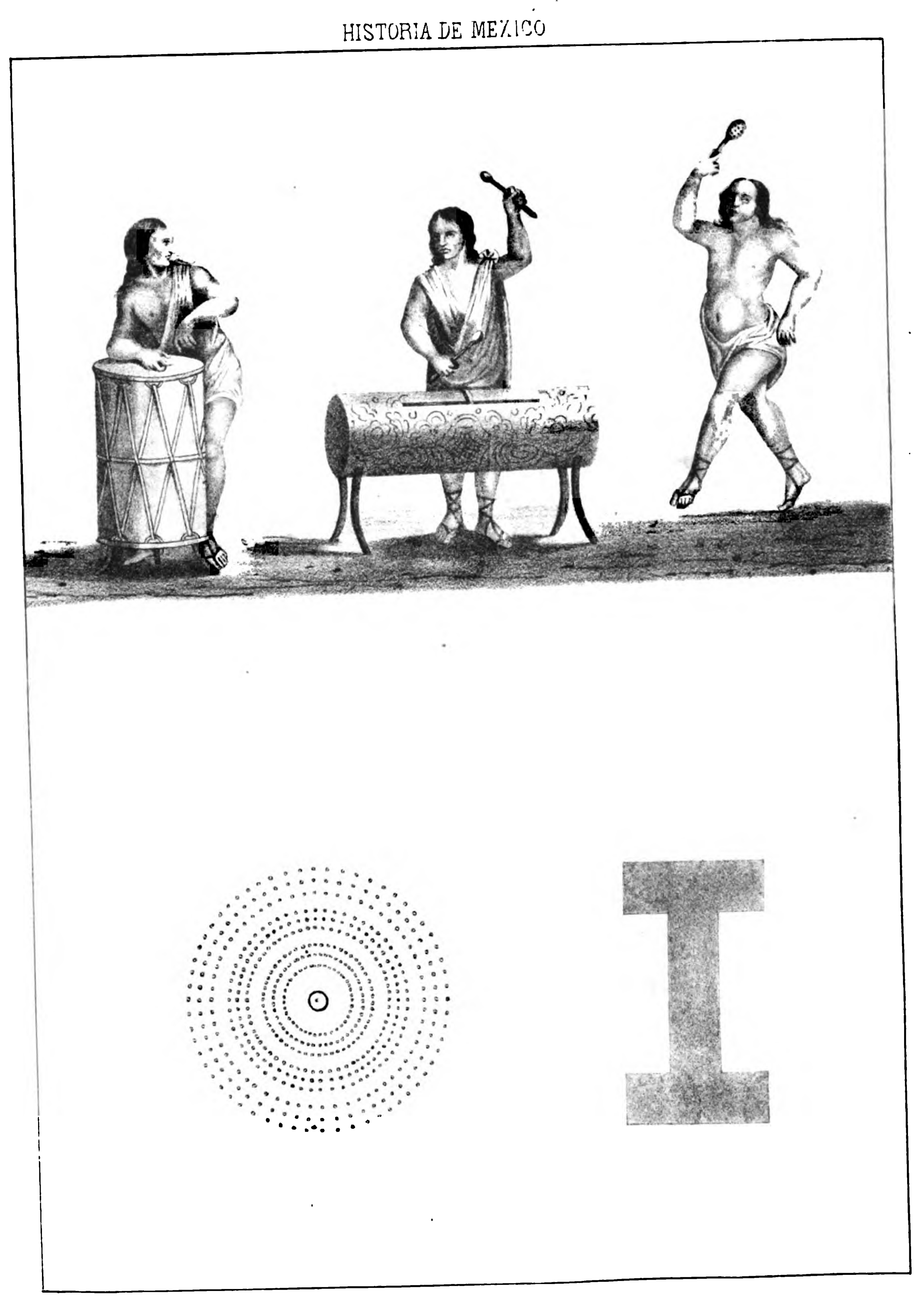
La música era mucho mas imperfecta que su poesía. No tenian ningun instrumento de cuerdas. Toda su música se reducia al huehuetl, al teponaztli, á las cornetas, á los caracoles marinos y á ciertos pitos de un sonido agudo. El

1 El padre Horacio Carochi, docto jesuita milanés, publicó algunos elegantes versos de los antiguos mejicanos en su excelente gramática de la lengua mejicana, impresa en Méjico hácia la mitad del siglo pasado.

2 Usan hasta ahora los indios tales arcos y enramadas adornadas de muchas especies de flores, de frutas y de animales. Las que yo vi para la procesion del Corpus en el pueblo de Xamiltepec, capital de la provincia de Xicayan, han sido de las cosas mas bellas y curiosas que jamás he visto.

1 Acosta, Historia natural y moral de las Indias, lib 5.°, cap. 30.

2 La obra del Sahagun fué impresa, segun me parece, el año de 1540. El doctor Eguiara se lamenta en su Biblioteca Mejicana de no haber podido encontrar ni un ejemplar de ella. Yo vi uno en la librería del colegio de San Francisco Javier de los jesuitas de Puebla.



huehuetl ó tambor mejicano era un cilindro de madera de mas de tres piés de alto, por fuera curiosamente esculpido y pintado, cubierto por arriba de un pellejo de venado bien adovado y extendido, el cual estiraban ó aflojaban para hacer mas agudo ó mas grave el sonido. Se tocaba solamente con los dedos, y exigia una gran destreza en el tocador. El teponaztli, el cual aun en el dia lo usan los indios, es tambien cilíndrico y hueco; pero todo de madera y sin ningun pellejo, ni tiene otra abertura que en el medio dos hendiduras larguitas y paralelas y poco distantes entre sí. Se suena dando en aquel intervalo que hay entre las dos hendiduras, con dos palitos semejantes á los de nuestros tambores, pero cubiertos por lo comun, con su extremidad de hule ó resina elástica para hacer mas suave el sonido. El tamaño de este instrumento es vario; los hay pequeños, que se llevan colgados al cuello, medianos y grandes que tienen mas de cinco piés de largo. El sonido que hace es melancólico, y el de los mas grandes es tan fuerte, que se oye aun en la distancia de dos millas y mas. Al son de tales instrumentos, cuya figura presentamos aquí á los lectores, entonaban los mejicanos sus canciones. Su canto era duro y enfadoso á los oidos de los europeos; pero ellos recibian tanto placer, que solian en sus fiestas pasar todo el dia cantando. Este fué finalmente el arte en que menos progresaron los mejicanos.

Mas sin embargo de que fuese tan imperfecta su música, eran hermosísimos sus bailes, en los cuales se ejercitaban desde niños, bajo la direccion de los sacerdotes. Eran ellos de varias suertes y se llamaban con algunos nombres que significaban ó la calidad del baile ó las circunstancias de la fiesta en que se hacia. Danzaban á veces en círculo y á veces en filas. En algunos bailes danzaban solamente los hombres, y en otros tambien las mujeres. Los nobles se vestian para el baile de los hábitos mas magníficos, se adornaban de brazaletes, de aretes y de algunos pendientes de oro, de joyas y de hermosas plumas, y llevaban en una mano un escudo cubierto de las plumas mas hermosas, ó un abanico igualmente de estas, y en la otra un ajacaxtli, que es un cierto vaso pequeño de que hablaremos después, semejante á una calabacilla, redondo ú ovalado, con muchos pequeños agujeros, que contienen un buen número de piedrecillas, los cuales sacudian, acompañando con este sonido, que no es desagradable, al de los instrumentos. Los plebeyos se disfrazaban en varias figuras de animales con hábitos hechos de papel y plumas, ó de pieles.

El baile pequeño que se hacia en los palacios para diversion de los señores, ó en los templos por devocion particular, ó en las casas cuando se celebraban las bodas ó habia algun otro semejante festejo doméstico, se componia de pocos danzantes, los cuales formando por lo comun dos líneas derechas y paralelas, bailaban ó con la cara vuelta hácia una de las extremidades de su línea, ó mirando cada uno á su compañero en la otra, ó encruciјándose los de una línea con los de la otra, ó separándose uno de cada línea, bailaban solos en el espacio interpuesto entre las dos, cesando entre tanto los otros.

El baile grande, que se hacia en la gran plaza ó en el atrio del templo mayor, era diverso del pequeño en el órden, la figura y el número de los bailadores. Este era tan grande, que solian danzar á un tiempo algunos centenares de personas. Ocupaba la música el centro del atrio ó de la plaza; inmediato á ella bailaban los señores formando dos, tres ó mas círculos, segun el número que concurria á él. Poco distante de ellos se formaban otros círculos de bailadores menos respetables, y después de otro pequeño intervalo, otros círculos mas grandes compuestos de jóvenes. Todos estos círculos tenian por centro al huehuetl y al teponaztli. En el diseño que damos del órden y la disposicion de este baile, se representa á manera de una rueda, en la cual los puntos denotan los danzadores, y los círculos señalan la figura que describian ellos en su baile. Los rayos de la rueda son tantos cuantos son los que bailan en el círculo menor inmediato á la música. Todos describian en el baile un círculo, y ninguno salia de su rayo ó línea. Aquellos que bailaban junto á la música, se movian con lentitud y gravedad, pues era menor el giro que debian hacer, y por esto era el lugar de los señores y de los nobles mas provectos en edad; pero aquellos que ocupaban el sitio mas distante de la música, se movian velocísimamente para no perder la derechura de la línea ni faltar á la proporcion con los señores.

El baile era casi siempre acompañado del canto; pero así este como todos los movimientos de los bailadores, se ajustaban al compás de los instrumentos. En el canto entonaban dos un verso y lo respondian todos. Por lo comun comenzaba la música en tono grave y los cantores en voz baja. Cuanto mas se continuaba el baile, tanto mas se avivaba la música en tono mas alegre, alzaban mas la voz, eran mas veloces sus movimientos y mas alegre tambien el asunto de su canto. En el intervalo que quedaba entre las líneas de los danzadores, bailaban algunos bufones remedando á otras naciones en el vestido ó disfrazados en fieras y otros animales, procurando hacer reir al pueblo con sus bufonadas. Cuando una compañía de danzadores se cansaba, entraba otra, y así solia continuarse un baile seis y tambien ocho horas.

Esta era la forma de la danza ordinaria; pero habia otras muy diversas, en las cuales representaban ó algun misterio de su religion, ó algun acontecimiento de su historia, ó la guerra, ó la caza, ó la agricultura.

Bailaban no solamente los señores y los sacerdotes, las doncellas de los colegios, sino tambien los reyes en el templo por ceremonia de su religion, ó por recreo en sus palacios, los cuales aun en semejante ejercicio tenian un lugar distinto por respeto á su carácter.

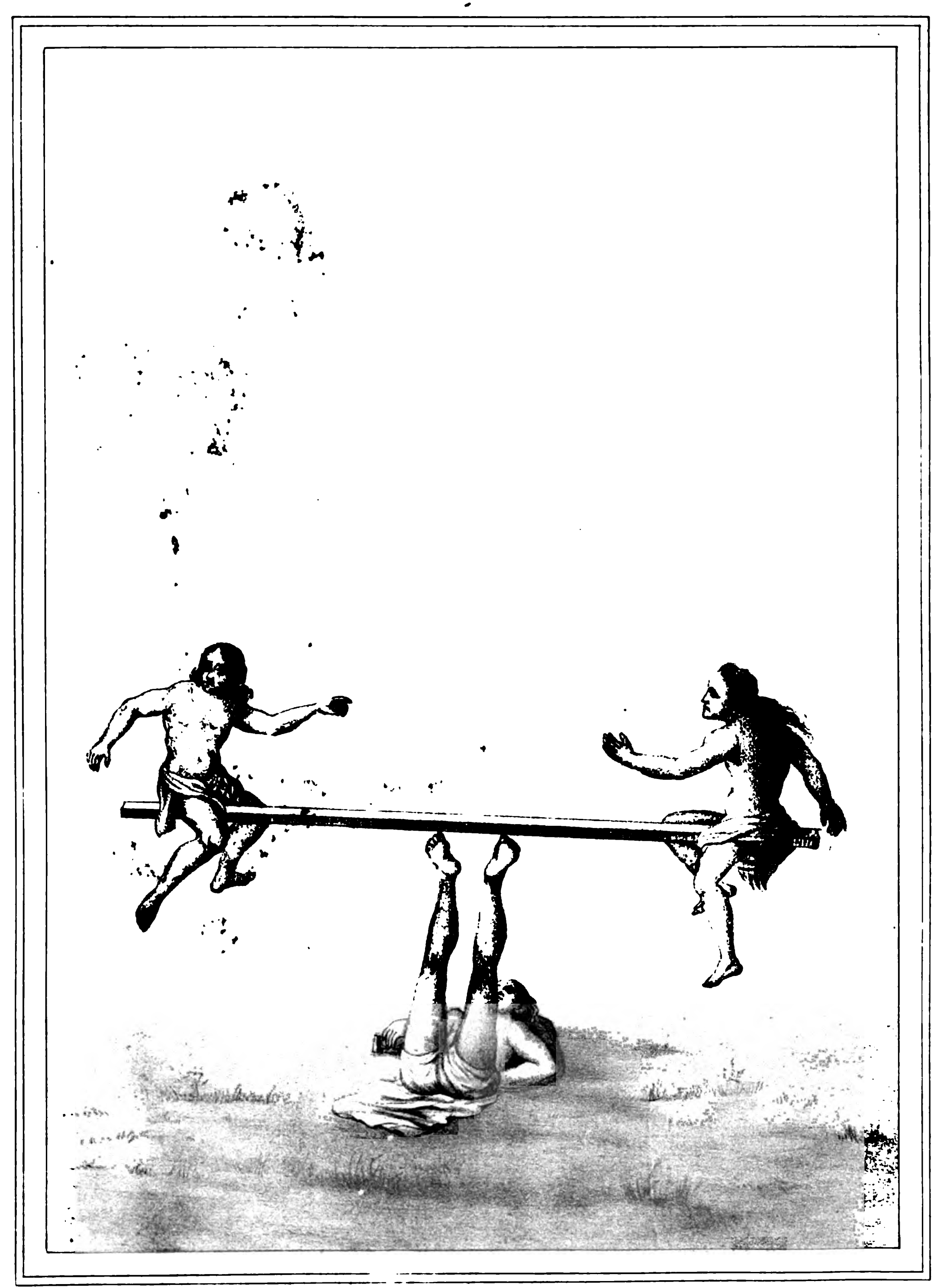
Entre otros bailes habia uno muy curioso, que hasta ahora se usa entre los de Yucatan. Plantaban en la tierra un palo de quince ó veinte piés de alto, de cuya punta suspendian veinte ó mas cordeles, segun el número de los danzantes, largos y todos de diverso color. Tomaba cada uno su cordel por la extremidad, y comenzaban á bailar al son de los instrumentos músicos, encrucijándose con suma destreza, hasta formar al rededor del palo una hermosa trenza de los cordeles, en la cual se distinguian repartidos en cuadritos y con bello órden los colores. Después que por causa de la trenza se acortaban tanto los cordeles que apenas podian tenerlos con la mano levantada, iban deshaciendo la trenza con nuevos encrucijamientos. Se usa igualmente entre los indios de Méjico una danza antigua llamada vulgarmente tocotin, la cual es muy hermosa, y tan honesta y grave, que se ha hecho un baile sagrado que se hace en ciertas fiestas en nuestros templos.

El teatro y el baile no eran las únicas diversiones de los mejicanos. Usaban tambien de juegos, así públicos establecidos para ciertos tiempos y ocasiones, como privados para recreo de los particulares. Entre los juegos públicos era uno el de la carrera, en el cual se ejercitaban desde niños. En el mes segundo, y tal vez en otros tiempos, habia juegos militares, en los cuales los soldados representaban al pueblo una batalla campal. Juegos ciertamente útiles al Estado, pues á mas del inocente placer que tenia el pueblo, se hacian mas ágiles y se acostumbraban á las fatigas de la guerra.

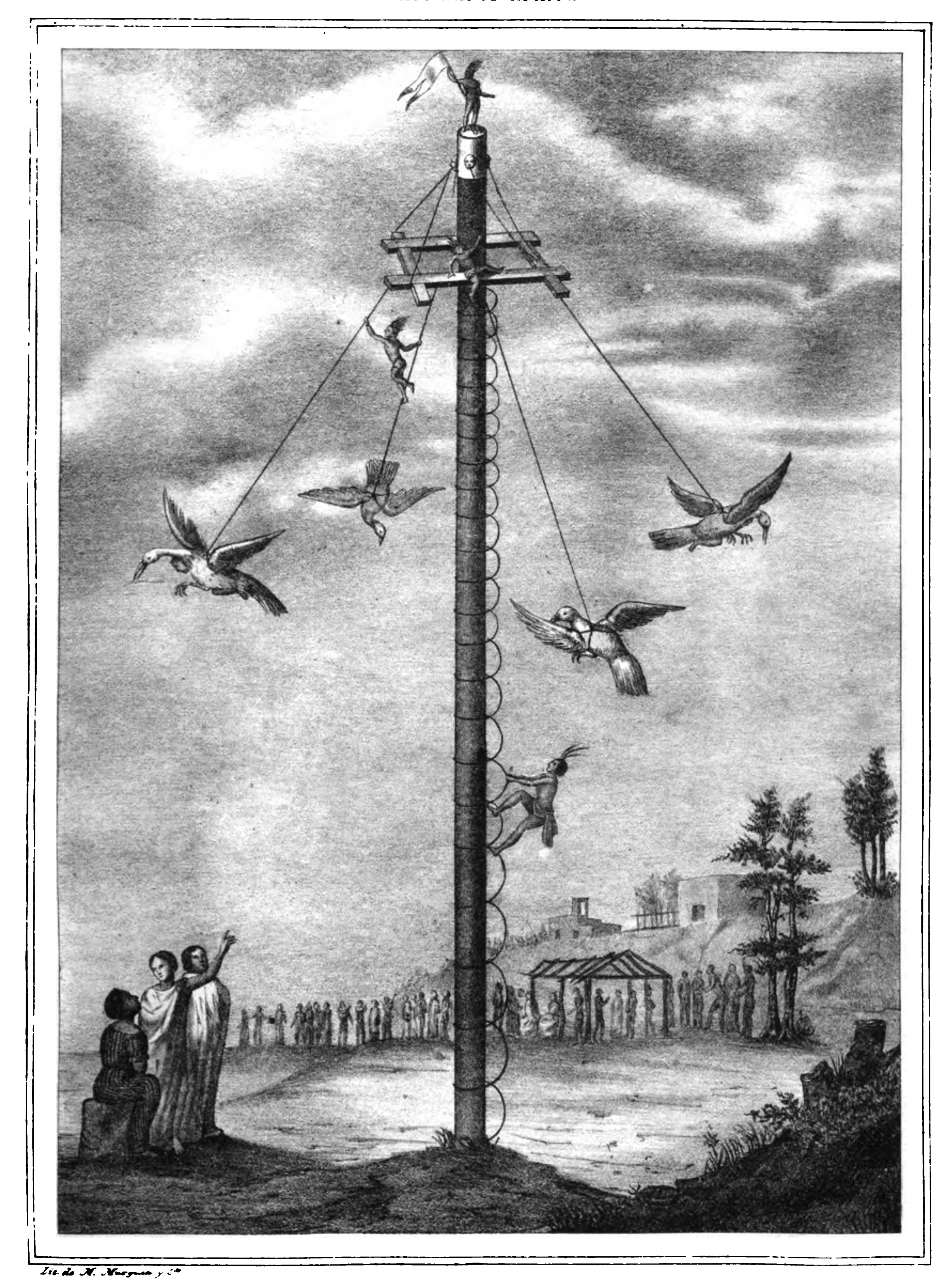
Menos útil pero mucho mas célebre que todos era el juego de los voladores, que se hacia en algunas fiestas grandes, y principalmente en las seculares. Buscaban en el monte un árbol altísimo, fuerte y derecho, y después de haberle quitado las ramas y la corteza, lo llevaban á la ciudad y lo hincaban en el centro de una gran plaza. Metian la punta del árbol en un palo cilíndrico, el cual fué llamado por los españoles almirez por alguna semejanza. De este palo pendian cuatro cuerdas fuertes, que servian para sostener un bastidorcillo cuadrado. En el intervalo que habia entre el cilindro y el bastidorcillo, ataban otras cuatro cuerdas gruesas y hacian con ellas tantas vueltas al rededor del árbol, cuantos giros debian hacerse por los voladores. Estas cuerdas se ensartaban por los cuatro agujeros hechos en el medio de las cuatro tablas de que constaba el bastidor. Los cuatro principales voladores disfrazados en águilas, en garzas y otras aves, subian con suma agilidad al árbol por una cuerda enlazada desde el pié de él hasta el bastidor. De este subian uno á uno al cilindro, y después de haber bailado allí un poco y entretenido á la inmensa multitud de gentes que asistia, se ataban con las extremidades de las cuerdas ensartadas por los agujeros del bastidor, y arrojándose con ímpetu, comenzaban su vuelo con las alas extendidas. El ímpetu de sus cuerpos daba movimiento al bastidor y al cilindro; el bastidor con sus giros iba desenredando las cuerdas de que pendian los voladores, y así alargándose las cuerdas, eran tambien mas grandes los giros que ellos hacian en el vuelo. Entre tanto que estos cuatro volaban, otro bailaba sobre el cilindro tocando un tamboril, ó moviendo una bandera, sin mostrar ningun miedo del peligro en que estaba de precipitarse de tan grande elevacion. Los otros que estaban sobre el bastidor (pues solian subir hasta diez ó doce), luego que veian á los voladores en la última vuelta se precipitaban por las mismas cuerdas para llegar á un tiempo con ellos á tierra entre las aclamaciones del pueblo. Los que se precipitaban por las cuerdas solian, para manifestar mas su agilidad, pasar de una cuerda á otra en aquella parte en que por razon de la pequeña distancia lo podian hacer.

Lo mas esencial de este juego consistia en proporcionar de tal modo la elevacion del árbol y las cuerdas, que con trece vueltas llegasen justamente á tierra los cuatro voladores, para representar en tal número su siglo de cincuenta y dos años, compuesto, como ya he dicho, de cuatro períodos de trece años. Hasta ahora se usa este célebre juego en aquel reino; pero sin atender ya al número de giros ni al de los voladores, ni ajustarse en todo á la forma de los antiguos, pues el bastidor suele ser sexágano ú octágono, y los voladores seis ú ocho. En algunos lugares ponen cierta defensa en el bastidor para impedir las desgracias, muy frecuentes después de la conquista, porque siendo tan comun en los indios la embriaguez, suelen subir al árbol casi privados de sentido, á causa del vino ó del aguardiente, por lo que fácilmente pierden el equilibrio en tan grande elevacion, que suele ser de mas de sesenta piés.

Entre los juegos particulares de los mejicanos, el mas comun y el mas apreciado de ellos era el de la pelota. El lugar en donde se jugaba, al cual llamaban Tlachco, era, atendida la descripcion que hace el Torquemada, un espacio plano y cuadrilongo que tenia cerca de diez y ocho toesas de largo y de un ancho proporcionado, encerrado entre cuatro muros mas gruesos por abajo que por arriba, y mas altos los laterales que los otros, bien blanqueados y bruñidos, por todas partes coronados de almenas, y con dos ídolos sobre los muros mas bajos, los cuales se colocaban á media noche con algunas ceremonias supersticiosas, y antes de jugarse allí la primera vez, se



L. de M. Murguia y C.a



Lit. de M. Murguía y Cª

bendecia aquel lugar por los sacerdotes con semejantes supersticiones.

Así lo escribe el Torquemada; pero en cuatro ó mas pinturas que he visto, se representa la planta de ese juego tal cual la damos entre nuestras figuras, la cual es enteramente diversa de la del Torquemada. Puede creerse que hubiese diversos modos del mismo juego. Los ídolos colocados sobre los muros eran los de los dioses del juego, cuyos nombres ignoramos; pero sospechamos que uno de ellos fuese el de Omacatl, dios de la alegría. La pelota era de hule ó resina elástica, la cual aunque pesada salta mas que la de aire. Jugaban partidos de dos contra dos ó de tres contra tres. Los jugadores iban enteramente desnudos, sin otro vestido que el maxtlatl ó faja larga para cubrir las pudendas. Era condicion esencial del juego no tocar la pelota sino con la coyuntura de los muslos, ó del brazo, ó del codo, y el que la tocaba con la mano, con el pié ó con cualquiera otra parte del cuerpo, perdia un punto. El jugador que arrojaba la pelota hasta el muro opuesto ó la hacia salir por sobre él, ganaba un punto. Los pobres apostaban mazorcas de maíz, y si no tenian otra cosa, jugaban su libertad; otros cierto número de vestidos de algodon y cosas ricas de oro, plumas preciosas y joyas. Habia en el espacio intermedio entre los jugadores dos grandes piedras semejantes en la figura á las nuestras de molino, cada una con un agujero en el medio un poco mas grande que la pelota. El que hacia pasar á esta por el agujero, lo que sucedia raras veces, no solamente ganaba el partido, sino que por ley establecida en el juego, se hacia dueño de los vestidos de todos los que se hallaban presentes y se celebraba el tiro como un hecho inmortal.

Era tan apreciado este juego entre los mejicanos y las otras naciones de aquel reino, y era tan comun como se puede inferir del número sorprendente de pelotas que cada año pagaban como tributo á la corona de Méjico Jochtepec, Otatitlan y otros lugares, el cual, como hemos dicho en otra parte, no bajaba de diez y seis mil. Los mismos reyes jugaban frecuentemente y se desafiaban, como hicieron Motezuma II y Nezahualpilli. En el dia no está ya en uso entre las naciones del imperio mejicano, pero sí entre los nayarites, los opatis, los taraumaros y otros pueblos del Setentrion. Cuantos españoles los han visto jugar, se han admirado de su prodigiosa agilidad.

Se deleitaban tambien los mejicanos con otro juego llamado por algunos escritores patolli.[1] Describian sobre una estera fina de palma un cuadro, dentro del cual tiraban dos líneas diagonales y dos trasversales. Tiraban en lugar de dados, frijoles grandes señalados con ciertos puntitos. Segun el punto que daban los dados, ponian ó quitaban ciertas piedrecillas de la muchedumbre de las líneas, y el que primero tenia tres piedrecillas en fila, ese ganaba.

Bernal Diaz hace mencion de otro juego en que solia divertirse el rey Motezuma con el conquistador Cortés en el tiempo de su prision, el cual, segun dice él, se llamaba totoloque. Tiraba, dice, de lejos aquel rey ciertos globillos de oro muy lisos á ciertos tejuelos del mismo metal que ponia por blanco, y el que primero hacia cinco puntos, ganaba algunos joyeles que se apostaban.

Habia entre los mejicanos hombres diestrísimos en los juegos de manos y piés. Se ponia un hombre de espaldas en el suelo, y levantando los piés, tomaba en ellos una viga ó un palo grueso redondo y de cerca de ocho piés de largo. Lo arrojaba á una competente altura, y cayendo, volvia á arrojarlo con las plantas; tomándolo después entre los piés, lo movia en giro violentísimamente, y lo que es mas, lo hacia, como yo lo he visto hacer muchas veces, con dos hombres sentados á caballo en las dos extremidades del palo. Este juego hicieron en Roma dos mejicanos mandados por Cortés delante del papa Clemente VII y de muchos príncipes romanos, con singular gusto de aquella corte. Era tambien comun entre ellos aquel juego que en algunos países llaman *las fuerzas de Hércules.* Se ponia un hombre á bailar; otro parado de piés sobre los hombros de este, le acompañaba con algunos movimientos, y otro tercero parado sobre la cabeza del segundo, bailaba y daba otras pruebas de su agilidad. Paraban tambien una viga sobre los hombros de dos bailarines y otro bailaba sobre la extremidad de ella. Los primeros españoles que vieron estos y otros semejantes juegos de los mejicanos, quedaron tan admirados de su agilidad, que sospecharon, segun lo que ellos mismos protestan, que interviniese en ellos el demonio, no reparando en lo que puede el ingenio humano ayudado de la aplicacion y del trabajo.

Pero los juegos, los bailes y las músicas mas servian al placer que á la utilidad; no así la historia y la pintura, dos artes que no deben separarse en la historia mejicana, pues no tenian otros historiadores que sus pintores, ni otros escritos que las pinturas para conservar la memoria de los acontecimientos. Los toltecas fueron en el Nuevo Mundo los primeros que se sirvieron de la pintura para la historia; á lo menos no sabemos que otra nacion se sirviese antes que ellos. Estuvo tambien en uso de tiempo inmemorial entre los acolhuas, las siete tribus de los aztecas y todas las naciones cultas de Anáhuac. De los acolhuas y de los toltecas la aprendieron los chichimecas y los otomíes que abandonaron la vida salvaje.

Entre las pinturas de los mejicanos y de todas estas naciones, habia muchas que eran meras

1 Patolli es un nombre genérico que significa toda suerte de juego.

imágenes ó retratos de sus dioses, de sus reyes, de sus hombres ilustres, de sus animales y de sus plantas, de las cuales estaban llenos los palacios reales de Méjico y de Tezcoco. Otras eran históricas que contenian la noticia de sus acontecimientos, como son las trece primeras pinturas de la coleccion de Mendoza, y la del viaje de los aztecas, que se halla en la obra del viajero Gemelli. Otras eran mitológicas, que contenian los arcanos de su religion, y de esta especie es el volúmen que se conserva en la gran biblioteca del Instituto de Bolonia. Otros eran códigos donde se veian compiladas sus leyes, sus ritos, sus costumbres y sus rentas ó tributos, y tales son todas aquellas de la referida coleccion de Mendoza, desde la décima-cuarta hasta la sexagésima-tercia. Otras eran cronológicas, astronómicas ó astrológicas, en las cuales se representaba su calendario, el sitio de los astros, los aspectos de la luna, los eclipses y los pronósticos de las mutaciones del aire. Esta suerte de pintura se llamaba por ellos tonalamatl. El doctor Sigüenza hace mencion[1] de una pintura de semejantes pronósticos que insertó en su ciclografía mejicana. El padre Acosta refiere que en la provincia de Yucatan habia ciertos volúmenes doblados á su modo, en los cuales tenian los sabios indianos la distribucion de sus tiempos, los conocimientos de los planetas, de los animales y de otras cosas naturales, y sus antigüedades, cosas todas sumamente curiosas y diligentemente descritas, las cuales, segun lo que dice el mismo autor, perecieron por el celo indiscreto de un párroco, que creyéndolas llenas de supersticion, las quemó, con llanto de los indios y con gran disgusto de los españoles curiosos. Otras pinturas eran topográficas ó corográficas, las cuales servian no solo para representar la extension y los términos de las posesiones, sino tambien la situacion de los lugares, la direccion de las costas y el curso de los rios. Cortés dice en su primera carta á Cárlos V, que queriendo saber si habia en el Golfo Mejicano algun puerto seguro para los bajeles, le presentó el rey Motezuma pintada en una carta toda la costa que hay desde el puerto de Chalchiuhcuecan, en donde actualmente está la Veracruz, hasta el rio de Coatzacoalco. Bernal Diaz refiere que el mismo Cortés se sirvió para el largo y difícil viaje que hizo á la provincia de Honduras, de una carta que le presentaron los señores de Coatzacoalco, en la cual estaban señalados todos los lugares y todos los rios de la costa desde Coatzacoalco hasta Huejacallan.

De todas estas clases de pinturas estaba lleno el imperio mejicano, porque eran innumerables los pintores y no habia cosa alguna que no pintasen. Si se hubieran conservado, nada habria que desear en la historia de Méjico; pero los primeros predicadores del Evangelio, sospechando que en semejantes pinturas hubiese supersticion, las persiguieron con furia. De todas cuantas pudieron coger en Tezcoco, en donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron una coleccion tan grande en la plaza del mercado, que parecia un monte, y les prendieron fuego, quedando sepultada entre aquellas cenizas la memoria de muchos acontecimientos notables. La pérdida de tantos monumentos de su antigüedad fué indeciblemente sensible para los indios, y apesaró mucho á los mismos autores del incendio después que reconocieron su hecho; pero se esforzaron á remediar el mal, ya informándose á boca de los indios, ya recogiendo en favor de la historia las pinturas escapadas á su pesquisa, y aunque recogieron muchas, pero no tantas cuantas necesitaban, porque desde entonces en adelante se hicieron los poseedores de las pinturas tan celosos en guardarlas y ocultarlas de los españoles, que es muy difícil el conseguir de ellos una.

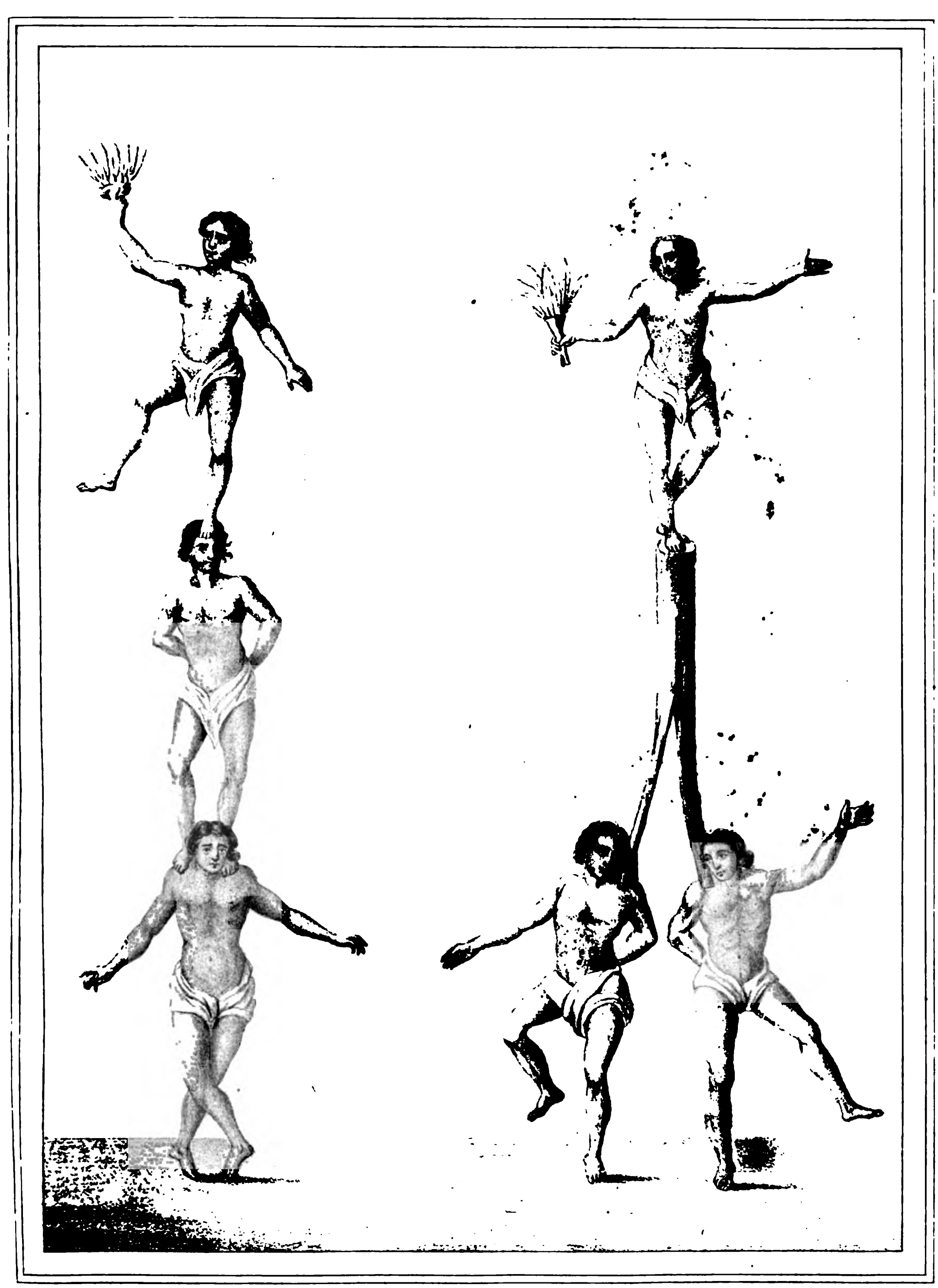
La tela en que pintaban era de hilo de maguey, ó de la palma icxotl,[1] ó pieles curtidas, ó papel. Este lo hacian de las hojas de cierta especie de maguey, majadas á manera del cáñamo, y después lavadas, extendidas y alisadas. Lo hacian tambien de la palma icxotl, de cortezas sutiles de otros árboles unidas y preparadas con cierta goma, de seda, y finalmente, de algodon, aunque ignoramos el modo de hacerlo. He tenido en mis manos algunas hojas de este papel mejicano. Es semejante en el grueso al carton de Europa, pero mas suave y mas liso, y se puede escribir cómodamente en él.

Por lo comun hacian el papel en hojas muy largas, las cuales conservaban envueltas al modo de las membranas antiguas de Europa, ó dobladas al modo de nuestros biombos de cama. El volúmen de pinturas mejicanas que se conserva en la biblioteca del Instituto de Bolonia, es una piel gruesa y mal adovada, hecha de algunos pedazos, pintada por todas partes y doblada de aquel modo.

Los hermosísimos colores que empleaban, así en sus pinturas como en sus tintes, los sacaban de la madera, de las hojas, de las flores de algunas plantas y de diversas piedras minerales. Sacaban el blanco de la piedra mineral chimaltizatl, la cual estando calcinada es semejante al yeso fino, ó de la tizatlalli, que es una tierra mineral, la cual después de amasada y meneada como el barro y reducida á pelotillas, toma en el fuego un blanco muy semejante al blanquillo de España. Hacian el negro de una tierra mineral y hedionda, que por eso llamaban tlalihijac, ó del ollin del ocotl, cierta especie de pino muy oloroso recogido en vasos de tierra. El turquí y el azul, de la flor del matlaxihuitl y del xiuhquilipitza-

[1] En su obra intitulada Libra astronómica, impresa en Méjico.

[1] La tela grosera en que está pintada la celebradísima imágen de la Vírgen de Guadalupe, es de palma icxotl.



Lit. de M. Murguia y Cª

huaq, que es la planta del indaco,[1] aunque el modo de hacerlo entonces no fuese enteramente conforme al del dia de hoy. Ponian en vasos de agua caliente ó mas bien tibia, las hojas despedazadas de aquella planta, y después de haberlas meneado bastante con una pala, pasaban la agua ya teñida á ciertas tinajas ó tazas, en donde la dejaban reposar, hasta que precipitadas en el fondo las partes mas sólidas del tinte, vertian poco á poco toda el agua. Aquellas heces ó sedimento se secaban al sol, y después se ponian entre dos platos al fuego para que se endureciesen. Tenian los mejicanos otra planta del mismo nombre, de la cual sacaban tambien el azul, pero de inferior calidad. Sacaban el rojo de las semillas del achiote cocidas en agua, y el morado y el purpúreo del nochiztli ó cochinilla. El amarillo del tecozahuitl ú ocre, y del xochipalli, que es una planta cuyas hojas se asemejan á las de la artemisia. Las hermosas flores de esta planta cocidas en agua con nitro, les suministraban un bello color de naranjo. Así como se servian del nitro para este color, así para otros se valian del alumbre. Después de haber majado y desleido en agua la tierra aluminosa, llamada por ellos tlalxocotl, la cocian al fuego en vasos de tierra, después sacaban por destilacion el puro alumbre blanco y diáfano, y antes de endurecerse enteramente, lo partian en pedazos para venderlo en el mercado. Para afirmar mas los colores se valian del glutinoso jugo del tzauhtli[2] ó del excelente aceite de chia.[3]

Las figuras de los montes, rios, edificios, plantas y animales, y sobre todo, las de los hombres que se ven en las pinturas que han quedado de los antiguos mejicanos, son por lo comun desproporcionadas y deformes, lo cual se debe atribuir, segun lo que me parece, no tanto á su ignorancia de las proporciones de los objetos ó á su poca habilidad, cuanto á la prontitud en pintar, la cual testifican los conquistadores españoles, y así, atendiendo solamente á la fiel representacion de las cosas, no cuidaban de la perfeccion de sus imágenes, y por ese se contentaban corrientemente con los contornos. Con todo, yo he visto entre muchas pinturas antiguas ciertos retratos de los reyes de Méjico, en los cuales, á mas de la belleza particular de los colores, se advertian exactamente observadas las proporciones: no por esto negaremos, hablando en general, que faltase mucho á los pintores mejicanos para llegar á la perfeccion del diseño y del claro-oscuro.

Los mejicanos usaban en sus pinturas no solamente de simples imágenes de los objetos, como han entendido algunos escritores, sino tambien jeroglíficos y caracteres.[1] Representaban las cosas materiales con sus propias figuras, y por abreviar y ahorrar trabajo, papel y colores, se contentaban con representar una parte de la cosa bastante á hacerla conocer á los inteligentes, pues como nosotros no podemos entender las escrituras de otro si antes no aprendemos á leer, así aquellos americanos necesitaban de instruirse antes en el modo de representar los objetos, para poder entender las pinturas que les servian en lugar de escritos. Para las cosas, pues, que enteramente carecen de figura ó la tienen difícil de representarla, sustituian ciertos caracteres, no verbales, esto es, destinados á formar palabras como nuestras letras, sino reales ó inmediatamente significativos de las cosas, cuales son los caracteres de los astrónomos y algebristas. Para que puedan formar alguna idea los lectores, les ponemos á la vista los caracteres numerales de los mejicanos, como tambien los del tiempo, del cielo, de la tierra, de la agua y del aire.[2]

1 La descripcion de la planta del indaco se halla en muchos autores, y principalmente en el doctor Hernandez, en el lib. 4.°, cap. 12, la cual es enteramente diversa de la que hace el señor de Rainal en libro 8 de su Historia filosófica y política. Este autor afirma que esta planta fué traida de la India oriental á la América, y que habiéndose hecho experiencia en algunos países, se estableció el cultivo de la misma en la Carolina, en la Española y en Méjico. Pero este es uno de los muchos errores de aquel filósofo. Nos consta por el testimonio de don Fernando Colon, en el cap. 61 de la vida de su famoso padre don Cristóbal Colon, que una de las plantas propias de la isla Española era la del indaco. Sabiendo tambien por el testimonio de los historiadores de Méjico, y singularmente por el del doctor Hernandez, que los antiguos mejicanos se servian del indaco. Entre tantos historiadores de Méjico que he visto, no he encontrado ni uno que haya creido extranjera aquella planta.

2 Tzauhtli es una planta muy comun en aquel país Sus hojas son semejantes á las del puerro, su tallo derecho y nudoso, sus flores teñidas de un vivo amarillo y su raíz blanca y fibrosa. Para sacar el jugo la despedazaban y secaban al sol.

3 Creyendo yo hacer un buen servicio á los pintores italianos, cultivé aquí con suma diligencia tres plantas de chia nacida de semilla mandada de Méjico. Prendieron felizmente y tuve el placer de verlas cargadas de flores en setiembre del año de 1777; pero la escarcha, que vino aquel año mas antes que lo acostumbrado, las perdió.

1 Tales autores están eficazmente impugnados por el doctor Eguiara en su erudito prefacio de la Biblioteca mejicana, y por nosotros en nuestras disertaciones.

2 Respecto á los caracteres numerales, es de notarse que pintaban tantos puntos cuantas eran las unidades hasta viente. Este número tiene su propio carácter. Después se iba repitiendo este hasta veinte veces veinte, esto es, cuatrocientos. El carácter de cuatrocientos se repetia igualmente hasta veinte veces cuatrocientos, esto es, ocho mil. Después se comenzaba á repetir el carácter de ocho mil. Con estos tres caracteres y los puntos significaban cualquiera cantidad, á lo menos hasta veinte veces ocho mil ó ciento sesenta mil. Es creible, aunque no lo sabemos, que para este número tuviesen otro carácter.

Para representar alguna persona, pintaban un hombre ó una cabeza humana, y sobre ella una figura que explicaba el significado de su nombre, como se ve en las figuras de los reyes mejicanos. Para explicar alguna ciudad ó pueblo, pintaban del mismo modo una figura expresiva de lo que su nombre significaba. Para formar sus historias ó anales, pintaban á la orilla de la tela ó papel las figuras de los años en otros tantos cuadritos, y al canto de cada cuadrito el acontecimiento ó acontecimientos correspondientes á aquel año; y si por razon de ser muchos los años cuya historia se queria explicar, no podian estar todos en una tela, se continuaba en otra. Por lo que respecta, pues, al órden de representar los años y los acontecimientos, era libre el historiador á comenzarlos por cualquiera ángulo de la tela; pero con esta regla, constantemente observada en cuantas pinturas he visto, esto es, que si el pintor comenzaba por el ángulo superior á mano derecha, continuaba hácia la mano izquierda. Si comenzaba, y esto era lo mas ordinario, por el ángulo superior de la mano izquierda, seguia perpendicularmente para abajo. Si pintaba el primer año en el ángulo inferior á mano izquierda, continuaba hácia la derecha, y si principiaba en el ángulo inferior á mano derecha, seguia perpendicularmente hácia arriba, de suerte que en la parte superior de la tela jamás pintaban de la izquierda á la derecha, ni en la parte inferior de la diestra á la siniestra, ni se dirigian hácia arriba por la mano siniestra ni hácia abajo por la diestra. Sabido este método de los mejicanos, es fácil conocer á primera vista en dónde está el principio y el fin de cualquiera pintura histórica.

No puede negarse que este método de significar las cosas era imperfecto, embrollado y equívoco; pero es digno de alabanza el conato de aquellos pueblos por perpetuar la memoria de los acontecimientos, y su industria en suplir, aunque imperfectamente, la falta de las letras, las cuales acaso habrian inventado, atendidos sus progresos en la cultura, si no hubiese sido tan breve su imperio, á lo menos hubieran abreviado considerablemente y facilitado sus pinturas con la multiplicacion de caracteres.

Sus pinturas, por otra parte, no deben considerarse como una historia ordenada y completa, sino como unos monumentos ó apoyos de la tradicion. No puede explicarse bastantemente el cuidado que tenian los padres y los maestros en instruir á sus hijos y sus discípulos en la historia de la nacion. Les hacian aprender las arengas y los discursos que no podian significar con el pincel, ponian en verso los acontecimientos de sus antepasados y los enseñaban á cantarlos. Esta tradicion aclaraba las dudas y quitaba las equivocaciones que podrian causar por sí solas las pinturas, y ayudada de semejantes monumentos, eternizaba la memoria de sus héroes, los ejemplos de virtud, su mitología, sus ritos, leyes y costumbres.

No solamente se sirvieron aquellos pueblos de la tradicion, de las pinturas y de los cánticos para conservar la memoria de los sucesos, sino tambien de hilos de diversos colores y diversamente anudados, llamados por los peruanos quipu y por los mejicanos nepohualtzitzin. Este raro modo de representar las cosas, tan usado en el Perú, no parece que se haya empleado en los países de Anáhuac sino en los mas remotos siglos, pues ya no se encuentran vestigios de semejantes monumentos. El caballero Boturini dice que después de la mas diligente solicitud, apenas pudo encontrar uno en un lugar de Tlaxcala, cuyos hilos estaban ya estropeados y casi consumidos por el tiempo. Si los pobladores de la América meridional pasaron alguna vez por el país de Anáhuac, pudieron haber dejado allí aquel arte, el cual después fué tal vez abandonado por el uso de la pintura, que introdujeron los *toltecas* ó alguna otra nacion mas antigua que ellos.

Después que aprendieron de los españoles el uso de nuestras letras, algunos hábiles mejicanos, tezcocanos y tlaxcaltecas, escribieron sus historias parte en español y parte en elegante locucion mejicana, los cuales escritos se conservan hasta ahora en algunas bibliotecas de Méjico, como hemos asentado en otra parte.

Mas felices que en la pintura fueron los mejicanos en la cultura y en las obras de fundicion y de mosaico. Representaban mejor en la piedra, en la madera, en el oro, en la plata, y en las plumas las imágenes de sus héroes y de las obras de la naturaleza, que en el papel, ó porque la mayor dificultad de semejantes obras hiciese emprenderlas con mayor diligencia, ó porque el sumo aprecio en que estaban entre aquellos pueblos, dispertaba el ingenio y avivaba la industria.

La escultura fué una de las artes ejercitadas por los antiguos toltecas. Hasta el tiempo de los españoles se conservaron algunas estatuas de piedra trabajadas por los artífices de aquella nacion, como el ídolo de Tlaloc, colocado en el monte del mismo nombre, que tuvo tánto culto y veneracion entre los chichimecas y los acolhuas, y las estatuas gigantescas erigidas en los dos célebres templos de Teotihuacan. Los mejicanos tenian ya escultores cuando salieron de su patria Aztlan, pues sabemos haber sido fabricado por ellos en aquel tiempo el ídolo de Huitzilopochtli que llevaron consigo en su larga peregrinacion.

La materia comun de sus estatuas era la piedra y la madera. Trabajaban la piedra sin fierro, ni acero, ni otro instrumento que un escoplo de pedernal. Era necesaria su incomparable flema y constancia en el trabajo para superar tanta dificultad y tolerar la lentitud de semejantes obras; pero las desempeñaban á pesar de tan gro-

seros instrumentos. Sabian representar en sus estatuas todas las actitudes y posturas de que es capaz el cuerpo, observaban exactamente todas las proporciones y hacian en donde se necesitaba los mas menudos y delicados cincelados. No solamente hacian estatuas enteras, sino tambien esculpian en las piedras figuras de bajo relieve, cuales son las de Motezuma II y de un hijo suyo, esculpidas en una piedra del monte de Chapoltepec, mencionadas y celebradas por el padre Acosta. Hacian tambien estatuas de barro y de madera, valiéndose para estas de un escoplo de cobre. El número sorprendente de sus estatuas se puede conjeturar por el de sus ídolos asentado por nosotros en el libro antecedente. Tenemos que lamentarnos del celo del primer obispo de Méjico y de los primeros predicadores del Evangelio, pues por no dejar á sus neófitos ningun incentivo de idolatría, nos privaron de muchos preciosos monumentos de la escultura de los mejicanos. Los cimientos de la primera iglesia que se fabricó en Méjico, fueron los ídolos, y se contaron á millares las estatuas, despedazadas en tal grado, que habiendo sido aquel reino el mas abundante de semejantes obras, en el dia apenas se pueden encontrar algunas pocas despues de la mas diligente solicitud. La conducta de aquellos benditos religiosos fué muy laudable, así por la causa como por los efectos; pero hubiéramos querido que las estatuas inocentes de aquellos pueblos no se hubiesen sujetado á la misma pena que los simulacros supersticiosos, y que aun de estos se hubiesen conservado algunos en cierto lugar en donde no hubiesen servido de tropiezo á los neófitos.

Las obras de fundicion tenian entre los mejicanos mucho mayor aprecio que todas las obras de escultura, así por el mayor valor de la materia, como por la excelencia de la misma obra. No serian verosímiles las maravillas de tal arte, si á mas del testimonio de cuantos las vieron hubiesen sido mandadas á Europa en mucha abundancia semejantes rarezas. Las obras de oro y plata mandadas de regalo á Cárlos V por el conquistador Cortés, llenaron de admiracion á los plateros de Europa, los cuales, segun lo que testifican algunos escritores de aquel tiempo,[1] protestaron que eran del todo inimitables. Los fundidores mejicanos hacian de oro como de plata, las mas perfectas imágenes de cosas naturales. Hacian vaciado un pescado que tenia las escamas alternadas una de oro y otra de plata; un papagayo con la cabeza, la lengua y las alas movibles, y con un huso en la mano en actitud de hilar. Engastaban las piedras preciosas en oro y en plata, y hacian joyeles curiosísimos y de gran valor. Finalmente, eran tales semejantes obras, que aun aquellos soldados españoles que se sentian atormentados de la sagrada hambre del oro, apreciaban mas en ellas el arte que la materia. Esta arte maravillosa ejercitada antes por los toltecas, cuya invencion ó perfeccion atribuian al dios Quetzalcoatl, se ha perdido enteramente por el envilecimiento de los indios y por el descuido de nuestros españoles. No sé que haya quedado allí ni un resto de aquellas obras tan apreciables; á lo menos será mas fácil encontrarlo en algun gabinete de Europa, que en toda la Nueva España. Prevalece sin duda á la curiosidad de conservarlas la codicia de aprovecharse de su materia.

Trabajaban tambien los mejicanos á martillo, pero poco con respecto á lo que hacian de fundicion, y no comparable con las obras de los plateros europeos, pues no tenian otros instrumentos para golpear los metales que las piedras. Con todo, se sabe que trabajaron bien el cobre, y que agradaron mucho á los españoles sus sierras y sus picas. Los fundidores y los plateros mejicanos componian un cuerpo respetable. Daban un culto particular á Xipe, su dios protector, y hacian en su honor una gran fiesta en el segundo mes, con los mas inhumanos sacrificios.

Pero nada fué tan apreciado por los mejicanos como las obras de mosaico, que hacian de las plumas mas delicadas y hermosas de los pájaros. Criaban por esto muchas especies de hermosísimos pájaros de que abunda aquel país, no solamente en los palacios del rey, en donde habia, como ya hemos dicho, toda suerte de animales, sino tambien en las casas particulares, y en cierto tiempo les quitaban las plumas para emplearlas en este género de obras ó para venderlas en el mercado. Tenian en grande aprecio las plumas de aquellos prodigiosos pajaritos, que ellos llamaban huitzitzillin y los españoles pica flores, tanto por su sutileza como por la finura y variedad de sus colores. En estos y otros hermosísimos pájaros les suministraba la naturaleza cuantos colores sabe emplear el arte y algunos que él no es capaz de imitar. Se juntaban algunos artífices, y despues de haber hecho el diseño y tomadas las medidas y las proporciones, se encargaba cada uno de una parte de la imágen, y se dedicaba á ella con tal aplicacion y paciencia, que solia estar un dia entero en acomodar una pluma, probando ya una ya otra, y observándola por una y otra parte, hasta que encontraba aquella que llenaba la idea de perfeccion que se habia propuesto. Terminada la parte que tocaba á cada uno, volvian á juntarse para formar la imágen entera. Si alguna parte se hallaba mala, se volvia á trabajar hasta darle la última perfeccion. Cogian las plumas con ciertas pinzas sutiles para no maltratarlas, y las pegaban á la tela con tzauhtli ó alguna otra materia glutinosa; despues unian todas las partes sobre una tablita ó sobre una lámina de cobre, y

1 Véase particularmente lo que dice de semejantes obras el historiador Gomara, el cual las tuvo en sus manos y oyó lo que al verlas dijeron los plateros de Sevilla.

las aplanaban suavemente hasta dejar la superficie de la imágen tan igual y tan lisa, que parecia hecha de pincel.

Estas son aquellas imágenes tan celebradas por los españoles y por otras naciones europeas, en las cuales el que las ve no sabe qué alabar mas, si la vivacidad y hermosura de los colores naturales, ó la destreza del artífice y la ingeniosa disposicion del arte: "las cuales, dice el padre Acosta, con mucha razon son estimadas y causan admiracion que de plumas de pájaros se pueda labrar obra tan delicada y tan igual, que no parece sino de colores pintadas, y lo que no puede hacer el pincel y los colores de tinte; tienen unos visos morados á soslayo tan lindos, tan alegres y vivos, que deleitan admirablemente. Algunos indios buenos maestros, retratan con perfeccion de pluma lo que ven de pincel, que ninguna ventaja les hacen los pintores de España. Al príncipe de España don Felipe dió su maestro tres estampas pequeñitas, como para registros de diurnos, hechas de pluma, y su alteza las mostró al rey don Felipe nuestro señor su padre, y mirándolas su majestad, dijo que no habia visto en figuras tan pequeñas cosa de mayor primor. Otro cuadro mayor en que estaba retratado san Francisco, recibiéndole alegremente la santidad de Sixto V y diciéndole que aquel lo hacian los indios de pluma, quiso probarlo trayendo los dedos un poco por el cuadro, para ver si era pluma aquello, pareciéndole cosa maravillosa estar tan bien asentada, que la vista no pudiese juzgar si eran colores naturales de pluma ó si eran artificiales de pincel. Los visos que hace lo verde y un naranjado como dorado, y otros colores finos, son de extraña hermosura; y mirada la imágen á otra luz, parecen colores muertas."[1] Eran tales obras de pluma tan estimadas de los mejicanos, que las apreciaban mas que el oro. Cortés, Bernal Diaz, Gomara, Torquemada y todos los otros historiadores que las vieron, no encuentran expresiones con que ponderar bastantemente su perfeccion.[2] Poco tiempo hace vivia en Pázcuaro, capital antes del reino de Michuacan, en donde mas que en otra parte floreció este arte después de la conquista, el último artífice de mosaico que restaba allí, y con él habrá ya acabado ó estará para acabar un arte tan precioso, bien que ya mas de dos siglos que no se trabajaba con la perfeccion que los antiguos. Se conservan hasta ahora algunas obras de esta naturaleza en los museos de Europa y muchos en Méjico; pero pocos, segun me parece, del siglo XVI, y ninguno que yo sepa hecho antes de la conquista. Era tambien muy curioso el mosaico que hacian de conchas partidas, cuyo arte se ha conservado hasta nuestros dias en Goatemala.

A imitacion de tan buenos artífices, habia otros que con diversas flores y hojas formaban sobre las esteras algunas labores hermosísimas que usaban en algunas fiestas. Después de recibida la fe de Jesucristo, hacian semejantes obras para ornato de nuestros templos, las cuales eran buscadas á competencia por la nobleza española, por la singular belleza del artificio. En el dia hay muchos artífices en aquel reino que se ocupan en remedar con seda las imágenes de pluma; pero sus obras no son de ninguna manera comparables con las de los antiguos.

A una nacion tan industriosa en aquellas artes que solamente sirven á la curiosidad y al lujo, no podian faltar las que son necesarias á la vida. La arquitectura, que es una de las que inventó la necesidad de los primeros hombres, fué ejercitada por los habitadores del país de Anáhuac, á lo menos desde el tiempo de los toltecas. Los chichimecas sus sucesores, los acolhuas y todas las otras naciones de los reinos de Acolhuacan, Méjico y Michoacan, de la república de Tlaxcala y de otras provincias, á excepcion de los otomíes, fabricaron casas y formaron ciudades desde tiempo inmemorial. Cuando los mejicanos llegaron á aquel país, lo encontraron lleno de grandes y hermosas ciudades. Estos, que desde antes de salir de su patria, eran ya muy inteligentes en la arquitectura y acostumbrados á la vida social, construyeron en su larga peregrinacion muchos edificios en aquellos lugares en donde se detuvieron por algunos años, cuyos restos subsisten hasta ahora, como ya hemos dicho, en las orillas del rio Gila, en la Pimeria y junto á la ciudad de Zacatecas. Reducidos después á la mayor miseria en las isletas de la laguna de Tezcoco, fabricaron humildes chozas de cañas y de lodo, hasta que con el comercio del pescado se proporcionaron mejores materiales. A proporcion del aumento de su poder y riqueza se iban aumentando y mejorando sus fábricas, y así cuando llegaron allí los conquistadores, sus ojos encontraron mucho que admirar, y no menos que destruir sus manos.

Las casas de los pobres eran de cañas, ó de adobes, ó de piedra y lodo, y el techo de cierto heno largo y grueso, que es muy comun en el campo, particularmente en los países calientes; ó de hojas de maguey puestas á manera de tejas, á las cuales se asemejan alguna cosa, así por el grueso como por la figura. Una de las columnas ó apoyos de semejantes edificios, solia ser un árbol de proporcionado grueso, en el cual, ade-

1 Historia natural y moral, lib. 4.° cap. 37.

2 Juan Lorenzo de Anagnia, docto italiano del siglo XVI, discurriendo de estas imágenes de los mejicanos en su Cosmografía, dice así: "Entre otras me ha causado grande admiracion un san Gerónimo con un Crucifijo y un leon, que me mostró la señora Diana Loffreda, descubriéndose en ella tan grande hermosura por la vivacidad de los colores naturales, puestos tan bien y tan exactamente, que yo creeria no haber podido ver jamás una cosa, no digo mejor, pero ni semejante en los antiguos ni en los mas valientes pintores modernos.

más del placer que tenian en su frondosidad, ahorraban algun trabajo y gasto. No tenian por lo comun tales casas sino una habitacion en donde estaba la familia con sus animales, su fogon y todo su menaje. Si la familia no era tan pobre, tenia otras dos ó tres habitaciones, una ajauhcolli ú oratorio, un temascalli ó baño y un pequeño granero.

Las casas de los señores y de los pudientes eran de piedra y cal y de dos pisos, con sus salas y aposentos bien dispuestos, y dos grandes patios; el techo plano, de buena madera y bien trabajado, con su terrazo; las paredes tan bien blanqueadas, bruñidas y relucientes, que á los primeros españoles que las vieron de lejos, les parecieron de plata: el pavimento de argamasa era perfectamente plano y liso.

Muchas de estas casas estaban coronadas de almenas, y tenian sus torres y anexo un jardin con sus estanques y sus calles hechas con simetría. Las casas grandes de la capital tenian por lo comun dos salidas, la principal á la calle y la otra al canal En ellas no tenian puertas de madera, creyendo tal vez bastante seguras sus habitaciones por la severidad de las leyes contra ladrones; pero para defenderlas de la vista de los pasajeros, las cubrian con unos tejidos de cañas, colgándoles algunas sartas de tiestos ó pedazos de loza rota, ó alguna otra cosa capaz de despertar con su ruido la atencion de los domésticos cuando alguno para entrar levantase el tejido. A ninguno era permitido entrar sin licencia del amo. Cuando la necesidad, la atencion ó la razon de parentesco no justificaba la entrada del que llegaba á la puerta, aquí era escuchado y prontamente despedido.

Supieron los mejicanos fabricar arcos y bóvedas,[1] como consta por sus baños, por los restos de los palacios reales de Tezcoco, y por otras fábricas escapadas del furor de los conquistadores, y tambien por muchas de sus pinturas. Se usaban entre ellos las grandes cornisas y otros particulares adornos de arquitectura. Se deleitaban en hacer adornos de piedra á manera de lazos al rededor de sus puertas y ventanas, y en algunos edificios habia una gran culebra de piedra en actitud de morder su cola sobre la puerta principal, despues de haber girado su cuerpo por todas las ventanas de la casa. Las paredes de sus edificios eran derechas y perpendiculares, usando para esto de la plomada ó de algun otro instrumento equivalente, pues por el descuido de los historiadores, ignoramos los instrumentos de que se valian para sus fábricas, como tambien algunas otras cosas pertenecientes á esta y otras artes. Algunos creen que los albañiles mejicanos al fabricar las paredes arrimaban á ellas por una y otra parte tierra, y que conforme ellas se iban levantando, igualmente se levantaban los montones de tierra arrimados á ellas, de tal suerte que las paredes hasta que no se hubiese terminado la fábrica, quedaran enteramente cubiertas y enterradas; por lo que no necesitaban los albañiles de andamios ó tablados. Pero si este modo de fabricar parece haberse usado por los mixtecos y otras naciones del reino mejicano, no creemos que los mejicanos lo usasen, atendida la suma prontitud con que terminaban sus fábricas. Sus columnas eran cilíndricas ó cuadradas; pero no sabemos que tuviesen ni bases ni capiteles. Nada solicitaban con mas ahinco en ellas, que hacerlas de una sola pieza, adornándolas algunas veces de figuras de bajos relieves. Los cimientos de las casas grandes de la capital, se echaban, por razon de la poca solidez de aquel terreno, sobre un plano de gruesas estacas de cedro hincadas en la tierra, cuyo ejemplo han imitado los españoles. El techo de semejantes casas era ó de cedro, ó de acebo, ó de ciprés, ó de pino, ó de ojametl; las columnas eran de piedra ordinaria; pero en los palacios reales eran de mármol, y algunas tambien de alabastro, que algunos españoles tuvieron por jaspe. Antes del reinado de Ahuitzotl, eran las paredes de las casas de piedra comun; pero habiéndose descubierto en tiempo de aquel rey las minas de piedra tezontli á las orillas de la laguna de Méjico, se comenzó á usar como la mas idónea para los edificios de la capital, porque es dura, ligera y porosa, á manera de la piedra pómez; y así se une fuertnmente con la cal. Por estas ventajas y por su color, que es un rojo sanguíneo, es aun en el dia apreciada para las fábricas con preferencia á toda otra piedra. Los enlozados de los patios y de los templos eran por lo comun de piedra de Tenayocan; pero habia algunos hechos á manera de tablero, de losas de mármol y de otras piedras apreciables.

Por lo demás, aunque los mejicanos no hayan podido compararse de ningun modo en el gusto de la arquitectura con los europeos, sin embargo, los españoles quedaron tan sorprendidos de admiracion al ver los palacios reales de Méjico, que Cortés en su primera carta á Cárlos V no hallando palabras con que describirlos, habla así: "Tenia, dice, hablando de Motezuma, dentro de esta ciudad (Méjico) casas para su habitacion tales y tan maravillosas, que parecia casi imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas. Por tanto, no me en expresar cosa de ellas, mas de que en España no hay cosa su semejante." Tales expresiones se ven usadas tanto

1 Torquemada dice que cuando los españoles quitaron las cimbrias de una bóveda fabricada en la primera iglesia de Méjico, los mejicanos admirados no se atrevian á entrar en la iglesia, esperando á cada momento ver precipitarse la bóveda. Pero si ellos tuvieron algun asombro, no fué ciertamente ocasionado de ver la bóveda, que como hemos dicho se usaba entre ellos, sino tal vez por ver quitar las cimbrias muy prontamente, ó porque interviniese otra alguna circunstancia que mereciese su admiracion.

por el mismo Cortés en otros lugares de sus cartas, como por el conquistador anónimo en su apreciable relacion, y por Bernal Diaz en su cincerísima Historia, todos tres testigos oculares.

Construyeron tambien los mejicanos para comodidad de los lugares habitados, muchos buenos acueductos. Los de la capital para conducir la agua de Chapoltepec, distante dos millas, eran dos, hechos de piedra y argamasa, del alto de cinco piés y dos pasos de ancho, construidos en una calzada hecha de intento en la laguna, por los cuales se conducia el agua hasta el principio de la ciudad, y de allí se dividia por otros menores conductos para proveer algunas fuentes, y principalmente las de los palacios reales. Aunque fuesen dos los acueductos, solamente corria la agua por uno, y entre tanto aseaban el otro para tenerla siempre limpia. Hasta ahora se ve en Tezcutzinco, antes lugar de recreo del rey de Tezcoco, el acueducto por donde se conducia la agua á los jardines reales.

La referida calzada de Chapoltepec, así como las otras fabricadas en la laguna y mencionadas por nosotros muchas veces, son monumentos incontrastables de la induscria de los mejicanos; pero todavía se manifiesta mas en el suelo mismo de la ciudad, porque cuando los arquitectos no tienen mas que hacer que echar los cimientos en la tierra y levantar los edificios, los mejicanos tuvieron que hacer el terreno para edificar en él, uniendo con terraplenes algunas isletas separadas. A mas de este gran trabajo, tuvieron tambien el de fabricar bordes y estacadas en algunos lugares de la ciudad para asegurar mas sus fábricas. Pero si en estas obras se descubre la industria de los mejicanos, en otras se manifiesta su magnificencia. Entre los monumentos de la antigua arquitectura que han quedado en el imperio mejicano, son muy célebres los edificios de *Mictlan* en la *Mixteca*, en los cuales hay cosas que causan admiracion, y particularmente una gran sala, cuyo techo está sostenido sobre varias columnas cilíndricas de piedra de ochenta piés de elevacion y cerca de veinte de circunferencia, cada una de una sola pieza.

Pero ni esta ni ninguna otra fábrica de cuantas nos quedan de la antigüedad mejicana, pueden compararse con el famoso acueducto de Cempoallan. Esta grande obra, digna de compararse con las mayores de Europa, se hizo á la mitad del siglo XVI. La dirigió sin saber los principios de la arquitectura, el apostólico franciscano fray Francisco Tembleque, y la ejecutaron con suma perfeccion los de Cempoallan. Movido á piedad aquel insigne religioso por la escasez de agua que padecian sus neófitos, pues aquella que antes recogian en barrancas la consumian los ganados de los españoles, emprendió socorrer á toda costa la necesidad de aquellos pueblos. La agua estaba muy distante, y el terreno por donde debia conducirse era todo montuoso y quebrado; pero todo fué superado por el celo activo del misionero y la industria y trabajo de los neófitos. Hicieron, pues, un acueducto de piedra y cal, de largo mas de treinta y dos millas,[1] por razon de los giros que debian hacerse en los montes. La mayor dificultad consistia en vencer tres grandes barrancas interpuestas en el camino; se superó con tres puentes, el primero de cuarenta y siete arcos, el segundo de trece y el tercero, que es el mas grande y el mas sorprendente, de sesenta y siete. El arco mayor, que es el del medio, situado en la mayor profundidad de la barranca, tiene ciento diez piés geométricos de elevacion y sesenta y uno de ancho, y así, podria pasar por debajo de él un gran navío. Los otros sesenta y seis, situados al uno y otro lado de aquel mayor, van en diminucion de una y otra parte hasta la orilla ó parte mas alta de la barranca, segun lo requiere el terreno por estar al nivel del acueducto. Este gran puente tiene de largo tres mil ciento setenta y ocho piés geométricos, ó mas de media milla. Se trabajó este en cinco años, y todo el acueducto en diez y siete. No me parece importuna en mi Historia la descripcion de esta soberbia fábrica, porque aunque haya sido emprendida por un español despues de la conquista, fué tambien ejecutada por los de Cempoallan que sobrevivieron á la ruina del imperio.

El ignorante averiguador niega á los mejicanos el conocimiento y uso de la cal; pero consta por el testimonio de todos los historiadores de Méjico por la matrícula de los tributos, y sobre todo, por los edificios antiguos que hasta ahora existen, que todas aquellas naciones hacian de la cal el mismo uso que hacen los europeos. El vulgo de aquel reino está en la creencia de que los mejicanos mezclaban huevos á la cal para hacerla mas tenaz; pero este es un error ocasionado tal vez de ver amarillentas las murallas antiguas. Consta igualmente por testimonio de los primeros historiadores, que los ladrillos cocidos se usaban entre los mejicanos, y que se vendian como todas las otras cosas en los mercados.

Los canteros que cortaban y trabajaban la piedra para los edificios, no usaban picos ni escoplos de fierro, sino solamente de ciertos instrumentos de pedernal; sin embargo, hacian en la piedra hermosas labores y esculturas. Pero mas que semejantes obras trabajadas sin fierro, causan admiracion las piedras de estupendo tamaño y peso que se encontraron en la capital y otras partes, traidas de lejos y colocadas en lugares emi-

1 Torquemada dice que el largo de este acueducto es de ciento sesenta mil cuatrocientos diez y seis piés (de marca), que hacen, añaden, mas de quince leguas; pero si él habla, como parece, de piés geométricos, son solamente treinta y dos millas y ochenta y tres piés, ó poco menos de once leguas. Si hablara de piés toledanos, seria un poco menos, pues estos y aquellos están como mil doscientos cuarenta á mil cuatrocientos diez y siete.

nentes sin el auxilio de las máquinas que ha inventado la mecánica. A mas de la piedra comun, trabajaban tambien el mármol, el jaspe, el alabastro, el itztli y otras piedras apreciables. Del itztli hacian hermosos espejos guarnecidos de oro, y aquellas agudísimas navajas que empleaban en sus espadas, de las cuales usaban tambien los barberos. Hacian semejantes navajas con una velocidad tal, que en una hora sacaba un solo artífice mas de ciento.[1]

Los lapidarios mejicanos, no solamente tenian conocimiento de las piedras preciosas, sino tambien sabian pulirlas, labrarlas y esculpirlas, formando cuantas figuras querian. Los historiadores afirman que estas labores se hacian con una cierta arena; pero lo cierto es que no se podian hacer sin algun instrumento de pedernal é de cobre duro que hay en aquel país. Las piedras mas usuales entre los mejicanos eran las esmeraldas, los ametiscos, las cornerinas, las turquesas y otras desconocidas en Europa. Las esmeraldas eran tan comunes, que no habia señor que no tuviese, ni moria alguno de ellos á cuyo cadáver no suspendiesen una del labio, para que le sirviese, segun decian, en lugar de corazon. Fueron infinitas las que se mandaron á la corte de España en los primeros años después de la conquista. Cuando Cortés volvió la primera vez á España, llevó consigo entre otras inestimables joyas, cinco esmeraldas, las cuales, segun testifica el Gomara, que entonces vivia, fueron apreciadas en cien mil ducados, y por una de ellas le daban cuarenta mil ciertos comerciantes genoveses, para venderla al gran señor,[2] y además dos vasos de esmeralda, apreciados, segun lo que dice el célebre padre Mariana,[3] en trescientos mil ducados, los cuales vasos perdió Cortés en el naufragio que hizo en la infeliz expedicion de Cárlos V contra Argel. En el dia, ni se labran ya tales piedras ni aun se sabe el lugar de las minas de donde se sacaban; pero existen algun enormes pedazos de esmeralda, como una ara que hay en la iglesia catedral de Puebla, y otra en la iglesia parroquial de Quechula (si tal vez no es la misma trasladada de aquí á la Puebla), la cual tenian los parroquianes atada con cadenas de hierro para que ninguno pudiese llevársela.

Los alfareros hacian de barro, no solo la loza necesaria para el uso de las casas, sino tambien otras obras de mera curiosidad, las cuales hermoseaban con varios colores; pero no sabian por lo que aparece el arte de vidriarlas. Los mas famosos alfareros eran los chololtecas, cuyos vasos fueron muy apreciados por los españoles: en el dia son célebres los vasos de Quauhtitlan.

Los carpinteros trabajaban bien algunas especies de madera con sus instrumentos de cobre, de los cuales se ven algunos aun en el dia.

Las fábricas de varias especies de telas eran comunes por todas partes, y esta era una de las artes que casi por todos se aprendia. No tenian lana, ni seda comun, ni lino, ni cáñamo; pero suplian la lana con el algodon, la seda con la pluma y con el pelo del conejo y de la liebre, y el lino y el cáñamo con el icxotl ó palma silvestre, con el quetzalichtli, con el pati y otras especies de maguey. De algodon hacian telas gruesas, y tan delgadas y finas como las de Holanda, las cuales fueron con razon apreciadas en Europa. Pocos años después de la conquista, se llevó á Roma un vestido sacerdotal de los mejicanos, que segun lo que afirma el caballero Boturini, causó admiracion en aquella corte por su finura y excelencia. Tejian estas telas con algunas figuras y colores, representando en ellas diversos animales y flores. De plumas entretejidas con algodon hacian capas, colchas, tapetes, huipiles y otras cosas no menos delicadas que hermosas. Yo he visto algunas hermosas capas de esta clase, que hasta ahora conservan algunos señores, que suelen ponerse en ciertas fiestas extraordinarias, como las de la coronacion del rey de España. Igualmente tejian con el algodon el pelo mas sutil del vientre de los conejos y de las libres, después de haberlo teñido é hilado, y hacian delicadísimas telas, y con estas jubones de invierno para los señores. De las hojas del pati y del quetzalichtli (especies de maguey) sacaban hilo delgado para hacer telas equivalentes á las del lino, y de las hojas de otras especies de maguey, como de las de palma silvestre, sacaban un hilo mas grueso y semejante al cáñamo. El modo que tenian de preparar estos materiales era el mismo que usan los europeos para el lino y el cáñamo. Ablandaban en agua las hojas, y después las limpiaban, las ponian al sol y las machacaban hasta que las ponian en estado de poderlas hilar.

De las mismas hojas de la palma silvestre, como tambien de las de izhuatl (otra especie de

1 El doctor Hernandez, Torquemada y Betancourt exponen el modo que tenian los artífices de sacar del itztli las navajas.

2 En cuanto á las esmeraldas de Cortés, la primera estaba hecha á manera de rosa, la segunda como una corneta, la tercera como un pescado con los ojos de oro, la cuarta era una campanilla con una perla fina por badajo, y al rededor esta inscripcion en letras de oro: Bendito quien te crió. La quinta, que era la mas preciosa, y por la cual daban cuarenta mil ducados los genoveses, era una pequeña copa con el pié de oro y cuatro cadenitas del mismo metal que se unian con una perla á manera de boton. La orilla de la copa estaba ceñida con un anillo de oro, en el cual estaba esculpida esta inscripcion latina: "Inter natos mulierum non surrexit major." Estas cinco esmeraldas, labradas por los mejicanos de órden de Cortés, fueron presentadas por él á su segunda mujer la noble doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, hija del conde de Aguilar. *Joyas, dice el Gomara que las vió, mejores que cuantas tuvo cualquier mujer en España.*

3 Mariana, en el sumario ó suplemento de la Historia de España.

palma), hacian finísimas esteras de diversos colores. Otras mas gruesas hacian del junco que nace en abundancia en aquella laguna.

Del hilo del maguey hacian tambien cuerdas, zapatos y otras obras.

Curtian muy bien las pieles de los animales, así de los cuadrúpedos como de los volátiles, dejando en algunas el pelo ó la pluma, y quitándolas á otras, segun el uso que querian hacer.

Finalmente, para dar alguna idea del gusto de los mejicanos en las artes, me parece oportuno el copiar aquí la lista de las primeras cosas que desde Méjico envió Cortés á Cárlos V, pocos dias después de haber llegado á aquel país.[1]

Dos ruedas de diez palmos de diámetro, la una de oro con la imágen del sol, y otra de plata con la de la luna, formada una y otra de láminas de aquellos metales con algunas figuras de animales, y de otras cosas de baj orelieve trabajadas con singular artificio.[2]

Un collar de oro compuesto de siete piezas, con ciento ochenta y tres pequeñas esmeraldas engastadas y doscientas treinta y dos piedras como rubíes, del cual pendian veintisiete campanillas de oro y algunas perlas.

Otro collar de cuatro piezas de oro, con ciento dos piedras rojas como rubíes, cienta setenta y dos esmeraldas y diez perlas buenas engastadas y veintiseis campanillas de oro. Entrambos collares, añade el Gomara, eran de ver, y tenian otras cosas primorosas sin las dichas.

Un morrion de madera chapeado de oro y guarnecido de piedras, con veinticinco campanillas de oro pendientes de él, y en lugar de cimera tenia un pájaro verde, con los ojos, pico y piés de oro.

Un capacete de planchuelas de oro, del cual pendian algunas campanillas.

Un brazalete de oro muy delgado. Una vara como cetro real con dos anillos de oro por remates y guarnecidos de perlas.

Cuatro tridentes adornados de pluma de varios colores, con las puntas de perlas atadas con hilo de oro.

Muchos zapatos de pieles de venado cosidos con hilo de oro, cuyas suelas eran de piedra itztli blanca y azul y muy delgadas.[3]

Una rodela de palo y cuero con campanillas pendientes al rededor y cubierta en el medio de una lámina de oro, en la cual estaba esculpida la imágen del dios de la guerra entre cuatro cabezas de leon, tigre, águila y buho, representadas al vivo con su pelo y plumas.

Muchas pieles curtidas de cuadrúpedos y de aves, con sus plumas y pelo.

Veinticuatro rodelas bellas y curiosas de oro, de plumas y perlas menudas, y otras cinco solamente de plumas y plata.

Cuatro peces, dos ánades y otras aves de oro vaciadas.

Dos grandes caracoles de oro y un gran cocodrilo circundado de hilos de oro.

Un espejo grande guarnecido de oro, y muchos chicos. Muchas mitras y coronas de plumas y oro, adornadas de perlas y piedras.

Muchos penachos grandes y hermosos de plumas de varios colores, adornados de oro y perlas menudas.

Muchos abanicos de oro y de pluma, ó solamente de pluma de diversa figura y tamaño, pero todos hermosísimos.

Una capa grande de algodon y de plumas de varios colores, con una rueda negra en medio con sus rayos.

Muchas capas de algodon ó blancas absolutamente, ó blancas y negras á tableros, ó encarnadas, verdes, amarillas y azules, por fuera vellosas como felpa, y por dentro sin color ni pelo.

Muchas camisetas, jubones, pañuelos, colchas, cortinas y tapetes de algodon.

Todas estas cosas eran, segun lo que dice el Gomara, mas apreciables por su artificio que por su materia. Los colores, añade, del lienzo de algodon eran finísimos, y los de pluma naturales. Las obras vaciadas no podian comprenderse por nuestros plateros. Este presente, el cual era parte del que hizo el rey Motezuma á Cortés pocos dias después de haber desembarcado en Chalchiuhcuecan, fué mandado por este conquistador á Cárlos V en julio del año de 1519, y este fué el primer oro y la primera plata que mandó la Nueva España á la antigua, pequeña muestra de los inmensos tesoros que debia mandar en lo sucesivo.

Entre las otras artes ejercitadas por los mejicanos, omitieron enteramente los historiadores españoles la medicina, sin embargo de ser una parte sustancial de su historia. Contentáronse aquellos historiadores con decir que los médicos mejicanos tenian un grande conocimiento de las yerbas y que hacian con ellas maravillosas curaciones; pero sin manifestar los progresos hechos por ellos en una arte tan provechosa al género humano. Pero no puede dudarse que las mismas necesidades que estimularon á los griegos á hacer una coleccion de experiencia y obervaciones sobre la naturaleza de las enfermedades y sobre la virtud de los medicamentos, condujeron igualmente á los mejicanos al conocimiento de estas dos principalísimas partes de la medicina.

1 Esta lista está tomada de la Historia de Gomara, que entonces vivia en España, omitidas algunas cosas que no nos importan y cuidando poco del órden que tienen en aquella Historia.

2 La rueda de oro era sin duda figura de su siglo, y la de plata de su año, atendiendo á lo que dice Gomara; pero él no lo sabia.

3 Gomara no explica que fuese itztli la piedra de las suelas; pero se infiere de su relacion. Es de creerse que semejantes zapatos fuesen hechos por mera curiosidad; pero tambien puede sospecharse que los usasen los señores cuando eran conducidos en litera como acostumbraban.

No sabemos que se valiesen de sus pinturas, como los griegos de sus escritos, para comunicar sus luces á la posteridad. Los que profesaban la medicina instruian á sus hijos en la naturaleza y diversidad de las enfermedades á que está sujeto el cuerpo humano y en las yerbas que la divina Providencia ha criado para su remedio, cuyas virtudes se habian ya experimentado por sus mayores. Les enseñaban el modo de discernir los diferentes estados de las enfermedades, de preparar las medicinas y de aplicarlas. De esto tenemos buenas pruebas en la Historia natural de Méjico, escrita por el doctor Hernandez.[1] Este docto y laborioso escritor tuvo siempre por guias á los médicos mejicanos en las investigaciones de la naturaleza hechas por él en aquel vasto imperio. Ellos le dieron á conocer mil doscientas plantas con sus nombres propios mejicanos, mas de doscientas especies de aves, y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de peces, de insectos y de minerales. De esta preciosísima aunque imperfecta Historia, podria formarse un cuerpo de medicina práctica para aquel reino, como en efecto lo formaron el doctor Farfan en su libro de curaciones, el admirable anacoreta Gregorio Lopez y otros célebres médicos. Y si de entonces acá no se hubiese descuidado el estudio de la historia natural ni hubiese sido tan grande la prevencion en favor de las cosas ultramarinas, hubieran ahorrado los habitantes de la Nueva España una gran parte de los gastos hechos en adquirir las drogas de la Europa y de la Asia, y hubieran sacado mayor utilidad de las que produce su país. A los médicos mejicanos debió la Europa el tabaco, el bálsamo americano, la goma copal, el liquidámbar, la zarzaparrilla, la tacamaca, la jalapa, la cebada y piñones purgantes y otros simples que han sido de mucho uso en la medicina; pero de infinitos está privada la Europa por la ignorancia ó descuido de los comerciantes.

1 El doctor Hernandez siendo médico de Felipe II, rey de España, y muy célebre por sus obras publicadas sobre la Historia natural de Plinio, fué mandado por aquel monarca á Méjico para hacer investigaciones sobre las cosas naturales de aquel reino. Se empleó en esto juntamente con otros doctos naturalistas por algunos años, valiéndose de la instruccion de los médicos mejicanos. Su obra, digna de los sesenta mil ducados gastados en ella, constaba de veinticuatro libros de historia y de once tomos de excelentes estampas de plantas y animales; pero teniéndola el rey por muy voluminosa, dió órden á su médico Nardo Antonio Recchi, napolitano, para que la compendiara. Este compendio se publicó en lengua española en Méjico, por Francisco Jimenez, dominico, en el año de 1615, y después en latin en Roma el año de 1651 por los académicos Linces, con notas y disertaciones eruditas, pero muy largas y enfadosas. Los manuscritos de Hernandez se guardaron en la Biblioteca del Escorial, en donde tomó el padre Nieremberg una gran parte de lo que escribió sobre la historia natural, como él mismo protesta. El padre Claudio Clemente, jesuíta francés, hablando de los manuscritos de Hernandez, dice así: *Qui omnes libri et comentarii si prout affecti sunt*, ita forent perfecti et absoluti Philippus II, et Franciscus Hernandius haudquaquam Alejandro et Aristoteli hac in parte concederent.

Entre los purgantes que usaban los médicos mejicanos, á mas de la jalapa, los *piñones* y las *habillas*, era entre ellos muy comun el michoacan, tan conocido en la Europa,[1] como tambien el izticpatli, tan celebrado por el doctor Hernandez, y el amamaxtla, vulgarmente llamado ruibarbo de los frailes.

Entre algunos eméticos, usaban del mexochitl y del neixcotlapatli, y entre los diuréticos del axixpatli y del axixtlacotl, el cual es muy alabado por el referido Hernandez. Entre los antidotos, era con razon apreciada la famosa contrayerba, llamada por ellos por su figura coanenepilli, lengua de culebra, y por sus efectos coapatli, esto es, remedio contra las culebras. Entre los errinos, habia el zozofatic, planta tan eficaz, que basta acercar su raíz á las narices para excitar los estornudos. Contra las fiebres intermitentes usaban por lo comun el chatalhuic, y contra otras especies de fiebres, el chiantzolli y el iztacxalli, el huehuetzontecomatl, y sobre todo, el izticpatli. Para preservarse del mal que solia causarles el demasiado ejercicio en el juego de la pelota, solian comer la corteza del apitzalpatli ablandada en agua. No acabariamos jamás si quisiéramos mencionar todas las plantas, las resinas, los minerales y otros medicamentos, así simples como compuestos, de que usaban contra todas las especies de enfermedades conocidas por ellos. El que quiera una instruccion mas amplia en esta materia, podrá ver la referida obra del doctor Hernandez y dos tratados publicados por el doctor Monardez, médico sevillano, sobre las cosas medicinales que suelen llevarse de la América á Europa.

Se valian los médicos mejicanos de infusiones, de cocimientos, de emplastros, de ungüentos y de aceites, y todas estas cosas se vendian en el mercado, como testifican Cortés y Bernal Diaz, testigos oculares. Los aceites mas usuales entre ellos, eran los de hule ó resina elástica, de tlapatl, árbol semejante á la higuera, de chilli ó pimienta de chia, y de ocotl, especie de pino. Este lo sacaban por destilacion y los otros por cocimiento. El de chia servia mas á los pintores que á los médicos.

Sacaban tambien del huitziloxitl, como hemos

1 La célebre raíz de Michoacan se llama tacuache por los tarascos y tlalantlaquitlapilli por los mejicanos. La dió á conocer un médico del rey de Michoacan á los primeros religiosos que fueron allí á predicar el Evangelio, curándoles con ella ciertas fiebres que les iban causando corrupcion. De los religiosos se comunicó la noticia á los españoles, y de estos á toda la Europa.

dicho en otra parte, aquellas dos suertes de bálsamo mencionadas por Plinio y otros naturalistas antiguos, esto es, el opobálsamo ó bálsamo destilado del árbol, y el xilobálsamo, extraido por decoccion de las ramas. De la corteza del huaconex, ablandada cuatro dias en agua, sacaban otro licor equivalente al bálsamo. De la planta llamada por los españoles maripenda, nombre, segun parece, tomado de la lengua tarasca, sacaban igualmente un licor semejante al bálsamo, tanto en su color como en sus maravillosos efectos, poniendo á cocer en agua los tallos tiernos con el fruto de la planta hasta que el agua se espesase tanto como el mosto. De este modo sacaban otros apreciables aceites y licores, como el del liquidámbar y el del acebo.

Era muy comun entre los mejicanos y las otras naciones de Anáhuac el uso de la sangría, la cual ejecutaban con destreza y seguridad sus médicos con lancetas de itztli. Las gentes del campo solian sacarse la sangre, como lo hacen hasta ahora, con las espinas del maguey, sin valerse de mano ajena ni interrumpir el trabajo en que están ocupados. Usaban tambien en lugar de sanguijuelas, de las espinas del huitztlahuatzin ó puerco-espin mejicano, las cuales son gruesas y tienen un pequeño agujero en la punta.

Entre los medios empleados por ellos para la conservacion de su salud, era muy usado el de los baños. Se bañaban frecuentísimamente, y muchos todos los dias, en la agua natural de los rios, de las lagunas, de las pozas y de los estanques. La experiencia ha hecho conocer á los españoles la utilidad de semejantes baños en aquel clima, y principalmente en los países calientes.

Poco menos frecuente era entre ellos y las otras naciones de Anáhuac el baño del temascalli, el cual, siendo por todas sus circunstancias digno de particular mencion en la historia de Méjico, no ha habido ni uno entre los historiadores de aquel reino que lo haya descrito, entreteniéndose muchas veces en descripciones y relaciones de poco momento; de manera que si este baño no se hubiera conservado hasta nuestros dias, hubiera perecido enteramente su memoria.

El temascalli ó hipocausto mejicano se fabrica por lo comun de adobes. Su figura es muy semejante á la de los hornos de cocer pan; pero con esta diferencia, que el pavimento del temascalli es un poco convexo y mas bajo que la superficie de la tierra, cuando el de nuestros hornos es plano y elevado para mayor comodidad de los horneros.

Su mayor diámetro es de cerca de ocho piés y su mayor altitud de seis. Su entrada, semejante tambien en esto á la boca de un horno, tiene la amplitud bastante para entrar fácilmente un hombre á gatas. En la parte opuésta á la entrada, hay un hornillo de piedra ó de adobes con su boca hácia fuera para meterle el fuego, y con un agujero encima para que salga el humo. La parte por donde el hornillo está unido al temascalli, la cual tiene en cuadro cerca de dos piés y medio, está cerrada á piedra seca con tezontli ú otra tan porosa como ella. En la parte superior de la bóveda hay otro agujero ó respiradero como el del hornillo. Esta es la estructura comun del temascalli expresada en la adjunta estampa; pero hay otras tambien que no tienen ni bóveda ni hornillo, y se reducen á pequeños aposentos cuadrilongos, pero por otra parte bien cubiertos y defendidos del aire.

Cuando alguno quiere bañarse hace poner antes dentro del temazcalli una estera,[1] un lebrillo de agua y un manojo de yerbas ó de hojas de maíz. Después se enciende el fuego en el horno, y se conserva extendido hasta que estén enteramente inflamadas aquellas piedras que están entre el Temazcalli y el hornillo. El que quiere bañarse, entra por lo comun desnudo, y corrientemente ó por enfermedad ó por mayor comodidad, le acompaña alguno de sus domésticos. Luego que entra cierra bien la puerta, dejando aun por un poco tiempo abierto el respiradero que hay en el cielo del temazcalli, para que pueda salir el humo introducido allí por las hendiduras de las piedras, y después que ha salido todo, cierra tambien el respiradero. Después echa agua sobre las piedras encendidas, de las cuales inmediatamente se levanta un denso vapor, que va á ocupar la parte superior del temazcalli. Entre tanto que el enfermo está tirado sobre la estera, su doméstico (si él no puede hacerlo por sí mismo) comienza á echar hácia abajo el vapor, y á dar suavemente al enfermo, sobre todo en la parte doliente, con el mazo de yerbas un poco mojadas en la água ya caliente del lebrillo. El enfermo comienza inmediatamente á tener un dulce y copioso sudor, el cual se aumenta como se quiere ó se disminuye, á proporcion de la necesidad. Conseguida la deseada evacuacion, se da libertad al vapor, se abre la entrada y se viste al enfermo, ó bien cubierto es trasportado en la estera ó colchon al aposento, pues la puerta del baño está por lo comun dentro de algun cuarto de la habitacion.

Siempre se ha usado el temazcalli en algunas enfermedades, especialmente en las fiebres causadas por alguna constipacion. Lo usan comunmente las indias después del parto, y tambien aquellos que son heridos ó mordidos por algun animal venenoso. El es sin duda un remedio eficaz para todos aquellos que necesitan evacuar humores gruesos y viscosos, y yo no dudo que seria utilísimo en Italia, en donde son tan frecuentes y tan crueles los reumatismos. Cuando se quiere un sudor mas copioso, levantan al enfermo y lo acercan al vapor, porque tanto mas

1 Los españoles cuando se bañan suelen meter un colchon para mayor comodidad.

suda cuanto mas se aproxima á él. Es hasta la presente tan comun el temazcalli, que no hay lugar habitado por los indios en donde no haya muchos.

Por lo que respecta á la cirujía de los mejicanos, los mismos españoles conquistadores testifican por propia experiencia su prontitud y felicidad en curar las heridas.[1] A mas del bálsamo y de la maripenda, usaban el jugo del itzontecpatli (especie de titimalo), el tabaco y otras yerbas. Para las úlceras se valian del nanahuapatli, del zacatepatli y del iztcuinpatli para las apostemas y algunos tumores; del tlalamatl y del jugo del chilpatli, y para la fractura de los huesos del nacazol ó toloatzin. Después de haber secado y reducido á polvo la semilla de esta planta, la mezclaban con cierta resina y la aplicaban á la parte lastimada, la cubrian con plumas, y sobre ellas ponian tablitas para soldar los huesos.

Los médicos eran por lo comun los que preparaban y aplicaban las medicinas; pero acompañaban sus curaciones para hacerlas misteriosas y mas apreciables, con algunas ceremonias supersticiosas, con la invocacion de sus dioses y con ciertas imprecaciones contra las enfermedades. Veneraban los médicos á la diosa Ozapotlatenosa por protectora de su artè, y la creian inventora de algunos secretos medicinales, y entre otros del aceite que por destilacion sacaban del *ocotl*.

Es de admirar que los mejicanos, y principalmente los pobres, no estuviesen sujetos á muchas enfermedades, atendida la calidad de sus alimentos. Este es un artículo en el que tuvieron cosas singulares, porque habiendo estado tantos años después de la fundacion de Méjico reducidos á la vida mas miserable en las isletas de la laguna, estuvieron obligados por su necesidad á alimentarse de cualquier cosa que encontraban en aquellas aguas. En tiempo tan calamitoso aprendieron á comer no solamente las raíces de las plantas palustres, las culebras de agua que allí abundan, el axolotl, el atetepiz, el atopinan y otros semejantes animalillos del agua, sino tambien hormigas, moscas palustres y los huevos de estas mismas. De dichas moscas, llamadas por ellos axayacatl, pescaban tanta cantidad, que tenian para comer, alimentar algunas especies de aves y vender en el mercado. Las molian y hacian pelotillas de aquella masa, las cuales, en hojas de maíz, ponian á cocer en agua con nitro. No disgustó semejante vianda á algunos historiadores que la comieron. De los huevos, que en mucha abundancia ponen estas moscas en los juncos de la laguna, sacaban, como hemos ya expuesto, aquella especie de hueva que llamaban ellos *ahuauhtli*.

No contentos con alimentarse de cosas vivientes, comian tambien cierta sustancia lodosa que nada en las aguas de la laguna, la cual secaban al sol y la conservaban para usarla como queso, al que se parece en el sabor. Daban á esta sustancia el nombre de tecuitlatl ó excremento de las piedras. Acostumbrados, pues, á tan viles manjares, no los dejaron en el tiempo de su mayor abundancia, y así se veia siempre lleno el mercado de mil especies de animalillos crudos, cocidos, fritos y tostados, que se vendian principalmente para los pobres. Sin embargo, luego que con el comercio del pescado comenzaron á proporcionarse mejores alimentos y á cultivar con su industria las isletas flotantes en la laguna, ya se trataban mejor, y en sus comidas no se deseaban ni la abundancia, ni la variedad, ni el buen gusto de las viandas, como testifican los conquistadores.[1]

Entre sus comestibles merece el primer lugar el maíz, llamado por ellos *tlaolli;* grano concedido por la Providencia á aquella parte del mundo en lugar del trigo de la Europa, del arroz del Asia y del mijo del Africa, con algunas ventajas sobre estos, pues á mas de ser sano y gustoso, es mas nutritivo, se multiplica mas, se da igualmente en los climas calientes y frios, no requiere tanto cultivo, no es tan delicado como el trigo, ni necesita, como el arroz, de un terreno húmedo y nocivo á la salud de los cultivadores. Tenian muchas especies de maíz diferentes en el tamaño, en el color y en la calidad. De maíz hacian su pan, enteramente diverso del de Europa, no menos en el gusto y la figura que en el modo de hacerlo que tenian antiguamente y conservan hasta el dia. Ponen á cocer el grano en agua con un poco de cal. Cuando está algo blando, lo estrujan entre las manos para quitarle el pellejo. Después lo muelen en el metatl,[2] toman un poco de aquella masa, y extendiéndola con golpes recíprocos de las manos, forman el pan, y después le dan el último cocimiento en el comalli. La figura de tales panes es orbicular y plana, su diámetro es de cerca de ocho dedos y su grueso de mas de una línea; pero los hacian tambien mas pequeños y menos gruesos, y para los señores los hacian tan delgados como nuestro papel mas gordo. Solian mezclar al maíz alguna cosa para hacer el pan mas saludable ó mas delicioso. Para las personas nobles ó pudientes, solian hacer el pan de maíz encarnado, amasándole con la bellísima flor coatzontecoxo-

1 El mis mo Cortés hallándose en gran peligro de la vida por causade una grave herida en la cabeza que recibió en la famosa batalla de Otompan, fué perfectamente curado por los médicos tlaxcaltecas.

1 Véanse sobre esto la primera carta de Cortés, la Historia de Bernal Diaz y la relacion del conquistador anónimo.

2 Los españoles llaman al metatl metate, al comalli comal, de que luego hablaremos, y al atolli atole.

chitl, y con algunas yerbas medicinales para ayudar el calor del estómago. Este es el pan que han usado siempre los mejicanos y todas las otras naciones de aquellos vastos países hasta nuestros dias, despreciando en comparacion de este el mejor pan de trigo. Su ejemplo ha sido imitado por muchísimos españoles; pero para decir la verdad, este pan, aunque sea muy sano y sustancioso y hecho recientemente tenga buen gusto, sin embargo, cuando se enfria es algo desagradable. El hacer el pan, como el prepararlo y guisar toda suerte de viandas, ha sido siempre entre aquellas naciones un ejercicio propio de las mujeres. Ellas eran las que lo hacian para sus familias y las que lo vendian en el mercado.

Del maíz no solo hacian el pan, sino tambien muchas comidas y bebidas con diversos ingredientes y preparaciones. El *atolli* es una harinada ó poleada hecha de la pasta del maíz cocido, bien molido, disuelto en agua y colado. Ponen al fuego aquel líquido colado por el cedazo, y le dan un nuevo cocimiento hasta que toma la densidad conveniente. Ella es insípida al paladar de los españoles; pero tambien la dan comunmente á sus enfermos como un alimento saludable, endulzándola con un poco de azúcar, en lugar de la miel usada antes por los indios. Era antes y es tambien en el dia su almuerzo, y con ella sufren las fatigas de la agricultura y de los otros ejercicios serviles en que están ocupados. El doctor Hernandez distingue diez y siete especies de atolli, diferentes tanto por el condimento como por el modo de prepararlo.

Despues del maíz, las semillas mas usadas eran el cacao, la chia y los frijoles. Del cacao hacian algunas bebidas usuales, y entre otras la que llamaban ellos chocolatl. Molian igual cantidad de cacao y de semilla de pochotl, ponian todo junto en una proporcionada cantidad de agua en un cántaro, y allí lo revolvian y agitaban con aquel pequeño instrumento con dientes de madera que se llama molinillo. Luego le quitaban la parte mas oleosa que nada por encima, y la ponian en otro vaso. Despues le mezclaban un puño de pasta de maíz cocido y lo ponian todo á cocer al fuego hasta un cierto punto, y separándolo luego, le mezclaban la parte oleosa, y esperaban hasta que se entibiase para tomarlo. Este es el orígen del famoso chocolate, que juntamente con el nombre y los instrumentos de hacerlo, han adoptado las naciones cultas de la Europa, aunque alterando alguna cosa el nombre y mejorando la bebida segun el lenguaje y el gusto de cada nacion. Solian los mejicanos mezclar en el chocolate y en las otras bebidas que hacian de cacao para que salieran mas gustosas ó mas saludables, el tlilxochitl ó vainilla, la flor del xochinacaztli[1] y la fruta del mecaxochitl,[1] y alguna vez tambien le echaban miel para endulzarla, como nosotros le echamos azúcar.

De la semilla de la chia hacian una bebida muy fresca, comunísima aun en el dia en aquel reino, y de la misma semilla y del maíz hacian el chianzotzolatolli, que era una excelente bebida, muy usada por los antiguos, principalmente en tiempo de guerra. El soldado que llevaba consigo una talega de harina de maíz y de chia, se creia bastantemente proveido. Cuando era necesario cocia en agua la cantidad que queria, agregándole una poca de miel de maguey, y con esta bebida deliciosa y nutritiva (como la llama el doctor Hernandez) toleraban los ardores del sol y las fatigas de la guerra.

De la carne no hacian tanto uso los mejicanos como los europeos; sin embargo, en ocasion de algun convite y diariamente en la mesa de los señores, se ponian algunas especies de animales, como venados, conejos, javalíes mejicanos, tuzas, techichi, los cuales se engordaban, como entre nosotros se hace con los puercos y otras especies de animales de la tierra, del agua y del aire; pero los mas comunes eran los pavos de Indias y las codornices.

Las frutas mas usuales entre ellos eran el mamey, el tliltzapotl, el cochitzapotl, el chictzapotl, las ananas, la chirimoya, el ahuacatl, la anona, la pitaya, el capolin ó cereza mejicana, y diversas especies de tunas ó higos de Indias, las cuales frutas suplian ventajosamente la falta de las peras, manzanas y albérchigos.

Entre tanta abundancia de víveres estaban los mejicanos privados de la leche y de la manteca, pues no tenian ni vacas, ni ovejas, ni cabras, ni puercos. En cuanto á los huevos, no sabemos que comiesen otros que los de las pavas y las iguanas, cuya carne comian entonces y tambien ahora.

El condimento ordinario de sus comidas, á mas de la sal, era el pimiento y el tomate, los cuales se han hecho igualmente comunísimos entre los españoles de aquellos países.

Usaban tambien algunas especies de vino ó bebidas equivalentes á él, de maguey, de palma, de cañas de maíz y del mismo grano tambien, del cual vino, llamado en otras partes chicha, hacen mencion casi todos los historiadores de la Améri-

1 El árbol del xochinacaztli tiene las hojas largas y angostas, de un color verde oscuro. Su flor consta de seis hojas, por dentro de un color que tira á púrpura y por fuera verdes y suavemente olorosas. Su figura, semejante á la de la oreja, fué causa del nombre que le pusieron los mejicanos y del que le dan los españoles, que es el de orejuela. Su fruto es anguloso y de color sanguíneo, y se da dentro de un hueso del largo de seis pulgadas y de un dedo de grueso. Es árbol propio de tierras calientes. Su flor era muy apreciada y no faltaba jamás en los mercados.

1 El mecaxochitl es una planta voluble, cuyas hojas son grandes y gruesas, y el fruto se asemeja mucho á la pimienta larga.

ca, pues es el mas general en aquel nuevo mundo. El mas usual entre los mejicanos, y sin duda el mejor, era el de maguey, llamado octli por ellos, y por los españoles pulque.[1] El modo de hacerlo es este. Cuando el maguey ó aloé mejicano llega á un cierto tamaño y sazon, le cortan el tallo, ó mas bien las hojas aun tiernas, de las cuales se forma el tallo, situado en el centro de la planta, en donde queda una competente cavidad. Raspan la superficie interna de las hojas gruesas que circundan la tal cavidad, sacan el jugo dulce que por sí misma destila en tal abundancia, que una sola planta suele dar en seis meses mas de seiscientas libras de jugo, y en todo el tiempo de su fecundidad mas de dos mil.[2]

Sacan el jugo de la cavidad con una caña, ó mas bien con una calabaza larga y angosta que les sirve de bomba, y lo echan en un vaso hasta que se fermente, lo cual sucede en menos de veinticuatro horas. Para facilitar la fermentacion y hacer mas fuerte la bebida, le mezclan una cierta yerba, á la que por esto dan el nombre de ocpatli ó remedio del vino. El color de este vino es blanco, el gusto un poco áspero, y la fortaleza bastante para embriagar, aunque no tanta como la del vino de uva. Por lo demás, es una bebida muy sana y apreciable por muchos capítulos, pues es un excelente diurético y un remedio eficaz contra la diarrea. El consumo de esta bebida es sorprendente, así como la utilidad que sacan los españoles. La alcabala que se recauda, de aquella solamente que se consume en la capital, asciende anualmente á casi trescientos mil pesos, pagando solo un real mejicano, ó la octava parte de un peso, por cada veinticinco libras castellanas. La cantidad de pulque que se consumió en la capital el año de 1774, fué de dos millones doscientas catorce mil, doscientas noventa y cuatro y media arrobas, esto es, mas de setenta y tres millones y ochocientas mil libras romanas, sin contar en esta el que se introduce de contrabando y el que expenden en la plaza mayor los indios privilegiados.

No eran los mejicanos tan sobresalientes en su vestido como en su comida. Su hábito ordinario era muy sencillo, reduciéndose todo en los hombres al maxtlatl y al tilmatli, y en las mujeres al cueitl y al huepilli. El maxtlatl era una faja ó ceñidor largo con dos extremidades pendientes por delante y por detrás para cubrir las pudendas. El tilmatli era una capa cuadrada de cerca de cuatro piés de largo; dos extremidades se anudaban sobre el pecho ó sobre un hombro, como se ve en muchas estampas. El cueitl ó enaguas mejicanas, era una pieza tambien cuadrada de lienzo con que se envolvian las mujeres desde la cintura hasta media pierna. El huepilli era una almilla mujeril ó jubon sin mangas.

El vestido de la gente pobre era de hilo de maguey ó de palma silvestre, ó cuando mas de tela gruesa de algodon; pero el de los pudientes era de manta fina hermoseada con varios colores y varias figuras de animales ó de flores, ó tambien de manta tejida con hermosas plumas ó de pelo sutil de conejo, y adornada de algunas figurillas de oro y de hermosos flecos, principalmente en el ceñidor ó maxtlatl. Los hombres solian llevar dos ó tres capas, y las mujeres tres ó cuatro almillas y otras tantas enaguas, poniéndose debajo las mas largas, para que se pudiera ver alguna parte de cada una. Los señores se vestian en el invierno de jubones de manta entretejida con plumas blandas ó con pelo de conejo. Las señoras llevaban á mas del huepilli un sobre-vestido un poco semejante á la sobrepelliz de nuestros eclesiásticos, pero mas ancho y con las mangas mas largas.[1]

Los zapatos no eran mas que suelas de cuero ó de tela tosca de maguey atadas con correas, de manera que solamente cubrian las plantas. El rey y los señores adornaban las correas con ricos listones de oro y piedras preciosas.

Los mejicanos llevaban la melena larga, y tenian á deshonor el ser tusados, á excepcion de las vírgenes que se consagraban al servicio del templo. Las mujeres la llevaban suelta, y los hombres atada de diversas maneras y adornada la cabeza de hermosos penachos, no menos cuando bailaban que cuando iban á la guerra.

Es difícil encontrar otra nacion que acompañase á una tal simplicidad en el vestido tanta vanidad y lujo en los adornos del cuerpo. A mas de las plumas y de las joyas con que sabian adornar sus vestidos, usaban aretes, pendientes en el labio inferior y muchas veces tambien en la nariz, cadenas, manillas, brazaletes, y tambien ciertos anillos á manera de collares en las piernas. Los aretes y otros pendientes de la gente pobre eran de conchillas, de cristal, de ámbar ó de alguna piedrecilla reluciente á manera de piedra preciosa; pero los ricos los llevaban de perlas, de esmeraldas, de amatistas ó de otras piedras preciosas engastadas en oro.

1 Pulque no es palabra española ni mejicana, sino tomada de la lengua araucana que se habla en el reino de Chile, en la cual pulcu es el nombre general de las bebidas que aquellos indios usan para embriagarse; pero es difícil adivinar cómo pasase tal nombre á Méjico.

2 Betancurt dice que un maguey da en seis meses veinte arrobas de pulque, que son mas de seiscientas libras italianas. El podia saberlo bien, habiendo sido muchos años párroco de indios. El doctor Hernandez afirma que de una sola planta se sacaban hasta cincuenta ánforas. La ánfora castellana, mas pequeña que la romana, comprende, segun el cálculo de Mariana, 512 pulgadas de vino ó de agua comun. Pues suponiendo que el pulque pese mas que el agua, las cincuenta ánforas harán mas de dos mil libras romanas.

1 En otra parte hemos hablado de los hábitos reales, sacerdotales y militares.

Pero no era correspondiente á semejante vanidad su ajuar. Su lecho no era otra cosa que una ó dos esteras gruesas de junco, á las cuales añadian los ricos esteras finas de palma y sábanas de algodon, y los señores telas entretejidas con plumas. La almohada de los pobres era una piedra ó un madero, y la de los ricos habrá sido tal vez de algodon. La gente comun no se cubria con otra cosa en el lecho que con el mismo tilmatli ó capa; pero los ricos y los nobles usaban de colchas de algodon y de pluma.

Para comer, en lugar de mesa extendian en el suelo una estera. Pero sí usaban manteles, platos, escudillas, ollas, cántaros, y de otra semejante loza de barro fino; pero no, segun lo que aparece, cucharas ni tenedores. Sus asientos eran escaños bajos de madera y de junco ó palma, ó de cierta especie de cañas, á las cuales llamaban *icpalli*.[1] En ninguna casa faltaba el metatl ni el comalli. El metatl era la piedra en la cual molian el maíz y el cacao, cual se representa en nuestra estampa que expresa el modo de hacer el pan. Hasta ahora es muy usado este instrumento en toda la Nueva España y en la mayor parte de la América. Lo adoptaron tambien los europeos, y en Italia y otras partes lo usan los chocolateros para moler el cacao. El comalli era y es hasta el dia (pues es tan usado como el metatl) un tiesto redondo y algo cóncavo, que tiene un dedo de grueso y cerca de quince pulgadas de diámetro.

Los vasos de que usaban los mejicanos para beber eran de ciertas frutas semejantes á las calabazas que se dan en los países calientes en árboles de un mediano tamaño. Los unos son grandes, perfectamente redondos, que llaman xicalli,[2] y los otros mas pequeños y cilíndricos, á los cuales dan el nombre de tecomatl. Unos y otros son sólidos y pesados, su corteza es dura, leñosa y de un color verde oscuro, y sus semillas semejantes á las de la calabaza. El xicalli tiene cerca de ocho pulgadas de diámetro y el tecomatl un poco menos de longitud y cerca de cuatro dedos de grueso. Cada fruto dividido por la mitad daba dos vasos iguales; les sacaban todas las semillas, y le daban con ciertas tierras minerales un barniz permanente de buen olor y de varios colores, principalmente de un bello rojo. En el dia suelen platearlos y dorarlos.

No usaban los mejicanos en sus casas ni candeleros ni velas de cera ó de sebo, ni se valian del aceite para alumbrar, porque aunque hiciesen muchas especies de aceites, no los empleaban en otra cosa que en la medicina, en la pintura y en los barnices, y aunque extrajesen gran cantidad de cera de los panales, ó no quisieron ó no supieron sacar la utilidad de la luz. En los países marítimos solian emplear para esto los cucuyos ó escarabajos luminosos; pero generalmente se valian de teas ó hachas de *ocotl*, las cuales, aunque diesen una hermosa luz y un buen olor, ahumaban y ennegrecian las habitaciones con el ollin. Uno de los usos europeos que mas apreciaron al arribo de los españoles, fué el de las velas; pero para decir la verdad, poco necesitaban aquellas gentes de ellas, pues consagraban al reposo casi todas las horas de la noche, después de haber empleado en el trabajo ó en los negocios todas las del dia. Los hombres trabajaban en sus artes ó ejercicios y las mujeres en coser, tejer, bordar, hacer el pan, preparar la comida y barrer la casa. Todos hacian diariamente oracion á sus dioses y quemaban en su honor copal, y por esta razon no habia casa, por pobre que fuese, que no tuviese sus idolillos y sus incensarios.

El modo que tenian los mejicanos y las otras naciones americanas para sacar fuego, era el mismo que usaron los antiguos pastores de la Europa,[1] esto es, con la violenta confricacion de ciertas maderas. Los mejicanos se valian por lo comun del achiote, que es el roucou de los franceses. El caballero Boturini afirma que lo sacaban tambien del pedernal.

Tomaban por la mañana después de algunas horas de trabajo su desayuno, el cual era por lo comun de atolli ó poleadas de maíz, y su comida después del mediodía; pero entre tantos historiadores de Méjico no he encontrado ni uno que haga mencion de su cena. Comian poco; pero bebian mucho de su vino de maguey ó de maíz ó de chia, ó alguna bebida de cacao, ó agua natural.

Después de comer solian los señores conciliarse el sueño con el humo del tabaco.[2] Esta planta

1 Los españoles alterando el nombre le llamaban equipales.

2 Los españoles de Méjico llamaron al *xicalli jícara*. Los españoles de Europa adoptaron este nombre para significar el pozuelo en que se toma el chocolate, y de aquí tuvo orígen el italiano chichera. El señor de Bomare hace mencion del árbol del xicalli bajo el nombre de calebaccier d' Amérique, y dice que en la Nueva España es conocido con los nombres de choyne, cujete ó higuero; pero no es cierto. El nombre de hibuero (no higuero) era el que daban á este árbol los indios de la isla Española: lo usaron antes los españoles conquistadores; pero ningun otro lo usó después en la Nueva España. Los otros nombres jamás los he oido en aquellos países.

1 Calido ruorus, laurus; hedere, et omnes ex quibus igniaria junt. Exploratorum hoc usus in castris pasterumque reperit; quoniam ad excutiendum ignem non semper lapidis est ocatio. Feritur ergo lignum ligno ignemque concipit attritu, excipiente materia aridi fomitis jungi, vel folio rum facillime conceptum. Plinius, Hist. nat., lib. 16, cap. 40. Lo mismo se puede ver en el lib. 2 de las Cuestiones naturales de Séneca y en otros autores antiguos.

2 Tabaco es un nombre tomado de la lengua haitiana. Los mejicanos tenian dos especies de tabacos muy diferentes en el tamaño de la planta y de las hojas, en la figura de la flor y en el color de la semilla. El mas pequeño,

tenia grande uso entre los mejicanos. La empleaban en algunos emplastros y la tomaban así en humo por la boca como en polvo por las narices. Para fumar ponian dentro de un cañoncito de madera ó de caña ó de otra materia mas noble, las hojas del tabaco con la resina del liquidámbar y con otras yerbas calientes y olorosas. Recibian el humo chupando el tubo con la boca y tapándose las narices con los dedos, para que mas fácilmente pasase con el aliento hasta el pulmon. ¿Quién creeria jamás que el uso del tabaco, que inventó la necesidad de aquellas naciones flemáticas, debiese ser en lo sucesivo un vicio ó moda general de casi todos los pueblos del mundo, y que una planta tan humilde y de la que tan desfavorablemente hablaron y escribieron los europeos, habia de venir á ser una de las mas gruesas rentas de los reinos de Europa? Pero lo que debe causar mayor admiracion, es que siendo ya tan comun el uso del tabaco entre aquellas mismas naciones que lo despreciaban, es tan raro entre sus inventores, que son poquísimos en el dia (hablo de los indios de la Nueva España) los que lo toman en humo, y ninguno en polvo.

Así como faltó á los mejicanos el uso de las velas para alumbrarse, así tambien les faltó el del jabon para lavarse, aunque hubiese allí animales de que poderlo sacar;[1] pero suplian bien esta falta con un fruto y una raíz. El fruto era el del copalxocotl, árbol medianamente grande que se da en Michuacan, en Yucatan, en la Mixteca y otras partes.[1] La pulpa que está bajo la corteza del fruto, la cual es blanca, viscosa y muy amarga, emblanquece la agua, hace espuma y sirve como el jabon para lavar y limpiar la lencería. La raíz es la de la amolli, planta pequeña y comunísima en aquel país, á la cual conviene con mas propiedad el nombre de saponaria americana, porque es menos desemejante á la saponaria del antiguo continente; pero el amolli mas se usa en el dia en lavar el cuerpo, y particularmente la cabeza, que en la ropa.[2]

Lo que hasta aquí hemos expuesto en órden al gobierno político y económico de los mejicanos, es todo lo que hemos encontrado digno de fe y de la luz pública. Tales eran sus costumbres públicas y privadas, su gobierno, sus leyes y sus artes, cuando llegaron al país de Anáhuac los españoles, cuyas guerras y acontecimientos memorables vamos á referir en las libros siguientes.

---

que es el comun, se llamaba por ellos picietl, y el mas grande quauyetl. Este se hace tan alto como un árbol de un tamaño mediano. Su flor no está dividida en cinco partes como la del picietl, sino solamente diferenciada en seis ó siete ángulos. Estas plantas varían mucho por razon del clima, no solamente en la calidad del tabaco, sino tambien en el tamaño de las hojas y en otros accidentes; por lo que algunos autores han multiplicado las especies.

2 He oido decir que del epactl ó zorrillo se saca un jabon excelente.

1 El doctor Hernandez hace mencion de él bajo el nombre de copalxocotl; pero nada dice de su virtud detersiva. Betancourt habla del mismo bajo el nombre de árbol del jabon, con que es conocido por los españoles; y el señor Valmont de Bomare lo describe con el nombre de sabonier y de saponaria americana. La raíz de este árbol se usa tambien en lugar de jabon; pero no es tan buena como el fruto.

2 Hay una especie de amolli, cuya raíz tiñe el pelo de color de oro. Yo ví este singular efecto por algunos dias en un hombre viejo, el cual habiendo sido rubio en su juventud, estaba ya cano.



ADICIONES

PARA AYUDA DE LA HISTORIA.

EL SIGLO MEJICANO.

AÑOS.	AÑOS.
I TOCHTLI.........	I TECPATL.
II Acatl............	II Calli.
III Tecpatl.........	III Tochtli.
IV Calli............	IV Acatl.
V Tochtli...........	V Tecpatl.
VI Acatl...........	VI Calli.
VII Tecpatl.........	VII Tochtli.
VIII Calli..........	VIII Acatl.
IX Tochtli..........	IX Tecpatl.
X Acatl............	X Calli.
XI Tecpatl..........	XI Tochtli.
XII Calli...........	XII Acatl.
XIII Tochtli........	XIII Tecpatl.
I ACATL..........	I CALLI.
II Tecpatl..........	II Tochtli.
III Calli...........	III Acatl.
IV Tochtli..........	IV Tecpatl.
V Acatl............	V Calli.
VI Tecpatl..........	VI Tochtli.
VII Calli............	VII Acatl.
VIII Tochtli.........	VIII Tecpatl.
IX Acatl...........	IX Calli.
X Tecpatl..........	X Tochtli.
XI Calli............	XI Acatl.
XII Tochtli.........	XII Tecpatl.
XIII Acatl..........	XIII Calli.

Los años escritos con letras mayúsculas son aquellos en los cuales comenzaban los cuatro pequeños períodos de trece años de que se componia el siglo.

AÑOS MEJICANOS

DESDE LA FUNDACION HASTA LA CONQUISTA DE MÉJICO, COMPARADOS CON LOS AÑOS CRISTIANOS.

Los que van escritos con letras mayúsculas son los primeros de cada período; los que están señalados con el asterisco son los años seculares. Las llamadas sirven para señalar los principales acontecimientos correspondientes á los años ó principio del reinado de cada monarca.

Años mejicanos.	Años cristianos.
II Calli....................	1325. [1]
III Tochtli.................	1326.
IV Acatl....................	1327.
V Tecpatl..................	1328.
VI Calli....................	1329.
VII Tochtli.................	1330.
VIII Acatl..................	1331.
IX Tecpatl.................	1332.
X Calli.....................	1333.
XI Tochtli..................	1334.
XII Acatl...................	1335.
XIII Tecpatl................	1336.
I CALLI....................	1337.
II Tochtli..................	1338. [2]
III Acatl....................	1339.
IV Tecpatl..................	1340.
V Calli.....................	1841.

1 Fundacion de Méjico.

2 Division de los tenochcos y tlatelolcos.

Años mejicanos.	Años cristianos.	
VI Tochtli	1342.	
VII Acatl	1343.	
VIII Tecpatl	1344.	
IX Calli	1345.	
X Tochtli	1346.	
XI Acatl	1347.	
XII Tecpatl	1348.	
XIII Calli	1359.	
I TOCHTLI	1350.	
II Acatl	1351.	
III Tecpatl	1352.	1
IV Calli	1353.	2
V Tochtli	1354.	
VI Acatl	1355.	
VII Tecpatl	1356.	
VIII Calli	1357.	
IX Tochtli	1358.	
X Acatl	1359.	
XI Tecpatl	1360.	
XII Calli	1361.	
XIII Tochtli	1362.	
I ACATL	1363.	
II Tecpatl	1364.	
III Calli	1365.	
IV Tochtli	1366.	
V Acatl	1367.	
VI Tecpatl	1368.	
VII Calli	1369.	
VIII Tochtli	1370.	
IX Acatl	1371.	
X Tecpatl	1372.	
XI Calli	1373.	
XII Tochtli	1374.	
XIII Acatl	1375.	
I TECPATL	1376.	
II Calli	1377.	
III Tochtli	1378.	
IV Acatl	1379.	
V Tecpatl	1380.	
VI Calli	1381.	
VII Tochtli	1382.	
VIII Acatl	1383.	
IX Tecpatl	1384.	
X Calli	1385.	
XI Tochtli	1386.	
XII Acatl	1387.	
XIII Tecpatl	1388.	
I CALLI	1389.	3
II Tochtli	1390.	
III Acatl	1391.	
IV Tecpatl	1392.	
V Calli	1393.	
VI Tochtli	1394.	
VII Acatl	1395.	
VIII Tecpatl	1396.	

1 Acamapitzin, rey primero de Méjico.
2 Quaquauhpitzahuac, rey primero de Tlatelolco,
3 Huitzilihuitl rey segundo de Méjico.

Años mejicanos.	Años cristianos.	
IX Calli	1397.	
X Tochtli	1398.	
XI Acatl	1399.	1
XII Tecpatl	1400.	
XIII Calli	1401.	
I TOCHTLI	1402.	
II Acatl	1403.	
III Tecpatl	1404.	
IV Calli	1405.	
V Tochtli	1406.	2
VI Acatl	1407.	
VII Tecpatl	1408.	
VIII Calli	1409.	
IX Tochtli	1410.	3
X Acatl	1411.	
XI Tecpatl	1412.	
XII Calli	1413.	4
XIII Tochtli	1414.	
I ACATL	1415.	
II Tecpatl	1416.	
III Calli	1417.	
IV Tochtli	1418.	
V Acatl	1419.	
VI Tecpatl	1420.	
VII Calli	1421.	
VIII Tochtli	1422.	5
IX Acatl	1423.	6
X Tecpatl	1424.	
XI Calli	1425.	7
XII Tochtli	1426.	8
XIII Acatl	1427.	
I TECPATL	1428.	
II Calli	1429.	
III Tochtli	1430.	
IV Acatl	1431.	
V Tecpatl	1432.	
VI Calli	1433.	
VII Tochtli	1434.	
VIII Acatl	1435.	
IX Tecpatl	1436.	9
X Calli	1437.	
XI Tochtli	1438.	
XII Acatl	1839.	
XIII Tecpatl	1440.	
I CALLI	1441.	10
II Tochtli	1442.	
III Acatl	1443.	

1 Tlacatcotl, rey segundo de Tlatelolco.
2 Ixtlilxochitl, rey de Acolhuacan.
3 Chimalpopoca, rey tercero de Méjico.
4 Tezozomoc, tirano.
5 Maxtlaton, tirano.
6 Itzcoatl, rey cuarto de Méjico.
7 Conquista de Azcapozalco.
8 Nezahualcoyotl, rey de Acolhuacan, y Totoquihuatzin, rey de Tacuba.
9 Motezuma Ilhuicamina, rey quinto de Méjico.
10 Moquihuix, rey cuarto de Tlatelolco.

Años mejicanos.	Años cristianos.
IV Tecpatl	1444.
V Calli	1445.
VI Tochtli	1446. [1]
VII Acatl	1447.
VIII Tecpatl	1448.
IX Calli	1449.
X Tochtli	1450.
XI Acatl	1451.
XII Tecpatl	1452.
XIII Calli	1453.
I TOCHTLI	1454.
II Acatl	1455.
III Tecpatl	1456.
IV Calli	1457. [2]
V Tochtli	1458.
VI Acatl	1459.
VII Tecpatl	1460.
VIII Calli	1461.
IX Tochtli	1462.
X Acatl	1463.
XI Tecpatl	1464. [3]
XII Calli	1465.
XIII Tochtli	1466.
I ACATL	1467.
II Tecpatl	1468.
III Calli	1469. [4]
IV Tochtli	1470. [5]
V Acatl	1471.
VI Tecpatl	1472.
VII Calli	1473.
VIII Tochtli	1474.
IX Acatl	1475.
X Tecpatl	1476.
XI Calli	1477. [6]
XII Tochtli	1478.
XIII Acatl	1479.
I TECPATL	1480.
II Calli	1481.
III Tochtli	1482. [7]
IV Acatl	1483.
V Tecpatl	1484.
VI Calli	1485.
VII Tochtli	1486. [8]
VIII Acatl	1487. [9]
IX Tecpatl	1488.
X Calli	1489.
XI Tochtli	1490.
XII Acatl	1491.
XIII Tecpatl	1492.

1 Inundacion de Méjico.
2 La famosa guerra de Cuetlachtlan.
3 Axayacatl, rey sexto de Méjico.
4 Chimalpopoca, rey de Tacuba.
5 Nezahualpilli, rey de Acolhuacan.
6 Tizoc, rey sétimo de Méjico.
7 Ahuitzotl, rey octavo de Méjico.
8 Dedicacion del templo mayor.
9 Totoquihuatzin II, rey de Tacuba.

Años mejicanos.	Años cristianos.
I CALLI	1493.
II Tochtli	1494.
III Acatl	1495.
IV Tecpatl	1496.
V Calli	1497.
VI Tochli	1498. [1]
VII Acatl	1499.
VIII Tecpatl	1500.
IX Calli	1501.
X Tochtli	1502. [2]
XI Acatl	1503.
XII Tecpatl	1504.
XIII Calli	1505.
I TOCHTLI	1506.
II Acatl	1507.
III Tecpatl	1508.
IV Calli	1509. [3]
V Tochtli	1510.
VI Acatl	1511.
VII Tecpatl	1512.
VIII Calli	1513.
IX Tochtli	1514.
X Acatl	1515.
XI Tecpatl	1516. [4]
XII Calli	1517.
XIII Tochtli	1518.
I ACATL	1519. [5]
II Tecpatl	1520. [6]
III Calli	1522. [7]

La exactitud de esta tabla se hará ver en nuestra segunda disertacion.

CALENDARIO MEJICANO

DEL AÑO I TOCHTLI, PRIMERO DEL SIGLO.

ATLACAHUALCO, MES I.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
Febrero 26	I Cipatli	La gran fiesta secular.
27	II Ehecatl	Fiesta de Tlalocateuctli y de los otros dioses del agua, con sacrificios de tiernos niños y el sacrificio gladiatorio.

1 Nueva inundacion de Méjico.
2 Motezuma Xocoyotzint, rey noveno de Méjico.
3 Memorable suceso de la princesa Papantzin.
4 Camatzin, rey de Acolhuacan.
5 Entrada de los españoles en Méjico.
6 Cuitlahuatzin, rey décimo, y Quauhtemotzin, rey undécimo de Méjico: muerte de Motezuma y derrota de los españoles.
7 Conquista de Méjico y ruina del imperio mejicano.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
Febrero	28 III Calli.	
Marzo.	1 IV Cuetzpalin.	
	2 V Coatl.	
	3 VI Miquiztli.	
	4 VII Mazatl.	
	5 VIII Tochtli.	
	6 IX Atl.	
	7 X Itzcuintli.	
	8 XI Ozomatli..	Sacrificio nocturno de los prisioneros engordados.
	9 XII Malinalli.	
	10 XIII Acatl.	
	11 I OCELOTL.	
	12 II Quauhtli.	
	13 III Cozcaquauhtli.	
	14 IV Olin.	
	15 V Tecpatl.	
	16 VI Quiahuitl.	
	17 VII Xochitl.	

TLACAXIPEHUALIZTLI, MES II.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
	18 VIII Cipactli.	La gran fiesta de Xipe diosa de los plateros, con sacrificios de prisioneros y ejercicios militares.
	19 IX Ehecatl.	

Los dias que van escritos con letras mayúsculas son aquellos en los cuales comenzaban los pequeños períodos de trece dias.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
Marzo.	20 X Calli.	
	21 XI Cuetzpalin.	
	22 XII Coatl ...	Ayuno de veinte dias de los dueños de aquellos prisioneros.
	23 XIII Miquiztli.	
	24 I MAZATL.	
	25 II Tochtli.	
	26 III Atl.	
	27 IV Itzcuintli.	
	28 V Ozomatli.	
	29 VI Malinalli.	
	30 VII Acatl.	Fiesta del dios Chicomacatl.
	31 VIII Ocelotl.	
Abril.	1 IX Quauhtli.	Fiesta del dios Tequiztlimatehuatl.
	2 X Cozcaquauhtli.	
	3 XI Olin.	
	4 XII Tecpatl.	
Abril.	5 XIII Quiahuitl.	Fiesta del dios Chaconti con sacrificios nocturnos.
	6 I XOCHITL.	

TOZOZTONTLI, MES III.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
	7 II Cipactli...	Vigilia de los ministros del templo todas las noches de este mes.
	8 III Ehecatl.	
	9 IV Calli.	
	10 V Cuetzpalin.	
	11 VI Coatl.	
	12 VII Miquiztli.	
	13 VIII Mazatl.	
	14 IX Tochtli.	
	15 X Atl.	
	16 XI Itzcuintli.	
	17 XII Ozomatli.	
	18 XIII Malinalli	Fiesta de la diosa Coatlicue con oblaciones de flores y procesion.
	19 I ACATL.	
	20 II Ocelotl.	
	21 III Quauhtli.	
	22 IV Cozcaquauhtli.	
	23 V Olin.	
	24 VI Tecpatl.	
	25 VII Quiahuitl.	
	26 VIII Xochitl.	

HUEITOZOZTLI, MES IV.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
	27 IX Cipactli..	Vigilia en los templos y ayuno general.
	28 X Ehecatl.	
	29 XI Calli.	
	30 XII Cuetzpalin...	Fiesta de Centeotl, con sacrificios de víctimas humanas y de codornices.
Mayo.	1 XIII Coatl.	
	2 I MIQUIZTLI.	
	3 II Mazatl.	
	4 III Tochtli.	
	5 IV Atl.	
	6 V Itzcuintli..	Convocacion solemne para la gran fiesta del mes siguiente.
	7 VI Ozomatli.	

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	Fiestas.
Mayo.	8 VII Malinalli.	
	9 VIII Acatl.	
	10 IX Ocelotl.	
	11 X Quauhtli.	
	12 XI Cozcaquauhtli.	Ayuno en preparacion de la fiesta siguiente.
	13 XII Olin.	
	14 XIII Tecpatl.	
	15 I QUIAHUITL.	
	16 II Xochitl.	

TOXCATL, MES V.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	Fiestas.
	17 Cipactli......	La gran fiesta de Tezcatlipoca con solemne procesion de penitencia, sacrificio de un prisionero y despedida del templo de las vírgenes casaderas.
	18 IV Ehecatl.	
	19 V Calli.	
	20 VI Cuetzpalin.	
	21 VII Coatl.	
	22 VIII Miquiztli.	
	23 IX Mazatl.	
	24 X Tochtli.	
	25 XI Atl.	La primera fiesta de Huitzilopochtli. Sacrificios de víctimas humanas y de codornices. Incensacion solemne de chapopotli, betun judaico. Baile solemne del rey, de los sacerdotes y del pueblo.
	26 XII Itzcuintli.	
	27 XIII Ozomatli.	
	28 I MALINALLI.	
	29 II Acatl.	
	30 III Ocelotl.	
	31 IV Quauhtli.	
Junio.	1 V Cozcaquauhtli.	
	2 VI Olin.	
	3 VII Tecpatl.	
	4 VIII Quiahuitl.	
	5 IX Xochitl.	

ETZALCUALIZTLI, MES VI.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	Fiestas.
Junio.	6 X Cipactli.	
	7 XI Ehecatl.	
	8 XII Calli....	La tercera fiesta de los dioses del agua, con sacrificios y baile.
	9 XIII Cuetzpalin.	
	10 I COATL.	
	11 II Miquiztli.	
	12 III Mazatl.	
	13 IV Tochtli.	
	14 V Atl.	
	15 VI Itzcuintli.	
	16 VII Ozomatli.	
	17 VIII Malinalli.	
	18 IX Acatl.	
	19 X Ocelotl.	
	20 XI Quauhtli.	
	21 XII Cozcaquauhtli.	
	22 XIII Olin.	
	23 I TECPATL.	
	24 II Quiahuitl.	
	25 III Xochitl.	

TECUILHUITONTLI, MES VII.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	Fiestas.
	26 IV Cipactli.	
	27 V Ehecatl.	
	28 VI Calli.	
	19 VII Cuetzpalin.	
	30 VIII Coatl.	
Julio.	1 IX Miquiztli.	Fiesta de Huixtocihuatl con sacrificios de prisioneros y baile de los sacerdotes.
	2 X Mazatl.	
	3 XI Tochtli.	
	4 XII Atl.	
	5 XIII Itzcuintli.	
	6 I OZOMATLI.	
	7 II Malinalli.	
	8 III Acatl.	
	9 IV Ocelotl.	
	10 V Quauhtli.	
	11 VI Cozcaquauhtli.	
	12 VII Olin.	
	13 VIII Tecpatl.	
	14 IX Quahuitl.	
	15 X Xochitl.	

HUEITECUILHUITL, MES VIII.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
Julio.	16 XI Cipactli...	La fiesta segunda de Centeotl, con sacrificio de una esclava, iluminacion del templo, baile y limosnas.
	17 Ehecatl.	
	18 XIII Calli.	
	19 I CUETZPALINO.	
	20 II Coatl.	
	21 III Miquiztli.	
	22 IV Mazatl.	
	23 V Tochtli ...	Fiesta de Macuiltochtli.
	24 VI Atl.	
	25 VII Itzcuintli.	
	26 VIII Ozomatli.	
	27 IX Malinalli.	
	28 X Acatl.	
	29 XI Ocelotl.	
	30 XII Quauhtli.	
	31 XIII Cozcaquauhtli.	
Agosto.	1 I OLIN.	
	2 II Tecpatl.	
	3 III Quiahuitl.	
	4 IV Xochitl.	

TLAXOCHIMACO, MES IX.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
	5 V Cipactli....	Fiesta de Macuilcipactli.
	6 VI Ehecatl.	
	7 VII Calli.	
	8 VIII Cuetzpalin.	
	9 IX Coatl.	
	10 X Miquiztli..	La segunda fiesta de Huitzilopochtli, con sacrificios de prisioneros, oblacion de flores, baile general y comida solemne.
	11 XI Mazatl.	
	12 XII Tochtli.	
	13 XIII Atl.	
	14 I ITZCUINTLI.	
	15 II Ozomatli.	
	16 III Malinalli.	
Agosto.	17 IV Acatl.....	Fiesta de Iacateuctli, dios de los comerciantes con sacrificios y convite.
	18 V Ocelotl.	
	19 VI Quauhtli.	
	20 VII Cozcaquauhtli.	
	21 VIII Olin.	
	22 IX Tecpatl.	
	23 X Quiahuitl.	
	24 XI Xochitl.	

XOCOHUETZI, MES X.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
	25 XII Cipactli.	Fiesta de *Xiuhteuctli*, dios del fuego, con baile solemne y sacrificios de prisioneros.
	26 XII Ehecatl.	
	27 I Calli.	
	28 II Cuetzpalin.	
	29 III Coatl.	
	30 IV Miquiztli.	
	31 V Mazatl.	
Setiemb.	1 VI Tochtli.	
	2 VII Atl.	
	3 VIII Itzcuintli.	
	4 IX Ozomatli.	
	5 X Malinalli.	
	6 XI Acatl.	
	7 XII Ocelotl.	
	8 XIII Quauhtli.	
	9 I COZCAQUAUHTLI.	Cesan en estos cinco dias todas las fiestas.
	10 II Olin.	
	11 III Tecpatl.	
	12 IV Quiahuitl.	
	13 V Xochitl.	

OCHPANIZTLI, MES XI.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
	14 VI Cipactli..	Baile preparatorio para la fiesta siguiente.
	15 VII Ehecatl.	
	16 VIII Calli.	
	17 IX Cuetzpalin.	
	18 X Coatl.	
	19 XI Miquiztli.	
	20 XII Mazatl.	
	21 XIII Tochtli.	

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
Setiemb.		
	22 I ATL......	Fiesta de Teteoinan, madre de los dioses, con sacrificio de una esclava.
	23 II Itzcuintli.	
	24 III Ozomatli.	
	25 IV Malinalli.	
	26 V Acatl.	
	27 VI Ocelotl ..	La tercera fiesta de Centeotl en el templo Xiuhcalco, con procesion y sacrificios.
	28 VII Quauhtli.	
	29 VIII Cozcaquauhtli.	
	30 IX Olin.	
Octubre.	1 X Tecpatl.	
	2 XI Quiahuitl.	
	3 XII Xochitl.	
	TEOTLECO, MES XII.	
	4 XIII Cipactli.	
	5 I EHECATL.	
	6 II Calli.	
	7 III Cuetzpalin.	
	8 IV Coatl.	
	9 V Miquiztli.	
	10 VI Mazatl.	
	11 VII Tochtli.	
	12 VIII Atl.	
	13 IX Itzcuintli.	Fiesta de Chiuhnahui tzcuintli, Nahualpilli y Centeotl, dioses de los lapidarios.
	14 X Ozomatli.	
	15 XI Malinalli.	
	16 XII Acatl.	
	17 XIII Ocelotl.	
	18 I QUAUHTLI.	
	19 II Coscaquauhtli.	
	20 III Olin.	Vigilia por la fiesta siguiente.
	21 IV Tecpatl...	Fiesta del arribo de los dioses, con gran cena y sacrificios de prisioneros.
	22 V Quahuitl.	
	23 VI Xochitl.	
	TEPEILHUITL, MES XIII.	
	24 VII Cipactli..	Fiesta de los dioses de los montes, con sacrificio de cuatro esclavas y un prisionero.
Octubre.	25 VIII Ehecatl.	
	26 IX Calli.	
	27 X Cuetzpalin.	Fiesta del dios Tochinco, con sacrificio de un prisionero.
	28 XI Coatl.	
	29 XII Miquiztli.	
	30 XIII Mazatl..	Fiesta de Napatecutli con sacrificio de un prisionero.
	31 I TOCHTLI.	
Noviembre.	1 II Atl.	
	2 III Itzcuintli.	
	3 IV Ozomatli.	
	4 V Malinalli...	Fiesta de Centzontotochtin, dios del vino, con sacrificio de tres esclavos de tres diversos lugares.
	5 VI Acatl.	
	6 VII Ocelotl.	
	7 VIII Quauhtli.	
	8 IX Coscaquauhtli.	
	9 X Olin.	
	10 XI Tecpatl.	
	11 XII Quiahuitl.	
	12 XIII Xochitl.[1]	
	QUECHOLLI, MES XIV.	
	13 I CIPACTLI.	Ayuno de cuatro dias en preparacion de la fiesta siguiente.
	14 II Ehecatl.	
	15 III Calli.	
	16 IV Cuetzpalin.	Fiesta de Mixcoatl, dios de la caza: caza general, procesion y sacrificio de animales.
	17 V Coatl.	
	18 VI Miquiztli.	
	19 VII Mazatl.	
	20 VIII Tochtli.	
	21 IX Atl.	
	22 X Itzcuintli.	
	23 XI Ozomatli.	
	24 XII Malinalli.	
	25 XIII Acatl.	

1 Aquí termina el primer ciclo de doscientos sesenta dias, que comprende veinte períodos de trece dias.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
Noviemb. 26	I OCELOTL.	
27	II Quauhtli.	
28	III Cozcaquauhtli.	
29	IV Olin......	Fiesta de Tlamatzincatl, con sacrificios de prisioneros.
30	V Tecpatl.	
Diciembre. 1	VI Quiahuitl.	
2	VII Xochitl.	

PANQUETZALIZTLI, MES XV.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
3	VIII Cipactli.	
4	IX Ehecatl..	La tercera y principal fiesta de Huitzilopochtli y de sus compañeros. Ayuno rigoroso, procesion solemne y sacrificios de prisioneros y de codornices, y comestion de la estatua de pasta de aquel dios.
5	X Calli.	
6	XI Cuetzpalin.	
7	XII Coatl.	
8	XIII Miquiztli.	
9	I MAZATL.	
10	II Tochtli.	
11	III Atl.	
12	IV Itzcuintli.	
13	V Ozomatli.	
14	VI Malinalli.	
15	VII Acatl.	
16	VIII Ocelotl.	
17	IX Quauhtli.	
18	X Cozcaquauhtli.	
19	XI Olin.	
20	XII Tecpatl.	
21	XIII Quiahuitl.	
22	I Xochitl.	

ATEMOZTLI, MES XVI.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
23	II Cipactli.	
24	III Ehecatl.	
25	IV Calli.	
26	V Cuetzpalin.	
27	VI Coatl.	
28	VII Miquiztli.	
29	VIII Mazatl.	
30	IX Tochtli.	
31	X Atl.	
Enero. 1	XI Itzcuintli.	
2	XII Ozomatli.	
Enero. 3	XIII Malinalli.	
4	I ACATL.	
5	II Ocelotl.	
6	III Quauhtli.	
7	IV Cozcaquauhtli.	Ayuno de cuatro dias en preparacion de la fiesta siguiente.
8	V Olin.	
9	VI Tecpatl.	
10	VII Quiahuitl.	
11	VIII Xochitl.	La cuarta fiesta de los dioses del agua con procesion y sacrificios.

TITITL, MES XVII.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
12	IX Cipactli.	
13	X Ehecatl.	
14	XI Calli.....	Fiesta de la diosa Ilamateuctli, con baile y sacrificio de una esclava.
15	XII Cuetzpalin.	
16	XIII Coatl.	
17	I MIQUIZTLI......	Fiesta de Mictlanteuctli, dios del infierno, con sacrificio nocturno de un prisionero.
18	II Mazatl.	
19	III Tochtli.	
20	IV Atl.	
21	V Itzcuintli.	
22	VI Ozomatli..	La segunda fiesta de Iacateuctli, dios de los comerciantes, con sacrificio de un prisionero.
23	VII Malinalli.	
24	VIII Acatl.	
25	IX Ocelotl.	
26	X Quauhtli.	
27	XI Cozcaquauhtli.	
28	XII Olin.	
29	XIII Tecpatl.	
30	I QUIAHUITL.	
31	II Xochitl.	

IZCALLI, MES XVIII.

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
Febrero. 1	III Cipactli.	

Dias nuestros.	Dias mejicanos.	FIESTAS.
Febrero.	2 IV Ehecatl.	
	3 V Calli.	
	4 VI Cuetzpalin.	
	5 VII Coatl.	
	6 VIII Miquiztli.	
	7 IX Mazatl.	
	8 X Tochtli.	
	9 XI Atl.	
	10 XII Itzcuintli.	Casa general para los sacrificios de la fiesta siguiente.
	11 XIII Ozomatli.	
	12 I MALINALLI.	
	13 II Acatl.	
	14 III Ocelotl.	
	15 IV Quauhtli.	
	16 V Cozcaquauhtli.	
	17 VI Olin.....	La segunda fiesta de Xiuhteuctli, dios del fuego, con sacrificios de animales.
	18 VII Tepactl.	
	19 VIII Quiahuitl.	
	20 IX Xochitl.	

NEMONTEMI, O DIAS INUTILES.

21 X Cipactli.
22 XI Ehecatl.
23 XII Calli.
24 XIII Cuetzpalin.
25 I COATL.

El año siguiente II Acatl, comienza por II Miquiztli y se continúa en este órden.

EXPLICACION DE LAS FIGURAS OSCURAS.

1º DE LAS FIGURAS DEL SIGLO MEJICANO.

En la rueda del siglo mejicano hay cuatro figuras trece veces repetidas, para significar, como ya hemos dicho, los cuatro períodos (llamados por algunos historiadores indicciones) de trece años de que se componia su siglo. Las cuatro figuras son: 1 una cabeza de conejo que representa este cuadrúpedo, 2 una caña, 3 un cuchillo ó una punta de lanza que representa al pedernal, 4 un pedazo de edificio que representa la casa. Comienzan á contarse los años del siglo desde el dobles superior de la culebra, descendiendo hácia la mano izquierda. La 1 figura con un puntito I *conejo*, la 2 con dos significa II *caña*, la tres con tres puntitos significa III *pedernal*, la 4 con cuatro IV *casa*, la 5 con cinco puntitos V *conejo*, y así continúa hasta el dobles de la mano izquierda: aquí comienza el 2 período con la figura de la caña y termina con el dobles inferior, y despues comienza el 3 período.

2º DE LAS FIGURAS DEL AÑO.

La figura 1 es la de la agua extendida sobre un edificio para denotar el primer mes, cuyo nombre Acahualco ó Atlacahualco, significa la cesacion de la agua, pues en el mes de marzo cesan las lluvias del invierno en los países setentrionales, en donde tuvo orígen el calendario mejicano ó tolteca. Lo llamaban tambien Quauhuetlehua, lo que significa la vegetacion de los árboles, que se verifica en este tiempo en los países frios. Los tlaxcaltecas llamaban á este mes Xilomaniliztli, esto es, oblacion de las mazorcas de maíz, porque en él ofrecian á sus dioses las del año corrido, para ayudar la siembra que por este tiempo comenzaban á hacer en los lugares altos.

La figura del mes segundo parece á primera vista un pabellon; pero yo creo que sea mas bien una piel humana mal diseñada, para manifestar lo que significa el nombre Tlacaxipehualiztli que daban á este mes, esto es, desollamiento de los hombres, por razon del bárbaro rito de desollar las víctimas humanas en la fiesta del dios de los plateros. Los tlaxcaltecas llamaban este mes Coailhuitl ó fiesta general, y lo representaban en la figura de una culebra enroscada al rededor de un abanico y de un ayacaxtli. El abanico y el ayacaxtli denotan los bailes que entonces se hacian, y la culebra enroscada significa su generalidad.

La figura del mes tercero es la de un pájaro sobre una lanceta. Esta significa el derramamiento de sangre que hacian en las noches de este mes; pero no sabemos qué pájaro será aquel que se ve, ni qué signifique.

El mes cuarto se representa en la figura de un pequeño edificio, sobre el cual se ven algunas hojas de junco, para significar la ceremonia que hacian en este mes, de poner sobre las puertas de las casas junco, lirios y otras yerbas mojadas en la sangre que se sacaban en honor de sus dioses. Los tlaxcaltecas representaban el mes tercero con una lanceta para significar semejante penitencia, y el mes cuarto con una lanceta mas grande, para denotar que aun era mayor en él la penitencia.

La figura del mes quinto es la de una cabeza humana con una cadena debajo, para representar aquellas sartas de maíz tostado que se ponian al cuello, y con las cuales adornaban tambien al ídolo de Tezcatlipoca, por lo que el mes tomó el nombre Toxcatl, segun lo que hemos dicho en el libro IV.

El mes sexto se representa con una olla ó cántaro, para significar ciertas poleadas que enton-

ces tomaban y llamaban etzalli, de las cuales tuvo el mes el nombre Etzalqualiztli.

Las dos figuras de los meses sétimo y octavo parecen inventadas para significar los bailes que en ellos se hacian, y porque eran mas grandes los del mes octavo es tambien mas grande la figura que lo representa. Junto á las referidas figuras se ven lancetas, para denotar la austeridad con que se preparaban para aquellas fiestas. Los tlaxcaltecas representaban estos dos meses en dos cabezas de señores: la del mes Tecuilhuitontli ó fiesta pequeña de los señores, parece que es de un jóven, y la del mes Hueitecuilhuitl, esto es, fiesta grande de los señores, parece de un viejo.

Las figuras de los meses nono y décimo, son sin duda significativas del luto que vestian y del duelo que hacian por sus muertos, lo que hizo llamar al mes nono Miccailhuitl, esto es fiesta de los muertos, y al mes décimo Hueimiccailhuitl ó fiesta grande de los muertos; pero por que era mas grande el duelo del mes décimo, es tambien mayor la figura que lo representa. Los tlaxcaltecas pintaban en cada uno de los referidos meses una calavera con dos huesos; pero la calavera del mes décimo era mas grande.

La figura del mes undécimo es una escoba, en la cual está significada la ceremonia de barrer los templos, que en este mes se hacia por todos; por lo que tuvo el nombre Ochpaniztli. Los tlaxcaltecas pintaban una mano empuñando la escoba.

La figura de los meses duodécimo y décimo-tercio, es la de una planta parásita llamada por los mejicanos *pachtli*, que se da en este tiempo sobre las encinas; de aquí tomó el nombre el mes duodécimo. Pues porque en el mes siguiente esta planta está crecida, su figura es mas grande y el mes tuvo el nombre de Hueipachtli. Estos nombres, aunque mas usados entre los tlaxcaltecas, estaban tambien en uso entre los mejicanos; pero nosotros nos valemos en la Historia de los nombres de Teotleco y Tepeilhuitl, porque los hallamos mas comunmente usados por los mejicanos.

La figura del mes décimo-cuarto es muy semejante á la del mes segundo; pero no sabemos qué signifique.

Los tlaxcaltecas representaban este mes en la figura de aquel pájaro que nosotros llamamos flamenco y los mejicanos quecholli, el cual nombre impusieron tambien al mes los mejicanos, porque puntualmente por este tiempo llegaban semejantes pájaros á la laguna de Méjico.

La figura del mes décimo-quinto es la de un estandarte mejicano, para significar aquel que se llevaba en la solemnísima procesion de Huitzilopoctli que se hacia en este mes. El nombre Panquetzaliztli con que era llamado, no significa otra cosa, segun lo que hemos dicho en otra parte, que enarbolar el estandarte.

La figura del mes décimo-sexto es la del agua sobre una escala, para significar el descenso de ella, y esto significa el nombre Atemoztli, que daban á este mes ó porque este tiempo es en los países setentrionales el de las lluvias, ó porque en este mes se hacia la fiesta á los dioses de los montes y de la agua para obtener la oportuna lluvia.

La figura del mes décimo-sétimo es la de dos ó tres palos atados con una cuerda y una mano, que tirándola fuertemente aprieta los palos, para significar el encogimiento que causa en este tiempo el frio, el que se significa con el nombre de tititl. Los tlaxcaltecas pintaban dos palos encajados ó bien ajustados en una tabla.

La figura del mes décimo-octavo es la de la cabeza de un cuadrúpedo sobre un altar, para significar los sacrificios da animales que en este mes se hacian al dios del fuego. Los tlaxcaltecas lo representaban en la figura de un hombre sosteniendo á un niño por la cabeza; lo que hace verosímil la interpretacion del nombre Izcalli, que se halla en algunos autores, pues dicen que este nombre significa resucitado ó nueva creacion.

La figura de la luna, que está en el centro de la rueda ó círculo del año, está copiada de una pintura mejicana, en la cual se manifiesta que los antiguos indios sabian bien que la luna tiene su luz del sol.

En algunas ruedas del año mejicano vistas por mí, después de las figuras de los diez y ocho meses habia cinco puntos grandes que denotaban los cinco dias nemontemi.

3º DE LAS FIGURAS DEL MES.

Hay una gran variedad en los autores en órden á la significacion de Cipactli, nombre del primer dia. Segun Boturini, significa una culebra, segun Torquemada el pez espada, y segun Betancurt el tiburon. En la única rueda del mes mejicano publicada hasta ahora, que es la del Valadés, la figura que representa el primer dia es casi en todo semejante á la de la lagartija, que se ve en el dia cuarto. Nosotros por lo tanto no sabiendo qué cosa sea, hemos puesto la cabeza de un tiburon, segun la interpretacion de Betancurt.

El dia segundo se llama Ehecatl, esto es, viento, y se representa en una cabeza humana soplando con la boca.

El dia tercero se llama Calli, esto es, casa, y se representa en un pequeño edificio.

El nombre del dia cuarto es Cuetzpalin, esto es, lagartija, y la figura la de este animal.

El nombre del dia quinto es Coatl, esto es, culebra, y la figura la del mismo animal.

El nombre del dia sexto es Miquiztli, esto es, muerte, y está representado en una calavera.

El dia sétimo se llama Mazatl ó venado, y se representa en la cabeza de aquel cuadrúpedo, como el dia octavo en la del conejo Tochtli y llamado así.

El nombre del dia nono es Atl, esto es, agua, y se representa en la figura de este elemento.

El dia décimo es la del Itzcuintli, esto es, cierto cruadrúpedo mejicano semejante al cachorro, y la figura es la de este animal.

El dia undécimo se llamaba Ozomatli ó mono, y se representa en la figura de este animal.

El dia duodécimo se llamaba Malinalli, nombre de cierta planta de la cual hacian granates, y se representa este mes en la figura de la misma planta.

El dia-décimo tercio es *Acatl* ó caña, y se representa en una caña.

El dia décimo-cuarto es *Ocelotl*, tigre, y el décimo-quinto Quautli, águila, y se representan en las cabezas de los mismos animales.

El dia décimo-sexto es Cozcaquauhtli, nombre de un pájaro mejicano descrito por nosotros en el lib. I de la Historia, y se representa en la figura, aunque imperfecta, de él.

El dia décimo-sétimo es Olin Tonatiuh, esto es, movimiento del sol, y la figura es la del mismo planeta.

El dia décimo-octavo es Tecpatl, esto es, pedernal, y la figura es la punta de una lanza, la cual solia ser de dicha piedra.

El dia décimo-nono es Quiahuitl, lluvia, y se representa en una nube lloviendo.

El dia vigésimo es Xochitl, flor, y la figura la de una flor.

En el centro de esta rueda hemos puesto la figura del mes décimo-quinto por reducirla á un mes determinado.

4º DE LAS FIGURAS DE LAS CIUDADES.

La primera figura es la de un nopal sobre una piedra, símbolo de la ciudad Tenochtitlan ó Méjico Tenochtitlan quiere decir el lugar en donde está el nopal en la piedra, aludiendo á lo que tenemos dicho en órden á la fundacion de esta gran ciudad.

La figura segunda es aquella con que significaban la piedra preciosa. El nombre chalco quiere decir piedra preciosa.[1]

La figura tercera es la de la parte posterior de un hombre junto á una planta de junco, y la cuarta es la de la misma parte posterior junto á una flor, para significar las ciudades de Tollantzinco y Xochitzinco, los cuales nombres significan en el fin de los juncos y el fin de las flores ó del campo florido, y casi todos los nombres de lugares que terminan en tzinco, los cuales son muchos, tienen una significacion semejante y se representan en semejantes figuras.

La figura quinta es la de un ramito del árbol huaxin sobre una nariz, para representar la ciudad Huaxyac, nombre compuesto de Huaxin y de Iacac, y quiere decir en la punta ó extremidad de la arboleda de Huaxin; porque aunque Iacac sea propiamente la nariz, se usa para significar cualquiera punta. Así Tepeyacac, nombre de dos lugares, quiere decir en la punta del monte.

En la figura sexta se ve una olla sobre tres piedras, como la ponian y la ponen aun hoy los indios para tenerla al fuego, y en la boca de la olla la figura del agua para representar la ciudad de Atotonilco,[1] cuyo nombre significa en la agua caliente ó lugar de las termas.

La figura sétima es la de la agua, en la cual se ve un hombre con los brazos abiertos en señal de alegría, para representar la ciudad de Ahuilizapan, llamada por los españoles Orizava, el nombre de la cual quiere decir en la agua del placer é en el rio alegre.

La figura octava es tambien la del agua en una boca para representar la ciudad de Atenco,[2] Este nombre es compuesto de atl, agua, de tentli, labio, y metafóricamente ribera, orilla, bordo, etc., y de la preposicion *co*, que equivale á en; y así Atenco quiere decir en la ribera, en la orilla ó sobre el borde de la agua, y todos los lugares que tienen este nombre están situados en la orilla de alguna laguna ó rio.

La figura nona es la de un espejo mejicano para representar la ciudad de Tehuillojocan, el cual nombre quiere decir lugar de los espejos.

La figura décima es la de una mano en actitud de contar con los dedos, para representar el pueblo de Necohualco, cuyo nombre equivale á lugar donde se cuenta ó de la numeracion.

La figura undécima es la de un brazo que coge un pescado, para representar la ciudad de Michmaloyan, el cual nombre significa lugar en donde se coge el pescado, ó lugar de pesca.

La figura duodécima es la de un pedazo de edificio con una cabeza de águila dentro, para representar la ciudad de Quauhtinchan, el cual nombre significa casa de las águilas.

La figura décima-tercia es la de un monte tal cual lo figuraban en sus pinturas los mejicanos, y poco mas arriba un cuchillo para representar la ciudad de Tlacotepec, el cual nombre quiere decir monte cortado.

La figura décima-cuarta es la de una flor, y bajo de ella cinco puntos de aquellos que usaban para significar los números de uno hasta veinte. Con esta figura representaban el lugar llamado Macuilxochitl, el cual nombre quiere decir cinco flores. Este nombre se emplea tambien para significar un dia del año, y puede creerse que

1 El padre Acosta dice que chalco quiere decir en las bocas; pero el nombae mejicano que significa la boca, es camatl, y para decir en las bocas, dicen camas.

1 Habia y hay muchos lugares llamados Atotonilco; pero el principal ha sido siempre aquel que está al Norte de Méjico hácia Tollantzinco.

2 Hay algunos lugares llamados Atenco; pero el mas respetable es aquel que se ve junto á Tezcoco en nuestro mapa de las lagunas de Méjico.

por haber comenzado la fundacion de aquel lugar en tal dia, haya tenido semejante nombre.

La figura décima-quinta es la de un juego de pelota, para representar la ciudad de Tlachco, llamada por los españoles Tasco, el cual nombre significa el lugar en donde se hace tal juego. Aquellas dos figuritas redondas que se ven al medio, son las dos piedras agujeradas en el centro que habia en el juego á fin de pasar por uno de los agujeros la pelota. Habia lo menos dos ciudades ó pueblos así llamados.

La figura décima-sexta representa el lugar de Tecotzautla, el cual nombre quiere decir lugar abundante de ocre.

5º DE LAS FIGURAS DE LOS REYES MEJICANOS.

Estas figuras no son retratos de los reyes, sino símbolos que significan sus nombres. En todas se ve una cabeza coronada á la mejicana, y cada una tiene su contraseña para significar el nombre del rey representado en ella.

Acamapitzin, nombre del primer rey de Méjico, quiere decir aquel que tiene cañas en el puño, y esto es lo que se ve representado en su figura.

Huitzilihuitl, nombre del segundo rey, equivale á pluma del pajarito chupamirtos, y por eso se representa, aunque mal, la cabeza de este pajarito con una pluma en el pico.

Chimalpopoca, nombre del tercer rey, quiere decir escudo que humea, y esto se representa en su figura.

Itzcoatl, nombre del cuarto rey, equivale á culebra de itztli, ó armada de lancetas ó de navajas de piedra itztli, y esto se quiere representar en la figura cuarta.

Ilhuicamina, sobrenombre de Motezuma I, rey quinto de Méjico, quiere decir el que saetea al cielo, y por eso se representa una flecha tirada á aquella figura con la cual los mejicanos representaban al cielo.

Axayacatl, nombre del rey sexto, lo es tambien de una mosca palustre, y significa cara de agua, y por lo tanto se representa en una cara sobre la cual está la figura del agua.

Tizoc, nombre del rey sétimo, quiere decir agujerado, y por eso se representa en una pierna agujerada.

Ahuitzol, nombre del rey octavo, lo es tambien de un cuadrúpedo anfibio del cual hemos hecho mencion en el lib. I, y por esto se representa en la figura, aunque imperfecta, del tal cuadrúpedo, y para significar que este animal vive en el agua, se ve en su lomo y en su cola la figura de este elemento.

Moteuczoma, nombre del rey nono, quiere decir señor indignado; pero no hemos podido entender la figura.

Nos faltan las figuras de los últimos reyes Cuitlahuatzin y Quauhtemotzin; pero no dudamos que la de *Quauhtemotzin* sea una águila que baja, pues esto significa este nombre.

6º DE LA FIGURA DEL DILUVIO Y DE LA CONFUSION DE LAS LENGUAS.

La agua significa el diluvio; aquella cabeza humana y la de aquel pájaro que se ve en la agua, significan la sumersion de los hombres y de los animales. La barca con un hombre encima, denota aquella en la que, segun su tradicion, se salvaron un hombre y una mujer para conservar la especie humana sobre la tierra. Aquella figura que se ve en un pedron, es la del monte Colhuacan, junto al cual, segun ellos decian, desembarcaron el hombre y la mujer que escaparon del diluvio. En todas las pinturas mejicanas en las que se hace mencion de aquel monte, se ve representado en esta figura. El pájaro sobre el árbol representa una paloma, la cual, segun decian ellos, comunicó la habla á los hombres, pues todos habian nacido mudos después del diluvio. Aquellas virgulillas que nacen del pico de la paloma hácia los hombres, son figuras de las lenguas. Siempre que en las pinturas mejicanas ocurre hacer mencion de lenguas ó de voces, se usan tales virgulillas. Su multitud en nuestra pintura denota la multitud de las lenguas comunicadas. Aquellos quince hombres que reciben de la paloma las lenguas, representan otras tantas familias separadas del resto de los hombres, de las cuales, segun decian ellos, descendian las naciones de Anáhuac.



CARTA

DEL ABATE DON LORENZO HERVÁS AL AUTOR SOBRE EL CALENDARIO MEJICANO.

El abate Hervás, autor de la obra intitulada Idea del universo, habiendo leido mis manuscritos y hecho sobre el calendario mejicano algunas curiosas observaciones, me las comunicó en la siguiente apreciadísima carta, la cual he querido publicar porque creo que será estimada del público, omitiendo los cumplimientos y los elogios.

Por la otra de V.... comprendo con sumo disgusto mio, cuán lamentable sea la falta de aquellos documentos que sirvieron al célebre doctor Sigüenza para formar su Ciclografía, y al caballero Boturini para publicar su idea de la Historia general de la Nueva-España, y al mismo tiempo me confirmo mas en mi opinion de ser contemporáneo ó aun anterior al diluvio el uso del año solar, como intento probar en el to-

mo XI de mi obra, en donde se pone el viaje estatico al mundo planetario, en el cual propongo sobre el calendario mejicano algunas reflexiones que quiero insinuar aquí y sujetar á su censura.

El año y el siglo han sido desde tiempo inmemorial regulados entre los mejicanos con una inteligencia mayor que la que corresponde á sus artes y ciencias. En estas fueron sin duda inferiores á los griegos y á los romanos; pero el ingenio que se descubre en el calendario, no les cede al de las naciones mas cultas. De aquí debiamos conjeturar que este calendario no ha sido obra de los mejicanos, sino de otra nacion mas ilustrada; y pues en la América no se ha encontrado, es necesario buscarla en otra parte, como en el Asia ó el Egipto. Esta suposicion está confirmada por aquello que usted afirma, esto es, que los mejicanos tuvieron su calendario de los toltecas (provenientes del Asia), los cuales, segun dice Boturini, tenian su año exactamente ajustado al curso solar mas de cien años antes de la era cristiana, y por ver que otras naciones, como los chiapanecos, usaron el mismo calendario mejicano, sin otra diferencia que la de los símbolos.

El año mejicano comenzaba á 26 de febrero, dia célebre en la era de Nabonassarra, la cual setecientos cuarenta y siete años antes de la era cristiana se fijó por los sacerdotes egipcios, pues al mediodía de dicho dia correspondia entre ellos el principio del mes Toth. Pues si aquellos sacerdotes figuraron tambien este dia en la época, porque era el[1] célebre en el Egipto, tenemos en tal caso al calendario mejicano conforme al egipciaco. Pero omitiendo esto, no puede por lo demás dudarse que el calendario mejicano convenia mucho con el egipciaco. De este dice Herodoto[2] que fué primeramente regulado por los egipcios, dando al año doce meses de treinta dias y añadiéndole cinco dias á cada año, para que el círculo de este volviese sobre sus propias huellas; que los principales dioses del Egipto eran doce, y que cada mes estaba bajo la tutela y patrocinio de uno de estos dioses. Los mejicanos añadian tambien esos cinco dias en cada año, los cuales se llamaban por ellos nemontemi, esto es, inútiles, porque en ellos nada hacian. Plutarco dice[3] que en tales dias celebraban los egipcios la fiesta del nacimiento de sus dioses.

Ello es cierto, por otra parte, que los mejicanos dividian su año en diez y ocho meses, no en doce como los egipcios; pero habiendo ellos llamado al mes Meztli ó luna, como usted observa, parece innegable que su antiguo mes fuese lunar, como el de los egipcios y chinos, verificándose en el mes mejicano lo que la sagrada Escritura nos dice[1] de ser el mes deudor de su nombre á la luna. Y así los mejicanos, habiendo tal vez recibido de sus antepasados el mes lunar, habrán después por otros fines instituido la otra especie de meses. Usted afirma en su Historia, sobre la fe del Boturini, que los mixtecos tenian el año de trece meses, el cual número era sagrado en el calendario de los mejicanos por respeto á sus trece principales dioses, del mismo modo que en Egipto era consagrado el número doce á sus doce dioses mayores.

Es ciertamente admirable en el calendario mejicano el uso de los símbolos y de los períodos de los años, de los meses y de los dias. Por lo que respecta á los períodos, me parece que el de cinco dias podria decirse su semana civil, y el de trece su semana religiosa. Igualmente el período de veinte dias habrá sido su mes civil, el de veintiseis dias el mes religioso, y el de treinta el lunar y astronómico. En el siglo puede creerse que el período de cuatro años fuese el civil, y el de trece el religioso. Con la multiplicacion de estos dos períodos tenian su siglo de cincuenta y dos años, y con la duplicacion del siglo tenian su edad de ciento cuatro años. En todos estos períodos se descubre un arte no menos maravilloso que el de nuestras indicciones, ciclos, etc. El período de semanas civiles se contenia perfectamente en el mes civil y en el astronómico; este tenia seis y aquel cuatro, y el año contenia setenta y tres semanas completas; en lo cual nuestro método no es tan bueno como el mejicano, pues nuestras semanas no se contienen perfectamente en el mes, ni tampoco en el año. El período de semanas religiosas se contenia dos veces en su mes religioso y veintiocho veces en el año; pero en este adelantaba un dia, como se adelanta en nuestras semanas. De los períodos de trece dias multiplicados por los veinte caracteres del mes, resultaba el ciclo de doscientos sesenta dias de que hace mencion; pero porque en el año solar después de las veintiocho semanas religiosas adelantaba un dia, de aquí resulta igualmente otro ciclo de doscientos sesenta dias; de tal modo que los mejicanos podian por el primer dia del año sacar el año que fuese aquel. El período de meses civiles multiplicados por el número de dias (esto es, diez y ocho multiplicado por veinte) y el período de meses lunares multiplicado por el número de dias (esto es, doce multiplicado por treinta), dan el mismo producido ó el número trescientos sesenta; número á la verdad no menos inmemorial y en uso entre los mejicanos que entre las mas antiguas naciones, y número que de tiempo inmemorial rige en la geometría y astronomía, y es importantísimo por su

1 A 26 de febrero de dicho año propiamente comenzaba el año, segun el meridiano de Alejandría que se fabricó tres siglos después. Q. Curt., lib. 4 y 21. Véase á Lalande, Astronomía, número 1597.

2 Heroid., lib. 2, cap. 1 y 6.

3 Plut. de Iside et Osiride.

1 A luna signum diei festi.... mensis secundum nomen ejus est. Eccli. 43.



relacion con el círculo, que se divide en trescientas setenta partes ó grados. No tenemos en ninguna nacion del mundo una cosa semejante á este claro y admirable método de calendario. Del pequeño período de cuatro años multiplicado por el referido cielo, da mil cuarenta años. Los mejicanos combinaban el pequeño período de cuatro años con el período arriba dicho de semanas de trece dias; de donde resultaba su conocido ciclo, ó siglo de cincuenta y dos años; y así con las cuatro figuras indicantes del período de cuatro años, tenian, como nosotros tenemos con las letras dominicales, un período que para decir la verdad, hacia ventajas al nuestro, pues el nuestro es de veintiocho años y el mejicano de cincuenta y dos; este era perpetuo y el nuestro en los años gregorianos no lo es. Tanta variedad y simplicidad de períodos de semanas, meses, años y ciclos, no pueden dejar de admirarse; tanto mas, cuanto se descubre inmediatamente la clara relacion que los dichos períodos tienen á muchos diferentes fines, los cuales indica Boturini diciendo: "Era el calendario mejicano de cuatro especies; esto es, natural para la agricultura, cronológico para la historia, ritual para las fiestas y astronómico por el curso de los astros, y el año era lunisolar." Este año, si no lo ponemos al acabar tres edades mejicanas, despues de algunos cálculos hechos, yo no lo encuentro.

El mismo Boturini determina segun las pinturas mejicanas el año de la confusion de las lenguas y los años de la creacion del mundo, la cual determinacion no debe parecer difícil, pues notándose en las pinturas mejicanas los eclipses, no hay duda que por ellos se puede sacar la verdadera época de la cronología, como el padre Jouciet saca la chinesca por el eclipse solar, que fijó en el año 2155 antes de la era cristiana. Un eclipse bien circunstanciado, como largamente prueba el padre Briga[1] Romagnoli, puede dar luz para fijar la época de la cronología en el espacio de veinte mil años, y aunque en las pinturas mejicanas no se describan todas las circunstancias de los eclipses, el defecto de estas se remedia con los muchos eclipses que en ellas se notan. De aquí los señores mejicanos que aun conservan gran número de pinturas, podrian con el estudio de ellas proporcionar mucha utilidad á la cronología.

Respecto á los símbolos de los meses y del año mejicano, se descubren ideas totalmente conformes á las ideas de los antiguos egipcios. Distinguian estos (como se ve en sus monumentos) cada mes ó parte del Zodíaco, en donde estaba el sol, con figuras características de aquello que sucedia en cada estacion del año. De ahí vemos los signos de Aries, Tauro y de los dos cabritos (que en el dia son dos mellizos) estar en los meses del nacimiento de estos animales, y los signos de Cáncer, Leon y Virgo con la espiga, en aquellos meses en que retrocede el sol como cangrejo, los cuales es mayor el calor y en los que se hace la cosecha: los signos de Escorpion (el cual en la esfera egipciaca ocupaba el espacio que ahora ocupa el de Libra y el de Sagitario) en los meses de enfermedades venenosas y de la caza, y últimamente, los signos de Capricornio, Acuario y Piscis, en aquellos meses en los cuales vuelve el sol á salir hácia nosotros, en que llueve mucho y en que comienza la abundante pesca. Estas ideas son algo semejantes á aquellas que los mejicanos acomodaron á su clima. Llamaban ellos Acahualco, esto es, cesacion de las aguas, á su primer mes, que comenzaba á 26 de febrero, y lo simbolizaban con una casa y la figura del agua encima de ella. Daban tambien al dicho mes el nombre de Cuahuitlehua, esto es, germinar ó retoñar los árboles. Los mejicanos, pues, distinguian su primer mes con dos nombres, de los cuales el primero, esto es, Acohualco ó cesacion de las aguas, no convenia á su clima, en donde las aguas cesan en octubre; pero conviene á los campos de Sennaar y á los climas setentrionales de América, en los que habian estado sus progenitores, y por esto se conoce claramente haber sido antiquísimo el orígen de dicho nombre. El segundo, esto es, Coahuitlehua ó germinacion de los árboles, conviene mucho con la palabra *kimath*, usada por Job para significar las Cabrillas,[1] que en su tiempo anunciaban la primavera, en la cual retoñan los árboles. El símbolo del segundo mes mejicano era un pabellon, el cual servia para denotar el gran calor que se siente en Méjico por abril antes de comenzar las lluvias de mayo. El símbolo del tercer mes era un pájaro que en aquel tiempo se veia. El duodécimo y décimo-tercio mes tenian por símbolo la planta pachtli, que en dichos meses nace y crece. El símbolo del mes décimo-sétimo se explicaba con ciertos leños atados con una cuerda y una mano que la tiraba, queriéndose significar con esto cuánto aprieta el frio en tal mes, esto es, en enero, y á esto alude claramente el nobre Tititl, que se daba á dicho mes. La constelacion Sid de que habla Job para significar el invierno, en la raiz arábiga (que es kesal) significa estar frio y adormecido, y en el texto de Job se lee así: "¿Podrás tú romper las cuerdas ó ligaduras de kesil?"

Y prescindiendo aquí de la clara conformidad que los símbolos y expresiones mejicanas de primavera y de invierno tienen con las de Job, que á mi parecer floreció poco tiempo despues del diluvio (como digo en mi tomo XI), debe notarse cómo los dichos símbolos, que son ciertamente excelentes para mantener invariable el año, demuestran el uso de dias intercalares entre los

1 Scientiae eclipsium ex Europa in Sinai, part. 3, capit. 2, v. 20.

1 Job, cap. 9, vers. 9, y cap. 38, vers. 31.

mejicanos; de otro modo se veria que en dos siglos el símbolo del mes frio vendria á caer en el mes del calor. Así, si por las pinturas mejicanas se conoce que en ellas se notaba la conquista de Méjico en su mes nono, llamado Tlaxochimaco, de ahí se inferia haber estado en uso los dias intercalares. Lo mismo se deduciria de ver que los mejicanos á la entrada de los españoles conservaban aquel órden de meses, que segun la significacion de su nombre se conformaba á las estaciones del año y á las producciones terrestres. Además, para conocer cómo regulaban los mejicanos sus años bisiestos y si su año era justo, se deberia hacer exámen exacto y confrontacion de algun suceso manifiesto á nosotros que se viese notado por los mejicanos. Usted, por ejemplo, fija la muerte de Motezuma á veintinueve de junio de mil quinientos veinte: si esta en las pinturas mejicanas se hallase en el dia VII Cuetzpalin del mes VII, se inferiria que su año estaba cabal y que los bisiestos se interponian de cuatro en cuatro años; si correspondiese al dia IV *Cipactli*, era señal de estar cabal su año y que los bisiestos se contaban después del siglo; si correspondiese al VII Ozomatli, entonces se inferia que sus bisiestos se ponian después del siglo y que su año estaba tan errado como lo estaba el nuestro en aquel tiempo. El ejemplo propuesto se apoya sobre el calendario que usted pone al principio del tomo II, lo que yo he hecho por motivo de mayor claridad; pero cuando se tratase de hacer exactamente el cálculo, deberia tenerse á la vista que su calendario corresponde al año I del siglo mejicano, y que el año 1520 fué el año XIV de dicho siglo, por lo que los nombres de los dias tendrian un órden diverso de aquel que se ha propuesto para mayor claridad.

Ultimamente, respetabilísimo amigo, el símbolo que usted pone para significar el siglo mejicano, convence evidentemente que es el mismo que tenian los antiguos egipcios y caldeos. Se ve en el símbolo mejicano el sol como eclipsado con la luna y circundado de una culebra que hace cuatro nudos y abraza los cuatro períodos de trece años. Esta mismísima idea de la culebra con el sol, es inmemorial en el mundo para significar el curso períodico ó anual del sol. Sabemos en la astronomía que los puntos en donde suceden los eclipses se llaman (como notó el padre Briga[1] Romagnoli) desde tiempo inmemorial, cabeza y cola de dragon. Los chinos, con ideas falsas pero conformes á esta inmemorial alusion, creen que en los eclipses un dragon está en accion de tragarse al sol. Los egipcios convienen mas particularmente con los mejicanos, pues para simbolizar al sol usaban un círculo con una ó dos culebras: aun todavía convenian mas los antiguos persas, entre los cuales su Mitras (que ciertamente era el sol), adorado por los griegos y romanos, se simbolizaba[1] con el sol y con una culebra, y del padre Montfaucon[2] tenemos en sus antigüedades un monumento de una culebra, la cual, rodeando les signos del Zodíaco, los divide de varios modos enroscándose. En vista de estos innegables ejemplos, es convincentísima la reflexion siguiente: no hay duda que el símbolo de la culebra es una cosa totalmente arbitraria para significar el sol, con el cual no tiene ninguna relacion física: ¿por qué, pues, pregunto yo, tantas naciones diversas y de las cuales algunas no se han tratado recíprocamente sino en los primeros siglos después del diluvio, por qué se han convenido en usar un mismo símbolo tan arbitrario y han querido significar con él un mismo objeto? El hallar la palabra Sacco en la lengua hebrea, griega, teutónica, latina, etc., nos obliga á creer que ella pertenezca á la lengua primitiva de los hombres después del diluvio; y qué, ¿el ver usado por los mejicanos, los chinos, los antiguos egipcios y los persas un mismo símbolo arbitrario para significar el sol y su curso, no nos obligará á reconocer en dicho símbolo su verdadero orígen en tiempo de Noé ó de los primeros hombres después del diluvio? Esta mi bien deducida consecuencia, está eficazmente confirmada por el calendario chiapaneco (que todo es mejicano), en donde los chiapanecos (segun dice el ilustrísimo Nuñez de la Vega, obispo de Chiapa, en el prólogo de las Constituciones sinodales) ponen por primer símbolo ó nombre del primer año del siglo, un Votán, nieto, dicen ellos, de aquel que fabricó una muralla hasta el cielo y dió á los hombres las lenguas que ahora se hablan. Ved aquí el calendario mejicano con un hecho claramente relativo á la fábrica de la torre de Babel y á la confusion de las lenguas. Muchas otras reflexiones semejantes podian hacerse sobre los bellos documentos que usted nos ofrece en su Historia: yo le deseo de corazon salud, etc. Cesena, 31 de julio de 1780.

Aquí acaba la letra del señor abate Hervás. Mas sea lo que fuese del uso del año solar entre aquellos primeros hombres, en la cual disputa no quiero enredarme, no puedo persuadirme que los mejicanos ó los *toltecas* hayan sido deudores á alguna de las naciones del antiguo continente de su calendario y método de computar el tiempo. ¿De quién aprendieron los toltecas su edad de ciento cuatro años, el siglo de cincuenta y dos, el año de diez y ocho meses, estos de veinte dias, los períodos de trece años y de trece dias, el ciclo de doscientos sesenta dias, y sobre todo, los

1 Tomo citado, p. 4, inv. 3, c. 2.

1 Véanse á Banier, Mitología, tom. II, lib. 4, cap. 4, tom. III, l. 7, c. 12. Pluchet, Historia del cielo, tom. I, c. 2. 1 Goguet, el Orígen de las ciencias, etc., tom. I, disertacion 4.

2 Tom. I, pág. 378.

trece dias intercalares terminado el siglo, para ajustar el año al curso solar? Los egipcios fueron los mejores astrónomos de aquellos remotos tiempos, y sin embargo, no usaron ninguna correccion intercalar para remediar la anual retardacion del sol de cerca de seis horas. Pues si los toltecas por sí mismos conocieron aquella retardacion, no es de admirar que conociesen otras cosas que no requieren tan menudas y tan prolijas observaciones astronómicas. El mismo caballero Boturini, de cuyo testimonio se vale el señor Hervás, dice expresamente sobre la fe de los anales toltecas vistos por él, que habiendo observado los astrónomos toltecas en su antigua patria Huehuetlapayan (país setentrional de la América) el exceso de casi seis horas del año solar sobre el civil que estaba en uso entre ellos, corrigieron este con el uso de dias intercalares ciento y mas años antes de la era cristiana. Por lo que respecta á la analogía entre los mejicanos y los egipcios, hablaremos en las disertaciones.

ADVERTENCIA DEL AUTOR SOBRE LA OBRA INTITULADA CARTAS AMERICANAS.

Algunas reflexiones del señor Hervás se hacen tambien por el docto autor de las Cartas americanas, obras novísima y llena de erudicion, publicada en el Almacen literario de Florencia y venida á mí cuando se imprimian las hojas de este segundo tomo. El autor al impugnar los despropósitos del señor de Paw, da una verdadera aunque no completa idea de la cultura de los mejicanos: por lo general habla bien de sus costumbres, usos, artes, y sobre todo, de sus conocimientos astronómicos; expone su calendario y sus ciclos, y en todo esto los confronta con los antiguos egipcios, como lo hizo en el siglo pasado el doctísimo mejicano Sigüenza, para probar su conformidad y la antigüedad de la poblacion de la América. Al recorrer estas cartas he tenido el placer de ver promovidas é ilustradas algunas de mis opiniones expuestas en mis disertaciones; pero por otra parte, me disgusta haber encontrado en ellas algunos errores, á mas de ciertos rasgos muy injuriosos á la nacion española y ajenos de un literato honesto é imparcial. Casi todos los nombres mejicanos se leen alterados, y algunos tan desfigurados, que ni yo, que soy tan practico en la lengua y en la historia de Méjico, puedo conocerlos. Algunas veces se toma una ciudad en lugar de un rey, como en donde se hace mencion de la pintura IV de la coleccion de Mendoza publicada por Purchas y por Tevenot, se dice la ciudad de Chimalpopoca, siendo este nombre de un rey mejicano, y no de alguna ciudad, etc.

En la carta IX de la segunda parte, en la cual habla del año mejicano, cita este autor al Gemelli y le objeta malamente un error. Dice Gemelli que el año mejicano al principiar su siglo comenzaba á 10 de abril, pero que cada cuatro años se anticipaba un dia por razon de nuestro bisiesto; y así después de cuatro años comenzaba á 9 de aquel mes, después de ocho años comenzaba á ocho, y así se iba anticipando un dia cada cuatro años hasta el fin del siglo mejicano, en el cual por la interposicion de los trece dias intercalares omitidos en el discurso del siglo, volvia el año á comenzar á 10 de abril. *Esta*, añade el autor de la carta, es una contradiccion de hecho, pues el año después de los cuatro años deberia comenzar á los 11 y no á los 9, y así cada cuatro años debia crecer un dia, y en tal caso venia á ser superflua la correccion de trece dias después de los cincuenta y dos años, ó admitido el retroceso de un dia cada cuatro años, la diferencia del año solar al fin del siglo hubiera sido doble, esto es, de veintiseis dias.

Yo me admiro que un literato que muestra ser un buen calculador, yerre en un cálculo tan simple y tan claro. El año 1506 fué secular entre los mejicanos. Pues para mayor claridad supongamos que su año comenzase como el nuestro el dia 1º de enero. Este primer año del siglo mejicano, compuesto como el nuestro de trescientos sesenta y cinco dias, terminó igualmente que el nuestro á 31 de diciembre, y del mismo modo el año segundo correspondiente al de 1507; pero en 1508 el año mejicano debia terminar un dia antes que el nuestro, porque este, como bisiesto, tuvo trescientos sesenta y seis dias, cuando el mejicano no tenia mas que trescientos sesenta y cinco. Pues desde luego el año cuarto de aquel siglo mejicano, correspondiente al de 1509, debia comenzar un dia antes que el nuestro, esto es, á 31 de diciembre de 1508. Igualmente el año octavo, correspondiente al de 1513, debia comenzar á 30 de diciembre de 1512, por la misma razon de haber sido este año bisiesto. El año duodécimo, correspondiente al de 1517, debia comenzar á 29 de diciembre de 1516, y así hasta el año de 1557, último de aquel siglo mejicano, en el cual el año mejicano debia anticiparse al nuestro tantos dias cuantos habian sido los años bisiestos. Pues en los cincuenta y dos años del siglo mejicano hay trece bisiestos; luego aquel último año del siglo debia anticiparse al nuestro tantos dias cuantos habian sido los años bisiestos. Pues en los cincuenta y dos años del siglo mejicano hay trece bisiestos; luego aquel último año del siglo debia anticiparse al nuestro trece dias, no veintiseis. No era, pues, superflua la interposicion de los trece dias terminado el siglo para ajustar el año al curso solar. Y así Gemelli dice bien en lo que escribe en órden á la anticipacion del año, aunque errase en decir que el año mejicano comenzaba á 10 de abril, pues comenzaba, como tantas veces he dicho, á 26 de febrero. El autor de las Cartas cree que los mejicanos comenzaban su año por el equinoccio de primavera. Yo soy

del mismo parecer en cuanto á su año astronómico; pero no me he atrevido á afirmarlo, porque no lo sé. Los antiguos historiadores españoles de Méjico no eran astrónomos, y en sus historias no cuidaron tanto de exponer los progresos de los mejicanos en las ciencias, como sus ritos supersticiosos. La Ciclografía mejicana, compuesta por el grande astrónome Sigüenza después de un diligente estudio de las pinturas mejicanas y después de muchísimos cálculos de los eclipses y de los cometas señalados en aquellas pinturas, no ha llegado á nosotros. No puedo perdonar al autor de las Cartas el agravio que hace á este gran mejicano en la carta 3 del tom. II, en donde habla sobre la fe del Gemelli de las pirámides de Teotihuacan. Cárlos Sigüenza, dice aquel autor, juzga tales edificios anteriores al diluvio. No es cierto: ¿cómo podria Sigüenza juzgar tales pirámides anteriores al diluvio, creyendo posterior la poblacion de la América á la confusion de las lenguas y los primeros pobladores descendientes de Nephtuin, biznieto de Noé, como testifica el caballero Boturini, que vió algunas obras de Sigüenza? El mismo Gemelli, de quien se vale el autor de las Cartas, lo contradice en el tom. 6, lib. 2, cap. 8. "Ningun historiador indiano, dice este viajero, ha sabido investigar el tiempo de la creacion de las pirámides de la América; pero don Cárlos Sigüenza las estimó antiquísimas y poco posteriores al diluvio." Ni tampoco el Gemelli explicó bien la opinion de Sigüenza, pues el doctor Eguiara hablando en la Biblioteca mejicana de las obras de Sigüenza, y entre otras de aquella que escribió sobre la poblacion de la América, dice que él fija en tal obra la primera poblacion de aquel Nuevo Mundo, paulo post Babilonicam confusionem, esto es, un poco después de aquello que da á entender Gemelli.

En cuanto á otros artículos mas importantes discutidos en las referidas Cartas, hablaremos oportunamente en nuestras disertaciones, en las cuales en parte nos conformaremos con aquel autor y en parte nos opondremos á sus opiniones.

LIBRO VIII.

Arribo de los españoles á las costas de Anáhuac. Inquietud, embajadas y presentes del rey Motezuma. Confederacion de los españoles con los totonacos; su guerra y alianza con los tlaxcaltecas: su severidad para con los cholultecas y su solemne entrada en Méjico. Noticia de la célebre india doña Marina. Fundacion de la Veracruz, primera colonia de los españoles.

Los españoles, los cuales desde el año de 1492 habian ya descubierto el Nuevo Mundo bajo la direccion del famoso genovés Cristobal Colon, y en pocos años habian sujetado á la corona de Castilla las principales islas Antillas; desde allí navegaban con frecuencia para ir á descubrir nuevos países y permutar las bagatelas europeas por el oro americano. Entre otros navegó el año de 1517 del puerto de Alfaruco (en el dia Habana) Francisco Hernardez de Córdoba con ciento diez soldados, y caminando hácia el Poniente por consejo de Antonio Alaminos, uno de los mas expertos y de los mas famosos pilotos de aquel tiempo, y después doblando hácia el Mediodía, descubrieron al principio de marzo el cabo oriental de la península de Yucatan, que llamaron ellos *Cabo Catoche*. Costearon una parte de aquel país, admirando los bellos edificios y las altas torres que se descubrian desde lejos de la costa,[1] los vestidos de diversos colores que llevaban los indios, objetos jamás vistos por ellos en el Nuevo Mundo. Los yucataneses por su parte se admiraron del tamaño, figura y aparato de los navíos. En dos lugares en donde pusieron pié en tierra los españoles, tuvieron dos acciones con los indios, en las cuales y en otras desgracias que les sobrevinieron, perdieron la mitad de sus soldados, y el mismo capitan tuvo doce heridas, que dentro de pocos dias le causaron la muerte. Regresados precipitadamente á Cuba, avivaron con su relacion y con algun oro que llevaron de muestra, robado de un templo de Yucatan, la codicia de Diego Velazquez, conquistador antes y enton-

1 El doctor Robertson dice en el lib. 3, que los españoles *pusieron pié en tierra, é introduciéndose en el país* (de Yucatan), *observaron con admiracion grandes casas fabricadas de piedra.* Así habla en donde refiere el viaje de Hernandez; pero pocas páginas después, hablando del viaje de Grijalva, dice así: *Muchos pueblos estaban esparcidos á lo largo de la costa, en los cuales podian* (los españoles) *descubrir casas de piedra, que á distancias parecian blancas y grandes. En el calor de la imaginacion se figuraron que estas fuesen tantas ciudades adornadas de torres y cimborrios.* Entre tantos historiadores de Méjico que he leido, no he encontrado ni uno que haya dicho que los españoles imaginaron cimborrios en Yucatan. Esta imaginacion ha sido de Robertson, no de ellos. Les pareció á estos que veian torres altas y casas bien grandes, como en efecto las habia. Los templos de Yucatan, como los de *Anáhuac*, estaban fabricados por lo comun á manera de torres, y habia muchas bien altas. Bernal Diaz, autor sincerísimo y testigo ocular de todo cuanto sucedió á los españoles en aquellos primeros viajes á Yucatan, en donde habla del desembarco que hicieron en su primer viaje en la costa de Campeche, dice así: Nos condujeron (los indios) á ciertas casas muy grandes y muy bien fabricadas de piedra y cal. Y así no solamente vieron de lejos los edificios, sino que se acercaron y entraron en ellos. Habiendo sido, pues, tan familiar á aquellas naciones el uso de la cal, no es de admirar que fuese tambien comun á ellos la costumbre de blanquear las casas. Véase en órden á este el lib. 7.° de nuestra Historia. Por lo demás, yo no puedo entender cómo pueda parecer blanca de lejos una casa que en efecto no lo es.

ces gobernador de aquella isla; por lo que el año siguiente mandó á Juan de Grijalva, su pariente, con cuatro navíos y doscientos cuarenta soldados. Este comandante después de haber reconocido la isla de *Cozumel*, pocas millas distante de la costa oriental de Yucatan, costeó todo aquel país que hay desde allí hasta el rio *Pánuco*, cambiando cuentas de vidrio y otras semejantes cosillas por el oro, que tanto deseaban, y por las vituallas de que necesitaban.

Cuando llegaron á aquella isleta, que llamaron ellos San Juan de Ulúa,[1] distante poco mas de una milla de la playa de Chalchiuhcuecan, los gobernadores mejicanos de aquellas costas, aturdidos de ver navíos tan grandes y hombres de tan extraña figura y porte, consultaron entre sí lo que debia hacerse, y deliberaron ir en persona á la corte para dar noticia al rey de una cosa tan extraordinaria, y para poderle dar una idea mas completa, hicieron representar de algun modo por sus pintores los navíos, la artillería, las armas, los vestidos y el aspecto de aquella nueva gente, y sin dilacion marcharon para la corte, en donde expusieron á boca al rey todo lo que habia en la costa, y le presentaron las pinturas y algunas cuentas de vidrio que habian tenido de los españoles. Se turbó Motezuma al oir semejante nueva; pero para no precipitar su resolucion en un asunto de tanta importancia, tuvo consejo con *Cacamatzin*, rey de *Acolhuacan*, su sobrino; con *Cuitlahuitzin*, señor de *Iztapalapan*, su hermano, y con otros doce personajes, sus consejeros ordinarios. Después de una larga conferencia, concluyeron de comun acuerdo que aquel que habia llegado á las playas con un aparato tan grande, no debia ser otro que el dios del aire *Cuetzalcoatl*, esperado ya tantos años por ellos, pues corria entre aquellas naciones, como hemos dicho en otra parte, una antigua tradicion; que este númen después de haber con su vida inocente y su singular beneficencia ganado la estimacion y veneracion de los pueblos en *Tollan*, *Chololan* y *Onohualco*, se habia desaparecido de allí, habiéndoles antes prometido que volveria después de algun tiempo para gobernarlos en paz y hacerlos felices. Los reyes de aquel país se tenian por lugartenientes de aquel dios y depositarios de la corona, la cual le deberian ceder luego que compareciese allí. Esta inmemorial tradicion, varias señales observadas por ellos en los españoles, conformes á las que de *Cuetzalcoatl* daba su mitología, el sorprendente tamaño de los navíos comparado con el de sus canoas, el estrépito y la violencia de la artillería, tan semejantes á las de las nubes, lo indujo á creer que no era otro sino el dios del aire el que habia llegado á sus costas con el terrible aparato de relámpagos, rayos y truenos. Movido de esta creencia Motezuma, mandó á cinco personajes de su corte que fuesen inmediatamente á *Chalchiuhcuecan* á congratularse con esta pretendida divinidad de su feliz arribo á aquella tierra, á nombre suyo y de todo el reino, y le llevaran como tributo un gran presente; pero antes de enviarlos, anticipó una órden á los gobernadores de las costas, comunicada por las centinelas sobre los altos montes de *Nauhtlan*, *Quauhtla*, *Mictlan* y *Tochtlan*, para que observasen los movimientos de la armada, y de todo lo que ocurriese mandasen pronto aviso á la corte. Los embajadores mejicanos no pudieron, á pesar de su suma diligencia, alcanzar á los españoles, los cuales, concluido su comercio en aquella playa, continuaron por la costa su navegacion hasta el rio de Pánuco, desde donde volvieron á Cuba con diez y seis mil pesos en oro, parte adquirido con el comercio de las bagatelas, y parte de un rico presente hecho al comandante por un señor de *Onohualco*.

Incomodó mucho al gobernador de Cuba que Grijalva no hubiese plantado una colonia en aquel nuevo país, que por todos se pintaba como el mas rico y feliz del mundo; por lo que inmediatamente hizo alistar otro armamento mayor, cuyo mando pretendieron á competencia algunos colonos de los principales de aquella isla; mas el gobernador por consejo de sus confidentes lo encomendó á Fernando Cortés, hombre noble y bastante rico para poder soportar con su caudal y con el auxilio de sus amigos una buena parte de los gastos de la armada. Nació en Medellin, pequeña ciudad de la Estremadura, el año de 1485. Por parte de padre era *Cortés y Monroy*, y por la madre *Pizarro y Altamirano*, habiéndose unido en la sangre de estos cuatro linajes, que eran de los mas ilustres y mas antiguos de aquella ciudad. A los 14 años de su edad fué mandado por sus padres á Salamanca, para que aprendiendo en aquella famosa universidad la latinidad y la jurisprudencia, pudiese hacerse útil á su casa, reducida á la pobreza; pero no tardó mucho sin que su genio militar lo apartase del estudio y lo llevase al Nuevo Mundo siguiendo las huellas de muchos ilustres jóvenes de su nacion. Acompañó á Diego Velazquez en la conquista de la isla de Cuba, en donde adquirió bienes y se concilió grande autoridad. Era hombre de grande talento, muy advertido, valiente y diestro en el ejercicio de las armas, fecundo en hallar medios y recursos para llevar al cabo sus proyectos, suma-

1 Dieron á esta isleta el nombre de San Juan porque llegaron á ella el dia del santo Precursor, y porque este era el nombre del comandante. Llamáronla tambien *Ulúa*, porque habiendo encontrado allí dos víctimas humanas recientemente sacrificadas, y preguntados por señas la causa de semejante inhumanidad, respondieron los indios señalando al país de Poniente, *Acolhua Acolhua*, queriendo dar á entender que lo hacian por órden de los mejicanos, los cuales, como todo el valle de Méjico, eran llamados *acolhuas* por los pueblos distantes de su capital. En esta isleta hay en el dia una buena fortaleza para defender la entrada en el puerto de Veracruz.

mente ingenioso en hacerse obedecer y respetar aun de sus iguales, magnánimo en sus designios y acciones, cauto en obrar, modesto en hablar, constante en sus empresas y sufrido en sus adversidades. Su celo por la religion en nada fué inferior á su constante é inviolable fidelidad á su soberano; pero el esplendor de esta y otras buenas cualidades que lo elevaron á la clase de los héroes, fué eclipsado por algunas acciones indignas de la grandeza de su alma. Su ardiente amor á las mujeres lo enredó en algunas malas acciones, y tiempo antes le habia causado graves disgustos y peligros. El demasiado empeño ú obstinacion en sus empresas y el temor de trastornar su fortuna, lo hicieron algunas veces faltar á la justicia, á la gratitud y á la humanidad; ¿pero en dónde hubo jamás un general conquistador formado en la escuela del mundo, en quien la virtud no se balancease con los vicios? Era Cortés de buena estatura y de cuerpo bien proporcionado, robusto y ágil. Tenia el pecho algo elevado, la barba negra y los ojos vivos y amorosos. Tal es el retrato del famoso conquistador de Méjico que nos dejaron los primeros historiadores que lo conocieron.

Luego que él se vió honrado con el cargo de general de la armada, se dedicó á disponer con la mayor diligencia todos los preparativos para el viaje, y comenzó á tratarse como gran señor, tanto en su porte como en su servicio, bien sabedor de la virtud que tiene semejante aparato para deslumbrar al vulgo y conciliar autoridad. Enarboló inmediatamente el estandarte real delante de su casa, é hizo publicar un bando por toda la isla para alistar soldados. Concurrieron á competencia á ponerse bajo su mando aun hombres de los mas ilustres de aquel país, así por su nacimiento como por sus empleos, como Alfonso Hernandez de Portocarrero, primo del conde de Medellin, Juan Velazquez de Leon, pariente inmediato del gobernador, Diego Ordaz, Francisco de Montejo, Francisco de Lugo y otros que iremos nombrando en el discurso de la Historia. Entre todos merecen una particular mencion Pedro de Alvarado, de Badajoz, Cristóbal de Olid, de Baeza, en Andalucía, y Gonzalo de Sandoval, de Medellin, por haber sido los primeros comandantes de las tropas empleadas en aquella conquista y los que hicieron mas brillante figura, todos tres guerreros, muy valientes, duros en las fatigas de la guerra y peritos en el arte militar, pero de un carácter muy diverso. Alvarado era un jóven bien hecho y agilísimo, rubio, gracioso, festivo, popular, inclinado al lujo y á los pasatiempos, codicioso del oro, de que necesitaba para ostentar grandeza, y segun lo que afirman los autores antiguos, poco escrupuloso en el modo de adquirirlo, é inhumano y violento en algunas de sus expediciones. Olid era membrudo, suspicaz y disimulado. Ambos sirvieron muy bien á Cortés en la conquista; pero después le fueron ingratos y tuvieron un fin trágico. Alvarado murió en la Nueva Galicia, oprimido de un caballo precipitado de un monte. Olid fué decapitado por sus enemigos en la plaza de *Naco*, en la provincia de Honduras. Sandoval, jóven de buen nacimiento, apenas tenia 22 años cuando se alistó en la armada de su compatriota Cortés. Era de proporcionada estatura y de complexion robusta, de pelo castaño y crespo, de voz fuerte y gruesa, de pocas palabras y de excelentes hechos. A él le encomendó Cortés las mas arduas y peligrosas expediciones, y en todas salió con honor. En la guerra contra los mejicanos fué comandante de una gran parte del ejército español, y en el asedio de la capital tuvo bajo sus órdenes mas de treinta mil hombres, mereciendo siempre con su buena conducta la gracia de su general, el respeto de sus soldados y el amor de los mismos enemigos. El fundó la colonia de Medellin en la costa de *Chalchiuhcuecan*, y la del Espíritu Santo sobre el rio de *Coatzacoalco*. Fué comandante del presidio de Veracruz y gobernador algun tiempo de Méjico, y en todos sus empleos manifestó su equidad. Fué constante y asiduo en el trabajo, obediente y fiel á su general, benigno para con sus soldados, humano[1] con sus enemigos y enteramente libre del comun contagio de la avaricia. Y para decirlo en pocas palabras, yo no encuentro en toda la serie de conquistadores un hombre mas completo ni mas digno de ala-

1 El doctor Robertson atribuye á Sandoval aquel espantoso ejemplo de severidad hecho en los de Pánuco, cuando los españoles quemaron sesenta señores y cuatrocientos nobles á vista de sus hijos y parientes, y alega el testimonio de Cortés y de Gomara; pero Cortés no afirma que Sandoval hiciese aquel castigo, ni tampoco lo nombra. Bernal Diaz, cuyo testimonio en este punto vale mucho mas que el de Gomara, dice que habiendo Sandoval vencido á los de Pánuco y hecho prisioneros veinte señores y algunas otras personas respetables, escribió á Cortés pidiéndole su resolucion en órden á los prisioneros, y Cortés, para justificar mas su condena, encomendó su proceso á Diego de Ocampo, juez de aquella provincia, el cual, después de haber oido su confesion, los condenó á ser quemados, como se ejecutó. Bernal Diaz no explica el número de los reos castigados. Cortés dice que fueron quemados cuatrocientos entre señores y personas principales. Tal castigo fué sin duda excesivo y cruel; pero el Robertson, el cual hace tantos improperios á los españoles, deberia para manifestar su imparcialidad, declarar los motivos que aquellos tuvieron para indignarse tanto contra los de Pánuco. Estos, después de haberse sujetado á la corona de España, sacudieron el yugo, y corriendo á las armas, pusieron en desórden toda aquella provincia, mataron cuatrocientos españoles, entre los cuales quemaron cuarenta vivos en una casa y se comieron los otros. Estos atroces delitos no bastan á excusar á los españoles; pero sí hacen menos reprensible su severidad. El Robertson leyó igualmente en Gomara los delitos de los de Pánuco y la severidad de los españoles; pero exagera esta y calla aquellos.

banza, pues jamás hubo entre ellos quien supiese conciliar tan bien el ardor juvenil con la prudencia, el valor y la intrepidez con la humanidad, la moderacion con el mérito y la modestia con la felicidad. Murió en la mas fresca edad, en un lugar de la Andalucía, caminando para la corte de España juntamente con Cortés. Hombre verdaderamente digno de mejor fortuna y de vida mas larga.

Después que se hicieron casi todos los preparativos para el viaje, el gobernador de Cuba revocó por sugestion é intrigas de los rivales de Cortés, la comision que habia dado á este, y aun dió la órden de aprisionarlo; pero los que fueron encargados de la prision no tuvieron valor para ejecutarla, viendo á tantos hombres respetables y valientes empeñados en sostener el partido de su nuevo general, y así Cortés, el cual no solamente habia gastado en los preparativos todo su capital, sino que tambien se habia empeñado, retuvo á despecho de sus enemigos su empleo, y teniéndolo ya todo listo, salió del puerto de Ajaruco el 10 de febrero de 1519. La armada se componia de once navíos, de quinientos ocho soldados distribuidos en once compañías, de ciento nueve hombres de mar, de diez y seis caballos, de diez cañones de artillería y de cuatro falconetes. Navegaron bajo la direccion del piloto Alaminos hasta la isla de *Cozumel*, en donde recuperaron á Gerónimo Aguilar, diácono español, el cual, viajando algunos años antes del Darien á la isla de Santo Domingo ó Española, naufragó en las costas de Yucatan y fué hecho esclavo de los indios, y sabedor del arribo de los españoles á *Cozumel*, obtuvo de su amo la libertad y se agregó á la armada. Con el largo trato de les yucatanoses habia aprendido la lengua maja, que allí se habla, por lo que tuvo con Cortés el empleo de intérprete.

De *Cozumel* se adelantaron costeando la península de Yucatan hasta el rio de Chiapa en la provincia de Tabasco, por el cual en los esquifes y en los mas pequeños navíos se introdujeron alguna cosa en el país, hasta un palmar en donde desembarcaron con el pretexto de proveerse de agua y vituallas; caminaron hácia un pueblo grande, distante de allí apenas dos millas, peleando siempre con una multitud de indios que con flechas, dardos y otras armas les disputaban el paso, y superando las estacadas que habian hecho aquellos para su defensa. Habiéndose los españoles hecho dueños del pueblo, salian de allí con frecuencia á hacer sus correrías en los lugares vecinos, en los cuales tuvieron algunas acciones muy peligrosas, hasta que se vino á una batalla campal y decisiva el dia 25 de marzo. La batalla se dió en las llanuras de *Ceutla*, pueblo poco distante del otro ya referido. El ejército de los de Tabasco era muy superior en número; pero á pesar de su multitud, fueron completamente vencidos á beneficio de la mejor disciplina de los españoles, la superioridad de sus armas y el terror que causó entre los indios el tamaño y fuego de los caballos. Ochocientos de Tabasco quedaron muertos en el campo; de los españoles hubo un muerto y mas de sesenta heridos. Esta victoria fué el principio de la felicidad de los españoles, y para memoria, fundaron allí después una pequeña ciudad con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria,[1] la cual fué por mucho tiempo la capital de aquella provincia. Procuraron justificar sus hostilidades con las reiteradas protestas que antes de venir á las manos hicieron á los de Tabasco, de no haber venido á aquel país como enemigos á hacer ningun mal, sino solamente como navegantes necesitados á proveerse con el cambio de sus mercerías de aquello de que necesitaban para continuar su viaje, á las cuales protestas correspondieron los indios con una tempestad de flechas y de dardos. Tomó Cortés posesion solemne de aquel país á nombre de su soberano con una extraña ceremonia, pero conforme á los usos é ideas caballerescas de aquel siglo. Embrazó la rodela y desenvainó la espada, con la cual dió tres golpes en un grande árbol que habia en el pueblo principal, protestando que si alguno tuviese el atrevimiento de oponerse á una tal posesion, él sabria defenderla con aquella espada.

Para solidar mas el dominio de su rey, convocó á los señores de aquella provincia y los persuadió á que le rindieran obediencia y á reconocerlo como su legítimo señor, y para imprimirles una idea mas ventajosa del poder del rey, hizo disparar delante de ellos un cañon de artillería, y con cierto engaño los indujo á creer que el relincho de los caballos era una muestra de su cólera contra los enemigos de los españoles. Todos parecieron adherir á las proposiciones del vencedor y escucharon con admiracion y agradecimiento las primeras verdades de la religion cristiana, que les declaró por medio del intérprete Aguilar el padre fray Bartolomé de Olmedo, religioso docto y ejemplar de la órden de nuestra Señora de la Merced y capellan de la armada. Presentaron después á Cortés en señal de sumision, algunas cosillas de oro y algunos vestidos de tela ordinaria (pues no se usaban otras en aquella provincia) y veinte esclavas, las cuales fueron repartidas entre los oficiales de la armada. Entre estas habia una doncella noble, hermosa, de buen ingenio y de mucho espíritu, natural de *Painalla*, pueblo de la provincia mejicana de *Coatzacoalco*.[1]

1 La ciudad de la Victoria se despobló enteramente hácia á la mitad del siglo pasado con motivo de las frecuentes invasiones de los ingleses. Se fundó después en un sitio mas distante de la mar otra pequeña ciudad, que llamaron Villahermosa; pero la capital de esta provincia, en donde reside el gobernador, es Tlacotalpan.

2 En una historia manuscrita que habia en la librería del colegio de San Pedro y San Pablo, de los jesuítas de

Su padre habia sido feudatario de la corona de Méjico y señor de algunos lugares. Habiendo quedado viuda su madre, se casó con otro noble, de quien tuvo un hijo. El amor que tenian á este fruto de su matrimonio, le estimuló al inicuo consejo de suponer muerta á la primogénita, para que á él le tocase toda la herencia. Y para hacerlo creer, la entregaron clandestinamente á ciertos comerciantes de *Xicallanco*, ciudad situada sobre los confines de Tabasco, cuando habia muerto la hija de una de sus esclavas, en cuya muerte hicieron el mismo duelo que hubieran hecho si verdaderamente se hubiese muerto su hija. Los de *Xicallanco* la dieron ó tal vez la vendieron á los de Tabasco sus vecinos, y estos finalmente la presentaron á Cortés, muy distante de pensar, que aquella rara jóven pudiese servir con su lengua á la conquista de toda aquella tierra. Sabia bien á mas de la lengua mejicana, propia de su país, la maja, que se hablaba en Yucatan y en Tabasco, y en poco tiempo aprendió tambien la española. Instruida prontamente en los dogmas de la religion cristiana, fué juntamente con otras esclavas solemnemente bautizada con el nombre de Marina.[1] Fué constantemente fiel á los españoles, y no pueden apreciarse bastantemente los servicios hechos por ella; pues no solamente fué el instrumento de sus negociaciones con los mejicanos, con los tlaxcaltecas y otras naciones de *Anáhuac*, sino que les salvó muchas veces la vida, advirtiéndoles los peligros que los amenazaban é indicándoles el modo de precaverlos. Acompañó á Cortés en todas sus expediciones, sirviéndole siempre de intérprete, con frecuencia de consejera, y algunas veces, por su desgracia, de dama. El hijo que tuvo de ella aquel conquistador, se llamó don Martin Cortés, caballero del órden militar de Santiago, el cual por temerarias sospechas de rebelion fué puesto en tortura en Méjico el año de 1568, sin considerar aquellos inicuos y bárbaros jueces los incomparables servicios que los padres de aquel ilustre reo habian

Méjico, se leia, que doña Marina habia nacido en *Huilotla*, pueblo de *Coatzacoalco*. Gomara, seguido por Herrera y Torquemada, dice haber sido natural de *Xalisco*, y de allí cogida por ciertos comerciantes de *Xicallanco* y trasladada á su patria; pero esto es ciertamente falso, pues *Xalisco* está distante de *Xicallanco* mas de novecientas millas, y no se sabe ni tampoco es verosímil, que jamás haya habido algun comercio entre aquellas dos provincias tan distantes entre sí. Bernal Diaz, el cual vivió mucho tiempo en *Coatzacoalco* y conoció á la madre y hermano de doña Marina, confirma la verdad de nuestra relacion, y dice ser lo cierto y haberlo oido de la misma doña Marina. A esto se agrega la tradicion que hasta ahora se ha conservado en Coatzacoalco, conforme á lo que hemos dicho.

1 Los mejicanos adaptando el nombre de Marina á su lengua, le llamaron *Malintzin*, de donde viene el nombre de *Malinche*, con que es conocida por los españoles de Méjico.

hecho al rey católico y á toda la nacion española.[1] Después de la conquista se casó con un respetable español, llamado Juan de Xaramillo. En el largo y penoso viaje que hizo en compañía de Cortés á la provincia de Honduras el año de 1524, tuvo ocasion al pasar por su patria, de ver á su madre y hermano, los cuales se le presentaron bañados en lágrimas y consternados, pues temian que hallándose entonces en tanta prosperidad con la proteccion de los españoles, quisiese vengar el daño que le habian hecho en su niñez; pero ella los recibió y consoló con sumo amor, dando así á entender que su piedad y generosidad en nada eran inferiores á las otras dotes de que la habia adornado el cielo. No nos parece justo el omitir estas anécdotas de una mujer que fué la primera cristiana del imperio mejicano, que hace en la historia de la conquista una figura tan brillante, y cuyo nombre ha sido y es tan célebre, no menos entre los mejicanos que entre los españoles. Asegurado ya Cortés de la tranquilidad de Tabasco y conociendo que este no era país de donde se podia sacar oro, se resolvió á continuar su viaje para buscar otro mas rico; pero acercándose la fiesta de las Palmas, quiso dar antes á los de Tabasco alguna idea de la santidad de la religion cristiana. Se celebró aquel dia la santa misa con el mayor aparato que se pudo, se bendijeron los ramos y se hizo una solemne procesion con la música militar, á la cual asistieron aturdidos y edificados aquellos gentiles, quedando desde entonces en sus corazones aquella semilla de la gracia que habia de germinar y fructificar en otra época mas conveniente.

Concluida aquella funcion y habiéndose despedido de los señores de Tabasco, dió á la vela la armada, y caminando hácia el Poniente, después de haber costeado la provincia de Coatzacoalco y atravesado la boca del rio de *Papaloapan*, entró en el puerto de San Juan de Ulúa el jueves Santo 21 de abril. Apenas habian echado las áncoras, cuando vieron venir de la costa de Chalchiuhcuecan hácia la capitana, dos grandes canoas, en las cuales habia muchos mejicanos, mandados por el gobernador de aquella costa á saber quiénes eran los que habian llegado en aquella nueva armada, qué querian, y á ofrecerles todos los auxilios de que necesitaran para la continuacion de su viaje; lo cual manifestó la vigilancia de aquel gobernador y la hospitalidad de aquella nacion. Habiendo venido á bordo de la capitana y presentádose á Cortés con modos muy ci-

1 Los que dieron la tortura á don Martin Cortés y pusieron en prision al marqués del Valle su hermano, fueron dos formidables jueces mandados á Méjico por el rey Felipe II. El principal de ellos, llamado Muñoz, hizo tales estragos, que movido el rey por las quejas de los mejicanos, le llamó Cortés, y le dió una reprension tan severa y fuerte, que al dia siguiente se encontró muerto de pesar en su silla.

viles, le expusieron su comision por medio de doña Marina y de Aguilar, pues con motivo de no entender este el mejicano ni aquella el español, era necesario en aquellas primeras conversaciones con los mejicanos valerse de tres lenguas y dos intérpretes. Doña Marina exponia á Aguilar en lengua maja lo que decian los mejicanos en su propio lenguaje, y Aguilar lo declaraba en español á Cortés. Este general recibió cortesmente á los mejicanos, y sabiendo cuán apreciables les habian sido el año anterior las bagatelas de Europa, les respondió que él no habia venido á aquel país con otro objeto que comerciar con ellos y tratar con su rey asuntos de suma importancia, y para obligarlos mas, les dió á beber vino de España y les regaló algunas cosillas que creyó podian serles agradables.[1]

El primer dia de Pascua, después que los españoles habian puesto pié en tierra, desembarcando sus caballos y artillería y habiendo hecho con el auxilio de los mismos mejicanos, barracas de ramas de árboles en aquella playa arenosa en donde actualmente está la ciudad de la nueva Veracruz, llegaron allí dos gobernadores de aquella costa, llamados *Teuhtlile* y *Cuitlalpitoc*,[2] con un gran séquito de criados; y hechas por una y otra parte las convenientes ceremonias de urbanidad ó de respeto, antes de entrar en ningun discurso, quiso Cortés, no menos por felicitar su empresa que por dar á aquellos idólatras una ligera idea de nuestra religion, que se celebrase en su presencia el santo sacrificio de la misa. Se cantó, pues, con la mayor solemnidad posible, y esta fué la primera que se celebró en los dominios de los mejicanos.[1]

Los convidó después á comer con él y con sus capitanes, procurando conciliarse con obsequios su benevolencia. Luego que se levantaron de la mesa, los llevó aparte para exponerles sus pretensiones. Les dijo que él era súbdito de don Cárlos de Austria, el mayor rey del Oriente, cuya bondad, grandeza y poder ponderó con las expresiones mas magníficas, y añadió que este gran monarca, noticioso de aquella tierra y del señor que reinaba en ella, lo mandaba á hacerle una visita á su nombre y á comunicarle á boca algunas cosas de grande importancia, y que por lo mismo apreciaría saber en dónde le agradaria escuchar la embajada. ¿Apenas, respondió Teuhtlile, habeis llegado á este país, é inmediatamente quereis ver á nuestro rey? He oido con placer lo que me has dicho en órden á la grandeza y bondad de tu soberano; pero sábete que el nuestro no es menos bueno ni menor rey; antes me admiro que pueda haber en el mundo otro mas poderoso que él; pero pues tú lo afirmas, yo lo haré saber á mi soberano, de cuya bondad confio que no solo tendrá gusto en oir semejantes nuevas de aquel gran príncipe, sino que tambien honrará á su embajador. Acepta entre tanto este regalo que á su nombre te presento:" y sacando de un *petlacalli* ó caja tejida de cañas, algunas excelentes obras de oro, se las presentó, juntamente con otras curiosas de pluma, diez cargas de vestidos finos de algodon y una gran cantidad de vituallas.[2]

Aceptó Cortés el presente con singulares demostraciones de gratitud, y correspondió con cosas de poco valor, pero apreciables para ellos, ó porque eran enteramente nuevas en aquel país, ó por su aparente brillo. Habia llevado consigo *Teuhtlile* varios pintores, para que repartiéndose

1 . Torquemada dice que habiéndosele dado aviso á Motezuma de la nueva armada observada antes por las centinelas puestas sobre los montes, mandó inmediatamente á sus embajadores á reverenciar al pretendido dios *Quetzalcoatl*, los cuales habiéndose trasladado con suma celeridad al puerto de *Chalchiuhcuecan*, pasaron inmediatamente á bordo de la capitana aquel mismo dia en que llegaron los españoles; que advertido Cortés del error y queriéndose valer de él, los recibió sentado sobre un alto trono que hizo formar prontamente, en donde se dejó adorar, vestir el hábito sacerdotal de *Quetzalcoatl* y adornar el cuello con una cadena de piedras preciosas y la cabeza con una celada de oro cubierta tambien de ellas, etc.; pero este cuento sin duda es falso. La armada partió del rio de Tabasco el lunes Santo y llegó el jueves al puerto de Ulúa. Los montes de *Techtlan* y *Mictlan*, desde donde pudo observarse mas antes la armada, no distan de la capital menos de trescientas millas, ni esta del puerto de Ulúa menos de doscientas veinte; y así aunque se hubiese visto la armada el mismo dia que zarpó de Tabasco, era imposible que llegasen los embajadores á Ulúa el jueves. A mas de que no se encuentra memoria de tal acontecimiento en otro autor, antes bien por la relacion de Bernal Diaz se ve que todo esto es falso, y que los mejicanos ya habian salido del error que les causó la primera armada que se dejó ver allí.

2 Bernal Diaz escribe *Teudile* en lugar de *Teuhtlile*, y *Pitalpitoque* en lugar de *Cuitlalpitoc*. Herrera le llama *Pitalpitoc*, y Solís y Robertson, que quisieron enmendarle, *Pilpatoe*.

1 Solís impugna á Bernal Diaz y á Herrera el haber afirmado, segun lo que él creyó, que se celebró la misa en *Chalchiuhcuecan* el viernes Santo. El autor del prefacio que está en la impresion de Herrera del año de 1730, emplea una gran copia de erudicion inoportuna y enfadosa para justificar la pretendida celebracion de la misa en aquel santo dia; pero con licencia de este autor y del Solís, ellos no entendieron bien el texto de Bernal Diaz.

2 El Solís y Robertson hacen á *Teuhtlile* general de las armas y lo privan del gobierno político de aquella costa, cuando por Bernal Diaz, Gomara y otros historiadores antiguos, sabemos que era gobernador de *Cuetlachtlan*. Dicen tambien aquellos autores, que desde el principio se opuso *Teuhtlile* al designio de Cortés de ir á la corte; pero nos consta por el testimonio de los mejores historiadores antiguos, que aquel gobernador no se opuso hasta que no tuvo una órden positiva de su rey.

entre sí los diversos objetos de que se componia la armada, pudiesen en breve copiarla toda, y dar así al rey el placer de ver con sus ojos lo que tenian que decirle á boca. Habiendo advertido Cortés su intento, mandó, para presentar á los pintores un nuevo asunto capaz de hacer en el ánimo del rey una impresion mas fuerte, que su caballería corriese por la playa é hiciese algunas evoluciones militares, y que se disparase á un tiempo toda la artillería, lo que fué observado con aquel asombro que se puede imaginar, por los dos gobernadores y su numerosa comitiva, la cual, si damos crédito á Gomara, no bajaba de cuatro mil hombres. Entre las armas de los españoles observó *Teuhtlile* una celada dorada, la cual, porque era muy semejante á otra que tenia uno de los principales ídolos de Méjico, la pidió á Cortés para que la viera el rey, y él la concedió con la condicion de que se le volviera llena de oro en polvo, bajo el pretexto de que queria ver si el que se sacaba de las minas de Méjico era como el de su patria.[1]

Luego que se concluyeron las pinturas, se despidió amorosamente *Teuhtlile* de Cortés, ofreciéndose á volver dentro de pocos dias con la respuesta de su soberano, y dejando en su lugar á *Cuitlalpitoc* para que proveyese de todo lo necesario á los españoles, se fué á *Cuetlachtlan*, lugar de su ordinaria residencia, desde donde llevó en persona á la corte la relacion, las pinturas y el presente del general español, como afirman Bernal Diaz y Torquemada, ó tal vez lo mandó todo, como conjetura el Solís, por las postas que habia en los caminos reales siempre prontas á caminar.

Nadie puede facilmente imaginar la grande inquietud y perplejidad en que se halló Motezuma con la noticia de aquella armada y el informe mas exacto del carácter de aquellos extranjeros, del fuego de sus caballos y la violencia destructora de sus armas. Como que era tan supersticioso, hizo consultar á sus dioses sobre su pretension, y le fué respondido, segun lo que dicen, que no admitiese jamás en su corte aquella nueva gente. O hubiese en efecto este oráculo, inspirado, como se persuadieron algunos autores, por el demonio, el cual se valiese de él para tener cerrados todos los caminos al Evangelio, ó como nosotros creemos, por los sacerdotes, por su interés ó por el de toda la nacion, Motezuma se resolvió desde entonces á no admitir á los españoles; pero para hacerlo con buen modo y segun su genio, les mandó una embajada con un presente digno ciertamente de su régia magnificencia. El embajador fué un gran personaje de la corte, muy semejante, así en la estatura como en las facciones, al general español, como refiere un testigo ocular.[1] Apenas habian pasado siete dias después de que se despidió *Teuhtlile*, cuando volvió acompañando al embajador y conduciendo consigo mas de cien hombres de carga que llevaban el presente.[2] Luego que estuvo el embajador en la presencia de Cortés, tocó con la mano la tierra, y después la llevó á la boca, segun el uso de aquellas naciones, incensó[3] al general y á los otros oficiales que estaban junto á él, los saludó respetuosamente, y sentado en una silla que le puso Cortés, pronunció su arenga, la cual se redujo á congratularse con aquel general á nombre de su rey por su feliz arribo á aquel país, á significarle el placer que su majestad habia tenido al saber que habian llegado á su reino hombres tan valientes y al escuchar las noticias que le llevaban de un monarca tan grande, y á mostrarle cuán agradable le habia sido su regalo, por lo que en señal de su real agradecimiento le mandaba aquel presente. Dicho esto, hizo extender sobre la tierra esteras finas de palma y telas de algodon, sobre las cuales se puso en buen órden y simetría todo el presente. Este consistia en muchas obras de oro y plata, mas estimables todavía por su admirable artificio que por su preciosa materia, entre las cuales algunas tenian piedras engastadas, y otras eran figuras de leones, tigres, monos y otros animales; en treinta cargas ó fardos de telas finísimas de algodon de varios colores y en parte entretejidas de hermosísimas plumas; en algunas obras excelentes de pluma, adornadas de muchas figurillas de oro, y la celada llena de oro en polvo, como la queria Cortés, la cual importaba mil y quinientos pesos; pero lo mas precioso de todo fueron dos grandes lá-

1 Algunos historiadores dicen que Cortés, para exigir la celada llena de oro, se valió del pretexto de cierta enfermedad de corazon que padecian él y sus compañeros, la cual decia no poderse curar con otro remedio sino con aquel precioso metal; pero esto poco importa para la sustancia del hecho.

1 Bernal Diaz del Castillo.

2 Bernal Diaz llama á este embajador *Quintalbor;* pero semejante nombre no es ni pudo ser mejicano. El Robertson dice que los mismos oficiales que hasta entonces habian tratado con Cortés, fueron encargados de llevarle la respuesta del rey, sin hacer mencion del embajador; pero así Bernal Diaz, testigo ocular, como otros historiadores españoles ó indios, afirman lo que decimos. Solís, atendido el corto intervalo de siete dias y la distancia de setenta leguas entre aquel puerto y la capital, no quiere persuadirse que viniese entonces el embajador; pero habiendo dicho poco antes que las postas mejicanas eran mas diligentes que las de Europa, no es de admirar que en un dia ó poco mas llevasen la noticia de la armada á la corte, y en cuatro ó cinco dias fuese en litera el embajador sobre las espaldas de las mismas postas, como entre ellos se usaba. Pues que el hecho no es inverosímil, es necesario creer á Bernal Diaz, testigo ocular y sincero.

3 La incensacion hecha á los españoles, aunque no fuese mas que un obsequio meramente civil, y el nombre de *teteuctin* (señores ó caballeros) con que eran llamados, algo semejante al de *teteo* (dioses), les hizo creer que los mejicanos los tenian por dioses.

as hechas á manera de ruedas, una de oro y . de plata. La de oro, que representaba, sehemos dicho en otra parte, al siglo mejicano, ia esculpida en medio la imágen del sol, y al edor diversas figuras de bajo-relieve. Su cirferencia era de treinta palmos toledanos, y su or de diez y seis mil pesos.[1] La de plata, en estaba figurado el año mejicano, era mayor, enia una luna en medio, circundada igualmenle figuras de bajo-relieve. Quedaron los espaes no menos admirados que contentos con tan nde riqueza. Este regalo, añadió el embajador blando con Cortés, manda mi soberano para vos vuestros compañeros, pues para vuestro rey ndará dentro de poco ciertas piedras preciosas valor inestimable. Vosotros, entre tanto, poeis deteneros cuanto gusteis en esta playa, para scansar de las fatigas de tan largo viaje y proeros de cuanto necesiteis para volver á vues. patria. Si quereis alguna otra cosa de esta rra para vuestro soberano, inmediatamente se dará; mas por lo que respecta á vuestra presion de ir á la corte, estoy encargado de diadiros de tan difícil y peligroso viaje, pues se necesario que camináseis por desiertos inhaables y por países de enemigos. Cortés recið el presente con las mas grandes expresiones agradecimiento hácia la real beneficencia y rrespondió como pudo; pero sin abandonar su manda, suplicó al embajador que representara rey los peligros é incomodidades sufridas por en tan larga navegacion, y el disgusto que tenia su soberano al verse burlado en sus esperans; que por lo demás, los españoles eran de tal ndicion, que ni las fatigas ni los peligros eran paces de hacerlos desistir de sus empresas. freció el embajador hacerlo saber al rey y se spidió cortesmente, juntamente con *Teuhtlile*, edando Cuitlalpitoc con un gran número de eblo en una aldea que habian formado de chos, poco distante del campo de los españoles.

Bien veia Cortés en medio de tanta prosperiad como hasta entonces habia tenido, que no odia subsistir en aquel sitio, pues á mas de la comodidad del calor y la importunidad de los osquitos, que abundan mucho en toda aquella laya, temia algun daño en sus navíos por la vionoia del norte, á que está muy expuesto aquel al puerto, por lo que mandó dos bajeles bajo el ando del capitan Montejo, para que caminano cerca de la costa hácia Pánuco, buscase otro uerto mas seguro. Dentro de pocos dias volieron con la noticia de haber encontrado á treina y seis millas de Ulúa un puerto capaz, inmeiato á una ciudad fundada en un lugar fuerte.

Entre tanto, volvió *Teuhtlile* al campo de los españoles, y llamando aparte á Cortés con los intérpretes, le dijo que su señor Motezuma habia agradecido el presente que le habia mandado, que el que entonces le mandaba era destinado para el gran rey de España; que le deseaba mucha felicidad; que por lo demás no le mandase mas mensajeros ni se volviese á hablar sobre ir á la corte. El presente para el rey católico consistia en algunas obras de oro que importaron mil y quinientos pesos; en diez fardos de ropa curiosísima de pluma, y en cuatro piedras preciosas, tan estimadas por los mejicanos, que por lo que afirmó el mismo *Teuhtlile*, cada una valia cuatro cargas de oro. Pensaba aquel imprudente rey obligar con su liberalidad á los españoles á que abandonaran aquel país, no advirtiendo que el amor del oro es un fuego que tanto mas se inflama, cuanto es mayor el pávulo que se le pone. Irritó mucho á Cortés la repulsa del rey; pero no por eso desistió de su pensamiento, pues la natural constancia de su ánimo estaba mas excitada por el atractivo de la riqueza.

Observó *Teuhtlile* antes de despedirse, que los españoles al oir el toque de la campana al Ave María, se hincaban delante de una santa cruz, y lleno de admiracion, preguntó por qué adoraban aquel madero. De aquí tomó ocasion el padre Olmedo para declararle los principales artículos de la religion cristiana é improbarle el culto abominable de los ídolos y la inhumanidad de sus sacrificios; pero semejante discurso fué enteramente infructuoso, pues no habia llegado todavía para aquellos pueblos el tiempo de la santificacion.

Al dia siguiente se hallaron los españoles tan abandonados de los mejicanos, que ni uno se dejaba ver en toda aquella playa; efecto sin duda de la órden dada ya por el rey, de retirar del campo de aquellos extranjeros así la gente destinada á su servicio como las vituallas, mientras persistieran en su temeraria resolucion. Semejante novedad causó una consternacion grande en los españoles, porque á cada momento temian que cayese sobre su miserable campo todo el poder de aquel vasto imperio, por lo que Cortés hizo asegurar en los bajeles sus provisiones y poner sobre las armas á sus tropas para la defensa. No hay duda que así en esta como en otras muchas ocasiones que iremos recordando en la Historia, pudo fácilmente Motezuma desbaratar enteramente aquellos pocos extranjeros que habian de causarle tanto mal; pero Dios los conservaba para que fuesen instrumentos de su justicia, sirviéndose de sus armas para castigar la supersticion, la crueldad y otros delitos con que aquellas naciones habian provocado su cólera. No por esto queremos justificar el intento y la conducta de los conquistadores; pero ni menos podemos dejar de reconocer en la serie de la conquista, á pesar de la incredulidad, la mano de Dios que iba preparando aquel imperio á su ruina, y

1 Hay variedad en los autores en órden al valor de las áminas; pero yo creo mas bien á Bernal Diaz, testigo ocuar, que lo sabia bien, como que debia tener parte en el resente de Motezuma.

se valia de los mismos delitos de los hombres para los altos designios de su providencia.

En este mismo dia, de tanta consternacion para los españoles, experimentaron un rasgo de la divina Providencia. Dos soldados que hacian la guardia fuera del campo, vieron venir hácia ellos cinco hombres algo distintos de los mejicanos en sus vestidos y adornos, los cuales, conducidos al general español, dijeron en mejicano (pues no habia allí quien entendiese su propia lengua) que eran de la nacion *totonaca*, y mandados por el señor de *Cempoalla*, ciudad distante veinticuatro millas de aquel lugar, á saludarlos y saber quiénes eran y de dónde venian, y suplicarles fuesen á aquella ciudad, en donde serian bien recibidos, añadiendo que no habian llegado antes al campo por temor á los mejicanos. El señor de *Cempoalla* era uno de aquellos feudatarios que vivian impacientes bajo el yugo de los mejicanos. Sabedores de la victoria obtenida por los españoles en Tabasco y de su arribo á aquel puerto, les pareció esta la mas bella ocasion de sacudir el yugo con el auxilio de hombres tan valientes. Cortés, como que nada mas deseaba que semejante alianza para aumentar sus fuerzas, despues de haberse informado bien del estado y condicion de los *totonacos* y de las extorsiones que sufrian por la prepotencia de los mejicanos, respondió dando gracias al señor de *Cempoalla* por su cortesía, y prometiéndole que iria sin dilacion á verlo.

En efecto, publicó inmediatamente su partida para *Cempoalla;* pero antes le fué necesario superar los obstáculos puestos por sus mismos soldados. Algunos parciales del gobernador de Cuba, ya cansados con las incomodidades que habian padecido, intimidados por los peligros que presentian y deseosos del reposo y comodidad de sus casas, conjuraron fuertemente al general para que se volviese á Cuba, exagerando la escasez de víveres y la temeridad de una empresa tan grande, cual era oponer tan pequeño número de soldados al gran poder del rey de Méjico, principalmente después de haber perdido en aquellos arenales treinta y cinco hombres, parte por las heridas que habian recibido en la batalla de Tabasco, y parte por razon del aire insalubre de aquella playa. Cortés, ó con dádivas, ó con promesas, ó con un poco de rigor usado oportunamente, ó con otros medios inventados por su raro ingenio, manejó tan bien los ánimos, que no solamente aquietó á los mal contentos y los indujo á quedarse gustosos en aquel abundante país, sino que adelantándose tambien en sus negociaciones, consiguió que el ejército á nombre del rey y sin ninguna dependencia del gobernador de Cuba, le confirmase el supremo mando, así político como militar, y que por los gastos que habia hecho antes en la armada y los que tenia que hacer en lo sucesivo, le fuese desde entonces en adelante asignada la quinta parte del oro que se fuese adquiriendo, deducida primero la que pertenecia á su rey. Hizo además crear los magistrados y todos los cargos necesarios para una colonia que queria plantar en aquella costa.

Habiendo, pues, superado tales dificultades y tomadas las medidas convenientes á la ejecucion de sus vastos proyectos, se puso en camino con sus tropas. Su intento no era solo el que se restableciera su gente, muy cansada en aquella arenosa playa, y el ir en solicitud de los aliados, sino tambien el escoger un buen sitio para la fundacion de la colonia, pues *Cempoalla* estaba en el camino para ir á *Chiahuitztla*,[1] en cuyo distrito estaba el nuevo puerto hallado antes por el capitan Monejo. El ejército con una parte de la artillería marchó hácia Cempoalla en buen órden, y pronto á defenderse siempre que fuese asaltado, ó por los totonacos, de cuyo buena fe no estaban todavía seguros, ó por los mejicanos, que suponian ofendidos por su resolucion; disposiciones que ningun general estima superfluas, las que jamás omitió Cortés, aun en el tiempo de la mayor prosperidad, útiles siempre para mantener la disciplina militar, y por lo comun necesarias á la propia seguridad. Los bajeles se encaminaron costeando al puerto de Chiahuitztla.

Tres millas antes de llegar á *Cempoalla* vinieron á encontrar al ejército veinte respetables *cempoalenses*, los cuales presentaron á Cortés un refresco de ananas y otras frutas del país, los saludaron á nombre de su señor, y lo excusaron de no haber venido en persona por razon de hallarse impedido. Entraron en la ciudad ordenados en forma de batalla, temiendo alguna traicion de los habitantes. Uno de á caballo habiéndose introducido hasta la plaza mayor y habiendo visto una cerca del palacio de aquel señor, el cual porque estaba recientement blanqueedo y bien bruñido, lucia con el sol, le pareció de plata, y volvió á todo correr para dar tan buena noticia al general. Semejantes engaños son muy frecuentes en los que tienen la imaginacion perturbada por alguna fuerte impresion. Caminaron por las calles los españoles, no menos contentos que admirados de ver aquella ciudad, la mas grande que habian visto hasta entonces en el Nuevo Mundo, tanta multitud de pueblo y tan hermosas huertas y jardines. Algunos por su grandeza la llamaron Sevilla, y otros por su amenidad Villaviciosa.[2]

1 Solís y Robertson dan á Chiahuitztla el nombre de *Quiabislan*, el cual no es ni puede ser mejicano.

2 No puede dudarse de la grandeza antigua de *Cempoalla* atendido el testimonio de los autores que la vieron, y la extension de sus ruinas; pero no se puede contar con el cómputo que hace Torquemada, pues en el lib. 3, cap. 5, cuenta de veinticinco á treinta mil habitantes, en otro lugar cincuenta mil, y en el índice del primer tomo ciento cincuenta mil. A *Cempoalla* sucedió lo mismo que á otras ciudades del Nuevo Mundo, esto es, que con las enfermedades y los infortunios del siglo XVI, se fué disminuyendo hasta despoblarse enteramente.

Cuando llegaron al templo mayor, vino á recibirlos á la puerta del atrio el señor de aquel Estado, el cual, aunque inhábil para moverse por razon de su desmesurada gordura, era hombre advertido y de buen ingenio. Despues de haberlo saludado, segun el uso del país, é incensado al general, se despidió, prometiendo que volveria luego que hubiesen descansado de las fatigas del viaje. Alojó toda la tropa española en ciertos edificios grandes y hermosos que habia en el recinto del templo, ya estuviesen fabricados de intento para alojamiento de forasteros, como aquel que habia en el templo mayor de Méjico, ó destinados para habitacion de los ministros de los ídolos. Allí fueron bien tratados y provistos de cuanto necesitaban á expensas de aquel señor, el cual volvió á verlos despues de comer en una silla portátil ó litera, y acompañado de mucha nobleza. En la conferencia secreta que tuvo con Cortés, ponderó este general por medio de sus intérpretes la grandeza y poder de su soberano, por quien era mandado á aquel país, y encargado de algunas comisiones de suma importancia, y entre otras la de dar auxilio á la inocencia oprimida. "Si por lo mismo, añadió, puedo serviros en alguna cosa con mi persona y con mis tropas, decídmelo, pues lo haré gustoso." Al oir el señor de *Cempoalla* estas ofertas, traidas á la conversacion con mucha oportunidad, lanzó un gran suspiro, el cual fué seguido de las amargas quejas sobre la desgracia de su nacion. Le dijo que habiendo sido los totonacos desde tiempo inmemorial libres y gobernados por señores de su propia nacion, se hallaban de pocos dias antes oprimidos con el pesado yugo de los mejicanos; que estos, por el contrario, de principios humildes se habian elevado á tanta grandeza por la estrecha y constante alianza con los reyes de *Acolhuacan* y *Tlacopan*, que se habian hecho dueños de toda aquella tierra; que su poder era excesivo y su tiranía proporcionada á su poder; que el rey de Méjico se apoderaba del oro de sus vasallos, y los recaudadores de los tributos exigian de los tributarios sus hijas para violarlas y sus hijos para sacrificarlos, á mas de otras vejaciones inauditas. Cortés se le mostró muy compadecido de sus desgracias y se ofreció á ayudarlo en todo, dejando para otra ocasion el tratar sobre el modo de hacerlo, porque entonces le urgia el ir á *Chiahuitztla* á ver el estado de sus bajeles. En esta visita le hizo el señor de *Cempoalla* un presente de obras de oro, que importó, segun algunos historiadores, cerca de mil pesos.

Al dia siguiente se presentaron á Cortés cuatrocientos hombres de carga mandados por aquel señor para trasportar el equipaje, y entonces supo por doña Marina el uso que habia entre aquellas naciones de proveer espontáneamente y sin ningun interés de hombres de carga á cualquiera persona respetable que pasase por su ciudad.

De *Cempoalla* fueron los españoles á *Chiahuitztla*, pequeña ciudad situada sobre un monte fragoso y lleno de precipicios, distante poco mas de doce millas de *Cempoalla* hácia el Norte, y tres del nuevo puerto. Aquí tuvo Cortés otra conferencia con el señor de aquella ciudad y con el de *Cempoalla*, el cual por este motivo se habia hecho trasportar allí. Al mismo tiempo en que estaban hablando sobre el asunto de la libertad, llegaron con grande acompañamiento cinco nobles mejicanos, recaudadores de los tributos reales, mostrándose extremadamente indignados contra los *totonacos* porque habian tenido el atrevimiento de acoger sin esperar el real consentimiento á aquellos extranjeros, y exigiéndoles veinte víctimas humanas para sacrificarlas á sus dioses en expiacion de semejante delito. Se turbó toda la ciudad con esta noticia, y principalmente los señores, que se reconocian mas culpables. Cortés, sabedor por doña Marina de la causa de su consternacion, halló un extraordinario arbitrio para sacarlos de aquel enredo. Sugirió á aquellos dos señores el atrevido consejo de coger á los recaudadores y ponerlos en prision, y aunque al principio rehusaron hacerlo, pareciéndoles un atentado muy temerario y peligroso, finalmente cedieron á sus instancias. Fueron, pues, encarcelados en sus jaulas aquellos cinco nobles que habian entrado en la ciudad con tanto orgullo, y con tal desprecio de los españoles, que no se habian dignado ni mirarlos, habiendo pasado por delante de ellos.

Apenas habian dado este primer paso los totonacos, cuando alentados con él, se avanzaron hasta el exceso de quererlos sacrificar aquella noche; pero fueron disuadidos por Cortés, el cual habiéndose conciliado con aquella prision el amor y respeto de los *totonacos*, quiso tambien con la libertad de los prisioneres ganarse la benevolencia de los mejicanos. Su conducta artificiosa y doble manifiesta sin duda su ingenio; pero no puede ser alabada sino por aquellos cortesanos que no saben otra política que el arte de engañar á los hombres, y que despreciando lo honesto, solamente buscan lo útil en sus acciones. Cortés, pues, dió órden á sus guardias de que sacaran por la noche de las jaulas á dos de los mejicanos y los condujeran á su presencia ocultamente, sin que lo pudiesen advertir los *totonacos*. Así se hizo, y los mejicanos quedaron tan obligados al general español, que le dieron mil gracias y le aconsejaron que no se fiase de los bárbaros y pérfidos *totonacos*. Cortés les encargó que expusieran á su soberano su gran disgusto por el atentado de aquellos serranos contra sus ministros; pero que como él habia puesto á los dos en libertad, así lo haria con los otros tres. Ellos partieron inmediatamente á la corte conducidos por algunos españoles en una barca hasta mas allá de los confines de aquella provincia, y Cortés al dia siguiente se fingió airado contra las guardias por cuyo descuido se habian escapado aquellos prisioneros; y para

que no sucediese lo mismo con los otros tres, dijo que queria asegurarlos en otra prision mas estrecha, y para hacerlo creer, los mandó conducir encadenados á los bajeles; pero de allí á poco les dió ocultamente la libertad como á los primeros.

Hizo inmediatamente correr la voz por todas las montañas de los *totonacos*, de que ya eran libres del tributo que pagaban al rey de Méjico, y que si acaso habia allí otros recaudadores de tributos, se lo avisasen inmediatamente para prenderlos. Al sonido de esta voz despertó en toda la nacion la dulce esperanza de la libertad, y comenzaron á venir á *Chiahuitztla* algunos otros señores, no menos para dar gracias á su pretendido libertador, que para deliberar sobre los medios de asegurar su libertad. Algunos, que todavía no habian perdido el miedo á los mejicanos, pretendian que se pidiese perdon al rey por el atentado cometido contra sus ministros; pero prevaleció por las sugestiones de Cortés y de los caciques de *Cempoalla* y de *Chiahuitztla*, la opinion contraria de sustraerse de la tiránica dominacion de los mejicanos con auxilio de aquellos valientes extranjeros, ofreciéndose á poner un ejército formidable bajo el mando del general español.

Cortés despues de haberse asegurado bien de la sinceridad de los *totonacos* é informádose de sus fuerzas, se valió de este momento favorable para inclinar á aquella numerosa nacion á prestar obediencia al rey católico. Se celebró este acto con intervencion del notario de la armada y con todas las otras solemnidades legales.

Concluido felizmente este gran negocio, se despidió Cortés de aquellos caciques para ir á poner en obra otro proyecto de grandísima importancia y poco antes formado por él, esto es, el plantar en aquella costa una colonia fuerte, que fuese para ellos refugio en las desgracias, fortaleza para mantener á los totonacos en la fidelidad ya jurada á los españoles, escala para las nuevas tropas que de auxilio les viniesen de España ó de las islas Antillas, y almacen para guardar los efectos que les fuesen remitidos por sus nacionales ó que ellos quisiesen mandar á Europa. Se fundó, pues, esta colonia en el país mismo de los *totonacos*, en un llano que está al pié del monte de *Chiahuitztla*, doce millas de *Cempoalla* hácia el Norte y junto al nuevo puerto.[1] La llamaron *Villarica de la Veracruz* por las señales de riqueza que habian visto allí y porque desembarcaron el viernes Santo, y esta fué la primera colonia de los españoles en el continente de la América setentrional. Cortés fué el primero en meter mano á la fábrica para alentar con el ejemplo á su gente, la cual con el auxilio de los *totonacos*, construyó en poco tiempo un número suficiente de casas y una pequeña fortaleza, capaz de hacer alguna resistencia á las armas de los mejicanos.

Entre tanto habian llegado á Méjico aquellos dos primeros recaudadores que antes habia puesto Cortés en libertad, y habian informado al rey de todo lo que habia sucedido, con singulares elogios del general español. Motezuma, el cual estaba ya para mandar un ejército para castigar la insolente temeridad de aquellos extranjeros y para arrojarlos de sus dominios, se serenó con aquella noticia, y obligado de los servicios hechos por aquel general á sus ministros, le mandó dos príncipes sus sobrinos (hijos tal vez de su hermano Cuitlahuatzin), acompañados de numerosa nobleza y servidumbre, con un regalo de obras de oro que importaba mas de mil pesos. Dieron gracias á Cortés á nombre del rey, y juntamente se quejaron de él porque se habia adelantado tanto en la amistad de los rebeldes *totonacos*, por lo que esta nacion habia tenido la insolencia de negar el tributo que debia pagar á su soberano. Añadieron que solamente por consideracion á tales huéspedes, no habia venido un ejército á castigar la rebelion de aquellos pueblos; pero que al fin no quedarian impunes. Cortés despues de haber significado con las expresiones mas oportunas su agradecimiento, procuró sincerarse de la queja de su amistad con los *totonacos* con la necesidad en que se habia visto de buscar víveres para sus tropas por razon de haber sido abandonado de los mejicanos. Dijo despues que por lo que respectaba al tributo, no era posible que aquella nacion sirviese á un tiempo á dos señores; que él esperaba ir dentro de poco á la corte para satisfacer mas completamente al rey y hacerle ver la sinceridad de su conducta.

Los dos príncipes despues de haber visto con gran gusto y admiracion el ejercicio militar de la caballería española, se volvieron á la corte. El cacique de *Cempoalla*, á quien habia desagradado mucho aquella embajada, para estrechar mas la alianza con los españoles, presentó á Cortés ocho vírgenes bien vestidas para que se casasen con los capitanes, y entre ellas habia una sobrina suya, la cual destinaba para el mismo general. Cortés, el cual algunas veces habia hablado con él sobre materias de religion, le dijo que no podia aceptarlas si antes no abandonaban la idola-

1 Casi todos los historiadores han errado en órden á la fundacion de la Veracruz, pues dicen que la primera colonia de los españoles ha sido la *Antigua*, fundada en la orilla del rio del mismo nombre, y creen que no ha habido mas que dos lugares llamados *Veracruz*, esto es, la Veracruz antigua y la nueva, plantada en el mismo arenal en donde desembarcó Cortés; pero no hay duda que han sido tres las ciudades con el mismo nombre de Veracruz. La primera, fundada el año de 1519 junto al puerto de *Chiahuitztla*, á la cual quedó despues solamente el nombre de *Villarica*; la segunda, la antigua Veracruz, fundada en 1523 ó 1524, y la tercera, la nueva Veracruz, la cual conserva el nombre de Veracruz y fué fundada por órden del conde de Monterey, virey de Méjico, á fines del siglo XVI ó principios del XVII, y tuvo por Felipe III el título de ciudad en 1615.

tría y abrazaban el cristianismo; y de aquí tomó ocasion para exponerle de nuevo las puras y santas verdades de nuestra religion, y habló con cuanta fuerza pudo contra el vano culto de sus falsos númenes, y principalmente contra la horrenda crueldad de sus sacrificios. A una exhortacion tan fervorosa respondió el señor de *Cempoalla*, que aunque apreciaba sumamente su amistad, no podia complacerle en dejar el culto de aquellos dioses de cuya mano recibian la salud, la abundancia y todos los bienes que tenian, y de cuya cólera provocada con la ingratitud, debian temer los mas severos castigos. Se inflamó mas con esta respuesta el celo militar de Cortés; por lo que vuelto á sus soldados, les dijo: "Ea pues, españoles; ¿qué seperamos? ¿cómo podemos sufrir que aquellos que se precian de ser nuestros amigos, den á las estatuas é imágenes abominables del demonio aquel culto que se debe á nuestro único y verdadero Dios? ¿cómo permitimos que diariamente le sacrifiquen tan cruelmente á nuestra vista víctimas humanas? Animo, soldados, ánimo; ahora es tiempo de manifestar que somos españoles y que hemos heredado de nuestros antepasados el celo ardiente por nuestra santa religion. Despedacemos los ídolos y quitemos de la vista de estos infelices este perverso fomento de supersticion. Si lo conseguimos, haremos á nuestro Dios el servicio mas grande que podemos. Si morimos en la empresa, él nos recompensará con una gloria eterna el sacrificio que le haremos de nuestra vida.

El cacique de *Cempoalla*, el cual, en el semblante de Cortés y en el movimiento de los soldados, conocia claramente su intencion, hizo señal á su gente para que se dispusiese á la defensa de sus dioses. Comenzaban, pues, los españoles á subir por la escalera del templo, cuando los de *Cempoalla*, aturdidos y encolerizados, gritaron que se guardasen de cometer aquel atentado si no querian que inmediatamente cayese sobre ellos toda la cólera de los dioses. No siendo Cortés capaz de intimidarse con sus amenazas, les respondió que ya muchas veces les habia amonestado que abandonaran aquella infame supersticion; que pues no habian querido tomar su consejo, tan útil á ellos, tampoco él los queria tener ya por amigos; que si los mismos *totonacos* no se resolvian á quitar aquellos abominables simulacros, él con su gente los haria pedazos, y que se guardasen bien de hacer alguna hostilidad contra los españoles, porque inmediatamente se avalanzarian contra ellos con tal ímpetu, que no quedaria vivo ni un solo *totonaco*. A estas amenazas añadió doña Marina otra mas eficaz, esto es, que si querian oponerse al intento de aquellos extranjeros, en lugar de hacer alianza con los *totonacos* contra los mejicanos, la harian con los mejicanos contra los *totonacos*, y entonces seria inevitable su ruina. Esta razon apartó al cacique de *Cempoalla* del primer ímpetu de su celo, y prevaleciendo en su corazon el temor de las armas mejicanas al de sus dioses, dijo á Cortés que hiciese lo que gustase, pues él no tenia ánimo para poner sacrílegamente las manos en sus dioses. Apenas tuvieron este permiso los españoles, cuando cincuenta de sus soldados subiendo precipitadamente al templo, quitaron de los altares los ídolos y los arrojaron por la escalera abajo. Los *totonacos*, entre tanto, llorando amargamente y cubriéndose los ojos por no ver tan gran sacrilegio, rogaban con voces lastimeras á sus dioses, que no quisiesen castigar en su nacion la temeridad de aquellos extranjeros, pues no podian impedirla sin sacrificarse al furor de los mejicanos. Sin embargo, algunos, ó menos cobardes ó mas celosos del honor de sus númenes, se disponian á tomar venganza de los españoles, é infaliblemente hubieran venido á las manos, si estos no hubiesen cogido al cacique de *Cempoalla* y á cinco sacerdotes principales, y amenazándolos con que inmediatamente les darian la muerte, no los hubiesen obligado á contener el ímpetu de sus ciudadanos.

Después de una accion tan atrevida, en la cual no tuvo ninguna parte la prudencia, mandó Cortés á los sacerdotes que quitaran de delante y arrojaran al fuego los fragmentos de los ídolos. Fué obedecido inmediatamente, y lleno entonces de júbilo, como si en despedazar los ídolos hubiese quitado enteramente la idolatría y desterrado de aquellos pueblos la supersticion, dijo al cacique de *Cempoalla*, que aceptaba ya gustoso las ocho vírgenes que le ofrecia; que de allí en adelante contaria á los *totonacos* entre sus amigos y hermanos, y que en todas sus necesidades los ayudaria contra sus enemigos, y que pues no debian ya adorar aquellas detestables imágenes del demonio su enemigo, queria colocar en aquel mismo templo una imágen de la Madre del verdadero Dios, á fin de que la reverenciasen é implorasen su proteccion en todas sus necesidades. Después se extendió en un largo razonamiento sobre la santidad de la religion cristiana, y luego que se concluyó, mandó á los albañiles de *Cempoalla* que quitasen de las paredes del templo aquellas asquerosas manchas de sangre humana que ellos conservaban allí como trofeos de su inhumana religion, que las limpiaran y blanquearan curiosamente. Mandó hacer un altar al uso de los cristianos, y colocó en él la imágen de María Santísima. Encomendó al cuidado de cuatro sacerdotes de Cempoalla este nuevo santuario, con tal de que anduviesen siempre limpios y vestidos de blanco, en lugar de aquel hábito negro y melancólico que usaban por razon de su ministero. A fin de que no faltasen jamás luces delante de aquella sagrada imágen, les enseñó el uso de la cera que las abejas trabajaban en sus montes, y para que en el tiempo de su ausencia no repusiesen los ídolos ó de algun otro modo profanasen aquel santuario, dejó allí á uno de

sus soldados, llamado Juan Torres, que por razon de su edad era poco útil para la guerra, el cual hizo á Dios el sacrificio de quedarse entre aquellos infieles para promover su culto. Las ocho vírgenes, después de que estuvieron suficientemente instruidas, recibieron el santo bautismo, tomando el nombre de doña Catarina la sobrina del cacique de *Cempoalla*, y el de doña Francisca la hija de *Cuexco*, uno de los principales señores de aquella nacion.

De *Cempoalla* volvió Cortés á la nueva colonia de Veracruz, en donde tuvo el consuelo de reforzar su pequeño ejército con otros dos capitanes y diez soldados que llegaron allí de Cuba, á los cuales se agregaron poco después otros seis hombres que por engaño fueron tomados de un bajel de la Jamaica.

Antes de emprender el viaje á Méjico, quiso Cortés dar noticia á su soberano de todo lo que hasta entonces habia ocurrido, y para que sus nuevas fuesen mas agradables, mandó juntamente todo el oro que habian acopiado, cediendo su parte, por sugestion del mismo general, cada uno de los oficiales y soldados de la armada. Cortés en esta carta prevenia al rey contra las tentativas del gobernador de Cuba. Se escribieron tambien otras dos cartas á su majestad, una firmada por los magistrados de la nueva colonia y otra por los principales oficiales de la armada, en las cuales le suplicaban se sirviese aprobar lo que habian hecho y confirmar los empleos de capitan y general y primer juez conferidos ya por sus votos á Cortés, cuya persona recomendaban con los mas altos elogios. Estas cartas, juntamente con el presente del oro, fueron mandadas á España por los dos capitanes Alonso Hernandez de Portocarrero y Francisco de Montejo, los cuales se hicieron á la vela el dia 16 de julio de 1519.

Apenas habian partido los referidos procuradores, cuando Cortés, el cual andaba siempre revolviendo en su mente proyectos grandes, ejecutó una empresa que ella sóla bastaria para dar á conocer su magnanimidad é inmortalizar su nombre. Para quitar á sus soldados todo recurso, y con él tambien toda esperanza de volver á Cuba, y para reforzar su pequeña armada con todos los marineros, después de haber castigado con el último suplicio á dos soldados que maquinaban traicion y fuga en uno de los bajeles, y con menores penas corporales á otros tres cómplices, indujo con razones y súplicas á algunos de sus confidentes y á uno de los pilotos de quien mas se fiaba, á que barrenaran ocultamente uno ó dos de los bajeles, á que persuadiesen á todos que se habian ido á fondo porque estaban carcomidos de la *broma*, y á representarle que los otros no estaban ya aptos para el servicio por la misma causa, habiendo estado tres meses parados en el puerto. Se valió Cortés de semejante engaño para que no se conjurase contra él toda su gente, hallándose reducida á la dura necesidad de vencer ó morir. Todo se hizo como él lo habia mandado y con el consentimiento de toda la armada, después de haber sacado las velas, cables y herramientas y todo lo que podia ser útil. "Así por " un esfuerzo de magnanimidad, dice el Robert- " son, á que nada es comparable en la historia, " quinientos hombres se convinieron por su vo- " luntad á encerrarse en un país enemigo, lleno " de poderosas y desconocidas naciones, obstrui- " dos todos los caminos al escape, quedando con " solo el recurso de su valor y perseverancia." Yo no dudo que si Cortés no hubiese tomado aquel consejo, hubiera sido del todo imposible la ardua empresa que meditaba, pues los soldados al ver los grandes obstáculos que á cada paso encontraban, hubieran precavido el peligro con la fuga, y el mismo general se hubiera visto precisado á seguirlos.

Libre, pues, de este cuidado, ratificada la alianza con los *totonacos* y dadas las órdenes convenientes para el adelantamiento y seguridad de la nueva colonia, pensó en hacer su viaje á Méjico. Dejó en la Veracruz cincuenta hombres bajo el mando del capitan Juan de Escalante, uno de los mejores oficiales de la armada, encargó á los de *Cempoalla* que dieran auxilio á los españoles para concluir la fábrica de la fortaleza, y los proveyeran de las vituallas que necesitasen, y él se puso en camino el dia 16 de agosto con cuatrocientos quince infantes españoles, diez y seis caballos, doscientos *tlamamas* ú hombres de carga para el trasporte de los bagajes y artillería, y con algunas tropas *totonacas*, en las cuales habia cuarenta nobles conducidos por Cortés, tanto como auxiliares para la guerra, como en calidad de rehenes de aquella nacion: los mas respetables de estos, eran tres, llamados, segun dicen los historiadores, *Tenoh*, *Mamer* y *Tamalli*.

Se encaminó para Xalapan y Texotla, y después de haber atravesado con sumo trabajo algunos montes desiertos y de aire algo cruel, llegó á Xocotla,[1] ciudad considerable y de hermosos edificios, entre los cuales sobresalian trece templos y el palacio del cacique, el cual estaba fabricado de piedra y cal y proveido de un gran número de buenas salas y de aposentos, la mas completa fábrica que habian visto hasta entonces en el Nuevo Mundo. Tenia el rey de Méjico en este lugar y en los pueblos dependientes de él, veinte mil vasallos y cinco mil mejicanos de guarnicion. *Olintetl* (este era el nombre del cacique de Xocotla) vino á encontrar á los españoles y los alojó cómodamente en su ciudad; pero en proveerles de vituallas se mostró al principio algo escaso, hasta que por el informe de los *totonacos* se formó una idea mas ventajosa de su va-

1 Bernal Diaz y Solís llaman á esta ciudad *Zacotlan*, lo que podria ocasionar algun error, pues seria fácil confundir á esta ciudad con la de *Zacatlan*, situada á la distancia de treinta millas de *Tlaxcalla* hácia el Norte.

lor y de la fuerza de sus armas y caballos. En la conferencia que tuve con el general español, uno y otro ponderaron á competencia la grandeza y poder de sus respectivos soberanos. Cortés inconsideradamente exigia de él que inmediatamente diese obediencia al rey católico y con alguna cantidad de oro rindiese homenaje á su soberanía. *Tengo bastante oro*, respondió *Olintetl*; *pero no quiero darlo sin expresa órden de mi rey. Yo haré dentro de poco*, dijo Cortés, *que os ordene dar el oro y cuanto tengas. Si él me lo mandare*, añadió *Olintetl*, *no solo el oro y todas mis cosas, sino que daré hasta mi persona.* Mas lo que Cortés no pudo conseguir con sus amenazas de aquel cacique, lo tuvo por mera liberalidad de otros dos personajes de aquel valle, los cuales habiendo ido á visitarlo á *Xocotla*, le presentaron algunas cadenas de oro y siete ú ocho esclavas. Se halló aquí perplejo Cortés sobre el camino que debia tomar para ir á Méjico. El cacique de *Xocotla* y los comandantes del presidio mejicano le sugerian que se encaminase por *Chollollan*; pero él creyó mas seguro el consejo que le dieron los *totonacos* de dirigirse por Tlaxcalla, y en efecto, hubiera perecido en *Chollollan* con toda su armada, si se hubiese ido allí en derechura, como se verá por lo que despues diremos. Para conseguir pues de los *tlaxcaltecas* el permiso de pasar por su país, mandó al senado cuatro mensajeros de aquellos mismos de *Cempoalla* que llevaba consigo; pero estos, como dentro de breve veremos, no hicieron la embajada á nombre de los españoles, sino al de los *totonacos*, ó porque así se les hubiese mandado por el general español, ó porque á ellos mismos les pareciese mas conveniente.

De *Xocotla* fué el ejército español á *Iztacmaxtitlan*, cuya poblacion se extendia por diez ó doce millas en dos filas no interrumpidas de casas al uno y otro lado de un pequeño rio que corre por medio de aquel largo y estrecho valle; pero la propia ciudad de *Ixtacmaxtitlan*, abundante de buenos edificios y habitada por seis mil almas, ocupaba la cima de un alto y fragoso monte, cuyo cacique fué uno de aquellos dos personajes que visitaron y regalaron á Cortés en *Xocotla*. A la natural aspereza del lugar se habia añadido por el arte buenas murallas con sus barbacanas y fosos,[1] pues por razon de ser aquella plaza fronteriza de los tlaxcaltecas, estaba mas expuesta á sus invasiones. Aquí fueron muy bien recibidos y regalados los españoles.

Entre tanto, se ventilaba en el senado de *Tlaxcala* la pretension de estos. Toda aquella gran ciudad se habia alterado con las nuevas de semejantes extranjeros, y principalmente con la relacion que dieron los mensajeros de *Cempoalla* de su aspecto y su valor, de la grandeza de sus navíos, de la agilidad y fuerza de sus caballos, y del espantoso trueno y violencia destructora de su artillería. Gobernaban entonces aquella república *Xicontecatl*, señor del cuartel de *Tizatlan*; *Maxixcatzin*, señor de *Ocotelolco*, general de las armas de la república; *Tlehuexolotzin*, señor de *Tepecticpac*, y *Citlalpopocatzin*, señor de *Quiahuiztlan*. Los mensajeros de *Cempoalla*[1] fueron recibidos cortesmente y alojados en la casa destinada para los embajadores, y despues que descansaron y comieron, fueron introducidos á la sala del senado para exponer su embajada. Allí despues de haber hecho una profundísima inclinacion y todas las otras ceremonias acostumbradas en tales casos, hablaron así: "Muy grandes y valientes señores: los dioses os prosperen y os concedan victoria sobre vuestros enemigos. El señor de *Cempoalla*, y con él toda la nacion *totonaca*, os saludan y hacen saber que de la parte del Oriente han llegado á nuestro país sobre grandes canoas ciertos héroes fuertes y sumamente valientes, con cuyo auxilio nos vemos ya libres de la tiránica dominacion del rey de Méjico. Ellos se protestan súbditos de un poderoso monarca, en cuyo nombre quieren visitaros, ofreciéndose á daros noticia del verdadero Dios y á ayudaros contra vuestro antiguo y capital enemigo. Nuestra nacion, por la estrecha amistad con vuestra república que constantemente ha cultivado, os aconseja que recibais por amigos á estos héroes, los cuales aunque pocos valen por muchos." *Maxixcatzin* les respondió á nombre del senado, que daban gracias á los señores *totonacos* por la noticia y el consejo, y á aquellos valientes extranjeros por el auxilio que ofrecian darles; pero que para deliberar sobre un punto de tanta importancia, se necesitaba tiempo; que entre tanto, volviesen á su alojamiento, en donde serian tratados con la distincion que exigia, así su nacimiento como su carácter. Se retiraron pues los mensajeros y el senado entró en consulta.

Maxixcatzin, el cual estaba estimado grandemente por todos, así por su prudencia como por su benignidad, dijo que no era de desecharse el consejo dado por amigos tan fieles y tan contrarios al mayor enemigo de la república; que aquellos extranjeros, atendidas las señas que daban los de *Cempoalla*, parecian ser aquellos héroes que segun su tradicion debian llegar á aquel país; que los terremotos que poco antes se habian sentido, el cometa que entonces se dejaba ver en el

1 Cortés en su segunda carta á Cárlos V compara la fortaleza de *Ixtacmaxtitlan* á las mejores de España.

1 Bernal Diaz dice que los mensajeros fueron solamente dos, y que luego que llegaron á *Tlaxcalla*, fueron presos; pero el mismo Cortés que los mandó afirma que fueron cuatro, y por el contexto de su relacion se conoce que Bernal Diaz fué informado mal de lo que sucedió en *Tlaxcalla*. La narracion de este escritor, contraria á la de otros historiadores antiguos, tanto españoles como indios, ha inducido en error muchos autores, y entre ellos al Robertson.

cielo, y algunos otros acontecimientos de los últimos años, eran indicios de que ya habia llegado el tiempo de que se cumpliera aquella tradicion; que si ellos eran inmortales, en vano intentaria la república oponerse á su entrada. "Nuestra resistencia, añadió, nos podia causar gravísimos daños, y para el rey de Méjico seria motivo de un placer maligno el ver introducidos por fuerza en *Tlaxcalla* aquellos á quienes la república no quiso recibir de buen grado;" que él por lo mismo era de parecer que se recibieran amistosamente. Este dictámen fué oido con aplauso; pero inmediatamente lo contradijo Xicontecatl,[1] viejo de grande autoridad por su larga experiencia en los negocios civiles y militares. "Nuestra ley, dijo, nos manda recibir á los forasteros, pero no á los enemigos que pueden traer daño al Estado. Estos hombres que pretenden entrar en nuestra ciudad, mas me parecen monstruos arrojados por el mar porque no podia sufrirlos en sus aguas, que dioses venidos del cielo, como neciamente se imaginan algunos. ¿Es posible que sean dioses aquellos que buscan con tanta codicia el oro y los placeres? ¿Y qué no deberemos temer de ellos en un país tan pobre como el nuestro, en donde carecemos hasta de la sal? Hace agravio al valor de nuestra nacion el que juzga fácil que sea vencida por pocos extranjeros. Si ellos son mortales, las armas de *Tlaxcalla* lo manifestarán al mundo, y si son inmortales, habrá tiempo para aplacar con obsequios su cólera y para implorar con el arrepentimiento su clemencia. Rehúsese, pues, su demanda, y si alguna vez quisieren entrar por fuerza, sea con las armas rechazada su temeridad." Esta contrariedad de dictámenes entre dos personajes tan autorizados, dividió los ánimos de los otros senadores. Aquellos que eran inclinados al comercio y estaban acostumbrados á una vida pacífica, adhirieron al parecer de *Maxixcatzin*, y los militares abrazaron el de *Xicontecatl*. *Temiloltecatl*, uno de los senadores,[2] sugirió un medio para conciliar ambos pareceres. Propuso que se mandase al capitan de aquellos extranjeros una respuesta cortés y amistosa concediéndole el permiso para entrar; pero al mismo tiempo se diese órden á *Xicontecatl* el jóven, hijo del viejo *Xicontecatl*, de salir con las tropas *otomíes* de la república á impedirles el paso y probar sus fuerzas. "Si quedamos, dijo, vencedores, seria inmortal la gloria de nuestras armas; si somos vencidos, culparemos á los *otomíes* y daremos á entender que emprendieron la guerra sin órden nuestra."[1] Medios políticos muy frecuentes en el mundo, principalmente entre las naciones cultas; pero no por esto menos contrarios á la buena fe que recíprocamente se deben los hombres. Aceptó el senado el consejo de *Temiloltecatl;* pero antes de mandar á los mensajeros con la respuesta, dió las órdenes convenientes á *Xicontecatl*. Este era un jóven intrépido, enemigo de la paz y muy inclinado á la gloria militar, por lo que apreció mucho la comision, como que le proporcionaba tan bella oportunidad de mostrar su valor.

Cortés, después de haber esperado ocho dias la respuesta del senado, creyendo que semejante tardanza fuese efecto de la lentitud que suele afectar la majestad de los potentados, y no dudando por lo que le decian los de *Cempoalla*, que debia ser bien recibido por los *tlaxcaltecas*, salió de *Iztacmaxtitlan* con todo su ejército, el cual, á mas de los *totonacos* y españoles, se componia de un competente número de tropas mejicanas del presidio de *Xocotla*, y marchó en buen órden, como acostumbraba, hasta la gran muralla que por aquella parte dividia los Estados de *Tlaxcalla* de los de Méjico, cuya descripcion y medidas dimos ya en el libro antecedente, en donde hablamos de las fortificaciones de los mejicanos. Habia sido fabricada por los tlaxcaltecas para defenderse de los mejicanos por la parte de Levante,[2] así como habian hecho grandes fosos y trincheras por la misma causa por el lado del Poniente. La puerta de la muralla, que siempre estaba guardada por las tropas otomíes, ahora cuando era mas necesario, se halló, no sabemos por qué, sin ninguna guarnicion; por lo que el ejército español entró sin ningun embarazo en las tierras de la república, lo que de otro modo no hubiera podido hacer sin derramar mucha sangre.

Este dia, que fué el 31 de agosto, se dejaron ver algunos indios armados, y queriendo alcanzarlos la caballería que exploraba el camino, para tener de ellos alguna noticia de la resolucion del senado, fueron muertos dos caballos y heri-

1 Solís atribuye al jóven *Xicontecatl* el razonamiento de su viejo padre; pero nosotros creemos deber dar mayor asenso á los historiadores antiguos, que se informaron de los mismos *tlaxcaltecas*.

2 Herrera y Torquemada dicen que *Temiloltecatl* era uno de los cuatro señores de *Tlaxcalla*; pero por las memorias de Camargo y otros *tlaxcaltecas*, y aun por el mismo Torquemada en el lib. 3 y 16, consta que los cuatro señores eran entonces aquellos que mentamos arriba. Puede creerse para salvar la verdad de lo que dice el Herrera y Torquemada, que *Tlehuexolotsin* tuviese tambien el nombre de *Temiloltecatl*, como tenia el de *Texcacalteuctli*, pues sabemos que muchos eran llamados con dos y aun con tres nombres.

1 Ya hemos dicho en otra parte, que muchísimos *otomíes* se habian refugiado á *Tlaxcalla* por sustraerse de la dominacion de los mejicanos, y que servian muy útilmente á aquella república.

2 Por lo que dijeron los mejicanos á Cortés en órden á la referida muralla, podria alguno persuadirse que ellos fueron los que la fabricaron; pero no hay duda en que fué fabricada por los *tlaxcaltecas*.

›s otros tres y dos hombres; pérdida la verdad :ande para tan poca caballería. Se dejó ver ntonces un escuadron, que se juzgó de cerca de uatro mil hombres, contra el cual se arrojaron s españoles y los aliados, y en breve lo desbaitaron, con la muerte de cincuenta *otomíes*. De llí á poco llegaron dos de los mensajeros de *Cempoalla* con algunos *tlaxcaltecas*,[1] los cuales umplimentaron á Cortés á nombre del senado, le hicieron saber el permiso que se le concedia ara ir con su ejército á *Tlaxcalla*, culpando á s *otomíes* de las hostilidades que habian sufrido ofreciéndose á pagarles los caballos que estos abian muerto. Cortés manifestó creerlo y proestó su gratitud hácia el senado. Los *tlaxcalecas* se despidieron, y retiraron del campo sus nuertos para quemarlos. Cortés por su parte izo sepultar los dos caballos muertos, para que u vista no diese valor á los enemigos para hacer uevas hostilidades.

Al dia siguiente marchó el ejército español asta la inmediacion de dos montes, entre los uales habia algunas barrancas. Allí llegaron os otros dos mensajeros de *Cempoalla*, que haian quedado en *Tlaxcalla* bañados en sudor y ágrimas, murmurando la perfidia y crueldad de os *tlaxcaltecas*, porque no atendiendo al derecho le gentes, los habian maltratado y aprisionado, y los habian destinado al sacrificio, del cual debian se habian libertado desatándose el uno al otro. Esta relacion de los de *Cempoalla* fué ciertamente falsa, pues era no solamente difícil, sino del todo imposible que se libertasen por sí mismas las víctimas, así por la estrechez de la aula en que las tenian, como por la vigilancia le las guardias que las custodiaban; á mas de que no hay memoria de que los tlaxcaltecas hubiesen altado jamás al respeto debido al carácter de os embajadores, y mucho menos siendo los de ma nacion tan estrechamente unida á ellos por mistad, cual era la *totonaca*. Lo que parece mas verosímil, es que el senado después de que volvió á los dos primeros mensajeros, entretuvo á los otros dos para mandarlos, cuando hubiesen probado las fuerzas de los españoles, y ellos impacientes de esperar, se ausentaron ocultamente y trataron de excusar su fuga con semejantes pretextos.

Apenas habian concluido los de *Cempoalla* su relacion, cuando se dejó ver un escuadron *tlaxcalteca* de cerca de mil hombres, los cuales luego que se acercaron los españoles, comenzaron á tirar contra ellos piedras, dardos y flechas. Cortés después de haberles protestado por ante el notario real de la armada y por medio de tres prisioneros, que ellos no venian á hacerles ningun mal, y de haberles suplicado que no los tratasen como á enemigos, viendo que esto nada valia, dió órden para que los rechazaran. Los *tlaxcaltecas* se fueron retirando hácia atrás hasta que llevaron á los españoles á unas barrancas en donde no podian gobernar los caballos y en donde les esperaba un grueso ejército, sobre cuyo número hay una gran variedad entre los autores.[1] Allí hubo una terrible accion, en la cual se creyeron perdidos los españoles; pero reunidos en el mejor órden que pudieron, y animados con las exhortaciones y ejemplo de su general, se retiraron de aquel sitio tan peligroso, y venidos al llano, causaron con la artillería y los caballos una mortandad tan grande en los enemigos, que los obligaron á volverse atrás. De los *tlaxcaltecas* muchísimos fueron heridos, y no pocos quedaron muertos. De los españoles, aunque hubiesen sido heridos quince peligrosamente, uno solo murió al dia siguiente. En esta ocasion hubo un famoso duelo entre un capitan *tlaxcalteca* y un noble de *Cempoalla*, de aquellos que habian ido de mensajeros á *Tlaxcalla*. Pelearon valerosamente un buen rato á vista de ambos ejércitos; pero al fin pudo mas el de *Cempoalla*, el cual habiendo echado en tierra á su competidor, le cortó la cabeza y la llevó en triunfo al campo. Se celebró la victoria con aclamaciones y música militar. El lugar donde se dió esta batalla se llamaba *Teoatzinco*, esto es, lugar de la agua divina.

Aquella noche campó el ejército español en una colina, en donde habia una torre, cerca de diez y ocho millas de la ciudad capital de *Tlaxcalla*. Se fabricaron allí barracas para comodidad de las tropas, y se hicieron trincheras para su defensa. Allí estuvo el campo de los españoles hasta la paz con los *tlaxcaltecas*.

Cortés para obligar á estos con sus hostilidades á aceptar la paz y amistad que les ofrecia, salió el dia 3 de setiembre con su caballería, cien infantes españoles, cuatrocientos de *Cempoalla* y trescientos mejicanos de la guarnicion de *Iztacmaxtitlan*, quemó cinco ó seis aldeas inmediatas é hizo cuatrocientos prisioneros, á los cuales después de haberlos acariciado y regalado, puso en libertad, encargando á los principales de ellos

1 Bernal Diaz dice que los primeros mensajeros de *Cempoalla* volvieron á Cortés antes de que hubiese entrado en el país de *Tlaxcalla*; pero Cortés afirma claramente lo contrario. En órden á la relacion de los mensajeros de *Cempoalla* que habian quedado en *Tlaxcalla*, aunque ha sido creida por casi todos los historiadores españoles, es enteramente increible por las razones que hemos dicho. El doctor Robertson refiere algunas conjeturas para hacerla verosímil, pero inútilmente.

1 Bernal Diaz dice que el ejército de *Tlaxcalla* era de cerca de cuarenta mil hombres. A Cortés le parece que pasaba de cien mil. Otros historiadores escribieron que era de treinta mil. Es difícil conocer á ojo el número de un gran ejército, principalmente cuando no se observa el órden de la milicia europea. Yo por no exponerme á errar, me contento con decir que era grueso el ejército.

que fuesen á ofrecer de su parte la paz á los jefes de la nacion. Estos se fueron en derechura á *Xicontecatl* el jóven, el cuál campaba con un grueso ejército seis millas distante de aquella colina. Este orgulloso *tlaxalteca* respondió, que si los españoles querian tratar de paz, fuesen á la capital, en donde serian víctimas consagradas á sus dioses y sus carnes destinadas para viandas de los *tlaxcaltecas;* que por lo que respetaba á él, al dia siguiente iria en persona á darles una respuesta decisiva. Una resolucion tal, hecha saber á los españoles por los mismos mensajeros, los puso en tan grande consternacion, que aquella noche se prepararon para la muerte con la confesion sacramental, sin omitir por esto las disposiciones convenientes á su defensa.

Al dia siguiente, 5 de setiembre, se dejó ver el ejército *tlaxcalteca*, no menos terrible á la vista por su innumerable multitud,[1] que hermoso por la bella variedad de sus penachos y otros adornos militares. Estaba dividido en cinco escuadrones, cada uno de diez mil hombres: cada uno llevaba su propio estandarte, y en la retaguardia, segun el uso de aquella nacion, venia el estandarte comun de la república, el cual era, como hemos dicho en otra parte, una águila de oro con las alas extendidas. El arrogante *Xicontecatl* para dar á entender el poco aprecio que hacia de los españoles y que no queria cogerlos por hambre, sino vencerlos con las armas, les mandó un refresco de trescientos pavos y doscientas canastas de *tamalli*, exhortándolos á restaurar sus fuerzas para la batalla. De allí á poco destacó dos mil hombres valientes para que asaltaran el campo de los españoles. Este asalto fué tan violento, que forzando las trincheras, entraron en el campo y pelearon cuerpo á cuerpo con los españoles. Pudieron haber quedado vencedores esta ocasion los *tlaxcaltecas*, no tanto por razon del número de sus tropas, como por su valor y calidad de sus armas, que eran picas, lanzas, espadas y dardos de dos ó de tres puntas, si la discordia suscitada entre ellos no hubiese facilitado la victoria á sus enemigos. El hijo de *Chichimecateuctli*, el cual era comandante del cuerpo de tropas de su padre,[2] habiendo sido injuriado con palabras por el arrogante *Xicontecatl*, se irritó tanto, que lo desafió á un duelo, que decidiese así de su valor como de su suerte; y no pudiendo conseguir de él esta satisfaccion, para tomar alguna venganza retiró del campo las tropas que estaban bajo sus órdenes, é indujo á la misma resolucion á las de *Tlehuexolotzin*. A pesar de un desmembramiento tan grande del ejército, la batalla fué muy obstinada y sangrienta. Los españoles después de haber rechazado valerosamente á las tropas que habian asaltado su campo, marcharon en órden de batalla contra el cuerpo de la armada *tlaxcalteca*. La mortandad que causaba la artillería en la multitud atropada, no era bastante á hacer volver las espaldas á los *tlaxcaltecas*, ni tampoco impedirles que llenasen prontamente aquellos huecos que dejaban los muertos; antes bien, con su firmeza é intrepidez, habian desordenado á los españoles, á pesar de los clamores y de las reconvenciones de Cortés y sus capitanes. Finalmente, después de cuatro horas de combate volvieron victoriosos los españoles á su campo, aunque no cesaron por esto de asaltarlos muchas veces los *tlaxcaltecas* en aquel mismo dia. De los españoles murió uno solo y fueron heridos sesenta y todos los caballos. De los *tlaxcaltecas* murieron muchísimos; pero ni un solo cadáver vieron los españoles, por la suma diligencia y prontitud con que los retiraban del campo de batalla.

Disgustado *Xicontecatl* con el infeliz éxito de esta expedicion, hizo consultar á los adivinos de *Tlaxcalla*, y estos respondieron que aquellos extranjeros, como hijos que eran del sol, eran invencibles de dia; pero luego que llegaba la noche, juntamente con el calor vital de aquel planeta les faltaban las fuerzas para defenderse. A consecuencia de semejante oráculo, resolvió aquel general dar de noche un asalto al campo de los españoles. Entre tanto Cortés salió he nuevo á hacer hostilidades en los pueblos inmediatos, de los cuales quemó diez, y entre ellos uno de tres mil vecinos, y se volvió con algunos prisioneros.

Xicontecatl para que no le saliese vano el golpe que meditaba contra los españoles, quiso antes informarse de las disposiciones y fuerzas de su campo. Mandó, pues, cincuenta hombres á Cortés con un regalo, acompañado de atentas expresiones de benevolencia, encargándoles que lo observaran todo; pero no pudieron hacer con tanto disimulo sus observaciones, que no las conociese *Teuch*, uno de los tres principales de *Cempoalla*, quien lo advirtió inmediatamente á Cortés. Este general, habiendo llamado aparte á algunos de los espías, los obligó con amenazas á declarar que *Xicontecatl* se disponia á dar la noche siguiente el asalto, y que ellos habian sido mandados de intento á observar por qué parte del campo les seria mas fácil la entrada. Cortés habien-

1 Cortés dice que el ejército de *Tlaxcalla* era de mas de 149.000 hombres. Bernal Diaz afirma, como una cosa asentada y bien sabida por él, que se componia de solos 50.000 hombres, esto es, 10.000 de *Maxixcatzin*, 10.000 de *Xicontecatl*, 10.000 de *Tlehuexolotzin*, 10.000 de *Chichimecateuctli*, uno de los mas respetables señores de aquella república, y 10.000 de *Tecpanecatl*, señor de Topojan, ciudad considerable de la misma república, aunque estos nombres han sido alterados por el referido autor. Este número parece mas verosímil: el que se lee en la carta de Cortés se puede creer que fué yerro del primer impresor de ella.

2 Solís dice que *Chichimecateuctli* era aliado de los *tlaxcaltecas;* pero esto es un manifiesto error, pues sabemos por todos los historiadores que era *tlaxcalteca* y uno de los mas respetables señores de aquella república.

oido su confesion, hizo cortar las manos[1] á to- s los cincuenta, y los mandó á *Xicontecatl*, en- rgándoles le hicieran saber que viniese de dia de noche á su campo, siempre le haria cono- r quiénes eran los españoles, y pareciéndole :as circunstancias muy oportunas para la bata- , antes de que los enemigos hubiesen conclui- todos sus preparativos para el asalto, salió al incipio de la noche con un buen número de ›pas y con sus caballos, á los cuales hizo poner scabeles en los pretales, y se fué á encontrar á enemigos, que puntualmente marchaban há- ı el campo español. La vista del castigo eje- tado en los espías y el ruido de los cascabeles el silencio y oscuridad de la noche, causaron ıto miedo á los *tlaxcaltecas*, que inmediatamen- se desordenaron y huyeron por diversos cami- s, y el mismo *Xicontecatl* se volvió avergonza- á *Tlaxcalla*. De aquí tomó ocasion *Maxix- tzin* para inculcar sobre su primer dictámen, adiendo ahora á las razones ya expuestas por él, funesta experiencia de tantas expediciones des- ıciadas, lo que movió á la paz á todos los del ıado.

Mientras se ventilaba este asunto en *Tlaxcalla*, Méjico se consultaba sobre lo que debia ha- se con aquellos extranjeros. Motezuma noti- so de las victorias de los españoles y temiendo la confederacion con los *tlaxcaltecas*, llamó al r de *Tezcoco*, su sobrino, al príncipe *Cuitla- atzin* y á sus otros consejeros, les expuso el es- lo de las cosas, les manifestó sus temores y les lió consejo. El rey de Tezcoco se mantuvo su primer dictámen; esto es, que estos extran- os fuesen tratados magníficamente en todos los ;ares por donde pasasen; que fuesen benigna- nte admitidos en la corte y escuchadas sus pro- siciones, como se escucharian las de cualquier ;allo, mostrando siempre el rey su superiori- l y guardando aquel decoro que conviene á la jestad del trono; que si ellos maquinasen al- ıa vez alguna cosa contra la persona del rey ó ıtra el Estado, se emplease contra ellos la fuer- y la severidad. El príncipe *Cuitlahuatzin* re- ió tambien lo que habia dicho en la otra con- encia, esto es, que no era conveniente el ad- tir en la corte aquellos extranjeros; que se ndase á su capitan un buen regalo, se le pre- ıtase qué cosa le agradaba de aquel país para gran señor á cuyo nombre venia, y se le ofre- se la amistad y buena correspondencia de los jicanos; pero al mismo tiempo se le hiciesen ›vas instancias para que se volviese á su pa- ı. Entre los otros consejeros, algunos abra- on el parecer del rey de *Tezcoco* y otros el del or de *Iztapalapan*, al cual adhirió tambien tezuma. Este desventurado rey no encontra- ba por todas partes sino objetos y motivos de te- mer. La imminente confederacion de los *tlaxcal- tecas* con los españoles lo tenia en una suma in- quietud. Por otra parte, lo inquietaba la alianza de Cortés con el príncipe *Ixtlilxochitl*, su sobrino y enemigo jurado, el cual desde que se conjuró contra el rey de *Tezcoco* su hermano, no habia dejado jamás las armas, y entonces puntualmen- te se hallaba en *Otompan* á la cabeza de un ejér- cito formidable. Aumentaba estos temores la re- belion de algunas provincias que habian seguido el ejemplo de los *totonacos*.

Mandó, pues, seis embajadores á Cortés con mil vestidos curiosos de algodon y una buena cantidad de oro y de hermosas plumas, y les en- cargó se congratulasen con él por sus victorias, le ofreciesen otros regalos mas grandes y lo di- suadieran del viaje á Méjico, representándole las dificultades del camino y otros obstáculos difíci- les de superarse. Partieron prontamente estos embajadores con un acompañamiento de mas de doscientos hombres, y llegados al campo de los españoles, ejecutaron puntualmente cuanto se les habia ordenado. Cortés los recibió con todo el honor debido á su carácter, y se protestó suma- mente obligado á la bondad de tan gran monar- ca; pero entretuvo de intento á los embajadores, esperando que mientras ocurriese alguna accion con los *tlaxcaltecas*, la cual acreditase delante de los mejicanos el valor de sus tropas y la superio- ridad de las armas europeas, ó para que hecha la paz con la república, fuesen testigos de la severi- dad con la cual queria reprender á los *tlaxcalte- cas* su obstinacion. No tardó mucho en que se le proporcionase la ocasion que tanto deseaba. Tres escuadrones enemigos cayeron sobre el cam- po de los españoles con aullidos espantosos y una tempestad de flechas y dardos. Cortés, sin embargo de haber tomado aquel mismo dia un purgante, montó á caballo y salió intrépidamen- te contra los *tlaxcaltecas*, los cuales sin mucho tra- bajo fueron vencidos á vista de los embajadores mejicanos.

Persuadidos al fin los partidarios del viejo *Xi- cotencatl* que no era conveniente á la república la guerra con los españoles, y temiendo además que estos se aliasen con los mejicanos, resolvie- ron de comun acuerdo hacer la paz, y tomaron para medianero de ella al mismo que habia sido general en aquella guerra. *Xicontecatl*, aunque al principio se resistiese á hacerlo por el rubor del éxito infausto de la guerra, fué al fin obliga- do á encargarse de la comision. Marchó al cam- po de los españoles con una grande y numerosa comitiva, saludó á Cortés á nombre de toda la república, se excusó de las hostilidades antes he- chas con el pretexto de haberlo creido aliado de Motezuma, así por los grandes presentes que le habian mandado de Méjico, como por la mucha tropa mejicana que traia consigo, le prometió una firme paz y eterna alianza entre los españo-

Algunos historiadores españoles dicen que á los es- . *tlaxcaltecas* solamente se les cortaron los dedos; pero mismo Cortés dice que les mandó cortar las manos.

les y los *tlaxcaltecas*, y le presentó un poco de oro y algunos fardos de vestidos de algodon, excusando la cortedad de la oferta con la pobreza de su país, causada de la perpetua guerra con los mejicanos, los cuales impedian su comercio con otras provincias. Cortés no omitió ninguna demostracion de respeto hácia á *Xicontecatl;* manifestó estar satisfecho de sus excusas, pero exigió que la paz fuese sincera y permanente, pues si alguna vez la rompian, tomaria de ellos una venganza tan terrible, que sirviese de ejemplo á los otros pueblos.

Hecha la paz y despedido *Xicontecatl*, hizo Cortés celebrar el santo sacrificio de la misa en accion de gracias al Altísimo. Cada cual podrá imaginar el disgusto que tuvieron los embajadores mejicanos al ver concluido semejante acomodamiento. Se quejaron con Cortés y le echaron en cara su demasiada facilidad en dar crédito á las promesas de hombres tan pérfidos como los *tlaxcaltecas*. Le decian que aquellas apariencias de paz no se dirigian á otro fin que al de inspirarle confianza para atraerlo á su capital, y hacer allí sin peligro lo que no habian podido conseguir con las armas en la campaña; que comparase la conducta de aquel senado con la de la corte de Méjico. Los *tlaxcaltecas*, despues de haber concedido con señales de paz el permiso de entrar en su país, no habian cesado de hacerles la guerra hasta que no reconocieron del todo inútiles sus esfuerzos. De los mejicanos por el contrario, no habian sufrido ninguna hostilidad, antes por el contrario, habian tenido la mas distinguida acogida, y los mas grandes obsequios y servicios en todos los lugares de sus dominios á donde habian llegado, y de su soberano las mas relevantes pruebas de benevolencia y amistad. Cortés respondió que no creyó jamás hacer ningun agravio con aquel acomodamiento á la corte de Méjico, á la que se protestaba sumamente obligado, pues él queria tener paz con todos; que por lo demás, él no temia á los *tlaxcaltecas* en caso de que quisiesen ser sus enemigos; que para él y los otros españoles lo mismo era ser acometidos en la ciudad que en el campo, tánto de dia como de noche, pues sabian vencer en cualquiera lugar y tiempo; que antes por lo mismo que le decian de los *tlaxcaltecas*, queria ir á su ciudad para tener ocasion de hacer allí una ruidosa venganza de su perfidia.

Muy distantes estaban los *tlaxcaltecas* de aquella deslealtad que les imputaban los mejicanos, pues desde el momento en que decretó la paz el senado, fueron siempre los mas fieles aliados de los españoles, como se irá viendo en el discurso de esta historia. Deseaba el senado tener en *Tlaxcalla* á Cortés con todas sus tropas para estrechar mas la mutua amistad y tratar seriamente de la confederacion contra los mejicanos, y habian ya por medio de sus mensajeros convidado á aquel general á alojarse en sus casas, protestando el disgusto que tenian al ver á tan ilustres amigos de la república en tanta incomodidad.

No fué la alianza de los *tlaxcaltecas* el único fruto que recogieron los españoles de sus victorias. En el mismo campo en que habia escuchado al embajador de *Tlaxcalla*, recibió Cortés poco después los de la república de Huexotzinco, y tambien á los del príncipe *Ixtlilxochitl*. Los de *Huexotzinco*, que habian sido antes vasallos de la corona de Méjico y enemigos de los *tlaxcaltecas*, se habian sustraido de la dominacion de los mejicanos y confederádose con los *tlaxcaltecas* sus vecinos, y ahora siguieron su ejemplo en la confederacion con los españoles. El príncipe *Ixtlilxochitl* mandó embajadores á Cortés para congratularse con él por las victorias ganadas contra los *tlaxcaltecas* y convidarlo á hacer el viaje por *Teotlalpan*, en donde queria unir sus fuerzas con las de los españoles para hacer la guerra al rey de Méjico. Cortés despues de haberse informado bien de las cualidades, pretensiones y fuerzas de aquel príncipe, aceptó gustoso su alianza y se ofreció á ponerlo en el trono de *Acolhuacan*.

Al mismo tiempo volvió de la corte el embajador mejicano, que se esperaba con un presente de joyeles de oro que importaban mil y quinientos pesos, y de doscientos preciosos vestidos de pluma, y con nuevas instancias de Motezuma para disuadir aquel general del viaje á Méjico y de la amistad con los *tlaxcaltecas;* esfuerzos inútiles de la pusilanimidad de aquel monarca, pues el gastar tanto oro en hacer regalos á aquelles extranjeros, no era otra cosa ciertamente que comprar mas caro las cadenas que dentro de poco debian aprisionar su libertad.

Seis dias habian corrido despues de la paz hecha con los *tlaxcaltecas*, cuando los cuatro señores de aquella república para obligar á los españoles á ir á *Tlaxcalla*, se hicieron trasladar en silla portátil á su campo con un grande acompañamiento. Las demostraciones de júbilo y respeto fueron extraordinarias por una y otra parte. Aquel ilustre senado, no contento con ratificar la alianza, dió espontáneamente obediencia al rey católico, lo cual fué tanto mas agradable á los españoles, cuanto mas aprecible habia sido á los *tlaxcaltecas* la libertad que habian gozado de tiempo inmemorial. Quejáronse amistosamente de la desconfianza de Cortés, y con sus ruegos lo indujeron á resolver para el dia siguiente su partida para *Tlaxcalla*.

Faltaban ya entonces cincuenta y cinco españoles de aquel número que se habia alistado en Cuba, y los restantes estaban los mas heridos ó cansados, y esto habia causado tanto miedo en los soldados, que no solo murmuraban privadamente del general, sino que además lo conjuraron para que se volviesen á Veracruz; pero Cortés los animó con eficaces razones de honor, y con su propio ejemplo de valor y constancia en

los peligros y fatigas, los inflamó para aquella atrevida empresa. Finalmente, tomaron de nuevo valor con la esperanza de un éxito feliz, fundada en las confederaciones hechas entonces.

Los embajadores mejicanos que aun tenia consigo Cortés rehusaron el acompañarlo á *Tlaxcalla;* pero él los persuadió á que fueran con él, prometiéndoles que á su lado estarian enteramente seguros. Superado este embarazo, marchó el ejército bien ordenado y dispuesto para cualquier novedad. En las ciudades de *Tecompantzinco* y *Atlihuetzian* fué recibido con toda la magnificencia posible, aunque no comparable con la de la capital, de la cual salieron á encontrar á los españoles los cuatro señores de la república con una bella y numerosa danza de la nobleza y con tanta multitud de pueblo, que por alguno fué calculada en mas de cien mil personas; número no inverosímil, atendida la poblacion de *Tlaxcalla* y la sorprendente novedad de aquellos hombres extraordinarios, que despertaba la curiosidad de todos aquellos pueblos. En todas las calles de la ciudad habia formados, segun el uso de aquellas naciones, arcos de ramas y flores, y por todas partes resonaba una música confusa de instrumentos y aclamaciones, con tan grandes demostraciones de júbilo, que mas parecia se celebraba el triunfo de la república que el de sus enemigos. Este dia, tan memorable en los anales de *Tlaxcalla*, fué el 23 de setiembre de 1519.

Era entonces esta ciudad una de las mas considerables del país de *Anáhuac*. Cortés en sus cartas á Cárlos V afirma que en la grandeza, poblacion, calidad de los edificios y abundancia de las cosas necesarias á la vida, excedia á Granada cuando se quitó á los moros, y que en su mercado, del que hace la descripcion, concurrian diariamente hasta treinta mil comerciantes. El mismo conquistador Cortés testifica que habiendo conseguido del senado que se numerasen las casas y habitantes que habia en las ciudades, pueblos y aldeas de la república, se hallaron mas de cincuenta mil casas y mas de quinientos mil habitantes.

Habian preparado los *tlaxcaltecas* para los españoles y todos sus aliados un hermoso y cómodo alojamiento. Cortés quiso que los embajadores mejicanos se alojasen en un departamento inmediato al suyo, así por hacerles honor como por desterrar de sus ánimos la desconfianza de los *tlaxcaltecas*. Los jefes de la república para dar á los españoles una nueva prueba de su sincera amistad, presentaron á Cortés, segun el uso de aquellos pueblos, trescientas jóvenes hermosas. Cortés las rehusó al principio, dando por razon que la ley cristiana prohibia la poligamia; pero despues por no disgustarlos aceptó algunas en calidad de damas de doña Marina. A pesar de tal resistencia, luego le presentaron cinco vírgenes de la primera nobleza, las cuales tambien aceptó Cortés por estrechar mas la amistad con aquella república. Estas vírgenes, juntamente con otras, fueron prontamente instruidas, y renunciando la supersticion de sus padres, fueron solemnemente bautizadas en un templo que se hizo limpiar y disponer para que se celebraran en él los sacrosantos misterios de nuestra religion. Una de las cinco señoras era hija del príncipe *Maxixcatzin*, la cual tomó en el bautismo el nombre de doña Elvira, y la tuvo el capitan Juan Velazquez de Leon. Otra, hija del viejo *Xicontecatl*, se llamó doña Luisa *Techquihuatzin*, y fué dada al capitan Pedro de Alvarado,[1] y las otras tres se dieron á los capitanes Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Avila.

Animado con tan feliz principio, quiso Cortés persuadir á los jefes de la república y á la nobleza á que detestaran su supersticion y reconocieran la única verdadera Divinidad; pero ellos, aunque persuadidos de sus razones confesaron la bondad y el poder de Dios, que adoraban los españoles, no por esto se decidieron á renunciar á sus pretendidos dioses, porque los creian necesarios para la felicidad humana. "Nuestro dios *Camaxtle*, decian, nos concede la victoria sobre nuestros enemigos; nuestra diosa *Matlalcueye* nos manda la lluvia necesaria para nuestros campos y nos defiende de las inundaciones de *Zahuapan*.[2] A cada uno de nuestros dioses somos deudores de una parte de la felicidad de nuestra vida, y su cólera provocada con nuestra ingratitud, podria atraer sobre el Estado los mas terribles castigos." Cortés, animado de su celo, muy ardiente y violento, queria hacer con los ídolos de *Tlaxcalla* lo que habia hecho con buen éxito con los de *Cempoalla;* pero el padre Olmedo y otras personas respetables lo disuadieron de un atentado tan temerario, representándole que semejante violencia, á mas de que no era conforme á la promulgacion pacífica del Evangelio, podria causar la total ruina de los españoles en una ciudad tan populosa y tan adherida á la supersticion. Sin embargo, no cesó jamás en los veinte dias que permaneció allí, de improbarles la abominable crueldad de sus sacrificios, ni de inculcar sobre la pureza y santidad de la religion cristiana, sobre la falsedad de los númenes que adoraban y sobre la existencia de un Ser Supremo, el cual gobierna todas las causas naturales y vela con admirable providencia sobre la conservacion de sus criaturas. Estas exhortaciones, hechas por un hombre tan autorizado y de quien habian formado los *tlaxcaltecas* una idea muy sublime, aunque no produjeron todo el fruto que se deseaba, fueron sin embargo muy útiles, pues movido por ellas el

1 Tuvo Alvarado de doña Luisa dos hijos, don Pedro y doña Leonor. Esta se casó con don Francisco de la Cueva, caballero del órden de Santiago, gobernador de Guatemala y primo del duque de Alburquerque, y de este matrimonio nacieron algunos hijos.

2 Rio de *Tlaxcalla*.

senado, consintió al fin en que se rompiesen las jaulas y se pusiesen en libertad todos los prisioneros y esclavos que estaban allí custodiados para ser sacrificados á sus dioses en las fiestas solemnes ó en las necesidades públicas del Estado.

Así cada dia se establecia mas con nuevas demostraciones la alianza de los *tlaxcaltecas*, á pesar de las repetidas sugestiones de los embajadores mejicanos por romperla. Cortés, aunque bien persuadido de la sinceridad de los *tlaxcaltecas*, habia dado órden á sus tropas de que se mantuviesen siempre sobre las armas por lo que pudiera acontecer. Se ofendió de esto el senado y se quejó amargamente de la desconfianza de Cortés después de tantas y tan claras pruebas de su buena fe; pero Cortés se excusó protestándo que esto no se hacia por desconfianza de los *tlaxcaltecas*, sino porque aquel era el uso de los españoles. Se aquietó el senado con la respuesta y le agradó tanto esta disciplina en los soldados, que *Maxixcatzin* quiso introducirla en las tropas de la república.

Finalmente, Cortés, después de que adquirió en el tiempo que estuvo en *Tlaxcalla*, una noticia mas circunstanciada de la situacion de la ciudad de Méjico, de las fuerzas de aquel reino y de todo lo que podia contribuir á su intento, determinó continuar su viaje; pero antes de partir, regaló á los *tlaxcaltecas* un gran número de los mas hermosos vestidos que le habia mandado el rey de Méjico. Estaba él dudoso sobre el camino que debia tomar para ir á aquella corte. Los embajadores mejicanos querian que fuese por *Chololl an*, en donde se habia preparado un buen alojamiento para toda su gente. Los *tlaxcaltecas* lo disuadian de tal consejo representando la perfidia de los *chololtecas*, y le aconsejaban que se encaminase por *Huexotzinco*, Estado confederado igualmente con los *tlaxcaltecas* y con los españoles; pero Cortés se resolvió á ir por *Chololl an*, así por complacer á los embajadores, como por mostrar á los *tlaxcaltecas* el poco aprecio que hacia de los esfuerzos de sus enemigos.

Los chololtecas habian sido antes aliados de los *tlaxcaltecas;* pero al arribo de los españoles estaban confederados con los mejicanos y eran enemigos jurados de aquella república. La causa de tan grande enemistad habia sido la perfidia de los chololtecas. Estos, en una batalla que como aliados de los *tlaxcaltecas* dieron á los mejicanos, estando á la vanguardia del ejército, se pusieron con una improvisa evolucion en la retaguardia, y atacando á los *tlaxcaltecas* por las espaldas mientras los mejicanos les batian por el frente, causaron en ellos una grande mortandad. El odio, encendido en los corazones de los *tlaxcaltecas* por tan detestable accion, buscaba alguna ocasion de vengarla, y ninguna otra les pareció mas oportuna que esta, cuando se hallaban confederados con los españoles. Pues para inspirar el mismo odio á Cortés y moverlo á la guerra contra aquel Estado, le advirtieron la conducta de los chololtecas para con él, pues no habian mandado sus mensajeros á cumplimentarlo, cuando los habian mandado los de *Huexotzinco*, sin embargo de que estuviesen algo mas distantes que ellos. Le contaban tambien el mensaje que decian haber recibido de los chololtecas, reprobándoles la alianza hecha con los españoles, llamándolos cobardes y viles, y amanazándolos con que siempre que intentasen alguna cosa contra aquella santa ciudad, moririan todos ahogados, porque entre sus otros errores, estaban persuadidos que siempre que quisiesen podrian con solo raspar las murallas del santuario de *Quetzalcoatl*, hacer que nacieran de allí grandes rios que anegasen en un momento la ciudad, y aunque los *tlaxcaltecas* temiesen semejante infortunio, el deseo de la venganza excedia á su miedo.

Movido Cortés de semejantes sugestiones, mandó cuatro nobles *tlaxcaltecas* á Chololl an, para saber de aquellos señores la causa de no haber tenido para con él la consideracion que habian tenido los de *Huexotzinco*. Los chololtecas se excusaron con la enemistad de los *tlaxcaltecas*, de los cuales no podian fiarse jamás.[1] Llevaron esta respuesta cuatro plebeyos, lo cual era una manifiesta prueba de desprecio. Advertido Cortés por los *tlaxcaltecas*, mandó decir á aquellos señores por cuatro de los de Cempoalla que les mandó, que la embajada de un monarca tan grande como el rey de España, no se debia confiar á tan viles mensajeros, pues ni ellos mismos eran dignos de escucharla; que el rey católico era verdadero señor de todo aquel país, y que á su nombre venia á exigir el tributo de aquellos pueblos; que los que se sujetasen á él serian honrados, y los rebeldes castigados segun su mérito; que por lo mismo, compareciesen dentro de tres dias en *Tlaxcalla*, para dar obediencia á su soberano; que de otro modo, serian tratados como enemigos. Los chololtecas, aunque entre sí se burlasen, como es de creerse, de una embajada tan arrogante, sin embargo, por disimular su maligno intento, se presentaron al dia siguiente á Cortés, suplicándole les excusara su falta, causada por la enemistad de los *tlaxcaltecas*, y protestándose, no solo

1 Torquemada añade que los chololtecas detuvieron al principal de los mensajeros *tlaxcaltecas*, llamado *Patlahuatsin*, y con inaudita crueldad le despellejaron la cara y los brazos y le cortaron las manos; pero esta relacion es sin duda falsa, porque semejante atrocidad no podia ignorarse por los españoles; pero ni Bernal Diaz, ni Cortés, ni ningun otro de los primeros historiadores, hace mencion. Cortés no la habria omitido en su carta á Cárlos V, para justificar la severidad del castigo ejecutado en los chololtecas, ni tampoco es verosímil que después de tal atentado cometido contra uno de sus mensajeros, hubiese esperado para castigarlo otros indicios de la perfidia de los chololtecas.

amigos de los españoles, sino tambien vasallos del rey de España.

Resuelto, pues, el viaje por *Cholollan*, salió Cortés de *Tlaxcalla* con toda su gente y con un gran número de tropas *tlaxcaltecas*,[1] las cuales luego licenció, á excepcion de seis mil hombres que llevó consigo. Poco antes de llegar á Chollan, vinieron á encontrarlo los principales señores y los sacerdotes con los incensarios en la mano y con música de instrumentos, y después de haber hecho las acostumbradas ceremonias de respeto, dijeron al general que entrase con todos sus españoles y los *totonacos*, pero no permitiera que entrasen los *tlaxcaltecas* sus enemigos. Consintió Cortés por complacerlos, y los *tlaxcaltecas* quedaron acampados fuera de la ciudad, imitando en la disposicion del campamento, en el órden de las centinelas y en otras cosas, la disciplina militar de los españoles. En la entrada del ejército español en *Cholollan* hubo tanta multitud de pueblo y las mismas ceremonias, aclamaciones y obsequios que habia habido en *Tlaxcalla*, pero no tan sinceros.

Era entonces *Cholollan* una ciudad populosa, distante diez y ocho millas de *Tlaxcalla* al Sur, y cerca de sesenta de Méjico al Oriente, y no menos célebre por el comercio de sus habitantes que por su religion. Estaba situada, como lo está actualmente, en un hermoso llano y á poca distancia de aquel grupo de altos montes que circundan al valle de Méjico por la parte de Levante; su poblacion era en aquel tiempo, segun lo que afirma Cortés, de cerca de veinte mil casas, y casi otras tantas habia en los pueblos circunvecinos que le servian como de suburbios. Su comercio consistia en manufacturas de algodon, en piedras preciosas, vajillas de loza, y eran muy famosos los joyeleros y los alfareros de Cholollan. Por lo que respecta á la religion, puede decirse que Cholollan era la Roma de *Anáhuac*. El haberse mantenido tantos años en aquella ciudad el célebre *Quetzalcoatl* y el haber favorecido tanto á sus ciudadanos, hicieron que después del apoteosis de este númen, se le consagrase con especial culto. La sorprendente multitud de templos que allí habia, y principalmente el templo mayor erigido sobre un monte hecho á mano que hasta ahora subsiste, atraia á aquel lugar, reputado santo, infinitos peregrinos, no solo de las ciudades vecinas, sino tambien de las provincias mas distantes.

Fué alojado Cortés con todas sus tropas en ciertas casas grandes, en donde los dos primeros dias fueron abundantemente proveidos de vituallas; pero inmediatamente comenzaron á escaseárseles, hasta no proporcionarles otra cosa que agua y leña. No fué esta la única señal de su ánimo maligno, pues á cada instante se descubrian nuevos indicios de la traicion que maquinaban. Los aliados de *Cempoalla* observaron que en las calles de la ciudad habia algunos agujeros en donde habian hincado estacas agudas y las habian cubierto con tierra, las cuales no parecian hechas con otro motivo que para inhabilitar á los caballos. Ocho hombres venidos después del campo de los *tlaxcaltecas*, les advirtieron que ellos habian visto salir de la ciudad multitud de mujeres y niños, señal inequívoca entre aquellas naciones de alguna guerra inminente. A mas de esto, se sabia que en algunas calles habian formado trincheras y amontonado muchas piedras sobre las azoteas de las casas. Finalmente, una dama *chololteca* que se habia enamorado de la hermosura, viveza y discrecion de doña Marina, le suplicó que se salvase en su casa del peligro que amenazaba á los españoles, por lo que tuvo ocasion doña Marina de informarse de toda la trama de la conspiracion y avisó inmediatamente á Cortés. Este supo de boca de la misma dama *chololteca*, que sus conciudadanos habian concertado el matar á los españoles con el auxilio de veinte mil mejicanos[1] que campaban inmediato á la ciudad. No contento con estas noticias, encargó á doña Marina que emplease todas sus astucias para hacer venir á su alojamiento á dos sacerdotes, los cuales confirmaron todo lo que habia declarado la dama.

Viéndose Cortés en tan grande riesgo de perecer, determinó valerse de los medios mas oportunos para salvarse. Hizo venir á su presencia á las personas principales de la ciudad, y les dijo que si tenían alguna queja contra los españoles, la manifestasen francamente, como convenia á hombres honrados, y les daria la correspondiente satisfaccion. Ellos respondieron que estaban bien satisfechos de su conducta y prontos á servirlos; que siempre que determinase su partida, seria abundantemente proveido de todo lo que necesitara para el viaje, y tambien de gente de guerra para su seguridad. Aceptó Cortés su oferta y prefijó su partida para el dia siguiente. Los chololtecas se fueron contentos, porque les parecia que todo iba bien para el feliz éxito de su traicion, y para asegurarla mas, sacrificaron á sus dioses, segun lo que dicen, diez niños, cinco de cada sexo. Cortés reunió á sus capitanes, les manifestó los perversos designios de los chololtecas, y les mandó que dijeran su dictámen. Algunos querian que se precaviese el peligro retirándose á la ciudad de *Huexotzinco*, apenas nueve millas de Cholollan, ó tambien á *Tlaxcalla*;

1 Cortés dice que los *tlaxcaltecas*, que le acompañaron hasta seis millas antes de llegar á Cholollan, eran cerca de cien mil guerreros. Bernal Diaz pone solamente dos mil de diez que le ofreció el senado; pero este autor parece haberse equivocado.

1 Bernal Diaz dice que el ejército mejicano, por lo que se supo, era de veinte mil hombres; Cortés afirma que los mismos señores de Cholollan le confesaron que el tal ejército no bajaba de cincuenta mil hombres.

pero los mas se comprometieron á la determinacion de su general. Cortés dió las órdenes que le parecieron mas oportunas á su intento, protestando que no se creeria jamás seguro en Méjico sin dejar bien castigada aquella pérfida ciudad. Mandó á las tropas auxiliares de *Tlaxcalla* que al dia siguiente al despuntar el sol, cayesen sobre la ciudad matando á todos los ciudadanos, sin perdonar á nadie, sino á las mujeres y niños.

Vino finalmente aquel dia tan infausto para Chollollan. Prepararon los españoles sus caballos, su artillería y sus armas, y se pusieron en órden en un gran patio de su alojamiento, que debia ser el teatro principal de aquella tragedia. Llegaron los chololtecas al romper el dia. Los señores hasta con cuarenta nobles y con los hombres de carga, entraron en las salas y aposentos para sacar el equipaje, é inmediatamente se pusieron en ellas guardias para que no pudiesen escapar. Las tropas chololtecas entraron (al menos en gran parte) en el patio, juntamente con el principal señor de aquella ciudad, á solicitud, como es de creer, del mismo Cortés, el cual montando á caballo, les habló de esta manera: "Yo, señores, he procurado haceros mis amigos; entré pacíficamente en vuestra ciudad, y en ella no habeis experimentado ningun agravio, ni de mí ni de ninguno de los mios; antes bien, porque no tuviéseis de qué quejaros, no permití que entrasen las tropas auxiliares de *Tlaxcalla*. A mas de esto, os he rogado me dijérais claramente si os habiamos hecho algun agravio para satisfaceros; pero vosotros con detestable perfidia habeis tramado con semblante de amistad la mas cruel traicion para hacerme perecer con toda mi gente; nada ignoro de vuestros malignos designios." Y llamando aparte á cuatro ó cinco chololtecas, les preguntó qué motivo habian tenido para resolverse á un atentado tan execrable. Ellos respondieron que los embajadores mejicanos por complacer á su soberano los habian inducido á maquinar su muerte. Cortés entonces con un semblante lleno de fuego, habló así á los embajadores, que se hallaban presentes: "Estos malvados por excusar su delito culpan de traicion á vosotros y á vuestro rey; pero yo no os creo capaces de semejante maldad, ni puedo persuadirme que el gran Motezuma quisiese ser para conmigo un enemigo cruel al mismo tiempo que me da las mas relevantes pruebas de amistad, y que pudiendo á viva fuerza oponerse á mis pretensiones, se valiese de traidores para frustrarlas. Estad, pues, seguros que yo haré respetar vuestras personas en la mortandad que vamos á hacer. Hoy perecerán estos traidores y será destruida su ciudad. Llamo al cielo y á la tierra por testigos de que su perfidia es la que arma nuestros brazos para una venganza tan contraria á nuestro genio."

Dicho esto y hecha la señal de acometer con un tiro de escopeta, se arrojaron con tal furor los españoles contra aquellas miserables víctimas, que de todos los que habia en el patio, sin embargo de que eran muchos, ni uno quedó vivo. Los rios de sangre que corrian por aquel patio y los tristes lamentos de los moribundos, serian capaces de causar horror y piedad á cualquier corazon que no estuviese agitado del furor de la venganza. No teniendo ya qué hacer dentro de la casa, salieron á las calles, ensangrentando con el mismo rigor las espadas en cuantos chololtecas se les presentaban. Los *tlaxcaltecas* por su parte entraron á la ciudad como leones sangrientos avivando, su ferocidad con el odio de sus enemigos y con el deseo de complacer á los nuevos aliados. Un golpe tan fiero y tan inopinado, puso inmediatamente en desórden á los ciudadanos; pero habiéndose reunido en algunos escuadrones, hicieron por algun tiempo una vigorosa resistencia, hasta que reconociendo la mortandad que causaba en ellos la artillería, y reconociendo la superioridad de las armas europeas, se desordenaron de nuevo. La mayor parte de ellos buscó su salvacion en la fuga; algunos recurrieron á la supersticion de raspar las paredes del templo para anegar la ciudad; pero hallando enteramente inútil tal diligencia, procuraron fortificarse en las casas y en los templos. Ni esto les fué útil, porque ved aquí que sus enemigos aplican fuego á todos los edificios en donde encuentran alguna resistencia. Arden las casas y las torres de los templos; en las calles no se ven mas que cadáveres ensangrentados ó medio quemados, ni se oyen sino clamores insultantes y amenazadores de los confederados, débiles suspiros de los moribundos, imprecaciones contra los vencedores y lamentos dirigidos á sus dioses porque los han abandonado en tan grande calamidad. Entre muchos que se refugiaron á las torres de los templos, no hubo mas que uno que se rindiese á los vencedores; todos los demás ó perecieron quemados, ó se dieron una muerte menos dolorosa precipitándose de aquella elevacion.

Con esta horrible mortandad,[1] en la cual pe-

1 En los escritos del ilustrísimo Casas se lee muy desfigurado este acontecimiento de Chollollan. Es verdad que fué muy rigorosa la venganza y horrible la mortandad que allí se hizo; pero ni faltaron á los españoles para castigar á los chololtecas aquellas razones que hemos expuesto y de que este prelado no hace mencion alguna, ni intervinieron aquellas odiosas circunstancias que él refiere y que no se encuentran en ningun historiador antiguo. Para hacernos creer que los españoles causaron aquella mortandad solamente por capricho, que mientras que los soldados hacian correr rios de sangre, el general cantaba alegremente no sé qué versillos, seria necesario á lo menos que el mismo prelado lo depusiese como testigo ocular, ó que alegase tales documentos, que pudiesen borrar aquella idea que nos dan de Cortés cuantos le conocieron, ó hiciera verosímil lo que es enteramente increible. Pero ni el ilus-

recieron mas de seis mil chololtecas, quedó por entonces despoblada la ciudad. Los templos y las casas fueron saqueadas, apoderándose los españoles de las piedras preciosas, del oro y de la plata, y los *tlaxcaltecas* de los vestidos, de las plumas y de la sal. Apenas se habia concluido la tragedia de Chololllan, cuando se dejó ver en ella un ejército de veinte mil hombres, mandados en socorro por la república de *Tlaxcalla* bajo el mando del general *Xicontecatl*. Es de creerse que esto hubiese sido efecto de algun aviso mandado la noche antes á aquel senado por los jefes de las tropas *tlaxcaltecas* que acampaban fuera de la ciudad. Cortés agradeció el socorro, regaló á *Xicontecatl* y á sus capitanes una parte del botin, y les suplicó se volviesen con su ejército á *Tlaxcalla*, porque ya no era necesario; retuvo consigo aquellos seis mil hombres que le habian ayudado en el castigo de Chololllan, para que le acompañasen en el viaje á Méjico. Así se solidó mas la alianza de los españoles con los *tlaxcaltecas*.

Vuelto Cortés á su alojamiento, en donde habian quedado como prisioneros cuarenta *chololtecas* de la primera nobleza, estos le suplicaron que entre tanto rigor hiciera lugar á la clemencia y les permitiera que uno ó dos de ellos fuesen á llamar á las mujeres, los niños y otros fugitivos que andaban errantes y llenos de espanto por los montes. Movido Cortés á piedad, hizo cesar el furor de las armas y publicar un indulto general. Al intimarse tal bando, se vieron inmediatamente levantarse de entre los muertos algunos que habian simulado la muerte para evitarla, y venir hácia la ciudad tropas de fugitivos, llorando algunos la muerte de su hijo ó de su hermano, otras la de su marido. Hizo Cortés quitar de los templo y de las calles los cadáveres, que ya comenzaban á podrirse, y puso en libertad á los nobles prisioneros. Quedó dentro de poco aquella ciudad tan bien poblada, que parecia no faltar ni uno de sus habitantes. Aquí recibió Cortés los cumplimientos de los *huexotzinqueños* y *tlaxcaltecas* y el juramento de fidelidad á la corona de España, de los mismos *chololtecas* y de los *tepeaqueños*; ajustó las diferencias que habia entre las dos repúblicas de *Tlaxcalla* y *Chololllan* y restableció su antigua alianza y amistad, la cual desde entonces no faltó jamás. Finalmente, para satisfacer á los deberes de la humanidad y de la religion, hizo romper las jaulas de los templos y puso en libertad á todos los prisioneros y esclavos que estaban destinados al sacrificio. Hizo además de esto limpiar el templo mayor, y enarboló en él el estandarte de la cruz, después de haber dado á los *chololtecas*, como hacia en todos los otros pueblos en que se detenia, alguna idea de la religion cristiana.

Orgulloso el general español por tan felices sucesos, ó tambien deseoso de intimidar á Motezuma, encargó á los embajadores mejicanos dijeran á su señor, que si antes habia querido entrar pacíficamente en Méjico, viendo ahora lo que le habia sucedido en Chololllan, estaba determinado á entrar como enemigo á hacerle cuanto mal pudiese. Los embajadores repondieron que antes de tomar semejante resolucion hiciese mas diligentes averiguaciones sobre el hecho de los chololtecas, para certificarse de las buenas intenciones de su soberano; que si le parecia bien, podria ir uno de ellos á la corte á manifestar al rey sus quejas. Consintió Cortés, y después de seis dias volvió el embajador llevando al general un gran regalo, que consistia en diez piezas de oro que importaban cinco mil pesos, en mil y quientos vestidos y en una gran cantidad de víveres, dandole gracias á nombre de su soberano por el castigo ejecutado en los pérfidos *chololtecas*, y protestando que el ejército antes levantado para sorprender á los españoles en el camino, era de los *acatzinqueños* é *izucareños*, aliados de Chololllan, los cuales, aunque súbditos de la corona, habian tomado las armas sin órden alguna de su soberano. Lo cual fué confirmado con el juramento de los embajadores, y Cortés manifestó quedar plenamente satisfecho.

No es fácil aclarar la verdad en este particular, ni podemos abstenernos de reprender la ligereza de nuestros autores en afirmar tan francamente lo que enteramente ignoraban. ¿Por qué se querrá dar crédito á los *chololtecas*, hombres dobles y simulados, como todos confiesan, y no á los mejicanos y al mismo Cortés, el cual por la eminencia de su carácter era mas digno de fe? La conducta constantemente pacífica de aquel monarca para con los españoles, no habiéndoles hecho ningun mal en tantas y tan buenas ocasiones que tuvo para oprimirlos, y la moderacion con que siempre habló de ellos (lo cual no niegan los mismos historiadores), hacen inverosímil la excusa de los *chololtecas*; pero por otra parte, le dan alguna apariencia de verdad ciertos indicios, aunque oscuros, del enojo de Motezuma, y sobre todo las hostilidades hechas en aquel mismo tiempo en la guarnicion de Veracruz por un poderoso fundatario de la corona de Méjico.

Quauhpopoca,[1] señor de *Nauhtlan* (llamada

trísimo Casas se halló presente, ni produce pruebas suficientes para merecer nuestra creencia. Él sin el debido exámen se valió de algunos informes dados por algunos de los muchos enemigos de Cortés. Yo no soy panegirista de este conquistador para excusar sus faltas; pero soy historiador, soy hombre y soy cristiano para no afirmar aquello que no creo, y para no creer tan grande maldad de un individuo de mi especie sin graves fundamentos. Describo el hecho de Chololllan cual lo encuentro en los historiadores mas sinceros que se hallaron presentes ó se informaron, así de los antigos españoles como de los indianos.

1 Bernal Diaz le llama *Quetzalpopoca*, el cual tambien es nombre mejicano.

por los españoles *Almería*), ciudad situada en la costa del Seno Mejicano, treinta y seis millas al Norte de la Veracruz y en los confines del imperio mejicano por aquella parte, tuvo órden de Motezuma para reducir á los *totonacos* á la debida obediencia luego que Cortés se retirase de aquella costa. El por hacer su deber exigió con amenazas de aquellos pueblos el tributo que debian pagar á su soberano. Los totonacos, insolentados con el favor de sus nuevos aliados, respondieron con arrogancia que no debian ningun tributo á quien ya no era su rey. Viendo pues *Quauhpopoca* que de nada le servian sus reconvenciones para hacer entrar en subordinacion á aquellos hombres, que tenian demasiada confianza en sus aliados y ningun respeto á su soberano, poniéndose á la cabeza de las tropas mejicanas que habia en la guarnicion de aquellas fronteras, comenzó á hacer correrías por los lugares de la *Totonacapan*, castigando con las armas su rebelion. Los *totonacos* se quejaron á Juan de Escalante, gobernador del presidio de la Veracruz, y le suplicaron se opusiese á la crueldad de los mejicanos, ofreciéndose á ayudarlo con un buen número de tropas. Escalante mandó al jefe de los mejicanos una embajada atenta para disuadirlo de aquellas hostilidades, las cuales no podian, segun él creia, ser agradables al rey de Méjico, que tanto se habia empeñado en favorecer á los españoles, protectores de los *totonacos*. *Quauhpopoca* respondió que mejor que él sabia si era ó no desagradable á su rey el castigo de los rebeldes; que si los españoles querian sostenerlos, él con sus tropas los esperaría en los llanos de *Nauhtlan*, para que las armas decidiesen su suerte. No pudo sufrir el gobernador tal respuesta; por lo que marchó inmediatamente hácia el lugar señalado con dos caballos y dos pequeños cañones, cincuenta infantes españoles y cerca de diez mil *totonacos*. En el primer ataque de los mejicanos inmediatamente se desordenaron los *totonacos* y la mayor parte se puso en fuga; pero á pesar de su cobardía, continuaron los españoles valerosamente la accion, haciendo no poco daño á los mejicanos. Estos como no habian experimentado jamás la violencia de la artillería ni el modo de pelear de los europeos, se retiraron intimidados á la inmediata ciudad de *Nauhtlan*. Los españoles los persiguieron con furia é incendiaron algunos edificios; pero esta victoria les costó la vida del gobernador, el cual murió de las heridas al tercer dia, de seis ó siete soldados y de muchos *totonacos*. Uno de estos soldados, el cual tenia la cabeza grande y el aspecto fiero, fué hecho prisionero y mandado á Méjico por *Quauhpopoca;* pero habiendo muerto de las heridas en el camino, no llevaron á Motezuma mas que la cabeza, cuyo semblante causó tanto horror á aquel rey, que no quiso fuese ofrecida á sus dioses en ningun templo de la corte.

Tuvo Cortés la noticia de estas revoluciones antes de marchar de Chollollan;[1] pero no quiso decir nada entonces, ni manifestar la inquietud que le causó, por no desalentar á sus soldados.

No teniendo, pues, ya qué hacer en *Chollollan*, emprendió el viaje para Méjico con sus españoles, seis mil *tlaxcaltecas* y algunas tropas de *Huexotzinco* y Chollollan. En *Izcalpan*, pueblo de *Huexotzinco*, quince millas distante de *Chollollan*, vinieron de nuevo á hacerle sus cumplidos los señores de *Huexotzinco*, y le avisaron que de aquel lugar habia dos caminos para ir á Méjico, el uno abierto y bien compuesto, el cual conducia á ciertas barrancas en donde era de temerse alguna emboscada de los enemigos, y el otro recientemente embarazado con árboles cortados de intento, el cual era tambien mas corto y mas seguro. Cortés se aprovechó del aviso, y á despecho de los mejicanos hizo quitar los embarazos del camino so color de ser la dificultad mas bien estímulo para el valor de los españoles, y continuó su viaje por aquel gran bosque de pinos y encinos, hasta subir á la cima de un alto monte llamado *Ithualco*, entre los dos volcanes *Popocatepec* é *Iztaccihuatl*, en donde encontraron casas grandes destinadas para alojamiento de los comerciantes mejicanos. Allí conocieron la atrevida empresa del capitan Diego Ordaz, el cual pocos antes por dar á conocer á aquellos pueblos el valor de su nacion, subió con otros nueve soldados hasta casi la altísima cima de *Popocatepec*, aunque no pudo observar la boca ó cráter de aquel gran volcan por la alta nieve que habia allí y las nubes de humo y cenizas que arrojaba de sus entrañas.[2]

Desde la cima de *Ithualco* observaron los españoles el bellísimo valle de Méjico; pero con sentimientos muy diversos, pues algunos se deleitaban con la vista de sus lagunas, de sus amenas llanuras, de los verdes montes y de las hermosas y muchas ciudades que habia dentro y al rededor de las mismas lagunas, en otros se avivó la esperanza de enriquecerse con la adquisicion de tanta grandeza de país cuanta desde allí se descubria; pero algunos, mas prudentes, mirando una poblacion tan grande, reputaban temeridad el arrostrar tan graves peligros, y así fueron

1 Todos ó casi todos los historiadores dicen que la noticia de aquellas revoluciones llegó á Cortés cuando estaba en Méjico; pero él mismo afirma que la tuvo en *Chollollan*.

2 Bernal Diaz y casi todos los historiadores, dicen que Ordaz subió hasta la cima de Popocatepec y observó la boca de aquel famoso monte; pero Cortés, que lo sabia mejor, dice lo contrario. Sin embargo, consiguió Ordaz del rey católico poner un volcan en su escudo de armas. Esta grande empresa estaba reservada para Montaño y otros españoles, los cuales después de la conquista de Méjico no solamente observaron la espantosa boca de aquel volcan, sino que tambien entraron en él, no sin evidente peligro de la vida, y de allí sacaron una gran cantidad de azufre para hacer pólvora para las armas de fuego.

dominados de tal miedo, que desde allí se hubieran vuelto á Veracruz si Cortés, valiéndose de su autoridad y de las razones sugeridas por su buen ingenio, no los hubiese animado á la empresa.

Entre tanto Motezuma consternado por el acontecimiento de *Chololllan*, se retiró al palacio *Tlillancalmecatl*, destinado para el tiempo de duelo, y allí estuvo ocho dias ayunando y ejercitándose en las acostumbradas austeridades para conseguir la proteccion de sus dioses. Desde este mismo retiro envió á Cortés cuatro personajes de su corte con un presente y con nuevas súplicas y pretextos para disuadirlo del viaje, ofreciéndose á pagar anualmente cierto tributo al rey de España, y dar al general español cuatro cargas de oro,[1] y una á cada uno de sus capitanes y soldados, si desde aquel lugar en donde se hallaban se volvian á su patria. ¡Tan grande era el horror que causaban los españoles á aquel supersticioso príncipe! No habria hecho mas activas diligencias por evitar su vista, si hubiese presentido todo el mal que debian hacerle. Los embajadores alcanzaron á Cortés en *Ithualco;* el regalo que llevaban era de algunas obras de oro que importaron mil y quinientos pesos. Cortés les hizo todos los obsequios posibles, y respondió dando gracias al rey por su presente y por sus magníficas promesas, á las cuales esperaba corresponder con buenos servicios; pero protestando al mismo tiempo que no podia volver atrás sin hacerse culpable de desobediencia á su soberano, y prometiendo no traer con su venida el mas ligero perjuicio al Estado; que si después de haber expuesto á boca de su majestad la embajada que llevaba y no podia confiar á otra persona, él juzgase no convenir al bien de su reino la demora de los españoles en la corte, sin dilacion tomaria el camino para volverse á su patria.

Se aumentaba la inquietud de Motezuma con las sugestiones de los sacerdotes, y principalmente con la revelacion que le hicieron de ciertos oráculos de sus mentirosos númenes y de no sé qué espantosas visiones que decian haber tenido en aquellos dias. Esto consternó de tal modo su ánimo, que sin esperar el éxito de la última embajada mandada á los españoles, tuvo de nuevo consejo con el rey de *Tezcoco*, su hermano *Cuitlahuatzin* y los otros personajes con quienes solia consultar, todos los cuales se mantuvieron en su primer dictámen; *Cuitlahuatzin* en el de no permitir á los españoles la entrada en la corte y hacerlos de grado ó por fuerza salir del reino, y *Cacamatzin* en el de recibirlos como embajadores, pues no faltaban fuerzas al rey de Méjico para reprimirlos, caso que maquinasen alguna cosa contra la real persona ó contra el Estado. Motezuma, el cual hasta entonces habia siempre adherido al parecer de su hermano, ahora abrazó el del rey de *Tezcoco;* pero al propio tiempo encargó al mismo rey que fuera á encontrar á los españoles y procurase disuadir al general del viaje á la corte. Entonces *Cuitlahuatzin*, vuelto al rey su hermano, le dijo: "Quieran los dioses, señor, que no recibais en vuestra casa á los que os lancen de ella, y que cuando querais remediar el mal, tengais tiempo y medios para hacerlo." "¡Qué hemos de hacer! respondió el rey, pues nuestros amigos, y lo que es mas, nuestros mismos dioses, en lugar de favorecernos, prosperan á nuestros enemigos. Yo estoy ya resuelto, y querria que todos se resolviesen á no huir ni mostrar alguna cobardía suceda, lo que sucediere; pero me causan compasion los viejos y los niños, que no tienen fuerzas para defenderse."

Cortés, despedidos los embajadores mejicanos, se movió con sus tropas de *Ithualco* y se encaminó por *Amaquemecan* y *Tlalmanalco*, dos ciudades distantes entre sí cerca de nueve millas, y situadas en las faldas de aquellos grandes montes. *Amaquemecan*, juntamente con las inmediatas aldeas, contenia veinte mil habitantes.[1] En estos lugares fueron bien recibidos los españoles, y algunos señores de aquella provincia visitaron á Cortés y le presentaron cierta cantidad de oro y algunas esclavas; los cuales se quejaron amargamente de las vejaciones que sufrian del rey de Méjico y de sus ministros, en los mismos términos que lo habian hecho antes los de *Cempoalla* y *Chiahuitztla*, y por sugestion de aquellos y de los *tlaxcaltecas* que acompañaban á Cortés, se confederaron con los españoles por el interés de la libertad. Y así, cuanto mas se adelantaban estos en aquel país, tanto mas se iban aumentando sus fuerzas, á manera de un arroyo que con las aguas que va recibiendo, se va engrosando hasta venir á ser un grande rio.

De *Tlalmanalco* marchó el ejército á *Ayotzinco*, pueblo situado en la orilla meridional de la laguna de Chalco,[2] en donde estaba el puerto para las canoas mercantes que comerciaban con

1 Siendo la carga ordinaria de un mejicano de cincuenta libras españolas ó de ochocientas onzas, podemos conjeturar, atendido el número de los españoles, que lo que queria darles Motezuma por retraerlos del viaje á la corte, era mas de tres millones de pesos.

1 *Amaquemecan*, llamada por los españoles *Mecameca*, es al presente nombrada, no por otra cosa que por haber nacido allí la celebérrima monja Juana Inés de la Cruz, mujer de prodigioso ingenio y de no vulgar literatura.

2 Solís confunde á *Amaquemecan* con *Ayotzinco: Amaquemecan* jamás ha estado situada, como él dice, en la orilla de la laguna, sino distante de esta mas de doce millas en la falda de un monte. La visita del rey de *Tezcoco* fué sin duda en *Ayotzinco*, como afirman los historiadores bien instruidos y se conoce claramente por la descripcion de Cortés, y ninguno sino Solís ha dicho que haya sido en *Amaquemecan*. Bernal Diaz dice que esta visita se hizo en *Ixpalatenco;* pero este es un manifiesto error causado por falta de memoria.

los países que están al Mediodía de Méjico. La curiosidad de observar el cuartel de los españoles costó caro á algunos mejicanos, porque las centinelas españolas, creyéndolos espías por el miedo que siempre tenian de alguna traicion, mataron quince aquella noche. Al dia siguiente cuando estaban prontos para marchar, llegaron allí cuatro nobles mejicanos con la noticia de que venia el rey de *Tezcoco* á visitar al general español á nombre del rey de Méjico, su tio. No tardó mucho en llegar el mismo rey, llevado en una litera adornada de hermosas plumas, sobre los hombros de cuatro domésticos suyos y seguido de una numerosa y brillante comitiva de nobleza mejicana y tezcocana. Luego que llegó á vista del general español, se desmontó de la litera y comenzó á caminar á pié, precedido de algunos de los criados, que iban quitando del camino todo lo que podia ofender sus ojos ó sus piés. Los españoles quedaron admirados de tanta grandeza, y de aquí conjeturaron cuánta seria la del rey de Méjico. Cortés salió á encontrarlo á la puerta de la posada y lo previno con una profunda inclinacion, á la cual correspondió el rey tocando la tierra con la mano derecha y llevándola después á la boca. Entró con un aire señoril y majestuoso en una de las salas, y después de haberse sentado, se congratuló con aquel general y con sus capitanes por su feliz arribo, y protestó la gran voluntad que tenia el rey de Méjico su tio de estrechar amistad y tener una buena correspondencia con el monarca de Levante, por quien habia sido mandado á aquel país; pero al mismo tiempo exageró las dificultades que era necesario superar para ir á la corte, y suplicó á Cortés que mudara de propósito si queria complacer al rey. Cortés respondió que si alguna vez quisiese volver atrás sin desempeñar su embajada, faltaria á su deber y daria un grande disgusto á su soberano, que lo habia mandado, y principalmente hallándose ya tan inmediato á la corte, después de haber superado los peligros de un viaje tan largo. "Si es pues así, dijo entonces el rey, en la corte nos veremos." Y despidiéndose cortesmente después de haber sido regalado con algunas bagatelas de Europa, dejó allí una parte de la nobleza para que acompañase á Cortés en el viaje.

De *Ayotzinco* marcharon los españoles á Cuitlahuac, ciudad fundada en una isleta de la laguna de Chalco, la cual, aunque pequeña, era tambien, á juicio de Cortés, la mas hermosa que hasta entonces habia visto. Se comunicaba esta ciudad con el continente por dos calzadas anchas y cómodas, fabricadas sobre la laguna; la una al Mediodía, de largo de dos millas, y la otra al Setentrion, que tenia mas. Caminaban los españoles muy alegres de ver la multitud y hermosura de las ciudades que habia en la laguna, los templos y torres que se elevaban sobre los otros edificios, las arboledas que hermoseaban á los lugares habitados, los huertos y jardines flotantes en las aguas, y las innumerables canoas que surcaban en ellas; pero no menos intimidados al verse rodeados de una inmensa multitud de pueblo que de todos los lugares concurria allí á observarlos; por lo que mandó Cortés á los suyos que fuesen bien ordenados y listos, y advirtió á los indios que no estorbaran la calzada ni se acercaran á las filas, si no querian ser tratados como enemigos. En *Cuitlahuac* estuvieron bien alojados y regalados. El señor de aquella ciudad se quejó severamente con Cortés de la tiranía del rey de Méjico, se confederó con él y le dió á conocer la comodidad de las calzadas para ir á la corte y la consternacion en que habian puesto á Montezuma los oráculos de los dioses, los fenómenos del cielo y la felicidad de las armas españolas.

De *Cuitlahuac* se encaminaron por otra calzada hácia *Iztapalapan;* pero allí fué detenido Cortés por una nueva felicidad. El príncipe *Ixtlilxochitl* viendo que Cortés no habia querido hacer el viaje por *Calpolalpa*, en donde lo esperaba, resolvió venirlo á encontrar á la calzada de *Iztapalapan*. Marchó por lo mismo con buen número de tropas y pasó junto á *Tezcoco*. Sabedor de esto el príncipe *Coanacotzin*, su hermano, el cual después de aquellos disgustos sucedidos tres años antes, de que hemos hecho mencion, vivia siempre retirado de él, ó excitado del amor fraterno ó movido de la esperanza de mayores ventajas que tendria uniendo sus intereses á los de su hermano, vino á encontrarlo á la calzada. Aquí se comunicaron mutuamente sus sentimientos, se conciliaron y unieron para confederarse con los españoles. Caminaron juntos hasta *Iztapalatenco*, en donde alcanzaron á aquellos extranjeros. Cortés viendo venir tantas tropas armadas, tuvo alguna inquietud; pero después que fué informado de la calidad de los personajes que venian á encontrarlo y del motivo de su venida, salió á recibirlos, y hechos por una y otra parte los debidos cumplimientos, convidaron ambos príncipes á Cortés á que fuese á la corte de *Tezcoco*, y él se dejó fácilmente persuadir, por la grande utilidad que esperaba sacar del príncipe *Ixtlilxochitl*, cuya adhesion á los españoles se habia ya manifestado bastante.

Era entonces *Tezcoco*, aunque algo inferior á Méjico en la magnificencia y esplendor, la mas grande y poblada ciudad del país de *Anáhuac*. Su poblacion, comprendida la de las ciudades de *Huexotla*, *Coatlichan* y *Atenco* (las cuales por estar contiguas á aquella se podian reputar sus arrabales) era, segun dice Torquemada, de ciento cuarenta mil casas. A los españoles les pareció mas grande dos tantos mas que Sevilla. La grandeza de los templos y palacios reales, la belleza de las calles, las fuentes y jardines, dieron abundante materia á su admiracion.

Entró Cortés en esta gran ciudad[1] acompa-

1 De la entrada de los españoles en *Tezcoco* no hace

ñado de los dos príncipes y de mucha nobleza *acolhua* entre un inmenso concurso de pueblo. Fué alojado con todo su ejército en el palacio principal del rey, en donde el trato á su persona correspondió á la posada. Allí le expuso el príncipe *Ixtlilxochitl* sus pretendidos derechos al reino de *Acolhuacan* y sus quejas contra su hermano *Cacamatzin* y contra el rey de Méjico su tio; Cortés le prometió ponerlo en posesion de la corona luego que hubiese concluido sus negociaciones en Méjico, y sin detenerse en aquella corte, marchó para *Iztapalapan*.[1]

Era esta una grande y hermosa ciudad, situada hácia la punta de aquella pequeña península que hay entre las dos lagunas, la de Chalco al Mediodía y la de Tezcoco al Norte. Se iba de esta península á la isleta de Méjico por una calzada empedrada de mas de siete millas de largo y hecha sobre la laguna muchos años antes. La poblacion de *Iztapalapan* era de mas de doce mil casas, fabricadas la mayor parte en algunas isletas muy inmediatas entre sí y contiguas á la península, junto á las cuales habia innumerables huertas y jardines flotantes. Gobernaba entonces esta ciudad el príncipe *Cuitlahuatzin*, hermano de *Motezuma* y su inmediato sucesor en la corona de Méjico, el cual juntamente con su otro hermano *Matlatzincatzin*, señor de la ciudad de *Coyohuacan*, recibió á Cortés con las mismas demostraciones usadas ya por los otros señores por cuyos lugares habia pasado. Le cumplimentó con una arenga bien formada, y lo alojó y á todas las tropas que le acompañaban, en su mismo palacio. Este era un vastísimo edificio de piedra y cal recientemente fabricado y aun todavía no concluido. A mas de las muchas salas y aposentos cómodos para la habitacion, cuyo techo era de cedro y las paredes cubiertas de hermosas cortinas de algodon, y á mas de los grandes patios en donde tuvieron su cuartel las tropas aliadas de los españoles, tenia un jardin de sorprendente tamaño y amenidad, descrito ya por nosotros en donde hablamos de la agricultura de los mejicanos. Después de comer condujo el príncipe á sus huéspedes á este jardin, en el cual se recrearon mucho, y de allí formaron una grande idea de la magnificencia mejicana. En esta ciudad observaron los españoles que en lugar de las quejas y murmuraciones que habian escuchado en otras partes, no se oian mas que elogios del gobierno, porque la inmediacion a la corte los hacia mas cautos en hablar.

Al dia siguiente marcharon prontamente los españoles por la grande calzada, que unia, como hemos dicho, á *Iztapalapan* con Méjico, la cual estaba cortada con siete pequeños canales para el paso de las canoas de una laguna á otra, y sobre ellos habia puentes de vigas para comodidad de los pasajeros, los cuales quitaban facilmente cada vez que querian impedir el paso á los enemigos. Después de haber pasado por *Mexicaltzinco* y haber visto á *Colhuacan*, *Huitzilopochco*, *Coyohuacan y Mixcoac*, ciudades todas fundadas á la orilla de la laguna, llegaron entre una multitud increible de pueblo, á un lugar llamado *Xoloc*, en donde se unia á esta calzada la de *Coyohuacan*. En el ángulo que formaban estas dos calzadas, distante de la capital nada mas que media legua, habia un buen baluarte con dos torrecillas, circundado de una muralla del alto de mas de diez piés con su parapeto almenado, con dos puertas y un puente levadizo; lugar memorable en la historia de Méjico, por haber sido el campo del general español en el asedio de aquella gran ciudad. Allí hizo alto el ejército para recibir los cumplimientos de mas de mil nobles mejicanos, todos uniformemente vestidos, los cuales al pasar por delante del general español, le hacian una inclinacion con la acostumbrada ceremonia de tocar la tierra y besarse la mano.

Concluidos estos cumplimientos, en los cuales se detuvieron mas de una hora, continuaron los españoles su camino tan bien ordenados como si fuesen á dar una batalla. Pero antes de llegar á la ciudad tuvo Cortés el aviso de que venia a encontrarlo el rey de Méjico, y de allí á poco se dejó ver con un respetable y numeroso acompañamiento. Precedian tres nobles, llevando en la mano varas de oro levantadas, como insignias de la majestad, con las cuales se advertia al pueblo la presencia del soberano. Venia Motezuma ricamente vestido, sobre una litera cubierta de laminas de oro, que cargaban cuatro nobles sobre sus hombros, y bajo de una sombrilla ó quitasol de plumas verdes adornadas con algunas figuras de oro. Llevaba pendiente de los hombros una capa adornada de riquísimos joyeles de oro y piedras preciosas, en la cabeza una corona delgada del mismo metal, y en los piés suelas tambien de oro atadas

mencion Cortés, ni Bernal Diaz, ni Acosta, ni Gomara, ni Torquemada; pero se infiere claramente de un lugar de la carta escrita por Cortés á Cárlos V el año de 1522. Herrera y Solís sí la hacen, pero mezclan algunas circunstancias opuestas á la verdad. Dicen que primero fueron los españoles á *Tezcoco* y después á *Cuitlahuac*, en lo cual muestran haber ignorado la situacion de aquellos lugares. Afirma tambien que *Cacamatzin* acompañó á Cortés á *Tezcoco;* pero nos consta no ser esto cierto, así por la relacion de Cortés, como por los manuscritos antiguos citados por don Fernando de Alva *Ixtlilxochitl.* Nada dicen de la reconciliacion de aquellos dos príncipes, ni explican el motivo que tuvo Cortés para ir á *Tezcoco* desviándose del camino que conducia á Méjico. Yo adopto en lo que mira á las circunstancias del viaje á *Tezcoco* la relacion de Betancourt, el cual escribió sobre las memorias de Alva y Sigüenza.

2 Un historiador indiano citado por don Fernando de Alva *Ixtlilxochitl*, dice que esta ocasion fué bautizado el príncipe *Ixtlilxochitl* con otros doscientos nobles de aquella corte; pero esta es una fábula tan inverosímil, que no necesita de impugnacion.

con correas de cuero, adornadas de oro y piedras preciosas. Lo acompañaban doscientos señores, mucho mejor vestidos que los otros nobles; pero todos descalzos, de dos en dos, y arrimados por uno y otro lado á las paredes de las casas para mostrar el respeto que tenian á su soberano. Luego que se vieron el rey y el general español, se desmontaron ambos, este del caballo y aquel de la litera, y comenzó á caminar apoyado en los brazos del rey de *Tezcoco* y del señor de *Iztapalapan*. Cortés despues de haber hecho al rey una profunda inclinacion, se acercó á él para ponerle en el cuello un cordoncillo de oro en que estaban ensartadas algunas cuentas de vidrio, que parecian piedras, y el rey inclinó la cabeza para recibirlo; pero queriendo Cortés abrazarlo, no le fué permitido por aquellos dos señores que hacian de braceros.[1] Le declaró el general en una breve arenga, como exigian las circunstancias, su benevolencia, su respeto y el placer que tenia por haber llegado á conocer á tan grande monarca. Motezuma le respondió en pocas palabras, y hecha la acostumbrada ceremonia de tocar la tierra y besarse la mano, le recompensó el presente de las cuentas de vidrio con dos cadenas de hermosas conchas, de las cuales pendian algunos cangrejos de oro hechos al natural. Encargó al príncipe *Cuitlahuatzin* condujera á Cortés al alojamiento, y él se volvió con el rey de *Tezcoco*.

Tanto la nobleza como el inmenso pueblo que desde las azoteas, puertas y ventanas de las casas observaba todo lo que sucedia, estaban admirados y aturdidos, no menos por la novedad de tantos objetos extraordinarios presentados á su vista, que por la inaudita dignacion de su rey, la cual contribuyó mucho á aumentar la reputacion de los españoles. Estos marchaban tambien llenos de admiracion de ver la grandeza de la ciudad, la magnificencia de los edificios y la multitud de los habitantes por aquella grande y ancha calzada, que sin separarse un punto de la derechura, se unia con la de *Iztapalapan*, fabricada sobre la laguna, hasta la puerta meridional del templo mayor, alternándose en sus ánimos con la admiracion el temor de su suerte, viéndose tan pocos en el centro de un reino extranjero. Así caminaron milla y media dentro de la ciudad hasta el palacio que habia sido del rey *Axayacatl*, no muy distante de la puerta occidental del referido templo, destinado para su posada. Allí los esperaba *Motezuma*, el cual por este motivo se habia ido por delante. Cuando llegó Cortés á la puerta de aquel palacio, lo tomó el rey de la mano, lo introdujo en una gran sala, lo hizo sentar en una tarima semejante en la figura á la de nuestros altares y cubierta de un hermoso tapete de algodon, y junto á una pared cubierta tambien de un tapete adornado de oro y piedras preciosas, y despidiéndose atentamente les dijo: "Vos "con vuestros compañeros estais ahora en vuestra propia casa; comed y reposad, que yo dentro de breve volveré."

Se fué el rey á su palacio, y Cortés mandó inmediatamente hacer una salva de toda la artillería, para intimidar con semejante estrépito á los mejicanos. Entre tanto fué á ver todos los aposentos del palacio para alojar su gente. Era tan grande este edificio, que en él se alojaron cómodamente, así los españoles como sus aliados, los cuales, juntamente con las mujeres y la servidumbre que aquellos llevaban consigo, pasaban de siete mil. Por todas partes habia una gran limpieza; casi todos los aposentos tenian lechos de junco y de palma, segun su costumbre, con otras esteras enrolladas por almohadas, y bajo de cielos de algodon y escaños hechos de una sola pieza. Algunos aposentos tenian el pavimento cubierto de esteras, y las paredes igualmente cubiertas de tapetes de algodon de varios colores. Las paredes eran muy gruesas, y en ciertas distancias habia algunas torres. Y así los españoles encontraron allí cuanto podian desear para su seguridad. El diligente y precavido general distribuyó inmediatamente las guardias, formó una batería de sus cañones frente de la puerta del palacio, y puso tanta diligencia para fortificarse como si aquel mismo dia esperase algun asalto de sus enemigos. Se dispuso aquel dia á Cortés y á sus capitanes magnífico banquete servido por la nobleza, y para el resto del ejército se llevaron diversas y abundantes viandas, aunque de inferior calidad. Este dia, tan memorable, no menos para los españoles que para los mejicanos, fué el 8 de noviembre de 1519, después de siete meses de haber llegado los españoles al país de Anáhuac.

1 Solís en la relacion de aquel encuentro tiene cuatro errores. Primero. Dice que el presente de Cortés fué una banda ó una cadena de vidrio. Segundo Que aquellos dos señores que acompañaban á Motezuma no permitieron á Cortés ponerle al cuello la banda. Tercero. Que lo hicieron con algun enojo. Cuarto. Que por esto fueron reprendidos por el rey. Todo esto es falso, inventado por el capricho y opuesto á la relacion del mismo Cortés.

LIBRO IX.

Conferencia del rey Motezuma con el general español.—Prision del rey de Méjico, del de Acolhuacan y de otros señores.—Suplicio atroz de Quauhpopoca.—Tentativas del gobernador de Cuba contra Cortés y derrota de Pánfilo de Narvaez.—Matanza de muchos nobles, y sublevacion del pueblo mejicano contra los españoles. Muerte del rey Motezuma.—Combates, peligros y derrota de los españoles.—Batalla de Otompan y retirada de los españoles á Tlaxcála.—Eleccion del rey Cuitlahuatzin.—Victoria de los españoles en Tepeyacac, Xallantzinco, Tecamachalco y Quauhquechollan.—Muertes causadas por la viruela.—Muerte del rey Cuitlahuatzin y de los príncipes Maxixcatzin y Cuicuitzcatzin.—Eleccion en Méjico del rey Quauhtemotzin.

Despues que los españoles comieron y ordenaron todo lo que convenia á su seguridad, volvió á visitarlos el rey acompañado de mucha nobleza. Cortés vino á encontrarlo con sus capitanes, y ambos unidos entraron en la sala principal, en donde prontamente pusieron otra tarima al lado de la del general español. El rey le presentó muchas obras curiosas de oro, plata y plumas, y mas de cinco mil vestidos finísimos de algodon. Habiéndose sentado, hizo tambien sentar á Cortés, quedando todos los demás en pié. Cortés le protestó con grandes expresiones su gratitud, y queriendo continuar su discurso, le interrumpió Motezuma con estas palabras:

"Valiente general, y vosotros sus compañeros: " todos mis domésticos y cortesanos son testigos " del placer que he tenido por vuestro feliz arri- " bo á esta corte; y si hasta ahora habia manifes- " tado repugnarlo, ha sido solamente por condes- " cender con mis súbditos. Vuestra fama ha " engrandecido los objetos y turbado los ánimos. " Se decia que érais dioses inmortales que ve- " níais montados sobre fieras de portentosa gran- " deza y ferocidad, y que vibrábais rayos con " los cuales haciais temblar toda la tierra. Otros " esparcian que érais monstruos arrojados por el " mar; que la insaciable hambre del oro os habia " hecho abandonar vuestra patria; que érais muy " inclinados á las delicias, y tan glotones, que " uno de vosotros comia tanto como diez de los " nuestros. Pero todos esos errores se han des- " terrado con el trato que han tenido con vos- " otros mis súbditos. Ya se sabe que sois hom- " bres mortales como nosotros, aunque algo di- " ferentes en el color y la barba. Ya hemos " visto con nuestros ojos que estas fieras tan " montadas, no son otra cosa que venados mas " corpulentos que los nuestros, y que vuestros " pretendidos rayos no son mas que una especie " mas bien formada de cervatanas, cuyas bolas " se despiden con mayor estrépito y causan ma- " yor mal. En cuanto á vuestras otras cualida- " des personales, estamos bien informados de a- " quellos que os han tratado, que sois benignos " y generosos; que tolerais con paciencia las in- " comodidades; que no usais de rigor sino con- " tra aquellos que provocan vuestro enojo con " sus hostilidades, ni os servís de las armas sino " para la justa defensa de vuestras personas.

"No dudo que vosotros igualmente habreis ya " desechado de vuestro ánimo, ó inmediatamen- " te desechareis aquellas falsas ideas que os ha " hecho concebir la adulacion de mis vasallos ó " la malevolencia de mis enemigos. Habrá ha- " bido quien os haya dicho que yo soy uno de " los dioses y que tomo á mi árbitrio la figura de " leon, de tigre ó de cualquiera otro animal; pe- " ro ya veis (al decir esto cogió con los dedos " el pellejo de su brazo) que soy de carne y hue- " sos como los otros mortales, aunque mas noble " por nacimiento y mas poderoso por la alteza " de mi dignidad. Los de *Cempoalla*, los cuales " con vuestra proteccion se han sustraido de mi " obediencia (pero no quedará impune su rebe- " lion), os habrán hecho creer que las paredes y " techos de mis palacios son de oro; pero vues- " tros propios ojos pueden desmentirlos. Este " es uno de mis palacios, y ya veis que las pare- " des son de piedra y cal y los techos de made- " ra. Yo no negaré que son grandes mis rique- " zas; pero las hacen mayores las exageraciones " de mis súbditos. Algunos se habrán quejado " con vosotros de mi crueldad y tiranía; pero " ellos dan este nombre al uso legítimo de la su- " prema autoridad, y llaman crueldad á la nece- " saria severidad de la justicia.

"Depuesto pues por nosotros y por vosotros " cualquier mal concepto originado de falsos in- " formes, yo acepto la embajada de aquel gran " rey que os manda, aprecio su amistad y ofrez- " co á su obediencia todo mi reino, pues atendi- " das todas las señales que hemos observado en " el cielo y lo que vemos en vosotros, nos pare- " ce llegado ya el tiempo en que se cumplen los " oráculos de nuestros antepasados, esto es, que " debian venir de la parte de Levante ciertos " hombres distintos de nosotros en los vestidos y " las costumbres, los cuales deberian ser señores " de todos estos países, pues nosotros no somos " originarios de esta tierra; no ha muchos años " que nuestros antepasados vinieron aquí de las " regiones setentrionales, y nosotros no hemos " gobernado hasta ahora estos pueblos sino co- " mo lugar-tenientes de *Quetzalcoatl*, nuestro " dios y legítimo señor."

Cortés respondió dándole muchas gracias por los singulares beneficios que hasta entonces habia recibido de él y por el honroso concepto que se habia formado de los españoles. Le dijo que era enviado por el mayor monarca de la Europa, el cual, aunque pudiese aspirar á alguna cosa mas, como que era descendiente de *Quetzalcoatl*, sin embargo, se contentaba con establecer una confederacion y amistad perpetua con su majestad y

sus sucesores; que el fin de su embajada no era el de quitar á otro lo que poseia, sino mas bien anunciarles la verdadera religion y comunicarle algunos avisos importantes para mejorar el gobierno y hacer felices á sus vasallos; lo que haria en otra ocasion si su majestad se dignase escucharlo. Aceptólo el rey, y habiéndose informado del grado y condicion de cada uno de los españoles, se despidió, y de ahí á poco mandó un regalo, esto es, para cada uno de los capitanes ciertas obras de oro y tres fardos de vestidos preciosos de plumas, y por cada soldado dos fardos de vestidos de algodon. Este feliz principio hubiera podido asegurar á los españoles la posesion pacífica de aquella vasta monarquía, si se hubiesen conducido mas por la prudencia que por el valor.[1]

Al dia siguiente, queriendo Cortés corresponder la visita al rey, le mandó pedir audiencia, y la obtuvo tan prontamente, que los que le llevaron la respuesta fueron los mismos introductores de los embajadores que debian conducirlo é instruirlo en el ceremonial de aquella corte. Se vistió Cortés de la mas magnífica gala que tenia, y llevó consigo á los capitanes Alvarado, Sandoval, Velazquez de Leon y Ordaz, y juntamente cinco soldados. Fueron al real palacio entre una multitud de pueblo, y luego que llegaron á la primera puerta, aquellos que los acompañaban se formaron en dos filas, una de cada lado, pues el entrar allí agolpados se tenia por falta de respeto á la majestad. Después de haber pasado por tres patios y algunas salas, en la última antecámara para llegar á la sala de audiencia, fueron recibidos cortesmente por algunos señores que hacian la guardia, y precisados á descalzarse y á cubrirse los hábitos magníficos con vestidos groseros. Cuando entraron en la sala de audiencia, el rey dió algunos pasos hácia Cortés y lo tomó por la mano, y volviendo amorosamente la vista hácia los otros, los hizo sentar á todos. La conversacion fué larga y sobre diversos asuntos. El rey hizo algunas preguntas, tanto sobre el gobierno político como sobre las cosas naturales de España, y Cortés, después de haberle satisfecho á todas, se introdujo con sagacidad en materias de religion. Le expuso la unidad de Dios, la encarnacion del Verbo divino, la creacion del mundo, la severidad del juicio de Dios, la gloria con que premia á los justos y las penas eternas á que condena á los pecadores. Después habló de los ritos del cristianismo, y particularmente del incruento sacrificio de la misa, para hacer el cotejo con los inhumanos sacrificios de los mejicanos, declamando fuertemente contra la bárbara crueldad de inmolar víctimas humanas y alimentarse de su carne. Motezuma respondió que en órden á la creacion del mundo estaban de acuerdo, pues aquello mismo que habia dicho Cortés lo habian ya entendido de sus mayores; que de lo demás, ya se habia informado por sus embajadores de la religion de los españoles. "Yo, por otra parte, añadió, no dudo de la bondad del Dios que adorais; pero si él es bueno para la España, los nuestros lo son igualmente para Méjico, como lo ha hecho ver la experiencia de tantos siglos. Por lo tanto, dispensaos del trabajo de quererme inducir el dejar su culto. En órden, pues, á los sacrificios, yo no sé por qué se haya de censurar el sacrificar á los dioses de aquellos hombres que ó por sus propios delitos ó por su suerte en la guerra, están ya destinados á la muerte." Pero aunque no consiguió Cortés persuadirles la verdad de la religion cristiana, obtuvo, sin embargo, segun lo que dicen, que no se pusiese ya en la mesa real carne humana, ó porque con las razones de Cortés se hubiese dispertado en su ánimo el horror natural á semejante vianda, ó porque quisiese al menos complacer en esto á los españoles. Quiso tambien explicar en esta ocasion su real magnificencia hácia ellos, regalando á Cortés y á los cuatro capitanes algunas figuras de oro y diez fardos de vestidos finos de algodon, y á cada soldado una cadena de oro.

Vuelto Cortés á su cuartel (así llamaremos de aquí en adelante al palacio del rey Axayacatl en donde se alojaron los españoles), comenzó á reconocer el peligro en que se hallaba en el centro de una ciudad tan fuerte y populosa, y resolvió conciliarse los ánimos de la nobleza con una buena conducta y con modales obsequiosos y amables, y mandó á su gente que se manejase de tal modo, que no pudiesen quejarse de ellos los mejicanos; pero mientras que parecia atender con mayor diligencia á la paz, y siéndole necesario para madurarlos el informarse antes con sus ojos de las fortificaciones de Méjico y de las fuerzas de los mejicanos, pidió al rey permiso para ver los palacios reales, el templo mayor y la plaza del mercado. Lo concedió benignamente el rey, como que nada sospechaba del sagaz general, ni previó las consecuencias de su demasiada indulgencia. Vieron, pues, los españoles todo lo que quisieron, encontrando por todas partes abundante materia de admiracion.

Estaba entonces situada la ciudad de Méjico, como ya hemos dicho, en una isleta de la laguna de *Tezcoco*, quince millas al Poniente de esta cor-

1 El docto y juicioso padre Acosta, hablando de esta primera conferencia de Motezuma, en el lib. 7, cap. 26 de su Historia, dice así: "Es opinion de muchos, que como "aquel dia quedó el negocio puesto, pudieran con facilidad "hacer del rey y reino lo que quisieran, y darles la ley de "Cristo con gran satisfaccion y paz. Mas los juicios de "Dios son altos, y los pecados de ambas partes muchos, y "así se rodeó la cosa muy diferente, aunque al cabo salió "Dios con su intento de hacer misericordia á aquella na- "cion con la luz de su Evangelio, habiendo primero he- "cho juicio y castigo de los que lo merecian en su divino "acatamiento."

te y cuatro al Oriente de *Tlacopan*. Se pasaba del continente á la isleta por tres grandes calzadas de piedra y tierra, fabricadas de intento sobre la misma laguna, la de *Ixtapalapan* al Mediodía, de mas de siete millas de largo, la de *Tlacopan* al Poniente, de cerca de dos, y la de *Tepeyacac* al Norte, de tres,[1] y todas tres tan anchas, que podian andar en ellas diez hombres á caballo apareados. A mas de estas tres calzadas, habia otra mas angosta para los dos acueductos de *Chapoltepec*. El ámbito de la ciudad, no comprendidos los arrabales, era de mas de nueve millas, y el número de las casas á lo menos de sesenta mil.[2] Estaba dividida la ciudad en cuatro cuarteles, y cada uno de estos en algunos barrios, cuyos nombres mejicanos se conservan hasta ahora entre los indios. Las líneas divisorias de los cuatro cuarteles, eran las cuatro largas calles correspondientes á las otras tantas puertas del atrio del templo mayor. El primer cuartel, llamado *Tecpan* (hoy San Pablo), comprendia toda aquella parte que habia entre las dos calles correspondientes á las puertas meridional y oriental. El segundo *Moyotla* (en el dia San Juan), entre las calles meridional y occidental. El tercero *Tlaquechiuhcan* (hoy Santa María), entre las calles occidental y setentrional, y el cuarto *Atzacualco* (hoy San Sebastian), entre las calles setentrional y oriental. A estas cuatro partes en que se dividió aquella ciudad desde su fundacion, se añadió como una quinta parte la ciudad de Tlatelolco, situada al Nordeste, quedando después de la conquista del rey Axayacatl, unida á la de *Tenochtitlan* y compuesta de ambas la de Méjico.

Habia al rededor de la ciudad muchos bordes y cercas para contener las aguas cuando era necesario, y dentro de ella tantos canales, que apenas habia barrio á donde no se pudiese ir en canoa; lo que contribuia no menos á hermosear la ciudad, hacer mas fácil el trasporte de los víveres y todas las demás cosas de su comercio, que á asegurar mas á los ciudadanos contra las tentativas de sus enemigos. Las calles principales eran anchas y derechas. De las demás, algunas eran meros canales por donde no se podia andar de otro modo que en canoas, otras estaban empedradas y sin ninguna agua, y otras tenian un canal pequeño entre dos terraplenes, los cuales servian para la comodidad de los viandantes y para descargar las canoas, ó tambien eran jardines pequeños con árboles plantados en órden, y flores.

Por lo que respecta á los edificios, á mas de los muchos templos y magníficos palacios reales de que hemos hablado en otra parte, habia tambien otros palacios ó casas grandes que habian fabricado los señores feudatarios para su habitacion durante la temporada en que estaban obligados á residir en la corte. Sobre todas las casas, á excepcion de las de los pobres, habia azoteas con parapetos, y en algunas aun almenas y torres, aunque mucho mas pequeñas que las de los templos; y así los mejicanos consultaron á su defensa no menos en las calles y casas que en los templos.

A mas de la grande y célebre plaza de *Tlatelolco*, en donde se hacia el principal mercado, habia otras plazuelas distribuidas por toda la ciudad, en que se vendian los víveres ordinarios. Habia tambien en algunos lugares fuentes y estanques, principalmente junto a los templos, y muchos jardines, unos plantados al nivel de la tierra, y otros en las altas azoteas.

Los muchos y grandes edificios, pulidamente blanqueados y bruñidos, las altas torres de los templos esparcidas por los cuarteles de la ciudad, los canales, las arboledas y los jardines, formaban un conjunto tan hermoso, que parecia no se satisfacian jamás los españoles de verlo, principalmente cuando lo observaron desde el atrio superior del templo mayor, el cual dominaba no solamente la poblacion de la corte, sino tambien las lagunas y las hermosas y grandes ciudades que habia al rededor. No menos admirados que-

1 El doctor Robertson, en vez de la calzada de *Tepeyacac* pone la de *Tezcoco*, la cual, en el lugar en donde describe á Méjico, sitúa hácia al Nordeste, y en dende habla de los puestos de la armada española en el asedio de aquella capital hácia el Oriente, habiendo dicho antes que hácia este rumbo no habia ninguna calzada sobre la laguna; pero ni hubo ni jamás pudo haber calzada en la laguna de Méjico á Tezcoco, por razon de la suma profundidad de su lecho en aquella parte, y caso de que la hubiese habido, no seria de solas tres millas, como afirma este autor, sino de quince, cuanto es el espacio intermedio de la laguna.

2 Torquemada afirma que la poblacion de la capital era de 120.000 casas; pero el conquistador anónimo, Gomara, Herrera y otros historiadores, convienen en el número de 60.000 casas, no de 60.000 habitantes como dice Robertson, pues no hubo allí autor antiguo que la estimase tan pequeña. Es verdad que en la traduccion italiana de la relacion del conquistador anónimo se lee *sesenta mil habitantes;* pero esto sin duda ha sido un error del traductor, el cual, habiendo tal vez hallado en el original sesenta mil vecinos, tradujo *habitanti* debiendo decir *fuochi*, pues de otro modo se diria que *Chalollan*, *Xochimilco*, *Ixtapalapan* y otras semejantes ciudades, eran mas grandes que la de Méjico. Mas en el referido número no se comprenden las casas de los arrabales. Nos consta por el testimonio de Herrera y Bernal Diaz, que hácia el Poniente se continuaban las casas por uno y otro lado de la calzada de *Tlacopan* hasta el continente, esto es, por un espacio de dos millas. Hácia el Sudueste estaba el arrabal de *Aztacalco*, hácia el Mediodía los de Acatlan, Malcuitlapilco, Atenco é Ixtacalco, y hácia el Nordeste Zancopinca, Huitznahuac, Xocotitlan, Coltonco y otros. Es de creer que Torquemada quiso contar tambien las casas de los arrabales; pero con todo esto, me parece excesivo el número de 120.000 casas.

daron al ver los palacios reales y la sorprendente variedad de plantas y animales que se criaban en ellos; pero ninguna otra cosa llenó de mas asombro á sus ánimos, que la gran plaza del mercado. No hubo allí español que no la celebrase con singulares elogios, y algunos de ellos que habian viajado por casi toda la Europa, protestaron, como testifica Bernal Diaz, que no habian visto jamás en ninguna plaza del mundo ni un número tan grande de negociantes, ni tanta variedad de mercancías, ni un tan bello órden y disposicion en todo.

Cuando los españoles subieron al templo mayor, encontraron allí al rey, el cual se habia adelantado para impedir con su presencia cualquiera atentado que se quisiese hacer contra sus dioses. Después de haber observado, estimulados por el rey, desde aquella elevacion la ciudad, Cortés le pidió permiso para ver los santuarios, y él lo concedió después de haber consultado á los sacerdotes. Entraron en ellos los españoles, y contemplaron, no sin compasion y horror, la ceguedad de aquellos pueblos, y la horrenda mortandad que en ellos causaba la supersticion de sus sacrificios. Cortés volviéndose entonces al rey, le dijo: "Me admiro, señor, que un monar- " ca tan sabio como sois vos, adore como á dio- " ses á estas abominables figuras del demonio." " Si yo hubiera sabido, respondió el rey, que ha- " bias de hablar con tanto desprecio de nuestros " dioses, jamás hubiera cedido á vuestros rue- " gos." Cortés viéndolo tan enojado, le pidió perdon, y se despidió para volverse al cuartel. " Anda pues en paz, dijo el rey, que yo me que- " do aquí para aplacar la cólera de nuestros dio- " ses provocada con vuestras blasfemias."

A pesar de este disgusto, consiguió Cortés del rey no solamente el permiso para fabricar dentro del recinto del cuartel una capilla en honor del verdadero Dios, sino tambien los operarios y materiales para la fábrica, en la cual se celebró la santa misa mientras hubo vino, y diariamente concurrian á ella los soldados á practicar sus devociones. Plantó tambien en el patio principal una cruz, para que viesen los mejicanos la suma veneracion que tenia entre los españoles aquel santo instrumento de nuestra redencion. Queria además consagrar al culto del verdadero Dios el mismo santuario de *Huitzilopochtli*, y entonces fué contenido por respeto del rey y de los sacerdotes; pero lo ejecutó algunos meses después, habiéndose adquirido mayor autoridad con la prision del rey y con otras acciones no menos temerarias que ya veremos. Despedazó los ídolos que allí se veneraban, hizo limpiar y aderezar el santuario, colocó en él un Crucifijo y una imágen de la Madre de Dios,[1] y puesto de rodillas delante de estas sagradas imágenes, dió gracias al Altísimo por haberle concedido el adorarlo en aquel lugar, por tanto tiempo antes destinado á la mas abominable y cruel idolatría. Este mismo celo por la religion lo indujo á repetir con frecuencia al rey sus discursos sobre las santísimas verdades del cristianismo; pero aunque Motezuma no estuviese dispuesto á abrazarlo, sin embargo, movido de sus razones mandó que de allí en adelante no se sacrificasen ya víctimas humanas, y aunque no complaciese al general español en renunciar la idolatría, siempre lo acariciaba y no habia dia en el cual no hiciese nuevas finezas y regalos á los españoles. La órden que dió á los sacerdotes en órden á los sacrificios, no fué observada constantemente, y aquella grande armonía que habia habido hasta entonces, se turbó por el inaudito atentado del general español.

No habian pasado mas que seis dias después de la entrada de los españoles en Méjico, cuando Cortés, hallándose aislado en medio de un inmenso pueblo y conociendo cuánto peligro corria su vida si alguna vez se mudase, como podria suceder, el ánimo del rey, se persuadió que no habia otro arbitrio que tomar para su seguridad, que el de apoderarse de la persona misma del rey; pero siendo un medio tan repugnante á la razon, la cual exigia de él respeto á la majestad de aquel monarca y gratitud á su beneficencia, buscó pretextos para aquietar su conciencia y para poner á cubierto su honor,[1] y no encontró

1 La imágen de la Madre de Dios que colocó Cortés en el santuario de *Huitzilopochtli*, se cree ser aquella misma que al presente se venera con el título de los Remedios, en un magnífico templo distante cerca de ocho millas de la capital, hácia el Poniente. Se dice que la llevó consigo á Méjico un soldado de Cortés llamado Villafuerte, y que el dia después de aquella terrible noche en la cual fueron derrotados los españoles, él la escondió en el lugar en donde algunos años después se encontró, esto es, en aquel mismo en donde hoy se venera.

1 Que el intento de Cortés hubiese sido el de apoderarse de Motezuma de cualquier modo que fuese, y que las revoluciones de la Veracruz no fueron mas que un pretexto para poner en obra su designio, consta evidentemente por su carta á Cárlos V de 30 de octubre de 1520. "Pasados, invictísimo príncipe (dice en el capítulo 23 de esta carta ó relacion), seis dias después que en la gran ciudad de Temistitan entré (debia decir *Tenochtitlan*), é habiendo visto algunas cosas de ella, aunque pocas, segun lo que hay que ver y notar; por aquellas me pareció y aun por lo que de la tierra habia visto, que convenia al real servicio y á nuestra seguridad que aquel señor (Motezuma) estuviera en mi poder, y no en toda su libertad, porque no mudase el propósito que mostraba en servir á V. A.; mayormente que los españoles somos algo incomportables é importunos, é porque enojándose nos podia hacer mucho daño, y tanto, que no hubiese memoria de nosotros, segun su gran poder; é tambien porque teniéndole conmigo, todas las otras tierras que á él eran súbditas, vendrian mas aina al conocimiento y servicio de V. M., como después sucedió." Aun mas claramente lo manifiesta en el capítulo 2 de la misma carta, citando otra escrita por él al mis-

otro mas oportuno que el de las revoluciones de la Veracruz, cuya noticia, recibida ya en *ChololTan*, habia reservado en el pecho hasta entonces; pero queriendo ahora servirse de ella, la manifestó á sus capitanes para que seriamente pensasen en lo que convendria hacer para libertarse de tan graves peligros; y para justificar mas su atentado y mover á sus españoles á ejecutarlo, hizo llamar á algunas personas principales de sus aliados (cuyo informe deberia serles siempre sospechoso por razon de su capital enemistad con los mejicanos) y les preguntó si habian observado alguna novedad en los habitantes de aquella corte. Ellos respondieron que la plebe mejicana estaba entonces divertida en los públicos festejos que habia mandado el rey para celebrar el arribo de tan nobles estanjeros; pero que en la nobleza advertian cierto aire sospechoso, y entre otras cosas les habian sido decir que seria fácil el quitar los puentes de los canales, lo cual parecia indicar alguna secreta conspiracion contra los españoles.

No pudo Cortés dormir aquella noche por la inquietud, y la pasó toda andando pensativo por el cuartel. Una centinela le hizo saber inmediatamente que en un aposento habia una puerta recientemente tapada. Cortés la hizo abrir, y habiendo entrado, encontró muchos aposentos en donde estaba depositado el tesoro del difunto rey *Axayacatl*. Vió allí muchos ídolos, una gran cantidad de alhajas de plata y oro, de piedras, de plumas y de algodon, y algunas otras cosas que pagaban á la corona las provincias tributarias, ó tambien regalaban los señores feudatarios á su soberano. Después de haber observado con asombro tan grande riqueza, hizo Cortés cerrar otra vez la puerta, dejando todo inmediatamente en el mismo estado que antes.

La mañana siguiente reunió á sus capitanes, les representó las hostilidades hechas por el señor de *Nauchtlan* contra el presidio de la Veracruz y contra los *totonacos* sus aliados, los cuales, segun decian estos mismos, no se habrian hecho sin órden ó permiso del rey de Méjico. Expuso con la mayor energía el gravísimo peligro en que se hallaban, y les declaró su designio, exagerando las utilidades que debian esperarse de la ejecucion, y disminuyendo los males que podrian seguirse. Los dictámenes fueron varios. Algunos despreciaban el consejo del general como temerario é impracticable, y decian que seria mejor pedir permiso al rey para retirarse de la corte, pues el que con tanto empeño y con tan grandes regalos habia solicitado disuadirlos de la resolucion de ir á Méjico, fácilmente les concederia el que marchasen Otros, aunque creian necesaria la partida, pero juzgaban que debia hacerse ocultamente; pero la mayor parte de ellos atraidos anticipadamente por el mismo general á su dictámen, como es de creerse, consintió en él, desechando los otros como ignominiosos y mas arriesgados. "¿Qué dirá de nosotros, decian, viéndo-
" nos salir repentinamente de una corte en don-
" de estamos colmados de honor? ¿quién habrá
" que no se persuada que el miedo es el que nos
" echa de aquí? Pues si llegamos á perder la
" reputacion de valientes, ¿qué seguridad podre-
" mos prometernos ó en aquellos lugares de los
" mejicanos por los cuales necesariamente de-
" bemos pasar, ó entre nuestros aliados, que ya
" no se contendrán por el respeto de nuestras
" armas?" Se tomó finalmente la resolucion de coger á Motezuma en su palacio y conducirlo prisionero á su cuartel; resolucion bárbara y estravagante hasta el exceso, sugerida por el temor de su suerte y por la experiencia de su propia felicidad, la cual mas que ninguna otra cosa alienta á los hombres á avanzarse á las mas arduas empresas y los arroja frecuentemente en el precipicio.

Para la ejecucion de un atentado tan peligroso, puso Cortés sobre las armas á todas sus tropas y las distribuyó en los lugares convenientes. Mandó á cinco de sus capitanes y á veinticinco soldados de quienes mas se fiaba, que se fuesen de dos en dos á palacio, pero de tal modo que concurriesen allí á un tiempo, como si eso fuese por casualidad, y él se fué con la intérprete doña Marina, obteniendo antes el beneplácito del rey en aquella hora en que solia visitarlo. Fué introducido con los otros españoles en la sala de audiencia, en donde el rey, muy lejos de presentir lo que le iba á suceder, los recibió con la acostumbrada amabilidad. Los hizo sentar, les regaló algunas cosas de oro, y además presentó á Cortés una de sus hijas. Este después de haberle significado con las expresiones mas atentas su grrtitud, se excusó de recibirla alegando que era casado en Cuba, y segun la ley divina de los cristianos, no les era permitido tener dos mujeres; pero al fin la admitió en su compañía por no dar disgusto al rey y por tener ocasion de hacerla cristiana, como en efecto lo consiguió. A los otros capitanes dió igualmente el rey algunas hijas de los señores mejicanos de aquellas que tenia en su serrallo. Se entretuvieron después un poco sobre varios asuntos; pero viendo Cortés que los discursos lo distraian de su intento, dijo al rey que aquella visita se dirigia á darle parte del procedimiento del señor de *Nauhtlan*, su vasallo; se quejó de las hostilidades hechas por aquel señor contra los totonacos por su amistad con los españoles, de la guerra hecha contra estos que

mo rey desde la Veracruz. "Certifiqué, dice, á V. A., que lo habria (á Motezuma) ó preso, ó muerto, ó súbdito á la corona real de V. M., y con este propósito y demanda me partí de la ciudad de Cempoalla." Pues cuando Cortés salió de Cempoalla no habian sucedido todavía las revoluciones de la Veracruz, ni habia recibido del rey ningun agravio, sino mas bien favores singulares y los mas magníficos presentes.

quedaron en la Veracruz, y de la muerte del gobernador Escalante y de seis soldados de aquella guarnicion. "Yo, añadió, debo dar cuenta á mi " soberano de la muerte de estos españoles, y " para poderle dar una conveniente satisfaccion, " he hecho averiguaciones en órden á una con" ducta tan irregular. Todos os culpan como el " principal autor de semejantes revoluciones; pe" ro yo estoy distante de imaginar una perfidia " tal en tan gran monarca, como la de perseguir" nos como enemigo en aquella provincia, al mis" mo tiempo en que nos colma de gracias en la " corte." "Yo no dudo, respondió el rey, que " aquellos que me culpan de la guerra de *Nauh-* " *tlan* son los *tlaxcaltecas*, mis jurados enemigos; " pero os protesto que no he tenido ningun in" flujo en ella. *Quauhpopoca* se ha adelantado " á hacerla sin mi órden, antes bien contra mi " propia voluntad; y á fin de que os conste la " verdad, yo lo haré inmediatamente venir á la " corte y lo pondré en vuestras manos." Llamó inmediatamente á dos de sus cortesanos, y entregándoles cierta piedra en que estaba esculpida la imágen del dios de la guerra, la cual llevaba siempre pendiente del brazo y servia en lugar de sello para señal de sus mandatos, les mandó que fuesen con la mayor celeridad posible para *Nauhtlan* y trajeran á Quauhpopoca y á las otras personas principales que habian intervenido en la muerte de los españoles, y los autorizó para levantar tropas y cogerlos por fuerza, caso que no quisiesen obedecer.

Los dos cortesanos marcharon inmediatamente para ejecutar su comision, y el rey dijo á Cortés: "¿Qué mas puedo hacer para aseguraros " de mi sinceridad?" "Yo no dudo de ella, res" pondió Cortés; pero para disipar el error en " que están aun vuestros mismos vasallos, de que " por vuestra órden se ha ejecutado el atentado " de *Nauhtlan*, quiero una demostracion extraor" dinaria, la cual haga manifiesta vuestra bene" volencia hácia nosotros, y ninguna otra me " parece mas conveniente á este fin, que la de " que os dignois venir á vivir con nosotros hasta " tanto que sean conducidos los reos y por su " confesion se aclare vuestra inocencia. Esto " servirá para satisfacer á mi soberano, justifi" car vuestra conducta, y para honrarnos y po" nernos á cubierto bajo la sombra de vuestra " majestad." A pesar de las artificiosas palabras con que procuró Cortés dorar su atrevida é injuriosa pretension, el rey la conoció inmediatamente y se turbó. "¿Dónde se ha visto jamás, " dijo, que los reyes se dejen llevar prisioneros? " Y aun cuando yo quisiese envilecer de este " modo mi persona y dignidad, ¿no se pondrian " inmediatamente sobre las armas todos mis va" sallos para libertarme? Yo no soy hombre " que pueda esconderme ó huir á los montes. " Sin sujetarme á una tal infamia, estoy aquí " siempre pronto á satisfacer á vuestras quejas." " La casa, señor, dijo entonces Cortés, á la cual " os convidamos, es uno de vuestros palacios; no " causará admiracion á vuestros súbditos, acos" tumbrados ya á veros con frecuencia mudar de " habitacion, el veros ahora venir á habitar el " palacio de vuestro padre *Axayacatl*, bajo el " pretexto de manifestarnos vuestra benevolen" cia. Caso, pues, que vuestros vasallos se atre" van á hacer alguna cosa contra vos ó contra " nosotros, tenemos mucho valor, fuertes brazos " y buenas armas para reprimir su temeridad. " Por lo demás, yo os empeño mi palabra que " estareis tan honrado por nosotros y tan bien " servido como por vuestros propios vasallos." El rey perseveró en su repugnancia y Cortés en sus instancias, hasta que uno de los capitanes españoles, muy atrevido é inconsiderado, llevando á mal que se dilatase la ejecucion de su designio, dijo con cólera que dejasen las conversaciones y se determinasen á traerlo por fuerza ó matarlo. El rey, el cual en el semblante del español conoció su intento, preguntó á doña Marina que qué decia aquel furioso extranjero. " Yo, señor, respondió discretamente esta, co" me súbdita vuestra deseo vuestra felicidad, y " como confidente de estos hombres, sé sus se" cretos y conozco su genio. Si vos os dignais " de hacer lo que quieren, sereis tratado por " ellos con todo aquel honor y distincion que se " debe á vuestra real persona; pero si insistís en " vuestra resistencia, corre peligro vuestra vida." Aquel infeliz rey, el cual desde que tuvo la primera noticia del arribo de los españoles habia estado dominado de un temor supersticioso, y de dia en dia se hacia mas pusilánime, viéndose ahora en tal estrecho y persuadiéndose á que antes que llegasen sus guardias á socorrerlo podria haber ya perecido á manos de aquellos hombres tan atrevidos y resueltos, cedió finalmente á sus instancias. "Yo, dijo, me quiero fiar de " vosotros; vamos pues, vamos, pues así lo quie" ren los dioses." E inmediatamente mandó que le dispusieran la litera, y se metió en ella para trasladarse al cuartel de los españoles.

Yo no dudo que los lectores experimentarán al leer y al considerar las circunstancias de este extraordinario suceso, aquel mismo disgusto que yo siento al escribirlo; pero es necesario, así en este como en otros sucesos de esta Historia, elevar la consideracion al cielo y reverenciar con el mas profundo respeto los altísimos consejos de la divina Providencia, la cual tomó á los españoles por instrumentos de su justicia y de su misericordia, castigando en algunos la supersticion y la crueldad, é iluminando á los otros con la luz del Evangelio. No cesemos jamás de inculcar esta verdad y de hacer conocer, aun en las acciones mas irregulares de las criaturas, la bondad, sabiduría y omnipotencia del Criador.

Salió finalmente Motezuma de su palacio para ya no volver á él. Salió protestando á sus cor-

tumnos, que por ciertas causas consultadas antes con los dioses, se iba por su voluntad á vivir por algunos dias con aquellos extranjeros, mandándoles que así lo publicasen por toda la corte. Fué con todo aquel tren y magnificencia que acostumbraba siempre que se dejaba ver en público, y los españoles iban junto á él guardándole so color de honrarlo. Se divulgó inmediatamente por toda la ciudad la noticia de aquel extraordinario suceso, y concurria en tropel el pueblo; algunos enternecidos lloraban, y otros se tiraban por el suelo como desesperados. El rey procuraba aquietarlos significándoles el gusto con que iba á estar entre aquellos sus amigos; pero temiendo algun desórden, mandó á sus ministros que echasen de la calle á la plebe, é impuso pena de muerte á cualquiera que causase alguna inquietud. Junto al cuartel acarició á los españoles que vinieron á encontrarlo, y tomó para su habitacion el departamento que mas le agradó, el cual aderezaron prontamente sus domésticos con los mas finos tapices de algodon y pluma y con los mejores muebles del palacio real. Cortés puso guardias en la entrada de aquel departamento, y redobló las que ordinariamente habia para la seguridad del cuartel. Intimó á todos los españoles y aliados que lo tratasen y sirviesen con todo aquel respeto que se debia á su majestad, y permitió que de los mejicanos entrasen á visitarlo cuantos quisieran, con tal de que fueran pocos en cada vez, y así nada le faltaba de cuanto tenia en su palacio, menos la libertad.

Daba allí Motezuma libremente audiencia á sus vasallos, escuchaba sus pleitos, pronunciaba las sentencias, y gobernaba el reino con el auxilio de sus ministros y consejeros. Le servian sus domésticos con la misma diligencia y puntualidad que ellos acostumbraban. Le servia á la mesa un escuadron de nobles ordenados de cuatro en cuatro, y llevando en alto los platos para mayor ostentacion. Después de haber escogido lo que le agradaba, repartia el resto entre los españoles que le asistian y entre los nobles mejicanos que lo servian. No contenta con esto su generosidad, hacia frecuentes y magníficos regalos á los españoles.

Cortés por su lado mostraba tal celo porque su gente le tuviese el respeto que se le debia, que hizo azotar á un soldado español porque le respondió groseramente, y lo hubiera hecho ahorcar, segun afirman algunos historiadores, si el mismo rey no hubiese intercedido en favor del reo. Pero si este era digno de tal castigo por haber faltado con semejante respuesta al respeto debido á la majestad de aquel rey, ¿qué pena mereceria el que le habia privado temerariamente de su libertad? Cada vez que Cortés entraba á visitarlo, le hacia la misma reverencia y los mismos cumplimientos que solia hacer cuando iba á palacio. Para divertirlo en la prision mandaba hacer á los soldados el ejercicio de las armas, ó tambien los hacia jugar delante de él, y el mismo rey se dignaba algunas veces jugar con Cortés y con el capitan Alvarado á un juego que los españoles llamaban el *bodoque*, y mostraba gusto de perder por tener ocasiones de ejercitar su liberalidad. Una vez perdió después de comer, cuarenta pedazos de oro no trabajado, esto es, por lo que podemos conjeturar, ciento y setenta onzas á lo menos. Así fácilmente disipan sus riquezas los que las han adquirido sin propio trabajo.

Viendo Cortés su liberalidad, ó mas bien su prodigalidad, le dijo un dia que algunos soldados pícaros habian quitado del tesoro de su difunto padre *Axayacatl* ciertos pedazos de oro; pero que los haria inmediatamente volver á poner en donde estaban. "Con tal de que no toquen, dijo el rey, las imágenes de los dioses, "ni á lo que es destinado á su culto, cojan "cuanto quieran." Habido este permiso, sacaron de allí los españoles mas de mil vestidos finos de algodon: Cortés mandó que los volviesen á poner allí; pero Motezuma se opuso, diciendo que él jamás volvia á tomar lo que una vez habia dado. Hizo tambien Cortés aprisionar algunos soldados porque habian cogido del mismo tesoro cierta cantidad de liquidámbar; pero á peticion del rey fueron inmediatamente puestos en libertad. No contento Motezuma con dar sus riquezas á los españoles, presentó á Cortés otra hija suya, la cual aceptó este general para casarla con Cristóbal de Olid, maestre de campo de las tropas españolas. Esta princesa, como las otras presentadas antes, fueron inmediatamente instruidas y bautizadas sin contradiccion alguna de su padre.

No dudando ya Cortés de la buena voluntad del rey manifestada ya, no menos en las extraordinarias demostraciones de liberalidad que en el gusto que mostraba de estar entre los españoles, después de algunos dias de prision le permitió el salir del cuartel, y lo exhortó á ir siempre que quisiera á divertirse en la caza, á la cual era extremadamente aficionado. No rehusó aquel envilecido monarca este uso miserable de su libertad que se le concedia; salia frecuentemente é iba ya á los templos á hacer sus devociones, ya á la laguna á la caza de algunas aves acuátiles, ya al bosque de *Chapoltepec* ó algun otro lugar de recreo, guardado siempre por un buen número de soldados españoles. Cuando iba por la laguna lo escoltaban muchísimas canoas, ó dos bergantines mandados hacer por Cortés luego que entró en aquella corte.[1] Cuando iba á algun bosque, lo acompañaban dos mil tlaxcaltecas á mas de la numerosa comitiva de mejicanos

1 Para exponer de una vez toda la vida de Motezuma en la prision, recordamos aquí algunos acontecimientos aunque muchos posteriores á aquello que vamos á referir.

que iba siempre para su servicio; pero no pernoctaba jamas fuera del cuartel.

Mas de quince dias habian corrido ya después de la prision de Motezuma, cuando volvieron aquellos dos cortesanos mandados á *Nauhtlan* conduciendo consigo á *Quauhpopoca*, un hijo suyo y otros quinces nobles cómplices en la muerte del capitan Escalante. *Quauhpopoca* venia ricamente sobre una litera. Cuando llegó al cuartel se descalzó, segun el ceremonial de palacio, y se cubrió con un hábito grosero: fué introducido á la audiencia del rey, y hechas las acostumbradas ceremonias de respeto, le dijo: "Ved aquí, muy "grande y poderoso señor, á vuestro siervo obe- "diente a vuestras órdenes y pronto á cumplir "en todo vuestra voluntad." "Muy mal os ha- "beis conducido esta vez, le respondió con enojo "el rey, en tratar como enemigos á aquellos ex- "tranjeros que yo he recibido amistosamente en "mi corte, y ha sido muy grande vuestra teme- "ridad en culparme como autor de semejante a- "tentado: sereis por lo mismo castigado como trai- "dor á vuestro soberano." Y queriendo *Quauhpopoca* disculparse, no quiso escucharlo, y lo hizo inmediatamente entregar á Cortés, juntamente con los cómplices, para que después de examinado el delito, los castigase con la pena que conviniese. Cortés les hizo las debidas interrogaciones, y ellos confesaron francamente el hecho sin culpar al principio al rey, hasta que viéndose amenazados con los tormentos y creyendo inevitable su suplicio, declararon que cuanto habian hecho les habia sido mandado por el rey, sin cuyas órdenes no hubieran tenido jamás el atrevimiento de intentar cosa alguna contra los españoles.

Cortés, oida su confesion y manifestando que no creia su disculpa, los condenó á ser quemados vivos delante del real palacio como reos de lesa majestad. Se fué inmediatamente al departamento del rey con tres ó cuatro de sus capitanes, y un soldado que llevaba en las manos los grillos, y sin omitir ni aun esta ocasion las acostumbradas ceremonias y cumplimientos, le dijo al rey: "Ya han sido, señor, examinados "los reos, y todos han confesado su delito, y cul- "pan á vos como autor de la muerte de mis es- "pañoles. Yo los he condenado al suplicio que "merecen y que mereceis tambien vos, atendida "su confesion; pero teniendo por otra parte con- "sideracion á los grandes beneficios que hasta "ahora nos habeis hecho, y al afecto que habeis "manifestado á mi soberano y á mi nacion, "quiero concederos la gracia de la vida; pero "no puedo dejar de haceros sentir una parte de "la pena que mereceis por vuestro delito." Dicho esto, mandó airadamente al soldado que le pusiese los grillos en los piés, y sin querer oir nada, volvió las espaldas y se marchó. Fué tan grande el asombro del rey al ver sujeta á tanto ultraje su persona, que no le dejó ningun movimiento para la resistencia ni palabra alguna para explicar su dolor. Estuvo un buen rato casi privado de sentido. Los domésticos que le asistian, declararon con muchas lágrimas su dolor, y arrojándose á sus piés, le aligeraban con sus manos el peso de los grillos, y procuraban evitarle el contacto de estos interponiéndole fajas de algodon. Vuelto en sí del asombro, prorumpió en algunas acciones de impaciencia; pero se serenó prontamente, atribuyendo su desgracia á las soberanas disposiciones de los dioses.

Apenas hecha esta accion tan atrevida, pasó Cortés á ejecutar otra empresa no menos temeraria. Después de haber dado órden á las guardias del cuartel de no permitir que entrase ningun mejicano á ver al rey, mandó que fuese conducido al suplicio *Quauhpopoca*, con su hijo y los otros reos. Los condujeron los mismos españoles armados y puestos en órden de batalla para hacer cara al pueblo si acaso quisiera impedir la ejecucion; pero ¿qué podia hacer aquella poca tropa contra la inmensa multitud de mejicanos que debian ser espectadores de aquel gran suceso, si Dios, el cual lo disponia todo para la ejecucion de sus altísimos designios, no hubiese impedido los efectos que debian causarse por el inaudito atentado de aquellos pocos hombres? El fuego se encendió delante del palacio principal del rey. La leña que se empleó para él, fué una gran cantidad de arcos, flechas, dardos, lanzas, espadas y escudos que estaban en una armería, porque así lo exigió Cortés del rey para libertarse de la inquietud que le causaba la vista de tantas armas. *Quauhpopoca*, atados los piés y las manos y puesto sobre la leña en la cual debia ser quemado, protestó de nuevo su inocencia, y repitió que cuanto habia hecho habia sido por expreso mandato de su rey: hizo después oraciones á sus dioses, y animó á sus compañeros á sufrir la muerte. Se encendió el fuego y en pocos minutos fueron consumidos,[1] á vista de un inmenso pueblo, el cual no se movió, porque se persuadió, como es de creerse, que aquel suplicio se ejecutaba por órden del rey, y es muy verosímil que á su nombre se hubiese publicado la sentencia.

No se puede justificar de ningun modo la con-

1 Solís en donde hace mencion de la sentencia de Cortés contra *Quauhpopoca*, dice así: "Juzgóse militarmen- "te la causa y se le dió sentencia de muerte, con la cir- "cunstancia de que fuesen quemados públicamente sus "cuerpos." En lo cual sin manifestar la especie de suplicio á que fueron condenados, da á entender que no fueron quemados los reos, sino solamente sus cádaveres; lo cual no es conforme á la sinceridad que se requiere en un historiador. El procuró disimular lo que no se compadecia con el panegírico de su héroe; pero poco importa su disimulo, pues no solamente los otros historiadores, sino aun el mismo Cortés, lo afirma claramente en su carta á Cárlos V. Véase especialmente al cronista Herrera en su década 2, cap. 9.

[illegible] de Cortés, pues á mas de haberse arrogado una autoridad que no le convenia, si él creyó ciertamente que el rey habia sido autor de las revoluciones de la Veracruz, ¿por qué condenar á muerte, y una muerte tan acerba, á aquellos hombres que no tenian otro delito que ejecutar puntualmente las órdenes de su soberano? Si no creia culpable al rey, ¿por qué sujetarlo á tanta ignominia, sin consideracion al respeto debido á su carácter, á la gratitud que exigia su beneficencia ni á la indemnidad que se debia á su inocencia? Yo conjeturo que *Quauhpopoca* tuvo del rey la órden precisa de sujetar á los *totonacos* á la obediencia de aquella corona, y por no poder cumplir con ella sin enredarse con los españoles, como que protegian á los rebeldes, llevó las cosas hasta los extremos que hemos visto.

Luego que fueron ajusticiados los reos, se fué Cortés al departamiento de Motesuma, y saludándole amorosamente y ponderando la gracia que le hacia en concederle la vida, le hizo quitar los grillos. El júbilo que tuvo entonces Motesuma fué proporcionado á la tristeza que le habia causado la ignominia. Se disipó enteramente el temor que tenia de perder la vida, y recibió la libertad como un beneficio incomparable. ¡Tanto así se habia envilecido el ánimo de aquel rey! Abrazó con suma benevolencia á Cortés, le significó con singulares demostraciones su gratitud, y aquel dia hizo extraordinarias finezas á los españoles y á sus propios vasallos. Cortés quitó las guardias que habia allí, y dijo al rey que cuando quisiese podia restituirse á su palacio, bien seguro de que el rey no lo haria, pues muchas veces le habia oido que no le convenia volver á su palacio mientras los españoles estuviesen en la corte. En efecto, no quiso dejar el cuartel, protestando el peligro que corrian los españoles siempre que los abandonase; pero puede creerse que tambien lo retrajese de volver á su libertad su propio peligro, pues no ignoraba cuán á mal habian llevado sus vasallos el envilecimiento de su ánimo y su demasiada condescendencia para con los españoles.

Es muy verosímil que el suplicio de *Quauhpopoca* causase algun fermento entre la nobleza; pues á pocos dias *Cacamatzin*, rey de *Acolhuacan*, no pudiendo ya sufrir la autoridad que iban adquiriendo los españoles en la corte de Méjico y avergonzándose de ver en tan miserable estado al rey Motesuma su tio, le mandó decir que se acordase que era señor y no quisiese hacerse esclavo de aquellos extranjeros; pero viendo que Motesuma rehusaba seguir su consejo, se resolvió á hacer él mismo la guerra á los españoles. La ruina de estos hubiera sido inevitable, si la estimacion que tenia *Cacamatzin* entre los mejicanos y *tezcocanos* hubiese sido igual á su intrepidez y resolucion; pero los mejicanos sospecharon que so color de celo por el honor de su tio, ocultase alguna astuta ambicion y el designio de usurpar la corona de Méjico. Entre los *tezcocanos* sus súbditos, no estaba muy bien recibido por su orgullo, y el mal que habia hecho á su hermano el príncipe *Cuicuitzcatzin*, el cual por evitar la persecucion estaba refugiado en Méjico y era mas estimado por su índole dulce y popular.

Se fué, pues, *Cacamatzin* á *Tezcoco*, y convocados sus consejeros y los mas respetables personajes de su corte, les representó el lamentable estado en que se hallaba la corte de Méjico por el demasiado atrevimiento de los españoles y la pusilanimidad del rey su tio; la autoridad que aquellos pocos extranjeros se iban arrogando, las gravísimas injurias que habian hecho á la persona del rey aprisionándolo, como si fuese un vil esclavo, y aun á los mismos dioses, introduciendo en aquel reino el culto de otros númenes extranjeros: exageró los males que de tales principios podrian resultar contra la corte y contra el reino de *Acolhuacan*. "Es tiempo, pues, decia, " de combatir por nuestra religion, nuestra pa- " tria, nuestra libertad y nuestro honor, antes de " que se aumente el poder de estos hombres, ó " con nuevos refuerzos venidos de su país, ó con " nuevas alianzas contraidas en el nuestro." Finalmente, les mandó le manifestasen libremente su dictámen. Los consejeros en la mayor parte se declararon por el partido de la guerra, ó por complacer al rey ó porque en efecto eran de ese dictámen; pero ciertos ancianos muy autorizados dijeron al rey con libertad, que no se dejase tan fácilmente llevar del ardor juvenil; que antes de tomar alguna resolucion advirtiese que los españoles eran hombres guerreros y resueltos y peleaban con armas muy superiores; que no atendiese tanto á su parentesco con Motezuma, cuanto á la alianza y amistad de este con los españoles; que semejante amistad, de la cual habia ciertas y claras pruebas, le haria sacrificar á la ambicion de aquellos extranjeros todos los intereses de la sangre y de la patria.

A pesar de estas representaciones, se resolvió la guerra, é inmediatamente se comenzaron á hacer los preparativos con el mayor secreto, pero no tanto que no llegase la noticia á Motezuma y á Cortés. Este general entró en una gravísima inquietud; pero considerando por otra parte que todas las empresas temerarias le salian bien, determinó prevenir el golpe marchando con sus tropas á dar un asalto á *Tezcoco*. Lo disuadió Motesuma de una determinacion tan atrevida, informándole de las fuerzas de aquella corte y de la inmensa multitud de sus habitantes. Se determinó, pues, Cortés á mandar una embajada á aquel rey, recordándole la amistad contraida antes en Ayotzinco, cuando fué á encontrarlo á nombre del rey su tio, y diciéndole que pesase que cuanto es fácil emprender la guerra, tanto es difícil salir bien de ella; que le tendria mas cuenta el mantenerse en buena correspondencia con el rey de Castilla y con la nacion española. *Ca-*

camatzin respondió que él no podia tener por amigos á aquellos que le quitaban el honor, oprimian su patria, ultrajaban su sangre y despreciaban su religion; que ni sabia quién fuese el rey de Castilla ni le importaba saberlo; que si querian evitar el golpe que estaba para caer sobre sus cabezas, saliesen inmediatamente de Méjico y se volviesen á su patria.

A pesar de una respuesta tan fuerte, repitió Cortés la embajada; pero habiéndosele respondido en el mismo tono, se quejó con Motezuma, y para empeñarlo en aquel negocio, fingió sospechar de él que tuviese algun influjo en los proyectos hostiles do su sobrino. Motezuma se purificó de la sospecha con las protestas mas sinceras y se ofreció á interponer en él su autoridad. Mandó por lo mismo decir á *Cacamatzin* que viniese á Méjico á visitarlo; que él hallaria modo de ajustar aquellas diferencias. *Cacamatzin*, indignado de ver á Motezuma mas empeñado en favor de los que oprimian su libertad que de aquel que trabajaba por restituírsela, le respondió que si después de tanta infamia hubiese quedado en él algun sentimiento de honor, se avergonzaría de verse hecho esclavo de cuatro pícaros, los cuales mientras lo atraian con buenas palabras, lo ultrajaban con hechos; que pues no bastaba á moverlo ni el celo de la religion mejicana y de los dioses *acolhuas* despreciados por aquellos extranjeros, ni la gloria de sus antepasados oscurecida y envilecida por su cobardía, él quería ayudar á la religion, vengar á los dioses, conservar el reino, recuperar el honor y la libertad de él y de toda la nacion; que por lo mismo, él lo veria en efecto, como le suplicaba, en Méjico, no ya con las manos en el seno, sino empuñando la espada para borrar con la sangre de los españoles el oprobio de los mejicanos.

Se consternó el rey Motezuma con tal respuesta, temiendo ser víctima en aquella tempestad ó de la venganza de los españoles, ó del furor del rey *Cacamatzin*; por lo que resolvió usar de un remedio extremo para impedirla y salvar su vida con una traicion. Dió pues secretamente órden á ciertos oficiales mejicanos que servian en la guardia del rey su sobrino, que procuraran con toda diligencia y sin dilacion prender á su real persona y conducirla con la mayor cautela á Méjico, porque esto importaba mucho al bien público del reino. Les sugirió el modo de hacerlo, y aun tal vez les hizo algun regalo y les prometió algun premio para animarlos á la empresa. Estos pues inquietaron á otros oficiales ó domésticos del rey *Cacamatzin*, que reconocieron mas dispuestos á aquella faccion, y con su ayuda consiguieron todo lo que queria Motezuma. Entre otros palacios tenia el rey de *Acolhuacan* uno fabricado á la orilla de la laguna de tal modo que por un canal que corría por debajo, podian entrar y salir las canoas. Aquí, en donde residia entonces el rey *Cacamatzin*, dispusieron un buen número de canoas con gente armada, y en la oscuridad de la noche, con la cual se cubren los mas grandes delitos, cargaron improvisamente con el rey, y antes de que pudiese venir alguna gente á defenderlo, lo pusieron en una canoa, y con la mayor prontitud lo llevaron á Méjico. Motezuma sin ninguna consideracion al carácter de soberano ni al parentesco con *Cacamatzin*, lo entregó inmediatamente á Cortés Este general, el cual por lo que aparece de su conducta no tenia ninguna idea del respeto que se debe á la majestad real aun en la persona de un bárbaro, le puso prisiones y lo encerró bajo la custodia de buena guardia. Las reflexiones que deben hacerse sobre este como sobre otros extraordinarios acontecimientos de nuestra historia, son demasiado fáciles y triviales para que deban detenernos en el curso de la narracion.

Cacamatzin, el cual habia comenzado su infausto reinado con las disensiones de su hermano *Ixtlilxochitl* y la desmembracion del Estado, lo acabó con la pérdida de la corona, de la libertad y de la vida. Determinó Motezuma, consintiendo en ello Cortés, que la corona de *Acolhuacan* se diese al príncipe *Cuicuitzcatzin*, el cual habia estado por Motezuma detenido en su palacio, desde que por evitar las persecuciones de su hermano *Cacamatzin*[1] se habia refugiado á Méjico y puesto bajo su proteccion. En esta eleccion se hizo agravio á los príncipes *Coanacotzin* é *Ixtlilxochitl*, los cuales, por haber nacido de la reina *Xocotzin*, tenian mayor derecho á la corona. No se puede saber el motivo que tuvo el rey para no querer á *Coanacotzin*, pues que por lo que mira á *Ixtlilxochitl*, aparece que no quiso aumentar el poder de un enemigo tan terrible. Sea lo que fuere, Motezuma hizo que *Cuicuitzcatzin* fuese reconocido rey por la nobleza *tezcocana*, y le acompañó juntamente con Cortés hasta la canoa en que debia pasar la laguna, y le recomendó la constante amistad con los mejicanos y españoles, pues á unos y á otros era deudor de la corona.

Fué *Cuicuitzcatzin* á *Tezcoco*, acompañado de muchos nobles de una y otra corte, y allí fué recibido con aclamaciones, arcos triunfales y bailes, trasladándolo la nobleza en una silla de la canoa al real palacio, en donde el noble mas anciano le hizo un largo razonamiento á nombre de

1 Cortés, en su carta á Cárlos V, dice que *Cuicuitzcatzin* era hijo de *Cacamatzin;* pero este fué un error del copiante de aquella carta, ó tambien del mismo Cortés, pues nos consta que eran hermanos, aunque solamente por parte de padre: ni podia ser lo que dice Cortés, pues él mismo afirma en otro lugar que *Cacamatzin* era un jóven de veinticinco años, y por otra parte representa á *Cuicuitzcatzin* en edad de poder gobernar el reino. Además, el propio Cortés en otra carta escrita á 15 de mayo de 1522, dice claramente que estos dos señores eran hermanos.

toda la nacion, congratulándose con él, exhortándolo al amor de sus vasallos, y ofreciéndose á amarlo como padre y á reverenciarlo como á su señor. Ninguno es capaz de explicar el dolor que semejantes noticias causaron á *Cacamatzin*, viéndose en la edad mas florida (pues no tenia mas que veinticinco años) privado de la corona que pocos años antes habia heredado de su padre, y reducido á la estrechez y soledad de una cárcel por el mismo rey á quien queria libertar y por los mismos extranjeros que habia querido echar del reino.

Tenia, pues, Cortés en su poder á los dos mas poderosos reyes de *Anáhuac*, y no tardó mucho en poner tambien al rey de *Tlacopan*, á los señores de *Iztapalapan* y de *Coyohuacan*, ambos hermanos del rey Motezuma, á dos hijos de este mismo rey, á *Itzquauhtzin*, señor de *Tlatelolco*, á un sumo sacerdote de Méjico, y á algunos otros de los mas respetables personajes, aunque ignoramos las circunstancias de estas prisiones; pero puede creerse que los anduviese cogiendo uno á uno cuando entraban á visitar al rey Motezuma.

Animado aquel general con tan prósperos sucesos y viendo el rey de Méjico enteramente sacrificado á sus deseos, le dijo que ya era tiempo de hacer que sus súbditos reconociesen al rey de España por su legítimo soberano, como que descendia del rey y dios *Quetzalcoatl*. Motezuma, el cual no tenia ánimo para contradecirle, convocó la principal nobleza de la corte y de las ciudades circunvecinas. Vinieron todos prontamente á recibir sus órdenes, y reunidos en una gran sala del cuartel y concurriendo allí Cortés con algunos otros españoles, les hizo el rey un largo discurso, en el cual les protestó el amor que les tenia como padre, de quien no debian temer que les propusiese cosa alguna que no fuese justa y ventajosa. Les recordó la antigua tradicion sobre la devolucion del imperio mejicano á los descendientes de *Quetzalcoatl*, cuyos lugartenientes habian sido así él como sus antecesores, y los fenómenos observados en los elementos, los cuales, segun la interpretacion de los sacerdotes y adivinos, significaban que ya habia llegado el tiempo en que se debian cumplir los oráculos. Yo no dudo que tambien hiciese mencion del memorable acontecimiento y vaticinio de su hermana *Papantzin*, recordado por nosotros en el libro 5.°, el cual verosímilmente seria la principal causa del envilecimiento de su ánimo. Despues pasó á cotejar las señales observadas en los españoles con las de la tradicion; por lo que concluyó que el rey de España era puntualmente el legítimo descendiente de *Quetzalcoatl*, á quien por lo mismo cedia el reino y le daba la obediencia y exhortaba á todos á hacer lo mismo.[1] Al decirse súbdito de otro rey, sintió un pesar tan grande, que le cortó el discurso, y le hizo sustituir las lágrimas á las voces. El llanto del rey fué seguido de tan amargos sollozos de toda la asamblea, que enternecieron y movieron á piedad á los españoles. A los sollozos, pues, sucedió un melancólico silencio, el cual rompió uno de los mas respetables señores mejicanos con estas palabras: "Pues señor, dijo al rey, ha llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos "antiguos, y los dioses quieren y vos mandais "que seamos súbditos de otro señor: ¿qué tenemos que hacer sino sujetarnos á las soberanas "disposiciones del cielo intimadas por vuestra "boca?"

Cortés entonces dió gracias al rey y á todos los señores que estaban presentes por su pronta y sincera sumision, y protestó que su soberano no pretendia quitar la corona al rey de Méjico, sino solamente hacer reconocer su alto dominio sobre aquel reino; que Motezuma no solamente

1 Las circunstancias de la referida asamblea, del tributo dado al rey de España y de la órden dada por Motezuma á Cortés de salir de la corte, se refieren por los historiadores con tal variedad, que no se encuentran ni dos que estén perfectamente de acuerdo. Yo en la narracion de estos acontecimientos, sigo principalmente las relaciones de Cortés y de Bernal Diaz, ambos testigos oculares. Solís afirma que el reconocimiento de Motezuma fué un mero artificio; *que no tuvo jamás intencion de cumplir lo que prometia; que su mira fué deshacerse de los españoles, y tomar tiempo para entenderse despues con su ambicion, sin hacer mucho caso de su palabra.* Pero si el acto de Motezuma fué un artificio y no pensaba efectuar lo que prometia, ¿por qué al decirse vasallo de otro monarca tuvo tanto dolor, que le interrumpió la voz y le sacó lágrimas, como dice el mismo autor? Si no pensaba mas que en deshacerse de los españoles, no era necesaria semejante ficcion. ¿Cuántas veces pudo con solo hacer una señal á sus vasallos, si hubiese querido, ó sacrificar á todos los españoles á sus dioses, ó tambien dejándoles la vida, hacerlos conducir atados al puerto, para que allí volviesen á tomar el camino para Cuba? Toda la conducta de Motezuma fué enteramente contraria á las intenciones que le supone Solís; pero nada desmiente tanto su acusacion, como el claro testimonio dado por la corte de España, la cual en algunos rescritos expedidos en favor de la real descendencia de Motezuma concediéndole esenciones y privilegios extraordinarios, declara que tales privilegios no pueden servir de ejemplar á ninguna otra casa; añade ha hecho á España tan grande servicio, como el que hizo el emperador Motezuma en incorporar con su voluntaria cesion á aquella corona un reino tan rico y tan grande camo el de Méjico. Si la obediencia dada por Motezuma al rey católico hubiese sido tal cual la representa Solís, se diria que la corte de España creia incorporado el reino de Méjico á la corona de Castilla á beneficio de una cesion fingida y engañosa y de un mero artificio de Motezuma; lo cual haria un gravísimo agravio á la cristiana rectitud de los reyes católicos. Betancourt en la parte 2 trat. 1.° de su *Teatro mejicano*, cita los referidos rescritos, cuyos originales estarán sin duda en el archivo de los señores condes de Motezuma y Tula.

seguiria mandando á sus vasallos, sino que tambien ejerceria la misma autoridad sobre todos aquellos pueblos que hubiesen de sujetarse á los españoles. Despedida la asamblea, mandó Cortés extender un público instrumento de aquel acto con todas las solemnidades que le parecieron necesarias, para mandarlo á la corte de España.

Habiendo, pues, dado este paso tan felizmente, represento á Motezuma que pues ya habia reconocido el dominio del rey de Castilla sobre aquellos países, era necesario manifestar su subordinacion con alguna contribucion de oro y plata, alegando para esto el derecho que tenian los soberanos para exigir semejante tributo de sus vasallos, para mantener el esplendor de la corona, sustentar á sus ministros, para los gastos de la guerra y para las otras necesidades del Estado. Motezuma con magnificencia regia le dió el tesoro de su padre *Axayacatl*, que se conservaba, como ya hemos dicho, en aquel mismo palacio, del cual nada habia quitado hasta entonces Cortés, sin embargo de que le hubiese sido expresamente permitido por el rey tomar todo aquello que quisiese. Todo este tesoro vino á manos de los españoles, juntamente con todo aquello que contribuyeron los señores feudatarios de aquella corona; lo cual fué tanto, que con ello, después de haber separado la quinta parte para el rey de España, tuvo Cortés cuanto necesitaba para pagar las deudas contraidas en Cuba en el alistamiento de la armada y para remunerar á sus padres y soldados, quedando todavía mucho para los gastos que habia que hacer en lo sucesivo. Para el rey se destinaron, á mas de la quinta parte del oro y plata que hubo, ciertas alhajas que conservaron enteras por consideracion á su admirable artificio, las cuales, segun el cómputo de Cortés, importaban mas de cien mil ducados; pero la mayor parte de esta riqueza se perdió, como después veremos.

Triunfaban los españoles de verse dueños á tan poca costa de tantas riquezas y de haber sujetado sin ningun trabajo a su soberano un reino tan grande y opulento; pero su felicidad era ya extremada, y era necesario, segun la condicion de las cosas humanas, que anduviesen á competencia los sucesos prósperos con los adversos. La nobleza mejicana, la cual hasta entonces se habia montenido en un respetuoso silencio por su suma deferencia á la voluntad de su señor, viéndolo ahora en tanto envilecimiento, al rey de *Acolhuacan* y á otros respetables personajes engrillados y á la nacion sujeta al dominio de un monarca extranjero que no conocia, comenzó primero á murmurar entre dientes, y después á hablar con mayor libertad, á vituperar su tolerancia, á formar juntas, y aun, segun se dice, á levantar tropas para libertar de aquella ignominiosa opresion á su rey y á su nacion. Hablaron á Motezuma algunos de sus favoritos, representándole el dolor que sus vasallos tenian por su desgracia, considerando disminuido su poder y oscurecido el esplendor de su dignidad y el fermento que ya comenzaba á advertirse no menos entre la nobleza que entre el bajo pueblo, impacientes de verse sometidos á un rey extranjero y condenados á sacrificarles el fruto de sus trabajos. Lo exhortaron á sacudir el temor que se habia apoderado de él y á recobrar su autoridad, pues si él no lo hacia, lo harian sus vasallos, los cuales estaban determinados á echar de la corte y del reino á aquellos huéspedes tan insolentes y perniciosos. Por otra parte, los sacerdotes le exageraban el detrimento que sufria la religion y lo intimidaban con las amenazas que decian se hacian por sus dioses, enojados y resueltos á negar la lluvia á los campos y su proteccion á los mejicanos si no despedia luego á aquellos hombres tan contrarios á su culto. Algunos historiadores muy fáciles en creer las apariciones de los espíritus, añaden que el mismo demonio se hizo visible al rey, amenazándolo con muchos males que haria caer sobre su persona y sobre el reino si sufria mas tiempo á los españoles, y prometiéndole si los echaba, perpetuar en su familia la corona de Méjico y hacer sumamente felices á sus vasallos.

Movido Motezuma con tantas representaciones y amenazas, avergonzado de que se le hubiese echado en cara su cobardía y enternecido por la desgracia de su sobrino *Cacamatzin*, á quien siempre habia amado con singular ternura, y por la de su hermano *Cuitlahuatzin* y de otros personajes de la primera nobleza, aunque no consintiese en el partido de quitar la vida á los españoles, como le aconsejaban algunos, se resolvió sin embargo á decirles abiertamente que se fuesen de aquel reino. Para esto hizo llamar un dia á Cortés, el cual sabedor de las conferencias secretas que en los dias anteriores habia tenido el rey con sus ministros, nobles y sacerdotes, sintió una gran turbacion en su ánimo; pero disimulando cuanto le fué posible, se fué inmediatamente al rey acompañado de dos españoles. Motezuma los recibió con menos amabilidad que la que solia mostrarles, y les manifestó abiertamente su resolucion. "No podreis dudar, les dijo, del grande amor que os he tenido después de tantas y tan claras demostraciones. Hasta ahora os he tenido gustoso en mi corte, y así he querido permanecer aquí viviendo con vosotros por el singular placer que tengo con vuestro trato y conversacion. Por lo que á mí toca, os tendria sin ninguna novedad, dándoos todos los dias mayores pruebas de mi benevolencia; pero no se puede, porque ni mis dioses lo permiten, ni lo toleran mis vasallos. Me hallo amenazado de los mas terribles castigos del cielo si os dejo estar mas tiempo en mi reino, y en mis vasallos se ha comenzado á advertir tal inquietud, que si no quito inmediatamente la causa, me será después entera-

mente imposible el aquietarlos; por lo que es necesario, así para mi bien como para el vuestro y para el de todo este Estado, que os dispongais para volver á vuestra patria." Cortés aunque atravesado del mas profundo dolor, afectando sin embargo una gran serenidad en su semblante, respondió que su ánimo estaba pronto á obedecerlo, pero que faltandole bajeles para el trasporte, por razon de haberse arruinado aquellos en que habia venido de Cuba, necesitaba tiempo, trabajadores y materiales para hacer otros. Lleno entonces Motezuma de júbilo por la prontitud con que se ofrecia á obedecer y abrazándolo, le dijo. que no era necesario precipitar la marcha; que fabricase, pues, sus bajeles; que le suministraria la madera necesaria y gente para cortarla y trasportarla al puerto." En efecto, dió inmediatamente órden á un buen número de carpinteros de que cortasen la madera necesaria de un pinar que estaba poco distante del puerto de *Chiahuitztlan*, y Cortés por su parte mandó algunos españoles para que dirigiesen el corte, esperando que entre tanto se mudase el estado de las cosas en Méjico, ó tal vez le llegase nuevo socorro de españoles mandados de las islas ó de España.[1]

Ocho dias después de que se tomó esta resolucion, hizo Motezuma llamar de nuevo á Cortés, y este general entró en nueva inquietud. El rey le dijo que ya no era necesario fabricar bajeles, porque poco antes habian llegado al puerto de *Chalchiuhcuecan* diez y ocho navíos semejantes á los suyos ya destruidos, en los cuales podia embarcarse con su gente; que violentase por lo mismo su marcha, porque así convenia al bien del reino. Cortés disimuló el júbilo que tuvo con tal noticia, y dando gracias á Dios en su corazon por haberle mandado un socorro tan oportuno, respondió al rey, que si aquellos bajeles debian hacer viaje á Cuba, él estaba pronto á partir; pero que de otro modo seria necesario continuar la fábrica de sus navíos. Vió, pues, y examinó las pinturas de aquella armada mandadas al rey por los gobernadores de la costa, y no dudó que era de españoles; pero muy distante de pensar que fuese mandada contra él, se persuadió mas bien que habian vuelto sus procuradores enviados el año anterior á la corte de España, y que llevaban consigo sus reales despachos y conducian un buen número de tropas para la conquista.

1 Casi todos los historiadores españoles dicen que cuando el rey hizo llamar á Cortés para intimarle la órden de marchar, habia alistado un ejército para hacerse obedecer por fuerza si acaso hubiese alguna resistencia; pero hay una grande variedad entre ellos, pues algunos afirman que estaban sobre las armas cien mil hombres, otros rebajan de este número la mitad, y otros, finalmente, lo reducen á cinco mil. Yo me persuado que hubiese habido en efecto alguna tropa alistada; pero no por órden del rey, sino solamente por la de algunos de aquellos nobles que habian tomado un empeño mas grande en este asunto.

Este gran consuelo le duró hasta que le llegaron las cartas de Gonzalo de Sandoval de la colonia de la Veracruz, en las cuales le hacia saber que aquella armada, compuesta de once navíos y siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes y mas de quinientos hombres de mar con doce piezas de artillería y abundantes municiones de guerra al mando del general Pánfilo Narvaez, era mandada por Diego Velazquez, gobernador de Cuba, contra el mismo Cortés, como vasallo rebelde y traidor a su soberano. Recibió este fuerte golpe en la presencia del rey Motezuma; pero sin mostrar en el semblante ninguna turbacion, dió á entender al rey que aquellos que habian llegado á *Chalchiuhcuecan* eran nuevos compañeros mandados de Cuba. Del mismo disimulo usó con sus españoles hasta que no tuvo preparados sus ánimos.

Es indudable que esta ocasion fué una de aquellas en las cuales hizo brillar Cortés su invicta constancia y magnanimidad: se hallaba por una parte amenazado de todo el poder de los mejicanos si permanecia en la corte, y por otra veia alistada contra sí una armada compuesta de sus mismos nacionales, muy superior á la suya; pero su cordura, su singular industria y su prodigioso valor cambiaron en bien todo el mal que le amenazaba. Procuró, así por cartas como por algunos medianeros de quienes mas se fiaba, conciliarse el ánimo de Narvaez y hacerlo entrar en razon, ofreciéndole varios partidos y representándoles las utilidades que tendrian los españoles si se uniesen ambas armadas y obrasen de acuerdo, y por el contrario, los males que deberia causar á unos y á otros la discordia. Narvaez por consejo de tres desertores de Cortés se habia ya desembarcado con toda su armada en la costa de *Cempoalla* y se habia puesto en cuarteles en aquella ciudad. El señor de ella, conociendo que sus nuevos huéspedes eran tambien españoles y creyendo que venian á unirse con su amigo Cortés, ó tal vez temiendo su poder, los recibió con sumo honor y los proveyó de todo lo que necesitaban. Motezuma creyendo al principio lo mismo, mandó á Narvaez ricos presentes y dió órden á sus gobernadores de que le hicieran los mismos obsequios que antes habian hecho á Cortés; pero de allí á pocos dias advirtió la discordia que habia entre ellos, á pesar del gran disimulo de Cortés y de sus esfuerzos por impedir que esta noticia llegase al rey ó á sus vasallos.

Tuvo entonces Motezuma la mas bella ocasion del mundo para destruir á unos y á otros, si hubiese abrigado en su corazon aquellos sanguinarios proyectos que algunos historiadores quisieron imputarle. Narvaez trabajó por apartarlo de Cortés y de los de su partido, culpándolos á todos de traicion, y prometiendo castigar su inaudita temeridad en aprisionar tan gran rey y libertar, tanto á este mismo como á toda la nacion, de su tiranía; pero Motezuma estuvo tan lejos de

maquinar alguna cosa por semejantes sugestiones contra Cortés, que antes bien cuando este general le hizo saber su expedicion contra Narvaez, mostró Motezuma un gran disgusto por el riesgo á que se exponia con tropas tan inferiores, y se ofreció á levantar prontamente un buen ejército para mandarlo en su auxilio.

Habia ya Cortés hecho todas las diligencias posibles para venir á un acomodamiento pacífico y ventajoso á ambas armadas sin otro efecto que el de recibir nuevos desprecios y amenazas del arrogante y fiero Narvaez. Viéndose, pues, precisado á hacer la guerra á sus nacionales y no queriendo por su desconfianza usar del socorro que le ofrecia el rey de Méjico, suplicó al senado de *Tlaxcala* alistase cuatro mil hombres de guerra para llevarlos consigo, y mandó á *Chinantla* un soldado llamado Tobilla, hombre muy práctico en el ejercicio de la guerra, para que pidiese dos mil hombres á aquella belicosa nacion, y se proveyese de trescientas de aquellas lanzas que usaban los mismos *chinantecos*, para resistir á la caballería de Narvaez, pues eran mas largas y mas fuertes que las de los españoles. Dejó en Méjico ciento cuarenta[1] españoles con todos sus aliados al mando del capitan Pedro de Alvarado, recomendándole que guardase y tratase bien al rey y procurase mantenerse en buena armonía con los mejicanos, principalmente con la familia real y la nobleza. Al despedirse del rey, le dijo que dejaba allí en su lugar al capitan *Tonatiuh* (con este nombre del sol era llamado por los mejicanos Alvarado, porque era rubio), encargado de servir en todo á su majestad; que le suplicaba continuase su proteccion á los españoles; que él iba á encontrar aquel comandante recientemente venido y hacer cuanto le fuese posible por poner en ejecucion sus reales órdenes. Motezuma después de haberle hecho nuevas protestas de su benevolencia, lo hizo proveer abundantemente de víveres y de hombres de carga para el trasporte del equipaje y lo despidió con suma amabilidad.

Partió Cortés de Méjico al principio de mayo del año de 1520, después de haber estado seis meses en aquella corte, con setenta españoles y alguna nobleza mejicana que quiso acompañarlo por algun espacio del camino. Algunos historiadores se han persuadido que los mejicanos iban para hacer de espías y dar cuenta al rey de cuanto aconteciese; pero Cortés no los creyó tales, aunque por otra parte no se fiase de ellos. Hizo el viaje por *Chalollan*, en donde se le unió el capitan Velasquez, el cual volvia de *Coatzacoalco*, habiendo sido mandado allí con alguna tropa de Cortés para buscar un puerto mas cómodo para los bajeles. Allí tambien recibió Cortés una buena provision de víveres mandados por el senado de *Tlaxcala;* pero no tuvo los cuatro mil hombres que habia pedido, ó porque no se atrevieron á entrar en nuevas acciones con los españoles, como afirma Bernal Diaz, ó porque no quisieron alejarse tanto de su patria, como dicen otros historiadores, ó porque viendo á Cortés con fuerzas tan inferiores á las de su enemigo, temiesen quedar vencidos en aquella expedicion. Algunas jornadas antes de llegar á Cempoalla, alcanzó á Cortés el soldado Tobilla con las trescientas lanzas de *Chinantla*, y en *Tapanacuetla*, pueblo distante cerca de treinta millas de aquella ciudad, se le unió el famoso capitan Sandoval, con setenta soldados del presidio de la Veracruz.

Finalmente, después de haber hecho nuevos requerimientos á Narvaez y haber distribuido algun oro entre los partidarios de este arrogante general, entró Cortés en *Cempoalla* á media noche con doscientos cincuenta hombres,[1] sin caballos ni otras armas que lanzas, espadas, rodelas y puñales, y encaminándose poco á poco y sin ningun rumor al templo mayor de aquella ciudad, en donde tenian los enemigos su cuartel, dió allí un asalto tan furioso, que antes de amanecer se habia ya hecho dueño del cuartel, de todos sus enemigos, de la artillería, de las armas y caballos, quedando muertos cuatro solamente de sus soldados y quince de los enemigos, y muchos heridos de una y otra parte.[2] Se hizo reconocer por todos capitan general y supremo magistrado, puso prisioneros en la fortaleza de la Veracruz así á Narvaez como á Salvatierra, persona respetable y enemigo jurado de Cortés, é hizo quitar á los bajeles las velas, los timones y las agujas. Apenas comenzaba la luz de aquel dia (el cual fué la domínica de Pentecostés, 27 de mayo), que llegaron dos mil chinantecos en buen órden y bien armados,[3] los cuales vinieron solamente á ser testigos del triunfo de Cortés y del rubor de

1 Bernal Diaz dice que los españoles que quedaron en Méjico fueron ochenta y tres. En las ediciones modernas de las cartas de Cortés, se dice que fueron quinientos; pero en una edicion antigua se pone el número de ciento cuarenta, el cual me parece el cierto, atendido el número total de las tropas españolas. El número de quinientos es evidentemente falso y se contradice á la relacion del mismo Cortés.

1 Bernal Diaz dice que Cortés fué á *Cempoalla* con 206 hombres. Torquemada numera 266, á mas de cinco capitanes; pero Cortés, que lo sabia mejor que ellos, afirma que fueron 250.

2 Tambien hay variedad en los autores en órden al número de muertos en aquel asalto; yo pongo el que me parece mas verosímil, atendida la relacion de los mismos autores.

3 Algunos autores dicen que los *chinantecos* intervinieron en el asalto del cuartel de Narvaez; pero Bernal Diaz, que estuvo presente, afirma lo contrario. Cortés no hace mencion de ellos. Quien quiera informarse de todas las circunstancias de esta gloriosa expedicion de Cortés, podrá consultar á los historiadores de la conquista, pues nosotros las omitimos como no conducentes á nuestra historia.

los partidarios de Narvaez, viéndose vencidos por tan pocos enemigos y menos armados que ellos. La felicidad de esta expedicion se debió en gran parte al incomparable valor de Sandoval, el cual con ochenta hombres subió al templo en medio de una tempestad de saetas y balas, asaltó el santuario en donde se habia fortificado Narvaez y se apoderó de su persona.

Hallándose, pues, Cortés con diez y ocho bajeles, con casi dos mil hombres de tropa española, con cerca de cien caballos y con suficiente copia de municiones de guerra, pensó hacer nuevas expediciones en las costas del Golfo de Méjico, y tenia ya destinados los capitanes que debian mandarlas y la gente que debia ir bajo sus órdenes, cuando le vinieron de Méjico infaustas noticias que trastornaron sus proyectos y lo obligaron á volver prontamente á la capital.

En aquel tiempo en que Cortés estaba ausente de Méjico, vino la fiesta de la incensacion de *Huitzilopochtli*, que se hacia en el mes *Toxcatl*, el cual en aquel año comenzó el 13 de nuestro mayo. Se celebraba esta fiesta, la mas solemne de todas las del año, con bailes del rey y de la nobleza, de los sacerdotes y del pueblo. Suplicó la nobleza al capitan Alvarado consintiera que el rey fuese al templo á cumplir con su deber. Se excusó Alvarado, ó por las órdenes que le habia dado Cortés, ó porque temió que los mejicanos maquinasen alguna novedad teniendo consigo á su rey, bien sabedor de cuán fáciles son á cambiarse en tumultos los públicos festejos. Por esta razon se tomó el partido de hacer aquel baile religioso en el patio del palacio[1] ó cuartel de los españoles, ya fuese por disposicion de aquel capitan, ó ya por órden del mismo rey, para poder asistir segun su costumbre. Llegado el dia de la fiesta, concurrieron en aquel patio muchos hombres de la primera nobleza (de cuyo número[2] no consta), muy ataviados con algunos adornos de oro, de piedras y plumas. Comenzaron á cantar y bailar al son de los instrumentos, y entre tanto hizo Alvarado ocupar las puertas por algunos soldados. Cuando vió, pues, á los mejicanos mas calientes y tal vez tambien cansados con el baile, hizo señal á los suyos de que los asaltaran, y estos se lanzaron inmediatamente con furia contra aquellos desventurados, los cuales ni podian hacer resistencia porque estaban desarmados y fatigados, ni les fué posible escapar con la fuga, porque estaban ocupadas las puertas. Fué terrible la mortandad, lamentables los gritos que dirigian al cielo los moribundos, y abundante la sangre que allí se derramó. Este fatal golpe fué uno de los mas sensibles á los mejicanos, pues en él perdieron la flor de la nobleza, y para perpetuar entre sus descendientes la memoria, compusieron sobre esta materia cánticos tristes ó elegías, las cuales se conservaron muchos años después de la conquista. Terminada aquella trágica y horrenda funcion, despojaron los españoles á los cadáveres de toda la riqueza de que estaban adornados.

No se sabe el motivo que indujo á Alvarado á un hecho tan temerario é inhumano. Algunos dicen que no fué otro que la maldita hambre del oro.[1] Otros afirman, y esto parece mas verosímil, que habiéndosele dicho que los mejicanos querian en aquella fiesta dar un golpe mortal á los españoles por sustraerse de su opresion y poner en libertad á su rey y señor que los españoles tenian preso, él los previno estimando verdadero aquel dicho vulgar, quien acomete vence.[2] Sea lo que fuere, su conducta no puede excusarse de imprudencia y de crueldad.

La plebe, irritada con un golpe tan sensible, trató de allí en adelante á los españoles como á enemigos capitales de la patria. Acometieron algunas tropas mejicanas con tal ímpetu al cuar-

1 Los historiadores de la conquista dicen comunmente que el baile se hizo en el atrio del templo mayor; pero no es verosímil que la inmensa multitud de pueblo que allí concurria, permitiese hacer tan horrenda mortandad en la nobleza, principalmente estando allí la armería, en donde podian tomar cuantas armas quisiesen para oponerse á la temeridad de aquellos pocos extranjeros, ni menos puede creerse que los españoles quisieran ponerse en un peligro tan evidente de perecer. Cortés y Bernal Diaz no hacen mencion del lugar del baile. El padre Acosta dice que se hizo en palacio, y no puede ser otro que aquel en donde habitaba entonces el rey. La inverosimilitud que se advierte en la relacion de aquellos historiadores y el juicio y antigüedad del padre Acosta, nos hacen anteponer el testimonio de este solo escritor al de todos los demás.

2 Segun Gomara, fueron 600 los nobles que asistieron al baile; segun otros historiadores, mas de 1.000, y segun el ilustrísimo Casas, mas de 2.000.

1 Los historiadores mejicanos, el padre Sahagun en su Historia M. S., el ilustrísimo Casas en su formidable escrito de la *Destruccion de las Indias* y Gomara en su crónica de la Nueva España, afirman que la avaricia de Alvarado fué la causa de la mortandad hecha en la nobleza mejicana; pero yo no puedo creerlo sin pruebas mas eficaces. Gomara y el ilustrísimo Casas siguieron sin duda á Sahagun, y este el informe de los mejicanos, los cuales, como que eran enemigos de los españoles, no son en esto dignos de fe.

2 Es enteramente increible que los mejicanos maquinasen en la ocasion del baile contra los españoles aquella traicion que suponen algunos historiadores, y mucho mas que tuviesen ya preparadas las ollas para cocer la carne de los españoles, como dice el Torquemada. Estas son fábulas inventadas para justificar á Alvarado. Lo que me parece mas verosímil es, que los *tlaxcaltecas*, por aquel grande odio que tenian á los mejicanos, metieron en cabeza á Alvarado la pretendida traicion. En la historia de la conquista tenemos algunos ejemplos de semejantes sugestiones de los *tlaxcaltecas* contra sus enemigos.

tel, que arruinaron una parte de la muralla, minaron por diversas partes el palacio y quemaron las municiones; pero fueron rechazados con el fuego de la artillería y de las escopetas, por lo que tuvieron proporcion los españoles de volver á hacer el muro. Aquella noche descansaron de la fatiga de la jornada; pero al dia siguiente fué tan furioso el asalto, que los españoles se creyeron perdidos, y en efecto, no hubiera quedado ni uno de ellos con vida, como ya habian muerto seis ó siete, si el rey, mostrándose á la chusma de los asaltadores, no hubiese con su autoridad refrenado su furor. El respeto á la majestad de su soberano contuvo á la plebe para que no asaltase con armas el cuartel; pero no los apartó de otra suerte de hostilidades; quemó, pues, los cuatro bergantines que habia hecho Cortés para salvarse en ellos en caso de que no se pudiese escapar por las calzadas hechas en la laguna, y resolvió destruir á los españoles por hambre, negándoles los víveres y procurando impedir la introduccion de ellos con un foso hecho al rededor del cuartel.

En tal estado se hallaban los españoles en Méjico cuando Alvarado avisó á Cortés, suplicándole por dos mensajeros *tlaxcaltecas* violentase su regreso si no queria encontrarlos á todos muertos. Lo mismo le pidió el rey Motezuma, haciéndole saber cuán sensible le habia sido aquella sublevacion de sus vasallos, causada por el temerario y sanguinario atentado del capitan *Tonatiuh*.

Cortés, después de haber dado sus órdenes para trasladar la colonia de la Veracruz á un sitio mas inmediato al puerto de *Chalchiuhcuecan* (aunque no se puso entonces en ejecucion este proyecto), marchó con su gente á grandes jornadas para la capital. En *Tlaxcalla* fué magníficamente alojado en el palacio del príncipe *Maxixcatzin*. Allí pasó revista á sus tropas y encontró noventa y seis caballos, mil y trescientos infantes españoles, á los cuales se unieron dos mil *tlaxcaltecas* dados por aquella república. Con este ejército entró en Méjico el 24 de junio. No halló ninguna oposicion en la entrada; pero inmediatamente advirtió la fermentacion popular que habia, así por la poca gente que se veia en las calles, como por algunos puentes que estaban quitados de los canales. Cuando entró en el cuartel, con aquel júbilo de unos y otros que es fácil de entenderse, Motezuma vino á encontrarlo al patio con las mas obsequiosas demostraciones de amistad; pero Cortés, ó insolentado con la victoria conseguida contra Narvaez y por la mucha gente que tenia á sus órdenes, ó persuadido de que era necesario manifestar que creia al rey culpable de la inquietud de sus vasallos, se pasó de largo y sin mirarlo. El rey, atravesado del mas vivo dolor al verse tan indignamente despreciado, se fué á su departamento, en donde se le aumentó el pesar con la noticia que inmediatamente le llevaron sus criados, de las palabras injuriosas que habia dicho contra su majestad el general español.[1]

Reprendió Cortés con la mayor severidad al capitan Alvarado, y le hubiera dado sin duda el castigo que merecia, si lo hubiesen permitido las circunstancias del tiempo y del reo. Presentia la gran tempestad que estaba ya para caer sobre sus cabezas, y no le pareció que era consejo sabio el hacerse enemigo en ocasion de tanto peligro á uno de los mas valientes capitanes que tenia en su armada.

Con las nuevas tropas conducidas á Méjico por Cortés, habia allí un ejército de nueve mil hombres, y pudiendo estar todos en el cuartel, ocuparon tambien algunos edificios de aquellos que estaban dentro del recinto del templo mayor en la parte mas inmediata al referido cuartel. Con la multitud se aumentó igualmente la escasez de víveres que ya habia causado la falta de mercado, pues por odio á los españoles no querian hacerlo los mejicanos. Mandó por lo mismo Cortés á decir con grandes amenazas á Motezuma, que diese órden de que se hiciese el mercado, para que de allí se proveyesen de todo lo necesario. Respondió Motezuma que los personajes mas autorizados de quienes podia fiarse para hacer ejecutar esta órden, se hallaban como él en prision; que pusiese alguno de ellos en libertad, á fin de que pudiese cuidar de esto. Cortés sacó de la prision al príncipe *Cuitlahuatzin*, hermano de Motezuma, muy distante de prever que la libertad de aquel príncipe debia causar la ruina de los españoles. *Cuitlahuatzin* no volvió jamás al cuartel ni restituyó el mercado, ó porque no quiso favorecer á los españoles, ó porque no consintieron en ello los mejicanos, antes bien lo obligaron á ejercer su cargo de general. En efecto, él fué el que de allí en adelante mandó las tropas y presidió las hostilidades contra los españoles, hasta que por la muerte de su hermano fué elegido rey de Méjico.

Aquel dia en que entró Cortés en Méjico no hizo ningun movimiento la plebe; pero al si-

1 El historiador Solís no quiere creer el desprecio que de Motezuma hizo Cortés, y por defender á este general agravia á Bernal Diaz, que afirma esto como testigo ocular, y al cronista Herrera, que lo refiere con arreglo á buenos documentos. Acusa sin razon á Bernal Diaz de parcialidad contra Cortés, y de Herrera dice que puede sospecharse que quisiese adoptar la relacion de Diaz por poder usar de una sentencia de Tácito; *ambicion*, añade, *peligrosa en los historiadores;* pero en ningun otro mas que en el mismo Solís, pues toda persona imparcial y bien instruida en la historia de Méjico, verá leyendo la de Solís, que este autor en vez de acomodar las sentencias á la narracion, acomoda, al contrario, la narracion á las sentencias. Finalmente, mientras él no alegue razones mejores que las que emplea contra Bernal Diaz, debemos dar fe al testimonio de este autor, que presenció el hecho.

guiente comenzaron á tirar con hondas tantas piedras contra los españoles, que parecia, segun lo que dice Cortés, una tempestad, y tantas flechas, que cubrieron todo el pavimento del patio y azoteas del palacio; y eran tantos los asaltadores, que no se veia el suelo de las calles. No pareció bien á Cortés estar á la defensiva, porque no se atribuyese á cobardía, de donde tomasen mas ánimo los enemigos. Hizo por lo mismo una salida contra ellos con cuatrocientos hombres, parte españoles y parte *tlaxcaltecas*. Los mejicanos se fueron retirando con poco daño, y Cortés, después de haber hecho pegar fuego á algunas casas, volvió al cuartel; pero viendo que los enemigos continuaban sus hostilidades, hizo salir al capitan Ordaz con doscientos soldados. Los mejicanos hicieron como que se desordenaban y huian para alejarlos del cuartel, como en efecto lo consiguieron; pero improvisamente se vieron los españoles rodeados por todas partes de enemigos, y atacados por un cuerpo de tropas por el frente y de otro por las espaldas, aunque tan tumultuariamente y con tal desórden, que los unos embarazaban á los otros. Al mismo tiempo se dejó ver sobre las azoteas una chusma, la cual incesantemente tiraba piedras y flechas. Halláronse los españoles en grande peligro, y esta ocasion fué sin duda una de aquellas en las cuales manifestó mas su esfuerzo el valiente Ordaz. El combate fué muy sanguinario, pero sin gran daño de los españoles, los cuales con las escopetas y ballestas limpiaban las azoteas, y con las lanzas y espadas rechazaban la multitud que inundaba la calle, y así pudieron finalmente retirarse al cuartel, dejando muertos muchos mejicanos, y de los suyos no mas que ocho; pero salieron casi todos heridos, y aun el mismo Ordaz. Entre los males que en este dia hicieron los mejicanos á los españoles, fué uno el pegar fuego á diversas partes del cuartel, y en una de ellas fué tal el incendio, que los españoles se vieron precisados á echar abajo la muralla y á defender aquella brecha con la artillería, y mucha gente que pusieron allí hasta la noche, en la cual los enemigos les dieron lugar para volver á hacer la muralla y curar los heridos.

El dia siguiente (26 de junio) fué mas terrible el asalto y mas grande la furia de los mejicanos. Los españoles se defendieron con doce piezas de artillería, las cuales causaban una gran mortandad en la multitud de los que atacaban; pero como estos eran tantos, se ocultaban los muertos bajo los piés de aquellos que entraban en su lugar. Cortés, viendo su obstinacion, salió con la mayor parte de sus tropas y se dirigió peleando por una de las tres principales calles de la ciudad, ganó algunos puentes, pegó fuego á algunas casas, y después de haber peleado casi todo el dia, volvió al cuartel con mas de cincuenta hombres heridos, dejando muertos innumerables mejicanos.

La experiencia hizo conocer á Cortés que el mayor daño venia á sus tropas de las azoteas, y así, para precaverlo, mandó hacer tres máquinas de guerra (llamadas por los españoles mantas), tan grandes, que cada una pudiese llevar veinte soldados armados, cubiertas con un fuerte entablado para defender á los soldados de las piedras de las azoteas, proveidas de ruedas para facilitar el movimiento, y con sus ventanas ó cañoneras para disparar las escopetas.

Mientras se construian estas máquinas, acontecieron grandes novedades en aquella corte. Motezuma, subido en una torre de aquel palacio, habia observado desde allí uno de los referidos combates y visto entre la multitud del pueblo á su hermano *Cuitlahuatzin* mandando las tropas mejicanas. A vista de tantos objetos lamentables, fué asaltado su ánimo de una multitud de pensamientos melancólicos. Veia por una parte el peligro que corria de perder la corona y la vida, y por otra se le presentaban la destruccion de los edificios de la capital, la muerte de sus vasallos y la felicidad de sus enemigos, y no encontraba otro remedio á tantos males, que la pronta salida de los españoles. En estos pensamientos pasó aquella noche, y al dia siguiente á buena hora llamó á Cortés y le habló sobre el mismo propósito, suplicándole con instancia que no difiriese ya su partida de aquella corte. No tenia necesidad Cortés de semejantes súplicas para resolverse al partido del viaje. Se hallaba en extremo necesitado de víveres. La comida se daba ya por medida á los soldados, y era tan poca, que bastaba solamente para mantener la vida, y no las fuerzas necesarias para oponerse á tantos enemigos por los cuales estaban incesantemente molestados. Finalmente, veia que era tan imposible para él hacerse dueño de aquella ciudad, como queria, que ni aun podria subsistir allí. Por otra parte, le afligia mucho el abandonar la empresa comenzada, perdiendo en un momento con su partida todas aquellas ventajas que se habia proporcionado con su valor, con su industria y su felicidad; pero cediendo al tiempo, respondió al rey que estaba pronto á partir por la paz del reino, con tal de que sus vasallos depusiesen las armas.

Apenas terminada esta conferencia, gritaron al arma en el cuartel por un asalto general de los mejicanos. Por todas partes procuraban subir sobre la muralla para entrar en él, mientras que algunas tropas de flecheros, puestas en proporcionada distancia, tiraban una inmensa multitud de flechas para superar la oposicion de los sitiados, y algunos de los que atacaban avanzaron tanto, que á pesar del fuego de la artillería y de las escopetas, entraron dentro del cuartel y se batieron cuerpo á cuerpo con los españoles. Estos, creyéndose ya casi vencidos y oprimidos por la multitud, peleaban como desesperados. Motezuma, considerando su conflicto y propio ries-

go, se resolvió á manifestarse para contener con su presencia y su voz el furor de sus vasallos. Se puso por lo tanto las insignias reales, y escoltado por algunos de sus ministros y por doscientos españoles, subió á la azotea y se presentó al pueblo, intimando silencio los ministros para que se pudiese oir la voz del soberano. Al dejarse ver cesó el asalto, enmudecieron todos y algunos se hincaron para reverenciarlo. Habló en alta voz y les hizo en sustancia este breve discurso: "Si "el motivo que os induce á tomar las armas "contra estos extranjeros es el celo por mi libertad, os estimo el amor y fidelidad que me mos-"trais; pero os engañais en creerme prisionero "de ellos, pues está en mi arbitrio el dejar este "palacio de mi difunto padre é irme al mio siem-"pre que quiera. Si vuestro enojo es causado "por su demora en esta corte, os hago saber que "ellos me han dado palabra de irse, y yo os ase-"guro que sin duda se irán luego que vosotros "dejeis las armas. Cese, pues, vuestra inquietud; "manifestadme en esto vuestra fidelidad, si ya "no es cierto aquello que he oido decir, esto es, "que teneis jurada á otro señor la obediencia "que me debeis á mí, á lo cual no puedo yo "persuadirme, ni vosotros podíais hacerlo sin "atraeros sobre vosotros toda la cólera del cielo."

Quedó el pueblo por un poco callado, hasta que un hombre mas atrevido[1] que los demás, alzó la voz, llamando al rey cobarde y afeminado, y mas apto para manejar el huso y la lanzadera que para gobernar una nacion tan valiente como la mejicana, y echándole en cara que por su cobardía se hubiese hecho con tanta vileza prisionero de sus enemigos; y no contento con injuriarlo de palabras, tomando en la mano el arco, le disparó una flecha. La plebe, como es tan fácil á moverse con el primer impulso que se le da, siguió prontamente su ejemplo: comenzáronse á oir por todas partes improperios y á llover piedras y flechas hácia aquella parte en donde estaba el rey. Los historiadores españoles dicen que sin embargo de que la persona real estaba cubierta con dos rodelas, fué herida de una pedrada en la cabeza, de otra en una pierna y de un flechazo en un brazo. De allí fué llevado por sus ministros á su cámara, é incomodado mucho mas por la cólera y la rabia que por las heridas.

Entre tanto los mejicanos insistian en su asalto y los españoles en su defensa, hasta que algunos nobles llamaron á Cortés á aquel mismo lugar en donde habia sido herido el rey, para discurrir con él sobre algunos artículos que no hallamos declarados en los historiadores. Cortés les preguntó por qué querian tratarlo como enemigo, no habiendo recibido ningun daño de él. "Si quereis, le dijeron, evitar nuestras hostilidades, salid inmediatamente de esta ciudad; si no, nosotros estamos resueltos á morir ó haceros morir á todos." Cortés añadió, que él no se quejaba de ellos porque tuviese miedo de sus armas, sino porque le era sensible el verse obligado por ellos á darles la muerte y á destruir una ciudad tan hermosa. Los nobles se fueron, repitiéndole sus amenazas.

Concluidas finalmente las tres máquinas de guerra, salió con ellas Cortés á buena hora el dia 28 ó 29 de junio,[1] y se dirigió por una de las tres calles principales de la ciudad con tres mil *tlaxcaltecas* y otras tropas auxiliares, con la mayor parte de los españoles y diez piezas de artillería. Llegados que fueron al puente que estaba sobre el primer canal, arrimaron á las casas las máquinas y las escalas para arrojar la chusma que estaba sobre las azoteas; pero fueron tantas y tan gruesas las piedras tiradas desde allí contra las máquinas, que las hicieron pedazos. Los españoles pelearon valerosamente hasta el mediodía sin poder jamás vencer el puente; por lo que volvieron avergonzados al cuartel, dejando un muerto de ellos y llevando consigo muchos heridos.

Alentados por lo mismo los mejicanos, se fortificaron quinientos nobles en el atrio superior del templo mayor, bien proveidos de armas y víveres, y desde allí comenzaron á hacer mucho daño á los españoles, con piedras y flechas, mientras otras tropas mejicanas los acometian por la calle. Mandó allá Cortés un capitan con cien soldados para desalojar á los nobles de aquel lugar, el cual por muy alto é inmediato dominaba al cuartel; pero habiendo intentado por tres veces la subida, fueron vigorosamente rechazados. Se determinó por lo tanto aquel general á dar él mismo el asalto, sin embargo de que desde el principio del combate hubiese recibido una buena herida en la mano izquierda; se ató la rodela en el brazo, y habiendo hecho cercar el templo con un número competente de españoles y *tlaxcaltecas*, comenzó á subir por las escaleras con una gran parte de su gente. Los nobles sitiados defendian con gran valor la subida é hicieron retroceder á algunos españoles; entre tanto otras tropas mejicanas entradas en el atrio, peleaban furiosamente con aquellos que cercaban el templo. Cortés, aunque con mucho trabajo y dificultad, llegó con su gente al atrio superior. Aquí fué la mayor fuerza y el mayor peligro de la accion, la cual duró mas de tres horas. Los mejicanos parte murieron allí al filo de la espada, y parte se arrojaron á los planos inferiores del templo, en donde continuaron la lucha hasta que todos fueron muertos. Cortés hizo pegar fuego á los santuarios y se volvió

1 El padre Acosta dice que el mejicano que dijo aquellas villanías al rey, fué *Quauhtemotzin* su sobrino, y después último rey de Méjico; pero yo no lo creo.

1 Es indecible la variedad de los autores sobre el órden y circunstancias de los combates que hubo en aquellos dias. Yo sigo la relacion de Cortés, que en esto me parece de mas autoridad.

en buen órden al cuartel. Allí perecieron cuarenta y seis españoles, y todos los demás salieron heridos y bañados en sangre. Este famoso combate fué uno de aquellos en que se peleó con mayor valor por una y otra parte, y por esto despues de la conquista lo representaron en sus pinturas, tanto los *tlaxcaltecas* como los mejicanos.

Algunos historiadores añaden á esto la circunstancia del gran riesgo en que se halló, segun lo que dicen ellos, Cortés de ser precipitado por dos mejicanos, los cuales resueltos á sacrificar su vida por el bien de la patria, se agarraron con Cortés á la orilla del atrio superior para llevarlo consigo en la caida, creyendo dar fin á la guerra con la muerte de aquel general; pero este hecho, del que no hacen mencion ni Cortés, ni Bernal Diaz, ni Gomara, ni ningun otro de los historiadores mas antiguos, se ha hecho mas inverosímil por las circunstancias añadidas por algunos escritores modernos.[1]

Vuelto Cortés al cuartel, se abocó nuevamente con ciertos mejicanos respetables, representándoles el daño que recibian de las armas españolas. Aquellos respondieron que esto nada importaba con tal de que fuesen arruinados los españoles; que caso de que no fuesen muertos por los mejicanos, deberian infaliblemente perecer de hambre encerrados en el cuartel. Cortés habiendo observado aquella noche algun descuido en los ciudadanos, salió con algunas compañías de soldados, y dirigiéndose por una de las tres calzadas principales, pegó fuego á mas de trescientas casas.[2]

El dia siguiente fueron reparadas las máquinas, salió con ellas y con la mayor parte de sus tropas, y se dirigió por la gran calzada de *Ixtapalapan* con mejor éxito que la primera vez, porque á pesar de la vigorosa resistencia que hacian los enemigos en las trincheras que habian formado contra el fuego de los españoles, ganó los cuatro puentes y pegó fuego á algunas casas de aquella calzada, y se aprovechó de los materiales de ellas para llenar los fosos ó canales, para que no hubiese dificultad en el paso en caso de que los mejicanos quitasen los puentes. Dejó en los puestos ganados una suficiente guarnicion, y se volvió al cuartel con muchos soldados heridos, dejando diez ó doce muertos.

Al otro dia continuó sus ataques por la misma calzada, forzó los tres puentes que le faltaban, y persiguiendo á los enemigos que los defendian, llegó hasta tierra firme. Mientras que cuidaba de hacer llenar los últimos fosos para facilitar, como es de creerse, su retirada de la corte por aquella misma calzada por donde ya habian entrado siete meses antes, se le dijo que los mejicanos querian capitular, y para oir sus proposiciones, volvió prontamente al cuartel con la caballería, dejando toda la infantería para guardar los puentes tomados. Le propusieron los mejicanos que estaban prontos á hacer cesar todas las hostilidades; pero que para hacer la capitulacion, necesitaban de la persona de un sumo sacerdote que habia sido hecho prisionero por los españoles cuando dieron el asalto al templo. Cortés lo puso inmediatamente en libertad y se capituló al armisticio. Este parece haber sido un mero estratagema de los electores para recuperar á aquel jefe de la religion, de cuya persona tenian necesidad para la uncion del nuevo rey, que ya habian elegido ó estaban por elegir próximamente, porque apenas tuvo Cortés el placer de la suspension de armas, cuando llegaron algunos *tlaxcaltecas* con la noticia de que los mejicanos habian vuelto á tomar los puentes y muerto á algunos españoles, y que venia una gran multitud de guerreros contra el cuartel. Cortés fué á encontrarlos con la caballería, y rompiéndolos con sumo trabajo y peligro para hacerse camino, recuperó los puentes; pero en el tiempo en que forzaba los últimos, ya habian quitado los mejicanos á los españoles los cuatro primeros, y comenzado á sacar los materiales con que estos habian llenado los fosos. Volvió finalmente Cortés á tomarlos, y se volvió al cuartel con toda su gente cansada, maltratada y herida.

Cortés en su carta á Cárlos V, le representa el gran peligro que corrió aquel dia de perder la vida, y atribuye á una particular providencia del Señor el haberla escapado entre una multitud tan grande de enemigos. Ello es cierto que desde el momento en que los mejicanos se sublevaron contra los españoles, hubieran podido arruinarlos á todos, juntamente con sus aliados, si hubiesen observado mejor órden al pelear y hubiese habido mas concordia entre los jefes subalternos que dirigian los ataques; pero no estaban de acuerdo, como despues veremos, y el populacho era lleva-

1 Solís dice que los dos mejicanos se llegaron á Cortés con la rodilla en tierra, en ademan de pedir misericordia, y sin perder tiempo se dejaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor la violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso; que los arrojó de sí Hernan Cortés, no sin alguna dificultad. Yo la encuentro muy grande para creer una fuerza tan sorprendente en Cortés. Los humanísimos señores Raynal y Robertson, movidos á piedad, segun parece, por el peligro de Cortés, lo proveyó este de no sé qué almenas, y aquel de una reja de donde se agarrase para desembarazarse de los mejicanos; pero ni estos hicieron jamás rejas ni en aquel templo habia almenas. Es de admirar que estos autores, tan incrédulos en órden á lo que viene testificado, así por los españoles como por los indios, crean, pues, esto, que ni se halla en los autores antiguos, ni tampoco es verosímil.

2 Cortés dice que quemaba las casas; pero esto no quiere decir que ardian todas y que quedaban reducidas á cenizas, sino solamente que les pegaba fuego, el cual en algunas hacia mucho mal, en otras poco y en otras ninguno. Bernal Diaz dice que costaba trabajo hacerlas arder, porque estaban cubiertas de azoteas y separadas una de la otra.

de solamente del ímpetu de su furor tumultuario. Por otra parte, no puede dudarse que los españoles parecian ser de fierro, pues ni cedian al rigor de la hambre, ni á la necesidad del sueño, ni á la continua fatiga, ni á las heridas. Despues de haber empleado todo el dia en pelear con los enemigos, pasaban la noche enterrando los muertos, curando los heridos y reparando los males causados por los mejicanos durante el dia en el cuartel, y aun aquel poco tiempo que daban al necesario reposo, no dejaban jamás las armas, prontos siempre á presentarse á los enemigos; pero todavía se manifestará mas la dureza de aquellos hombres en los terribles combates que breve referiremos.

En uno de estos dias, verosímilmente el 30 de junio, murió dentro del cuartel de los españoles el rey Motezuma, en el año quincuagésimo-cuarto de su edad, en el décimo-octavo de su reinado y en el sétimo mes de su prision. En órden á la causa y circunstancias de su muerte hay tal variedad y contradiccion en los historiadores, que es enteramente imposible encontrar lo cierto. Los historiadores mejicanos culpan á los españoles, y estos á los mejicanos.[1] Yo no puedo persuadirme que los españoles se resolviesen á quitar la vida á un rey á quien debian tantos bienes y de cuya muerte no podian esperar sino muchos males. Su pérdida fué llorada, si damos crédito á Bernal Diaz, autor ocular y sincerísimo, no menos por Cortés que por cada uno de los capitanes y soldados, como si hubiera sido la de su propio padre. El los favoreció infinitamente, ó fuese en todo por su propia inclinacion, ó en parte tambien por miedo; pero siempre se mostró para con ellos de buen corazon; á lo menos no hay razon para creer lo contrario, ni se sabe que jamás hablase contra los españoles, como ellos mismos lo protestaron.

Sus buenas y malas cualidades pueden conocerse por la narracion de sus acciones. El fué circunspecto, magnífico, liberal, celoso de la justicia y agradecido á los servicios de sus súbditos; pero su áspera circunspeccion hacia innaccesibles al trono los lamentos de sus vasallos. Su magnificencia y liberalidad se apoyaban sobre los impuestos del pueblo, y su justicia degeneraba en crueldad. Fué exacto y puntual en lo que pertenecia á la religion, y muy celoso del culto de sus dioses y de la observancia de los ritos.[1] En su juventud fué inclinado á la guerra y valiente, y quedó vencedor, segun se dice, en nueve batallas; pero en los últimos años de su reino las delicias domésticas, la fama de las primeras victorias de los españoles, y sobre todo, la supersticion, envilecieron de tal modo su ánimo, que parecia haber mudado de sexo, como decian sus súbditos. Se deleitaba mucho con la música y la caza, y era diestro, tanto en el ejercicio del arco y de la flecha, como en la cerbatana. Era de buena estatura y de color bajo, un poco carilargo y de ojos vivos.

Cuando murió dejó algunos hijos, de los cuales tres perecieron en la infausta noche de la derrota de los españoles, ó á manos de estos [illegible], como afirman los mejicanos, ó á las de estos, segun dicen aquellos. De los que sobrevivieron, el mas grande fué *Iohualicahuatzin*, el cual en el bautismo se llamó don Pedro Motezuma, y de este descendieron los condes de Motezuma y Tula. Tuvo Motezuma este hijo de *Miahuaxochitl*,[2] hija de *Ixtlilcuechahuac*, señor de *Tollan*. De otra mujer tuvo á *Tecuichpotzin*, princesa hermosa, de la cual descienden las dos nobilísimas casas de Cano Motezuma y de Andrada Motezuma. A mas de estos, sabemos que tenia otro hijo que era señor de *Tenayoccan*, el cual habiéndose escapado y refugiado en *Tepozotlan* cuando los españoles salieron derrotados de Méjico, fué despues solemnemente bautizado, estando próximo á morir al fin del año de 1524 ó principio de 1525.[3] Los reyes católicos concedieron particulares privilegios á la posteridad de Motezuma en consideracion al incomparable servicio hecho por aquel monarca en incorporar á la corona de Cas-

1 Cortés y Gomara afirman que Motezuma murió de la pedrada que le dieron en la cabeza sus vasallos. Solís dice que la muerte se le ocasionó por no haberse querido curar la herida. Bernal Diaz añade á semejante omision la voluntaria inedia. El cronista Herrera dice que la herida no era mortal, pero que murió de pesadumbre y de rabia. El padre Sahagun, los historiadores mejicanos y *tezcocanos*, afirman que los españoles lo mataron, y uno de ellos refiere la circunstancia de haberle un soldado atravesado la ingle con la espada. Entre estos últimos historiadores dicen algunos que su muerte aconteció la noche de la derrota de los españoles; otros afirman que sucedió antes. Acosta, Torquemada y Betancourt la reservan al juicio divino.

1 Solís dice que Motezuma *apenas doblaba la cerviz*, [illegible] esto es, inclinaba la cabeza *á sus dioses*, que [illegible] mas grande idea que de aquellos, etc. Pero estas y otras semejantes cosas que afirma este historiador, son enteramente contrarias á la verdad y al testimonio de los autores indios y españoles que conocieron á aquel rey. El mismo Solís añade que el demonio le favorecia con frecuentes visitas. ¿Pero cómo favorecerlo tanto á aquel á quien [illegible] preciaba? Semejante credulidad no está bien en un cronista mayor de las Indias.

1 Solís alterando, como acostumbra, el nombre de esta reina, la llama *Miahua Xuchitl*. Esta sobrevivió á la conquista y tomó en el bautismo el nombre de doña María *Miahuaxochitl*.

3 Este hijo de Motezuma, señor de *Tenayoccan*, tomó en el bautismo el nombre de su padrino Rodrigo de Paz, primo del conquistador Cortés. Asistieron al bautismo los magistrados españoles de aquella corte, y fué sepultado el cadáver del referido príncipe con la pompa que era debida en la iglesia de San José de los padres franciscanos, primera parroquia de la Nueva-España.

tilla con su voluntaria cesion un reino tan grande y tan rico como el de Méjico. ¡Feliz él si después de haber cedido su reino al rey de España, se hubiese proporcionado el reino del cielo! pero ni las repetidas instancias hechas por Cortés en todo el tiempo de su prision, ni las continuas exhortaciones empleadas por el padre Olmedo, principalmente en los últimos dias de la vida de aquel, bastaron á inclinarlo á abrazar la fe de Jesucristo,[1] la cual de allí á poco fué tan fácilmente abrazada por sus vasallos. Consejos altísimos de la Providencia, que no pueden indagarse por los mortales.

Luego que murió el rey, lo hizo saber Cortés al príncipe *Cuitlahuatzin* por medio de dos ilustres prisioneros que habian estado presentes á su muerte, y de allí á poco hizo sacar el real cadáver por seis nobles mejicanos, acompañados de algunos sacerdotes que estaban igualmente en prision.[2] La vista de él excitó un gran llanto en el pueblo (último homenaje que tributaban á su soberano), exaltando con las alabanzas sus virtudes hasta las estrellas aquellos mismos que poco antes no encontraban en él sino vicios que reprender. La nobleza, después que derramó copiosas lágrimas sobre el frio cuerpo de su desventurado rey, lo llevó á un lugar de la ciudad llamado por ellos *Copalco*,[3] en donde lo quemaron con las acostumbradas ceremonias, y con suma reverencia sepultaron las cenizas, aunque no faltaron algunos hombres indignos y malvados que lo insultaron con villanías.

En esta misma ocasion, si acaso es cierto lo que refieren algunos historiadores, hizo Cortés arrojar del cuartel á un lugar llamado *Tehuayoc* los cadáveres de *Itxquauhtzin*, señor de *Tlatelolco*, y de otros señores prisioneros cuyos nombres ignoramos, muertos todos, segun afirman aquellos, por órden de Cortés, aunque ninguno explica el motivo de semejante resolucion, la cual, caso de que hubiese sido justa, no por esto podia excusarse de imprudencia, pues la vista de aquella mortandad necesariamente debia irritar la cólera de los mejicanos é inducirlos en la sospecha de haber sido igualmente muerto por los españoles su soberano.[1] Sea lo fuere del hecho, los de *Tlatelolco* llevaron en una canoa el cadáver de su soberano y celebraron sus exequias con gran llanto de aquel pueblo.

Entre tanto continuaban los mejicanos con mayor ardor sus ataques. Cortés, sin embargo de haber causado una gran mortandad en ellos y de haber quedado casi siempre vencedor, con todo, veia bien que era mas la sangre derramada por sus soldados que las ventajas que conseguia de sus victorias, y que al fin la falta de víveres y municiones y la multitud de los enemigos debian prevalecer necesariamente sobre el valor de sus tropas y la superioridad de sus armas. Creyendo por lo tanto absolutamente necesaria la pronta partida de los españoles, llamó á consejo á sus capitanes para deliberar sobre el tiempo y modo de verificarla. Sus pareceres fueron diversos. Quién decia que debian salir de dia abriéndose camino con las armas, si los mejicanos se opusiesen á ello. Quién queria que esto se hiciese de noche. Este puntualmente fué el parecer de un soldado llamado Botello que preciaba de astrología, á quien deferia Cortés mas de lo que convenia, engañado por haber visto ciertas predicciones suyas casualmente verificadas. Se resolvió, pues, prefiriendo las vanas observaciones de aquel miserable soldado á las luces de la prudencia militar, á salir de noche con el mayor secreto posible, como si pudiesen ser bastantes todas sus diligencias para ocultar á la vigilancia de un número tan grande de enemigos la marcha de nueve mil hombres con sus armas,

1 Diego Muñoz Camargo, noble *tlaxcalteca*, dice en sus manuscritos, que Motezuma poco antes de morir fué bautizado, y aun nombra á los que lo tuvieron en el bautismo, esto es, Cortés, Alvarado y Olid; pero es sin duda falso, pues no puede creerse que Cortés no hiciese mencion de este en su carta á Cárlos V, pues tanto importaba para su justificacion. Bernal Diaz, testigo ocular, refiere el sentimiento del padre Olmedo por no haber podido reducir á aquel rey al cristianismo. Gomara dice que Motezuma pidió el bautismo en el carnaval de aquel año; que se difirió hasta la Pascua para que fuese mas solemne, y entonces se frustró por el arribo de Pánfilo de Narvaez; pero está fuera de duda que por la Pascua no habia llegado todavía á Méjico la noticia de la armada de Narvaez: no pudo, pues, trastornarse por ella el bautismo.

2 Torquemada y otros autores dicen que el cadáver de Motezuma fué arrojado en el *Tehuayoc* con los otros cadáveres; pero por la relacion de Cortés, y tambien por la de Bernal Diaz, consta que se sacó del cuartel sobre los hombros de los nobles.

3 Herrera conjetura que Motezuma haya sido sepultado en *Chapoltepec*, porque los españoles oyeron un gran llanto hácia aquella parte. Solís afirma positivamente que fué sepultado en dicho lugar y que allí estaba el sepulcro de los reyes; pero todo esto es enteramente contrario á la verdad, porque *Chapoltepec* no distaba menos de tres millas del cuartel, y así era imposible que los españoles oyesen el llanto que allí se hacia, principalmente hallándose en el centro de una ciudad tan populosa y en tiempo de tanta turbulencia y ruido. Los reyes no tenian un lugar fijo para su sepultura, y particularmente nos consta por la deposicion de los mejicanos, que las cenizas de Motezuma fueron sepultadas en *Copalco*.

1 En órden á la muerte de aquellos señores nada dicen Cortés, Bernal Diaz, Gomara, Herrera ni Solís; pero la refieren como cierta Sahagun, Torquemada, Betancurt y los historiadores mejicanos. Yo por consideracion á estos y por la fidelidad que debo al público, la refiero tambien; pero con alguna desconfianza por razon de la inverosimilitud que encuentro en ella.

caballos, artillería y bagaje. Fué, pues, prefijada esta para la noche del 1º de julio,[1] noche infausta y memorable para los españoles por razon de la gran mortandad que sufrieron, por lo que le dieron el nombre de *noche triste*, con el cual es hasta ahora conocida en sus historias. Mandó Cortés hacer un puente de madera que se pudiese llevar por cuarenta hombres para usar de él en el tránsito de los fosos. Hizo después sacar todo el oro, plata y piedras preciosas que hasta entonces habian juntado; sacó la quinta parte que pertenecia á su rey y la entregó á los oficiales de su majestad, protestando la imposibilidad en que se hallaba de conservarla y salvarla. Dejó el resto á sus oficiales y soldados, para que cada uno tomase lo que quisiese; pero al mismo tiempo les advirtió cuánto mejor seria abandonarlo todo á sus enemigos, pues libres de aquel peso, podrian con menos dificultad salvar sus vidas. Muchos de ellos no queriendo privarse del principal objeto de sus deseos y del único fruto de sus fatigas, se echaron á cuestas aquella preciosa carga, bajo cuyo peso perecieron, víctimas no menos de su avaricia, que de la venganza de sus enemigos.

Ordenó Cortés su marcha en el mayor silencio de la noche, la cual se hacia mas oscura por las nubes que habia, y mas molesta y peligrosa por razon de una menuda lluvia que no cesaba. Dió la vanguardia al invicto Sandoval con otros capitanes y con doscientos infantes y veinte caballos; la retaguardia á Pedro de Alvarado con la mayor parte de las tropas españolas En el centro del ejército se llevaban los prisioneros, la gente de servicio, el equipaje, y Cortés con cinco caballos y cien infantes para dar pronto auxilio en donde hubiese mayor necesidad. Las tropas auxiliares de *Tlaxcalla*, *Cempoalla* y *Cholollan*, en las cuales habia entonces mas de siete mil hombres, se repartieron en las tres partes del ejército. Habiendo pues implorado la proteccion del cielo, comenzaron á marchar por la calzada de *Tlacopan*. La mayor parte de ellos pasó felizmente el primer foso ó canal con el auxilio del puente que llevaban consigo, sin encontrar otra resistencia que aquella poca que podian hacer las centinelas por las cuales estaba guardado aquel puesto; pero habiéndolo advertido los sacerdotes que velaban en los templos, gritaron á las armas, y con sus cornetas dispertaron al pueblo. En un momento se vieron los españoles acometidos, así por agua como por tierra, de un número infinito de enemigos, los cuales con su misma multitud y desórden se embarazaban en el ataque. Fué muy terrible y sangriento el combate en el segundo foso, extremo el peligro y extraordinarios los esfuerzos de los españoles para salvarse. La oscuridad de la noche, el estrépito de las armas, los gritos amenazadores de los combatientes, los tristes lamentos de los prisioneros y los lánguidos suspiros de los moribundos, formaban un conjunto tan compasivo como horroroso. Aquí se oia la voz de un soldado que pedia auxilio á sus compañeros, y allí la de otro que pedia á Dios misericordia. Todo era confusion, clamores, heridas y muerte. Cortés como buen general corria intrépidamente aquí y acullá, pasando muchas veces y repasando á nado los fosos, alentando á los unos, ayudando á los otros, y dando á los restos de su destrozado ejército todo aquel órden posible, no sin gran riesgo de ser muerto ó de caer prisionero. El segundo foso se llenó de tal modo de cadáveres, que sobre ellos pasaron los de la retaguardia. Alvarado, que la mandaba, se halló en el tercer foso tan furiosamente perseguido por los enemigos, que no pudiendo hacerles frente ni pasar á nado sin evidente peligro de perecer á sus manos, clavó la lanza en el fondo del foso, y agarró el pié de ella con los brazos, y dando un extraordinario impulso á su cuerpo, se arrojó de un brinco al otro lado. Este salto, estimado por todos como un prodigio de agilidad, dió á aquel lugar el nombre que hasta ahora conserva del salto de Alvarado.[1]

La pérdida de los mejicanos en esta infausta noche fué sin duda grande. De la de los españoles hablan, como en otros cómputos, con suma variedad los autores.[2] Yo creo cierto el cómputo que trae Gómara, como que muestra haber hecho diligentes averiguaciones, y haberse informado así del mismo Cortés como de otros conquistadores, esto es, que perecieron sobre cuatrocientos y cincuenta españoles, mas de cua-

1 Bernal Diaz dice que la derrota de los españoles sucedió la noche del 8 de julio; pero yo creo que esto haya sido yerro del impresor, porque Cortés afirma que ellos en su retirada llegaron á *Tlaxcalla* el dia 10 de julio, y por el diario de su marcha escrito por este conquistador, se conoce que la derrota no pudo suceder sino en 1.º de julio.

1 Bernal Diaz se burla de los que creian [illegible] salto de Alvarado, y dice que era enteramente imposible, atendido el ancho y profundidad de aquel foso; pero otros autores lo refieren como cierto, y nosotros lo hallamos confirmado por una constante tradicion.

2 Cortés dice que perecieron ciento cincuenta españoles; pero él ó disminuyó de intento el número por [illegible] sus particulares, ó fué yerro de los copistas ó del primer impresor de aquella carta. Bernal Diaz numera ochocientos setenta españoles muertos; pero en este número comprende, como él mismo afirma, no solamente los que fueron muertos en aquella infausta noche, sino tambien los que perecieron en los dias siguientes hasta su arribo á *Tlaxcalla*. Solís no numera mas que doscientos, y Torquemada doscientos noventa. En el número de las tropas auxiliares que perecieron, están de acuerdo Gomara, Herrera, Torquemada y Betancourt. Solís dice solamente que faltaron mas de mil *tlaxcaltecas*; pero esto no se conforma con el cómputo de Cortés ni con el de los otros autores.

tro mil hombres de tropas auxiliares, y entre ellos, segun dice Cortés, todos los chololtecas. Murieron tambien todos[1] ó casi todos los prisioneros, todos los hombres y las mujeres que estaban al servicio de los españoles y cuarenta y seis caballos, y se perdieron todas las riquezas que habian juntado, toda la artillería y todos los manuscritos de Cortés que contenian la relacion de lo que habia sucedido hasta entonces á los españoles. Entre estos que faltaron, los de mas consideracion fueron los capitanes Juan Velazquez de Leon, íntimo amigo de Cortés, Amador de Lariz, Francisco Morla y Francisco de Saucedo, hombres todos tres de gran valor y mérito. Entre los prisioneros perecieron el desventurado rey *Cacamatzin* y un hermano, un hijo y dos hijas del rey Motezuma.[2] Acompañó á estas princesas en su desgracia doña Elvira, hija del príncipe *tlaxcalteca Maxixcatzin.*

No pudo Cortés, á pesar de la grandeza de su corazon, contener las lágrimas á vista de tal calamidad. Se sentó sobre una piedra en *Popotla*, pueblo inmediato á *Tlacopan*, no ya á descansar de sus fatigas, sino á llorar la pérdida de sus amigos y compañeros. En medio de tantos desastres tuvo á lo menos el consuelo de oir que se habian salvado sus mas valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid, Ordaz, Avila y Lugo, y sus intérpretes Aguilar y doña Marina, y su ingeniero Martin Lopez, en los cuales principalmente confiaba para poder reparar su honor y conquistar á Méjico.

Se hallaban los españoles tan maltratados y débiles por la fatiga y las heridas, que si los mejicanos los hubieran seguido, no hubiera quedado ni uno con vida; pero apenas llegaron al último foso que habia en aquella calzada sobre la laguna, se volvieron á la ciudad, ó porque se contentaron con la mortandad ya hecha, ó porque habiendo encontrado los cadáveres del rey de *Acolhuacan*, de los príncipes reales de Méjico y de otros señores, se ocuparon en llorar su muerte y en hacerles sus exequias. Lo mismo sin duda harian con sus parientes y amigos muertos, dejando en aquel dia limpias las calzadas y fosos, y quemando los cadáveres antes de que se infestase el aire con su corrupcion.

Al despuntar el dia se hallaron los españoles en Popotla dispersos, cansados y afligidos, y habiéndolos reunido y vuelto á poner en órden Cortés, marcharon por la ciudad de *Tlacopan*, molestados incesantemente por algunas tropas de la misma ciudad, y tambien por las de *Azcapozalco*, hasta *Otoncalpolco*, templo situado en la cima de un pequeño monte tres leguas al Poniente de la capital, en donde actualmente está el célebre santuario y magnífico templo de la Vírgen de los Remedios. Aquí se fortificaron segun su posibilidad para defenderse con menos trabajo de las tropas enemigas, que los molestaron todo el dia. Por la noche descansaron un poco, y tuvieron algun refresco ministrado por los *otomites* de dos aldeas inmediatas que vivian impacientes bajo el yugo de los mejicanos. Desde este lugar comenzaron á caminar hácia á *Tlaxcalla*, su único recurso en tanta calamidad, por *Quauhtitlan*, *Citlaltepec*, *Xoloc* y *Zacamolco*, perseguidos en todo el camino por algunas tropas volantes de los enemigos. En *Zacamolco* estuvieron tan hambrientos y reducidos á tal miseria, que cenaron un caballo muerto aquel mismo dia por los enemigos, y tuvo su parte el mismo general. Los *tlaxcaltecas* se echaban en tierra para comer la yerba que encontraban en ella, implorando el auxilio de sus dioses.

Al dia siguiente apenas habian empezado á caminar por el monte de *Aztaquemecan*, vieron á lo lejos en el llano de *Tonan*, poco distante de la ciudad de *Otompan*, un numeroso y brillante ejército, ó de mejicanos, como dicen comunmente los escritores, ó tal vez compuesto, como yo creo, de las tropas de *Otompan*, *Calpolalpan*, *Teotihuacan* y otros lugares circunvecinos, reunidas por sugestion de los mejicanos. Algunos historiadores hacen ascender este ejército á doscientos mil hombres, número calculado por los españoles solamente á ojo, y aumentado tal vez por el miedo. Estos creyeron, como testifica el mismo Cortés, que aquel dia debia ser el último de su vida.

Ordenó este general sus lánguidas tropas, alargando el frente de aquel miserable ejército para que quedasen de algun modo cubiertos los flancos de él con las pequeñas alas de la poca caballería que le habia quedado, y con el semblante lleno de fuego les dijo: "Nos hallamos en tal estrecho, que es necesario vencer ó morir. Tened ánimo, castellanos, y confiad en que aquel que hasta ahora nos ha librado de tantos peligros, nos salvará tambien de este." Se dió finalmente la batalla, la cual fué muy sangrienta y duró mas de cuatro horas. Cortés viendo disminuirse sus tropas y desalentarse en gran parte, y que sus enemigos venian mas orgullosos á pesar del daño que recibian de las armas españolas, tomó una atrevida y peligrosísima resolucion, con la cual consiguió la victoria y salvó los restos de su mezquino ejército. Le ocurrió lo que muchas veces habia oido decir, esto es, que los mejicanos se desordenaban y huian cuando veian muerto á su general ó perdian el estandarte. *Cihuacat-*

1 Cortés afirma que fueron muertos todos los prisioneros; pero se debe exceptuar á *Cuicuitzcatzin*, puesto antes por Cortés en el trono de Acolhuacan, pues sabemos por la relacion del mismo Cortés que estaba preso, aunque ignoramos la causa, y por otra parte, nos consta que después fué muerto en *Texcoco*, como luego veremos.

2 Torquemada afirma, como una cosa muy asentada, que pocos dias después cogió Cortés á *Cacamatzin* y le hizo dar garrote en la prision. Cortés, Bernal Diaz, Betancurt y otros, dicen que fué muerto juntamente con los otros prisioneros en aquella memorable noche.

zin, general de aquel ejército, vestido de un rico habito militar, con un hermoso penacho en la cabeza y con un escudo dorado en el brazo, iba en u a litera que llevaban á hombros algunos soldados. El estandarte, que segun su costumbre llevaba, era una red de oro asegurada en la punta de una asta, la cual tenia atada fuertemente al espinazo, y se levantaba cerca de diez palmos sobre su cabeza.[1] La observó, pues, Cortés en el centro de aquella gran multitud de enemigos, y resuelto á dar un golpe decisivo, mandó á sus valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid y Avila, que fuesen por detrás de él para guardarle las espaldas, y con otros que lo acompañaban, se arrojó por aquella parte por dondoude le pareció menos difícil la empresa, con tal ímpetu, que a unos echaba en tierra con la lanza y a otros con los estribos. Así se fué introduciendo por los escuadrones enemigos hasta llegar al general, que estaba acompañado de algunos oficiales, y con un golpe de lanza lo tiró al suelo. Juan de Salamanca, valiente soldado que acompañaba á Cortés, desmontando prontamente del caballo, le dió muerte, y quitándole el penacho, lo presentó inmediatamente á Cortés.[2] El ejército enemigo, luego que vió muerto á su general y cogido el estandarte, se desordenó y puso en fuga. Los españoles alentados con el glorioso hecho de su jefe, los persiguieron, causandoles una gran mortandad.

Esta victoria fué una de las mas famosas que consiguieron las armas españolas en el Nuevo Mundo. Se señaló en ella sobre todos el general español, de quien decian después sus capitanes y soldados, que no habian visto jamás un valor y una actividad tan grande como la que manifestó en esta jornada; pero tuvo una herida en la cabeza, la cual empeorándole mas cada dia, redujo al extremo peligro su vida. Bernal Diaz alababa justamente el valor de Sandoval y hace ver cuanta parte tuvo este famoso oficial en la victoria, animando á todos no menos con el ejemplo que con las exhortaciones. Ha sido igualmente celebrada por los historiadores españoles María de Estrada, mujer de un soldado español, la cual armada de lanza y rodela corria tras del ejército enemigo hiriendo y matando con una intrepidez muy extraña en su sexo. De los *tlaxcaltecas*, dice Bernal Diaz que pelearon como leones, entre los cuales se distinguió *Calmecahua*, capitan de las tropas de *Maxixcatzin*. Este tomó en el bautismo el nombre de don Antonio, y se hizo célebre mucho mas que por su valor por su larguísima vida de ciento treinta años.

La pérdida de los enemigos fué sin duda grande, pero mucho menor que la que [illegible] nos autores, los cuales la hacen ascender á [illegible]te mil hombres; número absolutamente [illegible] atendido el miserable estado á que estaban [illegible]cidos los españoles y la falta de artillería y [illegible] las otras armas de fuego. Por el contrario, [illegible] pérdida de los españoles no fué tan poca [illegible] la representa Solis,[1] pues allí perecieron [illegible]dos los tlaxcaltecas, y muchos españoles [illegible] porcion del número de sus tropas, y todos [illegible]ron heridos.

Cansados finalmente los españoles de [illegible]guir á los fugitivos, volvieron á tomar el [illegible]no para *Tlaxcalla* por la parte oriental de [illegible] llano, en donde pasaron aquella noche al [illegible]bierto, y el mismo general, después de la [illegible] y las heridas que habia recibido en aquella [illegible]da, hizo personalmente la guardia por su [illegible] seguridad. No eran ya los españoles mas [illegible] cuatrocientos y cuarenta. A mas de aque[illegible] que habian sido muertos en los combates [illegible]riores á la noche de su infausta salida de [illegible]co, perecieron en ella y en los seis dias [illegible]tes ochocientos setenta, como afirma [illegible]ces Bernal Diaz, testigo ocular, [illegible] cuales habiendo sido hechos prisioneros [illegible] mejicanos, fueron inhumanamente [illegible] el templo mayor de la capital.

Al dia siguiente (8 de julio[2] de 1520) en[illegible]

1 Esta suerte de estandarte era llamado por los mejicanos *tlahuizmatlaxopilli*.

2 Cárlos V concedió algunos privilegios á Juan de Salamanca, y entre otros el de un escudo de armas para su casa en el que habia un penacho, en memoria de aquel que habia quitado al general Cihuacatzin cuando lo mató.

1 Solís por exagerar la victoria de Otompan, dice que entre los de Cortés fueron algunos heridos, de los cuales murieron *dos ó tres españoles en Tlaxcalla*; pero este autor, atento solamente á la limpieza del lenguaje, á los elogios y á las sentencias, cuidó poco de las cuentas. El afirma que Cortés llevó consigo á Méjico después de la derrota de Narvaez 1.100 hombres, los cuales con [illegible] 80 que segun él dice quedaron en [illegible] 1.180. En los combates anteriores á la [illegible] en Méjico, apenas hace mencion de al[illegible] la referida derrota numera solamente [illegible], y [illegible] de su viaje hasta *Tlaxcalla* no menciona otros [illegible] ó tres que murieron en esta ciudad de las [illegible]das en *Otompan*. ¿Dónde pues están ó cómo [illegible]cieren los otros quinientos ó mas hombres que [illegible] completar el número de 1.180? Otra idea nos [illegible] diversa de la batalla de *Otompan* [illegible] ella, como se puede ver en las cartas de Cortés y en la historia de Bernal Diaz. "¡Oh qué cosa, dice [illegible] "de ver era esta tan temerosa y rompida batalla [illegible] "andábamos pié con pié, y con qué furia los [illegible] "llama por injuria á los enemigos) peleaban, y [illegible] "matar hacian en nosotros con sus lanzas y macanas y es-"padas de dos manos!" etc. Y después de [illegible] dice así: "Y tornaré á decir los muchos de [illegible] "dos que nos mataban y herian."

2 Bernal Diaz dice que la batalla de *Otompan* fué el día 14 de julio; pero este es un yerro de memoria, pues Cortés afirma que entraron en los dominios de *Tlaxcalla* el dia 8, un dia después de aquella batalla.

ron levantando las manos al cielo y dando gracias al Altísimo, en los dominios de Tlaxcalla, y llegaron á *Hueyotlipan*,[1] lugar considerable de aquella república. Temian sin embargo encontrar alguna novedad en la fidelidad de los *tlaxcaltecas*, sabiendo bien cuán comun sea en los hombres el verse abandonados en sus calamidades por sus mas caros amigos; pero luego se desengañaron, viendo sus sinceras demostraciones de cariño y compasion por las pasadas desgracias. Apenas tuvieron noticia de su arribo los cuatro jefes de aquella república, fueron á *Hueyotlipan* á cumplimentarlos, acompañados de un señor de los mas principales de *Huexotzinco* y de mucha nobleza. El príncipe *Maxixcatzin*, aunque afligido por la muerte de su querida hija doña Elvira, procuró consolar á Cortés con la esperanza de la venganza, confiando el tomarla en el valor de los españoles y en las fuerzas de la república, que desde entonces le prometió, y lo mismo ofrecieron hacer los otros señores. Cortés le dió gracias por su singular benevolencia, y tomando el estandarte quitado el dia antes al general mejicano, lo regaló á *Maxixcatzin*, y dió á los otros señores algunos apreciables despojos. Las mujeres *tlaxcaltecas* conjuraron á Cortés para que vengara la muerte de sus hijos y parientes, y desahogaron su pena con mil imprecaciones contra la perfidia de los mejicanos.

Después que reposaron tres dias en este lugar, pasaron á la capital de la república, distante de allí quince millas, para curar sus heridas, de las cuales murieron ocho soldados. El concurso de pueblo en su entrada en *Tlaxcalla* fué igual, y tal vez mayor, que el que hubo cuando entraron la primera vez. La buena acogida que les hizo *Maxixcatzin* y el cuidado que tuvo de ellos, fueron dignos de su ánimo generoso y de su sincera amistad. Los españoles se reconocian cada dia mas obligados á aquella nacion, cuya amistad constantemente cultivada fué el medio mas eficaz no solo para la conquista de la capital del imperio mejicano, sino tambien para la de todas cuantas provincias se opusieron á los progresos de las armas españolas, y para sujetar á los bárbaros *chichimecas* y *otomites*, por quienes fueron tan molestados los conquistadores.

Mientras que los españoles descansaban en *Tlaxcalla* de sus fatigas y curaban sus heridas, los mejicanos se ocupaban en remediar los males de la corte y del reino. Eran pues grandes y lamentables los daños hechos en ellos por el espacio de un año, pues á mas de las grandes sumas de oro y plata, piedras y otras cosas preciosas gastadas por ellos parte en regalos hechos á los españoles, y parte en el tributo al rey de España, de los cuales alguna cosa sin duda recuperaron, se habia oscurecido la fama de sus armas y disminuido el respeto á la corona de Méjico, se habian sustraido de su obediencia los *totonacos* y otros pueblos, se habian insolentado mas los enemigos, se hallaban lastimados los templos y arruinadas muchas casas de la capital, y sobre todo, les faltaba el rey, muchas personas reales y una gran parte de la nobleza. A estos daños recibidos de los españoles se añadieron los que ellos mismos se causaron con la guerra civil, cuya noticia debemos á los manuscritos de un historiador mejicano que se hallaba entonces en aquella corte y sobrevivió algunos años á la ruina del imperio.

Cuando los españoles estaban en la corte molestados del hambre por las hostilidades de los mejicanos, algunos señores de la primera nobleza, ó por favorecer el partido de los españoles, ó lo que parece mas verosímil, por socorrer á su rey, el cual estando entre ellos debia padecer la misma necesidad, les proveian ocultamente de víveres, y tal vez tambien se declararon abiertamente en favor de ellos, confiados en su propia autoridad. Por este motivo se encendió entre los mejicanos una tan funesta disension, que no pudo apagarse sino con la muerte de muchos ilustres personajes, y particularmente de *Cihuacoatl*, *Tzihuacpopoca*, *Cipocatli* y *Teucuecuenotzin*, hijos unos, y otros hermanos del rey Motezuma, segun afirma el referido historiador.

Tenian necesidad los mejicanos de poner á la cabeza de su nacion á un hombre capaz de restablecer el honor de ella y reparar las pérdidas padecidas en el último año del reinado de Motezuma. Fué elegido rey de Méjico el príncipe *Cuitlahuatzin* poco antes ó poco después de la derrota de los españoles. El era, como ya hemos dicho, señor de *Iztapalapan*, consejero íntimo del rey Motezuma su hermano, y *tlachcocalcatl* ó general del ejército. Era hombre sabio y de gran talento, como testifica su enemigo Cortés, liberal y magnífico como su hermano. Se deleitaba mucho con la arquitectura y con el cultivo de los jardines, como se ve en el magnífico palacio que fabricó en *Iztapalapan*, y en el célebre jardin que allí plantó, del cual hacen mencion con grande elogio casi todos los historiadores antiguos. Su valor y pericia militar le adquirieron un grande aprecio entre sus nacionales, y algunos españoles bien informados de su carácter, afirmaron que si él no hubiese sido arrebatado de la muerte, jamás hubieran tomado los españoles la capital.[1] Es de creerse que los

1 *Hueyotlipan* es llamado por Cortés y Herrera *Gualipan*, por Bernal Diaz *Gualiopan* y por Solís *Gualipar*.

1 Solís da á *Cuitlahuatzin* el nombre de *Cuetlabaca* y dice de él que *vivió en el trono pocos dias, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicacion dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre*. Pero esto es falso y contrario á la relacion de Cortés, Bernal Diaz, Gomara y Torquemada, autores mucho mejor informados que Solís. ¿Cómo podia borrarse la memoria de su nombre entre los mejicanos, conservándose indeleble entre los españoles, como que

sacrificios que se hicieron en la fiesta de su coronacion fueron de aquellos españoles que él mismo hizo prisioneros en la noche de su derrota.

Luego que se concluyeron las fiestas de su coronacion, se aplicó á remediar los males de la corte y del imperio. Dió órden para que se repararan los templos lastimados y se reedificaran las casas arruinadas, aumentó y mejoró las fortificaciones de la capital, envió mensajeros á las provincias del imperio, animándolas á la comun defensa del Estado contra aquellos enemigos extranjeros, y prometió relevar de todo tributo á los que tomasen las armas en favor de la corona. Mandó tambien embajadores á la república de *Tlaxcalla* con buenos presentes de hermosas plumas, vestidos de algodon, y sal, los cuales fueron recibidos con honor, segun las leyes establecidas entre las naciones cultas de aquel país. El objeto de esta embajada fué representar á aquel senado que aunque hasta entonces habian sido entre sí enemigos capitales los mejicanos y los *tlaxcaltecas*, ya era necesario que se unieran como originarios de un mismo país, como pueblos de una misma lengua y como adoradores de los mismos númenes, contra los enemigos comunes de la patria y de la religion; que ya habian visto el sangriento estrago que habian causado en Méjico y otros lugares aquellos inhumanos y orgullosos extranjeros, los sacrílegos atentados contra los santuarios y contra las venerables imágenes de los dioses, su ingratitud y perfidia contra su hermano y antecesor y contra los mas respetables personajes de los *anahuatlacos*, y su hambre insaciable de oro, que los hacia faltar á las mas santas leyes de la amistad; que si la república continuaba auxiliando los perversos designios de aquellos monstruos, tendrian de ellos al fin aquella recompensa que tuvo el rey Motesuma por la humanidad con que los recibió en su corte y por la liberalidad con que los favoreció por tanto tiempo; que los *tlaxcaltecas* serian detestados de todas las naciones por haber dado ayuda á tan inicuos usurpadores, y los dioses harian caer sobre la república todo el furor de su cólera por haberse confederado con los enemigos de su culto. Si por el contrario se declaraban, como les suplicaban, enemigos de aquellos hombres aborrecidos del cielo y de la tierra, la corte de Méjico haria una alianza perpetua y tendria de allí en adelante un comercio libre con la república, por lo que esta podria evitar la miseria á que hasta entonces habia estado reducida; que todas las naciones de *Anáhuac* le quedarian obligadas por un servicio tan importante, y los dioses, aplacados con la sangre de semejantes víctimas, mandarian á sus campos la lluvia necesaria, harian felices sus armas y célebre por toda la tierra el nombre de los *tlaxcaltecas*.

El senado, después de haber escuchado la embajada y despedido de la sala de audiencia á los embajadores, segun su costumbre, permaneció allí para consultar sobre aquel grande negocio. No faltaron algunos á quienes parecieron justas las proposiciones de la corte de Méjico y conducentes á la felicidad de la república, exagerando las utilidades que se les ofrecian, y por otra parte, el éxito infausto de la empresa de los españoles en Méjico y la mortandad causada en las tropas *tlaxcaltecas* que habian estado bajo de sus órdenes. Entre otros levantó la voz el jóven *Xicotencatl*, el cual habia sido siempre enemigo capital de los españoles, y procuró persuadir con cuantas razones pudo la alianza con los mejicanos, añadiendo que seria mucho mejor el conservar las antiguas costumbres de su nacion, que no sujetarse á los nuevos y estravagantes usos de aquella gente indómita é imperiosa; que no podia imaginarse otra ocasion mas oportuna para libertarse enteramente de los españoles, que aquella en que se hallaban disminuidos, debilitados y abatidos. *Maxixcatzin*, el cual por lo contrario era sinceramente afecto á los españoles y estaba adornado de mejor entendimiento para conocer el derecho de gentes y una voluntad mas bien dispuesta para observarlo, impugnó el dictámen de *Xicotencatl*, vituperando como una abominable perfidia el consejo de sacrificar á la venganza de los mejicanos aquellos hombres abatidos de la fortuna que habian buscado su asilo en *Tlaxcalla*, fiados en las protestas y demostraciones del senado y de la nacion. Añadió que si se lisonjeaban de las utilidades que ofrecian los mejicanos, él las esperaba mayores del valor de los españoles; que si habia razon para no fiarse de los españoles, menos se debian fiar de los mejicanos, de cuya perfidia tenian tantos ejemplares: finalmente, que ningun otro delito seria capaz de irritar tanto la cólera de los dioses y de oscurecer la gloria de la nacion, como semejante maldad contra aquellos inocentes huéspedes. *Xicotencatl* inculcaba sobre su consejo, representando á los senadores un odioso retrato de la índole y costumbres de los españoles. La altercacion fué tan grande é inflamó de tal modo los ánimos, que *Maxixcatzin*, arrebatado de cólera, dió un empellon á *Xicotencatl* y lo precipitó por unas escalerillas que habia allí, llamándolo sedicioso y traidor á la patria. Esta demostracion hecha por un hombre tan circunspecto y tan respetado y amado de la nacion, obligó al senado á prender á *Xicotencatl*.

La resolucion que se tomó fué la de responder á la embajada que la república estaba pronta á

lo consideraban autor de su terrible derrota de 1.° de Julio, segun estos mismos lo testifican? Cortés se acordaba tanto de *Cuitlahuatzin* y conservaba tal ira contra él por aquellos desastres, que cuando se halló con fuerzas suficientes para emprender el asedio de Méjico, queriendo vengarse de aquel rey y no pudiendo tomar venganza en su persona, porque ya habia muerto, la tomó en su ciudad favorita. Este fué el motivo, como dice el mismo Cortés, de su expedicion contra *Istapalapan*.

aceptar la paz y amistad de la corte de Méjico, siempre que no se hiciera con una accion tan indigna y con un delito tan enorme como el de sacrificar á sus huéspedes y amigos; pero cuando se buscaron los embajadores para intimarles la respuesta del senado, ya se habian marchado ocultamente de *Tlaxcalla*, porque habiendo observado aquel populacho algo inquieto á su arribo, temieron que quisiese cometer algun atentado contra el respeto debido á su carácter. Es de creerse por lo tanto que el senado mandase embajadores *tlaxcaltecas* á llevar la respuesta á aquella corte. Los senadores procuraron ocultar á los españoles el motivo de la embajada y todo lo que habia ocurrido en el senado; pero á pesar de sus diligencias lo supo Cortés, el cual dió gracias como era justo á *Maxixcatzin* por sus buenos oficios, y ofreció corresponder á la idea ventajosa que tenia del valor y amistad de los españoles.

No satisfecho el senado con semejantes pruebas de su gran fidelidad, dió nuevamente la obediencia al rey católico, y lo que es mas, movidos los cuatro jefes de la república de la gracia del Espíritu Santo, renunciaron á la idolatría, y después de bien instruidos, fueron bautizados por el padre Juan Diaz, capellan de la armada española, siendo sus padrinos Cortés y sus principales capitanes. Celebróse esta funcion con las mas grandes demostraciones de júbilo, así de los españoles como de los *tlaxcaltecas*. Se llamó *Maxixcatzin* en el bautismo don Lorenzo. *Xicotencatl* el viejo, don Vicente. *Tlehuexolotzin* don Gonsalo, y *Citlalpopoca* don Bartolomé.[1] Siguieron su ejemplo algunos *tlaxcaltecas;* pero de estos no todos perseveraron en la fe, porque no estaban, como era necesario, íntimamente persuadidos de la verdad del cristianismo.

Estaba ya Cortés libre del peligro á que expuso su vida el golpe que en la última batalla recibió en la cabeza, y los otros españoles, á excepcion de algunos que murieron, estaban curados de las heridas con el auxilio de los cirujanos *tlaxcaltecas*. En el tiempo de su enfermedad no habia pensado Cortés en otra cosa que en los medios que debian emplearse para conducir felizmente la grande empresa de la conquista de Méjico, y para conseguir esto habia hecho cortar una gran cantidad de madera para la construccion de trece bergantines; pero cuando formaba estos grandes proyectos, muchos de sus soldados revolvian pensamientos muy diversos. Se veian disminuidos, pobres, maltratados y desproveidos de armas y caballos. No podian olvidarse del terrible conflicto y trágica noche del 1º de julio, ni querian nuevamente exponerse á semejantes desgracias. Se fomentaban mutuamente sus ideas y sus temores, y murmuraban la obstinacion de su general en una empresa tan temeraria. De las murmuraciones privadas se avanzaron á hacerle un requerimiento legal, queriendo obligarlo con muchas razones á volver á la Veracruz, en donde podrian proporcionarse socorros de tropas, armas y municiones para emprender con mayores fuerzas la conquista, que por entonces creian enteramente imposible. Se turbó Cortés con esta novedad, la cual trastornaba todos sus designios; pero con aquel talento que tenia para persuadir á sus soldados cuanto queria, les hizo un eficaz discurso, con el cual los movió á desistir de su pretension. Les reprendió la cobardía, despertó en sus corazones los sentimientos de honor, haciéndoles un recuerdo lisonjero á sus gloriosos hechos, y de las protestas llenas de ardor y valentía que muchas veces le habian hecho; les puso en claro cuánto mas peligroso debia serles su regreso á la Veracruz que su detencion en *Tlaxcalla;* les aseguró la fidelidad de aquella república, de la cual se manifestaban todavía dudosos; finalmente, les suplicó suspendieran su resolucion hasta ver el éxito de la guerra que queria hacer contra la provincia de *Tepeyacac*, en la cual esperaba tener nuevas pruebas de la sinceridad de los *tlaxcaltecas*.

Los señores de la provincia de *Tepeyacac*, confinante con la república de *Tlaxcalla*, se habian declarado amigos de Cortés y súbditos del rey de España desde aquella horrenda carnicería que los españoles hicieron en *Chalollan;* pero viendo después abatidos á los españoles y victoriosos á los mejicanos, se volvieron á poner bajo la obediencia del rey de Méjico, y para ganarse la gracia de este, mataron algunos españoles que de la Veracruz caminaban á Méjico, ignorantes de la tragedia de sus compañeros; admitieron en sus lugares guarnicion mejicana, y ocuparon el camino que conducia de Veracruz á *Tlaxcalla*, y no contentos con esto, hicieron algunas correrías en las tierras de aquella república Deliberó Cortés hacerles la guerra, no menos por castigar su perfidia que por asegurar el camino de aquel puerto, por los socorros que de allí esperaba. Excitábalo tambien á tal expedicion el jóven *Xicotencatl*, el cual habia ya sido puesto en libertad por la mediacion del mismo general español, y para quitar cualquier sospecha que hubiese con-

1 Ni Cortés ni Bernal Diaz hablan una palabra de tal bautismo. Herrera hace mencion solamente del de *Maxixcatzin*, y Solís añade el de *Xicotencatl*. Un autor hace ministro del bautismo al padre Olmedo, y algunos dicen que *Maxixcatzin* lo recibió en su última enfermedad. Pero ello es cierto que todos los cuatro jefes de la república fueron bautizados antes de la conquista, aunque Torquemada y Betancurt no están de acuerdo sobre el tiempo. Se sabe tambien que *Maxixcatzin* no difirió el bautismo hasta la última enfermedad, y que los cuatro señores fueron bautizados no por el padre Olmedo, sino por el padre Diaz. A mas de otras pruebas, consta esto por las pinturas antiguas que estaban en algunos conventos de los padres franciscanos, hechas por *tlaxcaltecas* y vistas por el historiador Torquemada.

tra él por lo que habia ocurrido en el senado, se ofreció á ayudarle en aquella guerra con un buen ejército. Cortés aceptó la oferta; pero antes de tomar las armas exigió amigablemente alguna satisfaccion de los de *Tepeyacac* y los exhortó á dejar el partido de los mejicanos, prometiendo perdonarles el delito cometido en la muerte de aquellos españoles; pero habiendo sido desechadas sus proposiciones, marchó contra aquella provincia con cuatrocientos veinte españoles y con sei mil flecheros *tlaxcaltecas*, entre tanto que *Xicotencatl* reunia un ejército de cincuenta mil hombres. En *Tzimpantzinco*, ciudad de *Tlaxcalla*, se les agregaron tantas tropas de aquella república, de *Huexotzinco* y *Chotollan*, que se creyó hubiese allí hasta ciento cincuenta mil hombres.

Su primera expedicion fué contra *Zacatepec*, lugar de la confederacion de los de *Tepeyacac*. Los habitantes de él hicieron una emboscada á los españoles. Se peleó por una y otra parte con gran valor y obstinacion; pero al fin fueron vencidos los de *Zacatepec*, quedando muchísimos de ellos muertos en el campo.[1] De allí marchó el ejército contra *Acatzinco*, ciudad diez millas al Sur de *Tepeyacac*, en la cual entraron triunfantes los españoles después de haber ganado una batalla poco menos difícil que la de *Zacatepec*. De *Acatzinco* mandó Cortés algunos destacamentos á quemar algunos lugares de aquellos contornos y á sujetar otros á su obediencia, y cuando le pareció ser tiempo de atacar la ciudad principal, se dirigió con todo su ejército á *Tepeyacac*, en donde entró sin ninguna resistencia de los vecinos. Allí declaró esclavos á muchos prisioneros cogidos en aquella provincia, y los hizo marcar con un fierro encendido, segun la bárbara costumbre de aquel siglo, aplicando la quinta parte al rey de España, como se hacia de todo cuanto adquirian, y repartiendo el resto entre los españoles y los aliados. Allí fundó, segun el modo de hablar de los españoles de aquel tiempo, una ciudad, que llamó *Segura de la frontera*, la cual fundacion se redujo á establecer magistrados españoles y hacer una pequeña fortificacion.[2]

Las tropas mejicanas que estaban de guarnicion en aquella provincia, se retiraron de ella porque no tenian fuerzas suficientes para resistir el poder de sus enemigos; pero al mismo tiempo se dejó ver sobre la ciudad de *Quauhquechollan*,[1] distante de la de *Tepeyacac* mas de cuarenta millas hácia el Sudueste, un ejército de mejicanos mandado por el rey *Cuitlahuatzin* para impedir á los españoles el paso por aquel lado á la corte si acaso lo intentasen. Era *Quauhquechollan* una ciudad considerable, en donde habia de cinco á seis mil familias, muy amena y fuerte, así por la naturaleza como por el arte. Estaba naturalmente defendida de un lado por un monte alto y fragoso, y de otro por dos rios poco distantes entre sí. Toda la ciudad estaba circundada de una fuerte muralla de piedra y cal, de cerca de veinte piés de alta y doce de ancho, con un buen parapeto por todas partes, que tenia casi tres piés de altitud. No habia para entrar mas que cuatro puertas en aquellas partes por donde las extremedidades de la muralla se doblaban [illegible] do dos semicírculos, como se ven representados en la estampa que hemos dado en el libro [illegible]. Se aumentaba la dificultad de la entrada por la elevacion del plano de la ciudad, la cual [illegible] ta cuanta la altitud de la misma muralla, y para entrar en ella era necesario subir por algunas gradas muy altas.

El señor de aquella ciudad, que era parcial de los españoles, mandó una embajada á Cortés protestando su vasallaje al rey de España, reconocido ya señor de aquella tierra en la célebre asamblea que tuvo el rey Motezuma con la nobleza mejicana en presencia de Cortés; que él deseaba manifestar su fidelidad, pero no le era permitido por los mejicanos; que actualmente habia en *Quauhquechollan* un buen número de oficiales de ellos, y hasta treinta mil hombres de guerra, parte en aquella ciudad y parte en los lugares circunvecinos, para impedir cualquier confederacion con los españoles; por lo tanto, le suplicaba viniese á socorrerlos y libertarlos de las vejaciones que sufrian de aquellas tropas. Agradeció Cortés el aviso, y mandó inmediatamente [illegible] con los mismos mensajeros un socorro de [illegible] caballos, doscientos infantes españoles y treinta mil hombres de tropas auxiliares al mando del capitan Olid. Los mensajeros, con arreglo á la órden de su señor, se ofrecieron á conducir el ejército por un camino poco traqueado, y advirtieron al comandante Olid que cuando el ejército estuviese ya inmediato á la ciudad, los [illegible] *Quauhquechollan* debian asaltar de [illegible] da las habitaciones de los oficiales mejicanos, y procurar cogerlos ó matarlos, para que [illegible] después el ejército de los españoles, les fuese mas

1 Algunos historiadores dicen que la noche siguiente á la batalla de *Zacatepec*, tuvieron los aliados de los españoles una gran cena de carne humana, parte asada en un sorprendente número de venablos de madera, y parte cocida en cincuenta mil ollas; pero esto me parece una fábula. No es verosímil que omitiesen en su relacion un acontecimiento tan notable Cortés ni Bernal Diaz, el cual es muy prolijo y enfadoso en la narracion de semejantes crueldades.

2 Hasta ahora existe la ciudad de *Tepeyacac* ó *Tepeaca*, como la llaman los españoles; pero el nombre de *Segura de la frontera* se olvidó luego. Cárlos V le dió el título y honor de ciudad española el año de 1545. En el dia pertenece al marquesado del Valle.

1 *Quauhquechollan* es llamada por los españoles Guaquechula ó Huacachula. En el dia es un [illegible] pueblo de indios, abundante de buenas frutas.

fácil el derrotar á los enemigos, privados ya de los auxilios. Pero doce millas antes de llegar á *Quauhquechollan*, el comandante español sospechó que los de *Huexotzinco* estuviesen secretamente confederados con los de *Quauhquechollan* y los mejicanos, para acabar enteramente con los españoles. Esta sospecha, originada de [illegible] informes y hecha mas verosímil por la multitud de los de *Huexotzinco* que espontaneamente se agregaron al ejército, le obligó á volverse á *Chololan*, en donde hizo prender á algunos de *Huexotzinco* de los mas respetables y á los mensajeros de *Quauhquechollan*, y los mandó con buena escolta a Cortés para que hiciese sus averiguaciones sobre la pretendida traicion.

Incomodó mucho á Cortés semejante conducta con unos amigos tan fieles como los de *Huexotzinco*. Sin embargo, los examinó con cuidado, conoció la inocencia y buena fe de unos y otros, y conoció que las pasadas desgracias habian hecho á los españoles mas tímidos, y el temor los hacia, como sucede corrientemente, á sospechar mas de lo que se debe. Acarició y regaló [illegible] á los de *Huexotzinco* y *Quauhquechollan*, y acompañado de ellos marchó inmediatamente para *Chololan* con cien infantes y diez caballos, determinado á ejecutar personalmente la empresa. Halló en *Chololan* a los españoles intimidados, los animó y después marchó para *Quauhquechollan* con todo el ejército, el cual constaba entonces de mas de trescientos españoles y de mas de cien mil aliados. Tanta era la prontitud de aquellos pueblos en armarse contra los mejicanos por sustraerse de su dominacion. Antes de llegar á *Quauhquechollan* le avisó aquel señor á Cortés que ya estaban tomadas todas las medidas; que los mejicanos estaban confiados en sus centinelas puestas sobre las torres de la ciudad y en los caminos; pero que ya estaban cogidas secretamente por los vecinos.

Apenas vieron los de *Quauhquechollan* el ejército que venia en su socorro, cuando asaltaron con mano armada las habitaciones de los mejicanos con tal violencia, que antes de entrar Cortés en la ciudad le presentaron cuarenta prisioneros. Cuando entró en ella aquel general, acometian ya mil vecinos al principal alojamiento de los soldados mejicanos, los cuales, aunque muy inferiores en número, se defendian, sin embargo, con tal valor, que los de *Quauhquechollan* no podian entrar en la casa, á pesar de que se habian apoderado de las azoteas. Dió allí Cortés el asalto y la tomó; pero á pesar de las diligencias que hizo para coger alguno de quien pudiera informarse del estado de la corte, pelearon con tal obstinacion los mejicanos, que todos fueron muertos, y apenas pudo adquirir alguna luz de un oficial moribundo. Los otros mejicanos que estaban esparcidos por la ciudad, salieron precipitadamente á incorporarse con el grueso del ejército acampado en un lugar alto que dominaba todos los contornos, el cual en un momento se puso en órden de batalla y entró en la ciudad, pegando fuego en las casas. Cortés afirma que jamás se habia visto otro ejército de vista mas hermosa por razon del oro y penachos de que se veia adornado. Los españoles corrieron á la defensa con su caballería y con muchos millares de aliados, y los obligaron á retirarse á un lugar alto y de subida difícil; pero habiendo sido los mejicanos perseguidos hasta allí por los enemigos, se refugiaron á la cima de un monte altísimo, dejando muchos de ellos muertos en el campo. Los vencedores, después de haber saqueado el campo enemigo, volvieron á la ciudad llenos de gloria y cargados de despojos.[1]

Tres dias descansó el ejército en *Quauhquechollan*, y en el cuarto marchó para *Itzocan*,[2] ciudad de tres á cuatro mil familias, situada en la falda de un monte distante de *Quauhquechollan* cerca de diez millas, circundada de un rio profundo y de una pequeña muralla. Sus calles estaban bien ordenadas, y sus templos eran tantos, que entre grandes y chicos parecieron a Cortés como ciento: su clima es caliente por estar situada en un valle profundo cerrado de altas montañas, y su terreno como el de *Quauhquechollan*, fertilísimo y sombrío por los árboles de hermosas flores y excelentes frutas. Mandaba entonces este Estado un personaje de la real sangre de Méjico, al cual lo dió en feudo Motezuma, después de haber hecho morir, no sé por qué causa, al legítimo señor que lo poseia, y actualmente habia una guarnicion de cinco á seis mil hombres de tropas mejicanas. Todo lo cual, entendido por el señor de *Quauhquechollan*, movió á Cortés á la expedicion contra *Itzocan*. Su ejército se habia aumentado tanto, que ascendia, segun él afirma, á cerca de ciento veinte mil hombres. Dió el asalto á la ciudad por aquella parte por donde era menos difícil la entrada. Los de *Itzocan*, ayudados de las tropas reales, hicieron al principio alguna resistencia; pero habiendo sido al fin superado por las fuerzas tan superiores de los asaltadores, se desordenaron y huyeron por la parte opuesta de la ciudad, y habiendo pasado el rio, quitaron los puentes para no ser perseguidos por sus enemigos. Los españoles y sus aliados, á pesar de las dificultades que tuvieron para pasar el rio, los persiguieron por mas de cuatro millas, matando á unos, haciendo prisioneros á otros y dejándoles á todos intimi-

1 Bernal Diaz niega que Cortés fuese en persona á las expediciones de *Quauhquechollan* ó *Itzocan*; pero el mismo Cortés lo afirma expresamente, y habla de tal modo de estas dos ciudades, que aunque él no lo afirmase, debiamos creer que asistió á aquella guerra. Bernal Diaz tal vez se habia olvidado después de haber pasado cuarenta años. Cortés escribió su segunda carta á Cárlos V, en la cual habla de ella pocos dias después de aquellas expediciones.

2 *Itzocan* es llamada *Izúcar* por los españoles.

dados. Vuelto Cortés á la ciudad, hizo pegar fuego á todos los santuarios, y por medio de algunos prisioneros llamó á los vecinos que andaban dispersos por las montañas, dándoles salvo-conducto para que volviesen sin ningun temor á habitar sus casas.

El señor de *Itzocan* se habia ausentado de la ciudad y caminado para la corte desde que se vió el ejército enemigo. Esto bastó á la nobleza, á la que tal vez no era agradable aquel señor, para declarar vacante el Estado; por lo que acordaron con la autoridad y proteccion de Cortés el darlo á un hijo del señor de *Quauhquechollan* y de una hija de aquel señor, á quien hizo matar Motezuma, y porque todavía era muchacho de pocos años, le asignaron por tutores á su propio padre, un tio suyo y dos nobles. Este muchacho fué en breve tiempo instruido en la doctrina cristiana y bautizado.

La fama de las victorias de los españoles voló inmediatamente por toda la tierra y atrajo muchos pueblos á la obediencia del rey católico. A mas de *Quauhquechollan*, *Itzocan* y *Ocopetlayoccan*, ciudad grande poco distante de aquellas dos,[1] vinieron algunos señores á rendir homenaje á la corona de Castilla de ocho lugares de *Coaixtlahuacan*,[2] parte de la gran provincia de *Mixtecapan*, distante mas de ciento veinte millas al Mediodía de *Quauhquechollan*, buscando todos á competencia la alianza y amistad de unos hombres tan valientes.

Restituido Cortés á *Tepeyacac*, hizo la guerra por medio de sus capitanes á algunas ciudades que habian causado hostilidades á los españoles. Los habitantes de *Xalatzinco* ciudad poco distante del camino de Veracruz, fueron vencidos por el famoso Sandoval, y los principales de ellos llevados á Cortés, el cual viéndolos humillados y arrepentidos, los puso en libertad. Los de Tecamachalco, ciudad considerable de la nacion Popoloca, hicieron una gran resistencia; pero al fin se rindieron, y dos mil de ellos fueron hechos esclavos. Contra Jochtepec, ciudad grande sobre el rio de Papaloapan, donde habia guarnicion mejicana, mandó un capitan llamado Salcedo con ochenta españoles, de los cuales no quedó ni uno vivo para traer á Cortés la noticia de la derrota. Incomodó mucho á aquel general esta pérdida, la cual con respecto á las pocas tropas españolas que entonces tenia, era muy grande, y para vengarla mandó á los dos valientes capitanes Ordaz y Avila con algunos caballos y veinte mil aliados, les cuales á pesar del gran valor con que se defendieron los mejicanos, tomaron aquella ciudad con muerte de muchos enemigos.

No fué la pérdida de aquellos soldados la que mas incomodó á Cortés. Aquellos mismos que poco antes lo habian conjurado para que se volviera á la Veracruz, insistieron tan ostinadamente en su demanda, que se vió precisado á concederles su permiso para restituirse no ya á la Veracruz á esperar allí nuevos socorros, sino á Cuba para estar mas distantes de los peligros de la guerra, pareciendo menos mal á aquel hábil caudillo el disminuir sus tropas que tener mal contentos que con su disgusto disminuyesen el valor y resfriasen los ánimos de los otros; pero esta pérdida fué pronta y ventajosamente reparada con un buen número de soldados que con caballos, armas y municiones, llegaron al puerto de la Veracruz, mandados unos por el gobernador de Cuba en auxilio de Narvaez, y otros por el gobernador de Jamaica á la expedicion de *Pánuco;* los cuales todos se agregaron gustosos al partido de Cortés, cambiándose en instrumentos de felicidad aquellos mismos medios que por sus enemigos se empleaban para su ruina.

Las victorias de los españoles y la multitud de sus aliados engrandecieron de tal modo su nombre y conciliaron á Cortés tal autoridad entre aquellos pueblos, que era el árbitro de sus diferencias, y á él, como si fuese supremo señor de aquella tierra, ocurrian para obtener la confirmacion de la investidura de los Estados vacantes, como sucedió en los de *Chalollan* y *Ocotelolco* en Tlaxcalla, vacantes uno y otro por muerte causada de las viruelas. Este azote del género humano, enteramente desconocido hasta entonces en el Nuevo-Mundo, fué llevado á él por un moro esclavo de Narvaez Este lo pegó á los de *Cempoalla*, y de allí se propagó el contagio por todo el imperio mejicano, con indecible daño de aquellas naciones. Perecieron muchos millares de hombres, y algunos lugares quedaron despoblados. Aquellos cuya complexion prevaleció á la violencia del mal, quedaron tan desfigurados y señalados con tan profundos rastros del veneno sobre la cara, que causaban horror á cualquiera que los miraba. Entre otros males causados por esta nueva enfermedad, fué muy sensible á los mejicanos la muerte de su rey *Cuitlalhuatzin*,

1 *Ocopetlayocan* es llamado por Cortés *Ocupatujo*, por ignorancia de la lengua mejicana, y el autor de las notas á las cartas impresas en Méjico el año de 1770 creyó que fuese *Ocuituco;* pero este lugar no es tan inmediato á *Quauhquechollan* como era en Cortés su *Ocupatujo*. Torquemada, aunque por otra parte muy exacto en escribir los nombres mejicanos, llama á aquel lugar unas veces *Acapetlayoccan*, otros *Acapetlahuacan*.

2 *Coaixtlahuacan* es llamado por Córtés *Coasteeca*, y se dice que está inmediata á *Tamazola*, á donde algunos meses antes habia mandado algunos españoles á buscar minas. El referido autor de las notas á las cartas de aquel conquistador, dice que este *Tamazola* está en *Sinaloa;* pero este es uno de los grandes despropósitos que se leen en aquellas notas. El mismo Cortés afirma que *Tamazola* distaba cuarenta leguas de *Itzocan*, cuando Sinaloa dista mas de cuatrocientas. Ni menos habla Cortés de Huayacac ú *Oaxaca*, en donde dice *Coasteeca* como quiere aquel autor, sino de *Coaixtlahuacan*, llamada por los españoles *Tustlahuaca*.

despues de tres ó cuatro meses de reinado, y á los *tlaxcaltecas* y españoles la del príncipe *Maxixcatzin*.

Los mejicanos eligieron por rey á *Quauhtemotzin*, sobrino del difunto *Cuitlahuatzin*, pues no quedaba ningun hermano de los dos últimos reyes. Era este jóven de veinticinco años y de grande espíritu, y aunque por su edad no era muy práctico en el ejercicio de la guerra, continuó, sin embargo, las disposiciones militares de su antecesor. Se casó con su prima *Tecuichpotzin*, hija del rey Motezuma y mujer antes de su tio *Cuitlahuatzin*.

Cortés sintió mucho la muerte de *Maxixcatzin*, así por la estrecha amistad que tenia con él, como tambien porque á él se debia principalmente aquella armonía que habia entre los *tlaxcaltecas* y españoles. Por lo tanto, después de haber asegurado el camino de la Veracruz y haber mandado á la corte de España al capitan Ordas, con una extensa relacion escrita al emperador Cárlos V de todo lo que hasta entonces les habia ocurrido, y al capitan Avila á la isla de Santo Domingo á solicitar nuevos socorros para la conquista de Méjico, marchó de *Tepeyacac* á *Tlaxcalla*, y entró allí vestido de luto y haciendo otras demostraciones de dolor por la muerte del príncipe su amigo. Confirió á peticion de los mismos *tlaxcaltecas* y á nombre del rey católico el Estado vacante de *Ocotelolco*, uno de los cuatro principales de aquella república, á un hijo del difunto príncipe, muchacho de doce años, el cual tomó en el bautismo el nombre de don Juan *Maxixcatzin*.[1] Siendo de allí en adelante el nombre del padre apellido del hijo y de toda su ilustre descendencia, y para hacerle algun honor particular en consideracion á los méritos de su padre, lo armó caballero al uso de Castilla.

En este mismo tiempo, aunque por causa muy diversa, sucedió la muerte del príncipe *Cuicuitzcatzin*, á quien Motezuma y Cortés habian puesto en el trono de *Acolhuacan*, en lugar de su desgraciado hermano *Cacamatzin*. No le fué permitido gozar de su postiza dignidad, porque inmediatamente le quitó la libertad aquel mismo que le habia dado la corona. Salió de Méjico entre los otros prisioneros aquella noche de la derrota de los españoles; pero tuvo entonces la fortuna, ó mas bien la desgracia de escapar, pues dentro de poco debia perder mas ignominiosamente la vida. Acompañó á los españoles en sus conflictos hasta *Tlaxcalla*, en donde estuvo hasta que ó impaciente de la prision ó deseoso de recuperar el trono, se fugó secretamente á *Tezcoco*. Reinaba entonces en aquella corte su hermano *Coanacotzin*, á quien muerto *Cacamatzin*, tocaba la corona segun las leyes de aquel reino. Apenas se presentó allí *Cuicuitzcatzin*, fué hecho prisionero por los ministros reales, los cuales dieron presto aviso al rey, ausente entonces en Méjico. Este lo hizo saber al rey *Quauhtemotzin*, su primo, el cual teniendo por espía de los españoles á aquel fugitivo príncipe, fué de opinion el matarlo. *Coanacotzin*, ó por complacer á aquel monarca, ó mas bien por quitar á *Cuicuitzcatzin* la ocasion de querer recuperar el trono con perjuicio de su derecho y de la paz del reino, le mandó dar la muerte. Así acabó aquel desgraciado príncipe, cuya exaltacion no sirvió sino para hacer mas grande y mas estrepitosa[6] su caida.

LIBRO X.

Marcha de los españoles á Tezcoco: sus negociaciones con los mejicanos: sus correrías y batallas en los contornos: de las lagunas de Méjico: sus expediciones contra Iacapichtlan, Quauhnahuac y otras ciudades: construccion de los bergantines: conjuracion de algunos españoles contra Cortés: revista, division y puestos del ejército español: asedio de Méjico, prision del rey Quauhtemotzin y ruina del imperio mejicano.

Cortés, como que no apartaba jamás de su pensamiento la conquista de Méjico, atendia en *Tlaxcalla* con suma diligencia á la construccion de los bergantines y á la disciplina de su tropa. Consiguió de aquel senado algunos centenares de hombres de carga para el trasporte de las velas, cables, herramientas y otros materiales de los navíos que habia mandado desbaratar el año anterior, y para embrearlos hizo sacar una cantidad suficiente de pez de los pinos del gran monte Matlacueye.[2] Avisó á los de *Huexotzinco*, *Chollollan* y *Tepeyacac* y á los otros aliados para que alistasen sus tropas, é hizo acopiar una gran cantidad de municiones de boca y de guerra para el numeroso ejército que debia emplearse en el ase-

1 Solís dice que se llamaba Lorenzo; pero este fué el nombre del padre; el hijo se llamó Juan, como testifica Torquemada, el cual lo supo de los mismos *tlaxcaltecas*.

1 No hay ningun historiador español, á excepcion de Cortés, que haga mencion de la fuga, prision y muerte de *Cuicuitzcatzin*. Gomara asienta solamente su muerte. Este autor lo llama *Cocuzca*, Herrera *Quisquizca* y Cortés *Cucazca*. Añade que tambien tenia el nombre de *Ipalxuchil*, esto es, *Ipalxóchitl*.

2 Solís añade que entonces sacaron azufre del célebre volcán Popocatepec para hacer pólvora, que el que la sacó se llamaba Montano, y para persuadir esto, alega el testimonio de Laet; pero lo cierto es que no se sacó azufre de aquel volcán antes de la conquista de Méjico, y que el que lo sacó en 1522 se llamaba Montaño y no Montano, como dice Solís, ni para demostrar la verdad de este hecho necesitaba valerse del escrito de un holandés, pues nos consta por el testimonio de los autores españoles Herrera, Torquemada, etc., y por los mismos privilegios concedidos por el rey católico á la posteridad de Montaño.

dio de Méjico; y cuando le pareció que era tiempo de marchar, pasó revista á su tropa, la cual constaba de cuarenta caballos y de quinientos cincuenta infantes. Dividió aquella poca caballería en cuatro partes, y la infantería en nueve compañías, armadas las unas de escopetas, otras de ballestas, otras de espada y rodela, y otras de lanzas. Desde el caballo sobre que estaba montado ordenando sus tropas, les hizo esta alocucion: "Amigos y compañeros mios: cualquier "discurso que yo quiera hacer para animar vues-"tro valor, es enteramente superfluo, pues todos "nos reconocemos obligados a reparar el honor "de nuestras armas y vengar la muerte de nues-"tros españoles y aliados. Vamos á la conquis-"ta de Méjico, empresa la mas gloriosa de cuan-"tas jamas se nos puedan presentar en nuestra "vida. Vamos á castigar de un golpe la perfi-"dia, el orgullo y la crueldad de nuestro enemi-"gos, a extender los dominios de nuestro sobe-"rano, agregándoles un reino tan grande y tan "rico, á allanar el camino al Evangelio, á abrir "la puerta del cielo a tantos millones de almas, "á asegurar con la fatiga de pocos dias la como-"didad de nuestras familias y a hacer inmortal "nuestro nombre; estímulos todos capaces de "alentar aun á las ánimos mas cobardes, no digo "á corazones tan nobles y generosos como los "vuestros. Yo no veo en esto dificultad algu-"na que no pueda superarse por vuestro valor. "Es verdad que son muchos nuestros enemigos; "pero nosotros somos superiores á ellos en el "valor, la disciplina y las armas. A mas de que te-"nemos á nuestras órdenes un número tan gran-"de de tropas auxiliares, que ayudados por ellas "podremos conquistar no solo una, sino muchas "ciudades iguales á la de Méjico. Sea pues es-"ta tan fuerte como se quiera; pero no le es "tanto que pueda resistir a los ataques que de-"bemos darle por tierra y por agua. Finalmen-"te, Dios, por cuya gloria peleamos, se ha decla-"rado que quiere favorecer nuestros designios. "La Providencia nos ha conservado en medio "de tantos peligros y desastres, nos ha mandado "nuevos compañeros en lugar de los que hemos "perdido, y ha convertido en utilidad nuestra "aquellos medios de que nuestros enemigos se "valen para nuestra ruina: ¿qué no debemos es-"perar en lo sucesivo de su misericordia? El "es nuestro caudillo en esta grande expedicion; "sigámosle y no nos hagamos indignos de su "proteccion con nuestra desconfianza y pusila-"nimidad."

Los *tlaxcaltecas*, los cuales procuraban contrahacer la disciplina de los españoles, quisieron tambien pasar revista á sus tropas en presencia de Cortés. Comenzaba el ejército por la música militar de cornetas, caracoles y otros semejantes instrumentos de aliento, detrás de la cual iban los cuatro jefes de la república armados de escudo y espada y adornados de hermosísimos penachos, que se levantaban mas de dos piés sobre sus cabezas. Llevaban los cabellos atados con cintas de oro, en los labios y orejas pendientes de piedras, en los piés alpargates de gran valor. A ellos seguian sus cuatro escuderos armados de arco y flechas. Iban después los cuatro estandartes de la república, cada uno con su propia insignia hecha de plumas. Después comenzaron a pasar en filas bien ordenadas las tropas de flecheros de veinte en veinte, dejándose ver en ciertas distancias los estandarte particulares de sus compañías, compuesta cada una de trescientos ó cuatrocientos hombres, á las cuales seguian las tropas armadas de espada y escudo, y al fin las de los lanceros. Herrera y Torquemada afirman que los flecheros eran sesenta mil, los lanceros diez mil y los otros armados de espada cuarenta mil.[1] *Xicotencatl* el jóven hizo su alocucion á ejemplo de Cortés, en la cual dijo á sus tropas que al dia siguiente, como ya bien sabian, debian marchar con los valientes españoles contra los mejicanos, sus capitales enemigos; que aunque el solo nombre de los *tlaxcaltecas* bastase para intimidar á todas las naciones de la tierra, trabajasen sin embargo para adquirir nueva gloria con sus acciones.

Cortés por su parte convocó á los principales señores de los Estados aliados y los exhortó á una constante fidelidad para con los españoles, exagerándoles las utilidades que debia esperar de la ruina de los mejicanos, y los males que debian temer si alguna vez por sugestión de estos, ó por temor de la guerra, ó por inconstancia faltasen á la fe prometida. Después publicó un bando militar para el arreglo de sus tropas, el cual contenia los siguientes artículos:

1. Ninguno blasfeme contra Dios, ni contra la bienaventurada Virgen, ni contra los santos.

2. Ninguno tenga pleito con otro, ni meta mano á la espada ó á otra arma para herirlo.

3. Nadie juegue sus armas, ni el caballo, ni las herramientas

4. Ninguno fuerce á ninguna mujer, bajo pena de muerte.

1 Solís siguiendo, segun lo que él dice, á Bernal Diaz, no numera en la revista de *Tlaxcalla* mas que 10.000 hombres, y reprende á Herrera porque apartándose de la relacion de Bernal Diaz cuenta 80 000; pero en esto, como en otros puntos, se conoce bien el descuido de Solís en consultar á los autores. Bernal Diaz no hace mencion de la revista de los *tlaxcaltecas;* solamente dice que Cortés pidió al senado diez mil hombres, y este respondió que estaba pronto á alistar un número mucho mayor de tropas. Herrera no cuenta 80.000 hombres, como dice Solís, sino 110 000, como puede verse en su década 2, lib. 2, c. 20. A Herrera lo siguieron en este punto Torquemada y Betancurt. Ojeda, el cual estuvo presente y era caudillo de las tropas aliadas, afirma que eran 150.000 hombres; pero en este cómputo comprende á los de *Huexotzinco, Chollan* y *Tepeyacac.*

5. Ninguno coja las prendas de otro, ni castigue á ningun indio si no es su esclavo.

6. Ninguno vaya á hacer correrías sin nuestro permiso.

7. Ninguno haga prisionero á indio alguno, ni saquee sin nuestra licencia su casa.

8. Ninguno maltrate á los aliados, antes bien por todos caminos se procure mantener su amistad.

Y porque nada importa publicar leyes cuando no se cela su observancia ni se castigan los delincuentes, mandó ahorcar á dos moros sus esclavos porque robaron un pavo y dos capas de algodon. Con estos y otros semejantes castigos hizo respetar sus órdenes, tan necesarias para la conservacion de sus tropas.

Después de haber dado todas las disposiciones que le parecieron convenientes al buen éxito de su empresa, marchó finalmente con todos sus españoles y con un buen número de aliados el dia 28 de diciembre de 1520, después de haber oido misa é invocado al Espíritu Santo. No quiso llevar entonces consigo todo el ejército de los aliados que el dia antes se habia revistado, así por la dificultad que habria para mantener un número tan grande de tropas en *Tezcoco*, como porque creyó mas necesario dejar la mayor parte en *Tlaxcalla*, para la seguridad de los bergantines cuando fuese tiempo de trasportarlos.[1] De los tres caminos que habia para ir á *Tezcoco*, tomó Cortés el mas difícil, persuadiéndose prudentemente que no debiendo esperarlo en él los mejicanos, seria mas segura su marcha. Se dirigió, pues, por *Tetzmellocan*, pueblo perteneciente al Estado de *Huexotzinco*. El dia 30 observaron desde la cima mas alta de aquellos montes el hermoso valle de Méjico, parte con júbilo porque allí estaba el objeto de sus deseos, y parte con algun disgusto por la memoria de sus desastres. Al comenzar á descender hácia el valle reconocieron el camino embarazado con muchos troncos y ramas de árboles atravesados de intento, y tuvieron necesidad de emplear mil *tlaxcaltecas* en desembrarlo. Luego que llegaron al llano fueron acometidos por algunas tropas volantes de enemigos; pero habiendo sido algunos de ellos muertos por los españoles, se pusieron en fuga los demás. Aquella noche se alojaron en Quatepec, lugar distante ocho millas de Tezcoco, y al dia siguiente encaminándose para aquella corte cuidadosos de la disposicion de los *tezcocanos*, pero igualmente resueltos á no volver atras sin haber tomado venganza de sus enemigos, vieron venir hácia ellos cuatro personajes respetables desarmados, y uno de ellos con una banderola de oro en la mano, y reconociendo Cortés que esto era una señal de paz, se adelantó para abocarse con ellos. Eran estos cuatro mensajeros mandados por el rey *Coanacotzin* á cumplimentar al general español, convidarlo á que fuese a su corte, y suplicarle no hiciese ninguna hostilidad en sus Estados, y le presentaron la banderola, que tenia treinta y dos onzas de oro. Cortés á pesar de estas señales de amistad, les echó en cara la muerte dada pocos meses antes por los habitantes del pueblo de *Zoltepec* á cuarenta y cinco españoles, cinco caballos y trescientos *tlaxcaltecas* que los acompañaban cargados de oro y plata, y de armas para los españoles que estaban entonces en Méjico, y ejecutada con tal inhumanidad, que habian colgado como trofeos en los templos de *Tezcoco* las pieles de los españoles con sus armas y vestidos, y las de los caballos con sus herraduras. Añadió, que ya que no les era posible compensar la pérdida de aquella gente, debian á lo menos pagarle el oro y la plata robada; que si no le daban la debida satisfaccion, por cada español muerto haria morir mil *tezcocanos*. Los mensajeros respondieron que de esto no eran culpables los de *Tezcoco*, sino los mejicanos, por cuyas órdenes lo hicieron los de *Zoltepec*; que con todo esto, se ofrecian á ellos á practicar todas las diligencias posibles para que todo se les restituyese, y despedidos cortesmente del general español, se volvieron con diligencia a *Tezcoco* con noticia del pronto arribo de los españoles a aquella corte.

Entró Cortés con su ejército en *Tezcoco* el último dia de aquel año. Salieron a encontrarlo algunos nobles y lo condujeron á uno de los palacios del difunto rey *Nezahualpilli*, el cual era tan grande, que no solamente se alojaron en él aquellos seiscientos españoles, sino que tambien podian estar cómodamente, segun dice Cortés, otros seiscientos. Luego reconoció aquel general notablemente disminuido el concurso de vecinos en las calles, pareciéndole que no veia en ellos ni la tercera parte del pueblo que habia visto en otras ocasiones, y particularmente observó que faltaban las mujeres y los niños, indicio manifiesto de la mala disposicion de aquella corte. Por no aumentar la desconfianza de los vecinos y por no exponer á su gente á un desastre, publicó un bando en el cual con pena de muerte prohibia á sus soldados salir del cuartel sin su permiso. Después de comer observaron desde las azoteas del palacio, que mucha gente abandonaba la ciudad dirigiéndose unos á los bosques inmediatos y otros á diversos lugares de la laguna. La noche siguiente se ausentó el mismo rey *Coanacotzin*, trasladándose a Méjico en una canoa á despecho de Cortés, que queria cogerlo, como habia hecho antes con sus tres hermanos *Cacamatzin*, *Cuicuitzcatzin* é *Ixtlilxochitl*. No podia tomar *Coanacotzin* nin-

1 No se duda, dice Solís, que salió Cortés de Tlaxcalla con mas de sesenta mil hombres; pero lo cierto es que no se sabe cuántos llevó consigo, pues ni Cortés ni Bernal Diaz ponen el número. Gomara dice que eran mas de ochenta mil.

gun otro partido, porque ¿cómo era posible que se creyese seguro entre los españoles despues de haber visto lo que habian hecho con sus hermanos y con el rey Motezuma su tio, y principalmente temiendo que muchos de sus mismos súbditos tomasen de aquí ocasion para declararse sus enemigos, unos por temor á los españoles ó por el interés particular de sus familias, otros por vengar la muerte de *Cuitlahuatzin*, y otros tambien por colocar en el trono á *Ixtlilxochitl*?

Las revoluciones que inmediatamente hubo en aquella corte, justificaron bastantemente la determinacion tomada por él. Apenas habia estado allí tres dias Cortés, cuando se le presentaron los señores de *Huexotla*, *Coatlichan* y *Atenco*, tres ciudades tan inmediatas, como ya hemos dicho, á *Tezcoco*, que parecian otros tantos barrios de aquella gran corte, suplicándole admitiera su alianza y amistad. Cortés, como que nada mas deseaba que engrosar su partido, les recibió benignamente y les ofreció su proteccion. La corte de Méjico luego que supo esta novedad, mandó á aquellos señores una severa reprension, haciéndoles decir que si la causa de haberse adherido á un partido tan vil era el temor que tenian del poder de sus enemigos, supiesen tambien que los mejicanos se hallaban con fuerzas mucho mas grandes, con las cuales verian dentro de poco destruidos á los españoles, juntamente con sus aliados favoritos los *tlaxcaltecas;* que si á esto habian sido inducidos por el interés de los Estados y posesiones que tenian en *Tezcoco*, se pasasen á Méjico, en cuyos dominios se les asignarian tierras mucho mejores; pero aquellos señores en vez de intimidarse con la reprension ó de rendirse á las promesas, cogieron á los mensajeros y los enviaron á Cortés. Este les preguntó el motivo de su embajada, y ellos respondieron que sabiendo que aquellos señores estaban en su gracia, venian á suplicarles que fuesen mediadores para la paz entre los mejicanos y los españoles. Cortés simulando creer lo que le decian, los puso en libertad y les encargó dijeran á su soberano que él no queria la guerra ni la haria jamás sino precisado por las hostilidades de los mejicanos; que por lo tanto, lo reflexionara, y se guardara de hacer ningun mal á los españoles ó á sus aliados, porque de otro modo ellos se manejarian como enemigos y arruinarian infaliblemente sus ciudades.

Mucho importaba ciertamente á Cortés la alianza de aquellas tres ciudades; pero nada le era mas necesario que ganarse la misma corte de *Tezcoco*, tanto por la mucha nobleza que habia en ella, como por su influencia en las otras ciudades del reino. Desde que entró en aquella corte procuró siempre conciliarse los ánimos con la atencion y buenos modales, y lo mismo habia encargado á los suyos, prohibiendo severísimamente toda suerte de hostilidades contra los vecinos. Reconoció desde el principio entre la nobleza un partido favorable al príncipe *Ixtlilxochitl*, á quien tenia, no sé por qué causa, en *Tlaxcalla*. Lo hizo conducir á la corte por un buen número de españoles y *tlaxcaltecas*, lo presentó á la nobleza y consiguió que fuese reconocido de ella por rey, y coronado con las mismas ceremonias y demostraciones de alegría que acostumbraban hacer con sus legítimos soberanos.[1] Promovió Cortés la exaltacion de este príncipe, así por vengarse del legítimo rey *Coanacotzin*, como porque el reino estuviese dependiente de él. El pueblo lo aceptó, ó porque no tuvo valor para oponerse á los españoles, ó tal vez porque estaban fastidiados del gobierno de *Coanacotzin*. Era *Ixtlilxochitl* jóven de cerca de veintitres años. Desde la primera entrada de Cortés en *Tlaxcalla* se habia declarado abiertamente por los españoles, se les habia ofrecido con su ejército y les habia convidado á hacer el viaje á Méjico por Otompan, en donde él se hallaba entonces; pero á pesar de su buena voluntad y de

1 Solís en la relacion de la exaltacion del príncipe *Ixtlilxochitl*, á mas de las imaginarias arengas que pone en boca de Cortés y de los *tezcocanos*, incurre á lo menos en siete errores sustanciales: 1.° Supone vivo en este tiempo á *Cacamatzin*, cuando por la relacion de Cortés y de todos los historiadores nos consta que fué muerto la noche de la derrota de los españoles, ó poco antes. 2.° Duda primero, y despues afirma positivamente, que en este mismo tiempo reinaba en *Tezcoco Cacamatzin*, cuando sabemos por el testimonio de casi todos los historiadores que reinaba *Coanacotzin*. 3.° Hace á *Cacamatzin* hermano de *Nezahualpilli* (á quien llama *Nezahual*), habiendo sido su hijo, como saben todos los que han estudiado la historia de aquellos pueblos. 4.° Supone á *Nezahualpilli* muerto por *Cacamatzin*, fábula jamás oida en la historia de *Tezcoco*. 5.° Cree muerto á *Nezahualpilli* cuando reinaba el antecesor de Motezuma. Ahora bien, el antecesor de Motezuma murió en 1502; luego *Nezahualpilli* fué muerto, á lo mas tarde, este mismo año por *Cacamatzin*, segun lo que dice Solís. Cuando tuvo el atrevimiento de matar á su rey, se debe creer que tuviese á lo menos quince años; luego en 1519, cuando el referido *Cacamatzin* visitó á Cortés en *Ayotzinco*, tenia á lo menos 32 años, y sin embargo, el mismo Solís dice en otro lugar que era entonces jóven de veinticinco años; pero lo cierto es que *Nezahualpilli* murió en 1516. 6.° Supone á *Cacamatzin* usurpador de la corona, cuando era legítimo heredero, como consta por la historia. 7.° Finge que el nuevo rey se hallaba en *Tezcoco* cuando llegó allí Cortés; que este no lo habia visto jamás; que la primera vez que el príncipe se le presentó, se agradó tanto de su elocuencia y gentileza, que sin poder contenerse lo abrazó; pero todo esto es falso, pues nos consta por las cartas del mismo Cortés y por la historia de Herrera y Torquemada y otros, que aquel príncipe (cuyo nombre ignoró Solís) habia mas de un año que habia sido visto por Cortés, y mas de seis meses habia sido su prisionero, y que para coronarlo lo hizo venir de *Tlaxcalla*.

sus obsequios, era prisionero de los españoles cuando estos salieron derrotados de Méjico, y estuvo detenido por ellos en *Tlaxcalla* hasta que fué llamado al trono. Las circunstancias de este acontecimiento nos hacen creer que su cautividad haya sido una decorosa opresion de su libertad, coloreada con alguno de aquellos bellos pretextos que suele inventar la política de los hombres cuando por razon de alguna desconfianza quieren asegurarse. Con el largo trato de los españoles se acostumbró á sus usos y modales. Fué instruido en la religion cristiana y bautizado con el nombre de don Fernando Cortés *Ixtlilxochitl*, por consideracion al general español, que fué su padrino. No tuvo en el trono sino una apariencia de majestad, pues mas que señor de sus súbditos fué ministro de la voluntad de los españoles, á quienes hizo grandes servicios, no solamente en la conquista de Méjico, en la cual sirvió con su persona y sus tropas, sino tambien en la reedificacion de aquella capital, para la cual ministró millares de arquitectos, albañiles y operarios. Murió muy jóven el año de 1523, y le sucedió en el señorío de *Tezcoco* su hermano don Cárlos, de quien harémos despues honrosa memoria. Con la exaltacion de *Ixtlilxochitl* y los obsequios que Cortés le hacia, se engrosó considerablemente el partido de los españoles, y todas aquellas familias *tezcocanas* que se habian ausentado de la corte por temor de sus hostilidades, restablecida en ellos la seguridad, se volvieron alegres á sus casas.

Habia resuelto Cortés tener su cuartel en *Tezcoco*, y por lo tanto se habia dedicado á fortificar aquel real palacio, en donde se alojaban sus tropas. No podia tomar consejo mas oportuno para su intento. *Tezcoco*, como capital del reino de *Acolhuacan* y ciudad tan grande, abundaba de toda suerte de víveres para la subsistencia del ejército; tenia buenos edificios para su habitacion, buenas fortificaciones para su defensa, y copia de cada especie de artífices para todas las obras de que tenian necesidad. Los dominios, pues, de *Tezcoco*, confinantes con los de *Tlaxcalla*, facilitaban á los españoles su necesaria comunicacion con aquella república: la inmediacion de la laguna importaba mucho para la construccion de los bergantines, y la ventajosa situacion de aquella corte hacia á los españoles sabedores de todos los movimientos de sus enemigos sin exponerlos á sus hostilidades.

Despues de haber ordenado bien las cosas de *Tezcoco*, resolvió Cortés dar un asalto á la ciudad de *Iztapalapan* para vengarse de ella y de sus vecinos de las ofensas que habia recibido de *Cuitlahuatzin*, su antiguo señor, á quien reconocia por autor de la memorable derrota de 1º de julio. Dejó en *Tezcoco* una guarnicion de mas de trescientos españoles y muchos aliados al mando de Sandoval, y marchó él con mas de doscientos españoles, mas de tres mil *tlaxcaltecas*[1] y mucha nobleza *tezcocana*. Antes de llegar á *Iztapalapan* vinieron á encontrarlo algunas tropas de enemigos, fingiendo que se oponian á su entrada y peleando parte por tierra y parte por agua; pero al combatir se iban retirando á la ciudad, simulando no poder hacer resistencia á su ataque. Así empeñados los españoles y *tlaxcaltecas* en perseguirlos, entraron en la ciudad, cuya casas hallaron en mucha parte despobladas, porque los vecinos se habian refugiado con sus mujeres, hijos y la mayor parte de sus cosas á las casas que tenian en las isletas de las lagunas; pero hasta allí fueron perseguidos por sus enemigos, peleando tambien en la agua. Estaba ya bien avanzada la noche, cuando los españoles, alegres por la victoria que creian haber conseguido, se ocupaban en saquear las casas y los *tlaxcaltecas* en pegarles fuego; pero inmediatamente se cambió su júbilo en espanto, porque con la misma luz del incendio observaron que corria la agua de los canales y comenzaba á inundar las casas. Reconocido el peligro, se tocó la retirada y se abandonó precipitadamente la ciudad para volver á tomar el camino para *Tezcoco;* pero á pesar de su diligencia llegaron á un lugar en donde habia tanta agua, que los españoles pasaron á duras penas, y de los *tlaxcaltecas* se ahogaron algunos, y se perdió la mayor parte del botin. No hubiera quedado ni uno de ellos vivo, segun lo que afirma Cortés, si se hubieran detenido tres horas mas en la ciudad, porque los vecinos, queriendo anegar á todos sus enemigos, rompieron el dique de la laguna y anegaron la ciudad. Al dia siguiente continuaron su viaje cerca de la laguna, molestados siempre y vejados de los enemigos. No fué agradable á los españoles esta expedicion; pero aunque perdieron los despojos y fueron heridos muchos, no murieron mas que dos y un caballo. La pérdida de los de *Iztapalapan* fué mucho mayor, pues á mas de la que tuvieron en sus casas, quedaron muertos, segun dice Cortés, mas de seis mil.

El disgusto que tuvo Cortés por esta expedicion, se compensó inmediatamente por el contento que recibió por la obediencia que le dieron por medio de sus embajadores *Mizquic*, Otompan y otras tres ó cuatro ciudades de aquellos contornos, alegando para obtener su gracia que habiendo sido excitados por los mejicanos á tomar las armas contra los españoles, no consintieron jamás en ello. Cortés, como que siempre iba ganando mayor autoridad cuanto mas se engrosaba su partido, exigió de ellos como condicion necesaria para conseguir la alianza, que prendiesen á todos los mensajeros que les fuesen mandados de Méjico y á todos los mejicanos que llegasen á sus ciudades. Ellos ofrecieron hacer-

1 Gomara dice que fueron á aquella expedicion seis mil *tlaxcaltecas*, y Solís numera diez mil; pero Cortés afirma que fueron de tres á cuatro mil.

lo, aunque no sin gran dificultad, y de allí en adelante fueron constantemente fieles á los españoles.

A esta confederacion siguió inmediatamente la de *Chalco*, ciudad y Estado considerable de la ribera oriental de la laguna dulce, pues sabiendo Cortés que los chalqueños querian adherirse á su partido, pero que no se atrevian á declararse por temor á las guarniciones mejicanas que habia en su Estado, mandó allí á Sandoval con veinte caballos, doscientos infantes españoles y un buen número de aliados, y le dió la órden de encaminar antes ciertas tropas *tlaxcaltecas* que querian llevar á su patria la parte que habian escapado del botin de *Ixtapalapan*, y después volverse sobre *Chalco*, para arrojar de aquel Estado á los mejicanos. Dió Sandoval la vanguardia á los *tlaxcaltecas;* algunas tropas mejicanas que se habian emboscado se arrojaron improvisamente contra ellos, los desordenaron, les mataron alguna gente y les quitaron el botin; pero llegando los españoles, los desbarataron, y huyeron los mejicanos. Recuperado el botin, continuaron los *tlaxcaltecas* sin peligro su viaje, y Sandoval marchó á *Chalco;* pero mucho antes de llegar á la ciudad le salió al encuentro el grueso de la guarnicion mejicana, la cual, segun lo que afirman algunos historiadores, se componia de doce mil hombres. Se dió la batalla, la cual duró dos horas, y se concluyó con la muerte de muchos mejicanos y la fuga de los otros. Los *chalqueños*, sabedores de la victoria, salieron con gran júbilo á encontrar á los españoles, y los introdujeron triunfantes en la ciudad.[1] El señor de aquel Estado, muerto poco antes de viruelas, habia en los últimos momentos de su vida recomendado eficazmente á dos hijos que dejaba, se confederasen con los españoles, cultivasen su amistad y tuviesen á Cortés por padre. A consecuencia de su última voluntad, fueron aquellos dos jóvenes á *Tezcoco*, acompañados del ejército español y de mucha nobleza chalqueña; presentaron á Cortés en oro el valor de ciento cincuenta pesos y establecieron la alianza, en la cual se mantuvieron constantemente fieles. La causa de rebelarse tan fácilmente tantos pueblos de aquel imperio, era en unos el temor á las armas españoles y al poder de sus aliados, y en otros el odio á la dominacion mejicana. No es posible que sea constante la fidelidad de los súbditos, siempre que en la subordinacion influya mas el terror que la beneficencia. No hay trono mas vacilante que aquel que se sostiene mas con la fuerza de las armas que con el amor de los pueblos. Cortés, después de haber acariciado á los dos jóvenes *chalqueños*, dividió entre ellos aquel Estado, ó á peticion de ellos mismos ó por sugestion de la nobleza. Dió al mas grande la investidura de la ciudad principal con otros, y adjudicó al mas pequeño *Tlalmanalco*, *Chimalhuacan*, *Ayotzinco* y otros.

No cesaban entre tanto los mejicanos de hacer correrías en los Estados que se habian confederado con los españoles; pero la diligencia de Cortés en mandar socorros, hacia por lo comun inútiles sus esfuerzos Entre otros vinieron á pocos dias á *Tezcoco* los mismos *chalqueños* á implorar el auxilio de los españoles, pues habian sabido que los mejicanos se preparaban para dar un gran golpe á aquel Estado, recientemente sustraido de su dominacion. No pudo Cortés favorecer en esta ocasion sus pretensiones, porque habiendo ya concluido la obra de los árboles, tablones y todo el surtimiento de los bergantines, tenia necesidad de sus tropas para hacerlo trasladar con seguridad á Tezcoco. Les dió por tanto el consejo de que se confederasen con los de *Huexotzinco*, *Cholollan* y *Quauhquechollan*. Rehusaban esta confederacion los *chalqueños* por su antigua enemistad con aquellos pueblos; pero al fin la aceptaron movidos de las instancias de Cortes y obligados de la necesidad. Apenas se habian ido los *chalqueños*, cuando llegaron oportunamente á *Tezcoco* tres mensajeros de *Huexotzinco* y *Quauhquechollan*, mandados por aquellos señores a Cortés á significarle su cuidado por razon de ciertas humaredas, indicios claros de guerra, observadas por los centinelas que ellos tenian sobre las cimas de los montes, y á ofrecerle sus tropas, prontas á sus órdenes siempre que quisiese servirse de ellas. Se aprovechó Cortés de tan bella ocasion para confederar aquellos Estados con el de *Chalco*, obligándolos á renunciar por el bien comun sus particulares resentimientos. Fué tan firme esta alianza, que de allí adelante se auxiliaron mutuamente contra los mejicanos.

Siendo ya tiempo de trasladar á *Tezcoco* la madera, velas, cables y herramienta de los bergantines, mandó Cortés á este fin á Sandoval con doscientos infantes españoles y quince caballos, encargándole fuese primero á *Zoltepec* á tomar de aquellos vecinos una rigorosa venganza por la muerte de cuarenta y cinco españoles y trescientos *tlaxcaltecas*, de que hemos hecho arriba mencion. Los de *Zoltepec*, cuando vieron venir contra ellos aquella tempestad, abandonaron sus casas para salvar la vida con la fuga; pero fueron alcanzados por los españoles, muertos muchos de ellos y otros hechos esclavos. De allí marchó Sandoval á *Tlaxcalla*, en donde encontró

1 Solís en la relacion de este acontecimiento incurre en dos errores geográficos. 1.° Supone á la ciudad de *Chalco* contigua á la de *Otompan*, no sabiendo que entre ellas estaba la corte de *Tezcoco* y otras ciudades considerables del reino de *Acolhuacan*, como se ve en nuestra carta geográfica de las lagunas mejicanas. 2.° Dice que los Estados de *Chalco* y de *Tlaxcala* eran confinantes, cuando entre ellos habia un gran bosque de mas de quince millas y una parte de los dominios de *Huexotzinco*, y por otro lado estaba interpuesta la parte mas poblada del reino de *Acolhuacan*.

todo listo para la conduccion de los materiales labrados de los bergantines. El primero de estos fué hecho por Martin Lopez, soldado español que hacia de ingeniero en la armada de Cortés, y se echó para probarlo en el rio de Zahuapan. Sobre el modelo de este fueron fabricados por los *tlaxcaltecas* los otros doce Se ejecutó la conducion con el mayor aparato y júbilo de los *tlaxcaltecas*, pareciéndoles poco pesada aquella carga que debia contribuir á la ruina de sus enemigos. Ocho mil *tlaxcaltecas* llevaban á cuestas las vigas, velas y los otros arneses que se requerian para la fábrica de los bergantines; dos mil iban cargados de los víveres y treinta mil hombres armados para la defensa bajo las órdenes de tres capitanes principales, *Chichimecatl* ó *Chichimecateuctli*,[1] *Ayotecatl* y *Teotepil* ó *Teotlipil*. Este convoy ocupaba, segun dice Bernal Diaz, mas de seis millas. Cuando salieron de *Tlaxcalla*, mandaba la vanguardia *Chichimecatl;* pero luego que pusieron el pié fuera de los dominios de aquella república, le dió Sandoval la retaguardia, porque temia alguna ataque de los enemigos. Esto causó un grave disgusto al *tlaxcalteca*, como que se preciaba de su valor, alegando que en todas las batallas que hasta entonces se habia hallado, habia ocupado siempre, á ejemplo de sus antepasados, el puesto mas arriesgado, y tuvo necesidad Sandoval de valerse de razones y súplicas para contentarlo. Cortés vestido de la mas magnífica gala y acompañado de todos sus oficiales, salió á encontrarlos, y abrazó y dió gracias a aquellos señores *tlaxcaltecas* por sus buenos oficios. Seis horas tardaron en entrar en *Tezcoco* con el mejor órden, y gritando *Castilla*, *Castilla*, *Tlaxcalla*, *Tlaxcalla*, en medio del estrépito de los instrumentos militares.

Apenas llegado el general *Chichimecatl*, sin querer descansar de la fatiga del viaje, suplicó á Cortés que lo ocupara á él y á su tropa contra los enemigos. Cortés, el cual no esperaba otra cosa que el arribo de las tropas auxiliares de *Tlaxcalla* para hacer una expedicion que tiempo habia meditaba, dejando en *Tezcoco* una buena guarnicion y dadas las órdenes oportunas sobre la conclusion de los bergantines, se puso en marcha al principio de la primavera de 1521 con veinticinco caballos y seis pequeños cañones de artillería, trescientos cincuenta infantes españoles, treinta mil *tlaxcaltecas*, y una gran parte de la nobleza *tezcocana;* y porque temia que los *tezcocanos*, de quienes no se fiaba todavía, diesen algun aviso secreto a los enemigos y trastornasen sus designios, salió de *Tezcoco* sin manifestar el objeto de su expedicion. Caminó el ejército doce millas hacia el Norte y pasó aquella noche al descubierto. Al dia siguiente fué á atacar á *Xaltocan*, ciudad fuerte situada en medio de una pequeña laguna, con una calzada que conducia á ella, cortada como la de Méjico con algunos fosos. La infantería española, ayudada por un buen número de aliados, pasó los fosos en medio de una lluvia de dardos, flechas y piedras, con que fueron heridos muchos; pero no pudiendo los vecinos sufrir ya la mortandad que causaban en ellos las armas españolas, abandonaron la ciudad y se salvaron con la fuga. Los vencedores saquearon las casas y quemaron algunas.

Al dia siguiente se encaminaron á la grande y hermosa ciudad de *Quauhtitlan*, como Cortés la llama con razon; pero la encontraron despoblada, porque los vecinos, intimidados por lo que habia sucedido en *Xaltocan*, procuraron ponerse en seguridad.

De allí pasaron á *Tenayoccan* y á *Azcapozalco*, y porque no hallaron resistencia en aquellas tres ciudades, no hicieron en ellas mal alguno. Finalmente, llegaron á la corte de *Tlacopan*, término que se habia propuesto Cortés para solicitar desde allí algun acomodamiento con la corte de Méjico, y si no lo consiguiese, para informarse mas de cerca de sus designios y preparativos. Encontró á los habitantes de aquella ciudad dispuestos á impedirle la entrada. Acometieron estos con la acostumbrada furia á los españoles, y pelearon valerosamente un buen rato; pero al fin, no pudiendo sufrir el fuego de las escopetas ni el ímpetu de los caballos, se retiraron á la ciudad. Los españoles, porque era tarde, se alojaron en una gran casa del suburbio. Al dia siguiente pegaron fuego los tlaxcaltecas á muchas casas de la ciudad, y en los seis dias que estuvieron allí los españoles, tuvieron continuas acciones, y hubo algunos desafíos famosos entre los *tlaxcaltecas* y los de *Tlacopan;* pero unos y otros pelearon con singular valor y desahogaron el odio que mutuamente se tenian en mil oprobios. Los de *Tlacopan* llamaban á los *tlaxcaltecas* damiselas de los españoles, sin cuya proteccion jamás hubieran tenido el atrevimiento de introducirse hasta aquella ciudad. Los *tlaxcaltecas*, en correspondencia, les decian que mas bien á los mejicanos y á todos sus partidarios se debia dar el título de mujeres, pues siendo tan superiores en número á los *tlaxcaltecas*, no habian podido jamás sujetarlos. No fueron exentos los españoles de semejantes insultos. Los convidaban por burla á que entraran en Méjico á mandar allí como señores y go-

1 Este *Chichimecatl*, que hace una figura luminosa en nuestra historia, no parece que haya sido el padre, el cual era ya muy viejo, sino el hijo, así tambien llamado, esto es, aquel mismo que en la guerra de los *tlaxcaltecas* con los españoles tuvo aquel grave disgusto de que hemos hablado en otra parte. *Ayotecatl* es así llamado por Torquemada en la historia; pero en el índice lo llama *Ayutecatl*. Al otro capitan da en la historia el nombre de *Teotepil*, y en el índice el de *Teotlipil*. Yo sospecho que aquel noble *tlaxcalteca* haya sido *Acxotecatl*, señor de Atlihuetzian, esto es, aquel padre inhumano que en odio de la fe cristiana mató despues á dos de sus hijos. Cortés llama á aquellos capitanes *Tutecatl* y *Teutipil*.

mar de todos los placeres de la vida. "¿Te pare-
" ce, cristiano, decian á Cortés, que andan aho-
" ra las cosas como la otra vez? ¿piensas acaso
" que reina en Méjico otro Motezuma, sacrifica-
" do á tus deseos? Entrad, pues, entrad en la
" corte, en donde se hará de todos vosotros un
" gran sacrificio á nuestros dioses." En las acciones que tuvieron en estos dias los españoles, entraron en aquella fatal calzada y se acercaron á aquellos memorables fosos, en los cuales nueve meses antes habian sido destrozados. Allí encontraron una terrible resistencia, y en una ocasion estuvieron todos para perecer, porque empeñados en perseguir á ciertas tropas mejicanas que habian venido de intento á insultarlos para atraerlos al peligro, se encontraron improvisamente acometidos por un lado y otro de la calzada de un número tan grande de enemigos, que á duras penas retrocedieron, peleando furiosamente hasta tierra firme. En este combate murieron cinco españoles y hubo muchos heridos. De los mejicanos quedaron muchos muertos en estas y en las otras luchas. Cortés, disgustado por el mal éxito de su expedicion, volvió con su ejército por el mismo camino á *Tezcoco*, recibiendo en su marcha nuevos insultos de sus enemigos, los cuales atribuian su retirada á miedo y cobardía.[1] Los *tlaxcaltecas* que acompañaron á los españoles en aquella expedicion, habiendo acopiado una gran cantidad de despojos, pidieron permiso á Cortés para llevarlos á su patria y se los concedió gustoso.[2]

Sandoval, el cual en la ausencia de Cortés habia cuidado de aquella plaza, salió de ella dos dias después del arribo de aquel general, con veinte caballos, trescientos infantes españoles y un gran número de aliados para ir á socorrer á los *chalqueños*, los cuales temian un grande asalto de los mejicanos; pero habiendo hallado en *Chalco* un gran número de tropas de *Huexotzinco* y de *Quauhquechollan* que habian venido en su auxilio, y sabiendo que el mayor daño se hacia á aquella ciudad por los mejicanos que estaban en el presidio de *Huaxtepec*, ciudad situada sobre los montes, quince millas al Mediodía de *Chalco*, se dirigió allá. En su marcha fueron acometidos por dos gruesos cuerpos de enemigos; pero prontamente los desbarataron, lo que en mucha parte se debió á la innumerable multitud de aliados que llevaban consigo los españoles. Entraron estos en *Huaxtepec* y se alojaron en ciertas grandes casas para descansar y curar los heridos; pero inmediatamente sufrieron un nuevo ataque de los mejicanos, que los obligó á volver á tomar las armas para rechazarlos, como hicieron persiguiéndolos por mas de tres millas hasta dejarlos enteramente derrotados. Después volvieron á la ciudad, en donde descansaron dos dias. Era entonces *Huaxtepec* ciudad célebre, no menos por sus excelentes manufacturas de algodon que por su admirable jardin, de que ya hemos hecho mencion.

De *Huaxtepec* mandó Sandoval mensajeros á ofrecer la paz á los habitantes de *Iacapichtla*, lugar fortísimo distante seis millas, situado en la cima de un monte casi inaccesible á la caballería, y defendido por una competente guarnicion de mejicanos; pero habiendo sido rechazadas por ellos sus proposiciones, marchó para aquella ciudad, determinado á dar un golpe que abatiese su orgullo y libertarse perpetuamente á los *chalqueños* del mal que les venia de aquella parte. Los *tlaxcaltecas* y los otros aliados se intimidaron á vista de la dificultad y del peligro; pero Sandoval, animado de aquel gran valor que manifestaba en todas sus acciones, se resolvió á morir ó vencer. Comenzó á subir con su infantería, debiendo superar al mismo tiempo la aspereza del monte y la multitud de los enemigos que lo defendian con una lluvia de dardos, piedras y tambien peñas muy grandes, las cuales aunque se rompieron en el choque que hacian en las rocas interpuestas, sus fragmentos herian á los españo-

1 Solís, queriendo desmentir á Bernal Diaz, dice así: "Y por mas que la procure deslucir nuestro historiador, fué de tanta consecuencia para el intento principal, que apenas llegó Hernan Cortés á Tezcoco, cuando vinieron rendidos á dar la obediencia y ofrecer sus tropas militares los caciques de *Tucapan, Mascalzingo* y *Autlan* (así llama á *Tucapan, Mexcaltzinco* y *Nauhtlan*) y otros pueblos de la ribera setentrional. Bastante seña de que se volvió con reputacion, etc." Pero disimulando la expresion ambigua de *ribera setentrional*, la cual los lectores no prácticos en la geografía de aquel reino entenderán tal vez de la ribera de la laguna, debiendo entenderla de la del mar, y el error que hay en decir que vinieron á Tezcoco los señores de aquellos lugares, cuando sabemos por el testimonio de Cortés que mandaron á ella sus embajadores, lo cierto es que aquellos señores no pudieron moverse á mandar tal embajada por la noticia de lo que habia sucedido en *Tlacopan*, porque sus embajadores llegaron á *Tezcoco* cuatro dias después de aquella expedicion, como afirma Bernal Diaz, testigo ocular, y sus ciudades estaban distantes de aquella corte mas de 200 millas.

2 Herrera y Torquemada dicen que Cortés hizo quitar violentamente á los *tlaxcaltecas* las alhajas de oro con que iban adornados después de la expedicion de *Tlacopan*, y que los *tlaxcaltecas* se irritaron de tal modo por esta indignidad, que en dos dias se desertaron mas de veinte mil. Si esto hubiera sido cierto, Cortés habria sido el hombre mas necio é imprudente, y aquella misma avaricia que hizo perecer á tantos españoles en su salida de Méjico, hubiera trastornado la empresa de la conquista; pero la relacion de aquellos historiadores es enteramente contraria á lo que dicen Cortés y Bernal Diaz, testigos oculares, y Gomara, autor antiguo. Todos tres acordes afirman que los *tlaxcaltecas* pidieron licencia para ir á *Tlaxcalla*, que Cortés la concedió gustoso, y que ellos llevaron muy alegres el botin que habian hecho en aquella expedicion.

[illegible]les; pero nada fué capaz de contenerlos hasta en[illegible] en la ciudad bañados de sudor y sangre, y á [illegible] hicieron otro tanto los aliados. La fati[illegible] y [illegible] heridas encendieron de tal modo su cólera [illegible] con tal furia contra los enemigos; [illegible] huyendo de las espadas se precipita[illegible] [illegible] del monte. Tanta fué la [illegible] allí se derramó, que tiñó un arroyo [illegible] por allí y ensució de tal modo sus [illegible] en mas de una hora no pudieron usar [illegible] los vencedores para apagar la gran sed [illegible] mortificaba.[1] Fué esta, dice Cortés, una [illegible] mas señaladas victorias, en la cual dieron [illegible] españoles las mayores pruebas de su valor y [illegible]. Esta jornada costó la vida á Gonzalo Dom[illegible], uno de los mas valientes soldados de [illegible] cuya pérdida fué muy sensible á todos.

[illegible] los mejicanos con la mortandad de [illegible],[2] armaron prontamente veinte mil [illegible], y los mandaron en dos mil canoas con[illegible] *[illegible]*. Los *chalqueños* imploraron como [illegible] el auxilio de los españoles, y sus men[illegible] [illegible] ron cuando volvia de *Iacapichtla* con [illegible] Sandoval, flaco, maltratado y herido. [illegible] atribuyendo con demasiada ligereza las [illegible] hostilidades de los mejicanos contra los *[illegible]* á descuido de aquel incomparable co[illegible] te, sin querer antes informarse de su con[illegible], ni oirlo, ni permitirle un momento de des[illegible], le mandó marchar inmediatamente á *Chal-co* con los soldados que estaban menos heridos, [illegible] auxilio á aquellos aliados. Incomodó [illegible] te á Sandoval aquella afrenta hecha por [illegible] general puntualmente cuando debia esperar de él [illegible] mas grandes elogios; pero fué tanta su prudencia en disimular la injuria y tanta su pron[illegible] en obedecer, cuanto habia sido su valor en aquella ardua expedicion. Partió sin dilacion á [illegible] pero cuando llegó allí, encontró conclui[illegible] ya la batalla, en la cual quedaron victoriosos los *chalqueños* con el auxilio de sus nuevos alia[illegible] de *Huexotzinco* y *Quauhquechollan;* y [illegible] tuvieron una pérdida considerable, mata-ron muchos enemigos é hicieron cuarenta prisioneros, entre ellos un general de ejército y dos personajes de la primera nobleza, los cuales fueron entregados por los *chalqueños* á Sandoval y por este á Cortés. Este general habiendo advertido su falta é informádose bien de la irreprensible conducta de Sandoval, procuró serenar el justo resentimiento de este con singulares demostraciones de estimacion y de honor.

Queriendo, pues, Cortés hacer algun acomodamiento con los mejicanos, así para evitar los trabajos é incomodidades de la guerra, como para poder apoderarse de tan hermosa ciudad sin arruinarla, resolvió mandar á Méjico aquellos dos personajes prisioneros con una carta para el rey *Quauhtemotzin*, la cual aunque no podia ser entendida en aquella corte porque ignoraban enteramente los caracteres, era sin embargo credencial y una contra-seña de su embajada. Expuso á aquellos mensajeros el contenido de la carta, y les encargó representaran á su soberano que él no pretendia otra cosa sino que el rey de España fuese reconocido señor de aquella tierra, segun lo que habia sido acordado por la nobleza mejicana en aquella respetable asamblea que se tuvo en Méjico delante del rey Motezuma; que se acordase del homenaje que entonces rindieron todos los señores mejicanos al gran monarca de Oriente; que queria establecer una paz firme y una eterna alianza con ellos, y no hacia la guerra sino precisado por sus hostilidades; que le era muy sensible deber derramar tanta sangre mejicana y destruir tan grande y hermosa ciudad; que ellos mismos eran testigos del valor de los españoles, de la superioridad de sus armas, de la multitud de sus aliados y de la felicidad de sus progresos; que desistiesen finalmente y no lo obligasen con su obstinacion á continuar la guerra hasta la total ruina de la corte y del imperio.

El fruto de esta embajada se reconoció inmediatamente en los lamentos de los *chalqueños*, los cuales sabedores de las grandes fuerzas que se reunian contra aquel Estado, vinieron á implorar el auxilio de los españoles, presentando á Cortés pintadas en una tela las ciudades que se armaban por órden del rey de Méjico contra ellos y el camino que debian hacer. Entre tanto que Cortés alistaba sus tropas para aquella expedicion, llegaron á *Tezcoco* los mensajeros de *Tuzapan*, *Mexcaltzinco* y *Nauhtlan*, ciudades situadas en la costa del Seno Mejicano, mas allá de la colonia de la Veracruz, á dar á nombre de sus señores la obediencia al rey de España.

A 5 de abril salió Cortés de *Tezcoco* con treinta caballos, trescientos infantes españoles y veinte mil aliados, dejando á Sandoval el mando de aquella plaza y el cuidado de los bergantines. Fué en derechura á *Tlalmanalco* y después á *Chimalhuacan*,[1] en donde se engrosó su ejército con

1 [illegible] se burla de Gomara por esta relacion de [illegible] con sangre, y añade que no tenian [illegible] de beber aquella agua, pues habia algunos [illegible] de [illegible]; pero si estos manantiales estaban en el mismo lugar de la accion, es de creerse que quedasen tambien [illegible] con sangre; si estaban distantes de aquel lugar, no estaban los españoles en estado de buscarlos. Bernal Diaz no se halló en aquella expedicion, y debemos [illegible] mayor crédito á la relacion de Cortés: "Fué tan grande, dice esta, el destrozo que nuestros españoles hicieron [illegible] enemigos, y tal el estrago que estos hicieron en sí [illegible] precipitándose desde aquella cima, que todos los que se hallaron allí afirman que un arroyuelo que circundaba á casi todo aquel lugar, quedó teñido de sangre por [illegible] de una hora, y así no pudieron beber de él."

2 Herrera y Solís [illegible] el nombre de aquella ciudad, le llaman *[illegible]*.

1 Habia y hay actualmente dos lugares de este nom-

[illegible]

otros veinte mil y mas hombres,[1] los cuales ó por vengarse de los mejicanos, ó por el interés de los despojos, ó como yo creo, por uno y por otro, venian de algunos lugares para servir en aquella guerra. De allí, siguiendo siempre, como es de creerse, aquel camino que representaron en su pintura los *chalqueños*, se encaminaron por los montes meridionales hácia *Huaxtepec*, vieron junto al camino un monte muy fragoso, cuya cima estaba ocupada por una gran multitud de mujeres y niños, y la falda por muchísimos guerrreros, los cuales, confiados en la fortaleza natural de aquel lugar, se burlaron con aullidos y silbos de los españoles. Cortés, no pudiendo sufrir aquella befa, hizo dar un asalto por tres lados al monte; pero apenas habian comenzado á subir á duras penas en medio de una tempestad de dardos y piedras, cuando tocó á retirada, porque á mas de que advirtió que la empresa era temeraria, y mas dificil que fructuosa, se dejó ver un ejército de enemigos que marchaba hácia aquella parte, con el intento de acometer por la espalda á los españoles cuando estuviesen mas empeñados en el asalto. Cortés les salió al encuentro con sus tropas bien ordenadas. La batalla duró poco, porque los enemigos, reconociéndose inferiores en fuerzas, abandonaron inmediatamente el campo. Los españoles los persiguieron por mas de hora y media hasta derrotarlos enteramente. La pérdida de los españoles en esta batalla fué casi ninguna; pero en el asalto del monte fueron muertos ocho de ellos y muchos heridos.[2]

La sed que molestaba allí al ejército y el aviso que tuvo Cortés de otro monte distante tres millas é igualmente ocupado por los enemigos, lo obligaron á marchar hácia aquella parte. Observó en un lado de aquel monte dos caballetes ó peñas dominantes, defendidas por muchos guerreros; pero creyendo estos que los españoles intentasen el asalto por el lado opuesto, abandonaron las peñas y ocurrieron á donde parecia mayor el peligro. Cortés, como que sabia aprovecharse bien de todas las coyunturas que les presentaba la suerte ó la inadvertencia de sus enemigos, mandó á uno de sus capitanes que procurara ocupar con un competente número de soldados alguna de aquellas dos peñas, mientras que él entretenia por el lado opuesto á los sitiados. Comenzó, pues, á subir con sumo trabajo; pero cuando llegó á un puesto tan alto como era aquel en donde estaban los enemigos, vió enarbolada la bandera española en una de las peñas ó eminencias. Los enemigos, viéndose acometidos por dos partes y habiendo comenzado á sentir ya el daño que les hacian las armas de fuego, se rindieron. Cortés los trató con singular humanidad; pero exigió de ellos, como condicion necesaria para conseguir el perdon, que indujesen á rendirse igualmente á aquellos que ocupaban el primer monte, como en efecto sucedió.

Libre ya Cortés de estos obstáculos, se encaminó por *Huaxtepec*, *Iauhtepec* y *Xiuhtepec* á la grande y amena ciudad de *Quauhnahuac*,[1] capital de la nacion *Tlahuica*, distante mas de treinta millas de Méjico hácia el Sur. Era esta ciudad muy fuerte por su situacion, porque por un lado estaba circundada de montes escarpados, y por otro de una barranca de cerca de siete varas de profundidad, por donde corria un arroyo. No podia entrar allí la caballería sino por dos caminos ignorados entonces por los españoles, ó por los puentes, si no hubiesen estado levantados cuando ellos llegaron allí. Mientras estos buscaban un lugar oportuno por donde dar el asalto, los de *Quauhnahuac* tiraban contra ellos una indecible cantidad de flechas, dardos y piedras. Pero habiendo observado un valiente *tlaxcalteca* que dos arboles grandes que nacian de los dos lados opuestos de la barranca, inclinándose el uno hácia el otro, habian cruzado y tejido mutuamente sus ramas, hizo de ellas un puente para pasar al otro lado, cuyo ejemplo fué inmediatamente imitado, aunque con grande trabajo y mucho peligro, por seis soldados españoles, y despues por otros muchos, así de esta nacion como de los *tlaxcaltecas*.[2] Semejante intrepidez inti-

bre; el uno situado en la orilla de la laguna de *Tezcoco* al principio de la península de *Iztapalapan*, y llamado simplemente *Chimalhuacan;* el otro en los montes que están al Mediodía del valle de Méjico, se llama *Chimalhuacan-Chalco*, y este es al que fué Cortés.

1 Cortés dice que en *Chimalhuacan* se le agregaron mas de 40.000 hombres, y Bernal afirma que fueron mas de 20.000; pero este numero solamente los que se agregaron de nuevo, y Cortés refiere la suma total de los que llevó consigo desde *Tezcoco* y los que se le agregaron en *Chimalhuacan*.

2 Cortés en sus cartas no cuenta mas que dos españoles muertos en el asalto de aquel monte; pero Bernal Diaz hace mencion de ocho y refiere sus nombres.

1 El nombre de *Quauhnahuac* es uno de los mas alterados por los españoles. Cortés llama á esta ciudad *Coadnabaced;* Bernal Diaz *Coadalbaca;* Solís *Cuatlabaca*, etc. Prevaleció después el de *Cuernavaca*, con el cual es al presente conocida por los españoles; pero los indios retienen el antiguo *Quauhnahuac*. Ella es uno de los treinta lugares que dió Cárlos V á Cortés, y en el dia es parte de los Estados del señor duque de Monte Leon, como marqués del valle de Oajaca.

2 Solís, sin hacer mencion de aquel *tlaxcalteca*, atribuye toda la gloria de aquella accion á Bernal Diaz, en lo cual contradice á Cortés y á los otros historiadores. El mismo Bernal Diaz, el cual en la narracion de este suceso se hace todo el honor que puede, aunque se precia de haber sido uno de los que no atendiendo al peligro de la vida, pasaron sobre las árboles de la barranca, pero no se da la gloria de haber sido el primero en pasar ni de haber sugerido el consejo. Véase lo que dicen Cortés, Gomara, Herrera, etc.

midó de tal modo á los que por aquella parte defendian la ciudad, que inmediatamente se retiraron y fueron á unirse con los otros vecinos que por la otra parte de la ciudad se oponian á las tropas conducidas por Cortés; pero cuando estaban mas empeñados en la defensa, se hallaron improvisamente acometidos por aquellas tropas, que siguiendo á aquel valeroso *tlaxcalteca*, habian entrado ya en la ciudad por la parte indefensa. El espanto retrajo á los vecinos de la defensa y los puso en precipitada fuga hácia los montes; y así, los aliados quemaron sin oposicion una buena parte de la ciudad. El señor de ella, el cual habia huido con los otros, temiendo que lo alcanzaran en los montes los españoles, tomó la resolucion de rendirse; protestando que no lo habia hecho antes porque esperaba á que el enojo de los españoles se hubiese desahogado en la ciudad, y satisfecho con otras hostilidades, no se encarnizase contra su persona.

Después que reposó el ejército, marchó de *Quauhnahuac* cargado de despojos hácia el Norte por un gran bosque de pinos, en donde padeció una gran sed, y al dia siguiente se halló junto á la ciudad de *Xochimilco*. Esta hermosa ciudad, la mas grande despues de las cortes de todas las del valle mejicano, estaba fundada á la orilla de la laguna de *Chalco*, poco mas de doce millas de la capital. Su poblacion era muy numerosa, sus templos muchos, sus edificios magníficos, y particularmente hermosos sus jardines flotantes en la laguna, de donde tomó el nombre de *Xochimilco*.[1] Tenia á manera de la capital muchos canales ó fosos, y entonces, por temor á los españoles, habian hecho muchas trincheras. Luego que vieron venir el ejército, levantaron los puentes de los canales para hacerle mas difícil la entrada. Los españoles dividieron el ejército en tres escuadrones para acometer por otros tantos lados á la ciudad; pero por todas partes hallaron una gran resistencia, y no pudieron ganar el primer foso sino despues de un terrible combate de mas de media hora, en el cual murieron dos españoles y salieron heridos muchos; pero vencidos al fin estos obstáculos, entraron á la ciudad persiguiendo á sus vecinos, los cuales, desde las canoas á las que se habian refugiado, continuaron peleando hasta la noche. Se oian á veces en medio de los combates algunas voces que pedian la paz; pero habiendo advertido los españoles que ellas no se dirigian á otra cosa que á ganar tiempo para poner en salvo á sus familias y sus alhajas y para recibir el socorro que esperaban de Méjico, los estrecharon mas, hasta que no hallando resistencia, se retiraron á descansar y curar sus heridos; pero apenas comenzaban á respirar, cuando se vieron atacados por un gran número de enemigos que vinieron formados en órden de batalla por aquel mismo camino por donde habian entrado los españoles. Estos fueron reducidos al mayor estrecho, y el mismo Cortés corrió gran peligro de quedar prisionero de los enemigos, pues habiendo caido de cansado su caballo, como él dice, ó derribado á golpes de los de *Xochimilco*, como afirman otros historiadores, continuó peleando á pié con su lanza; pero oprimido de los enemigos, no hubiera podido evitar su ruina, si un valiente *tlaxcalteca*[1] y después de él dos criados del mismo Cortés y otros soldados españoles no hubiesen venido oportunamente en su auxilio. Derrotados finalmente los de *Xochimilco*, tuvieron los españoles comodidad de descansar un poco de las fatigas de aquella jornada, en la cual murieron algunos de sus soldados y salieron casi todos heridos y su mismo general, y los principales capitanes Alvarado y Olid. Cuatro españoles hechos prisioneros fueron conducidos á la capital y sin dilacion sacrificados, y sus brazos y piernas mandadas á algunos lugares para alentar á los súbditos contra los enemigos del Estado. Está fuera de duda que así en esta como en otras ocasiones pudo Cortés haber sido fácilmente muerto por sus enemigos, si estos no hubiesen tenido el loco deseo de cogerlo vivo para sacrificarlo á sus dioses.

La noticia de la toma de *Xochimilco* puso en grande consternacion á la corte de Méjico. El rey *Quauhtemotzin* convocó á algunos jefes militares, y les representó el daño y peligro causados á Méjico por la pérdida de una plaza tan respetable; el servicio que harian á los dioses y á la nacion en recuperarla; el valor y las fuerzas que se necesitaban para vencer á aquellos atrevidos y perniciosos extranjeros. Se dió por lo tanto inmediatamente la órden de armar un ejército de doce mil hombres para mandarlo por tierra y otro por agua, y se ejecutó con tal prontitud, que apenas habian descansado los españoles de la fatiga del dia antes, cuando fué avisado Cortés por sus centinelas de la marcha de los mejicanos hácia aquella ciudad. Dividió este general su ejército en tres escuadrones, y dió á sus capitanes las órdenes mas oportunas: dejó alguna tropa de guarnicion en el cuartel, y mandó que veinte caballos con quinientos *tlaxcaltecas* pasaran por detrás de los enemigos á ocupar un

1 *Xochimilco* quiere decir jardines y campos de flores.

1 Herrera y Torquemada dicen que al dia siguiente despues del peligro en que se halló Cortés, habiendo buscado al *tlaxcalteca* que le habia dado auxilio, no se pudo encontrar ni vivo ni muerto, y así por la devocion que aquel general tenia á san Pedro, se persuadió que este santo apóstol habia sido el que lo habia escapado. No sé de dónde hayan tomado estos autores semejante anécdota, pues Bernal Diaz y Gomara, y lo que es mas, el mismo Cortés, afirman que el que vino á favorecerlo fué un *tlaxcalteca*, sin hacer ninguna mencion de aquel santo, ni de haberse después desaparecido aquel hombre.

montecillo inmediato, y allí esperasen sus ulteriores órdenes para acometer. Los comandantes mejicanos venian llenos de orgullo y ostentando ciertas espadas europeas tomadas antes á los españoles en la derrota del 1º de julio. La batalla se dió fuera de la ciudad, y cuando pareció bien á Cortés, mandó que la tropa puesta en el montecillo acometiese por las espaldas á los mejicanos. Estos, viéndose atacados por todas partes, se desordenaron y huyeron, dejando en el campo quinientos muertos. Los españoles, restituidos al cuartel, supieron que la tropa que habia quedado allí habia estado en mucho peligro por la multitud de *xochimilcanos* que la habian acometido. Cortés, después de haber estado tres dias en *Xochimilco* en frecuentes combates con los enemigos, hizo pegar fuego á los templos y á las casas, y fué al mercado, que estaba fuera de la ciudad, á ordenar su ejército para la marcha. Los *xochimilcanos*, persuadiéndose que su partida fuese efecto de miedo, atacaron con muchos clamores la retaguardia; pero fueron batidos de tal modo por los españoles, que no se atrevieron á acometerles mas.

Avanzó Cortés con su ejército hasta *Coyohuacan*, ciudad grande situada en la orilla de la laguna, seis millas distante de Méjico hácia el Sur, con intencion de observar todos aquellos puestos para mejor disponer el sitio de la capital. Encontró la ciudad despoblada y al siguiente dia salió á reconocer la calzada que conducia desde aquella ciudad hasta la calzada de *Iztapalapan*. Allí encontró una trinchera hecha por los mejicanos y mandó á la infantería que la atacara, y á pesar de la terrible resistencia de los enemigos que la defendian, la tomó sin embargo, quedando heridos diez españoles y muertos algunos mejicanos. Subido Cortés en la trinchera, vió la calzada de *Iztapalapan* ocupada por una multitud innumerable de enemigos, y la laguna por algunos millares de canoas, y después de haber observado todo lo que convenia á su designio, volvió á la ciudad, á cuyos templos y casas hizo pegar fuego.

De *Coyohuacan* marchó el ejército á *Tlacopan*, habiendo sido molestado en el camino por algunas tropas volantes de enemigos que acometieron al equipaje. En una de estas acciones, en que corrió mucho peligro Cortés, le hicieron prisioneros dos criados suyos, que conducidos á Méjico, fueron inmediatamente sacrificados. Llegó Cortés á *Tlacopan* afligido por esta desgracia; pero se le aumentó el disgusto cuando desde el atrio superior del templo mayor de aquella corte contempló juntamente con otros españoles aquella fatal calzada en la cual algunos meses antes habia perdido tantos amigos suyos y soldados, y consideró atentamente la gran dificultad que era necesario vencer para hacerse dueño de la capital. Algunos le sugerian que mandase por aquella calzada á sus tropas á causar algunas hostilidades á los mejicanos; pero él no quiso exponerlas á tan grande riesgo, por lo que sin detenerse mas en aquella ciudad, se volvió por *Tenayocan*, *Cuauhtitlan*, *Citlaltepec* y *Acolman* á *Tezcoco*, después de haber andado en este viaje al rededor de todas las lagunas del valle de Méjico y observado cuanto era necesario para ejecutar felizmente la grande empresa que meditaba.

En *Tezcoco* continuó Cortés todos los preparativos para el asedio. Estaban ya aderezados los bergantines, concluido un canal de largo de milla y media, suficientemente profundo y con estacas de uno y otro lado para recibir la agua de la laguna, en la cual debian echarse los bergantines, y fabricada una máquina para echarlos.[1] Las tropas que tenia Cortés á sus órdenes eran innumerables, y aun el número de los españoles se habia aumentado considerablemente con los que pocos dias antes habian venido de España en un navío que llegó al puerto de Veracruz cargado de caballos, armas y municiones de guerra. Todo parecia dirigirse á un éxito feliz, cuando estuvo la empresa en el mayor peligro de desgraciarse. Ciertos soldados españoles, partidarios del gobernador de Cuba, movidos de odio á Cortés ó de envidia á su gloria, ó lo qué parece mas verosímil, de miedo á los peligros que les amenazaban en el asedio de la capital, se convinieron secretamente en quitar la vida á Cortés, á sus capitanes Alvarado, Sandoval y Tapia y á todos los que veian mas adheridos al partido de aquel general. Tenian ya los conjurados no solo determinado el tiempo y el modo de ejecutar con seguridad el golpe, sino elegido tambien aquellos á quienes debian conferirse los cargos vacantes de general, juez y capitanes; pero uno de los cómplices arrepentido de su crímen reveló oportunamente á Cortés la traicion. Este general hizo inmediatamente prender á Antonio de Villafaña, jefe de la conjuracion, cometió á un juez el exámen del reo, y habiendo este confesado abiertamente su delito, fué por la justicia ahorcado de una ventana del cuartel. En órden á los cómplices, disimuló prudentemente Cortés, simulando no creerlos culpables y atribuyendo á malignidad de Villafaña la infamia que de su confesion resultaba contra ellos; mas para que en lo sucesivo no estuviese tan expuesta á semejantes peligros su vida, creó una guardia de su cuerpo, compuesta de algunos soldados de cuya fidelidad y valor estaba bien seguro, los cuales le acompa-

1 Gomara dice que en aquel canal trabajaron cuatrocientos mil hombres de la corte y reino de *Tezcoco*, pues en los cincuenta dias en que se trabajó aquel canal, cada dia se empleaban ocho mil operarios nuevos. Añade que el referido canal tenia media legua de largo, doce piés de ancho y en donde menos cuatro brazas españolas de profundidad; pero yo creo que en esto ha habido algun error en órden á lo ancho, y no dudo que haya sido de mas de doce piés.

ban de dia y de noche, y cuidaban siempre de la conservacion de su persona.

Impedida pues con el castigo del reo principal aquella perniciosa conjuracion, se aplicó Cortés con mayor actividad á dar la última mano á su grande empresa. El dia 28 de abril, después que se celebró la misa del Espíritu Santo, en la cual comulgaron todos los españoles y de que fueron bendecidos por un sacerdote los bergantines, se echaron estos al agua, y desplegando inmediatamente las velas, comenzaron á surcar por la laguna con salva de artillería y escopetas, la cual fué seguida del canto del *Te Deum* con la música de los instrumentos militares. Todas estas demostraciones se debieron á la gran confianza que Cortés tenia en los bergantines para la felicidad de su empresa, sin los cuales tal vez no habria podido jamás conducirla hasta el cabo. Pasó después revista á su ejército y halló en él ochenta y seis caballos y mas de ochocientos infantes españoles, tres cañones grandes de fierro, quince menores de cobre, mil libras castellanas de pólvora de escopeta y una gran cantidad de balas y saetas, habiéndose duplicado el número y las fuerzas de su pequeño ejército con los socorros venidos aquel año de España y de las islas Antillas. Les hizo para animarlos una alocucion semejante á la que habia hecho antes, cuando salió de *Tlaxcalla*. Mandó mensajeros á esta república, á *Chalollan*, *Huexotzinco* y otras ciudades, haciéndoles saber que ya se habia concluido la obra de los bergantines y suplicándoles lo mandasen dentro de diez dias cuantas tropas escogidas pudiesen, por haber llegado ya el tiempo de poner sitio á aquella soberbia corte, que por tantos años habia oprimido su libertad. Cinco dias antes de la fiesta de Pentecostés llegó á *Tezcoco* el ejército de *Tlaxcalla*, el cual constaba, segun lo que afirma el mismo Cortés, de mas de cincuenta mil hombres al mando de algunos capitanes famosos, entre los cuales venia el jóven *Xicotencatl* y el valiente *Chichimecatl*, al que salió á encontrar Cortés con su gente. Las tropas de *Huexotzinco* y *Chalollan* pasaron allá por los montes de *Chalco*, segun la órden que se les habia dado. En los dos dias siguientes vinieron otras tropas de *Tlaxcalla* y otros lugares circunvecinos, las cuales juntamente con las referidas hacian mas de doscientos mil hombres, segun lo testifica su caudillo Alfonso de Ojeda.

El lunes de Pentecostés (20 de mayo) reunió Cortés su gente en la plaza mayor de aquella corte para hacer la division del ejército, nombrar los comandantes, asignar á cada uno de ellos el lugar en donde debia formar su campo, y las tropas que debian estar á su mando, y publicar nuevamente el bando militar publicado antes en *Tlaxcalla*. Mandó á Pedro de Alvarado que acampara en la ciudad de *Tlacopan*, para impedir que entrara por aquella parte algun socorro á los mejicanos, y le asignó treinta caballos, ciento sesenta infantes españoles distribuidos en tres compañías al mando de otros tantos capitanes, y veinticinco mil *tlaxcaltecas* con dos cañones de artillería. Cristóbal Olid fué creado maese de campo y jefe de la division destinada á la ciudad de *Coyohuacan*, y le fueron asignados treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho infantes españoles al mando de otros tres capitanes, con dos cañones y mas de veinticinco mil aliados. A Gonzalo de Sandoval se le dieron veinticuatro caballos, ciento sesenta y tres infantes españoles al mando de dos capitanes, con dos cañones, y los aliados de *Chalco*, *Huexotzinco* y *Chalollan*, los cuales eran mas de treinta mil, y le mandó Cortés que fuese primero á destruir la ciudad de *Iztapalapan*, y después acampase en aquel lugar que le pareciese mas conducente al fin de estrechar á los mejicanos. Cortés á pesar de las representaciones que le hicieron sus capitanes y soldados, tomó el mando de los bergantines, pues estimaba mas necesaria en ellos su asistencia. Compartió en los trece bergantines trescientos veinticinco soldados y trece culebrinas, asignando á cada bergantin un capitan, doce soldados y otros tantos remadores, y así todo el ejército destinado para comenzar el sitio de la capital, constaba de novecientos diez y siete españoles y mas de setenta y cinco mil hombres de tropas auxiliares,[1] cuyo número de allí á poco se aumentó, como veremos, hasta doscientos mil, y mas. Todas las demás tropas que habian venido á *Tezcoco*, ó se quedaron allí para emplearse cuando fuese necesario, ó se volvieron á sus lugares, pues no estaban tan distantes de la capital, que no pudiesen venir prontamente al sitio siempre que fuesen llamadas.

Partieron juntos de *Tezcoco* Olid y Alvarado con sus tropas para ir á los puestos que les habia asignado el general. Entre los mas respetables *tlaxcaltecas* que acompañaban á Alvarado, estaban el jóven *Xicotencatl* y su primo *Pilteuc*-

1 Herrera y Solís numeran cien mil aliados destinados á los tres campos; Bernal Diaz por el contrario no numera mas que veinticuatro mil, ocho para cada campo. Nosotros damos mas crédito á Cortés, como que mejor que ningun otro sabia el número de tropas asignadas á cada comandante. Solís dice que Bernal Diaz se queja muchas veces de que los aliados les causaban mas estorbo que auxilio; pero esto es falso, antes bien muchas veces pondera el referido Diaz el grande auxilio que tenian de los aliados, y su valor en pelear contra los mejicanos. *Los tlaxcaltecas nuestros amigos*, dice en el cap. 151, *nos ayudaron muy bien en toda la guerra como hombres valientes*. Toda su historia está llena de semejantes expresiones, como tambien las cartas de Cortés y la relacion de otros historiadores. Bernal Diaz solamente dice que en sus retiradas por la calzada de *Tlacopan* eran embarazados por las tropas auxiliares; pero cualquier tropa numerosa que quiere hacer su retirada por una calzada estrecha, tiene el embarazo en la misma multitud.

tli. Este en una contienda que hubo, fué herido por un español, el cual, desatendiendo imprudentemente las órdenes intimadas por su general y el respeto debido á aquel personaje, pudo causar con su atentado la desercion de los *tlaxcaltecas.* Irritó mucho á estos el ultraje y manifestaron con algunas demostraciones su cólera. Procuró aquietarlos Ojeda su caudillo, y dió permiso á *Pilteuctli* de que fuera á curarse á su patria. *Xicotencatl*, á quien no menos por su empleo que por su parentesco era mas que á ningun otro sensible tal injuria, no encontrando entonces otro modo de vengarse, abandonó ocultamente el ejército, y tomó juntamente con otros *tlaxcaltecas* el camino para su patria. Alvarado dió prontamente aviso á Cortés, y este mandó á Ojeda que lo alcanzara y prendiera, y preso que fué, lo hizo ahorcar públicamente, ó en la misma ciudad de *Tezcoco*,[1] como dicen Herrera y Torquemada, ó en un lugar inmediato á ella, como afirma Bernal Diaz, publicada antes por un pregonero la causa de su condena, que era la de haber desertado, y excitado á los *tlaxcaltecas* contra los españoles.

Es de creerse que Cortés no se arriesgase á la ejecucion de un tal suplicio sin haber antes obtenido, como expresamente afirma Herrera, el consentimiento del senado de *Tlaxcalla;* lo que no era difícil atendida su severidad en castigar los delitos, aun en las personas mas ilustres, y el odio particular que tenian á aquel príncipe, cuya altanería no podian ya tolerar. Un castigo tan estrepitoso, que naturalmente deberia haber excitado los ánimos de los *tlaxcaltecas* contra los españoles, intimidó de tal modo aquellos y á los otros aliados, que de allí en adelante observaron con mas puntualidad las leyes de la milicia y se mantuvieron mas subordinados á aquellos capitanes extranjeros, sacando fruto los españoles aun de sus mismas faltas; pero no temieron los *tlaxcaltecas* el hacer algunas demostraciones de afecto y veneracion hácia su príncipe, llorando su muerte, distribuyendo entre ellos como apreciables reliquias sus vestidos, y celebrando, como es de creerse, con la debida magnificencia sus exequias. La familia y los bienes de *Xicotencatl* se adjudicaron al rey de España y se trasladaron á *Tezcoco.* En la primera habia treinta mujeres y en los segundos una gran cantidad de oro.

Alvarado y Olid continuaron su marcha hácia *Tlacopan*, de donde pasaron á romper el acueducto de *Chapoltepec* para quitar la agua á los mejicanos; pero no pudieron ejecutar tan importante hostilidad sin una gran resistencia de los enemigos, los cuales previendo este golpe, habian hecho, así por tierra como por agua, sus preparativos para la defensa. Estos fueron derrotados, y los *tlaxcaltecas* en la persecucion mataron veinte de ellos, hicieron siete ú ocho prisioneros. Dado tan felizmente este primer paso, resolvieron aquellos comandantes ir por la calzada de *Tlacopan* á vencer algun foso; pero fué tan grande la multitud de mejicanos que vinieron contra ellos, y tan espesa la lluvia de flechas, dardos y piedras que les tiraron, que mataron ocho españoles é hirieron mas de cincuenta, y con mucho trabajo pudieron estos retirarse avergonzados á *Tlacopan*, en donde acampó Alvarado, segun la órden del general, y Olid marchó á *Coyohucan* el dia 30 de mayo, consagrado aquel año á la solemnidad del Corpus, en el cual comenzó, segun el cómputo de Cortés, el asedio de la capital.

Mientas que Alvarado y Olid se ocupaban en llenar algunos fosos que habia en la orilla de la laguna y componian algunos pasos para la comodidad de la caballería, el comandante[1] Sandoval con el número referido de españoles y con mas de treinta y cinco mil aliados, salió de *Tezcoco* el dia 31 de mayo con el propósito de tomar por asalto la ciudad de *Iztapalapan*, contra la cual estaba particularmente empeñado Cortés. Entró pues en ella Sandoval, haciendo un terrible estrago con el fuego en las casas y con las armas en los habitantes, los cuales intimidados procuraron escapar la vida en las canoas. Cortés para atacar al mismo tiempo aquella parte de la ciudad que estaba en agua, después de haber hecho sondear toda la laguna, se embarcó

1 Cortés no hace mencion de este suceso de *Xicotencatl:* es creible que tuviese alguna razon particular para callarlo. Bernal Diaz afirma que *Xicotencatl* iba á *Tlaxcalla* para apoderarse del Estado de *Chichimecatl* mientras este estaba en la guerra; pero esto es enteramente inverosimil. Hay autores que dicen que él era llevado á *Tlaxcalla* por amor á una dama. Yo en la relacion de este suceso sigo á Torquemada y Herrera, porque escribieron sobre los manuscritos de Ojeda y Camargo, que estaban bien informados. A Solís parece increible que *Xicotencatl* haya sido ajusticiado en *Tezcoco*, "porque "aventuraba mucho en resolverse á tan violenta ejecu- "cion con tanto número de *tlaxcaltecas* á la vista, que "precisamente habian de sentir aquel afrentoso castigo en "uno de los primeros hombres de su nacion;" pero mucho mas se arriesgó Cortés en prender al rey Motezuma en su misma corte y á vista de un númmero incomparablemente mas grande de mejicanos, á los cuales debia sin duda irritar aquella grande afrenta hecha al primer hombre de la nacion. Si en la conquista de Méjico no hubiesen intervenido otros hechos igualmente temerarios, seria acaso eficaz la razon de Solís; á mas de que Cortés no dió, por lo que dice Herrera, la sentencia contra *Xicotencatl* sin el consentimiento del senado de *Tlaxcalla*, y yo no dudo que á nombre del mismo senado se haya publicado aquella.

1 Solís dice que marcharon juntos de *Tezcoco* Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval; pero este ha sido un equívoco de aquel autor, debiendo decir Pedro de Alvarado en lugar de Gonzalo Sandoval.

con su gente en los bergantines, y navegó á vela y remo hácia *Iztapalapan*. Dió fondo junto á un montecillo aislado pero distante de aquella ciudad, cuya cima estaba ocupada por muchos enemigos resueltos á defenderse y ofender á los españoles cuanto les fuese posible.[1] Allí desembarcó Cortés, y venciendo con ciento y cincuenta hombres la aspereza y dificultad de la subida y la resistencia de los enemigos, tomó el monte con muerte de cuantos lo defendian.[2] Pero apenas lo habian tomado, cuando vieron venir contra ellos una gran flota de canoas,[3] llamadas con señales de humo, que á la primera vista de los bergantines les hicieron, tanto en aquel monte como en algunos templos de los contornos. Embarcáronse inmediatamente los españoles, y estuvieron sin moverse sobre la defensiva, hasta que ayudados de un viento fuerte que oportunamente se levantó, y aumentando la velocidad de los bergatines con el impulso de los remos, se arrojaron contra las canoas, rompiendo algunas y volcando otras con el empuje. Algunos de los enemigos perecieron heridos de las balas, y muchos quedaron ahogados. Todas las demás canoas huyeron perseguidas de los bergantines por mas de ocho millas hasta la capital.

El comandante Olid, luego que vió desde un templo de *Coyohuacan* la accion de los bergantines, marchó con sus tropas en órden de batalla por la calzada que conducia á Méjico, tomó algunos fosos y trincheras y mató muchos enemigos. Cortés por su parte reunió aquella tarde sus bergantines, y fué con ellos á batir aquel baluarte que estaba, como ya hemos dicho, en aquel ángulo que formaba la calzada de *Coyohuacan* con la de *Iztapalapan*. El peleó por agua y por tierra, y á pesar del valor con que se defendió la guarnicion mejicana que habia allí, lo forzó sin embargo, y con dos grandes cañones de artillería hizo un horrendo estrago en la multitud que ocupaba la laguna y la calzada. Aquel lugar, llamado por los mejicanos *Xoloc*, pareció muy ventajoso a Cortés[1] para establecer allí su campo, y en efecto, no era fácil encontrar otro mas oportuno para sus designios, pues en él se hacia dueño de la principal calzada y de aquella parte de la laguna de donde podian entrar mayores socorros á la ciudad, y á mas de esto, de la calzada de *Coyohuacan* para la comunicacion con el campo de Olid. La poca distancia de aquel lugar á los campos de *Coyohuacan* y *Tlacopan*, importaba mucho á Cortés para dar prontamente sus órdenes y auxilio á donde quiera que se necesitase. Finalmente, la inmediacion á Méjico contribuia á facilitar los asaltos.[2]

Allí reunió los bergantines, y abandonando la expedicion contra *Iztapalapan*, tomó la resolucion de dar inmediatamente principio á los ataques. Por esta razon hizo venir á su campo la mitad de las tropas de *Coyohuacan*, y cincuenta infantes escogidos de las de Sandoval. Aquella noche se oyó venir hácia aquel campo una gran multitud de enemigos. Los españoles sabiendo que los mejicanos no acostumbraban pelear por la noche sino cuando estaban seguros de la victoria, se intimidaron al principio; pero aunque recibieron algun daño de los enemigos, sin embargo, los obligaron con el fuego de la artillería y de las escopetas á retirarse á la ciudad. Al dia siguiente se vieron atacados por una prodigiosa multitud de guerreros, los cuales con aullidos espantosos aumentaban el número en la imaginacion de los españoles. Cortés, habiéndole llegado oportunamente el socorro que esperaba de *Coyohuacan*, hizo una salida con su gente puesta en órden de batalla. Se peleó por una y otra parte con mucho valor y obstinacion; pero los españoles y sus aliados ganaron un foso y una trinchera, y con la artillería y los caballos hicieron tanto mal á los mejicanos, que los obligaron á refugiarse en la ciudad; y porque por la parte de la laguna, que estaba al Poniente de la calzada, eran incomodados por las canoas mejicanas, hizo Cortés agrandar un foso de la calzada, para que pudiesen pasar por él los bergantines,

1 En la cima de aquel montecillo fabricó el historiador Solís *una fortaleza bien capaz*. Digo que él la fabricó, porque no hay memoria en ningun otro historiador de que haya habido allí jamás ninguna fortaleza ni grande ni pequeña. El mismo Cortés, el cual pondera su victoria, no hace mencion sino de las trincheras que habia allí.

2 Solís dice que Cortés concedió la vida á la mayor parte de los que defendian el montecillo de la laguna; pero el mismo Cortés afirma que ni uno de ellos escapó la vida. Este monte en memoria de la victoria conseguida por Cortés, se llamó desde entonces hasta ahora *el Peñon del Marqués*.

3 Bernal Diaz dice que la flota que vino contra Cortés era compuesta de todas las canoas que habia en Méjico y en todos los lugares situados en la laguna; pero esta es una hipérbole exagerada. Solís afirma que aquella flota constaba de cuatro mil canoas; pero Cortés, que mandaba los bergantines y tenia mas interés que no Bernal Diaz y Solís en exagerar el número de las canoas enemigas para hacer mas famosa su victoria, solamente dice que fueron mas de quinientas.

1 El padre Sahagun en su historia manuscrita de la Conquista, dice que Cortés por medio de ciertos personajes sus prisioneros, llamó al rey y á la nobleza de Méjico á un cierto lugar llamado *Acachinanco*, y pone la arenga que hizo, exponiéndoles los motivos de la guerra; pero esta concurrencia no me parece cierta ni verosímil. Cortés, que refiere menudamente todo lo que él decia á los mejicanos y todo lo que estos le decian á él, no hubiera ciertamente omitido una cosa tan notable.

2 Betancurt da á entender que Cortés acampó dentro de la ciudad; pero esto es enteramente contrario á la verdad y á la relacion del mismo Cortés, el cual afirma que su campo estaba distante media legua de la ciudad.

los cuales se arrojaron impetuosamente contra ellas, las persiguieron hasta la ciudad, y pegaron fuego á algunas casas de los barrios.

Entre tanto Sandoval terminada felizmente, aunque no sin gran riesgo, la expedicion de *Iztapalapan*, marchó con sus tropas para *Coyohuacan*. En la calzada fué atacado por las tropas de *Mexicaltzinco;* pero las derrotó é hizo pegar fuego á la ciudad. Cortés, sabedor de su marcha y de un gran foso que recientemente se habia hecho en la calzada, le mandó dos bergantines para facilitar el tránsito del ejército. Este marchó hácia *Coyohuacan*, y Sandoval fué con diez caballos al campo de Cortés. Cuando llegó á él halló á los españoles en combate con los mejicanos. La fatiga del viaje y de la batalla de *Mexicaltzinco* no fueron bastantes á retraerle de la accion. Peleó con su acostumbrado valor; pero en la lucha le atravesaron una pierna con un dardo, y con él fueron tambien heridos otros muchos españoles. Estas ventajas conseguidas por los mejicanos no son comparables con la pérdida que tuvieron aquel dia, ni con el miedo que les causó el fuego de la artillería, el cual fué tan grande, que en muchos dias no se atrevieron á acercarse al campo de los españoles. Estos pasaron seis dias en continuas acciones: los bergantines andando al rededor de la ciudad pegaban fuego á muchas casas de los barrios, y en sus correrías descubrieron un canal grande y profundo, por el cual podian fácilmente entrar en la ciudad; lo que en lo sucesivo fué de mucha ventaja á los españoles.

Alvarado por su parte estrechaba cuando podia á los mejicanos, ganando en frecuentes acciones algunos fosos y trincheras de la calzada de *Tlacopan;* pero murieron algunos de los suyos y fueron heridos muchos. Observó él que por la calzada de *Tepeyacac*, situada hácia el Norte, se introducian continuamente socorros en la ciudad, y advirtió que por ella seria fácil la escapada á los sitiados, siempre que se hallasen en estado de no poder resistir á los sitiadores. Lo hizo saber inmediatamente á Cortés, y este mandó á Sandoval que fuese con ciento diez y ocho infantes españoles y con un grandísimo número de aliados á ocupar aquel lugar, y desde allí impidiese los socorros que venian á los enemigos. Obedeció Sandoval, aunque molestado todavía de la herida de la pierna, y se apoderó sin oposicion de aquel lugar, quedando de allí en adelante impedida á los mejicanos toda comunicacion por tierra con otras ciudades.[1]

Hecho esto, determinó Cortés el hacer el dia siguiente una entrada en la ciudad con mas de quinientos españoles y mas de ochenta mil aliados de *Tezcoco, Tlaxcalla, Chalco y Huexotzinco,* dejando para que guardara el campo alguna caballería con diez mil aliados, y mandando á Sandoval y á Alvarado que entrara cada uno por su calzada al mismo tiempo con sus tropas, que no bajaban de ochenta mil hombres. Marchó Cortés por su calzada con su numeroso ejército, bien ordenado y flanqueado por los bergantines, y apenas andado un poco de la calzada, se encontró con un largo y profundo foso y una trinchera de mas de diez piés de alto. Se opusieron valerosamente los mejicanos á su tránsito; pero rechazados con la artillería de los bergantines, pasaron los españoles persiguiéndolos hasta la ciudad, en donde se encontraron otro gran foso y una fuerte y alta trinchera. El ímpetu del agua en este foso, la multitud de enemigos que concurrió allí á la defensa, los gritos espantosos y amenazadores y la espesa lluvia de flechas, dardos y piedras que tiraban, detuvieron algun tiempo la resolucion de los españoles; pero habiendo, finalmente, con la descarga de toda la artillería y de todas las armas de fuego arrojado de la trinchera á los que la defendian, pasó el ejército y se adelantó, ganando otros fosos y trincheras, hasta una plaza principal de la ciudad que estaba llena de gente. A pesar del estrago que voisa causaba en la multitud un gran cañon situado al ingreso de la plaza, no se atrevian los españoles á entrar en ella, hasta que el mismo general, reprendiéndoles aquel ignominioso miedo y arrojándose intrépidamente contra los enemigos, dió valor á sus soldados. Los mejicanos, intimidados con tan grande intrepidez, se refugiaron dentro del recinto del templo mayor, y viéndose aun allí atacados, se acogieron á los atrios superiores de los templos, en donde igualmente fueron perseguidos; pero de improviso se encontraron los españoles acometidos por las espaldas de otras tropas mejicanas y puestos en tal estrecho, que no pudiendo sostener la furia de los enemigos ni dentro del recinto del templo, ni fuera en la plaza inmediata, se vieron precisados á retirarse á la calzada por donde habian entrado en la ciudad, dejando en poder de los enemigos el cañon de artillería. De allí á poco vinieron oportunamente á la plaza tres ó cuatro caballos, y persuadidos los mejicanos que iba contra ellos toda la caballería, se desordenaron por el miedo que tenian á aquellos grandes y fogosos animales, y abandonaron ignominiosamente el templo y la plaza, que sin dilacion ocuparon los españoles. Diez ó doce nobles mejicanos se habian fortifica-

1 El doctor Robertson dice: "que Cortés quiso acometer á la ciudad por tres partes diferentes: por *Tezcoco* al lado oriental de la laguna; por *Tacuba* al Poniente, y por *Cuyocan* (esto es, *Coyohuacan*) hácia el Mediodía. Estas ciudades, añade, estaban situadas en las principales calzadas que conducian á la ciudad y que están hechas para su defensa. Dió á Sandoval el mando de la primera, etc." Pero esto es un error, pues á Levante no habia ni podia haber ninguna calzada, por la profundidad de la laguna. Sandoval acampó no en *Tezcoco*, desde donde era imposible el sitiar á Méjico, sino en *Tepeyacac*, hácia el Norte.



do en el atrio superior del templo mayor; pero á pesar de su obstinada resistencia, fueron vencidos y muertos por los sitiadores. El ejército español, en su retirada, pegó fuego á las mas grandes y mas hermosas casas de la calzada de *Iztapalapan*, aunque no sin grandísimo peligro, por el ímpetu con que cargaban los mejicanos sobre la retaguardia y por el daño que les hacian desde las azoteas. Alvarado y Sandoval hicieron con sus tropas una grande carnicería en los mejicanos, y los aliados merecieron en esta jornada grandes elogios del general español.

De tal modo se aumentaban cada dia las fuerzas de los españoles con nuevos socorros y nuevas alianzas de ciudades y de provincias enteras, que no habiendo habido al principio en sus tres campos mas que noventa mil hombres, dentro de pocos dias llegaron á doscientos cuarenta mil. El nuevo rey de *Tezcoco* por manifestar á Cortés su gratitud, procuraba conciliarle toda la nobleza de su reino, y armó en esta ocasion un ejército de cincuenta mil hombres, que mandó de auxilio á los españoles, al mando de un príncipe hermano suyo que tuvo en el bautismo el nombre de don Cárlos *Ixtlilxochitl*,[1] jóven de cuyo valor dan ilustre testimonio los historiadores antiguos, y entre otros el mismo Cortés, el cual pondera la oportunidad y la importancia de este socorro. Se quedó aquel príncipe con treinta mil hombres en el campo de Cortés, y los otros veinte mil se repartieron en los campos de Sandoval y Alvarado. A este socorro de los *tezcocanos* se siguió inmediatamente la confederacion de los *xochimilcanos* y de los *otomites* serranos con los españoles, cuyas nuevas tropas aumentaron en veinte mil hombres el ejército de Cortés.

No faltaba mas á este general para la perfeccion del asedio, sino impedir los socorros que se introducian por agua en la ciudad. Reteniendo por esta razon siete bergantines, mandó los otros seis hácia aquella parte de la laguna que estaba entre *Tlacopan* y *Tepeyacac*, para que desde allí fácilmente pudiesen dar auxilio á los campos de Sandoval y Alvarado siempre que estos comandantes lo pidiesen, y mientras no estuviesen empleados por ellos anduvieron de dos en dos al corso, y procuraron coger todas las canoas que llevasen víveres ó tropas á la ciudad.

Hallándose, pues, Cortés con un número tan grande de tropas aliadas, determinó hacer dentro de tres dias una entrada en la ciudad. Dió por lo tanto las órdenes oportunas, y el dia señalado marchó con la mayor parte de su caballería, trescientos infantes españoles, siete bergantines y una multitud innumerable de aliados. Hallaron los fosos abiertos, reedificadas las trincheras, y los enemigos bien dispuestos para resistir; con todo esto, ganaron con el auxilio de los bergantines todos los fosos y trincheras que habia hasta la plaza principal de *Tenochtitlan*. Allí hizo alto el ejército, no permitiendo Cortés que se adelantase mas sin dejar allanados todos los pasos difíciles que habia ganado; pero entre tanto que diez mil aliados se ocupaban en llenar los fosos, los otros se aplicaron á quemar y arruinar algunos templos, casas y palacios, y entre otros el del *Axayacatl*, en donde antes habian tenido los españoles su cuartel, y el célebre palacio de las aves del rey Motezuma. Después de hechas estas hostilidades con grande trabajo y grave peligro por razon de los esfuerzos que hacian los mejicanos para impedirlas, tocó Cortés la retirada, la cual se hizo felizmente, aunque incesantemente fuese molestada la retaguardia por las tropas enemigas. Lo mismo hicieron por su parte Alvarado y Sandoval. Esta jornada fué sin duda de gran fatiga para los españoles y sus aliados; pero tambien de indecible pesar para los mejicanos, así por la pérdida de tan hermosos edificios, como por los escarnios con que eran insultados por sus mismos vasallos confederados con los españoles, y por los *tlaxcaltecas*, sus enemigos capitales, que al pelear les enseñaban los brazos y piernas de los mejicanos que habian matado, y amenazando quererlas comer aquella noche en la cena, como en efecto lo hicieron.

Al dia siguiente á buena hora, por no dar tiempo á los mejicanos de abrir los fosos tapados ni de reparar las trincheras destruidas, salió Cortés de su campo del mismo modo que el dia anterior; pero á pesar de su diligencia, los mejicanos habian reparado ya la mayor parte de las fortificaciones destruidas, y las defendieron con tal obstinacion, que no pudo forzarlas el ejército de los sitiadores, sino después de un furioso combate de cinco horas. Avanzó el ejército y ganó dos fosos de la calzada de *Tlacopan;* pero estando ya para acabarse el dia, se retiró á su campo, peleando siempre con las tropas enemigas que cargaban á la retaguardia. Los mismos combates que el ejército de Cortés, tuvieron los de Sandoval y Alvarado, debiendo los sitiados pelear á un mismo tiempo con tres numerosísimos ejércitos superiores á ellos en armas, caballos, bergantines y disciplina militar. Alvarado por su parte ha-

1 Cortés lo llama *Ixtrisuchil;* Bernal Diaz y Solís, alterando mas el nombre, lo llaman *Suchil.* Torquemada contradiciéndose á sí mismo, dice que este jóven era *Coanacotzin*, hermano mayor de don Fernando *Ixtlilxochitl*, y pocas páginas después hace á este mismo *Coanacotzin*, consejero principal del rey *Quauhtemotzin* durante el asedio de la capital; pero lo cierto es que el jóven caudillo del ejército *tezcocano* fué don Cárlos *Ixtlilxochitl*, al cual muerto su hermano don Fernando Cortés *Ixtlilxochitl*, después de la conquista dió Cortés la investidura del Estado de *Texcoco*. *Coanacotzin* se mantuvo en la corte de Méjico desde el principio de este año hasta la conquista. Fué hecho prisionero juntamente con el rey *Quauhtemotzin*, é igualmente con él fué ajusticiado tres años después en *Izancanac* cuando caminaban ambos con Cortés para Comayahua.

bia ya arruinado todas las casas que habia á uno y otro lado de la calzada de *Tlacopan*,[1] pues la poblacion de la capital se continuaba por aquella parte hasta el continente, como testifican Cortés y Bernal Diaz.

Cortés hubiera querido dispensar á sus tropas del gran trabajo de repetir cada dia los combates para ganar los mismos fosos y las mismas trincheras; pero no podia dejar guarnicion para conservar lo adquirido sin sacrificarla al furor de los enemigos, ni queria acampar dentro de la ciudad, como le aconsejaban algunos de sus capitanes, porque á mas de los continuos ataques que de dia y de noche deberian sufrir de los enemigos, no podrian desde allí tan fácilmente impedir los socorros que venian á la ciudad como desde el sitio de *Xoloc*.

Mientras estos socorros iban faltando á los sitiados, se aumentaban los de los sitiadores, los cuales en este mismo tiempo no recibieron uno tan ventajoso á ellos, como pernicioso á los enemigos. Los habitantes de las ciudades situadas en la orilla é isletas de la laguna de *Chalco*, habian sido hasta entonces enemigos de los españales, y podian causar mucho daño al campo de Cortés, si sus tropas lo hubiesen atacado por uno y otro lado de la calzada al mismo tiempo, en el cual por otra parte les acometian los mejicanos; pero ellos no habian intentado ninguna hostilidad contra los españoles, tal vez porque la reservaban para ocasion mas oportuna. Los *chalqueños* y los otros aliados, á quienes no tenia cuenta la inmediacion de tantos enemigos, procuraban atraerlos á su partido ya con promesas y ya con amenazas y vejaciones, y tanto pudo su importunidad, y tal vez tambien el miedo de la venganza de los españoles, que vinieron al campo de Cortés, para confederarse con él, los nobles de *Iztapalapan*, *Mexicaltzinco*, *Colhuacan*, *Huitzilopochco*, *Mizquic y Cuitlahuac*, las cuales ciudades eran una parte considerable del valle mejicano. Se alegró infinitamente Cortés de esta alianza, y exigió de ellos no solamente que le ayudasen con sus tropas y canoas, sino tambien que acarreasen materiales para hacer chozas cerca de aquella calzada, porque siendo aquella la estacion de las aguas, padecia mucho su gente por falta de habitacion.

Todo esto se ejecutó tan bien por ellos, que inmediatamente pusieron bajo las órdenes de Cortés un cuerpo considerable de tropas, cuyo número no se dice, y tres mil canoas para ayudar á los bergantines en el corso, en las cuales acarrearon prontamente los materiales necesarios, y fabricaron tantas barracas, que pudieron estar allí cómodamente todos los españoles con dos mil indios empleados en su servicio, pues el grueso de las tropas aliadas estaba acampado en *Coyohuacan*, cuatro millas distante de *Xoloc*, y no contento con tan grandes socorros, llevaron al campo de Cortés muchos víveres, y principalmente pescados y cerezas en grande cantidad.

Hallándose, pues, Cortés con sus fuerzas tan aumentadas, entró con ellas dos ó tres dias seguidos en la ciudad, haciendo un considerable estrago en los habitantes. El se persuadia que deberian rendirse los sitiados viendo contra sí un número tan excesivo de tropas y experimentando los perniciosos efectos de su obstinada resistencia; pero se engañó, pues los mejicanos estaban resueltos á perder primero sus vidas que su libertad. Resolvió por lo tanto hacer continuas entradas en la ciudad para obligarlos con incesantes hostilidades á pedir la paz que rehusaban. Formó de sus buques dos armadas, compuesta cada una de tres bergantines y de mil quinientas canoas, mandándoles se acercasen á la ciudad, pegasen fuego á las casas é hiciesen á los mejicanos cuanto mal les fuese posible. Dió órden á Sandoval y á Alvarado que hiciesen lo mismo por su lado, y él con todos sus españoles, y segun parece, con ochenta mil aliados,[1] marchó, como solia, por la calzada de *Iztapalapan* hácia la ciudad, sin poder conseguir ni en esta ni en las otras entradas de estos dias, otras ventajas que la de ir disminuyendo poco á poco el número de sus enemigos, arruinando algunos edificios é introduciéndose cada dia algo mas con el fin de abrirse comunicacion con el campo de Alvarado, aunque hasta entonces no le fué posible lograrlo. Alvarado, con sus tropas auxiliadas de los bergantines, habia ya ganado un templo que estaba en una plazuela de la calzada de *Tlacopan*, en la cual mantuvo desde entonces una guarnicion, á pesar de los violentos ataques de los mejicanos. Habia tomado igualmente algunos fosos y trincheras, y sabiendo que la mayor fuerza de los enemigos estaba en *Tlatelolco*, en donde residia el rey *Quauhtemotzin* y en donde se habia refugiado infinita gente de *Tenochtitlan*, dirigió hácia aquella parte sus operaciones; pero aunque pelease con todas sus fuerzas por tierra y por agua, no pudo penetrar hasta donde queria por la fuerte oposicion de los sitiados, en las cuales luchas perecieron muchos por una y otra parte. En una de las primeras acciones se presentó un membrudo y valiente *tlatelolco*, disfra-

1 Estas casas no estaban fabricadas en la misma calzada, sino junto á ella, en las isletas que habia de uno y otro lado. No sabemos que hubiese en la calzada otro edificio que un templo, el cual estaba en aquella parte en donde dilatándose la calzada formaba una plazuela. Este templo fué tomado por Alvarado, y en él mantuvo una guarnicion casi todo el tiempo del asedio.

1 Yo conjeturo que todas las tropas aliadas que acompañaron á Cortés en esta entrada, hayan sido ochenta mil hombres, porque Cortés afirma que aquel dia habia mas de cien mil hombres en su campo, de los cuales veinte ó veintidós mil estarian empleados en las dos flotas de canoas.

zado de *otomite*, con un *ichcahuepilli* ó coraza de algodon, y sin otras armas que un escudo y tres piedras, y corriendo velocísimamente hácia los sitiadores, les tiró sucesivamente las tres piedras con tal destreza y fuerza, que con cada una derribó á un español, causando no menor ira á los españoles, que miedo y admiracion á los confederados. Pusieron la mayor diligencia por haberlo á las manos; pero jamás pudieron cogerlo, porque en todos los combates se presentaba diversamente vestido, y en todos hacia mucho daño á los sitiadores; teniendo por otra parte tanta velocidad en los piés para salvarse, como fuerza en los brazos para ofender. El nombre de este célebre *tlatelolco* era *Tzilacatzin*.

Alvarado, ensoberbecido por algunas ventajas conseguidas sobre los mejicanos, quiso un dia entrar hasta la plaza del mercado: habia ya ganado algunas trincheras y algunos fosos, y entre otros, uno que tenia de ancho mas de cincuenta piés y mas de siete de profundidad, y olvidado con la felicidad de hacerlo tapar, como lo habia mandado su general, avanzó con cuarenta ó cincuenta españoles y algunos aliados. Advirtiendo los mejicanos su descuido, cayeron inmediatamente sobre ellos, los desordenaron y pusieron en fuga, y al pasar el foso mataron algunos aliados é hicieron prisioneros á cuatro españoles, los cuales inmediatamente fueron sacrificados á vista de Alvarado y de su gente en el templo mayor de *Tlatelolco*. Incomodó mucho á Cortés esta desgracia, como que ella deberia aumentar el ánimo y orgullo de los enemigos, y se fué inmediatamente á *Tlacopan* á reprender severamente á Alvarado por su desobediencia y temeridad; pero informado del valor con que se habia conducido en aquella jornada y se habia apoderado de los puestos mas difíciles, se contentó con una suave amonestacion, inculcando sus órdenes sobre el modo de hacer las entradas.

Las tropas de Xochimilco, Cuitlahuac y otras ciudades de la laguna, que estaban en el campo de Cortés, queriendo aprovecharse de la ocasion que se les presentaba en las entradas de los españoles, de saquear las casas de los mejicanos, usaron de la mas abominable perfidia. Enviaron una secreta embajada al rey *Quauhtemotzin*, protestando su inviolable fidelidad á la corona y quejándose de los españoles, porque los forzaban á tomar las armas contra su señor natural, y añadiendo que querian en su primera entrada unirse á los mejicanos contra aquellos enemigos de la patria para matarlos á todos y poner así fin á tantas calamidades. Alabó el rey su propósito, les señaló los puestos que debian ocupar, y aun les mandó algunos regalos para remunerar su pretendida fidelidad. Entraron estos traidores como solian en la ciudad, y fingiendo primero que volvian sus armas contra los españoles, comenzaron despues á saquear las casas de los mejicanos, matando á los que les resistian, y aprisionando á las mujeres y á los niños; pero luego que los mejicanos advirtieron la traicion, se arrojaron contra ellos con tal furia, que casi todos los culpables pagaron con la vida su perfidia. Muchísimos murieron en la accion, y otros hechos prisioneros fueron por órden del rey inmediatamente sacrificados. Esta traicion parece no haber sido aconsejada ni ejecutada sino por una parte del populacho de aquellas ciudades, gente mal nacida y siempre pronta á semejantes crímenes.

Habia ya veinte dias que los españoles hacian continuas entradas en la ciudad, por lo que algunos capitanes y soldados, cansados de tantos combates, cuyo fruto veian muy distante, se quejaban con el general y lo conjuraban á que aventurara todas las grandes fuerzas que tenia á un golpe decisivo, que los sacase finalmente de tantos peligros y fatigas. El designio de estos era penetrar hasta el centro de *Tlatelolco*, en donde habian reunido sus fuerzas los mejicanos, para arruinarlos enteramente en una sola jornada, ó al menos inducirlos á rendirse. Cortés, que conocia muy bien cuán peligrosa era esta empresa, procuraba disuadirlos de ella con las razones mas eficaces; pero no aprovechando ninguna, ni pudiendo por otra parte resistir á esta determinacion, que se habia hecho casi general, cedió al fin á sus importunas instancias. Mandó al comandante Sandoval que con ciento quince infantes y diez caballos fuese á unirse á Alvarado, que pusiese en una emboscada la caballería y levantase el equipaje, fingiendo que marchaba y abandonaba el asedio de la ciudad, para que incitados los mejicanos á perseguirlo, fuesen acometidos de la caballería por las espaldas; que con seis bergantines procurara apoderarse de aquel gran foso en donde fué derrotado Alvarado, haciéndole llenar y aplanar; que no diese un paso adelante sin dejar bien compuesta la calzada para la retirada, y que procurase entrar de mano armada en la plaza del mercado.

El dia señalado para el asalto general marchó Cortés con veinticinco caballos, toda su infantería y mas de cien mil aliados. Formaban las alas de su ejército por uno y otro lado de la calzada sus bergantines con mas de tres mil canoas auxiliares. Entró sin ninguna oposicion en la ciudad, y dividió inmediatamente su ejército en tres partes, para que por otras tantas calles pudieran llegar á un tiempo á la plaza del mercado. El mando de la primera division se dió á Julian Alderete, tesorero del rey, el cual habia sido el que con mas empeño habia conjurado á Cortés á emprender esta expedicion, y se le mandó se dirigiera por la calle principal y mas larga con setenta infantes españoles, siete caballos y veinte mil aliados. De las otras dos calles que conducian de la calzada principal de *Tlacopan* á la plaza del mercado, la menos estrecha se asignó á los capitanes Andrés de Tapia y

Jorge de Alvarado (hermano de Pedro de Alvarado) con ochenta infantes españoles y mas de diez mil aliados, y de la otra, mas estrecha y difícil, se encargó el mismo Cortés con cien infantes españoles y el grueso de las tropas auxiliares, dejando en la entrada de cada calle la caballería y artillería. Entraron todos de un golpe peleando valerosamente. Los mejicanos hicieron al principio alguna resistencia; pero después fingiendo cobardía se retiraron, abandonando los fosos á los españoles, á fin de que estos atraidos de la esperanza de la victoria, se avanzasen á mayores peligros. Algunos españoles se introdujeron hasta las calles mas inmediatas á la plaza del mercado, dejando incautamente atrás un largo foso mal cubierto, y cuando mas animados solicitaban á competencia entrar los primeros en aquella plaza, oyeron el formidable sonido de la corneta del dios *Painalton*, la cual se tocaba por los sacerdotes en casos de pública y urgente necesidad para excitar al pueblo á tomar las armas. Concurrió allí inmediatamente una multitud tan grande de mejicanos y cayó con tal furia sobre los españoles y aliados, que los desordenó y obligó á volver precipitadamente atrás hasta el foso[1] en apariencia tapado con ramas y otros materiales ligeros, y queriendo pasar sobre ellos, se hundian con el peso y violencia de la multitud. Aquí fué el mayor conflicto y peligro de los fugitivos, porque no pudiendo á un tiempo pasar á nado, y defenderse, eran heridos y presos por los mejicanos. Cortés, el cual con la actividad propia de un general habia venido al foso, cuando llegaron á él las tropas derrotadas, procuró detenerlas con sus clamores, para que no facilitasen con el desórden el estrago que habian comenzado á hacer los enemigos; ¿pero qué voces son capaces de detener la fuga de una multitud desordenada, á la cual da prisa el miedo? Penetrado del mas vivo dolor por la pérdida de los suyos y no atendiendo á su propio riesgo, se acercó al foso para libertar á los que pudiese. Algunos salian desarmados, otros heridos y otros casi ahogados. Procuró ponerlos en órden y encaminarlos hácia el campo, quedando él atrás con doce ó veinte hombres para guardarles las espaldas; pero apenas se comenzó á marchar, cuando él se encontró en un paso estrecho rodeado de enemigos. Aquel dia hubiera sido el último para él, á pesar del extraordinario valor con que se defendió, y se hubiera perdido juntamente con su vida toda la esperanza de la conquista de Méjico, si los mejicanos en vez de darle, como fácilmente pudieron, la muerte, no se hubiesen empeñado en cogerlo vivo para honrar con tal ilustre víctima á sus dioses. Lo habian ya cogido, y lo llevaban sin duda al sacrificio, si su gente avisada de su prision no hubiese venido prontamente á libertarlo. Debió Cortés principalmente su vida y su libertad á un soldado de su guardia llamado Cristóbal de Olea, hombre de gran valor y de singular destreza en las armas,[1] el cual en otra ocasion lo habia libertado de un peligro semejante, y en esta ocasion lo salvó á costa de su propia vida, cortando con un golpe de espada el brazo de aquel mejicano que lo habia cogido. Fué tambien Cortés deudor de su libertad al príncipe don Cárlos *Ixtlilxochitl* y á un valiente *tlaxcalteca* llamado *Temacatzin*.

Salieron finalmente los españoles, aunque con grande trabajo y con no pocas heridas, á la calzada ancha de *Tlacopan*, en donde pudo Cortés ordenarlos, tomando él la retaguardia con la caballería; pero el atrevimiento y el furor con que los perseguian los mejicanos eran tales, que les parecia imposible el escapar la vida. Los que habian entrado por las otras dos calles, habian tenido terribles combates; pero porque fueron mas diligentes en tapar los fosos, les fué menos difícil la retirada cuando Cortés les dió la órden de marchar á la plaza mayor de *Tenochtitlan*, en donde se reunieron. Desde allí vieron con gravísimo disgusto levantarse de los braseros del templo mayor el humo del copal que quemaron los mejicanos en accion de gracias por la victoria conseguida; pero se aumentó mas su pena cuando vieron algunas cabezas de españoles que les tiraron los mejicanos para desalentarlos y oyeron decirles que habian matado á los comandantes Alvarado y Sandoval De la plaza se dirigieron por la calzada de *Iztapalapan* á su campo, perseguidos siempre por una gran multitud de enemigos.

Alvarado y Sandoval se habian esforzado á entrar en la plaza del mercado por una calzada que conducia de la de *Tlacopan* á *Tlatelolco* y habian felizmente adelantado sus operaciones hasta un lugar poco distante de aquella plaza; pero habiendo visto los sacrificios de algunos españoles y oido decir á los mejicanos que habian sido muertos Cortés y sus capitanes, se retiraron con suma dificultad, porque á aquellos enemigos que antes los atacaban se agregaron los que habian derrotado las tropas de Cortés.

La pérdida que tuvieron en aquella jornada los sitiadores, fué de siete caballos, muchas armas y canoas, y de un cañon de artillería, de mas de mil aliados y de mas de sesenta españoles, parte muertos en la batalla y parte hechos prisioneros é inmediatamente sacrificados en el tem-

1 Solís pone este foso fuera de la ciudad, y dice que al salir de él fueron acometidos los españoles por los mejicanos; pero esto es un manifiesto error, pues nos consta por las relaciones de Cortés y otros historiadores, que el referido foso estaba entre la calzada principal de *Tlacopan* y la plaza del mercado, y que para ir los españoles á su campo deberian atravesar la mayor parte de la ciudad.

1 Bernal Diaz en muchos lugares de su historia alaba mucho el valor de Olea, cuya muerte fué en extremo sensible, así á su general como á sus compañeros.

plo mayor de *Tlatelolco* á vista de la gente de Alvarado. Fué tambien muerto el capitan de un bergantin. Cortés tuvo una herida en una pierna, y apenas hubo entre los sitiadores quien no quedase herido ó maltratado.[1]

Celebraron los mejicanos ocho dias continuos la victoria con iluminacion y música en los templos; hicieron volar la fama por todo el reino y llevar por las provincias las cabezas de los españoles muertos para intimidar á las que se habian rebelado contra la corona y volverlas á su obediencia, como en efecto lo consiguieron de algunas. Escavaron de nuevo los fosos, repararon las trincheras y restituyeron la ciudad, á excepcion de los templos y las casas arruinadas por los enemigos, al mismo estado en que estaba antes de comenzar el asedio.

Entre tanto los españoles se mantenian sobre la defensiva en sus campos, curándose las heridas y descansando para los futuros combates; pero para que no se valiesen de su descanso los mejicanos para introducir víveres en la ciudad, mandó Cortés que los bergantines anduviesen de dos en dos al corso por la laguna. Los mejicanos reconociendo la superiordad de los buques y armas españolas y no pudiendo usar armas iguales, procuraron á lo menos igualar de algun modo los bergantines. Para esto habian fabricado treinta canoas grandes llamadas por los españoles piraguas, bien fornidas y cubiertas con gruesas tablas, para poder desde ellas pelear sin tanto riesgo de ser dañados. Determinaron hacer con ellas una emboscada á los bergantines entre los bosquecillos de cañas que habia en los céspedes flotantes en la laguna, y clavaron en algunos lugares estacas gruesas escondidas bajo el agua, para que dando en ellas los bergantines, se rompiesen, ó á lo menos se embarazasen para la defensa. Dispuesta, pues, la emboscada, hicieron salir de los cañaverales de la laguna tres ó cuatro canoas ordinarias, para que provocando á dos bergantines que andaban allí al corso, los llevasen huyendo despues al lugar de la emboscada. Los españoles luego que las vieron corrieron tras ellas; pero cuando estaban mas empeñados en perseguirlas, dieron los bergantines en las estacas y al mismo tiempo salieron fuera las treinta canoas grandes y los atacaron por todas partes. Corrieron los españoles gran peligro de perder juntamente con sus buques las vidas; pero mientras que con el fuego de las escopetas detenian á los enemigos, tuvieron facilidad algunos diestros nadadores de quitar las estacas, por lo que libres de aquel embarazo, pudieron usar de la artillería para ahuyentar las canoas. Los bergantines quedaron muy maltratados, los españoles heridos, y de los dos capitanes que los gobernaban, el uno murió en la accion y el otro á los tres dias de las heridas. Los mejicanos repararon sus canoas para repetir el estratagema; pero avisado secretamente Cortés del lugar en donde se ponian en emboscada, dispuso tambien él otra de seis bergantines, y aprovechándose del ejemplo de los enemigos, mandó que un bergantin se acercase al lugar en donde estaban escondidas las canoas, y cuando las descubriese se pusiese á huir hácia aquella parte en donde estaban emboscados los españoles. Sucedió todo como Cortés lo habia pensado, porque los mejicanos viendo el bergantin, salieron prontamente de la emboscada, y cuando se creian mas seguros de la presa, salieron los otros cinco bergantines contra ellos y comenzaron inmediatamente á jugar la artillería, con cuya primera descarga volcaron algunas canoas y desbarataron las demás. Pereció la mayor parte de los mejicanos y algunos fueron hechos prisioneros, y entre otros algunos nobles, de los cuales quiso valerse Cortés para solicitar algun acomodamiento con la córte de Méjico.

Mandó, pues, decir al rey *Quauhtemotzin* por medio de estos nobles prisioneros, que considerasen cuánto se iban disminuyendo las fuerzas de Méjico al mismo tiempo que se iban aumentando las de los españoles; que al fin deberian rendirse al mayor poder; que aunque los españoles no entrasen en aquella corte, bastaria solamente el impedirles los socorros para hacerlos morir de hambre; que todavía podian evitar los desastres que les amenazaban; que si consentian en las proposiciones de paz, él haria inmediatamente cesar todas las hostilidades, el rey quedaria en la pacífica posesion de la corona con toda la grandeza, con todo el poder y con toda la autoridad de que hasta entonces habia gozado, y sus vasallos permanecerian libres y dueños de todos sus bienes, sin exigir otra cosa de su majestad ni de sus vasallos sino el tributo debido al rey de España, como á supremo señor de aquel imperio, cuyos derechos estaban ya reconocidos por los mismos mejicanos, como apoyados sobre la antigua tradicion de sus antepasados; que si por el contrario, se obstinaba en la guerra, él seria privado de la corona, la mayor parte de sus vasallos perderia la vida y aquella hermosa y gran ciudad seria enteramente arruinada. El rey consultó con sus consejeros, con los generales del ejército y los jefes de la religion; les expuso el objeto de la embajada, el estado de aquella corte, la escasez de víveres, la afliccion del pueblo y los males todavía mayores que les amenazaban, y les mandó que dijesen libremente su parecer. Algunos previendo el éxito de la guerra, se inclinaban á la paz; otros movidos de odio á los españoles ó del

1 Cortés no numera mas que treinta y cinco ó cuarenta españoles muertos, ni mas que veinte heridos; pero él siguiendo las huellas de otros generales, disminuye sus pérdidas, como hace al referir la derrota de 1° de julio del año antecedente; por lo que nos parece mejor seguir en este punto á Bernal Diaz, el cual manifiesta haber tenido un particular cuidado en contar los españoles que iban faltando.

estímulo del honor, aconsejaban la guerra. Los sacerdotes, cuya autoridad, así en esta como en otras materias era sumamente respetada, se opusieron fuertemente á la paz, alegando algunos pretendidos oráculos de sus dioses, cuya cólera debia temerse si cedian á las pretensiones de aquellos crueles enemigos de su culto, y cuya proteccion debia solicitarse con oraciones y sacrificios. Prevaleció al fin este parecer por el temor supersticioso que se habia apoderado de sus espíritus, y segun él, se respondió al general español que continuase la guerra, pues ellos habian resuelto defenderse hasta la última respiracion. Si á esta resolucion se hubiesen movido no por la supersticion, sino por honor ó por amor á la patria y á la propia libertad, no hubieran sido tan reprensibles, porque aunque previesen inevitable su ruina continuando la guerra, no tenian esperanza de mejorar su fortuna con la paz. La experiencia de los pasados acontecimientos no les permitia fiarse de las promesas que les hacia, por lo que debia representárseles mas conforme á las ideas del honor el morir con las armas en la mano por la defensa de la patria y de la libertad, que no el abandonar la misma patria á la ambicion de aquellos extranjeros y reducirse con su rendicion á una triste y miserable servidumbre.

Dos dias después de la derrota de los españoles llegaron al campo de Cortés algunos mensajeros mandados por la ciudad de *Quauhnahuac* á quejarse de los grandes males que les hacian los de *Malinalco* sus vecinos, los cuales, segun lo que ellos afirmaban, querian confederarse con los *cohuixques*, nacion muy numerosa, para destruir á *Quauhnahuac*, porque se habia aliado con los españoles, y después pasar los montes para venir á atacar con un grande ejército el campo de Cortés. Este general, aunque se hallase en estado de pedir mas bien auxilio que de darlo, con todo, por la reputacion de las armas españolas y por prevenir el golpe que le amenazaba, mandó al capitan Andrés de Tapia con los mensajeros, doscientos infantes españoles, diez caballos y un buen número de aliados, dándole la órden de que se uniese con las tropas de *Quauhnahuac*, é hiciera todo lo que creyese conveniente al servicio de su rey y á la seguridad de los españoles. Tapia ejecutó lo que se le mandó por su general, y en un pequeño lugar situado entre *Quauhnahuac* y *Malinalco*, tuvo una gran batalla con los enemigos, los derrotó y persiguió hasta la falda del alto monte sobre el cual estaba la ciudad de *Malinalco*. No pudo dar á esta, como hubiera querido, un asalto, porque el monte era innaccesible á la caballería; pero taló los campos, y porque ya estaba para cumplirse el término de diez dias que se le habia prescrito, se volvió al campo de Cortés.

Dos dias después llegaron al mismo campo los mensajeros de los *otomites* del valle de *Tolloccan* pidiendo auxilio contra los *matlatzinques*, nacion poderosa y guerrera del mismo valle, los cuales les hacian continua guerra, habian quemado uno de sus lugares y hécholes muchos prisioneros, y á mas de esto se habian convenido con los mejicanos en atacar con todas sus fuerzas el campo de Cortés por la parte de tierra firme al mismo tiempo que los mejicanos lo atacasen por el lado de la ciudad. En la entrada que habian hecho los españoles en Méjico habian algunas veces oido á los mejicanos amenazarlos con el poder de los *matlatzinques*, y ahora advirtió Cortés por la relacion de los *otomites* el gran peligro que correria si diera tiempo á los enemigos de poner en ejecucion su designio. No quiso confiar á otro esta importante expedicion sino al valiente é invicto Sandoval. Este hombre infatigable, sin embargo de haber sido herido el dia de la derrota de Cortés, habia hecho de general en aquellos dias posteriores, corriendo incesantemente por todos los tres campos, y dando las disposiciones mas oportunas para su seguridad. Apenas habian corrido catórce dias después de la derrota, marchó hácia el valle de *Tolloccan* con diez y ocho caballos, cien infantes españoles y sesenta mil aliados. En el camino vieron algunas señales de los estragos hechos por los *matlatzinques*, y cuando entraron en el valle, hallaron un lugar recientemente arruinado, y vieron las tropas enemigas, que andaban cargadas de despojos, los cuales abandonaron luego que se dejaron ver los españoles, queriendo quedar mas desembarazados para la batalla. Pasaron un rio que atraviesa el valle y permanecieron en la orilla á esperar á los españoles. Sandoval lo vadeó intrépidamente con su ejército, atacó á los enemigos, los puso en fuga y los persiguió nueve millas hasta una ciudad, en donde se refugiaron, dejando muertos en el campo mas de mil *matlatzinques*. Sandoval sitió la ciudad y obligó á los enemigos á abandonarla y á refugiarse en una fortaleza fabricada en la cima de un monte fragoso. Entró el ejército victorioso en la ciudad, y después de haberla saqueado, pegaron fuego á los edificios; y porque era tarde y porque las tropas estaban muy cansadas, se reservó el asalto de la fortaleza para el dia siguiente, en el cual creyendo tener una grande oposicion, encontraron vacía la fortaleza. Determinó Sandoval pasar á su regreso por algunos lugares que se habian declarado igualmente contrarios; pero no tuvo necesidad de emplear contra ellos las armas, porque intimidados al ver contra ellos un ejército tan grande engrosado con numerosas tropas de *otomites*, inmediatamente se rindieron á Sandoval, los recibió con suma benignidad, y exigió de ellos que inclinasen á la nacion *matlatzinca* á que hiciera amistad con los españoles, representándole las utilidades que debian esperar de ellos, y por el contrario, los males que les debia traer la enemistad. Estas expediciones fueron de grandísima importancia, pues cuatro dias después de que habia vuelto Sandoval, llegaron al campo de Cor-

tés algunos señores *matlatzinques*, *malinalqueños* y *cohuixques*[1] á pedir perdon de sus hostilidades y á establecer una confederacion que fué tan útil á los españoles como nociva á los mejicanos.

No tenian ya los españoles enemigos que temer por el lado del continente, y Cortés tenia á su disposicion un número tan excesivo de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de Méjico mucha mas gente que la que mandó Xerxes contra la Grecia, si por la situacion de la capital no hubiera servido mas bien de embarazo una multitud tan grande de sitiadores. Los mejicanos, por el contrario, se hallaban abandonados de sus amigos y de sus súbditos, rodeados de sus enemigos y afligidos del hambre. Tenia aquella desventurada corte contra sí á los españoles, al reino de *Acolhuacan*, las repúblicas de *Tlaxcalla*, *Huexotzinco* y *Cholollan*, casi todas las ciudades del valle mejicano y las numerosísimas naciones de los *totonacos*, los *mixtecos*, los *otomites*, los *tlahuiques*, los *cohuixques*, los *matlatzinques* y otras; y así sobre los enemigos exteriores mas de la mitad del imperio habia conspirado á su ruina y la otra mitad por lo menos no le favorecia.

Mientras el comandante Sandoval empleaba su valor contra los *matlatzinques*, dió tambien prueba del suyo contra los mejicanos el *tlaxcalteca Chichimecatl*. Este famoso general, como vió que los españoles despues de la derrota se mantenian sobre la defensiva, determinó hacer una entrada en Méjico con solo sus *tlaxcaltecas*. Salió, pues, del campo de Alvarado, en donde habia estado desde el principio del asedio, acompañando á los españoles en todos los combates y haciendo brillar siempre su valor. Ganó esta vez todos los fosos que habia en la calzada de *Tlacopan*, y dejando de guardia en el mas peligroso cuatrocientos flecheros para que le asegurasen el paso en la retirada, entró con el grueso de las tropas en la ciudad, en donde tuvo una terrible accion con los mejicanos, en la cual fueron muertos y heridos muchos de una y otra parte. Lisonjeándose los mejicanos de poderlo derrotar en el paso del foso, lo persiguieron fuertemente en la retirada; pero á beneficio de los flecheros situados sobre la otra orilla del foso, lo repasó felizmente con sus *tlaxcaltecas* y volvió lleno de gloria á su campo.[2]

Los mejicanos, por vengarse del atrevimiento de los *tlaxcaltecas*, atacaron una noche el campo de Alvarado; pero habiéndolos sentido á tiempo los centinelas, corrieron á las armas los españoles y los aliados. Duró la accion tres horas, en cuyo tiempo, habiendo Cortés oido desde su campo un cañonazo y sospechando lo que en efecto era, le pareció oportuna esta ocasion para hacer una entrada en la ciudad con su gente, que ya estaba curada de las heridas. Los mejicanos que habian ido á *Tlacopan*, no pudiendo superar la resistencia de los españoles, se volvieron á la ciudad, en la cual encontraron al ejército de Cortés: se peleó con ardor, pero sin ninguna considerable ventaja ni por una ni por otra parte.

En este mismo tiempo, cuando habia mayor necesidad de armas y municiones, llegó un navío á la Veracruz que llevó á los españoles un nuevo socorro, con el cual se pusieron en estado de continuar sus operaciones. El príncipe don Cárlos *Ixtlilxochitl* habia aconsejado al general español que no se empeñase en nuevos ataques, en los cuales debia padecer mucho su ejército, que sin exponerse á tantos males y sin arruinar los hermosos edificios de aquella capital, podria apoderarse de ella solamente con impedir la introduccion de víveres, pues cuanto mayor fuese el número de los sitiados, tanto mas pronto deberian consumir los pocos víveres que tenian. Este sabio consejo, tanto mas apreciable cuanto menos se debia esperar de un príncipe que por su edad é intrepidez deseaba ocasiones de hacer brillar su valor, agradó tanto á Cortés, que sin poderse contener corrió á abrazarlo, significándole con singulares expresiones su gratitud. Siguió por algunos dias este consejo, pues despues, cansado de la tardanza del asedio, volvió á las primeras hostilidades; pero antes de continuarlas ofreció de nuevo la paz á los mejicanos, hacién-

1 Cortés escribe Cuisco en lugar de *Cohuixco*. El autor de las notas á las cartas de aquel conquistador creyó que hablase de *Huisuco*, porque no supo que habia una grande provincia llamada *Cohuixco*. *Huisuco* (entre los mejicanos *Huitzoco*) era y es tambien en el dia un lugar oscuro, no provincia grande como era, segun afirma el mismo Cortés, la de Cuisco.

2 Bernal Diaz dice que los españoles quedaron despues de la derrota abandonados de los aliados, los cuales por el miedo que les impusieron los mejicanos con ciertas amenazas que les hicieron á nombre de sus dioses, se fueron todos á sus casas; que en el campo de Cortés no quedó otro que el príncipe don Cárlos con cuarenta *tezcocanos*, en el de Sandoval un señor de *Huexotzinco* con cincuenta hombres, y en el de Alvarado el general *Chichimecatl* con ochenta *tlaxcaltecas*. Pero esto no puede ser, porque dos dias despues de la derrota marchó del campo de Cortés el capitan Tapia á hacer la guerra á los *malinalqueños*, y llevó consigo muchos aliados, como afirma el mismo Bernal Diaz. Doce dias despues de Tapia, marchó del mismo campo el comandante Sandoval con sesenta mil aliados, como dice Cortés. Al tiempo que Sandoval hacia la guerra á los *matlatzinques*, esto es, diez y seis ó diez y ocho dias despues de la derrcta, hizo su famosa entrada el general *Chichimecatl*, y no pudo hacerla sin muchos millares de *tlaxcaltecas*. Lo cierto es que no se fueron todos los aliados, y que si algunos se fueron, inmediatamente volvieron, porque de allí á pocos dias habia en los tres campos, y principalmente en el de Cortés, un número mayor que el que habia antes de la derrota. Cortés nada dice de semejante desercion, y no es verosímil que la hubiese omitido al referir al rey sus incomodidades.

doles el cotejo de las fuerzas de unos y de otros y repitiendo las razones que ya les habia propuesto otra ocasion. Los mejicanos respondieron que no dejarian las armas jamás hasta que los españoles no se fuesen á su patria.

Viendo, pues, Cortés la resolucion de los mejicanos después de cuarenta y cinco dias de asedio, y que cuanto mas los convidaba con la paz, tanto mas obstinadamente la despreciaban, determinó no dar un paso adelante en la ciudad sin destruir todos los edificios que habia á uno y otro lado de la calzada, así para evitar el daño que desde las azoteas causaban á sus tropas, como para obligar á los sitiados con semejantes hostilidades á aceptar sus proposiciones. Solicitó con este fin y consiguió de los señores aliados, algunos miles de operarios gastadores, provistos de los instrumentos necesarios para arruinar los edificios y llenar los fosos. Hizo en los dias siguientes algunas entradas en la ciudad con sus españoles y bergantines, con mas de cincuenta mil aliados, destruyendo edificios, llenando fosos y disminuyendo con la mortandad el número de sus enemigos, aunque no sin grave peligro de su persona y de su gente, pues poco faltó para que él hubiese sido hecho prisionero, si no hubiera sido ayudado por sus soldados, y alguna vez sus tropas se vieron obligadas á sustraerse con la fuga del furor de los mejicanos: perecieron en ellas algunos españoles y aliados, y dos bergantines estaban ya casi vencidos por una flota de canoas; pero otro bergantin que llegó allí los sacó del peligro.

Se hizo famoso en estas entradas el valor de algunas mujeres españolas[1] que acompañaron voluntariamente á sus maridos en la guerra, y con las continuas incomodidades que sufrian y con los ejemplos de valor que tenian siempre á la vista, se habian hecho soldados. Hacian la guardia, marchaban con sus maridos, armadas de coraza de algodon, de rodela y de espada, y se arrojaban intrépidamente en medio de los enemigos, aumentando, á pesar de su sexo, el número de los sitiadores.

El dia 24 de julio se hizo una nueva entrada en la ciudad con un número de tropas mayor que el de las otras veces,[2] y peleando valerosamente se apoderaron los españoles de aquella calzada por la cual se comunicaba la calzada ancha de *Ixtapalapan* con la de *Tlacopan*, lo que tanto habia deseado Cortés para la libre comunicacion de su campo con el de Alvarado. Ganaron y llenaron algunos fosos y quemaron y arruinaron muchos edificios, y entre otros un palacio del rey *Quauhtemotzin*, el cual era un vasto y fuerte edificio, rodeado de fosos. De las cuatro partes de la ciudad quedaron en aquel dia tres en pder de los españoles, siendo reducidos los sitiados á la parte de *Tlatelolco*, la cual, á causa de haber allí mas agua, era mas fuerte y mas segura.

Por una dama mejicana cogida en el último asalto, supo el general español el miserable estado de la ciudad por la escasez de víveres y la discordia que habia entre los sitiados, porque el rey y sus parientes y muchos nobles, se habian determinado á morir primero que rendirse; pero el pueblo estaba abatido y fastidiado del asedio. Lo que fué confirmado por dos desertores de mediana condicion, que estimulados del hambre, vinieron al campo de Cortés.

Por esas noticias se resolvió aquel general á no dejar pasar ni un dia sin entrar en la ciudad, hasta ganarla ó arruinarla; por lo que volvió á ella el dia 25 con su ejército y tomó una calle ancha, en la cual habia un foso tan grande, que en toda la jornada no se pudo llenar ó tapar. Demolieron ó quemaron todas las casas que habia en aquella parte, á pesar de la resistencia de los enemigos. Los mejicanos viendo á los aliados ocupados en derribar los edificios: "Arruinad, pues, traidores, les decian, arruinad estas casas, que después tendreis el trabajo de volverlas á hacer.—Nosotros, respondian los aliados, nosotros sin duda las volveremos á hacer si vosotros quedais vencedores; pero si quedais vencidos, vosotros mismos las hareis, para que habiten en ellas vuestros enemigos." No pudiendo pues los mejicanos reparar los edificios, hacian en las calles algunas pequeñas fortificaciones de madera para dañar desde ellas á los sitiadores como les dañaban antes desde las azoteas, y para embarazar la caballería, llenaron la plaza de piedras; pero los sitiadores se sirvieron de ellas para tapar los fosos.

En la entrada que se hizo el dia 26, se tomaron dos grandes fosos que habian hecho de nuevo los mejicanos. Alvarado por su parte se iba adelantando cada dia mas en la ciudad, y el dia 27 se adelantó tanto, tomando algunos fosos y trincheras, que llegó á ocupar dos torres inmediatas al palacio en donde residia el rey *Quauhtemotzin;* pero no pudo pasar mas adelante, como queria, por la suma dificultad que encontró en los fosos y en la fuerte resistencia de los enemigos, los cuales lo obligaron á retroceder, persiguiendo furiosamente su retaguardia. Cortés, habiendo observado una extraordinaria humareda que se levantaba de aquellas torres, y sospechando lo que en efecto habia sucedido, entró como solia en la ciudad, y empleó toda la jornada en componer todos los pasos malos. No le faltaba ya mas que un canal y una trinchera para entrar en la plaza del mercado. Se determinó á pene-

1 Estas mujeres se llamaban María de Estrada, de cuyo valor hemos hecho mencion en otra parte, Beatriz Bermudez de Velasco, Juana Martin, Isabel Rodriguez y Beatriz Palacios.

2 Dice Cortés que los aliados, como vieron la felicidad de las armas españolas, vinieron en tanta abundancia á servir en el asedio, que no se podian numerar.

trar hasta ella, como en efecto lo consiguió, y aquella fué la primera vez después de comenzado el asedio, que concurrieron sus tropas con las de Alvarado, con indecible contento de unos y otros. Entró Cortés con alguna caballería en aquella plaza, y encontró en ella innumerable pueblo alojado en los portales, porque no podia caber en las casas de aquel barrio. Subió al templo, desde donde observó la ciudad, y reconoció que de las ocho partes de ella, una solamente le faltaba que ganar. Hizo pegar fuego á las altas y hermosas torres de aquel templo, en el cual, así como en el mayor de *Tenochtitlan*, se adoraba el ídolo del dios de la guerra. La plebe mejicana, viendo aquella gran llama que parecia elevarse hasta el cielo, lloró amargamente. Cortés movido á piedad al ver un pueblo tan numeroso reducido á tal estrecho, hizo cesar aquel dia todas las hostilidades y hablar de nuevo á los sitiados para que se rindiesen; pero ellos respondieron que no lo harian jamás, que en caso de que un solo mejicano quedase vivo, aquel continuaria la defensa hasta morir.

Pasados, pues, cuatro dias sin combate, entró de nuevo Cortés en la ciudad, y se encontró allí con una gran tropa de hombres miserables, de mujeres y niños, flacos, macilentos y casi moribundos de hambre, la cual era tan grande, que muchos solamente se alimentaban de yerbas y raíces palustres, de insectos y aun de cortezas de árboles. Movido á piedad aquel general, mandó á sus tropas que no les hiciesen ningun mal; pasó á la plaza del mercado y encontró en ella los portales llenos de gente desarmada, indicio manifiesto del desaliento del pueblo y del disgusto con que toleraban la obstinacion del rey y de la nobleza. La mayor parte de aquella jornada se pasó en negociaciones de paz; pero viendo Cortés que nada le aprovechaba, dió órden al comandante Alvarado de que entrara de mano armada por una gran calle en donde habia mas de mil casas, y él con todo su ejército fué á atacar por otro lado. Fué tan grande el estrago que causaron aquel dia en los sitiados, que entre muertos y heridos fueron mas de doce mil. Los aliados se encruelecian á tal grado contra aquellas infelices víctimas, que no perdonaban ni edad ni sexo, no bastando á contener su crueldad las órdenes severas de su general.

El dia siguiente volvió Cortés con todas sus fuerzas; pero mandó que no se hiciese ningun mal á los sitiados, así por la compasion que le causaba la vista de sus miserias, como por la esperanza que tenia de persuadirlos á que se rindieran. Los mejicanos, viendo venir contra ellos un número tan grande de tropas, y entre ellos á sus mismos vasallos, que antes les servian y ahora los amenazaban con la muerte, hallándose reducidos á tanta miseria y calamidad y teniendo delante de los ojos tantos objetos lastimosos, pues ni aun tenian en donde poner los piés sino sobre los cadáveres de sus ciudadanos, desahogarón en horrendos gritos su rabia, y pedian la muerte como el único remedio de sus males. Suplicaron á Cortés algunos plebeyos que se abocara con ciertos nobles que defendian una trinchera, para tratar de algun ajuste. Cortés se fué á ellos, aunque tuviese poca esperanza de conseguirlo. Eran puntualmente estos de aquellos que no podian sufrir ya las incomodidades del asedio; por lo que cuando vieron acercarse á ellos el general español, movidos de la desesperacion, le dijeron: "Si vos sois hijo del sol, como algunos se " han imaginado, ¿por qué siendo vuestro padre " tan veloz que en el breve espacio de un dia " termina su carrera, vosotros os tardais tanto " para librarnos de tantos males con la muerte? " Queremos, pues, morir, para ir al cielo, en " donde nos espera nuestro dios *Huitzilopochtli*, " para darnos el descanso de nuestros trabajos y " el premio de nuestros servicios." Cortés les propuso varias razones para moverlos á rendirse; pero respondiendo ellos que ni esto estaba en su arbitrio, ni tenian esperanza de poder persuadir á ello al rey, se retiró para solicitarlo por medio de un ilustre personaje, á quien tres dias antes habia hecho prisionero, y era un tio del rey de *Tezcoco*. Fué él, aunque herido, encargado de ir á *Tlaltelolco* á tratar aquel negocio con el rey; pero no se vió otro fruto de su embajada que los repetidos clamores con que el pueblo pedia la muerte.[1] Algunas tropas mejicanas se arrojaban desesperadamente contra los españoles; pero estaban tan enflaquecidas con la hambre, que era poco el mal que hacian y mucho el que recibian de sus enemigos.

Volvió Cortés el dia siguiente á la ciudad, esperando á cada momento que se rindiesen los mejicanos, y sin permitir que se les hiciese ningun daño, se dirigió á ciertos hombres principales, que estaban en una trinchera, ya conocidos de él desde la primera vez que fué á aquella corte, y les preguntó por qué querian tan obstinadamente defenderse, no pudiendo ya resistir, y hallándose en tal estado, que con un solo golpe podria quitar la vida á todos. Ellos respondieron que muy bien veian que era inevitable su ruina, y hubieran querido impedirla; pero no podian porque no tocaba á ellos el deliberar. Sin embargo, se ofrecieron á suplicar al rey se prestara á oir las proposiciones de paz. En efecto, se fueron inmediatamente á palacio, y de allí á poco volvieron diciendo que porque era tarde no podia el rey venir, y que no dudaban que al dia siguiente estaria con Cortés en aquella misma plaza. Habia en el centro de ella un gran terraplen

1 Se dice, segun lo que escribe Cortés, que luego que aquel señor se presentó á *Quauhtemotzin* á exponerle las proposiciones de paz, fué sacrificado por órden de aquel rey; pero como este hecho no tiene otro fundamento que un rumor vago, no es digno de nuestro asenso.

cuadrado, en donde hacian los mejicanos sus representaciones teatrales, como hemos dicho en otra parte. En este teatro hizo poner Cortés tapetes y asientos para tener la deseada conferencia, y mandó disponer una buena comida para el rey y la nobleza que debia acompañarlo. Venido el dia, hizo avisar al rey que lo esperaba en aquel lugar; pero él le mandó cinco personajes muy respetables, excusándose de venir en persona por cierta indisposicion que tenia y porque no se fiaba de los españoles. Cortés los recibió con suma benignidad, les dió un decente banquete y los volvió á mandar al rey, para que le suplicasen á su nombre que viniese á aquel lugar sin miedo, pues él empeñaba su palabra de respetar como convenia á su real persona; que su presencia era absolutamente necesaria y sin ella nada se podia concluir, y acompañó esta embajada con un presente de víveres, que era entonces el mas apreciable. Los embajadores, después de haber dado á conocer en la comida la gran necesidad que padecian, se fueron, y de allí á dos horas volvieron, llevando á Cortés un regalo de vestidos finísimos que le mandaba el rey y repitiendo las referidas excusas. Tres dias se pasaron en estas negociaciones sin ningun fruto.

Cortés habia dado órden á los aliados de que estuviesen fuera de la ciudad, porque los mejicanos le habian suplicado no permitiera que estuvieran allí cuando se tuviera la conferencia con el rey; pero ahora habiendo perdido toda esperanza de acomodamiento, llamó á todas las tropas de su campo, en el cual habia mas de cincuenta mil hombres, y tambien las del campo de Alvarado, y con todas estas fuerzas juntas se puso á combatir ciertos fosos y trincheras que eran las mayores fortificaciones que quedaban á los mejicanos, y á un tiempo Sandoval con su ejército atacó la ciudad por el lado del Norte. Esta fué la jornada mas infausta para aquella ciudad, en la cual se derramó mas copiosamente que nunca la sangre mejicana, no teniendo ya aquellos infelices vecinos ni armas con que rechazar la multitud y furia de sus enemigos, ni fuerzas para defenderse, ni aun tierra para pelear. El suelo de la ciudad estaba cubierto de cadáveres, y la agua de los fosos y canales teñida de sangre. No se veia mas que ruina y estragos, no se oia mas que llantos lastimosos y gritos de desesperacion. Los aliados se cebaron con tal crueldad contra aquella miserable gente, que mas se fatigaron los españoles en contener su crueldad, que en pelear con sus enemigos. El estrago que en aquella jornada se hizo en los mejicanos fué tan grande, que entre muertos y prisioneros, por lo que dice el mismo Cortés, pasó de cuarenta mil personas.

El intolerable fetor de tantos cadáveres insepultos, obligó por entonces á los sitiadores á retirarse de la ciudad; pero al dia siguiente (13 de agosto) volvieron á ella para dar el último ataque á aquella parte de *Tlatelolco* que aun quedaba en poder de los mejicanos. Llevó consigo Cortés tres cañones de artillería y todas sus tropas. Señaló á cada uno de los capitanes el lugar por donde debia dar el ataque, y les mandó que procurasen cuanto les fuese posible el obligar á los sitiados á echarse al agua hácia aquel lugar por donde esperaba á Sandoval con todos los bergantines, el cual era una especie de puerto rodeado por todas partes de casas, á donde llegaban las canoas mercantiles de los negociantes que venian al mercado de *Tlatelolco*, y sobre todo, que procurasen coger al rey *Quauhtemotzin*, pues esto bastaba para hacerlos dueños de la ciudad y poner fin á la guerra; pero antes de venir á este golpe decisivo, hizo nuevas tentativas para reducir á los sitiados á algun acomodamiento. Fué, pues, movido á esto no solamente por la compasion de tantos miserables, sino tambien por el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de la nobleza; porque si tomaba por asalto aquella última parte de la ciudad, los mejicanos, privados de toda esperanza de escapar sus riquezas, podrian arrojarlas á la laguna para que no las disfrutasen los vencedores, y caso que no lo hicieran, las cogerian los aliados, los cuales como que eran innumerables y mas prácticos de las casas, poco ó nada dejarian á los españoles en el desórden y confusion del asalto. Volvió por lo mismo á hablar desde un lugar eminente á los mejicanos respetables bien conocidos de él, representándoles su extremo peligro y suplicándoles que hiciesen nuevas instancias al rey para que se prestase á aquel abocamiento tan deseado por él para el bien del rey mismo y de todos sus vasallos, pues si se mantenia todavía en la resolucion de defenderse, él estaba determinado á no dejar aquel dia un mejicano vivo. Dos de aquellos nobles se encargaron de persuadir al rey; pero apenas marcharon, cuando volvieron acompañando al *cihuacoatl* ó supremo magistrado de la corte. Fué recibido por Cortés con singulares demostraciones de honor y cordialidad; pero él con un aire señoril con el cual parecia que queria manifestar su ánimo superior á todas las calamidades, habló así á Cortés: "Dispensaos, ¡oh " general! la fatiga de solicitar el abocamiento " con mi rey y señor *Quauhtemotzin*. El está " resuelto á morir mas bien que comparecer de" lante de vos. No sabré deciros cuánto siento " esta resolucion; pero no hay remedio. Vos " por lo tanto tomad la determinacion que mas " os agrade y obrad segun vuestros designios." Cortés le dijo que fuese pues á preparar los ánimos de sus ciudadanos á la muerte que inmediatamente debian sufrir.

Entre tanto habian venido á rendirse á los españoles tropas numerosas de mujeres, niños y gente miserable, corriendo á competencia para sustraerse de aquel extremo peligro, y ahogándose algunos de los que se esforzaban á pasar á nado los fosos por su suma debilidad. Cortés

mandó que no se hiciese mal á los que se rendian; antes bien repartió en algunos puestos á algunos españoles para que con su autoridad refrenasen la bárbara crueldad de los aliados; pero á pesar de sus órdenes, perecieron á manos de aquellas inhumanas y furiosas tropas mas de quince mil entre hombres, mujeres y niños.

Los nobles y los soldados, que se habian obstinado en la resolucion de defenderse hasta el último aliento, ocuparon las azoteas de las casas y algunas calles. Cortés viendo que era tarde y no querian rendirse, hizo jugar contra ellos la artillería, y no bastando esto, hizo con un tiro de escopeta señal para el asalto. Lo dieron á un tiempo todos los sitiadores, y estrecharon de tal modo á los débiles y afligidos vecinos, que no quedándoles en la ciudad ningun lugar en donde pudiesen defenderse de la furia de un número tan grande de enemigos, se echaron muchos á la agua y otros vinieron á entregarse á los vencedores. Tenian los mejicanos listas las canoas para sustraerse con la fuga del poder de los españoles; pero Cortés, que habia advertido este recurso, habia dado la órden á Sandoval de apoderarse con los bergantines del pueblo de *Tlatelolco* y coger las canas. A pesar de la suma diligencia de Sandoval, se escaparon muchas canoas, y entre otras puntualmente la que llevaba las personas reales. Habiéndolo advertido aquel activo comandante, mandó á García de Holguin, capitan del bergantin mas veloz, que le diera caza á aquella, el cual se dió tal priesa que en breve la alcanzó, y disponiéndose los españoles á hacer fuego contra los fugitivos, estos cerraron los remos y arrojaron las armas en señal de rendirse. Estaban en aquella gran canoa ó piragua el rey de Méjico *Quauhtemotzin*, la reina *Tecuichpotzin* su esposa, el rey de *Acolhuacan Coanacotzin*, el rey de *Tlacopan Tetlepanquetzaltzin* con otros personajes. Abordó el bergantin, y el rey de Méjico, avanzándose hácia los españoles, dijo á aquel capitan: "Yo soy, ¡oh capitan! vuestro prisionero; no exijo de vos otra gracia sino que tengais á la reina mi esposa y á sus damas aquella consideracion que se debe á su sexo y á su condicion:" y tomando de la mano á la reina, pasó con ella al bergantin. Observando despues que el capitan español estaba cuidadoso por las otras canoas, le dijo que no dudase que luego que todos supiesen que su soberano era prisionero, vendrian á morir con él.

Condujo el capitan Holguin aquellos ilustres prisioneros á Cortés, el cual se hallaba entonces en la azotea de una casa de *Tlatelolco*. Lo recibió con todas las demostraciones de honor y humanidad, y lo hizo sentar. *Quauhtemotzin* con grande ánimo le dijo: "He hecho, ¡oh valiente general! así por mi defensa como por la de mis vasallos, todo lo que de mí exigian el honor de mi corona y el celo por mi pueblo; pero por haberme sido contrarios los dioses, me veo privado de la corona y de la libertad. Yo soy vuestro prisionero, disponed á vuestro arbitrio de mi persona:" y poniendo su mano derecha sobre un puñal que llevaba Cortés á la cinta, añadió: "Quitadme con este puñal una vida que no perdí en defensa de mi reino." Cortés se esforzó á consolarlo con buenas razones, protestándole que no lo consideraba como su prisionero, sino como prisionero del mayor monarca de la Europa, en cuya clemencia debia confiar que le seria restituida no solo la libertad que por desgracia habia perdido, sino tambien el trono de sus muy ilustres antepasados, que él habia tan dignamente ocupado y defendido. ¿Pero qué consuelo podia tener con semejantes protestas, ó qué crédito podia dar á las palabras de Cortés aquel que habia sido siempre su enemigo, habiendo visto que al rey Motezuma no le bastó el ser su amigo y protector para no perder la corona, la libertad y la vida? El exigió de Cortés que no se hiciese ningun mal á sus vasallos, y Cortés exigió de él en correspondencia, mandase que todos sus súbitos se rindiesen. Uno y otro dieron sus órdenes y ambos fueron inmediatamente obedecidos. Tambien se mandó que todos los mejicanos salieran de la ciudad sin armas y sin carga, y segun lo que afirma un testigo ocular y sincerísimo,[1] tres dias y otras tantas noches se vieron todas las tres calzadas llenas de hombres, mujeres y niños, flacos, macilentos y sucios, que salian para irse á refugiar á otros lugares. El fetor que despedian tantos millares de cuerpos corrompidos é insepultos, era tan intolerable, que causó alguna indisposicion al general de los conquistadores. Las casas, las calles y canales estaban llenos de cadáveres desfigurados:[2] el suelo de la ciudad se encontró en algunas partes escavado por los vecinos, que buscaban bajo la tierra raíces con que alimentarse, y muchos árboles se vieron sin corteza por proveer á la extremidad del hambre. Hizo el general sepultar los cadáveres y quemar por toda la ciudad una inmensa cantidad de leña, así para purificar aquel aire infestado como para celebrar su victoria.

Esparcida inmediatamente por toda aquella tierra la noticia de la toma de la capital, prestaron

1 Bernal Diaz del Castillo.

2 "Es verdad y juro amen, que toda la laguna y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba, pues en la calle y en los mismos patios de *Tlatelolco* no habia otras cosas, y no podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leido la destruccion de Jerusalen; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé, etc." Bernal Diaz en el cap. 156 de su Historia. Tales expresiones de un testigo ocular tan sincero y que no sabia exagerar, dan alguna idea de aquella horrenda mortandad. Yo sospecho que los mejicanos dejaron de intento insepultos los cadáveres por echar con la hediondez á los sitiadores; ni puedo persuadirme á otra cosa, atendida la suma prontitud de aquellas naciones en las exequias de sus difuntos.

obebiencia á Cortés las provincias del imperio, aunque faltaron algunas que aun dos años después incomodaron con la guerra á los españoles. Los aliados se volvieron á sus países sumamente alegres por la presa, y contentos por haber destruido aquella corte, cuya dominacion no podian sufrir, ó cuyas armas los tenian en una perpetua inquietud, sin advertir que con sus propias armas se fabricaban las cadenas que debian aprisionar su libertad, y que arruinado aquel imperio debian quedar envilecidas todas las otras naciones.

El botin fué mucho menor que lo que esperaban los vencedores. Los vestidos que se encontraron se dividieron en la mayor parte entre los aliados. Las alhajas de oro, de plata y de plumas, que por su singular artificio se conservaron enteras, se mandaron de regalo al emperador Cárlos V. Todo el resto del oro que se hizo fundir, apenas llegó á 19.200 onzas,[1] así porque los mejicanos echaron la mayor parte en la laguna,[2] como porque los particulares, tanto los españoles cuanto los aliados, procuraron al saquear la ciudad recompensarse clandestinamente de sus fatigas.

La toma de aquella gran corte acaeció á 13 de agosto de 1521 ciento noventa y seis años después que fué fundada por los *aztecas*, y ciento noventa y seis años después de que fué erigida en monarquía, la cual gobernaron once reyes. El asedio de Méjico, comparable en las desgracias y en la mortandad con el de Jerusalen, duró setenta y cinco dias, en cuyo tiempo, de doscientos mil y mas aliados, perecieron algunos millares, y de novecientos españoles mas de ciento. El número de los muertos mejicanos no se sabe; pero atendida la relacion de Cortés y Bernal Diaz, y lo que dicen otros historiadores, parece que los muertos han sido mas de cien mil. En órden, pues, á los que murieron de hambre ó de enfermedad, causada por la agua salada que bebian, ó por la infeccion del aire, el mismo Cortés afirma que fueron mas de cien mil. La ciudad quedó casi toda arruinada. El rey de Méjico, á pesar de las magníficas promesas del general español, fué después de pocos dias puesto ignominiosamente en tortura (la cual sufrió con invicta constancia) para que declarase en dónde estaban las inmensas riquezas de la corte y los templos,[1] y de allí á tres años fué por ciertas sospechas ahorcado juntamente con el rey de *Tezcoco* y de *Tlacopan*.[2] Los mejicanos, con todas las naciones que contribuyeron á su ruina, quedaron, á pesar de las cristianísimas y humanísimas disposiciones de los reyes católicos, abandonados á la miseria, á la opresion y al desprecio, no solo de los españoles, sino aun de los mas viles esclavos africanos y de sus infames descendientes, castigando Dios en la miserable posteridad de aquellas naciones, la injusticia, la crueldad y la supersticion de sus antepasados: horrendo ejemplo de la justicia divina y de la instabilidad de los reinos de la tierra.

1 Cortés dice que el oro que se hizo fundir pesaba 130.000 castellanos, que hacen 19.200 onzas. Bernal Diaz dice que el oro importó 380.000 pesos, lo cual parece ser mas. Entre los despojos que se mandaron á Cárlos V habia perlas de enorme tamaño, piedras preciosísimas y alhajas admirables de oro. El navío en que se mandaron fué apresado por Juan Florin, famoso corsario francés, y el tesoro mandado á la corte de Francia, la cual autorizaba semejantes latrocinios, con el no menos célebre que frívolo pretexto de ser el rey cristianísimo hijo de Adan igualmente que el rey católico.

2 Bernal Diaz dice que él vió sacar de la laguna algunas cosas de oro, y entre otras un sol semejante á aquel que mandó el rey Motezuma á Cortés cuando este se hallaba en la playa de *Chalchiuhcuecan*.

1 El tormento que se dió al rey *Quauhtemotzin* fué el de quemarle poco á poco los piés después de habérselos untado de aceite. Lo acompañó y murió en los tormentos un íntimo privado suyo. Bernal Diaz añade que tambien fué atormentado con él el rey de *Tlacopan*. Cortés, á pesar suyo, accedió á tan indigna y bárbara resolucion por condescender á las instancias de algunos codiciosos españoles, los cuales sospecharon que no queria poner al rey en tortura por aprovecharse secretamente de todo el tesoro real.

2 *Quauhtemotzin*, rey de *Méjico*, *Coanacotzin*, rey de *Acolhuacan*, *Tetlepanquetzaltzin*, rey de *Tlacopan*, fueron ahorcados de un árbol por sentencia de Cortés en *Izancanac*, ciudad capital de la provincia de *Acallan*, en uno de los tres dias precedentes á la cuaresma del año de 1525. La causa de su muerte fué cierto discurso que tuvieron entre sí sobre su desgracia, insinuando cuán facil les seria, si quisieran, matar á Cortés y á todos los españoles y recobrar su libertad y su corona. Un traidor mejicano, por proporcionarse la gracia del general español, le dió cuenta de todo, alterando el sentido de la conversacion y representando como una conjuracion tramada lo que no habia sido otra cosa que un mero discurso al aire. Cortés, el cual estaba entonces en camino para la provincia de Comayagua, con pocos españoles debilitados de la fatiga, y con mas de tres mil mejicanos que llevaba consigo, se persuadió que no habia otro remedio para escapar del peligro de que se creia amenazado, que el hacer morir á estos tres reyes. *Esta ejecucion*, dice Bernal Diaz, *fué muy injusta y vituperada de todos nosotros, que con él íbamos en aquella jornada*. Causó á Cortés una gran melancolía y algunos desvelos. El mismo autor añade que el padre Juan de Varillas, religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced, los confesó y confortó en el suplicio; que ellos eran buenos cristianos y que murieron bien dispuestos, de donde es claro que habian sido bautizados; mas entre tantos historiadores de Méjico, no hay uno solo que haga mencion de un acontecimiento tan notable y tan glorioso como el bautismo de estos tres reyes, llenando por otra parte tantas páginas y tantas hojas de bagatelas, y lo que es peor, Torquemada, el cual trabajó veinte años en la Historia de Méjico y engrosó sus tres estupendos volúmenes con las relaciones del descubrimiento de la isla de Salomon, de las revoluciones de Filipinas, de la persecucion del Japon y de otras mil cosas fuera del asunto, no hace mencion de la conversion de estos reyes.

DESCENDENCIA

DEL REY MOTEZUMA.

MOTEZUMA, rey IX de Méjico, casado con Miahuaxochitl, su sobrina.

Don Pedro Johualicahuatzin Motezuma, casado con doña Catarina Quauxochitl, su sobrina.

Don Diego Luis Ihuitemotzin Motezuma, casado en España con doña Francisca de la Cueva.

Don Pedro Ctesifonte Motezuma de la Cueva, I conde de Motezuma y de Tula, vizconde de Ilucа, casado con doña Gerónima Porras.

Don Diego Luis Motezuma y Porras, II conde de Motezuma etc., casado con doña Luisa Jofre de Loaisa y Carrillo, hija del conde de Arco.

Doña María Gerónima Motezuma Jofre de Loaisa, III condesa de Motezuma etc., casada con José Sarmiento de Valladares, el cual fué virey de Méjico y I duque de Atrisco.

Doña Fausta Dominga Sarmiento Motezuma, IV condesa de Motezuma, muerta doncella en Méjico en 1697.

Doña Melchora Sarmiento Motezuma, V condesa de Motezuma, muerta sin sucesion en 1717, por lo que recayeron los Estados de Motezuma en doña Teresa Nieto etc., hija del I marqués de Tenebron.

Doña Teresa Francisca Motezuma y Porras, casada con don Diego Cisneros de Guzman.

Doña Gerónima Cisneros Motezuma, casada con don Félix Nieto de Silva, I marqués de Tenebron.

Doña Teresa Nieto de Silva y Motezuma, II marquesa de Tenebron y VI condesa de Motezuma, etc , casada con don Gaspar de Oca Sarmiento y Zúñiga.

Don Gerónimo de Oca Motezuma, III marqués de Tenebron y VII conde de Motezuma, casado con doña María Josefa de Mendoza.

Don Joaquin de Oca Motezuma y Mendoza, VIII conde de Motezuma, IV marqués de Tenebron y grande de España, que vive hoy.

Hay, así en España como en Méjico, otros ramos de esta nobilísima extirpe.

DESCENDENCIA

DE HERNAN CORTES.

Don Fernando Cortés, conquistador, gobernador y capitan general del reino de Méjico, I marqués del Valle de Oajaca, casado en segundas nupcias con doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, hija de don Cárlos Ramirez de Arellano, II conde de Aguilar, y de doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Bañares, primogénito de don Alvaro de Zúñiga, I duque de Bejar. Fué su hijo.[1]

I.

Don Martin Cortés Ramirez de Arellano, II marqués del Valle, casado con su sobrina doña Ana Ramirez de Arellano. Fueron sus hijos:

II.

1. Don Fernando Cortés Ramirez de Arellano, III marqués del Valle, casado con doña Mencía Fernandez de Cabrera y Mendoza, hija de don Pedro Fernandez Cabrera y Bobadilla, II conde de Chinchon, y de doña María de Mendoza y de la Cerda, hermana del príncipe de Melito. No tuvo don Fernado mas que un hijo, el cual murió niño; por lo que le sucedió su hermano.

2. Don Pedro Cortés Ramirez de Arellano, IV marqués del Valle, casado con doña Ana Pacheco de la Cerda, hermana del II conde de Montalvan. Murió sin hijos, y por esta razon le sucedió su hermana.

3. Doña Juana Cortés Ramirez de Arellano, V marquesa del Valle, casada con don Pedro Carrillo de Mendoza, IX conde de Priego, asistente y capitan general de Sevilla y mayordomo mayor de la reina doña Margarita de Austria. Fué su hija:

III.

Doña Estefanía Carrillo de Mendoza y Cortés, VI marquesa del Valle, mujer de don Diego de Aragon, IV duque de Terranova, príncipe de Castel Vetrano y del S. R. I. marqués de Avola y de la Favara, condestable y almirante de Sicilia, comendador de Villafranca, virey de Cerdeña, caballero de la insigne órden del Toison de oro. Fué su hija única:

IV.

Doña Juana de Aragon Carrillo de Mendoza y Cortés, V duquesa de Terranova y VII marquesa del Valle, camarera mayor de la reina doña Luisa de Orleans, y después de la reina doña Mariana de Austria, casada con don Hector Pignatelli, V duque de Monteleon, príncipe de Noja, marqués de Cerchiara, conde de Borello, de Caronia y de Santángelo, virey de Cataluña, grande de España, etc. Fué su hijo único:

V.

Don Andrés Fabricio Pignatelli de Aragon Carrillo de Mendoza Cortés, VI duque de Monteleon, VI duque de Terranova, VIII marqués

1 A mas del heredero del marquesado, tuvo el conquistador Cortés algunos otros hijos, parte legítimos y parte bastardos. Los legítimos fueron: 1 doña María Cortés etc., casada con don Luis de Quiñones, V conde de Luna. 2 doña Catarina, muerta en Sevilla. 3 doña Juana, mujer de don Fernando Enriquez de Rivera, II duque de Alcalá, marqués de Tarifa, conde de los Molares. 4 doña Leonor, casada en Méjico con Juan Tolosa, vizcaino. Los bastardos fueron: 1 don Martin Cortés, nacido de la famosa doña Marina, caballero del órden de Santiago. 2 don Luis, nacido de una dama llamada doña N. Hermosilla, y otras tres hijas.

del Valle, grande de España, gran camarlengo del reino de Nápoles, caballero del Toison de oro, etc., casado con doña Teresa Pimentel y Benavides, hija de don Antonio Alfonso Pimentel de Quiñones, XI conde de Benavente, de Luna y de Mayorga, grande de España, etc., y de doña Isabel Francisca de Benavides, III marquesa de Javalquinto y de Villareal. Fué su hija:

VI.

Doña Juana Pignatelli de Aragon Pimentel Carrillo de Mendoza y Cortés, VII duquesa de Monteleon, VII duquesa de Terranova, IX marquesa del Valle, grande de España, etc., mujer de don Nicolás Pignatelli, de los príncipes de Noja y de Cerchiara, príncipe del S. R. I., virey de Cerdeña y de Sicilia, caballero del Toison de oro, etc. Fué su hijo:

VII.

Don Diego Pignatelli de Aragon, etc., VIII duque de Monteleon, VIII duque de Terranova, X marqués del Valle, grande almirante y condestable del reino de Sicilia, grande de España, príncipe del S. R. I., caballero del Toison de oro, etc., casado con doña Margarita Pignatelli, de los duques de Bellosguardo. Fué su hijo:

VIII.

Don Fabricio Pignatelli de Aragon, etc., IX duque de Monteleon, IX duque de Terranova, XI marqués del Valle, grande de España, príncipe del S. R. I., etc., casado con doña Constanza Médici, de los príncipes de Otajano. Fué su hijo:

IX.

Don Hector Pignatelli de Aragon, etc., X duque de Monteleon, X duque de Terranova, XII marqués del Valle de Oajaca, grande de España, príncipe del S. R. I.: vive actualmente en Nápoles, casado con doña N. Piccolomini, de los duques de Amalfi.

De aquel nobilísimo matrimonio que hemos puesto bajo el número 6, nacieron cuatro hijos, Diego, Fernando, Antonio y Fabricio, y otras tantas hijas, Rosa, María Teresa, Estefanía y Catarina. I. Don Diego fué el heredero del marquesado del Valle y de los ducados de Monteleon y de Terranova. II. Don Fernando casó con doña Lucrecia Pignatelli, princesa de Strongoli, cuyo hijo don Salvador casó con doña Julia Mastrigli, de los duques de Marigliano. III. Don Antonio se casó en España con la hija única del conde de Fuentes. De este matrimonio nació don Joaquin Pignatelli de Aragon Moncayo, etc., conde de Fuentes, marqués de Coscojuela, grande de España, príncipe del S. R. I., caballero del Toison de oro, de Santiago, etc., embajador del rey de España en las cortes de Inglaterra y Francia y presidente del real consejo de las órdenes militares, cuyo hijo don Luis, que hoy vive, ha casado con la hija única y heredera de Casimiro Pignatelli, conde de Egmont, duque de Bisaccia, caballero del Toison y teniente general de los ejércitos del rey cristianísimo. IV. Don Fabricio tomó por mujer á doña Virginia Pignatelli, hermana de la princesa de Strongoli, cuyo hijo don Miguel es marqués de Salice y Guagnano. V. Rosa fué dada en matrimonio al príncipe Sacalca. VI. María Teresa al marqués de Westerto, señor bohemo. VII. Estefanía al príncipe de Bisignano. VIII. Catarina al conde de Acerra.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON JUAN RINALDO CONDE CARLI,

CABALLERO Y COMENDADOR DEL SAGRADO ORDEN DE LOS SANTOS MAURICIO Y LÁZARO, CONSEJERO ÍNTIMO ACTUAL DE SU MAJESTAD IMPERIAL, REAL, CESARÉA Y APOSTÓLICA, Y PRESIDENTE ANTES DEL REGIO DUCAL, MAGISTRADO CAMERAL EN LA LOMBARDÍA AUSTRIACA, ETC.,

Francisco Javier Clavijero.

Tanto por manifestar la alta estimacion que hago de vuestra respetable persona, como para daros gracias á nombre de los americanos, os dedico la presente obra, la cual aunque no es digna de vuestro singular mérito, es sin embargo la cosa que yo mas aprecio.

Me es sensible el que por sola alguna diversidad de opiniones se me haya creido alguna vez contrario de un autor tan célebre, que por tantos capítulos se ha conciliado la estimacion de todos los literatos. Los americanos, pues, os están muy obligados, habiendo tenido en vos un defensor no menos ilustre por su nacimiento, que respetable por sus relevantes empleos, y sobre todo, celebradísimo por sus luminosos escritos;[1] el cual en medio de los asuntos mas espinosos de Estado, ha sabido hallar tiempo para estudiar exactamente la historia de la América, y ha tenido valor para defender de aquellas despreciadas naciones contra tantos famosos europeos declarados sus enemigos y perseguidores.

Espero que esta obra mia, compuesta tambien para desterrar los errores, publicados en Europa contra la América, la apreciareis como una señal de mi respeto y del reconocimiento de los americanos á V. E.



1 Las obras publicadas por el señor conde de Carli, son: Primera. La expedicion de los argonautas. Segunda. La Teogonía de Hesiodo. Tercera. De las monedas y de la institucion de las casas de moneda en Italia. Cuarta. El hombre libre. Quinta. Cartas americanas; de las cuales se han publicado dos tomos y no tardará mucho en publicarse el tercero. Sexto. Una disertacion publicada desde el año de 1745 contra las vulgares preocupaciones de la hechicería, fantasmas domésticas, encantos, etc. Obras todas llenas de exquisita erudicion.

DISERTACIONES

SOBRE LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES DEL REINO DE MÉJICO, EN LAS CUALES SE CONFIRMA EN PARTE LA HISTORIA ANTIGUA DE AQUEL PAÍS, SE ILUSTRAN MUCHOS ARTÍCULOS DE HISTORIA NATURAL, Y SE REFUTAN MUCHÍSIMOS ERRORES EXTENDIDOS EN ÓRDEN Á LA AMÉRICA POR ALGUNOS CÉLEBRES AUTORES MODERNOS.

A QUIEN LEYERE.

Las disertaciones que damos ahora á luz, son no solo útiles, sino necesarias para ilustrar la Historia antigua de Méjico y para confirmar la verdad de muchas cosas contenidas en ella. La primera disertacion es necesaria para suplir la falta de noticias sobre la primera poblacion de aquel Nuevo Mundo. La segunda, aunque enfadosa, no se quiso omitir, porque se sepan los fundamentos de nuestra cronología, y será útil para cualquiera que quiera escribir en lo sucesivo la historia de Méjico. Todas las demás son igualmente necesarias para disuadir á los incautos lectores de los errores en que han incurrido por la gran turba de autores modernos que sin tener suficiente conocimiento, se han puesto á escribir sobre la tierra, los animales y los hombres de la América.

Porque ¿cuántos al leer, por ejemplo, la obra del investigador,[1] no se llenarán las cabezas de mil ideas indecentes y contrarias á la verdad de mi Historia? El es filósofo á la moda y erudito principalmente en ciertas materias, en las cuales seria mejor que fuese ignorante, ó á lo menos que no hablase. El sazona sus discursos con bufonadas y maledicencia, poniendo en ridículo á cuanto hay respetable en la Iglesia de Dios, y mordiendo á cuantos se le paran por delante en sus Investigaciones, sin ningun respeto á la verdad ni á la inocencia. El decide francamente, y en un tono magistral cita á cada tres palabras á los escritores de la América, y protesta que su obra es fruto del trabajo de diez años. Todo esto hace entre muchos lectores de nuestro siglo filosófico, muy recomendable al autor. Su maledicencia, el desprecio con que habla de los padres mas venerados de la Iglesia, la burla que hace de los romanos pontífices, de los soberanos y de las órdenes religiosas, y el poco aprecio que manifiesta hacer de los libros sagrados, en lugar de disminuir su autoridad, podrán aumentarla en un siglo en el cual se han publicado mas errores que en todos los siglos pasados, se escribe con libertad y se miente con desvergüenza: no es apreciado el que no es filósofo, ni se reputa tal el que no se burla de la religion y toma el lenguaje de la impiedad.

El asunto de la obra del señor Paw es persuadir al mundo que en América la naturaleza ha degenerado enteramente en los elementos, las plantas, animales y los hombres. La tierra sombría por los altos montes y rocas, y las llanuras anegadas con aguas muertas y dañosas, ó cubierta de vastos bosques y tan espesos que no pueden penetrar los rayos solares, es, dice, generalmente muy estéril y mas abundante de plantas venenosas que todo el resto del mundo. El aire malsano, es mucho mas frio que el del otro continente. El clima contrario á la generacion de los animales. Todos los propios de aquel país son mas pequeños, mas deformes, mas débiles, mas cobardes y mas estúpidos que los del antiguo mundo, y los que se trasladaron á él de otra parte, inmediatamente degeneraron, como tambien todas las plantas de Europa trasplantadas á él. Los hombres apenas se diferenciaban de las bestias si no es en la figura; pero aun en esta se descubren muchas señales de su degeneracion; el color trigueño, la cabeza muy dura y armada de gruesos cabellos, y todo el cuerpo privado enteramente de pelo. Ellos son brutos y débiles y están sujetos á muchas enfermedades extravagantes, causadas por el clima insalubre. Pero aun sien-

1 El señor de Paw, en la obra intitulada *Investigaciones filosóficas sobre los americanos.*

do así sus cuerpos, todavía son mas imperfectas sus almas. Ellos carecen de memoria hasta el punto que hoy no se acuerdan de lo que hicieron ayer. No saben hacer reflexiones ni ordenar sus ideas, ni son capaces de mejorarlas, ni aun de pensar, porque en sus cerebros solamente circulan humores gruesos y viscosos. Su voluntad es insensible á los estímulos del amor y de toda otra pasion. Su pereza los tiene sumergidos en la vida salvaje. Su cobardía se manifestó en la conquista. Sus vicios morales eran correspondientes á estos defectos físicos. La embriaguez, la mentira y la *sodomía* eran comunes en las islas, en el reino de Méjico, en el del Perú y en todo el nuevo continente. Vivian sin leyes. Las pocas artes que conocian eran muy groseras. La agricultura estaba enteramente entre ellos abandonada, su arquitectura muy mezquina, y mas imperfectos todavía sus instrumentos. En todo el Nuevo Mundo no habia mas que dos ciudades, Cuzco en la América meridional y Méjico en la setentrional, y estas dos no eran mas que dos miserables aldeas, etc.

Este es un ligero bosquejo del monstruoso retrato que el señor de Paw hace de la América. No lo expongo enteramente y omito tambien el que han hecho otros autores mal informados, ó igualmente que él preocupados, porque no tengo paciencia para copiar tantos despropósitos. No pretendo hacer la apología de la América y de los americanos, porque para esto seria necesaria una obra muy voluminosa. Para escribir un error ó una mentira bastan dos líneas, y para impugnarla no bastan tal vez dos páginas y ni aun dos hojas: ¿de cuántas, pues, seria menester para refutar tantos centenares de errores? Por lo mismo, solamente quiero impugnar los que se oponen á la verdad de mi Historia. He escogido la obra del señor de Paw, porque en ella, como en una centina ó albañal, se han recogido todas las inmundicias, esto es, los errores de todos los demás. Si tal vez parecen un poco fuertes mis expresiones, esto ha sido porque juzgo no ser conveniente usar de dulzura con un hombre que injuria á todo el Nuevo Mundo y á las personas mas respetables del antiguo.

Pero aunque la obra del señor de Paw sea el principal blanco á que se dirigen mis tiros, tendré tambien que hacer con algunos autores, y entre estos con el señor de Buffon. Tengo una estimacion grande á este célebre autor, y lo reputo el mas diligente, el mas hábil y el mas elocuente naturalista de nuestro siglo; tambien creo que no ha habido hasta ahora en el mundo otro que haya dado á conocer mejor que él los animales; pero como el asunto de su obra es tan vasto, no es de admirar que algunas veces errase ó se olvidase de lo que antes habia escrito, principalmente sobre la América, en donde la naturaleza es tan varia, por lo que ni los tales errores, ni las razones que contra ellos expondremos, podrán de ningun modo perjudicar á la gran reputacion de que goza entre todos los literatos del mundo.

En el cotejo que hago de un continente con el otro, no pretendo hacer comparecer á la América superior al mundo antiguo, sino solamente demostrar las consecuencias que pueden naturalmente deducirse de los principios de aquellos autores que impugno. Semejantes paralelos son muy odiosos, y el alabar apasionadamente el propio país sobre los demás, parece mas propio de niños que se pelean que de hombres literatos que disputan.

En las citas de la historia de los cuadrúpedos del conde de Buffon, me he valido de la edicion hecha en Paris, en la imprenta real, en trienta y un tomitos en.... y concluida el año de 1768. En las de las *Investigaciones* del señor de Paw, me he servido de la edicion de Londres del año de 1771, en tres tomos, con la impugnacion hecha por D. Pernety y con la respuesta del señor de Paw.



DISERTACION I.

SOBRE LA POBLACION DE LA AMÉRICA, Y PARTICULARMENTE SOBRE LA DE MÉJICO.

Apenas se encontrará en la historia un problema de mas difícil solucion que el de la poblacion de la América, ni en órden al cual haya habido una variedad mas grande de opiniones. Puede decirse que estas son tantas cuantas han sido las de los antiguos filósofos en órden al Sumo Bien. Yo no quiero ahora examinarlas todas, porque seria un trabajo infructuoso; ni menos pretendo establecer un nuevo sistema, pues no hay fundamentos en que apoyarlo. Quiero solamente exponer y sujetar al juicio de los hombres doctos mis conjeturas, porque me parece que no serán enteramente inútiles; pero para discurrir con aquella claridad y precision que conviene, dividiré el punto general en algunos artículos, y declararé mis ideas en diversas conclusiones.

¿En qué tiempo se comenzó á poblar la América? Betancurt[1] y otros autores se persuadieron que el Nuevo Mundo comenzó á poblarse antes del diluvio. Esto pudo ciertamente suceder, porque el espacio de 1656 años corridos desde la creacion de los primeros hombres hasta el diluvio, segun la cronología del texto hebreo del Génesis y de nuestra Vulgata, y mucho mas el de 1242 ó de 2262 años, segun el cómputo de los Setenta, fué sin duda suficiente para poblar todo el mundo, como ya se ha demostrado por algunos, á lo menos después de diez ó doce siglos, pudieron algunas familias de aquellas que se fueron extendiendo hácia las partes mas orientales del Asia, parar en aquella parte del mundo que en el dia llamamos América, ó fuese, como yo creo, unida á aquella otra, ó separada por un pequeño estrecho de mar. ¿Pero cómo puede probar que en efecto se pobló la América antes del diluvio, como quieren aquellos autores? Porque antes en la América, dicen, hubo gigantes, y la época de estos fué antidiluviana.[2] Porque Dios, dirán otros, no creó la tierra sino para que fuese habitada,[1] y no es verosímil que habiéndola creado con este fin á la América, quisiese dejarla tanto tiempo sin habitantes, y principalmente habiéndole mandado á los primeros hombres que se multiplicasen y llenasen la tierra.[2] Pero aun cuando concediéramos á aquellos autores que el sagrado texto, en el cual se hace mencion de los gigantes, deba entenderse en el sentido vulgar, esto es, de hombres de extraordinaria altitud y corpulencia, y no dudamos que tales hombres haya habido en el Nuevo Mundo, como hemos dicho en otra parte, á pesar de los señores Lloane,[3] Paw y

1 En el Teatro mejicano, Par. trat. 1, cap. 1.

2 *Gigantes erant super terram in diebus illis*, Gen. 6.

1 Ipsi Deus formans terram, et faciens eam non in varum creavit eam, ut habitaretur formavit eam. Isai. 45.

2 Crecite, et multiplicamini et replete terram. Gen. 1.

3 El escrito de Hans Lloane, inglés, en el cual se esfuerza á probar que los grandes huesos hallados en la América han sido de elefantes, etc., no de gigantes, se pueden leer en las Memorias de la academia real de las ciencias de Paris del año de 1727. A mas de lo que hemos dicho en el libro I de la Historia contra esta opinion, añadimos aquí el testimonio del doctor Hernandez, testigo ocular, sincero y muy inteligente: Permulta gigantium, dice, non vulgaris magnitudines ossa per hosce dies inventa sunt cum apud tezcocanos, tum apud tollosenses. Hec autem, añade, notiora sunt, quam ut fides queat illis ab aliquo denegari: et tamen non me latet a multis judicari, multa fieri non posse, antequam facta sint. Adeo verum est, atque indubitatum quod Plinius noster dixit: nature vim atque majestatem omnibus momentis fide carere. Tract. 1, de cuadrup. N. Hisp., cap. 32. Si en las escavaciones hechas en América solamente se hubieran encontrado huesos separados y esparcidos, podria creerse con razon que hubiesen sido de algunas grandes bestias; pero habiéndose hallado así cráneos humanos como esqueletos enteros, ya no hay lugar á las conjeturas de Lloane. Véase lo que refiere el Acosta en el libro 7, cap. 3 de su Historia en órden al esqueleto gigantesco desenterrado el año de 1586 en *Jesús del Monte*, hacienda de los jesuítas de

otros que no creen sino aquello que están acostumbrados á ver: esto, por otra parte, nada contribuiria á confirmar aquella opinion, pues los mismos sagrados libros nos dan noticia de algunos gigantes posteriores al diluvio, como de Og, rey de Basan,[1] y de aquellos cinco Getheos de quienes se habla en los libros de los Reyes. De estos gigantes, de los cuales se hace mencion en la sagrada Escritura por la relacion que tienen con la historia de los hebreos, podemos conjeturar que hubiese habido otros muchos, así en la Palestina como en otros países, cuya noticia no importaba á los historiadores sagrados. El texto de Isaías nada prueba en favor de la opinion, pues aunque Dios hubiese creado la tierra para que fuese habitada, nadie puede adivinar el tiempo señalado por él para la ejecucion de sus divinos consejos.

El viajero Gemelli dice, alegando ciertas pinturas antiguas de los mejicanos,[2] que la ciudad de Méjico se fundó el año 2 *Calli*, correspondiente, dice él, al año de 1325 de la creacion del mundo, esto es, mas de trescientos años antes del diluvio; pero este enorme despropósito no fué un error de su entendimiento, sino un yerro de su pluma, como claramente se conoce leyendo todo el contexto de su narracion; por lo que sin fundamento se lo echa en cara el maldiciente investigador, el cual culpa tambien de este error al celebradísimo Sigüenza, cuando estamos seguros de que este docto mejicano era de una opinion muy diversa. Es, pues, cierto que la ciudad de Méjico se fundó el año 2 *Calli* y que este año fué el de 1325; pero no de la creacion del mundo, sino de la era vulgar del cristianismo. El referido viajero en lugar de escribir esto, escribió aquello otro.

Ello es por otra parte inútil el investigador, si la América se pobló antes del diluvio, pues no pudiéndose por una parte adivinar esto, y siendo por otra ciertísimo que en el diluvio perecieron todos los hombres, siempre es necesario después de aquella inundacion general buscar para la América nuevos pobladores. Bien sé que algunos autores circunscriben el diluvio á los confines de una parte de la Asia; pero tambien sé que esta opinion no se conforma bien con la verdad de los libros sagrados,[1] ni con la tradicion de los mismos americanos,[1] ni con las observaciones físicas. El doctor Sigüenza creyó comenzada la poblacion de América poco después de la dispersion de las gentes. Como no tenemos los manuscritos de este famosísimo mejicano, ignoramos los fundamentos de su opinion, la cual es por otra parte muy conforme á la tradicion de

Méjico inmediata á esta capital, cuando él vivia allí. Véase tambien lo que dice Zárate, docto y respetable escritor de la historia del Perú, en el libro 1, cap. 5, en órden á los huesos y cráneos humanos desenterrados en su tiempo en Puerto-Viejo, país de la provincia de Guayaquil. Véase lo que refiere el sincerísimo Bernal de los huesos presentados por los tlaxcaltecas á Cortés, etc., etc.

1 Torrubia en su *Aparato á la historia natural de España* incurre por tres ocasiones en el grosero error de hacer á Og antidiluviano, y afirma expresamente que fué anegado en el diluvio.

2 Giro del mundo, tom. 6.

3 *Operti sunt omnes montes excelsi sub universo celo, Quindecim cubitis altior fuit aqua super montes quos operuerat.* Gen. 7. Parece que Dios sugirió estas palabras al sagrado escritor para desmentir las cavilaciones de los incrédulos, pues no es fácil encontrar otras expresiones mas propias para significar la universalidad del diluvio. Pero aun cuando aquel sagrado texto debiera entenderse solamente de los montes de la Palestina y de otros países no muy distantes de ella, como algunos pretenden, yo ciertamente no puedo entender cómo pueda el agua, atendidas las leyes de la naturaleza sobre el equilibrio de los líquidos, levantar quince codos sobre los altos montes de aquellos países sin anegar á toda el Asia, la África, la Europa y aun la América. Si no fué, pues, universal el diluvio, ¿para qué mandar la construccion de la arca cuando la familia de Noé hubiera podido fácilmente sustraerse de la inundacion, yéndose á otros países en donde no se habia de verificar aquella calamidad? ¿para qué hacer enterrar en la arca algunos individuos de los cuadrúpedos, aves y reptiles, á fin de conservar la especie sobre la superficie de la tierra? *Salvetur semen super faciem universe terre.* Gen. 7. Quedando las especies de los animales en otros muchísimos países que no debian anegarse, esta diligencia hubiera sido superflua y ridícula, especialmente con respecto á las aves. Por estas y otras semejantes razones debemos concluir que aquellos que creyendo divina la autoridad de los sagrados libros, no obstante esto niegan la universalidad del diluvio, deben por caridad llevarse á un hospital.

1 Queriendo Dios hacer respetar su justicia por la posteridad de Noé y confundir la incredulidad de los mortales, dispuso que á mas del testimonio de las sagradas Escrituras y de los cuerpos marinos que en mucha abundancia han quedado en los montes para eternos monumentos del diluvio, se conservase tambien la memoria de aquel espantoso y general castigo entre las naciones americanas. Estas en efecto sin tener alguna noticia de los libros santos, ni comercio alguno con las naciones del antiguo continente, tenian con todo conocimiento del diluvio, como testifican Gomara, Acosta, Herrera, García, Martinez, Torquemada, Sigüenza, *Ixtlilxochitl*, y todos aquellos autores que hicieron en órden á esto diligentes averiguaciones. Los *toltecas*, *acolhuas*, *tarascos*, *michoacaneses*, *mejicanos*, *mixtecos*, *tlaxcaltecas*, *chiapanecos* y otras naciones, conservaban la tradicion del diluvio y lo tenian representado en sus pinturas. Todos creian que él habia sido universal y que todos los hombres habian sido ahogados, á excepcion de un hombre y una mujer ó una familia. Este es un hecho de que no puede dudarse sin temeridad. Véase lo que hemos dicho en órden á esto en la Historia y lo que tambien diremos después. El padre Acosta dice que todos los indios tenian noticia del diluvio; pero esto debe entenderse de los que vivian en sociedad.

los *chiapanecos*, de quienes hablaremos después. Otros autores, por el contrario, creen muy moderna aquella poblacion, porque los escritores de la historia de los mejicanos y de los peruanos no encontraron entre estas naciones ninguna memoria de sus particulares acontecimientos que pasase de ocho siglos. Pero estos autores confunden la poblacion del mismo Méjico hecha por los *chichimecos* y los *aztecas* con aquella que sus antepasados habian hecho muchos siglos antes en los países setentrionales de la América, ni saben distinguir á los mejicanos de las otras naciones que antes que ellos ocuparon aquel país. ¿Quién sabe, por ejemplo, cuándo entraron en el país de *Anáhuac* los *otomites*, los *olmecas*, los *cuitlatecos* y los *michoacaneses*? No es de admirar que algunos escritores del reino de Méjico no pudiesen encontrar memoria mas antigua que de ocho siglos, porque á mas de la pérdida de la mayor parte de los monumentos históricos de aquellas naciones, de que tantas veces hemos hecho mencion, no sabiendo ellos por lo comun ajustar los años mejicanos con los nuestros, se extraviaron de tal modo, que incurrieron en muchos groseros anacronismos; pero aquellos que se proporcionaron mayor abundancia de antiguas y selectas pinturas, y tuvieron mayor sagacidad para averiguar la cronología de aquellos pueblos, como Sigüenza é *Ixtlilxochitl*, encontraron ciertamente memorias mucho mas antiguas, y se sirvieron de ellas para sus preciosísimos escritos.

Yo ciertamente no dudo que la poblacion de la América sea antiquísima, y mucho mas de lo que parece á los autores europeos: 1º Porque á los americanos faltaban ciertas artes é invenciones, como por ejemplo, la de servirse de la cera ó aceite para alumbrarse, las cuales siendo por una parte antiquísimas en la Asia y la Europa, son por otra utilísimas, por no decir necesarias, y una vez aprendidas, no se dejan jamás. 2º Porque las naciones cultas del nuevo mundo, y particularmente la del reino de Méjico, conservaban en sus tradiciones y en sus pinturas la memoria de la creacion del mundo, del diluvio, de la construccion de la torre de Babel, de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes, como hemos dicho en la Historia y testifican los autores arriba dichos, aunque alterada con algunas fabulas, y no tenian ninguna noticia de los sucesos acaecidos después en Asia, Africa ni Europa, sin embargo de que muchos de ellos fuesen tan grandes y tan notables, que no podian fácilmente borrarse de su memoria. 3º Porque ni entre los americanos habia noticia alguna de los pueblos del antiguo continente, ni entre estos se ha encontrado vestigio alguno del tránsito hecho por aquellas naciones al nuevo mundo. Estas razones hacen, cuando no cierta, sí muy verosímil nuestra opinion.[1]

§ II.

¿QUIÉNES FUERON LOS POBLADORES DE LA AMÉRICA?

Aquellos *espíritus fuertes* que no reconocen en los libros santos el sello de la suma verdad, ó no hacen aprecio de ella, dicen que los americanos no traen su orígen de Adan y de Noé, y creen ó fingen creer, que como Dios crió á Adan para que fuese padre de los asiáticos, así hizo después, ó antes de él, otros hombres para que fuesen patriarcas de los africanos, de los europeos y de los americanos. Esto no se opone, dice un autor moderno,[1] á la verdad de los sagrados libros, porque aunque Moisés no haga mencion de algun otro primer patriarca fuera de Adan, esto fué porque él no se puso á escribir la historia de los otros pueblos, sino solamente la de los israelitas. Pero á mas de que este rancio sistema contradice abiertamente á la venerable tradicion, á las sagradas Escrituras[2] y á la comun creencia de la Iglesia católica (lo que poco importa á los filósofos de aquel país), ha sido tambien desmentido por la tradicion de los mismos americanos, los cuales en sus pinturas y en sus cánticos se decian descendientes de aquellos hombres que se salvaron de la general inundacion. Los *toltecas*, *acolhuas*, *mejicanos*, *tlaxcaltecas*, *tarascos*, *mixtecos*, *chiapanecos* y otros pueblos, todos estaban de acuerdo en este punto; todos decian que sus antepasados habian venido de otra parte á aquellos países: señalaban el camino que habian llevado, y aun conservaban los nombres, ó verdaderos ó supuestos, de aquellos sus primeros progenitores, que después de la confusion de las lenguas se separaron del resto de los hombres.

1 Cierto autor moderno afirma que la poblacion de la América es mas antigua que el uso del fierro, porque tal uso no se encontró entre los americanos. Pero esta opinion es sin duda falsa, pues la invencion del fierro fué anterior al diluvio. De Tubalcain, sexto nieto de Adan, se dice en el cap. 4. del Génesis, que fué herrero y trabajó toda suerte de obras de fierro y de cobre: *Sella genuit Tubalcain, qui fuit malleator, et faber in cuncta opera eris et ferri.* ¿Pues quién creerá que la América se pobló antes de Tubalcain? Los americanos no usaban del fierro, tal vez porque en los países setentrionales de la América, en donde primero se establecieron, no encontraron minas, y después se perdió entre ellos la memoria de aquel metal.

1 El autor de una miserable obrilla intitulada el *Filósofo dulce*, impresa en Berlin el año de 1775.

2 Tres isti filii sunt Noe: ab his disseminatum est omne genus hominum super universam terram. Gen. 9. Fecit ex uno omne hominum genus in habitare super faciem universae derrae. Act 17. No puede explicarse con palabras mas significantes el comun orígen de todos los hombres traido de Adan y de Noé.

El Illmo. señor don Francisco Nuñez de la Vega, obispo de Chiapa, dice en el proemio de sus *Constituciones sinodales*, que en la visita de su diócesis que hizo él mismo hácia el fin del siglo pasado, encontró muchos calendarios antiguos de los *chipanecos*, y un viejo manuscrito en la lengua de aquel país hecho por los mismo indios, en el cual se decia, segun su antigua tradicion, que un cierto *Votan*[1] intervino en la construccion de aquel gran edificio que se hizo por órden de su abuelo para subir al cielo; que allí se dió á cada pueblo su lenguaje, y que el mismo *votan* fué encargado por Dios de hacer la division de las tierras de *Anáhuac*. Añade después el referido prelado que habia en su tiempo en *Teopixca*, lugar grande de aquella diócesis, una familia de apellido *Votan*, que se creia descendiente de aquel antiguo poblador. Yo no pretendo hacer creer tan antigua la poblacion de la América sobre la fe de aquella tradicion de los *chiapanecos*, sino solamente dar á conocer que los americanos se reputaban descendientes de Noé.

De los antiguos indios de *Cuba* cuentan algunos historiadores de la América, que habiendo sido preguntados por los españoles sobre su orígen, respondieron que ellos habian sabido por sus mayores que Dios crió el cielo, la tierra y todas las cosas; que un viejo, habiendo presentido una grande inundacion, con la cual quiso Dios castigar los pecados de los hombres, se fabricó una gran canoa y se embarcó en ella con su familia y muchos animales; que habiéndose despues disminuido la inundacion, mandó al cuervo, el cual porque encontró carne mortecina de que alimentarse no volvió jamás á la canoa; que de allí á poco mandó á la paloma, y esta volvió llevando en el pico un ramillo de *hoba*, cierto árbol fructífero de la América; que cuando el viejo vió la tierra enjuta desembarcó, y habiendo hecho vino de uva silvestre, se embriagó y durmió; que entonces uno de sus hijos hizo mofa de su desnudez, y otro hijo piadosamente lo cubrió; que despertando bendijo á este y maldijo á aquel; finalmente, que ellos traian su orígen del hijo maldito, y por eso andaban casi desnudos; que los españoles, pues estaban bien vestidos, acaso descendian de aquel otro. Los mejicanos llamaban á Noé *Coxcox* y *Teocipactli*, y los michoacaneses *Tezpi*. Estos decian que hubo un gran diluvio, y que Tezpi, por no quedar ahogado, se embarcó en un madero hecho á manera de una arca, con su mujer, sus hijos y con diversos animales y algunas semillas de frutas, y que habiéndose disminuido la agua, mandó á aquella ave que tiene el nombre de *aura*, la cual se quedó para comer cuerpos muertos, y después mandó otras aves que tampoco volvieron, á excepcion de aquel pajarito (el chupamirtos), tan apreciado de ellos por la variedad de los colores de sus plumas, el cual le llevó un ramo,[1] y de esta familia creen todos traer su orígen. Pues si tenemos respeto á los sagrados libros ó á la tradicion de los americanos, debemos buscar en la posteridad de Noé los pobladores del Nuevo Mundo.

Pero ¿quiénes fueron estos? ¿cuál de los hijos de Noé fué el tronco de las naciones americanas? El doctor Sigüenza y la ingeniosísima mejicana sor Juana Inés de la Cruz, creyeron ó conjeturaron que los mejicanos y otras naciones de *Anáhuac* fueron descendientes de *Nephtuim*, hijo de *Mesraim* y nieto de *Cham*. El caballero Boturini fué de parecer que ellos descendieron no solamente de *Nephtuim*, sino tambien de sus otros cinco hermanos. El doctísimo español Arias Montano se persuadió que los americanos, y particularmente los peruanos, perteneciesen á la posteridad de *Ophir*, cuarto nieto de *Sem*. Las razones de este autor son tan débiles é insuficientes, que no merecen se haga mencion de ellas. De las de Sigüenza hablaremos después.

Los otros autores que no han querido avanzar en sus investigaciones hasta una antigüedad tan remota, han buscado en diversos países del mundo el orígen de los americanos. Sus opiniones son tantas y tan diversas, que no es fácil numerarlas. Quién cree haber encontrado á los progenitores de los americanos en el Asia, quién en la Africa, quién en la Europa. Entre los que se imaginan haberlos hallado en Europa, parece á algunos que aquellos fueron los griegos, á otros los romanos, á otros los españoles, á otros los irlandeses, á otros los curlandeses y á alguno aun los rusos. Entre aquellos que los reputan originarios de la Africa, quién los hace descender de los egipcios, quién de los cartaginenses, quién de los numidas. Pero no hay mayor variedad de opiniones que entre aquellos que creen deberse á la Asia la poblacion de la América. Los israelitas, los cananeos, los asirios, los fenicios, los persas, los tártaros, los indios orientales, los chinos, los japones, todos tienen sus abogados entre los historiadores y filósofos de estos dos últimos siglos. Algunos, pues, no contentos con buscar á los referidos pobladores en los países conocidos del mundo, sacan de debajo de las aguas del Océa-

1 Votan es el principal entre aquellos veinte hombres ilustres que comunicaron sus nombres á los veinte dias del mes *chiapaneco*.

1 Herrera, déc. 3, lib. 8, cap. 10. Véase á este autor en la déc. 4, lib. 1, cap. 2, en órden á lo que decian de su orígen los indios de Tierra firme. Véanse tambien al mismo Herrera, Torquemada y otros en órden á la tradicion que habia entre los *haities* ó habitantes de la isla Española. De la tradicion de los mejicanos, *acolhuas* y *tlaxcaltecas*, hemos hablado en el lib. 2 de nuestra Historia. De la de los *toltecas* hace mencion Boturini, como tambien Torquemada y otros. De la de los *mixtecas* escribió García en su erudito tratado sobre el orígen de los indios.

no, ó de los espacios imaginarios á la famosa isla Atlántida, para mandar de allí colonos á la América. Pero esto es poco, pues hay autores que por no hacer agravio á ningun pueblo, creen á los americanos descendientes de todas las naciones del mundo.[1]

La causa de una variedad tan grande y de una tal extravagancia de opiniones, ha sido la de persuadir que para creer á una nacion nacida de otra, no se necesita mas que encontrar alguna afinidad en unas cuantas voces de sus lenguas y alguna semejanza en sus ritos, costumbres y usos. Tales, pues, son los fundamentos de casi todas las mencionadas opiniones, recogidas ya, y con una gran copia de erudicion, ilustradas por el dominico García, y por aquellos doctos españoles, que con nuevas adiciones reimprimieron su obra, en la cual puede verlos quien quiera, pues yo creeria perder el tiempo en refutarlas.

Pero no puedo menos de hacer mencion de la opinion del doctor Sigüenza, adoptada tambien por el famosísimo obispo Francisco Pedro Daniel Huet, porque me parece la mas bien fundada. El Sigüenza, pues, se persuadió que las naciones que poblaron el imperio mejicano, pertenecian á la posteridad de *Nephtium* y que sus progenitores, salidos de Egipto no mucho después de la confusion de las lenguas, se encaminaron hácia á la América. Las razones en que apoyó esta opinion, se hallan solamente apuntadas en la *Biblioteca mejicana*. Quisiéramos verlas expuestas con toda aquella fuerza y con toda aquella erudicion con que sin duda serian escritas por aquel doctísimo autor; pero como carecemos de sus preciosísimos escritos, no haremos mas que indicarlas, como hizo el doctor Eguiara en la referida Biblioteca.

Tales razones se reducen, por lo que aparece, á la conformidad de aquellas naciones americanas con los egipcios en el uso de los edificios piramidales y de los jeroglíficos, en el modo de computar el tiempo, en el vestir y en algunas costumbres, y á esto tal vez habrá añadido la semejanza del *Teotl* de los mejicanos con el *Theuth* de los egipcios, la cual produjo al ilustrísimo Huet la misma opinion de Sigüenza, aunque por diverso camino. Si este pensamiento se propone como una conjetura, yo no lo contradeciré; pero si se pretende que él sea una verdad que pueda afirmarse, no me parecen suficientes aquellas razones.

Sigüenza quiere que los hijos de *Nephtium* saliesen de Egipto para la América no mucho después de la confusion de las lenguas; por lo que deberia hacer el cotejo de las costumbres americanas con las de los primeros egipcios, y no con las de sus descendientes, que muchos años después de ellos habitaron en Egipto, y de los cuales no se creen descendientes los americanos. ¿Pues quién se persuadirá que los egipcios inmediatamente después de la dispersion de las gentes, comenzasen á fabricar pirámides y á servirse de jeroglíficos, y que desde entonces hubiesen ya ordenado sus años y puéstolos en la forma en que los tuvieron después? Todas estas cosas fueron sin duda posteriores á aquella época. Ni era necesario haber visto las pirámides de Egipto, para que viniera al pensamiento á los mejicanos el hacer semejantes edificios, pues para esto bastaba el ver los montes que están sobre la tierra. A cualquiera que quiera fabricar un alto edificio para inmortalizar su nombre, fácilmente le vendrá al pensamiento el hacerlo piramidal, porque no hay ningun otro edificio que pueda elevarse á tanta altitud con menos gastos, porque cuanto mas se eleva, tanto menor cantidad de materiales requiere. A mas de que los edificios mejicanos eran enteramente diversos de los de los egipcios. Estos eran verdaderamente pirámides; aquellos no, sino fábricas compuestas por lo comun de tres, cuatro ó cinco cuerpos cuadrados ó cuadrilongos, de los cuales los superiores tenian menor amplitud que los inferiores. Los de los egipcios eran por lo comun huecos, los de los mejicanos macizos. Estos servian de bases á sus santuarios, aquellos de sepulcros de los reyes. Los templos de los mejicanos y de las otras naciones de *Anáhuac* eran de una especie tan rara, que no sé que se hayan usado en ninguna otra nacion del mundo; y así deben considerarse como una invencion original de los *toltecas* ó de otros pobladores mas antiguos que ellos.

En el modo de computar el tiempo fueron los mejicanos menos semejantes á los egipcios (hablo de los egipcios posteriores, no de los primeros, de cuyo método nada se sabe). El año egipciaco era solar de 365 dias como el de los mejicanos; unos y otros contaban 365 dias en sus meses, y como los egipcios añadian cinco dias á su último mes *Mesori*, así los mejicanos á su mes *Izcalli*, en lo que convenian así con los egipcios como con los persas; pero por lo demás hay una gran diferencia entre unos y otros. El año egipciaco constaba de doce meses y estos de treinta dias; el mejicano[1] se componia de diez y ocho meses, y estos de veinte dias. Los egipcios, como muchísimas otras naciones del antiguo continente, contaban por setimanas; los mejicanos por periódicos de cinco dias en lo civil y de trece en lo que toca á la religion.

Los mejicanos se servian como los egipcios de jeroglíficos; ¿pero cuántas otras naciones no se han servido igualmente de ellos para ocultar los misterios de su religion? ¿y si los mejicanos aprendieron de los egipcios los jeroglíficos, por qué no aprendieron de ellos tambien el uso de las letras?

1 Esta opinion improbable fué la de García y Betancurt.

1 Hablo del año religioso de los mejicanos, pues de su año civil ó astronómico nada sabemos.

Porque las letras, se dirá, se inventaron después de su separacion; ¿pero cómo se sabe que antes de que ellos se separasen, ya se habian encontrado los jeroglíficos?

El vestido de los primeros egipcios habrá sido verosímilmente el mismo de los otros hijos y nietos de *Noé;* á lo menos no hay razon para hacernos creer lo contrario. En órden, pues, á las costumbres políticas de aquellos primeros hombres, nada sabemos. Los mas antiguos egipcios de quienes tenemos noticias ciertas, han sido aquellos que vivieron en tiempo del patriarca José. Pues si queremos hacer el cotejo de sus usos, indicados en los libros sagrados, con los de los mejicanos, mas bien que su pretendida identidad, hallaremos diferencia. Finalmente, yo no pretendo demostrar falsa la opinion de Sigüenza, sino solamente hacer ver que no es una verdad que pueda asegurarse.

El extravagante *investigador* dice que los mejicanos traen su orígen de los apalaches meridionales; pero ni alega ni pudo alegar razon alguna que haga probable ó verosímil tal paradoja; y aunque esto fuese cierto, quedaria todavía en pié la dificultad en órden al orígen de los mismos apalaches. Es verdad que para aquel atrevido autor no hay en esto dificultad, porque algunas veces da á entender que no le disgusta el disparatado sistema del francés Peirere.

Por lo que mira, pues, á mi opinion, me parece bien exponerla en las siguientes conclusiones: 1ª *Los americanos descienden de diversas naciones ó de diversas familias dispersas después de la confusion de las lenguas.* No podia dudar de esta verdad, cualquiera que tenga algun conocimiento de la multitud y de la suma diversidad de las lenguas americanas. En el reino de Méjico he contado treinta y cinco de las conocidas hasta ahora. En la América meridional son muchas mas. Al principio del siglo pasado contaban los portugueses hasta cincuenta en el Marañon. Es verdad que entre algunas de estas lenguas se advierte una afinidad tal, que luego da á conocer que han nacido de una misma madre, como la *endeve*, la *opata* y la *tarauhmara* en la América setentrional, y la *mocobi*, la *toba* y la *abipona* en la América meridional; pero hay otras muchas entre sí, mucho mas diversas que la flebuca y la ilírica. Puedo afirmar, sin peligo de engañarme, que no se encontrará ni entre las vivas ni entre las lenguas muertas de la Europa, dos mas diversas entre sí que la mejicana, la *otomite*, la *tarasca*, la *maja* y la *mixteca*, cinco lenguas dominantes en diversas provincias del reino de Méjico. Y así seria un grande despropósito decir que semejantes lenguas americanas hayan sido diversos dialectos de una lengua madre. ¿Cómo es posible que una nacion alterase de tal modo su primitivo lenguaje ó lo multiplicase en tantos dialectos tan diversos entre sí, que no hubiesen aun después de muchos siglos, muchas voces comunes á todos, ó á lo menos que no hubiese en ellos alguna afinidad ó quedase algun rastro de su orígen?

¿Quién podrá creer jamás lo que se lee[1] en la Historia del padre Acosta? Esto es, que habiéndose llegado los *aztecas* ó mejicanos después de su larga peregrinacion en el reino de Michoacan, quisieron establecerse allí atraidos de la amenidad de la tierra; pero no pudiendo quedar allí todo el cuerpo de la nacion, consintió su dios *Huitzilopochtli* que permaneciesen allí algunos, y aun sugirió á los otros el modo de hacerlo, mandándoles que cuando aquellos que debian quedarse se bañasen en la laguna de *Pescuaro*, les robasen sus vestidos y huyesen inmediatamente para continuar su viaje; que los que se bañaban, viéndose privados de sus vestidos y burlados por sus compañeros, tuvieron un enojo tal, que resolvieron no solo permanecer allí, sino tambien tomar un nuevo lenguaje, y que de aquí tuvo orígen la lengua *tarasca*. Aun mas increible es el cuento adoptado por Gomara y algunos historiadores; esto es, que de un viejo llamado *Iztac*, *Mixcoatl* y de su mujer *Ilancueitl*, nacieron seis hijos, todos de diversa lengua, llamados *Xelhua*, *Tenoch*, *Olmecatl*, *Xicallancatl*, *Mixtecatl* y *Otomitl*, los cuales fueron progenitores de otras tantas naciones que poblaron el país de Anáhuac. Esta alegoría, con la cual querian significar los mejicanos que todas aquellas naciones traian orígen de un tronco comun, fué por los referidos autores convertida en fábula por mal entendida.

Los americanos no traen su orígen de ningun pueblo existente hoy en el antiguo mundo, ó á lo menos no hay razon para afirmarlo. Esta conclusion se funda en la misma razon que la anterior, pues si los americanos descendiesen de algunos de aquellos pueblos, se podia rastrear su orígen por algun vestigio que hubiese quedado en sus lenguas, á pesar de la antigüedad de su separacion; pero tal vestigio no se ha podido encontrar hasta ahora, sin embargo de que muchos autores lo han buscado con grande empeño, como puede verse en la obra del domínico García. Yo he confrontado prolijamente la lengua mejicana y otras americanas con algunas otras, así vivas como muertas, del antiguo continente, y no he podido encontrar ninguna afinidad. La semejanza del *Teotl* de los mejicanos con el *Theos* de los griegos, me ha movido algunas veces á confrontar estas dos lenguas; pero siempre he encontrado una grande diversidad. Este argumento es mas eficaz respecto á los americanos por su firmeza y constancia en retener sus lenguas. Los mejicanos conservan su lengua entre los españoles, y los *otomites* retienen su difícil locucion entre los es-

1 Hist. nat. y mor. de las Indias, lib. 7. El P. Acosta no manifiesta creer aquella relacion fabulosa de los mejicanos, pero ni tampoco la impugna.



pañoles y los mejicanos, aun después de dos siglos y medio.

Si los americanos descienden, como yo creo, de diversas familias dispersas después de la confusion de las lenguas y desde entonces separadas de las otras que poblaron los países del antiguo continente, inútilmente se fatigaron los autores en buscar en las lenguas ó en las costumbres de los pueblos asiáticos el orígen de los pobladores del Nuevo Mundo. Yo no dudo, atendiendo á lo que nos dicen los libros sagrados, que después que se multiplicó bastantemente la descendencia de Noé, hubo órden expresa de Dios para que se separasen las familias y se fuera cada una á poblar el país que se le habia señalado. Moisés en su divino cántico habla así al pueblo de Israel: "Acuérdate de los dias antiguos y piensa en cada una de las pasadas generaciones; pregunta á tu padre y tus antepasados, y te dirán que cuando el Altísimo dividia las gentes y separaba á los hijos de Adan, señaló los términos de los pueblos (de la Palestina) segun el número de los hijos de Israel;"[1] en lo que se manifiesta al Señor en el acto de repartir las familias y de señalar los límites de los países que debian ocupar. Aquellos hombres que emprendieron la construccion de la torre de Babel, se animaban á trabajar en aquella fábrica con estas palabras: "Venid, decian, edifiquemos una ciudad y una torre cuya cima toque en el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre antes de que seamos divididos por toda la tierra."[2] Sabian, pues, que debian ser diseminados por todos los países, y Dios, porque con semejante fábrica se oponian sus determinaciones, ó á lo menos diferian la ejecucion de sus órdenes con respecto á la poblacion de la tierra, confundió su lenguaje, y por este medio logró separarlos y dividirlos desde aquel lugar por todos los países.[3] De aquí se infiere ser verosímil que Noé, viejo venerable, venerado por todos como padre, el cual sobrevivió trescientos cincuenta años al diluvio, señalase á cada familia su distrito, segun la instruccion que hubiese recibido de Dios, porque de otro modo no se hubiera podido ejecutar la division sin guerras sangrientas, queriendo cada uno gozar de su nativo país sin exponerse á muchos peligros y desastres en tierras desconocidas. Esta opinion mia se hace mas verosímil por la tradicion de los *chiapanecos* en órden á la poblacion del *Anáhuac;* hecha por *Votan*, de quien ya hemos hablado. No por esto se debe pensar que aquellas mismas personas que en Babel se separaron de las otras familias, poblasen en efecto, como dicen los *chiapanecos*, los países de la América; sino sus descendientes, pues aquellas primeras familias irian andando poco á poco, encaminándose hácia aquella parte y multiplicándose en su viaje.

1 *Memento dierum anticuorum, cogita generationes ingulas: interroga Patrem tuum et anuntiabi, majores tuos, et dicent tibi: cuando dividebat Altissimus gentes, cuando separabit filios Adan, constituit terminos Populorum juxta numerum filiorum Israel.* Deut. 32.

2 *Venite faciamus nobis civitatem, et Turris cujus culmen pertingat ad celum, celebremusque nomen nostrum antecuam dividamur in universas terras.* Gen. 11.

3 *Atque ita divisit eos illo loco in omnes terras.* Ibid.

§ III.

DE QUÉ PARTE Y CÓMO PASARON LOS POBLADORES Y LOS ANIMALES Á LA AMÉRICA.

Este es el otro punto y el mas difícil en el problema de la poblacion de la América, en el cual son, como en el otro, muy diversas las opiniones de los autores. Algunos atribuyen la poblacion del Nuevo Mundo á ciertos comerciantes fenicios, que navegando por el Océano llegaron casualmente allí. Otros se imaginan que aquellos mismos pueblos que suponen haber pasado del antiguo continente á la isla Atlántida, de allí fácilmente se fueron á la Florida, y de este vasto país se fuesen esparciendo por toda la América. Otros creen que pasaron de la Asia por el estrecho de Anian, y otros que se trasladaron allí de las regiones setentrionales de la Europa por no sé qué brazo del mar glacial.

El padre Feijoo, benedictino español, ofreció pocos años hace *proponer al mundo literario un nuevo sistema*.[1] ¿Y cuál es este nuevo sistema? Que la América estaba antes unida por la parte setentrional del antiguo continente, y que por ella pasaron los hombres y los animales. Pero esta opinion es tan antigua como el padre Acosta, el cual ciento cuarenta y cuatro años antes que el padre Feijoo, la publicó en su Historia de la América;[2] á mas de que no es bastante para desatar todas las dificultades que hay en órden al tránsito de los animales, como después veremos.

El conde de Buffon, á pesar de su grande ingenio y de su prolija exactitud, se contradice abiertamente en este punto. El supone unidos antes ambos continentes por la parte de la Tartaria Oriental, y afirma que por allí pasaron á la América los primeros pobladores y todos aquellos animales que allí se encontraron comunes de uno y otro mundo, como los bisontes (llamados en Méjico *cíbolos*), los lobos, las zorras, las martas, los venados, los gamos y otros semejantes cuadrúpedos, á los cuales conviene el clima frio; pero que no podia haber allí leones, tigres, camellos, elefantes, girafas, ni alguna de aquellas diez y siete especies de monos que hay en el antiguo continente, y para decirlo en pocas palabras, ningun cuadrúpedo propio de clima caliente

1 Teatro crítico universal, tom. 5, discurs. 14.

2 Hist. nat. y mor. de las Indias, lib. I, cap. 20 y 21.

puede ser comun á ambos continentes, porque no era capaz que resistiera el frio de los países setentrionales, por los cuales debia pasar del uno al otro mundo. Esto repite incesantemente en toda su Historia natural, y con tal firmeza, que por sola esta razon destierra de la América las gacelas, las cabras y los conejos. El no respeta cuadrúpedos propiamente americanos, sino aquellos que viven solamente en los países calientes de aquel Nuevo Mundo, entre los cuales cuenta las trece ó catorce especies de monos americanos, divididos por él en las dos clases *sapayus* y *sagoini;* de esta, añade, ninguna habia en el antiguo continente, así como no hay en el nuevo ninguna de las diez y siete especies del antiguo. ¿Cuál, pues, fué el orígen de estos y otros cuadrúpedos propiamente americanos? Esta duda, la cual ocurre con frecuencia en la Historia natural de aquel gran filósofo, queda indecisa hasta el penúltimo tomo de la historia de los cuadrúpedos, en el cual, hablando como buen católico, discurre así:[1] "Como no puede dudarse que todos los animales en general fueron creados en el antiguo continente, es necesario admitir el tránsito de este al otro continente, y suponer juntamente que estos animales (el gamo, el cabrito y las mufetas) en vez de haber degenerado como los otros en el Nuevo Mundo, por el contrario, se han perfeccionado allí, y que por la conformidad del clima han excedido á su propia naturaleza.... El haberse encontrado en el Nuevo Mundo tantos animales que no pueden referirse á ninguno del antiguo mundo, da á conocer bastantemente que el orígen de estos animales, propios del Nuevo Mundo, no debe atribuirse á la simple degeneracion. Por grandes y eficaces que se quieran suponer los efectos, no se podrá jamás convencer con alguna apariencia de razon que estos animales hayan sido originalmente los mismos del antiguo continente. Es sin duda mas conforme á la razon el creer que los dos continentes estaban antes contiguos ó continuos, y que aquellas especies que se habian retirado á las regiones del Nuevo Mundo porque allí encontraron el cielo y la tierra mas conveniente á su naturaleza, fueron encerradas allí y separadas de las otras por las irrupciones de los mares que dividieron á la Africa de la América.[2] Esta causa es natural, etc." De este discurso del conde de Buffon se concluye: 1º, que no hay animal propiamente americano, pues todos fueron allí del antiguo continente, en donde fueron criados: 2º, que el argumento fundado sobre la naturaleza de los animales repugnante al frio, nada vale para demostrar que no pudieron pasar al nuevo continente, porque los que no podian por su naturaleza hacer el tránsito por los países setentrionales, pudieron hacerlo por aquella parte por donde estaba antes unida la América á la Africa, como cree aquel autor: 3º, que por donde pasaron al Nuevo Mundo los *sagoini* y los *sapayus*, pudieron igualmente ir los elefantes, los camellos, las girafas, los leones, los tigres, etc.

Dejando, pues, otras opiniones que no merecen ser mencionadas, expongo en algunas conclusiones mi dictámen, no ya para establecer, como he protestado, un nuevo sistema, sino para suministrar materiales á otros mejores ingenios y para ilustrar algunos puntos de mi Historia.

1. *Los hombres y animales de la América pasaron á ella del antiguo continente.* Esta verdad está fundada en los sagrados libros. El mismo Moisés, que declara á Noé tronco comun de todos los hombres después del diluvio, dice expresamente que en aquella general inundacion de la tierra perecieron todos sus cuadrúpedos, todas las aves y todos los reptiles, á excepcion de pocos individuos que se salvaron en la arca para restablecer las especies.[1] Las repetidas expresiones que usa el sagrado historiador para significar la universalidad, no permiten dudar que todos los cuadrúpedos, los reptiles y las aves que en el dia hay en el mundo, descienden de aquellos pocos individuos que Dios sustrajo de la general inundacion; de otro modo hubiera sido inútil, como hemos expuesto arriba, y aun ridícula la diligencia de encerrar aquellos animales, y particularmente las aves, en el arca para conservar las especies, y un despropósito semejante al de las hijas de Lot, las cuales, porque vieron arder las ciudades de Sodoma y de Gomorra, se persuadieron que habian perecido todos los hombres, y que ellas solas habian quedado para conservar la especie humana sobre la tierra.

2. *Los primeros pobladores de la América pudieron pasar á ella en canoas por mar, ó á pié por tierra ó por el yelo.* 1º Pudieron pasar en canoas ó casualmente arrebatados de un viento fuerte ó de intento, si tal vez era pequeño el estrecho de mar que separaba un continente del otro. No hay duda en que aquellos pobladores pudieron pasar al Nuevo Mundo del mismo modo que muchos siglos después fué llevado á él aquel marinero ó piloto á quien segun el dicho de muchos autores, debió Colon las primeras no-

1 Histoire nat., tom. 29. *Discours sur la dégéneration dex animaux.*

2 Suplico á los lectores que confronten lo que dice aquí el conde Buffon sobre la antigua union de la Africa y de la América, con lo que escribe en el tomo 18 cuando habla del leon. "El leon americano, dice, no puede descender del leon del antiguo continente, porque no habitando este sino entre los trópicos, y habiéndole cerrado la naturaleza, por lo que aparece, todos los caminos del Norte, no pudo pasar de las partes meridionales de la Asia y de la Africa á la América, pues estos dos continentes están separados por inmensos mares; por lo que debe decirse que el leon americano es un animal propio y particular al Nuevo Mundo.

ticias que lo movieron á su glorioso y memorable descubrimiento.[1] 2º Pudieron pasar á pié por tierra, supuesta, como ya veremos, la union de ambos continentes. 3º Pudieron tambien hacer aquel tránsito á pié por algun estrecho de mar helado. Ninguno ignora cuán grandes y cuán durables son los yelos de los mares setentrionales. No seria, pues, de admirar que un estrecho de mar entre dos continentes se helase hasta un punto tal, que los tuviese unidos por algunos meses y sobre él pasasen los hombres, ó buscando nuevos países ó persiguiendo alguna fiera. Aquí no hablamos de lo que en efecto sucedió, sino solamente lo que pudo suceder.

3. *Los progenitores de las naciones que poblaron el país de Anáhuac (de quienes ahora solamente hablamos), pasaron de los países setentrionales de la Europa á los setentrionales de la América, ó mas bien de los países mas orientales de la Asia á los mas occidentales de la América.* Esta conclusion se funda en la constante y general tradicion de aquellas naciones, las cuales unánimemente decian haber sido sus progenitores gente venida á *Anáhuac* de los países situados al Norte y al Nordeste. Una tradicion tal está confirmada por los restos de algunos antiquísimos edificios fabricados por aquellas naciones en su peregrinacion, de los cuales hemos hecho mencion en el libro 2º de la Historia, y por la comun creencia de los pueblos setentrionales. A mas de lo que hemos dicho en otra parte, tenemos en Torquemada y Betancourt un clarísimo documento. En un viaje que hicieron los españoles el año de 1606 desde el Nuevo Méjico hasta el rio que ellos llamaron *del Tiron*, seiscientas millas de aquella provincia hácia el Nordeste, estaba el reino de *Tollan* y muchas poblaciones muy grandes de donde salieron aquellos que poblaron el imperio mejicano, y que por los mismos pobladores habian sido construidas aquellas y otras fábricas. En efecto, todos los pueblos de Anáhuac afirmaban que hácia el Nordeste y hácia el Norte estaban los reinos y las provincias de *Tollan*, *Teoacolhuacan*, *Amaquemecan*, *Aztlan*, *Tehuajo*, *Copalla* (nombres todos mejicanos), cuyo descubrimiento si en lo sucesivo se extiende por aquellas partes la poblacion de los españoles, ilustrará mucho la Historia antigua del reino de Méjico. El caballero Boturini testifica que en las pinturas antiguas de los *toltecas* se representaba la peregrinacion de sus antepasados por la Asia y por los países setentrionales de la América hasta establecerse en el reino de *Tollan*, y aun ofreció señalar en su Historia general el camino que tuvieron en su viaje; pero como él no tuvo tiempo de componer la Historia que meditaba, nada mas podemos decir en órden á este asunto.

Pues siendo aquellos países, en los cuales los progenitores de aquellas naciones tiempo antes se establecieron hácia aquella parte en donde la costa mas occidental de la América está mas inmediata á la costa mas oriental de la Asia, es probable que por aquella misma parte pasaran de un continente al otro, ó en canoas, si entonces habia aquel estrecho de mar que hay en el dia, segun parece por los modernos descubrimientos de los rusos, ó á pié, si era todo un continente, como después veremos. Las huellas que fueron dejando aquellas naciones nos conducen hasta aquel estrecho, el cual sin duda es el mismo que descubrieron los viajeros en el siglo XVI, y llamaron *Estrecho de Aman*.[1]

En cuanto á las otras naciones de la América, no hallando entre ellas ninguna tradicion en órden á la parte por donde pasaron al Nuevo-Mundo, nada podemos afirmar. Pudo ser que todas pasasen por donde fueron los progenitores de los mejicanos, y pudo ser tambien que pasasen por otra parte muy diversa. Yo conjeturo que los progenitores de las naciones que poblaron la América meridional, fueron allí por aquella parte por donde pasaron, como dentro de breve diremos, los animales propios de países cálidos, y que los progenitores de aquellas naciones que habitaron en todos aquellos países que hay desde la Florida hasta la parte mas setentrional de la América, pasaron del setentrion de la Europa. La diversidad de caracteres que se advierte en las tres referidas clases de americanos, y la situacion de países que ocuparon, me hacen sospechar que ellas tuvieron diverso orígen, y que por diversas partes fueron allá sus progenitores; pero esta es una mera sospecha y una conjetura.

Algunos señalan otra parte para el tránsito de los primeros pobladores, y es la de la isla Atlántida, cuya existencia, impugnada por el padre Acosta, fué sostenida por el doctor Sigüenza, segun aparece de la relacion de Gemelli, y novísimamente promovida con mucha copia de erudicion por el ilustre autor de las *Cartas americanas*. Si en la relacion que de aquella isla hace Platon en el Timeo, no estuviesen mezcladas algunas fábulas, podria tal vez la autoridad de un

1 Algunos autores afirman que aquel marinero que dió noticia á Colon de los nuevos países al Poniente, era de Andalucía: uno dice que era vizcaino, otro le hace portugués y otros niegan este hecho. Sea lo que fuere, lo cierto es que en la historia tenemos no pocos ejemplos de bajeles arrebatados por los vientos y llevados muchos grados distantes de aquel camino que seguian. Basta leer los ejemplos traidos por Plinio en el lib. 2, cap. 67, y en el lib. 6, cap. 22 de su Historia natural.

1 En las cartas geográficas de la América publicadas en el siglo pasado, se ve comunmente descrito el estrecho de Aman, aunque con no poca variedad. De pocos años acá se comenzó á omitir, porque se creia fabuloso; pero después de los descubrimientos de los rusos, han comenzado algunos geográficos á volverlo á poner.

filósofo tan grande inducirnos al asenso. Dejando, pues, á otros esta encomienda, vengamos al punto mas difícil de nuestro problema.

4. *Los cuadrúpedos y reptiles del Nuevo Mundo pasaron á él por tierra.* Esta verdad se hará manifiesta demostrando la improbabilidad ó la inverosimilitud de las otras opiniones. El gran doctor de la Iglesia san Agustin, fué de parecer que las fieras y animales nocivos que hay en las islas, pudieron trasladarse á ellas por los ángeles, así como puede creerse que por estos mismos se hizo la reunion de los animales en aquel lugar en donde estaba fabricada la arca de Noé, pues no era posible que los hombres reuniesen allí á las fieras errantes por los bosques, y á las aves que volaban esparcidas en tan diversas regiones, si ellas mismas no hubiesen sido trasladadas allí por los ángeles, ó tal vez inducidas por una cierta inclinacion que les hubiera infundido el Criador. Pero esta solucion, aunque quita enteramente todas las dificultades en el tránsito de las fieras al Nuevo Mundo, no agradaria en el siglo en que vivimos, ni debiamos valernos de ella sino cuando hubiésemos reconocido inútiles todos los otros recursos, para salvar la verdad de los sagrados libros.

El mismo santo doctor sugiere[1] otras tres soluciones para desatar aquella dificultad. Pudieron, dice, pasar las fieras á nado á las islas; pudieron ser trasladadas á ellas por los hombres para tener cacería, y pudieron tambien ser allí formadas de la tierra, como fueron hechas al principio del mundo. Pero ninguna de esas soluciones basta á allanar las dificultades que hay en el tránsito de las fieras al Nuevo Mundo, pues en cuanto á la primera, lo cierto es, que por estrecho que se quiera el intervalo de mar que separaba á los dos continentes, no es creible que se atreviesen á pasarlo tantos animales que no están destinados á vivir en la agua ni están acostumbrados á nadar. Es verdad que algunos hubieran podido pasar á nado como pasaron los javalíes de Córcega á Francia; ¿pero quién creeria otro tanto de los monos americanos, que son enteramente inhábiles para nadar, ó del *perico ligero*, ó sea *perezoso*, que es tan lento y tarda tanto en moverse? A mas de esto, ¿qué cosa podria inducir á tantos animales á dejar la tierra y abandonarse á los peligros de la mar?

No es menos increible que aquellos animales fuesen llevados por los hombres en los navíos, principalmente si se supone casual su arribo á las costas de América. Podrian en el caso de emprender de intento aquel viaje, llevar consigo algunas ardillas y algunos micos curiosos para su diversion, algunos conejos, liebres y *techichis*, para que después de haberse multiplicado, les sirviesen para su sustento, y algunos venados, gamos, martas y aun tigres para vestirse de sus pieles; ¿pero á qué fin llevar lobos, zorras, fuinas, *coyotes*, *tlalcoyotes*, *pumas* ó leones americanos y otras semejantes bestias, que en lugar de traerles alguna utilidad, le son tan nocivas? ¿Para la caza? ¿pero no podian tener este recreo sin ningun daño y con gran utilidad en sus venados, en los gamos, en las cabras monteses, en los conejos, en las liebres y en otros animales menos feroces? Y si acaso se suponen tan necios los primeros pobladores de la América, que quisiesen llevar á sus nuevos países aquellos animales tan perniciosos para cazarlos, á lo menos no habrian sido tan locos, que se resolviesen á llevar tantas especies de serpientes para tener después el gusto de matarlas.

Por lo que mira á la tercera solucion, esto es, que Dios haya criado los animales en América como los habia creado en la Asia, ella sin duda desataria enteramente la dificultad, si no se opusiese á los sagrados libros. Si Dios debia crear aquellas especies después del diluvio, ¿para qué dió órden á Noé que encerrase en la arca un cierto número de individuos de todos los cuadrúpedos, de todos los reptiles y de todas las aves para que no perecieran las especies? *Ut salvetur semen super faciem universæ terræ.* Si este texto debe entenderse solamente de los animales del antiguo continente y no de los del Nuevo Mundo, igualmente podria aquel otro en el cual se dice que de los tres hijos de Noé se propagó todo el género humano, *ad his disseminatum est, omne genus hominum super universam terram*, entenderse solamente de los pobladores del Asia, de la Africa y de la Europa, y no de la América; y así deberiamos aceder al disparatado sistema de Isaac de la Peyrere ó algun otro de la misma naturaleza. Yo por lo menos no puedo distinguir el *super faciem universæ terræ* del primer texto, del *super universam terram* del segundo.

Resta aun otro recurso para el tránsito de los animales, y es el mismo que hemos expuesto arriba hablando de los hombres. Podria alguno imaginarse que los animales pasasen por algun estrecho de mar helado; ¿pero quién podrá persuadirse que algunas especies de bestias voracísimas se fuesen á aquellas regiones, que carecen de todo lo que podria servir á su sustento, y que otras, á cuya naturaleza repugna excesivamente

[1] "Possunt quidem credi ad insulas natando transisse, "sed proximas.... Quod si homines eas captas secum ad"duxerunt, et eo modo ubi habitabant earum genera ins"tituerunt, venandi studio fieri potuisse incredibile non "est; quamvis jussu Dei, sive permissu etiam opera ange"lorum negandum non sit potuisse transferri. Si vero é "terra exorte sint secundum originem primam, qua dixit "Deus: producat terra animam vivam, clarius apparet non "tam reparandorum animalium causa, quám figurandarum "variarum gentium propter Ecclesiae sacramentum in arca "fuisse omnia genera, si in insulis, quo transire non possent "multa animalia terra produxit." August., lib. 16, de Civit. Dei, cap. 7.

el frio, se atreviesen á penetrar en el rigor del invierno á aquellos lugares helados?

No siendo, pues, probable que los animales del Nuevo-Mundo pasasen á él nadando ó por mar helado, ni que fuesen trasladados por los hombres ó por los ángeles, ni que fuesen criados nuevamente por Dios, debemos creer que así los cuadrúpedos como los reptiles que se encontraron en la América, pasaron á ella por tierra, y por consiguiente que estaban entonces unidos ambos continentes. Esta ha sido la opinion de Acosta, de Grocio, de Buffon y otros grandes hombres. Yo estoy muy distante de adoptar el sistema del conde de Buffon en toda su extension. Jamás podrá persuadirme este filósofo con toda su elocuencia y erudicion, que todo lo que ahora es tierra haya sido antes lecho de mar. No podré jamás creer que el antiguo continente (y lo mismo digo del nuevo) haya estado sujeto jamás á una general inundacion distinta del diluvio de Noé y de mas duracion que esta. Todos los argumentos del conde de Buffon no son suficientes á persuadirnos una tal opinion, que parece poco conforme á los sagrados libros, en cuya historia se da á entender que lo menos una parte de la Asia ha estado poblada desde la creacion de los primeros hombres hasta el diluvio universal, y desde que se enjutó la tierra hasta algunos años después de la muerte de nuestro divino Redentor. En la serie de cuarenta siglos y mas comprendidos en la narracion de la sagrada Escritura, no se encuentra un vacío en el cual se pueda acomodar aquella pretendida inundacion. Por lo que respecta, pues, al nuevo continente, no hay razon alguna capaz de inducirnos á creer que en él haya habido alguna inundacion general diversa de la de Noé, como demostraremos en nuestra tercera disertacion.

Pero no hay duda en que nuestro planeta ha estado sujeto á grandísimas variaciones después del diluvio. Las historias antiguas y modernas confirman aquella verdad, que Ovidio cantó á nombre del filósofo Pitágoras:

Vide ego cuod fuerat cuondam solidisima tellus,
Esse fretum; Vide factas ex ecuore terras.[1]

Ahora se aran algunas tierras por donde en otro tiempo se navegaba, y por el contrario, hoy surcan las naves por donde antes surcaba el arado. Los terremotos han hundido muchas tierras, y los fuegos subterráneos han elevado otras.[2] Los rios han formado con su fango nuevos terrenos; el mar, retirándose de algunas costas, ha extendido por aquella parte la tierra, é introduciéndose en otras con sus irrupciones, lo ha disminuido; ha separado algunos terrenos que estaban unidos, y ha formado nuevos estrechos y senos. Tenemos, pues, ejemplos de todas estas revoluciones en los siglos pasados. La Sicilia estaba antes unida al continente de Nápoles, como la Eubea (hoy *Negroponte)* á la Beocia. Diódoro, Estrabon y otros autores antiguos, dicen lo mismo de la España y de la Africa, y afirman que por una violenta irrupcion hecha por el Océano en la tierra que hay entre los montes Avila y Calpe, se abrió aquella comunicacion y formó el mar mediterráneo. Entre los de Ceilan hay la tradicion que una semejante irrupcion del mar separó su isla de la península de la India. Lo mismo creen los malabares respecto á las islas Maldivas, y los malaies respecto á la de Sumatra. Ello es cierto, dice el conde de Buffon, que en Ceilan ha perdido la tierra treinta ó cuarenta leguas de terreno que le ha quitado el mar, y por el contrario, en Tongres, lugar de los Países Bajos, el mar ha cedido mas de treinta leguas á la tierra. La parte setentrional del Egipto debe su existencia á las inundaciones del Nilo [1] La tierra que este rio ha llevado de los países mediterráneos de la Africa y ha dejado en sus inundaciones, ha formado un suelo de mas de veinticinco brazas de profundidad. Igualmente, añade el referido autor, la provincia del rio Gialo de la China y la de la Luisiana no se han formado sino del fango de los rios. Plinio, Séneca, Diódoro y Estrabon, refieren innumerables ejemplos de tales revoluciones,[2] los cuales omito porque no paresca muy prolija y pesada esta disertacion, como también muchas revoluciones modernas que se leen en la *Teoría* de la tierra, del

1 Metamorph., lib. 15.

2 *Nascuntur et alio modo terre, et reponte in alicuo mari emergunt, Velati paria secum faciente natura, queque hauserit, alio loco reddente.* Plinius, Hist nat., lib. 2, cap. 86.

1 Faro ó Farion, isla de Egipto, la cual, segun lo que expone Homero en la Odisea, distaba un dia y una noche de navegacion de la tierra setentrional de Egipto, estaba tan inmediata á ella en tiempo de la célebre Cleopatra, que apenas distaba siete estadios, pues tanto era el largo del puente que aquella reina mandó hacer á los rodienses para dar comunicacion á aquella isla con el continente. Herodoto, Aristóteles, Séneca, Plinio y otros autores antiguos, hacen mencion de este notable aumento del terreno de Egipto.

2 Véanse particularmente á Plinio en el lib. 2 de la Hist. nat., y á Séneca en el lib. 6 de las Quest. nat. Plinio numera entre las nueve islas aparecidas en el mar y formadas por levantamiento de la tierra, las de Rodi, Delo, Anafe, Nea, Abone, Yera, Tera, Terasia, y en su tiempo la de Tia. Entre las islas formadas por los terremotos pone á Sicilia, separada del continente de la Italia por un intervalo de doce millas, á Chipre, separada de la Soria, á la Eubea de la Beocia, á la Atalanta y Nacris de la Eubea, á Berbisco de la Bitinia, y á Leucocia del promontorio de las Sirenas. Entre las tierras sumergidas en el mar, hace mencion de la isla Cea, en la cual se hundieron treinta millas de terreno con un estrago increible de los habitantes, etc.

conde de Buffon y en otros autores. En nuestra América todos los que han observado con ojos filosóficos la península de Yucatan, no dudan que su terreno haya sido antes lecho de mar, y por el contrario, en el canal de Bahama se advierten algunos indicios de haber estado unida en un tiempo la isla de Cuba al continente de la Florida. En el estrecho que separa la América de la Asia se ven muchísimas islas, las cuales serian verosímilmente aquellas montañas que habia en aquel espacio de tierra que creemos hundida por algunos terremotos; lo que hace mas verosímil la multitud de volcanes que sabemos hay en la península de Kamschatka. Conjeturamos, pues, que el hundimiento de aquella tierra y la separacion de los dos continentes hayan sido causados por los grandes y extraordinarios terremotos de que hacen mencion las historias de los americanos, y de los cuales hicieron una época casi tan memorable como la del diluvio. Las historias de los *toltecas* fijan tales terremotos en el año I *Tecpatl;* pero como no sabemos de qué siglo fuese, tampoco podemos adivinar el tiempo en que sucedió aquella gran calamidad. Si un gran terremoto hundiese el istmo de Suez, y hubiese allí entonces tanta escasez de historiadores cuanta hubo en los primeros siglos después del diluvio, después de trescientos ó cuatrocientos años se dudaria si la Asia habia estado algun tiempo unida por aquella parte á la Africa, y algunos lo negarian atrevidamente.

Los cuadrúpedos y reptiles de la América pasaron por diversas partes de un continente al otro. Entre los animales americanos hay algunos á cuya naturaleza repugna sumamente el frio, como los monos, las dantas, los cocodrilos, etc. Hay tambien otros cuya inclinacion los lleva á países helados, como las martas, los rangiferos y los glotones. Pues ni estos pudieron ir á la América por la zona tórrida, ni aquellos por las zonas frias, pues necesitarian hacer una gran violencia á su genio, y se hubieran muerto sin duda en el camino. Los monos que hay en la Nueva España pasaron á ella sin duda de la América meridional.[1] El centro de su poblacion son los países situados bajo la equinoccial, y entre ella y el grado 14 ó 15 de latitud: á proporcion de la distancia del Ecuador, se va por lo comun disminuyendo su número, y mas allá de los trópicos no los hay ya sino en el territorio, el cual por algunas circunstancias particulares sea tan caliente como los países equinocciales. ¿Quién, pues, podrá persuadirse que semejantes animales se dirigiesen al Nuevo Mundo por el rígido clima del setentrion? Podria alguno decir que no es inverosímil que los llevasen los hombres, siendo tan apreciados por su extravagancia y por su ridícula imitacion del hombre; pero á mas de que el argumento que hacemos de los monos se puede hacer de otros cuadrúpedos que no tienen ningun aprecio para ser buscados, antes bien muchas malas cualidades para huir de ellos, no es creible que los hombres quisiesen llevar consigo individuos de tantas especies de monos cuantas hay en la América, y mucho menos de algunas que en lugar de ser graciosos, son, por el contrario, de un aspecto feo y de una índole feroz, como los que llaman *zambos*; y caso que los hombres se hubiesen resuelto á llevar al Nuevo Mundo dos individuos de cada especie, estos ciertamente no podian arribar allí ni por los mares del setentrion, por mas que procurasen los conductores el defenderlos del frio. Hubieran, pues, debido trasportalos de los países calientes del antiguo continente á países igualmente calientes del nuevo por un mar sujeto á un clima no desemejante al del país propio de aquellos cuadrúpedos, esto es, ó de los países meridionales del Asia á los meridionales de la América por los mares Indico y Pacífico, ó de los países occidentales de la Africa á los orientales de la América por el Océano Atlántico Con que si los hombres trasportaron aquellos animales del uno al otro mundo, esto se ejecutó por uno de aquellos mares. ¿Pero esta navegacion fué casual ó hecha de intento? Si casual, ¿cómo y por qué llevaron consigo tantos animales? Si se hizo de intento y con propósito deliberado de pasar del uno al otro mundo, ¿quién les dió noticia? ¿quién les mostró la situacion de aquellos países? ¿quién les señaló el camino? ¿cómo se arriesgaron á atravesar un mar tan grande sin aguja? ¿sobre qué bajeles? Si estos llegaron allí felizmente, ¿por qué no quedó entre los americanos memoria alguna de su construccion?

A mas de esto, son comunes en la zona tórrida del Nuevo Mundo los cocodrilos, animales que requieren un clima caliente ó templado, y viven alternativamente en la tierra y en la agua dulce. ¿Pues por dónde pasaron estos animales? No ciertamente por el setentrion, porque a su naturaleza repugna sumamente el frio. Ni tampoco fueron trasportados por los hombres; porque ¿dónde se han visto jamás hombres tan mentecatos, que quisieran embarcar consigo cocodrilos para llevarlos á aquellos países á donde iban á poblar? Ni menos puede decirse que pasasen á nado, porque no es posible que se alejasen nadando por las aguas saladas del Océano casi dos mil millas de las orillas de los rios ó lagunas en las cuales se habian criado, y en las que

1 Don Fernando de Alva *Ixtlilxochitl*, indio muy instruido en las antigüedades de su nacion, dice en su *Historia universal de la Nueva España*, que no habia monos en la tierra de *Anáhuac;* que los primeros que se dejaron ver allí vinieron del lado del Mediodía después de la época de los grandes vientos. Los *tlaxcaltecas*, convirtiendo en fábula este acontecimiento, decian que el mundo se acabó una vez con viento, y que los pocos hombres que sobrevivieron se trasformaron en monos.

gozaban de la compañía de otros individuos de su especie.

No queda, pues, otro recurso que el de admitir la antigua union de los países setentrionales de la América con los de la Europa ó de la Asia, esta para el tránsito de los animales propios de los climas frios, y aquella para los cuadrúpedos y reptiles propios de los climas calientes. Por las razones que hasta ahora hemos expuesto, nos persuadimos que hubo antes un grande espacio de tierra que unia la parte ahora mas oriental del Brasil ó la parte mas occidental de la Africa y que todo este espacio de tierra se sumergió tal vez por algunos grandes terremotos, quedando solamente algunos restos de él en las islas de Caboverde, de Fernando de Noroña, de la Ascension, de San Mateo y otras, y en los muchos bajos reconocidos por algunos viajeros, y particularmente por el señor de Boache, el cual sondeó con suma diligencia aquel espacio de mar.[1] Estas islas y bajos habrán sido verosímilmente las partes mas altas de aquel continente sumergido. Igualmente creemos que la parte ahora mas occidental de la América estaba antes unida por medio de un continente menor á la parte mas oriental de la Tartaria, y tal vez estaba tambien unida á la América por la Groenlándia á otros países setentrionales de la Europa.

El sumo respeto que tenemos á los sagrados libros, nos obliga á creer que los cuadrúpedos y reptiles del Nuevo Mundo descienden de aquellos individuos que se salvaron en la arca de Noé del diluvio universal, y las razones expuestas hasta ahora, con otras que omitimos por no ser molestos, nos persuaden que tales animales pasaron por tierra y por diversas partes al nuevo continente. Todos los otros sistemas están sujetos á gravísimas dificultades; en el nuestro hay algunas, pero no enteramente insuperables. La mas grande consiste en la aparente inverosimilitud de un terremoto tan grande que sumergiese un espacio de tierra de mas de mil quinientas millas, cual era en nuestra suposicion el que unia á la Africa con la América, y que lo hundieso tanto cuanta profundidad observaba en algunos sitios de aquel mar. Pero á mas de que nosotros no atribuimos á un solo terremoto aquella estupenda revolucion, habiendo por otra parte en las entrañas de la tierra tanto cúmulo de materias combustibles, la inflamacion de una podria rápidamente comunicarse á otras (del mismo modo con qué explica Gasendo la propagacion del rayo), y la violenta rarefaccion del aire contenido dentro de aquellas minas naturales, podria á un tiempo sacudir, agitar y hundir un espacio de tierra de dos ó tres mil millas. Esto no es imposible ni inverosímil, ni nos faltan ejemplos en la historia. El terremoto que se sintió en el Canádá el año de 1663, hundió una cadena de montañas de piedra viva, de largo de mas de trescientas millas, quedando todo aquel espacio de tierra convertido en una grande llanura. ¿Cuánto, pues, habrá sido el estrago causado por aquellos extraordinarios y memorables terremotos de que hacen mencion las historias americanas, y con los cuales creian acabado el mundo?

Puede tambien oponerse á nuestro sistema, que si los animales pasaron por tierra del uno al otro continente, no es fácil adivinar la causa porque pasaron algunas especies, sin quedar ni un solo individuo en el continente antiguo, y quedaron por el contrario, algunas especies enteras en el antiguo continente, sin que pasase un individuo de ellas á la América. ¿Por qué pasaron, por ejemplo, las catorce especies de monos que en el dia hay en América, y no pasaron las diez y siete especies que el conde de Buffon numera en la Asia y en la Africa, siendo todas de un mismo clima y teniendo igualmente libertad y comodidad para pasar? ¿Por qué pasaron los perezosos y no las gacelas, que son tan veloces? Si de la Armenia, pues, en donde paró la arca de Noé, se dirigieron los animales hácia la América, debieron sin duda hacer un viaje de seis mil millas las especies destinadas á los países equinocciales del Nuevo Mundo, yéndose de la América por la Mesopotamia y la Siria al Egipto, de allí por el centro de la Africa al supuesto espacio de tierra que unia ambos continentes, y de él finalmente al Brasil; y aunque en cuanto á los otros animales no aparezca dificultad alguna en hacer aquel viaje en diez, veinte ó cuarenta años, sin embargo, por lo que respecta á los perezosos no se puede concebir cómo pudiesen ejecutarlo ni aun en seis siglos caminando siempre. Si creemos al conde de Buffon, el perezoso no puede avanzar en una hora mas que una toesa, ó seis piés reales de Paris; por lo que para hacer aque viaje de seis mil millas, necesitaria de cerca de seiscientos ochenta años y aun mas si asentimos á lo que escribieron Maffei, Herrera y Pison, los cuales afirman que aquel miserable cuadrúpedo apenas puede hacer en quince dias ó en dos semanas un tiro de piedra.

Esto es lo que puede decirse contra nuestro sistema; pero algunos de los referidos argumentos tienen mayor fuerza contra las otras opiniones, menos contra la que emplea á los ángeles en el trasporte de los animales. Si los hombres fueron los que trasportaron á estos, ¿por qué en cambio de lobos y de zorras, no llevaron caballos, bueyes, ovejas y cabras? ¿cómo no dejaron ni un individuo de algunas especies en el continente antiguo? Si se quiere que pasaran tales anima-

1 El señor de Boache presentó el año de 1737 á la Academia real de las ciencias de Paris, las cartas hidrográficas de aquel mar hechas segun sus observaciones, las cuales fueron examinadas y aprobadas por la Academia. El célebre autor de las Cartas americanas da en su 2.° tomo un extracto de aquellas cartas.

les á nado, entonces se añade la dificultad del viaje marítimo á la del terrestre. Si se hacen pasar todos los animales, aun los de la América meridional, por el Setentrion, entonces en lugar de hacer un viaje de seis mil millas, hubieran debido hacer otro de mas de quince mil, para el cual hubiera necesitado el perezoso de mil setecientos cuarenta años.

Nosotros pues respondemos á las referidas objeciones: 1º que no estando hasta ahora conocidos todos los cuadrúpedos de la tierra, no podemos saber cuántos hay en uno y otro continente ni cuántos faltan. El conde de Buffon numera solamente doscientas especies de cuadrúpedos. El señor Vaalmont de Bomare, el cual escribió poco tiempo despues de aquel autor, numera doscientas sesenta y cinco; pero á decir verdad, ninguno es capaz de contarlas todas, porque nada se sabe de los cuadrúpedos de algunas regiones mediterráneas de la Africa, de una gran parte de la Tartaria, del país de las Amazonas, de la Luisiana setentrional, de los territorios situados al Norte del rio *Colorado*, del país de los *apaches*, de las islas de Salomon, de la Nueva Holanda, etc., los cuales países son una parte considerable de nuestro globo. No es, pues, extraño que no se tenga conocimiento de los animales de aquellos países desconocidos, cuando de los muy conocidos y habitados doscientos sesenta años hace por los europeos, no tienen los zoologistas las noticias que se requieren para escribir una historia completa de los cuadrúpedos. El conde de Buffon, sin embargo de ser el hombre mas instruido en esta materia, omite algunos cuadrúpedos del reino de Méjico, expatría á otros de su propio país y confunde á otros, como lo haremos ver en la disertacion sobre los animales. Mas por lo que respecta á aquellos que ciertamente faltaban en la América, como los elefantes, los camellos y los caballos, se pueden dar algunas razones de esta falta. Puede ser que aquellos animales pasasen en efecto al Nuevo Mundo y después pereciesen, ó muertos por las fieras ó extinguidos por alguna epidemia que les sobreviniese. Puede ser tambien que no pasasen jamás á la América. Algunos, como los elefantes y los rinocerontes, cuya multiplicacion es muy lenta, se detendrian en los países meridionales de la Asia y de la Africa, porque allí encontraron un clima conforme á su naturaleza, buenos pastos y un grande espacio de tierra para poder vivir cómodamente, y así no tuvieron necesidad de salir de aquellas regiones para proporcionarse en otra parte su sustento. Es verdad que muchos autores han estado persuadidos que los grandes huesos desenterrados junto al rio Ohio y en otros lugares de la América han sido de elefantes, lo cual demostraria su antigua existencia en aquel continente; pero como los zoologistas modernos no están de acuerdo en órden á la especie de cuadrúpedos á que pertenecian tales huesos, no puede deducirse de ellos ningun argumento contra nosotros.[1] Finalmente, otros animales no pasaron al Nuevo Mundo porque los detuvieron los hombres. Yo no dudo que después que salió de la arca la familia de Noé, retuvo en su poder las vacas, las ovejas y las cabras reducidas á manadas y rebaños, para tomar de ellas, así el vestido al ejemplo de sus antepasados, como el sustento, segun el permiso dado por Dios después del diluvio. A proporcion que se iban multiplicando los hombres, se iban igualmente aumentando sus posesiones en la Armenia, en la Caldea, en la Siria, en la Persia y en el Egipto, en cuyas regiones quedaron, como es de creer, confinadas en aquellos primeros tiempos las vacadas y los rebaños bajo el cuidado de los primogénitos de las familias, mientras los otros cuadrúpedos que estaban en libertad, huyendo de los hombres, se fueron á países aun no poblados, y algunos buscando el clima y alimento conveniente á su naturaleza, se encaminaron para la América. Entre tanto muchas familias destinadas á poblar diversos países de la tierra, presintiendo su separacion y queriendo dejar á la posteridad un monumento claro de su magnificencia, emprendieron la construccion de la ciudad y de la torre de Babel. Dios les confundió el lenguaje, para obligarlos á que se fueran á los países que les estaban señalados, y ellos obligados de la órden y del castigo del cielo, se pusieron á viajar por diversos caminos. Los progenitores de los que fueron destinados á poblar la América, ó no llevaron consigo rebaños y vacadas, porque no pudieron tenerlas, ó habiéndolas sacado de la Caldea, las consumieron por falta de víveres en su larga peregrinacion. Lo cierto es que ninguno de aquellos animales, que desde los primeros siglos han estado bajo el cuidado y la direccion de los hombres en el mundo antiguo, se encontró en el nuevo; lo que parece un claro indicio de que los animales pasaron por su propio instinto al Nuevo Mundo, y no llevados por los hombres. Lo que decimos de las vacas, ovejas y cabras, podemos tambien conjeturarlo de los burros y de los caballos, pues no debemos dudar que aun estos animales fueron reducidos á servidumbre inmediatamente después del diluvio. Mas sea lo que fuere, el argumento tomado de que pasaron algunos animales y no otros, nada prueba contra nuestro sistema.

1 Muller dice que aquellos huesos habian sido de ciertos grandísimos cuadrúpedos, que él llama mammonts. El conde de Buffon fiándose demasiado de él, calculó que dichos cuadrúpedos eran seis veces mas grandes que los elefantes. Otros creyeron que fuesen huesos de hipopótamos, otros de bestias marinas, y otros, finalmente, que perteneciesen á otros cuadrúpedos desconocidos y extinguidos. Mas no hay duda en que muchos de aquellos huesos han sido de gigantes, como hemos dicho en el lib. 1 de nuestra Historia.

En órden pues al cálculo arriba expuesto sobre el tiempo que necesitaba el perezoso para ir desde la Armenia hasta el Brasil, no encontramos ningun inconveniente. Aunque hubiese tenido necesidad de mil años, pudo fácilmente llegar al Nuevo Mundo en el caso de que se hayan conservado todo aquel tiempo unidos ambos continentes; la cual suposicion no puede demostrarse falsa ni por la historia ni por la razon; pero ni tampoco hay alguna que nos obligue á admitir este cálculo. El mismo conde Buffon protesta que los autores han exagerado la lentitud del perezoso, y el señor de Aubenton reconoció que no era tan lento como la tortuga. A mas de que no siendo este animal nocivo, sino mas bien digno de compasion, pudo ser ayudado por los hombres y trasladado de un país á otro.

Tales son mis sentimientos en órden á la poblacion de la América, los cuales sujeto al juicio de los doctores cristianos y sabios; pero no al de ciertos filósofos incrédulos y caprichudos, que ni respetan la autoridad divina ni hacen caso de las tradiciones humanas, ni quieren escuchar la razon.



DISERTACION II.

SOBRE LAS PRINCIPALES EPOCAS DE LA HISTORIA DEL REINO DE MEJICO.

La suma variedad que hallamos en los autores sobre la cronologia del reino de Méjico, nos obliga á examinar prolijamente las épocas de los principales acontecimientos. Si hubiéramos hecho esto en el cuerpo de la Historia, habria sido necesario interrumpir el hilo de la narracion con disputas espinosas. Si lo hubiéramos hecho, como queriamos, en las notas, estas habrian salido extremadamente largas. La variedad de opiniones en los autores nace, por lo que parece, de no haber ellos conformado los años mejicanos á los nuestros. Yo he trabajado con mucha diligencia por averiguar lo cierto, y me parece haberlo conseguido en gran parte, como haré ver en la presente disertacion, la cual será sin duda enfadosa para aquellos que no tienen interés en la ilustracion de estos puntos de cronología.

§ I.

SOBRE LA ÉPOCA DEL ARRIBO DE LOS TOLTECAS Y DE LAS OTRAS NACIONES AL PAÍS DE ANÁHUAC.

No discurrimos en la presente disertacion de los primeros pobladores, de los cuales hemos hablado antes, sino solamente de aquellas naciones que hacen alguna figura en nuestra historia. Discordan primeramente los autores sobre el órden del arribo de tales naciones, pues los *chichimecas*, por ejemplo, los cuales segun Acosta, Gomara y Sigüenza, fueron los primeros que llegaron á aquel país, segun Torquemada fueron los terceros y segun Boturini los cuartos. No es menor su discordia sobre el tiempo del arribo de cada nacion, como iremos viendo.

Ninguno duda que hayan sido muy antiguos los *toltecas*. Por las mismas historias de los chichimecas, consta que estos no llegaron á *Anáhuac* sino después de la ruina de los *toltecas*, cuyos edificios reconocieron en su viaje y cuyos vestigios hallaron en las orillas de las lagunas mejicanas y en otros lugares. En este punto están de acuerdo Torquemada, Betancurt y Boturini. Herrera, Acosta y Gomara no hacen mencion de los *toltecas*, acaso porque los autores de quienes se valieron, omitieron las noticias de aquella nacion, por ser escasas y oscuras.

En órden al tiempo de su arribo á Anáhuac, Torquemada dice en el lib. 3 de su Historia que fué el año de setecientos de la era vulgar; pero por lo que él escribe en el lib. 1, se deduce que fué hácia el año de seiscientos cuarenta y ocho. El caballero Boturini los hace casi un siglo mas antiguos, pues cree reinaba en *Tula* el año de seiscientos sesenta *Ixtlalcuechahuac*, rey II de aquella nacion. Por sus pinturas sabemos que ellos salieron de *Huehuetlapallan* el año 1 *Tecpatl;* que después de haber peregrinado ciento y cuatro años, se establecieron, primero en *Tollantzinco* y después en *Tula*, y que su monarquía comenzó el año seiscientos sesenta y siete. Cualquiera que quiera continuar retrocediendo hácia aquel tiempo la serie de los años mejicanos igualados con los cristianos, expuesta por nosotros al fin del tomo 2, hallará que el año quinientos cuarenta y cuatro de la era vulgar, fué el 1 *Tecpatl*, y el año seiscientos sesenta y siete el 7 *Acatl*. No hay por otra parte razon para anticipar tales épocas, ni se pueden posponer sin desconcertar las de las naciones posteriores. Pues habiendo comenzado aquella monarquía el año seiscientos sesenta y siete y habiendo durado trescientos ochenta y cuatro años, debe fijarse el fin de ella y la destruccion de los *toltecas* en el año mil cincuenta y uno.

Entre la ruina de los *toltecas* y el arribo de los

chichimecas no pone Torquemada mas que nueve años; pero esto no puede ser, porque los *chichimecas* encontraron, como dice el mismo autor, arruinados los edificios de los *toltecas*, y no es verosímil que se arruinasen en solos nueve años. A mas de esto, no puede fijarse en aquel siglo el principio de la monarquía *chichimeca* sin aumentar el número de aquellos reyes ó sin prolongar extremadamente su vida, como hace Torquemada. ¿Quién será capaz de creer que *Xolotl* reinase mil trece años y viviese doscientos? ¿que *Nopaltzin* viviese ciento setenta, *Techotlala*, su tercer nieto, reinase ciento cuatro, y *Tezozomoc*, su descendiente, reinase en Azcapozalco ciento sesenta ó ciento ochenta años? Es verdad que un hombre de complexion robusta, ayudado de la sobriedad en la comida y de un clima tan benigno como el del reino de Méjico, podria llegar á una edad tan avanzada, y no son muy raros en la historia de aquel país los ejemplares de hombres que han prolongado su vida mas allá del término regular de los mortales. *Calmecahua*, uno de los capitanes *tlaxcaltecas* que ayudaron á los españoles en la conquista de Méjico, vivió ciento treinta años. Pedro Nieto, jesuíta, murió en 1636 de ciento treinta y dos años. Fray Diego Ordoñez, franciscano, murió en Sombrerete de ciento diez y siete años,[1] prediceando al pueblo hasta el último mes de su vida. Se podria hacer un largo catálogo de los que así en los dos siglos pasados como en nuestros dias han excedido en aquellos países de la edad centenaria. Particularmente entre los indios no son tan raros los que llegan á los noventa y á los cien años, conservando hasta la extrema vejez el cabello negro, la dentadura firme y buena su vista; pero habiendo sido tan pocos los que después del siglo XXIII del mundo han prolongado su vida hasta los ciento cincuenta años, que se miran como otros tantos prodigios, no podemos asentir á la extravagante cronología de Torquemada, apoyada tal vez sobre la fe de alguna pintura ó escrito de los tezcocanos, principalmente confesando el mismo autor que aquellas naciones no tuvieron mucho cuidado de los años. Nosotros por lo tanto creemos sin duda que el arribo de los chichimecas á *Anáhuac* fué en el siglo XII, y verosímilmente hácia el año de mil ciento setenta.

Apenas habian corrido ocho años, después que *Xolotl*, primer rey *chichimeca*, se habia establecido en *Tenayuca*, cuando llegaron allí nuevas gentes, conducidas, como hemos dicho en la Historia, por seis jefes. Yo no dudo que estas nuevas gentes hayan sido las seis tribus de los *xochimilcanos*, *tepanecas*, *colhuas*, *chalqueños*, *tlahuiques* y *tlaxcaltecas*, separadas de los mejicanos en *Chicomoztoc* y unidas en el valle de Méjico no todas á un tiempo, sino con alguna diferencia de tiempo y con el órden que hemos asentado. Ello es cierto que cuando llegaron allí pocos años después los *acolhuas*, encontraron ya fundada por los *tepanecas* la ciudad de *Azcapozcalco* y por los *colhuas* la de *Colhuacan*. Se sabe, por otra parte, que estas tribus llegaron por aquel país después de los *chichimecas* y el de los *acolhuas*. Pues no hay memoria de otras gentes llegadas en aquel tiempo á *Anáhuac*, sino de las conducidas por los referidos seis jefes: estas pues fueron aquellas seis tribus de *nahuatlacos*, esto es, los *xochimilcanos*, *tepanecas*, *colhuas*, etc., conducida cada una por su jefe. El padre Acosta hace á estas tribus casi tres siglos mas antiguas, pues dice que llegaron á las orillas de la laguna mejicana el año novecientos dos, después de una peregrinacion de ochenta años; pero esta cronología no se conforma bien con la historia, por la cual consta que cuando *Xolotl* llegó al valle mejicano con su colonia de *chichimecas*, halló despobladas las orillas de aquella laguna, y el arribo de esta colonia no pudo ser antes de la mitad del siglo XII, segun lo que hemos dicho arriba.

No se sabe el año del arribo de los *acolhuas*; pero yo no dudo que haya sido hácia el fin del siglo XII, porque ellos llegaron pocos años después del arribo de las seis tribus, y consta por otra parte de la misma historia, que *Xolotl* sobrevivió algunos años á su arribo.

La última nacion ó tribu que llegó á *Anáhuac* fué la de los mejicanos. Entre tantos historiadores consultados por mí, no he encontrado ni uno que sea de contrario parecer, sino el Betancourt, el cual pone á los *otomites* después de los mejicanos. El padre Acosta fija el arribo de estos á las orillas de la laguna mejicana en el año 1208, porque afirma que llegaron allí trescientos seis años después de los *xochimilcanos* y de las otras tribus de los *nahuatlacos*, las cuales cree él llegaron en 902. Torquemada, segun el cálculo hecho por Betancourt sobre su relacion, pone el arribo de los mejicanos á *Chapoltepec* el año de 1269. Una historia mejicana anónima, citada por el caballero Boturini, pone el arribo de aquella tribu á *Tula* el año de 1196, y en esta época parece que están de acuerdo algunos historiadores indios. Además, esta cronología se conforma perfectamente en todas las otras épocas; por lo que nosotros la hemos adoptado como la mas probable y casi cierta. Esto supuesto, es necesario decir que los mejicanos llegaron á *Tzompanco* el año 1216, y á *Chapoltepec* el de 1245, porque sabe que estuvieron ellos en *Tula* nueve años, en *Tepexic* y otros lugares antes de llegar á *Tzompanco* once, en *Tzompanco* se detuvieron siete años, y en otros lugares antes de ir á *Chapoltepec*, veintidós. Después de haber estado en *Chapoltepec*, pasaron á *Acolco* en 1262,

1 Fray Diego Ordonez vivió en la religion 104 años y en el sacerdocio casi 95. En su último sermon se despidió del pueblo de Sombrerete con aquellas palabras de san Pablo: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi*, etc.

en donde estuvieron cincuenta y dos años, y de allí fueron esclavos á *Colhuacan*, en 1314.

Por lo que respecta á los *otomites*, hay una gran variedad en los historiadores. Algunos los confunden con los *chichimecas*, como Acosta, Gomara y la mayor parte de los autores españoles. Torquemada, en el lib. 1, los distingue expresamente; pero en otros lugares de su Historia parece que los confunde. Betancourt, después de haber copiado la relacion de Torquemada en todo lo que pertenece á los *toltecas*, *chichimecas* y las otras naciones, dice, hablando del reinado de *Chimalpopoca*, rey III de Méjico, que en tiempo de él llegaron á *Anáhuac* los *otomites*, y se establecieron principalmente en *Xaltocan*. Esta anécdota de Betancurt no es de despreciarse, porque sin duda la tomó de los escritos de Sigüenza, pues no acostumbra apartarse de Torquemada sino para seguir á aquel docto mejicano; pero yerra él en la cronología, pues fija el arribo de los *otomites* el año 6 *Tecpatl*, el cual cree haber sido el año 1381. Se engañó ciertamente, pues como aparece de nuestra tabla cronológica puesta al fin del segundo tomo, el año 1381 no fué 6 *Tecpatl*, sino 6 *Calli*, ni entonces reinaba *Chimalpopoca*, sino *Acamapitzin*, como haremos ver luego. Si el arribo de los *otomites* al valle mejicano (no al país de *Anáhuac*, en el cual se habian establecido muchos años antes) fué el año 6 *Tecpatl*, esto habrá sido sin duda en el año 1420. El no hacerse mencion de los *otomites* antes de esta época, y el haberlos encontrado los españoles menos civilizados que las otras naciones, esparcidos en algunas provincias y en algunos lugares aislados, y rodeados de otras naciones de diverso idioma, nos hace creer que puntualmente en aquel tiempo comenzaron á vivir en sociedad bajo la dominacion de los *tepanecas*, y después bajo la de los mejicanos y *tlaxcaltecas*. Yo me persuado que por haber encontrado ocupada la tierra por otras naciones, no pudieron, como los otros, establecerse todos en un solo país, aunque la mayor parte de aquella nacion poblase aquel espacio de tierra que está al Nordeste y al Norte de la capital, como mas inmediato al país en donde antes vivian esparcidos á manera de fieras.

La causa de haber sido los *otomites* confundidos por muchos historiadores con los *chichimecas*, puede tomarse de la misma historia. Cuando los antiguos *chichimecas* fueron civilizados por los *toltecas* y *nahuatlacos*, muchas familias de aquella nacion se abandonaron á la vida salvaje en el país de los *otomites*, apreciando mas el ejercicio de la caza que las fatigas de la agricultura. Estos retuvieron el nombre de *chichimecas*, y los otros, reducidos á civilidad, comenzaron á llamarse *acolhuas*, honrándose con el nombre de una nacion que se estimaba la mas culta. De los *otomites*, pues, aquellos que adoptaron la vida civil, quedaron con el nombre de *otomites*, con el cual son conocidos en la historia; pero los otros que esparcidos en los bosques y mezclados con los *chichimecas*, no quisieron abandonar su bárbara libertad, fueron llamados por muchos *chichimecas* por nombre de aquella célebre nacion; por lo que algunos escritores, hablando de estos bárbaros, los cuales por mas de un siglo después de la conquista de Méjico molestaron mucho á los españoles, distinguen á los *chichimecas* mejicanos de los *chichimecas otomites*, porque los unos hablaban la lengua mejicana y los otros la otomite, segun la nacion de donde traian su orígen.

De todo lo que hasta ahora hemos dicho, podemos concluir con la mayor verosimilitud que se puede en un asunto tan oscuro, que el órden y tiempo del arribo de aquellas naciones á *Anáhuac*, fué este:

Los *toltecas* el año 648.

Los *chichimecas* hácia el año 1170.

Los primeros *nahuatlacos* hácia el de 1178.

Los *acolhuas* hácia el fin del siglo XII.

Los mejicanos llegaron á *Tula* el año 1196, á *Tzompanco* el año 1216, y á *Chapoltepec* el de 1245.

Los *otomites* entraron en el valle mejicano, y comenzaron á reducirse á vida civil el año de 1420.

Bien sé que los *tepanecas* ponderaban tanto la antigüedad de su ciudad de *Azcapozalco*, que al decir de Torquemada contaban 1561 años desde la fundacion de ella hasta principios del siglo pasado, y así la creian fundada inmediatamente después de la muerte de nuestro divino Redentor; pero lo contrario consta por las historias de las otras naciones, las cuales hacen á los *tepanecas* poco mas antiguos que los mejicanos en *Anáhuac*, y aun por la misma serie de los señores de *Azcapozalco*, cuyos retratos se conservan hasta nuestros dias en un edificio antiguo de aquella ciudad. Ellos no contaban mas que diez señores desde la fundacion de su ciudad hasta la memorable ruina de su Estado, causada por las armas combinadas de los mejicanos y los *acolhuas*, la cual sucedió, como veremos, el año de 1425, por lo que seria necesario dar á cada señor ciento cuarenta años de gobierno para completar aquella suma.

Los *totonacos* por su parte se decian mas antiguos que los *chichimecas*, pues el ponderar antigüedad es una debilidad comun á todas las naciones. Contaban, pues, que habiéndose establecido desde el principio por algun tiempo en las orillas de la laguna de *Tezcoco*, de allí se fueron á poblar aquellas montañas, porque ellos tomaron el nombre de *Totonacapa;* que allí fueron gobernados por diez señores, cada uno de los cuales gobernó la nacion ochenta años cabales, hasta que llegados los *chichimecas* á *Anáhuac* en tiempo de *Xatoncan*, segundo señor de la nacion *totonaca*, los sometieron á su dominio, y que después fueron finalmente sujetados á los re-

yes mejicanos. Torquemada, el cual trae esta relacion de los *totonacos* en el lib. 3 de su *Monarquía indiana*, añade ser *cierto esto y comprobado con historias antiguas y dignas de fe;* pero diga él lo quiera, es cierto que no se sabe ni se puede saber el tiempo del arribo de aquella nacion á *Anáhuac*, y que el cuento de los diez señores que gobernaron aquella nacion ochenta años cabales, es solamente bueno para divertir á los niños.

Menos se sabe el tiempo en que llegaron los *olmecas* y *xicalancos*. El caballero Boturini dice que no pudo hallar ninguna pintura ni memoria concerniente á estas naciones; con todo, él las cree mas antiguas que los *toltecas;* pero sea lo que fuere, es indubitable que fueron antiquísimas.

No hacemos aquí mencion de las otras naciones porque absolutamente se ignora su antigüedad; pero no dudamos, atendiendo á lo que hemos expuesto en otra parte, que los *chiapanecos* fueron de los mas antiguos, y acaso los primeros de todas cuantas naciones poblaron el país de *Anáhuac*.

§ II.

SOBRE LA CORRESPONDENCIA DE LOS AÑOS MEJICANOS Á LOS NUESTROS Y SOBRE LA ÉPOCA DE LA FUNDACION DE MÉJICO.

Todos los escritores, así mejicanos como españoles, que han hecho mencion de la cronología mejicana, están de acuerdo sobre el método que tenian aquellas naciones para encontrar su siglo y sus años que expusimos en el lib. 6 de la Historia y en las tablas puestas al fin del tomo 2º Siempre, pues, que se halle la correspondencia de un año mejicano con alguno de los años cristianos, inmediatamente se sabrá la correspondencia de todos los demás. Si por ejemplo yo sé que este año 1780 es, como en efecto lo es, 2 *Tecpatl*, estoy seguro de que 1781 es 3 *Calli*, 1782 es 4 *Tochtli*, etc. Toda la dificultad consiste en hallar un año mejicano, cuya correspondencia á algun año cristiano sea enteramente cierta é indubitable; mas ya tenemos vencida esta dificultad, pues estamos seguros, no menos por las pinturas de los indios que por el testimonio de Acosta, Torquemada, Sigüenza, Betancourt y Boturini, que el año 1519, en el cual entraron en Méjico los españoles, fué 1 *Acatl*, y por consiguiente que el año 1518 fué 13 *Tochtli*, el año 1517 12 *Calli*, etc., y así no puede dudarse de la exactitud de nuestra tabla cronológica puesta al fin del tomo 2º en lo que mira á la correspondencia de los años mejicanos con los cristianos. Los autores que discordan de ellas, erraron en el cálculo y se contradijeron. Betancourt para hacernos comprender el modo de computar los años que tenian los mejicanos, nos presenta una tabla de los años de estos comparados con los cristianos desde el año de 1663 hasta el de 1688; pero esta tabla está errada piés á cabeza, porque supone el autor que el año 1663 fué 1 *Tochtli*, lo cual se demuestra falso combinando nuestra tabla hasta aquel año. Él afirma que 1507 fué año secular; admitido este error, no puede menos que errar en toda su cronología. Si el año 1519 fué 1 *Acatl*, como supone con otros escritores, hallaremos retrocediendo en nuestra tabla que no fué año secular el de 1507, sino el de 1506. Él por confirmar su cronología, alega el testimonio de su amigo y compatriota el doctor Sigüenza, el cual dice habia encontrado que el año 1684 habia sido 9 *Acatl*. Si esto fuese así, su cálculo sin duda iria bien; pero aunque no dudamos de su veracidad en la cita del Sigüenza, tenemos ciertamente razon para creer que este docto mejicano corrigiese su cronología, ni podria hacerlo de otra manera, sabiendo, como en efecto sabia, que el año 1519 habia sido 1 *Acatl*; principio cierto, sobre el cual debe apoyarse toda la cronología mejicana, y del cual se deduce claramente que el año 1684 no fué 9 *Acatl;* sino 10 *Tecpatl*. Torquemada en el discurso que hace en el lib. 3 de los *totonacos*, dice de un noble de aquella nacion *que habia nacido el año 2 Acatl, y que el año antes* 1519, *en el cual habian llegado á aquel país los españoles, era entre los mejicanos* 1 *Acatl*. Cuando Torquemada escribió esto, ó estaba agravado con el sueño, ó distraido en otro pensamiento, pues él sabia bien, como todos lo saben, que el año que entre los mejicanos viene después del 1 *Acatl* no es 2 *Acatl*, sino el 2 *Tecpatl*, y tal fué el año 1520 de que habla.

Supuesto, pues, que el año 1519 fué 1 *Acatl*, y sabida la correspondencia de los años mejicanos con los cristianos, no es difícil averiguar la época de la fundacion de Méjico. Todos los historiadores que han consultado las pinturas de los mejicanos ó se han informado de ellos á boca, estan de acuerdo en decir que aquella célebre ciudad fué fundada por los aztecas en el siglo XIV del cristianismo; pero discordan en cuanto al año. El intérprete de la coleccion de Mendoza fija la fundacion en el año 1324, Gemelli siguiendo al Sigüenza en 1325, Sigüenza citado por Betancurt y un mejicano anónimo citado por Boturini, en 1327.[1] Torquemada, segun el cálculo hecho por Betancurt sobre la relacion de él, en 1341, y Enrique Martinez en 1357. Los mejicanos ponen esta fundacion en el año 2 *Calli*, como se ve en la primera pintura de la coleccion de Mendoza y en otras citadas por Sigüenza. Siendo pues cierto que aquella ciudad fué fundada en el siglo XIV y en el año 2 *Calli*, esto no pudo ser en 1324, ni tampoco en 1327, ni en 1341, ni en 1357, porque ninguno

1 El testimonio del mejicano anónimo se halla en una copia de una pintura antigua sacada el año de 1531.

de estos años fué 2 *Calli*. Si queremos retroceder desde el año 1519 hasta el siglo XIV, hallaremos en este dos años 2 *Calli*, esto es, el de 1325 y el de 1377. Pues en este año ciertamente no se hizo tal fundacion, porque entonces seria necesario acortar mucho el reinado de los monarcas mejicanos, contradiciendo á la cronología de las pinturas antiguas. No resta, pues, otro recurso sino decir que aquella célebre capital se fundó en 1325 de la era vulgar; y esta fué sin duda la opinion del doctor Sigüenza; porque Gemelli, el cual no tuvo en esta materia otra instruccion sino la que le dió aquel literato mejicano, pone esta fundacion en el año de 1325, el cual dice fué 2 *Calli*.[1] Si antes fué de otro parecer, lo mudó después advirtiendo que no se conformaba bien con aquel principio cierto de haber sido 1 *Acatl* el año de 1519.

§ III.

SOBRE LA CRONOLOGÍA DE LOS REYES MEJICANOS.

Es difícil poner en claro la cronología de los reyes mejicanos por la discordancia de los autores. Nosotros nos valdremos de algunos puntos ciertos para averiguar los inciertos. Para dar á los lectores alguna idea de la variedad de las opiniones, basta fijar la vista en la siguiente tabla, en la cual ponemos el año en que segun Acosta, el intérprete de la coleccion de Mendoza y Sigüenza, comenzó á reinar cada uno de los reyes.[1]

ACOSTA.		EL INTERPRETE.	SIGÜENZA.	
Acamapitzin	1384	1375	3 mayo	1361.
Huitzilihuítl	1424	1396	19 de abril	1403.
Chimalpopoca	1427	1417	24 de febrero	1414.
Itzcoatl	1437	1427		
Motezuma I	1449	1440	13 de agosto	1440.
Axayacatl	1481	1469	21 de noviembre	1468.
Tizoc	1477	1488	30 de octubre	1481.
Ahuizotl	1492	1486	13 de abril	1486.
Motezuma II	1503	1502	15 de setiembre	1502.

Acosta y después de él Enrique Martinez, y Herréra, no solamente discordan de los otros autores en la cronología, sino tambien en el órden de los reyes, poniendo á *Tizoc* en el trono antes que á *Axayacatl*, cuando consta lo contrario, así por el testimonio de los mejicanos como por el de los autores españoles. Gomara embrolla los reinados de los señores de *Tula* con los de los reyes de *Colhuacan* y con los de los mejicanos. Torquemada indica los años de los unos y de los otros, y su cronología discorda de la de los otros autores. Solís hace á Motezuma II el undécimo de los reyes mejicanos; pero no sé de dónde sacó una anécdota tan peregrina. El señor de Paw, para demostrar aun en esto su extravagancia, no numera mas que ocho reyes de Méjico; pero ello es enteramente cierto é indubitable que los mejicanos tuvieron once reyes, esto es, los nueve referidos arriba y después *Cuitlahuatzin* y *Cuauhtemotzin*. Algunos autores no quieren contar entre los reyes á estos dos últimos porque reinaron poco tiempo; pero habiendo sido legítimamente electos y pacíficamente aceptados por la nacion, tienen tanto derecho para ser contados entre los reyes mejicanos como todos sus antecesores. Acosta dice que no hace mencion de ellos porque no tuvieron mas que el nombre, pues en su tiempo estaba ya casi todo el reino sujeto á los españoles, no tenian á sus órdenes sino la provincia de los *totonacos*, y otros eran mas bien aliados que súbditos. Cuando fué elegido *Cuauhtemotzin*, habian agregado á aquella provincia los Estados de *Cuauhquechollan*, *Itzocan*, *Tepeyacac*, *Tecamachalco* y algunos otros lugares de aquellos contornos; pero todos estos Estados comparados con el resto del imperio mejicano, eran menos que es Bolonia en comparacion del Estado pontificio.

Para averiguar la cronología de estos once reyes, es necesario usar de otro método, comenzando por los últimos y continuando en órden retrógrado hasta los principios de la monarquía.

Cuauhtemotzin. Este rey acabó su reinado á 13 de agosto de 1521, habiendo sido hecho prisionero por los españoles y conquistada la corte de Méjico. El dia de su eleccion no se sabe; pero de la relacion de Cortés se deduce que fué elegido en octubre ó noviembre del año anterior, y así no pudo reinar mas que nueve ó diez meses.

Cuitlahuatzin. Este rey, sucesor de su her-

1 Hemos manifestado en otra parte la equivocacion de Gemelli en haber escrito *el año de* 1325 de la creacion del mundo, en lugar de escribir: de la era vulgar.

1 Los años puestos en la tabla segun el intérprete de la coleccion de Mendoza, son los que se leen en la edicion de *Tevenot*, no en la de *Purchas*, la cual no hemos podido encontrar.

mano Motezuma, subió al trono en los primeros dias de julio de 1520, como se deduce de la relacion de Cortés. Algunos autores españoles dicen que no reinó mas que cuarenta dias; otros afirman que sesenta; pero por lo que dice Cortés haber oido á un oficial mejicano en la guerra de *Cuauhquechollan*, se infiere que aquel rey aun vivia en octubre. Nosotros por lo tanto no dudamos que su reinado fué á lo menos de seis meses.

Motezuma II. Se sabe que reinó diez y siete años y poco mas de nueve meses, y que comenzó á reinar en setiembre de 1502 y murió en los últimos dias de junio de 1520. La razon de haber puesto algunos autores el principio de su reinado en 1503, fué porque sabian que habia reinado diez y siete años y no hicieron cuenta de nueve meses mas.

Ahuitzotl. Acosta da á este rey once años de reinado, Martinez doce, Sigüenza diez y seis y Torquemada diez y ocho. Yo creo que podremos averiguar los años de su reinado y el tiempo de su exaltacion por la época de su dedicación del templo mayor. Esta se hizo sin duda en 1486, en lo que están de acuerdo algunos autores. Por otra parte, consta que habiendo apenas comenzado el rey *Tizoc* esta fábrica, la continuó y finalizó *Ahuitzotl*, y esto no lo pudo hacer en el mismo año en que comenzó á reinar, ni tampoco en dos ó tres años, siendo tal edificio tan vasto como sabemos. Ni menos pudo en tan breve tiempo hacer la guerra que hizo en tantos países tan distantes entre sí, y proporcionarse aquel número sorprendente de prisioneros que se sacrificaron en aquella gran fiesta. Por esto creemos nosotros que no se puede fijar el principio de su reinado después del año de 1482, ni menos se puede anticipar sin trastornar las épocas de sus antecesores, cómo luego veremos. Habiendo, pues, comenzado á reinar en 1482 y habiendo acabado en 1502, debemos darle diez y nueve años y algunos meses, ó casi veinte años de reinado.

Tizoc. Ninguno duda que el reinado de este monarca no fuese muy breve, y no hay entre los autores quien le dé mas de cuatro años y medio de vida sobre el trono. Nosotros podremos deducir el tiempo de su reinado y aun el de su antecesor por el de *Nezahualpilli*, rey de *Acolhuacan*, porque habiendo sido este rey tan célebre y habiendo tenido tantos historiadores en su corte, tenemos noticias ciertas de su reinado. *Nezahualpilli* murió en 1516 después de haber reinado en *Acolhuacan* cuarenta y cinco años y algunos meses; y así debe fijarse el principio de su reinado en 1470. Se sabe, por otra parte, que el octavo año de *Nezahualpilli* fué el primero de *Tizoc*, y así este debió comenzar su reinado en 1477, y debió reinar cuatro años y medio, como dicen algunos historiadores. Torquemada dice que reinó menos de tres años; pero este autor se contradice abiertamente, así en este como en otros artículos de su cronología; porque adoptando él como adopta el referido cálculo sobre el reinado de *Nezahualpilli*, y dando menos de tres años al reinado de *Tizoc*, debia fijar su muerte en 1480, y dar por consiguiente á *Ahuitzotl* no diez y ocho años, sino veintidós de reinado.

Axayacatl. Se sabe que este rey comenzó á reinar seis años antes que *Nezahualpilli*, esto es, el año de 1464, y que acabó segun lo que hemos dicho en 1477 en que subió al trono su sucesor *Tizoc*. De lo que se deduce que reinó trece años, como afirman Sigüenza y otros historiadores. Acosta no le da mas de once, ni el intérprete de la coleccion de Mendoza mas de doce. Lo mas probable es que los trece años no fueron completos.

Motezuma I. Todos afirman que este famoso rey cumplió veintiocho años en el trono; pero algunos le dan un año mas, porque estos cuentan por un año completo aquellos meses que reinó á mas de los veintiocho años, los cuales se omitieron por los otros. Comenzó, pues, á reinar en 1436 y acabó en 1464. En su tiempo se celebró el *Toxiuhmolpia* ó año secular, no en el décimo-sexto de su reinado como quiere Torquemada, sino en el décimo-octavo, esto es, en 1454.

Itzcoatl. Casi todos los historiadores dan trece años de reinado á este gran rey; solamente Acosta y Martinez le dan doce. La causa de esta diferencia habrá sido la misma referida arriba, esto es, que no habiendo *Itzcoatl* completado los trece años en el trono, Acosta y Martinez no hicieron caso de aquellos meses mas sobre los doce años, y los otros los contaron como si hubiese sido un año completo. El comenzó á reinar en 1423; no pudo comenzar ni mas pronto ni mas tarde, porque subió al trono un año después que *Maxtlaton* usurpó la corona de *Acolhuacan*: *Maxtlaton* reinó tres años, y acabó juntamente con él el reino de los *tepanecas*. El año siguiente, esto es, tres años después que *Itzcoatl* habia comenzado á reinar, fué restablecido *Nezahualcoyotl* al trono de *Acolhuacan*, que le habian usurpado los *tepanecas*. Se sabe por otra parte que *Nezahualcoyotl* reinó cuarenta y tres años y algunos meses, y por esta razon habiendo acabado en 1470, parece que debe fijarse el principio de su reinado en 1426; la ruina de los *tepanecas* en 1425; el principio del reinado de *Itzcoatl* en 1423, y el de la tiranía de *Maxtlaton* en 1422.

Chimalpopoca. Este infeliz rey fué confundido por Acosta, Martinez y Herrera con su sobrino *Acolnahuacatl*, hijo de *Huitzilihuitl;* y así estos autores hacen que *Chimalpopoca* subiese al trono de solos diez años, y lo hacen morir inmediatamente á manos de los *tepanecas;* pero lo contrario consta por las pinturas y relaciones de los indios, citadas por Torquemada y en parte vistas por nosotros. Sigüenza incurre por inadvertencia en una contradiccion, pues dice que *Chimal-*

popoca fué hermano menor, como en efecto era, de *Huitzilihuitl;* de este rey afirma que comenzó á reinar de diez y ocho años y que reinó poco menos de once; y así debió morir sin haber llegado á los veintinueve de edad, y *Chimalpopoca*, que inmediatamente le sucedió, deberia haber tenido á lo mas veintiocho años que comenzó á reinar; con todo, Sigüenza lo hace subir al trono de mas de cuarenta años. En la coleccion de Mendoza no se dan á este rey mas que diez años de reinado. Torquemada y Sigüenza le dan trece, y esto es sin duda lo mas probable, atendida la serie de sus acciones y de sus acontecimientos; pero Betancurt, siguiendo á Torquemada, tiene en este punto algunos anacronismos notables. El pone la eleccion de *Chimalpopoca* en el tiempo de *Techotlalla*, rey de *Acolhuacan;* supongamos que esto fuese en el último año de este rey; á *Techotlalla* sucedió *Ixtlilxochitl*, el cual reinó siete años; á *Ixtlilxochitl* sucedió *Tezozomoc*, el cual tiranizó aquel imperio nueve años, y á este sucedió *Maxtlaton*, en cuyo tiempo murió *Chimalpopoca*. Segun estos principios adoptados por Torquemada y Betancurt, es necesario dar á *Chimalpopoca* diez y seis años á lo menos de reino, resultantes de los siete de *Ixtlilxochitl* y de los nueve de *Tezozomoc;* lo cual se opone á su misma cronología y á la de los otros historiadores. Si queremos, pues, continuar la cronología de los reyes de Méjico con la de los reyes de *Tlatelolco* segun el cálculo de los referidos autores, apenas nos quedarán diez y nueve años que poder distribuir entre dos reyes, *Chimalpopoca* é *Itzcoatl*, como veremos luego. Debiendo, pues, contarse trece años en el reinado de *Chimalpopoca*, segun el parecer de la mayor parte de los historiadores, debemos fijar el principio de su reinado en el año de 1410. *Maxtlaton* sucedió á Tezozomoc su padre un año antes de la muerte de *Chimalpopoca*, esto es, en el año de 1422. *Tezozomoc* obtuvo nueve años la corona de *Acolhuacan;* habiendo, pues, muerto en 1422, comenzó su tiranía en 1413. Por lo que respecta á *Ixtlilxochitl*, legítimo rey de *Acolhuacan*, sabemos que reinó siete años, hasta que en 1413 le fué quitada por el tirano *Tezozomoc* juntamente con la corona la vida: comenzó, pues, á reinar en 1406.

Huitzilihuitl. Son muy diversas las opiniones de los historiadores sobre el número de años que reinó este monarca. Sigüenza dice que fueron diez años y diez meses Acosta y Martinez le dan trece, y el intérprete de la coleccion de Mendoza veintiuno. Torquemada testifica que entre los historiadores mejicanos que vió, algunos le dan 22 años y otros 26; pero yo no dudo que el verdadero número de años es el que asienta el intérprete de la coleccion de Mendoza, porque sabemos por las pinturas históricas de los mejicanos, que el año décimo-tercio de este rey fué año secular, el cual atendiendo á lo que se ve en nuestra tabla cronológica puesta al fin del tomo 2º, no puede ser otro que el de 1402: comenzó pues á reinar en 1389. Habiendo muerto en 1410, como aparece por lo que hemos dicho en órden al reinado de *Chimalpopoca*, debemos contar en el de *Huitzilihuitl* 25 años

Acamapitzin. Supuesta la cronología de los reyes anteriores, y establecida la época de la fundacion de Méjico, poco tenemos que hacer por lo que respecta á este rey. Torquemada afirma que las pinturas y las historias manuscritas de los mejicanos fijan la eleccion de *Acamapitzin* en el año vigésimo-sexto de la fundacion de Méjico. Fué, pues, elegido en 1352 ó al principio de 1353, y su reinado seria de treinta y siete años ó poco menos. El interregno que hubo después de la muerte de este rey, fué, al decir de Sigüenza, de cuatro meses, cuando todos los otros apenas fueron de pocos dias.

§ IV.

SOBRE LAS ÉPOCAS DE LOS ACONTECIMIENTOS DE LA CONQUISTA.

No es muy difícil averiguar las épocas de los sucesos de la conquista, porque las encontramos por lo comun puestas por el conquistador Cortés en sus cartas á Cárlos V; pero habiendo algunos anacronismos en los historiadores españoles, ó porque no consultaron aquellas cartas ó porque no cuidaron de saber en cuáles dias cayeron las fiestas movibles de aquellos años, de las cuales se vale algunas veces Cortés; es necesario fijar algunos puntos de cronología, omitiendo otros de menor importancia para ahorrar molestia á los lectores.

El arribo de la armada de Cortés á la costa de *Chalchicuecan*, fué como todos saben, el jueves Santo de 1519. Este fué el dia 21 de abril, porque la Pascua cayó aquel año el dia 24.

La entrada de los españoles en la ciudad de *Tlaxcalla* no fué el 23 de setiembre, como dicen Herrera y Gomara, sino el 18, como afirman Bernal Diaz, Betancurt y Solís; lo que puede demostrarse haciendo el cálculo segun la relacion de Cortés de los dias que estuvieron los españoles en *Tlaxcalla* y *Chelollan*, de los que emplearon en su viaje hasta Méjico. Bernal Diaz dice que antes de entrar en *Tlaxcalla* estuvieron veinticuatro dias en las tierras de aquella república, y después veinte en aquella ciudad. como consta tambien por la carta de Cortés. En *Chelollan* entraron en 14 de octubre, y en Méjico en 8 de noviembre. Seis dias después fué hecho prisionero el rey Motezuma, como afirma el mismo Cortés. Este general se mantuvo en aquella capital hasta principio de mayo del año siguiente, en cuyo tiempo fué á *Cempoalla* para oponerse á Narvaez. Dió allí el asalto y consiguió la victoria contra aquel enemigo cuyo en la lunti-

nica de Pentecostés, la cual en aquel año (1520) cayó á 27 de mayo. La sublevacion de los mejicanos causada por la violencia de Alvarado, sucedió en la gran fiesta del mes *Toxcatl*, el cual comenzó aquel año á 13 de mayo. Cortés volvió á la capital después de su victoria el dia 24 de junio, como saben todos. En la relacion de los sucesos ocurridos en los últimos dias de junio y principios de julio, encuentro confusion y anacronismos en los historiadores. Yo he seguido las cartas de Cortés, las cuales contienen la relacion mas auténtica de la conquista.

La muerte de Motezuma parece haber sido el dia 30 de junio, porque murió, segun lo que testifica Cortés, tres dias después de haber recibido la pedrada; esta la recibió mientras se construian aquellas dos máquinas de guerra de que hacemos mencion en la Historia, las cuales fueron construidas en la noche del 26 de junio y en el siguiente, segun lo que se deduce de la relacion de Cortés. No puede ponerse aquella muerte ni antes ni después del dia 30 sin trastornar la serie de los acontecimientos.

Fijamos en 1º de julio la *noche triste*, esto es, aquella en que salieron derrotados los españoles, porque Cortés pone siete dias en su viaje desde Méjico al territorio de *Tlaxcalla*, y afirma que entraron en este dia 8 de julio. Bernal Diaz y Betancourt dicen que los españoles salieron de Méjico el 10 y entraron el 16 en los dominios de aquella república; pero en esto se debe dar mas crédito á Cortés. Los acontecimientos ocurridos desde 24 de junio hasta el 1º de julio, parecerán muchos para tan poco tiempo; pero no es de admirar que en circunstancias de tanta estrechez y de tan gran peligro, se multiplicasen las acciones, haciendo el último esfuerzo por salvar la vida.

La guerra que hicieron los españoles en *Cuauhquechollan* fué en el mes de octubre, por lo que parece de la relacion de Cortés. Esta época nos importa para saber el tiempo que reinó *Cuitlahuatzin*, pues un capitan mejicano de quien se informó Cortés del estado de la corte, le dió noticia de las diligencias que hizo entonces aquel rey contra los españoles. Los que quieren que el rey no reinase mas que cuarenta dias, desprecian como falso aquel informe; pero como no alegan ninguna razon para convencer la falsedad, debemos creerlo.

En órden al dia en que se comenzó el asedio de Méjico y el tiempo de su duracion, yerran comunmente los autores. Estos por lo comun dicen que el asedio duró noventa y tres dias; pero no hicieron exactamente su cálculo, porque Cortés hizo la revista de sus tropas en la gran plaza de *Tezcoco* y señaló el lugar que debian ocupar en aquel asedio las tres divisiones del ejército el lunes de Pentecostés del año 1521. Pues aun cuando supusiésemos contra la verdad de la historia que en aquel mismo dia de la revista se diese principio al asedio, no serian noventa y tres dias, sino solamente ochenta y cinco, porque aquel lunes cayó en 20 de mayo, y todos saben que el asedio terminó con la toma de la capital el 13 de agosto. Si reputan asedio las hospitalidades hechas por los españoles en las ciudades de la laguna, debian fijar el principio de tal asedio en los primeros dias de enero, y no contar noventa y tres dias, sino siete meses. Cortés, el cual en este punto merece mas crédito que cualquiera otro historiador, dice expresamente que el asedio comenzó el dia 30 de mayo y duró setenta y cinco dias. Es verdad que la misma carta de Cortés pudo causar aquel error, porque en ella se da á entender que el dia 14 de mayo estaban ya en Tacuba las divisiones de Alvarado y de Olid, al á en donde comenzó el asedio; pero esto es un manifiesto error en los números, porque lo cierto es que aquellos dos capitanes no fueron á *Tacuba* antes de hacer la revista de las tropas, y sabemos por Cortés y los otros historiadores que esta se hizo el lunes de Pentecostés 20 de mayo.

Torquemada dice en el lib. 4 cap. 46, que los españoles entraron la primera vez en Méjico el 8 de noviembre; pero en el cap. 14 del mismo libro, afirma que tal entrada fué en 22 de julio; que allí se mantuvieron ciento cincuenta dias, los noventa y cinco en amistad con los mejicanos y los cuarenta en guerra, la cual se ocasionó por las muertes hechas por Alvarado en la fiesta del mes *Toxcatl*, correspondiente, segun él cree, á nuestro abril, etc. El conjunto de anacronismos, errores, contradicciones que tiene el referido autor en el citado capítulo, basta para dar idea de su disparatada cronología. Nos persuadimos que la diligencia que hemos puesto en aclarar semejantes puntos nos haya hecho precaver, si no todos, á lo menos muchos errores.



DISERTACION III.

SOBRE LA TIERRA DEL REINO DE MEJICO.

Cualquiera que lea la horrible descripcion que hacen algunos europeos de la América, ú oiga el injurioso desprecio con que hablan de su tierra, de su clima, de sus plantas, de sus animales y de sus habitantes, inmediatamente se persuadirá que el furor y la rabia han armado sus plumas y sus lenguas, ó que el Nuevo Mundo es verdaderamente una tierra maldita y destinada por el cielo para ser el suplicio de malhechores. Si damos crédito al señor de Buffon, la América es un país enteramente nuevo, apenas salido de debajo de las aguas que lo habian anegado;[1] un continuo pantano en sus llanuras, una tierra inculta y cubierta de bosques aun después de que ha sido poblada por los europeos, mas industriosos que los americanos, ó embarazado por las montañas inaccesibles, que no dejan mas que un pequeño espacio de tierra para el cultivo y habitacion de los hombres; tierra infeliz bajo de un *cielo avaro*, en la cual todos los animales trasladados del antiguo continente se han degradado, y los que eran propios de su clima son pequeños, deformes, débiles y privados de armas para su defensa. Si damos crédito al señor de Paw (el cual copia en gran parte las opiniones del señor de Buffon, y en donde no las copia multiplica y aumenta los errores), la *América ha sido generalmente, y es aun en el dia, un país muy estéril*, en el cual han degenerado todas las plantas de Europa, á excepcion de las acuáticas y jugosas; su terreno pestilente produce mayor número de plantas venenosas que todas las otras partes del mundo..... *Su tierra, ó embarazada con las montañas, ó cubierta de bosques y pantanos, no presenta mas que un inmenso y estéril desierto*; su clima muy contrario á la mayor parte de los cuadrúpedos, y *sobre todo, pernicioso á los hombres, embrutecidos, debilitados y viciados de una manera sorprendente en todas las partes de su organizacion.*[1]

1 Hist. nat., tom. 6.

1 Rech. Philosoph., part. 1.

El cronista Herrera, aunque por otra parte tan juicioso y moderado, sin embargo, cuando se pone á hacer la comparacion del cielo y tierra de la Europa con los de la América, se muestra tan ignorante aun de los primeros elementos de la geografía, y prorumpe en tales despropósitos, que ni en un niño se podrian tolerar; *nuestro hemisferio*, dice, *es mejor que el nuevo con respecto al cielo. Nuestro polo está mas hermoseado de estrellas, porque tiene el Setentrion á 3½ grados con muchas estrellas resplandecientes.* En lo que supone: 1º, que el hemisferio austrial es nuevo, cuando ya hace tantos siglos que es conocido en la Asia y en la Africa. 2º, que toda la América pertenece al hemisferio austral, y que la América setentrional no mira al mismo polo y las mismas estrellas de los europeos. *Tenemos*, añade, *otra preeminencia, esto es, que el sol se detiene siete dias mas hácia el trópico de Cáncer que hácia el de Capricornio;* como si el exceso de la detencion del sol en el hemisferio boreal no fuese el mismo en el nuevo que en el antiguo continente. Parece que nuestro buen cronista estaba persuadido de que el mayor amor que tiene aquel planeta á la bella Europa, sea la causa de detenerse mas en el hemisferio boreal. ¡Pensamiento galan y digno de un poema francés! *Y de aquí procede*, sigue nuestro cronista, *que la parte ártica es mas fria que la antártica, porque se goza menos del sol;* ¿pero cómo puede gozarse menos del sol en la parte ártica, deteniéndose este planeta siete dias mas en el hemisferio boreal? *Nuestra tierra se extiende de Poniente á Levante, y por*

esto es mas apropiado á la vida humana que la otra, que estrechándose de Poniente á Levante, se ensancha con demasía de polo á polo, porque la tierra que corre de Poniente á Levante guarda mas igualdad respecto del frio del Norte y del calor del Sur. Pero si el Setentrion es la causa del frio y el Sur la del calor, como quiere nuestro cronista, los países equinocciales serán sin duda, segun sus principios, los mas cómodos para la vida humana, como que están igualmente distantes del Setentrion y del Sur. *En el otro hemisferio*, concluye finalmente nuestro autor, *no habia perros, asnos, ovejas, cabras*, etc. *No tenian naranjos, limones, granadas, higos, membrillos*, etc.[1]

Estos y otros semejantes despropósitos de algunos autores, son efecto de un ciego y excesivo patriotismo, el cual les ha hecho concebir ciertas imaginarias preeminencias de su propio país sobre todos los otros del mundo. No nos seria difícil oponer á sus invectivas contra la América los grandes elogios que han escrito de aquellos países muchos famosísimos europeos mas instruidos que ellos; pero á mas de que esto seria ajeno de nuestro asunto, seria tambien molesto á los lectores, y así nos contentaremos con examinar en esta disertacion lo que aquellos escribieron contra la tierra de la América en general, ó contra la del reino de Méjico en particular.

§ I.

SOBRE LA PRETENDIDA INUNDACION DE LA AMÉRICA.

Casi todo lo que los señores de Buffon y Paw escribieron contra la tierra de la América en órden á sus plantas, animales y habitantes, se apoya sobre la suposicion de una inundacion general diversa de la que hubo en tiempo de Noé, y mucho mas reciente, por cuya causa quedó mucho tiempo todo aquel vastísimo país bajo de la agua. De esta reciente inundacion nace, segun dice el señor de Buffon, la malignidad del clima de la América, la esterilidad de su terreno, la imperfeccion de sus animales y la frialdad de los americanos. *La naturaleza no habia tenido tiempo para poner en ejecucion sus designios ni para tomar toda su extension.* De las lagunas y pantanos que quedaron de aquella inundacion, tiene orígen, segun afirma el señor de Paw, la excesiva humedad de aquel aire, y la humedad es la causa de la infeccion del ambiente, de la extraordinaria multiplicacion de los insectos, de la irregularidad y pequeñez de los cuadrúpedos, de la esterilidad y fetor del terreno, de la infecundidad de las mujeres, de la abundancia de leche en los pechos de los hombres, de la estupidez de los americanos y de mil otros fenómenos extraordinarios, que él desde su gabinete en Berlin ha observado mejor que nosotros que hemos estado tantos años en América. Estos autores, aunque están en órden á la referida inundacion, discordan sin embargo sobre el tiempo, pues el señor de Paw la cree mucho mas antigua que el señor de Buffon.

Pues esta suposicion carece de fundamento, y la pretendida inundacion del Nuevo Mundo es una quimera. El señor de Paw se esfuerza á apoyarla sobre el testimonio del padre Acosta, sobre el número *casi infinito* de lagunas y pantanos, sobre las minas de metales pesados encontradas casi en la superficie de la tierra, sobre los cuerpos marinos que se hallan amontonados en los lugares mediterráneos mas bajos, sobre la destruccion de los grandes cuadrúpedos, y finalmente, sobre la unánime tradicion de los mejicanos, de los peruanos y de los salvajes que hay desde la tierra de Magallanes hasta el rio de San Lorenzo, los cuales todos de acuerdo testifican la detencion de sus antepasados sobre las montañas en todo el tiempo que estaban anegados los valles.

Es verdad que el padre Acosta en el lib. 1 cap. 26 de su Historia, duda si lo que los americanos decian del diluvio deba entenderse del de Noé, ó mas bien de algun otro particular acaecido en su tierra, como los de Deucalion y Ogiges en la Grecia, y parece tambien adherirse á esta opinion, la cual dice haber sido de algunos hombres prácticos; pero hablando en el lib. 5, cap. 19, de las conquistas de los primeros incas, da á entender que creia firmemente deberse entender esto del diluvio de Noé: "El pretexto, dice, con el " cual conquistaron (los incas) y se hicieron due- " ños de la tierra, fué el de fingir que después " *del diluvio universal (del cual tenian noticia to-* " *dos aquellos indios)*, ellos habian poblado de " nuevo el mundo saliendo siete de ellos de la " cueva de Pacaritambo, y que por lo tanto todos " los otros hombres debian tributarles como á " sus progenitores." Conoció, pues, el padre Acosta que aquella tradicion de los americanos era sin duda del diluvio universal, y que las fábulas con que estaba desfigurada habian sido inventadas por los incas para establecer su imperio. ¿Qué diria aquel autor si hubiese visto en favor de aquella general tradicion los documentos que nosotros tenemos? Los mejicanos, segun afirman sus propios historiadores, y nosotros decimos en otra parte, no hacian mencion del diluvio sin recordar igualmente así la confusion de las lenguas como la dispersion de las gentes, y representaban estas tres cosas en una sola pintura, como se ve en la que tuvo el famosísimo Sigüenza del señor don Fernando de Alva *Ixtlilxochitl*, y este de sus nobilísimos antepasados cuya copia hemos puesto en nuestra Historia. La misma tradicion se halló entre los *chiapanecos*, los *tlax-*

1 Herrera, déc. I, lib. 1, cap. 5.

caltecas, los michoacanes,[1] los cubanos y los indios de tierra firme,[2] con la expresion de haberse salvado del diluvio algunos hombres con algunos animales en una canoa, y haber puesto en libertad primero á una ave, la cual no volvió mas á la canoa, porque se dió á comer carne mortecina, y después otra, la cual volvió con un ramo verde en el pico, lo que manifiesta que ellos no hablaban de otro diluvio sino de aquel que inundó toda la tierra en tiempo del patriarca Noé. Todas las circunstancias con que se encontró alterada entre algunas naciones americanas esta universal y antiquísima tradicion, ó han sido alegorías como las de las siete cuevas de los mejicanos para significar las siete principales naciones que poblaron el país de *Anáhuac*, ó ficciones de la ignorancia ó de la ambicion. Ni una de aquellas naciones creia que se hubiesen salvado los hombres en las montañas, sino en una canoa, y si acaso hubo alguna que creyese de otro modo, esto fué sin duda porque la tradicion del diluvio después de tantos siglos habia sido alterada. Es, pues, absolutamente falso que hubiese allí una tradicion unánime de una inundacion peculiar de la América entre todos aquellos pueblos que habitaron desde la tierra de Magallanes hasta el rio de San Lorenzo.

Las lagunas y pantanos, que parecen á los señores de Buffon y de Paw señales indubitables de la pretendida inundacion, son indubitablemente efectos de los grandes rios, de las innumerables fuentes y de las abundantísimas lluvias de la América. Si aquellas lagunas y pantanos se hubiesen formado por la antigua inundacion, y no por las causas asignadas por nosotros, se habrian ya después de tantos siglos consumido y secado por la continua evaporacion que causa el calor del sol, principalmente bajo la zona tórrida, ó á lo menos se habrian disminuido considerablemente; pero tal diminucion no se observa sino en aquellas lagunas de las cuales la industria humana ha extraviado los rios y torrentes que descargaban en ellas, como en las del valle mejicano. Yo he visto y observado las cinco principales lagunas de la Nueva España, que son las de *Texcoco*, *Chalco*, *Cuisco*, *Pázcuaro* y *Chapalla*, y estoy seguro que estas no se han formado ni se conservan sino por las copiosas aguas de las lluvias, de los rios y de las fuentes. Todo el mundo sabe que no hay lluvias mas copiosas y excesivas ni rios mas grandes que los de América ¿Para qué, pues, inventar inundaciones cuando tenemos á la mano causas mas naturales y mas ciertas? Si las aguas fuesen prueba de inundacion, deberiamos creer que la ha habido mas bien en el antiguo que en el nuevo continente, porque todas las lagunas de la América, aun comprendidas las del Canadá, que son las mayores, no son comparables con los mares Negro, Blanco, Báltico y Caspio, las cuales, aunque vulgarmente llamadas mares, son, segun lo que dice el señor Buffon, verdaderas lagunas formadas de los ríos que desembocan en ellas. Si á estas se agregan las lagunas Lemano, Onega, Pleskw y otras muchas y muy grandes de la Rusia, de la Tartaria y de otros países,[1] inmediatamente advertiremos cuánto se habian olvidado de su propio continente los que tanto han exagerado las lagunas americanas. La de *Chapalla*, que en las cartas geográficas se ve honrada con el magnífico nombre de *mar Chapálico*, la cual he visto y costeado tres veces, apenas tendrá cien millas de circunferencia. Pues si los rios Don, Wolga, Boristene, Danubio, Oder y otros del antiguo continente, aunque menos caudalosos que el Marañon, el rio de la Plata, el de la Magdalena, el de San Lorenzo, el Orinoco, el Misisipí y otros del Nuevo Mundo, son sin embargo bastantísimos, segun dice el señor de Buffon, para formar aquellas lagunas tan grandes, que siempre se han creido mares, ¿qué maravilla es que los caudalosísimos rios de la América hagan lagunas menores y pantanos? El señor de Paw dice *que estas lagunas parecen* receptáculos de las aguas que aun no han podido salir de aquellos lugares, antes anegados por una violenta agitacion impresa en todo el globo terráqueo. Los muchísimos volcanes de las cordilleras ó Alpes americanos y de las peñas del reino de Méjico y los terremotos que incesantemente se sienten, ya en una, ya en otra parte de aquellos Alpes, dan á conocer que aquella tierra no está todavía en reposo en nuestros dias. Pero si aquella violenta agitacion fué general en todo el globo terráqueo, ¿por qué se inundaron las tierras del reino del Perú y del de Méjico, siendo como en efecto son, y como confiesan los señores de Buffon y de Paw, sumamente elevados sobre la superficie del mar, y no se inundaron las de la Europa siendo mucho mas bajas? Cualquiera que haya observado la estupenda elevacion de los países mediterráneos de la América, no podrá jamás persuadirse que la agua pudiese elevarse hasta cubrirles sin inundar á toda la Europa. Por lo demás, podremos decir igualmente que el Vesubio, el Etna, el Hecla y los muchísimos volcanes de las islas Molucas, de las Philipinas y del Japon, y los frecuen-

1 Véase lo que hemos dicho en el § 2 de la I disertacion, como tambien á Herrera en la Déc. 3, lib. 3, cap. 10, en la Déc. 4, lib. 1, cap. 11, y en otros lugares Torquemada García, Boturini, etc.

2 De la tradicion que habia entre los indios de tierra firme hace mencion Herrera en la Déc. 4, lib. 1, cap. 11; de la que habia entre los tlaxcaltecas, chiapanecas y cubanos, hemos hablado en otra parte.

1 El señor Bomare numera treinta y ocho lagunas en los cantones de los Suizos, y dice que en la de Harlem entran navíos de alto bordo. La laguna de Aral en la Tartaria, tiene, dice el mismo autor, 100 leguas de largo y 50 de ancho.

tes terremotos de aquellas islas de la China, la Persia, la Siria, la Turquía, etc., dan á conocer que el mundo antiguo no está todavía en reposo en nuestros dias.

Las minas de metales, añade el señor de Paw, que en algunos lugares se hallan á la superficie de la tierra, parecen indicar que aquel suelo estuvo anegado, y que los torrentes robaron la superficie. ¿Pero no seria mejor decir que algunas violentas erupciones de los fuegos subterráneos, bastante manifiestos en los *muchísimos volcanes de las cordilleras*, arruinando la superficie de algunos terrenos, dejaron casi descubiertas las minas de metales?

El haberse hallado cuerpos marinos amontonados en algunos lugares mediterráneos de la América, si acaso probase aquella pretendida inundacion, probaria mas bien otra mayor en el mundo antiguo, pues cuando en América son pocos los lugares en que se encuentran montones de conchas y otros cuerpos marinos petrificados, la Europa, por el contrario, está casi toda llena de petrificaciones de semejantes cuerpos, las cuales demuestran con mayor evidencia que estuvo antes anegada por el mar.[1] Todos saben los elogios y los cálculos que han hecho algunos físicos franceses de aquella inmensa cantidad de conchas que se ve en Turena, y ninguno ignora que semejantes cuerpos marinos petrificados se encuentran tambien en los Alpes. ¿Por qué pues de los cuerpos marinos encontrados en algunos lugares de la América se debe inferir la inundacion de aquellos países? ¿y no deberá mas bien inferirse la inundacion de la Europa de semejantes cuerpos encontrados en mucha mayor abundancia en muchísimos lugares de ella? Si la traslacion de estos cuerpos á los lugares mediterráneos de la Europa se atribuyé á las aguas del diluvio universal, ¿por qué no deberá atribuirse á la misma causa en América?[2] Por el contrario, si no fueron las aguas del diluvio las que llevaron los referidos cuerpos marinos á los lugares mediterráneos de la Europa, sino las de otra inundacion posterior; *si la Europa en general es*, segun dice el señor de Buffon,[1] *un país nuevo; si no ha mucho tiempo que estaba cubierta de bosques y de pantanos*, ¿por qué en la Europa no se ven ni se veian ahora dos mil años aquellos estupendos efectos de la inundacion que ven estos autores en la América? ¿por qué los animales de la Europa no se han degradado como los de la América? ¿por qué los europeos no son frios como los americanos? ¿por qué las mujeres de una y otra parte del mundo no son actualmente, ó á lo menos no han sido antes igualmente infecundas? ¿por qué habiendo sido anegada la Europa como la América, y mas aquella, y por mas largo tiempo (como evidentemente se deduce de las razones del señor de Buffon), el terreno de la Europa quedó fecundo y el de la América estéril, el cielo de la Europa es tan benigno, y el de la América tan *avaro*; á la Europa se concedieron todos los bienes y á la América se mandaron todos los males? Quien quiera instruirse mejor de estas dificultades, lea lo que escribe el señor de Buffon sobre la inundacion de la Europa.

El último argumento del señor de Paw es tomado de la extincion ó acabamiento de los grandes cuadrúpedos en la América, los cuales, dice, son los primeros que perecen en las aguas. Este autor cree que antiguamente habia en la América elefantes, camellos, hipopótamos y otros grandes cuadrúpedos, y que todos perecieron en la supuesta inundacion. ¿Pero quién no se admirará de que pereciesen los elefantes y los camellos siendo tan veloces, y escapase el perezoso, siendo tan lento y tan inhábil para el movimiento? ¿que no pudieran refugiarse á los montes los elefantes, como se refugiaron los hombres, saliendo á nado, en el que son diestrísimos, ó valiéndose de la velocidad de sus pies, la cual es tan

1 El mismo señor de Paw, despues de haber hecho mencion del Vesubio, del Etna y del volcan de Lipari, dice así: "Entre los grandes volcanes se cuentan el *Parmecan*, " en la isla de Java, el *Canapy* en la isla de Banda, el " *Balaman* en la isla de Sumatra. La isla de Ternate tie- " ne un monte flamigerante, cuyas erupciones no ceden á " las del Etna.... De todas las islas é isletas que com- " ponen el imperio del Japon, ni una hay que no tenga su " volcan, mas ó menos considerable, como tambien en las " islas Manilas (quiso decir Filipinas), en las Azores, en " las islas de Cabo Verde etc." Recherch. Philosoph. sur les americains. Lettre sur les vicisitudes du notre glove.

3 El señor de Bourguet en su *Tratado de las petrificaciones*, y el padre Terruvia en su *Aparato á la historia natural de España*, nos dan un larguísimo catálogo de los lugares de Europa y de Asia en donde se encuentran cuerpos marinos petrificados.

2 Uno de los montes mas altos de la América es el *Descabezado*, situado en los Alpes de Chile, distante del mar mas de ciento cincuenta millas. Su altitud perpendicular sobre la superficie del mar es, segun dice el señor abate Molina, erudito y diligente historiógrafo de aquel reino, de mas de tres millas. Pues en la cima de este monte tan alto se ha encontrado una gran cantidad de cuerpos marinos petrificados, los cuales ciertamente no podian llevarse hasta aquella estupenda altitud por la agua de una inundacion particular y diversa de aquella general acaecida en los tiempos de Noé. Ni menos puede decirse que aquella cima habiendo sido antes lecho de mar, se fué poco á poco levantando por los fuegos subterráneos, elevando igualmente consigo aquellos cuerpos marinos; porque aunque esto no sea verosímil en algunos lugares que ahora vemos no muy elevados sobre la superficie del mar, antes bien lo creemos frecuentemente sucedido, segun lo que hemos dicho en otra parte; con todo esto, en una altitud tan extraordinaria es enteramente increible, y así los cuerpos marinos en aquella cima deben considerarse como ciertas é indubitables señales del diluvio universal.

1 Tomo I., Téorie de la terre.

grande que en un dia andan, segun lo que afirma el señor de Buffon, hasta ciento cincuenta millas, y tuvieron facilidad para subir á las cimas de los montes los perezosos, los cuales apenas pueden, por lo que dice el referido autor, andar una toesa en una hora? Aun cuando concediésemos que semejantes cuadrúpedos hubiesen estado antes en la América, no por esto estamos obligados á creer que su destruccion haya sido causada por la supuesta inundacion, pues podia aquella atribuirse á otras causas muy diversas. El mismo señor de Paw,[1] afirma que si se trasladasen á América los elefantes, como lo han tentado los portugueses, *correrian la misma suerte de los camellos en el Perú, que no se propagarian aunque se dejasen en los bosques á su propio instinto, porque la mutacion de alimento y de clima es infinitamente mas sensible á los elefantes que á todos los otros cuadrúpedos de la primera grandeza.* El tambien protesta en otra parte, que las *causas destructivas de estos animales*, esto es, de los grandes cuadrúpedos en el Nuevo Mundo, *son de las dificultades mas grandes, y juntamente, de los artículos mas interesantes de la física del globo terráqueo.* ¿Por qué pues decide tan atrevidamente que aquella imaginaria inundacion fué la causa de su ruina?

El señor de Buffon se esfuerza á persuadirnos la reciente inundacion de la América con algunos argumentos á los cuales responderemos en pocas palabras. *Si este continente*, dice hablando de la América, *es tan antiguo como el otro, ¿por qué se encontraron allí tan pocos hombres?* Los hombres que se encontraron, no pueden decirse pocos, sino con respecto al vastísimo país que habitaban. Los que vivian en sociedad, como los *mejicanos*, los *acolhuas* y otros que ocupaban todo aquel grandísimo espacio de tierra que se extiende desde el grado 9º hasta el 23 de latitud y desde el 271 hasta el 294 de longitud, formaban pueblos tan numerosos como los de la Europa, como haremos ver en otra disertacion.[2] Los que vivian dispersos formaban pequeñas naciones ó tribus, porque la poca multiplicacion es un efecto necesario de la vida salvaje en todos los países del mundo. "Si los salvajes son pastores, " dice el Montesquieu, necesitan de un gran país " para poder subsistir en un cierto número. Si " son cazadores (como eran los salvajes de la " América), son aun en menor número y com" ponen para mantenerse una nacion mas pe" queña."

¿Por qué, vuelve á preguntar el señor de Buffon, *por qué eran casi todos salvajes y dispersos?* No es así. ¿Cómo puede decirse que todos fuesen salvajes y dispersos, cuando sabemos que los mejicanos y peruanos y todos los pueblos sujetos á ellos vivian en sociedad? Los cuales, como confiesa el mismo señor de Buffon, eran *muy numerosos y no pueden decirse nuevos.* Las otras naciones se mantuvieron salvajes por demasiado amor á la libertad ó por otra causa que ignoramos. En la Asia, sin embargo de ser un país antiquísimo, hay aun en el dia pueblos salvajes y dispersos. *¿Por qué*, dice, *aquellos que estaban unidos en sociedad, contaban apenas doscientos ó trescientos años despues de que se congregaron?* Ved aquí otro error. Los mejicanos contaban apenas doscientos años desde la fundacion de su capital, y los *tlaxcaltecas* algo mas desde el restablecimiento de su república; pero tanto estas naciones y las otras sujetas á ellas, como los *toltecas, acolhuas* y *michoacaenses*, vivian en sociedad de tiempo inmemorial. Ni el señor de Buffon, ni el señor de Paw, ni el doctor Robertson, ni algunos otros autores europeos saben distinguir el establecimiento de aquellas naciones en *Anáhuac*, del que muchos siglos antes habian tenido en los países setentrionales del Nuevo Mundo.

¿Por qué, vuelve á decir, *aun aquellas naciones que vivian en sociedad, ignoraban el arte de trasmitir á la posteridad la memoria de los hechos por medio de signos duraderos, puesto que habian encontrado el modo de comunicarse de lejos y de escribirse anudando cordones?* ¿Y qué eran las pinturas y los caracteres de los mejicanos y de las otras naciones cultas de Anáhuac, sino signos duraderos destinados como nuestros caracteres á perpetuar la memoria de los hechos? Véase lo que dice Acosta en el lib. 6, cap. 7 de su Historia, y lo que nosotros exponemos en la disertacion sobre la cultura de los mejicanos.

¿Por qué, añade, *no habian domesticado á los animales, ni se servian de otro que del lama*[1] *y del paco, los cuales no eran como nuestros animales domésticos, estables, fieles y dóciles?* Porque no habia otros animales que poderse domesticar. ¿Quiere el señor de Buffon que domesticasen los tigres, las pumas, los lobos y otras semejantes fieras? El señor de Paw reprende á los ameri-

1 Recherch. Philosoph., part. 1.

1 Estos argumentos del señor de Buffon contra la antigüedad de la América, se hallan en el tomo 6 de su Historia natural; pero poco antes en el mismo tomo dice así: " *Se encontraron en Méjico y en el Perú hombres ins" truidos y pueblos cultos sujetos á leyes y gobernados " por reyes: tenian industria, artes y una especie de re" ligion; habitaban en ciudades, en las cuales se man" tenia el órden, y el gobierno á beneficio de la autori" dad del soberano. Estos pueblos, por otra parte muy " numerosos, no pueden decirse nuevos, etc.*" Si hay alguno que dude de esta contradiccion, lea el referido tomo del señor de Buffon.

1 Llama (no lama) era, segun dice el padre Acosta, el nombre genérico de las cuatro especies de cuadrúpedos de aquel género; pero en el dia se usa para significar solamente aquel que se llama por los españoles carnero del Perú. Las otras especies son el *paco*, el *guanaco* ó *huanaco* y la *vicuña*.

canos su poca industria en no haberse servido de los rangíferos como hacen los lapones; pero estos cuadrúpedos no se hallan sino en países muy distantes del reino de Méjico, y aquellos salvajes en cuyas tierras se encuentran estos animales, no quisieron servirse de ellos porque no tenian necesidad ó no les ocurrió el domesticarlos. A mas de esto, la proposicion del señor de Buffon tomada en aquella generalidad es sin duda falsa, porque él mismo dice que el *alco ó techichi*, cuadrúpedo semejante á un cachorro y comun á ambas Américas, estaba domesticado por los indios. Igualmente habian domesticado los mejicanos á los conejós, los ánades, los pavos y otros animales.

Finalmente, *sus artes*, concluye el señor de Buffon, *eran tan nuevas como su sociedad, su talento imperfecto, sus ideas aun no desenrolladas, sus órganos toscos y bárbara su lengua;* mas los errores contenidos en estas palabras del señor de Buffon serán eficazmente refutados en las disertaciones siguientes.

Debemos, pues, desechar aquella pretendida inundacion de la América como una de las quimeras filosóficas inventadas por los inquietos talentos de nuestro siglo, pues entre los americanos no hay memoria de otra inundacion, sino de la universal de que hacen mencion los libros santos. Antes bien digo que si acaso fuese cierto que el diluvio de Noé no anegó toda la tierra, ningun otro país tendria mayor razon que el de Méjico para creerse sustraido de aquella gran calamidad, porque á mas de la suma elevacion de él sobre la superficie del mar, no hay país mediterráneo en donde sean mas raros los cuerpos marinos petrificados.

§ II.

SOBRE EL CLIMA DEL REINO DE MÉJICO.

Si quisiéramos tomarnos el empeño de refutar todos los despropósitos que el señor de Paw escribe contra el clima de la América, seria necesario escribir en lugar de una disertacion un gran volúmen. Basta decir que él ha recogido todo lo que algunos autores han dicho tuerto ó derecho contra diversos países particulares de la América para presentar á sus lectores un conjunto monstuoso y horrible, sin advertir que si nosotros, siguiendo sus huellas, emprendiésemos hacer lo mismo con los diversos países de que se compone el antiguo contiriente (lo que no seria difícil), hariamos un retrato mucho mas abominable que el suyo; pero omitiendo esto como ajeno de nuestro propósito, nos contentaremos con discurrir sobre el clima del reino de Méjico.

Este país, siendo tan vasto y dividido en tantas provincias diversas por su situacion, debe necesariamente estar sujeto á diferentes climas. Algunas tierras, como las marítimas, son calientes y por lo comun húmedas y malsanas; otras son, como casi todas las mediterráneas, templadas, secas y sanas. Estas son muy altas y aquellas muy bajas. En algunas reina el viento Sur, en otras el Levante y en otras el Norte. El mayor frio de todos los lugares habitados no llega al de Francia ni aun al de Castilla, ni el mayor calor puede compararse con el de la Africa, ni aun con el de los dias caniculares en algunos países de la Europa. La diferencia entre el invierno y el estío es tan poca en todas partes, que aun las personas más delicadas llevan el mismo vestido en agosto y en enero. Todo esto y lo demás que hemos dicho antes en la Historia sobre la benignidad y dulzura de aquel clima, es tan notorio, que no necesitamos de testimonios ni de otros argumentos para convencerlo.

El señor de Paw, para demostrar la malignidad del clima americano, alega: 1º, la pequeñez é irregularidad de los animales de la América; 2º, el grandor y la enorme multiplicacion de los insectos y de otros semejantes animalillos; 3º, las enfermedades de los americanos, y particularmente el mal venéreo; 4º, los defectos de su constitucion física; 5º, el exceso de frio en los países de la América respecto á los del antiguo continente situados en igual distancia de la equinoccial.

Pues la supuesta pequeñez y la menor ferocidad de los animales americanos, de que hablaremos en otra parte, mas bien que la malignidad del clima, demuestran la dulzura y la bondad de él, si damos crédito al señor de Buffon, en cuya fuente bebió el señor de Paw y de cuyo testimonio se ha valido contra D. Pernety. El señor de Buffon, el cual en muchos lugares de su Historia natural expone la pequeñez de los animales americanos como un argumento cierto de la malignidad del clima de la América, hablando después de las bestias salvajes en el tomo XI, dice así: "Como todas las cosas, aun las criaturas mas libres están sujetas á las leyes físicas, y los animales, igualmente que los hombres, lo están á la influencia del cielo y de la tierra: parece que aquellas mismas causas que han civilizado y suavizado la especie humana en nuestros climas, habrán igualmente producido semejantes efectos en las otras especies. El lobo, el cual acaso es el mas feroz de todos los cuadrúpedos de la zona templada, es por otra parte incomparablemente menos terrible que el tigre, el leon y la pantera de la zona tórrida, y que el oso blanco, el lobo cerbelo y la hiena de la zona fria. En la América, en donde el aire y la tierra son mas benignos que las de la Africa, el tigre, el leon y la pantera no son terribles sino en el nombre.... Ellos han degenerado, si acaso, la ferocidad, unida á la crueldad hácia su naturaleza, ó por mejor decir, no han hecho mas que sufrir la influen-

" cia del clima; bajo de un cielo mas dulce se ha " suavizado su natural.... En los climas excesivos se cogen las drogas, los perfumes, los venenos y todas aquellas plantas cuyas cualidades son excesivas. La tierra templada, por el " contrario, no produce sino cosas templadas: " las yerbas mas dulces, las legumbres mas sanas, los frutos mas suaves, los animales mas " tranquilos y los hombres mas humanos, son " propios de este clima feliz. Así, la tierra hace " las plantas, la tierra y las plantas hacen á los " animales, la tierra, las plantas y los animales " hacen al hombre.... Las cualidades físicas " del hombre y las de los animales que se alimentan de otros animales, dependen, aunque " mas remotamente, de aquellas mismas causas, " las cuales tienen influjo aun en su natural y en " sus costumbres. La mayor prueba para demostrar que en los climas templados todo se " tiempla y en los climas excesivos todo es excesivo, y que el tamaño y la forma, las cuales " parecen cualidades físicas y determinadas, dependen, esto no obstante, como las cualidades " relativas, de la influencia del clima: el grandor " de nuestros cuadrúpedos no puede compararse " con la del elefante, del rinoceronte y del hipopótamo; las mas grandes de nuestras aves son " muy pequeñas, si se comparan con el avestruz, " con el ruc y con el casoare." Hasta aquí el señor de Buffon, cuyo texto he copiado porque es muy importante a mi propósito y enteramente contrario á lo que escribe el señor de Paw contra el clima de la América, y lo mismo el señor de Buffon en otros muchos lugares.

Ahora pues, si los animales grandes y feroces son propios de los climas excesivos, y los mas pequeños y mas tranquilos de climas templados, como en este lugar establece el señor de Buffon; si la dulzura del clima influye en el natural y en las costumbres de los animales, deduce mal el señor de Paw la malignidad del clima de la América del menor tamaño y de la menor ferocidad de sus animales; antes bien debia deducir de este antecedente la benignidad de aquel clima. Si por el contrario, el menor tamaño y la menor ferocidad de los animales americanos respecto de la de los del antiguo continente, son prueba de su degradacion por la malignidad del clima, como quiere el señor de Paw, deberemos igualmente argüir la malignidad del clima de la Europa de la menor grandeza y de la menor ferocidad de sus animales comparados con los de la Africa. Si algun filósofo de la Guinea emprendiese una obra sobre el modelo de la del señor Paw, con este título: *Investigaciones filosóficas sobre los europeos*,[1] podria valerse del mismo argumento del señor de Paw para demostrar la malignidad del clima de la Europa y las ventajas del de Africa. "*El clima de la Europa*, diria con las mismas palabras que el señor de Paw, *es muy contrario á la generacion de los cuadrúpedos, que allí se encuentran incomparablemente menores y mas cobardes que los nuestros*. ¿Qué son el caballo y el buey, los mas grandes de sus animales, comparados con nuestros elefantes, nuestros rinocerontes, nuestros hipopótamos, nuestros camellos y nuestras girafas? ¿qué son sus serpentones ó en su tamaño ó en su intrepidez, comparados con nuestros cocodrilos? Los lobos y los osos, las mas temidas de sus fieras, al lado de nuestros leones y de nuestros tigres parecen cachorros. Sus águilas, sus buitres y sus grullas, si se comparasen con nuestros avestruces, parecerian otras tantas gallinas." Omito otras bellas cosas que podria decir contra la Europa, valiéndose de los mismos materiales y aun de las mismas palabras del señor de Paw, por no hacer molesta esta disertacion. Aquello, pues, que los señores de Buffon y de Paw responderian á aquel filósofo africano, respondemos nosotros á estos filósofos europeos, pues sus argumentos ó no prueban que es malo el clima de la América, ó tambien convencen que es malo el de la Europa, ó á lo menos que es mejor el clima africano que el europeo.

De la escasez y pequeñez de los cuadrúpedos pasa el señor de Paw á la enorme grandeza y prodigiosa multiplicacion de los insectos y de otros animalillos nocivos. "La superficie de la tierra, " dice, infecta con la putrefaccion, estaba inundada de lagartijas, serpientes, reptiles y de insectos monstruosos por su tamaño y por la actividad de su veneno, que sacaban de los jugos " abundantes de este suelo inculto, viciado y abandonado á sí mismo, en el cual el jugo nutritivo se agriaba, como la leche en el seno de los " animales que no ejercitan la virtud propagativa. Las orugas, las ladillas, las mariposas, los " escarabajos, las arañas, las ranas, los sapos eran " por lo comun de una corporatura gigantesca en " su especie, y se habian multiplicado mas de lo " que puede imaginarse.... Panamá está infestada de serpientes; Cartagena de nubes de " enormes murciélagos; Portobelo de sapos, Surinan de cucarachas, la Guadalupe y otras colonias de las islas, de escarabajos; Quito de niguas, y Lima de piojos y chinches. Los antiguos reyes de Méjico y los emperadores del " Perú no hallaron otro modo de libertar á sus " vasallos de estos insectos que los comian, que " el de imponerles el tributo de una cierta cantidad de piojos que debian pagar cada año. " Fernando Cortés encontró sacos llenos de ellos " en el palacio del rey Motezuma...." Mas este argumento, lleno por otra parte de falsedad y de exageraciones, nada prueba contra el clima de la América en general, y mucho menos contra el del reino de Méjico. El haber algunas tierras en la América, en las cuales porque son calientes y húmedas, ó inhabitadas, se encuentran insectos grandes y que se multiplican excesivamen-

1 Recherches philosophiques sur les européens.

te, probará cuando mas que en algunos lugares de ella la superficie de la tierra está infestada, como él dice, de putrefaccion; pero no que el terreno del reino de Méjico ó el de toda la América sea *pestilente, inculto, viciado y abandonado á sí mismo*, como neciamente pretende el señor de Paw. Si tal consecuencia fuese buena, diremos tambien que el suelo del antiguo continente es igualmente corrompido y pestilente, pues en muchos países de él hay una prodigiosa multitud de insectos monstruosos, de reptiles nocivos y de animaluchos despreciables, como en las islas Filipinas, en muchas de las del Archipiélago indiano, en algunos países del Asia meridional, en muchos de la Africa y aun en algunos de la Europa. Las islas Filipinas se ven infestadas de ciertas enormes hormigas; la Holanda de ratas campestres; la Ukrania de sapos, como afirma el mismo señor de Paw.[1] En la Italia la campaña de Roma (después de tantos siglos de que está poblada) de víboras; la Calabria de tarántulas; las costas del mar Adriático de nubes de mosquitos, y aun en la misma Francia, cuya poblacion es tan grande y tan antigua, sus tierras están tan bien cultivadas y su clima es tan celebrado por los mismos franceses, compareció pocos años hace, segun testifica el señor de Buffon, una nueva especie de ratones campestres mas grandes que los comunes llamados por él *surmots*, los cuales se han multiplicado excesivamente con gran daño de los campos. El señor de Bazin, en el Compedio de la historia de los insectos, numera setenta y siete especies de chinches, las cuales todas se encuentran en Paris y en los contornos. Aquella gran corte, segun dice el señor de Bomare, hormiguea en tan asquerosos insectos. Es verdad que hay lugares en la América en los cuales la multitud de insectos y de animalillos sucios hacen molesta la vida; pero no sabemos que haya llegado á tal exceso su multiplicacion, que hayan despoblado algun lugar; á lo menos no podrán producirse tantos ejemplos de semejante despoblacion en el nuevo como en el antiguo continente, de que testifican Teofrasto, Varron, Plinio[2] y otros autores. Las ranas despoblaron un lugar en las Galias, y otro en la Africa las langostas; la isla de Giaro, una de las Ciclades, quedó despoblada por los ratones; Amiclas junto al lugar de la Terracina por las serpientes; otro lugar inmediato á la Etiopía por los escorpiones y las hormigas venenosas, y otro por los cientopiés, y mas inmediato á nuestros tiempos la isla Mauricio estuvo para ser abandonada de sus habitantes por la extraordinaria multiplicacion de ratas, segun me acuerdo haber leido en un autor francés.

Por lo que mira al grandor de los insectos, reptiles y semejantes animales, el señor de Paw se vale del testimonio de Dumont, el cual en sus Memorias sobre la Luisiana dice, que allí hay ranas tan grandes, que pesan treinta y siete libras francesas, cuyo horrendo grito imita al mugido de las vacas. ¿Pero quién podrá fiarse de aquel autor, principalmente sabiendo lo que dice el mismo señor de Paw (en su respuesta á D. Pernety, cap. 17), *que todos los que han escrito sobre la Luisiana desde Kenepin, Leclerc y el caballero Torti hasta Dumont, se han contradicho los unos á los otros, ya sobre este, ya sobre aquel artículo?* Yo por otra parte me admiro que el señor de Paw haya tenido el atrevimiento de escribir *que no existen semejantes monstruos en el restó del mundo.* Sé muy bien que no existen en el antiguo continente, como ni tampoco en el nuevo, ranas de treinta y siete libras; pero existen ciertamente en la Asia y en la Africa serpientes, murciélagos, hormigas y otros semejantes animales de tan estupendo tamaño, que exceden mucho á todos los que se han descubierto en el nuevo mundo. ¿En qué lugar de la América se ha visto jamás una serpiente de cincuenta codos romanos, como la que mostró al pueblo romano á Augusto en los espectáculos segun lo que afirma Suetonio,[1] ó tan gruesa como la que se mató en el Vaticano en tiempo del emperador Claudio, de la cual testifica Plinio, autor casi coetáneo, que en el vientre se le encontró un niño entero? Pero sobre todo, ¿dónde jamás se ha visto, aun en los bosques mas solitarios de la América, una serpiente que en cierto modo pueda compararse con aquella enormísima y prodigiosa de ciento veinte piés, vista en la Africa en tiempo de la primera guerra púnica, y muerta con máquinas de guerra por el ejército de Atilio Régulo, cuya piel y mandíbulas se conservaron en un templo de Roma hasta la guerra de Numancia, como testifican Livio, Plinio y otros historiadores romanos? Bien sé que algun historiador de la América dice que en algunos bosques se encuentra cierta especie gigantesca de serpientes, las cuales con su aliento atraen á los hombres y los tragan; pero tambien sé que lo mismo refieren algunos historiadores, tanto antiguos como modernos, de las serpientes del Asia, y alguna cosa mas. Megastene, citado por Plinio, dice que en la Asia se encontraban serpientes tan grandes, que se tragaban venados y toros enteros.[2] Metrodoro, citado por el mismo autor, afir-

1 Defense des Recherches Philosophiq. sur les americains, chap. 13.

2 Plin., Hist. natur., lib. 8, cap. 19.

1 In Octaviano Cesare.

2 Megastenes scribit in India serpentes in tantam magnitudimem adolescere, ut solidos hauriant cervos, taurosque. Metrodorus, circa Ryndacum amnen in Ponto, ut super volantes quamvis alte. perniciterque alites haustu raptas absorbeant. Nota est in Punicis bellis ad flumen Bagradam á Regulo imper, balistis tormentisque ut oppidum aliconsd, expugnata serpens. CXX pedum longitudines. Pellis ejus marillequea usque ad bellum Numantinum duravere Rome in templo faciunt his fidem in Ita-

ma que en el Ponto habia serpientes que con el aliento atraian las aves, por alto y veloz que fuese su vuelo. Entre los modernos el Gemelli en el tom. V de su Giro del mundo, en donde habla de las islas Filipinas, dice así: "Hay en estas islas serpientes de desmesurado tamaño. Hay una llamada *Ibitin*, muy larga, que colgándose por la cola del tronco de un árbol, espera que pasen venados, jabalíes y tambien hombres, para atraerlos á sí violentamente con el aliento, para devorarlos cómodamente y enteros, etc." Por lo que se ve que esta antiquísima fábula ha sido comun á uno y otro continente.[1]

El señor de Paw querrá tal vez desembarazarse con decir que aquellos monstruosos animales se veian antes en el antiguo continente, cuando su clima no estaba todavía perfeccionado. Mas ¿quién habrá que cotejando lo que escribieron los antiguos con lo que al presente sabemos de la Asia y de la Africa, no vea que el clima de aquellos países es por lo comun actualmente tal cual era ahora dos mil años; el mismo calor, la misma sequedad ó humedad, la misma especie de plantas, de animales y de hombres, etc.? A mas de esto aun en nuestros tiempos se ven en aquellas regiones varias suertes de monstruosos animales, que exceden mucho á los análogos del nuevo continente. ¿En cuál país de la América podrá encontrar el señor de Paw hormigas que puedan compararse con aquellas que en las islas Filipinas se llaman *sullum*, de las cuales afirma el doctor Hernandez[2] que tienen seis dedos de largo y uno de ancho? ¿quién ha visto jamás en la América murciélagos tan gordos como los de las islas de Borbon, de Ternate, las Filipinas, y de todo el archipiélago indiano? El murciélago mas grande de la América (propio de ciertas tierras calientes y sombrías), que es el llamado por el señor de Buffon *vampiro*, es, segun dice el mismo autor, del tamaño de un pichon: la *rongette* (una de las especies de la Asia) es tan grande como un cuervo, y la *roussette* (otra especie de la Asia) tan gorda como una gallina grande.[3] Sus alas extendidas tienen de un extremo al otro tres piés de Paris, y segun el Gemelli, que la midió,[4] en las islas Filipinas, seis palmos. El Buffon confiesa el exceso en el tamaño de los murciélagos asiáticos respecto de los americanos; pero lo niega en el número. Gemelli, testigo ocular, dice que los de la isla de Luzon eran tantos que cubrian el aire, y que el ruido que hacian con los dientes al comer la fruta de los bosques, se oia á la distancia de dos millas.[1] El mismo Paw dice hablando de las serpientes,[2] *no poderse afirmar que en el nuevo mundo se hayan encontrado serpientes mas grandes que las que vió Adanson en los desiertos de la Africa.* La mayor serpiente encontrada en el reino de Méjico despues de las mas diligentes investigaciones hechas por el doctor Hernandez, era de diez y ocho piés de largo; pero esta no puede compararse ni con la de las Molucas, de la cual dice Bomare que tiene treinta y dos piés de largo,[3] ni con la *anacandaja* de Ceilan, que tiene, segun dice el mismo autor, mas de treinta y tres piés,[4] ni con otras de la Asia y de la Africa, de que hace mencion el referido autor. Finalmente, el argumento tomado de la multitud y tamaño de los insectos americanos, es casi tan ineficaz como el otro tomado de la pequeñez y escasez de los cuadrúpedos, y en uno y otro se manifiesta la misma ignorancia ó el mismo voluntario olvido de las cosas del antiguo continente.

En cuanto á lo que dice Paw sobre el tributo de piojos en Méjico, manifiesta en esto como en otras muchas cosas su mala fe. Es verdad que Cortés encontró sacos de piojos en los almacenes del palacio del rey *Axajacatl*. Es igualmente cierto que Motezuma impuso este tributo no á todos, sino solamente á los mendigos, no porque la extraordinaria multitud de semejantes insectos los devoraba, como afirma Paw, sino porque Motezuma, el cual no podia sufrir la ociosidad en sus vasallos, quiso que aun aquella gente miserable, la cual no podia trabajar, se ocupase á lo menos en despiojarse.[5] Esta ha sido la verdadera causa de un tributo tan estravagante, como afirman Torquemada, Betancurt y otros historiadores, y ninguno ha habido hasta ahora á quien haya ocurrido lo que afirma Paw solamente porque le tenia cuenta para su disparatado sistema. Por lo demás, abundan tanto aquellos asquerosos insectos en los cabellos y vestidos de los mendigos americanos, como en la gente miserable é inmunda de cualquiera país del mundo, y no hay duda que si algun soberano de la Europa exigiese este tributo de los pobres de su Estado, no solamente sacos, sino aun navíos podrian llenar.

Finalmente, reservando para otra disertacion el

lia appellatæ boae in tantam amplitudinem excuntes, ut viro Claudio occise in Vaticano solidur in alvo spectatus sié infans. Plin., Hist. Natur., lib. 8, cap. 14.

1 Véase lo que refiere Bomare de la *Minia* de la Africa y de la *Rimberah* de Ceilan.

3 Hernandez, Hist. insector.

4 Buffon, Hist. nat., tom. 19.

4 Gemelli, tom. 5,

1 Lo que dice Gemelli del estupendo ruido de los murciélagos de la isla de Luzon, se me ha confirmado por algunas personas dignas de crédito, que han estado algunos años en aquella isla.

2 Defense des Recherches philosoph., chap. 22.

3 Bomare, *Diction. univ.*, *Histoire. natur.* V. *couleuvre.*

4 Id. V. *Anacandaja.*

4 Es cierto que Motezuma era tan inclinado á la limpieza como enemigo del ocio; y así, es de creerse que por uno y otro motivo se moviese á imponer aquel extraordinario tributo.

exámen de las pruebas del mal clima de la América, fundadas sobre las enfermedades y defectos de la constitucion física de los americanos, en la cual demostraremos los errores y las preocupaciones pueriles de Paw, veamos ahora lo que dice sobre el exceso del frio en los países del Nuevo Mundo respecto á los del antiguo, situados en igual distancia de la equinoccial. "Cotejando, " dice, las esperiencias hechas con los termóme-" tros en el Perú por los señores de la Condami-" ne y D. Juan de Ulloa (no se llama Juan, si-" no Antonio) con las del infatigable Adanson " en el Senegal, se puede fácilmente entender " que el aire es menos caliente en el Nuevo Mun-" do que en el antiguo. Calculando con la ma-" yor exactitud posible la diferencia de tempe-" ramento, creo yo que será de doce grados de " latitud, esto es, que hace tanto calor en la " Africa á los treinta grados del Ecuador co-" mo á los diez y ocho de la misma línea en " la América. El licor del termómetro no ha " subido á tanta altitud en el Perú ni en el " centro de la zona tórrida, como ha subido en " Francia en el mayor calor del estío. Que-" bec, sin embargo de estar en la misma altitud " polar que Paris, tiene un clima incomparable-" mente mas áspero y mas frio que el de este. " La diferencia es igualmente sensible en la Ba-" lía de Hudson y en el Támesis, que tiene la " misma altitud "

Aunque concediésemos todo esto á Paw, nada le favoreceria para demostrar la malignidad del clima americano. ¿Por qué del exceso del frio en las tierras americanas se quiere deducir su mal clima, y no se deberá mas bien deducir el mal clima del antiguo continente del exceso del calor en los países situados en igual distancia de la equinoccial? No podrá Paw formar en esta materia ningun argumento contra la América, que no lo vuelvan eficazmente los americanos contra la Europa ó contra la Africa. Mas para decir la verdad, todas las observaciones hechas no son suficientes para establecer como un principio general que los países del nuevo sean mas frios que los mundo antiguo, situados en la misma latitud, y mucho menos para creer, como cree Paw, que haya tanto calor en el antiguo continente á los treinta grados de altitud polar, como en el nuevo continente á los diez y ocho grados. Si esto fuera cierto, seria en América tan intenso el frio á los sesenta y siete grados de latitud, como en el continente antiguo á los ochenta. Pues Paw dice[1] que el frio en el antiguo continente debe ser en noviembre mas arriba del grado octogésimo, tan nocivo á los hombres que ninguno podria vivir allí; luego menos podria vivir en América mas allá del grado sexagésimo-sétimo. ¿Pues cómo él mismo afirma allí que en los países de los Exquimaux se encuentran habitantes mas allá del grado septuagésimo quinto? Y si los débiles americanos pueden subsistir en aquella latitud, debemos creer que los fuertísimos europeos serán capaces de sufrir el frio del grado octogésimo. Además, si aquel principio fuese cierto, haria tanto calor en Jerusalen, situado en poco menos de 32 grados, como en la Veracruz, situada en poco menos de 20 grados, lo que ningun otro, sino Paw es capaz de pensar. Igualmente podrian deducirse otras consecuencias tan disparatadas, principalmente si se adoptase el cálculo del doctor Michell, el cual, segun dice el doctor Robertson, concluye, después de 30 años de observaciones, que la diferencia entre el clima del Nuevo Mundo y el del antiguo es de 14 á 15 grados; esto es, que hace tanto calor en los países del antiguo continente que están á 29 ó 30 grados, como en los del nuevo que están á 15. Ello es cierto que así como hay muchos países en la América mas frios que otros del antiguo continente igualmente distantes de la equinoccial, así tambien hay otros muchos mas calientes. Agra, capital del Mogol, y el puerto de Loreto en la California, se hallan casi en la misma latitud, y sin embargo, no es comparable el calor de aquella ciudad asiática con el de este puerto americano. Hue, capital de la Cochinchina, y Acapulco, están casi igualmente distantes de la equinoccial, y sin embargo, el aire de Hue es fresco en comparacion del de Acapulco. Mucho mas falsa é improbable es la otra proposicion de Paw, esto es, que en el centro de la zona tórrida no sube á tanta altitud el licor del termómetro, á cuanta sube en Paris en el mayor calor del estío. Si esto fuera cierto, la diferencia entre el clima americano y el europeo no seria de solos 12 grados, como quiere Paw, sino de 49, esto es, cuanta es la diferencia de latitud entre el centro de la zona tórrida y Paris. Es cierto que atendiendo á las observaciones hechas en Quito y comparadas con las que hicieron en Paris, no llega jamás el calor de aquella ciudad equinoccial al de Paris en el estío; pero es igualmente cierto, atendidas las observaciones hechas por los mismos académicos con los mismos termómetros en la ciudad de Cartagena, la cual no es centro de la zona tórrida, sino que dista 10 grados de la equinoccial, *que el calor ordinario de esta ciudad es igual al mas grande calor de Paris, como testifica don Antonio Ulloa, uno de aquellos observadores*.[1]

Son muchas las causas que á mas de la inmediacion ó la distancia de la equinoccial, causan el calor ó el frio de un país. La elevacion del

1 Recherch. Philosoph., part. 3, sect. 1, pag. mihi 304.

1 El año de 1735 se mantuvo regularmente el licor del termómetro de Reaumur en Cartagena en $1025\frac{1}{2}$, sin otra diferencia alguna vez que la de bajar á 1024, ó la de subir á 1026. En Paris aquel mismo año no subia mas de . . . . . . en el mayor calor de julio y agosto. Ulloa, Relacion del viaje en la América Meridional, part. 1.ª, tom. 1.

terreno, la inmediacion de alguna montaña alta ucbierta de nieve, la abundancia de las lluvias, etc., contribuyen mucho á la frialdad del ambiente, y por el contrario, la depresion del terreno, la escasez del agua y los arenales etc., aumentan el calor. Ciudad Real, capital de la diócesis de Chiapa porque está situada en lugar bajo; *Chalchicomula*, pueblo grande situado al pié de la altísima montaña de Orizava, es frio, y la Veracruz, puesta en la misma latitud, es calidísima, y lo que es todavía mas, siendo frio el aire de Ciudad Real en la latitud de 16½ grados, es calidísimo el de Loreto en la California en la latitud de 25½ grados.

Las mismas observaciones alegadas por Paw convencen que el clima de la América no es tan diferente como el de la Europa, que los habitantes del Nuevo Mundo no están como los de la mayor parte de la Europa, precisados á pasar del extremo de un frio excesivo al de un calor intolerable. Cuanto es mas uniforme el clima, tanto mas fácilmente se acostumbran á él los hombres, y precaven los perniciosos efectos que causa la mutacion de las estaciones. En Quito no sube el licor en el termómetro tanto como en Paris en el estío; pero tampoco baja tanto como en los países mas templados de la Europa en el invierno. ¿Qué cosa puede desearse mas en un clima que un tal temperamento en el aire, el cual esté igualmente distante de uno y otro extremo, como es el de Quito y el de la mayor parte del reino de Méjico? ¿qué clima mas dulce y mas conveniente á la vida que aquel en el cual se goza todo el año de las delicias de la campiña, y la tierra se ve siempre adornada de yerbas y de flores, los campos están cubiertos de granos y los árboles cargados de fruto, el ganado mayor y menor, dispensando trabajos al hombre, no tienen Providencia para mantenerse, ni de su techo para resistir á la inclemencia de la estacion, ni la nieve ó la escarcha obliga al hombre á estarse al fuego, ni el ardiente calor del estío lo destierra de la poblacion, sino que experimentando siempre benigna consigo á la naturaleza, goza indiferentemente en todas las estaciones ó de la compañía de los hombres en la ciudad, ó de los inocentes placeres del campo? Esta es la idea que tienen los hombres de un clima dulce, y por esto los poetas queriendo con sus versos ensalzar con elogios algunos países, decian que allí reinaba una perpetua primavera, como dice Virgilio de su Italia[1] y Horacio de las islas Afortunadas,[2] para donde convidaba á sus compatriotas. Así representaban los antiguos á los Campos Elíseos, y aun en los libros santos para darnos alguna idea de la felicidad de la Jerusalen celestial, se dice que en ella no hay ni frio ni calor.

El padre Acosta, á cuya Historia llama Paw *obra excelente*, el cual tenia experiencia de los climas de ambos continentes, y por otra parte no era parcial de la América ni tenia interés en engrandecerla, hablando de su clima dice así: "Mirando la gran templanza y agradable temple " de muchas tierras de Indias, donde ni se sabe " qué es invierno que apriete con frios, ni estío " que congoje con calores; donde con una estera " se reparan de cualquier injuria del tiempo, " donde apenas hay que mudar vestido en todo " el año; digo cierto que considerando esto, me " ha parecido muchas veces y me lo parece hoy " dia, que si acabasen los hombres consigo de " desenlazarse los lazos que la codicia les arma, " y se desengañasen de pretensiones inútiles y " pesadas, sin duda podrian vivir en Indias vida " muy descansada y agradable, porque lo que " los otros poetas cantan de los Campos Elíseos " y de la famosa Tempe, y lo que Platon ó cuenta ó finge de aquella su Isla Atlántida, cierto lo hallarian los hombres en tales tierras, " etc."[1] Lo mismo que Acosta dicen de la América otros historiadores, y particularmente de Méjico y de las provincias circunvecinas, cuyos países mediterráneos, casi desde el istmo de Panamá hasta el grado cuadragésimo de latitud (pues los que están mas allá de tal grado no están todavía descubiertos), gozan de un aire dulce y de un clima favorable á la vida, á excepcion de pocos lugares, los cuales ó por su depresion son calientes y húmedos, ó por su suma elevacion son de un clima áspero. ¿Pero cuántos no hay en el mundo antiguo ásperos y nocivos?

§ III.

SOBRE LA CUALIDAD DE LA TIERRA DEL REINO DE MÉJICO.

Ello es cierto, dice Paw, *que la América en general ha sido y aun es en el dia un país muy estéril;* pero ello es mas cierto que esta en general es una gran falsedad; y si el Paw quiere asegurarse, puede informarse de muchos tudescos venidos recientemente de la América, en donde se han mantenido algunos años, los cuales actualmente se hallan en la Austria, en la Bohemia, en el Palatinado de Reno y aun en la misma Prusia, ó vuelva á leer la *excelente obra* del padre Acosta, y en ella encontrará en el lib. 2, cap. 14, que si alguna tierra hay en el mundo á quien convenga el nombre de paraíso, es la de la América. Esto dice un europeo docto, juicioso é imparcial y nacido en España, uno de los mejores países de Europa, y hablando en el lib. 3

1 Hic ver assiduum atque alienis mensibus estas;
Vix gravidae pecudes, vix pomis utilis arbos.
Virg. Georg. 2.

2 Ver ubi longum, tepidasque, prebet
Jupiter brumas. Horat., lib. 2, oda 4.

1 Hist. nat. y mor., lib. 2, cap. 14.

de los países del imperio mejicano, dice *que la Nueva España es el mejor país de todos cuantos circunda el sol.* No hablaria así ciertamente el padre Acosta de la América en general y de la Nueva España en particular, bajo cuyo nombre comprende á todo el continente de la América setentrional española, si la América fuese en lo general un país estéril. No hablan de otro modo de la América, y principalmente del reino de Méjico, muchísimos otros europeos, cuyos testimonios omito por no causar molestia á los lectores.[1] Por el mismo motivo omitiremos tambien lo que escribe Paw contra otros países del Nuevo Mundo, porque seria imposible examinar las razones que alega contra cada uno de ellos sin hacer un gran volúmen, y nos contentaremos con lo que pertenece á la tierra del reino de Méjico.

Buffon y Paw están persuadidos que todo el terreno de América se reduce á montes inaccesibles, á bosques impenetrables y á llanuras anegadas y pantanosas. Leyeron estos filósofos en las descripciones de la América, que los famosos *Andes* ó Alpes americanos formaban dos larguísimas cadenas de montañas altísimas y cubiertas en gran parte de nieve; que el vasto desierto de las Amazonas se compone de espesos bosques; que Huayaquil y algun otro lugar es húmedo y pantanoso, y esto les bastó para decir que la América no es otra cosa que montes, bosques y pantanos. Leyó Paw en la Historia de Gumilla lo que dice este autor sobre el modo que tenian los indios del Orinoco de preparar aquel terrible veneno de sus flechas, y en la Historia de Herrera ó de otros autores, que los caníbales y otras naciones bárbaras usaban de flechas envenenadas, y esto le bastó para afirmar que *el nuevo continente produce mayor número de yerbas venenosas que el resto del mundo.* Leyó que en las tierras muy calientes no nace el trigo ni tampoco la fruta de la Europa, y esto le bastó para decir que *los duraznos y albercoques solamente han fructificado en la isla de Juan Hernandez,*[2] *y que el trigo y cebada no se han dado sino en algunas provincias del Setentrion.* Tal es la lógica que usa Paw en toda su obra, como varias veces lo haremos ver en estas disertaciones.

Pero nada es cierto con respecto al reino de Méjico de todo lo que dice contra la tierra de la América. Hay ciertamente en dicho reino montañas altísimas y enteramente cubiertas de nieve; hay grandes bosques y tambien algunos lugares pantanosos; pero es sin comparacion mas grande el terreno fértil y cultivado, como es manifiesto á todos los que han estado en aquellos países. En todo aquel inmenso espacio de tierra en donde actualmente se siembra el trigo, cebada, maíz y otras especies de semillas y legumbres de que abunda infinitamente aquel reino, se sembraba antes maíz, chile, frijol, cacao, chia, algodon y otras semejantes plantas, que servian al sustento, al vestido y á las delicias de aquellos pueblos, los cuales, siendo tan numerosos como hemos asentado en la Historia y demostraremos en otra parte, no hubiera podido jamás la tierra proveer á sus necesidades, si no hubiese sido mas que montes, bosques y pantanos. El Buffon, que en su tomo I dice que *la América no es mas que un continuado pantano*, y en el tomo V afirma que *las montañas inaccesibles de la América apenas dejan pequeños espacios á la agricultura y á la habitacion de los hombres*, en el mismo tom. V confiesa que *los pueblos del reino de Méjico y del Perú eran muy numerosos.* Pero si estos pueblos, los cuales ocupaban una grandísima parte de la América, eran muy numerosos y vivian como él dice en sociedad y bajo la direccion de las leyes, no es ciertamente la América un continuado pantano: si estos pueblos tan numerosos se sustentaban, como es cierto, de las semillas y frutos que cultivaban, no son pequeños los espacios que las montañas inaccesibles dejan á la agricultura y á la habitacion de los hombres.

La multitud, variedad y bondad de las plantas del reino de Méjico no dejan ninguna duda de la prodigiosa fertilidad de aquellas tierras. *En los pastos*, dice el padre Acosta, *es excelente la Nueva España, y por esta razon se cria allí una multitud innumerable de caballos, vacas, ovejas y otros animales. Es tambien muy abundante así de fruta como de toda suerte de semillas.* En efecto, no hay semilla, legumbre, hortaliza ó fruta que no se dé bien en aquella tierra feliz. El trigo, el cual apenas concede Paw á algunas provincias del Setentrion de la América, no se da por lo comun en las tierras muy calientes de la Nueva España, como tampoco en la mayor parte de la

1 Tomás Gages, oráculo de los ingleses y de los franceses en lo que respecta á la América, hablando del reino de Méjico dice así: "Nada falta á Méjico de todo lo que " puede hacer feliz á una ciudad; y si estos escritores que " han empleado sus plumas en alabar las provincias de " Granada en España y de Lombardía y de Toscana en " Italia, de las que hacen ellos paraísos terrestres, hubie- " ran visto este Nuevo Mundo y la ciudad de Méjico, se " desdirian inmediatamente de todo lo que han dicho en " favor de estos lugares." Part. 1, cap. 22. Así habla del reino de Méjico este autor, que no supo hablar bien de nadie.

2 Para que se vea cuánto se ha separado de la verdad Paw, es necesario saber que en la miserable isla de Juan Hernandez, en donde él dice que se dan tan bien los duraznos, se dan muy pocos y malos, como lo he oido del abate don José García, valenciano, el cual estuvo allí seis meses y se halló en la estacion de la fruta. Por el contrario, en casi todos los países templados y frios de la América española en donde él cree que no fructifican los duraznos, se dan muy bien, y en muchos países, como en los del reino de Chile y en algunos de la Nueva España, mucho mejor que en Europa.

Africa y en muchos otros países del antiguo continente; pero en las tierras frias y templadas de aquel reino se da excelente y mucho mas abundante que en Europa. Basta decir que el que se cosecha en la diócesis de Puebla es tanto, que del que sobraba despues de que estaban proveidos todos sus innumerables habitantes, se proveia á las islas Antillas y á la flota de navíos que habia antes en la Habana con el nombre de *Armada de Barlovento*. En Europa no hay mas que una siembra y una cosecha; en la Nueva España hay varias. *En las tierras*, dice Torquemada, autor europeo que estuvo muchos años en aquel reino y viajó por todo él, *en las tierras en donde se ejercita la labranza del trigo, se ve en todo el tiempo del año un trigo que lo están segando, y otro que va madurando, y otro mas verde, y otro que acaba de nacer, y otro que van sembrando; y ahora que es por el mes de noviembre, se verifica esta verdad en el trigo que se está segando de temporal y el que va creciendo de riego*[1] *en el valle de Atlixco y otras partes, y otro que se va sembrando; cosa que podria causar admiracion viendo tanta fertilidad de tierra.*[2] El mismo autor hace mencion de algunas tierras que rendian, ya sesenta, ya ochenta, ya ciento por uno, y en nuestros dias se ha visto una multiplicacion tan grande de trigo en algunos campos de aquellos países,[3] la cual, hablando en lo general, es ciertamente mas grande que la de la Europa con mucho menor cultivo, como es notorio á los europeos inteligentes en la agricultura que han estado en aquella parte de la América. Lo que decimos del trigo podemos tambien decirlo de la cebada, bien que esta no se siembra sino á proporcion del consumo que se hace en el sustento de los caballos, de las mulas de caballeriza y de los puercos. Mucho mas podria decirse del maíz, como que es la semilla mas propia de la América.

Paw pretende que todas las plantas de la Europa han bastardeado en la América, á excepcion de las acuáticas y jugosas, y para probar semejante despropósito, dice: *que los albérchigos y los albercoques solamente han fructificado en la isla de Juan Hernandez.* Aunque le concediésemos que en ningun país de la América se dan aquellas frutas, nada le favoreceria para convencer lo que quiere; pero tan falsa es esta proposicion particular como aquella universal. El padre Acosta hablando de tales frutas en particular, dice así: *Se dan bien en la América los albérchigos, los melocotones y los albercoques, aunque mas en la Nueva España.*[1] En toda esta, á excepcion de las tierras muy calientes, han prosperado muy bien aquellas frutas y todas las demás trasplantadas de la Europa, y se dan en mucha abundancia, como saben todos los europeos que han estado en aquellos países.[2] *Finalmente*, dice Acosta hablando de la América en general, *casi todo lo bueno que se produce en España, lo hay allí en parte mejor y en parte no; trigo, cebada, ensaladas, hortaliza, legumbres*, etc.[3] Si él hubiese hablado solamente de la Nueva España, hubiera omitido el casi.

Hay allí tambien otra ventaja, dice Acosta, *esto es, que en América se dan mejor las cosas de Europa que en Europa las de la América.* ¿Y parecerá pequeña semejante ventaja á Paw? Esto solo bastaria para demostrar que si hay algun exceso, este está por parte de la América. En la Nueva España se dan muy bien, como testifican muchos autores europeos y saben todos los que han estado allá, el trigo, la cebada, el arroz y todas las otras semillas de la Europa; los garbanzos, las arvejas, las habas y todas las otras legumbres; las lechugas, las coles, los nabos, los espárragos y otras ensaladas y raíces, y toda suerte de hortaliza; los albérchigos, las manzanas, las peras, los melocotones y las otras frutas; los claveles, las rosas, las violetas, los jazmines, la al-

1 El trigo llamado de *riego* se siembra en octubre, noviembre ó diciembre, y se cosecha en marzo ó junio. El *temporal* se siembra en junio y se corta en octubre, y el trigo *aventurero* se siembra en noviembre y se cosecha ó mas temprano ó mas tarde.

2 Torquemada, lib. 1 de la *Monarquía indiana*, cap. 4. Véase tambien lo que dice este autor de la variedad y abundancia de frutos que hay allí en todas las estaciones, y á Herrera en varios lugares de su Historia.

3 Yo he estado en un país en el cual solia dar la tierra cincuenta por uno, y he sabido de otro que daba algunas veces hasta ciento. En la Sinaloa, sin embargo de ser país bien caliente, suelen dar las tierras doscientos por uno, segun me ha informado una persona respetable y muy digna de fe que estuvo allí algunos años. Mi erudito amigo el abate don Juan Ignacio Molina, dice en la Historia compendiosa del reino de Chile, que pocos años hace se imprimió en Bolonia, que en aquellos países suele dar el trigo ciento y cincuenta por uno. Es tanta la abundancia de esta semilla, que se vende la fanega á cinco paulis, y cada año van al Perú cerca de treinta navíos cargados de ella, y aun sobra.

1 Acosta, lib 4, cap 31. Es tanta la abundancia de albérchigos en la Nueva España, que ordinariamente se venden á veintenas, y se dan dos, tres y aun cuatro por la moneda mas pequeña que hay allí. En el reino de Chile se cuentan hasta doce especies de albérchigos, y los hay tan grandes, que algunos pesan una libra española ó diez y seis onzas. Molina, *Historia de Chile*. Véase tambien lo que dice el padre de Fevilleo de su delicadísimo gusto.

2 Las peras se venden tambien á veintenas en Méjico, y hay mas de cincuenta especies. El italiano Gemelli testifica que los carmelitas de San Angel, pueblo distante siete millas de Méjico, sacaban cada año 6500 pesos de las frutas europeas de su huerta, y los domínicos sacaban 3000 pesos de la hortaliza de su pequeña huerta de San Jacinto, en un barrio de Méjico. Gemelli, *Giro del mundo*, tom. 6, lib. I, cap. 8.

3 Acosta, lib. 4, cap. 31.

bahaca, la yerba-buena, la mejorana, el toronjil y otras flores y plantas olorosas trasplantadas de la Europa; pero en esta no prenden lo comun ni pueden prender las plantas americanas. El maíz se da en las tierras de Europa, pero mas pequeño y mucho menos bueno que el de la América. De las muchas deliciosas frutas del Nuevo Mundo, algunas como el plátano y las ananas han prosperado en los jardines de los príncipes de la Europa á beneficio de las estufas y de un gran cuidado y diligencia; pero ni tan bien sazonadas, ni en aquella abundancia que en su propio país; otras, pues, mas apreciables que aquellas, como la chirimoya, el mamey y el chico-zapote, no sé que hayan podido hasta ahora prender, á pesar de la industria europea. La causa de esta gran diferencia entre la América y la Europa, es la que asienta el referido Acosta, esto es, *porque en América hay mayor variedad de temperamentos que en Europa, y así es mas fácil dar á cada planta aquel temperamento que le conviene.* Pues así como no es argumento de la esterilidad de la Europa que en ella no prendan las plantas propias de la América, así tampoco es argumento de la esterilidad de algunos países de la América que en ellos no prendan algunas plantas de la Europa; porque *non omnis fert omnia tellus. Hic segetes, illic proveniunt felicius uvae;* antes bien aquellos países calientes en los cuales no se da el trigo ni prosperan las frutas europeas, son por otra parte los mas amenos y los mas fecundos, como saben bien los hombres prácticos de aquellos países.

Yo por otra parte no dudo que si se quiere hacer el cotejo de la América con todo el antiguo continente, se hallarán casi iguales en sus producciones; porque en la Asia y Africa hay tierras y climas proporcionados á todas las plantas de la América, las cuales por la diversidad del clima no pueden prosperar en Europa. ¿Pero qué utilidad podrá jamás traer á los señores europeos la abundancia de la Asia á tan grande distancia? Por el contrario, los mejicanos rodeados de países de toda suerte de climas, gozan de todas sus diferentes frutas. La plaza de Méjico (como las de muchísimas otras ciudades de América) es el centro de todos los dones de la naturaleza. Allí se encuentran las manzanas, los albérchigos, los albaricoques, las peras, las uvas, las guindas, las cerezas, los camotes, las xícamas, las nueces y otras innumerables frutas, raíces y yerbas sabrosas que producen las tierras frias y templadas; las ananas, los plátanos, los cocos, las anonas, las chirimoyas, los mameyes, los chico-zapotes, los zapotes negros y otras muchísimas que dan las tierras calientes; los melones, los pepinos, los membrillos, las granadas, los aguacates, los zapotes blancos y otras que se dan indiferentemente en los países calientes y en los frios. En todas las estaciones del año se ve aquel mercado abundantemente proveido de varias excelentes frutas, aun en aquel tiempo en que los europeos se la pasan con sus castañas, ó cuando mas con las manzanas y uvas que su industria conserva. Todo el año, aun en el rigor del invierno, entran en aquella plaza por uno de los innumerables canales canoas cargadas de tanta variedad de frutas, flores y hortaliza, que parece que á un tiempo se han venido todas las estaciones del año, concurriendo en aquel lugar las plantas mas apreciables de la Europa con los vegetales propios de aquel país; lo que pueden testificar todos los europeos que han tenido el placer de verlo.

No es menor la abundancia de aquella tierra en plantas medicinales. Basta para esto ver la obra del célebre naturalista Hernandez, en la cual se describen y se dibujan mas de novecientas plantas (producidas la mayor parte en las inmediaciones de Méjico) cuya virtud ha sido conocida por la experiencia, á mas de otras trescientas cuyo uso no se expone, y no hay duda que faltan muchísimas é innumerables. Paw, por el contrario, dice que la América produce mayor número de plantas venenosas que todo el resto del mundo. ¿Pero qué sabe él de las plantas que nacen en los países mediterráneos de la Africa y de la Asia para poder hacer semejante comparacion? Siendo tan grande la fertilidad del suelo americano, ¡cómo no seria de admirar que de todo hubiese allí abundancia! Mas á decir la verdad, yo no sé que hasta ahora se haya descubierto en la Nueva España ni aun la vigésima parte de las plantas venenosas nacidas en el antiguo continente, de las cuales hacen frecuente mencion en sus libros los naturalistas y los médicos europeos.

En cuanto á las gomas, resinas, aceites y otros jugos que despiden los árboles, ó espontáneamente ó ayudados de la industria humana, es excelente, á decir de Acosta, la Nueva España. En efecto, hay bosques enteros de acacia que da la verdadera goma arábiga, la cual por su abundancia no es allí estimada. Hay á mas bálsamo, incienso de copal de muchas especies por su suavísimo olor ó por su virtud medicinal.

Aun los mismos bosques de que está cubierta la tierra de la América, segun afirman Buffon y Paw, demuestran su fecundidad. Ha habido, pues, siempre y aun hay en aquellas vastísimas regiones grandes bosques; pero no son tantos que no se pueda hacer un viaje de quinientas y seiscientas millas sin encontrar ni uno. ¡Y qué bosques! por lo comun ó de árboles frutales, como plátanos, mameyes, chico-zapotes, manzanos, naranjos, limones, cuales son los de *Coatzacoalco*, de la *Mixteca* y de *Michoacan*, ó de árboles apreciables por su madera ó por sus resinas, como son aquellos que separan el valle mejicano de la diócesis de Puebla, y los de *Chiapa* de los *zapotecas*, etc. A mas de los pinos, los robles, fresnos, nogales, acebos y otros muchísimos comunes

á ambos continentes, hay en mucho mayor número los árboles propios de aquella tierra y mas apreciables. De cedro hay, como hemos dicho en otra parte, bosques enteros. El conquistador Cortés fué acusado por sus émulos ante el emperador Cárlos V de haber puesto en el palacio que se mandó hacer en Méjico, siete mil vigas de cedro, y él se escusó diciendo que esta era una madera comun en aquel país. En efecto, tan comun es, que de esta preciosa madera se hacen las estacadas para los cimientos de las casas en el suelo fangoso de la capital. Del famoso y con razon celebrado ébano hay igualmente bosques en *Chiapa*, *Yucatan y Cozumel*, del brasil en las tierras calientes, y de la olorosa madera aloé en la *Mixteca*. El tapinceran, el granadillo ó ébano rojo, el camote y los otros que hemos mencionado en la Historia, proveen de maderas mucho mejores que las que se usan en Europa. Finalmente, por no detenerme en una larga y molesta enumeracion, me remito al padre Acosta, al doctor Hernandez, á Jimenez y otros autores europeos que han estado en la Nueva España, aunque todo lo que ellos dicen no basta á dar una idea completa de la fertilidad de aquella tierra. El padre Acosta afirma *que así en cuanto al número como en cuanto á la variedad de árboles producidos por la misma naturaleza, hay mayor abundancia en la América que en Asia, Africa y en Europa.*[1]

He aquí un nuevo argumento oportuno para convencer las ventajas de la tierra de América sobre la de Europa. La naturaleza y calidad de un terreno se da á conocer mejor por las plantas que él produce por sí mismo, sin el auxilio del arte. Cotejemos, pues, las producciones propias de la Europa no con las de toda la América, sino solamente con las de la Nueva España. "La causa, dice Montesquieu,[2] de haber tantos "salvajes en América, es que la tierra produce "por sí misma muchos frutos de que pueden ali- "mentarse.... Yo creo que estas ventajas no se "podrian tener en la Europa si la tierra se deja- "ra sin cultivo; no produciria mas que selvas de "encinos y de otros árboles inútiles." "Exa- "minando, dice Paw, la historia y el orígen de "nuestras legumbres, de nuestras hortalizas, de "nuestros árboles frutales y aun de nuestros gra- "nos, se conoce que todos son extranjeros y que "de otro clima se han trasladado al nuestro. Pue- "de entenderse fácilmente cuán grande habrá si- "do la miseria de los antiguos galos, y aun la de "los germanos, *en cuya tierra no se producia, ni* "*aun en tiempo de Tácito, ni un árbol frutal.*" Si la Germania debiera restituir los vegetales extranjeros que no pertenecen originalmente á su terreno ó clima, casi nada le quedaria, ni conservaria mas entre sus semillas, que sirven para el sustento, sino la adormidera silvestre y la avena, tambien silvestre....[1] Lo que Paw confiesa abiertamente de las Galias y de la Germania, podria tambien decirse de los otros países de la Europa, y aun de la Grecia y de la Italia, á las cuales proveyeron otros países. Si la Italia estuviese obligada á restituir todos aquellos frutos que no pertenecen originalmente á su terreno, ¿qué le quedaria á excepcion de las bellotas? Aquellos nombres, *Malum Sidonium*, *Malum Armeniacum*, *Malum Persicum*, *Malum Medicum*, *Malum Assyrium*, *Malum Pernicum*, *Nux Pontica*, *etc.*, sirven para recordarle que tales frutas le han venido de la Asia y de la Africa. "Se sabe, dice Busching,[2] que las mas hermosas y mejores frutas de árboles pasaron de la Italia á aquellos países en donde al presente se producen. La Italia las recibió de la Grecia, de la Asia y de la Africa. La manzana le vino de la Soria, de Egipto, de la Grecia etc., el albercoque de Epiro, la pera de Alejandría, de Soria, de Numidia y de Grecia, el limon y la naranja de Media, de Asiria y de Persia, el higo de Asia, la granada de Cartago, la castaña de Castania, en la Magnesia, provincia de Macedonia, la cereza de Ceresunto del Ponto, la almendra de la Asia y la Grecia, y de allí á Italia; la nuez de la Persia, la avellana del Ponto, la aceituna de Chipre, la ciruela de Armenia y de Soria, el albérchigo de Persia, el melocoton de Sidonia en Candia á la Grecia, y de allí á la Italia."

Plinio dice que los hombres al principio no se sustentaban mas que de bellotas.[3] Esto aunque sea falso con relacion al comun de los hombres, parece ser cierto respecto á los primeros pobladores de la Italia; al menos tal era la opinion de los antiguos, como aparece de sus escritos. Plinio añade que aun en su tiempo muchos pueblos por falta de granos se estiman ricos á proporcion de la cantidad de bellotas que tenian, de cuya harina hacian pan, como en el dia lo hacen en la Noruega de corteza de pino, y en otros países setentrionales de Europa de huesos de pescados, lo que es sin duda la miseria mas grande. Bomare protesta que todas las bellezas de los jardines europeos son extranjeras[4] y que las flores mas hermosas que tienen han venido de Levante.[5] El mismo Paw hace una confesion mas general de la antigua miseria de los europeos, en donde afirma que las plantas útiles que tienen al presente, pasaron de la Asia meridional á Egipto, de Egipto á la Grecia, de Grecia á Italia, de Italia á las Galias, y

1 Acosta, lib. 4, cap. 30.
2 Montesquieu, l' Esprit des Loix., lib. 18, cap. 9.

1 Recherch. philosoph., part. I.
2 Busching., Geograf., tom. 1.
3 Plin., Hist. nat., lib. 2, cap. 56.
4 Bomare, *Diction. univ. V. Historia natur. V. Plante.*
5 Id., V. Fleurs.

de las Galias á la Germania,[1] y así el terreno de Europa, en cuanto á sus propias y originales producciones, es de los mas pobres y estériles del mundo. Por el contrario, ¿cuán feraz y abundante no es el suelo americano, y principalmente el de Méjico, de plantas propias y útiles al sustento, al vestido y á los otros usos de la vida? Véanse las obras de los autores europeos que han escrito la historia natural de aquel Nuevo Mundo.

He aquí, pues, la respuesta que podrian dar los americanos á aquel ridículo cotejo que hace el cronista Herrera en su primera década, del cual hemos hecho mencion al principio de esta disertacion. "En América, dice, no habia, como en Europa, limones, ni naranjas, ni granadas, ni higos, ni melocotones, ni melones, ni uvas, ni aceitunas, ni azúcar, ni arroz, ni trigo." Dirán, pues, los americanos: 1º, que ni tampoco en Europa habia tales frutos hasta que no fueron trasplantados á ella de la Asia y de la Africa; 2º, que en el dia los hay en América como en Europa, y por lo comun son allá mejores y en mayor abundancia, y principalmente las naranjas, los limones, los melones y las cañas de azúcar; 3º, que si la América no tenia trigo, tampoco la Europa tenia maís, el cual no es menos útil ni menos sano: si la América no tenia granadas, limones, &c., á lo menos en el dia los tiene; pero la Europa no ha tenido, ni tiene, ni puede tener chirimoyas, aguacates, plátanos, chicozapotes, &c.

Finalmente, Buffon, Paw y otros filósofos é historiadores europeos que tanto han ponderado la esterilidad, los bosques, los pantanos y los desiertos de la América, se acuerden por gracia que los miserables países de la Laponia, de la Noruega, de la Islandia, de la Nueva Cembla, de Spitzvergo y los vastos y horrorosos desiertos de la Siberia, de la Tartaria, de la Arabia, de la Africa y otros, son ciertamente países del antiguo continente y hacen á lo menos una cuarta parte de su extension. ¿Pero qué países? véase la descripcion que hacen de ellos los mismos europeos. Véase á lo menos la elocuente descripcion que hace Buffon de los desiertos de la Arabia. "Un país, dice, sin verdor y sin aguas; un sol siempre abrasador, un cielo siempre seco, llanuras arenosas, todavía mas áridas, sobre las cuales se extiende cuanto puede la vista sin encontrar ni un objeto viviente; una tierra, por decirlo así, muerta y descortezada por los vientos, la cual no presenta mas que osamentas, piedras esparcidas y peñas levantadas ó volcadas; un desierto enteramente descubierto, en el cual el caminante no respira jamás bajo de sombra; en donde nada le hace compañía y nada hay allí que le recuerde á la naturaleza viva; soledad absoluta mucho mas espantosa que la de los bosques, pues á lo menos los árboles son criaturas vivientes que proporcionan algun alivio al hombre, el cual se halla solo, aislado, mas desnudo y mas desmayado en estos lugares vacíos y sin término. Todo el terreno que se le presenta lo ve como su sepulcro; la luz del dia, mas melancólica que las sombras de la noche, no renace sino para hacerle ver su desnudez y su impotencia, y para ponerle delante de los ojos su horrenda situacion, alejando de su vista los límites del vacío y ampliando al rededor de él el abismo de la inmensidad que lo separa de la tierra habitada; inmensidad tan grande, que inútilmente pretenderia pasar, porque el hambre, la sed y el calor abrasador le acortan aquellos momentos que le restan entre la desesperacion y la muerte."[1]

1 Recherches philosophiques.

1 Buffon, Hist. nat., tom. 22.

DISERTACION IV.

SOBRE LOS ANIMALES DEL REINO DE MEJICO.

Una de las cosas mas inculcadas por Buffon y Paw para dar á conocer la infelicidad del suelo americano y la malignidad de su clima, es la de la pretendida degradacion de los animales, así de los que son propios de aquella tierra, como de los que han sido trasladados del antiguo continente. En esta disertacion examinaremos sus razones y demostraremos algunos de sus muchos errores y contradicciones.

§ I.

SOBRE LOS ANIMALES PROPIOS DEL REINO DE MÉJICO.

Todos los animales que hay en el Nuevo Mundo pasaron del antiguo, como hemos establecido en la 1ª disertacion, y esto lo confiesa el mismo Buffon en el tomo 29 de su Historia natural, y deben confesarlo todos los que tengan respeto á los libros sagrados. Nosotros, pues, llamamos propios del reino de Méjico aquellos animales que encontraron allí los españoles, no porque traigan en efecto su primer orígen de aquella tierra, como dan á entender Paw en toda su obra y Buffon en los primeros veintiocho tomos de su Historia, sino solamente para distinguir los animales que desde tiempo inmemorial se criaban en aquellos países, de los otros que después fueron trasladados allá de Europa; llamaremos, pues, á estos *europeos* y á aquellos americanos.

El primer capítulo de impreperio contra la América es, segun el conde de Buffon, el pequeño número de sus cuadrúpedos, comparado con el de los del antiguo continente. El numera doscientas especies de cuadrúpedos en toda la tierra hasta ahora descubierta, de las cuales hay ciento treinta en el antiguo continente y solamente setenta en el Nuevo Mundo, y si de este número se quitan los que son comunes á ambos continentes, apenas tendremos, dice, cuarenta especies de cuadrúpedos *propiamente americanos*. De este antecedente deduce él que en la América *ha escaseado prodigiosamente la materia*.[1]

¿Pero por qué quiere quitar á la América de las setenta especies que tiene de cuadrúpedos, aquellas treinta que son comunes á ambos continentes, pues estas por su antiquísima residencia en aquellos países son tan propiamente americanas como las otras? A mas de esto, si aquellos brutos que él llama propiamente americanos hubiesen sido creados desde el principio en la América, podria él tal vez con alguna menor inverosimilitud afirmar la pretendida escasez de la materia en aquella parte del mundo; pero habiendo sido asiáticos en su primer orígen todos los brutos, como él mismo confiesa, no sé cómo tuvo valor para deducir una consecuencia tal "Cada animal, dice el mismo conde de Buffon, "abandonado á su instinto, se busca una zona y "una region proporcionada á su naturaleza."[2] He aquí, pues, la causa del menor número de las

1 Hist. nat., tom. 23.
2 Hist. nat., tom. 29.

especies de cuadrúpedos en la América, porque abandonados á su instinto después que salieron de la arca de Noé, buscaron y hallaron en los países del antiguo continente una zona y una region conveniente á su naturaleza, y así no tuvieron necesidad de hacer aquel largo viaje á la América. Si la arca de Noé en vez de pararse en los montes de la Armenia, se hubiese parado en los Alpes americanos, hubiera sido por la misma razon menor el número de las especies de cuadrúpedos en el antiguo continente, y seria digno de desprecio el filósofo americano que de tal antecedente pretendiese inferir la prodigiosa escasez de la materia y el *cielo avaro* del que ahora llamamos continente antiguo.

Pero aunque todos los cuadrúpedos fuesen verdaderamente originarios de la América, no deberia deducirse de aquí la pretendida escasez de la materia, porque no puede decirse que escasea la materia en un país que tiene un número de especies de cuadrúpedos proporcionado á su extension. La de la América es la tercera parte de la de toda la tierra; pues no puede decirse que allí escasea la materia siempre que haya la tercera parte de las especies de cuadrúpedos. Las especies de estos son, segun dice el conde de Buffon, doscientas, y la América tiene setenta, esto es, un poco mas de la tercera parte; luego no puede decirse que allí escasea la materia.

Hasta ahora hemos discurrido en la suposicion de que es cierto cuanto dice el conde de Buffon en órden al número de las especies de cuadrúpedos; ¿pero quién lo sabe, pues hasta ahora no se ha hallado el verdadero carácter distintivo de las especies? Así el conde de Buffon como algunos otros naturalistas que han escrito después de él, creen que el único indubitable argumento de la diversidad específica de dos animales semejantes por otra parte en muchos accidentes y propiedades, es no poder el macho cubrir la hembra y producir por medio de la generacion un individuo fecundo y semejante á ellos. Pero este argumento de la diversidad, á mas de que falla en algunos animales, es respecto de otros muy difícil de verificar. Para que se vea la incertidumbre de él, pongamos por una parte un asno y una yegua, y por otra un mastin y una galga, dos razas muy diferentes de perros. De esta mezcla nace un perro que tiene de mastin y de galga; de aquella nace una mula que tiene igualmente de burro y de yegua. Pero ahora quiero yo saber por qué el asno y la yegua son dos especies diversas de cuadrúpedos, y el mastin y la galga son solamente dos diferentes razas de una misma especie. Porque esta mezcla, dice el conde de Buffon, engendra un individuo fecundo y aquella no. ¿Pero cómo? El mismo conde de Buffon en el tomo 29 de su Historia, afirma abiertamente que el no concebir por lo comun las mulas, no es por razon de alguna absoluta impotencia, sino solamente por el excesivo calor y por las extraordinarias convulsiones que padecen en el coito. Bomare[1] después de haber citado el testimonio de Aristóteles, el cual en la Historia de los animales refiere que en su tiempo los machos de la Siria provenientes de caballos y mulas engendraban muletos semejantes á ellos, añade: "Este hecho, referido por un " filósofo muy digno de crédito, prueba que las " mulas son animales específicamente fecundos " en sí mismos y en su posteridad." Semejantes hechos que demuestran la fecundidad de las mulas, se hallan testificados por muchos autores, igualmente dignos de fe, así antiguos como modernos, y algunos han sucedido en nuestros dias en el reino de Méjico.[2] No hay pues otra disparidad entre estas dos mezclas de cuadrúpedos, sino que los partos de las perras engendradas por la mezcla de perros, son mas frecuentes que los de las mulas.

A mas de esto, ¿de quién ha sabido el conde de Buffon que el *gibbon* y el *magoto*, el *mamman* y el *papiore* (cuatro especies de monos), no se mezclan entre sí, ni engendran un individuo fecundo? Ni este autor ha hecho en órden á esto experiencia alguna, ni cita algun otro naturalista que la haya hecho, y no obstante esto, decide que todos los referidos cuadrúpedos son otras tantas especies diversas. Es pues en gran parte dudosa é insubsistente la division de las especies de cuadrúpedos hecha por él, y no sabemos si ciertos cuadrúpedos que él pone como especies diferentes, sean en efecto una sola especie, y por el contrario, si otros que él cree de una especie, sean en realidad específicamente diversos.

Pero dejando esto, bastaria ciertamente para causar una gran desconfianza de la division que el conde de Buffon hace de los cuadrúpedos el advertir las contradiciones que se encuentran tanto en este como en otros puntos de su Historia, aunque por otra parte muy apreciable. En el discurso que hace en el tomo 29 sobre la degeneracion de los animales, afirma que *si se quiere hacer la enumeracion de los cuadrúpedos propios del nuevo continente, hallarémos cincuenta especies diferentes*, y en la enumeracion que hace de los cuadrúpedos de ambos continentes, dice que los de la América apenas son cuarenta especies. En la referida enumeracion pone como especies diferentes las de la cabra doméstica, la gamuza y el buguetino ó cabron silvestre, y en el tomo 24 tratando de los referidos animales, dice que estos

1 Diction. de Hist. nat. V. mulet

2 Entre otros es digno de particular mencion el parto repetido de una mula engendrada de burro y yegua, sucedido en la grande hacienda llamada el Salto de Zurita junto á la ciudad de *Lagos*, perteneciente al caballero don Fulgencio Gonzalez Rubalcaba. Esta mula concibió de un burro y parió un muleto el año de 1752 y otro en 1758.

tres cuadrúpedos y las otras seis ó siete especies de cabras que distinguen los nomenclatores, son todas de una misma especie, y así deben quitarse estas ocho ó nueve especies de aquellas ciento treinta que él numera en el antiguo continente. En la referida enumeracion cuenta al perro, al topo y la marmota, y añade que ninguno de estos cuadrúpedos habia en la América; pero hablando después de los animales comunes á ambos continentes, dice que las marmotas y los topos son especies comunes á uno y otro continente, aunque sea difícil decidir si tales cuadrúpedos americanos son de la misma especie que los del continente antiguo; y en el tomo 16 afirma que los topos fueron llevados á América de la Europa en navíos. En cuanto á los perros que en la referida enumeracion niega á la América, se los concede en el tomo 30, pues afirma, que *xoloitzcuintli*, el *itzcuintepotzotli* y el *techichi* eran tres diferentes razas de la misma especie de perros del antiguo continente. Basta este ensayo para dar á conocer que el conde de Buffon á pesar de su grande talento y suma diligencia, se olvidó algunas veces de lo que habia escrito.

Entre las ciento treinta especies de cuadrúpedos del antiguo continente numera siete especies de murciélagos comunes en la Francia y en otros países de Europa, de las cuales las cinco que antes eran desconocidas ó confundidas, fueron novísimamente descubiertas ó distinguidas por Daubenton, como él afirma en el tomo 16 de su Historia. Pues si en la docta Francia, en donde tantos siglos hace se estudia la historia de la naturaleza, estuvieron hasta ahora ignoradas cinco especies de murciélagos, ¿qué hay que admirar de que en las vastas regiones de la América, en donde no ha habido tan grandes naturalistas ni ha mucho tiempo que está en aprecio este estudio, hayan estado igualmente desconocidas muchas especies de cuadrúpedos? Yo no dudo que si fuesen algunos Buffones y Daubentones al Nuevo Mundo, se podrian contar muchas mas especies de cuadrúpedos que los que él numera desde Paris, en donde no pudo tener en órden á los animales americanos, todas aquellas luces que tiene en órden á los europeos. Me causa ciertamente compasion que un filósofo tan célebre, tan ingenioso, tan erudito y tan elocuente, el cual se ha puesto á escribir de todos los cuadrúpedos del mundo, distingue sus especies, familias y razas, describe su carácter, su índole y sus costumbres, numera sus dientes y aun mide sus colas, se muestre por otra parte ignorante de los animales mas comunes del reino de Méjico. ¿Qué bestia mas comun y mas conocida en dicho reino que el *coyote*? De ella hacen mencion todos los historiadores de aquel reino, y una exacta y menuda descripcion el doctor Hernandez, cuya Historia hallamos frecuentísimamente citada por el conde de Buffon; sin embargo, este autor no habla ni una palabra de ella ni bajo este ni otro algun nombre.[1] ¿Quién no sabe que el conejo era cuadrúpedo cumunísimo en los países del imperio mejicano, bajo el nombre de *tochtli*, que la figura de él era uno de los cuatro caracteres de los años mejicanos, y que del pelo de su barriga se tejian jubones para el uso de los señores en el invierno? Con todo, el conde de Buffon quiere que el conejo sea uno de aquellos cuadrúpedos que de Europa se trasladaron á América; pero entre tantos historiadores europeos del reino de Méjico no he encontrado ni uno que lo diga; antes todos suponen que él habita desde tiempo inmemorial en aquellos países, y yo no dudo que los mejicanos al leer esta singular anécdota del conde de Buffon se reirán de él.

El doctor Hernandez numera en la Historia de los cuadrúpedos cuatro animales mejicanos de la clase de los perros, mencionados por nosotros en el lib. I de la Historia: el primero, el *xoloitzcuintli* ó perro pelado, el segundo el *itzcuintepotzotli* ó perro corcovado, el tercero el *techichi* ó cachorro comestible, y el cuarto el *tepeitzcuintli* ó cachorro montés. Estas cuatro diversísimas especies de cuadrúpedos las ha reducido el conde de Buffon á una sola. El dice que el doctor Hernandez se engañó en lo que escribió *xoloitzcuintli*, porque ningun otro autor hace mencion de él, y por lo tanto debe creerse que aquel cuadrúpedo fué trasportado de Europa, pues el mismo Hernandez afirma haberlo visto antes en España, y no tenia nombre en el reino de Méjico, pues *xoloitzcuintli* es el nombre propio del lobo, impuesto por Hernandez á aquel otro cuadrúpedo; que todos aquellos perros eran conocidos en el reino de Méjico con el nombre genérico de *alco*. He aquí en pocas palabras un conjunto de errores. El nombre alco no es mejicano, ni jamás se ha usado en el reino de Méjico, sino en la América meridional. El de *xoloitzcuintli* no es el nombre del lobo, ni sé que jámas haya habido alguno en el reino de Méjico que lo haya llamado así. Los mejicanos llaman al lobo *cuetlachtli*, y en algunos lugares en donde no se habla con la mayor propiedad el mejicano, le llaman *tecuani*, el cual nombre es el genérico de las fieras: consta á mas de esto por el mismo texto del Hernandez, que ponemos aquí abajo,[2] que ni el

1 Los animales del antiguo continente á quienes mas se asemeja el *coyote*, son el *chacal*, el *adive* y el *isatis*; pero es distinto de ellos. El chacal es del tamaño de una zorra; el coyote doblemente mayor. Los chacales van casi siempre acompañados en número de 30 ó 40; el coyote va por lo comun solo. El adive es aun mas pequeño y mas débil que el chacal. El isatis es propio de la zona fria y huye de los bosques; el coyote ama á éstos y habita en los países calientes y templados.

2 *Præter canes notos nostro orbi, qui omnes pene ab Hispanis* traslati ab Indis in plagis, hidie educantur, tria alia offendes genera, quorum, primun antecuam huc me

xoloitzcuintli fué trasladado de la Europa al reino de Méjico, ni este nombre se le impuso por Hernandez, sino que era con el que los mejicanos lo llamaban. Hernandez habia visto aquel cuadrúpedo en España, porque habia sido trasladado del reino de Méjico, como él mismo asienta, así como habia visto en los jardines de Felipe II algunas plantas mejicanas. ¿Pero por qué ningun otro autor ha hecho mencion del *xoloitzcuintli*? Porque ningun otro ni antes ni despues de él, ha comprendido la historia de los cuadrúpedos mejicanos, y los historiadores de aquel reino se han contentado con hablar de los animales mas comunes. Por lo demás, todo hombre sábio é imparcial deberá dar mayor crédito al doctor Hernandez en la Historia natural del reino de Méjico, como tantos años se ocupó en ella por órden del rey Felipe II, y que con sus propios ojos observó los animales, de los cuales escribió y se informó á boca de los mismos mejicanos, cuya lengua aprendió, que no al conde de Buffon, el cual aunque mas ingenioso y mas elocuente, no tuvo otras noticias de los animales mejicanos, sino las que adquirió de la obra del mismo Hernandez ó en las relaciones de algun otro autor no tan digno de nuestro crédito como aquel docto y práctico naturalista.

Quiere el conde de Buffon que el *tepeitzcuintli* del Hernandez no sea otro que el gloton, cuadrúpedo comun en los paises mas septentrionales de ambos continentes; pero cualquiera que quiera confrontar la descripcion que el conde de Buffon hace del gloton con la que el doctor Hernandez hace del *tepeitzcuintli*, inmediatamente advertirá una enorme diferencia entre aquellos dos cuadrúpedos.[1] El gloton es, segun el conde de Buffon, propio de los paises frios del Setentrion; el *tepeitzcuintli* de la zona tórrida; el gloton es, al decir del conde de Buffon, doblemente mas grande que el *tejon*; el *tepeitzcuintli* es, como dice el Hernandez, *parvi tantum magnitudine*. El gloton se llama así por razon de su estupenda é inaudita voracidad, la cual lo lleva al exceso de desenterrar los cadáveres para comérselos: nada que se parezca á esto, dice Hernandez, hay en el *tepeitzcuintli*, y no lo habria omitido siendo este el principal carácter del gloton; antes bien afirma que el *tepeitzcuintli* se domestica y se alimenta de yemas de huevo y de pan deshecho en agua caliente, y no podria ciertamente sustentarse un animal tan ambicioso de carne como es el gloton. Finalmente, omitiendo otras pruebas de su diversidad, la piel del gloton es, segun lo que dice el conde de Buffon, casi tan apreciable como la de la cebellina,[1] y no sabemos que la del *tepeitzcuintli* haya sido jamás estimada ó usada.

Siendo, pues, el *xoloitzcuintli* distinto del lobo y el *tepeitzcuintli* del gloton, y siendo aquellos cuatro cuadrúpedos americanos de la clase de los perros, muy distintos entre sí en el tamaño, la índole y otros muchos accidentes notables, y no constando, por otra parte, que puedan mezclarse entre sí y producir un tercer individuo fecundo, debemos concluir que son cuatro especies diversas, y por esta razon deben restituirse á la América aquellas tres especies quitadas injustamente por el conde de Buffon.

No acabaríamos jamás si quisiésemos exponer todos los errores de este autor en órden á los cuadrúpedos mejicanos; pero para demostrar mas que el número de setenta especies prescrito por él á la América, no es justo, sino muy falso, y contrario, por otra parte, á lo que él mismo escribe en el discurso de su Historia, daremos al fin de esta disertacion una lista de los cuadrúpedos americanos, sacada de la referida Historia, á la cual agregaremos los cuadrúpedos confundidos por él con otros muy distintos, y tambien los que omitió enteramente, con lo que haremos ver cuánto se ha separado de la verdad al decir que en la América *ha escaseado prodigiosamente la materia*. A mas de que para inferir tal escasez, no basta hacernos conocer que son pocas las especies, sino que seria necesario demostrar que son pocos los individuos de tales especies, pues si los individuos de las setenta especies de cuadrúpedos americanos son mas que los de las ciento treinta del antiguo continente, será ciertamente en la América menos varia la naturaleza, pero no mas escasa la materia. Seria necesario tambien demostrar que son igualmente pocas y poco numerosas las especies de los reptiles y de las aves, pues no menos estas que aquellas, sirven para manifestar la escasez ó la abundancia de la materia; ¿pero quién es tan ignorante de las cosas de la América que no tenga noticia de la increible variedad y de la sorprendente multitud de las aves americanas? Díganme, pues, ¿por qué habiendo sido la naturaleza tan avara en los cuadrúpedos para la América como quieren el conde de Buffon y Paw, ha sido tan pródiga en las aves?

No contentos estos autores con disminuir las especies de cuadrúpedos americanos, se esfuerzan tambien en acortar su estatura. "Todos los animales de la América, dice el conde de Buffon,[2] "tanto los que fueron trasladados por los hombres, como los caballos, los burros, los toros, "las ovejas, las cabras, los puercos, los perros, "etc., como los que pasaron por sí mismos, por

constrictum, vidi in patria; ceterum vero neque conspexeram, neque adhuc eo delata puto. Prius xoloitzcuintli vocatus alio corporis vincit magnitudine, etc. Hernandez, Hist. cuadrup. Novæ Hisp., cap. 20.

1 Buffon, Hist. nat., tom. 27. Hernandez, Hist. cuadrúp. N. Hisp., cap. 11.

1 Bomare dice que la piel del gloton es mas estimada por los naturales de Kamtschatka que la de la cebellina, y que en la Suecia es muy solicitada y muy cara.

2 Hist. nat., tom. 18.

"ejemplo, los lobos, los zorros, los venados y los "halcones, son allí considerablemente mas pe-"queños que en Europa, y *esto, añade, sin nin-"guna excepcion.*" El cual estupendo efecto lo atribuye él al *cielo avaro* de la América y á la combinacion de los elementos y de otras causas físicas. "No habia, dice Paw, *bajo la zona tór-"rida del nuevo continente ningun cuadrúpedo "grande.* El mayor (entre los propios de aque-"llos países) que existe actualmente en el Nue-"vo Mundo, entre los trópicos, es el tapir, el "cual es del tamaño de un becerro."[1] "El animal mas corpulento del nuevo continente, dice el conde de Buffon, es el tapir, el cual es tan grande como una pequeña mula, y después de él el cabiai, el cual es del tamaño de un puerco mediano."

Ya hemos demostrado en la disertacion antecedente, que aun cuando concediésemos á estos filósofos la pretendida pequeñez de los cuadrúpedos americanos, nada se concluia contra la tierra ó contra el clima de la América, pues segun los principios establecidos por el conde de Buffon y citados por nosotros en otra parte, los animales mas grandes son propios de los climas excesivos y los menos grandes de los climas templados y dulces, y si de la grandeza de los cuadrúpedos deberian argüirse las ventajas del clima, diremos sin duda que el clima de la Africa y de la Asia meridional es mucho mejor que el de la Europa. Mas si en la América, cuando fué descubierta por los europeos, no habia elefantes, rinocerontes, hipopótamos, camellos, jirafas, á lo menos los hubo en algun tiempo si damos fe á Paw, Lloane, Pratz, Lienery y algunos otros autores, los cuales afirman la antigua existencia de aquellos grandes cuadrúpedos en la América, fundados en el descubrimiento de huesos fósiles y de esqueletos enteros de desmesurado tamaño en diversos lugares de aquel Nuevo Mundo, y si creemos lo que el conde de Buffon escribe en el tom. 18 de su Historia, hubo antes en la América un cuadrúpedo seis veces mas grueso que el elefante, llamado *mammout;*[2] pero en la Europa ni jamás hubo ni puede haber algun cuadrúpedo de primer tamaño. En la América no habia caballos, burros, ni toros[1] antes de que fuesen llevados de la Europa; pero tampoco los habia en esta antes de que los hubiesen trasladado de la Asia. Todos los animales traen su orígen de esta, y de allí se esparcieron por otros países: la inmediacion de la Europa y el comercio de los pueblos asiáticos con los puercos, facilitaron el tránsito de aquellos cuadrúpedos á Europa, y con ellos tambien fueron trasladados algunos usos é invenciones útiles á la vida, de las cuales fueron privados los americanos por la distancia de los países y la falta de comercio.

Cuando el conde de Buffon afirmó que el cuadrúpedo mas grueso del nuevo continente era el tapir, y después el cabiai, se habia olvidado enteramente de las morsas, las foches, los cíbolos, los rangíferos, los alazanes, los osos y los huanacos. El mismo confiesa[2] que el becerro marino visto por lord Andson y Roger en la América, y llamado por ellos *leon marino*, era incomparablemente mas grande que todos los becerros marinos del mundo antiguo. ¿Quién se atreverá á comparar el cabiai, el cual no es mas grande que un puerco mediano, con los cíbolos y los alazanes? Los cíbolos son corrientemente iguales á los toros comunes de Europa, y algunas veces los exceden en tamaño. Véase la descripcion que hace Bomare[3] de uno de estos cuadrúpedos llevado de la Luisiania á Francia y exactamente medido por el mismo naturalista en Paris el año de 1779. Hay una innumerable multitud de estos grandes animales en la zona templada de la América setentrional. Los alazanes del Nuevo Méjico son del tamaño de un buen caballo. Hubo un caballero en la ciudad de Zacatecas que se sirvió de ellos para su carroza en lugar de caballos, como testifica Betancurt,[4] y algunas veces han sido mandados á la corte de España para presentarse al rey católico.

La proposicion universal en la cual afirma el conde de Buffon que todos los cuadrúpedos comunes á ambos continentes son mas pequeños en

1 Recherch. philosoph., part. 3, sect. 2.

2 Atendiendo á lo que dice Muller de su *mammout*, este cuadrúpedo seria de largo de 133 piés y 105 de alto. El conde de Buffon habla así de él en el tom. 16: "El prodigioso mammout, cuyos huesos enormes hemos examinado muchas veces y que hemos juzgado seis veces á lo menos mas grande que el mas grueso elefante, no existe ya." En el tom. 22 dice habérsele asegurado que aquellos desmesurados huesos habian sido de elefantes siete ú ocho veces mas grandes que aquel cuyo esqueleto habia observado en el real gabinete de Paris; pero en su nueva obra intitulada *Las épocas de la naturaleza*, vuelve á afirmar la antigua existencia de aquel enorme cuadrúpedo en América.

1 Cuando decimos que no habia toros en la América, hablamos solamente de la raza comun que se emplea en la agricultura, pues habia cíbolos, los cuales algunas veces cree el conde de Buffon que son de la misma especie de los toros comunes, y otras lo duda.

2 Hist. nat., tom. 27.

3 Diction. de Histoir. nat. V. *Bison*. Bomare llama á aquel animal americano por su tamaño *cuadrúpedo colosal;* que su largo, dice, desde el hocico hasta la cola, medido por los lados, era de nueve piés y once pulgadas; su alto desde la cima de la corcoba hasta las uñas, de cinco piés y cuatro pulgadas; su grueso medio en la corcoba y en la papada, de diez piés de circunferencia. Añade después haber oido del dueño de aquel animal, que las hembras eran todavía mas grandes.

4 Muy grandes debian ser aquellos alazanes para poder arrastrar las carrozas que se usaban en aquel reino el siglo pasado.

América *sin ninguna excepcion*, la han desmentido algunos autores europeos que vieron aquellos animales con sus propios ojos, y aun el mismo conde de Buffon en otros lugares de su Historia. Del *miztli* ó leon americano, dice el doctor Hernandez que es mas grande que el leon de la misma especie del antiguo continente.[1] Del tigre mejicano afirma lo mismo.[2] Ni el conde de Buffon ni Paw tienen una justa idea de esta fiera. Yo ví una entre otras muerta pocas horas antes, de nueve escopetazos, mucho mas grande que aquel que quiere hacernos creer el conde de Buffon. Estos autores, pues no se fian de la relacion de los españoles, deberán á lo menos dar crédito á Condamine, francés docto y sincero, el cual dice que los tigres que vió en los países calientes del Nuevo Mundo no le parecieron diversos de los tigres africanos, ni en cuanto á los colores de la piel ni en cuanto al tamaño, etc. Del lobo mejicano dice el referido Hernandez, que así en la figura, color é inclinaciones, como en el tamaño, es semejante al lobo europeo, á excepcion de tener aquel la cabeza mas grande.[3] Lo mismo afirma de los venados comunes, y Oviedo de estos y de las cabras monteses. El mismo conde de Buffon, á pesar de la generalidad del principio establecido por él sin ninguna excepcion sobre el menor tamaño de los cuadrúpedos americanos, hablando despues en el tomo 29 de la degeneracion de los animales, dice que la cabra montés y el cabrito son entre los cuadrúpedos comunes á ambos continentes, los únicos que son mas grandes y mas fuertes en el Nuevo Mundo que en el antiguo, y hablando en el tomo 27 de la ledra del Canadá, confiesa que esta es mucho mas grande que la de Europa, y lo mismo dice del castor americano; y así, aquel que no admitia ninguna excepcion en su principio, lo admite en las cabras monteses, en los cabritos, las lodras, los castores y los becerros marinos. Si á estos, pues, se agregan los tigres, los leones sin guedeja y los venados, segun el testimonio de Hernandez y de Oviedo, tendremos á lo menos ocho especies de cuadrúpedos comunes á ambos continentes que son mas grandes en el Nuevo Mundo que en el viejo. A los referidos deben tambien agregarse aquellos cuadrúpedos que son igualmente grandes en uno y otro continente, pues tanto estos como aquellos, demuestran falso el principio del conde de Buffon. El doctor Hernandez afirma que el lobo mejicano es del mismo tamaño que el europeo. El conde de Buffon dice que entre uno y otro no hay mas diferencia sino que el lobo mejicano tiene mas hermosa la piel y cinco dedos en los piés anteriores y cuatro en los posteriores. Por lo que respecta, pues, á los osos, hay actualmente en Italia muchísimos europeos que han visto los del reino de Méjico y los de los Alpes. No creo que entre tantos testigos haya ni uno que haya reconocido algun exceso en los osos europeos. Yo á lo menos sinceramente protesto que todos los que he visto en el reino de Méjico me han parecido mas grandes que los que he visto en Italia.[1]

Es, pues, falso que todos los animales del Nuevo Mundo son mas pequeños que los del antiguo sin ninguna excepcion. Es tambien falsísimo que son todos *mucho mas pequeños, y que la naturaleza se ha valido en el Nuevo Mundo de una escala diferente de grandeza*, como afirma en otro lugar el conde de Buffon.[2] Igualmente se puede demostrar el error de Paw en decir que todos los cuadrúpedos de la América son una sexta parte mas pequeños que sus análogos del antiguo continente. La tusa del reino de Méjico es análoga al topo europeo y es mas grande que este, segun dice el conde de Buffon. Aquel cuadrúpedo mejicano que el conde de Buffon llama *cocualino* y nosotros *tlalmototli*, es análogo á la ardilla de Europa, y es, segun dice el mismo autor, doblemente mas grande. El toporagno del Brasil es análogo al europeo, y tambien es mas grande que este, como confiesa el referido autor. El *coyote*, análogo al *chacal*, es doblemente mas grande. La llama ó carnero del Perú, análogo al de Europa, es sin comparacion mas grande, etc. Mas estos filósofos, demasiado empeñados en envilecer á la América y en desacreditar á sus animales, hallan que censurar aun en sus colas, piés y dientes. "No solamente, dice el conde de Buffon, escasea prodigiosamente la materia en el nuevo continente, sino que tambien son imperfectas las figuras de sus animales y parecen haber sido desatendidas.[3] Los animales de la América meridional, que son los que propiamente pertenecen á este nuevo continente, casi todos carecen de colmillos, cuernos y colas; su figura es estravagante y sus miembros desproporcionados y mal unidos, y algunos, como los hormigueros y los perezosos, de una naturaleza tan miserable, que ape-

1 Leoni nostrati minime jubato aut idem est miztli, aut congener in infantia fuscus, et fulvus in juventa, interdum que rubens aut subalbidus, in majorem tamen assurgens molem, quod ab regionis diversitatem potest evenire. Hist. quadrup. N. Hisp., cap. XI.

2 Vulgaris est huic orbi tigris, sed nostrate mayor. Hist. quadrup. N. Hisp., cap. X.

3 Forma, colore, moribus, ac mole corporis Lupo nostrati similis est cuetlachtli atque adeo ejus, ut mihi videtur speciei, sed ampliore capite. Hist. quadrup. N. Hisp., cap. XXIII.

1 El conde de Buffon distingue las especies de los osos negros de la de los morenos, y afirma que los negros no son nada feroces; pero los osos mejicanos, los cuales no son todos negros, son ciertamente ferocísimos, como es notorio en el reino de Méjico, y yo puedo ser testigo.

2 Hist. nat., tom. 18.

3 Hist. nat., tom. 18.

"nas tienen la facultad de moverse y de comer."[1] "Los animales propios del Nuevo Mundo, dice Paw, son por lo comun de una figura desgraciada, y en algunos tan mal dispuesta, que los primeros dibujantes no pudieron sino con trabajo hacer sensibles sus caracteres. Se ha observado que á la mayor parte de las especies falta la cola, y que tienen una cierta irregularidad en las manos, lo que es notable en el tapir, en el hormiguero, en el glama de Margrafo, en el perezoso y en el cabiai. Las avestruces, las cuales en nuestro continente no tienen mas que dos dedos unidos con una membrana, tienen todas en la América cuatro dedos."[2]

Estos discursos, para decir la verdad, son mas bien una censura de la conducta del Criador que del clima de la América, semejante en aquella blasfemia que por algunos se atribuye al rey don Alonso el Sábio sobre la disposicion de los cuerpos celestes. Si los primeros individuos de aquellas especies de animales no vinieren así de la mano del Criador, sino que el clima del Nuevo Mundo ha sido la causa de su pretendida irregularidad, siempre que estos animales fuesen trasladados á Europa, se perfeccionaria su figura, su índole y su instinto; á lo menos después de diez ó doce generaciones, aquellos miserables animales á los cuales el maligno clima de la América ha quitado la cola, los cuernos y los colmillos, los recuperarán bajo un clima benéfico. No, dirán aquellos filósofos, porque no es tan fácil el recuperar en la naturaleza lo que se pierde como el perder lo que se tiene; y así, aun cuando aquellos animales no pudiesen volver á adquirir en el antiguo continente la cola, los cuernos y los colmillos, todavía podria decirse que el clima de la América ha sido la causa de tal pérdida. Sea, pues, así, y por lo tanto no hablemos ya de las irregularidades consistentes en algun defecto, sino de aquellas que son tales por exceso de la materia. Hablemos de las avestruces, las cuales tienen por vicio de la naturaleza, segun dice Paw,[3] dos dedos mas en cada pié, ó por no dejar los cuadrúpedos, hablemos mas bien del unau, especie de perezoso americano, el cual entre otras irregularidades tiene la de constar de cuarenta y seis costillas. "El número de cuarenta y seis costillas en un animal de tan pequeño cuerpo es, dice el conde de Buffon, una especie de error ó de exceso de la naturaleza, pues ningun animal, ni aun de los mas grandes ó de aquellos que tienen el cuerpo mas largo á proporcion de su gordura, no tienen tantas. El elefante no tiene mas que cuarenta costillas, el caballo treinta y seis, el tejon treinta, el perro veintiseis y el hombre veinticuatro." Pues si el primer unau que hubo en el mundo tuvo de la mano de Dios aquel mismo número de costillas que tienen actualmente sus descendientes, el discurso del conde de Buffon es una censura del Criador, y el decir que el excesivo número de costillas ha *sido un error de la naturaleza*, querrá decir que ha sido un error de Dios, el cual es la verdadera naturaleza efectriz. Estoy bien seguro de que una blasfemia tal es muy ajena del sublime entendimiento y del corazon cristiano del conde de Buffon; pero el espíritu filosófico que reina por todas partes en sus obras, lo indujo algunas veces á usar de tales expresiones, que bien examinadas no agradarán á los buenos cristianos.[1] Si por el contrario, creen estos filósofos que el unau en su primer orígen tuvo un número de costillas proporcionado al tamaño de su cuerpo, y que el maligno clima de la América se las fué después aumentando, deberemos persuadirnos que siempre que fuese trasladada aquella especie de cuadrúpedos al antiguo continente y se criase en un clima mas favorable, se reduciria finalmente á su primitiva perfeccion. Hágase, pues, la experiencia; trasládense al mundo antiguo dos ó tres machos de aquella desgraciada especie y otras tantas hembras, y si después de veinte ó mas generaciones se reconoce que comienza en ellos á disminuirse el número de las costillas, inmediatamente confesaremos que la tierra de la América es la mas infeliz y el clima mas malo del mundo. Si no sucede así, diremos entonces, como lo decimos desde ahora, que la lógica de estos señores es mas miserable que aquel cuadrúpedo y que sus raciocinios son meros paralogismos. Por lo demás, es ciertamente digno de admiracion que en un país en donde tanto ha escaseado la materia, haya la naturaleza pecado por exceso de ella en las costillas de los perezosos y en los dedos de los avestruces.

Mas para dar á conocer que estos filósofos, empeñados en hacer parecer maligno el clima del Nuevo Mundo, se habian olvidado enteramente de las miserias de su propio continente, preguntémosles: ¿cuál es el animal mas miserable de la América? El perezoso, responderán inmediatamente, porque este cuadrúpedo es el mas imperfecto en su organizacion, el mas inhábil para el movimiento, el mas desproveido de armas para su defensa, y sobre todo, él parece tener menos sensacion que todos los otros animales; ani-

1 Hist. nat., tom. 23.

2 Recherch. sur les americains, part. I.

3 Paw se engañó en el número de los dedos del *touyuyo*, avestruz americana, pues no tiene mas que tres; pero en la parte posterior de los piés tiene un tubérculo redondo y calloso que le sirve en lugar de talon, y por el vulgo se ha creido dedo.

1 Queriendo el conde de Buffon dar la razon por qué el hombre resiste mas que los animales á las influencias de los climas, dice así en el tomo 18: *El hombre es en todo obra del cielo; los animales no son en muchos respectos sino producciones de la tierra.* Esta proposicion parece un poco dura; pero mas duras se leen en su obra de las *Epocas* de la naturaleza.

mal verdaderamente infeliz, condenado por la naturaleza á la inercia, al hambre y al llanto, con el cual despierta á toda hora en los otros animales la compasion y el horror. Pero esta clase de cuadrúpedos, tan famosos por su miseria, es comun á ambos continentes. El conde de Buffon no quiere creerlo porque no le tiene cuenta, y dice que si algun perezoso se halla en la Asia, ha sido trasladado de la América; pero diga lo que quiera, lo cierto es que el unan, una de las especies de perezosos, es animal asiático, como testifican Klein, Linneo, Brisson, el editor del Gabinete de Seba y el referido Bosmaer, docto y diligente naturalista holandés.[1] El unan de Bengala, visto, criado y exactamente descrito por este autor, no pudo haber sido trasladado de la América meridional, porque jamás ha habido ningun comercio entre la América meridional y la Asia para poderlo trasladar. A mas de que el unan de Bengala es diverso del americano; este tiene dos dedos en las manos y aquel cinco. Si el conde de Buffon se persuade que el clima de la Asia pudo aumentar el número de los dedos en el cuadrúpedo americano, diremos entonces que el clima del antiguo continente seria tambien capaz de restituir la cola, los cuernos y los colmillos á aquellos cuadrúpedos á los cuales les habia quitado estas cosas el clima nocivo de la América. Por lo demás, cualquiera que quiera leer y confrontar la elocuente descripcion que el conde de Buffon hace de los perezosos americanos y la que Bosmaer hace del *perezoso pentadatlilo* de Bengala, luego conocerá que este cuadrúpedo asiático es tan miserable como los americanos.

Mas examinemos filosóficamente lo que estos autores dicen en órden á la pretendida irregularidad de aquellos cuadrúpedos. La verdadera irregularidad en los animales es la desproporcion en los miembros ó la desconveniencia en la forma ó en la índole de algunos individuos con respecto al comun de la especie, no la que se observa en una nueva especie comparada con otra conocida. Seria sin duda un necio cualquiera que reputase irregular al *techichi* porque no ladra. Este es un cuadrúpedo americano, el cual por semejante á los cachorros europeos, fué llamado perro por los españoles, no porque fuese de la misma especie, y de aquí tuvo orígen aquella fábula esparcida por no pocos autores europeos que en la América los perros eran mudos. Los lobos son muy parecidos á los perros y tampoco ladran. Si los primeros españoles que fueron á Méjico no hubiesen jamás visto lobos en la Europa, al ver los de Méjico hubieran publicado que habia allí perros grandes que no sabian domesticarse, y que en lugar de ladrar aullaban; he aquí un nuevo argumento de que se hubieran valido el conde de Buffon y Paw para probar la degradacion y la irregularidad de los animales americanos.

En efecto, no es de otro calibre el argumento de Paw sobre las avestruces americanas. El *touyon*[1] es una ave americana específicamente distinta del avestruz; pero porque es muy grande y muy semejante á aquella grande ave africana, ha sido vulgarmente llamada *avestruz*. Esto basta á Paw para afirmar que hay irregularidad en aquellas aves americanas; pero aun cuando le concediésemos por gracia que el touyon es una verdadera avestruz, no podria jamás convencer lo que quiere. El pretende hacernos creer irregularidad en la avestruz americana porque en lugar de tener dos solos dedos unidos con una membrana como el africano, tiene cuatro separados. Mas un americano podria decir que la avestruz africana es mas bien irregular porque en lugar de tener cuatro dedos separados, tiene solamente dos, y estos unidos por medio de una membrana. "No, replicaria todo colérico Paw, no es así; la irregularidad está ciertamente en vuestras avestruces, porque no se conforman con las del mundo antiguo, que son los ejemplares de la especie, ni con el retrato que de tales aves nos dejaron los mas famosos naturalistas de la Europa." "Nuestro mundo, responderá el americano, que vosotros llamais nuevo porque ahora tres siglos no era conocido todavía de vosotros, es tan antiguo como vuestro mundo, y nuestros animales son igualmente coetáneos á los vuestros. Ni estos tienen alguna obligacion de conformarse con vuestros animales, ni nosotros tenemos la culpa de que las especies de los nuestros hayan sido ignoradas por vuestros naturalistas ó confundidas por la escasez de sus luces. Y así, ó son irregulares vuestras avestruces porque no se conforman con las nuestras, ó á lo menos las nuestras no deben decirse irregulares porque no se conforman con las vuestras. Hasta que no me demostreis con documentos innegables que las primeras avestruces salieron de las manos del Criador con solos dos dedos unidos con una membrana, no persuadireis jamás la irregularidad de nuestros touyon." Esta razon, sin duda eficacísima, sirve tambien para disipar otros semejantes discursos de nuestros filósofos, originados de la imperfeccion de las ideas ó de su prevencion en favor del antiguo continente.

No son ciertamente mas felices nuestros filósofos en sus discursos sobre las colas de los cuadrúpedos, que en lo que escribieron en órden á los piés de las avestruces. Ellos dicen francamente y sin ningun respeto á la verdad, que la mayor parte de los cuadrúpedos del nuevo continente carece enteramente de cola; lo que así

1 *Description de plusieurs animaux.* Obra impresa en Amsterdam.

1 En el Perú es conocida la avestruz con el nombre de *suri;* pero yo adopto aquí el de *touyon* para condescender con nuestros naturalistas.

como los otros efectos que han observado en aquellos desventurados países, atribuyen á la avaricia del cielo americano, á la infancia de la naturaleza en aquella parte del mundo, al mal clima y á no sé qué combinacion de los elementos. Así discurren estos célebres filósofos del siglo ilustrado. Pero siendo, segun dice el conde de Buffon, setenta las especies de cruadrúpedos americanos, seria necesario qué á lo menos cuarenta no tuviesen cola, para que fuera cierto que la mayor parte carece de este miembro, como dice Paw, y mucho mas para verificar que *casi todos* los cuadrúpedos están desproveidos de cola, como afirma el conde de Buffon. Pues semejantes cuadrúpedos en la América son cuando mas seis, como veremos despues; luego su proposicion es una desmesurada hipérbole, por no decir una grande mentira.

Parece que en tiempo de Plinio no conocian los naturalistas europeos otros animales sin cola que el hombre y el mono.[1] Si desde entonces acá no se hubiesen descubierto en el antiguo continente algunos otros cuadrúpedos igualmente desproveidos de aquel miembro, tendrian ciertamente razon el conde de Buffon y Paw para tachar á los cruadrúpedos americanos; pero de la misma Historia del conde de Buffon consta que mas son las especies de cuadrúpedos sin cola en el antiguo continente que en la América. He aquí la lista de unos y otros, sacada de la referida historia.

CUADRÚPEDOS SIN COLA EN EL CONTINENTE ANTIGUO.

1. El *pongo* ú orong-outon, ó satiro, ú hombre salvaje.
2. *Piteco* ó mono verdadero.
3. El gibbon ú otra especie diversa de mono.
4. El cinocéfalo ó mono grande.
5. El canturco.
6. El taurrec de Madagascar.
7. El loris de Ceilan.
8. El puerquecillo de la India.
9. La russeta. } Dos especies de grandes
10. La rugetta. } murciélagos de la Asia.
11. El topo dorado de la Siberia.

A los cuales deben agregarse los tres siguientes:

12. El perezoso pendattilo de Bengala, descrito por Bosmaer.
13. La *klibda* ó marmota bastarda del cabo de Buena Esperanza, descrita por el mismo Bosmaer.
14. El *capiverd* ó *capivard*, del cabo de Buena Esperanza, descrito por Bomare.

1 Cande preter hominem, ac., simias omnibus fere animalibus et ova gignentibus prodeciderio corporum. Plin., Hist. nat., lib. 11, cap. 50.

EN LA AMÉRICA.

1. El *unan*, especie de perezoso.
2. El *cabiai* ó puerco anfibio.
3. La *aperca* del Brasil.
4. El puerquecillo de la India.
5. El *saino*, *pecar* ó *cojametl*.
6. El *tapeto*.

Y así en el antiguo continente son á lo menos catorce las especies[1] de cuadrúpedos desproveidos de cola, y en la América son solamente seis, de las cuales podemos quitar las dos últimas porque son inciertas.[2] En todos los treinta tomitos de la Historia de los cuadrúpedos del conde de Buffon, no he encontrado otros animales americanos sin cola sino los referidos. Y no obstante esto, se atrevió á afirmar que en el Nuevo Mundo *casi todos* los animales carecian de cola. En lo que se ve que semejantes proposiciones universales son tan fáciles de proferirse como difíciles de probarse.

Si el clima de la América es tan pernicioso á las colas de los animales, ¿por qué careciendo enteramente de este miembro cuatro especies de monos del antiguo continente, esto es, el pongo, el pitecó, el gibbon, el cinocéfalo, lo tienen todas las especies de monos del Nuevo Mundo, y algunos, como los sakis, tienen cola tan larga que es casi doble que su cuerpo? ¿por qué abundan tanto en la América las ardillas, los coculinos, los hormigueros y otros semejantes cuadrúpedos proveidos de una cola enorme á proporcion de sus cuerpos? ¿por qué la marmota del Canadá, sin embargo de ser de la misma especie que la de los Alpes, tiene la cola mas grande, como confiesa el mismo conde de Buffon? ¿por qué el venado y el caprivolo de la América, á pesar de ser mas pequeños que los del antiguo continente, tienen la cola mas larga, segun afirma el mismo autor?[3] Si alguna vez hubiera habido en la América algun

1 A las catorce referidas especies podria añadir el unan didattilo de Ceilan de que hacen mencion algunos autores, y el portamosco descrito por Aubenton y Bomare; pero omití el primero porque no estoy seguro de que sea distinto del loris del conde de Buffon; omití tambien el segundo porque puede ser que tenga alguna pequeña cola, aunque no pudo encontrarla el diligente Aubenton, por lo que igualmente deberian quitarse como inciertas aquellas dos últimas especies de cuadrúpedos americanos.

2 El pecar se halla descrito por Oviedo, Hernandez y Acosta con los nombres de *saino* y de *cojametl*, y nada dicen estos autores de la falta de cola. Yo por lo mismo me informé de personas críticas y sinceras que han visto muchos sainos, y me dijeron que tenian su cola, aunque pequeña. En órden al tapeto, cree el conde de Buffon que sea el *citli* de Hernandez. Mas todos los mejicanos saben que el citli de Hernandez es la liebre del reino de Méjico, y estoy seguro de que esta tiene su cola como las liebres comunes de Europa.

3 Hist. nat., tom. 18.

principio destructivo de las colas de los animales, los que trasladó Colon de la Europa y de las islas Canarias el año de 1493 hubieran quedado ya enteramente descolados, principalmente los puercos, ó á lo menos se les hubiera notablemente disminuido despues de 288 años; pero entre tantos europeos que han visto las ovejas, caballos, bueyes, etc., nacidos en la América y los que al presente se crian de Europa, no habrá ni uno que pueda encontrar alguna diferencia entre las colas de los unos y las de los otros.

Este mismo argumento vale igualmente contra lo que dice el conde de Buffon sobre la falta de cuernos y de colmillos en la mayor parte de los cuadrúpedos americanos, pues los bueyes, ovejas y cabras conservan invariables sus cuernos, los perros y los puercos sus dientes, y los gatos sus uñas, como saben todos los que los han visto y comparado con los de Europa. Si el clima americano fuese tan perjudicial á los dientes y cuernos de los animales, habrian ya perdido á lo menos una buena parte de ellos los descendientes de aquellos cuadrúpedos europeos que fueron trasladados á él casi tres siglos hace, y mucho mas la posteridad de los lobos, osos y otros semejantes cuadrúpedos que pasaron de la Asia, acaso desde el primer siglo despues del diluvio universal. Si por el contrario, la zona templada de la Europa es mas propicia á los dientes de los animales que la zona tórrida del Nuevo Mundo, ¿por qué la naturaleza dió á esta y no á aquella el *tapir* y los cocodrilos, los cuales en el número, tamaño y atrocidad de los dientes exceden á todos los cuadrúpedos y reptiles europeos?

Finalmente, si hay algunos animales en la América sin cuernos, sin dientes[1] y sin cola, no es por razon del clima ó del cielo avaro de la América ó de aquella imaginaria combinacion de los elementos, sino porque el Criador, cuyas obras son perfectas y cuyos consejos debemos reverenciar humildemente, los quiso hacer así para que tal variedad contribuyese al hermoseamiento general del universo y manifestar mas su sabiduría y su poder. Aquello mismo que hace hermoso á unos animales, á otros los haria deformes. En el caballo es perfeccion tener la cola grande, en el venado tenerla pequeña y en el pongo carecer enteramente de ella.

En cuanto á lo que dicen nuestros filósofos sobre la fealdad de los animales americanos, es verdad que entre tantos hay algunos cuya figura no corresponde á la idea que tenemos de la hermosura de los brutos. ¿Pero quién nos ha asegurado que tal idea sea justa y no mas bien imperfecta y originada de la limitacion de nuestro entendimiento? ¿y cuántos otros animales no podemos hallar en el antiguo continente aun peor formados que todos los brutos americanos? (Hablo aquí segun las ideas de aquellos filósofos, pues por lo demás respeto la mano del Criador en todas sus obras.) ¿Qué cuadrúpedo hay en la América que pueda compararse en la deformidad y en la desproporcion de los miembros con el elefante, llamado monstruo de materia por el mismo conde de Buffon?[1] Aquella vasta mole de carne mas alta que larga, aquella piel asquerosa privada de pelo y surcada de rugas, aquella enorme trompa en lugar de hocico, aquellos dientes puestos fuera de aquella feísima boca y vueltos hácia arriba, al contrario de lo que se observa en otros animales, para aumentar mas la deformidad de su cara; aquellas orejas vastas y polígonas; aquellas manos gruesas, tuertas y desproporcionadamente pequeñas; aquellos piés informes con los dedos apenas bosquejados, y finalmente, aquellos pequeños ojos y aquella ridícula colita en un cuerpo tan desmesurado, ¿no hacen al elefante el cuadrúpedo mas irregular? Desafío á nuestros filósofos á que me encuentren en el Nuevo Mundo un cuadrúpedo mas desproporcionado y cuya figura sea mas desgraciada. Semejantes reflexiones se podrian tambien hacer sobre el camello, la *girafa*, el *macaco*, del cual dice el conde de Buffon que es *de una deformidad espantosa*, y sobre otros animales del antiguo continente, y no por esto nos atrevemos á murmurar el clima que los cria, ni tampoco á censurar al supremo Artífice que los formó.

Aquello, pues, que dicen nuestros filósofos en órden á la menor ferocidad de las fieras americanas, en lugar de favorecerlos para probar la malignidad de aquel clima, no sirve sino para demostrar su dulzura y su bondad. "En la América, dice Buffon,[2] en donde el aire y la tierra son mas suaves que en la Africa, el tigre, el leon y la pantera no son terribles sino en el nombre. Ellos han degenerado, si la ferocidad añadida á la crueldad formaba su naturaleza, ó por decirlo mejor, no han hecho mas que sufrir la influencia

1 Entre todos los cuadrúpedos del Nuevo Mundo no hay otros que carezcan de dientes sino los hormigueros, como hay en el continente antiguo el pangolino y el fatagino, cuadrúpedos de la India oriental, cubiertos de escama en lugar de pelo. Todos estos cuadrúpedos, como que no se alimentan de otra cosa que de hormigas, no tienen necesidad de dientes para sustentarse; pero por otra parte han sido proveidos por el Criador de una lengua muy larga, con la cual cogen las hormigas con destreza y las tragan.

1 Considerando á este animal (dice del elefante Bomare) relativamente á las ideas que tenemos á la exactitud de proporciones, parece mal proporcionado por razon de su cuerpo grueso y corto, de sus manos tiesas y mal formadas, de sus piés redondos y tuertos, de su grande cabeza, de sus pequeños ojos y de sus grandes orejas; se podria decir tambien que el vestido de que está cubierto es aun mas mal tallado y mal hecho. Su trompa, sus dientes y sus piés le hacen tan extraordinario como la grandeza de su talla.

2 Hist. nat., tom. 12.

del clima: bajo de un cielo mas dulce su natural se ha dulcificado." ¿Qué mas puede desearse en favor del clima de la América? ¿cómo pues se alega la menor ferocidad de los brutos americanos como una prueba de su degeneracion causada por la malignidad del clima? Si el del antiguo continente debe reputarse mejor que el del Nuevo Mundo, porque bajo de él se crian las fieras mas terribles, deberá creerse por la misma razon que el clima de la Africa es sin comparacion mas excelente que el de Europa. Este argumento, usado por nosotros en otra parte, debe inculcarse para mayor confusion de nuestros filósofos.

Pero estos autores no tienen una idea justa de las fieras americanas. Es verdad que el *miztli* ó leon mejicano no es comparable con los célebres leones de la Africa: esta especie ó no pasó jamás al Nuevo Mundo ó la extinguieron los hombres; pero no cede aquel animal americano á los de su especie ó á los leones sin guedeja del antiguo continente, como depone Hernandez, que conocia bien á unos y otros. El tigre mejicano, sea ó no de la misma especie de los tigres reales de la Africa, pues esto nada nos importa, es de una fuerza y ferocidad sorprendente. No hay cuadrúpedo, ni entre los europeos ni entre los americanos, que pueda oponérsele. Acomete intrépidamente y despedaza á los hombres, á los venados, á los caballos, á los toros y aun á los mas horrendos cocodrilos, como testifica el padre Acosta.[1] Este docto autor pondera la intrepidez y velocidad de aquella fiera. Gonzalo de Oviedo, que habia viajado por muchos países de la Europa y no era ignorante en la historia natural hablando de los tigres americanos, dice[2] así: son animales muy fuertes de piernas, bien armados de garras, y tan terribles, que á mi juicio no hay leon real de los mas grandes que pueda compararse con ellos en la fuerza ni en la ferocidad. El tigre es el terror de los bosques de la América; no es capaz de amansarse ni de dejarse coger cuando es adulto; los que se cogen todavía pequeños, no pueden guardarse sin peligro sino encerrados en jaulas fuertísimas de madera ó de fierro. Tal es el carácter de aquellos animales, que son llamados *poltrones* por Paw y otros autores que no supieron discernir las especies de cuadrúpedos de piel manchada.

Es cierto, por otra parte, que aquellos autores se muestran tan fáciles en creer todo lo que encuentran escrito sobre el tamaño, fuerza é intrepidez de los tigres reales del antiguo continente, como obstinados en no dar crédito á lo que dicen de los tigres americanos algunos testigos oculares. El conde de Buffon cree sobre

1 Hist. nat. y mor., lib. 3, cap. 17.

2 Sumar. de la Hist. nat., cap. 11. Véase tambien lo que dice el abate Gilij en el tom. 1 de la Historia Orinoca, lib. 5, cap. 6.

la fe de no sé cuáles autores, que el tigre real tiene hasta trece ó catorce piés de largo y cinco de alto; que pelea á un tiempo con tres elefantes; que mata un búfalo y lo arrastra fácilmente hasta donde quiere, y otras semejantes maravillas que no pueden creerse por los que no están tan prevenidos en favor del antiguo continente. Si algunos autores dignos de fe refiriesen de los tigres americanos una pequeña parte de lo que aquellos dicen de los tigres asiáticos, sin algun exámen serian inmediatamente despreciados como jactanciosos.[1] La relacion que hace Plinio[2] de la industria de los cazadores en robar á la tigre sus hijos, y de la flema con que esta los va recuperando uno á uno, y la que hace Bomare[3] de la lucha que hubo el año de 1764 en la selva de Windsor en Inglaterra entre un venado y una tigre llevada de la India al duque de Cumberland, en la cual quedó vencedor el venado, da á conocer que la ferocidad de aquellos animales asiáticos no es tan grande como la representan el conde de Buffon y Paw.

Los lobos americanos no son ni menos fuertes ni menos atrevidos que los del antiguo continente, como saben bien todos los que tienen experiencia de unos y otros. Aun los venados, los cuales son, segun dice Plinio,[4] los animales mas tranquilos, son en el reino de Méjico tan audaces, que frecuentemente acometen á los cazadores, como testifica Hernandez[5] y es notorio en aquel reino. Yo he visto con mis ojos el estrago causado en mi casa por un venado hecho casi doméstico, en una pobre india.

Mas sean pues mas pequeños, mas desgraciados y mas pusilánimes los cuadrúpedos americanos. Concedamos tambien á aquellos filósofos que de este antecedente pueda deducirse la bondad del clima del antiguo continente; pero no podrán jamás persuadirnos que ella sea una prueba completa y un argumento cierto de la malignidad del clima americano, pues no nos hacen ver ni los reptiles ni las aves de la América[6] la misma degradacion que aquellos suponen

1 Basta saber el aprecio que hacen aquellos autores del testimonio de la Condamine sobre los tigres americanos, á pesar de la estimacion que tiene entre ellos y entre todos aquel docto matemático.

2 Hist. nat., lib. 8, cap. 18.

3 Bomare, Diction. hist. nat. V. Tegre.

4 Hist. nat., lib. 8, cap. 32.

5 Hist. nat., lib. 9, cap. 14.

6 El Buffon podria decir, como asienta en el tomo 18, que no se debe hacer caso de las aves para aquello que mira al clima, porque *pudiendo fácilmente pasar de un continente al otro, seria casi imposible distinguir cuáles pertenecen propiamente á uno ó al otro.* Mas como la causa de los viajes que hacen las aves es el frio ó el calor de las estaciones que procuran evitar, no tienen necesidad las aves americanas de salir de su continente, porque tienen en aquellos países toda suerte de climas para

en los cuadrúpedos. Paw dice de los cocodrilos americanos, cuya ferocidad es tan notoria, que *parece que las observaciones del señor de Pratz y de algunos otros, que no tienen el furor y la impetuosidad de los de la Africa;* pero el doctor Hernandes, que conocia bien á unos y otros, no encontró diferencia alguna entre ellos.[1] Acosta dice que los americanos son *ferocísimos* pero *lentos;* mas esta lentitud no es en el movimiento progresivo por línea recta, en el que son muy veloces y ágiles, sino solamente al volverse ó doblarse á una y otra parte, como sucede tambien en los cocodrilos africanos, sin duda por la inflexibilidad de sus vértebras. El doctor Hernandes afirma que el *acuetzpalin* ó cocodrilo mejicano huye de los que le acometen y persigue á los que huyen (aunque esto sucede mas comunmente que aquello). Plinio dice lo mismo de los cocodrilos africanos.[2] Finalmente, si se coteja lo que refiere Plinio de estos con lo que dice Hernandes de aquellos, se hallará que ni en el tamaño hay diferencia entre ellos.[3]

Paw no hace mencion de otras aves que de las avestruces, y esto tan diminutamente como hemos visto. Tomó sin duda el partido de callar, porque conoció perdida por esta parte su causa, pues ya sea en el número ó en la variedad de las especies, ya en la intrepidez, ya en la hermosura de las plumas, ya en la excelencia del canto, no pueden ciertamente compararse con las aves americanas las del antiguo continente. De su sorprendente multitud hemos hablado en otra parte. Los campos, los bosques, los rios, las lagunas y aun los lugares habitados, están llenos de innumerables especies. El Gemelli, que habia dado vuelta al mundo y habia estado en los mejores países de la Asia, de la Africa y de la Europa, protesta que no hay país en el mundo que pueda compararse con la Nueva España en la hermosura y la variedad de las aves.[4] Véase tambien lo que dicen los historiadores de la Nueva Francia, de la Luisiana, del Brasil y de otros países del Nuevo Mundo.

De la fuerza y animosidad de las aves americanas, testifican muchos autores europeos muy dignos de fe. El doctor Hernandes, que habia tenido tanta esperiencia de las aves de rapiña en la corte de Felipe II, rey de España, cuando estaba mas que nunca en aprecio en ella la cetrería y habia tambien observado las de Méjico, confiesa cuando habla del *cuauhtotli* ó sacre mejicano, que todas las aves mejicanas de esta clase son mejores y mas valientes en la Nueva España que en el antiguo continente.[1] Con motivo de haberse conocido desde el principio la excelencia de los halcones americanos, se mandó por Cárlos V que todos los años se le mandasen á la corte cincuenta halcones de la Nueva España y otros tantos de la isla Española, como testifica el historiador Herrera,[2] y el padre Acosta refiere[3] que los halcones del reino de Méjico y del Perú, *porque eran muy estimados, se mandaban de regalo á los magnates de España.* El mismo Acosta dice[4] que los buitres americanos son de un inmenso grandor, y tienen *tanta fuerza que no solo descuartizan un carnero, sino un becerro*, y don Antonio Ulloa testifica[5] que de un alazo tiran á un hombre.[6] El doctor Hernandes dice que el *itzcuauhtli* ó águila real del reino de Méjico acomete á los hombres y aun á los mas feroces cuadrúpedos.[7] Si el clima de la América hubiera quitado á los cuadrúpedos la fuerza y el valor, hubiera sin duda causado el mismo efecto en las aves; mas por el testimonio de los referidos autores y de otros, todos europeos y dignos de fe, consta que no son débiles ni pusilánimes, sino que exceden en fuerza é intrepidez á las del antiguo continente.

En lo que respecta á la hermosura de las aves, no se oponen á las ventajas de las de la América aquellos autores, que por otra parte, están empeñados en envilecer al Nuevo Mundo. Quien quiera formar alguna idea, vea las obras de Oviedo, Hernandes, Acosta, Ulloa y otros autores europeos que han visto con sus ojos aquellas aves

defenderse de la estacion que les es nociva, y proporcionarse su alimento. Estamos muy seguros de que las aves mejicanas no hacen viajes al antiguo continente.

1 Hern., Hist. nat., lib. 9, cap. 3.

2 *Terribilis hac contra fugaces bellua est, fugax, contra in secuentes.* Plin., Hist. nat., lib. 8, cap. 25.

3 Plinio dice que el cocodrilo africano tiene corrientemente mas de diez y ocho pulgadas de largo, ó veintisiete piés romanos. El doctor Hernandez afirma que el cocodrilo mejicano suele tener de longitud mas de siete pasos. Si él habla de pasos castellanos, hacen casi veintiocho piés romanos; si habla de pasos romanos, serán treinta y cinco piés, y así la diferencia es corta, ó si hay algun exceso, este está de parte del cocodrilo americano.

4 *Es tanta la hermosura y variedad de las aves de la Nueva España, que no hay país del mundo que las tenga iguales.* Giro del mundo, tom. 6, lib. 2, cap. 9.

1 Falcor accipitrum omne genus apud hanc Novam Hispaniam duca tanicamve. Provinciam repertum prestantius esse atque animosius vetere in orbe natis. Hern., de avibus N. Hisp., cap. 92.

2 Herera, déc. 8, lib. 6, cap. 1.

3 Hist. nat. y mor. de las Indias, lib. 4, cap. 35.

4 Hist. nat. y mor., lib. 4, cap. 37.

5 Relacion del viaje hecho á la América meridional, part. 1, lib., 6, cap. 8.

6 El buitre es tan grande que tiene desde catorce hasta diez y seis piés de la una á la otra extremidad de las alas extendidas. El señor de Bomare dice que es comun á ambos continentes y que los suizos le llaman *laemmergeyer;* pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que no se ha encontrado hasta ahora en el antiguo continente una ave de rapiña que pueda compararse en el tamaño y fuerza con el buitre de la América.

7 Hernan., de avibus N. H., cap. 100.

americanas. *En la Nueva España*, dice Acosta, *hay una grande abundancia de aves adornadas de tan excelentes plumas y tan finas, que no se encuentran iguales en Europa.*[1]

Es verdad, dicen algunos autores europeos, que las aves americanas son superiores á las nuestras en la hermosura de las plumas, pero no en la excelencia del canto, en lo que las exceden las nuestras. Así lo piensan dos modernos italianos[2] tan doctos en ciertas materias especulativas, como ignorantes de las cosas de la América. Bastaria ciertamente para confundir á estos autores el testimonio del doctor Hernandez que abajo copiamos,[3] el cual, despues de haber oido á los mejores ruiseñores en la corte de Felipe II, oyó muchos años á los *centzontli* ó políglotos, á los cardenales, tiguerillos, *cuitlacochi* y otras innumerables especies de aves canoras vulgares en el reino de Méjico y no conocidas en Europa, á mas de los ruiseñores, jilgueros, calandrias y otros comunes á ambos continentes. Entre todas las aves de canto, la mas estimada en Europa es el tan celebrado ruiseñor, y aun este es mucho mejor en América, segun afirma Bomare. "El ruiseñor de la Luisiana, dice, es el mismo de Europa; pero aquel es mas familiar, canta todo el año, y su canto es mas variado." He aquí tres ventajas del americano sobre el europeo. Pero aun cuando no hubiese en la América ruiseñores, ni jilgueros, ni algun otro pájaro de aquellos que son estimados en Europa por su canto, le bastaria el solo *centzontli* ó políglоto[4] para no tener que envidiar á ningun país del mundo. Protesto á nuestros filósofos anti-americanos, que cuanto dice el doctor Hernandez sobre el grande exceso de mérito en el políglоto sobre el ruiseñor, es muy cierto y muy conforme al juicio de los europeos que han estado en el reino de Méjico y al de los mejicanos que han estado en Europa. A mas de la singular dulzura de su canto, de la prodigiosa variedad de sus tonos y de la graciosa propiedad en remedar las diferentes voces de las aves y cuadrúpedos que oye,[1] tiene sobre el ruiseñor la ventaja de ser menos rústico y mas comun, pues su especie es una de las mas numerosas. Si yo quisiese discurrir como Paw, podria añadir para demostrar la bondad del clima de la América, que algunos pájaros que no son estimados en Europa por su canto, cantan muy bien en la América. *Los gorriones*, dice Valdecebro, autor europeo, *que en la España no cantan, son en la Nueva España mejores que los jilgueros.*[2]

Lo que decimos de las aves de canto, podemos tambien decir de las que remedan la locuela humana, pues no hay en la Asia ni en la Africa tantas especies de papagayes, ni tan numerosas como en la América.[3]

Pero pues estamos en el discurso de las aves, quiero antes de acabar este artículo hacer una oportuna reflexion. No hay animal americano sobre el cual hagan mas grande ruido nuestros filósofos que sobre el perezoso, por razon de su estupenda lentitud ó inhabilidad para el movimiento. ¿Pues qué dirian si allí hubiese una ave de esta naturaleza? Este seria, sin duda, el animal mas irregular del mundo, pues una tardanza tal ó inercia, desdice mas en una ave que en un cuadrúpedo. ¿Pero á dónde hay esta ave? En el antiguo continente, y la ha descrito el mismo conde de Buffon, el cual dice que el *dronte*, ave de la India oriental, mas grande que el cisne, es entre las aves lo que el perezoso entre los cuadrúpedos; "parece, dice, una tortuga vestida de los despojos de una ave, y la naturaleza, concediéndole estos inútiles adornos (de las alas y la cola) parece haber querido añadir el impedimento á la pesadez, y la irregularidad de sus movimientos á la inercia del cuerpo, y hacer su pesada grosura mas chocante, recordándole que es ave."

De lo que hemos dicho hasta aquí, se concluye evidentemente que ni el cielo de la América es avaro, ni su clima contrario á la generacion de los animales; que ni la materia se ha escaseado, ni la naturaleza se ha valido de una escala distinta de tamaño; que es un error, ó por me-

1 Hist. nat. y mor., lib. 4, cap. 37.

2 El autor de cierta disertacion metafísico-política *sobre la proporcion de los talentos y su uso*, en la cual escribió tales despropósitos en órden á la América y se mostró tan ignorante de la tierra, clima, animales y hombres de aquel Nuevo Mundo, como un niño. El otro es el autor de ciertas bellas fabulitas italianas, en una de las cuales pone á un pájaro americano hablando con un ruiseñor.

3 *In caveis, quibus, detinetur suavissime cantat: nec est avis ulla, animalve, cujus vocem non reddat luculentissime et exquisitissime emuletur. Quid? Philomelam nostram longo superat intervallo, cujus suavissimum concentum tanto pere laudant celebrantque vetusti auctores; et quidquid aviculorum apud nostrum orbem cantu auditur suavissime.* Hernan., de avib. N. Hisp.

4 Linneo llama al *centzontli orfeo*. Otros autores le laman mofador.

1 Barrington, vice-presidente de la Sociedad real de Londres, dice en su curiosa obra sobre el canto de las aves, presentada á aquella docta Academia, haber observado á un polígloto, el cual en el espacio de un solo minuto remedó el canto de la alondra, del mirlo, del gorrion y del tordo.

2 Valdecebro, en la obra española intitulada *Gobierno de las aves*, lib. 5, cap. 29. Pero ya hemos dicho en el lib. 1 de la Historia, que los gorriones mejicanos, aunque semejantes á los verdaderos gorriones, son de diversa especie.

3 *En la América hay una gran abundancia de papagayos, principalmente en los Andes del Perú y en las islas de Puertorico y Santo Domingo.* Acosta, lib. 4, cap. 35. En las costas mejicanas.

jor decir, un conjunto de errores, cuanto el conde de Buffon y Paw dicen sobre la pequeñez, irregularidad y defectos de los cuadrúpedos americanos, y aun cuando fuese cierto, nada les favoreceria para demostrar la malignidad del clima de la América; mas ahora véamos si hacen menor agravio al Nuevo Mundo en lo que dicen sobre la pretendida degradacion en los cuadrúpedos trasladados de Europa.

§ II.

SOBRE LOS ANIMALES EUROPEOS TRASLADADOS Á LA AMÉRICA.

"Todos los animales trasladados á la América, como caballos, burros, toros, ovejas, cabras, puercos y perros, *son*, dice el conde de Buffon,[1] *considerablemente mas pequeños allí que en Europa, y esto sin excepcion alguna.*" Si buscamos la prueba de una asercion tan universal, no encontraremos otra en toda la Historia natural de aquel filósofo, que la de ser mas pequeñas en el Canadá que en Francia las vacas, las ovejas, las cabras, los puercos y los perros. "Los animales europeos ó los asiáticos, dice Paw,[2] trasladados á la América inmediatamente después de su descubrimiento, han bastardeado, se ha disminuido su corporatura, y han perdido una parte de su instinto y de su índole; las ternillas y las fibras de su carne se han hecho mas rígidas y mas groseras." Tal es la conclusion general de Paw; veamos ahora las pruebas. 1ª *La carne de buey es tan fibrosa que apenas se puede comer en la isla Española.* 2ª *Los puercos en la isla de Cubagua cambiaron en breve de tal modo su figura, que no se podian conocer; sus uñas crecieron tanto que tenian un medio palmo de largo.* 3ª *Las ovejas sufrieron una grande alteracion en la Barbada.* 4ª *Los perros trasladados de nuestros paises perdieron la voz y cesaron de ladrar en la mayor parte del nuevo continente.* 5ª *El frio del Perú desconcertó en los camellos, trasladados de la Africa, los órganos de la generacion.* Tales son los argumentos de que se valen estos filósofos para promover la degradacion de los animales del antiguo continente en la América; argumentos tales, que aun cuando fuesen verdaderos, no serian suficientes para probar una conclusion tan universal; pues ¿qué importa que la carne de buey sea tan fibrosa en la isla Española, si en casi todos los otros países de la América es buena, y en muchos, como en todos los del reino de Méjico situados en la costa del mar Pacífico, es tan excelente como la mejor de Europa, y tal vez mas? ¿Qué importa que las ovejas hayan sufrido alguna alteracion en la Barbada y en algunos países muy calientes, si en los templados del reino de Méjico y de la América meridional se conservan tales cuales pasaron allí de España? ¿qué importa que los puercos se hayan desfigurado en Cubagua, isleta miserable que carece de agua y de todo lo necesario para la vida, si en el resto de la América *han adquirido*, como dice el mismo Paw, una corporatura extraordinaria, y *su carne se ha perfeccionado mucho*, en tal grado *que los médicos la mandan á sus enfermos con preferencia á toda otra carne*? Pues bien, si el haberse desfigurado los puercos en Cubagua no prueba que el clima de la América no les sea el mas conveniente, ¿por qué el haber padecido las ovejas algun detrimento en la Barbada, haberse hecho mas fibrosa la carne del buey en la Española y ser algo pequeños algunos cuadrúpedos en el Canadá, deberá probar que el clima de la América en general es contrario á la generacian de los animales, á su corporatura y a su instinto?

Si esta lógica fuese tolerable, podriamos nosotros valernos de argumentos mucho mejores contra el clima del antiguo continente, sin servirnos de otros materiales que los que nos suministra el mismo conde de Buffon en su Historia natural. Los camellos no han podido multiplicarse en España, como dice el mismo autor, á pesar de que aquel clima entre todos los de la Europa sea el menos contrario á su natural. Los bueyes han bastardeado en Berbería, y en Islanda han perdido sus cuernos. Las *ovejas*, dice el conde de Buffon, *han degenerado de su primer ser en nuestros países*, y en todos los calientes del antiguo continente han mudado la lana en pelo. Las cabras se han hecho pequeñas en la Guinea y en otros países. Los perros en la Laponia se han hecho pequeñísimos y deformísimos, y los de climas templados cuando se trasladan a frios cesan de ladrar, y después de la primera generacion nacen con las orejas paradas. "Por las relaciones de los viajeros nos consta que los mastines, los lebreles y otras razas de perros europeos trasladados á Madagascar, Calicut, Maduro y al Malabar, bastardean después de la segunda ó tercera generacion, y que en los países excesivamente calientes, como son la Guinea y el Senegal, esta degeneracion es mas pronta, pues apenas pasados tres ó cuatro años, pierden el pelo y la voz." Los venados en los países montuosos, calientes y secos, como los de Córcega y de Cerdeña, han perdido la mitad de su corporatura. Si á estas y otras noticias que nos da el conde de Buffon quisiésemos añadir las que nos suministran muchísimos otros autores, ¿qué abundancia de ejemplos de la degeracion de los animales en el antiguo continente no tendriamos mucho mas grande y mas verdadera que la de nuestros filósofos? Mas para que se vea la exageracion y la falsedad que hay en sus ejemplos, examinemos una á una todas las especies de animales asiáti-

1 Hist. nat., tom. 18.
2 Recherch. philosoph., part. 1.

cos y europeos trasladados al Nuevo Mundo que se dicen por ellos degenerados.

DE LOS CAMELLOS.

"Entre todos los cuadrúpedos trasladados á la América, dice Paw, los que menos han probado han sido sin duda los camellos. Al principio del siglo XVI fueron trasladados algunos de la Asia al Perú, en donde el frio descompuso sus órganos destinados á la reproduccion, y no dejaron posteridad alguna." Pero disimulando por ahora el error cronológico en que incurre, como que importa poco á nuestro intento,[1] si el frio fué el que destruyó la especie de los camellos en América, lo mismo sucederia en Europa, especialmente en los países setentrionales, en los cuales el frio es sin comparacion mas grande que en cualquier país del Perú. Si el frio fué la causa de su extincion, culpe Paw á los que establecieron á aquellos cuadrúpedos en lugares no convenientes á su naturaleza, y no á la América, en la cual hay tierras calientes y secas, cuales se desean para la subsistencia de los camellos. La misma experiencia que se hizo en el Perú con los camellos, se hizo en España y salió igualmente infructuosa, y no por esto habrá quien dude que el clima de esta península es de los mas templados y mas dulces de la Europa. El conde de Buffon dice que así en la América como en España, se podrian propagar aquellos cuadrúpedos si se tomaran las precauciones necesarias; y yo no dudo que en los territorios de Nueva Galicia probarian muy bien Por lo demás, es falso que los camellos trasladados al Perú no dejáron posteridad alguna, pues el padre Acosta, q fué á él pocos años despues, testifica haber visto multiplicados, aunque poco.[2]

DE LOS BUEYES.

Esta es una de las especies de animales que nuestros filósofos creen degradada en la América, y á la cual se supone contrario el clima. Pero si acaso en el Canadá han perdido los bueyes una parte de su corporatura, como afirma el conde de Buffon, y si en la Española se ha hecho mas fibrosa su carne como quiere Paw, á lo menos no es así en la mayor parte de los países del Nuevo Mundo, en los cuales la multitud y el tamaño de aquellos animales y la bondad de su carne, dan á conocer cuan favorables sean aquellos climas á su generacion. Su prodigiosa multiplicacion en aquellos países se halla testificada por muchísimos autores europeos tanto antiguos como modernos. El padre Acosta refiere[1] que en la flota que fué de la Nueva España á la antigua, en la cual volvió él á Europa el año de 1587, esto es cerca de sesenta años despues que habian sido trasladados á Méjico los primeros toros y vacas, se llevaron de aquel país 64.360 pieles de toro, y de solo la Española, la cual cree Paw tan contraria á la generacion de estos cuadrúpedos, 35.444. Yo no dudo que si se cotejase el número de toros y de vacas llevado del antiguo continente al nuevo con el de las pieles que la América ha mandado en recompensa á la Europa, se hallarian mas de cinco millones de cueros por cada uno de aquellos animales. Baldecebro, dominico español que vivió algunos años en Méjico hácia la mitad del siglo pasado, refiere como una cosa notoria que á don Juan Orduña, caballero mejicano, le dieron sus vacas en un año treinta y seis mil becerros;[2] lo que no puede suceder sino en una manada de doscientos mil entre toros y vacas. En el dia hay particulares que son dueños de 50.000. Pero ninguna otra cosa da mas á conocer la estupenda multiplicacion de tales cuadrúpedos, como el venderse á precio tan barato en aquellos países, en los cuales son necesarios para el sustento de los hombres y para las labores del campo y en donde por la abundancia del dinero todo se vende caro;[3] y para decirlo en pocas palabras, los toros se han multiplicado en el reino de Méjico, en el Paraguay y en otros países del Nuevo Mundo mas que en la *armentosa* Italia.[4]

Por lo que respecta al tamaño de los bueyes americanos, es muy fácil informarse, pues llegan con frecuencia á Cádiz y á Lisboa navíos

1 La traslacion de los camellos al Perú no se hizo ni se pudo hacer al principio del siglo XVI, porque entonces todavía no se habia descubireto aquel país, sino hasta la mitad de aquel siglo, como testifica Herrera en sus décadas.

1 Hist. nat. y mor., lib. 4, cap. 33.

1 Lib. 4, cap. 33.

2 Baldecebro en la obra española intitulada *Gobierno de animales*, lib. 4. cap. 34.

3 En los contornos de Méjico, capital de la Nueva España, sin embargo de que son muy poblados, se vende un par de bueyes para el arado en 10 pesos, y los toros en partida en 45 paulis cada uno; en los contornos de Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, vale un buen par de bueyes de 6 á 7 pesos, una vaca 25 paulis y un becerro de dos años en 10 ó 12 paulis. En muchos otros países de aquel reino se venden á mucho menos todos estos animales. En muchísimos lugares de las provincias del Rio de la Plata se tiene una baca por cinco paulis, segun el detall que me ha hecho una persona muy práctica y sincera: en las provincias del referido rio serán casi cinco millones los bueyes reducidos á manadas, y se cree que los silvestres serán cerca de dos millones.

4 Timeo, autor griego, y Varron, citados por Aulo Gellio (rott. artic, lib. 11, cap. 1,) dijeron que la Italia fué llamada así por la abundancia de los bueyes, los cuales en la antigua lengua de los griegos se llamaban ἰταλοί: por lo que afirma Gellio que Italia quiere decir *Armentosíssima*.

cargados de cueros de toro.[1] Haga, pues, medir cincuenta ó cien cueros el señor de Paw ó algun atro de los que sostienen la degradacion de los animales europeos en el Nuevo Mundo, y si se encuentran mas pequeños que los bueyes comunes de la Europa, inmediatamente confesaremos que el clima de la América les ha disminuido el cuerpo y que allí ha escaseado la materia, y si es al contrario, deberán confesar que son falsas sus noticias, mal fundadas sus observaciones y fantástico su sistema, y para que se vea cuánta razon tenemos para no fiarnos de sus noticias, Gonzalo de Oviedo, que fué uno de los antiguos pobladores de la isla Española ó de Santo Domingo y vivió allí algunos años, hablando de los bueyes de aquella isla, cuya carne no puede comerse, segun dice Paw, por muy fibrosa, dice:[2] *Y así las reses son mayores y mucho mas hermosas que todas las que hay en España; y como el tiempo en aquellas partes es suave y de ningun frio, nunca están flacas ni de mal sabor.* El conde de Buffon afirma que los países frios son mas convenientes á los bueyes que los calientes; pero no es así en la Nueva España, pues aunque sean buenos allí los bueyes de países frios y templados, son sin embargo mejores los de países calientes. La carne de estos animales en las tierras marítimas, las cuales son muy calientes, es tan excelente, que se manda como regalo á la capital aun de lugares distantes de ella doscientas cincuenta y trescientas millas.

DE LAS OVEJAS.

El conde de Buffon confiesa[3] que las ovejas han probado bien, así en los países calientes como en los frios del nuevo continente; pero añade que aunque se hayan multiplicado mucho, son, sin embargo de esto, mas flacas y su carne menos jugosa y menos tierna que en Europa; en lo que manifiesta que ha sido mal informado. En los países calientes del Nuevo Mundo no prueban bien por lo comun las ovejas, y la carne de los carneros castrados es mala, lo cual no debe causar admiracion, pues el clima caliente les es tan contrario, aun en el antiguo continente, como dice el mismo conde de Buffon, que en él se cubren de pelo en lugar de lana. En los climas frios y templados de la Nueva España se han multiplicado á proporcion mas que los toros: su lana es en muchos lugares tan fina como la de las ovejas de España, y su carne tan buena como la mejor de Europa, como pueden testificarlo los europeos que han estado en aquellos países. La multiplicacion de las ovejas en América ha sido sorprendente. El padre Acosta testifica[1] que antes que él fuese, habia en la América pudientes que poseian setenta y aun cien mil ovejas, y en el dia hay en la Nueva España quien tenga cuatrocientas, quinientas y aun seiscientas mil.[2] Baldecebro dice[3] que don Diego Muñoz Camargo, noble tlaxcalteca de quien hemos hecho mencion en la noticia de los escritores de la historia antigua del reino de Méjico, de solas diez ovejas tuvo en diez años cuarenta mil. ¿Pues cómo podrian multiplicarse tan excesivamente aquellos animales si el clima fuese contrario á su generacion? En órden, pues, á su tamaño, protesto sinceramente no haber visto hasta ahora en Europa carneros mas grandes que los del reino de Méjico.

DE LAS CABRAS.

El mismo conde de Buffon, con todo de que se empeña tanto en tachar los animales de la América, confiesa, sin embargo, que las cabras han probado bien en los climas americanos y que su multiplicacion allí es mucho mas grande que en Europa,[4] pues cuando en Europa dan á luz en cada parto un solo cabrito ó cuando mas dos, en la América dan tres, cuatro y algunas veces cinco. Paw, el cual da dignamente al conde de Buffon el título de *Plinio de la Francia*, y quiere que en materia de animales se difiera á su autoridad, como á aquel que ha hecho la revista de todos los animales de la tierra, deberia haber examinado estas y otras confesiones de aquel docto filósofo antes de ponerse á escribir de los animales americanos.

DE LOS PUERCOS.

No están de acuerdo en este artículo nuestros filósofos, pues cuando el conde de Buffon pone á los puercos entre los animales degradados en la América, Paw, por el contrario, afirma que es-

1 Todos saben que no hay país que haga un comercio mas grande con España que el Paraguay, de donde vienen navíos cargados de ellas. Yo, pues, sé por informe tenido de persona práctica de aquel país y muy digna de fe, que los cueros que de él se llevan á España tienen de largo tres varas, y muchos hasta cuatro, ó mas de diez piés de Paris. No creo que haya tres países en Europa en los cuales lleguen algunas veces los bueyes á tan desmesurado tamaño.

2 Sumario de la Historia natural de las Indias, cap. 2.

3 Hist. nat., tom. 18.

1 Hist. nat. y mor., lib. 4, cap. 33.

2 Los europeos que nunca han estado en América no quieren creer lo que decimos en órden al número de bueyes, caballos, ovejas y cabras que tienen muchos señores americanos en sus haciendas; pero si no fuera cierto, no nos atreveriamos á publicarlo delante de tantos que podrian desmentirnos.

3 En la obra intitulada: *Gobierno de animales*, libro 4, cap. 34. La relacion de Baldecebro sobre la multiplicacion de las ovejas de Camargo, ha sido confirmada por algunos otros historiadores del reino de Méjico.

4 Hist. nat., tom. 18.

tos son los únicos animales que han adquirido en el Nuevo Mundo una corporatura extraordinaria y cuya carne se ha perfeccionado. Esta contradiccion nace sin duda de no distinguir como deberian los diversos países de la América. Puede ser que haya algunos, aunque yo no lo sé, en los cuales los puercos hayan perdido una parte de su tamaño; pero lo cierto es que en la Nueva España, en las islas Antillas, en Tierra Firme y en otros países de la América, son tan grandes como los de Europa, y en la isla de Cuba hay una raza de puercos doblemente mas grande que los europeos, lo que es constante y notorio á todos los que han estado en aquellos países. Nuestros filósofos pueden, si quieren, informarse de algunos autores europeos que han visto los puercos de Toluca y los de la Puebla de los Angeles en la Nueva España, de Cartagena, Cuba, etc., sobre su excesiva multiplicacion y la excelencia de su carne.[1]

DE LOS CABALLOS Y DE LAS MULAS.

En ninguna otra cosa de todo lo que dicen contra los animales americanos, el conde de Buffon y Paw hacen un agravio mas grande á la América y á la verdad, que en suponer tambien degradados á los caballos. De estos dice[2] el P. Acosta "que en muchos países de la América ó en la mayor parte han probado y prueban muy bien, y hay algunas razas tan buenas como las mejores de España, no menos para la carrera y la comparsa, que para los viajes y las fatigas." Semejante testimonio de un europeo tan crítico, tan imparcial y tan práctico en las cosas de la América y de la Europa, vale mucho mas que todas las declamaciones de aquellos filósofos contra el Nuevo Mundo. El teniente general don Antonio Ulloa, docto matemático español que aun vive,[3] habla con admiracion de los caballos americanos que vió en los reinos del Chile y del Perú, y celebra con grandes elogios á los chilenos por su paso, á los que se llama *aguilillas* por su extraordinaria velocidad, y los llamados *parameros* por su estupenda agilidad en la carrera que hacen en la caza de los venados, con ginete encima por las faldas de los montes y los lugares mas fragosos y arriesgados de las montañas. Testifica haber andado muchas veces sobre uno de los caballos dichos *aguilillas*, el cual, añade, no era de los mas veloces de su raza, mas de cinco leguas en 57 ó 58 minutos. En la Nueva España hay una indecible cantidad de caballos y mulas. Su multitud puede conjeturarse por su precio, pues cuando al tiempo de la conquista valia un caballo ordinario hasta mil pesos, en el dia se adquiere uno bueno por diez ó doce.[1] Su tamaño es el de los caballos comunes de Europa; raras veces se ve en el reino de Méjico un caballo tan pequeño como los eslabones que vemos en Italia, y mucho menos como los de Islanda y otros países setentrionales, segun dice Aderson, ó los de la India, segun dice Tabernier y otros autores. Su fortaleza es tal, que es muy comun en los habitantes de aquellos países andar á caballo veintitres ó veintiseis leguas, y algunas veces mas, caminando siempre á buen paso, sin pararse nunca ni mudar caballo, por caminos corrientemente malos. Los caballos de silla, sin embargo de que por lo comun son castrados, tienen un brio estupendo. Las mulas, las cuales en todo aquel reino sirven para los coches y para la carga, son tambien en cuanto al tamaño lo mismo que las comunes de Europa. Las de carga que caminan en recua cargan cerca de veinte arrobas; no andan cada dia mas que cuatro leguas ó cuatro leguas y media segun el uso de aquellos arrieros; pero de este modo hacen viajes de ochocientas, mil y aun de mil y quinientas millas. Las de coche van al paso de las postas de Europa, aunque los coches llevan un peso mucho mas grande por el equipaje de los pasajeros, y así hacen las mismas mulas viajes muy largos, caminando cada dia lo menos diez leguas. Las de silla sirven por lo comun para viajes largos. Es comun hacer en una mula el viaje desde Méjico á Goatemala de cerca de trescientas treinta leguas y por camino en gran parte montuoso y malo, caminando cada dia diez leguas ó mas. Todo esto que traigo para manifestar el engaño de nuestros filósofos en órden á la pretendida degradacion de aquellos cuadrúpedos, es público y notorio en aquel reino y conforme á la relacion que hacen algunos autores europeos. Pero nada á mi juicio da á conocer mas claramente la multitud y excelencia de los caballos americanos, como una observacion que he hecho. Entre tantas

1 Basta leer lo que escribe el padre Acosta en el lib. 4, cap. 38 de su Historia. "Lo cierto es, dice, que los puercos se han multiplicado en mucha abundancia por toda la América. En muchos países se come su carne fresca, y se cree tan sana como la del carnero castrado, como en Cartagena.... En algunos lugares se engordan con maíz y se ponen excesivamente gordos. En otros se hacen excelentes lardos y tocinos, como en Toluca de la Nueva España y en Paris." El conde de Buffon, en el mismo tom. 18 en que pone á los puercos entre los animales degenerados en América, dice expresamente que los puercos trasladados á América han probado bien en ella.

2 Histor. nat. y mor., lib. 4, cap. 33.

3 Viaje á la América meridional, part. 1., lib. 6, cap. 9.

1 En la Nueva Galicia se tiene un caballo regular por dos pesos, una mula por tres ó dos y medio y una manada de veinticuatro yeguas con su garañon, por veinticinco pesos. En el Chile se puede tener tambien por un peso un caballo de los que andan trote, los cuales son de los mas apreciados de los labradores por su fortaleza y su suma agilidad en la carrera, y una yegua suele comprarse por veinticinco bajoques.

cosas que se hacen llevar de España á cualquier costo los españoles establecidos en América, por el amor que conservan á su patria, no sé (á lo menos respecto al reino de Méjico) que de doscientos años acá se hayan hecho conducir jamás caballos de España, y por el contrario, estoy seguro que muchas veces han mandado á España caballos americanos para regalarlos á los magnates de la corte y aun al mismo rey católico.

DE LOS PERROS.

Entre los grandes despropósitos publicados por Paw, que no son pocos, es muy grande el que escribe sobre los perros. "*Estos, dice,*[1] *trasladados de nuestros países pierden inmediatamente la voz y cesan de ladrar en la mayor parte de las regiones del nuevo continente.* Los americanos tienen por otras razones mucho que reir en la obra de Paw; pero leyendo este pasaje de los perros se reirán á carcajadas. Aun cuando concediésemos á Paw que en la mayor parte hayan degenerado los perros, nada se inferiria contra aquel nuevo continente que no pudiese igualmente inferirse contra el mundo antiguo, pues segun lo que afirma el conde de Buffon, los perros trasladados de los climas templados á los frios del antiguo continente, pierden la voz, y trasladados á países excesivamente calientes, pierden á mas de la voz el pelo. Esa asercion del conde de Buffon se apoya sobre la experiencia hecha en los perros europeos trasladados á Asia y Africa, cuya degeneracion, dice el referido filósofo, es tan pronta en la Guinea y en otros países muy calientes, que después de tres ó cuatro años quedan enteramente mudos y pelados. No se atreve Paw á decir otro tanto de los perros trasladados á la América; pero aun lo que afirma es falsísimo, porque ¿cuáles son los países de América en donde los perros han perdido la voz? ¿sobre la fe de qué autores se ha atrevido á publicar semejante fábula? La mayor parte de los países americanos á que han sido trasladados los perros europeos, están sujetos al rey católico, y en ninguno de ellos ha sucedido á los perros semejante desgracia. Ni entre los autores europeos que han notado las particularidades de la América, ni entre muchísimos americanos que actualmente han venido aquí de todos los países de la América española, he encontrado ni uno que confirme la anécdota de Paw. Lo que sí sabemos por algunos escritores de la América y por algunas personas prácticas de aquellos países, de quienes estamos informados, es que los perros jamás tienen rabia en el Perú, en Quito, en el Chile ni en otras provincias de aquel Nuevo Mundo. Si acaso en los dominios de Inglaterra ó de Francia hay algun país (lo que no creo) en el cual hayan enmudecido los perros, ¿deberá por esto decirse que *han perdido la voz en la mayor parte de las regiones del nuevo continente*? Leyó por acaso Paw que en algunos países de la América habia perros que no ladraban, y esto le bastó para publicar que los perros europeos trasladados á América inmediatamente perdian la voz. Igualmente podria decir que los higos trasladados de la Europa á América se hacen inmediatamente espinosos porque tiene espinas la *nochitli* ó tuna, la cual por no sé qué semejanza con el higo, fué llamada por los españoles *higo de Indias*, como tambien fué llamado por ellos cachorro del reino de Méjico el *techichi* por semejante á los cachorros; pero ni este cuadrúpedo es verdadero perro y ni aquel fruto verdadero higo. Es muy fácil precipitarse en tales errores cuando no se regulan las ideas ni se moderan las pasiones. El conde de Buffon, por el contrario, afirma[1] que los perros europeos han probado bien, así en los países calientes como en los frios del Nuevo Mundo, en lo que concede sin duda una gran ventaja el clima de la América sobre el del antiguo continente.

DE LOS GATOS.

Nada dicen en particular nuestros filósofos sobre la degeneracion de los gatos en la América; pero deben entenderse comprendidos en sus aserciones universales. Sin embargo, el conde de Buffon, el cual en el lugar arriba citado no admite excepcion alguna en lo que dice sobre la degeneracion de los animales en América, hablando en particular de los gatos, después de haber ponderado los de España como los mejores de todos, afirma que *estos gatos españoles trasladados á América han conservado sus bellos colores y no han degenerado nada.*[2]

Estos son los cuadrúpedos trasladados[3] del antiguo al nuevo continente, todos los cuales, á excepcion de los camellos, se han multiplicado excesivamente y han conservado sin alteracion su corpatura, su figura y todas las perfecciones de sus ascendientes, como consta parte por la confesion de los mismos filósofos, parte por la deposicion de autores europeos imparciales, juiciosos y prácticos de aquellos países, y parte tambien por la notoriedad que alegamos sin temor de ser desmentidos. No dudamos que los lectores imparciales conocerán, por lo que hasta aquí hemos expuesto sinceramente, los errores y contradiciones de nuestros filósofos, originadas del ridículo empeño de infamar al Nuevo Mundo, la falsedad de sus observaciones, la insubsistencia de sus raciocinios y la temeridad de su censura.

1 Recherch. philosoph., part. 1.

1 Hist. nat., tom. 10.

2 Hist. nat., tom. 11.

3 El conde de Buffon añade á los referidos cuadrúpedos trasladados á Amérioa, el puerco de Guinea y y el conejo; pero afirma que estas dos especies han probado bien. En cuanto á los topos, seria ciertamente un gran bien para la América que no pudiesen vivir en aquel clima.

CATALOGO

DE LOS CUADRUPEDOS AMERICANOS.

§ I.

ESPECIES RECONOCIDAS Y ADMITIDAS POR EL CONDE BUFFON: EL NÚMERO PUESTO A CADA ESPECIE DENOTA EL TOMO EN QUE HABLA DE ELLA EL REFERIDO AUTOR.

Acouti, pequeño cuadrúpedo del Paraguay y del Brasil, semejante al conejo. El verdadero nombre en lengua guarani ó del Paraguay, es el de *acuti*. 17.

Ai, especie de perico ligero con cola. 26.

Akouchi, pequeño cuadrúpedo de la Guayana ó Guyana. 30.

Alce, llamado vulgarmente gran bestia,[1] por los franceses *elan*, por los del Canadá *orignac*. 24.

Alco, entre los peruanos *allco*, entre los mejicanos *techichi*, cuadrúpedo mudo y comestible, semejante á un cachorro. 30.

Apar, especie de *tatu* ó *armadillo*, con tres fajas ó bandas movibles. 21.

Aperca (en guarani aperea) cuadrúpedo semejante al conejo, pero sin cola. 30.

Bisonte ó toro jorobado, llamado en el reino de Méjico cíbolo, cuadrúpedo grande de la América setentrional. 23.

Cabassou, especie de tato cubierto de dos láminas ó conchas y de doce bandas movibles. 21.

Cabiai ó capibara,[2] cuadrúpedo anfibio semejante al puerco. 25.

Cachicamo, especie de tato cubierto de dos láminas y de nueve bandas movibles. 21.

Camozza, en francés *chamois*. 24.

Capristolo, en francés *chevreuil*. 29.

Castor. 17.

Venado. 11.

Chinche, especie de gato montés americano.[1] 27.

Coaita, especie de cercopiteco ó mono con cola. 30.

Coaso, especie de gato montés.[2] 27.

Coati ó mas bien *cuati*, pequeño y curioso cuadrúpedo de los países meridionales de América. 17.

Coendu, ó mas bien *cuandu*, puerco-espin de la Guyana y del Paraguay, llamado en el Orinoco *arura*. 27.

Cojopollin (no cayopolli como escribe el conde de Buffon), pequeño cuadrúpedo del reino de Méjico. 31.

1 En América dan el nombre de *gran bestia* al tapir ó danta.

2 El cabiai del conde de Buffon se llama *capibara* ó *capihuara* por los tuamanes, *capiiba* ó *capibara* por los guaranis ó paraguayos, *cappiva* por los tamanachis, por los chiquitos *equis*, y por otras naciones *chiaco*, *ciguiri*, *yrabubi*.

1 Puede ser que este nombre se haya puesto al gato montés por el intolerable fetor que despide por la parte posterior; pero yo no dudo que el conde de Buffon alteró mas bien el nombre chingke, con el cual es conocido el gato montés en Chile, pues no hallamos usado en ningun país de América el nombre de chinche para significar aquel cuadrúpedo.

2 Véase lo que hemos dicho en el libro I de la Historia sobre el nombre coaso.

Conepata, en mejicano *conepatl*, la mas pequeña especie ó raza de gato montés. 27.
Cocuallino: así llama el conde de Buffon al *cozocoteazillin* de los mejicanos, cuadrúpedo semejante á la ardilla, pero diverso. 26.
Couguar ó *cuguar*, fiera manchada, del género de los tigres. 19.
Daino. 12. 29.
Encobertado, tato cubierto de dos láminas ó conchas y de seis bandas. 21.
Exquima, especie de mono. 30.
Falanger, nombre dado á un pequeño cuadrúpedo semejante al topo. 26.
Fierro de lanza, especie de murciélago, así llamado por el conde de Buffon por una membrana que tiene, semejante al fierro de una lanza. 27.
Filandro de Suriñan, cuadrúpedo semejante á la marmosa y al *tlacuatzin*, pero diverso. 30.
Oso hormiguero,[1] cuadrúpedo de los países calientes de América. 20.
Ghiottone, llamado por los del Canadá *carcaju*, fiera de paísos setentrionales. 27.
Jaguar[2] ó tigre americano. 19.
Jaguarete[3] ó mas bien *Jagaarete*, fiera del género de los tigres. 18.
Isatis, fiera de los países frios. 27.
Lamentin, así llaman los franceses al manatí, animal grande del mar, de las lagunas y rios, puestos por el conde de Buffon entre los cuadrúpedos, aunque apenas pueda decirse *bipede*, ó mas bien *bimano*. 27.
Leon marino, así llama el lord Anson, al becerro marino, el cual tiene entre los chilenos el nombre de *lame*. 27.
Liebres comunes. 13.
Lince ó gato cerval. 19.
Llama, no *lame* como dice el conde de Buffon, ni glama como escribe Paw. Este nombre es del carnero peruano. 26.
Lontra, llamada por los peruanós miguilo. 14.
Lobo comun, llamado por los mejicanos *cuetlachtli*. 14, 19.
Lobo marino, ó becerro menor. 27.
Lobo negro, muy distinto del comun. 19.

1 El hormiguero se llama por los españoles oso, aunque sea mas distinto de ese animal que el perro del gato. El conde de Buffon distingue tres especies en América: al primero lo llama simplemente *fourmiller* ú hormiguero; al segundo *tammanoir* y al tercero *tamandua*. Los peruanos le llaman *hueumari*, los quiteños *huaniri* y cuchichi, los tamanachis en el Orinoco *llaraca*. En el Brasil llaman á los hormigueros grandes tamanduaguazu y á los pequeños *yrara* y *gualtimonde*.

2 Jagua en lengua guaraní es nombre comun á los tigres, las pumas y los perros. Los peruanos llaman al tigre *uturuncu*, y los mejicanos *ocelotl*.

3 Jaguarete es en guaraní el nombre genérico de los tigres.

Mapach, cuadrúpedo curioso del reino de Méjico. 17.
Margai, ó gato tigre, fiera. Puede ser que este nombre haya sido tomado del Albaracaja de los paraguayes. 27.
Marikina, ó mora leonina, especie de cercopiteco. 30.
Marmosa, pequeño y curioso cuadrúpedo de los países calientes y templados de América. 21.
Marmota. llamada *muax* por los del Canadá. 26.
Mico, la especie mas pequeña de los cercopitecos.[1] 30.
Morso, en francés *morse*, bestia grande anfibia del mar. 27.
Ocelotl,[2] ó gato pardo del reino de Méjico. 27.
Ondatra, (*raton almizclado del Canadá*) cuadrúpedo algo semejante al topo. 20.
Oso oscuro. 17.
Oso negro, específicamente distinto del oscuro. 17.
Paca, cuadrúpedo semejante al puerquecillo en el pelo y el gruñido, y en la figura de la cabeza al conejo. En el Brasil se llama *paca*, en el Paraguay, *pag*, en Quito *picuru*, y en el Orinoco *accuri*. 21.
Paco, cuadrúpedo de la América meridional del mismo género, pero no de la misma especie de la *llama*. El nombre indiano es, *allpaca*. 26.
Pecari, cuadrúpedo que tiene sobre el espinazo una glándula de humor pestilente creida por muchos ombligo. Sus verdaderos nombres en diversos países de América son los de *saino*, *cojametl*, *tátabro* y *pachira*.[3] 20.
Pekan, ó marta americana, 27.
Petit-gris. Así llama el conde de Buffon á un pequeño cuadrúpedo de los países frios semejante á la ardilla. 20.
Pilori, (*raton almizclado de las Antillas*) pequeño cuadrúpedo semejante al topo y distinto de la Ondrata. 20.
Pinchis, (en el conde de Buffon pinche) especie de pequeño cercopiteco. 30.
Polatuca, cuadrúpedo semejante en parte á la ardilla llamado por los mejicanos *Quimichpatlan*, ó rata voladora. 20.
Puerquecillo de India (en francés *Porc d'in-*

1 Mico en español es el nombre genérico de los cercopitecos; pero el conde de Buffon lo da á la especie mas pequeña.

2 *Ocelotl* en mejicano es el nombre del tigre, pero el conde de Buffon lo da al gato pardo.

3 Es de creer que al *pecari* lo llame así el conde de Buffon por *pachira* cuyo nombre se usa en el Orinoco para significar aquel mismo cuadrúpedo. El conde de Buffon le llama tambien *tayassou*; pero *tajasu*, (así debe escribirse) en lengua guaraní es nombre comun á todas las especies de puercos.

de) pequeño cuadrúpedo de la América meridional semejante en parte al puerquecillo y en parte al conejo, pero sin cola. 16.

Puma, ó leon americano, llamado por los mejicanos *miztli* y por los chilenos *pagi*. 18.

Quirquincho, especie de tato cubierto de una concha y diez y ocho bandas.[1] 21.

Renno, llamado por los de Canadá *caribu*. 24.

Sai,[2] especie de cercopiteco. 30.

Saimiri, ó mas bien *caimiri*, especie curiosa de cercopiteco. 30.

Saki, especie de cercopiteco con cola muy larga. 30.

Sarieovienna, nutria particular del Paraguay, del Brasil, de la Guyana y del Orinoco. En el Paraguay le llaman *kija* y en el Orinoco *catro y nevi*. 27.

Sayu, (tal vez *cayu*) especie de cercopiteco. 30.

Rata de agua. 30.

Suricate, cuadrúpedo de la América meridional, el cual tiene como la sena, cuatro dedos en los cuatro piés. 26.

Svizzero, llamado por los mejicanos *tlalmototli*, cuadrúpedo semejante en la figura á la ardilla, pero distinto en el modo de vivir, y casi doblemente mas grande que él. 20.

Taira, ó huron de la Guyana.

Tamandua, ó mas bien Tamandúa, la especie media entre las de los hormigueros. 26.

Tamannoir, la especie mas grande de los hormigueros. 26.

Tamarino, especie de pequeño cercopiteco 30.

Tapeti, ó tapeto, cuadrúpedo de la América meridional, semejante en parte á la liebre y en parte al conejo. El verdadero nombre en lengua guarani es tapisti. 30.

Tapir,[3] cuadrúpedo grande de la América llamado por los españoles, *anta, danta y gran bestia*, y en diversas lenguas americanas "*tapii, tapira, beori, tlaxaxolotl, tluariari, sacha-vaca*, etc. 23.

Tarsiere, cuadrúpedo algo semejante á la marmosa y al *tlacuatzin*. 20.

Tatueto, nombre dado por el conde de Buffon á aquella especie de tato que está cubierto de dos conchas y de ocho bandas. 21.

Tlacuatzin, cuadrúpedo curioso, cuya hembra lleva á los hijos después de haberlos parido dentro de una bolsa ó membrana que tiene bajo del vientre. Tiene en diversos países de América todos estos nombres: *churcha, chucha, mucanuca, jarique, tara* y *aure*. Los españoles del reino de Méjico le llaman *Tlacuache*. Algunos naturalistas le dan el nombre impropio de *filandro* y otro el propísimo de *didelfo*. El conde de Buffon le llama, *sarigue* y *cariguey* alterando el nombre de jarigue, con que es conocido aquel cuadrúpedo en el Brasil. 21.

Toporagno (en español *musaraña*.) 30.

Tuza, (no tucan como escribe el conde de Buffon) en mexicano *tozan*[1] cuadrúpedo del reino de Méjico del género de los topos, pero mas grueso y mas hermoso. 30.

Vampiro, grande murciélago de América. 20.

Varina, segun el conde de Buffon *ouarines*[2] gran cercopiteco barbado, llamado en el reino de Quito *omeco*. 30.

Vison, ó fuyna americana. 27.

Vistiti, especie de pequeño cercopiteco. 30.

Unau, especie de perezoso sin cola.[3] 26.

Zorra comun. 14.

Urson, cuadrúpedo de los países fríos semejante al castor, pero distinto. 25.

Zorrillo, especie de fuyna.[4] 27.

Y así el conde de Buffon, que no encontraba en toda la América mas que setenta especies de cuadrúpedos, en el discurso de su historia natural reconoce y distingue á lo menos noventa y cuatro. Dije á lo menos, porque á las referidas deben agregarse las del puerco comun, el armiño y otras, las cuales aunque negadas por el conde de Buffon á la América en un lugar de su historia, se las concede en otros lugares.

---

1 *Quirquincho* entre los peruanos, *ajotochtl*, entre los mejicanos tatu, entre los paraguayos *armadillo*, entre los españoles son todos nombres genéricos de aquellas especies de cuadrúpedos. El conde de Buffon restringe el nombre quirquincho (no . . . . como el escribe) á una sola especie, como tambien el de *ajotochtl*.

2 *Cai no sai*, como escribe el conde de Buffon, es en la lengua guarani el nombre genérico de todos los cercopitecos; pero él igualmente lo da á una sola especie.

3 Yo adopto gustoso el nombre *tapir* porque está ya en uso entre los zoologistas modernos, y por otra parte no es equívoco. El de *gran bestia* es propio de las dantas: el de *anta* ó *danta* se da tambien al zebu, cuadrúpedo de la Africa muy distinto del tapir.

1 No sé si la tuza sea de la misma especie de aquel cuadrúpedo, que los peruanos llaman tupu—tupu.

2 El conde de Buffon duda si la *aloata*, cercopiteco tambien grande, sea de la misma especie, y por lo tanto no pongo á aloata (segun el conde de Buffon alonate) en este cátalogo.

3 El conde de Buffon distingue con razon dos especies de perezosos, la una con cola, y la otra sin ella; pues á mas de esto tienen otros carácteres diversos. En Quito llaman á los perezosos *quillac*, ó *quilac* y en el Orinoco *proto*. Los españoles le llaman *peraza* y *perico ligero* por antífraris.

4 *Zorrillo* es el nombre genérico que dan los españoles del reino de Méjico y otros países á las faynas. Los mejicanos le llaman *epatl*. En el reyno de Chile *Chinghe*, y en otros países de la América Meridional *Mapurito, Anagtufa etc.*

§ II.

ESPECIES CONFUNDIDAS POR EL CONDE DE BUFFON CON OTRAS DISTINTAS.

El *guanaco* con la llama.[1]

La *vicuña* con el paco.

El *citli* con el tapeti ó tapiti[2]

El *huitztlacuatzin* ó puerco-espin mejicano, con el cuandu ó puerco-espin de la Guyana.[3]

El *tlacocelotl* con el ocelotl.[4]

El *tepeitzcuintli* ó perro montés del reino de Méjico, con el gloton.[5]

El *xoloitzcuintli* ó perro pelado, con el lobo.

El *itzcuintepozotli* ó perro corcovado, con el alco ó techichi.

Deben, pues, agregarse estas ocho especies confundidas por él á las noventa y cuatro de arriba y harán ciento dos.

§ III.

ESPECIES IGNORADAS Ó NEGADAS INJUSTAMENTE POR EL CONDE DE BUFFON.

Achuni, cercopiteco del reino de Quito, con hocico largo, dientes fuertísimos y vestido de pelo grueso como cerdas. M. S. en mi poder.

Ahuitzotl, pequeño cuadrúpedo anfibio del reino de Méjico descrito por nosotros en el lib. I de la Historia.

1 Ademas de otras razones de diferencia entre la llama, el guanaco, la vicuña y el paco, jamás se han visto mezclarse entre sí, aun puestos juntos en un lugar. Pues si esto basta para concluir la diversidad específica entre el perro y el lobo, cuadrúpedos por otra parte muy semejantes, así en los accidentes externos como en la organizacion interior, ¿qué deberemos decir de aquellos cuatro cuadrúpedos mucho mas distintos entre sí que el perro y el lobo?

2 Para asegurarse de la diversidad entre el *citli* y el tapeti, basta cotejar las descripciones que hacen de uno y otro el Dr. Hernandez y el conde de Buffon.

3 Véase lo que hemos dicho en el lib. I de la Historia sobre la diferencia entre el puerco-espin mejicano, y el de la Guyana.

4 El conde de Buffon quiere persuadirnos que el *tlacocelotl*, y el *ocelotl* son un mismo animal; que este es el macho y aquel la hembra; que *ocelotl* es el mismo nombre que *tlacocelotl* sincopado. Así podremos decir que el *canis* latino no es diverso del *semicanis*, y que *tigres* es lo mismo que *semitigre*. No puede culparse al conde de Buffon de no saber el mejicano; pero tampoco puede disculparse por haberse atrevido á decidir en lo que no sabe. El Dr. Hernandez, que tuvo á la vista y observó como naturalista aquellas dos fieras, merece sin duda mas crédito.

5 Véase sobre la diversidad de estos tres últimos cuadrúpedos lo que hemos dicho en la disertacion IV.

Amiztli, cuadrúpedo anfibio del reino de Méjico descrito por nosotros.[1]

Cacomiztli, cuadrúpedo del reino de Méjico semejante á la garduña en el modo de vivir, pero distinto en la figura, descrito en el lib. I de nuestra Historia.

Perro de Cíbola, ó perro de carga, cuadrúpedo del país de Cíbola, semejante en la figura á un mastin, del cual se sirven aquellos indios para llevar cargas. Hacen mencion de este robusto cuadrúpedo algunos historiadores del reino de Méjico.

Chichico, cercopiteco del reino de Quito, tan pequeño, que se puede tener en el puño. Lo hay de diversos colores. M. S.

Chilihueque, cuadrúpedo grande de Chile, semejante al guanaco, pero distinto. Historia del Chile por el abate Molina.

Chinchilla, especie de raton campestre lanudo. Hablan de él muchos historiadores de la América meridional.

Chinchimen ó gato marino, cuadrúpedo anfibio del mar de Chile. Historia natural de Chile.

Cinocéfalo, cercopiteco, cuadrúpedo del reino de Méjico del cual hacen mencion Hernandez, Brisson y otros.

Coyote (en mejicano *coyotl*), fiera descrita por nosotros.

Conejo comun, llamado por los mejicanos *tochtli*.

Cui ó conejo peruano, pequeño cuadrúpedo muy semejante al puerquecillo de India, de que hacen mencion algunos historiadores del Perú.

Culpeu, especie particular de zorra grande del reino de Chile. Historia del Chile.

Degu ó liron del reino de Chile. Historia del Chile.

Foca porcina ó puerco marino anfibio, especie particular de foca del Chile. Historia del Chile.

Furetto del Chile y del Paraguay, llamado en guaraní *jaguare hupe*. Historia natural del Chile y M. S. en mi poder.

Gato melero. Así llaman los españoles á un cuadrúpedo de la provincia del Chaco en la América meridional, semejante en la figura al gato, el cual caza las aves en los árboles y es muy goloso de la miel de abejas. M. S. en mi poder.

Guanque, especie de raton campestre azul, del reino de Chile. Historia natural del Chile.

Horro, cercopiteco grande de los reinos de Quito y Méjico, todo negro á excepcion del cuello, el cual es blanco. Grita fuertemente en los bosques, y parándose sobre los dos piés tiene la altitud de un hombre.

1 Dije en una nota que puse en el lib. I de la Historia, que el *amiztli* me parecia aquel mismo cuadrúpedo que el conde de Buffon llama *saricoviene;* pero habiendo hecho nuevas reflexiones, he hallado que son específicamente diversos aquellos dos cuadrúpedos.

Huemul, ó sea caballo de pezuña hendida del reino de Chile. Historia del Chile.

Jaguaron, en guarani *jagua-ru*, fiera anfibia del Paraguay llamada por algunos *tigre acuático*. M. S. en mi poder.

Kiki, cuadrúpedo del reino de Chile del género de los hurones Historia del Chile.

Majan, cuadrúpedo semejante á un puerquecillo, el cual tiene el cuerpo redondo y las cerdas paradas. Habita en el Paraguay. M. S. en mi poder.

Pisco-cushillo, esto es, cercopiteco ave, cercópiteco del reino de Quito, el cual está cubierto desde el cuello hasta la cola de cierta especie de plumas. M. S. en mi poder.

Riccio, comun en el Paraguay. M. S. en mi poder.

Raton, comunísimo en la América antes de que llegasen á ella los españoles, y llamado por los mejicanos *Quimichin*. Historia del reino de Méjico.

Raton campestre, vulgar en el reino de Méjico y en otros países de América.

Taje, cuadrúpedo de la California, del cual se hace mencion, así en la Historia impresa, como en las relaciones manuscritas de aquella península. El taje es sin duda el *ybex* de Plinio descrito por el conde de Buffon bajo el nombre de bouquetin.

Taitettl, cuadrúpedo del Paraguay del género de los puercos, cuya hembra pare siempre dos hijos, los cuales nacen unidos entre sí por medio del cordon umbilical. M. S. en mi poder.

Tasoʼ blanco de la Nueva York, descrito por Brisson.

Thopel-lame, cuadrúpedo anfibio del mar de Chile, especie de becerro, mucho mas semejante al leon, que no la que vió el lord Andson Historia natural del Chile.

Tlalcojote, en mejicano *Tlalcojotl*, cuadrúpedo comun del reino de Méjico descrito por nosotros en el lib. I de la Historia.

Topo blanco campestre, comun en el reino de Méjico y en otros países de la América.

Topo de Maule, cuadrúpedo de aquella provincia en el reino de Chile, muy semejante á la Marmota, pero al doble mas grande que ella. Historia natural del Chile.

Trefle, ó *trifoglio*, cuadrúpedo grande de la América setentrional descrito por Bomare.

Viscacha campestre, cuadrúpedo semejante al conejo, pero con una gran cola doblada hacia arriba. Acosta y otros historiadores de la América meridional.

Viscacha montés, cuadrúpedo muy hermoso del mismo género de la viscacha campestre, pero de diversa especie. M S. en mi poder.

Usnagua ó cercopiteco nocturno del reino de Quito. M. S en mi poder.

Unidas estas cuarenta especies á las ciento de arriba, hacen ciento cuarenta y dos especies de cuadrúpedos americanos. Si á estas pues se añaden las de caballos, burros, toros, ovejas, cabras, puercos comunes y de Guinea, perros, gatos y topos domésticos trasladados allí después de la conquista, tendremos actualmente en América hasta ciento cincuenta y dos especies. El conde de Buffon, el cual en toda su Historia natural no cuenta mas que doscientas especies de cuadrúpedos en los países del mundo hasta ahora descubiertos, ahora en su nueva obra de las *Epocas de la naturaleza* numera trescientas. ¡Tanto se aumentó aquel numero en pocos años! Mas sean pues las trescientas; he aquí que la América con todo de que no sea mas que la tercera parte de nuestro globo, tiene sin embargo la mitad á lo menos de las especies de cuadrúpedos. Vuelvo á decir á lo menos porque he omitido todas aquellas de las cuales dudo si son ó no diversas de las descritas por el conde de Buffon. El fin principal que me he propuesto en la formacion de este catalogo, no ha sido el de manifestar el error del conde de Buffon en la enumeracion de los cuadrúpedos americanos y la falsedad de lo que escribe sobre la imaginaria escasez de la materia en el Nuevo Mundo, sino el de servir á los naturalistas europeos, indicándoles algunos cuadrúpedos hasta ahora desconocidos y allanando algun tanto aquella dificultad, que ha causado una mal entendida nomenclatura. Aquellos querian que los nombres de los cuadrúpedos fueran acompañados de una exacta descripcion, y yo los complaceria gustoso en cuanto me fuese posible, si esto no fuese ajeno de mi intento. Para hacer este catálogo á mas del grande estudio que he impendido, he tomado informes por escrito de personas doctas, exactas y prácticas de diversos países de America, á cuya singular bondad me confieso sumamente obligado.



DISERTACION V.

SOBRE LA CONSTITUCION FISICA Y MORAL DE LOS MEJICANOS.

Cuatro clases de hombres pueden distinguirse en el reino de Méjico y otros países de la América. 1º Los americanos propios, llamados vulgarmente indios, esto es, aquellos que descienden de los antiguos pobladores de aquel Nuevo Mundo y no han mezclado su sangre con la de los pueblos del antiguo continente. 2º Los europeos, asiáticos y africanos establecidos en aquellos países. 3º Los hijos ó descendientes de estos, llamados por los españoles criollos, aunque tal nombre se da principalmente á los hijos ó descendientes de europeos, cuya sangre no se ha mezclado con la de los americanos, asiáticos ó africanos. 4º Las razas mezcladas, llamadas por los españoles castas, esto es, aquellos que nacen ó descienden de europeo y americana, ó de europeo y africana, ó de africano y americana, etc. Todas estas clases de hombres se han infamado y menospreciado por Paw. El supone ó finge tan maligno el clima del Nuevo Mundo, que hace degenerar no solo á los criollos y á los americanos propios nacidos allí, sino tambien á los europeos habitantes de aquellos países, sin embargo de que hayan nacido bajo un cielo tan benigno y bajo de un clima mas favorable, como él cree, á todos los animales. Si Paw hubiera escrito sus *Investigaciones filosóficas* en América, podriamos con razon sospechar la degeneracion de la especie humana bajo el clima americano; pero como vemos que esta obra y otras muchísimas del mismo calibre se hacen en Europa, nos confirmamos mas en la verdad de aquel proverbio italiano tomado de los griegos: *Todo el mundo es país*. Pero omitiendo por ahora los despropósitos de aquel filósofo y de sus partidarios contra las otras clases de hombres, hablaremos solamente de los que escribe contra los americanos propios, pues estos son los mas injuriados y mas indefensos. Si para escribir esta disertacion fuésemos movidos por alguna pasion ó interés, hubiéramos emprendido mas bien la defensa de los criollos, como que á mas de ser mucho mas fácil, debia interesarnos mas. Nosotros nacimos de padres españoles y no tenemos ninguna afinidad ó consanguinidad con los indios, ni podemos esperar de su miseria ninguna recompensa. Y así ningun otro motivo que el amor á la verdad y el celo por la humanidad, nos hace abandonar la propia causa por defender la ajena con menos peligro de errar.

§ I.

SOBRE LAS CUALIDADES CORPORALES DE LOS MEJICANOS.

Paw, que censura la estatura, figura y la pretendida irregularidad de los animales americanos, no ha sido mas indulgente para con los hombres: si los animales le parecieron una sexta parte mas pequeños que los de Europa, los hombres son tambien, segun dice, mas pequeños que los castellanos. Si en los animales notó la falta de cola, en los hombres censura la falta de pelo. Si en los animales halló deformidades notables, en los hombres vitupera el color y las facciones. Si creyó que los animales eran menos fuertes que los del antiguo continente, afirma igualmente que los hombres son debilísimos y que están sujetos á mil enfermedades causadas por la corrupcion de aquel aire y de aquel terreno pestilente.

Sobre la estatura de los americanos dice en general que aunque no sea igual á la de los caste-

llanos, hay poca diferencia. Pero estamos enteramente seguros, y es notorio en toda la la Nueva España, que los indios habitantes de aquellos países, esto es, los que están desde los nueve grados hasta los cuarenta de latitud setentrional, hasta donde han llegado los descubrimientos de los españoles, tienen de altitud mas de cinco piés de Paris, y que los que no exceden esta medida, son mucho mas raros entre los indios que entre los españoles. Estamos á mas de esto ciertos que muchas de aquellas naciones, como los *apaches*,[1] los *hiaquis*, *pimas* y *cochinas* son á lo menos tan altos como los mas altos europeos, y no sabemos que en toda la extension del Nuevo Mundo se halle algun pueblo, á exepcion de los *eskimales*, que sea de una estatura tan pequeña como la de los lapones, samoyedos y tártaros setentrionales en el antiguo continente. Por lo que en esta parte son iguales los habitantes de ambos continentes.

En cuanto á la regularidad y proporcion de los miembros de los mejicanos, no es necesario decir mas que lo que hemos dicho en el libro I de nuestra Historia. Estamos persuadidos que entre aquellos que leán en América nuestra obra, no habrá quien contradiga á la descripcion de la figura y carácter de los indios, si no es que tenga los ojos atrás ó trastornado el cerebro. Es verdad que don Antonio Ulloa dice,[2] hablando de los indios del reino de Quito, haber observado que "entre ellos abundan los imperfectos, ó porque tienen los cuerpos irregulares y monstruosos por razon de su pequeñez, ó porque son insensatos, mudo ó ciegos, ó porque les falta algun miembro;" pero habiendo hecho averiguaciones sobre esta particularidad de los quiteños, he sabido por informe testigo de personas dignas de fe y prácticas de aquellos países, que tales defectos no son causados ni por mâlos humores, ni por el clima, sino por la mal entendida y cruel humanidad de sus padres, los cuales por sustraer á sus hijos de las cargas y fatigas á que sujetan los españoles á los indios sanos, los hacen de intento inútiles ó imperfectos; lo que no sucede en otros paises de la América, ni tampoco en los lugares del mismo reino de Quito en donde los indios están libres de aquellas fatigas. Paw, y después de él el doctor Robertson dicen que entre los salvajes de la América no se encuentran deformes, porque suelen matar, como hacian antes los lacedemonios, á los niños que nacen jorobados, ciegos ó faltos de algun miembro; pero que en los países que están reducidos á sociedad y en donde la vigilancia de los que los gobiernan no les permiten semejantes infanticidios, el número de los individuos irregulares es mas grande que el de cualquiera país de Europa. Esto seria un bello efugio á la dificultad si fuese cierto; pero si acaso ha habido en la América alguna tribu de salvajes que haya imitado el bárbaro ejemplo[1] de los tan célebrados lacedemonios, lo cierto es que aquellos autores no han tenido razon para imputar tal inhumanidad al resto de los americanos, pues ella no ha estado en uso, á lo menos entre la mayor parte de aquellas naciones, como puede demostrarse por la deposicion de los escritores mas bien instruidos en sus costumbres. A mas de esto, en todos los países del reino de Méjico ó de la Nueva España los cuales hacen á lo menos una cuarta parte del nuevo continente, viven los indios unidos en sociedad y congregados en ciudades, pueblos y aldeas, bajo el cuidado de magistrados y de párrocos españoles ó criollos; no se ven jamás ni se oyen aquellos ejemplos de crueldad para con los tiernos niños, y no obstante esto, son tan raros los deformes, que todos los españoles y criollos que al año de 1768 vinieron del reino de Méjico á Italia, quedaron entonces y están aun admirados al observar en las ciudades de esta cultísima península un número tan grande de ciegos, jorobados, cojos, tullidos, etc. Es, pues, muy diversa de aquella que se imaginaron los referidos autores la causa de aquel fenómeno observado por tantos escritores en los americanos.

Del color, pues, de estos no se puede formar argumento alguno contra el Nuevo Mundo, porque aquel color es menos distante del blanco de los europeos, que del negro de los africanos y una gran parte de los asiáticos. Los cabellos de los mejicanos y de la mayor parte de los indios son, como hemos dicho en otra parte, gruesos y espesos, y su pelo escaso en la cara y ninguno por lo comun[2] en los brazos y piernas; pero es un error decir, como dice Paw, que carecen enteramente de pelo en todas las otras partes del cuerpo. Este es uno de aquellos muchos lugares de las *Investigaciones filosóficas* en los cuales no podrán contener su risa los mejicanos y otras naciones americanas viendo á un filósofo europeo tan empeñado en despojarles de aquello que han recibido de la naturaleza. El leyó sin duda aquella ignominiosa descripcion que hace Ulloa de algunos pueblos de la América meridional,[3] y de esta premisa

1 Lo que decimos de las naciones de la América setentrional se podria tambien decir de los chilenos, patagones y otros pueblos de la América meridional.

2 Relacion del viaje á la América meridional.

1 La inhumanidad de matar á los hijos que nacian deformes no solo fué permitida en Roma sino tambien prescrita por la ley de las 12 tablas: *Pater insignem ad deformitatem puerum cito necato.*

2 Dije por lo comun, porque hay en el reino de Méjico pueblos enteros barbados y con pelo en los brazos y piernas.

3 Ulloa en la descripcion que hace de los indios del reino de Quito en el tomo 1 de la relacion de su viaje á América, dice que ni á los hombres ni á las mujeres les nace pelo como al comun de los hombres cuando llegan á la pubertad; pero sea lo que se quiera de esta singularidad

particularidades, segun su lógica, aquella conclusion universal?

El aspecto solo de algun angolano, mandinga ó congo debia haber inspirado á Paw, apartándole de la censura que hace del color, facciones y pelo de los americanos. ¿Qué cosa puede imaginarse mas contraria á la idea que tenemos de la hermosura y perfeccion del cuerpo humano, que un hombre pestilente, cuya piel es negra como la tinta, la cabeza y la cara cubierta de lana negra en lugar de pelo, los ojos amarillos ó del color de sangre, los labios gruesos y negruzcos y la nariz aplastada? Tales son los habitantes de una grandísima parte de la Africa y de algunas islas de la Asia. ¿Qué hombres mas imperfectos que aquellos, los cuales no tienen mas que cuatro piés de estatura, la cara larga y aplastada, la nariz plana, la iride de los ojos amarilla negruzca, los párpados retirados hácia las sienes, los carrillos extraordinariamente elevados, la boca muy grande, los labios gruesos y prominentes y la parte inferior del rostro muy estrecha? Tales son, segun dice el conde de Buffon,[1] los lapones, los zembles, borandianos, samoyedos y los tártaros orientales. ¿Qué objetos mas deformes que hombres cuya cara sea mas larga y arrugada aun en su juventud, la nariz aplastada y gruesa, los ojos pequeños y hundidos, los carrillos muy levantados, la parte superior de las quijadas abatida, los dientes largos y desunidos, las cejas tan grandes que oscurecen los ojos, los párpados gruesos, algunas cerdas en la cara en lugar de barba, los muslos grandes y las piernas pequeñas? Tal es el retrato que hace el conde de Buffon de los tártaros, esto es, de aquellos pueblos que como él mismo dice, habitan un espacio de país en la Asia de mas de mil doscientas leguas de largo y mas de setecientas cincuenta de ancho. Entre estos los calmucos son los mas notables por su deformidad, la cual es tan grande, que son, segun dice Tavernier, los hombres mas feos de todo el universo. Su cara es tan ancha, que entre los dos ojos hay un espacio de cinco dedos, segun afirma el mismo conde de Buffon. En Calicut, Ceilan y otros países de la India, hay dice Pyrard y otros escritores de aquellas regiones, una raza de hombres que tienen una de las piernas ó ambas tan gruesas como el cuerpo de un hombre, cuya enfermedad es entre ellos hereditaria. Los hotentotes tienen, á mas de otras grandes imperfecciones, la monstruosa irregularidad de un apéndice calloso que se extiende desde el hueso pubis hácia abajo, como testifican los historiadores del cabo de Buena Esperanza. Márcos Polo, Struys, Gemelli y otros viajeros afirman que en el reino de Lambry, en la isla Formosa y en la de Mindoro, se encuentran hombres con cola.[1] Bomare dice que esta cola en aquellos hombres no es mas que una prolongacion del hueso coccyx; ¿pero qué es la cola en los cuadrúpedos sino una prolongacion de aquel hueso, aunque dividida en algunas articulaciones?[2] Sea lo que fuere, lo cierto es que aquella prolongacion vale tanto como la verdadera cola para hacer muy irregulares á aquellos asiáticos.

Si quisiéramos del mismo modo recorrer las otras naciones de la Asia y de la Africa, apenas encontraríamos una parte, no muy grande, que no sea de color mas oscuro, y en la cual no se adviertan irregularidades mas enormes y defectos mas grandes que cuantos censura Paw en los americanos. El color de estos es mucho mas claro que el de casi todos los africanos y de los habitantes de la Asia meridional. La escasez de barba es comun á los habitantes de las islas Filipinas y de todo el Archipiélago Indiano, á los famosos chinos, japones, tártaros y á muchas otras naciones del antiguo continente, como es manifiesto á todos los que tienen alguna noticia de la variedad de la especie humana en diversos países de la tierra. Las imperfecciones de los americanos, por grandes que se quieran representar, no son ciertamente comparables con los defectos de aquellos inmensos pueblos cuyo carácter hemos bosquejado, y de otros que omitimos.[3] Todo esto deberia haber contenido la pluma de Paw; pero él lo habia olvidado, ó tal vez lo disimuló maliciosamente.

Paw representa á los americanos débiles y enfermizos; Ulloa, por el contrario, afirma[4] que son sanos, robustos y fuertes. ¿Quién de los dos merecerá de nosotros mas crédito, Paw que desde Berlin se puso á filosofar sobre los americanos sin conocerlos, ó Ulloa que por algunos años los vió y trató en diversos países de la América meridional? ¿Paw que tomó el empeño de vilipendiarlos y envilecerlos por establecer su disparatado sistema de la degeneracion, ó Ulloa, el cual aunque por otra parte poco favorable á los indios, no trató de formar ningun sistema, sino solamente escribir lo que juzgaba cierto? El lector imparcial decidirá esta duda.

Para demostrar Paw la debilidad y desconcierto de la constitucion física de los americanos, alega algunas razones que no debemos disimular, y son estas: 1ª, que los primeros americanos conducidos á Europa rabiaron en el viaje, y la rabia les duró hasta la muerte; 2ª, que los hombres

de los quiteños y de la causa de ella, no hay duda que entre el comun de los americanos la pubertad viene acompañada de los mismos síntomas que entre las otras naciones del mundo.

1 Hist. nat., tom. 6.

1 Diccion. de Hist. nat. V. *Homme*.

2 Véase á Heister en su comp. Anat. de *Ossibus trunci*.

3 Véase el tom. 6 de la Hist. nat. del conde de Buffon, y á los Historiad. de Asia y Africa.

4 Relacion del viaje á la América meridional, tom. 1, lib. 5, cap. 5.

adultos en muchos países de la América tienen leche en los pechos; 3ª, que las americanas paren con demasiada facilidad, tienen una extraordinaria de leche, y es en ellas escasa é irregular la periódica evacuacion de sangre; 4ª, que el europeo menos vigoroso vencia en la lucha al americano mas fuerte; 5ª, que los americanos no podian resistir el peso de una carga ligera; 6ª, que están sujetos al mal venéreo y otras enfermedades endémicas.

En cuanto á la primera prueba, la negamos como absolutamente falsa é insubsistente. Paw, sobre la fe del flamenco Dappers, dice que los primeros americanos que condujo consigo Colon el año de 1493, se quisieron matar en la navegacion; pero que habiéndolos atado para conservarlos, se pusieron rabiosos, y su rabia les duró mientras vivieron; que cuando entraron en Barcelona espantaron en tal grado á aquellos ciudadanos con sus aullidos, contorsiones y movimientos convulsivos, que fueron reputados por frenéticos. Yo no he visto la obra de Dappers; pero no dudo que toda su relacion es un conjunto de fábulas, pues no he encontrado quien haga mencion de aquel suceso, ni entre los autores contemporáneos ni entre los que escribieron en los años subsecuentes; antes bien por lo que testifican aquellos, se puede demostrar la falsedad de la relacion. Gonzalo Fernandez de Oviedo, el cual se hallaba entonces en Barcelona cuando llegó allí Colon, vió y conoció á aquellos americanos y fué testigo ocular de cuanto sucedió, nada dice de su rabia ni de sus aullidos y contorsiones, y no lo hubiera omitido si fuera cierto, siendo mas bien contrario á los indios, como diremos en otra parte, y hablando tan individualmente de su entrada en aquella ciudad, de su bautismo, sus nombres, y en parte de su fin. Dice, pues,[1] que Colon llevó consigo de la isla Española diez americanos, de los cuales uno murió en el viaje, tres quedaron enfermos en Palos, puerto de Andalucía, en donde segun él conjetura, murieron de allí á poco, y los otros seis llegaron á Barcelona en donde entonces estaba la corte; que fueron bien instruidos en la doctrina cristiana y solemnemente bautizados, siendo sus padrinos los reyes católicos y el príncipe don Juan; que el principal de ellos, el cual era pariente del rey Guacanaguari, tomó en el bautismo el nombre del rey católico, y se llamó don *Juan de Aragon*, y al segundo se le puso el nombre del príncipe, llamándose de allí en adelante don *Juan de Castilla*, el cual fué alojado por el príncipe en su palacio y este lo hizo instruir; que aprendió muy bien la lengua española y murió á los dos años. Pedro Mártir de Anglería, el cual estaba tambien en España cuando llegó á ella Colon, hace mencion[1] de los indios que llevó consigo aquel famoso almirante, y no habla una palabra de su rabia; antes bien refiere que cuando Colon regresó á la Española volvió á llevar consigo tres de aquellos indios, *pues todos los demás habian ya muerto por la mutacion del aire y de los alimentos*,[2] y que se valió de uno de ellos para informarse del estado en que se hallaban los españoles que habia dejado en aquella isla. Fernando Colon, docto y diligente escritor de la vida de Cristóbal Colon su padre, el cual se hallaba tambien entonces en España, hace una menuda relacion de los viajes y acciones de su glorioso padre, habla de aquellos indios que vió él, y no dice mas que lo que refiere Pedro Mártir. Es, pues, falsa la relacion de Dappers, ó diremos que los reyes católicos quisieron tener en el bautismo hombres rabiosos; que el príncipe quiso tener consigo á un rabioso para recrearse con sus aullidos espantosos; que un rabioso aprendió muy bien la lengua española, y finalmente, que el prudente Colon se valió de un hombre rabioso para informarse de todo lo que habia acaecido á la España mientras él estuvo ausente.

La anécdota de la leche en los pechos de los americanos, es una de las mas curiosas que se leen en las *Investigaciones filosóficas* y de las mas dignas de celebrarse con nuestras risadas y con las de todos los americanos; pero es necesario confesar que Paw se mostró en esto mas moderado que otros autores que cita. El célebre naturalista Jonston afirma en su *Thaumatografía*, sobre la fe de no sé qué viajeros, que en el Nuevo Mundo casi todos los hombres abundan de leche en los pechos. En todo el Brasil, dice el autor de las *Investigaciones históricas*, los hombres solos crian á los niños; porque las mujeres

1 Historia general de las Indias occidentales, lib. 2, cap. 7.

1 Sumario de la historia de las Indias occidentales, cap. 4.

2 A las causas de la muerte de aquellos americanos que expone Pedro Mártir, se deben añadir las extraordinarias incomodidades que padecieron en aquella horrenda navegacion, cuyas circunstancias pueden leerse en las mismas cartas del almirante Colon, referidas por su docto hijo don Fernando. De aquel número de muertos que asienta Pedro Mártir, se debe exceptuar el americano que retuvo consigo el príncipe don Juan, pues éste no murió sino dos años despues, como testifica Oviedo. Pero aunque todos hubiesen muerto en el viaje ó se hubiesen puesto frenéticos ó maniacos, no seria de admirar, atendiendo á lo que refiere el mismo Paw en la part. 3, sect. 2 de sus Investigaciones: Los académicos franceses, dice, cogieron mas allá de Tornea dos lapones, los cuales, afligidos y martirizados por estos filósofos, murieron de desesperacion en el camino. Pues ni el país que dejaban los lapones, ni el viaje que tuvieron que hacer, puede compararse con el país y viaje de aquellos americanos, ni yo puedo creer tan humanos á los marineros españoles del siglo XV, como á los académicos franceses del siglo XVIII.

no tienen casi ninguna leche. ¡Oh qué bellos materiales para una *Thaumatografía!* Yo ciertamente no sé qué deba admirarse mas, si la temeridad y descaro de aquellos viajeros que propagan semejantes fábulas, ó la demasiada simplicidad de los que las adoptan. Si hubiese habido alguna vez en el Nuevo Mundo un pueblo en el cual se hubiese observado ciertamente este fenómeno (lo que Paw jamás podrá verificar), esto ciertamente no seria suficiente para decir que en muchos lugares de la América abunda la leche en los pechos de los hombres, y mucho menos para afirmar, como lo afirma Jonston, de *casi todos los hombres del Nuevo Mundo.*

Las particularidades que nota Paw en las americanas serian muy apreciadas si fuesen ciertas, porque ¿qué mas podrán desear que verse libres de aquellos grandes dolores y trabajos que tienen al parir, abundar de aquel licor con que deben nutrir á sus hijos y ahorrarse en gran parte de las incomodidades que les causa aquella periódica y asquerosa evacuacion? Mas esto que por ellas se tendria por una gran felicidad, lo reputa Paw prueba de degeneracion, porque la facilidad de parir demuestra, dice él, *la espansion del conducto vaginal* y la relajacion de los músculos de la matriz por los flúidos muy copiosos: la abundancia de leche no puede tener otro orígen que la humedad de su complexion, y que por lo demás no se conforman ellas con las mujeres del antiguo continente, pues este debe ser, segun la legislacion de Paw, el modelo de todo el mundo. ¿Pero á quién no causará admiracion que cuando el autor de las *Investigaciones históricas*, nota en las americanas una tal escasez de leche, que por ella están precisados los hombres á criar ellos mismos á sus hijos, el autor de las *Investigaciones filosóficas*, por el contrario, pondera en ellas una tan extraordinaria abundancia de aquel licor? ¿y quién será el que al leer estas y otras semejantes contradicciones y consejas publicadas en Europa, especialmente de pocos años acá, no conozca que los viajeros, historiadores, naturalistas y filósofos europeos[1] han hecho de la América el almacen de sus fábulas y de sus niñerías, y para hacer mas amenas sus obras con la novedad maravillosa de sus supuestas observaciones, atribuyen á todos los americanos lo que se ha observado en algunos individuos ó en ningunos?

Las americanas, que están sujetas á la pena comun, no paren sin dolor; pero ni tampoco lo hacen con aquel aparato que las mujeres europeas, porque son menos delicadas y están mas acostumbradas á trabajos. Tevenot dice que las mujeres de Mogol paren con suma facilidad, y que al dia siguiente se ven andar por las calles de las ciudades, y no por esto se debe contradecir su fecundidad ó censurar su complexion.

La cantidad y cualidad de la leche de las americanas son en Méjico y otros países de la América bien conocidas á las damas europeas y criollas, como que comunmente las toman por nodrizas de sus hijos, porque saben bien que son sanas y muy fieles, y diligentes en este ministerio. Ni vale decir que se habla de las americanas antiguas y no de las modernas, como alguna vez responde Paw á su contrario D. Pernoti, pues á mas de que sus proposiciones contra la América son casi todas de presente, como es claro á los que han leido su obra, aquella distincion no tiene lugar en muchos países de la América, y particularmente en el reino de Méjico. Los mejicanos en la mayor parte usan de los mismos alimentos que usaban antes de la conquista. El clima, si acaso se ha mudado en otras regiones por la tala de los bosques y por el corriente de las aguas estancadas, en Méjico es sin duda el mismo. Los que han cotejado, como yo he hecho, las relaciones de los primeros españoles con el estado presente de aquel reino, saben con la mayor evidencia que subsisten las mismas lagunas, los mismos rios, y por lo comun los mismos bosques.

En órden á los menstruos de las americanas, ni yo puedo dar noticia, ni sé si hay alguno que pueda darla. Paw, el cual desde Berlin ha visto tantas cosas en América que no ven los mismos habitantes de aquellos países, habrá tal vez encontrado en algun autor francés el modo de saber lo que nosotros ni podemos ni queremos averiguar. Pero dado que la evacuacion menstrual de las americanas haya sido escasa é irregular cuanto quiere Paw, nada podria concluirse contra su complexion, *porque la cantidad de tal evacuacion depende*, como dice bien el conde de Buffon,[1] *de la cantidad del alimento y de la insensible traspiracion. Las mujeres que comen mucho y hacen poco ejercicio, tienen los menstruos abundantísimos. En los países calientes, en los cuales la traspiracion es mas copiosa que en los frios, es mas escasa aquella evacuacion.* Pues si la escasez de esta puede provenir de la sobriedad en la comida, del calor del clima y del ejercicio ¿por qué se quiere producir como argumento de mala complexion? A mas de que yo no sé cómo componer la escasez de menstruo con la sobreabundancia de fluidos que Paw supone en las americanas como una fuente del desórden de su constitucion física.

No son mas eficaces las pruebas arriba dichas de la debilidad de los americanos. Dice Paw que estos eran vencidos por cualquier europeo en la lucha y que se desmayaban con un peso mediocre; que hecho el cómputo, se encontró haber perecido en un solo año, en el trasporte de

1 Lo que digo de los escritores europeos que han tratado de las cosas de América, no pretendo se entienda de todos, pues entre ellos hay hombres verdaderamente sabios y amantes de la verdad.

1 Hist. nat., tom. 6.

los bagajes doscientos mil americanos. En cuanto á la primera, seria necesario que la experiencia de la lucha se hubiese hecho entre muchos individuos de uno y otro continente, y que la victoria estuviese testificada no menos por los americanos que por los europeos. Mas sea como quiera, yo no pretendo hacer comparecer á los americanos mas fuertes que los europeos. Pueden ser menos fuertes sin ser por esto positivamente débiles y sin haber degenerado en ellos la especie humana. Los suizos son mas fuertes que los italianos, y no por esta razon creeremos á estos degenerados, ni menos tacharemos el clima de Italia. El ejemplo de doscientos mil hombres muertos en solo un año bajo el peso de los bagajes, si acaso fuese cierto, no convenceria tanto la debilidad de los americanos cuanto la inhumanidad de los europeos. Como perecieron aquellos doscientos mil americanos, hubieran perecido doscientos mil prusianos si hubieran sido precisados á caminar ciento, ciento veinticinco y mas leguas con cuatro arrobas de peso á cuesta; si poniéndoles collares de fierro unidos con gruesas cadenas, hubieran sido obligados á llevar aquella carga por montes y peñascos, y á los que se cansaban ó se les rompian los piés les hubieran cortado las cabezas para que no retardaran el paso de los otros; si no se les hubiera dado mas comida que una muy ténue para poder resistir tan intolerable fatiga. El mismo autor[1] de quien tomó Paw aquel cómputo de los doscientos mil americanos muertos bajo el peso de los bagajes, refiere tambien todas las circunstancias predichas; por lo que si él da crédito á aquello, deberia darlo tambien á esto. Mas un filósofo que pondera tanto las cualidades físicas y morales de los europeos sobre las de los americanos, deberá mas bien abstenerse de hacer mencion de aquellos hechos tan ignominiosos á los europeos. Es verdad que ni á la Europa ni á ninguna nacion de ella puede culparse de aquellos excesos en los cuales incurren algunos de sus individuos, principalmente en países tan distantes de la metrópoli y contra la expresa voluntad y repetidas órdenes de sus soberanos; pero si los americanos quisieran valerse de la lógica de Paw, podrian de tales antecedentes particulares deducir consecuencias universales contra todo el antiguo continente, pues él forma á cada tres palabras argumentos contra todo el Nuevo Mundo por lo que se ha observado en algun pueblo ó en algun individuo, como se puede ver leyendo su obra.

El concede á los americanos una grande agilidad y velocidad en la carrera, porque desde niños se acostumbran á este ejercicio; luego tampoco deberá negar su fuerza, pues como consta por su Historia y por sus mismas pinturas, apenas comenzaban á andar los niños, los sujetaban al ejercicio de cargar, en el cual debian ocuparse todo el tiempo de su vida; y así según sus principios, ninguna otra nacion debia ser mas vigorosa para cargar, porque ninguna otra se ejercitaba tanto en esto como la americana por no tener bestias de carga,[1] de que se valian otras naciones. Si Paw hubiese visto, como yo, los enormes pesos que llevan sobre sus espaldas los americanos, no hubiera tenido valor para echarles en cara su debilidad.

Pero nada demuestra tan claramente la robustez de los americanos como las muchas y grandes fatigas en que están empleados continuamente. Paw dice[2] que cuando se descubrió el Nuevo Mundo no se veian en él mas que espesos bosques, que en el dia hay algunos terrenos cultivados, pero por los africanos y los europeos, no por los americanos, y que el terreno cultivado respecto al inculto está *en la proporcion de dos mil á dos millones*.[3] Estas tres aserciones son otros tantos errores; pero reservando por ahora para otra disertacion lo que pertenece á las fatigas de los antiguos mejicanos, y hablando solamente de los tiempos posteriores, lo cierto es que desde la conquista acá, los americanos solos son los que han soportado todas las fatigas de la agricultura en todos los vastos países del continente de la América setentrional y en la mayor parte de los de la América meridional sujetos á la corona de España. No se ve allí jamás un europeo empleado en las labores del campo. Los negros, los cuales en el vasto reino de la Nueva España son poquísimos en comparacion de los americanos, están encargados del cultivo de las cañas dulces y del tabaco, y de la fábrica del azúcar; pero el terreno destinado al cultivo de aquellas plantas no está respecto á toda la tierra cultivada ni en la proporcion de uno á dos mil. Los americanos son los que trabajan la tierra, ellos los aradores, sembradores, escardadores y los segadores del trigo, maíz, arroz, haba, frijol y de las otras semillas y legumbres; del cacao, la vainilla, algodon, índaco y de todas las otras plantas útiles al sustento, vestido y comercio de aquellas provincias, y sin ellos nada se hace; de tal manera que el año de 1772 se abandonó en muchos lugares la cosecha del trigo por la enfermedad que hubo allí y no permitió á los indios hacer la siega. Pero esto es poco: ellos son los que cortan y acarrean de los bosques toda la madera necesaria, los que cortan, acarrean y labran las piedras, y

1 Illmo. de las Casas.

1 Aunque los peruanos tuviesen bestias de carga, no eran éstas para poderse servir de ellas en el trasporte de aquellas grandes piedras que se hallaron en algunos de sus edificios, como tambien en los de Méjico; por lo que no teniendo máquinas para facilitar este trasporte, debia hacerse este con solas las fuerzas de los hombres.

2 *Defensa de las Investigaciones*, cap. 12.

3 Hubiera sido mejor decir: *en la proporcion de uno á mil*, aunque esto equivale á lo mismo con números mas simples.

los que hacen la cal, el yeso y los ladrillos. Ellos son los que fabrican todos los edificios de aquel reino, á excepcion de pocos lugares en que ellos no habitan. Ellos son los que abren y componen los caminos, los que hacen los canales, diques y los que limpian las ciudades. Ellos trabajan en muchísimas minas de oro, plata, cobre, etc. Ellos son los pastores, los ganaderos, tejedores, loceros, panaderos, honreros, correos, cargadores, etc. En una palabra, ellos son los que llevan todo el peso de los trabajos públicos, como es notorio en todas las provincias de aquel gran reino. Esto hacen los débiles, poltrones é inútiles americanos, mientras que el vigoroso Paw y otros infatigables europeos se ocupan en escribir invectivas contra ellos.

Estos trabajos, en los cuales se emplean continuamente los indios, dan á conocer su sanidad y robustez, pues no podrian resistir tan grandes fatigas si fuesen enfermizos y si por sus venas circulara una sangre dañada, como quiere Paw. El por hacer creer viciosa su complexion, alega todo lo verdadero ó falso que pudo encontrar en los escritores de América en órden á las enfermedades que reinan en algunos países particulares de aquel gran continente, y especialmente sobre el mal venéreo, que él cree verdaderamente americano. Pues en cuanto al mal venéreo, hablarémos difusamente en otra disertacion; en órden á las otras enfermedades, yo le concedo que en la vasta extension de la América haya algunos países en los cuales los hombres están mas expuestos que en otras partes á algunas enfermedades causadas ó por la intemperie del aire ó por la mala cualidad de los alimentos; pero lo cierto es, atendida la deposicion de muchos graves autores prácticos del Nuevo Mundo, que los países americanos son en la mayor parte sanos, y que si los americanos quisieran corresponder á Paw y á otros europeos que escriben como él, tendrian una copia mucho mas grande de buenos materiales para desacreditar el clima del antiguo continente y la complexion de sus habitantes en tantas enfermedades endémicas que hay en él, como la elefancía y la lepra del Egipto y de la Soria,[1] el verben de la Asia meridional, el dragoncelo ó gusano de Medina, el *pircal* del Malabar, el *yaws* ó mal de Guinea, la tiriaci ó enfermedad pedicular de la pequeña Tartaria, el escorbuto y la disenteria gorcal de los países setentrionales, la *plica* de Polonia, el bosío del Tirol y de muchos países de los Alpes, la sarna, la rachitis, la viruela,[2] y sobre todo, la peste que tantas veces ha despoblado muchísimas ciudades y provincias enteras del antiguo continente y que cada año causa una grande mortandad en el Oriente; azote terrible del cual ha sido hasta ahora preservado el Nuevo Mundo.

Finalmente, no se puede combinar la pretendida debilidad y viciosa habitud de los americanos con su larga vida. Entre los americanos, á quienes las grandes fatigas y los excesivos trabajos ó las enfermedades epidémicas no anticipan la muerte, hay no pocos que llegan á los ochenta, noventa y cien años, y lo que es mas de admirar, sin observarse en ellos aquel estrago que causa comunmente el tiempo en los cabellos, dientes, piel y músculos del cuerpo humano. Este fenómeno, tan admirado por los españoles habitantes del reino de Méjico, no puede atribuirse sino á la sanidad de su complexion, á su sobriedad en la comida y á la salubridad del clima. Lo mismo refieren de otros países del Nuevo Mundo los historiadores y otras personas que han vivido en ellos algunos años. Pero si acaso hay allí alguna region en la cual no se prolongue tanto su vida, á lo menos no hay una en la cual se acorte tanto como en la Guinea, Sierra Leona, el cabo de Buena Esperanza y otras provincias de la Africa, en las cuales comienza comunmente la vejez á los cuarenta años, y el que llega á los cincuenta es mirado como lo seria entre nosotros un octogenario.[1] De estos sí podria decirse con razon que tienen la sangre dañada, y desordenada su constitucion física.

§ II.

SOBRE LAS ALMAS DE LOS MEJICANOS.

Hasta aquí hemos examinado lo que dice Paw sobre las cualidades corporales de los america-

1 La elefancía, enfermedad endémica del Egipto y enteramente desconocida en la América, fué tan comun en Europa en el siglo XIII, que habia, segun dice Mateo Paris, escritor exacto de aquel tiempo, diez y nueve mil hospitales.

2 La viruela fué llevada á América por los europeos, como saben todos, y allí ha hecho un estrago mucho mayor que en Europa el mal venéreo. La rachitis no es conocida en el Nuevo Mundo, y esta es, á mi juicio, la principal causa de no observarse allí aquel número de hombres imperfectos que se ve en Europa. La sarna ó no la hay, ó es tan rara, que habiendo yo estado tantos años en algunos países del reino de Méjico, jamás ví un sarnoso ni supe que lo hubiera. *El vómito prieto*, el cual parece tambien un mal endémico, es muy moderno y no se padece sino en algunos puertos de la zona tórrida frecuentados por los europeos. Los primeros que lo padecieron fueron los marineros de algunos navíos europeos, los cuales, después de los malos alimentos de la navegacion, comian excesivamente en aquellos puertos frutas del país y bebian aguardiente. Don Antonio Ulloa afirma que en Cartagena, uno de los lugares mas insalubres de la América, no fué conocido el *vómito prieto* antes del año de 1729, y comenzó por la marinería de la armada europea, que llegó allí aquel año al mando de don Domingo Justiniani.

1 Los hotentotes, dice el conde de Buffon, viven poco, pues apenas pasan de los cuarenta años. Drak testifica

nos Veamos ahora los despropósitos que escribe contra sus almas. El no ha podido encontrar en ellas sino una memoria tan débil, que hoy no se acuerdan de lo que hicieron ayer; un ingenio tan obtuso, que no son capaces de pensar ni ordenar sus ideas; una voluntad tan fria, que no sienten los estímulos del amor; un ánimo opacado y un genio estúpido é indolente. Finalmente, pinta con tales colores á los americanos y envilece de tal modo sus almas, que aunque algunas veces se irrita contra los que pusieron en duda su racionalidad, no dude que si entonces se le hubiera consultado, se hubiera declarado contra el parecer de los *racionalistas*. Bien sé que otros muchos europeos, y lo que es mas de admirar, muchos tambien de los hijos ó descendientes de europeos que han nacido en la misma América, piensan como Paw, unos por ignorancia, otros por falta de reflexion ó prevencion hereditaria; pero todo esto y mucho mas que hubiera, no bastaria á desmentir nuestra propia experiencia y el testimonio de otros europeos, cuya autoridad vale mucho mas, así porque eran hombres de gran juicio, doctrina y experiencia de aquellos países, como porque testificaron en favor de hombres extranjeros contra sus principios nacionales. Son tantos los testimonios y razones que podemos exponer en favor de las almas de los americanos, que se podria formar un grande volúmen; pero dejando por ahora la mayor parte por no hacer muy difusa y molesta esta disertacion, nos contentaremos con pocos testimonios que valen por mil.

El ilustrísimo don Juan de Zumárraga, primer obispo de Méjico, prelado de feliz memoria y sumamente estimado de los reyes católicos por su doctrina, su vida inmaculada, celo pastoral y apostólicas tareas, en su carta escrita el año de 1831 al capítulo general de los padres franciscanos congregado en Tolosa, habla así de los indios: *Son castos y muy ingeniosos, principalmente para el arte de la pintura. Les han tocado en suerte almas buenas. Alabado sea por todo el Señor.*

Si Paw no aprecia el testimonio de este venerabilísimo prelado, á quien llama Sumarica y bárbaro por la autoridad que se ha arrogado para injuriar á aquellos cuyos dictámenes no son conformes á su despropositado sistema de la degeneracion, lea lo que escribe de los americanos el ilustrísimo don fray Bartolomé de las Casas, primer obispo de Chiapa, el cual los conocia muy bien, como que tuvo de ellos una gran experiencia por tantos años en diversos países de la América. Este, pues, en su memorial presentado á Felipe II, habla así: "Son tambien (los americanos) de claros y vivos ingenios, muy dóciles y capaces de toda buena doctrina, aptísimos para recibir nuestra santa fe y de virtuosas costumbres, y aquellos entre todos los pueblos del mundo que tienen para esto menos impedimento." Casi de los mismos términos usa en su impugnacion á las respuestas del doctor Sepúlveda. "Tienen, dice, los indios la mente tan buena y el ingenio tan agudo y tanta docilidad y capacidad para las ciencias morales y especulativas, y son por la mayor parte tan racionales en su gobierno político, como se ve en muchas de sus leyes justísimas, y están tan adelantados en las cosas de nuestra santa fe y religion, en las buenas costumbres y en la correccion, en donde quiera han sido instruidos por religiosos y personas de buena vida, y tanto se adelantan en el dia, cuanto cualquiera otra nacion desde los tiempos apostólicos acá." Ahora bien, pues Paw cree todo lo que este docto, ejemplar é infatigable prelado escribe contra los españoles, sin embargo de no haber presenciado la mayor parte de los hechos que refiere, deberá mucho mas bien creer lo que el mismo obispo, como testigo ocular y tan práctico, depone en favor de los americanos, pues mucho menos se necesita para persuadirnos que los americanos son de buen genio y de buena índole, que para hacernos creer aquellos horrendos é inauditos atentados de los conquistadores.

Mas si todavía no quiere admitir el testimonio de aquel famoso obispo, porque lo reputa, aunque injustamente, enredador y ambicioso, lea la deposicion que hace el ilustrísimo don fray Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala, hombre doctísimo y con razon estimado y alabado de su famoso maestro Antonio de Nebrija, restaurador de la literatura en España. Este insigne prelado, en su grave carta latina al papa Paulo III, escrita el año de 1536 después de diez años de continua experiencia y observacion ocular de los americanos, entre los muchos elogios con que celebra su buena índole y las dotes de sus almas, alaba su ingenio y en algun modo lo ensalza sobre el de los españoles, como puede verse en el lugar de la carta que abajo copiamos.[1]

qué ciertos pueblos que habitan en las fronteras de los desiertos de Eutiopía, por la escasez de víveres se alimentan de langostas saladas, y que un alimento tan malo les causa un terrible efecto, esto es, que cuando se acercan á los cuarenta años se engendran en sus cuerpos ciertos insectos volantes, los cuales les acarrean la muerte devorándoles primero el vientre, después el pecho y finalmente hasta los huesos. Estos insectos, como tambien aquellos por los que son devorados los habitantes de la pequeña Tartaria, segun confiesa el mismo Paw, bastan á los americanos para corresponder sobreabundantemente á aquellos gusanos que dice haber encontrado entre no sé qué pueblo de la América.

1 "Nunc vero de eorum sigillatim nominum ingenio, quos vidimus abnine decennio quo ego in patria conversatus eorum potui perspicere mores, ac ingenia perscrutari, testificans coram te, Beatissime Pater, qui christi in terris vicarium agis, quod vidi, quod audivi et manus nostrae, contrestaverunt de his progenitis ab Ecclesia per qualecum-

¿Quién habrá, pues, que no dé mayor crédito á estos venerables tres obispos, los cuales, á mas de las ventajas de su probidad, doctrina y carácter, tuvieron tambien la de su larga experiencia de los americanos, que no han tenido tantos otros escritores, los cuales, ó jamás vieron a los americanos, ó los vieron sin reflexion, ó difirieron mas de lo conveniente á los informes de hombres ignorantes, prevenidos ó interesados?

Pero si finalmente, Paw rehusa la deposicion de estos tres testigos, aunque respetables, porque eran religiosos, de los cuales cree propia la imbecilidad del entendimiento, no podrá á lo menos no rendirse al juicio del famoso obispo de Puebla, el ilustrísimo Palafox. Paw, aunque prusiano y filósofo, llama á aquel prelado *venerable siervo de Dios* [1] Pues si él da tanto crédito á este venerable siervo de Dios en lo que escribe contra los jesuítas en propia causa, ¿por qué no deberá creerlo en lo que escribe en favor de los americanos? Lea, pues, la obra de aquel prelado, compuesta para manifestar la índole, ingenio y virtudes de los indios [2]

A pesar del odio implacable que tiene Paw á los eclesiásticos de la Iglesia romana, y sobre todo á los jesuítas, alaba, sin embargo, la Historia natural y moral de Acosta, y la llama con razon *obra excelente*.[3] Pues este juicioso, imparcial y doctísimo español, el cual vió y observó con sus propios ojos á los americanos, así en el reino del Perú como en el de Méjico, emplea todo el libro sexto de aquella *obra excelente*, en demostrar la buena razon de los mismos americanos por medio de la exposicion de su gobierno antiguo, sus leyes, sus historias en pinturas y cordones, sus calendarios, etc. Basta para informarse de su juicio en esta materia, leer el primer capítulo de aquel libro. Suplico, tanto á Paw como á mis lectores, que lo lean atentamente, porque hay en él cosas dignas de saberse. En él reconocerá Paw el orígen del error en que han incurrido él y muchísimos europeos, y advertirá la gran diferencia que hay entre ver las cosas con ojos oscurecidos por alguna pasion, y examinarlas con juicio é imparcialidad. Paw reputa bestiales á los americanos; Acosta, por el contrario, reputa necios y presuntuosos á los que piensan así. Paw dice que los mas hábiles americanos eran inferiores en industria y sagacidad á las naciones mas rudas del antiguo continente; Acosta ensalza con elogios el gobierno político de los mejicanos sobre el de muchas repúblicas de Europa. Paw no encuentra en la conducta racional y política de los americanos sino barbarie, estravagancia y brutalidad, y Acosta encuentra leyes admirables y dignas de conservarse aun en su cristianismo. ¿A cuál de estos dos autores debemos dar crédito? La imparcialidad de nuestros lectores decidirá este problema.

Yo entre tanto no puedo dispensarme de copiar aquí un lugar de las *Investigaciones filosóficas*, en el cual se muestra este autor no menos maldiciente que enemigo de la verdad. "Al "principio, dice, no fueron reputados por hombres los americanos, sino mas bien sátiros ó monos grandes que podian matarse sin remordimiento ó reprension. Al fin por añadir lo ridículo á las calamidades de aquellos tiempos, un papa hizo un abula original, en la cual declaró que deseando fundar obispados en las provincias mas ricas de la América, le agradó á él y al Espíritu Santo reconocer por verdaderos hombres á los americanos; y así sin esta decision de un italiano los habitantes del Nuevo Mundo serian aun en el dia á los ojos de los fieles una raza de hombres equívocos. No hay ejemplar de semejante decision desde que este globo está habitado de hombres y de monos." Dios quisiera que ni tampoco hubiese en el mundo otro ejemplar de tales calumnias é insolencias como las de Paw; pero para que se manifieste mas su malignidad, pondremos una copia de aquella decision papal despues de haber expuesto la causa que la motivó.

Algunos de los primeros europeos que se establecieron en América, no menos poderosos que avaros, queriendo enriquecerse mas con detrimento de los americanos, los tenian continuamente ocupados y se servian de ellos como de esclavos, y para evitar las reprensiones que les hacian los obispos y los misioneros á fin de que tratasen con humanidad á aquellos pueblos y les dejasen algun tiempo á lo menos para instruirse en la religion y satisfacer á sus obligaciones para con la Iglesia y sus familias, aquellos promovian que los indios eran por su naturaleza siervos y que eran incapaces de instruccion, y otros semejantes despropósitos, de que hace mencion el cronista Herrera. No pudiendo aquellos celosos eclesiásticos ni con su autoridad ni con sus sermones sustraer á los miserables neófitos de la tiranía de los avaros, ocurrieron á los reyes católicos, y finalmente consiguieron de su equidad y clemencia las leyes tan favorables á los americanos y tan honoríficas á la corte de España que se leen en el

que ministerium meum, in verbo vite, quod singula singulis referendum, id, est, paribus paria, rationis optimae, compotes, sunt, et integri sensus, ac capitis, sed insuper nostratibus pueri istorum et vigori spiritus, et sensuum vivacitate dexteriore in omni agibili, et intelligibili prestantiores reperiuntur." Esta letra se halla en latin en el primer tomo de los Concilios mejicanos, publicados en Méjico el año de 1779, y en francés en la misma Historia de la América, del padre Touron, que Paw alega contra los americanos.

1 Recherch. philosoph. Part. 6, lettr. 4.

2 Obra del ilustrísimo Palafox, titulada: *Las virtudes del indio, ó naturaleza y costumbres de la Nueva España*, y muchas veces impresa.

3 Recherch. philosoph. Part. 1.

Código indiano,[1] las cuales principalmente se debieron al celo infatigable del ilustrísimo Casas. Por otra parte, el ilustrísimo señor don fray Julian Garcés, obispo de Tlaxcala, sabiendo que los españoles á pesar de su perversidad tenian un respeto grande á las decisiones del vicario de Jesucristo, ocurrió el año de 1536 al papa Paulo III por medio de la famosa carta de que he hecho mencion, representándole los males que sufrian los indios de aquellos malvados cristianos y suplicándole interpusiese su autoridad. El papa movido de tan graves representaciones, expidió el año siguiente la bula *original* de la que ponemos abajo una copia fiel,[2] la cual no fué hecha, como es manifiesto, para declarar verdaderos hombres á los americanos, sino solamente para sostener los derechos naturales de los americanos contra las tentativas de sus perseguidores, y para condenar la injusticia é inhumanidad de los que con el pretexto de ser aquellos hombres idólatras ó incapaces de instruccion, les quitaban las propiedades y la libertad y se servian de ellos como de bestias.

Los españoles, á la verdad, hubieran sido aun mas necios que los mas rudos salvajes del Nuevo Mundo, si para reconocer por verdaderos hombres á los americanos hubiesen debido esperar la decision de Roma. Lo cierto es que mucho antes que el papa expidiese aquella bula, los reyes católicos habian recomendado encarecidamente la instruccion de los americanos, dado las órdenes mas estrechas para que fuesen bien tratados y no se les hiciese ningun daño en sus haberes ó en su libertad,[1] y mandado al Nuevo Mundo algunos obispos y algunos centenares de misioneros á expensas del real erario para que predicasen á aquellos sátiros la fe de Jesucristo y los instruyesen en la vida cristiana. El año de 1531, seis años antes de que se publicase la bula, solamente los misioneros franciscanos habian bautizado en el reino de Méjico mas de un millon de aquellos sátiros, como testifica el ilustrísimo Zumárraga,[2] y en el de 1534 se habia ya fundado en Tlaltelulco el seminario de Santa Cruz para la instruccion de un buen número de monitos, en donde estos aprendian la lengua latina, la retórica, la filosofía y la medicina.[3] Si desde el principio fueron reputados sátiros los americanos, ninguno podrá decirlo mejor que Cristóbal Colon, su descubridor. Oiga, pues, cómo habla aquel célebre almirante en su relacion á los reyes católicos Fernando é Isabel, de los primeros sátiros que vió en la isla Haiti ó Española. "Juro, dice, á VV. AA., que no hay "en el mundo gente mejor que esta, ni tan amorosa, afable y pacífica. Aman á sus prójimos "como á sí mismos; su lenguaje es el mas suave, el mas dulce, el mas alegre, pues siempre "hablan sonriéndose, y aunque andan desnudos, "créanme VV. AA. que tienen costumbres "muy laudables y que su rey es servido con gran "majestad, el cual tiene modales tan agradables, que causa grande placer el verlo, como "tambien el considerar la gran tentativa de "aquel pueblo y el deseo de saberlo todo, el "cual los obliga á preguntar las causas y los "efectos de las cosas."[4] ¡Cuánto mejor seria para nosotros que el mundo estuviese habitado por semejantes sátiros, que no por hombres men-

1 *Nueva recopilacion de las leyes de Indias.*

2 Paulus papa III universis cristi fidelibus presentes Litteras inspecturis salutem et Apostolicam Benedictionem.—"Veritas ipsa, quae nec falli, nec fallere potest, cum "Predicatores Fidei ad officium predicationis destinaret, "dixisse dignoscitur: *Euntes docete omnes gentes;* omnes "dixit absque omni delectu, cum omnes Fidei discipline "capaces existant. Quod videns, et invidens ipsius humani generis emulus, qui bonis operibus, ut pereant, "semper adversatur, modum ex cogitavit hactenus inauditum, quo impediret, ne verbum Dei Gentibus, ut salvae fierent predicaretur; ac quosdam suos satellites commovit, qui suam cupiditatem adimplere cupientes occidentales, ac meridionales Indos, et alias gentes, quae temporibus istis ad nostram notitiam pervenerunt, sub pretexto quod. Fidei catholice expertes existant, uti bruta animalia, ad nostra obsequia, redigendos esse, passim "asserere presumant, et eos in servitutem redigunt tantis "afflictionibus illos urgentes, quantis vix bruta animalia "illos servientia urgeant. Nos igitur, qui ejusdem, Domini nostri vices, licet indigni, gerimus in terris, et oves "gregis sui nobis commissas, quae extra ejus ovile sunt, ad "ipsum ovile toto nixu exquirimus, attendentes Indos ipsos, utpote veros homines, non solum cristiane Fidei capaces existere, sed ut nobis innotuit, ad Fidem ip sam "promptissime currere, ac volentes super his congruis "remediis providere, predictos Indos, et omnes alias gentes ad notitiam cristianorum in posterum deventuras, "licet extra fidem cristi existant, sua libertate, et dominio "hujusmodi uti, et potiri, et gaudere libere, et licite pase, nec in ipsosque Indos, et alias Gentes Verbi Dei predicatione, et ejemplo bonae vitae ad dictam Fidem cristi "invitandos forae Auctoritate Apostolica per presentes "Literas decernimus, et declaramus, non obstantibus "premissis ceterisque contrariis quibuscumque. Datum "Rome anno 1537. IV Non. Jun. Pontificatus nostri anno "III." Esta y no otra es la famosa bula por la cual se ha hecho un ruido tan grande.

1 Las órdenes dadas por los reyes católicos sobre la conversion de los americanos antes de aquella bula, y las leyes que publicaren en favor de aquellas naciones, pueden verse en las Décadas de Herrera y en el Código indiano.

2 Carta escrita por el ilustrísimo Zumárraga al capítulo general de los franciscanos, congregado en Tolosa.

3 Torquemada en el lib. 15, cap. 43 de la Monarquía indiana, refiere la ereccion solemne del seminario de Santa Cruz, hecha por el primer virey de Méjico con intervencion de dos obispos.

4 Cap. 32 de la *Historia de don Cristóbal Colon*, escrita por su hijo don Fernando.

tirosos y calumniadores! Por lo demás, pues Paw empleó diez años continuos en averiguar las cosas de América, debia saber que en los países del Nuevo Mundo, sujetos á los españoles, no se han fundado jamás otros obispados que los que ha querido el rey católico. A él le toca por el patronato que tiene en las iglesias americanas, autorizado desde el año de 1508 por el papa Julio II para la fundacion de los obispados y la presentacion de los obispos. Con que afirmar que Paulo III quiso reconocer por verdaderos hombres á los americanos por fundar obispados en las provincias mas ricas del Nuevo Mundo, es una temeraria calumnia de un enemigo de la Iglesia romana; por el contrario, si él no hubiese tenido obcecado el entendimiento por el odio, deberia mas bien alabar el celo y la humanidad que manifiesta aquel papa en la mencionada bula.

El doctor Robertson, que adopta en gran parte las extravagantes opiniones de Paw, habla así de los americanos en el libro 8 de su Historia de América: "Algunos misioneros, atónitos igual" mente de la lentitud de su comprension y de " su insensibilidad, los calificaron por una raza " de hombres tan degenerada, que son incapa" ces de entender los primeros rudimentos de la " religion." Pero quiénes sean estos misioneros y qué aprecio deba hacerse de su sentencia, por ninguno podria entenderse mejor que por el ilustrísimo Garcés en la referida carta al papa Paulo III. Léase, pues, el lugar de ella que copiamos abajo,[1] en el cual se ve que las causas de este error son la ignorancia y la desidia de aquellos misioneros, y yo añado que tambien las falsas ideas inspiradas á ellos desde la primera edad. Casi lo mismo que el ilustrísimo Garcés dicen el ilustrísimo Casas, Acosta y otros graves escritores de la América.

"Un concilio celebrado en Lima, continúa el doctor Robertson, decretó que porrazon de esta imbecilidad debian ser excluidos del sacramento de la Eucaristía. Y aunque Paulo III en su bula emanada el año de 1537, los declarase criaturas racionales y capaces de todos los privilegios de los cristianos, sin embargo, despues de dos siglos son tan imperfectos sus progresos en el conocimiento, que poquísimos tienen el discernimiento intelectual necesario para ser juzgados dignos de acercarse á la sagrada mesa.... Aun despues de la mas continua instruccion, su creencia es tenida por débil y dudosa, y aunque algunos de ellos hayan llegado extraordinariamente á aprender las leguas doctas, y pasado con aplauso el curso de una educacion académica, su debilidad es siempre tan sospechosa, que ningun individuo se ha ordenado jamás de presbítero, y raras veces se ha recibido en una órden." He aquí en pocas palabras cuatro errores á lo menos: 1º, que un concilio de Lima haya excluido á los indios del sacramento de la Eucaristía por su imbecilidad. 2º, que Paulo III declaró á los indios criaturas racionales; 3º, que poquísimos indios poseen tal porcion de discernimiento intelectual, que pueden ser juzgados dignos de acercarse á la sagrada mesa; 4º, que ningun indio jamás se ha ordenado de presbítero.

En cuanto á lo primero, es cierto que en una congregacion de eclesiásticos tenida en Lima el año de 1552, la cual fué llamada primer concilio Limense, pero ni fué concilio ni tuvo jamás autoridad conciliar, se mandó que no se administrase la Eucaristía á los indios hasta que no estuviesen perfectamente instruidos y persuadidos de las cosas de la fe; porque aquel Sacramento es comida de perfectos, no porque ellos fuesen creidos imbéciles. Esto consta por el testimonio del primer concilio provincial (llamado vulgarmente II) celebrado en Lima el año de 1567, el cual mandó á los párrocos administrar este Sacramento á todos los indios que hallasen bien dispuestos.[1] Pero no bastando aquella órden para ha-

1 Quis tam impudenti animo, ac perfricata fronte incapaces fidei asserere audet, quos mechanicarum artium capacissimos intuemur, ac quos etiam ad ministerium nostrum reductos bone indolis fideles et solertes experimur? Et si quando, Beatissime Pater. Tua Sanctitas aliquem religiosum virum in hanc declinare sententiam audierit, et si eximia integritate Vite, vel dignitate fulgere videatur is, non ideo quicquam illi hac in-re prestet auctoritatis, sed cumden parum aut nihil insudasse in illorum conversione certo certius arbitretur, ac im eorum addiscenda lingua, aut, investigandis ingenio parum studuisse perpendat: nan qui in his charitate cristiana laborarunt, non frustra in eos jactare retia caritatis affirmant; illi vero qui solitudine dediti, aut, ignavia prepediti neminem ad cristi cultum nea industria perdaxerunt, ne inculpari possint quod inutiles fuerint, quod proprie negligentiae vitium est, id, Infidelium imbellicitati adscribunt, veramque suam desidiam false incapacitatis impositione defendunt, ac nom minorem culpam ut exensatione cemitunt, quam erat illa, a qua liberari conantur. Ledit namque summe istud hominum genus talia asserentium hanc Indorum miserrimam turbam; qua mobrem nonnulli Hispanorum, qui ad illos debellandos accedunt, horum freti judicio illos negligere, pertere, ac matare opinare solent non esse flagitium." Ex litteris Julliam Garcés Ep. Hras. ad Paulum III, Pont. Max.

1 Quamquam omnes cristiani adulti utriusque sexus teneantur sanctissimum Eucharistiae Sacramentum accipere singulis annis saltem in Paschate hujus tamen Provinciae Antistites cum animad-verteren gentem hanc Indorum et recentem esse et infantilem in fide, atque id illorum saluti expedire judicarent, statuerunt ut usque dum fidem perfecte tenerent, hoc divino Sacramento quod est perfectorum cibus, non communicarentur, excepto si quis ei percipiendo satis idoneus videretur.... Placuit huic Sancte sinodo monere, prout serio monet, omnes Indorum Parochos ut quos audita confessione, perspextrint, hunc celestem cibum a reliquo corporalis discernere, atque eumdem devote cupere, et poscere, quoniam sine causa neminem di-

cer ceder á los eclesiásticos, de lo que se quejó con razon el padre Acosta, el segundo concilio Limense tenido el año de 1583, en el cual presidió santo Toribio de Mogrovejo, trató de remediar tales desórdenes con los decretos que ponemos aquí abajo,[2] en los cuales se ve que igualmente y por los mismos motivos negaban la Eucaristía á los indios y á los negros esclavos llevados allí de la Africa; que las verdaderas causas de negarlo eran á juicio del concilio la negligencia ó desidia, y el celo indiscreto y mal entendido de aquellos párrocos, y que el concilio se creyó obligado á poner remedio á un tan grave desórden con nuevos decretos y severos castigos. Bien sé que ni estos respetables decretos fueron exactamente cumplidos y fué necesario que de nuevo se inculcasen por los sínodos diocesanos de Lima, la Plata, la Paz, Arequipa y el Paraguay; pero esto demuestra mas bien la obstinacion de aquellos eclesiásticos, que la incapacidad de los americanos.

En órden á la bula de Paulo III, ya hemos demostrado que él no trató de declarar hombres á los americanos sino supuesta su racionalidad, de que no podian dudar sino los brutos, si fueran capaces de dudas; condenó la injusticia de sus agresores.

En cuanto al tercer error de Robertson expresado por mí arriba, omitiendo por ahora lo que toca á otros países de América por no necesario, es cierto y notorio que en toda la Nueva España los indios están al par que los españoles obligados á recibir la sagrada Eucaristía en la Pascua, á excepcion de los neófitos de las provincias remotas, los cuales se admiten ó no á la sagrada mesa, segun el juicio de los misioneros. *En las tres audiencias en que está dividida la Nueva España*, hay, dice Robertson, *al menos dos millones de indios.*[1] Estoy seguro que este número es muy inferior al verdadero; pero sea este y no mas. *No son, pues, poquísimos los indios que poseen tal porcion de discernimiento intelectual, que se juzguen dignos de acercarse á la sagrada mesa*, si dos millones no le parecen poquísimos al Robertson ó no tiene por temerarios á tantos obispos y párrocos, que no solo admiten, sino tambien obligan á los indios á comulgar. ¿Y qué será si á este número se agregan los indios de muchas provincias de la América meridional, que están igualmente obligados á recibir la sagrada Eucaristía?

No es menos grosero su cuarto error en afirmar que ningun indio se ha ordenado jamás de presbítero. Es de admirar que un escritor que juntó una librería tan grande de escritores de América, y á quien se hicieron de Madrid tantas relaciones de las cosas del Nuevo Mundo, haya sido, tanto en este como en otros puntos, tan mal informado. Sepa, pues, el doctor Robertson, que aunque el primer concilio provincial celebrado en Méjico el año de 1555, prohibiese que se ordenaran los indios, no por su incapacidad, sino porque se creia que del envilecimiento de su condicion redundaria alguna infamia al estado eclesiástico,[2] sin embargo, el tercer concilio provincial tenido en 1585, el cual fué el mas célebre de todos y cuyas decisiones están en vigor, permite que se ordenen de presbíteros con tal que se tenga mucho cuidado en admitirlos á los sagrados órdenes.[3] Pero conviene saber que los decretos de uno y otro concilio comprenden igualmente y en los mismos términos á los indios y á los *mulatos*, esto es, á los que nacen ó descienden de padre europeo y madre africana ó al contrario; y sin embargo, nadie duda del gran talento y capacidad de los *mulatos* para aprender todas las ciencias. Torquemada, que escribió su Historia en los primeros años del siglo pasado, dice[4] que solian no admitirse los indios en las órdenes religiosas ni ordenarse de presbíteros por su mucha inclinacion á la embriaguez; pero el mismo testifica que en su tiempo algunos indios sacerdotes eran muy sobrios y ejemplares; y así lo menos hace ciento sesenta años que comenzaron á ordenarse los indios. De entonces acá han sido tantos sacerdotes americanos en la Nueva España, que podian contarse por millares, entre los cuales ha sabido algunos centenares de párrocos, algunos canónigos y doctores,[5]

vino alimento privare possumus, quo tempora cæteris cristianis solente, Indes omnibus administrent. Conc. Lim. I Vulgo II. cap. 58.

1 Celeste Viaticum, quod nulli ex hac vita migranti negat Mater Eclesia, multis abhinc annis Indis, atque Aethiopibus, cæterisque personis miserabilibus preberi debere concilium Limense constituit. Sed tamen sacerdotum plurium vel neglegintia vel zelo quodam prepostero, atque intempestivo illis nihilo magis hodie prebetur. Quo fit, ut imbecilles anime tanto bono, tamque necesario priventur. Volens igitur Sancta Sinodus ad executionem perducere, que Cristo duce ad salutem Indorum ordinata sunt, severe precipit omnibus Parochis ut extreme laborantibus Indis atque Aethiopibus viaticum ministrare non pretermittant, dummodo in eis debitam dispositionem agnoscant, nempe fidem in cristum, et penitentiam in Deum suo modo. Porro Parochos, qui a prima hujus decreti promulgatione negligentes fuerint, neverint se preter divine ultionis judicium, etiam penas arbitrio Ordinariorum, in quo conscientie onerantur, daturos: atque in visitationibus in illos de hujus statuti observatione specialiter inquirendum. Conc. Lim. II, vulgo III Act. 2, cap. 19.

In Paschate saltem Eucharistiam ministrare Parochus non pretermittat, iis, quo et satis instructos, et correctione vite idoneos judicaverit, ne et ipse alioqui ecclesiastici precepti violati reus sit, Ibid. cap. 20.

1 Hist. de la América, lib. 8.
2 Concilio mejicano provincial I, cap. 44.
3 Concilio mejicano III, lib. I, tít. 4.
4 Monarchia Ind., lib. 17, cap. 13.
5 Entre estos doctores americanos es digno de parti-



y tambien segun se cree un obispo doctísimo.[1] Actualmente hay muchísimos presbíteros, no pocos párrocos, entre los cuales hay tres ó cuatro de mis discípulos. Pues si en un punto de esta naturaleza erró tan groseramente Robertson, ¿que será en otros que no pueden tan fácilmente averiguarse por un autor que escribe tan lejos de aquellos países sin haberlos visto jamás?

Yo, por el contrario, traté íntimamente á los americanos; viví algunos años en un seminario destinado á su instruccion; ví la ereccion y los progresos del real colegio de Guadalupe, fundado en Méjico por un jesuíta mejicano para la educacion de niñas indias; tuve después algunos indios entre mis discípulos; traté á muchos párrocos americanos, á muchos nobles y á muchísimos artesanos; observé atentamente su carácter, genio, inclinaciones y modo de pensar, y á mas de esto, he examinado con mucha diligencia su historia antigua, su religion, su gobierno, sus leyes y sus costumbres. Después de una experiencia tan grande y de un estudio tan prolijo, por el cual me creo en estado de poder decidir con menos peligro de errar, protesto á Paw y á toda la Europa, que las almas de los mejicanos en nada son inferiores á las de los europeos: que son capaces de todas las ciencias, aun las mas abstractas, y que si se seriamente se cuidara de su educacion, si desde niños se criasen en seminarios bajo de buenos maestros y si se protegieran y alentaran con premios, se verian entre los americanos filósofos, matemáticos y teólogos que pudieran competir con los mas famosos de Europa. Pero es muy difícil, por no decir imposible, hacer progresos en las ciencias en medio de una vida miserable y servil y de continuas incomodidades. El que contemple el esta presente de la Grecia no podria persuadirse que en ella habia habido antes aquellos grandes hombres que sabemos, si no estuviera asegurado, así por sus obras inmortales como por el consentimiento de todos los siglos. Pues los obstáculos que tienen actualmente que superar los griegos para hacerse doctos, no son comparables con los que siempre han tenido y tienen todavía los americanos. Con todo esto, yo querria que Paw y todos cuantos piensan como él, se hallasen presentes sin ser observados en aquellos consejos ó juntas que celebran en ciertos dias para deliberar sobre los negocios que ocurren, los americanos que tienen alguna apariencia de superioridad en sus pueblos, y oyesen cómo arengan y discurren aquellos sátiros del Nuevo Mundo.

Finalmente, toda la historia antigua de los mejicanos y peruleros da á conocer que saben pensar y ordenar sus ideas, que son sensibles á las pasiones de la humanidad, y que los europeos no han tenido otra ventaja sobre ellos que la de ser mejor instruidos. El gobierno político de los antiguos americanos, sus leyes y artes demuestran evidentemente su buen ingenio. Sus guerras hacen ver que sus almas no son insensibles á los estímulos del amor, como piensan Buffon y Paw, pues algunas veces tomaron las armas por intereses amorosos.

Por lo que respecta á su valor, hemos expuesto sinceramente que hablamos de su carácter, lo que hemos observado en los americanos presentes y lo que juzgamos de los antiguos. Mas porque Paw alega la conquista de Méjico como una prueba convincente de su cobardía, conviene iluminar su ignorancia, ó mas bien convencer su mala fe.

"Cortés, dice,[1] conquistó el imperio de los " mejicanos con cuatrocientos cincuenta vaga- " bundos y quince caballos mal armados; su mi- " serable artillería consistia en seis cañoncillos, " los cuales no son en el dia capaces de causar " miedo á un fortin defendido por inválidos. " El, durante su ausencia, mantuvo en respeto " á la capital con la mitad de sus tropas. ¡Qué " hombres! ¡qué sucesos!

"Ello es constante, añade, por la deposicion de todos los historiadores, que los españoles entraron la primera vez en Méjico sin disparar un solo tiro de su artillería. Si el título de héroe conviene á aquel que tiene la desgracia de hacer morir un gran número de animales racionales, Fernando Cortés podria pretenderlo: por lo demás, yo no veo qué verdadera gloria haya él adquirido, arruinando una monarquía vacilante, que igualmente podria ser destruida por cualquiera asesino de nuestro continente." Estos lugares de las *Investigaciones filosóficas* manifiestan que Paw ignoraba la historia de la conquista de Méjico, ó lo que es mas verosímil, que maliciosamente calla lo que abiertamente desmentia su sistema, pues todos los que han leido la referida historia, saben bien que la conquista de Méjico no se hizo con cuatrocientos cincuenta

cular mencion don Sebastian Grijalva, nativo de *Ocozoquauhtla*, lugar grande de la diócesis de Chiapa. Este habiendo ido á España se doctoró en sagrada teología en la famosa Universidad de Salamanca, y allí se adquirió una grande reputacion por su doctrina. Regresado á América, fué nombrado párroco de su patria é hizo en ella tales reglamentos para la civil y cristiana conducta de sus vecinos, que su parroquia podia ser el modelo de todas las de América, y hasta ahora se ven los efectos. Escribió una docta obra teológica sobre la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen, cuyo original se conservaba en la librería del colegio de los jesuítas de Ciudad Real, capital de aquella diócesis.

1 El ilustrísimo señor don Juan de Merlo, obispo de Honduras y doctísimo en los sagrados cánones, el cual fué vicario general del ilustrísimo Palafox. No he podido encontrar aquí ningun autor que haga mencion de aquel obispo; pero la opinion general lo cree indio.

1 Recherch. philosoph., part. 1.

hombres, sino con mas de doscientos mil. El mismo Cortés, á quien interesaba mas que á Paw disminuir el número de los conquistadores para representar mas grande su valor y mas gloriosa su conquista, confiesa el excesivo número de aliados que estaban bajo sus órdenes en el asedio de la capital, y peleaban con mayor furor contra los mejicanos que los mismos españoles.[1] Consta de la relacion que hizo Cortés al emperador Cárlos V, que el asedio de Méjico se comenzó con ochenta y siete caballos, ochocientos cuarenta y ocho infantes españoles, armados de escopetas, ballestas, espadas y lanzas, y mas de setenta y cinco mil aliados *tlaxcaltecas*, *huexotzinqueños*, *chololtecas* y *chalqueños*, armados de varias suertes de armas; con tres grandes cañones de fierro y quince pequeños de bronce y con trece bergantines. En el discurso del asedio se agregaron las numerosas naciones de los *otomites*, *cohuixques* y *matlatzincas* y las tropas de las populosas ciudades de las lagunas, y así el ejército de los sitiadores no solo excedió de doscientos mil, sino llegó á doscientos cuarenta mil, segun aparece de la misma carta de Cortés, y á mas de esto, tres mil canoas que vinieron en su auxilio. Yo, pues, pregunto á Paw, ¿si le parece cobardía el haber sostenido por setenta y cinco dias el asedio de una ciudad abierta, peleando diariamente con un ejército tan grande y en parte provisto de armas tan superiores, y sobre todo, peleando con la hambre y la sed? ¿Merecen la censura de cobardes los que después de haber perdido de las ocho partes de la ciudad las siete, y cerca de ciento cincuenta mil hombres de sus vecinos, parte muertos al filo de la espada y parte de hambre y de enfermedad, continuaron defendiéndose hasta ser furiosamente asaltados y oprimidos en el último rincon que les quedaba?[2]

"*Ello es cierto*, dice Paw, *por la deposicion de todos los historiadores*, *que los españoles entraron la primera vez en Méjico sin disparar ni un solo tiro de su artillería.* ¡Oh qué bello argumento, propio ciertamente de la lógica de Paw! Si los mejicanos fueron cobardes porque los españoles entraron la primera vez en Méjico sin disparar ni un solo tiro de artillería, podremos tambien decir que son cobardes los prusianos porque los embajadores de algunas cortes de Europa entran en Berlin sin disparar ni un solo tiro de fusil. ¿Quién no sabe que los españoles fueron entonces admitidos en aquella capital como embajadores del monarca de Oriente? Véase lo que refieren los historiadores, y sobre todo, el mismo Cortés, que se fingió embajador del rey católico. Si los mejicanos hubieran querido entonces oponerse, como se opusieron la segunda vez, ¿cuándo hubieran sido capaces los españoles de entrar con solos seis mil hombres, habiéndoles sido tan difícil la segunda entrada con doscientos mil?"[1]

En órden á lo que añade Paw contra Cortés, yo ni quiero hacer la apología de este conquistador, ni puedo sufrir el panegírico que en lugar de historia escribió el Solís; pero cualquiera hombre imparcial y bien instruido en la historia de las militares acciones de aquel, debera confesar que en el valor, en la constancia y en la prudencia militar puede competir con los mas famosos generales, y que tuvo aquella especie de heroismo que reconocemos en los Alejandros y Césares, en los cuales se alaba la magnanimidad á pesar de los vicios con que por otra parte estaban manchados.

Las causas de la rapidez con que los españoles conquistaron la América han sido en parte expuestas por el mismo Paw. *Yo confieso*, dice, *que la artillería era un instrumento destructor y omnipotente que debia necesariamente domar á los mejicanos.* Si á la artillería se agregan las otras armas superiores, los caballos y la mejor disciplina militar por parte de los conquistadores, y la division por la de los conquistados, se verá que no hay razon para censurar á los americanos de pusilanimidad ni para admirarse de la violenta destruccion del Nuevo Mundo. Imagínese Paw que al tiempo de las estrepitosas y crueles facciones de Sila y Mario, hubieran los atenienses inventado la artillería y las otras armas de fuego, y proveidos de ellas no mas que seis mil hombres, y unidos no á todo el ejército de Mario, sino solamente á una parte de sus tropas, hubieran emprendido la conquista de la Italia. ¿Cree Paw que no la hubieran conseguido, á pesar del poder de Sila, del valor y disciplina de las tropas romanas, del número de las legiones y de la caballería, de la multitud de sus armas, de sus máquinas y de las fortificaciones de sus ciudades? ¿cuánto terror no hubiera causado en los ánimos de los mas valientes centuriones, así el horrendo estrépito de la artillería como la violencia destructora de las balas, con las cuales se verian desaparecer filas enteras? ¿Pues qué habrá sido entre aquellas naciones del Nuevo Mundo que no tenian ni las armas, ni la caballería, ni la disciplina, ni las

1 Véase la carta de Cortés á Cárlos V, escrita desde Coyoacan el año de 1522, como tambien la Historia de Bernal Diaz.

2 Todo lo que decimos aquí sobre el asedio y conquista de Méjico, está tomado de la carta del conquistador Cortés á Cárlos V.

1 En la Nueva España, dice Acosta, no es menos averiguado que el ayuda de los de la provincia de Tlaxcalla, por la perpetua enemistad que tenian con los mejicanos, dió al marqués don Fernando Cortés y á los suyos la victoria y señorío de Méjico, y sin ellos fuera imposible ganarla ni aun sustentarse en la tierra. Quien estima poco á los indios y juzga que con la ventaja que tienen los españoles de sus personas, y caballos, y armas ofensivas y defensivas, podrán conquistar cualquiera tierra y nacion de indios, mucho se engaña. Historia nat. y mor., lib. 7, cap. 28.

máquinas, ni las fortificaciones de los romanos. Lo que por el contrario es verdaderamente admirable, que los valientes españoles con toda su disciplina, su artillería y las armas de fuego, no hayan podido en mas de dos siglos sujetar en la América meridional á los guerreros araucanos, armados solamente de lanzas y de mazas, ni en la América setentrional á los *apaches*, armados de arco y flechas, y sobre todo, lo que parece increible pero es cierto, solos quinientos hombres de la nacion de los seris han sido por muchos años el azote de los españoles de Sonora y Sinaloa.

Finalmente, omitiendo otros muchos despropósitos de Paw contra los americanos por no molestar la paciencia de los lectores, no puedo disimular la atroz injuria que les hace en materia de costumbres. Cuatro son los principales vicios con que infama á todos los americanos, la glotonería, la embriaguez, la ingratitud y la pederastía ó sodomía.

Yo ciertamente jamás habia oido censurar á los indios de glotonería antes de dar en el lugar de la Condamine citado, y adoptado por Paw. No he encontrado ningun autor algo instruido en las cosas de América, que no elogie la sobriedad de los americanos en comer. Vea quien quiera lo que dicen los ilustrísimos Casas y Garcés, el conquistador Anónimo, Oviedo, Gomara, Acosta, Herrera, Torquemada, Betancurt, etc., etc.[1] Casi todos los historiadores refieren la admiracion que causó á los españoles la parsimonia de los indios, y por el contrario, la admiracion de los indios viendo á los españoles comer mas en un dia que ellos en una semana, y para decirlo en pocas palabras, la sobriedad de los americanos es tan notoria, que sería superflua su defensa en este punto. Condamine vió tal vez comer ansiosamente á algunos indios hambrientos en su viaje por el rio Marañon, y de aquí se persuadió, como sucede frecuentemente á los viajeros, que eran glotones. Lo cierto es que don Antonio Ulloa, que estuvo en la América con la Condamine, se mantuvo en ella mas tiempo y se informó mas de las costumbres de los indios, habla todo lo contrario á aquel matemático francés.

La embriaguez es vicio dominante de aquellas naciones. Yo lo confieso ingenuamente en el primer libro de mi Historia, expongo los excesos y asigno la causa; pero tambien añado allí que no era así en los países de Anáhuac antes de que entrasen los españoles, por el grande rigor con que se castigaba aquel vicio, el cual en la mayor parte de los países del antiguo continente queda impune, y aun sirve de excepcion ó excusa de otros delitos mas graves. Consta pues por testimonio de los escritores que hicieron averiguaciones sobre el gobierno político de los mejicanos, que habia leyes muy severas contra la embriaguez, así en Méjico como en Texcoco, Tlaxcala y otros Estados, las cuales he visto representadas en pinturas antiguas. La pintura sexagésima-tercia de la coleccion de Mendoza representa á dos jóvenes de ambos sexos condenados á muerte por haberse embriagado, y juntamente un viejo septuagenario, á quien las leyes, por consideracion á su edad, permiten beber cuanto quiera. Pocos Estados se hallarán en el mundo en los cuales haya sido mas grande el celo de los soberanos por la correccion de los excesos de esta clase.

En el referido libro de la Historia antigua hemos igualmente impugnado el error comun sobre la ingratitud de los indios; mas porque cuanto se ha dicho allí no será suficiente para convencer á los que están prevenidos contra ellos, queremos referir aquí un singular ejemplo de gratitud, el cual será por sí solo bastante á disipar cualquiera idea contraria. El año de 1556 murió en Uruapa, lugar considerable del reino de Michoacan, visitando su diócesis, en la edad de noventa y cinco años, el ilustrísimo señor don Vasco de Quiroga, fundador y primer obispo de aquella Iglesia, el cual, á ejemplo de san Ambrosio, fué trasladado del juzgado secular á la dignidad episcopal. Este insigne prelado, digno de ser comparado con los primeros padres del cristianismo, trabajó infinitamente en favor de los michoacaneses, instruyéndolos como apóstol y amándolos como padre; fabricó templos, fundó hospitales y asignó á cada lugar de los indios un ramo principal de comercio, para que su recíproca dependencia los tuviese unidos á la caridad, se perfeccionasen las artes y á ninguno faltase modo de vivir. La memoria de tales beneficios se conserva tan viva entre aquellos americanos después de mas de dos siglos, como si todavía viviese su bienhechor. El primer cuidado que tienen las indias luego que sus hijos comienzan á tener algun juicio, es el de darles noticias de su *tata don Vasco* (así le llaman hasta el dia por el amor filial que le conservan), se los dan á conocer en sus retratos, declarándoles lo que hizo en favor de su nacion, y no pasan jamás delante de su retrato sin hincarse. A mas de esto, fundó aquel gran prelado el año de 1540 un seminario en la ciudad de Pázcuaro para la instruccion de la juventud, y encargó á los indios de *Santa Fe* (lugar fundado por él mismo en la orilla de la laguna de

1 El ilustrísimo Casas en aquel su memorial á Felipe II que tiene por título: *De la destruccion de las Indias*, afirma que el comer de los americanos es tal, que el de los antiguos santos padres de la Tebaida no podia ser ni menos agradable, ni menos escaso ó miserable. El ilustrísimo Garcés en su carta á Paulo III dice, que su sobriedad no puede darse á conocer bastantemente. El conquistador Anónimo asegura en su relacion que los americanos son, entre todos los pueblos del mundo, los que se sustentan con ménos. Así hablan todos los testigos oculares de sus costumbres. Sabemos por Torquemada que los primeros abstinentísimos religiosos que anunciaron el Evangelio á los mejicanos, tuvieron no poco que admirar y aun que aprender de su sobriedad.

Pázcuaro) que mandaran cada semana un hombre para servir á los seminaristas. Fué obedecido, y hasta el dia, despues de mas de doscientos y treinta años, no ha faltado el indio que debe servir allí, sin haber sido necesario jamás obligarlo ó llamarlo, solamente por corresponder con aquel obsequio al gran bien que les hizo aquel incomparable obispo. Poseen en la ciudad de Pázcuaro sus huesos con tal veneracion, que una vez que intentó trasladarlos á Valladolid el cabildo de aquella catedral, se inquietaron los indios y se prepararon á impedirlo á fuerza de armas, como en efecto hubiera sucedido si el cabildo por precaver los desórdenes de aquella disputa no hubiera desistido de la primera resolucion. ¿Puede imaginarse una prueba mas concluyente de la gratitud de una nacion? Semejantes demostraciones han hecho los indios en otros muchos lugares de aquel reino por detener á los misioneros que los habian instruido en la fe. Las de los dos siglos pasados pueden verse en el tomo III de Torquemada y en el *Teatro mejicano* de Betancurt. De las que se han hecho en nuestros dias, viven todavía muchísimos testigos oculares, y yo tambien puedo testificar. Si alguna vez no se muestran los americanos agradecidos á los bienhechores, es porque la continua experiencia de los males que les causan les hace sospechosos los beneficios; pero siempre que están seguros de la sincera benevolencia del bienhechor, son capaces de sacrificar todos sus bienes á la gratitud, como es notorio á todos los que los han tratado y observado sin prevencion.

Pero en ninguna otra cosa de cuantas publicó Paw contra los americanos los injuria tanto como en afirmar que *la sodomía estaba en gran boga en las Islas, en el Perú, en el reino de Méjico y en todo el nuevo continente.*[1] Yo no sé cómo despues de haber publicado una calumnia tan atroz tuvo ánimo Paw para decir, como dice en su respuesta á D. Pernety, que toda su obra de las *Investigaciones filosóficas* respira humanidad. ¿Es acaso humanidad infamar injustamente á todas las naciones del Nuevo Mundo de un vicio tan enorme y tan afrentoso para la naturaleza? ¿Es humanidad irritarse, como él hace, contra el inca Garcilazo porque defiende á los peruleros de esta imputacion? Aun cuando hubiese graves autores que atribuyesen aquel delito á todos los pueblos de la América, habiendo, como en efecto hay, muchos autores tambien graves que afirman todo lo contrario, debia Paw, segun las leyes de la humanidad, abstenerse de una acusacion tan grave. ¡Cuánto mas no deberá hacerlo no habiendo ni un escritor respetable sobre cuyo testimonio pueda apoyar una asercion tan universal! Encontrará sí algunos autores, como el conquistador anónimo, Gomara y Herrera que han culpado de este vicio á algunos americanos, ó cuando mas á algun pueblo de América; ¿pero en dónde encontraremos un historiador respetable que se haya atrevido á decir que *la sodomía estaba en gran boga en las Islas, en el Perú, en Méjico y en todo el nuevo continente*?

Antes bien todos los historiadores del reino de Méjico dicen á una voz que este vicio era sumamente abominado de aquellas naciones, y hacen mencion de las terribles penas prescritas contra él por sus leyes, como puede verse en las obras de Gomara, Herrera, Torquemada, Betancurt y otros. El ilustrísimo Casas testificó en un escrito suyo presentado á Cárlos V el año de 1542, que habiendo hecho diligentes investigaciones en las islas Española, Cuba, Jamaica, Puerto Rico y las Lucayas, halló que jamás ha habido memoria de aquel delito entre aquellas naciones. Lo mismo afirma del Perú, de Yucatan y de todos los países de la América en general, á excepcion de un lugar en donde se dice que hay algunos culpables; *pero no por esto*, añade, *debe culparse á todo aquel mundo.*[1] ¿Quién, pues, ha autorizado á Paw para infamar en materia tan grave á todo el Nuevo Mundo? Aun cuando los americanos fuesen verdaderamente, como él cree, hombres sin honor y sin vergüenza, las mismas leyes de la humanidad exigian de él que no los calumniase. A tales excesos lo lleva aquel ridículo empeño de envilecer á la América, y tales son las consecuencias de su perversa lógica, deduciendo frecuentemente, como ya hemos dicho, consecuencias universales de premisas particulares. Si porque los de *Panuco* ú otros pueblos americanos estaban tal vez infestados de aquel vicio, se puede afirmar que la sodomía estaba en gran boga en todo el Nuevo Mundo, podrán igualmente con justicia los americanos infamar con semejante imputacion á todo el antiguo continente, pues la sodomía estuvo en gran boga entre algunos antiguos pueblos de la Asia, y muy comun entre los griegos y los romanos. A mas de que no se sabe que en América haya

1 Recherch. philosoph., part. I.

1 "Los españoles (habla el ilustrísimo Casas de algunos, no de todos) han infamado á los indios con los mas grandes delitos, no por otro motivo que por sus intereses personales.... Despues que conocieron que su riqueza consistia en apoderarse de los bienes y personas de los indios, los han mil veces infamado y acusado de que estaban infestados de sodomía; pero esta imputacion es una gran falsedad y maldad de los acusadores, pues en todas las islas grandes Española, Cuba, San Juan y Jamaica, y setenta islas Lucayas, en las cuales habia pueblos muy numerosos, no hubo jamás memoria de tal vicio, como podemos testificar nosotros habiendo hecho averiguaciones desde el principio. Tampoco en el Perú ni en Yucatan se encontró tal vicio, y así generalmente por todas partes, á excepcion de algunos lugares en donde se dice que hay algunos, etc." Casas en el memorial *sobre la libertad pretendida por el indio suplicante.* Razon 6.

actualmente alguna nacion manchada con aquel vicio, cuando sabemos por la deposicion de algunos autores que algunos pueblos asiáticos no han dejado aquella abominacion, y que aun en Europa, si es cierto lo que dicen Locke y Paw, es comun entre los turcos que hacen profesion de hipocresía, otro vicio mas execrable del mismo género, y que en vez de ser castigados severamente, son tenidos por aquella nacion en concepto de santos, y todos á competencia hacen para con ellos las mas grandes demostraciones de respeto y de veneracion.[1]

Entre los delitos que echa en cara Paw á los americanos, le da tambien lugar al suicidio. Es cierto que fueron muchos los que al tiempo de la conquista se ahorcaron ó precipitaron ó con la media pusieron fin á su amarga vida; ¿pero qué maravilla es que hombres privados de la luz de la verdadera religion y desesperados por las intolerables vejaciones que sufrian de los conquistadores, ejecutasen lo que se hacia tan frecuentemente por los romanos, los griegos y los españoles antiguos, y por los ingleses, franceses y los japones modernos por un leve motivo, por una idea ridícula de honor ó por un capricho?[2] ¿Quién se persuadiria jamás que un europeo reprendiese á los americanos el suicidio en un siglo en que aquel se ha hecho moda en Inglaterra y en Francia,[3] en donde desterrando del entendimiento las ideas mas justas que tenemos de la naturaleza y de la religion, se inventaron razones y se publicaron libros para justificarlo? Tan grande es el empeño de infamar á la América y á los americanos.

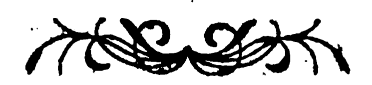
Semejante empeño parece haber tenido aquel español, sea el que fuere, que ordenó el índice general de las Décadas del cronista Herrera, imputando inconsideradamente á todos los americanos lo que aquel autor dice en su obra de algunos particulares con varias excepciones. Quiero copiar lo que se lee en aquel índice para que se avergüencen los hombres de escribir tales despropósitos: *Los indios*, dice, *son muy perezosos*, *viciosísimos*, *grandes ébrios por genio*, *flojos*, *débiles*, *mentirosos*, *estafadores*, *novadores*, *inconstantes*, *ligeros*, *poltrones*, *inmundos*, *sediciosos*, *ladrones*, *ingratos*, *incorregibles*, *vengativos mas que ninguna otra nacion*, *de pasta tan gruesa*, *que se dudó si eran racionales*, *bárbaros*, *bestiales*, *llevados*, *como los brutos*, *de sus apetitos*, *etc.*, *etc.* Este mismo es el lenguaje de Paw y otros humanísimos europeos; y así, parece que estos hombres no se creen obligados en lo que toca á los pueblos del Nuevo Mundo, á respetar la verdad, ni observar las leyes de la caridad fraterna, publicadas por el mismo Hijo de Dios en el antiguo continente.

Pero á cualquier americano de un mediano ingenio y de alguna erudicion que quisiese corresponder en la misma moneda á estos escritores (como hemos dicho en otra parte de un filósofo guineo), le seria fácil componer una obra con este título: *Investigaciones filósoficas sobre los habitantes del antiguo continente.* El, siguiendo el mismo método de Paw, recogeria lo que encontrara escrito de países estériles del mundo antiguo, de montañas inaccesibles, de llanuras pantanosas, de bosques impenetrables, de desiertos arenosos y de malos climas, de reptiles é insectos asquerosos y nocivos, de serpientes, de escuerzos, de escorpiones, de hormigas, de ranas, de cientopiés, de escarabajos, de chinches y de piojos, de cuadrúpedos irregulares, pequeños, descolados, defectuosos y pusilánimes, de gentes degeneradas, de color feo, de estatura irregular, de facciones deformes, de mala complexion, de ánimo apocado, de ingenio obtuso y de índole cruel. Cuando llegase el artículo de los vicios, ¡qué inmensa copia de materiales no tendria para su obra! ¡qué ejemplares de vileza, de perfidia, de crueldad, de supersticion y de disolucion! ¡qué excesos en toda suerte de vicios! La sola historia de los romanos, la mas célebre nacion del mundo antiguo, le proporcionaria una increible cantidad de las mas horrendas maldades. Reconoceria, pues, que semejantes defectos y vicios no eran comunes ni á todos los países ni á todos los otros habitantes del antiguo continente; pero no importa, pues él debia escribir sobre el mismo modelo de Paw y servirse de la misma lógica. Esta obra seria sin duda mucho mas apreciable y mas digna de crédito que no la de Paw, porque cuando este filósofo no nos cita contra la América y los americanos sino á los autores europeos, aquel escritor americano, por el contrario, no se valdria para su curiosa obra sino de los autores nativos del mismo continente, contra el que escribiria.

1 Recherch. philosoph., part. 4, sect. 4.

2 Entre las memorables extravagancias de los muchos que en estos últimos años se han dado la muerte en Inglaterra, sé por persona que se hallaba entonces en Londres, que un hombre al morir dejó escrito que se daba la muerte por libertarse de la molestia de vestirse y desnudarse todos los dias.

3 Sabemos que en solo la ciudad de Paris, en uno de estos últimos años, se mataron por sí mismos cerca de ciento cincuenta hombres.



DISERTACION VI.

SOBRE LA CULTURA DE LOS MEJICANOS.

Paw, siempre enojado y enfurecido contra el Nuevo Mundo, llama bárbaros y salvajes á todos los americanos, y los reputa inferiores en sagacidad é industria á los mas groseros y rudos pueblos del antiguo continente. Si él se hubiera contentado con decir que las naciones americanas eran en gran parte incultas, bárbaras y bestiales en sus costumbres, como habian sido antiguamente muchas naciones de las mas cultas de Europa, y como son actualmente algunos pueblos de la Asia, de la Africa y aun de la misma Europa; que las naciones mas civilizadas de América eran muy inferiores en cultura á la mayor parte de las naciones europeas; que sus artes no estaban tan perfeccionadas, ni sus leyes eran tan buenas ni tan bien ordenadas, y que sus sacrificios eran inhumanos y algunas de sus costumbres extravagantes, no tendriamos razon para contradecirle. Pero tratar á los mejicanos y peruleros como á los caribes y á los iroqueses, no hacer caso de su industria, desacreditar sus artes, despreciar en todo sus leyes, y poner aquellas industriosas naciones á los piés de los mas groseros pueblos del antiguo continente, ¿no es esto obstinarse en el empeño de envilecer al Nuevo Mundo y á sus habitantes, en lugar de buscar la verdad como debia segun el título de su obra?

Bárbaros y salvajes llamamos en el dia á aquellos hombres que conducidos mas por capricho y deseos naturales que por la razon, ni viven congregados en sociedad, ni tienen leyes para su gobierno, ni jueces que ajusten sus diferencias, ni superiores que velen sobre su conducta, ni ejercitan las artes indispensables para remediar las necesidades y miserias de la vida; aquellos, finalmente, que no tienen idea de la Divinidad, ó á lo menos no han establecido el culto con que deben honrarla. Pues bien, los mejicanos y todas las otras naciones de Anáhuac, como tambien los peruleros, reconocian un Ser Supremo y omnipotente, aunque su creencia estuviese, como la de otros pueblos idólatras, viciada con mil errores y supersticiones. Tenian un sistema fijo de religion, sacerdotes, templos, sacrificios y ritos ordenados al culto uniforme de la divinidad. Tenian rey, gobernadores y magistrados; tenian tantas ciudades y poblaciones tan grandes y tan bien ordenadas, como haremos ver en otra disertacion; tenian leyes y costumbres, cuya observancia celaban los magistrados y gobernadores; tenian comercio y cuidaban mucho de la equidad y justicia en los contratos; tenian distribuidas las tierras y asegurada á cada particular la propiedad y posesion de su terreno; ejercitaban la agricultura y otras artes, no solo aquellas necesarias á la vida, sino aun las que sirven solamente á las delicias y al lujo. ¿Qué, pues, mas se quiere para que aquellas naciones no sean reputadas bárbaras y salvajes? La moneda, dice Paw, el uso del fierro, el arte de escribir y los de fabricar navíos, construir puentes de piedra y hacer cal. Sus artes eran imperfectas y groseras, sus lenguas escasísimas de voces numerales y de términos propios para explicar las ideas universales, y sus leyes pueden decirse ningunas, porque no puede haber leyes en donde reina la anarquía y el despotismo. Todos estos artículos exigen un exámen particular.

§ I.

SOBRE LA FALTA DE MONEDA.

Paw decide que ninguna nacion de América era culta y civil, porque ninguna usaba de mo-

neda, y para convencer esta asercion alega un lugar de Montesquieu. "Aristepo, dice este político,[1] habiendo naufragado, llegó á nado á una plaza inmediata, allí vió delineadas en la arena algunas figuras de geometría y se llenó de júbilo, creyendo haber arribado á un pueblo griego y no á una nacion bárbara. Imagínate que por algun accidente llegaras á un país desconocido: si allí encontraras alguna moneda, no dudarias que habias arribado á un pueblo culto." Pero si Montesquieu concluye bien del uso de la moneda la cultura de un pueblo, Paw infiere muy mal el defecto de cultura de la falta de moneda. Si por esta se quiere entender un pedazo de metal acuñado con la efigie del príncipe ó del público, es cierto que la falta de ella en una nacion no demuestra barbarie. "Los atenienses, dice el citado Montesquieu, porque no tenian ningun uso de los metales, se valian para moneda de bueyes, como los romanos de ovejas," y de aquí tuvo orígen, como saben todos, el nombre *pecunia*, pues los romanos pusieron en la primera moneda que acuñaron la efigie de las ovejas, de que se servian antes para sus contratos. Los griegos eran sin duda una nacion muy culta en tiempo de Homero, pues no era posible que en medio de una nacion inculta se educase un hombre capaz de componer la Iliada y la Odisea, aquellos dos poemas inmortales que después de veintisiete siglos todavía se admiran, pero no se saben imitar. Pues los griegos en aquel tiempo no conocian la moneda acuñada, como aparece de las mismas obras de aquel famoso poeta, el cual, siempre que quiere significar el valor de alguna cosa, no lo explica de otro modo que por el número de bueyes ó de ovejas que valia, como hace en el libro 7 de la Iliada, en donde dice que Glauco dió sus armas de oro, que valian cien bueyes, por las de Diómedes, que eran de cobre y no valian mas que nueve bueyes. En donde quiera, pues, hace mencion de alguna adquisicion por contrato, no habla mas que del cambio ó permuta. Y en aquella controversia antigua excitada entre los sabinianos y proculianos, dos sectas de jurisconsultos, los primeros sostenían que podia hacerse verdadera venta y compra sin precio, alegando para esto ciertos lugares de Homero, en los cuales se decia que compraban y vendian los que no hacian mas que permutar. Los lacedemonios eran un pueblo civil de la Grecia, sin embargo de que no usasen moneda, y entre las leyes fundamentales publicadas por Licurgo, hubiese la de no comerciar de otro modo que por permuta.[2] Los romanos no tuvieron moneda acuñada hasta el tiempo de Servio Tulo, ni los persas sino hasta el reino de Darío Hystaspe, y no por esto deben llamarse naciones bárbaras en los tiempos que precedieron á aquellas épocas. Los hebreos eran civilizados, á lo menos hasta el tiempo de sus jueces, y no sabemos que estuviese entre ellos en uso la moneda grabada, sino en tiempo de los macabeos. Luego el defecto de moneda acuñada no es prueba de barbarie.

Si por moneda se entiende un signo representativo del valor de todas las mercaderías, como la define Montesquieu,[1] es cierto é indubitable que los mejicanos y todas las otras naciones de Anáhuac, á excepcion de los bárbaros chichimecas y otomites, se servian de moneda en su comercio. ¿Qué cosa era el cacao, de que constantemente se valian para proporcionarse en el mercado todo aquello de que necesitaban, sino un signo representativo del valor de todas las mercaderías? El cacao tenia su valor fijo y se daba por número; pero para ahorrarse la molestia de contar cuando las mercaderías importaban muchos millares de almendras, sabian ya que cada saco de cierto tamaño contenia tres *xiquipilli* ó veinticuatro mil almendras. ¿Pues quién no ve que el cacao es mucho mejor para servirse de él en lugar de moneda, que los bueyes y las ovejas, de que se valian antiguamente los griegos y los romanos, y la sal, de que usan en el dia los abisinios? Los bueyes y las ovejas no podian servir para adquirir las mercaderías pequeñas y de poco valor, y cualquiera enfermedad ú otra desgracia que sobreviniese á aquellos animales, podia empobrecer á los que no tenian otro capital. "Se emplea el metal para moneda, dice Montesquieu, para que sea mas duradero el signo. La sal de que se valen los abisinios tiene el defecto de irse continuamente disminuyendo." El cacao, por el contrario, podia servir para cualquier mercadería, se trasportaba y custodiaba mas fácilmente y conservaba con menos peligro y menos diligencia.

El uso del cacao en el comercio de aquellas naciones parecerá tal vez á alguno un mero cambio; pero no era así, pues habiendo algunas especies de cacao, no usaban como moneda el *tlalcacahuatl* ó cacao menudo, el cual usaban en sus bebidas cotidianas, sino mas bien otras especies de inferior calidad y menos útiles para alimentarse, las cuales circulaban incesantemente como la moneda,[2] y no tenian casi otro uso que el de emplearse en el comercio.[3] De estas especies de moneda hacen mencion todos los historiadores de Méjico, así españoles como indios. De las

1 L'Esprit des loix. lib. 18, cap. 13.

2 Emi singula non pecunia, sed compensatione mercium jussit. Justin. lib. 3.

1 L' Esprit des loix.

2 Hernandez, Rerum medicarum N. Hisp. Thesauri, lib. 3 cap. 46.

3 En la misma capital de Méjico, en la cual se acuñan anualmente hasta diez y ocho ó veinte millones de pesos fuertes en oro y plata, usa hasta ahora la gente pobre el cacao para adquirir en el mercado algunas cosas de poco valor.

otras cuatro especies de que hemos hablado en el libro VII de la Historia, consta por el testimonio de Cortés y de Torquemada. Cortés afirma en su última carta al emperador Cárlos V, que habiendo hecho averiguaciones sobre el comercio de aquellas naciones, halló que en *Tlachco* y otras provincias comerciaban con moneda. Si él no hubiese oido hablar de moneda acuñada, no hubiera restringido el uso de ella á *Tlachco* y á alguna otra provincia, pues bien sabia, sin que le fuera necesario hacer nuevas averiguaciones, que en los mercados de Méjico y Tlaxcala, á los cuales habia estado muchas veces presente, se servian como de moneda del cacao, de ciertas pequeñas telas de algodon llamadas por ellos *patlolquachtli*, y del oro en polvo metido en plumas de pato. Yo pues sospecho, sin embargo de lo que he dicho en aquel lugar de la Historia, que habia tambien moneda acuñada, y que tanto aquellos pedazos sutiles de estaño de que hace mencion el mismo Cortés, cuanto las de cobre hechas en figura de T de que habla Torquemada[1] como de especies de moneda, tenian alguna imágen autorizada por el soberano ó por los señores feudatarios.

Para impedir, pues, todo fraude en el comercio, nada, á excepcion de los víveres ordinarios, se podia vender fuera de la plaza del mercado, en el cual habia, como ya hemos dicho sobre la deposicion de muchos testigos oculares, el mas bello órden que pueda imaginarse. Allí estaban las medidas prescritas por los magistrados, los comisarios, que circulaban incesantemente observando cuanto allí ocurria, y jueces de comercio encargados de conocer de los litigios suscitados entre los negociantes, y de castigar los delitos que allí se cometian. ¿Y no obstante esto deberá decirse que los mejicanos eran inferiores en industria á los pueblos mas groseros del antiguo continente, entre los cuales hay algunos tan rudos y tan obstinados en su barbarie, que no ha bastado en tantos siglos el ejemplo de las otras naciones de su continente para darles á conocer las ventajas de la moneda?

§ II.

SOBRE EL USO DEL FIERRO.

El uso del fierro es una de aquellas cosas que Paw exige para llamar culta á una nacion, y por falta de él cree bárbaros á todos los americanos. Y así si Dios no hubiese criado aquel metal, todos los hombres deberian ser bárbaros forzosamente segun la opinion de este filósofo. Mas en el mismo lugar de su obra en donde echa en cara la barbarie á los americanos, nos ministra todos los materiales que podriamos desear para rebatirlo. *El afirma que en toda la extension de la América se encuentran muy pocas minas de fierro, y que el que hay allí es tan inferior en calidad al del otro continente, que no puede emplearse ni aun para hacer clavos. El nos dice que los americanos poseian el secreto, ya perdido en el antiguo continente, de dar al cobre un temple igual al que recibe el acero; que Godin mandó el año de* 1727 (querrá acaso decir en el año de 1747, pues en el de 1727 todavía no habia ido al Perú Godin) *al conde de Maurepas una hacha vieja de cobre perulero endurecido, y habiéndola observado el conde de Caylus, reconoció que casi se igualaba en dureza á las antiguas armas de cobre de que se servian antes los griegos y los romanos, los cuales no empleaban el fierro en muchas de las obras en que nosotros lo empleamos al presente, ó porque entonces era mas raro, ó porque su cobre templado era mejor en calidad que su acero.* Finalmente, añade que el conde de Caylus admirado de aquella arte se persuadió (aunque en esto sea impugnado por el mismo Paw) que aquel instrumento no era obra de aquellos peruleros embrutecidos que encontraron los españoles al tiempo de la conquista, sino de otra nacion mas antigua y mas industriosa.

De todo esto que dice Paw, saco yo cuatro consecuencias importantes. 1ª Que los americanos tuvieron el honor de imitar en el uso del cobre á las dos naciones mas célebres del antiguo continente. 2ª Que ellos se portaron sábiamente no sirviéndose de un fierro tan malo, que no puede ser útil ni aun para hacer clavos, y usando un cobre al cual daban el temple del acero. 3ª Que si no supieron el arte comunísimo de trabajar el fierro, poseian el singularísimo de templar el cobre como el acero, que no han podido restaurar los físicos europeos del siglo iluminado. 4ª Que tanto se engañó el conde de Caylus en el juicio que hizo de los peruleros, como Paw en el que ha hecho de todos los americanos. Estas son las consecuencias legítimas que deben deducirse de la doctrina de nuestro filósofo sobre el uso del fierro, y no la de la falta de industria que él pretende deducir. Querria yo saber del mismo si se requiere mayor industria para labrar el fierro como lo labran los europeos, que para labrar sin fierro toda suerte de piedra y madera, fabricar algunas especies de armas y hacer sin fierro como hacen los americanos, las mas curiosas obras de oro, plata y piedras. El uso preciso del fierro no prueba una grande industria en los europeos. Inventado por los primeros hombres fácilmente, pasó de unos á otros, y como los americanos modernos lo recibieron de los europeos, así los antiguos europeos lo tuvieron de los asiáticos. Los primeros pobladores de la América conocieron sin duda el uso del fierro, pues la invencion de él fué casi coetánea al mundo; pero puede creerse que sucediera lo que conjeturamos en la primera disertacion, esto es, que

1 Monarquía indiana, lib. 14, cap. 14.

no habiendo ellos encontrado al principio las minas de aquel metal en los países setentrionales de la América en donde entonces se establecieron, se perdió en los descendientes la memoria.

Mas finalmente, si son bárbaros los que no tienen el uso del fierro, ¿qué serán aquellos á quienes falta el uso del fuego? Pues en toda la vasta extension de la América no se ha encontrado una nacion, ni aun una tribu, por ruda que sea, la cual no haya sabido el modo de hacer fuego y servirse de él para usos comunes de la vida; mas en el mundo antiguo se han encontrado pueblos tan bárbaros, que no tenian ni uso ni conocimiento del fuego. Tales han sido los habitantes de las islas Marianas, á los cuales era enteramente desconocido aquel elemento antes de que llegasen allí los españoles, como testifican los historiadores de aquellas islas. ¿Y con todo esto querrá persuadirnos Paw que los pueblos americanos son mas salvajes que todos los salvajes del mundo antiguo?

Por lo demás, tanto yerra nuestro Investigador en lo que dice del fierro americano, como en lo que piensa del cobre. En la Nueva España, en el reino de Chile y en otros muchos países de América se han descubierto infinitas minas de buen fierro, y si no estuviese prohibido allí el trabajarlas por no perjudicar al comercio de España, podria la América ministrar á la Europa todo el fierro necesario, como la provee de oro y plata. Si Paw hubiera sabido hacer sus investigaciones sobre la América, hubiera encontrado en el cronista Herrera[1] que aun en la isla Española hubo fierro mejor que el de Vizcaya. Hubiera tambien encontrado[2] en el mismo autor, que en Zacatula, provincia marítima del reino de Méjico, hubo cobre de dos calidades: el uno duro, del cual se servian en lugar de fierro para hacer hachas, machetes y otros instrumentos de guerra y de agricultura, y otro ordinario y flexible, el cual empleaban en ollas, barreños y otros vasos para los usos domésticos, y así no tenian necesidad del ponderado secreto de endurecer el cobre. Mi sinceridad me obliga igualmente á defender los verdaderos progresos de la industria americana y á despreciar las imaginarias invenciones que se atribuyen á las naciones de aquel Nuevo Mundo. El secreto que verdaderamente poseian los americanos, es el que se lee en Oviedo, testigo ocular y muy práctico é inteligente en metales: "Los indios, dice,[3] saben dorar muy bien los vasos de cobre ó de oro bajo, y darles un tan excelente y encendido color, que parece oro de veintidos quilates y mas, lo que ellos hacen con ciertas yerbas. Esta obra sale tan buena, que si algun platero de España ó de Italia tuviese este secreto, se creeria muy rico.

1 Déc. 4, lib. 6, cap. 7

2 Herrera, descripcion de las Indias occidentales, cap. 10.

3 Sumario de la Historia natural de las Indias occidentales, cap. 84.

§ III.

SOBRE LAS ARTES DE FABRICAR NAVÍOS Y PUENTES Y HACER CAL.

Si á otras naciones puede tal vez echarse en cara la ignorancia en el arte de construir navíos, esta censura no debe ciertamente hacerse á los mejicanos, porque no habiéndose hecho dueños de las costas sino en los últimos tiempos de su monarquía, no tuvieron necesidad ni oportunidad de pensar en semejante construccion. A las naciones pues que ocupaban las playas de ambos mares antes de que se apoderasen de ellas los mejicanos, les bastaban aquellas canoas que usaban para la pesca y comercio con las provincias vecinas, para que libres de la ambicion y de la avaricia, las que han sido por lo comun las causas de las navegaciones largas, ni solicitaban usurpar los Estados legítimamente poseidos por otras naciones, ni querian trasportar de países distantes los preciosos metales de que no necesitaban. Los romanos, sin embargo de haber fundado su metrópoli muy inmediata al mar, estuvieron nada menos que quinientos años sin constuuir navíos,[1] hasta que la ambicion de ampliar sus dominios y apoderarse de la Sicilia les hizo fabricar navíos para pasar aquel estrecho. ¿Qué maravilla pues es que apuellas naciones americanas que no sentian tales estímulos para abandonar su patria no inventasen navíos para poderse trasportar con menos riesgo á países distantes? Lo cierto es que el no haber inventado navíos no arguye falta de industria en aquellos, que no tenian ningun interés en tal invencion.

No es así en la de los puentes. Paw afirma[2] *que no habia uno solo de piedra en toda la América cuando fué descubierta*, porque los americanos no sabian fabricar arcos, y que *el secreto de hacer cal fué absolutamente ignorado en toda la América*. He aquí tres proposiciones que son otros tantos errores groserísimos. Los mejicanos sabian hacer puentes de piedra, y entre los restos de su antigua arquitectura se ven aun en el dia, en el rio de Tula, los grandes y fuertes pilares que sostenian el puente que allí habia. Las reliquias de los antiguos palacios de Tezcoco, y mu-

1 "Apio habia puesto toda la diligencia posible para socorrer á los marmetinos. Se trataba para conseguirlo de pasar el estrecho de Mesina, y la empresa era temeraria, ó mas bien peligrosa, y aun segun todas las mas prudentes apariencias, imposible. No tenian los romanos armada naval, sino solamente barcas toscamente fabricadas, las cuales podrian compararse con las canoas de los indios." Rollin, Hist. rom., lib. 11.

2 Recherch. philosoph., part. 5, sect. 1.

cho mas sus *temazcalli*, dan á conocer el uso antiguo de los arcos y de las bóvedas en los mejicanos y las otras naciones de Anáhuac. Diego Valadés, el cual anduvo en el reino de Méjico pocos años después de la conquista y permaneció en él treinta años, nos hace ver en su *Retórica cristiana* la imágen de un pequeño templo que vió allí, el cual no nos deja ninguna duda en esta materia.

En órden al uso de la cal, es necesario todo el atrevimiento de Paw para poder afirmar, como él hace, que el secreto de hacer cal estaba absolutamente ignorado en toda la América, pues consta, así por la deposicion de los conquistadores españoles como por la de los primeros misioneros, que no solamente usaban las naciones del reino de Méjico de cal, sino que blanqueaban muy bien y ponian curiosamente lisas y bruñidas las paredes de las casas y templos. Consta por las Historias de Bernal Diaz, Gomara, Herrera, Torquemada y otros, que á los primeros españoles que entraron en la ciudad de Cempoalla parecieron de plata las paredes del palacio principal, porque estaban pulidamente blanqueadas y resplandecientes. Consta, finalmente, por las pinturas de los tributos que están en la coleccion de Mendoza, que las ciudades de *Tepeyacac*, *Tecamachalco*, *Quecholac*, etc., estaban obligadas á pagar anualmente al rey de Méjico cuatro mil sacos de cal. Pero aun cuando nos faltasen todos estos documentos, bastarian para demostrar la verdad de cuanto decimos y confundir la temeridad de Paw los restos de los antiguos edificios que todavía se ven en *Tezcoco*, *Mixtlan*, *Huatusco* y otros muchos lugares de aquel reino.

Por lo que respecta, pues, al Perú, aunque el padre Acosta confiese que no estaba en uso en él la cal y que aquella nacion no fabricaba ni arcos, ni puentes de piedra, y esto bastase á Paw para decir, segun su perversa lógica, que el uso de la cal estaba ignorado en toda la América; con todo esto, el mismo Acosta, que no era hombre vulgar, ni exagerador, ni parcial de los americanos, alaba mucho la maravillosa industria de los peruleros en sus puentes de *totora* ó junco en la desembocadura de la laguna de Titicaca y en otros lugares en donde la suma profundidad no permite hacer puentes de piedra, ó la extraordinaria rapidez de los rios hace peligroso el uso de las barcas. El testifica haber pasado por estos puentes y pondera la facilidad y seguridad del tránsito. Paw se avanza á decir que los peruleros no conocian el uso de las barcas, que no supieron hacer ventanas en los edificios, y aun sospecha que sus casas estuviesen sin techo. Despropósitos los mas groseros que pueden saltar á la cabeza á un escritor de América. El da á entender que no sabe qué cosa sean los bejucos de los puentes peruleros y que no ha formado idea justa de los rios de la América meridional. Hay muchas cosas que oponer á Paw en órden á esta materia; pero las omitimos por venir á otros artículos mas esenciales.

§ IV.

SOBRE LA FALTA DE LETRAS.

Ninguna nacion de América conocia el arte de escribir, si por él se entiende el de explicar en papel, en pieles, en tela ó en otra materia semejante, cualquiera suerte de palabras con la diferente combinacion de algunos caracteres; pero si el arte de escribir se toma por el de representar y dar á entender cualquiera cosa á los ausentes y á la posteridad con figuras jeroglíficas y caracteres, es cierto que el tal arte era conocido y tenia grande uso entre los mejicanos, *acolhuas*, *tlaxcaltecas* y todas las otras naciones cultas de Anáhuac. El conde de Buffon para demostrar que la América era una tierra verdaderamente nueva y nuevos igualmente los pueblos que la habitaban, alega, como hemos dicho en otra parte, que *aun aquellas naciones que vivian en sociedad ignoraban el arte de trasmitir los hechos á la posteridad por medio de signos duraderos, sin embargo de haber hallado el arte de comunicarse de lejos y de escribirse anudando cordones.* ¿Pero aquel mismo arte de que se valian para tratar con los ausentes, no debia tambien servir para hablar á la posteridad? ¿qué eran las pinturas históricas de los mejicanos sino signos duraderos para trasmitir la memoria de los acontecimientos, así á los lugares como á los siglos remotos? El conde de Buffon se muestra á la verdad tan ignorante en la historia de Méjico como docto en la historia natural. Paw, aunque concede á los mejicanos aquel arte, que injustamente les niega el conde de Buffon, sin embargo, para desacreditarlo alega algunas razones é innumerables despropósitos que no podemos disimular.

Dice, pues, que los mejicanos no tenian jeroglíficos, que sus pinturas no eran mas que *diseños groseros; que para representar un árbol pintaban un árbol; que en sus pinturas no se advierte ningun vestigio del claro-oscuro ni idea alguna de la perspectiva ó de imitacion de la naturaleza; que no habian hecho progreso alguno en aquel arte, por medio del cual procuraban perpetuar la memoria de las cosas pasadas y de los acontecimientos;* que la única copia de pintura histórica de los mejicanos sustraida del incendio que hicieron los primeros misioneros, es la que el primer virey de Méjico mandó á Cárlos V, la cual publicaron después Purchas en Inglaterra y Thevenot en Francia; que esta pintura es tan tosca y tan mal ejecutada, que no se puede discernir si trata, como dice el intérprete de ella, de ocho reyes de Méjico ó de ocho concubinas de Motezuma, etc.

En todo esto da á conocer Paw su ignorancia, y de ella nace su temeridad en escribir. ¿Pero

deberá darse mas fe a un filósofo prusiano que solamente ha visto las groseras copias de Purchas, que á los que han visto y diligentemente estudiado muchísimas pinturas originales de los mejicanos? Paw no quiere que estos se hayan valido de jeroglíficos, porque no se piense que les concede alguna semejanza á los antiguos egipcios. El padre Kirker, aquel célebre investigador y panegirista de las antigüedades egipciacas, en su obra intitulada: *Œdipus Ægiptiacus*, y Adrian Walton en los prolegómenos de la Biblia Políglota, son del mismo dictámen de Paw, y su opinion no tiene otro apoyo que el de la referida copia de Purchas; pero Motolinia,[1] Sahagun, Valadés, Torquemada, Enrique Martinez, Sigüenza y Boturini, los cuales supieron la lengua mejicana, conferenciaron con los indios, vieron y con diligencia, estudiaron muchísimas pinturas antiguas, dicen que entre los diversos modos que tenian los indios de representar los objetos, era uno el de los jeroglíficos y pinturas simbólicas. Lo mismo viene testificado por Acosta y Gomara en sus Historias, por el doctor Eguiara en el erudito prefacio de su Biblioteca mejicana, y por aquellos doctos españoles que publicaron con nuevas adiciones la obra de Gregorio García *sobre el orígen de los indios*. El padre Kirker fué muy bien impugnado por el doctor Sigüenza en su obra intitulada: *Teatro de virtudes políticas*. Lo cierto es que Kirker se contradice abiertamente, pues en el primer tomo de la misma obra *Œdipus Ægiptiacus*, cuando confronta la religion de los mejicanos con la de los egipcios, confiesa claramente que las partes de que se componia la imágen del Dios *Huitzilopochtli*, tenian muchos arcanos y misteriosas significaciones. Acosta, cuya Historia es justamente apreciada por Paw, en la descripcion que hace de aquella imágen dice así: *Todo este adorno que hemos dicho y el demás, que era mucho, tenia sus particulares significaciones, segun declaraban los mejicanos*. En la descripcion del ídolo de Tezcatlipoca se explica en estos términos: "La coleta de los cabellos la ceñia una cinta de "oro bruñido, y en ella, por remate, una oreja "de oro con humos pintados en ella, que significaban los ruegos de los afligidos y pecadores "que oian cuando se encomendaban á él.... "En la mano isquierda tenia un mosqueador de "plumas, preciadas, verdes, azules, amarillas, "que salian de una chapa de oro reluciente muy "bruñido tanto que parecia espejo, en que daba á entender que en aquel espejo veia todo "lo que se hacia en el mundo.... En la mano "derecha tenia cuatro saetas que significaban el "castigo que por los pecados daba á los malos, "etc." ¿Qué son todas estas y otras semejantes insignias de los ídolos mejicanos de que hemos hecho mencion en el libro VI de la Historia, sino símbolos y jeroglíficos muy semejantes á los de los egipcios?

Paw dice que los mejicanos no hacian otra cosa que pintar un árbol para representar un árbol; mas dígame por favor, ¿qué pintaban para representar el dia, la noche, el mes, el año, el siglo y los nombres de aquellas personas que querian dar á entender, etc.? ¿Cómo podian representar el tiempo y otras cosas que no tienen figura, sin valerse de símbolos ó caracteres? "Tenian los mejicanos, dice el ya celebrado "Acosta, sus figuras y jeroglíficos con que pin- "taban las cosas en esta forma; que las cosas "que tenian figura las ponian con sus propias "imágenes, y para las cosas que no habia imágen "propia, tenian otros caracteres significativos de "aquello y con esto figuraban cuanto querian, "y para memoria del tiempo en que acaecia cada cosa, tenian aquellas ruedas pintadas, que "cada una de ellas tenia un siglo, que eran cincuenta y dos años, etc."[1]

Mas he aquí otra piedra de escándalo para la ignorancia de Paw. El se burla de las ruedas seculares de los mejicanos, *cuya exposicion*, dice, *se atrevió á dar Carreri siguiendo á un profesor español, llamado Congara, el cual no se atrevió á publicar la obra que habia prometido sobre este asunto, porque sus parientes y amigos le aseguraron que contenia muchos errores*. Parece que Paw no sabia escribir sin errar. Aquel profesor á quien siguió Carreri ó Gemelli, no era castellano sino criollo nacido en la misma ciudad de Méjico, ni se llamaba Congara, sino Sigüenza y Góngora; no imprimió su *Ciclografía mejicana*, que fué la obra de que se valió Gemelli, no porque temiese la censura del público, sino por los excesivos costos de la impresion en aquellos países, los cuales han impedido igualmente la publicacion de tantas obras excelentes, así del mismo Sigüenza como de otros hombres doctísimos. El decir que los parientes y amigos de Sigüenza lo disuadieron de la publicacion de aquella obra porque encontraron en ella errores, no es un descuido ocasionado por alguna inadvertencia, sino una manifiesta mentira formada de intento para

1 *Toribio de Motolinia* en sus manuscritos, especialmente en la exposicion del calendario mejicano. *Bernardino Sahagun*, en su Diccionario universal de la lengua mejicana, *Diego Valadés* en su Retórica cristiana, impresa en Perugia y dedicada al papa Gregorio XIII el año de 1579. *Enrique Martinez*, en su Historia de la Nueva España. *Sigüenza*, en su Ciclografía mejicana, y en la obra intitulada Teatro de virtudes políticas. *Torquemada*, en su Monarquía indiana. Valadés trató á los mejicanos treinta años, Torquemada mas de cuarenta, Motolinia cuarenta y cinco y Sahagun sesenta. Este fué el hombre mas instruido en los secretos de aquella nacion. Es necesario un grande orgullo para diferir mas á las propias escasas luces que á la de tantos hombres incomparablemente mas ilustrados.

1 Hist. nat. y mor. de las Indias, lib. 6, cap. 7.

deslumbrar al público. ¿Quién ha comunicado á Paw una anécdota tan extraña, enteramente ignorada en la Nueva España, en donde es tan cara la memoria y tan célebre la fama de aquel grande hombre, y en donde los literatos se lamentan de la pérdida de aquella y otras preciosísimas obras del mismo autor? ¿qué podia temer el Sigüenza de la publicacion de las ruedas mejicanas, publicados ya en Italia por Valadés mas de un siglo antes que él, y descritas por Motolinia, Sahagun, Gomara, Acosta, Herrera, Torquemada y Martinez, todos europeos, y por los historiadores mejicanos, *acolhuas y tlaxcaltecas*, *Ixtlilxochitl*, *Chimalpain*, *Tezozomoc*, Niza, Ayala y otros? Todos estos historiadores están de acuerdo con Sigüenza en lo que mira á las ruedas mejicanas del siglo, del año y del mes, y solamente discordan sobre el principio del año y los nombres de algunos meses por las causas que hemos expuesto en el libro VI de la Historia. Por lo demás, todos los autores que han escrito de esta materia, así españoles como americanos, que son muchísimos, convienen en decir que los mejicanos y las otras naciones de aquellos países se valian de tales ruedas para representar su siglo, su año y mes; que su siglo constaba de cincuenta y dos años, su año de trescientos sesenta y cinco dias, distribuidos en diez y ocho meses de veinte dias el uno, y á mas de esto en cinco dias, que llamaban *nemontemi;* que en un siglo contaban cuatro períodos de trece años y que aun los dias se contaban por períodos de trece; que los nombres y caracteres de los años eran solamente cuatro, esto es, los del *conejo*, *la caña*, *el pedernal y la casa*, los cuales sin interrupcion se alternaban siempre con diversos números, etc.

No puede ser, dice Paw, *porque un tal uso supone una larga serie de observaciones astronómicas y de conocimientos muy precisos para regular el año solar, y estos no pueden acordarse con la prodigiosa ignorancia en que estaban sumergidos aquellos pueblos. ¿Cómo habian de haber podido perfeccionar su cronología los que no tenian voces para contar arriba de diez?* Está bien. Con que si los mejicanos tuvieron efectivamente aquel modo de regular el tiempo, no deberán decirse bárbaros y salvajes, sino mas bien cultos y cultísimos, porque no puede ser sino una nacion cultísima la que tiene una larga serie de observaciones y conocimientos precisos de astronomía. Pues la certeza de esta regulacion del tiempo en los mejicanos es tal, que no puede dudarse, pues si el testimonio unánime de los escritores españoles sobre la comunion de los mejicanos no permite dudar de ella, como afirma Paw en otro lugar, ¿cómo podrá dudarse del método que tenian aquellas naciones en computar los siglos y los años, ni la conformidad de él con el curso solar, estando uno y otro unánimemente testificado por todos los autores españoles, mejicanos, *acolhuas y tlaxcaltecas?* A mas de que la deposicion de los españoles en esta materia es de un peso mucho mas grande, pues ellos se empeñaron mas, segun dice Paw, en desacreditar á las naciones americanas hasta poner en duda su racionalidad. Es necesario, pues, creer lo que dicen los historiadores de aquellas ruedas, y confesar que los mejicanos no estaban sumergidos en la profunda ignorancia que finge Paw. En cuanto á lo que este dice de la escasez de voces numerales en la lengua mejicana, demostraremos en otra parte su error y su ignorancia.

No puede saberse, replica Paw, el contenido de las pinturas de los mejicanos, porque los españoles no podian entenderlas sin que se las explicasen los mejicanos, y *ninguno de estos ha sabido hasta ahora lo que basta para traducir un libro*. ¡Cuántos despropósitos en tan pocas palabras! Para que los españoles pudiesen entender las pinturas mejicanas, no era necesario que los mejicanos supiesen la lengua española, pues bastaba que los españoles entendiesen la mejicana, ni para explicar una pintura se requiere tanto cuanto para traducir un libro. Paw dice que por la rudeza de la lengua mejicana no ha habido hasta ahora un español que pueda pronunciarla, y que por la incapacidad de los mejicanos ninguno de ellos ha aprendido hasta ahora la lengua española; pero uno y otro es muy distante de la verdad. De la lengua mejicana hablaremos en su lugar. La castellana ha sido siempre comunísima en los mejicanos, y hay muchísimos que la hablan tan bien como los mismos españoles. Muchos de ellos escribieron en castellano su historia antigua y aun la de la conquista de Méjico, algunos de los cuales he alabado en el catálogo de los escritores que puse antes de mi Historia. Otros tradujeron libros latinos al castellano, castellanos al mejicano y mejicanos al castellano, entre los cuales son dignos de particular mencion don Fernando de Alba *Ixtlilxochitl*, tantas veces citado por mí, don Antonio Valeriano, de *Azcapozalco*, maestro en lengua mejicana, del historiador mejicano y celebrado por él con grandes elogios don Juan Bernardo, de *Huexotzinco*, don Francisco Bautista Contreras, de *Quauhnahuac*, Fernando Rivas y Estévan Bravo, de *Tezcoco*, Pedro de Gante, Diego Adrian y Agustin de la Puente, de *Tlatelolco*.[1] Sabemos por la historia de la conquista, que la célebre india doña Marina aprendió con suma prontitud y facilidad la lengua castellana, y que hablaba muy bien la mejicana y la malla, mas diversas entre sí que la francesa, la hebrea y la ilírica.

1 Sobre lo que decimos de aquellos indios traductores, pueden consultarse Torquemada en la *Monarquía indiana*, Pinelo en el *Epítome de la biblioteca occidental*, el doctor Eguiara en la *Biblioteca mejicana*, y Betancurt en el *Teatro mejicano*.

Habiendo sido, pues, en todos tiempos muchísimos los españoles que han aprendido el mejicano, como demostraremos después, y muchísimos tambien los mejicanos que han aprendido el español, ¿por qué no han de haber podido los mejicanos instruir á los españoles en la significacion de las pinturas?

En cuanto á las copias de las pinturas mejicanas publicadas por Purchas y Tevenot, es cierto que en ellas no se advierten las proporciones ni las leyes de la perspectiva; pero habiendo sido aquellas groseras copias grabadas en madera, pudo ser que los autores aumentasen los defectos de las originales: ni debemos admirarnos de que ellos tal vez omitiesen alguna cosa perteneciente á la perfeccion de las pinturas, pues sabemos que omitieron enteramente las copias de las pinturas veintiuna y veintidos de aquella coleccion y las imágenes de las ciudades en la mayor parte de las otras, y á mas de esto cambiaron las figuras de los años correspondientes á los reinados de *Ahuitzotl* y *Motezuma II*, como hemos dicho, cuando hablamos de las diversas colecciones de pinturas mejicanas en el tomo I de la Historia. El caballero Boturini, que vió en Méjico las pinturas originales de aquellos anales y de la matrícula de tributos que se contienen en las copias publicadas por Purchas y Tevenot, se lamenta de los grandes defectos cometidos en estas ediciones. En efecto, basta cotejar las copias publicadas en Méjico el año de 1770 por el ilustrísimo señor Lorenzana con las publicadas en Lóndres por Purchas y en Paris por Tevenot, para conocer la gran diferencia que hay entre las figuras de las unas y las otras; pero yo no me empeño en sostener la perfeccion de las pinturas originales copiadas por Purchas; antes bien no dudo que hayan sido imperfectas, como eran casi todas las pinturas históricas, en las que contentándose los pintores con los contornos y el colorido de los objetos, no cuidaban de las proporciones del claro-oscuro ni de la perspectiva. Ni era posible que observasen aquellas leyes del arte, atendida su extraordinaria prontitud en hacer tales pinturas, de que testifican Cortés y Bernal Diaz, testigos oculares. Mas veamos las consecuencias que deduce Paw. He aquí sus argumentos: los mejicanos no observaban las leyes de la perspectiva en sus pinturas; luego no podian por medio de ellas perpetuar la memoria de sus acontecimientos: los mejicanos eran malos pintores; luego no podian ser buenos historiadores. Mas siempre que se quiera usar de una lógica de esta naturaleza, deberá tambien decirse que todos los que al escribir no hacen un buen carácter, no pueden ser buenos historiadores, pues lo que son las letras para nuestros historiadores, eran las figuras para los mejicanos; y así como pueden escribirse buenas historias con un mal carácter, así pueden representarse bien los hechos con pinturas groseras: basta que unos y otros historiadores se hagan entender.

Pero esto puntualmente es lo que Paw no sabe encontrar en las copias de Purchas. El protesta que habiendo confrontado de diversas maneras las figuras de ellas con la interpretacion unida allí, jamás pudo descubrir ninguna conexion; que como se interpretan de ocho reyes de Méjico, tambien podrian interpretarse de ocho concubinas de Motezuma. Pero esto mismo podria decir si se le presentase el libro *Chun-yum* del filósofo Confucio, escrito en caracteres chinos, con su interpretacion á un lado en lengua francesa. El confrontaria de varios modos aquellos caracteres con la interpretacion, y no sabiendo encontrar conexion alguna, podria decir que como interpretan aquel libro de las nueve condiciones que debe tener un buen emperador, así tambien podrian interpretarse de nueve concubinas ó de nueve eunucos de algun emperador antiguo, pues casi tanto entiende él de caracteres chinos como de figuras mejicanas. Si pudiera abocarme con Paw, le haria ver la conexion que tienen aquellas figuras con su interpretacion; pero porque lo ignora debe estar al juicio de los inteligentes.

El cree, y nos quiere hacer creer, que solo aquellas pinturas cuya copia publicó Purchas, hayan escapado del incendio que hicieron los primeros misioneros; pero esto es falsísimo como hemos hecho ver contra Robertson al principio del tom. I. Las pinturas escapadas de aquel incendio fueron tantas, que ellas suministraron la mayor parte de los materiales para la historia antigua del reino de Méjico, no menos á los escritores españoles, que á los mismos mejicanos. Todas las obras de don Fernando Alva *Ixtlilxochitl*, de don Domingo *Chimalpain*, de don Fernando Alvarado *Tezozomoc*, de don Tadeo de Niza, de don Gabriel de Ayala y de los otros nombrados en el catálogo de los escritores puesto al principio de nuestro primer tomo, han sido hechas con el auxilio de un gran número de pinturas antiguas. El infatigable Sahagun se valió de muchísimas para su Historia de la Nueva España. Torquemada cita con frecuencia las pinturas consultadas por él para su obra. Sigüenza heredó los manuscritos y las pinturas de *Ixtlilxochitl*, y se proporcionó otras muchas á grandes expensas, y después de haberse servido de ellas, las dejó en su muerte juntamente con su preciosa librería al colegio de San Pedro y San Pablo de los jesuitas de Méjico, en cuya librería ví y estudié algunas de las dichas pinturas. En los dos siglos pasados se presentaban frecuentemente por los indios en los tribunales de Méjico pinturas antiguas, como títulos de propiedad ó de posesion de algunas tierras, y por esta razon habia intérpretes instruidos en la significacion de tales pinturas. Gonzalo de Oviedo hace mencion de aquel uso en los tribunales en tiempo del ilustrí-

símo señor don Sebastian Ramirez de Fuenleal, presidente de la real audiencia de Méjico, y porque importaba mucho la inteligencia de semejantes títulos para la decision de algunos pleitos, habia antes en la Universidad de Méjico un profesor encargado de enseñar la ciencia de tales pinturas, jeroglíficos y caracteres mejicanos. Las muchas pinturas recogidas pocos años hace por el caballero Boturini y expuestas en el catálogo de su Museo impreso en Madrid el año de 1776, como tambien las que hemos citado en otra parte, demuestran que no tan pocas como piensan Paw y el doctor Robertson, escaparen del incendio de los misioneros.

Finalmente, para confirmar mas cuanto hemos escrito en nuestra Historia, y para hacer entender á Paw la variedad de las pinturas mejicanas, expondremos aquí en compendio lo que dejó escrito el doctor Eguiara[1] en el erudito prefacio de su Biblioteca mejicana. Habia, dice, entre las pinturas mejicanas almanaques, llamados por ellos *tonalamatl*, en los cuales se publicaban sus pronósticos sobre las mutaciones del tiempo. Una de estas pinturas trae el doctor Sigüenza en su *Ciclografía mejicana*, como testifica él en la obra intitulada: *Libra astronómica*. Otras contenian los horóscopos de los niños, en los cuales se representaban sus nombres, el dia y signo de su nacimiento y su ventura: de esta clase de pinturas hace mencion Gerónimo Roman en su *República del mundo*, part. 2, tom. 2. Otras eran dogmáticas que contenian el sistema de su religion. Otras históricas, otras jeroglíficas, etc. Es verdad, añade el celebrado autor, que aquellas pinturas que se hacian para el uso comun y familiar, eran claras y se entendian fácilmente por cualquiera; pero las que contenian los arcanos de la religion estaban llenas de jeroglíficos cuyo sentido no podia comprenderse por el vulgo. Habia una gran diversidad entre las pinturas, así con respecto á los autores, como por lo que miraba al modo de hacerlas y al fin y uso de ellas. Las que se hacian para adorno de los palacios eran perfectas; pero en otras que contenian un sentido arcano, se veian ciertos caracteres y algunas figuras monstruosas y horribles. Los pintores eran muchos; pero escribir caracteres, componer annales y tratar materias concernientes á la religion y á la política, eran empleos propios de los sacerdotes. Hasta aquí el doctor Eguiara.

Sepa, pues, Paw, que en las pinturas mejicanas algunas eran meras imágenes de los objetos; habia tambien caracteres, no que componian palabras como los nuestros, sino significativos de cosas, como los de los astrónomos y algebristas. Algunas pinturas eran destinadas á explicar precisamente las cosas ó los conceptos, y por decirlo así, á escribir, y en estas no se cuidaba de las proporciones ni de la belleza, porque se hacian de prisa y con el fin de instruir el entendimiento, no de agradar á los ojos; pero en aquellas en que se solicitaba imitar á la naturaleza y que se ejecutaban con la lentitud que requieren las obras de esta clase, se observaban las proporciones, las distancias, las actitudes y las reglas del arte, aunque no con toda aquella perfeccion que admiramos en las buenas pinturas de Europa. Por lo demás, yo quisiera que Paw me mostrase algun pueblo grosero ó medio culto del antiguo continente, que haya puesto tanta industria y diligencia como los mejicanos para eternizar la memoria de sus acontecimientos.

El doctor Robertson, cuando habla de la cultura de los mejicanos en el lib. 7 de su Historia, expone los progresos que hace la industria humana para llegar á la invencion de las letras con cuya combinacion pueda explicar todos los diferentes sonidos de la palabra. Estos sucesivos progresos son, segun él, de la pintura actual al simple jeroglífico, de este al símbolo alegórico, después al carácter arbitrario, y finalmente, al alfabeto. Si alguno, pues, pretende en su historia saber hasta qué grado hayan llegado los mejicanos, no podrá ciertamente adivinarlo, porque aquel razonador histórico habla con tanta ambigüedad, que algunas veces parece que cree el haber llegado apenas al segundo grado, esto es, al de simple jeroglífico, y otras que los juzga adelantados hasta el cuarto del carácter arbitrario. Mas diga lo que quiera, lo cierto es que todos los modos referidos de representar los conceptos, á excepcion del de el alfabeto, los usaban los mejicanos. Sus caracteres numerales y los significativos de la noche, del dia, del año, del siglo, del cielo, de la tierra, de la agua, de la voz, del canto, etc., ¿no eran por ventura verdaderos caracteres arbitrarios ó de convencion? He aquí, pues, que los mejicanos llegaron hasta donde han avanzado después de tantos siglos de cultura los famosos chinos. No hay otra dife-

1 El doctor Eguiara, digno de perpetuarse en nuestra memoria por su índole amabilísima, por su incomparable modestia, por su grande literatura y por el celo con que trabajó hasta su muerte en servicio de su patria, nació en Méjico hácia el fin del siglo pasado. Fué muchos años profesor de teología en aquella Universidad, é imprimió algunos tratados teológicos muy apreciados, en un tomo en folio. Fué rector, y finalmente, cancelario de la misma Universidad y dignidad de aquella Iglesia metropolitana, amado siempre y reverenciado por toda clase de personas, por su vida inmaculada y su doctrina. Después de haber renunciado el obispado de Yucatán, á que fué destinado por el rey católico por sus relevantes méritos publicó en Méjico un tomo en folio de la Biblioteca me[illegible]cana, para cuya obra, á mas del inmenso trabajo de recog[illegible]r, ordenar y perfeccionar los materiales, hizo llevar á grandes expensas de Paris una imprenta copiosa y bien provista de caracteres romanos, griegos y hebreos. Su muerte, acaecida en 1763, no le permitió ver concluida aquella obra, que hubiera hecho grande honor á su patria.

rencia entre unos y otros, sino que los caracteres chinos se han multiplicado con tal exceso, que no basta la vida de un hombre para aprenderlos.

El mismo doctor Robertson, lejos de negar, como hace temerariamente Paw, las ruedas seculares de los mejicanos, confiesa su método en el cómputo de los tiempos, y dice que habiendo ellos observado que en los diez y ocho meses de veinte dias cada uno, no quedaba completo el curso del sol, añadieron los cinco dias *nemontemi*. "Este estrecho aproximamiento á la exactitud filosófica, añade, muestra con mucha claridad que por los mejicanos se habia aplicado aquella atencion á las investigaciones especulativas, á las cuales los hombres en el estado de su rudeza jamás han acostumbrado volver el pensamiento.[1] ¿Qué hubiera dicho si hubiera sabido, como sabemos nosotros, así por el testimonio gravísimo del doctor Sigüenza como por nuestras propias observaciones sobre la cronología mejicana, que los mejicanos no solamente contaban trescientos sesenta y cinco dias en su año, sino que tambien, advertidos del exceso de casi seis horas del año solar sobre el civil, remediaron esta diferencia por medio de trece dias intercalares que añadian á su siglo de cincuenta y dos años?

§ V.

SOBRE LAS ARTES DE LOS MEJICANOS.

Después de haber hecho Paw una ignominiosa descripcion del reino del Perú y de la barbarie de sus habitantes, habla del de Méjico, *de cuyo estado*, dice,[2] *se han contado tantas falsedades y maravillas como del Perú; pero lo cierto es*, añade, *que estas dos naciones eran casi iguales, ya se coteje su policía, ya se consideren sus artes é instrumentos*. La agricultura estaba entre ellos abandonada, y la arquitectura era tambien mezquina; sus pinturas eran groseras y sus artes muy imperfectas; sus fortificaciones, palacios y templos son meras ficciones de los españoles. "Si los mejicanos, dice, hubieran tenido fortificaciones, se hubieran puesto á cubierto de los mosquetes, y aquellos seis mezquinos cañones de fierro que llevó consigo Cortés, no hubieran arruinado en un momento tantos baluartes y trincheras.... Las paredes de sus edificios no eran otra cosa que piedras grandes puestas unas sobre otras. El ponderado palacio en donde vivian los reyes de Méjico, era choza; por lo que Hernan Cortés, no encontrando habitacion proporcionada en toda la capital de aquel Estado, que habia conquistado recientemente, se vió precisado á fabricar de prisa un palacio, el cual subsiste hasta ahora." No es fácil numerar los despróspositos de Paw en esta materia; omitiendo pues, los que pertenecen al Perú, examinaremos cuanto escribe contra las artes de los mejicanos.

De su agricultura hemos hablado en otros lugares, cuando hicimos ver que los mejicanos no solamente cultivaban con suma diligencia todas las tierras de su imperio, sino que tambien se criaron con maravillosa industria nuevos terrenos para cultivar, formando en la agua aquellas huertas y campos flotantes que con tantos elogios han celebrado los españoles y los extranjeros, y que hasta ahora son admirados por cuantos navegan por aquellas lagunas. Hemos tambien demostrado sobre la deposicion de muchos testigos oculares, que no solo las plantas útiles al sustento, al vestido y á la salud, sino tambien las flores y otros vegetales que sirven únicamente á las delicias de la vida, eran cultivadas por ellos con suma diligencia. Hernan Cortés en sus cartas á Cárlos V, y Bernal Diaz en su Historia, hablan con admiracion de las huertas de *Ixtapalapan* y de *Huaxtepec* que vieron, y hace mencion en su Historia natural el doctor Hernandez, el cual vió aquellas huertas cuarenta años después. El mismo Cortés en una carta á Cárlos V de 30 de octubre de 1520, dice así: *Es tan grande la multitud de habitantes en estos países, que no hay ni un palmo de terreno que no esté cultivado*. Es necesario ser muy caprichudo para no dar crédito al testimonio unánime de los autores españoles.

Hemos igualmente expuesto, sobre la fe de estos, la gran diligencia de los mejicanos en criar toda suerte de animales, en cuyo género de magnificencia excedió Motezuma, como hemos dicho en otra parte, á todos los reyes del mundo. Los mejicanos, por otra parte, no podian criar una tan estupenda variedad de cuadrúpedos, reptiles y aves, sin tener un gran conocimiento de su naturaleza, instinto, modo de vivir, etc.

Su arquitectura no era comparable con la de los europeos; pero era ciertamente muy superior á la de la mayor parte de los pueblos asiáticos y africanos. ¿Quién se atreverá á igualar á las casas, palacios, templos, baluartes, acueductos y calzadas de los antiguos mejicanos, no las miserables chozas de los tártaros, siberianos, árabes y de aquellas tristes naciones que viven entre el Cabo Verde y el Buena Esperanza; pero ni aun las fábricas de la Etiopía, de una gran parte de la India y de las islas de la Asia y de la Africa, entre las del Japon? Basta confrontar lo que han escrito de unas y otras los autores que las vieron, para desmentir á Paw, el cual ha tenido el atrevimiento de publicar que todas las naciones americanas eran inferiores en industria y sagacidad á los mas groseros pueblos del antiguo continente.

Dice él que el ponderado palacio de Motezuma no era mas que una choza; pero Cortés, Ber-

1 Histor. de la América, lib. 7.

2 Recherch. philosoph., part. 5, sect. 1.

nal Dias y el conquistador anónimo, los cuales tantas veces lo vieron, afirman todo lo contrario. "Tenia, dice Cortés, hablando del rey Motezuma, en esta ciudad (de Méjico) casas para su habitacion, tales y tan maravillosas, que no creeria poder jamás explicar la excelencia y grandeza, por lo que no diré mas sino que no las hay iguales en España." Así escribe este conquistador á su rey sin temor de ser desmentido por sus capitanes y soldados, los cuales tenian á la vista los palacios mejicanos. El conquistador anónimo en su curiosa y sincera relacion, hablando de los edificios de Méjico, dice así: "Habia hermosas casas de señores tan grandes y con tantas habitaciones y jardines, altos y bajos, que nos dejaban atónitos por la admiracion. Entré por curiosidad cuatro veces en un palacio de Motezuma, y habiendo andado per él hasta cansarme, jamás lo ví todo. Acostumbraban tener al rededor de un gran patio cámaras y salas grandísimas; pero sobre todo, habia una tan grande, que dentro de ella podian estar sin incomodidad mas de tres mil personas; era tal, que en el corredor que estaba encima se formaba una plazuela, en la cual treinta hombres á caballo hubieran podido jugar á las cañas." Semejantes expresiones se leen en la Historia de Bernal Dias. Consta por la deposicion de todos los historiadores de Méjico, que el ejército de Cortés, compuesto de seis mil y mas de cuatrocientos entre españoles, *traxcaltecas* y *cempoaleces*, se alojó todo en el palacio que habia sido del rey *Axayacatl*, y sobró tambien para la habitacion del rey Motezuma y de su familiares, á mas de los almacenes en que se guardaba el tesoro del rey *Axayacatl*. Consta por la deposicion de los mismos historiadores la magnificencia y bellísima disposicion del palacio de las aves, y Cortés añade que en los departamentos que habia podian alojarse cómodamente dos grandes príncipes con toda su corte, y describe menudamente sus pórticos, galerías, y jardines. El mismo Cortés dice á Cárlos V que en el palacio del rey *Nezahualpilli* en Tescoco, se alojó con seiscientos españoles y cuarenta caballos, y que era tan grande, que podian estar cómodamente otros seiscientos. De un modo semejante habla del palacio del señor de *Iztapalapan* y de otras ciudades, alabando la estructura, belleza y magnificencia. Tales eran las chozas del rey y de los señores mejicanos.

Decir, como hace Paw, que Cortés mandó construir precipitadamente aquel palacio porque no encontraba habitacion proporcionada en toda la capital, es un error, ó por decirlo mejor y hablar con mas propiedad, es una gran mentira. Es verdad que Cortés durante el asedio de Méjico quemó y arruinó la mayor parte de aquella gran ciudad, como él mismo testifica, y con este designio pidió y consiguió de sus aliados algunos millares de operarios, que no tenian otro empleo que el de ir arruinando los edificios segun los españoles iban avanzando, para que no quedase á sus espaldas ninguna casa desde la cual pudieran dañarlos los mejicanos. No seria pues de admirar que Cortés no hubiese encontrado una habitacion proporcionada en una ciudad que él mismo habia destruido; pero no fué la ruina tan general que no quedase un gran número de buenas casas en el cuartel de *Tlatelolco*, en las cuales hubieran podido cómodamente alojarse todos los españoles con un buen número de aliados *Despues de que quiso nuestro Señor*, dice Cortés en su última carta á Cárlos V, que esta gran ciudad de Temistitan fuera conquistada, no me pareció bien residir en ella por muchos inconvenientes, y así me fuí con toda mi gente á residir á Coyoacan. Si fuera cierto lo que dice Paw, bastaba decir que no quedó en Méjico porque no habia casas en donde estar. El palacio de Cortés se fabricó en el mismo sitio en donde estaba antes el de Motezuma. Si Cortés no hubiera arruinado este palacio, hubiera podido habitar comodamente en él, como habitaba aquel monarca con toda su corte. Es, pues, falso que subsista al presente el palacio fabricado por Cortés, pues este se quemó el año de 1692 en una sedicion popular. Pero sobre todo, es falsísimo que las paredes de los edificios mejicanos no fuesen mas que piedras grandes puestas unas sobre las otras sin union alguna, como se convence por el testimonio de todos los historiadores, y por los fragmentos de los edificios antiguos de que hablaremos en su lugar. Y así no hay en todo el lugar ya citado de Paw, ni una proposicion que no sea un error.

No contento Paw con aniquilar las casas de los mejicanos, se pone tambien á combatir sus templos, é indignado contra Solís porque afirma que los de Méjico no bajaban de dos mil, entre grandes y chicos, dice así: "No ha habido jamás un número tan grande de edificios públicos en ninguna ciudad desde Roma hasta Pekin; por lo que Gomara, menos temerario ó mas sabio que Solís, dice que contando siete capillas pequeñas, no se encontraron mas que ocho lugares destinados á guardar los ídolos de Méjico."[1] Para que se vea cuánta es la infidelidad de Paw en citar los autores, quiero copiar aquí el lugar de Gomara, citado por él. "Habia, dice aquel autor en el cap. 80 de su Crónica de la Nueva España, *muchos templos en la ciudad de Méjico* esparcidos por las parroquias ó barrios con sus torres, en las cuales estaban las capillas y los altares para guardar los ídolos.... Casi todos tenian una misma figura, y así lo que diremos del templo principal, bastará para dar á conocer todos los demás:" y después de haber hecho una menuda descripcion de aquel gran templo, en la cual pondera su elevacion, amplitud y belleza, añade: "A mas de estas torres que se formaban con sus capillas sobre la pirámide, habia otras cuarenta y

1 Recherch. philosoph., part. 5, sect. 1.

mas entre pequeñas y grandes en otros *teocalli* menores,[2] que ha dentro del recinto de aquel templo principal, todos los cuales eran de la misma figura de aquel.... Otros *teocalli* ó *cues* habia en otros lugares de la ciudad.... Todos estos templos tenian sus casas propias, sus sacerdotes y sus dioses, con todo lo necesario á su culto y servicio." Y así, aquel mismo Gomara, que al decir de Paw no numera en Méjico mas que ocho lugares destinados á guardar los ídolos, incluyendo en dicho número siete capillas pequeñas, numera claramente mas de cuarenta templos dentro del recinto del principal, á mas de otros muchos esparcidos por las parroquias ó barrios. ¿Quién podrá fiarse jamás de Paw después de una falsificacion tan manifiesta?

Es verdad que Solís se mostró poco advertido en poner como cierto aquel número de templos que los primeros historiadores expresaron solamente por conjeturas; pero Paw se da tambien á conocer poca avisado en comprender entre los edificios públicos aun aquellas capillas pequeñas que los españoles llamaron templos. De estos habia innumerables: todos los que vieron aquel país antes de la conquista, testifican concordes, que tanto en los lugares habitados como en los caminos y en los montes, se veian por todas partes semejantes edificios, los cuales aunque pequeños y enteramente diversos de nuestras iglesias, fueron llamados templos porque estaban consagrados á los ídolos. Así por las cartas de Cortés como por la Historia de Bernal Diaz, sabemos que apenas daban un paso los conquistadores sin encontrarse con algun templo ó capilla. Cortés dice haber contado mas de cuatrocientos templos en solo ciudad *Chollollan*. Pero habia una gran diferencia en cuanto al tamaño entre unos y otros templos. Algunos no eran mas que pequeños terraplenes poco altos, sobre los cuales habia una capilla para el ídolo tutelar. Otros eran de una grandeza y amplitud estupenda. Cortés cuando habla del templo mayor de Méjico, protesta á Cárlos V que no es fácil describir sus partes, su grandeza y las cosas que allí se contenian; que era tan grande, que dentro del recinto de aquella fuerte muralla que lo circundaban podia caber un pueblo de quinientas casas. No hablan de otro modo de este y otros templos de Méjico, *Texcoco*, *Chollollan* y otras ciudades, Bernal Diaz, el conquistador anónimo, Sahagun y Tovar, que los vieron, y los historiadores mejicanos y españoles que escribieron después y se informaron bien, como son Acosta, Gomara, Herrera, Torquemada, Sigüenza, Betancurt, etc., etc. Hernandez describe una á una las setenta y ocho partes de que se componia el templo mayor. Cortés añade que entre las altas torres de los templos que hermoseaban á aquella capital, habia cuarenta tan elevadas, que la menor de ellas no era inferior en altitud á la famosa Giralda[1] de Sevilla. Don Fernando de Alva *Ixtlilxochitl* hace mencion en sus Manuscritos de aquella torre de nueve planos que su célebre terabuelo *Nezahualcoyotl* edificó al Criador del cielo, la cual parece haber sido aquel famoso templo de *Tezcutzinco* que con tantos elogios pondera el Valadés en su Retórica cristiana.

Toda esta nube de testigos depone contra Paw. Con todo esto, él no quiere creer aquella gran multitud de templos en Méjico, porque *Motezuma I fué*, dice, *el que dió á aquel pueblo la forma de ciudad: del reino de este monarca hasta el arribo de los españoles, no habian corrido mas que cuarenta y dos años, el cual espacio de tiempo no bastaba ciertamente para fabricar dos mil templos.* He aquí tres aserciones que son otros tantos errores: 1º, es falso que Motezuma I diese á Méjico la forma de ciudad, pues sabemos por la historia que aquella corte la tenia desde el tiempo del primer rey *Acamapitzin;* 2º, es falso tambien que desde el reinado de Motezuma I hasta el arribo de los españoles no corrieron mas que cuarenta y dos años. Motezuma comenzó á reinar, segun hemos hecho ver en la segunda disertacion, el año de 1436 y murió el de 1564, y los españoles no llegaron á Méjico antes del de 1519; luego desde el principio de aquel reinado hasta el arribo de los españoles, corrieron ochenta y tres años, y de la muerte de aquel rey cincuenta y cinco; 3º, Paw se muestra enteramente ignorante de la estructura de los templos mejicanos, no sabe cuán grande fuese la multitud de operarios que concurria en la fábrica de los edificios públicos, y cuánta la prontitud de ellos en fabricarlos. Se han visto algunas veces en la Nueva España fabricar en una sola noche un pueblo entero (aunque compuesto de chozas de madera cubiertas de paja) y conducir á él los nuevos colonos sus familias, animales y todas sus propiedades.[2]

Por lo que mira, pues, á las fortificaciones, es cierto é indubitable por la deposicion de Cortés y de todos los que vieron las antiguas ciudades de aquel imperio,[3] que los mejicanos y todas las

1 *Teocalli*, esto es, casa de Dios, era el nombre que daban los mejicanos á sus templos. Entre los españoles, algunos los llamaron templos, otros *adoratorios*, otros *mezquitas*, como que estaban acostumbrados al lenguaje de los sarracenos, y otros *cues*, palabra tomada de la lengua haitiana. A mas de estos nombres daban tambien á los templos pequeños los de *sacrificadores* y *humilladeros*, esto es, lugares de sacrificios y de adoracion.

1 Campanil altísimo y famoso de la catedral de Sevilla.

2 Véase lo que cuenta el Torquemada en el lib. 3, cap. 33 de la Monarquía indiana.

3 De las antiguas fortificaciones, hacen frecuentísimamente mencion Cortés en sus cartas á Cárlos V, Pedro Alvarado y Diego Godoy en sus cartas á Hernan Cortés,

otras naciones que vivian en sociedad usaban murallas, baluartes, estacadas, fosos y trincheras. Pero aun cuando ninguno de estos testigos oculares hiciese fe, bastarian las fortificaciones antiguas que aun en el dia existen en *Cuauhtochco* ó Huatusco y junto á *Molcajac*, de que hemos hablado en otra parte, para demostrar el error de Paw. Es verdad que tales fortificaciones no eran comparables con las de la Europa, porque ni su arquitectura militar se habia perfeccionado tanto, ni ellos necesitaban ponerse á cubierto de la artillería, de la cual no tenian noticia alguna; pero dieron á conocer bastantemente su industria en inventar tantas suertes de reparos para defenderse de sus enemigos ordinarios. Cualquiera, por otra parte, que lea la unánime deposicion de los conquistadores, no dudará de sus grandes fatigas en expugnar los fosos y las trincheras de los mejicanos en el asedio de la capital, sin embargo de que tuvieron un tan excesivo número de tropas aliadas y las ventajas de las armas de fuego y los bergantines. La terrible derrota que padecieron los españoles cuando se quisieron retirar de Méjico, no permitirá jamás que se dude de las fortificaciones de aquella capital. Ella no estaba circundada de murallas, porque su situacion la hacia bastantemente segura á beneficio de los fosos que habia en las tres calzadas por donde podian asaltarla los enemigos; pero otras ciudades que no estaban en una situacion tan ventajosa, tenian murallas y otros reparos para su defensa. El mismo Cortés hace una exacta descripcion de las murallas de *Cuauhquechollan*.

Mas ¿para qué perder el tiempo en acumular testimonios y otras pruebas de la arquitectura de los mejicanos, cuando estos nos han dejado en las tres famosas calzadas que construyeron en la misma laguna y en el antiguo acueducto de Chapoltepec, un monumento inmortal de su industria?

Aquellos mismos autores que deponen de la arquitectura de los mejicanos, testifican tambien la excelencia de los plateros, tejedores, grabadores de piedras y trabajadores de obras de pluma. Muchos fueron los europeos que vieron semejantes obras y se admiraron de la habilidad de los artífices americanos. Sus obras vaciadas fueron admiradas por los plateros de Europa, segun afirman algunos autores europeos que entonces vivian, y entre ellos el historiador Gomara, el cual tuvo algunas obras en sus manos y oyó el parecer de los plateros sevillanos, que no se creian capaces de imitarlos.[1] ¿Y en dónde se encontrará jamás quien sea capaz de hacer las obras maravillosas que hemos dicho en el libro VIII, párrafo 51 de nuestra Historia, y testificadas uniformemente por muchísimos escritores, como aquella por ejemplo de haber vaciado un pescado que tenia las escamas alternativamente una de oro y otra de plata? Cortés dice en su segunda carta á Cárlos V, que las imágenes de oro y pluma se trabajaban tan bien por los mejicanos, que ningun artífice de Europa podria hacerlos mejores; que en cuanto á las joyas, no se podria comprender con qué instrumentos se hicieran obras tan perfectas, y que las de plumas eran tales, que ni en cera ni en seda se podian imitar. En su tercera carta al mismo Cárlos V cuando habla del botin de Méjico, le dice que entre los despojos de los mejicanos encontró ciertas rodelas de oro y plumas y otras labores de la misma materia tan maravillosas, que no siéndole posible dar una justa idea por escrito, las manda á su majestad para que con sus propios ojos pueda asegurarse de su excelencia y perfeccion. Estoy cierto que Cortés no hubiera hablado así á su rey de aquellas labores que le mandaba para que las viese por sus ojos, si no hubiesen sido tales cuales él las representaba. Casi en los mismos términos que Cortés, hablan todos los autores que vieron semejantes obras, como Bernal Diaz, el conquistador anónimo, Gomara, Hernandez, Acosta y otros de los cuales hemos tomado todo lo que sobre esta materia hemos escrito en la Historia.

El doctor Robertson,[1] aunque reconoce la unánime deposicion de los antiguos historiadores españoles y cree que estos no tuvieron intencion de engañarnos, pero afirma que todos fueron movidos á exagerar por la ilusion de su entendimiento, originada del calor de su imaginacion. He aquí una bella solucion de la cual podria cada uno valerse para no dar crédito á ninguna historia humana. ¿Todos pues se engañaron, sin excepcion ni aun al clarísimo Acosta, ni al docto Hernandez, ni á los plateros de Sevilla, ni al rey Felipe II ni al sumo pontífice Sixto V, admiradores todos y panegiristas de aquellas obras mejicanas?[2] ¿Todos tuvieron la imaginacion exaltada, aun aquellos que escribieron algunos años después del descubrimiento del reino de Méjico? Sí, todos, solamente el escocés Robertson y el prusiano Paw han tenido en la fantasía, después de dos siglos y medio, aquel temperamento que se requiere para formar una idea justa de las cosas, acaso porque el frio de sus países habrá enfriado el calor de su imaginacion. "Ni se debe pues decidir, añade Robertson, del grado de su mérito (de las obras mejicanas) por estas mismas descripciones; pero sí considerando algunas muestras de sus artes, tales cuales se ven conservadas todavía.... Muchos de sus adornos de oro y pla-

Bernal Diaz en su Historia, el conquistador anónimo en su relacion, Alfonso de Ojeda en sus Memorias y Sahagun en su Historia, todos testigos oculares.

1 Crónica de la Nueva España, cap. 39 y 79.

1 Historia de la América lib. 7.

2 Vuélvase á leer lo que hemos escrito en el lib. 7, párrafo 51 de nuestra Historia.

ta, como tambien diversos instrumentos empleados en la vida comun, están depositados en el magnífico gabinete de cosas naturales y artificiales, abierto últimamente por el rey católico, y personas de cuyo juicio y gusto puedo fiarme, me han asegurado que estos ponderados esfuerzos de su arte son tontas representaciones de objetos comunes ó imágenes de figuras humanas ó de algunos animales sin gracia ni propiedad," y en la nota dice así: "En la armería del palacio real de Madrid se muestran series de armas que se dicen de Motesuma; son compuestas de láminas sutiles de cobre bruñido. En la opinion de jueces inteligentes son manifiestamente orientales. Las figuras de los adornos de plata que se ven arriba y representan dragones, se pueden considerar como una confirmacion de la misma opinion. En la hechura son infinitamente superiores á cualquiera otro esfuerzo de la arte americana.... La sola indubitable muestra que yo he visto de la arte americana en la Gran Bretaña, es una copa de oro finísimo, que se dice fué de Motesuma.... Está representada en esta copa la cara de un hombre. Por una parte el rostro lleno, por otra el perfil y por la tercera la parte posterior de la cabeza.... Las facciones son toscas pero tolerables, y ciertamente muy groseras para suponerla obra española. Esta copa la compró Odoardo, conde de Orfond, cuando estaba en el puerto de Cadiz." Hasta aquí Robertson, á cuyos argumentos respondemos:

1º Que no ha tenido razon para creer que aquellas toscas obras son verdaderamente mejicanas. 2º Que tampoco sabemos si las personas de cuyo juicio creyó deberse fiar Robertson, hayan sido tales, que merezcan nuestra fe, pues hemos observado que Robertson se fia muchas veces del testimonio de Gages, Corral, Ibañez y otros autores enteramente indignos de ser creidos. Podria ser tambien que aquellas personas que juzgaron de tales obras, tuviesen la imaginacion caliente, pues es mucho mas fácil, segun la condicion de nuestra naturaleza corrompida, calentarse la imaginacion contra una nacion que en favor de ella. 3º "Que es mucho mas probable que aquellas armas de cobre creidas *por jueces inteligentes manifiestamente orientales*," sean verdaderamente mejicanas, porque estamos asegurados por el testimonio de todos los escritores de Méjico, que aquellas naciones usaban semejantes láminas de cobre en la guerra, y que con ellas procuraban cubrirse el pecho, los brazos y los muslos para defenderse de las flechas, cuando no sabemos que jamás se haya usado por los habitantes de las islas Filipinas[1] ó por alguna otro pueblo que comerciase con ellos. Los dragones representados en aquellas armas, en lugar de confirmar, como cree Robertson, la opinion de los que las creen orientales, confirma mas bien la nuestra, pues jamás ha habido nacion alguna en el mundo en la cual se hayan usado tanto en sus armas las imágenes de animales terribles como entre los mejicanos. Ni debe causar admiracion que estos tuviesen idea de los dragones, pues tuvieron tambien la de los grifos, como testifica Gomara.[1] 4º Que aunque sean toscas las imágenes formadas en las obras de oro y plata, estas podrian ser por otra parte excelentes, maravillosas é inimitables, porque en aquellas obras deben considerarse dos artes enteramente distintas, y no conexas, la del diseño y la del vaciado; y así podria aquel pescado del cual hemos hablado arriba, ser mal formado en cuanto á la figura, y sin embargo, ser maravillosa y sorprendente aquella alternativa de escamas de oro y plata, hecha de vaciado. 5º Finalmente, el juicio de algunas personas enteramente desconocidas sobre aquellas pocas obras dudosas que hay en el real gabinete de Madrid, no puede prevalecer á la unánime deposicion de todos los historiadores antiguos, los cuales vieron innumerables obras ciertamente mejicanas.

Por todo lo que hemos dicho hasta ahora, se manifiesta la grande injusticia que ha hecho Paw á los mejicanos creyéndolos inferiores en industria y sagacidad á los pueblos mas groseros del antiguo continente. El padre Acosta, cuando habla de la industria de los peruleros, dice así: "Si estos hombres son bestias, júzguelo quien "quisiere; que lo que yo juzgo de cierto es, que "en aquello á que se aplican nos hacen grandes "ventajas."[2] Esta ingenua confesion de un europeo de tanta crítica, de tanta experiencia y de tanta imparcialidad, ¿no vale mas que todas las invectivas de un filósofo prusiano, que todos los discursos de un historiador escocés, uno y otro ó mal instruido de las cosas de la América ó prevenido contra los americanos? Pero aun cuando concediésemos á Paw que la industria de los americanos en las artes sea inferior á la de los otros países del mundo, nada deberia inferirse de esto contra las almas de los americanos ó contra el clima de la América, pues es cierto é indubitable que las invenciones y progresos de las artes en la mayor parte son mas bien debidas á la suerte, á la necesidad y á la avaricia que al ingenio. Los hombres mas industriosos en las artes, no son siempre los mas ingeniosos, sino por lo comun los mas necesitados ó los mas inclinados al oro. "La esterilidad de la tierra, dice bien Montesquieu,[3] hace á los hombres industriosos.... es necesario que ellos se proporcionen lo que no les tributa la tierra. La fertilidad de

1 El doctor Robertson dice, que los españoles probablemente tuvieron aquellas armas de las islas Filipinas.

1 *Algunos señores tenian en sus armas un grifo volando y llevando entre las garras un venado.* Crónica de la Nueva España, cap. 71.

2 Hist. nat. y mor., lib. 4, cap. 8.

3 L' esprit des loix, lib. 18, cap. 4.

un país lleva consigo á un tiempo la facilidad de sustentarse y la desidia." "La necesidad, dice "Robertson, es el estímulo y la guia del género "humano para las invenciones." Los chinos no serian ciertamente tan industriosos si la excesiva poblacion de su país no les hiciese difícil su propio sustento; ni en Europa se hubieran hecho tantos progresos en las artes, si hubiera faltado el aliciente de los premios, ó la esperanza en los artesanos de mejorar su fortuna. Sin embargo, los mejicanos pueden elegiar sus muchas invenciones, capaces de inmortalisar su nombre, cuales son, á mas de sus famosas obras de molde y los mosaicos de plumas y conchas, la del papel,[1] la de teñir con colores indelebles, hilar y tejer el pelo mas sutil de los conejos y las liebres; las de hacer las navajas de *itztli*;[2] la de criar tan industriosamente la cochinilla para valerse de ella en los colores; la de la argamasa en los pavimentos de sus casas, y mil otras no menos apreciables que pueden verse en nuestra Historia y en las obras de los otros historiadores de Méjico, así como las artes de los peruleros en las obras de Acosta y del inca Garcilazo y en las *Cartas americanas* del conde Carli. ¿Pero qué maravilla que se encontrasen tales invenciones en las naciones civilizadas, cuando aun en otros pueblos americanos menos cultos se hallaron artes singularísimas? ¿Qué invencion, por ejemplo, mas singular y maravillosa que la de domesticar los peces marinos y servirse de ellos para cazar á otros peces grandes, como hacian los habitantes de las islas Antillas? Esta sola arte, de que hacen mencion Oviedo,[3] Gomara y otros autores, ¿no seria bastante para desmentir las injuriosas invectivas de Paw contra la industria de los americanos?

§ VI.

SOBRE LA LENGUA MEJICANA.

Las lenguas de la América, dice Paw, son tan estrechas y tan escasas de palabras, que no es posible explicar en ellas ningun concepto metafísico. *No hay ninguna de estas lenguas en la cual se pueda contar arriba de tres.*[1] No es posible traducir un libro, no digo en las lenguas de los algonquines y de los guaranis ó paraguayos, pero ni aun en las del reino de Méjico ó del Perú, por no tener una copia suficiente de términos propios para enunciar las nociones generales." Cualquiera que lea estas decisiones magistrales de Paw, se persuadirá sin duda que decide así después de haber viajado por toda la América, de haber tratado con todas aquellas naciones y haber examinado todas sus lenguas; pero no es así; Paw, sin salir de su gabinete de Berlin, sabe las cosas de América mejor que los mismos americanos, y en el conocimiento de aquellas lenguas excede á los que las hablan. Yo aprendí la lengua mejicana y la oí hablar á los mejicanos muchos años, y sin embargo, no sabia que fuera tan escasa de voces numerales y de términos significativos de ideas universales, hasta que no vino á ilustrarme Paw. Yo sabia que los mejicanos pusieron el nombre *centzontli* (400), ó mas bien el de *centzontlatale* (el que tiene 400 voces), á aquel pájaro tan celebrado por su singular dulzura y por la incomparable variedad de su canto. Yo sabia tambien que los mejicanos contaban antiguamente por *xiquipilli*, así las almendras de cacao en su comercio, como sus tropas en la guerra; que xiquipilli valia ocho mil, y así para decir que un ejército se componia, por ejemplo, de cuarenta mil hombres, decian que tenia cinco *xiquipilli*. Yo sabia, finalmente, que los mejicanos tenian voces numerales para significar cuantos millares y millones querian; pero Paw sabe todo lo contrario, y no hay duda que lo sabrá mejor que yo, porque tuve la desgracia de nacer bajo de un clima menos favorable á las operaciones intelectuales. Sin embargo, quiero por complacer á la curiosidad de mis lectores poner aquí abajo la serie de los nombres numerales de que se han valido siempre los mejicanos.[1] En la cual se ve

1 Véase lo que decimos en el lib. VII de la Historia de las diversas clases de papel mejicano, esto es, de algodon, maguey, palma silvestre y seda. La invencion del papel es sin duda mas antigua en América que en Egipto, de donde se comunicó á la Europa. Es verdad que el papel de los mejicanos no era comparable en la finura con el de los europeos; pero se debe advertir que aquellos no lo hacian para escribir, sino para pintar.

2 Véase lo que decimos en el lib. VII, párrafo 56 de la Historia sobre esta arte.

3 Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, lib. 13, cap. 10, y *Sumario de la historia de las Indias*, cap. 8; Gomara, *Historia general de las Indias*, cap. 30. La especie de pez de que se valian los indios para dar caza á los peces grandes, como se sirven en Europa de los halcones para cazar á otras aves, era muy pequeña, llamada por ellos *guaicas* y por los españoles *reverso*. Véase en la Historia de Oviedo el modo de hacerlo.

1 En la misma seccion 1.ª de la parte 5.ª de las *Investigaciones filosóficas*, en la cual afirma que no hay ni una lengua americana en la cual se pueda contar arriba de tres, dice que los mejicanos contaban hasta diez.

2 NOMBRES NUMERALES DE LA LENGUA MEJICANA.

Cé.................	1
Ome................	2
Sei................	3
Nahui..............	4
Macuilli...........	5
Chicuace...........	6
Chicome............	7
Chicuei............	8

que los que, segun dice Paw, no tenian voces para contar mas que tres, á pesar suyo las tienen para contar á lo menos cuarenta y ocho millones. Del

Chiuconahui	9
Matlactli	10
Caxtolli	15

Con estas voces diversamente combinadas entre sí, y juntamente con estos tres nombres pohualli ó sea poalli 20, tzontli 400, y xiquipilli 8.000, explican cualquiera cantidad, así:

Cempoalli	20
Ompoalli	40
Epoalli	60
Nauhpoalli	80
Macuilpoalli	100
Chicocempoalli	120, etc.
Matlapoalli (diez veces 20)	200
Caxtolpoalli (quince veces 20)	300
Y así se va contando hasta que se llega á 400.	
Cen-tzontli	400
Ontzontli	800
Etzontli	1.200
Nauhtzontli	1.600
Macuiltzontli	2.000
Chicuacentzontli	2.400
Matlactzontli (diez veces 400)	4.000
Caxtoltzontli (quince veces 400)	6.000
Y así se sigue hasta 8.000.	
Cexiquipilli	8.000
Onxiquipilli	16.000
Exiquipilli	24.000
Nauhxiquipilli	32.000
Macuilxiquipilli	40.000
Chicuacenxiquipilli	48.000, etc.
Matlacxiquipilli (diez veces 8.000)	80.000
Caxtolxiquipilli (quince veces 8.000)	120.000
Cempoalxiquipilli (veinte veces 8.000)	160.000
Ompoalxiquipilli (cuarenta veces 8.000)	320.000, etc.
Centzonxiquipilli (cuatrocientas veces 8.000)	3.200.000
Ontzonxiquipilli (ochocientas veces 8.000)	6.400.000
Matlactzonxiquipilli (cuatro mil veces 8.000)	32.000.000
Caltoltzonxiquipilli (seis mil veces 8.000)	48.000.000. etc.

Dije que tenian voces para contar cuarenta y ocho millones *á lo menos*, porque hay otras tambien para llevar mas adelante la numeracion; pero es necesario valerse de palabras mas largas, y las citadas arriba bastan para desmentir á Paw.

mismo modo podemos convencer el error de la Condamine y Paw en otras muchas lenguas de la América, aun de aquellas que se han reputado las mas rudas, pues se hallan actualmente en Italia personas experimentadas de aquel Nuevo Mundo y capaces de dar plena noticia de mas de sesenta lenguas americanas; pero no queremos cansar la paciencia de los lectores. Entre los materiales recogidos para esta mi obra, tengo los nombres numerales de la lengua araucana, la cual, sin embargo de ser la lengua de una nacion mas guerrera que civil, tiene voces para explicar aun millones.[1]

No es menor el error de Paw en afirmar que son tan escasas las lenguas americanas, que no son capaces de explicar un concepto metafísico, la cual leccion aprendió de la Condamine. "*Tiempo*, dice este filósofo hablando de las lenguas de los americanos, *duracion*, *espacio*, *ser*, *sustancia*, *materia*, *cuerpo*. Todas estas palabras y otras muchas no tienen voces equivalentes en sus lenguas, y no solo los nombres de los seres metafísicos, pero ni aun de los seres morales, pueden explicarse por ellos, sino impropiamente y por largas circunlocuciones" Pero Mr. de la Condamine sabia tanto de las lenguas americanas como Paw, y tomó sin duda este informe de algun hombre ignorante, como sucede frecuentemente á los viajeros. Estamos del todo seguros de que muchas lenguas americanas no tienen la escasez de voces que piensa la Condamine; pero omitiendo por ahora lo que mira á las otras, discurramos solamente de la mejicana, la cual es el principal asunto de nuestra contienda.

Es verdad que los mejicanos no tenian voces para explicar los conceptos de la materia, sustancia, accidente y semejantes; pero es igualmente cierto que ninguna lengua, ó de la Asia ó de la Europa, tenia tales voces antes que los griegos comenzasen á adelgazar, abstraer sus ideas y crear nuevos términos para explicarlas. El gran Ciceron, que sabia tan bien la lengua latina y floreció en aquellos tiempos en que estaba en su mayor perfeccion, sin embargo de estimarla mas abundante que la griega, trabaja muchas veces en sus obras filosóficas para encontrar voces correspondientes á las ideas metafísicas de los griegos. ¿Cuántas veces no se vió precisado á crear nuevas voces equivalentes en algun modo á las griegas, porque no las encontraba entre las voces usadas por los romanos? Pero aun en el dia, despues de que aquella lengua fué enriquecida

1 *Mari*, en la lengua araucana, quiere decir diez; *pataca*, ciento; *huaranca*, mil; *patachuaranca*, cien mil; *maripatacahuaranca*, un millon. Despues de terminada esta disertacion he adquirido la série de los nombres numerales en la lengua *otomita*. Aunque esta lengua es tenida por una de las mas rudas de Méjico, tiene, sin embargo, voces para explicar cuantos millones se quieran.

de muchas palabras inventadas por Ciceron y otros doctos romanos, que á ejemplo de aquel se dedicaron al estudio de la filosofía, le faltan sin embargo términos para explicar muchos conceptos metafísicos, si no se recurre al bárbaro lenguaje de las escuelas. Ninguna de aquellas lenguas que hablan los filósofos de la Europa, tenia palabras significativas de la materia, de la sustancia, del accidente y otros semejantes conceptos, y por lo tanto fué necesario que los que filosofaban adoptasen las voces latinas ó las griegas. Los mejicanos antiguos, porque no se ocupaban en el estudio de la metafísica, son excusables por no haber inventado voces para explicar aquellas ideas; pero no por esto es tan escasa su lengua de términos significativos de cosas metafísicas y morales, como afirma la Condamine que son las de la América meridional; antes bien aseguro que no es tan fácil encontrar una lengua mas apta que la mejicana para tratar las materias de la metafísica, pues es difícil de encontrar otra que abunde tanto como ella de nombres abstractos, pues pocos son en ella los verbos de los cuales no se formen verbales correspondientes á los en *io* de los latinos, y pocos son tambien los nombres sustantivos ó adjetivos de los cuales no se formen nombres abstractos qué significan el ser, ó como dicen en las escuelas, la *quiditad* de las cosas, cuyos equivalentes no puedo encontrar en el hebreo, ni en el griego, ni en el latino, ni en el francés, ni en el italiano, ni en el inglés, ni en el español, ni en el portugués, de las cuales lenguas me parece tener el conocimiento que se requiere para haber el cotejo. Pues para dar alguna muestra de esta lengua y por complacer á la curiosidad de los lectores, pondré aquí á su vista algunas voces que significan conceptos metafísicos y morales, y que las entienden aun los indios mas rudos.[1]

La excesiva abundancia de semejantes voces ha sido la causa de haberse expuesto sin gran dificultad en la lengua mejicana los mas altos misterios de la religion cristiana y haberse traducido bien en ella algunos libros de la sagrada Escritura, y entre otros los de los Proverbios de Salomon y los de los Evangelios, los cuales, así como los de la *Imitacion de Cristo*, de Tomás Kempis y otros semejantes trasladados tambien al mejicano, no pueden ciertamente traducirse á aquellas lenguas que son escasas de términos significativos de cosas morales y metafísica. Son tantos los libros publicados en mejicano sobre la religion y la moral cristiana, que de ellos solos se podria formar una buena librería. Después de esta disertacion pondremos un breve catálogo de los principales autores de que nos acorda-

1 MUESTRA DE VOCES MEJICANAS QUE SIGNIFICAN CONCEPTOS METAFÍSICOS Y MORALES.

Tlamantli. Cosa.
Seliztli. Esencia.
Cualloti. Bondad.
Neltiliztli. Verdad.
Cetiliztli. Unidad.
Ometiliztli. Cualidad.
Teitiliztli. Trinidad, etc.
Teotl. Dios.
Teojotl. Divinidad.
Nejolnonotzaliztli. Reflexion.
Tlachtepaittaliztli. Prevision.
Nejoltzotzonaliztli. Duda.
Tlalnamiquiliztli. Recuerdo.
Tlalcahualiztli. Olvido.
Tlazotlaliztli. Amor.
Tlacocoliztli. Odio.
Tlamauhtiliztli. Temor.
Netemachiliztli. Esperanza.

Tloqué. Nalueaque. } El que tiene en sí todas las cosas.
Ipalnemoani. Aquel por quien se vive.
Amacicacaoni. Incomprensible.
Cemicacjeni. Eterno.
Cenmancanjeliztli. Eternidad.
Cahuitl. Tiempo.
Cenjocojani. Criador de todo.
Ocnhuelitini. Omnipotente.
Cenhuelicilliztli. Omnipotencia.
Tlacatl. Persona.
Tlacajotl. Personalidad.
Tajotl. Paternidad.
Nanjotl. Maternidad.
Tlaltiopactlacajotl. Humanidad.
Tejolia. Alma.
Teixtamatlia. La mente.
Tlamatiliztli. Sabiduría.
Ixtlamachiliztli. Razon.
Ixaxiliztli. Comprehsion.
Tlaiximatiliztli. Conocimiento.
Tlanemiliztli. Pensamiento.
Neococoliztli. Dolor.
Nejoltequipacholiztli. Arrepentimiento.
Ellehutliztli. Deseo.
Cualtihuani. Tectihuani. } Virtud.
Acualletl. Malicia.
Tolchicahualiztli. Fortaleza.
Tlaixjejecoliztli. Templanza.
Jollomachiliztli. Prudencia.
Tlamelahuacachicahualiztli. Justicia.
Jolhueiliztli. Magnanimidad.
Tlapaccaihijohuiliztli. Paciencia.
Tlanemactiliztli. Liberalidad.
Pecocanemiliztli. Mansedumbre.
Tlatlacajotl. Benignidad.
Necnomatiliztli. Humildad.
Tlaxocamatiliztli. Gratitud.
Nepohualiztli. Soberbia.
[illegible]. Avaricia.
Nexicoliztli. Envidia.
Tlapopolhuiliztli. Perdon.

mos, así para confirmar cuanto decimos, como para manifestar nuestra gratitud á sus fatigas. Unos han publicado un gran número de obras que hemos visto. Otros, pues, para facilitar á los españoles la inteligencia de la lengua mejicana, han compuesto gramáticas y diccionarios.

Lo que decimos del mejicano podremos en gran parte afirmarle de otras lenguas que se hablaban en los dominios de los mejicanos, como la *otomita*, *matlatzinca*, *mixteca*, *zapoteca*, *totonaca* y *populuca*; pues igualmente se han compuesto gramáticas y diccionarios de todas estas lenguas y en todas se han publicado tratados de religion, como haremos ver en el catálogo prometido.

Los europeos que han aprendido el mejicano, entre los cuales hay italianos, franceses, flamencos, tudescos y españoles, han celebrado con grandes elogios aquella lengua y ponderado hasta tal grado, que algunos la han estimado superior á la latina y á la griega, como hemos dicho en otra parte. El caballero Boturini afirma que *en la urbanidad, elegancia y sublimidad de las expresiones, no hay ninguna lengua que pueda compararse con la mejicana*. Este autor no era español, sino milanés; no era hombre vulgar, sino erudito y crítico; sabia muy bien á lo menos el latin, el italiano, el francés y el español, y del mejicano supo cuanto bastaba para hacer un juicio comparativo. Reconozca, pues, Paw su error, y aprenda á no decidir en las materias que ignora.

Entre las pruebas en que quiere apoyar el conde de Buffon su sistema de la reciente organizacion de la materia en el Nuevo Mundo, dice: que los órganos de los americanos eran toscos y su lengua bárbara. "Véase, añade, la lista de sus animales, y sus nombres son tan difíciles de pronunciar, que es de admirar haya habido europeos que se hayan tomado el trabajo de escribirlos." Pero yo no me admiro tanto de su fatiga en escribirlos como de su descuido en copiarlos. Entre tantos autores europeos que han escrito la historia civil ó natural del reino de Méjico en Europa, no he encontrado ni uno que no haya alterado y desfigurado los nombres de las personas, animales y ciudades mejicanas, y algunos lo han hecho en tal grado, que no es posible adivinar lo que quisieron escribir. La historia de los animales del reino de Méjico pasó de las manos de su autor el doctor Hernandez, á las de Nardo Antonio Recchi, el cual nada sabia del mejicano; de las manos de Recchi pasó á las de los académicos Linces de Roma, los cuales la publicaron con notas y disertaciones, y de esta edicion se sirvió el conde de Buffon. Entre tantas manos de europeos ignorantes de la lengua mejicana, no podia menos que alterarse los nombres de los animales. El que quiera certificarse de la alteracion que sufrieron en las manos del conde de Buffon, le basta confrontar los nombres mejicanos que se leen en la Historia natural de aquel filósofo, con los de la edicion romana del Hernandez. Por lo demás, es cierto que la dificultad que encontramos en pronunciar una lengua á la que no estamos acostumbrados, y principalmente si la articulacion de ella es muy diversa de la de nuestra propia lengua, no convencerse que sea bárbara. La misma dificultad que experimenta el conde de Buffon para pronunciar los nombres mejicanos, experimentarian los mejicanos para pronunciar los nombres franceses. Los que están acostumbrados á la lengua española, tienen gran dificultad para pronunciar la tudesca y la polaca, y les parecen las mas ásperas y duras de todas. La lengua mejicana no ha sido la de mis padres ni la aprendí desde niño, y sin embargo, todos los nombres mejicanos de animales que expone el conde de Buffon como prueba de la barbarie de aquella lengua, me parecen mas fáciles de pronunciar, sin comparacion, que muchos otros tomados de algunas lenguas europeas, de los cuales usa[1] en su Historia natural, y tal vez parecerá lo mismo á los europeos que no están acostumbrados ni á una ni á otras lenguas; y no faltará quien se admire de que el conde de Buffon se haya tomado el trabajo de escribir aquellos nombres, capaces de causar miedo á los mas valientes escritores. Finalmente, en lo que respecta á las lenguas americanas, debe estarse al juicio de aquellos europeos que las supieron, mas bien que á la opinion de los que nada saben.

§ VII.

SOBRE LAS LEYES DE LOS MEJICANOS.

Queriendo Paw impugnar la antigüedad que atribuyó Gemelli erróneamente á la corte de los mejicanos, alega la *anarquía de su gobierno* y la *escasez de sus leyes*; y tratando del gobierno de los pernleros, dice; "que no puede haber leyes en un Estado despótico, y caso de que las haya habido en algun tiempo, no es posible al presente

1 Léense los nombres siguientes de animales usados por el conde de Buffon, y cotéjense con los mejicanos puestos por él y alterados.

Baurd mapnet-jes.
Brand-hirts.
Chemik-akcarzecjek.
Iidgiers-duir.
Missorzechowa.
Stachel-schwein.
Scebenschfafer.
Sterzeczleck.
Niedzwiedz.
Przawiaska.
Meer-schwein.
Sezures, etc.

hacer el análisis porque no las conocemos, ni podemos conocerlas porque jamás fueron escritas y su memoria debia faltar con la muerte de los que la sabian."

Ninguno habia hecho mencion de la anarquía del reino de Méjico antes de que viniese al mundo Paw, cuyo cerebro parece tener una particular organizacion para entender las cosas al contrario de todos los otros hombres. No hay uno tan ignorante de la Historia de Méjico, que no sepa que aquellos pueblos estaban sujetos á señores particulares, y todo el Estado á un supremo jefe, que era el rey de Méjico. Todos los historiadores ponderan la grande autoridad de aquel soberano y el sumo respeto que le tenian sus vasallos: si esto es anarquía, serán sin duda anárquicos todos los Estados del mundo.

El despotismo no se introdujo en Méjico sino hasta los últimos años de la monarquía. En el tiempo anterior habian respetado siempre los monarcas las leyes promulgadas por sus antecesores y celado su observancia. Aun en tiempo de Motezuma II, que fué el único rey verdaderamente despótico, los mejicanos juzgaban segun las leyes del reino, y el mismo Motezuma castigaba severamente á los trasgresores, no abusando de su poder sino en aquello que podia servir al aumento de su opulencia y de su autoridad.

Estas leyes no estaban escritas, pero se perpetuaban en la memoria de los hombres, así por la tradicion como por las pinturas. No habia súbdito que no las supiese, porque los padres de familia no cesaban de instruir en ellas á sus hijos, para que evitando la trasgresion precaviesen el castigo. Las copias de las pinturas de las leyes eran sin duda infinitas, pues aunque fueron tan furiosamente perseguidas por los españoles, sin embargo, he visto muchas. La inteligencia de tales pinturas no es tan difícil á quien tiene conocimiento del modo con que representaban los mejicanos las cosas, de los caracteres que usaban y de sus lenguas; pero para Paw serán tan inteligibles como las leyes de los chinos expresadas en los caracteres propios de aquella nacion. A mas de esto, despues de la conquista muchos mejicanos muy inteligentes escribieron en nuestros caracteres las leyes de Méjico, *Acolhuacan*, *Tlaxcala*, *Michoacan*, *etc*. Entre otros don Fernando de Alva *Ixtlilxochitl* escribió en lengua española las ochenta leyes publicadas antes por su famoso terabuelo el rey *Nezahualcoyotl*, como hemos dicho en la Historia. Los españoles, pues, averiguaron las leyes y costumbres antiguas de aquellas naciones con mayor diligencia que cualquiera otro artículo de la historia, porque su conocimiento importaba mucho al gobierno cristiano, así civil como eclesiástico, principalmente con respecto á los matrimonios, á las prerogativas de la nobleza, á la calidad del vasallaje y á la condicion de los esclavos. Se informaron á boca de los indios mas instruidos y estudiaron sus pinturas. A mas de los primeros misioneros, los cuales trabajaron fructuosamente en esta empresa, don Alfonso Zurita, uno de los principales jueces de Méjico, docto en materia de leyes y práctico de aquellos países, hizo diligentes averiguaciones por órden del rey católico, y compuso aquella utilísima obra de que hicimos mencion en el catálogo de los escritores de la historia antigua del reino de Méjico. He aquí cómo pudieron saberse las leyes de los mejicanos sin haber sido escritas por ellos.

¿Pero qué leyes? *Dignas muchas de ellas*, dice el Acosta, *de nuestra admiracion, y segun las cuales debian gobernarse aquellos pueblos aun en su cristianismo*. En primer lugar la constitucion de su Estado, en lo que mira á la sucesion á la corona, no podia ser mas bien entendida, como que en ella igualmente se precavian los inconvenientes de la sucesion hereditaria y los de la electiva. Debia elegirse un individuo de la familia real para conservar así el esplendor de la corona é impedir que el trono jamás fuese ocupado por un hombre de bajo nacimiento. No sucediendo el hijo, sino el hermano, no habia peligro de que un empleo tan eminente y tan importante se expusiera á la indiscrecion de un jóven inexperto ó á la malignidad de un regente ambicioso.

Si los hermanos, pues, hubieran debido suceder segun el órden de su nacimiento, hubiera necesariamente tocado algunas veces la corona á un hombre inepto para el gobierno, y hubiera tambien pedido suceder que el heredero presuntivo maquinase contra la vida del soberano por anticiparse la sucesion; uno y otro inconveniente se obiaba con la eleccion. Los electores escogian entre los hermanos del rey muerto, y faltando estos, entre los hijos de los reyes anteriores, el mas idóneo para mandar la nacion. Si hubiera estado en arbitrio del rey nombrar los electores, hubiera podido escoger á los que fuesen mas favorables á sus designios y ganar sus sufragios en favor de aquel hermano á quien mas estimara, y tal vez en favor del hijo, no atendiendo á las leyes fundamentales del Estado; pero no era así, pues los mismos electores eran elegidos por el cuerpo de la nobleza, la cual comprometia en ellos los sufragios de toda la nacion. Si el empleo de los electores hubiera sido perpetuo, hubieran podido estos, abusando de su autoridad, hacerse dueños de la monarquía; pero como en la primera eleccion acababa la voz electoral, y se elegian entonces nueve electores para la siguiente, no era tan fácil á la ambicion usurpar la autoridad. Finalmente, para precaver otros inconvenientes, los verdaderos electores no eran mas que cuatro, hombres de la primera nobleza, de grande prudencia y de notoria providad. Es verdad que ni aun despues de tantas precauciones podian impedirse todos los desórdenes; ¿pero qué gobierno hubo jamás entre los hombres que no estuviese expuesto á mayores males?

La nacion mejicana era guerrera, y por lo tanto necesitaba de un jefe inteligente y experto en el arte de la guerra: ¿pues qué arbitrio podia tomarse mas conducente á este fin que el de no elegir rey al que no hubiese obtenido por solos sus méritos el cargo de general del ejército, y de no coronar al que despues de su eleccion no hubiese proporcionado en la guerra las víctimas que segun su sistema de religion debian sacrificarse en las fiestas de la coronacion?

La prontitud con que los mejicanos sacudieron el yugo de los tepanecas y la gloria que adquirieron sus armas en la conquista de Azcapozalco, debian naturalmente excitar la rivalidad y la desconfianza de sus vecinos, y especialmente la del rey de Acolhuacan, el cual habia sido y era tambien entonces el mayor rey de aquella tierra, y estando por otra parte todavía vacilante el trono de Méjico, necesitaba de un fuerte apoyo que lo sostuviese. El rey de Acolhuacan, el cual habia recientemente recuperado con el auxilio de los mejicanos la corona que le habia usurpado antes el tirano Tezozomoc, debia temer que algun súbdito poderoso, siguiendo las huellas de aquel tirano, excitase á la rebelion á una parte de su reino, y lo privara, como á su padre, de la corona y de la vida. El rey de Tlacopan, que ocupaba un trono nuevamente establecido y poco considerable, tenia mas que temer. Cada uno de estos reyes estaba por sí solo poco seguro y debia desconfiar de los otros dos; pero unidos los tres entre sí, podian formar una potencia invencible. ¿Pues qué hacen? Forman una triple alianza que asegure á cada uno de los otros dos y á todos tres de sus súbditos. Esta fué la alianza que afirmó los tronos de Acolhuacan y Tlacopan y facilitó á los mejicanos su conquista; alianza tan firme y tan bien ordenada, que jamás se desconcertó hasta el arribo de los españoles. Este solo golpe de política basta para demostrar el discernimiento y la sagacidad de aquellas naciones; pero hubo otros tantos semejantes á este, que si quisiéramos referirlos todos, seria necesario copiar una buena parte de la Historia.

La forma judicial de los mejicanos y tezcocanos nos suministra algunas lecciones útiles de política. La diversidad de grados en los magistrados servia al buen órden; su continua asistencia en los tribunales desde comenzar el dia hasta la tarde, abreviaba el curso de las causas y los apartaba de algunas prácticas clandestinas, las cuales hubieran podido prevenirlos en favor de algunas de las partes. Las penas capitales prescritas contra los prevaricadores de la justicia, la puntualidad de su ejecucion y la vigilancia de los soberanos, tenia enfrenados á los magistrados, y el cuidado que se tenia de suministrarles de cuenta del rey todo lo necesario, los hacia inexcusables. Las juntas que se tenian cada veinte dias á presencia del soberano, y particularmente la asamblea general de todos los magistrados cada ochenta dias para terminar las causas pendientes, á mas de precaver los graves males que causa la lentitud de los juicios, hacia que los magistrados se comunicasen recíprocamente sus luces, que el rey conociese mejor á los que habia constituido depositarios de su autoridad, que la inocencia tuviera mas recursos y que el aparato del juicio hiciera mas respetable la justicia. La ley que permitia la apelacion del tribunal de Tlacatecatl al de Chihuacoatl en las causas criminales y no en las civiles, da á conocer que los mejicanos, respetando las leyes de la humanidad, reconocian que se requeria mas para creer á un hombre delincuente que para declararlo deudor. En los juicios de los mejicanos no se admitia otra prueba contra el reo que la de testigos. Ni jamás se vió entre ellos usar la tortura para hacer por la fuerza de los tormentos culpable al inocente, ni valerse de las bárbaras pruebas del duelo, del fuego, del agua hirviendo y otras semejantes, que fueron antes tan frecuentes en Europa y en el dia las leemos con admiracion en las historias. "No habrá quien no se admire, dice sobre este asunto Montesquieu,[1] que nuestros mayores hiciesen depender el honor, la fortuna y los bienes de los ciudadanos, de ciertas cosas que no eran tanto de la jurisdiccion de la razon, cuanto de la suerte, y que se valiesen incesantemente de las pruebas que nada probaban y no tenian conexion ni con la inocencia ni con el delito." Lo que ahora decimos de aquellas pruebas, dirá en lo sucesivo nuestra posteridad de la tortura, y no cesarán jamás de admirar que semejante prueba haya estado en uso generalmente por tantos siglos en la parte mas ilustrada del mundo. El juramento era prueba de gran momento en los juicios de los mejicanos, como hemos dicho en otra parte; porque como estaban persuadidos de los terribles castigos que infaliblemente debian ejecutar los dioses en los perjuros, creian que ninguno se atreveria á perjurar; pero no sabemos que se permitiera esta prueba á los actores contra el reo, sino solamente al reo para purificarse del delito.

Castigaban severamente los mejicanos todos aquellos delitos que son particularmente repugnantes á la razon ó perjudiciales al Estado, el crímen de lesa majestad, el homicidio, el hurto, el adulterio, el incesto y los otros excesos en esta materia contra la naturaleza; el sacrilegio, la embriaguez y la mentira. Se condujeron sabiamente no dejando impunes estos crímenes; pero pecaron en la cantidad de la pena, la cual en algunos delitos era excesiva y cruel. No pretendo excusar los errores de aquella nacion; pero tampoco puedo disimular que de cuanto hay reprensible en su legislacion, se hallarán ejemplares en los mas famosos pueblos del antiguo continente, y tales que harán parecer muy benignas las leyes de

1 L'esprit des loix, lib. 28, cap. 17.

los mejicanos, y mas conformes á la razon. Las célebres leyes de las doce tablas *están llenas*, dice Montesquieu,[1] *de disposiciones cruelísimas.... vese en ellas el suplicio del fuego y las penas siempre capitales.* Sin embargo, esta es la celebradísima compilacion que hicieron los romanos de lo mejor que encontraron en los pueblos griegos. Pues si lo mejor de la cultísima Grecia era tal, ¿qué seria lo que no era tan bueno? ¿cuál habrá sido la legislacion de aquellos pueblos que ellos llamaban bárbaros? ¿Qué ley mas inhumana y cruel que aquellas de las doce tablas que permitia á los acreedores descuartizar[2] al deudor que no pagaba y llevarse cada uno su parte para satisfaccion del crédito? Y esta ley no se promulgó en Roma en los groseros principios de aquella tan celebrada ciudad, sino trescientos años despues de su fundacion. ¿Qué ley, por el contrario, mas inicua que la del famoso legislador Licurgo, la cual permitia el hurto á los lacedemonios? Los mejicanos castigaban este delito tan pernicioso á la sociedad; pero no procedian á pena capital sino cuando el ladron no estaba en estado de satisfacer y pagar la ofensa con su libertad y con sus bienes. No era así con respecto al hurto ejecutado en los sembrados, porque estos estando por su situacion mas expuestos á la rapiña, tenian mayor necesidad de la custodia de las leyes; pero aquella misma ley que prescribia pena capital contra el que robaba un cierto número de frutos ó de plantas, permitia á los viandantes necesitados, comer cuanto hubiesen menester para remediar la necesidad presente. ¿Cuánto mas racional no era esta ley que aquella de las doce tablas, la cual condenaba sin distincion á ser ahorcado á cualquiera que tomaba alguna cosa de los sembrados ajenos?[3]

La mentira, aquel pecado tan pernicioso á la sociedad, se deja por lo comun impune en muchísimos países del antiguo continente, y en el Japon se castiga frecuentemente con pena capital. Los mejicanos se alejaron igualmente de uno y otro extremo. Sus legisladores, sabedores del genio ó inclinaciones de la nacion, advirtieron que si no prescribian penas graves contra la mentira y la embriaguez, hubiera faltado en los hombres el juicio para satisfacer sus respectivas obligaciones, la verdad en los juicios y la fe en los contratos. La experiencia ha hecho conocer cuán perjudicial ha sido á aquellas naciones la impunidad de estos dos pecados.

1 L' esprit des loix, lib. 14, cap. 15.

2 *Si plures forent, quibus reus esset judicatus, secare sivellent, equeae partiri corpus addieti sibi nominis permisserunt.* Aul. Gell. Noct. Attic., lib. 20, cap. 1. Bien sé lo que dicen algunos juristas para justificar esta ley; pero tambien sé que no lo han conseguido.

3 Qui frugem aratro quaesitam furtim nox pavit, secultve suspensus cereri necator.

Pero en medio de su severidad tuvieron cuidado los mejicanos de no envolver á los inocentes en el castigo de los culpables. Muchas leyes de la Europa y de la Asia prescribieron la misma pena al reo de alta traicion y á toda su familia. Los mejicanos castigaban este delito con pena capital; pero no privaban de la vida á los parientes del reo, sino solamente de la libertad; y no á todos, sino solamente á los que siendo sabedores de la traicion y no habiendo querido revelarla, se habian hecho tambien culpables. ¿Cuánto mas humana no es esta ley que no las del Japon? *Aquellas leyes*, de las cuales dice Montesquieu[1] *que castigaban por un solo delito á toda una familia y á todo un cuartel; aquellas leyes que no saben encontrar inocentes en donde hay culpables.* No sabemos que los mejicanos prescribiesen alguna pena contra los que murmuraban del gobierno; parece que ellos no hacian gran caudal de aquel desahogo del amor propio de los súbditos que tanto se teme en otros países.

Sus leyes relativas á los matrimonios, eran sin duda mas honestas y mas decorosas que las de los romanos, griegos, persas, egipcios y otros pueblos del antiguo continente. Los tártaros se casan con sus hijas; los antiguos persas y los asirios tomaban á sus mismas madres; los atenienses y los egipcios á sus hermanas. En el reino de Méjico estaba severamente prohibido todo matrimonio entre personas unidas en primer grado de consanguinidad y de afinidad, menos entre los cuñados cuando el hermano al morir dejaba algun hijo. Aquella prohibicion da á conocer que los mejicanos juzgaban mejor del matrimonio que todas las mencionadas naciones. Aquella excepcion demuestra sus sentimientos de humanidad. Si una viuda pasa á segunda nupcia, tiene por lo comun el disgusto de ver á sus hijos poco amados de un padre que no les dió la vida; á su marido poco respetado de aquellos mismos hijos, que miran como extraño, y á los hijos de uno y otro matrimonio tan desunidos y discordes entre sí, como si hubieran nacido de diversas madres. ¿Pues qué mejor determinacion (hablo segun las reglas de la política humana, por las cuales se dirigian aquellas naciones que no tenian conocimiento de las santas leyes del cristianismo); qué mejor determinacion, digo, podian tomar los mejicanos para remediar aquellos males muy comunes, que la de casar á la viuda con el cuñado? Muchas naciones antiguas de la Europa, imitadas por no pocos pueblos modernos de la Asia y Africa, compraban sus mujeres, y por lo tanto, ejercian sobre ellas una autoridad mucho mas grande que la que les concede el Autor de la naturaleza, y las trataban mas como esclavas que como compañeras. Los mejicanos no adquirian sus mujeres sino por medio de lícitas y decorosas pretensiones; y aunque presentasen re-

1 L'esprit des loix, lib. 14, cap. 15.

galos á los padres, aquellos no eran por cuenta del precio de una hija que pretendian, sino solo un obsequio para conciliarse su benevolencia é inclinar su voluntad al contrato. Los romanos, sin embargo de que no tuviesen escrúpulo de prestar sus mujeres,[1] tenian, no obstante esto, derecho segun las leyes de quitarles la vida, cuando fuesen sorprendidas en adulterio. Esta inicua ley, que constituia al marido juez en propia causa y mas bien ejecutor de su sentencia, en lugar de impedir los adulterios aumentaba los parricidios. Entre los mejicanos no era permitido á los maridos aquel infame comercio de sus mujeres, ni tenian ninguna autoridad sobre su vida. Era castigado con pena capital el que quitaba la vida á su mujer, aun cuando la cogiese en adulterio. Esto es, decian, usurpar la autoridad de los magistrados, á los cuales toca conocer de los delitos y castigarlos segun el tenor de las leyes. Antes de que se hubiese publicado por Augusto Julia de *Adulteris*, no sabemos, dice Vives,[2] que jamás se hubiese tenido en Roma algun juicio en causa de adulterio: quiere decir que faltó á aquella célebre nacion la justicia en un punto tan grave y tan importante, por mas de siete siglos.

Si despues de haber hecho el cotejo de las leyes, se quiere hacer tambien el de los ritos nupciales de estas dos naciones, se encontrará entre ambas mucha supersticion; pero por lo demás, se verá una gran diversidad: los de los mejicanos eran honestos y decentes, los de los romanos obscenos é infames, como veremos en otra parte.

Por lo que mira á las leyes de la guerra, es difícil que hayan sido justas en un pueblo guerrero: la grande estimacion que en esta tiene el valor y la gloria militar, le hace contar en el número de los enemigos á los que no lo son, y la ambicion de conquistar lo excita á traspasar los términos prescritos por la justicia. Sin embargo, en las leyes de los mejicanos se ven tales rasgos de equidad, que harian honor á las naciones mas cultas. No se podia declarar la guerra sin haberse antes examinado en pleno consejo las razones y sin que hubiesen sido aprobadas por el sumo sacerdote. A mas de esto, se debian anticipar las embajadas, y frecuentemente eran repetidas, dirigidas á aquellos á quienes se determinaban hacer la guerra, para obtener pacíficamente, por medio de algun ajuste, lo que se queria antes de venir al rompimiento. Semejantes dilaciones daban tiempo á sus enemigos para prepararse á la defensa, y á mas de esto servian á su justificacion, contribuian á su gloria, pues tenian ellos por vileza hacer la guerra á enemigos desprevenidos y sin haberlos antes solemnemente desafiado, para que la victoria no se pudiese jamás atribuir sino al valor. Es verdad que no observaban siempre estas leyes; pero no eran por esto menos justas; y si hubo injusticias en la conquista de los mejicanos, no fué ciertamente menor en las de los romanos, griegos, persas, godos y otras célebres naciones. Uno de los grandes males que suele traer consigo la guerra, es el de la hambre, por las hostilidades que se hacen en los campos. No es posible impedir enteramente este mal; pero si ha habido alguna cosa capaz de moderarlo, fué sin duda la costumbre de los mejicanos y otros pueblos de *Anáhuac* de tener en cada provincia un lugar señalado para campo de batalla. No era menos conforme á la razon y á la humanidad aquella otra costumbre de tener en tiempo de guerra cada cinco dias uno entero de tregua y de reposo.

Tenian aquellas naciones formada una especie de *jus gentium*, en virtud del cual, si el señor, la nobleza y la plebe resistian las proposiciones hechas por otro pueblo ó nacion y remitida la decision de las armas, quedaban vencidos, el señor perdia el derecho de soberano, la nobleza el dominio óptimo que tenia sobre sus posesiones, la plebe quedaba sujeta al servicio personal, y todos los que habian sido hechos prisioneros en el calor de la accion, quedaban privados *quasi ex delicto* de la libertad y del derecho á la vida. Esto se opone sin duda á las ideas que tenemos de la humanidad; pero la general convencion de aquellos pueblos hacia menos reprensible la inhumanidad, y los ejemplos mucho mas atroces de las mas cultas naciones del antiguo continente, hacen desaparecer aquel horror que á primera vista nos causa la crueldad de los pueblos americanos. *Entre los griegos*, dice Montesquieu,[1] *los habitantes de una ciudad tomada á fuerza de armas, perdian la libertad y eran vendidos como esclavos*. No se puede ciertamente comparar la inhumanidad que los mejicanos tenian con sus prisioneros enemigos, con la que los atenienses usaban con sus propios ciudadanos. *Una ley de Atenas*, dice el referido autor, *mandaba que cuando la ciudad estuviese sitiada, se hiciese morir toda la gente inútil*. No podrá encontrarse ni entre los mejicanos ni entre ninguna nacion del Nuevo Mundo algo culta, una ley tan bárbara como es la del pueblo mas culto de la antigua Europa; antes bien el

1. "En Roma, dice Montesquieu, era permitido al marido prestar á otro su mujer. Lo dice expresamente Plutarco. Se sabe que Caton prestó su mujer á Ortensio, y Caton no era capaz de violar las leyes de su patria." L'esprit des loix, lib. 26.

2. Notat en el cap. 5, lib. 3 de *Civitate Dei*. Muchos juristas dicen que á los maridos se les quitó la potestad sobre la vida de sus mujeres adúlteras por la ley Cornelia de *Sicariis*; pero sea lo que fuese, lo cierto es que esta ley fué dictada por Sila hácia el fin del siglo VII de Roma, y así en cuanto al tiempo, no hay gran diferencia entre esta ley y la de Augusto.

1 L'esprit des loix, lib. 20, cap. 14.

mayor cuidado de los mejicanos y de todas las naciones de *Anáhuac* cuando debia ser sitiada alguna de sus ciudades, era el de poner en seguridad á sus hijos, las mujeres y los inválidos, ó mandándolos á otras ciudades ó á los montes. Así sustraian aquella débil gente del furor de los enemigos, é impedian por otra parte el excesivo consumo de los víveres.

El tributo que se pagaba al rey de *Anáhuac* era excesivo, y eran tambien tiránicas las leyes que lo prescribian; pero estas leyes fueron consecuencias del despotismo introducido en los últimos años de la monarquía mejicana, el cual en su mayor aumento no llegó al exceso de apoderarse de las tierras del imperio y de los bienes de los súbditos, que justamente censuramos en los monarcas asiáticos; ni jamás se oyó que los soberanos de *Anáhuac* hubiesen publicado leyes sobre los tributos extravagantes y duros, como se se han publicado muchísimas en el mundo antiguo, como por ejemplo, la del emperador Anastasio, el cual impuso pecho aun sobre la respiracion: *ut unusquisque pro haustu eris pendat.*

Pero si censuramos en las leyes sobre los tributos la tiránica ambicion de aquellos monarcas, no podemos menos que alabar y admirar en sus leyes sobre el comercio la cultura de aquellas naciones y la sabiduría de sus legisladores. El tener en cada ciudad ó pueblo una plaza destinada para el comercio de todas las cosas que podian servir á las necesidades y delicias de la vida, contribuia á que reunieran todos los comerciantes en el mas pequeño espacio las mercaderías, y los ponia á la vista de los inspectores ó comisarios, para que se evitase todo fraude y desórden en los contratos. El tener cada mercadería su lugar determinado, contribuia al buen órden y á la comodidad de los que querian proveerse de ella. El tribunal de comercio, establecido en la misma plaza del mercado para ajustar las diferencias suscitadas entre los negociantes y castigar prontamente cualquier exceso que allí hubiese, conservaba inviolables los derechos de la justicia y aseguraba la tranquilidad pública. A estas sabias disposiciones se debe aquel órden maravilloso que en medio de un número tan excesivo de negociantes admiraron los primeros españoles.

Finalmente, en las leyes relativas á los esclavos fueron los mejicanos superiores á las mas cultas naciones de la antigua Europa. Si se quiere hacer el cotejo de las leyes de los mejicanos con las de los romanos, lacedemonios y otros célebres pueblos, luego se verá en estas una tal barbarie y crueldad, que causa horror, y en aquellas una grande humanidad y un gran respeto á la ley de la naturaleza (no hablo ahora de los prisioneros de guerra, de los cuales discurriremos después). ¿Qué ley mas humana que aquella que hacia nacer libres á todos los hombres aun de padres esclavos; que dejaba al esclavo el dominio de sus cosas y de lo que adquiria con la propia industria ó trabajo; que obligaba al señor á tratar al esclavo como hombre y no como bestia, no le permitia ninguna autoridad sobre su vida y aun lo privaba de la facultad de poderlo vender en el mercado, sino después de haber hecho constar jurídicamente su indocilidad? ¿Pues cuán diversas de estas eran las leyes de los romanos? Estos, por la suma autoridad que los concedian las leyes, eran dueños no solo de todo lo que adquirian los esclavos con su trabajo, sino tambien de su vida,[1] de la cual los privaban segun su capricho, los trataban con la mayor inhumanidad, y los hacian tolerar los mas atroces tormentos, y para que se vea la índole inhumana de esta nacion, mientras ampliaban tanto la autoridad de los amos contra los esclavos, la restringian tambien en aquello que era en favor de estos. La ley *Fusia Caninia* prohibia á los amos el manumitir por testamento arriba de cierto número de esclavos. En la ley *Silaniana* estaba prescrito que cada vez que fuese muerto un amo se hiciesen igualmente morir todos los esclavos suyos que habitasen dentro de la misma casa ó en lugar inmediato á ella desde donde se pudiese oir su voz. Si era muerto en algun viaje, debian morir todos los esclavos que hubiesen quedado con él, é igualmente todos los que no se hubiesen huido, aunque fuese manifiesta su inocencia. La ley *Aquilia* comprende bajo de una misma accion la herida hecha á un esclavo y la hecha á una bestia ajena. A tal exceso llegó la barbarie de los cultísimos romanos. No fueron ciertamente mas humanas las leyes de los lacedemonios, las cuales no concedian á los esclavos ninguna accion en juicio contra los que los insultaban ó injuriaban.

Si á mas de lo dicho hasta aquí se quiere cotejar el istema de educacion que habia entre los mejicanos con el de los griegos, se reconocerá que no era tan grande la instruccion de los griegos en las artes y ciencias como la que tenian los niños y jóvenes mejicanos en las costumbres de sus padres. Los griegos se aplicaban mas á ilustrar la mente, los mejicanos á rectificar el corazon. Los atenienses prostituian á sus jóvenes á la mas execrable obscenidad en aquellas mismas escuelas que estaban destinadas á instruirlos en las artes. Los lacedemonios acostumbraban á sus hijos, segun el precepto de Licurgo, á robar para hacerlos ágiles y sagaces, y los azotaban fuertemente cuando los cogian en

1 ¡Qué hay que admirar que los romanos concediesen aquella bárbara autoridad á los amos sobre los criados, habiéndola concedido aun á los padres de familia sobre sus hijos legítimos? *Endo liberis justis jus vitæ, necis venundandique potestas patri.* Esta sola ley, publicada en Roma por los primeros reyes, inserta después por los decembiros en las doce tablas, basta para dar á conocer que la legislacion de los mejicanos fué mas humana.

algun robo, castigando en ellos no el pecado, sino la poca industria en hacerlo de modo que hubiesen sido cogidos en él. Mas los mejicanos enseñaban á sus hijos juntamente con las artes, la religion, la modestia, la honestidad, la sobriedad, la vida laboriosa, el amor de la verdad y el respeto á los mayores.

Esta es una breve, pero verdadera muestra de la cultura de los mejicanos, tomada de su historia antigua, de sus pinturas y de las relaciones de los mas exactos historiadores españoles. Asi se gobernaban aquellos pueblos *inferiores en industria y sagacidad á los mas rudos pueblos del antiguo continente*. Así se gobernaban aquellos pueblos, de cuya racionalidad quisieron dudar algunos europeos.



CATALOGO

De algunos autores europeos y criollos que han escrito de la doctrina y moral cristiana, en lenguas de la Nueva-España.

La a. equivale á agustino, d. domínico, f. franciscano, j. jesuíta, p. presbítero secular. El asterisco denota que el autor imprimió alguna obra.

En lengua mejicana.

*Agustin de Betancurt, f criollo.
Alfonso de Escalona, j. español.
Alfonso de Herrera, f. español.
*Alfonso Molina, f. español.
Alfonso Rangel, f. español.
Alfonso de Trujillo, f. criolllo.
Andrés de Olmos, f. español.
Antonio Dávila Padilla, d. criollo.
Antonio de Tovar Motezuma, p. criollo.
Arnoldo Basaco, f. francés.
Baltasar del Castillo, f. español.
Baltasar Gonzales, j. criollo.
Bernabé Paez, a. criollo.
Bernabé Vargas, p. criollo.
Bartolomé de Alba, p. criollo.
Benito Fernandez, d. español.
Bernardino Pinelo, p. criollo.
*Bernardino de Sahagun, f. español.
*Cárlos de Tapia Centeno, p. criollo.
Felipe Diez, f. español.
Francisco Gomez, f. español.
Francisco Jimenez, f. español.
García de Cisneros, f. español.
*Juan de la Anunciacion, a. español.
*Juan Bautista, f. criollo.
Juan de San Francisco, f. español.
Juan Focher, f. francés.
*Juan de Gaona, f. español.
*Juan de Mijangos.
Juan de Rivas, f. español.
Juan de Romanones, f. español.
*Juan de Torquemada, f. español.
Juan de Tovar, j. criollo.
Gerónimo Mendieta, f. español.
*José Perez, f. criollo.
*Ignacio de Paredes, j. criollo.
*Luis Rodriguez, f.
*Martin de Leon, d. criollo.
*Maturino Gilbert, f. francés.
Miguel Zárate, f.
*Pedro de Gante, f. flamenco.
Pedro de Oroz, f. español.

En lengua otomita.

Alfonso Rangel.
Bernabé de Vargas.
*Francisco de Miranda, j. criollo.
Juan de Dios Castro, j. criollo.
Horacio Carochi, j. milanés.
Pedro Palacios, f. español.
Pedro de Oroz.
Sebastian Rivero, f.
N. Sanchez, p. criollo.

En lengua tarasca.

*Maturino Gilbert.
Juan Bautista Laguna, f.
*Angel Sierra, f. criollo.

En lengua zapoteca.

Bernardo de Alburquerque, d. español y obispo de Oajaca.
Alfonso Camacho, d. criollo.

Antonio del Pozo, d. criollo.
Cristóbal Agüero, d. criollo.

En lengua mixteca.

Antonio Gonzalez, d. criollo.
*Antonio de los Reyes, d. español.
Benito Fernandez, d. español.

En lengua maya.

Alfonso de Solana, f. español.
Andrés de Avendaño, f. criollo.
Antonio de Ciudad Real, español.
Bernardino de Valladolid, f. español.
Cárlos Mena, f. criollo.
José Dominguez, p. criollo.

En lengua totonaca.

Andrés de Olmos.
Antonio de Santoyo, p. criollo.
Cristóbal Diaz de Anaya, p. criollo.

En lengua popoluca.

Francisco Toral, j. español y obispo de Yucatan.

En lengua matlaltzinca.

Andrés de Castro, f. español.

En lengua huaxteca.

Andrés de Olmos.
*Cárlos de Tapia Centeno.

En lengua mixe.

Agustin Quintana, d. criollo.

En lengua kiche.

Bartolomé de Anleo, f. criollo.
Agustin de Avila, f.

En lengua cakciquel.

Bartolomé de Anleo.
Alvaro Paz, f. criollo.
Antonio Saz, f. criollo.
Benito de Villacañas, d. criollo.

En lengua taraumara.

Agustin Roa, j. español.

En lengua tepehuana.

Benito Rinaldini, j. napolitano.

Hay otras lenguas, como tambien otros muchísimos escritores; pero no hemos puesto sino algunos de aquellos cuyas obras han sido impresas, ó á lo menos particularmente apreciadas de los inteligentes.

AUTORES DE GRAMÁTICA Y DICCIONARIOS DE LAS REFERIDAS LENGUAS.

De la mejicana.

Francisco Jimenez, gramática y diccionario.
Andrés de Olmos, gramática y diccionario.
Bernardino de Sahagun, gramática y diccionario.
*Alfonso de Molina, gramática y diccionario.
*Cárlos de Tapia Centeno, gramática y diccionario.
Alfonso Rangel, gramática.
*Antonio del Rincon, j. criollo, gramática.
*Horacio Carochi, gramática.
Bernardo Mercado, j. criollo, gramática.
Antonio Dávila Padilla, gramática.
*Agustin de Betancurt, gramática.
Bernabé Paez, gramática.
Antonio de Tovar Motezuma, gramática.
*Ignacio de Paredes, gramática.
*Antonio de Catelú, p. criollo, gramática.
José Perez, gramática.
Cayetano de Cabrera, p. criollo, gramática.
*Agustin de Aldana y Guevara, p. criollo, gramática.
Juan Focher, f. francés, gramática.
Antonio Cortés Canal, p. indio, gramática.

De la otomita.

Juan Rangel, gramática.
Pedro Palacios, gramática.
Horacio Carochi, gramática.
N. Sanchez, diccionario.
Sebastian Rivero, diccionario.
Juan de Dios Castro, gramática y diccionario.

De la tarasca.

*Maturino Gilbert, gramática y diccionario.
*Angel Sierra, gramática y diccionario.
Juan Bautista de Lagunas, gramática.

De la zapoteca.

Antonio del Pozo, gramática.
Cristóbal Agüero, diccionario.

De la mixteca.

Antonio de los Reyes, gramática.

De la maya.

Andrés de Avendaño, gramática y diccionario.
Antonio de Ciudad Real, diccionario.

Luis de Vallalpando, gramática y diccionario.
*Pedro Beltran, f. criollo, gramática.

De la totonaca.

Andrés de Olmos, gramática y diccionario.
Cristóbal Diaz de Anaya, gramática y diccionario.

De la popoluca.

Francisco Toral, gramática y diccionario.

De la matlaltzinca.

Andrés de Castro, gramática y diccionario.

De la huaxteca.

Andrés de Olmos, gramática y diccionario.
Cárlos de Tapia, gramática y diccionario.

De la mixe.

*Agustin Quintana, gramática y diccionario.

De la cakchiquel.

Benito de Villacañas, gramática y diccionario.

De la taraumara.

Gerónimo Figueroa, j. criollo, gramática y diccionario.
Agustin de Roa, gramática.

De la tepehuana.

Gerónimo Figueroa, gramática y diccionario.
Tomás de Guadalajara, j. criollo, gramática.
Benito Rinaldini, gramática.



DISERTACION VII.

SOBRE LOS CONFINES Y LA POBLACION DE LOS REINOS DE ANAHUAC.

Los errores de muchos escritores españoles sobre los confines del imperio mejicano, y los despropósitos de Paw y otros autores extranjeros sobre la poblacion de aquellos países, me han obligado á hacer esta disertacion para poner en claro lo cierto, lo que procuraré hacer con toda la brevedad posible.

§ I.

SOBRE LOS CONFINES DE LOS REINOS DE ANÁHUAC.

Solís, siguiendo á algunos escritores españoles mal informados, afirma que el imperio mejicano se extendia desde el istmo de Panamá hasta el Cabo Mendocino en la California. El padre Touron, domínico francés, queriendo en su Historia general de América cumplir todavía mas aquellos términos, dice que todos los países descubiertos en la América setentrional estaban sujetos al rey de Méjico; que la extension de aquel imperio de Oriente á Poniente era de quinientas leguas, y de Norte á Sur de doscientas á doscientas y cincuenta; que sus términos eran por el Norte el Océano Atlántico, por el Poniente el golfo de Anian, por el Sur el mar Pacífico y por el Oriente el itsmo de Panamá; pero á mas de los errores geográficos que hay en esta descripcion, hay tambien contradiccion, pues si fuera cierto que aquel imperio se extendia desde el itsmo de Panamá hasta el golfo, ó mas bien estrecho de Anian, su extension no seria de solo quinientas leguas, pero no se comprenderia menos de cincuenta grados.

La causa de tales errores es porque estaban persuadidos estos autores que en *Anáhuac* no habia otro soberano que el de Méjico; que los reyes de *Acolhuacan* y *Tlacopan* fuesen súbditos de aquel, y que los *mihoacaneses* y los *tlaxcaltecas*, que pertenecian tambien á aquella corona, se hubiesen después rebelado. Mas no es así, pues ninguno de los referidos Estados perteneció jamás al rey de Méjico, como consta por la deposicion de todos los historiadores indios y de todos los escritores españoles, que por sí mismos tomaron informes, como Motolinia, Sahagun y Torquemada. El rey de *Acolhuacan* habia sido siempre aliado del de Méjico desde el año de 1424; pero jamás fué súbdito. Es verdad que cuando llegaron allí los españoles el rey *Cacamatzin* parecia depender de Motezuma su tio; porque por razon de la prepotencia de su hermano *Ixtlilxochitl*, necesitaba del auxilio de los mejicanos. Los españoles, pues, vieron que *Cacamatzin* salió á encontrarlos como embajador del rey de Méjico y servir tambien á este de bracero. Vieron tambien conducirlo prisionero á Méjico por órden de Motezuma. Todo esto hace excusable por muchos capítulos el error de los españoles; pero lo cierto es que aquellas demostraciones hechas por *Cacamatzin* á Motezuma, no eran servicios de vasallos para con su rey, sino obsequios de sobrino para con tio, y que Motezuma en hacerlo prender por complacer á los españoles, se arrogó la autoridad que no le convenia é hizo á aquel rey una gravísima injusticia, de que tuvo después que arrepentirse. En cuanto al rey de *Tlacopan*, es cierto que fué creado rey por el rey de Méjico; pero le fué concedido un perfecto dominio y plena sabiduría en sus Estados, con sola la condicion de ser perfecto aliado de los mejicanos y darles auxilio con sus tropas siempre que lo necesitasen. El rey de *Michoacan* y la república de Tlaxcala fueron siempre rivales y enemigos capitales de los mejicanos, y no hay memoria de que ni uno ni otro Estado estuviese jamás sujeto á la corona de Méjico.

Lo mismo debemos decir de otros muchos

países que los historiadores españoles tuvieron por provincias del imperio mejicano. ¿Cómo era posible que una nacion que estaba reducida á una sola ciudad bajo el dominio de los *tepanecas*, sujetase en menos de un siglo tantos pueblos como habia desde el itsmo de Panamá hasta la California? Todo lo que en realidad hicieron los mejicanos, aunque mucho menos de lo que dicen los referidos autores, fué una cosa en verdad sorprendente, y no seria creible la rapidez de sus conquistas si no estuviese confirmada por tantos documentos innegables. Por lo demás, ni en la narracion de los historiadores indios ni en la enumeracion de los Estados conquistados por los reyes de Méjico que se hallan en la coleccion de Mendoza, ni en la matrícula de las ciudades tributarias, expuesta en la misma coleccion, se puede tener ningun fundamento para confirmar la arbitraria ampliacion de los dominios mejicanos; antes bien consta todo lo contrario de la relacion de Bernal Diaz. Este en el capítulo 93 de su Historia, dice así: "Tenia el gran Motezuma muchos presidios y gente de guerra en las fronteras de sus Estados. Uno tenia en Sotonusco para defenderse de Guatimala y Chiapa; otro para defenderse de los de Pánuco, entre Tuzapan y aquel lugar que llamamos *Almeria;* otro en *Coatzacoalco* y otro en Michoacan."[1]

Estemos, pues, seguros en primer lugar que los dominios mejicanos no se extendian hácia el Sudueste mas allá de *Xoconochco*, y que ninguna de las provincias que en el dia se comprenden en las tres diócesis de Guatemala, Nicaragua y Honduras, pertenecian al imperio mejicano. En el libro IV de la Historia hemos dicho que *Tliltototl*, célebre general mejicano, en los últimos años del rey *Ahuitzotl* llevó sus armas victoriosas hasta *Quauhtemallan;* pero aquí añadimos que no se sabe que quedase entonces aquel país sometido á la corona de Méjico; antes de la historia aparece todo lo contrario. Torquemada en el lib. 2, cap. 81, hace mencion de la conquista de Nicaragua hecha por los mejicanos; pero aquello mismo que en el lugar citado afirma de un ejército mejicano en tiempo de Motezuma II, lo atribuye en el lib. 3, cap. 10, á una colonia salida muchos años antes por órden de los dioses de las inmediaciones de *Xoconochco;* por lo que no se debe hacer aprecio de su relacion.

El mismo Bernal Diaz, así en el lugar citado como en el cap. 166, afirma expresamente que los chiapanecos jamás fueron sojuzgados por los mejicanos; pero esto no puede entenderse de todo el país de los chiapanecos, sino de una sola parte, pues sabemos por Remesal, cronista de aquella provincia, que los mejicanos tenian presidio en *Tzinacantla*, y nos consta por la matrícula de tributos que *Jochtlan*[1] y otras ciudades de aquel país eran tributarias de los mejicanos.

Por la parte del Nordeste no se adelantaban los mejicanos mas allá de *Tuzapan*, como consta del lugar citado de Bernal Diaz, y sabemos de cierto que los de Pánuco estuvieron sujetos á los mejicanos. Por la parte del Oriente tenian estos sus confines en el rio *Coatzacoalco*. Bernal Diaz dice que el país de *Coatzacoalco* no era provincia de Méjico; por otra parte, hallamos entre las ciudades tributarias de aquella corona á *Tochtlan*, *Michapan* y otros lugares de la referida provincia. Por lo tanto, estamos persuadidos que los mejicanos poseian todo lo que estaba al Poniente, y que el rio era por aquella parte el término de su imperio. Por el Norte estaba este estrechado por el país de los *huaxtecos*, nunca sujetado por los mejicanos. Por el Nordeste no se extendia su imperio mas allá de la provincia de Tula. Todo aquel espacio de tierra que habia mas allá de aquella provincia, estaba ocupado por los bárbaros *otomites* y *chichimecas*, los cuales no tenian ninguna poblacion ni obedecian soberano alguno. Por la parte del Poniente se sabe que terminaba el imperio en *Tlaximaloyan*, frontera del reino de Michoacan; pero en las costas, hasta la extremidad occidental de la provincia de *Coliman*, y no mas adelante. En el catálogo de las ciudades tributarias se ven *Coliman* y otros lugares de aquella provincia, y ninguno de los que están de la parte de allá, y tampoco se hace mencion en la historia del reino de Méjico. Los mejicanos no tenian que hacer con la California, ni podian esperar ninguna ventaja de la conquista de un país tan distante, el mas despoblado y mas miserable del mundo. Si aquella árida y pedregosa península hubiese sido alguna vez provincia del imperio mejicano, se hubieran encontrado en ella algunas poblaciones; pero lo cierto es que no se halló ni una casa ni un fragmento ó vestigio de ella. Finalmente, por la parte del Mediodia se habian apoderado los mejicanos de todos los grandes Estados que habia desde el valle mejicano hasta el mar Pacífico. Extendiéndose despues las costas mejicanas desde *Xoconochco* hasta *Coliman*, allí era puntualmente la mayor longitud de sus dominios.

El doctor Robertson dice que "los territorios pertenecientes á los reyes de *Tezcuco* y *Tacuba* apenas cedian en extension á los del soberano de Méjico."[2] Pero esto es muy distante de lo cierto, y contrario tambien á lo que dicen todos los historiadores del reino de Méjico. El de *Tezcuco* ó *Acolhuacan* estaba al Poniente, estrechado parte por la laguna de *Tezcoco* y parte por la de

1 Para entender mejor lo que decimos sobre los confines de los reinos de Anáhuac, convendrá tener á la vista nuestras cartas geográficas.

1 Habia y hay tres lugares por lo menos llamados *Jochtlan* (entre los españoles Tastla). El primero en la provincia de Chiapa; el segundo en la de *Xoconochco* ó Soconusco, y el tercero en la de Coatzacoalco.

2 Historia de la América, lib. 7.

Tzompanco y por otros Estados mejicanos, y al Oriente por los dominios de *Tlaxcala;* y así no podia tener de Poniente á Oriente mas que veinte leguas, al Mediodia estaba estrechado por el Estado de *Chalco*, perteneciente tambien á Méjico, y al Norte por el país independiente de los *huaxtecos*. Pues desde la frontera de este país á la de *Chalco* hay cerca de setenta y cinco leguas. He aquí toda la extension del reino de *Acolhuacan*, la cual no hace ni la octava parte de la de los dominios mejicanos. Los Estados del régulo de *Tlacopan* ó *Tacuba* eran tan pequeños, que no merecen el nombre de reino, pues desde la laguna de Méjico al Oriente, hasta la frontera de Michoacan al Poniente, no habia mas que veintiocho leguas, ni mas de diez y ocho desde el valle de *Tolocan* al Mediodía al país de los *otomites* al Norte. Es, pues, un error el cotejo hecho por Robertson de los dominios de *Acolhuacan* y *Tlacopan* con los de Méjico.

La república de *Tlaxcala*, circundada por los dominios mejicanos y *tezcocanos* y por los Estados de *Huexotzinco* y *Chalollan*, era tan estrecha, que de Oriente á Poniente apenas tenia diez y seis leguas, y del Sur al Norte cerca de diez. No he encontrado ningun autor que dé mayor extension á aquel Estado sino Cortés, el cual dice que los dominios de *Tlaxcala* tenian noventa leguas de circuito; pero esto es un manifiesto error.

En órden al reino de *Michoacan*, ninguno, que yo sepa, ha expuesto todos los antiguos confines, á excepcion del caballero Boturini. Este autor dice que la extension de aquel reino desde el valle de *Ixtlahuacan* junto á *Tolocan*, hasta el mar Pacífico, era de ciento cincuenta leguas, y desde *Zacatolan* hasta *Xichú* de ciento sesenta; y que en los dominios de *Michoacan* estaban comprendidas las provincias de *Zacatolan*, *Coliman* y la que los españoles llamaron provincia de Avalos, situada al Nordeste de la *Coliman*. Pero en todo esto se engañó el citado caballero, pues se sabe con seguridad que el reino de *Michoacan* no tenia sus confines en *Ixtlahuacan*, sino en *Tlaximaloyan*, hasta donde llegaban los dominos mejicanos. Se sabe por la matrícula de los tributos, que las provincias marítimas de *Zacatolan* y *Coliman* pertenecian á Méjico. Finalmente, no podrian los *michoacaneses* ampliar sus dominios hasta *Xichú*, sin sujetar antes á los bárbaros *chichimecas* que ocupaban aquel territorio; pero de estos sabemos que no fueron sujetados sino por los españoles muchos años despues de la conquista de Méjico. No era, pues, tan grande el reino de *Michoacan* como creyó el caballero Boturini. Su extension no comprendia mas que cerca de tres grados de longitud y poco mas de dos de latitud.

Cuanto hemos dicho hasta ahora, contribuye á demostrar la exactitud de nuestra descripcion y la de nuestras cartas geográficas sobre los confines de aquellos reinos, fundada sobre la misma historia, sobre la matrícula de los tributos y sobre el testimonio de los historiadores antiguos.

§ II.

SOBRE LA POBLACION DE ANÁHUAC.

No pretendo hablar aquí de la poblacion de toda la América, porque este asunto seria muy vasto y tambien ajeno de mi intento, sino solamente de la del reino de Méjico, que corresponde á mi Historia. En la América habia y hay países muy poblados y tambien vastos desiertos; y no menos se alejan de la verdad los que se imaginan los países del Nuevo Mundo tan poblados como los de la China, que aquellos otros que los creen tan despoblados como los de la Africa. Tan incierto es el cálculo del padre Riccioli como los de Susmilch y Paw. El padre Riccioli cuenta en la América trescientos millones de habitantes. Los aritméticos políticos no encuentran en ella, dice Paw, mas que ciento; Susmilch en un lugar de su obra computa ciento, y en otro ciento cincuenta millones. Paw, el cual trae todos estos cálculos, dice que no hay de verdaderos americanos mas que de treinta á cuarenta millones. Pero todos estos cálculos son, vuelvo á decir, inciertísimos y no se apoyan en fundamento alguno, pues si no se sabe hasta ahora, ni aun poco mas ó menos, la poblacion de aquellos países en que se han establecido los europeos, como los del reino de Méjico, Guatemala, Perú, Quito, Tierra Firme, Chile, etc., ¿quién será capaz de adivinar el número de los habitantes de las inmensas provincias nada ó poco conocidas de los europeos, como las que están al Norte y Norueste de Coahuila, del Nuevo Méjico, de la California y del rio *Colorado* en la América setentrional? ¿Quién podrá numerar los habitantes del Nuevo Mundo, cuando no se sabe ni se puede saber el número de las provincias y naciones que en él se contienen? Dejando pues semejantes cálculos, los cuales no pueden comprenderse sin temeridad, nos contentaremos con examinar lo que dicen Paw y el doctor Robertson sobre la poblacion del reino de Méjico.

"La poblacion del reino de Méjico y del Perú se ha, dice Paw, indubitablemente exagerado por los escritores españoles, acostumbrados á pintar los objetos con proporciones desmesuradas. Tres años despues de la conquista del reino de Méjico tuvieron necesidad los españoles de hacer pasar gente de las islas Lucayas, y despues de las costas de Africa, para poblar el reino de Méjico. Si esta monarquía contenia el año de 1518 treinta millones de habitantes, ¿por qué en el de 1521 estaba despoblada?" Yo no negaré jamás que entre los escritores españoles ha habido algunos exageradores, como los ha habido tambien

entre los prusianos, franceses, ingleses y otros pueblos, porque el desmesurado deseo de engrandecer las cosas que se describen, es una pasion muy comun á todas las naciones del mundo, de la cual ciertamente no se ha preservado Paw, como manifiesta en toda su obra; pero censurar á todos los españoles en comun, es hacer una gravísima injuria á aquella nacion, la cual tiene, como todas las demás, bueno y malo. Yo á lo menos después de haber leido los mejores historiadores de las naciones cultas de la Europa, no he encontrado dos que me parezcan comparables en cuanto á la sinceridad[1] con dos españoles, Mariana y Acosta, sumamente estimados por lo mismo, y con razon alabados aun por los enemigos de su nacion y de su religion. Entre los antiguos historiadores del reino de Méjico ha habido algunos, como Acosta, Bernal Diaz y el mismo Cortés, de cuya sinceridad no se puede dudar. Pero aun cuando cada uno de aquellos autores no hubiera estado adornado de las cualidades que se requieren para merecer nuestra fe, con todo, la uniformidad de sus testimonios formaria un eficacísimo argumento en favor de la verdad de su relacion. Los autores poco verídicos jamás se conforman entre sí sino cuando los unos copian á los otros; pero no sucede esto á nuestros historiadores, los cuales ocupados solamente en escribir lo que han visto con sus ojos ó encontrado cierto por sus informes, no atendieron á lo que habian escrito los otros; antes bien aparece por sus mismas obras, que cuando escribian no tenian á la vista otros escritos. El mismo Paw hablando en una carta[2] del rito que tenian los mejicanos de consagrar y comer la estatua de pasta de *Huitzilopochtli*, llamado por él *Vitzilipultzi*, y el de los peruleros en la fiesta *Capac-raime*, dice así á su correspondiente: *Yo os confieso que el testimonio unánime de todos los escritores españoles no nos permite dudar, etc.* Pues si el consentimiento de los escritores españoles sobre lo que no vieron con sus ojos, no permite dudar, ¿cómo podria dudarse de lo que deponen ellos como testigos oculares?

Veamos, pues, qué cosa dicen de la poblacion del reino de Méjico los antiguos escritores españoles. Todos concuerdan en afirmar que aquellos países estaban muy poblados, que habia muchísimas ciudades grandes, é infinitos pueblos y aldeas; que en los mercados de las ciudades populosas concurrian muchos millares de negociantes; que levantaban ejércitos numerosísimos, etc. Cortés en sus cartas á Cárlos V, el conquistador anónimo en su relacion, Alfonso de Ojeda y Alfonso de Mata en sus Memorias, el Illmo. Casas en la obra que se titula *De la destruccion de las Indias*, Bernal Diaz en su Historia, Motolinia, Sahagun y Mendieta en sus escritos, todos testigos oculares de la antigua poblacion del reino de Méjico; Herrera, Gomara, Acosta, Torquemada y Martinez, todos están de acuerdo en órden á la gran poblacion de aquellos países. No puede alegarme Paw ni un solo autor antiguo que no la confirme con su testimonio, cuando yo puedo citarle algunos escritores que no hacen mencion de aquel rito supersticioso de los mejicanos, como Cortés, Bernal Diaz y el conquistador anónimo, los tres mas antiguos historiadores españoles del reino de Méjico. Con todo esto, afirma Paw que no puede dudarse de tal rito por el unánime testimonio de los otros españoles: ¿por qué pues querrá dudar de la gran poblacion del reino de Méjico, ó mas bien negarla atrevidamente, contra la uniforme deposicion de todos los historiadores antiguos? Pero si era tan grande la poblacion del reino de Méjico el año de 1518, ¿por qué en el de 1521 fué necesario conducir gente de las islas Lucayas, y después de las costas de Africa, para poblarlo? Confieso ingenuamente que no puedo leer esta objecion de Paw sin indignarme al ver un tal atrevimiento al afirmar lo que es absolutamente falso y contrario enteramente á la relacion de los autores. ¿En dónde ha leido jamás Paw que para poblar al reino de Méjico hubiera sido necesario trasportar gente de las Lucayas? Le desafio á que me produzca un solo autor que lo diga; antes bien por muchos escritores, sabemos todo lo contrario. Sabemos por el cronista Herrera y otros escritores, que desde el año de 1493 en que se establecieron los españoles en la isla de Santo Domingo, hasta el de 1496, pereció por las guerras y otras gravísimas incomodidades, la tercera parte de los habitantes de aquella grande isla.[1] El año de 1507 no habia quedado mas que la décima parte de los indios que habia en el de 1493, como testifica el ilustrísimo Casas, testigo ocular,[2] y desde entonces en adelante se fué disminuyendo de tal modo la poblacion de aquella isla, que en 1540 apenas quedaban en ella doscientos indios; por lo que desde principios del siglo XV comenzaron los españoles á sacar millares de indios de las Lucayas para reponer la poblacion de la Española; pero habiendo perecido estos tambien, comenzaron antes de la conquista del reino de Méjico á conducir pobladores de Tierra Firme y de otros países del continente de América, segun que se iban descubriendo. Se sabe por una carta escri-

1 Hablo aquí solamente de la sinceridad porque hace á mi intento; por lo demás, aquellos dos historiadores tienen otras circunstancias que los hacen sumamente apreciables.

2 *Recherch. philosoph.*, tom. 2, car. I á M*** *sobre la religion* de los mejicanos.

1 Déc. 1, lib. 2, cap. 18.

2 De la *destruccion de las Indias*. Todo lo que decimos aquí consta por el testimonio del mismo ilustrísimo señor Casas en la obra intitulada: *El suplicante esclavo indio*, y otras, como por el del cronista Herrera en sus Décadas.

ta al consejo de las Indias por el primer obispo de Méjico, alegada al emperador Cárlos V por el ilustrísimo Casas, que el cruel Nuño de Guzman, gobernador de Pánuco, mandó de aquí veintiocho navios cargados de indios esclavos para vender en las islas, y así dista tanto de la verdad que los españoles condujeron gente á las islas para poblar el continente de la América setentrional, que antes bien la sacaron de este para poblar las islas, como lo dicen expresamente los dos citados autores y otros. Tambien es cierto que despues de la conquista del reino de Méjico se trasladaron á él esclavos de la Africa; pero no porque hubiese necesidad de pobladores, sino porque los españoles querian servirse de ellos para la fábrica de la azúcar y los trabajos de las minas, á los cuales no podian obligar á los americanos, atendidas las leyes entonces recientemente publicadas. Es, pues, falso y contrario á la deposicion de los referidos autores, que el reino de Méjico estuviese tan despoblado tres años despues de la conquista, que hubiera sido necesario hacer pasar gente de las Lucayas y de la Africa para volverlo á poblar; antes por el contrario, estamos seguros que de paises ya sujetos al rey de Méjico y á la república de *Tlaxcala*, se mandaron colonias algunos años despues de la conquista, para poblar otros paises, como Zacatecas, San Luis Potosí, el Saltillo, etc.

Pero veamos qué dicen en particular de la poblacion del reino de Méjico los antiguos escritores. Yo no sé que alguno de ellos haya tenido el atrevimiento de decir el número de habitantes del imperio mejicano. Si este contenia ó no treinta millones, lo podia saber solamente el rey de Méjico y sus ministros, y aunque de estos se pudieron informar los españoles, ninguno que yo sepa lo hizo. Lo que afirmaron algunos de los autores es que entre los feudatarios de la corona de Méjico habia treinta que cada uno de ellos tenia cerca de cien mil súbditos, y otros tres mil señores que tenian un número menor de vasallos.[1] Lorenzo Surio afirma[2] constar esto por documentos que estaban en el archivo real de Cárlos V. Cortés en su primera carta al mismo emperador le dice así: "Es tan grande la multitud de habitantes en estos paises, que no hay ni un palmo de terreno que no esté cultivado; pero con todo, hay mucha gente que por falta de pan anda mendigando por las casas, los caminos y los mercados." Semejante idea nos dan en general de la poblacion del reino de Méjico Bernal Diaz, el conquistador anónimo, Motolinia y otros testigos oculares. Hablando ahora de los paises particulares de Anáhuac, estamos asegurados por la deposicion de los referidos escritores y de casi todos los antiguos, de la gran poblacion del valle mejicano, de los paises de los *otomites*, *matlatzinques*, *cohuixques*, *mixtecos*, *zapotecos y cuitlatecos* de la provincia de *Coatzacoalco*, de los reinos de *Acolhuacan y Michoacan*, y de los Estados de *Tlaxcala*, *Chololian*, *Huexotzinco*, etc.

El valle de Méjico, sin embargo de que las lagunas ocupaban una gran parte, estaba á lo menos tan poblado como el que mas de Europa. Habia en él cuarenta ciudades considerables, nombradas por nosotros en otra parte y mentadas tambien por los antiguos escritores; los otros lugares habitados de él eran innumerables, cuyos nombres expresariamos aquí si no temiéramos fastidiar á los lectores. El sincerísimo Bernal Diaz, describiendo en el cap. 88 de su Historia lo que iban viendo en su camino por el valle de Méjico hácia la capital, dice así: "Cuando veiamos cosas tan maravillosas, no sabiamos qué decirnos, ni si era verdad lo que teniamos á la vista, porque veiamos tantas ciudades grandes situadas en tierra firme y otras muchas en la laguna y toda llena de canoas." Dice además de esto, que algunos soldados, sus compañeros, sumamente admirados al ver tantas y tan bellas poblaciones, dudaban si eran sueños ó cosas de encanto aquello que veian. Esta y otras muchas confesiones sinceras de Bernal Diaz, bastan para responder al doctor Robertson, el cual se vale de ciertas palabras de aquel autor mal entendidas para hacer creer á sus lectores que la poblacion del reino de Méjico no era tan grande como se quiere.

Sobre la poblacion de la antigua capital hay una grande variedad de pareceres; ni puede suceder otra cosa, siempre que se quiera juzgar á ojo de la poblacion de una gran ciudad; pero todos los escritores que la vieron ó se informaron de testigos oculares, están acordes en decir que era muy grande. El cronista Herrera dice[1] que era grande al doble de Milan; Cortés afirma que era tan grande como Sevilla y Córdoba:[2] Lorenzo Surio[3] citando ciertos documentos que habia en el archivo real de Cárlos V, dice: que la poblacion de Méjico se componia de ciento treinta mil casas: Torquemada siguiendo á Sahagun y á algunos historiadores indios, numera en él doce mil casas,[4] y añade que en cada una de ella habia de cuatro á diez habitantes. El conquistador anónimo habla así: Puede tener esta ciudad de Temistitan mas de dos leguas y media ó cerca de tres, poco mas ó menos, de circuito: la mayor parte de los que la han visto, juzga que hay en ella mas de sesenta mil familias y mas bien mas que menos; este cálculo, adoptado por Gomara y Herrera, me parece que es el que mas se acerca

1 Véanse Gomara en el cap. 78 de la Crónica de la Nueva España, y á Herrera en la Déc. 2, lib. 7, cap. 12.

2 Surius, in commentario brevi Rerum in orbe gestarum ab anno 1560 ad 1568.

1 Déc. 2, lib. 7, cap. 13.

2 Carta I al emperador Cárlos V.

3 Surius, in *commentario brevi*, etc.

4 *Monarchia indiana*, lib. 3, cap. 24.

á la verdad, atendida la extension de la ciudad y la manera de habitar de aquellas gentes.

Pero todo esto está contradecido por Paw. El llama "excesiva" y extravagante la descripcion que se nos hace de esta ciudad americana, la cual contenia, segun dicen algunos autores, setenta mil casas en tiempo de Motezuma II, y así hubiera tenido entonces trescientos cincuenta mil habitantes, cuando es notorio que la ciudad de Méjico, considerablemente aumentada bajo la dominacion de los españoles, no tiene actualmente mas que sesenta mil habitantes, comprendiendo en este número veinte mil negros y mulatos.[1] He aquí otro lugar de las *Investigaciones filosóficas* que hará reir á los mejicanos; porque ¿quién no se reirá al ver un filósofo prusiano, tan empeñado en disminuir la poblacion de aquella gran ciudad americana é irritado contra los que la representan mas grande de lo que él quiere? ¿Quién por otra parte no se admirará al oir que es notorio en Berlin el número de los habitantes de Méjico, cuando en Méjico no lo era poco tiempo hace ni aun á los mismos párrocos, que cada año hacian la numeracion? Por lo tanto, quiero dar á Paw algunas noticias seguras de aquella ciudad americana, á fin de que pueda evitar en lo sucesivo los errores en que ha incurrido hablando de su poblacion.

Sepa pues que Méjico es la ciudad mas populosa de cuantas tiene el rey católico en sus vastos dominios. Por la nota de los nacidos y muertos en Madrid y en Méjico, publicada en los diarios de una y otra ciudad, aparece que el número de los habitantes de Madrid es mas de un cuarto menor que el de Méjico:[2] esto es, si Madrid por ejemplo tiene sesenta mil habitantes, Méjico tiene sin duda mas de doscientos mil. Ha habido una gran diversidad de opiniones sobre el número de almas de la moderna ciudad de Méjico, como la hubo sobre la antigua y como igualmente la hay sobre otras ciudades de primer órden;[3] pero habiéndose hecho en estos últimos años con mayor diligencia el censo, así por parte de los párrocos como por la de los magistrados, se ha encontrado que los habitantes de aquella capital pasan de doscientos mil, aunque no se pueda saber puntualmente el exceso. Se puede formar alguna idea de la poblacion de aquella ciudad por la cantidad de pulque[1] y de tabaco que cotidianamente se consume en ella;[2] cada dia entran mas de seis mil arrobas de pulque, esto es, ciento noventa mil libras romanas: en el año de 1774 entraron 2.214 294½ arrobas, esto es, mas de setenta y tres millones de libras romanas; pero en este cómputo no se comprende el que se introduce de contrabando, ni el que venden los indios exentos en la plaza principal de la ciudad. Esta cantidad tan grande de pulque se consume casi por solo los indios y mulatos, cuyo número es inferior al de los blancos, europeos y criollos, entre los cuales no son muchos los que usan habitualmente aquella bebida. La alcabala impuesta sobre ella asciende actualmente en sola la capital á cerca de doscientos ochenta mil pesos fuertes. El consumo de tabaco para chupar importa cada dia en aquella capital cerca de 1250 pesos, lo que en un año hace la suma de mas de cuatrocientos cincuenta mil pesos. Pero es necesario saber que entre los indios son raros los que usan tabaco, entre los criollos y los europeos hay muchísimos que no lo usan, y entre los mulatos algunos. ¿Pues quién habrá que quiera dar mas crédito al cálculo de Paw que á las mismas matrículas de la capital, y que aprecie mas el juicio de un moderno prusiano tan extravagante sobre la antigua poblacion de aquella corte, que el de tantos escritores antiguos que la vieron con sus propios ojos?

Por lo que mira á la ciudad y corte de *Tezcoco*, sabemos por las cartas de Cortés á Cárlos V que tenia como treinta mil casas; pero esto debe entenderse de sola la corte, pues unida ésta con las otras tres ciudades de *Coatlichan*, *Huexotla* y *Atenco*, las cuales, como testifica el mismo Cortés, parecian formar una sola poblacion, era mucho mas grande que Méjico. Torquemada siguiendo á Sahagun y las relaciones de los indios, afirma que la poblacion de aquellas cuatro ciudades contenia ciento cuarenta mil casas, del cual número, aunque quisiésemos quitar la mitad, quedaría sin embargo una poblacion bien grande.

1 *Recherch. philos.*, part. 5, sect. 1.

2 Es cierto que á proporcion del exceso de una ciudad sobre otra en el número de nacidos y muertos, será tambien el exceso del número de los habitantes, y no hay medio mas seguro para encontrar á un poco mas ó menos el número de los habitantes de una ciudad muy grande, que saber el número de nacidos y muertos en ella, como se tomen las precauciones que se requieren.

3 Basta saber la diversidad de opiniones que hay entre los modernos escritores sobre la poblacion de Paris: quién cuenta en él quinientos mil habitantes, quién setecientos mil, quién un millon. Igualmente diversas han sido las opiniones sobre la moderna Méjico. Lionner Waffer, célebre viajero inglés del siglo pasado, creyó que hubiese en él trescientos mil habitantes: al viajero Gemelli le parecieron cien mil, y al misionero Tallandier sesenta mil: un modernísimo viajero europeo, el cual fué á Méjico después de haber viajado por Europa y por los principales países de la Asia, fué de parecer que no habia menos que un millon y medio de habitantes. Este erró por exceso y Tallandier por defecto.

1 El pulque es el vino ó mas bien la cerveza mas usual de los mejicanos, hecho del jugo fermentado del maguey, como hemos dicho en la Historia. Esta bebida no puede guardarse para otro dia, y por lo tanto, cada dia se consume toda la que se introduce.

2 La nota del consumo diario de pulque y de tabaco en Méjico, es tomada de una carta de uno de los principales contadores de aquella aduana, escrita en 23 de febrero de 1775.

Ningun historiador nos ha dicho cuánta fuese la poblacion de la corte de *Tlacopan*, aunque todos afirmen que era considerable. De la de *Xochimilco* sabemos que era la mayor de todas despues de las cortes. De la de *Iztapalapan* afirma Cortés que tenia de doce á quinee mil familias. De *Mixcoac* dice que tenia cerca de seis mil, de *Huitzilopochco* de cuatro á cinco mil, de *Acolman* y *Otompan* cada una cuatro mil, y de *Mexicaltzinco* tres mil *Chalco*, *Azcapozalco*, *Coyoacan*, *Cuauhtitlan*, eran mas grande sin comparacion que éstas últimas ciudades. Todas estas y otras muchísimas poblaciones estaban comprendidas en solo el valle de Méjico; la vista de las cuales causó no menos admiracion que miedo á los conquistadores, cuando observaron la primera vez desde las cimas de los montes aquel delicioso valle. Lo mismo les sucedió cuando vieron la poblacion de Tlaxcala. Cortés en su carta á Cárlos V habla así de aquella ciudad: "Es tan grande y admirable, que aunque omita mucho de lo que podria decir, lo poco que diré creo que será increíble, porque es mucho mas grande y poblada que Granada cuando se les quitó á los moros, mucho mas fuerte, de tan buenos edificios y mucho mas abundante de todos."

De un modo semejante habla el conquistador anónimo: "Hay, dice, grandes ciudades, y entre otras la de Tlaxcala, la cual en algunas cosas se asemeja á Granada y en otras á Segovia; pero es mas populosa que ambas." De *Tzimpantzinco*, ciudad de aquella república, afirma Cortés[1] que habiéndose hecho de su órden la numeracion, se contaron en ella mas de veinte mil casas. De *Hueyotlipan*, lugar tambien de la misma república, dice que tenia de tres á cuatro mil familias. De Chalollan afirma el mismo Cortés que tenia cerca de veinte mil casas y casi otras tantas en aquellos lugares circunvecinos, los cuales eran como sus barrios *Huexotzinco* y *Tepeyacac* eran émulos de Chalollan en el tamaño. Estas son algunas poblaciones de las que vieron los españoles antes de la conquista, omitiendo todavía otras muchas, de cuya grandeza consta por la deposicion de estos y otros escritores.

Tambien se puede dar á conocer la gran poblacion de aquellos paises por los innumerables concursos que se veian en los mercados, por los numerosísimos ejércitos que se levantaban siempre que era necesario, y por el sorprendente número de bautismos que hubo despues de la conquista. En órden á los concursos de los mercados y á los ejércitos, hemos dicho bastante en la Historia, sobre la fe de muchos testigos oculares. Podria sospecharse que los conquistadores hubiesen exagerado el número de las tropas indianas para hacer mas gloriosas sus conquistas; pero esto lo podrian hacer hablando de las tropas enemigas, no contando las tropas confederadas con ellos, pues cuanto mas se aumentase el número de estas, tanto menos difíciles y menos gloriosas debian parecer sus conquistas. Sin embargo, el conquistador Ojeda numeró ciento cincuenta mil hombres de tropas aliadas de *Tlaxcala*, *Chalollan*, *Tepeyacac* y *Huexotzinco* en las revistas que hizo en Tlaxcala para ir á poner sitio á Méjico. El mismo Cortés afirma que las tropas aliadas que le acompañaron á la guerra de *Cuauhquechollan* pasaron de cien mil, y que las que le ayudaron en el asedio de la capital pasaron largamente de doscientos mil. Por otra parte, los sitiados eran tantos, que habiendo muerto durante el asedio mas de ciento cincuenta mil, como hemos dicho en la Historia, no obstante esto, cuando tomaron los españoles la capital y se mandó que salieran todos los mejicanos, se vieron tres dias y tres noches continuas llenas las tres calzadas de la gente que salia para ir á refugiarse á otros lugares, como testifica Bernal Diaz, testigo ocular. En cuanto al número, pues, de bautismos, estamos seguros por el testimonio de aquellos mismos religiosos apostólicos que se ocuparon en la conversion de aquellos pueblos, que los niños y adultos bautizados por solo los padres franciscanos,[1] desde el año de 1524 hasta el de 1540, fueron mas de seis millones, los cuales eran en la mayor parte de los habitantes del valle de Méjico y de las provincias circunvecinas. Pues en este número no están comprendidos los que fueron bautizados por los presbíteros seculares, dominicos y agustinos, entre los cuales y los franciscanos se repartió entonces aquella abundantísima mies, y por otra parte, es cierto que fueron innumerables los indios que se mantuvieron obstinados en su gentilismo ó no recibieron la fe cristiana sino muchos años despues. Sabemos á mas de esto por las ruidosas controversias excitadas por algunos religiosos y llevadas al romano pontífice Paulo III, que por la extraordinaria y jamás vista multitud de catecúmenos, se vieron precisados los misioneros á omitir algunas ceremonias del bautismo, y entre otras la de la saliva, pues de tanto sacarla se les secaba la boca, la lengua y las fauces.

Desde el descubrimiento del reino de Méjico acá se ha ido disminuyendo siempre el número de los indios. A mas de los infinitos millares que perecieron en el primer contagio de viruelas llevado el año de 1520 y en la guerra de los españoles, en la epidemia de 1545 murieron ochocientos mil, y en la de 1576 mas de dos millones en solas las diócesis de Méjico, Puebla, Michoacan y Oajaca, lo que se sabe por la noticia de los muertos de cada parroquia presentada al vi-

1 Cortés habla de esta ciudad sin nombrarla, pero por el contexto aparece que era Tzimpantzinco, y Torquemada lo dice expresamente.

1 Toribio de Benavente ó Motolinia, uno de aquellos religiosos apostólicos, bautizó mas de cuatrocientos mil indios, cuya cuenta dejó escrita de su puño.

rey. Sin embargo, el cronista Herrera, que escribió hacia el fin del siglo XVI, refiere, sobre la fe de documentos auténticos mandados por el virey de Méjico, que en solas las diócesis de Puebla y Oajaca y en las provincias de la de Méjico, circunvecinas á la capital, se contaban entonces seiscientos cincuenta y cinco lugares principales de indios é innumerables otros menores, dependientes de aquellos, en los cuales habia novecientas mil familias de indios tributarios.[1] Pero es necesario saber que en los tributarios no se comprenden los nobles, los tlaxcaltecas ni otros indios de los que ayudaron á los españoles en la conquista, pues en consideracion á su nacimiento ó á los servicios hechos á los conquistadores, fueron exentos del tributo. El mismo Herrera, muy bien instruido en este punto, afirma que en aquellos tiempos se contaban en la capital cuatro mil familias de españoles y treinta mil casas de indios. Desde entonces en adelante se fué siempre disminuyendo el número de los indios y creciendo el de los españoles ó blancos.

Paw responderá, segun su estilo, que todos los documentos traidos por nosotros para demostrar la gran poblacion del reino de Méjico, valen menos que nada, porque han sido tomados de soldados ignorantes y malvados, ó de religiosos ignorantes y supersticiosos; pero aun cuando fuesen tales todos los escritores que hemos alegado, lo que es enteramente falso, sin embargo, seria de gran peso su testimonio por razon de su uniformidad. ¿Quién podrá persuadirse que Cortés y los oficiales reales que con él suscribieron sus cartas, se atrevieran á engañar á su rey, pudiendo tan fácilmente ser desmentidos por tantos centenares de testigos y por no pocos enemigos? ¿seria posible que tantos escritores, así españoles como indios, todos se conviniesen en exagerar la poblacion de aquellos países, y que entre ellos no hubiese ni uno que respetase la posteridad? De la veracidad de los primeros misioneros no se puede dudar. Ellos fueron hombres de vida ejemplar y de gran doctrina, escogidos entre muchos para plantar el Evangelio en aquel nuevo mundo; algunos de ellos habian sido lectores en las mas célebres Universidades de Europa, habian obtenido los primeros cargos en su órden y merecido la gracia y la confianza del emperador Cárlos V. Los honores que renunciaron en Europa y los que no aceptaron en América,[2] dan á conocer claramente su celo desinteresado y su voluntaria y rígida pobreza, su continuo trato con Dios, sus indecibles fatigas en tantos viajes tan largos y tan difíciles hechos á pié y sin viático, y en tantos y tan penosos ministerios, y sobre todo, su eximia caridad para con aquellas afligidas naciones, llena de compasion y de dulzura, harán para siempre venerable su memoria en aquel reino, á despecho de Paw y de cualquier otro escritor maligno, á quien basta reconocer en un autor la cualidad de religioso para despreciarlo é injuriarlo. En los escritos de aquellos hombres inmortales se advierte un tal carácter de sinceridad, que no permite sospechas contra la verdad de sus relaciones. Es verdad que ellos cometieron un gran pecado, á juicio de Paw, quemando como supersticiosas la mayor parte de las pinturas históricas de los mejicanos. Yo estimo mas que Paw las pinturas, y me duele mucho mas su pérdida; pero no por esto desprecio á los autores de aquel deplorable incendio ni denigro su memoria, porque aquel mal, al cual fueron entonces llevados por un celo muy ardiente y no bien informado, no es comparable con el gran bien que por otra parte hicieron allí; á mas de que ellos mismos procuraron reparar aquella pérdida con sus obras, especialmente Motolinía, Sahagun, Olmos y Torquemada.

Mas Paw se ha empeñado tanto en disminuir la poblacion de aquellos países, que ha llegado á afirmar (¿quién lo creeria?) en tono decisivo y magistral, que en todos aquellos territorios no habia otra ciudad que la de Méjico. Oigámoslo hablar para divertirnos un poco: "Como no se
" descubren, dice él, en todo el reino de Méji-
" co vestigios algunos de antiguas ciudades in-
" dianas, es manifiesto que no habia allí mas que
" un solo lugar que tuviese alguna apariencia de
" ciudad, al cual quisieron los escritores espa-
" ñoles llamar la Babilonia de las Indias; pero
" ya hace mucho tiempo que no nos engañan los
" nombres magníficos dados por ellos á las mise-
" rables aldeas de América."

Pero todos cuantes autores han escrito del reino de Méjico, unánimemente afirman que todas las naciones de aquel vasto imperio vivian en sociedad, que tenian muchas poblaciones grandes y bien ordenadas, nombran las ciudades que han visto,[1] y los que han viajado por aquellas regiones dos siglos y medio despues de la conquista, han visto con sus ojos las referidas poblaciones en los mismos lugares que dicen aquellos autores, y así, ó Paw se persuade que aquellos escritores anunciaron proféticamente las futuras poblaciones, ó debe confesar que desde entonces las

1 Descripcion de las Indias Occidentales, cap. 9 ó 10.

2 Entre los quince primeros misioneros franciscanos, hubo seis que habiendo sido nombrados obispos por Cárlos V, no aceptaron la dignidad.

1 Cortés en sus cuatro largas cartas á Cárlos V, Bernal Diaz del Castillo en su Historia de la conquista, el conquistador anónimo en su curiosa relacion, Motolinía, Sahagun y Mendieta en sus manuscritos, el ilustrísimo Casas en algunas de sus obras, Pedro Alvarado, Diego Godoy y Nuño Guzman en sus cartas, las cuales se hallan en la coleccion de Ramusio, todos testigos oculares, á los cuales deben agregarse todos los historiadores mejicanos, *acolhuas* y *tlaxcaltecas*, principalmente los que hemos puesto en el catálogo de los autores de la Historia antigua del reino de Méjico.

habia en donde están actualmente. Es verdad que los españoles fundaron allí muchas poblaciones, como las ciudades de Puebla, Guadalajara, Valladolid, Veracruz, Celaya, Potosí, Córdoba, Leon, etc.; pero las poblaciones fundadas por ellos en el distrito del imperio mejicano respecto á las fundadas por los indios, no están en la proporcion ni de uno á mil. Los nombres mejicanos impuestos á las poblaciones, los cuales se conservan hasta ahora, demuestran claramente que no las fundaron los españoles, sino los indios, pues que los lugares de que hacemos frecuente mencion en la Historia, no hayan sido por lo comun miserables aldeas, sino ciudades y poblaciones grandes y bien formadas como las de Europa, nos consta por la deposicion de todos los escritores que lo vieron.

Paw querria que se le mostrasen los vestigios de las ciudades antiguas; pero nosotros le formamos aun las mismas ciudades todavía subsistentes. No obstante esto, si quiere vestigios vaya á *Tezcoco*, á *Otompan*, *Tlaxcala*, *Chololtan*, *Huexotzinco*, *Cempoala*, *Tula*, *etc.*, y encontrará tantos, que no podrá dudar de la antigua grandeza de aquellas ciudades americanas.

Este gran número de ciudades y de lugares habitados, sin embargo de que anualmente perecian allí tantos millares de hombres en los sacrificios y en las continuas guerras de aquellos pueblos, da á conocer claramente la gran poblacion del imperio mejicano y de los otros países de *Anáhuac*; pero si nada de cuanto he dicho es bastante para convencer á Paw, caritativamente le aconsejaré que se haga conducir á un hospital.

Lo que hemos expuesto contra Paw sirve igualmente para rebatir al doctor Robertson, el cual viendo tantos testigos contrarios á su opinion, recurre á un subterfugio enteramente igual al del calor de la imaginacion, de que se vale para no dar crédito á los escritores españoles sobre lo que dicen de la excelencia de las obras vaciadas de los mejicanos. Hablando, pues, de la admiracion que causó á los españoles la vista de las ciudades del reino de Méjico, dice así en el lib. 7 de su Historia: "En el primer fervor de su admiracion, compararon á *Cempoala*, aunque ciudad solamente de segundo ó tercer rango, con algunas de mayor nota en su propio país. Cuando despues vieron sucesivamente á Tlaxcala, Cholula, Tacuba, Tezcuco, y Méjico mismo, se aumentó tanto su admiracion, que llevaron las ideas de su grandeza y poblacion á lo que confina con lo increible.... Conviene por esta razon, que se haga una gran rebaja á su numeracion de los habitantes de las ciudades mejicanas, y deberá fijarse aun tanto mas bajo el modelo de su poblacion." Así lo manda Robertson; pero yo no estoy dispuesto á obedecerlo. Si los españoles no hubieran escrito sus historias, cartas ó relaciones *en el primer fervor de su admiracion*, entonces podria bien sospecharse que el estupor los hubiese hecho exagerar; pero no sucedió así. Cortés, el mas antiguo de los escritores, no escribió su primera carta á Cárlos V sino año y medio después de que habia llegado á aquel país; el conquistador anónimo escribió algunos años después de la conquista; Bernal Diaz después de mas de cuarenta años de continua residencia en aquellas provincias, y así los demás. ¿Es posible que después de veinte y aun cuarenta años permaneciese el mismo primer fervor de la admiracion? ¿Pero de dónde nació en ellos esta admiracion? Oigámoslo del mismo dóctor Robertson: "Los españoles, dice, acostumbrados á este modo de habitaciones (chozas aisladas) entre todas las tribus salvajes, de las cuales estaban ya informadas, quedaron atónitos al entrar en la Nueva España y encontrar á los nacionales que residian en ciudades grandes semejantes á las de Europa." Pero Cortés y sus compañeros, antes de ir al reino de Méjico, sabian ya que aquellos pueblos no eran tribus salvajes y que sus casas no eran chozas; habian oido ya de todos los que un año antes habian hecho aquel viaje con Grijalva, que habia allí hermosas poblaciones provistas de casas bien hechas de piedra y cal, y de torres altas, como testifica Bernal Diaz, testigo ocular. No era, pues, aquella la causa de su admiracion, sino mas bien la verdadera grandeza y multitud de las ciudades que allí vieron. "No es mucho, añade el Robertson, que Cortés y sus compañeros, muy inclinados á engrandecer las cosas para exaltar el mérito de sus descubrimientos y conquistas, hubiesen caido en este error comun de elevar las descripciones muy arriba de la verdad." Pero Cortés no era necio, y veia bien que exagerar el número de sus aliados, mas bien que á exaltar el mérito, servia á disminuir la gloria de sus conquistas. Sin embargo, él confiesa repetidas veces que era ayudado en sus conquistas, ya de ochenta, ya de cien mil, ya de doscientos mil hombres, y como estas confesiones ingenuas manifiestan su sinceridad, así los ejércitos tan numerosos demuestran la gran poblacion de aquel país. A mas de esto, el doctor Robertson supone que cuanto escribieron los autores españoles sobre el número de las casas de las ciudades mejicanas, lo dijeron solamente por conjetura y segun el juicio que formaron á ojo; pero no pasó así, pues el mismo Cortés testifica en su primera carta al emperador Cárlos V haber mandado hacer la numeracion de las casas que habia en el distrito de la república de *Tlaxcala*, y haber encontrado en él mas de ciento cincuenta mil, y en la sola ciudad de *Tzimpantzinco* mas de veinte mil.

DISERTACION VIII.

SOBRE LA RELIGION DE LOS MEJICANOS.

No tengo que hacer en esta disertacion como en las otras con Paw, porque este ingenuamente reconoce la semejanza que en materia de religion hay entre los delirios de los americanos y los de las otras naciones del antiguo continente. "Como las supersticiones religiosas de los pueblos de América, dice él,[1] han tenido una semejanza sensible con las que han usado las naciones del antiguo continente, no se ha hablado de estos despropósitos sino para hacer el cotejo y dar á conocer que á pesar de la diversidad de climas, la debilidad del espíritu humano ha sido constante é invariable." Si con este mismo juicio hubiera discurrido en otros puntos, nos hubiera ahorrado algunas disputas y preservado su obra de las graves y fuertes censuras que le han hecho algunos hombres sabios de la misma Europa. Yo, por lo tanto, dirijo esta disertacion á los que por ignorancia de cuanto ha pasado y pasa actualmente en el mundo, ó por falta de reflexion, han gritado tanto al leer en la historia del reino de Méjico la crueldad y supersticion de aquellos pueblos, como si fuesen cosas nunca oidas entre los mortales. Manifestaré, pues, su error, y demostraré que la religion de los mejicanos fué menos supersticiosa, menos indecente, menos pueril y menos irracional que las de las mas cultas naciones de la antigua Europa, y que de su crueldad ha habido ejemplos, y tal vez mas atroces, en casi todos los pueblos del mundo.

El sistema de la religion natural depende principalmente de la idea que se tiene de la divinidad. Si el Supremo Ser se concibe como un padre lleno de bondad, cuya Providencia vela sobre sus criaturas, en las prácticas religiosas se advertirá amor y respeto. Si por el contrario, se imagina como un tirano inexorable, el culto será sanguinario. Si se cree omnipotente, la veneracion se dirigirá á uno solo; pero si se juzga limitado su poder, no podrán dejar de multiplicarse los objetos del culto. Si se reconoce la santidad y perfeccion de su ser, se solicitará su proteccion con un culto puro y santo; pero si se reputa sujeto á las imperfecciones y vicios de los hombres, la misma religion consagrará los delitos.

Cotejemos, pues, la idea que tenian los mejicanos de sus dioses con la que tenian de sus númenes los griegos, romanos y otras naciones de quienes aquellos aprendieron la religion, é inmediatamente conoceremos las ventajas que en esta materia hacen los mejicanos á las naciones antiguas. Es verdad que los mejicanos repartian entre varios númenes el poder, imaginando restringida á ciertos límites la jurisdiccion de cada uno. "Yo no dudo, decia el rey Motezuma al conquistador Cortés en una conferencia de religion, yo no dudo de la bondad del Dios que adorais; pero si él es bueno para España, los nuestros son igualmente buenos para Méjico."

"Nuestro dios *Camaxtle*, decian al mismo Cortés los tlaxcaltecas, nos concede la victoria contra nuestros enemigos; nuestra diosa *Matlalcueye* nos manda la lluvia necesaria á nuestros campos y nos defiende de las inundaciones de *Zahuapan*. A uno de nuestros dioses somos deudores de una parte de la felicidad de nuestra vida;" pero jamás creyeron tan impotentes á sus dioses como los griegos y romanos. Los mejicanos no tenian mas que un númen, bajo el nombre de *Centeotl*, para el cuidado del campo y de los sembrados, y sin embargo de que eran tan amantes de sus hijos, se contentaban con un solo dios pa-

1 En el prefacio de las *Investigaciones filosóficas*.

ra su proteccion. Los romanos, á mas de la diosa Ceres, empleaban en solo el trigo una gran multitud de dioses,[1] y en el cuidado de la educacion de sus hijos mas de veinte, á mas de los muchos que se ocupaban en la generacion y nacimiento de los niños.[2] ¿Quién creeria que necesitasen de tres dioses para solo la guardia de la puerta? *Forculo* estaba encargado de los postes, *Carna* del quicio y *Limentino* de las hojas. *Ita*, exclama aquí san Agustin,[3] *ita non poterat Forculus fores, simul fores et cardinem, limenque servare.* ¡Tan mezquino así era en el juicio de los romanos el poder de sus dioses! Aun los nombres con que se llamaban algunos de ellos, dan á conocer el mal concepto en que estaban entre sus adoradores. ¿Qué nombres mas indignos de la divinidad, que los de *Júpiter*, *Pistor*, *Vénus Calva*, *Pecunia*, *Caca Subigos y Cloasina*? ¿Quién se persuadirá jamás que una estatua que encontró Tasio en la principal cloaca de Roma debiese llegar á ser diosa con el nombre de *Cloasina*? ¿No es, pues, esto burlarse de su propia religion y hacer viles y despreciables á los mismos dioses que adoraban?[4]

Pero en ninguna otra cosa manifestaron mejor los griegos y los romanos la opinion que tenian

1 *Sefa* estaba encargada del grano sembrado, *Preserpina* del grano nacido, *Nodoto* de los nudos del tallo, *Volatina* de los ojos ó yemas, *Patelena* de las hojas ya desplegadas. *Flora* de las flores, *Ostilina* de las espigas, *Cegesta* de los nuevos granos, *Lattansia* del grano todavía en leche, *Matuta* del grano maduro, *Totuna* y *Tutelina* del grano guardado en el granero, á los cuales deben agregarse el dios *Estertulio*, que cuidaba del estercolamento de los campos, *Priapo* que defendia el grano de las aves, *Rubigo* que lo preservaba de los insectos, y las ninfas *Napeas* que tenian cuidado del jugo nutritivo.

2 La diosa *Ope* estaba encargada de dar auxilio al niño naciente y de acogerlo en su regazo, *Vaticano* de abrirle la boca en el llanto, *Levana* de alzarlo del suelo, *Cunina* de guardar la cuna, *Carmenti* de anunciar su destino, *Fortuna* de favorecerlo en sus acontecimientos, *Rumina* de introducir el pezon del pecho materno en la boca del niño, *Potina* de su bebida, *Educa* de su papa, *Fuvencia* de hacerle el coco, *Venilia* de avivar su esperanza, *Volupia* de tener cuidado de sus placeres, *Agenoria* de cuidar de sus operaciones, *Stimula* de hacerlo activo, *Strema* de hacerlo valiente, *Numeria* de hacerlo aprender los cuentos, *Camena* de industriarlo en el canto, *Conse* de darle consejos, *Sencia* de hacerlo tomar resolucion; *Inve·ta* tenia cuidado del principio de su juventud, y la *Fortuna barbata* tenia el importantísimo empleo de hacer que les naciera el pelo á los adultos.

3 Aug., de Civit Dei, lib. IV. cap. 8.

4 Que ista religionum derisio est? Si earum deffensor essem, quid tam graviter queri possem, quam deorum numen in tantum venisse comtemptum, ut turpissimis nominibus ludibrio habeatur? Quis non rideat Fornasem Deam? Quis cum audiat Deam Mutam?.... Colitur et Caca etc. Lactant., Inst. divin., lib. I, cap. 20.

de sus númenes, que en los vicios que les atribuian. Toda su mitología era una larga serie de delitos; toda la vida de sus dioses se reducia á rencores, venganzas, incestos, adulterios y otras pasiones bajas, capaces de infamar aun á los hombres mas viles. Júpiter, el padre omnipotente, el principio de todas las cosas, el rey de los hombres y de los dioses, como lo llaman los poetas, se muestra ya disfrazado en hombre para tratar con Alcumena, ya en satiro para gozar de Antiopa, ya en toro para robár á Europa, ya en cisne para abusar de Leda, ya en lluvia de oro para corromper á Danae, ya toma otras formas para satisfacer sus depravados intentos. Entre tanto, la gran diosa Juno, rabiosa por el celo, no sabe hacer mas que tomar venganza de su desleal marido. De este mismo calibre eran los otros dioses inmortales, especialmente los mayores ó *escogidos*, como eran llamados por ellos. Escogidos, dice san Agustin,[1] por la superioridad de sus vicios, no por la excelencia de sus virtudes; y para decir la verdad, ¿qué buenos ejemplos podian contar de sus dioses aquellas naciones que mientras se preciaban de enseñar á los hombres la virtud, no consagraban en sus dioses mas que los vicios? ¿Qué méritos tenian para obtener el apoteosis entre los griegos Leena, y entre los romanos Lupa, Faula y Flora, sino los de haber sido famosas rameras? De aquí nace el haber habido varios númenes encargados de los mas infames y vergonzosos empleos.[2]

¿Pero qué diremos de los egipcios, los cuales fueron los principales autores de la supersticion?[3] Ellos daban culto no solo al buey, al perro, al lobo, al gato, al cocodrilo, al gavilan y á otros semejantes animales, sino tambien á los puercos, á las cebollas y á los ajos; lo que dió motivo á aquel hermoso dicho de Juvenal: *¡Oh sanctas gentes, quibus hec nascuntur in hortis numina!* Y no contentos con esto, celebraron tambien el apoteosis de las cosas mas indecentes. El uso detestable de casarse con sus hermanas, se creia autorizado con el ejemplo de sus dioses.

Muy distinta era de esto la idea que tenian de sus númenes los mejicanos. No se encuentra en toda su mitología ningun vestigio de aquellas estupendas maldades con que las otras naciones infamaron á sus dioses. Los mejicanos honraban la virtud, no los vicios, en sus divinidades; en *Huitzilopochtli* el valor, en *Centeotl*, *Tzapotlatenan*, *Opochtli* y otros la beneficencia, y en *Quetzalcoatl* la castidad, la justicia y la pruden-

1 Aug., de Civit. Dei, lib. VII, cap. 33.

2 Quien quiera saber los nombres y empleo de aquellos dioses, los hallará en el lib. VI, cap. 2, y en lib. IX, cap 9 de *Civitate Dei*, pues yo no tengo valor para ponerlos á la vista de mis lectores.

3 Nos in templa tuam romana accepimus Lim. semicanesque Dios, et sistra moventia luctum. Lucanus.

cia. Aunque fingieron númenes de ambos sexos, no los casaron ni los creyeron capaces de aquellos placeres obscenos que eran tan comunes en los dioses griegos y romanos. Suponian los mejicanos en ellos una suma aversion á toda suerte de delitos; por lo que su culto se dirigia á aplacar la ira de los númenes provocada con los pecados de los hombres y á solicitar su proteccion con el arrepentimiento y los obsequios religiosos.

Conformes enteramente á la idea de los dioses, eran todos los ritos que usaban aquellas naciones. La superticion era comun á todas; pero la de los mejicanos era menor y menos pueril; basta hacer el cotejo de sus agüeros. Los astrólogos mejicanos observaban los signos ó caracteres de los dias para sus matrimonios, sus viajes, etc., como los astrólogos europeos observaban la posicion de los astros para de ahí vaticinar la ventura de los hombres. Unos y otros temian igualmente los eclipses y los cometas, como precursores de grande calamidad, porque esta supersticion ha sido comun á todos los pueblos del mundo. Todos igualmente se intimidaban al oir la voz del buho ó de otra ave semejante. Estas y otras iguales supersticiones han sido generales, y son aun en el dia muy comunes en el vulgo de uno y otro continente, aun en el centro de la cultísima Europa; pero todo lo que sabemos de las naciones americanas en esta materia, no es ciertamente comparable con lo que nos dicen de los antiguos romanos sus mismos historiadores y poetas. Las obras de Livio, Plinio, Virgilio, Suetonio, Valerio, Máximo y de otros juiciosos autores (las cuales no pueden leerse sin compasion), hacen ver hasta qué exceso llegó la pueril supersticion de los romanos en sus agüeros. No habia animal entre los cuadrúpedos, entre los reptiles ni entre las aves, del cual no se tomase agüero de lo porvenir. Si la ave volaba hácia la mano izquierda, si graznaba el cuervo, si se oia la voz d l grajo, si el raton probaba la miel, si la liebre atravesaba el camino, todo esto se tenia por pronóstico de alguna gran desgracia. Se vió antes hacer la expiacion *ó lustracion* de toda Roma, sin otro motivo que haber entrado un buho en el Capitolio.[1] Y no solo los animales, sino aun las cosas mas triviales y despreciables bastaban para causar en ellos un temor supersticioso, como por ejemplo, si estando en la mesa se derramaba el vino ó la sal, ó caia en tierra alguna partícula de las comidas. ¿Quién no se admiraria al contemplar á los señores agoreros, personas tan respetables, seriamente ocupados en observar todos los movimientos de las víctimas, el estado de sus entrañas y el color de su sangre, para pronosticar por estos signos los principales acontecimientos de aquella famosa república? Me admiro, decia el gran Ciceron,[1] que un agorero no seria al ver á otro de la misma profesion. ¿Qué cosa á la verdad mas ridícula que aquella especie de agüero que llamaban *Tripudium?* ¿Quién podria persuadirse que una nacion por una parte tan ilustrada y por otra tan guerrera, llevase consigo en sus ejércitos como la cosa mas importante para la felicidad de sus armas, una jaula de pollos, y que sin consultarlos antes no se atreviese á dar la batalla? Si los pollos no probaban aquella pasta que se les ponia por delante, era una mala señal; si á mas de no comerla se salian de la jaula, peor; si por el contrario, la comian ansiosamente, esto se tenia por el agüero mas feliz. Y así el medio mas eficaz para asegurarse de la victoria, hubiera sido hacer sufrir la hambre á los pollos antes de consultarles.

A semejantes excesos se inclina fácilmente el espíritu humano siempre que se abandona á sus propias luces. La experiencia de los groseros errores de la ridícula puerilidad y de las monstruosas abominaciones en que han incurrido las mas cultas naciones del gentilismo, da á conocer que no debemos esperar la verdadera y santa religion sino de aquel mismo Dios que adoramos. A él le toca revelar la verdad que debemos creer, y prescribir el culto con que debemos reverenciarlo. Si el negocio gravísimo de la religion se confía á la razon humana, de cuya debilidad tenemos tanta experiencia, los mayores absurdos se representarán á nuestro entendimiento como verdaderos dogmas, y el culto debido al Ser Supremo será defectuoso por la impiedad ó excesivo por la supersticion. ¡Pluguiese á Dios que los mismos filósofos de nuestro siglo ilustrado, que tanto ponderan las fuerzas de la razon, no nos diesen en sus mismas obras tantas y tan claras pruebas de su debilidad!

Mas al fin americanos, griegos, romanos y egipcios, todos eran supersticiosos y pueriles en la práctica de su religion; pero no así en la obscenidad de sus ritos, pues en los de los mejicanos no se encuentra el menor vestigio de aquellas abominaciones tan comunes entre los romanos y otras naciones cultas de la antigüedad. ¿Qué cosa mas indecente que las fiestas eleusinas que hacian los griegos, que las que celebraban en honor de Vénus los romanos en las kalendas de abril, y sobre todo, aquellos obscenísimos juegos que se hacian en honor de Cibeles, de Flora, de Baco y de otros tan depravados númenes, contra los cuales declamaron fuertísimamente algunos padres de la Iglesia y aun algunos de los mismos romanos? ¿Qué rito mas obsceno que el que se hacia en la estatua de Priapo entre las ceremonias nupciales?[2] ¿Cómo podian cele-

1 Buho funebris et maxime abominatus publicis precipue auspicis capitolii sellam ipsam intravit. sext. Pepellio. L. Pedanio. Cors. Proptes quod nonis martiis Urbos untrata est eo anno. Plin., Hist. nat., lib. 10, cap. 12.

1 Mirox quin videat Flarus pex, cum Fla:us [illegible] videat. Cic. de Divin.

2 Véase lo que dicen sobre aquel y otros semejantes

brar las fiestas de los dioses incestuosos y adúlteros, sino con tales abominaciones? ¿Cómo era posible que se avergonzasen de los vicios que veian consagrados en sus divinidades?

Es verdad que aunque en los ritos de los mejicanos no interviniese ninguna obscenidad, habia sin embargo algunos, los cuales supuesta la divinidad de sus númenes, hubieran sido indecentes, como el de ungir los labios de los ídolos con sangre de las víctimas; ¿pero no hubiera sido mucho mas indecente el de darles bofetadas, como daban los romanos á la diosa Matuta en las fiestas matrales? Supuesto el error de unos y otros, eran ciertamente menos irracionales los mejicanos dando á gustar á sus dioses un licor, el cual segun los principios de su religion les era agradable, que no los romanos ejecutando con su diosa una accion que se ha estimado gravemente injuriosa entre todos los pueblos del mundo.

Lo que hemos dicho hasta ahora, aunque suficiente para demostrar que la religion de los mejicanos era menos vituperable que la de los romanos, griegos y egipcios, puede decirse que es casi nada si se compara con lo que omitimos por no causar enfado á los lectores. Pero por otra parte, veo bien que no debe hacerse el cotejo solamente en los referidos artículos, sino mas bien en lo que respecta á la cualidad de los sacrificios. Yo confieso que la religion de los mejicanos era muy sanguinaria que sus sacrificios eran cruelísimos y su austeridad extremadamente bárbara; pero cada vez que me pongo á considerar lo que han hecho las otras naciones del mundo, me confundo al reconocer la debilidad del entendimiento humano y los errores deplorables en que se precipita cuando no es guiado por la luz de la verdadera religion, y rindo infinitas gracias al Altísimo por haberme preservado de tantos males.

No ha habido casi nacion alguna del mundo que no haya sacrificado algunas veces víctimas humanas al Dios que adoraba. Sabemos por los libros santos que los ammonitas quemaban algunos de sus hijos en honor de su dios Moloc, y que lo mismo hacian otros pueblos del país de Canaam, cuyo ejemplo imitaron algunas veces los israelitas. Consta por el lib. 4 de los Reyes que Achas y Manasés, reyes de Judá, usaron del rito gentílico de pasar á sus hijos por el fuego. La expresion del sagrado texto parece significar mas bien una mera lustracion ó consagracion que un holocausto; pero el salmo 105 no nos permite dudar que los israelitas sacrificaban verdaderamente sus hijos á los dioses de los cananeos,[1] no siendo bastantes para retraerlos de aquella bárbara supersticion, los estupendos y evidentes milagros obrados por el brazo omnipotente del verdadero Dios. De los egipcios sabemos por el testimonio de Maneton, sacerdote é historiador célebre de aquella nacion, citado por Eusebio Cesariense, que cada dia se sacrificaban tres hombres en Heliópoli á sola la diosa Juno. Pues como los ammonitas sacrificaban víctimas humanas á su Moloc y los cananeos á su Beelphegor, así los persas á su Mitra ó sol, los phenicios y cartaginenses á su Baal ó Saturno, los cretenses á Júpiter, los lacedemonios á Marte, los phocas á Diana, los lebos á Baco, los thesalonisenses al Centauro Chiron y á Peleo, los galos á Eso y á Teutate,[1] los bardos de la Germania á Tuiston, y así otras naciones á sus dioses tutelares. Philon dice que los phenicios en sus públicas calamidades ofrecian en sacrificio á su inhumano Baal á los mas queridos de sus hijos, y Curio afirma que este sacrificio estuvo en uso entre los tiros hasta la destruccion de su famosa ciudad. Lo mismo hacian los cartaginenses sus nacionales en honor de Saturno el *Cruel*, con razon así llamado por ellos. Sabemos que habiendo sido vencidos por Agatocles, rey de Siracusa, por aplacar á su númen, al cual creian irritado, le sacrificaron doscientos niños nobles, á mas de trescientos jóvenes que espontáneamente se ofrecieron al sacrificio por manifestar su valor y su piedad á los dioses y su amor á la patria; y segun lo que afirma Tertuliano, el cual como africano y poco posterior á la época de

ritos Lactano. Firm. en la obra de *Divinis Institutionibus*, y san Agustin en los libros *de Civitate Dei.*

1 Commixti sunt inter gentes et didicerunt opera eorum, et servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum. Et immolaverunt filios suos et filias suas Demoniis: Et effuderunt sanguinem innocentem: sanguinem filiorum suorum, et filiarum suarum, quas immolaverunt sculptilibus Chanaam, et infecta est terra in sanguinibus. Ps. 105.

1 Cierto autor francés, movido de un ciego amor á la patria, niega atrevidamente que los galos hubiesen sacrificado alguna vez víctimas humanas; pero no alega ninguna razon para poder desmentir los testimonios de César, Plinio, Suetonio, Diódoro, Estrabon, Lactancio, san Agustin y otros graves autores. Basta para confundirlo el testimonio de César, el cual, como que tenia mas experiencia de los galos, los conocia mejor: "Natio est omnis Gallorum, dice, admodum dedita religionibus, atque ob eam causam qui sum affecti gravioribus morbis, quique in prelio, periculisque versantur, aut pro victimis homines inmolant, aut se inmolaturos vovent, administris ad ex sacrificia Druidibus; quo pro vita hominis nisi vita hominis reddatur, non posset aliter Deorum inmortalium numen placari arbitrantur: publicique ejusdem generis habent instituta sacrificia. Alii immani magnitudine simulacra habent, quorum contexta viminibus membra vivis hominibus complent, quibus succensis circunventi flamma examinantur homines. Supplicia corum, qui in furto, aut latrocinio, aut aliqua noxa sunt comprensi, gratiora Divi immortalibus exe arbitrantur, sed aum ejus generis copio dificit, etiam ad innocentium supplicia descendum." Lib. 6 de Bello Gallico, cap. 5. En lo cual se ve que los galos fueron todavía mas crueles que los mejicanos.

que hablaba, debia saberlo bien, aquellos sacrificios se usaron en Africa hasta el tiempo del emperador Tiberio, como en las Galias hasta el de Claudio, segun testifica Suetonio.

Los pelasgos, antiguos habitadores de la Italia, sacrificaban por obedecer á un oráculo la décima parte de sus hijos, como refiere Dionisio Halicarnacio Los romanos, que fueron tan sanguinarios como supersticiosos, no rehusaron semejantes sacrificios. Todo el tiempo que estuvieron bajo de sus reyes acostumbraron sacrificar niños á la diosa Manía, madre de los Lares, por la felicidad de sus casas, inducidos, como dice Macrobio, por cierto oráculo de Apolo, y sabemos por Plinio[1] que no se prohibió allí sacrificar víctimas humanas hasta el año 657 de Roma; pero por esta prohibicion no cesaron enteramente los ejemplos de aquella bárbara supersticion, pues Augusto, segun afirman algunos escritores citados por Suetonio, después de la toma de Perugia cuando se habia fortificado el cónsul L. Antonio, sacrificó en honor de su tio Julio César, divinizado ya por los romanos, trescientos hombres, parte senadores y parte caballeros romanos escogidos entre la gente de Antonio sobre un altar erigido á aquel nuevo númen.[2] Lactancio Firmiano, hombre muy bien instruido en las cosas de los romanos, que floreció en el siglo IV de la Iglesia, dice expresamente que aun en su tiempo se hacian en Italia aquellos sacrificios á Júpiter *Lazial*[3] Ni aun los españoles se preservaron de aquella bárbara supersticion. Estrabon refiere en el libro tercero que los lusitanos sacrificaban á los prisioneros, les cortaban la mano derecha para consagrarla á sus dioses, observaban sus entrañas y las guardaban para sus agüeros; que todos los habitantes de las montañas acostumbraban sacrificar á los prisioneros juntamento con los caballos, ofreciendo de ciento en ciento tales víctimas al dios Marte, y hablando en general, dice que era propio de los españoles el sacrificarse por sus amigos. No es ajeno de este modo de pensar lo que Silio Itálico refiere de los béticos sus mayores, esto es, que después de haber pasado la edad juvenil, fastidiados de la vida, se daban ellos mismos la muerte, lo que él alaba como una accion heróica.[1] ¿Quién creeria que esta antigua moda de la Bética habia de renovarse en nuestros dias en Inglaterra y Francia? Viniendo, pues, á tiempos posteriores, el padre Mariana, hablando de los que ocuparon la España, dice así:[2] "Porque estaban persuadidos que no les saldria bien la guerra cuando no ofreciesen sangre humana por el ejército, sacrificaban los prisioneros de guerra al dios Marte, del cual eran principalmente devotos, y acostumbraban tambien ofrecerle las primicias de los despojos, y colgar de los troncos de los árboles las pieles de los que mataban." Si los españoles que escribieron la historia del reino de Méjico no se hubieran olvidado de lo que antes habia sucedido en su península, no se hubieran admirado tanto de los sacrificios de los mejicanos.

El que quisiere mas ejemplos, puede consultar á Eusebio de Cesarea en el lib. 4 de *Preparatione evangelica*, en donde hace un largo detalle de las naciones entre las cuales se han usado aquellos bárbaros sacrificios, pues á nosotros nos basta cuanto hemos dicho para demostrar que los mejicanos no han hecho mas que seguir las huellas de las mas célebres naciones del antiguo continente, y que sus ritos no fueron mas crueles ni mas irracionales. ¿No es por ventura mayor inhumanidad sacrificar los propios vecinos, los propios hijos, y á sí mismo como hacian en la mayor parte aquellas naciones, que los prisioneros de guerra, como se usaba entre los mejicanos? Jamás se vió á los mejicanos sacrificar sus propios nacionales, sino á los que por sus delitos eran reos de muerte, y algunas veces á las mujeres de los señores para que los acompañasen aun en el otro mundo. La respuesta que dió Motezuma á Cortés, el cual le reprendia la crueldad de sus sacrificios, da á conocer que aunque sus sentimientos no eran justos, eran ciertamente menos irracionales que los de otras naciones que habian incurrido en la misma supersticion. Nosotros, dice, tenemos derecho para quitar la vida á nuestros enemigos; podemos matarlos en el calor de la batalla, como vosotros haceis con vuestros enemigos. ¿Pues qué injusticia hay en hacer morir á los reos de muerte en honor de nuestros dioses?

La frecuencia de tales sacrificios no fué ciertamente menor en Egipto, Italia, España y las Galias que en el reino de Méjico. Si en la sola ciudad de Heliópolis se sacrificaban anualmente, segun dice Maneton, mas de mil víctimas humanas á la sola diosa Juno, ¿cuántas serian las que se sacrificaban en las otras ciudades de Egipto á la famosa diosa Isides y á los otros

1 DCLVII Demun anno Urbis en. Corn. Lentulo. P. Licinio Coss. Senatus consultum factum est, ne homo immolaretur. Plinio, Hist. nat., lib. 30, cap. I.

2 Perussia capta in plurimus animadvertit: orare veniant. vel excusare se conantibus una voce occurrens, moriendum esse. Scribunt quidam, trecentos ex deditiis electos utriusque ordinis ad aram D. Julio extructam Idibus Martiis Victimarum more mactatos. Suetonius in Octaviano.

3 Nec Latini quidem hujus immanitates expertes fuerunt: siquidem Latialis Jupiter etiam nume sanguine colitur humano. Lactant., Instit. Divin., lib. 1, cap. XXI.

1 Prodiga gens animae, et properare facillima mortem;
Namque ubi transcendit florentes viribus annos,
Impatiens evi spernit venisse senectam,
Et facti modus in dextra est silius.

2 Historia general de España, lib. 5.

innumerables númenes adorados por aquella nacion tan supersticiosa? ¿Cuánta habrá sido la frecuencia entre los pelasgos, los cuales sacrificaban á sus dioses la décima parte de sus hijos?

¿Qué número de hombres no se consumiria en las hecatombes, ó sacrificios á centenares de los antiguos españoles? ¿Y qué diremos de los galos, los cuales después de haber sacrificado á los prisioneros de guerra y á los malhechores, hacian tambien morir en el sacrificio á los inocentes ciudadanos, como dice César? El número, pues, de los sacrificios mejicanos, ha sido ciertamente exagerado por la mayor parte de los historiadores del reino de Méjico, como hemos dicho en otra parte.

Los humanísimos romanos, los cuales tenian escrúpulo de observar las extrañas del hombre,[1] aunque al cabo de seis siglos y medio después de la fundacion de su famosa metrópoli, prohibieron finalmente sacrificar hombres; sin embargo, permitieron con mucha frecuencia el sacrificio gladiatorio. Quiero llamar así á aquellas bárbaras luchas, las cuales sirviendo á la diversion de aquel pueblo feroz, eran por otra parte prescritas por su religion. A mas de la mucha sangre humana que se derramaba en los juegos del Circo y en los convites, no era ciertamente poca la que se derramaba en los funerales de los ricos, ó combatiendo entre sí los gladiadores, ó haciendo morir algunos prisioneros para aplacar los manes del muerto, y estaban tan persuadidos de la necesidad de la sangre humana para este fin, que cuando por no tener facultades no se podian soportar los gastos de gladiadores ó prisioneros, se pagaban preficas, para que con las uñas se sacasen sangre de las mejillas. ¿Cuántas, pues, serian las víctimas que se hicieron morir por la supersticion de los romanos en tantos funerales, principalmente habiendo habido entre ellos emulacion, pues cada uno procuraba exceder á los otros en el número de gladiadores y prisioneros que debian servir en su pompa fúnebre? Este espíritu sanguinario de los romanos fué el que causó tantos estragos en los pueblos de Europa, Asia y Africa, y el que tambien inundó muchas veces á Roma con la sangre de los propios ciudadanos, especialmente durante las horrendas proscripciones que oscurecieron la gloria de aquella famosa república.

No solo fueron inhumanos los mejicanos con sus prisioneros, sino tambien consigo mismos, por aquellas bárbaras austeridades que hemos dicho en la Historia. Pero el sacarse con las espinas del maguey sangre de la lengua, de los brazos y de las piernas como hacian todos, y agujerarse la lengua con pedazos de cañaveral, como usaban algunos mas austeros, parecerán mortificaciones ligeras al lado de las espantosas é inauditas austeridades ejecutadas por los penitentes de la India oriental y del Japon, que no pueden leerse sin horror. ¿Quién se atreverá á comparar la inhumanidad de los mas famosos *tlamacazqui* de Méjico y de Tlaxcala, con la de los sacerdotes de Belona y de Cibeles?[1] ¿Cuándo se vió que los mejicanos se despedazaran los miembros, se desgarraran con los dientes la carne ó se castrasen en honor de sus dioses, como hacian aquellos sacerdotes en honor de su Cibeles?

Finalmente, los mejicanos, no contentos con sacrificar víctimas humanas, comian tambien su carne. Confieso que en esto fueron mas inhumanos que las otras naciones; pero no han sido tan raros en el antiguo continente, aun entre las naciones cultas, los ejemplares de semejante inhumanidad, que deban por esto contarse los mejicanos entre los pueblos absolutamente bárbaros. "Aquel horrible uso, dice el historiador Solís, de comerse los hombres los unos á los otros, se vió antes en otros bárbaros de nuestro hemisferio, como lo confiesa en sus anales la Galicia." A mas de sus antiguos africanos cuyos descendientes son en parte aun en el dia antropófagos, es cierto que lo fueron igualmente muchas naciones de las que antes eran conocidas con el nombre de *Scitas*, y aun los antiguos pobladores de la Sicilia y del continente de Italia, como dicen Plinio y otros autores. De los indios que vivian en tiempo de Antioco el *Ilustre*, escribe Appion, historiador egipcio (no griego como dice Paw), que sustentaban un prisionero griego para comerlo al cabo de un año. Del famoso Annibal, dice Livio que hizo comer carne humana á sus soldados para animarlos á la guerra. Plinio reprende gravemente á los griegos el uso de comer todas las partes del cuerpo humano para curar diversas enfermedades.[2] ¿Pues qué ex-

1 Adspici humana exta nefas habetur. Plinio, Hist. nat., lib. 28, cap. I.

1 Deae Magne sacerdotes, qui galli vocabantur, virilia sibi amputabant, et furore perciti caput rotabant, cultrisque faciem musculus que totius corporis dissecabant: morcibus eoque se ipsos impetebant. *August.*, *de Civit. Dei. lib. II. cap.* 7.

Ille virilia sibi partes amputat, ille lacertos secat. Ub iratos Deos timent, qui sic propitios merentur?.... Tantus est perturbatae mentis et sedibus suis pulsae, furor, est sic dii placentur, quemadmodum ne homines quidem seviunt teterrimi, et in fabulas traditi crudelitatis Tyrasmi laceraverunt aliquorum membra: neminem sua lacerare jusderunt. In regiae libidinis voluptatem castrati sunt quidam; sed nemo sibi, ne vir esset jubente domino manus intulit. Se ipsis in templis contrucidunt, vulneribus suis, de sanguini supplicant. Si cui intueri vacet que faciunt, queque patiuntur, inveniet tam, indecora honestis, tam indigna liberis, tam dissimilia sanis, ut nemo fuerit dubitaturus furore eos, si cum paucioribus furerent; nunc sanitatis patrocinium insanientium turba est. *Seneca, libro de supertit.*

2 Quis invenit singula membra humana manderae?

traño es que los mejicanos hiciesen por máxima de religion lo que los griegos usaban por medicina? Pero no pretendo hacer la apología de los mejicanos en este punto Su religion en lo que respecta á la antropofagía, fué sin duda mas bárbara que las de los romanos, egipcios y las otras naciones cultas; pero por lo demas, no puede dudarse, atendido lo que hemos dicho, que fué menos supersticiosa, menos ridícula y menos indecente.

Qua conjetura inductus? Quam potest medicina ista originem habuisse? Quis beneficia innocentiora fecit, quam remedia? Esto barbarie exberniquo ritus invenerint; etiamne Greci suas fecere has artes? etc. Plin., Hist. nat., libro XXVIII, cap. 1.



DISERTACION IX.

SOBRE EL ORIGEN DEL MAL FRANCES.

En la presente disertacion no tenemos que disputar solamente con Paw, sino con casi todos los europeos, los cuales están ya generalmente persuadidos de que el mal francés tuvo origen en la América, pues habiéndose echado mutuamente la culpa algunas naciones de Europa por mas de treinta años, sobre el orígen de una enfermedad tan vergonzosa, al fin se convinieron en culpar al Nuevo Mundo. Deberiamos sin duda ser tratados de temerarios, queriendo combatir una opinion tan universal, si los argumentos que vamos á oponer contra ella y el ejemplo de dos modernos europeos no hicieran excusable nuestro atrevimiento.[1] Como entre los que sostienen la opinion comun, el principal, el mas célebre y el que ha escrito mas copiosa y eruditamente es Astruc, docto médico francés, este será el que principalmente impugnaremos, sirviéndonos para ello en gran parte de los mismos materiales que él nos suministra en su obra.[1]

1 Estos dos autores son Guillermo Becket, cirujano de Londres, y Antonio Rivero Sanchez. Becket escribió tres disertaciones, las cuales se insertaron en los tomos 30 y 31 de las *Transaciones filosóficas*, para probar que el mal francés era ya conocido en Inglaterra desde el siglo XIV. Rivero escribió una disertacion, la cual se imprimió en Paris en 1765, con este título: *Disertacion sobre el origen del mal venéreo, en la cual se prueba que no ha sido llevado de la América.* Habiendo nosotros leido el título de esta disertacion en el catálogo de los libros y manuscritos españoles, añadido al tomo IV de la Historia de América del doctor Robertson, la hemos buscado aquí, en Roma, Génova y Venecia y no la hemos podido encontrar, ni sabemos si el autor es español ó portugués, como parece por los apellidos, ó tal vez nacido en Francia de padres españoles.

§ I.

OPINIONES DE LOS MÉDICOS ANTIGUOS SOBRE EL ORÍGEN DEL MAL FRANCÉS.

En los primeros treinta años después que comenzó á padecerse en Italia el mal francés, no hubo ni un autor que atribuyese su orígen á la América, como luego diremos. Todos los autores que escribieron antes de 1525 y algunos tambien de los que escribieron después, lo atribuyeron á diversas causas, cuya noticia causará á los lectores compasion y placer.

Algunos de los primeros médicos que entonces vivian, como Corradino, Gillini y Gaspar Torella, se persuadieron, conforme a las ideas de aquel tiempo, que el mal francés habia sido causado por la gran conjuncion del sol con Júpiter, Saturno y Mercurio en el signo de libra acaecida el año de 1483.

Otros, siguiendo al célebre Nicolás Leoniceno,[2] lo atribuyeron á las abundantísimas lluvias

1 *De morbis veneris*, vol. 2. Me he valido de la edicion de Venecia.

2 Igitaque dicimus, malum hoc, quod morbum gallicum valgo appellant inter epidemias debere connumerari.... Illud satis constat, eo anno magnam aquarum per universam Italiam fuisse exuberantiam.... aestivam autem ad illam venisse intemperiem, calidam scilicet, et humidam etc. Opusc. de Morbo gallico.

y á las inundaciones que hubo en Italia aquel año en que comenzó el contagio.

Juan Manardi, docto profesor de la Universidad de Vergara, atribuye el orígen de este mal al comercio impuro de un caballero valenciano infestado de la lepra, con una ramera, y Paracelso, al comercio de un leproso francés con una prostituta. Antonio Musa Brasavola, docto ferrarés, afirma que el mal francés tuvo principio de una ramera que estaba en el ejército de los franceses en Napoles, la cual tenia un absceso en la boca del útero.

Gabriel Falliopio, célebre médico modonés, afirma que los españoles siendo pocos en la guerra de Nápoles y los franceses infinitos, envenenaron una noche la agua de los pozos, de la cual debian beber sus enemigos, y que de aquí tuvo orígen el contagio.

Andrés Cesalpino, médico de Clemente VIII, dice haber sabido por los que intervinieron en la guerra de Nápoles, que cuando estaba sitiada por los franceses, Somma, lugar en el Vesubio, en donde hay una grande abundancia de excelente vino griego, los españoles se escaparon secretamente una noche, dejando una gran cantidad de aquel vino mezclado con sangre de los enfermos de San Lázaro, y que entrando inmediatamente los franceses, bebieron de él y luego comenzaron á sentir los efectos del mal venéreo.

Leonardo Fiorabanti, docto médico boloñés, dice en su obra intitulada *Caprichos medicinales*, haber sabido por el hijo de uno que habia sido vivandero del ejército de Alfonso, rey de Nápoles, hácia el año de 1456, que llegando á faltar los víveres por la duracion de la guerra, así en el ejército de aquel rey como en el de los franceses, los vivanderos ministraban á unos y otros carne humana guisada, y que de esto tomó orígen el mal francés. El célebre canciller Bacon de Verulamio añade[1] que la carne que se les ministró era de hombres muertos en Berbería, la cual adobaban como el atun.

Como ninguno supo ni pudo saber quién fué en Europa el primero que padeció aquel gran mal, así tampoco se puede saber la causa; pero veamos lo que pudo suceder.

§ II.

EL MAL FRANCÉS PUDO COMUNICARSE Á LA EUROPA DE OTROS PAÍSES DEL ANTIGUO CONTINENTE.

Para demostrar que el mal francés pudo comunicarse por medio de contagio á la Europa de otros países del mismo continente, es necesario y basta probar que el referido mal se padeció antes en algunos de aquellos países y que estos tenian comercio con la Europa antes de que se descubriese el Nuevo Mundo. Uno y otro se demostrará aquí plenamente.

Vatablo, el padre Pineda, el padre Calmet y otros autores, sostuvieron que entre las enfermedades con que fué afligido el santo Job, fué una la del mal francés. Esta opinion es tan antigua, que luego que se dejó ver aquel mal en Italia, le llamaron algunos el *mal de Job*, como testifica Bautista Hulgosio, autor que vivia entonces.[1] El padre Calmet se esfuerza[2] en probar su dictámen con una grande erudicion; pero como nada sabemos de la enfermedad de Job, á excepcion de lo que se dice en el sagrado libro, el cual puede fácilmente entenderse de otras enfermedades conocidas ó de alguna enteramente incógnita para nosotros, no se debe hacer aprecio de esta opinion.

Andrés Tevet, geógrafo francés,[3] y otros autores, afirman que el mal francés era endémico en las provincias interiores de la Africa situadas a una y otra ribera del Cenegal.

Andrés Cleyer, protomédico de la colnoia holandesa de la isla de Java, dice[4] que el mal venéreo era propio y natural de aquella isla, y tan comun como la fiebre cotidiana. Lo mismo afirma el Thuano.[5]

Santiago Bonzio, médico de los holandeses en la India oriental, testifica[6] que aquel mal era endémico en Amboino y las Molucas, y que para contraerlo no era necesario ningun previo comercio carnal. Esto viene en parte confirmado por la relacion de los compañeros de Magallanes, los primeros que hicieron el giro del mundo en el famoso navío La Victoria, los cuales testifican, segun dice el cronista Herrera,[7] haber encontrado en Timor, isla del archipiélago Moluco, un gran número de isleños infestados del mal francés, el cual no fué ciertamente llevado allí ni por americanos ni por europeos contagiados antes.

El padre Fonrean, jesuíta francés, docto, exacto y práctico en las cosas de la China, preguntado por Astruc[8] si los médicos de aquella reputaban al mal venéreo originario de su país ó llevado de otra parte, respondió que los médicos chinos consultados por él eran de sentir que el tal mal se padecia en aquel imperio desde la mas re-

1 Silva Silvarum centur. 1, art. 26.

1 En la obra titulada: *Dicta, factaque memorabilia*, lib. 1, cap. 4.

2 Dissertatio in morbu Jobi.

3 Cosmografía universal, lib. 1, cap. 11.

4 Epístola ad christianum Mentzelilum.

5 Historia sui temporis, cap. 71.

6 In methodo medendi, *qua in Indiis Orientalibus oportet uti in cura morborum illic Vulgo, ac populariter grassantium.*

7 Déc. III, lib. IV, cap. 1.

8 Dissert. De origine morborum venereorum inter sinas, ad calc. tom. 1.

mota antigüedad, y que en efecto, los libros de medicina escritos en caracteres chinos, que ellos reputaban antiguos, nada decian sobre el principio de aquella enfermedad, antes bien hacian mencion de ella como de un mal antiquísimo, aun en aquel tiempo en que se escribieron los referidos libros; que por tanto, no era cierto ni aun verosímil que el tal mal hubiese sido llevado allí de otros países.

Finalmente, el mismo Astruc[1] que á su parecer despues de haber examinado y pesado los testimonios de los autores, el mal venéreo no era propio solamente de la isla Haití ó Española, sino comun aun á muchas regiones del antiguo continente y tal vez á todos los países equinocciales del mundo, en los cuales reinaba desde la antigüedad. Esta ingenua confesion de un hombre tan instruido en la materia, y por otra parte tan empeñado contra la América, á mas de los testimonios referidos, vale mucho para demostrar que aunque supongamos el mal francés antiguamente existente en el Nuevo Mundo, nada por esta razon puede alegarse en esta materia por los europeos contra la América, que no pueda decirse por los americanos contra algunos países del mundo antiguo, y que si estaba corrompida, como quiere Paw, la sangre de los americanos, no era mas sana la de tantos asiáticos y africanos.

Astruc añade que de aquellos países de la Asia y Africa en los cuales era endémico el mal francés, podria este ciertamente haberse comunicado por el comercio á los pueblos vecinos, pero no á los europeos, porque por haberse creido inhabitable é inaccesible la zona tórrida, no habia ningun comercio entre aquellos países y la Europa. ¿Pero á quién no es conocido aquel gran comercio que tuvo por tantos siglos el Egipto por una parte con los países equinocciales de la Asia, y por otra con la Italia? ¿pues por qué no habrán podido los negociantes asiáticos llevar de la India juntamente con las drogas el mal venéreo á Egipto, y de aquí llevarlo á Italia los venecianos, genoveses y pisanos, los cuales tenian hacia mucho tiempo un continuo comercio con la ciudad de Alejandría, como otros europeos á Italia, de la Soria la lepra y de la Arabia la viruela? A mas de esto, entre los muchos europeos que desde el siglo XII en adelante emprendieron el viaje á los países meridionales de la Asia, como Benjamin de Tudela, Carpini, Márcos Polo y Mandeville, entre los cuales algunos, como Márcos Polo, se adelantaron hasta la China, ¿no pudo alguno de ellos llevar á su regreso á Europa el contagio, cogido en los países asiáticos? Aquí no discurrimos de lo que en efecto sucedió, sino solamente de lo que podria suceder.

No solo de la Asia, sino aun de la Africa, pudo pasar á Europa el mal francés antes de que se descubriese la América, pues los portugueses, treinta años antes de la gloriosa expedicion de Colon, habian descubierto ya una gran parte de los países equinocciales de la Africa y habian entablado en ellos el comercio. ¿Pues no pudo alguna portuguesa contagiada allí del mal francés, contagiar después á sus nacionales y en seguida á otras naciones de Europa, como tal vez sucedió así, segun lo que después diremos? Vea, pues, Astruc de cuántas maneras pudo comunicarse el mal francés á la Europa sin intervencion de la América, sin embargo de que los antiguos creyesen inaccesible la zona tórrida.

§ III.

EL MAL FRANCÉS PUDO VENIR Á EUROPA SIN CONTAGIO.

Antes de tratar este asunto, es necesario decir una palabra sobre la naturaleza y causa física de dicha enfermedad. El mal francés es, segun los médicos, una especie de caquexia, en la cual la limpha, y principalmente la parte cerosa de ella, adquiere una singular crasitud y acrimonia. El veneno venéreo, dice Astruc,[1] es de naturaleza salada ó mas bien ácido-salada, corrosiva y jifa. El causa el condensamiento y acrimonia de la limpha, y de aquí nacen las inflamaciones, las berrugas, las úlceras, las erupciones, los dolores y todos los demás horrendos síntomas conocidos á los médicos.

Este venéreo comunicado á un hombre sano, no debe considerarse, dice el referido autor, como un nuevo humor añadido á los humores naturales, sino mas bien como una mera *dyscracia* ó viciosa cualidad de los humores naturales, los cuales degenerando de su natural estado, se convierten en ácidos salados.

Pues casi todos los médicos están persuadidos que este mal no pudo provenir de otro modo que por vía de contagio comunicado por el licor seminal, ó por la leche, ó por la saliva, ó por el sudor, por contacto de las úlceras venéreas, etc. Pero yo con licencia de estos señores sostengo que el mal francés puede absolutamente engendrarse en el hombre sin ningun contagio ó comunicacion con los contagiados, porque puede absolutamente engendrarse del mismo modo que se engendró en el primer hombre que lo padeció, pues este no lo tuvo por contagio, porque entonces no hubiera sido el primero en padecerlo, sino de otra causa muy diversa; luego por semejante causa, cualquiera que fuese, podria producirse aquella misma caquexia sin contagio en otros individuos de la especie humana. Esto es cierto, dice Astruc, en la América ó en otro país semejante; pero no en Europa. ¿Y por qué la Europa es tan privilegiada? Porque no concurren allí, responde

1 De morbis venereis, lib. 1, cap. 11.

1 De morbis venereis, lib. 2, cap. 2.

el referido autor, las causas que desde el principio pudieron causar aquel mal en América. ¿Y cuáles son estas causas? Examinémoslas.

En primer lugar, dice Astruc,[1] no debe contarse entre tales causas el aire, el cual aunque pudo causar otras enfermedades en la isla Española, pero no el mal venéreo, porque los europeos, los cuales mas ha de doscientos años habitan en aquella isla, jamás han contraido aquel mal sino por via de contagio; pues el aire no es actualmente distinto del que habia ahora trescientos años, y caso de que actualmente fuera distinto, no lo era á lo menos en el principio del siglo XV. No debe pues hacerse aprecio del aire cuando se trata de descubrir el primer orígen del mal venéreo. Sin embargo, el mismo Astruc, después de haber excluido el aire del número de las causas del mal francés, ocurre á él contradiciéndose abiertamente, como después veremos.

Dos son las causas, expone Astruc; los alimentos y el calor. En cuanto á los alimentos, dice, los habitantes de la Española cuando les faltaba el maíz, el cazabe, etc., comian arañas, gusanos, murciélagos y semejantes animaluchos. En órden al calor, afirma que las mujeres en los países calientes suelen ser molestadas de menstruos muy acres y casi virulentos, principalmente si usan de alimentos mal sanos. Esto supuesto, discurre así el celebrado autor: "Multis ergo, et " gravissimis morbis indigenæ insulæ Haiti affici " olim debuerunt, ubi nemo á mestruati mulieri- " bus se continebat: ubi viri libidine impotentes " in venerem obviam belluarunt ritu agebantur: " ubi mulieres, quæ impudentissime erant, viros " promisene admittebant, ut testatur Gonzalez " de Oviedo Hist. Indiar. lib. 5, cap. 13, immo " et eosdem et plures impudentius provocabant " mestruationes tempore cum tunc incalescente " utero libidine magis insanirent pecudum mo- " re. ¿Quid igitur mirum varia, heterogenea, " acria multorum virorum semina una confusa, " cum acerrimo, et virulento menstruo sanguine " mixta extra uterum estuantem, et olidum spur- " cisimarum mulierum cocreita, mora, heteroge- " neitate, calore loci brevi computuisse, ac prima " morbi venerei seminia constituisse, que in alios, " si qui forte continentiores erant, dimanavere?"

He aquí todo el discurso de Astruc sobre el primer orígen del mal venéreo, lleno de piés á cabeza de falsedad, como demostraremos después; pero suponiendo por ahora que todo fuese cierto, afirmo que lo mismo que segun dice él sucedió á la Española, pudo igualmente suceder en Europa; porque así como los americanos faltándoles el maíz y otros víveres usuales, comen arañas, gusanos, etc., así los europeos faltándoles el trigo y otros alimentos buenos, se han visto algunas veces comer ratas, lagartijas y otros semejantes animaluchos, los escrementos de algunos animales, y aun pan hecho de harina de huesos humanos, causándoles gravísima enfermedad.

Basta recordar las horrendas hambres padecidas antes en Europa, causadas parte por el tiempo y parte por la guerra. En Europa, pues, siempre ha habido hombres que á manera de bestias se han dejado llevar por una desenfrenada lascivia á los mas execrables excesos. Siempre ha habido en ella mujeres descaradas y puerquísimas, y se podria afirmar de ellas lo que dice Plauto: *Plus scortorum ibi est, quam muscarum tum, cum caletur ninjume.* Por lo demás, jamás han faltado en ella ni fluidos seminales muy acres, ni úteros ardientes, ni menstruos virulentos. Pudieron, pues, tales causas producir en Europa el mal francés, como lo produjeron en América segun el dicho de Astruc.

"No, responde este autor, no es así; porque siendo el aire mas templado en Europa (he aquí el recurso al aire, después de haberlo excluido del número de las causas del mal francés) *non adest eadem in virorum semine acrimonia, eadem in mestruo sanguine virulentia, idem in utero mulierum fervor cuales in insula Haiti fuisse probatum est:* (las pruebas de Astruc no son otras que las expuestas arriba) por lo que, añade, no podian jamás producirse allí aquellos síntomas por el concurso simultáneo de las causas. Y para decirlo en pocas palabras, se debe juzgar de las enfermedades y de sus causas como de la generacion de los animales y de las plantas. Pues así como en Europa no engendran los leones ni se propagan los monos, ni los papagallos fabrican nidos, ni muchas plantas indianas ó americanas se dan en Europa, por mas que se siembren en ella, así ni el mal francés pudo jamás producirse en Europa por aquellas causas por las cuales, segun lo que hemos dicho, fué antes producido en la Española, porque cada clima tiene su particular propiedad, y aquellas cosas que en un clima se dan por sí mismas, en otro no pueden producirse por ningun arte, porque como dice el poeta: "*Non omnis fert omnia tellus.*"

Yo quiero conceder muchas cosas al señor Astruc, que ningun otro le concederia ciertamente. Yo le concedo que jamás haya habido en Europa aquel abuso de las mujeres estando en el menstruo, ni aquella acrimonia, ni aquella virulencia en los fluidos del cuerpo humano, ni aquel fervor en el útero que él supone en la isla Española, sin embargo de que por los libros de medicina publicados de dos mil años acá, conste todo lo contrario. Yo le concedo que jamás se hayan visto

1 Videtur quidem é numero causarum expungendus aer, qui in Hispaniola morbus alios forsan inferre potuit, at vero luem veneream minime. Utique constat, europeos, qui eam insulam jam á 200 annis (immo pene 300) incolunt, luem veneream ibidem nunquam contraxise nisi contagione. Europei tamen aerem ibidem ducunt et eumdem, quem olim ducebant indigine, et dubio procul eodam modo temperatum et constitutum. Astruc, de morbis venereis, lib. 1, cap. 12.

en ella ejemplares de la mas desenfrenada lascivia, porque á él le parece mucho confesar semejantes ejemplares en Europa,[1] y le concedo á mas de esto, que todas las mujeres y los hombres de la Europa hayan sido sanísimos y castísimos. Todo esto le concedo aunque esté contradecido por la historia y por la comun opinion de los mismos europeos.

Con todo esto, afirmo que el mal francés pudo absolutamente engendrarse en Europa sin contagio, porque todos aquellos desórdenes que Astruc supone en la isla Española, los pudo haber tambien en Europa, aunque en realidad no los haya habido allí jamás. Aquellas mujeres castísimas podian, inducidas de las depravadas pasiones que son comunes á todos los hijos de Adan, hacerse tan incontinentes y descaradas como aquel autor cree que fueron las americanas de la Española. Aquellos hombres tan sanos podian alimentarse de comidas tan nocivas como eran las de los haitianos. El esperma humano, el cual es por sí mismo muy acre, como dice el mismo Astruc, pudo por razon de alimentos mal sanos hacerse mas y mas acre hasta adquirir aquel grado de acrimonia que se requiere para el mal venéreo. Los monstruos podian hacerse virulentos ó por la previa supresion de ellos ó por la plétora, ó por otras muchas causas morbosas, tanto en los flúidos como en los vasos. El útero pues podia adquirir un ardor excesivo con la sangre encendida por los licores fuertes, ó con los alimentos demasiado calientes. No creo que haya ningun médico que contradiga á estas verdades; y pues Astruc confiesa que el veneno venéreo no es un nuevo humor añadido á los naturales, sino una mera depravacion de estos mismos, ¿por qué aquellas causas que produjeron, segun dice él, esta depravacion en la Española, no habrán podido producirla tambien en Europa? Porque en Europa, dice él, el aire es mas templado.

Este es el único subterfugio que le queda á Astruc; pero nada le favorece, porque lo cierto es que en muchos países de Europa, como en Italia, y particularmente en la parte mas meridional de ella, el aire es mas caliente en el estío que en la Española, y no hay por otra parte razon para creer que sea necesario el calor de todo el año y no baste el de algunos meses para causar la depravacion de los humores. ¿Pero quién ha pensado jamás que sea necesario el calor externo del aire para causarse aquella extraordinaria acrimonia y virulencia en los humores? El escorbuto es una caquexia muy semejante á la del mal venéreo, pero mas terrible, la cual lleva consigo una estupenda acrimonia y corrupcion en la sangre; pues esta suerte de enfermedad se produce tanto en las regiones calientes como en los países y mares setentrionales, y mas frecuentemente se causa viajando en las zonas templadas ó frias, que en la tórrida; luego no es necesario el aire caliente para que se engendre una estupenda acrimonia y corrupcion en los humores.

Finalmente, Astruc quiere que se juzgue de las enfermedades y de sus causas como de la generacion de los animales, y afirma que así como los leones no engendran en Europa, ni los monos se propagan, así tampoco se puede producir en ella el mal francés por aquellas causas que lo produjeron en la Española. ¿Pero qué diria Astruc si viese á los leones hacerse mas fuertes en Europa y los monos propagarse allí mucho mas que en Africa? Diria sin duda, ó á lo menos deberia decir, que el clima de la Europa era mas apto y mas oportuno que el de la Africa para la generacion de estos animales, pues el mal francés se ha hecho mas fuerte en Europa que en Africa, como lo confiesa Astruc y aun Paw[1] y Oviedo,[2] esto es, aquel autor que puede decirse el inventor de aquel mal en América, y á mas de esto se ha propagado mucho mas en Europa que en América, como lo conocen todos los que han estado en estas dos partes del mundo ó se han informado bien de ellos: luego segun los principios de Astruc, el clima de Europa es mas apto y conducente que el de América á la generacion del mal francés.

Hasta ahora hemos hablado en la suposicion de que fuera cierto lo que refiere Astruc en su discurso; pero á mas de algunos errores en materia de física, sobre los cuales no conviene discurrir, hay tambien en él hechos arbitrariamente supuestos y contrarios á la verdad. El supone: 1º, que los indios de la Española se alimentaban de gusanos, arañas, etc.; pero esto tal vez sucedió algunos años después del descubrimiento de aquella isla, cuando los americanos, huyendo del furor de los conquistadores europeos, andaban errantes por los bosques, y faltándoles el maíz y el cazabe, porque no los habian sembrado en odio de sus enemigos, como testifica Pedro Mártir de Angheria,[3] comian lo que encontraban; pero ningun autor antiguo afirma que ellos usasen de tales alimentos antes de que llegasen allí los españoles, y para demostrar que los referidos alimentos tuvieron algun influjo en el mal francés, necesitaria probar que el uso de ellos fué á lo menos tan antiguo en aquella isla, como lo era la tal enfermedad á juicio de Astruc, lo que él no ha hecho ni podia hacer: 2º, él afirma que en la isla Española *nemo se a mestruatis mulieribus continebat;* pero yo querria que para confirmar esto hubiese alegado el testimonio de algun autor, pues yo no encuentro quien lo diga, antes

1 Sed esto: demus in Europa venerem eque impuram, atque in Hispaniola exerceri; neque enim contra pugnare placet, quamquam ea tamen nimia videantur. Astruc, de morbis venereis, lib. 1, cap. 12.

1 Recherch. philosoph., part. 1.
2 Historia general de las Indias, lib. 10, cap. 2.
3 Sumario de la Historia de las Indias occidentales.

bien veo que entre las cosas singulares notadas por los escritores europeos en los americanos, aun en las tribus bárbaras, es la de no usar de las mujeres durante su periódica evacuacion. Paw, aquel enemigo capital de todo el Nuevo Mundo y aquel gran investigador de las inmundicias americanas, dice así en la primera parte de sus Investigaciones: "Habia una ley en todos los pue-" blos salvajes del Nuevo Mundo, de no llegar á" las mujeres en el tiempo de sus reglas, ó por-" que el contacto del flujo lo creyeran pernicio-" so, ó porque el solo instinto les enseñase este" miramiento:" 3º, Astruc representa á los hombres y mujeres de la Española demasiadamente inflamados y agitados de una violenta y rabiosa lascivia; el conde de Buffon y Paw[1] representan, por el contrario, á todos los americanos frigidísimos é insensibles á los estímulos del amor. ¿Qué quiere decir semejante contradiccion, sino que estos autores sistemáticos pintan á los americanos con los colores que les tiene cuenta? Cuando quieren ponderar la apatía ó insensibilidad de aquellos hombres, dicen que son frigidísimos; pero cuando pretenden desacreditar sus costumbres ó culparlos del mal francés, entonces afirman que son excesivamente libidinosos. Astruc alega el testimonio de Gonzalo de Oviedo, en el libro V, cap. 3 de su Historia, para convencer que las mujeres haitianas eran muy descaradas y que indistintamente se prostituian á todos los hombres; pero á mas de que el testimonio de este autor contra los americanos vale lo mismo que nada, como demostraremos después, él no dice lo que quiere hacer creer Astruc. He aquí el citado lugar, dice Oviedo: *Las mujeres de esta isla eran continentes con sus hombres; pero á los cristianos se prestaban gustosas.* He aquí lo que dice Herrera:[2] *Las mujeres eran continentes con los de su nacion y deshonestas con los castellanos.* Si ellas eran continentes con sus nacionales, su incontinencia no podia causar el gálico antes de que los españoles abordasen. Si eran deshonestas solamente con los cristianos, debe creerse que eran impelidas á tales desórdenes mas bien por las importunaciones ó el temor de sus conquistadores, que por su propia liviandad. Finalmente, cuanto afirma el señor Astruc en órden á la acrimonia del humor espermático, á la virulencia de la sangre menstrual, á la disolucion de las americanas y á su furor uterino, es un discurso al aire y sin fundamento alguno en la historia.

Antes de terminar este artículo, no puedo menos que hacer mencion de la opinion no menos sucia que extravagante del doctor Juan Linder, inglés, sobre la causa del gálico, para que se vea hasta dónde ha llegado el empeño de desacreditar á los americanos en esta materia. Afirma, pues, que este mal tuvo orígen de la union carnal de los americanos con los satiros ó cercopitecos grandes;[1] mas por fortuna de los indianos de la isla Española, no habia en ella ni en alguna otra de aquellas islas, cercopitecos grandes ni chicos.

1 Véase lo que dicen en órden á la frialdad de los americanos el conde de Buffon en varios lugares de su Historia natural, y el señor de Paw en la parte primera de su Investigacion.

2 Déc. I, lib. III, cap. 4.

1 Originem duxit á sodomia homines inter et cercopitecos magnos, sive reterum satyros alicuandos ejercita. *Ejercitat* de veneris, cap. I, et 10. Quo commento, *dice el señor Astruc*, ut nihil vanius et absurdius, sic nihil putidius confingi potuit.

§ IV.

EL GÁLICO NO VIENE DE AMÉRICA.

Hemos asentado antes que en los primeros treinta años después del descubrimiento de la América, ninguno atribuye el orígen del gálico á aquel Nuevo Mundo. Yo al menos, después de haber consultado muchísimos autores, así médicos como historiadores, que escribieron en aquellos primeros tiempos sobre este mal y su orígen, no he hallado uno que fuese de tal opinion, ni el señor Astruc pudo hallar quien patrocinase la suya, sin embargo de haberlo buscado entre todos los escritores italianos, franceses, ingleses, españoles y alemanes. El primero á quien ocurrió el pensamiento de culpar á la América del gálico, fué Gonzalo Hernandez de Oviedo, que en el sumario de la Historia de las Indias occidentales presentado á Cárlos V en 1525, afirmó que los españoles contagiados en la isla Española restituidos después á España con el almirante Colon, y de allí trasladados á Italia con el gran capitan, pegaron este mal á las napolitanas, y estas á los franceses, etc. Como este autor era literato y vivió algunos años en América ejerciendo un honroso empleo, su autoridad trajo tras sí á casi todos los escritores, pues por una parte lo creian bien informado y por otra era útil á todos que él fuese creido, para libertar cada uno á su país de la imputacion de un mal tan vergonzoso. Mas antes de examinar su informe, es necesario dar á conocer á este escritor, cuya autoridad ha sido el principal, ó por mejor decir, el único apoyo de la opinion comun.

El ilustrísimo Casas, que vivió en América al mismo tiempo que Oviedo y le conocia bastante bien, en la impugnacion del doctor Sepúlveda, que alegaba la autoridad de Oviedo contra los indianos, dice así: "Lo que mas perjudica á la" persona del reverendo doctor para con los pru-" dentes y timoratos que tienen noticia ocular" de las Indias, es el alegar, como él lo hace, cual" autor irrefragable á Oviedo en su falsísima y

" execrable Historia, habiendo sido uno de los ti-
" ranos ladrones y destructores de las Indias, co-
" mo él mismo confiesa en el prefacio de la pri-
" mera parte, y en el lib. 6, cap. 8, y por tanto
" enemigo capital de los indios. Juzguen los sa-
" bios si tal escritor será un testigo idóneo con-
" tra los indios. Pues aunque el doctor lo lla-
" ma grave y diligente cronista porque lo halló
" á propósito para su intento, mas es cierto que
" aquella Historia tiene pocas mas hojas que men-
" tiras, como hemos probado largamente en la
" apología y otros escritos." En efecto, el cronista Herrera, hombre juicioso é imparcial, dice que el señor Casas tuvo razon de quejarse de Oviedo y que este no fué exacto en algunas noticias. El, por otra parte, promueve algunas opiniones extravagantes llevado del espíritu de adulacion ó de vanidad. Basta leer el libro segundo de su Historia, en el que á mas de decir que los troyanos descendian de los españoles, afirma que las islas Antillas son las Hespérides de los antiguos, y que se llamaron así de Hespero, rey XII de España, que fué señor de ellas en 1658 antes de la era cristiana. "De esta manera, aña-
" de, con derecho tan antiguo y por el camino
" dicho volvió este señorío á la España, al cabo
" de tantos siglos; y como cosa suya, parece que
" habia querido la divina justicia restituírsela
" para que la posea por la fortuna de los dos fe-
" lices y católicos reyes don Fernando y doña
" Isabel."[1] Tal es el autor de la opinion comun; examinemos ahora su informe.

El habla con alguna variedad en el Sumario de la Historia y en la Historia misma; pero como que esta es su obra principal, la mas extensa, publicada algunos años después que el Sumario y trabajada con mayor estudio, debemos estar mas bien á lo que dice en ella, cualquiera que sea la variedad. Dice, pues, en el lib. 2, cap. XIV de la Historia general de las Indias, que los españoles restituidos con Colon á España en 1496 de su segundo viaje á América, llevaron allí de la isla Española el gálico juntamente con las muestras del oro de las famosas minas de Cibao, y que algunos de ellos ya contagiados que pasaron á Italia con el gran capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba, comunicaron el contagio por medio de las italianas á los franceses que habian venido con el rey Cárlos VIII á apoderarse del reino de Nápoles. Mas esta relacion es enteramente insubsistente y llena de anacronismos, pues Colon volvió á España de su segundo viaje el dia 3 de junio de 1496, y sabemos por infinitos testigos oculares que la Europa estaba ya inficionada del gálico, al menos desde fin de 1495; con que tal infeccion no pudo provenir de aquellos españoles que entonces volvieron con Colon. Para demostrar, pues, con la mayor evidencia histórica que los franceses que estaban en Nápoles con el rey Cárlos VIII no pudieron ser contagiados por las tropas españolas que vinieron con el gran capitan á Italia, basta exponer sencillamente las fechas como las hallamos en Guicciardini, Mariana, Mezeray y otros historiadores italianos, españoles y franceses. El rey Cárlos VIII marchó con su ejército á Italia en agosto de 1494; llegó á Asti, ciudad sobre el Tanaro, á 9 de setiembre; entró en Roma á 31 de diciembre y en Nápoles á 22 de febrero de 1495. En esta ciudad no permaneció mas de tres meses, porque sabedor de la gran confederacion hecha contra él, se apresuró á volver á Francia. Salió de Nápoles á 20 de mayo, como lo atestiguan Guicciardini, Bembo, Mariana y otros, y habiendo ganado á 6 de julio la famosa batalla de Fornobo contra los venecianos, se retiró precipitadamente á su corte, llevando á su ejército contagiado del mal venéreo, como testifican todos los historiadores de aquellos tiempos. El gran capitan, detenido en Mallorca y Cerdeña por vientos contrarios, no pudo arribar con su armada á Mesina antes del 24 de mayo de 1495, es decir, cuatro dias después que el rey Cárlos habia salido de Nápoles con su ejército contagiado: con que este no lo fué ni pudo serlo por las tropas españolas, si no es que se quiera que los mismos vientos contrarios que impedian á la armada del gran capitan acercarse á Italia, llevasen á ella el contagio. Yo me maravillo de que los autores de la opinion comun no advirtiesen un anacronismo tan manifiesto. Alguno podria decir que aquel contagio no fué llevado por las tropas del gran capitan, sino por otras españolas venidas antes á Italia; pero además de que tanto Oviedo, inventor de la opinion comun, como los demás escritores que le siguen, atribuyen generalmente el contagio de Nápoles á las tropas del gran capitan, yo no he podido hallar, después de haber hecho diligentes investigaciones, que desde el descubrimiento de la América hasta el arribo del gran capitan hubiesen venido otras tropas españolas al continente de la Italia; antes aparece todo lo contrario de la relacion de Mariana: no fueron, pues, las tropas españolas las que causaron el contagio de Nápoles.

Por lo que hemos dicho arriba, no se debe pensar que el gálico fuese anterior solamente algunos dias en Italia al arribo de las tropas españolas, pues sabemos por la deposicion de los médicos mas experimentados de aquel tiempo, que el gálico comenzó allí algunos meses antes de que abordase la armada española. Gaspar Torella, valenciano, médico del papa Alejandro VI, entonces reinante,[1] Wendelino Hoock, docto ale-

1 El docto don Fernando Colon en el cap. 9 de su Historia, echa en cara á Oviedo la extravagancia de sus opiniones ó infidelidad de sus citas

1 Gallis manu forti Italiam ingredientibus, et maxime regno Parthenopeo occupato. et ibi commorantibus, hic morbus detectus fuit. Tract. de Dolore in Pudendagra in

man y profesor en medicina en aquellos tiempos de esta universidad de Bolonia,[1] Jacobo Cattaneo de Lagomarsini, docto médico genovés,[2] Juan de Vigo, genovés, médico y cirujano del papa Julio II;[3] estos cuatro autores, á mas de otros bastante respetables por doctos y muy inteligentes en las enfermedades y porque fueron testigos oculares, testifican que el gálico comenzó á sentirse en Italia hácia el año de 1494. Y por otra parte, no es de maravillar que haya alguna variedad entre los autores en órden al principio de aquel mal, pues que por algunos fué observado mas antes que por otros, á causa de no haberse sentido al mismo tiempo en todos los Estados de aquella península.

Mas podria decirse todavía, que aunque Oviedo se haya equivocado en la Historia afirmando que los primeros que llevaron el gálico á España fueron los que volvieron allí con Colon en 1496, no así en el Sumario de la misma Historia, publicado algunos años antes, en el cual da á entender claramente que tambien entre aquellos que volvieron con el mismo Colon á España, vinieron algunos contagiados; pero tampoco esto es verdadero ni verosímil. Consta de las cartas del mismo Cristóbal Colon, citadas por su hijo D. Fernando, que él saltó en tierra la primera vez en la isla Española el 24 de diciembre de 1492; porque se le rompió en un banco de arena una carabela de su miserable armada; que todos aquellos dias que estuvo allí desde 24 de diciembre hasta el 4 de enero, los empleó su poca gente en sacar del banco la madera de la carabela para hacer una pequeña fortaleza, en la cual habiendo dejado cuarenta hombres, se embarcó aquel mismo dia con el resto de su gente para volver á España á traer la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo. Todas las circunstancias de su arribo á aquella isla no permiten sospechar que los españoles tuviesen tiempo bastante para llegar á tanta familiaridad con las americanas, cuanta se necesitaba para quedar inficionados del gálico. La mutua admiracion causada á unos y á otros por la vista de tantos objetos nuevos, y la brevísima mansion de solo once dias, ocupados en la gran fatiga de extraer las maderas de la carabela y fabricar con tanta priesa aquella fortaleza, despues de las incomodidades de una navegacion la mas larga y la mas peligrosa que se haya hecho hasta ahora, hacen enteramente inverosímil esa conjetura. No lo es menos por el silencio del mismo Colon, de su hijo D. Fernando y de Pedro Mártir de Anghiera, los cuales descubriendo las grandes molestias de aquella navegacion, nada dicen de tal enfermedad.

Pero aun cuando concediésemos que los españoles que volvieron del primer viaje vinieron inficionados del gálico, todavía diremos que el contagio de Europa no vino de ellos, atendiendo al testimonio de algunos autores respetables que vivian entonces. Gaspar Torella, docto médico citado por nosotros, dice en su obra intitulada *Aphrodysiacum*[1] que el gálico comenzó en Alvernia, provincia de Francia bastante distante de España, en 1493. Bautista Fulgosio, ó sea Fregoso, jefe de Génova en 1478, en su curiosa obra intitulada Dicta factaque memorabilia, impresa en 1509, afirma[2] que el gálico comenzó á conocerse dos años antes que el rey Cárlos VIII viniese á Italia. Este vino en setiembre de 1494; con que el mal fué conocido hácia el de 1492, ó cuando mas tarde al comenzar el de 1493, esto es, algunos meses antes de que Cristóbal Colon volviese de su primer viaje. Juan Leon, antes mahometano, natural de Granada en España, llamado vulgarmente *Leon africano*, en su descripcion de la Africa, compuesta en Roma bajo el pontificado de Leon X, despues que se habia convertido, dice que los hebreos expulsos de España en tiempo de Fernando el Católico, llevaron á Berbería el gálico y contagiaron á los africanos, que por esto se llamó allí *mal español*.[3] Pues el

lucem, edito anno 1500. En el que se ve que el gálico comenzó en Italia desde que entraron allí los franceses; aunque su grande aumento fuese despues que estos ocuparon el reino de Nápoles. Los franceses entraron, como hemos dicho, en Italia el mes de setiembre de 1494.

3 Sicut evenit hoc tempore, scilicet, ab anno 1494, usque ad presentem annum 1494, quo morbus quidam contagiosus, qui gallicus appellatur, etc. Opusc. de morbo gallico, typis edito anno 1502.

2 Anno virginei partus 1494 invadente Carolo VIII francorum rege regnum partenopeum, Alexandro vero VI, ea tempestate summum pontificatum gerente exortus est in Italia mostruosus morbus nullis ante saeculis visus, etc. Tract. de morbo gallico elucubrato anno 1505.

1 Anno 1494 de mense decembri, quo anno serenissimus ille Carolus francorum rex magna comitante caterva versus Italiae partes iter accepit ad regnum Neapolitanum recuperandum, apparuit utique eodem anno quoddam morbi genus quasi per totam Italiam incognitae naturae quem variis et diversis nominibus, diversae nationes appellarunt. In praxi Chirurgiae, typis edita an. 1514, lib. 5, cap. 1.

1 Incepit haec maligna aegritudo in Alvernia anno MCCCCXCIII et sic per contagionem pervenit, etc.

2 Biennio antequam in Italiam Carolus (VIII) veniret nova egritudo inter mortales detecta fuit, cui nec nomen, nec remedia medici ex veterum auctorum disciplina inveniebant, variat, ut regiones erant, appellata. In Gallia neapolitanum dixerunt morbum, at in Italia gallicum appellabant. Lib. 1, cap. 4, § ult.

3 Hujus mali ne nomen quidem ipsis africanis notum erat antequam Hispaniarum rex Ferdinandus judaeos omnes ex Hispania profligasset; qui ubi in patriam jam redderent, caeperunt miseri quidam ac sceleratissime Ethiopes cum illorum mulieribus habere commercium, ac sic tandem velutiper manus pestis haec pertotam se sparsit regionem, ita ut vix sit familia, quae ab hoc malo re-

edicto de los reyes católicos en órden á la expulsion de los hebreos fué publicada en marzo de 1492, como dice Mariana,[1] concediéndoles no mas que cuatro meses para que pudiesen vender sus bienes, si no querian llevarlos consigo, y al mes siguiente fué publicado otro edicto por Fr. Tomás Torquemada, inquisidor general, en el que se prohibió á los cristianos bajo gravísimas penas tratar con los hebreos y suministrarles víveres pasado aquel término prescrito por el rey; así que todos, fuera de los que se hicieron ó fingieron hacerse cristianos, fueron obligados á salir antes que Colon fuese á descubrir la América, pues este no zarpó del puerto antes del 3 de agosto de aquel año: con que el gálico comenzó en Europa antes que fuese descubierta la América. Además, entre las poesías de Pacífico Máximo, poeta de Ascoli, publicadas en Florencia el año de 1479, hallamos algunos versos en que describe la gonorrea virulenta y úlceras venéreas que padecia, causadas por sus excesos.[2]

No contento Oviedo con afirmar que el gálico vino de la Española, se avanza hasta probarlo. Ved sus pruebas: 1º *Con el guayacan* (madera abundante en la Española) *se cura mejor que con cualquiera otra medicina la horrorosa enfermedad de los granos, y la clemencia divina donde permite por nuestros pecados el mal, allí provee por su misericordia de remedio.* Si este argumento fuese bueno, deberia concluirse que la Europa, lo mismo que la Española, es la patria del gálico, pues todos saben que el remedio mas eficaz contra este mal es el mercurio, el que siendo comun en Europa, no se halló en la Española, y acaso ni lo conocian los indianos: es cierto que luego que apareció el gálico en Europa, comenzó á adoptarse el mercurio, y lo usaron Juan Berengario de Carpi, Gaspar Torella, Juan Vigo, Wendelino Hoock y otros médicos famosos de aquel tiempo, aunque desacreditado despues por la indiscrecion de algunos empíricos, estuviese por algun tiempo en desuso. El guayacan no comenzó á adoptarse sino en 1517, esto es, veinticinco años despues de descubierto el gálico. La zarzaparrilla comenzó á usarse en 1535, la quina hácia el mismo tiempo y poco despues el salsafrás.

La otra prueba de Oviedo (pues no alega mas de dos) es que entre aquellos españoles que volvieron con Colon de su segundo viaje en 1496, estaba don Pedro Margarit, caballero catalan, "el cual, dice, andaba tan enfermo y se quejaba tanto, que me creo que sentia los dolores "que suelen sentir los que son tocados de este "mal, aunque no le vi jamás ningun grano en "la cara. De allí á pocos meses, en el mismo "año, comenzó á sentirse esta enfermedad en"tre algunos cortesanos, pues en los principios "andaba este mal entre la gente baja.... y en"tre aquellos españoles que fueron en esta ar"mada, algunos se inficionaron de esta enferme"dad y por medio de las mujeres, etc."[1] Tales son las pruebas de Oviedo, que no merecian mencionarse.

El señor de Paw cree haber vencido en la lid[2] y haber demostrado la verdad de la opinion comun con el testimonio de Rodrigo Diaz de Isla, médico de Sevilla, al que llama autor contemporáneo, así como juzga decisivo su testimonio; pero ni Diaz fué autor contemporáneo, pues no escribió sino sesenta años despues de descubierto el gálico, ni su informe merece alguna fe. Dice que los primeros españoles, restituidos de la Española con Colon en 1499, llevaron el contagio á Barcelona, donde entonces se hallaba la corte; que esta ciudad fué la primera que se infestó; que el mal hizo tal estrago, que se recurrió á las oraciones públicas, á los ayunos y limosnas para aplacar la cólera de Dios; que habiendo pasado el siguiente año á Italia el rey Cárlos de Francia, ciertos españoles que habia allí inficionados, ó muchos regimientos, como dice el señor de Paw, mandados de España para oponerse á la invasion del rey Cárlos, contagiaron á los franceses. Mas por la historia sabemos que ningun regimiento ni contagiado, ni sano, ni algunos otros españoles, fueron mandados á Italia antes que el rey Cárlos saliese de Nápoles con su ejército ya contagiado para volverse á Francia. Por lo que mira al contagio de Barcelona, sabemos que cuando arribó allí Colon estaba tambien Oviedo, y si fuese cierto lo que cuenta el médico sevillano, Oviedo, que andaba buscando pruebas para confirmar su extravagante opinion, habria alegado sin duda aquel estrago visto por él, aquellas oraciones, aquellos ayunos y aquellas limosnas, y no se habria valido de las miserables pruebas del guayacan y de los quejidos de Margarit. A mas de que el gálico es aun mas antiguo que esa época en Europa, como ya hemos dicho.

Parece que los médicos sevillanos han sido en aquellos tiempos los mas mal informados en órden al orígen del gálico, pues Nicolas Monardes, médico tambien de esa ciudad y contemporáneo de Diaz, hace una relacion tan llena de fábulas, que no puede leerse sin enojo. Dice,[3]

manserit libera. Id autem sibi firmisime, atque indubitate persuaserunt ex Hispania ad illos trasmigrase. Quamobrem et illi Morbum Hispanicum (ne nomine destituerentur) indiderunt. Lib. 1.

1. Hist. de España, lib. 26, cap. 1.

2. Hecatelegii, lib. 3 ad Priapum, et lib. 8 ad Mentulam. No copiamos aquí los dichos versos porque son muy indecentes.

1 Hist. general de las Indias, lib. 2, cap. 14.

2. Investigaciones filosóficas, part. 2, secc. 3.

3. *De las cosas que fueron traidas de las Indias occidentales en órden á la medicina.* Part. 1, cap. 9.

pues, "que el año de 1493, en la guerra que " tuvo el rey católico en Nápoles con el rey " Cárlos de Francia, vino don Cristóbal Colon " del primer descubrimiento que hizo en la isla " de Santo Domingo, etc., y trajo consigo de " ella una multitud de indios é indias que llevó " á Nápoles, donde entonces se hallaba el rey " católico, concluida la guerra. Y como habia " paz entre ambos reyes y los ejércitos estaban " juntos, llegando allí Colon con sus indios é in- " dias, comenzaron á mezclarse los españoles con " las indias y los indios con las españolas, y " unos y otras inficionaron de tal manera el " ejército de los españoles, italianos y alema- " nes, etc." ¿Quién se persuadiria que un literato español llegase á desfigurar hasta tal grado los hechos públicos de su nacion, acaecidos no mas de ochenta años antes, que no se halle en su relacion ni una proposicion que no sea un error? Es cierto y notorio que no hubo guerra entre España y Francia en 1493; que el rey católico no se hallaba entonces en Nápoles, sino en Barcelona, aun no curado de las heridas que le hizo un loco; que Colon no llevó consigo una gran multitud de indios é indias, sino solamente diez indios; que Colon no vino jamas á Italia después de su gloriosa expedicion; que los indios que él trajo nunca vieron la Italia, etc.

Yo, por el contrario, después de haber hecho las mas exquisitas investigaciones, estoy tan distante de creer que el gálico vino á Europa de la América, que antes estoy persuadido que así él como las viruelas, fueron llevadas á América por los europeos. 1º Porque ni don Cristóbal Colon en su diario, ni don Fernando Colon en la vida de su famoso padre, quienes vieron aquellos paises recientemente descubiertos y notaron sus particularidades, hacen mencion del gálico, refiriendo menudamente las incomodidades y padecimientos de aquellos primeros viajes. Ni menos hace mencion de él en la historia de aquellos mismos paises. Pedro Mártir de Anghiera, autor contemporaneo de Colon y bien informado, como que fué protonotario del consejo de Indias y abad de Jamaica; Oviedo, que fué el primero que atribuyó ese mal á la Américia, no fué á ella sino veinte años después que la isla de Haití estaba habitada de españoles. Esto que hemos dicho del silencio de aquellos autores en órden á las islas Antillas, podemos tambien decirlo del de los primeros historiadores de aquellos países. 2º Si la América hubiese sido la verdadera patria del gálico, y si los americanos hubieran sido los primeros en padecerlo, él seria mas comun en América que en ninguna otra parte, y ellos estarian mas sujetos á él que ninguna otra nacion; mas no es así. Sobre los indianos de las Antillas no podemos discurrir en la actualidad, pues hace mas de dos siglos que perecieron enteramente; pero en los presentes habitadores de aquellas islas, es mucho mas raro este contagio que en Europa, y no se siente sino en aquellos lugares en que hay gran concurrencia de soldados y marineros españoles. En la capital de Méjico hay algunos blancos é indianos inficionados del mal venéreo; pero son poquísimos en comparacion del gran número de sus habitantes. En otras ciudades grandes de aquel vasto reino, son muy raros los contagiados, y en algunas no hay absolutamente uno; mas en aquellos lugares de americanos en qué no hay gran concurso de blancos, no se ha visto ni sentido jamás tal enfermedad. En órden á la América meridional, me he informado bien de personas exactas, sinceras y muy prácticas de aquellos países, y he sabido que tanto en las provincias de Chile como en las del Paraguay, es muy raro ese mal entre los blancos, y jamás visto entre los nacionales. Algunos misioneros que han permanecido allí, quién veinte, quién treinta años, afirman de comun acuerdo que no han visto jamás á ninguno inficionado de ese mal, ni menos han sabido que lo hubiese. En cuanto á las provincias del Perú y de Quito, dice el señor Ulloa[1] que con todo que en aquellos países es tan comun el mal venér o entre los blancos y entre las otras razas de hombres, es sin embargo cosa muy rara ver un indio inficionado. No es pues la América la patria de ese mal, como vulgarmente se ha creido, ni él d be considerarse, como quiere el señor de Paw,[2] como una afeccion de la sangre corrompida y del mal temperamento de los americanos.

¿Cuál es pues la verdadera patria del gálico, pues no tuvo orígen ni en Europa ni en América? Yo no lo sé; pero si en medio de esta incertidumbre es permitido servirme de conjeturas, sospecho que ese contagio haya venido de Guinea ó de otro país equinoccial de la Africa. De esta misma opinion fué el doctísimo médico inglés Tomás Sydenham,[3] y está confirmada por lo que afirma Bautista Fulgosio, testigo ocular del principio del gálico en Europa. Este dice en su

1 *Viaje á la América meridional*, parte 1.ª, lib. 6, cap. 6. Parece que este escritor, adoptando la opinion del vulgo, habia confundido el gálico con el escorbuto; pues yo sé que el doctor Julio Rondoli Pesarecio, médico famoso de Lima, aseguró á una persona respetable, que entre muchos enfermos que se habian creido inficionados del gálico y él habia curado, casi á ninguno habia hallado que estuviese afecto de aquel mal, pues casi todos eran escorbúticos, cuya curacion habia logrado adoptando los remedios del escorbuto.

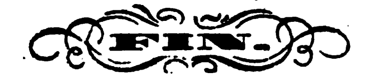
1 *Investigaciones filosóficas*, parte 1.ª

3 Sydenham afirma en una de sus cartas (Epist. 2, resp.) que el gálico es tan forastero en América como en Europa, y que fué llevado allí por los moros que se condujeron esclavos de la Guinea; mas no es cierto que los mismos moros lo llevasen á América, pues antes que ellos fuesen llevados á la Española, esta isla habia comenzado á infestarse.

ya citada obra[1] que el gálico fué traido de España á Italia y de Etiopía á Italia. El señor Astruc pretende que Fulgosio quiso significar á la América con el nombre de Etiopía. Ved un curioso modo de salir de la dificultad. ¿Pero quién ha llamado amjás Etiopía á la América?

1 *Quae pestis (ita enim visa est) primo ex Hispania in Italiam allata ad hispanos ex Ethiopia, brevi totum terrarum orbem comprohendit. Fulgos. Dictor. Factor que memorab., lib.* 1º *cap.* 4º

Por el contrario, sabemos que era comun entre los autores de aquel sigl› dar el nombre de Etiopía á cualquiera país h·bitado de hombres negros y llaman etiopes á tales hombres, y así el sentido natural de las palabras de Fulgosio es que el gálico fué traido de los países equinocciales de la Africa á la España Lusitánica, ó sea Portugal. Yo sospecho, por tanto, que el primer país que se contagió en Europa fué Portugal; mas no me atreveré á afirmarlo sin hacer nuevas investigaciones y procurarme mejores documentos.



INDICE.

LIBRO III.

Fundacion de la monarquía mejicana: acontecimientos de los mejicanos bajo sus cuatro primeros reyes hasta la derrota de los tepanecas y conquista de Azcapozalco. Proezas y acciones ilustres de Motezuma Ilhuicamina. Gobierno y muerte de Techotlalla, quinto rey chichimeca. Revolucion del reino de Acolhuacan. Muerte del rey Ixtlilxochitl y de los tiranos Tezozomoc y Maxtlaton.

LIBRO IV.

Restablecimiento de la familia real de los chichimecas en el trono de Acolhuacan. Fundacion de la monarquía de Tacuba. Triple alianza de los reyes de Méjico, Acolhuacan y Tacuba. Conquistas y muerte del rey Itzcoatl. Conquistas y acontecimientos de los mejicanos bajo su rey Motezuma I y Axayacatl Guerra entre los mejicanos y tlatelolcos. Conquista de Tlatelolco y muerte de su rey Moquihuix. Gobierno, muerte y elogio de Nezahualcoyotl y exaltacion al trono de su hijo Nezahualpilli.

LIBRO V.

Acontecimientos de Motezuma II, nono rey de Méjico, hasta el año de 1519. Noticias de su vida, de su gobierno y de la magnificencia de sus palacios, jardines y bosques. Guerra de Tlaxcala y acontecimientos de Tlahuicole, capitan tlaxcalteca. Muerte y elogio de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, y nuevas revoluciones de aquel reino. Presagios del arribo y conquista de los españoles.

LIBRO VI.

LIBRO VII.

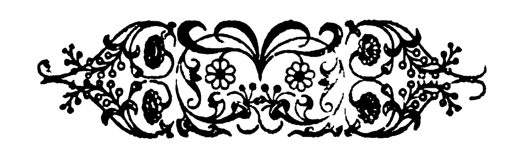
LIBRO VIII.

LIBRO IX.

LIBRO X.



DISERTACIONES.



HISTORIA DE LA ANTIGUA Ó BAJA CALIFORNIA

Obra postuma del padre

Francisco Javier Clavijero

Traducida del italiano

por el presbitero

Don Nicolas Garcia de San Vicente

Imprenta de J.R.Navarro

Méjico 1852

EL EDITOR.

Concluida en nuestra *Biblioteca* la publicacion de los *Tres Siglos de Méjico* por el padre Cavo, y deseosos de ofrecer á nuestros suscritores otra obra histórica *nacional*, no podiamos vacilar en nuestra eleccion cuando teniamos á la vista la *Historia de la California* escrita por el ilustre jesuíta veracruzano Clavijero.

La fama universal que tan distinguido escritor tiene alcanzada por su *Historia antigua de Méjico*, nos dispensa de formar el elogio de la que ahora ofrecemos á nuestros suscritores. Dejóla inédita el autor á su fallecimiento; pero se publicó en Venecia en 1789 en dos pequeños volúmenes. Las dificultades que halló Clavijero para publicar su grande obra en castellano, las que al fin le obligaron á renunciar á imprimirla en aquella lengua, hicieron sin duda que tambien escribiese en italiano la *Historia de la California*, y nosotros tenemos la satisfaccion de ser los primeros que la presentamos vuelta á su idioma nativo.

Dos traducciones hemos tenido á la vista para elegir la que habia de servirnos de texto. La una de ellas fué trabajada por el presbítero don Nicolás García de San Vicente, tan conocido entre nosotros por sus diversas obras elementales: débese la otra á don Diego Troncoso y Buenvecino, autor tambien de una traduccion inédita de la *Historia antigua de Méjico*.

Despues de un detenido exámen de ambas, hemos preferido la del padre San Vicente por mas exacta en lo general y de mejor estilo. A pesar de eso, una cuidadosa revision nos ha hecho descubrir algunos yerros inevitables en trabajos de esta naturaleza, y los hemos hecho desaparecer valiéndonos á veces de interpretaciones mas felices del señor Troncoso. Aprovechamos tambien para insertarlo al fin, un *apéndice* que este añadió á su traduccion, en el que refiere brevemente los progresos de la California desde la expulsion de los jesuítas hasta el año de 1796.

En nota al párrafo IX del libro II, hemos colocado íntegra la licencia ó autorizacion que el virey conde de Moctezuma concedió en 1697 á los padres Salvatierra y Kino para que emprendiesen la sujecion de la California. En este documento, inédito hasta ahora, es de notar la desconfianza de aquel gobierno, que al conceder permiso para la ejecucion, sin gasto alguno por su parte, de una

empresa que los inútiles esfuerzos hechos hasta entonces debian hacerle considerar como imposible, todavía lo otorgaba como una gracia especial y lo rodeaba de restricciones.

No hemos querido copiar el mapa del original italiano, porque como formado en Europa casi de memoria y después de la muerte del autor, no merece confianza: en lugar de él daremos otro de los modernos que ofrezca mayores probabilidades de exactitud.

Estamos persuadidos de que nuestros suscritores verán con agrado que les ofrezcamos obras *nacionales* y que sea una de las primeras esta del padre Clavijero, honra de nuestro país y el primero que osó empeñarse en el confuso laberinto de nuestra historia antigua. No fué menos feliz en la moderna, y su *Historia de la California* como formada sobre documentos auténticos y relaciones de testigos oculares y fieles, no solo es digna de crédito, sino tambien muy agradable á todo lector. Siguiendo el mismo método de su obra grande, nos da á conocer el clima, terreno y producciones del país, cuya historia va á escribir, y pasando brevemente por las muchas é infructuosas tentativas hechas para colonizar la California antes de la entrada de los jesuítas, se extiende al tratar de los gloriosos trabajos de estos, hasta que vino á ponerles término la expulsion general de 1767. En esta última parte hallará el lector mucho que admirar; y por mas que en estos tiempos de duda y de irreligiosidad haya algunos dispuestos á negar que puedan existir la abnegacion y el sacrificio sin fin humano, nadie podrá dejar de conceder un tributo de admiracion y respeto á aquellos venerables apóstoles que renunciando al mas lisonjero porvenir y muchos de ellos á un presente cómodo y distinguido, corrian desde las cátedras donde brillaba su sabiduría ó desde el claustro donde sus dias se deslizaban tranquilamente, á sepultarse entre salvajes rudos y feroces y á dar por ellos su sangre para hacerles partícipes de los goces de la vida civil y abrirles luego las puertas del cielo. Tan heróicos sacrificios eran producidos por la *caridad* en que se abrasaban aquellos hombres justos; pero desde que se ha querido que la *filantropía* venga á ocupar su lugar, nos han sobrado escritores y nos han faltado misioneros.

¡Qué contraste forma la conducta de los jesuítas de la California en el siglo pasado, con lo que hemos visto en aquellos países en el presente! Aquellas misiones establecidas en terrenos estériles y despoblados, crecian trabajosamente, sufrian mil plagas y solo se sostenian por el impulso incesante de dos virtudes divinas, la *fe* y la *caridad;* raras siempre hasta ese grado en la tierra y cuyas conquistas eran por lo mismo lentas, pero preciosas á los ojos de Dios y de la humanidad. Hoy hemos visto agolparse en aquellas playas como por encanto una numerosa poblacion; hemos visto levantarse del polvo ciudades enteras y convertirse en fértiles provincias los campos yermos y despoblados. ¿Y quién ha hecho esas maravillas? La codicia, la sed de oro que derriba montes y llena precipicios; y la gente acude á millares porque la codicia reina hoy sobre la tierra. ¡Mas ay! El fruto ha de ser semejante al árbol que lo produce, y una pingüe y horrorosa cosecha de crímenes atroces no nos permite dudar del orígen de aquella engañosa prosperidad. ¿Quién habia de esperar sin embargo que las naciones que mas escandalizadas se mostraban de los excesos y de la sed de oro de los españoles del siglo XVI, fueran las primeras en dejarse arrastrar por el mismo camino? Ahí teneis á los anglo-americanos, hipócritas, ensalzadores del trabajo y de la industria, económicos por avaricia, frugales por necesidad, despreciadores del oro porque nunca le habian tenido á su alcance; oidles de-

clamar contra la codicia de los españoles que en sus conquistas solo pedian oro, mofarse de ellos porque se deslumbraban con el brillo del funesto metal y descuidaban los productos mas lentos pero mas seguros de la agricultura y la industria; pues bien, mostradles los ricos *placeres* de la California, tierra de maldicion arrancada al débil por la mas inicua violencia, decidles *allí hay oro* y les vereis arrojarse, correr en pos de aquel tesoro oculto, olvidar patria, familia, amigos, arrostrar toda suerte de peligros, atropellar las reglas mas comunes de la justicia, mancharse con los delitos mas atroces, cegarse, morir con la azada en la mano y morir contentos porque expiraban sobre aquel metal objeto de todas sus ansias. Y luego ¡cómo no reirse cuando predican libertad, felicidad para el mundo entero, creyéndose investidos de la mision divina de propagar su civilizacion por toda la tierra!

Mas dejemos á la Providencia que como sabia retribuya á cada uno el bien ó el mal que hiciere en esta vida. La consideracion de los heróicos esfuerzos que en esta historia se refieren, deberia estimularnos á su imitacion dentro de los límites que tengamos señalados. Bajo este aspecto la *Historia de la California* es un libro moral y edificante, y si se le junta el ser instructivo y agradable, ¿qué otras circunstancias pueden pedir nuestros lectores á los libros que tenemos el gusto de ofrecerles?

Réstanos solo manifestar nuestra gratitud al señor don José María Andrade, propietario de la obra qne ahora ofrecemos á nuestros lectores, quien nos la cedió generosamente y tan solo por el gusto de contribuir con ella á la mejora de nuestra Biblioteca.



ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Los editores venecianos que publicaron esta obra por la primera vez en 1789, advierten que habiéndola dejado Clavijero dividida en solos cuatro libros, ellos los subdividieron en párrafos conformándola con el método que el autor observó en la *Historia de Méjico*, para procurar descanso al lector, ayudar su memoria y darle noticia anticipada del contenido de cada párrafo: que en el texto introdujeron la descripcion del pez *mulier*, tomándola sustancialmente de los manuscritos de don Miguel del Barco; y que en una nota colocaron una etimología de la voz California, que en los mismos manuscritos se atribuye á don José Campoi.

En cuanto al mapa, advierten que fué levantado por don Ramon Tarros con presencia de los del padre Consag, publicados en las *Noticias de la California*, y aprovechando los datos qae suministra el autor en esta obra y las noticias verbales de algunos misioneros residentes en Venecia.

En cuanto á las distancias que el autor da á los lugares, especialmente en lo interior de la península, dicen que no deben creerse geográficamentc exactas; porque á excepcion de algunas, están fundadas en relaciones de personas, que aunque sinceras, juzgaron por cálculo.

Aquellos editores creen que Clavijero no hubiera dejado de hacer la última advertencia si hubiera podido levantar el mapa. Yo tambien me persuado que si hubiera publicado su Historia ahora que ya tenemos dos Californias, llamadas una *Alta* ó *Nueva* y la otra *Antigua* ó *Baja*, no habria dejado de añadir este segundo distintivo al título de su obra, y por tanto me he tomado la libertad de añadírsele,

PREFACIO DEL AUTOR.

Aunque la antigua California comenzó desde su descubrimiento á adquirir celebridad por la abundancia de perlas que hay en el mar vecino; como apenas eran conocidas sus costas y casi nada se sabia de las costumbres de sus habitantes, no hubo en los dos últimos siglos quien emprendiese escribir su historia. En el presente, después que los jesuítas reconocieron la mayor parte de aquella península y establecieron en ella muchas misiones, escribió su historia en un abultado volúmen el padre Miguel Venegas, jesuíta mejicano, aprovechándose de las cartas de los misioneros, y especialmente de las de los padres Salvatierra, Píccolo y Ugarte, que fueron de los mas célebres y antiguos de la historia manuscrita de Sonora, compuesta por el infatigable padre Kino, del diario del capitan gobernador de la California don Estévan Rodriguez Lorenzo, de las memorias escritas por el erudito padre Segismundo Taraval y de otros documentos originales que habia en los archivos de Méjico. El manuscrito del padre Venegas fué enviado á Madrid al padre Andrés Márcos Burriel, jesuíta erudito y laborioso de la provincia de Toledo y muy conocido por su obra sobre los antiguos pesos y medidas de la misma ciudad. Este despues de haber dado mejor forma á aquella historia, limándola y enriqueciéndola con nuevos materiales, que en parte se le mandaron de Méjico y en parte sacó de los archivos de Madrid y tomó de muchos autores; la imprimió en aquella corte el año de 1757, dedicándola al rey católico Fernando VI á nombre de la provincia mejicana. La obra salió á luz con el modesto título de: *Noticias de la California*, porque aquel docto español no creyó tener los materiales necesarios para una historia; pero el traductor inglés, imitado después por el francés y por el holandés, la intituló: *Historia natural y civil de la California* (1), á pesar de no haber en ella nada de historia natural. Posteriormente el padre Jacobo Begert, jesuíta italiano que estuvo diez y siete años de misionero en la California, habiendo regresado á su patria, compuso en lengua alemana y publicó en Munich en 1772 una nueva historia de aquel país, de la cual aunque sabemos que tuvo allí mucha aceptacion, no hemos podido hacer uso, porque no ha llegado á nuestras manos.

En la edicion española no solamente falta la historia natural, sino tambien muchas noticias esenciales, y hay además no pocos errores, aunque inculpables. A todo esto quiso poner remedio la diligencia de los abates don Miguel del Barco y don Lúcas Ventura, hombres muy prácticos en la California, exactos y sincerísimos. El abate del Barco fué allí misionero por el espacio de treinta años y visitó todas aquellas misiones; y aunque no es naturalista de profesion ni las importantes ocupaciones de su ministerio le permi-

(1) *A natural and civil history of California.* London, 1759.

tieron dedicarse al estudio de la naturaleza; sin embargo, siendo muy aficionado á tales observaciones y estando dotado de buen juicio y de crít.ca, pudo observar en el discurso de tantos años, y escribir después lo bastante para dar una idea exacta del terreno, clima. producciones y animales de la California. El abate Ventura fué tambien once años misionero de Loreto y procurador de todas aquellas misiones, y por esta razon estaba bien impuesto en todos los negocios de la península. Ellos, pues, corrigieron los errores de la edicion española, le añadieron el ensayo de historia natural y las noticias que le faltaban, continuando la narracion hasta el año de 1768.

Creyendo yo hacer un servicio al público presentándole una historia verdadera y exacta de la California, me he valido de los citados escritos, omitiendo de la historia española todo lo que ni directa ni indirectamente pertenece á la de aquella península. Aunque he hecho uso de todos los conocimientos que he adquirido con mi estudio é investigaciones y he tomado informes verbales de personas que han estado muchos años en la California; sin embargo, siendo muy fácil que se equivoque el autor que escribe la historia del país en que no ha estado, he hecho que revisen esta obra dos personas de las mas prácticas en aquel país, y la experiencia me ha manifestado que esta diligencia no ha sido superflua.

Si pues el que se ha dedicado con todo esmero á buscar la verdad y ha adquirido tantas noticias del país de que escribe, está expuesto á equivocarse, ¿qué deberá decirse de los que escriben sin tal esmero y sin tales noticias? ¿qué deberá decirse, por ejemplo, de Paw, de Robertson y de otros europeos, que pintan la California con colores que no le convienen, atreviéndose á desmentir la sincera descripcion de los que, habiendo estado tantos años en aquella península, la han observado atentísimamente? Baste saber que la geografía de Lacroix tiene en lo relativo á la California casi tantos errores cuantas líneas; que el Diccionario geográfico portátil de Vosgie tiene nueve muy notables en el breve artículo *California*, y que las *Investigaciones filosóficas* de Paw, en una sola foja empleada en tratar de aquella península, contienen cuarenta y ocho falsedades, que tuve la paciencia de contar entre errores simples, mentiras formales y calumnias temerarias. Disgustaria yo mucho á mis lectores si quisiera especificarlas todas; pero manifestaré algunas para muestra.

I. *El principal animal que allí* (en la California) *se conoce de los que se alimentan de carne, es el tigré poltron, semejante al del Canadá. Hay tambien osos y manadas enteras de bisontes* (1). Pero por desgracia no se han visto en toda la extension de aquella península ni un tigre, ni un oso, ni un bisonte.

II. *En 1690 un colono español tenia plantada en las cercanías de San Lúcas una pequeña viña, que prevaleció mejor de lo que él esperaba. Este ensayo inspiró á los misioneros el deseo de tener ellos tambien sus viñas, y uno de ellos llamado Píccolo, que era mas inclinado á la botánica y agricultura, que á las disputas sobre la gracia versátil y eficaz, se encargó de plantarlas; y progresaron de tal manera que á los cuarenta y siete años ya vendian los jesuitas tanto vino, que podian proveer á todo Méjico y aun embarcar muchos barriles para las islas Filipinas, en donde se usaba de él para las misas.* ¡Cuántos errores y falsedades en tan pocas palabras! 1.º En 1690 no habia ningun colono español en la California, ni le hubo sino hasta después de la entrada de los jesuitas en 1697, y mucho menos en las cercanías de San Lúcas, es decir, en la parte mas austral de la península, la cual no fué habitada por ningun español hasta 1730 cuando ya habia muerto el padre Píccolo. 2.º Por mas diligencias que hicieron los misioneros jamás hubo en la parte austral de la California ninguna viña, ni grande ni pequeña, cuyo fruto pudiese dar vino potable. 3.º El padre Píccolo no plantó jamás viña alguna, ni podia Paw hallar otro hombre menos á propósito que aquel buen religioso para la botánica y la agricultura. El primero que hizo esta plantacion fué el padre Juan de Ugarte; pero no movido del ejemplo de aquel español imaginario, sino por haber visto en la península muchas parras silvestres. 4.º No habia vino mas que en cinco ó seis misiones, y todo el que se cosechaba no llegaba á cien cubas, como lo sé bien de los mismos que le fabricaban. ¿Seria esta cantidad suficiente para proveer á Méjico? 5.º Los misioneros no vendian su vino, como es notorio en aquel país. Le usaban para las misas, para la mesa y para los enfermos, y el sobrante se mandaba de regalo á los bienhe-

(1) Paw, *Recherch. Philos. sur les Americans*, part. 2.

chores ó se cambiaba por las provisiones que se recibian de Sinaloa y de Sonora. 6.° Los navegantes de las islas Filipinas no compraban vino en la California, ni se sabe que con tal vino se haya celebrado una misa en aquellas islas, en donde no gastaban ni gastan otro que el de España, que se les envia de Méjico á expensas del real erario.

III. *M. Anson fué el primero que descubrió por una casualidad en fin de 1744 que la Compañía era peligrosamente poderosa en aquel rincon del mundo.* ¡Infeliz corte española que para conocer sus intereses en la California, necesitó de ser ilustrada por un corsario inglés que jamás estuvo allí! ¡Infeliz monarquía que se hallaba en estado de temer á cuatro ancianos confinados en aquel rincon del mundo, acompañados de solos sesenta soldados y desprovistos absolutamente de artillería y de fortificaciones! ¡Infeliz rey católico Fernando VI, que aun después de ilustrado por aquel corsario, continuó hasta su muerte protegiendo á los misioneros y favoreciendo con nuevas gracias las misiones! Es una lástima que Paw para hacer ver el poder peligroso de los jesuítas en la California, no hubiese creado en ella un rey semejante al que creó Carvallo en el Paraguay, poniéndole el nombre de Alejandro, el de Federico, ú otro mas regio que el de Nicolás; que no hubiese trasformado aquellos miserables pueblos en ciudades bien amuralladas, y hecho de aquellos sesenta soldados lo menos sesenta mil, convirtiendo en hombres las piedras de California, á ejemplo de Deucalion. Esto lo pudo haber hecho, no solamente sin costo alguno, sino al contrario, con provecho, pues de este modo habrian tenido mejor venta sus *Investigaciones filosóficas.*

IV. *En la California muchas tribus de indios que perseveran en su barbarie, conservan todavia este abuso [el de mutilarse los miembros], y aun hoy dia se cortan algunas falanges de los dedos en la muerte de sus parientes. Comienzan por las extremidades de un dedo de cada mano, y cortadas estas, siguen despues con los otros dedos, y tienen un secreto admirable para curar prontamente aquellas heridas, que en Europa se tendrian por peligrosas* (1). Es ciertamente admirable el talento de Paw para exagerar, alterar y fingir los hechos como le viene á cuento. El leyó en la Historia de la California escrita por el padre Venegas, que cuando alguno de aquellos bárbaros se enfermaba, el guama ó doctor llamado para curarle, entre otros remedios extravagantes hacia una incision en el dedo pequeño de la hija ó hermana del enfermo, para que la sangre gotease sobre el cuerpo de este. Esto, y nada mas, fué lo que leyó en la citada historia, pero le bastó para afirmar todo lo que hemos visto. De una incision en el dedo pequeño para extraer una poca de sangre, hizo una mutilacion en los dedos de ambas manos. Lo que se hacia en la enfermedad para curar al enfermo, quiere él que se haya hecho en la muerte de los parientes en señal de dolor. Lo que el guama ejecutaba en sola la hija ó hermana del enfermo, da él á entender que lo ejecutaban por sí mismos todos los parientes del difunto. Y así como inventó estas peligrosas heridas, inventó tambien aquel secreto admirable para curarlas prontamente, desconocido á los historiadores de la California y aun á los mismos californios. Sabe tambien que las tribus de aquella península que perseveran en su barbarie, conservan todavía este abuso, no obstante que lo ignorasen los misioneros que habitaban en los países vecinos á aquellos bárbaros. Estos son algunos de los muchos errores y falsedades que Paw aventura hablando de la California. En cuanto á sus groseras calumnias contra la venerable memoria del padre Salvatierra, hombre venerado como santo, tanto en la California como en Méjico, y contra otras personas dignas de nuestra estimacion, nos remitimos á los hechos públicos y notorios que se refieren en esta Historia.

Estos mismos hechos desmienten igualmente las aserciones de Robertson, el cual aunque elogia á los jesuítas por haber reducido á la vida civil á los bárbaros californios, pretende persuadir entre otras cosas, que los mismos jesuítas procuraron desacreditar el clima y el terreno de la California, para ocultar á la corte sus designios y operaciones, y se lisonjea de que en lo de adelante, aumentándose la poblacion, no será contada aquella península entre los desiertos infructuosos y desolados del imperio español (2). Pero diga lo que quiera, la California, á pesar de estos vaticinios políticos, será siempre uno de los distritos mas infructuosos y desolados del imperio español, y sus habitantes serán siempre pocos y miserables.

(1) Rech. Phil. part. 5.

(2) Historia de la América, tom. 4.°, lib. 7.°, pág. 116 y 117, edic. de Florencia.

Dos individuos animados del mismo espíritu que Robertson, dan en cierto escrito el nombre de *riquísima* á la California. Seria de desear que fuesen allá á gozar de aquellas riquezas, y empleasen en favor de aquellas pobres y abandonadas naciones el mismo celo que han desplegado contra los jesuitas.

El abate Rayhal al contrario, se muestra mejor informado de las cosas de la California, y habla de ella con mas sinceridad. "Es imposible, dice, que la naturaleza del ter-"reno y la temperatura del aire sean las mismas en un espacio tan grande. Sin embargo, "puede decirse generalmente hablando, que el aire allí es muy seco y caliente, y el terreno "adusto, montuoso, cubierto de piedras y arena, y por consiguiente estéril y poco á pro-"pósito para la labor y para la multiplicacion del ganado (1)." Tratando de la entrada de los jesuitas en aquella península, se explica de esta manera: "Atrajeron á los salvajes "que querian civilizar, llevándoles algunas cosillas que ellos agradecian, algunas vian-"das para que se alimentasen y algunos vestidos que pudiesen agradarles. El odio que "aquellos pueblos profesaban al nombre español, no pudo sobreponerse á estas demostra-"ciones de benevolencia, y correspondieron á ellas cuanto lo permitia su poca sensibili-"dad y su inconstancia. Estos vicios fueron en parte superados por los religiosos, los "cuales se dedicaron á llevar al cabo su proyecto con aquel empeño y aquella constan-"cia propios del cuerpo á que pertenecian. Se convirtieron en carpinteros, albañiles, te-"jedores y agricultores, y por este medio consiguieron dar á conocer á los indios las artes "principales, é inspirarles aficion á ellas hasta cierto grado. Después los congregaron "sucesivamente, etc." Pero debo advertir que este autor no estaba tan bien impuesto en lo que añade acerca de la subsistencia de los californios: "Lo que puede faltarles, dice, "lo adquieren con las perlas que pescan en el golfo y con el vino que venden á la Nueva "España y á las naves de las islas Filipinas." Ni uno ni otro es verdadero. Los californios que solian ocuparse en la pesca de perlas eran poquísimos, y la utilidad que de ella sacaban era tambien tan poca, que no hubiera sido bastante para remediar sus necesidades, si los misioneros no hubieran cuidado de su sustento. En cuanto al vino, no tenian ni una sola gota que vender. Los misioneros, sabiendo bien cuán vehemente es en los americanos la inclinacion á la embriaguez, tuvieron siempre mucho cuidado de no dar á sus neófitos de la California ocasion de contraer aquel vicio, que afortunadamente les era desconocido.

He reunido aquí estos errores para evitar algunas notas, que de otra suerte habrian sido necesarias en la Historia. Y para no convertir este prefacio en apología, he dejado aparte las groseras calumnias de Paw, Robertson y otros autores contra los misioneros de la California, aunque me habria sido muy fácil refutarlas con documentos auténticos y con razones demostrativas. Tambien habria omitido los elogios de algunos misioneros, que se hallarán en esta obra, si no los exigieran las leyes de la historia, la justicia hácia ellos y la fidelidad para con el público; porque ciertamente no sé cómo pueda escribirse la historia imparcial y sincera de cualquier país, sin alabar á aquellos á quienes se debe cuanto bueno hay en él. Si hoy es adorado en casi toda la California el Redentor crucificado, que antes no era conocido en ella; si aquella península en que no se veian mas que salvajes desnudos, desenfrenados y embrutecidos, es ahora habitada por ciudadanos bien educados y de buenas costumbres; si al presente hay templos consagrados á Dios, y poblaciones bien ordenadas en donde antes no habia ni siquiera una cabaña; si aquella tierra antes inculta y cubierta de malezas, se ve ahora cultivada y enriquecida con muchos, útiles y nuevos vegetales, todo se debe al celo infatigable, á la industria activa y á los grandes trabajos de los misioneros, que animados y auxiliados por la divina gracia introdujeron allí la vida social juntamente con la ley cristiana. Celebramos pues la memoria de estos hombres tan beneméritos de la religion y del Estado, con los elogios á que se hicieron acreedores, y que les tributan los mismos pueblos á quienes beneficiaron; y no hacemos aprecio de las invectivas de algunos europeos, que inculpablemente ignoran, ó desfiguran maliciosamente las gloriosas acciones de aquellos misioneros.

Nada mas tendria que decir si estuviera seguro de que la presente Historia habia de leerse en este libro; pero como muchos se contentan con leer las obras que se van publicando en los extractos que de ellas hacen los periodistas, debo advertir que los que se

(3) Hist. filos. y polít., lib. 6.°, c. 22.

fian de semejantes extractos son regularmente engañados por la infidelidad de los mismos periodistas. Podrian citarse muchísimos ejemplos, pero basta el extracto que del tomo I de mi Historia de Méjico hicieron ciertos periodistas florentinos en su *Diario enciclopédico de literatura italiana y ultramontana* número IX; Italia, 1782. He aquí algunos de los principales despropósitos que calumniosamente me atribuyen, sin atender á su propia reputacion, tan necesaria á su principal intento de enriquecer á costa de sus suscritores. Yo refiriéndome al testimonio de Cortés, como testigo ocular, y al de otros historiadores, digo en la página 269 de mi primer tomo, que llevaban la comida al rey Moctezuma *trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles bien ordenados, la presentaban antes que el rey se pusiese á la mesa, y se retiraban luego*, y los periodistas me hacen decir que *le servian la mesa* 30400 pajes. La diferencia es nada menos que de treinta mil.

En la página 271 digo que *entre las salas* (del palacio principal de Moctezuma) *habia una tan grande, que segun lo que asegura un testigo ocular y exacto, podrian caber en ella tres mil hombres;* y los periodistas me hacen decir que habia allí una sala tan vasta que podia contener 60000 personas. La diferencia es nada menos que de cincuenta y siete mil. Si los periodistas no hubieran fabricado de propósito una sala capaz de contener sesenta mil personas, no hubieran podido servir en ella la mesa los treinta mil pajes que ellos imaginaron.

Hablando yo de la ropa de mesa y de la batería de cocina del rey Moctezuma, digo en la página 269 apoyado en el testimonio de los otros historiadores de Méjico, que *ninguna de estas cosas le servia mas de una vez, porque luego las daba á alguno de los nobles*, y lo mismo afirmo de los vestidos; pero los periodistas me hacen decir que Moctezuma no comia dos veces de un mismo manjar. Despropósito crasísimo que no ha ocurrido á ninguno de los historiadores de Méjico. Necesitaban sin duda los cocineros mejicanos muchísimo ingenio para variar tanto los platos, y una memoria prodigiosa que tuviese presentes todos los manjares que se habian presentado al rey, para no volver á presentárselos.

En la pág. 286, hablando de varias desgracias acaecidas en los primeros años del siglo XVI, digo que *estas y otras calamidades juntas con la aparicion de un cometa que hubo en aquel mismo tiempo, causaron grande consternacion en aquellos pueblos, y que Moctezuma, muy supersticioso para ver con indiferencia semejantes fenómenos, consultó sobre esto á sus astrólogos, etc.;* y los periodistas me hacen decir que el *cometa de* 1507 *apareció para disponer á los mejicanos á su ruina;* cosa que ni he dicho ni soy capaz de decir.

En la página 288 digo que no es posible adivinar el primer *origen de aquella tradicion tan universal*, esto es, de la que segun los testimonios uniformes de todos los historiadores de Méjico, habia entre aquellos pueblos acerca de la futura llegada de nuevas gentes que habian de apoderarse de aquellos países; y los periodistas afirman que yo me *esfuerzo en probar que el demonio fué quien anunció tal venida á sus adoradores*, solamente porque añado que el demonio pudo conjeturarla y predecirla á los pueblos dedicados á su culto. Después se explican los periodistas en estos términos: *Es una lástima que en esta historia se hallen tantos ejemplos de supersticion y de credulidad, que acaso la deslucen;* pero esta es una gracia con que quisieron adornar sus caritativas calumnias.

Ellos me hacen decir que la ciudad de Méjico fué fundada en 1335, cuando digo muchas veces y aun lo demuestro en una disertacion, que lo fué en 1325. Además de esto, entre los pocos nombres de personas, naciones y ciudades que citan, se hallan veintidós desfigurados y alterados [1]. Tal es el extracto que aquellos periodistas hicieron del tomo primero de mi historia de Méjico, y tal será verisimilmente el que harán de esta Historia de la California.



(1) De esto mismo y con mas razon se habria quejado el autor si hubiera podido haber á las manos la traduccion que hizo don José Joaquin de Mora, y publicó en Londres Ackerman en 1826, en la cual hubiera visto desfigurados no solo la mayor parte de los nombres mejicanos, sino lo que es mas imperdonable, hasta el nombre español de *Javier* en el frontispicio de la obra.—*E. T.*



HISTORIA

DE LA

ANTIGUA Ó BAJA CALIFORNIA.

LIBRO PRIMERO.

Situacion, terreno, clima, minerales, plantas y animales de la California.—Carácter, vida, religion y usos de los californios antes de su conversion al cristianismo.

§ I.

SITUACION Y NOMBRE DE LA CALIFORNIA, SUS PUERTOS, CABOS E ISLAS EN AMBOS MARES.

La antigua ó Baja California es una península de la América setentrional, que separándose del continente de la Nueva-España en la embocadura del rio Colorado á los 33° de latitud Norte y 262° de longitud comun, termina en el cabo de San Lucas á los 22° 24' de latitud Norte, y 268° de longitud.[1] Este cabo es el término meridional de la península, el rio Colorado es el térmio oriental, y el puerto de San Diego, situado á los 33° de latitud Norte y hácia los 256° de longitud, puede llamarse término occidental. Al Norte y Noroeste confina con países de naciones bárbaras poco conocidas en las costas y nada en el interior. Al Oeste la baña el mar Pacífico, y al Este el golfo de California, llamado tambien mar Bermejo por su semejanza con el Rojo, y mar de Cortés en honor de aquel famoso conquistador de Méjico, que le hizo descubrir y navegó en él. El largo de la península es de diez grados y su ancho varía desde diez hasta veinte y mas leguas.

El nombre de California fué puesto en el principio á un solo puerto; pero después se fué haciendo extensivo á toda la península, y aun algunos geógrafos se han tomado la libertad de comprender bajo esta denominacion el Nuevo-Méjico, el país de los apaches y otras regiones setentrionales muy distantes de la verdadera California y no pertenecientes á ella. La etimología de este nombre no se sabe; pero se cree que el conquistador Cortés, que preciaba de latino, llamaria al puerto adonde abordó *Callida fornax*, á causa del mucho calor que allí sintió, y que ó él mismo ú otro de los que lo acompañaban, formaria con aquellas voces el nombre de California: si esta conjetura no es verdadera, es al menos verosímil.[1]

1 Acerca de la longitud geográfica de la California, hay mucha variedad entre los geógrafos: yo me fundo en las observaciones hechas por el astrónomo español don Vicente Dos, de que se hace mencion en el suplemento á la Gaceta de Pésaro de 13 de noviembre de 1790, y segun las cuales entre el meridiano de Paris y el de san José, cerca del cabo de San Lucas, hay una diferencia de 7 horas 28 minutos: de esta diferencia se deduce que la longitud de San José y por consecuencia la del cabo de San Lucas, que está situado bajo el mismo meridiano, es de 268°.

1 El famoso corsario Drak llamó á la California *Nue-*

La costa occidental, bañada por el mar Pacífico, comenzando en el cabo de San Lucas se dirige hácia el N. O. y sigue mas allá de la península casi siempre con la misma direccion, acaso hasta la extremidad mas occidental de la América. Las tierras litorales de esta parte de la California son por lo comun áridas, cubiertas de arenales estériles, despobladas y faltas de todo lo necesario para la vida, y hasta de leña y agua. Además, apenas hay puerto en que puedan las embarcaciones ponerse á cubierto de los vientos del N. O., que allí dominan. Los barcos y otros buques menores no pueden abordar á la corta sin riesgo de fracasar en los escollos á causa de las muy gruesas y violentas marejadas. Los puertos mas conocidos de aquella costa son el del Marqués ó de Santiago, el de la Magdalena, el de Año Nuevo, el de San Juan Nepomuceno, el de San Francisco y el de San Diego; y mas allá de la península está en la misma costa el de Monterey á los 37° de latitud N. Los cabos son el de San Lucas, que es el mas mentado, el de Morro Hermoso, el del Engaño, el de Año Nuevo y el del Rey. La costa hasta los 40° se dirige constantemente hácia el N O., de los 40° á los 42° quiebra hácia el N., y desde los 42°, donde se halla el cabo Mendocino, vuelve á tomar su primera direccion. A los 43° está el cabo Blanco de San Sebastian, término de los descubrimientos hechos por los españoles hasta el año de 1770. En este mismo año ó en el siguiente avanzaron, segun se dice, hasta los 55° y aun á los 58°; pero nosotros, no habiendo visto las relaciones de sus viajes, nada podemos decir de sus descubrimientos.

La costa oriental, formada por el golfo, comienza en el cabo de la Porfía, distante mas de diez leguas del de San Lucas, y sigue casi la misma direccion que la otra. Entre estos dos cabos está el puerto de San Bernabé, adonde suelen abordar los navíos de las islas Filipinas. Los puertos del golfo son los de las Palmas, Cerralvo, la Paz, San Cárlos, Loreto, San Bruno, Comondú, la Concepcion, los Angeles, San Luis, la Visitacion y San Felipe de Jesús. Entre Cerralvo y la Paz hay una pequeña península que se extiende hácia el N. y otra entre Comondú y la Concepcion. Los cabos de esta costa, comenzando desde el de la Porfía, son los de Cerralvo, San Lorenzo, el Púlpito, San Marcos, las Vírgenes, San Miguel y San Gabriel. Desde 31° quiebra la costa hácia el N. y mucho mas desde 32°, cuya direccion sigue hasta el rio Colorado, término de la península y del golfo.

Bajando desde la embocadura de este rio hácia el S. E. se hallan las costas de la Pimeria, Sonora, Ostimuri, Sinaloa, Culiacan, Chiametla y Acaponeta, provincias todas de la Nueva-España, hasta llegar al cabo de las Corrientes, situado á 20° 20' lat. N. y casi 270° long. Este cabo y el de San Lucas forman la embocadura del golfo, por la cual se comunica con el mar Pacífico. Siguiendo desde el cabo de las Corrientes la misma direccion S. E. por las costas de las diócesis de Nueva-Galicia, Michoacan y Méjico, se llega al puerto de Acapulco, adonde van á descargar los navíos de las islas Filipinas.

En los dos mares de la California hay innumerables islas, pero por lo comun pequeñas y desiertas. Las mas grandes son en el golfo las de Cerralvo, el Espíritu Santo, San José, el Cármen, el Angel Custodio y el Tiburon, y en el mar Pacífico las de Huamalguá, Cerros, la Ceniza, los Pájaros y Santa Catalina, de las cuales se dirá algo cuando haya oportunidad.

§ II.

TERRENO Y CLIMA.

El aspecto de la California es, generalmente hablando, desagradable y hórrido, y su terreno quebrado, árido, sobre manera pedregoso y arenoso, falto de agua y cubierto de plantas espinosas donde es capaz de producir vegetales, y donde no, de inmensos montones de piedras y de arena. El aire es caliente y seco, y en los dos mares pernicioso á los navegantes, pues cuando se sube á cierta latitud, ocasiona un escorbuto mortal. Los torbellinos que á veces se forman son tan furiosos, que desarraigan los árboles y arrebatan consigo las cabañas. Las lluvias son tan raras, que si en el año caen dos ó tres aguaceros, se tienen por felices los californios. Las fuentes son muy pocas y escasas. En cuanto á rios, no hay ni uno en toda la península, aunque son honrados

va-Albion en honor de su patria. El padre Scherer, jesuíta aleman, y Mr. de Fer, geógrafo francés, la llamaron *Isla Carolina*, cuyo nombre comenzó á usarse en tiempo de Cárlos II, rey de España, cuando aquella península se creia isla; pero estos y otros nombres se olvidaron pronto y prevaleció el que le puso Cortés.

2 Añadiremos aquí la opinion del docto ex-jesuíta don José Campoi sobre la etimología del nombre *California* ó *Californias* como dicen otros. Este padre cree que el tal nombre se compone de la voz española *cala*, que significa una ensenada pequeña del mar, y de la latina *fornix*, que significa bóveda; porque en el cabo de San Lucas hay una pequeña ensenada, en cuyo lado occidental sobresale una roca agujerada de modo, que en la parte superior de aquel gran agujero se ve formada una bóveda tan perfecta, que parece hecha por el arte. Observando pues Cortés aquella *cala* y aquella bóveda y entendiendo de latin, es verosímil que diese á aquel puerto el nombre de *California* ó *Cala-y-fornix*, hablando medio español y medio latin.

A estas dos conjeturas podriamos añadir otra compuesta de ambas, diciendo que el nombre California se deriva de *cala*, como opina Campoi, y de *fornax*, como opina el autor, á causa de la ensenada y del calor que allí sintió Cortés; y que este pudo haber llamado á aquel lugar *Cala-y-fornax*.

con este nombre los dos riachuelos de Mulegé y de San José del Cabo. Este desagua en el puerto de San Bernabé, y aquel, despues de un curso de dos millas escasas, desemboca en el golfo á los 27°. Todos los restantes son arroyos ó torrentes que estando secos todo el año, cuando llueve tienen alguna agua y un curso tan rápido, que todo lo trastornan y llevan la desolacion á los pocos campos que hay allí. El Colorado, aunque es rio grande, como está en la extremidad de la península y separado de ella por altas montañas, casi de nada puede servirle. Este rio, que nace en los países desconocidos del N., aumenta mucho sus aguas con el Gila, rio tambien grande que se le une á los 35°: de allí corre hácia el S. O. hasta los 34°, en donde vuelve á tomar su primera direccion al S. hasta su embocadura, la cual tiene de anchura casi una legua y está interrumpida por tres islotes que dividen el curso de las aguas. En esta extremidad del golfo los buques mayores no pueden acercarse á la embocadura por falta de profundidad, ni los menores pueden pasarla por la fuerza de la corriente y por los grandes árboles que suele traer; y así este rio no podrá ser útil al comercio de la California con los pueblos que habitan en sus dos riberas. Cerca de la embocadura hay dos lagunas de agua rojiza (de la que el rio toma su nombre) y de una calidad cáustica y tan maligna, que tocando cualquier parte del cuerpo, levanta luego ampollas y ocasiona un fuerte ardor que no se quita en algunos dias. Es probable que este efecto sea causado por cierto mineral bituminoso que hay en el fondo de aquellas lagunas y que ha sido observado por los navegantes al levar las anclas. Los rocíos, si fueran abundantes, pudieran, como en el Perú, suplir en la California la falta de lluvias; pero tambien son escasísimos.

Examinando en particular el terreno de la península, hallaremos en él alguna diversidad. En la parte austral desde el cabo de San Lucas hasta los 24° no es tan quebrado, ni son tan raras las fuentes en las cercanías de los montes; pero las costas son muy áridas, y el aire en ellas muy caliente. El país de los guaicuras, situado entre los 24° y 26°, es el menos montuoso, pero al mismo tiempo el mas seco y estéril de toda la California. El de los cochimíes, que desde los 25° se extiende en parte hasta los 33°, es el mas quebrado y pedregoso; pero desde el paralelo de 27° en adelante es el aire mas benigno. Hácia los 30° comienza á sentirse frio, y suele nevar; pero la tierra, aunque menos quebrada y pedregosa, es hasta los 32° muy árida y estéril. En este último paralelo muda el aspecto de la naturaleza, y se ven campiñas con abundantes aguas y mas adornadas de vegetales. El padre Kino, célebre misionero de Sonora, de quien haremos frecuente mencion en esta historia, habiendo vadeado el rio Colorado entre los 34° y 35°, halló en los países situados al O. de aquel rio, hermosas llanuras abundantes de agua, cubiertas de buenos pastos y pobladas de árboles lozanos. Lo mismo dijeron de la costa del mar Pacífico comprendida entre los 34° y 43° los españoles que á principios del siglo pasado fueron á reconocerla de órden del rey católico; mas como estos países están fuera de la península y aun no son habitados por los españoles, son ajenos de nuestro propósito.

§ III.

MONTES, PIEDRAS Y MINERALES.

Los montes de la California forman dos cordilleras, que se extienden por toda la longitud de la península, dejando poco terreno llano. La de la parte meridional ocupa el medio á igual distancia de ambos mares, y en sus montes son tan raras las piedras, que para fabricar es necesario usar de ladrillos. La de la parte setentrional es mas larga que la otra, se acerca mas al golfo que al mar Pacífico, y sus montes son mas altos y escabrosos, y tan pedregosos, que todos los que los ven quedan admirados, pues parece que á mas del diluvio universal de agua hubo en aquella península otro particular de piedras. Entre estos montes hay á los 28° un volcán, para que ni esta calamidad faltase á aquel país infeliz. Este volcán fué descubierto por los misioneros en 1746; pero desde que habitan allí los españoles no ha hecho erupcion alguna ni ha causado ningun temblor.

De la estructura de aquellos montes se infiere que la península estuvo antiguamente cubierta con las aguas del mar. Cerca de Kadakaamang, lugar mediterráneo situado á los 28°, hay un monte de tierra arcillosa, en el cual á la altura perpendicular de mas de 200 piés se ve una capa de conchas marinas que parecen empastadas con la arcilla. El grueso de esta capa es de mas de dos piés, y está situada horizontalmente casi á la mitad de la altura del monte. A distancia de unas tres leguas de aquel lugar se halla en las montañas una gran cantidad de ostras tan desmedidas, que un misionero habiendo llevado á su casa una que descubrió y héchola pesar sin la cubierta ni el animal, le halló veintitrés libras españolas de peso, pues era muy compacta, y tenia cerca de pié y medio de largo, casi nueve pulgadas de ancho y cuatro de grueso. En la California hacen, como en otras partes, muy buena cal de estas ostras. Cerca de Mulegé, lugar situado á los 27° latitud N. y próximo á la playa del golfo, hay un alto monte de piedra muy dura, de la que usan allí para los edificios, y en la cual, bien se corte en la falda del monte ó bien en la cima, se hallan conchas embutidas aun en las partes mas internas, y se ven algunas cavidades que parecen haber estado ocupadas con cuerpos marinos consumidos ya por el tiempo:

esto prueba que aquel monte se formó dentro del mar. Las piedras de esta clase son muy comunes en toda la costa del golfo. A tres leguas de Loreto, pequeña capital de aquella península, en un lugar rodeado de altas montañas, hay tambien una loma formada de conchas, y otra semejante cerca de la mision de San Luis, á mas de diez leguas del mar. Si á estos hechos se añaden los muchos vestigios que allí se descubren de las erupciones del volcán y la multitud de islas de que está rodeada la California, parece que no puede dudarse de las revoluciones hechas en aquel lugar por la naturaleza. Además, es manifiesto que el mar ha decrecido en una y otra costa de la península. Los misioneros jesuítas de Loreto observaron que las aguas en menos de cuarenta años se habian retirado muchos pasos de aquella costa; y este decrecimiento se hace mas palpable en la costa occidental, pues todo el espacio que hay entre el mar y los montes está completamente cubierto de arena litoral, á pesar de que en algunas partes distan estos de aquel mas de diez leguas. Es, pues, cierto que la California tiene hoy mas anchura que antes, y podemos pronosticar con seguridad que esta anchura irá creciendo en lo sucesivo, y acaso algun dia aquella multitud de islas se llegarán á unir con la península.

Entre las piedras de que están llenos los montes de la California, hay pedernal, piedra pómez, piedra de amolar, cristales, yeso, tezontle y otras poco útiles. Se cree que en la parte setentrional hay mármoles; pero hasta hoy no está esto bien averiguado. El cristal de roca se halla, como suele, en piezas exágonas en el distrito de la mision de Santa Gertrudis, bajo el paralelo de 29°. De piedra pómez hay gran cantidad en los alrededores del volcán. El yeso comun abunda en muchos lugares; pero en un montecillo de la isla de San Marcos, situada en el golfo cerca de la playa de Mulegé, se halla un yeso particular cristalizado en piezas trasparentes de cuatro á cinco piés de longitud, cosa de pié y medio de anchura y tres ó cuatro dedos de grueso, el cual calcinado da un blanco excelente y muy fino. Un misionero consiguió hacer de él vidrieras como las que se hacen de alabastro. De tezontle, piedra muy apreciada en la capital de Méjico y cuya descripcion hicimos en la historia antigua de aquel reino, hay muchas canteras en varios lugares de la California. Los habitantes de aquella península numeran entre las piedras la *múcara* y el *rizo*, dos especies de madrépora arrojadas á la playa por las olas del golfo, y de que tambien hacen cal.

En los países estériles suele á veces compensarse la aridez del suelo con la abundancia y riqueza de los minerales; pero en la California no es así. Hasta ahora no se han encontrado en ella mas metales que el oro y la plata, y ambos en corta cantidad. El año de 1748 un sugeto acomodado[1] que habia enriquecido con la pesca de perlas, comenzó á trabajar algunas vetas de plata descubiertas en la parte austral hácia los 23°, y continuó por algunos años, pasando de una á otra mina, sin aumentar considerablemente su capital. Tambien se ha hallado oro en algunas montañas, pero poco. En un monte llamado el Rosario, situado á cosa de 28½°, se descubrieron otras minas de plata; pero su laborío seria siempre dispendioso, por faltar en aquel lugar todo lo necesario, inclusas la leña y el agua. Hay tambien en el distrito de Mulegé un monte de arcilla rojiza que tiene oro, segun la opinion de los inteligentes. Pero sea de esto lo que fuere, lo que hay de cierto es, que á los californios les seria desventajoso que hubiese en su península algo que pudiese atraer á la gente malvada, cual suele ser la que se ocupa en sacar de las entrañas de la tierra aquel precioso metal.

Los otros minerales de la California que merecen alguna mencion, son el azufre, el vitriolo, el ocre y la *tiza*. En la falda del volcán se encuentra gran cantidad de azufre puro, que cualquiera puede recoger sin trabajo, porque se halla en la superficie de la tierra. Le hay tambien á los 28° en la playa del mar Pacífico, y se conoce el lugar de su criadero en el color del terreno, muy distinto de todo el resto. Cavando allí un poco, se encuentra azufre, aunque mezclado con tierra; pero es creible que se hallaria tan puro como el del volcán si se cavase á mayor profundidad.

El vitriolo ó caparrosa se halla en pequeñas cortezas en algunos lugares húmedos del distrito de la mision de Guadalupe, y en otros territorios mas setentrionales. Estas cortezas se formarán acaso del sedimento de la agua, que se satura de caparrosa al pasar por sus criaderos.

En la misma montaña de arcilla rojiza situada cerca de Mulegé, en que se cree que hay oro, se han observado varias vetas de ocre amarillo, del que antes usaban aquellos indios para pintarse el cuerpo. Igualmente se halla en esta montaña la *tiza*, que es una especie de *cerussa nativa*, tierra mineral blanquísima y muy semejante al albayalde. En la California la usan para blanquear los edificios: mas como da un blanco tan intenso que deslumbra, la templan con cola. En Méjico se sirven de ella para pulir las obras de platería.

En cuanto á sales, hay allí sal comun, sal gema y nitro. Estando la California rodeada del mar casi por todas partes, no puede dejar de haber en ella buenas salinas. Y en efecto, hay muchas; pero ninguna es comparable con la de la is-

1 D. Manuel de Ocio, antes soldado del presidio de Loreto, el cual, licenciado de la milicia, se ocupó de tal suerte en la pesca de perla, que llegó á ser casi dueño absoluto de aquel ramo de comercio. Este ha sido el único hombre rico de la California.

la del Cármen situada en el golfo á los 26° frente al puerto de Loreto, del cual dista cuatro leguas. Esta isla, que tiene trece leguas de circunferencia, está toda desierta, y no se alimentan en ella mas que ratones y un gran número de serpientes: en la parte occidental tiene una áspera montaña; pero el terreno de la parte oriental es llano, y en él se halla aquella salina que sin contradiccion es una de las mejores del universo. Comienza á distancia de media legua del mar, y se extiende tanto, que no se alcanza á ver el fin, presentando al observador el espectáculo de una inmensa llanura cubierta de nieve. Su sal es blanquísima, cristalizada y pura, sin mezcla de tierra ni de otros cuerpos extraños. Aunque no es tan dura como la piedra, se necesitan picos para trozarla, y de este modo la dividen en panes cuadrados de un tamaño proporcionado para que cada operario pueda llevar uno de ellos á cuestas. Este trabajo se ejecuta en las primeras y en las últimas horas del dia, porque en las restantes reflectan en ella los rayos del sol con tanta viveza, que deslumbran á los trabajadores. Aunque todas las flotas de Europa acudiesen á cargar sal de aquella salina, jamás podrian agotarla, no solo por su grande extension, sino principalmente porque se reproduce luego la sal que de ella se extrae: apenas pasan siete ú ocho dias después de haberle sacado la cantidad necesaria para cargar un barco, cuando ya la escavacion está llena de nueva sal. Si esta salina estuviera en algun país de la Europa, produciria al soberano que la poseyera una renta mas considerable que la que producen las famosas de Williska en Polonia, en cuya tenebrosa y horrible profundidad se sepultan tantos centenares de esclavos á sacar la sal; mas en el golfo de California no sirve mas que de proveer á los pocos habitantes de aquella península. Aun en el lugar en que Dios la puso pudiera ser mucho mas útil si se excitara la industria de los habitantes de Sinaloa, de Culiacan y de los otros pueblos de la costa; porque siendo allí tan abundante y excelente la pesca, como después diremos, y habiendo toda la sal que se quiera sin que cueste nada, podrian hacer un comercio muy lucrativo de pescado salado con las provincias mediterráneas de la Nueva-España.

Dos criaderos de sal gema se han descubierto en la península: el uno en la costa del mar Pacífico á los 26°, y el otro á los 28 en la llanura perteneciente á la mision de San Ignacio. La sal que de ellos se extrae es semejante en la blancura y pureza á la del Cármen, pero no es tan tersa y reluciente. En el monte del Rosario hay nitro puro, y en varios lugares le hay mezclado con tierra. El llamado por los mejicanos *tequizquitl* y por los españoles de Méjico *tequezquite*, es mas bien la espuma del nitro, de la cual se suelen servir en la Nueva-España, como en Egipto, para hacer la legía de blanquear los lienzos, y para cocer las legumbres, que con este mineral se ponen mas suaves y mas sabrosas.

§ IV.

VEGETALES Y SU DIVISION.

Acaso los aficionados á la historia natural quisieran que al pasar al reino vegetal, clasificáramos las plantas de la California con arreglo á alguno de los sistemas inventados por los naturalistas modernos; pero ni los vegetales de aquella península son tantos que exijan semejante método, ni para seguirle nos bastan las nociones que de ellos tenemos; por tanto nos serviremos de la misma division que adoptamos en la Historia de Méjico, como mas acomodada á la inteligencia de toda clase de personas.

Como la vegetacion es siempre conforme á la calidad del terreno, en la California se dan muy bien aquellas plantas que apetecen un suelo árido y pedregoso, como los pitahayos y nopales. Se ha observado que abundan proporcionalmente mas que en otras partes las plantas espinosas, y que las que son comunes á otros países, son allí ordinariamente mas chicas, y tienen menos grueso el tronco ó tallo, y mas angostas las hojas. Hay tambien muchos árboles que la mayor parte del año están desnudos, motivo por el cual el calor del sol es insoportable á los caminantes, que no hallan sombras donde poder tomar algun descanso. Cuando llueve, se visten aquellos árboles de algun follaje; pero faltándoles luego la humedad, vuelven á quedar sin él.

Hay pues entre las plantas de la California algunas útiles por su fruto, otras por sus hojas ó ramos, otras por su tronco ó tallo, otras por su raíz, y otras finalmente por su jugo ó goma. Las hay tambien nocivas y extravagantes.

§ V.

PLANTAS NATIVAS DE LA CALIFORNIA UTILES POR SU FRUTO.

De las plantas útiles por su fruto, unas son propias de aquella península y otras extranjeras. Entre las primeras merece el principal lugar el pitahayo[1], tanto por lo raro de su forma, como porque les suministra á los miserables californios su principal alimento y el fruto mas delicioso. Dos especies hay de pitahayos, muy diversas entre sí, no solo porque una da el fruto dulce y la otra agridulce, sino tambien porque las plantas tienen diferentes formas.

1 Los franceses llaman esta planta *cirio espinoso* (*cierge épineux*); pero este nombre no conviene mas que á la primera especie, como se verá por su descripcion. Lo mismo decimos del nombre *órgano* que en Méjico dan muchos á las plantas de esta primera especie.

El pitahayo de la primera especie es muy comun en Méjico y en otros países de América, pero en ninguna parte se da tan bien como en la California. De su tronco, que apenas crece un pié, se desprenden hasta diez, doce ó mas de altura unos ramos tan gruesos como el brazo de un hombre, colocados en fila, paralelos y rectos en toda su extension, menos en su nacimiento, en donde los laterales tienen una curvatura proporcionada á su distancia de los del centro. Estos ramos están vestidos de una corteza verde que tira á amarilla, y tienen varias estrías que se extienden en línea recta por toda su longitud y distan entre sí cosa de una pulgada. En vez de hojas, de que carecen absolutamente, están armados de fuertes espinas dispuestas á manera de estrellas, y tan apiñadas, que no se puede tocar ninguna parte de la planta sin herirse. Debajo de la corteza contiene ésta como un dedo de pulpa verde y muy jugosa, y dentro de ella un tubo leñoso lleno de una médula blanquizca, el cual, estando seco, arde bien, y sirve para alumbrar en vez de hacha.

Hácia la extremidad de los ramos brotan hermosas flores blancas manchadas de rojo vivo, pero sin olor, y á estas flores suceden los frutos llamados pitahayas por los españoles, y *tammiá* ó *dammiá* por los californios cochimíes. Este fruto es redondo, del tamaño de un albérchigo grande, y está tambien armado de espinas: al principio es verde, pero cuando se madura se pone rojo ó amarillo. El de corteza roja tiene la pulpa de un hermoso color de sangre, y el de corteza amarilla la tiene blanca, amarilla ó amarillenta. La corteza es algo gruesa, pero blanda y fácil de despegarse, y la pulpa es dulce, suave, refrigerante y sana. Quitándole la corteza, se come juntamente con los granillos de que está llena, los cuales son algo semejantes á los del higo, aunque mas pequeños. La pitahaya roja tiñe la orina de color de sangre, por cuyo motivo algunos forasteros la primera vez que la han comido han entrado en gran cuidado, creyendo tener roto algun vaso.

En la parte austral de la península comienza la cosecha de la pitahaya dulce á principios de junio, y termina á fines de agosto: en la setentrional comienza mas tarde, y su mayor abundancia es en agosto; pero cuando llueve un poco mas de lo acostumbrado, es la cosecha muy escasa ó absolutamente nula, porque no hay planta á que la humedad perjudique mas que al pitahayo.

Para la cosecha usan los californios de una vara ó caña, en cuya extremidad atan fuertemente un hueso delgado y dispuesto en forma de gancho para desprender el fruto de la planta, y una red para cogerle sin que caiga en el suelo. Cogido el fruto, le quitan las espinas con una varita, lo cual se hace fácilmente estando maduro, y le mondan para comerle; y de esta manera van cosechando y comiendo hasta saciarse, llevando á su habitacion lo restante. Durante el tiempo de la cosecha andan todo el dia por los montes y los llanos buscando pitahayas maduras, y esta es para ellos, como después diremos, la estacion mas alegre.

Acabada la cosecha de la pitahaya dulce, sigue la de la agridulce, llamada *tajuá* por los cochimíes, la cual dura los dos meses de setiembre y octubre, y cuando el año es abundante, se coge tambien en noviembre. Los ramos de esta planta son tambien estriados, espinosos y sin hojas; pero las estrías son mas ordinarias, y las espinas mayores, mas tupidas y mas fuertes. Son asimismo rectos y paralelos, como los del *tammiá* ó pitahayo de fruta dulce; pero desde el tronco de su orígen toman diversas direcciones, sin ningun órden ni simetría, y tendiéndose por el suelo echan raíces y forman nuevas plántas; y enlazándose unos con otros, resultan unos matorrales desagradables á la vista é inaccesibles á los animales. Esta planta es diversa de la primera tambien con respecto al lugar donde se da; porque aquella fructifica bien en cualquiera lugar de los montes ó de los llanos con tal que sea árido, y esta no se halla sino en las llanuras cercanas á la playa, y si en los montes se encuentra alguna vez, es absolutamente estéril. La flor del *tajuá* es cordial, blanca y roja y de cuatro á cinco dedos de larga; su fruto, aun mas apreciado que el del pitahayo dulce, es esférico, del tamaño de una naranja, armado tambien de espinas, y rojo interior y exteriormente. Cuando está maduro tiene un sabor agridulce muy agradable, y tiñe la orina de color de sangre lo mismo que el dulce. En Méjico hay tambien de estas pitahayas agridulces, pero inferiores en el sabor á las de la California.

El *gkakil* ó *garambuyo*, como le llaman los españoles, es fruto de otra planta de ramos carnosos, estriados, sin hojas, espinosos y semejantes en la forma á los del pitahayo; pero la planta es mas pequeña, sus estrías mas anchas y sus espinas mas pocas y menores. El fruto, aunque semejante en la figura á la pitahaya, es mucho mas chico, de un rojo mas vivo, y muy inferior en el sabor. Es mas temprano que la pitahaya y se acaba en menor tiempo.

El *cardon*, así llamado por los españoles en aquella península, es una planta gigantesca entre las carnosas estriadas; su tronco es grueso, y los ramos que de él nacen, estriados, espinosos, sin hojas, rectos y paralelos, como los del pitahayo; pero mas altos y mas gruesos, pués crecen hasta la altura de cuarenta piés, y tienen un grueso proporcionado é igual desde su orígen hasta su extremidad. Su estructura es semejante á la de los ramos del pitahayo; mas su corteza es de un verde mas hermoso y no tiene tantas espinas. En la extremidad de los ramos da esta planta su fruto, el cual tiene la figura de una pera y la corteza amarilla, y dentro contiene un humor visco-

so de color rojo muy vivo, y ciertos granillos esféricos, negros, brillantes y del tamaño de los del culantro. Estos granillos son toda la utilidad que los californios sacan de esta planta tan grande. Para comerlos les quitan al sol y al fuego aquella viscosidad, y después los tuestan para preservarlos de la corrupcion y poderlos conservar. Los misioneros hallaron el modo de hacer mas útiles los ramos, pues de un trozo de cosa de dos palmos, machacado, exprimian el jugo, y haciéndole hervir y espumándole hasta cierto grado de condensacion, formaban un bálsamo bueno para las heridas y llagas.

La *viznaga* espinosa es otra especie de planta carnosa, estriada, sin hojas y con espinas, y todavía mas singular que todas las restantes de esta clase, pues no solamente carece de hojas, sino tambien de ramos, y consiste puramente en un tronco ó tallo carnoso, jugoso, verde, muy grueso, y de la altura de dos, tres ó cuatro piés. A mas de las pequeñas espinas de que está armada por todas partes, tiene hácia la extremidad otras muy diversas, fuertes, de sustancia ósea, de cuatro ó cinco dedos de longitud, parte blancas y parte rojas, y con una pequeña curvatura en la punta. En la Nueva-España se sirven algunos de estas espinas para limpiarse los dientes[1], y en algunas de las misiones de la California las usaban en lugar de agujas de hacer medias, enderezándoles la punta y adelgazándoles la parte mas gruesa. Entre estas espinas da la viznaga sus bellas flores, teñidas de blanco, rojo y amarillo, á las cuales sucede el fruto, mucho mas pequeño que el del *tammiá*, y lleno, como el del cardo, de humor viscoso y de granillos, que los californios comen preparándolos como los de aquel. En Méjico hacen una buena confitura de la pulpa jugosa de esta viznaga.

El *nopal*, planta bien conocida en Europa, se aparta algun tanto de las que llevamos descritas, porque aunque carece de hojas, sus ramos tienen alguna forma de hojas, y este nombre es el que vulgarmente se les da.[2] En la California habia muchas especies de nopales, pero inferiores á los de Méjico en el tamaño y en la calidad del fruto. De estos llevaron los misioneros á la península varias clases que arraigaron bien en aquel árido terreno. Los californios comen no solamente la pulpa, sino tambien la cortesa interior del fruto; y tanto allí como en Méjico se comen cocidas y guisadas las pencas mas tiernas. El nombre que los cochimíes dan á la tuna ó fruto del nopal, es la sola vocal *a*.

Es ciertamente admirable que las plantas de que hemos hablado y otras de que hablaremos después, tengan mas jugo en los lugares áridos que las otras clases de arboles en los húmedos; pero es todavía mas singular que se conserven sin detrimento alguno con poco ó ningun rocío, aunque no les llueva en diez meses ó mas, como suele suceder en la California. Yo creo que estas plantas son mas jugosas porque traspiran menos, y que traspiran menos porque no tienen hojas, pues estas, como fundadamente creen los físicos, son los órganos principales de la traspiracion de los vegetales: puede por tanto conjeturarse que el Criador negó del todo las hojas á aquellas plantas porque las destinaba á vivir en países secos.

El *ciruelo* de la California es muy diverso del verdadero ciruelo, y no recibió de los españoles este nombre sino por la semejanza del fruto. Es de mediana altura, tiene las hojas dentadas, y blanquizca la corteza del tronco y de las ramas, las cuales se extienden horizontalmente mas de lo que parece convenir á la altura del árbol. El fruto, aunque semejante en su color y figura á la ciruela morena, es mas pequeño, áspero al gusto, y bueno solamente para el paladar de aquellos miserables indios, acostumbrados á comer cuanto se les pone delante; pero la almendra contenida dentro del hueso es muy gustosa, y por eso apreciada aun por los españoles. Este árbol es propio de la parte austral y no se halla en otros países de la península.

Anabá es el nombre de una fruta semejante al higo, y del árbol que la produce. Este es grande, la corteza de su tronco y ramas blanquizca como la de la higuera, y su fruto semejante en color y figura á la breva; pero mas chico, menos jugoso y sin aquel sabor dulcísimo de nuestros higos. Sin embargo de esto, los californios le aprecian tanto, que cuando tienen noticia de un anabá con fruta madura, van á buscarle para proveerse, aunque sea á cuatro ó cinco leguas de distancia. La madera del anabá es absolutamente inútil, y sus raíces son generalmente mas anchas que gruesas, porque como vive comunmente entre las peñas, introduce las raíces entre las hendiduras, ó á falta de estas, las extiende sobre las mismas peñas. En Méjico, donde es conocido con el nombre de *zalate*, fructifica mejor y crece mas.

El *medesá* es un árbol grande que no da fruto todos los años, y en los lugares altos casi nunca: su tronco tiene la corteza verde blanquizca, sus hojas son pocas y delgadas, y su fruto semejante al frijol, encerrado en pequeñas vainillas. Este fruto es muy apreciado por los indios, los cuales le mondan y le tuestan para comerle después en el invierno. Los bueyes comen bien las ramas tiernas de este árbol, pero su madera no sirve mas que para leña. En Loreto le dan los indios el nombre de *dipuá*.

El *asigandú* es un arbusto leguminoso que na-

1 No dieron los españoles á esta planta el nombre de *viznaga* sino porque sus espinas óseas sirven de mondadientes como los de la verdadera viznaga; por lo demás, estas dos plantas no tienen entre sí ninguna semejanza.

2 En Méjico se les da generalmente el nombre de *pencas*.—E. T.

ce cerca de los arroyos y torrentes; sus ramas son espinosas, su fruto un poco mayor que el trigo y encerrado en vainillas angostas y de tres á cuatro dedos de largas. Como este fruto es de los primeros que se maduran y como su tiempo es precisamente el de mayor escasez de víveres, le aprovechan los indios, aunque realmente no es comible, y para comerle le tuestan y le reducen á harina, como lo hacen con otras semillas. El hedor que despide cuando se le tuesta es muy desagradable, así como tambien el aliento de los que le comen, el cual se hace insoportable cuando en aquella estacion se reunen en la iglesia ó en otro lugar cerrado.

El *huisache* (nombre tomado del mejicano *huitzaxin*) es un arbusto leguminoso, espinoso y de hojas angostas, que da unas vainillas, las cuales, aunque no sirven para comer, sirven en la California y en Méjico para hacer tinta de escribir, añadiéndoles cierta cantidad de caparrosa. Los bueyes comen bien las ramas tiernas, pero su carne adquiere mal sabor.

La *jojoba* es una de las frutas mas preciosas de la California. La planta que la produce es un arbusto que se da en las áridas faldas de los montes, y sus hojas son oblongas, recortadas, lisas, del tamaño de las de la rosa y de un color verde que tira á gris. El fruto es una baya oblonga, del tamaño de la almendra de una avellana, roja oscura por fuera, blanca por dentro y de un sabor oleoso no desagradable. Este fruto se ha hecho célebre por sus virtudes medicinales, especialmente para curar la supresion de la orina provenida de concreciones flemosas, para facilitar los partos y para las heridas. El aceite que de él se saca es un excelente remedio contra el cáncer, y como por otra parte tiene buen sabor, solian algunos de la California usarle en la ensalada en lugar del de olivas. Esta planta no da fruto todos los años, sino solamente cuando en el invierno cae al menos un aguacero.

La *pimientilla*, llamada así por la semejanza que en su forma y tamaño tiene con la pimienta comun, es la semilla que produce dentro de cierta baya un pequeño arbusto, cuyos tallos son semejantes á los retoños del olivo silvestre, aunque mas chicos. Los indios la comen bien, pero tienen poca.

Cuando llueve mas de lo ordinario, nace en algunos lugares de la península una yerba de muchos tallos, llamada *teddá*, que crece hasta cosa de un pié de altura, y produce unas espigas que contienen ciertos granillos del tamaño de los del anís. Los indios recogen esta semilla, procurando con mucho cuidado que no llegue antes á secarse, para que no se desprenda de la espiga y caiga en el suelo: después de cosechada la tuestan y la reducen á harina para comerla.

La *tedeguá* es una planta que nace en varios lugares de la península, y principalmente en la parte austral, cuando llueve en el estío. Su tallo es como un dedo de grueso y sus hojas grandes y algo semejantes á las de la malva, pero armadas, como las de la ortiga, de espinitas ó pelos que pican cuando se la toca, causando mucho ardor y levantando ampollas en la piel, por cuyo motivo los españoles de la California la llaman *ortiga*, aunque en lo demás es muy diversa de la verdadera ortiga. El fruto que produce tiene buen sabor y es semejante á una almendra, aunque menos ancho.

Estas son las principales plantas útiles por su fruto que producia la California cuando sus habitantes eran del todo bárbaros y salvajes; pero los mismos misioneros que los civilizaron, introdujeron en aquella península juntamente con la religion cristiana y las buenas costumbres, el cultivo de muchísimos vegetales extranjeros mejores que los nativos del país.

§ VI.

PLANTAS EXTRANJERAS.

No han prendido en la California todas las plantas y árboles frutales que de varios lugares de Méjico han sido llevados á aquella península. En los pocos parajes en donde no falta el agua y hay tierra á propósito para la respectiva vegetacion, han prevalecido los olivos, limones, naranjos, albérchigos, granados, higueras, manzanos, guayabos, zapotes amarillos, parras, sandías, melones, calabazas, palmas de dátiles, trigo, maíz, arroz, y varias especies de legumbres, como garbanzos, lentejas, habas y judías, con cuyos frutos se ha remediado mucho la grande miseria de aquellos pueblos. De todas estas plantas ninguna se da tan bien como la higuera y la parra; los higos pasados tienen un sabor exquisito, y el vino que dan las pocas viñas que hay allí, es excelente. Habia tambien, y aun hay parras silvestres; pero en todo mas chicas que las cultivadas, y sus racimos no tienen mas de ocho ó diez granos acerbos que nunca llegan á madurarse. El arroz fructifica bien en la parte austral, en la cual hay cantidad de agua que esta planta requiere. En uno que otro lugar hay aguacates, y en Loreto algunas palmas de coco que han dado bien. Están asimismo provistos aquellos pueblos de pimientos, gitomates y tomates, tres clases de frutos muy apreciados y usados entre los americanos. Se ha observado que el clima de aquella península es muy contrario á las manzanas, peras, piñas, chirimoyas y otras frutas delicadas de Méjico.

En cuanto al trigo, son ciertamente pocos los lugares en que puede cultivarse; pero en ellos no es menos admirable la abundancia de las cosechas que el singular método del cultivo. Se busca primero un terreno labrantío que pueda regarse con frecuencia ó con la agua de alguna fuente vecina, ó con la llovediza reservada en algun

aljibe. Antes de ararle se riega, y después de haberle arado del modo ordinario, se forman en él surcos, pero no rectos como se hacen comunmente, sino tortuosos y undulantes, para que el riego deteniéndose en ellos mayor tiempo, les deje mas humedad. Hechos los surcos, vuelve á regarse la tierra, que casi siempre es muy árida, y después de haberse oreado un poco, se siembra. Para sembrar se emplean dos hombres: el uno va por delante haciendo con la *coa* (instrumento de labranza usado por los antiguos mejicanos) unos hoyos algo largos y poco profundos, distantes entre sí dos ó tres palmos, y colocados en los costados del surco, de modo que no queden uno enfrente de otro: tras de este trabajador va el sembrador con el grano, que toda la noche anterior ha estado en agua; y echando en cada hoyo el número de granos que pide la calidad del terreno, con el pié los cubre ligeramente de tierra. Si esta es buena y está descansada, ó á lo menos bien abonada, no se echan en cada hoyo mas que cuatro ó cinco granos; pero si no, se echan hasta diez ó doce, procurando en todo caso que queden separados, por cuyo motivo se hacen los hoyos mas ó menos grandes, segun la calidad del terreno. Luego que nace la planta, vuelve á regarse la tierra, y se prosigue haciéndolo semanariamente, á no ser que esta tenga por sí alguna humedad, lo que raras veces sucede.

Cada grano sembrado echa comunmente quince, veinte y hasta treinta cañas, en cada una de las cuales brota una espiga; pero si la tierra es fértil, alrededor de la espiga principal nacen seis ú ocho mas chicas. La cosecha corresponde á esta fecundidad, porque en las tierras inferiores rinde á cuarenta, cincuenta ó sesenta por uno, en las medianas y bien cultivadas á ochenta, ciento y ciento veinte, y en las superiores, ó aunque no lo sean si están bien trabajadas y oportunamente abonadas, suele ascender la cosecha á doscientos, y aun trescientos y mas. Un misionero respetable y digno de fe por su conocida sinceridad, á quien somos deudores de casi todos los materiales de este ensayo de historia natural, cuenta en sus manuscritos que habiendo sembrado en un campo de la mision de San Francisco Javier ocho y medio almudes de trigo, cosechó doscientas seis fanegas, esto es, dos mil cuatrocientos setenta y cuatro almudes; y por consiguiente le rindió á trescientos veinte y nueve por uno[1], con la circunstancia de que, segun dice él mismo, una parte de aquel campo era de tierra mala, y lo mas de la cosecha se debió á un giron de tierra superior que hacia como la tercera parte de la sementera.

El trigo que produce varias espigas en cada caña, se llama por este motivo *espiguin*, es algo grueso y aristoso, y da buen pan, aunque no comparable con el que se hace del *candeal*, trigo mas largo, aunque menos grueso que el otro, de arista mas pequeña, y que sin embargo de no dar en cada caña mas que una espiga, rinde lo mismo ó mas que el espiguin, porque matea mucho mas. A pesar de esto se siembra poco candeal en la California, aunque es muy sujeto á la enfermedad conocida, tanto allí como en Méjico, con el nombre mejicano *chahuiztle*.

No es este el único mal á que está expuesto el trigo en aquella península, pues tiene otros enemigos mas perjudiciales, como las *tuzas*, las ardillas, los pájaros, y sobre todo, la langosta. Por otra parte, la misma agua de que se usa para fecundar las sementeras, produce en ellas abundancia de trébol, el cual robando el jugo al trigo, le arruina y pone al labrador en la necesidad de escardar con frecuencia.

Las cosechas de maíz no son proporcionalmente tan abundantes como las de trigo, porque el maíz necesita mas agua y esta es muy escasa en la California. Sin embargo, ordinariamente rinde á doscientos, á doscientos cincuenta, y á veces tambien á cuatrocientos por uno; de modo que cuando no llega á ciento, se reputa miserable la cosecha. Así como el trigo está expuesto al *chahuiztle*, el maíz lo está á cierta especie de rocío, el cual consiste en un humor claro, dulce y viscoso, que aparece en las hojas con tanta abundancia, que goteando en el suelo, deja en él una mancha. Yo creo que este humor es el jugo de la misma planta, extraido fuera de ella por el excesivo calor que relaja demasiado sus fibras, y haciéndole perder aquella sustancia tan necesaria para su vida, la marchita pronto y llega á secarla.

En vista de lo dicho no se extrañaria que, á pesar de la poca poblacion de la California y de la extraordinaria multiplicacion de aquellos granos, sea necesario para proveerse de ellos ocurrir á Sinaloa y á otros países de la Nueva España, pues las tierras labrantías de la península son pocas, el agua muy escasa y muchos los obstáculos que deben vencerse para llegar á levantar una cosecha.

§ VII.

PLANTAS UTILES POR SUS HOJAS Y POR SUS RAMAS.

Pocas son las plantas útiles por sus hojas ó sus ramas. Cerca de los torrentes y aljibes abunda la salvia, y tambien los juncos y estoques, cuyos tallos y raíces comen los californios, y con las hojas hacen esteras desde que se les enseñó á hacerlas. Cuando llueve en el estío abundan las verdolagas; pero de ellas no comen los indios mas que la semilla. El *estafiate*, ó sea el ajenjo de los mejicanos, se da copiosamente en los campos cultivados; pero si nace en ellos, como suele, el trébol, le sofoca con el trigo.

1 Estas cuentas están equivocadas.

El orégano de la California no se parece al verdadero sino un poco en el olor. Es un arbusto que se da en los llanos secos, y crece hasta la altura de casi cuatro piés: sus hojas son chicas y de un verde hermoso, y se usa de ellas en lugar del verdadero orégano para condimentar las viandas. Se dice que es muy sabrosa la carne de las reses que se alimentan con esta planta.

El tabaco nace espontáneamente en varios lugares de aquella península, y los indios se sirven de él para fumar.

Los jesuítas llevaron á ella lechugas, coles, endivia y otras plantas semejantes, que han prevalecido en los lugares donde son cultivadas.

§ VIII.

PLANTAS UTILES POR SU TRONCO Ó TALLO.

De los árboles que suministran madera para fabricar y labrar, ó al menos leña, hay *guaribos*, pinos, encinos, palmas, madroños, álamos y otros pocos; y de las plantas cuyo tallo sirve para comer, ó se aplica á otros usos útiles á la vida, hay *mezcal*, *batamote*, *nombó* y otros en corto número.

El *guaribo*, árbol el mas grande de la California, es tan semejante al álamo, que á primera vista no puede distinguirse de él; sin embargo, es bien diferente en la calidad de la madera, la cual es muy buena para vigas y para toda clase de labor. La desgracia es que este árbol no se halla sino en pocos lugares escabrosos y casi inaccesibles, como sucede tambien con los pinos en la parte austral.

Las palmas rojas de aquellos montes son allí apreciadas por su madera rojiza y fuerte; pero esta es tan delgada, que apenas tiene ocho dedos de diámetro, de suerte que para sacar vigas de la palma es necesario aprovechar el tronco entero con su corteza, la cual es, como en las otras palmas, de color gris. De estas hay á mas de la de cocos y de la de dátiles, otras dos especies, la una de madera blanca, menos fuerte que la roja, y mas fácil de apolillarse, y la otra apenas tiene debajo de la corteza dos ó tres dedos de madera sólida, y dentro de esta una médula ligera y fofa de cuatro dedos de diámetro. Antes que los españoles entrasen en la California habia en ella muchos y hermosos palmares, porque los indios no hacian de ellos ningun uso; pero después que por el trato con los habitantes de Sinaloa aprendieron á comer los retoños de las palmas y los españoles comenzaron á sacar de ellas madera para fabricar, se exterminaron algunos de aquellos palmares. Los retoños son, tanto para los indios como para los españoles, una comida deliciosa; pero al mismo tiempo dispendiosa, porque las palmas se secan luego que se les cortan.

Dos especies de acacias hay en la península, diversas en el tamaño del árbol y en la calidad de su fruto: la de fruto amargo es grande y nativa de la California; la de fruto dulce es mas pequeña y extranjera. Los indios comen este fruto y los animales el otro, del cual, así como tambien de las ramas, gustan mucho los caballos, las ovejas y las cabras. Las dos acacias dan unas vainas largas, tienen el tronco y las ramas tortuosos, su madera es muy dura y pesada, y por lo mismo muy propia para las partes curvas de un navío, y sus retoños, machacados y aplicados á los ojos, se creen eficaces contra la oftalmia. Este árbol abunda en los planíos estrechos que hay entre los montes y la costa del golfo. Los cochimíes le llaman *guatrá*, los mejicanos *mizquitl* y los españoles *mezquite*.

El *palo chino*, así llamado por los españoles no sé por qué, es un árbol nativo de la parte austral de la península, grande y recto; sus hojas son pequeñas y de un verde que tira á ceniciento, la corteza de su tronco y ramas gris, y su madera roja y propia para labrarse; pero pierde el color cuando se moja ó con solo el discurso del tiempo. En la parte setentrional hay otro árbol que tambien es conocido con el nombre de *palo chino*, el cual tiene la madera blanca y fácil de apolillarse, y no da ningun fruto comible.

El *gkokio*, llamado palo blanco por los españoles á causa del color de su corteza, es un árbol de mediana altura, poco follaje y muy pocas ramas que se da cerca de los torrentes. Su madera es tambien blanca al principio; pero en llegando á cierta edad, la parte mas interna del tronco llega á ponerse casi negra y muy fuerte y dura. De ella solian hacer los neófitos algunas piezas que parecian de ébano, curiosamente trabajadas y embutidas de concha.

La *uña de gato* es un árbol leguminoso, cuyas hojas son chicas y angostas y de color verde que tira á blanco y da su fruto en vainas. Sus ramas están erizadas de espinas curvas semejantes á las uñas de los gatos, por cuyo motivo se le dió este nombre, con el cual es conocido en todo Méjico. La parte mas interna del tronco, ó sea la médula, se pone tambien negra, con algunas listas amarillas que la hermosean; y como por otra parte es dura y pesada, hacen de ella piezas trabajadas á torno. Mas si el árbol se deja crecer hasta cierta edad, se le consume aquella médula de modo que queda hueco.

El *mangle*, aunque no es árbol muy grande, extiende mucho sus ramas horizontalmente, de modo que algunas tocan el suelo. Sus hojas son chicas, oblongas, recortadas, lisas y de un verde claro muy agradable, y su madera dura, y se usa de ella para remos. Los mangles se dan cerca de las costas, con tal que el terreno no sea arenoso.

El *corcho* es un arbolito que vive en los planíos que hay al pié de los montes, en donde se le ve por lo comun sin hojas; pero á pesar de eso forma un bellísimo ramillete de flores de un color de púrpura muy vivo. Su tronco cuando seco

se vuelve tan ligero y fofo como la corteza del alcornoque, y por eso se le dió el nombre de corcho. Con él forman los indios las balsas en que van á pescar, como después diremos; y sirve tambien en lugar de la corteza del alcornoque, y aun mejor que ella, para tapar botellas y otros vasos.

El *nombó* es un arbusto de tallos largos, rectos, flexibles, de corteza blanquizca y por lo comun desnudos. Solo cuando llueve se visten de unas hojas mas anchas que largas; pero apenas pasa un mes después de la lluvia, cuando vuelven á quedar desnudos. De esta planta no se hace ningun uso en la California; pero podrian ser útiles sus tallos, tanto para hacer cestos como para la tintura, porque contienen un humor de color de sangre que tiñe tan tenazmente los lienzos, que por mucho que se laven no puede quitárseles del todo la mancha. ¿Qué seria si aquel jugo estuviera convenientemente preparado?

Hay otro arbusto (de cuyo nombre no se acuerda el autor de los manuscritos de que nos servimos) semejante al nombó en la flexibilidad de sus tallos y en la carencia de hojas; pero mas útil á los indios, porque hacen de él dos especies de utensilios muy usuales entre ellos, esto es, ciertas conchas y escudillas de que hablaremos después.

El *batamote* es otro arbusto que nace en las orillas de algunos torrentes, y tiene los tallos rectos y de tres ó cuatro piés de longitud, y las hojas largas y agudas, pero muy delicadas y de un verde muy fino. Esta planta es eficaz para restituir el movimiento á los miembros tullidos, bañándolos con el cocimiento de sus tallos, ó dando friegas á las coyunturas con los mismos tallos asados, y poniéndoles después un emplastro de ellos.

En algunas partes se dan cerca de los torrentes cañaveras chicas y del grueso del dedo pequeño, ó cuando mas como el índice, de las cuales escogen las indias las mas delgadas para sus vestidos, como adelante diremos. Esta cañita es en la California la única planta en que se ve el maná, sustancia dulcísima y blanquecina, que los cochimíes llaman *cadesé*, esto es, zumo de caña. El mismo nombre dieron á la azúcar cuando la conocieron y probaron, en lo que se ve que, aunque bárbaros, pensaron acerca del orígen del maná mejor que nuestros antiguos filósofos, que le tuvieron por rocío. Al presente hay en la península cañaveras gruesas llevadas de otros países.

La planta mas apreciada por los indios á causa de su tallo, es el *mezcal*, planta del género de los aloes, semejante al maguey en el modo de echar el tallo y las flores; pero mas pequeña, mas espinosa y de un verde mas intenso. Cuando se le deja crecer echa, como el maguey, un tallo recto, del grueso del brazo de un hombre y de diez á quince piés de largo, y en su extremidad unos racimos de flores amarillas, y después el fruto. Estas flores están llenas de un humor demasiado dulce pero desagradable, y es tanto el que tienen, que los indios recogen una cantidad excesiva de él para alimentarse. El mezcal que ha crecido hasta este punto, no sirve ya mas que para multiplicar las plantas de su especie, produciéndolas, ó de sus raíces ó de su semilla esparcida al rededor; pero los indios no le dejan crecer, sino que luego que las hojas interiores comienzan á separarse del centro, le cortan el tallo cuando tiene apenas dos piés de altura, y reuniendo varios trozos de este porte, los llevan á su habitacion. Hacen después en el suelo un hoyo en el cual encienden lumbre y meten algunas piedras; y cuando la leña se ha consumido y las piedras están inflamadas, ponen entre ellas los trozos de mezcal, los cubren bien con tierra, y los dejan allí hasta pasadas veinticuatro, treinta ó treinta y seis horas. Este modo de cocer el mezcal y otras viandas, llamado por los mejicanos *tlatema*,[1] estaba en uso entre los bárbaros chichimecas desde antes que fuesen sojuzgados por los españoles. Cocido el mezcal de esta manera, adquiere un sabor dulce y agradable, y era el principal alimento de los californios desde octubre hasta abril, tiempo en que son muy escasas las frutas silvestres con que solian alimentarse. No es esta la única utilidad que sacan de aquella planta, pues de sus pencas extraen hilo para hacer aquellas redes que les sirven en lugar de sacos, espuertas y cestos para llevar á cuestas cuanto quieren. Por lo regular no se da el mezcal sino en los montes y colinas; le hay de varias especies, de las cuales algunas tienen el zumo amargo, y otras causan dolor de estómago. Un misionero hizo trasplantar allí mezcales de la Nueva Galicia, que son mas grandes, y mejores que ninguna de las especies, de la California. En algunos lugares de Méjico extraen del mezcal un aguardiente, que aunque á primera vista parece agua natural, es muy fuerte: algunos le toman para embriagarse y otros por medicina, pues se tiene por diurético y bueno para el estómago.

§ IX.

PLANTAS UTILES POR SU RAIZ.

En la California son pocas las plantas útiles por su raíz. Las que allí habia antes de la entrada de los españoles, son el *guacamote*, la *jícama* y el *mezquitillo*.

El *guacamote* ó yuca dulce, llamado *ufui* por los cochimíes, es una planta sarmentosa, de raíz larga, poco gruesa, fibrosa, amarilla por fuera y blanca interiormente. Esta raíz se come cocida y tiene buen sabor.

La *jícama* es una planta leguminosa y sarmentosa, que tiene las ramillas largas y sutiles, las

1 Actualmente se le da en Méjico el nombre de *barbacoa*, y es muy usado. E. T.

hojas dispuestas de tres en tres en forma de cruz, las flores moradas, la semilla á manera de lentejas encerradas en vainillas negras, y la raíz de la figura y tamaño de una cebolla, aunque en lo demás muy semejante al nabo. Es blanca, jugosa, gustosa, refrigerante y se come siempre cruda. En Méjico es comun la jícama; pero la de la California, aunque mas pequeña, es, en opinion de algunos, mejor.

El *mezquitillo* ó pequeña acacia, es un arbolillo que tiene este nombre porque en la forma de sus ramos y hojas es semejante á la acacia. En la California hacen uso de sus raíces para teñir de color de canela las pieles de ciervo.

Los misioneros han llevado á aquella península *camotes*, cebollas, ajos, nabos, rábanos é hinojo, y todas estas plantas han prevalecido. El camote es una raíz apreciada en la Nueva-España, y de la cual hemos hecho mencion en la Historia antigua de Méjico.

§ X.

PLANTAS UTILES POR SU JUGO Ó GOMA.

Las plantas apreciables por su resina ó goma, ó por su aceite ó jugo, son el copal, el brasil, el árbol de la brea, la higuera infernal, el añil y la caña de azúcar.

El copal es el árbol que produce la goma copal, tan conocida en Europa. Se halla en toda la California, exceptuando los lugares muy pedregosos ó arenosos.

El brasil, que en otros países suele ser un árbol grande, es pequeño en aquella península y no se da sino en la parte austral.

El árbol de la brea, que tambien es pequeño, tiene el tronco verduzco y lleno de excrecencias por la brea que destila, la cual se ve adherida en varias partes de la corteza en forma de pequeñas bolas. Los indios se sirven de esta resina para pegar sus flechas, como despues diremos, y la usan preparada con sebo para remendar las vasijas de barro quebradas. Los marineros carenan con ella los buques; pero como es tan poca, no basta para el consumo. El modo de recogerla es rayendo la corteza, cuya operacion debe hacerse antes que llueva, porque si la lluvia es fuerte se la lleva consigo.

La higuera infernal contiene en su fruto un aceite bueno para alumbrar, y tambien útil en la medicina, pues es un purgante muy fuerte y aun peligroso.

En algunos lugares de la parte austral se halla la planta del añil, pero no se hace uso de ella, acaso por ser de poca consideracion. En el mismo rumbo se cultiva en provecho de los indios la caña de azúcar, trasplantada á aquellos lugares por los misioneros.

§ XI.

PLANTAS NOCIVAS Y EXTRAVAGANTES.

Entre los pocos vegetales de la California hay algunos nocivos, uno de los cuales es cierto arbolillo llamado por los españoles de aquel país *palo de la flecha*, porque de él sacan los indios habitantes de la costa de Sonora aquel terrible veneno con que emponzoñan sus flechas para hacer mortales las heridas. Los californios, aunque tienen conocimiento de esta mala cualidad de la planta, jamás han abusado de ella.

En la partè austral hay una planta sarmentosa cuyo nombre ignoramos, que tiene las ramas tiernas y fibrosas, y de un sabor acre y fuerte. Los indios las cortan en pedazos de dos ó tres palmos, las ponen á cocer dentro de la ceniza caliente cubriéndolas con tierra para quitarles la acrimonia, y después las comen. Mas parece que este modo de cocerlas no basta para purgarlas de su cualidad cáustica, porque siempre causan un fuerte dolor de estómago, y en la boca y garganta ciertas úlceras que tal vez ocasionan la muerte.

La *hiedra maligna* es una planta que nace en los montes y extiende sus sarmientos enlazándolos con las ramas de los árboles vecinos. Es muy acreedora al nombre de maligna, porque basta tocarla para hincharse y cubrirse de llagas; y aunque este mal tiene fácil remedio, seria acaso mortal si el contacto fuera duradero.

El *guigil* es fruta producida por un arbusto y semejante á la guinda en el tamaño y color aunque mas pequeña. Los indios la comen á pesar de su mal sabor, porque se da en los meses de marzo y abril, cuando no tienen mas alimento que el mezcal. Se ha observado que si las indias comen mucha cuando están criando, se enferman sus hijos de modo que algunos perecen.

En varios lugares de la península hay otro arbusto cuyo fruto es redondo, del tamaño de un garbanzo, y negro cuando está maduro. Los indios se abstienen de comerle porque saben bien que es muy nocivo; pero como sus chiquillos lo ignoran ó nada temen, suelen comerle instigados del hambre ó de la golosina. El efecto que les causa es el de tullirse después de pocos dias, y de aquí les sobrevienen otros accidentes que al fin les quitan la vida; por cuyo motivo han procurado los misioneros exterminar en todas partes aquella planta. Sin embargo, los pericúes comen el fruto sin que les haga daño, quitándole primero la semilla, en la cual, segun ellos dicen, consiste tedo el mal. Hay tambien otras varias plantas extravagantes y curiosas á mas de las pitayas, cardos y nopales de que ya hemos hablado.

El *tasajo* es una planta parecida al pitahayo en la configuracion interna de sus ramos, que tambien carecen de hojas y son espinosos; aunque no son extriados, ni tan grandes y gruesos, ni de una pieza como los del pitahayo; sino que cada uno se



compone de varias piezas de tres á cuatro dedos de longitud, y unidas por medio de ciertos pezones de modo que para separarlas basta un viento fuerte ó el tope de un caminante ó de cualquier cuadrúpedo. Estas piezas desprendidas de la mata se conservan verdes por muchos meses, aunque no haya en el suelo ninguna humedad, y si antes de que se saque sobreviene alguna lluvia, echan raíces y forman nuevas plantas. El fruto del tasajo es semejante á la tuna, pero nunca llega á madurarse, y por consiguiente esta planta no es útil á los californios, sino al contrario, perniciosa, porque embaraza los caminos, y solo en algunos lugares en que escasea la leña, se sirven de sus ramas para quemarlas, porque arden bien, aunque se consumen pronto.

Semejante á esta en la estructura de las ramas y tambien sin hojas, hay otra planta llamada *cholla;* pero tan baja que apenas un palmo se levanta del suelo. Sus ramas se entretejen de tal modo que no dejan descubrir el tronco, y están tan cuajadas de espinas que no puede vérseles el color. Las piezas de que se componen á manera de las del tasajo, son menos largas y gruesas que el dedo índice. Cuando por casualidad se pisan estas ramas, no valen las suelas de los zapatos para evitar las picaduras de las espinas, las cuales son difíciles de extraerse.

Mucho mas curioso es otro árbol llamado por los cochimíes *milapá*, que se halla con frecuencia desde los 29 hasta los 31°, y no habia sido visto por los misioneros antes del año de 1751, porque no se habian interiorizado en aquel país; ni es, segun creo, conocido hasta ahora por los naturalistas. Es tan grande que sube perpendicularmente hasta la altura de setenta piés: su tronco, proporcionalmente grueso, no es leñoso, sino blando y jugoso como los ramos del pitahayo y del cardon, sus ramas son ciertas varitas de cosa de pié y medio de longitud, adornadas de pequeñas hojas y con una espina en la extremidad: la direccion de estas ramas no es ni hácia arriba ni horizontal, como ordinariamente se ve en los otros árboles, sino que cuelgan hácia abajo á manera de barba desde el principio hasta la extremidad del tronco, en donde este da unos ramilletes de flores, sin que jamás se le haya visto ningun fruto. Ninguna utilidad se saca de este grande árbol, porque ni seco es bueno para el fuego; sin embargo, en la mision de San Francisco de Borja usaban de él á falta de leña.

Hay tambien otro arbolillo erizado de largas espinas y casi siempre desnudo, por cuyo motivo le dieron los españoles el nombre de *palo Adan*. Cuando llueve, suele echar algunas hojas pequeñas, pero al cabo de un mes vuelve á despojarse de ellas para permanecer desnudo todo el año.

Asimismo llaman los españoles *palo hierro* á otro arbolillo que por su mucha dureza parece mas bien de hierro que de madera, y que además es tortuoso, tanto en su tronco como en sus ramos, los cuales están llenos de espinas, y creciendo horizontalmente llegan á tocar el suelo. La dureza y la tortuosidad de esta madera la hacen absolutamente inútil.

§ XII.

INSECTOS.

Tales son los vegetales dignos de alguna mencion que produce el árido suelo de la California. Pasando ahora de ellos al reino animal, y comenzando por las sustancias sensibles mas pequeñas, hallaremos allí hormigas, arañas, cientopiés, alacranes, grillos, mosquitos de varias especies, polilla, langostas, chicharras, luciérnagas, avispas, cucarachas y diversas clases de gusanos. No hay abejas, ni pulgas, ni chinches, ni niguas.

Entre las arañas se hallan aquellas grandísimas que en Méjico y en otras partes se llaman impropiamente tarántulas; pero jamas han hecho daño en la California, y por tanto es probable que solo por su horrible figura se han tenido por venenosas.

En los mosquitos hay en la playa de Loreto los de aquella especie que en muchos países de América tiene el nombre de *gegen*, los cuales son tan pequeños que apenas se perciben; pero sus picaduras causan un ardor intolerable.

De polilla hay tres especies: la que roe los lienzos de lino, la que roe los de lana y la que pica los libros. La primera es un insecto blanquecino del tamaño de un piojo abultado, pero la cabeza muy grande á proporcion del cuerpo, y muy ligero. Los insectos de esta clase habitan reunidos en ciertas celdillas de lodo que fabrican en las paredes, y cuando roen los vestidos hacen en ellos unas pequeñas bolsas, como las otras clases de polilla. Esta, llamada *comegen*,[1] no roe los lienzos de lana, sino solamente los de lino. La segunda y tercera especies son muy conocidas en Europa. Poco se ha multiplicado la polilla en la California, y parece que ninguna de las tres especies es nativa de aquel país, sino todas extranjeras, trasladadas de Méjico.

Hay dos especies de cucarachas diversas en el tamaño y color, pero semejantes en la figura é inclinaciones. Ambas, aunque raras veces vuelan, tienen alas dobles, son velocísimas, asquerosas y muy perniciosas en las despensas, en donde se comen y ensucian todos los comestibles, con tal que no sean duros, y particularmente las cosas dulces, introduciéndose fácilmente por las mas estrechas hendiduras, á causa de que tienen el cuerpo muy plano. Las de la especie mas gran-

1 *Comixen* es el nombre que los indios de la isla Española daban á ciertos insectos descritos por Oviedo, los cuales roen no solamente la madera, sino tambien las paredes de los edificios; y este nombre alterado se usó despues para significar esta otra especie de insectos.

de tienen dos dedos de largas y uno de anchas, y fueron llevadas á la California en los navíos que iban á Loreto del puerto de Matanchel en la Nueva Galicia, donde hay muchas. Las otras son nativas de la península, y tienen la mitad del tamaño de las primeras, pero son mas ágiles. Ambas especies se han multiplicado mucho.

Las avispas de la California son al menos de tres especies. Las de la primera, que son las mas grandes, tienen entre los mejicanos el nombre de *xicotli*, y están descritas en el libro I de nuestra Historia de Méjico. Fabrican una miel dulcísima, pero las picaduras de su aguijon son muy dolorosas. Las de la segunda son aquellas que los zoólogos llaman *Vespae icneumoni*, las cuales, aunque no viven en sociedad, fabrican sus celdillas en las paredes de los edificios. Para fabricarlas toma la avispa un poco de lodo, le amasa, y le fija en la pared por medio de un humor glutinoso que echa por la boca, y de esta manera prosigue trabajando hasta concluir una celdilla. Concluida, pone en ella un huevo, llena todo el resto de pequeñas arañas, que caza con este fin, y cierra con lodo la entrada. Junto á esta celdilla sigue fabricando otras hasta cuatro ó cinco, poniendo en cada una un huevo, y llenando lo demás de arañitas, como en la primera. Este lodo se endurece tanto y queda tan tenazmente adherido á la pared, que no es capaz un hombre de quitarle con los dedos. De cada uno de estos huevos encerrados y fecundados por el calor de la estacion, nace pronto un gusano, el cual á pocos dias se convierte en ninfa, y finalmente en avispa, manteniéndose entre tanto con las arañitas que depositó allí la avispa madre. Luego que los nuevos insectos tienen fortificadas sus alas, abren las celdillas para salir á volar, y dentro de poco comienzan á fabricar y á hacer las mismas operaciones que la madre. De este modo se hacen sucesivamente tres ó cuatro generaciones de mayo á octubre. Las avispas de esta especie ni tienen aguijon ni fabrican miel. Las de la tercera son rubias, mas chicas, están armadas de un fuerte aguijon, cuyas picaduras causan inflamacion y mucho dolor, y aunque no fabrican miel, hacen panales pendientes de las rocas en los lugares que se hallan á cubierto de la lluvia. Los californios gustan mucho de los gusanillos de estos panales, y al cogerlos se ponen muchas veces en peligro de precipitarse trepando por los despeñaderos.

Estos pobres indios se alimentan asimismo de otras dos especies de gusanos parduscos y tan largos y gruesos como el dedo pequeño, que se hallan en ciertas plantas después que llueve. Para comerlos, los cogen con dos dedos uno por uno de la cabeza, y desde allí los van exprimiendo con otros dos hasta la otra extremidad, para sacales las inmundicias del vientre; después los asan y hacen una larga sarta con los que quieren conservar para otro tiempo.

En algunos árboles se hallan tambien ciertos gusanos blancos de dos dedos de longitud y armados de espinas, cuyo contacto causa una picazon que dura algunas horas.

Pero los insectos de la California mas notables, tanto por su extraordinaria multitud como por el gran perjuicio que causan, son las langostas. Como esta plaga no es frecuente en los países habitados por los naturalistas, no se ha tenido todo el tiempo necesario para las observaciones minuciosas y exactas; y así expondré aquí las que por treinta años hizo un misionero hábil y sincero, omitiendo la descripcion de las partes internas y externas de estos insectos, por haberla hecho Bomare con mucha curiosidad y diligencia.[1]

Hay en la California tres especies de langostas semejantes en la forma, pero distintas en el tamaño, en el color y aun en el modo de vivir. La primera, conocida casi en todas partes, es pequeña, vuela poco y salta mucho; la segunda es mas grande y de color constantemente gris. Las dos especies son poco numerosas, y los individuos de ambas convienen en andar dispersos, y por eso se hace de ellos poco aprecio.

Las langostas de la tercera especie, que son mas mentadas y temidas, tienen el cuerpo del tamaño del dedo pequeño, las alas dobles como las otras, aunque mas grandes, y el color vario, segun su estado, como después veremos.

Estas langostas, de las cuales debe entenderse todo lo que vamos á decir, son semejantes á los gusanos de la seda en el modo de unirse para la generacion. Se unen en el estío, y la hembra pone á fines de julio ó á principios de agosto unos huevecillos largos y sutiles, de color amarillo que tira á rojo, unidos entre sí con cierto humor glutinoso, de tal modo que á primera vista parecen un cordon de seda, y colocados en unos pequeños agujeros que hace en el suelo con ciertos apéndices que tiene en la cola. Cada hembra pone de setenta á ochenta huevos y aun mas. Luego que las langostas satisfacen los deseos de la naturaleza, se enflaquecen y mueren, sin que quede viva ni una sola, pero dejan en sus huevos una posteridad muy numerosa.

El nacimiento de las nuevas langostas no tiene tiempo fijo, pues depende de las lluvias, las cuales suelen venir mas temprano ó mas tarde; pero comunmente nacen en setiembre ó á principios de octubre, cuando con las escasas lluvias de la California brota en el campo alguna yerba. Cuando están recien nacidas carecen de alas, tienen las piernas muy largas, son del tamaño de un mosquito, y su color es gris oscuro. Su primer ejercicio es saltar á la yerba vecina, y si no la hay van á buscarla á otra parte, caminando siempre acompañadas todas aquellas que han nacido de una misma madre. Después de haber consumido las hojas de una planta, pasan á otra, y poco

1 Diction. d'Hist. Natur. V. Sauterelle.

á poco se les vá poniendo el color mas claro y se van uniendo en diferentes familias. Cuando llegan á la mitad de su tamaño, se despojan, como las víboras, de su piel, y quedan perfectamente verdes; y como en este tiempo tienen ya fortificadas las piernas, caminan á mas grandes saltos, formando numerosos ejércitos y talando los campos por donde pasan. A pocos dias vuelven á despojarse de su piel, y entonces despliegan sus cuatro alas, que tenian encerradas debajo de ella, y mudan el color verde en gris oscuro. A los tres meses de edad llegan á colmo, y tornan á mudar el gris en rojo con manchas negras, lo cual, á pesar de su desgraciada forma, les dá alguna hermosura. Este color les dura hasta el estío, en cuyo tiempo se ponen amarillas permaneciendo así hasta la muerte. Todo el curso de su vida está reducido á diez meses, en los cuales se despojan dos veces de la piel y cinco veces mudan de color.

Hácia el principio de enero, cuando ya han llegado al término de su crecimiento y están fortificadas sus alas, vuelan como pájaros, y comienzan á llevar por todas partes la desolacion. Sus ejércitos volantes son tan numerosos y forman nubes tan gruesas, que impiden la vista del sol y oscurecen el aire. Se reunen en masas de diez ó doce mil individuos, siguiendo siempre á sus conductores y volando en línea recta ó hácia adelante ó hácia los costados, pero sin retroceder jamás, porque no hay cosa en el mundo que sea capaz de obligarlos á ello. En donde quiera que hacen alto las guias, se para todo el ejército: si esto es acaso en algun bosque, ocupan en él el mismo espacio que en el aire, conservando entre sí el mismo órden y la misma distancia; pero si caen en algun sembrado, como todas quieren comer, se estrechan y se reducen á menor espacio.

Digieren con muchísima prontitud, y por esta causa devoran mucho mas de lo que en atencion á su tamaño pudiera creerse. Cuando asaltan algun bosque, prado ó sementera, no hacen otra cosa que devorar y evacuar, y así en un momento lo destruyen todo, y aun cuando dejan algo, no tarda en ser absolutamente consumido por otro nuevo ejército que luego sobreviene, porque suelen ser muchos, aunque uno solo bastaria para desolar muchos países. Por la noche ni comen ni vuelan estas langostas, sino que descansan amontonándose unas sobre otras en tanto número, que á pesar de su pequeñez suelen encorvar y aun rasgar con su peso las ramas de los árboles.

Esta plaga tan lamentable en los países fértiles, lo es mucho mas en aquella miserable península, en donde los campos y bosques quedan desolados, las yerbas consumidas y los árboles desnudos y en partes descortezados; siguiéndose de aquí la mortandad en los ganados por falta de pastos y la hambre y las enfermedades en los hombres, porque muriendo á un tiempo toda aquella infinita multitud de voraces insectos, infestan el aire con su corrupcion.

Hay algunas plantas respetadas por las langostas, como los melones y sandías, á causa de la aspereza de sus hojas. Los pitahayos están naturalmente defendidos con sus espinas; pero las flores, si las hay, son atacadas por estos insectos, así como tambien los frutos de aquellas plantas si se hienden por su madurez. Del mezcal solo comen las extremidades de las pencas, sin tocar el tallo, del que se alimentan los indios.

Si la California estuviera mas poblada, podrian sus habitantes perseguir estos insectos exterminadores é impedir semejantes estragos, ó destruyendo sus huevos, ó matándolos cuando aun no tienen alas, y mas si cada año algunas centenas de hombres discurriesen con este fin y en cierta estacion por las montañas meridionales, que son la verdadera patria de estos terribles enemigos. Por lo demás, de nada sirven ni las humaredas, ni la gritería, ni alguna otra de las diligencias que suelen practicarse para impedir el daño. En el invierno hallándose las langostas entorpecidas por el frio y no pudiendo volar por las mañanas hasta no haberse calentado algo al sol, acuden los indios y sacudiendo las ramas de los árboles, las hacen caer al suelo y matan muchas con los piés. Un misionero habiendo ofrecido un premio á aquel de sus neófitos que le trajese cierta medida de langostas, reunia diariamente de setenta á ochenta sacos; pero por muchas que se matasen, de nada serviria atendida su infinita multitud.[1] Sin embargo, una sementera corta puede libertarse á lo menos de la mayor parte del daño, si se ocupan muchos con empeño en ahuyentarlas todo el tiempo que tardan en pasar.

Desde el año de 1697 en que los jesuítas comenzaron á trabajar en la conversion de los californios, no hubo langosta en aquel país hasta el de 1722 en que apareció, cesando luego, y volviendo en 1746 y en los tres siguientes sin interrupcion. Después no volvió hasta 1753 y 54, y finalmente en 1765, 66 y 67. Jamás podria aquella desgraciada península reponerse de sus pérdidas si la multiplicacion de las langostas no se frustrase muchas veces por varios motivos. Quedando no pocas ocasiones infecundos sus huevos, se secan por la falta de lluvia, y los pájaros se comen una gran cantidad de ellos. Además

1 Para formar alguna idea de la prodigiosa multiplicacion de las langostas, puede verse lo que refiere Bomare de las que en 1613 hubo en el territorio de Arles, Bocaria y Tarascon, de las cuales, habiendo sido en su mayor parte devoradas por los estorninos, las que sobrevivieron pusieron tantos huevos, que los aldeanos estimulados por el gobierno, cogieron mas de tres mil quintales, parte de los cuales fueron enterrados y parte echados en el Ródano; y habiéndose calculado el número de langostas que deberian haber nacido de ellos en el año siguiente, ascendió á quinientos cincuenta mil millones.

de esto, suele morir en la primavera un número increible de langostas, á causa de ciertos gusanillos que se les engendran en el vientre y las devoran, y por este motivo en los otros años, fuera de los expresados, ó no las ha habido, ó al menos no han sido tantas que pudiesen causar un mal grave.

Antiguamente solian los californios comer con frecuencia las langostas tostadas y pulverizadas, después de haberles quitado las inmundicias del vientre; pero los buenos consejos de los misioneros y la experiencia adquirida en 1722, en que por haber comido muchas les sobrevino una grande enfermedad, han apartado á los mas de esta comida. Sin embargo, algunos continuaron comiéndolas, sintiendo no aprovecharse de lo que tanto abunda cuando otros alimentos son tan escasos.

§ XIII.

REPTILES.

En la California hay pocas especies de reptiles, á saber: lagartijas, ranas, sapos, tortugas y culebras. Entre las especies de lagartijas no sabemos que haya ninguna venenosa; las ranas son muy raras, y los sapos abundan cuando llueve, pero desaparecen del todo cuando la tierra vuelve á secarse. Entre los tortugas, á mas de las terrestres comunes y las de agua dulce, hay otras dos especies de tortugas marinas grandes, una de las cuales es aquella cuya concha se llama carey. Los californios las cogen fácilmente, porque cuando desde sus barquillas ó balsas divisan alguna, se echan al mar, y alcazándola á nado, la vuelcan, y dejándola inhábil para moverse, la van empujando hasta la barquilla, en donde la meten; pero se necesita alguna precaucion para cogerlas, porque muerden fuertemente.

De culebras hay dos géneros, las de cascabel y las que no le tienen; estas son mas pequeñas que aquellas, pero su veneno es mas activo. Al fin de este volúmen daremos un curioso pormenor de las observaciones y experimentos peligrosos hechos en las culebras de la California por un hábil misionero.

§ XIV.

PECES.

Pasando á los animales acuátiles, cuyo carácter se acerca mas al de los reptiles, hallaremos en los mares de la California entre los cetáceos, ballenas, delfines, tiburones, pez espadas y focas. Entre los verdaderos peces, pámpanos de dos especies, pargos tambien de dos especies, palometas, robalos, lizas, meros, dorados, voladores, bagres, sierras, rayas, mantas, cabrillas, curvinas, arenques, sardinas, gallos, agujas, lenguados, sollos, mielgas, platijas, becerros marinos, morenas, puercos, cornudas, caballas, botetos, sábalos, esparallones, ciupas, bonitos, picudas, roncadores y otros muchos. De los crustáceos hay langostas y varias especies de cangrejos. De los testáceos hay almejas, múrices, madreperlas y otras muchas especies de caracoles, conchas y ostras: finalmente, hay tambien diferentes clases de zoofitas, madréporas, miléporas y pulpos. Algunos de los expresados vivientes acuátiles son muy conocidos por los europeos, otros han sido descritos en nuestra historia de Méjico ó en otras historias de América, y por tanto solo diremos aquí lo que en algun modo pueda aumentar los conocimientos en esta parte de la historia natural.

La multitud de ballenas vistas por los navegantes en el angosto espacio de mar que hay entre la península y la isla del Angel Custodio, dió ocasion á que se le llamase *canal de las Ballenas;* pero como no se ha pescado ninguna, no sabemos á qué especie pertenecen; sin embargo, en atencion á lo que de ellas se dice, las creo de la especie llamada *Physalus* por Lineo.

El pez espada de la California parece ser el mismo que Plinio llamó *xiphias ó gladius;* por lo menos en ninguno otro puede verificarse lo que de él cuenta aquel antiguo naturalista. Pocos años ha, una de estas bestias fijó de tal suerte su espada en el costado de una balandra anclada en el puerto de Loreto, que queriendo y no pudiendo sacarla, agitó violentamente el buque, hasta que rompiendo su arma con semejantes esfuerzos, se retiró burlada.[1]

La palometa, que como hemos dicho en la historia de Méjico, es uno de los peces mas sabrosos y delicados, es bien conocida por aquellas cuatro ó cinco listas turquíes que tiene atravesadas en el lomo, por cuyo motivo los habitantes de Méjico, en cuyos dos mares es comun, le dan el nombre da *cozamalomichin* ó pez iris. El doctor Hernandez la tiene por el *glaucus* de los antiguos.

El dorado, así llamado porque en el agua parece todo de oro, es muy diverso de la dorada del Mediterráneo. El de la California es mas grande, mas delicado y de la carne mas sabrosa. Es muy comun en los dos mares de Méjico, y

1 *Xiphiam, id est Gladium rostro mucronato esse: ab hoc naves perfossas mergi in Oceano etc. Plin. Histor. Natur. lib.* 32. *c.* 2.

Bomare da este nombre al pez emperador del mar de la Groenlandia; pero este no tiene su espada en la mandíbula superior, como el pez espada, sino en la parte posterior del cuerpo, ni tampoco la tiene desnuda, como aquel, sino envainada, y por tanto, menos apta para herir. El mismo autor añade que parece que el pez emperador mas bien se sirve de su espada para afirmarse en su curso ó para contener su demasiada agilidad, que para defenderse.

bien conocido por el empeño y furia con que persigue á los peces voladores.[1]

El bagre de la California y de Méjico, muy distinto de aquel á que Lineo dió el mismo nombre y colocó entre las especies de siluros, es un pez sin escamas, con dos pelos grandes y gruesos pendientes del labio inferior, la cola hendida, y seis aletas, entre las cuales una es dorsal grande, dos pectorales, dos debajo del vientre y una pequeña cerca de la cola. Tiene el lomo negro y el vientre blanco, con dos líneas rectas y laterales que separan ambos colores. Su carne es blanca y delicada y la longitud de su cuerpo de uno á tres piés.

El puerco marino de la California y de los dos mares de Méjico, es tambien diverso de los que describen Lineo, Bomare y otros. El californio es escamoso y de figura casi cilíndrica, tiene la cola lunada y la cabeza redonda y comprimida en la parte anterior. Está provisto de dos aletas largas que se extienden desde la mitad del lomo y del vientre hasta la cola. Su carne es gustosa y sana.

Tanto en el mar de la Califonia como en los mares y rios de Méjico, hay dos especies de *sparus* llamadas *moharras* en aquel país, porque en su figura tienen alguna semejanza con unos puñales de este nombre.[2] La moharra blanca, que en el antiguo idioma mejicano se llama *papalomichin* ó pez mariposa, es ancha, de cosa de once pulgadas de longitud, escamosa, espinosa y muy buena para comer. Tiene la cola lunada y siete aletas, dos junto á las agallas, dos junto al vientre, una cerca de la cola, otra chica sobre el espinazo y otra grande que se extiende desde la cabeza hasta la cola. La moharra negra, que en el mismo idioma mejicano se llama *cacalomichin*, esto es, pez cuervo, es toda negra, doblemente mayor que la otra, y tiene la cola circular y seis aletas, dos junto á las agallas, dos debajo del vientre, una grande en el espinazo y una pequeña cerca de la cola. Su lomo está cubierto de gruesas escamas y armado de espinas; pero su carne es tan buena y saludable como la de la blanca.

El roncador se llama así porque cuando está fuera del agua ronca como si estuviera durmiendo. El doctor Hernandez cree que este pez es el *exocœtus* de Plinio; á lo menos lo que de él dice este último le conviene al roncador mas bien que á aquel pez volador á que Lineo y Bomare dan el nombre de *exocœtus*.

La manta, bestia formidable de que se ha hecho mencion en la historia antigua de Méjico, puede considerarse como una especie de raya, y segun me parece, era una verdadera manta el individuo que el padre Labat llamó *raya prodigiosa* y midió en la isla de Guadalupe, una de las Antillas. Su anchura era de doce piés; su longitud desde la hocico hasta el nacimiento de la cola de nueve y medio y su grueso en la mitad del cuerpo, de dos. Su cola tenia quince piés de larga, y su piel, mas gruesa que la de un buey, estaba armada de fuertes espinas á manera de uñas.

En el golfo de California se ha pescado muchas veces el ojon, aquel singular pez plano que describimos en la historia de Méjico y que tiene en medio y en la parte mas elevada del cuerpo un ojo del tamaño del de un buey. A este pez le convendria sin duda el nombre de *boeps* (ojo de buey) mejor que al que con este nombre coloca Lineo en el género *sparus*.

Merece particular mencion el pez llamado *mulier*, visto varias veces en la costa del mar Pacífico y conocido con este nombre por la semejanza que de medio cuerpo arriba tiene con una mujer. Tiene los pechos, el cuello y los ojos muy blancos, lo restante del cuerpo cubierto de escamas lo mismo que los otros peces, y la cola lunada. El padre misionero Arnés al tiempo de fundar la última mision de Santa María, vió muerto un individuo de esta especie en la playa del mar citado; pero como estaba seco y destrozado, no pudo observarle como hubiera querido. La longitud de los que tenemos noticia que han sido vistos, no pasa de dos palmos y su anchura proporcionada á ella.[1]

En la playa del mar Pacífico desde los 27° hasta los 31, hay una increible multitud de conchas univalvas, que se tienen por las mas bellas de cuantas se conocen. Están sombreadas de un lindísimo color de lapislázuli sobre fondo blanco plateado, con cinco pequeños agujeros de un lado.

Tambien hay dos especies particulares de testáceos, que podemos llamar *pulpáreos*, porque participan de la naturaleza de las conchas y de la de los pulpos, si no es que son de aquel género de pulpos que los naturalistas modernos llaman *ceratofiti*. Estos, que tienen el nombre de *hachas* porque tienen en su forma alguna semejanza con el hacha de un leñador, son conchas bivalvas provistas de muchos ramos ó brazos, con los cuales se adhieren tan fuertemente á la tierra, que para desprenderlas no son bastantes las

1 En la enumeracion que de los peces de Méjico hice en el lib. I de la Historia antigua de aquel país, dí el nombre de *dorada* al pez dorado, porque engañado con el nombre los creí idénticos; pero habiendo visto después en Italia la dorada (*orata*), me desengañé.

2 Actualmente se pronuncia en Méjico *mojarra*.—E. T.

1 Mr. de l'Harpe (Comp. de la hist. de los viaj.) hace mencion con este nombre y con el de *douyon* de un pez que se halla en el mar de Filipinas, el cual dice que es semejante á la mujer en los pechos y en el sexo, y que su carne es como la del puerco. En la embocadura del Loira hay tambien otro pez así llamado.—Mr. de Bomar. V. Muller.

fuerzas de un hombre si antes no se cava el suelo. Se hallan debajo de la arena en la costa del golfo, pero siempre al nivel del mar.

Las llamadas burros son tambiem conchas bivalvas y están igualmente provistas de ramos, pero mas delgados y mucho mas numerosos, con los cuáles se adhieren de tal modo al fondo del mar, que no es posible arrancarlas, ó por mejor decir, desarraigarlas, sin el auxilio de algun instrumento de hierro. Se dice que los buzos al pescar la perla corren riesgo de ser cogidos por estos animales cuando estan en el fondo del mar; porque si meten un pié inadvertidamente en alguno de ellos cuando tienen abiertas las conchas, las junta repentinamente y no los deja salir á respirar fuera del agua. Tienen, pues, los buzos tres clases de enemigos terribles, á saber: los burros, los tiburones y las mantas; pero todo lo vence la esperanza del lucro.

Aunque los múrices de la California son muy apreciables, ninguno se ha dedicado hasta ahora á pescarlos y á servirse de su púrpura, porque las perlas han llamado toda la atencion de los pescadores. La abundancia de ellas, que tanto ha contribuido á dar celebridad á aquella península, por otra parte tan miserable, fué mucha en el golfo cerca de la costa oriental de la misma península y junto á las islas adyacentes. Las que se pescaban desde el cabo de San Lucas hasta los 27° eran en general blancas y brillantes, ó como dicen los comerciantes, de buen oriente. Las que se hallaban desde el paralelo citado hácia el N., eran comunmente algo empañadas, y por lo mismo ménos apreciadas.

A fines del siglo XVI en que fueron descubiertas estas, digámoslo así, minas marítimas, comenzaron á buscar riquezas en ellas los habitantes de la Nueva-Galicia, Culiacan y Sinaloa, y efectivamente, enriquecieron algunos en los dos siglos pasados; pero por el año de 1736 empezaron á escasear las perlas, de modo que á muchos les era desventajosa la pesca de ellas. En 1740 arrojaron las olas una gran cantidad de madreperlas en la playa desde los 28° adelante: los indios habitantes de aquella costa, que entonces estaban recien convertidos al cristianismo, sabiendo cuánto apreciaban los españoles las perlas, llevaron muchas á los soldados de la mision de San Ignacio, que á la sazon era fronteriza con los gentiles, dándolas en cambio de algunas cositas que estimaban mas porque les eran mas útiles. Don Manuel de Ocio, uno de aquellos soldados y yerno del capitan gobernador de la California, esperando hacer una gran fortuna, pidió su retiro y marchó á la Nueva-Galicia, en donde empleó todo su capital en comprar barcas, pagar buzos y proveerse de todo lo necesario para el buceo de la perla. Con el producto de la que sacó en 1742, hizo mayores preparativos para el año siguente, en el cual obtuvo 127 libras españolas de perlas; pero esta pesca, aunque abundante, no es comparable con la de 1744, que ascendió á 275 libras. Aunque las perlas eran de inferior calidad, como pescadas mas allá de los 28°, enriquecieron pronto á Ocio por su abundancia; pero de entónces acá se ha ido disminuyendo la pesca, en términos de hallarse casi absolutamente abandonada, y los pocos que se han dedicado á ella, apenas han podido sacar los costos, especialmente en éstos últimos años en que la economía europea ha introducido en Méjico el uso de las perlas falsas.

El tiempo destinado á esta pesca son los tres meses de julio, agosto y setiembre. Luego que el *armador del buceo*, esto es, aquel á cuyas expensas se hace la pesca, tiene los barcos aprestados y provistos de todo lo necesario, se dirige á la costa oriental de la California y elige en ella un puerto cercano á los *placeres*, es decir, á aquellos lugares en donde abunda la madreperla, con tal que haya en él agua potable. En los tres meses que dura el buceo, van diariamente los barcos con los buzos del puerto á los placeres. La pesca comienza dos horas ántes y termina dos horas después del mediodía, porque la posicion perpendicular del sol aclara mucho el fondo del mar y facilita el hallazgo de las ostras, y por este motivo no se pesca en las restantes horas del dia, ni en las expresadas si el sol está nublado. La profundidad á que descienden los buzos á buscar las ostras, es de ocho, doce, diez y seis, y hasta de veinte y veinticuatro piés, según su destreza. Se sumergen llevando cada uno una red atada al cuerpo para poner en ella las ostras, y un baston bien agúzado para defenderse de las mantas y para otros usos. Luego que llenan la red ó no pueden contener mas el aliento, vuelven al barco ó á vaciar aquella ó á tomar alguna respiracion, porque es mucha la fatiga que sufren, tanto al sumergirse como al salir. Terminada la pesca del dia, tornan al puerto, en donde se hace la cuenta y particion de las ostras. De los buzos, algunos se contratan por salario y otros no: los primeros no tienen de la pesca mas que el sueldo en que han convenido con el armador; los segundos tienen la mitad de las ostras que pescan, y tanto unos como otros son alimentados por el armador todo el tiempo de la pesca, y deben ser restituidos por él al mismo lugar de donde son llevados.

La distribucion diaria de las ostras se hace del modo siguiente: si el buzo está asalariado, del conjunto de las ostras se toman cuatro para el armador y una para el rey; pero si no lo está, toma el armador la primera y la tercera, el buzo la segunda y la cuarta, y se aparta la quinta para el rey; de este modo van contando y separando hasta concluir el monton, pues el rey católico tiene el quinto de todas las ostras que se pescan. La exaccion de este impuesto ha estado encomendada por el virey de Méjico al capitan gobernador de la California, el cual, no pudiendo hacerla personalmente, delegaba otro que la hiciese efectiva en su nombre, y acabado el tiempo de la pesca,

mandaba á Guadalajara, capital de la Nueva-Galicia, toda la cantidad de perlas perteneciente al real erario, con los correspondientes documentos. Como todos los gobernadores que han tenido esta comision han sido buenos cristianos y hombres muy honrados, se han manejado en ella con suma fidelidad, sin premio alguno y sin mas interés que el de servir á su soberano.

Despues de hecha la division se abren las ostras para sacarles las perlas, si las tienen; pues algunas no tienen absolutamente nada, otras tienen una, y suele haber algunas que tienen dos ó mas. Los armadores compran á los buzos las que les han tocado, ó se las cambian por mercancías, que con este fin llevan comunmente consigo los que emprenden la tal pesca.

Las madreperlas son por lo general de cinco pulgadas de longitud, y de tres á cuatro de anchura; su color por defuera es un verde sucio, pero interiormente son hermosas. Las perlas se forman en algunos pliegues del cuerpo del animal, aunque no faltan algunas que se hallan adheridas á la superficie interna de la concha, las cuales son llamadas *topos*, y aunque sean grandes y bellas, no tienen estimacion, por razon de tener plana la parte que estaba en contacto con la concha. Las mas apreciadas son las que además de ser grandes, blancas y brillantes, son esféricas ú ovales, y sobre todo las que tienen figura de pera.

§ XV.

AVES.

De las aves de la California tenemos poco que decir, pues aunque hay muchas especies, casi todas son conocidas en Europa, ya por ser comunes á ambos continentes, ya por haber hablado copiosamente de ellas los historiadores de América. De las de rapiña hay buitres, halcones, gavilanes, cuervos y águilas. Los cuervos son muy abundantes y las águilas al contrario, muy raras, y solo se hallan en los montes de la parte austral. Hay tambien muchos zopilotes, aves que describimos en nuestra Historia de Méjico, y que aunque propiamente no son de rapiña, se acercan mucho á esta clase.

De las nocturnas hay buhos, lechuzas, mochuelos, cuclillos y otras cuyos nombres y formas ignoramos.

De las acuátiles, ya de las que viven ordinariamente en el agua, ya de las que en ella buscan su alimento, hay muchísimas especies, señaladamente de las marinas. Las mas conocidas son: patos de varias clases, gansos, pelícanos, gaviotas, garzas reales, fulicas y tijeras. Estas últimas se llaman así porque al volar forman con los piés y las alas la figura de unas tijeras. Lo que en el libro I de la Historia de Méjico dijimos acerca de la admirable providencia de los pelícanos en socorrer á los individuos de su especie inhábiles para buscar su sustento, y de la industria de los indios en aprovecharse de la pesca de estas aves, fué observado por muchos españoles en la isla de San Roque, poco distante de la costa occidental de la California.

De las aves que se solicitan para la mesa hay tórtolas, palomas silvestres y codornicces en abundancia además de otras muchas especies de acuátiles. Los misioneros llevaron de la Nueva-España gallinas, gallipavos y palomas domésticas.

Entre las aves de canto hay ruiseñores, aunque pocos, cenzontlis, calandrias, gorriones, tigrillos, cardenales y otros, los cuales con su dulce y armonioso canto alivian algo la fatiga á los que viajan por aquellos áridos y melancólicos desiertos.

Hay finalmente varias aves apreciables por la belleza de sus plumas, y entre otras, á mas de los expresados cardenales, colibrís ó chupamirtos.

§ XVI.

CUADRÚPEDOS.

Las especies de los cuadrúpedos de la California son, segun se sabe, veintiseis solamente, á saber: bueyes, caballos, asnos, ovejas, cabras, puercos, perros y gatos, todos trasportados de la Nueva-España por la diligencia y á expensas de los misioneros jesuitas; leones, gatos monteses, ciervos, *tajés*, gamuzas, *coyotes*, zorras, tejones, liebres, conejos, nutrias, hediondos, tuzas, ardillas suizas, ardillas palmistas, ratones portasacos y topos. A estas veinticinco especies debe añadirse la de cierta fiera semejante en el color á los leones americanos, aunque menos corpulenta que ellos, llamada impropiamente *onza* por los españoles de la California.

El gato montés, que los indios cochimíes llaman *chimbi*, es mas grande, vigoroso y feroz que el doméstico, pero tiene la cola mas corta. Su atrevimiento es tal que llega á acometer á otros cuadrúpedos mas grandes, y aun á los hombres que andan descuidados por los bosques; pero la especie de estas fieras es poco numerosa.

No así la del *chimbicá* ó leon de California, porque no atreviéndose los californios á matarle á causa de cierto temor supersticioso que le tenian antes de convertirse al cristianismo, se fueron multiplicando los individuos de esta especie con mucho perjuicio de las misiones que despues se fundaron, pues hacian estragos en los ganados y tal vez en los hombres, de lo cual se vieron algunos ejemplares trágicos en los últimos años que estuvieron allí los jesuitas. Estos, despues de haber hecho á sus neófitos deponer aquel temor, como despues diremos, para alentarlos mas, daban en premio un toro al que mataba un chimbicá, cuya práctica observaron todo el tiempo que gobernaron aquellas misiones. El chimbicá es del tamaño de un mastin corpulento, es-

tá armado de fortísimas garras y tiene el mismo color que el leon de Africa, pero sin guedeja. Cuando hace presa en algun animal, le afianza de tal manera que no le suelta aunque se sienta mortalmente herido: luego que puede le degüella, le bebe la sangre, le devora el cuello, y cubre lo restante con hojarasca, para estar viniendo á comer cuando tiene hambre; pero pocas veces consigue su intento, porque los indios hambrientos ó los zopilotes se aprovechan de la presa. Cuando los indios observa que estas aves vuelan reunidas en gran número al rededor de algun lugar, infieren que hay en él algun animal muerto y acuden luego, y si la carne no está del todo corrompida y hedionda, se la llevan á sus casas, ó encienden lumbre allí mismo para asarla. A pesar de ser el chimbicá tan atrevido, huye de los perros, y cuando se ve en riesgo de que estos le den alcance, trepa en algun árbol, y desde allí los mira con ojos amenazadores, pero sin atreverse á bajar hasta que sus perseguidores se retiran; esta es la ocasion oportuna para matarle á balazos. Este animal es el mismo que el *miztli* de los mejicanos, el *pagi* de los chilenos y el *puma* de los peruanos, aunque parezca diverso en algunas cosas.

El coyote es aquel cuadrúpedo que describibimos en la historia de Méjico, y que forma el enlace entre el lobo y la zorra, reuniendo la astucia de esta con la voracidad de aquel, y asemejándose á ambos en la forma.

Los ciervos de la California solo se distinguen de los comunes de la Europa en no tener los cuernos parados perpendicularmente sobre la cabeza, sino inclinados hácia el lomo.

La gamuza, llamada por aquellos indios *amogoquió*, es mas grande, mas ágil y mas veloz que la cabra. Los animales de esta especie se juntan en manadas, y trepan en las rocas con increible facilidad: los hay blancos y negros; su piel es apreciada y su carne buena para comer.

El *tajé* de la California es el *ibex* de Plinio y el *bouquetin* de Bufon. Lo mismo que dice Plinio del ibex,[1] cuentan los californios del tajé, sin haber leido ni aun oido mentar jamás á aquel naturalista; lo cual prueba la verdad de la descripcion de Plinio y la identidad específica de estos animales. En su forma, color y tamaño, es el tajé lo mismo que el *bouquetin*, y su carne es comestible.

El hediondo americano, llamado con tantos nombres en los diversos países del Nuevo Mundo, tiene entre los cochimíes el nombre de *iijú*. Al presente es bien conocido este curioso cuadrúpedo en Europa; mas como algunos misioneros de la California tuvieron oportunidad de observarle con frecuencia en su propio domicilio, podemos darle á conocer mas.

Los hediondos de la California son de aquella espcie de animales pequeños que los mejicanos llaman *conépatl*. El tamaño de su cuerpo sin la cola no pasa de ocho pulgadas, su cabeza es tambin pequeña, y el color de su pelo es en el vientre y piernas blanco; en el lomo, en los costados y en la cola alternado con listas blancas y negras en algunos individuos, y blancas y leonadas en otros. Su cola termina en un hermoso fleco, que parece mas vistoso cuando la erigen, como lo hacen al huir. Se alimentan de escarabajos, cientopiés y otros insectos; pero sobre todo gustan de la sangre y de los huevos de las gallinas, y son por lo mismo los exterminadores de los gallineros. De noche es cuando hacen sus latrocinios, introduciéndose en los gallineros por agujeros mas estrechos que sus cuerpos: las gallinas al sentir al hediondo hacen grande algazara, pero sin moverse de sus lugares; él entonces deguella una ó dos, les chupa la sangre y come algo de la carne. Los hediondos habitan en pequeñas cuevas que hacen entre las peñas, y raras veces se dejan ver si no es en el otoño y al principio del invierno.

El doctor Hernandez dice en su historia natural de Méjico que hieden sobre manera el estiércol y la orina del hediondo, y así se cree comunmente; pero por las repetidas observaciones hechas en la California, consta que estos cuadrúpedos no se han valido ni de uno ni de otro contra sus perseguidores, ni han dejado nunca señales de haberlo hecho. La arma poderosa de que usan constantemente en los grandes riesgos, es aquel viento insoportable que despiden por detrás, el cual condensa tan sensiblemente el aire del rededor, que, como se explica un grave misionero, parece que puede palparse. Todos los cuerpos vecinos quedan de tal manera inficionados con él, que aunque se expongan al aire libre, conservan por largo tiempo el hedor, el cual se propaga á lugares bien distantes. Los perros que han seguido á un hediondo quedan con aquel hedor aturdidos, y sacudiendo fuertemente el hocico, dan muestras de la sensacion desagradable que experimentan.

En la Historia de Méjico describimos aquel curioso cuadrúpedo llamado por Bufon *suizo*, y por los mejicanos *tlalmototli* ó ardilla terrestre, á diferencia de la verdadera ardilla que habita en los árboles. Este hace su cueva debajo de tierra y perjudica las sementeras.

El mismo daño hacen las tuzas, cuadrúpedos del género del topo, pero mas grandes, mas hermosos, y diversos de aquellos tanto en los ojos como en el resto del cuerpo, segun dijimos en la citada Historia.

Es comun en la California otro cuadrúpedo algo semejante á la ardilla en la forma, aunque mas pequeño, pues su grueso es como el de un raton comun, sin embargo de ser doblemente

1 Sunt ibices pernicitatis mirandae, quamquam onerato capite vastis cornibus. . . . In haec se librant, ut tormento aliquo, rotati in petras, potissimum e monte aliquo in alium transilire querentes atque recursu pernicius quo libuerit exultant. Plin. Hist. Nat. lib. VIII. c. 53.

mas largo. Su cola es peluda como la de la ardilla y su lomo listado de color blanco y oscuro. Este es seguramente el *palmista* de Buffon y el *sciurus palmarum* de Lineo.

El raton de la California, aunque semejante en la forma, color, tamaño y modo de vivir al raton comun, es sin embargo de una especie muy diversa de la comun y de todas las conocidas por los naturalistas. Tiene debajo de cada oreja una membrana en forma de saquillo, que se comunica con la boca, por cuya comunicacion introduce en ella todo lo que coge para llevarlo a su almacen, y por tanto, el daño que estos animalitos hacen en los graneros es mayor que el que podrian hacer atendida solo su pequeñez. Cuando tienen vacías y flojas aquellas membranas, apenas se les echan de ver; pero si los muchachos matan alguno y le soplan por la boca, quedan, con el aire que se les introduce, tan abultadas como un huevo de paloma, y los muchachos reciben grande placer con la vista de aquella ridícula figura.[1]

Aunque el clima de la California no es contrario á los animales trasportados allí de la Nueva-España, su multiplicacion se retarda por la escasez de pastos y por la abundancia de leones. Siendo escasos los pastos es necesario que los caballos, las vacas, las ovejas y las cabras anden paciendo dispersas en diferentes lugares donde hay alguna yerba ó retoños de arbustos, y no pudiendo estar á la vista de sus custodios, son asaltadas por los leones, los cuales matan los potros y becerros, y acaso tambien las yeguas y vacas, y hacen muchos estragos en las ovejas y cabras. Por este motivo se hace preciso traer anualmente de Sinaloa la caballada necesaria para el presidio. Solamente los perros se cree que han degenerado en la California, porque no se les observa aquella aficion que en otros países tienen á sus amos, y los abandonan fácilmente por otro; pero quién sabe si la miseria de los amos es la que obliga á aquellos hambrientos animales á buscar en otra parte su subsistencia.

§ XVII.

HABITANTES, SU LENGUA, ARITMÉTICA Y AÑO.

Póco diferentes de las citadas bestias eran en la manera de vivir los salvajes habitantes de la California. Pero atendiendo á los pocos vestigios de antigüedad que allí han quedado, es fácil persuadirse que aquella vasta península estuvo antes habitada por gentes menos bárbaras que las que hallaron en ella los españoles; porque los jesuitas, en los últimos años que estuvieron allí, descubrieron en los montes situados entre los 27 y 28° de latitud, varias cuevas grandes cavadas en piedra viva, y en ellas pintadas figuras de hombres y mujeres decentemente vestidas, y de diferentes especies de animales. Estas pinturas, aunque groseras, representan distintamente los objetos, y los colores que para ellas sirvieron, se echa de ver claramente que fueron tomados de las tierras minerales que hay en los alrededores del volcán de las Vírgenes. Lo que mas admiró á los misioneros fué que aquellos colores hubiesen permanecido en la piedra por tantos siglos sin recibir daño alguno ni del aire ni del agua.

No siendo aquellas pinturas y vestidos propios de las naciones salvajes y embrutecidas que habitaban la California cuando llegaron á ella los españoles, pertenecen sin duda a otra nacion antigua, aunque no sabemos decir cual fué. Los californios afirman unánimemente que fué una nacion gigantesca venida del Norte. Yo no pretendo que se le dé crédito á esta tradicion; pero ciertamente no puede dudarse que haya habido allí antiguamente algunos hombres de desproporcionada talla, como se infiere de varios huesos humanos exhumados por los misioneros. Entre otros el padre José Rotea, misionero de Kadakaamang, hombre curioso, exacto y sincero, habiendo sabido que en un lugar de su mision llamado ahora San Joaquin, habia un esqueleto gigantesco, mandó cavar, y halló efectivamente todo el espinazo, aunque con las vértebras ya desunidas, una canilla, una costilla, varios dientes, y señaladamente un gran fragmento del cráneo. Pudo haberse hallado todo el esqueleto si un torrente vecino no hubiera corroido el suelo y arrancado de allí algunos huesos. La costilla, aunque no estaba entera, tenia todavía como dos piés de larga. La canilla no pudo medirse, porque se rompió al sacarla. Considerada pues la magnitud del cráneo medido el lugar que ocupaba todo el esqueleto y comparadas sus vértebras con las de un esqueleto comun, se cree que el hombre á quien pertenecieron aquellos huesos tenia casi once piés de altura.

El mismo misionero reconoció algunas de las cuevas mencionadas, de las cuales describe una. Tenia de largo unos 50 piés, de ancho quince y otro tanto de alto y estaba formada á manera de bóveda apoyada sobre el pavimento. Como por la parte de su entrada estaba toda abierta, recibia bastante luz para poder observarse las pinturas de su parte interna y mas alta. En ella estaban representados hombres y mujeres con vestidos semejantes á los de los mejicanos, pero absolutamente descalzos. Los hombres tenian los brazos abiertos y algo levantados, y una de las mujeres estaba con el pelo suelto sobre la espalda y un penacho en la cabeza. Habia tambien varias especies de animales, tanto de los nativos del país como de los extranjeros.

Pero dejando aparte los vestigios de aquella antigua nacion de la cual nada sabemos, hablare-

1 Las dos especies de la ardilla palmista y del raton portasacos, pueden agregarse á las cincuenta y dos de cuadrúpedos americanos que contiene el catálogo que se halla en el tomo 4.° de nuestra Historia de Méjico.

mos de las que hallaron allí los españoles y existen aun en el dia, que son tres en la California cristiana, á saber: los *pericúes*, los *guaicuras* y los *cochimíes*. Los pericúes ocupan la parte austral de la península desde el cabo de San Lúcas hasta los 24.° y las islas adyacentes de Cerralvo, el Espíritu Santo y San José; los guaicuras se establecieron entre el paralelo de 23° 30' y el de 26°, y los cochimíes tomaron la parte setentrional desde los 25° hasta los 33, y algunas islas del mar Pacífico. Cada una de estas tres naciones tenia su lengua propia. A los 33° comienza otra nacion que habla distinta lengua, y hay otras en las márgenes del rio Colorado; pero como son poco conocidas y ajenas de nuestro propósito, nada diremos acerca de ellas.

La lengua pericú ya no existe, y los pocos individuos que han quedado de aquella desgraciada nacion hablan hoy la española. La guaicura tenia tantos dialectos diversos cuantas eran las ramas de la nacion que la hablaba, á saber: guaicuras propiamente dichos, aripas, uchitas, coras é indios de Conchó, llamados después lauretanos por el pueblo de Loreto que se fundó cerca de ellos. La rama de los uchitas y la de los coras se extinguieron; los lauretanos abandonaron su lengua por la española, y los otros restos de aquella nacion conservan la que hablaban antiguamente. Aunque muchísimos de los cochimíes han aprendido el español, se conserva tambien su lengua en cuatro dialectos tan diversos entre sí que al poco versado en ella pueden parecerle lenguas distintas.

La lengua cochimí, que es la mas extendida, es muy difícil, está llena de aspiraciones y tiene algunos modos de pronunciar que no pueden explicarse. No tiene mas nombres numerales que los siguientes: *tepeeg*, uno, *goguó*, dos, *combió*, tres, y *magacubuguá*, cuatro. Para decir cinco se explican los cochimíes así: *Nagannú tejueg ignimel*, esto es, una mano entera. De este número en adelante los mas incultos se confunden y no saben decir mas que: muchos y muchísimos; pero los que tienen algun ingenio siguen la numeracion diciendo: una mano y uno, una mano y dos, etc. Para expresar diez, dicen: *Nagannú ignimbal demuejueg*, esto es, todas las manos: para quince dicen las manos y un pié, y para veinte las manos y los piés, cuyo número es el término de la aritmética cochimí. Los que han aprendido el español saben nuestro modo de contar.

Al dia le dan, á ejemplo de otras naciones, el mismo nombre que al sol, *ibó;* al año le llamen *mejibó*, cuyo nombre significa principalmente la estacion mas alegre y abundante. No dividen el año en meses, sino en seis estaciones: la primera, que es la llamada *mejibó* y la mas alegre porque en ella se coge la cosecha de pitahayas, comprende parte de junio, todo julio y parte de agosto; la segunda, que tambien les es tan grata como la primera por la cosecha de pitahayas agridulces, tunas y otras frutas y semillas que aprecian, se llama *amadá-appí*, y comenzando en agosto, abraza todo setiembre y parte de octubre, en cuyo tiempo reverdecen las plantas con las lluvias que entonces caen, aunque escasas; la tercera tiene el nombre de *amadá-appigalá*, y comprende parte de octubre, todo noviembre y parte de diciembre, tiempo en que la yerba nacida en la estacion anterior empieza á amarillear y secarse; la cuarta, nombrada *majibél*, es la mas fria, y comprende parte de diciembre, todo enero y parte de febrero; la quinta, que se llama *majiben*, comienza en febrero y abraza todo marzo y parte de abril; finalmente, la sexta incluye parte de abril, todo mayo y parte de junio, y se llama *majiiben-maají*, esto es, la estacion mala, porque para ellos es lo que para otros pueblos el invierno, pues siendo allí entonces mas escasos que nunca los víveres, no tiene aquella pobre gente mas alimento que el *mezcal* y las semillas tostadas recogidas en las otras estaciones; y así la siguiente les es tanto mas grata cuanto mayor es en esta su miseria.

§ XVIII.

ORÍGEN Y CARÁCTER DE LOS CALIFORNIOS.

Acerca del orígen de estos pueblos incultos nada podemos nosotros decir; ni ellos mismos, preguntados por los misioneros, sabian decir otra cosa sino que sus antepasados habian venido de las regiones setentrionales. Esto mismo aseguraban de su orígen los mejicanos y todas las naciones que poblaron el vasto país de Anáhuac; bien que en cuanto á los californios debe creerse aunque no lo dijeran, porque aquella península, rodeada del mar por todas partes, no se comunica con el continente sino por el Norte. Preguntándoseles la ocasion de esta venida, contestaban que habia sido una guerra excitada entre sus antepasados y otro pueblo del Setentrion, en la cual, quedando aquellos vencidos, huyeron hácia el Mediodía y se refugiaron en los montes de la península. Así manifestaban sinceramente su tradicion, sin avergonzarse de confesarse descendientes de aquellos fugitivos. No nos faltan en el antiguo continente, dice un sabio autor, ejemplos de semejante ingenuidad, pues los cartagineses y los romanos, pueblos tan famosos en la antigüedad, se gloriaban de tener su orígen, aquellos de los tirios fugitivos y estos de los troyanos vencidos.

Los californios son sanos, robustos y de buena estatura. Las enfermedades que suelen padecer no provienen de su mala complexion, sino que las contraen ó por contagio, como las viruelas, ó por lo mal sano de los alimentos que usan de ordinario, como ciertas llagas y tumores. El gálico, que se creia enfermedad endémica de la América, no ha sido visto hasta ahora en la California porque ningun extranjero le ha llevado.

En el rostro, cabello, barba y color son seme-

juntes á los pueblos de Méjico. Tienen como ellos el cabello grueso, lacio y negro, la barba escasa, y ningun vello en los brazos, muslos y piernas; la frente estrecha, la nariz un poco gruesa, los dientes blancos, iguales y fuertes; la boca, ojos y orejas regulares, exceptuando á los que se educan en el gentilismo, que desfiguran sus narices y orejas con pendientes que en ellas se ponen por adorno. El color de los que habitan en los lugares mediterráneos es castaño claro; pero los que viven continuamente en los litorales le tienen mas oscuro. Entre ellos son tan raros los deformes como entre los mejicanos. En cuanto á la alma no son distintos de los restantes hijos de Adan. Los que se han criado en las selvas tienen aquellos vicios é imperfecciones que en todos los países son consiguientes á la vida salvaje; son rudos, muy limitados en sus conocimientos por falta de ideas, perezosos por falta de estímulo, inconstantes, precipitados en sus resoluciones y muy inclinados á los juegos y diversiones pueriles por falta de freno; pero por otra parte carecen de ciertos vicios muy comunes entre otros bárbaros y aun en algunos pueblos cultos. La embriaguez, vicio dominante de los americanos, no está en uso entre los californios. No se hurtan unos á otros aquello poco que poseen; no riñen ni tienen contiendas entre sí los parientes, ni los que son de una misma tribu; todo su odio y furor es contra las otras naciones ó tribus con quienes tienen enemistad. Finalmente, no son obstinados y tercos, sino dóciles y fáciles de ser conducidos á lo que se quiere.

De su sencillez pueril tenemos varios ejemplos curiosos. Habiendo hallado algunos indios entre la arena de la playa del mar Pacífico unas tinajas grandes de barro dejadas allí sin duda por los marineros de algun navío de las islas Filipinas, se admiraron, como que jamás habian visto vasijas semejantes, las llevaron á una cueva poco distante de su habitacion ordinaria, y las colocaron allí con las bocas vueltas hácia la entrada á fin de que todos las observasen bien. Después concurrian con frecuencia á verlas, sin dejar de admirar aquellas grandes bocas siempre abiertas, y en sus bailes, en donde imitan los movimientos y voces de los animales, remedaban con sus bocas las de las tinajas. Entre tanto les sobrevino una enfermedad, y no sabiendo qué hacer para librarse de ella, se reunieron en consejo, en el cual, después de una larga deliberacion, el mas autorizado de todos dijo que aquellas tinajas habian sin duda trasmitido la epidemia por sus bocas y que el remedio seria tapárselas bien. Parecióles bueno á todos este dictámen; mas como para ponerle en práctica era necesario acercarse á las tinajas y se creia que esto no podia hacerse sin peligro de muerte, se determinó que algunos jóvenes robustos se acercasen á ellas de espaldas y con manojos de yerbas tapasen aquellas bocas fatales, como efectivamente se hizo. Poco después que los jesuítas empezaron á plantar sus misiones en la California envió un misionero á otro por medio de un indio néofito dos tortas de pan (regalo entonces muy apreciado por la escasez del trigo) con una carta, en que le hablaba de esta remesa. El neófito probó el pan en el camino, y habiéndole gustado le comió todo. Llegado á presencia del misionero á quien era enviado, le entregó la carta, y habiéndosele reclamado el pan, negó haberle recibido, y como no pudiese adivinar quién habia dicho aquello al misionero, se le advirtió que la carta era la que se lo decia, sin embargo de lo cual insistió en su negativa y fué despedido. A poco tiempo volvió á ser enviado al mismo misionero con otro regalo, acompañado tambien de una carta y en el camino cayó en la misma tentacion. Mas como la primera vez habia sido descubierto por la carta, para evitar que esta le viese la metió debajo de una piedra mientras devoraba lo que traia. Habiendo entregado al misionero la carta y siendo con ella convencido nuevamente del hurto, respondió con esta extraña simplicidad: Yo os confieso, padre, que la primera carta os dijo la verdad porque realmente me vió comer el pan; pero esta otra es una embustera en afirmar lo que ciertamente no ha visto.

§ XIX.

ARTES, COMIDAS Y BEBIDAS.

Los californios eran del todo bárbaros y salvajes y no tenian conocimiento de la arquitectura, de la agricultura ni de otras muchas artes útiles á la vida humana. En toda aquella península no se halló una casa ni vestigio de ella, ni tampoco una cabaña, una vasija de barro[1], un instrumento de metal ó un lienzo cualquiera. Sus habitantes se sustentaban con aquellas frutas que se producen espontáneamente ó con los animales que cazaban y pescaban, sin tomarse el trabajo de cultivar la tierra, de sembrar ó de criar animales.

Comian, y aun comen al presente á causa de su miseria, muchas cosas que para nosotros no son comestibles, como raíces y frutas muy amargas ó insípidas, gusanos, arañas, langostas, lagartijas, culebras, gatos y leones y hasta pieles secas. Un perro es para ellos tan apreciable como para nosotros un cabrito. Pero jamás los obligó su hambre á alimentarse de carne humana, y aun se abstuvieron siempre de comer tejon porque les parecia semejante al hombre.

En sus comidas hacen cosas verdaderamente

1 El padre Consag, en el viaje que hizo en 1746 para reconocer toda la costa oriental de la península, halló algunas vasijas de tierra entre algunos gentiles que habitaban en la costa hácia los 31°. Este hecho es una excepcion de lo que hemos dicho arriba; pero sospecho que aquellos gentiles hubieron las tales vasijas de otro pueblo mas septentrional ó de algunos pescadores de perlas.

extrañas. En el tiempo de la cosecha de las pitahayas comen hasta hartarse; mas para volver á usar de ellas después de haberlas comido y digerido, no desechan sus deposiciones, sino que de aquello que antes fué pitahaya separan con indecible paciencia los pequeñísimos granos de la fruta que quedan sin digerirse, los tuestan, los muelen y reducidos á harina los conservan para comerlos después en el invierno. Algunos españoles dan á esta operacion el nombre burlesco de segunda cosecha de pitahayas.

Los bárbaros que habitan en la parte setentrional de la península, han hallado el secreto, ignorado del comun de los mortales, de comer y volver á comer repetidas veces un mismo manjar. Ligan bien con una cuerda un bocado de carne seca y endurecida al sol, y después de haberle mascado un poco le tragan, dejando la cuerda pendiente de la boca: pasados dos ó tres minutos le vuelven á sacar por medio de la cuerda para mascarle de nuevo, y repiten esta operacion tantas veces cuantas son necesarias para consumir aquel bocado ó ablandarle de modo que no pueda ya estar atado. Al extraerle del esófago hacen tal ruido, que á quien nunca les ha oido le parece que van á ahogarse.

Cuando comen de esta manera muchos individuos juntos, lo practican con mayor aparato. Se sientan en el suelo formando un círculo de ocho ó diez personas, toma una de ellas el bocado y le traga, y sacándole fuera después, se le da á otra, y esta á otra; prosiguiendo así por todo el círculo con mucho placer, hasta que el bocado queda consumido. Los españoles que han observado esto se han admirado, y efectivamente, no seria creible si no estuviese atestiguado unánimemente por todos los que han estado en aquel país. Algunos jesuítas que no querian creerlo á pesar de tantas personas graves y sinceras que lo afirmaban, habiendo ido después á la California, lo vieron con sus propios ojos. De entre aquellos indios que han abrazado el cristianismo se ha ido desterrando este modo de comer tan asqueroso y peligroso, en fuerza de las continuas reprensiones de los misioneros.

En sus comidas no usan de ningun condimento. Comen la carne fresca y casi cruda, ó secada en el sol, ó medio asada, ó mas bien quemada: los insectos y las semillas los comen regularmense tostados y molidos, y en cuanto á bebidas no usan mas que de la agua natural.

§ XX.

HABITACIONES, VESTIDOS, ADORNOS Y MENAJE.

Cada tribu, compuesta de varias familias consanguíneas, habita de ordinario junto á alguna fuente, pero sin mas techo que el cielo ni mas cama que el suelo desnudo. Cuando calienta mucho el sol se guarecen debajo de los árboles, y en las noches frias se retiran á las cuevas de los montes. Algunos para dormir fabrican emparrados en forma de cabañas, y otros hacen hoyos ó sepulturas de unos dos piés de profundidad; pero las habitacioncillas mas comunes son ciertos cercados circulares de piedra suelta con cinco piés de diámetro y menos de dos de altura. Dentro de cada una de ellas duerme á cielo descubierto una familia, y están tan acostumbrados á ello, que á los misioneros les ha costado mucho trabajo hacerlos dormir en las casitas ó cabañas fabricadas con este fin, pues padecen ansias al querer dormir debajo de techo, y les parece que se han de sofocar; pero después se acostumbran y lo hacen de buena gana. En sus habitaciones están siempre junto al fuego, menos en el grande calor del estío, y cada vez que despiertan tienen cuidado de atizarle.

Sus vestidos corresponden á sus habitaciones. El de los hombres no es mas que su propia piel, y lejos de avergonzarse de su desnudez, se admiraban de que les fuese vituperada por los españoles, en cuyo punto no puede ponderarse cuánto tuvieron que sufrir los misioneros. Los primeros californios que por ellos fueron vestidos, parecieron tan ridículos á sus paisanos y fueron tan burlados, que se vieron precisados á dejar sus vestidos. Un misionero vistió dos muchachos domésticos suyos, cortando y cosiendo él mismo los vestidos; mas luego que se presentaron con ellos fueron tratados con tanta burla y excitaron tanto la risa de los otros, que no pudiendo sufrir y no queriendo por otra parte disgustar á su bienhechor, andaban de dia desnudos por los bosques en compañía de sus parientes, y á la noche se presentaban vestidos al misionero. Mas con la frecuencia de sus exhortaciones, con sus beneficios y con no pocos gastos, consiguieron por fin los misioneros cubrir la indecente desnudez de todos sus neófitos.

Las mujeres de la California se portan en este punto de muy distinto modo que los hombres, pues en toda la península se ha visto una que dejase de cubrir su honestidad de algun modo. Las mas bien cubiertas de todas son las pericúes, las cuales llevan dos diferentes géneros de vestido. El primero es un capotillo que las cubre desde los hombros hasta la cintura, y el otro una especie de enaguas compuestas de dos piezas cuadradas, de las cuales una se extiende desde la cintura hasta media pierna, y cubre la parte posterior, y la otra la anterior, extendiéndose desde la cintura hasta las rodillas. Estos vestidos no son de lienzo, sino compuestos de cuerdecillas sueltas y pendientes en gran número, parte de un cordon que se atan al cuello, y parte de otros dos atados en la cintura. Secan estas cuerdecillas machacando, como se hace con las tallas del cáñamo, las hojas de cierta palma que se cria en aquellos países, las cuales dan un hilo mas blanco que el del cáñamo.

Las guaicuras no usan capotillo; todo su vestido consiste en unas enaguas que se extienden desde la cintura hasta las rodillas ó poco mas abajo, y que por la parte de atrás se componen de cuerdecillas semejantes á las de las pericúes, y por delante de muchas hileras de nudos de carrisos delgados que agujeran con este fin. Acaso usan de los nudos y no de los mismos carrizos, porque aquellos son mas difíciles de romperse. Las cochimíes, que habitan entre los 26° y los 30, tienen el mismo delantal de nudos de cañavera que las guaicuras, y se cubren la parte posterior con una piel de ciervo ó de cualquier otro animal. Las que viven desde los 30° hácia el N., llevan además un capotillo de pieles de nutria, de liebre, de conejo ó de otro animal. Todas aquellas mujeres tenian tanto cuidado de su honestidad y de la de sus hijas, que luego que una de estas nacia la cubrian con aquellas enagüillas, que preparaban desde el tiempo de su preñez, y se escandalizaban mucho cuando veian omitida esta diligencia en las hijas de los soldados españoles.

Cuando los californios no viajan andan absolutamente descalzos; pero para caminar usan el mismo calzado que los indios de Méjico y de otros países de América, el cual consiste en unas suelas de cuero ligadas con correas de modo que solo queda cubierta la planta del pié. Antes hacian estas suelas de cuero de ciervo, mas ahora las hacen ordinariamente del de buey, por ser mas fuerte y mas grueso.

Aunque todos los hombres eran en la California uniformes en su desnudez, se distinguian los de cada nacion en sus diversos adornos. Los pericúes usaban el cabello largo, adornado con perlas y entrelazado con plumas blancas, de tal suerte que desde lejos parecia una peluca. Los guaicuras, al menos los del Conchó, llamados después lauretanos, ceñian su cintura con un bello cinto y su cabeza con una red curiosa á manera de venda, y algunos añaden á esto un collar de figuritas de nácar y de ciertas bayas ensartadas, y manillas y brazaletes de la misma materia. Los pericúes usaron tambien por algun tiempo vendas formadas de ciertos caracolillos blancos y redondos que á primera vista parecian perlas. Las mujeres de esta nacion usaban el cabello largo, suelto y extendido sobre la espalda, y llevaban pendientes del cuello á la cintura muchos hilos de perlas, caracolillos, figuritas de nácar, bayas y canutitos dispuestos vistosamente. Los cochimíes no usaban el cabello largo, sino solo algunas guedejas cortas, ni tampoco se adornaban con perlas, sino con una especie de corona compuesta de muchos pedacillos de nácar pequeños, iguales y ensartados en una cuerda.

El menaje de los californios era tan miserable que todo el de una familia podia ser fácilmente cargado por un muchacho. Consistia en una batea, una escudilla, un palito para encender lumbre, segun el uso de los restantes americanos y de los antiguos pastores de Europa, un hueso agudo que servia de alesna, y dos redes, una en que las mujeres llevaban á cuestas á sus hijos, como después diremos, y la otra en que los hombres recogian en los bosques el mezcali, las pitahayas y otras frutas.

La batea es redonda, algo profunda y varia en su tamaño, aunque por lo comun tiene pié y medio de diámetro. Está hecha con las varas de cierta planta flexible como el mimbre, aplanadas, cortadas á lo largo, unidas un forma espiral comenzando por el centro y atadas fuertemente entre sí con tiras de la misma materia, con lo cual quedan tan estrechamente unidas que contienen agua sin dejar salir una gota. Los pericúes hacen sus bateas ovaladas y compuestas de duelas semejantes á las de los barriles, formadas de la corteza de cierta palma pequeña, de cuatro á cinco dedos de anchas y de unas diez y ocho pulgadas de largo, y atadas entre sí con varitas flexibles como las de los cochimíes. Estas bateas les sirven principalmente á las mujeres para limpiar, y tambien para tostar en ellas las semillas de que se alimentan, para lo cual echan brasas entre las semillas y lo mueven todo junto agitando incesantemente la batea. Los indios que habitan en las márgenes del rio Colorado hacen estas bandejas como las de los cochimíes, pero mucho mas grandes, y se sirven de ellas para trasportar sus cosas de una á otra parte del rio, nadando y empujando con la mano las bandejas, las cuales en aquel país tienen el nombre de *corita*.

La escudilla de los californios, llamada por los cochimíes *addá*, es de la misma materia que las bateas y tan firme y densa como ellas, aunque mas pequeña y semejante en su forma á la copa de un sombrero. Les sirve de plato para comer, de vaso para beber, y á las mujeres de sombrero, y por eso cuando vieron los sombreros de los españoles, les dieron el nombre de *addá*.

§ XXI.

OFICIOS.

Las redes de los californios, tanto las de pesca como las de trasporte, son de hilo sacado de las pencas del mezcali. Las mujeres son las que fabrican estas redes, recomponen las bateas hechas por los hombres y ayudan á estos á recoger las frutas y semillas de que se alimentan, y preparan la comida. Los oficios propios de los hombres son la caza, la pesca y la guerra.

Para la caza usan principalmente del arco y la flecha. El arco es sencillo, de madera elástica endurecida al fuego, mas grueso en el medio que en las extremidades, y armado con una cuerda de nervios de ciervo retorcidos, la cual tiene de cuatro á cinco piés de largo, segun el tamaño

del arco. Las flechas son de unos dos piés y medio de longitud y están formadas de dos piezas unidas con la pez del árbol de que hemos hecho mencion en otra parte y ligadas con los nervios delgados del ciervo. La pieza de la punta, que hace la tercera parte de la flecha, es una varilla dura y un poco aguzada, y la otra es una caña con tres plumas de gavilan junto á la muesca. Estas son las flechas de que usan ordinariamente para la caza de los pájaros y cuadrúpedos pequeños; pero para los ciervos, leones y otros animales semejantes, así como para la guerra, arman la punta de pedernal á fin de que las heridas sean mas grandes y las flechas no se desprendan fácilmente del cuerpo.

Para cazar los ciervos usan de un estratagema curiosa. Toma un indio una cabeza de ciervo conservada con este fin, y poniéndosela sobre la suya, se esconde tras de los matorrales, de modo que no se les vea mas que la cabeza postiza, la cual mueve de manera que parezca viva. Los ciervos engañados al verla se acercan, y son fácilmente matados por otros cazadores que los acechan. Para cazar liebres, á mas de los lazos y redes de que usan ordinariamente, se valen los cochimíes de un modo mas sencillo y mas fácil, sin otro instrumento que un palillo curvo de casi pié y medio de longitud. Cuando caminando ven una liebre le arrojan con tal destreza aquel palillo arrastrado sobre el suelo, que va derechamente á romperle las piernas; y de este modo suelen coger muchas sin interrumpir un momento su camino. Es verdaderamente admirable la perspicacia de los californios en reconocer las huellas de los cuadrúpedos para seguirlos y en distinguir á los hombres por las suyas. Si el hombre que ha pasado por el camino es de su tribu é iba descalzo, en la huella conocen infaliblemente quién era. Con la misma facilidad distinguen las flechas de los individuos de su tribu, las cuales por mas semejantes entre sí que parecen á los españoles, son conocidas por los indios en algunas señales casi imperceptibles, y por ellas vienen en conocimiento del dueño de cada una, así como nosotros venimos en conocimiento del escribiente por la forma de letra.

La pesca se hace de dos maneras, ó con redes en los remansos de la marea, ó con horquillas en alta mar. Para pescar de este segundo modo, no usan de otra embarcacion que de una simple balsa compuesta de tres, cinco ó siete leños clavados con estacas y bien atados, de los cuales el de en medio, que sobresale mas por ser mas largo, sirve de proa. La madera de que se hacen estas balsas por ser mas ligera, es la del corcho de que hemos hablado. En cada una de ellas se colocan segun su tamaño dos ó tres hombres y se alejan cuatro ó cinco millas de la costa, sin temor á las elevadas olas del mar Pacífico, las cuales parece que á veces los suben hasta las nubes y á veces los sepultan en el fondo del mar. La pesca mas abundante se hace en el puerto de la Magdalena.

A mas del arco y la flecha usan para la guerra dardos ó lanzas pequeñas, las cuales son bastones aguzados y endurecidos al fuego. Entre los indios que habitan desde los 31° hácia el N. se hallan armas de otra clase para herir de cerca, pero todas de madera. La primera es un mazo formado de una pieza con su mango, semejante en la forma á una veleta; la segunda es á manera de hacha de leñador, tambien de una pieza con el mango, y la tercera tiene la figura de una pequeña cimitarra: en esto se ve que los hombres suelen ser mas ingeniosos para solicitar el mal ajeno que para procurarse sus propias comodidades.

Cuando los californios eran aun gentiles tenian frecuentes guerras, ya entre dos naciones diversas, ya entre dos ó mas tribus de una misma nacion. El motivo solia ser alguna injuria hecha á un particular, ó algun perjuicio causado á una tribu por haber ido otra á pescar, cazar ó recoger fruta en los lugares frecuentados por la primera. Antes de llegar á las manos se dirigian recíprocamente grandes amenazas para amedrentarse. Su modo de combatir era, poco mas ó menos, el mismo que se usa comunmente entre las otras naciones salvajes del mundo, esto es, con aullidos espantosos, con mas furia que valor, y sin órden alguno, á excepcion del que observaban en ponerse sucesivamente á la frente del ejército, cuando á la vanguardia la fatigaba el cansancio ó le faltaban flechas. Al cristianismo deben, entre otros beneficios, el de la paz, y el de la caridad que los ha unido en Jesucristo, haciendo desaparecer del todo sus antiguas discordias.

§ XXII.

FIESTAS Y PREEMINENCIAS.

En tiempo de paz, á mas de ejercitarse en la caza y en la pesca se divertian en bailes, en luchas y en carreras. Hablando de sus bailes, se explica del modo siguiente el padre Salvatierra, célebre fundador de aquellas misiones: "Habiamos " pasado la fiesta de la Natividad del Señor con " mucho consuelo y devocion, tanto por nuestra " parte como por la de los indios, entre los cua- " les intervinieron algunos centenares de catecú- " menos. Los niños cristianos hicieron sus bai- " les, de que tienen mas de treinta clases, todos " figurados, representando la caza, la guerra, la " pesca, sus viajes, sus sepulturas y otras cosas " semejantes. Causaba mucho gusto el ver á un " niñito de tres ó cuatro años que se gloriaba " de hacer su deber en el baile." Hacian estos bailes para celebrar sus matrimonios, el nacimiento de sus hijos, su buen éxito en la casa, en la pesca y en la cosecha de las frutas, ó la victoria alcanzada contra sus enemigos. Estas diversio-

nes no eran ni muy frecuentes ni muy solemnes sino en la alegre estacion de las pitahayas, la cual, como dice el citado misionero, era su carnaval, pues en ella salian fuera de sí de contento. Solian convidar á otras tribus para estas fiestas y desafiarlas á la lucha y á la carrera.

Una de las fiestas mas célebres de los californios era la distribucion de las pieles de ciervo que anualmente hacian los cochimíes. En el dia prefijado se reunian varias tribus confinantes en un lugar determinado, llevando cada uno las pieles de todos los ciervos que habian matado en aquel año. Hacian allí un gran emparrado circular, abrian una calle que terminaba en él, y la entapizaban con todas aquellas pieles. Dentro de la cabaña se les daba a los principales cazadores la caza y fruta que se tenian preparadas, y después de haber comido, fumaban, segun costumbre, tabaco silvestre en cañas. Un *guama*, esto es, uno de sus charlatanes, sentándose en la entrada del emparrado, publicaba con gritos espantosos las alabanzas de los cazadores, y entre tanto los indios corrian por la calle entapizada, y las indias cantaban y bailaban en ella del uno al otro lado. Luego que el *guama* cansado cesaba de gritar, cesaba tambien la carrera. Entonces los principales, saliendo del emparrado, distribuian las pieles entre las mujeres con gran júbilo de todos, y señaladamente de las mismas mujeres, las cuales, no teniendo otra cosa con que cubrir sus espaldas, apreciaban aquellas pieles como un don venido del cielo.

Al oir decir *los principales*, no debe pensarse que entre los californios hubiese alguna superioridad de gobierno ó alguna preeminencia de nobleza. Ni las naciones ni las tribus estaban sujetas á ningun jefe ó superior, ni distinguian aquellos diferentes grados que resultan del nacimiento, de los empleos ó de las riquezas. La uniformidad de la lengua era la única que unia las diversas tribus de cada nacion, y la razon de consanguinidad y de afinidad era la que hacia vivir juntas á las diferentes familias de cada tribu. Entre los californios eran principales aquellos que por su valor ó por su habilidad se daban á temer y á respetar. Estos hacian de generales en la guerra ó de conductores en la pesca y en la caza, y á ellos les dejaban los otros el cuidado de señalar dia y lugar para tales expediciones. Por lo demás no reconocian otra superioridad sino la que por naturaleza tiene cada padre en su respectiva familia.

La autoridad de los maridos era ilimitada, especialmente entre los pericúes, que usaban la poligamia. Tenian cuantas mujeres querian, y tanto mas cuanto que la multitud de ellas, lejos de serles dispendiosa, les era útil, porque sobre las pobres mujeres pesaba la obligacion de buscar la fruta y semillas comestibles para sus maridos, de preparar los alimentos, y de todos los otros oficios domésticos, mientras aquellos se divertian en bailes ó en otros ejercicios de su gusto. La fortuna de las mujeres dependia del capricho de los maridos, los cuales las repudiaban cuando les parecia, y la que una vez era repudiada, no hallaba fácilmente quien quisiese tomarla por mujer. Así pues, por el temor de verse sujetas á esta desgracia, eran muy solícitas en complacer á sus maridos, y siempre estaban en competencia, procurando llevarles la fruta mas sabrosa y en mayor cantidad. Increible parece que en un país en donde en aquel tiempo el número de mujeres excedia mucho al de los hombres, se haya disminuido de tal suerte, que hoy se ven muchos obligados á permanecer célibes ó á ir á buscar mujer á otra parte, como después diremos. Les pericúes, tanto en este como en otros puntos, fueron los mas desmoralizados, y aun hoy son los menos dóciles y pacíficos.

Entre las otras naciones de aquella península era rara la poligamia, y casi todos se contentaban con una sola mujer. Sus costumbres eran mas honestas, lo que en gran parte dependia de lo penoso de su vida.

§ XXIII.

MATRIMONIOS.

El modo de celebrar los matrimonios no era en todas partes el mismo. Entre los guaicuras el que pretendia casarse enviaba á la jóven una batea de aquellas que se usaban para limpiar y tostar las semillas comestibles; si ella aceptaba, correspondia el obsequio con una red, y en la mutua remision y aceptacion de estos dones consistia el contrato matrimonial. Entre las otras naciones se hacia el convenio después de un gran baile, al que era convidada toda la tribu del que queria casarse. La viuda entre los californios se casaba segun el uso de los hebreos con el hermano ó con el pariente mas próximo del difunto marido. El adulterio cometido sin consentimiento del marido se tenia por grave delito y por una injuria que jamás se dejaba sin venganza, y solia ocasionar guerras sangrientas; pero si los interesados se desafiaban á la lucha ó á la carrera, la mujer del vencido solia ser el premio del vencedor.

El amor que profesaban á sus hijos no era tan tierno que á veces no hiciesen perecer á aquellos á quienes no podian alimentar.[1] Pero luego que los misioneros supieron el motivo de semejante inhumanidad, dispusieron que en la distribucion del sustento diario que se hacia entre los neófitos y catecúmenos, se diese racion doble á las mujeres que la necesitaban por tener hijos. Tambien

1 Era todavía mas bárbara la inhumanidad que se usaba en Polonia en el siglo XIII. Alberto el Grande fué mandado de nuncio á aquel reino para abolir la bárbara costumbre de matar á los niños que nacian imperfectos y á los viejos inválidos. *Fleuri*. Hist. Ecl. lib. 84, año de 1260.

eran muy frecuentes los abortos procurados de intento, especialmente por las mujeres primerizas, porque creian que el primer hijo era de ordinario débil y enfermizo. Esto lo hacian sin embozo alguno, pues el uso ó el ejemplo llegan muchas veces á sofocar los sentimientos de la naturaleza, señaladamente entre las naciones bárbaras.

En la California no estuvo en uso aquella extravagancia comun á muchos pueblos bárbaros de ambos continentes, de acostarse el marido en vez de su mujer cuando esta paria.[1] Lo que sí sucedia con frecuencia era, que no llevando aquellas mujeres la cuenta del tiempo de su preñez, solia llegarles el término de ella cuando se hallaban en el bosque recogiendo fruta, y pariendo allí, volvian inmediatamente á su residencia ordinaria á ponerse en reposo.

Como no tenian lienzos con que cubrir á sus hijos, les barnizaban los tiernos cuerpecillos con carbon molido y orina fresca, para defenderlos de algun modo de la intemperie del aire. Y no era este el único uso que hacian de la orina, pues las mujeres se lavaban, y aun se lavan con ella la cara, imitando en parte el ejemplo de los antiguos celtíberos.[2]

Hácia los 31° se halló pocos años ha otro modo mas extravagante de defender á los niños del aire. Hacen en la arena un hoyo proporcionado y le calientan encendiendo fuego dentro de él; le sacan después el fuego, y cuando se ha entibiado el calor, sepultan al niño hasta el cuello. Los misioneros se han empeñado en extirpar este uso, peligroso por tantos motivos.

Son varios los modos con que las mujeres traen á sus hijos. Las pericúes los traen á cuestas en una batea ovalada, semejante á la que les sirve para limpiar las semillas comestibles, pero mas profunda, á fin de que el niño pueda estar en ella con mas comodidad. En el resto de la California usan para esto las madres de una red que pendiente de la frente llevan sobre la espalda; y para que los tiernos miembros de los niños no se lastimen con los hilos de la red, ponen en ellas yerbas, ó pieles de liebre ó de conejo. En algunas partes acostumbran traer la red pendiente de un baston, que con la mano sostienen sobre un hombro,[3] y cuando quieren dar de mamar al niño clavan en el suelo el baston, dejando colgadas en él la red y la criatura. Cuando este es un poco grande, le lleva la madre en brazos, y cuando tiene ya dos ó tres años le lleva á la espalda teniéndole ella los piés, asiéndose él del pelo de esta. No es raro ver que una madre lleve juntamente con su ajuar un hijo á la espalda, otro en la red y otro mas grande de la mano.

Cuando los niños llegaban á cierta edad, les agujeraban las orejas y el cartílago de la nariz para ponerles pendientes, lo cual se hacia en un gran baile á que asistia toda la parentela, á fin de que el ruido impidiese que se oyera el llanto causado por el dolor de la operacion.

§ XXIV.

RELIGION Y DOGMAS.

En cuanto á la religion, artículo esencial en la historia, poco es lo que podemos decir, porque casi no la habia entre los californios. No tenian templos, altares, simulacros, sacerdotes ni sacrificios, y por tanto no se halló entre ellos ningun vestigio de idolatría, ó de culto externo á la Divinidad. Tenian sin embargo alguna idea de un Ser Supremo, creador del mundo, pero tan oscurecida y confusa como en otros pueblos bárbaros, y desfigurada con mil despropósitos, necedades y puerilidades. De sus dogmas y de su supersticion diremos aquí lo que después de diligentes pesquisas han referido algunos graves y doctos misioneros.

Los pericúes decian que en el cielo habitaba un gran señor, llamado en aquella lengua *Niparaja;* que este habia hecho el cielo, la tierra y el mar, y que podia hacer todo cuanto quisiese. Este señor, añadian, tiene una mujer llamada *Anajicojondi*, y aunque no ha usado de ella por carecer de cuerpo, sin embargo, tiene en ella tres hijos. Uno de estos, llamado *Cuajaip*, fué engendrado por *Anacojondi* en los montes de *Acaragüi*, fué verdadero hombre y vivió mucho tiempo entre nuestros mayores para doctrinarlos. Fué poderoso y tuvo mucha gente bajo su mando, porque siempre que queria entraba debajo de la tierra, y de allí sacaba hombres; mas estos ingratos, despreciando tantos beneficios que de él habian recibido, se conjuraron contra él y le mataron, y al darle la muerte le atravesaron la cabeza con un ruedo de espinas. Así explicaban aquellos bárbaros su creencia.

Añadian que en el cielo, el cual está mas poblado que la tierra, hubo en otro tiempo una guerra espantosa, porque un gran personaje de aquel país llamado por unos *Tuparán* y por otros *Bac*, se conjuró con todos los suyos contra el supremo *Niparaja;* pero este, habiendo quedado vencedor en la guerra, después de haberle quitado á Tuparán las pitahayas y todas las otras frutas deliciosas que tenia, le arrojó del cielo con todos sus

1 Diódoro Sículo hablando en el libro 5 de un pueblo de la Europa, ya culta entonces, dice: Mulieris exixae nulla in puerperio cura geritur, sed maritus ejus velut aeger et corpus male affectum habens, puerperae vice per certos dies decumbit. En la Historia española de la California se asegura que este uso es comun en aquella península; pero esto es falso.

2 Urina totum corpus perluunt, adeoque dentes etiam fricant. Diod. Sic. lib. 5.

3 En la Historia española de la California, se atribuye á todas las mujeres de aquella península la costumbre de llevar á sus hijos en la red pendiente del baston; pero no era así, pues esto solo se usaba en algunos lugares.

secuaces, le aprisionó en una cueva próxima al mar, y crió las ballenas para que le hiciesen guardia y no le dejasen salir de allí. Decian tambien que Niparaja no queria la guerra, y por lo contrario la apetecia Tuparán; por este motivo los que morian flechados no iban al cielo, sino á la cueva de Tuparán.[1] De estas doctrinas nacieron en el país de los pericúes dos sectas ó facciones opuestas, tanto en sus opiniones como en sus costumbres. Los sectarios de Niparaja eran por lo general graves, circunspectos y dóciles á la razon, y así no fué difícil á los misioneros persuadirlos de las verdades evangélicas, prevaliéndose de sus falsos dogmas. Los que seguian á Tuparán eran embusteros, falsos, inquietos y obstinados en sus errores. Estos decian que las estrellas, las cuales en su concepto eran de metal, habian sido creadas por un númen llamado *Purutahui* y la luna por otro llamado *Cucunumic*.

Los guaicuras, que como hemos dicho, están divididos en varias ramas de diferentes dialectos, decian que hácia el Norte habia un espíritu principal llamado *Guamongo*; el cual mandaba á la tierra las enfermedades, y que antiguamente habia enviado á ella otro espíritu llamado *Gujiaqui*, con el fin de que la visitase en su nombre; que en su viaje por aquella península anduvo sembrando pitahayas y disponiendo los lugares de la pesca hasta una grande peña que hay en la costa oriental junto á un puerto llamado después *Puerto escondido*, en donde se encerró por algun tiempo: que era servido por otros espíritus inferiores, los cuales le llevaban diariamente buenas pitahayas y peces para que comiese, mientras se ocupaba en hacer con los cabellos que sus devotos le presentaban, las capas, de que después hablaremos, para los doctores ó charlatanes de la California; que de allí salió á continuar la visita de la península, y concluida volvió al país setentrional de donde habia venido. Afirmaban tambien los doctores guaicuras que el sol, la luna y los otros astros aparentemente mas grandes, eran hombres y mujeres, los cuales todos los dias al ponerse caian en el mar y salian de él al dia siguiente á nado, y que las estrellas eran fogones encendidos en el cielo por el espíritu visitador, y vueltas á encender después de ser apagadas en la agua del mar.[2]

Los cochimíes decian que en el cielo habitaba un gran señor, cuyo nombre en aquella lengua significa *el que vive;* que este, sin concurso de ninguna mujer, tenia un hijo con dos nombres, uno de los cuales significa *el veloz* y el otro *la perfeccion ó término del barro*, y que además habia otro personaje llamado *el que hace señores*. A todos estos tres daban el título de señor; pero preguntados cuántos señores habia, respondian que uno solo, el cual crió el cielo, la tierra, las plantas, los animales, el hombre y la mujer. Decian tambien que habiendo criado el que vive ciertos seres invisibles, se conjuraron estos contra él y se declararon enemigos de los hombres, y que estos espíritus, á quienes llamaban *mentirosos* y *engañadores*, cogian á los hombres cuando morian y los metian debajo de la tierra para que no viesen al Señor que vive.

Los cochimíes, que habitan mas allá de los 30°, hacian mencion de un hombre que en el tiempo antiguo vino del cielo á beneficiar á los hombres, y por esto le llamaban *Tamá ambei ucambi tevivichi*, esto es, el hombre venido del cielo; pero no sabian decir qué beneficios habia hecho á los hombres, ni le daban ningun culto. Es verdad que celebraban una fiesta llamada *del hombre venido del cielo;* pero esta, lejos de contener algun acto religioso, se reducia toda á gozar de los placeres comiendo y bailando. Algunos dias antes de la fiesta se les encargaba estrechamente á las mujeres que solicitasen por todas partes las cosas que servian de manjares, para regalar, como ellos decian, á aquel númen que debia venir á visitarlos, y toda esta provision se guardaba en un emparrado construido con este fin. Llegado el dia señalado para la fiesta, escogian un jóven que debia representar el personaje de aquel númen, y le vestian secretamente de pieles después de haberle pintado con varios colores para que no fuese conocido. Este se escondia en algun monte cercano al emparrado, en el cual entraban los hombres á esperarle, quedándose lejos las mujeres y los niños, aunque á vista del emparrado y del monte. El jóven disfrazado, cuando llegaba la hora de dejarse ver, aparecia en la cima del monte y desde allí descendia corriendo velocísimamente hasta el emparrado, en el cual era recibido con mucho júbilo. Allí comian alegremente á costa de las pobres mujeres, que no sabiendo el secreto, quedaban firmemente persuadidas de que era cierto lo que fingian sus embusteros maridos. Acabada la comida se volvia por el mismo camino y desaparecia el pretendido númen.

De un engaño semejante y con el mismo fin se valian los cochimíes en el aniversario de sus muertos. Fingian que estos residian en los países setentrionales, y venian cada año á hacerles una visita. Conviniéndose los hombres en el dia de la tal visita, obligaban á las mujeres aun amenazándolas con enfermedades, á que buscasen en el bosque y en el campo una gran cantidad de víveres para regalar á los difuntos. El dia señalado para el aniversario, los hombres reunidos en un emparrado comian toda aquella provision, mientras las mujeres y los niños, distantes de aquel lugar, lloraban abundantemente la muerte de sus parien-

1 Este dogma de los pericúes era diametralmente opuesto al de los mejicanos, del que hemos hecho mencion en el libro 6.° de la Historia de Méjico, pues estos decian que los que morian en la guerra iban á la casa del sol.

2 Los guaicuras, careciendo de voz propia para significar el cielo, se valian de la voz *notú*, que significa arriba ó en lo alto.

tes, para cuya comida se habian fatigado tanto. Los hombres cuidaban tanto de que aquel misterio estuviese oculto á las mujeres, que un jóven por haberle revelado á su madre, fué muerto inmediatamente por su mismo padre.

No puede dejar de causar admiracion el hallar en los dogmas de los bárbaros californios tantas señales, aunque desfiguradas, de las verdades cristianas. Podria sospecharse que fueron instruidos en ellas por algunos cristianos, porque en los cincuenta años que precedieron á la entrada de los jesuítas en la península, abordaron á ella muchas embarcaciones de Méjico y de otras partes; pero ninguno permaneció allí el tiempo necesario para aprender alguna de aquellas difíciles lenguas, y los mismos californios, preguntados acerca del orígen de su doctrina, afirmaban constantemente que la habian recibido de sus antepasados. Además, si algun cristiano les hubiera enseñado los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion, seguramente no hubiera dejado de instruirlos en la necesidad del bautismo; pero de esto no se halló ni vestigio ni noticia alguna en toda la península. Yo como historiador, me limito á referir los hechos ciertos, dejando á otros la libertad de formar conjeturas.

§ XXV.

GUAMAS Ó CHARLATANES Y SU AUTORIDAD.

Los principales propagadores de estas doctrinas eran ciertos charlatanes que entre los pericúes tenian, segun su secta, el nombre de *Niparaja* ó el de *Tuparán;* entre los guaicuras el de *Dicuinocho* y entre los cochimíes el de *Guama*, que nosotros les daremos. Estos hacian de doctores enseñando los dogmas á los niños; de médicos aplicando remedios á los enfermos, y de adivinos fingiéndose inspirados del cielo y confidentes de los espíritus. Algunos los han honrado con el nombre de sacerdotes, otros los han infamado con el de brujos, pero ciertamente no eran ni uno ni otro. No sacerdotes porque no hay sacerdocio donde no hay culto de la Divinidad ni ejercicio alguno de religion; no brujos porque en virtud de los informes dados por los misioneros mas hábiles, se sabe que no tenian comercio alguno con el demonio, aunque por su propio interés fingian tenerle. Sin embargo, eran muy embusteros y malvados, y opusieron grande resistencia á la introduccion del Evangelio.

Estos guamas ó charlatanes escogian entre los niños aquellos que les parecian mas astutos é idóneos para tal oficio, y llevándolos á los lugares mas recónditos de los bosques, los iban adestrando en sus misterios, y especialmente en hacer en ciertas tablitas algunas figuras misteriosas, que fingian ser copias de las que, segun decian, les habia dejado al retirarse el espíritu visitador. Estas tablitas eran los libros en que fingian leer la naturaleza de las enfermedades, los remedios á ellas convenientes, las futuras mutaciones del aire y aun el destino de los hombres. Cuidaban tanto del secreto de tales instrucciones y le recomendaban tanto á sus discípulos, que los misioneros no pudieron saberle hasta pasados algunos años.

Cuando se enfermaba algun californio era llamado luego el guama, el cual para curarle se valia de emplastros de yerbas ó de unciones de algun zumo, y si el enfermo tenia alguna hija ó hermana, hacia á esta una incision en el dedo pequeño y la obligaba á echar sobre el cuerpo del enfermo las gotas de su sangre; pero el remedio mas comun y que ponderaban como mas eficaz, eran los zahumerios de tabaco hechos con una caña aplicada al miembro enfermo. Usaban tambien de esta caña para extraer, segun decian, con el alimento el mal del cuerpo, y si este medio no producia buen efecto, procuraban extraerle por fuerza con las manos, metiendo los dedos en la boca del enfermo. El remedio de la caña se aplicaba tambien, á peticion del enfermo, por todos sus parientes, los cuales eran convocados por el guama. Cuando estos desesperaban de la salud del enfermo se colocaban junto á él y prorumpian en llanto y alaridos, y si le veian adormecido le daban golpes en la cabeza para dispertarle y restituirle á la vida.

Si el enfermo, despuées de ser de esta suerte auxiliado por los huamas y por sus parientes, llegaba por fin á morir, era mayor el llanto y mas grandes las exclamaciones, principalmente entre las mujeres guaicuras, las cuales acostumbraban golpearse furiosamente la cabeza. Fué necesario que los misioneros aplicasen una vigilancia particular para impedir aquellas bárbaras demostraciones de dolor, que las indias no dejaron de usatan presto ni aun después de bautizadas.

Luego que moria el enfermo se procedia sin ningun aparato al funeral, el cual se hacia indiferentemente segun les era mas cómodo, ó sepultando el cadáver ó quemándole, sin esperar á asegurarse de que estuviese verdaderamente muerto. Un bárbaro á quien iban á quemar vivo fué libertado por el padre Salvatierra, el cual oyendo el rumor que hacian aquellos gentiles en un funeral y acercándose á él, observó en el pretendido cadáver algunas señales de vida, por cuyo motivo le sacó del fuego en que ya comenzaba á arder, y consiguió restablecerle y sanarle, vituperando á aquellos bárbaros su inhumanidad. Solian honrar la memoria de algunos difuntos colocando en la extremidad de una alta garrocha su figura groseramente formada de ramas, junto á la cual se ponia un guama á predicar sus alabanzas.

Los guamas para darse á respetar y temer se valian de promesas y amenazas. Prometian muchos bienes y grande felicidad á los que les tributaban la mejor fruta y lo mas escogido de la caza y de la pesca, y al contrario, amenazaban con en-

fermedades y otras desgracias á los que omitian aquel homenaje ó no sabian darles gusto. En las fiestas públicas á que concurrian mas tribus de una nacion, se presentaban los guamas en traje de ceremonia, el cual consistia en una gran capa que les cubria desde la cabeza hasta los piés, y hecha toda de cabellos que recibian de sus discípulos y de sus enfermos, pues sanasen ó muriesen estos, el médico siempre se pagaba con sus cabellos. Además de la capa, llevaban en la cabeza un penacho de plumas de gavilan y en las manos un abanico de lo mismo. Los guamas pericúes solian llevar en vez de penacho una corona hecha de colas de ciervo, y los cochimíes llevaban además dos hilos de pesuñas de ciervo en la cintura.

A ellos les tocaba dar principio á la fiesta fumando tabaco en una caña de piedra llamada *chacuaco* por los españoles de aquel país. Luego que el guama tenia algo perturbada la cabeza con el humo, comenzaba, á manera de hombre inspirado, su predicacion sobre los dogmas, con visajes y gestos extravagantes y acciones descompuestas. De la exposicion de su doctrina pasaba al panegírico de sus parciales, esto es, de aquellos que eran mas liberales para con él, y á dirigir invectivas contra los que no habian procurado llevarle la mejor fruta; y no contento con vituperales á estos sus defectos, les imponia penitencias, de las cuales era la mas comun la del ayuno, amenazándolos con grandes desgracias si no las cumplian. A estas penas solian sujetarse no solamente los particulares, sino hasta tribus enteras. No pocas veces en castigo de semejantes pecados se les obligaba á abrir algun camino en el monte, para que pudiese descender con mas comodidad el espíritu visitador, y á formar en él á ciertas distancias algunos montones de piedras en que descansase. Tal vez mandaba á alguno que se precipitase de la cima de una montaña, y era sin falta obedecido ó de grado ó por fuerza; tanta era la autoridad de estos impostores sobre aquellos bárbaros.

Entre sus instrucciones supersticiosas enseñaban que no debia matarse un leon, porque el leon muerto haria morir al que le mataba; que el que mataba á un ciervo no debia probar su carne, porque si la probaba no podria después matar otro; que los jóvenes que aun no tenian hijos, si querian tenerlos debian comer carne de liebre; que la suegra no debia mirar á la nuera, porque sin otro motivo se enfermaria de los ojos. Tales eran las instrucciones de aquellos impostores, y tal cual hemos expuesto era el estado de aquella miserable península antes que fuesen predicadas en ella la sublime doctrina y la santa ley de Jesucristo.



LIBRO SEGUNDO.

Tentativas hechas por el conquistador Cortés y por otros muchos para descubrir la California. Empeño de los reyes católicos en que se estableciesen allí algunas colonias. Entrada de los jesuítas en aquella península. Trabajos, necesidades y contradicciones que sufrieron los misioneros. Fundacion de seis misiones hasta el año de 1711. Ordenes estrechas de Felipe V en favor de las misiones. Viajes, empresas y muerte del padre Kino.

Como los californios habian permanecido por el espacio de tantos siglos encerrados en su miserable península, privados de toda comunicacion externa y sepultados en la mas espantosa barbarie, no tuvieron noticia de los otros pueblos de la tierra, ni estos la tuvieron de aquellos hasta el siglo diez y seis en que la sed del oro, que llevó á los europeos á otros países del Nuevo Mundo, los impelió tambien á la California.

§ I.

TENTATIVAS DEL CONQUISTADOR CORTES PARA DESCUBRIR LA CALIFORNIA.

Fernando Cortés, aquel conquistador tan emprendedor y atrevido que ni se cansaba con las fatigas ni se desalentaba por las dificultades, los peligros ó los contratiempos, no contento con las conquistas que habia hecho, aunque grandes y superiores á sus esperanzas, después de haber sojuzgado el vasto imperio de Méjico y apoderádose del ameno y feliz reino de Michoacan, puso sus miras en el descubrimiento de otros países, esperando hallar y conquistar otro Méjico, para extender todavía mas los dominios de su soberano y aumentar su propia gloria y su grandeza.[1]

Con este fin, después de otras inútiles y dispendiosas tentativas hechas en el mar Pacífico, construyó en 1534 y aprestó dos navíos en Tecuantepec, puerto del mismo mar, y los despachó á las órdenes de Diego Becerra de Mendoza, su pariente, y de Fernando de Grijalva. Ambos zarparon juntos; pero desde la primera noche en que se separaron, no volvieron á verse jamás. Grijalva habiendo navegado algunos meses, volvió á Acapulco, sin haber sacado de su expedicion mas fruto que el descubrimiento de una isla desierta. Becerra fué mas desgraciado, porque el piloto del navío, que era un vizcaino llamado Ordoño Jimenez, no pudiendo tolerarle su dureza y demasiada altivez, le mató dormido, hirió á

1 Cortés en carta de 15 de octubre de 1524 lo dice al emperador Cárlos V que esperaba descubrir *países muy ricos y grandes*, y aun mayores que todos cuantos hasta entonces habian sido conocidos por los españoles.

otros que podian vengarle y ayudado de sus partidarios se apoderó del navío. Después para evitar el castigo merecido, habiendo desembarcado en la costa de la Nueva España á dos religiosos franciscanos y á los heridos, á quienes no les quitó la vida por la mediacion de los mismos religiosos, huyó, y dirigiéndose hácia el Noroeste abordó á un puerto de la California que fué llamado *el Seno de la Cruz*. El fué el primer europeo que saltó en tierra en aquella península; pero en ella pagó sus maldades, pues junto con otros veinte españoles perdió la vida á manos de los bárbaros. Los que escaparon la vida en el navío levaron anclas, y atravesando el golfo, llegaron á Chiametla, puerto de la Nueva Vizcaya, trayendo noticias, aunque falsas, de que la tierra que habian descubierto era buena y bien poblada. El navío fué saqueado por el malvado Nuño de Guzman, que entonces hacia de conquistador de aquellos países, y era enemigo declarado de los conquistadores de Méjico, especialmente de Cortés.

Este, á pesar del éxito desgraciado de aquella y otras expediciones, aprestó otros tres navíos en Tecuantepec y de allí los despachó á Chiametla, á donde marchó él mismo, no queriendo confiar á otro aquella empresa, llevando consigo muchos soldados para conquistar nuevos países, algunas familias para poblarlos y varios religiosos para plantar el cristianismo. Habiendo hecho reparar allí el navío saqueado anteriormente por su rival Guzman, se embarcó con la mayor parte de la gente, y atravesando el golfo de la California, que entonces comenzó á llamarse *Mar de Cortés*, llegó el dia 1º de mayo de 1536 al mismo puerto en donde fué muerto Jimenez con los otros españoles. Luego que abordó allí volvió tres navíos para que condujesen la gente y víveres que habia dejado en Chiametla; pero cuando ya volvian cargados fueron dispersados por una furiosa borrasca y solo uno pudo llegar, aunque sin provisiones, al puerto de la Cruz. Por este motivo Cortés se embarcó de nuevo para ir á buscar los otros navíos, y después de haber corrido cincuenta leguas, los halló detenidos en seco; hízolos sacar de allí, y habiéndolos reparado, volvió con ellos al puerto de la Cruz, en donde algunas personas habian ya muerto de hambre, y después que llegaron los víveres murieron otras de hartura, á pesar de las precauciones tomadas por aquel prudente general. Contristado este con tantas desgracias, volvió á salir á reconocer otros países de la península, dejando en aquel fatal puerto la mayor parte de la gente á las órdenes del capitan Francisco de Ulloa. Entonces fué cuando descubrió junto al cabo de San Lúcas un puerto que llamó *California*, cuyo nombre se hizo después extensivo á toda la península.

En este tiempo se habian esparcido en Méjico rumores de la muerte de Cortés, por la cual se temia que los mejicanos se sublevasen. Por este motivo y porque le pedia auxilio Pizarro, conquistador del Perú, que se hallaba necesitado de gente y armas, fué llamado por el virey, por la audiencia de Méjico y por su esposa la marquesa del Valle, que le escribieron cartas muy urgentes. No disgustó á Cortés el tener este pretexto decoroso para abandonar sin mengua de su honor una empresa en que habia gastado infructuosamente doscientos mil pesos. Volvió pues á Acapulco á principios de 1537 para pasar á Méjico, y no tardó mucho en seguirle el capitan Ulloa con toda la gente que habia quedado en la California, la que no podia absolutamente subsistir allí por falta de víveres.

Mas Cortés, no desalentándose con tantas desgracias ni embarazándose con las muchas y graves ocupaciones que entonces tenia en Méjico, volvió á despachar en mayo del mismo año otros tres navíos á las órdenes de Ulloa. Este consumió un año en el viaje, observó toda la costa del golfo de California, y costeó de uno y otro lado toda la península, hasta que por falta de provisiones se vió obligado á regresar á la Nueva España. Esta navegacion hizo conocer claramente que la California era una verdadera península, y así se representó en las cartas geográficas de aquel siglo;[1] aunque en los tiempos posteriores estuvieron los geógrafos imbuidos, no sé por qué, en el error de tenerla por isla.

No hizo ya Cortés nuevas tentativas, porque habiéndose suscitado graves disgustos entre él y el virey, que queria restringirle el uso de la autoridad y gracias que le habia concedido el soberano en premio de sus relevantes servicios, tuvo que volver á España, en donde después de algunos años de molestas é infructuosas pretensiones y de no merecidos desaires, murió en 1547.

§ II.

TENTATIVAS QUE HIZO EL VIREY ESTIMULADO POR CIERTAS RELACIONES.

Cuando Ulloa hacia por órden de Cortés el descubrimiento de la California, apareció en Méjico el famoso Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca con sus tres compañeros, que habiendo naufragado en 1527 en la costa de la Florida, después de una larga y rara peregrinacion de diez años entre naciones bárbaras y desconocidas, llegaron á Culiacan, y de allí á Méjico en 1537. Estos, entre las muchas cosas curiosas que contaban de los países por donde habian andado, decian que en el golfo de California habia abundancia de perlas. Al mismo tiempo un religioso fidedigno que habia hecho un viaje dilatado por los países setentrio-

1 He visto entre otras cartas una delineada en 1541 por Domingo del Castillo, en la cual se representa la California unida al continente de la América, y está bien situada la embocadura del rio Colorado. Esta carta se imprimió en Méjico en 1770 y tengo de ella una copia.

nales, hallándose de vuelta en Méjico, contó (mas bien por lo que le habian dicho que por lo que por sí mismo habia visto) que en aquellos países habia ciudades muy grandes y reinos muy ricos.

El virey, movido por estas relaciones y deseoso de superar en la gloria de las conquistas á Cortés, á quien pertenecia la superintendencia del mar Pacífico, segun el convenio hecho con el rey católico, hizo salir en 1538 dos armadas, una por tierra á las órdenes de Francisco Velazquez Coronado, gobernador de la Nueva Galicia, y otra por mar encomendada á Francisco de Alarcon, familiar suyo, con órden de unirse en algun puerto del Pacífico á los 36°; pero ni las armadas se reunieron jamás ni hicieron cosa digna de memoria. Alarcon tuvo con los bárbaros una conferencia curiosa que puede verse en la relacion que escribió él mismo, y publicó después Ramucio. Coronado con mas de mil hombres escogidos se encaminó por Culiacan, Sinaloa y Sonora á los países de *Cíbola y Tiguex*, y algunos de la division se internaron hasta *Quivira*, poblacion situada, segun ellos dijeron, á los 40°; pero no habiendo visto ni esta gran ciudad ni las riquezas que se decian, se vieron obligados por las intolerables fatigas y molestias de aquel larguísimo viaje, á volver á Méjico sin haber sacado ningun fruto.

En el entretanto Pedro de Alvarado, gobernador opulentísimo de Guatemala, antes compañero y amigo de Cortés en la conquista de Mejico y después émulo de su gloria, queriendo hacer tambien descubrimientos en aquel mar, habia equipado á mucha costa una gran flota compuesta de doce navíos y otros buques menores, y con ella habia venido al puerto de la Purificacion en la Nueva Galicia. En esta ocasion se le presentó al virey la de atraerle á su partido, como queria, comprometiéndose los dos á sostenerse mutuamente; pero con la desgraciada muerte del gobernador, acaecida en 1541, se dispersó la flota y se redujo á humo toda aquella grande empresa. El virey, no desalentado por esto, despachó en 1542 dos de aquellos navíos al mando de Juan Rodriguez Cabrillo, portugués honrado, valiente y práctico en la marina, ordenándole que observase la costa occidental de la California, y de allí continuase su navegacion hasta hallar por aquel rumbo el término del continente de la América. Habiendo salido Cabrillo del puerto de la Navidad en la Nueva Galicia, pasó al de la Magdalena en la California, y después de hacer reconocido varios puertos y cabos, vió á los 40° algunos montes cubiertos de nieve, y mas adelante descubrió un cabo que llamó *Mendocino* en honor del virey don Antonio de Mendoza. En enero de 1543 llegó al cabo de la Fortuna, y finalmente, en marzo, subió hasta los 44° de latitud, en donde todos experimentaron mucho frio. Este fué el término de aquella navegacion, porque no hallándose los navíos en estado de continuarla y comenzando á faltarles las provisiones, se vieron precisados á volver al puerto de la Navidad, de donde habian salido diez meses antes.

§ III.

EXPEDICIONES ORDENADAS POR LOS REYES FELIPE II Y FELIPE III.

Ningunas tentativas sobre la California se hicieron en los cincuenta años siguientes; pero en este intervalo Francisco Drake, célebre corsario inglés, abordó á la parte setentrional de la península y le puso el nombre de *Nueva Albion*, que retuvo por algun tiempo en las cartas geográficas. Las hostilidades que este atrevido corsario hizo en las poco pobladas é indefensas costas del mar Pacífico, movieron á Felipe II á dar órden al conde de Monterey, virey de Méjico, de que hiciese poblar y fortificar los puertos de la California. Fué nombrado por el rey para esta expedicion Sebastian Vizcaino, hombre de mucho mérito, que á la afabilidad de genio unia la prudencia el valor y la pericia naval. Acompañado este de cuatro religiosos franciscanos y de un gran número de buenos soldados, partió de Acapulco en 1596, llevando tres navíos bien provistos de todo lo necesario. Después de haber arribado á algunos lugares de la costa interior de la California y de haberlos abandonado luego por la esterilidad de su terreno, anclaron finalmente en un puerto situado á los 23° 30' ó poco mas, al cual le dieron el nombre de la *Paz* porque en él fueron recibidos pacíficamente por los indios. Habiendo desembarcado allí, construyeron algunas cabañas para su habitacion, y entre ellas una mas grande para que sirviese de iglesia, en la cual se comenzó desde luego á celebrar la santa misa, á que asistian algunas veces los bárbaros llenos de admiracion. Estos se acercaban sin temor á los españoles y les traian pescado, fruta y aun algunas perlas. Los religiosos procuraron irlos disponiendo al cristianismo dándoles buen ejemplo, manifestándoles benevolencia, acariciando á los chiquillos y regalándoles cuentas de vidrio y otras cosas semejantes que aprecian mucho los bárbaros; pero como en solos dos meses que allí estuvieron no era posible que aprendiesen la lengua del país, no sacaron el fruto que podia esperarse de aquella gente tan dócil y tan afecta á ellos. Entre tanto el general de aquella armada queriendo tener conocimiento de toda la costa que corre desde el puerto de la Paz hácia el Noroeste, hizo salir uno de sus navíos á reconocerla, ordenando á los que en él iban que no desembarcasen sino en aquellos lugares en que viesen á los indios dispuestos á recibirlos amigablemente. Así lo hicieron, navegando como cien leguas á vista de la costa; pero habiendo saltado en tierra cincuenta hombres de los me-

jores de la armada en el último lugar que observaron, perecieron diez y nueve de ellos, parte matados por los indios y parte ahogados al querer tomar la chalupa para volver al navío, que estaba un cuarto de legua mas adentro. De aquí regresaron al puerto de la Paz, en donde hicieron saber al general lo muy estéril que era la costa que habian observado. Viendo este que no podia subsistir allí por falta de víveres, celebró una junta de oficiales, en la cual se resolvió abandonar la empresa de poblar aquellos lugares y volverse á Méjico con toda la gente á darle cuenta al virey del éxito del viaje, como efectivamente se hizo á fines del mismo año.

En 1599 recibió el mismo virey una órden urgente de Felipe III para que á expensas del real erario y sin reparar en los costos, equipase una armada y la mandase á las órdenes del mismo general Vizcaino, no ya á la costa oriental de la California como anteriormente, sino á la occidental. Ejecutado diligentemente por el virey todo lo que la corte le habia prevenido, salió Vizcaino de Acapulco el 5 de mayo de 1602 con dos navíos grandes, una fragata y un barco longo para poder acercarse mas fácilmente á tierra y observarla mejor. Llevó consigo tres carmelitas descalzos, uno de los cuales escribió un largo y minucioso diario de todo el viaje. Llegaron hasta el cabo Blanco de San Sebastian, situado á los 43° de latitud, y como navegaban contra el viento Noroeste, dominante en aquellos mares, é iban deteniéndose en sondear los puertos y reconocer la costa, emplearon nueve meses en un viaje que con viento favorable y sin detenerse en hacer observaciones, habrian concluido en un mes. El general hubiera querido continuar su navegacion hasta descubrir en el estrecho de Anian el término de aquella tierra; pero no le fué posible, porque apenas habia quien gobernase el timon y las velas; todos estaban gravemente enfermos de escorbuto: algunos habian muerto ya, y en los navíos no se oian mas que plegarias al cielo, lamentos y gemidos causados por el vehemente dolor que la gente sufria. Obligados pues á retroceder por la necesidad, recorrieron en pocos dias la costa occidental de la península, y atravesando después la entrada del golfo, entraron en un puerto de las islas de Mazatlan situado á los $22\frac{1}{2}$°, cerca de la provincia de Chiametla, desde donde el general despachó un correo á Méjico dando cuenta al virey del éxito de la expedicion y pidiéndole órdenes acerca de lo que debia hacer. Habiendo desembarcado en aquellas dos islas varios enfermos de la armada, hallaron cusualmente la salud en una fruta llamada por los mejicanos *xocohuiztli*,[1] pues no solamente sanaron todos los que comieron de ella, sino que su curacion era tan pronta, que con una ó dos veces que la comiesen se les quitaba la inflamacion de las encías arrojando la sangre dañada, y dentro de muy pocos dias quedaban perfectamente sanos; de modo que habiendo salido de allí por órden del virey, llegaron todos á Acapulco con buena salud. Al contrario, de los que no tuvieron la fortuna de comer de aquella fruta murieron cuarenta y ocho. De aquella molesta y dispendiosa navegacion no se sacó mas provecho que haber descubierto un anticcorbútico tan eficaz, y adquirido un conocimiento mas distinto de la costa occidental de la California.

El general Vizcaino, persuadido de lo útil que seria á la corona la adquisicion de aquella península, ofreció al virey que á sus expensas haria una nueva tentativa. Las ventajas que se esperaban no consistian solamente en la pesca de perlas, de cuya abundancia no se dudaba, y en los metales preciosos que se creia que habria en aquellos montes, sino tambien en que se evitaria que los piratas de las otras naciones de Europa se refugiasen en los puertos de la península como solian hacerlo, para salir de allí á hostilizar las costas y los navíos españoles; y se hallaria un puerto cómodo en que los navíos que vienen de Filipinas á Méjico hallasen auxilios en tan larga y penosa navegacion. Sin embargo, el virey no aceptó la propuesta de Vizcaino, porque temia que la desaprobase la corte, la cual parecia resuelta á tomar la empresa á su cargo. Marchó por tanto Vizcaino hasta la corte, á fin de pedir al rey mismo el permiso que solicitaba; pero habiéndosele negado, volvió pronto á Méjico con propósito de pasar en su casa tranquilamente el resto de sus dias. Mas apenas habia regresado, cuando en 1606 llegó otra nueva órden en que el rey mandaba que se buscase y poblase en la California un puerto cómodo que sirviese de escala á los navíos de Filipinas, encargando la expedicion al mismo Vizcaino, y en caso que este hubiese muerto, al que en el viaje anterior habia sido su teniente. Vizcaino aceptó gustoso la comision, pero murió cuando estaba haciendo los preparativos, y la empresa se abandonó por algunos años á pesar de las órdenes urgentes de la corte.



1 En Michoacan dan á esta fruta el nombre de *tumbirichi*, y los españoles de Méjico, acomodando á la lengua española el nombre mejicano, le llaman *xocuistle*. En Guatemala y en otros países le nombran *piñuela*, porque la planta que la produce tiene las hojas semejantes á las de la piña. Su tallo tiene cosa de tres piés de largo y en él da la fruta formando un racimo como de plátanos pequeños, porque se parece mucho en el tamaño y en la forma á la especie mas pequeña de plátanos, aunque no en el color, pues tiene de una y media á dos pulgadas de magnitud; la pulpa blanca, la corteza del mismo color con algo de rojo, y el gusto de un agridulce no desagradable.

§ IV.

TENTATIVAS QUE ALGUNOS HICIERON A SUS EXPENSAS. VIAJE FABULOSO DEL ALMIRANTE FONTE.

En 1615 el capitan Juan Iturbi obtuvo del virey permiso de ir á sus propias expensas á la California. Uno de los dos navíos que equipó fué robado por un pirata europeo, y con el otro navegó en el golfo hasta la altura de 30°, en donde observó que cuanto mas se avanzaba hácia el N. O. tanto mas se aproximaban una á otra las dos costas, de lo cual podia inferirse la union de la California con el continente. Entre muchas perlas que en su regreso á Méjico trajo, parte pescadas por su órden y parte adquiridas de los californios en cambio de algunas cosas de poco valor, habia una que fué valuada en 4500 pesos. Esto reanimó, tanto en los particulares como en el gobierno, los deseos de que se conquistase y poblase aquella península, y desde entonces comenzaron muchos vecinos de las provincias de Culiacan y Chiametla á frecuentar el golfo en buques menores y á emplearse en el comercio de las perlas haciéndolas pescar y comprándolas á los californios, cuyo comercio enriqueció á algunos, de los cuales merece particular mencion don Antonio de Castillo, vecino de Chiametla. Con motivo de este comercio sufrieron los indios de la California mil vejaciones de parte de aquellos codiciosos pescadores; pero algunas veces supieron vengarse.

Habia algunos que solicitaban del gobierno el permiso de emprender á su propia costa la conquista de la California; pero ninguno le consiguió, á excepcion del capitan Francisco de Ortega, mas afortunado ó mas industrioso que los otros. Se embarcó este en una pequeña fragata en marzo de 1632, saltó en tierra en la península el 2 de mayo, y habiendo reconocido el país comerciando en perlas desde el puerto de San Bernabé hasta el de la Paz, volvió el mes siguiente á un puerto de Sinaloa, y desde allí dió cuenta de su viaje al virey. Parece que no le fué mal en esta negociacion, pues repitió sus viajes en los dos años siguientes con propósito de fundar una poblacion en la península, y con este fin llevó consigo dos sacerdotes que debian emplearse en la conversion de los indios, la cual le pareció muy fácil en atencion á su docilidad; pero al mismo tiempo halló por todas partes tanta esterilidad y tanta escasez de víveres, que se vió obligado á abandonar la empresa. Para vencer estos obstáculos y dar seguridad á los pobladores contra las tentativas de los indios, que habian aborrecido á los españoles á causa de las extorsiones que habian sufrido de los pescadores de perlas, propuso al virey dos proyectos tan oportunos, que si se hubieran puesto en obra, acaso se habria conseguido la empresa de la poblacion. El primero fué que el presidio establecido en Acaponeta, puesto que allí no era ya necesario por hallarse muy tranquilos aquellos pueblos, se trasladase á la California, y el segundo que se formase en Méjico un capital para suministrarles lo necesario á los nuevos pobladores, mientras ellos mismos podian proporcionárselo con la agricultura y las artes de la vida social.

Mas en tanto que Ortega se esforzaba en inclinar al gobierno á la ejecucion de sus proyectos, Estévan Carbonell, que habia sido su piloto en los viajes anteriores, fué facultado por el virey para llevar colonos á la California. Marchó efectivamente para allá, esperando hallar el terreno fértil en la parte setentrional; pero no habiéndole hallado, regresó á Méjico lleno de confusion, aunque por otra parte consolado con la adquisicion de algunas perlas.

Hácia este tiempo colocan varios autores ingleses al famoso viaje del célebre almirante Fonte, hecho, segun dicen, por órdenes del rey de España y de los vireyes de Méjico y del Perú, de Lima á la costa de California, y de allí á la extremidad occidental de la América; pero el tal viaje es una quimera, y la relacion que de él se publicó en Londres, es un tejido de fábulas mal urdidas y del todo insubsistentes, que adoptado inconsideradamente por L'Isle, Buache y otros geógrafos de nombre, ha dado ocasion á no pequeños errores en las cartas de América.

§ V.

NUEVAS ÓRDENES Y TENTATIVAS.

En 1640 el marqués de Villena, virey de Méjico, dió órden á don Luis Cestin de Cañas, gobernador de Sinaloa, para que fuese á reconocer todas las costas de la California é islas vecinas, y consiguió que el provincial de los jesuítas enviase en su compañía un hábil misionero. El motivo de que se repitiesen tantos viajes y á tanta costa, era que en vez de publicar los diarios y cartas geográficas de los primeros descubridores, las mandaban á España, en donde eran sepultadas en algun archivo, y así no podian aprovecharse de aquellas luces los que de nuevo se hallaban encargados de tales descubrimientos. Este viaje del gobernador de Sinaloa no sirvió mas que de confirmar lo que ya se sabia acerca de la abundancia de perlas de aquel mar, de la esterilidad del terreno de la península y de la docilidad de sus habitantes. A pesar de esto, el mismo virey hallándose en España, inflamó de tal modo los ánimos en la corte con sus relaciones para que de nuevo se emprendiese la conquista de la California, que el rey Felipe IV mandó á Méjico en 1643 al almirante don Pedro Portel de Casanate, con amplísimas facultades para formar armadas, conquistar y poblar la península, y hacer lo que mejor le pareciese á fin de reducir aquellos bár-

baros al cristianismo. El conde de Salvatierra, entonces virey de Méjico, obsequió en todo las órdenes de la corte y suplicó al provincial de los jesuítas diese al almirante dos misioneros que le acompañasen, como en efecto se verificó. Pero cuando la flota estaba para hacerse á la vela para la California, le quemaron los navíos seguramente algunos malvados enemigos suyos, y por este motivo se vió obligado á suspender el viaje hasta hacer nuevos buques. Llegó por fin á ir en 1648 con dos misioneros y un competente número de soldados, y observó exactamente toda la costa oriental buscando lugar á propósito para poner un presidio; pero habiendo visto que en todas partes era el terreno estéril, regresó á Méjico á manifestar al virey la dificultad de la empresa.

No fué bastante la experiencia de tantas expediciones infructuosas para que en la corte se dejase de pensar en la California, pues el mismo Felipe IV repitió órden de que se hiciese otra tentativa, comisionando para ella al almirante don Bernardo Bernal de Piñadero, bajo ciertas condiciones. Partió esta en 1664 con dos pequeñas embarcaciones; pero los que le acompañaban, en vez de hacer lo que debian, se dedicaron á la pesca de perlas, causando mil vejaciones á los californios y excitando entre sí mismos tales discordias, que muchos se hirieron y algunos fueron muertos. El almirante para quitar la ocasion de aquellos desórdenes, se hizo luego á la vela para volver á la Nueva España, en donde fué mal recibido del virey. En virtud del informe que este dió á la corte, la reina, que entonces gobernaba en nombre de su hijo Cárlos II, mandó que se estrechase á Piñadero á que cumpliese todo lo que se habia obligado á hacer conforme al contrato celebrado con el difunto rey Felipe IV. Piñadero, no pudiendo menos, aprestó dos buques menores en el puerto de Chacala, de donde salió para la California en 1667; pero este viaje fué tan infructuoso como todos los demás.

No fué mas feliz el capitan Francisco Lucenilla, que en 1668 obtuvo del gobierno permiso para emprender un nuevo viaje. Dos padres franciscanos que llevó consigo se dedicaron con mucho celo y trabajo á la conversion de los californios; mas habiéndoles faltado los víveres, se vieron todos obligados á abandonar aquel país tan miserable.[1]

§ VI.

FAMOSA EXPEDICION DEL ALMIRANTE OTONDO.

En 1677 mandó Cárlos II al virey de Méjico que enviase una nueva expedicion á la California. Fué encargado de ella el almirante D. Isidoro de Otondo y Antillon, quien habiendo hecho el convenio con el rey y fabricado dos navíos en el puerto de Chiametla, zarpó de allí el 18 de marzo de 1683 con mas de cien hombres. Entre ellos iban tres jesuítas destinados por la corte á la conversion de los indios; uno de estos jesuítas era el padre Eusebio Francisco Kino, natural de Trento, docto matemático y misionero muy laborioso, que obtuvo del rey el empleo de cosmógrafo mayor. Una balandra cargada de provisiones debia haber seguido á estos dos navíos, pero jamás pudo juntarse con ellos. Habiendo llegado después de catorce dias de navegacion al puerto de la Paz, no vieron en los primeros cinco dias ningun indio; pero luego que desembarcaron y comenzaron á formar su campamento, aparecieron á lo lejos algunos bárbaros armados y pintados de varios colores, como lo acostumbraban hacer para ir á la guerra, los cuales con clamores y señas daban á entender á los españoles que no los querian en su país, porque su natural mansedumbre estaba cansada de sufrir las vejaciones de los pescadores de perlas. Los españoles no quisieron moverse de su campamento; pero los tres misioneros se encaminaron hácia los indios con algunas viandas en las manos y procurando manifestarles que buscaban su amistad y no trataban de hacerles perjuicio. Habiéndose acercado á ellos un poco, pusieron en el suelo lo que llevaban y retrocedieron. Los bárbaros devoraron en un momento aquellas viandas y corrieron en pos de los misioneros pidiéndoles mas, hasta entrar con ellos sin temor alguno en el campamento: ¡tales eran su hambre y su sencillez! Lo mismo sucedió con otro grupo de bárbaros que apareció á los dos dias. Pasado este tiempo construyeron los españoles algunas cabañas, tanto para el culto divino como para su propia habitacion.

El almirante, queriendo adquirir conocimientos de lo interior del país, se introdujo por una parte con el padre Kino y veinticinco soldados, y por otra envió un capitan con otro misionero; pero se volvieron al campamento después de haber andado con mucho trabajo cosa de siete leguas, porque no habiendo mas que veredas muy estrechas para el uso de aquellos bárbaros desnudos, se veian precisados á abrir camino cortan-

1 En las notas á las cartas de Cortés publicadas en Méjico en 1770, se dice que *estos dos franciscanos penetraron fructuosamente por lo interior de la California, y que por no dejarles los jesuítas, se volvieron.* Esta es una grosera calumnia, pues todo el mundo sabe que entonces aun no habia jesuítas en la California y que estos no se establecieron allí sino treinta años después. Betancur, franciscano y cronista de los franciscanos, que entonces vivia en Méjico, dice expresamente que aquellos religiosos se vieron obligados á dejar la California por la escasez de víveres, y ninguno ha imaginado jamás lo que afirma el editor de las cartas. Así pues el fruto que allí cogieron los religiosos no fué muy considerable, porque en el poco tiempo que estuvieron en la península no podian haber aprendido la difícil lengua de los californios; cuando mas podrá creerse que bautizaron algunos niños.

do ramas y tirando árboles con mucha fatiga. Los que marcharon con el capitan se encontraron con algunas tribus de coras, los cuales se les manifestaron tan pacíficos y amigables, que desde aquel dia en adelante venian con frecuencia al campamento, y á veces se quedaban á dormir en él, acostándose entre los soldados. El almirante por su lado se encontró con los guaicuras propios, los cuales siempre armados y poco contentos de su llegada á aquel país, le amenazaron varias veces de venir sobre él con toda la fuerza de su nacion si no se retiraba de allí. Los españoles sufrian pacientemente tales insultos, esperando suavizar de esta manera la ferocidad de los bárbaros; pero el 6 de junio se dejaron ver cerca del campamento dos pelotones de guaicuras que no contentos con sus aullidos y amenazas, asaltaron á mano armada la trinchera, y habrian sufrido el fuego de la artillería que los soldados iban á disparar, si el intrépido almirante saliendo de la línea no hubiera avanzado sobre ellos y con terribles gritos y grandes demostraciones de indignacion no los hubiera amedrentado hasta hacerlos volver la espalda y ponerse en precipitada fuga.

A pesar de esto, se acercaban después con frecuencia al campo, aunque no sin alguna desconfianza.

Por aquellos dias se habia desertado un marinero, el cual al principio se creyó que se habia ido con los guaicuras para vivir entre ellos á su arbitrio; pero después se esparció el rumor de que estos le habian quitado la vida, y para comprobarlo se alegaba la deposicion de ciertos coras, que en realidad no era entendida. Creyendo el almirante aquel rumor y pareciéndole peligroso disimular semejante atentado, mandó prender al capitan de los guaicuras un dia que estos vinieron, como solian, al campamento. Esto les causó mucho disgusto, y á pocos dias volvieron en pelotones á pedir la libertad del preso, y no habiéndola alcanzado, tomaron la resolucion de reunir todas sus fuerzas para exterminar á los españoles, y con este fin imploraron el auxilio de los coras, que aunque enemigos suyos, eran de su misma nacion; pero estos prometiéndose mas ventajas de su union con los españoles, les descubrieron el designio de sus paisanos. El almirante dobló las guardias y mandó situar un cañon hácia el rumbo por donde solian venir los guaicuras. El dia que estos tenian señalado para el asalto, comenzaron á salir del monte uno á uno hasta catorce ó quince, y cuando ya estaban al alcance del cañon, fueron muertos diez ó doce y heridos los otros, por cuyo motivo el grueso de la tropa que estaba emboscada para asaltar oportunamente el campamento, se aterrorizó de tal modo, que se fueron á sus guaridas para no volver jamás. Estas hostilidades rotas inconsideradamente por el almirante, apartaron mucho de los españoles el afecto de los guaicuras, y retardaron después su conversion, como adelante veremos.

Estos soldados españoles, muy distintos de los que conquistaron á Méjico, llegaron á acobardarse tanto, temiendo que los guaicuras hiciesen venir sobre ellos todas las naciones de la California, que no bastaban para alentarlos ni las reprensiones del almirante ni las exhortaciones de los misioneros. Muchos de ellos pedian como desesperados que se les sacase de aquella tierra, aunque fuese para dejarlos en alguna isla vecina.

El almirante considerando que aquella inquietud podia llegar á convertirse en sedicion general y que de los pocos víveres que quedaban se habia echado á perder la mayor parte, se determinó por fin á condescender con las instancias de aquellos cobardes; mas para no alejarse mucho de la península, á donde tenia ánimo de volver, anduvo entreteniéndose en las islas adyacentes, esperando que pronto volveria de Sinaloa, como en efecto sucedió, uno de sus navíos que habia enviado á traer provisiones. Sin embargo, dispuso ir en persona á un puerto de la misma provincia de Sinaloa con el fin de proveerse mas abundantemente de todo lo necesario, y habiendo vendido allí gran parte de las mercancías que llevaba y empeñado su plata y joyas, volvió á la California, pero ya no al puerto de la Paz, sino á otro situado á unos 26º de latitud, al cual le puso el nombre de *San Bruno* porque arribó á él el 6 de octubre.

Después de haber hecho allí, como en el otro puerto, sus trincheras y construido sus cabañas, salió el almirante bien acompañado el mes de diciembre, y se internó en el país unas veintitantas leguas, tratando bien á los indios que encontraba, acariciándolos y regalándolos para atraerlos á su amistad y á la fe cristiana.

Mientras el almirante se ocupaba en este y otros viajes, los misioneros se dedicaron con mucho empeño á aprender las dos lenguas que allí se hablaban, y después de haber adquirido los conocimientos suficientes, emprendieron traducir á ellas la doctrina cristiana; pero no sabian cómo expresar el artículo de la resurreccion de los muertos, porque no hallaban palabras para significarle. Con el fin de hallarlas se valieron de este curioso expediente. Habiendo cogido algunas moscas y sumergídolas en agua fria hasta que parecieron muertas, las metieron en ceniza y después las pusieron al sol para que con el calor recobrasen su movimiento. Al practicar esta operacion estuvieron muy atentos para observar y escribir las primeras palabras que los indios profiriesen viendo revivir las moscas, pues creian que aquellas palabras significarian la resurreccion. Pero se engañaron, porque la expresion que los indios profirieron y que después de algunas nuevas investigaciones se puso en el símbolo, fué esta: *Ibimuhuet-ete*, la cual no expresa la resurreccion y

solo significa: *Poco ha que murió, ó poco ha estaba muerta.*[1]

Luego que compusieron, aunque imperfectamente el catecismo, en lengua cochimí, comenzaron á enseñarle, especialmente á los niños, los cuales le aprendieron pronto, y todos los dias arrodillados y con las manos juntas ante el pecho le rezaban juntamente con los misioneros. Después se hicieron maestros de sus padres y parientes, hasta que con este arbitrio y con frecuentes exhortaciones llegaron los misioneros á tener cosa de cuatrocientos catecúmenos dispuestos para recibir el bautismo; pero no teniendo seguridad de permanecer en aquella tierra, no quisieron bautizar á nadie sino en peligro de muerte. Solo trece fueron bautizados en tales circunstancias, de los cuales diez murieron en breve, y los otros tres que sobrevivieron fueron llevados por el almirante con permiso de sus padres á la Nueva Galicia y entregados al obispo de Guadalajara.

Los misioneros estaban muy contentos con la docilidad de los indios y su buena disposicion para el cristianismo; pero el almirante no lo estaba con un país en que no le era tan fácil mantener la poblacion y en que los soldados le hacian ver las molestias que les ocasionaban la esterilidad de la tierra y la intemperie del aire. Con este motivo convocó una junta para que los oficiales y los misioneros manifestasen su modo de pensar: los primeros opinaron que debia abandonarse la poblacion de San Bruno por estar situada en un lugar estéril y malsano; los segundos decian que debia dejarse pasar algun tiempo para formar idea exacta del país, pues la seca de aquel año habia sido general aun en la Nueva España, y en la California no habia llovido en diez y ocho meses. El almirante hizo salir uno de los navíos á reconocer la costa hácia el Norte, buscando en ella lugar mas cómodo para establecer la poblacion, y en el otro condujo á todos los enfermos á la costa de Sinaloa, desde donde escribió al virey dándole cuenta con lo que habia hecho y mandándole con su informe los pareceres de los misioneros y oficiales firmados por sus respectivos autores, y haciéndose de nuevo á la vela, se dirigió á observar algunos lugares del golfo en donde abundaban las perlas. El navío enviado á reconocer la costa no halló lo que buscaba, y el virey oido el dictámen de la audiencia, contestó al almirante que en atencion á haberse hecho hasta entonces tantos gastos en la conquista y poblacion de la California, se contentase con conservar, si era posible, lo adquirido, sin empeñarse en nuevas empresas. El almirante no hallando modo de subsistir en el puerto de San Bruno, se embarcó con los misioneros y con toda su gente y volvió á la Nueva España. Así terminó aquella famosa expedicion, en que se consumieron tres años y se gastaron doscientos veinticinco mil pesos del real erario.

§ VII.

OTROS PROYECTOS INFRUCTUOSOS.

El virey hizo que se examinase este negocio en el real acuerdo, y después de varias sesiones se concluyó en él que la California era inconquistable por los medios de que hasta entonces se habia hecho uso; pero que á pesar de eso se encomendase á los jesuítas la conversion de la península, suministrándoles por cuenta del erario todo lo que necesitasen para los gastos. El fiscal encargado de hacer aquella propuesta al superior de la Compañía, se la hizo varias veces; pero este, de acuerdo con sus consultores, contestó que la Compañía agradeciendo mucho el honor que se le hacia al encargarla un negocio de tanta importancia, estaba pronta á destinar todos los religiosos que se juzgaren necesarios para la conversion de los indios; pero que no le parecia conveniente á su instituto encargarse de las cosas temporales de la conquista como se le proponia.

Desvanecida esta esperanza, quedaron aquellos señores tan persuadidos de la inutilidad de cualquiera otra tentativa sobre la California, que el virey negó absolutamente el permiso de emprenderla al capitan Francisco Lucenilla que lo pretendia. Pero como la misma dificultad suele avivar el deseo de una empresa y como para acometer la de la California á mas de los intereses de la política y de la religion habia nuevas órdenes de la corte, volvióse á tratar este negocio con mucho calor, y habiéndose calculado que el presupuesto de gastos ascendia indispensablemente á treinta mil pesos anuales, se resolvió dar anticipadamente esta cantidad al almirante Otondo para que emprendiese otro viaje á la península. Mas en la misma semana en que debia entregar-

1 De este hecho da cuenta el padre Kino á su maestro el padre Enrique Scherer, docto jesuíta aleman, el cual publicó la carta de su discípulo en la segunda parte de su obra intitulada: *Atlas novus.* En la lengua cochimí *ibi* es el verbo, que significa morir; *te* es una partícula que se junta con los verbos para formar el pretérito; *muhuet* es adverbio correspondiente al *nuper* ó al *modo* de los latinos, el cual en composicion con el verbo denota que no ha mucho que acaeció lo que el verbo significa. Don Miguel del Barco, muy inteligente en aquella lengua, como quien la habló treinta años continuos, conjetura que las palabras pronunciadas entonces por los indios, serian estas: *Ibi-muhuet-e-te dommó, gaijenji huajib omui,* es decir, *aunque poco ha estaba muerta, se levantó repentinamente,* y que los misioneros, atentos á las primeras palabras, no cuidaron de las otras. Dommó es una conjuncion equivalente al *etsi* ó *quamvis* de los latinos; pero entre los cochimíes no se antepone, sino que se pospone al verbo. *Huajib* significa levantarse el que yacia; pero se usa en sentido de resucitar, á imitacion de los latinos, los cuales en el símbolo usaron del verbo *surgere* para expresar la resurreccion de Jesucristo.

se el dinero recibió el virey órden de mandar prontamente á la corte cincuenta mil pesos y de suspender la empresa de la California mientras durasen las turbulencias de Taraumara, y aunque estas se aquietaron en breve, ya no volvió á pensarse en ninguna expedicion á la California á expensas del real erario. Unicamente en 1694 obtuvo el capitan Francisco de Itamarra permiso de ir allá á su costo; pero este viaje fué tan infructuoso como todos los anteriores. Se supo entonces que los indios del puerto de San Bruno y sus cercanías pedian con instancia que se les cumpliese la palabra que los misioneros les habian dado de volver á la península á instruirlos en la religion y enseñarles el camino del cielo.

§ VIII.

CELO DE ALGUNOS JESUÍTAS POR LA CONVERSION DE LA CALIFORNIA, Y FRUTO DE ÉL.

Mas aquellos misioneros fueron destinados por sus superiores á otras misiones. El padre Kino marchó para Sonora, teatro de su fervoroso celo, desde donde esperaba pasar á la California. Con este designio salió de Méjico el 20 de octubre de 1686, y al pasar por las provincias de Tepehuana y Sinaloa inflamó los ánimos de aquellos misioneros jesuítas en favor de la conversion de los miserables y desamparados californios. Uno de los muchos que con las ardientes palabras del padre Kino se sintieron movidos á tal empresa, fué el padre Juan María de Salvatierra, el cual era entonces visitador general de las misiones. Este hombre célebre nació de padres nobles[1] en Milan el año de 1644, y después de haber estudiado en el seminario de Parma, entró en la Compañía de Jesús, y deseoso de ocuparse en la conversion de los gentiles, pasó á Méjico en 1675 en compañía de su santo compatriota Juan Bautista Zappa. Enviado por sus superiores á las misiones de la Taraumara, trabajó en ellas con muchísimo fruto por algunos años, y habiendo sido llamado, volvió á Méjico, en donde por su gran talento y su singular virtud obtuvo los principales cargos de la provincia. Era robusto, acostumbrado á los trabajos y fatigas, de buen ingenio, de corazon grande, lleno de celo, prudente, humilde, tan suave para con los otros como austero para consigo mismo, y últimamente, muy ejercitado en la oracion, en la cual tuvo íntima union con Dios. Los luminosos ejemplos de virtud que dió en los cuarenta y dos años que vivió en varios lugares del reino de Méjico y las gracias particulares con que le enriqueció el cielo, hicieron célebre en todas partes el nombre de *Salvatierra*, cuya memoria se conserva con mucha veneracion después de tantos años. Tal fué el hombre destinado por Dios á plantar la religion cristiana en la California y á poner en obra lo que no habia podido hacerse en cincuenta años después de tan repetidas y dispendiosas tentativas.

1 Sus ascendientes por parte de su padre fueron españoles.

Informado el padre Salvatierra por el padre Kino de la docilidad de los californios y de su buena disposicion para el cristianismo, determinó hacer todo lo posible para obtener el permiso de ir á convertirlos. Le pidió pues á su provincial, á la audiencia de la Nueva-Galicia, al virey de Méjico y aun al rey mismo; mas aunque todos elogiaron su celo, le negaron su pretension, porque la empresa sé tenia no solo por inútil, sino por tememaria después de tantas y tan malogradas tentativas. El sin embargo no cesaba de encomendar encarecidamente al Señor este negocio y de redoblar sus esfuerzos ante los hombres, especialmente desde que se creyó seguro del buen éxito por una carta que le escribió su santo amigo el padre Zappa, en la cual le exhortaba á que no cesase en sus instancias acerca de la California, pues Dios le destinaba á llevar la fe de Jesucristo á aquellas pobres naciones; que por tanto, procurase ejercitarse mas en las virtudes necesarias para aquel fin, y fabricase en aquella península, como lo habia hecho en otros muchos lugares, una capilla en honor de la santísima Vírgen de Loreto, la cual debia ser la protectora de aquella grande obra.

Casi por diez años habian repetido en vano sus instancias sobre la predicacion en la California, tanto el padre Salvatierra como el padre Kino, ambos animados de cristiana piedad para con aquellas almas desventuradas, y de ardiente celo por la gloria de su Creador. Finalmente, en 1696 la audiencia de la Nueva Galicia, que se habia opuesto constantemente á la empresa, consintió en ella y comenzó á secundarla en virtud de las eficaces representaciones de su fiscal don José de Miranda, hombre docto y piadoso, amigo y venerador del padre Salvatierra. La audiencia escribió al virey manifestándole las razones que habia para emprender de nuevo aquella expedicion y para esperar su buen éxito si era encomendada á los padres de la Compañía.

Entre tanto el padre Salvatierra, habiendo conseguido que el prepósito general de la Compañía diese órden de que se le relevase de toda carga en los colegios de la provincia luego que el gobierno de Méjico permitiese la entrada en la California, consiguió tambien del provincial el permiso de colectar limosnas para aquella grande empresa que meditaba. Era entonces catedrático de filosofía en Méjico el padre Juan de Ugarte, jesuíta insigne y digno de eterna memoria. Este hombre, nacido en Jegucijalpa, ciudad de la diócesis de Honduras, en 1660, reunia en su persona las mas apreciables dotes de la naturaleza y de la gracia: de la naturaleza recibió nacimiento ilustre, complexion robusta, extraordinaria fuerza corporal, mente sublime, ingenio

agudo, prontitud y facilidad para las artes y ciencias, industria rara, prudencia para los negocios económicos y una magnanimidad heróica, superior á todos los obstáculos y peligros; de la gracia alcanzó humildad profundísima, suma pobreza de espíritu, grande mortificacion de sentidos y pasiones, castidad angélica, celo ardiente por la salud de las almas é íntima union con Dios. El, en sentir del mismo padre Salvatierra, fué el Atlante y la columna de la California, y á él despues de Dios se le debe la conversion de aquellas misiones. Nunca acabariamos si quisiésemos referir todo lo que allí hizo; pero diremos alguna parte en el discurso de esta historia. Este gran jesuíta, animado por el mismo espíritu que Salvatierra, se unió á él para facilitar la conquista de la California, venciendo los obstáculos que se oponian y buscando los auxilios necesarios para llevarlo al cabo.

El primer fruto de sus diligencias fué la limosna de dos mil pesos que prometieron los señores conde de Miravalles y marqués de Buenavista. Otros bienhechores, á ejemplo de estos dos, se comprometieron á dar quince mil pesos y dieron efectivamente cinco mil. La cofradía de nuestra Señora de los Dolores, existente entonces en el colegio de San Pedro y San Pablo de Méjico, fundó una mision, y don Juan Caballero y Ocio, presbítero vecino de Querétaro, no menos rico que piadoso y liberal para con Dios, prometió fundar dos. Además, don Pedro Gil de la Sierpe, tesorero de Acapulco, prometió prestarles una galeota para sus viajes y darles otro bastimento para el trasporte de los víveres.

§ IX.

SE PERMITE Á LOS JESUÍTAS IR Á LA CONVERSION DE LA CALIFORNIA.

Dados estos pasos con tanta felicidad, les pareció bien hacer nuevas intancias al virey para impetrar la licencia que tanto deseaban, por medio de un memorial que presentó el provincial de la Compañía. En el informe que el virey pidió sobre esto á la audiencia hubo algunas contradicciones; pero al fin, viendo que en esta vez nada se pedia del real erario, se les concedió á los padres Salvatierra y Kino el permiso de ir á la California con el fin de convertir aquellos pueblos al cristianismo, con tal que se tomase posesion de la tierra en nombre del rey católico y nada se le pidiese para los gastos. Se les permitió igualmente que á sus expensas pudiesen llevar soldados para su seguridad, nombrar el capitan y gobernador para la administracion de justicia y licenciar á cualquier oficial ó soldado siempre que lo creyesen necesario, dando cuenta al virey.[1]

A aquellos militares se les concedieron todas las exenciones que gozan las tropas reales y se dispuso que su servicio en la California se les reputase como hecho en campaña. Luego que el

1 Insertamos á continuacion la licencia que el virey conde de Moctezuma concedió á los padres Salvatierra y Kino para la entrada en la California; documento curioso que debe considerarse como la base legal de aquellos establecimientos. El original está en el archivo general.—*El editor*

"Don Joseph Sarmientto Valladares Cauallero del orden de Santtiago, Conde de moctesuma y de tula Visconde de Ilucan Señor de monterrozano de la Peza del Consejo de su Magestad Su Virrey lugar theniente gouernador y Capitan general de Esta nu.ª Spaña y precidente de la Real Audiencia de ella &a.—Hauiendo Vistto el memorial Presentado Por el Reuerendo Padre Provincial de la Sagrada Religion de la Compañia de Jesus y la Cartta del Reuerendisimo Padre Gral. Tyrzo Gonzaless en que aprueba con las Recomendaciones, y Satisfaccion que de ella consta la Perzona de los Padres Juan Maria de Saluatierra y Evsenio francisco Quino para la Reduccion de los gentiles de las Californias, que segun los informess del Tribunal de la Conttaduria mayor de quentas y oficiales Reales de Estta cortte para el apresto y fabrica de tres Vajeles Sueldos y pagas de la gentte de mar y guerra y otros socorros que se executtaron en la antesedente para la Empreza y Conuersion de los gentiles del Rno. de la California se gastaron de la Real hazienda doscienttos y Veintte y cinco mill y quattrocientos pesos sin hauerse Podido lograr el efecto de conseguirla: y que el hauerse mandado suspender Por enttonces esta Conquista en Cumplimiento de Real Zedula de Veintte y dos de Diziem^e. del Año Pasado de ochenta y cinco fue Por concidérarse de mayor grauedad el Reparo â la nesecidad de la defenza en el Reino de la Viscaya por la sublenacion general de los Indios de la Taraumara. (*sic*) Y que hauiendose de acudir a esta con prompto remedio era nesesario concíderable Gasto de la Real hazienda que no seria Vien diuerttirle en los que causaua la nueba Conquistá de Californias sinque se ofreciesse otra Razon de dudar para sobreseerse en ella que el Referido gasto y ocacion que dio mottiuo y de que paresse se dedusse que la mentte y Real dispocicion no prohiuio absoluttamentte que se hubiesse de conttinuar la reduccion y Conquista de California, sino que por aquella caussa que se hauia ofrecido se suspendiesse por enttonses: teniendo Presentte lo expresso en dicha Real Zedula y Reconociendo assimismo Por diferentes Cartas Ynstrumentos y Ynformes que el fervoroso Zelo y Yndustria de los Referidos Padres, por si solos, y sin otra ayuda an logrado la reduccion y baptismo demas de cinco mill Ynfieles que estan Perseuerantes en nuestra sancta fee en algunas Poblaciones y lugares de minas, y con ancia y anhelo de que Bueluan estos mismos Relig^os. Para Administrarles los Sanctos Sacramenttos y demas Exercicios de Docttrina, Para Continuar los reducidos y Por medio de ellos Atraer otros a estte gremio. y atendiendo tamuien aquela Referida entrada y Reduccion â de sér â costa de las limosnas que el Zelo y chistiandad (*sic*) de Algunas Perzonas an ofrecido Conttribuir, para tan Sancto y alto ffin, y que el de su Magestad ha sido lograr se prosiga semejantte empresa y que Caussara graue excrupulo el desamparar tantas Almas como piden el Bap-

padre Salvatierra obtuvo la suspirada licencia, no quiso ya detenerse en Méjico, sino que dejando al cuidado del padre Ugarte las limosnas y demás negocios pertenecientes á la California y dando órden para que los buques pasasen del puerto de Acapulco al del Yaqui, salió de la capital el 7 de febrero de 1697, llevando consigo la doctrina cristiana en lengua cochimí y otros escritos del padre Copart, uno de los misioneros jesuítas que habian estado con el padre Kino en la California. Al pasar por Guadalajara habló acerca de su expedicion con los oidores y con su grande amigo el fiscal Miranda, y cuando llegó á Sinaloa le dió pronto aviso de su llegada al padre Kino, pasando de allí á la Taraumara baja, en donde habia estado de misionero á visitar á sus hijos queridos en Jesucristo y confirmarlos en la fe. Al volver á Sinaloa muy contento del próspero estado de aquellos cristianos, recibió la infausta noticia de la rebelion de los neófitos de la Taraumara alta y del riesgo en que se hallaban sus misioneros. Impulsado de su ardiente caridad, corrió al momento á aquellas montañas, en donde permaneció entre mil fatigas y necesidades con peligro de su vida hasta mediados de agosto; y habiendo restituido la taanquilidad á aquel país, marchó para el puerto del Yaqui, á donde despues de treinta y siete dias de peligrosa y desagradable navegacion, habian llegado la galeota y el bastimento dado por el tesorero de Acapulco. En el puerto de Yaqui se estuvo dos meses proveyéndose de víveres y esperando al padre Kino, el cual, estando en camino para juntarse con él é ir á la California, fué detenido por el gobernador de Sonora y por los superiores de aquellas misiones, porque temiéndose que los pueblos de aquella vasta provincia se rebelasen á ejemplo de los de la Taraumara, se creyó necesaria la presencia de tan gran misionero, el cual, por el amor y respeto que los indios le profesaban, valia mas que mil soldados para contenerlos. Se quedó pues el padre Kino, resignado á las disposiciones divinas, á trabajar de apóstol en las misiones de Sonora y de la Pimeria, y en su lugar fué destinado á California el padre Francisco María Píccolo, misionero siciliano.

Mas el padre Salvatierra, por no exponerse á nueva tardanza, resolvió no esperarle y se hizo á la vela el 10 de octubre de 1697, implorando la proteccion de la santísima Vírgen y la de San Francisco de Borja, cuya fiesta se celebra aquel dia. Su flota para aquella gran conquista se com-

tismo en dicha Conuerçion, Por todo lo Referido, ha Parecido Precisso a mi obligacion por xptiano Basallo y Criado de su Magestad conceder, como consedo Por haora y en el Ynterin que con Vista de estta determinacion se sirve Resoluer lo que fuere de su Mayor agrado.—Por el Presente consedo la lizencia que piden a los dhos. Padres Juan Maria de Saluatierra y Evseuio francisco quino de la Compañia de Jesus para la entrada á las Provincias de Californias y que puedan Reducir a los Gentiles de ellass al Gremio de nuestra sancta fee Catholica; con calidad de que sin orden de Su Magestad no sea de Poder librar ni gastar cossa Alguna de su R.[l] Hacienda en esta Conquista Por ser Condicion expresa de su Allanamiento. Y de esta Permiçion; y Porque Es Justto se atienda a la seguridad de sus Perzonas y las demas que les siguieren y Preuenir las Contingencias y accidenttes qué pueden sobreuenir de Subleuacion de los Gentiles v otros que en Aquellos Parajes y distancias Pretendan Por ottros motiuos ffaltarles al Respectto les consedo assimismo a dhos. Padres puedan lleuar la gente de Armas y Soldados que pudieren Pagar y muniçionar a su costa, con cauo de entera satisfaccion, experiencia y chistiandad (*sic*) que eligieren Pudiendole Remouer siempre que faltare a su obligacion Dandome quentta del que nombraren para su aprouaçion, y en casso de Remouerle Para expedir las ordenes que tubiere por Conuenienttes en el seruicio de su Majestad; Y assi al cauo como como a los Soldados que militaren deuajo de Su Mano Porque puedan gustosos aserlo en materia tan del agrado y seruicio de Ambas Majestades y entrar en la tierra adentro Para la Conquistta y Reduccion de los Ynfieles les consedo todos los fueros Preheminencias y esepciones que gosan todos los demas Canos superiores militares y soldados de los Campos y exercitos Reales, y que estos seruicios se Reputen y Tengan por hechos en Guerra Viua en la conformidad que su Majestad lo Tiene declarado con los que siruen en los precidios del Reino del Parral y en los demas del Rno. y Conquistas que sean executado en el, y en el Interin tamuien que su Magestad determina lo que ffuere de Su Real Voluntad.—Y consedo assimismo a dichos Padres lizenzia y facultad para que se puedan enarbolar Banderas y hazer leuas siempre que para ello fuere nesesario con las mesmas Calidades, y de que todo lo que se conquistare a de ser en nombre de su Magestad; Y para que assi la Gentte que fuere, como la demas que se pudiereAgregar y Conseguir para esta Reduccion, se conserue y mantenga en paz y quietud con la buena correspondiencia Vrbanidad y Respectto a dichos Religiosos les consedo Puedan nombrar en nombre de su Magestad Personas que Administren Justicia y a quienes obedescan sus ordenes deuajo de las penas que Impucieren, y que Puedan executarlas en los Inouedientes dandome quen'ta de lo que de todo fuere Resultando y Progrezos que mediante el xptiano celo de dichos religiosos espero an de lograrse en el seruicio de Dios y Agrado del Rey Nuestro Señor de quien Pueden Prometterse les dara las Gracias que yo pueda Repetir en su Real nombre; y se sacara testimonio para Dar quenta a su Magestad: Mexico seis de ffebrero de mill seissientos y nouentta y siete años.—Don Joseph Sarmiento.—Por mandado de su Exa.—Francisco de Morales.—Asentado.—"

"V. E. consede lizenzia a los Padres Juan Maria de Saluatierra y Evseuio franco. quino de la Compañia de Jesus para la entrada a las Prouincias de Californias y que puedan Reducir a los gentiles de ellas en la forma y con las Calidades Preuenidas en este despacho."

La Real Audiencia de la Nueva Galicia concedió el *pase* a 27 de febrero del mismo año.

El verdadero apellido del padre Kino era Kühn.

ponia de un bastimento pequeño y una galeota prestada, y sus tropas eran nueve hombres, á saber: tres indios, un cabo y cinco soldados de diferentes naciones. Apenas habrian navegado media legua, cuando sobrevino una borrasca que arrojó la galeota á la playa y la dejó encallada en la arena; mas con el trabajo de aquellos pocos hombres y con el auxilio de la marea, la sacaron del peligro, y haciéndose de nuevo á la vela, vieron al tercero dia la tierra de la California. Arribaron primero al puerto de la Concepcion y después al de San Bruno, donde habia estado el almirante Otondo; mas pareciéndoles ambos incómodos, escogieron por consejo del capitan de la galeota, hombre práctico en aquella costa, el puerto de San Dionisio, situado á 25° 30' lat. set., en un seno circundado de la tierra en forma de semicírculo, cuyos dos cabos forman una boca de cinco leguas de ancho. El terreno se manifiesta allí vestido de verdura y adornado de arbustos, con la ventaja tan buscada en aquella árida península de tener abundante agua dulce.

§ X.

SE TOMA EN NOMBRE DEL REY POSESION DE LA PENÍNSULA. EL PADRE SALVATIERRA FUNDA LA MISION DE LORETO. CONJURACION DE LOS INDIOS Y VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES.

El 19 de octubre desembarcaron allí y fueron bien recibidos por cincuenta indios que habitaban aquella playa, y por otros de la de San Bruno, los cuales puestos de rodillas, besaban las imágenes del Crucifijo y de la Vírgen. El padre Salvatierra los acarició con mucha afabilidad, valiéndose de las voces y frases que de aquella lengua habia aprendido en los escritos del padre Copart. Se buscó después un lugar cómodo para la habitacion y se halló en la misma playa cerca de una fuente de buena agua: allí desembarcaron los animales, las provisiones y todo lo que llevaba la galeota, dando ejemplo á todos el padre Salvatierra en la fatiga de llevar acuestas los fardos. Formaron su campamento abriendo una trinchera al rededor y valiéndose para su defensa de todos los reparos que pudieron. En el centro de aquel pequeño campo pusieron un gran pabellon regalado al padre Salvatierra por un piadoso caballero mejicano, y destinado á servir interinamente de capilla, delante del cual plantaron una cruz adornada con flores; y dispuesto todo en el mejor modo posible, llevaron la imágen de la Vírgen de Loreto en procesion de la galeota al pabellon, donde fué colocada el 25 de octubre, y se hizo después la ceremonia, practicada otras veces inútilmente en aquella tierra, de tomar posesion de ella en nombre del rey católico. Desde entonces recibieron el nomdre de *Loreto* tanto el puerto como aquel miserable campamento, que después llegó á ser la capital de toda la península. El padre Salvatierra se dedicó desde luego á enseñar á los indios la doctrina cristiana y á aprender la lengua del país: para enseñarles la doctrina se la leia en los escritos del padre Copart, y después los oia discurrir con la pluma en la mano para escribir lo que les observaba. Ellos le enmendaban los yerros que le advertian cuando les hablaba, y él sufria con paciencia las burlas y risadas de aquellos bárbaros por los yerros que se le escapaban, tanto en las voces como en la pronunciacion. Después del ejercicio diario de la doctrina, daba á todos los que habian concurrido un poco de *pozole*[1] ó maíz cocido, que es comida apreciada por ellos. Tales eran en aquel oscuro rincon del mundo y entre aquellos salvajes las ocupaciones de un hombre que por su nacimiento podria haber figurado en su patria y que por su talento y virtudes se habia adquirido la estimacion y veneracion de las ciudades principales de la Nueva España.

No contento con dedicarse á aquellos ejercicios propios de un misionero, desempeñaba tambien todos los de capitan y soldado que no desdecian con el sacerdocio, dando las órdenes convenientes para la seguridad del campo y aun haciendo personalmente centinela en las horas mas incómodas. Pronto se conoció que no era sobrada aquella vigilancia. Los bárbaros ansiosos del pozole y queriendo mayor cantidad de la que diariamente se les daba, la pedian primero con importunidad, después comenzaron á disgustarse y de aquí pasaron á hacer algunos pequeños hurtos. Los esfuerzos de los españoles para impedir estos desórdenes no sirvieron sino de inflamar mas el apetito y el enojo de los indios, los cuales confiados en su número, superior con mucho al de los españoles, se determinaron á quitarles la vida y apoderarse de todos sus haberes. Entre los bárbaros habia algunos mas cuerdos y de mejores inclinaciones que reprobaban aquella ingratitud y excesos de sus paisanos; pero no pudieron apartarlos de su bárbara resolucion. Los conjurados antes de declarar abiertamente la guerra se echaron sobre la pequeña manada de ovejas y cabras que habia llevado el padre Salvatierra, y dieron tambien á entender que querian asaltar el campo de los españoles; mas el padre disimulando aquel perverso designio, prosiguió en su acostumbrado ejercicio de la doctrina y en la distribucion diaria del alimento.

Al fin tomaron la resolucion de dar un asalto general al campo la noche del 31 de octubre, de lo que tuvo el padre Salvatierra oportuno aviso por un indio principal llamado *Ibó*, quien hallándose gravemente enfermo, pedia con instancia el bautismo, que se le dió de allí á poco. El padre no pudo menos que temer las consecuencias; pero de Dios esperaba confiadamente el remedio.

1 *Pozole* es una voz mejicana muy usada entre los españoles de Méjico.

La misma noche en que debia darse el asalto se oyó por el lado del mar un tiro de arcabuz, á que respondieron con otro los del campo; se oyó después un cañonazo é igualmente se tiró otro en el campo. Este estrépito replicado espantó á los conjurados, de modo que ya no se atrevieron á dar el asalto. Los españoles sospechaban que pudiera haber llegado al puerto el pequeño bastimento que se habia extraviado en el viaje; pero al amanecer supieron que no era sino la galeota, que despachada cinco dias antes por el padre Salvatierra á Sinaloa con el fin de traer al padre Píccolo y algunos soldados, no pudo entrar en el puerto á causa de los vientos contrarios y se volvió á la isla del Cármen á esperar el tiempo favorable.

La vista de aquel buque contuvo la animosidad de los conjurados mientras estuvieron entendidos en que traia auxilio á los españoles, como estos lo habian divulgado entre los indios amigos; pero luego que la galeota salió para Sinaloa volvieron á comenzar sus hostilidades. En una noche oscura de noviembre se acercaron algunos de ellos al campo sin ser sentidos y se llevaron el único caballo que habia podido conducir á la península el padre Salvatierra. Descubierto el hurto la mañana siguiente, determinaron seguir á los ladrones dos soldados valientes, el portugués Estévan Rodriguez Lorenzo, de quien haremos después mencion, y el maltés Nicolás Caravana. La empresa era sin duda temeraria, porque dos hombres solos iban á penetrar en un país desconocido en medio de tantos enemigos; pero por otra parte era necesario hacer en aquellas circunstancias algun esfuerzo extraordinario que pusiese su valor en el mas alto grado de reputacion, porque aquellos bárbaros son de tal carácter, que se acobardan y desalientan cuando ven grande intrepidez en sus enemigos, y al contrario, se insolentan demasiado y se hacen intolerablemente orgullosos cuando observan algun indicio de cobardía ó de temor. Algunos indios amigos que frecuentaban el campamento, alentados con la atrevida resolucion de los dos soldados, se comprometieron á acompañarlos, y efectivamente salieron con ellos veinte hombres armados á su modo. Después de haber caminado mas de dos leguas siguiendo las huellas de los ladrones, los hallaron en la falda de un monte desollando el caballo, que ya habian matado para comerse la carne; pero luego que vieron á sus perseguidores, huyeron abandonando la presa. Los soldados se volvieron al campo después de distribuir entre los indios amigos la carne del caballo, que estos aceptaron como un gran regalo.

Entre tanto continuaban los bárbaros sus hostilidades, y el padre Salvatierra su paciencia y disimulo, esperando domar aquella ferocidad con la mansedumbre y las caricias, que aumentaba de dia en dia. Mas ellos al fin resolvieron dar el asalto, y habiendo convocado con este fin á casi todas las tribus de la nacion guaicura, vinieron contra los españoles el 13 de noviembre cosa de quinientos hombres, los cuales divididos en cuatro secciones, asaltaron el campo por sus cuatro costados con una lluvia de flechas y piedras. Los defensores, viéndose tan pocos para un número tan superior de asaltadores, quisieron hacer fuego sobre ellos; pero el padre Salvatierra no pudiendo sufrir la perdicion de aquellas almas que habia conquistado para Jesucristo, dió órden á los soldados de que no los matasen sino en el caso deno poder de otra suerte libertar su propia vida. Nicolás Caravana disparó al aire el único cañon que habia, y los indios imaginándose que si el cañon grande no les habia hecho daño menos debian de temer de los cañones delgados de los arcabuces, se empeñaron con tal furia en el asalto, que el alférez Tortolero, que hacia de capitan, no pudo menos de mandar que se les hiciese fuego. Entonces el padre Salvatierra impulsado de su ardiente caridad, se adelantó hácia ellos conjurándolos que se retirasen si querian evitar la muerte; pero la respuesta que recibió fueron tres flechas que afortunadamente no le hicieron daño. Se retiró para encomendarlos á Dios mientras los soldados llenaban su deber haciéndoles fuego. No murieron muchos, porque viendo un estrago que no solian hacer sus armas, se desordenaron y huyeron.

Cuando los españoles habian descansado algo de la fatiga del combate, vinieron algunas indias con sus hijos pequeños, á ser, segun la costumbre de aquellas naciones, las medianeras de la paz. Sentadas junto á la puerta del campamento se pusieron á llorar, protestando su disgusto, prometiendo la enmienda de sus maridos y ofreciendo dejar á sus hijos en rehenes. El padre Salvatierra las oyó con benignidad, les prometió la paz y el olvido de las faltas, si los culpados se enmendaban de veras, les dió algunas cositas y las despidió después de haber aceptado uno de sus pequeñuelos para no disgustarlas.

Llegada la noche se dirigieron todos al pabellon á dar gracias al Altísimo por la victoria. Ellos mismos se admiraban de que siendo solamente diez, hubiesen podido defenderse de un tan excesivo número de enemigos empeñados en su ruina, y libertar su vida sin recibir daño alguno de tantas flechas y piedras. Creció su admiracion cuando observaron que casi todas las flechas se habian ido á clavar en la basa de la cruz que estaba delante del pabellon, por donde quedaron de tal manera persuadidos de la proteccion divina, que se resolvieron perseverar en aquella empresa aunque no recibiesen los auxilios que esperaban.

Aquella noche tomaron el reposo que les era tan necesario, velando entre tanto el padre Salvatierra que estuvo haciendo guardia. La mañana siguiente, cuando se preparaba para decir misa, vieron entrar en el puerto un buque; corrieron todos y vieron que era el extraviado y tan deseado,

el cual traia gente y víveres y la noticia de que la galeota debia llegar pronto.

§ XI.

REGLAMENTOS Y EJERCICIOS DEL PADRE SALVATIERRA.

Habiéndose alcanzado de este modo alguna mas seguridad en aquella naciente poblacion, se dedicó el padre Salvatierra á formar reglamentos para asegurarla mas y mejorarla. Convocó la gente, y leyéndoles las órdenes del virey, hizo á cada uno sabedor de sus obligaciones y privilegios. Nombró capitan al alférez don Luis de Torres y Tortolero y confirió los otros empleos á los mas idóneos; hizo una prudente distribucion de las horas para los ejercicios cristianos y los trabajos corporales, y ordenó que todos se reuniesen los sábados á oir una exhortacion á la imitacion de las virtudes de la santísima Vírgen, segun la costumbre instruida por los jesuítas en diversos lugares de la Nueva España. Volvió después al acostumbrado ejercicio de la doctrina cristiana y distribucion del pozole entre los indios, que poco á poco volvieron, excusándose como podian de sus pasados yerros, y que después de una ligera reprension, fueron tratados por aquel hombre dulcísimo con duplicado cariño para quitarles todo recelo. La tribu que habia sido la principal en las turbulencias pasadas y que habia excitado á las demás contra los españoles, se vió muy pronto obligada á implorar la proteccion de los mismos españoles para defenderse del furor de los restantes, que en ella querian vengar la muerte de los que habian perecido en el asalto. Vinieron pues al campo á entregar sus armas en señal de amistad, y suplicaron que se les permitiese alojarse cerca de él y abrir trincheras para defenderse. Todo se les concedió, y el padre Salvatierra reconcilió aquellas tribus enemistadas, de modo que desde entonces vinieron quietas y unidas á la doctrina.

Aprovechó el padre esta tranquilidad para consagrar á Dios por medio del bautismo las primicias de la California. El primer bautismo y el mas solemne habia sido, dos dias antes del asalto, el de *Ibó*, de quien ya hemos hablado. Este indio era del territorio de San Bruno, perteneciente á la nacion cochimí, y habia aprendido los rudimentos de la fe y pedido el bautismo cuando estuvo allí el almirante Otondo con el padre Kino. Padecia desde mucho tiempo un horrible cáncer cuya violencia mortal parecia contenida piadosamente por Dios hasta la llegada del padre Salvatierra, á quien se presentó inmediatamente Ibó, preguntándole por los otros misioneros y suplicándole que le hiciese cristiano. El padre le recibió con mucha afabilidad y se dedicó á curarle cuanto le fué posible; mas viendo que la enfermedad era mortal y que por otra parte el enfermo estaba bien dispuesto y suficientemente instruido, le bautizó solemnemente el 11 de noviembre, poniéndole el nombre de *Manuel Bernardo*. Fué tan feliz, que en aquel mismo mes murió con grandes indicios de predestinacion. Queria tambien que fuesen bautizados juntamente con él dos hijos suyos, uno de cuatro años y otro de ocho; pero solo fué bautizado el primero el 15 de noviembre con el nombre de *Bernardo Manuel*, y en cuanto al segundo se determinó esperar á que estuviese bien instruido en los misterios de la fe. El motivo de haber puesto estos nombres al padre y al hijo, fué que el virey al despedirse del padre Salvatierra le encargó que así llamase á los dos primeros californios que hiciese cristianos. Después fueron bautizados otros dos niños, uno de los cuales se llamó *Juan* y el otro *Pedro*, para honrar la memoria de don Juan Caballero y de don Pedro Gil de la Sierpe, bienhechores de aquella mision. El quinto californio bautizado fué uno de los heridos en el asalto del campo, que abandonado por los suyos y hallado por los soldados, se le dió la instruccion que permitian las circunstancias y murió la noche siguiente á su bautismo, alabando todos las disposiciones misericordiosas del Señor.

§ XII.

EL PADRE PÍCCOLO DE MISIONERO. CARTA DEL PADRE SALVATIERRA. TRABAJOS DE LOS COLONOS. CONJURACION CONTRA LOS ESPAÑOLES Y VICTORIA DE ESTOS.

El sábado 23 de noviembre al concluir la primera exhortacion de las establecidas para aquel dia por el padre Salvatierra, arribó al puerto la galeota que conducia al padre Francisco Píccolo, destinado ó la mision en lugar del padre Kino. El padre Píccolo nació en Sicilia, y habiendo entrado en la Compañía pasó todavía jóven á Méjico, y de allí fué enviado á las misiones de la Taraumara, en donde trabajó doce años con mucho fruto, convirtiendo idólatras, edificando templos y mejorando las costumbres de los cristianos. Pasando á la California el año de 1697, fué en los treinta y un años que allí estuvo, uno de los principales apoyos del cristianismo naciente, no perdonando trabajo para extender el reino de Dios, y excitando á todos á la práctica de las virtudes cristianas no menos con su ejemplo que con sus discursos.

Esta llegada fué de grande consuelo para todos, porque el padre Salvatierra adquirió con ella un compañero que le ayudase en los ministerios del apostolado y en los cuidados de la nueva colonia, y los soldados otro sacerdote que dirigiese sus almas, les sirviese en sus enfermedades y los confortase en sus aflicciones. Como ya era tiempo de dar cuenta al gobierno del éxito de aquella empresa y de devolver al tesorero de Acapulco la

galeota que habia prestado, mientras esta se aprestaba para el viaje escribió el padre Salvatierra al virey, á los bienhechores y á todos los que tenian algun interés en la felicidad de la empresa. De estas cartas se imprimieron en Méjico cuatro, que fueron las dirigidas al virey, á la virgen condesa de Moctezuma, á don Juan Caballero y Ocio y al padre Ugarte. Esta última contenia una minuciosa relacion de todo lo acaecido hasta aquella fecha, y en todas brillaba el celo apostólico, la urbanidad y el agradecimiento de aquel grande hombre.

Despachada la galeota, se dedicaron todos á trabajar en dar al campo el mejor órden que por entonces se podia; ampliaron las trincheras, pusieron estacada, construyeron una capilla de piedra y lodo, la techaron de heno, fabricaron tres casitas, una para habitacion de los misioneros, otra para el capitan y otra para almacen, y cerca de ellas formaron barracas para los soldados. Mientras que la gente se ocupaba en estos trabajos y los misioneros en aprender bien la lengua de los indios y en instruirlos, se mandó el buque á Sinaloa con cartas para los misioneros de aquella provincia, los cuales enviaron en dos viajes todas las provisiones que pudieron conseguir, y además cinco soldados que sirvieron para concluir mas pronto las fábricas.

Los indios que concurrian diariamente á la instruccion, viendo estos trabajos y observando que aquellos extranjeros no pescaban perlas ni hacian aprécio de ellas, como todos los que antes habian estado en la península, se persuadieron de que no habian ido para volverse luego, sino que trataban de establecerse allí, para introducir una nueva religion. Mas esto no podia hacerse sin perjuicio de los emolumentos de los guamas, los cuales haciendo, como hemos dicho, de doctores de la ley y de médicos, sacando ventaja de la grosera credulidad de aquellos bárbaros, no cesaban en sus conventículos de agriar los ánimos contra los misioneros y contra los españoles. Aunque muchos de los indios iluminados ya por la gracia y aficionados á la doctrina cristiana, no dieron oido á aquellas sugestiones, otros se dejaron seducir sin dificultad, y en un dia de abril de 1698 se acercaron al puerto, se apoderaron de un bote que habia dejado allí la galeota, y se le llevaron ó para servirse de él en la pesca, ó solamente para declarar la guerra con este hecho, que no pudieron impedir los dos soldados que desde las cercanías cuidaban el bote; pero uno de ellos corrió luego al campo á dar aviso. El capitan salió con diez soldados á perseguir á los ladrones, parte de los cuales hicieron frente á la partida mientras los otros sacaron el bote de la agua y lo destrozaron con piedras grandes, huyendo después todos. Siguiéronlos los españoles divididos en dos partidas; una de ellas, compuesta del alférez Figueroa, tres soldados y un californio amigo, cayó en una emboscada de mas de cincuenta bárbaros, que la atacaron furiosamente con flechas y piedras; pero los españoles se defendieron con mucho valor haciendo varias evoluciones para no caer prisioneros, como habria sucedido fácilmente si el temor á las armas de fuego no hubiera contenido á los indios. Mientras aquellos cuatro hombres se defendian de tantos enemigos lo mejor que podian, el californio que los acompañaba corrió á dar aviso á la partida del capitan, que nada habia sentido por el ruido de la marea y del fuerte viento que entonces soplaba. Llegada esta partida en auxilio de la otra, se aumentó tambien el número de los indios, y se peleó desesperadamente por una y otra parte, hasta que al anochecer se retiraron los indios dejando en el campo algunos muertos y heridos, sin que por la otra parte hubiera habido ni un muerto ni un herido de gravedad. De este modo los californios aprendieron á su costa á no hacer la guerra á aquellos extranjeros, que aunque pocos, tenian mejor disciplina y peleaban con armas muy superiores. Los culpados volvieron al campamento de los españoles mezclados con los indios fieles, y aunque el capitan quiso castigar su perversidad, se interpusieron los misioneros y se publicó un indulto general. Para dar á conocer su arrepentimiento y humillacion, trajeron los conjurados con bárbara simplicidad los inútiles fragmentos del bote destrozado.

§ XIII.

EJERCICIOS DE LOS MISIONEROS Y FALTA DE VÍVERES.

En aquella semana Santa se celebraron los oficios divinos con mucha devocion por parte de los españoles y con suma tranquilidad y admiracion por la de los indios. Los misioneros proseguian en sus ejercicios de estudiar la lengua y catequizar, y para hacerlo con mas comodidad y precaverse contra la inconstancia de los bárbaros, el padre Pícolo instruia á los niños dentro del campo y el padre Salvatierra catequizaba fuera a los adultos. Con su constante empeño habian instruido y bien dispuesto á muchos para el bautismo; pero no querian bautizarlos, porque temian su inconstancia y porque aun era incierta la permanencia de aquella mision. Solo fueron bautizados los que se hallaban en peligro de muerte, en los cuales se observaron muchos indicios notables de la providencia del Señor. Tambien entre los catecúmenos se vieron algunos ejemplos raros de las maravillosas operaciones de la gracia, y entre otros es digno de memoria el que cuenta el mismo padre Salvatierra en una carta al padre Ugarte. Un niño de cuatro años llamado *Juan Caballero* con una varita en la mano á imitacion de los *fiscales* ó maestros de la doctrina cristiana, guiaba á los otros en la repeticion da las oraciones que se les enseñaban: si veia platicar á algu-

nos les intimaba silencio poniéndoles el dedo en la boca: acabada la doctrina tomaba los rosarios y reliquias que llevaban consigo los soldados, é hincándose los besaba y se los ponia reverentemente sobre los ojos, y no contento con hacer estas demostraciones, queria que tambien los otros las hiciesen, porfiando con ellos hasta que lo conseguia, lo cual enternecia á los soldados hasta el grado de hacerlos llorar.

Cuando los misioneros estaban mas empeñados en estos ejercicios y mas satisfechos del aprovechamiento de los indios, comenzaron estos á ausentarse poco á poco del campo, porque siendo junio el tiempo de la cosecha de las pitahayas, andaban por todas partes recogiendo aquella fruta de tanto aprecio para ellos. Este disgusto fué pronto seguido de otro mas grave, pues no habiendo regresado el buque enviado desde dos meses antes á traer víveres al Yaqui, ni venido las provisiones que de Méjico se esperaban, habia en el campo tanta escasez, que no habian quedado mas víveres que tres costales de mala harina de trigo y otros tantos de maiz picado, lo cual aumentó tanto la afliccion, que el padre Salvatierra en una relacion que entonces escribió, se explica de esta manera: "Comienzo á escribir " esta relacion sin saber si podré acabarla, por" que al presente nos hallamos aquí en grande " necesidad por falta de víveres, los cuales van " cada dia escaseando mas, y como yo soy el " mas viejo de todos los del campo de la Vírgen " de Loreto, seré el primero en pagar el comun " tributo á la naturaleza."

Pero lo mas admirable es que los misioneros en medio de tantos contratiempos y peligros hubiesen sabido conducir tan bien aquella reunion de veintidós hombres de diversas naciones y de una profesion en general muy libre, que no hubiese habido entre ellos ninguna contienda, ni un perjurio, ni una imprecacion. Al contrario, todos asistian con puntualidad á los ejercicios diarios de devocion, y especialmente á una novena que entonces se rezó á la santísima Vírgen para alcanzar de Dios el socorro deseado; y habiendo oido en una plática contra el perjurio, vicio tan comun entre los soldados y marineros, que en no sé qué ciudad de Alemania el perjuro era condenado á pagar una multa, ellos mismos se impusieron espontáneamente la misma pena, y andaban muy solícitos en aplicarla al que incurriese en ella.

§ XIV.

PÉRDIDA QUE TUVO LA COLONIA. MISIONES DE SAN JUAN BAUTISTA DE LONDÓ Y DE SAN JAVIER DE VIGGÉ.

Estaba para concluir la novena y con ella los víveres, cuando llegó un buque nuevo y grande llamado San José, construido por un comerciante de Nueva Compostela y procedente de Chacala con las provisiones que el padre Ugarte habia enviado de Méjico para la mision, y siete soldados voluntarios. Como se creia que el buque de la mision habia perecido, quiso el padre Salvatierra comprar este, que le pareció bastantemente bueno. El patron que por la experiencia adquirida en aquel viaje sabia que estaba mal construido, convino de buena gana en la venta, y usando de mil engaños lo contrató en doce mil pesos, que debia pagar en Méjico el padre Ugarte. Descubierto de allí á poco el fraude, se gastaron otros seis mil pesos en componer el barco, que sin embargo de esto, en el primer viaje averió toda la carga, y en el segundo se fué á pique en Acapulco, donde por necesidad se vendió en quinientos pesos, con gran pérdida de la mision. Este mal fué remediado por la beneficencia del tesorero don Pedro Gil de la Sierpe, que regaló al padre Salvatierra dos buques, uno grande llamado San Fermin, y otro chico llamado San Francisco Javier, los cuales comenzaron luego á viajar, llevando á la California todo lo necesario de diversos puertos de Sinaloa y Nueva Galicia, y entre otras cosas caballos, bueyes y otros animales enviados por don Agustin de Encinas, bienhechor de la mision. Poseyendo ya los misioneros la lengua del país y teniendo caballos en que caminar por aquellas áridas y pedregosas montañas, determinaron internarse en la península por diversos puntos. Salió primero el padre Salvatierra á principios del año de 1699 acompañado de algunos soldados, y se dirigió hácia el N. O. á un lugar llamado *Londó*, distante nueve leguas de Loreto y habitado por muchas familias de indios; pero no halló ninguna, porque todas habian huido al verle llegar, á pesar de que muchas veces les habia dicho antes que queria hacerles una visita amistosa. Allí esperó dos dias; pero no viniendo los indios ni aun por haber sido llamados, se retiró á Loreto con su comitiva. Después se quejó con ellos de su desconfianza, consiguió disipar sus temores y en la primavera volvió al mismo lugar, le puso el nombre de *San Juan Bautista*, y se estuvo algunos dias con los indios instruyéndolos, acariciándolos y regalándolos.

Algunos indios de *Viggé-Biaundó*, lugar situado al Poniente detrás de una áspera montaña, habian venido á Loreto y manifestado mucha mansedumbre y tanta inclinacion á la doctrina cristiana, que los misioneros, á pesar de su resolucion de no bautizarlos sino en peligro de muerte, dieron el bautismo á un jóven muy vivo y bien dispuesto llamándole *Francisco Javier*. El padre Píccolo determinó ir á aquel lugar, como en efecto lo hizo el 10 de marzo acompañado solamente de algunos indios amigos á causa del desaliento de los soldados; pero hubo grandes dificultades que vencer en el viaje, porque la montaña era muy escarpada y no habia camino abierto. El padre fué recibido con mucha afabilidad



por los indios de Viggé-Biaundó, en donde permaneció cuatro dias doctrinándolos, y supo que lo mismo hacia espontáneamente el nuevo cristiano *Francisco Javier*. Parecióle aquel lugar á propósito para plantar una mision, porque los indios tenian buenas disposiciones para abrazar el cristianismo y porque en el valle próximo habia tierras capaces de cultivo, provistas de agua y de buenos pastos para mantener ganado. La dificultad del camino fué de tal suerte allanada, aunque con sumo trabajo, por los soldados, alentados por el padre Píccolo y ayudados de los indios, que en junio ya estaba abierta una buena senda por donde se comenzó luego á caminar á caballo de Loreto á Viggé-Biaundó. En octubre se trasladó el padre á construir con el auxilio de los soldados y de los indios una capillita y algunas casillas de adobe techadas con heno para que sirviesen de habitaciones: este fué el origen de la mision de San Francisco Javier, cuya capillita fué dedicada por el padre Salvatierra el 1º de noviembre con mas devocion que solemnidad.

Mientras el padre Píccolo se ocupaba en establecer aquella nueva mision y en reconocer parte de la costa occidental de la península, el padre Salvatierra hizo su tercer viaje á Londó, del que sacó poco fruto por la enemistad que habia entre las diversas tribus que allí concurrieron, las cuales se hicieron algunas hostilidades en que tocó alguna parte aun al mismo misionero, pues tuvieron algunos indios el atrevimiento de flechar la mula en que iba. El sin embargo con su paciencia y sus buenas razones consiguió apaciguarlos y reconciliarlos.

§ XV.

CALAMIDAD DE LA COLONIA, PARA CUYO REMEDIO IMPLORAN INUTILMENTE LOS PADRES SALVATIERRA Y UGARTE LA PROTECCION DEL GOBIERNO.

Entre estos sucesos á veces prósperos, á veces adversos, llegó el año de 1700, en el cual y en el siguiente sobrevinieron tantas calamidades á la colonia, que infaliblemente se hubiera arruinado á no estar sostenida por una providencia especial de Dios. El número de los colonos llegaba en aquel tiempo á sesenta, todos expensados por el padre Salvatierra, y por tanto se necesitaba llevar de fuera mayor cantidad de víveres, porque el terreno de la península no se hallaba aun en estado de producirlos. Los bastimentos con que contaba la colonia eran San Fermin y San Javier, porque el San José se habia inutilizado, como se ha dicho. Los soldados hasta entonces se habian mostrado contentos, como era justo, de su subordinacion á los misioneros, por quienes eran pagados. Del gobierno de Méjico se esperaba con razon auxilio y proteccion en favor de la colonia, porque habiendo intentado fundarla por tantos años y con tan considerables gastos, parecia que una vez fundada debia esforzarse en socorrerla; pero los hombres son de tal condicion, que después de haberse empeñado con indecible trabajo en conseguir alguna cosa, no procuran conservarla cuando la consiguen. Efectivamente, todas aquellas esperanzas se desvanecieron como el humo, y todas las ventajas conseguidas se tornaron en otras tantas desgracias. El bastimento San Fermin baró en el puerto de Ahome y se hizo pedazos con el impulso de las olas por culpa de los marineros, que se prometian mayor utilidad de la construccion de otro. No quedó pues mas que el chico llamado San Javier, en el cual, aunque maltratado con la borrasca que habia sufrido, se embarcó el padre Salvatierra para ir con mucho riesgo á Sinaloa á buscar remedio á los grandes males que experimentaba la mision; pero de nada sirvieron todas las diligencias que hizo.

En los dos años anteriores habia escrito muchas veces al virey, dándole cuenta del principio y progresos de la mision; pero este señor no se habia dignado contestarle. En marzo de este año de 1700 extendió un largo memorial dirigido al real acuerdo y firmado por los dos misioneros y otras treinta y cinco personas de la colonia, en el cual referia compendiosamente todo lo acaecido en la California; exponia el estado de la colonia, los grandes gastos erogados en ella y la imposibilidad de pagar á los soldados con unas limosnas que sobre lo incierto habian llegado á ser escasas y tardías; imploraba la proteccion del rey, pidiendo que para no perder el fruto de tantas fatigas, se pagase aquella tropa por el erario, así como se hacia con tantos otros presidios que el gobierno tenia en las fronteras de los gentiles; hacia ver los males que infaliblemente debian resultar de que la mision fuese abandonada por los soldados, y concluia protestando la resolucion que él y su compañero el padre Píccolo tenian de permanecer allí aun cuando quedasen solos y evidentemente expuestos á las violencias de los bárbaros. Desde Sinaloa dirigió otro memorial al virey haciéndole presente el peligro en que la colonia se hallaba de perecer de hambre, por no haber para el trasporte de los víveres mas que un bastimento en mal estado, y suplicándole que destinase á este objeto otro decomisado en Acapulco á un comerciante del Perú.

Pero nada de lo que pretendia pudo conseguir entonces, á pesar de sus justas y eficaces razones y de las urgentes instancias del padre Ugarte, procurador de la mision. Este reprendia, aunque modesta y respetuosamente, á aquellos señores su total indiferencia respecto á la colonia cuando ya estaba plantada, siendo así que pocos años antes después de mil tentativas no menos inútiles que dispendiosas, suplicaban encarecidamente á la Compañía de Jesús que se encargase de aquella expedicion tan suspirada, prometiéndole trein-

ta mil pesos anuales para los gastos. El fiscal alegaba que en el acuerdo celebrado en 1697 se habia obligado el padre Salvatierra á ejecutar la empresa sin gravar el real erario. Es cierto, contestaba el padre Ugarte, que él obtuvo el permiso de entrar en la California con la condicion de no causar gastos al erario, como lo ha hecho, plantando la primera colonia y conservándola por tres años á costa de mucho trabajo y con solo las limosnas de los bienhechores; pero hay gran diferencia entre crear una colonia y conservarla para siempre, y aun cuando él se hubiera obligado á esto, ahora que se halla inculpablemente en tan grave necesidad, los intereses de la religion y del Estado exigen que se le favorezca y ayude.

Esta oposicion tan grande del gobierno á las pretensiones del padre Salvatierra traia su orígen de los falsos rumores esparcidos maliciosamente contra los jesuítas por sus enemigos, que no podian sufrir que un jesuíta hubiera llevado al cabo aquella empresa que habian intentado en vano muchos hombres valerosos á tanta costa y con tan grande aparato de navíos, armas y gente; ni podian comprender cómo un hombre bien nacido, dotado de talento y adornado de conocimientos, quisiera espontáneamente privarse de la compañía de sus caros hermanos y de las comodidades y honores que podia disfrutar en su colegio, por ir á países remotos é incultos y llevar una vida congojosa entre los salvajes, sino animado de segura esperanza de enriquecer. Como el hombre animal, segun dice san Pablo, no entiende las cosas del espíritu de Dios, no puede tampoco imaginarse que haya alguno capaz de sacrificar á la sola gloria divina todas las comodidades de la vida y todos los bienes del mundo. La California se habia hecho famosa por la abundancia de sus perlas, con cuya pesca habian enriquecido no pocos; y aunque á todos era notorio el poco aprecio que los misioneros hacian de esta pesca, que ni hacian por su cuenta ni permitian á los colonos sus dependientes; sin embargo, sus enemigos se habian persuadido ó querian persuadirse que esta riqueza era la que ellos buscaban en la California. Las limosnas de los bienhechores de la mision eran otro orígen de falsos rumores contra los jesuítas, pues aunque ellas eran insuficientes para los gastos que debian hacerse en un país tan remoto y falto absolutamente de todo, eran sin embargo bastantes para enriquecer á un particular; por tanto, los que no habrian tenido valor para envidiar los trabajos, penalidades y peligros de los misioneros, envidiaban el capital de la mision.

Entre otras calumnias se esparció la voz de que la pérdida del bastimento San Fermin no era cierta, sino fingida por los misioneros para extraer aquel dinero del real erario; y á pesar de que esta calumnia grosera quedó desvanecida con el testimonio de muchas personas respetables, no cesaron los rumores, los cuales tuvieron nuevo apoyo en las cartas de don Antonio García de Mendoza, capitan del presidio de la California. Don Luis de Torres Tortolero, como ya lo hemos dicho, fué el primer capitan del presidio; pero después de haber servido muy bien, hallándose enfermo de una inflamacion de ojos que le causó el aire de aquel país, se licenció en 1699 con mucho sentimiento de los misioneros, llevando una certificacion que el padre Salvatierra le dió sobre sus servicios y buen porte, la cual le sirvió para obtener algunos buenos empleos en la Nueva Galicia. En su lugar fué nombrado capitan el citado García, que aunque era soldado muy valiente, no era hombre muy honrado. Este á pesar de que debia su empleo al padre Salvatierra y estaba pagado por él, queria sustraerse de su dependencia para poder servirse á su arbitrio de los indios, como suelen hacerlo algunos gobernadores y capitanes de Sinaloa y de otros lugares de la América, con indecible perjuicio de los neófitos y de las misiones. Queria tambien que en vez de los trabajos que se hacian en la California para mejorar el estado de la colonia, se le permitiese á él y á los soldados la pesca de perla, con el fin de enriquecer pronto; y como no pudo conseguir ni uno ni otro, desahogó su encono contra los misioneros en varias cartas dirigidas al virey y á algunos de sus amigos; pero tan embrolladas y llenas de contradicciones, que se echaba de ver luego en ellas cuánto le habia cegado la pasion. Para dar alguna idea de esto basta lo que escribió al virey en la carta de 22 de octubre de 1700, en la cual después de haber dicho que los padres Salvatierra y Píccolo eran unos *hombres santos, apóstoles y querubines*, y de haber ensalzado hasta las estrellas sus trabajos, su celo y su desprendimiento de las cosas terrenas, se queja amargamente de ellos por los trabajos impendidos en allanar el camino, en construir algunas fábricas y en otras cosas no solo útiles, sino absolutamente necesarias en la colonia, y concluye de esta manera: "Yo no hallo otro " remedio para refrenar tanta temeridad, que ha" cérselo saber al reverendísimo padre provin" cial de la sagrada Compañía de Jesús, y su" plicarle que retire de la California á estos re" ligiosos y los ponga donde sean castigados con " la pena que merecen, y que á mí tambien me " ponga en un castillo con una gruesa cadena á " fin de que pueda yo servir de escarmiento á " mis sucesores." Pero este buen hombre sufria aquellos grandes males porque queria, pues fácilmente podria haberse librado de ellos renunciando su empleo y yéndose á donde mas le agradase.

Los enemigos de los jesuítas no dejaron de esparcir por todas partes copias de estas cartas, á las cuales, aunque tan dignas de desprecio, les dieron crédito algunos oidores y otras personas, persuadiéndose que la subordinacion de los sol-

dados de la California á los misioneros era efecto de la ambicion jesuítica de mandar en todas partes.[1] Estas y otras especies esparcidas en el vulgo por personas respetables, desalentaron mucho la liberalidad de los bienhechores, lo cual retardó notablemente los progresos del cristianismo en la península, y la mision se redujo á tal estado, que no pudiendo mantenerse en ella tanta gente, fué necesario licenciar una parte considerable, dándose ocasion á los bárbaros de insolentarse y hacer varias tentativas contra la colonia. El padre Salvatierra en una carta escrita á su amigo el fiscal de Guadalajara, después de haberle dicho que ya habia licenciado diez y ocho soldados, añade: "Para licenciar el resto de la " gente no espero mas que la última resolucion " del gobierno de Méjico, á quien ya dirigí mis " protestas finales. Licenciados que sean todos, " pensaremos en pagar lo que quedáremos á de- " ber; pero si antes de poderlo hacer los cali- " fornios, mis queridos hijos en Cristo, viéndonos " indefensos nos mandaren á dar cuenta á Dios, " la Vírgen pagará por nosotros."

§ XVI.

VIAJE DEL PADRE SALVATIERRA PARA PROVEER LA COLONIA.—LLEGA EL PADRE JUAN DE UGARTE Á LA CALIFORNIA.—SE RECIBEN ALGUNOS VÍVERES.

Pero considerando él que la colonia no podia absolutamente subsistir si no se aseguraba lo necesario para los colonos, que esto no podia hallarse en la California y que el llevarlo de Méjico se hacia cada vez mas difícil, determinó ir á buscarlo á las misiones de Sonora, país rico en minas, de terreno fértil y poco distante de la península, pues entre uno y otro no hay mas distancia que la anchura del golfo intermedio. Con este propósito partió de Loreto á fines de octubre de 1700, y habiendo recogido en Sinaloa algunos subsidios para su mision, pasó á Sonora á verse con el padre Kino, su antiguo amigo y bienhechor. Este celoso é infatigable misionero, no pudiendo como hubiera querido trabajar personalmente en la mision de la California, porque la obediencia le tenia en Sonora, hacia lo posible por sostenerla enviando de Guaymas á Loreto ganado, muebles y víveres que solicitaba en las minas y en las misiones. Mas su grande celo, como el del padre Salvatierra, no se limitaba á aquellas cosas ni á aquellos tiempos. Ambos ansiosos de ampliar el reino de Cristo, pensaban extender sus respectivas misiones hácia el Norte, hasta que llegando á juntarse mas allá de los 33° pudiesen ayudarse recíprocamente. En esta ocasion que concurrieron, queriendo reconocer todo el país á que destinaban sus tareas apostólicas, se dirigieron hácia el rio Colorado en marzo de 1701, acompañados de diez soldados y de algunos indios por el camino de la costa, que aunque malo era el mas corto. Habiendo llegado mas allá del paralelo de 32°, observaron distintamente desde la cumbre de un monte la union de la California con el continente; pero no pudieron pasar adelante, porque desde aquel monte hasta el rio Colorado habia un arenal de treinta leguas. El año siguiente y por otro camino mas practicable, repitió el padre Kino su viaje tanto á aquel rio como al Gila, y tuvo oportunidad de observar atentamente sus márgenes.

Habiendo colectado el padre Salvatierra algunas limosnas en las misiones de Sonora, regresó á fines de abril á Loreto, en donde tuvo el grande placer de hallar al padre Ugarte, que habiendo salido de Méjico el 3 de diciembre del año anterior con el objeto de llevar provisiones á la colonia, caminó cuatrocientas leguas por tierra hasta un puerto de Sinaloa, en donde no hallando para pasar el golfo mas que un barco pequeño, viejo y abandonado como absolutamente inútil, se embarcó en él intrépidamente, y en tres dias de próspera navegacion arribó á Loreto el 19 de marzo de 1701. Halló la colonia en la mayor miseria, pues ya hacia cinco meses que no recibia ningun socorro; pero á pocos dias tuvieron el consuelo de ver llegar al puerto el bastimento San Javier, cargado de provisiones aprestadas tres meses antes por el mismo padre Ugarte. Este no tenia licencia de sus superiores para permanecer en la California, pero se la consiguió el padre Salvatierra, que aunque sentia no tener en Méjico un procurador tan activo, preveia cuánto haria para contribuir á los progresos del cristianismo en la península un hombre de tanto talento y de tan heróica virtud.

§ XVII.

NOMBRAMIENTO DE OTRO CAPITAN.—ATENTADO DE LOS INDIOS DE VIGGÉ.

Sobre la escasez de víveres habia otros males de mucha consideracion. El capitan García, siguiendo disgustado con aquella vida, turbaba con su inquietud la paz de toda la colonia; mas al fin viendo que ni sus amargas cartas movian al virey á sustraerle de la subordinacion á los misioneros, ni estos le permitian que ocupase como pretendia á los indios en la pesca de perla, tomó el partido de dejar el empleo licenciándose, como lo hizo con mucho gusto de los misioneros.

1 El padre Salvatierra fué nombrado provincial de los jesuítas de Méjico en 1704; pero hizo tantos esfuerzos para libertarse de aquel empleo y volverse á la California, que finalmente lo consiguió. Si él hubiera sido ambicioso de mandar, no hubiera dejado el mando de un cuerpo tan ilustre en una metrópoli tan lucida como Méjico, por ir á hacerse obedecer de cuatro tristes soldados en un oscuro rincon de la miserable y casi desierta California.

Y para que los soldados viviesen mas contentos bajo un capitan creado por ellos mismos, les dejó el padre Salvatierra la libertad de nombrarle, haciendo la eleccion por votos secretos. De ella resultó electo casi con todos los votos el portugués D. Estévan Rodriguez Lorenzo, buen cristiano, honrado, activo, intrépido, moderado y prudente. El año de 1697 entró á la California con el padre Salvatierra, y permaneció allí hasta su muerte. En los cuarenta y nueve años de su residencia en la península, contribuyó mucho al establecimiento de las misiones, á la propagacion del cristianismo y á la tranquilidad de los soldados y de los indios.

Poco antes de la eleccion de este nuevo capitan, los indios de Viggé, instigados por sus guamas ó doctores, tomaron la bárbara resolucion de destruir la mision de San Javier y de asesinar al misionero, á despecho de varios indios fieles que se oponian á su intento. Un dia, pues, vinieron atumultados á la mision, y no habiendo hallado en ella al padre Píccolo, que afortunadamente habia salido, descargaron su furia contra la casa, la capillita y los muebles de ambas, destruyéndolo todo, haciendo pedazos el Crucifijo y disparando flechas al rostro de una imágen pintada de la Vírgen de los Dolores, la cual decian que era la amiga del misionero. Habiendo este sabido por un indio fiel lo que habia acaecido en la mision, se fué para Loreto, de donde salió un oficial con algunos soldados á castigar aquel atentado; pero los culpables habian ya huido por los montes mas escabrosos. De esta manera quedaron impunes, y de allí á poco, solicitados por los misioneros, vinieron humillados á Loreto á pedir perdon, dando á conocer su inconstancia, tan comun entre los hombres caprichosos, y la mision no tardó mucho en restablecerse ventajosamente, como veremos después.

§ XVIII.

EL PADRE UGARTE ACEPTA LA MISION DE SAN JAVIER.—EXTRAORDINARIO CELO DE ESTE MISIONERO.

Como los indios de San Javier después de su arrepentimiento parecian tranquilos y bien dispuestos á sujetarse á la enseñanza del misionero, y como por otra parte no convenia abandonar aquel terreno, que parecia el mas propio para la agricultura, porque en Loreto apenas se habia podido hacer útil un pequeño sitio para plantar frutales y hortaliza; el padre Salvatierra encargó al padre Ugarte la mision ante el altar de la Vírgen, porque el padre Píccolo tenia que marchar para la Nueva España á evacuar algunos negocios de la California. El padre Ugarte aceptó de buena gana el encargo, y se fué luego á desempeñarle acompañado de algunos soldados; pero en muchos dias no compareció ningun indio, ó por temor ó por odio á los soldados. Estos le aumentaron el disgusto con su inquietud, porque ni tenian indios que les sirviesen, ni él les permitia que fuesen á buscarlos, temiendo, con razon, que con sus hostilidades les inspirasen mas desconfianza. Al fin resolvió retirar á los soldados, poniéndose en manos de la Providencia. Un dia pasó en aquella soledad con el espíritu agitado alternativamente por la piadosa esperanza de martirio y por el temor natural de la muerte. Por la tarde se acercó á la cabaña un muchacho en ademan de espiar, y habiéndole visto el padre Ugarte, le acarició, le regaló y le mandó que dijese á los suyos que podian venir sin temor, porque ya no habia soldados. Asegurados de esta suerte los salvajes, comenzaron á venir poco á poco, y se volvió á establecer el ejercicio de la doctrina. Mas este grande hombre, animado de un verdadero celo, no contento con enseñarles los misterios de la religion cristiana y procurando arrancar de sus corazones el apego que tenian á sus doctores y á sus antiguas supersticiones, se tomó el arduo empeño de civilizarlos, enseñándoles aquellas artes y acostumbrándolos á aquellos trabajos que requiere la vida social. Lo que tuvo que sufrir de unos hombres acostumbrados á una perpetua ociosidad y á una libertad desenfrenada, podrá en algun modo imaginarse, pero no puede expresarse suficientemente.

Todas las mañanas después de la misa, que él celebraba y oian los indios, seguia el ejercicio de la doctrina, y concluido este les distribuia el pozole á los que habian de trabajar, y los llevaba ó á la fábrica de la iglesia y de las casitas que estaba edificando para sí y para los neófitos, ó al campo á quitar los matorrales y las piedras y preparar el terreno para la siembra, ó hacer represas y zanjas para regar la tierra. En las fábricas hacia no solo de arquitecto, sino de albañil, de carpintero y de todo; porque ni las exhortaciones, ni los halagos, ni los dones de que se valia hubieran sido bastantes para sacudir la desidia habitual de aquellos hombres embrutecidos, si él no los hubiera alentado con su ejemplo, siendo el primero en el trabajo y el que mas trabajaba. Efectivamente, él era el primero en llevar y labrar las piedras y la madera, en pisar el lodo, en cavar la tierra y en ordenar los materiales. El mismo llevaba á pacer el pequeño rebaño que tenia la mision. El se ocupaba igualmente en todos los oficios; ya se le veia con la hacha en la mano quitando los matorrales, ya con el pico rompiendo las piedras, ya con la coa labrando la tierra, lo que solia hacer descalzo de pié y pierna. Yo no puedo recordar esto sin enternecerme y reconocer el poder de la divina gracia al ver reducido á una vida pesada y trabajosa á un caballero criado entre las delicias de una casa opulenta, sepultado en una oscura y remota soledad á un letrado sumamente aplaudido en las escuelas y púlpitos de Méjico, y á un

hombre de ingenio sublime voluntariamente condenado á conversar treinta años con estúpidos salvajes.

Después de comer llevaba á los indios á rezar el rosario, en seguida les explicaba la doctrina cristiana, y concluido esto les daba de cenar. Como aquellos bárbaros no eran capaces de prever el fruto de tales trabajos, que por entonces los privaban de su ociosidad y libertad, hallaban mil modos de cansar la paciencia de su caritativo misionero, ó ausentándose, ó no viniendo á tiempo, ó resistiéndose con altanería á trabajar, ó burlándose de él, ó finalmente, amenazándole hasta con la muerte. No habia mas recurso que sufrirles sus impertinencias, acostumbrándolos con discrecion á la vida laboriosa, condescendiendo á menudo con su debilidad, y mezclando á veces la suavidad con la entereza para hacerse respetar.

En los principios estaban muy inquietos á la hora de la doctrina, conversando entre sí, burlándose de lo que oian y echando frecuentes y grandes carcajadas. El advirtió que el principal motivo de aquellas burlas eran sus desbarros en la lengua, y que los mismos indios, cuando les consultaba acerca de las voces ó de la pronunciacion, le contestaban de intento despropósitos, para tener después de qué reir en la hora de la doctrina, y por eso de allí en adelante ya no preguntaba sino á los niños, como mas sinceros. Toleraba pacientemente estos insultos, y á veces les reprendia con alguna severidad; pero viendo que todo esto de nada servia, tomó un partido extraño, pero oportuno y acomodado á la condicion y circunstancias de aquellos bárbaros. Desde que comenzó á tratarlos conoció bien su carácter, y advirtió que no apreciando la virtud, el ingenio ni ninguna prenda espiritual, sino solamente la valentía y las fuerzas, no respetaban sino á los hombres valientes y forzudos. Quiso por tanto darles una muestra de la grande fuerza con que lo habia dotado la naturaleza, para que respetasen su persona y su doctrina. Entre los indios que concurrian al catequismo habia uno que ponderaba mucho su pujanza, y puntualmente por este motivo era el menos moderado en sus burlas y risadas. Un dia, pues, que este bárbaro se reia descompasadamente, le asió repentinamente el padre por los cabellos, y levantándole en el aire le tuvo por algun tiempo suspendido, agitándole tres ó cuatro veces. Esto atemorizó á los otros en tal grado, que todos huyeron al momento; pero después volvieron poco á poco, y en lo sucesivo permanecieron siempre quietos y atentos durante la doctrina. En otra ocasion le dijeron al padre que habia entre ellos algunos valientes luchadores que querian probar sus fuerzas con él: *Bien*, contestó, *¿quién es el mas valiente de todos?* Luego que se le señalaron le tomó de un brazo, y con los dedos le oprimió tan fuertemente el lagartillo, que le hizo dar un terrible grito de dolor. *Vaya*, añadió entonces, *no es capaz de luchar conmigo quien no puede sufrir un dolor tan ligero.*

Pero ninguna cosa contribuyó tanto á dar á la pujanza del padre Ugarte crédito entre los bárbaros, como lo que hizo con un leon. Se habia multiplicado en la península esta especie de fieras y hacian muchos perjuicios tanto al ganado como á los hombres. El padre Ugarte exhortaba con frecuencia á los indios á que los matasen; pero estas exhortaciones eran infructuosas, porque engañados, como se ha dicho, por sus doctores, estaban invenciblemente persuadidos dé que moria el que mataba un leon, y así para desengañarlos no habia mas arbitrio que la experiencia. Un dia, pues, caminando el padre Ugarte por el bosque, divisó á lo lejos un leon que se dirigia á él, y echando pié á tierra y tomando en la mano algunas piedras, le salió al encuentro, y cuando le tuvo á tiro le acertó en la cabeza una pedrada que le derribó. Mas no trabajó tanto en matarle como en llevarle á la mision, distante dos leguas, porque no podia conseguir que la mula que montaba consintiese semejante carga. Para vencer esta dificultad colocó el leon en un árbol que habia en el camino, y montando en la mula la obligó con las espuelas á pasar junto al árbol, y al pasar cogió al leon y le echó en la grupa. La mula corcoveando furiosamente, y después corriendo precipitada, le llevó en pocos minutos á la mision. No pudiendo los indios dudar de aquel hecho porque la sangre del animal aun estaba caliente, y viendo que pasado algun tiempo ni murió el padre ni le sobrevino mal alguno, comenzaron á desengañarse y se dedicaron en lo sucesivo á matar aquellas fieras tan perniciosas.

Estos y otros hechos notables, cuya memoria se conservaba aun en nuestro tiempo entre los habitantes de la California y entre los jesuítas de la Nueva España, y cuya relacion se publicó en la vida de este grande hombre impresa en Méjico, hicieron bastante célebre el nombre del padre Ugarte; pero se adquirió una gloria mucho mayor entre los verdaderos apreciadores del mérito con sus virtudes, con sus tareas apostólicas y con los relevantes servicios que hizo á la Iglesia de la California, primero de procurador colectando limosnas y promoviendo con celo é industria los asuntos de aquella colonia, y después de misionero plantando misiones, construyendo edificios, desmontando bosques, abriendo caminos, introduciendo en aquel país inculto la agricultura y otras artes útiles á la vida, doctrinando aquellos salvajes, civilizándolos y convirtiéndolos en buenos ciudadanos y excelentes cristianos. Y ¿quién podrá decir lo que tuvo que sufrir de su grosería? Citaremos un solo hecho. Después de haberse empeñado mucho en instruirlos, predicó un dia acerca de la espantosa actividad del fuego del infierno y la atrocidad y eternidad de sus tormen-

tos, y cuando creia haber sacado mucho fruto de su sermon, oyó que los indios se decian unos á otros que el infierno era sin disputa un país mejor que la California, porque habiendo allá un fuego perpetuo, nunca se padeceria frio. Semejante modo de pensar, que habria bastado para desalentar el celo mas ardiente, no pudo entibiar el del padre Ugarte, porque siguió constantemente en sus trabajos, de los que al fin cogió un fruto abundantísimo, formándose en la mision de San Javier un cristianismo puro é inmaculado. Aquellos neófitos cazadores se convirtieron en agricultores y artesanos muy bien instruidos en la religion, morigerados y laboriosos; aquellas llanuras absolutamente incultas y aquellas colinas llenas de matorrales y piedras, se trasformaron en campos bien cultivados, en donde sembró trigo, maíz y varias especies de hortalizas y legumbres y en donde plantó una viña, la primera que hubo en la península, y varias clases de árboles frutales conducidos de Méjico. El excelente vino que se cosechaba servia para todas las misas que se celebraban en las misiones, y el sobrante se mandaba á la Nueva España regalado á los bienhechores. Las cosechas de trigo y de maíz, aunque no bastaban para el consumo de todo el año, servian para la mayor necesidad, economizándose los gastos que era preciso hacer en traer de la Nueva España aquellas provisiones. El año de 1707 por la falta de lluvias hubo mucha escasez de granos en Méjico, y principalmente en las fértiles provincias de Sonora y Sinaloa. En la California, donde las lluvias son comunmemte muy escasas, faltaron tambien aquel año; pero la industria del padre Ugarte suplió esta falta, de tal modo que en una carta que en 9 de junio escribió al fiscal de Guadalajara, le dice: "Gracias al Señor que ya " llevamos aquí dos meses de estar comiendo buen " pan del trigo de nuestra cosecha juntamente con " todos los soldados y marineros, al mismo tiempo " que se mueren de hambre los pobres de Sonora " y Sinaloa. ¿Quién lo creyera?"

No contento aquel hombre incomparable con haber sostenido con la agricultura aquella colonia, proveyéndola en gran parte de los víveres necesarios, pensó tambien en vestir á sus desnudos neófitos, sin que fuese preciso que los lienzos viniesen de Méjico á grande costa. Luego que las ovejas se multiplicaron suficientemente, enseñó á los indios el tiempo y el modo de trasquilarlas, de cardar la lana, de hilarla y de tejerla, y él mismo les hizo las ruecas, los tornos y los telares. Y para mejorar aquellas labores llevó de la Nueva Galicia, contratado en quinientos pesos anuales, al tejedor Antonio Moran, el cual estuvo mucho tiempo en la California instruyendo á los indios y perfeccionando sus manufacturas.



§ XIX.

PENURIA DE LOS COLONOS. SUBLEVACION Y PACIFICACION DE LOS INDIOS.

Estas ventajas, que no alcanzó el padre Ugarte sino después de muchos años de trabajos, habrian sido muy apreciables en los años primeros, cuando la colonia estaba mas necesitada; mas al concluir el año de 1701 estaban tambien para concluir las provisiones que habia en Loreto. Fué por tanto necesario que el padre Píccolo apresurase su viaje á la Nueva España, así para solicitar víveres como para manifestar de palabra al gobierno de Méjico y al de Guadalajara lo que infructuosamente se les habia representado por escrito. Se embarcó pues el 26 de diciembre, dejando á los padres Salvatierra y Ugarte en grande necesidad, hasta el 29 de enero de 1702 en que arribó al puerto el bastimento San Javier, cargado de trigo, maíz y otras provisiones; pero estas duraron poco, porque como dice el capitan don Estévan Rodriguez en sus diarios, "era tan grande la caridad del padre Salvatierra en socorrer á los indios, que a pocos dias quedamos reducidos á mayor necesidad." Esta llegó á tal extremo en la primavera, que llegando á faltar del todo los víveres, se vieron precisados tanto los misioneros como los soldados á buscar su sustento al modo de los californios, en la pesca, en las raíces y en las frutas silvestres, siendo el padre Ugarte el primero en la industria y trabajo de buscar alimento para todos. Mueven ciertamente á compasion las cartas que en aquel tiempo escribieron los misioneros refiriendo sus trabajos.

La necesidad se agravó por una sublevacion de los indios ocasionada por la temeridad de un soldado. Este estaba casado con una california convertida al cristianismo, la cual en junio se ausentó sin permiso de su marido y sugerida por su madre para asistir al baile y otras diversiones que entonces hacian los salvajes por la cosecha de las pitahayas. El soldado, disgustado por la fuga de su mujer, pidió licencia para ir á buscarla y traerla á Loreto; y habiéndosele concedido para cierto término, volvió sin haberla hallado; pero á pocos dias, impulsado de su pasion, marchó de nuevo sin permiso del capitan y acompañado de un californio, y habiendo encontrado en el camino un indio anciano que procuraba disuadirle de aquel viaje manifestándole que le era muy peligroso, riñó con él y le mató de un balazo. Excitados con el trueno del arcabuz todos los bárbaros que se hallaban en las cercanías, acudieron prontamente, é indignados contra aquel temerario soldado, le mataron, é hirieron al californio que le acompañaba. Este huyó precipitadamente á Loreto y dió aviso á los españoles. El capitan, después de haber hecho saber á los misioneros, que entonces se hallaban en Londó, lo que habia acaecido,

para que viniéndose con tiempo á Loreto pusiesen en seguro sus personas, salió con su pequeña tropa contra los conjurados, los cuales, sabiendo el estado miserable de la colonia, trataron de sublevar contra ella casi toda la tribu. Los españoles, no menos fatigados con la hambre que con la aspereza del camino, tuvieron mas bien que batalla, algunas escaramuzas, sin mas fruto que matar tres ó cuatro conjurados. El padre Ugarte habia sembrado maíz en Viggé y esperaba levantar su primera cosecha, cuando los conjurados talaron el campo y mataron algunas de las cabras con cuya leche se alimentaba aquel misionero, y habrian tambien arruinado la capilla y la casita de la mision de San Javier si no hubieran sido defendidas por los soldados y por los indios fieles. Estas turbulencias duraron hasta la llegada del bastimento venido de Sinaloa con víveres y alguna gente. Todo se tranquilizó entonces poco á poco, haciendo los conjurados las paces con los españoles por medio de los indios fieles.

§ XX.

ÓRDENES DEL REY. PROMESAS DE FUNDAR MISIONES. DOS NUEVOS MISIONEROS. VIAJES DE LOS PADRES SALVATIERRA Y UGARTE.

Entre tanto el padre Píccolo, habiendo, como se dijo, salido de Loreto el 26 de diciembre de 1701, después de haber aprestado en Sinaloa víveres para la colonia, marchó á Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, en donde tuvo noticia de tres órdenes del rey expedidas en favor de la California. En fin de 1698 el virey de Méjico habia hecho saber á la corte la empresa de los jesuítas en aquella península. Esta noticia fué allá bien recibida, y se esperaba de ella un buen resultado mediante la condesa de Galvez, vireina de Méjico y señora muy piadosa que se habia empeñado en secundar el celo del padre Salvatierra; pero la muerte de esta, acaecida el mismo año, y la grave enfermedad que al fin privó de la vida al rey Cárlos II en 1º de noviembre de 1700, no permitieron coger entonces el fruto que se esperaba. Habiendo ocupado el trono de España el piadoso jóven Felipe V, no obstante el cuidado de la guerra que sostenia por la sucesion á la corona, expidió en el primer año de su reinado órdones relativas á la California, dirigidas al virey de Méjico, á la audiencia y al obispo de Guadalajara, encargándoles que no descuidasen de aquella empresa, sino que la fomentasen y favoreciesen cuanto pudiesen, y dando las gracias á los misioneros jesuítas por sus tareas apostólicas. Mandó tambien que del real erario se les diesen anualmente seis mil pesos para los gastos de la colonia, y que se remitiese á la corte una relacion exacta de la calidad de la California, estado actual de la colonia y medios de aumentarla y facilitar su comunicacion con la Nueva España. Al padre Píccolo se le encargó que extendiese la relacion autorizada con tres testigos oculares, la cual se imprimió poco después en Méjico. El mismo padre consiguió, aunque con mucho trabajo, que se le diesen los seis mil pesos que el rey mandaba; pero no pudo conseguir otras cosas que pretendia favorables á la colonia.

Dios movió entonces los corazones de algunos caballeros de Méjico en favor de la península. El marqués de Villapuente, menos célebre por sus inmensas riquezas que por su religiosa profusion en muchas obras piadosas que costeó en América, en Europa y aun en Asia, prometió fundar tres misiones en la California, y de la fundacion de otra se encargó don Nicolás Arteága, juntamente con su mujer doña Josefa Vallejo.

Con estas nuevas marchó el padre Píccolo para la California llevando consigo dos nuevos misioneros, el padre Juan Manuel Basalduá, de Michoacan, y el padre Gerónimo Minutuli, de Cerdeña. Se embarcó en el puerto de Matanchel en un bastimento llamado la Vírgen del Rosario, comprado entonces en Acapulco para el servicio de la colonia y cargado de provisiones y otras cosas necesarias para el presidio y las misiones. En la travesía del golfo fueron arrebatados por una borrasca tan feroz, que parecia inevitable el naufragio, aun después de haber arrojado al mar gran parte del cargamento; pero habiendo ocurrido con viva fe en lo mayor del peligro á la santísima Vírgen, protectora de la California, cesó repentinamente el viento y calmó la borrasca, y consiguieron llegar con felicidad al puerto de Loreto, á donde entraron con indecible júbilo de aquella atormentada colonia el 28 de octubre de 1702.

En diciembre se embarcó el padre Ugarte para Sonora, de donde condujo algunas vacas, obejas, cabras, caballos y mulas y una buena cantidad de víveres. Entre tanto el padre Salvatierra se habia internado en la península con el fin de observar mejor su terreno y habitantes; pero poco pudo hacer por tener que caminar á pié y por caminos tan malos. Posteriormente con el auxilio de los caballos, salió en marzo de 1703 á reconocer la costa occidental acompañado del capitan y algunos soldados y neófitos; mas no pudo hallar ningun puerto ni terreno labrantío, pues aunque habia algunos terrenos buenos, les faltaba del todo el agua. En mayo hizo otro viaje hácia el Noroeste, pero igualmente infructuoso.

§ XXI.

FIESTA DE CORPUS. CONJURACION Y CASTIGO DE LOS CONJURADOS. CARIDAD DE LOS MISIONEROS PARA CON UNOS CONTRABANDISTAS. ESCASEZ DE VÍVERES.

En el mes siguiente queriendo el padre Salvatierra dar á los neófitos y catecúmenos en la fies-

ta del Corpus una alta idea del sacrosanto misterio de la Eucaristía, reunió en Loreto á los misioneros y celebró allí la fiesta y procesion con toda la majestad y pompa posibles, avivando la fe y devocion de los españoles y excitando la admiracion y respeto de los indios; lo cual le dió ocasion de explicarles los motivos de aquella augusta ceremonia y de aquella santa alegría. Pero esta fué bien pronto seguida de un gran disgusto por la infausta noticia que dieron algunos indios de San Javier de que los autores de la pasada conjuracion unidos con otros bárbaros habian asaltado de noche á los neófitos y catecúmenos de aquella mision, y los habian matado á todos á excepcion de los pocos que ocurrieron á implorar la proteccion de los españoles. Todos los del presidio fueron de opinion que era preciso hacer un ejemplar en aquellos bárbaros, para enfrenar su audacia é impedir sus frecuentes hostilidades. El capitan, acompañado de sus soldados y de algunos indios fieles, salió del presidio á media noche y con mucho silencio para ir en pos de los conjurados, de los cuales á pesar de que al ser alcanzados huyeron precipitadamente, murieron algunos, y entre ellos uno de los principales. El capitan, considerando que el seguirlos por aquellas escarpadas montañas seria tan arriesgado como infructuoso, se volvió á Loreto resuelto á no dejar impune semejante atentado. Con este fin amenazó á los catecúmenos que habian escapado en el asalto, y los obligó á perseguir al cabecilla de tal modo, que habiéndole por fin cogido le condujeron á Loreto. Presentado al capitan se le formó proceso; y constando no solo por las deposiciones de varios testigos, sino por su propia confesion, que era el principal autor de aquella y de otras conjuraciones, fué condenado al último suplicio. Los padres Salvatierra y Píccolo se interpusieron suplicando al capitan que conmutase la pena de muerte en la de destierro; pero él, firme en su resolucion, solo concedió, á instancias de los misioneros, que la ejecucion se difiriese hasta que el reo fuese catequizado y bautizado. Como este era mas vivo que los otros y ya tenia alguna instruccion en los misterios de nuestra religion, fué prontamente catequizado y aceptó voluntariamente el bautismo, con el cual se convirtió en un hombre nuevo de tal manera, que deseaba la muerte para pagar su delito, y así murió bien dispuesto y auxiliado por el padre Basalduá. Pronto se echó de ver cuán sabia habia sido la resolucion del capitan, porque los indios quedaron tan humillados y espantados, que por largo tiempo se gozó de una perfecta tranquilidad en una y otra mision.

De allí á poco la desgracia de unos contrabandistas obligó á aquellos pobres misioneros á sacrificar á la caridad casi todas las provisiones que el padre Píccolo habia llevado de Sonora. El virey de Méjico para evitar las perniciosas vejaciones y las graves y frecuentes extorsiones que los pescadores de perla solian hacer á los californios, habia prohibido severamente que se hiciese aquella pesca sin haber obtenido antes licencia suya y manifestádola al capitan gobernador de la California. A pesar de esto, algunos habitantes de la costa de la Nueva España estimulados por la esperanza de lucrar y prometiéndose la impunidad por la distancia del gobierno, habiendo aprestado tres barcos grandes, se dirigieron á las islas del golfo para hacer allí la pesca de la perla; pero una terrible borrasca hizo perecer uno de los barcos y llevó los otros dos á la arena de la playa de Loreto, donde apenas pudo salvarse la tripulacion. Poco después llegaron en una canoa catorce hombres de los que habian naufragado en el primer barco. Toda esta gente en número de mas de ochenta personas fué gratuitamente mantenida por los misioneros en los cuatro meses que se demoraron allí reponiendo los barcos, hasta que á fines del año de 1703 regresaron á su país llevándose al padre Minutuli, porque no le sentaba el temperamento de la California.

El año de 1704 fué tan desgraciado para la colonia, que faltó poco para que se hubiera arruinado. Siendo los víveres muy escasos, se necesitaba conducirlos de Sonora ó de Sinaloa, y muchas veces no se podian hacer estos viajes á causa de los vientos contrarios ó de la indisposicion de los bastimentos. Otras veces se echaban á perder los víveres en la navegacion porque los buques hacian agua con cualquiera borrasca, ó en el almacen de Loreto por el excesivo calor.

§ XXII.

EL PADRE BASALDUÁ VA Á MÉJICO Á NEGOCIOS DE LA COLONIA. ÓRDENES DEL REY SIN EFECTO.

A principios de este año fué enviado á Méjico el padre Basalduá á tratar con el virey los negocios de la colonia, en los cuales esperaba buen éxito atendiendo á lo razonable de sus pretensiones, y principalmente cuando supo que en abril habian llegado nuevas órdenes del rey relativas á la California; pero pronto se desengañó. Dos procuradores jesuítas de Méjico habian ido el año anterior á España y presentado al rey un memorial en que exponian el estado actual de aquellas misiones, el fruto que de ellas podian sacar la política y la religion si los misioneros eran favorecidos por su majestad, y los daños que debian temerse si se abandonaba aquella empresa. Este memorial fué leido en el supremo consejo de Indias á presencia del rey, el cual después de haber oido los pareceres del consejo y del fiscal, expidió en 28 de setiembre del mismo año cinco cédulas. En la primera mandaba al virey de Méjico que suministrase anualmente del real erario á los misioneros de la California la misma limosna que se daba á los de Sinaloa, Sonora y Nueva Vizcaya, así como tambien los gastos de campa-

nas, aceite, vasos y paramentos sagrados que se acostumbraba dar á las misiones nuevas; que estableciese de acuerdo con los jesuítas y otras personas prácticas en la península, un presidio de treinta soldados con su capitan en la costa del mar Pacífico, en el punto mas setentrional que fuese posible, tanto para la seguridad de aquel país como para que sirviese de escala á los navíos de Filipinas; que se comprase un buque proporcionado para el trasporte de todo lo necesario; que procurase mandar á aquella península algunas familias pobres para el aumento de la poblacion, y que anualmente diese á los misioneros, á mas de los seis mil pesos asignados en fin de 1701, otros siete mil, y esto sin ninguna dilacion. Las otras cuatro cédulas fueron dirigidas al fiscal de Guadalajara, al provincial de los jesuítas alabando su celo por el adelantamiento de las misiones de la California; á don Juan Caballero y á la cofradía de la Vírgen de los Dolores de Méjico recomendando su liberalidad en la fundacion de las tres misiones de que hemos hablado.

A pesar de ser las órdenes tan estrechas y de que el fiscal fué de parecer que debian ejecutarse puntualmente, el virey no convino en que se ejecutasen sino hasta que el asunto se ventilase en el real acuerdo con presencia de los padres Salvatierra y Píccolo, los cuales no podian asistir por hallarse á cuatrocientas leguas de distancia. Y no solo se opuso á la ejecucion de estas nuevas órdenes, sino que tampoco concedió al padre Basalduá los seis mil pesos que el rey habia mandado que se diesen desde fin de 1701. El motivo de no ejecutarse estas y otras posteriores órdenes del rey favorables á la California, era, á mas del insinuado, la grande y dispendiosa guerra de sucesion que entonces sostenia el rey Felipe contra la casa de Austria y otras potencias aliadas, para la cual apenas eran suficientes todos los tesoros de la América. Pero esto puntualmente fué lo que obligó á aquel piadoso monarca á explicar mas su celo y á extender su vigilancia en medio de tantas turbulencias y peligros á la remota y oscura California.

§ XXIII.

EL PADRE PEDRO DE UGARTE MISIONERO. JUNTA. DISCURSO DEL PADRE SALVATIERRA. RESOLUCION.

El padre Basalduá no esperando ningun fruto de su permanencia en Méjico después de haber hecho carenar el bastimento llamado *el Rosario*, se volvió en él á Loreto llevando consigo para aquellas misiones al padre Pedro de Ugarte, muy semejante en el espíritu á su grande hermano el padre Juan. En aquel tiempo se hallaba la colonia en mucha necesidad, la cual, en razon de que los vientos contrarios no permitieron que se ocurriese por provisiones, como era de costumbre, á Sonora y Sinaloa, creció al fin de la primavera de tal modo, que el padre Salvatierra creyó necesario celebrar una junta compuesta de los misioneros y oficiales del presidio, para deliberar si convendria abandonar la California no pudiendo ya subsistir en ella. El estaba resuelto á permanecer allí aunque se quedase solo y con riesgo de su vida, como lo habia protestado en su carta de 8 de febrero al fiscal de Guadalajara; pero no debiendo obligar á los otros á un sacrificio tan heróico, quiso que cada uno tomase libremente el partido que mas le agradase. Habiéndolos, pues, reunido, les habló de esta manera: "No es necesario exponeros el estado lamentable en que nos hallamos, porque lo veis y estais atormentados del hambre lo mismo que nosotros. Es igualmente sabida de todos nuestra constante solicitud en procurar víveres y todo lo necesario á la colonia, y así ninguno podrá culparnos de la miseria presente. Posteriormente ocurrimos al gobierno de Méjico, y en atencion á las estrechas órdenes de nuestro piadoso monarca, no dudábamos hallar pronto remedio á nuestros males; pero nuestras esperanzas han salido fallidas. La necesidad urge demasiado y no sabemos qué hacer. Si permacemos aquí sin auxilio quedamos expuestos á morir; si abandonamos el país para buscar en otra parte el remedio, perdemos en un momento el fruto de nuestros afanes. Decid, pues, libremente vuestro parecer." El padre Píccolo se mostró absolutamente indiferente, para que los otros pudiesen manifestar su opinion con entera libertad; pero el padre Juan de Ugarte se opuso abiertamente al partido de abandonar la California, comprometiéndose á buscar por los montes frutas y raíces con que sustentar la gente del presidio hasta que se trajesen víveres de Sinaloa y á permanecer solo entre los bárbaros en el caso de que se ausentasen todos los españoles. En cuanto á los soldados y marineros, fué de parecer que se les hiciese entender que á todos los que quisieran irse, se les concederia licencia y se les aseguraria la paga de lo que acaso se les debiera. Todos los misioneros aprobaron y aplaudieron esta resolucion. El capitan y los oficiales, no contentos con aprobarla, protestaron que si los misioneros intentaban dejar la California, ellos serian los primeros en oponerse. Ni entre los soldados y marineros hubo uno que quisiese usar de la libertad que se les concedió; así todos determinaron unánimemente acompañar á los misioneros en su suerte y sufrir todos los infortunios sin quejarse, como de facto lo hicieron.



§ XXIV.

SE PROCURA PROVEER LA COLONIA. VIAJE DE LOS PADRES SALVATIERRA Y PEDRO UGARTE. DEDICACION DE LA NUEVA IGLESIA DE LORETO. NUEVO REGLAMENTO DEL PRESIDIO.

Habiendo cesado los vientos tempestuosos que impedian la navegacion, partió el padre Píccolo, como otras muchas veces, en el bastimento *el Rosario* para Guaimas, y al mismo tiempo se mandó el *San Javier* para el puerto del Yaqui con cartas para aquellos misioneros. Entre tanto el padre Juan de Ugarte, tanto por sí mismo como ayudado de los soldados y de los indios, se dedicó á buscar por todas partes frutas y raíces con que saciar la hambre de aquella afligida colonia. El mismo servicio hicieron á los españoles los pobres indios de San Javier, Viggé y San Juan Londó.

El padre Salvatierra, no descuidando en medio de tan gran calamidad la propagacion del cristianismo en aquel país, se dirigió el mes de julio á la costa de *Liguig ó Malibat*, distante de Loreto poco menos de trece leguas al Sur, acompañado del padre Pedro de Ugarte, de un soldado y dos indios que debian servir de intérpretes, porque el dialecto que allí se hablaba era diverso del de Loreto. Él queria plantar en aquel lugar una mision, y por eso habia salido á reconocer bien el terreno y á disponer los ánimos de los indios. Estos al verle venir le prepararon una emboscada, y cuando le tuvieron cerca, salieron improvisamente y dispararon flechas contra él. El soldado, teniendo alzada con una mano la espada, disparó con la otra un tiro al aire para asustarlos, como en efecto sucedió, pues se tendieron en el suelo con sus armas y después se sentaron á esperar con gran flema y silencio á sus huéspedes. El padre Salvatierra les dijo por medio de los intérpretes que no temiesen, porque no venian á hacerles ningun mal, sino solamente á visitarlos y regalarlos como amigos. Ellos entonces deponiendo el miedo se acercaron al padre, que los acarició mucho, regalándoles algunas cosillas apreciadas por ellos, y diciéndoles que en señal de paz y de amistad les llevaba aquel misionero recien llegado á la California para que viviese con ellos, les ayudase, cuidase de sus hijos y les enseñase el camino del cielo. Ellos recíprocamente para dar pruebas de su confianza y agradecimiento hicieron venir á sus mujeres é hijos. Se reconoció la tierra y se halló buena para la proyectada mision; mas no pudiéndose por entonces á causa de la penuria de la colonia emprender la fábrica de la capilla y casas y el cultivo del terreno, se contentó el padre Ugarte con coger las primicias de su mision en el bautismo de cuarenta y ocho niños, con el consentimiento y aun á instancias de sus madres. Habiéndose despedido tiernamente los misioneros de los indios, que hubieran querido detenerlos, se volvieron á Loreto, á donde á fines de agosto llegaron con mucho consuelo de toda aquella gente dos bastimentos cargados de víveres.

El padre Salvatierra habia sido llamado á Méjico para asistir al acuerdo en que debian tratarse los negocios de la California; pero antes de ausentarse quiso celebrar la dedicacion de la nueva iglesia fabricada en Loreto. Esta se celebró el 8 de setiembre con grande solemnidad y con el bautismo de muchos catecúmenos, aunque en aquellas misiones se observaba comunmente la antigua costumbre de la Iglesia de conferir estos bautismos en las vigilias de Pascua y de Pentecostés. Además le era necesario dar un nuevo reglamento al presidio, porque el honrado portugués Don Estévan Rodriguez Lorenzo por los disgustos que le ocasionaron algunos de sus subalternos, se obstinó de tal modo en renunciar el empleo de capitan, que no bastaron á disuadirle todas las razones y súplicas de los misioneros. Fué por tanto nombrado capitan don Juan Bautista Escalante, alférez del presidio de Nacosari en Sonora, hombre muy valiente y de mucha reputacion en la guerra contra los apaches. Este, queriendo hacer de señor absoluto de la California, como en algunos presidios lo hacen los capitanes pagados por el rey, causó no pocos disturbios y graves disgustos á los misioneros; pero al cabo de diez meses el portugués persuadido finalmente por el padre Salvatierra, reasumió su empleo y le retuvo hasta 1744 con mucha ventaja de aquel cristianismo.

§ XXV.

EL PADRE SALVATIERRA VA A MEJICO Y ES NOMBRADO PROVINCIAL. SU VISITA Y MEMORIAL INFRUCTUOSO AL VIREY.

Habiendo pues dado todas las órdenes oportunas y encargado al padre Juan de Ugarte el gobierno espiritual y económico de la California, se embarcó el padre Salvatierra, el 1º de octubre acompañado del portugués y del alférez, que tambien habia renunciado su empleo. Desembarcó en el puerto de Matanchel, de donde marchó para Guadalajara, en cuya ciudad trató de los intereses de su mision con aquellos señores, y particularmente con su amigo el fiscal Miranda, y de allí pasó á Méjico, á donde llegó á principios de noviembre. Por aquel tiempo habia muerto el provincial de los jesuítas, y habiendo los consultores abierto el pliego que el padre general acostumbraba enviar cada tres años para que se abriese en tal evento, hallaron en él nombrado provincial al padre Salvatierra. Este hizo todos los esfuerzos posibles para libertarse de aquel cargo, que necesariamente le separaba de su querida mision; pero habiéndosele obligado á que le aceptase, escribió luego al padre general Tirso Gonzalez, suplicándo-

le que nombrase otro y le permitiese ir á acabar sus dias entre los californios.

Como el anhelo por su California no le dejaba reposar, luego que llegó á Méjico hizo al virey una visita en que le expuso el estado de las misiones, y le suplicó encarecidamente que mandase ejecutar las estrechas órdenes del rey. Mas aunque aquel señor le manifestó grande estimacion á sus virtudes y celo apostólico y quedó convencido de la justicia de sus pretensiones, no por eso las favoreció. Por tanto, el padre Salvatierra, desesperando de obtener entonces lo que deseaba, se dedicó en desempeño de su deber á la visita de los colegios de su provincia, y no volvió de ella sino hasta después de la cuaresma del año siguiente de 1705. Le hicieron esperar entonces que se tendria el acuerdo prevenido por el rey para deliberar sobre el establecimiento de un nuevo presidio en la California y sobre los otros puntos relativos á ella, cuya deliberacion parece que en aquellas circunstancias debia haberse tenido sin excusa, porque á mas del jefe de las misiones, del antiguo capitan y del alférez del presidio, todos tres muy prácticos en la California, habia en Méjico muchas personas que habiendo viajado á las islas Filipinas, habian adquirido algun conocimiento de la costa occidental de la península, donde se queria poner el nuevo presidio; pero el acuerdo no se celebró, y solamente se le previno al padre Salvatierra que presentase un memorial, como lo hizo en 25 de mayo.

En él manifestó al virey la imposibilidad de que la colonia subsistiese con un solo buque, porque la experiencia habia hecho conocer que ni aun con tres habia podido libertarse de los peligros del hambre, á causa de la inconstancia del mar y de las frecuentes desgracias de los buques; le hizo ver los gravísimos daños que resultarian si el presidio se hacia independiente de los misioneros, como algunos inconsideradamente querian, porque entonces tanto los oficiales como los soldados, descuidando de sus obligaciones para con la colonia, se entregarian á la pesca de perla como mas útil, y en vez de defender las misiones y á los misioneros y de proteger á los neófitos, se harian enemigos de unos y otros, sirviéndose de los indios como de esclavos, y calumniando á los misioneros porque los defendian, como sucedia frecuentemente en las misiones de Sonora y Sinaloa. Manifestó tambien que ni aun á los mismos soldados les era conveniente la independencia de su capitan en un país ultramarino y remoto, porque si este los trataba mal, solo podrian libertarse del mal trato con la desercion; cuando al contrario, dependiendo el capitan del superior de las misiones, no se atreveria á vejarlos por temor de perder su empleo, ni á ellos les seria difícil quejarse cuando sufriesen alguna injuria. Además de que siendo toda aquella tropa pagada por los misioneros, no parecia injusto que estuviese subordinada á ellos. En cuanto á la real órden de enviar á la California algunas familias pobres de Méjico, decia que no podia ejecutarse hasta que no se hallasen en la península tierras labrantías para sostenerlas, porque ni aun la pequeña colonia de Loreto podia subsistir sin socorros llevados de fuera. Por lo relativo al presidio de treinta soldados que se queria establecer en la costa occidental de la California para comodidad de los navíos de Filipinas, protestó que ninguno mas que él deseaba el alivio de aquellos afligidos navegantes y que con este fin habia ido él mismo á reconocer la costa; pero que para conseguirlo no era necesario que el real erario hiciese un gasto tan crecido cual se requeria para mantener el presidio, pues bastaba que á los misioneros se les diesen los trece mil pesos anuales que el rey tenia mandados, para que promoviéndose las misiones hácia el Poniente, se llegase por fin á establecer una en algun buen puerto de la costa, en donde pudieran repararse los navíos y aliviarse con oportunos refrescos los navegantes atormentados en gran parte por el escorbuto y el *verben*. Al fin exponia en el memorial el estado actual de las misiones, afirmando que el país sometido en siete años á la obediencia al rey católico por medio de la persuasion y de la beneficencia, era toda la costa comprendida entre el puerto de la Concepcion y el lugar llamado *Agua Verde*, es decir, un espacio de diez y siete leguas y casi otro tanto de país mediterráneo, en donde se contaban mil y doscientos cristianos y un número mayor de catecúmenos y gentiles, todos amigos, obedientes á los españoles y prontos á tomar las armas en su defensa; que entre ellos habia tanta tranquilidad, que los misioneros andaban por todas partes seguros sin soldados, y que hasta entonces se habian gastado en la colonia y misiones doscientos veinticinco mil pesos, donados todos por la liberalidad de los bienhechores, á excepcion de nueve mil que se habian sacado del real erario.

Viendo el padre Salvatierra que ni este memorial ni otras diligencias suyas bastaban para conseguir lo que tan justamente pretendia, salió de Méjico al mes siguiente con el fin de hacer como provincial la visita de sus misiones de la California, volviendo á llevar consigo al portugués don Estévan Rodriguez, el cual cediendo á las instancias de aquel celoso misionero, consintió finalmente en reasumir el empleo de capitan. Apenas habia salido de Méjico, cuando se celebró el real acuerdo; mas como para deliberar en él debia segun la órden del rey intervenir el padre Salvatierra con otros hombres prácticos en la California, se escribió después de ocho meses á la corte que en aquel acuerdo nada se habia resuelto por no haber estado presente el padre. La órden de dar anualmente á los misioneros de la California los trece mil pesos, fué repetida por el rey en 13 de agosto de 1705 y en 26 de julio

de 1708; pero ni la urgencia del soberano, ni las súplicas de los jesuítas, ni las necesidades de la California fueron capaces de mover al virey á hacer algo en favor de las misiones en todo el tiempo de su gobierno, que fué de nueve años. Al fin de 1710 le sucedió el duque de Linares, el cual, aunque afecto á los jesuítas, como sus ilustres mayores, no favoreció la empresa de la California en los seis años de su gobierno, porque ni él ni los jesuítas tuvieron noticia de las nuevas órdenes del rey, ocultadas por los que no hacian aprecio del adelantamiento del cristianismo en la península; mas lo que no hizo de virey lo hizo de particular, porque habiendo concluido su gobierno, y de allí á poco terminado tambien el curso de su vida en Méjico á 3 de junio de 1717, dejó en su testamento cinco mil pesos á aquellas misiones.

§ XXVI.

EL PADRE SALVATIERRA VISITA LAS MISIONES DE LA CALIFORNIA. ES EMPLEADO EN ELLAS EL HERMANO BRAVO. ÓRDENES DEL PROVINCIAL AL PARTIR.

Habiendo, como se ha dicho, salido de Méjico el padre Salvatierra en junio de 1705, llegó á Loreto en agosto, llevando abundantes provisiones á la colonia y alegrando con su presencia tanto á los españoles como á los indios, porque era igualmente amado de todos. Tuvo el consuelo de hallar las misiones en el mejor estado. El padre Juan de Ugarte habia dispuesto con sumo trabajo para el cultivo una parte considerable del terreno de su mision, quitándole los matorrales y piedras, é internándose en el país habia aumentado mucho el número de sus catecúmenos, reduciendo á la vida social á varias tribus de bárbaros. El padre Basaldúa habia tambien aumentado notablemente la mision de Londó, atrayendo á muchos indios que andaban errantes en los bosques á manera de fieras. El padre Píccolo estaba encargado por el provincial de visitar las misiones de Sonora, para que desde allí pudiera socorrer mas fácilmente á la California, como lo hizo con grande celo y diligencia.

El provincial habia llevado de Méjico un hermano llamado Santiago Bravo, buen religioso, hábil, muy diligente y activo. Este habia conseguido hacer aquel viaje con la intencion de quedarse, si se le permitia, en la California á servir en los empleos propios de su estado; y habiendo visto los gloriosos afanes de los misioneros y sabiendo que ellos apreciarian libertarse del cuidado de las cosas temporales de la colonia para dedicarse mas á los ministerios del apostolado, suplicó al provincial y consiguió fácilmente que se le emplease con gran ventaja de la California. El en efecto fué uno de los mas beneméritos de aquella península, en donde con actividad suma y con una vida ejemplar trabajó treinta y nueve años, los catorce de procurador del presidio y de las misiones y los veinticinco de misionero, como después diremos.

Dos meses permaneció el padre Salvatierra en la California haciendo ya de misionero en los ministerios de catequizar, confesar y predicar, ya de provincial en la visita de las misiones y arreglo de la colonia. Al partir para la Nueva España dejó á los misioneros tres órdenes importantes: 1ª que estableciesen dos misiones, una en *Liguig*, lugar marítimo distante de Loreto cosa de trece leguas al Sur, y otra en *Mulegé*, lugar tambien marítimo, distante de Loreto cuarenta leguas al Noroeste: 2ª que buscasen en lo interior de la península otros lugares á propósito para plantar nuevas misiones: 3ª que reconociesen de nuevo la costa occidental, buscando un buen puerto en donde, conforme á las intenciones del rey, pudiesen hacer escala los navíos de las islas Filipinas.

§ XXVII.

EL PADRE PEDRO DE UGARTE FUNDA LA MISION DE LIGUIG.

Pocos dias después de la partida del provincial, ejecutaron los misioneros la primera de sus órdenes, saliendo de Loreto en un mismo dia del mes de noviembre el padre Pedro de Ugarte para Liguig y el padre Basalduá para Mulegé. El primero halló en *Liguig* indios tranquilos y confiados, pero tuvo que sufrir todas las incomodidades de las misiones nuevas, que son muy grandes cuando estas se plantan entre salvajes acostumbrados á la holgazanería. Al principio no tuvo mas refugio que la sombra de los árboles, y después habitó mucho tiempo en una cabaña hecha de ramas, mientras tenia oportunidad de hacer una capilla ó una casita de adobes. Procuró conciliarse la benevolencia de los indios con la afabilidad y algunos regalillos, tanto para inclinarlos á que le ayudasen en la fábrica, como para aficionarlos á la doctrina cristiana, la que les explicaba por medio de algunos indios de Loreto, porque aun no sabia el dialecto particular de *Liguig*. Sus esfuerzos no pudieron conseguir que los adultos sacudiesen su innata pereza, aunque diariamente se les distribuia el *pozole*, y por eso le fué preciso valerse de los niños, atrayéndolos con industria y alentándolos con premios. A veces apostaba con ellos á quién quitaba mas pronto los matorrales ó quién cavaba mayor cantidad de tierra; á veces para pisar el lodo de que debian hacerse los adobes, los convidaba á bailar y saltar sobre él, y él mismo, descalzándose, bailaba y saltaba con ellos. En semejantes ejercicios se empleaba por la gloria de Dios un hombre nacido de padres nobles y opulentos, y así consiguió fabricar los proyectados edificios de las casitas y de

la capilla, cuya dedicacion se celebró con la asistencia de los otros misioneros.

Después que con semejante industria aprendió el dialecto de aquellos indios, se dedicó á catequizarlos, acariciándolos y regalándolos para obligarlos á asistir al catequismo, y valiéndose tambien de los niños para instruirlos; hasta que con un trabajo indecible y con una paciencia y una constancia heróicas, consiguió reducir á vida social y cristiana no solo á los de Liguig, sino á todas las tribus vecinas y á muchos salvajes dispersos en los montes.

Mas cuando apenas comenzaba á respirar, faltó poco para que perdiese el fruto de su celo juntamente con la vida. Habiéndosele llamado á confesar á una mujer enferma, halló que un guama ó charlatan se estaba valiendo de una caña, segun la supersticion ó necedad de los californios, para extraer con el aliento el mal del cuerpo de la enferma. Despidió al guama con indignacion y reprendió á sus neófitos y catecúmenos porque habian consentido semejante abuso. Después de haber administrado los sacramentos á la enferma y auxiliádola hasta la muerte, se volvió á su casa, á donde de allí á poco vinieron algunos indios gloriándose de haber matado al guama. El, atravesado del mas vivo dolor, les vituperó severamente la crueldad de aquel celo tan mal entendido, y para darles á conocer su indignacion les volvió la espalda. Los homicidas en vez de reconocer su falta se conjuraron secretamente para quitarle la vida á su reprensor, el cual habiéndolo sabido anticipadamente por un niño, llamó á los principales conjurados, y teniendo en la mano una escopeta vieja, rota y del todo inútil que habia llevado consigo, les dijo: "Sé bien que quereis matarme " esta noche; pero sabed que antes que podais " ejecutar vuestro perverso designio, os he de " matar á todos con esta arma." Esto solo bastó para espantarlos de tal manera, que todos de comun acuerdo tomaron prontamente la resolucion de ausentarse, por lo cual fué necesario que el celoso misionero al dia siguiente saliese á buscarlos para conducirlos á la mision, como lo hizo, asegurándolos del amor que les tenia como padre que en todo les buscaba su bien. Ellos volvieron, y desde entonces le estimaron mas, porque conocieron que era valiente y no les tenia miedo.

Estos peligros de la vida fueron muy frecuentes en la California, como lo son en todas las misiones nuevas, en las cuales ninguna cosa basta para asegurar á los misioneros contra los atentados de los bárbaros; y así el primer sacrificio que debe hacer á Dios el que va á plantar entre ellos el cristianismo, es el de la propia vida. El padre Pedro de Ugarte continuó en sus tareas apostólicas hasta 1709 en que debilitado con el mucho trabajo, se le obligó á venir á Méjico á reponerse; pero apenas recobró sus fuerzas, cuando volvió á la California y se empeñó con nuevo fervor en su ministerio, hasta que enfermándose otra vez, fué mandado por sus superiores á las misiones del rio Yaqui, desde donde siguió sirviendo á la California con los víveres que incesantemente le procuraba.

§ XXVIII.

EL PADRE BASALDUÁ FUNDA LA MISION DE MULEGÉ. EL PADRE JUAN DE UGARTE SE ENCARGA DEL CUIDADO DE TRES MISIONES.

El padre Basalduá al fundar la mision de Mulegé no solo sufrió los mismos trabajos que el padre Ugarte, sino que tuvo que abrir un largo y penoso camino para hacer menos difícil la comunicacion con Loreto. Plantó la mision junto al arroyo Mulegé, á dos millas de distancia del mar. Entre los montes y el mar hay allí un llano de unas seis leguas, poblado de mezquites ó acacias que al principio solo daba pasto para los bueyes; pero habiéndose hecho después una presa, se pudo ya labrar fructuosamente alguna parte del terreno. El padre Basalduá duró en aquella mision cuatro años; pero no sufriendo su salud aquel trabajo y aquel clima, fué enviado á la mision de Guaimas en Sonora, y después á la de Raun en el rio Yaqui, en donde prosiguió favoreciendo á la California con los socorros que le mandaba. En la mision de Mulegé le sucedió el padre Píccolo, que volvió de Sonora, el cual la aumentó considerablemente con la conversion de muchas tribus vecinas. Los indios de Mulegé se hicieron apreciables por su docilidad, por su pericia en la lengua española y por los servicios que hicieron á los misioneros sirviéndoles de intérpretes, de catequistas y aun de maestros en la lengua cochimí. Entre otros merecieron particularmente los elogios de los misioneros por el celo con que se dedicaron á la propagacion del Evangelio los dos virtuosos neófitos llamados Bernardo Dubavá y Andrés Comanají, de quienes hablaremos mas largamente después.

Mientras los padres Pedro de Ugarte y Juan de Basalduá se ocupaban en plantar sus nuevas misiones, el padre Juan de Ugarte cuidaba de las tres de Loreto, San Juan de Londó y San Javier de Viggé. Este hombre infatigable y verdaderamente apostólico estaba sin descansar en continuo movimiento y trabajo, ya en el presidio amonestando, predicando, confesando y curando á los soldados y marineros, ya en las misiones bautizando niños, catequizando adultos, asistiendo á los enfermos y auxiliando á los moribundos, ya en los bosques buscando á los salvajes para hacerlos hombres y cristianos, ya por fin en los campos abriendo caminos, haciendo zanjas y represas y preparando ó cultivando la tierra. Como empezaba á coger los frutos de sus fatigas en la agricultura para el alivio de sus

neófitos, consiguió que estos fuesen mas puntuales en la iglesia á los ejercicios diarios del catecismo, de la misa, del rosario y del sermon. Su interés por la educacion de la juventud le hizo convertir su casa en seminario de niños, donde á mas de instruirlos en la fe y en las buenas costumbres, les enseñaba las artes mecánicas con singular paciencia y dedicacion. Esta escuela fué utilísima no solo á la mision de San Javier, sino tambien á las otras de la California. Para las niñas, especialmente las huérfanas, fabricó otra casa, en donde al cuidado de una matrona de buena vida, se instruian de todos los oficios mujeriles, siendo él el maestro de todas aquellas artes y oficios. Erigió tambien para los enfermos un hospital en donde los pobres indios eran caritativamente socorridos con auxilios espirituales y corporales.

Entre los gentiles que convirtió al cristianismo hubo varios guamas, que como ya se ha dicho, son los mas malvados y obstinados de todos los californios. Uno de ellos se movió á pedir el bautismo por haber visto la caridad con que un hijo suyo era tratado por el padre Ugarte; pero queria ser bautizado sin estar antes instruido en la religion cristiana. Convencido al fin de la necesidad de tal instruccion, fué catequizado y bautizado con el nombre de Domingo. La gracia del Espíritu Santo mudó el corazon de aquel bárbaro de tal manera, que lleno de júbilo y devocion, no quiso en los cuarenta dias que sobrevivió á su regeneracion, salir de la casa del misionero y de la iglesia, donde pasaba los dias y las noches orando. Habiendo muerto, le hizo el padre Ugarte un solemnísimo funeral para que aquella gente se aficionase mas á la religion cristiana.

Otro guama aun mas malvado, que anduvo mucho tiempo moviendo á los gentiles y catecúmenos contra los misioneros y su doctrina, movido del Señor vino á Loreto, donde á la sazon estaba el padre Ugarte, á pedir llorando el bautismo. Se le negó muchas veces por desconfianza; pero hizo tantas instancias y dió tales muestras de sinceridad, y prometió con tantas lágrimas enmendar su vida, ofreciendo quedarse siempre en Loreto para vivir á la vista de los españoles, que por fin consiguió que se le instruyese y se le bautizase en 7 de diciembre, por cuyo motivo se le dió el nombre de Ambrosio. Los dos primeros dias después de su bautismo los pasó en la iglesia en continua oracion, al tercero se enfermó, y á poco murió con sentimientos de piedad y claros indicios de su predestinacion.

§ XXIX.

VIAJES INFRUCTUOSOS DEL PADRE JUAN DE UGARTE Y DEL HERMANO BRAVO.

No contento el padre Ugarte con tantos afanes, para los cuales no habrian sido bastantes tres misioneros celosos, emprendió en noviembre de 1706 ir, en cumplimiento de la órden de provincial, á reconocer la costa occidental de la península. Para este viaje pidió cuarenta hombres de guerra al jefe ó general de la numerosa y guerrera nacion yaqui, establecida en las márgenes del rio de este nombre, y reducida por los misioneros jesuitas á vida civil y cristiana desde el siglo anterior. El general no solamente concedió los cuarenta hombres escogidos que se le pidieron, sino que él mismo los llevó á Loreto, de donde salió el padre Ugarte el 26 de noviembre acompañado de ellos, del capitan y doce soldados del presidio y de algunos californios, y encaminándose á la costa, reconoció un gran trecho de ella sin poder hallar un buen puerto, como se requeria para que sirviese de escala á los navíos de las islas Filipinas. Tanto los hombres como los caballos se vieron muy fatigados por la sed, porque en todas partes escaseaba la agua potable, y así no pudiendo sin grande riesgo continuar el reconocimiento, regresaron á Loreto á los quince dias.

Otro viaje emprendido por el hermano Bravo en busca de algunos lugares para plantar misiones, fué igualmente infructuoso por una desgracia. Habiendo salido de Loreto al principio de este año acompañado del capitan del presidio, diez soldados y algunos californios, se dirigió por Liguig y pasó adelante por aquella costa. Uno de los soldados se encontró con una hoguera en que poco antes algunos pescadores californios habian asado pescado, y particularmente algunos *botetos*, cuyo hígado contiene un veneno muy activo y violento. Los pescadores, que sabian bien esto, habian comido la carne y dejado los hígados en unas conchas. El soldado, viéndolos, quiso comer de ellos y convidó á tres de sus compañeros. Un californio que le vió le gritó inmediatamente que no comiese porque moriria. Despreciando el soldado este aviso, comenzó á comer y participó á los otros tres. Uno de ellos comió un poco, otro solo le mascó sin tragarle, y el último le tocó solamente, reservándole para comerle después. El primero de los cuatro soldados murió en el acto, el segundo poco después, el tercero quedó privado de sentidos hasta el dia siguiente, y tanto este como el cuarto se sintieron débiles é incómodos por muchos dias. Los dos muertos fueron sepultados en Liguig y los dos enfermos llevados á Loreto, quedando frustrada la expedicion.

§ XXX.

EL PADRE SALVATIERRA RENUNCIA EL PROVINCIALATO Y VUELVE Á LA CALIFORNIA. MISION DE COMANDÚ Y SU MISIONERO EL PADRE MAYORGA.

En setiembre de 1706 recibió finalmente en Méjico el padre Salvatierra la deseada respuesta

del padre general Miguel Angel Tamburini, en la cual le aceptaba la renuncia del provincialato. Separado con mucho gusto de este empleo, se retiró por algunos dias al colegio de San Gregorio de la misma ciudad á tratar con el padre Alejandro Romano, procurador de la California en aquella corte, de preparar muchas cosas que siendo necesarias al presidio y á las misiones debian enviarse á Matanchel y de allí a Loreto con el padre Guillermo de Mayorga, nuevamente destinado a aquellas misiones. El padre Salvatierra, queriendo embarcarse en Ahome, puerto de Sinaloa distante cuatrocientas leguas de Méjico, para dar á aquellos bienhechores las gracias por los auxilios enviados á la California, hizo todo aquel viaje por tierra llevándose cinco californios que le habian acompañado á Méjico. Estos, aunque bien asistidos, se enfermaron todos por la diversidad del clima y de los alimentos, y aumentaron al padre las molestias de aquel viaje. Embarcados en Ahome, cuando apenas habian salido del puerto murió uno de ellos; mas tan bien dispuesto y con tales actos de virtud, que todos quedaron sumamente edificados. Sobrevino luego una tan feroz borrasca, que segun se explica el mismo padre en una carta suya, jamás se habia visto en semejante trabajo y riesgo en tantos viajes como habia hecho por mar y tierra. El buque abandonado por los marineros á merced de los vientos y las olas, entre las islas y los escollos, fué llevado afortunadamente á la isla de San José, distante unas treinta leguas de Loreto, á donde después de calmado el tiempo, llegaron el 3 de diciembre.

Después de algunos meses llegó tambien el padre Mayorga tan debilitado con la fatiga de tantos viajes, porque estaba recien venido de Europa y tan indispuesto por haber extrañado el clima y los alimentos, que el padre Salvatierra creyó necesario hacerle regresar á la Nueva España; mas él le suplicó llorando que le dejase morir en la California á donde le habia llevado el Señor. Pero en vez de la muerte que esperaba, recobró en breve tiempo la salud, y acostumbrándose á aquel clima y á aquellos alimentos ordinarios, trabajó apostólicamente treinta años en aquellas misiones.

En diversos viajes hechos por los misioneros en la península buscando lugares donde plantar misiones, habian hallado el de *Comondú*, distante de Loreto treinta leguas al Noroeste, y situado en el centro de las montañas, casi á igual distancia de ambos mares. En las cercanías de un arroyuelo que corre por aquel sitio, habia esparcidas varias tribus de indios, para cuya conversion se resolvió que se plantase allí una de las dos misiones fundadas por el marqués de Villapuente. Con este fin se trasladaron al mismo lugar á principios de 1708 los padres Salvatierra y Juan de Ugarte, llevando consigo al padre Mayorga, destinado á la nueva mision, en donde se estuvieron con él algunos dias ayudándole á domesticar aquellos salvajes y á formar dos cabañas de ramas, una para la habitacion del misionero y otra que debia servir de iglesia mientras se fabricaba una buena, como de facto la fabricó después el padre Mayorga y la dedicó con gran solemnidad. Este con su grande caridad y su paciencia y con su constancia en el ministerio apostólico, redujo á todos aquellos indios al cristianismo, y los congregó en tres poblaciones llamadas San José, San Juan y San Ignacio. En la de San José, que era la principal, además de la iglesia y de la habitacion del misionero, fabricó á ejemplo del padre Ugarte otros tres edificios, á saber: un hospital y dos seminarios para los niños y niñas. No hallándose en todo el distrito de la mision ningun terreno capaz de cultivo, excepto un pequeño giron junto á San Ignacio, que cultivó con mucha diligencia, plantó en ella viñas con buen éxito. Continuó trabajando con mucho celo, edificacion y fruto hasta el 10 de noviembre de 1736 en que su alma fiel fué á recibir del Señor, como puede creerse, el premio de sus afanes y virtudes.

§ XXXI.

DESGRACIAS DE LA COLONIA. MUERTE DEL PADRE KINO. SU ELOGIO.

Se habian descubierto otros lugares en que podian plantarse misiones; pero esto no fué por entonces posible, tanto por la escasez de misioneros como por las desgracias que sobrevinieron á la colonia. El bastimento San Javier, que habia salido de Loreto por setiembre de 1709 con tres mil pesos para comprar víveres en el Yaqui, fué llevado por una borrasca á sesenta leguas de distancia del puerto de su destino y quedó encallado en la arena, y pereció parte de la gente, salvándose el resto en el esquife. Al saltar en tierra se hallaron expuestos á otro peligro no menos grave, porque la costa estaba habitada por los series, gentiles guerreros y enemigos implacables de los españoles. Se apresuraron los naufragos por este motivo á enterrar el dinero y todos los intereses que habia en el buque, y embarcándose otra vez en el esquife se dirigieron entre mil riesgos y trabajos al Yaqui, desde donde dieron aviso á Loreto. Poco después vinieron los series al lugar donde estaban enterrados quellos intereses y se los llevaron, y quitando el timon al bastimento le rompieron para sacarle los clavos.

El padre Salvatierra luego que supo esta desgracia salió de Loreto en el mal bastimento *el Rosario* y se dirigió á Guaimas, desde donde despachó este buque al lugar en que estaba varado el San Javier, y él mismo con catorce indios yaquis marchó para allá por un camino muy malo y absolutamente sin agua potable, por cuyo motivo en dos dias padecieron mucha sed. En los dos meses que allí permaneció expuesto al hambre y á muchos peligros mientras se componia el basti-

mento, se concilió la benevolencia de los seríes de tal manera, que no solo recobró todos los intereses de que se habian apoderado, sino que tambien los indujo á hacer las paces con los pimas, cristianos vecinos suyos y enemigos á quienes mas aborrecian; bautizó á muchos niños, catequizó á los adultos y los aficionó tanto al cristianismo que querian tener luego un misionero de pié que los instruyese, bautizase y gobernase en todo: de este modo, la dulzura dominante del carácter del padre Salvatierra, ayudada de la gracia del Señor, triunfó de la ferocidad de aquellos bárbaros, tan temidos no solo de los otros indios, sino aun de los españoles. Lloraba tiernamente al ver su inesperada docilidad y sus buenas disposiciones, dando gracias al Señor porque de la desgracia del bastimento hizo que resultase aquel bien; y hubiera querido quedarse siempre en aquella árida costa para dar complemento á la obra comenzada; pero no podia abandonar su querida California, en donde su presencia era aun mas necesaria entonces.

El contagio de las viruelas, desconocido antes en la península, hizo en aquel tiempo tales estragos que murieron muchos adultos y casi todos los niños, aumentándose con esto el trabajo y el dolor de los misioneros. Otras enfermedades originadas de la calidad de los alimentos privaron de la vida á algunos españoles del presidio, y redujeron al extremo á los misioneros. El padre Píccolo estuvo de muerte tres veces, dos el padre Salvatierra y una el padre Juan de Ugarte. Los padres Pedro de Ugarte y Basalduá se vieron obligados por falta de salud á abandonar las misiones. En medio de estas calamidades tambien se temia alguna sublevacion de los neófitos, porque los guamas culpaban de ellas á los misioneros, esparciendo por todas partes que éstos enfermaban á los niños con la agua bautismal y á los adultos con el santo óleo. La carestía que al mismo tiempo se padecia en la Nueva España aumentó tambien los males de la California, porque las provisiones eran muy escasas y costaban mucho.

A estas desgracias producidas por causas naturales se agregaron otras nacidas de la malicia de los hombres. El padre Francisco de Peralta, que habia llegado á la California en 1709 y se hallaba destinado en la mision de Liguig en lugar del padre Pedro de Ugarte, fué enviado por el padre Salvatierra en noviembre de 1711 al puerto de Matanchel á que hiciese carenar el bastimento *el Rosario* y construir otro. Como aquel pobre misionero no tenia inteligencia en este oficio, los que se emplearon en ello tuvieron ocasion de engañarle. La reposicion del Rosario costó algunos miles de pesos, y sin embargo, quedó tan malo que de allí á poco llevado por un viento algo fuerte contra la tierra se hizo pedazos. No fué de mejor condicion el nuevo bastimento construido en diez y ocho meses y á costa de veintidós mil pesos. No obstante, se embarcaron en él los padres Clemente Guillen y Benito Guisi, destinados á las misiones de la California, y el padre Santiago Doye que iba para Sinaloa. Al principio los llevó el viento al cabo de San Lúcas y de allí á las islas de Mazatlan, poco distantes de Matanchel. Habiéndose hecho de nuevo á la vela, avistaron después de muchas vueltas la costa de Loreto; pero repentinamente los arrebató una borrasca hasta la costa opuesta de Sinaloa, y no pudiendo el bastimento regir en medio de la violencia del viento y de las olas, naufragaron finalmente ahogándose seis personas con el padre Guisi. Los restantes en número de veintidós se salvaron parte en el borde de la popa y parte en el palo mayor que tambien sobresalia. Hallándose de esta manera afligidos y en tanto riesgo en una noche oscurísima, se ocuparon en poner á flote el esquife, sacándole el agua con dos vasos muy pequeños porque no tenian otros, y embarcándose en él con un pedazo de vela, se abandonaron al mar hasta la llegada del dia, en el cual habiendo avistado la tierra á mucha distancia, se dirigieron á ella, y á fuerza de vela y remo consiguieron llegar en dia y medio de trabajosísima navegacion. Desembarcaron en una playa estéril, en donde ni habia fuego ni modo de encenderle y en donde no pudieron matar la hambre que los atormentaba sino con ostras y caracoles crudos, con raíces y yerbas silvestres. Finalmente, después de otros infortunios se acogieron á la pequeña ciudad de Sinaloa, capital de la provincia del mismo nombre, desde donde el padre Guillen hizo un viaje de cien leguas para embarcarse en el Yaqui y pasar á la California. En aquella corta navegacion tuvo que sufrir otra borrasca, pero al fin llegó á Loreto en enero de 1714.

Entre las desgracias que la colonia sufrió en aquellos años, debe contarse la muerte del padre Eusebio Francisco Kino, primer motor y singular bienhechor de aquellas misiones, acaecida en 1711. Este grande hombre nació en Trento, se hizo jesuíta en los Estados de Baviera, y fué profesor de matemáticas en la universidad de Ingolstad. En 1681 pasó á Méjico obligado por un voto que hizo en una enfermedad grave, de que sanó por intercesion de san Francisco Javier. En 1683 marchó para la California con los empleos de misionero y cosmógrafo del rey, como arriba se ha dicho. En 1686 volvió á Méjico, y de allí salió para las misiones de Sonora, teatro de su celo apostólico. No es fácil decir lo que hizo y toleró en los veinticinco años que allí estuvo. Puesto en continuo movimiento por la salud de las almas, caminó mas de seis mil leguas, aprendió diversas lenguas, anunció el Evangelio á quince naciones bárbaras, en las cuales bautizó entre niños y adultos mas de cuarenta y ocho mil personas, plantó varias misiones, edificó muchos templos, enseñó á los bárbaros las artes necesarias á la vida social, introdujo el cristianismo en la

Pimeria y fué el primero que reconoció los países situados del otro lado de los rios Colorado y Gila. Sus obras, aunque grandes y sorprendentes, habrian sido sin duda mayores si en vez de las contradicciones y calumnias que sufrió, hubiera sido ayudado en sus gloriosas empresas, como ló pedia con instancia. Recibió del cielo una gracia particular para conciliarse el amor y el respeto de tantas naciones bárbaras, y así andaba en medio de ellas tan seguro como entre los mas cultos cristianos. En sus largos y penosos viajes no llevaba otro viático que maíz tostado, no dejaba de decir misa, ni dormia jamás en colchon. Caminaba hablando con Dios en la oracion ó cantando salmos é himnos. Murió santamente entre sus caros neófitos con sumo sentimiento de estos, y despues de su muerte no pudieron varios misioneros soportar el peso de las tareas apostólicas que él desempeñaba solo.



LIBRO TERCERO.

Fundacion de otras misiones, nuevas tareas, penalidades, contradicciones y peligros. Ejemplos de algunos catecúmenos y neófitos. Muerte de los padres Salvatierra, Piccolo, Ugarte y Mayorga. Conjuracion de los pericúes, muerte dada á dos misioneros, pérdida y restablecimiento de algunas misiones.

§ I.

FALTA DE BASTIMENTOS EN LA COLONIA. LOS INDIOS DE CADEGOMÓ Y DE KADAKAAMAN PIDEN MISIONEROS.

La desgraciada colonia de la California, despues de la pérdida de tantos capitales empleados en bastimentos y provisiones, se hallaba en un estado lamentable. Movido por esto á compasion el virey duque de Linares, ordenó que se le vendiese en cuatro mil pesos un bastimento llamado Nuestra Señora de Guadalupe, secuestrado en Acapulco por el gobierno á causa de un contrabando; mas este buque, aunque á primera vista parecia bueno, no lo estaba, y por tanto apenas hizo dos viajes cuando se perdió. Lo mismo sucedió á otro comprado tambien en Acapulco. No quedaba pues en la colonia sino el pequeño bastimento San Javier para el trasporte de los víveres y de todo lo necesario, y para todos los viajes que era preciso hacer, ya de un puerto á otro de la península, ya á Sonora, Sinaloa y Nueva Galicia. Por esta falta de embarcaciones no pudo el padre Salvatierra reconocer las islas y costas del golfo hasta el rio Colorado, ni continuar la conversion de los seríes y tepocas, que felizmente habia comenzado, ni plantar nuevas misiones en la península.

En medio de tantas necesidades no disminuyeron aquellos misioneros sus tareas apostólicas, de modo que no hubo entre ellos uno que en aquellos años calamitosos no redujese á vida social muchas tribus de bárbaros errantes por los bosques. Con este fin habian hecho muchos viajes fructuosos el padre Ugarte al Sur y el padre Píccolo al Norte. Habian venido muchas veces á Mulegé varios indios de Cadegomó, lugar de la costa del mar Pacífico distante treinta leguas, á pedir con instancias al padre Píccolo que los visitase y les llevase un misionero que viviese siempre con ellos. El, á pesar de no haberse restablecido de una grave enfermedad, marchó para allá en 1712, acompañado del capitan del presidio y algunos soldados é indios; y habiendo hallado á ocho leguas del mar un lugar á propósito para una nueva mision, el que dedicó desde luego á la Purísima Concepcion de la santísima Vírgen, se reunieron en él todas las tribus de las cercanías, suplicándole encarecidamente que se quedase con ellos, ofreciéndole regalarle las mejores pitahayas y presentándole sus hijos para que los bautizase. Bautizó en efecto á los párvulos y acarició á los adultos, prometiéndoles un misionero que los instruyese y favoreciese en todo; pero no fué posible plantar la mision hasta el año de 1717, contentándose entre tanto el padre con ir allá algunas veces á instruir y confirmar en su buen propósito á aquellos indios, los cuales tambien venian con frecuencia á Mulegé y no desistian de sus instancias.

La misma peticion vinieron á hacer no pocas veces los cochimíes de Kadakaaman, lugar situado del otro lado de los montes á cuarenta leguas de Mulegé. El padre Píccolo fué tambien allá el 13 de noviembre de 1716 con tres soldados y algunos de sus neófitos, y los cochimíes salieron á recibirle con singulares muestras de júbilo y respeto, presentándole sus pitahayas y quitando las piedras y estorbos que habia en el camino por donde debia pasar; especialmente los niños corrian á él con tal amor y ternura como si él los hubiera criado. En Kadakaaman concurrieron muchas tribus de los lugares circunvecinos, presentando á porfía las mujeres á sus hijos para que fuesen bautizados. En efecto, el padre Píccolo bautizó cincuenta; pero supo entonces que aquellos niños no eran las primicias del cristianismo, porque uno de sus neófitos llamado José, muy instruido en el modo de bautizar en caso de necesidad, habia bautizado en la primavera de aquel año tres moribundos, cuyas almas volaron luego al paraíso. El padre Píccolo fabricó allí una cabaña para decir misa y rezar una novena á la santísima Vírgen para la conversion de aquel gentilismo, y permaneció en aquel lugar hasta diciembre, con el fin de conciliarse mas la benevolencia de los indios y aficionarlos mas á la re-

ligion cristiana; pero esta mision, que después llegó á ser una de las mejores de la California, no se pudo plantar sino hasta el año de 1728.

§ II.

EL PADRE SALVATIERRA INTENTA EN VANO LA PACIFICACION DE LOS GUAICURAS, Y PROSIGUE TRABAJANDO AUNQUE ENFERMO.

El padre Salvatierra emprendió por su parte el año de 1716 la pacificacion de los guaicuras, los cuales tanto por las hostilidades que treinta años antes habia hecho contra ellos el almirante Otondo, cuanto por las frecuentes vejaciones que experimentaban de los pescadores de perla que llegaban á sus puertos, estaban muy mal dispuestos contra los cristianos. Habiéndose embarcado en Loreto se dirigió al puerto de la Paz acompañado del capitan, de algunos soldados y varios indios del mismo Loreto. Llevó tambien consigo tres guaicuras que le vendieron unos pescadores de perla, y él compró y trató muy bien, para que entregándolos después á sus padres, fuesen testigos de la beneficencia y dulzura de los misioneros para con los indios. Al llegar á la Paz hallaron algunos guaicuras con sus familias; pero estos huyeron luego que vieron á los españoles. Los indios de Loreto los siguieron inconsideradamente, sin que bastasen á contenerlos los gritos del padre y del capitan. Los guaicuras continuaron su fuga; pero sus mujeres como menos veloces en la carrera, viéndose alcanzadas, hicieron cara y comenzaron á defenderse á pedradas. Los cristianos, añadiendo á la imprudencia la crueldad, las maltrataron, y acaso las habrian matado si no hubieran llegado á defenderlas el capitan y algunos soldados españoles. El capitan reprendió severamente á aquellos neófitos unos procederes propios de su antigua barbarie y contrarios á las instrucciones de sus misioneros, y procuró tranquilizar y acariciar á las guaicuras ofendidas; mas ellas les volvieron desdeñosamente las espaldas para irse con sus maridos. El padre Salvatierra se disgustó mucho, y considerando cuan vana seria cualquiera diligencia en aquellas circunstancias para hacer volver á los fugitivos, se contentó con enviarles los tres guaicuras que habia llevado consigo, después de haberlos acariciado y encargado que dijesen á sus paisanos que ni él ni los españoles eran culpables de lo acaecido, pues venian á solicitar su amistad. De allí se volvió desconsolado á Loreto.

A mas de sus trabajos y de los graves disgustos que tuvo, especialmente en estos últimos años, se hallaba enfermo de piedra en la orina. Mas á pesar de esto proseguia trabajando como si estuviera sano, y aun cuando la gravedad de la enfermedad no le permitia levantarse de la cama, no por eso dejaba de cuidar de todo.

§ III.

LLEGADA DEL PADRE TAMARAL Á LA CALIFORNIA. SALIDA PARA MÉJICO DEL PADRE SALVATIERRA. SU MUERTE.

En marzo de este año de 1717 llegó á Loreto el padre Nicolás Tamaral, destinado á la proyectada mision de *Cadegomó*, ó sea de la Purísima Concepcion. Llevó al padre Salvatierra una carta del padre provincial en la cual le decia que habiendo llegado á Méjico el nuevo virey marqués de Valero, encargado de algunas órdenes de la corona relativas á la California, y deseoso de ejecutarlas y de favorecer aquellas misiones, queria su excelencia conferenciar antes largamente con él y pedirle algunos informes, y que por tanto convenia que viniese á Méjico cuanto antes. El padre Salvatierra, á pesar de su vejez y de sus graves enfermedades, salió de Loreto acompañado del hermano Bravo el 31 del mismo mes, dejando al padre Ugarte la superintendencia del presidio y de las misiones. A los nueve dias de navegacion llegó á Matanchel, y de allí pasó á caballo á Tepic. Esta caminata le agravó de tal modo los dolores de la piedra, que no pudiendo continuar el viaje de otra suerte, fué llevado en camilla por algunos indios hasta la ciudad de Guadalajara. Allí aumentándose sus males, tuvo que tolerar por mas de dos meses un acerbo martirio en vez del que siempre habia deseado sufrir por la fe de Jesucristo; y conociendo que iba á terminar su vida mortal, encomendó al hermano Bravo los negocios que debian tratarse en Méjico, le dió las instrucciones necesarias y le ordenó que escribiese á los misioneros de la California diciéndoles: que él, ayudado de los párvulos californios que estaban en el cielo, esperaba alcanzar de la clemencia de la santísima Vírgen que protegiese poderosamente aquel naciente cristianismo; que pusiesen todas sus esperanzas en Dios, y que no dudaba que se dejarian primero quitar la vida que abandonar aquellos sus hijos en Cristo. Sobre todo, suplicó al hermano y por su medio á todos los de la California que le perdonasen el mal ejemplo y todos los disgustos que les hubiera dado. El hermano lloraba amargamente, así como algunos californios que habian venido en aquel viaje, cuyas extraordinarias demostraciones de dolor eran tales, que movian á compasion á los que las veian ó las sabian. Luego que se supo en la ciudad el riesgo en que se hallaba un hombre venerado por todos como santo, se hicieron en muchas iglesias rogativas públicas por su salud; pero el Señor queria dar por fin á su siervo fiel el descanso de tantos trabajos y el premio de tan relevantes servicios, y así habiendo recibido los santos sacramentos y preparándose con los mas fervorosos actos de todas las virtudes cristianas, exhaló tranquilamente el espíritu el sabado 17 de julio de 1717 á los seten-

ta años de edad. Asistieron á su entierro el presidente y oidores, el clero secular y regular, toda la nobleza y un inmenso concurso de pueblo publicando todos á porfía su santidad. Fué sepultado en la capilla de la Vírgen de Loreto que él habia edificado en la iglesia de los jesuítas, y sus huesos fueron después colocados en una caja separada, cerca del altar de la Vírgen, cuya devocion habia promovido en todo el reino, en donde dura hasta hoy su memoria.

§ IV.

PRETENSIONES DEL HERMANO BRAVO ANTE EL GOBIERNO. ACUERDO. ÓRDENES. TEMPESTAD EN LA PENÍNSULA.

El hermano Bravo pasó inmediatamente á Méjico, en donde halló al virey muy bien dispuesto en favor de la California. El rey en 29 de enero de 1716 habia expedido una nueva órden para que se agitase con toda la diligencia posible la ejecucion de las anteriores dadas en 1708 concernientes á la California, para que se tuviese un cuidado particular con la colonia, se diese cuenta á la corte de su estado actual, y no se alterase entre tanto la forma de gobierno establecido allí por los padres de la Compañía. El hermano, después de largas conferencias privadas con el virey, le presentó de órden de S. E. dos memoriales, en uno de los cuales le informaba del país, puertos, habitantes, presidio y misiones de la California, y en el otro exponia los medios que creia mas á propósito para hacer mas prontos y estables los progresos de la colonia. Proponia con arreglo á las instruciones del padre Salvatierra, que se fundase un buen seminario para la educacion de los niños; que se pagasen por cuenta del erario un oficial y cincuenta hombres, formando con ellos, segun las órdenes del rey, un nuevo presidio en el puerto de la Paz ó en el cabo de San Lúcas á donde pudiesen acogerse sin riesgo y tomar refrescos las naves de Filipinas, segun las intenciones de la corte; que se proveyese de un nuevo bastimento la colonia, que ya no tenia mas que el pequeño llamado San Javier; que se premiasen los servicios del capitan don Estévan Rodriguez Lorenzo, y que se concediese al santuario de la Vírgen de Loreto la propiedad de la salina de la isla del Cármen, de la cual ni el rey ni los particulares sacaban utilidad.

El virey celebró en 25 de setiembre una junta compuesta de dos oidores, el fiscal, cuatro ministros, el provincial de la Compañía, el padre Alejandro Romano y el hermano Bravo procuradores de la California. Aunque en aquella junta no se acordó todo lo que se pedia, si se hubieran ejecutado las resoluciones que se tomaron habrian sido muy ventajosas á la California; pero el fiscal, considerando que los grandes gastos que debian hacerse por cuenta del real erario para ejecutar lo que se habia deliberado, acaso no serian aprobados en la corte, y que él seria responsable puesto que le tocaba defender los intereses de la corona, manifestó al virey sus temores y le suplicó que suspendiese la publicacion del decreto. El virey tambien quedó perplejo entre el deseo de cumplir las órdenes del rey y el temor de desagradar á la corte; pero el piadoso y magnánimo rey Felipe estaba muy lejos de desaprobar aquellas primeras resoluciones, pues movido de las espontáneas representaciones y súplicas que en favor de la California le habia hecho el obispo de la Nueva Vizcaya, á cuya diócesis se creia entonces perteneciente la península, expidió en 29 de enero de 1719 nuevas y estrechas órdenes al virey, encargándole con las expresiones mas eficaces la ejecucion de sus conocidas disposiciones con respecto á la colonia y misiones de la California.

El virey al fin, á pesar de sus temores, mandó que del real erario se diesen anualmente al procurador de la California 18.276 pesos para los gastos de oficiales, soldados y marineros de la colonia; que se pagasen sus deudas, que montaban á 3.022 pesos, y que se comprase en cuatro mil, tambien á costa del real erario, un bastimento peruano. Todo se ejecutó; pero el bastimento tuvo la misma desgracia que tantos otros, pues á causa de estar mal carenado, se perdió el año siguiente en el puerto de Matanchel.

En el otoño del mismo año de 1717, mientras en Méjico se deliberaba sobre los negocios de la California, sufrió esta península graves daños causados por un terrible huracan de tres dias continuos, acompañado de fuertes aguaceros, tan raros en aquel país Todas las casas é iglesias fabricadas de adobes fueron destruidas, los diques se rompieron, y los campos quedaron despojados en parte de la tierra labrantía y cubiertos de piedras. El padre Ugarte hubiera perecido en la inundacion de su mision de San Javier si no se hubiera subido á una peña, en donde estuvo veinticuatro horas á campo raso, expuesto á la lluvia; pero lo que da á conocer mejor la violencia de aquel viento, es el haberse llevado en Loreto á un muchacho llamado Mateo, que jamás volvió á parecer ni vivo ni muerto, a pesar de haber sido buscado. Dos bastimentos de pescadores de perlas que estaban en la costa de la península se perdieron con cuatro hombres que se ahogaron, salvándose los restantes en dos bastimentos mayores que estaban bien anclados y en lugar seguro. Estos náufragos, habiendo llegado á Loreto después de la borrasca, fueron bien acogidos y caritativamente tratados por el padre Ugarte. En los setenta años que los jesuítas permanecieron en aquella península, hubo otros muchos huracanes muy fuertes, pero ninguno comparable con este.

§ V.

EL PADRE SISTIAGA MISIONERO. EL PADRE TAMARAL DESTINADO Á LA MISION DE LA CONCEPCION.

El hermano Bravo, después de haber dado las gracias al virey y á todos los señores de la junta y comprado todo lo que necesitaba la colonia, se volvió á la California llevando al padre Sebastian de Sistiaga destinado á aquellas misiones. El destino de este jesuíta parece una prueba de las luces sobrenaturales del padre Salvatierra. Era el padre Sistiaga catedrático de bellas letras en Méjico, cuando movido por el Señor, hizo presentes á sus superiores los deseos que tenia de ser empleado en la conversion de los californios. El provincial al principio no consintió en ello, ni el padre Salvatierra pudo tener de esto conocimiento humano hallándose moribundo en Guadalajara, ciudad distante de Méjico mas de cien leguas. Sin embargo, antes de morir encargó al hermano Bravo que luego que llegase á Méjico dijese al padre Sistiaga que continuase humildemente sus instancias respecto á la California. El padre Sistiaga quedó admirado de esto, y se persuadió que Dios le destinaba á aquellas misiones, en las cuales trabajó con mucho fruto cerca de treinta años.

El padre Ugarte tenia entonces la superintendencia de la colonia y de las misiones, y era al mismo tiempo misionero de San Javier Viggé, el padre Mayorga de Comondú, el padre Guillen de Liguig, y el padre Píccolo, encargado de las misiones de Loreto y Londó, tuvo por sucesor al padre Sistiaga en la de Mulegé. El padre Tamaral, hombre de grande espíritu, que debia fecundar aquel campo evangélico no menos con sus sudores que con su sangre, fué destinado á la proyectada mision de la Purísima Concepcion.

Antes de plantarla se radicó por algun tiempo en San Miguel, lugar perteneciente á la mision de San Javier, en el cual tuvo el consuelo de recibir dos tribus que llegaron á pedir el bautismo. Estas fueron sostenidas por él, segun la costumbre de aquellos misioneros, todo el tiempo que duró su instruccion, y después fueron bautizadas. Alentado con tan felices principios, emprendió abrir, como lo hizo con mucho trabajo, primero el camino de San Miguel á Cadegomó, después el de Cadegomó al lugar de la Purísima Concepcion, y últimamente el de la Concepcion á Mulegé. En Cadegomó permaneció mas tiempo con el fin de catequizar y bautizar tanto á aquellos bárbaros como á los de *Codemino* y de la montaña de *Vajademin*. En la *Purísima* (así se llamaba vulgarmente el lugar de aquella nueva mision) halló la tierra descortezada, digámoslo así, por el furioso temporal de 1717; pero con el trabajo y la industria consiguió hacer labrantíos algunos trechos de aquel campo, los cuales le producian el maíz suficiente para alimentar á sus neófitos. Gobernó algunos años esta mision, cuyo distrito era de treinta leguas de terreno por la mayor parte fragoso y quebrado, y estaba poblado de cuarenta tribus de indios de la nacion cochimí, de las cuales instruyó y redujo á vida civil y cristiana treinta y tres y bautizó casi dos mil personas. Los guamas gentiles se conjuraron muchas veces contra su vida; pero Dios reservó este sacrificio para distinto tiempo y lugar, como después veremos.

§ VI.

PTOYECTOS DEL PADRE UGARTE.

El padre Ugarte, animado siempre de pensamientos hérvicos y propios de su magnanimidad, resolvió en este tiempo la ejecucion de dos grandes empresas. Deseaba en primer lugar reconocer toda la costa al rededor del golfo de la California, para que avanzando hácia el Norte por una parte las misiones de Sonora y por otra las de la península, llegasen al fin á unirse de tal modo que no quedara entre ellas ningun espacio que no estuviera sometido al Evangelio. Á pesar de los descubrimientos de los padres Kino y Salvatierra, habia muchas personas que dudaban si la California seria una verdadera península ó si entre Loreto y la embocadura del rio Colorado habria un gran canal por el cual se comunicase el golfo con el mar Pacífico, pues algunos navegantes antiguos se lisonjeaban de haber dado una vuelta entera por mar á toda la California. Queria tambien el padre Ugarte reconocer la costa occidental de la península en busca del puerto tan deseado por el rey y de nuevo encargado por el virey para los navíos de las islas Filipinas.

Mas para ejecutar estos proyectos se necesitaba un buque grande, fuerte y seguro, cual no se encontraba en aquellos mares, ni tampoco podia mandarse construir en los puertos de la Nueva Galicia ó de Sinaloa sin exponerse á los engaños de aquellos arteros bellacos. Determinó, pues, el padre fabricarle en la misma California, donde se carecia de madera, de hierro, de jarcia, de pez, de todos los otros materiales é instrumentos necesarios, de maestro que dirigiese la construccion y de oficiales que la ejecutasen; pero todas las dificultades fueron vencidas por su heróica magnanimidad y su maravillosa industria. Llevó de la Nueva España un maestro y algunos oficiales, y aun quiso tambien llevar la madera; pero habiendo sabido por sus neófitos que á mas de setenta leguas de Loreto hácia el N. O. habia árboles muy gruesos, se dirigió á aquel lugar escoltado por los indios y acompañado del maestro. En efecto, se halló allí gran cantidad de guaribos gruesos, pero en barrancas tan profundas que al maestro le pareció imposible que la

madera se llevase hasta el puerto de Mulegé, distante treinta leguas. *Eso me toca á mí*, dijo entonces el padre Ugarte, de cuya empresa se reian casi todos, á pesar de que hacian tanto aprecio de su intrepidez y habilidad.

Después de haber dado en Loreto las órdenes convenientes, se trasladó á las barrancas, en las cuales permaneció cuatro meses dirigiendo la corta de los árboles, la cual hizo ayudado en lo mas por sus neófitos y por las vecinas tribus de gentiles, que al mismo tiempo fueron domesticadas, catequizadas y dispuestas por él al cristianismo, que de allí á poco se plantó en aquel lugar con una nueva mision. Después, habiendo hecho abrir y allanar cuanto se pudo un largo camino hasta el puerto de Mulegé, hizo acarrear la madera con bueyes y mulas, valiéndose de los mismos gentiles para que condujesen aquellos animales. En Mulegé dió con su autoridad y sus modales tal calor á la obra, que en 14 de setiembre de 1719 fué botada al agua una balandra que se llamó el *Triunfo de la cruz* y que en opinion de todos los inteligentes era el buque mas bello, mas fuerte y mas bien hecho de cuantos hasta entonces se habian visto en el golfo de la California.

§ VII.

EL HERMANO BRAVO RECIBE LOS SAGRADOS ÓRDENES Y ES HECHO MISIONERO.—EL ALFEREZ DEL PRESIDIO ENTRA DE JESUÍTA.

Mientras se trabajaba en las obras muertas y aprestos de la balandra, adquirió la California un nuevo bastimento, un nuevo procurador y un nuevo misionero. Este último fué el hermano Bravo, que habiendo ido por este tiempo á Sinaloa á buscar víveres, se halló allí con una carta del provincial, en la que le mandaba pasar á Guadalajara á recibir de aquel obispo los órdenes sagrados, pues el padre general informado por los superiores de Méjico, queria que emplease de misionero su celo por la conversion de los californios. El buen hermano, aunque lleno de confusion, obedeció prontamente, y de Guadalajara pasó á Méjico llamado por el mismo provincial. Allí obtuvo del virey un nuevo bastimento, pues el que se habia comprado dos años antes se habia perdido en el puerto de Matanchel. A mas de esta gracia del virey, obtuvo otra del piadoso marqués de Villapuente, el cual deseando la conversion de los guaicuras, consignó el capital para la fundacion de una nueva mision en el puerto de la Paz, y quiso que el mismo padre Bravo fuese su fundador. Este se encargó de buena gana de aquella ardua y peligrosa empresa, y habiendo comprado todo lo que entonces necesitaba para la colonia, se embarcó en Acapulco en el nuevo bastimento dado por el virey y se trasladó á Loreto.

Habiéndose aumentado considerablemente el número de soldados, marineros, neófitos y catecúmenos, se necesitaban mas víveres y un procurador que cuidase de adquirirlos y distribuirlos. No pudiendo el padre Bravo, destinado á las funciones apostólicas, ocuparse en aquellos negocios temporales, Dios proveyó de un modo particular. Don Juan Bautista Mugazabal, alférez del presidio, era un hombre de tales costumbres y de tanta habilidad, que desde que entró en la California cada uno de los misioneros le queria por compañero. El padre Píccolo, que le tuvo á su lado muchos años, aseguraba que á él se le debian en gran parte los progresos del cristianismo en Mulegé. Movido Mugazabal de los ejemplos de virtud que continuamente observaba en aquel buen religioso, deseó ardientemente hacerse jesuíta, y lo consiguió sin dificultad; mas como los superiores consideraron por una parte la gran distancia de Tepozotlan, en donde estaba el noviciado comun de los jesuítas de la Nueva España, y por otra la necesidad de la California, le dispensaron de la ley ordinaria, concediéndole que en la misma península hiciese sus dos años de noviciado bajo la direccion del padre Ugarte. En tan buena escuela se hizo un religioso ejemplar y un diligente y fiel ecónomo, como lo manifestó en los cuarenta y un años que sirvió este empleo con mucho fruto y edificacion.

§ VIII.

MISION DE LA PAZ, SU MISIONERO EL PADRE BRAVO.

En este año de 1720 se plantaron en la California dos misiones. La primera en el puerto de la Paz, intentada antes infructuosamente por el padre Salvatierra y ahora dotada por el marqués de Villapuente. El padre Salvatierra cuando vió que no surtian sus tentativas, dijo: *Esta empresa la tiene reservada el Señor para el apóstol*, esto es, para el padre Ugarte, á quien solia dar este título. Efectivamente, este grande hombre fué el que con el padre Bravo plantó aquella peligrosa mision. Para ejecutarlo mandó al padre Guillen que desde Liguig se fuese por tierra hasta la Paz, á fin de que hiciese abrir el camino que comunicase la nueva mision con Loreto, y él se fué por mar en su nueva balandra con el padre Bravo y algunos soldados y neófitos del mismo Loreto. Habiendo llegado á la Paz desembarcaron con mucho órden como en tierra de enemigos, y aunque á lo lejos se presentaron armados algunos guaicuras, luego que vieron que se dirigian á ellos los dos misioneros acompañados de un solo indio que iba á servir de intérprete, se sentaron tranquilamente para significar su confianza. Esta nacia de los buenos informes que les habian dado los tres prisioneros que el padre Salvatierra habia despachado á su país bien regalados, como se ha

dicho arriba. Los dos misioneros procuraron conciliarse la benevolencia de los salvajes con caricias y dones, regalandoles alguna ropa de lana, algunos cuchillos y otras cosas apreciadas por ellos, y asegurándoles que venian á solicitar su amistad y a que hiciesen las paces con los bárbaros habitantes de las islas de San José y del Espíritu Santo y con otros sus perseguidores y destructores. Los guaicuras manifestaron por esto mucho gusto, y aunque los primeros dias no se atrevian á acercarse a los soldados, después, deponiendo poco á poco el temor, vinieron en tropas aun de países muy remotos. Se fabricaron cabañas de ramas techadas con heno para que se guareciese la gente, se allanó y limpió el terreno donde se habia de edificar la iglesia y las casas, se sacaron de la balandra las provisiones y animales y se comenzó á formar la nueva mision con gusto de los guaicuras.

Sin embargo de que Liguig no dista de la Paz mas de setenta leguas, no pudo llegar el padre Guillen con su comitiva sino después de un viaje de veintiseis dias, muy penosos por las vueltas que tuvo que dar para evitar las barrancas y por otras dificultades que tuvo que vencer en el camino. Tres meses se mantuvo el padre Ugarte en la Paz, en los cuales, mediante aquella gracia particular que tenia para hacerse respetar y amar de los salvajes, se concilió los ánimos de los guaicuras de tal modo, que repetidas veces le rogaron que dejase para siempre con ellos un misionero que los doctrinase y gobernase. Se atrajo también á los salvajes habitantes de las islas vecinas y los inclinó á hacer las paces con los guaicuras sus antiguos enemigos. Estos le suplicaron que los librase de las hostilidades de los pescadores de perla y les aseguró que bajo la proteccion del padre Bravo y de los soldados que les dejaba, no sufririan en adelante semejantes males.

Volviéndose el padre Ugarte á Loreto á fines de enero de 1721 y el padre Guillen á Liguig, se quedó el padre Bravo en el puerto de la Paz, solo con algunos soldados. Desde luego se dedicó á aprender de los mismos bárbaros la lengua del país, y en seguida á fabricar la iglesia y casas, á cultivar la tierra, á traer de los bosques á los salvajes dispersos, civilizarlos, doctrinalos, acostumbrarlos á la vida laboriosa y á la práctica del cristianismo formando con ellos poblaciones. Todo esto lo hizo con mucho celo el nuevo misionero hasta el año de 1728 en que fué llamado á Loreto por sus superiores, para que ayudase al padre Píccolo, ya mas viejo y enfermo. En aquellos ocho años bautizó entre párbulos y adultos mas de seiscientos, dejó ochocientos catecúmenos y muchos gentiles aficionados al Evangelio, y formó tres poblaciones llamadas *La Vírgen de Pilar*, *Todos Santos* y el *Angel Custodio*. De este modo hizo útiles para aquellos bárbaros su talento y su vocacion al sacerdocio.

§ IX.

MISION DE GUASINAPI, Ó SEA DE GUADALUPE, SU MISIONERO EL PADRE HELEN.

Mientras el padre Ugarte se ocupaba en fundar la mision de la Paz, se formó otra en Guasinapi, lugar frio y malsano de las montañas, distante de Loreto sesenta leguas hácia el Noroeste. Desde que el padre Ugarte estuvo allí dirigiendo la corta de la madera para la balandra, aficionó de tal suerte á la religion cristiana á aquellos montañeses de la nacion cochimí, que desde entonces mandaban con frecuencia á suplicarle que volviese á sus montañas. El, después de haberles hecho otra visita para asegurarse de su sinceridad, dispuso al embarcarse para la Paz que fuese á plantar la nueva mision en Guasinapi el padre Everardo Helen, jesuita aleman, llegado á la California en abril de 1719, el cual en pocos meses habia adquirido algun conocimiento de aquella lengua. Este, acompañado del capitan y de algunos soldados del presidio, marchó en fines del año de 1720 para Guasinapi, en donde las tribus que vagaban por los montes vecinos se reunieron muy contentas de tener un misionero.

Al punto se puso mano á la obra de la iglesia y de las casas, trabajando en ello los salvajes á la par con los soldados, como si desde chicos hubieran estado acostumbrados al trabajo. Después comenzó el padre Helen á instruirlos en la doctrina cristiana, y era tal el empeño que tenian en aprenderla, que el padre no podia en todo el dia libertarse de su piadosa importunidad para atender á otras ocupaciones. Repetian sin cesar lo que habian aprendido, y todos los dias antes del alba se levantaban á entonar las oraciones, cuyo concierto, tan grato á Dios y á los ángeles, hacia llorar de ternura al misionero. A poco tiempo se vió este precisado á andar continuamente por los montes, llamado por las tribus mas remotas á instruir á los viejos y enfermos, á quienes podia ser nociva la dilacion, y á bautizar á los párvulos.

Terminadas que fueron las fábricas, se volvió el capitan con sus soldados á Loreto, dejando cuatro que juzgó necesarios para la seguridad del misionero en un país tan distante del presidio y aun no sometido al Evangelio. El padre Helen, continuando sus tareas apóstolicas, celebró el sábado de Gloria de 1721 el primer bautismo de veinte adultos con todo el aparato y solemnidad posibles, y el segundo con igual solemnidad èn la vigilia de Pentecostés.

Estos ejemplos avivaron en otras tribus remotas el deseo del bautismo; pero el padre les protestó que no las creeria capaces de tan excelente gracia si no le traian las tablitas, las capas de cabellos, las pesuñas de ciervo y otras cosas semejantes que les servian en sus supersticiones.

Hubo dificultad en obtener esta condicion, porque estas cosas, como materia de la superticion, eran instrumentos de las imposturas que sus charlatanes usaban para procurarse el sustento. El mismo misionero en quince años de continua práctica y observacion de aquellos indios, no pudo hallar entre ellos ningun vestigio de idolatría, brujería ó pacto con el demonio. Conoció por la experiencia que los que pasaban por brujos no eran sino verdaderos charlatanes é impostores; pero como los engaños de estos eran el mayor obstáculo á la propagacion de la fe; á ejemplo de otros misioneros, exigia á los que pedian el bautismo que le llevasen todas aquellas cosas de que usaban los guamas para mantenerlos en el ciego gentilismo. Al fin consiguió que le llevasen muchísimas, y las quemó todas en una grande hoguera en un dia destinado á esta funcion, á la cual convocó á todos los indios, quienes manifestaron el desprecio que ya hacian de aquellas cosas con las pedradas que les tiraron hombres y mujeres, niños y viejos.

El celo del padre Helen se explicó mucho mas en los años de 1722 y 23, que fueron tan infaustos á la península por las calamidades que le sobrevinieron, cuanto habian sido felices los dos anteriores por la fundacion y prósperos principios de dos nuevas misiones. El año de 1722 se vió afligida la California con la terrible plaga de la langosta, que destruyó casi todas las frutas silvestres con que se mantenian los indios, y si no hubiera sido por el maíz que se les daba en las misiones, muchos hubieran perecido de hambre. Pero como el maíz no era tanto que alcanzara para todos, se dedicaron á matar las langostas no solo para destruirlas, sino para comérselas. Esta comida y otras igualmente nocivas, les causaron una enfermedad de úlceras malignas que privó de la vida á muchos. El padre Helen impelido por su fervorosa caridad, andaba sin cesar por aquellos escabrosos montes, llevando á los enfermos auxilios espirituales y temporales, y haciendo con ellos las veces de padre, de médico, de enfermero, de confesor y de consolador. Apenas se habia mitigado esta enfermedad, cuando sobrevino otra de disentería, en la cual trabajó tanto el misionero, que contrajo una hernia peligrosa, y una inflamacion de ojos tan molesta y fuerte, que se vió precisado á retirarse á Loreto para curarse, volviendo después á su mision, aunque no estaba del todo sano. Los neófitos viendo que por ellos habia sacrificado su reposo y su salud, le tuvieron como un ángel venido del cielo, y él sirvió en todas las cosas del alma y del cuerpo á doscientos veintiocho cristianos adultos que perecieron en aquella peste, á un número mayor que se salvaron, y á muchos niños que bautizados por él volaron al cielo. Lo mismo sucedió en las otras misiones, aunque no tanto como en la de Guadalupe ó Huasinapi.

Prevalióse el padre Helen del amor que los indios le tenian, para los progresos del cristianismo, los cuales fueron tan rápidos que en el año de 1726 habia treinta y dos tribus convertidas, en las que á mas de los catecúmenos se contaban mil setecientos siete cristianos. De estas tribus algunas fueron agregadas á la mision de Mulegé, y otras á la de San Ignacio, que se fundó después de poco tiempo, por estar menos distantes de aquellos lugares. A la mision de Guadalupe le quedaron veinte, esparcidas por aquellos lugares de las montañas en que habia agua potable; pero al fin fueron congregadas por el padre Helen en cinco pueblos, fabricando en cada uno, además de las casas, una capilla para los ejercicios de la religion. En toda esta mision no se pudo hallar ninguna tierra labrantía, y así los indios se mantenian con el maíz que se le enviaba de otras misiones, con las frutas y raíces que ellos buscaban en los montes, y con las carnes de los animales que allí se criaban. Los neófitos de aquella mision llegaron á ser de los mas instruidos, morigerados y devotos, lo que principalmente se debió, después de Dios, al celo del padre Helen, que se dedicó á la conversion de aquellos bárbaros con tanto empeño, que cuando por necesidad se separó de la mision no dejó un solo gentil en todo su vasto territorio. Al fin, después de quince años de tan gloriosas fatigas, se le agravaron tanto sus enfermedades, que aunque queria morir entre sus caros neófitos, sus superiores le obligaron el año de 1735 á trasladarse á la Nueva-España, en donde después de una vida inocentísima y llena de afanes, murió en Tepozotlan el año de 1757.

§ X.

ÓRDENES DEL VIREY EJECUTADAS POR LOS MISIONEROS.

Entre tanto los misioneros se empeñaban en ejecutar las nuevas y estrechas órdenes que el virey habia dado para que se buscase un buen puerto en la costa occidental de la península. Mas como esto no podia hacerse por mar sin navíos grandes y muchos gastos, resolvieron hacerlo por tierra, como ya otras muchas veces lo habian hecho sin fruto los padres Salvatierra, Ugarte y Píccolo. Con este fin, por órden del padre Ugarte marchó en 1719 el padre Guillen con el capitan, algunos soldados y tres compañías de californios armados á su modo. Y como por la relacion de los viajes de Sebastian Vizcaino se sabia que entre los grados 24 y 25 se hallaba situado el puerto de la Magdalena, grande, cómodo y seguro, se dirigieron á él, y no pudieron llegar sino después de un viaje penosísimo de veinticinco dias. Vieron que en efecto el puerto era bastante grande y estaba por todas partes rodeado de montañas que le ponian á cubierto de los vientos; pero no hallaron en ningun lugar de los alrededores ni agua potable, ni pastos, ni leña, ni terreno capaz

de cultivo, de modo que ni los navíos que allí llegasen podrian proveerse de lo necesario, ni podia establecerse la proyectada colonia. El padre Guillen queria continuar sus investigaciones por la costa; pero habiéndose opuesto á ello el capitan y los soldados, regresaron todos á Loreto en quince dias por otro camino mas corto.

El padre Tamaral, que al despedirse en Méjico del virey, habia sido particularmente encargado por su excelencia de hacer las mismas investigaciones, fué varias veces en aquel tiempo á la costa y recorrió un gran trecho de ella hácia el Norte, y casi toda hácia el Sur, hasta el cabo de San Lúcas, sin poder hallar un puerto á propósito para la tan deseada colonia.

Finalmente, en 19 de noviembre de 1721 salieron de la mision de Guadalupe los padres Sastiaga y Helen con el capitan y algunos soldados del presidio, é internándose hasta los 28°, reconocieron con exactitud un gran trecho de la costa. En este viaje, aunque por otra parte desgraciado, tuvieron el consuelo de hallar tres puertos cómodos y provistos de agua y de leña. Y aunque el terreno de toda la costa les pareció estéril y absolutamente incapaz de cultivo, juzgaron que hallándose el mas grande, seguro y abundante de agua potable entre los tres puertos, poco distante del pueblo de San Miguel, perteneciente á la mision de San Javier, podrian los navíos recibir de allí los refrescos necesarios.

§ XI.

EMPRESA DEL PADRE UGARTE Y CONOCIMIENTOS ADQUIRIDOS EN ELLA.

En el mismo año de 1721 y antes que el padre Sestiaga hiciese el viaje á la costa occidental de la California, puso en práctica el padre Ugarte el atrevido proyecto de navegar todo el golfo para poner en claro la duda de la union de la California con el continente de la Nueva España. Aunque era corto el espacio de mar que debia navegarse; pero las frecuentes borrascas, la violencia de la marea en la costa, la multitud de islas y bajíos, la estrechez de los canales, el ímpetu y la contrariedad de las corrientes, la falta de puertos en que resguardarse y tomar refrescos, el aire malsano de la parte setentrional del golfo, y la calidad cáustica de las aguas, hacian aquel viaje mucho mas molesto y peligroso que si fuera por el Océano.

Aprestada pues la balandra *El triunfo de la cruz* y el esquife *Santa Bárbara*, que se habia fabricado con ella, salió de Loreto el padre Ugarte el 15 de mayo. En la balandra iban con trece californios seis europeos muy inteligentes en la navegacion, y principalmente el piloto Guillermo Strafort; en el esquife iban ocho indios, á saber: dos filipinos, un yaqui y cinco californios. Navegaron hácia el Norte hasta los 28° y de allí atravesaron el golfo en cinco dias para abordar al puerto de Santa Sabina en Sonora, con el intento de continuar el viaje hasta la embocadura del rio Colorado, después de proveerse de agua y víveres. En este puerto comenzaron las desgracias, porque habiéndose mojado casualmente el padre Ugarte al desembarcar, se vió atacado de tan graves dolores en los muslos, piernas y piés, que no podia estar en pié ni sentado. Al desembarcar no vieron ningun indio, sino solamente una cruz plantada en la arena de la playa, y acercándose á ella se arrodillaron, la abrazaron y la besaron. Apenas acababan de hacer esto, cuando aparecieron muchos indios series, que se habian puesto en acecho y vinieron á manifestarse amigos. Estas demostraciones en aquellos bárbaros, enemigos capitales de los españoles, eran efecto de las recomendaciones del padre Salvatierra, que cuando estuvo entre ellos en 1710 les encargó que recibiesen bien los bastimentos de la California que allí abordasen, y para que pudiesen conocerlos, les advirtió que observasen si traian enarbolada la insignia de la cruz, y que si querian asegurarse mas, les presentasen á los navegantes aquel santo madero; pues si le adoraban, era indudable que venian de la California. Esta advertencia era necesaria, porque aquellos mares estaban infestados de piratas ingleses. Habiendo pues advertido los series en aquellos navegantes las expresadas contraseñas, los recibieron amigablemente, y cuando vieron al padre Ugarte á bordo de la balandra, no esperaron á que saltase en tierra para reverenciarle, sino que se echaron á nadar, y subiendo á la balandra, le abrazaron los piés, le besaron las manos y el rostro, con otras demostraciones de amor y de respeto. El padre después de haberlos acariciado y regalado, se valió de ellos para mandar una carta á un misionero del país vecino, y para que llenasen de agua los barriles de la balandra, lo cual ejecutaron con mucha diligencia y presteza.

Suplicaron al padre que fuese á una isla inmediata á visitar á los parientes que allí tenian, y él, por ganarles mas la voluntad, convino en ir, mientras le venian los víveres que habia pedido en la carta al misionero. Habiendo pues salido al dia siguiente, amanecieron en un canal muy angosto, tortuoso y lleno de bajíos, en uno de los cuales encalló la balandra, y hubiera perecido seguramente, si aquellos hombres tan prácticos en la mar no la hubieran sacado del peligro con mucha diligencia é industria. Tres dias navegaron por aquel peligroso canal, temiendo perderse á cada momento, hasta que llegaron á la isla que buscaban. Los isleños se alarmaron al principio y comenzaron á gritar fuertemente para impedir el desembarco; pero habiéndoles advertido sus paisanos desde la balandra que en ella venia un misionero á visitarlos, dejaron luego las armas, y en trece balsas pasaron cincuenta hombres al buque á saludar al padre y suplicarle que desembarcase en la isla, en la cual te-

nian una casa en que alojarle. El, aunque entonces se hallaba tan afligido de los dolores que el mas ligero movimiento le era insoportable, por darles gusto hizo que los marineros y californios le llevasen á tierra, en donde los salvajes le recibieron formados en dos filas, una de hombres y otra de mujeres, y le llevaron á una cabaña de ramas con dos puertas. Allí concurrieron á reverenciarle todos los isleños, primero los hombres y después las mujeres, entrando uno por uno, inclinando la cabeza para que el padre le pusiese en ella la mano, y saliendo por la otra puerta. Después, habiéndole rodeado todos, les hizo, á pesar de sus dolores, cuantos cariños le fueron posibles, y los exhortó á que se trasladasen á la mision llamada *del Pópulo*, distante dos ó tres jornadas de la playa del continente vecino, y á que tuviesen un catequista cristiano para que instruyéndose, pudiesen ser bautizados.

Poco duró el padre Ugarte en la isla, porque le urgia volver al continente á proveerse de víveres para continuar el viaje. Se embarcó pues para allá, y no habiendo en aquella parte ningun puerto en donde poderse refugiar, fué necesario que la balandra anclase en un lugar poco seguro, por lo que una borrasca que sobrevino le hizo perder una ancla y le destrozó el árbol de proa, á pesar de ser de madera muy dura. El padre mandó el esquife á que reconociese la ruta que debian llevar, y algunos hombres por tierra á que observasen la costa. Unos y otros le informaron que no habia ningun puerto en toda aquella costa, que el país era muy estéril y falto de agua, y la marea en todas partes muy violenta; todo lo cual era conforme á las observaciones hechas en aquellos lugares por los padres Kino y Salvatierra. El esquife quedó en seco en un reflujo violento del mar, y perdió parte de su carena.

Considerando pues el padre Ugarte que no se podia sin temeridad continuar el viaje por el lado de Sonora, determinó hacerle por el de la California, y con este fin mandó recomponer los bastimentos y embarcar los víveres que se pudieron conseguir. El dia 2 de julio se hicieron á la vela, y habiendo atravesado en tres dias el golfo, que en aquella parte no tiene mas de cuarenta leguas de ancho, abordaron á la playa de la California, y aunque no habia puerto, anclaron y enviaron la canoa á tierra. Los indios habitantes de la costa se presentaron armados, y tirando una línea en la arena, amenazaron al que se atreviese á pasarla. Pero nuestros navegantes habiéndolos hecho suyos con algunos regalos y otras demostraciones de amistad, no solamente fueron bien recibidos, sino tambien recomendados con otros indios de las mismas costas, y así caminaron con seguridad por tierra casi diez leguas. Volviéndose á la balandra continuaron su viaje dirigiéndose siempre al Norte, y navegando tierra á tierra en busca de algun puerto en donde refugiarse si sobrevenia alguna borrasca. No le hallaron; pero habiendo doblado un cabo, descubrieron una pequeña ensenada, en donde se creyeron resguardados del sur que entonces soplaba. Allí eran tan impetuosas las corrientes y batian la balandra tanto como si se hallase en una fuerte borrasca. El piloto deseoso de descubrir algun lugar en donde estuviese mas segura la balandra, se embarcó en la canoa con cinco marineros, y anduvo sondeando por todas partes hasta la extremidad de la ensenada. Allí desembacaron, y dejando la canoa en la arena, se dirigieron á unos salvajes que estaban al pié de una montaña, y les regalaron algunas cosas de las que con este fin habian recibido del padre Ugarte. Mientras estaban entretenidos con ellos vino una furiosa oleada acompañada de un bramido espantoso, la cual arrebatando la canoa, la estrelló contra una roca y la dividió á lo largo en dos piezas. Acudieron prontamente los seis navegantes con los salvajes á remediar aquel mal, y como no tenian ni materiales ni instrumentos, la necesidad les enseñó el modo de suplirlos. Para unir las dos piezas se valieron del cordel de la sonda y de dos clavos que le quitaron á un remo, y para calafatear la canoa usaron, en vez de estopa, del cáñamo de una gúmena, y en lugar de pez le echaron barro. Pero á pesar de su industria hacia mucha agua por la hendidura, no bastando á taparla todos sus esfuerzos. Sin embargo, no pudiendo menos se embarcaron, y navegando aquel corto pero peligroso trecho, tomaron la balandra.

El padre Ugarte entre tanto habia despachado otros hombres en el esquife á observar la costa, los cuales habiendo navegado tierra á tierra mas de veinte leguas, no hallaron ningun puerto. Levando anclas y dirigiéndose hácia el Norte, advirtieron después de algun tiempo mucha variedad en el color del agua, pues á veces parecia cenicienta, á veces negra, y con mas frecuencia colorada, lo cual les hizo inferir que no estaban muy lejos de las bocas del rio Colorado. Entonces para evitar los bajíos que tenian en aquel lugar, se arrimaron á la costa de la Pimería. En medio del golfo, que allí es muy angosto, observaron que el agua estaba mas turbia, y cerca de la playa hallaron ocho, diez y mas brazas de agua. Al fin dieron fondo cerca de aquella boca del rio que está del lado de la Primería, y allí vieron dos grandes avenidas que traian troncos, árboles enteros, fragmentos de cabañas y otras cosas. Los marineros luego que vieron cesar la creciente quisieron entrar en el rio; pero la prudencia del padre no se lo permitió, porque observando hácia el Norte los mismos nublados que se habian visto las dos noches anteriores, cuyas lluvias habian causado las crecientes, previó que debia venir otra, como en efecto sucedió, y en ella hubieran perecido irremediablemente los que querian navegar en el rio.

Apartándose de aquel lugar, pasaron enfrente de la primera boca del rio, y á poco dieron fondo en cuatro brazas de agua, y desde allí vieron á lo

lejos la otra boca que está del lado de la California, y reconocieron claramente la continuacion de la tierra de la península hasta el rio y que no habia ningun canal que la separase del continente. El padre Ugarte hubiera querido desembarcar en aquella costa en que termina el golfo, para hacer mas indudable su descubrimiento; pero ni sus graves enfermedades se lo permitian, ni la balandra se podia acercar por los muchos bajíos y por las violentas marejadas que iban á estrellarse contra la playa con ímpetu extraordinario. Sin embargo de esto, el piloto se embarcó en el esquife, y en varios lugares se arrimó á la tierra cuanto le fué posible, para observar mejor la costa y formar después la carta hidrográfica del golfo. Prescindiendo de las observaciones oculares, bastaban los muchos bajíos y la grande violencia de la marea para inferir que en aquella parte terminaba el golfo y que sus aguas se hallaban allí encerradas y privadas de toda comunicacion.

Habiéndose obtenido el fin principal de aquel riesgoso viaje y estando por otra parte enfermos algunos de los navegantes á causa de lo malsano de aquel aire y en tanto riesgo los bastimentos, se tomó la resolucion de volver á la California, como en efecto se hizo levando anclas el 16 de julio. El esquife fué costeando la península para tomar tierra siempre que fuese necesario. La balandra se dirigió por la mitad del golfo, declinando ya á una costa, ya á la otra para evitar las muchas islas y bajíos. Apenas habia pasado con mucho trabajo la isla del Tiburon, cuando las corrientes contrarias, tan rápidas como un rio, la hicieron retroder en seis horas tanto cuanto habia caminado en ocho dias.

Entrando después en los angostos y muy peligrosos canales de las islas de *Salsipuedes*, consiguieron, aunque con mucha dificultad, pasar el primero y el segundo; pero no pudieron superar el tercero en veinte dias de continua fatiga, por lo que habiendo hallado en una de aquellas islas un puerto cómodo, anclaron y saltaron en tierra. Esto se habia hecho absolutamente necesario, porque de toda la tripulacion solamente cinco hombres estaban sanos, hallándose todos los demás ó enfermos de escorbuto, ó desollados y quemados con la agua cáustica de la parte setentrional del golfo. El padre Ugarte se habia guardado de la agua desde que le habia sido tan perjudicial, y tambien se hallaba libre de escorbuto; pero sobre sus otras enfermedades le sobrevino otra nueva y extraña; un calor del bajo vientre hácia arriba, tal y tan ardiente que al despegarse la camisa del cuerpo se le arrancaba la piel chorreando sangre. Todos quedaron persuadidos de que la resolucion de tomar aquel puerto habia sido un efecto de la providencia paternal del Señor, pues de otra suerte habria sido inevitable el naufragio por una fuerte borrasca que á poco se levantó. Cuatro dias se mantuvieron allí, en cuyo tiempo se repusieron algo los enfermos con el aire de tierra; pero el padre Ugarte al contrario, se empeoró tanto, que habia resuelto pasar en la canoa á la costa de los seríes. Esta resolucion consternó á la tripulacion de manera que se vió obligado á prometerles que no los abandonaria aun cuando estuviera cierto de que habia de morir en aquel viaje.

Encomendándose pues fervorosamente al Señor, se hicieron á la vela el 18 de agosto, y con buen viento salieron finalmente de aquellas islas. Navegaban hácia la California muy consolados de verse libres de aquellos peligros, cuando cerca del puerto de la Concepcion fueron sorprendidos para una nueva borrasca acompañada de horrendos truenos y relámpagos, de fuertes aguaceros y de tanta oscuridad, que al mediodía parecia de noche; pero lo que intimidó mas á los navegantes fué verse amenazados de un huracan que iba sobre ellos y apenas distaba unas dos millas. El padre Ugarte aseguró después que en un viaje tan peligroso no habia habido dia de tanto temor como aquel. Libres al fin de este último peligro, abordó la balandra al puerto de la Concepcion, y de allí se dirigieron todos, parte por mar y parte por tierra, á la mision de Mulegé, donde fueron bien tratados y caritativamente curados por el padre Sestiaga. Habiéndose repuesto, pasaron en la balandra á Loreto á mediados de setiembre, cuatro meses después de su salida, y encontraron allí al esquife, que habia llegado felismente pocos dias antes.

Este viaje sirvió no solo para resolver el problema, tan ventilado, sobre la union de la California con el continente, y refutar la opinion de los que pretendian que los navíos de Filipinas podian viajar por el imaginado canal entre la California y Sonora, sino tambien para adquirir un conocimiento mas distinto de aquel mar y sus costas y descubrir muchos errores comunes acerca de la situacion de las islas y bajíos y de la direccion de las costas. El padre Ugarte extendió una exacta relacion de aquel viaje, y la mandó al virey con el diario del piloto Strafort, y con la carta hidrográfica del golfo y sus costas formada por el mismo piloto.

§ XII.

CELO PRUDENTE DE LOS MISIONEROS EN LA PROPAGACION DEL EVANGELIO. MISION DE LA VÍRGEN DE LOS DOLOLES, Y SU MISIONERO EL PADRE GUILLEN.

Estas empresas, ejecutadas para obsequiar la voluntad del rey y de sus ministros, no distraian el celo particular de cada uno de los misioneros de procurar de todos modos los progresos del cristianismo en su respectivo distrito. El trato con las diferentes naciones de la península habia dado á conocer los diversos caracteres. Se habia observado que los cochimíes, habitantes de los países setentrionales, eran mas despiertos y dó-

ciles, mas pacíficos y fieles, menos viciosos y libertinos, y por tanto mas bien dispuestos á recibir el Evangelio y á sujetarse á la vida civil y cristiana. Al contrario, se habia advertido que los pericúes y guaicuras, habitantes de los países meridionales, eran mas perezosos y poltrones, mas inconstantes é ingratos, mas taciturnos y dobles, y sobre todo, mas disolutos que los otros, y que sus tribus vivian en continuas disensiones y guerras, con las que se destruian recíprocamente.

Por esta razon parece que la luz del Evangelio debió llevarse primero á los dóciles habitantes de los países setentrionales; pero los misioneros juzgaron mas necesario la conservacion de los otros, porque de ella dependia la tranquilidad de algunas misiones ya fundadas. Los uchitas, que habitaban entre Loreto y la Paz, manifestaban pretensiones de impedir la comunicacion entre estas dos misiones con diferentes hostilidades hechas á los cristianos que iban de la una á la otra. Los guaicuras de la Paz eran frecuentemente inquietados por los pericúes, sus antiguos enemigos. Además, los feroces indios de las islas de San José, del Espíritu Santo y de Cerralbo, aunque á solicitud del padre Ugarte habian hecho las paces con los guaicuras, habian vuelto á comenzar sus hostilidades, y tres veces tuvieron la osadía de saquear la mision de Liguig, en ausencia del misionero. Es verdad que el capitan del presidio fué con algunos soldados á castigarlos, matándoles tres ó cuatro, haciéndoles once prisioneros y tomándoles catorce canoas; pero estos castigos, aunque los enfrenaban por algun tiempo, no impedian del todo sus correrías. No habia pues mas remedio que sujetarlos al yugo del Evangelio.

Con este fin se trató de plantar el año de 1721 dos misiones en medio de aquellos bárbaros. Para la primera, dedicada á la santísima Vírgen do los Dolores, fué destinado el padre Guillen, misionero de Liguig, pues los indios de esta mision fueron agregados á otra, por haber quedado reducidos á un pequeño número á causa de la enfermedad, y por hallarse expuestos frecuentemente á las correrías de tantos enemigos gentiles. Se resignó por el padre Guillen á los nuevos trabajos y peligros de aquella ardua empresa, en que debia fabricar nuevos edificios, y congregar, civilizar, doctrinar, bautizar y gobernar nuevos bárbaros. Se fundó la mision en el mes de agosto del año citado en la playa de *Apate*, distante de Loreto cuarenta leguas al Sur; pero después, en obsequio de la comodidad de los indios, se trasladó á *Tagnuetía*, lugar de las montañas distante de la playa casi siete leguas al Poniente.

No podemos decir en particular lo que el padre Guillen tuvo que hacer y sufrir en la fundacion de aquella mision y en los veinticinco años que la gobernó; pero se sabe que con indecible trabajo sacó de los bosques á los bárbaros dispersos en ellos, y los congregó en nueve poblaciones, de las cuales tres se agregaron á la mision de San Luis Gonzaga, fundada en 1747 á expensas del nobilísimo mejicano don Luis de Velasco, conde de Santiago. Se sabe tambien que siendo el territorio de la mision tan grande que se extendia de un mar á otro, no dejó en ella ningun indio que no fuese cristiano ó al menos catecúmeno. Sus tareas apostólicas eran mas laboriosas por la suma esterilidad de todo aquel terreno, á excepcion de un corto espacio de la playa de Apate, en el cual se sembraba un poco de maíz. Esta mision de la Vírgen de los Dolores sirvió de asilo á los misioneros y neófitos en la rebelion de los pericúes del año de 1734, de que hablaremos después.

§ XIII.

EL PUERTO DE LAS PALMAS DESTINADO Á UNA NUEVA MISION, Y EL PADRE NÁPOLES Á GOBERNARLA.

La otra mision debia plantarse en el país de los pericúes, el mas meridional de la California. Esto lo deseaba mucho el padre Ugarte, y por tanto, antes de emprender el viaje al rio Colorado, mandó al padre Ignacio María Nápoles, italiano recien llegado á la península (después de haberle dado todas las instrucciones necesarias), que luego que arribase de la Nueva España un bastimento cargado de provisiones, tomase de ellas las necesarias, y en el mismo bastimento se trasladase al puerto de la Paz, y de allí al de las Palmas, destinado á la nueva mision. El padre Nápoles llegó el 2 de agosto de 1721 á la Paz, en donde los neófitos de la mision le recibieron con muchas demostraciones de respeto, hincándose á besarle las manos, y le llevaron, con el capitan y cuatro soldados que le acompañaban, á la iglesia, en cuya puerta le esperaba el padre Bravo. De la Paz se fueron por tierra, allanando el camino para la comunicacion de las dos misiones, y llegaron al puerto de las Palmas el 24 de agosto.

Ningun indio pareció hasta la tarde del cuarto dia, en que habiendo salido el padre Nápoles á reconocer la playa y hallándose lejos de la tienda de campaña, vió venir hácia sí una tropa de salvajes absolutamente desnudos, conducidos por un guama mas alto y corpulento que ellos, con el cuerpo embijado de colorado y negro, y mal cubierto con una capa de mechones de cabellos, algunas pesuñas de venado colgadas en la cintura, un abanico de plumas en una mano, en la otra un arco y una flecha, empulgada, y dando espantosos aullidos, á los cuales respondian los otros con gritos y movimientos amenazadores. El padre creyó indudablemente que venian á matarle, y levantando el corazon al cielo se encomendó al Señor y le hizo un ferviente sacrificio de su vida; mas para disimular su natu-

ral temor, siguiendo los consejos del padre Ugarte, se persignó, les salió al encuentro, y como pudo, les echó en cara por señas su perverso intento. Sacando después de la bolsa algunas cosillas que casualmente llevaba, se las distribuyó, y habiéndoles inspirado poco á poco confianza, consiguió llevarlos hasta la tienda, en donde les dió de comer y los acarició y regaló de nuevo. Ellos por medio del intérprete, protestaron que estaban prontos á volver con otros paisanos suyos, siempre que se quitasen de allí las mulas y un perro que habian visto; porque no estando acostumbrados á ver aquellas bestias, les tenian miedo. El dia siguiente vinieron en varias tropas hasta cincuenta personas, y regalaron al misionero algunas frutas silvestres y raíces, de aquellas con que acostumbraban alimentarse, en recompensa de las cuales les dió pozole, algunos lienzos ordinarios, algunos cuchillos y otras cosas.

Reconocido el país y habiéndose hallado algun terreno labrantío y el agua necesaria, se limpió el lugar en que debian edificarse la iglesia y casas de la mision, y se comenzó luego la fábrica. Mas los indios que habian comenzado á venir diariamente, desaparecieron un dia de improviso, sin poderse adivinar el motivo. El padre salió á buscarlos con un soldado y el intérprete, y habiendo encontrado á algunos, supo de ellos que la verdadera causa de su fuga era su antigua enemistad con los guaicuras. Como habian visto que el misionero habia venido acompañado de algunos guaicuras de la Paz y del padre Bravo, á quien tenian por caudillo de aquella nacion, y después observaron que los guaicuras iban á la Paz y se volvian luego, y que los misioneros y soldados después de haber explorado el país, estaban levantando edificios; sospecharon que estos se habian confederado con toda la nacion guaicura, para caer de un golpe sobre ellos, y que construian aquellas fábricas para ejercer con mas seguridad sus hostilidades. Es de creerse que estas sospechas les fueron sugeridas para los guamas para impedir la introduccion del cristianismo. Al padre Nápoles le costó mucho trabajo desengañarlos, pero al fin lo consiguió.

§ XIV.

HOSTILIDADES EN LA PAZ. EL PADRE NÁPOLES TRASLADA SU MISION CON EL NOMBRE DE SANTIAGO APOSTOL.

Mientras aquellos dos misioneros se dedicaban á plantar la nueva mision, cuarenta salvajes de la isla de Cerralbo desembarcaron en el puerto de la Paz, y hallando la mision sin misionero y soldados, asaltaron una tribu de guaicuras, mataron cinco niños bautizados, dos mujeres y un hombre gentiles, se llevaron un mancebo cristiano y robaron á los otros su pobre ajuar, y aun habrian saqueado la iglesia y la casa del misionero, si no hubieran temido que los guaicuras vinieran en mayor número contra ellos. Luego que el capitan del presidio supo este atentado, fué á la isla con algunos soldados. Los isleños huyeron á los lugares mas escabrosos, y aunque solo murieron dos ó tres, quedaron los restantes muy espantados de las armas de fuego.

El capitan se volvió á Loreto y el padre Bravo á la Paz. El padre Nápoles continuaba sus trabajos en el establecimiento de la nueva mision, la cual se trasladó en 1723 á un lugar mas cómodo y mas distante del mar; pero allí faltó poco para que una desgracia le hubiese hecho perder todo el fruto de sus sudores. Tenia él ya fabricadas las paredes de la nueva iglesia y puestas sobre ellas las vigas para formar el techo, cuando un dia que habia salido á confesar un enfermo, sobrevino un furioso huracan de los que suelen llevar la desolacion á aquel desgraciado país. Los indios se refugiaron en la iglesia; pero la violencia del huracán fué tal, que destruyó sobre ellos el edificio, quedando algunos muertos, otros heridos y todos espantados. Acudió prontamente el padre Nápoles á sacar de debajo de las ruinas á los que estaban vivos, para remediar del modo posible su infortunio y para bautizar á los que estuvieran peligrosamente lastimados, pues todos eran catecúmenos. Aunque todos vieron la caridad y compasion con que buscaba á los lastimados, se formó repentinamente entre los parientes de los muertos una conjuracion contra él, inculpándole por aquella desgracia; pero se disipó presto, porque los mismos que afortunadamente habian escapado del peligro, protestaron que ninguno los habia obligado á entrar en la iglesia, sino que ellos espontáneamente se habian refugiado allí.

Se fabricó después en otro sitio mejor una iglesia nueva con el título de Santiago Apóstol, cuye nombre tomó la mision, y tambien se construyeron los otros edificios necesarios, y se comenzó á cultivar la tierra con buen éxito; aunque no le tuvo igual la semilla del Evangelio sembrada en los corazones de aquellos salvajes inconstantes, desidiosos y disolutos. Aunque el padre Nápoles se dedicaba ó su ministerio con mucho celo y en los cinco años que estuvo allí bautizó cerca de cuatrocientos niños; no pudo bautizar mas de noventa adultos, porque no daban indicios de perseverar en la fe y en las buenas costumbres. En 1726 fué enviado por sus superiores á las misiones de Sonora, y le sucedió en la de Santiago el padre Lorenzo Carranco, el cual debia fecundar con su sangre aquella viña del Señor.

§ XV.

MISION DE SAN IGNACIO DE KADAKAAMAN. SU MISIONERO EL PADRE LUYANDO.

Los indios cochimíes, muy diversos de los pe-

ricúes, cada dia se mostraban mas bien dispuestos al cristianismo. A fines de 1706 se deseaba mucho plantar una mision en Kadakaaman, lugar mediterráneo, situado en las montañas á los 28° latitud Norte y distante unas treinta y tres leguas hácia el Norte de la mision de Guadalupe, que era entonces la mas setentrional; pero la escasez de misioneros y la fundacion de otras misiones que se tuvieron por mas necesarias, frustraron aquellos deseos hasta el año de 1728. El padre Juan Baustista Luyando, jesuíta mejicano,[1] no solamente destinó en la renuncia de su patrimonio una parte de él á la fundacion de aquella mision, sino que se ofreció á los superiores para ir en persona á fundarla. Enviado efectivamente á la California, salió de Loreto con nueve soldados á principios del año citado, y llegó á Kadakaaman el 20 de enero. Fué recibido por los indios con grandes demostraciones de regocijo, y en pocos dias se le reunieron casi quinientas personas de diversas tribus. Se dió principio desde luego al catequismo, aplicándose todos con un empeño extraordinario á aprender la doctrina cristiana; aunque muchos estaban ya bien instruidos por el padre Sestiaga, que algunos meses antes habia ido de Mulegé, distante cuarenta leguas, á disponerlos para la nueva mision. Con tan buenas disposiciones se comenzaron dentro de poco tiempo los bautismos; pero aquel gran concurso de catecúmenos aunque llenaba de consuelo á su nuevo misionero, le era por otra parte muy oneroso, porque tenia que sustentar quinientas personas por seis meses; y así para economizar alguna parte de los víveres, licenció siete soldados que no parecian necesarios, quedándose con solo dos. Estos y sus compañeros viendo al padre Luyando tan ocupado en la instruccion de los catecúmenos, habian comenzado la fábrica de la iglesia y casa del misionero, y ayudados de los indios, que estaban prontos á hacer todo lo que se les mandaba, la habian puesto en tal estado, que en la Pascua de Navidad de aquel año, se celebró con gran solemnidad la dedicacion de la iglesia, consagrada á San Ignacio, de donde tomó el nombre la mision.

Apenas habian pasado dos meses después de la llegada del padre Luyando á Kadakaaman, cuando se le presentó una tribu entera de gentiles de un país muy distante, á pedir con muchas instancias el bautismo. "Yo os daré gusto de " muy buena gana, les dijo el misionero, con tal " que aprendais la doctrina cristiana y me trai- " gais los instrumentos supersticiosos de que se " valen vuestros guamas para manteneros en el " error." Ellos respondieron que sabian ya la doctrina y que traian para que se quemasen las cosas que servian en los engaños de los guamas, pues no ignoraban que sin estas condiciones no podian ser bautizados. Admirado el padre, quiso saber cómo habian aprendido la doctrina, siendo de um país tan distante de las misiones y no habiendo visto jamás á ningun misionero. Aquellos buenos hombres le informaron de que habian sido instruidos por un niño cristiano que con este intento habian hecho llevar á su país. Efectivamente, los halló tan bien doctrinados, que después de tres semanas empleadas en perfeccionar su instruccion, los bautisó á todos.

Fué tambien admirable la providencia de Dios para con una jóven gentil sorda y muda de nacimiento. Todos notaban su devocion y perseverancia en acompañar á los cristianos y catecúmenos en los ejercicios de misa, catequismo, rosario, letanías y procesiones, siendo en todo la primera que se presentaba. Siempre que se bautizaban algunos, se hincaba entre los catecúmenos, y poniéndose la mano en la cabeza, pedia con instancia el bautismo. Habia procurado el padre Luyando, tanto por sí mismo como valiéndose de otros, hacerle entender de alguna manera con señas los misterios de la religion cristiana; pero no estando aun satisfecho, no se atrevia á bautizarla; hasta que un dia viéndola hincada como solia, y considerando por una parte la inocencia de su vida y el deseo que manifestaba de ser cristiana, y por otra que en razon de faltarle los comunes conocimientos humanos, podia ser reputada como párvula, la bautizó por fin. Ella recibió mucho gusto, y no pudiendo expresaале con la voz, le significó con saltos y otras singulares demostraciones de alegría, mirando y señalando el cielo, como si quisiera dar á entender que ya podia ir al paraíso. Después de bautizada no salia de la cabaña que entonces servia de iglesia, y apenas habian pasado dos meses cuando murió con muchos indicios de predestinacion.

Estos sucesos alentaban al nuevo misionero no solo á trabajar en la instruccion de los que venian á Kadakaaman, sino á buscar por todas partes nuevos catecúmenos. Cierta ocasion en que se le llamó á auxiliar á un neófito mordido de una culebra, fué á caballo acompañado por un solo individuo, y halló una tribu numerosa de gentiles. Como estos nunca habian visto caballos, se espantaron mucho con aquel; pero el padre con sus buenos modales y con algunos regalitos que les hiso, les inspiró tanta aficion á su persona, que no queriendo separarse de él, no le dejaron dormir en toda la noche. Se estuvo allí tambien el dia siguiente, con el fin de inducirlos, como lo hiso, á que se mudasen á Kadakaaman para instruirse en la religion cristiana.

La docilidad de los cochimíes, junta con su viveza y sus costumbres, contribuyó mucho á los progresos que hizo la mision de San Ignacio, así en lo espiritual como en lo temporal. Aquel terreno es uno de los mejores de la California para la agricultura, tanto por la calidad de la tierra cuanto por la abundancia de la agua. El padre

1 De familia nobilísima y descendiente del primer caballero que fundó en Méjico la Compañía de Jesús.

Sestiaga habia preparado oportunamente una parte de él para tapar trigo y sembrar maíz, y la primera cosecha que levantó el padre Luyando fué de casi cien fanegas; pero en el año cuarto levantó hasta mil por haberse aumentado el cultivo con los brazos de los indios, los cuales trabajaban de buena gana, viendo que todo el producto era para ellos, á excepcion de la corta cantidad que consumian en sus alimentos el misionero y los dos soldados. El padre Helen, misionero de Guadalupe, les habia llevado pepitas de calabaza y semillas de otras plantas, y les habia enseñado el modo de cultivarlas, lo cual le sirvió al padre Luyando para formar una huerta de plantas extranjeras y de las pocas útiles que se dan espontáneamente en la península, y una viña de cincuenta parras, cuyos plantíos fueron tan útiles á la mision que los neófitos de ella eran de los mas acomodados. Además, puso en lugares oportunos un buen número de bueyes y ovejas, para que multiplicándose, pudiesen servir al sustento de los mismos indios. Finalmente, estos fueron congregados en varias poblaciones, y en cada una se fabricó una capilla en que rezasen diariamente sus devociones, y celebrase el misionero cuando fuese á visitarlos, en cuyas fábricas no solo hizo el padre Luyando de arquitecto, sino tambien de albañil y de peon á ejemplo de los otros misioneros.

§ XVI.

SE VE AFLIGIDA LA MISION DE SAN IGNACIO.

Aunque aquella mision caminaba desde su principio con tanta prosperidad, no por eso dejó de verse afligida por las contradicciones y reveses que suelen acompañar las obras de la gloria divina. Ocho gentiles dieron la muerte una noche á un catecúmeno junto á la casa del misionero, por solo el motivo, segun se creyó, de que este le estimaba mucho por sus buenas disposiciones para el cristianismo, y fué preciso disimular este atentado en obvio de mayores desórdenes; pero Dios no quiso dejarle impune, pues el año siguiente quitó la vida á todos los culpables en una epidemia que sobrevino. Los indios de una de las tribus se mostraron tan obstinados, que á pesar de las repetidas exhortaciones é invitaciones del misionero y del ejemplo de las otras, no quisieron en dos años venir á Kadakaaman á instuirse en la doctrina cristiana, y sus ancianos se mantuvieron siete años en su obstinacion; pero al fin todos se rindieron á la gracia del Señor. Es muy natural que los viejos sean mas difíciles de convertirse, porque su edad es mas indócil á la instruccion y sus vicios tienen raíces mas fuertes y profundas. Esto se observó constantemente tanto en aquellas misiones como en otras, principalmente si la edad senil estaba acompañada con el oficio de guama, porque entonces la obstinacion tenia un nuevo apoyo en el interés.

Al concluir el primer discurso que el padre Luyando les dirigió á los cochimíes anunciándoles los atributos de Dios, los misterios de la Trinidad y Encarnacion, el premio de los justos en la gloria, la pena de los pecadores en el infierno, el odio que el demonio tiene á los hombres y cómo se valia de los guamas para engañarlos, se oyó un fuerte murmullo, y se vió tal inquietud en el auditorio, que el misionero temió por su vida. El motor de esto fué un guama famoso que allí estaba, el cual, aunque no era muy viejo, habia adquirido mucho predominio sobre todos por su espíritu y capacidad. Terminado el discurso y despedido el auditorio, el guama convocó á todos los indios á un lugar secreto y les dirigió otro discurso contrario al del misionero, valiéndose de cuantas razones pudo para impugnarle, siendo la principal, que ellos no habian visto lo que el misionero les predicaba, y que al contrario, no pocas veces habian visto y oido hablar á *Fehual*, ó sea el espíritu director de las acciones humanas, lo cual era testificado por todos los guamas; y que de niños no aprendian otra doctrina sino la que les enseñaba *Fehual*. Al fin añadió que *Fehual* estaba muy enojado desde que los cristianos habian entrado en el país, y que por este motivo habia ahuyentado todos los venados. Este discurso hizo mucha impresion en aquellos bárbaros, porque efectivamente, no se habian visto allí venados desde el establecimiento de la mision de San Ignacio; pero oportunamente llegaron algunos neófitos de Mulegé que habiéndose educado en Loreto eran mas cultos, y por tanto mas respetados. Estos aseguraron que en las diez leguas que habian andado para llegar á Kadakaaman, habian visto siete venados, de lo cual debia inferirse que el guama era un impostor. Los cochimíes les dieron crédito, y el guama quedó confundido, pero no enmendado.

El padre Luyando le reprendió muchas veces por su vida disoluta, hasta que le movió á solicitar el bautismo, prometiendo enmendarse. No solamente fué bautizado, sino que se le confirió el cargo de gobernador de los indios de Kadakaaman, acaso por obligarle con este honor á ser mas morigerado. Sin embargo, no tardó mucho en volver mas desenfrenadamente á sus vicios, y no bastando á corregirle ni las amonestaciones privadas ni las reprensiones públicas, reunió un dia el padre Luyando á todos los indios, y en presencia de ellos reprendió severamente al gobernador aquellos escándalos, y después añadió que siendo en él mas grave la culpa que en un particular, debia sufrir cuando menos la misma pena que otro culpable. Todos enmudecieron, á excepcion de un neófito llamado Tomás, mas celoso y atrevido, el cual en voz alta confirmó lo que el misionero decia, y animando á los otros se apoderó del gobernador, á quien se le aplicó el castigo comun de azotes, después de haber sido despojado del cargo. El se enmendó y por al-

gun tiempo disimuló su enojo; pero á poco tiempo intentó sublevar á toda la nacion contra el misionero, y varias veces trató de matarle; mas ni lo uno ni lo otro tuvo efecto, y Dios libró después de algunos meses al padre Luyando de un perseguidor tan fiero, y á este de su perdicion, pues fué la primera víctima de la epidemia que sobrevino, muriendo muy arrepentido, y caritativamente asistido y confortado por su padre en Cristo.

Mas fácilmente se consiguió la correccion de otro guama, que habiendo pedido el bautismo muchas veces y hallándose entre los catecúmenos sin dejar sus vicios, engañó á una cristiana y se fué con ella al monte. Cogidos los dos por algunos neófitos y llevados á la mision, el padre se contentó con reprender al catecúmeno su delito y amenazarle con el castigo, que en efecto no tardó en merecer con nuevos atentados, por los cuales recibió la pena, aunque ligera. Sin embargo, la llevó tan á mal, que se huyó al momento, desahogando su enojo en amenazas contra el misionero. Y dirigiéndose al lugar donde pacian las cabras de la mision, mató una prieta, diciéndole al pastor que la mataba para vengarse del padre, que tenia el hábito del mismo color, y que lo que entonces hacia con la cabra lo haria bien pronto con su dueño. Como la inquietud entre aquellos bárbaros es contagiosa, se procuró de todos modos haber á las manos aquel sedicioso. Le cogieron efectivamente sus mismos paisanos, y llevándole á Kadakaaman, estuvo preso una noche, y al dia siguiente se formó con grande aparato un tribunal en que hacian de jueces los dos soldados de la mision y el indio gobernador, ante el cual compareció el reo en presencia de todo el pueblo, se le hizo proceso verbal, confesó de liso en llano su delito y fué sentenciado á la pena de azotes. La sentencia se comenzó á ejecutar en el momento; mas apenas se le habian dado tres ó cuatro golpes, cuando compareció el padre Luyando, que de intento no habia querido intervenir en el juicio, hizo suspender el castigo, y suplicó á los jueces perdonasen al reo de cuya enmienda no debia dudarse. Los jueces se dejaron vencer, y el reo quedó de esta manera obligado á la cristiana humanidad del misionero, mudó de vida desde aquel momento, y habiendo sido bautizado, fué después un buen cristiano. Con el mismo ardid ganó el padre á otro viejo sedicioso que no cesaba de declamar por todas partes contra él y contra los de su nacion, que se dejaban engañar por un extranjero que habia venido á abolir las antiguas constumbres del país y los usos de sus antepasados. Este tambien obligado de la gratitud se hizo cristiano, y lo fué verdaderamente hasta la muerte.

§ XVII.

PROGRESOS DE LA MISION. FERVOR DE UN GENTIL.

En medio de estos sucesos, ya prósperos, ya adversos, se iba diariamente aumentando la mision de San Ignacio, á cuyos progresos contribuyó no poco la natural bondad de los indios, que de facto eran tan buenos que advertian al misionero todo lo reprensible que observaban en sus paisanos para que los corrigiese, y los mismos culpables se le presentaban á pedirle el castigo de sus faltas, aunque fuesen secretas. De esta buena índole se valió el padre para inclinarlos á que compusiesen los caminos de Kadakaaman á cada una de sus respectivas tribus, lo cual importaba mucho para la buena administracion. Para alentarlos á este trabajo les prometia premios, y ensalzaba con alabanzas á los que mas sobresalian. De aquí nació entre ellos una emulacion útil, que hizo ver que no eran estúpidos, ni insensibles á los estímulos de la gloria. Una tribu, habiendo observado que otra la habia aventajado en los trabajos del camino y que por esto debia merecer mayores alabanzas, determinó trastornar su empresa. Como veian que las cartas servian para hablar con los ausentes y mandarles órdenes desde lugares distantes, tomando un pedazo de papel hicieron algunos escarabajos imitando las letras, y despacharon á los de la otra tribu un correo con aquel papel y una órden verbal del misionero para que suspendiesen sus trabajos y abriesen el camino por otra parte. Estos entraron en sospecha, y volvieron al correo con el papel, diciendo que el misionero no podia haber mandado carta á quienes no sabian leerla; mas el correo instruido por los que le habian enviado, volvió diciendo que el misionero no mandaba la carta para que fuese leida, sino solamente para que sirviese de seña de la órden verbal que él les llevaba. Sin embargo, dispusieron que algunos de entre ellos fuesen á Kadakaaman á oir de boca del mismo misionero lo que queria, y de este modo descubrieron el engaño de sus émulos.

La grande enfermedad que hubo el año de 1729 en vez de retardar los progresos de esta mision, le fué muy ventajosa, porque sacó de este mundo algunos guamas de los que mas se oponian al cristianismo; y aunque murieron muchos niños, y algunos adultos, los que sobrevivieron manifestaron desde entonces mas afecto á la fe, porque vieron con sus propios ojos la activa caridad con que su misionero llevaba á los enfermos todos los auxilios espirituales y corporales, trabajando de dia y de noche, y sufriendo infinitas incomodidades por su salud. Los guamas esparcieron entre los gentiles la voz de que no morian todos los que estaban bautizados, y por eso algunos ocultaban sus hijos al misionero que queria bautizarlos porque estaban en peligro. Mas esta voz fué desmentida por los neófitos, que ob-

servaron que en un número igual de gentiles y cristianos enfermos morian mas gentiles; y no podia menos, porque los cristianos tenian las ventajas de habitaciones, alimentos mas sanos y medicinas, de que carecian los gentiles.

Entre los cochimíes que en aquel tiempo abrazaron la religion cristiana se hizo particularmente digno de memoria y admiracion un gentil de la tribu *Hualimea* en la costa del mar Pacífico. Aunque jamas habia visto un misionero y vivia tan lejos de todas las misiones, habiendo adquirido por medio de unos cristianos algun conocimiento de los misterios de nuestra fe y de la necesidad del bautismo para salvarse, se hizo predicador de sus paisanos, exhortándolos incesantemente á que fuesen á Kadakaaman á instruirse y bautizarse, y prometiendo que él seria el primero en abrazar el cristianismo. Los guamas y los viejos le contradecian, alegando las voces esparcidas de que morian los que se bautizaban; pero él se defendia con buenas razones, y la disputa se acaloró de tal modo que de las palabras pasaron á las manos. Al fin tomó la resolucion de ir á Kadakaaman con su familia, asegurando á sus parientes que queria bautizarse aunque fuera cierto que habia de morir en el mismo dia. Partió en efecto en compañía de su familia y de otros que quisieron seguirle y habiendo llegado todos a la mision, fueron recibidos por el padre Luyando con la estimacion y amor que convenia á tan grande fervor. Sus hijos prqueños fueron bautizados aquella misma tarde por el temor de las viruelas, que ya comenzaban á hacer estragos, y los adultos fueron alistados entre los catecúmenos al dia siguiente, tanto para hacer instruidos desde aquel dia, cuanto para ser sustentados á expensas del misionero todo el tiempo que durase su instruccion, segun la práctica de aquellas misiones. A pocos dias murió una hija pequeña del fervoroso catecúmeno, y se enfermaron su mujer y un hermano suyo. El padre temia que esta desgracia fuera en ellos una fuerte tentacion contra la fe; pero al contrario, se manifestaron mas empeñados en instruirse y mas deseosos del bautismo, á ejemplo de su conductor. Este se bautizó primero, tomando el nombre de Cristóbal, que tanto le convenia, y después siguieron los otros. Todos, segun se estilaba en aquellas misiones, permanecieron allí después de su bautismo algunas semanas, en cuyo tiempo dió Cristóbal tales ejemplos de virtud, que el misionero no cesaba de dar gracias al Señor, y le proponia á los restantes neófitos como modelo de la vida cristiana. Al marchar á su país prometió al misionero que no perdonaria diligencia ni trabajo para reducir al cristianismo á todos los de su tribu, y aun de las vecinas. Efectivamente, á pocos dias volvió con una multitud de sus parientes para hacerlos cristianos, y de este modo poco á poco los fué atrayendo á todos, aun á los viejos y guamas, los cuales no podian resistir á la eficacia de la gracia divina que les hablaba por boca de Cristóbal. La conversion de esta tribu activó la propagacion del Evangelio por toda la costa hácia el Norte.

§ XVIII.

REVÉS DE LA MISION. RESOLUCION TOMADA, Y FRUTO DE ELLA.

Este placer del padre Luyando fué amargado por una tribulacion que después acarreó grandes ventajas á la mision. Los feroces bárbaros de algunos países setentrionales, indignados contra el cristianismo, cayeron improvisamente sobre una tribu cristiana, mataron una muchacha y un viejo y echaron á los demás, los cuales espantados huyeron á Kadakaaman. Los cristianos de algunas tribus se preparaban á vengar aquel atentado; pero el padre temiendo que con esto se encendiese una guerra interminable, los apartó de su resolucion, exhortándolos á sufrir con paciencia aquellas ofensas como buenos cristianos. Creia que este ejemplo de generosa paciencia por parte de los neófitos contribuiria a que sus enemigos se afisionasen al cristianismo, y con este fin les envió una embajada con algunos regalos; pero la experiencia le hizo ver que en tales circunstancias no era aquel el modo de ganar á los bárbaros. Ellos se persuadieron que la embajada y los regalos eran efectos del temor que sus armas habian causado al misionero y sus neófitos, y con este motivo se hicieron mas insolentes y atrevidos, asaltaron otra tribu cristiana, la echaron del lugar en que moraba, le robaron sus pobres muebles, y amenazaron de hacer lo mismo en Kadakaaman.

El padre Luyando viendo atemorizados á sus neófitos, no teniendo consigo mas que dos soldados, y no pudiendo hacer venir prontamente la tropa de Loreto, distante mas de setenta leguas, tomó el consejo del padre Sestiaga, como mas versado en aquel país y con aquellas gentes. Este padre gobernaba entonces en la mision de Guadalupe por ausencia del padre Helen, y habiendo ido á Kadakaaman, determinó allí, de acuerdo con el padre Luyando, que ante todas cosas se implorase la proteccion del Señor en una piadosa novena á la Santísima Trinidad con asistencia de toda aquella gente, y después se enviase una corta, pero bien armada partida de neófitos contra los salvajes, no para destruirlos, sino para cogerlos y castigarlos. Con este fin fueron convocadas á Kadakaaman todas las tribus cristianas de la mision, y se comenzaron los preparativos de la guerra con grande aparato y rumor, al uso de aquel país, tanto para alentar á los neófitos acobardados como para amedrentar á los enemigos engreidos. Se fabricó una gran cantidad de arcos y flechas, y se hicieron muchas lanzas nunca vistas en la península, armadas algunas con cuchillos en vez

de hierro y endureciendo al fuego las puntas de otras. Los dos soldados españoles ayudados por los indios hicieron hasta trescientos escudos de cuero. Aun las mujeres tuvieron que hacer en tales preparativos, ajustando las suelas para los cacles de los guerreros, tostando el maíz para sus provisiones y tejiendo redes para llevarlè.

Terminados los preparativos se pasó revista de la tropa, y se hallaron casi setecientos hombres de guerra; pero no habiendo víveres para todos, se escogieron trescientos y cincuenta de diversas tribus. Entre aquellos bárbaros se acostumbraba que para ir á la guerra cada tribu nombraba su capitan que la mandase con absoluta independencia de los otros, lo cual debia serles muy pernicioso por la contrariedad de las determinaciones inevitables entre tantos caudillos. Para evitar estos desórdenes se les previno que la tropa debia marchar á las órdenes de solos dos capitanes, ambos de su nacion, avisados, valientes y prácticos en el terreno, los cuales se pondrian de acuerdo en sus determinaciones, y que el uno debia ser electo por ellos y el otro por los misioneros. Los indios eligieron al que entre ellos tenia mas reputacion, y los misioneros por su parte nombraron al gobernador de Kadakaaman, que era un jóven vivo, criado por el padre Ugarte y educado en Loreto. La instruccion que se dió á los capitanes fué de que no matasen á nadie sino en caso de ser necesario para su defensa, cuya instruccion fué puntualmente ejecutada, como veremos.

Habiendo recibido la tropa en la iglesia la bendicion de los misioneros, marchó contra el enemigo llevando por estandarte la insignia de la santa cruz. El capitan gobernador mandó anticipadadamente sus exploradores, é informado por ellos de que los enemigos se hallaban en la falda de un monte, se les aproximó de noche, y formándoles un cerco al rededor, los fué estrechando poco á poco y con mucho silencio para no ser sentido. La mañana siguiente todos á un tiempo y con aullidos espantosos, segun su modo de pelear, cayeron sobre los enemigos, los cuales al principio tomaron las armas para defenderse; pero viendo que sus fuerzas eran muy inferiores, se rindieron todos, á excepcion de dos que pudieron escapar. Cogidos sin dificultad en número de treinta y cuatro y bien atados, fueron llevados á Kadakaaman. El ejército victorioso se dirigió á la iglesia á dar gracias al Altísimo porque le habia concedido la victoria sin derramamiento de sangre y aun sin disparar una flecha. El dia siguiente se cantó una misa con la mayor solemnidad posible en accion de gracias á la Beatísima Trinidad. Después reunido el pueblo en un lugar conveniente se erigió un tribunal en que tomaron asiento como jueces los dos soldados españoles y el indio gobernador. Presentados allí los prisioneros, examinada su causa y convencidos de homicidio y hurto, los jueces, que en todo estaban de acuerdo con los misioneros, declararon que siendo los delincuentes reos de muerte, debian ser llevados á Loreto, porque ninguno mas que el capitan del presidio podia condenar á tal pena. Los reos, sobremanera contristados con su suerte, fueron vueltos á la prision, y aquellos nuevos y aun rudos cristianos se alegraban de la muerte de sus enemigos. Entonces los misioneros, que entre tanto se habian estado en su casa, fueron á ver á los prisioneros para consolarlos y asegurarles que escaparian de la muerte, y no contentos con llevarles esta tan alegre nueva, les hicieron muchos regalos, y después reprendieron severamente á los neófitos su vituperable alegría, dándoles algunos consejos útiles acerca de la caridad cristiana.

El dia siguiente se volvió á abrir el juicio á instancias públicas de los misioneros, los cuales llevaron consigo algunos indios para que con ellos suplicasen á los jueces que revocasen su sentencia, no condenando á los reos á muerte y no enviándolos á Loreto. Presentados estos de nuevo al tribunal, fueron condenados, ya no á morir, sino á sufrir un gran número de azotes. Se comenzó efectivamente á ejecutar esta pena en el reo principal; pero después de algunos azotes se volvieron á presentar los misioneros, intercediendo ante los jueces á fin de que cesase el castigo de aquel reo y se les perdonase á los restantes. Así lo hicieron, contentándose con dar á los mas principales de los vencedores algunas armas de los vencidos.

El fruto de esta moderacion cristiana fué muy grande, porque los neófitos quedaron mejor instruidos y los gentiles muy aficionados á los misioneros y á su ley, que mandaba el amor á los enemigos. Estos fueron de propósito detenidos algunos dias, para que mirando el órden de la mision y la caridad y dulzura con que los neófitos eran tratados, se moviesen á abrazar el cristianismo. Efectivamente, suplicaron á los misioneros que los bautizasen juntamente con sus hijos que llevaban consigo; pero los misioneros no condescendieron por aquella vez, para probar su constancia y avivar sus deseos. Partieron pues desconsolados para su país; pero de medio camino se volvieron á suplicar que al menos fuesen bautizados sus chiquillos. Lo fueron en efecto, á excepcion del hijo del homicida principal, el cual volvió á irse muy desconsolado; mas á poco tornó á decir llorando á los misioneros, que le diesen la muerte si querian, con tal que su hijo fuese bautizado. Los misioneros, que no habian negado el bautismo al hijo sino para probar la constancia del padre, le bautizaron por fin, y aquel bárbaro se fué contento. A pocos meses volvieron á Kadakaaman todos los prisioneros, trayendo á sus familias, á sus parientes y aun á aquellos ancianos que por su debilidad no podian caminar, á instruirse en la doctrina cristiana y recibir el bautismo, como se hizo con grande júbilo de todos.

No fué este el único fruto de aquella victoria.

La fama de ella, que se esparció por casi toda la península, abatió el orgullo de los gentiles, les inspiró una alta idea de la religion que predicaban aquellos extranjeros y activó en los años siguientes su conversion. Mas el padre Luyando, después de cuatro años de una vida tan laboriosa, se vió precisado por sus graves enfermedades á dejar una mision que habia fundado con sus bienes, con su celo y con sus trabajos.

§ XIX.

MUERTE DE LOS PADRES PÍCCOLO Y JUAN DE UGARTE. ESTADO DE LAS MISIONES.

Mientras el cristianismo se propagaba tan felizmente hácia el Norte, tuvo la California dos grandes pérdidas en la muerte de los dos mas antiguos y famosos misioneros. El padre Francisco María Píccolo y el padre Juan de Ugarte. El primero murió en Loreto el 22 de febrero de 1729 á los setenta y nueve años de su edad, y después de cuarenta y seis de tareas apóstolicas en las misiones de Taraumara, Sonora y California. El segundo, tan benemérito de esta península, murió en 29 de diciembre de 1730 en su mision de San Javier. Los treinta años que vivió en la California valieron por un siglo, si se considera lo que hizo en servicio de Dios y en favor del país y de aquellas naciones. Las vidas de estos dos hombres tan amados de Dios se publicaron en Méjico en relaciones particulares, y el menologio de aquella provincia hace honorífica mencion de ellos.

Las misiones de la parte austral no iban tan bien como las de la setentrional. Sus neófitos se veian frecuentemente molestados por los muchos gentiles que aun habia en ellas, y algunos á causa de su inconstancia se disgustaban fácilmente de la vida cristiana é inquietaban á los que vivian tranquilos en la fe. En 1723, cuando estaban recien establecidas las misiones de la Paz, los Dolores y Santiago, fué necesario que el capitan gobernador de la península visitase con gente armada el país, para poner miedo y contener la inquietud. Lo mismo hizo en los años de 1725 y 29. Los misioneros para impedir los males que temian no hallaban mas remedio que multiplicar en aquel rumbo las misiones. Sus deseos fueron secundados por la inagotable liberalidad del marqués de Villapuente y de su prima y cuñada doña Rosa de la Peña. El marques exhibió el capital para una mision que debia fundarse cerca del cabo de San Lucas, y doña Rosa, para otra que se habia de establecer en el puerto de las Palmas, donde antes habia estado la de Santiago.

Entonces era en Méjico procurador de la California el padre José de Echeverría, el cual habiendo sabido que un buque de la colonia se habia perdido con las provisiones que llevaba, marchó á Sinaloa en octubre de 1729 á comprar otro y á solicitar nuevas provisiones. Cuando se ocupaba en este negocio, recibió una carta del provincial en que le hacia saber que el padre general Miguel Angel Tamburini le creaba visitador general de todas las misiones pertenecientes á la provincia mejicana. Queriendo comenzar su visita por la California, se dirigió á Loreto, y de allí á las siete misiones entonces mas setentrionales de la península. Los progresos que en ellas notó le causaron tanto gusto y edificacion, que en una carta que á pocos dias escribió de Loreto á Méjico, se explica de este modo: "Todas las incomodidades y trabajos de este viaje se pueden sufrir de buena gana por tener el consuelo de ver el fervor de este nuevo y feliz cristianismo. No se pueden contener las lágrimas al oir las alabanzas divinas de la boca de estos pobres indios, que poco ha no conocian á Dios. Gracias á su infinita misericordia, no solamente hay hoy mas de seis mil personas bautizadas en estas siete misiones, sino que creo que no hay un niño de los que ya saben hablar que no tenga bien sabida la doctrina cristiana."

§ XX.

MISION DE SAN JOSÉ DEL CABO. ES DESTINADO Á ELLA EL PADRE TAMARAL.

Habiendo vuelto á Loreto el visitador, se embarcó allí para ir á visitar las misiones meridionales y plantar entre los pericúes las dos proyectadas, á saber: la de San José en el cabo de San Lucas, y la de Santa Rosa en el puerto de las Palmas. Para la primera fué destinado el padre Nicolás Tamaral, que ya habia establecido con mucho fruto la de la Purísima, y en la segunda debia emplearse el padre Segismundo Taraval, que aun no habia llegado de Méjico. Se embarcaron pues el visitador y el padre Tamaral, dirigiéndose primero á la Paz, donde entonces estaba de misionero el padre Guillermo Gordon, escocés, y después á Santiago, donde cuatro años antes habia sucedido al padre Nápoles el padre Lorenzo Carranco. De aquí pasaron al cabo de San Lucas, término meridional de la península, y escogieron allí cerca de una pequeña laguna el lugar que les pareció mas á propósito para el establecimiento de la nueva mision de san José, la que llamaron *San José del Cabo*, para que se distinguiese de la de San José de Comondú. Fabricaron, segun costumbre, dos cabañas, una que debia servir de iglesia y otra de habitacion para el misionero, ambas formadas de palmas, que allí abundaban mucho, y techadas con cañas y heno. En las tres semanas que se detuvo allí el visitador, apenas comparecieron veinte familias de gentiles. Preguntados estos dónde estaban los otros que en tan grande número habia visto el año anterior el capitan del presi-

dio, respondieron que todos habian muerto en una epidemia. Esta respuesta era falsa, como se vió después, porque apenas habia partido el visitador con los soldados que le acompañaban, cuando comenzaron á venir los indios en tropas numerosas. El verdadero motivo de su ocultacion, segun ellos declararon después, era que habiendo ejercido algunas hostilidades contra los neófitos de Santiago y de la Paz, temian que los soldados hubiesen venido á castigarlos.

El padre Tamaral después de haber consagrado á Dios las primicias de la mision en el bautismo de un crecido número de párvulos, celebrado el sábado de Gloria del año de 1730, y después de haber alistado á muchos adultos entre los catecúmenos, se puso á buscar un lugar mas á propósito para la mision, porque aquel en que se habia plantado al principio era muy caliente, muy abundante en moscos y otros insectos perniciosos, y debia ser tambien mal sano por hallarse encerrado entre dos montes. Hallado el lugar á dos leguas del mar, trasladó la mision, edificó la iglesia y casa, congregó en dos poblaciones diversas tribus de salvajes sacadas de los bosques, y se dedicó con tanto celo á su conversion é instruccion, que en el primer año bautizó entre párvulos y adultos mil y treinta y seis, lo cual es tanto mas admirable cuanto menos dispuestos estaban aquellos salvajes á abrazar el cristianismo. Además de lo que acerca de esto hemos dicho en otra parte, contribuirá á conocerlos mejor lo que escribió este celoso misionero al marqués de Villapuente. "Es, dice, sumamente difícil reducirlos á que dejen el gran número de mujeres que tienen, porque entre ellos es muy numeroso el sexo femenino. Basta decir que los hombres mas ordinarios tienen cuando menos dos ó tres. Este es el obstáculo mas invencible tanto para los hombres como para las mujeres, para estas, porque se ven repudiadas de sus maridos, no hallando quien las quiera, y para aquellos, porque cuanto mayor es el número de sus mujeres, están tanto mejor servidos y provistos de todo lo necesario, pues yacen en un ocio perpetuo á la sombra de los árboles, y sus mujeres trabajan buscando en los bosques las raíces y frutas silvestres de que se alimentan, y cada una procura llevar al marido lo mejor que encuentra, para ganarle el afecto con preferencia á las otras. Es pues un milagro de la divina gracia conseguir que estos hombres perezosos y acostumbrados á una vida bestial, se resuelvan á contentarse con una sola mujer, á buscar los alimentos para sí mismos y para sus hijos y á tener una vida racional."



§ XXI.

LLEGA Á LA CALIFORNIA EL PADRE TARAVAL. GOBIERNA OTRAS MISIONES Y PLANTA LA DE SANTA ROSA.

El padre Segismundo Taraval, destinado á la proyectada mision de Santa Rosa, llegó á Loreto en mayo del año de 1730. Era nativo de Lodi, ciudad de Lombardía, donde estuvo su padre don Miguel Taraval, teniente general de los reales ejércitos de su majestad católica. Al volver este caballero á España, llevó consigo á su hijo, el cual á los diez y ocho años de edad entró en la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo. Cuando estudiaba filosofía en Alcalá, impulsado del deseo de emplearse en la conversion de los gentiles, pasó á Méjico con permiso de los superiores, y concluidos sus estudios, fué enviado de allí á la California. Trabajó con mucho celo veintiun años en diversas misiones de esta península, empleando en el estudio todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, como lo habia hecho siempre. En 1751 fué á residir á Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, en donde en los doce años que allí permaneció, fué siempre consultado de toda clase de personas por su mucha subiduría y erudicion en las materias teológicas y canónicas. En su muerte acaecida en 1763, dejó muchas obras manuscritas, de las cuales vi yo doce volúmenes en la librería de los jesuítas de aquella ciudad, é hice copiar algunas.

Como cuando él llegó á la California habia algunas graves dificultades que vencer para plantar la mision de Santa Rosa, fué enviado primero á la de la Purísima, que dejó el padre Tamaral. Después en 1732 se le encargó la de San Ignacio, mientras su misionero el padre Sestiaga hacia como superior la visita de todas las otras misiones. Pocos meses después de su llegada á Kadakaaman se le presentaron algunos indios habitantes de unas islas del mar Pacífico, á suplicarle que fuese á su país á visitar y hacer cristianos á sus parientes. Resolvió darles gusto, pero envió antes algunos exploradores á que se informasen de las disposiciones de aquellos isleños, y entre tanto hizo algunos pequeños preparativos para el viaje. Habiendo salido de Kadakaaman, caminó seis dias por la costa hasta un cabo desde donde se veian las islas, de las cuales la mas cercana distaba casi siete leguas. Para navegar aquel trecho, no teniendo bastimento, formó una balsa con los leños que allí se hallaron. La primera isla, llamada *Afeguá*, ó sea isla de los pájaros, apenas tiene media milla de larga, es estéril, falta de agua y despoblada; pero hay en ella una gran cantidad de pájaros, por cuyo motivo le pusieron los indios aquel nombre. Además de las especies conocidas, vió en ella el padre Taraval dos nuevas: la primera de ciertos pájaros negros mayores que un gorrion, los cuales de dia se van

al mar á buscar su sustento, y duermen por la noche en nidos subterráneos que forman á la profundidad de tres ó cuatro piés. La segunda de otros del tamaño de un pato, negros por el lomo, blancos por el vientre, con el pico corvo y los dedos armados de gruesas uñas para la pesca, en la que se ocupan tanto de dia como de noche, cuando el mar está alterado, pues cuando está tranquilo se retiran á la isla, y habitan tambien debajo de tierra en agujeros de diez á doce piés de profundidad. La caza de los pájaros atrae allí á veces á los indios del continente y aun á los de la isla *Huamalguá*.

Huamalguá, esto es, isla nebulosa, dista de la de Afegua poco mas de cuatro leguas, y ambas están situadas á los 31° de latitud Norte, segun calculó el padre Taraval. *Huamalguá* es una isla triangular, cuyo lado mayor tiene dos jornadas de un cabo al otro, y en medio de ella hay un monte muy alto. Abunda en manantiales de agua dulce, en venados, conejos, pájaros de diversas especies, y sobre todo, en lobos marinos. Los venados son mas chicos que los de la California y tienen el pelo mas espeso. Entre los conejos hay algunos del todo negros y cubiertos de un pelo mas suave que el del castor.[1] Hay tambien algunas nutrias. El mezcal que sirve de pan á los indios, es mas jugoso que el de la California. En la playa se encuentran muchas especies de conchas, y entre ellas las turquíes, tan apreciadas por su singular hermosura. El mar es frecuentado de muchas pequeñas ballenas, que los indios pescan con horquillas de madera, tan solo por interés de los nervios, que les sacan para hacer con ellos las cuerdas de sus arcos.

Desde la cumbre del monte vió el padre Taraval dos isletas hácia el Oriente y á distancia de ocho á diez leguas, y por otro rumbo otras tres habitadas solamente de nutrias y lobos marinos, que á veces van á cazar los indios. Hácia el Norte observó á mucha distancia otras islas mas grandes, que creyó, no sin razon, que serian las que forman el canal de Santa Bárbara, comenzando por la de Santa Catarina.

Los habitantes de Huamalguá eran pocos, y no fué difícil inclinarlos á que se trasladasen á Kadakaaman á intruirse y bautizarse, á excepcion de un guama, el cual se opuso de tal modo, que todos habian resuelto dejarle solo en la isla, pues ni aun su mujer queria quedarse; mas viendo él que todos se iban, se determinó á acompañarlos, aunque de mala gana. Habiéndose embarcado en sus balsas, se vieron obligados por una tempestad á refugiarse en la isla de Aseguá, en donde estuvieron algunos dias sustentándose con mezcal. Cuando se tranquilizó el mar se arrimaron á la península, y navegando tierra á tierra, vieron en algunos bancos muchos lobos marinos. El guama, que aun iba muy disgustado en aquel viaje, queriendo matar un lobo, se echó á la agua y se fué á nado hácia los bancos; mas al volverse, porque los lobos habian huido, fué cogido por un tiburon: con sus extraordinarios esfuerzos habia conseguido desprenderse de los dientes de aquella horrenda bestia; mas volviendo esta á cogerle con mayor fuerza, se hundió con él, y no volvió á ser visto. La pérdida de este infeliz causó grande pesadumbre al padre Taraval; pero sirvió de afirmar á aquellos gentiles en su buen propósito. Habiendo llegado á Kadakaaman, fueron estos bien instruidos y bautizados, y renunciando á su patria, se agregaron de buena voluntad á la mision.

La conversion de estos isleños no fué el único fruto del celo del padre Taraval en los meses que gobernó la mision de San Ignacio, pues á principios de 1733, por su caritativas invitaciones vinieron tres tribus de gentiles de lugares muy distantes; las dos de los países mediterráneos, y la tercera de la costa oriental junto al cabo de San Miguel, situado á los 29° y 30' latitud Norte; y esta vino toda sin exceptuar á los viejos y enfermos. El padre Taraval los recibió amorosamente, los instruyó á todos y bautizó algunos; todos los restantes fueron bautizados por el padre Sestiaga, que habiendo vuelto á Kadakaaman de su laboriosa visita, continuó sus trabajos en aquella mision con tanto fruto como celo, ayudado por el padre Fernando Consag.

Libre ya el padre Taraval del cuidado de la mision de San Ignacio por el regreso del padre Sestiaga, salió en el mismo año de 1733 á plantar entre los pericúes la nueva mision de Santa Rosa, cuya fundacion se habia frustrado hasta entonces por algunas dificultades. Se plantó por fin, no en el puerto de las Palmas, como se queria, sino en el pueblo de Todos Santos, distante media legua del mar Pacífico. Este pueblo que antes pertenecia á la mision de la Paz, habia sido habitado por guaicuras; pero habiéndose despoblado después, tanto por la enfermedad, que privó á muchos de la vida, cuanto porque otros se fueron á vivir á otra parte, se establecieron en él desde 1731 varias tribus de pericúes, con las cuales dió principio el padre Taraval á su mision. Halló á aquellos gentiles muy dispuestos á causa de las visitas que les hacian los misioneros de la Paz, de Santiago y de San José del Cabo. Al principio tuvo que sufrir graves contradicciones de parte de algunos indios obstinados en su vida bestial, por cuyo motivo no quiso licenciar á los tres soldados de Loreto que le acompañaban; pero trabajó tanto y se dedicó de tal suerte á ganarles el afecto, que en menos de un año bautizó la mayor parte de los párvulos y adultos de su distrito, y al afecto de estos debió al haber escapado la vida en la rebelion general de aquella nacion.



1 Tal vez los cuadrúpedos que el padre Taraval tuvo por conejos y venados, son animales de distinta especie.

§ XXII.

INDICIOS DE REBELION GENERAL CONTRA LOS MISIONEROS. CARIDAD Y SINGULAR GENEROSIDAD DEL PADRE TAMARAL PARA CON UNOS NAVEGANTES.

Las primeras chispas de este incendio comenzaron á manifestarse á fines de 1733 y principios de 34. El gobernador de Santiago era un neófito llamado Boton, hijo de un mulato y una india. El padre Carranco le habia dado este cargo porque tenia mas talento que los otros y para obligarle á tener una vida mas arreglada; pero él, á pesar de esto, se entregó sin reserva á los mismos vicios que le habian dominado antes de ser cristiano, y no bastando á corregirle ni las amonestaciones privadas ni las reprensiones públicas, fué por fin privado de oficio y públicamente castigado. Indignado con esta afrenta, se conjuró secretamente contra el padre Carranco, y hubiera conseguido quitarle la vida, como lo intentó, procurando atraer á su partido á algunos mal contentos, si el misionero, sabedor de su criminal intento, no hubiera tomado para impedirlo todas las precauciones posibles. Sin embargo, la inquietud y los desórdenes continuaron hasta que aquel perverso, enfadado de vivir con los cristianos, se fué á *Yeneca*, lugar en que habitaba una tribu de gentiles, cuyo caudillo era un mulato llamado *Chicori*. Este desmoralizado y malvado como Boton, no contento con las muchas mujeres que tenia, se habia robado una jóven cristiana de la mision de San José. El padre Tamaral habia disimulado por algun tiempo este delito, en obvio de mayores males; mas habiéndosele ofrecido ir á Yeneca, habló con blandura á Chicori, quejándose de aquel rapto. El respondió con arrogancia, que siendo aquella cristiana su mujer, tenia razon para habérsela llevado. *Si ella fuera tu mujer*, le contestó el padre, *ni la habrias dejado tanto tiempo en la mision para que se instruyese*, *ni habrias consentido que se bautizase*. Después le vituperó su disolucion y le exhortó á abrazar el cristianismo á ejemplo de tantos otros pericúes; pero él en vez de docilitarse á esta exhortacion, se obstinó mas en su gentilismo y en sus vicios y se resolvió á buscar ocasion de quitar la vida al misionero y de sublevar contra los otros toda la nacion.

Tales eran las disposiciones de Chicori cuando Boton se vió con él en Yeneca después de haber reducido á algunos indios de Santiago. Como el padre Tamaral nada sabia de las maquinaciones de estos malvados, fué sin temor á Santiago con el fin de ayudar al padre Carranco á tranquilizar las turbaciones que allí habia; mas cuando quiso volverse, porque todo parecia tranquilo, le advirtieron algunos indios fieles del mismo Santiago que Boton y Chicori le esperaban en el camino con dos cuadrillas de sus partidarios para darle la muerte. La verdad de esta noticia fué confirmada por otros indios mandados de próposito á explorar el camino; y así el padre para no exponer su vida á un riesgo tan evidente, mandó decir por otro camino á sus neófitos que viniesen armados para acompañarle hasta San José. Los conjurados huyeron al ver venir tanta gente armada, y después, temiendo que los cristianos se uniesen contra ellos, se fingieron arrepentidos de su perverso designio y pidieron la paz, la cual se les concedió luego, aunque para que durase poco, como se verá después.

Apenas habia llegado el padre Tamaral á San José, cuando vinieron del cabo de San Lúcas algunos indios pescadores á decirle que cerca de la costa se habia avistado un navío grande. Este era el de Filipinas que iba á Acapulco; pero hallándose muy necesitado de agua, determinó el capitan tomar puerto en la California, como de facto abordó al de San Bernabé, poco distante del cabo de San Lúcas, y temiendo que el país fuese de enemigos, mandó á tierra gente armada á hacer aguada. Luego que el padre Tamaral tuvo la noticia, dió órden de que se llevasen á San Bernabé toda la carne fresca y frutas del país que pudiesen conseguirse para socorrer á los navegantes, y fué él mismo á ofrecerles sus servicios y los de sus neófitos. Así el capitan del navío como la tripulacion recibieron mucho consuelo por haber hallado tan buena acogida en donde temian hostilidades y por haber obtenido refrescos en donde solo buscaban agua. Muchos de la tripulacion que estaban enfermos de escorbuto, con haber saltado en tierra y tomado aquellos refrescos empezaron á sentir alivio. Habiéndose hecho de nuevo á la vela, después de haber dado infinitas gracias al diligente y caritativo misionero, se dirigieron á Acapulco, y de allí á Méjico, en don de publicaron la buena y oportuna acogida que habian hallado en la California. El capitan informó de ello al virey, y este mandó que en lo sucecivo todos los navíos de Filipinas hiciesen escala en San Bernabé. Lo mismo mandó el gobierno de aquellas islas cuando tuvo la noticia.

Al salir el navío del puerto de San Bernabé, dejó el capitan encomendados á la caridad del padre Tamaral tres enfermos que por la gravedad de sus males no estaban en disposicion de continuar el viaje, á saber: don Juan Francisco Bai tos, capitan de infantería, don Antonio de Herrera, que tambien iba empleado en el navío, y el padre agustino fray Domingo Horbigoso, que iba á Méjico de procurador general por su provincia de Filipinas. Todos tres fueron llevados á la mision de San José, tratados por el misionero con tanta caridad y dulzura y servidos con tanta diligencia, empeño y dedicacion como la de una madre para con el mas querido de sus hijos. No contento con franquear generosamente para su curacion todo lo que habia en la mision que pudiera serles útil, hizo llevar algunas cosas de las

misiones vecinas. El capitan Baitos y el agustino Horbigoso recobraron completamente su salud; pero Herrera, que al salir del navío ya estaba fuera de riesgo, se vió después atacado de un nuevo accidente que le agravó su principal enfermedad, y murió después de haber testado y recibido los sacramentos. El padre Tamaral celebró sus exequias con la mayor pompa posible, y después en presencia del capitan y del agustino hizo un inventario exacto de todo lo que Herrera habia sacado del navío y se lo entregó todo á estos señores, los cuales por esfuerzos que hicieron no pudieron conseguir que el padre aceptase alguna cosa ó como recompensa de los gastos de la enfermedad y del funeral, ó como muestra de agradecimiento á sus servicios. Ambos celebraron después en Méjico con singulares encomios la virtud de aquel apostólico misionero, y el padre Horbigoso dió de esto un testimonio público elogiando mucho á los jesuítas.

§ XXIII.

ESTALLA LA REBELION Y SE PROPAGA POR LA PARTE MERIDIONAL.

La asistencia á los enfermos no distraia al padre Tamaral del cuidado de su mision. Tanto él como los otros misioneros vecinos creian apagadas las primeras chispas de la rebelion excitada por Boton y Chicori, porque parecian por todas partes tranquilos los ánimos de los pericúes; mas aquellos dos malvados bajo una aparente tranquilidad ocultaban una fatal conjuracion que al fin estalló en el otoño de 1734 con la ruina de cuatro misiones y la consternacion de todo el cristianismo de aquella península.

No hubo para ella mas motivo que el odio de aquellos salvajes á la ley cristiana, que los privaba de las muchas mujeres que para su comodidad y placer tenian, segun se aclaró después y lo confesaron los mismos conjurados. Las primeras que abrazaron el partido de estos fueron algunas tribus de gentiles que habitaban la costa meridional entre las dos misiones de Santiago y San José. De allí se propagó el incendio á todas las cinco misiones de la parte austral, pero con tal secreto que los misioneros ni aun lo sospecharon. Cuando los conjurados vieron bien engrosado su partido, á que se agregaron tambien muchos neófitos, sin dejar por eso de asistir á los ejercicios diarios de la mision, determinaron comenzar la ejecucion de sus perversos designios con la muerte de los pocos soldados que allí habia, cuyas armas de fuego les imponian tanto miedo. No habia mas que tres en Santa Rosa, dos en Santiago y uno en la Paz; pero como aquellos cobardes traidores no se atrevian á asaltar ni aun á dos ó tres soldados juntos, anduvieron espiando la ocasion de matarlos uno á uno. En los primeros dias de setiembre, habiendo encontrado solo en el monte á uno de los de Santa Rosa, le mataron inhumanamente y para ocultar su atentado y echarse sobre el padre Taraval ó sobre otro de los dos soldados que quedaban, enviaron á decir al misionero que al soldado le habia sobrevenido un accidente y que por tanto fuese á confesarle ó mandase á uno de los otros que le llevase á la mision. Pero el padre Taraval entrando en sospechas y conjeturando su atentado y sus maquinaciones por la turbacion de los mensajeros y por otros indicios, no quiso salir ni mandar al soldado, y á poco se supo de cierto lo que habia sucedido. Pocos dias después hallaron modo de matar al único soldado que habia en el puerto de la Paz, el cual cuidaba de las temporalidades de aquella mision durante la ausencia del padre Gordon, que habia ido á Loreto á buscar provisiones.

En ese tiempo vino de Loreto á San José del Cabo un soldado con el fin de acompañar al padre Tamaral y con el de sangrarle, porque se habia enfermado con los trabajos de la nueva mision. Este soldado habia observado algunos indicios de la conjuracion en el territorio de Santiago y vió otros en el de San José, de todos los cuales le dió parte al misionero, diciéndole resueltamente que era necesario que se pusiese en salvo, porque su vida entre aquellos bárbaros estaba en peligro manifiesto. El padre animado de la divina gracia que le conducia á una muerte gloriosa, procuró disiparle el temor; mas él temiendo perecer en manos de los salvajes, como infaliblemente habria sucedido si hubiera permanecido allí, se fué por otro camino á la Paz. Al entrar á aquel pueblo hizo la acostumbrada salva, disparando un tiro, pero ninguno le respondió; acercóse á la casa del misionero y llamó en alta voz al soldado; mas no oyendo la voz de este ni hallando ningun indio de quien informarse, entró y vió algunes vestigios de sangre y la mochila del soldado muerto con todo lo que tenia dentro esparcido por el suelo; y no dudando en virtud de tales indicios de la trágica muerte de su compañero, huyó precipitadamente á la mision de los Dolores, en donde dió cuenta de todo lo que habia observado al padre Guillen, que entonces era superior de todas las misiones de la California. Este, que ya por sus neófitos tenia algunas noticias, escribió luego á los tres misioneros de Santiago. San José y Santa Rosa, previniéndoles que se reuniesen inmediatamente con él. A pocos dia recibió una carta del padre Carranco en la que le daba aviso de la conjuracion ya casi descubierta de los pericúes, y le pedia sus órdenes para ejecutarlas prontamente. El peligro de aquellos dos misioneros obligó al padre Guillen á escribirles de nuevo; pero ni estas cartas ni las primeras llegaron á sus manos, porque los conjurados habian cerrado todos los pasos.

El padre Carranco considerando que el padre Tamaral estaba en mayor peligro por hallarse solo y sin soldados, le envió una escolta de aque-

llos de sus neófitos que le parecieron mas fieles, á fin de que le llevase á Santiago, en donde poniéndose de acuerdo los dos, tomarian la resolucion que conviniera en aquel aprieto. Pero el padre Tamaral no consintió en marchar, y respondió valerosamente que aquellos temores nacian de la cobardía de los neófitos; que el no descubria en los suyos ningun indicio de conjuracion; que confiaba en Dios, á quien servia en la vida y en la muerte; que la Providencia divina dispusiese de él como quisiese, pero que no era digno del martirio, cuya gracia habia deseado tanto tiempo y habia pedido al Señor toda su vida, ni tampoco se creia en tales circunstancias que debiera abandonar su mision, principalmente después de haberle dado sus neófitos tantas pruebas de fidelidad en las turbulencias pasadas. Esta carta se halló después entre los despojos destrozados del padre Carranco. Al volver los neófitos á Santiago se encontraron con algunas cuadrillas de conjurados, los cuales les preguntaron de dónde venian. Ellos respondieron que habian ido á San José á conducir al padre Tamaral á Santiago, porque el padre Carranco sabia por el muchacho que tenia en su casa que ellos querian matarlos á todos. Los conjurados querian comenzar sus hostilidades por el padre Tamaral, como mas indefenso, y después continuar por las otras misiones, hasta arrojar, si fuese posible, á todos los misioneros de la península; pero viendo que el padre Carranco era sabedor de sus intentos, determinaron descargar el primer golpe sobre él, para no darle tiempo á que escapase ó hiciese venir soldados. Comunicaron francamente sus designios á los de Santiago, y estos, faltando á la fidelidad que debian á Dios y á su padre en Cristo, se unieron con aquellos, y unidos, se encaminaron á Santiago.

§ XXIV.

MUERTE ILUSTRE DE LOS PADRES CARRANCO Y TAMARAL. SUS CADÁVERES SON INSULTADOS, Y QUEMADOS CON EL AJUAR DE LAS IGLESIAS.

Habiendo llegado al pueblo el viernes 1º de octubre al salir el sol, se informaron primero si estaban allí los dos soldados que custodiaban al misionero, y habiendo sabido que poco antes se habian ido al monte á traer dos bueyes para proveer de carne á las catecúmenos, á los niños, á los viejos y á todos aquellos que se sustentaban á expensas del misionero, se acercaron á la casa de este; pero no teniendo aun el atrevimiento de presentársele, hicieron entrar algunos de los neófitos que habian ido á San José á traer al padre Tamaral. El padre Carranco habia dicho misa poco antes, y se habia retirado á rezar el oficio á su aposento, donde los indios le hallaron de rodillas. Se puso en pié para leer la carta que ellos le traian del padre Tamaral, y cuando estaba leyéndola atentamente, entró la chusma de conjurados; dos de ellos se apoderaron de él inmediatamente y le sacaron fuera de la casa y le tuvieron suspenso del hábito, mientras los otros le dispararon sus flechas. El alzando los ojos y el corazon al cielo, ofreció á Dios con afectos muy fervorosos el sacrificio de su inocente vida por sus culpas y por las de sus hijos en Cristo, y después cayó moribundo en tierra invocando los sagrados nombres de Jesús, María y José. Entonces á palos y á pedradas le acabaron de quitar la poca vida que le quedaba, enfureciéndose mas cruelmente contra él aquellos desgraciados bárbaros cuando le vieron en estado de no poderse defender. Así terminó sus dias el padre Lorenzo Carranco, nacido en la ciudad de Cholula, de la diócesis de la Puebla de los Angeles. El menologio de aquella provincia hace mencion de su gloriosa muerte, y sus retratos se conservaban hasta 1767 en los colegios de San Gerónimo y de San Ignacio de Puebla, donde hizo sus estudios, y en el de Tepozotlan, donde pasó su noviciado.

Cuando los bárbaros estaban ejerciendo sus crueldades en el cadáver del padre, lloraba amargamente su muerte el muchacho que le servia, y habiéndole visto uno de los conjurados, dijo á los otros: *Puesto que tanto siente este muchacho la muerte de su amo, que vaya á acompañarle*, y cogiéndole de los piés le mataron inhumanamente, golpeándole con furia contra las paredes de la casa y contra las piedras.

Excitados por el rumor, acudieron todos los indios de ambos sexos de aquel pueblo, y aunque algunos sintieron mucho aquella inhumanidad para con un hombre que les habia hecho tantos beneficios, sin embargo, ó por su natural inconstancia ó por temor a los conjurados, se unieron con ellos, y mientras se preparaba la leña para la hoguera en que iban á quemarse los cadáveres, arrastraron el del misionero, y habiéndole desnudado para servirse de sus vestidos, le hicieron, tanto los hombres como las mujeres, los mas execrables y abominables insultos para vengarse del celo con que el padre habia procurado apartarlos de su brutal disolucion, y en medio de estos insultos y burlas fueron arrojados al fuego los dos cadáveres. Al mismo tiempo saquearon la iglesia y la casa del misionero, y reservando lo que podia serles útil, arrojaron en la misma hoguera la cruz, las imágenes de los santos, la ara, el misal, los vasos sagrados y otras cosas pertenecientes al culto divino, haciendo de este modo patente el motivo de su rabia contra el ministro del Señor.

Aun estaban ardiendo los cadáveres con los muebles de la iglesia, cuando llegaron á Santiago los dos soldados montados á caballo, conduciendo los bueyes que habian ido á traer para la provision de la mision. Estos no eran soldados del presidio de Loreto, sino mèstizos de la Nueva

España que hacian de soldados y no llevaban entonces mas armas que sus cuchillos. Luego que llegaron los rodearon los sediciosos y les mandaron echar pié á tierra y matar los bueyes, porque aquellos viles verdugos que habian ejecutado sin temor tantas crueldades en el religioso su bienhechor y en un niño inocente, no se atrevian á matar aquellas bestias. Los soldados obedecieron por necesidad; pero apenas habian matado los bueyes, cuando fueron tambien muertos con una nube de flechas y sus cadáveres arrojados al fuego.

No teniendo ya los conjurados que hacer en la mision de Santiago, se dirigieron prontamente y en mayor número á la de San José del Cabo, á donde llegaron la mañana del 3 de octubre, cuando el padre Tamaral habia ya dicho misa. Entraron armados y de tropel á la casa del misionero muchos indios rebeldes de la misma mision, pidiendo con arrogancia diversas cosas, con el fin de hallar en la repulsa del misionero algun pretexto para enfurecerse contra él: uno le pedia maíz, otro una frazada, otro un cuchillo, y así otras cosas. El padre penetró luego su perverso designio, y para aquietarlos les dijo: *Esperad, hijitos, yo trataré de daros gusto con todo lo que hay en casa.* Mas ellos viendo frustrado aquel pretexto, no quisieron buscar otro, sino que echándose sobre él los mismos que se habian apoderado del padre Carranco, le echaron por tierra, y arrastrándole de los piés le sacaron afuera para flecharle; pero agolpándose todos los conjurados, determinaron decapitarle, como efectivamente lo hicieron con uno de los cuchillos que él les solia distribuir para sus necesidades. Al morir este ejemplar é infatigable misionero, encomendó al Señor fervorosamente su espíritu y su grey. Nació en Sevilla en 1687, pasó á Méjico en 1712, y de allí en 1716 á la California, en donde trabajó diez y ocho años, plantando dos misiones nuevas. Su memoria es tambien honrada en el menologio de la provincia mejicana; su muerte fué seguida de los mismos insultos y profanaciones hechas en Santiago, y su cadáver fué tambien quemado con los muebles de la iglesia, aunque aquí hicieron mayores fiestas porque se habia doblado su sacrílego triunfo.

§ XXV.

LOS CONJURADOS TRATAN DE QUITAR LA VIDA AL PADRE TARAVAL. SE ECHAN SOBRE LOS NEÓFITOS DE SANTA ROSA. EL PADRE GUILLEN DA INÚTILMENTE PARTE DE TODO AL VIREY.

Como aquellos bárbaros no podian estar contentos mientras en su nacion hubiera un solo misionero después de haberles quitado la vida á los de Santiago y San José, trataron de quitársela tambien al de Santa Rosa, y con este fin enviaron una embajada á los guaicuras de la Paz exhortándolos á aquella cruel empresa; pero habiéndolo sabido á tiempo el padre Taraval por algunos de sus neófitos, testigos oculares de la muerte de los otros misioneros, aunque deseaba tener la misma suerte que sus compañeros, se creyó sin embargo obligado en aquellas circunstancias á poner en salvo su vida y la de sus soldados, y á impedir que las cosas santas fuesen profanadas por aquellos sacrílegos, y por estos motivos se dirigió inmediatamente á la mision de la Paz en compañía de los dos soldados, y se llevó los vasos sagrados y todo lo que pertenecia al culto divino. Quitó tambien de la iglesia de la Paz todos las cosas que podian ser profanadas, y de allí pasó en una canoa á la isla del Espíritu Santo, donde permaneció hasta que habiendo recibido de Loreto socorro de gente y de víveres, se trasladó á la mision de los Dolores con toda su comitiva, tanto para asegurar la mision, amenazada tambien por los conjurados, cuanto para conferenciar con el padre Guillen acerca de los medios de restablecer la tranquilidad y las cuatro misiones perdidas. Luego que los conjurados supieron que el padre Taraval se habia escapado, volvieron su encono contra los neófitos de Santa Rosa, y cayendo sobre ellos de improviso, mataron veintisiete. De aquí nació entre unos y otros una larga guerra, que les causó recíprocos estragos, como en el tiempo de su gentilismo.

El padre Guillen luego que tuvo noticia de aquellas turbulencias y calamidades, escribió al arzobispo virey de Méjico dándole parte de lo acaecido, manifestándole el riesgo de perderse en que se hallaban las otras misiones, juntamente con todo el cristianismo de la península, si las otras naciones imitaban, como era muy de temerse, el ejemplo de los pericúes; y suplicándole que se estableciese el nuevo presidio en la parte meridional, como tanto tiempo se habia deseado y tantas veces pedido, no menos para poner á cubierto de las maquinaciones de los gentiles las vidas de los misioneros y neófitos, que para proporcionar refugio á los navíos de las islas Filipinas que debian abordar allí los años siguientes. Pero ni la muerte violenta de los dos misioneros, de los soldados y de tantos neófitos y catecúmenos, ni la pérdida de las misiones, ni el riesgo inminente de las otras, ni las proyectadas ventajas para los navíos de Filipinas parecieron á aquel señor razones suficientes para hacer un gasto extraordinario, aunque dispuesto por el rey católico en una cédula dirigida al marqués de Casafuerte, antecesor del arzobispo en el empleo de virey, cuando aun no habia motivos tan urgentes para establecer el presidio. Se contentó con dar una respuesta cortés al padre Guillen, significándole lo mucho que sentia las desgracias de la California, exhortándole á que ocurriese á la corte y ofreciéndole que apoyaria ante el rey sus justas pretensiones; pero sus cumplimientos y sus pro-

mesas ni remediaban los males presentes ni prevenian los futuros.

§ XXVI.

CONTINÚA LA REBELION. DILIGENCIAS PRACTICADAS PARA CONTENERLA.

El espíritu de la rebelion se iba propagando, y además se comenzaban á sentir en el distrito de los Dolores algunas inquietudes que se habrian aumentado si no hubiera llegado allí á tiempo el capitan del presidio con algunos soldados, en virtud de las primeras noticias que se recibieron en Lroeto de las turbulencias de los pericúes. El hubiera querido ir, como otras veces, en pos de los enemigos para castigarlos; pero considerando la grande multitud de aquellos y el corto número de sus soldados, ne quiso exponerse temerariamente y tomó la sabia resolucion de establecerse en la mision de los Dolores, para mantener la tranquilidad de su distrito é impedir la comunicacion de los conjurados con los indios de las misiones setentrionales.

Sin embargo de esto, la fama de lo sucedido en la parte austral comunicándose poco á poco de una tribu á la otra, llegó hasta la mision de San Ignacio, distante de la de San José del Cabo mas de doscientas leguuas. Se comenzó á esparcir en ella un susurro sedicioso entre algunos que estaban disgustados con la vida cristiana, diciéndose unos á otros que era necesario que todos se unieran para libertarse de una vez de aquellos extranjeros que habian ido á abolir las costumbres antiguas de los californios; y que si esto lo habian conseguido los pericúes, mejor podian conseguirlo los cochimíes, que eran mas en número y mas valientes. Los indios principales de las misiones no tuvieron parte en aquella sublevacion, y así dando á conocer su constante fidelidad, dieron aviso á los misioneros, los cuales escribieron luego á Loreto, pidiendo mas soldados para su seguridad, pues los que custodiaban las misiones se habian desalentado mucho. Efectivamente, la noticia de los dos soldados muertos por los pericúes, asustó de tal suerte á los de las otras misiones, que sus cartas recibidas en Loreto hicieron creer que los cochimíes estaban resueltos á imitar el fatal ejemplo de los pericúes. Por este motivo, el padre Guillen, no teniendo soldados que enviar á aquellos misioneros, les mandó á todos con precepto de santa obediencia que abandonasen en el momento sus respectivas misiones y se retirasen á Loreto, á fin de que por lo menos pusiesen en salvo sus vidas. Los misioneros obedecieron sin que lo notasen los indios, porque se fueron ausentando sucesivamente de las misiones conforme les fueron llegando las cartas del superior. No tardó mucho en conocerse la necesidad de esta determinacion, sin la cual acaso se habrian perdido para siempre aquellas misiones, porque los ánimos inconstantes de aquellos salvajes, aunque mas tranquilos y menos estúpidos y viciosos que los pericúes, se habian mudado realmente con el ejemplo de estos.

Retirados los misioneros á Loreto, escribió de nuevo el padre Guillen al arzobispo virey en principios de 1735, haciéndole presente el lamentable estado de aquel cristianismo. El padre Bravo, misionero de Loreto, despachó un bastimento al Yaqui con cartas para el gobernador de Sinaloa y para los misioneros de aquel país, en las cuales les referia los infaustos acontecimientos de que hemos hablado y el riesgo en que se hallaban, y les suplicaba que mandasen á Loreto sesenta indios guerreros y algunos soldados con armas de fuego para que defendiesen las vidas de los misioneros, porque para sujetar á los perirúes conjurados, se necesitaba una tropa muy numerosa, principalmente si ellos conseguian confederarse, como lo pretendian, con las otras dos naciones de la California.

La carta del padre Guillen llegó á Méjico el 13 de abril y fué luego entregada al arzobispo virey por el provincial; pero viendo este que ni con aquella carta ni con dos memoriales que le presentó á aquel señor podia conseguir el deseado remedio de las urgentes necesidades de la California, resolvió escribir en derechura al mismo soberano, de cuyo celo, manifestado en tantas órdenes expedidas en favor de las misiones, no dudaba alcanzar el remedio. Las cartas del padre Bravo fueron mucho mas fructuosas, porque apenas tuvieron noticia de ellas los fieles y belicosos yaquis, cuando se presentaron en aquel puerto mas de quinientos hombres, armados á su modo y prontos á embarcarse para la California; pero no pudiendo el bastimento llevar tanta gente, fueron escogidos sesenta de los mas valientes, los cuales pasaron inmediatamente á Loreto, y de allí á la mision de los Dolores, donde entonces estaba el capitan del presidio, porque cuando ellos llegaron al puerto las misiones setentrionales se habian restablecido en su antigua tranquilidad con singulares demostraciones de parte de los neófitos.

Luego que los principales de ellos notaron que los misioneros se habian ausentado con los soldados y llevádose el ajuar de las iglesias, lo sintieron mucho, y habiéndose puesto de acuerdo, determinaron ir todos juntos á Loreto á recobrar á sus queridos misioneros. Entraron en Loreto en una muy numerosa y bien ordenada procesion, llevando en los hombros todas las cruces de las misiones; pidieron con lágrimas que no los abandonasen á la perdicion sus misioneros que los habian bautizado y educado en la vida cristiana; protestaron que querian vivir y morir en la religion de Jesucristo que habian abrazado; dijeron que no era justo que todos sufriesen la pena merecida por unos cuantos descontentos,

á quienes ellos estaban prontos á coger y entregar al capitan gobernador para que fuesen castigados; añadieron que se obligaban á cuidar de la vida de los misioneros, y á defenderlos en todo evento, y por último, que si estos no queria volver á sus respectivas misiones, ellos estaban resueltos á quedarse en Loreto, porque no podian vivir sin sus padres. Los misioneros no pudieron contener sus lágrimas á la vista de semejante espectáculo y al oir las afectuosas expresiones de sus neófitos; pero á pesar de esto, dejaron pasar algunos dias para asegurarse mas de su sinceridad. Estando por fin seguros de la buena intencion de los indios, se volvieron con ellos á las misiones, en las cuales fueron recibidos como en triunfo por todos los otros neófitos y catecúmenos. A los culpables se les impuso una pena ligera, á excepcion de cuatro de la mision de San Ignacio, que fueron desterrados por algun tiempo para que no contaminasen á los demás.

Habiendo llegado los yaquis á la mision de los Dolores, en donde además del capitan y los soldados del presidio habia muchos californios fieles, destinados á resistir á los conjurados, determinó el capitan dejar allí una guarnicion competente para impedir toda inquietud, y marchar con el resto de las tropas á acampar en el puerto de la Paz, como lugar oportuno para recibir provisiones de Loreto y hacer correrías en el país de los pericúes. Mandó una parte de la tropa por tierra con los caballos y otra por mar con las provisiones. Estos llegaron primero, y habiendo saltado en tierra con buen órden, tomaron un puesto ventajoso y todas las precauciones necesarias para poder resistir al enemigo. No fueron vanas estas diligencias, porque en la noche fueron asaltados con mucho órden por los conjurados, quedando en la refriega algunos heridos de una y otra parte. De esta manera continuaron siendo inquietados hasta que llegó la division que venia por tierra. Entonces los enemigos, amedrentados al ver tanta gente con armas de fuego y caballos, no se atrevieron á aparecer. Se presentaron algunos indios de la Paz protestando que habian sido siempre fieles á los misioneros y por eso perseguidos por los rebeldes, y por ellos se supo que el motivo de la nueva osadía de los conjurados eran las hostilidades que habian hecho á algunos hombres del navío de las islas Filipinas, que poco antes habia estado en el puerto de San Bernabé.

§ XXVII.

HOSTILIDADES HECHAS AL NAVÍO DE FILIPINAS. EL CAPITAN DA CUENTA DE ELLAS AL VIREY. ÓRDEN DE ESTE SEÑOR AL GOBERNADOR DE SINALOA.

Como los filipinos habian sido tan bien recibidos el año anterior por el padre Tamaral y se habian restablecido allí tan felizmente, abordaron al puerto este año, esperando hallar en él tanto mayor abundancia de refrescos cuanto que el misionero debia estar mas prevenido; pero al acercarse á la costa no vieron las señales que este debia haber puesto en la playa, segun habian convenido, ni observaron ninguna gente. Sin embargo de esto, el capitan mandó en el esquife trece marineros que diesen al misionero parte de su llegada. En tanto que algunos de ellos se quedaron custodiando el esquife, los otros se dirigieron al caserío de San José; pero en el camino fueron de improviso asaltados y muertos por un crecido número de conjurados que estaban emboscados y que fueron luego á hacer lo mismo con los del esquife. El capitan del navío sospechando por la tardanza de los marineros lo que realmente habia sucedido, envió otro barco con hombres armados, los cuales habiendo visto al acercarse á la costa un gran número de indios que destrozaban el esquife para llevarse el hierro, les hicieron fuego, mataron algunos, hirieron otros, hicieron cuatro prisioneros y pusieron en fuga á los demás. En seguida se volvieron al navío, y el capitan viendo que en lugar de haber conseguido los refrescos que necesitaba, principalmente por tantos enfermos de escorbuto que traia, habia perdido trece marineros y el esquife, levó anclas para Acapulco y de allí pasó á Méjico, en dende presentó al arzobispo virey los cuatro prisioneros pericúes, refiriéndole todo lo que le habia acaecido.

Parece que estas representaciones fueron mas eficaces que cuantas hasta entonces se habian hecho, porque al fin se movió aquel señor á poner algun remedio á los desórdenes de la California. Ordenó al gobernador de Sinaloa que pasase inmediatamente con tropas á la península á enfrenar la insolencia de los salvajes y castigar á los cabecillas de la conjuracion; mas le añadió que aunque convenia que obrase de acuerdo con el capitan gobernador de California en caso necesario, no debia estarle sujeto, y mucho menos á la direccion de los misioneros. El gobernador de Sinaloa escribió á Loreto dando parte de su comision para que se le mandase el buque en que debia trasportarse con su tropa, y ordenando que cesasen las hostilidades comenzadas contra los pericúes en el puerto de la Paz. El capitan de la California habia hecho algunas correrías en el país de los pericúes, pero con poco fruto porque no hallaba con quien combatir, pues los conjurados huyendo el combate, andaban siempre ocultos. Posteriormente, en virtud de las nuevas órdenes, se retiró á la mision de los Dolores á mantenerse á la defensiva hasta la llegada del gobernador. Este llegó en breve á Loreto, en donde fué recibido por los misioneros con los honores que se le debian y con los obsequios convenientes. Pero pronto dió á conocer que no se dedi-

caba á otra cosa que á obsequiar el genio del virey, no haciendo aprecio de los consejos que le daban los misioneros, como hombres tan prácticos en el país y en el conocimiento de aquellos pueblos. Comenzó á desempeñar su mision valiéndose de los medios que le parecieron mas conducentes al fin propuesto, y empleó dos años con varia fortuna y mucho disgusto, porque los efectos que se prometia no correspondian á sus disposiciones.

§ XXVIII.

MUERE EL PADRE MAYORGA. EL GOBERNADOR SIGUE EN SUS OPERACIONES LOS CONSEJOS DE LOS MISIONEROS, Y TRIUNFA DE LA CONJURACION.

Entre tanto murió el 10 de noviembre de 1736 el padre Julian de Mayorga, personaje caro á Dios y á los hombres, que habiendo plantado la mision de San José de Comondú en 1707, la gobernó por mas de veintinueve años con mucha utilidad de los indios. Lloraba este venerable anciano las ruina de la misiones y la perdicion de las almas de los indios, por cuya salud habia renunciado á su patria y se habia confinado en los desiertos de aquella península. Todos los dias hacia algun obsequio particular á Dios para moverle á piedad en favor de aquellas almas, y en medio de estos piadosos sentimientos entregó su fervoroso espíritu al Señor. No faltó quien atribuyera al fervor de sus oraciones la repentina mudanza del gobernador, el cual habiendo permanecido por tanto tiempo obstinado en sus infructuosos designios, luego que murió aquel hombre ejemplar, comenzó á hacer lo que desde el principio le habian aconsejado los misioneros, esto es, que en vez de hacer á los pericúes proposiciones de paz ó de perseguir sus partidas dispersas, tratase de empeñarlos en una batalla general y estrepitosa, porque así conseguiria humillarlos con menor pérdida de parte de ellos; que de otra suerte ni cederian ni agradecerian la clemencia sino despues de haber conocido por experiencia la superioridad de sus contrarios en el valor, en la disciplina y en las armas. Siguiendo pues el gobernador estos consejos, tomó sus medidas de tal modo, que obligó á los conjurados á una batalla formal, en la que fueron vencidos y huyeron ignominiosamente. Pero como su orgullo se habia aumentado mucho con su resistencia por dos años á las armas del gobernador, no quisieron rendirse por aquella derrota, sino que volvieron á sus hostilidades, aunque en débiles asaltos, hasta que habiendo hallado el gobernador modo de empeñarlos en otra batalla y quedando derrotados como en la primera, se le presentaron humillados pidiendo el perdon y la paz y poniéndose á su disposicion. El gobernador no quiso oirlos hasta que le prometieron descubrir y entregar á los cabecillas de la conjuracion y á los homicidas de los misioneros y de los soldados. Todos le fueron puntualmente entregados, y él se contentó con mandarlos desterrados á la costa de la Nueva España; mas parece que la justicia divina queria castigar con mas severidad sus muchos y atroces delitos, porque habiendo ellos querido apoderarse del buque en que iban al lugar de su destierro, los soldados que los custodiaban se vieron precisados á hacerles fuego y mataron la mayor parte. Entre los pocos que entonces escaparon la vida se hallaban los dos que se atrevieron á levantar primero sus sacrílegas manos contra los misioneros. Uno de ellos fué muerto poco despues en el destierro sin alcanzar sacramentos, y el otro habiendo subido á una palma elevada, cayó desgraciadamente sobre las piedras de abajo, y murió en el intento.

§ XXIX.

NUEVO PRESIDIO NO CONFORME Á LAS INTENCIONES DEL REY. EL VIREY REVOCA SUS ÓRDENES, CONTRARIAS Á AQUELLAS.

Durante la guerra de la California, el rey, movido de las representaciones de los jesuítas, expidió una órden estrecha para que se estableciese prontamente en la parte austral de la península el proyectado presidio para la seguridad de las misiones, como lo habia prevenido algunos años antes al virey marqués de Casafuerte. El arzobispo virey dió esta comision al mismo gobernador de Sinaloa, declarando que el capitan y soldados del nuevo presidio no debian estar subordinados ni á los misioneros ni al capitan de Loreto, sino inmediatamente al virey. Al principio se quiso establecer el presidio en el puerto de la Paz; pero en consideracion á los navíos de las islas Filipinas, se estableció por fin en San José del Cabo, en donde con el capitan y los otros oficiales quedaron diez soldados, otros diez se pusieron en la mision de la Paz y otros tantos en la de Santiago. El gobernador de Sinaloa confirió el empleo de capitan del nuevo presidio á don Bernardo Rodriguez de Larrea, hijo del famoso capitan de Loreto don Estévan Rodriguez Lorenzo. Ninguno ciertamente era mas digno ni mas á propósito que él. Nacido y criado en la California al lado de su buen padre, tenia aquella piedad y religion, aquella prudencia y valor y aquel conocimiento del país y de los indios necesario en tales circunstancias y para tal empleo; pero como acostumbrado á respetar á los padres Salvatierra, Ugarte y Píccolo, deferia á los dictámenes de los misioneros mas de lo que querian los enemigos de estos, por cuyo motivo pronto fué depuesto y reemplazado por otro que sabia mejor acomodarse al genio del virey. El procurador de las misiones en Méjico representó que la independencia de los oficiales y tropa se oponia á las intenciones del rey, el cual habia preve-

nido expresamente al virey que de ninguna manera alterase la forma de gobierno establecida por el padre Salvatierra en la California; mas estas representaciones no fueron oidas.

En esta forma se conservó diez y ocho meses el presidio; pero los desórdenes á que dió ocasion su independencia fueron tan graves y tantas las quejas dadas al virey, que no pudo menos que revocar sus órdenes y conformarse con las disposiciones de sus antecesores. Depuso al capitan y ordenó que el nuevo presidio fuese mandado por un teniente, sujeto con sus soldados al capitan del antiguo presidio de Loreto, y que tanto este como los otros oficiales, soldados y marineros, se subordinasen en todo, como antes, al superior de las misiones. Esta revocacion de sus propias órdenes en un virey que no era parcial de los jesuítas, basta para justificar el sistema de gobierno establecido por el padre Salvatiera en la California.

§ XXX.

SE RESTAURAN LAS CUATRO MISIONES PERDIDAS. ATENTADO CONTRA LA VIDA DEL PADRE WAGNER. CASTIGO DE LOS CULPABLES.

Restablecida la tranquilidad en la parte austral de la península con el castigo de los conjurados y con el establecimiento del nuevo presidio, los superiores enviaron nuevos misioneros á que restaurasen las perdidas misiones en aquella tierra regada con el sudor y la sangre de sus caros hermanos. En efecto, aunque con mucho trabajo, restablecieron las cuatro de la Paz, Santa Rosa, Santiago y San José, reuniendo aquellas ovejas descarriadas en sus antiguos rediles y volviéndolas á los saludables pastos de la doctrina cristiana.

El gobernador de Sinaloa habiendo concluido su comision se restituyó á su gobierno; pero al salir de la California mandó, por lo tocante al presidio de Loreto, que en cada una de las dos fronteras de San Ignacio y los Dolores se pusiese una guarnicion de ocho ó diez soldados del mismo presidio, reuniéndose en él todos los que estaban en las otras misiones custodiando á los misioneros, porque hallándose quietos los indios, no creia necesaria esta custodia; pero la experiencia acreditó que aunque fuese de un solo soldado, no era inútil, como lo parecia al gobernador, que conocia poco el carácter de los indios, pues no pasó un año sin que, por la falta del soldado que habia en San José de Comondú, se ocasionasen algunos desórdenes en la mision. Habia sucedido allí al padre Mayorga el padre Francisco Javier Wagner, aleman, el cual siguiendo las huellas de sus antecesores, se dedicaba con todo empeño á hacer vivir cristianamente á sus neófitos, procurando principalmente librarlos de los engaños de los guamas, de los cuales habia algunos que habiéndose convertido al cristianismo, continuaban despues de su bautismo ejerciendo su bárbara medicina y sus acostumbradas imposturas. Muchas veces sucedia que despues de haber administrado el misionero á un enfermo los santos sacramentos y otros auxilios espirituales y corporales, entraba á escondidas el guama, ó espontáneamente ó llamado por los parientes del enfermo, á aplicarle las fumigaciones y otros remedios inconducentes y ridículos que usaban en el tiempo del gentilismo y á exhortarle á que abjurase la creencia de lo que le habia enseñado el misionero. El padre Wagner no podia estar en paz con estos perniciosos charlatanes, y procuraba cuanto estaba de su parte desacreditarlos con sus neófitos. Ellos por la suya le aborrecian hasta el extremo de que muchas veces maquinaron contra su vida; pero no se atrevian á declararse por temor al pueblo, que le amaba y respetaba.

Una noche en que el misionero estaba en la puerta de su casa tomando fresco, valiéndose un guama de la oscuridad, le disparó una flecha con tal fuerza, que la clavó en una piedra de la pared, á distancia de cuatro ó cinco dedos de la cabeza del misionero. Unos neófitos que se hallaban cerca, al oir en aquella hora el ligero silbido de la flecha y sospechando lo que realmente era, acudieron prontamente á defender á su querido pastor, y tomando una luz, hallaron la flecha clavada en la pared. Uno de los principales despachó en el acto un correo á Loreto dando parte de lo sucedido. No pudiendo el capitan venir en persona á Comondú, mandó á su hijo don Bernardo, teniente del presidio, con algunos soldados é indios de Loreto instruido en lo que debia hacer y autorizado para administrar justicia. Marchó el teniente con la mayor celeridad y comenzó á hacer averiguaciones para descubrir el autor del atentado; pero todos protestaban no saberlo, hasta que manifestándoles la flecha, que habia conservado uno de los indios, vinieron en conocimiento del que la habia hecho. Preguntado este, declaró que aunque la habia hecho no la habia usado, porque se la habia pedido otro indio llamado Juan Bautista, á quien se la dió, sin saber para qué la queria. Fué buscado Juan Bautista; pero habia huido luego que sintió aquel rumor despues de su atentado. El teniente mandó que se le buscase por todas partes, y despues de algunos dias fué hallado y llevado á su presencia. Y habiendo confesado su delito fué condenado á muerte y su cadáver colgado para escarmiento de los demás. Otros varios que resultaron culpables en el proceso, fueron condenados á azotes. El teniente, concluida su comision, se volvió á Loreto; pero á las tres semanas tuvo que volver á Comondú, porque los que habian sido castigados volvieron á su inquietud; mas con el destierro de tres de los mas culpables se restableció la tranquilidad, que en lo sucesivo ya no fué turbada.

Estos y otros ejemplos semejantes hicieron que el capitan gobernador de la península, á pesar de las órdenes del de Sinaloa, volviese á poner un soldado al lado de cada misionero.

§ XXXI.

NUEVA REBELION DE ALGUNAS TRIBUS DE PERICÚES. EL CASTIGO DE LOS CABECILLAS PONE FIN Á LOS DESÓRDENES DE AQUELLA NACION.

Poco tiempo después, cuatro tribus de la nacion pericú que moraban entre San José del Cabo y Santiago, volvieron á rebelarse, á pesar del nuevo presidio. La primera de sus hostilidades fué ejecutada en un pobre vaquero de la mision de San José. Dormia este tranquilo en su cabaña, cuando entraron derepente diez de los principales conjurados y le mataron inhumanamente dejándole caer una gruesa piedra sobre la cabeza. Después le dispararon flechas al pastor de las cabras del presidio; pero este salvó la vida huyendo, y dió aviso al misionero y á los soldados. Estos se atemorizaron mucho, y mas cuando notaron que en una noche se habian ausentado del pueblo de San José todos los indios de ambos sexos, huyendo al monte. Entonces se temió que la conjuracion fuese general; pero habiendo hecho averiguacion el misionero, supo que la causa de la repentina fuga de sus neófitos habia sido la voz que entre ellos esparcieron de intento los conjurados, de que los soldados del presidio se habian convenido en matarlos á todos en una noche, y ellos dando fácilmente crédito á esta voz, habian procurado poner en salvo sus vidas huyendo. El misionero se empeñó en desengañarlos, haciéndoles ver que los conjurados habian tratado de amedrentarlos con aquel falso rumor, para sacarlos al monte, y así inducirlos á la rebelion y causarles su ruina; les aseguró que los soldados no les harian ningun mal si permanecian fieles y tranquilos, y sobre todo, les suplicó que se fiasen de él, que los amaba como padre y en todo les buscaba su bien. Asegurados los indios de esta suerte, volvieron á San José no solo los habitantes de aquel pueblo, sino tambien todos los otros neófitos y catecúmenos pertenecientes á la mision, los cuales se refugiaron allí para ponerse bajo la proteccion de los soldados á cubierto de los insultos y tentativas de los rebeldes. Lo mismo sucedió en las otras dos misiones de Santiago y Santa Rosa, en donde por el mismo motivo se recogieron en las respectivas cabeceras todos los indios fieles; mas entre tanto los rebeldes quedaron dueños de los caminos y nadie podia pasar de una mision á otra sin riesgo de caer en sus manos.

El capitan del presidio del Cabo (porque en aquel tiempo aun no habia revocado el virey sus órdenes relativas á la independencia) pidió auxilio al de Loreto suplicándole particularmente que le enviase muchos indios fieles y bien armados para perseguir á los rebeldes en las barrancas y lugares escabrosos, porque para esto no podia valerse de los pericúes, los cuales en vez de perseguir á los rebeldes para cogerlos, les darian aviso para que se escapasen. El capitan de Loreto le mandó algunos soldados con un competente número de guaicuras, enemigos de los pericúes y reputados de valientes. Con sus soldados y estas tropas auxiliares comenzó á perseguir á los enemigos para sojuzgarlos; pero estos no hallándose capaces de hacerles frente, huian por todas partes, y cuando se veian acosados se ocultaban en los lugares mas escabrosos é inaccesibles. A pesar de esto murieron varios y se cogieron algunos prisioneros, entre los cuales cayeron once de los cabecillas de la rebelion y de los mas culpables; siete de ellos fueron desterrados de la península y los otros cuatro condenados á muerte, la que sufrieron después de haberse preparado como cristianos. Los restantes conjurados se presentaron espontáneamente sujetándose á la pena de azotes, á que fueron condenados, para evitar la de muerte que merecian y temian. De este modo terminaron los desórdenes de aquella inquieta nacion, y todos los que por temor á los rebeldes habian huido á las tres cabeceras de aquellas misiones, tornaron tranquilos á los lugares en que antes habitaban.



LIBRO CUARTO.

Nuevas órdenes del rey católico en favor de la California. Viajes al rio Colorado. Pretensiones extravagantes y desórdenes de los pericúes. Elogio de algunos hombres beneméritos de la California. Fundacion de las últimas cuatro misiones y supresion de otras. Estado de aquel cristianismo en 1767. Sistema de gobierno de las misiones y presidios. Expulsion de los misioneros jesuítas.

§ I.

FELIPE V CONSULTA AL CONSEJO. RESPUESTAS. CÉDULA DEL REY. EL PROVINCIAL LE INFORMA ACERCA DE LAS MISIONES DE SONORA Y CALIFORNIA. CÉDULA DE FERNANDO VI.

La California afligida por las revoluciones de los indóciles pericúes, fué en aquel tiempo consolada por el celo del magnánimo y religioso monarca Felipe V. No contento con haber mandado establecer el nuevo presidio para la defensa de las misiones meridionales de la península y con haber dispuesto en 1741 que se pagasen del

real erario todos los gastos hechos en la guerra contra los rebeldes, deseoso de ampliar cuanto le fuese posible el reino de Jesucristo mas bien que el suyo propio, consultó al supremo consejo de Indias acerca de los medios mas eficaces que pudieran emplearse para hacer estable la tranquilidad de la California y mayores y mas rápidos los progresos del cristianismo. El consejo, después de una madura deliberacion, respondió á su majestad: 1º Que siendo la sólida conversion de los californios á la fe de Jesucristo la base y fundamento de la felicidad de la península, debia continuarse por los misioneros jesuítas que la habian comenzado, *los cuales*, añadió, *han trabajado tan fructuosamente en aquellos pueblos y en otras muchas naciones de la América confiadas á su cuidado*. 2º Que en los puertos capaces y seguros se fuesen fundando poblaciones de españoles con fortificaciones y presidios de soldados y en el centro de la península se fundase otra en que pudiesen refugiarse los misioneros en caso de rebelion de los indios. Este proyecto habria sido muy útil si la esterilidad del país hubiera permitido ponerle en ejecucion y si las colonias se hubieran de componer de familias morigeradas, y no como suele hacerse de malhechores, bandidos ú holgazanes sacados de la hez del pueblo. 3º Que para activar los progresos del cristianismo convendria que al mismo tiempo que los jesuítas avanzaban sus misiones hácia el Norte, otros del mismo instituto entrasen en la península por la parte setentrional ó por el rio Colorado y tomando una direccion contraria llegasen á encontrarse con los primeros. Esto es lo que tanto deseaban los misioneros por las ventajas que de ello esperaban, y á este mismo fin dirigieron sus muchos trabajos los padres Salvatierra, Kino y Ugarte; mas para conseguirlo se necesitaba tiempo y paciencia, ni segun las reglas de la prudencia se podian plantar misiones en el rio Colorado sin haber sujetado antes á la ley cristiana las naciones que habitaban entre el rio y Sonora, en lo cual se ocupaban entonces los misioneros de esta última provincia. 4º Que tambien convendria para la mas pronta propagacion del cristianismo, que tanto en las misiones de la California como en las de Sonora confinantes con las naciones gentiles, se duplicasen los misioneros para que el uno cuidase de los neófitos y catecúmenos reunidos en la mision y el otro se emplease en buscar á los gentiles para atraerlos á la fe, y que tambien hubiese en ellas soldados á las órdenes de los misioneros para que los defendiesen y acompañasen siempre que fuese necesario. Esta medida de duplicar los misioneros se puso en práctica cuanto fué posible, tanto en Sonora como en la California; pero como las misiones encomendadas á los jesuítas de la provincia mejicana eran mas de cien, no era fácil tener un número tan crecido de misioneros ni proporcion para sustentarlos.

Estos y otros pareceres, dados al rey Felipe por aquellos sabios consejeros, dan á conocer que ellos estaban animados del mismo celo que el soberano, y que habian aplicado á aquel negocio toda la atencion posible. El rey en consecuencia expidió el 13 de neviembre de 1744 una larga cédula, dirigida al conde de Fuenclara, virey de Méjico, tan circunstanciada y estrecha, que parecia que su real ánimo no se ocupaba en otra cosa sino en la conversion de los californios. En ella después de exponer largamente y aprobar el dictámen del consejo con singulares alabanzas del celo y fatiga de los misioneros jesuítas, mandó que el virey se dedicase á ejecutarla con la mayor actividad. "En 1702, dice entre otras " cosas su majestad, ordené que los misioneros de " la California fuesen ayudados con todo lo que " cooperase á su alivio y á la consecucion de " su santo fin, y en 1703 mandé que tanto á los " misioneros que ya estaban en la California co- " mo á los que en adelante fuesen allá, se les su- " ministrase anualmente sin dilacion y en dinero " efectivo, el mismo estipendio ó limosna que " suele darse á los otros misioneros de su órden " para sus alimentos, lo cual hasta hoy no se ha " hecho, ni en aquellas misiones se ha gastado " nada á mis expensas; porque las quince que " hay al presente se mantienen sin el menor gas- " to de mi real erario, con crecidas limosnas de " personas particulares, conseguidas por el celo " y solicitud de los padres de la Compañía. Mas " supuesto que los medios propuestos por mi con- " sejo son tan pocos dispendiosos, y por otra par- " te tan útiles, convendria que se pusiesen por " obra, así como todos los que tengan por con- " venientes los jesuítas mas prácticos en la pro- " vincia, á quienes por conducto de su provin- " cial tengo pedidos informes que estoy esperan- " do."

Efectivamente, el año siguiente de 1745 el padre provincial Cristóbal de Escobar envió á su majestad un amplio y exacto informe acerca de las misiones de Sonora y de la California, en el cual después de hablar del clima, de la calidad del terreno, de la situacion y extension del país y del número y estado actual de las misiones, hacia ver la imposibilidad de formar poblaciones de españoles en los terrenos estériles de la California y sugeria los medios mas oportunos para el adelantamiento del cristianismo y para la proyectada continuacion de unas y otras misiones por el Norte. Con este fin proponia entre otros varios proyectos útiles el de establecer un presidio de cien hombres en las riberas del rio Gila para contener la osadía de los crueles apaches, cuyas frecuentes correrías en Sonora y Pimería, eran el mayor obstáculo á la propagacion del cristianismo en aquella parte. Hacia tambien presente á su majestad que los trescientos pesos asignados para la manutencion de cada misionero no eran bastantes á los que se hallaban en las remotísimas misiones de la Pimería, porque mas de la

mitad se gastaba en el trasporte de las cosas necesarias que se llevaban de Méjico por un camino de mas de quinientas y cincuenta leguas. Pudo tambien haber añadido que á pesar de las estrechas y repetidas órdenes de su majestad y de los monarcas sus predecesores, se gastaba una parte considerable de aquella limosna en los regalos que para conseguirla era preciso hacer á los que la pagaban.

Cuando este informe llegó á Madrid, habia muerto ya Felipe V; pero Fernando VI, su digno hijo y sucesor, expidió en 4 de diciembre de 1747 una cédula dirigida al virey de Méjico en la cual insertó la ya citada de su padre, y le mandó una copia del informe, para que examinándolo todo y conferenciando con personas sabias, ejecutase, sin esperar nueva órden, lo que hallase mas conveniente á la propagacion del cristianismo en aquellos países tan distantes de la corte. Le previno tambien que interpusiese su autoridad con el obispo de la Nueva Vizcaya para inclinarle á que aceptase la cesion que hacia el provincial de los jesuitas de veintidós misiones en las provincias de Topia y Tepehuana, á fin de emplear á los misioneros que estaban en ellas en la conversion de los gentiles del Norte, pues hallándose en estas dos provincias bien establecido y radicado el cristianismo, podian ser regidas por sacerdotes seculares como las otras parroquias antiguas de la diócesis.

§ II.

EFECTO DE LA CÉDULA. ÓRDEN DEL PROVINCIAL. VIAJES DE LOS PADRES CONSAG Y SEDELMAYER.

Pero aquellas cédulas solo sirvieron de hacer patentes la piedad y el celo de los monarcas, porque ninguna de las cosas que propuso el consejo y pidió el provincial tuvieron efecto, á excepcion de la cesion de las veintidós misiones. El provincial para no omitir por su parte ninguna diligencia que pudiese contribuir á la consecucion de tan deseado fin, mandó que el padre Fernando Consag, misionero hábil y de vida ejemplar, compañero del padre Sestiaga en la mision de San Ignacio, hiciese un nuevo viaje al rio Colorado, navegando tierra á tierra, para reconocer los puertos y playas de la costa oriental de la California, que nadie habia observado hasta entonces. Este viaje se hizo á expensas de las misiones, contribuyendo cada una con lo que pudo.

Se aprestaron cuatro barcos en el pequeño puerto de San Cárlos, situado mas allá de los 28°, y en ellos se embarcaron el 9 de junio de 1746 el padre Consag, algunos californios y un número suficiente de yaquis, que entre aquellos indios son los mas prácticos en la marinería. Nevegó tierra á tierra observando con suma diligencia las playas, puertos, islas y arrecifes. Como saltaban con frecuencia en tierra para reconocerla, en dos ó tres lugares quisieron los salvajes asaltarlos como enemigos, teniéndolos por pescadores de perla, por los cuales solian ser molestados; pero evitaron sus hostilidades, ya con buenas palabras, ya atemorizándolos, sin causarles ningun daño. Al acercarse á la extremidad del golfo, todos los que se mojaron con sus aguas cáusticas sintieron los efectos perniciosos que se habian ya experimentado en el viaje del padre Ugarte. Llegaron á la embocadura del rio el 14 de julio, y permanecieron allí hasta el 25; observaron las tres islas que hay en ella, é intentaron navegar rio arriba; pero no pudienron separar con los remos la rapidez de la corriente. Habiendo desembarcado algunos en aquellas islas, estuvieron a pique de ahogarse, porque répentinamente fueron sorprendidos por dos aguas contrarias, la una del rio crecido con las lluvias y la otra de una olcada del mar. Uno de los barcos se volteó después con la violencia de las olas y se perdió casi toda la carga, salvándose, aunque con trabajo, los que iban en él. Ademas de esto, comenzaba ya á sentirse el escorbuto tan perjudicial en aquellos meses, y por tanto el padre Consag, cumplida la órden de su superior, se puso en camino para volver al puerto de San Cárlos, de donde habia salido, reconociendo los lugares de la costa que no habia podido observar a la ida. Habiendo regresado á su mision escribió un diario muy circunstanciado de su viaje y levantó una carta de la costa. Uno y otra se publicaron en el tomo tercero de la historia de la California impresa en Madrid.

El padre Santiago Sedelmayer, laborioso aleman y misionero de Tubutama en la Pimería, hizo por su parte á los rios Colorado y Gila en los años de 1744, 48 y 50, tres viajes que á mas de haberle dado ocasion de agregar á su mision cuatrocientos nuevos catecúmenos, sirvieron de dar á conocer mas el curso de los rios, el país circunvecino y las diversas naciones gentiles que le habitan.

§ III.

DESGRACIAS DE LAS MISIONES DEL MEDIODÍA Y RESOLUCION TOMADA POR ELLAS. PÉRDIDA DE CINCO HOMBRES BENEMÉRITOS DE LA CALIFORNIA. ELOGIO DE ESTOS. NUEVO GOBERNADOR DE LA PENÍNSULA.

Mientras aquellos celosos misioneros viajaban á fin de propagar el cristianismo hácia el Norte, las misiones del Mediodía se estaban despoblando á causa de las enfermedades enviadas por Dios, como puede creerse, en pena de las maldades de los pericúes. Diversas enfermedades epidémicas que sobrevinieron en 1742, 44 y 48, hicieron tanto estrago en aquella nacion, que apenas escapó la sexta parte de ella. Los trabajos de los misioneros en aquellos años calamitosos

no pueden explicarse suficientemente, pues se hallaban ocupados todo el dia y gran parte de la noche en llevar á los enfermos los auxilios espirituales y corporales.

Los uchitas, que eran una rama de la nacion guaicura, sufrieron en aquel tiempo una calamidad semejante, y aun mayor á proporcion de la que experimentaron los pericúes, porque habiendo tomado las armas contra otros cristianos y hallándose obstinados en sus empresas hostiles, el teniente gobernador del presidio de San José les declaró la guerra como á enemigos y les hizo muchos muertos; otros murieron después en las enfermedades epidémicas, y así se fué disminuyendo su número, de modo que en 1767 no habia quedado vivo mas de un solo individuo.

Habiéndose, pues, disminuido tanto el número de neófitos en las misiones meridionales, fué preciso disminuir tambien el número de estas. Con este fin se dispuso que los pericúes que habian quedado en la de Santa Rosa y los pocos de la de San José que sobrevivieron á las calamidades repetidas de su nacion, se agregasen á la mision de Santiago, y que el lugar de la Paz, cuyo campo era falto de agua, se abandonase, y que las tribus de guaicuras que le habitaban se pasasen juntamente con su misionero al de Santa Rosa, ya despoblado. Mas como su lugar principal se llamaba Todos Santos, tomó este nombre la mision. Esta disposicion fué útil á los neófitos, porque pasaron á un sitio mejor que el que habitaban, y lo fué tambien al resto de la California, porque con la supresion de aquellas dos misiones innecesarias se ahorraban dos misioneros qué podian ocuparse con mas fruto en las del Norte.

La California padeció mucho en aquel tiempo, no solo con la guerra de los uchitas y con las enfermedades epidémicas que despoblaron los países meridionales, sino tambien con la pérdida de cinco hombres de importancia y muy beneméritos de la península, á saber: el padre Bravo en 1744, el padre Tempis y el capitan gobernador en 1746, el padre Sestiaga en 1747 y el padre Guillen en 1748, todos dignos de nuestra memoria y de nuestros encomios.

El padre Santiago Bravo, aragonés, llegó á la California en 1705 en compañía del padre Salvatierra, y permaneció allí treinta y nueve años trabajando de misionero y de procurador con mucha ventaja de las misiones, y llevando una vida no menos laboriosa que ejemplar. Plantó y gobernó ocho años la desprovista mision de la Paz, y fabricó en Loreto una iglesia grande, la casa del misionero procurador y un buen buque que sirvió veinticinco años á la colonia. Murió en 13 de mayo de 1744 en la mision de San Javier, á donde habia ido esperando aliviarse con aquel temperamento; pero su cadáver fué llevado á Loreto y sepultado en la iglesia que él mismo fabricó.

El padre Antonio Tempis, natural de Bohemia, pasó á Méjico en 1736, y en el mismo año fué enviado á la California y destinado á restablecer la mision de Santiago, destruida en la rebelion de los pericúes. Estos, arrebatados del odio al cristianismo, habian arruinado la iglesia y las casas y talado los campos, y aunque se rindieron, mas bien obligados de la fuerza de las armas que llevados del deseo de la vida cristiana, sin embargo, el padre Tempis, con su grande caridad, con su incomparable dulzura y con los singulares y constantes ejemplos de su vida, los aficionó tanto á la doctrina de Jesucristo y los redujo tanto á las buenas costumbres y á las ocupaciones de la vida social, que en tres ó cuatro años se puso aquella mision en un estado mejor que el que tuvo antes de perderse, así en lo espiritual como en lo temporal. Conociendo él que para mejorar un pueblo no hay cosa mas importante que la buena educacion, puso un cuidado particular en los niños, á quienes tenia siempre cerca de sí y á su vista, los instruia con frecuencia, los corregia como padre, y los ejercitaba en algunas labores proporcionadas á su edad y á sus fuerzas, para irlos acostumbrando al trabajo. El celo por la gloria de su Criador le obligaba á hacer los esfuerzos posibles para impedir toda clase de pecados; pero este celo estaba tan templado por la prudencia y mansedumbre, que ninguno tenia motivo para quejarse de él. Aunque era tan empeñoso en buscar el bien de los otros y tan compasivo para con todos, mostraba particular empeño y ternura con los enfermos, alimentando, curando, consolando y auxiliando con todos los socorros necesarios á la salud del alma y del cuerpo á cada uno, con tal dedicacion como si él fuera el único neófito encomendado á su cuidado pastoral. Esta grande caridad se explicó mas en las epidemias que tanto afligieron á las misiones meridionales, en cuya época trabajó con exceso. A veces, hallándose tambien enfermo y tan débil que no podia tenerse en pié, se hacia llevar por sus neófitos á lugares no pocas leguas distantes de Santiago á socorrer á los enfermos: á veces iba por su pié, casi arrastrándose, á socorrer á otros no muy distantes. Los sentimientos de su heróica paciencia en las tribulaciones fueron reducidos por él á esta lacónica expresion, que tenia siempre en la boca: *Todos los trabajos por el amor de Dios*. Expresion que se hizo familiar á los soldados que le acompañaban y á sus neófitos, los cuales se valian de ella útilmente en cualquiera adversidad, aunque ligera. Los luminosos ejemplos de su vida le conciliaron la reputacion de santo entre lo que eran testigos de ellos, los cuales referian tambien algunas cosas extraordinarias que el vulgo tuvo por milagrosas; mas nosotros como no las creemos del todo superiores á las fuerzas de la naturaleza, no dudamos que serian gracias particulares del cielo alcanzadas por los méritos de este fiel siervo de Dios. Final-

mente, después de diez años de tareas verdaderamente apostólicas, murió santamente el padre Tempis en su mision de Santiago, y á los tres años, en 1749, se imprimió en Méjico una breve relacion de su inocente vida.

El padre Sebastian de Sestiaga, uno de los mas laboriosos y famosos misioneros de la California, nació en Teposcolula, lugar considerable de la Mixteca en la Nueva España, en 1684. En la Compañía, en donde entró aun jóven, se concilió la estimacion, no solo por su virtud, sino por su bello ingenio. Siendo en 1718 catedrático de bellas letras en Méjico, fué destinado por los superiores á la California del modo que ya hemos dicho. En los veintinueve años que rigió sucesivamente las misiones de Mulegé y de San Ignacio, convirtió un número muy considerable de bárbaros, y propagó de un mar al otro la doctrina de Jesucristo con indecibles trabajos. Como los bárbaros que acudian á las misiones á ser instruidos en la fe eran, segun el uso antiguo de la California, sustentados á expensas del misionero todo el tiempo que duraba su instruccion, el padre Sestiaga, siempre que le faltaban víveres para alimentar á los catecúmenos, tomaba un saquillo de maíz y carne seca para alimentarse, y salia á buscar á los salvajes en sus propias habitaciones, distantes tal vez doce ó mas leguas de la mision, y allí permanecia mas ó menos tiempo segun era necesario, predicando, catequizando, bautizando, confesando y sufriendo en cuanto al cuerpo una vida semejante á la de los salvajes, sin casa y sin cama, expuesto de dia y de noche á la intemperie y privado de todas las comodidades de la vida. Con este modo de vivir se acostumbró á dormir siempre vestido, y así estaba mas pronto para levantarse, como lo hacia todos los dias, dos horas antes de amanecer, á ocuparse en el ejercicio de la oracion y prepararse para la santa misa. A veces haciendo alguna correría apostólica por los bosques en compañía de algunos de sus neófitos, trasportado de celo y con el rostro inflamado, prorumpia en estos clamores: *Venid todos, venid á la fe de Jesucristo. ¡Oh! ¡Quién pudiera haceros á todos cristianos y llevaros al cielo!* Su corazon estaba tan desprendido de las cosas terrenas, que habiendo arrojado en una borrasca las olas del mar muchas madreperlas en la playa de la mision y siéndole estas presentadas por los indios, las mandó volver al mar sin querer ni aun abrirlas. Su suma delicadeza de conciencia le ocasionó tal tempestad de escrúpulos, que quedando por ellos casi inútil para las funciones de misionero, fué, á su pesar, obligado á dejar las misiones. Los superiores le enviaron á Méjico y después á Puebla, en donde yo tuve la fortuna de tratarle en los últimos años de su vida y de hallarme presente en su dichosa muerte, acaecida en 22 de junio de 1756.

El padre Clemente Guillen era natural de Zacatecas, ciudad de la Nueva España. Después de haber sido catedrático de filosofía en Méjico, fué enviado por los superiores á las misiones de la California, á donde llegó el año de 1714, después de haber naufragado y sufrido otros gravísimos contratiempos, y adonde permaneció treinta y cuatro años trabajando gloriosamente hasta su muerte. Plantó la mision de la Vírgen de los Dolores en el país de los guaicuras, el mas estéril de la península, y en los veinticinco años que la gobernó con mucha fatiga, convirtió la mayor parte de aquellos feroces bárbaros. En 1746, el superior de las misiones viéndole muy débil por los años, los trabajos y las enfermedades, le exoneró del cargo de misionero y le envió á descansar á Loreto; mas aun allí continuó trabajando cuanto le fué posible, y dió un raro ejemplo de celo, porque habiendo llegado á la mision de tierra muy remota una india anciana cuya lengua no entendian los misioneros, él á la edad de setenta años se puso á aprenderla con el solo fin de doctrinar aquella mujer, y en este heróico ejercicio de caridad le sobrevino la muerte en 1748.

Don Estévan Rodriguez Lorenzo, de quien tantas veces se ha hablado en esta historia, era natural del Algarve, país de la corona de Portugal, de donde siendo aun jóven, pasó á Sevilla y de allí á Méjico, donde fué algunos años mayordomo de una hacienda perteneciente al colegio de jesuítas de Tepozotlan. En 1697, cuando el padre Salvatierra, rector antiguo de aquel colegio, emprendió su primer viaje á la California, Rodriguez se comprometió á acompañarle y fué admitido en calidad de soldado después de haberle hecho entender las incomodidades y riesgos anexos á aquella empresa. En 1701 fué creado capitan y gobernador por los votos de sus compañeros, á cuya eleccion dejó este nombramiento el padre Salvatierra. Ejerció este empleo con grandes aplausos por mas de cuarenta años, conciliándose con su buena conducta la estimacion de los misioneros y el respeto de los soldados y de los indios. Tenia grande valor, constancia superior á las mayores dificultades, prudencia rara, suma integridad en la administracion de justicia, y sobre todo, buenas costumbres, piedad ejemplar y mucho celo por la gloria de Dios. Diariamente oia misa y asistia á todos los otros ejercicios de piedad que se practicaban en la iglesia de Loreto. A él se confesaron en gran parte deudores los misioneros de los progresos del cristianismo en la California. Siempre que se plantaba alguna nueva mision, iba con algunos soldados en compañía del misionero al lugar designado y permanecia con él por algun tiempo, no solo para defenderle de cualquiera tentativa de los bárbaros contra su persona, sino tambien para ayudarle en abrir el camino, preparar el terreno labrantío y construir los rústicos edificios que al principio servian de iglesia y de habitacion. Él era el primero en todos aquellos trabajos, obligando á ha-

cer lo mismo con su ejemplo á los soldados y á los indios, con cuyo arbitrio se terminaban muy pronto las obras que de otra suerte habrian necesitado mucho tiempo. Varias veces dió pruebas de que el atractivo de las riquezas no era capaz de torcer su virtud ó inducirle á cometer una accion que le pareciese ilícita ó indecorosa. Hallándose una vez en la isla de San José, le ofrecian los indios una gran cantidad de perlas por la espada que llevaba en la cinta; pero él no quiso absolutamente entrar en aquel contrato, aunque sumamente ventajoso, juzgando cosa indigna de un militar despojarse de sus armas por cualquier interés que fuese. En 1744, habiendo cegado, quedando por tanto inútil para el servicio, el superior de las misiones consiguió del virey que sus empleos recayesen en su hijo don Bernardo Rodriguez de Larrea; pero no pudo conseguir que aquel digno militar octogenario y ciego que habia servido al rey cuarenta y siete años con tanta fidelidad, se le asignase para pasar el resto de su vida ni aun la miserable pension que se da á un soldado inválido. Bien que él no la necesitaba, porque estaba seguro de tener en abundancia todo lo necesario de la piedad de su buen hijo y de la caridad y gratitud de los misioneros. Murió, finalmente, como buen cristiano, en 1º de noviembre de 1746.

Don Bernardo Rodriguez heredó las virtudes cristianas y militares, pero no la robustez de su padre. Algunas enfermedades que padecia se le agravaron de tal modo en los seis años que gobernó la California, que murió en 1750. Le sucedió don Fernando Javier de Rivera y Moncada, que habia servido con aprecio en aquella península, y que después en sus nuevos empleos se portó como digno sucesor de aquel célebre portugués.

§ IV.

VIAJES APOSTÓLICOS DEL PADRE CONSAG. MISION DE SANTA GERTRUDIS, Y SU MISIONERO EL PADRE RETZ.

Ya hacia tiempo que se deseaba la fundacion de nuevas misiones por el Norte; pero este deseo se habia frustrado parte por las revoluciones de los pericúes, y parte por la escasez de misioneros. Mientras estos se esperaban de Méjico, los padres Sestiaga y Consag habian hecho de su mision de San Ignacio varias salidas, tanto á disponer á los salvajes á recibir el Evangelio, como á buscar lugares á propósito para plantear nuevas misiones. Después del año de 1747, en que el padre Sestiaga se retiró de la California, continuó el padre Consag por su parte aquella laboriosa empresa con tal dedicacion, que en 1751 ya habia convertido, catequizado y bautizado quinientos cuarenta y ocho indios de los que debian pertenecer á la nueva mision proyectada; pero no pudo hallar lugar á propósito para establecerla, á excepcion de uno distante de San Ignacio mas de veintisiete leguas hácia el Norte, el cual tenia una sola fuente de agua tan escasa, que no alcanzaba para regar el terreno que allí habia capaz de cultivo. Mas no habiendo podido hallarse otro mejor y siendo necesaria la mision, se determinó plantarla en este.

El piadoso marqués de Villapuente al hacer donacion del capital para que se fundase la mision de San José del Cabo, habia declarado que siempre que esta no se juzgase muy necesaria, era su voluntad que el capital se emplease en la fundacion de otra dedicada á Santa Gertrudis en el país de los cochimíes. Habia llegado el caso previsto por aquel ilustre fundador, pues por haberse disminuido tanto los pericúes, se habia quitado de San José la mision que hubo allí hasta el año de 1730, y su pueblo se habia agregado á la de Santiago, aunque distante doce leguas.

Pero antes de establecer la nueva, quiso el padre Consag hacer otra salida mayor que las anteriores, internándose cuanto le fuese posible hácia el Norte en busca de lugares donde plantar misiones. Con este fin salió de San Ignacio en mayo de 1751 en compañía del nuevo capitan don Fernando de Rivera, llevando un competente número de soldados, cien neófitos, y muchas bestias cargadas de víveres y agua. La razon de llevar una comitiva tan numerosa fué el evitar los desastres que de otra suerte habrian acaecido, porque siendo pocos y teniendo que caminar por países desconocidos y entre bárbaros que no tenian ninguna noticia del cristianismo, habrian sido infaliblemente atacados y se habrian ocasionado desgracias de una y otra parte; al contrario, siendo crecido su número, ninguno se habia de atrever á hostilizarlos. Por otra parte, en aquellos países montuosos y sin caminos eran necesarios muchos brazos para abrirlos y proporcionarlos á las caballerías. El padre Consag tomó por aquella parte de los montes que mira al mar Pacífico, porque se habia observado que de aquel lado eran menos raras las fuentes en todos los terrenos de la península hasta entonces conocidos; mas habiendo girado dos meses é internádose hasta los 30° y mas, no pudo hallar ningun lugar con agua suficiente para una mision. Al acercarse á los 30° en un sendero por donde iban á pasar vieron un ramo de pitahayo atravesado con flechas, signo con que los amenazaban los bárbaros de tratar de aquella manera á quien se atreviese á pasar adelante; pero nuestros viajeros pasaron sin hacer aprecio de aquellas amenazas y los bárbaros no se atrevieron á hostilizarlos, antes bien los recibieron como amigos, y admirados al ver los caballos, suplicaron al capitan que los mandase á pacer cerca del lugar donde vivian sus parientes,

para que tambien ellos pudiesen verlos. El capitan les dió gusto, y ellos no se cansaban de contemplar aquellos grandes y hermosos animales, tan dóciles al imperio del hombre. Este desgraciado y dispendioso viaje no fué inútil, porque aunque no se consiguió lo que se pretendia, sirvió de amansar á los salvajes, de aficionarlos al cristianismo y de abrir con el bautismo las puertas del cielo á los párvulos que estaban peligrosamente enfermos y que de facto murieron.

Habiendo vuelto el padre Consag á San Ignacio, envió al lugar destinado á la nueva mision algunos de sus neófitos acostumbrados ya al trabajo, con el fin de que fabricasen la iglesia y las casas necesarias, bajo la direccion de un célebre indio ciego llamado Andrés Comanají, conocido tambien con el apellido de Sestiaga, tomado de su maestro y padre en Cristo Sebastian de Sestiaga. Este indio fué al principio catequista en la mision de Mulegé y después ejerció el mismo empleo con mucho aprecio en las de San Ignacio y Santa Gertrudis hasta la expulsion de los jesuítas. Su virtud ejemplar, el celo que manifestaba por la conversion de sus paisanos, la gracia particular que tenia para explicarles y hacerles entender los misterios de nuestra religion, la constancia en instruirlos, la paciencia inalterable con que sufria la inquietud de los niños y la rudeza de los catecúmenos que enseñaba, hicieron famoso el nombre de Andrés y le captaron el aprecio de los misioneros y soldados y el respeto y la veneracion de los indios. Frecuentemente fortificaba su alma inocente con los santos Sacramentos, y todo el tiempo que no empleaba en el catequismo ó en las necesidades de la vida, se estaba en la iglesia orando con mucha devocion.

No debe admirarse que un ciego fuese arquitecto y director de aquellas fábricas, porque eran tan toscas, que no necesitaban de reglas de arquitectura, y la habilidad de Andrés era tal que suplia con el tacto la falta de vista. La armazon de aquellos rústicos edificios era de madera, y las paredes de lodo y piedras pequeñas; el techo era tambien de madera y de varas ó cañas cubierto de juncos. Se plantaban cuatro horcones en los cuatro ángulos de cada estancia, y á ellos se ataban fuertemente con correas de cuero, tanto los palos que servian de paredes como las varas ó cañas del techo, y así en estas fábricas no se necesitaba plomada, ni martillo, ni clavos, ni cal. Estos eran los mejores edificios que se construian por primera vez en las misiones, pues por lo comun no eran mas que cabañas ó meras enramadas. Cuando las misiones con el tiempo adquirieron estabilidad, los neófitos comenzaban á sacudir la pereza de la vida salvaje y se conseguian mejores materiales para fabricar, se construian buenas iglesias y casas mas cómodas.

Concluidas las fábricas de Santa Gertrudis, pasó á establecer la mision en el estío de 1752 el padre Jorge Retz, aleman, que desde el año anterior habia estado en la mision de San Ignacio aprendiendo la lengua cochimí. Cada uno de los misioneros, segun el uso constante de aquella península, contribuyó con lo que pudo para el nuevo establecimiento, dando algunas cabras, ovejas, vacas, caballos, mulas, ó alguna cantidad de víveres. Con este auxilio que recíprocamente se daban los misioneros, se evitaban muchas necesidades y se activaban los progresos de las misiones. El padre Retz comenzó la suya con seiscientos neófitos catequizados y bautizados por el padre Consag; pero como estos daban noticia á los gentiles sus vecinos de la nueva ley, de la necesidad del bautismo para salvarse y del buen trato que les daban los misioneros, comenzaban aquellos á venir en tropas de treinta, de cuarenta ó de setenta personas pidiendo el bautismo, y así en pocos años tuvo el padre Retz á su cuidado hasta mil y cuatrocientos neófitos, ayudado por el catequista Andrés Comanají. Cuando alguno de los catecúmenos era bautizado, le daba el misionero, segun la costumbre desde mucho tiempo antes introducida en aquella península, una crucecita que debia siempre llevar pendiente del cuello para que le sirviese de insignia de su fe y le excitase siempre la memoria de la redencion.

Para que aquella mision se consolidase y prosperase no faltaba sino la agricultura; pero todo aquel terreno era muy pedregoso y falto de agua. Sin embargo, apenas habian pasado dos meses después de su establecimiento, cuando en un lugar no muy distante de ella se encontró un manantial pequeño, y á casi una milla de él un corto giron de tierra capaz de cultivo, al cual se condujo el agua por un angosto canal abierto en la piedra viva. Cerca de este se formó otro pequeño campo con tierra llevada de otra parte y extendida sobre las piedras como solia hacerse en la península, usando de toda la economía posible para no perder nada de aquella poca agua. Se plantaron tambien algunos árboles frutales y una viña, que á su tiempo dió buen vino. A pocos años los campos cultivados daban ya todo el trigo y maíz que la mision necesitaba; pero era necesario para esto sembrar sucesivamente en la misma tierra las dos semillas. La tapa del trigo se hacia en octubre y la cosecha en mayo; después de esta seguia luego el abono de la tierra y los nuevos barbechos para sembrar en junio el maíz, cuya cosecha se levantaba en fines de setiembre, volviéndose á labrar el mismo terreno para tapar el trigo en el mes siguiente. Tambien era singular el modo de guardar el vino: no siendo conocidas allí las pipas ni pudiendo tener el padre Retz aquellas tinajas de barro de que se hacia uso en otras misiones, determinó que para esto se labrasen algunas de aquellas piedras muy grandes que abundan en el país, ahuecándolas á manera de sepulcros, y cubriéndolas con tablas

empegadas. En semejantes vasijas se echaba y se conservaba bien el vino.

El buen éxito de esta mision reavivó el ardiente celo del padre Consag. Este en el viaje que hizo al rio Colorado en 1746, no habia podido hallar en toda la costa oriental de la península ningun lugar á propósito para plantar una mision, ni tampoco en el viaje de 1751 pudo hallarle en aquella parte de las montañas que mira al mar Pacífico. No faltaba, pues, sino buscarle en la parte de las mismas montañas que miran al golfo. Con este fin emprendió el mismo misionero en la primavera de 1753 un tercer viaje no menos laborioso é infructuoso que el segundo. Se internó hasta los 31° sin hallar mas que grandes pedregales que maltrataron mucho las bestias.

§ V.

SE VENCEN LAS DIFICULTADES QUE IMPEDIAN EL AVANCE DE LAS MISIONES HÁCIA EL NORTE. MUERTE Y ELOGIO DEL PADRE CONSAG.

Para que las misiones avanzasen hácia el Norte como lo deseaban los misioneros, se necesitaban capitales con que fundarlas y lugares donde plantarlas, y no habiendo esperanza ni de lo uno ni de lo otro, movió Dios el ánimo de una insigne y nobilísima bienhechora. Esta fué la duquesa de Gandia doña María de Borja, la cual por un criado suyo que habia sido soldado de la California, supo la esterilidad de aquel suelo, la miseria de los indios y los trabajos y tareas apostólicas de los misioneros. Y pareciéndole que no podia hacer cosa mas agradable á Dios que emplear sus riquezas en el fomento de aquellas misiones, dispuso en su testamento que sacando de sus bienes libres las gruesas pensiones que de por vida dejaba á sus domésticos, todo el resto se aplicase á los misioneros de la California, juntamente con los capitales de las pensiones después de la muerte de los legatarios, y que se fundase en la península una mision en honor de su esclarecido antepasado san Francisco de Borja. La suma adquirida por este testamento en favor de las misiones ascendia en 1767 á sesenta mil pesos, y debia recibirse casi otro tanto cuando muriesen los domésticos pensionados y se cobrasen unas deudas considerables. Con tan crecido capital se podian fundar muchas misiones en la California, como en efecto se hubieran fundado si los jesuítas no se hubieran visto obligados el año citado á abandonar la península.

Faltaba vencer el otro obstáculo relativo al lugar para fundar la proyectada mision; pero quiso el Señor que se hubiera allanado en 1758, porque el padre Retz habiendo sabido por algunos de sus neófitos que en un sitio llamado *Adac*, distante de Santa Gertrudis casi tres jornadas hácia el Norte, habia un manantial copioso, mandó algunas personas de confianza que le viesen y observasen el terreno. Le hallaron efectivamente en la falda de una colina poco distante del puerto de los Angeles en la costa oriental; observaron que el agua brotaba caliente y con un hedor sulfúrico; que enfriándose perdia del todo el hedor y quedaba potable, y que aunque no era tan abundante como aseguraban los indios, era suficiente para regar el terreno labrantío que allí habia.

El padre Consag se habia acercado mucho al manantial de Adac en su último viaje; pero ni le vió ni tuvo noticia de él. Casualmente era superior de la California cuando se descubrió este lugar, y deseaba mucho plantar aquella mision por la cual habia trabajado tanto; pero no lo consiguió porque murió en setiembre de 1759 á la edad de 56 años. Era nativo de Austria, en donde entró en la Compañía de Jesús. Pasando después á Méjico, fué enviado por los superiores á la California en 1732. En los primeros cinco años de su residencia allí rigió varias misiones en que faltaban los misioneros, y en los veintidós restantes estuvo en la de San Ignacio, primero en compañía del padre Sestiaga, y después solo, cuidando no solamente de aquel numeroso cristianismo, sino tambien de los gentiles que debian pertenecer á la mision de Santa Gertrudis, de los cuales convirtió, catequizó y bautizó seiscientos. No es fácil numerar las leguas que anduvo este hombre infatigable en sus continuas salidas á los terrenos de su mision, en sus viajes á los países gentiles y al rio Colorado, y en la visita que como superior hizo á todas las misiones de la península, y lo que es mas de admirar, estando casi siempre enfermo. Cuando en sus viajes hacia alto para que descansasen sus compañeros y las bestias, él se ponia de rodillas á orar, posponiendo el reposo del cuerpo al del alma. En suma, con sus ejemplares virtudes y sus tareas apostólicas mereció que el nombre Consag se colocase entre los de los hombres ilustres de la California.

§ VI.

FALTA DE BASTIMENTOS Y CONSTRUCCION DE OTROS NUEVOS. MUERTE Y ELOGIO DEL HERMANO MUGAZABAL.

Hacia mucho tiempo que la península necesitaba bastimentos para el trasporte de las cosas necesarias al presidio y á las misiones. La balandra Lauretana, mandada fabricar por el padre Bravo, se hallaba en tan mal estado por los continuos viajes de tantos años, que se temia que dentro de poco se inutilizase. El barco San José, comprado por cuenta del real erario, además de ser muy pequeño, era su madera tan mala que necesitaba carena con mucha frecuencia. Por estos motivos el virey, en virtud de las representaciones del padre Juan Armesto, antes

misionero de la California y entonces procurador en Méjico de las misiones, habia mandado que se construyese un bastimento en Realejo, puerto de Nicaragua. Este costó al rey mas de diez y nueve mil pesos, á mas de los gastos de su conduccion hasta Acapulco. De aquí se dirigió para la California á expensas de las misiones; pero antes de llegar fué destrozado por una borrasca en las rocas de *Purúm*, cerca del cabo de San Lúcas. La tripulacion, que se salvó en la tierra próxima, fué conducida á la mision de Santiago y sustentada dos meses por el padre misionero Francisco de Escalante. Y así este buque en vez de ser útil acarreó daño á las misiones.

Informado el virey de esta desgracia, permitió que en la misma California se construyese otro bastimento por cuenta del real erario. Con este fin el padre Lúcas Ventura, procurador de las misiones en Loreto, hizo llevar de Matanchel una cantidad considerable de madera de cedro, y para los leños curvos que se necesitaban en la construccion, hizo cortar en Londó algunos mezquites ó acacias, cuya madera es durísima y á propósito para tales obras. El fabricante fué un indio de las islas Filipinas llamado Gaspar de Molina, el cual, aunque en los años que habia estado parte en California y parte en Sinaloa, no habia dado ninguna prueba de su habilidad en este arte, construyó un bastimento grande, fuerte, bien proporcionado, veloz y velero; en suma, tal como le podia haber hecho el mas excelente maestro. Costó mas de diez y ocho mil pesos; pero el procurador no quiso poner en cuenta al erario mas de diez mil, en consideracion á los gastos que de él se habian hecho en el bastimento perdido poco antes. Alentado el padre Ventura con el buen éxito de esta empresa, quiso que el mismo indio Molina fabricase á expensas de las misiones otro bastimento algo menor que el primero, pero igualmente perfecto, y le construyó de facto tal cual le queria. Estos dos buques, los mejores que habia habido en la California, fueran entregados al comisionado real cuando los jesuítas salieron de la península.

En el mismo año de 1759 en que se perdió el buque construido en Realejo, perdió tambien la mision de los Dolores un barco que le servia para el trasporte de las cosas necesarias, pues á causa de la suma esterilidad de aquella tierra, necesitaba que todos los víveres le fuesen de otra parte. Habiéndose suscitado en un viaje cierta cuestion entre dos indios remeros, el patron del barco, que era un indio de Sinaloa, de muy buenas costumbres, procuró apaciguarlos; pero recibió la muerte en premio de su caridad, porque uno de los contendientes indignado contra él, le mató de una pedrada en la cabeza, y para evitar el castigo merecido, acordó con los otros nueve ó diez compañeros suyos, todos guaicuras, esparcir la voz de que en medio de una borrasca habria fracasado el barco en un escollo y que el patron se habia ahogado porque no sabia nadar tan bien como ellos. Para hacerlo creer, destrozaron de propósito el barco, y esparcieron los fragmentos, la vela, el cordaje y la carga; pero cuando esta noticia llegó á Loreto, sospechando el capitan gobernador lo que realmente habia sucedido, pasó á la mision de los Dolores, y allí hizo tales investigaciones, que llegó á descubrir la verdad, confesándola llanamente todos los indios, por cuyo motivo condenó al homicida á muerte y castigó á los otros con penas menores. El padre Lamberto Hostell, que gobernaba aquella mision, no quiso desde entonces tener barco, privándose de aquella comodidad por no exponer á sus neófitos á semejantes desgracias, y haciendo que se le llevase por tierra todo lo necesario, aunque de lugares muy distantes y por malos caminos.

Mas sensible que esta pérdida fué la que en 1761 sufrió la California en la muerte del hermano Juan Baustista Mugazabal, que le habia sido muy útil, tanto con sus servicios personales como con los ejemplos de su santa vida en los cincuenta y siete años que allí vivió. Era nativo de la provincia de Alava en España, de la cual en 1704 pasó á la California, en donde fué primero soldado, y después alférez hasta 1720, observando siempre una conducta irreprensible. En este año entró de cuadjutor en la Compañía de Jesús, y habiendo aprendido la ciencia de los santos en la escuela de aquel gran maestro el padre Juan de Ugarte, llegó á ser un religioso perfecto. Estuvo encargado casi cuarenta años del almacen de las misiones y del presidio establecido en Loreto, de las pagas de los soldados y marineros, de los buques, de la compra de provisiones necesarias y de su conduccion á todas las misiones. Además de esto, hacia tambien de sacristan de Loreto, y algunas veces de catequista, portándose en tales ocupaciones, así como en todos los ejercicios de la vida religiosa, diligente, humilde, modesto y devoto. Su constancia en la oracion por tantos años llegó á gastar los ladrillos del pavimento de la iglesia en que acostumbraba hincarse; pero ni esta continua aplicacion de su mente á las cosas del cielo, ni su laborioso empleo de agente de las cosas de las misiones y presidios, ni las diciplinas, cilicios y ayunos con que atormentaba frecuentemente su cuerpo, ni la insalubridad de aquel clima, impidieron que pasase de los ochenta años, sirviendo fielmente al Señor hasta el último suspiro y dejando después de su muerte el buen olor de sus virtudes.

§ VII.

MISION DE SAN FRANCISCO DE BORJA, Y SU MISIONERO EL PADRE LINK.

Entre tanto no se echó en olvido la proyectada mision de San Francisco de Borja. El padre José Rotea, que llegó á la California en 1759,

estaba destinado á plantarla; pero como en el mismo año vacó la de San Ignacio por la muerte del padre Consag, fué empleado en ella, pues no debian abandonarse las misiones ya fundadas por establecer otras nuevas. Sin embargo, el padre Retz, después de haber reducido al cristianismo á casi todos los gentiles del vasto territorio de su mision, se dedicó tambien á reducir á muchas tribus de las que debian pertenecer á la nueva. Hizo tambien abrir el camino de comunicacion entre las dos, y fabricar en *Adac* los edificios necesarios, á saber: la iglesia, la casa del misionero y soldados, un almacen y un hospital Tambien labró el pequeño terreno que allí habia capaz de cultivo, y sembró maíz.

Todo esto se hizo antes que se encargase de la mision el padre Wenceslao Link, natural de Bohemia, destinado á gobernarla. Este llegó á la California en 1762, se estuvo algunos meses en Santa Gertrudis aprendiendo la lengua cochimí, y en el estío del mismo año se trasladó á *Adac* en compañía de algunos soldados. Dió principio á su mision con trescientos neófitos, convertidos, catequizados y bautizados por el padre Retz, y después comenzaron á acudir á ella, con el fin de hacerse cristianos, muchos gentiles de las tierras cercanas; pero en una mision nueva y situada en país estéril no era posible mantener tantos catecúmenos á mas de los soldados y de los empleados en el servicio de ella. Es verdad que el territorio de *Adac* abunda en liebres, conejos y otras especies de caza; pero en cuanto á vegetales, no tenia mas que pitahayas, mezcal, palmas de dátiles insípidos, y una gran cantidad de aquellos árboles tan extravagantes como inútiles llamados *milapá*, de que hablamos en el libro 1º Faltaban tambien madera y leña, y no se encontraban pastos; y así de las ovejas y cabras que se llevaron al principio, murieron luego algunas, y las restantes se enflaquecieron tanto, que fué necesario sacarlas de aquella tierra para que no pereciesen.

No teniendo pues aquella mision arbitrio para subsistir, fué necesario que las otras la socorriesen, segun en tales casos se acostumbraba; pero la mas cercana, que era la de Santa Gertrudis, dista treinta leguas y casi nada tenia que poder darle. La de Guadalupe, distante casi ochenta leguas, le enviaba carne seca; y así de Loreto, distante mas de cien leguas, recibia las otras provisiones y todo lo necesario para el culto divino, para el vestido del misionero, de los soldados y neófitos, para la agricultura y las otras artes de primera necesidad. Estas cosas iban por mar hasta el puerto de los Angeles, distante ocho leguas de Adac, en un barco que habia dado á la mision el procurador de Loreto á fin de que sirviese en estos trasportes; mas como estos viajes eran peligrosos, por las frecuentes borrascas y las impetuosas y contrarias corrientes de las islas de Salsipuedes y los californios no eran prácticos en la navegacion, se encomendó el gobierno del barco á un buen indio de Sinaloa, llamado Buenaventura Ahome, el cual todo el tiempo que no estaba en viaje, servia con mucha diligencia y fidelidad á la misma mision en otros ministerios. El padre Link escogió entre los neófitos algunos jóvenes vivos para que navegando en compañía del de Sinaloa, aprendiesen la marinería, así como hizo que otros aprendiesen la agricultura bajo la direccion de un soldado que la entendia. En el primer año recogió una corta cosecha del poco maíz que á su tiempo habia sembrado el padre Retz; pero habiendo descubierto y cultivado otro pequeño giron de terreno labrantío y valiéndose de la industria de sembrar cada año trigo y maíz sucesivamente en un mismo campo, como se hacia en Santa Gertrudis, cosechó una cantidad mucho mayor, aunque no cuanta necesitaba para el consumo de la mision. Habia plantado por sí mismo una huertecilla, en que habian nacido varias plantas de las semillas qua habia llevado de Méjico, y esperaba á que estuviesen algo mas crecidas para trasplantarlas; pero las perdió todas por el aturdimiento de los indios, porque debiendo llevar el sagrado viático á un soldado que se hallaba gravemente enfermo, mandó á sus neófitos que barriesen la calle y esparciesen yerbas en ella; y no encontrando ellos otras mejores que las de la huerta del misionero, las arrancaron todas y las esparcieron en la calle. El padre al salir con el Santísimo Sacramento notó que lo que iba pisando era el fruto de su trabajo; pero hizo de ello un sacrificio voluntario al Criador.

Después de diez y ocho meses de establecida aquella mision, no habian podido hallarse pastos en todo su territorio, hasta que habiendo estado en ella el capitan gobernador, tomó empeño en buscarlos de nuevo, y halló por fin sobre una colina á ocho leguas de distancia de Adac una llanura con agua y pasto suficiente para ochocientas cabezas de ganado mayor. Apenas tuvieron los otros misioneros noticia de este descubrimiento tan ventajoso á la mision, cuando mandaron allá caballos y vacas, y desde entonces se tuvo carne fresca para comer. Cuando se llevó á este lugar el ganado en diciembre de 1763, se vió nevar en la colina, lo cual no se habia visto en todo el resto de la California. En Adac podia tambien comerse pescado fresco, porque en el puerto de los Angeles es abundante la pesca; pero el padre Link se privaba de este manjar por evitar á sus neófitos el trabajo de traérsele.

Esta prosperidad de la mision de San Francisco de Borja en las cosas temporales, no era comparable con la que tuvo en los progresos de la religion cristiana. Habiéndose fundado con trescientos neófitos, se fué aumentando notablemente, porque los gentiles acudian en bandadas á instruirse y bautizarse, y en todo el tiempo que duró la mision hasta la expulsion de los jesuitas, casi jamás faltaron catecúmenos. El padre

Link viendo que la iglesia que se habia hecho al principio era pequeña y mal fabricada, construyó otra mas grande. En el pueblo habitaban de pié, además de los soldados, casi treinta familias de neófitos, sin contar con los catecúmenos que estaban en actual instruccion y con una tribu de neófitos que venia de otra parte, pues cada semana se quedaba allí una de las tribus de fuera, tanto á renovar su instruccion, oir misa, recibir los sacramentos si los pedian y emplearse en otros ejercicios de devocion, cuanto á trabajar en la labor ó ejercitarse en otros oficios, para irse acostumbrando al trabajo y evitar la ociosidad, tan perniciosa á las buenas costumbres. El sábado se iba la tribu que habia estado allí en la semana, y venia otra á ocuparse en lo mismo.

§ VIII.

ES INQUIETADA LA MISION DE SAN FRANCISCO DE BORJA Y SE PONE REMEDIO Á ESTA INQUIETUD.

En medio de su felicidad tuvo que sufrir esta mision no pocas ni pequeñas contradicciones, como sucede siempre á todas las obras de la gloria de Dios. Una tribu de gentiles feroces que habitaba en un lugar distante de Adac treinta leguas al Noroeste, viendo establecida la mision y que sus paisanos acudian á ella á porfía para hacerse cristianos, y no pudiendo sufrir aquella nueva religion que enfrenaba su perniciosa libertad y corregia sus antiguas costumbres, tomaron la bárbara resolucion de perseguir, sin dar cuartel á nadie, á todos los que hubiesen abrazado ó quisiesen abrazar el cristianismo. Sabiendo pues que los gentiles que habitaban entre ellos y los neófitos habian declarado que querian ser cristianos, cayeron armados sobre la tribu mas próxima, y después sucesivamente sobre las otras, matando muchos y poniendo en fuga á los restantes. Estos, refugiados entre los cristianos, los pusieron á todos en consternacion. El padre Retz, consultado por el padre Link, fué de opinion que debia hacerse frente á los bárbaros y atemorizarlos de modo que en lo sucesivo no se atreviesen á cometer semejantes hostilidades, pues de otra suerte, creciendo con aquellos estragos su engreimiento y su orgullo, no cesarian de hacer á los cristianos todo el mal posible; y no contento con dar este consejo, mandó una tropa de sus neófitos bien armados, para que unidos con los de Adac y con los soldados, les saliesen al encuentro á los enemigos.

Aceptado el consejo y dispuesto aquel pequeño ejército, se dió órden á su jefe de que se portase en aquella expedicion de modo que sin matar á ninguno de los enemigos, los cogiese á todos y los condujese prisioneros á Adac. Así lo ejecutaron puntualmente, porque habiéndose informado del lugar en que acampaban los enemigos, se acercaron con mucho silencio, y cayendo derepente sobre ellos, los cogieron y ataron, sin disparar un arcabuz ni tirar una flecha, les quemaron sus cabañas ó enramadas y se apoderaron de sus armas y de sus miserables muebles. Conducidos en triunfo á Adac, fueron puestos en prision en la casa de los soldados, cuyo cabo, que hacia de juez, hizo saber á los reos que aunque eran dignos del último suplicio, él, usando de la clemencia cristiana, los condenaba solamente á la pena de azotes. Este castigo se aplicó solamente á los doce mas culpables con el mismo aparato usado ya en un caso semejante en la mision de San Ignacio, y valiéndose de la misma industria de que se habian valido con tan buen éxito los padres Sestiaga y Luyando. Apenas se habian dado ocho ó diez azotes á cada uno de los reos, cuando salia el padre Link á suplicar al juez que mandase cesar el castigo, y este se lo otorgaba, haciendo saber al reo que si no fuera por la mediacion de aquel santo sacerdote, ministro del Altísimo, habria sido tratado con mayor rigor. Terminado aquel acto de justicia, volvian los reos á su prision, adonde iba el misionero á darles de comer y hacerles algunas exhortaciones útiles. Los primeros dias se manifestaron aquellos indios sobremanera indignados é impacientes, y uno de ellos lo estaba de tal suerte, que parecia frenético ó rabioso; pero por una parte con la continuacion del castigo por siete ú ocho dias, y por otra con las paternales exhortaciones y buenos oficios del padre Link, llegaron á estar muy mansos y humildes. Luego que sufrieron la pena de sus atentados, fueron puestos en libertad, y marcharon á su país con poca gana de repetir sus hostilidades. De este modo atraidos del buen órden que reinaba en Adac, de la paz y tranquilidad que allí gozaban los cristianos y de la caridad con que habian sido tratados por el misionero, ó por mejor decir, movidos por el atractivo de la gracia del Señor, volvieron después de algun tiempo con sus familias y parientes, y con otros varios gentiles que se les agregaron, á pedir con instancia el bautismo, que recibieron después de bien instruidos y de haber dado pruebas suficientes de la sinceridad de su conversion.

Poco tiempo después de fundada aquella mision, un guama que sentia mucho el perjuicio que á sus intereses causaba la conversion de sus paisanos, determinó retraerlos del cristianismo por medio de espantos. Para conseguirlo, encendió una noche una grande hoguera en Adac, y se puso á aullar horriblemente al rededor de ella. Los circunstantes al oir aquellos aullidos y al ver los diversos y extraordinarios colores que aparecian en las llamas, ó por un verdadero efecto de los combustibles ó por mera ilusion de su exaltada fantasía, se atemorizaron de tal modo que huyeron á la casa del misionero á ponerse bajo su proteccion. El padre Link, informado

del suceso, se acercó intrépidamente al guama con un látigo en la mano; pero este huyó sin atreverse á esperarle. Los neófitos, deponiendo el temor, apreciaron mas desde entonces al misionero porque habia manifestado valor; y el guama, convertido sinceramente después de algun tiempo y bautizado, vivió en lo sucesivo como buen cristiano.

§ IX.

MUERTE DEL PADRE NEUMAYER. VIAJE DEL PADRE LINK.

El 30 de agosto de 1764, dos años después de la fundacion de la mision de San Francisco de Borja, murió en la de Todos Santos el padre Cárlos Neumayer, aleman. Habia estado algunos años en las misiones de Topia, de donde fué enviado en 1745 á las de la California, observando en unas y otras una vida verdaderamente apostólica, afrontando intrépidamente los peligros por no faltar á su deber, y no perdonando ningun trabajo que pudiera contribuir á la gloria de Dios y al bien espiritual y temporal de sus neófitos. El hacia de peon labrando con sus propias manos la tierra; de pescador estando á veces dentro del agua hasta media pierna; de arquitecto, de albañil y de carpintero, fabricando personalmente la iglesia y las casillas de los indios; de sastre cortando y cosiendo sus vestidos; de médico y de enfermero, cuidando de los enfermos y aplicando por sí mismo los remedios aun á las llagas mas asquerosas: en suma, él se hizo todo con todos para ganarlos á todos para Jesucristo. A él como á padre ocurrian los necesitados y afligidos, esperando hallar en su conocida caridad el remedio y el consuelo. Murió santamente, después de haber dado grandes ejemplos de paciencia en su última enfermedad.

Dos meses antes habian llegado á la California dos misioneros nuevos, el padre Victoriano Arnes y el padre Francisco Javier Franco. Este fué enviado á Todos Santos á asistir al padre Neumayer en su última enfermedad y sucederle en el gobierno de la mision. El padre Arnes fué destinado á San Francisco de Borja á ayudar al padre Ling, mientras se hallaba lugar en donde establecer una nueva mision. Así el padre Link, teniendo quien hiciese sus veces, pudo el año de 1765, ausentarse algunos dias en un viaje que juzgaba útil para la propagacion del cristianismo. Como algunos de sus neófitos que habitaban en la costa del golfo le dijeron que habian observado fuegos en la isla del Angel Custodio, distante ocho leguas de la misma costa, creyó que vivirian allí algunos gentiles á quienes no se hubiese anunciado el Evangelio. Se embarcó pues en el puerto de los Angeles, y se dirigió para allá en compañía de algunos soldados y neófitos. La isla se extiende de Sureste á Noroeste comenzando á cosa de 30° 20' y terminando mas allá del paralelo de 31°. Su largo, segun la carta formada por el padre Consag, es de unas diez y siete leguas y su ancho no pasa de dos.

El padre Link recorrió á pié una parte considerable de ella sin hallar ni habitantes, ni animales, ni agua, y así le pareció todo lo restante. El hubiera querido reconocerla toda; pero la falta de agua le obligó a abandonar la empresa. Al volver al puerto de los Angeles se vieron muy fatigados por la sed, y molestados por la violencia de los vientos contrarios, que varias veces los repelieron hacia la isla, y una de ellas, habiendo roto la vela, trastornaron el barco de tal modo, que a no ser por la destreza del patron Buenaventura de Ahome y de un soldado que le enderezaron, se hubieran ahogado todos infaliblemente. Por fin calmando el tiempo, tomaron el puerto de los Angeles. El padre Link quedó persuadido de que la isla era desierta y de que los fuegos vistos por los neófitos habrian sido encendidos, ó por algunos californios que pasarian á ella en balsas, ó acaso por algunos pescadores de perla venidos de Sinaloa.

No fué tan infructuoso el viaje por tierra al rio Colorado que el año siguiente hizo el mismo padre Link; pero antes de hablar de él, es necesario dar una ojeada á las misiones meridionales, las que acaso parecerá que hemos olvidado por mucho tiempo, debiendo ellas tener tanta parte en esta historia por sus repetidas desgracias, cuanta las setentrionales por sus felices progresos.

§ X.

NUEVA CALAMIDAD PARA LAS MISIONES MERIDIONALES. INICUAS PRETENSIONES Y QUERELLAS DE LOS PERICÚES.

Fueron sin duda grandes los males causados en la parte austral por la rebelion de los pericúes y por las enfermedades epidémicas que redujeron la poblacion á la sexta parte. Después en el año de 1748 se comenzó la explotacion de una mina de plata, nueva calamidad para aquellas misiones y nueva fuente de desórdenes y de afanes. Don Manuel de Ocio, soldado antiguo del presidio de Loreto, se habia licenciado de la milicia para hacer fortuna en la pesca de perla, con la que efectivamente enriqueció; pero viendo después que la pesca no era muy útil porque comenzaban á faltar las perlas, se dedicó á trabajar una mina de plata en un lugar de la península llamado Santa Ana, á doce leguas de la mision de Santiago, y con este fin llevó operarios de la Nueva España. Mas como no llevó tambien un sacerdote que cuidase de ellos, fué preciso que el misionero de Santiago hiciese con ellos de párroco, trasladándose allá con frecuencia á decir misa y á administrarles los sacramentos, cuyo trabajo se aumentó en 1756, cuando se

comenzó á trabajar la mina de San Antonio, aun mas distante de aquella mision. El misionero hacia estos servicios por el solo bien de aquellas almas y sin la menor utilidad temporal, tanto que en vez de percibir alguna recompensa, tenia por lo regular que llevar que comer, no solo para sí y para los neófitos que le acompañaban, sino tambien para algunos de aquellos pobres operarios. A pesar de esto, el superior de las misiones temiendo que los enemigos de los jesuítas tomasen para columniarlos pretexto de aquello mismo que se hacia solamente por caridad, hizo tales instancias á Ocio, que le obligó á solicitar en Guadalajara un sacerdote con las facultades necesarias para que hiciese de párroco en la mina; pero habiéndose disgustado este á los dos ó tres años, se volvió á su patria, y como no se halló otro que quisiese sucederle, fué preciso que el misionero de Santiago volviese á tomar sobre sí aquella afanosa carga.

Faltando víveres á los operarios y no teniendo donde comprarlos, para proveerse no podian menos que ocurrir á las misiones de Santiago y Todos Santos, que eran las mas cercanas. Los misioneros no querian venderles sus provisiones, porque las necesitaban para sus neófitos y porque ciertamente no debian dejarse vencer, para obligar de esta manera á Ocio á abandonar aquellas minas, poco útiles para él y muy perniciosas al nuevo cristianismo, ó á solicitar en otra parte con su mucho dinero lo necesario sin perjuicio de las misiones; pero fueron tales las súplicas y tan importunas las instancias de aquellos hombres, que los misioneros cedieron á ellas concediéndoles, no toda la cantidad de víveres que pedian, sino una parte. Los daban gratuitamente á los verdaderamente pobres, y los vendian por sus justos precios á los que tenian con que comprarlos; empleando después el producido de las ventas en el culto divino ó en lienzos para sus neófitos, porque los misioneros no se juzgaban dueños, sino administradores de los bienes de las misiones, á pesar de que estos eran el fruto de su trabajo y de su industriosa economía. Sin embargo de esto, no pudieron evitar los tiros de la calumnia. ¿Ni cómo evitarlos, cualquiera que hubiera sido el partido que tomasen? Si vendian el maíz y otros frutos de las misiones á los operarios de las minas, decian los enemigos de la Compañía que los misioneros de la California se habian vuelto comerciantes, así como lo decian porque el de Santiago, conformándose con la voluntad del virey y con los preceptos de la caridad, suministraba refrescos al navío de las islas Filipinas que anualmente abordaba al puerto de San Bernabé. Si hubieran dado gratuitamente todas las provisiones que se les pedian, se habria dicho cuando menos, y no sin razon, que eran unos necios que empobrecian sus misiones y privaban á los neófitos de lo necesario por darlo á aquellos viles forasteros, y se le habria atribuido á esta caridad un fin torcido. En fin, si hubieran negado absolutamente los víveres, habrian publicado sus enemigos que los misioneros de la California se oponian á las ventajas del real erario estorbando con su avaricia la explotacion de las minas. Tal es el contraste que ordinariamente se nota entre los intereses de Dios y los del mundo.

No eran estos los mayores males que las minas causaban á las misiones. Los operarios, hombres sacados de la hez del pueblo, y por lo regular desmoralizados, comenzaron pronto á despertar con sus sugestiones la natural inquietud y malas inclinaciones de los pericúes. Les decian que los indios de Méjico pagaban tributo al rey y mantenian á sus curas, pero gozaban entera libertad é iban á donde querian; que los curas los dejaban hacer cuanto les parecia, con tal que cumpliesen con la Iglesia, y que cada indio tenia su campo, que cultivaba á su arbitrio, vendiendo los frutos en las minas ó en alguna ciudad, segun le tenia mas cuenta.

Estas relaciones, llenas de falsedad y acompañadas de consejos perniciosos, condujeron á los necios pericúes á las mas extravagantes é inicuas pretensiones. Querian que se les distribuyesen las tierras de las misiones, las cuales habiendo sido antes incultas se hallaban cultivadas por la grande industria, constantes trabajos y no pocos gastos de los misioneros. Pretendian que cada uno de ellos fuera dueño de cultivar su campo como le pareciese y de vender los frutos á donde quisiese, sin perjuicio de que los misioneros continuasen alimentando, como lo hacian, á todas las mujeres, muchachos, viejos y enfermos de las misiones, dando además bestias de carga á los que quisiesen ir á otra parte á vender sus frutos. No contentos con esto, querian tener libertad de viajar no solo por todas las misiones de la península, sino á las provincias ultramarinas de Sinaloa, Culiacan y Nueva Galicia, y que con este fin se pusiese á su disposicion el barco de la mision de Santiago, comprado en ochocientos y mas pesos tomados del capital de la fundacion para que en él se trasportaran las cosas que la misma mision necesitaba.

Entre estas pretensiones irracionales; la que se referia á la division de las tierras habria sido muy justa y tan ventajosa á las misiones como á los indios, si estos hubieran sido útiles para trabajar por sí mismos en la labor y conservar los frutos. Pero aquellos hombres recien sacados de la vida salvaje y acostumbrados á mantenerse con las frutas que espontáneamente les ofrecen los árboles, aborrecen sobre manera los trabajos de la agricultura, y haciendo poco aprecio de lo futuro, desperdician en una semana las provisiones de muchos meses. No sacuden la pereza si no son industriosamente alentados y caritativamente estrechados al trabajo, ni habrian podido gozar todo el año de los productos de la agricultura si los

misioneros no los hubieran guardado para írselos distribuyendo con prudente economía.

En la facultad de ir á donde quisieran, que á primera vista parece debida á la natural libertad del hombre, pedian mas de lo que les era permitido en el tiempo de su gentilismo. Ellos entonces á pesar de que andaban errantes y vagabundos sin poblaciones ni casas, estaban de tal suerte confinados en el distrito de su propia nacion, que ni los pericúes podian pasar al país de los guaicuras, ni estos al de los cochimíes; y lo que es todavía mas notable, ni aun era permitido á una tribu poner los piés en el territorio de otra de la misma nacion. Mas después de haber recibido el cristianismo, podian á su antojo andar por todo el territorio de su respectiva mision, que era muy vasto, y pasar á los países circunvecinos; mas para ir á las misiones lejanas debian pedir licencia al misionero, el cual fácilmente la concedia siempre que habia motivo justo y no se temia algun grave inconveniente, porque de otro modo estos viajes, especialmente si eran de larga duracion, causaban mucho perjuicio á los mismos indios que los hacian, á sus familias y á las misiones. Allí era costumbre constantemente observada que los misioneros mantuviesen á los neófitos forasteros todo el tiempo que duraban en sus misiones y cuidasen de ellos como si perteneciera á su grey.

Otro orígen de inquietudes y quejas entre los pericúes era la escasez de mujeres. Es cosa verdaderamente admirable que habiendo sido en el tiempo de su gentilismo comunísima la poligamia y el sexo femenino mucho mas numeroso que el otro, hubiera aquel llegado á disminuirse después de algunos años tanto que apenas habia una mujer por diez hombres. Tal vez serian la causa las enfermedades de los años anteriores, las cuales acaso harian mayor estrago en el sexo débil. Este exceso del número de hombres sobre el de mujeres era comun en algunas misiones setentrionales; pero en ellas no les era tan difícil á aquellos encontrar mujer en otras misiones vecinas en las cuales no se habia disminuido tanto este sexo. Algunos jóvenes de Loreto que no podian casarse por falta de novias, fueron con permiso y recomendacion de su misionero á buscarlas entre los yaquis, los cuales viéndolos bien vestidos y de buenas costumbres, no tuvieron embarazo en darles á sus hijas, que trasladadas á Loreto con sus maridos, vivieron contentas y como buenas cristianas. Pero ni los yaquis ni ningunos otros hubieran concedido con tanta facilidad sus hijas á los revoltosos pericúes, universalmente desacreditados por su inquietud y rebeliones. El misionero de Santiago hizo, aunque en vano, todos los esfuerzos posibles para socorrer la necesidad de estos y satisfacer á sus importunas y arrogantes demandas. Escribió con este fin á los misioneros de Sinaloa, pero nada consiguió. Por medio de los mismos pidió al gobernador de aquella provincia que supuesto que hacia la guerra á los seríes, mandase á la California las jóvenes que cogiese de aquella nacion para casarlas con los pericúes. El gobernador convino en ello, pero no llegó á coger ninguna, y así quedaron burladas las esperanzas del misionero.

§ XI.

CONCILIÁBULO DE LOS PERICÚES. ÉXITO DE SUS DELIBERACIONES Y PRETENSIONES.

Los turbulentos pericúes viendo que en la California no eran escuchadas sus exorbitantes pretensiones, tuvieron ocultamente un conciliábulo en que deliberaron presentarlas al gobierno de Guadalajara ó al de Méjico, y pedir tambien que se les quitase el misionero y en su lugar se les pusiese un cura del clero secular, prometiendo sostenerle y pagar además tributo al rey. No puede imaginarse pretension mas necia y risible que esta, pues se creian capaces de sufragar tales expensas unos hombres que no podian mantenerse á sí mismos y á sus familias. Para poner por obra su proyectado viaje ultramarino se dirigieron de noche y con mucho secreto al fondeadero en que estaba el barco de la mision y al almacen donde se guardaban las anclas, velas, remos y demás necesarios, y apoderándose de todo y proveyéndose de agua, se embarcaron veinte y se hicieron inmediatamente á la vela. Los cómplices de esta maldad la tuvieron tan oculta, que hasta después de ejecutada no tuvieron de ella ninguna sospecha ni el misionero, ni los soldados, ni el gobernador de Santiago, el cual, aunque pericú, era hombre de bien, y se habria opuesto constantemente á los perversos designios de sus paisanos si los hubiera sabido á tiempo.

Los navegantes, habiendo atravesado el golfo, llegaron á la costa de Sinaloa, cerca de la mision de Ahome, gobernada entonces por el padre Antonio Ventura. Este, informado del motivo y circunstancias del viaje, les vituperó con buen modo aquellas turbulencias con que se hacian odiosos á Dios y á los hombres, aquella temeridad de apoderarse á guisa de ladrones del barco de la mision y aquella ingratitud para con sus misioneros, que tanto se habian afanado por su bien. Habiéndolos así aquietado un poco, los detuvo en la mision, manteniéndolos á su costa casi seis meses; pero tres de ellos se habian internado en el país hasta el presidio de Montesclaros, en donde presentaron sus quejas al teniente gobernador de Sinaloa, el cual habia ya comenzado á formar expediente, á pesar de no pertenecerle de ningun modo los negocios de la California; pero fué prudentemente disuadido por el padre Ventura. En virtud de un aviso de este misionero, mandó el procurador de Loreto un bastimento al puerto de Ahome á recoger aquellos fugitivos y conducirlos á Loreto, como en

efecto se hizo. El capitan gobernador queria castigarlos como lo merecian; pero cediendo á las súplicas de los misioneros, les concedió el perdon, y esta impunidad alentó á los delincuentes á repetir el delito, como luego veremos.

Hallándose de regreso en su país los turbulentos pericúes, no abandonaron sus extravagantes pretensiones; así es que de allí á poco las presentaron con su acostumbrada arrogancia al padre Ignacio Lisaxoain, visitador general de las misiones, el cual les contestó que no podia concederles lo que pedian porque habia órdenes expresas del virey de Méjico y del rey de España para que no se alterase el gobierno establecido en la península.

Pero como ellos estaban obstinados en sus resoluciones, no tardaron mucho en emprender otra fuga con el mismo intento que la primera. El misionero de Santiago, para impedirla, habia hecho que se le llevasen las velas y demás útiles del barco y los tenia guardados cerca de sí. Pero ellos hallaron modo de abrir una noche la puerta del cuarto donde estaban guardadas aquellas cosas, y sacando las que necesitaban, las llevaron con mucho secreto y diligencia al puerto, y embarcándose se dirigieron como la primera vez á la cósta de Sinaloa. Allí, habiendo abandonado el barco, que por este motivo se perdió, unos se encaminaron á Durango, capital de la Nueva Vizcaya, de los cúales no se volvió á saber, y otros se fueron por la costa á Tepic, lugar de la Nueva Galicia, distante cosa de trece leguas del puerto de Matanchel, y tres de ellos se internaron hasta la ciudad de Guadalajara, en donde expusieron sus pretensiones y quejas á uno de los oidores. Este las acogió de muy buena gana, porque eran contra los jesuítas, y en vez de trasmitirlas como debia al virey, que podia imponerse en ellas con mas facilidad y dar mas prontamente las órdenes convenientes, dió parte á la corte de Madrid, donde esperaba hacer fortuna coadyuvando á las miras de los enemigos de la Compañía.

Luego que aquellos tres pericúes expusieron sus quejas, se volvieron á sus compañeros, que habiéndose esparcido por los alrededores de Tepic, habian comenzado á sentir los efectos de la miseria y á aprender muy á su costa que para vivir es necesario trabajar, y que habria sido mejor para ellos el estarse quietos en su patria gozando de la beneficencia de su misionero. Don José Manuel de Escobar, cura de Guainamota, pueblo el mas cercano al puerto de Matanchel, movido de su celo pastoral procuró recoger á aquellos miserables forasteros que andaban vagando dispersos, los exhortó á que se volviesen á su país y les prometió conseguir su trasporte en un buque de Loreto. Ellos mismos no tenian entonces necesidad de exhortaciones para decidirse por aquel partido, pues las desgracias que habian sufrido en su viaje y permanencia los habian afligido mucho y habian quitado la vida á algunos. La desgraciada muerte de uno de ellos causó mucha compasion y pesadumbre á aquel buen cura, que habiendo sido llamado á confesarle porque se habia enfermado en un bosque muy distante de Guainamota, aunque se apresuró para llegar á tiempo, no halló de aquel desgraciado mas que la osamenta, pues ó muerto ó moribundo le habian devorado las fieras.

Habiendo llegado á Matanchel el deseado buque de la California, se embarcaron en él aquellos desgraciados fugitivos y fueron llevados á Loreto, y de allí pasaron á su patria dos años después de su fuga con pocas ganas de repetirla, aunque ni en esta segunda vez recibieron el castigo merecido. La mision de Santiago quedó como la de los Dolores, privada de su barco, tan necesario para el trasporte de todo lo que se mandaba de Loreto á ella y á la de Todos Santos: el misionero no quiso comprar otro porque sus turbulentos neófitos no se valiesen de él para otra fuga. Las provisiones necesarias que antes se le enviaban por mar, se le mandaron en adelante en mulas de carga por un mal camino de cien leguas, retardándose de este modo las remesas y aumentándose las molestias y los gastos. Los pericúes, aunque poco ganosos de viajes trasmarinos, no desistieron de sus pretensiones, pues las presentaron de nuevo al padre Cárlos Rojas, visitador general de aquellas misiones, que llegó á la California á principios de 1766; pero fueron igualmente desechadas por él.

§ XII.

LOS JESUÍTAS RENUNCIAN SOLEMNEMENTE LAS MISIONES Y UNA CRECIDA HERENCIA.

En aquel mismo tiempo el padre Francisco Cevallos, provincial de los jesuítas de Méjico, fundado en poderosas razones y después de una madura deliberacion, hizo ante el virey una solemne renuncia de todas las ciento y tantas misiones que estaban al cargo y direccion de sus religiosos, y señaladamente de las de la California, ofreciendo al rey católico en nombre de toda la provincia que los padres se emplearian en otras misiones laboriosas entre gentiles siempre que su majestad quisiera servirse de sus personas. Como este negocio era de grande importancia, el virey para tratarle tuvo una junta de los oidores, el auditor de guerra y el fiscal, y en ella se dispuso que se les pidiese informe á los obispos y gobernadores en cuyos distritos estaban situadas las misiones de los jesuítas. Los obispos se opusieron á la aceptacion de esta renuncia, y de los gobernadores, al menos de la mayor parte, debe pensarse lo mismo. El virey se abstuvo de tomar resolucion en el negocio, pero se cree que enviaria á la corte la renuncia y los informes de los obispos y gobernadores. Luego que los misioneros de la

California tuvieron noticia de esto, pretendieron por medio de su procurador en Méjico, que en caso que el virey no aceptase la renuncia general, la aceptase por lo menos en cuanto á las dos misiones meridionales de aquella península, en las cuales era poco el fruto y muy grandes y continuos los trabajos y disgustos, principalmente desde que se habian comenzado á trabajar las minas, pues no seria tan difícil hallar para ellas como para las otras quien quisiese encargarse de su cuidado, porque las creian ricas todos los que no las conocian. Pero ni aun esto se pudo conseguir á pesar de las instancias que el procurador hizo al virey.

Mucho mas ruidosa fué otra renuncia que hicieron los mismos jesuítas el año siguiente de 1767. Doña Josefa de Argüelles y Miranda, señora mejicana no menos piadosa que rica, dejó en su muerte á las misiones de la California y al colegio de Guadalajara sus cuantiosos bienes, que ascendian, segun la opinion comun, á seiscientos mil pesos. Un capital tan considerable habria activado mucho los progresos del cristianismo en la península; pero aquellos jesuítas temiendo irritar mucho á los enemigos de su órden, tan atormentado con calumnias en Portugal, en Francia y en otros Estados de Europa, renunciaron solemnemente aquella herencia ante el gobierno de Méjico. Sus enemigos quedaron al principio admirados, pero después atribuyeron esta resolucion á su astuta política.

§ XIII.

SE BUSCAN OTROS LUGARES PARA LA FUNDACION DE NUEVAS MISIONES, Y SE LE DA ESTA COMISION AL PADRE LINK.

Ni estas renuncias hechas por los superiores, ni los disgustos causados por los inquietos pericúes entibiaron el celo de aquellos misioneros. Ellos deseaban promover el cristianismo hácia el Norte con nuevas misiones, pero no se habian hallado lugares donde plantarlas, á excepcion de *Calagnujuet*, distante treinta leguas de la mision de San Francisco de Borja, situado entre los montes y el golfo, y descubierto á fines de 1753 por el padre Consag; mas la falta de agua potable parecia un grande obstáculo, pues solo habia la de un arroyo, que estando cargada de caparrosa, tenia un sabor áspero y astringente, y por este motivo se creia con razon dañosa á la salud, aunque los indios usaban de ella. Era, pues, necesario hacer nuevas investigaciones, y esta comision la dió el superior al padre Link, á quien se le encargó tambien que procurase reconocer todo el país hasta el rio Colorado. El capitan gobernador quiso que el misionero fuese acompañado del teniente de Loreto y quince soldados para impedir las hostilidades, que se temian con razon en aquel viaje, porque en el último que hizo el padre Santiago Sedelmayer, queriendo los bárbaros habitantes de las márgenes del rio Colorado quitar por fuerza los caballos á los soldados que le acompañaban y no pudiendo estos apartarlos de su intento con palabras, se vieron obligados á hacer uso de las armas matando algunos, y habiéndose enemistado por este motivo los bárbaros con los españoles, se temia que ahora quisiesen vengarse. Este número de soldados aumentaba los gastos del viaje, á que contribuyeron todas las misiones que habia desde Loreto hasta San Francisco de Borja, mandando víveres y bestias que los llevasen por aquellos desconocidos países, donde no era posible proveerse de ellos.

Hechos los preparativos salió de Adac el padre Link en febrero de 1766 acompañado del teniente, de los quince soldados y de un competente número de neófitos, y se encaminó hácia el Norte por entre las montañas y el mar Pacífico. Caminaron algunos dias por una tierra no tan montuosa y áspera como el resto del país de los cochimíes, pero tan estéril y árida que apenas habia agua potable para los viajeros y las bestias. Pasando adelante encontraron un terreno abundante en pastos, con un arroyo y varios manantiales, cuya agua aunque no alcanzaba para regar sementeras, bastaba para abrevar un número considerable de cabezas de ganado mayor, que podian mantenerse allí. Este lugar fué llamado *San Juan de Dios*, acaso porque fué descubierto el 8 de marzo en que se celebra la fiesta de este santo; mas para que fuese útil se necesitaba hallar á poca distancia otro donde pudiese plantarse la mision. Se halló cuatro leguas mas adelante, donde habia un arroyo copioso, cuya agua podia regar fácilmente el terreno labrantío que habia en sus dos costados. Habia además muchos pinos, guaribos y otras especies de árboles útiles para fabricar, que faltaban en todas las otras misiones de la California á excepcion de las meridionales. Este lugar, situado á cosa de 32° y llamado por los indios *Guiricatá*, les pareció á nuestros viajeros distante de Adac cuarenta leguas, aun por el camino mas corto que fuese posible.

Continuando su viaje hasta los 33° ó poco mas, observaron que desde San Juan de Dios hácia el Norte la tierra aparecia menos desagradable porque tenia mas abundancia de agua y vegetales y sus habitantes eran mas afables y menos espantadizos. Es verdad que á la primera vez huian por el espanto que les causaba aquella gente extraña que entraba en su país, y mucho mas los caballos, que jamás habian visto; pero luego que los neófitos de la comitiva les aseguraban que no les harian ningun mal, volvian sin temor, se acercaban confiadamente á nuestros viajeros, respondian amigablemente á todas sus preguntas, les manifestaban los lugares en que habia agua potable y los acompañaban parte del camino. Habién-

dose puesto en fuga una de aquellas tribus bárbaras al ver la comitiva, la viuda de un indio principal de la misma tribu, sin atemorizarse ni moverse del lugar donde estaba, los llamó diciéndoles que viniesen á ver si aquellos hombres eran verdaderamente amigos como lo parecian. Hallándose segura de esto, trató á sus huéspedes con maneras tan corteses, que no parecia educada en los bosques, sino en alguna ciudad. El capotillo de pieles que traia puesto, mas nuevo y hermoso que los de las otras mujeres, el aire señoril que manifestaba en todas sus acciones, y sobre todo, la deferencia y respeto con que la trataban todos los de su tribu, persuadieron á nuestros viajantes que seria verdaderamente señora de aquellos indios, lo que era tanto mas admirable cuanto mas envilecido se hallaba el sexo femenino en el resto de la California. Otra tribu de bárbaros mostró un valor superior al de los otros californios. Al ver ellos que se acercaban algunos soldados que se habian adelantado á sus compañeros, tomaron sus arcos, empulgaron las flechas y se pararon intrépidamente de frente, sin manifestar ningun temor á las armas y caballos de los soldados. No pudiendo estos tranquilizarlos con razones porque ignoraban la lengua y estándoles prohibido hacer uso de sus armas, tomaron el partido de retroceder, hasta que habiendo llegado un intérprete, manifestó á los bárbaros que aquellas gentes no habian ido á hacerles ningun mal, lo cual bastó para apaciguarlos y para que tratasen como amigos á aquellos extranjeros. Tanto al padre Link cuanto á su comitiva les pareció que todos los salvajes de aquellos países estaban en buena disposicion para abrazar el cristianismo. Ellos escuchaban con atencion y respeto las exhortaciones que les hacia el misionero, el cual tuvo el consuelo de abrir con el bautismo las puertas del paraíso á dos párvulos moribundos y á una mujer muy anciana que murió luego.

En aquel país se vieron algunas cabañas de madera labrada, lo que da á entender que sus habitantes son mas laboriosos é industriosos que los otros californios; mas estas cabañas estaban desiertas, y por eso se creyó que no las habrian fabricado para habitarlas permanentemente, sino para refugiarse en tiempo de frio; porque no es allí rara la nieve en invierno, y nuestros viajeros vieron nevar en abril.

Luego que estos creyeron que se hallaban en la latitud del rio Colorado, caminaron hácia el Oriente para pasar los montes y bajar á las bocas del rio; pero los montes eran tan riscosos y escarpados que no podian trepar los caballos. Se desviaron de allí para buscar un paso menos malo, y dieron en un arenal tan grande, que faltándoles agua y temiendo que los caballos se inutilizasen con la demasiada fatiga, determinaron abandonar por entonces la empresa para acometerla de nuevo el año siguiente, y se volvieron á Adac en pocos dias. Los diarios de este viaje, escritos por el padre Link y por el teniente, fueron remitidos al virey.

§ XIV.

MISION DE CALAGNUJUET Y MISIONEROS DESTINADOS Á ELLA.

No habia pues para el establecimiento de la mision proyectada otro lugar á propósito sino el de Guiricatá, situado á cosa de 32°; pero como este distaba sesenta leguas de Adac, debia quedar aislada la mision, dejando en medio muchos gentiles que podian impedir la comunicacion entre las dos, ó á lo menos hacer difícil y arriesgado el trasporte de las provisiones de la una á la otra. Para evitar estos inconvenientes, habian procurado siempre los misioneros no plantar ninguna mision sino después de haber hecho cristianos á todos los bárbaros que habitaban entre ella y la mas carcana. Debian por tanto fundar una que sirviese de escala á la que se queria establecer en Guiricatá, como en efecto se plantó en octubre de 1766 en *Calagnujuet*, lugar situado á los 30° 40' en la falda de un alto monte llamado *Juzai*, tres ó cuatro leguas distante de golfo. Este lugar aunque al principio se juzgó inútil para la fundacion, como realmente lo era por la mala calidad de su agua, sin embargo, se prefirió porque no habia otro mejor en todo aquel grande espacio que media entre Adac y Guiricatá, y se creyó entonces que aquella agua mineral serviria cuando menos para fecundar el terreno que debia cultivarse.

Fueron destinados por el superior á fundar aquella mision los padres Victoriano Arnes y Juan José Diez, que con este fin habian aprendido la lengua cochimí. Llevaron diez soldados porque al capitan gobernador le pareció que no era bastante un númsro menor para asegurar las vidas de los misioneros, en razon de hallarse aquella mision en la frontera de los bárbaros gentiles y tan distante del presidio. Los acompañaron tambien mas de cincuenta neófitos pertenecientes á aquel territorio, aunque bautizados en la mision de San Francisco de Borja. Entre ellos iba uno llamado Juan Nepumuceno, muy famoso en aquellas tierras y muy temido y respetado de los bárbaros por su grande valor. A este se le confirió el cargo de gobernador de los indios de Calagnujuet.

A mas de la casa para los soldados, se fabricaron solo tres estancias; una para que sirviese de capilla, otra para almacen de los víveres y la tercera para habitacion de los misioneros; pero como para estos cuatro edificios no habia sino una puerta de madera, se destinó al almacen, donde era mas necesaria. Era tal la miseria de esta naciente mision, que los misioneros necesitaban usar toda la economía posible para poder mantenerse y man-

tener á los soldados y catecúmenos. No siendo bebible aquella agua sino para los bárbaros, acostumbrados á comer y beber cuanto se les ponia delante, era preciso llevarla para los misioneros y soldados de unos pozos distantes media legua. Como esta mision estaba muy lejos de las otras que podian suministrarle víveres y por este motivo se dificultaba el trasporte de ellos, procuraron los misioneros sacar del terreno al menos una parte de su subsistencia. Sembraron pues trigo, que nació fácilmente; pero habiendo comenzado á regarle, como es necesario hacerlo en la California, se vió dentro de poco tiempo blanquear la tierra, cubriéndose de la caparrosa que llevaba el agua mineral del arroyo, y así todo se echó á perder. Además, faltaban absolutamente pastos para los caballos que habian menester los misioneros y soldados y para algunas ovejas enviadas por el padre Link.

A pesar de esta miseria la mision iba prosperando en lo perteneciente á la religion, porque luego que los bárbaros del país la vieron establecida, comenzaron á acudir á ella en gran número á instruirse y bautizarse. La escasez de víveres no permitia tener muchos catecúmenos á un tiempo; pero los misioneros se dedicaron á instruirlos con tal diligencia y teson, que los disponian al bautismo mas prontamente que en otras misiones; y luego que bautizaban y despedian una tropa, entraba otra á ser igualmente doctrinada. De este modo en pocos meses bautizaron entre adultos y párbulos mas de doscientos.

Pero fuese por el trabajo ó por las necesidades, el padre Diez se enfermó de tal suerte que se temió por su vida, por lo cual fué enviado á Adac, y después á Guadalupe; y habiéndose repuesto allí, fué destinado á la mision de la Purísima. El padre Arnes no solamente tuvo el disgusto de quedar sin el auxilio de su compañero, sino tambien el que le causaron las tentativas de algunos indómitos gentiles. Los habitantes de *Cagnajuet*, lugar distante veinte leguas al Norte de *Calagnujuet*, viendo que muchas jóvenes de las que antes servian á sus placeres iban á hacerse cristianas y por eso se rehusaban á condescender con sus torpes deseos, indignados contra el cristianismo, que era la causa de esto, pensaron en asaltar de noche la mision y quitar la vida al misionero y á los soldados; pero no atreviéndose á hacerlo por sí solos, convidaron otras dos tribus, y principalmente la de Guiricatá, que era muy numerosa. Estos no consintieron, porque el padre Link los habia acariciado y tratado bien en su viaje, y protestaron honrosamente que no querian emplear sus armas contra aquellos que no les habian hecho ningun mal. Con esta respuesta desistieron los de Cagnajuet de su proyecto de asalto; pero al mismo tiempo se resolvieron á ejercer sus hostilidades en todos los neófitos que llegasen á su distrito. Efectivamente, quisieron matar uno que fué allá casualmente, y á no ser por un gentil pariente suyo que le defendió, hubiera perecido ciertamente en manos de aquellos bárbaros. Antes de que esta noticia llegase á oidos del padre Arnes, la supo el gobernador Juan Nepomuceno. Este valientísimo neófito, que parecia comunicar su intrepidez á los que mandaba, envió luego, sin decirle nada al misionero, seis hombres resueltos y bien armados á Cagnajuet, instruyéndolos previamente en lo que debian hacer. Cuando el padre Arnes lo supo quedó admirado de su temeridad, y muy cuidadoso del éxito de la empresa en que seis hombres tenian que habérselas con una tribu numerosa; pero se aumentó su admiracion cuando los vió venir á poco trayendo prisioneras seis familias de Cagnajuet. Dieron ellos su asalto por la noche con tal ímpetu y resolucion, que pusieron en desórden y fuga á los bárbaros medio dormidos y llenos de espanto, y los que no tuvieron tiempo para salvarse con la fuga, fueron llevados como carneros á Calagnujuet. El padre Arnes después de haberse convenido secretamente con el cabo de los soldados, que debia hacer de juez en aquella causa, le mandó un recado en público para que le oyesen todos, y principalmente los prisioneros, suplicándole encarecidamente que se contentase con aplicar un ligero castigo á los principales de los reos, perdonando á los restantes y concediéndoles á todos la libertad de regresarse á su país. El cabo aparentó ceder á las súplicas del misionero, y habiendo mandado dar solo ocho azotes al reo principal, los puso en libertad á todos. Ellos creyéndose deudores al misionero de aquel favor, fueron á darle las gracias, y él después de haberles afeado aquel inicuo intento de perseguir como enemigos á los que no les hacian daño, les declaró algunos artículos del cristianismo, y principalmente la necesidad del bautismo para salvar el alma. Se mostraron de tal suerte persuadidos, que inmediatamente se alistaron entre los catecúmenos y comenzaron á instruirse, y aunque á los ocho dias se fueron á su país, ó por libertar á sus parientes de la inquietud en que estarian sobre su suerte, ó porque esperaban ser mas cómodamente instruidos en el lugar á donde iba á trasladarse la mision, como mas próximo á Cagnajuet, al fin fueron catequizados y bautizados con otros muchos de su tribu.

§ XV.

SE TRASLADA Á OTRA PARTE LA MISION CON EL TÍTULO DE SANTA MARÍA, Y ES LA ULTIMA QUE PLANTAN LOS JESUÍTAS EN LA CALIFORNIA.

El padre Arnes, habiendo sufrido grandes incomodidades en Calagnujuet y viendo que no era posible subsistir en aquel lugar tan estéril y falto de todo, se dedicó á buscar por todas partes otro mas tolerable, y después de muchos viajes la halló cerca del arroyo *Cabujacaamang* en

mayo del año de 1767. Este lugar, situado á cosa de 31°, dista de Calagnujuet unas diez y seis leguas al Noroeste y de Adac mas de treinta y cinco al Nornoroeste. Su terreno no es tan estéril como el que se dejaba, y aunque igualmente falto de frutos, pastos y leña, la poca agua de su arroyo es muy buena. Habia tambien en él algunas palmas de madera roja, buena para fabricar, y la escasez de frutos se compensaba en alguna manera con la abundancia de buen pescado en el golfo, del que solo dista cuatro leguas.

La iglesia y las casas del misionero y de los soldados que allí se fabricaron, fueron miserables cabañas de madera cubiertas con hojas de palma. Se le dió á la mision el título de Santa María, dedicándola á la Madre de Dios, en memoria de la señora duquesa de Gandia, insigne bienhechora de las misiones, á cuyas expensas se fundó esta y estaban para fundarse otras. El misionero para no omitir ninguna diligencia que pudiera ser ventajosa á su mision, cultivó un pequeño campo cerca del arroyo, y en él sembró trigo y algodon, cuyas siembras se hallaban en buen estado en enero de 1768, cuando los jesuítas fueron obligados á abandonar aquellas misiones.

El padre Arnes en medio de aquella miseria y de los disgustos que le daban algunos de los soldados que estaban descontentos en aquella remota soledad, se dedicaba diligentemente á la conversion de los salvajes, y en los pocos meses que permaneció allí no le faltaron catecúmenos.

Esta mision de Santa María fué la última que los jesuítas plantaron en la California, pues cuando se trataba de fundar otra, una órden del rey puso fin á las tareas apostólicas de los misioneros; pero antes de referir este acontecimiento es necesario exponer sucintamente el estado de aquellas misiones y el gobierno militar, político y económico de la península.

§ XVI.

NÚMERO DE LAS MISIONES. SU SITUACION Y POBLACION. SUPERIORES QUE CADA MISIONERO TENIA SOBRE SÍ. VISITAS RARAS ENTRE LOS MISIONEROS.

Las misiones fundadas por los jesuítas en los setenta años que estuvieron en la California fueron diez y ocho; pero fueron suprimidas las cuatro de Londó, Liguig, la Paz y San José del Cabo, porque habiéndose disminuido notablemente el número de sus neófitos, se agregaron á otras misiones, y así las existentes á principios de 1768 eran solo catorce, de las cuales una estaba entre los pericúes, cuatro entre los guaicuras y nueve entre los cochimíes. He aquí su situacion y el número de neófitos pertenecientes á cada una, comenzando por la mas meridional.[1]

I. La mision de Santiago, situada á cosa de 23° y distante ocho leguas del golfo, á la cual pertenecia el pueblo de San José del Cabo, donde estaba el segundo presidio, distante doce leguas de Santiago. En ambos pueblos habia casi trescientos cincuenta neófitos.

II. La mision de Todos Santos ó de Santa Rosa, situada con corta diferencia en la misma latitud del cabo de San Lúcas, y distante media legua del mar Pacífico, la cual no tenia mas que noventa neófitos.

III. La mision de la Vírgen de los Dolores, situada en el lugar llamado *Tagnuetia* á los 24° 30'. En este pueblo y en otras pequeñas poblaciones pertenecientes á él habia casi cuatrocientos cincuenta neófitos.

IV. La mision de San Luis Gonzaga, distante del pueblo anterior ocho leguas al Oeste, la cual tenia otras pequeñas poblaciones y trescientos diez neófitos.

V. La mision de la Vírgen de Loreto, situada junto al mar á los 25° 30'. Este pueblo era la capital de la California, en él residia el capitan gobernador, y estaban el presidio principal y el almacen general. Su misionero era al mismo tiempo procurador de todas las misiones. Sus habitantes, entre neófitos, soldados, marineros y sus familias, eran mas de cuatrocientos.

VI. La mision de San Francisco Javier, situada en la misma latitud que Loreto, de la que distaba nueve leguas al Oeste. En este pueblo y en otras pequeñas poblaciones pertenecientes á él habia cuatrocientos ochenta y cinco neófitos.

VII. La mision de San José de Comondú, situada á los 26° con trescientos sesenta neófitos.

VIII. La mision de la Purísima Concepcion, situada á poco mas de los 26° casi al Poniente de Comondú con ciento treinta neófitos.

IX. La mision de Santa Rosalía de Mulegé, á los 26° 50' en la costa del golfo con trescientos neófitos.

X. La mision de Nuestra Señora de Guadalupe á los 27° entre los montes, en cuyos pueblos se contaban quinientos treinta neófitos.

XI. La mision de San Ignacio ó de Kadakaamang, casi á los 28°, con setecientos cincuenta neófitos.

XII. La mision de Santa Gertrudis á cosa de 29°, en cuyos pueblos habia cerca de mil neófitos.

XIII. La mision de San Francisco de Borja, á los 30°, la cual con sus pequeños pueblos tenia mil y quinientos neófitos.

XIV. La mision naciente de Santa María, cerca de los 31°, con trescientos neófitos y treinta catecúmenos.

De aquí se deduce que no eran mas que siete

1 Lo que decimos de la situacion de las misiones debe entenderse de los pueblos principales en donde residian los misioneros.

mil los habitantes de un país que tiene de largo unas ciento sesenta y siete leguas, y de ancho, ya diez, ya diez y seis, ya veintitrés: multiplicando pues la longitud por la anchura media de diez y seis leguas, resultan mil y dos leguas cuadradas, lo que da próximamente siete habitantes por legua cuadrada. Esta poblacion habia sido tambien muy escasa en el tiempo del gentilismo, porque ni la vida salvaje que tenian, ni las continuas guerras con que recíprocamente se destruian, ni la escasez de víveres en aquel árido terreno, permitian que aquellos bárbaros se multiplicasen mucho. Por otra parte, consta que después de la introduccion del cristianismo se disminuyó mucho el número de habitantes, señaladamente en la parte austral, en la cual los pericúes que habia cuando se les anunció el Evangelio, se redujeron después á la décima parte, á pesar de que desde su conversion cesaron sus guerras, estuvieron mejor alimentados y su vida fué mas arreglada. No es fácil dar con la causa de esta despoblacion. Solo se sabe que esta fué el resultado de las enfermedades; pero ¿por qué estas enfermedades no les eran tan funestas cuando se hallaban privados de todo recurso? ¿por qué no morian en mayor número cuando las enfermedades obraban juntamente con el hambre y la guerra?

Estas catorce misiones estaban comprendidas en tres distritos, á saber: el del Norte, el del Mediodía y el de Loreto, situado entre los dos. En cada distrito habia un misionero rector, á quien obedecian los otros, y todos los misioneros de los tres distritos estaban sujetos al visitador de la península, que era uno de ellos mismos, nombrado por el provincial cada tres años, en cuyo tiempo debia visitar todas las misiones, velar sobre la conducta de los misioneros y dar cuenta de ella al provincial. Además, tanto aquellas misiones como todas las otras pertenecientes á la provincia de Méjico, eran visitadas cada tres años por el visitador general, y de este modo cada misionero tenia sobre sí cinco superiores regulares, á saber: el rector, el visitador de la península, el visitador general, el padre provincial y el padre general.

Como los misioneros se hallaban tan distantes unos de otros, porque así era preciso, cuando se visitaban para confesarse, consolarse ó auxiliarse en sus enfermedades y peligros, tenian que hacer grandes viajes, y las mas veces por malos caminos. El de Santa Gertrudis distaba del mas próximo veintisiete leguas, el de San Francisco de Borja casi treinta y el de Santa María mas de treinta y tres. Tanto por este motivo como por no abandonar sus misiones, en las cuales era muy necesaria su presencia, se visitaban raras veces. Así pues estos hombres, educados regularmente en grandes ciudades y acostumbrados á tratar con personas cultas, se veian confinados en aquellas vastas soledades y precisados á tratar solamente con hombres recien sacados de la vida silvestre, ó cuando mas con soldados ignorantes y rudos.

§ XVII.

DESCRIPCION DE LA CAPITAL DE CADA MISION. CÓMO SE LES DISTRIBUIA EL TIEMPO Á LOS NEÓFITOS. FERVOR DE ESTOS.

El lugar principal de cada mision donde residia el misionero, era un pueblo en que á mas de la iglesia, la habitacion del misionero, el almacen, la casa de los soldados y las escuelas para los niños de uno y otro sexo, habia várias casillas para las familias de los neófitos que vivian allí de pié. Los otros lugares, mas ó menos distantes del principal, en los cuales vivian los restantes neófitos pertenecientes á la misma mision, carecian regularmente de casas y sus habitantes vivian á campo raso, segun su antigua costumbre. Los pueblos de la península eran unos veinte, todos edificados por los misioneros á grande costa.

Las iglesias de las misiones, aunque pobres por la mayor parte, se mantenian con toda la decencia y aseo posibles. La de Loreto era muy grande y estaba bien adornada; la de San José de Comondú, edificada por el padre Francisco Inamma, era de tres naves, y la de San Francisco Javier, fabricada de bóveda por el padre Miguel del Barco, era muy hermosa. Cada iglesia tenia su capilla de músicos, y en cada mision habia una escoleta en donde algunos niños aprendian á cantar y á tocar algun instrumento, como arpa, violin, violon y otros.

Las festividades y funciones eclesiásticas se celebraban con todo el aparato y solemnidad posibles, y los neófitos asistian á ellas con tal silencio, modestia y devocion, que en nada cedian á los pueblos mas religiosos del cristianismo.

Diariamente decia misa el misionero, y la oian todos los neófitos del pueblo y todos los que se hallaban en él. En la misma iglesia repasaban la doctrina cristiana y cantaban en alabanza de Dios y de la santísima Vírgen un cántico que los españoles llamaron *alabado*, porque comienza con esta palabra. Despues se les distribuia el *atole*, esto es, aquellas poleadas de maíz que usan para desayunarse todos los indios de Méjico. En los dias de trabajo después del desayuno iban á trabajar al campo, porque estando expensados en todo por la mision y siendo para ellos los frutos de aquellas labores, era justo que se ocupasen en ellas, y era tambien útil á su salud espiritual y corporal, el distraerse de la ociosidad y acostumbrarse á la vida laboriosa. Pero sus trabajos eran muy moderados, porque se distribuian entre muchos brazos las pocas labores que se hacian. Al mediodía volvian al pueblo á comer. Su comida consistia en una gran cantidad de *pozole* ó maíz cocido en agua, muy apreciado por ellos, al cual, en algunas misiones mas aco-

modadas y abundantes en ganado, se añadia un plato de carne y otro de legumbres ó fruta. Después de un largo descanso volvian al campo, y terminado el trabajo antes de ponerse el sol, se reunian á toque de campana en la iglesia á rezar el rosario y cantar la letanía de la Vírgen y el alabado. Concluido esto cenaban y se retiraban á sus casas. Cuando no habia que hacer en el campo, cada uno se ocupaba en su oficio.

La misma distribucion se observaba con las tribus de afuera pertenecientes á la mision, cuando se hallaban en el pueblo; pero cuando estaban en sus respectivos lugares, repasaban por la mañana la doctrina cristiana, rezaban algunas oraciones y cantaban el alabado; después se iban al bosque á buscar su sustento, y cuando volvian á la tarde cantaban la letanía antes de irse a descansar. Cada una de estas tribus estaba á cargo de un neófito fiel y de buenas costumbres, que cuidaba de que no se omitiesen estos ejercicios de piedad ni hubiese ningun desórden, y de todo daba cuenta al misionero. En las misiones nuevas cada semana se quedaban con el misionero y eran mantenidas por él, dos tribus de las de fuera á instruirse mejor en la doctrina cristiana y afirmarse en la fe, y yéndose aquellas venian otras dos. En las misiones antiguas se quedaban dos tribus de fuera el sábado y el domingo y se iban el lunes. En la fiesta principal de la mision y en la semana Santa se reunian todas las tribus en la cabecera.

El misionero les predicaba á sus neófitos todos los domingos y dias de fiesta, y algunas veces entre semana, é iba prontamente á donde era llamado á administrar los sacramentos á los enfermos, para lo cual tenia que andar diez y á veces veinte leguas.

En la administracion de la Eucarestía usaban los misioneros de mucha circunspeccion, no dándola sino á los que se hacian capaces de ella por su instruccion, y dignos por la firmeza en la fe y por una vida verdaderamente cristiana. Entre estos habia muchos que no limitándose al cumplimiento anual, comulgaban en algunas festividades, preparándose diligentemente y teniendo una vida cual la requiere la frecuencia en alimentarse con el cuerpo sacrosanto de Jesucristo.

Como la educacion es el fundamento de la base de la vida civil y cristiana, todos los niños y niñas de la mision de seis á doce años se educaban en la cabecera á vista y expensas del misionero, en cuyo tiempo se instruian en lo perteneciente á la religion y buenas costumbres, y aprendian aquellas artes de que era capaz su tierna edad. Unos y otros estaban en casas separadas; los niños al cuidado de un hombre de confianza, y las niñas al de una matrona honrada.

El celo infatigable de los misioneros ayudado de la divina gracia, no podia dejar de producir frutos abundantísimos. Aquella península sepultada antes por tantos siglos en la mas horrorosa barbarie, llegó á ser casi toda cristiana en el espacio de setenta años; de modo que desde el cabo de San Lúcas hácia los 23° hasta Cabujacaamang á los 31° no habia un solo hombre que no conociese y adorase al verdadero Dios, y lo que es mucho mas apreciable, se formó allí un cristianismo tan puro é inmaculado, que se parecia al de la primitiva Iglesia. A excepcion de algunos pericúes que por su mala índole y por los malos ejemplos y sugestiones de los operarios de las minas, causaban muchos disturbios y ocasionaban disgustos á los misioneros, todos los neófitos de la California observaban una vida piadosa, inocente y laboriosa. Casi nunca se veian entre ellos aquellos desórdenes escandalosos que son tan comunes aun en las ciudades mas cristianas. Si alguno incurria en cualquiera falta, aunque fuera secreta, él mismo era el primero en pedir el castigo, y habiéndole sufrido daba las gracias al misionero por su paternal correccion, besándole la mano. Este uso de tanta edificacion y desconocido á nuestros cristianos, era comun en la California.

§ XVIII.

GASTOS QUE HACIAN LOS MISIONEROS EN OBSEQUIO DE LAS MISIONES. INCUMBENCIA DE LOS DOS PROCURADORES DE LA CALIFORNIA. TÍTULOS Y AUTORIDAD DEL CAPITAN.

Los misioneros á mas del cotidiano cuidado de sus iglesias en lo perteneciente á la religion y buenas costumbres, tenian el de el sustento de la grey que les estaba encomendada, y esta era sin duda la parte mas afanosa de su ministerio. No siendo conveniente que los californios después de su conversion conservasen la indecente desnudez en que vivian antes, ni pudiendo ellos adquirir por sí los lienzos necesarios para cubrirse, era preciso que cada misionero vistiese á todos sus neófitos. Con este fin mantenian ovejas, cultivaban en algunos lugares algodon, habian provisto las misiones de telares y enseñado el arte de tejer á sus neófitos; pero no siendo suficientes los lienzos que allí se fabricaban para vestir á tantos pobres, era necesario llevarlos de Méjico á costa de las misiones.

Las mas acomodadas, es decir, las que tenian mas abundante cosecha de maíz y un número suficiente de ganado, sustentaban á todos sus neófitos. Las que no tenian de uno y otro lo necesario para mantenerlos á todos, alimentaban solamente á los soldados que custodiaban al misionero, á los catecúmenos todo el tiempo que duraba su instruccion, á los neófitos vecinos de la cabecera, á todos los niños de ambos sexos desde seis hasta doce años, y á todos los inválidos y enfermos, á los cuales se les suministraban tambien medicinas. Necesitaban igualmente los misioneros tener ca-

ballos, tanto para sus inevitables viajes cuanto para los de los soldados que estaban con ellos.

Además, tocaban á los misioneros los gastos de tadas las fábricas de sus misiones, de los vasos sagrados, paramentos y ajuar de la iglesia y sacristía, de los instrumentos de labranza y de todos los oficios que allí se ejercian.

Para tantos y tan crecidos gastos, á nadie le parecerá excesivo el capital de diez mil pesos que se requeria para la fundacion de cada mision en la California, y especialmente si á los gastos particulares se añaden los generales, esto es, los del trasporte de las cosas necesarias desde Méjico al puerto de Matanchel, por un camino de doscientas leguas, y de allí por mar á Loreto. Los bastimentos que sirvieron á las misiones en estos trasportes fueron veinte entre grandes y chicos, de los cuales seis fueron hechos ó comprados por cuenta del real erario, y todos los restantes á costa de las mismas misiones, á quienes tocaba tambien el componerlos siempre que era necesario.

En los primeros años fueron expensados por el padre Salvatierra los marineros que servian en los buques y el capitan y los soldados que se hallaban allí para la seguridad de aquel naciente cristianismo. Despues se asignaron para esto seis mil pesos del real erario; pero siendo esta suma muy inferior á los gastos, fué necesario que las misiones continuaran lastando la mayor parte hasta el año de 1719 en que de órden del rey Felipe V se comenzaron á dar anualmente diez y ocho mil pesos para los gastos del presidio de Loreto y de los marineros, á cuya cantidad se añadieron otros doce mil en 1736, cuando se estableció un nuevo presidio en la parte austral. Estos treinta mil pesos, que desde entonces se siguieron pagando del real erario á las misiones, eran para los sueldos del capitan, dos tenientes, sesenta soldados, diez marineros y algunos oficiales de marina; pero como los marineros necesarios para el servicio de los buques de la península eran cuarenta, las misiones pagaron siempre los treinta restantes. El sueldo de cada soldado era de cuatrocientos cincuenta pesos anuales; pero el rey pasaba para el capitan lo mismo que para el simple soldado, y así á expensas de las misiones se le duplicaba á aquel la cantidad pagándole novecientos, á mas de los obsequios que le hacian los misioneros, mandándole trigo, carne, vino, etc.

Asimismo habia prevenido el rey Felipe V que los misioneros de la California se pagasen del real erario como los de las otras misiones, dando á cada uno trescientos pesos para sus alimentos, y proveyendo además las iglesias de las misiones de campanas, vasos sagrados, paramentos, imágenes, aceite y cera; pero esta real órden no se ejecutó en la península, porque tanto los gastos de los misioneros como los de las iglesias salieron siempre de los fondos propios de las misiones.

Estos fondos consistian en haciendas situadas en la Nueva España y compradas con las limosnas de los bienhechores y con los capitales de la fundacion de las misiones. Cuidaba de ellos un procurador de la California que residia en Méjico, el cual estaba tambien encargado de tratar con el virey y con los oidores los negocios de las misiones, de sacar del real erario los treinta mil pesos para los soldados y marineros, de proveer de nuevo buque á la California siempre que lo habia manester, y de comprar y despachar todo lo necesario para los misioneros y sus iglesias, para los soldados y marineros, para los buques y aun para los indios. El primer procurador fué, como se ha dicho, el célebre padre Juan de Ugarte, y tanto él como sus cuatro sucesores sirvieron este empleo con mucho celo y actividad y con grande provecho de las misiones.

Todo lo que se mandaba de Méjico se llevaba comunmente al puerto de Matanchel, y de allí en el buque se trasportaba á Loreto, en donde residia otro procurador. Este era al mismo tiempo misionero, y además de los ministerios de catequizar, bautizar, predicar, confesar y otros semejantes, entendia en lo temporal de la península. El recibia el cargamento de los buques, despachaba á cada misionero lo que le pertenecia, pagaba los sueldos á los soldados y marineros, ó todo en numerario, ó parte en lienzos y otras cosas segun ellos querian, cuidaba del almacen general y despachaba oportunamente los buques á los puertos de la Nueva España, el mayor á Matanchel y á veces á Acapulco á recibir los géneros que se enviaban de Méjico, y el menor al Yaqui ó á otro puerto de Sinaloa á traer víveres ó ganado. Como no era posible que un solo hombre atendiera á tantas cosas, especialmente desde que se aumentó el número de las misiones y de los soldados, el procurador estaba auxiliado en el cuidado de las cosas temporales por un hermano coadjutor, que no tenia poco que hacer con solo distribuir los víveres á los soldados, marineros é indios.

El capitan no solamente era jefe de los sesenta soldados existentes en los dos presidios de Loreto y San José del Cabo, sino tambien gobernador y juez de la península y supremo comandante de aquellos mares, y por eso el bastimento principal de la California tenia el honor de capitana, y enarbolada la bandera en todos los puertos del mar Pacífico, menos en el de Acapulco, estando allí el navío de Filipinas. A nadie le era permitida la pesca de perla en aquellos mares sin manifestar antes la licencia del virey al capitan, á quien tocaba cobrar el impuesto que se paga al rey de las perlas que se pescan, lo que él hacia con suma fidelidad y sin ningun interés. Estaba igualmente autorizado por el virey para decomisar los buques y poner presos á sus patrones siempre que hicieran la pesca sin licencia, ó no pagaran el impuesto establecido, ó vejaran

á los californios, ú ocasionaran algun grave desórden.

§ XIX.

PESCA DE PERLA PROHIBIDA. DISTRIBUCION É INCUMBENCIA DE LOS SOLDADOS. AUTORIDAD DE LOS JESUÍTAS SOBRE ELLOS. RESIDENCIA DE CAPITAN EN LORETO. COSTUMBRES EJEMPLARES DE ESTE PUEBLO.

A pesar de que el capitan tenia esta superintendencia en la pesca de perlas, no podia ocuparse en ella. Esto no se les permitió en todos los setenta años que estuvieron allí los jesuítas, ni al capitan, ni á los soldados, ni á los marineros, ni á ninguno otro de los que estaban allí empleados en algun servicio. Sobre este particular ni el padre Salvatierra ni sus sucesores quisieron jamás ceder, á pesar de las murmuraciones y calumnias de sus enemigos y de las instancias y quejas de los mismos soldados. El padre Salvatierra, aunque muy caritativo para con todos, era sin embargo tan severo en sostener la prohibicion de la pesca, que habiendo sabido que algunos soldados y marineros que envió á Sinaloa á traer víveres, habian ido á pescar perla, los despidió luego que regresaron. A los soldados les parecia muy duro é insoportable que se les negase la facultad de aprovecharse de la única cosa apreciable que habia en aquel país, por otra parte tan miserable, en donde servian en medio de tantos peligros; siendo así que se concedia á los de Sinaloa y Culiacan y á cualquiera otro que queria enriquecer; reservándose las riquezas de la península para los extraños, y las miserias, trabajos y peligros para sus habitantes. Pero el padre Salvatierra contestaba que él no pagaba pescadores, sino soldados; que cuando habian sido admitidos en la milicia, se habia pactado con ellos que no se emplearian en la pesca, y que si no estaban contentos con sus destinos y querian enriquecer con aquel comercio, como se lo prometian, eran dueños de dejar la milicia y pedir al virey licencia para la pesca que tanto deseaban. Efectivamente, muchos se licenciaron por aquel motivo y después se hallaron burlados.

En cuanto á los misioneros, tanto por su empleo como por su instituto, estaban muy distantes de pensar en las perlas; pero á fin de que lo estuviesen mas, los superiores con precepto de santa obediencia les habian prohibido pescarlas, hacerlas pescar ó comprarlas de quien quiera que fuese, y este precepto jamás fué quebrantado. De todos los habitantes de la California, solo á los indios les era permitida la pesca de perla por su propia utilidad; pero estos hacian poco aprecio de ella.

Los soldados estaban distribuidos en los dos presidios y en las misiones. En cada mision habia uno, pero en la última por hallarse en la frontera de los bárbaros gentiles habia dos, tres ó mas, segun se necesitaban. Los que estaban en las misiones participaban de la jurisdiccion del capitan hasta cierto punto. Podian castigar los delitos menos graves con tal que fuese con el consentimiento y direccion de los misioneros. Este castigo se reducia á seis ú ocho azotes ó á algunos dias de prision; pero cuando se trataba de un delito que mereciese la pena de destierro ó la de muerte, aprehendian al reo y daban cuenta con él al capitan, á quien tocaba juzgarle.

Siempre que el misionero se ausentaba á confesar algun enfermo ó estaba ocupado en otros ministerios espirituales, el soldado hacia sus veces en cuidar el almacen, distribuir los alimentos á los neófitos y catecúmenos, dirigir las labores del campo y otras cosas semejantes; pero esto no lo hacia gratuitamente, porque además de estar pagado por el misionero, era recompensado extraordinariamente á proporcion de sus servicios y de la posibilidad de la mision, y por tanto casi nada tenia que gastar de los cuatrocientos cincuenta pesos que le pasaba el rey. A veces costeaba la comida para sí y para el misionero; pero otras veces la costeaba el misionero para los dos.

Los soldados con su mala conducta agravaban ordinariamente las penas de los misioneros; mas como por otra parte eran necesarios, se hacia preciso tolerarlos. El padre Ugarte solia aplicar á este propósito aquel verso de Marcial: *Nec tecum posum vivere, nec sine te.* Después, habiéndoseles entibiado ó del todo destruido el ahinco por las perlas y habiendo procurado el capitan con mas cuidado mandar á las misiones á los de mejores costumbres, mas honrados y laboriosos, comenzaron á respirar los misioneros.

Al superior de las misiones tocaba nombrar al capitan y admitir y licenciar á los soldados, y aunque esto estaba aprobado por el virey de Méjico y por el rey católico, como mas conveniente al gobierno de la península, sin embargo, los jesuítas para libertarse de los graves disgustos que les ocasionaba el uso de esta facultad, la renunciaron en 1744, contentándose desde entonces con proponer al virey al sugeto que les parecia mas idóneo para el empleo de capitan, á fin de que él le nombrase, y dejando al mismo capitan la facultad de admitir y licenciar á los soldados como le pareciese.

Este residia en Loreto, tanto porque desde allí era mas fácil impedir los contrabandos en la pesca de perla y expedir sus órdenes ó trasladarse á cualquiera otro lugar de la península donde fuera necesaria su presencia, cuanto porque allí estaba el presidio principal, los soldados, el procurador de las misiones, el almacen general, los buques y los marineros. Este miserable pueblo, que no merecia el título de capital sino en comparacion con los otros de la península, mucho mas miserables, era digno de aprecio por

la devocion ejemplar y pureza de costumbres de sus habitantes. Todos los dias al amanecer, luego que se oia un tiro que disparaba el soldado que estaba de guardia en el cuartel, comenzaban á resonar las alabanzas del Señor, así en el mismo cuartel como en las restantes casas, y algunos iban luego á la iglesia á visitar al santísimo Sacramento y dedicarle las obras de aquel dia. A la hora de misa casi todos estaban en la iglesia, y al anochecer se reunian en ella los indios á rezar el rosario y cantar la letanía de la Vírgen, haciendo lo mismo los soldados en el cuartel y todos los otros en sus casas; pero los miércoles, viernes y sábados todos lo hacian en la iglesia. Los domingos después de mediodía salia el pueblo de la iglesia cantando la doctrina cristiana hasta el cuartel, y uniéndose allí con los soldados, volvian todos al templo á oir el sermon del misionero. Este predicaba tambien los sábados á solo los indios, y los jueves catequizaba á los niños, á quienes toda la semana hacia lo mismo el catequista. En el primer domingo de cada mes y en todas las festividades de la santísima Vírgen, salia por la tarde la procesion del rosario con música. La veneracion que aquel pueblo tributaba á la iglesia era tanta, que ninguno pasaba por enfrente de ella sin hincarse, aunque estuviesen cerradas las puertas. Recibian con frecuencia los santos sacramentos, especialmente en los domingos primeros de cada mes y en las festividades del Señor, de la santísima Vírgen y de algunos santos. Habia algunas personas de uno y otro sexo, que no limitándose á observar exactamente los preceptos del Decálogo, aspiraban á una vida mas perfecta con la oracion, la mortificacion de sentidos y la práctica de las virtudes cristianas.

§ XX.

REAL ÓRDEN PARA LA EXPULSION DE LOS JESUÍTAS DE LOS DOMINIOS DE ESPAÑA. SUCESORES DE ESTOS RELIGIOSOS EN LAS MISIONES DE LA CALIFORNIA.

Tal era el estado de aquel pueblo y de aquella península cuando el rey católico mandó expeler de sus dominios á los religiosos de la Compañía de Jesús. Esta órden fué ejecutada en 25 de junio de 1767 en los lugares de Méjico. En cuanto á la California, encomendó el virey la ejecucion á un capitan catalan llamado don Gaspar Portolá, nombrándole al mismo tiempo gobernador de aquella tan famosa península, y mandando que le acompañasen cincuenta hombres bien armados para obligar por medio del terror á los jesuítas á abandonar aquellas misiones, que ellos mismos dos años antes habian renunciado espontáneamente y que no retenian entonces sino porque no se les habia admitido la renuncia.

El comisionado se embarcó en el puerto de Matanchel en tres buques pequeños con los cincuenta soldados y catorce franciscanos observantes, que iban á suceder á los jesuítas en las misiones de la península. Los buques se dispersaron por una borrasca, y el del comisionado, no pudiendo por los vientos contrarios ir en derechura á Loreto, como lo habia mandado el virey, abordó á San Bernabé, en donde saltó en tierra á fines de noviembre del mismo año. Aquellos misioneros nada sabian de lo que habia acaecido en Méjico á sus hermanos, porque en los meses trascurridos no habia llegado á los puertos de la California ninguna embarcacion que pudiera haber llevado la noticia.

Del puerto pasó el comisionado á Loreto, con veinticinco de sus soldados y el capitan de la península, que casualmente se hallaba á aquella sazon en la parte austral. En las largas y secretas conferencias que los dos tuvieron, se desengañó aquel de los errores en que le habian imbuido los enemigos de los jesuítas acerca del imaginario poder de los misioneros, y se convenció de que para hacerlos abandonar todas sus misiones, colegios y posesiones, habria bastado un simple oficio del virey en que intimase á los superiores la real órden.

Habiendo llegado el comisionado á Loreto, mandó llamar al padre Benito Ducrue, misionero de Guadalupe y superior entonces de las misiones, y estando allí en compañía de otros tres jesuítas, se les intimó el decreto del rey, al cual se sometieron respetuosamente. El superior escribió á peticion del comisionado á todos los otros misioneros, dándoles aviso y previniéndoles que continuasen en su ministerio hasta la llegada de los ministros enviados por el comisario á inventariar los bienes de cada mision, y que hecho esto se reuniesen en Loreto, no trayendo consigo mas de sus vestidos y otras cosas necesarias, y solo tres libros, uno de devocion, un teológico y un histórico. El comisionado les exigió tambien que predicasen á sus neófitos, exhortándolos á mantenerse tranquilos y fieles tanto en la ausencia de sus antiguos misioneros como bajo el gobierno de los nuevos que debian llegar pronto.

Los misioneros después de haber ejecutado puntualmente lo que les exigieron el superior y el comisario, se pusieron en camino para Loreto. Los neófitos viendo partir á los que los habian educado en la vida cristiana y tanto se habian afanado por su bien, lloraban sin consuelo, y los misioneros volviendo los ojos á aquellos sus caros hijos en Jesucristo, los que habian parido con tantos dolores y dejaban ya tan afligidos, no podian contener las lágrimas. Al despedirse para embarcarse, enternecidos los soldados, aun los que habian ido con el comisionado, se hincaban á presencia de este, á besarles los piés y bañarlos con sus lágrimas. Los diez y seis jesuítas que habia en la península, incluso un hermano que cuidaba del almacen de Loreto, se hicieron á la

vela el 3 de febrero del año de 1768[1] para el puerto de San Blas, poco distante del de Matanchel, y de allí hicieron un viaje de mas de doscientas leguas por tierra hasta Veracruz, en donde volvieron á embarcarse para Europa.

Cuando los misioneros se separaron de las misiones, quedaron en ellas los soldados para mantener el órden é impedir la desercion de los néofitos, mientras llegaban los padres franciscanos. Estos después de una penosa navegacion de ochenta dias, abordaron á San Bernabé pocos dias antes que los jesuítas zarpasen de Loreto. No sabemos cuánto tardaron en ir á sus misiones. Lo que únicamente nos dieron á saber las cartas de Méjico escritas en aquel tiempo, es que apenas los nuevos misioneros vieron con sus propios ojos que la California no era como la ponderaban, cuando abandonaron las misiones y la península y se volvieron á sus conventos, publicando por todas partes que aquel país era inhabitable y que los jesuítas debian agradecerle mucho al rey el que les hubiera sacado de aquella grande miseria. Fueron pues algunos clérigos y frailes; pero no pudiendo subsistir en aquel país, se enviaron dominicos de España. Ignoramos lo que estos religiosos han hecho; pero deseamos que su celo sea eficazmente secundado para conservar la fe de Jesucristo entre los californios y propagarla por los muchísimos pueblos que hay al Norte, á fin de que todos conozcan, adoren y amen á su Criador.

1 Quince sacerdotes y un hermano salieron de la California y quince sacerdotes y un hermano murieron en ella.

FIN.

ADICIONES AL LIBRO PRIMERO.

Para que se vea cuánta es la diversidad que se halla entre los dialectos de una misma lengua de las que se hablan en la California, ponemos aquí el Padre nuestro en tres dialectos de la lengua cochimí.

En el dialecto de las misiones de San Francisco Javier y San José de Comondú:

Pennayù nakænambà, yaà ambayujùp miya mò, buhù mombojuà tammalà gkomendà hi nogodognò de muejueg gkajim: pennayulà bogodognò gìtajim, guihì ambayujup mabà yaà Kæammet è decuinyi mò puegign: yaàm buhula mùjua ambayujupmò de dahijua, amet è nò guilugui, ji pagkajim. Tamadà yaà ibò tejuèg guiluguigui pamijioh è mò, ibò yanno puegin: guihì tammà yaà gambuegjula Kæpujui ambinyijuà pennayula dedaudugùjua, guilugui pagkajim: guihì yaà tagamueglà huì ambinyyjùa hi doomò puguegjuà, hi doomò pogounyim; tamuegjua, guihì ufi mahel Kæammet è dicuin yumò, guihì yaà huì mabinyì yaà gambuegjuà pagkaudugum. Amen.

En el dialecto de las misiones de San Francisco de Borja, Santa Gertrudis y Santa María:

Cahaì apà, ambeing mià, mimbang–ajuà val vuit–mahà: amòt mididuvaijuà cucuèm: jemmujuà, amabàng vihì mièng, ame tenàng luvihim. The–vàp yicuè timiei: diguà, i bang–anàng gna cahittevichip nuhiguà aviuvehàm, vi chip iyeguà gnacaviuvèm: cassetasuàng mamenit–gnakùm, guang tevisiéo gna cavignahà. Amen.

En el dialecto de las misiones de San Ignacio:

Ua–bappà amma–bang miamù, ma–mang–à–juà huit maja tegem: Amat–ma–thadabajuà ucuem: kem–mu–juà amma–bang vahi–mang amat–à–nang la–uahim. Tegnap ibang gual gùieng–a–vit–à–jua iban–à–nang packagit: muht-pagijuà abadakegem, machi uayecg-juà packabaya-guem: Kazet-à-juangamuegnit-pacum: guang mayi-acg packabanajam. Amen.

EXPERIMENTOS Y OBSERVACIONES QUE SOBRE LAS CULEBRAS DE LA CALIFORNIA HIZO EL PADRE FRANCISCO INAMMA, JESUÍTA ALEMAN Y MISIONERO EN AQUELLA PENÍNSULA.

El motivo de estos experimentos fué la extravagante opinion de otro misionero aleman que con sutilezas escolásticas sostenia que el mal causado por las mordeduras de las víboras y otras sierpes venenosas no era efecto de algun flúido dañoso trasmitido á la sangre, como comunmente se cree, sino solo de la contextura del diente viperino, muy contraria á la del miembro mordido. Para refutar victoriosamento esta opinion tan improbable, desmentida por la razon y por la experiencia, bastaba lo que refiere Galeno de ciertos charlatanes de su tiempo, que se dejaban morder de las víboras sin sentir ninguna incomodidad grave, porque tenian cuidado de taparles con cierta pasta ó con cera los agujeros de los colmillos por donde trasmiten el veneno á la sangre. Aun antes de Galeno sabian esto los rudos africanos, entre los cuales se llamaban ***psylli*** los que se ocupaban en chupar el veneno de las mordeduras de las serpientes antes que se infestase la masa de la sangre. Mas el padre Inamma para convencer á su compañero se tomó èl trabajo de hacer experimentos y de exponérselos en una carta bien fundada, de la cual tomaremos algunos.

Las culebras en que hizo sus experimentos y observaciones fueron doce, no muertas, sino vivas, y todas del género *crotaloferi* ó culebras de cascabel. Estas tienen la cabeza larga, el hocico romo y sus quijadas parecen hinchadas á causa de

un hueso movible que tienen por fuera de la encía superior en uno y otro lado. Sus orejas están colocadas junto á las narices, esto es, inmediatamente sobre los dos huesos dichos. Su lengua es redonda, pero partida en dos hácia la extremidad, cartilaginosa y de un color rojo oscuro semejante al de la sangre cuajada. La tienen dentro de una membrana trasparente á manera de vaina; pero cuando se encolerizan, la sacan fuera de la vaina y de la boca, vibrándola con increíble velocidad. El padre Inamma habiéndole cortado la lengua á una culebra dentro de la misma boca, no pudo sacar de ella ni una gota de sangre. La cola, que tiene tres ó cuatro dedos de larga, segun la magnitud de la culebra, está formada de cascabeles, los cuales son unos anillos de sustancia córnea, movibles y unidos entre sí por medio de articulaciones ó junturas compuestas de tres huesillos cada una. Estos cascabeles si se separan del cuerpo de la culebra no suenan, sino solo cuando ella los mueve, particularmente cuando se agita violentamente para morder.

De las observaciones del padre Inamma se deduce que estas culebras tienen tres clases de dientes, á saber: colmillos curvos, cóncavos y agujerados, tanto cerca de su raíz como en la parte convexa cerca de la punta, destinados á herir y trasmitir por los agujeros el veneno á la sangre; colmillos curvos, pero no agujerados, de los cuales se sirve la culebra para afianzar la presa, y dientes incisivos rectos que usa para mascar el alimento. Los de la primera clase son catorce, de los cuales cuatro están situados en las dos cavidades que tienen los dos huesos movibles de que se ha hablado. Estos cuatro, los mas grandes de todos, son las armas de la culebra. Cuando no usa de ellos para morder, los tiene escondidos dentro de una membrana, en situacion casi horizontal, con las puntas vueltas hácia la garganta; mas cuando quiere morder, alza aquellos huesos y desenvaina y erige los colmillos. Estos no están tan fuertemente encajados en sus cavidades que no puedan sacarse con facilidad, y por eso las culebras al morder pierden muchas veces algun colmillo; pero esta pérdida se repone prontamente, porque junto á ellos tienen otros dentro de una membrana lívida, en una y otra parte de la encía. Cada una de estas membranas contiene cinco colmillos, en todo semejantes á los cuatro principales, aunque mas chicos, y diferentes en tamaño, porque se van formando sucesivamente. Cuando la culebra pierde alguno de los principales, es reemplazado por otro de los contenidos en la membrana, y se une á la cavidad del hueso donde estaba el diente perdido, con cierta sustancia glutinosa que parece destinada á formarle la raíz. Esto fué exactamente observado por el padre Inamma. Tiene, pues, cada uno de estos animales, catorce colmillos agujerados, dos en cada hueso movible y cinco en cada membrana lívida. Solamente en un individuo halló diez y seis nuestro observador. Los colmillos de la segunda clase están situados junto á la extremidad del hocico, tanto en la parte superior como en la inferior, y tienen tambien las puntas vueltas hácia la garganta. Los dientes de la tercera clase están colocados en dos andanas en la mandíbula inferior.

Viniendo ahora á los experimentos, el padre Inamma hizo muchos para demostrar la falsedad de la opinion de su compañero. Se valió de dientes recien sacados á la culebra y de otros ya secos para herir á algunos animales en diversas partes del cuerpo, y les hizo heridas mas fuertes y profundas que las que suelen hacer las culebras. A pesar de esto, los animales heridos no tuvieron ninguna novedad, á excepcion de tres gallos, de los cuales dos tuvieron alguna hinchazon que pronto se disipó, y el tercero estuvo al morir, porque la herida fué tal, que le pasó de parte á parte una vena gruesa; pero á los dos dias sanó sin que se le aplicase ningun remedio, como tampoco á los otros animales en que se hicieron los experimentos.

Hizo después heridas con el diente mojado en el mismo veneno de la culebra, y observó que se causaba un mal bastante grande, pero no comparable con el que hacen las mismas culebras. De esta manera le hirió á un gallo una pierna y aun untó con el veneno la herida, la cual se hinchó luego, y al dia siguiente se puso verde todo el rededor, extendiéndose después este color por toda la pierna hasta la coyuntura de los dedos, en seguida comenzó á arrugarse la piel como si fuese á secarse la pierna; pero después de algunos dias desaparecieren las arrugas, el color verde y la hinchazon, y el gallo sanó perfectamente sin ningun remedio. A otro gallo le hizo una herida en la misma parte con un cortaplumas mojado igualmente en el veneno, y esta herida, como mas grande y profunda, produjo un efecto mas considerable, porque á mas de la hinchazon de toda la pierna, se ulceró la herida y dió pus por algunas semanas: apareció una erupcion de cosa de media pulgada de diámetro, la piel se separó de la carne, y entre una y otra se formó una excrecencia, la cual habiéndose secado se le cortó: después bajó la hinchazon, cesó el pus, cicatrizó la herida y el gallo quedó enteramente sano.

La razon de que el veneno usado de este modo no haga todo el daño que con él hace la culebra, puede creerse que será porque en este segundo caso, pasando inmediatamente de los dientes á la herida é introduciéndose en ella impetuosamente, conserva la fluidez necesaria para incorporarse bien con la sangre, y al contrario, cuando se saca de la boca de la culebra, se condensa pronto con el aire, y así en vez de mezclarse con la sangre se adhiere por la mayor parte al labio de la herida. Para hacer ver que el veneno trasmitido á la sangre, de cualquier mo-

do que sea causa la muerte, cogió el padre Inamma una paloma grande y le hizo tragar cuatro ó cinco gotas de aquel flúido, que arrojado por una culebra habia él recogido en una pequeña concha. Hecho esto, salió de casa el padre á no sé qué negocio de su ministerio, y habiendo vuelto á los tres cuartos de hora, halló muerta la paloma, y observó que echaba por el pico un humor turbio y espumoso.

Para obtener alguna cantidad de veneno á fin de observarle y de hacer con él los experimentos en los animales, irritaba á la culebra y le acercaba algun animal para provocarla á que le mordiese, pero procurando que no lo verificara, porque no solamente lanzan el veneno cuando muerden, sino tambien cuando hacen algun esfuerzo violento para morder. En cierta ocasion al estarle sacando á una culebra un diente con un cortaplumas, arrojó ella por otro el veneno con tal abundancia y con tal ímpetu, que no solo le bañó al padre la mano, sino aun parte del brazo, y después de haberle sacado todos los cuatro dientes que les sirven para herir, continuó arrojando aquel flúido de la cavidad de los huesos movibles donde los dientes estaban situados.

Los experimentos del padre Inamma manifiestan que el mayor ó menor mal que hacen las culebras y la mayor ó menor prontitud en producirle, dependen de la calidad de la herida, de la cantidad del veneno trasmitido, de la complexion del animal herido y de la condicion del miembro mordido. Si la culebra no clava los dientes en la carne, sino que solo araña la piel y no arroja en ella el veneno, no resulta hinchazon ni ningun otro mal. Si en el araño deja veneno, no causa la muerte, aunque produce un mal considerable. Una perrita herida de esta suerte en la coyuntura de una pata, tuvo una grande hinchazon y pasó en continuos lamentos dos dias, después de los cuales sanó perfectamente. Si el miembro mordido se compone de huesos y piel con poca sangre como los piés de las aves, la herida es muy perniciosa pero no mortal. Un gallo mordido en un dedo por una de las culebras del padre Inamma, tuvo una grande hinchazon en todo el pié; la herida se le ulceró y producia un pus muy hediondo; después se le arrugó y secó del todo la piel y al fin perdió el dedo. Ya habian pasado once meses sin que la hinchazon se quitase del todo, cuando el gallo desapareció, acaso porque habiéndose alejado del gallinero fué cogido por algun gato montés ó algun coyote.

Si la culebra clava los dientes en la carne y comunica el veneno á la sangre, causa infaliblemente la muerte, siempre que no se aplique prontamente algun antídoto eficaz. Así murió en dos horas una paloma mordida en el pecho, en hora y media un cabrito mordido en un labio, y en dia y medio, en Cademino, lugar de la mision de la Purísima, una india herida en un pié, porque hallándose ausente el padre Inamma, que entonces era allí el misionero, los indios no le aplicaron ningun remedio sino pasadas algunas horas. Al contrario, un indio de Comondú, mordido en el dedo gordo de un pié, sanó perfectamente por haberle socorrido pronto el padre Inamma con oportunos remedios. Es verdad que otro, herido igualmente en un pié, arrojó sangre por la boca y murió luego á pesar de los remedios mas eficaces que le aplicó el mismo misionero; pero tal vez este no fué mordido por una culebra de cascabel, sino por otra de aquellas que los mejicanos llaman *Ahueyactli*, que son mas venenosas y hacen arrojar sangre por la boca, las narices, los oidos y aun por los ojos.

El padre Inamma aunque hizo anatomía de varias culebras, no se atreve á decir en qué parte tienen el veneno; pero siendo tanta la analogía entre ellas y las víboras, tanto en la estructura de los colmillos como en el modo de comunicar el veneno, podrá afirmarse de aquellas lo que sabemos de estas por los exactos experimentos del doctor Mead, esto es, que el veneno se separa de la sangre en dos glándulas que se hallan tras de los ojos y sobre los músculos destinados á bajar la mandíbula superior, los cuales comprimiendo con su movimiento las glándulas, facilitan la separacion y salida del veneno. Estas dos glándulas grandes se componen de muchas pequeñas, todas contenidas en una membrana comun y cada una con su vaso secretorio. El veneno separado así de la sangre, pasa de estos vasos pequeños á uno grande, y de aquí á la vejiguilla de la encía que cubre los raigones de los cuatro colmillos principales. La culebra comprimiendo esta vejiguilla al erigir los dientes para morder, hace pasar el veneno á la cavidad de los dientes por el agujero que estos tienen junto á la raíz, y de allí le echa fuera por la abertura que los mismos dientes tienen en la extremidad.

Los remedios usados en la California contra el veneno de las culebras y otros animales, son parte internos y parte externos. El interno mas usual y eficaz es el de la *triaca humana*, así llamado, para mayor decencia, el excremento humano, fresco y disuelto en agua, que hacen beber al mordido. Esta bebida, aunque asquerosa, se toma sin repugnancia por el amor á la vida; además de que hallándose los mordidos casi fuera de sí por la turbacion y el temor, no suelen reparar en lo que se les da, como después de su curacion se lo confesó al padre Inamma un indio mordido por una culebra.

Los remedios externos mas comunes, á mas de las ligaduras que suelen hacerse para retardar la propagacion del veneno, son el colmillo del lagarto y la piedra de serpiente. El colmillo del lagarto tiene mucho crédito en toda la Nueva España, porque se cree un contraveneno eficacísimo. Se aplica á la herida, y para que obre mejor, se hace con él mas grande. Los que han experimentado este remedio dicen que muchas veces

revienta el colmillo con la actividad del veneno que se extrae. Lo que se llama *piedra de serpiente* no es otra cosa que cuerno de ciervo, quemado hasta cierto punto, el cual se aplica como el colmillo á la herida, y queda, como él, adherido á ella. Los que le han aplicado, afirman constantemente que extrae el veneno hasta que no pudiendo extraer mas, se desprende por sí mismo. Para que vuelva á servir le purgan primero del veneno de que se ha saturado, metiéndole en agua caliente, en cuya operacion, luego que llega al fondo del agua comienza á despachar hácia la superficie cierta espuma, que no cesa de despachar hasta que mudada el agua dos ó tres veces, queda del todo purgado.

Los indios de las islas Filipinas, que fueron los primeros que prepararon y esparcieron este antídoto, le hacen de esta manera. Despedazando el cuerno de ciervo, hacen con él en el suelo un monton piramidal, colocando alternativamente una capa de hollejos de arroz y otra de pedazos de cuerno. En una noche serena ponen fuego á los hollejos, que ardiendo poco á poco, queman medianamente el cuerno. Después dan á las piececitas quemadas la forma que quieren, haciéndolas por lo regular redondas y de figura de lenteja, las pulen con las hojas ásperas de un arbusto llamado *Is-is*, y finalmente, les dan lustre con un cuero curtido. Poniéndose con esta preparacion negras, lisas y lustrosas, se venden como piedras. En Méjico son comunmente conocidas con el nombre de *piedras de la China*, porque el vulgo llama China á la islas Filipinas; pero los mejicanos saben ya el modo de hacerlas.

Vallisnieri dice que todo lo que se cuenta de la piedra de serpiente es una ficcion de los indios, muy astutos para engañar á los europeos, y que él se desengañó con muchos experimentos, y descubrió que aquellas piedras tan ponderadas no eran mas que huesos de buey quemados y bien bruñidos. Pero si las que él usó no eran mas que huesos de buey, no es extraño que sus experimentos no hubieran tenido buen resultado. El San Bomare en el artículo *Piedra de serpiente*, que contiene algunos errores, habla de ella con desprecio; pero da á entender que ni la ha visto ni sabe lo que es; porque si lo hubiera sabido, habria hablado de otro modo, pues en el artículo *Ciervo* dice que *el cuerno de este cuadrúpedo abunda en sal volátil y es un excelente contraveneno.* El padre Vaniere en su excelente poema intitulado *Prædium Rusticum*, describe en el libro 3º la piedra de serpiente de esta manera:

Est lapis Eoo nuper delatus ab orbe,
Subniger, et levior, serpentum nomine dictus
Quem si tecum habeas secura innoxius angues
Jam poteris tractare manu. Serpentis ad ictum
Applicitus lapis in se trahit omne venenum,
Quod removet vel aqua mersus, vel lacte tepenti.
Quin et mortiferam lapis idem sugit ab altis
Vulneribus tabem, plagæque tenacius hæret,
Ebrius exhausta sanie, dum labitur ultro.



APENDICE.

Teniendo ya concluida la traduccion que antecede de la Historia de la California, me ha parecido conveniente formar este apéndice para exponer varios sucesos posteriores á la salida de los reveerendos padres jesuítas de aquella península, que se hallan en esta obra desfigurados y confundidos, por defecto, como es de creer, de las cartas á que se refiere su autor; é igualmente para dar alguna idea de los progresos que ha logrado el cristianismo en aquellos países, valiéndome para el efecto de las noticias vertidas por el reverendo padre fray Francisco Palou en la relacion que publicó en 1787 de la vida del reverendo padre fray Junípero Serra y de otras mas recientes que he podido adquirir.

Hecha en esta Nueva España la expulsion de dichos padres jesuítas el dia 25 de junio de 1767, resolvió el excelentísimo señor virey marqués de Croix, de acuerdo con el ilustrísimo señor don José de Galvez, visitador general del reino, encomendar al apostólico colegio de San Fernando de Méjico[1] las misiones que tenia la sagrada Compañía de Jesús en la California, exceptuando solamente las cuatro mas adelantadas, porque se pensaba poner en ellas sacerdotes seculares para su gobierno y direccion. El colegio admitió gustoso este encargo, y en desempeño de tal confianza destinó luego doce de sus religiosos para que fuesen á recibir aquellas misiones, nombrando por presidente al reverendo padre fray Junípero Serra. Sin pérdida de tiempo salieron de esta capital en 14 de julio del citado año, y en 21 de agosto siguiente llegaron al pueblo de Tepic, donde se les unieron después otros misioneros despachados por el mismo colegio para completar el número de diez y seis, igual al de los padres jesuítas que habia en la California, pues ya el ilustrísimo señor obispo de Guadalajara habia representado al gobierno la falta que tenia de clérigos y la necesidad en que aun se hallaban aquellas misiones de ser administradas por religiosos. Juntos ya todos en Tepic, solo aguardaban para emprender su viaje la conclusion de los buques que se estaban construyendo con tal destino; pero habiendo anclado en el puerto de San Blas el paquebot que condujo á los jesuítas de la California en febrero de 1768, tuvieron esta proporcion para embarcarse, y dando al viento las velas la noche del 12 de marzo de dicho año, llegaron á la rada de Loreto en 1º de abril siguiente. Al otro dia (sábado de Gloria) saltaron en tierra, y pasada la Pascua se dividieron para ir cada uno á recibir la mision que se le habia encomendado, encargándose por entonces de la de Loreto el citado padre presidente.

Recibidas en efecto las misiones, procuraron informarse de la forma de gobierno y ejercicios particulares que se habian observado en ellas hasta entonces, para no hacer variacion ninguna, conforme á las órdenes que llevaban de Méjico; y así continuaron administrándolas hasta el año de 1774 en que las entregaron á los reverendos padres domínicos, como diremos adelante.

En mayo de 1769 habiendo hallado lugar á

1 Este colegio de religiosos franciscanos misioneros apostólicos fué erigido por real cédula de 15 de octubre de 1734. *Gaceta de Méjico del mes de mayo de* 1734.

propósito para establecer una mision en el paraje nombrado por aquellos indios *Vellicatá*, distante como 60 leguas hácia el Norte de la de San Francisco de Borja, resolvió hacer esta fundacion el reverendo padre fray Junípero, como lo verificó en 14 de dicho mes, dando á aquella mision el nombre de *San Fernando*, y encargándola al cuidado del padre fray Miguel de la Campa, que antes regia la de San Ignacio en Kadakaaman.

Concluida esta fundacion, se hicieron expediciones por mar y tierra para ocupar el puerto de San Diego en 32° 48', á donde llegaron en 1º de julio de 1769 el padre fray Junípero y otros cuatro religiosos que lo acompañaban. Aquel país era ya distinto del que dejaban atrás; la tierra se mostraba mas fértil y frondosa, y no se veia en ella la abundancia de piedras y espinas que en aquellos parajes antes conocidos: los arroyos y torrentes eran mas frecuentes, y mejores sin comparacion los caminos; habia montes altísimos, pero todos de tierra, y por último, hallaron allí algunas rosas de las que en Méjico se conocen por de Castilla, y gran número de parras buenas y robustas que en varios parajes estaban cargadas de muchísimas uvas. Tales circunstancias, añadidas á la multitud de la gente que habitaba estas tierras, convidaban el apostólico celo de aquellos religiosos á establecer allí algunas misiones para predicar el Evangelio entre tantos gentiles. En efecto, luego que se despachó por tierra una expedicion para ocupar el puerto de Monterey, fundó el padre fray Junípero la mision de San Diego en el puerto de este nombre el dia 16 de julio del expresado año de 69, dedicándose con la gente que habia quedado allí á formar algunas barracas para que sirviesen de iglesia y de vivienda ínterin se disponia otra cosa, y á ir atrayendo á los gentiles con algunos regalos para aficionarlos á su trato y comunicacion, y así poder lograr su catequismo: ellos, codiciosos de la ropa y de otras cosas de los españoles, se entregaron al robo de cuanto podian, hasta intentar en un asalto que dieron á las misiones quitarles á todos la vida para aprovecharse de los despojos; pero habiendo experimentado bien á costa suya la superioridad de las armas de fuego y el valor de nuestra gente, la trataron después con mayor respeto, conteniéndolos el temor en los límites de su deber.

La expedicion hecha en busca del puerto de Monterey se regresó á San Diego sin haberlo hallado (acaso por defecto de las noticias que habia de su situacion); pero habiéndose repetido otras expediciones por mar y tierra, lograron descubrirlo en mayo de 1770: dicho puerto, en que habia estado en 1603 la expedicion del general don Sebastian Vizcaino, se halla cerca de los 37 grados de latitud, y hácia los 38 está el de San Francisco, que habia descubierto la primera expedicion hecha en 1769. Todo el país que media entre el puerto de San Diego y el de San Francisco, á que se ha dado el nombre de *Nueva California*, goza un clima favorable, terreno fértil y abundancia de agua y de mantenimientos; calidades todas que influyen en la mejor índole y disposicion de sus habitadores, y que han proporcionado considerables ventajas á las misiones establecidas allí después.

Habíase proyectado poner otras cinco misiones desde la de San Fernando hasta la de San Diego: con este fin salieron del colegio de San Fernando de Méjico en octubre de 1770 veinte religiosos, quienes por varias dificultades y contratiempos que les acaecieron en el viaje, no llegaron á Loreto hasta noviembre de 1771, y entonces se suspendió hacer aquellas fundaciones por falta de la tropa necesaria. Por este tiempo resultó tambien la pretension de los reverendos padres domínicos de Méjico de tener parte en estas conquistas espirituales, para lo cual habian conseguido cédula del rey, en que mandaba su majestad se les entregase una ó dos misiones con frontera de gentiles. En cumplimiento de esta órden les previno el excelentísimo señor virey don Antonio María Bucareli tratasen y se pusiesen de acuerdo en este punto con el reverendo padre guardian del colegio de San Fernando, quien enterado de la solicitud de aquellos padres por nueva real cédula que habian conseguido y considerando los inconvenientes que podrian resultar de la concurrencia de las dos religiones en un propio terreno, expuso al reverendo padre prelado domínico que si queria hacerse cargo de todas las misiones que antes corrian al de los padres jesuítas, inclusa la de San Fernando, fundada nuevamente, estaba pronto á cedérselas, pues de este modo quedaria á su órden la frontera de gentiles que deseaba desde la citada mision de San Fernando hasta el puerto de San Diego, en cuyo espacio de cien leguas estaba mandado se fundasen otras cinco misiones, de cuyo establecimiento podria tambien encargarse. Convenido en todo esto aquel prelado y aceptada la cesion que le hacia el del colegio de San Fernando, se dió cuenta al excelentísimo señor virey con el contrato firmado por uno y otro, y su excelencia lo aprobó y confirmó en junta de guerra y real hacienda celebrada en 30 de abril de 1772, con cuya fecha expidió el decreto para su cumplimiento.

En mayo de 1774 llegaron á la California los reverendos padres domínicos comisionados para recibir las citadas misiones, las cuales les entregó en el propio mes el reverendo padre fray Francisco Palou, que tenia entonces el gobierno de ellas por haber pasado el padre presidente á los nuevos descubrimientos que quedan referidos. Con esta entrega se hallaron libres ya los padres fernandinos para poder dedicar todo su celo y apostólicas fatigas á la conversion de las numerosas naciones halladas desde el puerto de San Diego hasta el de San Francisco, y los padres

domínicos quedaron con el cuidado de todo el terreno comprendido desde el citado puerto de San Diego hasta el cabo de San Lúcas, que es propiamente la península de California.

Parte de los religiosos que regian aquellas misiones se volvió al colegio de San Fernando, y los demás en número de nueve subieron á la Nueva California ó países del Norte que acababan de descubrirse, para dedicarse á la conversion de los gentiles que los habitaban. Ya por este tiempo habia fundado el reverendo padre fray Junípero cuatro misiones en aquellas tierras; la primera nombrada *San Cárlos* en el puerto de Monterey, en 3 de junio de 1770, á los 36 grados 44', que después se trasladó en fines del año de 1771 á las orillas del rio Carmelo, alejándose como una legua del sitio que antes ocupaba y del presidio establecido en dicho puerto; la segunda de *San Antonio de Padua*, á mediados de julio del año de 71, á los 36 grados y 30' en un plan muy ameno, distante 25 leguas al Sursudueste de Monterey; la tercera de *San Gabriel*, en principios de setiembre del mismo año de 71, á los 34 grados 10', distante como 40 leguas al Norte del puerto de San Diego, y la cuarta de *San Luis*, á 1º de setiembre de 1772, en un terreno bueno situado á los 35 grados 36 minutos de latitud.

En 1772 salió el citado padre fray Junípero Serra de la Nueva California para representar en Méjico al excelentísimo señor virey los auxilios que consideraba necesarios para la subsistencia de aquellos tiernos establecimientos y para que se pudiesen hacer otros en adelante, y conseguido cuanto solicitaba, se volvió para sus misiones en principios del año de 1774. Por resultas de esta diligencia se resolvió el establecimiento de dos presidios de tropa en los puertos de San Diego y San Francisco; que se formalizase el departamento de marina de San Blas (cuyo puerto estaba para abandonarse) para la mas fácil y pronta comunicacion con aquellos países; que se hiciese una expedicion para abrir paso por el rio Colorado desde la Nueva California á las provincias de Sonora y Sinaloa, como se verificó, fundando allí dos misiones los padres del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro (las cuales quemaron los bárbaros yumas en 1781, matando á sus cuatro misioneros y á otras varias personas) y finalmente, que se diesen algunos otros auxilios á aquellas misiones.

La de San Diego, que habia seguido con felicidad desde sus principios, experimentó un funesto desastre la noche del 4 de noviembre de 1775, pues conspirando contra ella y sus misioneros un crecido número de gentiles, instigados de dos neófitos apóstatas, acometieron aquella noche y prendieron fuego á la iglesia, sacristía y viviendas de los misioneros y demás gente que allí habitaba, é igualmente la casa que servia de cuartel, mientras que dormian en ella un cabo y tres soldados. Despiertos estos, acudieron luego á las armas, y agregándoseles el carpintero de la mision, se defendieron con gran valor, sin mas reparo contra las flechas enemigas que tres tapias bajas de adobe: allí ocurrieron á refugiarse uno de los misioneros y dos niños hijo y sobrino del teniente del presidio que se hallaban en la mision. El padre fray Luis Tayme, que era el otro misionero, viendo arder toda la vivienda salió afuera, y asiéndolo los enemigos, le quitaron cruelmente la vida, mientras él los exhortaba al amor de Dios: mataron tambien á un herrero que se hallaba allí, y quedaron heridos el padre fray Vicente Fuster, el cabo y los tres soldados de la mision, y el carpintero del presidio, el cual murió de resultas á pocos dias. La gente del presidio hallándose entregada al sueño, no supo nada de esta desgracia hasta el dia siguiente, en que ya los enemigos se habian retirado; y así no pudo acudir á la defensa de la mision, como tampoco los neófitos de ella, temerosos del crecido número de los enemigos que poniéndoles centinelas á las puertas de sus casillas, les amenazaron con la muerte si acaso intentasen salir de ellas. La mision quedó arruinada toda por el fuego y saqueada de cuanto tenia mas precioso por aquellos bárbaros gentiles; pero después se restableció por octubre del siguiente año 1776.

Poco después de dicho restablecimiento se fundó el 1º de noviembre la mision de *San Juan Capistrano*, situada en buen terreno á los 33º.26' y distante 96 leguas de la mision de San Diego y 18 de la de San Gabriel al Noroeste. En 9 de octubre del mismo año de 76 se fundó tambien la mision de *San Francisco* en el puerto de este nombre, situado á los 37º 56', donde antes se habia establecido ya un presidio de tropa. En 18 de enero de 1777 se hizo la fundacion de la mision de *Santa Clara*, situada á los 37º 20', y distante 15 leguas al Sueste de la de San Francisco; y en noviembre de 1777 se fundó un pueblo de españoles en distrito de la mision de Santa Clara nombrado San José de Guadalupe.

En 31 de marzo de 1782 se fundó la mision de *San Buenaventura* en un paraje cerca de la playa al principio del canal de Santa Bárbara, situado á los 34º y 36', y á 9 leguas de allí se estableció el año siguiente el presidio de Santa Bárbara. Finalmente, se fundaron otras cuatro misiones después del fallecimiento del citado padre presidente fray Junípero Serra (acaecido en agosto de 1784), nombradas *Santa Bárbara, la Purísima Concepcion, Santa Cruz y la Soledad*. La primera en 4 de diciembre de 86 á los 34º 38', distante 8 leguas de la de San Buenaventura; la segunda en 8 de diciembre de 1787, á los 35º, 20 leguas distante de la de Santa Bárbara; la tercera en 28 de agosto de 91 á los 37º y distante 19 leguas por la costa de la de San Cárlos, y la cuarta en 9 de octubre del propio año de 91, distante 11 leguas de la de San Antonio y situada en 36º 38' de latitud.

Estas son las misiones que hasta fin del año próximo anterior de 96 tenian fundadas los religiosos fernandinos en la Nueva California, y en principios del presente año se habrá verificado la ereccion de otras cinco que estaban resueltas, cuyos ministros salieron de esta capital para el efecto en fines del inmediato año pasado.

El número de bautismos hechos en las 13 misiones referidas, esto es, desde la de San Diego hasta la de San Francisco, que es la mas setentrional, ascendió á 21.653 hasta fin de diciembre de 1796, y existian en ellas en aquella fecha 11.216 personas. En la antigua California sabemos que tenian los reverendos padres domínicos hasta fin de dicho año 17 misiones; pero ignoramos cuánto fuese el número de sus bautismos. Tampoco sabemos cuáles sean las misiones que ha fundado la órden de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, pues en la península, bien que no falta razon para inferir que dos de ellas sean las de Santo Domingo, que segun se figuran en la carta de la California publicada en la relacion de la vida del citado padre Junípero, se hallan, la segunda mas arriba de los 31°, altura á que no llegaba ninguna de las que fundaron los regulares de la Compañía de Jesús, y la otra, esto es, la de Santo Domingo, poco mas abajo. A mas de esto, comparando los nombres que ponemos abajo[1] de las 17 misiones que existian en fin de 1796, con los que constan en la antecedente historia de las 14 que quedaron en principios de 1768, se advierte diferencia en varios de ellos, y es de inferir se hayan mudado á otros lugares aquellas misiones y dádoseles con este motivo nombres distintos.

La diferente calidad de terreno de la Nueva California respecto de la antigua ha facilitado á los padres fernandinos mayores ventajas en sus misiones, la fertilidad de las tierras, el buen temple y sanidad de su clima, la abundancia de agua y de pastos, les proporcionan cosechas suficientes para la mantencion de sus neófitos, sin necesidad de recurrir á la Nueva España para proveerse de víveres, y un éxito muy favorable en la cria de ganados que se han propagado considerablemente: de sus lanas apreciables se tejen allí mismo las telas necesarias para el vestido de las gentes, se curan tambien las pieles para hacer corazas, calzados, etc., y acaso pudieran hacer aquellos pueblos un comercio lucrativo en granos y otros frutos para proveerse de varios efectos que necesitan, si no la dificultase la mucha distancia en que se hallan.

Tales son los frutos que han producido á la Iglesia y al estado las fatigas y vivo anhelo por la mayor gloria de Dios y bien de las almas, de aquellos ejemplares varones que con su predicacion, su constancia y su sufrimiento abrieron paso al Evangelio entre las naciones de la California; del apostólico celo y continuos afanes con que otros beneméritos religiosos han procurado propagar el cristianismo y civilizacion en aquellas remotas tierras; de la piedad de varios bienhechores que con crecidas limosnas han ayudado á estos progresos, y de la real munificencia y católico celo de nuestros soberanos, que á costa de grandes gastos y desvelos han procurado extender la fe de Jesucristo hasta las mas remotas provincias de la América, al paso que esta misma fe ha ido perdiendo tanto de su antiguo dominio en otros reinos de la Europa.

1 Misiones que habia en la antigua California en fin del año de 1796.

Nuestra Señora de Loreto.—San Francisco Javier.—Todos Santos.—San José del Cabo.—San José Comondú.—La Concepcion.—Santa Rosalía Mulegé.—San Ignacio.—Santa Gertrudis.—San Francisco de Borja.—San Fernando.—El Santísimo Rosario.—Santo Domingo.—San Vicente Ferrer.—Santo Tomás.—San Miguel.—San Pedro Mártir.

FIN DE LA OBRA.

RELACION HISTORICA

DE

LA VIDA DEL VENERABLE PADRE

FRAY JUNIPERO SERRA.

EL EDITOR.

Como la obra del padre Clavijero que hemos publicado solo comprende la Historia de la Baja California, única que conocieron los jesuítas, nos ha parecido que debiamos completar este valúmen con la "Vida de fray Junípero Serra," escrita por su compañero el padre fray Francisco Palou, por ser ella, mas que la biografía de aquel venerable religioso, la historia de las primeras tentativas de colonizacion en la Alta California.

Fué al principio nuestro ánimo refundir este escrito desechando todos los pormenores para conservar tan solo la parte histórica. Esta idea, tan sencilla en teoría, presentaba en la práctica graves dificultades, por hallarse entremezcladas de tal manera ambas cosas, que para conseguir que desapareciese casi del todo el héroe de la narracion, era preciso variar esta de tal manera que mas bien seria una obra nueva que un compendio de la antigua. Por otra parte, el estilo no podria menos de quedar confuso y abigarrado, atendiendo á la imposibilidad casi absoluta de que dos personas diversas escriban de una manera enteramente uniforme.

¿Y para qué tanto trabajo? ¿Por qué al mismo tiempo que la relacion histórica no hemos de ofrecer á nuestros lectores la relacion de tantas virtudes? Afortunadamente el autor de la obra sin permitirse erudiciones inoportunas, narra en estilo llano y agradable lo que él mismo vió ó supo con toda certeza, afirmándolo con documentos oficiales. Dejemos, pues, su obra como está, que por desgracia los bienhechores de la humanidad no son tan numerosos que podamos descuidarnos en publicar sus hechos. Seguros estamos de que nuestros lectores no tomarán á mal que contribuyamos á extender las noticias de los apóstoles de nuestro suelo. Si nos interesa vivamente la relacion de las hazañas de los que el mundo llama sus héroes, ¡cuánto mas hermoso es el espectáculo de los héroes del cristianismo, cuyo camino no va marcado por sangre, cadáveres y ruinas, sino por todos los beneficios de la paz y la civilizacion! Por nuestra parte preferimos recrearnos en la contemplacion de esas conquistas espirituales, en que sin mas armas que la razon se extendian las fronteras del mundo civilizado; preferimos contemplar á esos varones, mas celestiales que terrenos, mas ángeles que hombres, renunciar á todos los goces de la vida social para ir á procurar el bien de salvajes desconocidos: no queremos privar de tan bello cuadro á nuestros lectores y les ofrecemos íntegra esta obra como salió de manos de su autor. Solo debemos advertir que aunque su publicacion hacia, al parecer, inútil la del *Apéndice* del señor Troncoso que teniamos ofrecido, no hemos querido omitirlo, ya por su corta extension, ya porque adelanta un poco mas que la vida de fray Junípero y viene á ser tambien como un extracto ó índice de esta para retener mas fácilmente en la memoria los principales sucesos.

CAPITULO I.

NACIMIENTO, PATRIA Y PADRES DEL VENERABLE PADRE FRAY JUNIPERO SERRA. TOMA EL SANTO HABITO, Y EJERCICIOS QUE TUVO EN LA PROVINCIA ANTES DE PRETENDER SALIR PARA LA AMERICA.

El infatigable operario de la viña del Señor el venerable padre fray Junípero Serra, dió principio á su laboriosa vida el dia 24 de noviembre del año de 1713, naciendo á la una de la mañana en la villa de Petra de la isla de Mallorca. Fueron sus padres Antonio Serra y Margarita Ferrer, humildes labradores, honrados, devotos y de ejemplares costumbres. Como si tuvieran anticipada noticia de lo mucho que el hijo que les acababa de nacer se habia de afanar á su tiempo para bautizar gentiles, se afanaron los devotos padres para que se bautizase el mismo dia que nació. Pusiéronle por nombre Miguel José, los que conservó en la confirmacion, que recibió el 26 de mayo de 1715 en la misma parroquia de dicha villa en que habia sido bautizado.

Instruyéronlo los devotos padres desde niño en los rudimentos de la fe y en el santo temor de Dios, inclinándolo desde luego que empezó á andar, á frecuentar la iglesia y convento de San Bernardino que en dicha villa tiene aquella santa provincia, de cuyos religiosos era el padre muy querido, y en cuanto llevó al niño Miguel al convento, robó á todos el afecto. Aprendió en dicho convento la latinidad, de que salió perfectamente instruido, y al mismo tiempo se habilitó en el canto llano, por la costumbre que tenia el religioso maestro de gramática de llevar los dias festivos á sus discípulos al coro á cantar con la comunidad. De este santo ejercicio y devotas conversaciones que oia á sus devotos padres, nacieron en su corazon muy temprano unos fervorosos deseos de tomar el santo hábito de nuestro seráfico padre san Francisco, sintiendo la falta de edad para ello.

Conociendo sus devotos padres la vocacion del hijo, en cuanto tuvo edad le llevaron á la ciudad de Palma, capital de aquel reino, á fin de que se aplicase á los estudios mayores; y para que no olvidase la doctrina y buenas costumbres que desde niño le habian enseñado, lo encomendaron á un devoto sacerdote beneficiado de la catedral, quien viendo la aplicacion del muchacho en el estudio de la filosofía, que empezó á cursar en el convento de nuestro padre San Francisco, y la vocacion de ser religioso, lo enseñó á rezar el oficio divino, haciéndole rezar en su compañía, dejándole lo demás del tiempo para el estudio.

A poco tiempo de estar en la ciudad, que se le aumentaron los deseos de ser religioso, se presentó á nuestro muy reverendo padre fray Antonio Perelló, ministro provincial que era segunda vez de dicha provincia, pidiéndole el santo hábito. Dilatóse algun tiempo considerándolo muy muchacho; pero informado de que ya tenia edad cumplida, no obstante de pequeña estatura y enfermizo, lo admitió y tomó el hábito en el convento de Jesús, extramuros de la ciudad, el dia 14 de setiembre de 1730, siendo de edad de diez y seis años, nueve meses y veintiun dias. En el año del noviciado aprovechó en el ejercicio de las virtudes, aplicándose á imponerse en todo lo perteneciente á nuestra seráfica regla y preceptos en ella contenidos, para cuando llegase el tiempo de la profesion tener perfecto conocimiento de lo mucho que habia de prometer á Dios en la profesion. Para animarse para ella leia en los libros místicos y devotos las mayores cosas que Dios y nuestro seráfico padre san Francisco nos prometen si guardamos lo que en la profesion prometemos.

Los libros que mas leia y que le llevaban la

atencion, eran las crónicas de nuestra seráfica religion, regocijándose en la vida de tantos santos y venerables como en ellas se cuentan, leyendo sus vidas con tanta atencion y ternura, que parecia le habian quedado impresas en su memoria, de modo que referia la vida y ejemplares hechos de cualquiera de ellos, como si los acabase de leer, quedando admirados cuantos lo oiamos hablar de este asunto, y de la seráfica historia; y cuando le llegaba noticia de la beatificacion de algun venerable, se llenaba su corazon de gozo y referia su vida como si la acabase de leer en la crónica.

De este devoto ejercicio de la leyenda de las vidas de los santos le nacieron desde novicio unos vivos deseos de imitarlos en cuanto le fuese posible, causando dicha leyenda lo mismo que causó en San Ignacio de Loyola, y lo que principalmente consiguió de dicha devota leyenda fué un gran deseo de imitar á los santos y venerables que se habian empleado en la conversion de las almas, principalmente de los gentiles y bárbaros, deseando imitarlos hasta en dar la vida y derramar su sangre como ellos lo habian practicado: así lo oí de dicho mi venerado padre, que hablándome de su llamamiento para dejar su patria y venir á las Indias, me dijo con ternura de corazon y lágrimas en los ojos: "No ha sido otro " el motivo que revivir en mi corazon aquellos " grandes deseos que tuve desde novicio leyendo " las vidas de los santos, lo que se me habia amortiguado con la distraccion de los estudios; pero " demos muchas gracias á Dios que empieza á " cumplir mis deseos, y pidámosle sea para " mayor gloria suya y conversion de las al- " mas!"

Cumplido el año de la aprobacion profesó en dicho convento de Jesús el dia 15 de setiembre de 1731 tomando el nombre de Junípero por la devocion que tenia á aquel santo compañero de nuestro seráfico padre san Francisco, cuyas santas sencilleces y gracias de la gracia celebraba y referia con devocion y ternura. Fué tanto el júbilo y alegría que le causó la profesion, que en toda su vida no lo olvidó, sino que renovaba los votos y profesion todos los años, no solo el dia de la profesion de nuestro seráfico padre san Francisco, sino tambien siempre que asistia á la profesion de algun novicio. Y siempre que se acordaba del gozo que tuvo en su profesion y que hablaba de ella, prorumpia en estas palabras. *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa:* Viniéronme por la profesion todos los bienes. " Yo, decia, en el noviciado estuve casi siempre " enfermizo, y tan pequeño de cuerpo, que no " alcanzaba al facistol ni podia ayudar á los " connovicios en los quehaceres precisos del no- " viciado, por cuyo motivo solo me empleaba el " padre maestro en ayudar las misas todas las " mañanas; pero con la profesion logré la salud " y fuerzas, y conseguí el crecer hasta la estatu- " ra mediana; todo lo atribuyo á la profesion, de " la que doy infinitas gracias á Dios."

En cuanto profesó nuestro padre Junípero, lo mudó la obediencia al convento principal de la ciudad á estudiar los cursos de filosofía y teología, y de tal manera aprovechó, que antes de ordenarse de sacerdote ni tener tiempo para ello, ya lo eligió la provincia lector de filosofía para el mismo convento, en donde leyó los tres años con grande aplauso, logrando tener mas de setenta discípulos entre religiosos y seculares, que aunque no todos siguieron el curso, los mas prosiguieron los tres años y lo concluyeron muchos de los seculares borlados ya en dicha facultad, obteniendo por la universidad Lulliana el grado de doctores. Antes del año de concluida la filosofía, obtuvo el reverendo padre lector Junípero el grado de doctor de sagrada teología por la dicha universidad, en la que regenteó la cátedra de prima del sutil maestro hasta la salida de la provincia, y en ella se desempeñó con grande fama de docto y profundo á satisfaccion así de la provincia como de la universidad, y en la dicha facultad sacó á muchos de sus discípulos borlados de doctores.

Las precisas ocupaciones de la cátedra literaria no le impedian para emplearse en la del Espíritu Santo, encomendándole los sermones panegíricos de los principales asuntos y grandes festividades, y siempre fué el desempeño con aplauso de los hombres mas doctos que lo oian. El último panegírico que predicó fué encomendado de la universidad, en la solemnísima fiesta que el 25 de enero celebra á su patron y compatriota el iluminado doctor el beato Raimundo Lulio, á que asiste la universidad formada y los hombres mas doctos de la ciudad; y como su reverencia pensaba seria el último (como lo fué en su patria), parece que echó el resto de su habilidad para crédito de la provincia, dejando á todos admirados. Oí en cuanto acabó el sermon á un jubilado excatedrático de mucha fama, de cátedra y púlpito y nada apasionado al predicador, esta expresion: *Digno es este sermon de que se imprima con letras de oro.* Pero estaba ya bien lejos de recibir tan honrosas expresiones, pues solo pensaba cómo salir á emplear sus talentos en la conversion de los gentiles, para lo que estaba entonces esperando por instantes la patente, como luego veremos.

No era menor el crédito en que estaba para sermones morales. Buscábanlo de las villas mas principales para que les fuese á predicar la cuaresma, en lo que se ocupaba todos los años, dejando sustituto para la cátedra, y se iba por las cuaresmas á emplear en la conversion de los pecadores, que con su fervoroso celo, grande habilidad, inventivas y sonora voz con que Dios lo habia dotado, dispertaba á los pecadores del pesado sueño del pecado, y se convertian á Dios á pesar del mortal enemigo, quien claro lo dió á entender en la villa de Selva.

Predicaba la cuaresma en dicha villa el año de 1747, y estando en lo mas fervoroso de uno de los sermones, se levantó una mujer del auditorio que estaba obsesa (como después supo por el señor rector ó cura), y encarándose muy furiosa con el fervoroso padre, llena de cólera dijo en alta voz que oyó el auditorio: *Grita, grita, que por esto no acabarás la cuaresma.* Estuvo tan lejos de aflojar en el fervor de sus sermones ni de dar crédito al dicho del demonio ó de la mujer endemoniada, que antes bien creyó lo contrario, pues ofreciéndosele á su reverencia el escribirme aquellos dias, me puso esta cláusula: "Gracias á "Dios, gozo de salud, y espero así acabar la cua-"resma, porque el padre de la mentira ha pu-"blicado que no la acabaré, y como no sabe de-"cir verdad, espero concluirla sin novedad en "la salud:" así sucedió, y regresado al convento, preguntándole sobre dicha cláusula, me refirió lo que llevo expresado.

CAPITULO II.

LLÁMALO DIOS PARA DOCTOR DE LAS GENTES, SOLICITA PATENTE PARA INDIAS Y CONSÍGUELA. SE EMBARCA PARA CADIZ Y LO QUE SUCEDIÓ EN EL CAMINO.

En el tiempo en que el reverendo padre lector fray Junípero se hallaba en las mayores estimaciones y aplausos, así en la religion como afuera, y que podia esperar los correspondientes honores á sus méritos, fué hecha sobre él la voz divina llamándolo para doctor de las gentes, tocándole el corazon, para que dejando su patria, padres y su santa provincia, saliese á emplear sus talentos en la conversion de los gentiles, que por falta de quien les enseñe el camino del cielo se condenan. No se hizo sordo á esta voz interior del Señor, que encendió en su corazon el fuego vivo de la caridad del prójimo, y le nació de ello unos vivos deseos de derramar su sangre, si necesario fuera, para lograr la salvacion de los miserables gentiles, reviviendo en su corazon aquellos deseos que sentia cuando novicio, amortiguados por la distraccion de los estudios. Pero en cuanto sintió de nuevo la vocacion, consultóla con Dios en la oracion, poniendo por intercesores á su purísima Madre y á san Francisco Solano, apóstol de las Indias, pidiéndoles que si era de Dios dicha vocacion, tocase el corazon á alguno que lo acompañase en la empresa y tan dilatado viaje.

No obstante que su reverencia guardaba en lo mas secreto de su corazon esta vocacion, quiso Dios que de una conversacion que oyó el reverendo padre lector fray Rafael Verger, catedrático que era entonces de filosofía y á la presente obispo del nuevo reino de Leon, entendiese que un religioso de la provincia intentaba salir para las Indias á la conversion de los gentiles. Luego me lo comunicó (por la estrechez que teníamos), aunque siempre me dijo que no lo sabia cierto, sino que lo inferia de una proposicion enigmática que oyó, y que no nombraban sugeto; pero que desde que oyó dicha proposicion se habian entrado en su corazon vivos deseos de practicar lo propio, y que si no estuviese amarrado con la cátedra, haria lo mismo: varias ocasiones hablamos los dos del asunto, por lo que se me pegaron los mismos deseos.

Haciamos ambos la diligencia de indagar si era verdad lo que habia inferido y quién fuese el religioso, y nada pudimos rastrear; no obstante que esto bastaba para desvanecer la especie, sentíamos ambos mas y mas deseos de venir para las Indias.

Yo, que me hallaba mas libre para que no se me dificultase por parte de la provincia, estaba para resolverme y poner la pretension para la licencia. No quise deliberar sin primero consultarlo con mi amado padre maestro y lector fray Junípero Serra. Logrando un dia la ocasion de haber venido á la celda de mi habitacion y que estábamos solos, le comuniqué lo que sentia en mi corazon, suplicándole me diese su parecer. Al oir mi propuesta se le saltaron las lágrimas, no de pena, como yo juzgué, sino de gozo, diciéndome: "Yo soy el que intento esta "larga jornada; mi pena era el estar sin com-"pañero para un viaje tan largo, no obstante "que no por esta falta desistiria: acabo de hacer "dos novenas á la purísima Concepcion de Ma-"ría santísima y á san Francisco Solano, pi-"diéndoles tocase en el corazon á alguno para "que fuese conmigo si era la voluntad de Dios, "y no menos que ahora venia resuelto á ha-"blarle y convidarle para el viaje, porque desde "que me resolví he sentido en mi corazon tal "inclinacion á hablarle, que esta me hizo pen-"sar que vuestra reverencia se animaria. Y "supuesto que lo que con tanto secreto he guar-"dado en mi corazon ha llegado á noticia de "vuestra reverencia por el conducto que me di-"ce, sin saber quién era, al mismo tiempo que "yo pedia á Dios tocase el corazon á alguno y "sentia mi total inclinacion á vuestra reveren-"cia, sin duda será la voluntad de Dios. No "obstante, encomendémoselo al Señor, y haga "lo mismo que yo he practicado de las dos no-"venas y guardemos ambos el secreto." Así lo practicamos, y concluidas resolvimos seguir la vocacion y correr las diligencias para el efecto.

Ingrato fuera si callara lo dicho, pues confieso deber á las oraciones de mi venerado padre lector Junípero el verme entre los misioneros de *Propaganda fide;* felicidad tan grande, que en sentir de la venerable madre es envidiable de los bienaventurados, como lo escribió dicha sierva de Dios á los misioneros de mi seráfica religion empleados en la conversion de los gentiles de la custodia del Nuevo Méjico, cuya carta copiaré á

lo último si tengo lugar, pues es bastantemente eficaz para animar á todos á que vengan al trabajo de la viña del Señor, y confirma y aprueba el régimen que acostumbramos en estas misiones. Y asimismo á su ejemplo deben todos los demás religiosos que de dicha provincia han venido para los colegios, dicha felicidad, como tambien la provincia le debe que por el ejemplo de su esclarecido hijo habér logrado otro tan fervoroso, que después de haber convertido muchísimos gentiles á nuestra santa fe, derramó su sangre y gustoso rindió la vida para que se lograse la conversion de los demás, siendo este martirio de tanta gloria y honor para su santa madre, como tambien el ver otro hijo suyo gobernando la mitra del nuevo reino de Leon, honrando no solo á su provincia, sino á toda la religion seráfica, y puede gloriarse que si se privó de un Junípero pór haberse trasplantado á la América, este por su fecundidad ha reengendrado y dado á la Iglesia santa una selva de Juníperos, todos hijos de su apostólico celo (como veremos á su tiempo), qué todo redunda en honor de la provincia y del apostólico colegio de San Fernando, jardin á donde la trasplantó su ejemplar vocacion, tan envidiada de aquélla como de toda su patria admirada, para cuyo seguimiento practicó lo siguiente.

Luego que se vió con compañero, escribió á los reverendísimos comisarios generales de la familia y de Indias, pidiéndoles la licencia para pasar á la América á la conversion de los gentiles: respondió el reverendísimo de Indias dificultándolo, porque solo dos comisarios habia en España de los colegios de la Santa Cruz de Querétaro y San Fernando de Méjico, y estos con las misiones ya completas en la Andalucía en vísperas de embarcarse, pero que nos tendria presentes para la primera ocasion, añadiendo que podria haber inconveniente por no ser del continente de España.

No por esto desistió de su intento el fervoroso padre Junípero ni se entibió en la vocacion, antes sí repitió carta á su reverendísima, suplicándole que si por ser de isla habia de haber dificultad, nos facilitase la licencia para incorporarnos á alguno de los colegios del continente de España para obviar todo impedimento. En este estado se hallaba la pretension cuando se acercaba la cuaresma del año de 49, que tenia encomendada el reverendo padre Junípero para predicarla en la parroquia de su patria la villa de Petra, y dejándome encomendado el asunto, que estaba en secreto de los dos, se partió para su destino.

No se olvidó nuestro reverendísimo padre comisario general de Indias, fray Matías Velasco, de nuestra pretension, ni omitió diligencia alguna para darnos el consuelo á que aspirábamos; sino que luego que recibió la primera carta, la despachó á los comisarios de los citados colegios que se hallaban en Andalucía, encargándoles que si se les desgraciase alguno nos tuviesen presentes. Llegó tan á buen tiempo la carta, que de los treinta y tres religiosos alistados para la mision de San Fernando, se habian arrepentido cinco, amedrentados de la mar, que jamás habian visto, con cuyo motivo hubo lugar para nosotros. Luego el reverendo padre fray Pedro Perez de Mezquía, de la provincia de Cantabria y comisario de la mision, nos despachó por el correo ordinario las dos patentes; pero estas no llegaron, y si hemos de creer al dicho de cierto religioso grave del expresado convento de Palma, se perdieron desde la portería hasta la celda de mi habitacion.

Viendo el padre comisario de la mision que con dichas patentes no pareciamos, nos remitió otras por conducto extraordinario, que no se pudieron perder. Recibílas el dia 30 de marzo, á tiempo que iba á la bendicion de palmas, y luego que salimos de refectorio (con la bendicion y licencia de nuestro muy reverendo padre provincial), caminé para la villa de Petra, y entregando aquella misma noche la patente al reverendo padre Junípero, fué para él de mayor gozo y alegría que si le hubiera llevado cédula para alguna mitra. Tratamos luego el dia siguiente de verificar cuanto antes nuestro viaje y de que fuese con el mayor secreto; y supuesto que faltaban tan pocos dias de la cuaresma, resolvió concluirla: entre tanto yo me regresé á la ciudad en solicitud de embarcacion, la que no habiendo hallado para Cádiz, y sí un paquebotillo inglés que después de Pascua se hacia á la vela para Málaga, ajusté con su capitan el pasaporte y dí aviso al reverendo padre Junípero, quien después de haber predicado el último sermon en la misma parroquia en que habia sido bautizado, y despedídose en él de sus compatriotas (aunque sin expresar nada de su viaje), salió el dia tercero de aquella Pascua para retirarse al convento de la ciudad, habiendo visitado á sus ancianos padres, despedídose y tomado la bendicion de ellos para volverse, respecto haber concluido su tarea, á quienes dejó asimismo ignorantes de su determinacion, quedando por esto mas oculta.

El 13 de abril, que fué aquel año la domínica *in Albis*, se despidió de la comunidad del convento principal saliendo al refectorio á decir las culpas, pedir perdon á todos los religiosos y la bendicion al prelado, que entonces era el mismo que habia sido su lector de filosofía, siendo secular, y viendo ahora la extraordinaria vocacion de su discípulo y el grande ejemplo que daba, no solo al convento, sino á toda la provincia, se enterneció tanto, que embargada la voz casi no pudo articular palabra, reduciéndose aquella despedida mas á lágrimas que á voces, con cuyo espectáculo no pudo menos que moverse á ternura aquella gravísima comunidad, y mas cuando vió que el reverendo padre Junípero fué por último besando los piés de todos los religiosos

hasta del menor novicio. Despedidos ya de la comunidad, caminamos luego para el muelle y nos embarcamos en dicho paquebot.

Era el capitan de este barco un hereje protervo y tan provocativo, que en los quince dias que duró la navegacion hasta Málaga, no nos dejó quietud, pues con trabajo podiamos rezar el oficio divino, por querer continuamente argüir ó altercar sobre dogmas, que aunque no sabia mas idioma que el inglés y algo del portugués (en el que medio se explicaba), formaba en este sus argumentos, y teniendo la Biblia en la mano traducida en su lengua nativa, leia algun texto de la Escritura que interpretaba á su antojo. Pero como nuestro fray Junípero estaba tan instruido y versado en lo dogmático y sagrada Escritura, lo mismo era percibir su error y la mala inteligencia del texto que citaba para sostenerlo, que luego le mencionoba otro con que plenamente la deshacia. Leia el capitan en su mugrienta Biblia, y no hallando por dónde evadirse, respondia que estaba rompida la hoja y que no tenia aquel verso: citábale otro y era la misma su respuesta; con lo qué aunque bien se le conocia quedar confundido y avergonzado, pero nunca se redujo y quedó obstinado.

De esto se siguió el irritarse tan demasiado contra nosotros, y principalmente contra mi venerado fray Junípero, por ser el que lo confundia, que varias veces nos amenazó con que nos echaria al mar y se marcharia para Londres. No dudo lo hubiera hecho á no temer la resulta, pues en una de ellas le dije que no tenia miedo, pues veniamos seguros por el pasaporte que habia firmado, y que si no nos ponia en Málaga, nuestro rey pediria al de Inglaterra por nosotros y su cabeza lo pagaria. No obstante este amago, una noche enfurecido de la disputa que sobre dogmas habia tenido con nuestro padre lector, llegó á ponerle un puñal á la garganta, con intenciones (al parecer) de quitarle la vida; y si no lo verificó, fué porque Dios tenia reservado á su siervo para mas dilatado martirio y para la conversion de tantas almas como después veremos.

Tiróse el capitan á su cama para desfogar la ira que lo consumia, y por si pasase adelante con sus intentos, cuidó el venerable padre de despertarme, diciéndome como lleno de gozo: que no era tiempo de dormir, pues podria ser que antes de llegar á Málaga consiguiésemos el oro y plata, en cuya solicitud pasamos á las Indias: refirióme lo sucedido y se desahogó diciendo: "Me queda " el consuelo de que jamás le he movido la con" versacion ni disputa, por ser tiempo perdido; " pero me parece que en conciencia debo res" ponder por el crédito de nuestra religion cató" lica." Pasamos la noche en vela, previniéndonos para lo que podia acontecer, animando mi tibieza y pusilanimidad el ardiente celo de mi venerado padre lector; pero se contuvo la ira de aquel perverso hereje, y ni aun en el resto del camino fué tan molesto como antes.

A los quince dias de navegacion y en el que la santa Iglesia celebra el Patrocinio de señor san José, llegamos á Málaga; fuimos luego á parar al convento de nuestro seráfico padre san Francisco de la provincia de Granada, y en este dió un buen ejemplo el venerable padre Junípero, pues no habiendo pasado ni media hora de la llegada, ya fué á completas y oracion, siguiendo así todos los actos de comunidad los cinco dias que allí nos mantuvimos; y pasados estos nos fuimos (en Javeque de Paisanos) para Cádiz, á cuyo puerto llegamos el 7 de mayo.

CAPITULO III.

DETENCION EN CÁDIZ: EMBÁRCASE PARA VERACRUZ Y LO QUE PRACTICÓ EN EL CAMINO EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Hallábase en Cádiz la mision colectada para el colegio de San Fernando de Méjico esperando ocasion para embarcarse, y luego que llegamos á tierra fuimos dirigidos al hospicio de la mision y recibidos en él con afectuosas expresiones, tanto del reverendo padre comisario como de los demás religiosos; refiriónos luego su reverencia la casualidad que habia sucedido de los cinco, que como queda dicho, se habian amedrentado, con la cual habian dado lugar á nuestra venida, y añadió que ojalá hubiésemos sido cinco los pretendientes, que otras tantas patentes habria enviado. Al oir esto el venerable padre Junípero, le respondió que pretendientes no faltaban y que si hubiese tiempo podian venir. Díjole el padre comisario que tiempo habia suficiente, porque habiendo la mision de embarcarse en dos trozos, podrian ellos hacerlo en el último; y dándole tres patentes, las despachó á la provincia: con ellas vinieron los padres fray Rafael Verger, fray Juan Crespi y fray Guillermo Vicens, movidos todos del ejemplo de nuestro venerable padre Junípero.

El dia 28 de agosto del año de 1749 se embarcó en Cádiz el primer trozo de la mision: componíase del presidente, hijo del colegio de Sancti Spiritus, en la provincia de Valencia, y de otros veinte religiosos, entre los cuales venia mi venerado padre. En el dilatado viaje de noventa y nueve dias que tardamos en llegar á Veracruz, se ofrecieron bastantes incomodidades y sustos, porque en lo reducido del buque tuvo que acomodarse, á mas de ésta mision, otra de reverendos padres domínicos, y muchos pasajeros de carácter; y por la escasez de agua que en los quince dias antes de llegar á Puerto-Rico se experimentó de ella, se nos minoró tanto la racion, que la que nos daban en las 24 horas de cada dia, poco pasaba de un cuartillo, y ni aun se podia hacer chocolate. Pero padeció fray Junípero estos

rabajos con tanta paciencia, que jamás se le oyó ta menor queja ni se le advirtió tristeza alguna; loon lo que admirados los compañeros, solian preguntarle: ¿que si no tenia sed? Pero su respuesta era: *no es cosa de cuidado;* y si alguno se quejaba de que no podia aguantarla, le respondia con mucha gracia y mayor doctrina: "Yo he ha-" llado algun medio para no tener sed, y es el " comer poco y hablar menos para no gastar la " saliva."

En todo el tiempo de la navegacion jamás se quitó el santo Cristo del pecho, ni aun para dormir: Todos los dias, salvo los en que el temporal no daba lugar, celebraba el santo sacrificio de la misa. Ocupábase de noche en confesar á los que para este efecto lo solicitaban. Venerábanlo todos como á muy perfecto y santo, por el grande ejemplo que les daba con su humildad y paciencia.

Llegamos á hacer aguada en la isla de Puerto-Rico á mediado de octubre, y desembarcados en ella la tarde de un dia sábado, fuimos á hospedarnos á una ermita titulada de la Purísima Concepcion, situada sobre la muralla de la ciudad, la cual tenia su capilla con tres altares, y bastante vivienda para toda la mision. Entrada ya la noche nos convidó el ermitaño ó sacristan que cuidaba de la capilla si queriamos asistir al rezo de la corona, al que concurria aquella gente por ser sábado. Aun no habian acabado de desembarcar todos los religiosos, con cuyo motivo estaba ocupado el padre presidente, encargóle á nuestro fray Junipero que fuese á dicha capilla con los que estábamos ya en tierra, y le dijo: que podia desde el púlpito rezar los gozos de nuestra Señora, y decir cuatro palabras para consuelo de la gente. Asistimos y cantamos la *Tota pulchra*, y concluida esta, dijo mi venerado padre cuatro palabras, que fueron estas: "Mañana " para consuelo de los moradores de esta ciudad " se dará principio á la mision, que durará el " tiempo de la detencion del navío: convido á " todos para mañana en la noche en la cate-" dral, donde se comenzará."

No pudo menos que este convite y anuncio de mision sorprendernos á todos, y mucho mas al reverendo padre presidente, que ni habia pensado en tal cosa; y preguntándole al reverendo padre lector ¿qué por qué lo habia hecho? respondió que así lo habia entendido de su reverencia. "Porque ¿qué palabras (dijo) de mayor consuelo " podria yo referir á estos pobres isleños, que " anunciarles tendrian misiones en el tiempo de " nuestra detencion?" Alegróse de esto el padre presidente y asimismo todos los misioneros, y mas cuando tuvimos noticia de que la mayor parte de aquella gente no se habia confesado desde que estuvo allí la otra mision de San Fernando, y practicó lo mismo hacia nueve años.

El dia siguiente al entrar la noche, habiéndonos repartido por la ciudad á dar el asalto con pláticas y saetas, nos juntamos en la iglesia catedral. En ella predicó el primer sermon á un numeroso concurso de gente el reverendo padre que presidia la mision, y el segundo dia lo hizo el reverendo padre fray Junípero. Quince dias se detuvo allí el navío, y de estos fueron ocho á pedimento de la ciudad, para que la mision siguiera. En este tiempo empleándonos todos en confesar de dia y la mayor parte de la noche, se consiguió que todos los vecinos se confesasen y ganaran el jubileo, pues segun se dijo, no quedó persona alguna sin confesar, atribuyendo todos este espiritual fruto al fervoroso celo de nuestro venerable padre.

Concluida la mision, salimos de aquel puerto para el de Veracruz el dia 2 de noviembre, y estando ya á la vista de él (á últimos del mismo mes) se levantó un norte tan furioso, que obligó á poner la proa para la sonda de Campeche, y caminando hácia ella, sobrevino una deshecha tempestad, que duró los dias 3 y 4 de diciembre, y en la noche de este último, dándose todos por perdidos, no tenian mas recurso que disponerse para la muerte; pero nuestro fray Junípero se mantuvo en medio de tanta tempestad con tan inalterable paz y quietud de ánimo, como si desde luego se hallara en el dia mas sereno; de suerte que preguntándole si tenia miedo, respondia que algo sentia, pero que haciendo memoria del fin de su venida á las Indias, se le quitaba luego. La misma fué su tranquilidad cuando en la misma noche nos avisaron se habia sublevado la tripulacion del navío contra el capitan y pilotos, pidiendo ir á barar para que algunos se salvasen, pues ya ni el barco podia aguantar ni las bombas eran suficientes para agotar la mucha agua que hacia. De estos peligros nos libró Dios por intercesion de la gloriosa vírgen y mártir santa Bárbara, que en aquel dia celebra anualmente la iglesia; pues habiendo todos los religiosos que veníamos de las dos misiones puesto en una cédula el santo de su devocion, y uno de los nuestros en la suya á la expresada Santa Bárbara, salió sorteada por patrona; y clamando todos á una voz *viva santa Bárbara*, cesó en aquel mismo instante la tempestad, y el viento adverso se mudó tan benigno, que dentro de dos dias y en el sexto de diciembre, dimos fondo en Veracruz, y el siguiente, víspera de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, desembarcamos sin novedad.

CAPITULO IV.

VIAJE QUE Á PIÉ HIZO EL VENERABLE PADRE DESDE VERACRUZ HASTA MÉJICO.

Luego que llegaron á tierra nuestra mision y la de los reverendos padres domínicos, se celebró por ambas una solemne fiesta á nuestra gloriosa protectora santa Bárbara, en prueba de nuestro reconocimiento y para cumplir la promesa que

en la mayor afliccion se le hizo. En esta funcion predicó nuestro venerable Junípero, haciendo cumplida narracion de las mas leves circunstancias y casuales accidentes ocurridos en el dilatado viaje de noventa y nueve dias; pero con tanta perfeccion y elocuencia, que dejando asombrados á todos, adquirió sobre la fama de ejemplar que ya tenia, la de muy docto y humilde, pues hasta entonces no se habia conocido ni lo mas mínimo de sus grandes talentos.

Reconocido el temperamento de Veracruz tan achacoso (como yo experimenté prontamente, por haberme visto á la muerte), se trató luego de la salida para Méjico, para cuyo viaje, que es de cien leguas, costea el rey á los religiosos el carruaje y demás necesario, en atencion á que la navegacion tan dilatada y repentina mudanza de clima, no dan lugar á hacerlo á pié, sino á caballo y con alguna comodidad. Pero nuestro ejemplar Junípero, deseando hacerlo sin descanso alguno, pidió al reverendo padre presidente le permitiese caminar á pié, supuesto que se hallaba con salud y fuerzas para ello; y conociendo este el fervoroso espíritu de aquel, le dió licencia, y juntamente á otro misionero de la provincia de Andalucía, que tambien la solicitaba, salieron ambos de este modo, sin mas guia ni viático que el breviario y su firme confianza en la divina Providencia; pero habiendo escogido la mejor arca, lejos de faltarles nada en el camino, experimentaron visiblemente la singular asistencia del Todopoderoso.

En una de las jornadas, que fué mas larga de lo que pensaban (después de muy entrada ya la noche), llegaron á la orilla de un rio, que segun les habian noticiado, tenian que pasar antes de llegar al pueblo donde habian de parar: reconocieron luego lo crecido que era y el peligro que amenazaba al que intentase pasarlo sin conocimiento del único vado que tenia. Estos motivos, lo tenebroso de la noche y la absoluta falta de quien les enseñase el vado, fueron la rémora que detuvo á nuestros caminantes para entrar en el agua, y esperando del cielo el socorro de aquella necesidad, se pusieron á rezar la Benedicta á nuestra Señora; concluyéronla, y luego les pareció que miraban al lado opuesto un bulto que se movia; pero para cerciorarse fray Junípero de si era cierto ó no, dijo en voz alta estas palabras: "Ave María santísima: ¿hay algun cris- " tiano á la otra banda del rio?" Respondiéronle que sí y que qué se ofrecia. Dijeron que deseaban pasar el rio y no sabian el vado; y diciéndoles que subiesen por la orilla hasta que les avisase, caminaron un gran trecho, y luego la guia, que no veian, les dijo que ya podian pasar; hiciéronlo sin peligro alguno, y hallaron al que les hablaba, que era un hombre español, bien vestido, muy atento y de pocas palabras, el cual los llevó para su casa, sita á gran distancia del rio, les dió de cenar y camas en que dormir; pero cuando por la mañana salieron de la casa para la iglesia á decir misa, y en todo el camino no pisaron mas que hielo el por mucho que aquella noche habia caido, desde luego conocieron el beneficio tan grande que Dios les habia hecho de proporcionarles abrigo por medio de aquel bienhechor, pues sin él hubieran perecido al inclemente rigor del frio.

El haber hallado á este hombre en aquel lugar á una hora tan intempestiva y en noche tan oscura, no pudo menos que causar admiracion á ambos padres; pero habiéndole preguntado el motivo de hallarse tan apartado de su casa á aquella hora, les respondió que habia salido á diligencia, con lo cual no quisieron ser mas curiosos. Todo esto pudo ser casualidad; pero no lo atribuyeron nuestros peregrinos sino á singular beneficio de maría Santísima, á quien en reconocimiento dieron las debidas gracias; y habiéndolo hecho asimismo á su bienhechor y despedídose de él, siguieron su camino.

Habian andado un gran trecho, y haállbanse sumamente fatigados del cansancio y no menos molestados de los ardores del sol, cuando un hombre que encontraron á caballo, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á parar, les dijo: "Venerables religiosos, vendrán cansados y " sedientos; tomen una granada y los refrescará " algo." Dió á cada uno una granada, y habiéndose despedido, siguió él su camino y los padres el suyo. Comieron estos aquella pequeña fruta, la que no solamente los refrescó y apagó la sed que padecian, sino que les dió fuerzas para seguir su jornada sin demasiada fatiga hasta la hacienda donde iban á parar, y habiendo sentido este efecto, hicieron reflexion sobre el sugeto que los habia regalado, pues por su aspecto y modo de hablar, les pareció ser el mismo que la noche antecedente les habia enseñado el vado del rio y hospedado en su casa.

Varias veces hizo mencion de estos casos el venerable padre Junípero para exhortar á la confianza en la divina Providencia, y decia que aquel bienhechor ó fué el patriarca señor san José, ó algun devoto hombre á quien este santo tocó el corazon para que les hiciera estas obras de caridad.

Otro suceso semejante á los referidos les aconteció en la siguiente jornada. Habian hecho noche en una hacienda, y por la mañana después de haber uno dicho misa, se despidieron del dueño ó administrador, quien por si llegasen tarde á la posada les dió una torta de pan: pusiéronse en camino, y á poco rato encontraron un pobre que les pidió una limosna: diéronle lo único que tenian, que era aquel pan, confiados en que llegarian temprano al lugar donde habian de parar, y que en caso contrario no les faltaria la divina Providencia: así lo vieron cumplido, pues habiéndoseles hecho larga la jornada, por el mucho cansancio y necesidad que sentian, se sentaron á

descansar un rato en el camino. Pasó por él un hombre á caballo, quien viendo á los padres allí, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á posar, sacó un pan, y partiéndolo dió la mitad de él á cada uno, considerando les faltaba mucho que andar. El se fué á su camino, y nuestros peregrinos, habiendo recibido su limosna y visto aquel pan, no se atrevian á comerlo, porque, como me contaron, les pareció que era de solo maíz mal amasado y crudo, por cuyo motivo les podria hacer daño; pero la flaqueza que padecian y necesidad de tomar algun sustento para poder andar, les obligó á probarlo, y habiéndolo hecho, les pareció un pan sabrosísimo y de gusto extraordinario, como si estuviera amasado con queso. Comiéronlo, y se reforzaron para seguir su camino hasta completar la jornada de aquel dia.

Continuaron después su viaje, y con la fatiga de él se hincharon los piés al venerable padre Junípero, de suerte que llegó á una hacienda sin poderse tener; atribuyéronlo á picadas de zancudos, por la mucha comezon que sentia, y habiendo descansado allí un dia, cuando estaba durmiendo aquella noche, sin sentirlo se estregó demasiadamente un pié, que á la mañana le amaneció ensangrentado todo, con cuyo motivo se le hizo una llaga, que como después veremos, le duró toda la vida. No obstante este accidente, después de haber descansado un dia prosiguieron su camino, y la tarde del último dia de diciembre del año de 1749, llegaron al santuario de nuestra Señora de Guadalupe; allí pasaron la noche, y habiendo la mañana siguiente dicho misa de gracias á la gran Señora, se fueron para el colegio de San Fernando, que dista una legua escasa.

CAPITULO V.

LLEGA EL VENERABLE PADRE AL COLEGIO DE SAN FERNANDO, Y LO QUE PRACTICÓ EN ÉL HASTA LA SALIDA PARA LAS MISIONES DE INFIELES.

Entró en el apostólico colegio de San Fernando de Méjico su nuevo alumno el venerable padre fray Junípero Serra el dia 1º de enero del año de 1750, como á las nueve de la mañana, y tiempo en que la comunidad se ocupaba en el rezo. Pasó inmediatamente á la iglesia á tomar primero la bendicion del Señor Sacramentado, y habiéndose detenido allí el tiempo que tardaron los religiosos en rezar, salió lleno de júbilo diciendo al compañero: "Padre, verdaderamente podemos dar por bien empleado el venir de tan lejos con los trabajos que se han ofrecido, solo por lograr la dicha de ser miembros de una comunidad que con tanta pausa y devocion paga la deuda del oficio divino." Entraron luego al colegio y tomaron la bendicion al reverendo padre guardian, quien los recibió con abrazo de amoroso padre, y lo mismo hicieron los demás religiosos. Uno de ellos, que fué de los primeros fundadores del colegio y muy venerable en él, al abrazar á nuestro padre lector le dijo estas palabras: "Oh, quién nos trajera una selva de Juníperos." Pero el humildísimo varon le respondió: "No de estos, reverendo padre, pedia nuestro seráfico patriarca, sino de otros muy diferentes."

El dia siguiente de la llegada al colegio, pidió al reverendo padre guardian le señalase confesor, y le señaló al que entonces era maestro de novicios, el venerable padre fray Bernardo Pumeda, misionero de mucha fama que habia sido cuando se hallaba en España en el colegio de Sahagun, y á la presente lo era en el reino, y gran maestro en la mística especulativa y práctica. Luego que oyó que el reverendo padre guardian le nombraba por director al padre maestro de novicios, dijo: "La acertó el prelado; esto es lo que necesito, hacer el noviciado;" y muy gozoso y fervoroso se fué á presentar al padre maestro, y con toda sumision le dijo lo determinado por el padre guardian y que por amor de Dios le suplicaba lo admitiese como al menor de los novicios y tuviese á bien dejarlo vivir en una de las celditas del noviciado. Respondióle el prudente maestro que con mucho gusto lo admitia por hijo espiritual, respecto á disponerlo así el prelado; pero que su reverencia se habia de sujetar á su doctrina; y así que lo que pedia de vivir en el noviciado era una novedad no practicada en los colegios, que á nadie estaria oculta, "por lo que vuestra reverencia (prosiguió) vivirá en la celda que el venerable padre guardian le ha señalado, como todos los demás, y solo le permitiré que pueda asistir á los particulares ejercicios del noviciado."

Así lo practicó los cinco meses que estuvo en el colegio antes de salir á misiones; y siendo muy puntual al coro y á todos los actos de comunidad, luego que salia de ellos iba al noviciado á rezar con el maestro el oficio parvo, via-crucis, corona y demás ejercicios devotos que practican los novicios y coristas, con lo cual edificaba á estos y él aprovechaba para su espíritu.

Hallábase el colegio cuando llegamos muy necesitado de operarios para el ejercicio de misiones, tanto de católicos como de gentiles, por tener fundadas cinco, hacia seis años, en la Sierra Gorda, y para sostenerlas habia sido preciso valerse de misioneros de los otros colegios, los cuales suplian medio año y se remudaban. Después de dias de llegada al colegio nuestra mision, estando el reverendo padre guardian una tarde de asueto en la huerta con otros padres de los que habiamos venido de España, siendo uno de ellos el venerable fray Junípero, expresó el prelado el gozo que habia tenido con nuestra llegada, pues esperaba con esto salir de ahogos y dejar de mendigar operarios de otros colegios; "porque de vuestras reverencias, dijo, algunos se

" animarán á ir á trabajar en las misiones de los " infieles de Sierra Gorda."

Al oir esto nuestro fervoroso padre (no olvidando los deseos de este ejercicio que lo habian sacado de su patria y santa provincia), dijo con el profeta: Reverendo padre guardian, *ecce ego mitte me;* y á su ejemplo hicieron lo propio otros muchos, con lo que tuvo sobrantes el prelado para proveer las cinco misiones, dispensandoles por la necesidad, tanto en el año de colegio como en aprobacion, segun lo dispuesto en las bulas inocencianas, nombró á ocho de los que habiamos venido de España, y entre ellos al venerable padre Junípero, y á mí de su compañero, dándonos aviso de ello para que nos dispusiésemos y estuviésemos prontos al primer aviso. Luego que el siervo de Dios se vió electo para las misiones de infieles, aumentó sus espirituales ejercicios para estar mejor dispuesto á la voz del prelado.

CAPITULO VI.

SALE PARA LAS MISIONES DE LA SIERRA ORDGA, LO QUE TRABAJÓ Y PRACTICÓ EN ELLAS.

El glorioso y recomendable fin de la conversion de los gentiles y propagacion de nuestra santa fe católica, fué el que obligó al venerable padre fray Antonio Linaz de Jesús á pasar á España en solicitud de la fundacion del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, segun refiere la crónica de los colegios (lib. 1, cap. 21, fol. 39 y 40) para que sus religiosos se empleasen principalmente en reducir á los infieles que habitan la Sierra Gorda ó Cerro Gordo.

Este paraje, sumamente áspero, da principio como treinta leguas distante de la expresada ciudad de Querétaro, y se extiende á cien leguas de largo y treinta de ancho, en cuyas breñas vivian los indios de la nacion Pame todavía en su gentilidad, no obstante de hallarse cercado todo de pueblos cristianos. Fundado dicho colegio, como refiere la citada crónica, lib. 4, cap. 1, fol. 253 y 254, salieron dos de los primeros misioneros de los fundadores para dicha sierra á efecto de la reduccion; y habiendo llegado á ella y misionado en los pueblos de españoles que se hallan en sus inmediaciones, les dijeron estaba ya ocupada por los reverendos padres domínicos que habian fundado misiones; por cuyo motivo no se internaron, sino que por la falda de dicha sierra caminaron hácia el Oriente, hasta llegar á otra llamada de Famauripa, que divide el nuevo reino de Leon de la provincia de la Guasteca, y en ella fundaron una mision, que después se entregó para la custodia de Tampico.

Con esta noticia que adquirieron los padres misioneros de Querétaro, ya no intentaron mas el ejercitarse en la reduccion de los indios de la Sierra Gorda, considerándolos ya convertidos. En esta inteligencia estaban todos hasta el año de 1743, en que habiendo su majestad nombrado para general de dicha sierra al coronel don José Escandon, quiso este visitarla, en cumplimiento de su obligacion; y aunque halló que los reverendos padres domínicos por un lado y los de San Agustin por otro tenian fundadas misiones, vió en el centro un gran manchon de gentilidad de la nacion Pame, que vivian entre breñas aquellos indios, y entre ellos muchos cristianos, que cuando chicos, bajando con sus padres á los pueblos de españoles los habian bautizado; pero solo tenian de cristianos el nombre, y vivian como gentiles mezclados con ellos. Propúsoles dicho señor el vivir en pueblos como los cristianos en sus propias tierras; que les traeria padres que los enseñasen y bautizasen á los que eran gentiles; y conviniendo ellos en todo, dió parte al excelentísimo señor virey, y este á su majestad, quien dió su real órden para que se fundasen ocho misiones, las tres á cargo del apostólico colegio de Pachuca, de reverendos padres descalzos de nuestra órden, y las cinco restantes á nuestro apostólico colegio de San Fernando, dividiendo las unas de las otras el caudaloso rio llamado de Moctezuma, que es el del desagüe de Méjico, el cual cruzando por la Sierra y culebreando por la Guasteca, vacía en el Seno Mejicano.

Dióse principio á esta reduccion el año de 1744, llegando á dicha Sierra misioneros sacerdotes de dicho colegio de San Fernando, cuyo presidente era el reverendo padre fray Pedro Perez de Mezquía, y con ellos el referido señor general don José Escandon; y explorando aquel terreno hallaron cinco sitios proporcionados para las cinco misiones, á los que luego concurrieron los indios comarcanos, y se dejó á su voluntad el avecindarse en cualquiera de ellos; y el reverendo padre presidente destinó para cada paraje dos misioneros, los que por medio de los indios naturales y algunos de Méjico ladinos que se agregaron como pobladores, dieron mano á fijar el estandarte de la santa cruz, formar una capilla de palos techada de zacate para que sirviese de interina iglesia, y á continuacion de ella una casa de lo mismo para vivienda de los padres. Los indios tambien formaron chozas de las mismas materias para su habitacion y libertarse de los ardores del sol, y el referido señor general dejó en la principal mision, en el sitio nombrado Jalpan, dedicada al apóstol Santiago, patron de las Españas, una compañía de soldados milicianos con sus correspondientes oficiales, capitan, teniente y alférez, de cuya compañía se destacaron y repartieron por las misiones los soldados que se juzgaron necesarios para escolta de los padres; y concluida la fundacion de dichas misiones, se dedicaron las otras cuatro á la Purísima Concepcion de nuestra Señora, al príncipe y arcángel señor San Miguel, á nuestro seráfico padre señor san Francisco, y á nuestra Señora de la

Luz, y el señor general se retiró para la ciudad de Querétaro, quedando los padres dando principio á la formacion de sus padrones, en que constasen los indios que se avecindaban en ellas, cuyo número ascendió á 3840. Indagaron los que confesaban estar bautizados desde su niñez y los que no lo estaban. Instruyeron á unos y á otros de cuanto correspondia por medio de intérpretes, de que servian los indios mejicanos por hallarse instruidos en el idioma, y luego que los hallaban capaces bautizaban á los gentiles.

El reverendo padre Mezquía, religioso práctico en estas fundaciones, por haber sido uno de los que el venerable padre Margil llevó para las de las misiones de Tejas, comenzó á formar desde luego las instrucciones que debian observarse en las de la Sierra Gorda para el régimen espiritual y temporal de ellas, siendo el mismo que se ha observado en las demás misiones de los colegios de la Santa Cruz de Querétaro y nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecos en sus espirituales conquistas, y es en la forma siguiente:

REGIMEN ESPIRILUAL.

Que primeramente procurasen los padres misioneros que cada dia al salir el sol se congregasen en el iglesia al son de campana todos los indios é indias grandes, así gentiles como neófitos, sin faltar alguno; que uno de los padres rezase con ellos las oraciones y texto de la doctrina cristiana, y les explicasen en castellano los misterios mas principales, practicando lo mismo por la mañana, luego que los grandes saliesen, y por la tarde antes de ponerse el sol, con los niños y niñas que tuviesen de cinco años para arriba de edad, sin permitir que ninguno faltase á este santo ejercicio; que los catecúmenos y los que se hubiesen de casar, ó cumplir con el precepto anual de la confesion, asistiesen á él tambien á mañana y tarde, para que fuesen instruidos antes de recibir los referidos santos sacramentos, y que lo mismo se ejecutase con los que olvidaran la doctrina, sin embargo del diario ejercicio.

Que los dias de fiesta celasen con grande vigilancia que ninguno faltase á la misa del pueblo, ni á la plática que en ella se debia hacer, explicando el Evangelio ó los misterios de nuestra santa fe, y que procurasen acomodarse con prudencia y discrecion á la rudeza y necesidad de los indios, y que acabada la misa, uno de los misioneros los llamase á todos por el padron, segun sus nombres, y que llegasen uno á uno á besarle la mano, con lo que se reconoceria si faltaba alguno.

Que á los mas capaces y hábiles exhortasen á la frecuencia de los santos sacramentos, á mas del cumplimiento de la Iglesia, principalmente en las grandes festividades, y á oir misa aun en los dias que no son de precepto, dejándolos siempre en su libertad; que en sus enfermedades procurasen visitarlos á menudo, y que fuesen curados y asistidos segun lo permite la tierra y con mayor cuidado, que recibiesen los santos sacramentos de que fuesen capaces, y de asistirlos para auxiliarlos en su muerte, y que el pueblo asistiese al entierro. Asimismo que pusiesen esmero en componerlos en sus enemistades y litigios, enseñándoles á vivir unidos en la paz y caridad cristiana, sin permitir escándalos ó malos ejemplos en la mision.

GOBIERNO TEMPORAL.

Para conseguir el deseado fin del fruto espiritual, dispuso el citado reverendo padre Mezquía que se procurase el bien temporal de aquellos indios pames, pues faltando este no podrian hacer pié en el pueblo ó mision ni asistir á la misa y cotidiano rezo, porque les seria preciso ir dispersos vagueando en solicitud de comida y vestuario. Para evitar esto, encargó su paternidad que los padres misioneros solicitasen por medio del síndico, á cuenta del sínodo anual que les daba su majestad para su mantencion, agregando á él la limosna de las misas que se les encomendasen, herramientas y demás útiles necesarios para poner en corriente alguna siembra, como tambien algunas vacas, bueyes y demás ganado, para que del fruto de ello se mantuviesen de comunidad, como se practicó al principio de la Iglesia. Así se ejecutó, dando principio, y con el tiempo se fué aumentando, y se lograron algunas cosechas que se repartian á los indios, para ayudar á su existencia en la mision.

El clima de dicha Sierra es muy caliente y húmedo, y por consiguiente contrario á la salud; por lo cual enfermaron en breve tiempo muchos de los misioneros, de los que en pocos dias murieron cuatro, y otros se retiraron imposibilitados á la enfermería del colegio, quedando solos dos de los fundadores en la mision. Como este se hallaba entonces tan exhausto de misioneros, fué preciso pedir socorro á los otros colegios de Querétaro y Zacatecas; pero como quiera que iban á suplir por el tiempo de seis meses y cumplidos estos los remudaban otros, no tenian tiempo para aprender la lengua, y esto era de grande atraso para la conquista espiritual.

CAPITULO VII.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO QUE EL PASADO.

Este era el actual estado de las referidas misiones cuando la nuestra llegó de España, y habiendo sido nombrados el venerable padre Junípero y yo de su compañero para una de ellas, salimos del colegio de San Fernando á principios de junio del año de 1750; y aunque de la mision nombrada Santiago de Jalpan, á donde íbamos, vinieron indios ladinos con un soldado de escolta, con

bestias de silla y carga; en atencion á lo dilatado del camino, lo escabroso de la mitad de la Sierra y la falta de agua, con todo, quiso mi venerado padre lector fray Junípero hacer á pié su viaje, lo cual á mas de serle muy penoso, le agravó el accidente de la llaga é hinchazon del pié; pero gracias á Dios, habiendo llegado el 16 de dicho mes de junio, tuvimos gran consuelo al ver la alegría con que nos recibieron los indios de dicha mision, que pasaban de mil entre chicos y grandes; pero todos ellos se hallaban tan á los principios, por la falta de inteligencia de nuestro idioma, que ninguno cumplia con el anual precepto de la Iglesia de confesar y comulgar.

Enterado nuestro venerado padre del pié en que se hallaban todavía las expresadas misiones, de las que, por nuestro colegio, quedaba elegido de presidente, se impuso en las instrucciones dadas para su gobierno espiritual y temporal, las que procuró observar y aumentar en cuanto le pareció conveniente y que le dictaba su fervoroso celo.

Y viendo que se hallaban con tanto atraso por la causa expresada, se aplicó desde luego á aprender aquella lengua, para la cual fué su maestro un indio mejicano que se habia criado entre estos pames. Conseguido tan importantísimo medio para el adelantamiento espiritual, tradujo en el idioma pame las oraciones y texto de la doctrina, de los misterios mas principales, y así se empezó á rezar con los indios; y alternando por dias, en que se hacia tambien en castellano, con la cual en breve tiempo se impusieron en los misterios de nuestra santa fe y empezaron á confesar en su lengua y á comulgar, cumpliendo anualmente con los preceptos de la santa Iglesia; y el siervo de Dios los movia con sus fervorosas pláticas á que confesasen y comulgasen en las principales festividades, dándoles ejemplo, como otro san Francisco de Sales, confesándose públicamente en el presbiterio, cuando ya estaba en la iglesia toda la gente para la misa mayor los dias festivos. Con esto logró su deseado fin; de suerte que ya eran muchos los que confesaban por devocion, pues hubo dia que pasaron de ciento las comuniones, otros de cuarenta, etc., y cada año en el tiempo de precepto casi todos lo verificaban: en solo los nueve años que estuvo en las citadas misiones, en cuyo tiempo bautizó el venerable padre un crecido número de gentiles, el cual no asiento por no haber tenido la curiosidad de notarlo; pero baste decir que no quedó un solo gentil en todo aquel distrito, sino todos sus habitadores bautizados por mi venerado padre y sus compañeros, y civilizados viviendo en pueblo bajo de campaña.

Para radicarlos en la fe que habian recibido é instruirlos en la religion católica, los impuso en todas las festividades del Señor y de la santísima Vírgen nuestra Señora, como asimismo de las de los santos, para lo cual les ponia cuantos medios é inventivas le hacia idear su apostólico celo, siendo su ejercicio casi continuo en las virtudes de caridad y de religion. En todas las festividades de Jesucristo y de María santísima, se celebraba misa cantada y en ella predicaba el venerable padre, explicando el misterio y la fiesta del dia, y en las mas principales precedia la novena, á que asistia todo el pueblo. En la Natividad del Señor era esta con misa cantada al amanecer, y el último dia acabada la misa, cantaba la calenda y hacia una plática, convidando á todos para que asistiesen á los maitines cantados y á la misa de Gallo: concluida esta, representaban en un devoto coloquio el nacimiento del niño Jesús unos indios de corta edad, á quienes el devoto padre instruyó una parte en lengua castellana y otra en el pame, en aquel gran misterio que representaban con mucha viveza, con lo cual logró, á mas de imponerlos, aficionarlos á él.

En el tiempo santo de cuaresma echó el resto de su devocion para imprimirla en los corazones de los neófitos. Empezaba desde el dia de Ceniza con esta santa ceremonia de la Iglesia, á la que asistia todo el pueblo y les explicaba la significacion de ella, acabando su sermon con la exhortacion de que no olvidasen que eran mortales. Todos los domingos de cuaresma no se contentaba con la plática doctrinal de la misa mayor, sino que á la tarde después de rezada la corona de María santísima y cantado el alabado, les predicaba un sermon moral. Los viernes hacia lo propio por la tarde, después de haber andado en procesion el via-crucis desde la Iglesia hasta la capilla del Calvario, que mandó hacer en una alta loma fuera del pueblo y á vista de la citada iglesia; en cuyo santo ejercicio cargaba el venerable padre Junípero una cruz tan grande y pesada, que yo, siendo mas robusto y mozo, no podia con ella, y en regresándose á la iglesia, concluia la funcion con una tierna plática de la pasion del Señor, á cuya devocion los persuadia.

La semana Santa la celebraba con todas las ceremonias de nuestra madre la Iglesia. El domingo se hacia la procesion de ramos, y así en este dia como en los siguientes se cantaba la pasion, haciendo uno dos papeles, porque no éramos mas de dos, y tambien los maitines del triduo: El jueves se colocaba el depósito en el monumento, y tanto en este dia como el viernes y sábado se practicaban las demás ceremonias y formalidades de costumbre. A mas de esto añadia varias procesiones, que acababa con algun sermon ó plática. El jueves después de haber lavado los piés á doce indios de los mas viejos y comido con ellos, predicaba el sermon de mandato, y á la noche hacia la procesion con una imágen de Cristo crucificado, con acompañamiento de todo el pueblo.

El viernes por la mañana predicaba de la pasion, y á la tarde se representaba con la mayor viveza el descendimiento de la cruz, con una má-

gen de perfecta estatura, que para el efecto se mandó hacer de goznes; y predicando de este asunto con la mayor devocion y ternura, se colocaba al Señor en una urna y se hacia la procesion del santo entierro. Poníase después en un altar que para este efecto se hallaba preparado, y á la noche se hacia otra procesion de nuestra Señora de la Soledad, que se concluia con una plática de este asunto. El sábado se hacian todas las ceremonias pertenecientes á este dia, se bendecia la fuente y bautizaban los neófitos que habia instruidos y dispuestos para ello. El domingo muy de mañana salia la procesion de Jesús resucitado, la cual se hacia con una devota imágen del Señor y otra de la santísima Vírgen, y vueltos á la iglesia, se cantaba misa y predicaba el venerable padre de este soberano misterio.

Con tan devotos ejercicios no pudo menos que imprimirse una tierna y grande devocion en aquellos neófitos, y con ella se disponian á celebrar anualmente la Semana Santa, y corriendo la voz por los pueblos de las cercanías que habitaban españoles, venian estos á practicar lo mismo atraidos de lo que oian decir de la devocion de aquellos indios; y luego que lo experimentaron se acostumbraron á concurrir todos los años, mudándose á la mision hasta que pasaba la Pascua.

No fué menor el esmero con que el siervo de de Dios procuró atraer á aquellos sus hijos á la devocion del santísimo Sacramento. Instruyólos á que preparasen y adornasen con enramadas el camino por donde habia de transitar la procesion del Corpus. Formábanse cuatro capillas con sus respectivas mesas para que en ellas posase el Señor Sacramentado, y después de cantada en cada una la correspondiente antífona, verso y oracion, sr paraba un indio de corta edad que recitaba una loa al divino Sacramento, de las cuales dos eran en castellano y las otras dos en el idioma pame, nacional de ellos, que enternecian y causaban devocion á todos; y restituidos á la iglesia se cantaba la misa y se predicaba el sermon de este sacrosanto misterio.

Con igual cuidado se dedicó á introducirlos en la devocion de María Señora nuestra, y con particularidad á su purísima Concepcion inmaculada, previniéndose á celebrarla con la novena, á que asistia todo el pueblo, y en el dia de esta gran festividad se cantaba la misa, y predicaba el sermon, y después se entonaban los gozos de la Purísima Concepcion. Todos los domingos por la tarde se rezaba la corona á la Madre de misericordias, concluyéndola con el alabado ó los gozos que se cantaban. Y para mas aficionarlos el venerable padre, pidió de Méjico una imágnn de bulto de la dulcísima Señora, que puesta en sus andas, la sacaban en procesion por el pueblo todos los sábados en la noche, alumbrando con faroles y cantando la corona. Luego que entroba en la iglesia se cantaba la *Tota pulchra es María*, que tradujo este su amante siervo en castellano, y que aprendieron y entonaban con mucha solemnidad los indios, causando á todos gran ternura, principalmente aquel verso: *Tú eres la honra de nuestro pueblo*, con lo cual les quedó una ardiente devocion á la clementísima Madre.

Asimismo procuró imprimir en sus tiernos corazones la devocion al señor san Miguel arcángel, al santísimo patriarca señor san José, á nuestro serafico padre san Francisco y otros santos, de suerte que quedó aquel pueblo tan instruido y devoto, como si fuera de españoles los mas católicos; debiéndose todo al ardiente celo de nuestro venerable fray Junípero. Y á vista de las laboriosas tareas de este ejemplar prelado, se emulaban santamente sus súbditos, ministros de las otras cuatro misiones, procurando imitarlo en cuanto podian; por cuyos medios quedaron los cinco pueblos como si fueran de cristianos muy antiguos.

Para conseguir este espiritual fruto, principal objeto de la conquista, puso el siervo de Dios en ejecucion las instrucciones dadas para el gobierno temporal, luego que llegó á su mision de Santiago Jalpan, poniendo todos los medios posibles para que los indios tuviesen que comer y vestir, para que hiciesen pié en la mision y no se ausentasen de ella por la solicitud de su preciso sustento, para cuyo efecto agenció por medio de síndico el aumento de bueyes, vacas, bestias y ganado menor de pelo y lana, maíz y frijol para poner en corriente alguna siembra, en lo cual se gastó no solo el sobrante de los trescientos pesos de sínodo que daba su majestad á cada ministro para su manutencion, sino tambien la limosna que se podia conseguir por misas y la que ofrecian algunos bienhechores; con lo que en breve tiempo se empezó á lograr alguna cosecha, que cada año se iba aumentando, y diariamente se repetia después de haber rezado la doctrina; y cuando estas á expensas de exquisitas diligencias y bendiciones del cielo fueron creciendo, y eran tan abundantes que sobraba para la mantencion de todos; se instruyó á los indios vendiesen por direccion de los padres misioneros las semillas sobrantes, con cuyo valor se compraron mas yuntas de bueyes, se aumentó la herramienta y demás necesario para las labores.

De Méjico se llevaban frazadas, sayal y otras ropas para que se vistiesen, señalando siempre á los labradores con alguna cosa particular, así por compensarles su especial trabajo, como para que de su vista los otros se inclinasen á este ejercicio, que és el mas pesado y no menos útil.

A esta importantísima diligencia procuró aplicar tambien á las mujeres é indios pequeños, señalándoles las correspondientes tareas, con consideracion á las fuerzas y capacidad de cada uno, para por este medio apartarlos á todos de la ociosidad en que se habian criado, y envejecido. Asistia siempre uno de los padres personalmente

á las labores, especialmente en los primeros años, así para animarlos como para instruirlos, hasta que se consiguió persona de confianza que los capitanease, y en breve tiempo uno de los mismos indios ya suplia, por estar inteligente; con lo que se lograron abundantes cosechas, el aumento de los bienes de comunidad, y que los naturales se civilizasen mas cada dia, aficionándose á hacer sus particulares siembras de maíz, chile, frijol, calabaza, etc., para lo cual señalándoseles pedazos de tierra, se les daba una yunta de bueyes de las de comunidad y semillas para sembrar; cuyos frutos, como que no necesitaban de ellos para comer, pues les sobraba con la racion, vendian, y con su producto se ayudaban á vestir, ó compraban algun caballo, yegua ó mula, todo á direccion del padre que los instruia, para que no fuesen engañados.

Luego que el venerable fray Junípero vió á sus hijos los indios en estado de trabajar can mayor aficion que á los principios, trató de que hiciesen una iglesia de mampostería con bastante capacidad para encerrar tanta gente. Propuso su devoto pensamiento á todos aquellos indios, quienes con mucho gusto convinieron en ello, ofreciéndose á acarrear la piedra, que estaba á mano, toda la arena, hacer la cal y mezcla, y servir de peones para administrarlo á los albañiles. Dióse principio á esta obra, trabajando todo el tiempo que no era de aguas ni necesario para las labores del campo, y en el tiempo de siete años quedó concluida una iglesia de cincuenta y tres varas de largo y once de ancho, con correspondiente crucero y cimborrio, y á continuacion de ella la correspondiente sacristía, tambien de bóveda, como asimismo una capilla que se dedicó al Santo Sepulcro, adornándola con imágenes y pasos de la pasion del Señor, para mas aficionarlos á las devotas funciones de la Semana Santa. La iglesia tambien se adornó con retablos, altares y colaterales dorados; y en el coro se puso órgano, buscando maestro que lo enseñase á tocar á los indios en las misas cantadas.

Con el ejercicio de estos trabajos quedaron habilitados de varios oficios, como de albañiles, carpinteros, herreros, pintores, doradores, etc. Y no olvidándose el fervoroso celo del reverendo padre Junípero de apartar del ocio á las mujeres, las empleaba en las correspondientes tareas á su sexo, como hilar, tejer, hacer medias, calcetas, coser, etc. Tambien los industrió á que fuesen á comerciar á Zimapan, Huasteca y otros lugares, con las semillas que le sobraban, mecates y petates, esto es, cuerdas de ixtle ó pita y esteras de palma fina que hacian, con cuyo producto se compraba algodon, que hilaban y tejian las mujeres, formando mantas para vestirse. Asimismo traian del real de Zimapan frazadas y bayetas para el mismo efecto; con cuya diligencia lo que sobraba del sínodo y de las limosnas de misas se empleaba en pagar los jornales á los albañiles; y de tal manera proveyó Dios nuestro Señor, que cuando se finalizó la obra de la iglesia, lejos de deber nada la mision, se hallaba en poder del síndico mas limosna que cuando se principió, y las trojes de maíz proveidas con cinco mil fanegas.

A imitacion del venerable padre Junípero practicaron lo mismo los misioneros de las otras cuatro misiones, construyendo sus iglesias por el mismo órden que la de Santiago Jalpan, con correspondencia de ámbito á la gente que se juntaba, las que adornaron de lienzos colaterales, vasos sagrados y demás necesarios, logrando en sus terrenos igual abundancia de cosechas, aumento de ganados y bestias, y que quedasen instruidos y civilizados los que antes se congregaron bárbaros y bozales.

CAPITULO VIII.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO DE LOS DOS CAPÍTULOS ANTECEDENTES.

Cuando en este floreciente estado se hallaban las referidas misiones, llamó el reverendo padre guardian del colegio de San Fernando á nuestro venerable fray Junípero para que se alistase á la conquista espiritual de los indios apaches en el rio de San Sabá, y luego que el obediente súbdito recibió la carta, mirándose retratada en su rostro la alegría y regocijo, salió de aquella mision en que habia trabajado nueve años, y dejando á los indios con la instruccion que se ha dicho, se llevó consigo, como despojo del victorioso triunfo que habia conseguido contra el infierno, al principal ídolo que adoraban como Dios aquellos infelices. Este era una cara perfecta de mujer fabricada de *tecale*, que tenian en lo mas alto de una encumbrada sierra, en una casa como adoratorio ó capilla, á la que se subia por una escalera de piedra labrada, por cuyos lados y en el plan de arriba, habia algunos sepulcros de indios principales de aquella nacion pame que antes de morir habian pedido los enterrasen en aquel sitio.

El nombre que daban al referido ídolo en su lengua nativa era el de Cachum, esto es, madre del sol, que veneraban por su Dios. Cuidaba de él un indio viejo que hacia el oficio de ministro del demonio, y á él ocurrian para que pidiese á la madre del sol remedio para las necesidades en que se hallaban, ya de agua para sus siembras ó de salud en sus enfermedades, como tambien para salir bien en sus viajes, guerras que se les ofrecian y conseguir mujer para casarse, que para obtenerla se presentaban delante de dicho viejo con un pliego de papel en blanco, por no saber leer ni escribir, el cual servia como de representacion, y luego que lo recibia el fingido sacerdote se tenian ya por casados. De estos papeles se hallaron chiquihuites ó canastos llenos, juntos con muchísimos idolillos que se dieron al fuego,

menos el citado ídolo principal. A este lo tenia el mencionado viejo (que cuidaba de él) con mucha veneracion y aseo, y tan tapado y oculto, que á muy pocos lo enseñaba ó dejaba ver, y solo lo hacia á los bárbaros que venian como en romería de largas distancias á tributarle sus votos y obsequios y pedirle remedio para sus necesidades.

Luego que entraron á la conquista los misioneros y se congregaron en las cinco misiones, como queda referido, tuvo gran cuidado el indio de ocultar y esconder su ídolo en una cueva, entre las peñas de aquella elevada sierra. Y habiendo enviado el capitan de los soldados al sargento con un destacamento para quemar todas las casas de los indios que estaban esparcidos por aquellas sierras, á fin de que subsistiesen en el nuevo poblado y llegando á aquel lugar donde estaba la casa que servia de adoratorio ó iglesia para dicho ídolo, le pegaron fuego, ignorando el destino que tenia y aunque por tres ó cuatro ocasiones lo hicieron (segun me refirió el mismo sargento) nunca quiso arder, no obstante que era de materias tan combustibles como de palos y zacate, y admirados de esto dijo el referido á sus soldados: "Peguen fuego en nombre de Dios y "de su santísima Madre," y repitiendo la diligencia, prendió luego la casa, consumiéndose en un instante, y repararon que salia un grande humo muy fétido y espeso que los dejó asombrados y temerosos sin saber lo que allí habia; pero después que ya el venerable padre Junípero sabia el idioma, se averiguó todo lo que va referido, declarándolo los mismos indios ya convertidos, los cuales le entregaron el citado ídolo Cachum, que llevó á nuestro colegio de San Fernando, y entregándolo al reverendo padre guardian, mandó este se pusiera en el cajon del archivo perteneciente á los documentos y papeles de dichas misiones, para memoria de la espiritual conquista.

No obstante la salida del vanerable padre, prosiguieron con igual celo y eficacia sus apostólicas empresas los ministros que quedaron en las misiones y los que de nuevo entraron en ellas, para conseguir sus mayores creces, así en lo espiritual como temporal, y hallándolas tan adelantadas como reducidos los indios, fué tanto su aumento, que en poco tiempo ya aquellos cinco pueblos eran la admiracion de los que los transitaban y la emulacion de los señores curas clérigos de las inmediaciones. En esta atencion dispuso nuestro colegio de San Fernando entregarlos al ordinario para que los proveyese de curas seculares, conforme á lo prevenido en las bulas apostólicas del señor Inocencio XI, para lo cual hizo las debidas representaciones al excelentísimo señor virey marqués de Croix y al ilustrísimo señor arzobispo don Francisco Antonio Lorenzana, y viniendo en ello ambos señores, se hizo la entrega de las referidas misiones en el año de 1770, á los 26 de fundadas, quedando admirados y edificados de lo muy adelantadas que en tan corto tiempo se hallaban, segun les constó por los documentos formados por los jueces eclesiástico y real que fueron comisionados á recibirlas por dichos señores virey y arzobispo, quienes se dignaron dar las gracias á nuestro colegio por lo que habia trabajado en servicio de ambas majestades, como se deja ver en las dos siguientes copias de sus cartas originales.

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY MARQUÉS DE CROIX.

"La instancia de vuestra reverencia y discretos de 10 de julio próximo pasado, en que solicitaban se pongan sacerdotes seculares en las cinco misiones que han estado á cargo de ese apostólico colegio en la Sierra Gorda, mandé pasar al señor fiscal, y con arreglo á su respuesta he resuelto en decreto de 10 del corriente acceder á la pretension de vuestras reverencias, dándoles las mas expresivas y debidas gracias por el celo con que sus religiosos misioneros han sabido lograr sus apostólicos afanes, y avisar al ilustrísimo señor arzobispo nombre un eclesiástico que se haga cargo de las referidas misiones para proveerlas de curas seculares, como tambien comisionar á don Vicente Posadas, vecino de Rio-Verde, al recibo de las enunciadas cinco misiones, con órden de que dé documento jurídico á los padres que se hallan en ellas de todo lo que entregaren en cada una, y que no solo no les pongan embarazo en que saquen sus libros y todas las cosas de su uso, sino que tambien los habilite de lo necesario, á fin de que puedan con la comodidad posible restituirse á ese colegio después que se haya practicado el repartimiento de tierras á los indios en la forma que vuestras reverencias me han propuesto, de que les aviso, á afecto que se hallen completamente instruidos y que se verifique el puntual cumplimiento. Dios guarde á vuestras reverencias muchos años. Méjico, 15 de agosto de 1770.—El marqués de Croix.—A los reverendos padres guardian y discretos del apostólico colegio de San Fernando."

CARTA DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DON FRANCISCO ANTONIO LORENZANA.

"Muy señor mio: El cura y juez eclesiástico de Cadereita me ha dado cuenta con las diligencias que de mi órden practicó para poner á cargo del clero secular las cinco misiones de Jalpan, Landa, Tilaco, Tancoyol y Concá en la Sierra Gorda, y resultando de ellas el infatigable celo con que han trabajado allí los hijos de ese apostólico colegio, siendo el puntual cumplimiento de su instituto igual al dejarlas que al tomarlas, no puedo menos que manifestar á vuestra reverencia mi gratitud y la obligacion

" en que me constituyo de apetecer ocasiones en
" que servirle.—Nuestro Señor guarde á vues-
" tra reverencia muchos años. Méjico, diciem-
" bre 22 de 1770.—Besa la mano de vuestra re-
" verencia, su mas afecto servidor.—Francisco,
" arzobispo de Méjico.—Reverendo padre guar-
" dian y discretos del colegio de San Fernando."

La gloria que al colegio de San Fernando resulta por la entrega de las citadas cinco misiones que en el corto término de 26 años puso en tan buen estado, así espiritual como temporal; el honor que ha conseguido el apostólico instituto y lo mucho que para ello trabajó el venerable padre Junípero en los nueve años seguidos que allí estuvo, segun queda expresado, me han estimulado á referir la entrega de ellas y las expresiones afectuosas que hicieron al colegio los dichos excelentísimos é ilustrísimos señores cuando las recibieron y se hallaron informados por los comisionados de la buena instruccion con que se hallaban aquellos indios neófitos, y de la opulencia en que se miraban las citadas misiones, de las que habiendo sido presidente el venerable padre y trabajado tanto desde los principios hasta ponerlas en corriente, lo sacó la obediencia para las de San Sabá antes que se verificase su entrega.

CAPITULO IX.

PASA Á MÉJICO LLAMADO DEL PRELADO PARA LAS MISIONES DE SAN SABÁ, LAS QUE NO TUVIERON EFECTO POR LO QUE SE DIRÁ.

Muchos años tuvo el colegio de la Santa Cruz de Querétaro puesta su pretension para fundar misiones en la belicosa nacion de los indios apaches, hasta el año de 1758 en que se consiguió, encomendando su majestad esta conquista al referido colegio de la Santa Cruz y al de San Fernando de Méjico y conviniendo ambos (como tan hermanados) á que de pronto se fundasen dos misiones, una por parte de cada uno, y á la sombra del presidio de cien hombres que se iba á establecer en las vegas del rio San Sabá, que dista de Méjico hácia el Norte como cuatrocientas leguas, salieron de nuestro colegio los dos misioneros asignados por el venerable discretorio (de los que voluntariamente se ofrecieron), que fueron los padres fray José Santi Estévan, de la recoleccion de la provincia de Burgos y convento de Agreda, y fray Juan Andrés, de la recoleccion de la Concepcion.

Llegaron á las misiones del rio de San Antonio Béjar, pertenecientes al colegio de Querétaro y distantes como sesenta leguas de San Sabá; demoráronse allí, y se enfermó é imposibilitó de seguir el segundo de los misioneros, con cuyo motivo, habiendo llegado esta noticia al colegio, fué luego nombrado el padre fray Manuel Molina, de la recoleccion de Valencia, quien luego caminó hasta las misiones de San Antonio, y diciéndole allí que ya su compañero se habia marchado con el padre fray Alonso Terreros, del colegio de Querétaro, siguió su viaje hasta el rio de San Sabá.

Llegó á este paraje y halló á los citados dos padres que habian dado principio á la mision de la Santa Cruz, á las orillas de dicho rio, y á tres leguas cortas del presidio, en donde tenian ya su capilla y algunos cuartos para vivienda, pero aun no se les habian acercado los gentiles. A los quince dias de llegado el padre Molina, fueron tantos los que de un golpe se les presentaron, que les pareció no serian menos de mil, todos de guerra, embijados y armados de flechas, lanzas y armas de fuego, por las que inferian ser de la nacion cumanche, que tienen ó tenian comercio con los franceses del nuevo Orleans, de quienes las conseguian á trueque de pieles.

Los recibieron los padres con demostraciones de cariño; pero los gentiles, disimulando sus malos intentos, dijeron que venian por la paz de los españoles, pidiendo que uno de los padres fuese con ellos para que no les hiciesen daño. Excusábanse diciéndoles que no era necesario, que les darian papel y serian bien recibidos; no quisieron, sino que instaron fuese un padre con ellos. En vista de esto determinó el padre Terreros el ir, aunque ya creyó iba á recibir la muerte, pues al despedirse de sus compañeros les dijo lo encomendasen á Dios y se encomendasen tambien, "porque en breve estaremos en la otra vida." Al oir esto el padre Santi Estévan se retiró á un cuartito con el santo Cristo de pecho, y quedó afuera el padre Molina agasajando á los indios y despidiéndose del padre fray Alonso: luego que este se apartó como treinta pasos de las casas, acompañándolo toda la chusma (ó fingiendo hacerlo), le dispararon una arma de fuego, con cuya herida cayó el venerable padre Terreros, y sobre él todos los indios para acabarlo de matar y quitarle el santo hábito.

Viendo esto el padre Molina y que no podia socorrer á su compañero, pues antes de llegar al sitio donde estaba ya habrian hecho con él lo mismo los gentiles, se retiró á la casa, y con él un soldado que habia quedado, con la pena de que su compañero el padre Santi Estévan estaba en otro cuarto, sin poderse juntar, y entrando en él los indios le cortaron la cabeza, cuyos golpes oyó desde el otro cuarto el padre Molina, y como desde allí disparaba el soldado, no se atrevieron á arrimarse á aquel sitio y pegaron fuego á la casa. Viéndola el padre arder, se quitó del cuello una cera de Agnus, y echándola á la llama, se apagó de repente el fuego, como si le hubiera echado un rio. Luego que los gentiles advirtieron esto, pensaron en arrimarse á la puerta del cuarto; pero en cuanto lo hicieron cayeron ó muertos ó heridos por el soldado, que se portó con militar esfuerzo. Los indios disparaban tambien, por cuyo motivo le tocó al padre una bala

que se le quedó dentro del brazo, y vivió cargándola muchos años. Al valeroso soldado le hicieron pedazos las piernas á balazos; pero así herido mató muchos y defendió al padre hasta la noche que se retiraron los enemigos.

Viéndose tan gravemente herido y ya sin fuerzas para defender al padre ni poderse tener en pié para escapar, y dándose por cierto en breve tiempo muerto, se dispuso y aconsejó al padre probase fortuna de irse para avisar al presidio, y lo mismo encargó á su mujer, y que llevase un hijito que tenian, diciéndoles: "Si quedan, ciertamente mueren, y si salen, tal vez se librarán."

Recelaba salir el padre al ver que los indios los habian cercado con lumbradas para divisarlos si lo hacian, y aunque consideraba le darian muerte luego que lo vieran, no obstante, confiado en Dios y en María santísima (cuyos dolores celebraba en aquel dia la santa Iglesia), salió por una ventana, y pudo, sin ser visto, pasar por entre dos lumbradas. Tiróse rio abajo y fuera del camino para no ser encontrado, y después de tres dias llegó al presidio desangrado y sin fuerzas por la falta de sustento, pues no habia comido mas que yerbas crudas del campo, caminando solo de noche. Reforzóse en el presidio, y el capitan de él despachó luego tropa; pero cuando llegó esta ya los indios se habian marchado y quemado cuanto habia, y el valeroso soldado perecido, quien (segun me refirió después el mismo padre Molina, junto con lo que llevo expresado) no bajaron de cuarenta los gentiles que hirió y mató.

Dióse luego cuenta de todo lo acaecido á Méjico, y el colegio, lejos de resfriarse, nombró otros dos ministros que pasaran á fundar la mision. Uno de ellos fué el venerable padre Junípero, que se hallaba en la suya de Sierra Gorda, y aun teniendo individual noticia de la referida tragedia, no tan solo no se excusó (como lícitamente podia), sino que antes bien dió muchas gracias á Dios de que el prelado lo hubiese elegido sin explorar antes su voluntad, y luego que recibió la carta del padre guardian se puso en camino para el colegio.

Pensaba el prelado seria breve la salida; pero supo después que el excelentísimo señor virey habia despachado órden á las provincias internas para que se hiciese una expedicion con mucha tropa, á efecto de castigar á los indios y contenerlos con el escarmiento; pero no habiéndose logrado esta como se deseaba y sucedido prontamente la muerte del citado señor virey, fueron motivos porque se suspendió aquella reduccion, siendo de mucho sentimiento para el celoso padre Junípero. Pero no perderia el mérito delante de Dios de haberse voluntariamente ofrecido á tan ardua empresa, con el evidente peligro de morir en manos de aquellos bárbaros y crueles gentiles.

CAPITULO X.

OCUPACIONES Y EJERCICIOS QUE TUVO EN EL COLEGIO Y MISIONES QUE SALIÓ Á PREDICAR.

No habiendo tenido efecto la fundacion de las misiones de San Sabá por los motivos expresados en el antecedente capítulo, ya no volvió el reverendo padre guardian á hablar nada á nuestro venerable Junípero sobre que se volviese á las de Sierra Gorda, de donde habia salido, bien fuera para que estuviese á mano, por si de repente se tratase en el superior gobierno de la reduccion de los apaches (por aviso de la corte), ó porque esperaria el prelado á que el venerable padre se lo insinuase; pero el humilde y obediente siervo de Dios no quiso jamás mostrar mas inclinacion que á la voz del superior, resignado ciegamente (para no errar) á la voluntad del Señor expresada en la del prelado. Quedóse en el colegio hasta el año de 1767, en que lo destinó la obediencia para estas misiones de Californias, y estuvo sin el ejercicio de predicar á los infieles poco mas de siete años, en cuyo tiempo trabajó mucho en la conversion de los pecadores en las misiones, que predicó así en el distrito del arzobispado de Méjico, como en los de otros cuatro obispados.

En la capital de Méjico predicó dos años en las misiones que cada trienio hace nuestro colegio de San Fernando con mucho fruto, y no fué poco el que el venerable padre logró con sus fervorosos sermones. En uno de ellos, á imitacion de su devoto san Francisco Solano, sacó una cadena, y dejándose caer el hábito hasta descubrir las espaldas, después de haber exhortado á penitencia, empezó á azotarse tan cruelmente, que todo el auditorio se deshacia en lágrimas, y levantándose de él un hombre, fué á toda prisa al púlpito, quitó la cadena al penitente padre, bajó con ella hasta ponerse en lo alto del presbiterio, y tomando ejemplo del venerable predicador, se desnudó de la cintura para arriba y empezó á hacer pública penitencia, diciendo con lágrimas y sollozos: "Yo soy el pecador ingrato á Dios, que debo hacer penitencia por mis muchos pecados, y no el padre, que es un santo." Fueron tan crueles y sin compasion los golpes, que á vista de toda la gente cayó, juzgándolo todos por muerto. Habiéndolo oleado allí y sacramentado, murió poco después. De esta alma podemos creer con piadosa fe que estará gozando de Dios.

Fuera de la capital predicó el venerable padre en el arzobispado, haciendo fervorosas misiones, en el real de Zimapan y sus contornos, en muchos pueblos de la provincia del Mezquital, en la de la Huasteca, en su capital, villa de Valles, Aquismon y otros muchos lugares, en cuya mision gastó nueve meses, los siete en actual ejercicio de predicar y confesar, y los dos restantes en ida y vuelta, por lo muy apartado que está

de Méjico, en cuya mision logró mucho fruto, por hacer cuarenta años que no habia habido otra.

En el obispado de la Puebla de los Angeles hizo misiones en la costa del mar del Norte ó Seno Mejicano, en Tabuco, Tuxpan, Tamiagua y otros muchos pueblos distantes de Méjico mas de ochenta leguas.

En el obispado de Antequera ú Oajaca misionó en muchos pueblos á peticion del Illmo. Sr. obispo don Buenaventura Blanco, dando principio cien leguas distante de Méjico á la raya del obispado de Campeche, hácia Tabasco, en aquellas poblaciones de la costa donde nunca se habia oido mision. Y para acercarse á la capital de Oajaca, para donde lo llamaba su Illma., hubo de navegar el venerable padre ocho dias por el gran rio llamado de los Miges, donde tuvo que padecer, tanto él como sus compañeros, muchos trabajos por los excesivos calores, molestia de zancudos y peligro de caimanes, sin poder salir de la canoa á tierra por los tigres, leones, víboras y demás animales ponzoñosos de que están abundantes aquellos lugares, y por este motivo despoblados de gente que los habite.

Después de ocho dias de tan peligrosa y molesta navegacion, hubieron de caminar por tierra (de iguales circunstancias) hasta llegar á Villa-Alta, distante de Méjico mas de cien leguas. En ella hizo mision el venerable padre, y de allí pasó á la ciudad de Antequera, en donde lo esperaba el Illmo. Sr. obispo. Llegaron á este paraje por la Quincuagésima, y anunciando luego la mision, duró todo el tiempo de cuaresma, logrando á expensas de sus apostólicos afanes innumerables conversiones, con gran consuelo de aquel celosísimo prelado, quien hizo que nuestro venerable fray Junípero predicara (á puerta cerrada) á toda la clerecía mientras sus compañeros misionaban al pueblo. De esta predicacion se logró abundante fruto, y mas con la facultad que les concedió á los padres aquel ilustrísimo pastor para casar á los que lo necesitaban, y que viviendo amancebados pasaban por casados, de que fueron muchos los que habia, así en la capital como en los demás pueblos en que hicieron mision, la que habiendo durado seis meses y concluídose este término, se retiraron los padres al colegio, á donde llegaron á los ocho meses después de haber salido de él, por la larga distancia que hay; cuyo viaje hizo á pié el venerable padre, no obstante la llaga é hinchazon de él.

En el obispado de Valladolid misionó en Rio-Verde (distante de Méjico mas de cien leguas) en la cabecera de la Custodia de Santa Catalina de Rio-Verde y pueblos de sus contornos, y últimamente en el obispado de Guadalajara, cuando venia con sus compañeros el venerable padre para estas Californias; habiéndose detenido en el puerto de San Blas por falta de embarcacion. Predicaron en el pueblo de Tepic, Jalisco, Ciudad de Compostela, Mazatlan, San José, Guaynamotas y otros circunvecinos de aquella jurisdiccion, donde logró innumerables conversiones de pecadores, no perdonando fatigas para conseguirlo.

Mucho es el trabajo que trae consigo el ejercicio de misionar entre fieles, empleándose medio año continuo en la predicacion y confesiones desde el primero hasta el último sermon, sin mas descanso que el tiempo de caminar á pié desde el colegio y de una poblacion á otra hasta restituirse á él; y si se numeran las leguas que por este fin anduvo el venerable fray Junípero, no serán menos de dos mil. Estas tareas se le aumentaron con la patente ó título que desde el año de 1752 tenia de comisario del Santo Oficio, con que lo honró el santo tribunal de la fe para toda la Nueva-España é islas adyacentes, por cuya causa hubo de trabajar en muchas partes y caminar gran número de leguas, desempeñando cuantas diligencias practicó á satisfaccion de los señores inquisidores, que lo atendian y miraban como á ministro no solo docto, sino por muy celador de la fe y religion católica.

En los intervalos de una salida á otra (que segun disponen las bulas apostólicas, concluidos seis meses de predicar entre los católicos, se restituian los padres al convento para recobrar espirituales y corporales fuerzas), se volvia el siervo de Dios á su colegio, donde observó con la mayor puntualidad la asistencia al coro, así de dia como de noche, y no contentándose con las seis horas ó cerca de ellas, que se emplean en el rezo del oficio divino y oracion mental, no faltaba á los demás ejercicios voluntarios de la corona, via crucis y via dolorosa, etc.

Fué muy puntual en los anuos ejercicios de la órden, observando á la letra la práctica que nos dejó nuestro venerable padre fray Antonio Linaz. Todo un trienio lo tuvo la obediencia empleado de maestro de novicios; pero esto no le impidió salir á predicar en pueblos cristianos, pues en sus ausencias otro suplia en el magisterio; y si como queda dicho en el capítulo tercero de esta historia, asistia el venerable padre voluntariamente á todos los ejercicios del noviciado, ¿qué dilatado campo se ofrece á la imaginacion para considerar lo mucho que luciria su fervor cuando se hallaba ya de maestro?

Otro trienio lo tuvo el colegio de discreto (aunque tampoco imposibilitado por este cargo de salir á misionar). En estos tres años, el tiempo que estaba en el colegio servia de vicario de coro por encargo del reverendo padre guardian para lo poco que allí se ofrece cantar, y esto lo practicaba con mucho gusto y humildad, sintiendo (como decia) el no saber solfa para servir de algo. Muchos dias era el lector de la mesa, levantándose á la mitad de la comida para remudar al corista ó novicio que estaba leyendo. Otras ocasiones remudaba á los servidores, como si fuese novicio

ó corista el venerable padre, yendo á servir la mesa. El tiempo que le quedaba desocupado despues del coro, lo empleaba en el confesonario, donde oia de penitencia á cuantos pobres ocurrian á sus piés. Lo mismo hacia en los conventos de religiosas, así de la órden como del ordinario, donde lo pedian al prelado algunas almas afligidas y de conciencias escrupulosas, para su consuelo; y al paso que para sí era rígido, se mostraba con los demás muy benigno, explayándoles el corazon.

Fué totalmente desasido del siglo y seculares, de tal manera que en una ciudad tan populosa como es Méjico, tan afecta á los misioneros por lo que trabajan en su bien espiritual, con tantos confesados que de todas clases tenia y tantos que se valian del venerable padre para salir de sus dudas místicas y morales, no tenia persona á quien visitar, y cuando los que lo necesitaban y buscaban en el colegio para su consuelo no lo hallaban, entonces era cuando sabian que habia salido á hacer mision.

CAPITULO XI.

CASOS PARTICULARES QUE LE SUCEDIERON EN LAS MISIONES ENTRE FIELES.

Cuando hizo mision en la provincia de la Huasteca, faltaron muchos vecinos del primer pueblo donde predicó y quedaron sin oir la palabra de Dios, por algunos pretextos, que careciendo de justicia, abundarian de negligencia; y habiendo salido para otro pueblo los padres á continuar su predicacion, entró una epidemia en el referido, de que muririeron como sesenta vecinos y los demás sanaron; pero reparó el señor cura párroco de aquella iglesia que solo habian muerto los que faltaron á la mision, como lo notició por escrito al reverendo padre Junípero, que era presidente de ella. Divulgóse la voz de la enfermedad, y como quiera que siguió inmediatamente de concluida la mision primera, quedaron amedrentados los demás pueblos, saliendo de mala gana á oir las otras y sintiendo las admitiesen los señores curas. Pero sabiendo que solo habian muerto los que no asistieron á los sermones, concurrian despues muy puntuales, no solo los vecinos de los pueblos, sino tambien los de las haciendas y ranchos que distaban muchas leguas de la cabecera; y hubo alguno que dijera no habia visto iglesia ni sacerdote ni oido misa ni mision en diez y ocho años, pues habia cuarenta que no entraba otra en aquella tierra; con lo que ya cesó la enfermedad que padecian. En todos estos pueblos lograron mucho fruto para Dios, quien prontamente empezó á premiar los trabajos de su siervo fray Junípero y demás compañeros.

Concluidas sus apostólicas tareas, se retiraban para el colegio, y en una jornada á tiempo que ya se ponia el sol, ignoraban dónde irian á parar aquella noche, dando por cierto que lo harian en el campo. Esto consideraban cuando vieron á poca distancia y cerca del camino real una casa, donde entrando á pedir posada, hallaron un hombre venerable con su esposa y un niño, quienes muy gustosos los hospedaron y dieron de cenar con especial aseo y cariño. Despedidos los padres por la mañana y dando las gracias á sus bienhechores, siguieron su jornada, donde á poco trecho encontraron con unos arrieros que les preguntaron dónde habian parado aquella noche. Y diciéndoles que en la casa inmediata al camino: "¿Qué casa? dijeron los arrieros; en todo el camino que anduvieron ayer, ni hay casa ni rancho ni en muchas leguas." Quedaron los padres admirados mirándose unos á otros, y los arrieros ratificándose en lo dicho de que no habia tal casa en el camino. Los misioneros atribuyeron á la divina Providencia el haberlos favorecido con aquel hospicio, y que sin duda serian los que lo habitaban Jesús, María y José, reflejando no solo en el aseo y limpieza de la casa (aunque pobre) y el cariño afectuoso con que los habian hospedado y regalado, sino en el consuelo interior y extraordinario que allí habian sentido sus corazones. Dieron á Dios nuestro Señor las debidas gracias por el especial beneficio que habian recibido, y avivaron mas y mas su fe de que no les faltaria la divina Providencia, como así lo vieron cumplido en los treinta y dos dias que les duró el viaje desde la Huasteca hasta el colegio.

En uno de los dichos pueblos en que hizo mision el venerable padre, experimentó en sí aquella promesa que hizo Jesucristo á los apóstoles y refiere el Evangelista San Marcos (cap. 16, v. 18); *Si mortiferum quid biberint, non eis nocebit.* Celebrando misa el siervo de Dios, le pareció que al tiempo de consumir el sanguis le habia caido en el estómago un gran peso como si fuese plomo, en términos que lo inmutó todo, y en parte lo trabó; no obstante, puso el vino para la purificacion; pero lo mismo fué tomarlo que quedar totalmente trabado, y si no ha estado tan pronto uno de los que asistian á la misa, hubiera caido en tierra el venerable padre: lleváronlo luego á la sacristía, y desnudándole los ornamentos lo pusieron en cama creyendo todos (luego que supieron el caso) que le habian puesto veneno en la vasija del vino para quitarle la vida.

Luego que lo supo un caballero asturiano vecino del mismo pueblo, muy afecto á los religiosos, como hermano que era de toda la religion por patente de nuestro reverendísimo padre general, ocurrió al convento con una bebida eficaz contra veneno, diciéndole que la bebiese, pues era muy propia para el intento. Miróla el venerable padre que la traian en un vaso de cristal, y sonriéndose dió á entender no la queria tomar: quedando corrido el hermano, le dijo si queria aceite para deponer el estómago, y haciendo la señal de que sí, lo tomó y entonces ya pudo articular al-

gunas palabras, siendo las primeras las citadas de san Marcos. No le causó vasca alguna el aceite ni vomitó; pero sí lo sanó, bien fuese por virtud del medicamento (como defienden algunos que la tiene, embotando los ácidos corrosivos del veneno) ó por la fe del venerable paciente. Lo cierto es que aquella misma mañana fué á la iglesia á confesar como si tal cosa le hubiera sucedido; y á haberle tocado el turno habria predicado aquel dia, como lo hizo el siguiente.

Viendo el hermano sano ya al reverendo padre, fué á visitarlo, y después de darle los parabienes, le dijo en tono de queja: "¿Es posible, mi padre " Junípero, que me hiciese el desaire de no que" rer tomar mi medicina, que era tan eficacísimo " contraveneno?" "A la verdad, señor herma" no, respondió, que no fué por hacerle el des" aire ni por dudar que tuviese virtud, ni menos " por tener asco de ella, pues en otras circuns" tancias la habria tomado; pero yo acababa de " tomar el pan de ángeles, que por la consagra" cion dejó de ser pan y se convirtió en el cuer" po de mi Señor Jesucristo: ¿cómo queria usted " que yo, tras de un bocado tan divino, tomase " una bebida tan asquerosa, que habia sido pan " y ya no lo era? Luego conocí de lo que se com" ponia, aunque venia en un vaso tan limpio." Confesó el caballero la verdad, como tambien que él por sus propias manos, no fiando á otro, habia desleido la triaca (que así llamaban al único ingrediente de que estaba compuesta aquella inmunda bebida), quedando muy edificado de la fe y religion del venerable padre.

En aquella gran mision que con otros cinco compañeros predicó en el obispado de Oajaca, entre el mucho fruto que logró en ella, fué muy singular la conversion de una mujer en la ciudad de Antequera, capital de aquel obispado. Vivia esta en mal estado con un hombre rico y poderoso desde edad de catorce años, en que habiéndose este aficionado ciegamente de ella y no pudiéndola lograr para esposa (por ser casado en España), la tomó por concubina. Llevóla á su casa, viviendo con ella como si fuera su propia mujer, como por tal la tenian todos los moradores de aquella ciudad. En este infeliz estado vivieron catorce años. Llegó á oidos de la mujer la voz de la mision que se predicaba por los contornos de aquel lugar y de los muchos que se convertian á Dios, como tambien de que los padres habian de entrar á predicar allí. Estas voces fueron los golpes fuertes con que Dios tocó al corazon de aquella pecadora, la que no haciéndose sorda trató luego de separarse de tan perniciosa amistad y volverse á la de Dios. Dióle parte al cómplice de sus delitos; pero este la disuadió, diciéndola que no pensase en ello por entonces, amenazándola con que si tal hacia haria él un disparate; que la mataria ó que él se quitaria la vida.

Llegó la mision á la ciudad cuando menos la esperaban sus vecinos, pues informado el ilustrísimo señor obispo de que los padres intentaban entrar la noche de la domínica de quincuagésima, con el fin de evitar la muchas ofensas que por lo comun se hacen á Dios en los dias del carnaval (alegrándose mucho aquel celosísimo prelado que habia pedido la mision), les respondió: que le parecia muy bien y que no lo divulgaria (como se lo suplicaban) para cogerlos á todos descuidados.

Entraron con gran silencio los seis misioneros, y repartidos de dos en dos por las calles de la ciudad, enarbolando el santo Cristo, dieron el asalto disparando abundantes saetas que glosaban con fervorosas pláticas. Conmovióse sobremanera toda la gente, de suerte que desamparando las casas y agolpándose en las calles, siguieron todos á los padres hasta la catedral, y convidados para el dia siguiente al sermon de anuncio y publicacion de la mision, se retiraron á sus habitaciones compungidos y llorosos.

Una de las saetas que pronunció uno de los misioneros, hirió el corazon de aquella pecadora de tal suerte, que le pareció que se lo habia traspasado, segun el dolor grande que sentia de sus pecados y deseos de convertirse á Dios verdaderamente. Dispúsose para confesar, y examinada, se fué á los piés del venerable padre fray Junípero. Dióle cuenta de la vida que habia tenido y propósito con que se hallaba de dejar tan peligrosa amistad y compañía. Animóla el fervoroso padre después de confesada generalmente, encargándole buscase casa donde vivir. Así lo ejecutó; pero aquel hombre (ciego con su pasion) hacia cuantas diligencias consideraba oportunas para atraerla á su antigua amistad; pero ella constante en el propósito, frecuentaba los santos Sacramentos, y despreciando los halagos, promesas y amenazas de que se ahorcaria, se mantuvo en su arrepentimiento con magnánima constancia. Comunicábale todo al venerable confesor, y diciéndole que no se consideraba segura en la casa que vivia, precavió este peligro el siervo de Dios buscándola otra de una devota señora de las principales de la ciudad, que la recibió con especial gusto.

Aun de aquella habitacion queria sacarla; pero no siéndole posible, una noche desesperado cogió un dogal, y yéndose con él á la citada casa, en una reja de hierro se ahorcó, entregando su alma á los demonios, en cuyo mismo instante se sintió en la ciudad un gran temblor ó terremoto que asustó á todos. A la mañana siguiente se dejó ver el miserable ahorcado, causando general horror y espanto, y singularmente á la convertida mujer, que viendo aquel espectáculo (á imitacion de santa Margarita de Cortona) se quitó luego el cabello, y vestida de ásperos cilicios y de un saco en forma de túnica, anduvo por la ciudad de Antequera pidiendo á gritos perdon de sus pecados y escandalosa vida que habia tenido; quedando todos edificados y compungidos de ver

tan rara conversion y penitencia, y no menos temerosos de la divina justicia, con escarmiento de aquel infeliz, por cuya causa se lograron innumerables conversiones, y por consiguiente mucho fruto de la citada mision.

Otros casos podria referir, pero la dilatada narracion de la última tarea de la vida del venerable padre Junípero (donde este apostólico varon echó el resto de sus afanes) me llama con instancia y no me permite dilacion.

CAPITULO XII.

PASA Á LA CALIFORNIA CON QUINCE MISIONEROS PARA TRABAJAR EN ELLA.

Habiéndose extinguido en la Nueva España la sagrada Compañía de Jesús el dia 25 de junio del año de 1767, fueron encomendadas por el excelentísimo señor virey marqués de Croix (de acuerdo con el ilustrísimo señor visitador general del reino D. José de Galvez) al colegio de San Fernando de Méjico, las misiones que los padres expulsos administraban en la California. Vióse precisado el colegio á admitirlas (no obstante lo falto que se halla de religiosos) para hacer á Dios y al rey este sacrificio, y á enviar al propio tiempo á España por competente número de misioneros.

Diez y seis eran los padres jesuitas que habia en la California, y otros tantos habian de pasar á remudarlos; pero teniendo ideado el superior gobierno poner en las cuatro misiones mas adelantadas sacerdotes seculares, pidieron los citados señores doce religiosos al reverendo padre guardian del colegio. Propúsolo este en comunidad, convidando á todos los que se hallasen con espíritu para tan ardua empresa; y prontamente tuvo el número necesario de misioneros, que se ofrecieron voluntariamente.

En este tiempo estaba nuestro venerable fray Junípero haciendo mision en la provincia del Mezquital, y como treinta leguas distante de Méjico. Eligiólo el prelado para presidente de aquellos misioneros; pero en atencion á no dar tiempo para consultar su voluntad la precision de salir, y estando tan conecido su espíritu y puntual obediencia (pues la menor insinuacion reputaba por precepto formal y expreso), lo hubo de escribir para que se regresara al colegio. Así lo practicó llegando á él el dia 12 de julio, y llegando á tomar la bendicion del reverendo padre guardian, este dijo al venerable padre lo llamaba para que fuese con los demás religiosos asignados por el discretorio á la California. Admitió el siervo de Dios el ser uno de los elegidos, y con mayor consuelo que los demás, por no haber concurrido ni siquiera con el *Ecce ego mitte me*, sino por sola eleccion del prelado, sin indagar su voluntad.

Tenia ya el excelentísimo señor virey prevenido todo el equipaje necesario para el viaje (por tierra) de doscientas leguas, hasta el puerto de San Blas, para que fuesen con alguna comodidad los padres, á efecto de evitar se enfermasen en el camino tan dilatado de tierra caliente y destemplada, y luego pasó aviso su excelencia al reverendo padre guardian para que estuviesen prontos para el dia 14 de julio del citado año de 1767. Despedímonos de la comunidad, y al tomar la bendicion del prelado, nos dijo este, convertidos en mares de lágrimas sus ojos: "Vayan, padres " y queridos hermanos, con la bendicion de Dios " y de nuestro santo padre san Francisco á tra- " bajar en aquella mística labor de la California " que nos ha fiado nuestro católico monarca: va- " yan, vayan con el consuelo de que llevan para " su prelado al padre lector Junípero, á quien " por esta patente nombro de presidente de to- " dos vuestras reverencias y de aquellas misio- " nes, y no tengo que decir mas sino que le obe- " dezcan como á mí mismo y me encomienden " á Dios." Aquí suspendió la voz por embargársela las impetuosas aguas que destilaban sus ojos, y entregando la patente al venerable padre, este la recibió con toda sumision, sin poder articular palabra por las muchas lágrimas que derramaba, y siendo el llanto de todos general y copioso, considerando seria aquella despedida para la eternidad, besamos la mano al reverendo padre guardian y salimos dicho dia (en que se celebra á san Buenaventura) acompañándonos el resto de la comunidad hasta fuera de la portería, cuyo compás hallamos lleno de gente para vernos marchar.

Duró la caminata hasta el pueblo de Tepic treinta y nueve dias, con los pocos que tuvimos de descanso en las ciudades de Querétaro y Guadalajara. En esta supimos por el ilustrísimo señor obispo de que no tenia clérigos para la California y que no estaba ninguna de las misiones en disposicion de ser administrada por otros sacerdotes que los misioneros, y que así lo habia escrito ya al excelentísimo señor virey. En vista de esto, dió cuenta de ello nuestro venerable padre presidente al reverendo padre guardian, suplicándole se esforzase á enviar mas religiosos. Así lo practicó hasta completar el número de diez y seis, que todos nos juntamos en el hospicio de la Santa Cruz de Zacate, que en el citado pueblo de Tepic tiene la provincia de Jalisco, de la regular observancia de nuestro padre san Francisco.

Habiendo llegado allí el venerable padre presidente el dia 21 de agosto, supo por el coronel comandante de la tropa que estaba acuartelada, con el destino de ir parte de ella á la California y Sonora, de que aun estaba despacio la salida, por lo muy atrasados que se hallaban los dos paquebotes, que con el fin de trasportarnos á todos para la California y Sonora se estaban construyendo; nos vimos precisados á detenernos en el

citado pueblo, manteniéndonos el rey de su cuenta.

El fervoroso celo del venerable padre Junípero no le permitió el que tantos religiosos como allí estábamos ociosos por detenidos, perdiésemos el tiempo que se podia emplear en la conversion de muchas almas, y así luego que descansamos de aquel largo viaje, dispuso el que hiciésemos mision en las cercanías del puerto de San Blas, repartiendo á todos por los pueblos expresados en el capítulo antecedente, quedándose su reverencia en el expresado pueblo de Tepic con otros compañeros, haciendo mision allí, en cuyo ejercicio nos ocupamos hasta principios de marzo del año de 1768, en que nos embarcamos, como se versa en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIII.

EMBÁRCANSE TODOS LOS MISIONEROS, Y LO QUE PRACTICÓ LL VENERABLE PADRE LLEGADO Á LA CALIFORNIA.

Llegó el deseado dia de embarcarnos en el paquebot nombrado la Concepcion, que habia anclado en el puerto de San Blas por el mes de febrero, trayendo de la California los diez y seis padres jesuítas, y en el mismo salimos el dia 12 de marzo de dicho año, habiendo anochecido ya, igual número de misioneros del colegio de San Fernando, de cuyo seráfico y apostólico escuadron era caudillo el venerable padre fray Junípero Serra, y sin haber tenido novedad alguna, dió fondo en la rada de Loreto la noche del 1º de abril, que aquel año era viernes Santo y el siguiente sábado de Gloria desembarcamos todos. Antes de repartirnos y caminar cada uno para su mision, que le fué señalada por el venerable padre presidente, dispuso este que primero celebrásemos todos juntos los tres dias de Pascua con misa cantada á nuestra Señora de Loreto, patrona de aquella península, en accion de gracias del viaje de mar, y para implorar su patrocinio para el de tierra (que para los mas fué de cien leguas y para otros de mas), el cual emprendimos el dia 6 de abril, y habiendo llegado á su mision cada uno, procuró imponerse en el gobierno y régimen observado en ella, conforme al encargo que traiamos del excelentísimo señor virey, para no innovar en nada hasta que llegase el ilustrísimo señor D. José de Galvez.

Embarcóse este señor en el puerto de San Blas el dia 24 de mayo, y fué tan dilatada su navegacion, que no llegó á la península hasta el 6 de julio, que desembarcó en la ensenada de Cerralvo, en el Sur de la California, y puso su real en el nombrado de Santa Ana, cien leguas distante del presidio de Loreto, trayendo no solo el encargo de visitar la península de Californias, sino tambien real órden de despachar una expedicion marítima á fin de poblar el puerto de Monterey, ó á lo menos el de San Diego.

Informado el citado señor, después de llegado á la California, del estado de las misiones y de la altura en que se hallaba la mas setentrional, le pareció conveniente para conseguir el fin de su majestad el hacer á mas de la expedicion de mar, otra por tierra, que saliendo de la última mision, fuese en busca del puerto de San Diego, y juntándose con la marítima se verificase el establecimiento allí.

Comunicó el ilustrísimo señor su alto y acertado pensamiento con nuestro venerable padre, escribiéndole desde el real de Santa Ana, quien le respondió le parecia lo mas oportuno, y que se ofrecia á ir en persona con cualquiera de las dos expediciones, como tambien el número de misioneros que fuese necesario para aquella empresa; y suponiendo que admitiria esta propuesta el señor visitador general, se puso luego en camino para visitar las misiones mas inmediatas á Loreto y convidar á los padres para aquella funcion, y lo mismo hizo por escrito á los que se hallaban retirados, y con motivo de esta visita anduvo mas de cien leguas.

Al regreso de este viaje ya halló la respuesta del señor don José de Galvez, en que agradeciéndole el ofrecimiento que nacido de su ardentísimo celo habia hecho, le decia tomase el trabajo de bajar al real de Santa Ana ó puerto de la Paz, donde lo hallaria, y que lo deseaba mucho para tratar el asunto de las expediciones. Emprendió luego aquel viaje, que es de doscientas leguas en ida y vuelta; y si unimos á estas las otras ciento que anduvo en la visita de las tres misiones del Sur, hacen trescientas leguas que por entonces caminó el venerable padre. Trató luego con el citado señor acerca de las expediciones, y quedaron convenidos en que por mar, con los dos paquebotes, irian tres misioneros, y uno con el paquebot que saldria después, y que por tierra fuesen dos, uno con el primer trozo y el venerable padre presidente con el segundo y el señor gobernador comandante de la expedicion.

Resolvieron se fundasen tres misiones, una en el puerto de San Diego, otra en el de Monterey con el título de San Cárlos, y la restante con el de San Buenaventura en la medianía de ambos puertos. Estando ya de acuerdo en esto, dieron mano á disponer los ornamentos, vasos sagrados y demás necesario para iglesia y sacristía, como asimismo lo perteneciente á casa y campo, para que encajonado todo fuese por mar, y por tierra lo demás que se previniese en Loreto. En vista de estas disposiciones tan del agrado del venerable padre y tan ajustadas á sus deseos, nombró luego los padres que se habian de embarcar, y les avisó para que fuesen, como lo hicieron, al puerto de la Paz y cabo de San Lúcas, y el ilustrísimo señor visitador general por su parte dió

mano á disponer todo lo necesario, trabajando personalmente como si fuese un peon.

Luego que llegaron de San Blas los barcos, haciendo de capitana el San Cárlos, que dió fondo en el citado puerto de la Paz y San Antonio, alias el Príncipe, que no dándole lugar los vientos por contrarios allí, dió fondo en el cabo de San Lúcas, quiso el ilustrísimo señor reconocer si estaba en disposicion de hacer el viaje, mandó descargar la capitana, y viéndole la quilla, determinó darle una recorrida y nueva carena; pero faltando la brea para hacerlo, no se dedignó la cristiana piedad del expresado señor no solo idear de qué sacarla, sino que por sus mismas manos trabajó para conseguirla, como lo logró de los pitahayos, cuando á todos parecia imposible. Con esto, quedando á su satisfaccion los citados buques, los mandó cargar de todos los víveres y demás que habia traido de San Blas, como asimismo de cuanto se custodiaba en los almacenes, que en el puerto de la Paz ó de Cortés habia mandado edificar.

Tambien por sí mismo ayudó este señor al venerable padre Junípero y padre Parron á encajonar los ornamentos, vasos sagrados y demás utensilios de iglesia y sacristía para las tres misiones que de pronto se habian de fundar, gloriándose en una carta que el referido señor al mismo tiempo me escribió, en que me expresaba que era mejor sacristan que el padre Junípero, pues compuso los ornamentos y demás para la mision, que llamaba suya, de San Buenaventura, con mas prontitud que el siervo de Dios los de la suya de San Cárlos, y que le hubo de ayudar. Asimismo con el fin de que estas se fundasen con el mismo órden y gobierno que las de Sierra Gorda, tan del agrado del propio ilustrísimo señor, este mandó encajonar y embarcar todos los utensilios de casa y campo, con la necesaria herramienta para labores de tierra y siembra de toda especie de semillas, así de la antigua como de la Nueva España, sin olvidarse por estas atenciones de las mas mínimas, como hortaliza, flores y lino, por estar aquella tierra, en su concepto, para todo fértil, por estar en la misma altura que España, y no le engañó su pensamiento, como diré adelante. Igualmente determinó para dicho efecto que de la mision antigua, situada mas hácia el Norte, condujese la expedicion de tierra doscientas reses de vacas, toros y bueyes para poblar aquella nueva tierra de este ganado mayor, para cultivarlas todas y para que á su tiempo no faltase que comer, el que se ha aumentado mucho y procreado admirablente. En cuanto estuvo todo dispuesto, señaló el mismo señor el dia que hubiese de salir la comandanta, mandando que toda la gente se dispusiese por medio de los santos sacramentos de penitencia y Eucaristía.

De esta manera se practicó, celebrando el reverendo padre presidente la bendicion de barco y banderas, y dándoles á todos su bendicion después de la misa de rogativa al santísimo patriarca señor san José, á quien se nombró por patrono de las expediciones de mar y tierra, habiendo de antemano por carta cordillera encargado á los ministros que todos los meses el dia diez y nueve se cantase en todas las misiones una misa al santísimo patriarca, concluyéndose con la letanía de los santos, de rogativa para conseguir el mas feliz éxito de dichas expediciones. Después de la misa de rogacion que va referida, hizo el señor visitador general á toda la gente una gran exhortacion ó plática para animarla, y todos enternecidos se embarcaron el dia 9 de enero de 1769 en la citada capitana San Cárlos, acompañándolos para su consuelo el padre fray Fernando Parron.

La gente que conducia fué el capitan comandante de la expedicion marítima don Vicente Vila; una compañía de soldados voluntarios de Cataluña de veinticinco hombres con su teniente don Pedro Fajes; el ingeniero don Miguel Constanzó, como tambien don Pedro Prat, cirujano de la real armada, y toda la tripulacion necesaria con los correspondientes oficiales de marina. Hízose á la vela el citado dia nueve, y en cuanto se apartó del puerto, salió el reverendo padre fray Junípero para su mision y presidio de Loreto, para disponer todo lo necesario para la otra expedicion; y de paso, como que era camino, paró en mi mision de San Francisco Javier, y refiriéndome todo lo dicho, rebosaba á su rostro la alegría, júbilo y contento de su corazon.

El segundo barco destinado para la expedicion era el San Antonio, alias el Príncipe, el cual, como se ha dicho, no permitiéndole los vientos arribar al puerto de la Paz, fué á dar fondo en el cabo de San Lúcas. Luego que el señor visitador tuvo esta noticia, despachó órden al capitan para que allí se mantuviese, que su ilustrísima pasaria por allí, como se verificó, pues el mismo dia que salió el San Cárlos se embarcó en el paquebot nombrado la Concepcion, y me escribió la noticia de la salida del citado navío, y que ya que no podia ir á la expedicion para fijar por su mano el estandarte de la santa cruz en el puerto de Monterey, no queria omitir el acompañarla hasta el cabo de San Lúcas, que allí desembarcaria viéndola pasar, y daria mano á disponer que sin pérdida de tiempo saliese el San Antonio. Así lo practicó el expresado señor, acompañando á la capitana hasta el citado cabo de San Lúcas, donde tuvo el gusto de verla salir con viento en popa el dia 11 de enero de dicho año de 1796.

Luego que desembarcó su señoría ilustrísima en el mismo cabo, comenzó á abreviar la salida del San Antonio; pero antes de todo practicó con este barco lo mismo que con el San Cárlos, mandándolo descargar y recorrer, y en cuanto estuvo á su satisfaccion, dispuso se equipase, así con lo que habia traido de San Blas como con la prevencion de granos, carnes, pescado, etc., que tenia este señor con su eficacia acopiada para esto

fin. Embarcado todo, prevenida la gente, dispuesta con el santo sacramento de la penitencia y cantada la misa de rogativa al señor san José, comulgó en ella, y concluida les hizo el señor don José de Galvez su plática exhortatoria para la paz y union, compeliéndoles al cumplimiento de su obligacion y obediencia á los jefes y oficiales, y á que respetasen á los padres misioneros fray Juan Vizcaino y fray Francisco Gomez, que con ellos iban para su consuelo; y concluida la funcion se embarcaron el dia 15 de febrero, y siendo este dia de la traslacion de san Antonio de Padua, patrono de dicho barco, confiaron en su patrocinio que con toda felicidad lo trasladaria al puerto de San Diego ó Monterey. Con esta confianza salieron, previniendo dicho señor al capitan del citado paquebot, que era don Juan Perez Mallorquin, insigne piloto de la carrera de Filipinas, que procurase no perder instante de tiempo; en inteligencia de que el comandante capitan de San Cárlos, llevaba la órden de ir en derechura al puerto de San Diego y esperar solos veinte dias, y que si dentro de este término no llegase dejando señal, cruzase para Monterey, y que lo mismo habia él de practicar en caso de no encontrar dicha capitana en San Diego, ni á la expedicion de tierra, cuyo capitan llevaba la misma órden.

Concluido el despacho de estos dos barcos, dió principio el señor visitador general á disponer el tercero, nombrado el Señor San José, que habiendo venido de San Blas, se hallaba fondeado en el cabo de San Lúcas. Dió la órden de que descargándose y registrándose, se hiciese la misma diligencia que con los otros dos; y habiéndose ejecutado, lo envió para el puerto de la Paz, encargando al capitan lo esperase allí, pues antes de salir para San Diego tenia que ir á Loreto. En cuanto salió dicho paquebot para el puerto de la Paz, fué el ilustrísimo señor por tierra, dando vuelta á todo el cabo por la playa, hasta llegar á la mision de Todos Santos, y de allí al real de Santa Ana. Concluidas las diligencias de la visita, pasó el mencionado puerto de la Paz y se embarcó en una balandra, para ir de convoy con el paquebot Señor San José, donde tambien se habian embarcado los dos padres misioneros que vinieron del colegio de San Fernando en lugar de los otros dos que iban con la expedicion.

Salieron de la Paz á mediados de abril, y en breve tiempo llegaron con toda felicidad á Loreto, y se detuvieron en dicha rada hasta el 1º de mayo, ocupándose su señoría ilustrísima en dar las providencias y disposiciones necesarias para el buen régimen de la tropa y presidio y para las misiones de indios, dejando fundado un colegio de muchos de ellos para la marina. Concluida su visita, se embarcó en la misma balandra dicha el dia 1º de mayo para pasar á la ensenada de Santa Bárbara del Rio Mayo, de la costa de Sonora, llevando en su compañía el paquebot Señor San José, á fin de que recibiese parte de la carga que tenia el expresado señor encargada, quien habiendo llegado felizmente, caminó al real de Alamos para dar principio á la visita de aquellas provincias, y el dicho paquebot, recibida la carga, volvió á Loreto por la restante que estaba preparada. En este barco se habia de embarcar para San Diego el padre predicador fray José Murguía, y por hallarse gravemente enfermo y sacramentado este, salió de Loreto sin ningun religioso el dia 16 de junio del mismo año, y no habiéndose vuelto á saber mas de él ni parecido fragmento alguno, se juzga padeceria naufragio en alta mar. He adelantado estos pasajes para concluir la narracion de las expediciones marítimas y pasar con mas desembarazo á hacer relacion de las de tierra.

CAPITULO XIV.

FUNCIONES DE LA EXPEDICION DE TIERRA, SALIDA DE LORETO DEL VENERABLE PADRE Y SU LLEGADA Á LA GENTILIDAD, DONDE DIÓ PRINCIPIO Á LA MISION PRIMERA.

Con la misma eficacia que el ilustrísimo señor visitador general deseaba dar cumplimiento á la real órden su majestad para poblar el puerto de Monterey, empleó cuantos medios consideró oportunos para la consecucion de tan noble intento. Ya dije cómo á mas de la expedicion marítima que mandaba su majestad se hiciese, añadió el mismo señor ilustrísimo y á la presente excelentísimo don José de Galvez, etra expedicion por tierra, en atencion á que segun estaba informado, no podia estar muy lejos el puerto de San Diego de la frontera de la California descubierta, y sin olvidarse de la de mar ni de la visita de la península, dió sus disposiciones para la citada expedicion, á efecto de que juntándose ambas en dicho puerto y quedando este poblado, se pasase á hacer lo mismo con el de Monterey.

Luego que su señoría ilustrísima derminó hacer la segunda expedicion, no menos ardua que peligrosa con respecto á la de mar, por la mucha gentilidad de diversas y depravadas naciones; como era natural se encontrase en el camino, dispuso, á imitacion del patriarca Jacob, el dividirla en dos trozos, para que si se desgraciase el uno, se salvase el otro. Nombró por principal comandante á don Gaspar de Portalá, capitan de dragones y gobernador de la California, y de su segundo á don Fernando Rivera y Moncada, capitan de la compañía de cuera del presidio de Loreto, para ir mandando el primer trozo, y de explorador de aquella tierra hasta entonces no conocida de los españoles, y al señor gobernador para ir en la segunda parte de la expedicion.

Hecho este nombramiento, le dió las instruc-

ciones correspondientes, y al señor capitan la órden para que de toda la compañía de cuera escogiese el número de soldados que juzgase conveniente y á propósito, y en caso necesario reclutase otras, y el número de arrieros para las cargas y equipaje de la expedicion, como tambien que fuese caminando para la frontera y entrando en todas las misiones, donde debia pedir todas las bestias mulares y caballares que no hiciesen allí falta, como asimismo cuantas cargas se pudiesen de carne hecha cecina, granos, harina, pinole y bizcocho, dejando en cada mision recibo de cuanto sacase, para satisfacerlo todo, y que con toda la provision subiese para la frontera de Santa María de los Angeles, llevando tambien doscientas reses; y que de todo le diese noticia, como asimismo del tiempo en que podria salir el primer trozo de la expedicion.

Con todas estas órdenes, que cumplió puntualmente, salió el señor capitan del real de Santa Ana por el mes de setiembre de 1768, y habiendo llegado al sitio de Nuestra Señora de los Angeles, que es la frontera de la gentilidad, donde encontró parte de la carga que habian subido ya por las lanchas hasta la bahía de San Luis, registró el terreno, y no hallándolo capaz para que en él se mantuviesen ni aun las bestias, por la absoluta falta de pastos, reconoció las cercanías, internándose hácia la gentilidad, y quiso Dios que á las diez y ocho leguas de haber caminado para San Diego, halló un paraje acomodado á su intento, y haciendo conducir allí toda la carga, ganados y bestias, dió parte al señor visitador general, que se hallaba entonces en el Sur de la California trabajando en el despacho de la expedicion marítima, avisándole que en todo marzo esperaba estar dispuesto para poder continuar su viaje.

Con esta noticia el venerable padre fray Junípero, que tenia nombrado para ir con dicha expedicion al padre predicador fray Juan Crespi, misionero de la mision de la Purísima Concepcion, le escribió se pusiese en camino para no hacer falta. Salió el citado padre de aquella mision á 26 de febrero de 1769 y llegó á la frontera, en donde estaba formado el real, en el paraje que aquellos gentiles nombraban Vellicatá, el miércoles Santo dia 23 de marzo, encontrando allí al señor capitan y á toda la gente pronta para la salida, y ya confesada por el misionero de San Borja, que con este fin habia subido, para que el siguiente dia jueves Santo cumpliesen todos, como lo hicieron, con el precepto de nuestra madre la Iglesia, y el viernes Santo, 24 de marzo, saliese la expedicion.

Esta se componia de los siguientes sugetos: el señor capitan comandante, el padre fray Juan Crespi, un pilotin que iba para observar y formar el diario, veinticinco soldados de cuera, tres arrieros y una cuadrilla de indios neófitos californios para gastadores, ayudantes de arrieros y demás quehaceres que se ofreciesen, armados todos de arco y flechas; y habiendo gastado en el camino cincuenta y dos dias sin novedad alguna, llegaron el 14 de mayo al puerto de San Diego, donde hallaron fondeados los dos barcos, como diré adelante.

Para la segunda parte de la expedicion quedaron en el dicho paraje de Vellicatá las bestias mulares y caballares, toda la carga perteneciente á ella, el ganado vacuno, parte de la tropa y arrieros que habian de marchar, y la restante habia de acompañar al señor gobernador y venerable padre presidente, quien suplicó á este señor se adelantase supuesto que tenia que recoger otras cargas en el camino; que le dajase dos soldados y un mozo, que él saldria después y lo alcanzaria antes de llegar á la frontera. Convencido en esto el citado señor gobernador, salió de Loreto con la tropa el dia 9 de marzo, y habiendo llegado á mi mision, me comunicó, aunque de paso, lo malo que estaba del pié y pierna el venerable padre Junípero, pues en el viaje que habia hecho hácia el Sur se habia empeorado mucho, como asimismo que creia se le habia acancerado el pié, y dudaba que con este accidente pudiese hacer tan penoso y dilatado viaje. "Y
" no obstante de haberle hecho presente el atra-
" so que podia seguirse á la expedicion si en el
" camino se imposibilitaba, no he podido conse-
" guir el que se quede y que vuestra paternidad
" vaya. Su respuesta ha sido, siempre que le he
" hablado del asunto, que espera en Dios le da-
" rá fuerzas para seguir hasta San Diego y Mon-
" terey; que vaya yo por delante, que me alcan-
" zará á la raya de la gentilidad. Yo lo miro ca-
" si imposible, y así se lo escribo al señor visita-
" dor." Díjome que verificase yo lo mismo, como lo hice, y se fué caminando con la tropa hasta acercarse á los gentiles, y en la mision de San Ignacio se le agregó el padre fray Miguel de la Campa, ministro que era de ella, y estaba nombrado para subir á la conquista.

El dia 28 de marzo, tercera fiesta de la Pascua de resurreccion, salió nuestro venerable padre de su mision y presidio de Loreto, después de haber celebrado con la devocion que acostumbraba la semana Santa y de dejar confesados todos los vecinos de la mision y presidio y comulgados en cumplimiento del precepto de nuestra santa madre Iglesia, pues por estas atenciones no pudo ir con el señor gobernador; pero habiéndolas concluido en el último dia de la Pascua, cantó la misa, predicó al pueblo, despidiéndose de todos hasta la eternidad, y partió de Loreto, como llevo dicho, sin mas compañía que la de dos soldados y un mozo. Así llegó á mi mision; pero viéndole la llaga é hinchazon del pié y pierna, no pude contener las lágrimas al considerar lo mucho que tenia que padecer en los ásperos y penosísimos caminos que eran conocidos hasta la frontera, y los que se ignoraban y descubrian

después, sin mas médico ni cirujano que el divino y sin mas resguardo el accidentado pié que la sandalia, sin usar jamás en cuantos caminos anduvo en la Nueva España como en ambas Californias, zapatos, medias ni botas; disimulando y excusándose con decir que le iba mejor con tener el pié y piernas desnudas.

Detúvose conmigo en la mision el venerable padre tres dias, y así por gozar de su amable compañía por el amor recíproco que nos profesábamos desde el año de 1740 en que me asignó la obediencia por uno de sus discípulos de filosofía, como tambien para tratar los puntos pertenecientes á la presidencia, por estar yo nombrado en la patente de nuestro colegio de presidente por muerte ó ausencia del venerable fray Junípero; antes de hablar acerca de esos asuntos, le hice presente el estado en que se hallaba el pié y pierna, y que naturalmente era imposible pudiese hacer tan dilatado viaje, pudiéndose originar de esto que se desgraciase la expedicion, ó por lo menos que se demorara, y que no ignoraba yo me adelantaba en los deseos de ir á la conquista, pero no en las fuerzas y la salud que lograba; y que en atencion á esto tuviese á bien el quedarse y que yo fuese.

Pero habiendo oido mi proposicion, me respondió luego en estos términos: "No hablemos de "eso: yo tengo puesta toda mi confianza en Dios, "de cuya bondad espero me conceda llegar, no "solo á San Diego para fijar y clavar en aquel "pueblo el estandarte de la santa cruz, sino tam- "bien al de Monterey." Me resigné, viendo que el fervoroso prelado me excedia, y no poco, en la fe y confianza en Dios, por cuyo amor sacrificaba su vida en las aras de sus apostólicos afanes. Pasamos después á tratar de los demás asuntos, y concluidos salió de la mision á continuar su viaje, aumentándose el dolor de la despedida al ver que para subir y bajar de la mula en que iba, era necesario que dos hombres, levantándolo en peso, lo acomodasen en la silla. Y fué su última despedida el decirme: "Adios, hasta Mon- "terey, donde espero nos juntaremos para tra- "bajar en aquella viña del Señor." Mucho me alegré de esto, pero mi despedida fué "hasta la eternidad;" y habiendo sido reprendido amorosamente de mi poca fe, me dijo que le habia penetrado el corazon.

Fué subiendo de una mision á otra, visitando á los padres, consolándolos á todos y pidiéndoles lo encomendasen á Dios. Hallábase este su siervo distante de mi mision cincuenta leguas, en la de Nuestra Señora de Guadalupe, cuando recibí la respuesta del señor visitador general á la carta que le habia escrito dándole noticia del estado del venerable padre, quien no habia modo de quedarse, y que me parecia no podria seguir la expedicion; á la que me respondió, como ya lo habia tratado en el real de Santa Ana y en el puerto de la Paz, y conocido su grande espíritu, con esta expresion "Me alegro mucho vaya "caminando con la expedicion el reverendo pa- "dre Junípero, y alabo su fe y gran confianza "que tiene en que ha de mejorar y que le ha "de conceder Dios el llegar á San Diego: *esta* "*misma confianza tengo yo*," y ciertamente, como después veremos, no le salió falsa. Con esta respuesta perdí yo la esperanza de ir con la expedicion; pero conformándome con la voluntad de Dios, proseguí pidiendo á su majestad por la salud de mi venerado padre y feliz éxito de las expediciones.

Con mucho trabajo, no menor fatiga y ningun alivio del penoso accidente, pudo alcanzar en el paraje de Nuestra Señora de los Angeles, frontera de la gentilidad, al señor gobernador y padre predicador fray Miguel de la Campa; y habiendo descansado allí tres dias, siguieron juntos con la tropa entre la gentilidad hasta llegar al paraje de Vellicatá, donde estaba parado el real con todas las cargas, y entraron en el dia 13 de mayo.

CAPITULO XV.

FUNDA EL VENERABLE PADRE LA PRIMERA MISION, QUE DEDICÓ Á SAN FERNANDO, Y SALE CON LA EXPEDICION PARA EL PUERTO DE SAN DIEGO.

Con motivo de la detencion de la gente y tropa de las expediciones en el paraje nombrado de aquellos naturales Vellicatá, hubo lugar para que se explorase aquel terreno y todas sus cercanías, como tambien para que los soldados hiciesen algunas casitas para resguardarse la temporada que duró la mansion; y asimismo una capillita en que les dijo misa el padre predicador fray Fermin Luzuen, cuando fué por la cuaresma á confesar á la gente del primer trozo de la expedicion que queda ya citada; y habiendo llegado á aquel sitio el señor gobernador y los padres presidente y fray Miguel de la Campa el dia 13 de mayo, como dije en el capítulo antecedente, vigilia de Pentecostés, les pareció que estaba acomodado para fundar allí una mision, y mas por haberles dicho lo mismo los soldados, que habiendo estado en aquel paraje algunos meses con el ganado y caballada, habian registrado algunas leguas de su circuito. En esta atencion, y que era muy conveniente para la comunicacion desde San Diego á la antigua California, y que la mision mas inmediata á Vellicatá era la de San Francisco de Borja, distante como sesenta leguas de tierra despoblada, estéril y falta de aguas, determinaron hacer el establecimiento en el citado sitio.

Convenidos en esto y no pudiendo demorarse por la precision de marchar para San Diego, se dispuso que el siguiente dia, 14 de mayo, tan festivo, como que era el del Espíritu Santo, se tomase posesion del terreno en nombre de nuestro católico monarca y que se diese principio á la mision. Luego que vieron estas resoluciones los

soldados, mozos y arrieros, dieron mano á limpiar la pieza que habia de servir de iglesia interina, y adornarla segun la posibilidad que habia: colgaron las campanas y formaron una grande cruz.

El dia siguiente, 14 de mayo, como queda dicho, y primero de Pascua del Espíritu Santo, se dió principio á la fundacion. Revistióse el padre de alba y capa pluvial, bendijo agua, y con ella el sitio y la capilla, é inmediatamente la santa cruz, la que habiendo sido adorada de todos, fué enarbolada y fijada en el frente de la capilla. Nombró por patrono de ella y de la mision al que lo es de nuestro colegio el santo rey de Castilla y Leon señor San Fernando, y por ministro de ella al padre predicador fray Miguel de la Campa Coz; y habiendo cantado la misa primera, hizo una fervorosa plática de la venida del Espíritu Santo y establecimiento de la mision. Concluido el santo sacrificio, que se celebró sin mas luces que las de un cerillo y otro pequeño cabo de vela, por no haber llegado las cargas en que venia la cera, cantó el *Veni Creator Spiritus*, supliendo la falta de órgano y demás instrumentos músicos los continuos tiros de la tropa, que disparó durante la funcion, y el humo de la pólvora al del incienso, que no tenian.

Por la urgencia con que debia salir la expedicion, no logró el venerable padre fundador el gusto de ver en esta mision primera bautismo alguno, como lo tuvo por primicia en las otras diez que estableció; pero delante de Dios no perderia el mérito de los muchos gentiles que á su majestad se convirtieron, pues pasado el tiempo de cuatro años y cuando se entregó aquella mision á los reverendos padres domínicos, habia en ellas 296 cristianos nuevos de todas edades, segun consta del padron que entregué á los mismos padres, y firmado por ellos se remitió al excelentísimo señor virey. Habiéndose mantenido allí nuestro venerable fray Junípero tres dias, quiso el Señor enseñarle una cuadrilla de gentiles que en breve tiempo recibieron el sagrado bautismo, causándole grande regocijo, como manifiesta en la siguiente expresion de su diario, que no omito insertar, ya que no puede ir todo por lo muy voluminosa que se haria esta relacion.

"Dia 15 de mayo, segundo dia de Pascua y " de fundada la mision, después de las dos mi- " sas que el padre Campa y yo celebramos, tu- " ve un gran consuelo, porque acabadas las dos " misas, estándome recogido dentro del jacalito " de mi morada, me avisaron que venian, y ya " cerca, gentiles. Alabé al Señor, besé la tier- " ra, dando á su majestad gracias de que des- " pués de tantos años de desearlos me concedia " ya verme entre ellos en su tierra. Salí pron- " tamente y me hallé con doce de ellos, todos " varones y grandes, á excepcion de dos que " eran muchachos, el uno como de diez años y " el otro de diez y seis: ví lo que apenas acaba- " ba de creer cuando lo leia ó me lo contaban, " que es el andar enteramente desnudos, como " Adan en el paraíso antes del pecado. Así " iban y así se nos presentaron; y los tratamos " largo rato, sin que en todo él con vernos á to- " dos vestidos se les conociese la mas mínima " señal de rubor á estar de aquella manera des- " nudos. A todos, uno por uno, puse ambas " manos sobre sus cabezas en señal de cariño; " les llené ambas manos de higos pasados, que " luego comenzaron á comer, y recibimos, con " muestras de apreciarles mucho, el regalo que " nos presentaron, que fué una red de mescales " tlatemados y cuatro pescados mas que media- " nos y hermosos; aunque como los pobres no " tuvieron la advertencia de destriparlos, y mu- " cho menos de salarlos, dijo el cocinero que ya " no servian. El padre Campa tambien les re- " galó sus pasas; el señor gobernador les dió ta- " baco en hoja; todos los soldados los agasajaron " y les dieron de comer, y yo con el intérprete " les hice saber que ya en aquel propio lugar se " quedaba padre de pié el que allí veian y se " llamaba padre Miguel; que viniesen ellos y de- " más gentes de sus conocidos á visitarlo y que " echasen la voz de que no habia que tener mie- " do ni recelo; que el padre seria muy su amigo, " y que aquellos señores soldados que allí que- " daban junto con el padre, todos les harian mu- " cho bien y ningun perjuicio; que ellos no hur- " tasen de las reses que iban por el campo, sino " que en teniendo necesidad viniesen á pedir al " padre y les daria siempre que pudiese. Estas " razones y otras semejantes parece que aten- " dieron muy bien y dieron muestras de asen- " tirlas todos, de suerte que me pareció que no " habian de tardar en dejarse coger en la red " apostólica y evangélica." Así fué, como después veremos, y el señor gobernador le dijo al que hacia de capitan, que si hasta entonces no mas tenia este título por el decir ó querer de sus gentes, que desde este dia lo hacia capitan, y con su poder en nombre del rey nuestro señor.

Viendo el citado señor que tan prontamente ocurrian gentiles á aquella primera mision, puso luego en ejecucion la órden que tenia del señor visitador general para entregar al padre de aquella doctrina la quinta parte del ganado vacuno, cuya porcion recibió el padre Campa en nombre de sus futuros hijos, señalando aquellas reses para distinguirlas de las demás que quedaron allí pertenecientes á las misiones de Monterey, por parecerle así conveniente al señor gobernador, pues ignoraba el éxito de las expediciones. Dejó asimismo al citado padre cuarenta fanegas de maíz, un tercio de harina y otro de pan bizcochado, chocolate, higos y pasas, para tener con que regalar á los gentiles para atraerlos; le dejó de resguardo una escolta de soldados con su cabo, y el mismo dia 15 por la tarde salió la expedicion, aunque anduvo solas tres leguas.

En los tres dias que se mantuvo en Vellicatá no sintió nuestro venerable padre novedad alguna en el pié; desde luego que la alegría y divertimiento con la citada fundacion le harian olvidar los dolores; pero no fué así, pues luego en la primera jornada de tres leguas se le inflamó de tal suerte el pié y pierna, que parecia estar ancancerado, y entonces eran con tanta vehemencia, que no lo dejaban sosegar; pero no obstante, sin decir nada anduvo otra jornada, tambien de tres leguas, hasta llegar al paraje nombrado San Juan de Dios. Allí se sintió ya tan agravado del accidente, que no pudiendo mantenerse en pié ni estar sentado, hubo de postrarse en la cama, padeciendo los dolores con tanta fuerza, que le imposibilitaban el dormir.

Viéndolo de esta suerte el señor gobernador, le dijo: "Padre presidente, ya ve vuestra reve- " rencia cómo se halla incapaz de seguir con la " expedicion: estamos distantes de donde salimos " solo seis leguas; si vuestra reverencia quiere, " lo llevarán á la primera mision para que allí " se restablezca, y nosotros seguiremos nuestro " viaje." Pero nuestro venerable padre, que jamás desmayó en su esperanza, le respondió de esta manera: "No hable usted de esto, porque " yo confío en Dios me ha de dar fuerzas para " llegar á San Diego, como me las ha dado para " venir hasta aquí; y en caso de no convenir, me " conformo con su santísima voluntad. Mas que " me muera en el camino, no vuelvo atrás; á " bien que me enterrarán y quedaré gustoso en- " tre los gentiles, si es la voluntad de Dios."

Considerando el citado señor gobernador la firme resolucion del venerable padre y que ni á caballo ni á pié podia seguir, mandó hacer un tapestle en forma de parihuela ó féretro de difuntos, formado de varas, para que acostado allí, lo llevasen los indios neófitos de la California, que iban con la expedicion para gastadores y demás oficios que se ofreciesen. Al oir esto el venerable padre se contristó mucho, considerando, como prudente y humilde, el trabajo tan grande que se originaba á aquellos pobres en cargarlo. Con esta pena, recogido en su interior, pidió á Dios le diese alguna mejoría, para evitar la molestia que se seguia á los indios si lo conducian de este modo; y avivando su fe y confianza en Dios, llamó aquella tarde al arriero Juan Antonio Coronel y le dijo: "Hijo, ¿no sabrás hacer- " me un remedio para la llaga de mi pié y pier- " na?" Pero él le respondió: "Padre, ¿qué re- " medio tengo yo de saber? ¿qué acaso soy ciru- " rujano? Yo soy arriero y solo he curado las " mataduras de las bestias. Pues hijo, haz cuen- " ta que yo soy una bestia y que esta llaga es " una matadura, de que ha resultado la hincha- " zon de la pierna y los dolores tan grandes que " siento que no me dejan parar ni dormir; y haz- " me el mismo medicamento que aplicarias á una " bestia." Sonriéndose el arriero y todos los que le oyeron, le respondió: "Lo haré, padre, por darle gusto." Y trayendo un poco de sebo, lo machacó entre dos piedras, mezclándole las yerbas del campo que halló á mano; y habiéndolo frito, le untó el pié y pierna, dejándole puesto en la llaga un emplastro de ambas materias. Obró Dios de tal suerte, que como me escribió su siervo desde San Diego, se quedó dormido aquella noche hasta el amanecer, que despertó tan aliviado de sus dolores y llaga, que se levantó á rezar maitines y prima, como lo tenia de costumbre, y concluido el rezo dijo misa, como si no hubiera padecido tal accidente. Quedaron admirados, así el señor gobernador como los demás de la tropa al ver en el venerable padre tan repentina salud y alientos que para seguir la expedicion tenia, sin que por su causa hubiese la mas mínima demora.

Continuó la expedicion su camino, siguiendo el rastro de los exploradores, que era el mismo que tres años antes habia andado el padre Wenceslao Link, segun dijeron los soldados que lo acompañaron en la expedicion al Rio Colorado, hasta un lugar que el citado padre nombró la Cieneguilla, distante de la nueva mision de San Fernando en Vellicatá veinticinco leguas al rumbo del Norte. Del citado sitio seguia el rastro de dicha expedicion hácia el mismo viento, buscando el desemboque del Rio Colorado, á donde no pudo llegar, porque, como dice en su diario que formó y remitió al excelentísimo señor virey, á pocos dias de haber salido de la Cieneguilla encontraron con una grande sierra, toda de piedra, donde por imposibilitadas las bestias, no pudieron seguir y se vieron obligados á retroceder hasta la mision frontera nombrada San Borja, de donde habia salido la citada expedicion.

De todo esto eran sabedores los de la nuestra, así por las noticias que daban algunos soldados que iban en ella y habian acompañado al dicho padre jesuíta, como por las que ministraba el diario de este, que tenia nuestro venerable fray Junípero. Y como quiera que nuestras expediciones no se encaminaban al Rio Colorado, sino al puerto de San Diego, dejaron el rumbo del Norte desde la Cieneguilla y tomaron el del Noroeste, declinándose á la costa del mar Grande ó Pacífico, con lo cual lograron hallar el deseado puerto de San Diego, á donde arribaron el dia 1º de julio, habiendo gastado en el viaje desde la mision de San Fernando cuarenta y seis dias.

Cuando los individuos de esta expedicion divisaron aquel puerto, desde luego parece se llenó á todos el corazon de alegría, segun las demostraciones que hizo la tropa en continuos tiros, á los cuales correspondió la del primer trozo que habia llegado allí, el mismo dia que en Vellicatá se celebró la fundacion de la primera doctrina nombrada San Fernando. Asimismo acompañaron la salva los dos barcos que estaban ya fondeados en el mismo puerto, la cual duró has-

ta que apeándose todos, pararon á significarse su recíproco cariño con estrechos abrazos y finos parabienes de verse todas las expediciones juntas y ya en su anhelado destino.

Las funciones que en aquel puerto practicaron después de su llegada á él, así el señor gobernador, principal jefe y comandante, con el reverendo padre presidente, se verán en el siguiente capítulo, el cual ocupará la carta que á su llegada me escribió mi venerado padre lector fray Junípero, en que me dá noticia de su viaje, y del de los demás, con las providencias y determinaciones de los señores comandantes de mar y tierra.

CAPITULO XVI.

COPIA DE CARTA DEL VENERABLE PADRE Y LO QUE DETERMINÓ EN SAN DIEGO SOBRE LA EXPEDICION.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo pa-" dre lector y presidente fray Francisco de Pa-" loú.—Carísimo mio y mi señor: Celebraré que " vuestra reverencia se halle con salud y traba-" jando con mucho consuelo y felicidad en el es-" tablecimiento de esa nueva mision de Loreto y " de las otras, y que cuanto antes venga el re-" fuerzo de nuevos ministros para que todo que-" de establecido en buen órden para consuelo de " todos. Yo, gracias á Dios, llegué antes de " ayer dia 1º de este mes á este puerto de San " Diego, verdaderamente bello y con razon fa-" moso. Aquí alcancé á cuantos habian salido " primero que yo, así por mar como por tierra, " menos los muertos. Aquí están los compañe-" ros padres Crespi, Vizcaino, Parron, Gomez y " yo, todos buenos, gracias á Dios. Aquí están " los dos barcos, y el San Cárlos sin marineros, " porque todos se han muerto del mal de loanda, " y solo le ha quedado uno y un cocinero. El " San Antonio, alias el Príncipe, cuyo capitan es " don Juan Perez, paisano de la ribera de Pal-" ma, aunque salió un mes y medio después, lle-" gó acá veinte dias antes que el otro. Estan-" do ya próximo á salir para Monterey, llegó " San Cárlos, y para socorrerle con su gente, es-" ta se le infestó tambien y se le murieron ocho; " y en fin, lo que han resuelto es que dicho San " Antonio se vuelva desde aquí á San Blas y " traiga marineros para él y para San Cárlos, y " después irán los dos: veremos el paquebot San " José cómo llega, y si viene bien, el postrero " será el primero que vaya.

"Han sido la ocasion del atraso de San Cárlos " dos cosas: la primera, que por el mal barrilaje, " de donde inopinadamente hallaron que se sa-" lia el agua, y de cuatro barriles no podian lle-" nar uno, hubieron de repente de arribar á tier-" ra á haberla, y la cogieron de mala parte y ca-" lidad, y por ella empezó á enfermar la gente: la " segunda fué, que por el error en que estaban " todos, así su ilustrísima como los demás, de " que este puerto estaba en altura de 33 á 34 " grados de polo, pues de los autores unos dicen " lo uno y otros lo segundo, dió órden apretada " al capitan Vila (y lo mismo al otro) que se " enmarasen mar adentro hasta la altura de 34 " grados, y después recalasen en busca de dicho " puerto; y como este, *in rei veritate*. no está en " mas altura que la de 32 grados y 34 minutos, " segun la observacion que han hecho estos seño-" res, por tanto pasaron mucho mas arriba de es-" te puerto, y cuando lo buscaron no lo hallaban, " por eso se les hizo mas larga la navegacion, y " como la gente ya enferma se llegó mas al frio " y proseguian con la agua mala, vinieron á pos-" trarse de manera, que si no encuentran tan bre-" ve con el puerto, perecen todos, porque ya no " podian echar la lancha al mar para hacer agua " ni otra maniobra. El padre fray Fernando tra-" bajó mucho con los enfermos, y aunque llegó " flaco no tuvo especial novedad y ya está bue-" no; pero ya que salió con bien, no quiero que " se vuelva á embarcar y se queda gustoso acá.

"En esta ocasion escribo largo á su ilustrísima, " al colegio y á nuestro padre comisario general; " por eso estoy algo cansado, y si no fuera por-" que el capitan Perez, viéndome atarcado hace " la entretenida, creo se habria ido sin poder es-" cribir de provecho. Por lo que toca á la ca-" minata del padre fray Juan Crespi con el ca-" pitan, me dice que escribe á vuestra reve-" rencia por este mismo barco, y así no tengo " que decir. En cuanto á mí, la caminata ha " sido verdaderamente feliz y sin especial que-" branto ni novedad en la salud. Salí de la fron-" tera malísimo de pié y pierna; pero obró Dios " (esta expresion alude al medicamento del ar-" riero) y cada dia me fuí aliviando y siguiendo " mis jornadas como si tal mal tuviera. Al pre-" sente el pié queda todo limpio como el otro; " pero desde los tobillos hasta media pierna está " como antes estaba el pié, hecho una llaga, pe-" ro sin hinchazon ni mas dolor que la comezon " que da á ratos; en fin, no es cosa de cuidado.

"No he padecido hambre ni necesidad, ni la " han padecido los indios neófitos que venian con " nosotros, y así han llegado todos sanos y gor-" dos. He hecho mi diario, del que remitiré en " primera ocasion un tanto á vuestra reverencia. " Las misiones en el tramo que hemos visto, se-" rán todas muy buenas, porque hay buena tier-" ra y buenos aguajes, y ya no hay por acá ni " en mucho trecho atrás piedras ni espinas: cer-" ros sí hay continuos y altísimos, pero de pura " tierra; los caminos tienen de bueno y de malo " y mas de este segundo, pero no cosa mayor: " desde medio camino ó antes, empiezan á estar " todos los arroyos y valles hechos unas alame-" medas. Parras las hay buenas y gordas, y en " algunas partes cargadísimas de uvas. En va-

" rios arroyos del camino y en el paraje en que " nos hallamos, á mas de las parras hay varias " rosas de Castilla. En fin, es buena y muy dis- " tinta tierra de la de esa antigua California.

"De los dias que van de 21 de mayo en que " salimos de San Juan de Dios, segun escribí á " vuestra reverencia, hasta 1º de julio que llega- " mos acá, quitados como ocho dias que entre- " veradamente hemos dado de descanso á los " animales, uno aquí y otro acullá, todos los dias " hemos caminado; pero la mayor jornada ha si- " do de seis horas, y de estas solo ha habido dos, " y las demás de cuatro á cuatro y media, de " tres, de dos y de una y media, como cada dia " expresa el diario, y eso á paso de recua; de lo " que se infiere que habilitados y enderezados " los caminos podrán ahorrar muchas leguas de " rodeos excusados; no está esto muy lejos, y " creo después de dicha diligencia, podrá ser ma- " teria de unos doce dias para los padres, que " los soldados ahora dicen que irán á la ligera " hasta la frontera de Vellicatá en mucho me- " nos.

"Gentilidad la hay inmensa, y todos los de es- " ta contra-costa (del mar del Sur) por donde " hemos venido, desde la ensenada de Todos San- " tos, que así la llaman los mapas y derroteros, " viven muy regalados con varias semillas y con " las pescas que hacen en sus balsas de tule, en " forma de canoas, con lo que entran muy aden- " tro del mar, y son afabilísimos, y todos los " hombres, chicos y grandes, todos desnudos, y " mujeres y niñas honestamente cubiertas, has- " ta las de pecho, se nos venian, así en los cami- " nos como en los parajes, nos trataban con tan- " ta confianza y paz como si toda la vida nos hu- " bieran conocido, y queriéndoles dar cosa de co- " mida, solian decir que de aquello no, que lo " que querian era ropa, y solo con cosa de este " género eran los cambalaches que hacian de su " pescado con los soldados y arrieros. Por to- " do el camino se ven liebres, conejos, tal cual " venado y muchísimos verrendos.

"La expedicion de tierra me dice el señor " gobernador la quiere proseguir juntamente " con el capitan de aquí á tres dias ó cuatro, y " aquí nos dejará (dice) ocho soldados de cuera " de escolta y algunos catalanes enfermos, para " que si mejoran sirvan. La mision no se ha " fundado, pero voy luego que salgan á dar " mano á ello. Amigo, aquí me hallaba cuando " me vino el paisano capitan diciéndome que ya " no puede esperar mas sin quedar mal, y así " concluyo con decir que estos padres se enco- " miendan mucho á vuestra reverencia; que que- " damos buenos y contentos; que me encomiendo " al padre Martinez y demas compañeros, á " quienes tenia ánimo de escribir; pero no pue- " do y lo haré en primera ocasion. Esta la in- " cluyo al padre Ramos, que el paisano me dice " que va á dar al Sur, para que la lea y la remita " á vuestra reverencia, cuya vida y salud guarde " Dios muchos años. De este puerto y destinada " nueva mision de San Diego en la California " Setentrional, y julio 3 de 1769.—B. L. M. " de vuestra reverencia su afectísimo hermano y " siervo—*Fray Junípero Serra* "

Habiendo llegado al puerto de San Diego el paquebot San Antonio, alias el Príncipe, el dia 11 de abril, y el San Cárlos veinte dias después, se juntó esta expedicion marítima con la de tierra, cuyo primer trozo, mandado del señor capitan, entró allí á 14 de mayo, y el segundo, del cargo del señor gobernador, á 1º de julio. En este lugar hicieron junta ambos señores comandantes para conferir y determinar lo que debia ejecutarse respecto á la poca gente de mar que existia viva y libre de aquel contagio en la capitana, así de tripulacion como de la tropa que de la California habia venido, pues por esta razon no podian cumplirse ya las instrucciones que traian del señor visitador general. En atencion á todo esto resolvió la expresada junta que el paquebot San Antonio á cargo de su capitan D. Juan Perez, con la tripulacion capaz de hacer viaje, se regresase sin dilacion alguna al puerto de San Blas, así para dar cuenta á la capitana general, como para conducir la tripulacion que ambos barcos necesitaban. Así lo ejecutó saliendo el dia 9 de julio, y después de dias llegó á San Blas con muy poca gente, por habérsele muerto en el camino nueve hombres, cuyos cadáveres hubo de echar al agua.

Asimismo se determinó que en el hospital en el puerto de San Diego quedasen todos los enfermos, así soldados como marineros, con algunos de los que estaban sanos para que los cuidasen, y el cirujano francés D. Pedro Prat; que la capitana San Cárlos quedase fondeada, y en ella el capitan comandante D. Vicente Vila, el pilotin con unos cuatro ó cinco marineros y convalecientes y un muchacho; quedando de acuerdo que luego que llegase el tercer paquebot San José, se quedase fondeado con sola la gente muy precisa, para que pasando la restante á la capitana, quedase esta habilitada y caminase para Monterey, donde la esperaria la expedicion de tierra, que habia de salir luego que se hiciese á la vela el Príncipe.

Dispúsose todo lo necesario de víveres y demás que se juzgó conveniente para un viaje desconocido y á juicio de todos dilatado. Los bastimentos y cargas de utensilios pertenecientes á iglesia, casa y campo que habian conducido las expediciones, se dejaron en San Diego, quedando para su custodia ocho soldados de cuera.

En vista de lo determinado por la junta de los citados señores comandantes, nombró nuestro venerable padre presidente, de los cinco padres que se hallaban en San Diego, á fray Juan Crespi y fray Francisco Gomez para que fuesen con la expedicion de tierra destinada á Monterey; y

el venerable padre con los otros dos fray Juan Vizcaino y fray Fernando Parron, se quedaron en San Diego entre tanto llegaba el paquebot San José, por tener determinado entonces el siervo de Dios embarcarse en el primer barco que subiese á Monterey.

Luego que se verificó la salida del Príncipe el dia 9 (como queda dicho), se determinó el dia en que habia de marchar la expedicion de tierra, y fué señalado por el señor comandante el dia 14, en que se celebra al seráfico doctor San Buenaventura, y nombró para el viaje á las sesenta y seis personas siguientes: el señor gobernador D. Gaspar de Portalá, primer comandante, con un criado; los dos padres ya referidos y dos indios neófitos de la antigua California para su servicio; D. Fernando Rivera y Moncada, capitan y segundo comandante, con un sargento y veintiseis soldados de su compañía de cuera; D. Pedro Fajes, teniente de la compañía franca de Cataluña, con los siete de sus soldados que le habian quedado aptos para el viaje, por habérsele muerto muchos y quedado los demás en San Diego enfermos; D. Miguel Constanzó, ingeniero, siete arrieros y quince indios californios neófitos para gastadores y ayudantes de arrieros en los atajos de mulas que conducian todos los bastimentos que se consideraron suficientes, á efecto de que no se experimentase hambre ni necesidad, segun los repetidos encargos del senor visitador general.

Hechas todas estas disposiciones y después de haber celebrado el santo sacrificio de la misa todos los padres al santísimo patriarca señor san José, como patrono de las expediciones, y al seráfico doctor san Buenaventura (en cuyo dia se hallaban), salió la expedicion de San Diego, tomando el rumbo al Noroeste y á la vista del mar Pacífico, cuya costa tira al mismo viento. Fué la salida á las cuatro de la tarde, y hubieron de parar después de haber andado dos leguas y media. El curioso que quisiere saber de este viaje, lo remito al diario que por extenso formó el padre fray Juan Crespi en el mismo camino, tomando el trabajo en las paradas de escribir lo que habian andado cada dia con las particularidades ocurridas; y no lo inserto en esta relacion por evitar tanta difusion, considerando esta tarea ajena del venerable padre Junípero, y paso á referir lo que este practicó en San Diego ínterin la expedicion salia á explorar el puerto de Monterey.

CAPITULO XVII.

FUNDA LA SEGUNDA MISION DE SAN DIEGO, Y LO QUE SUCEDIÓ EN ELLA.

Aquel fervoroso celo en que continuamente ardia y se abrasaba el corazon de nuestro venerable padre fray Junípero, no le permitia olvidar el principal objeto de su venida, y él fué quien le obligó (á los dos dias de salida la expedicion) á dar principio á la doctrina de San Diego en el puerto de este nombre, con que se conocia desde el año de 1603 y lo habia señalado el general don Sebastian Vizcaino. Hizo la funcion del establecimiento con la misa cantada y demás ceremonia, de costumbre que quedan expresadas en el tratado de la fundacion de la de San Fernando el dia 16 de julio, en que los españoles celebramos el triunfo de la santísima cruz, esperanzado en que así como en virtud de esta sagrada señal lograron los españoles en el propio dia, el año de 1212, aquella célebre victoria de los bárbaros mahometanos, lograrian tambien levantando el estandarte de la santa cruz, ahuyentar á todo el infernal ejército y sujetar al suave yugo de nuestra santa fe la barbaridad de los gentiles que habitaban esta nueva California; y mas implorando el patrocinio de María santísima, á quien en el mismo dia celebra la Iglesia bajo el título del Monte Carmelo. Con esta fe y celo de la salvacion de las almas, levantó el venerable padre Junípero el estandarte de la santa cruz, fijándola en el sitio que le pareció mas propio para la formacion del pueblo y á la vista de aquel puerto. Quedaron de ministros nuestro venerable padre y fray Fernando Parron, y con la poca gente que existia sana, en los ratos que no era preciso asistir á los enfermos, se fueron construyendo unas humildes barracas; y habiéndose dedicado una para iglesia interina, se procuraron atraer allí con dádivas y afectuosas expresiones á los gentiles que se dejaban ver; pero como quiera que estos no entendian nuestro idioma, no atendian á otra cosa que á recibir lo que se les daba, como no fuese comida, porque esta de manera alguna quisieron probarla, de suerte que si á algun muchacho se le ponia un pedazo de dulce en la boca, lo arrojaba luego como si fuese veneno. Desde luego atribuyeron la enfermedad de los nuestros á las comidas que ellos jamás habian visto. Esta fué, sin duda, singular providencia del Altísimo, porque si como apreciaban la ropa se hubieran aficionado de los comestibles, hubieran acabado por hambre con aquellos españoles.

Siendo tan grande su aversion á nuestras comidas, no era menor el deseo con que ansiaban por la ropa, hasta pasar al hurto de cuantas podian de esta clase; llegando á tanto extremo, que ni en el barco estaban seguras sus velas, pues habiéndose arrimado una noche á él con sus balsas de tule, los hallaron cortando un pedazo de una, y en otra ocasion un calabrote para llevárselo. Esto dió motivo á poner á bordo la centinela de dos soldados (de los ocho de cuera que habian quedado), y con este temor hubieron de contenerse; pero á la mision se le minoró la escolta, y mas en los dias festivos que era menester fuesen con el padre que iba á celebrar misa en el barco, otros dos soldados de resguardo por si se verificaba algun insulto de los gentiles.

Todo esto observaron ellos atentamente, ignorando la fuerza de las armas de fuego y confiando en la multitud de gente que tenian y en sus flchas y macanas de madera, en forma de sables, que cortan como el acero; y otras como porras ó mazos, con que hacen mucho estrago, empezaron á robar sin temor alguno, y viendo que no se les permitia, quisieron probar fortuna quitando la vida á todos los nuestros y quedando ellos con los expolios. Así lo intentaron hacer en los dias 12 y 13 de agosto; pero habiendo hallado resistencia hubieron de retirarse.

El dia 15 del mismo mes en que se celebra la gran festividad de la gloriosa Asuncion de nuestra Reina y Señora de los cielos, luego que salieron con el padre fray Fenando, que iba á decir misa á bordo, dos de los soldados quedando solos cuatro en la mision; y habiendo acabado de celebrar el santo sacrificio el venerable padre presidente y el padre Vizcaino, en que comulgaron algunos, cayó un gran número de gentiles, armados todos á guerra, y empezaron á robar cuanto encontraban, quitando á los pobres enfermos hasta las sábanas con que se cubrian. Gritó luego al arma el cabo, y viendo los contrarios la accion de vestirse los soldados las cueras y adargas (armas defensivas con que se burlan de las flechas) y que al mismo tiempo tomaban los fusiles, se apartaron empezando á disparar sus flechas; y los cuatro soldados, carpintero y herrero, á hacer fuego con valor, pero principalmente el herrero, que sin duda la sagrada comunion que acababa de recibir le infundió extraordinario aliento; y no obstante de no tener cuera para resguardo, iba por entre medio de las casas ó barracas gritando: "Viva la fe de Jesucristo y mueran esos perros "enemigos de ella;" y haciendo fuego al mismo tiempo contra los gentiles.

El venerable padre presidente con su compañero se hallaba dentro de la barraca, encomendando á Dios á todos para que no resultase alguna muerte, así de los gentiles para que no se perdiesen aquellas almas sin bautismo, como de los nuestros. Quiso el padre Vizcaino mirar si se retiraban los indios, y con este fin alzó un poco la manta de ixtle ó pita que servia de puerta á aquella habitacion; pero no bien lo hubo hecho, cuando una flecha le hirió la mano (que aunque después sanó, le quedó siempre malo un dedo), y con esto, dejando caer la cortina, no trató mas que de encomendarse á Dios, como lo hacia su siervo fray Junípero.

Continuando la guerra y los funestos alaridos de los gentiles, se entró á toda prisa en la barraca de los padres el mozo que los cuidaba, llamado José María, y postrándose á los piés de nuestro venerable, le dijo: "Padre absuélvame, que "me han muerto los indios." Absolviólo é inmediatamente quedó muerto, pues le habian traspasado la garganta, y ocultando los ministros esta muerte, la ignoraron los gentiles. De estos cayeron varios; y viendo los otros la fuerza de las armas de fuego y el valor de los cristianos, se retiraron luego con sus heridos, sin dejar alguno tirado, para precaver que los nuestros supiesen, como no lo consiguieron, si habia muerto alguno en el combate. De los cristianos quedaron heridos, á mas del padre Vizcaino, un soldado de cuera, un indio californio y el valeroso herrero; pero ninguno de cuidado, pues en breve tiempo sanaron todos, y la muerte del citado mozo quedó en silencio.

De los gentiles, aunque ocultaron los difuntos, se supo los que quedaron heridos, pues á pocos dias vinieron de paz, pidiendo los curasen, como lo hizo de caridad el buen cirujano y los puso buenos. Esta caridad que observaron en los nuestros, obligó á los indios á cobrarles algun afecto; y la triste experiencia de su desgraciada empresa les infundió temor y respeto, con que se portaron ya de distinto modo que antes, frecuentando visitar la mision, pero sin ningun aparato de armas.

Entre los que mas se acercaban, habia un indio de quince años que raro dia dejaba de asistir, y ya comia sin el menor recelo cuanto le daban los padres. Procuró nuestro fray Junípero regalarlo y que aprendiese algo de nuestro idioma, para ver si por este medio conseguia algun bautismo de los párvulos. Pasados algunos dias y entendiendo ya algo el indio, le dijo el venerable padre que viese si le traia algun chiquito, con consentimiento de sus padres; que lo haria cristiano como nosotros echándole una poca de agua en la cabeza, con que quedaria hijo de Dios y del padre y pariente de los soldados, que ellos llamaban *cuerés*, y le regalaria ropa para que anduviese vestido como los españoles. Con estas expresiones y otras que su fervoroso celo le hacia idear, parece que el indio lo entendió, y comunicándolo á los demás, vino dentro de pocos dias con un gentil, y otros muchos que lo acompañaban, que traia en brazos un niño y daba á entender por las señas que hacia que era su voluntad se lo bautizasen. Llenándose de gozo nuestro venerable padre, dió luego una poca de ropa para cubrir al niño, convidó al cabo para padrino y á los soldados para que solemnizasen el primer bautismo, que presenciaron tambien los indios. Luego que el venerable padre concluyó las ceremonias y estando para echarle la agua, arrebataron los gentiles al niño y se marcharon con él á la ranchería, dejando al venerable padre con la concha en la mano. Aquí fué menester toda su prudencia para no inmutarse con tan grosera accion, y su respeto para contener á los soldados no vengasen el desacato, pues considerando la barbaridad é ignorancia de aquellos miserables, fué preciso el disimular.

Fué tanto el sentimiento de nuestro venerable padre por habérsele frustrado bautizar á aquel niño, que por muchos dias le duró, y se miraba

en su semblante el dolor y pena que padecia; atribuyendo su reverencia á sus pecados el hecho de los gentiles, y aun después de pasados años cuando contaba este caso, necesitaba enjugarse los ojos de las lágrimas que vertia, concluyendo con estas palabras: "Demos gracias á Dios, que "ya tantos se han logrado sin la menor repug-"nancia." Así fué, pues logró ver en aquella mision de San Diego el número de 1046 bautizados, entre párvulos y adultos, que todos deben esta dicha al apostólico afan de nuestro venerable presidente; y entre ellos fueron muchos de los mismos que intentaron quitarle la vida á los principios.

Muy contraria fué la suerte que tuvo un infeliz de los principales motores de este alboroto, que lejos de imitar á los demás en el arrepentimiento, permaneció obstinado en sus gentílicos errores, y fué tambien de los primeros que se sublevaron el año de 75, de que hablaré en su lugar y de los que ocurrieron á la cruel muerte y martirio del venerable padre fray Luis Jayme. Estando por este último hecho preso con otros muchos en el cuartel del presidio, bajó por el mes de agosto de 1776 el venerable padre fray Junípero, llegó allí el siervo de Dios y quiso visitar á los encarcelados, así para darles algun consuelo como para exhortarlos á que se convirtiesen á nuestra santa fe. El sargento enseñó á nuestro venerable presidente el miserable gentil que con los demás estaba en cepo, y era el mismo que intentó en el año de 1769 quitarle la vida á su reverencia y demás al principio de la fundacion. Aquí desahogó el ardor de su celo nuestro venerado padre en continuas exhortaciones y amorosas pláticas á aquel infeliz, persuadiéndole á que se hiciese cristiano, seguro de que en tal caso Dios nuestro señor y el rey le perdonarian sus delitos; pero no pudo sacarle palabra: cuando compungidos los demás pidieron al siervo de Dios intercediese por ellos, que querian ser cristianos, como se logró después. Este desventurado gentil, siendo homicida de sí mismo, amaneció muerto el dia 15 de agosto de 1776, que hacia siete años puntualmente de la primera invasion, siendo de admirar que al lado de los compañeros se echó una soga al cuello, con que se quitó la vida y no hubo quien lo advirtiese, ni la centinela, ni los presos que estaban inmediatos. Quedaron todos confundidos, así con aquel desastrado fin del infeliz, como por haber sucedido en el mismo dia de la Asuncion de nuestra Señora, en que se cumplian los siete años que habia intentado matar al venerable padre fray Junípero y demás que lo acompañaban; con lo que se hubieran frustrado las espirituales conquistas, como después veremos.



CAPITULO XVIII.

REGRÉSASE LA EXPEDICION Á SAN DIEGO SIN HABER HALLADO EL PUERTO DE MONTEREY, Y LOS EFECTOS QUE CAUSÓ ESTA IMPENSADA NOVEDAD.

El dia 24 de enero de 1770 llegó de vuelta á San Diego la expedicion de tierra, que habia salido el dia 14 de julio del año anterior, habiendo gastado seis meses y diez dias, y pasado muchos trabajos, como refiere en su diario mi amado padre condiscípulo fray Juan Crespi, trayendo la triste noticia de no haber hallado el puerto de Monterey, en que estuvo fondeada la expedicion marítima del almirante don Sebastian Vizcaino el año de 1603, siendo virey de la Nueva España el conde de Monterey, y que habian llegado al puerto de nuestro padre San Francisco, cuarenta leguas mas arriba al Noroeste.

Escribióme esta noticia el padre fray Juan Crespi, que fué con la expedicion, añadiéndome que se recelaban se habia cegado el puerto, pues hallaron unos grandes méganos ó cerros de arena. Luego que leí esta noticia atribuí á disposicion divina el que no hallando la expedicion el puerto de Monterey en el paraje que lo señalaba el antiguo derrotero, siguiese hasta llegar al puerto de nuestro padre San Francisco, por lo que voy á referir.

Cuando el venerable padre fray Junípero trató con el ilustrísimo señor visitador general sobre las tres misiones primeras que le encargó fundar en esta nueva California, viendo los nombres y patronos que les asignaba, le dijo: "Señor, ¿y para nuestro padre San Francisco no hay una "mision?" A lo que respondió: *Si San Francisco quiere mision, que haga se halle su puerto y se le pondrá.* Subió la expedicion: llega al puerto de Monterey; paró y plantó en él una cruz, sin que lo conociese ninguno de cuantos iban, siendo así que leian todas sus señas en la historia: suben cuarenta leguas mas arriba, se encuentran con el puerto de San Francisco nuestro padre, y lo conocen luego todos por la concordancia de las señas que llevaban. En vista de esto, ¿qué hemos de decir sino que nuestro santo padre queria mision en su puerto?

Así lo juzgaria el ilustrísimo señor visitador general, pues en cuanto recibió la noticia que ya su ilustrísima se hallaba en Méjico, negoció con el excelentísimo señor virey que se fundase la mision en el citado puerto; y lo tomó con tanto empeño, que viniendo diez ministros para cinco misiones en el paquebot San Antonio, encargó al capitan que si arribaba primero al puerto de San Francisco que al de Monterey, y dos de los misioneros se animaban á quedarse allí para dar mano sin pérdida de tiempo á la fundacion, los desembarcarse con todos los avíos pertenecientes á aquella doctrina; que les dejase un competente

número de marineros armados para resguardo, y que diese cuenta al comandante de tierra, quien proporcionaria luego mandar tropa que remudase á los marineros. No se efectuó por entonces, pues fué primero el paquebot á Monterey, y se pasaron seis años para el establecimiento de la mision de nuestro prdre San Francisco, por lo que diré adelante.

La misma noticia que me escribió el padre Crespi de no haber hallado el puerto de Monterey, me dieron otros individuos de la expedicion, y el comandante de ella don Gaspar de Portalá; añadiéndome este que habiendo mandado registrar los víveres existentes, segun el cómputo que se habia hecho, administrados con toda economía, alcanzarian apenas hasta mediados de marzo, reservando lo muy preciso para la retirada hasta la frontera y nueva mision de San Fernando, encargándome al propio tiempo que lo hiciese yo á los padres de las misiones del Norte que tuviesen en aquel sitio algun repuesto, pues tenia determinado que si para el dia de señor san José no llegaba a aquel puerto alguno de los paquebotes de San Blas convíveres, el dia 20 de marzo se regresaria la expedicion, desamparando el puerto de San Diego.

Esta resolucion, que luego se publicó allí, fué la penetrante flecha que hirió el celoso corazon de nuestro venerable fray Junípero; y no hallando este otro recurso que la oracion, acudió á Dios por medio de ella, y estrechándose con su majestad le pidió con los mas finos afectos de su encendida devocion se compadeciese de tanta gentilidad como habia descubierta; porque si en esta ocasion se desamparaba el primer establecimiento, quedaria esta conquista espiritual, si no mas, tan remota como antes. Cebándose cada dia mas su apostólico celo á vista de tanta mies, que en su sentir estaba en sazon para recogerla ya á la santa Iglesia, resolvió no desamparar el sitio ni desistir de tan gloriosa empresa, aunque la expedicion se mudase, quedándose este evangélico ministro con alguno de sus compañeros, confiado solamente en Dios, por cuyo amor se sacrificaba gustoso. Así me lo comunicó á mí por carta que recibí con las demás, de la cual es copia la siguiente, quedando la original en mi poder; y lo mismo haré con otras que convenga insertar, ya para prueba del ardiente celo en que se abrasaba mi venerable padre lector Junípero ó para hilar la historia de esta California; y siento no haber hallado otras muchas cartas de las innumerables que me escribió, ínterin no vivimos juntos, pues con ellas nos consolábamos ambos, y el siervo de Dios con las suyas, tan fervorosas y edificantes, dispertaba mi tibieza y flojedad, como podrá advertir el lector, si con atenta reflexion considera las que insertaré en esta relacion histórica.



CAPITULO XIX.

CARTA DEL VENERABLE PADRE, Y LO QUE EN SU VISTA PRACTIQUÉ.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector presidente fray Francisco Palou.—Amantísimo compañero y muy señor mio: En el discurso de diez meses y diez dias que han pasado desde que dí á vuestra reverencia el último abrazo en su mision de San Javier, hasta el dia de la fecha, sobre la frecuente memoria de vuestra reverencia que es consiguiente á nuestra antigua amistad y favores. me ha ocupado el amor que le profeso, en largos ratos, de pensar cómo le habrá ido de trabajos para allanar los asuntos, que en mi salida no quedaban muy en su lugar; y aunque todo lo ignoro, me he compadecido vastante de lo que tengo por muy verosímil haya sucedido. Quiera la infinita bondad de Dios, que siquiera ahora esté ya todo en buen estado, y vuestra reverencia goce paz y todo consuelo. Yo, gracias á Dios, he tenido y tengo salud, y con esto lo digo todo.

"Ultra de las cartas que últimamente escribí desde una jornada mas acá de San Juan de Dios, escribí tambien á vuestra reverencia acabado de llegar á este puerto de San Diego, á principios de julio del año pasado. Si recibió, como supongo, aquella carta, ya por ella veria cómo me fué bien en el camino, que es bien poblado de gentilidad, y que pasadas algunas jornadas de San Juan de Dios, así que comienzan, prosiguen los parajes, no solo buenos, sino excelentes para muchas misiones, que podrán formar una bella cordillera para esta de San Diego, que se fundó dia del Triunfo de la Santa Cruz y nuestra Señora del Cármen, 16 de julio, asentándonos de ministros de ella el padre fray Fernando y yo, como que el padre Crespi y el padre Gomez habian salido dos dias antes para Monterey, dejando en esta al padre fray Fernando con el padre Murguía, que en breve esperaba con el paquebot San José; pero hoy es el dia en que ni hay barcos, ni San Buenaventura ni Monterey; y de lo que mas hablan algunos es del desamparo y abolicion de esta mi pobre mision de San Diego. No permita Dios que tal suceda.

"Los que salieron de acá dia del señor san Buenaventura para Monterey, vinieron dia 24 de enero del presente año, con el mérito de haber padecido, comido mulas y mulos y no haber hallado tal Monterey; que juzgan se habrá cegado tal puerto, por los grandes méganos que de arena hallaron en el sitio donde se habia de encontrar, y yo ya casi lo he creido tambien. Y porque he visto las cartas que escriben á vuestra reverencia el padre fray Juan Crespi y el sargento Ortega, omito todo lo tocante á la peregrinacion de ellos, y solo me

" queda el lamentarme de ver los lentos pasos " con que se anda y de los recelos de que no se " quede tanta mies que parece que no puede es- " tar de mas sazon sin poner mano á ella, aca- " bándola tantos de ver y palpar con tantas cir- " cunstancias. Vuestra reverencia, por amor de " Dios, desde ahí procure hacer todos los buenos " oficios que pueda para que esto vaya adelante.

"Si yo supiese como se halla eso y si han ve- " nido ó no los de la mision de España, sabria lo " que puedo pedir; pero ahora, y mas ignorando " si vendrán ó no ó cuándo vendrán barcos, na- " da puedo determinadamente pedir, y esta ne- " gacion de comunicacion con vuestra reveren- " cia y esas misiones, es sin duda uno de los " grandes trabajos de por acá, y lo menos para " lo que la deseo es para algun socorro, aunque " las necesidades sean bastantes, que mientras " hay salud, una tortilla y yerbas del campo, " ¿qué mas nos queremos? Solo el estarnos sin " noticia de nada, y á todos para poder pasar " adelante, y aun con dudas de si se habrá de " desamparar lo ganado, es lo que aflige; aunque " yo, por la misericordia de Dios, me hallo bien " sosegado y contento con lo que Dios dispu- " siere.

"Aquí tres ocasiones me he considerado y ha- " llado en peligro de muerte de mano de estos " pobres gentiles, que fué el dia de la seráfica " madre santa Clara, el dia de san Hipólito y el " dia de la Asuncion de nuestra Señora, en que " me mataron á mi José María que traje desde " Loreto; pero gracias á Dios ya estamos con " mucho sosiego. En los dias inmediatos des- " pués, en que todavía estábamos con muchos " recelos de que repitiesen su avance, escribí, " aunque con mucha incomodidad, una larga car- " ta á vuestra reverencia para remitirla al barco, " y que si me matasen sirviese de despedida y " de noticia, y que vuestra reverencia la diese al " colegio, como se lo suplicaba; y como poco á " poco se fué esto serenando, no la remití, y aho- " ra que la he buscado, no he podido en modo " alguno hallarla.

"Para que vuestra reverencia sepa todo, va un " trozo del pliego que escribo á su ilustrísima el " señor visitador general, para que lo lea, y des- " pués cerrarlo y enviárselo; y cuanto en él lee- " rá haga la cuenta que lo escribo á vuestra re- " verencia ya que no tengo lugar de repetirlo; " que como escrito mio, lo puedo comunicar á " quien gustare. Me parece que vuestra reve- " rencia desde ahí puede ayudar mas á esta obra " que si viniese acá personalmente. Y así, por " Dios, no trate vuestra reverencia de venirse " hasta que yo avise, si con el tiempo y nuevo " aspecto que tomen las cosas lo hallase conve- " niente. Por ahora se va con el capitan el pa- " dre Vizcaino, herido de la mano.

"Aquí quedamos los padres fray Juan Crespi, " fray Fernando Parron, fray Francisco Gomez " y yo, por si viniesen los barcos y pudiésemos " poner segunda mision. Si vemos se van aca- " bando los víveres y la esperanza, me quedaré " con solo el padre fray Juan, para aguantar " hasta el último esfuerzo. Dios nos dé su san- " ta gracia, y encomiéndenos á Dios para que " así sea. Si vuestra reverencia viese que van " á traer el ganado que quedó en Vellicatá, re- " mítanos una porcioncita de incienso; que ha- " biendo venido cargando los incensarios, se nos " olvidó; y podrán venir los calendarios, si hu- " biesen venido, y los nuevos santos óleos en " caso de haber venido de Guadalajara.

"Se sacarán en limpio los diarios, así el mio " como el del padre fray Juan, cuanto antes se " pueda, y harto siento no vayan ahora; pero es " aquí mucha la incomodidad, y á veces la gana " es bien poca: con todo, nos esforzaremos é " irán lo mas breve que se pueda. Otras mu- " chas cosas dijera á vuestra reverencia; pero " con tantas variaciones y contingencias, no me " puedo explicar ni extender mas. A todos los " compañeros me encomiendo con fina voluntad; " y el que no tenga carta mia, no lo atribuya á " falta de querer, sino de poder. Estos padres " se encomiendan á vuestra reverencia con veras " de su corazon, y fray Fernando dice que ya " sabe vuestra reverencia es mal escribiente, y " que esta va en nombre de todos, y que lo en- " comiende á Dios. Cuando vuestra reverencia " escriba al colegio dará á todos de mi parte mil " memorias; y con esto adios hasta otra oca- " sion, que quizá no será tan larga como esta; y " Su Majestad guarde á vuestra reverencia mu- " chos años en su santo amor y gracia. Mision " de San Diego en su puerto y gentilidad de Ca- " lifornia, en 10 de febrero de 1770.—B. L. M. " de vuestra reverencia su afectísimo amigo y " siervo—Fray Junípero Serra."

Luego que recibí esta y las demás cartas, pasé á estrecharme con el señor teniente de gobernador para que diese las convenientes disposiciones á efecto de que en la mision de San Fernando en Vellicatá se aprontasen cuantos bastimentos se pudiese, y que cuanto antes se volviese para San Diego el señor capitan con los diez y nueve soldados que habia traido; como asimismo que se llevasen las reses, para evitar el abandono de aquel puerto, y que en caso de haberse ya desamparado, tuviese la gente mas pronto el socorro. Así lo hizo con grande eficacia el señor gobernador, y fué de tanta utilidad como después veremos.

CAPITULO XX.

LO QUE TRABAJÓ EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO Á FIN DE NO DESAMPARAR EL PUERTO Y MISION DE SAN DIEGO.

Desde el instante mismo en que el señor go-

bernador publicó la retirada de la expedicion para la antigua California, en caso de que no llegase barco para el dia 19 de marzo, apenas se hablaba en San Diego de otra cosa que del viaje; pareciéndoles, así á los oficiales como á los marineros, dilatado el plazo que el citado señor habia puesto para el dia después de la festividad del santísimo patriarca señor san José, que, como queda dicho, estaba elegido por el ilustrísimo señor visitador general para patrono de las expediciones. En San Diego todo era hablar de la retirada y disponerla; decian que la gente que se juzgase apta para suplir de marineros, se embarcaria en el paquebot San Cárlos, que la restante caminaria por tierra.

Todas estas hablillas y disposiciones eran otras tantas saetas que penetraban el corazon fervorozo de nuestro venerable padre presidente, quien incesantemente encomendaba á Dios este asunto en sus santas oraciones, pidiéndole el arribo del barco antes que llegase el dia señalado para la retirada, para que no se perdiese la ocasion de convertirse á Dios tantas almas como gentiles tenian á la vista; y que si entonces no se lograba la reduccion, podria imposibilitarse, ó á lo menos dilatarse por muchos años. Acordábase que habia ciento sesenta y seis, que nuestros españoles habian estado en aquel puerto por mar solamente, y que desde entonces no se habia vuelto á ver; y que si ahora, habiendo tomado de él jurídica posesion y empezado á poblar, se desamparaba, podrian pasarse muchos siglos sin lograr otro tanto.

Estas consideraciones y los ardientes deseos de convertir almas para Dios, hicieron resolver á su siervo la subsistencia en San Diego, aunque la expedicion saliese; y para esto convidó á su discípulo el padre fray Juan Crespi, quien se ofreció gustoso á acompañarlo, confiando en Dios que algun dia llegase barco con socorro, y que dejándoles algunos marineros para suplir de soldados, podrian convertir á Dios alguna alma, ínterin los señores superiores mandaban que volviese á subir la expedicion y tropa para poner en planta la espirirual conquista.

Corria ya el mes de marzo y no parecia barco alguno de los que se esperaban; y permaneciendo constante el venerable padre en el ánimo de quedarse, se fué al barco á tratar este asunto con el comandante de mar don Vicente Vila, y le le habló de esta manera: "Señor, el comandan-" te de tierra y señor gobernador tiene deter-" minado retirarse y desamparar este puerto pa-" ra el dia 20, si antes no llega alguno de los " barcos con socorro; impeliéndolo á esto así la " escasez de víveres, como la opinion comun de " que se ha cegado el puerto; aunque yo sospe-" cho que no lo conocieron. Lo mismo pienso " yo, respondió el comandante, segun les he oi-" do y he leido en las cartas: el puerto está allí " mismo donde pusieron la cruz. Pues señor, " dijo el venerable padre, yo estoy resuelto á " quedarme, aunque se vaya la expedicion y en " mi compañía el padre Crespi; si usted quiere " vendremos aquí luego que salga la expedicion, " y en llegando el otro paquebot, subiremos " por mar en busca de Monterey." Convino gustoso el comandante, y quedando de acuerdo, se retiró el venerable padre á su mision, guardando para sí aquel secreto.

Viendo el venerable siervo de Dios lo inmediata que estaba ya la festividad del santísimo patriarca señor san José, propuso al citado comandante se hiciese la novena a este santo patron de las expediciones; y convenido á ello, se verificó con general asistencia de todos, después de concluido el rezo diario de la corona. Llegó el dia de señor san José y se celebró la fiesta de este gran santo con misa cantada y sermon, teniéndolo ya dispuesto todo para la retirada que el dia siguiente habia de hacer para la California antigua toda la expedicion. Pero aquella tarde misma quiso Dios satisfacer los ardientes deseos de su siervo por intercesion del santísimo patriarca, y dar á todos el consuelo de que viesen clara y distintamente un barco, que ocultándose de la vista el dia siguiente, no dió fondo hasta el cuarto dia en el puerto de San Diego. Esta vision fué bastante para suspender el desamparo de aquel sitio y doctrina, animándose todos á la subsistencia y atribuyendo á milagro del patriarca santo el que en su propio dia, en que a la expedicion se terminaba el plazo de su salida, se dejase ver el barco; y mayor fué la admiracion cuando se tuvo noticia de las circunstancias que para esto concurrieron; pero entre tanto paso á referirlas, remito á la consideracion piadosa del lector el singular gozo y alegría que posecia el corazon de nuestro venerable padre, que incesantemente repetia á Dios las gracias, y asimismo al bendito santo, consuelo de afligidos, señor san José, á quien confesaba á boca llena, por tan especialísimo beneficio, al que manifestandose agradecido correspondia con una misa cantada al santo, que celebraba con la mayor solemnidad el dia 19 de cada mes, cuya devocion santa continuó hasta el último de su vida, como diré á su tiempo.

CAPITULO XXI.

LLEGA EL BARCO Á SAN DIEGO Y SALEN LAS EXPEDICIONES EN BUSCA DEL PUERTO DE MONTEREY.

Ya queda dicho en el capítulo XII cómo el paquebot San Antonio fué despachado á principios de julio de 69 desde el puerto de San Diego al de San Blas en solicitud de tripulacion para el San Cárlos y víveres para todos, y que á los veinte dias de navegacion dió fondo en aquel puerto, sin mas novedad que la muerte de nueve marineros.

Luego que el excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general recibieron los pliegos y por ellos la noticia de ir caminando la expedicion de tierra para Monterey, y de la falta de tripulacion y de víveres que esta experimentada por no haber hecho viaje el tercer barco, dieron prontas y eficaces providencias para que sin pérdida de tiempo se aviase y cargase el paquebot San Antonio y saliese para Monterey en derechura, sin tocar en San Diego, para socorrer la expedicion de tierra.

Salió el barco y navegó felizmente para la altura de Monterey; pero como ochenta leguas antes de llegar á ella, le faltó el agua, y fué preciso arribar al canal de Santa Barbara para proveerse de tan indispensable carga útil. En arrimándose á tierra, los cercaron luego los gentiles con sus canoitas, muy placenteros y serviciales; les enseñaron el agua y ayudaron á llenar de ella los barriles; y aunque no sabian nuestro idioma, pero con bastante claridad les dieron á entender por señas que la expedicion de tierra habia retrocedido; que habia transitado dos veces por sus rancherías y tratado con ellos, y nombraban algunos de los soldados. Con estas noticias se quedó perplejo el capitan Perez para deliberar; pero compeliéndole mas la órden de los superiores, como cierta, que el dicho de los gentiles, que podia no serlo, determinó seguir su viaje para Monterey. Pero la casualidad ó accidente de haber perdido allí una ancla, que consideraba le habia de hacer mucha falta en aquel puerto, le obligó á mudar de intento y bajar á San Diego para proveerse con la del San Cárlos. Este que parecia accidente fué la causa de que el paquebot San Antonio arribase allí y se dejase ver la tarde del 19 de marzo, por lo cual, como queda dicho, no llegó á desamparar la mision y puerto de San Diego.

Habiendo llegado este barco tan cargado de bastimentos, se resolvió por los comandantes de mar y tierra hacer de nuevo las expediciones en busca del deseado Monterey. Para la de el mar fué el citado paquebot San Antonio, y en él nuestro venerable fray Junípero, y para la de tierra el señor gobernador con los demás que en su diario refiere el padre Crespi. Salieron ambas á mediados de abril, y estando ya á bordo mi venerable padre lector Junípero, me escribió la siguiente carta, que no omito insertar, pues de su contenido se percibe el ardiente y fervoroso celo de la conversion de las almas que inflamaba su corazon.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo pa-" dre lector y presidente fray Francisco Palou. " Carísimo amigo, compañero y señor mio: Ha-" biendo llegado á este puerto el dia del señor " san José el San Antonio, alias el Príncipe, " aunque no entró hasta cuatro dias después, de-" terminaron estos señores segunda vuelta á " Monterey. Va segunda vez el padre fray Juan " por tierra y yo por mar; y cuando estábamos " en que no seria tan breve (aunque yo ya tenia " embarcado cuanto habia que llevar, menos la " cama), ayer sábado de Gloria muy tarde, re-" cibí recado del capitan nuestro paisano don " Juan Perez, que aquella misma noche habia " de ser forzosamente el embarque. Embar-" quéme, y ahora estamos en la boca del puerto, " y la gente trabajando en las maniobras de la " salida, desde que les dije misa muy de mañana.

"Quedan de ministros de San Diego los pa-" dres Parron y Gomez, con soldados en sus tra-" bajos, viendo que tal cual son los menos mal " librados de los que aquí estamos. Yo y el pa-" dre fray Juan vamos con el ánimo de dividir-" nos (así que venga escolta) uno para Monte-" rey y otro para San Buenaventura, como ocho " leguas de distancia, porque no se pierda por " nosotros ni por el colegio la ereccion de aque-" lla tercera mision de esta nueva California. Y " en la verdad será para mí el mayor de los tra-" bajos tal género de soledad; pero Dios hará la " costa por su infinita misericordia. Si no tu-" viere lugar de escribir al colegio al reverendo " padre guardian, suplico á vuestra reverencia " lo haga en mi nombre, dándole razon de todo, " y que esta carta la escribo sentadito en el suelo " de esta cámara con bastante trabajo, y así he " hecho con la adjunta del señor ilustrísimo, que " es brevecita, dandole razon de lo propio. Por " este barco no he tenido ni siquiera una esquela " ni una letra de nadie.

"En voz hemos tenido la noticia de la muerte " de nuestro santísimo padre el señor Clemente " XIII, y que se hizo eleccion en el excelentí-" simo señor Ganganeli, religioso nuestro, *Do-" minus conservet eum, etc.*, que en esta soledad " me he alegrado mucho de tanta dicha, y tam-" bien he sabido de la muerte del padre Moran, " á quien estamos aplicando las misas de nuestro " concordato. El no haber venido carta, dicen " que fué porque salió este barco con destino de " ir derecho á Monterey, sin tocar acá; por esto " se dejó allá todas las cartas de los que está-" bamos en San Diego, para que las traiga el pa-" quebot San José, que dicen está destinado para " acá; pero no ha llegado, y en opinion de estos " señores náuticos es muy dudoso si llegará. " Cuando venga el otro, como no ha de pasar " adelante, aquí se quedarán las cartas, y leidas " por los padres, harán lo que gustaren de ellas; " porque no sé yo cuándo irán otros para nues-" tro destino. Y ya ha un año que no tengo no-" ticia del colegio ni de su ilustrísima, y breve " se completa el de la última de vuestra reve-" rencia. Bendito sea Dios. Cuando haya oca-" sion estimaré nos procure cera para las misas " é incienso. Si hubieren llegado compañeros " de España, á sus reverencias todos juntos con " los antiguos me encomiendo con fina voluntad.

"Por carta del padre Murguía, escrita al capi-

" tan D. Juan Perez en el cabo de San Lúcas, " supe que el padre Ramos habia pasado á Lo- " reto, llamado de vuestra reverencia á algunos " negocios, y fué la cláusula de que mas me ale- " gré, porque por ella supe el vivir vuestra re- " verencia y el padre Ramos, que no habia sa- " bido otro tanto desde que salí de Vellicatá ó " San Juan de Dios.

"Esta carta concluyo hoy, segundo dia de Pas- " cua, dia de la profesion de nuestro santo padre " san Francisco, porque ayer al cabo no salimos " porque cambió el viento; pero ahora que serán " como las siete de la mañana ya estamos sali- " dos de la boca del puerto y vamos á remolque " con la lancha de San Cárlos, á cuyos marine- " ros cuando se despidan la entregaré, *Deo dan- " te*, para que la lleven á los padres de tierra y " puedan entregarla á unos correos que me di- " cen van á despachar, así que se verifiquen las " salidas de ambas expediciones.

"En fin, adios, carísimo mio, y Su Majestad " nos junte en el cielo. Al padre Ramos y pa- " dre Murguía especialísimas memorias; y á to- " dos los demás escribo una de cordillera, enco- " mendándome en sus oraciones. Repito la sú- " plica de que escriba vuestra reverencia al co- " legio en mi nombre, pues por lo repentino no " he tenido mas lugar, y Dios guarde á vuestra " reverencia muchos años en su santo amor y " gracia. Mar del Sur, enfrente del puerto de " San Diego, 16 de abril de 1770.—B. L. M. " de vuestra reverencia afectísimo hermano, ami- " go, siervo, etc.—*Fray Junípero Serra*."

Habiendo salido de San Diego el dia 16 de abril, empezaron á navegar y á reconocer la contrariedad de los aires, que les hizo descender hasta el grado 30; pero habiéndose engolfado y mejorado de vientos, llegaron con felicidad, después de cuarenta y seis dias de navegacion, al puerto de Monterey, como se verá en el capítulo siguiente.

La expedicion de tierra salió un dia después que la de mar, y llegando al deseado puerto, que no conocieron en el primer viaje, á los treinta y ocho dias de su salida, habiendo descansado solo dos dias en el camino las bestias, segun se advierte en el diario del padre Crespi.

CAPITULO XXII.

LLEGAN LAS EXPEDICIONES AL PUERTO DE MONTEREY Y SE FUNDA LA MISION Y PRESIDIO DE SAN CÁRLOS.

Satisfará lo que promete este capítulo la siguiente carta que me escribió el venerable padre, en que me comunica su llegada á Monterey y lo que en aquel puerto se practicó.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo pa- " dre lector y presidente fray Francisco Palou.— " Carísimo amigo y muy señor mio: dia 31 de " mayo, con el favor de Dios, después de un mes " y medio de navegacion algo penosa, llegó este " paquebot San Antonio mandado del capitan " don Juan Perez, y dió fondo en este hermoso " puerto de Monterey, el mismo, é invariado en " sustancia y circunstancias de como lo dejó la " expedicion de don Sebastian Vizcaino el año " de 1603. Me fué de mucho consuelo, el que " se me aumentó con la noticia que aquella mis- " ma noche tuvimos de haber ocho dias cabales " que la expedicon de tierra habia llegado, y con " ella el padre fray Juan, y todos con salud; y " mas cuando el dia santo de Pentecostés, terce- " ro de junio, juntos todos los oficiales de mar " y tierra y toda la gente junto á la misma bar- " ranquita y encino donde celebraron los padres " de dicha expedicion, dispuesto el altar, colga- " das y repicadas las campanas, cantando el him- " no *Veni Creator*, bendecida el agua, enarbola- " da y bendita una grande cruz y los reales estan- " dartes, canté la misa primera que se sepa ha- " berse celebrado acá desde entonces, y después " cantamos la Salve á nuestra Señora ante la imá- " gen de su ilustrísima que ocupaba el altar, y " en la misa les prediqué. Concluimos la fun- " cion con el *Te deum* cantado; y después allá " los señores hicieron el acto de posesion de la " tierra en nombre del rey nuestro señor, que " Dios guarde. Después comimos juntos en una " sombra de la playa, y toda la funcion fué con " muchos truenos de pólvora, en tierra y en el " barco. A solo Dios sea toda la honra y gloria. " En órden á no haber hallado este puerto los " de la expedicion pasada y haber promulgado " que ya no existia, no tengo que decir ni por- " que meterme en juzgarlos. Basta que en fin " que se encontró y se le cumplieron, aunque " algo tarde, los deseos á su ilustrísima el señor " visitador general y á todos los que deseamos " esta espiritual conquista.

"Como el pasado mayo se cumplió un año " desde que no recibí carta alguna de tierra de " cristianos, puede pensar vuestra reverencia que " en ayunas estaremos de noticias; con todo, solo " pido cuando haya ocasion el saber de vuestra " reverencia y compañeros, el cómo se llama " nuestro santísimo papa reinante para nom- " brarlo en el cánon de la misa por su nombre; " el saber si se efectuó la canonizacion de los " beatos José Cupertino y Serafino de Asculi, " y si hay alguno otro beato ó santo, para poner- " lo en el calendario y rezarlo, ya que parece es- " taremos despedidos de calendarios impresos; si " es verdad que los indios mataron al padre fray " José Soler en la Sonora ó Pimeria, y cómo fué; " y si hay otro difunto de los conocidos, para en- " comendarlo á Dios como tal; y aquello solo que " vuestra reverencia juzgue hacer caso para unos " pobres ermitaños, segrega desde la sociedad " humana.

"Lo que tambien deseo saber es de la mision

" de España; de ella encargo mucho á vuestra " reverencia y suplico se destinen dos sugetos " para estas misiones, para con los cuatro que " estamos ajustar los seis y poner la mision de " San Buenaventura en la canal de Santa Bár- " bara, tierra mucho mas ventajosa que San " Diego, que Monterey y que todo lo descu- " bierto. Ya se han enviado dos veces basti- " mentos para dicha mision, y ya que hasta aquí " no se ha podido atribuir á los religiosos no es- " tar fundadas, no quisiera que se atribuyera " cuando haya escolta para ponerla. Verdad es " que como el padre fray Juan y yo estemos en " pié, no se demorará, porque nos dividiremos " cada uno á la suya y será para mí el mayor de " los esfuerzos el quedarme con el sacerdote mas " cercano á distancia de ochenta leguas; por lo " que suplico haga vuestra reverencia que no " haya de durar mucho tiempo tan cruda sole- " dad. El padre Lazuen desea mucho venir á " estas misiones, y así téngalo vuestra reveren- " cia presente cuando se le ofrezca deliberar en " destinar ministros.

"Estamos cortísimos de cera para las misas, " así acá como en San Diego; sin embargo, va- " mos mañana á hacer fiesta y procesion del Cor- " pus, aunque sea pobremente, para ahuyentar " cuantos diablillos pueda haber por esta tier- " ra: si hay lugar que venga alguna, nos hará " muy al caso, y el incienso que en otra ocasion " pedí. Vuestra reverencia no deje de escri- " bir á su ilustrísima la enhorabuena de este ha- " llazgo del puerto, y lo que bien le parezca, y " no deje de encomendarnos á Dios, quien guar- " de á vuestra reverencia muchos años en su san- " to amor y gracia. Mision de San Cárlos de " Monterey, y junio dia de san Antonio de Pa- " dua de 1770.—B. L. M. de vustra reverencia " afectísimo amigo, compañero y siervo—Fray " Junípero Serra."

En el mismo dia que se tomó posesion del puerto y se dió principio al presidio real de San Carlos, se fundó la mision con el propio nombre y contigua á aquel una capilla de palizada para iglesia interina; asimismo una vivienda con las respectivas piezas ó divisiones para asistencia de los padres y oficinas necesarias, cercados ambos establecimientos con una estacada para su defensa. Los gentiles no se dejaron ver en aquellos dias, porque desde lugo les causó espanto la multitud de tiros de artillería y fusilería que se dispararon por la tropa; pero á poco tiempo empezaron á acercarse, y el venerable padre á regalarlos para conseguir su ingreso en el gremio de la santa Iglesia y logro de sus almas, que era el principal objeto de sus designios.

El dia después de la fiesta del Corpus que refiere el venerable siervo de Dios en su carta ya copiada, se despachó un correo por tierra con los pliegos para su excelencia y el ilustrísimo señor visitador general, dándoles noticia de todo la acaecido, y con el mismo me remitió su citada carta, la cual recibí el dia 2 de agosto hallándome en la mision de Todos Santos, en el Sur de la California, quinientas sesenta leguas distante del puerto de Monterey, que tantas anduvo el correo en mes y medio, habiéndose detenido cuatro dias en San Diego. Los pliegos para su excelencia se despacharon por una lancha á San Blas; pero habiendo el comandante de la expedicion, en virtud de la órden que tenia, salido de Monterey á 9 de julio y arribado á aquel puerto á 1° de agosto, llegó á Méjico primero la noticia por sus cartas, que despachó inmediatamente y recibió el excelentísimo señor virey el dia 10 del expresado agosto, quien mandó se celebrase tan plausible noticia con las devotas expresiones que se dirán en el capítulo siguiente.

El teniente de voluntarios de Cataluña don Pedro Fajes quedó mandando el nuevo presidio de San Cárlos en Monterey; y considerando ser muy poca la tropa que allí existia, resolvió de acuerdo con el venerable presidente, suspender la fundacion de la mision de San Buenaventura hasta que llegase un capitan con diez y nueve soldados que habian bajado á la antigua California por el mes de febrero á conducir ganado vacuno; pero el capitan con tropa y ganado no subió mas que hasta San Diego, sin dar aviso hasta el siguiente año en que lo hizo con un barco, como se verá adelante. No pudiéndose por este motivo dar principio á la mision tercera, se aplicó nuestro venerable padre con su discípulo fray Juan Crespi á la reduccion de los indios de Monterey, procurando atraer con regalitos á los que lo iban á visitar; pero como no habia quien supiese el idioma de ellos, se hubieron de pasar muchos trabajos al principio y hasta que Dios quiso abrir puerta por medio de un muchacho, indio neófito que habian traido de la antigua California, el cual con la comunicacion que el venerable Junípero le hacia tener con los gentiles para el efecto, empezó á entenderlos y á articular algunas cosas en aquella lengua, con lo que sirviendo de intérprete, pudo explicarse ya á los indios que el fin de la venida á sus tierras era para encaminar al cielo sus almas.

El dia 26 de diciembre del citado año se consiguió el primer bautismo en aquella nacion gentílica, y fué para el fervoroso y ardiente corazon de nuestro venerable padre de inexplicable júbilo, y con el tiempo se fueron logrando otros y aumentándose el número de cristianos, de modo que á los tres años después subí yo á aquella mision y habia ya en ella ciento sesenta y cinco; y cuando terminó su gloriosa carrera el venerable fundador Junípero, dejó bautizados mil y catorce, de los cuales habian ya pasado muchos á gozar de Dios en la vida eterna por los incesantes desvelos de aquel apostólico varon.

Mucho ayudaron á estas reducciones, ó por mejor decir, fué el cimiento principal de tan im-

portante conquista, las singulares maravillas y prodigios que Dios nuestro Señor hizo ver á los gentiles para que cobrasen amor y temor á los católicos; temor para contenerlos y que no con su muchedumbre se insolentasen contra el corto número de los cristianos, y amor para que oyesen con afecto la doctrina evangélica que se les venia á enseñar, y para que abrazasen el suave yugo de nuestra santa ley.

El padre Crespi en su diario del segundo viaje de la expedicion de tierra al puerto de Monterey, dice en el dia 24 de mayo (como puede ver en él el lector) lo siguiente: "Como á las tres " leguas de andar, llegamos á la una del dia á las " lagunas de agua salada de la Punta de Pinos, " de la parte del Nordeste, donde en el primer " viaje se puso segunda cruz. Antes de apear" nos fuimos el señor gobernador, un soldado y " yo á ver la cruz, para ver si habia alguna se" ñal de que hubiesen ya llegado allí los del bar" co; pero no se encontró ninguna. Encontra" mos toda la cruz rodeada de flechas y de varillas " con muchos plumajes, hincadas en la tierra, " que habian puesto los gentiles, y una sarta de " sardinas todavía medio frescas, colgadas de una " vara al lado de la cruz, otra con un trozo de " carne al pié de la cruz y un montoncito de al" mejas." Causóles á todos grande admiracion aquello; pero ignorando la causa suspendieron el juicio.

Luego que los recien bautizados comenzaron á explicar sus discursos en el castellano idioma y que el neófito californio comprendió el de ellos, declararon lo siguiente en distintas ocasiones. Que la primera vez que vieron á nuestra gente, advirtieron en ella *que todos traian en el pecho una muy resplandeciente cruz*, y que cuando se volvieron de allí dejando aquella grande en la playa, fué tanto el temor que se les infundió, que no les permitia acercarse á tan sagrada señal, pues la veian llena de lucidos resplandores cuando ausentados aquellos con que el sol ilumina al dia, prevalecian las sombras de la noche; advirtiéndola con tales creces, que les parecia elevarse hasta la suprema celsitud; pero que mirándola de dia sin estas circunstancias y en su natural extension, se arrimaron á ella, y procurando congraciarla para con ellos para que no les hiciese daño alguno, le ofrecian en obsequio aquella carne, pescados y almejas; y que causándoles admiracion el ver que nada comia, le ofrecieron sus *plumajes* y *flechas* en significacion de que querian paz con la santa cruz y las gentes que allí la habian puesto.

Esta declaracion hicieron varios de los indios (como llevo dicho) en distintos tiempos, y últimamente en el año de 74 que volvió de Méjico el venerable padre presidente, ante quien la repitieron sin la menor variacion de como lo habian hecho ante mí el año anterior. Así lo escribió el siervo de Dios, por materia de edificacion, al excelentísimo señor virey, para fervorizarlo mas y empeñarlo al propio tiempo en el feliz logro de esta espiritual empresa. Del citado y otros muchos prodigios que ha obrado el Señor, se ha seguido la reduccion de estos gentiles con toda paz y sin estrépito de armas. Bendito sea Dios, á quien sea toda la gloria y alabanza.

CAPITULO XXIII.

DEVOTAS EXPRESIONES DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE CROIX POR LA NOTICIA DEL DESCUBRIMIENTO DE MONTEREY.

Tan importante para mayor gloria de Dios, extension de nuestra santa fe católica en la mas setentrional California y honor de nuestro católico monarca, consideraban el excelentísimo señor virey marqués de Croix y el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez, el establecimiento de Monterey, que la grande alegría que recibieron el dia 10 de agosto del año de 1770 con la noticia de haberse fundado en dicho puerto la mision y presidio de San Cárlos, no la pudieron contener en sus nobles corazones y la mandaron publicar en la populosa ciudad de Méjico, capital de la Nueva España. Pidieron al señor dean de aquella catedral mandase dar un solemne repique de campanas, al cual correspondieron todas las demás iglesias, así de seculares como de regulares, causando general alegría en todos los moradores. Preguntábanse unos á los otros por la novedad, y enterados de ella acompañaron á su excelencia en el regocijo; pasando los principales á palacio á darle los parabienes, que recibió en compañía del ilustrísimo señor visitador, principal agente de las espirituales conquistas, para cuyo efecto trabajó como ninguno, no dedignándose un caballero de sus circunstancias de servir aun de peon para la carena de los barcos, y encajonar por sus propias manos los utensilios que habian de servir á las misiones; y viendo logrado el fruto de tantos trabajos, rindieron á Dios ambos señores las gracias por el feliz éxito de la conquista y expediciones dirigidas al efecto, con que se extendieron los dominios de nuestro católico monarca por mas de trescientas leguas en esta América en lo mas setentrional de ella.

Es el expresado tramo de trescientas leguas de longitud, de terrenos fértiles y poblados de inmensa gentilidad, de cuyos naturales dóciles y apacibles se esperó desde luego su conversion á nuestra santa fe y congregacion en católicos pueblos, que viviendo sujetos á la real corona, asegurasen las costas de este mar del Sur ó Pacífico. En accion de gracias de tan feliz consecucion, determinaron los citados señores que el dia inmediato de recibida la noticia, se cantase en la iglesia catedral una misa solemne, á que asistieron ambos, acompañados de todos los tribunales, y concluida se repitieron los parabienes, que re-

cibió su excelencia en nombre de nuestro católico monarca.

Deseoso el excelentísimo señor virey de que no solo los habitantes de la ciudad de Méjico, sino que tambien todos los de la Nueva España participasen de tan plausibles noticias, mandó imprimir y repartir una relacion que se extendió por todo el reino, la cual me ha parecido conveniente insertar, por percibirse en ella el religioso celo de nuestro venerable fray Junípero y el alto concepto en que dichos señores lo tenian de ejemplar y celoso.

COPIA DE RELACION IMPRESA.

EXTRACTO DE NOTICIAS DEL PUERTO DE MONTEREY, DE LA MISION Y PRESIDIO QUE SE HAN ESTABLECIDO EN ÉL CON LA DENOMINACION DE SAN CÁRLOS, Y DEL SUCESO DE LAS EXPEDICIONES DE MAR Y TIERRA QUE Á ESE FIN SE DESPACHARON EN EL AÑO PRÓXIMO ANTERIOR DE 1769.

Después de las costosas y repetidas expediciones que se hicieron por la corona de España en los dos siglos antecedentes para el reconocimiento de la costa occidental de California por el mar del Sur y la ocupacion del importante puerto de Monterey, se ha logrado ahora felizmente esta empresa con dos expediciones de mar y tierra que á consecuencia de real órden y por disposicion de este superior gobierno, se despacharon desde el cabo de San Lúcas y el presidio de Loreto en los meses de enero, febrero y marzo del año próximo anterior.

En junio de él se juntaron ambas expediciones en el puerto de San Diego, situado á los 32 grados y medio de latitud; y tomada la resolucion de que el paquebot San Antonio regresase al puerto de San Blas para reforzar su tripulacion y llevar nuevas provisiones, quedó anclado en el mismo puerto de San Diego el paquebot capitana nombrado San Cárlos por falta de marineros que murieron de escorbuto; y establecida allí la mision y escolta, siguió la expedicion de tierra su viaje por lo interior del país hasta el grado 37 y 45 minutos de latitud, en demanda de Monterey; pero no habiéndolo hallado con las señas de los viajes y derroteros antiguos y recelando escaseces de víveres, volvió á San Diego, donde con el feliz arribo del paquebot San Antonio en marzo de este año, tomaron los comandantes de mar y tierra la oportuna resolucion de volver á la empresa, conforme á las instrucciones que llevaron para conseguirla.

Con efecto, salieron de San Diego ambas expediciones en los dias 16 y 17 de abril del presente, y en este segundo viaje tuvo la de tierra la felicidad de hallar el puerto de Monterey y de llegar á él el 24 de mayo, y la de mar arribó tambien el 31 del presente y propio mes.

Ocupado así aquel puerto por mar y tierra con particular complacencia de los innumerables gentiles que pueblan todo el país, explorado y reconocido en los dos viajes, se solemnizó la posesion el dia 3 de junio, con instrumento que extendió el comandante en jefe y certificaron los demás oficiales de ambas expediciones, asegurando todos ser aquel mismo puerto el de Monterey, con las idénticas señales que describieron las relaciones antiguas del general don Sebastian Vizcaino y derrotero de don José Cabrera Bueno, primer piloto de las naos de Filipinas.

El dia 14 del citado mes de junio último despachó el dicho comandante don Gaspar de Portalá un correo por tierra al presidio de Loreto con la plausible noticia de la ocupacion de Monterey y de quedar estableciendo en él la mision y presidio de San Cárlos; pero con el motivo de la gran distancia, aun no habia recibido este superior gobierno aquellos pliegos, y en 10 del presente mes llegaron á esta capital los que desde el puerto de San Blas dirigieron el mismo Portalá el ingeniero don Miguel Constanzó y el capitan don Juan Perez, comandante del expresado paquebot San Antonio, alias el Príncipe, que salió el 9 de julio de Monterey; y sin embargo de ocho dias de calma, hizo su viaje con tanta felicidad y celeridad, que el primero de este mes echó el ancla en San Blas.

Quedaron abundantes útiles en el nuevo presidio y mision de San Cárlos de Monterey, y el repuesto para un año, á fin de establecer otra doctrina en proporcionada distancia, con la advocacion de San Buenaventura; y habiendo quedado tambien por comandante militar de aquellos nuevos establecimientos el teniente de voluntarios de Cataluña don Pedro Fajes con mas de treinta hombres, se hace juicio que á esta fecha ya se le habrá unido el capitan del presidio de Loreto don Fernando de Rivera, con otros diez y nueve soldados, vaqueros y arrieros que conducian doscientas reses vacunas y porcion de víveres, desde la nueva mision de San Fernando de Vellicatá, situada mas allá de la frontera de California, antiguamente reducida, pues salió de aquel paraje el 23 de mayo último con destino á los expresados puertos de San Diego y Monterey.

No obstante de que en este dejaron provistos los almacenes ya construidos del nuevo presidio y mision á la salida del paquebot San Antonio y de que en el de San Diego se regulan anclados los otros dos paquebotes de su majestad, San Cárlos y San José, dispone este superior gobierno que á fines de octubre próximo vuelva el San Antonio á emprender tercer viaje desde el puerto de San Blas, y conduzca nuevas provisiones y treinta religiosos fernandinos de la última mision que vino de España, para que en el dilatado y fértil país reconocido por la expedicion de tierra, desde la antigua frontera de la California

hasta el puerto de San Francisco, poco distante, y mas al Norte del de Monterey, se erijan nuevas misiones y se logre la dichosa oportunidad que ofrece la mansedumbre y buena índole de los innumerables indios gentiles que habitan la California Setentrional.

En prueba de esta feliz disposicion con que se halla la numerosa gentilidad ya docilísima, asegura el comandante don Gaspar de Portalá, y en lo mismo convienen los demas oficiales y los padres misioneros que nuestros españoles quedan en Monterey tan seguros como si estuvieran en medio de esta capital; bien que el nuevo presidio se ha dejado suficientemente guarnecido con artillería, tropa y abundantes municiones de guerra, y el reverendo padre presidente de las misiones destinado á la de Monterey, refiere muy por menor y con especial gozo la afabilidad de los indios y la promesa que ya le habian hecho de entregarle sus hijos para instruirlos en los misterios de nuestra sagrada y católica religion; añadiendo aquel ejemplar y celoso ministro de ella la circunstanciada noticia de las misas solemnes que se habian celebrado desde el arribo de ambas expediciones hasta la salida del paquebot San Antonio, y de la solemne procesion del santísimo Sacramento que se hizo el dia del Corpus 14 de junio; con otras particularidades que acreditan la especial providencia con que Dios se ha dignado favorecer el buen éxito de estas expediciones, en premio sin duda del ardiente celo de nuestro augusto soberano, cuya piedad incomparable reconoce como primera obligacion de su corona real en estos vastos dominios, la extension de la fe de Jesucristo y la felicidad de los mismos gentiles, que gimen sin conocimiento de ella en la tirana esclavitud del enemigo comun.

Por no retardar esta importantísima noticia, se ha formado en breve compendio la presente relacion de ella, sin esperar los pliegos despachados por tierra desde Monterey, entre tanto que con ellos, los diarios de los viajes por mar y tierra y los demás documentos, se puede dar á su tiempo una obra completa de ambas expediciones. Méjico, 16 de agosto de 1770.—Con licencia y órden del excelentísimo señor virey, en la imprenta del superior gobierno.

Esta relacion, que impresa corrió con no vulgar aprecio, así en toda esta como en la antigua España, da bastantes luces para conocer el alto concepto en que tenian á nuestro venerable fray Junípero los superiores jefes de este Nuevo Mundo, aun ignorando la resolucion con que estaba en San Diego de no desistir de tan importante y espiritual conquista, aunque la expedicion se regresase á la antigua California, como queda expresado en el capítulo XX de esta historia. Y no contribuyó poco esta buena opinion para conseguir del superior gobierno las eficaces providencias que se necesitaban para estos nuevos establecimientos, como demostrará el siguiente

CAPITULO XXIV.

PROVIDENCIAS EFICACES QUE DIÓ SU EXCELENCIA PARA LOS NUEVOS ESTABLECIMIENTOS POR EL INFORME DEL VENERABLE PADRE PRESIDENTE FRAY JUNÍPERO.

Habiéndose detenido el barco algun corto tiempo en el nuevo puerto de Monterey, tuvo lugar el venerable padre para explorar, así aquel terreno como los demás de sus inmediaciones; y conociendo por su notoria práctica y alta comprension, que no convenia permaneciese la doctrina nombrada San Cárlos en el sitio que estaba establecida, respecto á carecerse allı de las tierras necesarias para las labores y de agua para el riego, y que á distancia de una legua en las vegas del rio Carmelo habia estas proporciones y las demás que señalan las leyes de Indias deben tenerse presentes para los nuevos poblados y establecimientos de misiones; lo informó todo exactamente al excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general, suplicandoles tuviesen á bien que la mision de San Cárlos se mudase á las vegas del rio Carmelo.

Hízoles presente asimismo la innumerable gentilidad que la expedicion habia descubierto en el espacioso tramo de mas de trescientas leguas que se cuentan desde la frontera de San Fernando Vellicatá hasta el puerto de nuestro padre San Francisco, como tambien los muchos y buenos sitios que ofrecian quellos terrenos para la formacion de pueblos y misiones; pudiéndose de ellas hacer una dilatada cordillera, establecerse todas casi á la costa del mar del Sur, así para la comunicacion como para convertirse á Dios tantas almas que sepultadas en las tinieblas del gentilismo perecian eternamente por falta de quien les enseñase la verdadera luz de nuestra católica religion. Y que para conseguir tan importantes designios era necesario que viniesen muchos operarios evangélicos, con todo avío de ornamentos y vasos sagrados para la iglesia, utensilios de casa y herramientas de campo, para imponer á los recien bautizados en el laborío de tierras, para que por este medio con los frutos que se cogiesen, pudieran mantenerse como gentes y no como pájaros, segun lo hacian con las silvestres semillas que produce el campo, y lograr al propio tiempo su cultura y adelantamientos.

Lo mismo escribió al reverendo padre guardian del colegio con la expresion de que aunque viniesen cien religiosos; habria para todos quehacer, por la mies abundante que habia Dios puesto allí á la vista del fernandino colegio. A él acababan de llegar, casi al propio tiempo que esto informaba el venerable padre, cuarenta y nueve religiosos que venian de España, pues entraron el dia 29 de mayo del año de 1770.

Luego que su excelencia recibió aquel infor-

me y otro igual el ilustrísimo visitador don José de Galvez, movidos ambos del mismo celo de la conversion y salvacion de las almas, pasaron billete al reverendo padre guardian de San Fernando, pidiéndole treinta religiosos sacerdotes, los diez para que á mas de las misiones mandadas fundar con los títulos de San Diego, San Cárlos y San Buenaventura se estableciesen otras cinco con las advocaciones de nuestro padre San Francisco, Santa Clara, San Gabriel Arcángel, San Antonio de Padua y San Luis obispo de Tolosa, en esta nueva California.

Otros diez para cinco nuevas misiones en el país que media entre San Fernando Vellicatá y San Diego, con los nombres de San Joaqnin, Santa Ana, San Juan Capistrano, San Pascual Bailon y San Félix de Cantalicio; y los diez restantes para compañeros de los que estaban solos en las antiguas misiones. En vista del católico pedimento de su excelencia, nombró el reverendo padre guardian y venerable discretorio, de los religiosos que se ofrecieron voluntariamente, el citado número pedido, y se dió parte al excelentísimo señor virey.

En cuanto su excelencia tuvo este aviso del colegio, dió las providencias correspondientes á efecto de que se entregasen á los religiosos todos los ornamentos, vasos sagrados, campanas y demás útiles para las iglesias y sacristías de las diez misiones: asimismo mandó dar al síndico del colegio diez mil pesos, un mil para cada una, con el fin de que se comprasen los demás efectos que se necesitasen para iglesia, campo y casa; y para el gasto del camino mandó se entregasen cuatrocientos pesos para cada uno de los misioneros, cuyo sínodo debia empezar á correrles desde el dia de su salida de San Fernando. Envió su excelencia órden al propio tiempo al comisario de marina de San Blas para que se aprontase el paquebot San Cárlos, que habia arribado á aquel puerto después que el San Antonio, para pasar á Loreto á llevar los veinte misioneros y que el San Antonio saliese para Monterey con los diez restantes, y que ambos barcos se hiciesen el correspondiente rancho para los religiosos de cuenta de la real hacienda, y que se procurasen embarcar en ellos cuantos víveres cupiesen. Así se ejecutó todo, como veremos en el capítulo siguiente; debiéndose tan favorables providencias á la eficacia de los informes del venerable padre Junípero y á las fervorosas oraciones en que no cesaba de pedir á Dios este su amante siervo enviase operarios á esta viña, procurando al propio tiempo atraer á los gentiles al puerto de Monterey.

CAPITULO XXV.

VIAJE DE LOS TREINTA MISIONEROS QUE SALIERON DEL COLEGIO PARA AMBAS CALIFORNIAS.

Aunque eran grandes los deseos del excelentísimo señor virey de que sin pérdida de tiempo se embarcasen los treinta misioneros, y para el efecto dió sus superiores órdenes; pero por no estar prontos los barcos no se embarcaron hasta enero y febrero del siguiente año de 71, no obstante de haber salido de Méjico por octubre del de 70, pues hubieron de estar detenidos en el hospicio de Tepic.

De allí salieron los diez destinados para Monterey, y se embarcaron en el paquebot San Antonio á 2 de enero del citado año de 71; y después de cincuenta y dos dias de navegacion algo penosa, por haber padecido bastantes borrascas, llegaron sin novedad al puerto de San Diego el 12 de marzo, hallando ya allí á los padres ministros de aquella mision, que ya tenian bautizados algunos neófitos, accidentados todos de escorbuto. El capitan dejó en San Diego parte de la carga, y se volvió á embarcar el dia 10 de abril, y con él los padres misioneros, para pasar á tomar la bendicion del reverendo padre presidente, que se hallaba en Monterey, y recibir cada uno su destino é instrucciones.

Los veinte religiosos señalados para la antigua California se embarcaron en el paquebot San Cárlos á principios de febrero, y en su navegacion tuvieron mucho que padecer, á causa de que habiendo salido del puerto de San Blas, comenzaron luego á experimentar la contrariedad de vientos y corrientes, hasta bajarlos mas allá del puerto de Acapulco. Considerándose tan lejos y apartados de la península de su destino, y que la agua era poca, quiso el capitan arrimarse á tierra para hacer aguada, y probando fortuna, se arrimó á un mal puerto nombrado la Manzanilla, donde se vieron en evidente peligro de perderse, por haber varado el paquebot, con cuya lancha tuvieron que echar á tierra á todos los padres en un despoblado de las costas de Colima. Habiendo dado el barco muchos golpes, se maltrató el timon y saltaron las tablas del forro de la quilla; por esto recelaban hubiese quedado el paquebot imposibilitado de hacer viaje, y así lo noticiaron al excelentísimo señor virey.

Viendo su excelencia esta desgracia y atraso, dispuso que los misioneros caminasen por tierra hasta la provincia de Sinaloa á ponerse enfrente de Loreto, para hacer desde allí la travesía de sesenta leguas de golfo con uno de los barcos de la California. Hiciéronlo así, y en el dilatado viaje de trescientas leguas, murió un religioso, llegando los demás al real de los Alamos, donde descansaron hasta que hubo oportunidad de barco que los trasportase.

Cuando la órden de su excelencia llegó, ya el capitan habia mandado registrar al paquebot, y reconociendo que teniendo pronto remedio su daño podria hacer viaje dentro de poco tiempo; pero no obstante, los padres eligieron caminar por tierra, excepto dos que á ruegos del capitan se quedaron para venir en el barco; y habiendo

salido de Manzanilla y navegado para la California, tuvieron vientos tan contrarios, que les dilató la navegacion hasta fin del mes de agosto, pues el dia 30 de él dieron fondo en la rada de Loreto; y teniendo entonces noticia de los demás misioneros, el señor gobernador despachó el paquebot la Concepcion para que los condujese, y desembarcaron en la misma rada á 24 de noviembre de 71.

A este tiempo me hallaba yo ausente; pero luego que tuve noticia del arribo de los padres á Loreto, escribí al señor gobernador pidiéndole los soldados necesarios, á lo menos para dos misiones, para pasar á fundarlas inmediatamente, como me lo encargaba su excelencia, y me respondió que tenia encargo del mismo señor excelentísimo para darme aquella tropa, pero que se hallaba sin ninguna por no haber todavía regresádose de Monterey la que pertenecia á Loreto; que teniendo pedidas al gobernador de Sonora unas reclutas, luego que llegasen me aprontaria el socorro pedido, pues al presente estaba imposibilitado, y que de todo daba cuenta á su excelencia. En vista de la imposibilidad de fundar por entonces ninguna mision, repartí por las antiguas los diez y nueve misioneros y dí cuenta al colegio y superior gobierno.

Llegaron á Méjico las cartas del señor gobernador y las mias á tiempo que habiendo cumplido el suyo el excelentísimo señor virey marqués de Croix, habia entrado á gobernar el señor bailío fray don Antonio María Bucareli y Ursúa y el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez se habia retirado para la corte al real y supremo consejo de Indias, del que entonces era consejero y hoy del de Estado, gobernador de aquel y secretario de Estado y del despacho universal de Indias.

Con estas mutaciones y entre tanto que el nuevo excelentísimo señor virey se enteró de los asuntos de tan vasto gobierno, hubo la detencion que impidió dar principio al establecimiento de las cinco misiones que debian fundarse en el terreno que media entre Vellicatá y San Diego, como queda dicho; y resultó asimismo la pretension de los reverendos padres de Santo Domingo de Méjico para tener parte en estas espirituales conquistas, para cuyo logro consiguieron real cédula en que mandaba su majestad se les entregase una ó dos misiones con frontera de gentiles. En vista de ella les respondió el excelentísimo señor virey que se viesen con el padre guardian del colegio de San Fernando, que lo era entonces el reverendo padre lector fray Rafael Verger, hoy obispo del nuevo reino de Leon. Hízolo así el prelado de los reverendos padres dominicos, y enterado el nuestro de la pretension por nueva cédula que habian conseguido de su majestad y sabiendo que la antigua California no era divisible por ser una lengua de tierra entre los dos mares y que solo podria tener efecto mezclándose ambas religiones, de que se seguirian ó podrian seguirse graves inconvenientes; le respondió al venerable padre prelado dominico, que no podia ser el que ambas religiones estuviesen en aquel sitio; que si su paternidad queria todas las misiones que antes administraban los reverendos padres jesuitas, se las cederia, como tambien la que se acababa de fundar nombrada San Fernando, y se le quedaba esta frontera con el tramo de cien leguas pobladas de gentiles por la costa hasta llegar al puerto de San Diego inclusive, en cuyo tramo estaban mandadas fundar cinco misiones, y que su paternidad se podria hacer cargo de su establecimiento. En todo se convino aquel prelado, y firmado, así de él como del nuestro, este contrato, se presentó al excelentísimo señor virey, quien se dignó confirmarlo en junta de guerra y real hacienda celebrada en 30 de abril de 1772, con cuya misma fecha expidió el decreto para su cumplimiento, que se verificó en el mes de mayo del siguiente año de 1773 en que llegaron á la California los reverendos padres dominicos y les hice la entrega de las citadas misiones. Quedó ya con esto nuestro colegio libre de aquella carga y con mayor desahogo para atender á estas conquistas de Monterey ó Nueva California, á donde subimos nueve de los misioneros que estábamos en la antigua, y los demás se retiraron al colegio de San Fernando.

CAPITULO XXVI.

LLEGAN Á MONTEREY LOS DIEZ MISIONEROS CON LAS NUEVAS Y FAVORABLES PROVIDENCIAS, Y LO QUE PRACTICÓ EL VENERABLE PADRE.

Los diez misioneros que se embarcaron en San Diego el 14 de abril, llegaron á 21 de mayo del mismo año de 71 sin mas novedad que haber padecido algunos sustos por los contrarios vientos en los treinta y ocho dias de navegacion. Fué su arribo de mucha alegría para nuestro venerable padre presidente, viéndose con tantos operarios que venian con grandes alientos para trabajar en la viña del Señor. Tenia ya el siervo de Dios suficiente vivienda, aunque de palizada, para hospedarlos y vivir en ella ínterin se repartian á poner mano á la empresa de la espiritual conquista. Con tantos religiosos en el centro de la gentilidad no quiso perder la ocasion de celebrar la segunda fiesta del Corpus, que cayó aquel año el dia 30 de mayo, dia de nuestro patrono san Fernando. Celebráronla con mayor solemnidad que el año antecedente, con misa cantada de tres ministros, sermon y procesion del Divinísimo con asistencia de doce sacerdotes. Desde luego parecia limitado el magnánimo corazon de fray Junípero para contener en sí y no derramar afuera el gozo que lo ocupaba al ver tan magníficos cultos tributados al Señor, á quien incesantemente repetia las

gracias por haber enviado aquel número de religiosos para dar mano á los establecimientos y conversiones, y al ver tan inclinados á darles todo fomento al excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general, quienes le escribian podia poner la mision de San Cárlos en el rio Carmelo ó donde mejor le pareciese.

Pasada ya la fiesta del Corpus y enterado el venerable padre de las órdenes del excelentísimo señor virey en que mandaba su excelencia se fundasen cinco misiones á mas de las tres proyectadas desde el principio, hizo la distribucion de los religiosos que habian de pasar á administrarlas; y teniendo presente que los dos que estaban en San Diego le pedian licencia para retirarse, el uno al colegio y el otro á la antigua California, con la espectacion de que aquel clima calido probase mejor á su salud, pudiendo continuar sus tareas en aquellas misiones; y no olvidando al propio tiempo el siervo de Dios que los hacia acreedores á la concesion del retiro el mérito de haber trabajado con el mayor desvelo en las estaciones mas calamitosas, condescendió á las súplicas de ambos y nombró para sucesores ministros de aquella doctrina á los padres fray Francisco Dumetz y fray Luis Jaime, de la provincia de Mallorca. Para fundadores de la mision de San Buenaventura á los padres fray Antonio Paterna, de la provincia de Andalucia, y fray Antonio Cruzado, de la de los Angeles, y para la de San Gabriel á los padres fray Angel Somera, hijo del colegio, y fray Pedro Benito Cambon, de la provincia de Santiago de Galicia, todos sacerdotes y predicadores.

Como quiera que las tres misiones á donde iban los citados padres estaban al rumbo del Sur y mas inmediatas al puerto de San Diego, se volvieron á embarcar los religiosos para aquel puerto en el mismo paquebot San Antonio, que salió del de Monterey á 7 de julio, y en él fué tambien el comandante don Pedro Fajes, graduado ya de capitan, para repartir la tropa y ganado que estaban en San Diego, por el retiro del capitan don Fernando Rivera.

En Monterey quedaron otros seis religiosos, incluso nuestro venerable fray Junípero, quien nombró para la mision de San Adtonio de Padua á los padres fray Miguel Pieras y fray Buenaventura Sitjar, de la provincia de Mallorca. Para la de San Luis obispo de Tolosa, á los padres fray José Cavaller y fray Domingo Juncosa, ambos de la provincia de Cataluña, y para la de Monterey quedó el venerable padre presidente con su discípulo y compañero fray Juan Crespi. Quedaban todavía dos misiones proyectadas y no habia ministros para ellas, cuyos títulos eran de nuestro padre san Francisco y nuestra madre Santa Clara; pero como estas se habian de fundar mas arriba hácia el Norte y en la actualidad no habia tropa para todas, se consoló el siervo de Dios esperando que cuando subiese la tropa de la antigua California, podrian tambien venir los cuatro ministros de las antiguas misiones.

A los dos dias después de la salida del paquebot San Antonio, en que iban los seis religiosos, pasó el venerable padre á reconocer las vegas y cañada del rio Carmelo, para mudar la mision de San Carlos á mas proporcionado sitio, y habiéndolo hallado con las comodidades necesarias, dispuso se hiciese el corte de las maderas para aquella fábrica, dejando tres mozos marineros que habian quedado allí de los del barco y cuarenta indios californios resguardados con cinco centinelas; de los que él, que hacia de cabo, quedó con el encargo de cuidar que cortasen y dispusiesen maderas para construir aquella mision; interin el venerable padre volvia de fundar la de San Antonio, para cuyo efecto salió luégo, como se verá en el siguiente

CAPITULO XXVII.

FÚNDASE LA MISION DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Aquel ardiente celo de la conversion de los gentiles en que se abrasaba el corazon de nuestro venerable fray Junípero, no le permitia descanso ni dilacion alguna en poner los conducentes medios para la consecucion de sus intentos. Luego que concluyó el reconocimiento del rio Carmelo y dejó en corriente los operarios para el corte de maderas, se regresó luego á Monterey para disponer su viaje de la Sierra de Santa Lucía, á donde salió luego con los padres destinados para fundadores de la mision de San Antonio, y llevando consigo todos los avíos necesarios para aquella nueva mision y la precisa escolta de soldados, caminaron para aquella sierra, veinticinco leguas de Monterey, al viento Sur Sudueste; y habiendo llegado á la hoya de la citada serranía, encontraron una grande cañada, que llamaron de los Robles por estar muy poblada de estos árboles, y pasaron el real á ella.

Registraron el terreno, y habiendo hallado un plan dilatado y vistoso en la misma cañada, inmediato á un rio (que desde luego llamaron de San Antonio), les pareció muy proporcionado sitio para el establecimiento, por el buen golpe de agua que tenia aun en el mes de julio, que es el tiempo de las mayores secas, y asimismo que sin dificultad podrian darle conductos para el beneficio de aquellas tierras. Convenidos todos en la eleccion del terreno para el poblado, mandó el venerable padre descargar las mulas y colgar las campanas en la rama de un árbol, y luego que estuvieron en disposicion de tocarse, empezó el siervo de Dios á repicarlas, gritando como enajenado: "Ea, gentiles, venid, venid á la santa "Iglesia; venid, venid á recibir la fe de Jesu-"cristo;" y mirandolo el padre fray Miguel Pieras, uno de los dos misioneros señalado para presidente, le decia: "¿Para qué se cansa si este no

" es el sitio en donde se ha de poner la iglesia, " ni en estos contornos hay gentil alguno? Es " ocioso el tocar las campanas."—"Déjeme, pa- " dre, explayar el corazon, que quisiera que esta " campana se oyese por todo el mundo, como de- " seaba la venerable madre sor María de Jesús " de Agreda, ó que á lo menos la oyese toda la " gentilidad que vive en esta sierra." Construyeron luego una cruz grande, que después de bendita y adorada enarbolaron y fijaron en aquel mismo sitio. Hízose asimismo una enramada, y puesta bajo de ella la mesa de altar, celebró el venerable padre la primera misa á san Antonio, patrono de aquella mision, el dia 14 de julio del año de 1771, dedicado al seráfico doctor san Buenaventura. Presenció este sacrificio divino un gentil que atraido del sonido de las campanas ó de la novedad de ver gentes tan extrañas, ocurrió allí á tiempo que se celebraba la misa. Advirtiólo el venerable sacerdote al voltearse para el pueblo para la plática después del Evangelio, y rebosando de la alegría su corazon, la explicó en su discurso, diciendo de esta manera: " Espero en Dios y en el patrocinio de san An- " tonio que esta su mision ha de ser un gran " pueblo de muchos cristianos, pues vemos lo " que no se ha visto en otras de las misiones fun- " dadas hasta aquí, que á la primera misa ha " asistido la primicia de la gentilidad, y no de- " jará ese de comunicar á los demás gentiles lo " que ha visto." Así sucedió, como veremos después, cumpliéndose perfectamente con el hecho las esperanzas de nuestro venerable padre, quien luego que concluyó la misa comenzó á acariciar y regalar al gentil, con el fin de atraer por este medio á los demás, como lo logró aun en aquel mismo dia, pues llevados de la novedad empezaron muchos á concurrir, y habiéndoles hecho entender por señas (á falta de intérprete) que habian ido á avecindarse y vivir en aquellas tierras, dieron muestras de apreciarlo mucho, comprobándolo con las continuas visitas que les hacian y regalos de piñones y bellotas que extraian, cuyas semillas y otras silvestres de que hacen sus pinoles ó harinas para mantenerse, cosechan con abundancia. Correspondia el venerable padre y demás á estos obsequios con ensartas de avalorios (ó cuentas de vidrio de diversos colores) y asimismo con nuestras comidas de maíz y frijol, á que se aficionaron desde luego aquellos infieles.

Inmediatamente se dió principio á construir por de pronto, de madera, casa para habitacion de los padres y sirvientes, cuartel para los soldados é iglesia para el divino culto, cercando todas estas piezas con estacada para la defensa y con escolta de seis soldados y un cabo para resguardo. Dentro de poco tiempo ya los padres se llevaban la atencion de los gentiles, que les cobraron singular afecto por el amor y cariño con que los trataban, y desde luego comenzaron á manifestar la confianza que hacian de los religiosos, llevándoles sus semillas luego que levantaban las cosechas, y diciéndoles que comiesen lo que gustasen de ellas, y el resto se los guardaran para el tiempo de invierno. Así lo hacian los misioneros con mucha complacencia, admirando en los gentiles tanta confianza; y con la espectacion de que seria mayor cuando reengendrados por el bautismo los mirasen como á verdaderos padres. Quedó en el mismo concepto nuestro venerable fray Junípero al ver tan al principio semejantes demostraciones, y con esta confianza, dejando á los citados misioneros en la mision de San Antonio, se regresó para la de Monterey, á los quince dias de fundada aquella.

Instruidos los nuevos misioneros por el venerable presidente, se dedicaron desde luego con el mayor desvelo á aprender con los niños el idioma de aquellos bárbaros, para poder explicarles por este medio que el fin de venir á sus tierras era para dirigir al cielo sus almas. Consiguiéronlo á costa de toda su aplicacion, y habiendo empezado á catequizar y bautizar, tenian ya, á los dos años de fundada aquella mision, que estuve yo en ella, ciento cincuenta y ocho cristianos nuevos.

Entre ellos habia, segun me refieren aquellos religiosos, una mujer, que nombraron Agueda, tan anciana, que segun su aspecto representaba tener de edad cien años. Fué esta á pedir á los padres el bautismo y habiéndole preguntado la causa de querer ser cristiana, respondió que siendo ella de corta edad, oia referir á sus padres la venida á aquellas tierras de un hombre que vestia el mismo hábito que los religiosos, el cual no habia entrado ni á pié por tierra, sino volando, y que este les decia lo mismo que ahora predicaban los misioneros, y que acordándose de esto se habia movido á ser cristiana. No dando crédito los padres al dicho de la anciana mujer, se informaron de los neófitos, y unánimes todos respondieron que así lo habian oido decir á sus antepasados y que era general tradicion de unos á otros.

Al oir de los padres esta noticia, me acordé luego de la carta que en el año de 1631 escribió la venerable madre sor María de Jesús de Agreda á los misioneros empleados en las espirituales conquistas del Nuevo Méjico, en que entre otras cosas les dice: que nuestro padre san Francisco llevó á estas naciones del Norte dos religiosos de su órden para que predicasen la fe de Jesucristo (los cuales no eran españoles) y que después de haber hecho muchas conversiones, padecieron martirio. Y habiendo cotejado el tiempo, me hice juicio podria haber sido alguno de esos religiosos el que decia la neófita Agueda.

La citada mision de San Antonio (como tengo dicho) se halla situada en el centro de la Sierra de Santa Lucía, distante de la costa del mar Pacífico como ocho leguas, por la fragosidad delca-

mino para la playa, y está en la altura del Norte á 35 grados y 30 minutos, y distante como veinte leguas del puerto de Monterey. Es el terreno bastantemente poblado de crecidos pinos, que producen abundancia de piñones (semejantes en todo á los de España), les cuales comen los indios, causándoles por su naturaleza cálida algunos accidentes. Está poblado asimismo de grandes encinos y robles, que franquean á los indios varios géneros de bellotas, las cuales después de secas al sol, guardan todo el año para mantenerse, haciendo sus poleadas y pinoles, para lo cual se sirven tambien de los zacates ó yerbas que con abundancia les ministra el campo. No es menor la que hay de conejos y ardillas, tan sabrosas como las liebres. Es mucha su fertilidad y facilita abundantes cosechas de trigo, maíz, frijol y otras varias semillas de España con que ahora se mantienen los habitantes.

El clima en tiempo de verano es sumamente cálido, y el invierno frigidísimo por las muchas heladas que se experimentan; de suerte que un arroyo que corre todo el año inmediato á las casas de la mision, se cuaja con ellas, quedando suspenso el curso de aquella corriente hasta que el sol con sus rayos derrite el yelo; y por la misma causa suelen experimentarse notables quebrantos en las sementeras, principalmente en las de maíz y frijol si se siembran temprano.

Tan fuerte fué la helada que cayó el dia primero de Pascua de Resurreccion en el año de 1780, que una gran sementera de trigo espigado ya todo y en flor, quedó tan seco como el rastrojo por el mes de agosto. Fué este accidente de grande desconsuelo para los indios y mucho mayor para los padres, considerando los muchos atrasos que se siguen cuando falta bastimento á la mision, pues es preciso vayan los neófitos por los cerros en busca de semillas silvestres para alimentarse como cuando eran gentiles. Avivando la fe los padres y confiando en el patrocinio de san Antonio, convidaron á los cristianos nuevos para hacerle la novena. Asistieron á ella todos con mucha puntualidad y devocion, y al empezarla mandaron los padres soltar el riego á las heladas milpas, que estaban enteramente secas. Dentro de pocos dias advirtieron que nacia de nuevo ó retoñaba desde la raíz el trigo, y al acabar la novena estaba ya todo el campo verde. Continuáronle el riego y creció con tanta prisa, que á los cuarenta dias, en el de Pascua de Espíritu Santo, estaba ya el trigo tan alto como el seco, con las espigas floridas y grandes, que granaron y sazonaron por el mismo tiempo que los años anteriores, lográndose una cosecha tan crecida y de grano tan abultado, que jamás habian visto otra semejante. Reconociéndose desde luego obligados, así los padres como los indios, por tan especialísimo prodigio como Dios nuestro Señor se dignó obrar en su favor por la intercesion del santo patrono y taumaturgo san Antonio, le rindieron desde luego las mas afectuosas gracias.

Este caso y otros varios que omito por no abultar esta historia, han contribuido mucho para confirmar en la fe á los neófitos, y que los gentiles la abrazasen, como ha sucedido, excediendo el número de cristianos de aquella mision al de todas las demás, pues llegaron á contarse en ella antes de morir el venerable padre Junípero, mil ochenta y cuatro neófitos, con lo que vió cumplida la esperanza que desde el dia de la funcion tuvo en Dios y en el patrocinio de san Antonio, que habia de ser un gran pueblo de muchos cristianos. Así lo concedió el Señor á su siervo fray Junípero verlo cumplido en los dias de su vida, y que después de su ejemplar muerte vaya aumentandose cada dia mas el número de los cristianos, y no dudo que en el cielo pedirá á Dios (como me prometió antes de salir de esta vida) la conversion de todos los demás gentiles que pueblan estos dilatados países.

CAPITULO XXVIII.

PASA EL VENERABLE PADRE Á MUDAR LA MISION DE SAN CÁRLOS AL RIO CARMELO, Y LO QUE EN ELLA PRACTICÓ.

Después de pasados quince dias de establecida la mision de San Antonio, salió de ella para la de Monterey el venerable padre presidente fray Junípero, con vivos deseos de fundar la de San Luis; pero por la falta de tropa, cuya mayor parte se hallaba detenida en San Diego por el capitan Rivera habia un año, mortificó sus deseos al ver que hasta la subida del comandante don Pedro Fajes no podria efectuarse, y entre tanto se ocupó en mudar la mision de San Cárlos á las orillas del rio Carmelo.

Para dar principio á esta obra, que juzgaba el siervo de Dios muy importante para la reduccion de los gentiles y subsistencia de aquella mision, que propiamente se fundaba de nuevo, pasó al sitio en que habia dispuesto se hiciese el corte de la madera, y considerando no ser bastante la que habia, mandó se continuase cortando ínterin volvia del presidio. Bien pudiera el venerable padre encomendar este material trabajo á su compañero el padre Crespi, á los religiosos destinados para la mision de San Luis, los cuales estaban como ociosos en el presidio, hasta que se verificase la salida para establecer su mision. Pero no quiso perder este mérito ni cargar á los otros el trabajo, sin duda para darles ejemplo y que no se desdeñasen de ejercitar semejantes oficios mecánicos que se dirigen á tan noble fin y son muy del agrado de Dios, como dice en su citada carta la venerable madre María de Jesús. Dejó en el presidio á los dos ministros de la mision de San Luis para que administrasen á la tropa, y á su compañero para que cuidase de los

indios neófitos, dándoles no solo la comida del cuerpo, sino tambien la del alma, rezando dos veces al dia la doctrina cristiana; y á ambos hizo el encargo de que siempre que fuesen gentiles procurasen regalarlos y dirigirlos al rio Carmelo, donde haria lo mismo su reverencia.

Concluidas estas prevenciones, se encaminó al sitio destinado para la mision, distante una legua del presidio, á hacer vida eremítica, cuya habitacion fué de pronto una barranca, en la que se mantuvo sirviendo de sobrestante, y muchas veces de peon, hasta que hubo alguna vivienda en que acogerse para libertarse del mucho viento frio que se experimenta en aquella cañada casi todo el año. La primera obra que mandó hacer fué una grande cruz, que bendita, enarboló, ayudado de los soldados y sirvientes, y fijó en la medianía del tramo destinado para compás, que estaba inmediato á la barraca de su habitacion, y otra que servia de interina iglesia, siendo su compañía y todas sus delicias aquella sagrada señal. Adorábala luego que amanecia y cantaba la tropa el alabado, y delante de ella rezaba el siervo de Dios maitines y prima, é inmediatamente celebraba el santo sacrificio de la misa, á que asistian todos los soldados y mozos. Después comenzaban todos su trabajo, cada uno en su destino, siendo ingeniero y sobrestante de la obra el venerable padre, quien muchas veces al dia adoraba la santa cruz, rezando delante de ella el oficio divino, segun lo oí todo de boca del cabo que sirvió de centinela en aquel sitio; y lo mismo practicaba de noche al concluir el rezo de la corona, con cuyo ejemplo hacian lo propio los soldados, enseñándose tambien los indios.

Cuando iban los gentiles á visitar al venerable padre, que raro era el dia en que dejaban de hacerlo atraidos de curiosidad ó de los regalos que les hacia, era lo primero que practicaba persignarlos por su propia mano, y después les hacia adorar la santa cruz, y concluidas estas santas ceremonias, los regalaba, ya con comida que les mandaba hacer de trigo ó maíz cocido, con atole hecho de dichas harinas, ó ya con avalorios, y procuraba agasajarlos cuanto podia, aprendiendo con ellos el idioma. Iban tambien á visitarlo los nuevos cristianos, que pedian licencia al padre Crespi, para ir, como decian, á ver al padre viejo, y con ellos tenia sus delicias mostrándoles mayor cariño que si por naturaleza fuesen sus hijos. Enseñóles á que saludasen á todos con las devotas palabras: *amar á Dios;* y se extendió de tal manera, que hasta los gentiles decian esta salutacion, no solamente á los padres, sino á cualquier español, y queda extendida por todo este vasto terreno, enterneciendo el corazon mas duro al oir á los gentiles que lo mismo es encontrar á sus compañeros ó á los españoles por los caminos, que referir aquellas palabras *amar á Dios.*

Luego que tuvo el venerable padre concluida la fábrica de capilla y vivienda suficiente, que fué á fines del año de 1771, llamó á su compañero el padre Crespi y se mudó á la nueva mision con todos los cristianos neófitos, y empezaron á trabajar ambos en aquella espiritual conquista; siendo esta su peculiar mision, en donde se mantuvo ínterin no tenia que salir á visitar las misiones y viajes precisos del ministerio de presidente, hasta que murió, dejando en sola ella mil y catorce bautizados entre adultos y párvulos, la mayor parte por el venerable padre, pues era en esta materia sin comparacion celoso y sin saciarse sediento.

CAPITULO XXIX.

ARRIBO DE LOS SEIS MISIONEROS Á SAN DIEGO Y ESTABLECIMIENTO DE LA MISION DE SAN GABRIEL.

Ya queda dicho en el capítulo XXVI cómo el dia 7 de julio del año de 71 salió el paquebot San Antonio del puerto de Monterey, y en él los seis ministros para las tres misiones del Sur con el comandante don Pedro Fajes, y que después de ocho dias de navegacion, á 14 del mismo mes, dieron fondo en el puerto de San Diego, donde hallaron á los padres sin novedad, y los destinados para ministros de aquella mision se hicieron cargo de ella; y usando de la licencia los dos que por enfermos la habian solicitado para retirarse, se embarcó uno en el mismo paquebot que salió el 21 del propio mes para San Blas, y otro con la primera partida que salió para la antigua California, bajó á una de aquellas misiones.

Luego que el barco salió se empezó á tratar de los nuevos establecimientos; pero por la desercion de diez soldados, á tiempo que estaban ya para salir, hubieron de detenerse hasta que se consiguió su incorporacion en la tropa, por haber ido uno de los misioneros á convencerlos, ofreciéndoles el perdon; y estando dispuesta la salida para el dia 6 de agosto, volvieron otros á desertar; pero no obstante esto, dispuso el capitan que saliesen los de la mision de San Gabriel; que después saldria él con los padres de San Buenaventura.

El citado dia 6 de agosto salieron de San Diego los padres fray Pedro Gamboa y fray Angel Somera resguardados con diez soldados y los arrieros con la recua de los avíos. Caminaron hácia el rumbo del Norte por el camino que transitó la expedicion; y habiendo andado como cuarenta leguas, llegaron al rio de los Temblores, llamado así desde la expedicion primera; y estando en el registro para elegir terreno, se les presentó una numerosa multitud de gentiles, que armados y presididos de dos capitanes, con espantosos alaridos pretendian impedir la fundacion. Recelando los padres se rompiese la guerra y se verificasen algunas desgracias, sacó uno de ellos un lienzo con la imágen de nuestra Se-

ñora de los Dolores y lo puso á la vista de los bárbaros; pero no bien lo hubo hecho, cuando rendidos todos con la vista de tan hermoso simulacro, arrojaron á tierra sus arcos y flechas, corriendo presurosos los dos capitanes á poner á los piés de la soberana Reina los avalorios que al cuello traian, como prendas de su mayor aprecio; manifestando con esta accion la paz que querian con los nuestros. Convocaron á todas las rancherías comarcanas, que en crecidos concursos de hombres, mujeres y niños venian á ver á la santísima Vírgen, cargados de varias semillas, que dejaban á los piés de la santísima Señora, entendiendo que comia como los demás.

Iguales demostraciones hicieron las mujeres gentiles del puerto de San Diego después de pacificados aquellos habitadores, pues habiéndoles manifestado otra imágen de nuestra Señora la Vírgen María con el niño Jesús en los brazos, luego que lo supieron en las rancherías inmediatas ocurrieron á verla, y como no pudiesen entrar por impedírselos la estacada, llamaban á los padres, y metian por entre los palos sus cargados pechos, expresando vivamente por señas que venian á dar de mamar á aquel tierno y hermoso niño que tenian los padres.

Con haber visto la imágen de nuestra Señora los gentiles de la mision de San Gabriel, se mudaron de tal suerte, que frecuentando las visitas á los religiosos, no sabian cómo manifestarles el contento de que hubiesen ido á avecindarse en sus tierras, y ellos procuraban corresponderles con caricias y regalos. Pasaron á registrar aquel grande llano y dieron principio á la mision en el lugar que juzgaron á propósito, con las mismas ceremonias que quedan referidas en las demás reducciones. Celebróse la primera misa bajo de una enramada, el dia de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, y el dia siguiente dieron principio á fabricar una capilla que sirviese de interina iglesia, y asimismo una casa para los padres y otra para la tropa, todo de palizada, y con cerco de estacas para la defensa en cualquier evento. La mayor parte de la madera para las fábricas la cortaron y arrancaron los mismos gentiles, ayudando á construir las casitas, por cuya causa quedaron los padres con la espectacion del feliz éxito, y que desde luego no repugnarian abrazar el suave yugo de nuestra evangélica ley.

Cuando mas contentos estaban aquellos naturales, desgració esta buena disposicion uno de los soldados, agraviando á uno de los primeros capitanes de las rancherías, y lo que peor es, á Dios nuestro Señor. Queriendo el capitan gentil tomar venganza del agravio que se habia hecho á él y á su mujer, juntó á todos los vecinos de las rancherias inmediatas, y convidando á los hombres capaces de tomar las armas, se presentó con ellos á los soldados, que distantes de la mision, guardaban y apacentaban la caballada, de los cuales era uno el malhechor. En cuanto estos vieron venir tanta gente armada, se vistieron las cueras para el resguardo de las flechas, y se pusieron en arma, sin tener lugar de dar aviso á la guardia, que ignoraba el hecho del soldado. Lo mismo fué llegar los gentiles á tiro de escopeta, empezaron á arrojar flechas, encaminándose todos al soldado insolente. Este con la escopeta apuntó al que veia mas osado, presumiéndose seria el capitan, y disparándole una bala, lo mató. Luego que los demás vieron el estrago y fuerza de las armas de los nuestros que jamás habian experimentado, y que las flechas no les hacian daño, huyeron presurosos, dejando al infeliz capitan, que después de haber sido el agraviado, quedó muerto; de cuyo hecho resultó que se amedrentasen los indios.

Llegó á pocos dias de haber sucedido esto el comandante con los padres y avío para la mision de San Buenaventura, y temiendo que los gentiles hiciesen algun atentado para vengar la muerte de su capitan, resolvió aumentar la guardia de la mision de San Gabriel hasta el número de diez y seis soldados. Por este motivo y la poca confianza que habia de los restantes, á vista de tan repetidas deserciones, hubo de suspenderse el establecimiento de la mision de San Buenaventura hasta ver el éxito de la de San Gabriel, donde quedaron los dos ministros de aquella con todos sus utensilios hasta nuevo aviso. El comandante subió con los demás soldados para Monterey, llevándose al que habia matado al gentil, para quitarlo de la vista de los otros, no obstante que el escándalo que habia cometido estaba oculto asi al comandante como á los padres.

Quedaron por esta razon cuatro misioneros en la doctrina de San Gabriel; pero habiendo enfermado los dos ministros de ella, en breve tiempo hubieron de retirarse á la antigua California, y los dos destinados para San Buenaventura quedaron administrándola y procuraron con toda la suavidad posible atraer á los gentiles, quienes poco á poco fueron olvidando el hecho del soldado y la muerte de su capitan, y empezaron á entregar algunos niños para ser bautizados, siendo de los primeros el hijo del miserable difunto, que con mucho gusto dió la viuda; y á su ejemplo fueron otros entregando los suyos, y se fué aumentando el número de cristianos, de suerte que pasados dos años de fundada la mision que estuve yo en ella, ya tenian bautizados setenta y tres, y cuando murió nuestro venerable padre se contaban mil y diez y nueve neófitos.

CAPITULO XXX.

ENVIA EL VENERABLE PADRE Á SU COMPAÑERO AL RECONOCIMIENTO DEL PUERTO DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

Llegó el comandante don Pedro Fajes á Mon-

terey, y hallando mudada ya la mision de San Cárlos al rio Carmelo, pasó allí á ver al venerable padre fray Junípero para comunicarle cuanto habia pasado. Causólo al siervo de Dios mucha pena que se frustrase el establecimiento de San Buenaventura, por ser esta mision de las tres proyectadas primeramente, y la que llamaba peculiar suya el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez; pero viendo que no habia sido por causa de los misioneros, dió á Dios las gracias, así por esto como porque se hubiese conseguido la fundacion de San Gabriel, confiando en su divina Majestad que cuando fuese de su mayor agrado se estableceria aquella con mejores proporciones y menos ansias. Así se lo concedió el Señor después de trece años de proyectada; y aunque fué la última que el venerable padre fundó, pudo decir de ella lo que la Iglesia santa de la canonizacion del mismo serafico doctor san Buenaventura: *tamen quo tardius eo solemnius*, como en la narracion de este establecimiento se verá.

Viendo el venerable fray Junípero desgraciada aquella fundacion, le propuso al comandante la de San Luis; pero se excusó por la misma razon, diciéndole que si se disminuia la tropa y venia de San Gabriel noticia de alguna novedad en aquella mision por parte de los indios, se veria desde luego imposibilitado de pasar á socorrerla; que luego que se supiese que estaban en quietud, se daria mano en fundar la reduccion de San Luis.

Considerando aquel fervoroso prelado que entre tanto no se verificase novedad alguna por abajo, omitirian el despacho de correo, y que con esta espectacion se estarian todo el año sin adelantamiento alguno, propuso al comandante Fajes que ínterin se recibia noticia, se fuese al reconocimiento del puerto de nuestra padre San Francisco, para ver qué sitio se encontraba proporcionado para la mision, y á comunicar y congratular á los gentiles, para que hubiese esto adelantado cuando llegase la ocasion del establecimiento. Convino el comandante á esta expedicion, ofreciendo ir en persona con el padre Crespi luego que pasase la estacion de las aguas, si para este tiempo no habia novedad.

Viendo á mediados del mes de marzo que ya no llovia ni habia venido correo de San Luis y dando por supuesto que no habria por allá ningun acaecimiento, salieron de Monterey el dia 20 de dicho mes del año de 1772, de cuyo viaje y registro formó su diario el citado padre Crespi, que asentó á continuacion de los demás, al cual remito al lector curioso. Impidióles concluir aquel registro á su satisfaccion la noticia que recibieron por un correo que llegó de San Diego, de que aquel puerto estaba á peligro de desampararse, por irseles acabando los víveres, y que para remediarlo habia bajado á la antigua California el padre Dumetz, pues aunque el paquebot San Antonio habia traido aquel año igual carga de comestibles que en los antecedentes, pero tambien se habian aumentado los consumidores, así con los peones que quedaron del barco, como con los neófitos que se agregaban á la mision, por cuya causa iban dando fin insensiblemente los bastimentos que habia.

Luego que el comandante recibió esta noticia, estando en la expedicion del citado reconocimiento, retrocedió para Monterey, como se advierte en el expresado diario, y despachó la recua cargada de víveres para abastecer á San Diego y á San Gabriel, que por dicho correo se supo no habia habido novedad alguna con los indios de esta última mision, y sí que los dos ministros de ella se habian retirado enfermos para la antigua California, y quedaban supliendo los de San Buenaventura, como dejo dicho. En atencion á esto y á que quedaba solo en San Diego el padre fray Luis Jaime, envió con la recua al padre fray Juan Crespi, que acababa de llegar del reconocimiento del puerto de nuestro padre San Francisco.

Llegó á San Gabriel y San Diego este socorro, y poco después recibieron otro, que les remití yo de la antigua California con un misionero, y al mismo tiempo llegó el padre Dumetz. Quedó con esto socorrida aquella necesidad, que dentro de poco tiempo se trasladó á Monterey, porque retardándose el barco que conducia las provisiones tres meses mas que los años antecedentes, hubieron de padecer aquellos vecinos los efectos de la escasez, haciéndoles desde luego notable falta los víveres que embarcaron al puerto de San Diego.

En esta atencion se vió precisado el comandante don Pedro Fajes á tomar la providencia de dejar en el presidio un corto número de soldados y pasar con los demás á la cañada que llamaron de los Osos, distante cincuenta leguas del presidio, para hacer matanza de estas fieras y comprar semillas silvestres á los indios con que pudiera mantenerse la gente. Duró esta necesidad hasta que con el arribo del barco quedó remediada, aunque á los padres no les alcanzaron tanto sus tristes efectos por haberlos socorrido los gentiles, como se verá en la siguiente carta del venerable padre Junípero.

CAPITULO XXXI.

CARTA DEL VENERABLE PADRE CON ALGUNAS NOTICIAS Y LLEGADA DE LOS BARCOS.

"Viva Jesús, María y José—Reverendo pa-
" dre lector y presidente fray Francisco Palou.—
" Carísimo amigo y mi señor: No me quiero
" querellar del limitado tiempo para escribir á
" vuestra revencia porque no parezca maña vie-
" ja; harto tengo con significar el recelo de lo
" que con trabajo escribo llegue á sus títu-

" los. Lo que primero digo es que gracias á " Dios tengo salud, y que no me ha tocado á mí " ni á ninguno de los padres compañeros la ham- " bre que por estas tierras á mortificado y mor- " tifica á muchos pobres. Lo segundo que cuan- " do esperábamos el barco, nos ha llegado la no- " ticia de ser dos los que vienen á este puerto; " pero con haber llegado ambos á la altura, y " aun el uno á dos leguas de esta mision, ningu- " no á podido aportar acá; y escribe el capitan " del Príncipe, que es nuestro don Juan Perez, " que ya no podrá venir, que se halla en San " Diego, y que vayan allá, si quieren lo que trae: " el otro escribe, que es don Miguel Pino, con Ca- " ñizares, que se halla en la canal de Santa Bár- " bara y que se va á San Diego; con que allá " tenemos todo y acá nada. El consuelo es que " aquellas dos misiones de San Diego y San Ga- " briel ya quedan fuera de cuidado. Esta, la " de San Antonio y el presidio, no están con pe- " ligro de abandonarse; pero están con el seguro " de que les dure á la gente algunos dias la " mortificacion. Las mulas para subir por tier- " ra son pocas y maltratadas.

"Los principales mantenedores de la gente son " los gentiles; por ellos se vive porque Dios quie- " re, sin embargo de que la leche de vacas y la " verdura de la huerta han sido dos grandísimos " sustentáculos de estos establecimientos; pero " ambos renglones ya escasean; mas no por eso " me pesa ni le pese á vuestra reverencia el que " estén fundadas estas misiones, como que no le " duele á ministro alguno de los que las pueblan. " El desconsuelo solo se ha hallado en las vacan- " tes por dificultad de proseguir las fundaciones. " Ya se les ha quitado á los padres de San Luis el " continuo desconsuelo de catorce meses de es- " pera con la noticia de que con las abundantes " provisiones que traen los barcos prontamente " se pondrá su mision, y ver ya para ella todas " las cosas aprontadas.

"Si para la fundacion de estas se hubiera de " esperar los tiempos en que se suben aquellas " y los adelantamientos dependiesen de la veni- " da del barco, muchos años se habian de pasar " para que se fundase alguna, con la dificultad " de venir de esas remotas tierras los socorros, " atentas las dificultades que vuestra reverencia " mejor que yo conoce y palpa. Todos los mi- " nistros gimen y gemimos las vejaciones, traba- " jos y atrasos que tenemos que aguantar; pero " ninguno desea ni piensa dejar su mision. Ello " es que trabajos ó no trabajos, hay varias al- " mas en el cielo, de Monterey, de San Antonio " y de San Diego, que de San Gabriel no lo sé " hasta ahora. Hay competente número de cris- " tianos que alaban á Dios, cuyo santo nombre es " en la boca de los mismos gentiles mas frecuen- " te que en la de los muchos cristianos. Y aun- " que presumen algunos que de mansos corderos " que son todos se vuelvan algun dia tigres y " leones, bien puede ser si lo permite Dios; pero " de los de Monterey vamos ya para tres años " de experiencia y los de San Antonio para dos " y cada dia son mejores.

"Y sobre todo, la promesa hecha por Dios en " estos últimos siglos á nuestro padre san Fran- " cisco (como dice la seráfica madre María de " Jesús) de que los gentiles con solo ver á sus " hijos se han de convertir á nuestra santa fe ca- " tólica, ya me parece que la veo y palpo, por- " que si aquí no son ya todos cristianos, es á mi " entender por solo la falta del idioma; trabajo " que no me ha venido de nuevo, porque siem- " pre imaginé que mis pecados tenian muy des- " merecida esta gracia, y que en unas tierras co- " mo estas donde no se podia prometer intérpre- " te ni maestro en lo humano hasta que alguno " de acá aprendiese el castellano, era preciso se " pasase algun tiempo.

"Ya en San Diego venció el tiempo la dificul- " tad, ya bautizan adultos, ya se celebran matri- " monios; y aquí estamos ya en disposiciones " bien próximas para lo mismo, porque ya se co- " mienzan á explicar los muchachos en el caste- " llano; y en lo demás, si se nos diera algun au- " xilio, en breve se nos daria poco que viniese ó " no el barco para asunto de víveres; pero estan- " do las cosas así, poca cabeza podrán levantar " las misiones: con todo, yo confío en Dios que " todo se ha de remediar.

"Pues vamos ahora al asunto principal: yo " voy á San Diego con el comandante don Pedro " Fajes, y vuestra reverencia algun dia ha de " reconocer el tramo intermedio entre San Fer- " nando Vellicatá y dicho puerto, para distribuir " en él sus cinco misiones, y si pudiese ser ahora, " podriamos darnos un abrazo por mediados ó fi- " nes de setiembre, y supliria nuestra comunica- " cion la falta de muchas cartas, y discurriria- " mos como se pueda adelantar mejor esta gran " obra, que sin merecerlo ha puesto Dios nues- " tro Señor en nuestras manos. El gran con- " suelo de que me serviria dicha concurrencia lo " dejo á la consideracion de vuestra reverencia; " pero no lo haga vuestra reverencia por mí si- " no solo si lo considera conducente al bien de " las almas. Procuraremos retirarnos cada uno " á su destino antes de las aguas, y me parece " haber tiempo competente para todo. Pero so- " bre todo, pido con eficacia que ó con vuestra " reverencia ó por sí solos, vengan en dicho " tiempo dos religiosos para la fundacion de San " Buenaventura ó para ministros de San Ga- " briel, en lugar de los que se fueron enfermos " á esas misiones. Viniendo estos, que es pun- " tualmente el número de los que han ido de " acá enfermos, ya sabré que no tengo de pedir " mas sino del colegio. Los que hubieren de " venir, que vengan bien prevenidos de pacien- " cia y caridad y lo pasarán alegremente, y se " podrán hacer ricos, digo en trabajos; pero

" ¿dónde irá el buey que no are? y si no ara, " ¿cómo podrá haber cosecha?

"Para mientras ande fuera queda administrando esta mision el padre Pieras con uno de los padres de San Luis; que el otro se va para San Antonio, donde queda solo el padre fray Buenaventura Sitjar, para irse aproximando y dar principio á su mision. La de San Antonio, que el dia de san Buenaventura cumplió el año de fundada, ha sido en esta necesidad que ha habido el recurso todo para semillas gentílicas y sus pinoles. Al buen padre Pieras le debe esta mision la caridad de mas de cuatro cargas de tales géneros, pues en esta última venida me trajo tres. Del padre fray Juan nada digo, porque ya por sus cartas sabrá todos sus viajes. En fin, no digo mas; si nos viéremos podremos hablar (con el favor de Dios) de todo; y si no, espero escribir mas largo y tendido.

"Si vuestra reverencia tuviere ocasion de escribir á nuestro colegio, comunique siempre las noticias ciertas que de por acá tenga, porque si no llegaren mis cartas, tengan siquiera por ese medio alguna razon de estas tierras y misiones. Me encomiendo con finísima voluntad á cada uno de los padres de esas misiones, viejos y nuevos, y que me tengan presente en sus oraciones, y los amigos y conocidos me tengan por excusado escribirles en particular, por lo dicho al principio, razon porque esta ha ido *pro majori parte* de noche. Si los padres Lazuen y Murguía fuesen de los que vengan por estos desiertos, lo dicho dicho de paciencia y ánimo, etc. Deseo á vuestra reverencia las mismas partidas, que segun estoy algo entendido, no son por esas tierras menos necesarias. Concédanoslas á todos Dios, y guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mision de San Cárlos de Monterey en el Carmelo, y agosto 18 de 1772.—B. L. M. de vuestra reverencia afecto amigo, compañero y siervo.—*Fray Junípero Serra.*"

Al mismo tiempo que el venerable padre me escribia esta carta, recibí yo las del excelentísimo señor virey y reverendo padre guardian del colegio, en que me daban noticia del concordato hecho con los reverendos padres domínicos para la entrega de la California antigua, y caminaban ya para Monterey los dos religiosos que me pedia para la mision de San Buenaventura, con quienes le tenia escrita aquella novedad, pidiéndole me diese noticia del número de religiosos que necesitaba, para que no se regresasen al colegio. Pero cuando llegó á San Diego la carta, ya el venerable siervo de Dios se habia embarcado para San Blas con el fin de pasar á Méjico á informar al excelentísimo señor virey, como diré adelante.



CAPITULO XXXII.

BAJA EL VENERABLE PADRE Á SAN DIEGO Y DE PASO FUNDA LA MISION DE SAN LUIS.

Viendo el venerable padre por las cartas de los capitanes de los barcos, que no podian subir á Monterey, y la falta de mulas que imposibilitaba conducir las cargas por tierra, tomó el trabajo de bajar á San Diego, para estrecharse allí con los señores marítimos, y de paso dar principio á la mision de San Luis obispo de Tolosa, y á la vuelta fundar la de San Buenaventura. Salió de Monterey con el comandante don Pedro Fajes, que iba al mismo fin, luego que se despachó el correo, y de camino visitó la mision de San Antonio. Alegróse mucho de ver ya en ella tan crecido número de cristianos, y se llevó al padre fray José Cavaller para el establecimiento de la mision de San Luis. Caminaron otras veinte leguas, y llegaron á la vista de la Cañada de los Osos, donde dije hicieron matanza de estos animales para matar la hambre que padecian las gentes, hallando desde luego en ella proporcionado sitio con buenas tierras de pan llevar y un cristalino arroyo que las fecundaba.

Formaron luego una grande cruz, que después de enarbolada la adoraron, y se tomó posesion del terreno. Dióse principio al establecimiento el dia 1º de setiembre de 72, diciendo misa bajo de una enramada nuestro venerable fray Junípero, quien saliendo de aquella mision el dia siguiente, segundo de setiembre, prosiguió su viaje para San Diego. Dejó en ella á dos indios californios para que ayudasen, y el señor comandante un cabo con cuatro soldados para escolta, prometiendo al padre que á la vuelta se la completaria hasta el número de diez hombres, porque necesitaba gente para la conduccion del ganado y recua de víveres; por cuya carestía le dejó solo para la mantencion del padre, los cinco soldados y los citados dos indios, dos arrobas de harina y tres almudes de trigo; y para que comprasen semillas de los indios gentiles le dejó un cajon de azúcar rojo, quedando muy contento el padre con tan limitado bastimento, poniendo toda su confianza en Dios, y con esto se despedieron.

Luego que empezaron su dilatado viaje los caminantes, dió providencia el padre misionero de San Luis para que los dos indios hiciesen el corte de la madera para la construccion de una pequeña capilla que sirviese de interina iglesia, y la respectiva vivienda para los padres. Lo mismo hicieron los soldados formando su cuartel y estacada para la defensa. Aunque por aquel paraje no habia ranchería alguna de gentiles, en breve tiempo ocurrieron á la novedad; y como quiera que ya habia comunicado cerca de tres meses á los soldados que estuvieran en la matanza de los osos, de que daban agradecidos las gracias por haberles quitado de su tierra tan fieros animales,

que habian matado á muchos indios, no siendo pocos los que, aunque vivos, quedaban señalados de tan terribles uñas, hubieron de manifestarse muy contentos con que los nuestros se domiciliasen en aquel terreno. Visitaban con frecuencia la mision, llevando al padre algunos regalitos de carne de venado y semillas silvestres, que les correspondian con avalorios y azúcar. Por medio de este socorro de los gentiles pudieron mantenerse en el sitio los cristianos entre tanto llegaban los barcos que conducian bastimentos.

Al año de fundada que estuve en ella, tenian ya doce cristiano, y con cuatro familias de los indios californios y algunos solteros neófitos que allí dejé, se aumentó la mision, así en lo material como en lo espiritual, y se fueron convirtiendo los gentiles de modo, que cuando murió el venerable padre presidente, tenia ya bautizados seiscientos diez y seis. Esta mision de San Luis obispo de Tolosa, está situada sobre una loma, por cuya falda corre un arroyo con bastante agua para el gasto y para el riego de la tierra que tiene á la vista, y les produce abundantes cosechas no solo para mantener todos los cristianos, sino tambien para proeveer los presidios, con lo cual consiguen ropas para vestir á los indios. Es tanta la fertilidad del terreno, que de cuantas semillas se siembran se cogen abundantes cosechas. Se halla situada en la altura del Norte de 35 grados y 38 minutos, distante como tres leguas del mar, que es la ensenada nombrada el Buchon, hácia el Poniente, de buen camino, y en aquella playa tienen los indios neófitos su sus canoitas para la pesca de varias clases de pescado muy sabroso. Se halla la mision distante del presidio de Monterey cinco leguas al rumbo Noroeste y veinticinco al de San Antonio, pobladas de gentilidad, cuya reduccion, por la crecida distancia de las citadas misiones, no será fácil conseguir ínterin no se pongan otras en los intermedios; respecto á que aquellos habitantes no se avienen á salir de sus suelos patricios, y á la variedad de su idioma, pues á cada paso se encuentra distinto, de modo que hasta la presente no hay dos misiones de igual lengua. Es la de San Luis de un temperamento muy saludable, haciendo en el invierno frio y calor en el verano, aunque sin exceso. El pueblo por temporadas es algo molestado de los vientos por la altura en que se halla. Ha sido esta mision incomodada por el fuego, pues en tres distintas ocasiones se ha incendiado. La primera vez le puso fuego un gentil con una mecha encendida que amarró á una flecha, y disparó al techumbre, que siendo pajizo prendió mucha parte, por cuya causa padeció considerable atraso la mision en la casa y utensilios. La segunda fué un dia de Natividad que á tiempo que los padres estaban en la iglesia cantando la misa del Gallo, se prendió fuego sin saber cómo, el cual se apagó luego por haber acudido prontamente la gente que asistia á la misa, y la última, habiendo sido mas voraz la quemazon, causó mayores estragos, sin poderse averiguar si fué por casualidad ó por malicia. Para evitar semejantes peligros y atrasos, idearon los padres techarla con teja, á que se ingenió uno de ellos, porque no habia quien la supiese hacer; con lo cual se ve libre del fuego, quedándoles las viviendas bien techadas; y a imitacion de esta han hecho lo mismo en las demás misiones.

CAPITULO XXXIII.

SIGUE EL VENERABLE PADRE SU CAMINO, VISITA DE PASO LA MISION DE SAN GABRIEL, Y LO QUE PRACTICÓ EN LA DE SAN DIEGO.

Tan incesante era el anhelo de nuestro venerable padre Junípero para la consecucion de establecer nuevas misiones, que no saciándose jamás hubo de morir con esta sed; si no es que diga que viendo la imposibilidad de fundar (por falta de ministros) las que ya habia conseguido se erigiesen; este cuidado le abrevió el paso para salir de esta vida y pasar á la eterna á pedir á Dios en la corte celestial operarios evangélicos para las nuevas reducciones. Veia ya fundada la de San Luis, que era la quinta en esta nueva California, y faltaban tres de las proyectadas, y entre ellas la que le llevaba la primera atencion, que era la del seráfico doctor San Buenaventura, así por lo que se expresó en el capítulo XXV, como porque concebia de la innumerable gentilidad que puebla la canal, que se habia de conseguir mucho fruto con esta mision por ser el sitio destinado para ella el que se nombró la *Asuncion de nuestra Señora*, en donde habia un gran pueblo de gentiles, aunque no habia estado en él nuestro apostólico fray Junípero.

Con esta ansia salió de la mision de San Luis y apresurando las jornadas por lo que importaba su pronto arribo á San Diego, anduvo las ochenta leguas que hay de distancia hasta San Gabriel, todas pobladas de gentilidad, y en las veinte de la costa que forma el canal de Santa Bárbara le pareció todavía mayor la abundancia de pueblos de gentiles que lo que le habian dicho; y robándole cada uno el corazon con los deseos mas eficaces de establecer en aquel tramo tres misiones, llegó al término de la canal bajando de Monterey, ó principio de ella para la subida á aquel puerto, que es el sitio y pueblo de la Asuncion; y supuesto que era el mismo lugar premeditado para la mision de San Buenaventura, no quiso pasar adelante el venerable padre sin registrarlo, como lo hizo acompañado del comandante, pareciéndole á ambos ser terreno muy proporcionado para una buena mision, por tener todas las circunstancias que en las leyes de Indias se previenen; y concluido el reconocimiento siguieron su viaje.

Llegaron á la mision de San Gabriel (que era

la única que no habia visto el venerable siervo de Dios) y le causó extraordinaria alegría ver ya allí tantos cristianos que alababan á Dios. Procuró acariciarlos y regalarlos á todos y juntamente á sus padres gentiles, causándole especial complacencia ver aquella espaciosa llanada, capaz para fundar en ella una ciudad. Dió á los padres los parabienes y gracias por lo mucho que habian trabajado en lo espiritual y temporal, y sin admitir descanso alguno salió á continuar su viaje con uno de los de aquella mision para que recibiese los avíos pertenecientes así á ella como á la de San Buenaventura, y llegaron sin especial novedad al puerto de San Diego el dia 16 de setiembre.

Luego que se halló allí, sin tratar de tomar ningun descanso de un viaje tan dilatado (y para el venerable siervo de Dios tan penoso por el habitual accidente que padecia en el pié y pierna), se fué á estrechar con el capitan y comandante de los barcos, don Juan Perez, su paisano, haciéndole presente la imposibilidad de transitar las ciento y setenta leguas que hay de camino por tierra hasta Monterey, pobladas todas de gentiles, por carecerse de mulas para ello y de tropa para resguardo de la recua; manifestándole al propio tiempo las necesidades que se habian padecido por la dilacion de los barcos, siendo causa de que muchos soldados desertasen de la tropa y se introdujesen con los gentiles igualándose en sus depravadas costumbres, y que si los demás no habian hecho lo mismo, era por la espectacion que tenian de la pronta venida del barco; pero si ahora habiendo llegado dos se quedaban con la misma necesidad, se marcharian ocasionando la pérdida de las tres misiones del Norte que quedaban fundadas.

Excusábase el comandante de subir á Monterey por estar el tiempo tan avanzado y que el invierno le habia de coger precisamente en aquel puerto, no pudiendo aguantar el paqubot los temporales de aquella altura. Pero el venerable padre Junípero lo animó, diciéndole que confiase en Dios nuestro Señor, por quien se hacia este servicio, pues se dirigia á la conversion de las almas, y que el Señor no habia de permitir contratiempo cuando se hiciese á su divina Majestad este servicio. Con estas razones eficaces unidas al gran concepto que tenia hecho de la virtud del venerable padre Junípero y confiando en sus oraciones, se resolvió el comandante Peres á subir con su paquebot y carga á Monterey, dando mano luego á disponerse para la subida.

Evacuado este principal asunto de su bajada á San Diego, tiró á concluir los demás. Veíase el fervoroso prelado con cuatro misioneros en San Diego, con el que habia subido en compañía del padre Dumetz de la antigua California y con carta mia en que le daba noticia de la subida de otros dos que le despaché desde Loreto, y en vista de esto envió para Monterey con la recua de los víveres que remitia el comandonte Fajes, á los padres Crespi y Dumetz, con el ánimo de dejar en San Diego con el padre fray Luis Jayme al padre fray Tomás de la Peña (de la provincia de Cantabria), que acababa de subir de la antigua California, y con los otros que esperaba pasar a la fundacion de San Buenaventura. Luego que se vieron desocupados, así de la salida del paquebot el Príncipe para Monterey, como de la de la recua de víveres que caminaba por tierra, trató nuestro venerable fray Junípero de la nueva fundacion, esperando por instantes los dos padres arriba dichos.

Consultó el punto con el comandante Fajes para el efecto de la escolta y demás auxilios necesarios para la fundacion; pero halló cerrada la puerta y que iba dando tales disposiciones, que si llegasen á ponerse en planta, lejos de poder fundar, amenazaban el riesgo de que se perdiese lo que tanto trabajo habia costado para lograrse. Para atajar estos acaecimientos, de que podian resultar notables quebrantos, hizo el venerable padre cuantas diligencias le dictó su mucha prudencia y notorio alcance; pero nada bastó para lograr su intento. Este motivo le dió á conocer que semejante novedad procedia de mutacion en el superior gobierno, por la falta de los señores virey y visitador general, que habian pasado á España, á cargo de los cuales, como principales motores de esta espiritual conquista, corria su proteccion, y que por no estar el nuevo señor virey enterado de los nuevos establecimientos, tomaba esta obra tan contrario semblante. Tratólo todo con los tres misioneros que se hallaban en San Diego, los dos de aquella reduccion y el otro de la de San Gabriel, y fueron de parecer que convenia fuese en el barco que estaba próximo á salir para San Blas el venerable padre presidente ó el misionero que gustase enviar para ir á Méjico á á informar á su excelencia.

Desde luego le pareció al venerable padre muy conveniente este informe; pero para deliberar con mayor acierto, dispuso que el dia siguiente, 13 de octubre, dedicado á San Daniel y sus compañeros, se les cantase una misa solemne para que pidiesen á Dios luz para determinar lo que fuese de su mayor agrado, y que entre tanto cada uno de los religiosos por su parte lo encomendase á nuestro Señor. Hiciéronlo así, y después de cantada la misa, se juntaran los cuatro misioneros y fueron de parecer que fuese uno de ellos, y que seria mas conveniente fuera el venerable padre, que como presidente estaba impuesto de todo; pero que si por sus accidentes y avanzada edad no pudiese, nombrara al religioso que gustase.

En vista del dictámen de los tres padres compañeros, se avino nuestro venerable fray Junípero á hacer el viaje de doscientas leguas por tierra, después de la navegacion, olvidando sus accidentes y avanzada edad de sesenta años. Poniendo toda su confianza en Dios, por quien se

sacrificaba, se embarcó en el expresado paquebot San Cárlos, que salió de San Diego el 20 de octubre, y después de quince dias de navegacion dió fondo el 4 de noviembre en San Blas, sin haber experimentado novedad alguna en el viaje. Desembarcó en aquel puerto el venerable padre, y se halló con las novedades que demostrará el capítulo siguiente en la copia de la carta que insertaré, las cuales habria sabido en San Diego si se hubiera dilatado en salir algun corto tiempo, pues se las escribí por setiembre en carta que llevaron los padres que le enviaba para la mision de San Buenaventura, que llegaron á San Diego á pocos dias de haber salido de allí el barco.

CAPITULO XXXIV.

VIAJE DEL PADRE DE SAN BLAS Á MÉJICO, COPIA DE LA CARTA QUE ME ESCRIBIÓ DESDE TEPIC, Y SUCESOS DEL CAMINO.

Luego que el venerable padre Junípero se vió en tierra de cristianos, dejando su corazon en la de los gentiles de Monterey, se puso en camino de San Blas para Tepic, con el compañero que llevaba, que era un muchacho neófito de los primeros que bautizó en Monterey, el cual le sirvió de mucho, porque se llevó el indio las atenciones de todos, así por el camino como en Méjico y aun del mismo señor virey, que lo miraba como primicia de esta espiritual conquista. Llegó á Tepic, y habiendo parado en el hospicio de la Santa Cruz de la provincia de Jalisco, me escribió la siguiente carta:

"Viva Jesús, María y José.—Carísimo amigo " y mi señor: si vuestra reverencia ha recibido " la carta que encargué á los padres de San Die- " go escribiesen á vuestra reverencia por serme " imposible el escribir, ya sabrá de mi embar- " que, el que por la misericordia de Dios fué fe- " liz, pues á los quince dias de hecho á la vela, " dimos fondo en San Blas, y desembarcamos el " dia 4 del corriente. Entonces fué cuando tu- " ve la noticia de haber admitido la total renun- " cia de sus misiones. Llegado el dia 7 á este " hospicio de Tepic, donde hallé á los padres " Martinez é Imaz, pues los demás ya habian " salido para Méjico, supe que vuestra reveren- " cia me habia despachado correo para San Die- " go, el que llegaria poco después de mi salida. " Díceme el padre Martinez que el reverendo " padre guardian, de veintitantos ministros que " todavía quedan en estas misiones antiguas, " ha destinado cuatro para las nuevas, y que " vuestra reverencia queria saber de mí si ne- " cesitaba mas.

"A lo que respondo: que me parece gran lás- " tima que se hayan de ir religiosos que están " ahora un paso para volver de tan lejos, multi- " plicando gastos y trabajo. El padre Cruzado " me tiene pedida licencia y le es muy debida " por lo que ha trabajado y no puede mas. El " padre Paterna, á puros ruegos mios puede que " continúe, si esto toma mejor aspecto; pero la " tiene tambien pedida. Yo tengo pedido ter- " cero ministro para Monterey, para poder yo " andar, porque son allá indispensables dos mi- " sas todos los dias festivos, una para la mision " y otra para el presidio. Creeré se alegrarán " en el colegio se funden las de San Buenaven- " tura, Santa Clara y la de nuestro padre San " Francisco, que con las providencias que espe- " ro lograr no ha de ser difícil. Por otra parte, " que en unas misiones de tanta distancia hubie- " se uno ú otro supernumerario, me parece fue- " ra muy conveniente.

"De todo lo cual, en resumidas cuentas, mi " parecer seria que de ocho á diez se subiesen " arriba hasta mi vuelta ó primera venida del " barco, que supuesto que la tornavuelta es fá- " cil como dé viento en popa, no se perderia mu- " cho. Pero dirán que la comida de tantos pue- " de dificultar mi propuesta; á lo que digo: que " ahora hay que comer, y que repartidos no les " ha de faltar; y espero en Dios que en mucho " menos de un año, que creo pueda tardar el " sucesivo socorro, no han de perecer.

"Tambien me dice el padre Martinez que " vuestra reverencia es uno de los que tienen " facultad de ir por el padre guardian, aunque " lo dejan á su eleccion. Si vuestra reverencia " determina que allá vivamos y muramos, me se- " rá de mucho consuelo; pero solo digo que " vuestra reverencia obre segun Dios le inspira- " re, que yo me conformo con la divina volun- " tad. Tambien digo: que mi propuesta del so- " bredicho número de ministros, es mi ánimo " que tenga efecto, si el tenor de la carta del " reverendo padre guardian está en términos de " alguna interpretacion con que tenga lugar; pe- " ro que si redondamente manda que vayan allá " cuatro, y que los demás se vuelvan al colegio, " ya no digo nada, sino que Dios lo remedie; y " en el ínterin hagamos la obediencia.

"Si hubiese tiempo de escribir lo dicho al pa- " dre guardian, tener respuesta y poderla poner " en manos de vuestra reverencia antes de la sa- " lida de los religiosos, fácilmente se componia " todo; pero no considero el caso dable. Yo sal- " go mañana con el favor de Dios, en seguimien- " to de mi camino. Me encomiendo á todos mis " carísimos hermanos conocidos y no conocidos; " y quedo rogando á Dios guarde á vuestra re- " verencia muchos años en su santo amor y gra- " cia. Hospicio de la Santa Cruz de Tepic, y no- " viembre 10 de 1772.—B. L. M. de vuestra re- " verencia afectísimo hermano, amigo y siervo " —Fray Junípero Serra.—Reverendo padre " lector y presidente fray Francisco Palou."

Parece que Dios nuestro Señor como dueño de esta su mística hacienda, atendia á los fervorosos anhelos de su diligente mayordomo, que con

tanta solicitud buscaba operarios para la espiritual labor; pues al mismo tiempo que recibí la copiada carta, llegó á mis manos otra del reverendo padre guardian, con fecha de 11 de noviembre, un dia después de la que tenia la del venerable padre Junípero, en contestacion á la que por setiembre le habia escrito yo, proponiéndole lo mismo *in terminis* que por noviembre me dice el venerable padre, y solo le añadia que esperaba cuanto antes su respuesta; y en caso de que se verificase la entrega de las misiones, así lo practicaria, pues no dudaba lo diese su reverencia por bien hecho; á lo que me respondió con la citada fecha las siguientes palabras: "Aprecio lo " dispuesto de la ida de los padres á Monterey; " solo temo si querrán dar sínodo para el del pre- " sidio." Y en vista de esta respuesta subí con otros siete, á mas de los que habia enviado; con lo que vió nuestro venerable padre cumplidos sus deseos de no detener fundacion alguna por falta de ministros.

Siguió el siervo de Dios su viaje para Méjico con el indio neófito de Monterey que llevaba de compañero, y al llegar á la ciudad de Guadalajara, ochenta leguas distante de San Blas y ciento y veinte de Méjico, enfermaron ambos de un fuerte tabardillo ó maligna fiebre, que obligándolos á recibir el sagrado Viático, los puso á peligro de muerte. No sentia tanto el venerable padre la suya como la del indio, por las resultas que podria haber en Monterey, pues no habian de creer sus parientes y compatriotas que habia sido natural la muerte, y para evitar los atrasos que por esto se seguirian, desde luego pedia con todas veras á Dios, como me lo contó varias ocasiones, por la salud del neófito, olvidándose de la suya. Por lo que pudiera sucederle en el camino, habia trabajado un papel de apuntes de todo lo que consideraba oportuno se pidiese á su excelencia, el cual despachó desde Tepic al reverendo padre guardian de nuestro colegio, por si moria en el camino; pero quiso Dios darle salud á su siervo fray Junípero, y al mismo tiempo al indio que lo acompañaba, y luego que medio se reforzaron continuaron su derrota.

Llegaron á la ciudad de Querétaro, que dista cuarenta leguas de la de Méjico; y habiendo posado en el colegio de la Santa Cruz, recayó el venerable padre con el mismo accidente. Retiróse luego á la enfermería, creyendo que entonces era evidente su muerte, como lo dijo al reverendo padre guardian del colegio, y después me lo contó á mí; y á la tercera visita que le hizo uno de los médicos del colegio, lo mandó sacramentar. La tarde misma que habia de recibir el sagrado Viático fué al colegio por accidente otro de los médicos que no estaba entonces de semana; y habiendo sabido por un religioso que iban á sacramentar al padre presidente de Monterey, queriendo conocerlo entró á visitarlo, mas por curiosidad que por ordenarle medicina alguna, pues ni estaba de turno ni se habia llamado. Habló con el enfermo y se informó de él, y tomándole el pulso dijo al enfermero: "¿Y á este pa- " dre van á sacramentar? Si así vamos, tambien " me pueden sacramentar á mí. Levántese, pa- " dre, que está bueno y no tiene nada: avisen " al padre guardian y no lo sacramenten." Ocurrió el prelado luego lleno de alegría al ver tan repentina salud, y repitió lo mismo: "Si no fue- " ra tan tarde, era ya hora de completas, que " concluidas se habia de administrar al venera- " ble padre el divino Sacramento, lo haria levan- " tar pues está bueno; pero mañana que se le- " vante, y después de reforzado podrá continuar " su viaje." Así lo hizo, y llegó á Méjico el dia 6 de febrero de 1773, muy cansado, desfigurado y flaco.

CAPITULO XXXV.

FAVORABLES PROVIDENCIAS QUE CONSIGUIÓ DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY PARA LA ESPIRITUAL CONQUISTA.

Tan importante fué la ida de nuestro venerable padre presidente á Méjico, que si no emprende tan penoso viaje, estaba en evidente peligro de desampararse lo conquistado, porque como recien entrado en el gobierno el excelentísimo señor bailío frey don Antonio María de Bucareli, se hallaba sin instruccion de lo que era esta conquista, y que dependia su subsistencia del departamento de San Blas, para socorrer por mar estos establecimientos, por no haber otra proporcion, y que todavía no se hallaba entonces razon alguna en el palacio ni del puerto ni de los barcos, siendo el mes de febrero cuando por este tiempo navegaban ya en los años anteriores los barcos para estos puertos; y antes se trataba de desamparar y despoblar el de San Blas.

Decian unos á su excelencia que con entregar al habilitado de la compañía del presidio de Monterey el situado de la tropa y al síndico del colegio los sínodos de los misioneros, ya no habia mas que hacer. Y otros mas piadosos haciéndose cargo de que estos nuevos establecimientos no podian tener comunicacion para proveerse de ropas y víveres sino por mar, decian, que para esto no era necesario el departamento de San Blas: que se podian conducir con recuas hasta las provincias de Sinaloa y puerto de Guaimas, como quinientas leguas de Méjico, y de aquel puerto, decia el proyectista, que con lanchas, que no las hay, se podria trasportar la carga por el golfo hasta la bahía de San Luis, cerca de doscientas leguas; y últimamente de allí con mulas se podria llevar hasta Monterey, que es distancia de trescientas leguas, pobladas casi todas de gentiles. Con que tenian que caminar las cargas de vestuario y víveres ochocientas leguas por tierra y cerca de doscientas por mar, para cuyos fletes

solo era necesario todo el sínodo y situado, y dos años para un viaje, cuando no se perdiesen en el camino. En este estado halló mi venerable fray Junípero el punto de provisiones para estos nuevos establecimientos.

Enterado de todo y tomada la bendicion del reverendo padre guardian del colegio, se fué á tratar con su excelencia este asunto; y habiendo sido recibido con afectuosas expresiones, hizo una relacion general del motivo de su ida, á que le respondió el excelentísimo señor virey que haria cuanto pudiese en beneficio de aquella conquista, y así que por escrito asentase cuantos puntos considerara oportunos para el bien de ella, así en lo espiritual como en lo temporal. Respondióle el venerable padre que lo haria, pero que no podia menos que suplicar de pronto que se dispusiese la remision de víveres cuanto antes, porque si no iba socorro de San Blas, no habia por donde pudiese ir. Al oir esto su excelencia le encargó pusiese por escrito las razones por qué consideraba necesaria la subsistencia del departamento, pues se trataba de despoblar aquel puerto. Con esta primera visita ya empezó á conseguir las favorables providencias que deseaba nuestro venerable padre. En cuanto se retiró para el colegio á poner los informes pedidos por su excelencia, mandó este señor precisa órden á San Blas para que se acabase de construir la fragata que estaba comenzada y mandada suspender su formacion, como asimismo para que se aprontase un paquebot, y que cargado de víveres saliese á toda diligencia para Monterey.

Así se practicó saliendo el San Cárlos al mando del capitan don Juan Perez; pero tuvo la desgracia de los malos tiempos, que no dejándolo salir del golfo, lo hicieron arribar á Loreto con el timon descompuesto, y por esta causa imposibilitado de hacer viaje. Descargó allí los bastimentos, y por no haber forma ni medios para conducirlos se originó la mayor hambre que se ha padecido en aquellas tierras, pues en los ocho meses que duró fué la leche el maná de todos, desde el comandante y padres hasta el menor individuo, de la cual fuí participante como los demás; pero gracias á Dios todos con salud.

Llevó el venerable padre Junípero el papel pedido por su excelencia con las razones convincentes para que subsistiese el departamento de San Blas, y fué tan á satisfaccion de aquel señor excelentísimo, que despachó el mismo original á la corte y resultó la real órden para la conservacion del citado puerto, y que se le diese todo fomento, como asimismo que su majestad mandase de los departamentos de España siete oficiales de marina, tenientes de navío y de fragata y alféres, como tambien pilotos de armada, cirujanos y capellanes, así para los viajes como para administrar á los del departamento.

Conseguido de su excelencia por de pronto la subsistencia del departamento de San Blas y la remesa de víveres para estos establecimientos, se puso el venerable padre Junípero á trabajar el otro informe para las providencias correspondientes á la conquista y extension de nuestra santa fe católica. Este lo redujo á treinta y dos puntos, poniendo en cada uno de ellos las razones con que probaba la necesidad de la providencia y la utilidad que de ella se seguiria. Entregó esta extendida representacion en mano propia de su excelencia, diciéndole de palabra las siguientes razones: "Señor excelentísimo, pongo en manos " de vuesencia esta representacion, por la cual ve" rá que cuanto digo es la verdad pura, y cuanto " expongo me parece que en conciencia lo debo " decir, porque lo considero muy preciso y nece" sario para que se consiga el fin que tiene su " majestad en erogar tan crecidos gastos, que es " la conversion de las muchas almas que por ca" recer de conocimiento de nuestra santa fe ca" tólica, gimen bajo la tirana esclavitud del ene" migo, y con estos medios y providencias me " parece fácil conseguirla. Espero que vuestra " excelencia la leerá y determinará lo que juz" gare justo y conveniente, lo cual podrá hacer " con el seguro de que tengo que volverme y de" seo ejecutarlo cuanto antes, ahora consiga lo " que pido, en cuyo caso me volveré contento, " y si no lo consigo iré algo triste pero siempre " muy conforme á la voluntad de Dios."

De tal manera edificó á su excelencia tan humilde resignacion, que desde luego se constituyó juez, abogado y patrono de la causa. Mandó celebrar junta de guerra y real hacienda, que presidió el mismo señor excelentísimo; y habiéndose visto y examinado por todos los señores de ella punto por punto la representacion, votaron todos á favor de la conquista, concediendo mucho mas de lo que pedia el venerable padre. Mandó se formara un reglamento que sirviese de norma para el gobierno que debia observarse, y evitar por este medio las novedades que se suelen experimentar por las mutaciones de comandantes, pues gobierna cada uno segun su genio. Aumentóse la tropa, se fundó presidio en San Diego de pronto, y después otro en este puerto de nuestro padre San Francisco, y últimamente otro en la canal de Santa Bárbara. Púsose en órden el modo de proveer á la tropa de víveres y ropas; mandó retirar la de á pié de los voluntarios de Cataluña, y que toda en adelante fuese de cuera, como tambien el capitan comandante, por ser esta tropa la mejor para conquistar gentiles.

Para fomento de las misiones, así fundadas como por fundar, dispuso en el reglamento que á cada una se le diesen seis mozos para sirvientes, pagándoles sueldo y racion de cuenta del real erario por el tiempo de cinco años, así para las obras precisas que se ofrecen en una mision como para el laborío de tierras, á fin de que á su ejemplo aprendiesen, se aplicasen y civilizasen los

neófitos, y otras muchas providencias muy favorables y conducentes á la espiritual conquista, á mas de una gran limosna de maíz, frijol, harina, ropas, etc., que importó mas de doce mil pesos, y cien mulas que mandó se repartiesen entre las misiones.

Para evitar que esta nueva y remotísima provincia volviese en lo sucesivo á padecer necesidades por desgracia accidental de los barcos, consultó su excelencia al venerable padre presidente si convendria descubrir paso por el rio Colorado, para que pudiese esta provincia comunicar por tierra con las de Sonora, Sinaloa y demás de la Nueva España, á fin de que en caso de pérdida de barcos hubiese recurso por tierra para algun socorro.

En vista del billete de consulta de su excelencia, le respondió nuestro venerable fray Junípero, tambien por escrito, que le parecia convenientísimo, como tambien si fuese dable, que se practicara lo mismo con las provincias de Nuevo Méjico ó del Sur, y no bajando de altura del dicho, darian luego con el puerto de Monterey.

Luego que el excelentísimo señor virey vió aprobado su pensamiento por nuestro venerable padre, despachó órden al capitan del presidio de Tubac, de las fronteras de Sonora, nombrado don Juan Bautista Anza, para que con la tropa y víveres necesarios saliese de expedicion á abrir camino desde su presidio hasta el de Monterey, pasando los dos rios Gila y Colorado. Así lo ejecutó, lográndose felizmente la expedicion, como diré adelante.

Con la frecuente comunicacion y largas conversaciones que su excelencia tuvo con el fervoroso fray Junípero en los siete meses que este se mantuvo en Méjico, se le pagó en gran manera el religioso celo de la conversion de las almas y extension de nuestra católica fe y dominios de nuestro soberano; de modo que ya no se le saciaba la sed que le habia causado el continuo trato de tan dulce asunto con el venerable padre acerca de conseguir la reduccion de los gentiles que se habian hallado en el espacioso tramo de trescientas leguas de costas que descubrieron las expediciones; y deseaba saber si mas arriba de lo descubierto estaria poblado de gentilidad, para establecer tambien allí espirituales conquistas. Propúsolo al venerable padre, diciéndole que deseaba hacer una expedicion marítima para que se registrase la costa, á fin de ver si estaba poblada y si se encontraba algun puerto para nuevos establecimientos; pero que lo detenia por ahora la falta de embarcacion y de sugetos al propósito.

Al oir esto el venerable padre Junípero, que estaba hidrópico en estos asuntos, pues jamás se le mitigó la sed que padecia en punto de la extension de la cristiandad ni se le proponia dificultad alguna, no solo le alabó el pensamiento, sino que todo se lo facilitó, diciéndole que en la fragata que habia mandado acabar y con el capitan don Juan Perez, tenia su excelencia lo que necesitaba para el desempeño, saliendo de Monterey luego que dejara los víveres y avíos. Era tal el concepto que tenia formado su excelencia del venerable fray Junípero, que sin mas consulta que el parecer de su reverencia, dió las correspondientes órdenes para la citada expedicion, la cual tuvo su feliz éxito que diré en su lugar.

CAPITULO XXXVI.

SALE DE MÉJICO PARA SAN BLAS Y SE EMBARCA PARA ESTAS MISIONES DE MONTEREY.

Luego que el venerable padre Junípero se vió con tan favorables providencias y con tanto socorro (limosna del excelentísimo señor virey) no solo para mantener y vestir á sus hijos neófitos, sino tambien para aumentar el número de ellos, no veia las horas de ponerse en camino, sin reparar en su avanzada edad ni en el habitual accidente del pié, que parece no se acordaba de él, pues no trató de ponerse en cura con tan buena ocasion, sino de ponerse en camino, como lo hizo, por el mes de setiembre de 1773 en compañía del padre lector fray Pablo Mugartegui, de la provincia de Cantabria, que le señaló el reverendo padre guardian y venerable discretorio, alegrándose mucho de ello vuestro venerable siervo de Dios, así por tener compañero en tan dilatado viaje, como porque con este se añadia un operario mas en la viña del Señor. Quiso despedirse de la comunidad en refectorio, suplicando al reverendo padre guardian le permitiese el besar los piés á todos los religiosos, como lo hizo, y pidiéndole la bendicion y á todos que le perdonasen el mal ejemplo que les hubiese dado, y que lo encomendasen á Dios, porque ya no le verian mas. Enterneció á todos de tal suerte, que les hizo saltar copiosas lágrimas, quedando edificados desde luego de su grande humildad y fervor para emprender un viaje tan dilatado, estando en una edad tan crecida y con la salud tan quebrantada que casi no se podia tener en pié, recelándose todos no muriese en el camino. Pero poniendo el fervoroso padre toda la confianza en Dios, emprendió su viaje de doscientas leguas por tierra y llegaron sin novedad á Tepic, donde hubieron de demorarse hasta enero del siguiente año, por no estar cargados los barcos en disposicion de salir, pues los estaban cargando. Encargó luego al venerable fray Junípero pusiesen en la nueva fragata que iba para Monterey, los avíos pertenecientes á las misiones del Norte, y en el paquebot San Antonio, que salia para San Diego, todo lo que correspondia á las otras, y que la grande limosna de su excelencia se repartiese en ambas embarcaciones. Dispúsose la salida y se embarcó con el religioso que lo acompañaba el dia 24 de enero de 1774, en la nueva fragata nombrada Santiago la Nueva Galicia.

Al ir á embarcarse el venerable padre no faltó quien le dijera: "Padre presidente, ya se cumplió la profecía que vuestra reverencia nos echó cuando vino de Monterey, diciéndonos que cuanto antes acabásemos esta fragata, pues se habia de volver en ella á aquel puerto: entonces nos reíamos, porque no se pensaba sino en quemarla para aprovechar el hierro, supuesto que se iba á despoblar el puerto; pero vemos ahora verificado su vaticinio y que se va en la fragata. Dios lleve á vuestra reverencia con bien y le dé feliz viaje." Sonrióse el siervo de Dios con su religiosa modestia, y procuró desvanecerle el pensamiento diciéndole: "Los grandes deseos que tenia de ver un grande barco que pudiese llevar mucho que comer para aquellos pobres, me hicieron pronunciar lo que dije; pero supuesto que ya Dios me los ha cumplido, démosle muchas gracias, y yo se las doy tambien á usted y á los demas que han trabajado con tanto afan en beneficio de los pobrecitos de Monterey."

Hízose á la vela la fragata el citado dia 24 de enero, y aunque la navegacion era en derechura para Monterey, un casual accidente los hizo arribar al puerto de San Diego el dia 13 de marzo, que dió fondo en dicho puerto, habiendo sido la navegacion de cuarenta y nueve dias y con toda felicidad. Aunque el venerable padre deseaba vivamente llegar cuanto antes á su mision de San Carlos, no dejó de alegrarse de haber arribado á San Diego, por socorrer prontamente la de aquel puerto y la de San Gabriel, que se hallaban, como todas las demas, en gravísima necesidad, la que habiendo cesado desde el mismo dia que llegó el barco, no se ha vuelto á experimentar mas, gracias á Dios. Dejo á la consideracion del atento lector el júbilo y contento que tendria el venerable padre al ver á sus súbditos con salud y alegría en medio de tantos trabajos y necesidades que habian padecido, y se le aumentó el gozo cuando vió tan crecido el número de neófitos, á quienes regaló como á hijos, expresándole ellos el afecto que le profesaban, y mucho mas los padres, admirándose de verlo mas robusto y remozado que cuando se fué.

No obstante de que con mas comodidad podia subir á Monterey por mar con la misma fragata, eligió caminar las ciento y setenta leguas por tierra poblada de gentiles, solo por dar un estrecho abrazo á todos sus súbditos y visitar las misiones en que estaban repartidos, y darles asimismo las gracias de que no las hubiesen desamparado, sino antes bien permanecido constantes en medio de tantas escaseces que por tan largo tiempo los habian afligido; pero con el gusto que el venerable padre tuvo en cada mision al ver aumentado el número de cristianos, se le hizo muy ligero el viaje.

Tuvo tambien el gozo de encontrarse en el camino con el capitan de la Sonora D. Juan Bautista de Anza, que bajaba de Monterey en cumplimiento del encargo del excelentísimo señor virey de abrir camino desde Sonora á Monterey, que ya queda expresado en el capítulo antecedente, y le comunicó á su reverencia cómo habia cumplido el encargo de su excelencia, quedando descubierto el paso para la comunicacion con las provincias de Sonora, causándole mucha alegría, aunque al referirle las necesidades con que nos habia hallado en el citado Monterey, pues ni aun siquiera una tablilla de chocolate para que se desayunase habiamos tenido que regalarle, reduciéndose todo el alimento á sola leche y yerbas, sin pan ni otra ninguna cosa, se le saltaron las lágrimas, y procuró apresurar el paso para llegar cuanto antes con algun socorro, ínterin llegaba la fragata que habia salido de San Diego el dia 6 de abril, al mismo tiempo que el venerable padre, la cual arribó á Monterey el 9 de mayo, y su reverencia el dia 11 del mismo, con cuyo motivo fué general la alegría y contento de todos por el socorro tan grande y favorables providencias que trajo para esta espiritual conquista, quedando de una vez desterrada la cruelísima hambre que se padecia en estas poblaciones; y teniendo ya entre nosotros á nuestro venerable prelado, que con su ejemplo y fervor nos encendia y animaba para trabajar con gusto en esta viña del Señor.

CAPITULO XXXVII.

SALE LA FRAGATA Á LA EXPEDICION DEL REGISTRO DE LA COSTA, Y ENVIA DOS PADRES MISIONEROS Á LA EXPEDICION; HÁCESE SEGUNDA PARA LO MISMO.

Queda ya insinuado en el capítulo XXXV los deseos que en el noble y religioso corazon de su excelencia engendraron las conversaciones del venerable padre sobre la conversion de los gentiles, que no contentándose con lo limitado de lo descubierto en Monterey, anhelaba se propagase la fe católica mucho mas allá, si se encontrase poblado; y para adquirir alguna noticia determinó que la fragata Santiago, al mando de su capitan D. Juan Perez, luego que hiciese en Monterey el desembarque de los víveres que conducia, saliese al registro de la costa hasta la altura que pudiese y le diera lugar la estacion del tiempo, para estar de vuelta en Monterey por el equinoccio. Insinuó su excelencia al venerable padre los deseos que tenia de que fuese algun misionero á la citada expedicion, confiado en la promesa que hizo Dios á nuestro santo padre san Francisco (que tenia muy presente y no olvidaba su excelencia desde que la oyó al venerable fray Junípero) de que los gentiles con solo ver á sus hijos se convertirian á nuestra santa fe.

Para cumplir estos piadosos deseos y buena intencion de su excelencia, envió á los dos mi-

sioneros fray Juan Crespi y fray Tomás de la Peña Saravia, que gustosos se sacrificaron á un viaje tan peligroso como era la navegacion del registro de una costa no conocida ni mapeada, y de consiguiente en continuo peligro de dar en alguna isla en bajos ó farallones y perderse sin remedio; pero confiados en Dios por el santo fin á que se dirigia, tomada la bendicion del prelado, se embarcaron el dia 11 de junio del año de 1774, que se hizo á la vela la fragata, y el 27 de agosto estuvo de vuelta, dando fondo en Monterey, sin mas novedad que traer algunos de la tripulacion accidentados de escorbuto.

Con este registro se consiguió en parte el deseo de su excelencia, pues subió la fragata la altura de 55 grados del Norte, en que hallaron una isla de tierra que se interna mucho á la mar, á la cual nombraron de Santa Margarita por haberse descubierto en el dia de esta santa, y desde dicha isla bajando hasta Monterey, registraron toda la costa, que hallaron limpia y con bastantes fondeaderos. Advirtieron que estaba toda poblada de gentilidad, aunque no saltaron á tierra, pues una vez que lo intentaron con el fin de enarbolar en ella el estandarte de la santa cruz, que tanto deseaba y encargaba su excelencia, no lo pudieron conseguir por haberse levantado un viento tan contrario y recio, que estuvo á peligro de perderse la lancha con los marineros.

Aunque como queda dicho no desembarcaron en tierra, pero lograron en muchas partes tratar con los gentiles de la costa, que con sus canoas de madera, bien formadas y bastantemente grandes, capaces de cargar crecido número de gente, se arrimaban á la fragata y subian á bordo á hacer cambalaches de bateitas de madera, bien labradas y buriladas; mantas bien tejidas de pelo, como lana, listadas de varios colores, muy vistosas, y petates ó esteras de cortezas de árbol de varios colores, tejidas como si fuesen de palma, como tambien sombreros de dicha materia de forma piramidal y de ala angosta, por pedazos de hierro, á que los vieron muy inclinados, como tambien con avalorios y otras chucherías.

Son indios afables, de buen talle y de buenos colores, andan cubiertos con cueros de animales y con mantas de las citadas, y algunos totalmente desnudos. Las mujeres honestamente cubiertas; son de buenos colores y bien parecidas, aunque las afea mucho el tener todas, aun las chiquitas, taladrado el labio inferior, del cual les cuelga una tablita, que con facilidad y con solo el movimiento del labio la levantan, tapando la boca y la nariz. Todas estas noticias escribieron á su excelencia, remitiéndole el venerable padre presidente el diario que formaron los padres, el cual remitió á la corte con mucha complacencia aquel señor excelentísimo.

EXPEDICION SEGUNDA.

No llenando aun todavía esto el espacioso campo de los deseos de su excelencia, dispuso se hiciese segunda expedicion, á fin de que se subiese á mayor altura y que se procurase registrar si se hallaba algun puerto, para que en él, en señal de posesion de nuestro católico monarca, se pusiese el estandarte de la santa cruz; y para conseguirlo á satisfacion de sus deseos, determinó fuese á mas de la fragata una goleta, para que facilitase el registro. Nombró para comandante de la expedicion y capitan de la fragata á don Bruno de Ezeta, teniente de navío de la real armada, y de su segundo á don Juan Perez, como que era tan práctico, y la goleta la encomendó á don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra. Pidió su excelencia á nuestro colegio dos religiosos sacerdotes para ir á esta expedicion, y fueron nombrados los padres fray Miguel de la Campa y fray Benito Sierra.

Salió la expedicion del puerto de San Blas á mediados de marzo del año de 1775, experimentando al principio contrarios los vientos y corrientes, que la bajaron hasta el grado de 17, en cuya altura se hallaba el dia 10 de abril; pero mejorando el viento al siguiente 11, empezaron á subir y el 9 de junio se hallaron en la altura de 41 grados y 6 minutos. Se arrimaron á tierra para hacer aguada, y encontraron un razonable puerto, que tenia su resguardo para algunas embarcaciones. Saltaron a tierra, donde hallaron á los gentiles de las rancherías inmediatas muy amigos y afables, y el dia 11 de dicho mes se tomó posesion solemne con misa cantada y sermon, después de haber enarbolado una grande cruz; concluyendo la fiesta con el himno de *Te Deum laudamus;* y por ser el dia siguiente la Santísima Trinidad, se puso al puerto este inefable nombre. Hicieron su aguada y leña, ayudados de aquellos naturales gentiles, a quienes regalaron y dieron de comer en los ocho dias que permanecieron allí, y después salieron siguiendo el registro á vista de la tierra.

El dia 13 de julio, estando en la altura de 47 grados y 23 minutos, encontraron una grande y hermosa rada donde dieron fondo, y el dia siguiente fué la lancha con el comandante y uno de los padres á tierra y fijaron otra cruz en la playa, no pudiendo hacer con la mayor solémnidad la funcion por impedirlo la marejada y resaca. Salieron de allí siguiendo su viaje para la altura de los dos barcos en conserva hasta el dia 30 del citado julio, en que desapareció la goleta, y no la volvieron á ver hasta octubre en Monterey, que era el puerto y punto de reunion.

Viendo el comandante que la goleta no parecia, entró en cuidado de si se habria perdido ó vuelto atrás; pero no obstante, la fragata subió hasta los 49 grados y medio, adonde llegó el dia 11 de agosto; y mirando que la mayor parte de la tripulacion estaba accidentada de escorbuto, hizo junta de oficiales y se determinó bajar costeando en busca de la goleta y registrar los tra-

mos que á la subida no habian visto. Así lo practicaron y llegaron á Monterey el 29 de agosto, con la mayor parte de los marineros enfermos, aunque con el refresco que tomaron sanaron todos.

La goleta, que el dia 30 se halló sin la comandanta, siguió costa á costa, presumiendo que habia adelantado; y no pudiendo encontrarla, subió hasta el grado 58, y halló en esta altura un gran puerto, bueno y seguro, que desde luego llamaron de Nuestra Señora de los Remedios, del que tomaron posesion, y dejaron enarbolada en él una santa cruz, fijándola á vista de una ranchería de gentiles que estaba cerca de la playa; hicieron agua y leña y salieron de dicho puerto de Nuestra Señora de los Remedios.

Aunque forcejaron para subir á mas altura, no pudieron por los vientos contrarios y las corrientes, que en breve los bajaron á los 55 grados, poco mas arriba de la Punta de Santa Margarita, último término de la primera expedicion. Arrimáronse á tierra y hallaron un estrecho de como dos leguas de una punta á otra, y á la medianía una isla que llamaron de San Cárlos. Vieron que dentro internaba mucho la mar, que les hacia horizonte, y les pareció que si en la realidad hay paso del mar del Norte á este Pacífico, que con tanto empeño se buscaba por los ingleses, en ninguna parte mejor que en esta puede estar. En cuya atencion y á contemplacion del señor virey que los envió, nombráronle el Paso de Bucareli, que se halla en la altura de 55 grados cabales. Arrimáronse á una de las dos puntas y saltaron á tierra, y tomaron de ella posesion dejando enarbolada una grande cruz. Salieron del dicho Paso de Bucareli y fueron bajando arrimados siempre á la costa, mapeándola para formar sus cartas.

En 3 de octubre, vigilia de nuestro seráfico padre san Francisco, se hallaron cerca de la punta de Reyes, cuatro leguas mas al Norte, en donde hallaron un puerto y en él dieron fondo, y les pareció que á la entrada tenia barra. En cuanto dieron fondo se juntaron en la playa mas de doscientos gentiles de todas edades y sexos, todos muy contentos y placenteros, que de noche hicieron sus lumbradas. El dia siguiente, fiesta de nuestro padre San Francisco, se vió la goleta en evidente peligro de perderse, por haberse levantado una gran marejada que les metió muy adentro y les llevó la lanchita ó bote y lo hizo pedazos. Recelosos no sucediese lo propio con la goleta, levantaron la ancla, y dejándolo con el nombre de la Bodega, salieron de él y navegaron para Monterey, en donde dieron fondo el 7 de octubre, hallando fondeados en él la fragata, que no habian visto desde la noche del 29 de julio, y al paquebot San Carlos, que habia vuelto del registro que hizo de este puerto de nuestro padre San Francisco.

A los ocho dias de llegada la goleta fueron todos, desde el capitan hasta el último grumete, á la mision de San Cárlos á cumplir la promesa de confesar y comulgar en una misa cantada á nuestra Señora de Belen, que se venera en la iglesia de dicha mision, que pidió el capitan se cantase en accion de gracias por el feliz éxito de la expedicion, de la que dieron cuenta los señores marítimos al excelentísimo señor virey, y el reverendo padre presidente le escribió los parabienes, y le respondió con las expresiones que se verán en su carta, de la que es copia la siguiente que tengo á la vista su original.

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY.

"Los nuevos descubrimientos hechos por los
" buques del rey en esas costas, son el objeto de
" la carta de vuestra reverencia de 12 de octubre
" del año próximo pasado de 1775, y por ellos y
" por el honor que me resulta, me da vuestra re-
" verencia una enhorabuena que recibo con gus-
" to, siendo tambien vuestra reverencia acreedor
" á gracias por la disposicion dada para que ce-
" lebraran ahí estas felicidades con la solemnidad
" de que es capaz eso en el dia; y tengo la satis-
" faccion de que el celo de vuestra reverencia y
" el de los demás padres ha de ser el mejor apo-
" yo de la extension del Evangelio, á que se di-
" rigen las piadosas intenciones de su majestad.
" Dios guarde vuestra reverencia muchos años.
" Méjico, 20 de enero de 1776.—El bailío frey
" don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo
"padre fray Junípero Serra."

CAPITULO XXXVIII.

EXPEDICION TERCERA PARA EL MISMO REGISTRO DE LA COSTA.

No quedó el fervoroso corazon de su excelencia sosegado ni satisfecho con las expediciones dichas, y proyectó la tercera con mas empeño y mayores prevenciones; y aunque esta no se hizo hasta el año de 79, me ha parecido adelantar la noticia de ella y de las antecedentes para quedar después mas desembarazado para seguir la relacion histórica de estos establecimientos y de las tareas apostólicas de mi venerable padre lector y presidente fray Junípero Serra.

En cuanto el excelentísimo señor Bucareli recibió la noticia con los diarios de la segunda expedicion, intentó con mas fervor repetir tercer registro, dando cuenta á la corte de lo descubierto y de la resolucion en que se hallaba. Interin venia la respuesta mandó construir una fragata al propósito para dicha expedicion, y envió al reino del Perú á un teniente de navío y á un piloto graduado de alférez para que en el puerto de Callao comprasen una fragata de cuenta del rey y la condujesen al puerto de San Blas: así se ejecutó todo, y viéndose con la aprobacion real y órden de su majestad, se hiciese tercera expe-

dicion á fin de descubrir el paso para la mar del Norte.

Mandó luego su excelencia aprontar las dos fragatas, la nueva, llamada la Princesa, de comandanta, y la limeña nombrada la Favorita, y que se les pusiese todo lo que se juzgase necesario y conveniente para el viaje de un año. Mandó asimismo proveerlas de tropa y marina para lo que se ofreciese. Nombró de comandante al teniente de navío don Ignacio Arteaga, y de subalternos otros dos tenientes y dos alféreces de marina y pilotos correspondientes. Pidió su excelencia á nuestro colegio dos misioneros para ir á la expedicion, que fueron los padres fray Juan Antonio Riobó y fray Matías Noriega. Salieron dichas fragatas del puerto de San Blas el dia 12 de febrero de 1779, y llevaron su práctico por haber muerto de muerte natural don Juan Perez en el mar, entre Monterey y San Blas, de regreso del viaje de la segunda expedicion.

Salieron con la órden de ir en conserva y de no apartarse sino por grande necesidad, y en tal caso señalasen punto de union, como lo hicieron señalando el Paso de Bucareli, á los 55 grados, para donde navegaron prósperamente y llegaron á él dia 3 de mayo, entraron á adentro y hallaron un grande archipiélago ó mar mediterráneo poblado de muchas islas. Mantuviéronse en él hasta el 1º de julio, gastando cuasi dos meses en el registro, y hallaron en él trece puertos á cual mejor y capaces para poder estar en cada uno una armada. No pudieron cerciorarse si por dentro se comunica por algun brazo con el mar del Norte, porque no hallaron por dicho rumbo término, y para poder hacer perfectamente este registro era necesario una expedicion que no tuviese otra atencion, como tenian, de subir al registro de cuanta altura pudiesen.

No obstante, en el tiempo que estuvieron en este archipiélago, levantaron plan y formaron sus mapas de cuanto habian registrado, fondeado y visto. Trataron con muchas naciones de gentiles que pueblan las islas y playas de tierra firme: son los indios corpulentos, bien formados y de buenos colores; tienen sus lanchas de madera, bien grandes, con las que navegan aquel mar y pescan. Consiguieron el comprarles tres muchachos y dos muchachas, que todos lograron el bautismo, como diré despues. Concluido el registro de dicho puerto de puertos, que llamaron de Bucareli, á contemplacion del señor virey, salieron el 1º de julio para registrar la costa de la altura.

El dia 1.° de agosto se hallaron en la altura de 60°: un mes cabal tardaron para adelantar solo 5°, y no fué por falta de buen tiempo, sino por lo mucho que declina la costa al Noroeste. Hallaron en dicha altura un grande puerto y con todas las conveniencias que se puedan desear de seguridad de los vientos, de leña, lastre y agua, y muy abundante de pescado sano y muy sabroso, fácil de coger, de que hicieron grande prevencion y salaron bastante para el viaje. Salieron á tierra y tomaron posesion de ella y del puerto, que nombraron de Santiago. Fijaron en un alto una grande cruz, que la subieron en procesion cantando el himno *Vexilla Regis*, *etc.*

Habiendo reparado el comandante que este puerto tenia un brazo de mar que se interna mucho hácia el Norte, mandó se dispusiese una lancha armada en guerra, con un oficial y piloto y con tropa para que se registrase. Hízose así, y habiendo navegado hácia al Norte algunos dias, vieron venir á ellos dos lanchones grandes llenos de gentiles, que cada uno de ellos traia mas gente que la de los nuestros. Manifestáronse de paz, regalando á los nuestros con pescado y otras cositas de las suyas, y los nuestros correspondieron con avalorios, espejos y otras chucherías que estimaron mucho, y despidiéndose siguieron su viaje.

El oficial y piloto que iba en la lancha de los nuestros, viendo esto y que habiéndose internado tanto que ya se hallaba en mayor altura que el puerto en que estaban fondeadas las fragatas y que no se veia el término de dicho mar sino que se le hacia horizonte, no se atrevió á entrar mas adentro, receloso de lo que podia encontrar, sino que le pareció conveniente volver atrás y dar cuenta al señor comandante de lo que habia visto, como lo practicó.

Mientras estaba en dicho registro la lancha, trataron y comunicaron los de las fragatas con muchos gentiles, que con sus lanchas y canoas de varias figuras se les arrimaban y subian á bordo, los que procuraron regalar con comida y avalorios y correspondian ellos con pescado y algunas cosas de las suyas. Entre los muchos gentiles que fueron á bordo, repararon en uno que al parecer se distinguia entre los otros: advirtieron en él que no le causaba admiracion el ver la fragata como si estuviera hecho á ver barcos tan grandes. Preguntáronle si habia visto otra vez barcos grandes, y respondió por señas que sí, y señalando á un cerro alto que estaba apartado de la playa, dió á entender que detrás de aquel cerro habia muchos barcos. Por lo que sospecharon muchos que por allí estaria la factoría de los rusos que dicen tienen estos por aquella altura. Confirmábanse en esto por tener á la vista el volcán llamado por los rusos de San Elías, y aun eran muchos de sentir que aquel gentil, á quien no habia causado admiracion la vista de las fragatas, podria ser algun ruso en traje de indio enviado á registrar y observar.

Llegada la lancha del registro esperaban todos que mandaria el comandante entrasen las dos fragatas á registrar aquel brazo de mar; pero fué lo contrario, dando órden de que se siguiese el registro por la costa á la vista de tierra. Así lo practicaron, y en breve observaron que ya bajaban de altura y que la costa declinaba al Sur.

Hallándose en la altura de 59 grados mas bajo

que el puerto de Santiago, les sobrevino una tempestad de agua y neblina muy espesa que nada veian, sin saber cómo se hallaban; pusieron los barcos á la capa y así se mantuvieron por el espacio de veinticinco horas, que abrió un poco para que pudiesen ver el peligro en que se hallaban. Viéronse por todos lados cercados de islas, metidos en un archipiélago, y conociendo el evidente peligro en que se hallaban, mandó el comandante, que era muy devoto de nuestra Señora de Regla, que subiesen la imágen de nuestra Señora sobre el alcázar y que se le cantase la Salve: así se hizo con viva fe y esperanza en el patrocinio de nuestra Señora, y se logró abriese mas la neblina y que se divisase una gran bahía pegada á una isla, y mandó el comandante que arrimados á ella se diese fondo, como se logró con toda felicidad y se libraron del evidente peligro en que estaban. Registraron la bahía, que nombraron de Nuestra Señora de Regla, y hallaron varios fondeaderos. Saltaron á tierra y tomaron posesion de ella con las mismas ceremonias que queda dicho del puerto de Santiago. En este paraje no trataron con gentiles ni los vieron; solo á lo lejos divisaron lumbradas.

Viendo el señor comandante que eran ya muchos los enfermos, la estacion avanzada y que estaba cerca el equinoccio, no quiso se pasase adelante el registro, sino que dió por concluida la expedicion, dando órden á los pilotos para navegar á alguno de los puertos de estos establecimientos, á fin de curar los enfermos y resguardarse del equinoccio. Practicáronlo así y entraron á este puerto de nuestro padre San Francisco el 14 y 15 de setiembre, en el que se mantuvieron hasta últimos de octubre. Celebraron en esta mision la fiesta de gracias con misa cantada y sermon á nuestra Señora de los Remedios, cuya imágen, en lámina de bronce, grande, de buen pincel, tocada á la original de Méjico, adornada con su grande marco de plata de martillo y con su cristal, puesta en su nicho de cedro, regaló á esta iglesia don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, capitan de la fragata limeña nombrada Nuestra Señora de los Remedios, alias la Favorita, la que se colocó en el altar mayor, haciéndole la fiesta el dia 3 de octubre, con misa cantada y sermon, y el siguiente dia con la misma solemnidad y asistencia de toda la gente, celebramos la fiesta de nuestro padre san Francisco, patrono de la mision y del puerto, tambien con misa, sermon y procesion.

En el tiempo de mes y medio que se mantuvieron en este puerto, se curaron y sanaron todos los enfermos, y los señores pilotos dibujaron sus mapas de toda la costa y sus puertos. Tuve el gusto de bautizar á tres de los gentiles muchachos que ya dije consiguieron en el puerto de Bucareli; y los dos por mas grandecitos que necesitaban de instruccion y no entendian todavía la lengua, los reservaron para después de llegados á San Blas. Cuando ya se disponian para salir de este puerto para San Blas, llegó correo de tierra desde la antigua California con la funesta noticia de la muerte del excelentísimo señor virey frey don Antonio Bucareli, que fué para todos de mucha tristeza, para nosotros por haber perdido tan grande bienhechor y patrono de estos establecimientos. No dudo que en el cielo habrá recibido el premio de las muchas almas que se han logrado por el fomento que dió á estas espirituales conquistas. Fué tambien sentida de los señores marítimos, pues desde luego presumieron pararian las expediciones, y mas con la noticia de las guerras con el inglés, que llegó por el mismo correo. Así como lo recelaron así ha sucedido, pues han parado las expediciones.

Aunque en estas expediciones marítimas no trabajó personalmente el venerable padre fray Junípero, no pude menos que insertarlas en esta historia por ser ocasionadas de su trabajoso viaje á Méjico é influidas por su apostólico celo en el noble y religioso corazon de su excelencia dirigidas á extender la fe católica hasta las mas remotas regiones; confiado el dicho excelentísimo señor de conseguir este principal fin de las expediciones por medio del infatigable celo del venerable padre Junípero, como vimos en la carta inserta en el capítulo antecedente y lo veremos repetido en otra que le escribió con la misma fecha y en una posdata de letra del mismo señor, que dicen así:

COPIA DE LA CARTA DE SU EXCELENCIA.

"El informe de las misiones que vuestra reve-
" rencia pasó á mis manos con carta de 5 de fe-
" brero del año anterior, me deja sumamente
" complacido por los efectos progresivos que se
" experimentan debidos al cuidadoso apostólico
" celo de vuestra reverencia y demás padres, de
" que he dado cuenta al rey, y quedo confiado de
" que continuando como hasta aquí, llegará tiem-
" po de que su majestad pueda contar con unos
" establecimientos que hagan gloriosas sus reales
" piadosas intenciones por la propagacion de la
" fe en esas remotas tierras. Dios guarde á vues-
" tra reverencia muchos años. Méjico, 20 de
" enero de 1775."

COPIA DE LA POSDATA.

"El puerto de la Trinidad descubierto por don
" Bruno Ezeta, nos convida á un establecimien-
" to; y para no perder de vista este objeto que
" tanta extension puede dar al Evangelio, debe-
" mos consolidar estos establecimientos, y es á
" lo que espero contribuya el fervoroso celo de
" vuestra reverencia. Para podernos establecer
" en lo mas distante ya descubierto, es preciso
" que esas reducciones puedan subsistir por sí en
" lo correspondiente á víveres, y á eso espero

" se dedique el celo de los padre misioneros fo-
" mentando las siembras y la cria de ganados.
" El gasto de mantener la tropa para escolta, sin
" embargo de ser de consideracion, no es lo que
" me detiene, sino la dificultad de que se con-
" duzcan desde San Blas tantos víveres, y las
" contingencias que ofrece la navegacion.—El
" bailío Frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—
" Reverendo padre fray Junípero Serra."

Si este fervoroso señor excelentísimo hubiese sobrevivido á la última expedicion, hubiera visto como vió el venerable padre Junípero tan aumentado el ganado vacuno, que habiendo dado á cada una de las misiones en su fundacion solo diez y ocho cabezas, en el último informe del año próximo pasado de 84 contaban ya entre todas las nueve misiones 5384 cabezas, y de ganado menor de lana 5629, y de pelo ó cabrío 4294, siendo así que de estas dos especies de ganados no se dieron para la fundacion que sino, de un corto número de borregas y cabras se logró este aumento, habiendo los misioneros solicitado de limosna el pié de dicho ganado menor. Asimismo vió el venerable padre fundador que dicho año que murió fueron las cosechas de trigo, maíz, cebada, frijol y demás legumbres: fué el total de todas las nueve misiones quince mil y ochocientas fanegas; con lo que tienen y han tenido estos últimos años, no solo para mantenerse por sí las misiones, sino que les sobró para proveer á la tropa. Si esta abundancia hubiera llegado á ver su excelencia como la llegó á ver el venerable padre fray Junípero, ¿quién duda que ya estaria la fe católica hasta el último término de lo descubierto, ó á lo menos estaria ya resonando el clarin evangélico por aquel archipiélago del famoso Puerto de Bucareli?

Pero ya que lo suspendió la sensible muerte de dicho fervoroso señor Bucareli, nos queda el consuelo de quedar descubierta tan abundante mies, como tambien de estar ya en el cielo las primicias de aquellas gentes, por los tres que de menor edad bautícé en esta mision y poco después de llegados á San Blas murieron; y de los dos mas grandes que llevaron para bautizar en San Blas murió la muchacha poco después de bautizada; y no dudo que estas cuatro almas bienaventuradas pedirán á Dios por la conversion de sus compatriotas que gimen bajo el tirano yugo del enemigo, suplicando al Señor les envie operarios que les prediquen é impongan en la ley evangélica, para que logren como ellos las celestiales delicias por toda la eternidad.

He querido adelantar estas noticias para el curioso lector, á fin de que tenga una completa noticia así de estos establecimientos como de todas las expediciones hechas para la extension de la santa fe católica y de los dominios de nuestro católico monarca, y que enterado de ellas pueda leer la relacion de estos nuevos establecimientos y apostólicas tareas del venerable padre Junípero y sus compañeros, que se irán refiriendo en los siguientes capítulos.

CAPITULO XXXIX.

CONTINÚAN LAS APOSTÓLICAS TAREAS DEL VENERABLE PADRE PRESIDENTE DESPUÉS DE LLEGADO A SU MISION DE SAN CARLOS.

A los pocos dias de haber llegado el venerable padre presidente á su mision de San Cárlos, que fué á mediados de mayo de 1774, entró en el presidio de Monterey el nuevo comandante don Fernando de Rivera y Moncada, capitan de tropa de cuera, que venia á remudar á don Pedro Fajes, capitan graduado y teniente de los voluntarios de Cataluña, como se habia determinado en junta de guerra y real hacienda, por ser la tropa de cuera mas á propósito para la reduccion de gentiles que la tropa de á pié, y venian subiendo los reclutas que traia de Cinaloa el dicho señor capitan Rivera. Luego que el fervoroso padre presidente se vió desahogado con la salida de la fragata para la primera expedicion y el Príncipe (que habiendo llegado el dia que salió la fragata y hecha la descarga bajó á San Diego á dejar la carga que allí pertenecia), hallándose ya el venerable padre sin los estorbos de antes, con abundancia de víveres y ropas, tendió la red entre los gentiles, convidándolos á la doctrina: fueron tantos los que concurrieron, que todos los dias tenia una grande rueda de catecúmenos á quien con la ayuda del intérprete instruia en la doctrina y misterios necesarios, en cuyo santo ejercicio empleaba una gran parte del dia; y así como iban quedando instruidos los bautizaba, y en breve fué en gran manera aumentando el número de cristianos: al paso que se bautizaban ocurrian otros pidiendo instruccion.

No quedaba sosegado con esto el ardiente celo de nuestro venerable fray Junípero, ni con saber que se practicaba lo mismo en las otras cuatro misiones, sino que se extendian sus anhelos á la fundacion de otras, respecto á la abundancia de ministros, que habiendo subido de la antigua California estábamos como ociosos; y aunque veia que el nuevo reglamento disponia que se suspendiesen por entonces nuevas fundaciones hasta tanto que se verificase aumento de tropa, pero facilitaba sus designios la prevencion que se hace en el mismo reglamento: "*Salvo* que se
" juzgase poderse fundar una ó dos misiones mi-
" norando las escoltas de las misiones mas inme-
" diatas á los presidios, juntos con algunos de
" presidio que no hiciesen *notable falta*."

En atencion á esta puerta que deja abierta el reglamento, intentó fundar una mision, á lo menos en el intermedio de San Diego y San Gabriel, bajo la advocacion de san Juan Capistrano. Trató este punto el venerable padre con el nuevo comandante don Fernando Rivera, quien convi-

niendo en ello, señaló para escolta cuatro soldados de los presidios y dos de las misiones inmediatas á ellos, San Cárlos y San Diego; y el venerable fray Junípero nombró para misioneros de ella á dos de los que habiamos subido de la California antigua, de cuya determinacion dieron cuenta á su excelencia, quien á mas de aprobarla quedó complacido de ella, segun lo manifiesta en las expresiones de su siguiente carta:

"Después de los acuerdos tenidos con el co-
" mandante de estos establecimientos don Fer-
" nando Rivera y Moncada, que vuestra reve-
" rencia refiere en carta de 17 de agosto del año
" próximo antecedente, me da vuestra reverencia
" la gustosa noticia de quedar resuelta, además de
" las dos misiones del puerto de San Francisco,
" otra con el título de San Juan Capistrano, en-
" tre San Diego y San Gabriel, para la cual que-
" daban nombrados los padres fray Fermin Fran-
" cisco Lazuen y fray Gregorio Amurrio, á quie-
" nes se dió la escolta necesaria y franqueó cuanto
" contiene la memoria de que vuestra reverencia
" me saca copia.

"Todas estas noticias acrecentan mi gusto y
" hacen patente el infatigable desvelo con que
" vuestra reverencia se dedica á la felicidad de
" esos establecimientos. Dios protege visible-
" mente tan buen servicio y las intenciones con
" que el rey eroga estos gastos, pues al paso que
" se aumentan las misiones y crece el número de
" neófitos, va la tierra dispensándoles copiosas
" cosechas de frutos para su alimento, y serán
" mayores las sucesivas, segun lo que vuestra
" reverencia manifiesta en su citada carta, con la
" que quedo muy complacido.

"Dios guarde, etc."

Luego que se resolvió hacer la nueva fundacion, salieron de Monterey los dos misioneros nombrados con los avíos y escolta que se destinó, y llegados á la mision de San Gabriel quedó en ella el padre fray Gregorio Amurrio, con el fin de disponer lo demás para estar pronto al primer aviso, y el padre fray Fermin Lazuen pasó á San Diego para salir con el teniente comandante de aquel presidio, á hacer el registro, y habiéndolo verificado y hallado sitio á propósito para el establecimiento, se regresaron al presidio á disponer todo lo necesario para pasar de una vez á establecerse.

Salieron de San Diego á fines de octubre el citado padre Lazuen, el teniente, sargento y soldados necesarios, y llegando al sitio formaron una enramada y una grande cruz, que bendita y adorada de todos enarbolaron, y en el altar que se dispuso dijo el padre Lazuen la primera misa. El dia 30 de octubre, octava de san Juan Capistrano, patrono de la nueva mision, concurrieron muchos gentiles, manifestando alegrarse mucho con la nueva vecindad, pues muy oficiosos ayudaron á cortar madera y acarrearla para la fábrica de capilla y casa.

Cuando estaban en estas faenas parando ya los palos para la fábrica, llegó á los ocho dias de principiada la mision el padre fray Gregorio Amurrio con todos los avíos, que por el aviso que le enviaron, salió de San Gabriel; y cuando muy alegres pensaban prontamente poner en corriente la mision por la alegría que veian en los naturales de aquel lugar, les llegó el mismo dia un correo de San Diego con la triste noticia de haber los gentiles pegado fuego á la mision y quitado la vida á uno de sus ministros. Luego que recibió el teniente la noticia, subió á caballo, y lo mismo el sargento y parte de los soldados, y á toda prisa se puso en el presidio de San Diego; y habiendo suplicado á los padres hiciesen lo mismo con parte de los soldados que dejó para este fin, pararon la fábrica, enterraron las campanas, y con todo lo demás de carga se encaminaron para el presidio de San Diego, en donde hallaron la novedad que referiré en el capítulo siguiente, que es segun y como lo escribieron los padres, y conforme á las declaraciones que hicieron los indios, así cristianos como gentiles, ante el comandante del presidio.

CAPITULO XL.

MUERTE DEL VENERABLE PADRE FRAY LUIS JAIME, Y DE LO ACAECIDO EN SU MISION DE SAN DIEGO.

Hallábanse por el mes de novembre del año de 1775 administrando con grande júbilo de sus almas la mision de San Diego el venerable padre lector fray Luis Jaime, hijo de la santa provincia de Mallorca, y el padre predicador fray Vicente Fuster, de la de Aragon, y cogiendo con abundancia los copiosos frutos que producia ya aquella viña del Señor encomendada por el prelado á sus reverencias; de tal suerte que con sesenta gentiles que habian bautizado el dia 3 de octubre inmediato, vigilia de nuestro padre san Francisco, y los muchos que habian recibido el santo bautismo antes, se formaba un numeroso pueblo, el cual habian mudado el año anterior á la Cañada del rio ó arroyo que vacía en aquel puerto, por ofrecer el terreno, que dista como dos leguas del presidio, mayores ventajas para el logro de sementeras y cosechas de trigo y maíz para la manutencion de los neófitos, quienes desde luego demostraban hallarse muy gustosos.

Al paso que los padres y los cristianos nuevos se hallaban con tanta alegría y sosiego, era mayor la rabia del enemigo capital de las almas, no pudiendo sufrir con su infernal furor el ver que por las inmediaciones del puerto se le iba acabando su partido de la gentilidad por los muchos que se reducian á nuestra verdadera religion por medio del ardiente celo de aquellos ministros; y reparando en que se iban á poner otros entre San Diego y San Gabriel que desde luego harian

lo mismo con aquellos gentiles, de que él estaba apoderado, desmereciendo por esta causa su partido, arbitró para atajar el daño que se le seguia, no solo impedir la nueva fundacion, sino tambien aniquilar la de San Diego, que habia sido la primera de estos establecimientos, y vengarse de los ministros.

Para conseguir estos diabólicos intentos se valió de dos neófitos de los anteriormente bautizados, que después de la fiesta de nuestro padre san Francisco, salieron á pasear por las rancherías de la Sierra, influyéndoles á que publicasen entre los gentiles de aquellos territorios la noticia de que los padres querian acabar con toda la gentilidad haciéndolos cristianos por fuerza, para lo cual daban por prueba los muchos que en un dia habian bautizado. Quedaban los que lo oian suspensos, creyéndolo unos y dudándolo otros, los cuales decian que los padres á nadie hacian fuerza, y que si aquellos se habian bautizado era porque ellos habian querido. Pero la mayor parte daba crédito al dicho de los dos apóstatas; y teniéndolos el enemigo así dispuestos, les engendró la pasion de ira contra los padres, de que resultó el cruel intento de quitarles la vida, como tambien á los soldados que los resguardaban, y pegar fuego á la mision para acabar con todo. Apenas se hablaba por aquellos contornos de otra cosa; convidándose unos á otros para el hecho, aunque muchos de las rancherías no convinieron diciendo que ni los padres les habian hecho daño, ni hacian fuerza á ninguno para que se hiciese cristiano.

Nada de esto se sabia en San Diego, ni se recelaba de lo mas mínimo, porque habiendo echado de ver la falta de los citados dos neófitos, que salieron sin licencia, y habiendo salido el sargento con soldados en busca de ellos, no los pudieron encontrar, y solo adquirieron la noticia de que se habian internado mucho por la Sierra que guia al rio Colorado; y en ninguna de cuantas rancherías transitaron con este fin, advirtieron la menor novedad ni indicio alguno de guerra; pero el hecho manifestó el intento que tenian y el sigilo con que se manejaban.

Convocáronse mas de mil indios, muchos de ellos entre sí no conocidos ni jamás vistos, sino convidados de otros muchos de ellos, los cuales pactaron el dividirse en otros dos trozos para caer uno á la mision y otro al presidio, convenidos en que luego que estos últimos viesen arder la mision prendiesen fuego al presidio y matasen á toda la gente, y que los destinados para la mision harian lo mismo. Así pactados y bien armados de flechas y macanas, se encaminaron á poner en ejecucion su depravado designio.

Llegaron á la cañada del rio de San Diego la noche del dia 4 de noviembre, y se dividieron caminando la mitad de ellos para el presidio los destinados á él; llegaron sin ser sentidos á las casas de los neófitos de la mision, y se pusieron en cada uno de ellos unos gentiles armados para no dejarlos salir ni gritar, amenazándoles de muerte, y se fué el mayor golpe de ellos á la iglesia y sacristía á hurtar las ropas, ornamentos y demás que quisieron; y otros con tizones de la lumbrada que tenian en el cuartel los soldados, que se reducian á tres y un cabo, que segun parece estaban todos durmiendo, empezaron á pegar fuego al cuartel y á todas las piezas: con esto y los funestos alaridos de los gentiles dispertaron todos.

Pusiéronse los soldados á la arma cuando ya los indios habian empezado á descargar flechas; los padres dormian en distintos cuartos: salió el padre fray Vicente, y viendo el incendio se encaminó para donde estaban los soldados, como tambien dos muchachitos, hijo y sobrino del teniente comandante del presidio: en otro cuarto vivian herrero y carpintero de la mision y el carpintero del presidio que habia pasado á la mision por enfermo, llamado Urselino, digno de que se lea su nombre por el afecto tan heróico de verdadero católico que practicó, como diré luego.

El padre fray Luis, que dormia en otro cuartito, al ruido de los alaridos y del fuego salió, y viendo un gran peloton de indios, se arrimó á ellos saludándolos con la acostumbrada salutacion: *amar á Dios, hijos;* y conociendo que era el padre lo agarraron como lobos á un corderito, y portóse como mudo sin abrir sus labios: lleváronlo para la espesura del arroyo, allí le quitaron el santo hábito, y desnudo el venerable padre, empezaron á darle golpes con las macanas, y le descargaron innumerables flechas, no saciando su furor y rabia con quitarle con tanta crueldad la vida, pues después de muerto le machacaron la cara, cabeza y demás del cuerpo, de modo que desde los piés hasta la cabeza no le quedó parte sana mas que las manos consagradas, como así se halló en el sitio donde lo mataron.

Quiso Dios preservarle las manos para manifestar á todos que no habia obrado mal para que le quitasen la vida con tanta crueldad, sino que con toda limpieza habia trabajado tanto á fin de encaminarlos á Dios y salvar sus almas, y no dudamos todos los que lo conocimos y tratamos, que gustoso y alegre daria su vida y derramaria su sangre inocente para regar aquella mística viña, que con tantos afanes habia cultivado y aumentado con tanto número de almas que bautizó: confiado en que por medio de este riego se cogerian con mas abundancia sazonados frutos, como así en breve se experimentó, viniendo después muchos á pedir el sagrado bautismo. Hasta rancherías enteras de mucho gentío y bien distantes del puerto ocurrieron á la mision pidiendo el ser bautizados, aumentándose en gran número los neófitos.

Al mismo tiempo que los gentiles con grande gritería iban llevando al venerable padre fray Luis al lugar del martirio, fueron los otros al otro

cuarto en que dormian los carpinteros y herrero, que al ruido dispertaron: iba á salir el herrero con una espada en la mano y al salir del cuarto le dispararon tan cruel flechazo, que quedó muerto. Viendo esto el carpintero de la mision, cogió una escopeta cargada, la disparó y tumbó á uno de los gentiles que estaban cerca de la puerta, y retirándose asombrados y temerosos, pudo ir á juntarse con los soldados. Al otro carpintero del presidio llamado Urselino, que estaba en cama enfermo, lo flecharon, hiriéndolo de muerte, y en cuanto se sintió herido, dijo: *¡Ah indio que me has muestro! Dios te lo perdone.*

El mayor golpe de los gentiles se ocuparon en guerrear con los soldados que estaban en la casita que servia de cuartel, en cuya pieza se hallaban el padre fray Vicente Fuster, los dos muchachos arriba dichos, el carpintero que no estaba herido, y el cabo con los tres soldados; y á los gentiles en breve se les agregó toda aquella chusma de gentiles que habian ido para el presidio, que no se atrevieron á llegar, porque mucho antes de llegar á él vieron que ardia la mision; y dando por supuesto que tambien lo verian los del presidio y que estarian prontos á defenderse y que enviaran á la mision socorro de gente, se volvieron atrás á unirse con los que estaban en la mision; por lo que se libertó el presidio, que sin duda estarian durmiendo, pues ni vieron el grande fuego que ardia en toda la mision ni oyeron tiro de tantos que se dispararon, siendo así que se oye el tiro del alba.

En cuanto llegaron al sitio de la mision los gentiles que habian ido al presidio, que supieron habian ya matado á uno de los padres, preguntando cuál de los dos, luego que les dijeron el rezador, así llamado el padre fray Luis, celebraron con mucha alegría la noticia, y en el mismo sitio celebraron la muerte con un gran baile á su usanza bárbara, y se juntaron con los demás para acabar con el otro padre y con toda la mision. El corto número de los soldados de la mision se supo defender de tanta multitud de gentiles con gran valor por el grande que tenia el cabo de escuadra, que no cesaba de gritar, con que amedrentaba á los gentiles, y de disparar matando á unos é hiriendo á otros. Viendo los enemigos la fuerte resistencia y el estrago que hacian los nuestros, valiéronse del fuego, pegando fuego al cuartel, que era de palizada, y los nuestros por no morir asados, salieron de él con todo valor, y se mudaron á un cuartito de adobes que servia de cocina, reduciéndose toda la fabrica y resguardo á tres paredes de adobe de poco mas de una vara de alto, sin mas techo que unas ramas que tenia puestas el cocinero para resguardarse del sol. Refugiados los nuestros en dicha cocina, hacian fuego continuo, defendiéndose de tanta multitud que los molestaba por el lado que estaba descubierto sin pared, por donde les tiraban, ya flechas, ya macanas.

Viendo el daño que por aquel portillo les hacian, se animaron á ir á la casa que se estaba abrasando á traer unos fardos y cajones para ponerlos de parapeto; pero en esta faena, que lograron hacer á satisfaccion para el resguardo, quedaron heridos dos de los soldados é imposibilitados por entonces á accion alguna; y solo quedó para la defensa el cabo con un soldado y carpintero. El cabo, que era de gran valor y buen tirador, mandó al soldado y carpintero que no hiciesen otra cosa que cargar y cebar escopetas, ocupándose él en solo tirar, con que mataba y heria á cuantos se le arrimaban.

Viendo los gentiles que las flechas ya no servian por el resguardo de los adobes que tenian los nuestros, pegaron fuego á las ramas que servian de techo; pero como eran pocas, no les obligó el fuego á desamparar el sitio: viéronse en peligro de que se pegase fuego á la pólvora, lo que hubiera sucedido á no tener la advertencia el padre fray Vicente de taparla talega con las faldas del hábito, sin atender al peligro á que se exponia. Viendo los indios que el fuego del techo no los hizo salir, tiraron á obligarles á la salida, echándoles adentro tizones encendidos y pedazos de adobe, que de uno de ellos quedó herido el padre, aunque por entonces no lo sintió mucho, pero sí después, aunque no fué cosa de cuidado. Así estuvieron peleando hasta la aurora, que su hermosa luz ahuyentó á los gentiles, que recelosos viniese gente del presidio, se marcharon llevándose los muertos y heridos, que no se supo sino en general que habian sido muchos, segun las declaraciones que se tomaron.

En cuanto amaneció el dia 5 de noviembre, que desapareció la gran multitud de gentiles, salieron de sus casitas los neófitos y fueron luego á ver al padre, que estaba en el fuerte de la cocina con el cabo y tres soldados, todos heridos, y el cabo aunque herido no quiso decir que lo estaba, para que no descaeciesen los demás. Los indios cristianos llorando refirieron al padre cómo los gentiles no los dejaron salir de sus casas, ni gritar, amenazándoles de muerte si se meneaban. Preguntóles por el padre fray Luis, que toda la noche lo habia tenido con cuidado por no haber sabido de él, aunque los soldados lo consolaban diciéndole que se habria metido dentro del sauzal: mandó á los indios lo buscasen, y despachó á un indio californio á avisar al presidio, y á los neófitos mandó apagasen el fuego de la troje para lograr algo del bastimento.

Hallaron los indios en el arroyo á su venerable padre fray Luis ya muerto, y tan desfigurado que apenas lo conocieron. Cargáronlo y llevaron con grande llanto para donde estaba el padre fray Vicente, quien al oir el llanto de los indios, le dió en el corazon lo que habia sucedido á su compañero: fué luego el padre hácia ellos y le pusieron á la vista á su amado compañero muerto y tan desfigurado que segun escribió al

reverendo padre presidente, estaba tan herido su cuerpo, que no tenia mas parte sana que las consagradas manos; pero que todo lo demás del cuerpo estaba golpeado y flechado, y la cara aplastada de los golpes de macana (porras de madera) ó de alguna piedra, y ensangrentado de piés á cabeza; que solo conoció ser su cuerpo por la blancura, que en pocas partes estaba sin sangre, que era el único vestido que cubria su cuerpo. Al ver el padre fray Vicente aquel espectáculo, quedó fuera de sí, hasta que el llanto de los neófitos, que tan de corazon amaban á su difunto padre, le hizo prorumpir en lágrimas.

En cuanto la pena y dolor dió lugar al padre fray Vicente para deliberar, dispuso se hiciesen unos tapestles para llevar á los dos difuntos cuerpos del venerable padre fray Luis y al herrero José Romero, y á los heridos, que fueron el cabo y los tres soldados y el carpintero Urselino. En cuanto recibieron la noticia en el presidio, se pusieron en camino para la mision, y con este auxilio se mudaron todos llevando en procesion á los difuntos para el presidio, dejando en la mision algunos neófitos para que apagasen la lumbre de la troje. Llegados al presidio se dió sepultura á los difuntos en la capilla del presidio y dieron mano á curar los heridos, que todos sanaron menos el carpintero Urselino, que murió el quinto dia. Este tuvo tiempo para prepararse y disponer sus cosas: tenia de su sueldo de algunos años que habia servido bastante alcance en el real almacen; y no teniendo heredero forzoso, hizo testamento y dejó por herederos á los mismos indios que le quitaron la vida; accion tan ejemplar y heróica de verdadero discípulo de Jesucristo. Recibidos todos los santos sacramentos, entregó su alma al Criador.

El cabo que habia quedado mandando el presidio, despachó aviso al teniente, que se hallaba en la fundacion de San Juan Capistrano, quien luego que tuvo la noticia de lo acaecido se puso en camino para San Diego, y tras de él los padres. En cuanto estos llegaron al presidio, hicieron las honras al venerable padre difunto, y resolvieron mantenerse en el presidio hasta nueva órden del venerable padre presidente, á quien escribieron todo lo que queda expresado, que he sacado de las mismas cartas. Igualmente con acuerdo del comandante del presidio determinaron que los neófitos se mudasen arrimados al presidio por de pronto para evitar el peligro de que volviesen á darles los gentiles: asimismo mudaron el poco de maíz y trigo que libertaron del fuego; quedando todo lo demás de la iglesia y casa consumido por el fuego, salvo la ropa y alhajas que hurtaron.

El comandante del presidio dió luego sus providencias despachando partidas de soldados por las rancherías de los gentiles á explorar si se percibia otro atentado, como tambien de indagar los que habian concurrido: llevaron presos á muchos para las averiguaciones, y hallando que no amenazaba asalto al presidio, despachó correo á Monterey.

CAPITULO XLI.

LLEGA Á MONTEREY LA FUNESTA NOTICIA DE SAN DIEGO, Y LO QUE EN SU VISTA SE PRACTICÓ.

Llegó á Monterey el correo de San Diego con la noticia del martirio del venerable padre fray Luis Jaime y del incendio de la mision, y en cuanto el comandante Rivera recibió las cartas, que fué á entrada de noche del dia 13 de diciembre, enterado de lo sucedido, fué en persona á la mision de San Cárlos, en donde me hallaba, á dar la noticia y las cartas de los padres que se hallaban en San Diego al reverendo padre presidente, quien en cuanto oyó la novedad prorumpió en estas palabras: *Gracias á Dios ya se regó aquella tierra; ahora sí se conseguirá la reduccion de los dieguinos.* Mañana, prosiguió su reverencia, haremos las honras al difunto padre: convido á usted y á la gente del presidio; á lo que respondió no podia asistir porque iba á disponer su salida para San Diego; y diciéndole el padre que tambien él intentaba bajar á San Diego, le respondió que no podia ser el bajar juntos, por la mucha prisa que llevaba, por lo que importaba su presencia cuanto antes en San Diego para la seguridad de aquel presidio, hacer averiguaciones y dar cuenta á su excelencia, que en breve saldria otra partida de soldados para San Diego, y que con ellos podria bajar mas espacio su reverencia. Con esto se despidió y retiró para el presidio.

El siguiente dia dispuso el venerable padre presidente hacer las honras al difunto padre, las que hicimos con vigilia y misa cantada con asistencia de seis sacerdotes, el venerable padre presidente con su padre compañero y los cuatro que estábamos para las fundaciones de este puerto de nuestro padre San Francisco, á las que asistieron todos los neófitos de la mision y la tropa de la escolta: aunque al juicio de todos los que conocimos al venerable padre difunto, que lo tratamos y experimentamos su religioso porte y fervoroso celo de la salvacion de las almas, no necesitaria que rogásemos á Dios, sino que mejor podriamos pedirle rogase á Dios por nosotros, pues piamente creiamos que su alma iria en derechura á recibir la corona de la gloria que tenia merecida por sus virtudes y laboriosa vida, anhelando por la conversion de todo aquel gentilismo. No obstante, por ser inexcrutables los juicios de Dios, dispuso el venerable padre presidente que le aplicase cada uno de los misioneros las veinte misas del concordato hecho por los misioneres de estas conquistas.

Ya que veia el venerable prelado que no podia prontamente bajar á San Diego, escribió á los

padres lo que debian practicar mientras bajaba su reverencia. Escribió al reverendo padre guardian dándole noticia de lo sucedido con las mismas cartas que recibió de los padres de San Juan Capistrano y de la de San Diego que quedó con vida. Asimismo escribió al excelentísimo señor virey comunicándole la noticia, añadiéndole que no por lo sucedido descaecian de ánimo los misioneros; antes bien los animaba envidiando la dichosa muerte que habia logrado el dichoso venerable hermano y compañero el padre fray Luis Jaime.

Que solo sentia su reverencia las resultas de dicho acaecimiento, así de los castigos que tal vez se intentarian con los pobres é ignorantes indios que hubiesen concurrido al hecho, como tambien el que se dilatase el volver á poner la mision de San Diego en el propio sitio, é igualmente sentiria se difiriese la fundacion de San Juan Capistrano; pero que esperaba de su experimentada clemencia que usaria de misericordia con los indios dieguinos que hubiesen concurrido á la muerte del difunto padre, que no dudaba fuese influjo del infernal enemigo y por falta de conocimiento; que juzgaba conduciria mucho el usar de misericordia para atraerlos á nuestra religion católica, tan piadosa y benigna.

Y que igualmente confiaba en el fervoroso y católico celo de su excelencia, que tomaria con mas fervor la reedificacion de la incendiada mision y la fundacion de la de San Capistrano, para que el enemigo no saliese con sus infernales intentos. Que lo dicho se podria conseguir y evitar semejantes atrasos, aumentando las escoltas de las misiones; que viendo los indios mas fuerzas para la defensa, se contendrian y se conseguiria con toda paz el intentado fin de su reduccion y eterna salvacion de sus almas. Estas cartas remitió su reverencia al presidio, suplicando al comandante que desde San Diego las despachase con sus pliegos á Méjico, ínterin lograba el bajar á San Diego, que mucho lo deseaba.

Salió de Monterey el comandante Rivera con tropa el dia 16 de diciembre, visitando de paso las dos misiones de San Antonio y San Luis; y aunque en ellas no halló novedad en los indios, añadió en cada una un soldado mas de escolta por lo que podia suceder; y siguiendo su viaje llegó á la de San Gabriel dia 3 de enero de 1776.

Quiso nuestro Dios y Señor de los ejércitos, que el dia siguiente 4 de enero llegase á aquella mision el teniente coronel don Juan Bautista de Anza, que venia de Sonora de órden de su excelencia, cruzando el rio Colorado, conduciendo la tropa y familias para poblar el puerto de nuestro padre San Francisco, de que hablaré después, con cuya llegada se vió el comandante Rivera con el socorro de cuarenta soldados con un oficial teniente capitan, y el comandante de la expedicion del señor Anza. Trataron los dos comandantes de lo sucedido en San Diego, y resolvieron de pasar ambos con la tropa, dejando en San Gabriel el teniente con algunos soldados y todos los pobladores agregados y arrieros con las recuas, á San Diego á pacificar y á prender las cabecillas. Así lo practicaron, y desde allí dieron cuenta á su excelencia, con cuyos pliegos fueron las cartas del venerable padre presidente. Y viendo que no habia necesidad de la tropa, determinaron los comandantes el que siguiese la expedicion para Monterey, y que solo quedasen doce soldados de los venidos de Sonora, para subir después con el comandante Rivera, y con todos los demás soldados se volvió el señor Anza para San Gabriel, y de allí subió para Monterey, como diré con mas extension en su lugar. Interin paso á referir, adelantando la noticia por el hilo de la historia, las eficaces providencias que dió el excelentísimo señor virey en cuanto recibió la noticia de lo acaecido en San Diego.

En cuanto su excelencia recibió las cartas de los comandantes, que le escribieron de San Diego lo sucedido en la mision y obrado por ellos, echó menos la carta del reverendo padre presidente; pero lo atribuia á la distancia de ciento setenta leguas que se hallaba su reverencia de San Diego, de donde salió el correo, aunque después vió no habia sido la causa sino el haberse adelantado unos dias á la carta del venerable padre presidente, que tenia la fecha dos meses antes que las de los comandantes; pero no obstante que dicho excelentísimo señor no habia recibido dicha carta, le escribió una consolatoria con la noticia de las providencias que tenia dadas, de cuya original saco esta

COPIA.

"No puedo expresar á vuestra reverencia el sentimiento con que me dejan los tristes sucesos de la mision de San Diego, y la trágica muerte del padre maestro fray Luis Jaime, de que me han dado cuenta desde aquel presidio el comandante D. Fernando Rivera y Moncada, y el teniente coronel D. Juan Bautista de Anza, los cuales hubieran sido mayores acaso, á no haber acaecido la oportuna llegada á San Gabriel de este oficial con las familias destinadas para Monterey.

"Las disposiciones que estos oficiales dieron entonces así para el seguro de San Diego, como para la de San Gabriel y San Luis fueron prudentes, y las que debian dictarse con respecto á los daños futuros, y así se lo manifiesto al comandante Moncada. Este me da noticia de la aprehension de algunos de los sindicados en la maldad, y me hace confiar de volverlo á dejar todo pacífico con el escarmiento de los mas agresores, de que ya habia cogido alguno. Yo lo espero así; pero como

" esto atentado me hace conocer lo poco que " puede fiarse de los indios catequizados, cuanto " mas de los gentiles, cuando unos y otros se " unen á cometer daños; he dado órden á D. " Felipe Neve, gobernador de la península, re- " clute en ella, si fuere posible, veinticinco hom- " bres que pide D. Fernando de Rivera para " reforzar las tropas de su cargo, que los remita " luego armados.

"El arribo de los paquebotes el Príncipe y San " Cárlos, que navegan á esos destinos desde el " dia 10 de este mes, no podrán menos que con- " tribuir al sosiego y tranquilidad de los natura- " les, al paso que faciliten la ocupacion del puer- " to de San Francisco; y como de ellos querrán " acaso quedarse algunos individuos con plazas " de soldados, he dispuesto tambien se les asien- " te con destino á reforzar el presidio de San " Diego; y para que no lo impidan los respecti- " vos comandantes, acompaño á don Fernando " Rivera carta credencial, en cuya vista se pre- " sentarán con gusto ambos oficiales á este ser- " vicio.

"Además de lo dicho, debe el comisario de San " Blas don Francisco Hijosa hacer diligencia en " aquellas inmediaciones de otras reclutas, y si " los consigue, han de remitirse habilitados de ar- " mas y lo necesario al citado señor gobernador " Neve en la misma lancha que lleva estos plie- " gos para que por sí disponga los auxilios que " le prevengo.

"Yo no me olvido sin embargo de otros que " se presenten oportunos, y quedo en dar al efec- " to cuantas disposiciones convengan; y en este " supuesto espero que vuestra reverencia, ofre- " ciendo á Dios la desgracia, en nada altere su " apostólico celo, antes bien confíe de ver mejo- " rada por ella la constitucion de estos estable- " cimientos, á que no dudo contribuirá vuestra " reverencia animando á los demás padres á no " temer los riesgos con presencia de la tropa que " se aumenta.—Dios guarde á vuestra reveren- " cia muchos años.—Méjico, 26 de marzo de " 1776.—El bailío frey don Antonio Bucareli y " Ursúa.—Reverendo padre fray Junípero Ser- " ra."

A los ocho dias de haber escrito su excelencia la antecedente carta, recibió la del reverendo padre presidente, que dije al principio, le sirvió de gran consuelo á su excelencia, y luego le respondió concediéndole cuanto pedia, como se ve en el contenido que dice:

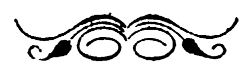
COPIA DE LA CARTA DEL SEÑOR VIREY.

"En fecha de 26 de marzo anterior manifesté " á vuestra reverencia, sin presencia de su carta " de 15 de diciembre último, que ha entregado " después el reverendo padre guardian de este " colegio apostólico, el sentimiento grande que " me habia inferido el triste desgraciado suceso " de la mision de San Diego, y las disposiciones " que por de al pronto dicté para ocurrir al re- " medio posible de los daños que pudieran sub- " seguirse de no reforzar con tropa aquel presi- " dio y misiones; y ahora con vista de ella y de " las prudentes cristianas reflexiones que vuestra " reverencia expone, inclinándose á que convie- " ne mas tratar de atraer los neófitos rebelados " que de castigarlos, contesto á vuestra reveren- " cia que así lo he dispuesto, mandando en esta " propia fecha al comandante don Fernando Ri- " vera y Moncada que la practique, atendiendo " á que es el medio mas oportuno á la pacifica- " cion y tranquilidad de los ánimos, y acaso tam- " bien á que se reduzcan los gentiles vecinos, " viendo que experimentan afabilidad y buen tra- " to, cuando por su exceso no dudarán ver el " castigo y la desolacion de sus rancherías.

"Prevengo tambien á ese jefe que el principal " objeto del dia, es el restablecimiento de la mision " de San Diego y la nueva fundacion de San Juan " Capistrano; aquella en su propio paraje de su si- " tuacion, y esta en el que se habia ya proyectado " antes del indicado suceso; en el concepto de que " los veinticinco hombres mandados reclutar en la " antigua California con destino á la mejor cus- " todia de aquellos establecimientos, deben ser- " vir para refuerzo del presidio y para que se- " gun lo gradúe oportuno en la actual constitu- " cion, ponga competente escolta en las dos ci- " tadas misiones de San Diego y San Capistrano, " ínterin que restituido el teniente coronel don " Juan Bautista de Anza y que me lleguen nue- " vos avisos, se dan las demás disposiciones con- " venientes.

"De todo lo cual hago partícipe á vuestra re- " verencia para satisfaccion y consuelo, esperan- " do que á impulsos del apóstolico celo que le " anima por el bien de esas reducciones, contri- " buirá vuestra reverencia á hacer efectivas mis " providencias, seguro de que estoy dispuesto á " franquear por mi parte cuantos auxilios sean " posibles, porque hasta ahora se han continua- " do en esas distancias con tanto fruto y venta- " jas. Dios guarde á vuestra reverencia muchos " años.— Méjico 3 de abril de 1776.—El bailío " frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Padre " fray Junípero Serra."

Si estas dos cartas las hubiese recibido el venerable padre Junípero luego de escritas, no habria tenido tanto que padecer, camo veremos en el siguiente capítulo, pues la mucha distancia é indispensaale demora le sirvieron de un prolongado é incruento martirio.



CAPITULO XLII.

BAJA EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO Á SAN DIEGO: TRATA DE RESTABLECER SU MISION, Y SE LE FRUSTRAN LOS DESEOS Y DILIGENCIAS.

Desde el mismo instante que llegó la noticia de lo acaecido en la mision de San Diego, estaba el venerable padre presidente con vivas ansias de bajar á dicho puerto; pero se le frustraron los deseos por lo que queda expresado en el capítulo anterior último, ya por la prisa del comandante Rivera, como por la venida de la expedicion de Sonora; siendo el fin de sus anhelos el volver á reedificar la mision incendiada. Medio año estuvo privado de poder cumplir sus deseos, hasta que dispuso Dios que los paquebotes viniesen á Monterey, y que el paquebot el Príncipe, dejada parte de la carga, bajase con la demás para San Diego, y en él se embarcó el 30 de junio, y con doce dias de navegacion llegó á San Diego, y desembarcó su reverencia con otro misionero, el padre fray Vicente Santa María, que habiendo venido con los barcos, lo llevó consigo para ocuparlo en una de aquellas misiones.

Encontró el venerable prelado que vivian en el presidio los tres padres, los dos de San Capistrano y el que habia quedado con vida de la de San Diego. Después de haberlos consolado y animado, le expresaron no tener mas desconsuelo que el ver no se daba mano á nada y que se estaban ociosos. Preguntóles cómo estaban los indios, si habia habido mas novedad, y le respondirron que no, pues el señor comandante ya habia escrito á su excelencia que ya todo estaba pacificado, que ya tenian asegurados las cabecillas y los querian despachar para San Blas con el barco, para que allí se les diese el merecido castigo.

Enterado su reverencia de todo, procuró consolar á los padres, y con su gran paciencia y mucha prudencia esperó que se fuese acabando la descarga del barco, y cuando vió se iba concluyendo, habló al comandante del navío don Diego Choquet, diciéndole si los misioneros podrian ir á ayudar á trabajar á la mision del santo de su nombre. Que de Dios recibirian él y los marineros el premio; que su excelencia lo tendria muy á bien. Respondió como caballero, que con mucho gusto, que no solo los marineros, sino que él tambien de peon. Conseguida esta respuesta tan cristiana, habló por papel, para mas facilitarlo, al comandante de tierra, diciéndole que en atencion á la detencion del barco hasta mediados de octubre y de ofrecerle el señor capitan la tripulacion para la reedificacion de la mision, le suplicaba por la escolta de la mision para pasar á dar mano á la obra. En vista de él, aprontó un cabo y cinco soldados dispuestos, y todo para la marcha, que fué el dia 22 de agosto de dicho año de 76.

Fué á dar principio á la obra del venerable padre presidente con dos misioneros, el capitan del barco con uno de los pilotos, el contramaestre y veinte marineros, todos armados con armas blancas y de fuego para cualquier evento. Fueron tambien todos los indios neófitos capaces de trabajar, y fué el cabo con los cinco soldados. Llegados al sitio, distribuyeron la gente, que completó el número de cincuenta peones, á mas de rancheros y cocineros. Empezaron unos á acarrear piedra, otros á abrir cimientos y otros á hacer adobes, sirviendo de sobrestantes no solo el piloto y contramaestre, á cuyo fin habian ido, sino tambien los padres y el capitan del paquebot.

Iba la obra con tanto calor y trabajaban con tanto gusto, que segun lo que hicieron en dos semanas, todos daban por cierto que antes de la salida del barco quedaria concluida la obra, amurallada con pared de adobes; pero el enemigo tiró á impedirlo no por medio de los gentiles, pues ni siquiera uno se asomó por todos los contornos, sino que el comandante de tierra, el dia de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, que estaba el venerable padre presidente en el presidio, sin que el comandante Rivera le hablase lo mas mínimo, salió para el sitio de la mision, y llamando á solas al comandante del barco, le dijo que corrian voces de que los gentiles querian dar otra vez á la mision, y así que convenia se retirase con su gente á bordo; que él daba la órden al cabo para que con los soldados se retirase al presidio. Me hará favor, prosiguió, de avisar á los padres que yo no se los digo porque conozco lo han de sentir.

No pudo el capitan del barco con toda su viveza, alcances y eficacia hacerlo desistir, preguntándole si ya habia hecho la diligencia para indagar la verdad; y diciéndole que no, que solo viendo se repetia el dicho de los indios, sin duda seria verdad. Pues, señor, le replicó, la otra vez que corria dicha voz antes de venir á la obra, mandó hacer la diligencia por el sargento, y se halló ser mentira, pues se hallaron las rancherías muy quietas, los indios muy compungidos y arrepentidos del hecho: que mandase hacer la diligencia, que con tanta gente armada que allí estaba, no habia que temer: que le parecia mas al caso, si se hallaba algun recelo, el que se aumentase la escolta con mas tropa, que no retirarla en descrédito de las armas españolas. Estas razones en lugar de convencerlo, lo enconaron mas, y dejando la órden estrecha para que se retirasen, se marchó para el presidio.

Comunicó el señor capitan del barco á los padres la órden que habia dado el dicho comandante de tierra, refiriéndoles las razones que le habia propuesto para que desistiese, pero que no habia podido convencerlo. Ya veo, dijo, que no

hay motivo para la retirada y que es un grande bochorno; pero no quiero pleitos con este hombre, y así determino que nos váyamos. Mucho lo sintieron los padres, y mas que todos el venerable padre presidente. Luego que vió la retirada, quedándose como fuera de sí, sin tener mas voces ni palabras con que desahogar la pena del corazon, que el decir: hágase la voluntad de Dios, quien solo lo puede remediar, encargó á los padres lo encomendasen á nuestro Señor.

No fué menor el sentimiento que tuvo su excelencia en cuanto tuvo la noticia del hecho, que se la comunicó el capitan del barco en cuanto llegó á San Blas. De modo que luego despachó su excelencia órden al gobernador de la provincia, que residia en Loreto en la antigua California, para que luego mudase su residencia á Monterey y el capitan Rivera se retirase á Loreto; lo que comunicó su excelencia al venerable padre presidente con carta larga y extensiva, con fecha 25 de diciembre del propio año de 76, de la que saco las siguientes cláusulas, con las que comunica á su reverencia los estrechos encargos que hace al señor gobernador.

COPIA DE LA CARTA.

"No dudo que la suspension del restablecimien- " to de la mision arruinada de San Diego causaria " á vuestra reverencia mucha pena respecto de " que á mí me ha causado displicencia el saber- " lo solo; cuanto mas los frívolos motivos que " coincidieron, de que me ha instruido la carta " del teniente de navío don Diego Choquet, co- " mandante del paquebot el Príncipe.

"Supongo que con el arribo de los veinticinco " hombres mandados por mí reclutar para refuer- " zo de la tropa de aquel presidio, se dedicaria don " Fernando de Rivera á evacuar esta importan- " cia y erigir al propio tiempo la mision de San " Juan Capistrano en el paraje antes elegido; " pero si no se hubiese verificado, no dude vues- " tra reverencia que el gobernador de esas pro- " vincias, á quien va el encargado de residir en " ese presidio de Monterey, hará todo esto si no " lo ha ejecutado, muy á gusto de vuestra reve- " rencia por el celo que le anima del servicio y " por las demás cualidades que le adornan.

"Le instruyo y prevengo de cuanto debe pro- " curar para fomento de estas adquisiciones, en- " cargándole estrechamente que no estando ve- " rificado el restablecimiento de la mision de San " Diego, y la fundacion de San Capistrano, se " dedique luego á hacerlo efectivo, y le prevengo " lo mismo que antes á don Fernando de Rive- " ra en cuanto á que no se castiguen las cabeci- " llas ó autores del pasado movimiento, por si la " piedad con que se les trata cuando merecian " la última pena, les escarmienta y hace entrar " en conocimiento para vivir dóciles y quietos.

"Una de las cosas que tambien encargo estre- " chamente, es la ereccion de la mision de San- " ta Clara en la cercanía del presidio de San " Francisco con esta advocacion; y aunque doy " la órden para que á estas subsigan las dos que " vuestra reverencia pide como precisas en el " canal de Santa Bárbara, y otra en el terreno " que intermedia entre ese establecimiento y " aquel para asegurar la comunicacion, conven- " drá suspenderlo para mas adelante, y cuando " las otras se hallen perfectamente establecidas; " bajo cuyo concepto puede decirme vuestra re- " verencia por el regreso de los buques los uten- " silios que sean necesarios para ellas, á fin de " determinar su envío, acordando en el ínterin la " ereccion de las demás, con preferencia, que " desde luego concibo deben tener las de Santa " Bárbara ya meditadas, para reducir la mucha " gentilidad que puebla el terreno.

"El gobernador don Felipe Neve está encar- " gado de consultarme y proponerme cuanto con- " ciba conveniente y preciso á hacer felices esos " establecimientos; y como tambien lo está de " que para todo use de los acuerdos de vuestra " reverencia, espero que continuando con aquel " fervoroso celo que preocupa el ánimo de vues- " tra reverencia por la propagacion de la fe, " conversion de las almas y extension del domi- " nio del rey en esas remotas distancias, se dis- " ponga cuanto parezca asequible, consultándo- " me lo que se necesite para proporcionar con " mis providencias su efectivo logro. Dios guar- " de á vuestra reverencia muchos años. Méjico, " 25 de diciembre de 76.—El bailío frey don " Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre " fray Junípero Serra."

Si estas providencias tan favorables para la propagacion de la fe y cartas tan consolatorias de su excelencia hubieran llegado á manos del fervoroso padre Junípero tan breve y tan á continuacion como aquí las inserto (para llevar el hilo de la historia), no habria su reverencia padecido como padeció, pues la demora de ellas por la mucha distancia de Méjico le afligia en gran manera su corazon, aunque siempre muy resignado á la divina voluntad, en cuyo servicio y para gloria del Señor padecia un incruento martirio, pues cualquiera providencia que veia dar por el comandante de estos establecimientos que impedia ó retardaba la conversion de los gentiles, era una saeta mas aguda que las que quitaron la vida al venerable padre fray Luis Jaime; y la que se dió para que se suspendiese la reedificacion de la mision de San Diego no fué de las menores que recibió en su corazon el venerable y fervoroso prelado; pero viendo que en lo humano ya no hallaba recurso, ocurrió á Dios, como Señor de esta viña, para que lo remediase, pidiéndoselo en los santos sacrificios y oraciones, encargando á los padres hiciesen lo propio, y en breve le dió el Señor el consuelo, como veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XLIII.

LLEGA SOCORRO DE TROPA Y FAVORABLES ÓRDENES CON QUE SE LOGRA EL RESTABLECER LA MISION DE SAN DIEGO Y LA FUNDACION DE SAN JUAN CAPISTRANO.

A los 21 dias de suspendida la obra de la reedificacion de la mision de San Diego, llegaron por tierra á aquel presidio por la antigua California los veinticinco soldados que remitia su excelencia para reforzar la tropa, y por el cabo de ellos recibió el venerable padre presidente las dos cartas tan consoladoras de su excelencia que quedan ya copiadas en el capítulo 41. Estas felices noticias que recibió el venerable padre presidente el dia 29 de setiembre, fiesta del gloriosísimo príncipe san Miguel (concedida nuevamente por su santidad patron de todas las misiones del colegio), causaron suma alegría al fervoroso padre, que quiso expresarla con un solemne repique de campanas y el dia siguiente con misa cantada en accion de gracias por este beneficio, encargando á los padres hiciesen lo mismo en las misas rezadas y que pidiesen á Dios por la salud y vida del excelentísimo y fervoroso señor virey.

Enterado el comandante don Fernando Rivera de las superiores órdenes de su excelencia, puso luego en libertad á los indios presos que queria con el barco despachar para San Blas, y aprontó la escolta de doce soldados para la mision de San Diego, para que se fuese á la reedificacion de dicha mision; y para la fundacion de San Capistrano nombró diez y un cabo, y añadió dos á la de San Gabriel, y los restantes quedaron para el presidio, que quedó con la fuerza de treinta hombres; y no queriendo presenciar dichas fundaciones, subió para Monterey con los doce soldados de las misiones de nuestro padre San Francisco.

En cuanto el fervoroso padre Junípero se vió con los auxilios que necesitaba, sin pérdida de tiempo pasó á la reedificacion de la mision de San Diego con otros dos misioneros, mudándose al sitio con todos los neófitos de dicha mision, y empezó con todo empeño la obra, trabajando los neófitos con mucha alegría, y con tal esfuerzo, que en breve dieron muestras de que no tardarian en poner en buen estado la mision. Puestos en corriente, dejando en la obra á los dos misioneros, se retiró su reverencia al presidio á disponer para la de San Capistrano; y supuesto que en breve saldria el barco, se puso á escribir á su excelencia, dándole las gracias así del perdon de los indios que habia enviado para que se pusiesen en libertad, como del aumento de la tropa y de las demás órdenes y providencias que habia enviado, y que en cumplimiento de ellas quedaba ya corriente la obra de San Diego con mucho gusto de los indios; y que luego de salido el barco pasaria á fundar la de San Juan Capistrano.

Así lo practicó llevando consigo los dos misioneros, el padre lector fray Pablo Mugartegui y el padre fray Gregorio Amurrio y todos los avíos pertenecientes á ella, escoltados de un cabo con diez soldados, llegaron al sitio en donde hallaron enarbolada la cruz y desenterraron las campanas, á cuyo repique ocurrieron los gentiles muy festivos de ver volvian á su tierra los padres. Hízose una enramada, y puesto el altar dijo en él el venerable padre presidente la primera misa. Deseoso de que se adelantase la obra, tomó el trabajo de pasar su reverencia á la mision de San Gabriel á fin de traer algunos neófitos para ayuda de la obra, algun socorro de víveres para todos y el ganado vacuno que allí estaba.

Regresando para la nueva mision con dicho socorro, quiso adelantarse de las cargas para llegar mas breve, y se fué con un soldado que conducia el ganado, y con un neófito de San Gabriel. A la medianía del camino, como diez leguas de la mision, se vió en evidente peligro de que lo matasen los gentiles, y segun su reverencia me contó la primera vez que después nos vimos, creyó ciertamente que lo mataban, porque les salió al camino un gran peloton de gentiles, todos embijados y bien armados, con sus espantosos alaridos, enarcando sus flechas en ademan de matar al padre y al soldado, con el interés sin duda de quedarse con el ganado. Librólos Dios por medio del neófito, que viendo la accion de los gentiles les gritó que no matasen al padre, porque atrás venian muchos soldados que acabarian con ellos. Oyendo esto en su propia lengua é idioma, se contuvieron, los llamó el padre y se le arrimaron todos ya convertidos en mansos corderos, los persignó á todos, como siempre lo acostumbró, y después les regaló con avalorios (cuentas de vidrio que estiman mucho) y los dejó ya hechos amigos, y prosiguió su camino sin la menor novedad mas que la fatiga del viaje y el dolor del pié. Llegó al sitio de la nueva mision, y con el socorro de peones y víveres, se dió mas calor á la obra material.

Es el sitio de la mision muy alegre y con buena vista, pues desde las casas se ve la mar y los barcos cuando cruzan, pues dista de la playa como media legua, con buen fondeadero para las fragatas y resguardadas en el tiempo que vienen los barcos; que en este tiempo que reinan los sures no estarian muy seguras por estar abierto y descubierto por dicho rumbo; pero por el Norte y demás laterales están seguros los barcos por una tierra alta que sale muy afuera formando una ensenada nombradas de los Marítimos de San Juan Capistrano, la que tiene un estero mediano al que vacia el arroyo de agua buena que corre por el lado de las casas de la mision; cerca del estero desembarcan las cargas de dicha mision y las de San

Gabriel, con lo que se ahorran de haber de ir hasta el puerto de San Diego á trasportar con mulas los avíos.

Hállase situada la mision en la altura del Norte de 33 y medio grados, distante de la mision y puerto de San Diego veintiseis leguas y de la de San Gabriel, rumbo al Noroeste diez y ocho leguas. El temperamento es bueno logrando sus calores en el verano y sus frios en el invierno, y hasta ahora se ha experimentado sano; á su tiempo hay lluvias, y ayudados del riego con el agua de dicho arroyo, consiguen abundantes cosechas de trigo y maíz, legumbres de frijol, etc., no solo lo suficiente para la manutencion de los neófitos, sino que les sobra para socorrer á la tropa á trueque de ropa para ayudar á vestirse. Logra tambien buenos pastos para toda especie de ganados, que se han aumentado mucho.

Habiendo reparado desde el principio de la fundacion que toda aquella estaba matizada de parras silvestres que parecian unas viñas, dieron en sembrar unos sarmientos mansos traidos de la antigua California, y han conseguido ya el lograr vino, no solo para las misas, sino tambien para el gasto, como asimismo de frutas de Castilla, de granadas, duraznos, melocotones, membrillos, etc., y logran muy buenas hortalizas, etc.

Con el auxilio del intérprete que de San Gabriel llevó el venerable padre presidente y fundador, como desde luego se les pudo decir, el fin principal que los traia á venir á vivir entre ellos, que era á enseñarles el camino del cielo, á hacerlos cristianos, para que se salvasen, etc.; que de tal manera lo entendieron y se les impresionó, que luego empezaron á pedir el bautismo, de modo que segun escribieron al principio los padres, que así como los gentiles de las otras misiones habian sido molestos en pedir á los padres cosas de comer y otros regalitos, los de San Juan Capistrano eran molestos en pedir el bautismo, haciéndoseles largo el tiempo de la instruccion, y por esto y con dicho auxilio se dió calor á la obra espiritual, y en breve lograron los primeros bautismos, y se fué aumentando el número de ellos, de modo que cuando murió el venerable padre fundador fray Junípero, contaban ya cuatrocientos y setenta y dos naturales de aquel sitio y rancherías comarcanas, y luego despues de su ejemplar muerte fué en gran manera aumentándose el número.

Pues habiendo yo escrito á todos la noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, y que poco antes de morir me habia prometido que si lograba el ir á ver á Dios le pediria por todos nosotros, y para que se logre la conversion de los gentiles; me respondió el dicho padre lector fray Pablo Mugartegui: "Parece que ya veo se va " cumpliendo la promesa de nuestro venerable " padre Junípero, pues en estos tres meses úl" timos hemos logrado mas bautismos que en los " tres años, y continúan en el catequismo gra" cias á Dios, y confiamos en el Señor se logrará " la conversion de los demás."

Era tanta la sed del venerable padre Junípero de la conversion de las almas, que ni el ver radicada la mision de San Diego, ni la fundacion de la de San Capistrano lo saciaban, y lo tenian con mucho cuidado las fundaciones de este puerto de nuestro padre San Francisco, de las que por la mucha distancia de cerca de doscientas leguas, no habia tenido la menor noticia; y para salir de este cuidado y dar mano á su fundacion en caso de no haberse efectuado, se encaminó para Monterey, visitando de paso las tres misiones de San Gabriel, San Luis y San Antonio, teniendo el gusto de verlas con grandes aumentos en lo espiritual y temporal, y á sus ministros muy contentos, y logró la ocasion de bautizar algunos catecúmenos para dejar en todas partes hijos, y gastando en dichas tareas apostólicas seis meses, llegó á su mision de San Cárlos con el mérito de tantos trabajos por el mes de enero de 1777, y tuvo á la llegada el complemento de sus deseos con la noticia de quedar ya fundadas las dos misiones de este puerto, de las que hablaré en el capítulo siguiente.

CAPITULO XLIV.

PROVIDENCIAS QUE PARA LAS FUNDACIONES DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO DIÓ EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY.

Uno de los puntos que el venerable padre Junípero pidió á su excelencia estando en Méjico fué, que tuviesen efecto las dos misiones de nuestro padre San Francisco y Santa Clara, proyectadas desde el año de 70. Y viendo su reverencia que en el provisional reglamento que se habia formado, no solo no se hablaba de tales misiones, antes parecia se cerraba la puerta á nuevas fundaciones, se estrechó con su excelencia haciéndole presente las muchas conversiones que se lograrian con dichas fundaciones. Como ya por la frecuente conversacion que dicho señor habia tenido con el fervoroso padre, se le habia prendido en su noble corazon el fuego de la caridad acerca de la conversion de los gentiles, lo consoló diciéndole que descuidase, que dichas misiones corrian á su cuenta: que la real junta tuvo presente el corto número de tropa que habia en los establecimientos y la dificultad de trasportarla: que encomendase á Dios se lograse el abrir paso por el rio Colorado, que conseguido, se lograrian no solo las dos dichas, sino las demás que se juzgasen convenientes. Quedó con esto consolado, pidiendo á Dios el feliz éxito de la expedicion de D. Juan Bautista de Anza, y quiso nuestro Señor que viese el paso abierto aun an-

tes de llegar su reverencia á su mision de San Cárlos, como queda dicho en el capítulo 31.

En cuanto llegó á Méjico el capitan Anza, que dió cuenta á su excelencia de su comision y de que quedaba descubierto el paso del rio Colorado y abierto camino desde Sonora á Monterey entre muchas naciones de gentiles, que todas se habian manifestado amigas. Enterado de todo el viaje el excelentísimo señor virey, mandó al mismo capitan se dispusiese para segunda expedicion, y que pidiese todo lo necesario para reclutar de las provincias de Sinaloa y Sonora treinta soldados de cuera que fuesen casados, para llevar todas sus familias, y que á mas de los dichos habia de reclutar otras familias de casados para pobladores, que llegados á estos establecimientos pudiesen formar pueblo, y para los gastos que se ofrecian para el efecto de la recluta y trasporte desde sus provincias y casas hasta Monterey, libró á las cajas reales, que le franquearon cuanto pidió, y salió de Méjico para dar cumplimiento á esta segunda expedicion á principios del año de 1775.

No quiso el excelentísimo señor virey privar de esta noticia al venerable padre presidente, así para que la tuviese adelantada como para que encomendase á Dios el feliz éxito de la expedicion, y así se lo comunicó por carta de 15 de diciembre de 1774, encargándole nombrase cuatro misioneros para ministros de las dos misiones que se habian de fundar de nuestro padre San Francisco y Santa Clara, bajo la sombra de un presidio que se habia de establecer en el puerto de San Francisco.

Recibió el venerable prelado esta alegre noticia el 27 de junio de 75, por el paquebot San Cárlos, cuyo capitan era el teniente de navío de la real armada don Juan de Ayala: traia la órden de que dejada en Monterey la carga de víveres y memorias, pasase al puerto de San Francisco á registrarlo, á fin de ver si tenia entrada por la canal ó garganta que de tierra se habia visto. Así lo practicó, con la felicidad de que á los nueve dias de salido del puerto de Monterey, llegó al puerto de nuestro padre San Francisco: halló en la canal bastante fondo, que entraron de noche con toda felicidad. Tiene la garganta de largo una legua corta, y de ancho un cuarto de legua, y en partes mas; la entrada sin barra y con fuertes corrientes para entrar y salir segun la creciente ó menguante del mar.

Adentro hallaron un mar mediterráneo con dos brazos, el uno que interna rumbo al Sueste como quince leguas, de tres, cuatro y cinco leguas hácia el Norte, y dentro de este hallaron una grande bahía cuasi de diez leguas de ancho, de figura redonda, en la que vacía el grande rio de nuestro padre San Francisco, que tiene de ancho un cuarto de legua, que se forma de unos cinco rios, todos caudalosos, que culebreando por una grande llanada, tan dilatada que forma horizonte, todos se juntan y forman dicho rio Grande, y toda esta inmensidad de agua va á vaciar por la dicha garganta al mar Pacífico, que es la ensenada llamada de los Farallones.

Mantúvose el paquebot en este puerto cuarenta dias, y lograron hacer el registro á toda satisfaccion con la lancha, comunicando con muchas rancherías de gentiles, todos mansos, de paz y muy afables. Formaron sus planes de todo lo visto y registrado, observando estar la entrada del puerto en la altura de 38 grados menos pocos minutos, aunque adentro por el brazo que corre al Norte en breve se halla mayor altura. Concluido el registro, volvieron al puerto de Monterey á mediados de setiembre y nos refirieron todo lo dicho; y preguntando al capitan si le parecia buen puerto, respondió que no era puerto, sino un estuche de puertos que podrian estar en él muchas escuadras sin saber la una de la otra; solo á la entrada y salida se pueden ver por la angostura de ella, y que dentro estarian seguras.

De todo lo dicho dió cuenta á su excelencia con el mapa que de dicho puerto formó el señor comandante del barco, y el venerable padre presidente las gracias y parabienes por las providencias dadas á beneficio de estas espirituales conquistas, dándole noticia de haber nombrado por ministros de las dos misiones, para la de Santa Clara á los padres fray José Murguía, hijo del apostólico colegio, y fray Tomás de la Peña, de la provincia de Cantabria, y para esta de nuestro padre San Francisco al padre fray Pedro Benito Cambon, de la provincia de Santiago de Galicia, y á mí el menor hijo de esa santa provincia de Mallorca; y que nos estábamos previniendo para pasar á las nuevas fundaciones, en cuanto se verificase la llegada de la expedicion de Sonora, para cuya felicidad quedábamos todos haciendo rogativas al Señor.

La noticia que recibió su excelencia del registro de este puerto y las buenas calidades de él, eran mas incentivos para desear la fundacion de estos establemientos. Pero como es tanta la distancia por tierra desde Méjico, que en sentir del comandante de la expedicion el señor Anza, que lo anduvo varias veces, pasa de mil leguas, y los varios accidentes para una recluta de soldados y pobladores, causan precisamente demora; además que una expedicion de tanta gente y de todas edades que venia, no podian hacer las jornadas largas, fué preciso gastar mas tiempo del que quisieran los deseos de su excelencia; de modo que habiéndose juntado toda la gente de dicha expedicion por setiembre del año de 75 en el presidio de San Miguel de Orcasitas de la provincia de Sonora, y salido toda la expedicion de dicho presidio de San Miguel el 29 de dicho mes, dia del santo Príncipe por la tarde, no llegaron á la mision de San Gabriel, á donde fueron á salir hasta el dia 4 de enero del siguiente año de 76, habiendo gastado en el despoblado de cristianos y muy

poblado de gentiles, noventa y ocho dias, inclusos algunos que dieron en el camino de descanso á las gentes y á las bestias.

En dicha mision de San Gabriel tuvieron la demora, por lo que ya queda insinuado en el capítulo 41, de la ida del comandante con la tropa para San Diego, y concluida la diligencia dejando al señor comandante Rivera doce soldados, subió para Monterey con toda la demás gente, á donde llegó con toda felicidad el dia 10 de marzo, y el siguiente fuimos á cantar misa de gracias, que cantó el padre predicador fray Pedro Front, misionero del apostólico colegio de la Santa Cruz de Querétaro, ministro de las misiones de Sonora, que vino como capellan de dicha expedicion; y en dicho presidio tomó asiento y descansó la gente hasta junio, como diré después.

Traia el señor comandante Anza encargo de su excelencia, de que verificada la llegada á Monterey, pasase con el comandante Moncada al registro de las cercanías del puerto para señalar los sitios para la ubicacion del presidio y misiones; pero habiéndosele excusado el comandante Rivera, por decir ser precisa su asistencia á San Diego por las ocurrentes circunstancias, cediendo su parecer al del comandante Anza en todo y por todo, pasó este al registro llevando consigo á don José Moraga, teniente capitan nombrado comandante para el nuevo presidio, y una partida de soldados; y concluido el registro y señalados los sitios, se retiró á Monterey comunicando lo practicado al comandante Rivera, por carta en que le decia que procurase cuanto antes verificar las fundaciones como encargaba su excelencia, y que si no podia desocuparse tan breve, que diese la comision al dicho teniente Moraga que habia asistido en el registro; y que convenia no hubiese demora por lo disgustada que se hallaba la gente en Monterey por no ser aquel su destino. Con estas diligencias dió por concluida su comision el señor teniente coronel don Juan Bautista de Anza, y se regresó para Sonora con los diez soldados que habia traido para el efecto de su regreso, y pasó á Méjico á dar cuenta al excelentísimo señor virey de su comision que le habia encomendado.

CAPITULO XLV.

FUNDACION DEL PRESIDIO Y MISION DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

En cuanto el comandante recibió la carta del señor Anza, envió desde San Diego la órden al teniente Moraga para que pasase con toda la gente venida de Sonora á la fundacion del presidio de este puerto de nuestro padre San Francisco; la que recibida, hizo saber á todos á fin de que se dispusiesen para el dia 17 de junio. A los pocos dias de publicada la órden, entraron al puerto de Monterey los dos paquebotes con los víveres, memorias y avíos. Traia la órden el capitan del Príncipe, de dejar parte de la carga y bajar con la demás al puerto de San Diego; con el que determinó bajar el venerable prelado, logrando la ocasion, como ya queda dicho en el capítulo 42.

Asimismo el comandante y capitan del paquebot San Cárlos, que lo era el teniente de navío don Fernando de Quirós, traia la órden de su excelencia de dejar en Monterey lo perteneciente á dicho presidio, y con la demás carga subir á este puerto para auxiliar las fundaciones. Determinó el venerable padre presidente que los dos misioneros para la mision de nuestro padre San Francisco viniésemos con la expedicion de tierra, que aunque no habia el comandante Rivera enviado la órden para la fundacion de las misiones, consecuente á que tenia en San Diego los doce soldados, que era la escolta perteneciente á las misiones; pero que no podia ser mucha la demora, y que en fin, puestos con todos los avíos en este puerto, obrariamos segun nos dictase la prudencia. En vista de esta determinacion, embarcamos en el paqubot todo lo perteneciente á esta mision de nuestro padre, dejando solo el ornamento y capilla de campo, y lo muy preciso para el viaje de cuarenta y dos leguas por tierra para caminar con la expedicion sin tanto embarazo de cargas.

Salió dicha expedicion de tierra del presidio de Monterey el dia señalado 17 de junio de dicho año de 76, la que se componia del dicho teniente comandante don José Moraga, de un sargento y diez y seis soldados de cuera, todos casados y con crecidas familias, de siete pobladores tambien casados y con familias, de algunos agregados y sirvientes de los dichos, de vaqueros y arrieros que conducian el ganado vacuno del presidio, y la recua con víveres y útiles precisos para el camino, dejando la demás carga en el paquebot que se iba á hacer á la vela. Y por lo perteneciente á la mision, nos agregamos los dos misioneros arriba dichos, dos mozos sirvientes para la mision, dos indios neófitos de la antigua California, y otro de la mision de San Cárlos, á fin de ver si podria servir de intérprete; pero como se halló ser distinto el idioma, solo sirvió de cuidar las vacas que se trajeron para poner pié de ganado mayor. Siguió toda la dicha expedicion para este puerto.

Cuatro jornadas antes de llegar al puerto, en el grande llano nombrado San Bernardino, caminando la expedicion acordonada, divisaron una punta de ganado grande que parecia vacuno, sin saber de dónde podia ser ó haber salido: fueron luego unos soldados á cogerlo para que no se alborotase el ganado manso que llevábamos, y acercándose vieron no ser ganado vacuno, sino venados ó especie de ellos, tan grandes como el mayor buey ó toro, con una cornamenta de la misma hechura ó figura que la del venado; pe-

ro tan larga que se le midieron de punta á punta diez y seis palmos. Lograron los soldados matar á tres, que cargaron en mulas hasta la parada en donde habia agua, que distaba como media legua, y queriendo llevar uno entero, no pudo una mula sola cargarlo, y fué preciso á trechos remudar las mulas, y así pudo llegar entero y tuvimos el gusto de ver aquel animal, que parecia un monstruo con tan grandes astas; y tuve la curiosidad de medirlas, y hallé que tenian de largo las cuatro varas dichas: reparé que abajo de cada ojo tenia una abertura, que parecia tenia cuatro ojos, pero vacíos los dos de abajo, que parece ser por donde lacrimean: dijéronme los soldados que los corrieron, que habian observado que su correr es siempre por donde viene el viento; sin duda será porque el mucho peso de tan grandes astas, que extendidas con tantas puntas forman como un abanico, si corriesen contra el viento los habia ó de tumbar ó de impedir el correr con tanta ligereza como corren, de modo que de quince que divisaron solo pudieron los soldados con buenos caballos alcanzar á tres. Con lo que tuvo la gente que comer para algunos dias, de la que hicieron cecina, y á muchos les duró hasta el puerto. Es la carne muy sabrosa y sana, y tan gorda que del que llegó entero sacaron un costal y medio de manteca y sebo. Llaman á estos animales ciervos, para diferenciarlos de los demás ordinarios como los de España, que aquí llaman venados, que los hay tambien por las cercanías de este puerto con abundancia y grandes, y algunos de ellos que tira el color á amarillo ó alazan.

En dichos llanos de San Bernardino, que están en la medianía de los dos puertos de Monterey y San Francisco, como tambien en los llanos mas inmediatos al de Monterey, hay otra especie de ciervos ó venados del tamaño de unos carneros de tres años; son de la misma figura que los venados, con la diferencia de tener las astas chicas, y de pierna tambien corta, como el carnero: estos se crian en los llanos, y van en bandadas de ciento, doscientos y mas, corren por los llanos todos juntos, que parece que vuelan, y siempre que ven pasajeros van las bandadas á cruzar por delante; pero no es fácil el cogerlos en el llano, no obstante que los soldados no dejan de hacer la diligencia y logran algunos, con lo que han ideado de dividirse los cazadores todos con buenos caballos mirando la carrera unos arriba, y otros abajo espantándolos para cansarlos sin cansar los caballos, y en cuanto observan que alguno de ellos se queda atrás de la manada, que es señal de cansancio, salen á caballo, y logrando apartarlo de la manada, lo tienen seguro, y lo mismo sucede cuando logran el meterlos en las lomas ó cerros, porque solo en los llanos son ligeros, al contrario del venado. Llaman á los dichos animales verrendos: de estos hay muchos tambien en las misiones del Sur, en las que tienen llanos; pero de los ciervos grandes solo se han hallado desde Monterey y exclusive por arriba; de lo que se alegraron mucho los soldados y vecinos que componian la expedicion; y habiendo descansado un dia en el paraje nombrado de las Llagas de Nuestro Padre San Francisco, siguió la expedicion para este puerto.

Dia 27 de junio llegamos á la cercanía de este puerto, y se formó el real, que se componia de 15 tiendas de campaña á la orilla de una grande laguna que vacía en el brazo de mar del puerto, que interna quince leguas al Sueste, á fin de esperar el barco para señalar el sitio para el presidio, segun el fondeadero. En cuanto paró la expedicion ocurrieron muchos gentiles de paz, y con expresiones de alegrarse de nuestra llegada, y mucho mas cuando experimentaron la afabilidad con que los tratamos y los regalitos que les haciamos para atraerlos, así de avalorios como de nuestras comidas, frecuentaron sus visitas trayéndonos regalitos de su pobreza, que se reducian á almejas y semillas de zacates (yerbas silvestres).

El dia siguiente á la llegada se hizo una enramada y se formó un altar, en el que dije la primera misa el dia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y mi padre compañero inmediatamente celebró, y continuamos diciendo misa todos los dias del mes entero que nos mantuvimos en dicho sitio, en cuyo tiempo, que no pareció el barco, nos empleamos en explorar la tierra y visitar las rancherías de los gentiles, que todos nos recibieron de paz y se expresaban alegres de nuestra llegada á su tierra; se portaron corteses volviéndonos la visita, viniendo rancherías enteras con sus regalitos, que procuramos recompensar con otros mejores, á los que se aficionaron luego.

En el registro que hicimos vimos que nos hallábamos en una península, sin mas entrada ni salida que por el rumbo entre Sur y Sur-Sueste, que por todos los demás vientos estábamos cercados del mar. Por el Oriente tenemos el brazo de mar que interna al Sueste, aunque por no tener este mas que unas tres leguas de ancho, se ve la tierra y sierra de la otra banda muy clara. Por el Norte está el otro brazo de mar, y por el Poniente y parte del Sur el mar Grande ó Pacífico y ensenada de los Farallones, en que está la boca y entrada de este puerto.

Viendo la tardanza del barco, se determinó empezar á cortar madera para las fábricas del presidio cerca de la entrada del puerto, y para las de la mision en este mismo sitio de la Laguna en el plan ó llano que tiene al Poniente. Viendo que al mes de llegados al sitio no parecia el barco ni la órden del comandante Rivera con la remesa de los soldados, determinó el teniente dejarnos seis soldados para escolta en este sitio señalado para la mision, como tambien dejó dos vecinos pobladores, y él se mudó con toda la demás gente cerca de la entrada del puerto, para

empezar á trabajar ínterin llegaba el paquebot.
Éste entró en el puerto el 18 de agosto, habiendo sido la causa de la demora los vientos contrarios, que lo hicieron bajar hasta los 32 grados de altura. Con la ayuda de los marineros, que el comandante del paquebot repartió al presidio y mision, se hizo para el presidio una pieza para capilla y otra para almacen para custodiar los víveres, y en la mision otra pieza para capilla, y otra con sus divisiones para vivienda de los padres, y los soldados hicieron sus casas así en el presidio como en la mision, todo de madera con su techo de tule.

Hízose la solemne posesion del presidio el dia 17 de setiembre, dia de la impresion de las llagas de nuestro padre San Francisco, patron del presidio y puerto. Canté dicho dia la primera misa después de bendita, adorada y enarbolada la santa cruz, y concluida la funcion con el *Te Deum*, hicieron los señores el acto de posesion en nombre de nuestro soberano, con muchos tiros de cañones de mar y tierra, y de fusilería de la tropa.

Dilatóse la posesion de la mision, esperando llegase la órden del comandante Rivera, é ínterin venia determinaron los señores comandantes del nuevo presidio y paquebot hacer una expedicion por mar para registrar el gran brazo de agua que entra en el puerto, y se interna rumbo al Norte y entra por tierra, á fin de registrar el grande rio de nuestro padre San Francisco, que vacía en la ensenada de los Farallones del mar Grande por la boca del puerto. Salieron para el registro, convenidos en el punto en que se habian de ver para seguir la lancha para el rio Grande, y la de tierra caminando por la orilla de él.

Fué con la lancha el señor capitan del paquebot don Fernando Quirós, teniente de navío, con su primer piloto don José Cañizares: con los dichos fué mi padre compañero fray Pedro Benito Cambon para tratar y comunicar con los gentiles: navegaron para el Norte hasta ponerse en una punta de tierra en donde se habian de unir ambas expediciones para seguir en conserva el registro. El mismo dia salió el comandante del presidio con la tropa que juzgó necesaria, y caminaron para el Sueste á vista del grande estero ó brazo de mar hasta llegar al término de él, que tiene de largo quince leguas, en cuya punta hallaron un rio mediano, aunque con bastante agua, el que se llamó de Nuestra Señora de Guadalupe. Subiendo algo hácia el Sueste, les dió lugar para cruzarlo á caballo, y puestos á la otra banda del brazo de mar, viendo que tenian que desandar las quince leguas para ponerse á vista y paralelo del puerto, y después tenian que subir para la costa hasta la punta citada para el punto de union con la expedicion de mar, para ahorrar viaje, teniendo á la vista una abra que les ofrecia la sierra con cañadas entre lomas, determinaron entrar por la cañada, á fin de juntarse mas breve con la expedicion de mar, pero les salió al contrario, pues esta fué la causa porque no se pudieron ver en todo el viaje; porque siguiendo por las cañadas que forman las sierra, fueron á salir á una grande llanura muy lejos de la playa, y mucho mas del punto de union para encontrar la expedicion de mar; y considerando que para ir á buscarla se pasaria el tiempo señalado para la union, determinó seguir por aquel dilatado llano, por el que vió corrian cinco rios, que conoció lo serian por las arboledas que de lejos veia, y juzgó correrian por ellas rios, que todos culebreando y viniendo de distintos rumbos, iban á dar hacia el puerto. Caminaron para la primera calle de arboleda que veian, y hallaron era un grande rio todo poblado de grandes y distintos árboles; subieron por su orilla, no atreviéndose á cruzarlo por la mucha agua que traia; hallaron por las orillas algunas rancherías de gentiles, que se manifestaron todos de paz, con quienes comunicaron, y los regalaron con avalorios, á lo que correspondian con pescado, y algunos de ellos los acompañaron rio arriba.

Habiéndoles dado á entender por señas que deseaban cruzar el rio, les dijeron que por allí no se podia, que era menester subir mas arriba; así lo hicieron, y lograron el cruzarlo, aunque con mucho trabajo, y solo por un vado que les enseñaron los indios, que cruzaron con ellos: caminando por aquel dilatado llano, que por ningun rumbo se divisaba cerro, sino que por todos vientos se les hacia horizonte, naciendo y poniéndose el sol como si estuvieran en alta mar, hallando toda la tierra despoblada de gentiles, sin duda por la falta de agua y leña; y solo encontraron gentiles arrimados á la caja del rio por el beneficio del agua y leña; y para librarse bajo la sombra de la grande arboleda de los excesivos calores que hace en aquellos inmensos llanos, como tambien para pescar en el rio, que abunda de pescado, y para la matanza de ciervos, que hay tantos que parece haber estancias de ganado vacuno que pastea no muy apartado del rio, así por estar mas verde el pasto y tener á mano la agua, como para tener cerca el refugio, cuando se ven perseguidos, de tirarse al rio y pasar á nado á la otra parte, aunque no les faltan ardides á los gentiles para cogerlos, manteniéndose mucha parte del año de dicha carne.

Viendo el comandante serle imposible el pasar adelante en el registro de los demás rios, ni del que cruzó para poder ver de dónde venia, se contentó con lo visto y se volvió para este presidio y nos refirió todo lo dicho, y que segun le parecia venia dicho rio de los grandes tulares y de la mucha agua que se ha hallado tras de las misiones de San Antonio y San Luis, rumbo al Oriente.

La expedicion de mar navegó en derechura á la punta en donde se habia de ver con la de tierra; y habiéndose detenido mucho mas tiempo del señalado y que no parecia, registraron la costa,

trataron con los gentiles de las rancherías y de las que viven entre los tulares, que todos se manifestaron de paz, regalándoles de sus pescados, á que correspondieron los nuestros con avalorios y galleta. Navegaron por la gran bahía redonda, que tiene como diez leguas de ancho, hasta donde llegan los ballenatos. Llegaron al desemboque del rio Grande, que tiene un cuarto de legua de ancho, y hallaron cerca del desemboque un grande puerto, que llamaron de la Asuncion de nuestra Señora, no menos famoso y seguro que el de San Diego; divisaron ya cerca la sierra alta de nuestro padre San Francisco, y segun la altura en que se hallaban, por haber navegado en derechura al Norte, les pareció que el remate de dicha sierra, que corria al Poniente, seria el cabo Mendocino.

En el registro que hicieron de la costa por el rumbo de Oeste vieron varios esteritos, y entre ellos uno muy ancho que se internaba mucho, que no se veia el fin. Entraron en sospecha si iria á comunicar con el mar Grande ó Pacífico por el puerto de la Bodega, que siendo así seria isla toda la tierra de la punta de Reyes. Entraron en el registro de este grande estero, que llamaron de Nuestra Señora de la Merced, y habiendo navegado por él un dia una y noche entera, siempre al Poniente, el segundo dia llegaron al término de él, con lo que salieron de la duda y quedaron cerciorados que todo este mar escondido Mediterráneo no tiene mas comunicacion con el Pacífico que por la boca en donde está el fuerte y presidio, que su anchura no pasa de media legua y una de largo, con fuertes corrientes, llevando la mar hácia al Oriente, y vaciando hácia el Poniente en la ensenada de los Farallones, que están al Poniente de la boca del puerto, y está en la altura de 37 grados y 56 minutos desde la punta de Reyes, que forma la ensenada dicha de los Farallones, hasta la entrada de este puerto, hay fondeaderos buenos, en donde fondeados los barcos pueden esperar la creciente para entrar. Lo mismo se ha hallado al lado del Sur, en donde está la punta de Almejas, que es la que forma con la de Reyes la ensenada, aunque no sale tanto como esta. En la dicha punta de Almejas y la boca ó entrada del puerto, hay unos grandes méganos de arena, que desde la mar parecen lo mas altas de tierra blanca, y al pié de ellos hay tambien fondeaderos, como que en ellos han fondeado los barcos, y han entrado las fragatas al puerto por entre los dos montones de Farallones y por entre el monton del Norte y punta de Reyes, que dista como ocho leguas de la entrada del puerto.

Concluido el registro, se volvió la lancha al puerto y se comunicaron ambos comandantes dichas noticias y cuanto habian visto y observado para dar cuenta á su excelencia, y atendiendo á que ya era tiempo de regresarse para San Blas el paquebot, viendo que no venia la órden del comandante Rivera para la fundacion de la mision de nuestro padre San Francisco, resolvieron separarse á tomar posesion y dar principio á ella, como se ejecutó el dia 9 de octubre.

Después de bendecido el sitio y enarbolada la santa cruz, y hecha una procesion con la imágen de nuestro padre san Francisco puesta en unas andas y colocada después en un altar, canté la primera misa, y prediqué de nuestro santo padre como patron de la mision; á cuya fundacion asistió la gente del presidio, del barco y mision, haciendo sus salvas en todas las funciones.

Ninguna de las funciones vieron los gentiles, porque á mediados de agosto desampararon esta península, y con balsas de tule se marcharon unos á las islas despobladas que hay dentro del puerto, y otros á la banda pasando el estrecho. Ocasionó esta novedad el haberles caido de sorpresa la nacion salsona, que eran sus capitales enemigos: viven unas siete leguas distantes, rumbo al Sueste, por las cercanías del brazo de mar; y pegándoles fuego á sus rancherías, mataron é hirieron á muchos, sin poderlo nosotros remediar, porque no lo supimos hasta que se marcharon para la otra banda; y aunque hicimos lo que se pudo para detenerlos, no lo pudimos conseguir.

Esta ida de los naturales fué causa de que se demorase la conversion, porque no se dejaron ver hasta últimos de marzo del siguiente año de 77, que poco á poco se les fué quitando el miedo de sus enemigos y se les fué entrando la confianza en nosotros. Con esto frecuentaron la mision, y con halagos y regalos se fueron atrayendo, y se lograron los primeros bautismos el dia de San Juan Bautista de dicho año 77, y se fueron poco á poco reduciendo y aumentando el número de cristianos de modo que vió el venerable padre presidente antes de morir ya bautizados 394, y va continuando el catequismo.

Los naturales de este sitio y puerto son algo trigueños, por lo quemados del sol, aunque los venidos de la otra banda del puerto y del estero (de los que han venido ya á avecindarse en la mision, y quedan ya bautizados) son mas blancos y corpulentos. Todos acostumbran, así hombres como mujeres, cortarse el pelo á menudo, principalmente cuando se les muere algun pariente, ó que tienen alguna pesadumbre, y en estos casos se echan puñados de ceniza sobre la cabeza, en la cara y demás partes del cuerpo, lo que practican cuasi todos los conquistados, aunque no en cuanto á cortarse el pelo, pues los de los establecimientos del Sur parece que tienen su vanidad en él, así hombres como mujeres, haciendo estas, que lo crian bastante largo, unas grandes trenzas bien peinadas; y los hombres forman como un turbante, que les sirve de bolsa para guardar en la cabeza los avalorios y demás chucherías que se les da.

En ninguna de las misiones que pueblan el tramo de mas de doscientas leguas desde esta mi-

sion hasta la de San Diego, no se ha hallado en ellas idolatría alguna, sino una mera infidelidad negativa; pues no se ha hallado la menor dificultad en creer cualquiera de los misterios: solo se han hallado entre ellos algunas supersticiones y vanas observancias, y entre los viejos algunos embustes, diciendo que ellos envian el agua, hacen la bellota etc., que hacen bajar las ballenas, el pescado, etc. Pero fácilmente se convencen y quedan corridos y tenidos de los mismos gentiles por embusteros, y que lo dicen por el interés de que los regalen. Siempre que enferman atribuyen á que algun indio enemigo les ha hecho daño, y queman á los que mueren gentiles, sin habérselos podido quitar, á diferencia de los del Sur, que los entierran, y muchas rancherías, principalmente las de la canal de Santa Bárbara, tienen sus cementerios cercados para el entierro.

Manteníanse los gentiles de este puerto de las semillas de las yerbas del campo, corriendo á cargo de las mujeres el recogerlas cuando están de sazon, las que muelen y hacen harina para sus atoles, y entre ellas tienen una especie de semilla negra, y de su harina hacen unos tamales, á modo de bolas, del tamaño de una naranja, que son muy sabrosos, que parecen de almendra tostada muy mantecosa. Ayúdanse para su manutencion del pescado que de distintas especies cogen en las costas de ambos mares, todo muy sano y sabroso, como tambien del marisco, que nunca les falta, de varias especies de almejas, como tambien de la caza de venados, conejos, ánsares, patos, codornices y tordos. Logran alguna ocasion el que vare en la playa alguna ballena, lo que celebran con gran fiesta por lo muy aficionados que son á su carne, que es todo unto ó manteca; hacen de ella trozos, la asan bajo de tierra, y la cuelgan en los árboles, y cuando quieren comer, cortan un pedazo y lo comen junto con otra de sus viandas: lo mismo hacen con el lobo marino, que les cuadra no menos que la ballena porque es toda manteca.

Tienen bellota, de la que molida, hacen sus atoles y bolas. Hay tambien por los montes inmediatos y cañadas, avellanas segun y como las de España; y por las lomas y méganos de arena hay mucha fresa muy sabrosa y mas grande que la de España, que se da por los meses de mayo y junio, como tambien moras de zarza: tienen en todos los campos y lomas abundancia de amole, que es del tamaño de la cebolla, de cabeza larga y redonda, y de esta hacen unas hornadas bajo de tierra, y sobre ella hacen lumbre tres ó cuatro dias, hasta que conocen está bien asada, la sacan y la comen, que es dulce y sabrosa como la conserva. Tienen otra especie de amole, que no se come por no ser dulce; pero sirve de jabon, haciendo espuma y quitando las manchas lo mismo que el jabon de Castilla.

Aunque los gentiles poco lo necesitan por no tener mas ropa que la que les dió la naturaleza, y así como Adamitas se presentan sin el menor rubor ni vergüenza (esto es, los hombres), y para librarse del frio que todo el año hace en esta mision, principalmente en las mañanas, se embarran con lodo diciendo que les preserva de él, y en cuanto empieza á calentar el sol se lavan: las mujeres andan algo honestas, hasta las muchachas chiquitas: usan para la honestidad un delantar que hacen de hilos de tule ó juncia, que no pasa de la rodilla, y otro atrás amarrados á la cintura, que ambos forman como unas enaguas, con que se presentan con alguna honestidad, y en las espaldas se ponen otros semejantes para librarse en alguna manera del frio.

Tienen sus casamientos sin mas ceremonia que el convenio de ambos, que dura hasta que riñen y se apartan, juntándose con otro ó con otra, siguiendo los hijos á la madre de ordinario: no tienen mas expresion para decir que se deshizo su matrimonio que decir: ya la tiré ó lo tiré; no obstante, se han hallado muchos casamientos de mozos y viejos que viven muy unidos y con mucha paz, estimando mucho á sus hijos y estos á sus padres. No conocen para sus casamientos el parentesco de afinidad, antes bien este los incita á recibir por sus propias mujeres á sus cuñadas y aun á las suegras, y la costumbre que observan es que el que logra una mujer, tiene por suyas á todas sus hermanas, teniendo muchas mujeres sin que entre ellas se experimente ninguna emulacion, mirando á los hijos de sus hermanas, segunda ó tercera mujer, con el mismo amor que á sus propios hijos, viviendo todos en una misma casa.

Ya hemos logrado en esta mision el bautizar á tres párvulos nacidos dentro de dos meses, hijos de un gentil y de tres hermanas, todas mujeres suyas; y no contento con esto tenia tambien su propia suegra; pero quiso Dios se lograse su conversion y la de sus cuatro mujeres, quedándose solo con la hermana mayor, que habia sido su primera mujer, y las demás después de bautizadas se casaron con otros neófitos segun el ritual romano: y con este ejemplar, y con lo que se les va predicando, van dejando la multiplicidad de mujeres y se van reduciendo á nuestra santa fe católica, y todos los reducidos viven en pueblo bajo de campana, asistiendo dos veces al dia á la iglesia á rezar la doctrina cristiana, manteniéndose de comunidad de las cosechas que llevan de trigo, maíz, frijol, etc. Logran ya frutas de las de Castilla de duraznos, melocotones, granadas etc., que se sembraron desde el principio. Visten todos de comunidad de las ropas que les solicitan los padres de Méjico de cuenta del señor síndico, y de limosna de algunos bienhechores. Y es digno de reparo, que no teniendo antes del bautismo el menor rubor ni vergüenza, lo mismo es quedar bautizados, que ya les entra tal rubor acabados de bautizar, que si es menester mudar

calzones ó paños de honestidad por ser chicos, se esconden y ya no se descubren delante de otros, y mucho menos delante del padre. Todo lo expresado de los naturales de este puerto y sus cercanías se halla en los demás de las otras misiones con poca diferencia, no obstante de ser distintos idiomas.

CAPITULO XLVI.

FUNDACION DE LA MISION DE LA MADRE SANTA CLARA.

La carta que recibió por el mes de setiembre de 76 en San Diego el comandante don Fernando Rivera del excelentísimo señor virey, que daba ya por fundadas estas dos misiones del puerto de San Francisco nuestro padre, siendo así que no solo no habia dado paso á ello, sino que tenia consigo los doce soldados pertenecientes á ellas, teniendo mucho cuidado, y para salir se puso en camino con dicha tropa para verificar dichas fundaciones; y llegado á Monterey tuvo la noticia de estar ya fundada esta de nuestro padre San Francisco; y para dar mano á la segunda vino á hacer el registro con el padre fray Tomás de la Peña, uno de los ministros señalados; y llegando á unos grandes llanos nombrados de San Bernardino, caminaron por ellos hasta llegar al remate del brazo de mar del puerto de San Francisco, que corre al Sueste.

Hallaron en un rio con mucha agua, que tiene su nacimiento como tres leguas del remate del grande estero ó brazo de mar dicho del Sueste, en el que vacía dicho rio; y por las cercanías encontraron varios ojos de agua corriente, que podian servir para beneficiar las muchas y buenas tierras de dicho llano, todas pobladas de rancherías de gentiles y de muchos y grandes robles. Pareció, así al comandante Rivera como al padre Peña, el sitio muy al propósito para una grande mision; con ese gusto se vinieron para esta de nuestro padre, en donde llegaron el 26 de noviembre, y convenidos en que en dicho sitio se pondria la mision, se quedó el padre fray Tomás, y el comandante se fué á visitar el nuevo presidio de nuestro padre, que no habia visto; y de allí el dia 30 se volvió para el de Monterey, á fin de enviar la tropa y que viniese con ella el padre fray José Murguía con los avíos, que estaban en la mision de San Cárlos, pertenecientes á la nueva mision.

A últimos de diciembre llegó la tropa con sus familias, y salió el padre fray Tomás con el teniente comandante del presidio y demás gente para la fundacion el dia 6 de enero de 77; y habiendo llegado al registrado paraje, que dista quince leguas rumbo al Sueste de esta mision, hicieron una cruz, que bendita y adorada enarbolaron, y bajo de enramada formaron el altar, dijo el padre Peña la misa primera el dia 12 de enero, y á pocos dias se le juntó su padre compañero, que llegó con los avíos de la mision.

En breve frecuentaron los gentiles á visitarlos y regalarlos. Lograron por mayo del dicho año los primeros bautismos, porque habiendo entrado una grande epidemia en los párvulos, lograron el bautismo muchos con el trabajo de ir los padres por las rancherías; con lo que consiguieron el enviar á muchos párvulos, que acabados de bautizar murieron, al cielo, como primicia, para que pidiesen á Dios por la conversion de sus parientes y conterráneos, de los que se van logrando muchos, gracias á Dios, pues vió el venerable padre presidente antes de morir ya bautizados en solo esta mision 669, continuando sin novedad en el catequismo y aumentándose el número de cristianos.

Esta mision logra casi el mejor sitio de todo lo conquistado, pues está fundada en los grandes llanos de San Bernardino, que tienen mas de treinta leguas de largo, y de ancho tres, cuatro y cinco; tiene buenas tierras para labores, y logran grandes cosechas de trigo y maíz, y toda especie de legumbres, no solo para que se mantengan los neófitos, sino para regalar á los gentiles para atraerlos al gremio de la santa Iglesia, como tambien para proveer á la tropa de los presidios á trueque de ropa para vestir á los neófitos. Logra abundancia de agua, no solo del rio de Nuestra Señora de Guadalupe, que dista como un cuarto de legua de las casas de la mision, del que logran buenas truchas por el verano, que he visto pesar una cuatro libras, de la que comí, y me pareció ser trucha asalmonada, muy sabrosa. A mas de la abundancia de agua del rio, tiene varios manantiales que corriendo por zanjas la conducen á las sementeras para regarlas: logran ya con abundancia de las frutas de España de cuantas se han sembrado, nacidos todos los frutales de los huesos y pepitas que se sembraron al principio, hasta de la uva.

Tiene aquel grande llano muchos manchones de arboledas de robles, que cargan de bellota, con que se mantienen los gentiles, ayudándose con las semillas del campo, como queda dicho de los de San Francisco nuestro padre. Logran asimismo la avellana, que bajan de la sierra del Poniente, como tres leguas de la mision; pero carecen de la fresa y del marisco y almeja, por estar muy apartados de la playa, como tambien del pescado, no logrando mas que la trucha en el verano, y no con mucha abundancia. Los naturales son de la misma lengua que los del puerto de San Francisco, pues es muy poca la diferencia en los términos. Son de las mismas costumbres que los del puerto, del que dista esta mision como quince leguas, del de Monterey veintisiete, y del remate del brazo de mar ó estero grande como dos leguas: tiene al Poniente el mar Pacífico, como doce leguas de sierra, toda poblada de gentilidad, y en su costa, casi en frente de esta

mision; viene á caer la punta del Año Nuevo, que con la de Pinos forma la grande ensenada del puerto de Monterey.

Están los llanos de San Bernardino muy poblados de rancherías de gentiles, y muchos de ellos ocurren á esta mision de Santa Clara, así hombres como mujeres, principalmente en tiempo de cosechas, por lo mucho que comen y llevan para sus rancherías. En una de estas ocaciones repararon los padres ministros de esta mision que entre las mujeres gentiles, que siempre trabajaban separadas sin mezclarse con los hombres, habia una que segun el traje que traia de tapada honestamente, y segun el adorno gentílico que cargaba, y en el modo de trabajar, sentarse, etc., era indicio de ser mujer; pero segun el aspecto de la cara, y sin pechos, teniendo bastante edad, y llamando esto la atencion, preguntaron los padres á algunos cristianos nuevos, y les dijeron que era hombre, que iba como mujer y siempre iba con ellas, y no con los hombres, y que no era bueno que anduviese así.

Juzgando los padres en ello alguna malicia, quisieron averiguarlo; valiéronse del cabo de la escolta, encargándole estuviese á la vista y tomase algun pretexto para llevarlo á la guardia; y si hallase ser hombre, le quitase todo el traje de mujer y lo dejase con el de los hombres gentiles, que es el que traia Adan en el paraíso antes de pecar: así lo practicó el cabo, y quitándole las nagüitas, quedó mas avergonzado que si hubiera sido mujer. Tuviéronle así tres dias en la guardia, haciéndole barrer la plazuela, dándole bien de comer; pero se mantuvo siempre muy triste, avergonzado, y después de haberle expresado que no estaba bueno el ir con aquel traje, y menos el meterse entre las mujeres, con quienes se presumia estaria pecando, le dieron su libertad y se marchó, y jamás se ha vuelto á ver en la mision, y por los neófitos se ha sabido está en las rancherías de los gentiles, como antes, en el traje de mujer, sin poder averiguar el fin, pues no se les pudo sacar otra cosa á los neófitos sino la expresion de que no estaba bueno.

Pero en la mision de San Antonio se pudo algo averiguar, pues avisando á los padres, que en una de las casas de los neófitos se habian metido dos gentiles, el uno con el traje natural de ellos y el otro con el traje de mujer, expresándolo con el nombre de Joya, que dicen llamarlos así en su lengua nativa, fué luego el padre misionero con el cabo y un soldado á la casa á ver lo que buscaban, y los hallaron en el acto de pecado nefando. Castigáronlos, aunque no con la pena merecida, y afeáronles el hecho tan enorme, y respondió el gentil que aquella Joya era su mujer, y habiéndoles reprendido, no se han vuelto á ver ni en la mision, ni en sus contornos, ni en las demás misiones se ha visto tan execrable gente. Solo en el tramo de la canal de Santa Bárbara se hallan muchas joyas, pues raro es el pueblo donde no se ven dos ó tres; pero esperamos en Dios que así como se vaya poblando de misiones, se irá despoblando de tan maldita gente, y se desterrará tan abominable vicio, plantándose en aquella tierra la fe católica, y con ella todas las demás virtudes para mayor gloria de Dios y bien de aquellos pobres ignorantes.

CAPITULO XLVII.

VISITA EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO ESTAS MISIONES DEL NORTE, Y SE FUNDA UN PUEBLO DE ESPAÑOLES.

Queda dicho en el capítulo 43 cómo habiendo llegado á su mision de San Cárlos por el mes de enero de 77 el venerable padre presidente, tuvo la alegre noticia de las fundaciones de estas dos misiones, las mas setentrionales del puerto de San Francisco nuestro padre, las que desde luego habria venido á visitar supuesto que no pudo asistir á su fundacion. Pero se le dilataron sus deseos con la noticia de que subia el señor gobernador don Felipe Neve á poner su residencia en el presidio de Monterey, á donde llegó el dia 3 de febrero del dicho año de 77, por cuya razon y de tratar entre los dos los negocios de esta espiritual conquista y cotejar las órdenes que ambos tenian del excelentísimo señor virey para sus adelantamientos, se hubo de detener en la mision de San Cárlos, ínterin dicho señor concluia la visita, como en efecto subió hasta el presidio de San Francisco á últimos de abril.

A vuelta de la dicha visita acordaron ambos lo importante que era la fundacion de tres misiones en la canal de Santa Bárbara para la reduccion de tanta gentilidad como la puebla, y para asegurar el giro de la comunicacion de los establecimientos del Norte con las del Sur, y así convenidos de acuerdo lo consultaron á su excelencia por junio de 77 con la fragata que condujo los víveres y memorias, y se regresó para San Blas.

Evacuadas estas precisas diligencias de oficio, sin olvidar las del ministerio apóstolico de catequizar y bautizar á los gentiles y educar á los neófitos, en que se empleaba el tiempo que residia en su mision, luego que se halló con hueco para salir á la visita, vino á la mision de Santa Clara, á donde llegó el dia 28 de setiembre, y el siguiente dia del príncipe y arcángel San Miguel cantó la misa y predicó; y habiendo permanecido y descansado el siguiente, siguió su camino para esta última mision de nuestro padre el dia 1º de octubre, que siendo la jornada de quince leguas, la hizo en un dia con parte de la noche, por lo que llegó muy fatigado.

Celebró en esta mision el dia de nuestro seráfico padre san Francisco, patron de la mision, presidio y puerto, cuya fiesta se hizo con la solemnidad posible: cantó su reverencia la misa, y predicó en ella con alegría de todos, así misio-

neros, que nos juntamos cuatro, como de la tropa de la mision y la del presidio que vino, la que no fué precisa para la guardia de él, y con mucho júbilo de los nuevos cristianos, que ya contábamos diez y siete, todos adultos.

Mantúvose en esta mision hasta el dia 10 de dicho mes, en cuyo tiempo descansó de la caminata de cuarenta y dos leguas que dista Monterey; fué á ver el nuevo presidio y el puerto que jamás habia visto; y mirando que ya no se podia pasar adelante sin embarcacion, prorumpió con el gracias *á Dios*, que era muy frecuente en sus labios: *Ya nuestro padre san Francisco con la santa cruz de la procesion de misiones, llegó al último término del continente de la California, pues para pasar adelante es necesaria embarcacion.*

En esta nueva California habia cuando el venerable padre presidente hizo la primera visita á esta mision solo ocho misiones, y quedando grandes tramos entre una y otra, decia el fervoroso padre: "Esta procesion de misiones está muy " trunca; es preciso que sea vistosa á Dios y á " los hombres, que corra seguida; ya tengo pe- " dida la fundacion de tres en el canal de Santa " Bárbara: ayúdenme á pedir á Dios se consiga, " y después trabajaremos para llenar los otros " huecos." De modo que los fervorosos deseos del venerable prelado era de que se convirtiese toda la gentilidad que puebla las doscientas diez leguas de costa, que poblándose de misiones en proporcionadas distancias, cayesen todos en la red apostólica, si no en la de una mision, cayese en la otra, y con esto se aumentasen en gran manera los hijos de Dios y de la santa Iglesia. Con estos fervorosos y abrasados deseos salió de esta mision, pasó á la de Santa Clara, y descansando un par de dias, se retiró á su mision de San Cárlos.

FUNDACION DE UN PUEBLO DE ESPAÑOLES TITULADO SAN JOSÉ DE GUADALUPE.

Para dar fomento y estabilidad á esta espiritual conquista, encargó el excelentísimo señor virey al nuevo gobernador D. Felipe Neve, que procurase poblar la tierra con algunos pueblos de gente española, que se ocupasen en el laborío de las tierras y crias de ganados y bestias, para que sirviesen de fomento para estas adquisiciones. Y teniendo presente dicho señor este superior encargo, habiendo visto cuando vino á la visita del real presidio de este puerto los grandes llanos en que está la mision de Santa Clara, la mucha tierra que se podia regar con la abundancia de agua del rio nombrado Nuestra Señora de Guadalupe; juntó á los pobladores que habian venido con la expedicion de Sonora, y agregándoles otros, les señaló sitio y repartió tierras para formar un pueblo titulado de San José de Guadalupe, señalándoles para la ubicacion arriba de la mision de Santa Clara, al otro lado del rio hácia el nacimiento de él, nombrado de Guadalupe, distante de las casas de la mision tres cuartos de legua.

En dicho sitio formaron los colonos su pueblo, dando principio á él los primeros dias de noviembre de 1777, á los que les han agregado otros vecinos, y todos gobernados por un alcalde de los mismos vecinos, subordinado al gobernador de la provincia, escoltados de tres soldados y un cabo, ocurriendo todos á oir misa á la mision. Se mantienen de las cosechas que logran de trigo, maíz y frijol, y con lo sobrante que venden para la tropa se visten, teniendo para el mismo fin crias de ganados mayor y menor, y de las yeguas para proveer la tropa de caballos, etc.

CAPITULO XLVIII.

RECIBE EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO LA FACULTAD APOSTÓLICA PARA CONFIRMAR; EJERCÍTALA EN SU MISION, Y SE EMBARCA PARA HACER LO MISMO EN LAS MISIONES DEL SUR.

Habiendo llegado el venerable padre presidente fray Junípero á la California con los quince compañeros el año de 68, como queda dicho en el capítulo 13, en cuanto tomó posesion de aquellas misiones, que administraban los padres de la Compañía de Jesús, enterado del estado de ellas, halló entre los papeles de dichos padres la facultad que les habia concedido nuestro santísimo Padre el Señor Benedicto XIV de poder confirmar, en atencion á la gran dificultad de pasar á la California algun ilustrísimo señor obispo. Considerando el venerable prelado que subsistia la misma dificultad, le entró el escrúpulo de que los neófitos se privasen de tanto bien, y así no quiso ser omiso en procurar la misma facultad; para lo que escribió al reverendo padre guardian, remitiéndole la bula del Sr. Benedicto, á fin de que por medio del reverendo padre prefecto de las misiones se pidiese á la silla apostólica la dicha facultad, representando los mismos motivos que representaron los padres jesuítas.

Quien ve que el reverendo padre Junípero solicita la facultad que es peculiar y ordinaria á los señores obispos, ¿no dirá ó juzgará que mucho mas anhelaria á la alta y honrosa dignidad episcopal? Pero estuvo tan lejos de apetecerla ni de desearla, que antes bien su profunda humildad y fervorosos deseos de trabajar en la viña del Señor, le hizo arbitrar medios para huir de ella. Habiendo dado noticia á su reverencia después de la conquista y establecimiento de Monterey, que un palaciego ó cortesano de Madrid habia escrito al reverendo padre guardian de nuestro colegio, que lo era el que es hoy señor obispo del nuevo reino de Leon, el ilustrísimo señor Verger, *de que al reverendo padre Junípero se le esperaba una grande honra;* luego que supo esta noticia, receloso su reverencia de no perder delante de Dios el mérito de lo que habia trabajado para

estas espirituales conquistas, recibiendo el premio en el mundo por dicha honra que se le vaticinaba, hizo luego su reverencia propósito (no digo voto, aunque á esto me inclino, porque no se me explicó claramente) de no admitir empleo alguno mientras estuviera en su libertad que lo imposibilitase el vivir en el ministerio apostólico de misionero de infieles, y de derramar su sangre por su conversion, si fuera la voluntad de Dios.

No se contentó el humilde padre con solo esto, sino que procuró poner otros medios para impedir lo que se podia recelar, y fué que en cuanto tuvo dicho recelo, paró en escribir á quien podia alcanzarle tal honra y dignidad. Después del descubrimiento y poblaciones de los puertos de San Diego y Monterey, recibió una carta de Madrid de un personaje de aquella corte que jamás habia conocido ni oido nombrar, en la que le decia: *Que le constaba que su reverencia estaba muy amerilado para el rey y su real consejo; que viese si se le ofrecia alguna cosa, que estaba pronto para servirle; que se valiese de él, que seria su buen agente.* Leyó su reverencia la carta, y entendiendo á lo que se encaminaba, le respondió de modo que mas podia servirle de fiscal para el intento que no para agente.

De lo dicho se puede inferir si anhelaria el reverendo padre Junípero á la dignidad ó grande honra que le profetizaba el cortesano. Lo que sí deseaba con vivas ansias, era la facultad de confirmar, no para sí, sino para alguno de los misioneros, para que andando por las misiones confirmara á los neófitos y no se privasen de tanto bien espiritual de los efectos de este santo sacramento.

Corrió la diligencia en la curia romana el reverendo padre prefecto, y se dignó la santidad de nuestro santísimo padre el señor Clemente XIV, de concederla el dia 16 de julio de 1774 por el tiempo de diez años al reverendo padre prefecto de misiones, y á un religioso de cada uno de los cuatro colegios que nombrase el dicho padre prefecto. Comunicándole la misma facultad, obtuvo este breve apostólico el pase del real consejo de Madrid, y en Méjico el del excelentísimo señor virey y el real acuerdo, y llegado por estos pasos á manos del reverendo padre prefecto, nombró por lo que pertenecia á las misiones del colegio de San Fernando por patente de 17 de octubre de 1777, sellada y refrendada de su secretario, al padre fray Junípero Serra, presidente que era de estas misiones, y á su sucesor, la que recibió su reverencia á últimos de junio de 78.

En cuanto el venerable padre Junípero recibió la patente con la facultad apostólica para confirmar, enterado de las instruciones de la sagrada congregacion para el uso de ella, no quiso tenerla ociosa, y así el dia primero festivo que se siguió después del recibo de ella, que fué el dia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, después de haber cantado la misa y hecho una fervorosa plática del santo sacramento de la confirmacion, dió principio en su mision de San Cárlos, confirmando á los párvulos mientras iba preparando é instruyendo á los adultos, en cuyo ejercicio y en confirmar á los dispuestos, se empleó hasta el 25 de agosto que se embarcó en la fragata que habia traido las memorias y víveres, y bajaba á San Diego con el fin de practicar lo mismo en aquella mision y demás del rumbo del Sur.

Llegó á San Diego el 15 de setiembre después de veintitres dias de navegacion, que la hicieron mas larga los vientos contrarios. Detúvose en la mision de San Diego hasta el 8 de octubre, en cuyo tiempo confirmó á los neófitos de ella y á los hijos de la tropa que carecian de este sacramento; y concluido en ella, se fué subiendo de mision en mision practicando lo mismo, y el 5 de enero de 1779 llegó á su mision de San Cárlos cargado de méritos y de trabajos que para ello padeció en tan largo camino con el habitual accidente del pié, del que no sentia mejoría.

CAPITULO XLIX.

CONTINÚA CONFIRMANDO EN SU MISION: RECIBE LA NOTICIA DEL NUEVO SUPERIOR GOBIERNO: VIENE Á VISITAR Y Á CONFIRMAR EN ESTAS MISIONES DEL NORTE, EN DONDE RECIBIÓ LA NOTICIA DE LA MUERTE DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY BUCARELI.

El retiro á su mision de San Cárlos, que al parecer le habia de servir de descanso, era para mas ejercitarse en el ministerio apostólico, pues luego se puso á la continua labor del catequismo de los gentiles, y ya instruidos, en bautizarlos y disponer á los neófitos para confirmarlos, en cuyos santos ejercicios se mantuvo mientras estaba en su mision, y siempre que se regresaba á ella, le parecia, por lo que veia en los demás, que él era el mas perezoso y tibio, pues solia decir: "Edificado vengo de lo que trabajan y he visto han trabajado en las demás misiones; aquí siempre nos quedamos atrás."

En este cotidiano ejercicio se hallaba el fervoroso padre cuando por junio de 79 por la fragata que llegó con los víveres y avíos, recibió la noticia de haber segregado del gobierno del excelentísimo señor virey de la Nueva España, todas las provincias internas, contando entre ellas las Californias, y creado por su majestad un comandante y un capitan general como jefe de todas ellas, que lo era don Teodoro de Croix, cuya residencia habia de ser en la provincia de Sonora, á quien se habia de reunir, como que en él residia el superior gobierno de las internas provincias de la Nueva España.

Esta novedad tan impensada en estos nuevos establecimientos no dejó de contristar á su reve-

rencia (aunque siempre muy resignado á la voluntad de Dios, en quien tenia puesta su confianza). Consideraba que mientras el nuevo jefe tomaba asiento, ponia en corriente su comandancia y se imponia en tantos asuntos que de nuevo entraban á su cargo, podia retardar las providencias para estos nuevos establecimientos, y principalmente las fundaciones de la Canal, que el año anterior con acuerdo del señor gobernador habia pedido al excelentísimo señor virey; y no corriendo ya á su cargo era preciso hubiese demora. Pero el afecto grande que el excelentísimo señor Bucareli habia cobrado al venerable padre Junípero y la atencion que le debian sus espirituales proyectos, no le dieron lugar á olvidarlos, sino que los recomendó al nuevo comandante, como lo expresa la carta que dicho señor comandante general antes de llegar á su destino escribió al venerable padre presidente, de la que es copia la siguiente.

COPIA DE LA CARTA DEL COMANDANTE GENERAL.

"Los informes de su excelencia y el contenido " de las cartas que vuestra paternidad le dirige, " me persuaden la actividad de su celo, su reli- " giosidad y prudencia en el gobierno de esas mi- " siones, y trato de los indios y solicitud de su " verdadera felicidad Yo en el dia no puedo re- " solver en los auxilios que vuestra paternidad " pide por los motivos que manifiesto á ese go- " bernador; mas espero brevemente hallarme en " estado de satisfacer su celo y de trabajar infa- " tigable al bien de esos nuevos establecimientos, " para cuyo logro confio contribuya vuestra pa- " ternidad no solo continuando su acertadísima " conducta, sino ilustrándome con sus avisos y " reflexiones.

"Vuestra paternidad hallará en mí cuanto pue- " da desear para la propagacion de la fe y gloria " de la religion, y le encargo que con todos los " religiosos ruegue á Dios por la prosperidad y " buen éxito de mis importantes comisiones, co- " mo yo le pido por la salud de vuestra paterni- " dad y que en ella le guarde muchos años. Que- " rétaro, 15 de agosto de 1775.—El caballero de " Croix.—Muy reverendo padre presidente fray " Junípero Serra."

Esta carta que tardó algo á llegar á manos del venerable padre presidente mitigó algo la pena que tenia en su corazon. Consideraba la demora ya premeditada con la mutacion de gobierno tan distante de Méjico, y en la capital de la comandancia no tener quien pudiese dar calor como lo tenia en Méjico con el colegio. Estas consideraciones le hacian avivar mas las oraciones á Dios para que mirase esta causa como tan suya. Agravóselo el habitual accidente que no le dió lugar á venir á estas misiones del Norte á confirmar hasta octubre en el tiempo que estaban fondeadas en este puerto las dos fragatas que venian del registro de la costa de la altura de que hablé en el capítulo 33.

Deseaban los señores oficiales de dichas fragatas, así los capitanes como el comandante de la expedicion (que todos lo habian tratado en Monterey), el ver á su reverencia; pero habiendo escrito que segun se hallaba no juzgaba el poderse poner en camino, lo hicieron los señores enviando el comandante don Ignacio Arteaga á los dos capitanes, su segundo don Fernando Quirós y á don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, á fin únicamente de visitar á su reverencia, enviando al mismo tiempo uno de los cirujanos reales de la expedicion para medicinarlo. Logré la ocasion de acompañar á los señores deseoso de ver á mi amado padre lector. Llegamos el dia 11 de octubre á la mision de Santa Clara, y en la misma hora y punto llegó tambien el venerable padre Junípero, que de repente se le puso el ponerse en camino para estas misiones á fin de hacer confirmaciones y de paso lograr ver á los señores de la expedicion, atropellando con el accidente y poniendo toda la confianza en Dios; pero llegó tal que no se podia tener en pié, y no era para menos, pues anduvo en dos dias el camino de veintisiete leguas; y cuando los señores y cirujanos vieron la hinchazon de la pierna y pié con la llaga, decian que solo de milagro podia andar; pero lo que es cierto que anduvo dicho camino y nos dejó á todos llenos de gozo y admiracion por la casualidad de llegar á un mismo tiempo su reverencia que venia del Sur y nosotros del Norte, sin que precediese aviso ni de una parte ni de otra. Expresaron los señores con extraordinarias demostraciones el gusto que tenian de ver á su reverencia, haciéndole el cumplimiento de parte del señor comandante.

El dia siguiente que trató el cirujano de aplicarle algun remedio, le dijo su reverencia: Mejor será que lo dejemos para cuando lleguemos á la mision de nuestro padre, no sea que se empeore y me imposibilite: así anduvo á pié como si tal accidente no tuviera, y lo que mas admiró fué, el que luego que se puso á bautizar unos catecúmenos, para lo que convidó á los señores para padrinos, que quedaron admirados de que pudiese su reverencia estar en pié tanto como duró la funcion, que decian los capitanes que se habian cansado, aunque muy enternecidos de la devocion con que el reverendo padre hacia las santas ceremonias del bautismo de los adultos.

Nos mantuvimos dos dias en la mision, y el dia 14 salimos para esta de nuestro seráfico padre, en que gastamos dia y medio para andar las quince leguas, y así llegamos el dia 15. Fué su llegada de extraordinaria alegría y gozo para toda la gente, así de mar como de tierra; dió las gracias al señor comandante de la fineza de haberle enviado á los señores, como tambien los parabienes de la felicidad de la expedicion. "No sé, dijo su reverencia, con qué corresponder á tanta fineza.

"Corresponderé con confirmarle los muchos de "la tripulacion que no estarán confirmados, y así "podra dar la órden para que se preparen para "ello." Así lo hizo, y el dia 21 de dicho octubre, después de la misa cantada, en la que hizo una fervorosa plática del santo sacramento de lac onfirmacion, la administró así á los indios como á los españoles y gente de mar que no estaban confirmados; y continuó otros tres dias en hacer confirmaciones para que no quedase persona alguna sin confirmar; y bautizó a doce gentiles, convidando á los señores oficiales para padrinos, que lo agradecieron mucho, é inmediatamente los confirmó, como tambien tuvo el gusto de confirmar los tres recien bautizados del puerto de Bucareli.

En solo este santo ejercicio pensaba su reverencia, olvidando totalmente su accidente; pero no se olvidaron los señores cirujanos, y queriendo ponerlo en cura se excusó, diciendo: que con lo que habia descansado se sentia mejor; que el accidente sin duda como de tantos años necesitaria de larga cura, y como su detencion era de pocos dias, seria por demás el empezar la cura; que mejor seria el dejarla para el Médico divino.

A los nueve dias de estar su reverencia en esta mision, llegó correo por tierra de la antigua California con la triste noticia de la muerte del excelentísimo señor virey Bucareli y de la publicacion de la guerra con Inglaterra, que causó á todos gran tristeza, por haber perdido un tan celoso virey; y esta funesta noticia, junto con la publicacion de la guerra, obligó á los señores á navegar cuanto antes para San Blas: así lo practicaron saliendo de este puerto el último dia de octubre, quedando en esa mision el venerable padre presidente, para quien fué mayor la pena de la muerte de su grande bienhechor y protector para esta espiritual conquista el excelentísimo señor Bucareli, que aunque ya no no corria esta provincia á cargo del vireinato, sino de la nueva comandancia general, consideraba que mucho podria valer su permanencia en el vireinato, á lo menos para contener los atrasos que pudieran ocurrir. Con esta pena, aunque siempre confiado en Dios, salió mi venerable padre presidente de esta mision el dia 6 de noviembre, dejando confirmados á todos los neófitos, y pasó á practicar lo propio á la mision de Santa Clara, en la que se detuvo algunos dias para confirmar así á los neófitos como á los de la tropa y vecinos del pueblos de San José de Guadalupe que no estaban confirmados, y con este mérito y algo aliviado de su accidente, se retiró á su mision de San Cárlos.



CAPITULO L.

SUSCITA EL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DIFICULTADES SOBRE LA FACULTAD DE CONFIRMAR, Y CON RECURSO Á LA COMANDANCIA LO IMPIDE, Y SALE DECIDIDO Á FAVOR DE LA FACULTAD: VIENE Á CONFIRMAR Á ESTAS MISIONES DEL NORTE, Y DE VUELTA MUERE SU AMADO COMPAÑERO Y DISCÍPULO EL PADRE FRAY JUAN CRESPI.

No sin fundamento recelaba el venerable padre Junípero que podria hacer alguna falta para el bien de estos establecimientos aun la sombra del excelentísimo señor Bucareli, cuanto mas su autoridad en el gobierno; pues en cuanto ya esta provincia no corria á su cargo, empezó á experimentar tales disposiciones, que no solo eran impeditivas á la extension, sino destructivas de lo conquistado si se ponian en planta. Procuraba el venerable padre con su gran prudencia y paciencia al autor de dichas indisposiciones (que era el que gobernaba la provincia, que el excelentísimo señor Bucareli lo habia enviado para dar fomento y calor á la espiritual conquista) cuantas razones le dictaba su mucha practica y alto alcance, á fin de contener dichas disposiciones y providencias por las fatales consecuencias que de ellas se seguian á lo ya reducido y conquistado.

Pero las eficaces razones que le proponia, le hacian al parecer tan poca fuerza para convencerlo y contenerlo, que antes iba cada dia ideando otras, sacando nuevos proyectos para impedir los adelantamientos de las misiones fundadas, que corrian con grande aumento en lo espiritual y temporal. Todos estos medios de que se valia el enemigo para mortificar á este fervoroso prelado, los sufria con mucha paciencia y grande paz interior, no obstante que le penetraban su corazon y le eran mas sensibles que las penetrantes saetas que le pudiesen disparar los mas bárbaros y feroces gentiles. Omitiendo muchos casos que en prueba de lo dicho podia referir, apuntaré solo uno, y esto solamente para hilar la historieta, y no se eche menos la visita del venerable padre presidente á las misiones, para confirmar el año de 80, atribuyéndoselo á omision.

Suscitó dicho señor gobernador la dificultad si se podria usar de la facultad de confirmar, porque no tenia el pase del real patronato ó vicepatronato; y respondiéndole su reverencia que sí lo tenia, pues habia pasado en Madrid por el real consejo, y en Méjico por su excelencia y real acuerdo, que ya hacia un año que usaba de ella, sin que le hubiese entrado hasta la presente tal escrúpulo. Díjole que le enseñase la patente y todos los instrumentos concernientes á la dicha facultad, y pidiéndole el pase, le respondió que el original quedaba en el archivo del reve-

rendo padre prefecto, que el instrumento necesario y suficiente era la patente firmada, sellada y refrendada por el secretario, y para que le constase tener el pase de su excelencia, y de consiguiente el del real consejo, que leyese aquella carta del excelentísimo señor Bucareli (que le puso en sus manos) en que le daba los parabienes de que hubiese recibido la facultad de confirmar, y de los muchos que el año anterior habia confirmado.

Díjole que esto no servia, porque las provincias internas ya no pertenecian al gobierno del vireinato, sino de la comandancia general. Pues señor, ahora ¿quién es el vice-patrono? Y respondiéndolo que en todas las provincias el comandante general, y en estas Californias que lo era él, como gobernador. Pues señor, dijo el fervoroso prelado, si está todo en la tierra, es fácil de componerse: aquí tiene usted la patente con la facultad; suplico se ponga el pase para que estos pobres no se priven de tanto bien, pues no siendo la facultad mas que para diez años, van estos corriendo. A cuya propuesta (llevando adelante sus intentos) que el pase en donde lo habia de poner era al pié del breve que habia dado su santidad original, y al pié del pase original del consejo, y mientras no le entregase los originales, lo exhortaba no pasase á confirmar hasta que viniese respuesta de la comandancia á la consulta que tenia hecha.

Dejo á la consideracion de los que esto leyeren, la pena que causaria al fervoroso corazon del venerable padre, que conocia cuánto importaba en estos tan neófitos en la fe este santo sacramento; pero ofreciéndolo al Señor, suspendió el confirmar, no fuese que tambien lo privase de bautizar. No es de creer que dicho señor obrase de malicia, sino que como carecia de asesor, obraria segun su alcance, que presumiria que así lo deberia hacer. En vista de todo lo dicho, no solo suspendió la administracion de la confirmacion, sino que remitió al colegio la patente y facultad, escribiendo cuanto habia pasado con dicho señor gobernador. En cuanto recibió el reverendo padre guardian las cartas, se presentó al nuevo virey pidiéndole testimonio del pase que se habia dado al breve de su santidad, y remitiéndolo al comandante general, envió órden al señor gobernador que en manera alguna impidiese al reverendo padre presidente el confirmar, y que siempre y cuando su paternidad quisiese salir para las misiones le aprontase escolta. Con esto cesó esta borrasca, pero se siguieron otras, que no pararon los vientos contrarios hasta la muerte, para que el martirio que deseaba fuese incruento.

En todo el tiempo que tardó el venir la decision de la duda, que fué largo por la mucha distancia que hay de aquí á Méjico, de Méjico á Sonora y de Sonora á Monterey, no hizo confirmaciones ni salió de su mision, sino que en ella se ocupó en el ordinario ejercicio, consolándolo el Señor con muchos gentiles que ocurrian de bien lejos pidiendo el sacro bautismo, en cuyo catequismo se ejercitaba, y después bautizólos, aumentando hijos á la santa Iglesia, á pesar del infierno.

Por el mes de setiembre de 81 que llegó la dicha decision, después de haber celebrado confirmaciones en su mision, salió á practicar lo propio en la de San Antonio, y se regresó á principios de octubre para celebrar la fiesta de nuestro santo padre en su mision de San Cárlos. Pasada la fiesta determinó venir á confirmar en estas dos misiones del Norte, y se ofreció el venir con su reverencia su discípulo fray Juan Crespi, deseoso de ver este puerto ya poblado de cristianos, pues no lo habia visto su reverencia sino poblado de gentiles el año 1769. Llegaron á esta mision el 26 de octubre, que fué para mí de extraordinaria alegría y gozo, pues ví en esta mision juntos á nuestro amado padre lector y maestro y á mi querido condiscípulo el padre fray Juan Crespi, que segun poco después sucedió, parece que vino á decirme: adios hasta la eternidad. Mantuviéronse en esta mision hasta el 9 de noviembre, en que en dicho tiempo hizo el venerable padre presidente varios dias confirmaciones, dejando confirmados á todos los neófitos que desde la última visita se habian bautizado.

Salieron dicho dia de esta mision para la de Santa Clara, siendo para mí, y creo que tambien para sus reverencias, igual la pena á la despedida, habiendo sido igual la alegría en la llegada. Confirmó el reverendo padre presidente los neófitos de aquella mision, y se retiraron para su mision antes que creciesen los rios. A los pocos dias de llegados enfermó de muerte el padre Crespi, y conociendo que Dios lo llamaba para la eternidad, se dispuso y preparó con los santos sacramentos, y el dia 1º de enero de 1782 entregó su alma al Criador, á los sesenta años diez meses de su edad, habiendo trabajado los treinta años en misiones de infieles; esto es, los diez y seis en la mision de nuestro seráfico padre San Francisco del valle de Tilaco, de indios pames de la Sierra Gorda, en la que procuró imitar á su amado lector y maestro el venerable padre Junípero, trabajando así en lo espiritual como en lo temporal, bautizando muchos centenares de indios, educándolos así en los misterios de nuestra santa fe como en el trabajo temporal, á fin de civilizarlos y que tuviesen con que mantenerse y vestirse. Fabricóles una grande iglesia de cal y canto con sus bóvedas y torre, y solicitó de cuenta del sínodo le enviasen de Méjico colaterales y santos para el adorno interior; todo lo que consiguió á medida de sus deseos; y dejando aquella mision de la Sierra Gorda en buen estado y ya en vísperas de entregar al ordinario, fué nombrado por el reverendo padre guardian y venerable discretorio del colegio para venir á estas Californias, y en cuanto recibió la carta del co-

legio, lleno de júbilo y alegría se puso en camino para el puerto de San Blas con otros cuatro compañeros, sin detenerse á pasar por el colegio á despedirse por no dar lugar la precision de estar cuanto antes en el puerto.

Lo restante de su vida, que fueron catorce años, los empleó en estas Californias, trabajando incesantemente, como queda dicho en esta historia, por los muchos viajes que hizo con las expediciones de tierra que quedan ya referidas; y si el curioso lector quisiere saber lo que trabajó y padeció á fin de que se lograse esta conquista, no tiene mas que leer los diarios que dicho padre escribió por los caminos en lugar de descansar en las paradas, como tambien en el que formó en la expedicion de mar para el registro de las costas de este mar Pacífico, que habiendo sido el primer registro de la costa hasta el grado 55 en un mar y costa no conocida, iban siempre en un continuo peligro de perderse dando en alguna isla, farallon ó piedras anegadas; pero de todos estos peligros lo libró Dios para que trabajase en esta su mística viña, ayudando á su venerable y ejemplar maestro, que desde la llegada á Monterey lo nombró por su compañero y conministro de la mision de San Cárlos, en donde trabajó desde la fundacion hasta que murió, catequizando y bautizando innumerables gentiles, como queda dicho hablando de dicha mision. Con este cúmulo de méritos y ejercicio en las virtudes, en las que floreció desde niño que lo conocí, y estudiamos juntos desde las primeras letras hasta concluir la teología y moral, y siempre lo conocí muy ejemplar, que entre los condiscípulos era conocido con el nombre de Beato ó Místico, y de la misma manera continuó toda su vida con una candidez columbina y de una profundísima humildad, de modo que siendo corista estudiante, si alguna vez concebia el haber impacientado á alguno de los condiscípulos, iba á su celda y se le hincaba de rodillas pidiéndole perdon: siendo corto de memoria, que no podia decir de coro ó memoria las pláticas doctrinales en la misa los domingos y dias festivos, tomaba un libro, y después del Evangelio de la misa del pueblo, leia una de las pláticas doctrinales, con lo que instruia al pueblo y edificaba á todos con su humildad. Adornado de esta y de las demás virtudes y colmado de méritos por lo mucho que trabajó en la conversion de los gentiles, lo llamó Dios para darle el premio de sus afanes y fatigas apostólicas, y preparado con todos los sacramentos, que le ministró el venerable padre Junípero, y auxiliado por su reverencia, entregó su alma al Criador, y piamente creemos todos los que lo conocimos y tratamos, que iria en derechura á gozar de Dios. Dióle sepultura el venerable padre Junípero en el presbiterio al lado del evangelio en la iglesia de dicha mision de San Cárlos, en compañía de otros dos padres misioneros, después de haberle hecho las debidas honras, á las que asistieron el comandante del presidio con toda la tropa de él y de la mision, y de los neófitos de ella, cuyos llantos de estos expresaron el amor que le tenian como á padre, y lo expresó tambien el venerable padre Junípero, pidiéndome poco antes de morir que le diese sepultura al lado de su amado discípulo y compañero el padre fray Juan Crespi, en que manifestó, no solo el amor que le profesaba, sino tambien el concepto grande en que lo tenia su inculpable vida y ejemplares virtudes.

No he querido omitir esta breve relacion del dicho padre fray Juan Crespi, no tanto por haber sido mi tan amado condiscípulo y compañero mas de cuarenta años, así en esa provincia como en el ministerio apostólico, como para que esa provincia su santa madre lo tenga presente para encomendarlo á Dios por si necesitase de sufragios paaá ir á recibir en el cielo el premio de sus apostólicos afanes.

CAPITULO LI.

ESTABLEIMIENTOS DE LA CANAL DE SANTA AÁRBARA: FUNDACION DE UN PUEBLO DE ESPAÑOLES Y DE LA MISION DE SAN BUENAVENTURA Y DEL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA: FUNESTO ACAECIMIENTO DEL RIO COLORADO.

Tan impresionado quedó el nuevo comandante general don Teodoro de Croix de la recomendacion del excelentísimo señor virey sobre la pretension del venerable padre Junípero para las fundaciones del la canal de Santa Bárbara, que desde el camino y antes de llegar á su destino, envió órden al hobernador para que fuese á los Arizpes el capitan don Fernando Rivera, para comisionarlo á reclutar setenta y cinco soldados para la fundacion de un presidio y tres misiones en la dicha canal de Santa Bárbara, el presidio y una mision en el centro de la canal con el nombre de la santa, y las otras dos dedicadas á la Purísima Concepcion de María Santísima, y la de San Buenaventura en los dos extremos de la canal, dotada cada una de quince soldados, y los restantes para el presidio con sus correspondientes oficiales, é igualmente para reclutar familias de pobladores para fundar un pueblo titulado de Nuestra Señora de los Angeles en el rio nombrado de Porciúncula.

Al mismo tiempo encargó á los padres del colegio de la Santa Cruz de Querétaro, fundasen dos misiones en el rio Colorado, así para la conversion de aquellos gentiles como para asegurar el paso que se habia descubierto, á fin de la comunicacion de aquellas provincias con esta, pero las dichas misiones con método totalmente diverso de estas; esto es, sin presidio, sinó que en cada una de ellas habia de haber ocho soldados y ocho vecinos pobladores casados y con familias,

un sargento en una mision y un alférez en la otra como comandantes. Que los padres misioneros no habian de cuidar mas que de lo espiritual, y que los gentiles que se bautizasen viviesen en sus rancherias y se mantuviesen como cuando gentiles. En este método, totalmente diverso del que aquí hemos observado, se fundaron; pero en breve se vieron los distintos efectos, pues mataron al comandante, sargento, á cuasi todos los soldados y vecinos, salvo unos pocos que se escondieron, que aunque libraron la vida, perdieron la libertad quedando cautivos con todas las mujeres y niños: martirizaron á los cuatro misioneros y pegaron fuego á las dos misiones y se quemó cuanto habia, y se perdió como tambien se imposibilitó el paso para la comunicacion. Adelanto esta noticia para lo que resta que decir.

En cuanto el señor gobernador recibió la órden del señor comandante general, despachó al dicho capitan Rivera, su teniente en la antigua California, quien se embarcó en Loreto y fué á la comandancia general á recibir las órdenes é instrucciones y todo lo necesario para el efecto, y puso en ejecucion la comision. Empezó su recluta por la provincia de Sinaloa, despachando partidas de reclutas, así de soldados como de pobladores, por mar á Loreto, para que subiesen por tierra á San Diego; y las que reclutó en Sonora las condujo por el rio Colorado, con toda la caballada y mulada, que pasaban de mil cabezas.

Llegó el dicho capitan Rivera con toda su expedicion al rio Colorado, en donde halló ya fundadas las dos misiones expresadas; y reparando que la caballada y mulada llegó la mayor parte flaca y enferma, receloso de que no se le muriese en el tramo de ochenta leguas que todavía le faltaban para llegar á la mision de San Gabriel, adonde habia de salir, determinó quedarse á las orillas del rio Colorado, hasta tanto que se recuperaba. Y quedando con un solo sargento y seis soldados pertenecientes al presidio de Monterey, que le habia enviado el señor gobernador, despachó la expedicion con los oficiales que venian de Sonora para estos establecimientos, convoyados de un alférez y nueve soldados veteranos de uno de los presidios de Sonora.

Hallabese muy de antemano el señor gobernador en la mision de San Gabriel recibiendo la tropa que iba subiendo por tierra desde la antigua California, y alli recibió este último trozo que se condujo por el rio colorado; con lo que tuvo junta toda la tropa con los dos tenientes, y dos alferez, y solo faltaba el capitan Rivera, y el sarjento y los seis soldados que le habian enviado para que se viniese en cuanto se recuperase la caballada; y despachó al alferez con los nueve soldados veteranos, para que se retirasen á su presidio de Sonora, por el mismo camino que habia traido la expedicion por el paso del rio Colorado.

Así lo practicó el alférez con su partida de nueve hombres, y mucho antes de llegar al rio entendió de los gentiles del camino que los indios del rio habian matado á los padres y los soldados y habian quemado las dos misiones. No quiso el alférez, que era hombre de valor, dar crédito á los gentiles, ni volver atrás por solo el dicho de ellos, sino que siguió su camino, y llegó al sitio y vió ser verdad, pues halló todas las fabricas reducidas á ceniza, y tirados los cadáveres; y no hallando á quien preguntar, sino mucha gentilidad con quien pelear, viéndose con tan poca gente, pues de los nueve soldados le mataron dos, y otro que estaba herido, tomó á buen partido la retirada para San Gabriel, que para lograrla no tuvo poco que hacer las dos primeras jornadas, que hubo de pelear con los gentiles que lo seguian é intentaban no dejar uno que pudiese dar la noticia. Quiso Dios se librasen y llegasen á San Gabriel sin mas desgracia que la dicha de los dos soldados muertos y uno herido que sanó. Dió cuenta de todo lo que habia visto y sucedido al señor gobernador, y este al comandante general, despachando para el efecto al mismo alférez con los siete soldados que le habian quedado por la California, para que se embarcase en Loreto, y no parase hasta poner los pliegos en manos del comandante general, que se hallaba en la ciudad de los Arispes, presumiendo que dicho señor ignoraba lo acaecido.

Este funesto acaecimiento demoró algo las fundaciones de la canal, porque receloso el señor gobernador no tuviesen osadía de venir á dar á estos establecimientos, ó que por su mal ejemplo lo quisiesen hacer las naciones intermedias de dicho rio y estas misiones, procuró conservarse con toda la tropa en la mision de San Gabriel hasta ver las resultas: ínterin dispuso la fundacion de un pueblo de españoles en el rio de Porciúncula, llamado por la primera expedicion del año 1769. Juntó todos los vecinos pobladores que habian venido para colonos, les señaló sitio y tierra en las orillas del rio, distante de la mision de San Gabriel cuatro leguas rumbo al Noroeste, y allí escoltados de un cabo y tres soldados, fundaron su pueblo á últimos del año de 81 con el título de Nuestra Señora de los Angeles de Porciúncula, en el que se mantienen de sus siembras, etc., como queda dicho del pueblo de San José en su capítulo, aunque con el trabajo de haber de andar cuatro leguas para oir misa.

CAPITULO LII.

PROSIGUE LA MATERIA DE LAS FUNDACIONES DE LA CANAL Y BAJA PARA EL EFECTO EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO Á SAN GABRIEL, Y FUNDA LA MISION DE SAN BUENAVENTURA.

Viendo el señor gobernador que cumplia ya medio año del fatal acontecimiento del rio Colorado, y que nada resultaba en estos establecimien-

tos, acordó el dar paso á las fundaciones ínterin llagaban los barcos, por los que esperaban, segun las cartas que se habian recibido, los seis misioneros de nuestro colegio que tenia pedido el comandante general, valiéndose del excelentísimo señor virey; y como ya no podia tardar mucho, quiso dar principio á la fundacion, para cuyo efecto escribió por febrero de 82 al reverendo padre presidente pidiéndole dos misioneros, uno para dar principio á la mision de San Buenaventura y otro para la de Santa Bárbara.

Hallábase entonces el venerable padre presidente en su mision de San Cárlos en su ordinaria tarea, y habiendo recibido la carta, dando por cierta la venida de los seis misioneros que estaban nombrados y ya su reverencia sabia por carta quiénes eran; por las vivas ansias que tenia de dichas fundaciones, puso la mira al número de operarios que éramos, que no habia mas supernumerario que uno en su mision de Monterey, que suplia cuando salia su reverencia á la visita; y que en la de San Diego estaba mi padre compañero fray Pedro Benito Cambon, que habia llegado poco hacia de la dilatada expedicion que casualmente hubo de hacer á las Filipinas, cuyo barco, que por diciembre anterior arribó á San Diego, lo dejó enfermo, y se hallaba todavía convaleciendo en la dicha mision de San Diego. Confiado en que estaria algo reforzado para suplir, le escribió que se animase y pasase á la mision de San Gabriel, que allí se verian, como lo hizo y diré después.

No quiso su reverencia perder el mérito de los trabajos, así del camino como en las fundaciones que ya preveia: dejó el supernumerario supliendo en la mision de Monterey, é hizo la cuenta como que salia á visitar, y así se puso en camino para San Gabriel, haciéndole olvidar los accidentes el fervoroso celo é innata inclinacion que tenia de aumentar el número de hijos de Dios y de la santa Iglesia. De paso hizo confirmaciones en las dos misiones de San Luis y San Antonio, dejando confirmados los neófitos que se habian bautizado después de su última visita. Pasó por la canal de Santa Bárbara, alegrándose mucho de ver aquella gentilidad, que ya estaba en vísperas de que les amaneciese la luz de la fe: procuró regalarlos y agasajarlos, dándoles á entender que en breve volveria, y no tan de paso, sino á vivir con ellos, de que manifestaban alegrarse.

El 18 de marzo, y muy tarde, llegó al nuevo pueblo de Nuestra Señora de los Angeles, y paró á hacer noche, y el dia siguiente muy de mañana salió para la mision de San Gablel, que dista cuatro leguas; y segun me dijo su reverencia, se le hicieron largas, ya fuese porque iba en ayunas, ó por los grandes deseos de llegar, que ya fué tarde. Halló á los padres ministros de ella sin novedad, y con ellos al padre Cambon, ya convaleciente y en estado de poder trabajar, de que se alegró mucho; y dejando los cumplimientos para después, mandó repicar para la misa; que cantó su reverencia, y en ella hizo una fervorosa plática del santísimo patriarca señor san José, cuyo dia era, olvidando el cansancio de ciento treinta leguas desde Monterey, y las cuatro últimas andadas aquella misma mañana.

Por la tarde hizo al señor gobernador los religiosos cumplidos, que correspondió á la visita el dia siguiente, y en ella trataron el punto de las fundacionos y resolvieron el fundar la mision de San Buenaventura al principio de la canal, y quedando en ella de ministro interino el padre Cambon, pasarian á fundar en el centro de la canal el presidio y la mision de Santa Bárbara.

Aunque el devoto padre deseaba celebrar en la mision la semana Santa, pero se hubo de contentar solo con los deseos, porque se publicó la salida para el 26 de marzo, que fué martes Santo. En los seis dias que estuvo su reverencia en la mision de San Gabriel hizo los mas dias confirmaciones hasta el mismo dia de la salida, que después de acabada la misa hizo las últimas, y salió con la expedicion, que se componia de tanto gentío que jamás se habia visto tanta tropa junta en estas fundaciones, pues á mas de la tropa perteneciente al presidio y tres misiones, que eran setentá soldados con su teniente capitan comandante para el nuevo presidio, un alférez, tres sargentos y sus correspondientes cabos. Iba el señor gobernador con diez soldados de la compañía de Monterey, sus mujeres y familias, que los mas eran casados: los arrieros con las recuas de útiles, víveres y sirvientes, y algunos indios neófitos para dar principio á la mision: solo de padres era tan corto el número, que se reducia al venerable padre Junípero y al padre fray Pedro Cambon. Viendo el venerable padre tanta disposicion y tanto gentío que iba á la fundacion de la mision de San Buenaventura, podia decir, acordándose de la cortedad de gente y provisiones con que se habian fundado las demás: *Quo tandem tardius eo solemnius*, que se dice de la canonizacion del mismo doctor seráfico.

Salió toda la dicha expedicion que habia en la mision de San Gabriel el dia 26 de marzo, y se dirigió rumbo al Noroeste para la costa de la canal de Santa Bárbara. A la primera jornada como á la media noche les llegó correo de la dicha mision de San Gabriel despachado por el señor teniente coronel don Pedro Fajes, comandante de la expedicion que habia venido por órden del comandante general al rio Colorado con el encargo de que cruzando el rio caminase á San Gabriel á comunicar y tratar las órdenes que llevaba con el señor gobernador de la provincia; y habiendo llegado dicho señor Fajes le despachó correo, y en cuanto recibió la carta, á aquella misma hora se puso en camino con sus diez soldados, retrocediendo prra San Gabriel, dejando la órden al comandante del nuevo presidio de Santa Bárbara

para que siguiese la expedicion su camino á la canal, que él luego volveria; que en caso de dilatarse diese principio á la mision de San Buenaventura, y que allí lo esperasen. Con esto siguió para San Gabriel á tratar con el señor Fajes el asunto del rio Colorado de que hablaré en el capítulo siguiente.

Siguió la expedicion al otro dia su camino, y el 29 de marzo llegaron al principio de la canal; pararon su real en el paraje nombrado por la primera expedicion del año de 69 de la *Assumpta*, ó asuncion de nuestra Señora, premeditado desde entonces para la mision de San Buenaventura, cuyo sitio está cerca de la playa, en cuya orilla hay un gran pueblo de gentiles, bien formado de casas piramidales pajizas. Está dicho sitio en la altura del Norte de 34 grados y 13 minutos. El dia siguiente de la llegada se empleó la gente en hacer una grande cruz, una enramada que sirviese de capilla, y en componer, y adornar el altar para decir el siguiente dia la primera misa.

El dia último de marzo y primero de la alegre Pascua de la resurreccion del Señor, bendijo el venerable padre presidente el terreno y santa Cruz, y adorada la enarbolaron y fijaron, y cantó su reverencia la primera misa, en la que predicó del soberano misterio á la tropa; y se tomó posesion del sitio para la mision del seráfico doctor san Buenaventura. Los gentiles del pueblo manifestaron alegrarse con los nuevos vecinos, y oficiosos ayudaron á hacer la capilla, y continuaron gustosos, ayudando á hacer la casa para el padre, todo de madera, á la que luego dieron mano, y los soldados destinados de escolta empezaron á cortar madera para cuartel y sus casas particulares, con una estacada para la seguridad y defensa.

Asimismo se dió mano á conducir por zanja la agua de un crecido arroyo perenne, que tiene cerca del sitio, á fin de tener corriente el agua pegada á las casas, como tambien para aprovecharlas para siembras, y lograr cosechas para mantener á los que se convirtiesen. Por medio de un neófito de la mision de San Gabriel, que algo entendia la lengua, se pudo dar á entender á los gentiles el motivo á que habian venido á sus tierras, que no era otro que el dirigir sus almas para el cielo haciéndolos cristianos. Aunque en los quince dias que en dicha iniciada mision se mantuvo el venerable padre fundador no logró el ver bautizado alguno; pero sí en la visita del siguiente año ya halló su chinchorrito de cristianos, y cuando acabó la tarea de su apostólica vida, contaba ya cincuenta y tres cristianos, y cada dia se van aumentado.



CAPITULO LIII.

DASE NOTICIA DE LO SUCEDIDO EN EL RIO COLORADO, Y EFECTOS DE LA EXPEDICION. FÚNDASE EL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA, SUBE EL VENERABLE PADRE PRESIDENTE PARA MONTEREY.

Queda dicho en el antecedente capítulo, cómo el señor gobernador desde la primera jornada del camino para el canal se regresó para la mision de San Gabriel, á donde fué á amanecer el dia 27 de marzo, y trató con el señor teniente coronel don Pedro Fajes los asuntos y órdenes que traia del señor comandante general, y le refirió por menudo todo lo acaecido, segun las declaraciones que jurídicamente hicieron los rescatadores, que tuve la dicha de tener en mis manos, y leerlas por habérmelas prestado el dicho señor Fajes, que actualmente se halla gobernador de la provincia. Y aunque el asunto no es perteneciente á esta historia, diré solo aquello que abona lo que en estas misiones se ha practicado á direccion del venerable padre Junípero, no omitiendo cuanto sea de edificacion.

Dice que los indios yumas, que es la nacion que puebla las orillas del rio hácia al paso, aunque al principio que se fué á fundar se manifestaron de paz y no hicieron resistencia, sino al parecer se alegraban de la vecindad de los nuestros, que se fundaron dos misiones, de la Purísima Concepcion de Maria santísima, y de San Pedro y San Pablo, á distancia de tres leguas la una de la otra, y las dos á este lado del rio en el rumbo que mira á estos establecimientos de Monterey. Se establecieron dichas misiones en el método que queda dicho en el capítulo 51. Y como los padres misioneros no tenian con que atraerlos ni congratularlos, ni que tratar mucho con ellos, se dificultaba la reduccion; no obstante, no dejaban los gentiles de frecuentar los dichos pueblos, pero solo de paso á hacer sus tratos y cambalaches con los soldados y pobladores, como tambien por el interés de conseguir alguna ropa á trueque de maíz, de que ellos cogian alguno en las orillas del rio, aunque no es cosa mucha, pues se mantienen como los demás gentiles, de semillas silvestres. No obstante lo dicho, con esta comunicacion y ayuda de un buen intérprete, lograron el bautizar á algunos, aunque pocos; y como estos no vivian en los pueblos, sino en sus rancherías con los gentiles, con la misma libertad y costumbres de ellos, se arrimaban muy poco á la mision á rezar, viéndose precisados los misioneros de ir á buscarlos por las rancherías, y á estar con ellos algunos dias para rezar la doctrina, y enseñarlos algo, y para atraerlos á que fuesen á misa los dias festivos, costando lo dicho mucho trabajo y desazones.

Á esto se agregó el sentimiento que causaba

á dichos gentiles el ver que las bestias y ganados de los soldados y pobladores se comian los zacates, quedando ellos privados de las semillas, de las que antes la mayor parte del año se mantenian: veian al mismo tiempo que los pobladores se habian apropiado los cortos pedazos de tierra que se pueden aprovechar, y que ellos ya no los podian sembrar como hacian antes, que en ellos sembraban maíz, frijol, calabazas y sandías, aunque de todo poco por la cortedad de la tierra, que solo en los derrames ó vegas que quedan con humedad, al minorar las aguas del rio en tiempo de seca, se logra. Viéndose privados de esto, que reputan por grande heredad, y que se aprovechaban los nuevos vecinos, no aprovechándose ellos siendo naturales de aquella tierra, los incitó el enemigo en la cabeza, como que conocia á que se dirigian estas poblaciones á hacerlos cristianos, y quirarlos de su tirana esclavitud y dominio, una gran ojeriza contra los españoles, y resolvieron echarlos no solo de su tierra, sino del mundo, acabando con ellos, para quedarse con la caballada, de que son muy codiciosos.

Nada de esto entendieron los soldados ni pobladores; pero segun las declaraciones, algo recelarian los padres misioneros, pues mucho tiempo antes iban disponiendo á los soldados y vecinos para que los cogiese la muerte prevenidos, y así todos los dias les predicaban, de que resultaba mucha frecuencia de sacramentos y asistir á la iglesia al rezo de la corona, y andar el viacrucis y otros ejercicios: así preparados y ejercitados, que parecian mas conventos que pueblos.

Un domingo, acabada la misa última, á un mismo tiempo cayeron en ambas poblaciones muchísimos gentiles, que quitaron la vida al comandante, al sargento y á todos los soldados y vecinos, menos unos pocos que se se pudieron esconder, y á los cuatro padres misioneros, que en cuanto vieron el estrago empezaron á ejercer su ministerio apóstolico confesando á unos, ayudando á otros á morir con fervorosas exhortaciones; quitaron con mayor crueldad la vida estando en el actual ejercicio de la caridad. Asimismo quitaron tambien la vida al capitan don Fernando Rivera y Moncada y á los soldados de Monterey, que todos ocho estaban con la caballada á la otra banda del rio, no obstante que pelearon bastante hasta morir, y se quedaron con la caballada.

Uno de los pocos soldados que se pudieron esconder, se escapó y fué á salir al primer presidio de la Sonora, y dió cuenta de lo sucedido al capitan del presidio, y este al comandante general, que mandó luego juntar la tropa que se pudo de dragones voluntarios de Cataluña y de soldados de cuera y los despachó al mando del teniente coronel don Pedro Fajes y con un segundo comandante capitan que era de tropa arreglada, con la órden de llegar al rio Colorado, y hallando ser verdad la declaracion del soldado, que quedó ínterin arrestado, procurase primero rescatar todos los cautivos, y para ello llevase ropas y otras cosas que apetecen los indios, y conseguido esto, procurase indagar por los rescatados, quiénes habian sido las cabecillas; que los asegurasen y llevasen presos para Sonora, y que á los demás se les diese el merecido castigo; y que comunicase con el gobernador de Monterey, y tratasen de ir á caerles á un mismo tiempo por ambas partes del rio, para que saliese á toda satisfaccion la empresa y quedasen los gentiles castigados y escarmentados, y no se imposibilitase el paso tan importante.

Caminó el dicho señor comandante Fajes con su expedicion para el rio Colorado, y llegados á él hallaron despobladas las orillas del rio cerca del paso, cruzaron á esta banda, llegaron á los sitios de las misiones, y lo hallaron todo quemado y reducido á cenizas; los difuntos tirados al sol y sereno, que mandó enterrar, halló los cuerpos de los venerables padres misioneros de la primera mision fray Juan Diaz, de la provincia de San Miguel de la Estremadura, y fray Matías Moreno de la provincia de Burgos, los halló tirados enteros al sol en distintos sitios el uno del otro, los que mandó poner en unos cajones para llevarlos á Sonora.

De allí pasó al sitio de la otra mision, y la halló de la misma manera incendiada, y á los difuntos tirados, y practicó lo propio que con los de la primera. Pero no hallaban los cuerpos de los misioneros, que eran los padres fray Francisco Garcés, de la provincia de Aragon, y fray Juan Barraneche, de la provincia de Santa Elena de la Florida y Habana: pensaban todos que no les habrian quitado la vida, fundados en que el dicho padre Garcés era muy querido de los indios, habia vivido mucho tiempo con ellos, sin compañero y sin soldado, sin haberle hecho lo mas mínimo, antes bien lo estiman entrañablemente, y lo mantenian con sus comidas silvestres; que comia con tanto gusto como los mismos gentiles, conocido de ellos por el viva Jesús, que era su salutacion ordinaria con los indios, y hacia que ellos así se saludasen.

Dicho padre con un solo indio de compañero habia andado muchísimas naciones no conocidas desde el rio Colorado antes que se poblase; vino á estas misiones y de aquí se fué y entró á la provincia del Moxi y de esta á Sonora, sin que los gentiles de tantas naciones como visitó le hubiesen hecho lo mas mínimo y sin entender la lengua él y su compañero el indio, y tan distintas lenguas de tantas naciones, y en todas partes les daban de comer de las comidas que usan. Por lo dicho juzgaban todos que no lo matarian ni á su compañero, sino que estarian entre los gentiles, que no podian dar con ellos para preguntarles. Pero no quiso Dios privarle del grande mérito de dar su sangre y vida en demanda de la conversion de los gentiles y quiso Dios que fuese cuando mas resguardado se hallaba de tropa, pues

le quitaron la vida con la misma crueldad que á los demás, segun la declaracion que dieron después los que quedaron con vida y cautivos.

Repararon los soldados de la expedicion que iban recogiendo á los difuntos, en un tramo de tierra que estaba verde entre la demás quemada, toda vestida de zacate verde y matizada de flores de varios colores, las unas conocidas y las otras no: habia entre ellas la manzanilla y otras. Mandó el comandante cavar allí, y hallaron á los benditos padres, cuyos venerables cuerpos estaban juntos, y ambos ceñidos con sus cilicios, los que se mantenian sin haberse consumido; y segun consta de las declaraciones hechas, allí los enterró una india gentil vieja, que en vida queria y estimaba mucho á los padres, y viéndolos muertos hizo un hoyo y los enterró.

Mandó el comandante Fajes ponerlos en unos cajones, que después llevó consigo y los entregó personalmente al reverendo padre presidente de las misiones de la Pimería en Sonora, pertenecientes al colegio de Santa Cruz de Queretaro, junto con las declaraciones hechas sobre todo lo acaecido, y entre las cosas particulares que en ellas se contienen y he leido, es una la siguiente que no omito por mas particular; dice que:

Después de haber sucedido el incendio de las misiones, luego que entraba la noche se veia una procesion de gente vestida toda de blanco, todos con velas en las manos encendidas y delante su cruz con ciriales, y daban vueltas al rededor del recinto en donde habia estado la mision y que cantaban no saben qué; y que después de haber dado muchas vueltas desaparecian, y que esto lo vieron muchas neches no solo los cristianos, sino tambien los gentiles, y que á estos les causó tal horror é infundió tal temor, que desampararon sus tierras y se mudaron como ocho leguas mas abajo, tambien á la orilla del rio; que allí llevaron los cautivos cristianos, aunque á estos no causó dicha vision ni horror ni temor, sino alegría. Esta mutacion fué la causa de no haber hallado en el sitio á la nacion Yuma. Buscáronlos rio abajo, y como ocho leguas del sitio los hallaron, pero metidos en la espesura de un bosque ó monte de arboleda pegada al rio, sin poder conseguir el sacarlos, ni poder tratar con ellos mas que fuera de tiro; pero consiguieron en buenas, así de lejos, rescatar todos los cautivos á trueque de ropas; y viendo el comandante que por entonces no podia hacer otra accion, determino volver para Sonora con todos los rescatados y con los cuerpos de los difuntos, y dar cuenta de todo al comandante general, y así lo practicó.

Enterado de todo el señor comandante general, dióle nueva órden para que se juntase la expedicion á fin de coger las cabecillas, que ya constaba por las declaraciones de los rescatados, quienes habian sido los principales motores, como tambien para escarmentar aquella atrevida y rebelde nacion Yuma. Para que se cogiese, dió órden al teniente coronel Fajes, que iba de comandante, para que llegado al Rio Colorado dejase allí al mando del capitan que iba de segundo comandante la mayor parte de la tropa, y con parte de ella cruzando el rio, llegase á estos establecimientos á tratar con el señor gobernador de la provincia sobre este asunto, á quien le enviaba la órden para que con toda la tropa que fuese posible pasase en persona á la expedicion del Colorado, para que repartida dicha tropa por ambas partes del rio, se lograse el deseado fin. A esto venia el dicho señor Fajes, y llegó á San Gabriel el mismo dia 26 de marzo que habia salido de dicha mision el señor gobernador para la fundacion de la Canal, como ya dije.

En cuanto el señor gobernador recibió los pliegos que le remitió el señor Fajes, se regresó para dicha mision; allí trataron ambos el asunto, y acordaron el dilatar la ida al Rio Colorado hasta setiembre que estaria el rio en disposicion de vadearse; y para que no estuviese la tropa de Sonora detenida tanto tiempo en dicho rio, pasó el señor Fajes al rio á darles la órden para que se retirasen á la Sonora con los pliegos para la comandancia, en que se daba cuenta de lo determinado, y el señor Fajes se regresó con su tropa á San Gabriel á esperar el tiempo señalado para la expedicion, la que se ejecutó por setiembre; pero no se consiguió la pacificacion de dicha nacion, aunque se mataron á muchos gentiles, sin muerte alguna de parte de los nuestros, solo algunos salieron heridos, aunque no de muerte; pero siempre el paso imposibilitado. Con lo dicho parece quedarian desengañados los señores comandante general y gobernador de la provincia, que el nuevo método que habian ideado para la reduccion de los indios no era tan á propósito como el que en estos establecimientos tenemos; por lo que desengañados con los gastos que se habian hecho, y tan excesivos, sin efecto alguno, parece les hizo ceder del intento y proyecto que tenian de que los establecimientos de la Canal fuesen con el ideado método de que los misioneros corriesen solo en lo espiritual, y que los gentiles que se convirtiesen viviesen y se martuviesen como cuando gentiles y en la misma libertad.

CAPITULO LIV.

PROSIGUE LA MATERIA DEL ANTECEDENTE DE LA FUNDACION DEL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA.

En cuanto el señor gobernador se vió desocupado por lo resuelto de la suspension de la expedicion del Colorado hasta el mes de setiembre que hubo despachado al rio al señor Fajes, como queda dicho, salió de San Gabriel para dar mano á los establecimientos de la Canal. Llegó á mediados de abril á la iniciada mision de San Bue-

naventura, vió el sitio y lo mucho que se iba estableciendo con el mismo método espiritual y temporal que todas las demás, y no habló palabra, no obstante que tenia ideado é informado, como después se supo, que fuesen estas misiones fundadas segun el nuevo método del Rio Colorado, aunque la variacien de éxitos y efectos, segun lo que habia oido al señor Fajes, puede ser le abriese los ojos y le hiciese mudar de idea é intencion, pues no habló palabra ni se quiso oponer al método que vió en la mision de San Buenaventura.

En breve habló de pasar adelante y dar mano á la fundacion del presidio de Santa Bárbara, y el venerable padre presidente trató lo mismo. Dejó de ministro interino de San Buenaventura al padre Cambon, mientras llegaban los barcos, y con ellos seis misioneros que se esperaban. Y el señor gobernador para la escolta de la mision principiada, dejó un sargento y catorce soldados, que hasta la presente no se habia fundado con tanta escolta mision alguna, y en breve se le añadieron otros diez al regreso del señor Fajes, ínterin llegaba el mes de setiembre para la expedicion del Colorado.

Toda la demás tropa siguió para la fundacion del presidio con los dos oficiales teniente y alférez, y señor gobernador con los diez soldados de Monterey. Fué tambien siguiendo la expedicion el venerable padre presidente. Caminaron por la costa ó playa de la canal mirando las islas que la forman, y habiendo andado como nueve leguas de la mision de San Buenaventura, que se juzgó como á la medianía de la canal, mandó el gobernador parar la tropa, y con el reverendo padre presidente y algunos soldados se hizo el registro de aquellas cercanías, y hallaron sitio muy al propósito para la ubicacion del presidio á la vista de la playa, que allí forma una especie de ensenada en la que podrian dar fondo los barcos, en cuya playa tiene una grande ranchería de gentiles. Mandó el señor gobernador parar el real en dicho sitio apto, y se puso mano á hacer una cruz grande y una barraca para primer capilla y la mesa para el altar. Bendijo el venerable padre presidente el terreno y la santa cruz, que adorada y enarbolada, dijo la primera misa, que oyó el señor gobernador con los oficiales y toda la tropa, y en ella hizo su reverencia una fervorosa plática, y se concluyó la funcion tomando posesion del sitio sin la menor contradiccion de los naturales de él.

El dia siguiente empezaron el corte de madera para las fábricas de capilla, casas para el padre, oficiales, cuartel, almacenes, casas para las familias particulares de los soldados casados y estacada. Mantúvose el venerable padre presidente en dicho presidio una temporada, hasta que le dijo el señor gobernador que no empezaria á fundar la mision hasta quedar concluido el presidio: oyendo esto su reverencia, dijo: Pues, señor, yo aquí no hago falta no pasando á fundar la mision, y así determino pasar á Monterey, porque ya no pueden tardar mucho los barcos; desde allí enviaré á los padres, y entre tanto, para que aquí no se quede tanta gente sin misa y quien les administre, llamaré á uno de los misioneros de San Juan Capistrano: así lo practicó, dejando primero confirmados á todos los de la tropa que no habian recibido este santo sacramento.

Salió del presidio de Santa Bárbara para Monterey lleno de gozo por ver ya fundada la mision de San Buenaventura, que tantos años habia anhelado: visitó de paso las dos misiones de San Luis y San Antonio, y en ambas hizo confirmaciones, confirmando á los que se habian bautizado desde marzo que habia hecho en ellas confirmaciones, y se retiró para su mision de San Cárlos á mediados del mes de junio. Llegó á buen tiempo, pues aquel mismo dia, poco antes de llegar á Monterey, se encontró con el correo que traia los pliegos y cartas de Méjico venidos por los barcos que habian dado fondo en este puerto el 2 de junio de dicho año de 83; y aunque la noticia de la llegada de los barcos alegró á su reverencia, pero diciéndole que no venian padres, lo entristeció, como diré en el capítulo siguiente.

CAPITULO LV.

SUSPÉNDENSE LAS FUNDACIONES DE LA CANAL CON GRANDE PENA DEL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Al mismo tiempo que el señor comandante general mandó reclutar la tropa para los establecimientos de la canal, pidió el nuevo virey, el excelentísimo señor don Martin de Mayorga, al reverendo padre guardian de nuestro colegio, á peticion de dicho señor comandante, seis misioneros sacerdotes para las tres misiones, nombrándolos el venerable discretorio de los que voluntariamente se ofrecieron, y uno de ellos tuvo oportunidad de escribirlo, por cuyo medio llegó dicha noticia á estas misiones, y por esta daba por cierto el venerable padre presidente que vendrian con el barco dichos padres; pero no fué así, por lo que ya refiero.

Habiéndose nombrado los seis misioneros, ocurrieron á su excelencia pidiendo lo acostumbrado y establecido de ornamentos, utensilios de iglesia, sacristía, los sínodos para la mision y trasporte del camino, como tambien para los de casa y campo. Todo lo mandó aprontar su excelencia, menos lo perteneciente á útiles de casa y campo, excusándose con decir habian escrito los señores comandante general y gobernador de la provincia que no eran necesarios y que no se diese para ellos. Viendo los padres esta respuesta, indagaron con toda sagacidad la causa ó motivo, y supieron por cierto de que intentaban se fundasen dichas tres misiones con nuevo mé-

todo, esto es, con el que se fundaron las dos del rio Colorado, como queda expresado.

En cuanto se cercioraron de esto, se presentaron por escrito al venerable discretorio, excusándose para la venida por lo que habian sabido, y que en atencion á que con el nuevo método no habian de conseguir la conversion de los gentiles (que desea su majestad), que eran los de la canal de la misma calidad que los de la California nueva, pues están en el centro de lo conquistado, que solo se conseguia su reduccion por el interés de tener que comer y vestir, y después poco á poco se les entra el conocimiento del bien y del mal espiritual. Que mientras no tuvieren los misioneros qué darles, no les cobrarian afecto; si no vivian juntos en pueblo bajo de campana, sino en sus rancherías, de la misma manera que cuando gentiles, desnudos y hambrientos, no se podria conseguir el que dejasen las viciosas costumbres de la gentilidad, ni que se civilizasen, como tanto encarga su majestad á los misioneros dedicados á las nuevas conversiones, como consta por sus leyes de Indias; y supuesto que con el nuevo método ideado no se habia de conseguir el fin, era ocioso el que su majestad gastase en sínodos anuos y en su trasporte de mar y tierra; y que habiéndose ofrecido ellos voluntariamente, de la misma manera se excusaban.

Viendo el reverendo padre guardian y padres discretos las razones tan fundadas de los misioneros destinados, las representaron á su excelencia; pero como la determinacion no dependia de su superior gobierno, sino de la comandancia general, que dista mas de quinientas leguas de Méjico, hubo demora en la respuesta, y se suspendió la venida de dichos ministros. Y escribió el reverendo padre guardian al padre presidente lo que habia pasado, y que en atencion á ello, no pasase á fundar dichas misiones hasta nueva órden, que seria cuando no hubiera novedad en el método que hasta la presente se habia observado, y con él conseguido el principal fin.

Afligió en gran manera esta impensada noticia al fervoroso corazon del celosísimo prelado, considerando ser ardid del enemigo para impedir la conversion de aquellos gentiles; pero no por esto perdió la paz interior, sino que ofreciendo al Señor sus deseos, se conformó con su santísima voluntad y se resignó á la del prelado, pues la mas leve insinuacion la cumplia como si fuera precepto. Veia la voluntad del prelado al mismo tiempo que ya tenia fundada una de las tres misiones, porque daba por cierto vendrian los misioneros, porque viendo que no solo no venian, sino que le decia el reverendo padre guardian se suspendiesen las fundaciones, entró en la duda si debia retirar el misionero de la mision fundada de San Buenaventura, supuesto que estaba tan á los principios, y si el darla por fundada dejando en ella padres, seria faltar á la voluntad del prelado. No quiso su reverencia por sí deliberar, por no errar, llevado de la grande inclinacion que siempre tuvo de aumentar el número de misiones, que para ello jamás se le propuso dificultad alguna, confiado siempre en Dios, como dueño de esta espiritual labor, y así para no proceder con su solo parecer, quiso hacer junta de misioneros los mas inmediatos á Monterey.

Hallábase en su mision con el compañero y uno supernumerario; escribió á las cuatro misiones mas inmediatas, y concurrimos uno de cada mision: juntos todos los siete, nos leyó la carta del reverendo padre guardian, que referia todas las noticias dichas, como tambien nos refirió el cómo se habia fundado la mision de San Buenaventura en el mismo método de las demás de la conquista, como lo habia visto el señor gobernador y no habia hablado palabra, quien sí en su interior tenia otra cosa, hasta ahora no lo habia expresado; que tal vez habiendo experimentado el efecto de las dos del rio Colorado con tanta pérdida de tantas vidas y excesivos gastos de la real hacienda, así por lo que allí se perdió como en lo que se gastó en las expediciones para castigar a los gentiles y sin efecto, podria ser que hubiese mudado de dictámen. Pero que no obstante esto, deseaba nuestro parecer para determinar si habia de permanecer la mision de San Buenaventura.

Enterados de todos los puntos y conferenciados los reparos que á cada uno ocurrieron, se resolvió que en atencion á lo dicho, ya que para la dicha mision de San Buenaventura se habian recibido desde el año de 69, no solo los ornamentos, vasos sagrados, utensilios de iglesia y sacristía, sino tambien los de casa y campo, y que para dicha fundacion habian estado depositados desde el año de 71, y á la presente habia dos misioneros supernumerarios que podrian estar de ministros de la iniciada mision, fueron todos de parecer subsistiese esta, dándose por fundada por haber llegado la órden del prelado verificada ya la fundacion y en el antiguo método, porque de desamparar el sitio se seguirian muy malas consecuencias y atrasos á la conquista.

Conformóse su reverencia con el parecer de todos, quedando su corazon y conciencia sosegada. Luego nombró dos ministros para ella, para que cuanto antes caminasen para su destino, quedándose por esta razon la de San Cárlos sin supernumerario, y ya imposibilitado el venerable padre presidente á salir al ministerio de confirmaciones en las demás misiones. De todo lo resuelto y practicado dió cuenta por los barcos al reverendo padre guardian del colegio y venerable discretorio, suplicando que para el siguiente año enviasen á lo menos dos religiosos para supernumerarios, porque se veia por esta falta imposibilitado de salir á visitar y confirmar, y que en caso de enfermedad ó muerte de algun misionero, no habia quien pudiese suplir, que seria de mucho desconsuelo para el que quedase solo.

Vióse el fervoroso y laborioso prelado imposibilitado de salir á sus visitas anuas hasta el siguiente año, de que hablaré en el capítulo siguiente; pero se dió con mas afan á la espiritual labor de su mision, y lo consoló el Señor enviándole muchos gentiles, hasta rancherías enteras, en cuya educacion se empleó instruyéndolos en el catequismo, é instruidos bautizaba y confirmaba, aumentando en gran manera el número de hijos de Dios y de la santa Iglesia. Este fruto espiritual que con abundancia cogia en su mision, por un lado lo consolaba y por otro lo afligia, acordándose de la canal, que mayor fruto se cogeria, por lo que incesantemente pedia al Señor operarios para aquella su viña, pues segun lo que habia experimentado, estaban ya de sazon.

CAPITULO LVI.

LLEGA EL SOCORRO DE DOS MISIONEROS Y SALE EL VENERABLE PADRE PRESIDENTE Á HACER SU ÚLTIMA VISITA Á LAS MISIONES DEL SUR.

Enterado el reverendo padre guardian por carta del padre presidente de quedar establecida la mision de San Buenaventura con el mismo método que las demás, lo que aprobó, y viendo que ya no quedaba supernumerario alguno, propuso en discretorio esta necesidad, y no obstante de hallarse el colegio con tan corto número de religiosos que siguiesen la comunidad, que apenas excedia el número de diez y ocho que estábamos en estas nueve misiones, y que no se tenia la menor noticia de la mision de España, determinaron viniesen dos para suplir en las necesidades que ocurriesen, los que luego se aprontaron y caminaron para San Blas, y habiéndose embarcado llegaron con felicidad á este puerto el 2 de junio de 1783, y habiendo descansado unos dias en esta mision y en la de Santa Clara, llegaron por tierra á la de San Cárlos de Monterey á tomar la bendicion del reverendo padre presidente, que hallaron malo de una fluccion que le habia caido al pecho.

Este accidente del dolor del pecho ya hacia muchos años que lo padecia desde que estuvo en el colegio, aunque jamás se quejó ni hizo la menor diligencia de ponerse en cura, haciendo tanto caso de este accidente como de la llaga é hinchazon del pié y pierna, que cuando le hablamos de aplicarle algun remedio solia responder: *dejemos esto, no lo váyamos á echar á perder: así vamos pasando;* añadiendo el dicho de santa Agueda: *Medicinam carnalem corpori meo nunquan exhibui.* Este dolor y sufocacion del pecho, aunque nunca se explicó si sentia ó no lastimado de él, yo así lo juzgué, acordándome de lo que su paternidad practicaba en muchos de los sermones de las misiones que predicó entre fieles, que ya queda dicho, á fin de mover á los del auditorio á llorar sus culpas y dolerse de sus pecados. A mas de la cadena que ya solia sacar á imitacion de san Francisco Solano, con la que cruelmente se azotaba en el púlpito, mas de ordinario sacaba una grande piedra que solia tener prevenida en el púlpito, y al concluir el sermon con el acto de contricion, enarbolaba la imágen de Cristo crucificado con la mano izquierda, y cogia con la otra el canto ó piedra, con la que se daba en el pecho todo el tiempo del acto de contricion tan crueles golpes, que muchos del auditorio recelaban no se rompiese el pecho y se cayese muerto en el púlpito.

Usaba tambien para mas mover al auditorio, principalmente en los sermones de infierno ó de la eternidad, de otra inventiva bien pesada, lastimosa y peligrosa para lastimar el pecho; y era que solia sacar una hacha de cuatro pabillos encendida, á fin de que los oyentes viesen la alma en pecado ó condenada, y concluia abriéndose el pecho (que para el efecto tenia el hábito y túnica abiertos por delante) y á raíz de la carne apagaba la grande llama del hachon, deshaciéndose la gente en lágrimas, unos de dolor de sus pecados y otros de compasion del fervoroso predicador, juzgando que sin duda habria lastimado su pecho. Pero bajaba el celoso padre del púlpito sin la menor novedad y como si tal accion hubiera hecho, y jamás manifestó si habia quedado lastimado, aunque era natural que así sucediese, y que quedase el pecho herido y quemado, de cuyas resultas le quedaria lo que parecia cargazon en el pecho, de que solo sentia alivio descargando y deponiendo algunas flemas. Una de las ocasiones en que se sintió mas malo fué cuando llegaron los dos misioneros dichos á la mision de Monterey, los que recibió el venerable prelado con estrecho abrazo de amoroso padre, alegrándose mucho de su llegada; pero sintiendo al mismo tiempo el que no hubiesen venido mayor número para poder verificar las fundaciones de la canal. Dió á Dios las debidas gracias conformándose con su santa voluntad, repitiéndole sus súplicas para que enviase operarios para la canal.

En cuanto tuvo quien pudiese suplir su ausencia determinó dejar en su mision uno de los que acababan de llegar, que fué el padre fray Diego Noboa, de la provincia de Santiago de Galicia, y con él otro de la misma provincia llamado el padre fray Juan Riobó, bajar para San Diego este para suplir en cualquiera necesidad de las misiones del Sur, y su reverencia para hacer la última visita de aquellas misiones y confirmar los neófitos de ellas. Dilatóse la salida del barco hasta agosto, y en esta detencion se le agravó el accidente del pecho, de modo que todos juzgamos no estaba en disposicion de embarcarse, y mucho menos para poder volver por tierra con tan dilatado camino.

Lo mismo juzgaba el venerable padre presidente, pues el dia que se embarcaba me escribió la despedida, encargándome los asuntos particula-

res del oficio, y concluia su carta con mucha gracia y resignacion: *Todo esto digo porque mi vuelta puede ser en carta, pues tan agravado me hallo; encomiéndeme á Dios.* No obstante de hallarse tan malo, el celoso y fervoroso incendio que residia en su corazon lo hacia posponer su salud y vida por la caridad del prójimo, no dándole lugar á privarlos de los bienes espirituales del santo sacramento de la confirmacion, y como veia que solo hasta julio del siguiente año que se cumplia el decenio de la concesion, duraba esta extraordinaria facultad, no quiso omitir el hacer la diligencia de su parte, para que lograsen este bien espiritual, esperando en que Dios nuestro Señor, por quien emprendía este viaje, le asistiria. Con esta confianza se embarcó con el padre arriba expresado, y sin la menor novedad desembarcó por el mes de setiembre en San Diego.

Aunque no llegó mejor de sus males, pero sí muy alentado en el fervor y espíritu, de modo que luego trató con los padres de la disposicion de los neófitos para confirmarlos: así lo practicó, y dejándolos á todos con este bien espiritual, emprendió el camino por tierra de ciento setenta leguas hasta Monterey, haciendo su mansion en cada mision, procurando no dejar cristiano alguno sin confirmar, por ser la última visita con la dicha facultad. En la mision de San Gabriel, segun me escribieron los ministros, se vió apurado del accidente del pecho, que pensaban que allí se moria; pero no por esto dejaba de rezar, decir misa y confirmar, y era ya con tanta fatiga, que los indios chicos que le ayudaban á la misa, decian á sus padres ministros con mucha pena y dolor, que expresaban con lágrimas: Padres, ya el padre viejo (así lo llamaban) se quiere morir, con lo que se enternecian los padres y se les oprimia el corazon, y mas cuando tuvo á todos los neófitos confirmados, trató de ponerse en camino para la siguiente mision de San Buenaventura, recelosos no muriese en el camino, que es de mas de treinta leguas, sin mas poblacion que gentilidad.

Pero dióle Dios fuerzas para llegar á su querida mision de San Buenaventura (la última que habia fundado el año anterior), y viendo ya en ella su competente número de cristianos que el año antecedente habia visto gentiles, no cabia de alegría, dando muchas gracias á Dios; los que confirmó con extraordinario gozo y júbilo de su corazon, que al parecer le alivió sus males, pues salió de ella ya muy aliviado de la sufocacion del pecho y siguió su camino con el mismo alivio.

Cruzó por los pueblos de gentiles de las veinte leguas de la costa de la canal de Santa Bárbera, que no bajan de veinte pueblos bien formados y poblados de mucho gentío, y en cada uno de ellos se le derretia el corazon por los ojos: ya que no podia regar aquella tierra con su sangre para lograr su reduccion, porque no estaba en su mano, procuró regarla con lágrimas nacidas de sus fervorosos deseos, que le hacian prorumpir con el *Rogate Dominum messis, ut mitat operarios in messem suam:* (Matth. 9, vers. 38.) y la carencia de estos es de creer que le acortó la vida, segun las vivas ansias que tenia de la conversion de los gentiles, pues desde que recibió la noticia de no venir misioneros para las misiones de la canal, se le oprimió el corazon, ofreciéndolo á Dios nuestro Señor con sus deseos de la propagacion de la fe.

Saliendo de la canal siguió su camino, cruzando por las dos misiones de San Luis y San Antonio, en las que se detuvo á confirmar á los neófitos recien bautizados; y colmado de méritos llegó á su mision de San Cárlos por enero de 1784, con mas fuerzas y salud que cuando por agosto se embarcó, dejándo á todos admirados y llenos de gozo viéndolo otra vez en su mision cuando pensaban no volverlo á ver.

La llegada á su mision no fué para dar descanso á su cuerpo, tan fatigado de los caminos sobre la avanzada edad de setenta años ya cumplidos, sino para aplicarse con mas fervor al culto de su viña, catequizando á los gentiles, bautizando y confirmándolos, y en los demás ejercicios en que ordinariamente se empleaba, teniendo para ello distribuido el tiempo. Celebró la cuaresma y semana Santa con su acostumbrada devocion y ejercicios, y después de Pascua y haber concluido con los que habian de confesar y comulgar para el cumplimiento de la Iglesia, trató de venir á estas misiones del Norte á hacer la última visita.

CAPITULO LVII.

ULTIMA VISITA QUE HIZO EN ESTAS MISIONES DEL NORTE.

En cuanto se vió desocupado el venerable padre presidente de los precisos quehaceres de su mision, principalmente del cumplimiento de la Iglesia, salió para estas misiones á hacer las últimas confirmaciones y á bendecir la iglesia de la mision de Santa Clara, para lo que lo tenian convidado los misioneros de ella, que tenian determinado dedicarla el 16 de mayo. Salió su reverencia de su mision á últimos de abril, y no deteniéndose en Santa Clara, reservando para la vuelta el hacer confirmaciones, se vino para esta de nuestro padre San Francisco, la mas interna, adonde llegó el 4 de mayo sin novedad en la salud. Fué para mí su llegada de extraordinario gozo el ver en esta mision, la mas interna de lo conquistado, á mi amado y siempre venerado padre maestro y lector, que nueve meses antes se habia por carta despedido de mí, como si no nos volviésemos á ver: deseaba lograr la dicha de gozar su compañía tan amable por algunos dias en esta mision; pero Dios dispuso no fuese como

deseábamos, pues á los dos dias de llegados hube de salir á toda prisa para la de Santa Clara, por haber venido la noticia por posta de hallarse muy malo el principal ministro de ella el reverendo padre fray José Antonio Murguía.

En cuanto recibí la carta, tomada la bendicion del venerable prelado, que quedó para las confirmaciones, me puse en camino, y hallé al enfermo con una fuerte calentura; dispúsose con todos los santos sacramentos, y el dia 11 de dicho mes de mayo entregó su alma al Criador, de quien piamente creemos todos iria á descansar en la iglesia triunfante, y recibir del Señor el premio de su fervoroso celo de la conversion de las almas, en cuyo ejercicio se empleó treinta y seis años; los veinte en las misiones de los pames de la sierra Gorda, en las que convirtió á muchas almas, fabricó una suntuosa iglesia, que fué la primera que en aquellas conquistas se hizo de cal y canto.

Vino desde aquellas misiones para las Californias; en la antigua trabajo cinco años, y entregadas aquellas misiones á los padres domínicos, subió para esta nueva California, en la que fundó la mision de nuestra seráfica madre Santa Clara, dejando en ella bautizados cuando murió mas de seiscientos gentiles. En esta su mision acababa de fabricar una grande iglesia, que segun dijo el reverendo padre presidente, es la mejor y mas grande de todos estos establecimientos, de cuya fábrica habia sido el difunto no solo maestro, director y sobrestante, sino tambien peon, enseñando á los indios neófitos; teniéndola concluida para celebrar la dedicacion el dia 16 de mayo, fué Dios servido de llevarlo para sí el dia 11 de dicho mes, sin duda, como piamente creemos, para que tuviese mas premio en el cielo.

El especial afecto que siempre tuve á este religioso desde el año de 50 que nos conocimos y empezamos á ser compatriotas en el ministerio, hasta su muerte, que quiso Dios fuese yo y le administrase los santos sacramentos y ayudase, y la correspondencia de su afecto, no me da lugar á omitir esta memoria. No era menor el afecto que le tenia el venerable padre Junípero, pues siempre lo tuvo por perfecto religioso y grande operario para la viña del Señor, y por esto lo solicitaba con grandes ansias para estas nuevas misiones, como se puede ver en las cartas que quedan copiadas en su lugar. No obstante el cordial afecto que le tenia, no pudo su reverencia asistir á su muerte, pues no dió lugar lo agudo de la fiebre, y lo distante de quince leguas que se hallaba confirmando en esta mision de nuestro padre. Y en cuanto concluyó, dejando confirmados á todos los neófitos, caminó para Santa Clara en compañía del gobernador, que estaba convidado para padrino de la dedicacion de la iglesia.

Llegaron á aquella mision el 15 de dicho mes por la mañana, en donde los recibimos cuasi sin podernos hablar, por la pena que nos embargó las palabras, considerando la muerte del padre, que habia trabajado tanto para fabricar la iglesia que venian a bendecir, y cinco dias antes de la dedicacion se lo habia llevado Dios para premiarlo en el cielo. Por la tarde se hizo con toda la solemnidad posible la bendicion segun el ritual romano, con asistencia de todo el pueblo de neófitos y muchos gentiles que asistieron, como tambien de la tropa y del vecindario del pueblo de San José de Guadalupe. Y el dia siguiente, que fué el domingo quinto después de Pascua, dia de la consagracion de la basílica de nuestro santísimo padre San Francisco, cantó el reverendo padre presidente la misa, en la que predicó al pueblo con aquel espíritu y fervor que acostumbraba, y concluida la misa hizo confirmaciones en los que estaban ya preparados.

Aunque pensaba retirarme á mi mision, me detuvo su paternidad diciéndome se queria disponer para morir, por si no nos viésemos mas, pues se hallaba ya postrado, y que ya no le podia quedar mucho tiempo de vida. Hizo unos dias de ejercicios espirituales y su confesion general, ó repitió la que otras veces habia hecho, derramando muchas lágrimas, no siendo menos las mias recelando no fuese esta la última vez que nos viésemos: no logrando lo que ambos deseábamos de morir juntos, ó á lo menos que el último asistiese al que se adelantase, y mirando el que su paternidad se iba para su mision y yo para la mia, distantes cuarenta y dos leguas, y todas de gentilidad, no seria muy fácil el conseguirlo; pero quiso el padre de las misericordias y Dios de toda consolacion darme este consuelo, que diré en el siguiente capítulo.

Los dias que se detuvo en Santa Clara se empleó en disponerse para morir, como tambien en el santo ejercicio de bautizar á algunos que concurrieron (de que fué siempre muy goloso y jamás se vió harto) y confirmar á los neófitos que no habian recibido este santo sacramento; y habiendo algunos que por enfermos no pudieron venir á la iglesia, fué su paternidad á su ranchería á confirmarlos en sus casas, para que no se privasen de este bien; y no dejando á cristiano alguno sin confirmar, el mismo dia que hizo las últimas confirmaciones se puso en camino para su mision de Monterey, dejándome con aquella pena que se deja considerar de un filial afecto.

En cuanto llegó á su mision, que fué á principios de junio, envió para la de Santa Clara para ministro en lugar del difunto padre Murguía, al que estaba en Monterey de supernumerario fray Diego Noboa; y su paternidad entabló de nuevo su apostólico ejercicio, instruyendo de nuevo á los que faltaba de confirmar, antes que se cumpliese el decenio de la comision y facultad, que era el 16 de julio de dicho año de 84, y para dicho dia tuvo ya confirmados á todos los de su mision, sin quedar neófito alguno por confirmar. Y al ver su paternidad espirada la facul-

tad, dejando confirmados cinco mil trescientos y siete, parece que aquel mismo dia 16 de julio dijo lo que el apóstol de las gentes á los gentiles: *Cursum consumavi, fidem servavi*, pues parece que aquel mismo dia llegó el nuncio de su cercana muerte, como ya digo.

Dicho dia 16 de julio dió fondo en este puerto de nuestro santísimo padre San Francisco uno de los barcos que venian de San Blas con los víveres y avíos; y por el recibo de las cartas, cuando vió que los operarios que habian de venir en este barco y que no vino alguno para las fundaciones de la canal, se halló con la carta del reverendo padre guardian en la que le decia la causa porque no enviaba misioneros, que era por el corto número de religiosos que actualmente tenia el colegio, por los que habian fallecido y otros que se habian regresado para España cumplido el tiempo y de la mision, que años habia esperaban de España no se tenia la menor noticia.

Esta nueva fué muy sensible para el fervoroso corazon del venerable padre Junípero, viendo frustrados sus deseos de dichas fundaciones, que anhelaba ver antes de morir; y leyendo la imposibilidad para el efecto, parece que leyó el aviso de su cercana muerte, si no que digamos, que por otro mas seguro conducto tuvo aviso de ella, pues segun obró esperaba en breve su muerte, pues en cuanto recibió las cartas del barco, escribió como acostumbraba á las misiones, dando noticia á los ministros de la llegada del barco, remitiéndoles las cartas. A los mas retirados del rumbo del Sur escribió despidiéndose de ellos para la eternidad, que lo supe á los quince dias de su muerte, por carta que le contestaban á esta cláusula de despedida. A los padres de las misiones mas cercanas de San Antonio veinticinco leguas, y San Luis cincuenta, escribió que estimaria viniese un padre de cada mision para los avíos que traia el barco, que lo deseaba mucho para hablarles y despedirse por si fuese la última vista; y á mí me escribió que fuese para Monterey, ó con el barco ó por tierra, como me pareciese y segun el efecto, todo esto se dirigia á que asistiésemos á su muerte, y así habria sucedido si así como yo recibí la carta la hubiesen recibido los otros padres de San Antonio y San Luis.

CAPITULO LVIII.

MUERTE EJEMPLAR DEL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Viendo la carta del reverendo padre presidente en la que me decia fuese para Monterey, aunque no me decia fuese breve mi ida, pero viendo que dilataba el barco á salir, me fuí por tierra. Llegué el dia 18 de agosto á su mision de San Cárlos, y hallé á su paternidad muy postrado de fuerzas, aunque en pié y con mucha cargazon de pecho; pero no por esto dejaba de ir por la tarde á la iglesia á rezar la doctrina y oraciones con los neófitos, y concluyó el rezo con el tierno y devoto canto de los versos que compuso el venerable padre Margil á la asuncion de nuestra Señora, en cuya octava nos hallábamos. Al oirlo cantar con la voz tan natural, dije á un soldado que estaba hablando conmigo: no parece que el padre presidente esté muy malo; y me respondió el soldado (que lo conocia desde el año de 69): Padre, no hay que fiar; él está malo; este santo padre en hablar, en rezar y cantar siempre está bueno, pero se va acabando.

El dia siguiente, que era 19 del mes, me encargó cantase la misa al santísimo patriarca san José, como acostumbraba todos los meses, diciéndome se sentia muy pesado. Así lo hice; pero no faltó su paternidad á cantar en el coro con los neófitos y á rezar los siete Padre nuestros y oraciones acostumbradas: por la tarde no faltó á rezar y cantar los versos de la Vírgen, y el siguiente dia, que fué viernes, anduvo como siempre las estaciones del via crucis en la iglesia con todo el pueblo.

Tratamos despacio los puntos á que me llamaba ínterin llegaba el barco; pero siempre me recelaba de su próxima muerte, pues siempre que entraba en su cuartito ó celda que tenia de adobes, lo encontraba muy recogido en su interior, aunque su compañero me dijo que de la misma manera habia estado desde el dia que espiró la facultad de confirmar, que como dije fué el mismo dia que dió fondo el barco en estos establecimientos. A los cinco dias de mi llegada á Monterey dió fondo en aquel puerto el paquebot, y luego el cirujano del rey pasó á la mision á visitar al reverendo padre presidente, y hallándolo tan fatigado del pecho, le propuso el aplicarle unos cauterios para llamar el humor que habia caido al pecho; le respondió que de estos medicamentos que aplicase cuantos quisiese: hízolo así sin mas efecto que el de mortificar aquel fatigado cuerpo, aunque ni de este fuerte medicamento ni de los dolores que padecia se le oyó la menor demostracion de sentimiento, como si tales accidentes no tuviera, siempre en pié como si estuviera sano. Y habiendo traido del barco alguna ropa del avío, empezó por sus propias manos á cortar y repartir á los neófitos para cubrir su desnudez.

Dia 25 de agosto me dijo que sentia no hubiesen venido los padres de las dos misiones de San Antonio y San Luis; pueden haberse atrasado las cartas que les escribí. Despaché luego al presidio, y vinieron con las cartas diciendo se habian quedado olvidadas. En cuanto ví el contenido de ellas, que era el convidarlos para la última despedida, les despaché correo con las cartas, añadiéndoles se viniesen cuanto antes, porque me recelaba no tardaria mucho á dejarnos nuestro

amado prelado segun lo muy descaecido de fuerzas que estaba. Y aunque luego de recibidas las cartas se pusieron en camino, no llegaron á tiempo, porque el de la mision de San Antonio, que distaba veinticinco leguas, llegó después de su muerte y solo pudo asistir á su entierro, y el de San Luis, que distaba cincuenta leguas, llegó tres dias después y solo pudo asistir á las honras el dia 7, como diré después.

Dia 26 se levantó mas fatigado, diciéndome habia pasado mala noche, y así que queria disponerse para lo que Dios dispusiera de él. Estúvose todo el dia recogido sin admitir distraccion alguna, y por la noche repitió conmigo su confesion general con grandes lágrimas y con un pleno conocimiento, como si estuviera sano; y concluida, después de un rato de recogimiento, tomó una taza de caldo y se recostó, sin querer que quedase alguno en su cuartito.

En cuanto amaneció el dia 27 entré á visitarlo, y lo hallé con el Breviario en la mano, como siempre acostumbraba empezar los maitines antes de amanecer, y por los caminos los empezaba en cuanto amanecia: preguntando cómo habia pasado la noche, me dijo que sin novedad, que no obstante que consagrase una forma y la reservase, que él avisaria: así lo hice, y acabada la misa volví á avisarle, y me dijo que queria recibir al Divinísimo de Viático, y que para ello iria á la iglesia: diciéndole yo que no habia necesidad, que se adornaría la celdita del mejor modo que se pudiese y vendria Su Majestad á visitarlo, me respondió que no, que queria recibirlo en la iglesia, supuesto podia ir por su pié, no era razon que viniese el Señor. Hube de condescender y cumplir sus santos deseos. Fué por sí mismo á la iglesia, que dista mas de cien varas, acompañado del comandante del presidio, que vino á la funcion con parte de tropa, que juntó con la de la mision, y todos los indios del pueblo ó mision acompañaron al devoto padre enfermo á la iglesia, todos con gran ternura y devocion.

Al llegar su paternidad á la grada del presbiterio, se hincó de rodillas al pié de una mesita preparada para la funcion. Salí de la sacristía revestido, y al llegar al altar, en cuanto preparé el incienso para empezar la devota funcion entonó el ferveroso siervo de Dios con su voz natural, tan sonora como cuando sano, el verso *Tantum ergo Sacramentum;* expresándolo con lágrimas en los ojos. Administréle el sagrado Viático con todas las ceremonias del ritual, y concluida la funcion devotísima, que con tales circunstancias jamás habia visto, se quedó su paternidad en la misma postura arrodillado dando gracias al Señor, y concluidas se volvió para su celdita acompañado de toda la gente. Lloraban unos de devocion y ternura y otros de pena y dolor por lo que recelaban de quedarse sin su amado padre. Quedóse solo en su celdita recogido, sentado en la silla de la mesa, y viéndolo así tan recogido no dí lugar entrasen á hablarle.

Ví iba á entrar el carpintero del presidio, y no dándole lugar, me dijo venia llamado del padre para hacerle el cajon para enterrarlo, y que ria preguntarle cómo lo queria. Enternecióme, y no dandole lugar á entrar á hablarle le mandé lo hiciera como el que habia hecho para el padre Crespi. Todo el dia lo pasó el venerable padre con sumo silencio y profundo recogimiento sentado en la silla, sin tomar mas que un poco de caldo en todo el dia y sin hacer cama.

Por la noche se sintió mas agravado y me pidió los santos óleos, y recibió este santo sacramento sentado en un equipal, humilde silla de cañas, y rezó con nosotros la letanía de los santos, con los salmos penitenciales: toda la noche pasó sin dormir, la mayor parte de ella hincado de rodillas, reclinado de pecho á las tablas de la cama; y díjele que se podia recostar un poco, y me respondió que en dicha postura sentia mas alivio: otros ratos lo pasó sentado en el suelo, reclinado al regazo de los neófitos, de que estuvo toda la noche llena la celdita, atraidos del amor grande que le tenian como á padre que los habia reengendrado en el Señor. Viéndolo así muy postrado y recostado en los brazos de los indios, pregunté al cirujano qué le parecia. Y me respondió que le parecia estar muy agravado; á mí me parece que este bendito padre quiere morir en el suelo.

Entré luego y le pregunté si queria la absolucion y aplicacion de la indulgencia plenaria, y diciéndome que sí, se dispuso, y puesto de rodillas recibió la absolucion plenaria, y le apliqué la indulgencia plenaria de la órden, con lo que quedó consoladísimo, y pasó toda la noche de la manera que queda referido. Amaneció el dia del doctor señor san Agustin, 28 de agosto, al parecer aliviado y sin tanta sufocacion del pecho, siendo así que en toda la noche no durmió ni tomó cosa alguna. Pasó la mañana sentado en la silla de cañas arrimada á la cama. Esta consistia en unas duras tablas mal labradas, cubiertas de una frazada, mas para cubrir que para ablandar para el descanso, pues ni siquiera ponia una salea como se acostumbra en el colegio, y por los caminos practicaba lo mismo, tendia en el suelo la frazada y una almohada y se tendia sobre ella para el preciso descanso; durmiendo siempre con una cruz en el pecho, abrazado con ella, del tamaño de una tercia de largo, que cargaba desde que estuvo en el noviciado del colegio y jamás la dejó, sino que en todos los viajes la cargó, y recogia con la frazada y almohada, y en su mision y en las paradas en cuanto se levantaba de la cama ponia la cruz sobre la almohada; así la tenia en esta ocasion, que no quiso hacer cama ni en toda la noche ni por la mañana del dia que habia de entregar su alma al Criador.

Como á las diez de la mañana de dicho dia de san Agustin vinieron á visitarlo los señores de la fragata su capitan y comandante don José Ca-

nizares, muy conocido de su paternidad desde la primera expedicion del año de 69, y el señor capellan real don Cristóbal Diaz, que tambien lo habia tratado en este puerto el año de 79. Recibiólos con extraordinarias expresiones, mandando se diese un solemne repique de las campanas; y parado les dió un estrecho abrazo, como si estuviese sano, haciéndoles sus religiosos y acostumbrados cumplimientos, y sentados, y su paternidad en su equipal, le refirieron los viajes que habian hecho al Perú desde que no se habian visto, que era desde el dicho año de 79.

Después de haberlos oido les dijo: Pues señores, yo les doy las gracias de que después de tanto tiempo que ha no nos vemos y que después de tanto viaje como han hecho, el que hayan venido de tan lejos á este puerto para echarme una poca de tierra encima. Al oir esto los señores y todos los demás que estaban presentes, nos quedamos sorprendidos, viéndolo sentado en la sillita de cañas y que con todos los sentidos habia contestado á todo: dijéronle, disimulando las lágrimas, que no pudieron contener: No, padre, confiamos en Dios que todavía ha de sanar y proseguir en la conquista. Respondióles el siervo de Dios, quien si no tuvo revelacion de la hora de su muerte no pudo menos que decir que la esperaba breve, y les dijo: Sí, sí, háganme esta caridad y obra de misericordia de echarme una poca de tierra encima, que mucho se los agradeceré. Y poniendo sus ojos en mí, me dijo: Deseo que me entierre en la iglesia, cerquita del padre fray Juan Crespi por ahora, que cuando se haga la iglesia de piedra me tirarán donde quisieren.

Cuando las lágrimas me dieron lugar para responderle, le dije: Padre presidente, si Dios es servido de llevarlo para sí, se hará lo que vuestra paternidad desea, y en este caso pido á vuestra paternidad por el amor y cariño grande que siempre me ha tenido, que llegando á la presencia de la beatísima Trinidad, la adore en mi nombre, y que no se olvide de mí y de pedirle por todos los moradores de estos establecimientos, y principalmente por los que están aquí presentes. Prometo, dijo, que si el Señor por su infinita misericordia me concede esta eterna felicidad que desmerecen mis culpas, que así lo haré por todos, y el que se logre la reduccion de tanta gentilidad que dejo sin convertir.

No pasó mucho rato cuando me pidió rociase con agua bendita el cuartito; lo hice, y preguntándole si sentia algo, me dijo que no, sino para que no lo haya; quedóse en un profundo silencio, y de repente muy asustado me dijo: Mucho miedo me ha entrado, mucho miedo tengo; léame la Recomendacion del alma y que sea en alta voz, que yo la oiga. Así lo hice asistiendo á todo los dichos señores del barco, como tambien su paternidad compañero fray Matías Noriega, el cirujano y otros muchos, así del barco como de la mision. Y le leí la Recomendacion del alm[...] que respondia el venerable moribundo c[...] estuviera sano, sentadito en el equipal ó s[...] cañas, enterneciéndonos á todos.

En cuanto acabé, prorumpió lleno de go[...] ciendo: Gracias á Dios, gracias á Dios ya [...] quitó totalmente el miedo; gracias á Dios [...] hay miedo, y así vamos afuera. Salimos [...] al cuartito de afuera con su paternidad; [...] todos esta novedad quedamos al mismo t[...] admirados y gozosos; y el señor capitan de[...] co le dijo: Padre presidente, ¿ya ve vuestra [...] nidad lo que sabe hacer mi devoto san An[...] Yo le tengo pedido que lo sane y espero [...] ha de hacer, y que todavía ha de hacer al[...] viajes para el bien de los pobres indios. [...] respondió el venerable padre de palabra; pe[...] una risita que hizo nos dió bien claro á ent[...] que no esperaba esto ni pensaba en sanar.

Sentóse en la silla de la mesa, cogió el [...] no y se puso á rezar; en cuanto se conclu[...] dije que era mas de la una de la tarde, [...] queria tomar una taza de caldo, y diciend[...] sí, lo tomó, y después de dado gracias, dijo[...] vamos ahora á descansar. Fué por su pié al[...] tito en donde tenia su cama ó tarima, y q[...] dose solo el manto, se recostó sobre las tabl[...] biertas con la frazada con su santa cruz [...] dicha, para descansar. Todos pensábamo[...] era para dormir, supuesto que en toda la [...] no habia probado el sueño. Salieron los se[...] á comer; pero estando con algun cuidado, a[...] de un poco rato volví á entrar, y arrimánd[...] la cama para ver si dormia, lo hallé como [...] antes lo habiamos dejado, pero durmiendo [...] el Señor, sin haber hecho demostracion ni [...] de agonías, quedando su cuerpo sin mas se[...] muerto que la falta de respiracion, sino al [...] cer durmiendo, y piamente creemos que du[...] en el Señor poco antes de las dos de la tar[...] dia del señor san Agustin del año de 1784, [...] iria á recibir en el cielo el premio de sus t[...] apostólicas.

Dió fin á su laboriosa vida siendo de ed[...] setenta años, nueve meses y cuatro dias. [...] en el siglo diez y seis años, nueve meses y [...] tiun dias, y de religioso cincuenta y tres, [...] once meses y trece dias, y de estos en el eje[...] de misionero apostólico treinta y cinco años[...] tro meses y trece dias, en cuyo tiempo ob[...] gloriosas acciones que ya vimos, en las que f[...] mas sus méritos que sus pasos, habiendo v[...] siempre en continuo movimiento, ocupado [...] pre en virtuosos y santos ejercicios y en sin[...] res proezas, todas dirigidas á la gloria de D[...] salvacion de las almas. Y quien con tanto[...] trabajó para ellas, ¿cuánto mas trabajaria pa[...] logro de la suya?

Mucho podria decir, pero pide mas tiem[...] mas sosiego; que si Dios me lo concede y fue[...] voluntad santísima, no omitiré el trabajo d[...]

cribir algo de sus heróicas virtudes para edificacion y ejemplo.

En cuanto me cercioré de haber quedado huérfanos sin la amable compañía de nuestro venerado prelado, que no dormia, sino que en realidad habia muerto, mandé á los neófitos que allí estaban hiciesen señal con las campanas; y luego que con el doble se dió el triste aviso, ocurrió todo el pueblo llorando la muerte de su amado padre, que los habia reengendrado en el Señor y estimado mas que si hubiera sido padre carnal; todos deseaban verlo para desahogar la pena que les oprimia el corazon por los ojos y llorarlo. Fué tanto el tropel de la gente, así de indios como de soldados y marineros, que fué preciso cerrar la puerta para ponerlo en el cajon que su paternidad el dia antes habia mandado hacer. Y para amortajarlo no fué menester hacer otra cosa que quitarle las sandalias (que heredaron para memoria el capitan del paquebot y el padre capellan que se hallaban presentes) y se quedó con la mortaja con que murió, esto es, con el hábito, capilla y cordon y sin túnica interior, pues las dos que tenia para los viajes, seis dias antes de morir las mandó lavar con los paños menores de muda, y no quiso usar de ellas, queriendo morir con el solo hábito y capilla con la cuerda.

Puesto el venerable cadáver en el cajon y con seis velas encendidas, se abrió la puerta de la celda en la que ya estaban los tristes hijos neófitos con sus ramilletes de flores del campo de varios colores para adornar el cuerpo de su venerable padre difunto. Mantúvose en la celda hasta entrada la noche, siendo continuo el concurso que entraba y salia rezándole y tocando rosarios y medallas á sus venerables manos y rostro, llamándole á boca llena padre santo, padre bendito y con otros epítetos nacidos del amor que le tenian y del ejercicio de virtudes heróicas que en él habian experimentado en vida.

Al anochecer lo llevamos á la iglesia en procesion, que formó el pueblo de neófitos con los soldados y marineros que se quedaron; y puesto sobre una mesa con seis velas encendidas, se concluyó la funcion con un responso. Pidiéronme que quedase la iglesia abierta para velarlo y rezar á coros la corona por el alma del difunto, remudándose por cuadrillas, pasando así la noche en continuo rezo: condescendí á ello, quedando dos soldados de centinela para impedir cualquiera piedad indiscreta ó de hurto, pues todos anhelaban lograr alguna cosita que hubiese usado el difunto, principalmente la gente de mar y de la tropa, que como de mas conocimiento y que tenian al venerable padre difunto en grande opinion de virtud y santidad, por lo que los que lo habian tratado en mar y tierra me pedian alguna cosita de las que hubiese usado; y aunque les prometí que á todos consolaria después del entierro, no fué bastante para que no se propasasen cortándole pedazos del hábito del lado de abajo para que no se conociera, y parte del cabello del cerquillo sin poderlo advertir la centinela, si no es que diga que fué consentidor y participante del devoto hurto, pues todos anhelaban lograr algo del difunto para memoria, aunque era tal el concepto en que lo tenian, que llamaban reliquia, y procuré corregirlos y explicarles, etc.

CAPITULO LIX.

SOLEMNE ENTIERRO QUE SE LE HIZO AL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

La cortedad de la tierra y de la gente que la puebla no daban lugar á hacer al bendito cadáver del venerable padre Junípero aquel entierro y honras con la pompa que le merecian sus heróicas virtudes, por reducirse solo á la tropa del presidio, distante como una legua de la mision, y de la escolta de esta, como tambien de los neófitos de que se compone el pueblo de la mision, que son como seiscientas personas de todas edades. Tambien era difícil la asistencia de muchos sacerdotes, porque no habiendo en los presidios capellanes, y en las misiones solo dos misioneros en cada una y tan distantes entre sí, es natural que en el entierro de alguno de los misioneros no asista otro que el compañero que queda en vida, y que no haya mas concurso de gente que los indios neófitos y la escolta de un cabo con cinco soldados.

Pero quiso Dios honrar á su fiel siervo (que tanto habia trabajado para formar pueblos que alabasen al Señor y que igualmente habia huido de todo lo que era honra) el que muriese en ocasion que estuviese fondeado en el puerto de Monterey el barco, que solo en dicho corto tiempo que se detiene una vez al año á dejar la carga logramos concurso de gente española; con lo que se logró para el entierro el concurso de la gente de mar y del real presidio, como tambien la de cuatro sacerdotes y cinco para las honras de que hablaré después.

Fué el entierro el dia inmediato después de su muerte, que fué el dia domingo 29 de agosto. La mañana del dicho dia llegó al presidio el padre fray Buenaventura Sitjar, ministro de la mision de San Antonio, distante veinticinco leguas de Monterey, quien en cuanto recibió mi carta que queda expresada en su lugar, despachándola para San Luis, distante otras veinticinco leguas, se puso en camino sin pérdida de tiempo y no pudo alcanzarlo vivo; y sabiendo en el presidio que la tarde antecedente habia fallecido el venerable prelado, se detuvo en él á decir misa, y concluida se fué para la mision con el señor ayudante inspector de ambas Californias (ausente el señor gobernador), como tambien fué el comandante del presidio cuasi con toda la tropa, dejando la muy precisa guardia en el real presidio.

Poco después llegó el señor capitan y comandante del paquebot con el padre capellan y con los oficiales de mar y toda la tripulacion, dejando á bordo la muy precisa para custodiar el barco, como tambien para que con la artillería de abordo se le hiciese al venerable padre difunto los honores, disparando de media á media hora un cañon, al que correspondia con otro el presidio (en cuyo ejercicio estuvieron todo el dia), cuyos tiros con el funesto doble de las campanas enternecian los corazones de todos.

Junta toda la gente en la iglesia, que siendo bastante grande se llenó, cantóse una vigilia con toda la solemnidad posible, é inmediatamente canté la misa asistiendo los señores con velas encendidas, y se concluyó con un responso cantado y se dejó la funcion del entierro para la tarde, quedando el gentío en la mision empleándose en visitar al difunto, rezándole y tocándole rosarios y medallas á su bendito cadáver; continuando las campanas con el funestodo ble y la artillería de mar y tierra con sus tiros como si fuera algun general.

A las cuatro de la tarde se hizo señal con las campanas y se volvió á juntar toda la gente en la iglesia; se formó la procesion con cruz y ciriales, componiéndose toda la gente de indios neófitos, marineros, soldados y oficiales, estos con velas en dos filas, y la capa con ministros los mismos de la mañana; y después de cantado un responso cargaron al venerable difunto, remudándose á tramos, porque todos los señores; así de mar como de tierra, querian lograr la dicha de haberlo cargado sobre sus hombros. Dióse vuelta por toda la plaza, que es bastante capaz; hiciéronse cuatro posas ó paradas y en cada una se cantó un responso.

Llegados á la iglesia fué colocado sobre la misma mesa al pié de las gradas del presbiterio; se pasó al entierro cantando las Laudes con toda solemnidad, segun el manual de la órden; fué sepultado en el presbiterio al lado del Evangelio, y se concluyó la funcion con un responso cantado, aunque las lágrimas, suspiros y clamores de los asistentes tapaban las voces de los cantores. Lloraban los hijos la muerte de su padre, que habiendo dejado á sus ancianos padres en su patria, habia venido de tan lejos solo con el fin de hacerlos sus hijos é hijos de Dios, por medio del santo bautismo. Lloraban las ovejas la muerte de su pastor, que habia trabajado tanto para darles el pasto espiritual y los habia libertado de las uñas del lobo infernal; y finalmente, los súbditos por la falta de su prelado, tan docto, tan prudente, afable, laborioso y ejemplar, conociendo la grande falta que hacia para el adelantamiento de estas espirituales conquistas.

Acabada la funcion, se me amontonó toda la gente pidiéndome alguna cosita de las que hubiese usado el padre, y como eran tan pocas las que el venerable padre tenia de su uso, no era fácil contentar á todos. Para evitar el trop
gente que pedia, saqué la túnica interior
bia usado el padre (aunque á lo último no
ba, pues como ya dije murió con solo el
y la entregué al comandante del paqueb
que la repartiese entre la gente de mar,
que hiciesen unos escapularios; que los tr
bendecir el dia 4 de setiembre, que para e
como sétimo de la muerte, se harian las
al padre difunto, con lo que quedaron co
y á la tropa y á otros particulares reparti
ños menores, haciendo tiras de ellos, con
bien dos pañitos de narices.

El uno de ellos heredó el médico ó c
real don Juan García, así por lo que le ha
tido, como por el antiguo conocimiento y pa
afecto que tenia al difunto. A los pocos d
volvió á la mision me dió las gracias del
diciéndome: Con el pañito espero hacer
ras que con mis libros y botica: tenia en l
mería, dijo, un marinero muy malo de un
tes dolores de cabeza que no le dejaban
me dejé de medicamentos y le amarré el
quedóse dormido y amaneció sano y buen
pero, dijo, que el pañito ha de hacer mas
botica general. Tal era el concepto que t
cho del venerable padre Junípero.

No era menor el que tenia de sus vir
padre predicador fray Antonio Paterna
conocia desde el año de 50 que vino de
en la misma mision, aunque en el segund
estuvo muchos años en las misiones de la
Gorda, al mismo tiempo que allí estaba
rable padre presidente, y desde el año d
estas misiones, y actualmente se halla de
tro de la mision de San Luis, á quien esc
mo ya queda dicho, el aviso de hallarse
el reverendo padre presidente, que lo
ver antes de morir. En cuanto recibió
se puso en camino apresuradamente con
seos de alcanzarlo vivo; pero por mucha p
se dió caminando todo el dia y parte de la
no pudo llegar á tiempo ni aun para el e
pues llegó á los tres dias de haber muert
lo pudo asistir á las honras, como diré e
pítulo siguiente.

De la fatiga del camino en un religioso
senta años de edad, que caminó la mayo
malo y muy caloroso en el mes de agosto,
cen excesivos calores en la Sierra de Sa
cía, le resultó á los pocos dias de su lle
grande y grave accidente que nos puso á
cuidado, como tambien al cirujano real,
ser dolor cólico: hizo el médico su oficio, y
do era cosa de cuidado, se dispuso el pad
morir pensando seguir al venerable padr
dente. Viéndole fatigado de los dolores,
¿Padre, quiere ceñirse con el cilicio de
de nuestro padre presidente fray Junípe
vez querrá Dios aliviarlo. Sí, padre, me res
traigamelo: ciñóse con él y en breve sinti

de modo que ya suspendí el darle el Viático: se fué mejorando y en breve se recuperó y se puso sano y bueno, de suerte que cuando salí de aquella mision para esta ya decia misa.

El referir estos casos no es porque intente publicarlos por milagros, ni es mi ánimo que como á tales los tengan, pues puede haber sido el efecto natural ó casualidad, y á mí no me toca el indagarlo ni examinarlo, sino repetir la protesta del principio: que así en este particular como en todo lo que llevo escrito en esta relacion histórica y demás que dijere, me conformo con el breve de la santidad del señor Urbano VIII expedido en 5 de junio de 1631 y con los demás decretos pontificios. Solo he referido dichos casos en prueba de la grande opinion en que estaban las virtudes del reverendo padre Junípero, y su vida ejemplar en toda clase de gentes que lo habian tratado y comunicado de muchos años: cuya fama y pública voz de sus virtudes les hacia codiciar alguna cosita que hubiese usado el padre, como tambien los atraia á asistir á honrarlo después de muerto, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO LX.

DEVOTAS HONRAS QUE EL DIA SÉTIMO SE HICIERON AL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Deseoso de manifestarme agradecido discípulo á mi siempre amado y venerado maestro, no me contenté con las honras que se le hicieron en el entierro, sino que procuré repetirlas el dia sétimo, anhelando mas sufragios para su alma por si necesitase de algunos para recibir en el cielo el premio de sus tareas apostólicas. En cuanto insinué mis deseos, se dieron por convidados todos los señores, así del presidio como del barco. Y así el dia 4 de setiembre concurrió á la mision igual concurso de gente (si no fué mayor) de comandantes, oficiales, soldados, marineros é indios, segun y como el dia del entierro, haciéndole los mismos honores con la artillería, que ya dije en la primera funcion, que duraron con el doble de las campanas todo el tiempo de la funcion, que fué:

Una vigilia cantada con toda la solemnidad posible, y concluida canté la misa, asistiendo de ministros los mismos que el dia del entierro, y en el coro asistieron los padres fray Antonio Paterna y fray Buenaventura Sitjar, con los indios cantores instruidos por el padre difunto, y concluyó la funcion con un solemne responso. No faltaron en esta funcion lágrimas y suspiros, así de los hijos neófitos como de los demás que asistieron, dándonos á entender con sus lágrimas lo muy querido que fué de los hombres el venerable padre Junípero, y piamente creyendo todos que por sus heróicas virtudes que en él experimentaron en su laboriosa y ejemplar vida, fué y es querido de Dios, de quien habrá recibido el premio de sus afanes apostólicos.

Concluida la funcion, me presentaron un gran número de escapularios que habian hecho de la túnica del venerable padre, que ya dije regalé al señor comandante de mar para que la repartiese; los que bendije, advirtiéndoles que la veneracion en que los habian de tener, era por ser de sayal de nuestro seráfico padre san Francisco, y con la bendicion de la iglesia; que el ser dichos escapularios de la túnica del padre Junípero, les habia de servir para que se acordasen de su reverencia para encomendarlo á Dios, que le dé el eterno descanso: dijeron todos que quedaban entendidos. Pero no quedaron todos contentos, diciéndome no habian participado de la túnica, principalmente los de tierra, y así me pidieron alguna alhajita para memoria del padre; y como no habia qué darles mas que libros, no tenia con que contentarlos; pero acordándome de una porcion de medallas que tenia el venerable padre, con que solia regalar á los devotos, las saqué y repartí, de modo que quedaron todos contentos y consolados, y con memoria para acordarse del venerable padre Junípero para encomendarlo á Dios.

Solo nosotros sus súbditos nos quedamos con la triste pena y dolor de vernos privados de tan amable padre, prudente prelado y tan docto y ejemplar maestro, que como tan cariñoso padre, era de todos sus hijos amado, pues á todos sus súbditos tenia consolados; como maestro tan docto, descansábamos en sus altos dictámenes y prudentes reflexiones; y finalmente, como tan ejemplar maestro nos animaba á todos con el ejemplo de sus apostólicos afanes, á trabajar con gusto y alegría en esta viña del Señor, que plantó su apostólico celo en esta tan interna é inculta tierra, tan apartada de la cristiandad que se puede contar entre las remotísimas del centro de la Iglesia. Estas y demás acciones que quedan referidas en esta relacion histórica, todas de sí tan gloriosas, no nos darán lugar á que nos olvidemos del padre Junípero; y no solo perpetuará su memoria en nosotros sus súbditos, sino en todos los moradores de esta setentrional California. De modo que si no temiera la nota de apasionado discípulo, viendo á mi venerado maestro que dejó en el otro mundo todos los honores con la borla de su sabiduría y se trasplantó en este nuevo de la América, y que no tuvo sosiego hasta internarse en lo mas setentrional para vivir y morir *in terram alienarum gentium*, olvidado del mundo, solo á fin de esplayar su apostólico celo en la conversion de los miserables gentiles, me atreviera á decir de él lo que Salomon dijo de aquel sabio varon (cap. 39): *Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur a generatione in generationem.* No se apagará su memoria, porque las obras que hizo cuando vivia han de quedar estampadas entre los habitadores de esta nueva

California, que á pesar de la voracidad del tiempo, se han de perpetuar en la conservacion.

Porque el que hace gloriosas acciones, aunque por sí como mortal es súbdito del tiempo para que lo consuma, pero no tiene el tiempo jurisdiccion sobre las obras gloriosas, porque estas con una como inmunidad inmortal, están exentas de la jurisdiccion del tiempo. Acabó la vida del padre Junípero como súbdito del tiempo, después de haber vivido setenta años, nueve meses, cuatro dias, y trabajado en el ministerio apostólico la mitad de su vida, y en estas Californias diez y seis años, dejando fundadas en la antigua California, en la que vivió un año, una mision, y en esta setentrional y nueva California, antes solo poblada de gentiles, la dejó poblada con quince poblaciones, las seis de españoles ó gente de razon, y las nueve de puros naturales neófitos, bautizados por su reverencia y los padres compañeros.

Numerábanse cuando murió cinco mil ochocientos los bautizados, que con los que bautizaron en la antigua California pasaban de siete mil, y dejó confirmados en esta California á cinco mil trescientos siete, y para conseguir este espiritual fruto trabajó lo que queda referido. Estas acciones, por sí tan gloriosas, no se consumirán jamás por el tiempo, antes por ellas quedará su autor perpetuamente en la memoria de todos: *non recedet memoria ejus*. Como ni parece que el difunto padre tiene en olvido esta espiritual conquista, pues vemos se va cumpliendo la promesa que nos hizo poco antes de morir, que pediria á Dios por ella y por todos los gentiles para que se conviertan á nuestra santa fe católica, lo que vemos se va cumpliendo, pues se va mucho aumentando el número de cristianos en todas las misiones desde la muerte de su fervoroso fundador.

En carta que escribí á todos los misioneros, dándoles noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, les referí para su consuelo lo que poco antes de espirar me dijo y prometió, que no se olvidaria de nosotros ni de pedir á Dios por la conversion de la inmensa gentilidad que dejaba sin bautizar, para que logren el santo bautismo. A lo que me respondió el reverendo padre lector fray Pablo Mugartegui, ministro de la mision de San Juan Capistrano, de las últimas del Sur, que habia sido su compañero el año de 73 y 74 en el viaje de mar y tierra desde Méjico hasta el puerto de San Diego, en cuyo tiempo conoció lo sólido de las virtudes de nuestro venerable prelado y amado presidente. "Veo " lo que me dice de la promesa que nos dejó nuestro venerable prelado fray Junípero: *Dilectus deo, et hominibus;* y yo digo á vuestra reverencia que demos gracias á Dios, pues ya vemos en esta mision cumplida la promesa de nuestro venerable padre presidente fray Junípero, pues en estos cuatro meses últimos hemos bautizado mas gentiles que en los tres años últimos, y atribuimos estas conversiones á la intercesion de nuestro venerable padre Junípero, que lo estará pidiendo á Dios como se lo pedia incesantemente en vida, y piamente creemos que está gozando de Dios, y que con mas fervor lo pedirá al Señor, de quien sin duda alcanzaria la conversion de los muchos que hemos bautizado en estos cuatro meses que se han cumplido desde su muerte; estos son indios que han venido de muy lejos y son de distinto idioma que los naturales de esta mision, pues ha sido preciso valernos del intérprete de San Gabriel; y viendo que ellos por sí solos han venido de tan lejos á pedir el bautismo, piamente creemos ser movidos de impulso interior, que les alcanzaria nuestro venerable padre de Dios nuestro Señor, padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que en medio de la pena que nos causó la noticia de su muerte, nos consuela con el crecido número de hijos con que se va aumentando este espiritual rebaño."

Lo mismo que me escribió dicho padre lector Mugartegui de su mision de San Juan de Capistrano, creo podrian haberme escrito los demás misioneros, pues viendo que el número de bautizados que habia en las misiones el dia que murió el venerable fundador era de cinco mil ochocientos, el dia último del mismo año de 84, segun consta de los informes anuos que me remitieron los padres misioneros, era el número seis mil setecientos treinta y seis, por lo que sé que en los cuatro meses después de la muerte del venerable fundador, se habian bautizado novecientes treinta y seis, á cuyo número ningun año entero ha llegado desde que se comenzó la conquista, y me escribieron los misioneros que proseguia la conquista con grande aumento, atribuyéndolo á la intercesion y ruegos del venerable fundador, que en el cielo pedirá á Dios por la conversion de toda esta inmensa gentilidad, y segun fuere el aumento de las conversiones, se irá extendiendo la memoria de su principal conquistador, que si juntamos á sus gloriosas acciones lo heróico de sus virtudes (de que hablaré en el siguiente capítulo), podremos cantarle el verso de David (Psal. 111, vers. 7) *in memoria æterna erit justus*, que como tan laborioso operario de la viña del Señor, y tan ejemplar en sus operaciones, será delante de Dios eterna su memoria.

CAPITULO ULTIMO.

EN QUE SE RECOPILAN LAS VIRTUDES QUE SINGULARMENTE RESPLANDECIERON EN EL SIERVO DE DIOS FRAY JUNÍPERO.

Si con atenta reflexion se lee la historia que antecede de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero, se hallará que su

laboriosa y ejemplar vida no es otra cosa que un vistoso y hermoso campo matizado de todo género de flores de excelentes virtudes. Para conclusion de la historia intento en este último capítulo (que dividiré en párrafos), recopilar las principales que se observaron y que no pudo ocultar su humildad, y que para cumplir con la doctrina del divino Maestro debia hacerlas en público, para que viéndolas los nuevos cristianos, que con su predicacion convirtió y agregó al gremio de la santa Iglesia, las practicasen y alabasen á Dios. Pero las demás que no conducian al dicho fin, procuraba con mayor cuidado ocultarlas aun de los mas estimados compañeros, de los mas confidentes é inmediatos, observando á la letra el precepto que nos intima Jesucristo por san Mateo (cap. 6 v. 3): *Nesciat sinistra tua, quid faciat dextera tua*, por cuyo motivo no puedo dar razon de sus virtudes interiores. Porque no obstante la estrechez y amor que desde el año 39 le debí, y que desde el año 49 se confesó conmigo, mientras que viviamos, y si habia algunas temporadas de separacion por la obediencia ó cumplimiento del apostólico ministerio, procuraba cuando nos volviamos á juntar hacer confesion general de aquel tiempo, renovando las que en el intermedio habia hecho; no obstante este santo ejercicio de treinta y cuatro años, nada puedo decir de su vida interior, sí solamente podré referir de lo exterior que no pudo ocultar, su profunda humildad, en cumplimiento del encargo que hace Jesucristo: *Luceat lux vestra, etc.*, que segun San Gregorio, es lo mismo que tener en las manos lámparas encendidas, para que viendo los actos de las virtudes exteriores, se muevan á alabar á Dios como autor de ellas: *Lucernas quippe ardentes in manibus tenemus, cum per bona opera proximis nostris lucis exempla monstramus.*

Pero aun de esto no hay lugar para decirlo todo, y me contentaré con referir solo algunos actos de las virtudes que tienen visos de heróicas, para lo cual noto con los auditores de la Sagrada Rota en la Causa de San Pedro Regalado, que de dos modos puede uno tener las virtudes en grado heróico: el uno en cuanto el hombre anhela á este modo como divino, que se llaman virtudes purgativas; el otro en cuanto tiene ya el hombre conseguido el fin de estos anhelos en cuanto es posible en esta vida mortal, y estas se llaman virtudes de ánimo purificado, cuales fueron las de la Vírgen nuestra Señora y de algunos esclarecidos santos.

No hablo de estas, pues como dicen los mismos auditores, se hallan en muy pocos santos; solo hablaré de las primeras, de las que hablando el cardenal Aguirre (Tract. de virtutibus et vitiis, dist. 12. q. 3. sec. 5. num. 49) despues de haber dicho que no se pueden conocer por sí mismas, sino solamente por los efectos, obras ó acciones externas y palabras, segun aquello de Cristo: *Ex fructibus eorum etc.*, dice: *Quisquis non præcepta solum, sed concilia Evangelica semper, et toto animi conatu deprehenditur observasse usque ad ultimum vitæ momentum, neque unquam declinasse ab ea difficili et angusta via, verbo facto, aut omissione, idque judicio communi hominum tantam vitæ perfectionem admirantium in mortali homine, his sane probabiliter creditur fuisse præditus virtutibus per se inditis in gradu heroico; immo etiam virentibus acquisitis in eodem gradu.* Cuyos efectos declara el Sr. Benedicto XIV (en el cap. 22 del lib. 3 de Serv. Dei Beatif.) por estas palabras: *Ut sit heroica efficere debet, ut eam habens operetur expedite, prompte, et delectabiliter supra communem modum ex fine supernaturali, cum abnegatione operantis, et affectuum subjectione.*

Esto es, para que una virtud sea heróica, ha de hacer que el que la tiene obre con expedicion, prontitud y delectacion sobre el modo comun de los hombres, y esto por fin sobrenatural, con abnegacion suya y sujecion de todos sus afectos y deseos, cuyas autoridades de varones tan doctos del citado cardenal de Aguirre y del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV me servirán de piedra toque para conocer los quilates de las virtudes de nuestro venerable padre; y dando principio á ellas, comenzaré por la humildad, á la que llama san Agustin cimiento de la fábrica del espiritual edificio, intentando yo el hacer un diseño de la fábrica que edificó el venerable padre Junípero con el ejercicio de las virtudes, valiéndome de lo que Fortunato Scaccho, citado del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV (lib. 3 de Canoniz. SS. cap. 24. núm. 48), dice: "Esta virtud de la humildad es tan necesaria y esencial en los imitadores de Cristo, que segun los dogmas enseñados por Jesucristo, creemos ser el fundamento para la formacion de todo el edificio espiritual, segun la norma del santo Evangelio. Y siendo necesarios muchos actos de virtud en grado heróico en cualquier fiel y católico para la perfecta santidad; por esto cuando se buscan razones para probar la santidad de algun siervo de Dios, lo que primero se busca es su humildad."

§ I.

PROFUNDA HUMILDAD.

Es la humildad en sentir de San Bernardo, citado por santo Tomás de Villanueva (Conc. 1 de San Martino), una virtud por la cual el hombre con el verdadero conocimiento de sí mismo se tiene por despreciable, conociéndose miserable y contentible, por el profundo y claro conocimiento de sí mismo. Esta nobilísima virtud enseñó el divino Maestro á sus apóstoles y discípulos, así de palabra como por ejemplo: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.* Esta

divina doctrina de tal manera imprimió en su corazon su humilde siervo fray Junípero, que en cuanto lo llamó el Señor por medio de su divina gracia para el apostólico instituto, que desde luego propuso en su corazon imitarlo, siguiendo su doctrina en cuanto le fuera posible, poniéndola en práctica, empezando su oficio de la predicacion descalzándose á imitacion de Jesucristo de las sandalias, como nos lo dice la venerable madre sor María de Jesús de Agreda en su Mística Ciudad (part. 2. lib. 4. cap. 28. núm. 685), contentándose con el humilde uso de las alpargatas, de que usó hasta la llegada al colegio, que para seguir ó imitar á los del colegio volvió á usar de sandalias, hasta que saliendo á las misiones de la Sierra Gorda, volvió á descalzarse de las sandalias y prosiguió con las alpargatas hasta que se consumieron.

Hablando el Sr. Benedicto XIV de los actos de la virtud de la humildad, cuenta entre ellos la sincera abnegacion de sí mismo, por la que en sus obras buenas se reputa uno siervo inútil, segun lo de san Lúcas (17. v. 10.): *Cum feceritis omnia quæ præcepta sunt etc.* De tal manera se reputaba por inútil entre los demás misioneros el padre Junípero, que cuando se regresaba á su mision, concluida la visita de las demás, prorumpia con estas humildes y fervorosas palabras: "Edificado vengo del fervoroso celo de " todos los padres compañeros, de lo muy ade- " lantadas que tienen sus misiones en lo tempo- " ral y espiritual, y ciertamente es esta mision " la mas atrasada," como queda dicho en el cap. 49, y no solo en el ejercicio de la mision entre infieles, sino tambien entre fieles, se reputaba por el mas inútil, edificándose cuando sabia el fruto que sacaban los otros misioneros. Y siendo mucho mayor el que su reverencia sacaba, y mayores las conversiones que de sus fervorosos sermones se seguian, lo reputaba por mucho menos que el de los demás, dando á entender ser siervo inútil y sin habilidad, sintiendo esta falta, que impedia á su parecer la mayor gloria de Dios y servicio del colegio, y puntual cumplimiento de la obediencia.

Después de haber empleado su espíritu y fervor en las conversiones de la Sierra Gorda, lo ocupó la obediencia en el de vicario de coro, en lo que se ofrece cantar; cuyo cargo admitió con toda humildad y sumision, quejándose de sí mismo como inútil, por ignorar la solfa, como queda dicho. En otra temporada que lo tuvo empleado la obediencia como maestro de novicios, se consideró inútil para ello, y por obediente lo admitió con la mira de ejercitante, no como maestro, sino como novicio, practicando lo mismo que aprendió en el noviciado recien llegado al colegio, como queda insinuado; añadiendo lo que su fervoroso espíritu le dictaba, sin ser molesto á sus novicios, de los que viven todavía algunos en el colegio, los que se tienen por felices y dichosos de haber sido hijos de tan ejemplar maestro.

Otro acto de humildad cuenta en los siervos de Dios el señor Benedicto XIV, y es sentir y huir las honras y aplausos que se le tributan, y no recibir las dignidades sino forzados de la obediencia ó de la autoridad de los superiores. Queda ya dicho cómo renunció los aplausos que tenia en su patria y amada provincia, y no se contentó con solo esto, sino que lo mismo fué poner los piés en el barco, que decirme: ya se acabó todo respeto y mayoría entre los dos, se acabó ya la maestría y reverencia: somos ya en todo y por todo iguales; y con las obras en cuanto se ofrecia, siempre se reputaba por el menos entre los dos, con harto rubor mio y admiracion de todos los que lo veian; de modo que lo mismo era poner los ojos en él, así seculares como eclesiásticos, aun de los de mas alta dignidad, y regulares, que formar un gran concepto de él de humilde, docto y santo.

En este concepto lo tuvieron todos los religiosos del convento de Málaga, que fué el primero que pisamos cuando salimos de Mallorca, y el que mas percibió su humildad y literatura fué el reverendo padre guardian, lector jubilado de aquella provincia de Granada, queriendo probar el concepto que de dicho padre Junípero tenia hecho, y en breve conoció no haber sido fallido el concepto que á primera vista habia hecho del dicho padre. Pero conociendo el humilde padre el demasiado cariño que experimentaba de aquel prelado, luego luego determinó apartarse y que nos fuésemos al barco, como se ejecutó. En este mismo concepto lo tuvo el reverendo padre comisario de la mision en cuanto llegamos al hospicio de Cádiz, y lo mismo juzgaron los padres de la mision de nuestro colegio, y los de la mision del colegio de Querétaro, que estaban en otro hospicio con su comisario, que lo era de todas las misiones y colegios.

En este mismo concepto lo tuvieron así el capitan y oficiales del navío en cuanto lo vieron subir á él, y lo mismo juzgaron la gente de la tripulacion desde el primero hasta el último, y todos los padres de la mision de los reverendos padres domínicos con su presidente, que habia sido lector en Salamanca, quien luego trabó grande amistad con el venerable padre, de quien hizo mayor concepto que todos los demás. En el mismo concepto lo tuvieron los seculares en cuantos caminos anduvo y en cuantos pueblos y haciendas paró, no solo en tiempo de misionar, sino aun yendo de paso, dejando en todas partes gran fama de humilde y santo, no olvidándolo aun después de muchos años de visto, quedándoles impresa su fisonomía; si no es que digamos que estas sus virtudes las tenia impresas en su humilde aspecto. Así parece que las leyeron en cuanto lo vieron los ilustrísimos señores obispos de la Puebla de los Angeles y de Oajaca ó Antequera, cuando fué á predicar mision en dicha ciu-

dad con otros cinco misioneros de nuestro colegio. Pasando por la ciudad de Puebla, fueron los seis á tomar la bendicion del ilustrísimo prelado, y á pedirle las licencias de confesar en los pueblos de su obispado que habian de cruzar hasta llegar al de Oajaca. En cuanto los vió el ilustrísimo prelado, les concedió á todos las licencias que le pedian, y poniendo la vista en el venerable padre Junípero, que no habia hecho la propuesta por no ir de presidente, sino otro mas antiguo, le preguntó cómo se llamaba. Y diciéndole que fray Junípero, dijo su ilustrísima á su secretario: Pues á este padre se le dan generales las licencias y perpetuas, para hombres, mujeres y monjas hasta las recoletas, y á los demás para hombres y mujeres solamente.

El ilustrísimo de Oajaca, en cuanto lo vió le concedió lo mismo, y le encomendó que habia de hacer mision á toda la clerecía á puerta cerrada, como lo practicó con edificacion de todos, con mucho fruto, y con universal concepto de muy docto é igualmente fervoroso y prudente, como queda insinuado en el capítulo 10, y por poco que lo tratasen formaban de él grande concepto de su literatura y mucha profundidad. En el mismo concepto lo tuvieron los religiosos del colegio desde el primer dia en que él puso los piés, teniéndolo por muy virtuoso; y lo que mas alababan y alabaron de él fué su humildad profundísima, viéndole hecho un novicio corista, leyendo en la mesa con mas gusto que si leyese en la cátedra de la universidad, y sirviendo en ella, como ya queda dicho, como si fuera el menor del colegio.

Recien llegado á él, viéndolo tan humilde, silencioso y recogido, quisieron probar su literatura, para cuyo fin le encomendó el prelado el sermon de san Fernando, patron del colegio, en el que expositó el salmo 44. *Eructavit core um verbum bonum: dico ego opera mea Regi;* refiriendo toda la vida y virtudes del santo, dejando no solo á todo el auditorio, sino á toda la comunidad admirada de tan peregrinas noticias y tan bien tejidas con los versos del salmo, sintiendo todos que un hombre tan docto y ejemplar se fuese á arrinconar entre los infieles, para cuyas misiones lo tenia ya nombrado la obediencia. Y para que no se fuese fueron muchos de los padres viejos y discretos á pedir al reverendo padre guardian para que no saliese del colegio. Pero conociendo el prelado el fervoroso celo del dicho padre Junípero, no quiso privarle de empleo que tanto anhelaba, de la conversion de los gentiles. Y no solo no condescendió á que se quedase en el colegio, sino que lo eligió de presidente de las santas misiones, como queda dicho. Pero viendo el título y patente de presidente, luego fué el humilde padre al prelado á renunciarla, tomando por motivo la falta de práctica por tan novísimo en el ejercicio. Y fueron tan eficaces sus súplicas, que hubo el reverendo padre guardian de admitirle la renuncia, con lo que quedó contentísimo el humilde padre.

Pero al año y medio que se celebró en dicho colegio el capítulo, en el que fué electo de guardian el que fué su maestro de novicios y gran maestro de la mística, el venerable padre fray Bernardo Pumeda, le remitió este nueva patente de presidente de las misiones, mandándole por santa obediencia la admitiese. Así lo practicó, y en cuanto cumplió los tres años, no obstante que el oficio de presidente no tiene tiempo señalado, renunció con otro guardian, diciéndole que si era oficio honroso, participasen todos, y si gravoso, tambien. Con lo que se la admitió, quedando el humilde padre contentísimo sin tal carga por entonces, y mas despejado para ejercitarse en la humildad, como lo practicó, no contentándose con instruir á aquellos neófitos, y en los demás ejercicios espirituales, como queda dicho en el capítulo 7, sino tambien se ejercitó en el ejercicio temporal hasta no desdeñarse de practicar los oficios mas bajos y mas humildes, como de peon de albañil y de acarrear piedra para la fábrica de la iglesia, hacer mezcla con los muchachos como si fuese uno de ellos, y con los grandes acarrear madera para la dicha fábrica, metiéndose tambien entre los albañiles á llenar los huecos entre las piedras con ripios para macizar las paredes, con un traje humildísimo, con el hábito hecho pedazos, envuelto en un pedazo de manto viejo, siendo así que es una tierra muy caliente, y por sandalias traia un pedazo de cuero crudo, que es el calzado de aquellos indios, que en su lengua llaman *apats nipís*, que es lo mismo que guaracha ó abarca; de modo que al verlo edificaba á todos, como edificó al que fué su maestro en la mística recien llegado al colegio el citado padre Pumeda, que viéndolo un dia metido entre una cuadrilla de indios que pasaban de veinte, que cargaban una grande viga, ayudando él á llevarla, y que por mas chico que ellos no alcanzaba, metió el pedazo de manto. Edificado de lo que veia, me llamó á toda prisa para que yo lo viera, juzgando me vendria de nuevo, me dijo: mire su lector cómo anda el via crucis y con qué traje. A lo que le respondí: eso es de todos los dias. Otros casos particulares podria referir en prueba de su humildad, lo que omito por no ser molesto.

Y si por humilde logró en la Sierra Gorda el sacudirse de la prelacía, no así en la California, que se vió precisado á cargarla diez y siete años hasta la muerte. Cuanto mayor era la honra que le seguia, tanto mayor era la repugnancia que á ella tenia, poniendo todos los medios que le dictaba su humildad y prudencia, para evitar toda ocasion. En todos los capítulos salia electo en guardian, y en uno de ellos que le aseguraban saldria confirmado, hizo cuantas diligencias pudo para no hallarse en el colegio al tiempo del capítulo, que fué en ocasion de estar en Méjico

haciendo las diligencias en conseguir providencias para estas conquistas. Y siendo así que todavía faltaban muchos meses para el tiempo de la salida del barco de San Blas, hizo fuga á la honra que le querian dar para el puerto de San Blas, con lo que evitó la ocasion de ponerse en peligro de haber de admitir la guardianía.

Quedan ya insinuadas las diligencias que practicó para huir de las mayores honras que le vaticinaban, como tambien consta de su apostólico celo en aumento de estos nuevos establecimientos. Vióse dos años antes de morir apurado por lo mucho se que atrasaba esta conquista, y que los que debian dar todo calor y fomento practicaban lo contrario, atrasando y destruyendo las misiones, así en lo espiritual como temporal. Y manifestándome el dolor que le causaba en su corazon, le dije: "Mi padre lector, no seria malo, " sino muy conveniente, que vuestra reverencia " escribiese al excelentísimo señor Galvez, que " actualmente se halla de ministro y puede tan- " to con el rey; que haciéndole presente el esta- " do en que nos hallamos, y que supuesto que " su excelencia fué el primer móvil de esta con- " quista, intervenga con su majestad para su " conservacion y aumento." A lo que respondió con un tierno suspiro: "Si este señor no " pudiese tanto como puede, le escribiera; pe- " ro como puede tanto, no quisiera supiese que " todavía vivo; encomendémoslo á Dios, que to- " do lo puede." Cuya expresion toda se dirigia á lo que años antes decian se le esperaba una grande honra, y por huir de lo que podia suceder, queria reputarse como ya difunto.

§ II.

VIRTUDES CARDINALES.

Formado el cimiento del espiritual edificio, que es la virtud de la humildad, se sigue levantar robustas columnas que puedan sostener la suntuosa fábrica de la perfeccion cristiana. En sentir de san Bernardo, son estas columnas las cua tro principales virtudes cardinales, llamadas así porque son como los quicios de la perfeccion. La primera de estas virtudes es la

PRUDENCIA.

Que es la que regula todas las demás virtudes, y por esto si en las otras se experimenta la heroicidad, se hace preciso que ella lo sea. Es esta la sal que todo lo sazona, y para sazonarlo todo, de modo que se proporcione á diversos paladares, se ve cuán heróica deba ser la virtud de la prudencia. Hablando de ella san Antonio Abad en una espiritual conferencia con sus hijos, después de oir sus pareceres, dió el suyo el santo diciendo: que la prudencia era entre todas las virtudes la mas necesaria; porque esta enseña á elegir el medio entre los extremos, que casi siempre son viciosos. Esta nobilísima virtud resplandeció en gran manera en el siervo de Dios fray Junípero. Así lo manifestó el acertado régimen de sus acciones propias y la direccion de las ajenas, con que gobernó su espíritu, unido siempre al sumo bien, desviándose de los precipicios, para no tropezar en los riesgos; y alumbró con discrecion á los prójimos que lo consultaban en sus dudas, así en el confesonario como fuera de él; quedando todos muy consolados con sus doctos y prudentes pareceres, dirigidos siempre al bien espiritual de sus almas.

Fué su modestia singular, sin afectacion su humildad, sin hazañería, sin altivez, sin hipocresía su devocion, y su religiosa llaneza sin resabio alguno de relajacion: fué siempre docilísimo y desconfiado de sí mismo para el acierto de sus dictámenes, por cuyo motivo consultaba siempre con sus compañeros, aunque fuesen los menos antiguos, mas nuevos en el ejercicio, valiéndose del pretexto del comun adagio, que mas ven cuatro ojos que dos, principalmente en los asuntos gravísimos, que fueron muchos los que se le ofrecieron, así en las conquistas de la Sierra Gorda como mucho mas en las Californias y en las conquistas de Monterey, procurando consultar mientras habia lugar á los prelados del colegio y al venerable discretorio de él, remitiéndoles copia de las cartas que recibia de los excelentísimos señores vireyes, comandantes generales y gobernadores de las provincias, remitiendo al mismo tiempo sus respuestas, para que antes de entregarse á dichos señores, se leyesen por el prelado y padres discretos, conformándose con sus prudentes pareceres, desconfiando de sí mismo, suplicándoles que antes borrasen lo que les pareciera conveniente, nivelando hasta lo mas mínimo por el dictámen ajeno, para distinguir mas seguramente lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y lo provechoso de lo nocivo, sujetándose al dictámen ajeno.

No obstante de haberlo adornado Dios de cuantas partes componen á esta prenda de la naturaleza, de inteligencia, circunspeccion, cautela, experiencia y agudeza, como por su humildad profundísima no conocia en sí tales prendas, recurria al dictámen ajeno, principalmente al del prelado. Consiguió con este y su industria continuos aciertos en cuantos negocios gravísimos se le ofrecieron en las conquistas, dejándolas en tal estado, que dejan admirados á cuantos han visto y leido el feliz progreso de ellas en tan breve tiempo de fundadas.

No es menor prueba de su heróica prudencia el haberse mantenido tantos años de presidente superior de una comunidad tan repartida, en el tramo de mas de doscientas leguas, tan apartados unos de otros, y de la vista de su prelado, que podian entibiarse; pero era tal la prudencia del fervoroso prelado, que tuvo siempre á sus

súbditos muy contentos y conformes á sus disposiciones, de modo que no hubo la menor queja contra dicho venerado prelado. Mantuvo siempre á todos sus súbditos muy contentos en la mision á que los destinaba, á quienes solia visitar una vez al año mientras que le fué posible, con cuya visita quedaban todos consolados, alegres y fervorosos en el apostólico ministerio, descansansando bajo de su frondosa sombra, de modo que podiamos decir lo que de Elías dice el sagrado texto, cap. 16, lib. 3, Reg., v. 5, que dormiamos y descansábamos en todo bajo la sombra del Junípero: *Progecitque se et abdormivit in umbra Juniperi*: que aunque árbol de estatura pequeña, y todos nosotros extendidos en el tramo de mas de doscientas leguas, no obstante que por corresponder chica sombra proporcionada al árbol, nos cubria á todos con sus continuos y eficaces consejos, que con su bien cortada pluma incesantemente nos daba; cuyos consejos, no solo nos dirigia, sino tambien que á todos con ellos nos dejaba consolados y animados para la conversion de los gentiles y para los adelantamientos espirituales y temporales de la mision.

Este especialísimo don de consejo, efecto de la prudencia, no solo lo experimentamos en este siervo de Dios nosotros sus súbditos, sino cuantos lo consultaban, quedando todos edificados y convencidos de la evidencia con que les hacia ver la razon, para salir de sus dudas.

JUSTICIA.

La segunda de las virtudes cardinales es la justicia, segunda columna de la fábrica del edificio espiritual; de la que hablando san Anselmo (in lib. Cur Deus homo), dice que es una libertad del ánimo varonil, que da á cada uno su propia dignidad: al mayor da reverencia, al igual paz y concordia, al menor doctrina y consejo, obediencia á Dios, santificacion á sí mismo, al enemigo paciencia y al necesitado laboriosa misericordia: *Justitia est anima libertas, tribuens unicuiques suam propriam dignitatem: majori reverentiam, pari concordiam, minori disciplinam, Deo obedientiam, sibi sanctimoniam, inimico, patientiam, egeno operosam misericordiam.*

Esta virtud con todos sus actos que refiere san Anselmo, la tuvo y practicó el venerable fray Junípero, atendiendo á todos segun la dignidad de cada uno, dando al mayor toda reverencia, á los iguales paz y concordia, á los menores doctrina y enseñanza, á Dios la debida obediencia, á sí mismo rectitud en sus obras, al contrario que le impedia los fervorosos deseos, paciencia, y al pobre y necesitado laboriosa misericordia.

En toda su vida procuró toda la reverencia debida desde niño á sus padres, en la religion á todos sus superiores, venerándolos con la mayor sumision, obedeciendo á cuanto se le insinuaba ó mandaba, siendo en este punto bastantemente mirado, por no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado. Bastante prueba es la carta que me escribió desde el pueblo de Tepic, que queda copiada en el cap. 33.

Prueba tambien lo que practicó con un gran bienhechor, así del colegio como de las nuevas conquistas, que estando en la actual fundacion de la mision de nuestro padre San Francisco, le pidió le enviase un informe individual de cuanto habia en aquel puerto y de lo que pasase en las dos misiones y del fuerte ó presidio, suplicándole fuese con bastante extension. Al mismo tiempo recibió carta del prelado en que le mandaba no se informase á los seculares, y así lo cumplió, enviando la misma carta de dicho bienhechor al prelado, diciéndole: "que habia recibido al mismo tiempo " su carta, y estaba tan pronto á obedecer sus órdenes, que ni aun contestaba al bienhechor de " haber recibido su carta; pero me alegraria mucho " que supuesto tiene su reverencia informe de todo, el que satisfaga al bienhechor y le dé alguna excusa por no haberle yo escrito por muy " ocupado, como en la verdad lo estoy."

No obstante que del contenido de dicha carta podia entender el padre presidente que no le comprendia á él, sino á los particulares, no quiso interpretar el contexto de ella, sino entenderla á la letra, como si solo á él se le escribiese; pero en breve conoció podia haberse desengañado, pues vió la respuesta del prelado que no hablaba con tanto aprieto, sino que él podia informar privadamente con toda verdad á los sugetos que juzgase conveniente como prelado, para el bien de la conquista; pero no los particulares, que podian informar lo que ignoran, y solo dicen lo que oyen á los soldados, que nada entienden con formalidad.

En otra ocasion recibió carta tambien del prelado, en que disponia se suspendiesen las misiones de la canal, por los motivos que le expresaba, en ocasion que ya estaba la una de las tres fundadas. Y como era tan nimio en no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado, empezó á recelar si seria faltar á ella si se proseguia la mision, ó si debia mandar suspenderla; y no se aquietó hasta que tuvo el parecer de los misioneros mas inmediatos, que le respondieron que no se comprendia la mision fundada antes de recibir el órden, sí solo á los dos que todavía no se habia dado mano á ellas, como mas largamente queda dicho en el cap. 55.

Con todos procuró siempre tener grande paz y concordia, tratando no solo á los iguales, sino aun á los mas mínimos con mucha afabilidad y amor paternal, dando á todos doctrina y enseñanza, dirigiéndolos para el cielo con sus saludables consejos y clara doctrina, como queda largamente expresado en su vida. En todo y por todo procuró siempre tener á la vista la ley santa de Dios, sus divinos preceptos, los de la santa Iglesia y los de nuestra seráfica y apostólica regla, obser-

vando todos los dichos preceptos, para no faltar á la obediencia de Dios y conservar para sí la justicia, santificacion ó santimonia; *sibi sanctimoniam.*

Y de tal manera procuraba esta virtud en todas las acciones y obras, y al parecer pensamientos, que todo lo que en él se veia, oia y experimentaba, todo era dirigido á Dios y al bien del prójimo. Siempre sus conversaciones y pláticas eran edificantes; y si se hablaba de ausentes, que podria entibiar la caridad del prójimo, procuraba desviar la conversacion ó decir claramente: *no hablemos de esto, que me causa pena;* de modo, que podriamos decir de él lo que de la sombra del árbol de su nombre dijo Plinio, citado de Nicolás de Lyra, lib. 3, Reg. cap. 19, v. 5, que ahuyenta las serpientes y todo animal ponzoñoso: *Juniperus arbor est crescens in desertis, cujus umbram serpentes fugiunt, et ideo in umbra ejus homines secure dormiunt.* Esto mismo experimentábamos en la presencia de nuestro Junípero, pues en su presencia ni se oia ni se podia hablar palabra que no fuese edificante. Y si alguno se desmandaba, en el semblante manifestaba luego la repugnancia de tal conversacion, que servia de correccion, y se mudaba luego la plática, pasándola á tratar de lo que siempre tenia en su corazon y en la mente, que era el aumento de la conversion de los gentiles.

Otro acto de la virtud de la justicia cuenta san Anselmo, que es tener paciencia con el enemigo: *inimico patientiam.* No tuvo este siervo de Dios mas enemigo que el que conocia ó le constaba ser enemigo de Dios, ó que veia que impedia con sus hechos la propagacion de la fe y conversion del gentilismo. Portábase con los primeros con amorosas amonestaciones, con pláticas y sermones para hacerlos amigos de Dios, y con los segundos nunca daba á entender estuviese sentido de ellos, que procuraba poco á poco hacerlos ajentes y coadjutores de santa obra, con cuya paciencia solian muchos conseguir el efecto deseado, y con los otros que no coadyuvaban, no manifestaba el sentimiento, sino que desahogaba su pena con decir: *no será la voluntad de Dios todavía, no estará de sazon la mies, Dios dispondrá lo que fuere de su agrado,* procurando de su parte hacer á los tales cuantos bienes podia.

Bien lo experimentó el oficial que le ocasionó el trabajo de ida y vuelta á Méjico en solicitud de providencias favorables para la propagacion de la fe y conservacion de los nuevos establecimientos, de quien determinó la real junta se retirase del mandato. Y estando para salir de Monterey, llegado el nuevo comandante, temeroso no ser mal recibido de su excelencia, valiéndose de uno de los misioneros muy estimado del venerable padre presidente, le pidió una carta de recomendacion para el señor virey. Y respondiendo que con mucho gusto lo haria, lo practicó con tanta caridad y con tal sigilo, que no quiso que el recomendado supiese el contenido, pues la envió cerrada y por otro conducto; y en cuanto llegó á Méjico vió el efecto de la carta, pues le entregó su excelencia una compañía con el baston de capitan de ella, quedando su excelencia muy edificado de la caridad del venerable padre Junípero, viendo que olvidando que le habia hecho padecer en ida y vuelta de Méjico tantos trabajos, le correspondió cediendo para sus ascensos, así el mérito de dichos trabajos como todos los demás que habia padecido, y méritos que su reverencia habia contraido en estas conquistas. Así lo leyó en la carta respuesta de su excelencia que tengo á la vista y dice así:

"En carta de 19 de junio último expuso vuestra reverencia la pena que le daba ver despojado del mando de esos establecimientos al oficial que antes estaba mandando, y á estímulos de su fervorosa piedad recomienda su mérito, aplicándole los servicios que por sí propio ha contraido, para dar mas valor á los suyos. Este oficial llegó aquí enfermo; y siempre que haya arbitrio conocerá en mi atencion la que me ha merecido una accion tan pia, honesta y religiosa como la que vuestra reverencia me manifiesta, deseoso de contribuir á las satisfacciones de este interesado.—Dios guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, 2 de enero de 1775.—El bailío frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre fray Junípero Serra."

Otros varios casos podria referir, que omito para dar lugar á lo que falta de las demás virtudes. Y pasando al último acto que refiere de la justicia San Anselmo: *egeno operosam misericordiam:* en ambas conquistas en que tan gloriosamente trabajó este infatigable operario, así en la Sierra Gorda de la nacion pame como en la antigua y nueva California, tuvo un campo muy abierto para ejercitarse en este acto de la virtud de la justicia: *egeno operosam misericordiam;* pues los habitantes de ambas conquistas eran todos unos pobres miserables y necesitados de un todo, así para mantenerse como para cubrir su desnudez, con quienes tuvo bastante que ejercitar las obras de misericordia, así espirituales como corporales, pues no solo empleó todo su talento para su reduccion, instruccion y demás ministerios espirituales, sino que tambien todo su conato era en solicitarles para comer y que vestir, gastando todo el sínodo que da su majestad á los misioneros; y no siendo suficiente, solicitaba limosnas de bienhechores y aplicaba las misas para dicho fin. Y á fin de que los convertidos lograsen este subsidio con mas abundancia y con subsistencia, les instruyó en las siembras, para lograr cosechas de las principales semillas para mantenerse, y de fabricar alguna ropa para vestirse, como queda dicho.

La mayor pena que daba al compasivo corazon de este siervo de Dios, era el no tener que

dar á los pobres indios tan necesitados, procurando consolarlos con amorosas palabras, repartiéndoles por su propia mano la comida, aun aquella que para sí necesitaba, y lo mismo hacia de la poca ropa, por sus propias manos cortaba las camisas y enaguas, como tambien cotones y calzones para los muchachos, y por sus propias manos se amañaba á coser para instruir á los neófitos, como que en breve aprendieron. Este ejercicio le duró todo el tiempo que permaneció en el ministerio, hasta tres dias antes de morir; en mi presencia estuvo en esta faena de cortar y repartir ropa.

Y cuatro dias antes de su muerte, estando juntos, entró una india vieja de mas de ochenta años, neófita, que en cuanto nos saludó, se levantó el venerable padre, y metiéndose en el cuartito donde dormia, sacó una frazada camera y la regaló á la vieja. Sonriéndome yo, le dije: *¿qué, le va á pagar las gallinas?* me acompañó en la risa diciéndome que *sí*. El motivo de la risa de ambos era, que dicha india siendo todavía gentil, recien fundada la mision de San Cárlos, no teniendo la mision mas de una gallina con sus pollos para procrear, instruyó á un nietecito suyo á que matase los pollos con su arquito, como lo hacia, y entre ambos se los comian, y hallada en el hurto, le pusieron por distintivo la vieja de las gallinas, y esto le motivó á reir; pero él cumplió con el acto y obra de misericordia ya dicho, cuya accion tan caritativa, dió motivo á que en su muerte no se le hallase en la cama sobre las desnudas tablas mas que media frasada, como queda dicho arriba.

FORTALEZA.

Hablando de esta heróica virtud san Ambrosio, citado de mi seráfico doctor san Buenaventura (lib. 2, phca. c. 31), dice: fuerte es aquel que se consuela padeciendo algun dolor: *est fortis qui se in dolore aliquo consolatur*. Grandes fueron y continuos los dolores que padeció el siervo de Dios fray Junípero por la llaga del pié é hinchazon de la pierna, que padeció desde el año 49 hasta la muerte, como queda arriba dicho; pero nunca se quejó y solo lo manifestaba cuando le impedia sus correrías apostólicas, ó cuando le impedia el poder celebrar el santo sacrificio de la misa, como se vió á la salida de la antigua California, subiendo con la expedicion para la nueva y setentrional, que fué la única vez que solicitó algun medicamento para lograr el deseado fin de ver fijada la santa cruz en el primer puerto de San Diego, y fué el bestial medicamento que ya queda dicho, capítulo 15. En las demás ocasiones, no obstante de ser grandes los dolores, parece que en ellos tenia su consuelo, olvidando el solicitar medicamentos. Y las veces que se proporcionaba ocasion de facultativos y medicamentos, como fué á la ida de Méjico y cuando venian los barcos á aquellos nuevos establecimientos, trayendo sus cirujanos reales, que le ofrecian gustosos el sanarlo, les respondia: dejémoslo, que ya es llaga vieja y necesita de cura larga; y apurándolo uno de sus amados compañeros en una de estas ocasiones, les respondió: *medicinam carnalem nunquam exhibui corpori meo.*

Lo mismo practicaba en los graves dolores de pecho que padecia, sin duda ocasionados de los golpes de piedra que se daba en los actos de contricion con que finalizaba los sermones, como tambien de apagar en su pecho desnudo la hacha encendida, á imitacion de san Juan Capistrano, que apagándosela solia arrancar un pedazo de cuero, de lo que varias veces le resultó quedar muy mal herido; y ninguno de estos dolores le hacia abrir la boca para la menor queja ni para solicitar medicamento, pues parecia tenia en estos dolores todo su consuelo, efecto de su fortaleza: *Est fortis qui se in dolore aliquo consolatur.*

Y prosiguiendo el citado san Ambrosio, dice de esta virtud: ciertamente con razon se llama fortaleza la de aquel que se vence á sí mismo y reprime la ira: *et revera jure ea fortitudo vocatur, qua unusquisque seipsum vincit iram continet.* Vencióse el venerable padre á sí mismo, reprimiendo todo movimiento de ira, de modo que parecia nada lo inmutaba, sino el ver ofendido á Dios por los pecadores y cuando reparaba se impedia la propagacion de la fe. Aun esto que lo inmutaba, reprimia con fervorosos actos de resignacion á la voluntad de Dios, cuya conformidad solia expresar con algun suspiro con estas palabras: *Dejémoslo todo á Dios; hágase en todo su santísima voluntad;* y estos actos tan heróicos parece que contenian todo lo irascible, quedando pacífico é inmutable como si tal cosa hubiese sucedido; y en breve veia el efecto de esta resignacion, ya por la reduccion de los pecadores, amonestados del siervo de Dios, que se le rendian á sus piés pidiendo confesion, como de los gentiles que movidos de lo alto, le pedian el santo bautismo.

Prosigue el mismo san Ambrosio hablando del varon fuerte ó adornado de la virtud de la fortaleza, y dice, que con halagos ningunos se ablanda ó desvia de lo empezado: *Nullis illecebris emollitur, atque inflectitur.* Así lo dió á entender desde la vocacion con que lo movió Dios á venir á emplear su vida en la conversion de los gentiles, que en cuanto supieron los reverendos padres que entonces gobernaban esa santa provincia su vocacion y vieron tenia ya la patente, le ofrecieron no saliese de la provincia, que está en el inmediato capítulo lo haria custodio, no obstante de hallarse jóven y ocupado con la cátedra, que nada de esto se oponia ni era incompatible; pero ni estos halagos, ni otros mayores empleos que se le podian poner á la vista, ni la mucha estimacion, así dentro como fuera de la provincia,

fueron bastantes para ablandarlo ni hacerlo retroceder de la vocacion, ni menos el considerar la pena grande que causaria su salida á sus ancianos padres; sino que revestido su corazon de la fortaleza, lo dejó todo para emplearse en la conversion de las almas; por lo que podemos decir de este siervo de Dios lo de san Ambrosio, que *nullis illecebris emollitur, atque inflectitur.*

Concluye san Ambrosio lo heróico de esta virtud diciendo que el varon fuerte ni se conturba con lo adverso, ni con lo favorable se enzalza: *non adversis perturbatur, non extollitur secundis.* Era tal su fortaleza, que en cuantos casos sucedian, ya favorables, ya adversos á la conquista, siempre se manifestó como inmoble, siempre de un mismo ánimo y puesto su corazon y confianza en el Señor, quien de ordinario lo consolaba, cumpliéndole, después de haber probado su fortaleza, sus fervorosos deseos. Así se ve en lo que queda referido al principio de esta conquista en su primera mision de San Diego, capítulo 20, que aunque el comandante con todo el cuerpo de la expedicion tenia determinado el desamparar el primer puesto del puerto de San Diego y hacer la retirada para la antigua California por la falta de víveres, señalando dia para ello si no llegaba el barco para el dia de señor san José, resolvió el siervo de Dios no dejar el puesto aunque todos se retirasen, causándole grandísima pena y dolor la determinacion de la expedicion; pero siempre confiando en Dios que no se verificaria la retirada, como de facto así sucedió, pues el mismo dia del santísimo patriarca se divisó el barco, con lo que se resolvió lo contrario y siguió felizmente la conquista, debiéndose á su magnanimidad y fortaleza.

Con esta misma virtud consiguió la reedificacion de la dicha mision de San Diego después de incendiada por los bárbaros gentiles que quitaron la vida tan inhumanamente á uno de los dos misioneros, llamado fray Luis Jaime, como queda dicho con bastante extension en el capítulo 40, que hallando en el comandante una total repugnancia para la reedificacion, negando aun la escolta de los soldados de la mision, no desmayó el fervoroso padre, sino que clamando á Dios para el efecto, lo consoló el Señor el dia del príncipe san Miguel. Otros varios casos podria referir que omito, y creo bastará el decir que nunca retrocedió de aquel fervoroso celo de la propagacion de la fe, atropellando cualquiera dificultad que le pusiesen delante, facilitándoselo todo el santo fin á que se dirigia; que aunque para muchos parecia indiscreto celo, pero el efecto tan favorable que se seguia de la propagacion de la fe sin la menor desgracia, hacia ver no ser indiscreto su celo, sino muy agradable al Señor, que conoce los interiores de cada uno.

Nunca el miedo de perder la vida en manos de los bárbaros le hizo volver atrás; solo lo contenia tal cual vez la consideracion de los malos efectos que podian resultar de perder la vida en manos de aquellos á que habia venido á darles la vida espiritual; y solia muchas veces decir, que de quitar la vida á los padres, aunque quedaria regada la tierra; pero la tropa militar querria vengar la muerte, de lo que resultaria la perdicion de muchos infelices indios y la apostasía de los demás, dejando la mision despoblada, como se vió en la de San Diego.

Esta mira parece que le movió en la mision de la Sierra Gorda el huir de este peligro. Fué el caso, que estando una noche con su compañero, que entonces lo era el que actualmente es obispo de Mérida de Maracaibo, el ilustrísimo señor don fray Juan Ramos de Lora, sentados ambos en las gradas de la cruz del cementerio de su mision, Santiago de Jalpan, como á las ocho de la noche, tomando el fresco, de repente dijo al dicho padre su compañero: quitémonos de aquí; vamos adentro, que no estamos seguros. Así lo practicaron, y el siguiente dia supieron por cierto le iban á quitar la vida, de modo que si no se quitan, ambos allí habrian muerto.

En otras muchas ocasiones atropelló con todos los peligros, como se vió al tránsito de la mision de San Gabriel al sitio de San Juan Capistrano, que pasaba á su fundacion, que como queda dicho, capítulo 43, se vió en evidente peligro de la muerte, por haberse arriesgado á cruzar el tramo todo poblado de bárbaros con un solo soldado. Lo mismo practicó innumerables veces en tantos viajes como anduvo, de manera que podriamos decir de él lo que del varon fuerte dice san Agustin, que ni temerariamente acomete ni sin refleja teme: *Qui vera virtute fortis est, nec temere audet, nec inconsulte timet.* (Aug. Epist. 29, ad Hieroni. ante med. tom. 2.)

TEMPLANZA.

La última de las cuatro columnas del espiritual edificio es la cuarta de las virtudes cardinales, llamada templanza, que en sentir de san Agustin, lib. 1, de lib. arb. cap. 13, col. 580, es un afecto que pone modo y freno á todas las pasiones desordenadas: *Temperantia est affectio coercens, et cohibens appetitum ab iis rebus quæ turpiter appetuntur.* Y hablando san Próspero de los efectos que causa esta noble virtud en el alma adornada de ella, dice, lib. 3, de Vit. contemp. cap. 19, pag. 92, que hace templado templando los afectos del que los posee: *Temperantia temperantem facit, affectus temperant.*

Todo el afecto de este siervo de Dios al parecer se dirigia á la propagacion de la fe y aumento de misiones, para lo que ponia todos los medios posibles, ya con exhortaciones de palabra, ya con cartas edificantes, solicitando medios y auxilios para tan santo fin, y con tanta eficacia y repeticion de súplicas, que á los menos afectos pare-

cia importuno; pero sufria con mucha paciencia dicha nota, con tal que lograse el fin de aumentar dichas misiones, saliendo de su boca muy de ordinario: *gracias á Dios que hasta ahora no hay mision alguna que no tenga hijos al cielo.* Viendo en el padre Junípero tanta eficacia en pretender nuevas fundaciones, no faltaron sugetos de categoría y carácter que dijeron de él: *Es el padre Junípero un varon santo; pero en el asunto de pedir fundaciones de misiones es santo pesado;* pero en este afecto tan extraordinario se templaba atemperándose á los medios y fuerzas que se le proporcionaban, conformándose en todo á la voluntad divina y de los prelados.

Así se vió en la pretension de la fundacion de las tres misiones de la canal de Santa Bárbara, que enviando el excelentísimo señor don frey Antonio María Bucareli suficiente tropa para ella y lo demás necesario, y carta al señor gobernador de aquellos establecimientos, de que se pusiese en acuerdo con el reverendo padre Junípero para las fundaciones, recibió al mismo tiempo dicho venerable padre carta del prelado del colegio, que le decia tuviese presente la inopia de misioneros en que se hallaba el colegio, á causa de no haber llegado la mision de España. Esta leve insinuacion fué bastante para templar su afecto á dichas fundaciones, pues ya no trató de tal asunto, esperando siempre el socorro de misioneros con la llegada de la mision de España. Pero viendo que el año de 83 no habia noticia de tal mision, y lo mismo el siguiente de 84, lo mismo fué llegar los barcos con la noticia de no venir padres ni haber llegado la mision, parece que le llegó el aviso de su cercana muerte, como queda dicho, capítulo 57.

Continuando el citado san Próspero los efectos de dicha virtud, dice que hace abstinente, parco, sobrio y moderado: *abstinentem, parcum, sobrium, moderatum.* Tan abstinente era este siervo de Dios, tan parco, tan sobrio y moderado en la comida y bebida, que con poco ó casi nada se contentaba, como lo dió á entender en la carta que me escribió y queda copiada en la vida, capítulo 19, que para ponderar no padecer necesidad, me decia, que teniendo una tortillita que no pasara de dos onzas, si es que llegara, y yerbas silvestres del campo, ¿qué mas nos queremos? Carne pocas veces la probaba, contentándose con las yerbas que acompañaban la racion, y con fruta siempre que la habia, que entonces era solo la comida. Y diciéndole yo cómo no comia, me respondia: *¿pues y qué es lo que hago? Esta y el pescado es la comida que tomaba la Vírgen santísima.* Parece que esta consideracion le causaba una extraordinaria aficion á la fruta y pescado, de modo que mientras habia pescado comia como los demás; pero la carne siempre la miraba con mucha repugnancia, y solia dar por excusa á los que advertian que no la comía, el que no podia mascarla. Jamás se quejó de la comida; nunca dijo si estaba salada ó dulce, buena ó mala, que parecia á todos carecia de gusto.

Era parco en la comida: estando en el colegio, muchos dias á la mitad de la comida se levantaba del asiento y subia al púlpito á leer en la mesa. Y estando en las misiones guardaba la misma moderacion en la comida, sin comer jamás á deshora, sino en las señaladas, de modo que se le conocia estaba adornado de la virtud de la templanza por los efectos que de esta virtud se le veian practicar, que en sentir de san Pedro Celestino (Opúsc. 1, part. 5, cap. 4), son otras tantas virtudes.

De tal manera, que en todas sus acciones exteriores dió pruebas muy eficaces de ser un varon adornado de honestidad y modestia, de sobriedad y abstinencia, de pureza y castidad, recato y pudicicia. Así lo manifestó en la mortificacion de sus sentidos y potencias, en la pobreza y desnudez de hábito, en la suavidad de sus palabras tan medidas, en sus pasos graves sin afectacion, y en sus ayunos cuasi continuos y rigurosos; efectos todo de la templanza, segun san Próspero, si no es que digamos con el citado san Pedro Celestino y el angélico doctor santo Tomás (2, 2, q. 131, art. 1), que son otras tantas virtudes, piedras preciosas de que se compone la cerca del espiritual edificio.

No le faltaron á este siervo de Dios los demás efectos de la virtud de la templanza que enumera san Próspero, ni las otras partes ya integrales, ya potenciales y subjetivas, que refiere santo Tomás en el citado lugar. Fué serio desde niño, cuya seriedad conservó toda su vida, de tal modo que á la vista parecia de un genio adusto y casi intratable; pero lo mismo era comunicarlo y tratarlo, que mudar de concepto, teniéndolo ya por suave, dulce y atractivo, llevándose los corazones de todos para el afecto. Era asimismo muy vergonzoso, principalmente con todos los que no habia tratado; pero habiendo mujeres en su presencia, siempre continuaba la seriedad y modestia, así en la vista como en el habla, procurando imtroducir la conversacion mística y ejemplar, refiriendo algunos pasos de las vidas y hechos de ellos, con el fin sin duda de introducir en sus corazones la devocion é imitacion de los santos, pues estos eran sus fervorosos deseos, efecto de la templanza: *desideria sancta multiplicat*, que dice San Próspero. Y no se contentaba el siervo de Dios de multiplicarlos en sí, sino tambien en los prójimos que á él se le arrimaban.

Cuenta el citado san Próspero entre los efectos de la templanza la penitencia: *vitiosa castigat;* y de tal manera ejercitaba fray Junípero esta virtud, que para mortificar su cuerpo no se contentaba con los ejercicios ordinarios del colegio de disciplinas, vigilias y ayunos, sino que á solas maceraba su cuerpo con ásperos silicios, ya de cerdas, ya de tejidos de punta de alambres con que cubria su cuerpo, como con disciplinas de sangre, á lo mas

silencioso de la noche, retirándose en una de las tribunas del coro. Pero aunque lugar tan secreto y en hora tan silenciosa, no faltaban religiosos que oyesen los crueles golpes, ni menos faltó curioso que deseando saber quién era, perdió el tiempo para salir de la dificultad, quedando edificado.

No se contentaba en castigar su cuerpo por las imperfecciones y pecados propios, sino tambien por los ajenos, como lo hacia con invectivas que usaba para mover al auditorio á dolor y á penitencia de sus pecados, ya de la piedad con que se golpeaba el pecho á imitacion de san Gerónimo, ya á imitacion de su devoto san Francisco Solano de la cadena con que se azotaba, ya de la hacha encendida que apagaba en su desnudo pecho, quemando sus carnes á imitacion de san Juan Capistrano y otros varios, todo con el fin no solo de castigarse á sí mismo, sino para mover á los de su auditorio á penitencia de sus propios pecados.

No fué menor su mortificacien en la privacion del sueño por sus continuas y largas vigilias. Su descanso solia de ordinario reducirse, mientras estuve en el colegio, hasta las doce que iba á maitines, y á las doce y media, que es cuando se concluye la oracion, proseguia haciendo sus ejercicios, variando todas las noches; una noche los de la muerte, otra los de la cruz, otra la via dolorosa, otra el aposentillo y otros varios, que solia de ordinario concluir á las cuatro de la mañana, y después se recogia, no para dormir, sino continuando en oracion hasta la hora de prima ó de decir misa, la que siendo maestro de novicios, los dias que no eran de comunion decia antes de prima, y en el otro tiempo después de concluida esta.

Cuando estuvo en las misiones no eran mas cortas las vigilias, como que tenia á su arbitrio toda la noche, y segun decian los soldados de la escolta, casi toda la noche la pasaba en vigilia y oracion, pues todas las centinelas que se remudaban siempre lo estaban oyendo, y solian decir: *no sabemos cuándo duerme el padre Junípero*, pues solo en las siestas solia tomar descanso, atendiendo á que su compañero ó compañeros estaban velando y celando. Aun los ratos que descansaba y dormia, parece que velaba su corazon alabando á Dios y orando, pues no pocas veces durmiendo juntos, ó ya en tienda de campaña ó bajo de enramada, solia prorumpir con estas dulces palabras: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto;* y dispertándome con tales palabras, le preguntaba: padre, ¿tiene alguna novedad? y como nada me respondia, conocia claramente que estaba durmiendo ó enajenado, ó que era efecto del continuo rezo mental y vocal.



III.

VIRTUDES TEOLOGALES.

Habiendo visto la profundidad del cimiento del espiritual edificio que intentó fabricar el siervo de Dios fray Junípero, y las fuertes columnas que levantó de las cuatro virtudes cardinales, y la union entre estas por otras particulares virtudes y obras de misericordia, que como preciosísimas piedras forman como cerca hermosa y muy vistosa, nos queda que ver lo mas principal del templo, que es como tabernáculo para el *Sancta Sanctorum*, el que forma las virtudes principales, las teologales, que inmediatamente miran á Dios y la religion que mira al divino culto, las que practicó y tuvo este siervo de Dios en grado heróico, segun la doctrina de las dos doctísimas plumas, el cardenal Aguirre y el señor Benedicto XIV ya citados. Veamos la primera, que es la virtud de la

FE.

Esta nobilísima virtud, segun San Pablo (ad Hæb. 11, v. 1), es un solidísimo fundamento de lo que se espera y una eficaz y cierta persuasion de las cosas invisibles: *Sperandarum substantia rerum argumentum non apparentium.* A esta definicion del apóstol se reducen todas las demás que de ella dan los santos padres que tratan de esta virtud, segun dice el señor Benedicto XIV (lib. 3. de Serv. Dei beatif. Cap. 23, § I), fundado en la doctrina de santo Tomás. Sobre cuya definicion nota el insigne misionero apostólico de Italia nuestro san Bernardino de Sena (Op. tam. 1. Serm. 2 de Dom. Quinq. in princ. pag. mihi 10 col. I) que la llama el apóstol sustancia, como un pedestal sobre el que se sustenta lo principal del edificio espiritual.

Estuvo este siervo de Dios muy adornado de esta solidísima virtud desde que el Señor se la infundió en el bautismo, y empezó á lucir en él desde que le entró el uso de razon, ejercitándose desde entonces en actos heróicos de esta virtud. Fuéronsele aumentando desde novicio en los estudios; concluidos estos, ocupado en ambas cátedras, en la teología instruyendo á sus discípulos en los misterios mas inefables, arduos é impenscrutables (así los llama el apóstol, Rom. 11, v. 33, segun lee san Juan Crisóstomo, hom. 4. in Gen.) con toda la claridad que permite el entendimiento humano para la explicacion é inteligencia de ellos, como tambien en la del Espíritu Santo, explicando en los puntos de doctrina estos soberanos misterios de la fe á los mas rudos é ignorantes, con tanta claridad y expresion, que casi podiamos decir con san Gregorio, que su explicacion era conocida de los ignorantes sin ser molesta á los sabios.

En su laboriosa vida fué de dia en dia añadien-

do quilates á esta virtud, los que se ven patentes por las señales que se expresan en su vida, que si se refleja sobre sus tareas apostólicas, veremos con toda claridad que su fe fué grande, pues hallaremos las señales que refiere san Antonino de Florencia que demuestran una fe grande: *fides alicujus magna ostendi potest; primo si alta de Deo sentit* (in Sum. part. 4, tit. 8, cap. 3, § 7). Tan altamente sentia de Dios y de sus divinos atributos cuán alto era su discurso y rara memoria, de tal manera, que al oirlo hablar de la sagrada Escritura parecia que la sabia de memoria, y para explicar los puntos mas recónditos y los misterios mas imperscrutables, parece tenia especial don de Dios, valiéndose de ejemplos, símbolos y comparaciones acomodadas para los mas rústicos y de menos alcance; en cuyas explicaciones manifestaba á todos lo que altamente sentia de Dios, y lo manifestaba no solo por la alta doctrina que enseñaba, sino mas principalmente por el extraordinario gozo y afecto que de ella expresaba, de modo que en estas santas conversaciones y pláticas parecia se enajenaba, de lo que resultaba ser mas largo de lo ordinario, que á muchos, principalmente á los poco devotos de la divina palabra, parecia molesto, y que no faltaba quien dijese no se conformaba con la doctrina de nuestro seráfico padre san Francisco. Pero como este celosísimo misionero era tan docto y leido, tendria muy presente la exposicion del seráfico doctor san Buenaventura, sobre el capítulo 9 de nuestra seráfica regla: *In brevitate sermonis.* "Hæc brevi-
" tas excludit verborum ambages et sententias
" involutas, verba etiam ardua super capacita-
" tem audientium.... Ista enim abreviatio non
" excludit cum expedit, sermonis prolixitatem,
" quia Dominus ipse aliquando prolixe prædica-
" vit, sicut patet in Joanne (12) et Mattheo
" (15)."

Del alto conocimiento que tenia de Dios, le vino el desprecio que hacia de las cosas caducas y temporales para conseguir el premio eterno en el cielo, que es la segunda señal que pone San Antonino para conocer la grandeza de la fe de algun siervo de Dios: *Secundo si caduca pro præmio æterno contemnit.* Bastante queda dicho del desprecio que hizo de todas las cosas caducas de este mundo de honras, dignidades y empleos, como tambien el continuo desprecio que hizo aun de aquellas cosas muy precisas para su uso, como libros, ropa, etc.; de modo, que cuando murió no se halló en tanto libro que llenaba el estante, ni uno siquiera que dijese fuese de su propio uso, sino que en todos ellos se halló de letra de este siervo de Dios: *Pertenece á la mision de San Cárlos de Monterey.* Lo mismo digo de la ropa de su propio uso, que poco antes de morir la mandó lavar y apartó, quedándose solo con el solo hábito, capilla, cordon y unos solos paños menores, que es lo que le sirvió de mortaja para enterrarlo, manifestando lo amante que era de la santa pobreza y el desprecio que hacia de las cosas caducas.

La tercera señal que propone el citado San Antonino para conocer la grandeza de la fe, es la confianza en Dios en todas sus adversidades: *Tertio si in adversis in Deo confidit.* Ya queda dicho arriba que el venerable padre Junípero no miraba á cosa alguna por la adversa, sino aquello que se oponia á la propagacion de la fe, conversion de gentiles y reduccion de ellos. En los mayores apuros en que se vió, fué el ver que toda la expedicion queria volver las espaldas del puerto de San Diego para la retirada á la antigua California, no dando mas tiempo para esperar sino hasta el dia de señor san José, como queda largamente dicho en la vida, y en este mayor conflicto puso toda su confianza en Dios, quien lo consoló, como queda arriba insinuado. Casi en igual conflicto se halló en la misma mision de San Diego, cuanto á la reedificacion de San Capistrano, y en otros muchos casos que podria referir en prueba de la confianza grande que tenia siempre en Dios.

Y esta grande confianza en Dios le hizo no volver la espalda atrás, sino seguir siempre en la conversion de los bárbaros, cuarta señal que da el citado san Antonino de la fortaleza de la fe: *quarto si a bono opere non desistit.* Vióse claro esta gran fortaleza, con que se resolvió con todo gusto y voluntad el pasar á la conversion de los indios apaches del rio de San Sabá; pues no obstante que veia que los tres padres que fueron para dicha conquista, á los dos quitaron alevosamente aquellos bárbaros la vida, y que al tercero hirieron gravemente, librándose solo de milagro y que podia recelar le sucediese lo mismo, no desistió, sino que poniendo toda su confianza en Dios, gustosamente admitió la propuesta del prelado y resolvió ponerse en camino para dicha conquista.

Otras señales pone el señor Bened. XIV (lib. 3, de servo Dei Beat. et Can. Cap. 23 num. 4) para conocer la heroicidad de la fe, y son, primeramente, la externa confesion de lo que interiormente se cree. Esta señal se vió clara y casi continua en la vida del siervo de Dios fray Junípero por el ejercicio de los actos exteriores que practicaba sobre todos los misterios que con viva fe creia en su interior; y si en sentir de santo Tomás (2. 2 dæ. q. 124, art. 5) cualquiera acto de virtud es una solemne protestacion de la fe: *omnium virtutum opera secundum quod referuntur in Deum sunt quædam protestationes fidei*, habiendo sido, segun se ve en la vida, casi un continuo ejercicio de actos virtuosos, hallaremos que fué una continua protestacion de la fe de este fervoroso siervo de Dios. Secundariamente dice, que se conoce por la observancia de los preceptos, de lo que queda bastante dicho de que no se vió accion alguna que no fuese muy edificante y ejemplar.

No contentándose con solo esto, sino que celaba el que todos los que estaban á su cargo y no-

vísimos en la fe, guardasen puntualmente los divinos preceptos, corrigiendo y castigando, si necesario era, cualquier desman que en ellos viese; y lo mismo en los preceptos de la santa Iglesia, quedando en todos ellos tan instruidos, que pasaban ya á escrupulosos, no admitiendo dispensa; si necesario era, ni queriendo valerse de los privilegios concedidos por la Iglesia á los neófitos, soliendo responder que eran cristianos como los españoles y asistian á la misa no solo los dias festivos para todos, sino tambien aquellos que no obligaban á los neófitos, no obstante que estaban bien instruidos, que no les obligaba á ellos la Iglesia.

Si ponemos la vista en la tercera señal que pone el señor Benedicto XVI, que es la oracion á Dios, queda bastantemente expresado, y se verá comprobado con lo que queda que decir en la virtud de la religion, que era casi continua la oracion de este siervo de Dios, por lo que se ve la heroicidad de su fe. Y no es menor prueba la otra señal que pone el citado pontífice: *Ex fidei dilatatione, aut saltem ejus desiderio.*

Tan temprano le empezaron los deseos de la propagacion de la fe, que como queda dicho, desde novicio era este su particular anhelo y el derramar su sangre, si necesario fuera, para aumentar los hijos á la santa Iglesia, rebozándosele el gozo de su corazon en la leyenda de los santos mártires que habian muerto en defensa de la fe y en la propagacion de ella. Estos mismos deseos tenia y tuvo toda la vida, y estos le hacian atropellar con cuantos peligros se vió, y al parecer le quedaba el sentimiento de no lograr lo que tanto deseaba. Así me lo dió á entender cuando me refirió lo que le habia sucedido cuando iba á la fundacion de San Juan Capistrano, que queda dicho en el capítulo 43, que me dijo: "Ciertamente que creí habia llegado la hora de conseguir lo que tanto deseaba." La misma expresion hizo cuando lo iba á matar el hereje inglés, capitan del paquebot que nos llevó desde Mallorca á Málaga que queda dicho, capítulo 2.

Y siempre que se veia en algunas de estas ocasiones y peligros de derramar la sangre en manos de infieles, parece que se llenaba su corazon de alegría, como se vió pocos dias después de lo acaecido en la mision de San Diego, que se divulgó entre toda la gente de aquellos establecimientos la noticia, y entramos todos en recelo no sucediese lo mismo en alguna de las demás misiones; y en la de San Carlos, en la que actualmente me hallaba disponiéndome para ir á fundar la de nuestro padre y la de Santa Clara con otros tres compañeros, se levantó entre los indios neófitos, de que la bárbara nacion llamada de los *Zanjones*, distante como seis leguas de la mision de San Cárlos, intentaban hacer con dicha mision lo que habian hecho los gentiles de San Diego. No obstante que á estas voces no se les daba total crédito, no dejaba de poner en cuidado la tropa, así á la de la escolta de la mision, como á la del presidio de San Cárlos.

A los pocos dias vino una india neófita, toda asustada y llena de miedo, con grande llanto, diciendo al cabo que ya venian los zanjones por la cañada, ponderando que eran muchísimos y armados, que sin duda venian á pelear. En cuanto el cabo oyó la noticia, sin hacer exámen de ello dió aviso al comandante del presidio, quien luego subió á caballo con una patrulla de soldados para ir á auxiliar á la mision. Al mismo tiempo el venerable padre Junípero nos comunicó, así á su compañero como á nosotros cuatro que estábamos para salir para las dos fundaciones dicha noticia; pero tan lleno de regocijo, que al parecer daba por cierto que aquella noche le habian de quitar la vida, por las expreciones con que nos avisó diciéndonos: "Ea, padres compañeros, ya llegó la hora, ya están ahí los zanjones segun dicen, y así no hay mas que animarse y disponerse para lo que Dios fuere servido." Así lo hicieron algunos que recibieron el aviso en la iglesia, reconciliándose unos á otros.

Al salir de ella, hallamos ya al comandante con los soldados del presidio, que se estaban disponiendo para la defensa de la mision, siendo ya entrada la noche y habiendo reconocido el peligro que amenazaba por estar los seis religiosos que estábamos allí en distintas casitas de palos ó madera, techadas algunas de tule, que brevemente arde como si fuese yesca, propuso al reverendo padre presidente que convenia que durmiesen todos juntos, para podernos defender en un solo cuartito que allí habia de adobes con azotea, que servia de fragua para el herrero; y con esto quedábamos bien resguardados de las flechas y lumbre, y que con un soldado estábamos bien escoltados, y que con los demás repartidos, se podria resguardar la mision. Convino en ello y nos metimos todos en dicho cuartito y en toda la noche no nos dejó dormir, que la abundancia del gozo no le dejaba cerrar la boca, refiriéndonos muchos casos para animarnos, y por la mañana no se halló indio alguno de los zanjones, de que inferimos, ó que la mucha agua que llovió aquella noche los hizo no llegar, ó que fué aprension de la india, por el mucho miedo que tienen á aquella belicosa nacion; pero el susto y temor fué bastante para todos, menos para el siervo de Dios, que no cabia de alegría.

Si reflejamos en este caso, en otros que quedan dichos y otros muchísimos que podria referir, y cotejamos con el sentir del piadoso autor de las antigüedades, citado de nuestro cronista Gonzalez (6 part. en la vida de san Diego, cap. 7), que dice: "El que una vez consagró la resolucion de su ánimo para tolerar para gloria de Dios todas las injurias y crueldades de los tiranos, este ya parece mártir, porque si la suerte no le concede que logre la efectiva pasion de tor-

" mentos, no puede quitarle que haya padecido " en el alma cuantos géneros de muertes traza- " das á ideas de la imaginacion habia ya abraza- " do la voluntad;" podremos piadosamente creer que si no fué martir á violencias del cuchillo, su pronta y resuelta voluntad le consiguió, segun la doctrina del célebre Antoine (de Actib. hum. cap. 3, art. 7), el mérito del martirio, que es lo que la Iglesia nuestra madre canta de san Pascual Bailon: *Martyrem non dat gladius, sed ipsum prompta voluntas.*

ESPERANZA.

Vimos ya la firmeza de la fe del siervo de Dios fray Junípero, de cuya heroicidad se puede inferir cuál seria su esperanza, que siendo, en sentir de san Buenaventura (tit. 5, dict. salut. cap. 4), una fuerte columna que estriba sobre el pedestal de la fe y sustenta lo principal del espiritual edificio, ó como dicen otros, flor de la fe que nace de ella como el rayo del sol, podremos inferir con los santos Gregorio y Bernardo, que cuanto mas uno cree, tanto mayor es su esperanza: *quantum quisque credit, tantum sperat.* (Bernard. de Dom. in Pas.) Esta que segun Guillelgo Alticiodorense, es una osadía del alma concebida de la largueza de Dios para alcanzar por nuestras buenas obras la vida eterna, dilata su vista y mira con fijos ojos como á su objeto el perdon de los pecados, el premio de las buenas obras en la vida que esperamos, la gracia, la resurreccion de nuestros cuerpos, la asistencia y cuidado de la Providencia divina para favorecernos en los peligros y tropiezos que pueden estorbar su consecucion, y finalmente, todo lo que es arduo y difícil, si es para bien nuestro y gloria de Dios.

Esta nobilísima virtud que recibió con el sacro bautismo, desde el dia de su nacimiento fué creciendo en este siervo de Dios con la edad, y en cuanto tuvo el uso de la razon, con la instruccion de sus devotos padres se ejercitó en esta virtud, como tambien en la virtud de la fe y caridad, procurando sus devotos padres que las primicias de los actos de su hijo se consagrasen á Dios como autor divino, haciendo que él se ejercitase en fervorosos actos de ellas, como lo practicaba desde niño; y como iba aumentando en edad y conocimiento, procuró ejercitarse con mas fervor, como se ha visto en el discurso de su ejemplar y dilatada vida. Como era tan alto su alcance sobre los misterios de nuestra santa fe y perfecciones divinas, tenia siempre puesta su confianza en ellas, con la esperanza cierta de que conseguiria del Señor lo que era de su mayor agrado, para mayor gloria suya, ocurriendo siempre al Señor, así en las cosas arduas, como ya queda insinuado en su vida, como en cosas aun mas leves, pues para todas Dios era su único refugio, y de ordinario conseguia feliz despacho para sus peticiones. Y si por su humildad recelaba el feliz éxito, invocaba á los santos de su especial devocion, como sucedió con el patrocinio del señor san José, que repetidas veces queda dicho, como tambien de su devoto san Bernardino de Sena, por cuyo patrocinio consiguió para un indio neófito de su mision de San Cárlos, librarlo de las fauces de la muerte, cuando los circunstantes lo tenian ya por muerto y aplastado de un grande pino que le cayó encima. Y agradecido nuestro venerable padre á su santo devoto y bienhechor, solicitó le pintaran un lienzo, el que se puso en aquella iglesia para mover la devocion en aquellos neófitos.

Otros varios casos podria referir, los que omito por no ser demasiado largo, pues basta para prueba de su esperanza en Dios lo que queda ya referido de su enfermedad y accidentes continuos del pecho, pié y pierna, en lo que podria aplicarse lo de san Agustin (Conf. lib. 10, cap. 43, tom. I): "Merito mihi spes valida in illo est, " quod sanabis omnes languores meos, per eum " qui sedet ad dexterum tuam, et te interpellat " pro nobis: alioquin desperarem. Multi etiam, " et magni sunt languores mei, sed amplior est " medicina tua." En fin, si se refleja bien y se atiende á lo que enseña san Buenaventura (in 3. Sent. dist. 26, q. 4), que todos los actos de las virtudes son otros tantos actos de la esperanza, hemos de decir que su vida fué un continuo ejercicio de esta nobilísima virtud, por lo que dijeron los auditores de la Rota en la causa de san Francisco Javier (tit. de Spe) que nada persuade con mas eficacia la esperanza de alguno, como el ejercicio de las buenas obras y acciones virtuosas: *Spei argumentum nullum validius, quam quod exercitio ducitur bonorum operum et actionibus virtutum.* Y lo mismo confirma el señor Benedicto XIV (lib 3 de Can. SS., cap. 23, § 2, núm. 16), cuyas son estas palabras: *Omnia opera bona spem arguunt, et omnia opera bona eximia et sublimia, spem demonstrant eximiam, sublimem, et heroicam.*

CARIDAD Y RELIGION.

La mayor de las virtudes llama san Pablo á la tercera de las teologales, que es la caridad: *maior autem horum est charitas.* (I. Corint. 13.) Y si en sentir de san Gregorio (in Ezequ. hom. 22) cuanto uno cree y espera tanto ama, habiendo visto la firmeza de la fe y la certeza y confianza de la esperanza del siervo de Dios, podremos inferir lo ardiente de su caridad. A esta virtud, dice san Gregerio, que con razon llama el apóstol de las gentes vínculo de la perfeccion, porque las otras virtudes engendran la perfeccion, pero la caridad las ata entre sí, de modo que ya no pueden separarse del alma del amante: *Charitatem recte prædicator egregius vinculum perfectionem vocat, quia virtutes quidem cætera perfectionem generant, sed tamen eas charitas ita ligat, ut*

ab amantis mente, dissolvi jam nequeant. (Greg. regist. lib. 4, ind. 13, cap. 95.)

Vimos ya cómo las otras dos virtudes teologales son columna y pedestal de lo principal y mas sagrado del templo. Y hablando de la caridad el célebre discípulo de san Juan Crisóstomo, san Proclo patriarca de Constantinopla, en la epístola que escribió sobre la fe á los armenios (tom. 6, op. SS. PP.), les dice que la caridad es la cumbre de lo mas santo y perfecto de nuestra católica religion: *charitas sanctæ religionis nostræ culmen est*, por lo que tenemos que esta virtud de la caridad es el remate y union que une y corona el estado perfecto del alma.

Las señales para conocer la heroicidad de esta nobilísima virtud, las propone Fortunato Schacco (de not. et sig. sanct. sec. 3, cap. 3 citado del señor Benedicto XIV). La primera es el celo del culto divino, á fin de que Dios sea amado y honrado de todos. Bastante queda dicho en el discurso de la vida de este siervo de Dios, del celo que tuvo del culto divino, ya en aquella suntuosa iglesia que fabricó en la mision de Santiago de Jalpan de la Sierra Gorda, y el adorno que solicitó para ella y para la sacristía, todo dirigido al divino culto. Lo propio practicó en las misiones que fundó en ambas Californias, encargando á todos los misioneros, que siempre en las memorias que pedian de Méjico, jamás dejasen de pedir algo para la iglesia ó sacristía. En una ocasion, estando yo presente, leyó la memoria de lo que se pedia para una de las misiones, y acabándola de leer, dijo á los padres que la habian hecho: *No me cuadra esta memoria, pues no leo en ella alhaja que pidan para adorno de la iglesia*, lo que luego enmendaron los padres añadiendo algunos renglones para el divino culto.

Este celo, que es tambien acto de la virtud de la religion, se ha expresado en su vida, cap. 7, en donde se expresa el régimen espiritual que observó en la Sierra Gorda, que él mismo en cuanto fué posible observó en las misiones de la nueva California y Monterey, así en fábricas de iglesia, segun la posibilidad de cada una, como en adorno para ellas, manifestando grande gusto cuando hallaba en sus visitas en alguna de esas misiones algunos adelantamientos en esto, y luego procuraba comunicarlo á los padres de las demas misiones para animarlos á lo mismo.

Tambien queda dicho en el citado capítulo el régimen espiritual que practicó en los sermones en las solemnidades con que celebraba los misterios y festividades del Señor, de la Vírgen santísima y de los santos, predicando en ellas para mover á los neófitos al culto y amor de Dios, siendo en esto tan grande su deseo, que lo extendia á todo el mundo. Bien lo expresó en la fundacion de la mision de San Antonio, que encendido en estos deseos y como fuera de sí, repicaba las campanas, como queda dicho, llamando á todos al divino culto y amor de Dios, deseando que aquellas campanas se oyesen por todo el mundo, señal evidente del fervoroso amor de Dios en que ardia su corazon, pues no solo lo amaba, sino que deseaba que todo el mundo lo conociese y amase.

Otra señal de fervor de la caridad y amor de Dios pone el citado autor, diciendo que se conoce por el gozo interior manifestado con señales exteriores, cuando se habla de Dios y de los santos. Bien se le conocia en sus sermones y pláticas, que parece le rebosaba el corazon de gusto y alegría. Cuando llegó á su noticia la disposicion de nuestro santísimo padre Clemente XIII, de que todos los domingos del año que no tuviesen prefacio propio se cantase ó rezase el prefacio propio de la santísima Trinidad, fué tanto su gozo, que no cabia en su corazon, y con mucha ternura decia: Bendito sea Dios, quien conserve la vida á nuestro santísimo padre que ha determinado se rece tan devoto prefacio. ¡Oh y qué buena ocasion para que nuestra seráfica religion pidiese á este santísimo padre, que parece ser devotísimo del misterio de la santísima Trinidad, el que nos concediese el rezo de este soberano misterio, con rito de doble de primera clase, con que imitariamos á nuestro seráfico padre san Francisco, de quien decimos: *Trinitatis officium, festo solemni celebrat.*

El mismo gozo expresaba en las solemnidades de la vírgen en las festividades de sus misterios, y cuando vió á sus hijos neófitos que con tanta devocion asistian y cantaban la sacratísima corona de MARIA santísima y la antiphona *Tota Pulchra*, que derramaba lágrimas de ternura y devocion. Igualmente le sucedia cuando cantaba la pasion y celebraba aquellos divinos misterios de la semana santa. Y sucedió no pocas veces, no poder proseguir el cantar en el coro el canto angélico de la gloria, el sábado santo. Eran tambien abundantes las lágrimas en las estaciones del via crucis, de cuyo ejercicio era devotísimo, y lo instituyó en todas las misiones, así de la Sierra Gorda, como de ambas Californias, la que en sentir de los auditores de la Rota en la causa de san Andrés Avelino (Tit. de Charit.) es señal clara y evidente de la perfecta caridad, y de la heroicidad de esta virtud: *hanc eximiam charitatem Andreæ erga Deum probari censuimus, ex maximo affectu ipsius, erga passionem Domini Nostri Jesu Christi.*

Otras varias señales pone el citado autor, las que omito por quedar ya comprobadas con los hechos de su vida, principalmente la caridad acerca del prójimo, de la que bastantemente queda dicho. Y como en sentir de San Gregorio la caridad acerca del prójimo, nutre y aumenta la caridad y amor á Dios *per amorem proximi, amor Dei nutritur:* (Greg. in Moral.) habiendo visto la gran caridad que tuvo este siervo de Dios con el prójimo, se infiere cuán grande seria el amor que residia en su corazon acerca de Dios, y qué admirables efectos causaria en su alma.

Estos fervorosos actos del amor de Dios y al

prójimo, junto con los demás de las otras virtudes de que he hablado y he manifestado de este mi amado maestro, puedo decir que continuaron hasta la muerte, como puede verse en el cap. 58, que es la prueba mas eficaz é infalible de haber sido su caridad y amor á Dios y al prójimo santo y verdadero, en sentir de su amartelado devoto san Bernardino de Sena, quien escribiendo de la caridad verdadera y no fingida, dice lo siguiente (tom. 2, Fer. 4, post. Ciner. Serm. 5, cap. 3, pag. 39, col. mihi 2). "Charitas ficta, sex for- " naces patitur, sed in septima alchymiæ falsitas " patet, Primus namque fornaceus ignis fit in " corde, secundus fit in ore, 3, in opere 4, in " inimicorum dilectione, 5, in eorum subventione, " 6, in recta intentione, ut scilicet propter Deum " hic omnia fiant, 7 in perseveranti continuatio- " ne. Hic sanctus probatur amor, quoniam si " verus non est, cito evanescit." Todas las otras seis señales que pone san Bernardino las hallamos muy patentes en la leyenda de su vida, y la sétima y la última señal la prueba lo que queda dicho en el capítulo citado. Y si en sentir del evangelista San Juan, las obras de cada uno siguen á la alma cuando se separa del cuerpo, *opera enim illorum sequuntur illos*, hemos de creer piamente que todas las obras que practicó en el ejercicio laborioso de su vida, acompañarian á su alma, como tambien los innumerables indios que convirtió, y que por su apostólico afan consiguieron su eterna bienaventuranza, le saldrian al encuentro para ponerlo en presencia de Dios á que recibiese el eterno premio en el cielo.

Así piamente creo habiendo experimentado su fervorosa caridad y amor divino, tendria las propiedades que dice de ella el doctísimo Rabano (in Sermon): "Amor divinus est ignis, lux, mel, " vinum, sol. Ignis in meditatione purificans men- " tem a sordibus. Lux est in oratione mentem " irradians claritate virtutum. Mel est in gra- " tiarum actione mentem dulcorans dulcedine " divinorum beneficiorum. Vinum est in con- " templatione menten inebrians suavi et jucun- " da delectatione." Todas estas propiedades parece se hallan en la laboriosa vida de este siervo de Dios, y podemos creer piamente que tambien conseguiria la última en la patria celestial: "Sol " est in æterna beatitudine mentem clarificans se- " renisimo lumine, et suavisimo calore: mentem " exhilarans ineffabili gaudio perenni jubilatio- " ne." Con que concluye las propiedades de la verdadera caridad el dicho Rabano, citado del venerable padre fray Luis de Granada (in Sylva locorum communium tom. 1, tit. *Amor Dei*). Y yo podria concluir, que su alma estará descansando, que fueron las últimas palabras que me habló antes de morir, acabando de rezar el oficio del sol de la Iglesia San Agustin, diciéndome á mí y á los circunstantes que se hallaban presentes: Vamos ahora á descansar, como queda dicho en su vida. Y piamente puedo creer qué su descanso fué y es en el cielo. Pero como son los altos juicios de Dios inexcrutables y que puede necesitar de nuestra ayuda, acompáñenme en decir: *Anima ejus requiescat in pace.* Amen.

CONCLUSION DE LA ORRA.

ADVERTENCIA AL CURIOSO LECTOR Y ÚLTIMA PROTESTA.

Dije ya al principio el fin que tenia en escribir esta vida, como tambien que la escribí metido entre aquellas bárbaras naciones, con falta de libros y de padres compañeros con quien consultar; y que habiéndome resuelto á condescender á las súplicas de los devotos y apasionados del venerable padre que lo conocieron y trataron, dando lugar á que saliese á luz dicha vida é historia, supliqué á algunas personas doctas y que conocieron al siervo de Dios, la leyeran, y fueron de parecer que bien se podia imprimir y seria su leyenda no solo edificante, sino que moveria á muchos para alistarse para operarios de la viña que plantó este ejemplar misionero. Y diciéndome que echaban menos un tratadito de las virtudes, me resolví á hacerlo, animándome el que en esta ciudad no careceria de libros ni de personas doctas con quien poder comunicar las dificultades que me ocurriesen; y aunque esto no me ha faltado, pero sí me ha faltado el tiempo y sosiego que necesitaba por haberme ocupado la obediencia en la carga pesada de la guardianía de este colegio.

Esta consideracion me servirá para excusarme de cualquiera falta que los curiosos lectores notaren en el último capítulo, principalmente de la brevedad de tan principalísimo asunto. Presumo tambien que echarán menos el del don de la contemplacion del siervo de Dios, revelaciones, profecías, milagros y todo aquel aparato de las gracias gratis dadas que hacen admirable y ruidosa la santidad de algun siervo de Dios. Pero tengo muy presente que todas estas gracias, aunque son muy admirables y apreciables, no constituyen la santidad esencial, que se vincula á la gracia santificante.

No el don de contemplacion, pues este como notó San Gregorio (lib. 2, hom. 5, in Ezeq. num. 19, col. 1361. op. tom. 1.) suele concederse así á los perfectos como á los no perfectos, y á los principiantes é imperfectos. "Non enim contem- " plationis gratia summis datur, et minimis non " datur, sed sæpe hanc summi, sæpe minimi, " sæpius remoti.... percipiunt." Y muchas veces sucede que ni aun á los santos se concede, como de los ya canonizados nota nuestro eminentísimo Laurea (de Orat. opusc. 7, cap. 2). Sin duda por eso en las causas de canonizacion no se inquiere de ella sino en cuanto es una especie de hábito adquirido del acto de centemplar y orar, como enseña el señor Benedicto XIV (lib,

3, de Beat. et Can. SS. cap. 26. pag. 186.) Pero como ella segun reglas de la mística, sea un acto compuesto de fe viva y caridad encendida, quedando probadas estas dos virtudes de este siervo de Dios, debemos decir que no le faltó este don de contemplacion.

Tampoco constituyen la santidad esencial revelaciones, profecías, milagros, don de lenguas, etc., porque como estas gracias, á diferencia de la santificante, como enseña nuestro doctor irrefragable Alejandro de Ales (in 2. part. quæst. 73), se dan para utilidad de los otros, pueden hallarse juntas en un mismo sugeto con el pecado mortal como con él enseña el eximio Suarez (tomo 1 de Frat., prol. 3, cap. 4, núm. 10) y el docto Viguer (in Inst. Theol. tit. de Grat. Div. cap. 9, § 1) por estas palabras: "Gratia gratis " data differt a gratia gratum faciente, primo " quia hæc potest stare cum peccato mortali, et " sine charitate etc." Y á mas, como no son necesarias para la consecucion de la bienaventuranza, su falta no arguye imperfeccion, como enseñan los salmaticenses (tom. 3, Curs Theol. in Arb præd., § 17, núm. 164). "Sed quia ad " beatitudinem consequendam necessariæ non " sunt idcirco neque illarum defectus defectum " sanctitatis ostendit." Y por esto instando nuestro Matheuccio, como promotor que era de la fe á los postuladores de la causa de san Vicente de Paul para que propusiesen algo de dichas gracias, ellos como perspicaces, segun dice el mismo Matheuccio (en su Pract. Theolog. Canon. ad Caus. Beatif. et Canon. tit. 6, capit. 6, num. 20), respondieron que aunque no le faltaban al santo, no eran necesarias para el efecto de la canonizacion.

Los que conocieron y trataron á nuestro venerable padre, me acusarán quejosos de haber omitido muchas acciones ejemplares; y para cerrarme la puerta á toda excusa, tal vez me objetarán lo de Casiodoro, in Comp. Rhet. "Satius est nar" ratione aliquid superesse quam deesse: nam su" perflua cum tedio dicuntur; necessaria cum pe" riculo substrahuntur." Pero á esto debo decirles, que me ha sucedido lo que á los pescadores en abundantes placeres de perlas, donde la prodigiosa copia hace que se les escapen de entre las manos muchísimas. Las virtudes de los siervos de Dios salen al público medrosas, hasta que la perezosa volubilidad de los años va limpiando la idea de ciertas materiales impresiones que le ofuscan el brillante lustre; y el afecto que le profesaba como á mi venerado maestro, me ha contenido en decir otras machas cosas, no se atribuyesen á demasiada pasion, aunque siempre es disculpada con la reflexion que *parentibus et magistris nunquam satis*, que decian los filósofos. Esta máxima parece llevaba consigo san Juan Capistrano, que con tanto anhelo solicitaba los honores para su amado maestro san Bernardino de Sena, como se puede ver en la carta que escribió á los magníficos ciudadanos de Aquila, patria de su santo maestro.

Confieso con toda ingenuidad que no carezco de este afecto, y que es difícil moderarlo siendo tan debido; pero este filial afecto no me ha hecho ponderar cosa alguna de las que ví y presencié, ni menos fácil en creer muchos casos particulares que omito, por no estar del todo cerciorado de ellos, aguardando que el tiempo dé mas luz, pues con bastante reserva he escrito lo que has leido. Y por si acaso en ello he errado, todo lo sujeto á los piés de la santa madre Iglesia católica romana, protestando como hijo de tan santa madre, y que en serlo tengo mi mayor dicha, que en cumplimiento de los decretos de nuestro santísimo padre Urbano VIII (de felice recordacion) en la sagrada congregacion de los ritos y general inquisicion, y demas rescritos apostólicos que prescriben el modo de escribir las vidas de los siervos de Dios que no están canonizados, no es mi intencion se dé mas crédito á lo queda referido, que el que se merece una fe puramente humana, y por consiguiente muy falible; y que los epítetos de venerable y mártir etc., que en ella se leen, no es mi ánimo que apelen sobre las personas, calificándolas por santas y bienaventuradas, sino sobre las acciones virtuosas que refiero.

Tú entre tanto ruega por mí, y si encuentras algun yerro no lo atribuyas á malicia; mas disimula la flaqueza, que estoy pronto á enmendarlo. Y para que consigas la eterna bienaventuranza, te ruego lo que a Licencio, hijo de Romaniano, discípulo de san Agustin, rogaba san Paulino:

Vive præcor, sed vive Deo; nam vivere mundo
Mortis opus, viva est vivere vita Deo.

Cui soli honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.

TANTO QUE SE SACÓ DE UNA CARTA QUE EL REVERENDO PADRE FRAY ALONSO DE BENAVIDES, CUSTODIO QUE FUÉ DEL NUEVO MÉJICO, ENVIÓ Á LOS RELIGIOSOS DE LA SANTA CUSTODIA DE LA CONVERSION DE SAN PABLO DE DICHO REINO, DESDE MADRID, EL AÑO DE MIL SEISCIENTOS TREINTA Y UNO, CITADO EN EL CAPÍTULO SEGUNDO DE ESTA HISTORIA.

Carísimos y amantísimos padres custodio y demás religiosos de nuestro seráfico padre san Francisco de la custodia santa de la conversion de san Pablo de los reinos y provincias del Nuevo Méjico: Infinitas gracias doy á la divina Majestad en haberme puesto, aunque indigno, en el número de la dichosa suerte de vuestras paternidades pues merecen ser tan favorecidos del cielo, que los ángeles y nuestro padre san Francisco les asisten, y personal, verdadera y realmente llevan desde la villa de Agreda, que es raya de Castilla, á la

bendita y dichosa madre MARÍA DE JESÚS, de la órden de la Concepcion, franciscana dezcalza, á que nos ayude con su presencia y predicacion en todas esas provincias y bárbaras naciones. Bien se acuerdan vuestras paternidades que el año de mil seiscientos veintiocho, habiendo sido prelado de vuestras paternidades y siervo suyo, me determiné acaso, si bien debió de ser particular mocion del cielo, á pasar á la Nueva España á dar razon al señor virey y reverendos prelados de las cosas tan notables y particulares que en su santa custodia pasaban; y habiéndolo puesto por obra, después de haber llegado á Méjico, le pareció al señor virey y reverendos prelados, convenia pasar á España á dar cuenta á su majestad, como fuente de todo, y á nuestro padre general; y como tan católicos y celosos de la salvacion de las almas, me hicieron mil favores por las buenas nuevas que les dí, así por el aumento de nuestra santa fe, como del apostólico celo con que vuestras paternidades en esas conversiones trabajan, y del aumento temporal que la divina Majestad ha descubierto, en pago y premio del celo con que el rey nuestro señor nos favorece y ayuda. Con esta envio á vuestras paternidades un memorial de molde que presenté á su majestad y real consejo de indias, y fué tan bien recibido en España, que pienso sacar segunda impresion, para consuelo de tantos como lo piden. No me juzguen vuestras paternidades de corto, que bien sé que lo está mucho el memorial para lo mucho que falta y vuestras paternidades merecen; pero hícelo así breve, aunque fuese á costa de no decir lo mucho que falta, por solo obligar á su majestad á que lo leyese; y no solo lo leyó, y los de su consejo lo leyeron todo, pero les pareció tan bien, que no solo lo han leido muchas veces y lo saben de memoria, sino que segunda vez me han pedido otros, y en estas demandas he distribuido cuatrocientos libros, y nuestro reverendísimo padre general los envió á Roma á su santidad, fuera de los que digo en el memorial de molde. Las veces que he hablado á su majestad y á su real consejo de Indias, adonde es el ordinario despacho de ellas, he dicho de palabra y por muchos memoriales de mano de mi letra, lo que por allá pasa; y ha bia por acá poca noticia del nuevo Méjico, como si Dios no lo hubiera criado en el mundo; y así no se agradecia, ni sabia lo que vuestras paternidades con tan apostólico celo han trabajado en esa viña del Señor; y espero en su divina Majestad volver entre vuestras paternidades para gozar de la dichosa suerte de su compañía, aunque confieso no merecerla, y llevar á vuestras paternidades y á toda esa tierra muy grandes favores de su santidad y del rey nuestro señor, para consuelo de todos y aumento del divino nombre.

Cuando llegué á España, que fué á 1º de agosto del año de 1630, así como nuestro reverendísimo padre general fray Bernardino de Sena (ahora obispo de Viseo), que está gobernando la órden hasta el capítulo general, digo: así como supo mi relacion de la santa religiosa, que así anda predicando nuestra santa fe católica, en la forma que vuestros reverendos padres saben, me dijo luego su reverendísima, que siendo comisario de España, antes de ser general, que habia mas de ocho años tuvo noticia que la madre María de Jesús, abadesa de su convento de la villa de Agreda (raya de Aragon y Castilla), habia tenido algunos aparecimientos y relaciones de la conversion del Nuevo-Méjico, y con la relacion que le dí y la que allá nos habia enviado el señor arzobispo de Méjico D. Francisco Manso, en la misma razon, le causó á nuestro reverendísimo tanta ternura y devocion, que queria ponerse en camino para la dicha villa de Agreda, porque lo mismo que yo dije se lo habia dicho la misma madre María de Jesús los dichos años antes, entrando personalmente á visitar su convento, porque está sujeto á la órden y provincia de Burgos, y *os ad os* se lo dijo la misma madre María de Jesús á nuestro reverendísimo, y ahora lo confirmó con lo que yo le dije; y porque sus ocupaciones no le dieron lugar, me mandó que fuese yo personalmente á ello, dándome la autoridad para obligar á la bendita madre por obediencia, que me manifestase todo lo que sabia acerca del Nuevo-Méjico, á cuya comision fuí de esta corte, y llegué á Agreda último dia de abril de 1631, y antes de decir otra cosa, digo: que dicha madre María de Jesús, abadesa que es hoy del convento de la Concepcion, etc., será de veintinueve años, que no los tiene cumplidos, de hermoso rostro, color muy blanco aunque rosado, ojos negros y grandes: la forma de su hábito y de todas las religiosas de aquel convento, que por todas son veintinueve, es solo el hábito nuestro; esto es, de sayal pardo, grueso, á raíz de las carnes, sin otra túnica, saya ni faldellin, y sobre este hábito pardo el de sayal blanco y grueso con su escapulario de lo mismo y cuerda de nuestro padre san Francisco, y sobre el escapulario su rosario; sin chapines ni otro calzado mas de unas tablas atadas á los piés ó unas abarcas de esparto: el manto es de sayal azul, grueso y velo negro. No me detengo en decir las asperezas de esta venerable madre y su convento, por decir solo lo que toca al Nuevo Méjico, que yo cuando merezca ver á vuestras paternidades, que tengo de eso gran deseo y esperanza, entonces diré cosas maravillosas que nuestro Señor obra allá. Entre otras virtudes que esta bendita madre tiene de Dios alcanzadas, es el deseo de la conversion de las almas, que desde criatura tuvo gran lástima de los que se condenaban, y mas de los infieles, que por falta de luz y predicadores no conocen á Dios nuestro Señor. Y habiéndola manifestado su Majestad todas las bárbaras naciones que en el mundo no le conocen, ella, llevada por ministerio de ángeles que tiene para su guarda, y sus alas son san Miguel y nuestro pa-

dre san Francisco, personalmente ha predicado por todas las naciones nuestra santa fe católica, particulamente en nuestro Nuevo Méjico, donde ha sido llevada de la misma suerte, y tambien los ángeles custodios de sus provincias venian por ella personalmente por mandado de Dios nuestro Señor. El hábito que ha llevado personalmente las mas veces ha sido de nuestro padre san Francisco, y las otras con el de la Concepcion y su velo; aunque siempre remangadas las mangas blancas y encogidas las faldas del blanco, y así se parece mucho el pardo. Y la primera vez que ha ido fué el año de 1620, y ha continuado tanto estas ideas, que ha habido dia de tres y cuatro en menos de veinticuatro horas, y esto se ha continuado siempre hasta el año de 1631. Padres de mi alma, no sé cómo signifique á vuestras paternidades los impulsos y fuerza grande de mi espíritu, cuando me dijo esta bendita madre que habia asistido conmigo al bautismo de los Pizos, y me conoció ser el mismo que allí vió. Asimismo asistió al padre fray Cristobal Quirós á unos bautismos, dando las señas verdaderas de su persona y rostro, hasta decir que aunque era viejo, no se le echaban de ver las canas; que era carilargo y colorado de rostro, y que una vez estando el padre bautizando en su iglesia, iban entrando muchos indios y se iban amontonando á la puerta, y que ella por sus mismas manos los estaba empujando y acomodando en sus lugares para que no le estorbasen; y que ellos veian á quien los empujaba, y se reian cuando no veian quién lo hacia, y la que á ellos los empujaba para que empujasen á los otros, etc. Tambien me dijo todo lo que sabemos ha sucedido á nuestros hermanos y padres fray Juan de Salas y fray Diego Lopez en las jornadas de los Jumanas, y que los solicitó é industrió todo este tiempo para que fueran á llamarlos, como lo hicieron. Dióme todas sus señas y que asistió con ellos. Conoce muy bien al capitan Tuerto, dando las señas individuales suyas y de todos, y ella propia envió á los embajadores de Quivira á llamar á los padres, todo lo cual dirán los mismos indios, porque personalmente les habla. Tambien me dijo la jornada del padre Ortega, que tan dichoso fué en escapar con la vida, por aquellas señales que topó, y todas me las dijo; y luego que volvió del Norte al Oriente, salió de él con gran frio, que llevó hasta topar calor y buen temple, y que por allí adelante (aunque muy lejos) está la grandeza de reinos; pero que todo lo vence nuestro padre san Francisco. Son tantas las particularidades que de esa tierra me dijo, que ni aun yo me acordaba y ella me las trajo á la memoria; y preguntándole por qué no dejaba que la viésemos cuando dejaba que los indios tuviesen esta dicha, respondió: que ellos tenian necesidad y nosotros no, y que todo lo disponian sus santos ángeles; aunque yo espero en la divina Majestad, que cuando esta llegue á manos de vuestras paternidades, alguno ó algunos la habrán merecido ver, porque yo se lo rogué encarecidamente, y ella prometió pedírselo á Dios; y que si se le concediere lo hará de muy buena gana. Dijo que saliendo de Quivira al Oriente (aunque muy lejos), se pasaria por las señales que vió el padre Ortega amenazado de muerte por los caminos para que no pasase allá nuestra santa fe, que así se lo habia enseñado el demonio, y en el discurso del camino se convertirian muchas gentes si los soldados fueran de buen ejemplo *(res valde difficilis, sed omnia Deo facilia)*; y que nuestro padre san Francisco alcanzó de Dios nuestro Señor que en solo ver los indios á nuestros frailes se convertian. Sea Dios infinitamente alabado por tantos beneficios. Bien quisiera en esta carta decir á vuestras paternidades todo lo que la venerable madre me dijo; pero no es posible, aunque muchísimo tengo escrito en un libro que llevaré conmigo para consuelo de todos. Dijo que pasados aquellos largos caminos y dificultades del Oriente, se daria en los reinos de Chillescas, Cambujos y Jumanas, y luego al reino de Titlas, y que estos nombres no son los propios, sino parecidos á ellos, porque aunque entre ellos habia su lengua, fuera de allí no sabe ni se revela.

Aquel reino de Titlas, que es muy grande y pobladísimo, es donde mas acudió, y por su intercesion llevó allí nuestro padre dos religiosos de nuestra órden y bautizaron al rey y á mucha gente, y allí los martirizaron. Dice que no eran españoles, y tambien han martirizado muchos indios cristianos, y el rey tiene los huesos en una caja de plata en una iglesia que allí se edificó, y una vez llevó de acá una custodia para consagrar, y con ella dijeron misa los frailes é hicieron procesion con el santísimo Sacramento. Todo esto se hallará allá, y muchas cruces y rosarios que ha dado allí, y á ella martirizaron y recibió muchas heridas, y sus santos ángeles la coronaron, porque alcanzó de nuestro Señor el martirio. Así me parece por mayor bastará esto, para que vuestras paternidades se consuelen con tal compañera y santa en sus trabajos, y será nuestro Señor servido de llevarme con vuestras paternidades para que sepan todas las cosas como ella me las dijo y se las mostré, para que me dijese si en algo me habia equivocado ó si era lo mismo que entre los dos habia pasado, y para ello le impuse la obediencia de nuestro reverendísimo que para ello llevaba, y se la interpuso tambien el reverendo padre provincial de aquella provincia, que allí estaba, y su confesor, y por parecerme la respuesta ha de causar á vuestras paternidades grandísimo consuelo y espíritu, como por acá lo ha causado, que toda España se quiere ir allá, pondré aquí el traslado de lo que ella por su propia mano y letra respondió, que queda en mi poder para llevarlo á vuestras paternidades, y para todas provincias, nombrando á cada uno por su nombre; y tengo el propio hábito con que ella

allá anduvo, y del velo sale tanto olor, que consuela el alma.

TRASLADO DE LAS RAZONES QUE LA BENDITA MADRE MARIA DE JESUS ESCRIBE Á LOS DICHOS PADRES DEL NUEVO MEJICO.

Obedeciendo á lo que vuestra reverendísima, y nuestro padre general, y nuestro padre fray Sebastian Marcilla, provincial de esta santa provincia de Burgos, y nuestro padre fray Francisco Andrés de la Torre, que es quien gobierna mi alma, y á vuestra paternidad mi padre custodio del Nuevo Méjico, en nombre de vuestra paternidad me manda diga lo que se contiene en estos cuadernos, y si es lo que he dicho, tratado y conferido, que he hablado á vuestra paternidad de lo que, por la misericordia de Dios y de sus justos juicios, que son inmudables, ha obrado en mi pobre alma, que tal vez elige el mas inútil sugeto, incapaz é imperfecto, para manifestar la fuerza de su poderosa mano, y que los vivientes conozcan que todas las cosas se derivan del padre de las lumbres, que habita en las alturas, en cuya fuerza y poder y con la confortacion de su alteza, todo lo podemos: y así digo, que es lo que me ha sucedido en las provincias del Nuevo Méjico, Quivira y Jumanas, y otras naciones, aunque no fueron estos los primeros reinos donde fuí llevada, por la voluntad de Dios, y por mano y asistencia de sus ángeles fuí llevada donde me sucedió, ví é hice todo lo que al padre he dicho; y otras cosas que por ser muchas no es posible referirlas, para alumbrar en nuestra santa fe católica todas aquellas naciones; y los primerps donde fuí, creo están al Oriente, y se ha de caminar á él para ir á ellos, desde el reino de Quivira; y llamo estos reinos respecto de nuestros términos de hablar, Titlas, Chillescas y Cabuscos, los cuales no están descubiertos; y para ir á ellos, me parece ha de haber grandes dificultades, por los muchos reinos que hay antes de llegar á ellos, de gente muy belicosa, los cuales no dejarán pasar los indios cristianos del Nuevo Méjico, de quien ellos recelan lo son, y mucho mas á los religiosos de nuestro seráfico padre san Francisco, porque el demonio los tiene engañados, haciéndoles creer que está el veneno donde esta la triaca, y que han de estar sujetos y esclavos, siendo cristianos, consistiendo su libertad y felicidad en esta vida. Paréceme que como lo podrán conseguir, será pasando los religiosos de nuestro padre san Francisco; y para su seguridad y guarda, se podia ordenar los acompañen soldados de buena vida y costumbres; y que con apacibilidad sufran las contumelias que se les pueden ofrecer, y con el ejemplo y paciencia todo se podrá tolerar, que el ejemplo hace mucho; y descubriendo estas provincias, se pondrá grande obra en la viña del Señor. Los sucesos que he dicho, me han sucedido desde el año de mil seiscientos y veinte, hasta este presente de mil seiscientos treinta y uno, en el reino de Quivira y Jumanas, que fueron los últimos á que fuí llevada, que dice vuestra paternidad han descubierto con su buena inteligencia, y las personas mismas de aquellos padres santos, á quienes ruego y de parte del Señor amonesto y anuncio, que trabajen en obra tan dichosa, alabando al Altísimo por su buena suerte y dicha, que es muy grande, y que pues su Majestad los hace tesoreros y distribuidores de su preciosa sangre y les pone en las manos el precio de ella, que son las almas de tantos indios, que por falta de luz y quien se las administre andan en tinieblas y ceguedad y carecen de lo mas santo y deseable de la ley inmaculada, suave y deleitable, y del bien y gloria eterna. Mucho deben alentarse dichos padres en esta heredad del Señor, porque la mies es mucha y pocos los obreros, á dar la mayor gloria y agrado al Altísimo, y á usar de la mas perfecta caridad, que puede haber en estas criaturas del Señor, hechas á su imágen y criadas á su semejanza, con alma racional para conocerle. No permitan, padres y señores mios, que los deseos del Señor y su voluntad santa se frustre y malogre, á trueque de muchas contumelias y trabajos, pues dirá su Alteza tiene sus regalos y delicias con los hijos de los hombres; y pues á estos indios los hizo Dios idóneos y capaces para servirle y reverenciarle, no es justo carezcan de lo que los demás fieles cristianos tenemos y gozamos. Alégrense vuestras paternidades, padres mios, pues el Señor les ha dado la oportunidad, ocasion y suertes de los apóstoles, no la pierdan, por entender y pensar el trabajo: acuérdense de lo que les toca obedecer al Altísimo, y dilatar y sembrar su ley santa: cuantos fueron los trabajos y persecuciones que padecieron, imitando á su Maestro.

Lo que aseguro á vuestras paternidades es, que sé con cierta luz que los bienaventurados los envidian, si es que en ellos la puede haber, que es imposible; pero lo declaro así, á nuestro modo de entender: que si pudieran, dejaran la gloria que tienen, por acompañarlos en esas conversiones, lo hicieran; y no me admira, que como ven en el Señor, que es la principal causa y el objeto de su gloria, y es espejo voluntario donde todos le conocen, y como ven la particular que los apóstoles tienen, y en lo que se señalan mas, que tienen los demás santos, por lo que padecieron por la conversion de las almas, así es cierto que dejaran de gozar de Dios por convertir una alma. Razon será, para que vuestras paternidades, pues tienen esa oportunidad, se aprovechen de ella; y confieso que así pudiera comprarla con la sangre, vida y crueles martirios, que lo hiciera, que se la envidio á vuestras paternidades, que aunque el Altísimo me concede que puede conseguir este fruto en vida, no es por camino que padezca tanto como vuestras paternidades, ni

merezca nada, porque mis imperfecciones lo impiden; pero ya que no puedo nada, ofresco de todo mi corazon y alma ayudar con oraciones y ejercicios y los de esta santa comunidad. Suplico á mis padres carísimos merezca mi buena voluntad y deseo, y me hagan participante de alguna de las menores obras y trabajos que vuestras paternidades hacen en esas conversiones; y lo estimaré mas, que cuanto por mí hago, que recibirá el Señor mucho agrado de la conversion de las almas. Y esto mismo he visto en el Altísimo, y lo he oido de sus santos ángeles, que me han dicho que tenian envidia de los custodios de almas que se ocupaban en convertir; y como son ministros que presentan al Altísimo nuestras obras, aseguran ser las que su majestad recibe con mas agrado las que se obran con las conversiones del Nuevo-Méjico; y me dió por razon el santo ángel, que como la sangre del Cordero era suficiente á todas las almas y que padeció por una lo que padeció por todas, que sentia mas el Señor que una alma, por falta de lus de nuestra santa fe, se perdiera, que padecer tantas pasiones y muertes como ha criado almas. Esto puede alentar á tan santa ocupacion y padecer mucho por conseguirla, por ser verdadero todo lo que queda dicho de mi letra y de la de mi padre custodio del Nuevo Méjico; y por mandarlo la obediencia, lo firmé de mi nombre; y suplico á vuestras paternidades todos los que aquí he nombrado, se sirvan por el Señor mismo á quien servimos y por quien se lo manifiesto, estos secretos se oculten y guarden en custodia, pues lo pide el caso, sin que lo vea criatura. De esta casa de la Concepcion purísima de Agreda, quince de mayo de mil seiscientos treinta y uno.—*Sor María de Jesús.*

Mucho quisiera, padres y hermanos mios, poder escribir en esta, para mayor consuelo suyo, las muchas cosas que tengo escritas, así de mi letra como de esta santa madre, que nuestro Señor ha obrado por ella á nuestro favor y ayuda ee esas conversiones; pero son mas para guardarlas en el corazon que para escritas; y me parece que con las razones sobredichas, que son todas de su letra y firma, que quedan en mi poder, se consolarán vuestras paternidades, pues su estilo y pensamiento bien se ve ser evangélico. Yo le pregunté si íbamos acertados en el modo de proceder en las conversiones, así en fábricas como en las sementeras y lo demás que se hace para sustento y amparo de los indios; díjome que todo era muy grato á nuestro Señor, pues se encaminaba al fin de las conversiones, que es la mayor caridad. Ha tomado muy á su cargo encomendar á Dios á vuestras paternidades, y la paz y gobierno entre gobernadores y religiosos, y el tratar de las conversiones, y así encomienda á todos muy de veras á Dios, para que religiosos, gobernadores, españoles é indios unánimes y conformes, adoren y alaben al Señor, y sobre todo, se empleen en dar luz de nuestra santa fe católica á todas esas bárbaras naciones; y pues su divina Majestad nos tiene en esa senta obra, no nos atajemos y frustremos en no sufrir todas las cosas y ocasiones que se nos dieren de pleitos. Tambien conozco, padres mios, que en todo mi tiempo yo no merecí, por mis imperfecciones y defectos, gozar la paz, como la deseaba; pero espero en la divina majestad ir á acabar los dias que fuere servido de darme, en la compañía y servicio de vuestras paternidades. Sabe muy bien su divina Majestad cómo lo deseo. A todos esos señores españoles me encomendarán vuestras paternidades mucho; y porque siempre he conocido la voluntad que me han tenido, la pago muy bien en manifestar (como he manifestado) á su real majestad y á su real consejo de Indias, que son verdaderos soldados apostólicos, así por su valor como por el buen ejemplo con que proceden en nuestra compañía, de que su majestad se da por bien servido.

Prometió hacerme toda merced que de su parte le pidiere, y lo principal deben tenerse por dichosos de ser patrocinados de la bendita alma de María de Jesús: los ha visto y encomiéndalos á Dios, y así les doy mil gracias, y á Dios de que los hayan merecido, y lo mismo he dicho á la madre de la cristiandad y virtud; de todas estas españolas, y á la humildad y cuidado que tienen en la limpieza de los altares; y dicho todo, los encomienda á Dios nuestro Señor, y pido tambien las oraciones de todos. A todos los indios tambien doy mil parabienes, pues merecen su principal amor, y porque va tambien de estos reinos á esos tan remotos y apartados, y que como á hijos espirituales, á quienes ha predicado nuestra santa fe católica y alumbrado en las tinieblas de la idolatría, y los tiene muy en la memoria, para no olvidarlos jamás en sus oraciones. Bendita sea tal tierra y dichosos sus habitadores, pues merecen tantos favores del cielo. De vuestras paternidades humilde hijo y siervo fray Alonso de Benavides. Nuestro reverendísimo padre general desde acá echa á todos vuestras paternidades su bendicion con la de nuestro seráfico padre san Francisco, pues como tan verdaderos hijos suyos acuden á obra tan apóstolica, y así me mandó lo escribiese á vuestras paternidades.

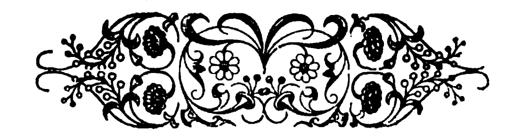
FIN DE LA OBRA.

INDICE GENERAL

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

Historia de la Antigua ó Baja California.

Vida de fray Junípero Serra.






UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06665 3885



